

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Prehistoria



**LA NEOLITIZACIÓN EN EL INTERIOR DE LA
PENÍNSULA IBÉRICA.**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Jesús Jiménez Guijarro

Bajo la dirección del doctor
Martín Almagro Gorbea

Madrid, 2008

- **ISBN: 978-84-692-2416-8**

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Prehistoria



LA NEOLITIZACIÓN DEL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

TESIS DOCTORAL

JESÚS JIMÉNEZ GUIJARRO

2007

LA NEOLITIZACIÓN DEL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

JESÚS JIMÉNEZ GUIJARRO

TESIS DOCTORAL DIRIGIDA POR:

PROF. DR. D. MARTÍN ALMAGRO GORBEA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA

2007

ÍNDICE GENERAL

Páginas

INTRODUCCIÓN.....	13
I. PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS.....	19
INTRODUCCIÓN.....	19
1. MODELOS EXPLICATIVOS DE LA NEOLITIZACIÓN.....	22
1.1 TEORÍAS CLÁSICAS.....	23
1.2 TEORÍAS SOCIO-CULTURALES.....	23
1.3 MODELOS GENÉTICOS.....	24
1.4 MODELO DUAL. LA TEORÍA DE LAS FRONTERAS.....	30
1.5 MODELO REGIONAL GLOBAL.....	34
2. PROCESOS DE NEOLITIZACIÓN.....	39
2.1 PROCESOS DE ACULTURACIÓN Y COLONIZACIÓN.....	39
2.2 MODELO DE MOSAICO CULTURAL.....	42
2.3 MODELOS ETNOGRÁFICOS.....	49
3. TIEMPOS ABSOLUTOS Y TIEMPOS RELATIVOS: LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD HISTÓRICA.....	50
3.1 EL TERRITORIO INVISIBLE: ESPACIO Y TIEMPO PREHISTÓRICO.....	51
3.2 LOSETERNOS INMUTABLES.....	51
3.3 TIEMPOS ABSOLUTOS Y TIEMPOS RELATIVOS.....	54
3.4 DESARROLLO DE LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD HISTÓRICA.....	55
3.4.1 RELATIVIDAD E HISTORIA: LA RELATIVIDAD GALILEANA O CLÁSICA.....	56
3.4.2 LA RELATIVIDAD RESTRINGIDA O ESPECIAL COMO BASE DE EXPLICACIÓN DE LA RELATIVIDAD HISTÓRICA.....	58
3.4.3 TEORÍA DE CAUSACIÓN U ORIGINACIÓN DEPENDIENTE DE LOS FENÓMENOS HISTÓRICOS.....	59
3.4.4 LA RELATIVIDAD HISTÓRICA.....	61
3.4.5 CONSTRUCCIÓN SECUENCIAL.....	64
II. METODOLOGÍA.....	69
INTRODUCCIÓN.....	69
1. CAMPO MATERIAL: OBTENCIÓN Y PRESENTACIÓN DE LOS DATOS.....	71
2. CAMPO CONCEPTUAL: CONSTRUCCIÓN CIENTÍFICA DE MODELOS Y TEORÍAS INTERPRETATIVAS.....	74
III. MEDIO FÍSICO.....	77
1. LA MESETA: TIERRA HORIZONTAL DE CONTRASTES.....	77
2. HIDROGRAFÍA DEL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: LOS CAMINOS DEL AGUA.....	79
3. LA SUBMESETA SEPTENTRIONAL: LAS TIERRAS DE CASTILLA Y LEÓN.....	83
3.1 CARACTERIZACIÓN MORFOGENÉTICA.....	83
3.2 RELIEVE.....	86
3.3 ASPECTOS REGIONALES.....	89

4.	LA SUBMESETA MERIDIONAL: LA MANCHA Y EXTREMADURA.....	91
4.1	CARACTERIZACIÓN MORFOGENÉTICA.....	91
4.2	ASPECTOS REGIONALES EN EL ÁREA MERIDIONAL DE LA MESETA	95
4.2.1	LAS COMARCAS EXTREMEÑAS.....	95
4.2.2	LOS MONTES DE TOLEDO.....	97
4.2.3	LA CORDILLERA CENTRAL.....	98
4.2.4	SERRANÍA DE CUENCA: EL TRÁNSITO LEVANTINO.....	98
4.2.5	LAS TIERRAS DE LA ALCARRIA Y LAS CAMPIÑAS DEL TAJO.....	99
4.2.6	LA FOSA DEL TAJO.....	100
4.2.7	LAS TIERRAS MANCHEGAS.....	101
5.	EDAFOLOGÍA GENERAL DE LOS SUELOS DE LA MESETA.....	102
6.	CLIMA ACTUAL DE LA MESETA.....	102
7.	VEGETACIÓN ACTUAL DE LA MESETA.....	103
8.	LOS INICIOS DEL HOLOCENO: PÓLENES, CLIMA Y VEGETACIÓN.....	105
IV.	HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN.....	109
1.	VACÍOS POBLACIONALES Y VACÍOS DE INVESTIGACIÓN.....	109
2.	EL MARCO MARGINAL: LA 'CULTURA DE LAS CUEVAS' Y LA DEPENDENCIA ANDALUZA.....	117
3.	GLOBALIDAD Y COLONIALISMO: EL NEOLÍTICO DE FINALES DEL SIGLO XX.....	126
V.	CONFIGURACIÓN DEL SUBSTRATO INDÍGENA.....	133
1.	ELEMENTOS DE CARACTERIZACIÓN DEL EPIPALEOLÍTICO Y MESOLÍTICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA.....	133
1.1	LA FACHADA LEVANTINA.....	135
1.2	EL ALTO ARAGÓN.....	140
1.3	ANDALUCÍA.....	144
1.4	PORTUGAL.....	150
1.5	EL ÁREA CANTÁBRICA Y GALICIA.....	154
2.	EL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA.....	157
2.1	HORIZONTE PREFORMATIVO: LAS ETAPAS FINALES DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR Y LA CONFIGURACIÓN DEL TERRITORIO.....	157
3.	HÁBITAT Y GESTIÓN DEL TERRITORIO: MODELOS DE CRECIENTE COMPLEJIDAD.....	166
3.1	RECONSTRUCCIÓN EMPÍRICA DEL TERRITORIO.....	166
3.2	ESTRATEGIAS DE GESTIÓN TERRITORIAL.....	173
3.2.1	TERRITORIOS SUJETOS A ESTRATEGIAS DE GESTIÓN CAZADORAS-RECOLECTORAS.....	174
3.2.2	TERRITORIOS SUJETOS A ESTRATEGIAS DE GESTIÓN MIXTA.....	176
3.3	FORMACIÓN DEL TERRITORIO.....	178
3.4	LA TRANSFORMACIÓN DEL TERRITORIO.....	184
3.5	EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA.....	185
3.6	TIPOLOGÍA DE YACIMIENTOS.....	186
4.	EL PROCESO DE GEOMETRIZACIÓN DE LAS INDUSTRIAS LÍTICAS: CONTINUIDAD Y CAMBIO.....	205
4.1	GRUPOS DE SUBSTRATO.....	207
5.	LA DIFÍCIL DEFINICIÓN DEL EPIPALEOLÍTICO/MESOLÍTICO DE LA MESETA.....	214
6.	EL MEGALITISMO OCCIDENTAL COMO EVIDENCIA DEL SUBSTRATO CAZADOR-RECOLECTOR GEOMETRIZADO ORIGINAL DE LA MESETA.....	218
VI.	DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA Y CATÁLOGO.....	233
	INTRODUCCIÓN.....	233
1.	CUENCA DEL EBRO.....	238
1.1	CUEVA DEL NÍSPERO.....	238
1.2	CUEVA LÓBREGA.....	244

2.	CUENCA DEL DUERO.....	252
2.1	ABRIGO DE LA PEÑA.....	252
2.2	LA DEHESA.....	261
2.3	ABRIGO DE EL PARRAL.....	269
2.4	CARRATIERMES.....	272
2.5	EL ALTOTERO.....	274
2.6	GALERÍA DEL SÍLEX Y CUEVA MAYOR.....	278
2.7	LA CAÑADA.....	301
2.8	LA CAÑADILLA.....	303
2.9	LA LÁMPARA.....	309
2.10	CUEVA DE LA NOGALEDA.....	321
2.11	PEÑA DEL BARDAL.....	333
2.12	LA REVILLA.....	336
2.13	CUEVA DE LA SENDA DEL BATÁN.....	338
2.14	TESO DEL ORO.....	341
2.15	CUEVA DE EL MIRADOR.....	344
2.16	CUEVA DE VALDEGOBA.....	348
2.17	CUEVA DE LA VAQUERA.....	353
2.18	LA VELILLA.....	377
2.19	OTROS YACIMIENTOS.....	384
3.	CUENCA DEL TAJO.....	395
3.1	ABRIGO DE LOS ENEBRALES.....	395
3.2	LA CUEVA.....	398
3.3	CUEVA DE LA HOZ.....	401
3.4	LA PINILLA.....	402
3.5	LA TALAYUELA.....	406
3.6	ARENERO DE ARGANDA.....	411
3.7	CUEVA DE EL AIRE.....	413
3.8	ABRIGO Y CUEVA DE LAS AVISPAS.....	421
3.9	CUEVA DE LA HIGUERA.....	429
3.10	LA CAL.....	436
3.11	LA DESEADA.....	438
3.12	LOS VASCOS.....	444
3.13	VALDIVIA.....	452
3.14	CUEVA DE LA VENTANA.....	459
3.15	VERONA II.....	484
3.16	MESEGAR DE TAJO.....	537
3.17	LA PALETA.....	541
3.18	SEPULTURA DE VILLAMAYOR.....	584
3.19	LOS BARRUECOS.....	590
3.20	CUEVA DE BOQUIQUE- VALCORCHERO.....	594
3.21	CERCA ANTONIO.....	605
3.22	CUEVA DE EL CONEJAR.....	612
3.23	CERRO DE LA HORCA.....	620
3.24	OTROS YACIMIENTOS.....	628
4.	CUENCA DEL JÚCAR.....	653
4.1	ABRIGO DE VERDELPINO.....	653
4.2	CUEVA DE LA PERRA.....	681
5.	CUENCA DEL SEGURA.....	684
5.1	CUEVA DEL NIÑO.....	684
5.2	ABRIGO DEL MOLINO DEL VADICO.....	685
VII.	CULTURA MATERIAL.....	689
	INTRODUCCIÓN.....	689
1.	INDUSTRIA LÍTICA.....	691
1.1	INTRODUCCIÓN.....	691
1.2	ORÍGENES DEL APROVECHAMIENTO MINERAL.....	691
1.2.1	RECURSOS PARA APROVECHAR Y MATERIALES APROVECHADOS.....	696
1.2.2	SISTEMAS DE EXPLOTACIÓN SIMPLE.....	701
1.2.3	APROVECHAMIENTO DE LA SAL.....	704
1.2.4	APROVECHAMIENTO DE LOS MINERALES METÁLICOS.....	705
1.3	MATERIAS PRIMAS EMPLEADAS Y CONFIGURACIÓN DEL TERRITORIO DE CAPTACIÓN.....	708
1.4	TIPOLOGÍA LÍTICA.....	709
1.4.1	ELEMENTOS DE TALLA: ALTERACIONES Y ACCIDENTES.....	709

1.4.2	CONTINUIDAD Y CAMBIO EN LOS ELEMENTOS LÍTICOS.....	710
1.4.3	CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LAS INDUSTRIAS DE SUBSTRATO.....	710
1.4.3.1	PALEOLÍTICO SUPERIOR-FINAL.....	710
1.4.3.2	MESOLÍTICO.....	711
1.4.4	CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LAS INDUSTRIAS DEL NEOLÍTICO.....	712
1.4.4.1	NUEVOS ELEMENTOS TIPOLOGICOS.....	715
1.4.4.2	INDUSTRIAS GEOMÉTRICAS.....	716
1.4.4.3	PIEDRA PULIMENTADA.....	726
1.4.4.4	LOCALIZACIÓN Y GESTIÓN DE RECURSOS.....	727
2.	INDUSTRIA ÓSEA Y CONCHAS.....	736
3.	ELEMENTOS DE ADORNO.....	740
3.1	TIPOLOGÍA DE ADORNOS.....	740
3.1.1	ADORNOS DE LOS GRUPOS CAZADORES-RECOLECTORES.....	741
3.1.2	ADORNOS DE LOS GRUPOS PRODUCTORES.....	743
3.1.2.1	CONCHA.....	744
3.1.2.2	HUESO.....	745
3.1.2.3	PIEZAS DENTARIAS.....	746
3.1.2.4	PIEDRA.....	747
3.1.2.5	ANILLOS.....	748
3.1.2.6	BRAZALETES, PULSERAS Y TOBILLERAS.....	749
4.	ALFARERÍA.....	758
4.1	TECNOLOGÍA CERÁMICA.....	758
4.2	PROCESO DE FABRICACIÓN DE LA CERÁMICA NEOLÍTICA DE LA MESETA.....	763
4.3	TIPOLOGÍA CERÁMICA.....	766
4.3.1	TIPO, FORMA Y FUNCIÓN.....	778
4.4	TÉCNICAS DECORATIVAS.....	782
4.4.1	CARACTERIZACIÓN DE LAS CERÁMICAS IMPRESAS CARDIALES Y PSEUDOCARDIALES DE LA MESETA.....	783
4.4.2	OTRAS DECORACIONES: IMPRESIONES, INCISIONES, ACANALADOS Y DECORACIONES PLÁSTICAS.....	784
VIII.	LA QUIEBRA DEL SISTEMA FENOMENOLÓGICO MEGALÍTICO.....	789
	INTRODUCCIÓN.....	789
1.	A VUELTAS CON LO PROTO-MEGALÍTICO.....	793
2.	EL MEGALITISMO: ¿DESARROLLO TERMINAL DEL HORIZONTE CULTURAL INDÍGENA?.....	796
3.	MEGALITISMO Y NEOLÍTICO: DOS CONJUNTOS, DOS MUNDOS, DOS CULTURAS.....	798
4.	MICROLITISMO GEOMÉTRICO TUMULAR Y DOLMÉNICO.....	802
IX.	EL TRÁNSITO DE LA ECONOMÍA CAZADORA-RECOLECTORA A LA DE PRODUCCIÓN.....	807
	INTRODUCCIÓN.....	807
1.	ECONOMÍA TRADICIONAL O DE SUBSTRATO.....	808
2.	LA NUEVA ECONOMÍA DE PRODUCCIÓN.....	813
2.1	NUEVAS TÉCNICAS CULINARIAS.....	831
3.	ÁREAS DE EXPLOTACIÓN Y CAPTACIÓN DE RECURSOS DURANTE EL NEOLÍTICO.....	833
3.1	RECURSOS MINERALES: EL SÍLEX.....	833
X.	MARCO SIMBÓLICO, RELIGIOSO Y ARTÍSTICO.....	841
1.	LA HETEROGENEIDAD ARTÍSTICA: 'MUNDOS' DIFERENTES.....	841
2.	ARTE DE LOS ÚLTIMOS CAZADORES ESPECIALIZADOS: EL CICLO AZILIENSE.....	843
3.	ARTE DE LOS CAZADORES-RECOLECTORES: EL CICLO LEVANTINO.....	848
4.	ARTE DE LOS PRIMEROS PRODUCTORES: EL CICLO MACROESQUEMÁTICO.....	852

5.	EL CICLO ESQUEMÁTICO: SINCRETISMO DUAL CAMPESINO.....	857
6.	ARTE MEGALÍTICO.....	862
7.	EL SINCRETISMO ARTÍSTICO COMO EVIDENCIA DE LA ACULTURACIÓN.....	865
8.	EL ARTE RUPESTRE COMO LENGUAJE CODIFICADO.....	868
XI.	ESTUDIO DE CONJUNTO.....	873
	INTRODUCCIÓN.....	873
1.	OCUPACIÓN DEL ESPACIO.....	874
2.	TIPOLOGÍA DE HÁBITAT.....	881
3.	DIFERENCIACIÓN FUNCIONAL DE LOS ESPACIOS.....	887
4.	MODELOS DE GESTIÓN DEL TERRITORIO Y LOS RECURSOS.....	892
5.	ESTUDIO DE LOS ESQUEMAS DECORATIVOS CERÁMICOS.....	898
5.1	ESQUEMAS INDICATIVOS Y DEFINIDORES CULTURALES Y TERRITORIALES.....	902
XII.	DESARROLLO DE LA NEOLITIZACIÓN Y SECUENCIA CRONO-CULTURAL.....	919
	INTRODUCCIÓN.....	919
1.	LA SECUENCIA LÓGICA.....	920
2.	EL NEOLÍTICO MESETEÑO EN EL CONTEXTO PENINSULAR.....	929
XIII.	CONCLUSIONES.....	933
XIV.	APÉNDICES.....	947
	APÉNDICE I: CARACTERIZACIÓN EXPERIMENTAL DE LAS IMPRONTAS CARDIALES Y CARDIALOIDES.....	947
	APÉNDICE II: REPERTORIO DE DATACIONES.....	961
	BIBLIOGRAFÍA.....	981

INTRODUCCIÓN

Esta obra constituye la culminación de una década de investigación dedicada al Neolítico de las regiones centrales de la Península Ibérica. El marco geográfico, amplio, desigualmente conocido y en ocasiones deficientemente estudiado, supone una parte muy importante del espacio peninsular implicando dos de sus principales cuencas hidrográficas, la del Duero y la del Tajo.

Desde los trabajos pioneros realizados a inicios del siglo XX por Pérez de Barradas en Madrid, jaleados por la creciente investigación dedicada a los periodos más antiguos de la Prehistoria, abordada por especialistas de la talla de H. Obermaier o H. Breuil, se fue configurando el modelo de un periodo de la Prehistoria que venía presidido por la incorporación, a veces poco especificada en su modo, de los novedosos elementos culturales y económicos constituidos por la cerámica y los productos de la economía doméstica.

De los debates difusionistas, en ocasiones exacerbados, surgieron posturas explicativas que han quedado, en su mayor parte, relegadas al olvido y que veían en el proceso de generalización del modo de vida campesino una clara vinculación con el Mediterráneo Oriental. Así, los acontecimientos históricos de este novedoso y trascendente periodo se explicaban atendiendo a dos criterios básicos. Por un lado, la imposición de la nueva cultura y por otro la necesaria existencia de un terreno vacío a la espera de ser conquistado y puesto en producción por parte de grupos humanos de cultura más evolucionada.

El avance de los estudios prehistóricos, pero específicamente el aumento del conjunto de yacimientos conocidos y excavados, así como la generalización de nuevas líneas metodológicas y de pensamiento derivaron en la creación de modelos alternativos. En éstos, los postulados difusionistas fueron tachados de irreales y carentes de valor. Al mismo tiempo surgían interpretaciones que, amparadas en un número muy reducido de yacimientos, ciertamente novedosos, reclamaban un lugar específico para las corrientes autoctonistas enfrentadas frontalmente al hiperdifusionismo.

Este nuevo momento, amparado por el paradigma de Verdelpino, tenía su contestación notable en el Levante peninsular, donde se promulgó el paradigma cardial como explicación al proceso de implantación inicial de los grupos neolíticos, exógenos, en la Península Ibérica.

En este contexto surgieron los primeros estudios centrados en la valoración del Neolítico de la Meseta. A Verdelpino se unían los datos arqueológicos y cronológicos del enclave serrano segoviano de La Vaquera. Este yacimiento parecía obligar a la necesidad de revisar la cuestión, muy difuminada ya, de las relaciones de dependencia de este primer Neolítico. Si, amparándose en poco más de media docena de pequeños fragmentos de cerámica lisa y en dos dataciones obtenidas de una mezcla desordenada de huesos, algunos investigadores mantenían la existencia de un Neolítico de cerámicas lisas, previo al horizonte cardial, otros investigadores señalaban la consistencia de un monolítico neolítico cardial asentado en contextos costeros y pre-costeros de las costas mediterráneas españolas.

Desde que Luciano Municio plantease, a finales de los años ochenta del pasado siglo, la necesidad de analizar de forma sistemática el Neolítico de la Meseta, quedó pendiente de realizar un trabajo de síntesis de un espacio complejo y amplio. Faltaban datos, no

abundaban las excavaciones arqueológicas y buena parte del trabajo de campo estaba por realizar.

Nuestra motivación para elegir el tema de estudio fue doble. Por una parte, deseábamos abordar un trabajo en el que se implicaran nuevas excavaciones y prospecciones arqueológicas que planteasen al registro, de primera mano, algunas de las cuestiones pendientes de análisis, como era la referente al substrato indígena o la procedencia y caracteres de la primera implantación neolítica. Por otra, se intentaría condensar en un conjunto monográfico las conclusiones de los trabajos de investigación en curso realizados por parte de otros colegas y entre los que cabe destacar los realizados por A. Zamora, posteriormente J.C. Iglesias y G. Delibes en la Cueva de la Vaquera y finalmente concluido a modo de Tesis Doctoral por M^aS. Estremera; los trabajos siquiera iniciados por M. Rojo y M. Kunst en el Valle de Ambrona y aquellos llevados a cabo por otros investigadores en otros sectores de la Meseta.

Nuestra premisa de partida, expuesta en el primer capítulo de la obra, residía en la necesidad de abordar el periodo objeto de estudio desde una doble visión cultural: El Neolítico y la neolitización, diferenciados por la existencia o no de un substrato indígena sobre el que aconteció el cambio económico, técnico y simbólico.

Analizadas las evidencias iniciales se advirtió la inexistencia de un vacío sistemático como el postulado en la génesis de los estudios sobre el Neolítico en la Meseta, al tiempo que se comenzaba a precisar, sobre el registro, la huella de un substrato indígena ciertamente particular y de un Neolítico implantado, de carácter colonial.

La complejidad de las estratigrafías horizontales de los nuevos yacimientos de 'hoyas', mal llamados de 'fondos de cabaña' por la historiografía clásica, pero también la problemática derivada de la concatenación y superposición de paneles pintados correspondientes al arte levantino, macroesquemático y esquemático, acompañado de las nuevas líneas de investigación definidas por algunas superposiciones estratigráficas documentadas en ciertos yacimientos arqueológicos y especialmente en algunas tumbas tumulares y megalíticas, nos obligó a plantear nuevas propuestas interpretativas.

El cuerpo fundamental de nuestro postulado científico se ha basado en la carga empírica del registro. Hemos tratado de ser exhaustivos en él, pero sin recurrir a la reiteración de aquellos datos que procedentes de yacimientos como la Cueva de La Vaquera, habían sido objeto de publicaciones profundas y de calidad. Como soporte básico de esa parte empírica, y para solventar los problemas indicados, construimos un modelo explicativo basado en los postulados de la física moderna.

Advertimos el modo en que la revolución científica derivada de los planteamientos críticos que Einstein plantease a la física clásica galileana no había alcanzado a la esfera de los estudios humanísticos y especialmente a los arqueológicos. Convenimos en la posibilidad de explicar, desde un postulado básico del desarrollo del relativismo einsteniano y de la Teoría de la causación dependiente, acontecimientos comunes a los desarrollos históricos, pero especialmente a la convivencia de grupos humanos inmersos en coordenaciones temporales diferentes aún cuando se encontrasen inmersas en un tiempo genérico, que denominamos absoluto, similar.

De este postulado ha surgido la que hemos denominado Teoría de la Relatividad Histórica. Su aplicación supera el exclusivo marco de nuestra investigación y consideramos presenta versatilidad suficiente como para ser aplicada al estudio de los restantes desarrollos históricos. Por ello hemos dejado apenas bosquejado el postulado teórico principal para centrarnos en el rastreo de las evidencias arqueológicas que den forma al substrato indígena que parecía rastrearse en algunos elementos materiales dispersos por la Meseta dentro, exclusivamente, del tema de investigación que nos ocupaba.

En el quinto capítulo se ha abordado la definición y caracterización del Epipaleolítico y el Mesolítico en el marco peninsular para desembocar en la definición y delimitación de los mismos desarrollos en la Meseta, aún cuando fuese necesario incidir en la particularidad de estos desarrollos. Esta particularidad se manifiesta en la incidencia de movimientos humanos, incluidos los desplazamientos a través del mar, y de procesos de aculturación anteriores al proceso de implantación neolítica. Hemos podido seguir una línea de esta aculturación en momentos sincrónicos al Mesolítico, lo que hemos denominado proceso de geometrización de las industrias, que en la Meseta, pero no sólo en ella, incide sobre un complejo estructural de marcado carácter aziloide.

Hemos sistematizado las evidencias arqueológicas en un capítulo dedicado al Catálogo y en el que se han tratado, caso por caso, los diferentes yacimientos detectados. Se ha hecho especial incidencia en aquellos casos mejor conocidos presentándose, también, los datos derivados de nuestras investigaciones, desarrolladas específicamente en la cuenca del río Tajo.

Tras analizar de forma más precisa la cultura material, haciendo hincapié en la caracterización de las industrias líticas, cerámicas –destacando la identificación de un claro horizonte cardial en la cuenca del Tajo- u óseas conocidas en la Meseta, nos hemos detenido en uno de los principales hitos del Neolítico de la Meseta: el megalitismo.

Basándonos en los datos conocidos y en los postulados teóricos presentados, hemos definido la quiebra del sistema fenomenológico megalítico ligándolo de forma directa al desarrollo del proceso de neolitización de los grupos atlánticos indígenas. Así, presentamos el megalitismo como el resultado del efecto frontera, violento y tardío de la implantación y expansión continuada de grupos de campesinos foráneos en el área de influencia del área atlántica de Europa.

El análisis de las economías productoras ha permitido advertir no sólo que la primera implantación neolítica se acompañó de los elementos definitorios de la economía doméstica (cereales, oveja, cabra, vaca y cerdo) sino que los porcentajes de representación de cada especie a lo largo de la secuencia permiten atisbar cambios de interés en los que la economía fluctúa del aprovechamiento genérico a la especialización en la explotación del cerdo y la bellota o de la vaca. Las implicaciones culturales y su posterior derivación en diferentes corrientes culturales también son analizadas.

El décimo capítulo se ha destinado al análisis de los elementos simbólicos. Hemos atendido al estudio de las implicaciones culturales y cronológicas del arte levantino, cuestión que se consideraba en cierto modo cerrada, pero que, como se mostrará, mantiene abiertas dudas razonables en cuanto a su vinculación y cronología. En ellas puede residir, a nuestro entender, buena parte de la comprensión del proceso de neolitización y más concretamente de la relación espacial y simbólica existente entre grupos culturales diferentes.

El estudio de conjunto nos permite desembocar en un ensayo de periodización y secuencia que estructura, por primera vez, de modo global el Neolítico de la Meseta.

Este trabajo ha estado centrado en el desarrollo, durante una década, de excavaciones arqueológicas realizadas sobre yacimientos seleccionados tras exhaustivos análisis de valoración. Las dificultades han sido notables y han derivado en situaciones que, con la perspectiva de los años vemos de otro modo, más pausado, aún cuando haya quedado patente que la labor de investigación en nuestro país no choca a veces sólo con la burocracia o que, cuando esta se presenta no es el peor de los males.

De forma paralela hemos realizado numerosos viajes de investigación en los que hemos tratado de acercarnos a las más recientes interpretaciones acerca del Neolítico. También

se han visitado Museos, Centros de Investigación y Centro Oficiales en los que hemos tenido la oportunidad de conocer de primera mano una ingente cantidad de datos y especialmente un notable conjunto de materiales arqueológicos que, comparados en ocasiones con sus versiones publicadas, han derivado en grandes y a veces no gratas sorpresas.

Mención especial merece nuestra estancia de un año en el Museo Arqueológico de la Comunidad de Madrid donde pudimos estudiar, con el detenimiento preciso, las colecciones de material neolítico, entonces aún pendientes de clasificación y específicamente el enclave de Verona II. No menos importante ha sido la estancia en el conjunto megalítico de Prisse-La-Charrière, gracias a una Beca del Ministerio de Asuntos Exteriores francés gestionada por el Prof. Bernard Eulin y que fue posible gracias al Prof. Alain Kermorvant y al Prof. Sartre de la Universidad de Tours. La gestión amable del Prof. J. Guilaine y la inestimable hospitalidad de R. Jousseume, L. Laporte y el Prof. Scarre en el enclave de Prissè-La Charrière, dentro del marco de nuestra formación en geofísica aplicada a la arqueología, derivaron en la posibilidad de encargarnos de la dirección de dos sondeos destinados a la localización de los restos de asentamientos infratumulares en el yacimiento del Túmulo de Père. Lo aprendido allí es reflejo fiel de buena parte de lo mostrado en esta obra. Una parte de nuestras propuestas fueron matizadas gracias a los intensos debates que cada día, después de las jornadas de excavación, se desarrollaban en el campamento arqueológico.

El Prof. Dr. J. Guilaine, del Collège de France, siguió desde sus inicios la progresión de nuestros trabajos y nos remitió muchas de sus publicaciones, algunas difíciles de adquirir o costosas para nosotros. Su apoyo ha sido de inestimable valor para nosotros y su eficacia nos permitieron disfrutar de nuestra estancia de formación en geofísica en Prissè-La Charrière.

El apoyo y la amistad paternal del Dr. A. Kermorvant, del Laboratorio de Arqueometría de la Universidad de Tours nos facilitaron poder disfrutar de una Beca destinada a la formación en geofísica aplicada a la arqueología.

Igualmente debemos manifestar nuestro agradecimiento a la Embajada de Francia en Riad (Arabia Saudí) y a su personal que hizo que nuestra estancia en aquél país fuese fructífera y segura. Al Gobierno Saudí y en especial a la familia Real de dicho país, así como a los diferentes investigadores, personal de museos y del Gobierno que nos atendieron en nuestra estancia en Al-Ula y Medain Saleh. Muchas de las cosas que allí experimentamos y descubrimos tuvieron su directa aplicación en nuestro trabajo.

Es obligado reconocer públicamente en estas páginas el apoyo de todos y cada uno de quienes han dedicado parte de su tiempo a discutir con nosotros acerca de estas cuestiones. Cada opinión y cada posterior meditación, han tenido su importancia en la elaboración de esta obra. No podemos sin embargo comenzar por otro lugar que no sea el del agradecimiento sincero al Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense que nos dio la oportunidad de formarnos en su seno y que tuvo la amabilidad de concedernos una Beca Honorífica cuando las demás ayudas se resistían a llegar. Este Departamento nos facilitó las labores de gestión del Proyecto de Estudio del Poblamiento Neolítico y el Megalitismo en la Comunidad de Madrid así como emplear sus instalaciones, dependencias y medios técnicos y logísticos para llevar a cabo nuestras primeras investigaciones. El apoyo más importante fue también el de facilitarnos el contacto y trabajo directo con los estudiantes que integrarían nuestros equipos de campo. Algunas de estas personas nos honran hoy con su amistad, siendo este un hecho que nos llena de orgullo y satisfacción. Mención especial, por su paciencia, merecen M. Gil, A. Molero y M. Andrino, las 'pioneras', pero no menos C. González, E. Rubio, E. Jiménez Mediavilla, G. Enamorado, L. Montesinos y dos de los soportes vitales del trabajo, Jorge Ros y P. Sánchez Duarte, que nos siguen aguantando en mayor o menor media en el trabajo de campo.

Muchos han sido en estos años los responsables de Museos y de diferentes organismos públicos que nos han facilitado el trabajo de sistematización de los inventarios y colecciones. En especial debemos mencionar a F. Velasco y a V. Alcalá, que supieron ser imprescindibles en el momento oportuno.

Sería injusto obviar el generoso soporte que nos proporcionó la Dra. M^a.L. Ruíz Gálvez, con quien tuvimos la oportunidad de co-dirigir la primera campaña de intervención en el complejo megalítico de la Dehesa Boyal de Montehermoso y que, en numerosas ocasiones, hizo apreciaciones de gran valor a nuestro trabajo. Nuestra deuda de gratitud es grande. A todos los alumnos, y fueron cerca de medio centenar, que participaron en la Campaña de Montehermoso debemos agradecerles su paciencia, su buen hacer y su duro trabajo.

La Dra. Almudena Hernando nos guió cuando estábamos más perdidos y fue quien puso algo de luz al camino que derivó en esta Tesis. Sus apuntes acerca del valor de las sociedades indígenas nos permitieron valorar un tema que hoy en día resulta de notable interés en los trabajos sobre neolítico y más en nuestra investigación.

B. Gallego, con sus jornadas de disertación sobre física y en especial sobre física cuántica, así como con su amistad, nos iluminó en terrenos que podrían haber resultado en exceso complejos. Él despertó en nosotros la conciencia de los procesos simultáneos y de nuestras charlas alpinas surgió la esencia de la aplicación histórica de la Teoría de la Relatividad.

Muy importante ha sido el soporte científico de otros investigadores. La Dra. P. Bueno y el Dr. R. De Balbín nos acogieron en su equipo de trabajo, integrado también por los Drs. J.J. Alcolea y P.J. Jiménez, gracias a la labor de cicerone y amigo de M. A. García Valero. Este investigador fue quien nos puso, generosamente, sobre la pista de buena parte de los yacimientos de Madrid y Guadalajara. Grandes debates, ideas y matizaciones se deben a puntuales conversaciones con los Drs. G. Delibes, P. Arias, J. Ramos, B. Martí y J. Bernabeu. Todos ellos nos han tratado con maestría científica y es grande nuestra deuda de gratitud hacia ellos.

Muchos otros investigadores han iluminado diferentes recodos del camino. Sin ánimo de ofender a quienes olvidemos, deseamos destacar a los Dres. A. Alday, M. Rojo, L. Peña, R. Ontañón, M. Pérez, J. Del Val y C. Escribano.

El Dr. A. Jimeno, aceptó codirigir nuestra Tesina de Licenciatura, investigación germinal de esta Tesis y aportó siempre elementos de interés a nuestro trabajo. El Dr. M. Almagro Gorbea ha sido para nosotros la figura del maestro que ha orientado la formación científica y el modelado personal combinándolos con la generosa consecución de trabajos a su lado que suplieron la ausencia de Becas y ayudas y que, no nos cuesta reconocerlo, nos permitieron llegar hasta donde hemos llegado. Los errores que perduran son siempre nuestros.

Hemos dejado para el final a una persona especial que ocupa un lugar de privilegio en nuestro recuerdo. Luciano Municio, precursor digno de nuestro trabajo, fue el primer arqueólogo con quien comenzamos a excavar. De él aprendimos técnicas de trabajo que nos han sido de gran ayuda a lo largo de nuestro trabajo. Él lideraba el estudio del Neolítico de la Meseta cuando nosotros lo retomamos. A algunos de sus comentarios en la Cueva de Los Enebralejos se debe buena parte de la dirección final que tomó nuestro trabajo.

Una mención especial merecen todos los compañeros del Departamento de Prehistoria, muchos de ellos ya doctores, que nos han acompañado en este largo camino. Cabe una mención especial, por su paciencia y amistad continuada para T. Moneo, M. Torres y A. Mederos. A este último le debemos mucho más de lo que a él le gusta que se reconozca.

Fuera de este Departamento merece una mención específica la Dra. N. Morere que nos prestó toda la ayuda material y personal, junto a su amistad y complicidad profesional para no desfallecer cuando lo fácil habría sido dejar inconclusa la investigación. Ella abrió generosamente la puerta de la Universidad Rey Juan Carlos cuando veíamos cerrarse todas las demás a nuestro alrededor.

En el marco investigador, en la vertiente más ingrata pero necesaria de la arqueología, que es la denominada 'arqueología profesional o de gestión', ha sido imprescindible, en lo personal y en lo profesional, Jorge Vega de Miguel y Juan Manuel Rojas. Los diferentes empleados de sus empresas supieron darnos soporte y complicidad en las más variadas ocasiones.

A J. Miranda, I. Rus y J. Vega hemos de agradecerles que me pusiesen sobre la pista del yacimiento de Verona II que ellos excavaron, y sobre todo que nos cediesen amable y generosamente toda la documentación generada en su intervención.

Nuestros compañeros de la Subdirección General de Museos de la Comunidad de Madrid fueron partícipes de los ecos finales de nuestro trabajo y supieron darnos ánimos en el momento oportuno.

Julio Moreno y su esposa Marie Louise cumplieron una labor de 'padres adoptivos' en nuestra larga estancia en el municipio de Prádena de la Sierra. Julio abrió el ayuntamiento de la localidad a nuestras iniciativas y M. Louise hizo de su casa nuestro hogar.

A A. Sánchez Marco le profesamos amistad, reconocimiento profesional y agradecimiento eterno por haber sido el compañero de trabajo cabal, pausado e ideal. M^a. I. Martínez Perelló aguantó con paciencia lo inaguantable.

Nuestra familia y en especial nuestros padres y hermanos, pero por encima de todo, por su paciencia, por su perseverancia, por su lealtad, apoyo y generosidad, debemos mencionar a Montserrat Hernando, buena esposa y amiga. Si a unos les debemos tanto, a ella le debemos todo.

Por falta de espacio, olvido involuntario o descuido imperdonable, podemos haber dejado sin mencionar a otras personas o Instituciones que nos han prestado su ayuda y cuyo concurso ha sido también decisivo para alcanzar nuestra meta. Sentimos no haber sido capaces de nombrarlos a todos del modo que sería justicia hacerlo. A todos ellos, nuestro más profundo y sentido agradecimiento.

El Escorial-Languilla, Octubre de 2007

I

PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS

INTRODUCCIÓN

Resulta del todo inviable abordar un estudio sobre el Neolítico sin atender, siquiera de forma sucinta, a los diferentes postulados teóricos que lo han acompañado. Si este andamiaje epistemológico es cuando menos recomendable en cualquier estudio histórico, más aún lo es en el estudio de un periodo que fue, con mucho acierto, considerado como revolucionario en sus orígenes (Childe, 1936)

El Paleolítico Inferior tuvo una enorme importancia para la Historia de la Humanidad en tanto en cuanto fue el periodo en el que el ser humano se configuró como tal distanciándose ya definitivamente de ese mono del que tanto huyeron algunos científicos del siglo XIX. Por otro lado el Musteriense coincidió con el cruce biológico o tan sólo espacial de los dos representantes del *Homo Sapiens*. Algo más cercano en el tiempo nuestros antepasados cazadores debieron especializar cada vez más sus economías desarrolladas en un momento de notable mejora climática que derivó, aún no sabemos realmente con qué magnitud, en el deshielo de las tierras emergidas cubiertas por el *permafrost* y en un paulatino e irreversible proceso de xeridificación y desertificación de las tierras del Norte de África.

A caballo de este último y radical cambio climático, sin que acertemos muy bien a explicar por qué, el ser humano realizó un enorme salto tecnológico y conceptual y comenzó a generar productos alimenticios de consumo directo y rentable almacenaje. Así se generó el Neolítico o, de forma más ajustada, la economía de producción.

Alguno de los periodos antes citados supusieron cambios en la configuración física del ser humano y los más recientes un notable incremento de la capacidad de producción de útiles cada vez más estandarizados y funcionales, así como en la aparición de un nutrido elenco de elementos no funcionales y dotados de un innegable valor simbólico como las pinturas parietales. Podemos intuir, en estas fases, cambios culturales y técnicos de importancia. No obstante, en definitiva, el sistema económico parece estar establecido en un esquema predador, bien fuese este de carroñeo, de caza o bien de ambos.

Será precisamente a partir de los momentos culminantes del Paleolítico Superior cuando empecemos a documentar una notable reducción de las tipometrías líticas. Si este cambio se debió a una cuestión climática, a una repentina escasez de mamíferos de tamaño medio y grande que abatir o, como algunos especialistas han querido ver, a una paulatina especialización destinada a la mejora de la efectividad de los útiles es algo que no podemos acertar a señalar.

Queda lejos del interés de este trabajo analizar de forma concienzuda el origen de la economía de producción. Hay para ello notables trabajos clásicos y recientes que abordan la cuestión desde muy diversos puntos de vista.

Dados los datos empíricos que manejamos tenemos que aceptar el hecho de que el Neolítico llegó a la Península perfectamente conformado y en un momento posterior a su desarrollo en una de sus cunas: el Próximo Oriente.

Por tanto no debemos centrar tanto el punto de atención en qué generó la producción de alimentos como en el modo en que se desarrolló el proceso de adopción de este nuevo sistema económico, ideológico y social en el interior de España y de forma más genérica en la Península Ibérica.

Habrán aún algunos especialistas contrarios a adoptar esta premisa de partida. No en vano su aceptación impide valorar la posibilidad de que se hubiese producido un proceso de domesticación autónomo en nuestra geografía. Ahora bien, ¿qué evidencias sólidas podríamos esgrimir para defenderlo?. La respuesta es sencilla. No hay una sola evidencia consistente que haga referencia directa a la existencia de una domesticación de animales o plantas en nuestra Península. Por ello se debe aceptar como hipótesis que el origen del Neolítico es, aquí, alóctono y en cierto modo colonial.

Esta afirmación, aún a costa de su peso, requiere para que sea más veraz, de algunas matizaciones. En primer lugar debemos preguntarnos acerca del sustrato poblacional de la Península y en especial cuál pudo ser la reacción de este sustrato ante la paulatina llegada de nuevos contingentes humanos, fuesen estos numerosos y continuos o reducidos e intermitentes.

Gracias a los estudios etnográficos y sobre todo al detallado análisis de marcos referenciales similares al propuesto, aún salvando las distancias geográficas y cronológicas, tenemos acceso a numerosos ejemplos que pueden guiarnos a la hora de entender cómo pudo desarrollarse el Neolítico en nuestras tierras. Por ello, en este capítulo destinado al estudio de las diferentes corrientes teóricas que han postulado por una explicación del proceso, hablaremos siempre de neolitización. Debe entenderse este término como relativo al proceso de interacción –fuese este positivo o negativo, recíproco o no- entre los grupos de colonos neolíticos y los indígenas.

Como tendremos oportunidad de señalar en alguna otra ocasión a lo largo de este trabajo no podemos obviar la posibilidad de que, a su vez, los grupos de colonos pioneros que alcanzaron nuestra geografía fuesen grupos neolitizados. Esta asunción aparentemente baladí implica dos cuestiones de interés que no debemos perder de vista. Por un lado que los grupos neolitizados pudieron tener una afinidad mayor –en el marco conceptual e ideológico- con los indígenas de lo que hasta la fecha se ha postulado. Esto en sí supone una gran ventaja para el funcionamiento positivo y recíproco de un proceso de intercambio. Por otra parte permite dotar de cierto valor, aunque nunca tanto como el que se le ha concedido, al sistema de intercambios a media y larga distancia. No en vano los sistemas de intercambio intertribales debieron seguir funcionando de un modo similar a como lo hicieron durante el Paleolítico Superior Final.

Respecto a los procesos de neolitización basados en las mencionadas redes de intercambio más que en la presencia de un contingente humano más o menos reducido consideramos que han sido valorados muy por encima de su importancia real. No puede negarse la circulación de determinados elementos novedosos a través de estas redes. Empieza a ser menos tangible la idea de un viaje únicamente de ideas pues ciertas ideas asociadas al neolítico, por lo novedosas que resultaban y los cambios que representaban, implicaban la necesidad de un sistema de enseñanza y de aprendizaje mucho más complejo de lo que se ha supuesto.

De un modo genérico esta aloctonía implica, *per se*, la aceptación de explicaciones de algún modo difusionistas, bien sean estas entendidas de un modo *suave*, como una expansión *down the line*, como parte de ese pretendido viaje de las ideas a lo largo de gran parte de las tierras del Mediterráneo al que acabamos de referirnos, o bien desde

posturas más *duras* que señalan la necesidad de hablar de colonizaciones, que en sí mismas incluyen el desplazamiento de ese ideario neolítico junto a gentes que, al entrar en contacto, por muy diversos modos con las poblaciones locales expandiesen los novedosos elementos materiales y culturales de los que eran portadores.

1. MODELOS EXPLICATIVOS DE LA NEOLITIZACIÓN.

Es posible diferenciar dos grandes conjuntos de teorías que tratan de aproximarse al análisis del proceso de neolitización, proceso éste nunca anterior al VII milenio BP y que tiene por sí mismo una gran trascendencia en todos los órdenes culturales y esferas de los sistemas económicos, sociales e ideológicos. Estos dos grandes conjuntos están formados por las **Teorías Clásicas** bien sean materialistas-culturales, evolucionistas, idealistas o deterministas (Hernando, 1993:124) y las **Teorías socio-culturales**, dentro de las cuales pueden incluirse las posturas materialistas, con sus matizaciones propias y las neo-idealistas (*Ibidem*: 125)

Parece asumido que el Neolítico, como fenómeno cultural, surgió de forma independiente en diversas áreas alejadas e *independientes* de la geografía del planeta y que por tanto, el concepto de neolítico, como desarrollo cultural caracterizado principalmente por el surgimiento de los sistemas económicos de producción de alimentos, formaría parte inherente del desarrollo cultural del ser humano.

De este modo se trataba de explicar que el surgimiento de la producción de alimentos no constituyó en sí un invento, sino que pudo ser un proceso derivado de un periodo previo de intensificación de los sistemas económicos de subsistencia dentro, casi siempre, de grupos culturales complejos.

Desde el punto de vista de la interpretación histórica, y sin entrar de modo profundo en las numerosas cuestiones que deja entreabiertas el modelo explicativo *suave*, consideramos complicado probar ese pretendido periplo de las ideas viajando de boca en boca, sin ayuda de desplazamientos colonizadores por un espacio tan amplio y diverso como el que se le pretende al primer Neolítico, y lo que resulta más sorprendente, en un espacio de tiempo bastante reducido (Zilhão, 2001)

De modo general, la ilógica aceptación de ese modelo *suave*, se enfrenta a las evidencias históricas y etnográficas. Así, presuponer ese viaje y su posterior conversión en elementos tangibles como la domesticación de plantas y animales o la fabricación de cerámicas, equivale a plantear, salvando el actualismo, la expansión del Imperio romano sin legiones, colonos, comerciantes y contingentes humanos. A un nivel práctico, hoy por hoy, pocos serían los investigadores de la antigüedad que sostendrían una teoría tan fantástica para el mundo romano. Pero, por el contrario, para unos milenios antes, y aún inmersos en una conceptualización evolutiva unilineal que dota a los grupos de cazadores y recolectores de un atavismo salvaje, son numerosos los investigadores que plantean la necesidad de hablar de esos 'viajes' de ideas, como medio de propagación del Neolítico.

El Neolítico, como vocablo, surge de Lubbock a mediados del siglo XIX, y dentro de la mentalidad tipológica que caracterizó a la mayor parte de los investigadores de principios y mediados del pasado siglo, el conjunto de cambios y novedades que aportaba la neolitización permitió que Childe hablase de la *Revolución Neolítica* (Childe, 1935), planteándola casi como una suerte de bendición que permitió a la humanidad salir de su dilatada y oscura etapa de salvajismo para abrazar la civilización.

La idea del origen, bien localizado en las tierras del Creciente Fértil, de la producción de alimentos, independientemente de que de forma paralela pudiese alcanzarse una misma situación en otros puntos del planeta, planteaba la necesidad de establecer una terminología que permitiese diferenciar los focos de origen, y con ello sus desarrollos culturales propios, y aquellos otros lugares a los que se extrapoló el proceso. Así, de un modo consensuado, se llegó a la conclusión de que el *verdadero* neolítico, como nuevo estadio cultural, original e independiente, debía aplicarse tan sólo a las áreas de surgimiento, mientras que aquellas otras, influidas por los focos originales, bien de un

modo directo o indirecto, no debían ser calificadas como neolíticas en sí, sino como neolitizadas. No en vano, esta acepción, implicaba por sí misma la idea de aculturación.

A la hora de abordar el estudio de la expansión neolítica a través del mencionado proceso de aculturación, es posible hacerlo desde varios parámetros, la mayor parte de los cuales pueden reducirse al conjunto de los rasgos materiales que definen a una determinada etapa arqueológica o a una concepción más general de una etapa de la evolución socio-cultural de la humanidad (Hernando, 1993:123) Desde este punto de vista, consideramos que el proceso de neolitización ha de enfocarse desde una diversidad de perspectivas, aunando los diferentes postulados teóricos sin centrarse en la exclusividad de una explicación ya sea materialista, idealista, evolucionista o de cualquier otro tipo. Este postulado más complejo resulta sin duda más operativo y realista a la hora de abordar cuestiones y realidades también más complejas que las conocidas hace poco más de una década.

Se hace preciso, a pesar de lo señalado, revisar ligeramente los principales postulados interpretativos a los que se hacía referencia en las líneas iniciales. Será este un paseo rápido, superficial casi, por las corrientes de pensamiento ligadas a la explicación del neolítico. Aún cuando la discusión acerca del origen del Neolítico quede alejado del marco de trabajo al que se ciñe esta obra, es interesante advertir cómo la investigación histórica, amparada en una u otra corriente, ha tratado de explicar una fase histórica de marcada personalidad y que, no en vano, es el substrato fundamental de la configuración del entramado histórico que nos precede y que, en cierta medida, nos separa de los desarrollos acontecidos en otras partes del planeta y que, de un modo peyorativo y desafortunado, se vienen denominando como *primitivos*.

1.1 Teorías clásicas

En conjunto estos postulados teóricos analizan el Neolítico como una fase arqueológica más y vienen definidas por una doble concepción materialista y evolucionista. Materialista en tanto en cuanto fundamenta su estudio en la base material de la sociedad, tratando de explicar las otras esferas culturales en referencia a esta base; evolucionista en tanto parte de los preceptos darvinistas considerando adaptativo cualquier rasgo que contribuya al aumento de la eficacia reproductiva del sistema cultural (Vicent, 1988:20; Hernando, 1993:124)

A su vez dentro de este bloque teórico es posible alinear las posiciones Idealistas y las Deterministas. Las primeras, como manifestación del evolucionismo unilineal, parten de la necesidad de asumir que el progreso cultural se desarrolló dentro del plano ideal. Estos aspectos fueron concretados por Rindos en el denominado *Paradigma de la Consciencia* (Rindos, 1984) De esta base idealista han partido las *Teorías del Oasis* de Childe y la *Teoría de la Evolución cultural* de Braidwood (1963)

Por su parte, los postulados deterministas surgen de la creencia en la existencia de una determinación en última instancia de las circunstancias materiales que condicionarán los desarrollos culturales. Los modelos conformados bajo estas posturas son diversos, siendo fundamentales el *determinismo genético* de Rindos (1984), el *determinismo ambiental* de Higgs (1972; 1975), y el *determinismo sistémico* de la visión de la Ecología Cultural de Flannery (1965; 1969)

1.2 Teorías socio-culturales

En un segundo plano y siguiendo fundamentalmente las propuestas de las sistematizaciones de Vicent (1982;1988;1991) y Hernando (1993), es posible diferenciar todas aquellas posturas que, alejadas de la perspectiva evolucionista, tratan de explicar el Neolítico como una fase del desarrollo socio-cultural de la Humanidad. En el seno de estas posturas es posible diferenciar varias aproximaciones teóricas, entre las que cabe

señalar el **Materialismo cultural**, representado por la *Teoría de la Presión Demográfica* de Cohen (1977) y que implica, de forma global, la determinación mecánica de la base material sobre la superestructura.

Una definición centrada en el **Materialismo Histórico** es la que proponen los trabajos de Bender (1978), Testart (1982;1988) o del mismo Vicent (1988) y que se basa en la determinación dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción dentro del proceso de transformación de la sociedad. Por su parte, la perspectiva del **Materialismo estructuralista** planteado fundamentalmente por los postulados teóricos de T. Ingold (1980) y F. Criado (1989), defienden la simultaneidad o reciprocidad de lo simbólico y lo productivo con una prioridad lógica de las instancias simbólicas en la explicación del cambio cultural.

Otros postulados teóricos, centrados en el concepto **Neo-idealista**, dentro del que pueden incluirse los trabajos de Hodder (1990) y Thomas (1991), defienden un determinismo del conjunto simbólico sobre la instancia productiva, tomándose el Neolítico, dentro de esta construcción teórico explicativa, por tanto, como una ideología.

Los puntos de vista metodológicos que parten de los preceptos básicos enunciados en el punto anterior se han diversificado en diferentes conjuntos que merece tratar con detenimiento, si bien es cierto que su detenido estudio excede las intenciones de esta obra. Estas nuevas perspectivas se centran, en el caso del proceso de neolitización, en la aparición del Neolítico en áreas externas, marginales o periféricas, de los centros de origen del Neolítico.

Se trata, por tanto, una vez establecida la existencia de la aloctonía a la que se hacía referencia al inicio de este capítulo, de establecer el modelo teórico según el cual pudo desarrollarse la expansión del Neolítico. Cabe señalar que la cuestión de la difusión del neolítico es todavía un punto de desencuentro entre numerosos investigadores. Este desacuerdo se exagera a la hora de dotar de individualidad al proceso en lo referente al aporte de contingentes humanos. Aquí, a pesar del consenso casi generalizado, aún hay voces discrepantes que se inclinan más por la existencia de una línea de difusión *suave* en la que se minimiza o anula la llegada de colonos.

En gran medida, dentro de la disolución de este conflicto que aún mantiene abierta la investigación sobre la difusión del Neolítico, deben incluirse los principales trabajos de globalización y a una escala más práctica, de análisis de componentes genéticos. Estos últimos, sin duda dirigidos a la creación de un mapa de morfotipos genéticos que permita no sólo conocer la composición genética que caracterizó a las diferentes comunidades humanas del área mediterránea y proximo-oriental, sino, primordialmente, medir el impacto de un supuesto cambio genético que debía derivarse del proceso de colonización... siempre y cuando, claro está, pudiesen individualizarse grupos lo suficientemente separados a nivel genético como para avalar los estudios.

1.3 Modelos genéticos: la difusión démica.

En esta línea de investigación, quizás la más novedosa, deben incluirse los trabajos de numerosos investigadores, encabezados por Ammerman y Cavalli-Sforza (1984), y entre los que cabe señalar también las investigaciones llevadas a cabo por Calafell y Bertranpetit (1993), Lalueza (1996), el equipo de Richards (1996), Jackes, Lubell y Meiklejohn (1997) o J. Zilhão (1998) entre otros.

El desarrollo de las explicaciones genéticas se verá muy beneficiado por los avances llevados a cabo en el desciframiento del genoma humano. En cierto sentido y a pesar de las críticas a las que se enfrenta el estudio genético de poblaciones prehistóricas, desde fines de los años 90 del siglo pasado asistimos a una multiplicación de programas y

proyectos destinados al estudio del ADN prehistórico en humanos y animales y en especial sobre las primeras poblaciones neolíticas.

El modelo de ola de avance ha sido duramente criticado, lo cual ha dado lugar a la generalización de modelos alternativos. Entre ellos destacan aquellos basados en el estudio de los fractales (Rodríguez Alcalde *et alii*, 1995) y los modelos de capilaridad (Vicent, 1996). No obstante todo esto, el modelo de Ammerman y Cavalli Sforza presenta una solidez notable y recientes revisiones y explicaciones del mismo (Ammerman, 2002) hacen que sea un modelo lógico y válido de cara a explicar el proceso de neolitización.

El surgimiento de estos modelos ha desdibujado en parte el estudio de la neolitización en sí (Vicent, 1996:599). Quizá por su relevancia e interés merezca la pena detenerse, de modo sucinto, en el análisis de los últimos postulados presentados como explicación genérica a la expansión o generalización del Neolítico en Europa.

Una de las más novedosas referencias que señalan un condicionante medioambiental, en este caso catastrófico, a la causa de la expansión del Neolítico por Europa, es el modelo planteado por los geólogos norteamericanos William Ryan y Walter Pitman (1998; 2000). Según las investigaciones que han realizado en el área del Mar Negro, y en especial en la dinámica de sus corrientes y los contenidos de sus sedimentos, estos investigadores han llegado a la conclusión de que debido a la reorganización de los niveles oceánicos derivada de la paulatina desaparición de la capa helada que cubría gran parte de las tierras de Eurasia a fines del Paleolítico Superior, en un momento comprendido entre el 11000 y el 10000 BP, las aguas del Mediterráneo se habrían precipitado, a través de una cascada, en la cuenca actual del Mar Negro, inundando las tierras al Sur de Ucrania y haciendo crecer el nivel de ese mar interior del orden de 15 centímetros diarios. Según estos investigadores, la expansión de la agricultura por el centro de Europa se debió a esta catástrofe que, en el fondo, sería el origen del mito del Diluvio Universal (Ryan y Pitman, 1998).

Las investigaciones desarrolladas en el Mar Negro por el equipo de geología marina de la expedición Ruso-Americana de 1993 permitieron recuperar del sedimento marino conchas de origen mediterráneo -las primeras tolerantes a la sal- que fueron datadas en el 7550 +/- 100 BP, y que permitían corroborar la hipótesis del llenado de la cuenca del mar Negro con aguas procedentes del Mediterráneo en un momento sincrónico al de la expansión del Neolítico. Así, Ryan y Pitman, extrapolar los datos geológicos a la interpretación histórica, mantienen que la expansión de la agricultura desde las tierras del suroeste de Asia hacia Grecia, los Balcanes, Rumanía y Bulgaria, se debió a la mencionada inundación que afectó a un área en la que la economía agrícola llevaba asentada ya algunas centurias. Sin duda es este un modelo que, aunque necesitado de ciertas matizaciones en el apartado histórico, explica de forma coherente esa aparente doble vía de expansión del neolítico en Europa, una a través de sus tierras centrales y otra a través de sus costas. Este modelo no explica, no obstante, el similar proceso desarrollado durante la expansión de la metalurgia.

Otra construcción teórico-práctica, más antigua que la anterior, pero que en su momento, como hemos señalado, supuso un importante revulsivo para las interpretaciones históricas referentes a la expansión de la agricultura, es el denominado *modelo de difusión démica en ola de avance*, elaborado por Ammerman y Cavalli-Sforza en los años setenta. Este modelo, basado en los postulados y trabajos genéticos de R.A. Fischer (1937) y ecológicos de J.G. Skellam (1951) partía de la base de que las poblaciones se encontraban inmersas dentro de un proceso lento y continuo de dispersión.

Como el propio Ammerman afirma, la cuestión central en los debates actuales sobre el proceso de neolitización reside en el concepto de indigenismo. Se entiende por tal la posición en antropología y arqueología que anhela tratar a cualquier sociedad como

independiente y autónoma y que por ello ve su desarrollo esencialmente en términos endógenos (2002: 14), todo ello dentro de una indudable corriente neo-evolucionista.

En algunas de sus recientes publicaciones este autor llama la atención, con mucho acierto, sobre el uso indiscriminado e incorrecto de los términos **colonialismo** y **migración** con referencia al Neolítico. La colonización, en su significado convencional, supone el asentamiento intencional por parte de un grupo humano generalmente en una tierra lejana (Ammerman, 2002: 15) A este respecto no puede obviarse que el fenómeno de colonización no es exclusivo al ser humano, sino que está presente en todo el mundo natural afectando a animales, bacterias, microbios o vegetales.

Los primeros resultados obtenidos por estos investigadores se fundamentaban en la simulación de una difusión démica de los campesinos a través de la colonización de nuevos hábitats desde un centro de origen situado en el Próximo Oriente, en este caso Jericó (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1973: 344) Algunas de las premisas fundamentales para la aceptación de esta construcción teórica son la inexistencia de agriotipos silvestres de fauna característicos del Neolítico en Europa, el escalonamiento de dataciones radiocarbónicas desde el Este hacia el Oeste del Mediterráneo y las evidencias genéticas acerca de orígenes ancestrales comunes (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1984)

Según estos autores, este avance modelizado se produjo de forma paulatina a un ritmo constante, cuya variable en su trabajo se estableció en 1 kilómetro anual. Estos datos señalan, por lo tanto, que debieron transcurrir cerca de 4.000 años para la consecución de todo el proceso, esto es, alcanzar la zona más occidental del Mediterráneo. No olvidemos, una vez más, que el modelo se presenta como unidireccional, esto es, no cuenta con el efecto *rebote* procedente de la implantación neolítica en Portugal y el Oeste de Europa y su posible repercusión en un mismo momento en dirección Oeste-Este. Si bien estas variables numéricas son teóricas, no dejan de parecer sorprendentes, y más cuando se puede considerar el movimiento humano, desde una perspectiva etológica, hasta cierto punto, aleatorio y por ello difícilmente mensurable.

El modelo de *ola de avance* dio lugar a ciertos cambios en los trabajos interpretativos, sobre todo en la Península Ibérica. Así, superado el problema que planteaba la aceptación de la idea de aloctonía asociada al primer neolítico peninsular, que se daba ya, por lo general, como aceptada, quedaba interpretar la forma en que esta dispersión - fuese de *ideas* o de gentes- había afectado a las comunidades indígenas asentadas en los territorios en los que se implantó la nueva concepción económica e ideológica.

Recientemente Ammerman ha regresado sobre la cuestión de la continuidad entre el Mesolítico y el Neolítico. Para él tan sólo se documenta esta continuidad de forma fehaciente en algunas partes del norte de Europa, como Dinamarca (Ammerman, 2002: 17), si bien señala que en otros sectores como Grecia, Italia, Sur de Francia y Portugal empiezan a tenerse datos muy significativos (*Íbidem*) No obstante es necesario matizar a qué se refiere un investigador cuando habla de continuidad. ¿A la presencia de algunos elementos de sustrato?, ¿a la aparente ausencia de una ruptura cultural? Para Ammerman la identificación de una continuidad debe residir sobre detenidos estudios de la dieta, patrones de asentamiento, tecnologías líticas y sistemas funerarios (*Íbidem*)

Una de las principales críticas a las que se enfrenta este modelo es la que señala que se debe tener en cuenta que el fundamento básico que lo sustenta es una simulación teórica sobre planteamientos genéticos a los que se ha tratado de acomodar la evidencia del registro *a posteriori* para dotarlo de funcionalidad. Por ello, no debe olvidarse que el modelo está basado en datos *ideales* dentro de los cuales no es posible computar imprevistos, o lo que es lo mismo, prevé un crecimiento logístico que de forma gráfica ofrecería una perfecta curva *gaussiana*, para lo cual prescinde del estudio de los cambios tecnológicos o de las situaciones imprevistas (Bernabeu *et alii*, 1993: 237) Así, para el acomodo de los datos, los autores precisan que el modelo es únicamente aplicable al

frente de avance, pudiendo ser bien diferente la realidad del interior de las zonas a estudiar. Esto equivale a aceptar la no funcionalidad global del modelo, lo cual, lamentable pero ciertamente, condiciona su tratamiento como modelo teórico global (Zvelebil, 1986:9)

Para aplicar su modelo teórico, en el año 1984, Ammerman y Cavalli-Sforza, trataron de encontrar una dinámica genética capaz de explicar esta ola de avance y así consideraron que en un momento anterior al proceso de neolitización los caracteres genéticos de las poblaciones de Europa y del Próximo Oriente diferían. De este modo se estudiaron las frecuencias genéticas existentes entre las poblaciones señaladas y se consiguió reducir a tres el número de componentes genéticos que lograban explicar más de la mitad de la variación original. Se cartearon los resultados (Fig.1) observando que el resultado se asemejaba al simulado por el modelo para el caso de una difusión mixta, esto es, que aunaba en sí el proceso de la migración humana –colonización- y la aculturación. No obstante, esta variante del modelo no ofrece una respuesta adecuada a los interrogantes que plantea el desarrollo de la neolitización y no viene a reseñar más que la existencia de un proceso mixto –próximo a los postulados dualistas-, sin indicar por qué se produce, cuánto dura, ni en qué zonas se da cada tipo de difusión. Lo que vemos no es más que el resultado final de un proceso de difícil comprensión lo cual debe ser abordado desde el postulado de la Historia como hecho concreto y no como un conjunto de eventos generalizables.

Otra de las críticas que se ha hecho a este modelo es que se trata de una representación excesivamente teórica y en cierto modo sencilla y simplista dentro de su complejidad, y que deja sin resolver cuestiones importantes en cuanto al proceso en sí, partiendo, en numerosas ocasiones, de premisas que sin ser falsas, aún carecen de contrastación.

El modelo de *ola de avance* parece despreciar en gran medida la presencia, en muchos de los territorios a colonizar, de grupos humanos portadores de su propio substrato e identidad cultural y desde luego no propone cómo actuarían estos grupos ante el avance de grupos foráneos en sus territorios. Así se subestima la resistencia ofrecida por los grupos mesolíticos ante la irrupción de elementos alóctonos que vinieran a desestabilizar su sistema de equilibrio (Dennel, 1985), conformándose más como un modelo ideal de intercambio pacífico que como una reconstrucción real de lo que pudo significar para algunos grupos la interacción y su consiguiente pérdida de equilibrio y desestructuración cosmogónica. Es el tema de la guerra y el rechazo al extraño, etnográficamente bien contrastado en numerosos casos de colonización, un apartado imprescindible de la narración al que se han hecho, no obstante, escasas referencias (Guilaine y Zammit, 2001)

Por otra parte, se asume que la discontinuidad en los patrones de asentamiento y en las técnicas de talla lítica entre grupos mesolíticos y neolíticos serían la norma más que la excepción (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1984:48), aún cuando la identidad de substrato es evidente, así como la idea de que la cerámica y la producción de alimentos se debieron a una introducción simultánea (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1984:48), algo que aún cuando puede ser considerado como lógico, está todavía por contrastar.

Este modelo ha sido retomado en la actualidad por varios investigadores y ha dado lugar a una de las discusiones más apasionantes de la prehistoria reciente (Bertranpetit y Calafell, 1993; Baldellou, 1994:37; Cavalli-Sforza y Cavalli-Sforza, 1994; Richards *et alii*, 1996) Las posturas se han diversificado entre los investigadores que apoyan las ideas de Ammerman (Bertranpetit *et alii*, 1995) y los que consideran su modelo excesivamente simplista y necesitado de modificaciones notables (Fix, 1996) Dentro del replanteamiento de la *ola de avance* (Cavalli-Sforza *et alii* 1993; Sokal, 1991) los investigadores centran sus afirmaciones en la existencia de una sustitución de haplotipos en sus ramificaciones genéticas, en favor de una amplia oleada de nuevos componentes humanos procedentes del Este del Mediterráneo (Cavalli-Sforza *et alii*, 1993)

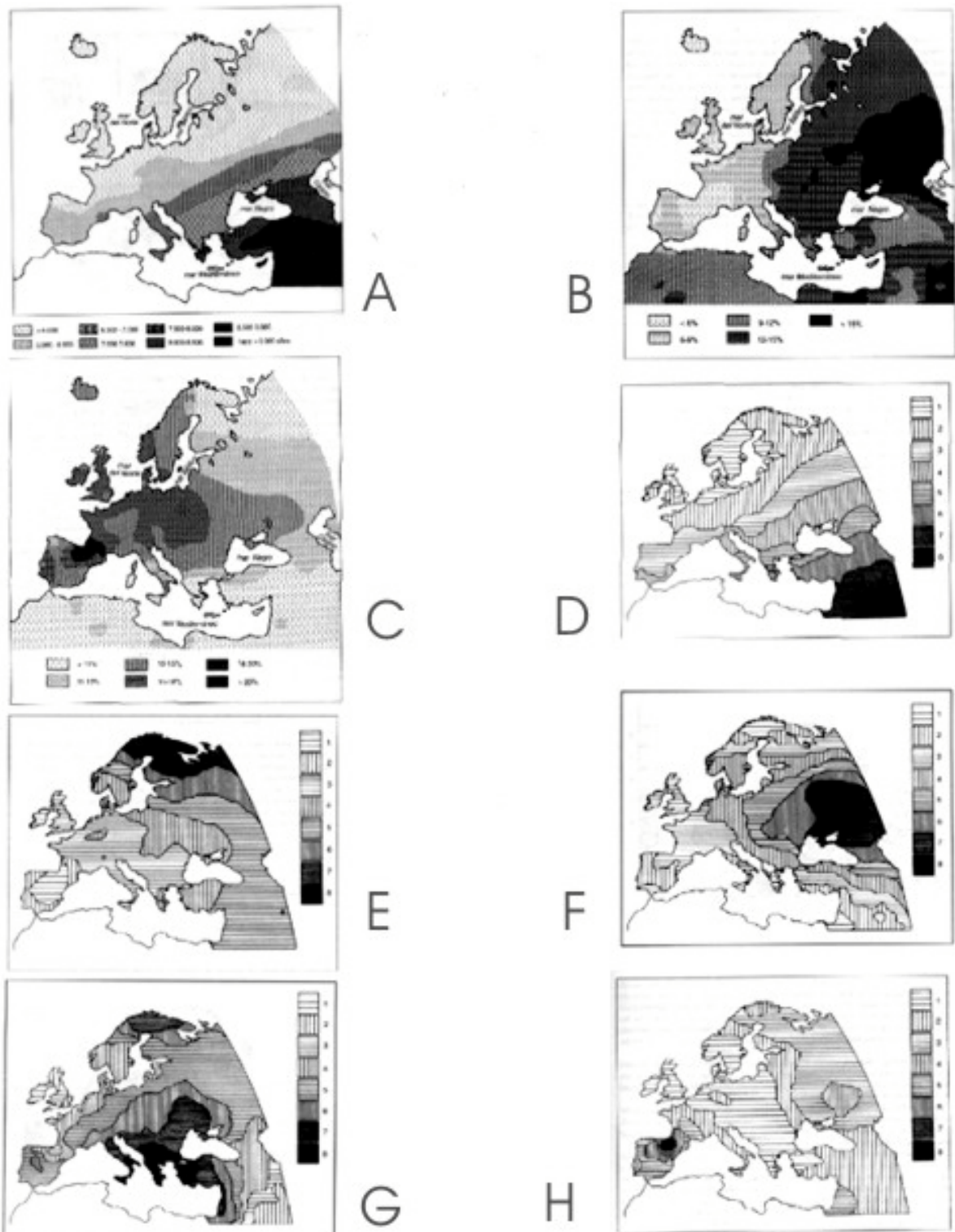


Fig.1.- A-Modelo de difusión de la agricultura en Europa. B-Mapa de frecuencias de individuos Rh- en Europa. C- Mapa de las frecuencias de los genes B en Europa. D-Mapa del paisaje genético más importante de Europa (el primer componente principal de las frecuencias de los 95 genes) E-Mapa del segundo componente principal. Posiblemente señale una adaptación genética al frío del Norte de Europa o la distribución de lenguas de la familia urálica. F-Mapa del tercer componente principal. Posiblemente relacionado con la difusión de pastores nómadas de lengua indoeuropea desde las estepas euroasiáticas. G-Mapa del cuarto componente principal, posiblemente relacionado con la expansión griega del primer milenio b.C. H-Mapa del quinto componente principal en relación con áreas de habla vascuence y otros elementos toponímicos, posiblemente el núcleo negro de la figura señale, más que un origen de difusión, una zona residual resistente a la neolitización inicial. Todas las imágenes según L. Cavalli-Sforza y F. Cavalli-Sforza, 1994.

Como elemento de comparación, se realizaron estudios sobre genética en el seno de la población vasca, buscando dentro de su reloj molecular, a través de los análisis de ADNmt, una explicación que apoyase éstas teorías. Así, se llegó a la conclusión de que los vascos, además de ser el único pueblo del Oeste de Europa que hablaba una lengua no Indoeuropea, poseen unas características genéticas inusuales dentro de las ramificaciones genéticas del resto de Europa, por todo lo cual, necesariamente, deberían ser los descendientes más o menos directos de poblaciones pre-neolíticas, en virtud a la escasa frecuencia de los CRS, ya que poseen la mayor frecuencia del grupo genético 1 en Europa (Cavalli-Sforza *et alii*, 1993-1994; Sajantilla *et alii*, 1995; Turbón, 1996), y a su vez, la menor de todos los pares en la secuencia de diversidad (Bertranpetit *et alii* 1995). Estos modelos genéticos, basados en el estudio y secuenciación de un reducido conjunto de pares genéticos, están siendo puestos en duda gracias a nuevas investigaciones que vienen a señalar, por ejemplo, la existencia de errores en la definición de elementos diagnósticos ancestrales como los que señalaban la probable ascendencia peculiar pre-indoeuropea de los grupos vascos. Estos errores residían en la toma en consideración de universos de muestra muy reducidos.

Estos datos son puestos en duda por algunos investigadores y precisan de una mayor contrastación antes de ser considerados válidos. Así, otros investigadores que han tratado el tema de la genética aplicada a la arqueología han notado que es muy sencillo adecuar los datos empíricos a los postulados (Weiss, 1988) y que los modelos démicos presentan grandes fallas en su sistema interpretativo. Por ejemplo, el modelo démico de Cavalli-Sforza se fundamenta en parámetros obtenidos de poblaciones aborígenes de África y Australia (Cavalli-Sforza, 1986) que si bien le permitieron adecuar los datos arqueológicos a sus ideas, al ser revisados se ha descubierto que son erróneos (Fix, 1996), llegándose a la conclusión de que la variedad observada en las líneas genéticas puede deberse al proceso de selección natural y no a un proceso de difusión démica.

Tampoco podemos dejar de lado la problemática que conlleva la toma de la muestra genética de origen antiguo y en especial la posibilidad de que se hayan producido numerosas contaminaciones por extracción y manipulación incorrecta de los restos. Esta cuestión puede quedar zanjada parcialmente mediante el uso de nuevos datos empíricos extraídos y manipulados por genetistas bajo la supervisión de arqueólogos. Lamentablemente, y aún dentro del ideario del trabajo multidisciplinar estamos lejos de contar con el trabajo directo, en las propias excavaciones de especialistas del campo de la genética. Tampoco hay una directriz básica respecto al modo de trabajo con muestras destinadas a su uso en pruebas genéticas.

La situación práctica que tratan de explicar estas corrientes se puede resumir principalmente en dos situaciones o modelos en relación con las sociedades mesolíticas autóctonas de las diferentes zonas del Mediterráneo. No obstante, en un apartado posterior, se analizará con precisión esta situación así como el comportamiento causal derivado del proceso y los diferentes comportamientos sociales y culturales a los que pudo dar lugar basándonos en modelos etnográficos.

Por una parte, en caso de haber existido una difusión cultural o aculturación se produciría, a nivel material, una continuidad tanto de materiales arqueológicos y presencia mayoritaria de elementos propios del sustrato, como de patrones de asentamiento y dieta. Esta continuidad derivaría en la ausencia de hiatos o rupturas significativas en el seno de los poblados, en la presencia de una gran diversidad cultural interregional y en la detección de un proceso gradual y pausado de cambio cultural.

En caso de que se asumiese como explicación la difusión démica y en definitiva el modelo *colonial*, ésta habría dado lugar en el registro arqueológico a una evidente discontinuidad en los patrones de asentamiento y dieta y en la cultura material –mayoritaria presencia de elementos innovadores–, así como una estructura cultural de grandes áreas, cada una de ellas con una identidad propia. En la Península Ibérica este modelo derivó en la

distinción de dos áreas o círculos culturales netamente diferenciados. El primero cardial y eminentemente costero y el segundo dominado por cerámicas impresas no cardiales y de carácter eminentemente interior.

1.4 Modelo dual. La teoría de las fronteras

Con motivo de los problemas planteados por el modelo démico, numerosos investigadores construyeron modelos alternativos, muchos de los cuales se centraban en la búsqueda de un punto intermedio en las explicaciones de la expansión del Neolítico y en los que se valoraba de un modo más llamativo la reacción de los grupos de substrato sobre los que ésta incidió. Así, se empezó a revisar el registro arqueológico desde nuevas perspectivas, según las cuales los procesos de aculturación, desarrollados a menor distancia, darían lugar a una continuidad en el registro material arqueológico y en los patrones de asentamiento, mientras que los procesos de colonización producirían una discontinuidad en el registro material y en los patrones de asentamiento, produciéndose establecimientos *ex novo* en lugares recurrentes, apareciendo elementos materiales novedosos comunes a grandes áreas, algunas de ellas alejadas y dando lugar a cierta homogeneidad en los registros derivados de horizontes culturales similares.

Dentro de este replanteamiento, que en gran medida incidía en la necesidad de tener más en cuenta el registro arqueológico a la hora de abordar el planteamiento de modelos explicativos teóricos, surgió una de las interpretaciones que mayor éxito ha tenido en la Península Ibérica y que se conoce como Modelo Dual.

Esta construcción interpretativa se fundamenta principalmente en la asunción de la existencia de una colonización que dio lugar al desarrollo sincrónico de dos modos de vida, uno foráneo, productor y puramente neolítico, y otro autóctono, cazador-recolector, propio de grupos mesolíticos. La interacción entre ambos complejos culturales, dio lugar a procesos de aculturación en los que se pueden distinguir grupos de substrato neolitizados o en proceso de neolitización, garantes en el fondo de una continuidad cultural y los propiamente neolíticos, que conformarían esquemas de ruptura cultural.

Por ello, detrás de este modelo se esconde la aceptación del modelo mixto, esto es, con un doble componente de colonización y aculturación aparentemente mensurable y registrable a nivel arqueológico. Esta teoría, derivada del modelo mixto de frente de avance, propone la existencia en toda la cuenca del Mediterráneo de dos clases distintas de asentamientos que, con cronología del Neolítico Inicial en cada zona, conforman un modelo de patrón de asentamiento, cultura material y economía de subsistencia eminentemente dual, que es el que cabría esperar del contacto entre el frente de avance colonizador y las poblaciones mesolíticas locales (Bernabeu *et alii*, 1993:245)

El modelo defendido por Bernabeu se nutre de los planteamientos iniciales contra el modelo de expansión démica, que dieron lugar a los modelos mejorados de *frontera agrícola* (Zvelebil y Roley-Conwy, 1984; Dennel, 1985), que tratan de explicar, de un modo más convincente, el modelo de avance propuesto por Ammerman y Cavalli-Sforza. De este modo, si estos autores concebían el avance del neolítico a modo de sólidos grupos humanos que arrasaban con todo cuanto ya existía de antemano (Zvelebil, 1986:11-12), las nuevas propuestas hablaban de un modelo de *Colonización Pionera*, similar al producido en el Oeste Americano en el siglo XIX (Dennel, 1985) Así se advertía la presencia de fronteras estáticas y dinámicas, abiertas o cerradas a su vez, de las que se derivaría la existencia o no de contactos, y por extensión la permeabilidad o impermeabilidad de todo el sistema social de los grupos de cazadores recolectores (Dennel,1985) Este proceso desembocaría en la paulatina colonización de los territorios mesolíticos, bien por la adopción de dichas innovaciones por parte de los grupos de substrato, o por el arrastre y desplazamiento de estos cazadores y recolectores por parte de las nuevas sociedades agrícolas, en un sentido inverso al de la dirección de avance de la expansión colonial.

En este punto parece claro admitir que la generalización de la economía de producción de alimentos derivó en un crecimiento poblacional exponencial. Este crecimiento tiene su explicación matemática en una curva pseudo-gaussiana conforme han explicitado diversos autores (Vogl, 2005:7) A su vez este modelo exponencial, aplicando los postulados de Skellam (1951) pone de manifiesto la existencia de un radio de expansión media seguido de una dependencia lineal con el tiempo, lo cual contradice el postulado de la ecuación de Einstein-Smoluchowski. Esto es así debido a que a mayor fuerza demográfica, lo cual es de esperar en desarrollos de interetnicidad, mayor incremento poblacional y por consiguiente una dispersión mucho más rápida (Vogl, 2005: 7)

Con el modelo propuesto por Dannel, asistimos a una *colonización selectiva* de áreas, en principio las más fértiles desde el punto de vista agrícola, por lo general desocupadas, y posteriormente de zonas subóptimas. Esta ocupación de áreas despobladas parece reproducir un sistema de implantación que evita el contacto con las poblaciones locales, y con ello el choque entre grupos, que no obstante será inevitable, como se verá a lo largo de esta obra, conforme avance el tiempo, la densidad de poblamiento colono y la existencia de recursos comunes -derivados del disfrute del territorio- en crisis. Este sistema de fronteras móviles y estáticas, basado en las ideas de Alexander, incorpora con la mejora realizada por Dannel una serie de grados en el proceso de participación de los grupos de cazadores-recolectores indígenas. Se trata, por tanto, de señalar la importancia del sustrato mesolítico o pre-neolítico de cada una de las regiones a ocupar así como la constatación de los recursos naturales beneficiables por cada uno de los grupos, atendiendo a la diferente concepción que de los mismos tiene cada comunidad.

De forma resumida, puede señalarse que la acción desempeñada por los grupos de cazadores y recolectores en éste modelo varía según el tipo de frontera que se distinga. Así, con un sistema de fronteras móviles o permeables, se puede evidenciar la existencia de contactos que llevarían a la asimilación final de los grupos de cazadores-recolectores en el seno de las comunidades campesinas, o bien a la adquisición de los recursos y técnicas necesarios para la obtención del modelo de vida campesino por parte de las sociedades de cazadores-recolectores, y por supuesto, la migración de recursos novedosos dentro de las áreas gestionadas por los cazadores recolectores, asumiendo que estos grupos podrían llegar al extremo de obtención de recursos casi por un sistema de experimentación o reproducción de comportamientos (Dannel, 1985)

Si la frontera es por el contrario impermeable, se produciría un proceso de colonización que conllevaría el desplazamiento de los grupos de cazadores-recolectores por parte de los campesinos, o la ocupación de áreas libres dentro del espacio gestionado por los primeros. Por su parte, el modelo de frontera estática, en caso de ser abierta, originaría un modelo de contacto simbiótico -con intercambios-, o parásito, en el cual las sociedades de cazadores recolectores accederían a los recursos campesinos a través del robo o la guerra. Por su parte, si la frontera estática es cerrada, el resultado evidente es el de inexistencia de contacto.

El modelo planteado por Dannel es en sí completo, realista y desarrollable, si bien fue modificado ligeramente por Zvelebil a través del **Modelo de Disponibilidad** que representaba una extensión del modelo anterior. La idea de disponibilidad, en el fondo, vendría a señalar que los únicos grupos indígenas que podrían acceder a la reproducción de sistemas neolíticos serían aquellos que se encontrasen en una fase de disponibilidad, esto es, que hubiesen alcanzado un alto nivel de complejidad en sus desarrollos culturales. Este desarrollo complejo les capacitaría para la interacción con los grupos de colonos al tiempo que la adopción de un modelo productor no provocaría quiebras lo suficientemente netas en el sistema indígena como para desestructurar la integridad grupal.

Este modelo aplicable a otras épocas, plantea en su aplicación al Neolítico graves problemas que, en el caso de la Península Ibérica, deben ser aún contrastados y que consisten, por lo general, en aceptar la existencia de un escalafón irreal dentro de los grupos indígenas -a nivel de desarrollo cultural- según el cual, unos grupos entrarían en contacto con los colonos, debido a que se encontraban en un sistema pre-productor, mientras que otros grupos no podrían acceder a esa aculturación, o lo tendrían más complicado debido a que su estructura cultural no estaba lo suficientemente avanzada como para soportar el cambio.

Es este un criterio poco estudiado, peligroso y en cierto modo arbitrario que presupone, como han señalado algunos investigadores, que la adopción de la agricultura fue aceptada, sencillamente, porque era el mejor sistema, sin duda debido a que quienes construimos la Historia, en el fondo, somos los herederos de esos agricultores (Hernando, 1999)

En el caso del interior de la Península Ibérica, por lo general se ha procedido a una simple transpolación del *Modelo Dual* aceptado para las tierras de Levante, sin reparar en cuál fue la verdadera dimensión del mecanismo neolitizador respecto a la configuración cultural de las poblaciones indígenas. A este respecto, debe añadirse que no estamos hablando, como se mantenía hace unas décadas, de una tierra ignota o deshabitada, sino de áreas más o menos pobladas, dotadas de una singularidad y desarrollos propios que como tal debió contar con sus mecanismos de control territorial, sus sistemas y redes de intercambio, etc. sobre los que debería actuar el novedoso proceso de neolitización que, en el fondo comportaba, según demuestran las evidencias etnográficas, una construcción cosmológica y cultural por completo diferente de la de aquellos grupos indígenas.

Una de las ventajas que ven algunos investigadores en el **Patrón Dual** es que permite la comprensión de la convivencia, dentro de los mismos límites cronológicos y geográficos, de comunidades humanas con distintos patrones de subsistencia y grados de desarrollo tecno-económico. No está, como veremos, muy lejos esta comprensión de los postulados de nuestra teoría de la relatividad histórica, ni tampoco de los postulados de la interetnicidad. Este modelo implica además la defensa del concepto de **epipaleolítico en vías de neolitización** (Vicent, 1996: 604) Para Vicent existe actualmente un consenso a nivel de investigación sobre el modelo de neolitización a escala peninsular cuyo núcleo es lo que se ha dado en denominar **teoría dual**.

Este modelo llamado, de forma en cierto modo despectiva por Olaria y Gusi, **paradigma cardial** tendría la ventaja de proporcionar un potente modelo analógico para el conjunto de la Península: comunidades plenamente neolíticas, implantadas inicialmente en áreas limitadas ejercerían un papel aculturador sobre comunidades de cazadores y recolectores de tradición epipaleolítica. Estos procesos de aculturación acontecen casi siempre a escala regional, pero la acumulación de sus efectos a largo plazo reproduce la misma estructura básica a escala mayor, en nuestro caso peninsular, lo que explica que la aparición de los rasgos arqueológicos neolíticos en las diferentes unidades geográficas que integran la Península Ibérica muestre un lógico gradiente cronológico en sentido Este-Oeste cuyo patrón espacial es aún difícil de precisar y sobre el que no obstante debe operar el postulado relativo referente al componente marino. Este puede detectarse en la inversión del sistema en el momento en que la colonización pionera, cardial y marina, se implantó en las tierras costeras portuguesas. En ese momento se produce la mencionada inversión –ahora de componente Oeste-Este- que es, a nuestro entender, el origen del complejo mosaico cultural neolítico del occidente peninsular y europeo y de las tierras del interior de la Península.

En definitiva, el resultado lógico del proceso sería la progresiva reducción de la amplitud de las áreas exteriores a la *frontera agrícola* hasta culminar, posiblemente a finales del VI milenio BP en la neolitización total de la Península Ibérica. Aún cuando a partir de este momento pudieran quedar algunos reductos ajenos al proceso, en realidad carecemos de

evidencias al respecto. Otra cosa será, como se verá más adelante, que el proceso afectase a determinadas regiones en un momento muy avanzado de la neolitización de otras y que por ello nos encontremos realmente ante un proceso de calcolitización como primer estadio *neolítico* en sentido estricto.

Una vez más es necesario recalcar la inoperancia de los sistemas interpretativos restringidos, o al menos su operatividad parcial. Las secuencias evolucionistas, aún cuando en ocasiones parezcan lógicas, no soportan en absoluto el rigor de un análisis global. Es bueno y útil contar con un marco de interpretación básico a modo de andamiaje sobre el que debe soportarse el entramado interpretativo fenomenológico, pero éste debe ser utilizado siempre con la debida atención y flexibilidad. Así, un modelo estricto, rígido y unimodal es absurdo pues aún cuando puede explicar determinados acontecimientos en la escala local o regional no sirve como modelo interpretativo a una escala mayor; y es esta escala referencial la que más nos interesa construir, pues es su trama la que constituye una explicación para los fenómenos, procesos y desarrollos históricos y culturales. Es este un esquema interpretativo sobre el que se ahondará en el momento de tratar la cuestión de las coordinaciones espacio-temporales aplicadas al estudio histórico en un apartado posterior.

Regresando al juicio del modelo dual, desde nuestro punto de vista plantea un problema de fondo. Este es el de la simplificación y el concepto evolucionista que implica cuando se muestra, dentro de su aparente flexibilidad, que todo lo epipaleolítico-mesolítico ha de pasar casi necesariamente por un estadio *favorecido culturalmente* de neolitización. Esto es, no es admisible la perduración de estadios culturales anteriores. Esta asunción representa un grave riesgo, máxime cuando hablamos de procesos históricos en los que ha triunfado un modelo económico o cultural frente a otro. En el fondo, los acontecimientos históricos siempre exceden en sus desarrollos a los modelos que, definidos por la investigación, los constriñen. Esta diferencia entre acontecimiento y análisis, reside fundamentalmente en la percepción alterada, parcial y borrosa que tiene el investigador ante la visión, desde el exterior, del acontecer histórico y que le lleva a confundir el cumplimiento de su modelo con una aparente ausencia de evidencias empíricas válidas para dotar de sentido a cualquier alternativa al mismo. De forma resumida debe atenderse a la Historia desde un método empírico de trabajo en el que el dato, o el conjunto de datos, conducen al modelo y nunca considerando que el modelo creado *a priori* conduzca a los datos necesarios para demostrar su eficacia.

Por ello, aún cuando el modelo dual se presenta, a nuestro juicio, como el más lógico y válido de los modelos planteados, de nuevo nos hacemos eco de la necesidad de mantener abiertas vías de investigación que enriquezcan nuestra percepción de hechos acaecidos en épocas remotas y de los que, por desgracia, tan sólo poseemos leves retazos.

En el caso de la Meseta española el problema tiene una magnitud mayor. En primer lugar la dinámica investigadora ha sido más pobre que en otras áreas lo cual ha condicionado las explicaciones y la proposición de modelos que, dada la situación central de las tierras que nos ocupan, debían siempre ajustarse a lo acontecido en su periferia. Esta concepción no sólo ha robado protagonismo al proceso de neolitización del interior peninsular, sino que lo ha supeditado a esquemas de dependencia de las áreas que lo circunscriben, invalidando en cierta medida la respuesta, desigual pero contundente, que pudieron tener los grupos de substrato que habitaban esta zona.

Bien es cierto que de forma general el modelo de neolitización válido para las tierras del Levante o las costas portuguesas, dada la universalidad de su aplicación, puede extrapolarse sin más al interior de la Península Ibérica, pero debe actuarse con cautela, pues, como se tratará de mostrar a lo largo de esta obra, la aplicación de un mismo proceso pudo tener consecuencias diferentes en un área que, por su propia situación, era el refugio final de gran parte de los grupos indígenas empujados por la implantación

neolítica y desplazados de sus territorios originales. Por ello, aún sin anticipar resultados, debe dejarse abierta la posibilidad de que en las tierras del interior, la resistencia mesolítica hubiese planteado una respuesta contundente al proceso de neolitización.

Teniendo en cuenta esta premisa es necesario recurrir a la construcción de una nueva estrategia teórica sin la cual, si bien se podría avanzar en el terreno de la explicación regional o local, se perdería el único punto de vista que permite estructurar el desarrollo cultural e histórico de un modo pleno, esto es, el enfoque global u holístico. Ahora bien, este modelo, precisa de una compartimentación cronológica acorde con la concatenación de desarrollos de diferente origen, con la visión de mosaico cultural que, en el fondo, posee en cada caso una percepción temporal y espacial -una coordinación vital, por tanto- diferente.

Sin abundar de momento en ello, la etnografía y los relatos históricos, nos han dejado notables evidencias referentes a la diferente compartimentación temporal y espacial que poseen los grupos de economía de subsistencia -basada en estrategias de caza y recolección- y los de economía de producción. No en vano, la construcción del tiempo, como elemento de medida precisa, es un desarrollo derivado, en última estancia de la economía de producción (Lledó, 1999) y nada tiene que ver con el concepto temporal de los grupos de substrato.

Tan sólo desde la capacidad de reconstruir un marco temporal múltiple, basado en la idea de dilatación de las duraciones y pérdida de universalidad del criterio de sincronía, puede la investigación, a través de la construcción de la relatividad física, acercarse al abismo que plantea el estudio de culturas y desarrollos de los que nos separan no sólo varios milenios, sino universos referenciales netamente diferentes.

Por todo ello es por lo que se plantea, como marco final de las interpretaciones y casi como preámbulo de la construcción teórica que ha guiado la metodología de este trabajo, la necesidad de abordar el estudio del proceso de neolitización desde una perspectiva amparada en el modelo dual, pero con la matización necesaria de un punto de vista global y relativo, tal y como a continuación se especifica. Es pues, dentro de esta obra el enfoque relativista analizado desde un enfoque físico-cultural una de las aportaciones fundamentales al entendimiento del Neolítico no sólo como periodo histórico, sino como desarrollo cultural integrado en un desarrollo superior -la Historia- y a su vez enmarcado en un transecto cronológico determinado, si bien no Universal.

1.5 Modelo Regional Global

Con el paso de los años y la depuración y refinado de los modelos teóricos que ello conlleva, se ha ido haciendo cada vez más necesario el establecimiento de un postulado general de interpretación. En cierto modo esta necesidad, como la generación de modelos localistas en exceso o simplemente regionales, ha sido acorde con los acontecimientos históricos ocurridos en España y a mayor escala en Europa.

Las explicaciones difusionistas encontraron acomodo en la España de principios de siglo y en especial en las interpretaciones realizadas con posterioridad a la Guerra Civil y facilitaron la generación de trabajos de temática global -en el sentido estricto del concepto de España- y obras generales de referencia. La existencia de movimientos contrarios a aquella concepción general -caso de los catalanistas y nacionalistas vascos- favoreció la creación de algunos trabajos, notables en ocasiones, dedicados a la búsqueda de explicaciones más localistas y tendentes a la puesta en valor de lo indígena, entendido como entidad 'Nacional'. Estos trabajos tuvieron, y aún tienen en algunos casos, como denominador común la búsqueda de razones históricas para sus respectivas construcciones soberanistas y nacionales.

Si el difusionismo supuso un exceso en la búsqueda de paralelos y en la indagación acerca de la génesis de algunos procesos y en especial del Neolítico, la respuesta desde los años ochenta y noventa del pasado siglo fue el rehúso a la búsqueda de modelos globales y la cautela excesiva ante las explicaciones coloniales.

El modelo explicativo global fue sutilmente anunciado por algunos investigadores (Vicent, 1984; López García, 1984), pero no llegó a tener la fuerza suficiente para convertirse en modelo explicativo. Esta falta de fuerza debe fundamentarse no sólo en la carencia de datos, que hasta fechas recientes ha sido muy grande, sino también en una ausencia de estudios globales que partieran de la correcta consideración de ciertas evidencias materiales y no exclusivamente en el análisis local y regional que, casi de un modo paralelo a la configuración territorial de la España actual, ha llevado a lo que algún investigador ha denominado de modo correcto y acertado el *neolítico de las autonomías* (Hernando Gonzalo, 1999)

Por todo ello, y superando el excesivo localismo, arbitrario e inútil al que nos mantiene amarrados la ausencia de visiones globales de la mayor parte de las administraciones autonómicas, consideramos necesario partir de estudios regionales, si bien aceptando de antemano, como marca el proceso holista, que las características globales no dependen de los mecanismos locales, y que resulta imposible comprender la dinámica general de los sistemas estudiando, por separado, las partes que lo componen (Rodríguez Alcalde *et alii*, 1995)

El principal concepto que debemos retener en nuestra mente es el del Neolítico como parte integrada de un sistema natural. En tanto que así es y en tanto que experiencia por ello ordinaria, el Neolítico como desarrollo cultural estará limitado por el tiempo, el espacio, la Ley de Causalidad y acción- reacción, según las cuales a toda causa le sigue un efecto y que toda acción produce una reacción opuesta de la misma intensidad. Por otra parte es este un sistema dinámico sometido a un proceso paulatino y continuo de cambio y movimiento. Esto es así porque la cultura, el desarrollo humano y todo cuanto a él se encuentra asociado, por encima de cualquier otra consideración, está sometido a las Leyes de la Física. Estas condicionan por tanto nuestra capacidad de investigación, pero también la dirigen¹.

Puede concluirse que es imposible documentar una única solución, una única vía de trabajo o un único movimiento de procedencia de cara a explicar la implantación del Neolítico. La explicación no puede substraerse nunca de los desarrollos que acontecen en sus inmediaciones, e incluso en áreas aparentemente alejadas. Esta situación señala la necesidad de recurrir, en muchas ocasiones, a la búsqueda de causas que permitan interpretar determinados efectos en un área concreta, al otro extremo de una región, un país, un continente, e incluso del Planeta. La escala de retrospección, espacial y temporal, depende, sin duda alguna, de la envergadura del hecho que se analice, y en el fondo, siguiendo el postulado físico y matemático que en las líneas que siguen se expondrá, depende del sistema de referencia en el que se encuentre inmerso el efecto estudiado o la causa que lo provocó.

No puede seguir manteniéndose un minuto más una ciencia que ignora e incluso en ocasiones contradice los postulados básicos que rigen nuestro Universo. La física no es,

¹ El problema, como trataremos de demostrar en el apartado siguiente es que los historiadores y arqueólogos han demostrado por lo general un enorme desprecio hacia las ciencias físicas. Esto ha motivado que la concepción general de la física latente en su mente haya sido la de la física clásica. Así, mientras esta ha dejado de ser realmente operativa, el marco de referencia conceptual propio de ella se ha mantenido intacto, como una vieja reliquia heredada y mantenida desde el siglo XIX en la mentalidad del arqueólogo moderno.

Sin duda algo más de formación científica y un poco de conocimiento de teorías tan innovadoras como la del Quantum –no es posible descomponer el mundo en pequeñas unidades de existencia independiente (Capra, 1977)- permitirían tejer menos teorías históricas inverosímiles o al menos actuar con mayor flexibilidad a la hora de aprobar algunas interpretaciones que, por lógicas, se han obviado de un modo repetido.

obviamente la panacea, pero cualquier interpretación histórica ha de estar construida sobre la razón y sobre el respeto del marco físico que rige los acontecimientos. Aquí no cabe réplica, duda, ni contestación alguna. Este postulado es científico mientras que otros, incluso algunos que gozan de gran prestigio entre los arqueólogos, no lo son.

Por ello, el modelo con el que se ha trabajado en la confección de esta obra, y la investigación minuciosa que se esconde detrás de ella, puede ser comparado con un modelo fotográfico. Se ha tratado, en la medida de lo posible, de trabajar con película de alta sensibilidad de modo que, por muchas ampliaciones que se quieran hacer de la imagen, ésta no muestre un porcentaje de "grano" que impida observar el detalle seleccionado. Por eso mismo, esta pequeña introducción no es gratuita. Por eso se viajará constantemente a lo largo del texto desde el paisaje más local -un paso de montaña, un río, un yacimiento concreto- hasta la unidad referencial de primera magnitud -la Península Ibérica-. No puede abordarse el estudio de la Meseta sin *referenciarlo* a la Península. No puede estudiarse el Neolítico del interior sin saber cómo se desarrolló el de las costas levantinas y atlánticas. No puede plantearse un modelo de reconstrucción social, económico, religioso, sin recurrir a los datos etnográficos a escala global que sirven de base comparativa.

El modelo Regional Global trasciende en sí el marco físico y geográfico. Dentro de él tiene cabida y sentido el estudio del tiempo, tanto desde una perspectiva histórica, como desde los más modernos postulados de la relatividad restringida o especial. Gracias a él se puede avanzar en las explicaciones aplicadas a los esquemas decorativos que presentan las cerámicas o a la configuración tribal de las pinturas de numerosos abrigo.

Hipótesis de trabajo

Con la finalidad de simplificar el estudio del proceso de neolitización del interior de la Península Ibérica, y basándonos en el detenido estudio de cada región, hemos llegado a la conclusión de que éste proceso puede representarse esquematizado en diagramas secuenciales que responden principalmente a las proposiciones siguientes:

- 1.-Origen alóctono del Neolítico peninsular.
- 2.-Vinculación marítima del principal exponente del Neolítico Antiguo: el mundo colonial de carácter cardial.
- 3.-Distribución ordenada y gradual de la implantación neolítica respondiendo a un esquema definido por la difusión costa / interior en la fase antigua del Neolítico (Cardial) Esta implantación incluye tanto los movimientos Este - Oeste, como aquellos de corriente contraria Oeste - Este derivados de la implantación pionera costera en el sector atlántico portugués.
- 4.-Existencia de dos mundos etno-culturales perfectamente diferenciables: el de los colonos y el de los indígenas, a los que más adelante se les unirá un tercer grupo, el de las comunidades aculturadas.
- 5.- Existencia de desarrollos regionales y locales diferenciados dependiendo del modelo de colonización o aculturación puesto en práctica.
- 6.- Generación de un mosaico etno-cultural en el que se acrisolan desde un principio las tres soluciones culturales señaladas: indígenas, colonos y grupos aculturados. Este mosaico trasciende la noción de tiempo que se ha manejado hasta la fecha. Por ello se hace innecesario hablar de grupos *retardatarios*, puesto que hablamos de **desarrollos temporalmente sincrónicos pero culturalmente divergentes**.

Estos parámetros, no obstante, no deben ser tomados como elementos rígidos, sino como componentes flexibles del mencionado sistema dinámico. Las soluciones finales son tantas como combinaciones y permutaciones puedan realizarse. Así que, hasta la fecha, el primer Neolítico de la Península Ibérica es cardial, y que debido a su patrón de dispersión se le pueda considerar marítimo no implica la inexistencia de otras corrientes

alternativas de neolitización, por ejemplo, las derivadas de la capilaridad, relativa pero existente a través del Pirineo. No entraremos a dilucidar de dónde procedía esa primitiva oleada cardial, pues en el fondo, de cara a la neolitización del interior de la Península Ibérica, es una cuestión que excede el marco de esta obra y sin duda debe formar parte de un nuevo análisis y de otros trabajos.

El supuesto del carácter marítimo del Neolítico Cardial se deriva, sin duda alguna, de las evidencias que sobre la navegación tenemos desde momentos avanzados del Paleolítico Superior. A nivel general, la idea de navegación, como puede ser la de la domesticación de animales de carga y desplazamiento como el caballo, parece irrelevante. Nada más lejos de la realidad. El uso de elementos técnicos, más o menos desarrollados, implica un cambio conceptual de primera magnitud. Así, dos conceptos tan importantes como son el espacio y el tiempo no se miden de igual modo en una sociedad cazadora, de cariz terrestre y pedestre, que en una sociedad conocedora de los rudimentos de la navegación o del uso de ciertos animales como elementos de tiro incluido, claro está, el perro.

El tiempo y el espacio, como incidiremos más adelante en ello, no se mide por igual si se viaja a pie que si se hace a lomos de una caballería o sobre una barca. Como veremos en breve, esta modificación siquiera aspectual, conlleva un cambio de sistemas de referencia, algo que hoy en día casi se obvia. Por ello, es posible concebir diferencias notables entre grupos humanos vecinos por el mero hecho del medio de locomoción que usan. Algo parecido sucedería hoy en día si tratásemos de comparar nuestra conceptualización del espacio y el tiempo con la de un grupo de pastores africanos.

No se trata de hablar de grandes navegaciones, si bien quedan documentadas en momentos avanzados del Paleolítico Superior (Dennel, 1985; Guerrero Ayuso, 1995: 805; 1999), sino de navegaciones de cabotaje, con penetraciones a través de los grandes ríos de la Península Ibérica y a mayor escala en la mayor parte de la Europa mediterránea y atlántica. No en vano, si se analiza cualquier mapa de ubicación de yacimientos correspondientes al Neolítico Cardial, se puede observar una clara concentración en torno a las áreas de estuario de los grandes ríos, junto a expansiones rápidas hacia el interior a través de caudales que históricamente han sido navegables en casi la totalidad de su recorrido (Fig. 2) A estas navegaciones antiguas, previas a la implantación neolítica se debe la llegada a las costas de algunas islas del Mediterráneo como Córcega, Cerdeña y del Norte de África como las Islas Chafarinas (Rojo *et alii*, 2005; 2006)

Puede tomarse, por tanto, el modelo regional global como una extensión de los denostados modelos difusionistas desde el punto de vista de que admite como incontestable dentro de un sistema dinámico natural la existencia de una difusión bien definida a modo de colonización (Jiménez Guijarro, 1998) Ahora bien, este es un difusionismo moderado, tal vez dual, en el que ha de valorarse, por igual, el impacto de las comunidades colonas en la mentalidad indígena y el que éstos produjeron en el seno de las comunidades productoras.

Admite por tanto este modelo la posibilidad de que se produjese la existencia de evoluciones *independientes*, dependiendo de sistemas referenciales diversos e incluso de fenómenos de *aislamiento* cultural que siempre darán lugar a un aparente desajuste en la solución etno-cultural, pues se asume en este modelo que **ninguna cultura debe recorrer las mismas distancias, cronológicas o espaciales, para alcanzar un estadio evolutivo determinado.**

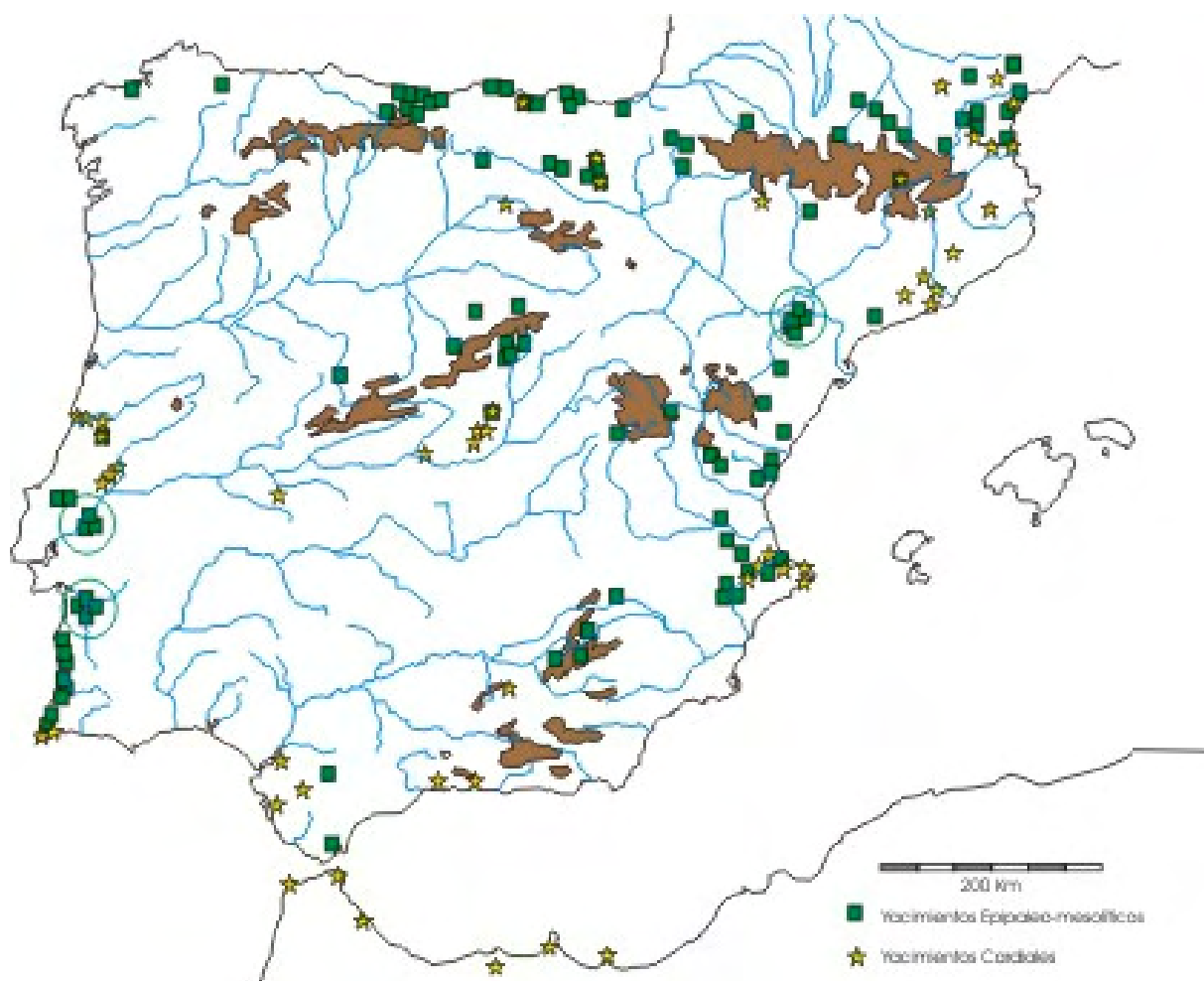


Fig.2.- Dispersión de yacimientos del Mesolítico Reciente y del Cardial antiguo en la Península Ibérica.

La idea de un modelo Regional Global no es en absoluto una innovación personal. Como ocurre por lo general en todas las ciencias, los investigadores más jóvenes somos depositarios de los embriones interpretativos de numerosos colegas. Así, el modelo global conoció en la Península Ibérica un primer intento, lamentablemente no holista, de manos de Pilar López en 1988. Como bien señala Vicent (1996: 602) la falta de datos concretos en muchas zonas imposibilitó que el proyecto funcionase, pero sentó las bases de los estudios serios. El mismo Vicent trata tímidamente este aspecto, e incluso parte en cierto modo de un punto de vista globalizador (1996: 601), tal y como dejó señalado en el transcurso del Primer Congreso de Neolítico Peninsular celebrado en Gavá en 1995, donde indicaba que *"idealmente la sesión sobre "desarrollos regionales" debía dar ocasión para trascender la escala local y **regional** en la que transcurre forzosamente la investigación arqueológica primaria y yuxtaponiendo su múltiples resultados, restablecer la visión global del proceso de neolitización a escala peninsular. Al mismo tiempo, esta yuxtaposición produciría una visión **global** del estado de la cuestión en las diversas unidades de análisis que conviven en el espacio peninsular y de las distintas orientaciones de la investigación en cada una de ellas"* (Ibidem) Incluso intuye que en las diferentes reuniones que traten el Neolítico, el principal interés será la posibilidad de rebasar el nivel de estas polémicas regionales con objeto de ensayar una aproximación a una futura discusión del *modelo de neolitización* a escala peninsular, (Vicent, 1996: 602), esto es, global.

2. Procesos de neolitización

La cuestión que se plantean los diferentes núcleos de investigación es cómo encajan realmente tantos modelos teóricos dentro del espacio empírico, o lo que es lo mismo, de qué modo se traduce, en hechos y datos, el proceso de neolitización.

Desde luego tan sólo hay una forma de poder responder a estas cuestiones. Esta parte de la observación directa y detenida de la mayor cantidad posible de elementos materiales, sobre los cuales, posteriormente, aplicando estudios de patrones de asentamiento, sistemas de explotación de recursos y cualquier otro método relacionado, se pueda obtener una imagen, lo más fiable posible del área de estudio.

Así, como ya quedó señalado, se debe hablar de un proceso pionero de expansión a través de la cuenca del Mediterráneo. Esta expansión, a su llegada a las tierras peninsulares, ocupadas por grupos indígenas inmersos en economías, más o menos desarrolladas, de base cazadora y recolectora, pudo dar lugar a varios mecanismos de intercambio cultural y démico de los que dependerá el proceso neolitizador del interior de la Península Ibérica.

La clave principal radica en explicar cómo se produjo la interacción entre los grupos de colonos e indígenas y en especial cuál fue la respuesta –o respuestas- de estos últimos a la llegada de los primeros.

De forma independiente a la relación de los grupos neolíticos con los conjuntos indígenas, hay una serie de yacimientos, a los que se viene considerando como **neolíticos puros**, que parecen corresponder a la primera implantación de grupos productores en el territorio peninsular. Estos primeros emplazamientos debieron contar con áreas de aprovechamiento y beneficio que consideraron propias y que, por sí mismas, constituyeron un primer territorio neolítico.

De un modo sincrónico, desde la perspectiva actual como se reflejará en un próximo apartado, se desarrolló un asentamiento cazador recolector a modo de mosaico (Fig.3) compuesto por diferentes grupos y los emplazamientos que de ellos se derivaron. Este conjunto de yacimientos, se integró dentro de un territorio, sin duda de mayor amplitud, y dilatada trayectoria de substrato, en el que desarrollaron su ciclo vital los grupos de cazadores y recolectores mesolíticos.

En la configuración de este *paisaje*, en un momento que puede centrarse en torno al VIII milenio BP, se produjo una interacción entre grupos indígenas y colonos. Este contacto debió derivar en un crisol de comportamientos que pueden ir desde la práctica de la evitación mutua hasta los más complejos procesos de interacción tribal; desde la más pacífica convivencia, hasta el más cruento de los enfrentamientos.

Los que a continuación se explicitan son, en definitiva, los procesos que pudieron desarrollarse y sobre los que debemos detener nuestra atención. Todos ellos cuentan con referentes etnográficos fundamentados en hechos y acontecimientos históricamente probados. Por ello deben ser tenidos en cuenta a la hora de tratar de explicar el panorama, siquiera aproximativo, vivido durante el proceso de implantación del Neolítico.

2.1 Procesos de aculturación y colonización

Los procesos de interacción étnica y cultural que se establecen entre los grupos humanos pueden ser de diversa índole, y en algunos casos su determinación dentro del campo de la investigación prehistórica resulta complicada. Una de las escalas de valoración que debe ser tomada en cuenta es la que señala el carácter de la interacción. De este modo, la primera pregunta que debe hacerse al registro es ante qué tipo de relación nos encontramos. A este respecto, no se aplicarán los mismos enfoques de interpretación si

se trata de un proceso de intercambio entre grupos vecinos, por lo general indígenas de una misma área geográfica, o vecinos próximos, que si nos encontramos con la llegada de contingentes humanos –independientemente de su volumen– desde áreas más alejadas, o incluso de áreas próximas pero a las que separa una barrera de desarrollos culturales muy diferentes.



Fig. 3.- Ejemplo del modelo de mosaico cultural para los grupos mesolíticos en el área francesa. Según Rozoy (1998)

En el primer caso será más útil emplear el enfoque de mosaico cultural, según lo establecido por Thevenin (1990; 1991; 1992) y Rozoy (1997) Mientras que en el segundo caso, será más práctico el empleo de modelos de reconstrucción colonial.

En el caso que nos ocupa en esta obra, el uso de un modelo u otro, dependerá de la escala a la que se aplique el enfoque. Así, cuando se presenten las evidencias de sustrato correspondientes al Paleolítico Superior Final y al Epipaleolítico, al igual que cuando se trate de conformar el Mesolítico propio del interior de la Península Ibérica, y por tanto en escalas temporales altas, que comprenden entre el XIII y el VII milenios BP, será lícito

utilizar el modelo de mosaico cultural. Este, se aplicará además con la finalidad de comparar los desarrollos a ambos lados de los Pirineos dentro de esa estrategia explicativa global a la que se hacía referencia en el apartado anterior.

En el momento en el que se atisben las primeras evidencias de implantación neolítica, se hará necesario modificar la escala de enfoque manteniendo, no obstante, el esquema de mosaico cultural en aquellas áreas en las que el registro indique la evidencia de una continuidad respecto al sustrato. Así, sería ilógico plantear el análisis de los datos desde la perspectiva única del modelo colonial, pues sin duda estará dotado de validez para los casos en los que se hable de implantaciones de comunidades colonas y de indígenas neolitizados, pero será del todo inoperante para la explicación de los esquemas de continuismo indígena, inmersos en su propio marco referencial espacio-temporal. De otro modo se limitaría la respuesta a dos únicas posibilidades: aculturación o exterminio.

Por lo tanto, como señalábamos, desde que se documente la implantación neolítica, esto es, en torno al VIII-VII milenio BP y hasta la desaparición de los últimos grupos de cazadores-recolectores en torno a la transición entre el V-IV milenio BP, se hará precisa la utilización conjunta del modelo de mosaico y del colonial, buscando más adelante soluciones intermedias para interpretar la mayor parte posible de situaciones, cuando no su totalidad.

De lo expuesto se extrae que resulta posible rastrear, merced a los datos arqueológicos con los que se trabaja, la existencia de dos aspectos dicotómicos: la **aculturación** en tanto en cuanto proceso de recepción y asimilación de elementos culturales de un grupo humano por otro, y la **colonización** en tanto en cuanto implantación de un grupo humano -más o menos numeroso- en terreno *inculto*, o perteneciente a otro grupo humano con la intención de poblarlo y cultivarlo. Un tercer aspecto, no menos destacado, será el continuismo. Este debe ser entendido como el desarrollo alargado de una corriente cultural previamente establecida.

En ambos casos una de las condiciones necesarias para que se desarrolle cada proceso es la presencia de grupos humanos en mayor o menor número. Ahora bien, el cambio substancial reside en el comportamiento conductual, tanto del grupo receptor (aculturado/colonizado) como del grupo de referencia (aculturador/colonizador) en términos de antropología cultural.

Es una falacia pensar, por muy *down the line* que se quieran vislumbrar los procesos, que las ideas, los elementos culturales o las modas, al fin y al cabo, viajan por etéreos hilos de contacto e intercambio de forma independiente del desplazamiento humano. Ese esquema funciona a la perfección en la era de las altas tecnologías en la que vivimos y que permite el acceso inmediato a un patrón o moda, lo cual facilita en gran medida la adopción del mismo por otro grupo; pero en esquemas tradicionales, y más aún en los prehistóricos, este viaje de las ideas es poco menos que impensable a gran escala y sería, a nuestro entender, como pretender colocar a un colono neolítico sobre la superficie de la Luna por el mero hecho de que en 1969 pudo hacerse.

Los hilos de reciprocidad y comunicación intergrupal a los que se refieren los investigadores existen y son perfectamente identificables. Asimilar a la existencia de estos hilos un cambio cultural neto es poco más que imposible. Al igual que la presencia de una golondrina no hace primavera, la presencia de un objeto *importado* o de origen exótico no implica cambio cultural, pero sí intercambio, sí adquisición directa o indirecta que en un momento de la cadena debió ser, sin duda, directa. Pero un objeto, en sí, no es más que un dato, un elemento vacío de contenido, muerto, y que como tal puede viajar de mano en mano, pero no es capaz de transmitir información que vaya más allá de su belleza formal. No es en definitiva capaz de formar cultura.

A este nivel, lo trascendente es la idea que condensa el objeto. La simbología que esconde y la posibilidad de traducirla, y lo que es más importante, de reproducirla junto a su mensaje implícito, fuera de su contexto. Esto es imposible que se produzca por ciencia infusa. Es imposible que del objeto cerámico manufacturado y decorado, un indígena realice una abstracción contemplativa que le lleve a comprender de forma inmediata su valor y significado intrínseco y extrínseco y por extensión a concebir que de la modificación de la tierra a través del fuego, él mismo puede fabricar un objeto similar. Aceptar esto es optar por un salto lógico. Por el contrario, para que exista posibilidad de cambio cultural o aculturación, el objeto debe viajar unido de manera indefectible a un elemento humano capaz de decodificar su significado y transmitirlo al receptor. Si no, como señalábamos, el objeto no se encontraría dotado de vida –de cultura-. Esta sencilla clave es la frontera que separa a un objeto, por su valor crematístico, estético, de la inteligibilidad del mismo y, lo que es más importante, de la comprensión de lo que ese objeto significa y el modo de reproducirlo, tanto a nivel material como simbólico.

Un ejemplo cotidiano se presenta al arqueólogo y el coleccionista casi a diario cuando debe enfrentarse a objetos de los que se desconoce su uso, función y valor. Así, un recipiente de pequeñas dimensiones fabricado en barro cocido es explicado como una cuchara, mientras que su verdadera utilidad podría ir de un elemento votivo, e incluso religioso, hasta el de un adorno. Algo similar puede señalarse del arte parietal prehistórico, que valoramos en su dimensión artística, e incluso religiosa, y al que suponemos un valor proto-lingüístico, pero del que no podemos asegurar cuál era su significado. El problema reside en el desconocimiento del código, de la relación que se establecía en el grupo que lo originó entre valor extrínseco e intrínseco y del que desconocemos tanto su funcionalidad como su significado, que es casi como desconocerlo todo.

De este modo, como señalamos en las páginas iniciales, presentar un cambio cultural tan neto como es el de la introducción del aprovechamiento de los productos domésticos como parte de una serie de intercambios a gran escala es improbable. De hecho, analizando detenidamente el discurso antropológico cultural en cuyo seno nació la idea de la aculturación, comprobamos que para que exista proceso aculturador es preciso que exista un *contacto directo y continuado de dos culturas*, siendo imposible que este proceso se de si no se cumple esa condición *sine quae nom*.

2.2 Modelo de *mosaico cultural*

El mosaico cultural es una construcción metodológico-interpretativa desarrollada por los investigadores franceses Rozoy y Thevenin (1982:365) para aplicarlo al estudio de las comunidades del Mesolítico Reciente y Final del área suroeste y centro de Francia. La base del modelo descansa en la idea de establecer extensiones geográficas aplicadas a cada grupo mesolítico, basándose en las evidencias de las dataciones del Carbono 14, datos palinológicos e industria lítica, en especial de las armaduras geométricas, ya que según señala Thevenin, son los elementos del registro que mayor carga cultural presentan (1999: 177) El resultado final reside en la confección de cartografías aproximativas que permitan la visualización de la evolución del poblamiento.

El análisis concienzudo y exhaustivo desarrollado en esa zona de Francia, ha permitido llegar a la conclusión de que durante el Mesolítico, existió una notable complejidad en el poblamiento y su distribución por el territorio. Este se realizó a modo de mosaico de pequeños grupos -Rozoy habla de tribus dialectales como elementos culturales (1998:528)- que evolucionaron de un modo paulatino y lento en periodos de entre 500 y 1000 años. Estos grupos establecieron interacciones que afectaron no sólo a zonas más o menos similares, sino a un nivel más amplio, a zonas culturalmente diferentes. En el seno de estas interacciones se puede señalar la existencia de algunos raros ejes de circulación e intercambio que, en el fondo, fueron los motores de las transformaciones culturales.

Según señala Rozoy, se puede hablar durante el Mesolítico francés de grupos regionales con personalidad propia en los que cualquier cultura identificada se correspondería a los vestigios materiales de una tribu dialectal de 1000 a 3000 individuos -incluidos los infantiles- comprendidos en grupos de entre 65 y 200 bandas con cerca de 15 personas cada una que gestionarían espacios de 120 - 140 kilómetros de diámetro, lo que señalaría territorios de entre 15000 y 30000 Km² (Rozoy, 1978; 1997; 1998a; 1998b:528)

A la hora de analizar estos mosaicos de implantaciones, deben ser tenidos en cuenta una serie de criterios que fueron definidos en su momento por Thevenin (1990:178 y ss.) y que han demostrado ampliamente su valor en la aplicación práctica. Estas directrices se fundamentan en la idea, ya señalada, de que el Mesolítico implica numerosas implantaciones humanas al aire libre o en cuevas y abrigos en las que se puede hablar de cultura, grupos culturales, componentes culturales y territorios. Estos son criterios simples, pero que implican la definición de lo que presuponen de cara a establecer las pautas de acción antes de entrar de lleno en la caracterización del área del interior peninsular.

Así, una **cultura arqueológica** constituye en sí una unidad histórica concreta y aprehensible en un espacio y en un tiempo dados y que se encuentra dotada de sus sistemas, sus estructuras y su dinámica propias (Lichardus *et alii*, 1985:225; Thevenin, 1990:178)

Por su parte, el **grupo cultural** es una entidad más restringida que no se diferencia del anterior, por norma general, más que en ciertos puntos particulares de las culturas o grupos que le rodean. Acuñar una definición tan amplia y genérica, así como la relación de cultura y grupo cultural, implica, según Thevenin, la necesidad de acuñar un término más restringido y más abarcable como es el de **componente cultural**. Este término incluye un conjunto de industrias o *armaduras* constituyentes de sus conjuntos y que presentan, en un periodo preciso, las mismas características o caracteres propios sobre una zona geográfica bien delimitada.

De un modo más restringido o definido a nivel arqueológico, se puede hablar de "componente cultural" conforme a lo establecido por Kozlowski (1983) Este término implica la definición de un grupo de útiles elaborados mediante una técnica definida. Es por tanto, un elemento elegido, de cara a la interpretación y por ello atendiendo a aquellos caracteres identificables arqueológicamente. No dejaría por tanto de ser un criterio eminentemente tipológico.

Para ser acomodado en la Teoría de la Relatividad Histórica hemos establecido una diferenciación más precisa del componente cultural. Entendemos como tales cada uno de los valores numéricos fijos dados para cada elemento material resaltado que forman parte de un grupo cultural o cultura arqueológica. Entendemos también que el coeficiente sumatorio de componentes será mayor cuanto más avanzada sea la línea base evolutiva. Los componentes culturales han de ser, obligatoriamente, elementos definitorios o clave que, no obstante, sólo tienen un valor definitivo dentro de la formulación del desarrollo cultural.

El espacio que ocupa, en un momento determinado toda cultura, grupo cultural o componente cultural, es pues un territorio de implantación. Éste, a su vez, se compartimenta en los llamados territorios de competición o contacto, de aprovisionamiento y explotación económica de medio y de hábitat, y pueden ser diferentes dependiendo de cada desarrollo cultural.

Bajo la denominación de armaduras, en esta obra, se acepta la idea del concepto francés (Thevenin, 1990: 178) de pequeños elementos de sílex, terminados en punta o con filos

laterales, por lo general microlíticos, si bien pueden no serlo y cuya funcionalidad está asociada a la acción de armar varillas de hueso o madera, en la punta o en su lateral, a modo de flechas.

Para aplicar el modelo de mosaico cultural a los diferentes componentes culturales como elementos de neta filiación cronológica y cultural debe atenderse a varias reglas metodológicas inspiradas en los postulados de Thevenin. Entre ellas cabe destacar la regla de **filiación directa**, la de **proximidad geográfica** o regla de **aloctonía**, ambas para la sistematización de las armaduras, o bien, de cara al trabajo con conjuntos de armaduras, las reglas de **derivación cultural** y de **regresión de las armaduras**. Por su parte, para los componentes culturales, debe atenderse a la regla de los territorios o **regla de las tres unidades**: tiempo, espacio y componente cultural, una de las bases empíricas principales de la Teoría de la Relatividad Histórica.

De forma esquemática, la **regla de filiación directa** señala que

- A) Toda armadura debe derivar de una armadura que le precede en el tiempo si aparece en la misma zona geográfica. En este caso se hablará de armadura autóctona.
- B) La presencia, en número restringido, de una serie tipológica de una o varias armaduras no autóctonas sobre una zona geográfica dada puede estar señalando la influencia de un componente cultural exterior, o bien constituir el índice de formación de un nuevo componente cultural.
- C) La presencia, en gran número, de armaduras no autóctonas sobre una zona geográfica determinada, puede ser interpretada como el desplazamiento de una población.

Por su parte, la **regla de proximidad geográfica** parte de los siguientes presupuestos básicos:

- A) En un yacimiento dado pueden existir algunas armaduras extranjeras o alóctonas, y su número puede estar en función de la distancia que separe a los respectivos componentes culturales.
- B) La presencia de elementos alóctonos en un yacimiento debe ser interpretada siempre con extrema prudencia, ya que puede deberse a múltiples causas, como contactos (adquisición, trueque, robo, etc.), copias, trofeos, luchas, etc.
- C) No se puede invocar la aloctonía para toda presencia insólita de elementos de un yacimiento determinado. Esta puede, por el contrario deberse a la aparición, en pequeña cantidad, de un nuevo tipo de armadura.
- D) Por regla general, los elementos alóctonos, por sí mismos buenos marcadores cronológicos, señalan la evidencia de ejes de circulación. A este respecto debe señalarse que en la escala en la que se establece el estudio de los grupos mesolíticos, una comunicación a media distancia implica márgenes situados entre 150 y 200 kilómetros.

La **regla de derivación cultural** puede, del mismo modo, reseñarse en los siguientes puntos:

- A) Sobre el área propia de un componente cultural, el conjunto de armaduras que lo caracterizan es heredero de la componente cultural que le precede, con variantes en tipos y porcentajes más o menos importantes.
- B) Las modificaciones eventuales son principalmente dos. Por una parte se puede hablar, según señala Thevenin (1990: 184) de *deriva geográfica* y de *deriva cultural* o evolución, para el componente cultural en sí mismo. Esta deriva cultural puede estar a su vez acentuada por la influencia de una o varias componentes vecinas.

La regla de regresión de las armaduras, validada en el caso del Este de Francia (Thevenin, 1990:186) establece que el número de tipos de armaduras disminuye regularmente del Preboreal al Boreal. Esto es algo aplicable por completo al caso peninsular. Así, en el Preboreal, el número de armaduras es, por lo general de cuatro o más, para pasar a la mitad en el Boreal y a uno en los inicios del Atlántico. No en vano, se trata de un esquema *gaussiano* de evolución de los tipos, algo que es aplicable a las formas cerámicas y a la mayor parte de los elementos de cultura material, que forman parte de los componentes culturales.

La **regla de las tres unidades** o de los territorios: espacio, tiempo y componente cultural, señala que en un momento dado, puede establecerse que:

- A) Todo componente cultural ocupa un área geográfica más o menos delimitada.
- B) Los diferentes componentes culturales ocupan áreas geográficas que a su vez se articulan entre sí, siguiendo un cierto orden histórico.
- C) Las interacciones entre componentes culturales se llevan a cabo de territorio a territorio, creando lo que Thevenin denominó, siguiendo a Kozlowski (1983) *corrientes interculturales* (1990:188) que siguen vías terrestres o marítimas.

Según Kozlowski, y tal y como señalan los principales trabajos que versan sobre tipología y seriación, el fenómeno de corrientes culturales puede ser abordado desde la identificación de una serie de fases.

En una **fase inicial** se produce la aparición de una corriente determinada que influye en el seno de una comunidad dada y tras un periodo de tiempo más o menos dilatado, se convierte en un elemento más de aquella comunidad para, posteriormente, propagarse de un modo amplio, dentro ya de la **fase de explosión**, momento desde el cual se produce un paulatino proceso de rarefacción en el seno de esa comunidad, alcanzando de este modo la **fase de desaparición**.

Un caso muy claro de corriente intercultural es el de la simplificación de armaduras. Esto sucede en Francia, en el área del Palatinado y Alsacia, con la conversión del útil compuesto por la punta de base retocada y el escaleno -que hace las veces de arpón lateral del proyectil- en un trapecio o un escaleno alargado, según las áreas.

Dentro de esta regla, es muy importante el valor que se le conceda a la Teoría de la Relatividad Histórica como modo de abordar la compleja y contradictoria idea de sincronía divergente que algunos autores han manejado a la hora de valorar ciertos desarrollos que se dan en una misma zona, en un mismo momento cronológico, pero afectando a desarrollos que aparentemente son diacrónicos y suelen concebirse como "horizontes retardatarios".

Ya se verá, algunos capítulos más adelante que la recurrencia al área francesa, aún cuando hablemos de la Meseta o del interior de la Península Ibérica, no es gratuita, y que los desarrollos de los componentes culturales del país vecino, sobre todo en el caso de la relación existente en los momentos iniciales de la neolitización de algunos contextos mesolíticos, entre algunas armaduras, como las puntas de base cóncava y las puntas Bavans y las primeras cerámicas del tipo La Hoguette, es similar a la que se encuentra en los conjuntos avanzados del megalitismo peninsular. De un modo similar a lo que se señalará para el caso de la Península Ibérica, los ejes vertebradores del mosaico cultural más complejo y variado en los primeros momentos del proceso neolitizador de Francia, estarán contenidos en los grupos Hoguette y Rubané, sincrónicos, pero culturalmente muy diferenciados (Thevenin, 1990:190)

Este último dato, sobre el que se regresará más adelante, presenta una validez y vigencia de gran trascendencia en el caso peninsular. Así, en el área francesa, parece evidente la existencia de un gradiente de aculturación en dirección Este-Oeste, similar al documentado en la Península Ibérica. En este gradiente, en los momentos finales del Mesolítico, lo indígena, lo autóctono, está concretado por los trapecios, que abundan en el área occidental, sobre el cual, en las etapas antiguas del Rubané -ya neolítico- en la fase 1 de Limbourg, y más concretamente, en la fase Limbourg 2, correspondiente al Rubané Reciente, sobre esta zona trapezial, aparecen progresivamente las armaduras evolucionadas. Algo totalmente simétrico acontece, como se verá, en las tierras del interior y occidente de la Península. Esto, sin duda, más que un mero accidente de convergencia cultural, está definiendo la homogeneidad de desarrollos que se desarrolló, durante la prehistoria pero también en otros momentos históricos, en el área atlántica de la Península Ibérica y el occidente de Europa.

Con los datos señalados hasta aquí que, junto al concepto de la relatividad histórica, definen el cuerpo teórico de la presente obra queda nítidamente reflejada que **la idea matriz para el análisis de los procesos de interacción entre los diferentes grupos y comunidades reside en la inexistencia en el área de estudio de un único desarrollo u horizonte cultural. Por el contrario, puede admitirse que convivieron, durante un mismo lapso temporal, cuando menos dos grupos culturalmente bien diferenciados.** Por ello, la idea de relación entre estos grupos se basa en una sucesión paulatina de procesos aculturadores y colonizadores, que en el fondo pueden ser consideradas las dos principales respuestas en el marco de las relaciones entre comunidades diferentes.

No debe obviarse, dentro de estas dos dinámicas generales, la posibilidad de que, al menos en algún periodo de la convivencia, se produjesen estrategias de evitación. Esta es una actitud bien documentada por la etología en algunas especies de mamíferos y en especial en el ser humano. A través de ella se trata de minimizar el riesgo de conflicto y enfrentamiento en casos de territorios compartidos o de recursos en crisis por explotación y aprovechamiento por parte de dos grupos. **Esta estrategia no puede mantenerse durante periodos largos de tiempo en situaciones de estrés demográfico más que en situaciones de simbiosis. Por lo tanto, cuando esta simbiosis desaparece suelen desarrollarse, bien un proceso de aculturación, o una colonización entendida como substitución e incluso sometimiento de un grupo por otro por la vía de la fuerza y el conflicto.**

Desde este punto de vista, la respuesta de un grupo indígena ante un proceso aculturador y/o colonizador dará lugar a espectros de análisis que deben ser tenidos muy en cuenta a la hora de valorar e interpretar los desarrollos en los que desemboquen. Ahora bien, no debe emplearse un sistema de registro cerrado, sino varemos de identificación flexibles pues existe la posibilidad de que algunas comunidades, incluso de una misma tribu dialectal, accedan a la aculturación, mientras que un grupo vecino decide resistir y mantener su identidad. La elección de un sistema u otro puede responder a criterios muy variados, como la oportunidad, el establecimiento de alianzas familiares mediante intercambios de mujeres, creación de redes de intercambio, economías complementarias, etc. No obstante, de forma general, y pese a que debe quedar claro que los procesos objeto de estudio son graduales, con gradaciones que van del 1 al 99 % con velocidades que dependen de la intensidad, de la semejanza cultural y de la proximidad geográfica, la reacción de un grupo indígena ante la llegada de una comunidad colona puede ser esquematizada del siguiente modo:

1- La aculturación es plenamente aceptada (pérdida total de entidad cultural)

Resultado: Se produce una mayoritaria presencia de elementos materiales novedosos. Es posible incluso la existencia de un patrón de poblamiento diferente. Se intenta emular al grupo aculturador en sus desarrollos sociales, económicos, etc. Se produce una

convivencia pacífica y un uso compartido del territorio y sus recursos. Esto no impide la presencia de fricciones entre ambos grupos que, no obstante, se dirimen de forma sencilla. Los esquemas simbólicos, lingüísticos y decorativos se reproducen a conciencia pues están dotados de sentido cultural (intercambio de lengua, adopción de la lengua alóctona, fenómenos de sinergia cultural, mezcla lingüística) Las cerámicas se realizan localmente aunque pueden aparecer recipientes foráneos y copias de modelos y esquemas propios del grupo aculturador. Se produce un intercambio humano que desemboca en el mestizaje. Se trata, por lo general de un proceso bastante rápido que puede dar lugar a la culminación del ciclo de aculturación en una o dos generaciones.

2- La aculturación tan sólo se acepta parcialmente (pervivencia de elementos de substrato indígena)

Resultado: Se produce una mayoritaria presencia de elementos materiales de substrato. Tan sólo se adoptan algunos elementos materiales o culturales del grupo aculturador. Generalmente responde a intereses subsistenciales, intercambio de mujeres, información y relaciones comerciales a pequeña escala o elementos complementarios como la agricultura, la ganadería, la metalurgia, etc. Por lo general se da un esquema de convivencia pacífica asociado a un mantenimiento de las estructuras sociales, económicas e ideológicas del sustrato. Los recipientes decorados, en caso de aparecer, son de origen foráneo, procediendo de los núcleos de producción colonos. Se pueden dar algunas producciones locales, por lo general en contextos más evolucionados cronológicamente. Se conoce alguna codificación lingüística pero no hay un cambio de lengua o sistema de codificación, ni una pérdida aparente de identidad, aunque el fin último será la aculturación total.

La aculturación final se realiza por lo general de forma paulatina y temporalmente dilatada. El intercambio humano puede darse, si bien parece más restringido a los grupos foráneos que precisan de una mayor tasa de población. Este intercambio, igualmente paulatino, da lugar a un crecimiento del grado de mestizaje. Por lo general todo el proceso se desarrolla de una forma dilatada y paulatina, tardando incluso varias centurias en cerrarse el ciclo completo de aculturación que, no obstante dará lugar a perduraciones de la cultura de substrato de cierta importancia.

Este tipo de situación puede dar lugar a comportamientos por parte del grupo indígena difícilmente diferenciables de las evidencias derivadas de los grupos aculturadores.

3- La aculturación no es aceptada. (En este supuesto se pueden producir dos situaciones)

En este contexto se pueden presentar dos soluciones ciertamente diferenciadas.

A) Lucha intergrupal por un conflicto de intereses y territorios. Por lo general la lucha se produce por el beneficio de los recursos. Es posible detectar tres desenlaces:

- Aniquilación o exterminio del grupo colono.
- Aniquilación o exterminio del grupo indígena.
- *Colonización* entendida como imposición del grupo colono y sometimiento por la fuerza del grupo indígena, sin llegar a su exterminio.

Resultado: En los dos últimos casos se produce una anulación de elementos de identidad, así como una supresión de los materiales referenciales del sustrato. Este proceso suele desembocar en situaciones xenófobas y en enfrentamientos generalizados. Se desarrolla un intercambio humano, con rasgos de mestizaje, e incluso un exterminio racial. El registro arqueológico se caracteriza, en muchos contextos por la presencia de elementos guerreros o

bélicos, como las puntas de flecha que no obstante a menudo es difícil individualizar de aquellos elementos empleados con una finalidad cinegética. En ocasiones las armaduras aparecen asociadas a enterramientos no como ajuares sino como motivo del óbito.

Se produce una aparente segregación funeraria con especial atención a los varones jóvenes que se inhuman con elementos que señalan, de un modo u otro, su estatus de guerrero o cazador/guerrero. Posibilidad de inclusión de elementos de este tipo, con marcado carácter alóctono, debido a la presencia en el cuerpo de la víctima como proyectiles del enemigo alojados en el cuerpo a causa de los combates.

Es posible detectar la convivencia de al menos dos grupos diferentes en un mismo territorio. Esta situación denotará la existencia de estrategias diferenciadas de uso y gestión del suelo que pueden dar lugar a la confusión del registro dentro de una errónea secuenciación lineal. La sincronía temporal tan sólo puede establecerse mediante sistemas de datación absoluta, y no a través de cronologías relativas o comparadas. Finalmente termina por aparecer un modo 1 (aculturación total) que no obstante puede dar lugar a confusión a la hora de analizar el registro por su parecido con algunos núcleos colonos. Se produce un proceso impositivo de desculturación (pérdida de identidad cultural)

En ambos casos el resultado es el mismo: segregación cultural, pérdida de identidad, sustitución poblacional. Crisis de identidad cultural.

B) Abandono de la empresa aculturadora por falta de interés, inexistencia de crisis de recursos, o por lo innecesario de establecer contactos con los grupos indígenas.

Por lo general este fenómeno puede darse en contextos con una tasa baja o incluso nula de población indígena. Es un modelo adecuado para espacios insulares.

Resultado: Se produce un registro similar al tipo 2 e incluso al tipo 4. No obstante, dada la presencia de grupos foráneos es más probable la aparición de elementos exóticos, obtenidos por lo general por robo e incluso por intercambios o hallazgos circunstanciales.

4- **Indiferencia debida a:**

- a) Falta de intereses comunes.
- b) Ausencia de conflicto social/ territorial/ subsistencial.
- c) Ausencia de relación. En este caso los colonos y los grupos de substrato jamás llegan a entrar en contacto. Se trata del mantenimiento de una estrategia de evitación continuada, tal vez involuntaria.

Resultado: Se produce una continuidad de modos de vida tradicionales, incluso de apariencia arqueográfica arcaica y con ello un aparente desfase cultural entre los grupos *anclados en el pasado* y los vecinos más *modernos*. Esta situación da lugar, en el seno de la investigación, a la creación de explicaciones cargadas de matices peyorativos y en la mayor parte de las ocasiones a una confusión de contextos antiguos con otros más modernos debido a la incapacidad de discernir arqueológicamente entre un grupo antiguo y su continuidad dentro de un sistema de aislamiento parcial en cronologías modernas. Este desfase aparente queda resuelto tan sólo mediante la obtención de dataciones radiocarbónicas y la posterior construcción de secuencias basadas en el esquema de la Teoría de la Relatividad Histórica. Estas demuestran que en muchas ocasiones los dos grupos,

antiguos y modernos son temporalmente coetáneos, pero culturalmente muy divergentes.

Podrían aparecer algunos elementos exóticos en contextos indígenas, caso de ciertos recipientes cerámicos o especies domésticas obtenidas bien por robo, caza, o simplemente por hallazgo casual, si bien esta no es la situación habitual. Se mantiene de forma neta el substrato que, por otra parte, seguirá su desarrollo particular dentro de lo que más adelante se explicará como *Tiempo Relativo*. En comparación con los grupos colonos se producen situaciones de desfase lingüístico y simbólico y arcaísmos. Pueden señalarse por lo general fronteras nítidas a modo de mosaicos culturales dispersos en un mismo territorio. Este modelo conformaría una de las bases del sistema dual, por lo que se asiste a la aparición de dos mundos aparentes que en realidad señalan la existencia de dos grupos diferenciados que pueden llegar a ser coetáneos.

2.3 Modelos etnográficos

Durante años y debido a algunos abusos desmedidos cometidos en el terreno de las analogías el método etnográfico ha estado relegado a un marco meramente consultivo que, por lo general, al ser usado en la prehistoria española, generaba y aún genera encendidas reacciones. No obstante, la utilidad de los modelos etnográficos reside en la versatilidad de la que dotan a las interpretaciones prehistóricas.

Si bien es cierto lo que señalan algunos detractores del método cuando puntualizan la distancia geográfica y temporal que nos separa de algunos contextos de *primitivos actuales*, tampoco deja de ser cierta la evidencia de que algunos desarrollos prehistóricos pudieran estar más próximos a esos grupos que a las interpretaciones que ofrecemos desde nuestra visión actual.

Algo que los prehistoriadores a menudo olvidamos u obviados, amparados en nuestro saber soterrado en las Ciencias Humanas como parte de aquellas otras empírico-naturales y de los saberes ideológicos y axiohumanísticos, es que al analizar los desarrollos históricos o culturales, estamos analizando estados y comportamientos propios del ser humano en tanto que ser. De este modo limitamos o restringimos los estudios etológicos a las etapas más recónditas del origen humano y las obviados ante los planteamientos de etapas más avanzadas, aún cuando en más de una ocasión ha quedado demostrada su operatividad.

Sin realizar aquí un exhaustivo análisis del comportamiento y la etología del ser humano, sí creemos de interés señalar una serie de hechos que condicionan al ser humano en tanto en cuanto que ser, partícipe de una misma especie y de una misma estructura cerebral que le conferirá respuestas aspectuales, de comportamiento y de adaptación similares ante situaciones parecidas, algo que se desarrollará de forma más amplia cuando se hable de la Teoría de la Relatividad y dentro de ésta en lo referente al Principio de Causalidad. La aplicación de este principio de cara al estudio que se plantea, no deja de entrañar ciertos problemas entre los que cabe destacar la capacidad del ser humano de ofrecer respuestas contradictorias ante situaciones aparentemente parecidas.

Antes señalábamos que un grupo humano puede decidir entrar en contacto con otro, mientras que sus vecinos inmediatos, por el contrario, declaran abiertamente la guerra a los mismos colonos. Esto debe ser tomado con precaución. Los hechos históricos no constituyen certezas en sí mismo. Nos movemos, en el campo de las aproximaciones teóricas y prácticas, lo cual supone que, tal y como señala la lógica moderna, el que una cosa ocurra generalmente no implica que deba suceder siempre. Del mismo modo, el que algo no ocurra de una determinada forma no implica que suceda así siempre. Es este campo de las proposiciones lógico formales un terreno en el que deben matizarse cuidadosamente las construcciones referenciales huyendo de los particularismos estrictos

y analizando los datos de un modo acorde con la escala de registro sobre la que se vaya a actuar.

Debe enfatizarse la revalorización de algunos aspectos etnográficos, revalidando el uso de ciertas analogías de comportamiento profundo -a nivel de estructuración mental y comportamiento- y de mecanismos de respuesta desde el momento en que estamos tratando seres con una estructura cerebral idéntica que revaloriza el campo de estudio de las respuestas ante el medio físico, las catástrofes o ante las conductas intrusivas -invasión de territorios-. Será generalmente en el campo de los grandes fenómenos traumáticos en el que de mayor utilidad nos sea el modelo etnográfico. Un ejemplo de ello puede ser la recreación de mitos de origen similares en contextos muy variados, derivados de un mismo acontecimiento, como puede ser el caso del Diluvio Universal mencionado en apartados anteriores.

Por ello se utilizará en este texto la idea de identidad de respuestas -dentro de la conceptualización del Principio de Causalidad- para, sin analizar en profundidad la psicología de los grupos humanos tratados, acercar la investigación ligeramente al campo de estudio del comportamiento humano. Dentro de este campo es sin duda donde mayor relieve pueden tomar los análisis comparados, difícil de abordar, como puede ser el caso de la religión, el concepto territorial, la idea de la muerte, sin recurrir a ese trasfondo común que forma el denominado inconsciente humano como componente de caracterización biológica de nuestra especie.

3. TIEMPOS ABSOLUTOS Y TIEMPOS RELATIVOS: LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD HISTÓRICA

Las dificultades inherentes al uso de coordenadas espaciales y temporales en el terreno de los estudios prehistóricos y más concretamente, las reiteradas arbitrariedades a las que su empleo subjetivo ha dado lugar, nos han llevado al replanteamiento del significado de las mismas en el ámbito histórico. En concreto, la principal necesidad que parece vincularse a la mayor parte de los estudios e interpretaciones es la del Tiempo. Así, desde que arqueólogos y prehistoriadores contamos con la posibilidad de usar una herramienta tan valiosa como es el radiocarbono, la termoluminiscencia o cualquiera otra de las técnicas de datación, han sido numerosas las barreras explicativas tradicionales que han caído. No obstante, tal y como señalaba A. Einstein, *es aún más fácil deshacer el átomo que un prejuicio* y lamentablemente, en el terreno de la arqueología y la prehistoria, aún son muchos los prejuicios con los que nos vemos obligados a trabajar y muchos más los que debemos obviar.

Uno de los principales problemas que aún tiene planteada la Historia como ciencia, y en especial aquella dedicada a las etapas prístinas, es el de las escalas métricas o sistemas de referencia básicos, esto es, espacio-temporales con los que tratamos de medir los desarrollos culturales.

Hoy por hoy, en un principio de siglo que amanece con el conocimiento de gran parte de nuestro Sistema Solar, así como con la posibilidad de desintegrar el átomo, aún quedan campos de los estudios históricos que se mantienen al margen de este avance y plantean de forma reiterada cuestiones irresolutas. La solución de estas cuestiones plantea, más que problemas técnicos, cuestiones tan sencillas como el replanteamiento de los Sistemas de Referencia utilizados para medir los cambios históricos.

Por ello, casi desde los inicios de la investigación que ha dado forma a esta obra, se hizo patente la necesidad de articular nuevas referencias derivadas de la incertidumbre que planteaba la noción absoluta -en términos históricos- del espacio y el tiempo. Duda que se acrecentó desde la perspectiva de los estudios desarrollados por Planck y especialmente Einstein en el campo de la dinámica y de la física, y que venían a señalar, la relatividad de ambas componentes dependiendo del sistema de referencia utilizado en

cada caso. Así, surgía la inevitable cuestión de cuál era la base empírica que sostenía el concepto de absoluto que concedía a las secuencias culturales la construcción histórica tradicional.

Por ello, tratando de comprender la dificultad que entraña el tratamiento de datos y desarrollos acaecidos miles de años atrás, y su posterior conversión en una secuencia, se plantea la necesidad de volver a pensar en el tiempo y en el espacio como elementos imprescindibles en la reconstrucción histórica y cultural. Es nuestro convencimiento que tan sólo a través de un detenido y exhaustivo proceso de abstracción al respecto podremos empezar a establecer pautas de interpretación lógicas, fiables y ecuánimes.

3.1 El territorio invisible: espacio y tiempo prehistórico

¿Qué rasgos de comportamiento distinguieron a los grupos humanos que habitaron las tierras peninsulares hace cerca de 12.000 años? Según los datos desprendidos de los diferentes hallazgos y de los resultados de la investigación sabemos que estos grupos desarrollaban estrategias cazadoras y recolectoras que conforme avanzó el tiempo se hicieron más y más complejas. Desconocían el trabajo de los metales, la producción de alimentos y la manufacturación de cerámicas. Eran por lo tanto grupos que aparentemente se conformaban a modo de tribus o clanes cazadores. Ahora bien, esta conformación, aparentemente primitiva, no les impedía alcanzar cotas de desarrollo elevado y de complejidad creciente, muestra de lo cual son las espléndidas representaciones rupestres de Altamira, Lascaux, la Cueva del Reno, y tantos otros conjuntos de pinturas y grabados que señalan la complejidad intelectual de los que hasta hace escasos años se consideraban una serie de grupos de cazadores poco menos que salvajes.

La búsqueda de evidencias del substrato requiere en cierta medida de un modo de afrontar el estudio histórico desde perspectivas más abiertas y flexibles. Así, una de las primeras premisas que ha de ser cumplida es la del cambio de algunas de nuestras coordinaciones ancladas en conceptualizaciones occidentales, modernas y en algún modo incongruentes para el estudio de grupos temporal o culturalmente diferentes a nosotros (Hernando, 1999) Estas coordinaciones son, como señalamos, el espacio y el tiempo, puesto que son en sí mismas dos medidas inherentes al ser humano pero que, no obstante, funcionan de un modo diferenciado, o relativo, dependiendo de diversos factores. Esta idea en apariencia novedosa ya aparece, no obstante, reflejada en los escritos de Herodoto.

Se trata en definitiva de rastrear dos de los elementos fundamentales para el estudio de una cultura: el espacio en el que ésta se desarrolló y el tiempo durante el que transcurrió. Ahora bien, ¿hasta qué punto podemos considerar fiables ambos componentes?. ¿Aconteció realmente cada desarrollo cultural dentro de un lapso temporal definido?.

Ciertamente ni el tiempo ni el espacio son elementos de referencia estables. Como hemos visto el desarrollo del Neolítico en el interior de la Península Ibérica se desarrolla con algunos milenios de diferencia respecto a cualquiera de los centros de *invención* más cercanos. No por ello nuestro primer Neolítico deja de ser *Antiguo* o *Inicial*. Por otro lado –y también se ha hecho incidencia en apartados anteriores- el espacio no se mide igual en relación con el tiempo si se camina a pie, corriendo, a lomos de una caballería o en canoa. Las lunas pasadas serán las mismas, pero el espacio recorrido desde luego no lo será.

3.2 Los eternos inmutables

Hay elementos que conforman cuanto rodea al ser humano y a todos los artefactos que construye que han variado poco o nada a lo largo de estos poco más de 4 millones de años de nuestra historia. Estos elementos, en su mayor parte se han mantenido totalmente inmutables durante los 10.000 últimos años, y estarían compuestos, de un modo general por los relieves y superficies formadas de modo natural -entendidos como esos *paisajes naturales* de Ingold (1986)- y que contienen tanto a los seres humanos como a los objetos que éstos fabrican (Jackson, 1984:6; Allen y Hoekstra, 1992:47; Rossignol, 1992:4)

Es pues a este conjunto de elementos a los que denominamos **eternos inmutables** y que son algo que ha acompañado la visión y la percepción del mundo de los grupos y comunidades prehistóricas y que, dada esta inmutabilidad, han provocado comportamientos y respuestas más o menos similares entre los diferentes grupos humanos, aún cuando exista otro grupo de elementos que como el clima, han podido determinar e incluso condicionar comportamientos sociales, culturales, económicos y humanos.

La idea de los eternos inmutables contrastaría con lo que algunos arqueólogos califican como *modificaciones humanas del paisaje natural* y que se viene calificando como *construcciones medioambientales* (Anderson y Moore, 1988) y que, de un modo general coincide con lo que los geógrafos, arquitectos y algunos historiadores denominan *paisaje rural* o *paisaje corriente* (Sauer, 1925; Cronon, 1984; Jackson, 1984; McClelland, 1991; Kelso, 1994; Copps, 1995) También podría incluirse aquí, como contrapunto, el término *paisaje cultural* o *paisaje social*, dentro de la intención de algunos arqueólogos y antropólogos postmodernos de dar a entender la integración del medio natural y el construido o modificado por el ser humano (Adler, 1994; Greider y Garkovich, 1994; Stoffle *et alii*, 1996) En definitiva debe admitirse que la idea del paisaje antrópico no refleja más que la interacción entre el ser humano y el medio ambiente.

Este crisol de interpretaciones y definiciones se completa con la visión que del *paisaje* han ofrecido algunos pensadores, acotándolo como *constructos sociales e ideológicos que explican las relaciones entre poder y significado* (Bender, 1993; Tilley, 1994:31-34)

Lejos de estas construcciones derivadas de la acción del ser humano sobre el medio que le rodea, y dentro del conjunto de las coordinaciones espacio temporales que antes señalamos, la posibilidad de concatenar éstas coordinaciones con los eternos inmutables, permite actuar de un modo más práctico de cara a la elaboración de esquemas interpretativos. Pero, en primer lugar debe aclararse qué elementos pueden ser considerados como inmutables.

Estos elementos del paisaje serán la base de la coordinación espacial que presentemos a una futura aproximación matemática a la Teoría de la Relatividad Histórica.

La **geografía física** peninsular no ha cambiado prácticamente en el lapso temporal objeto de análisis. Sí es cierto que ha podido haber alteraciones del tipo de la aparición o desaparición de meandros, ligeras alteraciones de las líneas de costa, de los cursos de algunos ríos e incluso del régimen pluvial o nival asociado al tan manido cambio climático. Pero esos microfactores de geografía regional no alteran con su presencia la existencia de un horizonte predefinido que se ha mantenido invariable durante todo este tiempo. Con esto queremos decir que, sin temor a errar, podemos afirmar rotundamente que el cazador recolector que habitó las regiones del interior de la Península Ibérica, al dirigir sus ojos hacia el horizonte, se tropezó con los mismos elementos con los que tropieza actualmente la vista de cualquiera de nosotros.

Esta afirmación, que en un primer momento puede ser considerada obvia, posee un valor muy elevado, pues en el difícil terreno de la explicación del comportamiento o la reconstrucción de la vida de las comunidades prehistóricas, permite recuperar una evidencia imposible de rescatar de otro modo. Sabemos con una aproximación muy grande cuál era el marco referencial del espacio en el que desarrollaban sus vidas. Expresado de otro modo, tenemos el mapa del espacio por el cual se movían estos grupos, y por lo tanto, tenemos un marco en el que encajar a nuestros personajes con la certeza de saber qué es lo que veían en la mayor parte de las ocasiones.

El Sistema Central, el río Tajo, el Almanzor, los diferentes puntos de paso y la práctica totalidad de los accidentes físicos, recibiesen entonces el nombre que recibiesen, y tuviesen las connotaciones que tuviesen, ya se encontraban ubicados en el mismo lugar, y las distancias aparentes y absolutas entre ellos, sus relaciones espaciales y topográficas, eran las mismas que en la actualidad. De este modo, la inexistencia de una cartografía prehistórica no significa la ausencia de un **mapa mental** asociado a cada uno de los espacios del interior peninsular. Así, el ser humano, el cazador-recolector, el hombre del neolítico, recorrieron espacios que teóricamente podemos medir, y territorializaron un espacio sobre el que dejaron su rastro y fosilizaron sus comportamientos en una simbiosis de expresiones hombre-medio desde su propia cultura. Este espacio era su hogar, su territorio y por encima de todo su despensa, tal y como lo es hoy, independientemente de la conducta económica, social y simbólica que se desarrolle sobre él.

De este modo, podemos y debemos visualizar el medio físico como un enorme 'fósil' vivo en el que han quedado plasmadas las diferentes estampas, los diferentes rastros de las sucesivas culturas que han pasado por él. Para ello debemos concebir el espacio físico en el que desarrolló su vida un grupo o un conjunto de grupos determinados, como una amalgama de territorios -en el fondo un mosaico de implantaciones-, respondiendo en muchas ocasiones a un criterio estratigráfico que nos permite su *excavación* y reconstrucción.

Desde el punto de vista de los modernos sistemas de cartografía, podemos concebir el espacio físico que nos interesa desde la perspectiva de los Sistemas de Información Geográfica; como una superposición de paisajes, como un mapa multicapa que contiene información de cada uno de los periodos de su vida. Por ello, analizando el territorio desde esta perspectiva crítica, podemos asistir a su reconstrucción, a la elaboración de la **historia de la formación del territorio** (Zedeño 1997), siguiendo las interesantes líneas de investigación abiertas por numerosos especialistas.

Analizando tan obvia persistencia, cabe preguntarse qué otros elementos no han variado en los últimos milenios. Del mismo modo que el horizonte, el espacio inmediato e incluso el más alejado se encontraban presididos por una serie de elementos físicos destacados. Así, al alzar su mirada, los seres humanos se encontraban ante otro paisaje, mutable día a día, pero inmutable en sí, que acompañaba, en extraña sucesión neta de claridad y oscuridad, el desarrollo diario: el cielo. Dentro de ese marco, tal vez mítico, que conformaba el cenit del espacio en el que se desarrolló la vida de los grupos humanos, se desarrollaba la sucesión reiterativa e los momentos de claridad y oscuridad. La primera presidida, aparentemente por una única estrella dominante, el Sol y la segunda dominada por la oscuridad tan sólo rota por el brillo tenue de las estrellas y la aparición, cíclica, del astro rey de la noche: la Luna.

Esta sucesión de días y noches, y la misma reiteración de los ciclos del satélite cambiante fue el origen del cómputo del tiempo. No obstante, otro fenómeno reiterado, cíclico, del cual tal vez se derive también el cómputo de las jornadas y la generación de ciclos temporales sea el de las estaciones. Tampoco deja de ser evidente que el interés por estos elementos debió aumentar con el Neolítico debido a la mayor importancia del cómputo de las cosechas y los ciclos reproductivos de los animales domésticos. Ahora

bien, esto no permite obviar el innegable interés del cómputo en otros campos más cotidianos y aparentemente menos significativos como el ciclo menstrual de la mujer, el ciclo vital humano y en especial el de gestación. Todos estos son lapsos temporales caracterizados por una misma cualidad: la periodicidad. Esta cualidad permite, por mera observación, alcanzar una ventaja innegable ligada a la capacidad de predicción, mediante la cual es posible adelantarse al desarrollo de algunos acontecimientos.

Por lo tanto, se pueden intuir algunos *eternos inmutables* de carácter biológico y físico - sea este externo o interno al ser- que, en su ciclo de reiteraciones, da lugar a una primera experimentación en lo referente al tiempo. Por lo tanto, se puede concluir que, aún cuando fuese a un nivel cotidiano, las comunidades prehistóricas, y en especial aquellas en las que se centra esta obra, tenían una preocupación por el tiempo, lo cual les condujo a su cómputo no por el mero hecho de calcular o abstraer, sino con una finalidad tan clara y funcional como es la de prever.

Todos estos elementos inmutables acompañaron al ser humano formando parte de su bagaje cultural y siendo introducidos de un modo paulatino pero reiterado en las cosmogonías, en los mitos, en las tradiciones de cada pueblo.

Podemos por tanto dividir el territorio en parcelas con el convencimiento de que estamos acotando el mismo territorio sobre el que se desarrolló la vida de los últimos cazadores y los primeros productores.

3.3 Tiempos absolutos y tiempos relativos

El estudio de los grupos de cazadores-recolectores correspondientes a los momentos previos a la neolitización sufre, como en general toda la construcción de la prehistoria peninsular, un problema de conceptualización que no permite admitir una evidencia tan lógica como es la convivencia de grupos humanos con diferente nivel de desarrollo cultural.

Una vez más, el encorsetamiento de una tradición investigadora basada en los esquemas coloniales occidentales nos impide observar los desarrollos históricos en su verdadera dimensión temporal. Incluso en las más recientes revisiones de los momentos epigonales del Paleolítico Superior, se deja ver ese poso de incompreensión del modo de desarrollarse la Historia. Ésta incompreensión, ésta falta de encaje se deriva, a nuestro entender, de la ausencia de visiones globales, no sólo de la Prehistoria, sino de la Historia en general, lo cual provoca una gran carestía a un nivel de interpretaciones. Esto provoca, a su vez, la consecución de buenas investigaciones, en su mayor parte cargadas de magníficos datos pero que lamentablemente se conforman con sentenciar la imposibilidad de que existan desarrollos en cierto modo desligados de avances técnicos o industriales puestos en marcha por sus aparentemente próximos vecinos. Este puede ser el caso de Mallaetes y de la facies homónima intuida por Fortea (1973) Marta Muñiz señala que es *"imposible aceptar la existencia de esta facies, ya que esto sería suponer que el Epimagdalenense continuó desarrollándose en este yacimiento sin a penas cambios a lo largo de, al menos, dos milenios y sin entrar en contacto con zonas ni yacimientos vecinos, constituyendo un núcleo aislado y autosuficiente que no dejó pasar una sola influencia hasta la llegada de un Neolítico plenamente formado, dándose así un paso directo del Epipaleolítico al Neolítico"*, y concluye señalando que *"actualmente esto resulta increíble"* (Muñiz, 1997:206)

Es de rigor histórico señalar que son múltiples las evidencias que poseemos para desmentir afirmaciones de este tipo. Evidentemente éstas cuestiones no van a ser disipadas por el registro arqueológico directo, pero sí pueden, o a nuestro entender deben buscarse evidencias de otro tipo -tal vez incluso de tipo etnográfico- que aclaren este extremo.

Admitir la premisa de Muñiz, Cacho o de tantos otros investigadores que sustentan tesis inmovilistas equivale a admitir la inexistencia de los Bosquimanos, la rareza de los Masai o cuando menos la imposibilidad de que los aborígenes australianos sean un pueblo real. ¿Por qué?, sencillamente porque esos pueblos, en todos los casos forman parte de grupos culturalmente desfasados respecto a Occidente, e incluso respecto a sus vecinos más próximos. Son por tanto pueblos que viven en un tiempo, o en un concepto temporal diferente, pero cuya diferencia no ha imposibilitado la convivencia ni la supervivencia. Sin duda sería harto difícil para estos investigadores hacer frente a la necesidad, sin caer en lo peyorativo, de explicar la existencia de estos grupos a los que, sin duda, terminarían por considerar "residuales", "arcaicos", "fósiles", "primitivos" o "desarrollos frustrados".

Estamos de acuerdo en que resulta difícil aceptar explicaciones referentes al aislamiento total, aún cuando realmente existan, pero del mismo modo consideramos que no puede negarse la posibilidad de que dos o más grupos humanos vivan, dentro de un mismo Tiempo Absoluto (por ejemplo 1945), sendos Tiempos Relativos diferenciados, uno en 1945 y otro en un aparente desarrollo cultural propio del siglo XIV.

Sin recurrir a extensas listas que enumeren pueblos que se han encontrado o que incluso aún se encuentran en esta situación si queremos señalar algunas evidencias que doten de claridad a lo que exponemos y defendemos. En 1999 mientras grupos de bosquimanos San, cazadores itinerantes del desierto de Kalahari, conformando bandas y desconociendo la agricultura y el pastoreo desarrollaban una vida culturalmente sincrónica al Epipaleolítico, a escasos centenares de kilómetros, en Windhuck (Namibia), Harare (Zimbabwe) o Carletonville (Sudáfrica), poblaciones "europeizadas" desarrollaban una vida más acorde con ese Tiempo Absoluto (1999) rodeados de aeropuertos, ferrocarriles y carreteras. Algo similar podría decirse de los Batutsi, en este caso pastores sedentarios y patrilineales que viven de sus rebaños en Burundi y Ruanda mientras a escasos cientos de kilómetros se elevan los aeropuertos de Kigali (Ruanda) y Nairobi (Kenia), o los propios Massai, reducto nilótico de pastores nómadas y guerreros que habitan en Tanzania y Kenia, también a escasos cientos de kilómetros de aeropuertos y líneas férreas que determinan una "adscripción cultural" correspondiente a fines del siglo XX, mientras su mundo parece circunscribirse a un impreciso mundo post-neolítico.

Este mismo ejemplo puede situarse en la América andina en un momento ligeramente posterior a la conquista española. O en el norte de América en el momento de la febril de la colonización inglesa y francesa, o en un momento más reciente, durante la conquista del Oeste, o donde más nos plazca, pues supone un buen ejercicio mental para comprender cómo los arqueólogos construimos los andamios de la interpretación basándonos en esquemas preconcebidos y correctos para nuestro entendimiento actual, pero a menudo incorrectos para la explicación de los procesos históricos.

Por ello, debe llamarse la atención como ya hicieron otros investigadores (Hernando, 1999) acerca del peligro que supone cerrar las miras de visión cuando tratamos de explicar desarrollos culturales muy alejados en el tiempo y que tal vez no se ajusten en sí mismos a nuestras mismas coordenaciones espaciales o temporales.

Como método alternativo de investigación, como ya hemos expuesto, presentamos la posibilidad de usar un esquema basado en una coordinación de tiempos variable, apoyada por una concepción de espacios más diversa. Desde este punto de vista podremos pues explicar y entender mejor no sólo los desarrollos de los diferentes grupos y culturas que nos han precedido, sino también entender los mecanismos que utilizaron para relacionarse, intercambiar información o simplemente, como ha sido el caso de bosquimanos, massais o aborígenes, permanecer al margen de los desarrollos de grupos vecinos y colonos.

Por lo tanto, de cara a entender el substrato sobre el que se produjo la neolitización del interior peninsular, y para poder comprender sin problemas los diferentes acontecimientos acaecidos hace algo más de 10.000 años, diremos simplemente que no sólo es creíble, sino totalmente posible que varios grupos, por vecinos que fuesen, viviesen, dentro de un mismo espacio y una misma coordinación temporal absoluta, desarrollos culturales -o tiempos relativos- diferentes.

3.4 Desarrollo de la Teoría de la Relatividad Histórica

En 1905 Albert Einstein, tras analizar los postulados de la teoría de la relatividad galileana, propuso los enunciados básicos de la teoría de la relatividad especial o restringida. Como formulación que afecta al campo de la física mecánica, cuenta con un postulado puramente físico matemático que, no obstante, como proceso, tiene su traducción en el marco de los acontecimientos históricos.

La idea de enunciar una teoría de la relatividad histórica, alejada en gran medida de los postulados relativistas mantenidos por la escuela americana del siglo XIX e inicios del XX, parte de la necesidad de explicar el desarrollo de las culturas dentro de un marco geográfico definido que, en el caso de esta obra será el correspondiente a las tierras del interior de la Península Ibérica, pero que debe ser planteado, como teorema, desde un postulado globalista y por ello integrado en una mayor entidad geográfica, la Península Ibérica, que a su vez se integra en otro espacio aún mayor, que no es otro que el del Mediterráneo, y así sucesivamente, de modo que se podría llegar hasta un primer estadio o punto referencial de todo el sistema histórico, en torno a los siete millones de años, en un punto bien definido de África, o en cualquier otro punto del planeta. No obstante, dado que esta retrospectiva histórica, excede con creces el marco de la obra, partiremos en su enunciado básico tan sólo de los presupuestos aplicables a la zona de estudio, y en ocasiones a su marco referencial primero, segundo y tercero, esto es, la Península, el Mediterráneo y el Atlántico, aún cuando en este caso sólo sea una parte de sus costas.

Al hablar de marco referencial, la primera connotación que se presenta es la de un marco espacial, o tal vez espacio-temporal, si afinamos más. En el fondo, un marco de referencia no se refiere a otra cosa más que a una coordinación definida por dos parámetros. Estos parámetros, espacio y tiempo, son a su vez sistemas de referencia que utilizamos para entender el desarrollo de los acontecimientos y cómo éstos se sucedieron dentro de un orden.

Ahora bien, estas dos referencias a las que se circunscribe el desarrollo histórico, no son elementos exclusivamente históricos. No se entrará aquí en el planteamiento filosófico de si el tiempo y el espacio existen como referentes independientes al ser, o si por el contrario, es el ser humano quien los dota de sentido. Las opiniones dependerían, desde luego, de la postura que se tomase para su observación. Para un físico teórico o un matemático, tanto el espacio como el tiempo existen por sí mismos, pues forman parte de la materia, de la composición primera del cosmos, y por lo tanto son externas al ser. Para un filósofo o un humanista, estas dos coordinaciones, digan lo que digan el matemático y el físico, en el fondo, se derivan del ser, pues este es el único capaz de dotarlas de sentido, de entenderlas como coordinadas y de establecer sus normas básicas de comportamiento.

Lo cierto es que, a pesar de todo lo expuesto, el tiempo, como reiteración de estaciones, ciclos diarios, o vueltas de la Tierra en torno al Sol, y el espacio como la distancia que separa los objetos entre sí, son constantes matemáticas mensurables y cognoscibles. Constantes que se dan en el exterior del ser -puesto que forman parte del Cosmos- pero que a su vez se cargan de sentido cuando quien hace uso de ellas es el ser humano. Ahora bien, tanto el tiempo como el espacio, siguiendo los postulados de la moderna física cuántica, son constantes relativas. De un modo simple, y antes de tratar de explicarlo con más detenimiento, resulta sencillo entender que ambas medidas dependen

mucho de quién las mida. Pero es en el campo de la relación espacio-tiempo, de eso que se denominó "continuo espaciotemporal", cuando más notable se hace la relatividad. Así, no es la misma distancia la que recorre una tortuga en una jornada -entendida como día completo- que la que pueda recorrer un hombre. Pero tampoco es igual la relación espacio recorrido-tiempo empleado por un ser humano utilizando exclusivamente los medios pedestres, que la que pueda esbozarse para otro que lo hace a lomos de caballería.

Estas dos coordinaciones son en sí mismas las manejadas por la Teoría de la Relatividad, tanto clásica o galileana como especial o restringida, conforme a los postulados de Einstein. Por tanto, aún dentro de un campo de operaciones mucho más delicado, se puede aceptar que la mencionada teoría física, tenga obligatoriamente su parangón en la Historia.

3.4.1 Relatividad e Historia. La relatividad galileana o clásica

Dado que el desarrollo de nuestra moderna micro-especialización universitaria nos impide a veces acceder al manejo y el entendimiento de datos "complejos" referentes a otras ciencias, y máxime a las denominadas "ciencias duras", expondremos de forma sucinta los postulados básicos de la formulación de la relatividad. Esta pequeña introducción, permitirá, asimismo familiarizarse al investigador no ducho en física-mecánica, con términos que más adelante se extrapolarán al postulado relativista histórico.

La teoría de la Relatividad está basada en la constancia de la velocidad de la luz, que fue establecida en las experiencias de Michelson-Morley, en las transformaciones de Lorentz, y en la equivalencia, en la descripción de los fenómenos físicos, de todos los sistemas de referencia que se mueven con movimiento uniforme (Einstein, 1905; Kourganoff, 1967; Smith, 1978; López Ramos, 1982; Hoffmann, 1985; Landau y Rimer, 1986)

A partir de 1915, Einstein amplió su teoría, abordando, además del aspecto cinético (relativo al movimiento propio de un cuerpo), el dinámico (relativo a la fuerza), y le dio un alcance cosmológico en la llamada teoría de la relatividad generalizada. En esta nueva formulación, la masa (materia) se explica por su tensor métrico, que afecta a la geometría del espacio-tiempo (Einstein, 1986)

Por tanto, es posible diferenciar, cuanto menos dos formulaciones básicas. (1) La relatividad galileana, que desde el punto de vista de la mecánica newtoniana, postula que dos experiencias idénticas, realizadas en dos sistemas de referencia en traslación uniforme uno con respecto a otro, proporcionan resultados idénticos. En otros términos, todos los sistemas de referencia en traslación uniforme uno respecto a otro son equivalentes en lo que a las leyes de la física clásica se refiere. Estas mismas leyes son invariantes con respecto a las leyes de transformación galileanas que relacionan las coordenadas espaciotemporales de un mismo suceso expresadas en dos sistemas de referencia R y R', donde R' está animado de una velocidad v constante con respecto a R y cuyas componentes son por tanto v(x), v(y), y v(z) Esto, expresado en lenguaje matemático, quedaría formulado mediante las siguientes relaciones:

$$\begin{aligned} t' &= t \\ x' &= x - v(x)t \\ y' &= y - v(y)t \\ z' &= z - v(z)t \end{aligned} \quad (1)$$

Así queda demostrado que en relatividad galileana, el tiempo no depende del sistema de referencia. Una consecuencia de las relaciones arriba expresadas, sería la ley de la adición de velocidades en un cambio de sistema de referencia, cuyo desarrollo en sí no afecta en nada al postulado histórico.

Ahora bien, ¿cómo puede expresarse todo este sistema de leyes dentro del marco histórico?. Salvando el esquema físico, la Historia, en cuanto acontecimiento acaecido en la Tierra, esto es en un espacio y tiempo definidos, debe estar sujeto a las leyes naturales. Por ello, se puede elaborar un conjunto de relaciones, similares a las anteriormente expresadas, en las que tan sólo deberían introducirse parámetros igualitarios para los elementos referenciales sin que se produzca invalidación lógica alguna, esto es, que la ley enunciada no se invalide a sí misma ni entre en contradicción. Esto permitirá establecer como verdadera -dentro del esquema lógico matemático- la ley enunciada, o cuando menos, no incongruente.

De este modo, el suceso histórico, en su desarrollo digamos "normal" no deja de ser, dentro de las coordenadas espacio temporales, un sistema de referencia -cultural en este caso- en continuo movimiento -lo que vulgarmente se viene denominando evolución, según los postulados científico humanísticos. Ahora bien, ¿qué sucede cuando el movimiento no es continuo?, o lo que es lo mismo, ¿cómo operan -a un nivel matemático los condicionantes, fundamentalmente externos, que afectan sobre la cultura y su evolución?. En este sentido, debe señalarse que estos acontecimientos son, por lo general externos, o derivados de sucesos extra-culturales, puesto que la concatenación de acontecimientos internos provoca un reajuste paulatino de los grupos que los mantiene siempre en un estado de homeóstasis. Ese estado reiterativo de relación desequilibrio / equilibrio implica en sí mismo el concepto de movimiento cinético, sin elementos externos que desborden la capacidad del grupo para reajustarse. El problema, como señalaba, acontece en el momento en que un suceso externo afecta de tal modo al grupo que, debido a la fuerza (dinámica) desbordante de dicho suceso, resulta imposible el reajuste. Este concepto, como se ha señalado, se encuentra directamente relacionado en su respuesta con el modelo dinámico -esto es, de aplicación de fuerzas- que influirá sobre el movimiento, descontrolándolo, hasta que sea posible la adopción de un nuevo estado de homeóstasis o equilibrio, por lo general en un momento posterior al desajuste, apreciable, del continuo espacio-tiempo histórico.

Por lo tanto, el desarrollo cultural de un grupo determinado, puede analizarse desde el punto de vista de la relatividad galileana en tanto en cuanto no se encuentre afectado por una dinámica externa que supere el sistema de equilibrio interno. Dentro de esta relatividad clásica, entroncaría sin demasiada dificultad la teoría evolutiva clásica, en el caso de las culturas, de sus fases y horizontes, por lo general de modo gradual o lineal y de los tipos, en el caso de los esquemas ergológicos de tipología.

Este sería por tanto el desarrollo "normal" de una cultura. Normal en cuanto a la inexistencia de ruptura permanente o continuada del equilibrio, y normal en cuanto a la capacidad de reajuste de los grupos dentro de desarrollos medio-ambientales homogéneos o sujetos a cambios de escasa entidad.

3.4.2 La relatividad restringida o especial como base de explicación de la relatividad histórica

Como señalábamos en el apartado anterior, las investigaciones de algunos físicos, en torno a las formulaciones galileanas, y en especial las realizadas por Helmholtz, Maxwell, Mach y Max Planck, contribuyeron a la fijación de la idea, en la mente de A. Einstein, de un necesario replanteamiento de las cuestiones referentes al espacio, al tiempo y a la noción del cuanto². Antes que Einstein, algunos físicos habían tratado, con desigual éxito, la cuestión de los elementos relativos. Así, en 1892, de un modo independiente, los físicos H.A. Lorentz y Fitzgerald, tras el fallido experimento de Michelson, "imaginaron" una contracción de las longitudes en el sentido del movimiento. Del mismo modo, la suposición de un tiempo local -que no era más que un artificio matemático- aún

² Entendemos por cuanto la cantidad mínima de energía emitida, propagada o absorbida de manera discontinua por la materia.

ligado a la idea de tiempo absoluto. Pero estos no eran más que burdos intentos de "salvar" el concepto de existencia de un "éter" inmóvil.

No obstante, fue Einstein, quien en 1905, basándose en esquemas más generales, dio a conocer las bases principales de una nueva formulación teórica a través de una memoria presentada en el *Annalen der Physik*, titulada "sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento". En esta obra, Einstein dejaba sentada la resolución de la incompatibilidad de la electrodinámica de Maxwell y el principio de la relatividad enunciado por Galileo, no a través de la modificación de las teorías existentes, sino mediante una revisión de las nociones físicas de espacio y tiempo.

Según esta nueva formulación, las transformaciones sobre la cinemática son numerosas. Así, el intervalo de tiempo que separa dos sucesos, deja de ser Universal y su valor cambia según se mida en un sistema de referencia en el que ambos sucesos tienen lugar en el mismo sitio, denominándose entonces el intervalo como tiempo propio, o en un sistema de referencia en movimiento uniforme con respecto al precedente, lo que da lugar a la medición de un tiempo impropio. Estos fenómenos fueron denominados por Einstein como dilatación de las duraciones, dejando de ser absoluta la noción de simultaneidad, por lo cual, dos sucesos que en un mismo sistema de referencia tienen lugar en el mismo instante y en lugares diferentes, no tienen lugar en el mismo instante en sistemas de referencia diferentes (Einstein, 1905; 1986)

La misma ley, basándose en enunciados que afectan de un modo complejo a la física y que quedan fuera del alcance de los propósitos de esta obra, y entre los que cabe destacar la mencionada contracción de las longitudes o contracción de Lorentz, así como la ley de composición de las velocidades respecto a la luz deducida de las relaciones de la transformación de Lorentz, permitió a Einstein señalar que, en definitiva, es posible encontrar tiempos que no son ya universales, sino que se encuentran ligados a cada sistema de referencia.

Desde luego, dada la especificidad del planteamiento físico, y su relación con la conformación cuántica y la velocidad de la luz, no deja de plantear interrogantes que, de cara a una relación directa entre los planteamientos que se presentan y los enunciados de Einstein, están aún por ser dilucidados. No obstante, se puede extraer de este planteamiento, la evidencia de que, aún dentro del marco temporal que la ciencia ha fijado como absoluto, a la hora de abordar el estudio de la evolución histórica de los grupos humanos, en tanto en cuanto sistemas de referencia diferentes, es necesario plantear la existencia de escalas temporales también diferentes, o tiempos relativos, que nos permitan conocer en conjunto el desarrollo de un grupo, explicando, gracias a ellos, cuales fueron las causas que produjeron los fenómenos que estudiamos.

Visto lo anterior puede señalarse que, en el sistema, o sistemas de referencia, elegidos y afectados tan solo por la cinética propia de su "movimiento" de evolución, entendido éste como el reiterado reajuste en busca del equilibrio, tan sólo opera un tiempo, sea éste el que sea. Desde la perspectiva actual, el marco temporal elegido como concepto absoluto -arbitrario en sí- es el de los años antes o después de Cristo. Esta escala, por tanto, se muestra de un modo estático. Cuando sólo existe un marco de referencia, entendido como ese desarrollo "normal" al que antes nos referimos, el sistema temporal está dotado de sentido. Pero, ¿qué sucede cuando en un mismo espacio opera otro sistema de referencia?. Explicado de un modo más sencillo, ¿qué ocurre cuando una fuerza externa actúa sobre el sistema de referencia y éste muestra una fuerza contraria para mantener el equilibrio?, y más concretamente, dado que el interés máximo de los estudios prehistóricos reside en la relación entre acontecimientos y escala temporal, ¿cómo afecta este acontecimiento al marco temporal?.

Para explicar estas cuestiones, ya no resulta válido el marco de la relatividad galileana puesto que precisa de una componente nueva que atienda a la dinámica en tanto en

cuanto fuerza ejercida sobre el acontecimiento externo que afecta al sistema de referencia inicial, y por extensión, una nueva concepción temporal que supere los peyorativos adjetivos de "retardatario", "arcaizante" o "primitivo" aplicados a un desarrollo original respecto a otro que le afecta y que, por tanto, se toma como "más avanzado".

Para entender esto último, y más aún, la aplicación práctica de la relatividad restringida al campo histórico, es necesario abordar algunos elementos más que serán de gran ayuda.

A este respecto, la Historia está repleta de evidencias que señalan desequilibrios de todo tipo y, en el fondo, el desarrollo histórico puede señalarse que se compone en gran medida de explicaciones causales perfectamente definibles desde la perspectiva filosófica de la causación u originación dependiente.

3.4.3 Teoría de causación u originación dependiente de los fenómenos históricos

Partiendo de la aceptación física y filosófica de que nada es originado de un modo independiente, y que por ello todo procede de la interrelación causal, podemos establecer que nada es independiente dado que es absoluto. Por lo tanto, si negamos la concepción absoluta del desarrollo histórico, propugnamos la necesidad de su estudio desde una postura relativista.

Según el principio teórico de la causalidad, desprendido de posturas filosóficas tanto antiguas -filosofía budista; filosofía aristotélica- como de la tradición empirista inglesa -Berkeley, Hume y Stuart Mill-, todo fenómeno responde a una causa y las mismas causas, en iguales condiciones, producen los mismos efectos. De un modo más amplio, Kant, opinaba que la causalidad se expresa en términos de ley *a priori*, a la cual está sometida la relación entre los fenómenos. De este modo, en la "segunda analogía de la experiencia", se formula la afirmación de que "todos los cambios tienen lugar siguiendo la ley de la relación entre causa y efecto", conformándose éste como uno de los principios del entendimiento puro.

De una forma u otra, la concepción causalista, bien desde la perspectiva clásica, bien desde la más moderna causalidad estructural enunciada por Hegel y los marxistas y prolongada en el pensamiento de Luckács y Althusser, sigue manteniendo la evidencia de ese principio elemental de causalidad, a pesar de que para Nietzsche, tal presupuesto sea una ilusión, siendo lo único que le es dado percibir al ser humano la "relación de sucesión".

No en vano, en el último siglo, la relación entre causalidad y física se ha estrechado de forma unánime, pasando de la concepción última de la "sustancia" de Aristóteles a las modernas concepciones de corpúsculos atómicos. Esta renovación ha llevado a la promulgación de Heisenberg de que "no se puede atribuir directamente ninguna propiedad al átomo", lo cual, en consecuencia, según Schrödinger, permite señalar la causalidad como la "expresión de estructuras subyacentes a puras configuraciones". Ahora bien, estas búsquedas de la "esencia última" de la causa, exceden en gran medida lo tratado en esta obra, y por ello, señalando tan sólo que los nuevos postulados no alteran la realidad del principio enunciado, puede sentarse la base epistemológica de que a todo desarrollo histórico -o cultural- como fenómeno, le precede una causa. Ésta, como señalamos, debe buscarse cuando menos en dos direcciones.

En primer lugar, independientemente de la causa origen primera, los grupos que analizamos se mantienen en un esquema de equilibrio, más o menos precario, inmerso en un sistema uniformemente móvil desde un concepto cinético, en el que se desarrolla

el devenir histórico. Éste no está formado más que por la sucesión de reiterados reajustes dirigidos al mantenimiento del estado de equilibrio.

En segundo lugar, también en el caso que nos ocupa, independientemente de la causa original, los grupos y con ello su sistema de referencia o Historia pueden verse afectados por causas externas, siempre bajo un aspecto dinámico de fuerza ejercida sobre el grupo, que desbordan la capacidad de regulación homeostática del grupo. Por lo general estas fuerzas son derivadas de acontecimientos impredecibles, como la colonización o las catástrofes naturales de efectos más o menos devastadores, por ejemplo, que vienen a dar lugar en muchas ocasiones a la aniquilación por aculturación, desculturación o transculturación de los desarrollos culturales propios, vencidos por esa dinámica externa, a la desaparición física del grupo, o a mecanismos de resistencia hacia la causa externa.

Todo ello, como puede verse, depende de la dinámica ejercida y a su vez de la distancia a la que se encuentra el punto de origen de dicha dinámica. Por el momento, y sin adelantar conclusiones, se puede considerar como sobradamente probado que, por lo general, tal y como explican los Sistemas Mundo, los acontecimientos acaecidos en un espacio, mediante el denominado "efecto dominó", llegan a influenciar a los sucesos de otras áreas -esto es, como hemos señalado, demostrable mediante el sistema de relatividad galileana-. Ahora bien, esta influencia no sólo depende de la distancia a la que se encuentra el lugar de origen de la fuerza, sino que también es directamente proporcional a la magnitud de esa fuerza, así como a la capacidad de reajuste del sistema de equilibrio del grupo que la recibe.

Lo expuesto, desde el punto de vista del estructuralismo causal de Serres -aplicable a las ciencias humanas- viene a significar que *'todo cambio de elemento de la compleja red de nodos de un supuesto diagrama en red, implica una remodelación de la estructura'* (Serres, 1953), o lo que es lo mismo, un reajuste de su capacidad de equilibrio, lo cual implica que si un grupo no presenta una capacidad adaptativa suficientemente fuerte para contrarrestar el empuje, desaparecerá engullido por el elemento origen del empuje dinámico. Todo esto queda englobado, también, en la teoría general de sistemas desarrollada por los postulados de la arqueología postprocesual (Clarke, 1984)

Algunos investigadores tal vez quieran ver reflejado en el modelo teórico propuesto elementos propios del relativismo cultural. No en vano, los antropólogos que mantienen este relativismo, coinciden a la hora de señalar que la gran diversidad de culturas y su aparente escasa relación con el mundo occidental, teóricamente más adelantado y por ello portador del dudoso derecho de explicar cuál es el punto de normalidad en lo referente al comportamiento, descansa en el fondo en el hecho de que los individuos que conforman cada cultura, viven inmersos en "universos cognoscitivos" diferentes y que sus creencias y representaciones son relativas, por tanto, a su contexto cultural.

Si bien la postura planteada muestra un verosímil acercamiento entre las tesis "culturalistas" de la escuela de Boas, Kroeber y Mead, y el modelo teórico presentado, el desencuentro total acontece en el momento en que se habla de la evolución de un modo más o menos estanco que mantiene la escuela americana y que no permite introducir los necesarios conceptos de dinámica en tanto en cuanto fuerza motriz de los cambios y de la multiplicidad de campos referenciales, imprescindibles dentro del contexto de la teoría de la relatividad histórica.

Debemos imaginar, por tanto, que el desarrollo cultural puede mantenerse más o menos estanco en tanto en cuanto sea posible alcanzar el equilibrio u homeostasis del grupo. A este respecto, un grupo cultural aislado en una isla, incapaz o no necesitado de establecer relaciones con otros grupos, en caso de poder mostrar una viabilidad biológica de desarrollo, salvando los escollos de taras genéticas y demás elementos derivados de la endogamia reiterada, mostrarían tan sólo un sistema de referencia lineal en el que la coordenada temporal, a la hora de abordar su estudio, ha de ser llevada hacia atrás de

modo que se pueda, dentro de un sistema de referencia, cuanto menos similar, hallar un elemento de comparación. Esta "dilatación de las duraciones", que puede derivar en casos de marcada involución cultural, implica, como se ha señalado en líneas anteriores, una relatividad de la magnitud temporal, y por ello, la necesidad de estudiar el caso desde la relatividad histórica, siempre además, desde una perspectiva de la relatividad especial o restringida pues, no en vano, hay implicados dos sistemas referenciales. Uno en el que se encuentra inmerso el propio grupo, y otro el del observador que lo analiza.

3.4.4 La relatividad histórica

Enunciar una teoría humanística basada en un modelo físico implica la introducción de elementos comparativos que, lejos de la arbitrariedad de su uso, permitan mantener el planteamiento lógico de ambos campos del pensamiento científico. Este mantenimiento permitirá por tanto aceptar como verdaderas ambas teorías. Esto no supone que ninguna de las dos teorías deba ser modificada en algún momento, sino que, por el contrario, la modificación de una de las teorías, dada la coherencia interna de ambos postulados, posiblemente implique la necesaria remodelación de la otra.

Como señalamos en puntos anteriores, y a modo de síntesis, en los estudios históricos es posible aceptar la equivalencia de los desarrollos culturales como sistemas referenciales. No en vano los acontecimientos históricos, por su misma constitución, están sujetos, en su devenir, a las leyes naturales y por ello deben desarrollarse sin comprometer estas y por tanto hacerlo en un sistema de referencia determinado.

Lejos de plantear con esta teoría la exacta igualdad existente entre la teoría de la relatividad física -que en sí misma queda fuera del marco de estudio- si consideramos que debe realizarse un detenido y exhaustivo estudio de los planteamientos que han motivado la investigación a la hora de hablar de un concepto tan importante como es el de las coordenadas temporales de los desarrollos históricos. Sin pecar de ambición, creemos que es, de momento, tan sólo a esta coordenada y a esta cuestión a la que deba referirse el enunciado teórico propuesto, sin que esto suponga que éste sea tan sólo útil o válido para el tema que nos ocupa, sino que por el contrario es aplicable a toda la Historia, bien sea abordada desde perspectivas locales, regionales o globales, incluso de forma independiente del momento preciso en el que, dentro de ese transecto arbitrariamente elegido por el ser humano, centremos nuestras pesquisas.

De este modo, lo que en física es un movimiento uniforme, pasa a ser en la Historia un desarrollo local o regional. Éste, lejos de ser estático, es cinético, y ese cinetismo de desarrollo, lo que denominamos evolución, está sometido a un movimiento uniforme, que no es otro que el propio de la evolución cultural (Clarke, 1984: 91, fig. 15) Si pensamos profundamente sobre esto no podemos obviar que los acontecimientos históricos, lo que en el fondo es el día a día, y que con su concatenación componen los horizontes, fases o desarrollos culturales, están a su vez imbuidos en un sistema cinético mayor, como es la Tierra, innegablemente en movimiento constante (*Ibidem*: 118, Fig. 22) Este modelo es, por tanto, más o menos similar en cualquier punto del planeta. Esto no quiere decir que todos los grupos deban alcanzar el mismo estadio al mismo tiempo, ni siquiera significa que ese estadio evolutivo similar deba ser alcanzado por todos los grupos siempre. Por el contrario, y como señalaba Le Goff (1982), es necesario volver a plantear, de cara a los estudios históricos, el concepto del tiempo. Él, como Ruíz- Gálvez retomó en parte (1998: 328), planteaba una visión de los tiempos históricos que nada tenían que ver con las infraestructuras y supraestructuras de los historiadores marxistas, ni el de los acontecimientos y las estructuras de la escuela francesa de los Annales, sino la sucesión o concatenación de "tiempos largos" y "tiempos cortos" dentro de una sociedad en un ámbito cultural y período determinados. Esta idea, presente en la mente de Le Goff, como en otros muchos autores, ya está denunciando la participación de esa '*dilatación de las duraciones*' que nos enunciaba Einstein. No en vano Le Goff señala que la diferencia fundamental entre los tiempos cortos y los largos estriba fundamentalmente en que, en

éstos últimos, *'las transformaciones parecen detenerse o producirse muy lentamente y en el que el mismo tiempo es percibido como un continuum y aparenta carecer de importancia'* (Le Goff, 1982)

Ahora bien, ¿qué es lo que cambia para que los acontecimientos de desarrollen de un modo u otro?. La explicación de este cambio resulta compleja, pero no siempre imposible. Imaginemos un grupo humano ubicado en un espacio definido y en un momento concreto de su "evolución" cultural. Este grupo se relaciona por lo general con diferentes grupos. La entrada en interacción, por lo general, traerá consigo un intercambio de objetos, ideas y gentes. Cuando este proceso se desarrolla en un sistema en calma, se produce, por lo general, una homeóstasis que regula los desarrollos de todos los grupos, de forma que, a pesar de las interacciones, el sistema alcanza de nuevo un estado de equilibrio como el del que partió (Clarke, 1984) La concatenación de interacciones puede y, de hecho, da lugar a lo que denominamos "evolución" cultural o desarrollo concatenado y sucesivo de fases. Esta es, en sí, la forma en la que, de un modo general se desarrolla la cultura.

Por tanto, ¿qué ocurrirá con un sistema de referencia que se ve afectado, directa o indirectamente por un acontecimiento dinámico, esto es, que implica la actuación de una fuerza externa, por lo general sin relación con el desarrollo histórico en sí?. En este caso, y no obstante lo visto anteriormente, puede suceder que entre en acción, en el seno del grupo, algún factor, por lo general externo al mismo, y también por lo general de tipología traumática o positiva, bien sea esto entendido como hambrunas, epidemias, colonizaciones, o cualquier otra circunstancia que venga a romper el equilibrio establecido. Cuando este equilibrio se rompe, se hace por lo general mediante un proceso que ya no es sólo cinético, esto es, relativo al movimiento *per se* sino que suele tener connotaciones dinámicas, esto es, relativas a la fuerza implicada en el movimiento. Esta dinámica puede ser, como señalamos, la del empuje colonizador o la de la epidemia -que no deja de ser una colonización/invasión a nivel bacteriológico o microbiano-, o bien la de la difusión de una innovación. Por lo tanto, hay un cambio importante no sólo en lo formal -aplicación de dos elementos o condicionantes diferentes- sino en lo referente a los sistemas de referencia. El primero se encontraba no sólo en calma, sino inmerso en un movimiento uniforme -el desarrollo propio de la cultura-, mientras que el segundo implica por sí mismo, una concepción de dinamismo que puede traducirse como dotado de un movimiento con respecto al precedente.

En el fondo este segundo modelo se encuentra afectado, como los esquemas de explicación físicos, por las magnitudes del impacto o fuerza del movimiento -puede establecerse el acuerdo de que no influye igual la necesidad de reajuste por un devastador terremoto, o por la súbita crecida del nivel del mar, que la "invención" de un determinado estilo de producción cerámica, lítica, o metálica-. Además, otro elemento que influye es el de la distancia a la que se produce el movimiento. De este modo, la magnitud del efecto producido en un lugar, como ocurre con la física, decrecerá de un modo directamente proporcional a la distancia que separa el foco origen -o causa- y el lugar de recepción -o efecto-. Este modelo que puede sonar tan extraño, no es más que una explicación física del efecto dominó explicitado mediante un esquema de mesa de billar que trata de señalar la relación, relativa, entre *'centro'*, *'periferia'* y *'margen'* (Ruíz-Gálvez, 1998:273,279 y 285)

Analizando al mismo tiempo los desarrollos históricos, vemos que existen grandes cambios entre ambos sistemas referenciales (Fig.4 a y 4b) Cambios que precisan de una explicación que, desde nuestro punto de vista, puede ser dada por el modelo teórico que se propone. Ahora bien, la aceptación de los presupuestos enunciados requiere de un ejercicio de reconstrucción histórico-temporal diferente del marco referencial que nos es dado diariamente. Esto es, precisamos de una labor de abstracción que nos permita abordar, lejos de los criterios de sincronía, que como se ha señalado, son ahora inoperativos, la dilatación de las duraciones, no desde la perspectiva de los grupos

humanos que conviven en un mismo espacio, sino desde esa posición especial y privilegiada desde la que estudiamos, como meros observadores, los desarrollos históricos. Por esto mismo, estamos obligados a modificar la escala de valoración utilizada en nuestra investigación. Escala que, como se ha señalado, se relativiza a medida que aumenta la complejidad del proceso histórico-cultural. Tan sólo desde esa particular visión, más cercana y uniforme a los desarrollos relativos, podremos explicar con acierto los desarrollos observados, dotándoles, lejos de la utilización de un lenguaje peyorativo, de la verdadera dimensión que les corresponde, tanto desde nuestro punto de vista alejado en el tiempo, como desde el planteamiento hipotético del discurrir cotidiano de los grupos humanos en los que centramos nuestra investigación.

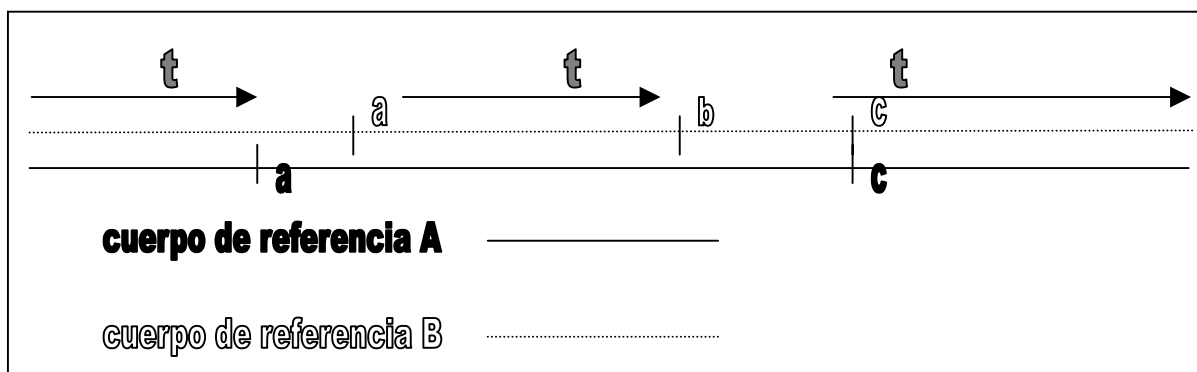


Fig.4 a.- *Relatividad de la simultaneidad según A. Einstein (1917) y modificado para aplicar a la teoría de la relatividad histórica. Cada cuerpo de referencia es una cultura. T= tiempo "absoluto". A,b,c,= etapas o estados culturales. La conclusión es que dos grupos culturales no tienen por qué mostrar desarrollos culturales idénticos en momentos temporalmente sincrónicos en apariencia.*

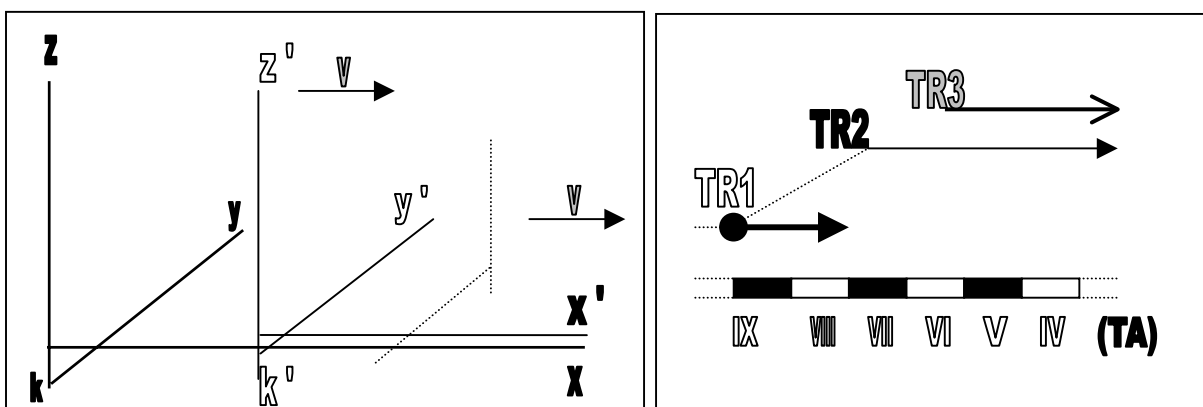


Fig.4 b.- *Aplicación de la transformación de Lorentz a los procesos de colonización. Modificado de A. Einstein (1917) para la teoría de la relatividad histórica. X,Y,Z= cuerpo de referencia A. X',Y',Z'= cuerpo de referencia B. Este último se "mueve" sobre A con una velocidad "v" (concepto de dinámica cultural)*
 Fig.5.- *Escala de tiempos según la teoría de la relatividad histórica. TR1= cuerpo de referencia a TR2= cuerpo de referencia b TR3= cuerpo de referencia c. TA= tiempo "absoluto" en milenios.*

3.4.5 Construcción secuencial

Conforme a lo señalado en el planteamiento teórico, se hace preciso explicar su operatividad a una escala práctica. Así, nos encontramos, por una parte, el sistema de Tiempo Absoluto (TA), establecido arbitrariamente por el ser humano y por otro el sistema de Tiempo Relativo (TR), que corresponde, de un modo sencillo, al desarrollo

temporal lógico y coherente de cualquier grupo cultural (Fig. 5) Uno de estos tiempos se mantendrá inmutable (T.A.) y será el que permita la cuantificación de aparentes sincronías en un punto arbitrariamente seleccionado. Por su parte, el resto de los tiempos (TR), tantos como desarrollos nítidamente diferenciados existan, estarán inmersos en su propio desarrollo secuencial, a menudo incluso independiente de los desarrollos vecinos.

Es precisamente este tipo de concepción la que nos ha permitido esbozar un esquema de realidad más acorde con la lógica, en el puro sentido matemático y más desligada de conceptos arbitrarios y peyorativos, desde la óptica de la ciencia social y el estudio y entendimiento de los desarrollos étnicos diferenciados.

De modo explicativo, hemos llegado a la concepción de una secuencia cultural múltiple en la que, como era de esperar, los diferentes grupos humanos, inmersos en su propia idiosincrasia, no tuvieron, ni tienen, por qué pasar por cada una de las etapas de desarrollo histórico y cultural que los historiadores hemos definido. No es esta aportación novedosa ni tal vez brillante, pero nos permite abordar nuestro tema de estudio de un modo más veraz y sobre todo coherente. Es por ello que, aún con la validez que ha demostrado y demuestra la estructuración arqueográfica establecida por Mommsen en el siglo XIX, creemos que es necesario dar por superada y obsoleta la obligación de constreñir nuestros estudios a meros valores cualitativos que, además, en numerosas ocasiones no dejan de ser más que pautas arbitrarias establecidas en virtud de nuestra necesidad de ordenar y explicar los acontecimientos pasados desde ópticas dominadas por la construcción intelectual propia de nuestra cultura.

Sin entrar profundamente en disquisiciones filosóficas que nos alejarían del objetivo de nuestro estudio, sí deseamos recalcar una cuestión que, con su mera observación, permite hacerse una idea de la relatividad de los diferentes postulados e incluso de la innegable invalidez de muchos de ellos. Hemos señalado antes que los estudios arqueológicos han partido, casi de forma exclusiva, de los postulados interpretativos occidentales. Con ellos, incluida la carga religiosa que en numerosas ocasiones los ha acompañado y aún los acompaña, hemos perdido de vista que existen otros modos de interpretar las cuestiones referentes al pasado. De estos modos de interpretación poco sabemos. Este desconocimiento se debe, entre otras cosas, a la dificultad que los occidentales tenemos para comprender postulados científicos y filosóficos no acordes con nuestras coordenadas científicas. Todo ello no implica, empleo, que los conceptos de razón y de causalidad, presentes en los postulados aristotélicos, no sean universales.

Ahora bien, existe un lenguaje universal sobre el que caben pocas discusiones. Ese lenguaje se escribe con el apoyo de las matemáticas y permite comprender y aprehender cuestiones que de otro modo se escaparían a nuestra comprensión.

Por tanto, ¿es posible que podamos encontrar formulaciones matemáticas que, acordes con las premisas básicas de las leyes físico-matemáticas, nos permitan arrojar algo de luz, pero sobre todo eliminar algo de arbitrariedad de nuestros estudios históricos?. Estamos convencidos de que sí. Es más, tenemos la certeza de que con algo de tiempo destinado exclusivamente a pensar en las formulaciones necesarias, seremos capaces de alcanzar pautas de consenso que doten de una mayor operatividad a los estudios históricos.

En este capítulo inicial no hemos querido más que dejar constancia de algunos pasos sobre los que hemos pensado bastante y que no deban tomarse más que como elementos aproximativos de lo que deberá ser una formulación definitiva. Ahora bien, teniendo en cuenta que trataremos, superficialmente, de estas cuestiones a lo largo del texto, hemos creído conveniente siquiera esbozarlas aquí.

Partiremos de la premisa de que las culturas no existen por sí solas en un único estado de desarrollo. Por el contrario, como en cualquier proceso, el desarrollo cultural, y esto es algo que ya demostraron diversos autores hace décadas, se ajusta a un modelo gaussiano. Así, la cultura como desarrollo conoce un proceso de nacimiento, cúlmen y desaparición (Fig.6), al menos en un pretendido modelo perfecto, de tipo gaussiano.

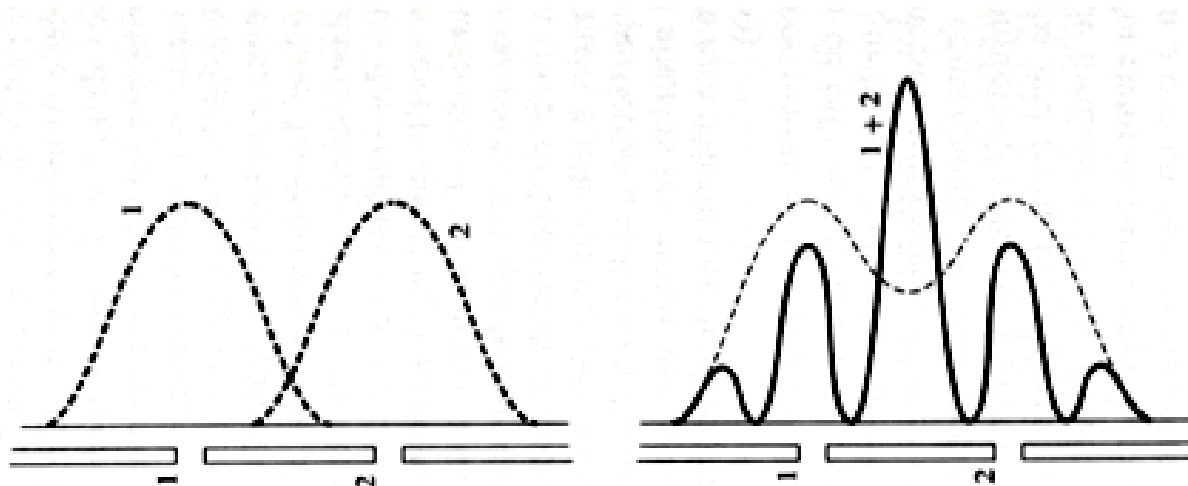


Fig.6.- Comportamiento ideal figurado de la concatenación de procesos culturales, propios de los sistemas de difusión y/o colonización. Extrapolado del experimento de la doble rendija con partículas propio de la exposición de la Interferencia cuántica, según Fernández Rañada, 1997

En la vida real, este modelo ideal se complica en mayor o menor medida hasta el punto de que esa modélica curva de Gauss se transforma en otro perfil no tan sencillo (Fig.6) que no es, en definitiva, más que la acumulación o concatenación de diferentes curvas clásicas u ondas. Esto es algo harto común en modelos matemáticos e incluso en desarrollos físicos.

Si comparamos el desarrollo cultural y su esquema de funcionamiento con un modelo físico matemático conocido, obtendremos interesantes resultados. Podríamos así establecer el enorme paralelismo con cualquier campo ondulatorio, por ejemplo, con el esquema básico de desplazamiento de las ondas sonoras (Fig.6) En definitiva los fenómenos ondulatorios están presentes en todos los grandes campos de la Física y, como es de esperar, la mayor parte de estos fenómenos obedecen a una ecuación de ondas.

No tiene mucho sentido que nos extendamos aquí en cuestiones profundas. Algunos autores definieron los procesos de difusión –no deja de ser un concepto mecánico y dinámico- de la cultura desde el postulado de lo que daban en denominar sistemas '*down the line*'. Estos sistemas fueron empleados como arma contra los postulados difusionistas e hiperdifusionistas que parecían señalar la necesaria existencia de desplazamientos que portasen los objetos y las ideas portadas.

A la luz de la física y sin apartarnos de este postulado del campo ondulatorio en el que estamos, podemos llegar a la conclusión de que el modelo difusionista e hiperdifusionista tendría su modelo físico matemático en el concepto del **fenómeno físico corpuscular**, mientras que las posturas '*down the line*', tan admiradas por los denominados autoctonistas, podrían tener su modelo en el concepto del **fenómeno físico ondulatorio**. La diferencia entre uno y otro tan sólo estriba en que mientras que en el fenómeno corpuscular se asocia el transporte de energía al transporte de materia, en el fenómeno ondulatorio se aprecia un transporte de energía sin transporte de materia.

Evidentemente la cuestión no es tan sencilla como hemos expuesto. En la difusión de ideas es evidente que el modelo no será sencillo como el mero desplazamiento de una onda sonora en un medio homogéneo, sino que se asemejará más a la difusión de la luz y de las partículas atómicas en medios diversos. Su explicación, he ahí las dificultades a las que nos enfrentamos, entraría en la órbita de la Física Cuántica y por ello, en exceso alejada de nuestro trabajo de síntesis. Baste con señalar que contamos con instrumentos matemáticos propicios para explicar matemáticamente este comportamiento que precisan, no obstante, de un concienzudo ajuste que los convierte en no aplicables, en la actualidad, debido a su complejidad.

Pero la Historia también nos demuestra que han existido desarrollos frustrados o aparentemente aislados que, curiosamente, tras su desarrollo, quedan abocados a la desintegración. En física estaríamos hablando de un modelo de ola solitaria, y en este caso podemos presuponer que existe un movimiento independiente y al azar. En este caso podríamos hablar de un desarrollo aislado. No obstante, es más común la existencia de un aparente movimiento que demuestra una periodicidad en el tiempo y en el espacio. En este caso nos encontraríamos ante movimientos conectados entre sí que, en definitiva, serían los que nos permiten atisbar esa idea de onda.

La ecuación de ondas quedaría reflejada del siguiente modo:

$$(2) \Delta(\Delta h / \Delta x) / \Delta x = 1/c^2 \Delta(\Delta h / \Delta t) / \Delta t.$$

Señalar este extremo no serviría más que para darnos una idea aproximativa de la existencia de una posibilidad de formulación matemática para la cuestión del proceso de cambio cultural y las subsecuentes construcciones de desarrollos culturales. Esta formulación no está necesitada más que del establecimiento de los parámetros y de las constantes necesarias, algo e lo que seguimos trabajando.

Hay además una propiedad de las ondas que nos interesa resaltar por su importancia en el asunto que estamos tratado. Es concretamente la interferencia. Podríamos también aplicar la formulación matemática para comprender su funcionamiento exacto, pero será suficiente con señalar que la interferencia se produce cuando dos o más ondas llegan simultáneamente a un punto del espacio. En ese momento sus efectos se suman o se restan de manera que si, en dicho punto, colocásemos un detector, la señal que registra instantáneamente es la suma de las señales correspondientes a las ondas que llegan a él. ¿No resulta acaso aplicable del mismo modo este enunciado al proceso de desarrollo y evolución culturales?. Un modelo explicativo teórico válido sería también el de los fenómenos de reflexión y refracción derivados de la óptica y donde el cambio de medio, en definitiva su densidad, implicaría la presencia de uno u otro fenómeno.

Quedémonos por tanto con el convencimiento de que es teóricamente posible formular la práctica totalidad de los desarrollos culturales involucrados en la Historia hasta el punto de alcanzar una tesis general de explicación cercana a la soñada teoría unificada einsteniana en la que, con el arbitrio de las ecuaciones de Maxwell y el apoyo de las formulaciones e ideario que nos facilita la Física Cuántica, podamos llegar a conclusiones de evidente valor científico. Tan sólo así superaremos la etapa arqueográfica en la que parecemos atrapados desde la formulación de las primeras propuestas explicativas de la Historia a la luz, exclusivamente, de las ciencias sociales.

Como hemos señalado, es triste comprobar cómo nuestra joven ciencia ha quedado atrapada en su propio devenir, ajena –y eso es lo verdaderamente relevante- al avance del resto de las ciencias. No es hora sólo de aplicar las matemáticas o la física al estudio de la Historia, sino que estamos ante la necesidad de dotar a la Prehistoria de los elementos de definición que permitan saber con qué certeza sabemos lo que sabemos.

De la coherencia que muestran este tipo de estudios da fe la cada vez más abundante bibliografía científica, especialmente en el campo de la física, que centra sus estudios en cuestiones asociadas al comportamiento humano (Vogl, 2005), aún cuando algunos científicos sigan postulando que es éste, aparentemente, mucho más complejo que el comportamiento de átomos, líquidos o planetas.

Entre estos recientes trabajos destacan los de Joaquim Fort y Vincenç Méndex, quienes han aplicado las ecuaciones de difusión/reacción que gobiernan, por ejemplo, la difusión de un líquido en otro a la difusión de las tecnologías agrícolas en Europa en los albores del Neolítico (Fort y Méndex, 1999)

Este intento no era novedoso, si bien los resultados obtenidos eran pobres en cuanto a la fidelidad de las predicciones del modelo. Para los autores es posible alcanzar un ajuste mucho mejor de la predicción del modelo con los datos si se utilizan ecuaciones con términos adicionales de retraso temporal del tipo de los empleados con éxito para modelizar la difusión de los incendios forestales o de las epidemias.

En el caso de las difusiones en el campo de la antropología y arqueología, un factor de retraso temporal refleja el hecho de que, generalmente, los vástagos de agricultores emigrantes crecen hasta la edad adulta antes de convertirse, ellos mismos, en potenciales difusores.

Así, el modelo clásico de onda de avance al que antes nos referimos se basa en la ecuación de reacción/difusión de Fisher. Lo novedoso del trabajo de Fort y Méndex reside en que estos autores pretenden una extensión del enfoque de Einstein a la difusión de Fickian incorporando términos de reacción (*Ibidem*) Los resultados finales son bastante esperanzadores. No en vano Fort señala que la modelización matemática será cada vez más importante en antropología y en Historia, dependiendo la versatilidad de las ecuaciones obtenidas y de los correspondientes modelos de la bondad y calidad de los datos reales manejados.

A nuestro entender esto supone, dentro de la línea de trabajo en la que ahora mismo nos situamos, que nos encontramos ante el primer síntoma de que la revolución einsteniana debe afectar, como lo hizo sobre la física galileana y newtoniana, también a los estudios históricos. Esta es la base de nuestra teoría de la relatividad histórica y en suma la evidencia de que existe una necesidad de naturalizar la ciencia histórica y social para objetivar los estudios que nos atañen. Como dijimos, nos parece éste el mejor camino de hacer ciencia dentro del campo de la Historia; lo demás, no dejan de ser aproximaciones, más o menos acertadas a la realidad que pretendemos reconstruir. Aceptar este hecho supone ya un paso de gigante en nuestro marco de investigación y en nuestro campo de estudio.

Sirva, por tanto, este capítulo inicial como mera expresión no sólo del deseo de avanzar en ese camino, sino de la necesidad de hacerlo y de la coherencia que demuestra el hecho de que sea posible esta aplicación para obtener resultados notables.

II

METODOLOGÍA

INTRODUCCIÓN

La elección del método de trabajo y estudio condiciona, sin duda alguna, el resultado final de cualquier investigación. En el caso de un trabajo científico como el que nos ocupa, esto es, de carácter histórico y eminentemente arqueológico, el método a emplear es doble. Por un lado se aplican las técnicas y metodologías de obtención de datos propias del trabajo de campo –en los parámetros de excavación y prospección- y por otro se ponen en marcha los sistemas de investigación, con su soporte epistemológico y metodológico propio, dirigidos a la elaboración científica y más concretamente a la obtención de las conclusiones y Tesis perseguidas.

Para la realización de esta obra se ha recurrido, en un esfuerzo ímprobo, al uso de ambos sistemas. Sin ánimo de extendernos en exceso en este capítulo sí consideramos de importancia señalar cómo, desde la primera toma de contacto con la problemática a estudiar, fuimos conscientes de la necesidad de abordar un trabajo de campo que debía conducir a la revisión, a la luz de nuevos datos, de las aparentes y en cierto modo ficticias, lagunas de poblamiento de modo que pudiésemos valorar si eran tales o por el contrario se trataban de vacíos de la investigación.

Nuestra toma de contacto con el asunto de la neolitización de las tierras del interior de la Península Ibérica se produjo, como se aprecia en el capítulo dedicado al estudio de la investigación, en un momento en el que, si bien empezaban a menudear algunos trabajos de notable interés, la mayor parte se encontraban en fase de ejecución y lo que es más importante aún, en una fase previa a su publicación. Con ello el conjunto de datos con el que contábamos era reducido, poco representativo y demasiado parco para obtener resultados concluyentes, algo que ya tuvimos ocasión de apreciar en nuestra tesis de licenciatura (Jiménez Guijarro, 1997). Además, alguno de los yacimientos excavados y publicados estaban inmersos en una notable polémica –caso de Verdelpino- que era preciso despejar antes de adoptar un posicionamiento definitivo.

Al ser conscientes de la enorme amplitud geográfica a tratar decidimos, desde el punto de vista metodológico del empirismo, que era necesario establecer una línea de trabajo destinada a disociar claramente varios extremos:

- Dispersión general de yacimientos.
- Categorización de yacimientos según su estado de estudio y tipología de obtención de datos.
- Establecimiento de un sistema piramidal de yacimientos basado en esta categorización previa.
- Elección de áreas de investigación capaces de ser reveladoras de condicionantes genéricos del desarrollo cultural y del poblamiento.

- Delimitación de un conjunto reducido de yacimientos destinados al estudio pormenorizado de sus series de modo que se pudiesen extraer elementos definitorios en cuanto a secuencia cultural, cronologías y materiales.
- Planteamiento de hipótesis basadas en esos datos.
- Contrastación de modelos dentro del campo de estudio geográficamente delimitado.

Teniendo en cuenta la necesidad de seleccionar un área que pudiese surtir el efecto de un campo de experimentación y a la vez de contraste de los datos observados, decidimos, por adscripción universitaria, proximidad geográfica y también por motivos de ausencia de investigación, elegir el actual área de la Comunidad de Madrid.

Las razones que nos condujeron a esta elección fueron varias. Sin duda una de las más importantes fue el hecho de que Madrid se ubica en el sector más interior, asociado a tres unidades geomorfológicas bien diferenciadas –montaña, piedemonte y depresión tectónica del Tajo- y con la existencia de un eje serrano delimitador o articulador de desarrollos a ambos lados de esa enorme ínsula horizontal que es la Meseta y que dirime las relaciones entre las dos grandes depresiones que la configuran: la fosa del Tajo al Sur y la del Duero al Norte.

Por otra parte, la existencia de estudios de gran calidad en curso de ejecución en las tierras inmediatamente al Norte del área elegida y coincidentes con las actuales provincias de Segovia y Soria nos permitieron augurar una pronta publicación de resultados que nos sirviesen a su vez como contrastación de nuestros propios descubrimientos. Lamentablemente el tiempo que han tardado en ver la luz los resultados de estos trabajos ha retrasado nuestra investigación, pero enriquecido a su vez, notablemente nuestra visión de conjunto.

Esta obra presenta, como se ha señalado en la introducción y puede advertirse ya desde el índice, una clara compartimentación que atiende no sólo a la obtención y presentación de resultados basados en evidencias materiales y en su posterior estudio e interpretación –llamémosle un cuerpo material- sino también un marco conceptual basado en la presentación y explicación de un cuerpo general de teorías –que giran todas en torno a la idea del desarrollo cultural desajustado pero sincrónico de lo que hemos denominado *teoría de la relatividad histórica*-.

El cuerpo teórico presentado, aún encontrándose en una fase siquiera embrionaria, sirve como complemento y refuerzo a las evidencias y datos empíricos obtenidos y presentados. Aquí la teoría no sustituye al dato, ni éste se ha de acomodar a aquella. Muy al contrario, la teoría, en su marco epistemológico y conceptual, sirve de marco y de complemento al dato arqueológico e histórico que es, en esencia, la base de nuestro trabajo. Esta Teoría, aplicada aquí al caso del proceso de neolitización, debería superar por sí misma este campo de aplicación para convertirse en una teoría general de interpretación y análisis histórico. Esa es al menos la esencia de su génesis.

Si bien algunos investigadores presentarán y defenderán posturas contrarias a nuestros postulados tenemos la firme convicción de que estamos ante un momento decisivo de los estudios históricos, a un paso de superar los corsés clásicos heredados de los primeros pasos de nuestra aún joven y contingente ciencia y a escasos centímetros de ser capaces de integrar, definitivamente, los estudios históricos en el conjunto mayúsculo de las ciencias. En este sentido tenemos la confianza plena en la necesidad de abrir nuevas vías de explicación que permitan acercarnos, desde nuestra modesta atalaya de ciencia humana o social, al sueño de una teoría final, unificadora de campos que está en la mente de numerosos físicos y filósofos de la ciencia (Parker, 1994).

1. CAMPO MATERIAL: OBTENCIÓN Y PRESENTACIÓN DE LOS DATOS

Sin entrar en una explicación exhaustiva y tediosa de los métodos empleados en cada uno de los apartados antes señalados sí consideramos de gran interés plasmar, siquiera, una sucinta relación del método de trabajo empleado para conseguir los fines perseguidos en nuestra investigación.

En 1997, coincidiendo con la culminación del ciclo universitario del autor, se presentó un programa de trabajo destinado a la consecución de unos fines de investigación cuyas conclusiones debían formar parte de una Tesis Doctoral y cuyos planteamientos iniciales, a modo de hipótesis de trabajo, se presentaron en la Tesis de Licenciatura centrada en la neolitización de la cuenca alta del Tajo (Jiménez Guijarro, 1997; 1998). Esta labor se articuló en las dos facetas antes indicadas: trabajo de campo y construcción teórico-conceptual e interpretativa.

Si bien los plazos marcados para la finalización del trabajo y para la consecución positiva de los fines perseguidos se vio dilatada, consideramos que dicha elongación ha redundado tanto en la obtención de un conjunto más rico de datos, en la ampliación de los elementos de análisis, propios y ajenos, así como en la maduración reflexiva del cuerpo teórico que lo acompaña.

Atenderemos en primer lugar al trabajo de campo. Éste se fundamentó en un estudio previo de necesidades realizado en los dos años previos a la conclusión del ciclo universitario y culminó con la presentación del trabajo de Licenciatura del autor. Una vez analizados y pormenorizados los vacíos se presentó a la Dirección General de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid un programa de trabajo que, a modo de Proyecto de Investigación se cristalizó en el programa de estudio del Poblamiento Neolítico y el megalitismo en la Comunidad de Madrid. Este programa fue autorizado y subvencionado por la Comunidad de Madrid entre 1997 y 2002. De forma paralela se cursaron las oportunas solicitudes de revisión de Inventarios, Cartas Arqueológicas y colecciones de Museos de las comunidades próximas de Castilla León y Castilla-La Mancha, al tiempo que se realizaron visitas personales a cada uno de los yacimientos estudiados.

En primer lugar se procedió a la revisión de materiales recogidos en prospecciones y rebuscas antiguas contenidos tanto en Museos, Centros de Investigación y otros Organismos Oficiales como en colecciones de particulares y aficionados locales. Fruto de este trabajo fue la obtención de un nutrido elenco de materiales, en su mayor parte descontextualizados, pero que nos permitieron realizar una primera aproximación a la problemática general del Neolítico en la región de estudio. Quedaron también señalados y patentes los parámetros básicos del trabajo de campo a realizar y que incluía la prospección sistemática de un amplio sector de la geografía madrileña y la excavación de una serie de yacimientos arqueológicos que tras un análisis preliminar se consideraron de alto potencial.

En aquellas fechas, en torno a 1998-1999, comenzaron a ver la luz determinados trabajos, sobre todo emanados del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Valladolid, que señalaban en sus conclusiones la inequívoca relación existente entre el megalitismo y el Neolítico y que como se indica en la más reciente síntesis del Neolítico de la Cuenca del Duero, "no hay duda acerca de que los últimos yacimientos de habitación Neolíticos y los primeros sepulcros colectivos se solapan cronológicamente al ser obra de las mismas gentes que hollan las tierras centrales de la Península en estos momentos iniciales del IV milenio a.C." (Delibes y Zapatero, 1996 a; Estremera Portela, 2003: 24)

Dado que en algunos sectores muy bien delimitados del área de estudio el fenómeno megalítico parecía jugar un papel de primera magnitud, digno además de un estudio exhaustivo y, a la luz de estos últimos datos, paralelo al desarrollo del Neolítico,

decidimos prestar especial interés a esa primera implantación megalítica. Para ello y, dado que en la zona de experimentación elegida –Madrid- el fenómeno, a pesar de los datos que empezábamos a compilar parecía tener un carácter más reciente y pobre que en otros sectores, se decidió presentar un proyecto de investigación –codirigido con la Dra. M^a Luisa Ruíz Gálvez y el autor- en torno al megalitismo de la localidad extremeña de Montehermoso (Cáceres). Este Proyecto se destinó al estudio de un conjunto notable de dólmenes donde se daban cita, dentro del modelo megalítico, monumentos de constitución aparentemente diacrónica y cuyo estudio global, está aún pendiente de conclusión. Los datos obtenidos, no obstante, han permitido poner en valor algunas de nuestras hipótesis de trabajo.

Entre tanto, en la Comunidad de Madrid, se estableció una zona de estudio que debía ser objeto de análisis minucioso. Para ello se eligió el sector del piedemonte en la transición entre las tierras llanas de la vega y las primeras rampas de acceso al Sistema Central. Aún cuando se eligió este sector, por evidente necesidad administrativa de restricción del espacio de trabajo, se atendió escrupulosamente al seguimiento y estudio de todo yacimiento Neolítico aparecido en el sector de Vega y se realizaron prospecciones puntuales en aquellas zonas en las que se localizaban yacimientos de cronología neolítica. Como complemento a esto y, con la finalidad de que el foco puesto en un sector no redundara en la obtención de datos parciales, se efectuaron prospecciones en el sector del Arroyo Guatel y se estudiaron tanto los yacimientos allí localizados como el asentamiento Neolítico de Verona II excavado a inicios de los años 90 en Villaverde (Miranda *et alii*, 1991), o al final ya de nuestro estudio, en la actual provincia de Toledo del yacimiento de La Paleta, sito en la localidad de Numancia de La Sagra (Jiménez Guijarro *et alii*, e.p.)

El panorama general que se nos abrió a los dos años de inicio del trabajo señalaba claramente la articulación básica del poblamiento Neolítico en la Comunidad de Madrid así como la incidencia y carácter del megalitismo desarrollado en este sector meseteño y su aparente disociación del desarrollo del Neolítico.

Los trabajos de prospección acometidos en los tres primeros años de trabajo de campo en los ámbitos serranos delimitados por las cuencas de los ríos Guadarrama, Manzanares y Jarama, en el sector alto de sus desarrollos nos permitieron descubrir la existencia de un poblamiento de carácter muy pobre para los momentos iniciales de la secuencia y que presentaba una ocupación más densa según avanza la secuencia cronológica. Esta pobreza contrasta con la aparente polarización del poblamiento en el sector Este del área de estudio –cuenca alta del Jarama- que, aprovechando la presencia de un importante conjunto kárstico, concentra más del 70% del poblamiento Neolítico –y también del Calcolítico y de la Edad del Bronce- del sector de estudio.

A su vez, esta concentración, asociada básicamente a establecimientos en ámbitos rupestres con algunas representaciones, escasas, en establecimientos al aire libre en el mismo sector y, aún siendo rica, contrastaba con la esencia de los yacimientos localizados en las zonas de vega del curso medio y bajo de los ríos Jarama, Manzanares y afluentes directos de la margen derecho del Tajo. La primera impresión permitía señalar una aparente dicotomía entre ambos; dicotomía que tratamos de solucionar, como hemos señalado, ampliando ligeramente el marco de investigación y eligiendo para ello un sector de influencia más o menos directa del Tajo.

Los trabajos de prospección se realizaron siguiendo los criterios establecidos por la Dirección General de Patrimonio Histórico si bien esta Institución, verdadero soporte entre 1997 y 2002 de nuestra investigación y formación, nos permitió la flexibilidad suficiente como para establecer los límites que interesaban a nuestra investigación obviando en numerosas ocasiones las trabas administrativas en beneficio de la fluidez de la obtención y valoración de datos destinados a nuestro propósito investigador pero también a la necesidad de protección del Patrimonio Arqueológico.

De forma general se procedió a prospecciones sistemáticas de cobertura total en las que se implicó a Licenciados y estudiantes de la especialidad de Prehistoria de diversas Universidades y en especial de la Universidad Complutense de Madrid. La finalidad básica de esta elección residía en la necesidad de contar con un trabajo de calidad a escala micro-espacial destinada a la detección no sólo de los yacimientos de cronología neolítica, sino a la localización de los posibles restos de estructuras tumulares y megalíticas, así como de cualquier otro yacimiento de cronología más reciente que nos permitiese estudiar el proceso de poblamiento y crear un primer mapa –cronológico- de la evolución del mismo.

Los resultados de esta labor de prospección se concretaron en la localización de una notable cantidad de yacimientos, varias estructuras tumulares y megalíticas (Jiménez Guijarro, 2000; 2001), algunas estaciones de arte rupestre (Jiménez Guijarro, 2004) y sobre todo la existencia de dos concentraciones básicas del poblamiento: el ámbito granítico de La Pedriza y el sector calizo del eje de Torrelaguna-Patones-Valdesotos dirimido por el curso del Jarama.

De forma paralela, desde el primer año, se procedió al sondeo estratigráfico de estructuras tumulares y yacimientos de carácter habitacional de modo que pudiésemos elegir, con posterioridad, aquellos lugares más idóneos de cara a la ejecución, en la fase final de nuestra investigación, de campañas de excavación sistemáticas destinadas a la contrastación de los datos y sobre todo a la obtención de datos cronológicos y relativos a la economía de producción.

Fueron sondeadas varias decenas de estructuras tumulares y más de media docena de yacimientos de carácter doméstico o cultural. Destacaron los sondeos de evaluación realizados en el Dolmen de Entretérminos –que derivaron en la realización de cuatro campañas de intervención sistemática-, el Dolmen de El Rincón, el túmulo de las Vegas de Samburiel –luego objeto también de excavación sistemática- el túmulo del Quejigal, o poblados como de El Dehesón, el mismo de las Vegas de Samburiel y, las cuevas de Las Avispas, La Higuera, El Aire, El Quejigal y La Ventana –objeto también de dos intervenciones sistemáticas-, entre otras.

Nuestro trabajo de campo nos llevó también al sondeo de varias estructuras tumulares que presentaban aparentes posibilidades de contener registro arqueológico y cuyos resultados finales no fueron positivos. Estas experiencias nos permitieron obtener el beneficio de la experiencia y nos llevaron a la elaboración de una detallada tipología de estructuras que nos ha permitido valorar las posibilidades de otras muchas estructuras incluso antes de su intervención.

Para los sondeos y excavaciones arqueológicas de carácter sistemático se actuó del mismo modo. El método de excavación se centró en un primer trabajo de cartografiado y delimitación cartesiana de las mallas cuadrangulares de excavación –tomando en todos los casos como medida mínima de registro la superficie de 1 m². Posteriormente se individualizó cada uno de los depósitos sedimentarios. Se atendió de forma diferencial a la excavación horizontal o vertical en virtud del carácter del yacimiento. Así, en el caso de los sitios elegidos para ser evaluados se optó por el sondeo vertical, estratigráfico, que libera un perfil vertical de muro a techo capaz de presentarnos tanto la sucesión de niveles y horizontes de uso como la microgeomorfología del lugar. Esta primera valoración fue primordial de cara a la elección final de los yacimientos que debían ser objeto de una excavación sistemática atendiendo a los parámetros de rentabilización de esfuerzos y medios y maximización de resultados.

Los depósitos sedimentarios –tanto de origen antrópico como natural- fueron divididos en unidades estratigráficas (U.E.) siguiendo el modelo de Harris (1991) y mejorado por Carandini y numerados de forma sucesiva. Para ello se formalizó una ficha de registro

aplicada a todos los yacimientos estudiados y que contenía los datos esenciales de cada unidad. De cada unidad, de forma independiente a su carácter, fueron tomadas siempre muestras de sedimento destinadas a la aplicación de diversas analíticas.

Junto a las hojas de Unidad Estratigráfica se emplearon las hojas de registro y control destinadas a la consigna de todo el material detectado tanto ecofactos como artefactos. A cada material se le asignaba un número de registro manual que era automatizado en un gestor digital de forma que a cada pieza recogida y registrada le era asignada una etiqueta con su correspondiente código de barras. Cada una de estas etiquetas contenía un código numérico referente al yacimiento y un número de dígitos adjuntos referentes al sector, corte, nivel, coordenadas tridimensionales y tipo de resto.

Durante una de las campañas, en concreto la primera realizada en la Cueva de la Ventana y la Tercera del dolmen de Entretérminos ensayamos el establecimiento de coordenadas mediante sistemas de posicionamiento global (GPS) siguiendo el método de estación fija de referencia y sonda móvil. No obstante los resultados derivados de las mediciones, por diversos motivos que exceden la pretensión de este capítulo, nos convencieron pronto de la necesidad de abandonar el método y continuar desarrollando el sistema clásico de localización espacial de artefactos.

Todo el sedimento recuperado fue cribado atendiendo a dos criterios básicos: carácter del depósito y morfología del mismo. Así se actuó de forma diferencial si se trataba de unidades alteradas o de depósitos de gruesos, caso en el que se realizaba el cribado en seco con mallas de 0.5 y 1.0 cm² de luz. En caso de tratarse de unidades no alteradas o de finos, se procedió al procesamiento mediante criba en seco, flotación y criba de agua en la que se emplearon un tanque de flotación y un sistema de criba de tres tamices superpuestos de 1.5, 0.5 y 0.1 cm² en los que se trató de emplear lo menos posible el chorro a presión ya que, por indicación de los paleontólogos adscritos al programa de trabajo, el uso del agua a presión destruye los huesos de pequeñas aves, en especial de las passeriformes y, algunos restos no mandibulares de pequeños roedores, quirópteros y anfibios.

Todo el material generado tras cada intervención fue procesado en laboratorio donde era limpiado, inventariado, siglado, dibujado y repartido entre los distintos especialistas dedicados a su estudio. Por supuesto el volumen de material era acorde con el tipo de intervención y debe quedar manifiesto que siempre se primó, en el caso de las intervenciones de evaluación, la integridad del yacimiento a la consecución de amplias series de materiales. Así, por ejemplo, en algunos yacimientos tumulares o de habitación se prefirió documentar su carácter antrópico y, en especial su carácter prehistórico antes que ampliar en exceso la excavación sin tener la certeza de que el lugar sería objeto de una inmediata investigación o puesta en valor.

Todo lo obtenido en estos trabajos generó los pertinentes informes técnicos siendo los trabajos de Memoria Científica destinados tanto a la elaboración de este trabajo de síntesis como a la ejecución de las monografías oportunas.

2. CAMPO CONCEPTUAL: CONSTRUCCIÓN CIENTÍFICA DE MODELOS Y TEORÍAS INTERPRETATIVAS

Desde la puesta en marcha de los trabajos de investigación y obtención de datos se estableció la no adscripción a un modelo interpretativo estricto. Esto se consiguió manteniendo una postura ecléctica en la que cualquier posible línea de interpretación abría un nuevo campo de trabajo intelectual basado en la creación de una hipótesis, aplicación de métodos inductivos y deductivos y por último elaboración de Tesis o abandono de la hipótesis formulada.

No podemos negar que el autor no era en ningún momento ajeno a la problemática ni la discusión abiertas en torno al estudio del Neolítico en nuestra Península. No obstante se trataron de establecer tres hipotéticas líneas de trabajo atendiendo a cada una de las posibles explicaciones para el proceso de neolitización del interior que ya esbozamos en el capítulo anterior:

- Neolítico de génesis autóctona
- Neolítico adoptado por colonización del territorio
- Neolítico basado en procesos de aculturación

Cada una de estas hipótesis presenta su problemática particular y cuenta con sus defensores y críticos. Desde luego la labor de abrir diversas vías de trabajo, algunas de ellas contrapuestas derivó en la necesidad de procesar una ingente cantidad de información, a veces de forma repetitiva. Consideramos no obstante que el esfuerzo ha merecido la pena pues nos ha permitido ir determinando en cada caso la viabilidad de cada hipótesis. No obstante el mayor valor que podemos concederle a este sistema de trabajo ha sido el de llevarnos a contemplar el desarrollo histórico desde un punto de vista más sublime, necesitado de esquemas de interpretación más acordes con el pensamiento científico y en definitiva a elaborar la que consideramos una valiosa herramienta de trabajo para el Historiador: el concepto de relatividad histórica.

Hemos considerado erróneo partir de postulados fijados de antemano. Este tipo de corsés conceptuales constriñen la investigación dando lugar en ocasiones incluso al falseo de los datos o a la construcción de tesis endebles, muy correctas desde el punto de vista de un determinado postulado conceptual pero del todo inadmisibles desde cualquier otro.

Hemos querido huir y seguiremos, en el futuro, queriendo escapar del enfrentamiento dialéctico entre escuelas de pensamiento que defienden posturas unívocas. Si hemos actuado de este modo ha sido con el convencimiento pleno de que hay siempre un camino intermedio que, gracias a la claridad y concisión, debe conducir a la elaboración de teorías admitidas de modo global.

A la vista de esta obra definitiva algunos colegas tratarán, celosamente, de llamar la atención sobre las contradicciones existentes entre este libro y lo publicado en algunos artículos de investigación. Adelantándonos a sus críticas y sin negar nuestra responsabilidad, tan sólo les recordáramos, haciéndolas nuestras, con mi respeto a su autor, la respuesta que Don Santiago Ramón y Cajal ofreció en una ocasión ante una circunstancia del todo similar:

‘¡Mis contradicciones!. ¡Ojalá fueran mayores!. Ello sería indicio de juventud, flexibilidad y pujanza. Cambiamos con los años y las lecturas y, no sólo sucesivamente, sino simultáneamente (...) Parodiando a Descartes diría yo: varío, luego existo’ (Ramón y Cajal, 1956: 13-14)

III

MEDIO FÍSICO

1. LA MESETA: TIERRA HORIZONTAL DE CONTRASTES

Es frecuente en este tipo de obras que el marco espacial o la escala se adapte a límites históricos o administrativos actuales más que a los geográficos o medioambientales que serían los recomendables. No obstante y, a pesar del desagrado "histórico" que puedan producir estas compartimentaciones arbitrarias, debido a la tradición bibliográfica existente, los investigadores nos vemos obligados en más de una ocasión a partir de este error y participar, de algún modo, de él. A pesar de ello consideramos subsanado el inconveniente gracias a los comentarios sobre la diversidad de ecosistemas y desarrollos que configuran el paisaje de las tierras del interior de la Península Ibérica.

Los datos manejados proceden de varias Comunidades y otras tantas provincias. Quizás por ello resulta extraordinariamente complejo huir del engañoso ardid que supone mantener abiertas líneas de investigación en áreas dispares y diversas. Merced a esta situación, si bien tratando de trascender a ella, el paseo por nuestra geografía se verá, casi de un modo constante, matizado de continuo con las consiguientes circunscripciones administrativas en detrimento, sin duda, de la compartimentación por valles, cordales y veredas de ríos, que sería el marco de análisis deseable.

Partiendo de la problemática derivada del manejo y presentación de un territorio cuya extensión se acerca a la mitad del territorio peninsular y, teniendo en cuenta las áreas tan diversas a las que su conformación morfológica, a un nivel microespacial, da lugar, se tratará de abordar su desarrollo y exposición ordenada conforme a un doble criterio, expuesto de forma parcial en el capítulo precedente: la globalidad regionalizada.

De cara al estudio de la posible determinación del espacio físico, pero también del clima al que éste se encuentra sujeto, para las sociedades prehistóricas holocenas debemos atender a dos componentes definitorias como son el suelo, en tanto en cuanto la litología básica (Fig. 8) y el clima. En este último caso deberemos atender a dos parámetros, la regionalización climática y los índices de evapotranspiración (Fig. 9) Estos parámetros han de ser empleados sin obviar el hecho de la existencia de posibles modificaciones regionales derivadas del marco temporal al que nos vemos sujetos. Aún cuando la litología básica debe considerarse un elemento inmutable, el componente climático, en cambio, se encuentra sujeto a variaciones que lo convierten en una unidad de comparación y determinación menos precisa siempre y cuando no empleemos modelos de predicción.

De este modo, la Meseta, siguiendo los criterios básicos establecidos por la geografía física y descriptiva, queda conformada en dos grandes bloques: la submeseta septentrional y, la meridional. A pesar de la sensación de coherencia que esta división ofrece, merced a un virtual y privilegiado eje de simetría, como es el Sistema Central, desde un punto de vista más cercano, es posible abordar regiones dotadas de homogeneidad. Estas regiones serán, en la medida de lo posible, analizadas en apartados independientes, aún con la posibilidad de que dentro de ellas, pueden existir pequeñas

áreas diferenciadas cuyo papel a lo largo de la Historia es difícil de precisar. Será por tanto a ese nivel al que tenga que hacerse referencia en casos necesarios, huyendo de la micro-descripción que, aún dotada de un elevado interés de cara a la explicación de algunos procesos históricos, excede las posibilidades de esta obra.

Aún siendo arbitrario e incoherente, el actual desmembramiento del espacio en múltiples "identidades", político-administrativas, por lo general ficticias, todo trabajo global debe ceñirse en la tarea descriptiva a esa constricción artificial de cara a mejorar la efectividad del catálogo y la descripción de acontecimientos en lugares concretos. Viene siendo norma general la crítica, acertada, de estas barreras artificiales, pero tampoco deja de ser cierta la dependencia que publicaciones, cartografías y estudios históricos, geológicos y geográficos, han creado respecto a ellas. Por lo tanto, aún cuando se trate de desdibujar la actual cartografía política del interior de la Península, el desmembramiento administrativo ha surtido su efecto malévolo. De este modo, de cara a la sistematización de los datos, es necesario circunscribirse a tan arbitraria delimitación de cara a explicar algunos de los supuestos "vacíos" que no deben su existencia más que al desarrollo, o bien de malas políticas de investigación, o bien a criterios de uniformidad de datos que desdibujarían el panorama interpretativo en el caso de eludir las referencias político-administrativas a las que se ha visto constreñida la investigación.

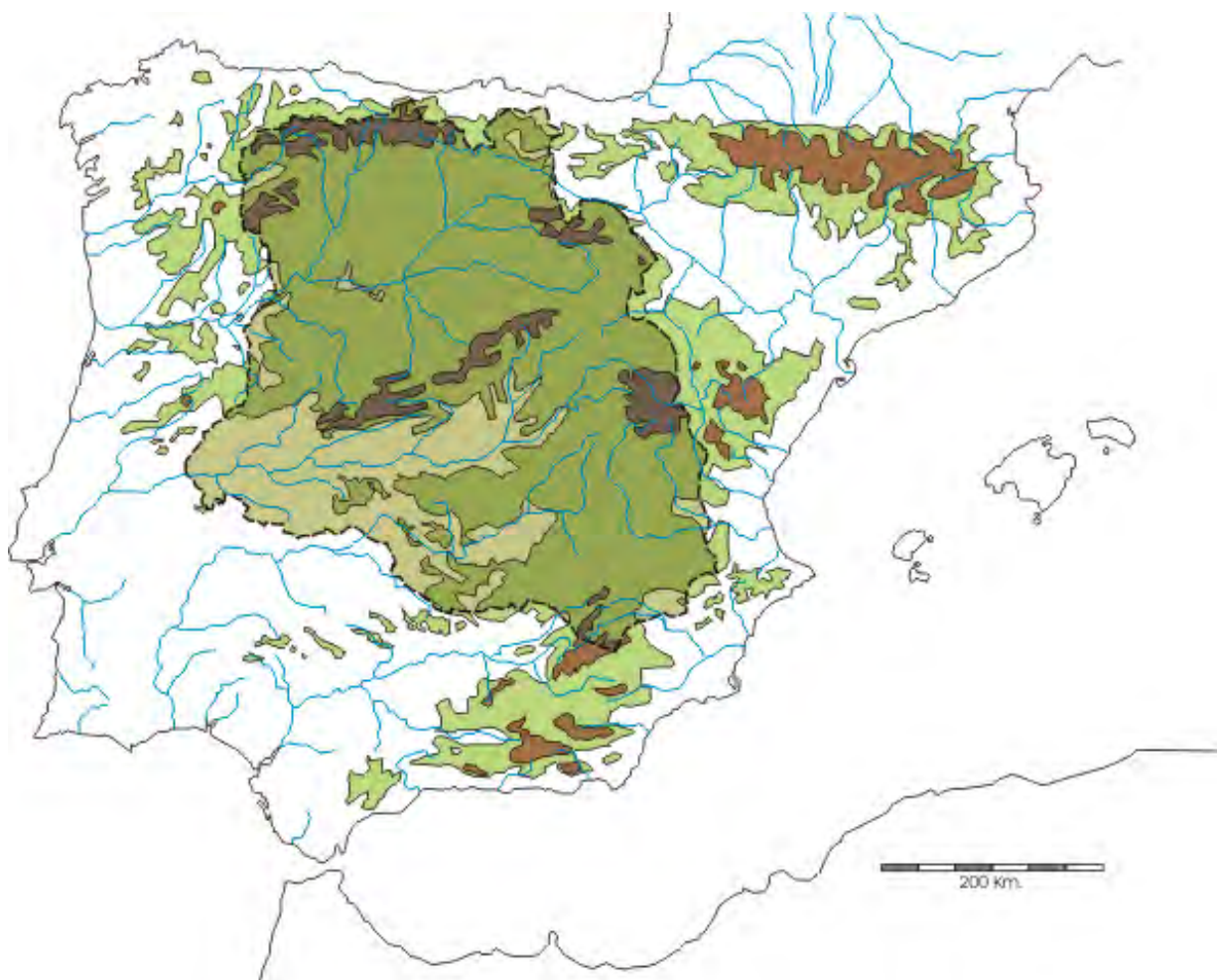


Fig.7.- Área de estudio, remarcada en trazo denso negro, sobre el conjunto del solar peninsular.

En este capítulo se aborda la descripción física del espacio del interior de la Península Ibérica (Fig. 7) tratando de dibujar, si quiera de forma somera, las relaciones que tiene con sus márgenes. Consideramos que no hay otra forma de abordar la realidad física de un área tan extensa. De otro modo, concibiendo exclusivamente el área de estudio, podrían obviarse los territorios que dotan de sentido a la Meseta y, en especial los espacios de interrelación -pasillos serranos, cuencas fluviales secundarias- que ponen en relación el interior con las áreas costeras del Levante y poniente peninsular. La Península Ibérica, en su conformación general, no es más que una enorme isla abrazada al continente europeo y someramente distanciada del africano. Esta función de enlace occidental, dota al solar ibérico de un papel de tránsito

La Meseta, situada en el centro de la Península Ibérica, es el núcleo geológico de todo el macizo peninsular y representa en sí misma la morfología de una gran llanura ligeramente accidentada ocupada en casi la totalidad de su extensión por grandes planicies. Esta amplia extensión que no es completamente plana ni totalmente horizontal, levanta su reborde oriental al tiempo que desciende hacia Occidente, formando una generalizada suave pendiente que 'huye' del Mediterráneo para 'mirar' hacia el Atlántico. Casi como una intuición de lo que será por lo general el carácter de sus más importantes moradores a lo largo de la Historia, la Meseta bascula hacia ese *finis terrae* que supuso durante miles de años el Atlántico.

2. HIDROGRAFÍA DEL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: LOS CAMINOS DE AGUA

En la Península Ibérica los ríos, debido a su dependencia pluvio-nival y, a los caracteres conformadores del clima, son de carácter estacional. Muchos de los cursos fluviales son de origen torrencial con largos estiajes que en algunas ocasiones dan lugar a una carencia absoluta de agua durante los meses de estío. Otra de las características de los ríos peninsulares es su corto desarrollo, salvo una única excepción, la del Tajo, verdadero eje peninsular que con su desarrollo paralelo y muy próximo a los escarpes del Sistema Central, como se reseñará a lo largo de esta obra, tuvo un papel de primera magnitud en la secuencia de desarrollos a lo largo de la Prehistoria.

Dentro de esa teórica línea sinuosa que divide la Península Ibérica en dos grandes vertientes hidrológicas, la Meseta comprende la práctica totalidad de su territorio dentro de la vertiente Atlántica y se ve afectada por dos regiones hidrográficas: la del Duero y la del Tajo y parte de la vertiente norte de la región hidrográfica del Guadiana.

De un modo general, como se ha señalado, la Meseta septentrional se corresponde con la cuenca del Duero, una de las mayores de la Península que, no en vano ocupa la sexta parte del solar peninsular. La Región del Duero se encuentra delimitada por el sistema orográfico septentrional a partir de Peña Labra, por los macizos ibéricos hasta Sierra Ministra y por todo el desarrollo del Sistema Central. Una de las características principales de este río a su paso por las tierras sedimentarias del interior es su cauce profundo con poca pendiente y su desarrollo como río de llanura. Los ejes tributarios del Duero son más caudalosos en su vertiente derecha ya que del Sistema Central descienden pequeños ríos que no presentan la importancia de ejes como el Pisuerga, que forma una propia red hidrográfica y recoge las aguas, en un recorrido rectilíneo Norte-Sur, de los ríos de la región: Arlanza, Arlanzón, Esgueva –todos por la izquierda- y el Carrión por la derecha. El Esla reúne las aguas de los montes asturico-galaicos en varios subafluentes como el Cea y Órbigo. Entre Pisuerga y Esla se sitúa la cuenca del Valderaduey. Entre las corrientes que desaguan al Duero desde el Sistema Central destacan el Águeda, Tormes, Adaja, Eresma, Cega y Duratón. Sin duda, esta caprichosa disimetría presente en el aporte hídrico a las tierras del Duero tuvo su importancia a la hora de condicionar el poblamiento Prehistórico, aparentemente volcado en las tierras más septentrionales, mientras que los principales núcleos que entre el Mesolítico y el

Neolítico aparecen en la margen izquierda, por lo general lo hacen dentro de los ejes más favorecidos.

La característica fundamental de la cuenca del Duero en lo que respecta a su influencia en el poblamiento prehistórico, o lo que es más importante aún, en el establecimiento de las diferentes relaciones espaciales y territoriales es su funcionamiento como eslabón de enlace entre diferentes ámbitos. Así, el Órbigo, Esla, Cea, Valderaduey, Carrión, Piserga y Arlanzón, con sus respectivos valles perpendiculares al "ecuador" peninsular y al desarrollo de los principales sistemas montañosos, sirven de entronque y vía de acceso entre las tierras bajas de la cuenca sedimentaria y, por extensión de las ricas terrazas del Duero y las estribaciones de la cordillera cantábrica y cuenca alta del Ebro, sirviendo de nexo de unión entre el espacio septentrional de la Meseta y las tierras cantábricas. Si bien el nexo de enlace fundamental con el Ebro se produce a través de la cuenca del Jalón, cuya importancia radica en que sirve de unión entre las tres principales cuencas hidrográficas de la Península Ibérica y, como se ha señalado en más de una ocasión, de 'autopista' del poblamiento humano (Terán, 1978; Municio, 1988; Jiménez Guijarro, 1997; 1998)

Ahora bien, en contraste con la cuenca del Tajo, por lo general pobre en grandes afluentes por su izquierda, la cuenca del Duero presenta en esa misma vertiente una serie de ríos más estacionales y de menor aporte que los que descienden del Norte pero que deben su interés en este trabajo a que constituyen los principales ejes de relación entre ambas Mesetas y no en vano, como señalaba en líneas anteriores, los articuladores de más del noventa por ciento del poblamiento de las áreas septentrionales del Sistema Central. Su desarrollo, al igual que el de los cursos que descienden de la Cordillera Cantábrica, es perpendicular y oblicuo al Sistema Central lo que les permite enlazar perfectamente diferentes áreas y ámbitos. Esto permite controlar valles de una innegable riqueza y variedad de aprovechamientos económicos, elemento fundamental del uso diverso e integral del medio por parte de los grupos prehistóricos.

La región del Tajo ocupa una parte de la Meseta meridional, limitada al Norte por el Sistema Central, al Este por los macizos Ibéricos desde la Sierra Ministra a la Serranía de Cuenca y, al Sur por los Montes de Toledo. Lleva el Tajo en su discurrir, en general, dirección Este-Oeste, con ligeras inclinaciones hacia el Sur hasta su llegada a Lisboa, tras un curso de 1119 kilómetros. Nacido como río de montaña en los Montes Universales, enjambre de cursos que articulan las relaciones entre la vertiente mediterránea –Turia, Cabriel y Júcar principalmente- y la Atlántica –Tajo y Guadiela-, a su paso por las tierras propias de la llanura meseteña toma una dirección general de nordeste- sudoeste para correr encajonado entre orillas abruptas de difícil vado de no ser por los tradicionales puntos de vadeo – de ahí el tradicional topónimo de Barca-. Al llegar al borde occidental encuentra a su paso montañas que desvían su curso hacia el Sur saltando en profundos tajos que confieren su denominación al río y sobre todo un aspecto agreste y salvaje. En la llanura litoral es navegable, al menos en 193 kilómetros -peculiaridad que fue aprovechada ya por las comunidades mesolíticas y neolíticas- desembocando en la bahía de Lisboa, sin duda el mejor puerto natural de la Península que no en vano funcionó durante el Neolítico como eje principal de comunicaciones entre la costa atlántica y las tierras interiores no sólo de la Meseta inferior sino también de Extremadura.

Los afluentes más importantes que recibe se unen al Tajo por la derecha. Como se vio en el caso contrario del Duero, aquí, el poblamiento prehistórico parece de nuevo condicionado por el componente hidrológico, tal y como han puesto de manifiesto algunos trabajos de síntesis general (Muñoz, 1998) Entre estos destacan el Alagón, eje de relaciones entre las tierras extremeñas y salmantinas como demuestran no solo las evidencias de poblamiento sino la presencia masiva de estelas e ídolos en sus pasos de sierra; el Tiétar, que vincula en cierto modo las tierras abulenses y extremeñas en un área de difícil tránsito; el Alberche, vía natural de relación entre ambas Mesetas; el Jarama, que forma una propia red hidrográfica –articuladora de gran parte del

poblamiento Neolítico de la zona- con ríos de menor aporte hídrico como el Henares, Tajuña, Manzanares y Lozoya que no obstante dan lugar a cuencas importantes y amplios valles óptimos para el poblamiento humano como demuestran las referencias continuas desde momentos sincrónicos a la Prehistoria reciente. Así, el Manzanares, como se ha señalado en otras ocasiones (Jiménez Guijarro, 1997) convierte a la actual capital de España en un amplísimo y continuado yacimiento con series que van desde el Paleolítico Inferior hasta la actualidad y que puede considerarse como uno de los registros continuos de mayor importancia para el conocimiento global de la Historia del interior peninsular y de Europa en general. No fueron ajenos a este hecho investigadores de gran talla que como Obermaier (1925) o Pérez de Barradas (1926) ya llamaron la atención al respecto.

Como señalamos en líneas anteriores, los afluentes por la izquierda son escasos y de poca importancia no sólo como ejes fluviales sino también como articuladores en su desarrollo de relaciones entre diferentes áreas. No en vano esa margen izquierda ocupa gran parte de la Mancha, esa tierra de pocos contrastes, solar horizontal de nuestra Península y actualmente una de las mayores incógnitas, debido, sin duda, a las carencias de investigación continuada, de la Prehistoria peninsular. Una de las razones fundamentales de esta escasa incidencia de la margen izquierda es sin duda que el río corre siempre muy cerca de la divisoria y comprende además una región de escasa pluviosidad. Los dos cursos principales son el Guadiela y ya en tierras extremeñas el Almonte.

En gran medida la región del Guadiana, la faja de tierra más meridional de la Meseta, afecta a las tierras interiores y las dota, aunque de un modo muy difuso, de cierta relación con las tierras de la baja Extremadura, Huelva y estribaciones septentrionales del valle del Guadalquivir en esa salida atlántica hacia las costas africanas tan importante en época protohistórica. El Alto Guadiana fue zona de fácil inundabilidad, siendo abundantes las áreas pantanosas y las lagunas.

Juntos ya Guadiana, el río de mayor escorrentía de la Península Ibérica, Záncara y Cigüela, toma el curso un aspecto de río de llanura y discurre con dirección Este- Oeste atravesando la Meseta meridional por un cauce tan amplio y poco profundo que durante el estiaje, deja las orillas encharcadas. A su llegada a las tierras portuguesas se convierte en río de montaña, saltando entre tajos profundos y encajonados. De su trayecto final una parte es navegable sin llegar en ningún momento a las condiciones del Duero o del Tajo. El Záncara y el Cigüela son los imbricadores de las relaciones –merced a su devenir transversal- entre las llanuras del Guadiana y la zona Norte de la Meseta meridional, el resto de los afluentes de la derecha carecen de relevancia global. Algo mayores en su desarrollo e importancia son los de la margen izquierda. Esta condición debió determinar, una vez más, el patrón de poblamiento y relaciones establecido para el área del Guadiana y que se encuentra, como hemos señalado, en directa relación con las tierras andaluzas. Destacan el Jabalón, Zújar y Matachel, procedentes del Sistema Bético y el Ardila y Chanza que relacionan el curso bajo y medio del Guadiana con las tierras de la baja Extremadura.

De un modo general puede concluirse señalando la importancia de los diferentes cursos hídricos respecto al poblamiento durante la prehistoria. El agua es un elemento ligado por naturaleza al ser humano y su existencia. De ella precisa para vivir y, de ella se aprovechó sin duda, como aún hoy en día lo hace, para comunicarse. Cuando en el capítulo inicial nos referimos a la relatividad del tiempo, dejamos apenas señalado, como si no tuviese más importancia lo dicho que la que quiera darle quien estas líneas lea, que no existe una misma concepción de la relación establecida entre el tiempo y el espacio aquél que se desplaza a pie, por comparación con quien lo hace a lomos de caballería o en una barca. Es aquí donde aquellas palabras toman todo su sentido, pues una de las características de las dos fundamentales vías fluviales que surcan de Este a Oeste las tierras del interior de la Península, El Tajo y el Duero, es en ambos casos su

navegabilidad discontinua desde las costas portuguesas y en gran parte de su recorrido interior. A este respecto, cuando se habla de navegabilidad de un curso de agua, el hombre actual piensa, casi sin percatarse de ello, en una nave aquillada, con vela o largas filas de remos. Los investigadores que se han dedicado a este tipo de estudios en nuestra Península, lo han hecho en casi todas las ocasiones desde la perspectiva del Mundo Antiguo, con la imagen de las "negras naves" o aquellas otras "naves cóncavas" con las que Homero ilustró su Iliada y que, por ello, han sido referente básico de estudio.

Pero existe una realidad alejada en cierto modo de aquella visión homérica que conformó la base de los planteamientos del poeta y en mayor medida de todos los sistemas de navegación. Esta realidad es la de las navegaciones fluviales, que a juzgar por los datos recuperados en algunas áreas de centroeuropa y los Alpes, debieron tener una importancia mayor de la que en la actualidad se le concede basándose, en el caso de la Península Ibérica, tan sólo en la inexistencia de evidencias, como si todo aquello de lo que no quedaran evidencias, sin más, no hubiese podido existir nunca.

En las orillas del lago Braciano fue recuperada hace unos años una piragua monóxila, en el contexto de una aldea neolítica datada en el c. 5300 cal BC (Fugazzola y Mineo 1995; Fugazzola, 1995; Guerrero Ayuso, 1999: 565) que implica un decisivo cambio en el modo de concebir las posibilidades de navegación ultramarina de las culturas prehistóricas del Mediterráneo occidental. Este dato señala no sólo la realidad de ese pretendido conocimiento de los rudimentos de la navegación por mar, sino la necesidad de que la investigación se replantee el papel que pudo jugar la navegación en la rápida expansión de algunos desarrollos culturales e incluso en el juego de intercambios realizados en el ámbito de tribus pobladoras de áreas muy diferentes.

Otros hallazgos confirman este hecho, como los de las piraguas monoxilas de Paris-Bercy, datadas en el 5510 \pm 20 BP (Arnold, 1999) o aquellas danesas aparecidas en contextos de la cultura de Erteböllien, del Mesolítico final (Ibidem: 74) Las evidencias de un sistema de navegación de este tipo se retrasan mucho más en el tiempo coincidiendo en marcar su importancia, sobre todo, en los contextos mesolíticos, caso de los ejemplares de Noyen-Sur-Seine, datados en 7960 \pm 100 BP y Pesse, datadas en 8265 \pm 275 BP.

Las posibilidades de navegabilidad del Tajo y el Duero, sin detrimento de que otros cursos fluviales, de aparente menor entidad fuesen igualmente practicables a la navegación por parte de las comunidades prehistóricas en gran parte de sus recorridos, pueden haber sido una de las causas que expliquen el mapa de "penetraciones" y distribuciones del Neolítico y el megalitismo en la Península Ibérica. Es este un tema que tan sólo quisiéramos dejar esbozado para ser abordado de forma directa en capítulos posteriores. Debe pensarse en que históricamente han sido los valles fluviales los que han articulado las relaciones de distribución del espacio gestionado por las comunidades humanas. En torno a ello, independientemente de su caudal, **se articula el poblamiento como si de un eje vertebrador y distribuidor de vida se tratase**. A este primer nivel, es fácil concebir la idea del río, de sus márgenes, de sus vegas fértiles, de sus orillas, como un camino, de sencillo tránsito, de fácil y cómodo asiento para el hombre, por el cual alcanzar territorios económicamente diversos. De este modo el río, aún cando no sea navegable, será siempre elemento de comunicación. Los ríos, con sus cabeceras en cumbres más o menos destacadas, se convierten así en la vía de acceso que lleva de las llanuras a los espacios de montaña, refugio seguro de numerosas especies animales y, tal vez, dimanador de ese regalo de la naturaleza que es el río.

Es por tanto el río, sea cual sea su entidad, el referente primero del asentamiento humano y, cuanto menos de su concepción del tránsito. Desde esta perspectiva, no resulta demasiado complicado imaginar a las tribus mesolíticas circunscritas a una cuenca fluvial, con sus tributarios laterales, moviéndose de un punto a otro, alternativamente, a través del eje que marcan las aguas. Del mismo modo y, aún sin

contar con evidencias materiales para ello, puede imaginarse lo que pudo suponer - dentro del concepto de relatividad espaciotemporal- el uso de canoas o piraguas. Así, con la evidencia empírica con que contamos, podemos asegurar que la primera relativización de estos conceptos –en tanto en cuanto al ámbito de medición de escalas humanas- fue la navegación. Esta se adelantó varios milenios a la doma de animales para ser empleados como elementos de transporte y tiro.

3. SUBMESETA SEPTENTRIONAL: LAS TIERRAS DE CASTILLA Y LEÓN

3.1 Caracterización morfogenética

Uno de los espacios más dilatados de la Península Ibérica es aquél que ocupa la submeseta septentrional (Fig.8) Este sector, a su vez, es el de más extenso territorio y acusada personalidad geográfica. Sus tierras, en diáfano desarrollo horizontal, se corresponden con una gran cuenca sedimentaria, enmarcada por las arrugas tectónicas que la sirven de cierre: la Cordillera Cantábrica y a casi doscientos kilómetros, el Sistema Central, que cierra su desarrollo hacia el Sur. De Oeste a Este, las montañas galaico-portuguesas y la Cordillera Ibérica, a doscientos cincuenta kilómetros de la anterior, cerrando el acceso a las costas levantinas y articulando el tránsito al valle del Ebro.

Morfológicamente, su conformación como parte del zócalo cristalino peninsular dota a esta zona de un carácter de área deprimida entre montañas. Esta depresión aparece rellena por materiales sedimentarios propios del Terciario, de escasa consistencia y, que han sido trabajados por la erosión, dando lugar a un paisaje de llanuras de disposición escalonada a distinto nivel y altitud elevada, entre los 700 y los 1100 metros. Estas características dan lugar a su diversidad climática. Sus crudos inviernos tienen su causa en la altitud y aislamiento de las montañas marginales, mientras que sus escasas precipitaciones tienen su origen en los acusados márgenes que presenta la cuenca. Estos dos extremos provocan, además, una cierta aridez estival.

El sector Norte aparece delimitado por las estribaciones de la Cordillera Cantábrica; en el área occidental destacan las moles del macizo asturiano, dominando en un escarpe que a veces llega a alcanzar los 500 metros, correspondiéndose con una acusada flexión fallada. Por el Este los relieves estructurales de las Loras -largos y estrechos sinclinales- de altitud moderada, en torno a los 1100-1300 metros representan un límite nítido que se prolonga de un modo homogéneo hasta el puerto de la Brújula. En esta zona, un estrecho portillo articula la comunicación entre los sedimentos miocénicos burgaleses y los de la Bureba, en el sector mas occidental de la Depresión del Ebro, sirviendo en cierto modo de paso natural en la relación establecida entre ambas cuencas.

En el sector oriental, las parameras de la Cordillera Ibérica, con escarpes de entre 100 y 200 metros se conforman a modo de borde de cuenca que, tras la solución de continuidad que introducen las pequeñas cuencas miocenas del Burgo de Osma y Almazan, en las tierras sorianas, enlazan con las estribaciones del Sistema Central. Es en este área donde la montaña se levanta de forma frecuente como una autentica muralla que ostenta desniveles cercanos a los 500 metros. No obstante, entre las sierras y la llanura se extiende una superficie de erosión inclinada de varios kilómetros de anchura, entallada en los mismos materiales cristalinos y que ofrece una sensación -meramente ilusoria- de distancia. El paso de los sedimentos de la cuenca al zócalo paleozoico resulta casi imperceptible debido a que, de modo progresivo, este va hundiéndose bajo ellos. Esta transición es, en algunas zonas, mas perceptible y brusca, presentándose a modo de escarpe tectónico de marcado contraste.

El desnivel de la zona occidental, en los dominios de los escarpes galaico-leoneses no parece tan acentuado con excepción hecha de la región de Sanabria. El zócalo, a través de cordales potentes de material cuarcítico, se hunde paulatinamente, como ocurría en el sector anterior, en los materiales sedimentarios de la cuenca. Únicamente en la región

suroeste se desvanece el carácter de cuenca limitada por potentes barreras montañosas, pasándose desde las penillanuras salmantinas y zamoranas, sin solución de continuidad, a la penillanura portuguesa de la Beira Alta.

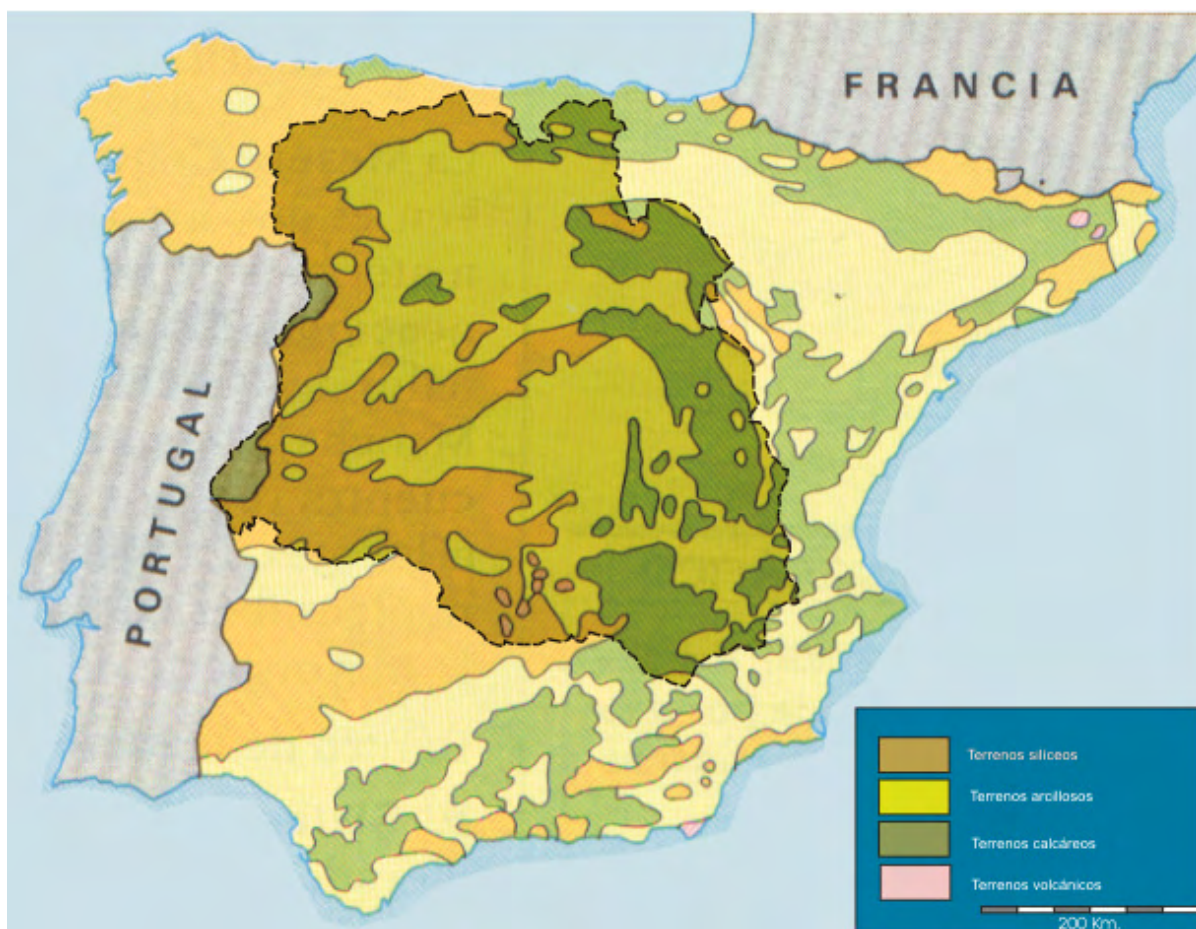


Fig. 8.- Mapa general de la geología básica y composición litológica de los suelos de la Península Ibérica. Destacado en el interior de la trama negra densa, el área de estudio.

Los tipos de relieve y, en cierto sentido las formas de explotación agraria, por otro lado de tanta importancia a la hora de abordar el estudio central de esta obra, quedan determinados dentro de este perímetro en dos grandes agrupaciones:

Zócalo Paleozoico. Éste aflora en la superficie de la cuenca en su sector occidental, salvo algunos manchones de areniscas eocénicas en torno a Ciudad Rodrigo y Salamanca. Al Norte del Duero, exceptuando la zona de Sanabria, se extiende primordialmente el dominio de las pizarras y cuarcitas del Silúrico, predominando en el sector central el granito y el *gneis*, que actúan como límite intermedio de los afloramientos pizarrosos que vuelven a aparecer al Sur de Salamanca, interrumpidas ya tan solo por algunos afloramientos, muy localizados, de cuarcitas. La totalidad de los materiales paleozoicos se encuentran plegados y arrumbados en clara dirección armoricana, esto es, con un eje de componente Noroeste/ Sureste.

Los **materiales sedimentarios**, que se extienden por el centro y el área oriental de la cuenca, estando constituidos, por lo general, por depósitos terciarios de edad miocena y cuaternaria. Tan solo en el sector oriental se localizan afloramientos de sedimentos cretácicos correspondientes a las series geológicas del Albiense-Turonense, reducidos -excepción hecha del área del

macizo de Monterrubio- a una estrecha faja que se localiza en el contacto con el zócalo, inclinado, junto a él, hacia el centro de la cuenca.

En el resto de la cuenca predominan los sedimentos miocénicos que, en el sector central aparecen constituidos por arcillas rojas, que hacia el Norte aparecen recubiertas por un depósito de cantos rodados de cuarcita embalados en una pasta arcillosa mas roja y que presenta una clara similitud con las rañas extremeñas. Desde el centro y hacia el Este, sobre estas arcillas, se monta un piso de margas yesíferas de color blanco, perteneciendo ambas series al Mioceno Medio, facies Vindoboniense. A techo descansa un nivel de calizas pontienses de relativo espesor.

Hay, no obstante, algunas disimetrías en la conformación geológica, pues en el extremo oriental aparecen primero las arcillas rojas solas, características de la zona de Aranda de Duero, para después intercalarse entre lechos de caliza, arenisca y conglomerados, de escasa potencia y, constituir así los sedimentos de la facies marginal.

Por el Sur y, en dirección al Sistema Central, las arcillas dan paso paulatino a las arenas miocénicas de color rojizo amarillento, que no siempre afloran en superficie debido a que sobre ellas descansan otras arenas distintas que fosilizan una llanura de suaves ondulaciones. Se trata de arenas blancas, de grano mas fino, que en manchas mas o menos extensas y con un espesor variable, que oscila entre tres y veinte metros, tapizan los sedimentos miocénicos del sector Sureste, con un limite claro, por el septentrión, en el valle del Duero. Estas arenas son, sin lugar a dudas, un aporte fluvial de los ríos que descienden de las sierras de Guadarrama y Gredos, desde el Adaja al Duratón y, que posteriormente han sido transportadas fuera de los cauces de los ríos y remodeladas en dunas por el viento. Se trata de una representación de depósitos efectuados en períodos fríos del Cuaternario, correspondiendo a esta facies el arrasamiento localizado, por ejemplo, en el conjunto de pizarras y esquistos decorados de Domingo García (Ripoll y Municio, 1999) En el sector occidental, las arcillas rojas constituyen el único material apreciable y desde el centro, allí donde no existen ya calizas pontienses, se extienden hasta entrar en contacto con el zócalo paleozoico, recubiertas en alguna ocasión por depósitos del tipo raña, que reposan sobre las arcillas tras una discontinuidad erosiva.

Uno de los rasgos comunes a todos estos materiales de tipo sedimentario es su horizontalidad, tanto en el centro como en los bordes de la cuenca. El paso de ellos al zócalo en la zona occidental resulta insensible y tan sólo se aprecia, con nitidez, al centrar la atención en el cambio de coloración del roquedo.



Fig. 9.- Mapa general de Regiones climáticas de la Península Ibérica (Según GeoIberia, 2007)

3.2 Relieve

Como se señaló, esta dicotomía de materiales compositivos condiciona, en gran medida, las formas de relieve de la región. De este modo pueden diferenciarse, por una parte los paisajes de llanuras de la cuenca sedimentaria, en los que la diferente consistencia de los materiales ha dado lugar a una actuación diferencial de la erosión y, por ello, a una conformación paisajista netamente marcada.

En el centro de la cuenca, la zona de depósito de las calizas pontienses que actúan a modo de protección de los elementos infrayacentes, el desmantelamiento erosivo ha progresado poco. La red fluvial aparece profundamente encajada, llegando a alcanzar el piso de las arcillas, en las que la erosión lateral se hace más nítida debido a la escasa resistencia que estas presentan ante la abrasión. Estos caracteres dan como resultado una característica de valles amplios, de fondo plano y vertientes escarpadas con cierta forma de artesa. Por otra parte, los interfluvios, defendidos por la dura capa de las calizas, han permanecido prácticamente intactos. Su conformación a modo de plataformas estructurales culminantes, les permite presentar la morfología de llanuras de disposición paralela al discurrir de la red fluvial, que las rompe a una altitud elevada que ronda los 850-1000 metros.

La morfología física queda conformada como un paisaje de mesas, separadas por valles profundos que por lo general se denominan páramos y que conforman uno de los más sobresalientes relieves de las tierras castellano-leonesas.

Por su parte, las capas de arcillas, conglomerados y calizas, que presentan una escasa potencia en el sector oriental, han sido trabajadas de un modo más sencillo por los efectos erosivos, dando lugar a la formación de relieves integrados por cerros aislados, sobresalientes muelas de superficies planas y plataformas estructuradas en distintos escalones, que en conjunto dan lugar a un paisaje más accidentado que el que aparece en las parameras. El enlace entre ambas formaciones estructurales se realiza a través de un sector más deprimido y llano que se corresponde con las zonas más arcillosas, aquellas en las que la erosión alcanza una ejecución más perfecta.

El sector septentrional de la cuenca, en el que las arcillas miocénicas aparecen recubiertas a techo por un depósito de rañas que actúa a modo de protección similar al de las capas de calizas pontienses del sector central, los ríos que descienden de la cordillera Cantábrica y los montes galaico-portugueses atraviesan esta zona por medio de valles profundos y anchos que dejan entre sí interfluvios de morfología plana y gran altitud, que ronda entre los 900 y los 1100 metros. Estas plataformas llanas son denominadas igualmente páramos, si bien para diferenciarlos de los del sector calizo se denominan páramos de raña. Ambos presentan la misma rigidez en su perfil, análogos desniveles en sus valles y constituyen, en ambos casos, las llanuras más elevadas de la región.

A las zonas central y meridional, les corresponden las llanuras más deprimidas. En los blandos sedimentos que las componen, la erosión no encontró obstáculos en su avance y, ha llevado a cabo un gran proceso de desmantelamiento.

Este proceso ha dado lugar a la formación de una llanura de suaves ondulaciones, de interfluvios muy aplanados ubicados entre valles de una anchura desmesurada, sobre los que no destacan más que algunos tesos o motas, entre las que cabe destacar la de Medina del Campo y, que por su escaso desnivel, no rompen nunca la impresión de un paisaje de amplios horizontes. Estas llanuras de erosión ascienden en una suave e insensible pendiente desde el centro, alzado a 700 metros, hacia los bordes que la enmarcan, cuyas altitudes oscilan entre los 800 y los 900 metros y que, dada su conformación, reciben la expresiva denominación de campiñas. Estos relieves tan sólo pierden monotonía en las proximidades de los páramos, donde la erosión ha hecho retroceder sus límites varios kilómetros, aún cuando el arrasamiento estructural no ha sido siempre perfecto. Así, en algunas ocasiones, los páramos han sido reducidos a estrechos espigones entre los ríos para ser después fragmentados, individualizados y separados por valles y campiñas más o menos amplias, como es el caso de Olmedo, Castrojeriz o Tordesillas, en el sector norte del Duero.

En otras ocasiones, estos retazos de páramos aislados han sido reducidos a la simple categoría de cerros testigo que destacan de un modo claro y certero sobre la campiña y que, en gran número de ocasiones, han sido utilizados como área preferente para el emplazamiento de sus hábitats por las comunidades de la Prehistoria reciente. Estos cerros testigo pueden presentar una superficie plana, de artesa volcada, como el Cerro de San Cristóbal, en Valladolid, o una forma cónica, como es el caso del Cristo del Otero, en Palencia, o el cerro de la Almenara en Medina de Rioseco.

Las campiñas, no obstante, se desarrollan de forma amplia, sin otros obstáculos más que los accidentes con grandes desniveles, aún cuando los procesos erosivos que las han generado actuaran sobre los materiales de forma similar a como lo hicieron sobre los valles, por medio de varias interrupciones, tal y como atestiguan las terrazas fluviales y así, de un modo similar se ha llegado a las zonas más profundas de las campiñas por la concatenación de sucesivos escalones. En las fases áridas de los periodos interglaciares del Cuaternario el lecho de los ríos ha servido de nivel de base local para el desarrollo de una poderosa erosión lateral que ha hecho retroceder las laderas paralelas, eliminando de este modo gran parte de las áreas de interfluvio. De este modo, sobre las arcillas

miocénicas, se han formado glaciares -o rampas de erosión- que enlazan con sus respectivas terrazas. Únicamente en las laderas de los páramos, a lo largo del valle de los grandes ríos, como el Duero y el Pisuerga, pueden reconocerse hasta tres niveles de glaciares, el más bajo de los cuales se interpone a modo de superficie inclinada, en más de una docena de kilómetros, entre el arranque del páramo y el lecho mayor del río.

Otro de los aspectos morfológicos de las campiñas, el relieve aluvial invertido, es especialmente nítido en la margen meridional del río Duero y debe su origen a la evolución señalada. Las terrazas del río adquieren en su tramo medio una gran anchura, que en ocasiones llega a los veinte kilómetros y que se escalona en tres niveles, de los cuales, el más alto es el que penetra más en el interior. Los afluentes del Duero -Cega, Adaja, Zapardiel, Trabancos y Guareña- se han encajado en estos niveles, ensanchando escasamente sus valles en este sector. De este modo y, debido a una erosión diferencial, las terrazas del Duero han quedado destacadas sobre las campiñas hasta unos ochenta metros, quedando cerrado su horizonte por el sector norte y, antes de alcanzar el río, por una serie de cerros planos que se extienden desde el Sur de Valladolid hasta las proximidades de Zamora.

Otro de los relieves característicos de esta zona son las penillanuras del zócalo paleozoico. Éste se presenta como una vasta área casi llana -excepto en la zona en la que aparecen los relieves apalachenses del sector septentrional cuyo aspecto varía considerablemente dependiendo de la composición de los materiales que la integran. Así, en el área de Sayago, Campos de Ledesma y Vitigudino, el granito ha dado lugar a una penillanura perfecta que conserva su rigidez a una altitud de 700-800 metros, prácticamente sin grandes desniveles en el espacio de muchos kilómetros y que encuentra su prolongación al otro lado de la actual frontera portuguesa en las tierras de la Beira Alta, con las que establece una continuidad natural que rompen, tan sólo, las estrictas y arbitrarias fronteras administrativas interestatales de origen moderno. Es esta una zona en la que destacan escasos relieves residuales, tan sólo algún *monadnock* estructural, como el de Cerejal de Peñahorcada, o el centro de Barruecopardo, que a penas se levantan 200 metros sobre el nivel general. Por su parte, los depósitos de riña, que truncan los escasos retazos de cubierta de edad Eocena, alcanzan una gran difusión. La red fluvial del Duero, con sus tributarios, Tormes, Huebra y, eltes y Águeda, cruza este sector epigénicamente con un encajamiento moderado en valles bastante amplios, rompiéndose la rigidez de la penillanura tan sólo en los sectores de la Cubeta Tectónica de Ciudad Rodrigo y los "arribes" del Duero.

En la primera de estas discontinuidades, la cobertura eocénica aparece empotrada en la penillanura, a una altitud de 650 metros. En el fondo no se trata más que de una fosa de origen tectónico y estructura compleja. Por su parte, la segunda discontinuidad, correspondiente a los "arribes" del Duero, allí donde ha llegado la onda de erosión remontante, consecuente al gran desnivel que tienen que salvar los ríos meseteños para alcanzar su nivel de base atlántico, el Duero y sus afluentes, se han encajado profundamente en la penillanura, produciendo en espacios de poco menos de veinte kilómetros, impresionantes tajos de hasta 500 metros de desnivel. No obstante, en las zonas en donde estos cursos fluviales atraviesan el granito, los valles son relativamente estrechos y dan lugar a verdaderas gargantas, mientras que en los sectores pizarrosos, los valles se amplían aún más, si bien en ambos casos, la erosión de arrollamiento ha dado lugar a paisajes agrestes abarrancados que reciben el nombre de "arribes".

La penillanura del sur de Salamanca, en el área comprendida entre esta ciudad y las estribaciones del Sistema Central, que muestra una amplitud que ronda los 60-70 kilómetros, se desarrolla una penillanura distinta a la anterior. Su altitud es mayor, alcanzando los 1000 metros, si bien la mayor diferencia estriba en su composición litológica. Aquí, el material dominante es la pizarra, seguida por importantes afloramientos de cuarcita. Esta litología, por lo general ha dado lugar a una penillanura más accidentada debido a la menor resistencia a la erosión de las pizarras, mientras que

las formaciones de cuarcita han dado lugar a destacados relieves residuales, que unas veces aparecen como cerros aislados -caso de la cresta de los Montalvos, de 942 metros- y en otras ocasiones forman verdaderas alineaciones, cuyos elementos más o menos individualizados cruzan la penillanura en dirección Noroeste- Sudeste, tal y como la que culmina en Peña Gudina, de 1189 metros y que sobresale cerca de 200 metros en una longitud de 20 kilómetros, o el más destacado sinclinal colgado de la sierra de Tamames.

3.3 Aspectos regionales

Para tratar de individualizar, en la medida de lo posible, las áreas geográficas del sector norte de la Meseta, resulta necesario revisar, aún cuando sea de un modo somero, los desarrollos históricos y en especial las diferencias de aprovechamiento económico que se han sucedido a lo largo de la Historia de este sector.

Las tres grandes unidades señaladas al inicio de este apartado al hablar del relieve - penillanura, campiña y páramo- constituyen el principio básico que permite distinguir una serie de aspectos regionales. Dentro de ellos, los condicionantes básicos serán la disposición de las formas de relieve, las aptitudes del suelo para su aprovechamiento agrícola y en cierto sentido el diferente uso y organización del terrazgo, que en la antigüedad dio lugar a esas entidades de paisaje que se conocen actualmente con el nombre de comarcas.

En el sector septentrional de las penillanuras, allí donde el zócalo se hunde mediante una serie de cordales de cuarcita en los sedimentos miocénicos de la cuenca, mientras éstos penetran entre ellos, coronados por un depósito de tipo raña, aparecen una serie de unidades bien diferenciadas. En el Norte y Sur de la actual Astorga, donde los crestones de cuarcita destacan poco de los materiales pedregosos que los fosilizan, está la Maragatería. Aquí, la pobreza del suelo es muy grande, de ahí la necesidad de sus antiguos habitantes de buscar una solución alternativa en la arriería como medio económico de subsistencia. De este modo, la vocación, fundamentalmente económica, del territorio maragato debió dirigirse en los inicios de la neolitización de sus tierras, hacia aspectos cinegéticos y pastoriles. No es raro, por tanto, que en su seno, durante esta fase de la Prehistoria, se diesen desarrollos relativos diferenciados.

Más al sur y, mejor individualizados los accidentes, se suceden una serie de valles, como el de Duerma (Valduerna), Eria (Valderia), Jamuz y Tera en los que sobre los depósitos de arcillas y cantos rodados pervive la antigua explotación del secano del centro de la cuenca: mieses y viñedos alternan con el pequeño regadío del fondo de los valles. Al Oeste del valle del Tera se extiende la penillanura de Sanabria, donde el tipo de poblamiento y su economía mixta, pero con base ganadera, recuerda a las aldeas gallegas al otro lado del macizo de la Segundera. La penillanura salmantina - el campo Charro-, con su paisaje de cercas y grandes extensiones de monte de encina, es un anticipo del paisaje agrario de clara representación en las estribaciones del Sur del Sistema Central y en las penillanuras extremeñas. Este paisaje, casi residual, permite hacerse una idea de cómo pudo ser el paisaje en el que, aún con mayor densidad vegetal, se desarrolló la vida de las comunidades prehistóricas.

El sector más septentrional de la región, desde el contacto con las montañas galaico-leonesas al Norte de Astorga, en la Cepeda y, de forma paralela a la Cordillera Cantábrica por las provincias de León y Palencia, se extienden los páramos de raña. Son éstas altas superficies (1000-1100 m) frías y despobladas, tierras yermas y desoladas, páramos en el sentido etimológico de la palabra, ocupadas de monte y matorral más que de tierras de cereal. Tan sólo en los amplios valles que los atraviesan, se refugian los pueblos, con economías de arcaico regadío que anticipan las escasas posibilidades agrarias de sus suelos.

Al Sur de los páramos y al oeste del Cea, se extiende una dilatada campiña en forma de abanico con su vértice en la actual Benavente, la cual está constituida por un extenso depósito de cantos de cuarcitas embalados en una pasta arcillosa. Se distinguen tres niveles de terrazas que dejan entre sí interfluvios planos entre los valles (Cea-Esla y Esla-Órbigo) Al este del Cea y, hasta los páramos calcáreos, se extiende la campiña más característica de las que se encuentran al norte del Duero, la conocida Tierra de Campos con sus suelos arcillosos, suavemente ondulados de alta rentabilidad de cara a su explotación cerealista, lo cual, no en vano le valió el sobrenombre de "granero de Castilla".

Por el Sur domina todo el valle medio del Duero una serie de altas terrazas conformada por suelos pedregosos. A un nivel ligeramente más bajo se extienden las verdaderas campiñas del sector meridional. Hacia el Sudeste y casi hasta la Cordillera Central, en la zona en la que las arcillas y arenas miocénicas aparecen recubiertas de arenas blancas cuaternarias, se desarrolla la Tierra de Pinares.

Menos variación poseen los páramos calcáreos en los que el paisaje está constituido siempre por las perfectas llanuras de las plataformas estructurales y separadas por profundos y amplios valles.

Destacando con todas estas comarcas, están las de montaña que rodean la cuenca sedimentaria, en los que las economías tradicionales han incidido siempre en la explotación ganadera o forestal, sin menosprecio de su alta capacidad económica de cara a la explotación cinegética durante la Prehistoria. Este cambio con respecto a las llanuras indica la modificación que la montaña introduce en las condiciones naturales y, que confiere a estos bordes montañosos el carácter de entidades regionales de personalidad geográfica bien distinta. El reborde septentrional forma en realidad parte de la región Cantábrica y, el meridional parece más una extensión de las tierras extremeñas. Cabe destacar el sector montañoso del Este, que comprende la mayor extensión de la actual provincia de Soria y, zonas más reducidas de las de Burgos y Logroño. Geográficamente forma una entidad con la mayor parte de la Cordillera Ibérica, ofreciendo unas características semejantes y mostrando análogos desarrollos en su vinculación mediterránea. La explotación agrícola se encuentra aún más obstaculizada que en las llanuras por la presencia de un clima frío que la convierte en una zona de escasa rentabilidad para el desarrollo de una economía de base agrícola. La advocación económica se ha dirigido más hacia el aprovechamiento forestal, montaraz y ganadero a lo largo de la mayor parte de la Historia.

De un modo general puede darse a la submeseta septentrional un valor de conjunto cerrado, simétrico y bastante homogéneo que, a pesar de las regionalidades que comprende, presenta un aspecto muy similar. La articulación de las relaciones entre las áreas marginales y la cuenca del Duero actúa a modo de tamiz a través de algunos sistemas serranos que dirigen esas relaciones volcadas, por lo general, en el sector más septentrional de la Península Ibérica. Estas características, como se verá en capítulos posteriores, debieron tener su implicación en el funcionamiento territorial del mosaico cultural establecido en su solar.

4. SUBMESETA MERIDIONAL: LA MANCHA Y EXTREMADURA

La mitad sur de la Meseta integra espacios diversos con desarrollos históricos muy particulares, como puede ser el caso de la actual provincia de Albacete, perteneciente al antiguo reino de Murcia, pero con mayores afinidades con la Meseta que con el litoral mediterráneo, del que sin duda es el puente básico hacia el interior. Este amplio espacio, integra un total de 128.827 kilómetros cuadrados que a su vez representan el 31% de la superficie peninsular.

En este sector el macizo antiguo, que forma el cuerpo de la región extremeña, proyecta hacia el Este su masa, más allá de la frontera oriental, penetrando en las provincias castellanas de Toledo y Ciudad Real. Pero la distinción fundamental, que hace visible el mapa geológico (Fig. 8), subsiste entre la mitad occidental de la submeseta, en la que el roquedo paleozoico domina y, la mitad oriental, dominio de los sedimentos del Mioceno continental.

Las diferencias con la mitad septentrional de la Meseta son en algunos casos bastante sensibles. La primera nota a reseñar es que la participación del macizo antiguo, reducida a una estrecha banda en su margen occidental, es mucho menor de la que tiene en la meridional. También hay una notable diferencia de altitud, siendo la submeseta septentrional, por término medio, 100 metros más alta. Por otra parte, el encuadramiento montañoso es también una nota resaltable. Mientras que la Meseta septentrional se presenta como la cuenca única del Duero, cerrada en todos sus frentes por una orla montañosa, la meridional, con un suelo inclinado ligeramente hacia el Oeste y el Sur, queda abierta por esa zona a las tierras centrales de Portugal. Mientras, al Sur, el relieve de Sierra Morena no ofrece comparación alguna al del Sistema Central, ubicado en una situación análoga para la submeseta Norte y, por el sector oriental, entre la terminación meridional del Sistema Ibérico y la oriental de los Sistemas Béticos, penetra como una cuña la altiplanicie de la Mancha oriental como aproximación hacia las costas mediterráneas.

Estas diferencias básicas permiten señalar de forma inmediata la dinámica diferencial de ambas zonas. Así, como se señalaba en el apartado anterior, mientras la submeseta septentrional podía ser considerada como un conjunto espacial cerrado, dotado de una gran homogeneidad y bastante simétrico en sus desarrollos, la submeseta meridional aparece como una zona de transición que enlaza diversas áreas. Esta labor de enlace permite señalar lo indefinido de la constricción sur y oeste. Esta ausencia de definición de los límites, sin duda, ha dejado su huella en la formación de las regiones y durante la prehistoria evidencia una heterogeneidad derivada de su propia constitución.

La diferencia de altitud, combinada con la de la latitud, introduce otras diferencias de clima que poseen su traducción a un nivel de cultivos. Todo ello traduce la idea de dos Mesetas dentro de una misma unidad. Una Meseta más cerrada, ligada a desarrollos montañosos -la Meseta Norte- y otra más dinámica, más diáfana -la Meseta Sur-.

4.1 Caracterización morfogenética

La submeseta meridional es, ante todo, un espacio de gran complejidad morfológica. La Meseta Sur, por contraposición a la idea de una única cuenca fluvial expuesta para la Meseta Norte, reparte su territorio entre las cuencas de dos ríos, el Tajo y el Guadiana, siendo muy diferente el resultado de su actividad en el modelado del relieve.

Dentro de la zona oriental de sedimentación miocénica, el Tajo, cuya cuenca media es una fosa tectónica hundida entre el Sistema Central y el de los Montes de Toledo, ha procedido, como sucedió con el Duero, al desmantelamiento y disección de los depósitos terciarios en los que ha excavado su valle. El nivel superior de las calizas pontienses, en su valle medio, disuelto y reducido a pequeños pero significativos cerros testigos, se conserva en forma de páramos profundamente disecados por el río y sus afluentes en la comarca oriental de la Alcarria, cuyo paisaje, en cierto modo recuerda al de los altos páramos marginales del Duero.

El Guadiana, si bien queda fuera de la delimitación física en la que hemos enmarcado este trabajo, es interesante señalar que es un río de cauce poco profundo, de lento discurrir y perezosa actividad, que ha dejado intacto el nivel de las calizas pontienses que, como continuación del alcarreño, suavemente inclinado al Sur, forma la gran llanura de la Mancha, la mayor en su horizontalidad no interrumpida de toda la Península. Sin

duda, las dificultades encontradas por el Guadiana para perforar el macizo antiguo, que el Tajo encontró despejado por el hundimiento que dió origen a la formación de su valle, unida a su menor actividad erosiva -como consecuencia de su menor caudal- explican la diferencia de conducta existente entre estos dos grandes ríos de la Meseta meridional castellana. De estas diferencias han surgido tres paisajes morfológicos: las campiñas labradas en las margas y arcillas del Tajo Medio, los páramos y valles de erosión alcarreños y la llanura manchega.

La falta de unidad hidrográfica se acentúa por el hecho de que buena parte del sector oriental de la Meseta es avenado por los ríos Júcar y Cabriel, los cuales, probablemente desde el Mediterráneo, han penetrado en la Meseta, gracias a importantes fenómenos de captura. Con ello, parte de la esorrentía de las serranías Ibéricas es desviada hacia Levante, privando de ella a la llanura castellana, al tiempo que a lo largo de la Prehistoria, sirvieron de ejes básicos de relación entre el interior y las tierras costeras del Levante.

Al Oeste, las tierras extremeñas, con su prolongación en el sector castellano, se conforman como una vasta penillanura poligénica. Arrasados hasta su raíz los pliegues hercinianos de dirección noroeste-sudeste, la dirección estructural herciniana se pone de manifiesto en la orientación de las bandas graníticas, intercaladas entre las pizarras y cuarcitas cámbricas y silúricas, como la que desde Cáceres, en dirección noroeste, alcanza la frontera portuguesa. Es este sector también el de los relieves residuales que forman crestas de duras cuarcitas y el de algunos tramos de la red fluvial, como el que sigue el Guadiana hasta llegar al Portillo de Cijara.

La Penillanura herciniana basculó con el conjunto de la Meseta hacia el Oeste después la presión de la orogenia alpina. Esta inclinación tectónica produjo la deformación de la penillanura, así como una serie de fracturas, rejuvenecimiento unas veces de las post-hercinianas, nuevas y de dirección contraria otras. La consecuencia de todos estos acontecimientos geológicos fue la edificación de un nuevo relieve, de *horst* y de cubetas, que rellenó la anterior sedimentación terciaria y, sobre el que actuaron otros ciclos de erosión que han modelado la penillanura hasta conformar la imagen que hoy muestra.

Fracturas y desnivelaciones de origen tectónico y erosión diferencial exhumando las directrices del relieve herciniano han sido, pues, los factores que han modelado las formas con que hoy se presenta el paisaje extremeño, no siendo siempre fácil distinguir lo que se debe a cada uno de estos fenómenos.

El accidente más destacado de esta naturaleza, es el gran abombamiento de los Montes de Toledo, prolongado más al Sur por el umbral del Campo de Calatrava, que se interpone entre la llanura manchega y la penillanura extremeña. El zócalo paleozoico de la Meseta, perfectamente arrasado, empieza a emerger por los bordes occidentales de la Mancha, por debajo de los sedimentos terciarios y, se eleva de modo gradual hasta alcanzar su culmen en la sierra de Guadalupe, a 1601 metros, desde donde desciende en sentido opuesto hasta enlazar con la penillanura extremeña. En este macizo montañoso se distingue, pues, un nivel de cumbres, fuertemente abombado con restos de una penillanura antigua, que se ha conservado bien sobre los crestones arrasados de cuarcita, mientras que ha sido destruida por la erosión posterior en las zonas donde asoman terrenos de litología más blanda. Bajo este nivel se ha encajado una segunda penillanura más moderna, apenas deformada, con nivel de base por un lado hacia la Mancha y por otro hacia las tierras extremeñas. Este segundo nivel, de Edad Pontiense, ha mordido los bordes del abombamiento al que antes hacíamos referencia, penetrando profundamente en su interior, excavando a su vez en él amplias vallonadas en las blandas pizarras o en el granito, separados, ambos, por los crestones que forman, generalmente, los sinclinales. Esto ha originado un perfecto ejemplo de relieve de tipo apalachense, muy bien desarrollado en la zona de las Villuercas. Posteriormente, el retoque del ciclo de las rañas ha terminado de destruir y aislar parcialmente los relieves

antiguos, pero en todo caso su acción ha sido mucho menos importante que en la penillanura pontiense.

Sobre estas penillanuras inferiores destacan relieves aislados, como las alineaciones residuales de cuarcitas y ejemplos típicos de montes isla, siendo esta región de la Meseta donde estos últimos alcanzan la mayor perfección de sus formas. En el sector extremeño, forman cerros cuyas cumbres apenas rebasan los 1000 metros (caso de la Sierra de Montánchez, 988 m.; Sierra de San Pedro, 710 m.; San Mamede, 1025 m.), sobre una llanura cuya altitud supera ligeramente los 400 metros. Por otra parte, la acción erosiva remontante de los ríos atlánticos, ha disecado profundamente la vertiente extremeña, donde los depósitos de las rañas constituyen Mesetas residuales en las divisorias de aguas y en las cabeceras de los valles secundarios menos alcanzados por la erosión. En cambio, en la vertiente manchega, situada, por el abombamiento montañoso al resguardo de aquél efecto erosivo, los anchos valles cubiertos por el piedemonte de las rañas se encuentran intactos.

Por el lado Norte el contacto de los Montes de Toledo y la llanura terciaria del Tajo se presenta como un escarpe tectónico de moderada altitud originado por la falla que, por este sector, delimita la fosa terciaria comprendida entre los Montes de Toledo y el Sistema Central. En la parte occidental propiamente extremeña el valle del Tajo, profundamente encajonado en el zócalo paleozoico, no constituye una divisoria y la penillanura entra en contacto con la superficie que nivela el pie del Sistema Central. No obstante, hacia el Este, la fosa del Tajo, con su relleno de sedimentos correspondientes al Terciario, sí constituye una nítida frontera geológica, permitiendo la continuidad de la zona de sedimentos terciarios al Norte y al Sur del Tajo y, a que los Montes de Toledo no constituyen dentro de la Meseta Sur una verdadera divisoria montañosa que pueda compararse con la mole del Sistema Central, manteniéndose en el sector toledano una altitud que ronda los 1200 y los 1400 metros.

Entre los montes de Toledo y Sierra Morena, que en sí forma el límite meridional de la penillanura extremeña, la continuidad de ésta no se interrumpe. No obstante, al sur de los Montes de Toledo, entre el sector extremeño y el castellano, existe también una diferencia de altitud. El castellano, que en gran parte da asiento a la comarca del Campo de Calatrava, forma un bloque más elevado que el extremeño, debido a un abombamiento del zócalo paleozoico bajo la presión alpina acompañada de la creación de un sistema de fallas asociadas. A través de estas fallas han surgido los cerca de cuarenta focos volcánicos, hoy extintos, que conforman algunos relieves destacados y, cuyas áreas inmediatas serán, durante el desarrollo de las etapas prehistóricas, profundamente prospectadas a la búsqueda de materiales de litología volcánica con los que elaborar algunos útiles, en especial aquellos elaborados por pulimento. Por otra parte esta actividad volcánica y la sísmica que por norma general le acompaña, debió tener durante la Prehistoria una importancia que aún está por precisar. Esta necesidad se hace más acuciante cuando a la luz de los nuevos descubrimientos geológicos, existe la certeza de una cierta repetición de fenómenos tan destacados como el del seísmo que asoló Lisboa el 1 de noviembre de 1755 (Gutscher, 2004: 1249)

El roquedo paleozoico, formando una apófisis del macizo antiguo, avanza hacia el oriente, cerrando por el sur la Meseta meridional para formar el escalón que desciende al valle del Guadalquivir. Ese escalón es lo que conocemos como Sierra Morena y en sí constituye un conjunto derivado de una gran flexión que en algunas zonas pasa a constituirse en una falla. Esta flexión se produjo en el borde meridional del macizo y afectó de un modo sincrónico al zócalo paleozoico y a su cobertura de sedimentos triásicos y miocénicos, los cuales, barridos por la erosión se han conservado, no obstante, localmente. Esta erosión, a su vez, ha exhumando la estructura herciniana a la que ajustan su dirección los afluentes de la orilla derecha del Guadalquivir, si bien ésta zona se aleja ya en cierto modo de la identidad histórico-cultural de los desarrollos de la

Meseta, conformándose más como parte, junto a la práctica totalidad de la actual provincia de Badajoz, del área andaluza.

El marco montañoso de la Meseta meridional, dada la débil altitud que los señalados relieves de Sierra Morena ofrecen vistos desde ésta, se limita a los sectores septentrional y oriental. Por el Norte la forman el conjunto de eslabones montañosos del Sistema Central, verdadero hilo separador y de imbricación, a un tiempo, de esos dos paños tendidos al norte y al Sur que constituyen la Meseta. En la extremidad del Sistema, el contacto con los núcleos ibéricos se realiza mediante una zona de páramos que por una parte son una superficie de erosión y por otra un relieve estructural formado por materiales mesozoicos y disecada por el discurrir de los diferentes ríos. Ésta es, en el fondo, la estructura de Sierra Ministra. Más allá se elevan paulatinamente las cumbres de la Sierra o Macizo de Ayllón que aparece modelado en los materiales cuarcíticos y pizarrosos del Silúrico hasta la zona del puerto de Somosierra. En él destacan las cumbres de El Ocejón (2048 metros), El Lobo (2273 metros), La Buitrera (2200 metros) y por último la cumbre de Somosierra (2262 metros), donde se produce el cambio litológico, aflorando los gneises y granitos que se elevan hasta los 2430 metros en el Pico de Peñalara, máxima culminación de la Sierra de Guadarrama. Estas altitudes son superadas por el Almanzor (2592 m) en el macizo de Gredos, para desde él descender a través de portillos encadenados, pasado el Valle del Alagón, hacia las Sierras de la Peña de Francia, que alcanza los 1723 metros de altitud y Gata, con 1592 metros.

Estos relieves presentan una morfología de tipo germánico, consistentes en una cadena de *horst* formados a expensas de una penillanura abombada bajo la presión de la orogenia alpina y fracturada al formarse las fosas del Tajo y del Duero. De ahí la aplanada morfología de sus cumbres allá donde no actuaron la erosión o el retoque glaciar. Al pie de la montaña se extiende otra superficie de erosión denominada, por lo general, pedimento o rampa y que forma un plinto sobre el que aquella se levanta. Por otra parte, el frente de esta superficie aparece cortado por una falla que fosiliza los depósitos detríticos de la cuenca terciaria y, sobre ella, como acontece en la de Toledo, destacan algunos relieves residuales en forma de montes isla.

En el sector oriental, el reborde de la Meseta está formado por la sección meridional de la Cordillera Ibérica, sucediéndole a la Paramera de Molina el macizo conocido como Montes Universales de la Comunidad de Albarracín y, cuyo reborde occidental constituye la serranía de Cuenca, acceso directo en ambos casos a las tierras levantinas y al Mar Mediterráneo. La Serranía de Cuenca se conforma a modo de macizo calcáreo, rico en abrigos y cuevas, en su mayor parte ocupados durante la Prehistoria. Estos abrigos y cuevas están formados por pliegues y plataformas estructurales que se abren en un paisaje profundamente disecado por los ríos Júcar y Cabriel, que desde el Mediterráneo han penetrado en la Meseta dando lugar a los importantes fenómenos de captura fluvial que antes se han reseñado.

A la señalada diferencia de altitud existente entre las dos Mesetas, corresponde la de su régimen térmico y climático, de veranos más cálidos y largos, inviernos menos rigurosos y oscilación anual más acusada en la Meseta Sur. En ella, la temperatura aumenta gradualmente de Norte a Sur y de Este a Oeste. En la actualidad, el régimen climático de ambas Mesetas presenta ciertas diferencias. En ambas existe una zona interior de mínima pluviosidad, envuelta por una zona marginal de precipitaciones crecientes que en las altas cumbres del Norte y Este ocurren frecuentemente en forma de nieve. Estas cumbres, pueden ser consideradas en virtud a los vestigios glaciares que conservan, como los reductos glaciares fundamentales de la Prehistoria Reciente. No obstante, en la Meseta Meridional, la parte occidental, más abierta a la penetración oceánica, es más lluviosa que la oriental, aún cuando la mayor parte de Extremadura debe ser incluida en la España árida.

4.2 Aspectos regionales en el área meridional de la Meseta

4.2.1 Las comarcas extremeñas

Dentro del área extremeña circunscrita al marco geográfico de esta obra, la primera división que puede hacerse es la que impone la estructura geológica y el relieve, definidores, en el fondo de comarcalizaciones y regionalizaciones que mantendrán por lo general su idiosincrasia a lo largo de la Historia. Esta primera diferenciación distingue entre el macizo antiguo al Oeste y, la cuenca sedimentaria con su reborde montañoso al Este; entre el paisaje de los llanos manchegos, de las campiñas y páramos de la cuenca del Tajo y el de la penillanura extremeña, de pizarras y cuarcitas resaltando en duros crestones, entre los que se intercalan grandes berrocales graníticos en torno a los cuales se estableció el poblamiento prehistórico. Estamos ahora en la España silícea frente a la España calcárea.

El descenso de la altitud hacia el oeste, como señalamos, actúa como factor de diferenciación climática, dando lugar a un régimen térmico de veranos más cálidos e inviernos menos rigurosos que en el sector oriental, al tiempo que la apertura del lado oceánico se deja sentir en una creciente abundancia de precipitaciones. Estas matizaciones climáticas serán tan importantes que determinarán la presencia, en algunos sectores, de especies como el castaño, o frutales cítricos, de difícil acomodo en otras regiones.

La personalidad del Oeste peninsular ha quedado reflejada, de forma más nítida que en otras áreas, en la Historia. Así, la clara delimitación de la Lusitania de la Hispania romana -sin duda herencia de ese "sentir" de las tierras occidentales y atlánticas- dejó su huella, pasados los siglos, en la diferenciación del reino taifa de Badajoz, independiente del toledano en el momento de la partición del califato cordobés. Esta nota quizás ha sido una de las que nos llevó a diferenciar una parte de Extremadura -concretamente la Baja Extremadura- desligándola, quizás artificiosa y caprichosamente del concepto global meseteño, alegando algunos condicionantes históricos que nos inclinaban a situarla más en el entramado andaluz que en el castellano. No obstante, como se advertirá a lo largo de estas páginas, lejos de trazar una frontera estricta en ese u otro sentido, trataremos de ir enlazando o deslabazando poco a poco los diferentes elementos que parecen señalar la individualización y, a en época prehistórica, de ciertos territorios. Individualización esta en la que, sin duda, han de buscarse las primeras evidencias de ese malentendido proceso de etnogénesis que derivó en la curiosa diferenciación de grupos durante los tiempos protohistóricos.

La situación marginal del área extremeña respecto a las tierras de la Meseta y, en parte su particular desarrollo histórico, ha contribuido a la individualización de una región, abierta no obstante a las influencias leonesas por el norte -la Alta Extremadura- y andaluzas por el Sur -Baja Extremadura- que en la actualidad se hacen sensibles, incluso al nivel del habla local.

El elemento que quizás más contribuya a la caracterización de esta zona sea la dehesa. Este ha sido el principal paisaje desde tiempos pretéritos y, a tenor de los datos polínicos, es probable que ese fuese el paisaje, menos ahuecado, eso sí, definidor de este espacio durante el Neolítico.

Cabe señalar que los límites de la Extremadura geológica y del paisaje natural, no coinciden con la arbitraria delimitación administrativa, en las dos apófisis que el macizo antiguo proyecta hacia el este por los Montes de Toledo y Sierra Morena.

Dentro de esta Extremadura pueden distinguirse diferentes unidades. La primera de ellas, corresponde con la vertiente meridional extremeña del Sistema Central, seguida de la penillanura septentrional de Extremadura con el valle del Tajo, el sistema de los

Montes de Toledo y lejos ya del área de estudio, la cuenca del Guadiana y Sierra Morena, unidades estas últimas de las que limitaremos la descripción tratando con ello de ganar espacio y ritmo en el cuerpo total de la obra.

La influencia oceánica, debilitada progresivamente de Oeste a Este, se hace sentir en el sector del Sistema Central correspondiente a la actual provincia de Cáceres. Dentro del macizo de Gredos, la porción occidental es más húmeda que la oriental y, el castaño, unido al bosque de frondosas, adquieren un mayor desarrollo. A la Sierra de Gredos y, pasado el puerto de Tornavacas, sigue la Sierra de Béjar, descendiendo del puerto de Tornavacas hacia el sudoeste el río Jerte, cuyo límite occidental es el cordal de Tras la Sierra.

Una gran fractura o fosa de orientación nordeste-sudoeste, transversal a la del Sistema Central y, en cierto sentido elemento de conexión y relaciones entre ambas Mesetas, es la que sigue el curso del río Alagón, al oeste del cual, en dirección paralela, se alzan las serranías de la Peña de Francia, que penetra en la provincia de Salamanca y, de Gata, que alcanza la frontera lusa.

Al pie de estas altas cumbres de Gredos, una dovela hundida y arrasada forma la rampa de erosión que por el sur limita el valle del Tiétar y que se conoce como Comarca de la Vera. Los ríos que descienden de la montaña, cavan en ella gargantas y culminan en un cono de deyección. A espaldas de la Vera, el del Jerte es un valle tectónico, abrigado y relativamente húmedo, en cuyas laderas el castaño y el olivo forman curiosa vecindad en los tiempos actuales y en cuyos desarrollos menos accidentados, son abundantes los asentamientos de época neolítica. La salida natural del Jerte se efectúa en las tierras actuales de Plasencia, núcleo de la falla que se conforma a modo de eje vitalizador de espacios serranos y campiñas abiertas.

Tras el Jerte y, en cierto modo siguiendo un discurrir paralelo llega la depresión del Alagón, tras la que se difuminan los espacios montaraces de las sierras de Hurdes y Gata, sierra esta última en la que tienen su nacimiento los afluentes de la orilla derecha del Alagón y el Arrago. La Sierra de Gata es un bloque basculado hacia el norte sobre la provincia de Salamanca, con una rápida caída sobre la actual provincia de Cáceres. La humedad atlántica de este extremo eslabón del Sistema Central se hace muy notable permitiendo la proliferación, mayor aún en tiempos prehistóricos, de castaños y robledales.

La continuidad de la penillanura apenas se interrumpe en el norte de la actual provincia de Cáceres hasta los Montes de Toledo que, dentro de la gran penillanura extremeña no son más que un relieve residual. Amplias extensiones de pizarras y cuarcitas silúricas, con grandes inyecciones eruptivas de granito, han sido niveladas por la penillanura, pero la erosión ha destacado en forma de pequeñas serrezuelas las cuarcitas y los granitos de mayor dureza, como los que sobre un horizonte de blandas pizarras, forman el monte isla de Trujillo. En el gran anticlinal arrasado que desde la actual frontera portuguesa se extiende hasta Cáceres, con su prolongación en la sierra de San Pedro, su núcleo interior de granito queda al descubierto.

El Tajo se superpone a la estructura herciniana, tras encajarse en la penillanura y recorrer, en dirección transversal a la que siguen los relieves de tipo apalachense que mencionamos ya y, lo hace a favor de una cobertura de sedimentos terciarios que en la actualidad está prácticamente arrasada. El río se limita por altos escarpes y acantilados que le dotan de un valor excepcional a modo de foso natural, sobre todo en los sectores en los que atraviesa las rocas de mayor dureza, coincidentes con el tramo que en la actualidad conforma la frontera luso-española.

Al sur de la penillanura ésta forma, en su parte oriental, la altiplanicie trujillano-cacereña, desarrollada ampliamente sobre un horizonte de pizarras y, al Oeste de la

ciudad de Cáceres, la que cruza el río Salor para afluir al Tajo en su sector medio. Sobre la penillanura tan sólo destacan relieves residuales y rañas, disecadas en terrazas de cantos angulosos. Estos caracteres de la altiplanicie trujillano-cacereña continúan al Oeste hasta alcanzar la actual frontera portuguesa y lo hacen sin otra interrupción de importancia que el encajamiento del valle del río Salor.

El sector occidental de los Montes de Toledo forma las sierras centrales de Extremadura, en la divisoria entre las cuencas del Tajo y el Guadiana. Limitrofe con las tierras toledanas, la sierra de Altamira obedece fielmente a la dirección herciniana, pero, una vez sobrepasado el valle del Guadarranque y, el puerto de San Vicente, el relieve se va haciendo más complejo en el áspero territorio de las Villuercas, conjunto de sierras con las que hay que relacionar la de Guadalupe, cuya dirección, contraria a la herciniana, es debida a una falla que corta su flanco meridional. Fracturas que, en colaboración con la erosión diferencial, han contribuido a individualizar la Sierra de Montánchez, en la que el granito destaca sobre las pizarras. En ella, la altitud va descendiendo, desde los 1600 metros alcanzados en las Villuercas, hasta los menos de 800 metros. Las alturas máximas son sobrepasadas en la Sierra de San Pedro, donde la dirección herciniana reaparece, con una nueva elevación en la Sierra de San Mamede.

No es de extrañar que en este sector las áreas más favorecidas hayan sido los valles, pues sin duda alguna destacan de forma neta sobre los paisajes de entonación austera y áspera de las tierras extremeñas que conforman la mayor parte del entorno de este sector. Por el sur la penillanura se sigue extendiendo por los baldíos de Albuquerque hasta las orillas del Guadiana. Estas tierras y, en especial las que delimita el valle del Guadiana y que se encuentran dotadas de una personalidad enorme, como las comarcas de la Serena y Tierra de Barros, parecen más relacionadas con ese lento tránsito hacia Andalucía que señalábamos en líneas anteriores, aún cuando en más de una ocasión la vinculación con las tierras interiores sea nítida y neta, siendo bastante complejo hallar un esquema de ruptura cultural o fisiográfico que aprovechar para delimitar la zona de estudio. La calidad de estos suelos y tierras debieron tener, sin duda, su reflejo en el aumento de la producción y con ello de la población.

4.2.2 Los Montes de Toledo

La Extremadura geológica y el paisaje de la penillanura y las sierras extremeñas se continúan en gran parte de las tierras que la arbitrariedad de la construcción administrativa moderna incluyó en las provincias de Toledo y Ciudad Real. El macizo paleozoico forma la parte sudoeste de ese "Reino" que conformaba la antigua Castilla la Nueva, entre el valle del Tajo y Sierra Morena, elevado como un umbral entre la penillanura extremeña y los llanos de la Mancha. En descenso hacia éstos, en su sector oriental, el macizo termina por desaparecer bajo el espesor de los sedimentos miocénicos que forman una suerte de golfo en la zona occidental de la Mancha, entre los Montes de Toledo, al norte y las sierras del Campo de Calatrava y Sierra Morena al sur.

Es posible evidenciar una clara diferencia en orientación y altitud entre los sectores extremeño y castellano de los Montes de Toledo. Como ya se señaló, la Sierra de Altamira obedece a la dirección herciniana Noroeste- Sudeste, mientras que la orientación de los Montes de Toledo es de tipo alpino, esto es de dirección Oeste- Este, derivada del dislocamiento de la penillanura en época de la orogenia alpina. Desde la Sierra de Altamira y el río Huso, hasta el Algodor, los Montes de Toledo forman una alineación. En su vertiente septentrional, se desarrolla sobre litologías de granito y gneis, una rampa de erosión coronada por una serie de montes isla entre los que destacan los de Noez, Pulgar y Layos, terminando esta rampa en una gran fractura sobre el Tajo.

Dentro de los ámbitos de vegetación, existe una comarca dotada de gran personalidad. Se trata de la Comarca de la Jara, nombre debido a la proliferación de esa especie vegetal que crece aquí, en gran parte, sobre un depósito de rañas y, que se ve

acompañada, como primer piso vegetativo que constituye de él, de las especies del bosque mediterráneo formado por encina, roble y en menor proporción alcornoque.

La vertiente Sur de los Montes de Toledo desciende sobre la penillanura por intermedio de algunas sierras menores, entre las que la de la Calderina forma el extremo terminal de la apófisis proyectada por el macizo paleozoico. Las rañas adquieren de este lado un destacable desarrollo, apareciendo cortadas en terrazas por los afluentes del Guadiana. Entre los Montes de Toledo y el valle de este río y, hasta llegar al Campo de Calatrava, la penillanura se dilata, interrumpida ahora por débiles relieves.

Al Sur el paisaje gana en variedad, animación y vida dentro de la Comarca del Campo de Calatrava. Mioceno y Paleozoico se interpenetran aquí, con enclaves de pequeñas cubetas dentro de éste y penetraciones del Paleozoico en el área de aquél. Pero la originalidad mayor es la aparición de un conjunto de afloramientos volcánicos que perforan el zócalo paleozoico y el miocénico de la Mancha y que revelan la existencia de una zona de dislocación tectónica.

4.2.3 La Cordillera Central

El reborde montañoso septentrional está formado, como ya se mostró, por la vertiente del Sistema Central, continuidad por el Este del Sistema Ibérico. Desde Sierra Ministra, eslabón de enlace con el Sistema Ibérico, siguen los Altos de Barahona, sierras de Pela y de Ayllón, formando en conjunto la serranía de Guadalajara, en la que, destacado del eje principal, aislado entre los valles del Sorbe y del Jarama, se levanta por encima de los 2000 metros la cima del Ocejón, punto guía del deambular de pasos de pre-sierra y sierra de ambas Mesetas y en torno al cual no faltan antiguos emplazamientos humanos ni abrigos con evidencias de arte esquemático.

En el puerto de Somosierra, como se vio en la caracterización morfológica, se establece el contacto entre las pizarras silúricas y el gneis y granito que forman, respectivamente Somosierra y Guadarrama. Su vertiente madrileña, en la que el granito, desnudo de vegetación en algunas partes es un desierto de piedra se cubre de matorrales en otras junto con las matas de roble y pinar.

Al Oeste del Guadarrama la altitud de la línea de cumbres desciende para volver a elevarse en el gran macizo de la Sierra de Gredos, en cuya vertiente meridional, con la rampa que le sirve de basamento y cuyo límite meridional forma el valle del Tiétar, se reparten las actuales provincias de Ávila y Cáceres.

Sierra Ministra, con el alto valle del Henares y los páramos calcáreos de Molina de Aragón, disecados por el río Gallo y sus afluentes, forman el sector oriental ibérico de la Serranía de Guadalajara, al sur de la cual el reborde de la Meseta está formado por la Serranía de Cuenca.

4.2.4 La Serranía de Cuenca: el tránsito levantino

Es este, sin duda, uno de los paisajes por antonomasia de la denominada España calcárea y, dentro de este estudio, una de las zonas privilegiadas en las que se ubica uno de los yacimientos que fue, durante décadas, el punto de referencia de los estudios sobre Neolítico en la Meseta: Verdelpino. La Serranía está formada por un conjunto de plataformas estructurales y pliegues de estilo sajónico que se han formado a su vez a expensas de la cobertura sedimentaria que recubrió el zócalo paleozoico, cuya fractura se acusa en este sector.

La erosión del Tajo y sus afluentes en su mitad septentrional y la del Júcar con el Cabriel en la meridional, ha penetrado profundamente en el macizo, tajando hondos valles, cuya divisoria forman mesas o páramos. La infiltración de las aguas en la masa porosa de las

calizas ha dado lugar a bellos y bien caracterizados fenómenos cársticos, de los que en la actualidad son ejemplo la Ciudad Encantada y las torcas próximas a la ciudad de Cuenca y que se encuentran en íntima relación con el desarrollo del poblamiento prehistórico y más especialmente con la caracterización simbólica que, dentro de este representan los abrigos decorados con pinturas tanto esquemáticas como levantinas. Por Occidente el límite con la Alcarria lo marca el anticlinal de Bascuñana, mientras que por el sur el contacto con la Meseta se establece por una flexión acompañada de fracturas.

Esta zona, nudo de origen de los ríos Tajo, Ebro y Júcar, ha sido siempre una región de marcado carácter económico dirigido a la ganadería y a la explotación forestal, sin menosprecio de sus posibilidades cinegéticas, habiendo servido además sus pastizales, durante siglos de agostadero a los rebaños de las merinas trashumantes. Todo esto permite concebir la serranía como un reducto de carácter especial y único que sin duda, a pesar de lo mal estudiado que está a este respecto, tuvo sus especiales connotaciones en época prehistórica.

4.2.5 Las tierras de la Alcarria y las campiñas del Tajo

Entre las montañas de los rebordes oriental y septentrional y el macizo antiguo que se aprecia en el área oriental, el resto de la Meseta meridional forma una cuenca de sedimentación, dentro de la cual hay que distinguir aún las comarcas del Tajo, al Norte, de las llanuras manchegas al Sur.

El carácter de fosa tectónica aparece bien acusado en el valle medio del río Tajo entre los Montes de Toledo y el Sistema Central, de donde proceden sus afluentes de mayor caudal. Dentro de la cuenca del Tajo y de la extensa área de relleno miocénico, el río Henares, con la disimetría característica de su valle, señala el límite entre las comarcas de la Alcarria y la Campiña, en las tierras de la actual provincia de Guadalajara.

La mayor parte de la Alcarria se desarrolla en el ámbito de esta provincia, con una prolongación en la de Cuenca hasta el pie de su serranía. Es una tabla de calizas pontienses, cuya altitud, en suave descenso hacia el sur, se mantiene generalmente a una cota inferior a los 1000 metros, profundamente disecada por la penetración del Tajo, el Tajuña y sus afluentes en un conjunto de páramos y valles de erosión. Los páramos aparecen como altas y frías superficies, de pobres pastizales. Por ello la vida se refugia en los valles, en sus vertientes, modeladas en las arcillas, por debajo del caparazón calcáreo que forma el suelo de los páramos y, en las riberas de los ríos. A media ladera, utilizando el nivel acuífero formado en el contacto de la caliza y la arcilla, es donde se sitúan la mayor parte de las poblaciones rurales en la actualidad debido a la ubicación de las fuentes en la zona de contacto con las arcillas.

Dentro de la Alcarria, uno de los más interesantes accidentes de sus tierras es el anticlinal mesozoico de la sierra de Altomira, casi por completo fosilizado por los sedimentos miocénicos y atravesado epigénicamente por los ríos Tajo y Guadiela, que han cavado las gargantas que caracterizan este paisaje hoy desvirtuado por la presencia de los embalses de Entrepeñas y Buendía.

Entre el río Henares y el Sistema Central la erosión de las aguas procedentes de éste, ha desmantelado el nivel de las calizas pontienses, que de un modo excepcional se conserva en la forma de cerros testigo. En el nivel de las arcillas y margas del piso medio (Sarmatiense) del Mioceno, aparecen modeladas las campiñas de la actual provincia de Madrid, oeste de Guadalajara y norte de Toledo.

La orilla izquierda del Henares, baja en oposición a la alcarreña y, en la que las terrazas fluviales, especialmente la tercera y la cuarta, se dilatan en gran extensión, formando una rica campiña, de buena disposición para el cultivo de los cereales y la horticultura.

En la tierra llana de la provincia de Madrid, desde la rampa de erosión que forma el pie del Sistema Central, se extienden los depósitos del Mioceno, cuyo carácter detrítico en la zona marginal de aquella pasa después a una banda de arenas y, por último a la de arcillas y margas del sur de la provincia, por cuyo extremo oriental los páramos alcarreños penetran entre los ríos Henares y Tajo.

El límite entre las arenas y las arcillas y margas de precipitación química de la cuenca sedimentaria pasa por la propia capital. Su contorno inmediato es un conjunto de suaves y achatadas lomas, alargadas de norte a sur entre los ríos Guadarrama y Jarama, dentro del ancho pasillo abierto entre la sierra y los páramos alcarreños. No puede desdeñarse la ubicación estratégica del área madrileña, con vías naturales de acceso al Sistema Central desde las tierras medias del Tajo, como son las cuencas de los ríos Guadarrama, Manzanares, Jarama y Henares, principalmente, así como la disposición de fértiles interfluvios sobre la campiña con fértiles tierras y enormes posibilidades de explotación económica tan del gusto de las primeras poblaciones productoras.

Otra de las características fundamentales de esta zona es que en un espacio reducido, de menos de sesenta kilómetros, permite el paso de un sistema de terrazas abiertas sobre la campiña a las faldas del sistema montañoso que articula los mencionados pasos entre ambas submesetas. Por ello, la oferta de disponibilidad de recursos se ampliaría de un modo significativo en las etapas de la Prehistoria, factor que, a la luz de las evidencias arqueológicas fue aprovechado por las comunidades humanas desde el Paleolítico.

4.2.6 La fosa del Tajo

El descenso hacia el valle medio del Tajo se realiza desde la latitud de Madrid por un plano de suave inclinación. El valle encajado entre altas orillas, con más frecuencia en la de la izquierda y, acompañamiento de terrazas fluviales, ofrece tres centros en los que la vida se hace más intensa y se concentra actualmente la población y que en cierto modo coinciden con las actuales localidades de Aranjuez, Toledo y Talavera.

El área de Aranjuez, ubicada en el punto en que el Jarama, enriquecido su caudal con las aguas del Tajuña, Manzanares y Henares, vierte las suyas en el Tajo, conforma una magnífica y generosa vega, plagada de yacimientos de todas las épocas y culturas.

Entre esta zona y la de Toledo, el Tajo divaga en meandros en un valle anchuroso, de buena disposición para el cultivo en su fondo, pero que al llegar a la actual capital de Castilla-La Mancha, se encaja epigénicamente en el gneis de la rampa que flanquea por el Norte los Montes de Toledo, cavando un foso en forma de herradura y recortando algunas Penínsulas, como la que sirve de asiento a la ciudad de Toledo, con lo que el paisaje parece más agreste.

El área de Talavera de la Reina está regada por el Alberche, el cual se forma en su zona alta, longitudinal y a espaldas, ya en plena Iberia silícea, de la sierra de Gredos, con parte de su curso en la actual provincia de Ávila y cuyo discurrir se acoda bruscamente a su entrada en la de Madrid, formando a partir de entonces amplias vegas que presentan áreas reducto de alto potencial agrícola en las zonas inmediatas a los afloramientos graníticos que conforman el tránsito al escalón serrano.

Aguas abajo el Tajo vuelve a encajarse epigénicamente en el zócalo paleozoico, con preferencia en los sedimentos paleogenos que rellenan la fosa formando el suelo del extremeño Campo Arañuelo, entre el Tietar y el Tajo y cuyo centro ocupan en la actualidad las tierras de Navalморal de la Mata. En este sector se localizan algunas de las principales áreas de afloramiento de sílex, materia prima de alta representatividad en los contextos industriales prehistóricos y de cuyos principales núcleos de dispersión hablaremos más adelante.

4.2.7 Las tierras manchegas

Sobre la orilla del Tajo, en la actual Aranjuez, avanza la llana plataforma de los páramos no erosionados que forman la mesa de Ocaña, que podemos considerar como el umbral de entrada de la Mancha, jalonado por numerosos yacimientos arqueológicos que dan fe de la versatilidad de esta zona para el acomodo de pueblos y culturas. Desde aquí, con prolongación hacia el Este por la actual provincia de Cuenca y hacia el Sur por las de Toledo, Ciudad Real y Albacete, se extiende la gran llanura que forma la superficie de una gran cuenca de sedimentación miocénica y cuyo encuadramiento en el mapa geológico resulta visible al pasar al macizo paleozoico por el Este y el Sur y a la zona de relieves mesozoicos del lado oriental, pues por el norte la diferencia no es de constitución geológica, sino de modelado.

La horizontalidad de la llanura es casi perfecta. El suelo, formado por las calizas pontienses, en grado más o menos avanzado de descomposición, en amplios sectores sólo ofrece como desnivelación algún cerro de figura achatada y depresiones poco profundas, en las que se acumulan las aguas de lluvia, dando origen a grandes charcas o lagunas que la organización imperfecta de la red fluvial no ha logrado drenar, pues los ríos Záncara, Cigüela y el propio Guadiana en la parte occidental, corren por cauces poco profundos, a diferencia de lo que ocurre en el sector oriental, disecada por el Júcar, que a favor del desnivel existente en el flanco oriental de la Meseta, ha penetrado por erosión remontante en el interior de ésta.

La zona occidental, que puede denominarse la de las lagunas, es también en la proximidad del Campo de Calatrava la de los volcanes que hoy, desmantelados, aparecen como cerros de poca altitud, reconocibles a veces, más que como forma topográfica, por sus figuras de grandes rodales de coloración oscura o rojiza que en la región reciben el nombre de negrizales.

El suelo también cambia de coloración en el Campo de Montiel, que, aunque por lo general se incluye dentro de la Mancha, ofrece algunas características propias. Se trata de una gran plataforma de materiales triásicos, surcada por el alto Guadiana hasta su desaparición en Argamasilla de Alba. El río, nacido en los Altos de Pinilla, al avanzar por el campo atraviesa el rosario formado por las lagunas cársticas de Ruidera.

5. EDAFOLOGÍA GENERAL DEL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

De forma muy genérica se puede caracterizar el solar meseteño atendiendo a tres tipos de suelos derivados de la litología dominante. Los suelos silíceos, dominantes de buena parte del centro del territorio interior pero sobre todo de su arte occidental, los suelos calcáreos, derivados de la disgregación de los karst de la orla oriental, pero también muy bien representados en la región central del territorio y por último las arcillas que predominan en las dos grandes cuencas sedimentarias del Duero y el Tajo.

Los suelos principales que pueden hallarse, con algunas intrusiones de poco interés, en algunas facies locales, que no se mencionarán, son, siguiendo un criterio Norte- Sur y Oeste- Este, los pertenecientes a los suelos pardos y/o lixiviados a los cuales les corresponde una vegetación de bosque templado caducifolio y semicontinental que dan origen a los horizontes A¹, de agregados arcilloso-húmicos y B, derivados de la asociación oxihidróxido de hierro-arcilla. Estos suelos, por lo general presentan un humus poco ácido o neutro (null), restringiéndose a una pequeña zona del la submeseta norte. El resto de los suelos, de forma general están formados por suelos fersialíticos, caracterizados por el bosque mediterráneo y subtropical en el que están representados los suelos de horizonte B, arcilloso (montmorillonita) con frecuente costra caliza.

De un modo más concreto y, siguiendo el mismo orden, se puede diferenciar un predominio masivo de suelos del orden Inceptisol, suborden ochrept y dentro de éste al suborden asociado orthent. Estos suelos cubren la práctica totalidad del sector occidental de la submeseta norte y el sector oriental de la submeseta sur. La práctica totalidad de la cuenca del Tajo está formada por una combinación de orthent y umbrept, con áreas marginales a derecha e izquierda de suelos Alfisol del suborden xeralf y del suborden asociado ochrept. Por su parte, en el sector Ibérico, en el Occidente de ambas submesetas, en una zona restringida, aparecen Aridisoles orthid del suborden asociado orthent, los cuales son característicos de esta zona y del Sureste peninsular. La cuenca del Ebro está formada en su totalidad por suelos Aridisoles orthid, que se presentan en algunos núcleos del extremo nororiental de la submeseta norte. Dentro de ésta, en el sector marginal del área central de la cuenca del Duero, aparecen dos bandas paralelas de Entisoles orthent ochrept, en el área occidental, e Inceptisoles umbrept ochrept y orthent en la oriental, con una pequeña zona de Inceptisoles del mismo suborden, pero xeralf en el área de las actuales provincias de Salamanca y Ávila (Nieves y Gómez-Miguel, 1985)

6. CLIMA ACTUAL DE LA MESETA

El clima actual de la Meseta presenta una clara disimetría en su parte meridional y septentrional. Existe además cierto gradiente de componente Sureste- Noroeste que deriva en un aumento de precipitaciones en el Sistema Ibérico y en el Sistema Central.

La principal concomitancia derivada de los condicionantes climáticos es la que establece la relación entre clima y paisaje. Así, la configuración del paisaje en el que se desarrollaron las comunidades mesolíticas y neolíticas, depende, en gran medida, del clima que existía en ese preciso momento.

Resulta obvio que si no se conocen previamente cuáles son los condicionantes actuales, difícilmente podrá establecerse una comparación con épocas pretéritas. De nuevo, siguiendo el mismo criterio utilizado en el apartado dedicado a la morfología, se atenderá a la división geográfica de la Meseta en dos áreas que también presentan una nítida diferenciación a nivel bioclimático.

La Meseta en conjunto, presenta un perfil fitoclimático correspondiente a las regiones IV y X. La X está presente tan sólo en las áreas de máxima altitud del Sistema Central, con dos focos nítidos que señalan las áreas que aún muestran evidencias de sistemas glaciares y otros dos en el sector de los Picos de Europa. Por su parte y, sectorializando el espacio como se hizo en el caso de la síntesis de la morfología, la región IV presenta, en la Meseta septentrional, de Norte a Sur y de Occidente a oriente las subregiones IV(VI), IV7, IV7c y IV6. Siguiendo la misma disposición, en la Meseta meridional se pueden distinguir las subregiones IV(III), IV(VI), IV6, IV7c y IV7 (Allúe Andrade, 1966) Desde el punto de vista de la clasificación climática de Köppen las tierras de la submeseta norte presentarían un carácter más húmedo con una zona relativamente pequeña afectada por un clima estepario frío ligado a su parte oriental. Por su parte, la submeseta meridional, presenta un clima más seco y por lo general caluroso, encontrándose afectada por un amplio corredor estepario que afecta a un sector de las actuales provincias de Toledo y Cáceres y, otro, más reducido, que afecta al sector oriental de la de Ciudad Real.

Los factores que condicionan el clima de la Submeseta Norte son su estructura morfológica y su situación. La elevada altitud determina un descenso de la temperatura y, el hecho de que sea una cuenca rodeada de montañas influye en los bajos índices de precipitaciones, acentuando en el invierno, por el aislamiento que introduce, el carácter extremo de sus temperaturas. La situación afecta principalmente al régimen de lluvias, e indirectamente a su cuantía. Actualmente, en el verano, la región pertenece a la extensa zona en la que dominan de un modo neto las masas de aire tropical -anticiclón de las

Azores-, que determina una acusada aridez estival. Por su parte, en el centro del invierno, cae directamente en el área de circulación anticiclónica oceánica y continental que, a parte de dar lugar a un periodo de frío intenso, origina un mínimo secundario de precipitaciones. Todo ello determina la existencia de una aridez elevada a lo largo del año, siendo, como en el resto de la Meseta y la Depresión del Ebro, abundantes las precipitaciones tan sólo en las estaciones intermedias, cuando está libre el paso a las borrascas en todo el área del interior Peninsular.

7. VEGETACIÓN ACTUAL DE LA MESETA

Las condiciones climáticas determinan a su vez, como señalamos, las formaciones vegetales y en cierto modo, en la actualidad, el predominio del bosque esclerófilo típico de los países mediterráneos que se manifiesta gracias al efecto de la sequía estival. La especie más característica es la encina (*Quercus ilex*) que se convierte en las llanuras en la vegetación clímax que ha sido, a lo largo de la Historia, potencialmente arrasado para librar tierras aptas para la agricultura. Este dato, como se verá seguidamente gracias a la presentación de los aspectos paleoclimáticos, es interesante, no sólo de cara a la valoración de la efectividad de la deforestación, sino de cara a la explicación de otros parámetros de gran interés de cara al conocimiento de las características de uso económico del medio natural. Todo ello se advierte en los valores de las cliseries montañosas, la vegetación existente en las llanuras y los bosques de galería.

Es posible advertir que el uso de los bosques de *quercus* para montanera en esta zona, con largos inviernos y heladas tardías, quedó relegado, quizás desde etapas muy antiguas de la Historia, al uso principal del monte para el carboneo y leña, a parte de la labor de pastizal para rebaños lanares. En este sentido es muy importante destacar un dato de interés que a menudo ha sido obviado por los investigadores a la hora de interpretar el uso económico del medio a partir del Neolítico y en especial durante la protohistoria y, es que las heladas otoñales propician la pérdida de la capacidad reproductora de las bellotas. De este modo, aún cuando la deforestación es palpable y registrable a nivel palinológico, debe valorarse la posibilidad de que el paulatino cambio climático del Holoceno produjese una escasa o mala regeneración del bosque mediterráneo no sólo por la acción del hombre, sino primordialmente por medios naturales (Terán *et alii*, 1968: 111) por lo que debe extremarse la precaución al señalar la incidencia del hombre en la deforestación y mucho más en la asunción de prácticas de tala y quema sistemáticas que acentuasen la pérdida de masa boscosa derivada de la aparición del "modo de vida" Neolítico.

De igual modo cabe destacar, máxime de cara a la interpretación que algunos investigadores hacen de los espacios adehesados y su gestión durante la prehistoria y la protohistoria, que la dehesa es la expresión terminal de un bosque profundamente transformado, convertido en un monte hueco que ha degenerado en masas forestales muy alejadas de la vegetación primitiva (Ibidem)

Otras especies vegetales que en la actualidad acompañan a los encinares son los quejigos (*quercus lusitanica*), que crecen con profusión en los páramos calcáreos de suelos más frescos, dependen del rigor y duración de los inviernos y que en numerosas ocasiones forman un bosque mixto con las encinas. La presencia de estos taxones indican siempre que nos encontramos por encima de los 900 metros s.n.m. y de los 700 mm. De precipitaciones. A su vez son taxones indicativos de pastos de verano.

De la degradación del encinar, unida a la dureza climática, deriva la aparición de una especie más sobria y sobre todo más resistente al frío, la sabina albar (*Juniperus thurifera*) que aparece desde las parameras de la Cordillera Ibérica hasta los macizos calcáreos de Sepúlveda y Pedraza, llegando en ocasiones hasta el límite de la campiña en la zona de Cuéllar-Peñafiel.

En otras ocasiones son los factores edáficos los que condicionan y determinan la presencia de determinados taxones de vegetación. En el norte, sobre los páramos de raña, de suelos silíceos, aparece el roble tozo (*quercus pyrenaica*) que ocupa grandes extensiones en forma de matorral, preferentemente en montes degradados. Por el contrario, sobre las arenas cuaternarias que recubren los sedimentos miocénicos de las campiñas del sureste, se instala una importante masa de pinares, unas veces en forma de rodales aislados, otras en forma de verdaderos bosques. Por ello mismo, en la actualidad, este sector de la región se conoce como Tierra de Pinares. La masa forestal está integrada por dos taxones; el pino piñonero o albar (*Pinus pinea*), que con anterioridad ocupaba preferentemente la zona occidental y, el pino negral o resinero (*Pinus pinaster*), más común en la región oriental.

En la submeseta meridional, los taxones vegetales que se pueden encontrar en la actualidad se corresponden con una vegetación climax similar a la de la Meseta Norte, caracterizada por el encinar (*Quercetum ilicis*), excepto en las áreas de alta montaña. La degradación del encinar ha sido muy amplia, siendo substituido en la actualidad por abundantes manchas de matorral. Sólo en los suelos de fuerte concentración de sales y yesos, en los que el factor edáfico se impone, la vegetación climax no debió ser el bosque, destacando las especies halófilas y, entre ellas las pertenecientes a la familia de las quenopodiáceas y plumbagináceas, más las del género *Tamarix*, conocidas como tamariscos que colonizan las orillas de arroyos y ríos.

Los paisajes más sanos de encinar y matorral mediterráneo, en su forma de monte bajo, se conservan en Extremadura y en todo el macizo antiguo, en los Montes de Toledo y Sierra Morena. Destacan entre las arbustivas las labiadas -tomillo, cantueso, espliego, romero - todas ellas de reconocido valor terapéutico y, sin duda aprovechadas durante la prehistoria; la jara (*Cistus ladaniferus*), el torvisco (*Daphne gnidium*) y el lentisco (*Pistacia lentiscus*). En el estadio arbóreo destacan, junto a la encina, el roble negral (*Quercus pyrenaica*) y el alcornoque (*Quercus suber*). Por su parte, el primer escalón o rampa del Sistema Central es colonizado por la encina, la jara, la retama (*R. sphaerocarpa*), algunas labiadas y el enebro (*Juniperus communis*). Por su parte, al piso de la encina le sigue el del roble negral o tozo y en cotas más altas, el pino albar (*Pinus silvestris*), cuyo dominio, que empieza hacia los 1200 metros, se confirma por encima de los 1400 metros, acompañado en el matorral por algunas especies de leguminosas del género *Genista* y el piorno (*Cytisus purgans*). De alto interés resulta el reducto vegetal del área de la sierra de Madrid y Segovia conformado por las matas de hayas (*Fagus sylvatica*) que se conservan en Montejo de la Sierra y el Puerto de la Quesera y que son indicadores de un microclima sin duda de excepcional interés, reducto de un pasado más húmedo y que según algunos datos paleobotánicos pudo ser más amplio durante el Neolítico.

En el reborde oriental, en los páramos calcáreos de la provincia de Guadalajara y en la serranía de Cuenca, el paisaje vegetal se caracteriza por el dominio del pino, entre los que destacan el negral (*Pinus clusiana*) que comparte su hábitat con la sabina (*Juniperus thurifera*) la cual, a diferencia del enebro, busca los suelos calcáreos y, el quejigo (*Quercus lusitanica*). En los suelos arenosos predomina el pino rodeno (*Pinus pinaster*) junto al roble negral y al matorral de brezos, y en zonas más secas y erosionadas, la sabina.

8. LOS INICIOS DEL HOLOCENO: PÓLENES, CLIMA Y VEGETACIÓN

Los datos empíricos con los que se cuenta para llevar a cabo una reconstrucción de la paleoclimatología de la Meseta no son, ni mucho menos, abundantes. Sin entrar en análisis profundos se tratará de mostrar de qué modo determinaron al sistema económico y el poblamiento de la Meseta en el periodo comprendido entre el XIII y el V milenios BP. A este respecto, uno de los principales elementos de juicio con los que se puede trabajar es el de la estacionalidad. Dentro del ámbito geográfico presentado en los

apartados anteriores cabe señalar que una de las características primordiales es aquella que determina que, debido a la latitud, existe un régimen de estacionalidad climática que condicionará, de un modo recurrente y reiterado el comportamiento de las especies de flora y fauna que conformaron los recursos económicos de las comunidades prehistóricas.

Una de las primeras globalizaciones que podemos efectuar es aquella que articule, en virtud de los datos que se poseen para la Meseta, la sucesión de los diversos horizontes polínicos que se han desarrollado para los interestadios presentes en el tramo cronológico señalado (Tabla 1)

ÁMBITO CLIMÁTICO	FECHA B.P.	TECNOCOMPLEJO-CULTURA
<i>Sub-Boreal</i>	6.000 - 3.500	CALCOLÍTICO NEOLÍTICO II
<i>Atlántico</i>	9.000 - 6.000	NEOLÍTICO I MESOLÍTICO FINAL
<i>Boreal</i>	10.000 – 9.000	MESOLÍTICO RECIENTE- MESOLÍTICO II
<i>Preboreal</i>	11.000 – 10.000	MESOLÍTICO MEDIO MESOLÍTICO ANTIGUO – MESOLÍTICO I
<i>Alleröd (Dryas III)</i>	17.000-11.000	EPIPALEOLÍTICO (AZILIENSE) MAGDALENIENSE FINAL

Fig. 10.- Periodos climáticos del Holoceno y correspondencia con los tecnocomplejos y culturas estudiados.

De este modo es posible comprobar que el transecto cronológico que implica la neolitización del substrato indígena abarca cuando menos tres ámbitos climáticos o interestadios. No obstante, resulta interesante realizar una breve síntesis de las etapas previas que sirven de formación al horizonte de cazadores y recolectores en el momento en que comienza la geometrización de las industrias.

Los datos polínicos que se poseen referentes a las tierras del interior de la Península Ibérica son escasos y, en gran medida se encuentran condicionados por su pertenencia a depósitos naturales, en muchos casos ubicados en turberas de altura. No obstante es posible efectuar una aproximación bastante acertada sobre el desarrollo del Holoceno mediante el uso de criterios comparativos con lo que conocemos de otras áreas europeas (Mangerud *et alii*, 1974; Welten, 1982; Magny, 1982)

TARDIGLACIAR (17000 - 11000 BP) Periodo está polínicamente caracterizado por un paisaje estepario, de características frías y áridas del modelo del Tardiglaciario de Centroeuropa (Ruiz *et alii*, 1997) A esta cronología podrían responder algunos depósitos de arenas eólicas, así como la retirada, casi generalizada de los hielos que ocuparon gran parte del territorio del interior en las etapas precedentes. Los datos polínicos disponibles proceden de algunos conjuntos de turberas naturales del ámbito serrano del Sistema Central, en concreto las series de Guadarrama (Vázquez, 1992) y Gredos (Ruiz y Acaso, 1983) A ello, aunque ligeramente anterior, podría añadirse la secuencia palinográfica de los niveles inferiores del abrigo de Verdelpino (Moure y López, 1979) En este periodo empieza a rarificarse el reno y la mayor parte de las especies de biotopos fríos. Sin duda se produce una especialización en la caza de otras especie, junto a la ampliación del espectro de elementos aprovechables de cara a completar la dieta de las comunidades cazadoras. En este momento, de un modo global, puede situarse la generalización del carácter microlítico de las industrias y por consiguiente el cambio en la tecnología de cara a su aplicación a nuevas estrategias de subsistencia.

PREBOREAL (11000 - 10000 BP) Tras la retirada de los hielos se produjo una lenta y progresiva recuperación de la vegetación desde las zonas refugio de valles y piedemontes a juzgar por las secuencias recuperadas en la portuguesa Serra de la Estrela (Janssen, 1985) Parece ser que es en este periodo cuando se produce la expansión del abedul y la generalización paulatina del bosque y con él de las especies animales que se le asocian. En este momento, quizás, deba ubicarse la primera especialización de los grupos tribales en la caza de especies diferentes a aquellas que habían constituido la base de la economía de sus antepasados. Será también en éste momento en el que empiecen a generalizarse las armaduras geométricas, en especial las de componente triangular. El ciervo aparece como uno de los elementos principales del sustento de los grupos, si bien es probable que comience a intensificarse el aprovechamiento de recursos vegetales, caza menor -en especial conejo, liebre, aves- y la pesca.

Las secuencias que pueden aplicarse a este periodo son las procedentes de turberas de Gredos y del Valle del Amblés (Ruiz *et alii*, 1996; Dorado, 1993) y, fuera del área de estudio, las de contextos de Serra da Estrela (Janssen, 1985) No existen palinogramas publicados referentes a la Meseta durante el Preboreal, por lo cual los datos paleoclimáticos han de ser inferidos de la comparación entre los de áreas naturales y los procedentes de otros yacimientos peninsulares.

BOREAL (10000 - 9000 BP) El inicio de este periodo se caracteriza, en las tierras del interior peninsular, por el ascenso paulatino de la temperatura y el aumento de la pluviosidad. En los palinogramas, por lo general, se advierte un retroceso del taxón *Pinus* que cede terreno al *Quercus* en el área occidental del Sistema Central, mientras que en las áreas central y oriental, *Pinus* continúa siendo el taxón hegemónico hasta el momento en el que se detecta una masiva deforestación en los momentos finales del ámbito Subboreal (en torno al 2000 cal BC) Sin duda, en este momento, las condiciones climáticas generales -cálidas y húmedas- favorecieron el desarrollo de los bosques de carácter templado (Ruiz *et alii*, 1997: 131) Las columnas polínicas correspondientes a este periodo en el interior de la Península Ibérica son muy escasas y se circunscriben fundamentalmente a los estudios efectuados en los depósitos de turba. Entre ellos cabe destacar los depósitos de Candeeira, Clareza I, Covão do Boieiro y Lagoa Salgadeiras, en la Serra da Estrela (Portugal), el depósito de Garganta Trampal en la Sierra de Bejar y el depósito de Rascafría, en la Sierra de Guadarrama (Ruiz *et alii*, 1997: 130)

ATLÁNTICO (9000 - 6000 BP) En cierta medida el inicio de esta fase climática representa una sucesión del paulatino ascenso térmico efectuado durante la mayor parte del Boreal. Entre el 9000 y el 7000 BP -que coincide en gran modo con la fase inicial de implantación de las comunidades neolíticas en la Península Ibérica y, el consiguiente proceso de neolitización- se alcanza el máximo térmico. En este momento, las temperaturas medias se encontraban 2 ° C por encima de las actuales. A estas altas temperaturas se deben añadir las máximas precipitaciones estivales, según han señalado algunos investigadores (Font Tullot, 1988; Ruiz *et alii*, 1997: 131) En las secuencias polínicas, fundamentalmente en las correspondientes al sector central -Rascafría (Franco, 1995) y Peñalara (Ruiz *et alii*, 1988)- se observa un desarrollo del taxón arbóreo *Pinus*, dominando a una altitud menor la vegetación arbórea compuesta por *Betula*, *Corylus*, *Quercus*, *Alnus*, *Castanea* y *Olea*. Los palinogramas del Valle del Amblés, en Ávila (Dorado, 1993) y Sierra de Béjar, en Salamanca (Atienza, 1993) detectan

la expansión de los bosques templados con un gran desarrollo de *Betula* y *Quercus-c*.

Coincidiendo con el momento de óptimo climático señalado, según los estudios de karstología realizados en la zona de Tamajón, en Guadalajara, se produjo, en los contextos cavernícolas, la precipitación de coladas estalagmíticas sobre los depósitos detríticos formados con anterioridad. Esta generación de espeleotemas se correspondería con el óptimo climático del Holoceno (Barea et alii, 1997: 54), reconocido en el Estadío Isotópico 1 definido por Shackleton y Opdyke (1973) y bien representado en la Península como se pone de manifiesto en la recopilación de datos geocronológicos de Durán (1989) Este dato permite arbitrar, en el estudio de algunos contextos en cueva, soluciones cronológicas estimativas en ausencia de dataciones radiométricas.

SUBBOREAL (6000 - 3500 BP) El momento final del transecto cronológico elegido para este estudio y, durante el cual se culminará la plena neolitización de las comunidades del interior de la Península Ibérica ya inmerso en un proceso de mayor complejidad que de modo general se ha venido denominando Calcolítico, estará presidido por un interestadio climático de marcado empeoramiento climático. Las temperaturas medias descenderán 1º C y se comenzará a generalizar la reiteración de severas etapas de sequía. No obstante, cabe señalar que las condiciones generales de este interestadio climático presentaban, de cara a la comparación, una temperatura al menos un grado más alta que la actual.

Es este un periodo de alta inestabilidad en el que las mencionadas sequías se alternan con momentos de intensas precipitaciones que reactivaron, a veces de un modo violento, los cursos estacionales de algunos arroyos y de los cursos hídricos de algunas cavidades de origen paragenético. Este extremo pudo ser comprobado en 1997 mediante el estudio sistemático de algunas escorrentías del área de Patones (Madrid) que marcaban en su estratigrafía una sucesión de momentos de aporte de escasa cantidad de agua -deposición de sedimentos finos y medios- y otros de aporte violento que arrastraron y depositaron sedimentos gruesos y muy gruesos, incluso en ocasiones bloques (Jiménez Guijarro, 1997) Algo similar hemos tenido la oportunidad de advertir en los estudios microgeomorfológicos de algunas cuevas estudiadas por nosotros como las de La Higuera o La Ventana (Jiménez Guijarro y Sánchez, 2004)

Los palinogramas procedentes de las turberas de Guadarrama y Gredos denuncian un gran desarrollo del taxón *Pinus*, que se muestra dominante sobre *Betula* y *Quercus c*. en toda el área, excepción hecha de aquellas a las que en la actualidad les corresponde una influencia atlántica. Los momentos de intensas precipitaciones dieron lugar a ligeras expansiones de *Betula* e *Ilex*, detectándose también presencias, muy puntuales, de *Fagus* (Ruíz y Acaso, 1983; Janssen, 1985; Ruíz et alii, 1997: 132)

El final de este periodo, lejos ya de la circunscripción de esta obra, se caracteriza por una marcada e intensa deforestación asociada a una mayor incidencia de los procesos erosivos. Esta queda patente en todos los diagramas polínicos del interior peninsular y se detecta por una importantísima regresión en los taxones de polen arbóreo (PA) Esta situación ha sido explicada por algunos investigadores como parte de una actuación conjunta de parámetros climáticos y antrópicos (Ibidem)

Siguiendo el esquema que Thevenin (1982; 1990) y Rozoy (1978; 1998 a) proponen para el estudio del Mesolítico en Francia y, que se basa en la relación existente entre algunos cambios en la morfología de las armaduras e industrias líticas y el tránsito de un interestadio climático a otro, se puede establecer la siguiente relación, válida en el espacio de la Meseta Ibérica y ampliable para el Neolítico de esta área (Fig. 10)

Este mismo modelo, con las matizaciones que se irán señalando a lo largo de la obra, puede aplicarse al interior de la Península Ibérica. Así, el periodo pre-formativo (transición Magdaleniense Final- Epipaleolítico) se desarrollará durante los compases últimos del Tardiglaciario (XII milenio BP); el formativo -Mesolítico IA- (desarrollo del Epipaleolítico y primeras industrias geométricas) lo hará durante el Preboreal (XI milenio BP) y, el periodo de los complejos geométricos -Mesolítico IB- (Mesolítico reciente y final) se corresponderá con el Boreal (X milenio BP) y la transición al Atlántico (IX milenio BP), momento en el que empieza a desarrollarse la implantación neolítica sobre el territorio peninsular.

Cabe señalar que la investigación ha sentado las bases de estas divisiones climáticas, si bien la exactitud de las mismas es un tema aún no zanjado (Harding *et alii*, 1982) Uno de los principales problemas planteados en los estudios paleoclimáticos derivados de los datos polínicos es el de su adecuación a escalas regionales, sean estas restringidas o más amplias. La inicial división climática fue efectuada en el Norte de Europa, lo que ha producido ciertos desajustes a la hora de su aplicación a latitudes medias o en la zona Mediterránea (Magny, 1982: 33) Las cinco fases climáticas diferenciadas por Blytt y Sernander han podido diferenciarse claramente en las investigaciones realizadas tanto en el área central de Europa como en gran parte de la mediterránea, pero aún hoy en día no está suficientemente aclarado que estas fluctuaciones climáticas funcionen de idéntica forma en toda Europa (Magny, 1982) Para la Europa Central algunos investigadores han distinguido claramente entre los aspectos cronológicos y los climáticos (Lumley *et alii*, 1976), mientras que otros han continuado aplicando el sistema Nórdico (Chaline, 1972) En esta obra se ha tratado de arbitrar una solución intermedia que permita la comparación de los datos del interior peninsular con los conocidos en otras zonas, tanto peninsulares y mediterráneas, como del sur y Occidente de Europa. Por ello se utilizarán de un modo similar las estimaciones cronológicas, basadas en datos radiocarbónicos, como las secuencias climáticas, las cuales, sin duda, tuvieron su impacto en la economía de las comunidades analizadas.

IV

HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

1. VACÍOS POBLACIONALES Y VACÍOS DE INVESTIGACIÓN

Las tierras del interior de la Península Ibérica, desde el punto de vista de la investigación prehistórica, fueron escasamente atendidas por los trabajos realizados por los primeros equipos de arqueólogos y prehistoriadores. La existencia de algunas notables excepciones, como las investigaciones de Hugo Obermaier, Paul Wernet y José Pérez de Barradas, especialmente en yacimientos madrileños de cronología Paleolítica como San Isidro, permitían no obstante atisbar una prometedora fortuna asociada a las tierras meseteñas. Ahora bien, sin que se pueda aducir una explicación concreta y definitiva a este respecto, la Meseta fue siempre objeto de modestas investigaciones. Puede, sin duda, que esta situación derivase de la riqueza contrastada de yacimientos “periféricos” como las numerosas cavidades de la cornisa cantábrica o las costas levantinas; puede incluso que la aparente bondad y el mayor éxito que prometían los hallazgos y estratigrafías obtenidas en cuevas y abrigos terminasen por inclinar el fiel de la balanza de la investigación hacia aquellos territorios que, como los señalados, presentaban una notable abundancia de este tipo de emplazamientos. Esta inclinación también pudo tener mucho que ver con la existencia de figuras de bonhomía y mecenazgo afincadas en grandes señoríos de aquellas tierras –caso del Conde de la Vega del Sella- y por tanto las explicaciones interpretativas tampoco pueden desligarse de la necesaria contextualización social de la España de principios del siglo XX.

En la Meseta debe destacarse la figura insigne del Marqués de Cerralbo, prohombre y verdadero instigador del terruño interior. Lamentablemente entre sus intereses múltiples destacó la pasión por la protohistoria, lo cual derivó en que la mayor parte de los yacimientos prehistóricos estudiados –directa o indirectamente- por él (Barranco del Duratón, necrópolis megalíticas seguntinas, etc.) quedasen relegadas a un segundo plano, cuando no al olvido.

En las dos primeras décadas del siglo veinte y, gracias a la creación de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas ligada aún a las Ciencias Naturales, merced a ese nexo inequívoco que supuso el establecimiento de la misma en las instalaciones del Museo de Ciencias Naturales, las regiones interiores de nuestra Península conocieron un fomento nada despreciable que, como se ha señalado, correspondió más al interés por las industrias paleolíticas localizadas en las terrazas de los principales ríos madrileños y en especial el Manzanares. Este interés, en nada baladí, era un fiel reflejo de los ecos de la investigación que desde Europa llegaban a nuestras tierras. La localización de amplias terrazas aparentemente estratificadas y en las que, gracias a los trabajos de ampliación de la capital madrileña, menudeaban las asociaciones de industrias arcaicas y restos de fauna extinta, presentaba a todas luces una notable similitud con los primeros hallazgos de Conyers en las graveras del Támesis o Boucher de Perthes en los areneros de Menchecourt, en el valle del Somme.

La arqueología española estuvo ligada desde sus inicios a las áreas en las que aparecían representaciones parietales. No en vano, España saltó a la palestra científica a finales del siglo XIX gracias a las noticias que D. Marcelino Sanz de Sautuola difundió acerca de la celeberrima y, por aquél entonces controvertida, cueva de Altamira. Si bien Inglaterra y Francia fueron pioneras en la investigación arqueológica y prehistórica no es menos cierto que España participó de modo notable en la generalización de los estudios de esta materia. En este sentido debemos tomar los pioneros trabajos de Juan Ramis (1818) sobre los talayots menorquines, la obra de Casiado de Prado (1864) sobre los areneros de San Isidro, o las obras de Manuel de Góngora (1868) acerca de las Antigüedades Prehistóricas de Andalucía y la notable obra que sobre Prehistoria General y bajo el sugerente título de *Lo prehistórico en España* publicara Vilanova y Piera (1872) en los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*. En esta obra precursora se hace la primera referencia a una presentación ordenada de los diferentes hallazgos prehistóricos realizados en la Península Ibérica. Si bien no muy acertado en algunas de sus adscripciones, Vilanova y Piera señala las primeras referencias sobre el 'Mesolítico' de Argecilla (Guadalajara), periodo en el que erróneamente incluye cuevas, dólmenes y depósitos de superficie cuyos materiales contrasta con los conocidos de Italia y Suiza (1872: 201). Tampoco resulta insulsa la descripción de algunos yacimientos y materiales Neolíticos (*Idem*: 204) y las evidencias de las primeras comparaciones etnográficas utilizadas para explicar el uso y función de determinados útiles (*Idem*: 209). Es esta una obra insigne y de notable interés para el estudio de la Prehistoria peninsular, no tanto por los materiales y yacimientos que presenta, como por las referencias que ofrece para facilitar el estudio de las primeras obras sobre prehistoria española publicadas. Aunque algo fuera de lugar aquí si debe llamarse la atención sobre la obra de Tubino (1868) quien publicó *Estudios Prehistóricos* –impreso que recogía las conferencias dadas por él mismo ante la Sociedad Económica Matritense–

Cabe citar entre los investigadores pioneros de la prehistoria española y, más concretamente de aquella del centro peninsular, figuras como Antonio Vives Escudero, Juan Facundo Riaño y Fidel Fita y Colomer a quienes se debe el descubrimiento y estudio, impulsado por la Real Academia de la Historia de los primeros yacimientos prehistóricos campaniformes. Sin duda estos trabajos y la relación estrecha de Riaño con los investigadores anglosajones derivaron en el cariz anglófilo de estos estudios pioneros. A este respecto debemos resaltar que la toma en mayor consideración de algunas piezas de cronología prehistórica por parte de la Real Academia de la Historia derivó del nombramiento como Académicos Correspondientes o de Número de algunos prestigiosos prehistoriadores, arqueólogos e investigadores como el Marqués de Cerralbo o Hugo Obermaier.

La Península Ibérica siempre fue considerada por los investigadores y eruditos europeos, en especial franceses, alemanes e ingleses, como una apófisis de convergencia entre las tierras norteafricanas y Europa. En aquellos momentos iniciales destacaron figuras como la de Cartailhac y los hermanos Siret, primeros definidores de la Cultura de Almería. Debido, no obstante, a esta creencia cargada de tópicos y peyorativas consideraciones folclóricas, la actuación de algunos de los más célebres arqueólogos derivó en conductas herederas del colonialismo. Así, España era vista, fotografiada y descrita como un idílico territorio agreste, salvaje y pintoresco a modo de escenario último de los más remotos paisajes románticos y en el que no resultaba extraño tratar de enlazar, por filiación casi directa, a los habitantes de las Hurdes con los pobladores pre-romanos. El papel que, dentro de este marco, le correspondía a sus tierras interiores era quizás el más desfavorecido pues al aparente desinterés que ofrecían sus yermas e infinitas planicies horizontales de vocación agrícola y pastoril se unía la extendida creencia de que ese paisaje rural era un difícil espacio de desarrollo de la investigación arqueológica.

En el terreno arqueológico, la labor desarrollada por algunos eminentes mecenas que, a modo de aristócratas convertidos en arqueólogos, habían dedicado amplio interés al centro peninsular, había puesto de manifiesto la existencia de importantes conjuntos

arqueológicos dignos de atención. Así, pueden reseñarse, de un modo ligero, casi a vuela pluma, los hallazgos Paleolíticos de las terrazas del Manzanares, los castros célticos del área abulense y alcarreña y, algunas manifestaciones pictóricas rupestres, de tipo esquemático dispersas por la práctica totalidad del territorio de la Meseta y cuyas más antiguas descripciones figuraban ya en algunas obras del literario barroco español.

Será principalmente en los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil que asoló España, cuando se realicen los mayores descubrimientos y síntesis de las tierras del interior. Los investigadores alemanes y franceses, encabezados por los dos máximos representantes de la arqueología europea, Hugo Obermaier y Henri Breuil, conocedores de la importancia y riqueza de algunas de las terrazas formadas por los ríos peninsulares a su paso por la Meseta, centraron sus esfuerzos en la realización de síntesis que escapaban por aquél entonces a las posibilidades o el interés de los primeros investigadores españoles. Una vez más, el criterio válido era aquél que fundamentaba su certeza en la creencia de que la prehistoria científica de la Península debía ser escrita por los herederos de la tradición universitaria de la culta Europa.

Figuras del género de D. Juan Vilanova y Piera, Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo, Juan Cabré Aguiló, Herminio Alcalde del Río, Manuel de Góngora y algunos otros representantes, por lo general, de los estratos más altos de la sociedad española, contribuyeron con sus trabajos a la creación de importantes colecciones y a la apertura académica de las tierras peninsulares y en muchos casos al reconocimiento de las posibilidades que el interior presentaba de cara a los estudios de la joven ciencia. No podemos obviar que el germen de estos primeros arqueólogos se entroncaba con la idea romántica de la Historia y de forma colateral se asociaba a los estudios eminentemente geológicos. Tampoco pueden desligarse estos primeros trabajos del mundo de las Ciencias Naturales. Será precisamente en este terreno en el que deba marcarse el acento de la figura insigne de Hernández Pacheco, alumno de José Macpherson. Su labor, ligada a la Institución Libre de Enseñanza y la Sociedad de Historia Natural en un principio y el Museo de Ciencias Naturales y la Cátedra de la Universidad Central y, a en la primera década del siglo XX, fueron decisivas para su interés por la Paleontología y la Prehistoria, ambas disciplinas en las que conseguirá destacar.

Los hallazgos Paleolíticos de Torralba, las sistematizaciones de los areneros del ensanche de Madrid y, el reconocimiento de un arte "Paleolítico" exento de las cavernas -el arte levantino- que contrastaba con aquellos otros pictogramas más esquematizados que poblaban numerosos abrigos rocosos de la Península, junto a una revitalización de los estudios sobre arte Paleolítico en la cornisa cantábrica, gracias al compromiso del Príncipe de Mónaco, Alberto I, de sufragar los gastos de la investigación, llevaron en 1911 a la creación de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Un año antes, en París, se había creado el Instituto de Paleontología Humana, del que formaban parte, bajo los auspicios del autodidacta príncipe, H. Breuil y H. Obermaier.

Unos años antes el Emperador Guillermo II financió las excavaciones que entre 1905 y 1912 realizó Schulten en el yacimiento soriano de Numancia gracias a la oportuna gestión del Barón de Wilamowitz-Moellendorf (Mederos Martín, 1999: 11). Esta financiación parecía fijar el interés de los arqueólogos y sus mecenas en aquellos yacimientos relacionados con el mundo clásico como Ampurias y de los que menudeaban los datos para las tierras interiores y entre los que cabe destacar, por su antigüedad e importancia yacimientos como el Cabezo del Griego –Segóbriga- sobre cuya excavación ya hay noticias en 1765 (Maier, 1999: 39).

En España la labor de mecenazgo fue importante. Se ha señalado la labor del Marqués de Cerralbo y lo mismo podemos hacer con el Duque de Alba, impulsor y mecenas de la obra de Breuil y Obermaier sobre la Cueva de Altamira y creador de la Junta Protectora de la Cueva de Altamira, en 1935; también destac Ricardo Duque de Estrada, Conde de la Vega del Sella, a quien Obermaier dedicó agradecido su volumen de *El Hombre Fósil*.

Estos datos nos permiten detenernos un instante en la notable distancia que en su génesis separa a la arqueología de la prehistoria. Esta distancia parece superar con creces el ámbito etimológico al que tantas veces se ha aludido en los estudios historiográficos y centra, de forma nítida, el ámbito de acción de la arqueología dentro de las ciencias históricas y el de la prehistoria dentro de las naturales. En uno y otro caso, no obstante, las tierras del interior de España eran un desierto en el que se esparcían algunos pequeños oasis de investigación. Es por esta razón por la que en nuestra exposición, en beneficio de la claridad narrativa, obviaremos cuantas notas historiográficas se relacionen con los hallazgos e investigaciones arqueológicas dentro del concepto clásico de las mismas a favor de aquellas meramente prehistóricas.

De la mano del director de las excavaciones de la Cueva del Castillo -H. Obermaier- conocieron España, centrando gran parte de su atención en las tierras del interior, investigadores de la talla de P. Wernert, A. Blanc, P. Teilhard de Chardin y M. Burkitt. Pronto surgieron los inevitables enfrentamientos entre la política colonial del Príncipe Alberto I y su aventajado representante, Hugo Obermaier y, las ideas iniciales de Herminio Alcalde del Río. La primera gran guerra sorprende en el 'aislamiento' español a P. Wernet y H. Obermaier. Éste último, puesto en relación con alguno de los primeros representantes de la corriente investigadora científica española, como el padre J. Carballo, entra en contacto con otro de los grandes mecenas de la arqueología, D. Ricardo Duque de Estrada, a la sazón, VII Conde de la Vega del Sella. Por aquellos años, la Universidad de Madrid, personificada por el geólogo Eduardo Hernández Pacheco realiza algunos trabajos en cuevas asturianas. Éste geólogo había sistematizado, de forma sucinta y siguiendo trabajos previos de otros eminentes geólogos como Casiano de Prado, algunas regiones del interior y formaba parte de la Comisión que tenía su sede en el madrileño Museo de Ciencias Naturales, siendo uno de los personajes de influencia en los círculos académicos e intelectuales de Madrid, frecuentados por Ortega y Gasset, Menéndez Pidal y Gómez Moreno.

La creación para Obermaier de la Cátedra de Historia Primitiva del Hombre en la Universidad de Madrid a la muerte de Emilia Pardo Bazán, supone la activación inmediata de la arqueología española debido al vitalismo y entusiasmo del sacerdote alemán; activación de la que se contagiará el interior de la Península, sobre todo tras el ingreso de éste investigador en la Real Academia de la Historia de Madrid en 1926. Madrid se convierte a la sazón en el núcleo central de investigación prehistórica. No en vano desde Madrid y sus Instituciones se comienza a perfilar el primer mapa de investigación arqueológica de España. Parece extraño que las notificaciones acerca de los alrededores de la capital y sobre todo de sus provincias limítrofes, se reduzcan a parcas referencias sobre hallazgos de superficie o realizados en algunas cavidades, en su mayor parte efectuados por eruditos o informantes locales.

A partir de 1927 la creación, en torno a la publicación *Investigación y Progreso*, de la denominada Escuela de Madrid, formada por los que serán en el futuro algunos de los más eminentes arqueólogos y prehistoriadores españoles, fomentará la prospección de gran parte de las tierras del interior, de un modo sin duda arbitrario y desigual. Este auge del conocimiento de España fue también debido a la labor de las diferentes Sociedades Excursionistas y a la competencia entre la Escuela de Madrid -representada por Obermaier- y la de Barcelona -representada por Bosch Gimpera- que había implicado a las labores de prospección. De la pluma de éste último saldrá una de las primeras obras compiladoras de la Prehistoria hispana, la *Etnología de la Península Ibérica*, publicada en 1932. A esta obra le seguirá la gran compilación de la Historia de España, dirigida por Ramón Menéndez Pidal y, cuyo primer volumen sobre Prehistoria coordinó, en 1947, Alberto del Castillo Yurrita.

De la Escuela de Madrid surge José Pérez de Barradas, arqueólogo por antonomasia de Madrid y de las tierras centrales; de las magistrales clases de Obermaier y, a en la nueva Ciudad Universitaria de Madrid, salen prestigiosos arqueólogos de la talla de Martín Almagro Basch, Julio Martínez Santaolalla, Carlos Alonso del Real, Julio Caro Baroja, cuya vocación y entusiasmo supeditará el estallido de la Guerra Civil. Este enfrentamiento mermará los trabajos de numerosos investigadores e imposibilitará los de otros. Los años prebélicos, aún con su dificultad de análisis pueden, una vez más, simplificarse en las dos mencionadas escuelas españolas y sus consiguientes *adláteres* locales o regionales.

De cara a nuestra investigación debemos dejar oportunamente al margen el desarrollo de la Escuela de Barcelona pues, con escasas y puntuales excepciones, serán los investigadores asociados a la Escuela de Madrid los que desarrollarán un trabajo dirigido al conocimiento de ese gran vacío que constituían las tierras del interior de la Península Ibérica.

Notable interés tuvo también la existencia en Madrid de la Real Academia de la Historia, si bien debido a la propia dinámica de tan insigne Institución, esta labor ha pasado ciertamente desapercibida. Rememorando la oportuna aclaración sobre la diferenciación conceptual que antes hicimos acerca de la prehistoria y la arqueología es claro que el interés que la Academia prestó sobre la arqueología era notablemente mayor que por los objetos y yacimientos prehistóricos. Sirva como apunte señalar nuestra creencia de que es precisamente sobre esta distinción sobre la que descansa el relativo desequilibrio que durante varios decenios, e incluso en la actualidad, presenta la relación entre el yacimiento a estudiar o presentar, el interés social, la subvención destinada a su estudio y el interés científico. Dentro de este marco tan sólo las más notables evidencias prehistóricas y en especial las cuevas y abrigos ornamentados con pinturas, parecen tener cierta trascendencia no sólo a nivel social sino dentro del ámbito de la investigación. Basta consultar los diferentes expedientes elaborados por las Comisiones de Antigüedades de la Real Academia de la Historia para advertir tal diferencia. Aquí, mientras los hallazgos de útiles o cerámicas prehistóricas rara vez generan más de un expediente, aquellos que se refieren a hallazgos romanos o medievales dan lugar a un elevado número de ellos, excepción hecha, como se ha señalado, de los expedientes relativos a cuevas y abrigos decorados.

Hay una notable diferencia que se establece a raíz del hallazgo de la necrópolis de Ciempozuelos en 1894 por Antonio Vives. Éste da lugar al examen de los materiales por parte de la Real Academia de la Historia, concretamente por Juan Facundo Riaño, Juan de Dios de la Rada y Delgado y Juan Catalina García y la posterior petición al Ministerio de Fomento de la oportuna subvención, a la que se uniría la ayuda del Marqués de Cerralbo, para la realización de la excavación del yacimiento. Por supuesto y seguramente dentro del marco conceptual de interés al que antes se aludió, la subvención fue negada por la Dirección General de Instrucción Pública. No obstante el esfuerzo que se dedica a este yacimiento y al estudio de sus materiales cristaliza no sólo en el interés del Museo Real de Berlín por el mismo, sino en la dedicación de algunos Académicos al estudio de los objetos prehistóricos y tal vez en la designación años más tarde de Hugo Obermaier, uno de los más grandes prehistoriadores europeos, como Académico de la Historia. Sirva como ejemplo del interés mencionado el trabajo que en 1897 publicase Fidel Fita y Colomer sobre *La cerámica de Ciempozuelos y edad de la piedra pulimentada (...)* a raíz del hallazgo de nuevos ejemplares en la provincia de Toledo (Fita y Colomer: 1897: 448)

El enfrentamiento bélico iniciado en 1936 y los primeros años de dictadura enfriarán la situación vitalista que Obermaier, tan oportuna como tristemente exiliado en Suiza, había impreso a los estudios prehistóricos y supondrá la desaparición de los grandes mecenazgos arqueológicos y en cierto modo la desvertebración de los avances que en poco más de una década había conocido la arqueología española. La guerra civil supuso un trágico frenazo de la vida académica y de la investigación durante su transcurso. En el

marco de este frenazo debe situarse la destrucción de la Biblioteca de la Universidad Central de Madrid. Aún más dolorosa sería la reconstrucción, en parte basada en el odio o la delación, de los diferentes equipos de investigación. Estos, tras superar tres años de enfrentamiento y penurias, debían enfrentarse ahora al exilio o al encumbramiento acelerado dependiendo del ideal defendido en tan cruenta causa, o simplemente del posicionamiento final realizado a pocos meses de su conclusión.

La Escuela de Madrid mantuvo vivo, tras el conflicto, el interés por los estudios arqueológicos en el interior peninsular, aunque con un pulso notablemente menor, a través de la Cátedra que dejó vacante H. Obermaier y que reconvertido el departamento en Seminario de Historia Primitiva ocupó Julio Martínez Santa-Olalla. Éste, nombrado Comisario General de Excavaciones en 1939, formó un heterogéneo grupo a su alrededor el cual, bajo la dependencia de la Dirección General de Bellas Artes y del Ministerio de Educación Nacional, se encargó de la realización de varios Planes Nacionales de Excavaciones, de desigual conclusión (Ortega y Quero Castro, 2002)

En cierto modo, Santa-Olalla, por su formación y contactos, puede ser considerado un eslabón de enlace entre las diferentes escuelas. No en vano es alumno de Bosch Gimpera, Obermaier y Ballesteros (*Ibidem*: 196), posee una notable amistad con Pérez de Barradas y con Ortega y Gasset (*Ibidem*: 197). La guerra cambió en cierto modo la situación personal de numerosos intelectuales y arqueólogos españoles. Mientras, los sucesos llevan, entre otros, a Obermaier a dejar España y a Bosch Gimpera al exilio y sirven como detonante de la reestructuración de la arqueología nada más alcanzar Martínez Santa-Olalla la Subsecretaría del Ministerio de Educación (*Ibidem*: 198), hasta su caída y el acceso a la Cátedra de Madrid de Martín Almagro Basch, en 1955, tras discutida (Gómez Tabanera, 1985), pero merecidamente ganada oposición continúa la reestructuración de la prehistoria española, paralela al establecimiento de la dictadura del General Franco. En el seno de esta reorganización y, coincidiendo con la caída de Alemania, patria de Obermaier, Kossinna, Graebner, la *kultur-morphologie* de Frankfurt y en definitiva del difusionismo histórico-cultural y, casi hasta los años cincuenta se vive un periodo de escaso desarrollo en la arqueología española. No puede obviarse, como explicación a este estancamiento, la profunda crisis económica que sobrevino tras la guerra.

De un modo paralelo a las escasas investigaciones llevadas a cabo por la Universidad, en la Meseta, comienzan su andadura, o siguen trabajando especialistas como Blas Taracena, Teógenes Ortego, Emeterio Cuadrado, Antonio Molinero o Carlos Callejo que integran, con la aquiescencia de la Junta Superior de Excavaciones y formando en muchos casos parte de las recién creadas Comisarías Provinciales, a un nutrido conjunto de colaboradores, informadores y eruditos, todos ellos dotados de gran afición por el campo de los estudios arqueológicos pero en verdad personajes fuera del ámbito profesional de la arqueología y procedentes de campos del saber, afines o no, en los que solía buscar Santa-Olalla sus colaboradores.

A partir de los años sesenta se normalizan las actuaciones arqueológicas en España, siendo las del área interior altamente dinamizadas por el Dr. Almagro Basch, quien había creado un nutrido grupo de especialistas y estudiantes que, desde el marco profesional de la Universidad y el Museo Arqueológico Nacional, realizaban frecuentes visitas y estudios de yacimientos bajo su encargo directo, por las tierras castellanas y extremeñas. Es sin duda la personalidad, tesón y enorme capacidad de trabajo e iniciativa de este investigador a quien se debe, no sólo la revitalización de los estudios arqueológicos y el despegue de los prehistóricos, sino la organización de la totalidad de la arqueología española, eso sí, desde un punto de vista centralista. Fue este el momento de los tecnócratas y cuando se lleva a cabo la reorganización de las maltrechas Comisarías Generales de Excavaciones Arqueológicas. La visión preclara de Almagro Basch permitió advertir la necesidad de que se revitalizasen las publicaciones arqueológicas.

Tras la muerte, en 1982, del profesor Almagro Basch y la paulatina desmembración del territorio en diversas autonomías, la investigación arqueológica sufrió avatares diversos, continuados recortes presupuestarios y una creciente complicación de los trámites burocráticos dirigidos a la consecución de Proyectos de Investigación sólidos. Sin duda, uno de los territorios más afectados fue el del interior, donde los estudios dedicados a los periodos antiguos de la Prehistoria Reciente y especialmente el Neolítico, desprovistos de las riquezas y posibilidades de los yacimientos pertenecientes a otros períodos - fundamentalmente metálicos- no fueron objetivo prioritario de las diferentes Comunidades.

En lo referente al estudio del Neolítico, mientras se multiplicaban los hallazgos en las regiones costeras y del Sur de la Península, en las tierras interiores poco o nada era lo avanzado. En cierto sentido ni siquiera había un consenso acerca del período en esta zona. Los hallazgos que de forma un tanto alegre se englobaron en las primeras décadas del siglo XX en un Neolítico genérico que funcionó a modo de cajón de sastre fueron poco a poco refinando sus adscripciones y cronologías a la luz de las sistematizaciones del Neolítico andaluz y valenciano.

En esta situación y conforme se explicaba la aparición de las primeras cerámicas de la Meseta más como parte de influencias millarenses –debido a la ausencia de decoraciones- que como elementos propios del Neolítico, se fue generalizando la idea de un Neolítico retardatario, dependiente de los círculos culturales costeros y, dotado de escasa identidad.

Es precisamente en este contexto de transición –política y cultural- donde surgen, como una llamarada, las primeras documentaciones de yacimientos Neolíticos del interior: la Cueva de la Vaquera y el abrigo de Verdelpino. Ambas serán los jalones que marquen el desarrollo de la construcción secuencial del Neolítico meseteño hasta fines de los años 90.

Los dos yacimientos presentan caracteres propios de excavaciones metódicas y bien planificadas –ejecutadas, es sí, con mayor o menor acierto- en las que a la presencia de un nutrido conjunto de materiales arqueológicos se asocian las primeras fechas radiocarbónicas. La Vaquera se presentaba como un yacimiento de gran interés en el que los niveles inferiores presentan un homogéneo conjunto de material cerámico decorado asociado a una fecha de 5650 +/- 80 BP, que entonces resultaba ya en cierto sentido novedosa y revolucionaria. Por su parte Verdelpino presentaba una sucesión estratigráfica más corta, pero también rica en materiales Neolíticos y dataciones que se superponían a un genérico nivel Magdalenense. El nivel inferior, con cerámicas lisas y algunos elementos líticos se dató en 7950 +/-150 BP y se interpretó, con cierta ligereza, como una evidencia del surgimiento independiente del Neolítico al margen de las áreas costeras (Fernández Miranda, 1980) Como tendremos oportunidad de ver a lo largo de esta obra, los problemas asociados a este importante yacimiento son notables y, aún a pesar del valor e interés del yacimiento, se puede afirmar que su excavación, estudio e interpretación estuvieron, desde el primer momento, mal enfocados.

Ambos yacimientos se mantendrán durante casi dos décadas como referentes únicos del desarrollo del Neolítico en la Meseta española al tiempo que sus materiales servían como referentes estilísticos de comparación para los yacimientos que, poco a poco, iban descubriéndose y que, desafortunadamente, carecían de estratigrafías y dataciones. Dentro de estos nuevos yacimientos deben incluirse los de El Altotero de Modúbar (Burgos) y la Cueva del Aire (Madrid) Si el primero de ellos sirvió como evidencia de la existencia de un Neolítico ubicado fuera de las cuevas, el segundo fue el detonante de la construcción del Neolítico Interior (Fernández Posse, 1980) como elemento cultural enraizado con el sur de la Península pero con cierta identidad propia.

No será hasta los años ochenta cuando, a través de algunos trabajos notables, se vuelva a sistematizar los datos conocidos al tiempo que se proponían nuevas interpretaciones (Antona del Val, 1986; Municio, 1988; Mercader Florín *et alii*, 1989: 259). Desde entonces, la labor de las Universidades de Valladolid, Alcalá de Henares, Autónoma y Complutense de Madrid, a través de diferentes Proyectos de Investigación dirigidos a la recolección del mayor número posible de datos referentes al Neolítico y el megalitismo en el interior de la Península Ibérica ha contribuido al paulatino relleno de ese aparente y ficticio "vacío" que supusieron las tierras de la Meseta durante los momentos finales del Paleolítico Superior y del Neolítico.

Aún partiendo de buenos trabajos pioneros, como los realizados en Segovia por Alonso Zamora Canellada (1976), en Burgos por Abásolo Álvarez o Apellániz Castroviejo y Uribarri Angulo (1976) y Gutiérrez Palacios (1962; 1966) en la provincia de Ávila, será en la decisiva década de los ochenta cuando se multipliquen las publicaciones, unas más acertadas que otras, de interesantes conjuntos Neolíticos procedentes de las tierras del interior. De este impulso nace la poco afortunada sistematización de *El Neolítico y la Edad del Bronce en la Región de Madrid* (Sánchez Meseguer *et alii*, 1983) que funciona como un verdadero mecano de culturas, o la en exceso breve síntesis de Isabel Rubio de Miguel (1983: 4). Interesantes trabajos que, en la mayor parte de los casos suponían el rescate y reinterpretación de materiales de indudable valor, como los realizados en Madrid por Antonio Méndez Madariaga (1982; Méndez Madariaga y Gálvez Alcaraz, 1984), en Burgos por Arnáiz Alonso y Esparza Arroyo (1985) y Delibes de Castro y Esparza Arroyo (1985). Tampoco pueden olvidarse las ligeras puntualizaciones realizadas por M^a. Isabel Martínez Navarrete (1984; 1989) con motivo de la búsqueda de un substrato Neolítico en el que fundamentar su *revisión crítica* y que pasó por el *desmontaje* de numerosas interpretaciones o de algunas de las referencias aportadas.

En este contexto y, de un modo paulatino, desde las primeras impresiones de Obermaier y Pérez de Barradas, hasta el trabajo de Luciano José Municio (1988), que puede considerarse la primera revisión sistemática del Neolítico de la Meseta, pasando por la brillante exposición de ideas de M^a.D. Fernández Posee (1980), los postulados generales variaron poco hasta mediados de la siguiente década.

Una evidencia clara de esta situación es el resultado de la revisión de los principales Congresos, Symposia y Encuentros que sobre el Neolítico se realizan a nivel Internacional. Las evidencias peninsulares son escasas, pero las referentes a las tierras del interior son, sencillamente inexistentes. Incluso en el Primer Congreso de Neolítico en la Península Ibérica realizado en la localidad de Gavá en 1995, las referencias al Neolítico del interior son escasas –8 ponencias, muy desiguales, sobre un total de 94– y aún presentan notables carencias, si bien se empiezan a vislumbrar los resultados de algunos Proyectos de Investigación iniciados a fines de los años 80, como es el caso de los acometidos por la Universidad de Valladolid. Notable importancia toma para nuestra obra y para el conocimiento general del Neolítico meseteño el trabajo desarrollado, desde finales de los años ochenta, por Delibes, Iglesias y Estremera Portela en la Cueva de la Vaquera y que culminan con la defensa de la Tesis Doctoral de esta última investigadora (2003).

Se ha partido siempre de la misma idea de vacío, aplicado a explicaciones en las que, sin conocer ni valorar las características del substrato, se señala la escasa representatividad de las tierras del interior hasta fases avanzadas del Calcolítico, junto a interpretaciones de marginalidad territorial, en extremo dependientes de lo acontecido en las fases plenas de los desarrollos de otras áreas. Esta situación facilitaba que se tuviese, hasta hace escasos años, un aspecto de arcaísmo y aislamiento del interior de la Península Ibérica respecto a zonas "más privilegiadas".

La idea directriz en torno a la denominación de "tardo neolítico" acuñada para los desarrollos iniciales de la implantación de comunidades productoras en el área interior,

se establecía en la dependencia de los grupos Neolíticos andaluces. No obstante las comparaciones se fundamentaban siempre y, de forma exclusiva, en los patrones decorativos asociados a las producciones cerámicas que, en definitiva, eran y han sido hasta hace poco los escasos elementos de referencia con los que contábamos.

Si la dinámica de investigación llegó a esta creencia fue debido a una situación coyuntural derivada del desigual avance de los hallazgos y trabajos arqueológicos desarrollados en nuestro país. Así, en la mitad de los años setenta y principios de los ochenta, el trabajo clave para la comparación es la publicación de la Tesis Doctoral de M^a.S. Navarrete Enciso (1976) que suponía la mejor sistematización de los datos del Neolítico andaluz y, que se convirtió en la obra de referencia obligada para los investigadores del Neolítico del Sureste y, a un nivel más amplio, del resto de la Península Ibérica.

Será a partir de mediados de la década final del siglo XX cuando empiecen a publicarse nuevas referencias y datos sobre el Neolítico de la Meseta y con ellos novedosas interpretaciones, algunas de las cuales partían de la base de que era necesario replantearse una vez más la cronología, la secuencia e incluso la misma interpretación del desarrollo del Neolítico del interior.

Si bien los criterios de interpretación y análisis varían en función de los equipos de investigación parece existir un consenso general a la hora de aceptar dos premisas fundamentales: el Neolítico meseteño tiene un origen muy antiguo, casi sincrónico al de las áreas costeras y es un periodo heterogéneo y polimorfo.

Hasta la fecha los datos acerca del Neolítico del interior siguen siendo escasos, contando además con el problema de la dificultad de contextualización de algunos de los hallazgos, sean estos antiguos o más recientes. No obstante, siguiendo la línea de pensamiento que encabezó el trabajo de algunos otros investigadores, somos de la opinión de que la búsqueda, delimitación y estructuración del horizonte Neolítico del interior es una necesidad a la hora de valorar el importante papel que debió desempeñar esta zona en momentos previos a la implantación del modo de vida productor (Forteza Pérez, 1973; Jiménez Guijarro, e.p.) como en aquellos inmediatamente posteriores a la generalización de las economías productoras, dentro ya de lo que ha venido denominándose *revolución de los productos secundarios o derivados* (López Plaza, 1979; Municio González, 1988; Garrido Pena, 1994; 1999). A este respecto, si bien carecemos aún de datos sólidos referentes a las etapas finales del Paleolítico Superior y del Mesolítico, tampoco es menos cierto que poco a poco se generaliza la documentación y estudio de nuevos yacimientos de esta cronología a lo largo de la geografía meseteña (Fabián, 1986, 1997; Corchón, 1988-1989; Alcolea *et alii*, 1997; Bernaldo de Quirós *et alii*, 1997; Cacho y Pérez, 1997; Cacho *et alii*, 2001; Alday Ruiz, 2002; Jiménez Guijarro, 2000; Jiménez Guijarro y Sánchez, 2004).

2. EL MARCO MARGINAL: LA "CULTURA DE LAS CUEVAS" Y LA DEPENDENCIA ANDALUZA

Como señalamos en el breve bosquejo realizado en las líneas precedentes, las revisiones generales acerca del Neolítico del interior no son numerosas. La mayor parte de los trabajos realizados, o bien enmarcan exclusivamente un yacimiento (Delibes de Castro y Zapatero Magdaleno, 1996; Díaz del Río y Consuegra, 1999; Estremera Portela, 1999: 249), a lo sumo una región (Iglesias *et alii*, 1995; Jiménez Sanz *et alii*, 1997; Rojo y Kunst, 1999; Bueno *et alii*, 1999; 2002; Cerrillo Cuenca, 1999; Cerrillo *et alii* 2002), o se circunscriben a una parte del área interna de la Península (Jiménez Guijarro, 1997; Rubio de Miguel, 2001), o a su totalidad, abordando el Neolítico de un modo más generalista (Municio, 1988). En la mayor parte de los casos, por lo demás, se acusa la ausencia de un criterio global, con lo que resulta incierta la relación establecida entre el área estudiada y aquellas que la rodean.

Conforme han avanzado los años parece que el interés por lo acontecido durante el Neolítico en la Meseta ha ido creciendo, pasándose de cortos, pero muy interesantes trabajos centrados en las dinámicas de la Meseta Norte, como el coordinado por Germán Delibes (1985) o el más reciente y completo resumen del estado de la cuestión presentado por un equipo de la Universidad de Valladolid (Iglesias Martínez *et alii*, 1995), a la más reciente concatenación de publicaciones y noticias referentes al Neolítico castellano -en sus dos vertientes- (Jiménez Guijarro, 1998;1999; Estremera Portela, 1999; Kunst y Rojo Guerra, 1999; Delibes de Castro *et alii*, 1999; Rojo Guerra y Kunst, 1999; Díaz del Río y Consuegra, 1999) y extremeño (Cerrillo Cuenca, 1999; *et alii*, 2002; González Cordero y Cerrillo Cuenca, 1999; Jiménez Guijarro, 2001)

La investigación del Neolítico interior, al igual que la efectuada en otras áreas peninsulares, se ha visto muy condicionada por los diferentes movimientos teóricos pendulares en torno a los postulados difusionistas y autoctonistas propios de la paulatina maduración de los criterios de investigación y de la utilización de nuevos métodos analíticos, especialmente la cronología del Carbono 14.

Partiendo de enfoques primordialmente difusionistas, basados en los criterios de la escuela histórico cultural, que ocuparon un puesto destacado en la mayor parte de las publicaciones arqueológicas hasta inicios de los años cincuenta, pasando por tímidos impulsos hiperdifusionistas, se pasó, tras la derrota alemana en la última guerra mundial y la generalización de las dataciones radiocarbónicas, a un rechazo generalizado de los postulados del modelo etnográfico e histórico cultural, con un incremento de la fuerza de los postulados autoctonistas propuestos, en gran medida, por las escuelas francesa, anglosajona y americana.

Este movimiento crítico apareció como una reacción drástica a unos postulados, a veces excesivos, pero que no podemos negar se encontraban dotados de cierto sentido. El revulsivo autoctonista, a menudo en exclusiva teórico y más duro, tajante y con menos elementos de juicio y evidencias arqueológicas en las que fundamentarse, llegó a derivar, en más de una ocasión, en planteamientos tan erróneos, si no más, como el pretendido poligenismo y la consecuente evolución local del Neolítico que pretendía explicar la compleja pero homogénea dispersión del Neolítico amparándose en simples fenómenos de convergencia (Muñoz Amilibia, 1988: 184), que en numerosas ocasiones no respetaban lo que Cajal denominaba 'la religión de los hechos' (Ramón y Cajal, 1934) y que se fundamentaba en la postura del 'E pur si muove' de Copérnico (Buil, 1922)

En los albores de la investigación se interpretó como neolítica toda aquella cerámica "tosca" y generalmente lisa y los grupos humanos que elaboraron aquellos recipientes, debían derivar de la expansión de la denominada *Cultura de Almería* (Obermaier, 1925; Pérez de Barradas, 1929; 1932) En los años setenta se definieron los *fondos de cabaña* madrileños y se delimitaron, con aguda visión por otra parte, como pertenecientes a un lapso temporal amplio caracterizado por ocupaciones que partían del Neolítico y concluían en la Edad del Hierro (Pérez de Barradas, 1924;1926; 1927; 1929), esquema éste que aún hoy en día se mantiene en pie gracias a su verosimilitud y al acierto de las observaciones realizadas por diferentes investigadores.

Esta atribución cultural de los materiales no era caprichosa sino que respondía, de forma concisa, a los avances realizados en la prehistoria y a un intento de acomodar las interpretaciones realizadas en la Península Ibérica a las que se manejaban en otras zonas de Europa, fundamentalmente en Francia, Italia y Alemania. Con el paso del tiempo y el avance de las investigaciones, se estudió con más profundidad la *Cultura de Almería* y muchos de los materiales y yacimientos señalados anteriormente como Neolíticos pasaron a ser considerados como Calcolíticos o Eneolíticos y, por ello, un producto de una *penetración* del mundo de los Millares hacia el interior (Pérez de Barradas, 1941) No en vano este tipo de interpretaciones, analizadas en el contexto cronológico en el que fueron

realizadas, encajan a la perfección con los modelos y postulados difusionistas que a la sazón se manejaban y tanta prédica tuvieron. Aún de modo discreto y tímido debemos señalar con justicia que, si bien esas interpretaciones difusionistas adolecían de evidencias sólidas y a menudo se utilizaron con excesiva ligereza, tampoco es menos cierto que dieron lugar a las primeras investigaciones e interpretaciones globales. Por el contrario, la aparente y radical solución indigenista, muy propia como hemos visto de ese paulatino proceso de individualización estatal que supuso la implantación del modelo autonómico, dio lugar a una notable introspección investigadora que a nuestro juicio ha derivado en la pérdida de la visión holista que sí mantenía la explicación difusionista.

Fundamentales en el estudio del Neolítico fueron también las investigaciones y publicaciones realizadas por Julian San Valero, uno de los principales alumnos de Julio Martínez Santa-Olalla quien, siguiendo los postulados de Bosch Gimpera, trató de sistematizar el Neolítico peninsular, en una valiosa visión global (San Valero, 1948) en la que, quizás por interés de su propio maestro, se establecían escuetas referencias a ese incipiente brote de Neolítico meseteño. La obra de San Valero, que lamentablemente ha caído en el olvido de la práctica totalidad de los investigadores, aún salvando las interpretaciones que deben ser consideradas *hijas de la época*, presenta una validez y un interés especiales. En ella, a modo de Tesis, quedaron sentadas las bases de la investigación del Neolítico con algunas hipótesis que, salvando las distancias cronológicas, pueden considerarse brillantes y dignas de elogio (San Valero, 1956) y que de un modo u otro se pueden rastrear en la génesis de la mayor parte de los trabajos actuales.

Bien es cierto que escaseaban las referencias del interior de la Península Ibérica en las pocas obras generales escritas hasta mediados de los años cincuenta, excepción hecha de algunas menciones de Pericot y las referencias, sucintas, de la obra de Alberto del Castillo (1947) o ya en época más reciente los trabajos de Almagro Basch (1960) y Pellicer (1967). A un nivel general Pedro Bosch Gimpera había establecido en su obra de síntesis de la prehistoria peninsular la denominación de *Cultura de las Cuevas* (1932), bajo cuyo término se incluía un substrato Neolítico indígena portador de un elenco material bien definido por cerámicas impresas de tradición mediterránea. Esta cultura, según se postulaba en la magna obra, se habría extendido desde las serranías interiores andaluzas hasta el Norte de la Península Ibérica, contando con un foco que comenzaba a delimitarse en las estribaciones del Sistema Central (Bosch Gimpera, 1932). A pesar de la enconada defensa que realizó este autor de sus postulados, con el tiempo quedaron arrinconados al documentarse la recurrente ocupación de las cuevas mencionadas durante gran parte de la prehistoria y algunos periodos históricos (Antona del Val, 1986: 12). Con cierto sentido esta reiterada y dilatada ocupación parecía contradecir la construcción unitaria que de esa pretendida cultura había realizado el autor catalán.

Animados por los nuevos postulados de las corrientes investigadoras se dejaron caer en el olvido los postulados de Bosch Gimpera procediéndose a delimitar, en cierto modo de forma errónea, el inicio de la ocupación primigenia de la mayor parte de las cuevas del Sistema Central en un momento indeterminado del "ENEolítico" o Bronce I Hispánico (Fernández Posee, 1980; Antona del Val, 1986: 12; Fernández Vega y Galán y Saulnier, 1986). Algunos investigadores, no obstante, siguieron considerando válido e incluso acertado el término de *Cultura de las Cuevas* que, aunque necesitado de ciertas matizaciones, parecía ofrecer una posibilidad de interpretación global de algunos conjuntos cerámicos decorados, asociados a emplazamientos en cueva, del interior.

De una de esas matizaciones surgió el término de *Neolítico Interior* acuñado por M^a.D. Fernández-Posse (1980) con motivo de los sondeos y recogida selectiva de material realizados en la Cueva de la Teja o del Aire en la localidad madrileña de Patones. Esta matización, en el fondo, guardaba el mismo significado que la denostada *Cultura* de Bosch Gimpera, si bien su nueva denominación parecía dotarla de un sentido diferente, máxime a la vista de los paralelos que Fernández-Posse había establecido entre la cueva

madrileña y los materiales de algunas de las cuevas andaluzas mejor conocidas. Quedaba, como hemos visto, sentenciada la inexcusable relación de dependencia entre los desarrollos de una y otra región de la Península. Además, se asumía un criterio mecanicista rígido: si el número de yacimientos conocidos en el sector andaluz era mayor que en la Meseta y los datos eran también más abundantes, no podía negarse la prelación de los yacimientos andaluces. En esta relación, la supeditación debía corresponder al magro registro meseteño con las terribles consecuencias que, de cara a la interpretación, conllevaba esta elección.

A la construcción de las primeras secuencias del Neolítico peninsular y, de un modo más tímido y desprovisto de evidencias, vinieron a unirse los intentos de explicación global de un fenómeno -el megalitismo- conocido desde antiguo, al que ya Obermaier dedicó parte de su investigación e interés personal (Obermaier, 1920), y que destacaba por encima de cualquier otro desarrollo de la prehistoria por su monumentalidad y complejidad y que en un primer momento fue explicado como parte del legado *colonial* heredado de grupos llegados, con posterioridad al Neolítico, del Mediterráneo Oriental. Si en la explicación del Neolítico, su arribe y desarrollo en la Península parecía en un principio factible acudir a paralelos a muy larga distancia y relaciones de parentesco cultural muy forzadas, para el megalitismo la asunción difusionista parecía la más idónea.

Dentro de la posición disidente y tradicional, aún manteniendo el postulado de las tesis orientalistas, pronto surgieron las primeras voces que postulaban la pertenencia de los primeros ensayos megalíticos portugueses al Neolítico de forma totalmente independiente a las construcciones del Mediterráneo Oriental (Bosch Gimpera, 1932; 1966; Leisner y Leisner, 1959) con lo que se trataba de conformar un cuerpo casi doctrinal, que ha pervivido hasta nuestros días, en el que el Neolítico y el Megalitismo, dos fenómenos aparentemente aislados, debían conjugarse desde un mismo concepto epistemológico, derivado de un mismo origen: el Neolítico y, a ser posible, el Neolítico Atlántico como unidad etno-cultural, que extendería sus derivaciones por las tierras del interior de la Península Ibérica.

Investigadores como Jean Guilaine consideraban que la única explicación posible para esta precocidad cultural radicaba en que la región portuguesa debía de estar cuando menos *subneolitizada* por pequeños grupos pertenecientes a un Neolítico primitivo que, de forma arcaizante, evolucionó de manera paulatina y lenta (Guilaine, 1976) en el área portuguesa. Para este investigador, detrás del término *subneolitizado* debía vislumbrarse la existencia de grupos, en general poco numerosos, que practicaban un pastoreo itinerante, habitando en cuevas o campamentos al aire libre dentro de un régimen estacional y que debían gran parte de su dieta a la caza, la pesca y la recolección de especies vegetales y moluscos. Estos grupos habrían conocido la producción de cerámica y la práctica de actividades de producción ligadas al laboreo de la tierra en momentos muy avanzados de su desarrollo (Guilaine, 1976; Antona, 1986: 12). Dentro del pensamiento occidental, evolucionista, no podía suponerse, ni por asomo, un desarrollo 'complejo' como el megalitismo al margen de las sociedades avanzadas neolíticas.

En cierto modo, la cuestión de la originalidad e independencia del megalitismo portugués y de aquél del interior peninsular, sobre el que en más de una ocasión se volverá a lo largo de esta obra, habría quedado zanjada a mediados de los años setenta gracias a la visión preclara y sabia del Prof. Dr. Guilaine. No obstante, como se mencionará en capítulos posteriores, la cuestión precisa aún de ciertas matizaciones acerca de su origen y de modo más genérico su desarrollo dentro de una construcción cultural mucho más compleja de lo que hasta la fecha se ha considerado.

El postulado de Guilaine es aún más complejo de lo que en esencia parece, pues para asumir la existencia de esos grupos *subneolitizados*, es preciso suponer la presencia o bien de un importante conjunto de grupos de cazadores y recolectores en disposición de ser neolitizados o bien la llegada de un no menos importante aporte humano Neolítico, si

no ambas propuestas a un tiempo. Realmente parece sólida la construcción de Guilaine desde el momento en el que las escasas referencias de grupos Mesolíticos de cazadores-recolectores o grupos subneolitizados parecen concentrarse en los sectores atlánticos costeros de Portugal. De ahí a establecer un nexo casi directo entre el Mesolítico y el megalitismo tan sólo dista un corto trecho.

En el fondo, la tesis elaborada por Guilaine, novedosa e interesante, podía sustentarse retomando algunos de los viejos postulados que se derivaron de la denominada *cuestión africanista* acerca del origen del Neolítico de la Península Ibérica. Esta tesis fundamentaba sus cimientos en los estudios que, bajo los auspicios del Instituto de Paleontología Humana de París, llevaron a E.G. Gobert, L. Balout y en especial a Raymond Vaufrej a la identificación del Neolítico de tradición capsense. Éste, tras la sistematización de Colette Roubet, manteniendo la denominación de Vaufrej y con los nuevos datos aportados, principalmente, por la excavación de la Cueva Capéletti (Argelia oriental) quedaba conformado a modo de una economía pastoril preagrícola que, sin duda, pudo tener su influencia en otras áreas próximas al continente Africano. Otro de los pilares fundamentales en los que se sustentaban las tesis de Guilaine, eran las propuestas que para individualizar la Cultura Megalítica Portuguesa había realizado Bosch Gimpera, quien ya había establecido en algún trabajo las bases de las relaciones entre las primeras culturas agrícolas de España y Marruecos (Bosch Gimpera, 1932; 1954)

La tesis de J. Guilaine fue en su momento aceptada y utilizada por Víctor Antona del Val (1986) para explicar el megalitismo del interior peninsular y, en especial, el *conjunto cerrado* que representaba el nivel inferior del dolmen del Portillo de las Cortes, en Guadalajara. Tesis a su vez fomentada y mantenida por Germán Delibes de Castro, quien en esos momentos dirigía la Memoria de Licenciatura de Antona del Val y cuya opinión al respecto ha quedado reflejada en algunos de los artículos publicados referentes a importantes conjuntos megalíticos y Neolíticos de la Meseta Norte (Delibes de Castro y Zapatero Magdaleno, 1996; Delibes de Castro y Rojo Guerra, 1997), si bien manteniendo siempre que el megalitismo debía ser considerado como un 'producto' Neolítico.

Será a partir de los años finales de la década de los ochenta y primeros de los noventa cuando la investigación del Neolítico del interior comience a complicarse. Esta complicación deriva, sin lugar a dudas, del crecimiento del número de yacimientos conocidos y de la maduración de postulados e interpretaciones. Surgen las primeras divisiones tradicionales de yacimientos en cueva y al aire libre (Antona del Val, 1986; Municio 1988; Mercader *et alii*, 1989), que fueron explicadas desde perspectivas de claras connotaciones cronológicas y culturales en las que el *arcaísmo* recaía en las ocupaciones trogloditas que, además, debían ser anteriores al establecimiento de habitaciones al aire libre. Esta idea se sustentaba en la escueta presencia de ocupaciones del Paleolítico Superior al aire libre y, sobre todo, en la aparente inconsistencia de las mismas. Por el contrario, las series más ricas y mejor estratificadas se asociaban a cuevas y abrigos, lo que suponía una nueva asunción mecanicista: si las cuevas fueron los núcleos de habitación primigenios de los grupos humanos del Paleolítico Superior y había una aparente dicotomía entre ocupaciones en cueva y al aire libre durante el Neolítico, las primeras debían formar parte de un reducto de grupos escasamente evolucionados y tardíamente neolitizados.

Como se mostró anteriormente, para Bosch Gimpera la *Cultura de las Cuevas* representaría una etapa claramente identificable en el Neolítico del interior que debía tener su correspondencia con las series medias y recientes de los desarrollos mejor conocidos del Neolítico de otras regiones. De esta premisa surge la diferenciación cronológica que se atisba en los trabajos pioneros de investigadores como M^a Dolores Fernández-Posse (1980: 57), Germán Delibes (1985: 26) y Víctor Antona (1986: 18-20) en los que resultaba cuando menos lógica la anterioridad de las ocupaciones en cueva respecto a las ocupaciones al aire libre a nivel cronológico y cultural. No obstante, a la luz de algunos nuevos datos, se abría el interrogante interpretativo que condujo a

algunos investigadores a construir hipótesis alternativas ante la posibilidad de que alguno de los *fondos de cabaña* del Jarama, Henares o Manzanares fuesen Neolíticos y relacionables con algunas cuevas de funcionalidad funeraria (Antona del Val, 1986: 38)

No puede dejar de llamarse la atención respecto a la importancia que tiene la reactivación de la investigación sobre el Calcolítico y sobre todo la elaboración de nuevas prospecciones y excavaciones arqueológicas realizadas en el interior de la Península y cuyos datos permitían, al menos, establecer nuevos marcos de interpretación.

Desde el punto de vista de la Historiografía es decisivo el tránsito entre los años 70 y 80 del siglo XX así como la labor de investigación desarrollada por las universidades de Madrid, Valladolid y Salamanca. De ellas dependerá la apertura de nuevos yacimientos y la agrupación de un nutrido conjunto de datos que aún continúan siendo válidos. Tan sólo es necesario realizar una corta revisión del volumen y temática de las diferentes publicaciones científicas, trabajos de investigación, Tesinas y Tesis Doctorales realizadas en ese periodo para darse cuenta del acento que se había puesto en el conocimiento del Neolítico y el Calcolítico, así como del interesante fenómeno megalítico (Álvaro y Piñón, 1987; Álvaro *et alii*, 1988; Benet, 1985; Val Recio, 1983; Herrán Martínez, 1986; Municio González, 1980). Gracias a estos trabajos se abrieron nuevas expectativas que han permitido el establecimiento de nuevas hipótesis de trabajo y novedosas tesis explicativas.

Serán los trabajos de Antona del Val (1986;1987) y, sobre todo, el de Luciano Municio (1988) los primeros en abordar de un modo amplio la problemática del Neolítico de la Meseta. Lamentablemente, ambos trabajos quedaron en un anuncio de intenciones y la indicación de un buen conjunto de hipótesis de trabajo.

Municio, de un modo más claro deja entrever la posibilidad de que exista una sincronía o coetaneidad entre las ocupaciones de las cuevas y los asentamientos al aire libre (Municio González, 1988: 304) todo ello dentro de una interesante línea de investigación que ponía el acento en el *continuum* cultural. Esta aseveración, que ha pasado por alto para gran parte de los investigadores del Neolítico meseteño, era la clave fundamental de los trabajos realizados por Luciano Municio, para quien de la correcta interpretación de los yacimientos al aire libre debería surgir una completa periodización del Neolítico meseteño. Fue este investigador uno de los primeros en descartar abiertamente la hipótesis de la *Cultura de las Cuevas* a favor de otra interpretación de la que tan sólo poseemos breves retazos, pero que contaba con verdaderos visos de ser la más viable de las expuestas hasta ese momento (Municio González, 1988)

Para Antona del Val (1986: 15) la existencia de la citada Cultura de las Cuevas no sería descabellada, si bien el error radicaría en las interpretaciones que se habían hecho de la misma en especial en la Meseta. Hoy por hoy, conociendo la entidad material de numerosas cuevas y yacimientos al aire libre de la meseta, es posible asegurar que no es posible mantener la citada Cultura de las Cuevas, sencillamente porque frente a la "unidad cultural que representan determinados repertorios materiales procedentes de algunas cuevas del Sistema Central" (Antona del Val, 1986: 15) se presenta la verdadera homogeneidad de los repertorios de cuevas y yacimientos al aire libre ya anunciada por Municio (1988: 304) y otros investigadores (Mercader Florín *et alii*, 1989; Jiménez Guijarro, 1997) y que parece hacer derivar las interpretaciones en otras direcciones no exclusivamente cronológicas, sino relacionadas con sistemas complejos de gestión territorial.

Es importante resaltar este extremo pues de él parten la mayoría de los dogmas académicos que constriñeron la investigación del Neolítico del interior peninsular hasta hace menos de una década. Así lo ponen de manifiesto las atribuciones cronológicas *sensu lato* realizadas entonces por numerosos investigadores (Delibes de Castro, 1985; Antona del Val, 1986 ; González Cordero *et alii*, 1988 ; Municio González, 1988; Delibes

de Castro *et alii*, 1995; Rojo Guerra, 1995; Iglesias Martínez *et alii*, 1996), que atribuían el inicio del Neolítico de la Meseta y Extremadura a un momento cronológicamente impreciso y materialmente sincrónico al Neolítico medio de otras áreas de la Península. La derivación principal que en muchas ocasiones se ha manejado como foco de origen de las influencias procedería del Sur de la Península o de múltiples focos con cierto valor de desarrollo autóctono (Iglesias Martínez *et alii*, 1995; Bueno Ramírez *et alii*, 1995)

La dependencia meseteña del círculo andaluz se mostraba como total, lo que permitió hablar incluso del Neolítico meseteño como “una prolongación del Grupo Andaluz” (Antona del Val, 1986: 15). A este respecto, como se verá más adelante, si bien es cierto que existen claras similitudes entre algunos conjuntos materiales andaluces y meseteños, tampoco deja de serlo que existen esas mismas coincidencias entre los materiales Neolíticos de la meseta y otras zonas de la Península como el Levante, Cataluña, Extremadura o Portugal, al tiempo que existen algunas disimetrías entre los conjuntos andaluces y los meseteños que han sido escasamente valoradas hasta la fecha en favor de forzadas analogías. Esta escasa valoración, heredera de notables trabajos de investigación, pero en exceso localistas a la hora de interpretar, aún sigue manteniéndose en algunos trabajos recientes (Estremera Portela, 1999: 249; 2003). Si bien este tipo de interpretaciones no resultan en realidad erróneas, pasan por alto los desarrollos culturales generales y su funcionamiento para incidir casi en exclusiva en los postulados materialistas apoyados por dataciones radiocarbónicas. Como trataremos de demostrar en capítulos posteriores, la construcción de un nuevo marco conceptual permite valorar las evidencias de un modo notablemente diferente sin invalidar en absoluto los datos obtenidos.

De forma paulatina, desde mediados del último decenio del siglo XX se han introducido nuevos cambios en la interpretación y se ha alcanzado un interesante crecimiento en los trabajos de investigación dedicados al Neolítico del interior peninsular. La labor de algunos investigadores, entre los que cabe citar a B. Martí y P. López, determinó, en la década de 1980, la creación de las primeras y valiosas sistematizaciones del Neolítico de la Península Ibérica. Poco a poco este avance en la investigación desde múltiples focos y regiones ha permitido validar las opiniones que una y otra vez se repitieron al referirse al estudio conjunto del Neolítico de toda la Meseta: la problemática residía fundamentalmente en la ignorancia y en la ausencia de datos empíricos.

Conforme han crecido las referencias y datos y en especial la obtención de dataciones radiocarbónicas se ha ido dejando de lado el postulado andalucista y las teorías retardatarias que sumían al Neolítico del interior en un lamentable estado periférico sin apenas solución de identidad propia.

La propuesta que planteamos en 1997 acerca de la necesidad de señalar la presencia de un origen antiguo del Neolítico meseteño, acorde con el proceso de neolitización de las zonas interiores de la costa mediterránea y atlántica (Jiménez Guijarro, 1997; 1998; 1999; 2001) empieza a tornarse sólida gracias a los datos aportados por numerosas excavaciones arqueológicas.

Ahora es difícil encontrar una obra científica referente al Neolítico de la Meseta que retome el postulado andalucista retardatario, si bien aún quedan algunas escépticas excepciones (Fabián, 1995). Interesantes y dignas de elogio son las reinterpretaciones del equipo de la Universidad de Valladolid, especialmente los dirigidos por Delibes de Castro y Rojo Guerra y que se dirigen más hacia la presunción de la existencia de una fase antigua para el Neolítico de la Meseta. Otros investigadores, acérrimos defensores del aspecto tardío del Neolítico hasta hace pocos años e incluso postuladores de su pretendido comportamiento autónomo (Bueno Ramírez *et alii*, 1991), caen en el olvido de lo escrito y redescubren, clamando como idea original y propia, la existencia de un poblamiento Neolítico más denso, complejo y antiguo de lo pensado (Bueno Ramírez *et alii*, 2002: 66; Bueno *et alii*, 2005). Otros trabajos de investigación coinciden una vez

más en la antigüedad del primer Neolítico de la Meseta (Cerrillo Cuenca *et alii*, 2002: 107; Rubio de Miguel y Blasco, 2005)

Como se ha señalado antes para el megalitismo, en un principio se partió de esquemas explicativos de corte difusionista que permitieran adscribir este fenómeno a fases plenas de la Edad de los Metales (Aguilera y Gamboa, 1916; Aranzadi *et alii*, 1919; Pericot García, 1950; Leisner y Leisner, 1943; 1956; 1959). Esta atribución se realizó fundamentalmente basándose en el estudio de los conjuntos materiales contenidos en los sepulcros excavados.

Bosch Gimpera había establecido para el grupo megalítico del Norte de la Península Ibérica, influenciado por los modelos germanos de *Kulturkreis*, la propuesta de una *Cultura pirenaica* (1919; 1920; 1922). De ella formarían parte no sólo los hallazgos megalíticos del Pirineo sino todos aquellos del territorio catalán (Pericot García, 1950: 9) y parte de los del área meseteña. Por aquellas fechas la cuestión cronológica parecía presentar un notable distanciamiento del fenómeno megalítico y del Neolítico, dejando entrever, si acaso, una relación de dependencia extrema del primero por parte del segundo.

Con el paso del tiempo el fenómeno megalítico fue despojándose de los anclajes difusionistas que en ocasiones se trocaron por otros tendentes a las explicaciones autóctonas. Esta nueva discusión, ligada al desarrollo y explicación del Neolítico, dio lugar a novedosas interpretaciones que trataron de precisar un origen atlántico occidental para un proceso que durante años se consideró completamente oriental. Para la correcta exposición de esta discusión fue decisivo el trabajo de algunos investigadores anglosajones que fundamentaron sus tesis en las nítidas expectativas que abría la aplicación de las técnicas de datación radiocarbónica (Renfrew, 1975; 1979; 1983). Este cambio de enfoque será adoptado en España -coincidiendo con el final de la dictadura- y Portugal con verdadero entusiasmo y coincidirá con la renovación del interés por el estudio de los grupos prehistóricos al que antes hicimos referencia y en los que la última obra de Renfrew (1983) fue de gran importancia.

Dentro de los estudios dedicados a la Península Ibérica, que a mediados y finales de los ochenta dieron lugar al menos a dos debates de elevado interés sobre el megalitismo, la Meseta, junto a Extremadura y Portugal, se esbozó como una de las regiones que más datos podía ofrecer a este respecto.

Para Antona del Val (1986: 30), siguiendo sin duda los trabajos y directrices de Germán Delibes y Manuel Santonja (1986) que comenzaban a entrever una nítida relación entre el megalitismo y el proceso de neolitización, las zonas lógicas de *expansión* del fenómeno megalítico hacia el interior peninsular serían Extremadura y las penillanuras salmantino-zamoranas, encontrándose las cunas más antiguas del megalitismo en la Beira y el Alentejo portugueses. Poco a poco empezaba a traslucirse una notable antigüedad del fenómeno megalítico al tiempo que se afianzaban las tesis defensoras de una génesis occidental para el fenómeno. Si a esta situación se une el paulatino distanciamiento cronológico y cultural del grupo megalítico del Sur peninsular, toma sentido y cuerpo la ruptura del modelo explicativo del surgimiento del megalitismo como consecuencia de la expansión del grupo de Los Millares hacia las tierras interiores, impuesto en el Congreso de Almería a inicios de los años 50. Es más, cabe empezar a preguntarse si el fenómeno no habría sido precisamente el inverso.

La clave fundamental de los nuevos estudios sobre el megalitismo en la Meseta residía, por un lado, en la diferenciación de diversas fases en el uso de los monumentos y por otro en el carácter polimorfo de las estructuras.

Los ajuares representativos del periodo más antiguo –formativo o de implantación- están formados, casi de forma exclusiva, por microlitos geométricos de carácter arcaico,

tardenoide, entre los que predominan las grandes armaduras trapeziales. Junto a ellas abundan las hachas pulimentadas de sección preferentemente oblonga y en ocasiones de notable tamaño; al tiempo menudean, cuando no están por completo ausentes, las cerámicas, elementos que se conforman como verdadera *rara avis* de los depósitos votivos o funerarios iniciales. Estos elementos, cuando aparecen, reiteran formas exclusivamente simples de perfiles abiertos, lisas y a menudo con sus superficies almagradas. Estos ajuares estarían incluidos dentro de estructuras circulares o poligonales de cámara única y corredores que, en caso de existir, serían cortos (Cunha Serrao, 1979; Antona, 1986: 30) dentro de un modelo genuinamente Ibérico.

Ejemplos de este tipo se empezaban a conocer en la Cuenca del Duero, como los de la Hurtada, Pedro Toro o El Guijo, entre otros, éste último con un posible nivel inferior formado exclusivamente por microlitos geométricos con retoque abrupto por encima del que se halló un recipiente cerámico en forma de cuenco de paredes paralelas, almagrado y decorado con una serie de círculos pintados con pigmento negro, todo lo cual, junto a las características constructivas del túmulo parece concederle *cierta antigüedad* dentro del fenómeno megalítico, según la última reinterpretación del yacimiento (Díaz Guardamino, 1997)

Esta antigüedad de algunos elementos tumulares y megalíticos encajaría bien en los postulados de Guilaine y en la señalada idea matriz de la *Cultura Megalítica Portuguesa* de Bosch Gimpera como cultura de desarrollo autónomo respecto al núcleo Neolítico de la *Cultura de las Cuevas*. La duda que en los años 80 no queda despejada es cuál sería el origen cultural del megalitismo. Por economía de hipótesis, aún con notables voces en contra, se sigue manteniendo una interpretación cronocultural Eneolítica o Calcolítica.

Otros ejemplos destacables de megalitos con elementos *arcaicos* entre sus ajuares serían los de San Martín, el Sotillo (Barandiarán *et alii*, 1964; Barandiarán y Fernández, 1964; Antona del Val, 1986: 30; Delibes de Castro *et alii*, 1987) y algunos dólmenes del núcleo de Sedano, como Fuentepecina I y II o Rebolledo (Delibes de Castro y Rojo Guerra, 1997) Para estos sepulcros se han manejado paralelos portugueses, como los de Reguengos de Monsaraz y, en concreto, el Anta 1 do Poço da Gateira, así como algunas imprecisas relaciones con el Horizonte Carapito/Pramelas, sin duda el más antiguo del megalitismo portugués.

En definitiva la secuencia cultural del Neolítico del interior mantenida hasta finales de los años 80 quedaba constreñida a lo expuesto por Antona del Val (1986: 18) y Luciano Municio (1988) Para el primero es posible hablar de una hipotética secuencia cultural en la que esboza un Neolítico Antiguo de origen costero mediterráneo o de las estribaciones de Sierra Morena. Este Neolítico Antiguo cronológicamente encuadrable en torno al 7000 BP, no se localizaría en la propia Meseta, sino que sería más bien un fenómeno periférico a esta, quedando patente en el Valle del Ebro en yacimientos con cerámicas cardiales, como la Cueva de Abauntz o en algún yacimiento del Bajo Aragón (Antona del Val, 1986: 18) Tras esta primera fase se podría hablar de un horizonte homogéneo de cerámicas incisas de raigambre andaluza pero con mestizaje en algunos yacimientos de elementos levantinos. Esta fase estaría bien constatada en algunos sectores del Sistema Central y parte de sus estribaciones. Los hábitats serán predominantemente en cueva, con alguna localización al aire libre (Antona del Val, 1986: 18) Este horizonte de cerámicas incisas encajaría a la perfección, por tanto, dentro del término purista de *Cultura de las Cuevas*. Esta fase estaría circunscrita al 6000 BP atendiendo a la datación de la Cueva de la Vaquera o las series materiales de este yacimiento y otros de similares características como la Cueva del Aire (Madrid) o la Nogaleta (Segovia)

Una última fase de esta secuencia cultural estaría caracterizada por la aparición del fenómeno megalítico, originario de la fachada Atlántica y que habría penetrado en las tierras del interior peninsular avanzada la segunda mitad del VI milenio BP. Esta función funeraria de los megalitos será, según algunos autores, la que provoque más adelante la

“generalización de una moda funeraria que traerá como consecuencia la sistemática utilización de las cuevas con finalidad funeraria” (Delibes de Castro, 1977; 1985; Antona del Val, 1986: 18; Fernández Vega y Galán Saulnier, 1986: 7)

Por último, la secuencia de Antona del Val diferencia un momento final del Neolítico en el que sitúa algunos poblados al aire libre de la provincia de Madrid y sus alrededores que posteriormente serían influenciados culturalmente por el horizonte de Los Millares (Antona del Val, 1986: 20). La identidad de la gran mayoría de los yacimientos al aire libre de la meseta es explicada por el autor únicamente como una evidencia de que “contenían rasgos indudablemente megalíticos en parte de sus repertorios materiales y que serían el reflejo de la expansión de los grupos calcolíticos portugueses precampaniformes” (Antona del Val, 1986: 20)

Municio, por su parte, pese a mostrar un interesante marco interpretativo dentro del cual se valoran en su justa medida las evidencias de algunos yacimientos situados al aire libre, sobre todo en las terrazas del Manzanares, en Madrid, no llega a proponer en su síntesis una secuencia clara. Por el contrario, a las nuevas interpretaciones, vigentes hoy en día en su mayor parte, une esquemas referenciales que hablan de una corriente retardataria para explicar la implantación neolítica del interior de la Península Ibérica (Municio González, 1988), muy de acuerdo con las tesis *andalucistas*.

No estamos lejos de acertar si señalamos que la década de los ochenta fue la antesala de notables cambios en la investigación prehistórica española pero también la primera llamada de atención sería acerca de la necesidad de estudiar a fondo la casuística meseteña. Este estudio tan sólo podía hacerse desde el planteamiento de nuevos métodos de interpretación, pero sobre todo desde la génesis de completos programas de prospección y excavación arqueológica. La Meseta, aún así, continuará siendo un espacio marginal en la investigación, situación que no cambiará, como veremos, hasta mediados de la década de los 90, momento en el que se contará con los resultados de un amplio conjunto de proyectos de investigación.

3. GLOBALIDAD Y ‘COLONIZACIÓN’: EL NEOLÍTICO DE FINALES DEL SIGLO XX

Un jalón de vital importancia en los estudios sobre el Neolítico del interior peninsular fue, como se ha señalado, el que supuso la excavación del abrigo de Verdelpino a mediados y fines de los años setenta (Fernández Miranda y Moure Romanillo, 1975; 1977; Fernández Miranda, 1977; Moure Romanillo y López García, 1979). Este yacimiento, quizás el más controvertido de los Neolíticos, junto al de El Barranco de los Grajos (Murcia), deparó dos niveles adscritos a etapas avanzadas del Neolítico y uno Epipaleolítico, situado a techo del nivel infrayacente que señalaba el inicio del uso del abrigo en el Magdalenense. Este hecho, unido a la elevada datación de dicho nivel provocó una polémica que enfrentó las ideas autoctonistas de Fernández Miranda con las de un gran número de investigadores que consideraban imposible tal asociación. Estos últimos señalaban que la presencia de cerámicas lisas en el nivel inferior se había debido a efectos de intrusiones no detectadas en la excavación, si bien en algunos círculos llegó a establecerse una crítica que atribuyó a los excavadores errores de interpretación e incluso descuidos en la investigación. Hoy, a raíz del nuevo estudio de los materiales de este yacimiento, puede darse por zanjada la polémica. El resultado final, que favorece por completo las tesis contrarias a lo que planteó Fernández Miranda, no invalida, no obstante, el valor del yacimiento.

Esta aparentemente nimia cuestión fue el verdadero germen de una polémica que dividió a la investigación prehistórica en dos grupos o propuestas interpretativas que giraban en torno a las explicaciones autoctonistas y el denominado *paradigma cardial*. En el fondo de la cuestión, residía un mal definido y peor aplicado difusionismo y un notable desconocimiento de las culturas de substrato sobre las que se realizó la implantación neolítica.

Los avances realizados en la investigación del Neolítico han permitido retrasar cada vez más las fechas de algunos horizontes con cerámicas decoradas no cardiales, si bien no se ha repetido ningún hallazgo de las características del yacimiento de Verdelpino (Hernando Gonzalo, 1999: 235). El modelo propuesto por Fernández Miranda, inaceptable para algunos investigadores (Martí, 1978; 1987), sobre todo para aquellos defensores del *paradigma cardial*, fue validado por algunos otros investigadores, siempre minoritarios, entre los que se incluye Marco de la Rasilla (*et alii*, 1996), quien realizó un nuevo estudio del yacimiento, centrándose en gran medida en la reconstrucción de los procesos geológicos y en la tafocenosis del yacimiento, llegando a la conclusión de que no podía mantenerse la hipótesis de "intrusiones" debido a la coherencia que presentaba el yacimiento (Rasilla *et alii*, 1996: 80). Como tendremos oportunidad de ver, la nueva lectura de los datos obtenidos en las excavaciones, no permiten ser tan optimistas.

En los primeros momentos de nuestra investigación defendimos la posibilidad de que la presencia de cerámicas en el nivel de tradición Epigravetiense no se debiese a una intrusión (Jiménez Guijarro, 1997; 1998) debido a la coherencia que, respecto al desarrollo de las culturas, presenta la secuencia elaborada para este yacimiento. En el mismo sentido se afirmó recientemente A. Hernando Gonzalo (1999: 236 y 237), amparándose también en la necesidad de abordar el estudio de las culturas desde la perspectiva de su dinamismo e interrelación.

La mencionada defensa, sin tratar de salvaguardar ni la metodología ni las interpretaciones del equipo que excavó Verdelpino, trataba tan sólo de llamar la atención sobre la posibilidad de que apareciesen materiales arqueológicamente discordantes en un contexto similar sin tener que recurrir a explicaciones referentes a intrusiones o errores metodológicos. Hoy en día esta defensa, al menos para Verdelpino, resulta insostenible.

Hoy, la maduración de nuestras primeras interpretaciones y el detenido estudio de los materiales procedentes de las excavaciones de Verdelpino, nos permiten concluir señalando que defendemos la posibilidad de un substrato neolitizado pero sin que esto suponga una defensa de la metodología, ni de la interpretación derivada de los trabajos de Fernández Miranda sobre este yacimiento.

Las últimas interpretaciones del Neolítico del interior se dirigen hacia dos tendencias. La primera de ellas establece la relación nítida entre los conjuntos Neolíticos y megalíticos, basándose en criterios de superposición estratigráfica, fechas de radiocarbono y presencia de materiales antiguos -en especial geométricos- y es defendida por la mayor parte de los investigadores (Delibes de Castro y Zapatero Magdaleno, 1995; Delibes de Castro, 1997; Delibes de Castro y Rojo Guerra, 1997; Kunst y Rojo Guerra, 1999; Hernando Gonzalo, 1999; Estremarea Portela, 2003). La segunda implica la necesidad de explicar lo que el Neolítico meseteño tuvo de fenómeno *de colonización* (Rojo Guerra y Kunst, 1999) o de desarrollo cultural de marcado carácter autóctono (Jiménez Guijarro, 1997; 1998; 1999), en el sentido de que se produjo un fenómeno de aculturación que incidió sobre una población indígena preexistente.

En el fondo de la primera tendencia se encuentra un pausado e ingente trabajo de investigación que, dotado de numerosas evidencias empíricas, permite plantear una hipótesis de trabajo fehaciente pero necesitada aún de maduración. En el caso de la segunda tendencia los datos son mucho más reducidos. No hay verdaderas evidencias que permitan construir una hipótesis de colonización o difusionista más sólida que otra basada en el papel jugado por los grupos cazadores-recolectores en el proceso de neolitización. Bien es cierto que contamos con elementos materiales que permiten suponer conexiones materiales entre los yacimientos Neolíticos más antiguos del interior peninsular y aquellos presentes en la región levantina y atlántica, pero tampoco es menos cierto que nuestro conocimiento actual del epiPaleolítico y Mesolítico meseteños impide valorar con justicia el papel jugado por estos grupos en la transición a la economía agrícola. El hecho de que la Meseta haya jugado siempre un papel de

interconexión, así como los estudios que a este respecto se han hecho para periodos más recientes, dota de sentido al papel de la Meseta como espacio de integración de corrientes culturales muy diversas.

La segunda tendencia parte en cierto modo de la reticencia a hablar del substrato humano y cultural sobre el que se realizó la implantación neolítica en el interior de la Península Ibérica. Este silencio, sea debido a la carencia de datos o a cuestiones de enfoque, hace que los trabajos e interpretaciones queden invertebrados, al menos desde el punto de vista de la explicación secuencial. Para Antona del Val el proceso de neolitización del substrato Epipaleolítico del interior peninsular se debería a la evolución de la facies geométrica del Epipaleolítico hacia el Neolítico, siendo mínima la presencia de conjuntos Epipaleolíticos microlaminares. Esto es algo que, a la luz de las evidencias, hoy no se mantiene. Por otra parte, la sistematización del Mesolítico, siguiendo los postulados de Fortea (1973), incide en que la penetración hacia el interior habría surgido de forma previa al inicio de la neolitización del substrato levantino, estando reflejada esta “evolución” hacia el Neolítico en la presencia de geométricos, verdaderos elementos “tipo”, con una paulatina sustitución del retoque abrupto por el de doble bisel, como apuntaban las estaciones aragonesas. Esta es la base de nuestra propuesta de ‘geometrización de las industrias en sincronía con el proceso de neolitización’. Excepción clara sería, según este autor, la de Verdelpino yacimiento éste vinculado más a los horizontes del Epipaleolítico microlaminar (Fortea, 1973; Antona del Val, 1986: 21), lo que le lleva a proponer el hipotético desarrollo de una neolitización independiente de la influencia mediterránea así como la existencia de un substrato EpiPaleolítico de facies completamente diferente a las levantinas (Antona del Val, 1986: 22)

Por desgracia, cuando Antona del Val realizó su estudio, las evidencias conocidas de un pretendido Epipaleolítico o Mesolítico interior eran ciertamente nimias y de escaso valor para utilizarlas en una interpretación global. No obstante, es el primer trabajo que incide con claridad en la necesidad de localizar, analizar y valorar el papel jugado por los grupos de cazadores-recolectores y sobre todo en la posibilidad de tener que hablar de un substrato cazador-recolector diferente del costero y en especial del levantino.

Tan sólo a partir de mediados de los años 90 se ha generalizado la búsqueda de yacimientos Epipaleolíticos y Mesolíticos en el interior. Los resultados, aunque escasos aún, permiten cierta esperanza, ya que empiezan a perfilarse bastante bien tanto las raíces de un importante conjunto de yacimientos solutrenses (Alcolea González *et alii*, 1997) y magdalenenses (Ripoll *et alii*, 1998; 2000; 2002; Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004), así como algunos yacimientos Epipaleolíticos (Fabián, 1986; 1997; Corchón, 1988-1989; Jiménez Guijarro, 2001; Alday 2002), que sin duda serán la antesala de la creación de una secuencia cronológica y cultural sólida. De esta secuencia depende ciertamente las posibilidades de explicación que realicemos en torno a si la neolitización aconteció como un proceso netamente colonial (Rojo y Kunst, 1999) o más bien de un modo más acorde con el modelo dual y por ello, como veremos más adelante, dando lugar a muy diferentes posibilidades de desarrollo cultural.

Como señalamos en líneas anteriores, la década de los 90 verá la conclusión de los trabajos de algunos neolitistas hispanos cuyos resultados, en algunos casos, significarán un revulsivo a las teorías interpretativas y sobre todo la presentación de nuevos materiales. En otras ocasiones será en esos años cuando se empiecen a conocer los resultados de varios trabajos de investigación y proyectos iniciados a fines de la década anterior.

Destacan los trabajos de J. Bernabeu, cuya secuencia cultural se basa en el acertado criterio de continuidad basada en secuencias estratigráficas y en un pormenorizado y concienzudo estudio de los materiales (Bernabeu Aubán, 1989). Esta secuencia, construida para el ámbito valenciano y aplicable en un principio tan sólo a él, demostró,

poco a poco, la posibilidad de hacerse extensible a gran parte de la Península Ibérica. No en vano, numerosos investigadores han acogido con notable entusiasmo la idea de establecer una continuidad entre el Neolítico *clásico* y el Calcolítico. Tendremos oportunidad de analizar detenidamente la validación o no de este esquema para el área de la Meseta, si bien no podemos negar la gran deuda que nuestras investigaciones tienen contraída con los postulados de Bernabeu.

Dentro de la revitalización de la investigación del Neolítico del interior cabe introducir la investigación de otro de los yacimientos señeros, el de la Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia). Este yacimiento había sido excavado a mediados de los años setenta por Alonso Zamora Canellada (1976), quien señaló la presencia de materiales Neolíticos en la base del sondeo que realizó. La importancia del yacimiento estribaba en la existencia de una datación coherente con los datos de los niveles II y III de Verdelpino. Las nuevas dataciones y el espléndido estudio realizado en esta nueva etapa de investigación han revitalizado de tal modo el yacimiento que lo han convertido en un elemento de referencia obligada.

Similar importancia, al menos para el caso del megalitismo, podemos atribuir a los trabajos desarrollados por P. Bueno Ramírez en el área extremeña (Bueno Ramírez, 1986; 1987; 1989) y en el sector medio del río Tajo (1991), en algún caso con referencias a un Neolítico aún sin contrastar ni clarificar.

Para el sector extremeño empieza a contarse con un creciente número de datos gracias a los trabajos desarrollados por la Universidad de Extremadura. Estos trabajos, algunos de cuyos resultados han visto recientemente la luz, arrojan interesantes datos que posibilitan la creación de un análisis global de las evidencias (Cerrillo Cuenca, 1999; *et alii*, 2002), todo ello sin menosprecio de la ingente labor desarrollada por algunos otros investigadores desde la década anterior (Rivero de la Higuera, 1972-1973; Saucedo, 1984; González Cordero *et alii*, 1988; González Cordero, 1996; 1999).

Para Madrid también hay desde fines de los años 90 un creciente número de evidencias y se cuenta ya con excavaciones sistemáticas tanto de megalitos y túmulos como de yacimientos de habitación Neolíticos (Jiménez Guijarro, 1997; 1998; 1999; 2000; Díaz del Río y Consuegra, 1999; Díaz del Río, 2001). El mayor aporte de datos de estas intervenciones se integra en este trabajo como contraste del modelo interpretativo propuesto.

Lamentablemente, el número de descubrimientos y hallazgos no presenta un desarrollo acorde en otras áreas de la Meseta Sur, con excepción del enclave toledano de La Paleta. Aquí aún faltan estudios sistemáticos y generales, constituyendo las evidencias que poseemos magros retazos de intervenciones derivadas de las labores de la denominada *arqueología de gestión* (Rojas y Villa 1996; Villa y Rojas, 1996). Tan sólo algunos trabajos realizados sobre el yacimiento de Verdelpino (Rasilla *et alii*, 1996) parecían indicar una leve reactivación del interés por tan interesante yacimiento. Lo cierto es que buena parte de la Meseta Sur sigue siendo, inexplicablemente, un vacío de conocimiento debido, sin duda alguna, a la carencia de programas de investigación. La existencia de interesantes yacimientos en las provincias de Albacete, Cuenca y Ciudad Real como Molino Vadico, El Palomar o las Cuevas del Niño y Cueva Santa, permiten suponer que un incremento de las labores de investigación permitirán aumentar las posibilidades de estudio de las relaciones establecidas entre la costa levantina y la Meseta. La importancia de la vía del Tajo como eje vertebrador de la neolitización de la Meseta viene avalado por los hallazgos de cerámicas cardiales en los yacimientos toledanos de La Paleta, Mesegar de Tajo y Olivar de Yeles, y en el madrileño de Verona II.

El trabajo conjunto de la Universidad de Valladolid y el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid ha deparado no sólo un buen trabajo de campo y un interesante Proyecto de Investigación, bien coordinado y dirigido, sino varias publicaciones, de muy correcta

ejecución, que sin duda deben ser incluidas, tanto por el interés de los datos que presentan como por las interpretaciones que manejan, como los mejores trabajos sobre Neolítico que se han llevado a cabo hasta la fecha en la Meseta. Estos trabajos, coordinados por Michael Kunst y Manuel Rojo Guerra, proponen una secuencia, primordialmente funeraria, basada en los datos arqueológicos y en dataciones radiocarbónicas obtenidas en varios yacimientos de la Provincia de Soria (Rojo Guerra y Kunst, 1999a; 1999 b; Kunst y Rojo Guerra 1999). Los autores empiezan a asentar el andamiaje de una secuencia basándose en una visión bastante global y amparándose en una explicación únicamente colonial clásica (Kunst y Rojo Guerra, 1999: 268), interesante y en parte fiable, pero que, como se verá más adelante, necesita de precisiones. De nuevo se habla de una implantación rápida, en la que el *paquete Neolítico* está perfecta y coherentemente establecido y en el que lo que más destaca es la entidad y conformación de las gentes que poblaban las zonas que presentan, aduciendo el manido vacío poblacional para sustentar la idea de rapidez en la implantación.

Respecto al megalitismo como parte del Neolítico, los nuevos postulados teóricos surgidos en la década anterior dieron lugar a reinterpretaciones de los ajueres incluidos en los sepulcros y estas revisiones favorecieron, junto a la homogeneidad y coherencia mostradas por las dataciones radiocarbónicas, la inclusión del fenómeno megalítico dentro de los compases cuando menos localizables en un impreciso momento *cronológico* de transición entre el Neolítico y el Calcolítico (González Cordero *et alii*, 1988; Bueno Ramírez, 1994: 91). Este trasunto ha motivado sin duda la acertada definición que del fenómeno como desarrollo neo-eneolítico hacen Delibes de Castro y Etxeberria (2002: 39).

Esta idea, generalizada ya a mediados de los años noventa, ha derivado en la inclusión del megalitismo dentro de los estudios sobre el Neolítico, viéndose este fenómeno como un proceso cultural derivado y ligado al Neolítico en las secuencias de la meseta (Delibes de Castro y Zapatero Magdaleno, 1995; Delibes de Castro *et alii*, 1997). No obstante, en los últimos Congresos de Neolítico de la Península Ibérica se acusa un notable descenso en la participación de comunicaciones sobre el megalitismo, quizás como un reflejo de los problemas que empieza a plantear el estudio conjunto de dos elementos ciertamente diferenciados.

En la cuenca del Tajo la perspectiva general del megalitismo tomaba forma después de los trabajos realizados por Primitiva Bueno Ramírez. Para esta investigadora, los materiales de algunos de los dólmenes localizados y estudiados con mayor profundidad no diferían mucho de los ofrecidos por los megalitos extremeños y portugueses, como muestran los ajueres de Azután o la Estrella, el primero de ellos con triángulos y trapecios microlíticos acompañados de algún fragmento cerámico almagrado (Bueno Ramírez, 1990: 128; 1991: 130), todo lo cual le lleva a esbozar la dependencia del foco de la Submeseta Sur, en la cuenca del Tajo, de las construcciones extremeñas y portuguesas. Una situación aparentemente similar fue documentada por Manuel Osuna Ruíz en la reexcavación del dolmen del Portillo de las Cortes, en tierras alcarreñas (Osuna Ruíz, 1975).

Años atrás a raíz de la elaboración de nuestra Tesis de Licenciatura, presentamos los rudimentos de una secuencia cultural basada en el modelo propuesto por J. Bernabeu para explicar la secuencia del Neolítico del sector alto del Tajo (Jiménez Guijarro, 1997; 1998). Este modelo, conforme ha avanzado la investigación aumentando los datos conocidos y las fechas radiocarbónicas, ha variado ligeramente (*Ibidem*, 1999) hasta convertirse en la secuencia que se presenta en esta obra y que, sin duda, nuevos hallazgos y el estudio de algunos yacimientos obligarán a remozar de algún modo.

Desde el comienzo de los trabajos que se condensan en esta obra, incluidas revisiones de materiales antiguos yacimientos, prospecciones y excavaciones arqueológicas, el interés ha estado centrado en el planteamiento ordenado de las cuestiones a tratar. Por ello y, a

pesar de la escasez de datos con la que se inició, uno de los puntos básicos fue el de tratar de establecer un panorama general de la Meseta antes de la implantación del Neolítico. Se mantenían entonces, como se mantienen ahora, más matizados, eso sí, los postulados coloniales, pues resulta evidente que, desechada por carencia de evidencias la hipótesis autónoma y, por absurda, la *generación expontánea*, el Neolítico del interior ha de proceder de algún lugar, pero sobre todo, tuvo que encontrarse en "su llegada" o con un vacío inmenso, algo que niegan las evidencias arqueológicas, o con tribus con las que tuvo que entenderse o enfrentarse.

Este es el jalón que tratan de establecer los últimos trabajos y en especial esta obra; un intento de análisis global de las evidencias y del Neolítico desde el punto de vista no sólo del período en sí, sino desde cuanto acontece inmediatamente antes y después del mismo. Sin duda la cultura, como desarrollo, no es una foto fija, congelada en un momento determinado por el tiempo *radiocarbónico*. El desarrollo cultural es un proceso fluido en el que tiene tanta importancia el momento álgido de la formación de un grupo determinado como el modo en que se desintegra una cultura previa hasta sincretizarse con la subsiguiente conformación cultural.

La globalidad a que hace referencia el epígrafe que abre esta sección debe entenderse, pues, no sólo como la amplitud del marco geográfico elegido y, por ello del estudio conjunto de desarrollos que pueden ser, de algún modo, diferentes. También debe entenderse esa globalidad como un intento holista de explicar el proceso de cambio cultural y la posibilidad de que los tiempos que utilizamos en nuestras interpretaciones tengan que someterse a una explicación relativa (Jiménez Guijarro, 2001) en lugar de tratar de explicarlos desde una postura absoluta, válida por el contrario para construcciones locales pero del todo inútil en una interpretación más general.

Tenemos el firme convencimiento y, es algo sobre lo que ya hemos reflexionado en capítulos anteriores, de que estamos a las puertas de la sucesión de cambios notables dentro del campo de los estudios prehistóricos. Nosotros no alcanzaremos a zanjar, ni siquiera a delimitar, tal vez, estas cuestiones con nuestro trabajo, pero sí creemos que es el momento, lejos de modas o efectos pendulares, de acercar nuestra disciplina a la verdadera concepción de la ciencia. No es esta una postura ni una visión acomplejada, sino que consideramos es parte de una reflexión madurada en torno a las diferentes posturas que empiezan a perfilarse, lejos de la mera formulación filosófica o conceptual, en el seno de la disciplina prehistórica.

LA CONFIGURACIÓN DEL SUBSTRATO INDÍGENA

1. ELEMENTOS DE CARACTERIZACIÓN DEL EPIPALEOLÍTICO Y MESOLÍTICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Para efectuar una correcta sistematización del Epipaleolítico y Mesolítico del interior peninsular resulta necesario acercarse, de modo previo, a los acontecimientos culturalmente afines que sucedieron, de un modo sincrónico o no, en las diferentes áreas que circundan la Meseta. El uso de este tipo de estrategia investigadora reside en la necesidad de articular propuestas globales que analicen un espacio concreto desde el punto de vista de su pertenencia a un espacio mayor y al que se encuentra -en todos los casos- inherentemente unido.

Esta unidad espacial o *territorial* no implica de por sí una simbiosis de desarrollos entre cada una de las áreas ya que estos, como acontecimientos históricos, se encuentran supeditados a un conjunto global de relaciones que, amparadas en la naturaleza física del territorio, parecen acercar los desarrollos de unas regiones más a unas zonas que a otras. Este conjunto de relaciones se encuentra en la base de un complejo fenómeno de etnogénesis que se puede perfilar desde este momento, si no con anterioridad y que pudo ser el fundamento de identidades tribales/grupales que reapareceran o cobrarán fuerza con el paso de los siglos.

Por ello y redundando, tal vez, en lo explicitado por numerosos especialistas, no se puede analizar una región -en definitiva un territorio- sin imbricarlo e incardinarlo en los sucesos y desarrollos de las áreas limítrofes. Del mismo modo tampoco debe caerse en la tentación de convertir el área de estudio en un *centro mundial*, en el *omphalos terrae*, concepto del que partieron y aún parten muchos estudios históricos, pues sin duda es este uno de los mayores lastres que arrastran algunos buenos estudios acompañados de un desafortunado enfoque de partida.

Si de lo expuesto en estas líneas se deduce una incardinación espacial o territorial existente más allá de las limitaciones necesarias en un trabajo de la índole del que se presenta, algo similar debe exponerse y defenderse para los desarrollos históricos. Los pueblos son la suma de sucesos -cerca de esa idea del *hecho* al que hace referencia la Teoría de la Relatividad- que conforman todos los desarrollos históricos que les han precedido. Por ello resulta difícil explicar un desarrollo histórico, concreto o puntual, sin realizar un exhaustivo análisis previo de la base humana y cultural sobre la que este se ha formado. A menudo esta labor, presente ya en casi la totalidad de las obras de carácter histórico, se solventa con una mera presentación *pública* de lo acontecido unos siglos antes del periodo a estudiar.

En el caso del proceso de neolitización, el retroceso necesario es más amplio y lleva hasta los momentos finales del periodo Tardiglaciario. Esto se debe a que en ese periodo la constitución de los grupos humanos en tribus o clanes de cazadores les hacía partícipes del disfrute de una territorialidad estrechamente ligada al desarrollo de las actividades, principalmente cinegéticas, que les servían de soporte económico o subsistencial (Moure

Romanillo, 1994; Rozoy, 1998) Estos territorios de caza o aprovechamiento del medio serán los que se mantengan, con ligeros cambios, hasta la etapa inicial del Holoceno, momento en el que los reajustes climáticos obligaron a los pobladores de la Península Ibérica a adecuar a su vez su dieta -quizás no del modo tan drástico como se ha querido mostrar en ocasiones- y con ello sus territorios dentro de un proceso escalonado de optimización en el aprovechamiento del medio unido a la generalización de pautas económicas de amplio espectro.

No nos cabe la menor duda acerca del traumatismo de este proceso. Ahora bien, que fuese traumático no tiene por qué suponer que también fuese trágico o dramático, en el sentido catastrofista que algunos autores han supuesto. La vida continuó adelante. Compete a los prehistoriadores estudiar cómo y mediante qué estrategias de supervivencia. Ese es el verdadero fin de nuestra ciencia.

Esta reorganización no debió afectar, empero, a todas las áreas por igual, sino que pudo efectuarse siguiendo un modelo fitoclimático, similar al actual, tal y como se ha indicado en el apartado dedicado a la Paleoclimatología del Holoceno. De este modo, partiendo de una hipotética zonación fitoclimática puede concluirse que las áreas del Norte y Noroeste peninsular debieron ser áreas de refugio de ciertas especies animales y vegetales y con ello de eventuales grupos de substrato cultural Paleolítico. En cierto modo la orografía, tanto del interior como de la mayor parte de la línea de costa del área cantábrica sirvieron como elementos favorecedores de este *aislamiento* que, como se verá se pudo deber más al arraigo de las culturas de substrato y en cierto modo al fácil sostenimiento de un tipo de vida cazador- recolector que a verdaderos condicionantes fisiográficos. Por otra parte, la presencia en esta zona de los mejores ejemplos de mantenimiento y evolución propia de industrias vetustas, e incluso su fuerte regionalismo (Fano, 1997), como tendremos ocasión de ver a lo largo de este capítulo, forman parte de una notable evidencia arqueológica que valida el modelo de *áreas refugio*.

Ahora bien, ¿existieron tan sólo estas áreas refugio?. La paleoclimatología, la paleobiología y las evidencias fósiles asociadas a algunos yacimientos parecen ofrecer una respuesta negativa. Así, se han articulado, para explicar estas evidencias, modelos que señalan la existencia, durante la prehistoria, e incluso hoy en día, de otras áreas refugio de menor tamaño (Sánchez Marco, 2002)

La existencia, cuando menos de una sola de estas netas diferenciaciones culturales en áreas próximas a la Meseta, así como la misma realidad física del espacio estudiado, que implica al menos dos grandes zonas fitoclimáticas y áreas geográficas también diversas, justifica la necesidad de analizar de un modo exhaustivo y minucioso el registro correspondiente a las áreas vecinas. Si a esta necesidad unimos la inexistencia de una verdadera sistematización del Epipaleolítico y el Mesolítico del interior de la Península Ibérica (Alday, 2002) y, por tanto la imprecisión de la correcta atribución del substrato sobre el que se produjo el proceso de neolitización, se hace aún más precisa y útil la labor de retrospectiva histórica. Por ello, consideramos que la labor previa a la presentación del proceso de aculturación/colonización que conllevaría el Neolítico, es la de coordinar de modo preciso el substrato o substratos culturales sobre los que se cristalizó o pudo cristalizar el nuevo periodo cultural objeto de estudio. No es válido indicar, como se ha venido haciendo en reiteradas ocasiones, la existencia de un vacío de evidencias correspondientes a los grupos de cazadores y recolectores para, de forma inmediata, retomar la cuestión de la génesis del Neolítico meseteño debido a un proceso de implantación en territorios vírgenes.

La falta de evidencias no excusa, en ningún caso, la imperiosa necesidad de buscarlas. Tan sólo puede denominarse el inicio del proceso de transición a la economía de producción de uno u otro modo con la certeza de un exhaustivo registro de las evidencias arqueológicas disponibles y un no menos riguroso programa de búsqueda de aquellas evidencias con las que no contamos. Si una vez buscadas, éstas evidencias siguen

mostrándose reticentes a aparecer, entonces sí estaremos en condiciones de establecer la existencia de un vacío, hiato o discontinuidad en el poblamiento.

Comenzaremos por tanto esta exposición a través de una breve sistematización de las explicaciones aducidas a lo largo de los años para el estudio de esa etapa epílogo del Paleolítico de los grandes cazadores y santuarios cantábricos -cada vez más comunes en las áreas del interior de la Península Ibérica- y prólogo de la generalización de un modo de vida campesino. Tras ello realizaremos un breve pero necesario bosquejo de los principales desarrollos de los grupos cazadores-recolectores en la Península Ibérica que, a modo de síntesis, permita establecer las líneas directrices de la exposición que en capítulos posteriores abordaremos sobre la génesis de la economía de producción en el sector meseteño.

Corresponde el privilegio de iniciar esta síntesis al área peninsular cuyos descubrimientos contribuyeron de forma decisiva y, aún siguen haciéndolo, al completo estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras mesolíticas. Un área que a menudo y, a nuestro entender de forma errónea, ha sido tomada como el paradigma explicativo del Epipaleolítico y Mesolítico peninsular, pero a la que no se puede negar la importancia de su registro arqueológico, ni de su correcta investigación.

1.1 Fachada levantina

La sistematización del Epipaleolítico y Mesolítico de la amplia zona del Este de la Península Ibérica debe ser realizada desde la perspectiva del antes y el después de los trabajos de Fortea. Esto se debe no solo a que las tesis de este investigador terminasen de aclarar la cuestión de un periodo transicional de gran complejidad sino porque su trabajo permitió ordenar y secuenciar, de modo más o menos acertado, este periodo en una obra global (Fortea, 1973)

Luis Pericot ya había propuesto entre 1940 y 1950 una división trifásica del Epipaleolítico de modo que, partiendo de una fase contemporánea al Magdalenense y que denominó Epigravetiense, se desarrolló en gran parte de la Península Ibérica el Epigraveto-capsiense, una industria de geométricos aparentemente importada del Capsiense Norteafricano que culminaría en la neolitización, en torno al VI milenio BP de ese substrato geométrico.

Esta explicación *colonizadora* dada para las industrias geométricas peninsulares originó un acalorado debate en torno a las tesis africanistas enfrentadas a las europeístas para explicar el proceso de geometrización de las industrias microlíticas del Paleolítico Superior Final. Las Tesis africanistas habían sido gestadas por Obermaier (1925) y continuadas por Bosch Gimpera (1932), Vilaseca (1934), Fletcher (1939), inicialmente Almagro (1940), Bosch (1944), Pericot (1942) y Martínez Santa-Olalla (1946), seguidos más adelante por Jordá (1953;1954) y Clark (1936;1958), sin duda uno de los máximos exponentes de esta teoría. Sin gran dilación, estas tesis africanistas fueron contestadas, unas veces con mayor acierto, como hizo el propio Obermaier al situar de nuevo su opinión (1934) y otras con menos, como es el caso de Mencke (1940), el contradictorio Barriere (1956) o Balout (1955) para quien la existencia de navegaciones marítimas pre-neolíticas era poco menos que imposible. Otros investigadores como Vaufray (1955) pensaban que los contactos tan sólo pudieron establecerse en sentido Norte-Sur, postura que siguió, tras reposicionar su planteamiento, Almagro Basch (1958) Jordá, como otros colegas, de una postura africanista establecida en 1953 pasó a un replanteamiento ligero que mantenía la existencia de un *flujo y reflujo* en sentido Sur-Norte y Norte-Sur (Jordá, 1954) que terminó por situarlo en las tesis europeístas (1955;1956) estableciendo una secuencia que sería la base del posterior trabajo de Fortea.

En relación con las propuestas africanistas muchos investigadores españoles, debido sin duda a la precariedad de medios y a la falta de información reinante en aquellos años en

España, desconocían la labor exploratoria desarrollada por Ladislaus E. Almásy en el desierto de Libia a la búsqueda incansable del mítico oasis de Zarzura. Este investigador, movido por la lectura de la obra de Hassanein Bei que relataba los viajes realizados en 1921 y 1923 al oasis de Kufra y al área de Karkur Talh, donde halló las primeras pinturas rupestres del desierto de Libia, descubrió, en 1932-1933, en el *uadi* Sora, el “Valle de las imágenes”. Dentro de este valle localizó la famosa Cueva de los Nadadores que dio a conocer, junto a sus primeras interpretaciones de un África fértil que se fue paulatinamente desecando, en su obra *Az ismeretlen Szahara* (Almásy, 1934), investigación que amplió en sucesivos trabajos (Almásy, 1936; 1939). Es normal que estas obras, la primera de ellas publicada en húngaro en Budapest, no llegasen a las manos de los investigadores españoles, pero menos plausible resulta el que no llegasen las posteriores o el trabajo de Frobenius (1934), africanista que haciendo gala de escaso pudor se atribuyó las interpretaciones e incluso el hallazgo realizado por el mismo Almásy.

Llamamos la atención sobre este extremo puesto que Almásy, autor riguroso que sin embargo no ha sido recogido en la bibliografía en casi ninguna ocasión y, a había señalado en 1934 la posibilidad de que el cambio climático que afectó al continente africano hubiese obligado a las tribus, en una etapa antigua de la Prehistoria, tal vez anterior a la aparición de la ganadería de bueyes (etapa neolítica), a emigrar hacia el Norte, hacia las costas del Mediterráneo. Por tanto, resulta chocante que las tesis africanistas no se apoyasen en estos trabajos, o en los más recientes de Rhotert (1952) para avalar una hipótesis “colonizadora/ aculturadora” procedente del Norte de África que, curiosamente, contaba con la aquiescencia del proceso de mejora climática -para los habitantes de África, sin duda, empeoramiento- como garante de su obligado exilio en busca de mejores tierras, o cuando menos de áreas más habitables. Retomaremos más adelante este tema que no obstante es obligado resaltar de cara a la necesidad de revalidar, no la totalidad, pero sí una parte de las “viejas” teorías africanistas.

El debate, de este modo, quedaba centrado especialmente en el marco explicativo del origen del proceso de geometrización de las industrias líticas, lo que más adelante se conocería como Mesolítico, sin el planteamiento global, excepto algunas excepciones entre las que cabe señalar la postura de Jordá (1954), que implicaba la necesidad de establecer la realidad de esos dos mundos que parecía plasmar el Epipaleolítico europeo y mediterráneo. El primero heredero o garante de los esquemas de vida plenamente cazadores y, el segundo aparentemente ligado más al origen o difusión de un modo de vida más mesolítico, dentro del concepto de caza y recolección altamente especializada. Se vanalizaba y, aún se sigue haciendo, el mundo atlántico que, por norma general, ha sido explicado siempre como una extensión del poniente europeo –en su momento epipaleolítico- y del mediterráneo –en su momento mesolítico-. Pobre reducción de los hechos que precisa de serios y urgentes replanteamientos.

Siguiendo con la revisión del conjunto de interpretaciones anteriores al estudio sistemático efectuado por Fortea, las principales posturas, incluida la de éste último, pueden resumirse en los siguientes esquemas explicativos básicos:

Pericot (1942)- Epigravetiense (base)	
Substrato Epigravetiense	contemporáneo a Magdaleniense
Epigraveto-capsiense	industria capsense importada del Norte de África (microlitos geométricos)
Neolitización	sobre industrias geométricas (VIII milenio BP)

Jordá (1949)- Unidad de substrato	
Epipaleolítico o Capsotardenoisiense	Capsiense Final= Tardenoisiense francés= Aziliense cantábrico
Facies	
1) microlaminar	2) geométrica
Epigravetiense microlítico - hojitas de dorso	Mesolítico geométrico
-Epigravetiense I (sincrónico al solutreo-gravetiense y Magdaleniense I y II)	-Mesolítico I nivel inferior de la cueva de La Cocina
-Epigravetiense I a persistencia de la punta de muesca solutrense tallada con técnica Gravetiense	-Mesolítico II nivel medio de la cueva de La Cocina
-Epigravetiense I b abundancia de hojitas de dorso. Tendencia al microlitismo. Fuerte influencia Magdaleniense	-Mesolítico III nivel superior de la cueva de La Cocina. Dará paso al Neolítico desde un ambiente puramente mesolítico
-Epigravetiense II sincrónico a Magdaleniense III y IV. Aumento de microraspadores y hojitas de dorso	
-Epigravetiense III sincrónico al Magdaleniense V y VI e inicios del Mesolítico. Enraza con el Neolítico. Continúan las hojitas de dorso y aparecen algunas microgravettes	
facies levantina continuidad de elementos anteriores (indígenas)	facies capsense: introducción de elementos geométricos de origen Capsiense. Enlaza con la fase del Mesolítico geométrico
3) Neolítico	
Costero cerámica cardial y escasos geométricos	Interior sin cardial y numerosos geométricos

Fletcher (1950)- Dualismo étnico-cultural (localista)	
Mesolítico I valenciano contemporáneo al magdaleniense de Parpalló= epigravetiense	Mesolítico II valenciano Mesolítico Pleno // Desarrollado en zonas montañosas (interior) // Paralelo al Mesolítico I.
Constituye la base de la neolitización de las tierras del interior. No llega la cerámica cardial, habiendo sólo cerámica incisa.	Neolitización costera sobre base Mesolítico I (sin cambios de industria) No hay geométricos. El cardial llegado por vía marítima y estos serán los autores del arte levantino.
El geometrismo = elemento serrano (interior-indígena)	

Será a lo largo de los años 70 cuando el decidido estudio de los conjuntos epipaleolíticos y algunos Neolíticos de la Península Ibérica lleve a un brillante doctorando de la Universidad de Salamanca a sistematizar una amplia cantidad de datos que darían lugar a una de las obras claves del estudio del proceso de evolución de los grupos de cazadores-recolectores de la Península Ibérica. Los planteamientos de este investigador pueden resumirse, al igual que hicimos con los que le antecedieron, de forma sencilla en el siguiente esquema:

Fortea (1973)	
Epigravetiense = epipaleolítico microlaminar	no es contemporáneo del Magdaleniense, sino sucesivo y derivado de él
-Abandono de las tesis africanistas -El substrato geométrico persiste hasta el calcolítico en varias zonas	
-Complejo Microlaminar: Se desarrolla desde el Magdaleniense (Facies Mallaetes y St. Gregori) (XII Milenio BP- VIII Milenio BP) -Facies St. Gregori: Estructura Aziliense (proximidad de Francia) Abundancia de raspadores, principalmente sobre lasca y dimensiones casi macrolíticas. Índice de buril prácticamente inexistente, igual que el de perforadores y útiles compuestos. Las hojitas de dorso, muescas y denticulados están bien representados. Los geométricos están representados en pequeño número.	
ST. GREGORI	FASE A: Sant Gregori nivel 1 y 2
	FASE B: Sant Gregori 3-4 y 5. L' Areny y Pinar de Tarruella.
	FASE C: Estrato VI de Filador (Vilaseca) (estratos 8 y 9 del SERP)
-Facies Mallaetes Desarrollada desde el final del Magdaleniense Final al Neolítico Antiguo. Menor índice de raspadores y mayor de buriles que en la etapa anterior, pero siempre favorable a los raspadores. Fuerte presencia de hojitas de dorso. Tipos fundamentales: raspadores y hojitas y, en menor grado el buril.	
MALLAETES	FASE A: Capas "Epigravetienses" del Volcán del Faro, entre los niveles de triángulos escalenos (Magdaleniense) y los niveles cerámicos.
	FASE B: Capas acerámicas de Mallaetes.
	FASE C: Capas con fragmentos de Cardial de Mallaetes.
-Tercer complejo industrial Compuesto por una serie de industrias en las que se observa un buen desarrollo microlaminar, con hojitas de dorso y triángulos escalenos alargados. Buena representación de buriles. Filiación Magdaleniense. Para Muñiz (1997: 184) serían industrias puramente magdalenienses antiguas.	
-Complejo geométrico: Reconoce Fortea dos complejos industriales que se continúan en el tiempo, diferenciados según sea su elemento caracterizador el trapecio o el triángulo.	
-Base triangular- (sauveterroide)- Industrias tipo Filador.	-Base trapezoidal- (tardenoide o sauveterroide final con trapecios): Industrias tipo Cocina
-Facies Filador o sauveterroide- (fin X y IX Milenio BP) Equilibrio tipológico entre raspadores, hojitas de dorso, muescas, denticulados y microlitos geométricos. Estos son fundamentalmente triángulos y algunos segmentos, nunca trapecios . Se caracterizan por su pequeño tamaño, se describen como pigmeos. Aparece utillaje macrolítico, nucleiforme y denticulado que invadirá la industria a la vez que desaparecen las hojitas y los geométricos. Esto crea un complejo industrial radicalmente distinto que pone el punto final a esta facies. Niveles V y VI (o estratos 7 y 8) de Filador.	-Facies cocina o tardenoide- (Fin VIII y ½ VII Milenio BP) Similar a la facies anterior, si bien el dominio corresponde a trapecios siendo escasos los triángulos.
	-Acerámicas
	-FASE A (Cocina I): Cueva de la Huesa Tacaña. El 70 % de la industria lo componen muescas y denticulados junto a geométricos (trapecios) VIII Milenio BP
	-FASE B (Cocina II): Sol de la Piñera. Útil tipo, el triángulo con ápice triédrico o espina central tipo Cocina que deriva de la forma industrial trapezoidal.
	-Cerámicas
	-FASE C (Cocina III): Aparece la cerámica cardial junto a los semicírculos, segmentos y hojitas de tipo Cocina (apuntadas y con espina central) Inicio en el 6500 BP. -FASE D (Cocina IV): Cerámica peinada. Se generaliza la técnica de retoque a doble bisel en los segmentos y las medias lunas.

A pesar de que el modelo propuesto por Fortea superaba con creces los planteados con anterioridad, el avance de la investigación ha permitido ampliar el conocimiento de algunos yacimientos y derivado de ello, la matización de algunas de las propuestas de éste autor. Todas estas matizaciones ayudan a mejorar la comprensión, por lo general del aspecto meramente material o tecnológico, de la evolución del substrato cazador-recolector y su transición hacia la generalización de la producción de alimentos.

Algunas de las recientes opiniones contrarias a las propuestas de Fortea señalan la posibilidad de que no sea factible diferenciar Magdaleniense Superior Final y Epipaleolítico como realidades culturales diferentes (Muñiz, 1997: 186; Aura y Pérez Ripoll, 1992). De este modo, el grupo del Magdaleniense Superior mediterráneo, en contra de lo que señalaba Fortea, presentaría notables semejanzas con los tecno-complejos del Epipaleolítico Microlaminar. Esto redundaría, a nuestro entender, en favor de la existencia de una homogeneidad industrial -y entendamos que tal vez cultural- en todo el territorio de la Península Ibérica en un momento anterior a la fase de geometrización de las industrias líticas. Así, sin muchas dudas, podríamos decir, como ya se ha señalado en alguna otra ocasión (Jiménez Guijarro, 1997; 1998; Muñiz, 1997: 186), que yacimientos como Verdelpino, Chaves, Matutano, Tossal de la Roca o Nerja podrían englobarse dentro del Epipaleolítico Microlaminar, fechado genéricamente, según Fortea (1973), en 10.370 +/- 150 BP en Mallaetes VII, momento en el que culminaría el Magdaleniense Superior mediterráneo, ofreciendo un curioso solapamiento de fechas (Aura y Pérez Ripoll, 1992) que deja de ser extraño a la luz de lo expuesto en los enunciados básicos de nuestra teoría (TRH).

De un modo genérico los rasgos industriales característicos del Epipaleolítico se corresponderían con altos índices de raspadores, caídas del índice de buriles, frecuencia moderada (<20%) del índice de hojitas y enriquecimiento de las truncaturas, muescas-denticulados y piezas retocadas. Declina el arte mueble y la industria ósea. No obstante, esto no siempre se cumple, lo cual permite pensar que en los casos en los que no se cumpla estamos ante un mismo complejo industrial que mantiene, por razones culturales tal vez, elementos industriales de substrato de la etapa anterior.

Esta quiebra de algunos elementos que conformaban el conjunto explicativo de Fortea llevó a algunos investigadores a seguir las líneas de investigación que quedaban de nuevo abiertas, principalmente en el área levantina. Entre ellos puede destacarse la labor de Valentín Villaverde, quien trató de sistematizar el Magdaleniense Mediterráneo (Villaverde, 1984) del siguiente modo:

- Villaverde (1984)	
-Magdalenienense Inferior = Magdalenienense I y II clásico	
	Predominio de raspadores sobre buriles. Pocas hojas de dorso y gran cantidad de piezas con retoque continuo. Aparecen azagayas cortas con decoración lineal o en espiga.
-Magdalenienense Medio = Magdalenienense Medio francés = Magdalenienense III y IV clásico	
	Aumento de buriles e industria microlítica. Escasez de piezas con retoque continuo. Aparecen triángulos , azagayas con retoque a doble bisel, varillas plano-convexas y protoarpones.
-Magdalenienense Superior (desde 14000 BP)	
	El índice de buril es superior al de raspadores. Dominan los buriles diedros. Abundan las hojitas de dorso y los triángulos escalenos ceden su lugar a las hojitas truncadas. Aparecen los arpones de hueso. Puntas de doble bisel y doble sección angulosa. Incremento de técnica microlaminar. Aparecen puntas de dorso y truncatura, puntas truncadas, puntas de dorso y denticulación (Aura, 1992). Puntas de hueso de diversa morfología, agujas y anzuelos rectos de secciones fundamentalmente cuadradas. Amplia difusión a lo largo de toda la costa Mediterránea desde Gerona hasta Málaga, con penetraciones en el interior (Cacho, 1989) destacando Matutano, Parpalló, Cendres, Tossal de la Roca, Mejillones, Caballo, Algarrobo, Hoyo de la Mina y Nerja.
Se han distinguido tres horizontes (Aura 1988; 1995):	
-Magdalenienense Superior A (inicial)- (XIV Milenio BP)	
MSA	Rasgo más significativo: conjunto de triángulos y hojitas truncadas. Parpalló-Talud capa 4 y base de Matutano IV (Aura, 1995)
-Magdalenienense Superior B (pleno)- (XIII-XII Milenios BP)	
MSB	Es un Magdalenienense con triángulos y arpones. Equilibrio en los índices raspador-buril favorable a los buriles. Aparecen triángulos - hojitas escalenas. Arpones y anzuelos rectos (Aura, 1995)
-Magdalenienense Superior C (1/2 XI Milenio BP)	
MSC	Es considerado de transición hacia el Epipaleolítico (Aura, 1995). Existe un equilibrio total entre raspadores y buriles. Utillaje microlaminar más estereotipado. Reducción considerable del utillaje lítico (Aura y Villaverde, 1995). Los conjuntos que sin arpones presentan un utillaje microlaminar de menor variedad, perdiendo entidad los buriles frente a raspadores (Matutano IIB y Tossal I-int.) (Muñiz, 1997: 188). En los niveles de transición al Epipaleolítico están bien representadas las hojas de dorso y las muescas y denticuladas.

Por su parte, otros núcleos de investigación han abogado por plantear nuevas sistematizaciones, como la que mantiene Muñiz (1997: 189), que parte, siguiendo a Cacho (1989), de la propuesta de dividir el Magdalenienense en dos fases netamente diferenciadas, una con arpones y otra sin este característico útil de hueso. En éste último caso, que es en sí el que más nos interesará de cara al estudio posterior de la Meseta ya que pudo ser el representante del Magdalenienense de esta zona interior de la Península Ibérica, aparecen otros elementos de industria ósea, como azagayas, agujas y punzones. La industria lítica es ciertamente heterogénea, pudiendo ser los buriles más numerosos que los raspadores y los porcentajes de hojitas altos. Los yacimientos de la Península Ibérica incluidos en esta fase serían Cova del Parco, Tossal de la Roca, Hoyo de la Mina y Volcán del Faro. Por lo demás son escasas las modificaciones que se han realizado sobre la sistematización de Fortea, salvo quizá alguna matización acerca de yacimientos puntuales como Mallaetes (Martí y Juan-Cabanilles, 1997)

1.2 El Alto Aragón

Desde el Tardiglacial y coincidiendo con la paulatina mejora climática acaecida en el inicio del Holoceno, parece atisbarse en el área aragonesa la aparición de nuevos establecimientos de hábitat así como la multiplicación del número de asentamientos que algunos autores han interpretado como la evidencia de una ligera expansión demográfica (Andrés, 1998). Esta expansión parece proceder de territorios vecinos (Cava, 1994) lo cual podría poseer una significación territorial en relación con demarcaciones tribales. La cuenca del Ebro, en virtud del estudio de los yacimientos realizado por Cava (*Ibidem*),

puede ser dividido en tres áreas: el Bajo Aragón, la vertiente Sur del Pirineo y la cuenca alta del Ebro.

Uno de los datos que más llama la atención es la práctica ausencia de yacimientos sauveterrienses clásicos cuyo vacío *cronológico* queda cubierto por la presencia de perduraciones culturales e industriales aziloides -hasta avanzado el IX milenio BP- preferentemente en las zonas del Alto Ebro y estribaciones pirenaicas y, por yacimientos en los que predominan componentes industriales denticulados que se encuentran perfectamente localizados en las tres áreas señaladas en los yacimientos de Costalena, Pontet y abrigo del Ángel (Bajo Aragón); Forcas (Pre-Pirineo) y Kanpanoste Goikoa (Alto Ebro) (Cava, 1994: 87)

A fines del IX e inicios del VIII Milenio BP comienza el proceso de *geometrización* de las industrias. Este proceso, si atendemos a las fechas radiométricas, parece incidir en primer lugar en el área occidental (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 239) y estar caracterizada por la presencia masiva de trapecios con retoque abrupto desde el VIII milenio BP.

En el área aragonesa, el estudio de los datos referentes a yacimientos epipaleolíticos y mesolíticos parece señalar la existencia de dos focos de relación netamente diferenciados en lo que a materiales arqueológicos se refiere. No resulta muy complicado elaborar, partiendo de estos datos iniciales, un esquema de dispersión aplicable a contactos entre diferentes grupos; estudio que debe estar encaminado principalmente a la demarcación de áreas de influencia e interacción y al establecimiento de territorios tribales (Rozoy, 1998) Si bien esta propuesta es atrevida, resulta digno de señalar que no sólo en ésta zona de la Península Ibérica pareció existir una dinámica de relaciones grupales/culturales que dibujan una diferenciación bastante evidente entre un *mundo* mediterráneo y otro atlántico. Esta diferenciación, a nuestro entender, supone la base de estudio de las diferencias culturales que a partir del proceso de neolitización se acentuarán debido a un paulatino y desmesurado crecimiento de las identidades culturales no sólo en la Península Ibérica, sino en la totalidad del continente europeo y en buena parte del continente africano. Por todo ello debe prestarse atención a estas diferenciaciones regionales de cara a analizar no sólo el por qué de su establecimiento, sino para tratar de comprender cómo afectaron a las tierras del interior.

Conforme a la bibliografía y los estudios especializados del área aragonesa, los yacimientos del Bajo Aragón presentan un desarrollo similar a los de la vertiente mediterránea caracterizados por Cocina. Por su parte los yacimientos enclavados en el área pirenaica -Zatoya, Margineda y Aizpea- parecen más relacionados con el Sur de Francia (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 239) El Alto Ebro presenta aún un escaso desarrollo en la investigación, pero los datos manejados en el Abrigo de la Peña parecen señalar una clara relación con el Bajo Ebro y por consiguiente con el área levantina.

No puede dejar de llamarse la atención acerca de la navegabilidad discontinua del río Ebro, teniendo en cuenta la existencia de rápidos en el sector de Gandesa, así como de la posibilidad de que éste río jugase un papel primordial en la comunicación costa-interior, funcionando como eje de comunicaciones más rápidas que las efectuadas tierra adentro. Por ello, si esta relación vía comunicación fluvial, partió del área de desembocadura del Ebro, tal y como parece, resulta necesario contar con la posibilidad de que algunas áreas del alto Ebro presenten características netamente mediterráneas aún cuando en algunos casos se encuentren en zonas en las que, fuera de la estricta y directa relación con el río Ebro, el *ambiente* cultural sea notablemente diferente.

Cava habla en su trabajo de la *mesolitización* de la cuenca del Ebro y, es este un concepto de enorme interés y en el que fundamentamos la presentación de la hipótesis de sincronía de la segunda geometrización de las industrias y la neolitización del interior (Jiménez Guijarro, 1997; 1998), tema sobre el que regresaremos en apartados

siguientes y que, a nuestro entender, condicionó el desarrollo posterior de la neolitización no sólo del interior peninsular, sino de la mayor parte de la Península Ibérica. Esta *mesolitización* vendría señalada por la geometrización de las industrias líticas desde el IX milenio BP y representaría un modo de vida bastante diferenciado del que se desarrolló durante el final del Paleolítico Superior. Estas diferencias serían notables en lo que se refiere a los patrones de ocupación del territorio, áreas de hábitat y explotación integral de los recursos naturales, algo que señalan otros autores para el Mediterráneo Occidental (Kozłowski y Otte, 1997: 27), para explicar las diferencias entre lo Iberomauritano y lo capsense (Ferhat, 1997: 70), para apoyar las tesis de navegación en época paleolítica (Otte, 1997: 30) o, dentro del área peninsular, para explicar las diferencias entre algunos conjuntos portugueses (Bicho, 1997: 216; Marks y Mishoe, 1997: 226). Detrás de esta conceptualización se encuentra la evidencia de llegada de grupos procedentes de territorios inmediatos (Cava, 1994). Esta facies industrial, como veremos, se encuentra desde entonces ampliamente distribuida por toda la Península Ibérica, desde las costas mediterráneas -Cocina o Tossal de la Roca-, el interior de Andalucía -Cueva del Nacimiento-, interior de la Meseta -Cueva de la Vaquera y Verona II- y el área atlántica -Concheros del Muge-, siendo ésta última, a nuestro entender, la base de substrato presente en los conjuntos materiales iniciales del fenómeno megalítico, tal vez, como tendremos oportunidad de analizar, como representación de las flechas de las tribus de arqueros en liza con los grupos neolíticos, todo ello en un proceso paulatino de enfrentamiento étnico pero también territorial.

En algunos sectores este proceso, dentro de los que denominamos segunda fase de geometrización, pudo tener lugar en momentos sincrónicos a la neolitización, con lo que el cambio industrial en lo lítico se produciría de forma conjunta con el cambio cultural.

Serán estas poblaciones, sometidas al proceso de *mesolitización* o *geometrización*, según se adopte un concepto cultural o meramente industrial, las que actúen como base del desarrollo posterior de neolitización, reconociéndose en muchos casos la continuidad de la ocupación y los conjuntos industriales entre ambos grupos, caso por ejemplo de los enclaves de Verona II o La Ventana. Debemos recalcar aquí un dato que ha de ser valorado en su justa medida y que hace referencia a que si admitimos la anterioridad del proceso de mesolitización o geometrización al de neolitización, a pesar de que no sea de gran importancia el componente cronológico, sí estamos admitiendo la existencia de un proceso de sustitución industrial e incluso, a ojos de algunos investigadores cultural (Cava, 1994); proceso que equivaldría al desarrollo de una aculturación/colonización previa a la neolitización. Esto tal vez lleve, como señalaremos más adelante, a la necesidad de matizar términos tan rígidos como el que hace referencia a las características indígenas del substrato y que tal vez impliquen aceptar que el proceso de sustitución cultural y tal vez étnica, deba centrar su origen en un momento algo más de un milenio anterior a esa neolitización, siendo este proceso el delator de una etapa avanzada de un proceso más antiguo.

Sobre esta base *mesolitizada* se dejará sentir excepcionalmente una neolitización temprana en algunos yacimientos, especialmente en Chaves y Olvena y posteriormente Miranda, Puyascada y Forcón, relacionadas sin duda con el núcleo de expansión primigenia ligado directamente a la cuenca del Ebro. No obstante, la práctica común será la neolitización tardía del área aragonesa. Por las evidencias con las que contamos, las innovaciones serán principalmente industriales, manteniéndose como sistema de explotación del medio el puramente mesolítico (Cava, 1994: 88), sin duda representando una perfecta adecuación de los desarrollos industriales y culturales mesolíticos al área en la que se enclavaron. Esta es, a nuestro juicio, una evidencia más de la escasa receptividad de los grupos de substrato que habitaron las áreas óptimas y de refugio del Norte de la Península Ibérica ante el avance neolitizador y, como se irá viendo, una dinámica reiterativa en la mayor parte de las áreas peninsulares. Se adquieren algunas novedades industriales y técnicas pero dentro de un desarrollo plenamente indígena, al menos en los momentos iniciales del proceso. Queda manifiesto que la dualidad existente

entre grupos Neolíticos alóctonos, generalmente costeros y, el proceso de neolitización basado en la aculturación del substrato local epipaleolítico/mesolítico es cada vez más notable (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 240), diferenciando netamente dos mundos contrapuestos que, en ocasiones, entraron en conexión y tal vez en conflicto dentro del más puro esquema dualista defendido por la Escuela Valenciana.

En el Alto Aragón encontramos un yacimiento Neolítico *puro* de excelencia, la Cueva de Chaves, que parece no sostener ningún tipo de relación con el substrato epipaleolítico/mesolítico previo. No obstante, las investigaciones desarrolladas en el yacimiento de Forcas II (Utrilla y Mazo, 1993-1994) han permitido mostrar la existencia, en zonas próximas a Chaves, de evidencias, al menos industriales, de ese substrato. De este modo, si existía el substrato previo y la implantación de un Neolítico puro – a modo de colonia-, autores como Martí y Juan-Cabanilles (1997: 240) o Rodanés y Ramón (1995: 124) señalan la posibilidad de que existiese en el Alto Aragón esa dualidad cultural que explicase dos modelos diferentes de neolitización. Una, la neolitización aculturadora directa como verdadero proceso de aculturación, basado en esquemas de contacto más o menos directo y continuado entre los grupos epipaleolíticos y Neolíticos y, otra plena y puramente colonizadora, que daría lugar al establecimiento de grupos Neolíticos *ex-novo* e incluso a un matizado fenómeno de sustitución ligado primordialmente a las áreas ocupadas por los grupos productores. De este modo, Chaves sería el yacimiento Neolítico por excelencia, concebido como un enclave de implantación, directamente relacionado con el litoral levantino y del que partirían todas las novedades introducidas en el proceso aculturador de los territorios vecinos ocupados por grupos cazadores-recolectores.

Forcas II (Graus, Huesca) muestra una secuencia idéntica a la presente en otros yacimientos del Valle del Matarraña como Botiquería, Costalena, Pontet, Serdá o Sol de la Piñera (Utrilla y Mazo, 1993-1994: 58) El nivel b, en su tramo inferior, se correspondería con un Epipaleolítico geométrico/mesolítico con microlitos geométricos elaborados con retoque abrupto, datado en 7090 +/- 340 BP sin presencia de cerámica. En los niveles medio y superior aparece ya la cerámica cardial lo que sin duda señala una aculturación neolítica del substrato previo o cuando menos la adquisición de contactos e intercambios con grupos Neolíticos puros o aculturados sincrónicos a las primeras implantaciones de este período. No obstante, dado que la aculturación afecta a la presencia de cerámica cardial y un cambio en el retoque de los geométricos, pasando ahora al doble bisel, no es difícil considerar que puede tratarse de un proceso de aculturación directa, esto es, de un intercambio con grupos Neolíticos puros. Esta aculturación está datada en el 6940 +/- 90 BP (Utrilla, 1997: 32-34) presentando además las últimas excavaciones efectuadas en el yacimiento algunos datos de extremado interés, como son la aparición en un nivel Neolítico más reciente de evidencias de fauna doméstica (ovicápridos), láminas de sílex con pátina de cereal y taladros y la diferenciación de dos niveles epipaleolíticos geométricos, presentando el más profundo una plaqueta decorada del tipo Cocina (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 242) Esto reforzaría en primer lugar las relaciones con el área levantina durante el proceso de geometrización de las industrias, así como la virtual adscripción a una misma tribu dialectal-cultural y tal vez a un mismo territorio de explotación económica y, por otra, la evidencia de que la verdadera neolitización, en tanto en cuanto adopción neta de elementos neolíticos, no se produce hasta un momento avanzado de la secuencia cronológica.

No obstante, uno de los datos más interesantes de Forcas II es la alta datación del nivel con cerámica cardial. Cava señala la posibilidad de que el Neolítico presente en este yacimiento o, matizando sus palabras, el contacto intertribal por el cual llegó esta cerámica a un yacimiento epipaleolítico, hubiese sido establecido a través del eje fluvial Segre-Cinca desde el Languedoc francés (Cava, 1997) Esta relación transpirenaica ya fue planteada por esta investigadora para explicar el Epipaleolítico de yacimientos como Zatoya, Margineda y Aizpea. No obstante, otros investigadores están en desacuerdo con la idea de que el Neolítico de Forcas II deba buscarse en relaciones transpirenaicas con el

Sur de Francia (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 243), amparándose en la existencia de un genuino foco cardial catalán y en el papel representado por el río Ebro como vía principal de avance del Neolítico en el cuadrante nordeste de la Península Ibérica.

1.3 Andalucía

Dentro del área andaluza cabe destacar la importancia de Murcia, parte de Albacete y Jaén ya que constituyen un área puente entre la zona levantina, las tierras almerienses y la Meseta. El Epipaleolítico de la zona está caracterizado por genéricas industrias microlaminares (Martínez Andreu, 1983) a las que en un momento tardío se superpusieron industrias geométricas como las presentes en la Cueva del Búho (Mula, Murcia), si bien los datos son aún demasiado escasos y poco contextualizados como para efectuar interpretaciones más profundas. Tan sólo se conoce un asentamiento -Barranco de los Grajos, Cieza (Murcia)- con materiales cerámicos cardiales -escasos por cierto- asociados a dataciones elevadas -7200 +/- 160 BP- (Martínez, 1988; Schumacher y Weniger, 1995: 89) lo cual dio en su momento pie a una adscripción propia del Neolítico Antiguo. No obstante la mayor parte de los yacimientos Neolíticos excavados de ésta zona parecen corresponderse con un momento avanzado, sincrónico al Neolítico epicardial (Martínez Sánchez, 1988). En el yacimiento señalado, algunos investigadores han creído ver claramente la asociación de cerámica cardial con elementos líticos de raigambre magdaleniense o epimagdaleniense, algo que como veremos sucede también en otras áreas y, en especial en el controvertido yacimiento de Verdelpino (Cuenca) en el interior de la Península Ibérica. Esta interpretación permite señalar la posible perduración de las técnicas paleo-epipaleolíticas hasta un momento propio del Neolítico (Walker, 1977). No obstante son varios los investigadores que no consideran posible esta afirmación y que afirman que la asociación señalada se debe a problemas estratigráficos (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 244). Esta interpretación se fundamenta en la idea de que resulta poco menos que imposible que la neolitización se produjese sobre un sustrato no mesolitizado, con todo lo que de esquema clásico conlleva: presencia de geométricos, fechas acordes, etc. De este modo, resultaría improbable la perduración de sustratos de base magdaleniense. Ahora bien, esta imposibilidad no es cierta y el esquema explicativo propuesto por la Relatividad Histórica así lo confirma. Con esta estrategia explicativa podremos analizar de un modo correcto los cada vez más abundantes datos que señalan la existencia de *perduraciones*, *arcaísmos* o *tradiciones* que extienden sus cronologías hasta fases avanzadas de la neolitización y que no hacen referencia más que a desarrollos culturalmente divergentes en momentos cronológicamente sincrónicos.

Si en un principio la sistematización de la denominada Cultura de las Cuevas parecía ofrecer una visión del área andaluza como zona marginal retardataria durante el proceso de neolitización, los últimos trabajos de síntesis realizados en las tierras andaluzas han permitido desterrar en parte esta imagen (Gavilán y Vera, 1997: 19). Este avance influye en cierta medida en las interpretaciones del proceso de neolitización del área meseteña, principalmente porque fue, como ya vimos, la comparación con las tierras andaluzas la que permitió efectuar las primeras sistematizaciones del interior de la Península Ibérica.

De nuevo precisamos de un conocimiento más o menos exhaustivo del sustrato previo para comenzar a elaborar teorías acerca del proceso de neolitización y, de nuevo, aparentemente y, debido tal vez al práctico desconocimiento del epipaleolítico y del mesolítico andaluces (Ramos Muñoz, 2004; Ramos Muñoz et alii, 2005), la facies Cocina del Epipaleolítico geométrico está prácticamente ausente en la mayor parte de las tierras andaluzas.

Entre los yacimientos conocidos destacan los leves indicios presentes en el abrigo de Valdecuevas (Cazorla, Jaén), cuyos niveles precerámicos fueron adscritos al horizonte Cocina II (Sarrión, 1980) o los más destacados de la Cueva del Nacimiento (Pontones, Jaén), principalmente en la capa III del nivel B (Rodríguez, 1982). Mayores problemas, a

juzgar por la opinión de algunos investigadores, presentan los materiales pertenecientes al nivel *mixto* del yacimiento de Hoyo de la Mina (Málaga), que Fortea consideró de tradición epipaleolítica geométrica (Fortea, 1973: 406). Un dato que sí merece la pena poner de manifiesto es que sobre los tres mencionados niveles aparece representado un conjunto de materiales adscribibles al Neolítico medio andaluz sincrónico al epicardial de otras zonas. Señalamos la importancia de este dato ya que en el interior peninsular, como veremos en los capítulos siguientes, la pauta estratigráfica será muy parecida. Esta evidencia, tomando como *epicentro* del terremoto Neolítico -discúlpese la analogía geológica- el área valenciana/catalana, es la que ha servido para establecer un segundo momento dentro del proceso de neolitización de la Península Ibérica que puede entenderse en sí como el correspondiente a la fase de consolidación del proceso de aculturación y/o colonización neolítica. Con ello la neolitización no se produciría de un modo puntual y unimodal, sino en varias corrientes acontecidas en cronologías sucesivas.

Algunos yacimientos adscritos al Epipaleolítico Geométrico de la Facies Cocina y ubicados en su mayor parte al aire libre han sido puestos en duda y atribuidos casi en su totalidad a cronologías neolíticas (Ramos Muñoz, 1988-89; Sanchidrián *et alii*, 1996: 88-89). No obstante estas dudas, los datos parecen señalar la existencia de un episodio relacionable con la Facies Cocina y por tanto adscribible a ese posible fenómeno de *mesolitización/geometrización* de las industrias en algún momento de la prehistoria andaluza, episodio este que está aún por ser explicado de forma satisfactoria, pero que parece, a todas luces, no haberse iniciado en el área andaluza y, por tanto ha de ser considerado una importación alóctona. Este proceso afectaría en algunas zonas a contextos de tradición microlaminar -el verdadero substrato industrial- mesolitizándolo. Ahora bien, tal y como parece haber ocurrido en otras áreas peninsulares, este proceso de geometrización, lejos de generalizarse por completo en toda la extensión del actual territorio andaluz, parece haber afectado a un número por ahora reducido de yacimientos dentro de un esquema de mosaico.

Como contrapartida se presenta la interpretación elaborada por Pellicer y Acosta sobre una posible larga perduración del Epipaleolítico microlaminar en el ámbito andaluz. Esta facies constituiría, en la mayor parte de los casos, el substrato tecnológico y humano sobre el que se desarrollaría la neolitización. Para Ramos Muñoz (1988-1989; Ramos Muñoz *et alii*, 1996; 1997) se podría plantear la continuidad del substrato local, principalmente en la banda atlántica de Cádiz y en el litoral de Huelva, desde el solútreo-gravetiense hasta la plena consolidación del Neolítico. Similar opinión ofrecen Martínez Fernández y Aguayo (1984) para quienes el Epipaleolítico microlaminar llegaría en las zonas más alejadas del Levante hasta los inicios del Neolítico para desembocar en un breve desarrollo del horizonte geométrico significado por el nivel *mixto* de Hoyo de la Mina. Para Martí y Juan-Cabanilles la visión del Epipaleolítico microlaminar como substrato tecnológico sobre el que aconteció la neolitización del área andaluza no tiene sentido, principalmente, como quedó señalado en líneas anteriores, porque no consideran viable la pervivencia de este tipo de industrias durante un espacio tan dilatado de tiempo. De lo que no cabe duda alguna es de que el complejo microlaminar está mejor representado en Andalucía que el complejo geométrico. Dentro del marco de esas perduraciones del Epipaleolítico microlaminar deberían ser incluidos yacimientos como Nerja, Hoyo de la Mina, Cueva de la Victoria, Cueva Ambrosio, Cueva de la Palica, Fuente de las Palomas, El Pirulejo y tal vez El Duende (Sanchidrián *et alii*, 1996: 79-87).

Los argumentos para mantener la interpretación de que los conjuntos microlaminares fueran la base de la neolitización andaluza se sostienen en la conexión existente entre lo microlaminar y el Neolítico en las estratigrafías de Nerja y Ambrosio y en las dataciones que ofrecen ambas secuencias. Pellicer asigna para el Epipaleolítico microlaminar de Nerja unas dataciones bajas que rondarían el final del IX milenio BP y el inicio del VIII milenio BP (Pellicer, 1987). Estas fechas enlazarían con las presentes en los niveles del primer Neolítico de yacimientos como Cueva Chica de Santiago (Cazalla de la Sierra,

Sevilla) o la Cueva de la Dehesilla (Algar, Cádiz) que se acercarían al inicio del VIII milenio BP (Pellicer y Acosta, 1982; Pellicer, 1987)

No puede obviarse que la interpretación defendida por Pellicer, Acosta y Ramos Muñoz descansa de forma casi exclusiva en analogías comparativas de estratigrafías de diversos yacimientos y en algunas series de dataciones radiocarbónicas. Uno de los datos de mayor interés ofrecidos por estos investigadores reside en la posibilidad de que sea ese Epipaleolítico sin geometrizar la base humana y cultural sobre la que se implantará la neolitización. Si bien esta afirmación parece extraña, principalmente en comparación con los datos presentes en las costas levantinas, algo similar parece haber sucedido en otras áreas de la Península donde los complejos epipaleolíticos antiguos, en concreto en el caso de algunos sectores de la Meseta, las industrias de tipología microlaminar parecen haber servido de base a la implantación neolítica (Jiménez Guijarro, 2001 a; Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004). Tampoco quedaría muy deslabazada esta hipótesis dentro del esquema explicativo de los Tiempos Absolutos y Relativos que forma la parte principal del corpus interpretativo de esta obra. Ahora bien, a escala general, la aceptación de esta hipótesis viene a complicar el panorama interpretativo. Así se hace evidente la existencia de al menos dos corrientes mesolíticas –en el sentido de que serán la base sobre la que se definirá la neolitización– y por tanto permite hablar de dos hipotéticos grandes grupos etnoculturales repartidos de forma desigual a lo largo y ancho del territorio peninsular y cuya respuesta ante la neolitización pudo ser también diferente.

Contra esta afirmación Martí y Juan-Cabanilles, sin acierto a mi entender, pretenden explicar la imposibilidad de que la base de la neolitización del área andaluza sea microlaminar aludiendo a que los investigadores han confundido tipológicamente los restos hallados en sus investigaciones. De este modo, los elementos que Asquerino, Pellicer, Acosta, Gavilán y Ramos Muñoz presentan como epipaleolíticos, para Martí y Juan-Cabanilles no serían más que evidencias neolíticas mal interpretadas. Así, las hojitas de dorso, los conjuntos mejor representados del Epipaleolítico microlaminar, que aparecen en yacimientos al aire libre como Fuente de las Palomas (Carcabuey), Fuente del Carmen (Zuheros), Llanos de Jarcas (Cabra), Río Palmones (Algeciras, Cádiz), etc. (Gavilán, 1987a; Asquerino, 1987; Sanchidrián et alii, 1996: 88-89) no serían según la opinión de Martí y Juan-Cabanilles (1997: 247) más que hojas y hojitas con retoques marginales, a menudo semiabruptos, típicas de industrias plenamente neolíticas que estarían perfectamente documentadas en yacimientos como la Cueva de la Carigüela (Piñar, Granada) (Martínez Fernández, 1985), Murciélagos de Zuheros (Vicent Zaragoza y Muñoz, 1973; Gavilán, 1991b), o Mármoles de Priego (Córdoba) (Vera *et alii*, 1999). A parte de esta aseveración, los autores señalan la posibilidad de que algunos conjuntos de buriles y raspadores hayan sido atribuidos de un modo *forzado* a niveles Neolíticos, así como los problemas de estratigrafía propios de yacimientos con niveles de transición donde siempre es previsible la mezcla de materiales (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 247), como puede ser el caso de las hojitas de dorso atribuidas al Neolítico Inicial de Nerja (Fortea, 1985).

El esquema presentado recuerda a las viejas cuestiones sobre Verdelpino. Debemos ser cautos a la hora de señalar este tipo de fallos y a que pueden existir errores de interpretación, pero éstos, cuando se presentan aislados caen por su propio peso. La problemática surge cuando los datos empiezan a multiplicarse dando la sensación de que algo no encaja bien en las secuencias interpretativas al uso y ya no se puede aludir exclusivamente al tema de quién lleva o no razón, ni a los manidos errores estratigráficos. Ahora el problema presenta un talante de mayor interés y requiere de nuevas propuestas interpretativas en las que primer el dato y no la teoría. No será esta obra la que establezca, tal vez, los nuevos parámetros de la investigación sobre el proceso de neolitización, pero sí debemos llamar la atención sobre la necesidad de abordar la problemática suscitada con nuevas interpretaciones basándose en nuevos datos y no estableciendo diálogos bipolares, acerca de qué parte de la investigación está en lo correcto o quien ha equivocado sus conclusiones. Dentro de estas interpretaciones

y, a la luz de los datos que la Historia nos presta, se puede establecer la posibilidad de que existiesen grupos portadores de diferente substrato, e incluso que conviviesen en espacios próximos. Es más, consideramos que ese *desfase* temporal y cultural cronológicamente sincrónico es el que propició la formación de registros arqueológicamente dispares; el que da pie a la confusión de substratos y en el fondo es la cuestión sobre la que reside todo el peso del complejo proceso de etnogénesis de la Península Ibérica.

Ahora bien, si la interpretación del Epipaleolítico microlaminar como base de la neolitización del área andaluza queda desestimada tan sólo queda la posibilidad de que la neolitización se efectuase, como en el caso levantino, sobre un substrato geométrico o bien que estuviésemos ante un caso de *colonización* directa con implantación sobre un solar despoblado. En el primer caso, en los contextos propios del Neolítico Antiguo y Medio de Andalucía, debería poder rastrearse el componente geométrico en las industrias que acompañasen a las cerámicas. Ahora bien, cuando se analiza la cuestión del geometrismo, lo primero que llama la atención es la escasa relevancia de estos componentes industriales en los yacimientos Neolíticos (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 248) El yacimiento que mejor registro de microlitos geométricos presenta es El Retamar (Puerto Real, Cádiz) Se trata de un yacimiento en el que abunda la cerámica cardial, a la que se asocian 355 trapecios y 5 triángulos, todos ellos con retoque abrupto (Ramos Muñoz *et alii*, 1997) También encontramos algunos geométricos en los conjuntos de Nerja (Pellicer y Acosta, 1986) y Mármoles de Priego, especialmente trapecios de retoque abrupto; Dehesilla, con un segmento y un triángulo (Acosta, 1986; Acosta y Pellicer, 1990); El Estanquillo y La Mesa (Ramos Muñoz, 1988-1989; Ramos Muñoz *et alii*, 1993-1994; 1996) en el sector atlántico de Cádiz; La Dehesa y El Judío (Ramos Muñoz, 1989-1990) en Huelva, todos ellos con cerámicas pertenecientes a los denominados Neolítico Medio y Reciente y con escasos geométricos, entre los que destacan algunos trapecios, triángulos y aún más escasos segmentos. No aparecen, por el contrario, geométricos en Carigüela, Murciélagos de Zuheros, Cueva del Parralejo y Cueva Chica de Santiago.

Todo esto parece señalar hacia dos explicaciones posibles. Por una parte, la que propone que el geometrismo asociado a los yacimientos con niveles del Neolítico Inicial andaluz no sería más que un *geometrismo* Neolítico (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 249) similar al presente en el área levantina en la Cova de l'Or. Esto destacaría con la escasa relevancia del substrato previo y abogaría, en cierto modo, por el carácter colonizador de las primeras ocupaciones neolíticas que, además, sería sincrónica a la primera geometrización de las industrias líticas en las tierras colonizadas. Por otra parte, podríamos pensar en que la ubicación preferente de los yacimientos con buenos repertorios de geométricos corresponde primordialmente a asentamientos costeros, relativamente próximos a la costa o directamente relacionados con las márgenes del Guadalquivir. De nuevo nos encontramos con una casuística en todo similar a la que observamos en la cuenca del río Ebro, o en la del estuario del Tajo. Si aceptamos, como parece evidente, la existencia de esa mesolitización alóctona asociada a un proceso de geometrización de las industrias líticas y que, como se presentará con mayor detalle, a éste proceso le corresponde un componente de tipo costero en su inicio, comprenderemos que el funcionamiento del proceso aculturador / colonizador debió ser similar al que se desarrolló en el Ebro. Por lo tanto, esa geometrización, que será seguida muy de cerca por el proceso de neolitización del cual, en algunos casos, será sincrónica, se producirá sobre una base de tipo microlaminar. Ésta, no obstante, no será totalmente aculturada, por lo que el proceso de neolitización, efectuado en contra de lo expuesto por Martí y Juan-Cabanilles, sobre ese substrato microlaminar, servirá a su vez como proceso de geometrización, principalmente en el caso de que el proceso aculturador fuese indirecto, esto es, partiese de grupos de substrato geométrico ya neolitizados y que por lo tanto aportaron en su aculturación un bagaje industrial mixto: geométrico en lo lítico e impreso en cuanto a esquemas decorativos de sus cerámicas. Más adelante se verá que existen algunos elementos secundarios, como algunas repeticiones de esquemas

simbólicos en pinturas de abrigos o realizadas sobre cerámicas y piedras, que abogan por esta comunidad *ideológica* entre lo mesolítico y lo Neolítico.

Ahora bien, si el sustrato inicial no fue microlaminar y los materiales geométricos asociados a los yacimientos del primer Neolítico andaluz están relacionados con el propio bagaje Neolítico, ¿cuál fue el verdadero sustrato epipaleolítico andaluz, si es que lo hubo? ¿Cómo se explicarían los niveles epipaleolíticos de Nacimiento y Valdecuevas, Río Palmones (Algeciras, Cádiz) o Los Frailes (Bornos, Cádiz) (Giles *et alii*, 1997) aparentemente similares a la Facies Cocina o cuando menos de aparente filiación "tardenoide"? Sin duda estos interrogantes pueden tan sólo despejarse desde una postura interpretativa que asocie modelos explicativos inductivos y deductivos como la que presentamos en las líneas anteriores a modo de respuesta alternativa a la propuesta de Martí y Juan-Cabanilles.

Para algunos investigadores el nivel acerámico B (capa III) de Nacimiento podría corresponder a un horizonte de la Facies Cocina (Rodríguez, 1982; Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 249) En concreto podría tratarse de una adscripción de Cocina II en virtud de la presencia de hojitas de dorso, algún segmento y dos posibles triángulos tipo Cocina. Este nivel está datado en 7620 +/- 140 BP y es por lo tanto cronológicamente equiparable a Botiquería dels Moros y Tossal de la Roca. La asociación de trapecios alargados y de lados cóncavos, así como triángulos alargados y con un lado cóncavo junto a algún segmento estrecho y cerámicas (Asquerino y López, 1981) parece sustentar la hipótesis de que existiese alguna ocupación epipaleolítica geométrica relacionable con ambientes mediterráneos orientales en el área andaluza. Ahora bien, las fechas, relativamente modernas, hablarían en favor de esa posterioridad de la geometrización del área andaluza respecto a la levantina y tal vez de su dependencia, extremo este último que trataremos de aclarar a la hora de abordar el proceso de geometrización de las industrias líticas durante el Neolítico.

En Río Palmones, en un contexto al aire libre cercano a la costa de la bahía de Algeciras, se recuperaron triángulos y algunos trapecios de lados cóncavos y técnica de microburil junto con hojitas de dorso, muescas y denticulados (Ramos Muñoz *et alii*, 1997) Los triángulos no parecen corresponder en ningún caso a los tipos presentes en Cocina, por lo que podría tratarse de una representación regional del Epipaleolítico Geométrico de tipo Cocina II, si bien no debe obviarse la posible conexión con contextos africanos. Similar aspecto tardenoide presentan las industrias de Los Frailes (Giles *et alii*, 1997) Otra cuestión sería admitir, en vez de un proceso previo de implantación del mesolítico geométrico, en cierto modo también a modo de colonización, un único proceso de aculturación o colonización, Neolítico, que arrastrase entre los elementos novedosos algunos otros de sustrato.

Todas estas evidencias están señalando la posibilidad de que existiese un primer proceso aculturador/colonizador caracterizado por la geometrización de las industrias de tipo microlaminar y/o magdalenoide. Este proceso sería primordialmente costero, afectando no obstante a las zonas interiores de la Península Ibérica de un modo similar al que se desarrollará posteriormente a la llegada del Neolítico. El proceso estaría seguido de cerca por el avance de la colonización neolítica, lo cual daría lugar a la aparente sincronía de geometrismos presentes en contextos aculturados indirectamente, esto es, por grupos epipaleolíticos previamente geometrizados en el Neolítico. Ahora bien, dada la existencia de diferentes sustratos previos, el proceso de geometrización pudo acontecer, como veremos en algunas áreas, como el interior peninsular o el interior de las tierras andaluzas, en un momento sincrónico a la neolitización (Jiménez Guijarro, 1998; 1999), lo cual habría dado lugar a la confusión de sustratos y materiales en algunos yacimientos andaluces, portugueses y meseteños.

Una de las evidencias que complementa esta hipótesis es que en Andalucía los materiales geométricos correspondientes a esa facies epipaleolítica aparecen en el área oriental

(Cueva del Nacimiento y Valdecueva) y occidental, en este último caso no de modo tan preciso aunque sí aparentemente representada en establecimientos costeros como Retamar y Lebrija, quizás relacionados con el área portuguesa. La aparente imprecisión de la filiación de algunos yacimientos de Andalucía Occidental representa, a nuestro entender, una prueba más que reafirma la hipótesis de un pre-establecimiento mesolítico tras cuyos pasos debió llegar el empuje Neolítico en fechas posteriores o tal vez, si analizamos estrictamente los datos que poseemos, por ejemplo en Retamar, en momentos sincrónicos. Teniendo en cuenta esta hipótesis puede señalarse que quizás aquellos grupos humanos que se desplazaron hacia Occidente, a través de la costa mediterránea y atlántica de Andalucía no fuesen más que grupos indígenas previamente aculturados y por ello portadores aún de una fuerte cultura de substrato que acompañará a las primeras cerámicas.

Tal vez esto explique las diferencias existentes entre los posteriores procesos de neolitización que afectaron al área levantina (Cocina, Botiquería o Costalena) y a otras áreas peninsulares entre las que cabe destacar Andalucía, la Meseta e incluso gran parte de Portugal. En éstos últimos casos la neolitización del substrato fue más dificultosa y a tenor de lo que exponemos en esta obra posiblemente incluso más violenta dada la reticencia a la aculturación de un substrato, más complejo y mejor organizado a nivel tribal de lo que en un principio se postuló, teniendo en cuenta lo que de pérdida cultural conllevaría tal proceso. Tampoco puede menospreciarse el modo en que una mayor masa demográfica implicaría un mayor peso del substrato en el proceso.

No se puede obviar que para el caso andaluz se cuenta con escasas evidencias. Ahora bien, estos datos, unidos a los que poseemos y presentamos para el área interior o el área portuguesa, así como los existentes para otras zonas del Norte de la Península Ibérica, permiten atisbar un desarrollo de la neolitización en cierto modo diferente al que se desarrolló en el Levante peninsular y que ha venido siendo el referente tanto del Epipaleolítico como del Neolítico del conjunto de la Península Ibérica. Esta referencia, en la mayor parte de las ocasiones, ha olvidado que los procesos, aún cuando se encuentren ligados entre sí, pueden mostrar desarrollos muy dispares. Así, por contraposición a lo señalado en la costa levantina, el substrato microlaminar de las zonas que destacábamos jugaría un papel más relevante y, en el que la neolitización pudo partir de grupos previamente aculturados que conservasen, como señalamos, un fuerte arraigo cultural en su substrato industrial, lo cual favorecería el desarrollo de un proceso tan complejo como el de neolitización. Este favorecimiento se enriquecería al tratarse de grupos tribales lingüísticamente afines y en los que los cambios producidos por la neolitización serían mucho más matizados. Algo similar a lo sucedido, milenios más adelante, con la romanización de algunos grupos del interior de la Península Ibérica, produciéndose el mantenimiento de numerosas deidades indígenas, así como una cierta entidad lingüística y tribal. El modelo valenciano sería, por tanto, un modelo local representativo de una de las opciones de aculturación, pero no de la realidad de lo acontecido en otras regiones peninsulares.

No obstante las diferencias señaladas y, aún manteniendo un esquema explicativo en el que la interacción tribal jugó un papel de primera magnitud, bien fuese a través de intercambios, de procesos difusores, aculturadores o colonizadores, basados en patrones *invasionistas* o parámetros de movilidad territorial, es posible significar la existencia de dos niveles de intercambio cultural que en el fondo residen en dos modos de llevar a cabo la aculturación y que denotan dos mentalidades netamente diferenciadas. Estos modelos son, respectivamente el marítimo/costero y el de avance interior, asumiendo que el primer esquema debe ser aplicado indefectiblemente a los grandes cursos fluviales navegables. Resulta interesante señalar aquí que en Andalucía, como en la mayor parte de las regiones costeras, conforme se ha mostrado sintéticamente en epígrafes anteriores, existió ese dualismo. La existencia de ambos modelos no invalida la posibilidad de que el proceso de geometrización y neolitización se produjese mediante el "avance interior", pero desde luego sí permite priorizar, como demuestran las respectivas

series de yacimientos, el avance costero, más rápido respecto al avance interior menos neto y de carácter más aculturador que colonizador. En el fondo, como se colige de lo expuesto en el capítulo que se ha dedicado a explicar la Relatividad física e histórica, la velocidad con la que producen los hechos tiene su importancia y es vital para determinar la existencia de uno u otro de los modelos de intercambio cultural propuestos.

El modelo que proponen Martí y Juan-Cabanilles (1997) resulta perfectamente válido con las matizaciones antes señaladas. Este descansa en los postulados ofrecidos por Rodanés y Ramón (1995) para el área aragonesa y señala la posibilidad de que el área interior se encontrase ocupada por grupos de substrato epipaleolítico geométrico o no, que desarrollarían su vida al tiempo que los primeros grupos agricultores se establecían en las áreas costeras. Este proceso daría lugar al desarrollo paralelo de ambas tendencias culturales, a un paulatino crecimiento de la interacción y en un momento más avanzado - coincidente con el que he denominado Neolítico IB- desembocaría en la neolitización de los grupos de cazadores recolectores epipaleolíticos (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 251)

1.4 Portugal

La investigación portuguesa ha puesto de manifiesto la existencia de un proceso de neolitización cardial de carácter costero, similar al documentado en el área levantina que viene a demostrar de nuevo la existencia incontestable de una difusión marítima del Neolítico Antiguo cardial y, seguramente anterior, mesolítico, independientemente de que se acepte o no éste horizonte como el primer Neolítico de la Península Ibérica. Por otra parte, el exhaustivo estudio del área de los concheros del Muge y Sado en las áreas terminales de los principales ríos portugueses, ha permitido contar con una amplia documentación del poblamiento mesolítico incluso en horizontes sincrónicos y posteriores a la implantación neolítica.

Una de las primeras apreciaciones que se hicieron de cara a la individualización de los desarrollos del área lusa respecto a otros horizontes peninsulares fue la derivada de los estudios de los materiales y de algunos restos humanos de estos concheros. Así al menos deben ser entendidas las conclusiones que sobre el *Homo afer taganus* realizó Mendes Corrêa (1923; 1932) y que le llevaron a la conclusión, en plena ebullición de los postulados africanistas, de señalar que se trataba de un morfotipo humano de origen africano.

Esta impresión no fue mantenida por el último estudio antropológico realizado sobre las muestras obtenidas en las excavaciones de J. Roche en las Campañas de 1952-1954. En éste, publicado como apéndice de la síntesis de Roche (1960), catorce años después por D. Ferenbach (1974), la conclusión a la que se llega es que los esqueletos hallados en los enterramientos de Moita do Sebastião presentan morfotipos mayoritariamente proto-mediterráneos y algunos cromañoides. Estos datos llevan al autor a señalar tímidamente la posibilidad de que en el contexto mesolítico del yacimiento hubiese un mestizaje de dos morfotipos humanos en un momento previo a la implantación neolítica (Ferenbach, 1974: 135-136)

Este dato resulta de elevado interés pues permite valorar la tesis planteada en esta obra referente a una serie de contactos, igualmente *aculturadores* previos a la llegada de los grupos de economía productora y cuya existencia avalaría el modelo de diferentes procesos de geometrización de las industrias líticas así como la incontestable evidencia de sucesivos intercambios genéticos basados en la innegable llegada de nuevos contingentes humanos.

Los trabajos realizados por García-Bour, Fernández, Zilhão y Turbón (1999) de cara a la secuenciación genética de las muestras óseas humanas de este yacimiento y su comparación con los datos de ADN mitocondrial (mtDNA) procedentes de otros contextos geográficos no han alcanzado aún conclusiones definitivas. Por lo tanto, aún cuando,

como se señalaba en el primer capítulo, el avance en la secuenciación total del genoma humano, permita arrojar algo de claridad sobre el asunto, puede seguir manejándose, de un modo hipotético, la idea del mestizaje humano en contextos preneolíticos y posiblemente también en los Neolíticos.

Diatribas genéticas aparte, los concheros portugueses plantearon numerosos interrogantes desde su descubrimiento. De nuevo las ideas principales giraban en torno a la inclusión de sus poblaciones y, por extensión, de su cultura material, dentro de los teoremas difusionistas o autoctonistas. Los primeros vendrían en este caso avalados por la aparente condición costera de los asentamientos.

Sin entrar de nuevo en la explicación detallada del movimiento pendular desde los postulados africanistas -basados en esquemas de la escuela histórico cultural alemana- a los europeístas, cabe señalar que es en este contexto y dentro de las posturas africanistas-difusionistas en el que deben incluirse las primeras apreciaciones realizadas sobre los materiales de Moita do Sebastião. Para Bosch Gimpera (1922; 1930; 1932; 1954), Obermaier (1923; 1925; 1934; Obermaier y García y Bellido, 1941), Jalhay (1926; 1936) o Pinto (1931), los conjuntos del Muge debían ser analizados como parte de lo Capso-tardenoiense (Roche, 1958; 1966). Las razones fundamentales de esta adscripción partían de la rareza de algunos tipos, como los buriles (Breuil, 1918), lo cual indicaba cierto distanciamiento respecto a las series azilienses y capsenses, donde este útil es frecuente. Para Breuil el origen de las industrias del Muge debía ser buscado en una evolución del Paleolítico Superior de las regiones meridionales de la Península Ibérica, desligando el horizonte del Muge de los desarrollos del Neolítico.

Las investigaciones de J. Roche llevaron a la individualización de los yacimientos de conchero y a un inminente divorcio de las posturas africanistas. Los datos en los que este investigador se fundamentaba eran los procedentes de algunos de los entonces mejor conocidos yacimientos africanos. En concreto, Roche comparaba las series de la Cueva de Taforalt, El-Mekta y Dra-Mta-el-Ma-el-Aboid y, Moita do Sebastião, llegando a la conclusión de que lo más lógico era pensar en una evolución propia y local del Paleolítico Superior del Muge (Roche, 1960: 139). La base de esta idea residía en el conocimiento que el autor tenía de algunos yacimientos correspondientes al Paleolítico Superior y el Mesolítico del área de Rio Maior-Torres Vedras, señalando además que el sílex aparecido en Moita do Sebastião procedía de esa zona (Roche, 1960: 139; 1976; 1977).

Según Roche, se hacía necesario revisar los mal conocidos datos de la Cueva de Furninha (Peniche), con varios niveles de Paleolítico Superior (Breuil y Zbyszewski, 1945), la Cueva de Casa da Moura o el yacimiento de Rossio do Cabo. A este respecto, la existencia de más áreas de conchero en la zona del Sado (Paço, 1932; 1934; 1937; 1938; 1941; Pérez de Barradas, 1936; Costa, 1940; Jalhay y Paço, 1941), Quinta de Sardinha o la Ribera de Mogos (Roche, 1960: 140), permitía afianzar las hipótesis planteadas, máxime, cuando algunos de estos concheros permanecieron fieles a sus tradiciones industriales en momentos sincrónicos e incluso posteriores a la implantación neolítica. Algo similar, pero con cronologías más avanzadas, puede entreverse en Santo Antão, cerca de Ovidos (Costa, 1940) o Cabeço do Pez, Vale Pincel, o Amoreira (Zilhão, 1992; Soares, 1995; Martí Oliver y Juan Cabanilles, 1997: 253).

La aparición de cerámicas, siempre en escaso número, junto a la industria lítica geométrica en estos concheros, así como los paralelos industriales existentes entre los grupos de Moita do Sebastião y Cocina I y Cabeço de Amoreira y Cocina II o, ya en la fase de implantación neolítica, pero en contextos de aculturación entre Vale do Pez y Cocina III (Soares, 1995: 27), parecen señalar una evolución, cuando menos industrial, similar en ambos extremos de la Península Ibérica y que parece señalar de nuevo un componente de cierta magnitud en relación con las áreas costeras y por extensión permite articular interpretaciones de difusión marítima en momentos incluso anteriores a la implantación neolítica.

Las evidencias del área de Muge han sido ampliadas con los estudios efectuados en los concheros de los valles del Sado, Vidigal, Fiais y en el estuario del río Mira. Todos estos estudios parecen confirmar la estrategia de poblamiento de los grupos epipaleolíticos, en un momento ya mesolítico -entendido como geométrico- centrada en el aprovechamiento, de modo más o menos permanente, de los estuarios interiores de los ríos. Los análisis de paleodieta efectuados sobre los restos antropológicos descubiertos en el Muge señalan un equilibrio en el consumo de recursos terrestres y acuáticos, lo cual implica la existencia de amplios territorios de gestión y captación de recursos.

Las dataciones procedentes de estos contextos permiten realizar una secuenciación del mesolítico portugués. Estas señalan que el establecimiento de este tipo de poblamiento estaba perfectamente establecido entre el 8000 y el 6500 BP (Roche, 1960), si bien la ocupación de algunos concheros continuó tras esta última fecha, en momentos que podrían ser considerados culturalmente diferentes, como parece poner de manifiesto la presencia de cerámica cardial en la base del conchero de Amoreiras, datado entre el 6500 y el 5900 BP (Arnaud, 1987), o en los niveles medios de Cabeço do Pez, con fechas algo más antiguas, entre el 6700 y el 6500 BP (Arnaud, 1989)

En los establecimientos más meridionales (concheros del río Sado y Mira) parece haber existido una mayor variabilidad en el tipo de asentamiento. Esto ha sido interpretado como parte de una estrategia de gestión del territorio basada en establecimientos base y campamentos especializados (Arnaud, 1989; Zilhão, 1992; Soares, 1995; Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 254). La formación de estos concheros meridionales parece relativamente más moderna, centrándose entre el 6700 y el 5900 BP, estando la cerámica cardial prácticamente ausente de los repertorios materiales, o incluida, en escaso número en el interior del propio conchero, como es el mencionado

caso de Amoreira. Esto puede responder, bien a la existencia de un asentamiento mesolítico de base cazadora-recolectora más moderno derivado del empuje Neolítico hacia el Norte de la costa portuguesa, o bien a una serie de asentamientos de cazadores-recolectores ya neolitizados o inmersos en un profundo proceso de neolitización.

Las dos posibilidades señaladas encajarían sin dificultad dentro del marco explicativo de un paulatino y continuado avance hacia el Occidente/Norte de la Península Ibérica desarrollado en un primer momento por grupos de cazadores-recolectores, dentro de modelos de territorialidad basados en los esquemas de mosaico y movilidad logística (Binford, 1980; Price y Brown, 1985; Rozoy, 1992) y en un segundo momento por grupos de colonos Neolíticos, sin perjuicio de que ambos se hubiesen desarrollado de forma sincrónica en algunas zonas, perviviendo incluso en otras, bien dentro de esquemas de cordialidad o de enfrentamiento.

Cuando algunos investigadores se lleven las manos a la cabeza en este momento y señalen la imposibilidad de que se hubiese producido esa convivencia, puede remitírseles a plantearse cuántos años llevan conviviendo los grupos indígenas de otros lugares del planeta, fieles a sus esquemas ancestrales y los grupos situados en otra dimensión cultural diferente a la nuestra. La única idea que sustenta esta situación es la existencia de coordinaciones diferentes para marcos de referencia igualmente diferenciados.

En el caso portugués, mejor que en ningún otro, hay datos que parecen afianzar la posibilidad de la existencia de un conflicto social y/o territorial entre los grupos indígenas y Neolíticos. Tal vez esta interpretación se deba a la entidad de los datos del país vecino y en parte del interior de la Península Ibérica o bien a la necesidad de abordar el análisis de los desarrollos acontecidos en el área levantina y en la atlántica de un modo netamente diferenciado. Estos datos, aunque escasos, permiten atisbar la existencia de un interés geográfico diferente entre ambos grupos, evitando las primeras comunidades neolíticas las zonas de explotación indígena de los concheros del Tajo, Sado y Mira, tal y

como pone de manifiesto la Gruta de Caldeirão (Guilaine y Ferreira, 1970; Zilhão, 1992) Para estos investigadores habría existido en Portugal, al igual que en el área levantina, un primer Neolítico de filiación Cardial que estaría presente en yacimientos como Ponta de Sagres, Gruta de Escoural (Montemor o Novo), Santarem, la Gruta III de Cabeço da Ministra (Alcobaça), Gruta da Eira Pedrinha (Condeixa) y especialmente en la zona Norte, en el área de Figueira da Foz, con yacimientos como Junqueira (Brenha), Forno da Cal (Soure) y Várcea do Lirio (Pinhal do Reverendo Margato) (Guilaine y Ferreira, 1970)

Dentro de un momento ligeramente más avanzado se sitúan algunos yacimientos con pobres representaciones cardiales, inmersas dentro del Neolítico IB, sincrónicas al origen de la fase denominada Epicardial en el área de Alentejo litoral y en el Algarve, destacando yacimientos como Vale Pincel, Vale Vistoso y Salema, en el área de Sines. Estos yacimientos llevaron en su día a Silva y Soares (1981) a postular la existencia de una tradición cultural distinta, si bien consideramos que sus repertorios materiales encajan sin mucha dificultad con los del área de Huelva e incluso con los del interior Peninsular, tratándose de la manifestación directa de la neolitización -como proceso de aculturación- del substrato epipaleolítico de los concheros que antes se había mostrado reticente al cambio. Esta situación permite entender, dentro de un mismo conjunto humano, sistemas diferentes de reaccionar ante la colonización. Este tipo de reacciones, lejos de extrañar, están bien documentadas en algunos estudios sobre el proceso de colonización del Norte y Sur del continente americano. Aquí, dentro de contextos de tribus dialectales afines, las respuestas fueron diferentes dependiendo, bien del sistema económico practicado, bien del oportunismo de los grupos, en algunos casos dirigido a evitar el exterminio de la comunidad. En el caso portugués, esto queda bien señalado por la proximidad de estos últimos yacimientos a los concheros del Sado, algo que ya planteó en su momento Arnaud (1982)

Uno de los yacimientos de mayor interés es el de la Gruta de Caldeirão (Zilhão, 1992;1993) En este yacimiento se establecen cuatro horizontes de ocupación. La base es Magdalenense y sobre ella se establece un horizonte correspondiente al Neolítico Antiguo Cardial seguido de dos horizontes, uno Epicardial (Neolítico Antiguo terminal) y otro adscrito al Neolítico Medio. La ausencia de evidencias epipaleolíticas y mesolíticas denuncia la mencionada intención separatista de los primeros grupos Neolíticos. Esta certeza se pone de manifiesto con la presencia de enterramientos en el interior de la cueva cuyas dataciones se aproximan al transecto cronológico 6500-5900 BP (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 255), sincrónico a la presencia de cerámicas cardiales en el conchero de Amoreiras (Arnaud, 1982) Este sistema de enterramiento parece contrastar con el uso posterior de megalitos y sin duda presenta elementos de diferenciación claros que hablan a favor de dos desarrollos funerarios diferentes.

Un dato de gran interés es el que se desprende de los análisis de paleodieta efectuados sobre los restos antropológicos de Caldeirão. Estos presentan una dieta carente de recursos acuáticos, lo cual parece señalar una economía agrícola y desde luego desvinculada de los asentamientos conteros tipo conchero. Estos datos contrastan con los análisis efectuados a los restos humanos correspondientes a los concheros y que señalan, como vimos, una dieta rica en consumo de recursos de tipo marítimo/acuático.

De nuevo se asiste, dado el solapamiento de dataciones, a la evidencia de que existieron dos grupos cultural y tecnológicamente diferenciados conviviendo en un mismo espacio durante varios siglos (Martí Oliver y Juan-Cabanilles, 1997: 256) Esto pone de manifiesto una vez más la necesidad de aceptar la posibilidad de que algunos grupos de substrato permaneciesen activos hasta momentos cronológicamente avanzados en las zonas del interior peninsular, relacionados, cada vez de una forma más nítida, con los grupos portugueses y extremeños en regresión territorial y dentro de los cuales surgirá, como causa del enfrentamiento y la crisis territorial, el registro material documentado en los momentos iniciales de uso de los megalitos. Desde entonces, los desarrollos de ambos grupos debieron seguir caminos paralelos, convergentes algunas veces,

enfrentados las más. Este esquema se pondrá de manifiesto con mayor nitidez durante el Calcolítico y el consecuente aumento de la jerarquización y la violencia (Guilaine y Zammit, 2001). Esta estará representada por el aumento y generalización de la construcción de fortificaciones, fundamentalmente en el área portuguesa, pero también fuera de ella, dentro de ese esquema de culturas dominantes -Almería/Millares- que señalaban los antiguos maestros, así como por la generalización de las necrópolis colectivas simultáneas y la presencia de huesos asaeteados.

1.5 El área Cantábrica y Galicia

Vistos los desarrollos de las áreas que, según los esquemas clásicos, en mayor medida pudieron afectar al interior de la Península Ibérica, queda por ver cómo actuaron los grupos humanos de substrato en las tierras consideradas, como sucedía con el interior, marginales al proceso de neolitización inicial.

Los trabajos realizados en el área gallega permiten hacerse una idea global de los desarrollos acontecidos en momentos previos a la implantación neolítica y que, en cierto modo, parecen mostrar, con algunos matices regionales, una interesante homogeneidad con lo sucedido en otras áreas y, en especial con el área portuguesa y el interior peninsular.

Uno de los datos más interesantes acerca de los yacimientos gallegos comprendidos entre el inicio del Paleolítico Superior y los momentos sincrónicos al Mesolítico, es el que se refiere a la ubicación de los yacimientos. La mayor parte de éstos se localizan en la actual provincia de Lugo, en su mitad Norte, dentro del área denominada *Terra Chá*, que corresponde a la Meseta de Lugo.

Este área se articula como un espacio constreñido por sistemas montañosos. Las sierras orientales y occidentales, que enmarcan la *Terra Chá* por el Este y el Oeste y, al Norte, las sierras septentrionales, destacando la Sierra del Xistral.

Los yacimientos localizados se circunscriben a una dilatada cronología que parte de los momentos iniciales del Paleolítico Superior, en su facies Chatelperroniense, en torno al 32000 BP, momento en el que debe situarse la habitación de la Cueva de la Valiña, en Castroverde (Vázquez de Seijas, 1965; Llana Rodríguez y Soto Barreiro, 1991; Villar Quinteiro, 1997). Más recientes son los establecimientos, con un único nivel de uso, de los abrigo de Dos Niñas, en Villalba (Alonso del Real y Vázquez Varela, 1976; Villar Quinteiro, 1997: 78) y Férvedes II, en Xermade (Ramil Soneira y Vázquez Varela, 1976; 1983; Villar Quinteiro, 1997: 79) con ocupaciones que deben ser retrotraídas a momentos antiguos del Magdaleniense, en torno al 15000 BP (Villar Quinteiro, 1997: 96) que aún presentan una industria de marcada tipometría laminar con escasos elementos microlaminares y una incidencia importante de la industria de substrato. En algún caso aparecen elementos de adorno decorados con representaciones lineales o geométricas, como puede ser el caso del colgante sobre piedra blanda de Férvedes II (*Ibidem*: 81) paralelizable por sus motivos a los presentes en otros yacimientos cantábricos como La Paloma (Barandiarán Maeztu, 1972: 164; Corchón Rodríguez, 1986: 400), Altamira (Barandiarán Maeztu 1972: 78; Corchón Rodríguez, 1986: 294), Balmori (Barandiarán Maeztu, 1972: 88; Corchón Rodríguez, 1986: 282), Castillo (Corchón Rodríguez, 1986: 308), Lumentxa (Corchón Rodríguez, 1986: 342) y Morín (Barandiarán Maeztu, 1972: 147), todos ellos perfectamente adscritos al Magdaleniense Antiguo, excepto el ejemplar de Morín, que se adscribe al Gravetiense (Villar Quinteiro, 1997: 83).

Más adelante en el tiempo y, en cierto modo con un derrotero industrial más o menos similar al presente en contextos portugueses o del interior, deben inscribirse los yacimientos Azilienses, dentro de la última pulsión del Tardiglacial -Alleröd-, de Pena Grande en Villalba (Alonso del Real y Vázquez Varela, 1976; Villar Quinteiro, 1997: 83) y Prado do Inferno, en Muras (Ramil Soneira, 1971; Alonso del Real y Vázquez Varela,

1976; Villar Quinteiro, 1997: 86) de nuevo con un único horizonte de ocupación y en pequeños abrigos.

En estos dos yacimientos se documenta la presencia de un importante conjunto de componentes microlaminares que alcanzan el 31% de la industria en el caso de Pena Grande y el 33% en el caso de Prado do Inferno. Por otra parte los dos yacimientos presentan evidencias de industrias geométricas, poco representativas y marginales. En Pena Grande se localizaron un trapecio y un segmento (Villar Quinteiro, 1997: 84) y, un rectángulo -derivado sin duda de las industrias microlaminares- y un segmento en Prado do Inferno (Villar Quinteiro, 1997: 87). En ambos casos el índice de raspadores (IR) es superior al de buriles (IB), si bien las diferencias en cuanto a representatividad son escasas.

Dentro ya del Holoceno, pero correspondientes a horizontes polínicos y paleoclimáticos diferentes, destacan los yacimientos de Pena Lliboi, en Guitiriz (Villar Quinteiro, 1997: 87), correspondiente al Preboreal y, el yacimiento al aire libre de Xestido III, en Abadín (Martínez Cortizas, 1990; Martínez Cortizas y Moares Domínguez, 1995; Villar Quinteiro, 1997: 90). El primero de estos yacimientos presenta, a nivel industrial, una clara relación con los yacimientos azilienses y, sin duda debe incluirse dentro de la órbita de éstos, si bien dentro ya de una etapa avanzada de geometrización, pues mientras el predominio corresponde al complejo microlaminar, con algunas laminillas de tipo Dufour, seguido de los raspadores y tras estos los buriles, aumentan, ligeramente los índices de geometrización de marcado carácter tardenoide, apareciendo un rectángulo y cuatro trapecios (Villar Quinteiro, 1997: 90). No debe desdeñarse, aún dado el claro predominio de las industrias microlíticas, la presencia de algunos elementos macrolíticos (Villar Quinteiro, 1997: 89).

Más llamativo y destacado es el yacimiento de Xestido III, en primer lugar por su ubicación al aire libre y sobre un otero que permite controlar el paso natural entre los pastos del valle y la montaña (Villar Quinteiro, 1997: 90), presentando un único nivel de ocupación. Por otra parte, en el horizonte ocupacional 2 A se localizó una estructura de combustión de tipo de cubeta excavada, con unas dimensiones de 65 x 87 centímetros y 7 centímetros de profundidad. Esta estructura estaba acondicionada sobre una placa de granito y se encontraba delimitada por piedras de buen tamaño que diferenciaban un perímetro rectangular (Villar Quinteiro, 1997: 92) dentro de la que se hallaron numerosos fragmentos de carbón vegetal que, una vez analizados, ofrecieron una datación situada entre el 7800 y el 6900 BP (Villar Quinteiro, 1997: 97), sincrónicas por tanto a los concheros portugueses, según lo que se apuntaba en líneas anteriores, pero con un desarrollo cultural diferenciado y que, explicado por autores clásicos habría que considerar retardatario.

Se produce en este momento un aparente cambio industrial pasando a dominar, tras las muescas y denticulados, los buriles seguidos de los raspadores, teniendo un aumento muy ligero de los geométricos, que alcanzan aquí el 3% de la industria, representados por tres segmentos (G1), un trapecio con dos lados cóncavos (G6) y un triángulo escaleno con vértice redondeado (G11) (Villar Quinteiro, 1997: 93). Curiosamente, la materia prima dominante es de procedencia local, destacando el cuarzo y en menor cuantía la cuarcita, mientras que la presencia del sílex es testimonial y alóctona.

Tal y como señala Rosa Villar, la información que presenta este yacimiento para la región gallega muestra enormes problemas interpretativos. En estos momentos parece producirse, dentro de yacimientos enmarcados en un mismo transecto cronológico, pero en regiones alejadas entre sí, una gran variabilidad a nivel industrial (1997: 97). Este problema también se ha planteado para otras regiones, lo cual viene a completar aún más la propuesta que se hizo al inicio de esta obra acerca del mosaico cultural, sin cuyos parámetros interpretativos resulta extremadamente difícil plantear siquiera modelos comparativos entre las diferentes regiones.

Parece por tanto existir una clara diferenciación entre el sector oriental del País Vasco, donde aparecen industrias de clara filiación tardenoisiense e importante filiación microlítica, ricas en geométricos y que se han interpretado como extensiones del círculo de influencia que a través de la cuenca del Ebro alcanzan las tierras interiores (Cava Almuzara, 1994) Por su parte en el área occidental de la costa cantábrica, las referencias parecen dirigirse a un pertinaz Asturiense (Arias Cabal, 1991; 1992; González Morales, 1982; 1993;1995), dentro de lo que algunos investigadores conciben como *industrias arcaicas* o marginales y otros suponen aplicaciones específicas derivadas de una estricta especialización económica, pero que en ambos casos está señalando la existencia de desarrollos culturalmente diferenciados.

Dentro del área Cantábrica también han sido localizadas industrias similares a Xestido III, de componente microlaminar y geométrico con dataciones similares a la de este yacimiento (Arias Cabal, 1991) Rosa Villar paraleliza Xestido III con los yacimientos de Sierra Plana, con una datación de 8000-6900 BP (Arias Cabal y Pérez Suárez, 1990) y los niveles K, D y F de Los Canes, con dataciones situadas entre 6800-6500 BP (Arias Cabal, 1991), que fueron atribuidos, en un primer momento al Neolítico por Pablo Arias Cabal (1991), pero que, como señala Rosa Villar, este autor ya había señalado tímidamente la posibilidad de que correspondiesen al Epipaleolítico geométrico, esto es, al Mesolítico cantábrico (Arias Cabal, 1991: 242; Villar Quinteiro, 1997: 97)

También se han señalado paralelos entre algunos yacimientos mesolíticos -o Epipaleolíticos con geométricos- de la cuenca del Ebro, en concreto el nivel 2 de Botiquería, Fuente Hoz y el nivel d inferior de La Peña (Villar Quinteiro, 1997: 97) o incluso con algunos yacimientos al aire libre de la Estremadura y el Alentejo portugueses, en especial con las ocupaciones más antiguas de Moita do Sebastião, en el Muge (*Ibídem*) y Fiais (Vierira, 1994)

A este respecto, si bien la sincronía es nítida, pues los horizontes de ocupación de la mayor parte de los yacimientos abarcan transectos similares, no ocurre lo mismo con los materiales arqueológicos. De este modo, tan sólo hay que fijarse en la relación numérica establecida entre las armaduras de cada uno de estos yacimientos y las presentes en Xestido III para comprender que existe un abismo entre ellos. Así, de un modo general y, a que se volverá a analizar esta misma cuestión con mayor profundidad más adelante, para el transecto 8000-6900 BP, mientras que a Cocina I le corresponde un total de 46 armaduras trapeziales y 1 triángulo, al nivel 2 de Botiquería, le corresponden 57 trapecios y 9 triángulos, a Costalena c3, le corresponden 66 trapecios y 18 triángulos y, a Moita do Sebastião le corresponden 311 trapecios y 9 triángulos, estando ausentes en todas las estratigrafías señaladas los segmentos, a Xestido III, para la misma cronología, le corresponden 4 trapecios, 1 triángulo y 3 segmentos.

Sin debatir el por qué de esta disimetría industrial, sí debemos incidir en tres cuestiones fundamentales. La primera de ellas es que esta disimetría podría deberse a que, dentro de un modelo de mosaico cultural, Xestido III recibió las influencias de grupos vecinos -mesolíticos geométricos- de un modo muy tenue, quizás por hallarse en un área de influencia tribal diferente. La segunda es que debe tomarse nota de que, de nuevo, las industrias dominantes, en los momentos iniciales de la geometrización de las industrias, son los trapecios, sin casi presencia del componente sauveterriode previo. Por último señalar la posibilidad, si quiera hipotética, de la existencia de dos áreas de influencia diferentes atendiendo a la geometrización industrial. La primera el Levante, que a su vez influye en las tierras del interior a través de la cuenca del Ebro y, la segunda en los estuarios portugueses, que influirían en el interior a través de la cuenca del Tago y en menor medida del Duero.

2. EL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

2.1 El horizonte pre-formativo: las etapas finales del Paleolítico Superior y la configuración del territorio

El Epipaleolítico del interior de la Península Ibérica, aún con lo poco conocido y mal estudiado que está, se constituye sobre un horizonte que podemos denominar, sin muchos problemas, pre-formativo derivado a su vez de la paulatina evolución de los grupos de cazadores magdalenenses del fin del periodo glaciario.

Caracterizar a estas poblaciones, si bien interesante y necesario para la correcta explicación de las etapas culturales posteriores y, por extensión de la base humana y cultural sobre la que incidirá la neolitización, excede los propósitos y posibilidades de esta obra. Por ello, tan sólo indicaremos los elementos, principalmente tecnológicos, que los caracterizaron, tratando en la medida de lo posible de articularlos dentro de la secuencia cultural, humana y del medio en el que se desarrolló su existencia. Todo ello, conocido ya el desarrollo de otras áreas vecinas, se hará de un modo más profundo por tratarse del área concreta sobre la que se centra la temática de este trabajo.

Desechada por incierta la idea de despoblamiento del interior de la Península con la que fueron explicados los vacíos correspondientes a este período en los mapas de distribución por los primeros compiladores de la Prehistoria peninsular y, que se mantuvieron hasta bien entrados los años setenta (Ripoll *et alii*, 1998), la Meseta se nos presenta como una amplia y variada plataforma en torno a la que se articularon diversos núcleos de habitación y agregación, siempre y cuando admitamos como tales los yacimientos decorados del Paleolítico Superior (Conkey, 1980; Moure Romanillo, 1994)

Esa vasta y diversificada extensión de terreno sería a su vez un área privilegiada en cuanto a recursos alimenticios se refiere. Esta suposición, aparte de las evidencias disponibles que la Historia nos ofrece, se basa en la idea central referente a netos cambios paisajísticos y, a menudo altitudinales, existentes en la Meseta y que permiten el acceso a variados nichos ecológicos localizados en distancias reducidas. A todo esto debe añadirse la compartimentación del espacio en torno a tres de las más destacadas cuencas hidrográficas, Ebro -de un modo marginal-, Duero y Tago, que cruzan longitudinalmente la Península, vertiendo sus aguas al Mediterráneo -en el primer caso- y al Atlántico y, favoreciendo, por tanto, las relaciones costa/interior que tanta importancia tuvieron en las etapas más avanzadas del Epipaleolítico y el Neolítico.

Cabe señalar que las dos cuencas hidrográficas principales de la Meseta, Duero y Tago, merced a su recorrido, desembocando ambas en áreas geográficamente próximas de la costa Atlántica, configuraron el principal componente atlántico que han poseído sus culturas a lo largo de la Prehistoria. Por ello, antes de avanzar más en el bosquejo del entramado cultural de este área, dejando que el lector vaya comprendiendo y cotejando esta clara relación, quisiéramos llamar la atención sobre la idea de que una buena parte de las tierras del interior debieron encontrarse durante las etapas iniciales de la Prehistoria Reciente (XIV- IV milenios BP) estrechamente ligados a un desarrollo común que puede denominarse, de un modo genérico, Atlántico. Este dato será relevante a la hora de explicar el surgimiento y posterior desarrollo del megalitismo.

La articulación espacial, como quedó referido en el capítulo dedicado a la caracterización física del solar meseteño, se verá a su vez dinamizada por la presencia de diversas unidades de relieve y cadenas montañosas. Como ya anticipamos, éstas, en algunas ocasiones, actuaron a modo de filtro, separando de forma más o menos neta los desarrollos entre áreas vecinas. En otras ocasiones establecerán una serie de núcleos de transición, generalmente valles de carácter secundario, perpendiculares a los grandes ejes fluviales y montañosos, a través de los cuales se distribuirán las relaciones

culturales entre las diferentes zonas a lo largo de la Historia. De este modo, quedarán "fosilizados" en el paisaje los itinerarios naturales -como ocurre en el caso del valle del Jalón- por los que discurrieron estos intercambios.

Dentro de ese espacio articulado se situarán los principales núcleos de agregación durante el Paleolítico Superior (Fig.11). Si atendemos a la distribución espacial de los "santuarios" decorados, tanto en cueva como al aire libre, a lo largo del interior de la Península Ibérica no resulta arriesgado plantear, aún con la escasez de evidencias, la existencia de una clara intencionalidad espacial en la misma. Así, los lugares elegidos como nodo o centro de agregación intergrupala o tribal, se corresponden con aquellos elementos caracterizados como divisorias naturales o cuando menos como áreas de transición. De manera global puede destacarse la ubicación de las cuevas de El Reno (Alcolea *et alii*, 1997), La Hoz y Los Casares (Balbín *et alii*, 1998) o El Reguerillo (Lucas *et alii*, 2006) dentro de la búsqueda de los rebordes montañosos, a través del eje del Tajuña -en su camino hacia los pasos naturales de los Altos de Barahona -Alto Jalón- y el Jarama.

Que las áreas sincrónicas de habitación no debían encontrarse muy alejadas, lo ponen de manifiesto las evidencias dispersas a lo largo del Valle del Jarama -en el caso de la Cueva del Reno, El Reguerillo, los niveles inferiores de las cuevas de La Ventana, La Higuera y Las Avispas- así como las evidencias dispersas sobre las terrazas de los ríos Sorbe y alto Tajuña en los casos de La Hoz y Los Casares.

Por lo que respecta a la cuenca del Ebro, en su zona alta y, como preludio de la gran concentración del área cantábrica, el acceso desde las tierras llanas de la cuenca -en su zona marginal meseteña- ya en la provincia de Burgos queda franqueado por los importantes conjuntos de Penches, Atapuerca y Ojo Guareña. Estos yacimientos se distribuyen a lo largo de un estrecho pasillo natural que, al paso del Ebro por la Bureba y La Lora, en tierras meseteñas, da acceso a las tierras cántabras y su macizo montañoso, reducto último de los grupos de cazadores paleolíticos.

En el trayecto bajo del río Duero, en su búsqueda de las costas atlánticas, las cuencas y las tierras que comprende quedan enmarcadas, en la zona septentrional y, a dentro de Portugal, por los yacimientos del Vale do Côa (Fôz Coa y Mazouco) y en la meridional, por las manifestaciones rupestres al aire libre de Siega Verde, que tendrán, en lo referente a estilo y ubicación, su contestación más interior en el área segoviana de Domingo García (Ripoll López y Municio González, 1999). La vertiente Norte del Sistema Central, tributaria del Duero, presenta dos ubicaciones privilegiadas, con manifestaciones artísticas correspondientes al Paleolítico Superior. De nuevo, estas ubicaciones, parecen articularse en torno al medio y las áreas de relación interterritorial -funcionando por ello, tal vez, como fronteras tribales-. Por una parte, en un espacio menos serrano, encontramos las mencionadas estaciones de Domingo García (Ripoll López y Municio González, 1999) y en terreno de reborde montañoso, en una privilegiada ubicación en el piedemonte de la Sierra de Guadarrama, la Cueva de la Griega (Pedraza, Segovia) (Corchón Rodríguez, 1988) y tal vez algunas de las polémicas y, aún sin contrastar, manifestaciones de la Cueva de los Enebralejos (Prádena de la Sierra, Segovia).

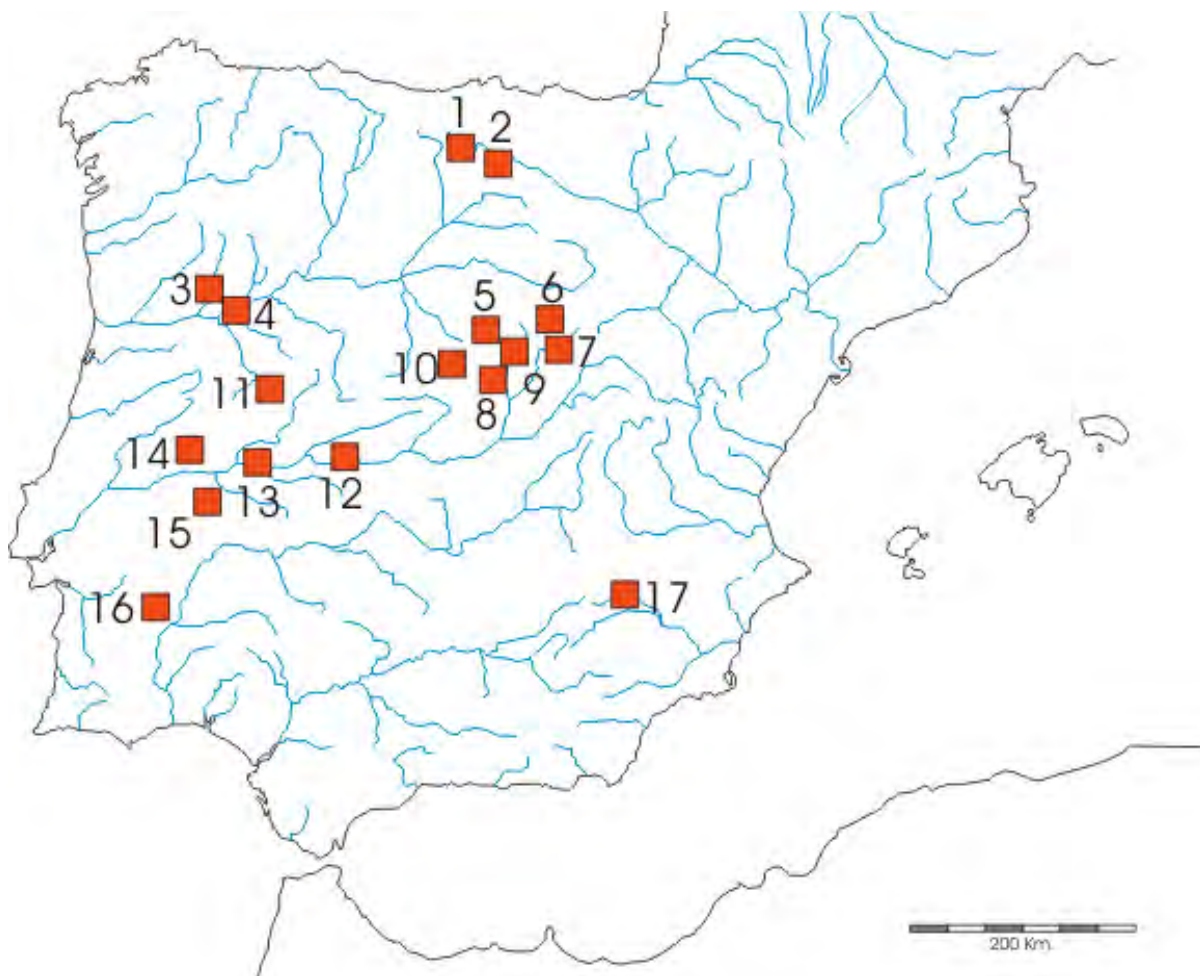


Fig. 11.- Mapa de dispersión de santuarios paleolíticos. 1-Cueva de Penches (Barcina de los Montes, Burgos) 2-Cueva de Atapuerca (Ibeas de Juarros, Burgos) 3-Foz Côa (Vilanova de Fôz Coa, Portugal) 4-Mazouco (Freixo da Espada-à-Cinta, Portugal) 5- Cueva de la Griega (Pedraza, Segovia) 6- Cueva de la Hoz (Sta. M^a del Espino, Guadalajara) 7-Cueva de Los Casares (Riba de Saelices, Guadalajara) 8-Cueva del Reno (Valdesotos, Guadalajara) 9- Cueva del Reguerillo (Patones, Madrid) 10-Domingo García (Sta. M^a La Real de Nieva, Segovia) 11-Siega Verde (Villar de Argañán, Salamanca) 12-Arroyos del Manzano y de la Parrilla (La Nava de Ricomalillo y Alcaudete de la Jara, Toledo) 13-La Mina de Ibor (Castañar de Ibor, Cáceres) 14-Ocreza (Portugal) 15-Cueva de Maltravieso (Cáceres) 16-Escoural (Santiago de Escoural, Portugal) 17- Cueva del Niño (Ayna, Albacete)

Las tierras del Tajo presentan una articulación similar y casi paralela a la señalada en el caso anterior. De nuevo el área de transición entre las áreas donde el curso del Tajo empieza a abrirse aparece, una vez más, flanqueado por Los enclaves de las cuevas de Maltravieso (Cáceres) y La Mina de Ibor (Castañar de Ibor, Cáceres), ambas en la margen meridional del Tajo. La primera de ellas en un área abierta a las tierras andaluzas, dentro de un contexto aparentemente diferenciado del resto de las manifestaciones, de carácter más serrano y, como complemento de esta extrañeza el hecho de ser uno de los escasos yacimientos decorados con negativos de manos fuera del área cantábrica. Por su parte la Cueva del Castañar vuelve a reproducir el esquema territorial *normal*, controlando el área del Valle del Tajo en su encajamiento entre las Sierras de Tormantos y Gredos, en el septentrión y, el importante nudo de las sierras de los Ibore, como extensión de la Sierra de Monfragüe y, la Sierra de Altamira y El Castañar, entre las que se encajona el río Ibor y, a través de cuyo pasillo se articula el acceso hacia o desde las vegas del Guadiana.

Salvado ese primer e importante escalón transicional, la presencia de manifestaciones artísticas en la cuenca alta del Tajo se reduce a las tierras de piedemonte y en especial al control de los principales valles que articulan el tránsito entre ambas Mesetas, entre los

que cabe destacar los del Jarama -cuevas de El Reguerillo (Patones, Madrid), El Reno (Valdesotos, Guadalajara) y El Turismo (Tamajón, Guadalajara)- y el Tajuña-Jalón, importante hito en el tránsito hacia las tierras del alto Duero y Ebro, donde se ubican las cuevas de La Hoz (Santa María del Espino, Guadalajara) y Los Casares (Riba de Saelices, Guadalajara)

Dentro de la red tributaria del río Segura, en el curso alto del río Mundo, en las estribaciones encajadas de la Sierra Seca y la Sierra de Alcaraz, articulando el acceso desde la costa sureste del Mediterráneo a las tierras del actual Campo de Montiel, se sitúa la Cueva de El Niño (Ayna, Albacete). Éste enclave cumple una vez más esa función territorial en la que hemos venido haciendo hincapié y que establece, de modo somero pero claro, cuál debió ser la configuración de las tierras del interior durante la etapa preformativa del Epipaleolítico, en las etapas finales del Paleolítico Superior.

Esta referencia concisa a los establecimientos decorados del final de la era glaciaria permite hacerse una idea de la compartimentación del territorio por parte de las tribus de cazadores. Este modelo fue, sin duda, la base de conformación del territorio de las tribus del Epipaleolítico y el Mesolítico unos miles de años después, quizás con elementos de mayor regionalización, como han señalado algunos autores (Villar Quinteiro, 1997: 98), pero dentro de esquemas territoriales muy similares.

Las evidencias de poblamiento sincrónico a las cuevas y espacios abiertos decorados de la Meseta parece responder a una distribución muy similar (Fig.12), lo cual refuerza la hipótesis territorial presentada. La tipología de hábitat o establecimiento hace referencia a dos modelos de habitación diferenciados. Por una parte deben señalarse las evidencias referentes al Paleolítico Superior, en sus etapas Solutrense y Magdaleniense, contenidas en cuevas y abrigos y, por otra, correspondiente a las mismas cronologías pero con un número de localizaciones menos abundante -tal vez debido a estrategias diferenciales en la investigación-, aparecen establecimientos al aire libre, caracterizados por áreas de talla lítica y concentraciones de material arqueológico en posición derivada que en gran medida han sido interpretados como talleres de manufacturación de industria lítica.

Dentro de este primer tipo de yacimientos, sectorializando de nuevo como hicimos en el caso de los yacimientos decorados, cabe señalar, en la Cuenca del Ebro, algunas evidencias de adscripción probablemente magdaleniense, algunas aún sujetas a debate, en cavidades del área burgalesa, como las cuevas burgalesas de la Blanca y El Caballón, ambas en Oña (Ibero, 1923: 192; Corchón Rodríguez, 1988-89: 83; Ripoll López *et alii*, 1997: 57) y la Cueva del Nispero, en Orbaneja del Castillo (Corchón Rodríguez, 1988-89; Ripoll López *et alii*, 1997), si bien los materiales del nivel basal de ésta última, encajan de forma más nítida en momentos finales del Paleolítico Superior en transición ya al Epipaleolítico. Quizás también deban incluirse dentro de estos yacimientos algunas evidencias de los conjuntos karstificados de la Sierra de Atapuerca, en cierto modo eclipsadas por la popularidad de los yacimientos paleontológicos que por el momento copan la atención de los investigadores. No habría por tanto demasiados problemas en atribuir una sincronía en la ocupación de estos espacios de hábitat y aquellos otros, decorados, a los que antes se hizo referencia.

En el extremo septentrional de la cuenca del Duero, en el marco de influencia de la Cordillera Cantábrica y tal vez, como sucede a ambos lados del Sistema Central, sirviendo de tamiz de relaciones entre la Meseta y el área más septentrional de la Península Ibérica, se establecen numerosos asentamientos relacionados, por lo general, con las cabeceras de los arroyos y ríos tributarios de la margen derecha del Duero. Entre ellos destacan los yacimientos leoneses al aire libre de Veiga de Mouin (Carellón, León), Ardón (León) y la Peña (Vegacervera, León) (Bernaldo de Quirós *et alii*, 1997), o en cueva y abrigo, como los de la Cueva de la Cantera (Alcedo, León) (Luengo, 1947: 147-157; Gutiérrez, 1985: 121-122; Corchón Rodríguez, 1988-89: 83; Bernaldo de Quirós *et alii*, 1997), La Cueva de la Uña (Uña, León) (Ripoll Pérez *et alii*, 1997: 57), la Cueva del

Esperitín (Burón, León), La Cueva Cachorros (Quintanar de la Sierra, Burgos) (González Salas, 1955: 175; Corchón Rodríguez, 1988-89: 83) o El Abrigo de la Aceña (La Aceña, Burgos) (Bosch Gimpera, 1932: 27; Corchón Rodríguez, 1988-89: 83)

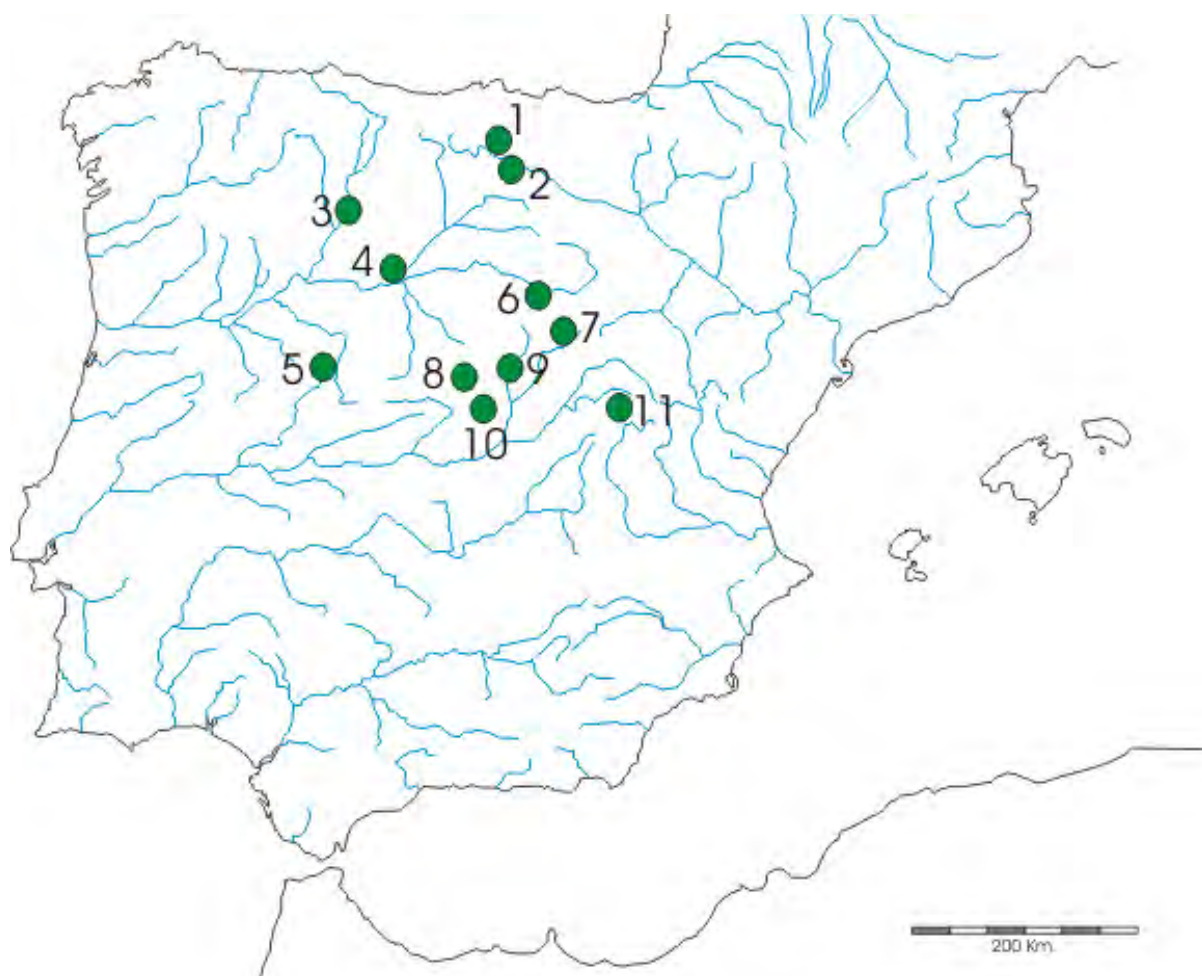


Fig. 12.- Mapa de dispersión de yacimientos correspondientes al Paleolítico Superior. 1-Cueva del Caballón (Oña, Burgos) 2-Cueva de la Blanca (Oña, Burgos) 3-Cueva del Esperitín (Burón, León) 4-El Palomar (Mucientes, Valladolid) 5-La Dehesa (Tejado de Béjar, Salamanca) 6-Villalba (Soria) 7- Cueva de la Hoz (Sta. M^a del Espino, Guadalajara) 8-Valdocarros (Arganda del Rey, Madrid) 9-Jarama I y Jarama II (Valdesotos, Guadalajara) 10-El Sotillo (Madrid) 11-Verdelpino (Cuenca)

Casi la totalidad de estos yacimientos, algunos de ellos conocidos de antiguo y con registros profundamente alterados, presentan materiales de fácil adscripción a etapas finales del Paleolítico Superior e incluso a una facies, aparentemente local, del Aziliense sobre la que regresaremos en apartados posteriores. Más problemática resulta la interpretación de las industrias de superficie de yacimientos como Cistierna, Prado de Lomas y Puerto del Pando (Prioro, León) (Bernaldo de Quirós *et alii*, 1997) que aún precisan de una más completa sistematización. La presencia de estas estaciones en la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica está señalando la existencia nítida de relaciones entre las tierras del Norte de la Meseta y la densa población del área franco-cantábrica, pruebas una vez más de la existencia de una clara intencionalidad y muestra de territorialidad, entre las tribus del interior de la Península.

En el curso medio y alto del Duero, asociados a los yacimientos decorados de Siega Verde, Domingo García y la Cueva de la Griega, hallamos los yacimientos al aire libre de La Dehesa (Tejado de Béjar, Salamanca), -que tal vez deba ser considerado dentro del horizonte formativo del Epipaleolítico, en un contexto cronológica y culturalmente afín a la Cueva del Nispero- (Fabián García, 1986; 1997; Ripoll López *et alii*, 1997), El Palomar

(Mucientes, Valladolid), igualmente al aire libre y con materiales que parecen hacer referencia a dos momentos cronológicos diferentes (Martín Santamaría *et alii*, 1986; Ripoll López *et alii*, 1997) y, el Abrigo de Estebanvela (Estebanvela, Segovia) (Ripoll López *et alii*, 1997; Cacho *et alii*, 1998; 2003) Este último también dentro de esa etapa pre-formativa del Epipaleolítico. Por su parte, la presencia de la placa decorada de Villalba (Soria) (Jimeno Martínez *et alii*, 1990; Ripoll López *et alii*, 1997), si bien fuera de contexto, debe ser interpretada como procedente de algún establecimiento al aire libre ubicado en esa zona. Con cautela pero interés, debe ser interpretada la presencia de materiales de tipología paleolítica, en este caso tal vez en su fase media, procedentes de otras cuevas segovianas, como es el caso de algunos materiales hasta ahora inéditos de la Cueva de los Enebralejos (Prádena de la Sierra, Segovia), procedentes de las excavaciones de Ruíz Argilés y, asociadas de un modo inequívoco a fauna pleistocena. A pesar de la ausencia de evidencias materiales procedentes de la Cueva de la Griega, su conjunto decorado señala la posibilidad de que existiesen más enclaves paleolíticos en sus inmediaciones.

En el curso del Tajo, en su sector bajo, si bien no contamos con la constatación de evidencias nítidas referentes al poblamiento correspondiente al horizonte de las cuevas decoradas, sí contamos con elementos fuera de contexto, pertenecientes a colecciones privadas, o recogidas por el equipo encargado de la I Fase del Proyecto de Investigación "Dehesa Boyal de Montehermoso" y que en su mayor parte permanecen inéditos. La existencia de estos materiales, dispersos a lo largo de las terrazas de los ríos Alagón y Jerte —en el primer caso con ricas colecciones de cronología propia del Paleolítico Inferior y Medio—, permiten arbitrar soluciones de habitación similares a las señaladas por los investigadores portugueses en el Vale do Côa, o las localizadas en la terrazas de algunos ríos madrileños —Manzanares y Jarama— y que animan por tanto a proseguir las investigaciones antes de que el avance de las empresas de áridos y la creciente urbanización terminen con la totalidad de los yacimientos existentes.

En el curso medio y alto del río Tajo, coincidiendo con el notable aumento del número de yacimientos decorados, encontramos también numerosas evidencias sincrónicas de habitación. En el área de Madrid, concretamente en el curso bajo del Manzanares y Jarama, la densidad de yacimientos con materiales pertenecientes al Paleolítico Superior es notable. En la sistematización de datos realizada con motivo de esta obra en los diferentes Museos, Instituciones y colecciones particulares, tuvimos la posibilidad de acceder a numerosos materiales, procedentes en su mayor parte de las labores de recuperación de restos y seguimiento de las labores de extracción de áridos llevadas a cabo por la Brigada del Instituto Arqueológico Municipal del Ayuntamiento de Madrid entre los años 1950 y 1970. Hoy en día estos materiales han sido estudiados y publicados o están en curso de publicación (Rubio Jara *et alii*, 2002; Gamazo Barrueco, 2002; Cacho Quesada y Martos Romero, 2002; Blasco Bosqued *et alii*, 2002) Del mismo modo, algunos de los pioneros de la investigación prehistórica en España señalaron numerosos yacimientos en esa misma zona (Obermaier, 1917; Pérez de Barradas, 1930) entre los que destaca el de El Sotillo (Madrid), de cronología Solutrense (Martínez de Merlo, 1984) Materiales igualmente solutrenses, junto a algunos otros de tipología posiblemente magdaleniense, procedentes del área de Arganda del Rey (Madrid) se encuentran en la colección del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, habiendo sido reiteradamente publicados (Vilanova y Piera, 1891: 513-516; Blasco Bosqued *et alii*, 1998; Jiménez Guijarro, 2001: 220) Todos estos datos permiten suponer, una vez más, una densidad mayor de yacimientos al aire libre de los que han llegado hasta nosotros.

En el curso alto del Tajo y, más concretamente en los valles del Jarama y del Sorbe el número de estaciones documentadas es elevado lo cual resulta acorde con la proximidad de yacimientos decorados. En el curso del Jarama cabe destacar las cuevas de Jarama I y, Jarama II (Valdesotos, Guadalajara) (García Valero, 1997; Adán Poza y Jordá Pardo, 1989; Ripoll López *et alii*, 1997), La Ventana (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004)

y, La Higuera (Jiménez Guijarro, 2001) los abrigos de Peña Capón y Peña Cabra (Muriel, Guadalajara) (Alcolea *et alii*, 1997; Ripoll López *et alii*, 1997: 57) En la cuenca del Sorbe han sido localizados algunos yacimientos al aire libre con materiales que su descubridor ubica en una etapa imprecisa entre los momentos iniciales del Magdaleniense (Sorbe I y Sorbe IV) y del Epipaleolítico en su facies geométrica (Mesolítico) o incluso tal vez más reciente, en el área de Humanes de Mohernando (Guadalajara) (Pastor Muñoz, 1998; 2000) No obstante las características propias de la colección estudiada y su descubrimiento a lo largo de las terrazas del mencionado río nos hacen dudar de la certeza de su adscripción o cuando menos ser cautos con ella.

En el sector más alto del río Tajo de momento tan sólo se cuenta con las evidencias, escasas, procedentes de la Cueva de la Hoz (Santa María del Espino, Guadalajara) (Balbín *et alii*, 1995; Ripoll López *et alii*, 1997: 57) A estos elementos habría que añadir algunas referencias antiguas sobre el área de Brihuega y Argecilla (Guadalajara) y que parecen señalar la existencia de materiales de posible adscripción paleolítica en un área deficientemente estudiada (Vilanova y Piera, 1872: 201) y no obstante con un elevado potencial.

En la misma cuenca, pero en la orilla meridional, articulando el acceso mediterráneo desde el Vilanopó y las tierras de Utiel, se emplazan el Abrigo de Buendía (Alcohuete, Cuenca) (Cacho Quesada y Pérez Marín, 1997; Ripoll López *et alii*, 1997: 57) y, el Abrigo de Verdelpino (Verdelpino, Cuenca) (Moure Romanillo y López García, 1979; Ripoll López *et alii*, 1997: 57) Esta ubicación, complementada con la de los abrigos de El Palomar y el Molino Vadico (Vega Toscano, 1991), permite el control total y, con ello, la articulación del territorio que parece señalar el yacimiento decorado de la Cueva de El Niño, de la vía directa de acceso desde la costa valenciana. Este tránsito, cuyo último jalón queda representado en el área más interior, antes de cruzar las aguas del Tajo, por los mencionados abrigos de Buendía y Verdelpino, marca un área de gran dinamismo a través del cual debieron efectuarse las principales relaciones entre las tierras de la costa mediterránea central de la Península Ibérica y el área meridional del interior peninsular.

Esta breve síntesis de la etapa pre-formativa permite, aún con la concisión y relativa escasez de los datos manejados, elaborar una clara distribución territorial de las tribus de cazadores (Fig.13) A la vista de esta imagen queda clara la desigual ocupación del territorio. Este desequilibrio habitacional, sin duda, lejos de señalar únicamente matizaciones de periodización y diferenciación cronológica y cultural, está mostrando la evidencia, señalada ya por algunos autores dedicados al estudio del Paleolítico Superior, de una diferente presión demográfica según las áreas. Esta presión estaría relacionada más con el paulatino proceso de cambio climático y la consiguiente emigración de la fauna fría -renos, grandes bisontes y uros- hacia latitudes más septentrionales y frías y la consiguiente reagrupación y distribución de los hábitats y patrones deambulatorios de los grupos humanos dependientes de este tipo de recursos; todo ello sin menosprecio de la existencia de algunas áreas reducto en las que se conservasen unas condiciones favorables para el mantenimiento dilatado de este tipo de faunas. Por ello, la densidad de poblamiento parece ser mayor en esas áreas del Norte, en especial en el marco Cantábrico y, en aquellas áreas refugio del extremo Norte de la Meseta Sur, en sus núcleos pre-serranos.

Las diferencias, dentro del nivel de los yacimientos decorados, son notables. La más destacable es la dicotomía de ubicaciones existente entre los yacimientos *clásicos*, con pinturas y grabados efectuados en el interior de cuevas y aquellos otros, eventualmente más modernos, enclavados al aire libre y que parecen ser, de momento, originales de la Cuenca del Duero, si bien con notables paralelos en el área francesa (Fornols Haut) (Ripoll López *et alii*, 1997: 74; Ripoll López y Municio González, 1999), no obstante de menor entidad que los de la Meseta Ibérica. A parte de la ubicación existe una diferenciación a la hora de solucionar técnicamente las figuras, siendo predominante la

técnica del grabado fino filiforme y el piqueteado en las estaciones al aire libre (Ripoll López *et alii*, 1997: 77), en las que por otra parte no se documentan evidencias pintadas.

A la hora de valorar la adscripción cronológica y cultural de estas dos manifestaciones artísticas, debe avanzarse con cautela. Por una parte, el amplio conocimiento del ciclo franco-cantábrico, dentro de la facies *clásica* del arte Paleolítico, junto al estudio sistemático de las manifestaciones artísticas enclavadas al aire libre no señala exclusivamente una cronología basada en criterios estilísticos. Según estos, la cronología sería más reciente para este último tipo de manifestaciones aún cuando se mantienen abiertas discusiones al respecto. Así, mientras algunos investigadores (Oliveira Jorge, 1986) mantienen una adscripción claramente Magdaleniense para los grabados al aire libre, otros mantienen que los criterios y las convenciones estilísticas parecen conducir a una adscripción situada a caballo entre el Solutrense Avanzado y el Magdaleniense Antiguo, esto es, a un encabalgamiento de los Estilos III y IV de Leroi-Gourhan (Balbín *et alii*, 1991; Balbín y Alcolea, 1994)

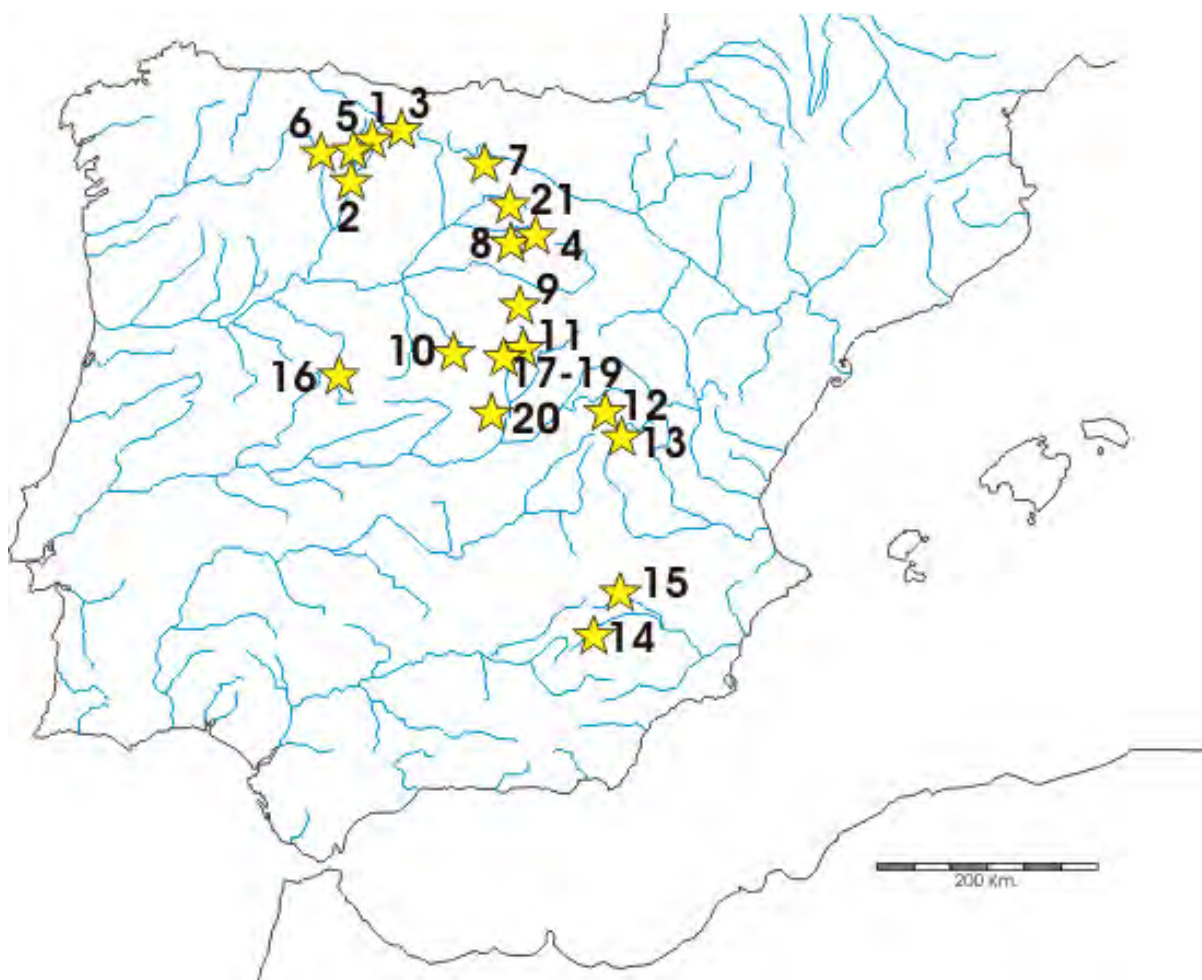


Fig. 13.- Mapa de dispersión de yacimientos de cronología Epipaleolítica. 1-La Peñica (Vegacervera, León), 2-Ardón (León), 3-Cueva de la Cantera (Alcedo, León), 4-Cueva Cachorros (Quintanar de la Sierra, Burgos), 5-Cueva de la Uña (Uña, León), 6-Cueva del Espertín (Burón, León), 7-Cueva del Níspero (Orbaneja del Castillo, Burgos), 8-Abrigo de la Aceña (La Aceña, Burgos), 9-Abrigo de Estebanvela (Segovia) 10- El Parral (Segovia), 11- Abrigo de los Enebrales (Tamajón, Guadalajara) 12-Buendía (Alcohuja, Cuenca) 13-Verdelpino (Cuenca) 14- Abrigos de El Palomar y Molino Vadico (Ayna y Yeste, Albacete), 15-Cueva del Niño (Ayna, Albacete), 16-La Dehesa (Tejado de Béjar, Salamanca), 17-Cueva de las Avispas (Patones, Madrid), 18-Cueva de la Higuera (Torremocha de Jarama, Madrid), 19-Cueva de la Ventana (Torrelaguna, Madrid), 20-Verona II (Villaverde, Madrid), 21-Cueva de El Mirador (Ataperca, Burgos)

A este respecto, un elemento que puede servir, hipotéticamente, como punto de encuentro de estas posturas, es la clara ausencia, en las manifestaciones artísticas realizadas al aire libre, de representantes faunísticos indicadores de clima frío (Zilhão, 1997). Por lo tanto, la ejecución de esos grabados, sería posible suponerla posterior al atemperamiento climático. Si bien algunos autores señalan que esto se debe a que estas especies de clima frío (renos y bisontes, primordialmente) *nunca vivieron más allá del límite que supone la Cordillera Cantábrica* (Ripoll López *et alii*, 1997: 79), hoy por hoy podemos señalar que tal aseveración es falsa, merced a los impresionantes datos derivados del descubrimiento y estudio de la Cueva del Reno (Valdesotos, Guadalajara) (Balbín *et alii*, 1997), donde están claramente representadas estas especies, en especial el reno y el bisonte, acompañados de cérvidos y équidos. Por lo tanto, sin entrar en polémica, es muy probable que la diferenciación entre las estaciones al aire libre y en cueva, al menos en la Meseta, sea debida a factores diversos entre los que el cronológico será uno de los de mayor peso pero no el único.

Esta matización viene avalada por el concienzudo estudio de las representaciones del Vale do Côa (Zilhão, 1997; Martinho Baptista, 1998; Aubry, 1998), Mazouco y Siega Verde (Balbín Behrmann y Alcolea González, 1996; Balbín Behrmann *et alii*, 1994, 1995, 1996). De ellas se extrae la conclusión de que parece existir, dentro de la adscripción cronológica más reciente de este tipo de manifestaciones, un notable gradiente espacial que responde a una distribución Norte/Sur. En esta hipotética distribución disminuiría la cronología de los grabados conforme nos acercamos a las tierras portuguesas. Esta hipótesis, basada en criterios estilísticos, viene refrendada por la existencia de un mayor dinamismo en las figuras del Vale do Côa y Siega Verde, siquiera insinuado de un modo tímido en algunas de las representaciones de Domingo García (Ripoll López y Municio González, 1999). Este dinamismo resulta más propio de las fases terminales del Estilo IV reciente (Magdalenense Medio- Superior) de Leroi-Gourhan en el caso de la mayor parte de las figuras del Vale do Côa; y del Estilo IV antiguo y reciente (Magdalenense Inferior y Medio) en el caso de Siega Verde, si aceptamos los aparentes arcaísmos de las dobles crineras de algunas de las representaciones de équidos.

Mientras, en el caso de Domingo García, situado más al interior y, con un número menor de representaciones, los arcaísmos son más pronunciados y los convencionalismos técnicos y estilísticos parecen situar, sin muchas dudas, el conjunto en el mencionado encabalgamiento entre los estilos III y IV de Leroi-Gourhan (Ripoll López y Municio González, 1999).

Ahora bien, uno de los problemas más inquietantes que a la hora de aceptar las atribuciones estilísticas se le ha planteado a la investigación se encuentra en el conjunto de Siega Verde. Aquí, dentro de un espacio más parecido y próximo geográficamente a Mazouco o el Vale do Côa, las representaciones de los cérvidos y cápridos, realizados con técnica de incisión directa y que presentan unas características morfológicas y estilísticas más avanzadas, se encuentran infrapuestos, en la mayor parte de las ocasiones, a aquellas otras de más notable arcaísmo estilístico, compuestos fundamentalmente por équidos. Curiosamente, en el yacimiento de Côa, las representaciones más numerosas y, técnica y estilísticamente más avanzadas, son las del conjuntos de caprinos, cérvidos y bóvidos.

Tal vez todos estos datos estén señalando la existencia en Siega Verde de una *frontera*, coincidente en gran medida con las últimas estribaciones del Sistema Central, entre dos territorios tribales diferentes, razón por la cual las manifestaciones de apaisamiento más arcaico -aparente y lógicamente- serían las derivadas de los conjuntos más meridionales. No en vano, estos conjuntos podrían estar conformados por grupos de tribus aisladas y por ello portadoras de un desarrollo estilístico más conservador, desligado en gran medida de los desarrollos de otros grupos que se mantuvieran en conexión con el área franco- cantábrica.

En este contexto encajaría muy bien una explicación basada en los mismos postulados de la relatividad histórica que se enunciaron al comienzo de la obra. De confirmarse esta hipótesis, sin duda, podría establecerse una diferenciación de desarrollos -aparentemente disimétricos- en momentos antiguos del Paleolítico Superior del interior de la Península Ibérica. Este dato, por sí mismo, aumentaría el valor de la tesis fundamental que se plantea acerca de la creciente complejidad de los grupos de cazadores y recolectores del Mesolítico, fundamentalmente del actual territorio portugués. Sin duda es esta una hipótesis cuya amplia explicación excede la propuesta y el fin de esta obra. No obstante, resulta interesante y necesario tratarla de forma sucinta debido a que será esa aparente desintegración de la *unidad* que siempre se ha estimado para los cazadores paleolíticos, derivada de un paulatino cambio climático, la que dio lugar a los posteriores desarrollos culturales que serán la base del complejo y heterogéneo proceso de conformación e implantación de la neolitización. En definitiva, el mosaico cultural que se nos presenta al inicio del Neolítico y que se intuye en los conjuntos mesolíticos debió tener su origen en los momentos terminales del Paleolítico Superior.

Visto de otro modo y adelantando quizás parte de lo que se irá mostrando a lo largo de las páginas siguientes es posible admitir que las diferencias establecidas, ya desde las etapas medias del Paleolítico a nivel territorial y tribal, influirán en gran medida en la construcción de la *identidad étnica* de los grupos mesolíticos del Occidente peninsular. Es por ello que consideramos que, aún abierto a un continuado proceso de modificación y cambio, el proceso de estancamiento, o lo que es lo mismo, la gestión territorial del espacio disponible, de cara a su aprovechamiento humano -primero a nivel primordialmente cinegético, más adelante con el aumento de estrategias de amplio espectro- podría encontrarse perfectamente establecido ya en las fases finales del Paleolítico Superior. Será sobre esas articulaciones espaciales -más constreñidas-, organizadas por el hombre y en algún modo determinadas por el medio físico, sobre las que se vayan sucediendo los diferentes intercambios culturales y los avances de otros grupos y tribus. Será por tanto en este ambiente en el que deberemos buscar el rastro de los pretendidos procesos de colonización, aculturación o sistemas mixtos duales.

Si bien es posible suponer una cierta actitud de intercambio de información territorial entre las tribus de cazadores paleolíticos -así se explicaría como señalamos en líneas anteriores la superposición de elementos estilísticamente más antiguos sobre otros más modernos-, tampoco deja de ser cierto que ese intercambio parece ser más informal e impersonal que durante el Neolítico. Tal vez este trasfondo fuese el que sirviese de base al crecimiento de la agresividad social y territorial y, con ello del número y dureza de los enfrentamientos, conforme avancen los siglos.

Dentro de esta dinámica de un aparente intercambio de *graffitis* señalando un mensaje de adscripción tribal, sea éste totémico o no, o bien codificando áreas de aprovechamiento cinegético o vadeo de cursos de agua, se pasará a un incremento exponencial de la hostilidad relacionado con el proceso de neolitización (Guilaine y Zammit, 2001). Esto será así debido a que la presencia de grupos de agricultores, con su conceptualización cosmogónica diferente a la de los grupos de cazadores y recolectores y, su afán y necesidad de ocupación de tierras, pudo ser interpretado por algunas tribus, o por ciertas bandas de éstas, como una agresión y un factor de riesgo en el mantenimiento de la cohesión del grupo indígena. Todo ello sin menosprecio de la más que probable hostilidad presente entre diferentes grupos de agricultores/ganaderos.

3. HÁBITAT Y GESTIÓN DEL TERRITORIO: MODELOS DE CRECIENTE COMPLEJIDAD

3.1 La reconstrucción empírica del territorio

La mayor parte de los yacimientos correspondientes al Paleolítico Superior, tanto en sus momentos iniciales como finales de la secuencia, presentan una disposición geográfica

que responde a criterios reiterados en la elección de su emplazamiento, aún dentro de esquemas de alta movilidad por parte de los grupos humanos. Esta ubicación parece señalar la existencia de un patrón en los sistemas de habitación y deambulación que permiten articular hipótesis de trabajo de cara a establecer cómo se organizó el territorio, qué sistemas económicos y sociales se desprenden de esta organización y, lo que es más importante aún, inferir cómo pudo ser el choque entre el sistema de vida y gestión territorial de los grupos indígenas y el presente entre las primeras poblaciones neolíticas.

Dentro de este postulado y para dotar de sentido a la exposición debe valorarse la dinámica de formación del territorio. A este respecto, del contexto etnológico, proceden buenos estudios aplicados entre las sociedades de diversos puntos del planeta. La idea principal en torno al intento de reconstruir el territorio, tal y como plantea M^a.N. Zedeño (1997) para el caso de los hopi americanos, se fundamenta en el estudio de la *historia* de la formación del territorio (1997)

Resulta interesante recordar las palabras de John Wesley Powell cuando señalaba que *un indio no preguntará nunca de qué nación, tribu o comunidad de otros indios procedes, sino a qué tierra perteneces y cuál es el nombre de tu tierra*. De este modo y, aún cuando no se quiera aceptar el valor innegable de los datos etnológicos de cara a elaborar explicaciones referentes al territorio y aplicables al estudio de la Prehistoria, se hace necesario volver sobre algo que se ha ido señalando desde los capítulos iniciales: Tenemos que elaborar las reconstrucciones históricas, en primer lugar con los datos tangibles e indudables -incluidos los que denominamos páginas atrás *eternos inmutables*- para después hacer uso de aquellos datos que, procedentes de inferencias, presentarían menor solidez por sí mismos pero que dotados del sostén de los anteriores, toman notable valor. A este respecto debe actuarse siempre que sea posible de un modo global empleando todos los elementos disponibles. Por ello, por encima del análisis social simbólico, cultural y técnico, debe hacerse incidencia en el marco que contuvo, en su día, todos estos campos: el territorio. Esto es, el territorio será el marco de referencia espacial básico para elaborar cualquier estudio. Así, en tanto en cuanto marco básico, es insustituible e imprescindible. Sin marco espacial -al igual que sin marco temporal- no hay desarrollo histórico posible ni estudio o reconstrucción factible.

La importancia de abordar el estudio del territorio desde nuevas perspectivas ha sido señalado por diversos autores si bien en nuestro país aún son pocas las intervenciones iniciadas en este sentido. Cabe destacar quizás por encima de todas las metodologías asociadas al trabajo de campo. Una primera aproximación, huyendo de la visión estanca de la unidad de análisis por antonomasia, esto es, el yacimiento, es la que señala la necesidad de elaborar prospecciones sistemáticas de cobertura total. Estos, en parte, son los postulados básicos de la *Arqueología del Paisaje* desarrollada por F. Criado.

Dentro del Proyecto de Investigación sobre el poblamiento Neolítico y el megalitismo en la Comunidad de Madrid, soporte fundamental de la contrastación empírica de este trabajo, se abordó de forma directa el periodo comprendido entre las etapas **pre-formativa, formativa, implantación y disolución** mostrando especial hincapié en el estudio de la formación del territorio (Jiménez Guijarro, 1998; 1999) En la última etapa de este Proyecto cabe situar la puesta en práctica de sistemas de prospección basados en las experiencias desarrolladas por Bernabeu, Barton, García y La Roca (1999) en el Valle del Alcoi.

De forma paralela, en el transcurso de la I fase del Proyecto de Investigación Dehesa Boyal de Montehermoso, llevado a cabo en esta localidad de la provincia de Cáceres en 1999, se trató de poner en marcha una estrategia *off-site* aplicada a la prospección sistemática e intensiva del área implicada en el Proyecto, así como las áreas inmediatas. Lamentablemente y a pesar de que los datos que aportó este sistema fueron de un

elevado interés, causas ajenas al desarrollo del trabajo imposibilitaron que éste continuase, viéndose muy limitados los resultados.

De un modo general, las prospecciones intensivas estarían fundamentadas en una estrategia que no utiliza el concepto de asentamiento como unidad organizativa de las colecciones superficiales. Este sistema, bastante desconocido en el contexto mediterráneo, utiliza como criterio fundamental de análisis el mencionado *off-site* anglosajón. Este criterio, según señalan Dunne y Dancey presenta, a pesar de las limitaciones señaladas por Cherry (1983), una de las mejores aproximaciones que pueden hacerse de cara a la puesta en valor de las actividades humanas realizadas a escala regional (Bernabeu Aubán *et alii*, 1999: 29-30)

Los datos obtenidos de esta aplicación en la región de Madrid, junto a los procedentes del sector sudoriental de la provincia de Soria, sin duda las áreas en las que de forma más directa se ha intervenido dentro de programas dedicados explícitamente al Neolítico, permiten la elaboración siquiera preliminar de un bosquejo territorial. Este bosquejo se ve enriquecido por el número creciente de prospecciones sistemáticas abordadas en las diferentes autonomías dentro del marco de los programas de Carta Arqueológica. Esta última presenta, no obstante, datos desiguales en calidad y cantidad, dependiendo mucho de los equipos encargados de la tarea de prospección e identificación de materiales. A este nivel el contraste entre ambas subMesetas es aún abrumador.

Los trabajos de prospección arqueológica efectuados en el interior peninsular, aunque amplios, están en su mayor parte sujetos a deficiencias que afectan al tramo cronocultural situado entre el Paleolítico Superior y el Calcolítico, justo la franja que más interesa de cara a los fines de esta obra. A ello se debe no sólo la posible impericia de los equipos de prospectores, sino también las dificultades inherentes a la adscripción de determinados conjuntos materiales localizados en superficie.

No obstante a todo esto el número de evidencias es significativo. Esta situación se debe exclusivamente a criterios administrativos y científicos, siendo considerablemente mayor el interés puesto en la SubMeseta Norte, afectada en conjunto por una sola demarcación Administrativa (Junta de Castilla y León) como órgano de control y gestión del Patrimonio. A esto debe unirse el interés que la mayor parte de los centros Universitarios ha prestado a la definición del Neolítico.

La SubMeseta Sur posee unas características netamente diferenciadas. Por una parte, su solar está conformado por tres demarcaciones Administrativas diferentes (Comunidad de Madrid, Junta de Castilla la Mancha y Junta de Extremadura), todas ellas con trayectorias e intereses científicos diferentes. La inexistencia hasta hace pocos años de estos territorios de Proyectos de Investigación centrados específicamente en el Neolítico ha derivado en una escasa representación de yacimientos de este período, así como un generalizado desinterés por el mismo, al que sigue considerándose una etapa de poca representatividad en el interior dentro de los círculos académicos.

Por ello y pese a contar con algunos datos de elevado interés y calidad, es necesario señalar que las posibilidades que se poseen para elaborar un mapa definitivo de la cuestión están, por el momento, muy sesgadas. Aún así, puede abordarse el análisis territorial de algunas regiones extrapolando, en la medida de lo posible, los datos interpretativos a otras áreas, siempre con la cautela necesaria y dejando abiertos interrogantes para cuya resolución, hoy por hoy, carecemos de datos empíricos.

En el interior de la Península Ibérica nos encontramos al menos con dos estrategias territoriales. La primera, aquella derivada de la gestión de los grupos de cazadores y recolectores, siendo necesario tal vez hacer diferencias entre la complejidad de estas comunidades, pues según la mayor parte de los investigadores, de esta se derivarán formas diferentes de aprovechamiento y gestión del territorio. La segunda hace

referencia a la estrategia derivada de la gestión territorial de los grupos de comunidades con economía de producción.

El cambio de un modelo a otro de conceptualización territorial rebasa la mera implicación espacial para adentrarse, de forma directa, en la cosmogonía particular de dos concepciones de vida sensiblemente diferentes. Cabe por lo tanto analizar estas diferencias desde el más amplio número de perspectivas. En primer lugar, a un nivel *interno*, la idea del medio circundante, según los datos que ofrecen los estudios antropológicos, parece señalar una idea de *propiedad y dependencia* del medio muy diferente entre los dos sistemas. Mientras para un cazador-recolector, el medio es un conjunto del cual él forma parte y en el que vive en simbiosis, para un productor, el medio es una pertenencia, una propiedad, de la que vive como parásito. Así, el mantenimiento del equilibrio biológico se convierte en la clave fundamental de las estrategias cazadoras-recolectoras, pues de ese equilibrio depende la cohesión y supervivencia del grupo. Por su parte las comunidades productoras viven en una situación continuada de estrés de recursos agravada con el crecimiento vegetativo, favorecido por la propia economía de producción. Las estrategias, en este caso, se reducen a implementar la producción a los sistemas tradicionales de subsistencia. De este modo y, aún en contra de lo que han señalado diversos autores, los primeros grupos Neolíticos no serían más que cazadores-recolectores con producción de alimentos a pequeña escala, durante una notable parte de su desarrollo.

En las primeras fases de la implantación neolítica resulta impensable la asociación de modos de economía productora e intensificación de la producción a gran escala. Este será un modelo más reciente dentro de la secuencia neolítica y asociado por lo general en las fases iniciales a los verdaderos grupos de colonos (Sistema A1) y no a los grupos indígenas aculturados (Sistema B1). Así, de forma previa, puede establecerse que los modos de intensificación junto a los sistemas coercitivos ligados a ellos no aparecerán en contextos Neolíticos más que en la fase final del Neolítico IIA y los inicios del Neolítico IIB.

Señaladas estas importantes apreciaciones puede notarse que si bien existe una conceptualización diferente entre los sistemas territoriales de los grupos de cazadores y recolectores y las comunidades de productores, ésta, en los albores de la implantación neolítica, se solapará con la anterior. Esta situación aparentemente efímera y poco significativa, tiene no obstante su importancia de cara a la interpretación del registro. Así, las evidencias arqueológicas desligadas -como meros objetos que son- de su significado completo pueden ofrecer una interpretación confusa, heterogénea y en extremo parcial.

De modo previo, el territorio ocupado durante los diferentes periodos que implican la secuencia cronológica a examen, pudo establecerse de un modo similar al presente en la Tabla 2.

PERIODO	DATA Milenio BP	MODELO TERRITORIAL
PSF	XIV-XII	Territorios amplios de caza
MI	XII-X	Territorios amplios
		Movilidad logística
		Aumento estacionalidad
MII	X-IX	Regionalización
NI	IX-VII	Regionalización restringida
		Estacionalidad.
		Ampliación de periodos de residencia
		Movilidad residencial
NII	VII-V	Reducción movilidad residencial
		Sedentarización
		Territorios cerrados

Tabla 2.- Modelos territoriales por periodos culturales y cronológicos.

De este modo, al igual que va aumentando la complejidad en campos como el desarrollo tecnológico, la sociedad y el mundo simbólico entre otros, el territorio, o al menos su conceptualización como elemento de referencia primera entre el grupo humano y el medio que le circunda, también varía.

Una de las primeras variaciones que coincidieron en señalar algunos investigadores fue la referente al tamaño. Así B. Bender, T.D. Price, J.A. Brown o K.M. Ames, señalan que detrás del aumento de la complejidad entre los grupos mesolíticos bien pudieran esconderse paulatinas *regionalizaciones* que se corresponderían con una disminución del tamaño del terreno utilizado por una comunidad como área de aprovisionamiento. Las causas de esta disminución pudieron tener un origen muy diverso; desde un aumento demográfico hasta un paulatino proceso de xeridificación similar al desarrollado en el Norte de África (Le Quellec, 1998)

En la definición teórica de las diferentes aproximaciones de la territorialidad, se ha recurrido de un modo casi exclusivo a la definición de parámetros como la posesión y defensa de los recursos vitales (Ingold, 1986: 135), la demarcación instintiva como elemento de estudio etológico (Malmberg, 1980: 47), la competencia por los recursos (Wilsem, 1973: 4) y la afirmación cognitiva de identidad (Casimir y Rao, 1992: 20). No obstante, dentro de estas aproximaciones, los territorios en sí mismos son definidos de un modo pobre y a menudo simple (Zedeño, 1997: 70)

De este modo, dentro de la ecología funcional, los territorios son tomados como conjuntos de recursos subsistenciales (Dyson-Hudson y Smith, 1978: 23; Malmberg, 1980: 47), áreas políticas, en el marco de interpretación de la antropología cultural (Barnard y Woodburn, 1988: 10; Myers, 1988: 65) o como símbolos de identidad grupal, dentro de la psicología (Taylor, 1988). Estas aproximaciones teóricas dispares, aún cuando puedan ser aceptadas en sí como ciertas, carecen de aplicación real a la evidencia arqueológica. Por ello constituyen más interpretaciones *ad hoc* que líneas de investigación empíricamente demostrables. De este modo se hace necesario recrear, en primera instancia, la *cartografía* de hallazgos globales (Zedeño, 1997: 70; Bernabeu *et alii*, 1999; Barton *et alii*, 1999) de cara a interpretar *a posteriori* el conjunto de datos.

Se tratará, en primer lugar de abordar el estudio de la reconstrucción territorial desde un nuevo punto de vista en el que la primera necesidad es conocer el funcionamiento de los territorios que antes se mencionaban: cazadores-recolectores de un lado y productores de otro, incluyendo los casos intermedios, situados a caballo entre ambas manifestaciones, que incluyen, en momentos de aculturación o colonización, un sistema de economía mixta -entendida como aquella en la que participa una estrategia de caza y recolección junto a otra de producción- y que por tanto son los más complejos de analizar. Una vez establecido cómo han funcionado entre comunidades reales estas estrategias de gestión territorial, deberán estudiarse los comportamientos asociados al uso de la tierra y los recursos dentro de los modelos comparativos y con mayor entidad dentro de la reconstrucción histórica del interior de la Península Ibérica.

Siguiendo a Zedeño, una de las formas de abordar el tema del significado real del territorio consiste en recrear lo que éste término significaba para algunos grupos de indígenas y aborígenes más o menos actuales o de aquellos grupos de los que conservamos buenos registros escritos. Esta investigadora se basó para su estudio en el Acta elaborada por la Comisión de Reclamaciones Indias y estudiada por un equipo interdisciplinar de antropólogos, arqueólogos, geógrafos, historiadores y biólogos (Beals, 1985; Sutton, 1985). La base fundamental del uso de estos estudios radica en que contienen un amplio conjunto de datos empíricos sobre la formación de los territorios indígenas del Norte de América (Zedeño, 1997: 70) que pueden ser de ayuda para entender la psicología nativa y a su vez para localizar el componente innato de ésta que

por tanto será extrapolable a nuestro estudio aún con la cautela a la que en líneas anteriores hacíamos referencia.

Consideramos que aún salvando las distancias que separan a estos grupos de aquellos que componen nuestro estudio el uso de los datos manejados por Zedeño es válido y dota a la investigación de un nuevo enfoque de interés. Así, en cierto sentido, se trata de poner en valor una serie de testimonios que han sido minusvalorados de forma continuada por arqueólogos y prehistoriadores y que, sin embargo, constituye una fuente de información exquisita y notablemente fidedigna.

Sutton señala que una de las concepciones indígenas acerca del territorio es la que describe éste como la **conceptualización de la memoria colectiva de la sociedad indígena en lo referente al mantenimiento de posesiones a través del tiempo basándose en el término de ocupación** (1985: 129). Las *posesiones* deben ser interpretadas en un sentido amplio del término. Así, no representan en sí mismas un concepto de propiedad como podría desprenderse del pensamiento occidental. Estas posesiones consistirían en asentamientos, porciones de tierras, recursos naturales (manadas salvajes, bosques y acimientos de mineral, etc.) y el consiguiente registro material del uso humano del medio (enterramientos, poblados, campamentos, caminos, etc.) Por ello, este conjunto de *posesiones*, que como puede verse de inmediato sobrepasa las posibilidades del registro arqueológico, representan un amplio grupo de actividades realizadas durante un tiempo inmemorial hasta que las tierras indígenas fueron conquistadas y colonizadas (Zedeño, 1997: 71). Este conjunto de actividades incluiría por tanto el poblamiento, la caza y la pesca, los espacios específicos de recolección, los rituales funerarios, el comercio e intercambio, la migración e incluso la guerra (Kroeber, 1963; Price, 1981; Wishart, 1985). En occidente es común mantener que los conceptos de posesión y utilización no pueden relacionarse más que con sociedades 'elevadas' y complejas, como las de la Edad del Bronce. No obstante, los datos etnográficos permiten, como hemos señalado, enfocar la cuestión desde un punto de vista diferente y en todo caso asociado al concepto que para el cazador-recolector o el campesino incipiente tuvieron estos términos.

Se plantea a menudo al hablar de territorios la cuestión de las fronteras, máxime cuando se presenta el tema en foros europeos. Esto se debe a que en Europa concebimos el territorio desde el punto de vista del Estado, de la unidad espacial cerrada, delimitada y defendida. Una vez más nuestro vocabulario y, con él nuestra concepción de las cosas no nos permite abarcar la idea de un territorio que no estuviese rígidamente delimitado. Aún así, vivimos en espacios constreñidos por delimitaciones inexistentes. Podemos hallar barreras artificiales si tratamos de pasar de un país a otro, de un Estado soberano a otro, pero son escasas las divisiones que delimitan de un modo rígido, impermeable, las fronteras de nuestros espacios inmediatos: los términos municipales, las comunidades o las regiones. Es por tanto anacrónica la concepción territorial occidental y no menos anacrónica la re-construcción territorial que se ha venido elaborando para los pueblos prehistóricos.

De un modo similar, aún cuando algunos territorios indígenas fueron espacios delimitados (Stewart, 1966: 191; Wishart, 1985: 171), en muchas ocasiones estas fronteras no estuvieron netamente demarcadas. Por el contrario, Price (1981: 18), Hester, (1962) o Hawley-Ellis, (1974) han señalado respectivamente que las fronteras entre grupos indígenas han sido por lo general zonas utilizadas por más de un grupo, a modo de zonas francas, coincidiendo con elementos geográficamente destacados -en el caso del interior de la Península Ibérica este papel pudo ser jugado por el Sistema Central- rutas de comercio o intercambio, zonas de paso de la fauna salvaje en sus migraciones, o lugares **de los ancestros**, como elementos simbólicos o mágico-religiosos. En este sentido deben entenderse algunas de las apreciaciones que con anterioridad se hicieron al presentar las propuestas del modelo de mosaico cultural desarrollado por Thevenin y Rozoy. Dentro de ese esquema, las áreas de relación,

respecto a los elementos de aloctonía, no muestran más que la existencia de fronteras permeables, sin delimitación exacta, tal y como planteó Dannel (1987)

Uniendo a este planteamiento el modelo teórico relativista expuesto al comienzo de la obra, debe entenderse por tanto cada territorio como un sistema de referencia. De este modo el territorio indígena, como el colonial, se entiende como **el espacio limitado en cuyo seno se desarrolla un amplio conjunto de interacciones entre el ser humano y la tierra a lo largo del tiempo** (Zedeño, 1997: 72) Por ello, el territorio, aún cuando parezca una conceptualización espacial única, no es difícil observar que está compuesto por las dos componentes básicas (espacio y tiempo) del sistema de referencias que se analizaba con amplitud en el capítulo inicial. La cultura es por tanto, un reflejo de la interacción existente entre el ser humano y la naturaleza.

Comprendidos dentro de este espacio delimitado se encuentran tres elementos materiales: tierra, recursos naturales y manufacturas humanas. Los tres son rastreables arqueológicamente y por ello elementos empíricos susceptibles de ser manejados experimentalmente. Ahora bien, dos de estas variables están supeditadas por su misma naturaleza a sendos sesgos. Por una parte, los recursos naturales deben ser deducidos a través de la reconstrucción paleoambiental -que no tiene por qué coincidir con el paisaje actual- y por otra los artefactos se encuentran sometidos a procesos postdeposicionales que incluyen patrones de conservación diferencial. El espacio genérico, como vimos, en su aceptación más general y, gracias a su calidad de eternos inmutables puede ser considerado como invariable, o prácticamente invariable.

Basadas en esta definición del territorio y conociendo el sesgo que limita a las variables manejadas, se abren tres dimensiones esenciales o tres escalas de enfoque. **(1)** El rango de las interacciones ser humano-medio; **(2)** escala espacial de estas interacciones; **(3)** el proceso histórico -como secuencia- del uso de la tierra y los recursos.

Vista la discusión planteada acerca de las diferencias entre los *eternos inmutables* y los *paisajes* que ya planteamos con anterioridad cabe preguntarse ahora cuál puede ser la diferencia, si es que la hay, entre un territorio y un *paisaje*. En los trabajo de Ingold podemos encontrar algunas referencias a este respecto. No obstante, siendo partidarios de la definición de territorios dentro de las comunidades humanas y, siguiendo de nuevo a Zedeño (1997: 73), es posible diferenciar esta cuestión en dos niveles.

- (1) Los *paisajes* son por definición espacios contiguos que pueden ser comprendidos con la vista (Allen y Hoekstra, 1992: 47; Jackson, 1984: 8), mientras que los territorios pueden comprender dos o más espacios no contiguos o algunos lugares apartados (Ingold, 1986; Zedeño, 1997: 73)
- (2) Los *paisajes* son unidades cuyas fronteras o límites son percibidos de un modo directo por el observador (Allen y Hoekstra, 1992: 47 y 69; Copps, 1995: 55), mientras que las fronteras de los territorios, como señalamos, son establecidas, bien por la sociedad que controla ese espacio concreto, o bien por otras comunidades que usan y controlan espacios adyacentes (Morehouse, 1996; Zedeño, 1997: 73)

Si en los capítulos iniciales de esta obra, al hablar del modelo global y de la teoría de la relatividad histórica, se hizo referencia al estudio de las comunidades mesolíticas y neolíticas del interior de la Península Ibérica desde el punto de vista tipológico o cíclico, es pertinente utilizar el mismo modelo de cara a los territorios que estas sociedades ocuparon. Así, se puede concluir que los territorios, como agregados de tierras, recursos naturales y manufacturas humanas, variarán de un modo similar al seguido por la comunidad que los gestiona. Por tanto, se puede establecer una *historia de la vida* de los territorios, entendiéndose como el **ciclo de formación, uso y transformación de los agregados que componen el territorio** (Zedeño, 1997; Schiffer, 1972; 1987: 13; Walker y LaMotta, 1995) En cierto modo este ciclo se encuentra a su vez relacionado

con el propio del proceso cultural; así, cuando el uso de los agregados tiende a una transformación del espacio, generalmente estaremos ante la evidencia de un cambio cultural.

3.2 Estrategias de gestión territorial

Resulta imprescindible explicar previamente algunos modelos económicos y territoriales similares a los que pudieron desarrollarse en el interior de la Península Ibérica en el tránsito del Mesolítico al Neolítico. Su aplicación, lejos de realizarse de un modo directo, será comparada con los datos hasta ahora disponibles referentes al territorio para después tratar de establecer interpretaciones generales válidas para el área de estudio. Hemos optado por elegir, dentro de los modelos disponibles, algunos casos del Norte de América (Huckell, 1996) y los estudios de Rozoy acerca del Mesolítico francés (Rozoy, 1998). La razón de esta elección estriba en primer lugar en que la información disponible es mucho más variada y completa que en algunos casos del continente africano y, en segundo lugar en que las especiales condiciones climáticas de África en los últimos milenios puede haber alterado de un modo notable los comportamientos territoriales de las comunidades asentadas en la mayor parte de las áreas sobre las que está disponible la suficiente información.

Se ha elegido el modelo francés por considerarlo una de las mejores y más fiables aproximaciones para la reconstrucción de los modelos territoriales del Mesolítico de Europa.

La elección del territorio americano ha estado condicionada además por otras cuestiones. Entre ellas, una de las más importantes es que la zona de comparación se encuentra enclavada en el Hemisferio Norte, al igual que la Península Ibérica. Este dato, aparentemente sin importancia, determina por ejemplo que las porciones de cielo observadas en ambos casos presentan la misma configuración. Además, como área de comparación, se ha elegido una parte del Sudoeste de los Estados Unidos, con eje en los 40° de Latitud Norte y, franjas de 5° a Norte y Sur. La razón de esta elección se fundamenta en que la zona de estudio y la de comparación, se encuentran en la misma franja de latitud.

Un dato relevante a la hora de delimitar la zona de comparación fue que ésta presentaba criterios de biotopo diferenciados altitudinalmente dentro de esquemas similares a los que pudo presentar la Meseta peninsular y en los que además algunos investigadores han localizado un rico y complejo mosaico de comunidades (Huckell, 1996: 312)

Dentro de esta parcela de terreno utilizado como comparación, se incluyen territorios que actualmente forman parte de los Estados de Colorado, Utah, Arizona y Nuevo México, con especial interés, en el área de la Meseta de Colorado (Huckell, 1996: 308-309)

Se atenderá en los siguientes apartados, a la evolución de la *historia* de estos territorios desde los inicios del Arcaico, similar a nuestro Complejo Ventana, hasta las más complejas culturas Hopi, agrícolas, sobre las que incidirá la colonización europea. Este estudio comparativo partirá de los tres presupuestos territoriales, siendo los dos primeros, quizás, los que más nos interesen. El tercer presupuesto, que no se atenderá aquí, se encuentra basado en estrategias productoras, haciendo referencia no al uso exclusivo de bienes de producción, sino al cambio que presupone el auge de estos productos en detrimento de la caza y la recolección que se practican ya como actividades secundarias, complementarias de la alimentación doméstica. Este modo económico será el más característico de las comunidades agrícolas complejas, propias del Neolítico II e incluso de los inicios de la Edad del Bronce cuando se produce lo que Sherratt denominó *revolución de los productos secundarios*, momento cultural de notables y netos cambios y por ello el margen final de la presente obra.

3.2.1. Territorios sujetos a estrategias de gestión cazadoras y recolectoras

Dentro de los esquemas generales presentados por algunos investigadores, pueden utilizarse como escala comparativa en este apartado, algunos de los desarrollos regionales que engloban el Periodo Arcaico Antiguo del Sudoeste de los Estados Unidos (Byers, 1959; Willey y Phillips, 1958; Irwin-Williams, 1968 a; 1968b; Huckell, 1996) Este periodo, de cara a la obra que nos compete, se relacionaría sin problemas con los momentos finales del Paleolítico Superior, el Epipaleolítico y la mayor parte del Mesolítico.

Un dato de interés que nos ha llevado a elegir este periodo en lugar de otro ha sido que el estudio del Arcaico se ha basado en gran medida en el estudio de la evolución de las armaduras líticas, en este caso puntas de flecha (Huckell, 1996) y, a que esta es, en parte, la misma estrategia de estudio analizada por Thevenin (1990) y Rozoy (1992) para el área Suroeste de Francia y, por nosotros en esta obra. Los resultados en los tres casos, señalan conclusiones parejas. Existe una aparente compartimentación del territorio a modo de *mosaico cultural* que está perfectamente definido por los estilos de los proyectiles. Debe señalarse no obstante que este criterio ha sido ampliamente criticado por algunos investigadores que no creen que las armaduras estuviesen dotadas de un valor cultural, sino más bien tecnológico (Flenniken y Wilke, 1989) y, defendido por otros (Holmer, 1986; Jennings, 1986; Bettinger et alii, 1991; Grayson, 1993; O'Connell e Inoway, 1994) que mantienen la restricción temporal de los tipos de flechas.

Los grupos de cazadores-recolectores precisan de amplios territorios en los que desarrollar esquemas de movilidad logística basados en el aprovechamiento de áreas ecológicamente diversificadas (Alday, 1997; Huckell, 1996: 350; Rozoy, 1992)

Estas comunidades fundamentan su organización interna -lo cual queda reflejado en la compartimentación territorial- basándose en dos escalas fundamentales. Por una parte se encuentra el grupo elemental, que no es otro que la *banda* de las terminologías de la etnografía clásica y, por otra el grupo regional, que puede considerarse como una *tribu dialectal* (Newell y Constandse-Westermann, 1986; Constandse-Westermann y Newell, 1997; Rozoy, 1998: 526; Jiménez Guijarro, 1999)

Cabe señalar que la mayor parte de las tribus dialectales forman una *familia lingüística* dentro de la cual, en el caso de las tribus de cazadores, el rol fundamental gira en torno a la banda familiar (Servide, 1968) que se convierte en el eje articulador del territorio inmediato. Así se explica, dentro de algunos contextos actuales, la conceptualización de la familia lingüística como una entidad vaga (Rozoy, 1998: 526)

En el seno de estos grupos el registro dejado, esto es, una parte del que ha llegado hasta nosotros, parece ligado a la existencia de áreas extensas con agrupaciones de material lítico y cuya interpretación parece siempre problemática. Se trata de los lugares base o **sitios elementales** en palabras de Rozoy (1998) Estos se caracterizan por la presencia de vestigios dejados por una banda tras estacionarse allí durante un tiempo, quizás unas semanas o algunos meses. Estos lugares, por lo general son revisitados de forma frecuente dando la impresión de tratarse de grandes yacimientos con destacables dimensiones horizontales pero con una escasa potencia vertical. En Francia, ejemplos de este tipo serían Montbani II, Tigny, Roche-à-Fépin (Rozoy, 1998), Allée Tortue (Rozoy y Slachmuylder, 1990) o Rueil- malmaison (Lang, 1997; Walczak, 1997) Un sistema similar es posible documentarlo en la cuenca de San Juan, en el Noroeste de Nuevo México (Simmons et alii, 1989; Moore, 1980; Miller, 1980; Eschman, 1983; Elyea y Hogan, 1983; Huckell, 1996) En el caso de las tierras del interior de la Península Ibérica, a pesar de lo mal estudiados e interpretados que están la mayor parte de los registros,

sin duda se corresponden con este sistema acumulaciones extensas como las de las terrazas de las cuencas bajas del Manzanares y Jarama (Jiménez Guijarro, 1998), en Madrid, destacando el caso de Verona II, cuenca baja del Sorbe (Pastor Muñoz, 1976; 1998), en Guadalajara, o en el área Sur-oriental de la provincia de Soria (Carnicero Arribas, 1985)

Como se señalaba antes, estos sitios elementales, pueden presentarse a modo de agrupaciones espaciales destacadas como conjuntos más amplios con presencia de materiales muy homogéneos que se distribuyen de forma persistente a lo largo de una región definida. La existencia de estas *agrupaciones* dio pie a Rozoy para establecer su filiación con *culturas* diferentes. Estas, como ya se señaló se corresponderían con los vestigios materiales dejados por una tribu dialectal de en torno a 1000- 3000 individuos (Rozoy, 1978; 1994; 1998) dispersos en diferentes bandas a lo largo de territorios de entre 120 y 140 kilómetros de diámetro. Según Kayser (1989) a los grupos costeros les corresponderían territorios algo menores.

Para algunos autores, entre los que cabe mencionar los trabajos de Ducrocq (1997), los conjuntos materiales se englobarían en toda Europa bajo la existencia de cuatro o cinco civilizaciones que según señala Rozoy (1998: 528), se corresponderían con otras tantas familias lingüísticas que se han dado en denominar, generalmente como Tardenoisense, Sauveterriense, Maglomosense, etc.

Dentro de estos territorios, la actividad principal desarrollada desde el inicio del Mesolítico como herencia del Paleolítico Superior Final, parece ser la caza. Las bases de esta aseveración residen sencillamente en estudios energéticos y en los análisis de paleopatologías entre los restos óseos de poblaciones mesolíticas. A este respecto, un adulto precisa un aporte energético de al menos 2500 calorías diarias para vivir. Si bien se volverá sobre este tema de un modo más amplio en el capítulo dedicado a la economía no resulta complicado comprender que merced a una dieta fundamentalmente basada en vegetales, resulta muy difícil alcanzar este mínimon (Rozoy, 1993). Otro dato que generalmente se minusvalora es la posibilidad de aprovechamiento general que procede de los productos cinegéticos, como son las pieles, huesos, tendones o tripas, utilizables de manera general y que sin embargo no dejan apenas evidencias en el registro arqueológico.

De cara a la explicación de la organización de territorio por parte de los grupos de cazadores y recolectores, según los estudios más recientes a este respecto, pueden señalarse dos estrategias o modelos.

Movilidad Logística

Este modelo consiste en la existencia de un campamento base del que salen las partidas de caza y aprovisionamiento formadas por un grupo determinado de miembros de la banda. De él y, quizás en expediciones de menor alcance, parten también los grupos de recolectores que, además, serían los encargados de recoger sílex, madera, conchas y otros elementos necesarios para el desarrollo cotidiano del grupo. En este campo base se transformarían los productos aportados en forma bruta o no elaborada.

En relación con este campo base se establecerían campos especializados como puestos de observación, puestos de espera o acecho dedicados a la caza, campamentos de cazadores o áreas de extracción de materias primas.

Según algunos investigadores, la forma de diferenciar un tipo de establecimiento de otro se basa en el registro arqueológico. Así, en el campo base los materiales estarán más diversificados y aparecerá una gran variedad de materias primas y restos. Por su parte, los campamentos especializados presentarán una menor diversidad material, un tamaño menor y un desarrollo general más simple.

Por último, según se desprende de los datos aportados por el estudio de grupos de cazadores subactuales, puede señalarse que debieron existir dos o tres campamentos base utilizados por la misma banda a lo largo del año. El cambio de uno a otro se realizaría atendiendo a criterios estacionales o de aprovechamiento de recursos.

Movilidad Residencial

En este caso se supone que en lugar de contarse a lo largo del año con dos o tres campamentos base las bandas contarían con una docena o más de estaciones en cualquiera de las cuales se llevarían a cabo todas las actividades propias de la vida del grupo, desde el trabajo de las pieles, la adecuación de los hábitats, la talla de la piedra la reparación de las flechas, etc. (Rozoy, 1998: 529-530)

La diferencia entre este modelo y el anterior reside fundamentalmente en el tamaño del grupo. En este caso, la elección del modelo de movilidad residencial se supedita a grupos más reducidos, dotados de un equipamiento ligero, fácil de transportar y, una abundancia de caza y elementos de recolección dispersa a lo largo del territorio. Se trata por tanto de un modelo territorial en el que los grupos están dotados de mayor movilidad y seguramente de un sistema de aprovechamiento que incluye un número de recursos más amplio.

Siguiendo el trabajo de Newell (1997), pueden señalarse tres estrategias de explotación entre los grupos de cazadores y recolectores dependiendo de la elección del recurso subsistencial principal.

- (1) Recursos estables y repartidos de un modo regular en el tiempo y el espacio. Esta estrategia encaja bien con los modelos etológicos de los mamíferos de bosque.
- (2) Recursos concentrados en el espacio y el tiempo, pero con alta movilidad o escasa previsibilidad.
- (3) Recursos concentrados, móviles y previsibles, como las aves migratorias, los salmónidos y los mamíferos marinos migratorios (Newell, 1997)

Según Rozoy, atendiendo a estas tres estrategias, durante el Mesolítico europeo la más frecuente sería la primera, si bien la tercera elección debió tener una gran importancia en las zonas de costa o a lo largo de los ejes fluviales, al menos durante una parte del año.

En el interior de la Península Ibérica, puede suponerse un modelo basado principalmente en la estrategia 1, quizás con esporádicas o estacionales dedicaciones a la 3. Ésta última, no obstante, habría constituido la estrategia fundamental de los grupos portugueses de los concheros, tal vez los grupos más complejos y que no obstante permite, con los datos manejados hasta ahora, optar casi con certeza por el desarrollo de una estrategia logística, basada en la diferenciación estacional de los campamentos para el caso de las tierras del interior de la Península Ibérica.

3.2.2. Territorios sujetos a estrategias de gestión mixta

Para el caso de la implantación de la economía de producción y su primer desarrollo y, basándose en los datos económicos de un amplio conjunto de yacimientos, cabe imaginar la posibilidad de que existiesen dos modelos de explotación coetáneos y sin embargo diferenciados. Estos serían, de forma general, el modelo anterior, desarrollado por los grupos de cazadores y recolectores y, el nuevo modelo productor, combinado con el desarrollo de estrategias cazadoras, propio de los grupos de colonos Neolíticos.

La diferencia entre ambos modelos de aprovechamiento y gestión del territorio estriba, en primer lugar, en una dilatación de los tiempos de asentamiento y en segundo lugar en un cambio de estrategias de gestión del territorio. Esto significa, por una parte que se precisa de una concepción de rentabilidad diferida, según la cual lo que se planta no se

puede recoger y aprovechar más que pasado un periodo determinado de tiempo, con lo cual se hace precisa una noción más concisa del tiempo y su medida. Por otra parte, el aprovechamiento cinegético y oportunista del medio, se sigue realizando pero con un cambio de posición en la escala de prioridades, pasando al segundo lugar y funcionando como complemento de la producción o como elemento primordial en los mencionados compases de espera. Esta concepción implica en sí la idea de almacenamiento reiterado. Pero cabe preguntarse cómo pudo afectar todo esto a la configuración del territorio. Esta es, sin duda, una nueva cuestión de escalas difíciles de generalizar.

En el caso del área occidental de la Península Ibérica, si atendemos a los datos que antes exponíamos y que se basaban, para el caso de Portugal, en los estudios elaborados principalmente por J. Zilhão (1992; 1993), se aprecia que la primera presencia neolítica, se establece en dos de los mejores puntos de atraque: las áreas internas de la desembocadura del Tajo y, Mondego, áreas ocupadas no obstante por los grupos de concheros, en especial los del Muge. A este respecto y, merced a los datos disponibles, en el primer momento de la implantación neolítica parece clara la distribución apartada de ambos grupos. Por una parte los emplazamientos claramente Neolíticos, asentados en la orilla derecha del Tajo y por otra los grupos mesolíticos, centrados en la orilla izquierda. En este caso el eje fluvial parece marcar una clara delimitación, no sabemos si real, entre los grupos etnoculturales.

No resulta difícil suponer que el primer arribe Neolítico funcionó más como una implantación que como una colonización. La llegada de los grupos Neolíticos propiciaría su asentamiento en áreas de fácil salida al mar, con acceso a recursos marinos y fluviales y, al tiempo el establecimiento de un área de caza de pequeño tamaño alrededor del establecimiento principal. Este tipo de modelo implica, en un principio, la presencia de un contingente humano muy reducido. Tal vez tendríamos que hablar sencillamente de áreas de atraque y aprovisionamiento en unas rutas marítimas de cabotaje de tipo expedicionario.

Una vez más los ejemplos etnológicos pueden ser de inestimable ayuda. Los datos ofrecidos por J. Ives acerca de su primera visita al territorio Hopi, en el extremo nororiental del actual Estado de Arizona, en Estados Unidos, revelan la existencia de una organización del territorio avanzada pero que en cierto modo puede ser utilizada como elemento de comparación con los territorios establecidos por las primeras comunidades productoras del Occidente e interior de la Península Ibérica.

Los Hopi o Moki, forman parte del conjunto amerindio del grupo *soshón*, a su vez integrado en la familia lingüística uto-azteca. Culturalmente los Hopi han sido incluidos en el grupo de los indios Pueblos que viven en poblados formados por casas de adobe, dedicándose principalmente al cultivo del maíz y, destacando por sus elaborados tejidos y alfarería.

Ives, teniente del ejército de los Estados Unidos, visitó en 1858, desde la privilegiada posición de la Segunda Mesa, el asentamiento Hopi de *Musangnuvi*, describiendo minuciosamente cuanto se le ofrecía a la vista (Ives, 1861: 119-131; Zedeño, 1997: 74):

"(...) *Musangnuvi* está situada en un punto aventajado del que parte el trazado de cinco senderos que, de forma radial y con trazados rectilíneos señalan de un modo aproximado la dirección de áreas sagradas, petroglifos, ruinas antiguas y promontorios naturales que marcan los límites del territorio Hopi (...)" (Ives, 1861: 119-131)

Según los cálculos elaborados por Zedeño, el territorio Hopi ha cambiado su configuración a lo largo de los siglos. Así, en un momento antiguo contaría con cerca de 23000 km², una nada despreciable extensión para un grupo de productores con economía mixta.

En el centro del territorio se establecían, en posiciones destacadas, sobre las *mesas* siete asentamientos. Los campos de cultivo estaban esparcidos en un radio de 30 kilómetros alrededor de los asentamientos, a lo largo de las llanuras de inundación del río Tusayan. Los corrales de las ovejas estaban contruidos en los bancales que se abrían inmediatamente bajo las cimas de estas *mesas*. Las áreas de pasto estaban confinadas entre 60 y 80 kilómetros más allá de las *mesas*. Las tierras de caza rodeaban los núcleos y por lo general incluían áreas de recolección y de obtención de piedra, antiguas poblaciones arruinadas y zonas decoradas con petroglifos.

Existía un área compartida con grupos vecinos, como los Zuni, los Paiute y los Navajo (Ferguson y Hart, 1985: 45; McPherson, 1992: 20) que se dedicaba a la recolección de recursos, el comercio o la peregrinación a los *lugares sagrados*.

Es al nivel del mito y la historia oral conservada de generación en generación como los Hopi han conservado la conciencia de sus derechos y, es a este nivel al que debe dirigirse la comparación establecida entre la implantación neolítica en las tierras del interior de la Península Ibérica y los indios Hopi. Como acabamos de señalar, el territorio Hopi lindaba con el territorio de otros vecinos de los que Zedeño no da muchas explicaciones, pero que presentan una configuración interesante. Los Zuni y los Hopi, forman grupos de agricultores pacíficos asentados en un territorio al que, entre el 900 y el 1000 d.C. arribarán, procedentes de las regiones septentrionales, los Navajo, de origen apache y con un sistema de vida basado en la caza del búfalo y, organizados en bandas. Este grupo entrará en conflicto con todos sus vecinos, tanto indígenas como posteriormente colonos españoles e ingleses. La base del conflicto debe buscarse en la distancia que separa a los Hopi, Zuni y colonos europeos -todos ellos con economías sedentarias basadas en la agricultura y la ganadería- de los Navajo. Esta situación puede ofrecer alguna luz sobre las relaciones que pudieron establecerse entre los colonos Neolíticos y las tribus mesolíticas indígenas del Occidente y el interior de la Península Ibérica.

Según la tradición, los Hopi obtuvieron las primeras tierras agrícolas a través de la inmigración de los primeros clanes que llegaron a las *mesas*, siendo las tierras marginales asignadas por los clanes fundadores colonos a los rezagados (Courlander, 1987; Mindelleff, 1989). Este modelo de colonización pionera real y no modelizado nos ofrece un incomparable marco de interpretación para una primera aproximación a cómo debieron producirse las primeras implantaciones neolíticas –independientemente de cuándo se desarrollasen- en nuestra Península.

Ahora bien, lo más interesante es abordar el estudio de la formación del territorio desde una perspectiva diacrónica, dentro de una continuidad cultural cuyo punto de partida fue una implantación.

3.3. Formación del territorio

Al abordar el estudio de la formación del territorio, se pueden señalar una serie de estadios o trayectorias que no tienen por qué darse en todos los casos pero que establecen una cierta organización del proceso. Así, el abandono de un territorio puede darse en cualquier punto de la secuencia diseñada por Zedeño (1997: 86), del mismo modo como puede interrumpirse el proceso de formación del territorio abriéndose la posibilidad de que otros grupos humanos establezcan sus propias relaciones. Un dato que debe tenerse siempre en cuenta es que existen una serie de procesos específicos, como la guerra o la conquista que pueden ponerse de manifiesto a través de los datos arqueológicos y sistemas de uso de la tierra por parte de algunas sociedades y que nos serán de gran utilidad a la hora de establecer el modo en el que se desarrolló el proceso de formación del territorio. Ahora bien, todo esto debe ser abordado sin olvidar que desde siempre la *historia* la escriben aquellos que salen victoriosos de las batallas y las conquistas y que en numerosas ocasiones nos enseña que estas victorias y sus futuras

pretensiones territoriales o las reclamaciones consuetudinarias sobre las tierras colonizadas pueden fundamentarse en evidencias falsas o falseadas.

Es necesario analizar de forma somera el comportamiento etológico del ser humano para comprender sus pretensiones territoriales y sobre todo predecir o reconstruir su comportamiento respecto a la conducta territorial.

De un modo general existen tres tipos de interacciones posibles entre el ser humano y la tierra:

- (1) Interacciones entre una comunidad y el medio, que se traducen en un uso efectivo de la tierra y los recursos (Adler, 1994; Binford, 1980; Ingold, 1986; Rossignol y Wandsnider, 1992; Zedeño, 1997)
- (2) Interacciones entre algunos sectores de la comunidad que determinan las fronteras internas de la propiedad y uso efectivo del medio (Schlegel, 1992; Kopytoff, 1987; Mills *et alii*, 1996)
- (3) Interacciones entre una comunidad y sus vecinos, las cuales determinan las fronteras externas del uso efectivo y de la propiedad (Peterson, 1979; Morehouse, 1996; De Atley y Findlow, 1984; Prescott, 1978; Zedeño, 1997: 86)

Este esquema es aplicable tanto a sociedades semi-sedentarias como sedentarias, siendo posible comparar este esquema con el presentado en el apartado anterior para el caso de la reconstrucción de las trayectorias de formación de los territorios entre los grupos de cazadores y recolectores.

La historia de la formación del territorio comienza con el establecimiento de una comunidad en un área determinada. Por lo general, el proceso de establecimiento o implantación se desarrolla en tres etapas: exploración, colonización y asentamiento.

(1) **Exploración.**- Esta primera etapa consiste en una labor de reconocimiento realizada de cara a la valoración del potencial de las áreas de recursos y la búsqueda de tierras vacías o de uso conjunto con otros grupos, si bien esta es una posibilidad no es frecuente que se produzca. La fase de exploración se realiza por medio de exploradores - a menudo asociados a partidas de caza- o pequeñas unidades familiares de una banda. Esta actividad inicial se encuentra unida a un uso temporal y esporádico de las tierras y/o los recursos, limitándose a la realización de las siguientes actividades:

- (a) explotación de recursos, alimenticios o no, de uso y consumo inmediato.
- (b) explotación logística de recursos sujetos a una distribución restringida -en el espacio o en el tiempo-.
- (c) "delimitación" de espacios específicos para un uso futuro. Esta delimitación, entre los hopi y algunos otros indios, se realiza a través del "marcado" del territorio mediante la colocación de inscripciones o la elevación de pequeños túmulos. Más adelante se volverá sobre este tema destacando la importancia que puedo tener el desarrollo de una conducta similar en el interior de la Península Ibérica.
- (d) construcción de refugios efímeros y ocasionales.
- (e) recogida y, en ocasiones ocultamiento de recursos destinados a un uso futuro (Binford, 1983; 1988)

Estas áreas exploradas constituyen por sí mismas territorios logísticos que pueden ser incorporadas a un territorio preexistente –sea este contiguo o no- y que incluso pueden formar parte del territorio logístico gestionado por otro grupo. Por lo general, con excepción de aquellas zonas más deprimidas y pobres en recursos, la exploración suele limitarse, en todos los casos que hemos estudiado, a áreas no ocupadas, siendo difícil

que el conflicto, en caso de existir, se presente en esta primera fase. Por el contrario, cuando el proceso de implantación está avanzado y ha crecido el número de colonos y, por ello se inician nuevas fases de exploración destinadas a la apropiación de nuevas tierras, es más probable que surja el conflicto.

En la práctica totalidad de las conductas indígenas estudiadas, la idea generaliza es la de que el territorio puede ser explotado por cualquiera. Dentro de esta creencia surge el conflicto en el momento en el que se produce la sobreexplotación o, más aún, cuando se establecen conductas sedentarias con concepción de posesión de la tierra y de los recursos que contiene. De esta idea surge el concepto de *derecho y propiedad*, que a menudo pudo ser esgrimido como planteamiento inicial para imposibilitar el paso o el disfrute de unos recursos por parte de algunos grupos humanos. Aquí surge la quiebra del sistema tradicional y por ello se imponen tres soluciones. Aceptar por ambas partes y acordar un sistema de explotación conjunta; luchar cada uno en virtud de unos derechos; abandono de las reclamaciones por parte de uno de los grupos y, por consiguiente abandono de las tierras y desplazamiento de la tribu.

(2) **Colonización.**- Por lo general, como ya se vio en apartados anteriores, la colonización implica un movimiento inicial de un grupo de individuos de una banda o tribu. Generalmente se trata de pequeños grupos familiares que se asientan en la nueva tierra recientemente explorada. La colonización, en contra de lo que han tratado de demostrar algunos especialistas en el caso de la Península Ibérica, suele ser, en un principio, un dilatado periodo de experimentación. Durante este periodo, el grupo establecido debe evaluar las posibilidades de supervivencia que presenta el espacio elegido. Se trata por ello de decidir si el área es apta para mantener un asentamiento más o menos permanente, en el caso de comunidades agrícolas, o, en el caso de comunidades itinerantes que antes señalábamos, para repetir el asentamiento como campo base dentro de la estrategia que se presentó en el epígrafe anterior.

En esta fase, principalmente entre las comunidades campesinas, suelen desarrollarse algunas de las principales modificaciones antrópicas del entorno. La escala de modificación suele ser directamente proporcional a la capacidad que presenta el área de cara al establecimiento definitivo o a la necesidad del grupo de establecerse. Las principales modificaciones pueden ser:

- (a) construcción de cabañas permanentes o semipermanentes.
- (b) establecimiento de los campos de cultivo -en un principio a modo de pequeñas huertas o campos de reducida extensión- y, de las áreas de caza y recolección.
- (c) explotación de áreas de aprovechamiento de materias primas, extracción de arcillas -en el caso de la construcción de recipientes cerámicos-, zonas de recogida de madera y cuantos elementos sean necesarios para la fabricación de elementos y útiles.

En este nivel de asentamiento colono empiezan a establecerse los primeros elementos simbólicos y religiosos que antes no aparecían. Se documentan los primeros enterramientos y se definen las áreas sacras del territorio, dependiendo mucho la variación de éstas entre unas comunidades y otras.

Uno de los datos de mayor interés que se derivan del estudio comparativo entre las comunidades hopi de nuestro modelo comparativo, es que las primeras sociedades Pueblo contaban con un modelo de poblamiento itinerante (Cameron, 1995; Dean, 1996; Zedeño, 1997). La existencia de este modelo de alta movilidad entre pequeños grupos establecidos a modo de bandas es interpretada, dentro de la historia de la formación del territorio hopi, como la evidencia de una ocupación llevada a cabo en prolongados periodos de colonización que no en todos los casos fueron susceptibles de culminar con el asentamiento definitivo o que limitaron la duración del proceso de asentamiento a no

más de una o dos generaciones (Zedeño, 1997: 88) Sin duda esta pudo ser la razón por la cual, en la Meseta, se prolongó tanto en el tiempo la ausencia de poblados sedentarios.

Este dato es de gran importancia e interés pues de él se derivará, en el caso del interior de la Península Ibérica, la interpretación del registro arqueológico en un sentido o en otro, siendo uno de los escasos elementos de juicio que pueda utilizarse, el referente de la ocupación ininterrumpida o alterna de las áreas de habitación. También debe valorarse aquí la inexistencia generalizada de poblados sedentarios anteriores al 4500 BP (esto es a las etapas más avanzadas del Neolítico II) a la que acabamos de hacer referencia. Este hecho sugiere una clara evidencia de la existencia de un prolongado proceso de colonización, impensable sin la concurrencia de un substrato indígena gestor del territorio de implantación.

Tan sólo la excavación arqueológica puede delimitar esta cuestión, pero el caso hopi, ilustra una situación que de otro modo podría ser tomada como equívoca. La itinerancia en el hábitat, incluso dentro de estrategias de alta movilidad -entendida como un modelo de movilidad logística- puede documentarse sin problemas entre comunidades productoras, por lo general en estados incipientes. En nuestro caso el ejemplo más revelador sería el del yacimiento toledano de La Paleta. Esto implica que deba actuarse con cautela a la hora de vislumbrar reminiscencias del substrato y, por ello desarrollos más o menos indígenas, basándose exclusivamente en los datos territoriales. Esto señala sin duda alguna que los primeros grupos humanos con economía de producción establecidos en el interior de la Península Ibérica podrían haber desarrollado modelos de asentamiento y aprovechamiento del medio de carácter muy similar al de los grupos indígenas, siendo en algunos casos la única diferencia entre ambos las evidencias de cultura material.

(3) **Asentamiento.**- Si la comunidad, en virtud del cumplimiento de los mínimos requisitos de habitabilidad por parte del nuevo territorio, decide que la zona es idónea para su desarrollo, puede decidirse por ocuparla de un modo permanente -en el caso de grupos sedentarios- o bien incluirla como campo base en el establecimiento de modelos de explotación logística por parte de grupos móviles (Binford, 1980: 12)

Corresponde a esta fase y, no a la anterior como generalmente se ha creído, la organización permanente del espacio. La estructura del poblado suele aumentar su complejidad añadiéndose empalizadas, canales, e incluso procediéndose a la deforestación de algunas zonas, no solo como medio de ganar tierras para la producción -como han señalado algunos investigadores- sino más bien para obtener madera con la que edificar las cabañas, reforzar rediles, construir canoas y, sobre todo, ser utilizada como combustible.

Es a este momento al que le corresponde la delimitación de fronteras (Zedeño, 1997: 89), límites y divisiones y es tan sólo ahora cuando se empieza a establecer la ordenación racional del espacio más inmediato y que constituye en sí el territorio. En la Meseta, esta fase suele ser contemporánea a momentos muy avanzados del Neolítico I y sobre todo al Neolítico II.

Vistas las tres fases previas que conforman el establecimiento del territorio, cabe preguntarse si este sistema funciona del mismo modo siempre o si tan sólo se puede aplicar al establecimiento de comunidades en áreas sin población previa o que no forman parte de un territorio logístico explotado por otra comunidad.

En contra de lo que establecen la mayor parte de las aplicaciones que los arqueólogos hacemos de los datos etnográficos, las cosas, raras veces funcionan de un modo, en apariencia, sencillo. Retomando la cuestión que enunciamos antes cabe imaginar, tras la rápida visión que se ha realizado acerca de las poblaciones epipaleolíticas y mesolíticas

del Occidente y centro peninsular, que el de esta zona no fue precisamente el caso de un área vacía. Por el contrario, si bien dentro de la fase de exploración -aquella a la que sin duda corresponden los primeros elementos de adscripción neolítica- parece existir un intento de evitar el contacto entre las comunidades colonas e indígenas, no ocurre lo mismo en cronologías ligeramente más avanzadas. Aquí, el solapamiento de elementos y, en algunos casos, como en el las etapas iniciales del megalitismo, de asentamientos o construcciones simbólicas o sacras, parece señalar la existencia de fricciones. Estas se traducen en la existencia de dos modelos culturales bien definidos y separados, conviviendo en un mismo espacio y en un mismo tiempo, pero dentro de coordinaciones temporales (TR que señalamos en el primer capítulo) diferentes.

De nuevo el caso Hopi nos demuestra el valor del modelo cultural empleado en la comparación. Cuando esta tribu del grupo Pueblo se asentó en el área noroeste de Arizona, en torno al 700 AD, éste área estaba ocupada por otros grupos (Zedeño, 1997: 89) Esta situación derivó en la puesta en marcha de mecanismos diferentes dirigidos a la consecución de la tierra y/o la explotación de sus recursos durante la fase de colonización. Estos nuevos mecanismos, que no funcionan por igual en todos los grupos, tal y como señalamos en el primer capítulo, tan sólo admiten dos modelos de actuación. (1) Negociación pacífica del uso y disfrute de la tierra y sus recursos -merced al establecimiento por lo general de pactos familiares o intertribales- o (2) Enfrentamiento bélico y conquista (Zedeño, 1997: 89)

Por lo general el primer modelo suele producirse entre grupos de similar conformación, aunque aquí no existe una forma precisa de establecer cuándo pudo optarse por una alianza ni por qué, o cuándo se decide conquistar y guerrear por un territorio. Por lo general se ha pensado que los modelos de rápida expansión implican una conquista, pero esto no siempre está lo suficientemente demostrado. Por ello, el único elemento fiable es la documentación arqueológica basada en buenas secuencias de dataciones que demuestren la convivencia de dos grupos diferentes en un mismo espacio, lo cual si se dilata en el tiempo, puede ser una señal de enfrentamientos.

Sirva como ejemplo señalar que la reorganización total del territorio Hopi no se alcanzó hasta quinientos años después de su implantación, entre el 1285 y el 1450 AD, gracias a la llegada masiva de población al Suroeste americano. A este respecto, el mecanismo de asentamiento de los Hopi estuvo basado en la negociación pacífica de la tierra. No obstante, existen evidencias que señalan altos niveles de competencia y conflictos violentos entre los diferentes clanes Hopi así como entre los Hopi y otros grupos, entre los que hay que destacar el enfrentamiento Hopi-Navajo (Zedeño, 1997: 89) Estos datos permiten establecer la enorme complejidad ligada al establecimiento del territorio y lo que es más importante, del rol desempeñado por estos acontecimientos en el siguiente paso, el del mantenimiento y transformación del territorio.

Hasta aquí puede seguirse sin dificultad el proceso de establecimiento del territorio, pero siguiendo el modelo dinámico, el territorio establecido puede ser mantenido o bien abandonado. Así, las evidencias de un poblado Neolítico aparentemente efímero en el interior de la Meseta y, que por ello podría ser interpretado como parte de un asentamiento base en un modelo de aprovechamiento basado en la movilidad logística, puede ser la evidencia de un intento de establecimiento de un grupo colono en un territorio ocupado por grupos indígenas que, debido al enfrentamiento, les obligaron a abandonar definitivamente el asentamiento. La interpretación del registro, por tanto, dista de ser sencilla.

Ahora bien, en el caso de que el proceso de establecimiento hubiese sido un éxito, bien porque la tierra estaba libre, bien porque estaba ocupada pero se establecieron negociaciones pacíficas o porque se expulsó de ella a las bandas indígenas y, que se opte por el mantenimiento del territorio cabe preguntarse cómo se desarrollaría ese mantenimiento.

De nuevo las variantes dependen de las necesidades de la población, de la presencia o no de grupos vecinos, de la productividad a largo plazo del territorio y de los mecanismos de integración. Siguiendo una vez más a Zedeño (1997: 89-90), pueden diferenciarse tres procesos.

(1) **Expansión.**- Un territorio asentado cuando se ocupa durante varias generaciones, e incluso en menos tiempo si se mantiene abierto a la llegada de nuevos pobladores, bien a través de procesos de inmigración o de asimilación de grupos indígenas, tiende a expandirse. Por lo general, algunas de las consecuencias inmediatas del proceso de expansión del territorio son:

- (a) Un cambio de límites derivado del acomodo de la población. A este cambio, por lo general se asocia la aparición de comunidades satélite situadas bien dentro del área de asentamiento primigenia, bien en tierras adyacentes.
- (b) Reajuste del espacio de habitación y de los recursos asociados.
- (c) Reajuste, en el caso de las comunidades campesinas, de los lotes de tierra.
- (d) Conformación de los principales senderos y caminos que enlazan las diferentes áreas de asentamiento.

Por lo general la expansión tiende a servir de estímulo para la exploración y colonización de áreas periféricas (Grebinger, 1971; Zedeño, 1997) A este respecto suele detectarse un área de asentamiento principal, puramente colona, de la cual dimanar las restantes expansiones. Estas nuevas adquisiciones territoriales a menudo incluyen ya elementos del substrato merced al paulatino crecimiento del mestizaje.

(2) **Consolidación.**- Teóricamente, según señala Zedeño, un territorio simple podría expandirse *ad infinitum*, si bien en la práctica, la expansión se limita a las áreas productivas disponibles para la colonización y el asentamiento (1997: 91) Cuando aparecen limitaciones para la expansión, derivadas de la existencia de zonas áridas, o de enfrentamientos con otras tribus, las sociedades tienden a asegurar el espacio que les rodea a través del proceso de consolidación.

La consolidación se alcanza cuando un grupo desarrolla una serie de estrategias de integración que culminan con éxito. Este nivel, como se verá más adelante resulta fundamental en lo que concierne al desarrollo de la neolitización del interior de la Península Ibérica. La razón de esta importancia, que supera con creces al proceso de colonización, injustamente privilegiado por la investigación arqueológica, se debe a que es precisamente en esta fase en la que se hace crucial la capacidad de integración de sistemas jerárquicos ("protopolíticos" si se quiere) y actividades rituales; o la capacidad de establecer un equilibrio entre los recursos obtenidos -producidos en el caso de las sociedades agrícolas y ganaderas- y su conservación.

Un ejemplo ilustrativo de este proceso lo tenemos en la romanización de las tierras del interior y de la lusitania. A este nivel, el papel jugado, por ejemplo, por las denominadas *Peñas Sacras* fue decisivo (Almagro Gorbea, 1996; Almagro Gorbea y Berrocal Rangel, 1997; Jiménez Guijarro, 2000), tal y como demuestran los ejemplos de Peñalba de Villastar y Panoias (Alföldy, 1997) Otro ejemplo de gran interés es el de los tipos de *jinete lancero* acuñados en los tipos de algunas monedas de ceca celtíbera y módulo romano (Almagro Gorbea, 1995a; 1995b) que señala una vez más el interés del pueblo conquistador por, una vez superada la fase de conquista, consolidar el territorio merced a la inclusión de las tribus indígenas en el sistema político y cultural romano.

A menudo el proceso de consolidación puede requerir el desarrollo de estrategias defensivas y punitivas de cara a controlar el acceso, así como mantener la posesión, de las tierras. Este proceso, por ejemplo, es detectable en las etapas finales del proceso que aquí se estudia, correspondientes al Neolítico II (fase A de los grupos de implantación y B

de los grupos indígenas neolitizados) en la secuencia regional planteada. Esta última fase, coincidente como se ha señalado con el desarrollo de la génesis del denominado Calcolítico Precampaniforme, se caracterizará por el incremento de la jerarquización del territorio dentro de estrategias que incluyen el aumento del control territorial y el establecimiento de los primeros sistemas defensivos murados (Horizonte Túmulos Tardíos/ Vilanova-Los Vientos)

Dentro de estas estrategias debe valorarse el desarrollo de actividades de control de población y conservación de recursos dirigidas a mantener el equilibrio entre el espacio disponible, el potencial de recursos y las técnicas de producción y/o explotación del medio.

(3) **Segmentación o Fisión.**- Este es, en definitiva, un proceso alternativo y que por lo tanto no tuvo por qué darse en todos los casos. Se trata, en el fondo, de la fragmentación de la unidad territorial en dos o más segmentos. Por lo general la fisión del grupo ocurre cuando se produce un fracaso en la integración de la organización grupal, así como el fracaso de las estrategias de producción/explotación y conservación de los recursos. También puede estar unida a procesos de invasión o conquista, dando lugar a desarrollos similares a las denominadas guerras civiles.

En el caso de las tierras del interior de la Península Ibérica, como se verá, pudo existir un proceso de fisión entre los grupos indígenas asociado a la implantación neolítica. Así, algunos grupos pudieron o quisieron acomodarse a los nuevos elementos de vida, mostrándose por ello receptivos a la aculturación (neolitización), mientras que otros decidieron no hacerlo. Este hecho nos plantea la posible existencia de un modelo de aculturación pacífico y otro forzado.

Lo planteado resulta interesante pues en sí la fisión conduce a un nuevo proceso de consolidación que permite a la sociedad liberarse del exceso de población, pero que a su vez puede tener un impacto en la reorganización de la totalidad de las actividades e incluso del territorio. Es en este momento en el que se abandonan partes del asentamiento y se liberan tierras que hasta entonces habían sido sobreexplotadas -bien a través del cultivo, bien de la caza- (Zedeño, 1997: 92) Esto implica una repetición de la secuencia de formación del territorio y de cada una de las etapas hasta aquí tratadas.

3.4. La transformación del territorio

Está claro que el proceso de formación del territorio, sobre todo a partir de la fase de consolidación, provoca una serie de importantes transformaciones bien cuando cambia su función -por ejemplo de territorio de caza y recolección a territorio de producción-, bien cuando pasa a formar parte del territorio de otra comunidad. Este último cambio será más notable cuanto mayor sea la distancia que separa, culturalmente a ambas comunidades.

Así, puede imaginarse no sólo la transformación que sufre un territorio al pasar de ser gestionado mediante una estrategia cazadora y recolectora a otra productora, sino también a la inversa.

Pueden diferenciarse dos desarrollos fundamentales que implican la transformación del territorio:

(1) **Cambio de uso.**- El cambio en los patrones de uso de la tierra puede sucederse paulatinamente a lo largo de la historia del territorio. Así una porción de tierra dedicada - en el seno de una comunidad campesina- a la agricultura, puede dejar de cultivarse y dedicarse, tras su regeneración, a la caza.

No obstante, el mayor cambio en el uso de las tierras se deriva de la sobreexplotación agrícola (Zedeño, 1997: 92), momento en el que la actividad se traslada a otras áreas tratando de favorecer la renovación de los baldíos (Anyon y Ferguson, 1984; Nelson y Anyon, 1996). Este dato, que parece banal, tiene gran importancia pues en más de una ocasión el cambio de las tierras de labor ha derivado en un cambio del área de poblado (Anyon y Ferguson, 1984) afectando por lo tanto el cambio a la organización del espacio de habitación de la comunidad.

(2) **Abandono.**- Resulta difícil concretar los factores que implican el abandono de un territorio. Sin duda ésta fase constituye el final de la vida de ese territorio o tal vez el inicio de un nuevo ciclo de formación. Uno de los factores de mayor importancia, por encima del derivado de las interacciones humanas, es el del medio. Así, factores como la aridificación, la desertización, el arrasamiento de la cobertura vegetal por incendios o deforestación, el asolamiento de las costas por *tsunamis* asociados a maremotos, los terremotos, la actividad volcánica, el repetido desbordamiento de arroyos y ríos o el empobrecimiento del nivel freático, sobre todo asociados a ciclos reiterados, fuerza a la población a abandonar las áreas consolidadas de un modo permanente (Hack, 1942; Dean *et alii*, 1985; Kintigh, 1985; Cameron y Tomka, 1993; Zedeño, 1997: 94). Por tanto no siempre es preciso que exista un cambio cultural que derive en un abandono del territorio.

Como señala acertadamente Zedeño, el abandono del hábitat puede que no implique un concepto absoluto. Así, algunas zonas que fueron deshabitadas mantienen en su seno elementos simbólicos referenciales para las tribus. En el caso Hopi, estas áreas se convirtieron en las *casas de los ancestros* o *lugares de persistencia o presencia* (Schlanger, 1992) a los que una vez abandonados se realizaban visitas, ocupaciones temporales y excursiones de caza. Dentro de este complejo sistema de mantenimiento de un territorio abandonado deben integrarse elementos como los grabados y pinturas rupestres, o en el caso de los Hopi las *tumbas sagradas*, generalmente con túmulos más o menos destacados, que se ubican cerca de estos lugares anteriormente habitados; una idea profusamente repetida en diferentes puntos del planeta, como los *Chorten* tibetanos. Estos elementos monumentales se cuidan y se mantienen limpios, siendo periódicamente reconstruidos (Haury, 1945; Zedeño, 1997: 94). Sin duda su imagen recuerda perfectamente a la ubicación de aquellos pequeños túmulos, por lo general protomegalíticos, de algunas zonas del Occidente peninsular y de las tierras del interior.

Como último proceso y, dentro del terreno de la hipótesis para la que no tenemos, ni seguramente tengamos nunca, en el caso de los estudios prehistóricos, datos fehacientes, cabe señalar lo que Zedeño denomina *reclamación*. Ésta se refiere a la usurpación, por una comunidad, de un territorio previamente ocupado por un grupo humano. Esta usurpación puede darse, bien sobre una parte de territorio abandonado, bien sobre una porción de tierra en uso dentro de un sistema cíclico de itinerancia. El grupo indígena que hasta ese momento gestionó esas tierras, puede reclamar ante el otro grupo sus derechos. Por lo general este tipo de disputas culminan con enfrentamientos y un paulatino incremento de la violencia, o bien con el abandono de las reclamaciones por parte del grupo que originalmente ocupó esas tierras.

3.5. Evidencia arqueológica

Cabe preguntarse si todo lo expuesto tiene un reflejo material, siquiera testimonial, en el marco del área del interior peninsular. Aún cuando resulta muy complicado, con los datos que en la actualidad se poseen, dotar de un sentido nítido a la configuración territorial durante el Paleolítico Superior Final y el Mesolítico, sí pueden analizarse de un modo conjunto los datos, extrayendo de estas síntesis interesantes conclusiones.

Para ello es necesario atender, cuando menos a dos criterios básicos. Por una parte deben señalarse las diferencias cronológicas y, por otra las culturales. Estos dos criterios

son, como ya señalamos, los criterios básicos de trabajo que deben contemplarse a la hora de construir la secuencia de la historia de la formación del territorio.

De momento y, dentro de este intento de configurar el substrato sobre el que se desarrollará tiempo después la implantación neolítica, cabe señalar las peculiaridades de cada establecimiento arqueológico.

3.6. Tipología de yacimientos

Los yacimientos localizados que, bien por sus dataciones, bien por sus registros materiales, pueden englobarse dentro del conjunto de comunidades con estrategias cazadoras-recolectoras se corresponden mayoritariamente con abrigos y cuevas de escaso desarrollo (Fig.14). Estos se encuentran situados en zonas de alta y media montaña, entre los 1000 y 1200 metros de altitud y por lo general asociados a núcleos serranos que articulan áreas de tránsito por las cuales discurren vías naturales de comunicación relacionados con las principales arterias fluviales (Ripoll López *et alii*, 1997: 56). Sin duda la altitud de estos enclaves, aún pese al reducido número de yacimientos registrados, podría estar señalando un patrón de asentamiento estival, lo cual pondría en evidencia la falta de localización de los enclaves de invierno ubicados, presumible y lógicamente, a altitudes más discretas. A este modelo de poblamiento corresponden los yacimientos de la Cueva de la Uña y el Espertín, en León (Bernaldo de Quirós y Neira, 1992), la Cueva del Nispero en Burgos (Corchón Rodríguez, 1988-89), los abrigos de Estebanvela (Ripoll López *et alii*, 1997: 58) y El Parral (Jiménez Guijarro, 2001), en Segovia; los abrigos de Los Enebrales (Jiménez Guijarro, 1998), Peña Capón, Peña Cabra (Alcolea González *et alii*, 1995; Alcolea González *et alii*, 1997) y El Sumidero (Jiménez Guijarro, 1997; 1998) todos ellos en Guadalajara, o los abrigos conquenses de Buendía (Ripoll López *et alii*, 1997: 61; Cacho Quesada y Pérez Marín, 1995; Cacho Quesada, 1999: 237-245) y Verdelpino (Moure Romanillo y López García, 1979; Moure Romanillo y Fernández Miranda, 1977; Ripoll López *et alii*, 1997: 62; Rasilla Vives *et alii*, 1996) o los abrigos de Tus, Palomar y Molino del Vadico (Córdoba de Oya y Vega Toscano, 1985) en el Alto Valle del Segura, en la provincia de Albacete.

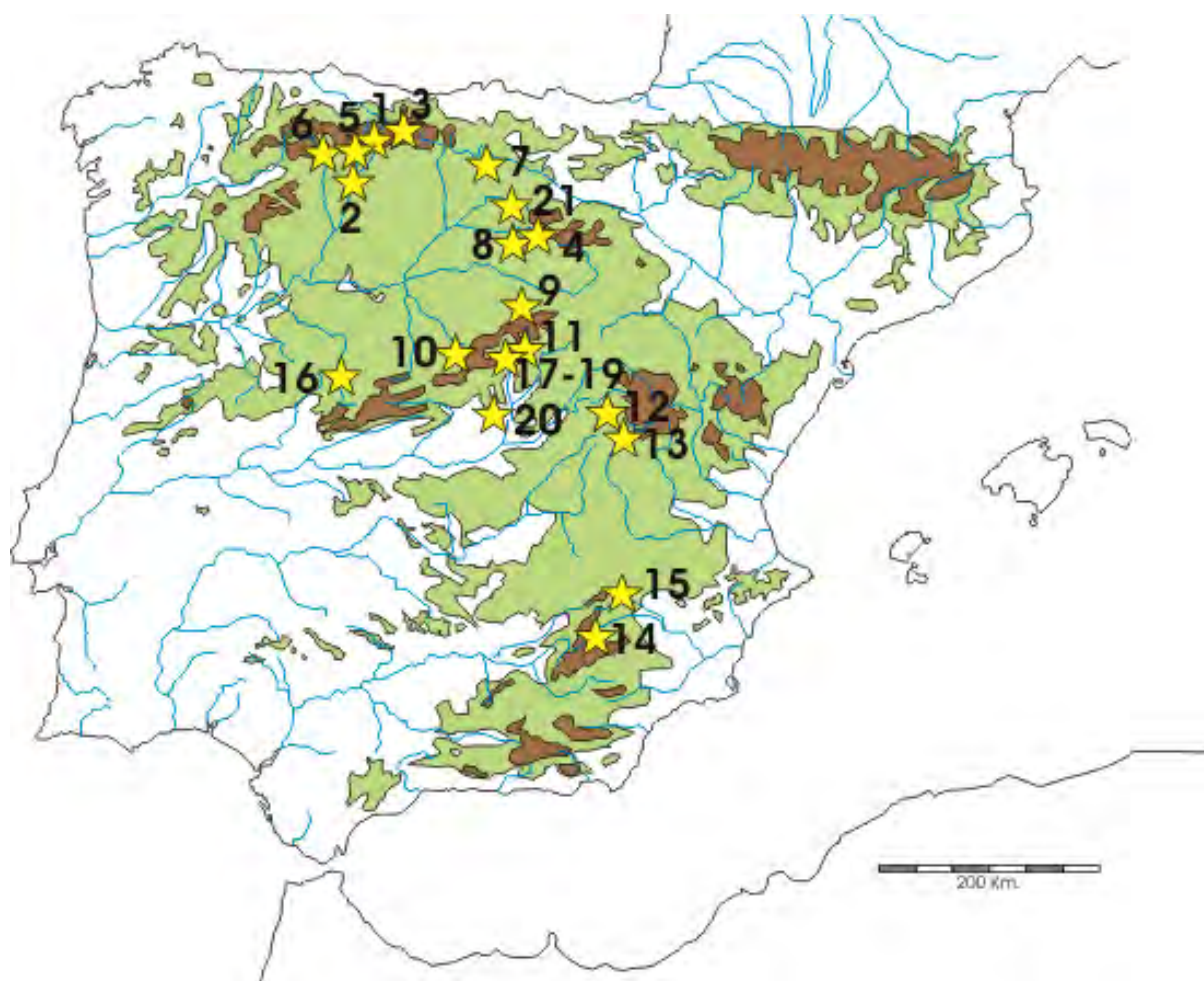


Fig. 14.- Mapa de emplazamientos epipaleo-mesolíticos de la Meseta.

La existencia de este tipo de yacimientos serranos o pre-serranos, junto a la presencia de otros decorados, de cronología más antigua, ubicados en cueva y la creencia generalizada de que la Meseta contaba con un clima glacial riguroso, cuando no extremo, que facilitó escasamente su poblamiento durante el Paleolítico Superior favoreció las explicaciones relativamente simples que implicaban cierto atavismo en relación a los grupos humanos de éste periodo. La generalización de esta creencia, en la que sin duda descansa la idea de diferenciación cultural entre los establecimientos en cueva y aquellos ubicados al aire libre correspondientes a etapas ya neolíticas, ha derivado en un desigual volumen de evidencias. Este desequilibrio se inclina más hacia los establecimientos en cueva, algo que sin duda tiene su explicación en un criterio diferencial a la hora de interpretar algunos conjuntos líticos aparecidos al aire libre.

El avance de la investigación motivó la localización de nuevos conjuntos tipológicamente adscribibles al Paleolítico Superior Final y Mesolítico, en sus diferentes facies, en áreas fluviales, conformando aparentemente asentamientos al aire libre que cada vez presentan un número mayor de evidencias (Ripoll López *et alii*, 1997; Jiménez Guijarro, 1997)

Entre los yacimientos al aire libre predominan los establecimientos sobre terrazas próximas a las cuencas de algunos ríos más o menos destacados y, por lo general en las áreas de interfluvio. El estudio del régimen hídrico de algunos de los arroyos asociados a estos yacimientos parece señalar una marcada estacionalidad, sin duda un dato de elevado interés que permite articular propuestas basadas en un modelo de movilidad logística asociada al aprovechamiento de recursos muy localizados estacionalmente en

aquellas áreas de interfluvio, por otra parte de enorme interés en lo referente a la diversificación de los recursos obtenibles (Alday Ruíz, 1995; 1997; Jiménez Guijarro, 1998)

Atendiendo a los yacimientos localizados en el interior peninsular, en la Meseta Norte destaca el yacimiento de Palomar de Mucientes, en Valladolid. Se trata de un asentamiento estratificado situado sobre una terraza del río Pisuega en el que sus excavadores localizaron tres niveles de ocupación con abundante industria lítica tecnológicamente dotada de una gran homogeneidad. Uno de los niveles fue interpretado como un suelo de cabaña en el que aparecían diferenciados dos hogares y un murete o alineamiento de piedras. La interpretación de los materiales llevó a su inclusión en un momento correspondiente al Chatelperroniense (c. 35.000 b.C.) dado el paralelismo con el nivel 10 de Cueva Morín en Santander (Martín Santamaría *et alii*, 1986). Algunos investigadores han mostrado su inconformismo ante esta atribución cronológica (Ripoll López *et alii*, 1997: 57), e incluso algunos otros han señalado la posibilidad de que se tratase de un conjunto calcolítico. Sin duda gran parte de los materiales (Martín Santamaría *et alii*, 1986) presentan caracteres tipológicos perfectamente atribuibles a etapas del Paleolítico Superior Final y a un momento impreciso del Epipaleolítico Antiguo y Medio, con claros paralelos en las series de La Dehesa (Tejado de Béjar, Salamanca), sin menosprecio de que algunas piezas se correspondan con cronologías más antiguas (*Ibidem*)

Más hacia el Occidente y en conexión ya con las tierras extremeñas se ubica el yacimiento salmantino de la Dehesa del Tejado de Béjar. La excavación del lugar proporcionó abundante industria lítica de carácter microlítico que su descubridor atribuye al Magdalenense Superior Final (Fabian García, 1986; 1997) si bien se carece de dataciones. Cronologías similares, o ligeramente más antiguas, propias del Solutrense podrían atribuirse a algunos conjuntos industriales procedentes del área de Madrid (Baena Preysler y Carrión Santafé, 2002: 83 y ss), como los de El Sotillo (Martínez, 1984), El Almendro, Valdivia, Nicasio Poyato y el arenero de Vidal entre otros (Baena Preysler y Carrión Santafé, 2002: 85, fig. 4.2)

En su mayor parte los conjuntos materiales localizados en el área metropolitana madrileña así como en el resto de la Comunidad de Madrid y la vecina de Guadalajara corresponden al Solutrense, si bien es posible rastrear evidencias que encajarían sin dificultad en el Magdalenense. Por el contrario, los materiales localizados en Galapagar, permitirían atribuirles, merced a sus características morfo-tipológicas una adscripción dentro de las fases terminales del Paleolítico Superior Final e iniciales y medias del Epipaleolítico. No obstante las características de la muestra y su procedencia, exclusivamente de prospección, obligan a ser prudentes.

A la vista de los datos, cabe indicar que la aparente escasez de yacimientos situados al aire libre se debe fundamentalmente a que, amparados por criterios apriorísticos, numerosos investigadores han pasado reiteradamente por alto evidencias líticas de este período ubicadas fuera de contextos kársticos. Por el contrario la localización y recuperación de estos yacimientos queda pendiente de la revisión total de los conjuntos englobados en ese *cajón de sastre* tipificado en la mayor parte de las publicaciones como Talleres Líticos, a los que por lo general se dan adscripciones correspondientes al Calcolítico o la Edad del Bronce.

Los estudios sistemáticos llevados a cabo en un sector de la provincia de Soria por Carnicero Arribas (1985), deberían ser extrapolados al resto de las provincias que conforman el interior de la Península Ibérica. Labor sin duda ardua e ingrata, pero a través de cuya realización se obtendrían interesantes conclusiones. Así, con el criterio de partida del desconocimiento absoluto de las series tipológicas correspondientes al Paleolítico Superior Final y, con la dificultad que conlleva la adscripción de un taller lítico de superficie, resulta certero señalar la imperiosa necesidad de llevar a cabo la revisión

total de los conjuntos, labor que por sus características excede esta obra y nos obliga a trabajar con los datos hasta aquí presentados, que se reducen, en gran medida a los datos publicados.

Resulta evidente la existencia de grandes disimetrías en el comportamiento numérico de cada una de ellas. El desequilibrio a favor de los emplazamientos en cueva y abrigo, muy favorables a aquellos cuyos materiales presentan una clara adscripción al Paleolítico Superior, podría explicarse sin dificultad mediante la aplicación de un criterio climático. Ahora bien, aún cuando podamos dotar de cierta unidad a los numerosos yacimientos ubicados en el curso bajo del Manzanares en Madrid que presentan materiales claramente propios del Paleolítico Superior, es necesario aplicar un nuevo modelo de poblamiento que dote de sentido y de su correspondiente magnitud al nutrido y creciente conjunto de yacimientos ubicados al aire libre. Esta necesidad se acentúa cuando observamos que materiales tipológicamente similares conviven en yacimientos en abrigo y/o cueva y en áreas de vega al aire libre en áreas separadas apenas por 100 kilómetros.

Este dato, cuando menos, habla de la posibilidad de plantear una hipótesis diferente a la mantenida hasta ahora por la mayor parte de los investigadores. Esta hipótesis señala la posibilidad de que, ya desde etapas avanzadas del Paleolítico Superior, pudiese estar siendo utilizado por las tribus y bandas de cazadores un sistema de itinerancia de los hábitats basado en estrategias de gestión ordenada del territorio. Los datos que poseemos aún no permiten diferenciar si este modelo se basaba en estrategias de movilidad logística o residencial. No obstante, un dato que puede ser de gran ayuda a la hora de elaborar interpretaciones al respecto, es el de que una gran parte de los establecimientos en cueva se relacionan con la aparición en su interior de restos de grabados y pinturas. A. Moure Romanillo interpretó esta situación en su día, siguiendo los trabajos de Conkey, como parte de un sistema de áreas congregacionales (Moure Romanillo, 1994). Esta interpretación deja abiertas nuevas vías de investigación que señalan, una vez más, hacia la hipótesis de que la conformación del territorio es, en la Península Ibérica y, dentro de ella en las tierras del interior, bastante más antigua de lo que se había planteado. Explicado de otro modo podría señalarse que el modelo de itinerancia y movilidad tribal con reflejo en el uso sincrónico de áreas de cueva/abrigo en roquedos y establecimientos al aire libre en las vegas fluviales, lejos de señalar una dicotomía cultural marcaría un signo de conservadurismo tradicional en el modelo habitacional y un claro elemento de continuidad en el desarrollo cultural –dentro del marco habitacional- entre el final del Paleolítico Superior y el inicio del Neolítico.

Otro dato que llama la atención es la aparentemente escasa representatividad de los yacimientos en abrigo. Sin duda, si se analiza con detenimiento el número de emplazamientos epipaleolíticos, la cuestión puede solucionarse de un modo más sencillo. Aquí, los mayores porcentajes de presencia se asocian a los emplazamientos en abrigo, seguidos de aquellos situados al aire libre (Fig. 510-513 y Tabla 196). Algo muy similar ocurre con los yacimientos adscritos al Epipaleolítico –acentuándose en el Mesolítico-localizados en áreas próximas como Aragón y el País Vasco.

De nuevo, aplicando el criterio climático -en exceso simple por sí mismo-, se encuentra que esta salida de los ámbitos cavernícolas ha sido explicada de modo reiterado como parte de una estrategia asociada al atemperamiento climático. A este respecto es posible explicar la necesidad que supone considerar, de cara al cómputo matemático y estadístico, los abrigos y los asentamientos al aire libre como dos estrategias de habitación similares, ligadas, en ambos casos a un creciente interés de los grupos humanos por el control de los espacios abiertos. No obstante es aún demasiado pronto para opinar al respecto y son necesarias nuevas excavaciones sistemáticas para abordar tan árdua labor comparativa y disociativa.

Aún con riesgo de caer en imprecisiones derivadas del manejo de datos presumiblemente no circunscritos a un único evento crono-cultural, en las líneas que siguen trataremos de

dibujar la historia de la formación del territorio de los grupos de cazadores y recolectores del interior peninsular.

Se parte, en primer lugar de los compases últimos del Paleolítico Superior, atendiendo en especial a la presencia de estaciones decoradas, de nuevo ubicadas en cueva (El Reno, Los Casares, La Griega, Reguerillo, etc.) y al aire libre (Domingo García y Siega Verde) que funcionaron a nuestro entender como sistemas de expresión tribales inmersos en centros de agregación social encargados de dotar de coherencia y cohesión a un amplio territorio habitado por grupos con sistemas económicos basados en estrategias cazadoras recolectoras.

Relleno ya ese vacío previo se puede dibujar, con la escasez de datos que se ha venido reiterando, un hipotético mapa que deberá irse rellenando a medida que aumenten las evidencias y que no supone más que un intento de plasmar, de modo global, los desarrollos acaecidos en cada zona.

No resulta necesario señalar que la investigación del Paleolítico Superior y, en especial de sus etapas finales, precisa aún de un empuje notable en toda la Meseta para proveer del número de evidencias necesarias para establecer conclusiones definitivas. No obstante, el análisis previo del substrato, a través de los datos que se presentan, permitirá contar con un punto de partida desde el cual trazar, posteriormente, una sistematización más amplia sobre las bases de las hipótesis propuestas.

La conclusión principal de todos los datos expuestos reside en la comprobación de que existió un nada despreciable poblamiento previo, centrado en diferentes fases del Paleolítico Superior, que parece haber funcionado mediante un esquema tribal similar al descrito por diversos autores para grupos de cazadores (Binford, 1983; Moure Romanillo, 1994). Estas tribus presentarían una alta movilidad dentro de espacios territoriales amplios que funcionarían a modo de extensos territorios abiertos en los que las cuevas y áreas decoradas al aire libre desempeñaron una función de agregadores sociales y áreas de reunión tribal o intertribal, a modo de enclaves de referencia para la cohesión territorial.

El sistema de habitación de estos grupos se centró en el intercambio de áreas dependiendo de los diferentes ciclos anuales. Esta movilidad bien pudo estar relacionada con la caza y por ello con patrones de seguimiento de manadas por parte de todo el grupo -sistema de movilidad residencial-, o bien basada en el aprovechamiento estacional -sistema de movilidad logística- de recursos vegetales silvestres y especies de caza mayor y menor con notables diferencias regionales entre las áreas de montaña y de valle.

Decantarse por uno u otro modelo implica la participación de un contingente humano diferente, más reducido para cada tribu en el caso de la estrategia de movilidad residencial (Rozoy, 1992; 1998) y tal vez conformado a modo de grupos más cohesivos tribalmente en el caso de la estrategia de movilidad logística (*Ibidem*)

Este patrón deambulatorio puede definirse por tanto dentro de los modelos que Rozoy (1992; 1998) ha planteado para el área francesa de la cuenca de París y la aplicación que para el Paleolítico Superior de la Cordillera Cantábrica enunció Moure Romanillo (1994). Este modelo de deambulación pendular, aún cuando debe ser tomado como hipotético, debió ser la base del patrón de asentamiento que más adelante se expondrá para el Neolítico del interior y que en su momento definimos como **patrón de habitación estacional recurrente** (Jiménez Guijarro, 1997; 1998; 1999) y que no supone en definitiva más que un claro elemento de continuidad que supera lo meramente tecnológico y subyace, sin duda, en la composición humana del grupo.

Por lo tanto la secuencia cultural, desde el inicio del Paleolítico Superior hasta el Neolítico, no evidencia la existencia de los pretendidos vacíos habitacionales, despoblamiento, ni ausencia de substrato, sino que por el contrario, una vez analizada de un modo profundo viene a demostrar la existencia de un poblamiento indígena con notables arraigos en el Paleolítico Superior, perfectamente establecido y en el que además se intuyen, desde antiguo, evidencias de contactos con otras zonas de la Península. Otra cuestión diferente estriba en la valoración de continuidad o discontinuidad existente entre ambos desarrollos culturales como se tendrá oportunidad de ver más adelante.

Estos contactos, sin duda basados en esquemas de transmisión inter-territorial, impensables para comunidades separadas por amplios espacios carentes de población, conformarán con seguridad los canales a través de los cuales circularán los intercambios de materiales e información y por los que se distribuirá, en primer término, la geometrización de las industrias y, más avanzado el tiempo, pero sobre ese substrato, el proceso de neolitización.

La inexistencia de vacíos poblacionales no debe venir a significar la presencia de una gran abundancia de yacimientos ni de un destacado índice de población ni mucho menos la existencia de una ocupación densa o total del territorio. Esto se debe fundamentalmente a la gran diversidad de ecosistemas que en un estrecho margen se establecen a ambos lados del Sistema Central superando incluso la problemática de la disimetría de vertientes.

La riqueza de yacimientos decorados del área Cantábrica y de parte del Sur de Francia ha desvirtuado la idea de poblamiento y con ella de la unidad básica de trabajo dentro de un marco territorial. Consideramos este hecho como algo circunstancial y excepcional derivado de la concatenación de dos variables: una climática y otra cultural. Tal vez sea necesario empezar a articular, basándose en los esquemas de relatividad histórica, nuevas interpretaciones para la gran abundancia de yacimientos y cavidades decoradas en las dos áreas mencionadas. Tal vez se haga necesario echar ligeramente atrás la vista para retomar la idea del *área refugio*. De este modo, pensando en la posibilidad de convivencias aparentemente divergentes a un nivel cultural, quizás deba abordarse el estudio del área septentrional de la Península Ibérica no como la pauta general, sino más bien como un desarrollo particular del que, en definitiva, parten las explicaciones de pretendido retardo que se muestran.

Este desajuste entre los desarrollos de unas zonas y otras, tan concentrado en el espacio comprendido entre la costa cantábrica y las montañas de esa cordillera será por tanto la evidencia de un desarrollo cultural asociado a otro *ritmo* de avance, o en términos relativistas, inmerso en el interior de un sistema de referencia diferente.

No parece descabellado asociar uno o dos espacios decorados -entendidos como centros nodales- a cada territorio tribal. De este modo, si en el caso de las armaduras geométricas, se vio que pueden jugar un papel definidor de la diferenciación de tribus (Rozoy, 1998) y a la vez convertirse en los fiables indicadores del tránsito temporal (Thevenin, 1990; 1991), en el de los santuarios paleolíticos -sean estos al aire libre o en el interior de cavernas- puede articularse una solución similar.

Como ya se ha señalado, la diferencia entre los espacios decorados ubicados al aire libre y aquellos otros situados en el interior de cavidades, parece señalar una neta disimetría de desarrollos culturales, aparentemente relacionados también con la dinámica de poblamiento. Sin abundar más en esto, tan sólo deseamos retomar la idea de centro nodal y recalcar con ella la posibilidad de que la distribución de yacimientos decorados represente, sin más problemas, un mapa bastante próximo de lo que pudieron ser los territorios de tribus de cazadores.

Atendiendo a los criterios señalados, en el interior de la Meseta, durante el Paleolítico Superior podríamos estar hablando de entre 10 y 20 bandas de cazadores inmersas en el seno de una o a lo sumo dos o tres tribus dialectales (Fig. 11) Estos cálculos tan sólo pueden ser tomados como hipotéticos y meramente aproximativos, según lo establecido por Conkey (1992) Por tanto, podría hablarse de alrededor de entre 100 y 300 individuos desplazándose por los alrededores de 330.000 km² del interior de la Península Ibérica.

Según lo establecido por Binford (1988), la escala del uso del espacio normalmente ocupada por un grupo de cazadores recolectores está cerca de los 300000 Km². Este autor señaló que un espacio tan amplio puede ser gestionado por un grupo reducido de personas, entre 50 y 100. Así, dentro de tan magna escala territorial, por lo general, el área central de residencia puede abarcar cerca de 5000- 6000 km², siendo el área de explotación estacional superior a los 20000 km² (Binford, 1988: 118; Silberbauer, 1972) Un ejemplo similar al manejado por Binford se desprende de los estudios llevados a cabo por Cambell entre los Tulaqmiut, uno de los grupos Nunamiut habitantes del interior de Alaska. Estos grupos habitaban un territorio de 106.21 Km² y, hacia 1870, antes de la llegada masiva de los occidentales, estaba formado por 20 grupos, cada uno de entre 20 y 100 personas, con una población total de 1600 habitantes. Los Tulaqmiut formaban un grupo de 80 personas que gestionaban un territorio de 5150 Km² sin que se encontrase estrictamente delimitado.

Teniendo en cuenta estos datos y, sin profundizar mucho más en ellos, cabe preguntarse, una vez más, acerca de la noción que tenemos de expresiones como vacío y poco poblado. De forma inmediata, comparando las cifras aproximativas utilizadas aquí y las señaladas en los diferentes estudios etnográficos, se observa la necesidad de replantear algunos conceptos. Del mismo modo, el aparente despoblamiento del interior peninsular se ha trocado en un nada despreciable índice de ocupación del territorio para los momentos sincrónicos al Paleolítico Superior. Índice que, como era de esperar, aumenta de forma exponencial conforme lo hacen el grado de investigación y el número de descubrimientos.

Resulta evidente que todo el proceso se debe a ese juego de equilibrio al que se hizo referencia en el capítulo inicial. Según ese principio de equilibrio cultural o isostasia, en el fondo la idea directriz del modelo regional global holista, nada de lo que acontece en la Península Ibérica sucede de forma aislada, sino que por el contrario, lo que acontece responde sin duda a un fenómeno de ajuste y reajuste debido a diferentes presiones que se manifestarán a modo de expansiones y contracciones que afectarán tanto al territorio como a los grupos que lo conforman. Es en definitiva el principio de dinámica rectora propia del desarrollo cultural y un paso más hacia el acercamiento de la cultura humana y su desarrollo al postulado de unificación de campos ya señalado.

Según este principio, resulta complicado llegar a diferenciar y aislar los sucesos acontecidos antes del comienzo de la retirada de los hielos. Sin duda, a pesar de la idea simplista que hay formada a este respecto esta retirada fue paulatina afectando de un modo desigual a los territorios de un lado y otro del Globo. Ese desajuste paulatino, junto al cambio de la configuración de las costas y otros muchos fenómenos escasamente valorados produjeron un desequilibrio acusado en la distribución de poblaciones.

Así, la retirada de los hielos pudo generar un avance en dirección Sur-Norte/ Este-Oeste de poblaciones con dos estrategias económicas diferenciadas. Una de claro componente cazador y, la otra más volcada hacia la caza de especies menores, la recolección y la pesca. Esta situación, si se medita detenidamente, presenta fundamentalmente tres resoluciones ante un proceso de cambio de ecosistemas y clima. O los cazadores se reconvierten en "forrageadores de amplio espectro" y permanecen en sus territorios, o avanzan hacia latitudes más septentrionales en busca de las especies cinegéticas que conforman su dieta y cultura... o desaparecen.

La elección de cualquiera de estas posibilidades precisa de un estudio meticuloso de la situación. Por una parte, si los grupos deciden avanzar en pos de las especies de climas fríos este avance provoca el inevitable solapamiento de territorios, poniéndose en marcha sistemas de inserción grupal o de rechazo, como indicamos al exponer las bases de la formación del territorio. Por otra, el que los grupos decidan permanecer en su territorio implica un paulatino y obligado proceso de adaptación a las nuevas condiciones y, sin duda la entrada en contacto con grupos que, empujados de sus territorios de origen a la búsqueda de nuevos recursos, penetran en los territorios establecidos y controlados por estos grupos.

La solución no es ni mucho menos sencilla. Lo fue mientras se mantuvo la idea de vacuidad. Esta permitía reubicar a esos grupos en espacios libres, pero no valoraba la posibilidad de que esos espacios que a nuestros ojos aparecen como deshabitados, formaban parte ya de una compleja estructura territorial gestionada, a su vez, por grupos humanos.

Puede por tanto señalarse abstrayendo totalmente la idea y resumiéndola lo más posible, que el ser humano es un componente más -especial, de eso no cabe duda- del entramado físico que forma parte de la Tierra y el Universo. Como tal, se encuentra sujeto, junto a sus acciones, a las leyes físicas. Una de estas leyes, como se vio, implica el reajuste o la desaparición -realmente nada desaparece, todo se transforma- de los grupos humanos ante un desajuste previo. Por tanto, puede establecerse que, según las leyes físicas, a un empuje, le corresponde un movimiento y, dentro de él, un desequilibrio seguido por un estado de calma.

Evidentemente, el que se acepte o no esta igualación, depende de que sea admitida como cierta la idea de empuje (por tanto dentro de la idea de la dinámica) -en este caso procedente de otros grupos-. Una vez admitida esta cuestión y, por tanto, merced al principio de causalidad, que el empuje debe ser motivado por algo (cambio climático, por ejemplo), debe admitirse la idea de reacción en cadena -teoría del dominó- según la cual, los reajustes producidos por ese empuje provocaron a su vez otra serie de ajustes en zonas alejadas del foco original. Quien no esté aún convencido, piense tan sólo en el funcionamiento de los terremotos, maremotos, volcanes, o cualquier otro fenómeno físico en el que se vean implicados los conceptos de fuerza y empuje.

Para introducir la base del punto siguiente, debe retenerse la idea de que, a partir del XII-XI milenios BP, existió un desajuste en los desarrollos culturales a una escala de análisis mayor que implica ahora al Mediterráneo en su conjunto. La base de este desajuste pudo residir, como algunos investigadores han señalado, en un cambio climático que implicó un reacomodo de los desarrollos económicos. El final de dicho ajuste no es otro que el origen de la producción de alimentos merced a la domesticación de plantas y animales en un extremo del Mediterráneo y su paulatina difusión, implantación y generalización hacia otros puntos del planeta.

Pero, ¿qué ocurre durante esos mismos milenios si se atiende tan sólo a la escala reducida de la Península Ibérica?. Aparentemente nada. En el Occidente del Mediterráneo se desarrollaron las etapas terminales del Paleolítico Superior y debido a ese mismo proceso de cambio generalizado empezaron a marcarse, de un modo más nítido, las diferencias entre los grupos. Estas diferencias, como hemos ido señalando, tienen su máxima expresión en el esquema territorial y económico. En el aspecto técnico se desarrolló un microlitismo de las industrias, más o menos generalizado y, en cierto momento en los complejos industriales se multiplicó la presencia de armaduras geométricas que dotaron de una gran homogeneidad a los tipos líticos de áreas distantes.

Retomando el incipiente proceso de producción del área oriental del Mediterráneo puede, sin necesidad de volver a las Teorías *Ex-Oriente Lux* comprobarse que este proceso, unido al propio cambio climático, generó un empuje de los grupos de substrato cazador-recolector hacia la única zona posible en un movimiento de componente Noroeste, pues aún habría espacio hacia el que desplazarse dentro del reajuste, algo que no ocurrió, como se verá más adelante, cuando el movimiento "ondulatorio" de reajuste (Fig. 7) alcanzó el *finis terrae* de las costas del Occidente europeo, donde provocó un efecto "rebote" de componente Oeste-Este.

En un momento previo, toda el área mediterránea y gran parte de Europa se hallaba ocupada por grupos de cazadores con amplios territorios de caza (Grupo A). Desde luego la existencia de un único grupo no es aquí más que meramente ilusoria y responde a un intento de simplificar la cuestión en aras de su entendimiento. El 'mejoramiento climático' había dado pie en el área del Próximo Oriente a la generalización, como se ha visto, de un modo de vida no exclusivamente cazador, sino basado en la caza y especialmente en la recolección. De este modo los territorios de éste área se encontraban divididos entre grupos de cazadores recolectores de amplio espectro en cuyo seno tendría lugar, más adelante, el origen de la domesticación de animales (Grupo C) y vegetales y grupos de cazadores desplazados cada vez más hacia el Norte y el Oeste, en pos de la fauna de clima frío. No debe desdeñarse el empuje desde África, aún cuando en este continente, como en Europa, quedasen islas culturales adaptadas al reajuste climático y por ello origen de desarrollos culturales propios.

Esta situación debió producir una dualidad entre los grupos de cazadores-recolectores (Grupo B), sin predisposición al cambio económico y cultural y, los grupos de productores y sin duda, dadas las características de ambos y su mismo substrato, un mecanismo de crisis territorial más o menos matizado. Esta crisis, como se ha visto dentro del modelo de empuje e isostasia, debió dar lugar a un avance paulatino, hacia las áreas a las que previamente se habrían ido desplazando los cazadores paleolíticos, de los grupos de cazadores-recolectores, a la busca de la ampliación de los territorios necesarios para asegurar el sostenimiento del grupo, en contraposición de los que virtualmente habían sido perdidos ante los grupos productores (Grupo C). Este empuje humano hacia el Oeste produjo un efecto dominó -reacción en cadena, dentro del principio de originación dependiente- que se tradujo en un nuevo empuje, ahora más generalizado, en dirección Oeste que afectó no sólo a las áreas del Mediterráneo Oriental, sino a toda la cuenca mediterránea e incluso a gran parte de Europa y el área costera de África.

Ya se han señalado las posibilidades que pudo representar dentro de este modelo el conocimiento y desarrollo de la navegación y, cómo este sistema de desplazamiento, además de dotar de un sistema referencial diferente a algunas comunidades, sirvió de elemento de diferenciación respecto a otros desarrollos, de cariz continental.

La base de este problema reside en la necesidad de acomodar el espacio físico disponible a tres modalidades territoriales diferentes: cazadores, cazadores-recolectores de amplio espectro y productores. Cada uno de estos grupos, tal y como se ha expuesto, despliega un sistema de gestión territorial diferente, poseyendo para asegurar su existencia unas necesidades espaciales diferentes y siendo portador de un sistema de referencia espacio-temporal diferente. Estas diferencias debieron provocar empujes y roces sistemáticos entre las diferentes comunidades, choques todos ellos que, en más de una ocasión, debieron dirimirse de forma violenta.

De este modo la paulatina reducción de los territorios de caza así como la sucesiva disminución de la cantidad de especies faunísticas y su número de ejemplares, debió conducir a un proceso de normalización dentro de la etapa de calma enunciada en el principio de isostasia. Este proceso de normalización, a su vez, pudo ser el motor de la geometrización de las industrias en tanto en cuanto mesolitización de los grupos de cazadores.

Esta geometrización, cronológicamente ubicada entre el XI y el IX milenios BP, estaría seguida de cerca por el avance neolitizador que de nuevo pondría en marcha el motor de empuje encargado de romper la dinámica de equilibrio. Por lo tanto es posible distinguir dos fases en cuanto a llegada de efectivos humanos (colonos) o cambio en las estrategias económicas y sociales. Por un lado, el proceso de geometrización o mesolitización, en tanto en cuanto proceso homogeneizador y normalizador, daría pie a una serie de cambios que servirían de base a la posterior implantación neolítica a través de todo el Mediterráneo y el centro de Europa y, por otro la implantación de grupos de colonos –productores- en las costas del Mediterráneo.

Aunque volveremos sobre ello más adelante, cabe recalcar que este desarrollo no es más que un proceso cultural, lo cual indica que no se puede olvidar la posibilidad de que algunos grupos quedasen al margen del desarrollo global dentro de la concepción de Tiempo Absoluto y Tiempo Relativo que se ha presentado. Estos grupos de cazadores, podrían haber sido neolitizados sin pasar, de forma obligada, por una fase de geometrización o mesolitización, e incluso algunos grupos de cazadores-recolectores de amplio espectro, como demuestran las evidencias de los primeros monumentos megalíticos, pudieron haberse neolitizado en una fase inicial del Calcolítico, sin pasar previamente por el proceso de neolitización y habiendo conocido tan sólo la mesolitización. Más complejo aún, algunos grupos de cazadores-recolectores pudieron neolitizarse en un momento sincrónico al siglo XIX, dentro de la plena industrialización del mundo occidental, como demuestran los estudios etnológicos, por ejemplo los realizados sobre los grupos Kung san de Namibia (Lee, 1976; 1979; Shostak, 1981)

En cierto modo a la idea de *triple situación teórica substrato epipaleolítico-neolitización del substrato epipaleolítico-Neolítico puro* presentada y defendida por algunos investigadores (Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 240) consideramos debe añadirse una cuarta situación -que estos investigadores vislumbran imposible- que no es más que la de los grupos de cazadores marginales no mesolitizados o geometrizados y que darían lugar a una serie de respuestas diferentes ante el avance de la neolitización. Algunas de estas respuestas diferenciadas pueden encajar bien dentro de los esquemas peninsulares del Asturiense o de la perduración de elementos industriales *de substrato* en el marco de los útiles macrolíticos.

Vista la existencia de un evidente substrato de poblaciones cazadoras finipleistocenas en el interior de la Península Ibérica y tras plantear sus características tecnológicas y habitacionales se hace necesario exponer, aun con su parquedad, los datos con los que contamos para definir el Epipaleolítico y mesolítico de la Meseta.

De otra forma resulta descorazonador admitir, como señalaba Alday Ruíz (2002), no sólo la práctica ausencia de evidencias, sino lo que es más preocupante, que el Epipaleolítico y más concretamente el Mesolítico meseteño se resisten a ser caracterizados, a no ser que se encuentren deformados o inmersos en secuencias cronológicas y culturales dilatadas.

Ahora bien, ¿cuál es realmente la situación en la que se encuentra la investigación prehistórica del interior peninsular para hablar de una facies mesolítica?. La única respuesta posible es que no tenemos en la actualidad más que evidencias dispersas y dispares que nos conduzcan a caracterizar un horizonte cultural mesolítico o epipaleolítico geométrico en las tierras de la Meseta. No menos cierto resulta el hecho de que con estas evidencias dispersas no podemos sostener una estructura explicativa rigurosa (Alday, 2002) No obstante el mismo hecho de su existencia nos obliga a plantearnos algunas cuestiones y meditar sobre ellas.

Partiendo de un criterio cronológico de amplio espectro y atendiendo principalmente a los yacimientos propios de los momentos finales del Paleolítico Superior y aquellos

pretendidamente epipaleolíticos estratificados podemos destacar principalmente Verdelpino (Cuenca), Buendía (Cuenca), Cueva del Níspero (Burgos) y Estebanvela (Segovia) Entre aquellos no estratificados o tan sólo conocidos por prospección destacan La Dehesa (Salamanca) y algunos otros yacimientos superficiales de interés como El Parral (Segovia), todos ellos sin evidencias notables de geometrismo. Verona II y La Ventana son, sin duda, los dos mejores ejemplos con los que contamos en la actualidad.

En Verdelpino, dejando atrás las controversias del yacimiento y sobre las que tendremos ocasión de volver más adelante, la adscripción superopaleolítica de los niveles V a VII está fuera de toda duda, sobre todo a raíz de las últimas intervenciones realizadas entre 1981 y 1983 (Rasilla *et alii*, 1996)

Más problemática es la adscripción del controvertido nivel IV. Si prescindimos de la fecha radiométrica de 7950 BP, metodológicamente problemática en cuanto a su obtención recurriendo a la acumulación de restos óseos y de la presencia de cerámicas lisas, lo que nos queda es un nivel caracterizado por elementos líticos propios de los momentos finales del Paleolítico Superior e inicios del Epipaleolítico (Tablas 3 y 4) En él, como en los niveles de cronología Magdaleniense, predominan los buriles seguidos de los raspadores dentro de un conjunto industrial de marcado carácter microlaminar en el que menudean los dorsos abatidos sobre laminillas (Moure y Fernández Miranda, 1977)

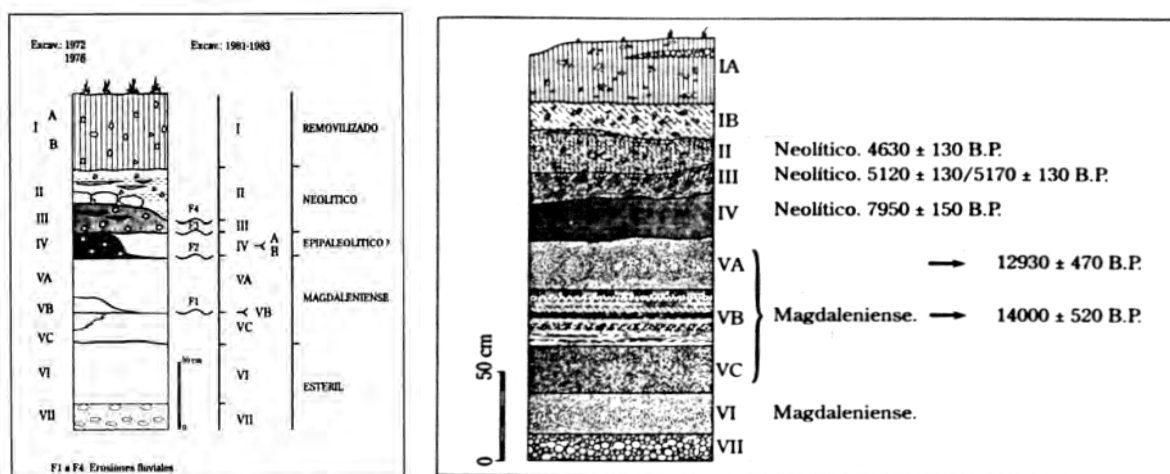


Fig.15.- Perfiles estratigráficos del yacimiento de Verdelpino, según Rasilla *et alii*, 1996

Las series de este nivel, que M. de la Rasilla, Hoyos y Cañaveras no dudan en ubicar dentro del Epipaleolítico, no son discordes de las presentes en los niveles V y VI (Tablas 5 a 8), donde, de nuevo, abundan los buriles y raspadores, estando sin representar los geométricos y quedan, por el contrario, más alejados de los niveles II y III –Neolíticos– donde aparecen, aunque de forma discreta, geométricos y microburiles (Nivel II) Los índices de estos dos niveles presentan, no obstante, un aire arcaico o de substrato que no desentona en absoluto de lo documentado en las industrias líticas de otros sectores periféricos al mediterráneo, como es el caso de Chaves (Cava, 2000)

Una vez más es obligada la llamada de atención respecto a la validez de los índices líticos, pues aunque partimos de la base de unidades diferenciadas durante la excavación, la aparición de elementos disonantes como la pretendida “punta pedunculada perigordienne (Font-Robert)” (Moure Romanillo y Fernández Miranda, 1977: 38) de notable adscripción Magdaleniense para los autores y no tan clara en nuestra opinión. Algunos elementos nos hacen suponer la posibilidad de que no hubiese durante estas primeras campañas –las que arrojaron la mayor parte de material arqueológico– un exhaustivo control de las alteraciones estratigráficas y que el revuelto fuese más notable de lo que en un principio se señaló.

Tampoco puede negarse, a la vista de la pieza, que la pretendida punta perigordienne fuese en realidad un perforador o taladro dibujado al revés. Este es un hecho sobre el que el Dr. Martí llamó nuestra atención y con el que coincidimos.

VERDELPINO IV	SILEX	CUARCITA	TOTAL
Lascas y esquirlas	1146 (74'1%)	29 (1'8%)	1175 (75'9%)
Hojas	160 (10'3%)	-	160 (10'3%)
Núcleos	3 (0'19%)	-	3 (0'19%)
Hojitas	208 (13'4%)	-	208 (13'4%)
TOTALES	1517 (98'1%)	29 (1'8%)	1546

Tabla 3.- Soportes líticos atendiendo a las materias primas. Nivel IV de Verdelpino.

VERDELPINO IV (ÚTILES)	
Raspadores	15 (7'18%)
Buriles	64 (38'7%)
Perforadores	0
Hojitas	22 (10'77%)
Geométricos	0
Muestras y Dent	9 (4'30%)

Tabla 4- Útiles líticos recuperados en el Nivel IV de Verdelpino.

VERDELPINO V	SILEX	CUARCITA	VARIOS	TOTAL
Lascas y esquirlas	3565	4	2	3571 (74'13%)
Hojas	177	-	-	177 (3'67%)
Núcleos	27	-	-	27 (0'56%)
Hojitas	1038	4	-	1042 (21'63%)
TOTALES	4807	8	2	4817

Tabla 5- Soportes líticos atendiendo a las materias primas. Nivel V de Verdelpino.

VERDELPINO V (ÚTILES)	TOTAL
Raspadores	15 (9'77%)
Buriles	53 (39'84%)
Perforadores	1 (0'65%)
Hojitas	12 (8'27%)
Geométricos	0
Muestras y Dent	5 (3'2%)

Tabla 6- Útiles líticos recuperados en el Nivel V de Verdelpino.

VERDELPINO VI	SILEX	TOTAL
Lascas y esquirlas	120 (68'5%)	120
Hojas	16 (9'1%)	16
Núcleos	-	-
Hojitas	39 (22'2%)	39
TOTALES	175	175

Tabla 7.- Soportes líticos atendiendo a las materias primas. Nivel VI de Verdelpino.

VERDELPINO VI (ÚTILES)	
Raspadores	3 (6'1%)
Buriles	6 (12'2%)
Perforadores	1 (2'04%)
Hojitas	39 (79'5%)
Geométricos	-
Muestras y Dent	-

Tabla 8- Útiles líticos recuperados en el Nivel VI de Verdelpino.

No es, a nuestro entender, correcta la adscripción a un genérico Epipaleolítico cerámico del Nivel IV de Verdelpino, aún cuando la industria de ese nivel, dado el aparente continuismo en las series líticas –perfectamente detectado en otros contextos del Neolítico peninsular y, más dentro de la Meseta donde como veremos parece ser la pauta común- no desentonase demasiado la presencia de elementos cerámicos asociados a ella. Otro tema es la datación, pues aquí, no hay duda, no existió un control estricto de lo que se databa ni de dónde procedía. Queda claro, no obstante, que esa datación que

tantos investigadores denostan ha de proceder de algún lugar. No podemos, de momento, acertar a señalar si data un nivel natural de abandono (Hipótesis I), un nivel cerámico –que sería de los más antiguos del interior- (Hipótesis II) o si se trata de una datación asociada a restos procedentes de un momento de uso de la cavidad por parte de cazadores-recolectores sin neolitizar (Hipótesis III), o por el contrario debemos pensar que se trata de una datación errónea derivada de la mezcla incontrolada de material óseo procedente de niveles de cronología diferente (HIPÓTESIS IV). De aceptar la hipótesis III deberíamos aceptar también que en el interior peninsular se desarrolló un Epipaleolítico no geométrico sincrónico a los desarrollos costeros e interiores del mesolítico (y por tanto geométrico).

Nos puede ayudar a despejar un poco la cuestión el hecho de que las muestras entregadas a datar consistiesen en un conjunto de huesos no clasificables procedentes de cada nivel. Esto supone que los investigadores dieron como válidas las unidades cerradas por nivel, lo cual, a la vista de los datos no puede asegurarse. Por otra parte, este hecho pudo condicionar que entre los huesos seleccionados para datar el nivel IV hubiese aportes no antrópicos sincrónicos a un periodo de ausencia de ocupación del abrigo. Con ello tomaría más fuerza la hipótesis I y por tanto se debe concluir que ante la extrema improbabilidad de que sean ciertas y válidas las hipótesis II y III debemos dejar en suspenso la aceptación de las dataciones de Verdelpino.

Ahora bien, para quienes desearan ver la posibilidad de que la Hipótesis III tomase cuerpo, hay un dato que ha de ser tenido en cuenta. Si aceptásemos la datación de 7950 \pm 150 BP como indicativa de un uso del asentamiento por parte de grupos de cazadores de momentos finales del Epipaleolítico y aún dando por válida la idea de un pretendido Epipaleolítico con cerámica en otras áreas peninsulares (Schumacher y Weniger, 1995: 89), Verdelpino sería el yacimiento más antiguo de todos los conocidos que comparten esa situación. Esta situación ya fue denunciada por los propios autores mencionados, sospecha que les condujo a no tener en cuenta la datación de Verdelpino (*Ibidem*: 90 nota 9). Es por todo ello y, en honor de la verdad, que nos decantamos por la última hipótesis antes señalada. La mezcla de restos óseos procedentes de los niveles inferiores, y por tanto de cronología paleolítica, habría contribuido a envejecer de forma anómala la fecha obtenida (Mook y Waterbolk, 1985).

La lectura de la estratigrafía de este yacimiento es inequívoca y parece coincidir con las evidencias que poco a poco van abriéndose paso en la Meseta. Hay un paquete sedimentario afectado por tres factores principales que intervinieron en el proceso sedimentario asociado al enclave: la acción del río Valdecabras, la meteorización de la roca y la propia actividad antrópica. Este conjunto sedimentológico está compuesto por siete niveles entre los que no media ningún proceso de estalagmitización y de los que, debido al proceso erosivo y sedimentológico del río Valdecabras, no podemos asegurar su formación continua.

La adscripción cultural, realizada basándose en los elementos materiales y cronológicos, implica una base Magdaleniense imprecisa, aunque por los elementos presentes parece tener un inicio en un momento avanzado de esta fase que se desarrolla hasta el 12930 \pm 470 BP de forma continuada culminando en un Epipaleolítico genérico, también impreciso, en el que no hay evidencia alguna de geometrización de las industrias hasta el 5120-4630 \pm 130 BP, momento en el que se aprecia la aparición de armaduras geométricas variadas junto a cerámicas decoradas dentro de lo que aparenta ser un Neolítico bien conformado.

Esta secuencia nos permite señalar que sobre una base de carácter superopaleolítica y marcado tipismo magdaleniense se produce el establecimiento, sin continuidad estratigráfica aparente, de un grupo humano neolitizado y geometrizado. Este hecho se ha documentado también en las cuevas madrileñas de la Ventana, la Higuera y las Avispas, así como en otros yacimientos de la Meseta.

Para entender la base de formación de la estratigrafía de Verdelpino podemos recurrir al yacimiento, también conuense, del abrigo de Buendía (Cacho Quesada y Pérez Marín, 1997) con el que no cabe duda guarda cierto paralelismo. En este asentamiento se localiza una nutrida colección lítica de 1607 elementos recuperados durante el “refrescado” de los cortes de un abrigo calizo (*Ibidem*: 264) De estas piezas, 112 son clasificados por las autoras como útiles, pudiendo apreciarse en las Tablas 9 y 10 los principales índices de representación.

Esta industria se data en 14380+/-90 BP, fecha que no desentona tampoco con la obtenida para los niveles inferiores (V y VI) de Verdelpino y de La Ventana. Hay elementos que permiten corroborar la especial consideración que sobre el yacimiento de Verdelpino ya hiciesen Moure Romanillo y López García (1979) para explicar el Magdaleniense allí detectado. Así, en Buendía, lo microlítico no es en absoluto lo dominante, muy por el contrario, parece ser un elemento diferenciador, pese a la relativa proximidad geográfica, de los contextos de las secuencias finales del Paleolítico Superior mediterráneo (Cacho Quesada y Pérez Marín, 1997: 265)

BUENDÍA	SILEX	TOTAL
Lascas	741 (46'17%)	741
Hojas	348 (21'71%)	348
Hojitas	158 (9'89%)	158
TOTALES	1247	1247

Tabla 9.- Soportes líticos atendiendo a las materias primas. Yacimiento de Buendía.

BUENDÍA (ÚTILES)	TOTAL
Raspadores	10 (7'14%)
Buriles	66 (58'03%)
Perforadores	8 (6'25%)
Hojitas	11 (8'03%)
Geométricos	0
Muestras-Dent	3 (2'19%)

Tabla 10- Útiles líticos recuperados en el yacimiento de Buendía.

Otros datos relevantes son el claro predominio de los componentes lascas y la nutrida presencia de núcleos de grandes dimensiones que permiten establecer a C. Cacho y S. Pérez una posible funcionalidad como lugar de talla para el enclave (1997: 264)

Pese a que los datos con los que contamos proceden de una simple recuperación de útiles, la ausencia de elementos útiles realizados sobre hueso llamó la atención de Cacho y Pérez (1997: 266) Estas autoras relacionaban esta ausencia con la escasísima y pobre representación de este tipo de útiles tanto en Verdelpino –donde la mayor parte de las evidencias clasificadas como “azagayas” son cuando menos dudosas- como en el área mediterránea, cuyo Magdaleniense “no siempre se caracteriza por la riqueza en este tipo de útiles” (*Ibidem*)

La clara discrepancia entre la ausencia de microlitismo –por el contrario de lo evidenciado en el área mediterránea- y la inexistencia de elementos útiles sobre hueso definitivos – como paralelo de los desarrollos del Mediterráneo- es explicado por las autoras del estudio como parte del evidente “mestizaje” cultural propio del Paleolítico Superior de la Meseta (Cacho Quesada y Pérez Martín, 1997: 268)

Es, a nuestro entender, ésta una clara evidencia de la notable idiosincrasia del Magdaleniense y del Epipaleolítico meseteños. Todo ello parece permitir hablar de un desarrollo cultural o tecnológico en cierto modo individualizado.

En el caso de la Cueva del Níspero, dentro del ámbito de influencia de la cuenca del Ebro, estamos ante un yacimiento estratificado pero en el que las evidencias de alteraciones deposicionales y postdeposicionales asociadas al proceso de reactivación de la cavidad han condicionado la evidencia recuperada (Corchón Rodríguez, 1988-1989: 87-89)

Estratigráfica o secuencialmente se diferenciaron tres niveles: IV, V y Vinf que fueron adscritos al Epipaleolítico Medio *sensu lato* en el caso de los dos primeros y, al final del Paleolítico Superior o Epipaleolítico Antiguo el último.

Las similitudes tipológicas detectadas entre los materiales de los dos primeros niveles nos permiten suponerlos casi sincrónicos, mientras que en el último caso, las notables diferencias a nivel de materia prima y complejo tecnológico y tipológico –ahora con industria lascar sobre cuarcita- parece señalar una nítida separación de ése último nivel respecto a los dos anteriores (Corchón Rodríguez, 1988-1989). Esta separación no evidencia estratigráficamente hiatus ninguno, lo que, unido a la inclusión de este conjunto en la capa inferior de un mismo nivel parece abogar por la total removilización del material que se contendría en deposiciones sedimentarias diferentes (Fig.16)

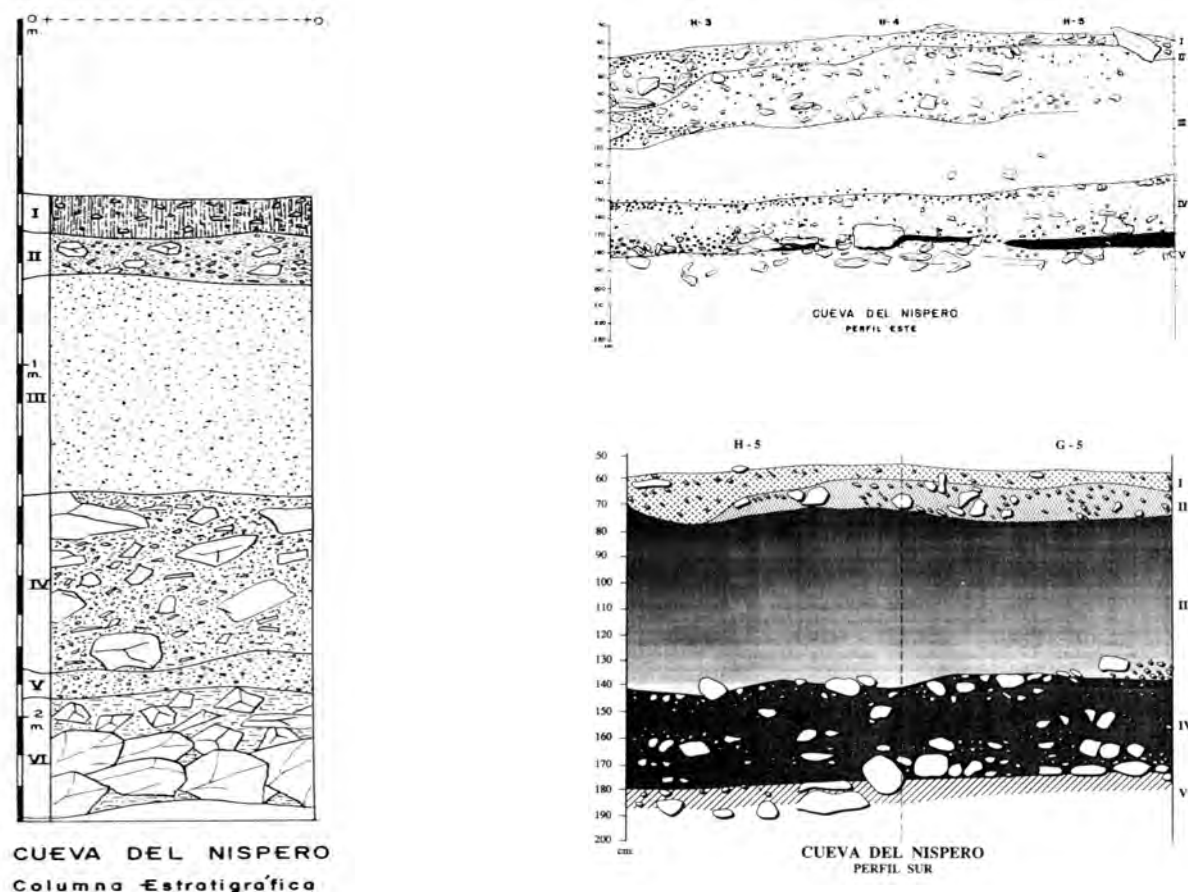


Fig. 16.- Perfiles estratigráficos de la Cueva del Níspero, según Corchón Rodríguez, 1988-1989.

Cabe destacar una vez más la ausencia de evidencias de precipitación calcárea potente y en especial la formación de costras estalagmíticas destacadas. Este dato contrasta, máxime, si tenemos en cuenta los estudios realizados por Barea *et alii* (1997) con la formación generalizada de este tipo de depósitos en cuevas con poca actividad durante el óptimo climático. Suponemos que la reactivación de sistemas kársticos activos dificultaría la creación de este tipo de coladas estalagmítica.

Los materiales publicados de la primera campaña forman un exiguo conjunto de 261 restos líticos entre los que el sílex es mayoritario (216 restos), seguido de la cuarcita (40 restos), con una minoritaria representación y, una tímida presencia de elementos de cuarzo (8 restos) de los que tan sólo 69 son restos tipológicos. Estos datos ni siquiera llegan al mínimo deseable para elaborar una aproximación estadística fiable. No obstante utilizaremos los índices como elemento aproximativo de comparación.

Una vez unificadas las evidencias recuperadas en los niveles IVinf y V (Tablas, 11, 12 y 13) se advierte un predominio del índice de buriles sobre el de raspadores dentro de un conjunto lítico de marcado carácter microlítico en el que menudean los elementos geométricos.

NÍSPERO IV	SILEX	CUARCITA	CUARZO	TOTAL
Lascas y esquirlas	52 (61'17%)	4 (4'7%)	2 (2'35%)	58 (68'23%)
Hojas	6 (7'05%)	-	-	6 (7'05%)
Núcleos	7 (8'23%)	-	-	7 (8'23%)
Hojitas	14 (16'47%)	-	-	14 (16'47%)
TOTALES	79	4	2	85

Tabla 11.- Soportes líticos por materias primas. Yacimiento de la Cueva del Níspero.

NÍSPERO IVinf-V	SILEX	CUARCITA	VARIOS	TOTAL
Lascas y esquirlas	64 (60'95%)	26 (24'76%)	4 (3'80%)	94 (89'52%)
Hojas	2 (1'9%)	-	-	2 (1'9%)
Núcleos	1 (0'95%)	-	-	1 (0'95%)
Hojitas	8 (7'61%)	-	-	8 (7'61%)
TOTALES	75	26	4	105

Tabla 12.- Soportes líticos por materias primas. Yacimiento de la Cueva del Níspero.

NÍSPERO IV y V (ÚTILES)	%
Raspadores	2'89
Buriles	4'34
Perforadores	8'69
Hojitas	20'28
Geométricos	2'89

Tabla 13.- Útiles líticos recuperados en el yacimiento de la Cueva del Níspero.

Puede ser interesante reseñar otros índices:

IP: 8'69%
 LBA: 5'79%
 MD: 21'73%
 FR: 2'89%

La búsqueda de paralelos con esta pobre muestra no resulta más que un acto de aproximación, muy general, a la explicación de yacimiento. No obstante el conjunto industrial del Níspero parece separarse del desarrollo típico del Epipaleolítico aziliense cantábrico y del Epipaleolítico mediterráneo, lo cual redunda en la idea, que se vislumbra en los diferentes yacimientos de esta cronología del interior peninsular, de que el Epipaleolítico meseteño, en su diversidad de desarrollos, debió ser ciertamente particular en sus caracteres. Tal vez este carácter especial tenga mucho que ver con las notables mezcolanzas de elementos cantábricos-mediterráneos que se advierten en toda la secuencia del Paleolítico Superior del interior y que ha llevado, desde antiguo, a una enorme dificultad para diferenciar los elementos auriñacienses, magdalenienses y azilienses.

No obstante hay un dato en este yacimiento sobre el que no se puede dejar de llamar la atención. Nos referimos a la tímida presencia de elementos geométricos junto a algunas laminillas con espina central de tipo Cocina de marcado carácter mediterráneo. La

presencia de estos elementos indica, cuando menos, la incidencia de una primera geometrización, muy tímida, de las industrias.

Lamentablemente en este yacimiento no contamos con fechas radiocarbónicas que nos permitan una ubicación más precisa de su industria. Corchón ya señaló como paralelos los materiales recuperados en el nivel IV del yacimiento alavés de Monticu de Charratu, los niveles del navarro Portugain y los conjuntos líticos del taller salmantino de La Dehesa.

El yacimiento de La Peña de Estebanvela se analizará de forma más detenida en el capítulo siguiente. No obstante podemos adelantar que estamos ante la evidencia de que en sectores de cierta altitud –en torno a los 1100 m.s.n.m.- se desarrolló el hábitat durante las etapas finales del Magdalenense y durante el Epipaleolítico (Cacho *et alli*, 2003). Los elementos de fauna recuperados nos permiten señalar una cierta especialización cinegética. Este hecho parece abundar en nuestra hipótesis de los establecimientos de uso recurrente durante la etapa pre-formativa asociado a un grupo de cazadores especializados.

Una vez más estamos ante un yacimiento en el que las dataciones radiocarbónicas indican un tramo cronológico anterior a la geometrización de las industrias (12360-9950 BP), pero en el que se aprecian ciertos elementos de raigambre aziloide junto a alguna tímida representación de segmentos que denuncian la existencia de una precoz geometrización asociada a las industrias epipaleolíticas y que avala, por tanto, nuestra hipótesis de existencia de varias fases de geometrización, siendo al menos una de ellas previa al inicio del proceso de neolitización. No es este un descubrimiento novedoso, pero sin duda es un elemento de peso a tener en cuenta de cara al estudio del proceso de geometrización de las industrias líticas y su asociación o disociación respecto del proceso de neolitización al que hemos hecho referencia.

No hay duda de que el proceso de excavación de este yacimiento, minucioso y bien controlado, así como el correcto estudio de los materiales recuperados permite señalar una vía de geometrización de las industrias ligeramente anterior y disociada del similar proceso advertido en la fachada levantina. Si ambos, en contacto con el Neolítico, derivaron o no en soluciones similares es algo que no podemos aún dilucidar. Ahora bien, la mera existencia de esta generalización de los implementos de forma geométrica, así como su reiterada cuando no exclusiva asociación a elementos del tipo del segmento o arco de círculo permite dar cierto valor a las propuestas realizadas por algunos autores (Cava, 1994) sobre una pretendida y cada vez más fehaciente base geométrica indígena en el epipaleo-mesolítico de las regiones del interior.

Los datos procedentes del yacimiento, también segoviano, de El Parral (Jiménez Guijaro, 2001) no ofrecen muchas posibilidades, como bien señaló Alday (2003). Es cierto que estamos ante una heterogénea colección conservada en un Museo y de la que tenemos poca certeza de su fiabilidad como conjunto cerrado. Nuestras pesquisas en el entorno del yacimiento tampoco permitieron avanzar mucho más debido al terrible avance urbanístico, pese a las óptimas posibilidades que la zona del Eresma pudo tener durante el final del Pleistoceno e inicios del Holoceno.

Seguimos manteniendo nuestra creencia en que gran parte, sino todo el material, procedía de un único abrigo parcialmente desmantelado para su aprovechamiento como huerta en el momento de su primera prospección. Esta certeza la fundamentamos en lo homogéneo de la muestra de la que tan sólo desentonan, realmente, dos elementos, ambos geométricos. Uno, un segmento de círculo con retoque a doble bisel y el otro una micropunta con retoques muy marginales y también conseguidos mediante el recurso a esta técnica de talla. Podría tratarse de materiales asociados a niveles más recientes (Jiménez Guijarro, 2001; Alday, 2002).

Ahora bien, la existencia del yacimiento y la posibilidad de encajarlo, *grosso modo*, en el Paleolítico Superior Final-Epipaleolítico, nos permite dar más valor al conjunto de yacimientos epipaleo-mesolíticos del interior. De nuevo estamos ante un abrigo ubicado en una zona de alto valor ecológico, inmediato a un curso fluvial –como La Peña, Verdelpino o La Ventana- y donde el elenco de materiales ofrece una homogeneidad cada vez más palpable. Ésta pone de manifiesto que no estamos ante hábitats muy dispersos ni ante grupos deslabazados e inconexos y sobre todo denuncia que el interior peninsular tuvo una base humana indígena previa al establecimiento de los primeros grupos de productores.

El conjunto de yacimientos del reborde calizo de la vertiente Sur del Sistema Central, La Ventana, La Higuera, Las Avispas, El Reno, etc. no son sino la evidencia de la certeza de lo señalado. Aún más, en estos yacimientos se aprecia además un dato novedoso e interesante como es el referente a la existencia de un uso de estos mismos enclaves por parte de los grupos Neolíticos algún milenio después.

Es cierto que se advierte cierta disimetría en los comportamientos estudiados en los enclaves epipaleo-mesolíticos de ambas vertientes del Sistema Central. Así, mientras en el caso de la Meseta Norte no se detecta un aprovechamiento directo de los mismos enclaves durante el Neolítico –salvo quizás las pobres evidencias de El Parral- en la vertiente Sur se produce justo lo contrario y lo común pasa a ser, como se ha señalado, el uso reiterado de los mismos emplazamientos en ambas fases, aún cuando no medie una relación estratigráfica directa.

No tenemos una explicación definitiva para ello. No obstante es posible que un tema puramente geográfico o topográfico asociado a la climatología explicase estas diferencias. Ahora bien, de aceptarlo deberíamos explicar el por qué del uso de la cueva de La Vaquera –enclave también en altura- durante el Neolítico y no en etapas previas epipaleo-mesolíticas.

¿Pudo deberse a una diferenciación cultural?. No creemos que esta fuese la explicación principal. ¿Pudo entonces ser debido a una diferencia climatológica?. Es posible que así fuese y que la disimetría de vertientes que tantas veces nos comentase P. Uzquiano (com.pers.) funcionase como explicación de este fenómeno. Más probable nos parece la existencia de diferencias poblacionales asociadas con el substrato.

Las evidencias de algunos taxones de fauna fría detectadas en La Ventana (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004) podrían señalar un mayor rigor climático en la vertiente Norte del Sistema Central. Quizás incluso una permanencia de áreas glaciares más activas, según nuestros estudios, que derivaron en la necesidad de situar, preferentemente, el poblamiento Neolítico en zonas de menor cota altimétrica. Quedaría otra vez explicar el por qué de La Vaquera.

Quizás influya aquí también la configuración física del terreno y por qué no, una neolitización diferenciada en ambas Mesetas. No podemos olvidar la elevada densidad de yacimientos Neolíticos en torno al río Tajo, ni la aparente precocidad de su implantación, ni mucho menos las cortas distancias que separan este reborde calizo de las amplias vegas de los ríos Jarama, Manzanares, Tajuña, Henares y Tajo, pero sobre todo la notable riqueza en materia lítica de este sector, por contraposición al tramo simétrico situado al Norte del eje de la Sierra de Guadarrama.

Una vez más las fechas obtenidas en algunos de estos yacimientos, caso de Verdelpino o La Ventana, así como sus conjuntos materiales no desentonan demasiado, aún aceptando algún tipo de desarrollo regional o local, con los de la generalidad del horizonte Epipaleo-mesolítico del interior, como algunas tímidas representaciones geométricas en contextos de fuerte microlitización; gusto por el uso del cristal de roca como materia prima, etc.

Es ésta, a nuestro parecer, la vía que debe seguirse para tratar de explicar, con nuevos hallazgos y estudios, cómo se desarrolló la cultura de los grupos de cazadores especializados y de cazadores-recolectores del interior, no sólo dentro de su propia idiosincrasia, sino y, sobre todo, en relación con los grupos humanos vecinos.

4 EL PROCESO DE GEOMETRIZACIÓN DE LAS INDUSTRIAS LÍTICAS: CONTINUIDAD Y CAMBIO

Con los datos presentados en el apartado anterior y tras el minucioso análisis de las características industriales que definen el Paleolítico Superior se puede concluir que la geometrización de las industrias líticas responde al esquema de un proceso tecnológico ligado a un desarrollo en cierto sentido diferenciado del momento precedente.

Manteniendo la posibilidad de que en algunas áreas se desarrollase un substrato arcaico - microlaminar-, de dilatada extensión cronológica, sincrónico al epipaleolítico geométrico, se puede afirmar la existencia de un importante conjunto cultural, previo al proceso de neolitización y en la mayor parte de los casos, base de él.

La distribución de yacimientos, como se ha visto, no es arbitraria, sino que responde a un patrón en cierto modo similar al que posteriormente canalizará la implantación de los grupos plenamente productores. Así el componente costero en cuanto a yacimientos del Epipaleolítico geométrico o Mesolítico es alto, sin menosprecio de la existencia de grupos geometrizados en el interior dependientes territorialmente de estos primeros. Ahora bien, en virtud de lo señalado hasta aquí y, de los datos aportados por la investigación etnográfica, estos grupos del interior bien pudieron pertenecer a un mismo grupo costero dentro de un sistema de movilidad logística en el seno de territorios amplios. Con ello, lejos de establecer la existencia de varios grupos culturales diferenciados, sería necesario señalar, como ya vimos, la existencia de un reducido conjunto de grupos étnicos y tribus dialectales. Esto, lejos de resultar banal, condicionará el éxito y la cierta homogeneidad que caracteriza los desarrollos acaecidos desde el Epipaleolítico en gran parte de la Península Ibérica.

Según señalan algunos investigadores durante el mesolítico uno de los datos más dignos de resaltar es la creciente complejidad de los grupos, en especial de aquellos que ocupan las costas y fundamentan su economía en sistemas de pesca-recolección (Bender, 1985; Price y Brown, 1985). A este respecto, los datos referentes a la paleodieta de algunos grupos mesolíticos de la costa portuguesa parecen señalar dietas basadas en el consumo equilibrado de elementos marinos, vegetales y caza. Así mismo, algunos de estos grupos practicarían una estrategia de movilidad logística combinando los emplazamientos en la costa -invierno- y tal vez como campamento base, con estancias en áreas de montaña del interior en verano y durante expediciones de caza.

No obstante, este componente dietético no aparece en todos los casos, pudiendo señalarse la existencia de algunos grupos con dietas generalmente deficitarias en elementos cárnicos que serían substituidos por alimentos de origen marino. Si los implementos industriales de ambos desarrollos son, cuando menos similares, tal vez sea necesario arbitrar la posibilidad de la existencia de grupos diferentes, o diferenciados a nivel económico. Quizás en este sentido deban tomarse las diferencias osteológicas manifestadas entre los individuos de Cabeço da Arruda y Moita do Sebastiao (Lubell y Jackes, 1988; Jackes y Lubell, 1999: 30) que podrían indicar un mayor índice de sedentarismo entre los grupos de Arruda.

Por otra parte y, abundando en este último extremo, empieza a hacerse necesario revalorizar las evidencias de área de confluencia que ha tenido siempre la Península Ibérica. Así lo señalan los datos antropológicos (Ferembach, 1974: 136; Jackes y Lubell, 1999). Sin duda la mezcla genética de los grupos mesolíticos indica, por sí misma, el intercambio genético entre grupos diferentes y, aunque de un modo sutil, apoya la hipótesis de desplazamientos humanos, antes incluso del proceso de implantación Neolítico.

Que esta diversidad, rastreable entre los individuos que poblaron los concheros, se produzca en un momento sincrónico al de la aparición de industrias homogéneas en lugares distantes, dentro de un mismo sistema de ocupación -por ejemplo Moita y Cocina- viene a señalar, a nuestro entender, la existencia de un proceso de geometrización de las industrias derivado de un movimiento global al cual, el interior de la Península Ibérica, a pesar de los escasos datos que poseemos, no fue del todo ajeno.

Para explicar el proceso de geometrización de las industrias líticas -como mero componente material- habría que recurrir a un modelo similar al del proceso de neolitización al cual se encuentra en cierto modo ligado. De este modo ¿hay evidencias para hablar de un proceso de geometrización de las industrias en cuanto proceso de cambio cultural, o tal vez se debe esta geometrización a un proceso natural dentro de la evolución de las industrias líticas? Si se aceptase la segunda premisa deberíamos acudir a extrañas explicaciones basadas en fenómenos de convergencia cultural. Esto es así porque la distribución de las industrias geométricas responde a un patrón claro, en muchos sentidos similar al que seguirá con posterioridad la implantación del Neolítico.

Las industrias geométricas presentan una gran homogeneidad, salvando regionalismos, que abarca desde las costas del Levante hasta las costas atlánticas portuguesas y francesas. Esta homogeneidad con cierta sincronía de dataciones, no puede ser explicada más que como un proceso de intercambio /aculturación/ colonización, previo al Neolítico y basado en sistemas de navegación, algo que ya han señalado acertadamente algunos investigadores (Guilaine, 1994; Martí y Juan-Cabanilles, 1997: 256) y que consideramos de especial relevancia a la hora de definir con claridad la complejidad social y cultural presente en los grupos mesolíticos.

Las evidencias de navegaciones trans-mediterráneas correspondientes al periodo comprendido entre el IX y VII milenios BP no son muy numerosas, pero existen datos de gran interés, como el del poblamiento de las Islas Baleares en un momento sincrónico en cueva de Canet (Pons-Moyá y Coll, 1986) por parte de grupos de cazadores-recolectores no neolitizados (Fullola *et alii*, 1995) o en un periodo de incipiente adopción de una economía ganadera (Martí *et alii*, 1991; Perlés, 1989; Guilaine *et alii*, 1993: 454-458). Sin duda los nuevos datos presentados por V.M. Guerrero, invalidando la "manipulación antrópica" de las cornamentas del *myotragus balearicus* (1999: 565) y la inclinación de este investigador hacia la posibilidad de que la presencia de cazadores recolectores en la isla mallorquina fuese parte de un hecho aislado (Guerrero Ayuso, 1999: 566; e.p.), parecen invalidar la aparente "domesticación" local defendida por los investigadores antes mencionados, al tiempo que apoya la idea de un atraque intencionado, sin sucesión temporal interesante, derivada de la pobreza de recursos de la isla y, lo que es más importante, la posibilidad de que el viaje, lejos de formar parte de un "extravío marítimo", esté señalando la pericia de marinos capaces de arribar a la isla y regresar al punto original de partida tras una fallida implantación.

Algo que queda perfectamente reflejado en las secuencias mallorquinas es la existencia de la llegada de un primer contingente humano, muy matizado -aquí sí que no cabe hablar de ideas que viajan por misteriosos canales *down the line*- en torno al 9000 BP, reactivándose el poblamiento de nuevo en fechas que rondan el 5500 BP -nivel 28 de Son Matge- (Guerrero, 1999: 568), acordes de nuevo con los movimientos derivados del proceso de calcolitización que se están efectuando a lo largo de las costas de la Península Ibérica y Africa y que de nuevo parecen contar con un componente marítimo de importancia. Será en esas fechas cuando lleguen la cerámica y la fauna doméstica a la isla mallorquina (Guerrero, 1999: 566). Este mismo investigador considera las islas como áreas marginales en las que quedarían relegados los grupos de cazadores-recolectores ante el empuje Neolítico y este mismo carácter marginal sería, por tanto, el que marcara las notables discrepancias a nivel de cultura material entre los conjuntos de la Península Ibérica y las Islas Baleares.

Dentro de este proceso de geometrización de las industrias y, en consonancia con lo señalado en apartados anteriores, se hace preciso revisar de modo sintético los desarrollos culturales "sincrónicos" acontecidos en las áreas limítrofes del interior de la Península Ibérica.

4.1 Grupos de substrato

AZILIENSE

Área:

Región Cantábrica y Vertiente Norte del Pirineo y Sudoeste francés.

Caracteres de substrato:

Magdalenienso con arpones. Evolución cultural. Escasas influencias externas. Escasa o nula aculturación. Se sitúa sobre el área ocupada previamente por el Magdalenienso, siendo su evolución más o menos directa. Adaptación cultural e industrial al atemperamiento climático. Preponderancia de las estrategias cinegéticas de caza de ciervo, cabra montés, rebeco/sarrio, corzo y jabalí. Continuidad en el poblamiento. Secuencias estratigráficas continuas en algunas cuevas.

Caracteres culturales e industriales:

- Creciente microlitización de las industrias (ya producida en el Magdalenienso avanzado)
- Abundan las laminillas de dorso apuntadas (puntas azilienses) y raspadores frontales cortos, algunos microlíticos.
- Reducción de la industria ósea que no obstante se mantiene. Destacan los "arpones azilienses" realizados sobre asta. En algunos casos están decorados con trazos rectilíneos o alineaciones de puntos.
- Presencia de algunos cantos rodados pintados en rojo y negro con motivos muy elementales (Destaca Los Azules I)
- En algunos casos es difícilmente diferenciable del Magdalenienso Final y puede confundirse con el Epipaleolítico Microlaminar con el que, a nuestro entender se encuentra perfectamente emparentado como grupo real de substrato sobre el que se desarrollará la geometrización.

MICROLAMINAR

Área:

Fachada Mediterránea, Interior Peninsular.

Caracteres de substrato:

Magdalenienso.

Evolución cultural. Escasas influencias externas. Escasa o nula aculturación. Se sitúa sobre el área ocupada previamente por el Magdalenienso. Adaptación cultural e industrial al atemperamiento climático. Preponderancia de las estrategias cinegéticas de caza de ciervo, cabra montés, rebeco/sarrio, corzo y jabalí. Continuidad en el poblamiento. Secuencias estratigráficas continuas en algunas cuevas.

Caracteres culturales e industriales:

- Creciente microlitización de industrias (ya producida en el Magdalenienso avanzado)
- Abundan las laminillas de dorso y raspadores, algunos microlíticos y sobre lasca.
- En algunos casos es difícilmente diferenciable del Magdalenienso Final.
- Salvo en casos de perduraciones, sobre todo en las áreas interiores, será afectado por la geometrización de las industrias. Tan sólo en el caso de las perduraciones constituirá, de modo aislado, la base de la neolitización.

GEOMÉTRICO

Área:

Fachada Mediterránea, fachada Atlántica.

Caracteres de substrato:

-Epipaleolítico Microlaminar. Magdaleniense (en el caso de grupos geometrizados) Corriente de marcado carácter mediterráneo y de dispersión costera. Evidencias de conocimientos de navegación muy desarrollados. Grupo colonizador previo al establecimiento del Neolítico. Se sitúa sobre el área ocupada previamente por el Epipaleolítico microlaminar, excepto en algunas áreas en las que perdurase el substrato Magdaleniense previo.

-Adaptación cultural e industrial a una novedosa gestión del medio. Estrategias de caza y recolección, principalmente ésta última de amplio espectro.

-Preponderancia de las estrategias cinegéticas de caza de ciervo, cabra montés, rebeco/sarrio, corzo y jabalí. Destaca el aprovechamiento de caza menor – lagomorfos- y recolectoras/mariscadoras. Todo ello denota una explotación de todo tipo de recursos económicos.

-Discontinuidad en el poblamiento. Secuencias estratigráficas en yacimientos ex-novo que parecen señalar la ocupación de nuevas áreas. No obstante en algunas zonas se da la continuidad con el substrato al que sirvió de base, bien en el proceso de “geometrización de las industrias”, bien en el de neolitización. Operatividad clara, a nivel interpretativo, del Modelo Dual.

Caracteres culturales e industriales:

-Presencia de microlitos geométricos, principalmente soportes triangulares evolucionados y trapecios. Escasa representación de segmentos hasta momentos avanzados. Este tipo de elementos son los más destacados de la industria.

-Este grupo desarrollará un proceso colonizador/ aculturador similar y ligeramente anterior, incluso a veces sincrónico, al de la neolitización.

-Los grupos geometrizados dan lugar a respuestas socio-culturales de gran complejidad que rivalizan incluso con los grupos Neolíticos en el control de territorio y los recursos.

-Algunos grupos tribales, por lo general los más complejos, perdurarán íntegros hasta momentos cronológicamente avanzados, produciéndose su neolitización durante el Calcolítico Inicial -calcolitización- en un momento avanzado de la secuencia (Neolítico II)

CULTURAS "CONSERVADORAS"

La existencia de estos desarrollos mal denominados ‘arcaizantes’, validan *per se* la hipótesis de perduración y desarrollo continuado de lo microlítico-aziliense en el interior como base material indígena sobre la que se producirá la neolitización.

ASTURIENSE

Área:

Mitad oriental de Asturias y Occidente de Cantabria Puede tratarse de un grupo aislado y especializado de cazadores/mariscadores cuya industria no derivó en la microlitización aziloide.

-Adaptación cultural e industrial al atemperamiento climático de un grupo cultural Paleolítico.

-Preponderancia de las estrategias cinegéticas de caza de ciervo, cabra montés, rebeco/sarrio, corzo y jabalí) y mariscadoras.

-Solapamiento, en algunos casos con los grupos Azilienses.

Caracteres culturales e industriales:

- Picos "asturienses" e industria simple de lascas de raigambre arcaica.
- No aparecen laminillas de dorso ni útiles típicos del Epipaleolítico, sin embargo sus fechas sí son sincrónicas al Epipaleolítico Aziliense (Mazaculos II 9290+/-440 BP; 8650+/-180 BP en Penicil y 8650+/-300 BP en La Riera; 7100+/-170 BP en Coberizas y 6800+/-160 BP en Bricia)
- Perduración dilatada en el tiempo en contextos temporales ya Neolíticos (Les Pedroses, 5780+/-180 BP; La Lloseta, 4460+/-660 BP)

INDUSTRIAS MACROLÍTICAS - CAMPOSANQUIENSES

Área:

Cuenca del Miño y área limítrofe entre Galicia y Portugal.

- Puede tratarse de un grupo aislado de cazadores/mariscadores cuya industria no derivó en la microlitización aziloide.
- Adaptación cultural e industrial al atermperamiento climático de un grupo cultural Paleolítico. Preponderancia de las estrategias mariscadoras.
- Solapamiento, en algunos casos, con los grupos azilienses, geométricos y Neolíticos.

Caracteres culturales e industriales:

- Guijarros trabajados de aspecto conservador, languedociense, e industria simple de lascas de raigambre arcaica.
- No aparecen laminillas de dorso ni útiles típicos del Epipaleolítico.
- Se aprecia cierta sincronía cultural, tal vez como desarrollos locales o regionales con el Asturiense.
- Podría tratarse de alguna facies del Languedociense francés.
- Perduración dilatada en el tiempo en contextos temporales ya Neolíticos.

Vista esta síntesis y, aún a la espera de poder delimitar correctamente los desarrollos de cada zona por medio de nuevas excavaciones, hallazgos y dataciones radiocarbónicas, parece cobrar sentido la hipótesis de continuidad existente entre los contextos Magdalenienses/ Epipaleolíticos genéricos (Microlaminares y azilienses) y la clara ruptura respecto a los contextos geométricos y/o geometrizados. A este respecto, las continuidades advertidas en algunos yacimientos deben ser explicadas con un esquema interpretativo similar al que se ha propuesto para el caso de la neolitización. Así, la continuidad, en contra de lo que sucede en la transición Magdaleniense Final - Epipaleolítico Inicial, parece menor en el caso de los yacimientos geométricos. Este dato, unido a la máxima dispersión, en numerosas ocasiones con un claro componente costero, afectando incluso a amplias zonas costeras del continente africano, parece corroborar la existencia de una difusión o cuando menos de una corriente aculturadora/colonizadora similar y previa al desarrollo de la neolitización, si bien es cierto que en algunos casos, la neolitización, en su vertiente aculturadora, traerá consigo elementos geométricos que producirán la simbiosis de ambos procesos, al tiempo que dificulta la diferenciación entre substrato local e implantación en cuanto a las industrias.

Parece existir una coincidencia generalizada a la hora de asociar la presencia más o menos destacada de armaduras geométricas a modo de segmento de círculo y medias lunas a contextos Neolíticos, máxime cuando estos se relacionan con la técnica de retoque en doble bisel. Ahora bien, debe actuarse con extrema cautela a este respecto, pues si se admite que las armaduras formaban parte de las flechas utilizadas por los arqueros mesolíticos o Neolíticos y, al mismo tiempo, se asume la idea de enfrentamientos bélicos entre grupos de cazadores- recolectores y productores, el número de evidencias tendrá una particular importancia. Así, un número escaso de segmentos con doble bisel, en el interior de un conjunto muy homogéneo de elementos trapeciales de retoque abrupto, bien pueden estar señalando la "intrusión" en el registro,

por ejemplo en el funerario, de elementos alóctonos alojados a modo de proyectiles en el cuerpo de algún individuo.

La existencia de algunos casos en los que parece evidente la sincronía entre el proceso de neolitización y geometrización de las industrias, no implica que deba generalizarse la hipótesis de que estos dos procesos fueron siempre sincrónicos, sino que más bien, a tenor de los datos que se irán exponiendo en esta obra, la realidad parece ser bien distinta, dando incluso lugar a una respuesta "ofensiva" por parte de los grupos indígenas geométricos al verse "acorralados" por el avance Neolítico. Acorralamiento que provocará un reajuste en sentido Oeste-Este, que afectará a gran parte de la Península Ibérica y el Mediterráneo, dando por ello fe de la importancia que pudo tener el substrato del Occidente peninsular.

Cabe preguntarse, vista la existencia, en el interior peninsular, de grupos de cazadores especializados durante el Paleolítico Superior y el Epipaleolítico, a qué responde el aparente vacío que se aprecia en la fase siguiente –mesolítica-. ¿Desaparecieron todos los grupos del interior de la Península?. Sin duda esta desaparición podría haberse producido en la transición Paleolítico Superior-Epipaleolítico, explicándose entonces como parte de esa "emigración" de los grupos humanos hacia latitudes más altas. Sin embargo, las evidencias del epipaleolítico presentes en el interior y, que en cierto modo vienen a coincidir con el desarrollo territorial anterior (Fig.12, 13 y 14), en una etapa inmediatamente anterior a la de geometrización, en yacimientos como La Dehesa, El Parral o La Peña, entre otros, parece no coincidir con esa visión de nuevo "vacuista". ¿Dónde está entonces la evidencia del mesolítico del interior? y, en su caso, ¿cómo se desarrolló ese mesolítico?.

Esta pregunta tan sólo puede responderse desde la perspectiva de que el mesolítico, dentro de esa creencia de perduración de las industrias geométricas hasta el calcolítico, esté, como ya hemos señalado, "camuflado" bajo adscripciones de talleres líticos o bien que no esté representado en el interior peninsular al no existir, en este área, como verdadera fase cultural. Señalamos esto porque esa será la única evidencia aparecida en los yacimientos mesolíticos: restos líticos. Por ello, la idea generalizada entre los grupos de investigación ha sido la de la inexistencia del substrato previo a la implantación neolítica, a la vista de lo cual quedaba libre el campo de interpretación de la colonización en tanto en cuanto ocupación de espacios vacíos, carentes de poblamiento (Rojo Guerra y Kunst, 1999)

No obstante, la solución, aunque perfectamente válida, no puede considerarse desde un punto de vista tan simple. Los equipos de prospección, por norma general, vienen atribuyendo los talleres líticos a un impreciso "Neolítico/Calcolítico" que desvirtúa bastante el mapa de distribución de yacimientos. Así, por citar un ejemplo en el que se volverá a incidir más adelante, en el caso de las prospecciones del Valle de Ambrona, del total de 70 localizaciones cartografiadas (Kunst y Rojo Guerra, 1999: 261), de las cuales 37 pertenecen al Calcolítico, llama la atención el que no se haga referencia al número total de estaciones correspondientes a "talleres" en ninguno de los trabajos publicados (Rojo Guerra *et alii*, 1996; Rojo Guerra y Kunst, 1996; Kunst y Rojo Guerra, 1999; Rojo Guerra y Kunst, 1999 a; Rojo Guerra y Kunst, 1999b) Por el contrario, en este caso, los intereses quedan perfectamente definidos a la hora de abordar la atribución de los yacimientos, pues ésta se hace, exclusivamente, a base de los restos cerámicos.

Un dato como éste no dejaría de ser una cuestión eminentemente anecdótica de no ser por varias cuestiones que parecen difícilmente acomodables dentro de la explicación secuencial que ofrece el equipo conjunto de la Universidad de Valladolid y el Instituto Arqueológico Alemán. Dentro de los contextos Neolíticos y proto-megalíticos, aparecen claras discordancias en lo que a los materiales líticos se refiere. Por un lado, las

evidencias tumulares incluyen elementos de claro substrato mesolítico (Rojo Guerra *et alii*, 1995: 33, fig. 1.1-2; 34, fig.2.3-4; Rojo Guerra y Kunst, 1999: 509, fig.8) que están prácticamente ausentes de los repertorios Neolíticos de la zona. Por otro, en los contextos protomegalíticos faltan por completo los elementos cerámicos, profusamente representados en los de cronología neolítica.

Este dato contrasta con la sistematización realizada por Carnicero Arribas entre los conjuntos de talleres líticos de la misma provincia de Soria. Este investigador ya señaló en su día el escaso interés que despertaban, dentro de las sistematizaciones globales, dicho tipo de yacimientos, debido sin duda a la problemática interpretación a la que se encuentran asociadas (1985: 3)

Carnicero Arribas, en las conclusiones de su brillante investigación, señalaba la existencia de un grupo bien diferenciado, de marcado carácter microlítico, que daba lugar a industrias homogéneas y uniformes en las que se combina la aparición de conjuntos lascas y laminas, siempre de pequeño formato, en su mayor parte fracturadas y sobre las que se realizaron la mayor parte de los útiles documentados. Estos conjuntos, a menudo, se relacionan con raspadores, escasos buriles y perforadores y en mayor medida con una buena representación de laminas de borde abatido, fracturas retocadas, muescas y denticulados y algunos elementos representativos del complejo geométrico (Carnicero Arribas, 1985: 240-241) Todo este conjunto parece señalar la presencia de una facies asociada a los complejos microlaminas sobre los que con posterioridad se situarían complejos geométricos.

Este mismo autor ya señalaba en las páginas iniciales de su trabajo la imposibilidad de obtener conclusiones nítidas desde la perspectiva de investigación de conjuntos de superficie (Carnicero Arribas, 1985: 10-11 y 211-212) Algo similar señaló en su momento Fortea Pérez, al incidir en la necesidad de comparar los datos procedentes de yacimientos de superficie con los de excavaciones arqueológicas, único modo de completar una secuencia tecno-tipológica y cultural fiable (1973)

Todos estos datos y, a pesar del indudable carácter conservador, en lo industrial, de algunos conjuntos, llevaron a Carnicero a sintetizar la fase principal de los talleres de superficie en un impreciso ENeolítico/Bronce Antiguo (1985: 249), sin duda la base de atribución cronológica y cultural que desde entonces se ha manejado.

Estas conclusiones precisan de una matización a la luz de los datos más recientes. De este modo, Carnicero chocó con uno de los inconvenientes más difíciles de soslayar en la investigación de este tipo de evidencias de superficie: la mezcla de materiales pertenecientes a diversos periodos culturales y cronológicos. Algo similar han señalado en alguna ocasión otros investigadores, como Fortea (1973) o Pastor Muñoz (1998), quienes en mayor o menor medida han tropezado, de forma reiterada, con el mismo problema a la hora de sistematizar las industrias líticas.

La individualización de etapas cronológicas a través de las industrias es cuando menos complicado, salvo el caso de que éstas sean predominantemente unitarias, caso del abrigo de El Parral o el de La Peña de Estebanvela (Segovia), o los yacimientos de la Dehesa (Salamanca), La Ventana y Las Avispas (Madrid),. No obstante, huir de tan árdua e ingrata labor, no es una solución científicamente admisible. Son necesarias aún numerosas investigaciones a este respecto, pero el que éstas no hayan sido aún abordadas de un modo correcto no implica que deba negarse la existencia de un substrato previo, muy conveniente para algunas explicaciones del proceso de neolitización, pero altamente incongruente con la realidad de los datos existentes.

Tal vez se haga necesario enfocar el estudio del Epipaleolítico y más aún el Mesolítico del interior de la Península Ibérica desde perspectivas más amplias. Así, como se ha venido refiriendo, los territorios gestionados por los grupos de cazadores-recolectores son tan

amplios que exceden las unidades de referencia utilizadas por los investigadores. Esta inadecuación general de la unidad de prospección y la realidad del territorio provoca interpretaciones sesgadas que han sido favorecidas por el paulatino desmembramiento territorial de la investigación que ha supuesto la multiplicación de unidades administrativas en el área hispana del solar peninsular.

Ante esta carencia absurda, tan sólo puede presentarse la articulación de trabajos de carácter global que enfoquen los territorios desde un punto de vista real y no desde la ficción anacrónica de "territorios" establecidos por autonomías, distritos universitarios y otras compartimentaciones administrativas.

En el caso de la Meseta, no puede entenderse el desarrollo territorial sin atender a lo que acontece en las áreas geográficas más inmediatas. A este respecto, la peculiar configuración de la Península Ibérica permite señalar la existencia de ecosistemas muy variados en unidades territoriales más bien pequeñas. Hablar de la cuenca del Tajo en la región del Norte de Extremadura o Madrid o de la del Duero en la región salmantina no tiene sentido sin referenciarla con las costas atlánticas portuguesas. A este respecto, analizar las evidencias megalíticas de Valencia de Alcántara, sin atender a los desarrollos del Muge, del que a penas dista 160 kilómetros, resulta absurdo. Sin duda existen más datos a favor que en contra a la hora de articular los grupos mesolíticos del Muge y algunas estaciones de superficie de los riberos del Tajo dentro de un mismo territorio.

Algo similar puede señalarse en el caso de la costa oriental, donde evidencias como los niveles inferiores de Verdelpino obligan a volver la vista hacia las costas mediterráneas, de las que le separan de nuevo poco más de 150 kilómetros lineales.

Si a estos dos ejemplos se les unen las conclusiones extraídas de diversos trabajos etnográficos acerca de la movilidad de los grupos de cazadores recolectores y agricultores incipientes o incluso de las economías de producción basadas en la ganadería, con territorios más próximos a los de los cazadores-recolectores en cuanto a amplitud, debe señalarse la necesidad de modificar, en virtud de la obtención de resultados más acordes con la realidad, la escala de análisis y referencia. A modo de ejemplo gráfico, puede señalarse que para un investigador actual, 150 kilómetros es la "barrera infranqueable" que separa los desiguales desarrollos de la investigación entre las provincias de Segovia y Madrid, o Valencia y Cuenca, mientras que para una comunidad cazadora y recolectora tan sólo pudo suponer la distancia entre un campamento de verano y otro de invierno, ambos dentro de una misma y unitaria concepción del espacio y del territorio.

Por tanto, se hace necesaria la reinterpretación de los talleres líticos y, dentro de ella, la articulación de nuevas propuestas que, lejos de la costumbre que supone atribuir de un modo mecánico sus evidencias a cronologías previamente establecidas, permitan analizar la posibilidad de que nos encontremos ante evidencias que no tuvieron su correlato inmediato en secuencias cerámicas.

Dentro de este tipo de conjuntos deben interpretarse lo "talleres" de Montehermoso (Cáceres), los del valle del Sorbe (Pastor Muñoz, 1976), algunos de los señalados en las provincias de Soria (Carnicero Arribas, 1984), Guadalajara (Jiménez Guijarro, 1997), Madrid (Jiménez Guijarro, 1998) y tantos otros que, por ausencia de cerámicas, han pasado desapercibidos siendo mal clasificados.

Retomando lo señalado en líneas anteriores, cabe indicar que en el interior de la Península Ibérica confluyeron diferentes grupos culturales, con desarrollos en algunos casos tipológicamente diferenciados. Esta situación, así como la sistematización completa de las evidencias epipaleolíticas realizada por Fortea en los años setenta, ha llevado a los diferentes núcleos de investigación a minimizar la existencia de posibles desarrollos culturales diferentes, tal y como han señalado recientemente Juan Cabanilles y Martí

Oliver (1997), para quienes, no es posible hablar de una neolitización que no afecte directamente a un substrato mesolítico de componente industrial geométrico.

Estas posturas llevan al establecimiento de secuencias rígidas que, por un lado, no se sostienen ni desde la perspectiva de la teoría de la relatividad histórica ni menos aún desde los datos aportados por las evidencias etnográficas. De un modo simple, posturas de este tipo negarían la existencia en la actualidad de bosquimanos, masais, aborígenes y tantos otros grupos humanos con desarrollos culturales independientes y divergentes.

En el caso del interior peninsular, a la vista de lo señalado, si de nuevo no existe el pretendido vacío, deben buscarse esas evidencias de un modo indirecto entre los conjuntos existentes onegra, de forma argumentada su presencia. Desde este punto de vista, tan sólo los megalitos presentan evidencias destacadas de elementos mesolíticos, fundamentalmente microlitos, que, en la fase más antigua (Horizonte Carapito/Pramelas portugués, Mirador/La Velilla en el interior peninsular) no presenta cerámicas ni restos materiales asociables al neolítico. Así, a modo de hipótesis de trabajo, puede estipularse que el "desconocido" o "invisible" mesolítico del interior peninsular se encuentra de algún modo ligado a un desarrollo cultural que, por complejo, se ha atribuido de un modo general y mecanicista a momentos posteriores a la producción de alimentos.

El otro contexto en el que se documentan los geométricos, en reducido número y con caracteres morfotipométricos diferentes a los del megalitismo, es en los yacimientos Neolíticos, sobre todo en aquellos pertenecientes a las fases iniciales de la neolitización o de la implantación neolítica (Neolítico I), con especial incidencia en el caso del interior.

Por tanto, cabe señalar que el mesolítico del interior peninsular tuvo su base en desarrollos diferenciados, unos de componente microlaminar/ aziloide y otros de mayor arraigo en el substrato superopaleolítico anterior.

De todos estos desarrollos, quizás por su interés, por la mayor representatividad de su registro, así como por el papel que desempeñará en la posterior evolución cultural y su relación con el proceso de implantación neolítica, cabe señalar el megalitismo. No obstante cabe preguntarse qué se entiende, a nivel cultural, por megalitismo. Las interpretaciones, aunque no muy variadas, parecen conducir en todos los casos a la magnificación del desarrollo de la monumentalidad funeraria en detrimento del registro que, en una fase inicial, presentan dichas construcciones y, en el que predominan los elementos de substrato mesolítico, brillando por su ausencia las evidencias neolíticas.

Esta situación, permite señalar, de forma inequívoca, que se están analizando dos desarrollos culturales diferentes. El problema, una vez más, es de escala. Así pues, cuando se analiza el fenómeno megalítico desde una perspectiva monumental se está incidiendo sobre un efecto -la monumentalización del ámbito funerario- que debió tener su causa. Esta causa, a nuestro entender, no fue otra que la presión territorial ejercida por los grupos de implantación de colonos neolíticos sobre los grupos indígenas de cazadores recolectores complejos que se vieron paulatinamente desplazados hacia el interior de la Península Ibérica en un movimiento de componente Norte-Este.

Por todo ello, la adscripción cultural de los grupos megalíticos fue en su origen una derivada del contacto de los grupos productores, esto es neolíticos, con aquellos grupos de economía cazadora recolectora, esto es mesolíticos, perteneciendo el desarrollo del megalitismo como monumentalización del ámbito sepulcral y reclamo territorial, a una etapa sincrónica a la generalización de la implantación neolítica. Esta interpretación está avalada, como se verá, no sólo por las evidencias arqueológicas, sino también por las dataciones radiocarbónicas, datos ambos que dotan de indudable viabilidad a la propuesta que aquí se presenta. Visto de otro modo, sobre todo atendiendo a las evidencias de la fachada levantina, a fecha de hoy no se concibe la eclosión del

megalitismo sin el componente poblacional de los grupos 'atlánticos' de substrato, pero tampoco sin la comparecencia de la colonización neolítica como elemento detonante.

Ahora bien, uno de los datos más relevantes reside en la necesidad de articular el desarrollo del Neolítico en dos ramas bien diferenciadas. Por un lado aquellas derivadas de la primera implantación (Neolítico IA, IIA), de indudable origen mediterráneo y colonial y, por otra parte, los desarrollos indígenas paralelos a esta implantación (Neolítico IB, Neolítico IIB). Este segundo desarrollo, lejos de desaparecer ante el avance Neolítico colonial, dará lugar a una respuesta contundente, violenta incluso, que le permitirá, una vez alcanzada la "neolitización" -en este caso debe entenderse como calcolitización- convertirse en un complejo cultural de gran importancia que constituirá la base de diferenciación cultural entre los desarrollos mediterráneos y atlánticos y, en un momento muy avanzado, como se verá, la base de formación de Tartessos, derivada de las fases finales del horizonte de Túmulos Tardíos (Neolítico IIB), dentro ya de lo que se ha denominado Calcolítico.

5. LA DIFÍCIL DEFINICIÓN DEL EPIPALEOLÍTICO/MESOLÍTICO DE LA MESETA

De las más recientes síntesis obtenemos una única y lacónica conclusión: resulta imposible una labor de síntesis en un espacio que como el de la Meseta, carece de catálogos faunísticos de interés, reconstrucciones paisajísticas y dataciones absolutas y en el que el número de yacimientos útiles no llega a la media docena siendo además tan pobres sus evidencias que no pasan de ser meras insinuaciones (Alday Ruíz, 2002: 80-81). Por tanto, la realidad de la Meseta presenta un panorama *ciertamente descorazonador* (*Ibidem*: 80).

Sin negar esta realidad que en todo caso responde a un desacertado o erróneo criterio de investigación y a una no menos preocupante desidia en la mayor parte de los trabajos de campo realizados por los escasos investigadores que nos dedicamos al estudio de las tierras del interior peninsular, tenemos que adoptar un criterio dirigido a rentabilizar los escasos datos con que contamos. Nuestra obligación reside en señalar la existencia o inexistencia de un horizonte cultural, con las trascendencia interpretativa que ello implica.

A este respecto se nos abren dos caminos posibles. Uno implica partir de este desconocimiento y por ello establecer la inexistencia de substrato o al menos su desconocimiento, que no deja de ser lo mismo, con las implicaciones que esto tiene en la construcción posterior del proceso de neolitización, puesto que, dada la ausencia de substrato mesolítico -geométrico-, la neolitización debería haberse producido bien exclusivamente por colonización, bien sobre un substrato eminentemente conservador. El otro implica que aún partiendo de este desconocimiento y parquedad de datos sea posible establecer las líneas básicas que caracterizaron el substrato cazador-recolector sobre el que se produjo la neolitización tal y como avalan las evidencias de enclaves como Verona II o La Ventana. Estas líneas básicas es posible rastrearlas, como se ha visto, a través de los datos que poseemos en nuestra área de estudio y en especial aquellos, más ricos y completos obtenidos en áreas limítrofes con la Meseta.

Como indicamos líneas atrás, nos encontramos ante la disyuntiva de explicar no ya el carácter microlaminar o geométrico de las industrias que caracterizaban el substrato previo a la neolitización, sino la esencia del propio mesolítico como verdadera entidad cultural y como fase de ruptura con las culturas humanas precedentes en el interior de la Península Ibérica.

En contra de lo establecido por algunos investigadores, cabe preguntarse si es posible que la neolitización se produjera sobre un substrato indígena no geometrizado y que por tanto su geometrización -a nivel industrial- derivase también del fenómeno de neolitización; siempre y cuando el substrato neolitizador contase, a su vez, con un

complejo industrial geométrico, por ejemplo asumible a contextos neolitizados y no coloniales puros.

Lo expuesto en este capítulo así como las cada vez más abundantes referencias bibliográficas indican que existió una nada desdeñable presencia humana durante el Paleolítico Superior en el interior de la Península Ibérica. El estudio somero de la distribución de estos yacimientos de cronología comprendida entre el Solutrense y el Magdaleniense final nos permite además incidir en que su ubicación coincide en gran medida con la distribución de los conjuntos propios del primer Neolítico. Así, en la región madrileña existe cierto solapamiento entre las evidencias solutrenses y Neolíticas localizadas en la cuenca baja de los ríos Manzanares y Jarama; similar coincidencia espacial se da entre los conjuntos atribuidos al Magdaleniense del curso alto del río Jarama, en especial los recintos decorados de El Reno y El Reguerillo y los hábitats de La Ventana, La Higuera, Las Avispas o Los Enebrales y, los establecimientos en cueva y abrigo correspondientes a las etapas también iniciales del Neolítico (Fig.17)

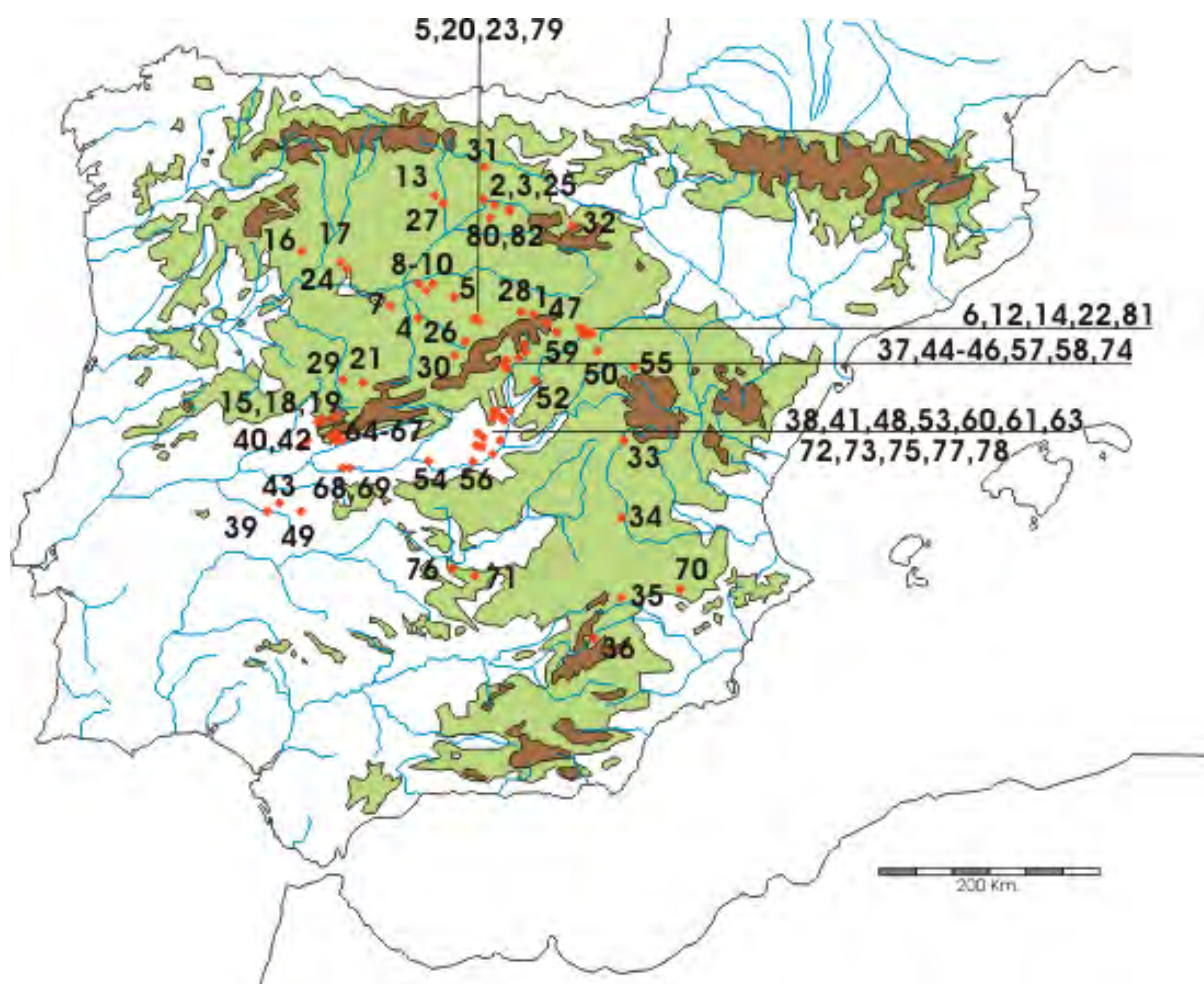


Fig.17.- Mapa general de distribución de yacimientos Neolíticos del interior de la Península Ibérica. 1-Carratiermes, 2-El Altotero, 3-Galería del Sílex, 4-La Cañada, 5-La Cañadilla, 6-La Lámpara, 7-La Isla, 8-El Carrascal, 9-La Sinova II, 10-Viñas de Abajo, 11-La Mariselta, 12-Los Vivarejos, 13-San Cebrián, 14-Abrigo de Carlos Álvarez, 15-El Pozuelo, 16-Castillo, 17-Fuente de San Pedro, 18-LA Covacha, 19- Tranco del Diablo, 20-La Nogaleda, 21-Peña del Bardal, 22-La Revilla, 23-Senda del Batán, 24-Teso del Oro, 25-Valdegoba, 26-La Vaquera, 27-La Velilla, 28-Abrigo de la Peña de Estebanvela, 29-La Dehesa, 30-El Parral, 31-Cueva del Níspero, 32-Cueva Lóbreaga, 33-Abrigo de Verdelpino, 34- Cueva de la Perra, 35-Cueva del Niño, 36-Abrigos de Molino del Vadico y El Palomar, 37- Abrigo de Los Enebrales, 38-Arenero de Arganda, 39-Los Barruecos, 40-Covacha de Boquique, 41-Casa Montero, 42-Cerca Antonio, 43-Cueva del Conejar, 44-Cueva de Las Avispas, 45-Cueva del Aire, 46-Cueva de la Higuera, 47-La Cueva, 48-La Deseada, 49-Cerro de La Horca, 50-Cueva de La Hoz, 51-

La Pinilla, 52-La Talayuela, 53-Los Vascos, 54-Mesegar, 55-El Aulladero, 56-Depósito de Velilla, 57-Cueva de El Paso, 58-Cueva de El Reno, 59-Abrigo de Torredelrábano, 60- La Flamenca 2, 61-Los Valladares, 63-Las Esperillas, 64-Cerro de Misngo Martín, 65-Cerro Soldado, 66-Las Capichuelas, 67-Las Cañadillas, 68-Canchera de Lobos, 69-La Muralla, 70- Cueva Santa, 71-Vega Morales, 72-La Paleta, 73-Valdivia, 74-Cueva de la Ventana, 75-Verona II, 76-Villamayor, 77-Olivar de Yeles, 78- Arroyo Guatén, 79-Cueva de El Espino, 80-Cueva de El Mirador, 81-Peña de la Abuela, 83-Los Cascajos.

Las primeras evidencias propiamente ‘mesolíticas’ con las que contamos, entendiéndose por ellas la generalización de las industrias geométricas, se asocian casi de modo indefectible al espacio ocupado por los grupos Neolíticos y al desarrollo del fenómeno funerario megalítico. Este es ciertamente el interrogante más áspero de afrontar. ¿Debemos asumir la existencia de un *hiatus* de poblamiento entre el final del Paleolítico Superior y la aparición de los primeros elementos definidores del Neolítico?, o lo que es lo mismo ¿deberíamos asociar la mesolitización –en tanto en cuanto geometrización de los complejos líticos- del interior de la Península Ibérica a los inicios del Neolítico?

Son aún escasos los enclaves detectados que arrojen evidencias de asentamientos propios de los tecnocomplejos geométricos. Tampoco deja de ser cierto que la incidencia de la investigación en pos de dilucidar la realidad del Mesolítico de la Meseta ha sido mínima. Por ambas razones no podemos asegurar la inexistencia de lo que no se ha buscado. Además, las evidencias de enclaves como el Abrigo de las Avispas o de la Cueva de la Ventana parecen dejar abierta una senda optimista a este respecto. Más interesante resulta la evidencia de Verona II que parece vislumbrar la existencia de un tecnocomplejo geométrico bien asentado en el territorio de las vegas madrileñas.

Ahora bien, lo que parece quedar, tras nuestras investigaciones de campo, fuera de toda duda es la existencia de un *hiatus* nítido entre las ocupaciones de momentos avanzados del Paleolítico Superior e iniciales del Neolítico. En los casos documentados y controlados directamente, nuestras pesquisas exhaustivas acerca de la continuidad o discontinuidad del uso de los enclaves ha topado siempre con elementos de discontinuidad. Así deben tomarse al menos los derrumbes de clastos que sellan los niveles del Paleolítico Superior de la Cueva de la Ventana y los diferencian de los niveles superpuestos de cronología neolítica. Un panorama similar lo hemos podido documentar en las cercanas cuevas de La Higuera y de Las Avispas.

Acabamos de reseñar nuestra creencia respecto al hecho de que las altitudes a las que se encuentran buena parte de los enclaves Epipaleo-mesolíticos detectados se correspondiesen con sus uso como campamentos de verano. Indefectiblemente este hecho debería condicionar la existencia de campamentos de invierno situados a cotas de altitud menores. La existencia de enclaves como Verona II, para el tramo más avanzado del tecnocomplejo geométrico, avalaría esta presuposición, como lo haría también para el tramo más antiguo, la localización de enclaves de superficie como los de El Sotillo o el recién descubierto, gracias a las obras de remodelación de la autovía M-30, enclave epipaleolítico del Manzanares.

La situación del territorio de la actual Comunidad de Madrid podría resultar anecdótica de no ser por el creciente número de evidencias recuperadas en otras provincias y que parecen hablar de una realidad espacial y cultural similar. Así, en la provincia de Toledo existen claras referencias a materiales de cronología paleolítica al aire libre en áreas de terraza fluvial. Entre ellos cabe destacar los materiales de Arroyo de Santa María, en su desembocadura en el río Guadyrbas en las proximidades de Oropesa, sobre una amplia llanura aluvial y cuyas industrias sobre sílex se han atribuido al Paleolítico Superior/Epipaleolítico. Una adscripción similar se ha dado a los materiales localizados en la confluencia de los ríos Guadyrbas y Tiétar. Algo más alejada del curso del río se localizan las industrias pretendidamente superopaleolíticas de Velada (Méndez Cabeza y Palomo, 1990: 28-29; Bueno *et alii*, 1999: 21)

Elementos similares conocemos en las terrazas del Alagón, en término de Montehermoso y, a en la provincia de Cáceres y tal vez pudiésemos ofrecer una cronología similar para algunos materiales recuperados en las terrazas del río Sorbe en la provincia de Guadalajara (Pastor, 1976; 1998). Sin duda la reiteración de emplazamientos al aire libre para industrias a las que, por norma, se han asociado yacimientos en cueva y, fundamentalmente en abrigo, nos obliga a estructurar nuevas interpretaciones en tanto en cuanto no responden al panorama general que conocemos como mesolítico mediterráneo.

Ahora bien, ¿es acaso similar el panorama del mesolítico mediterráneo y atlántico en la Península Ibérica?. Sin duda no. La característica que define a los establecimientos mediterráneos y del alto Aragón ha sido hasta la fecha su inclusión dentro de un panorama habitacional asociado casi de forma exclusiva a abrigos rocosos. Sin embargo, el mesolítico de los concheros de las costas gaditanas y portuguesas se asocia a esquemas de poblamiento al aire libre. No puede ser considerado este extremo baladí y, sin duda, está demostrando la existencia, bien de comportamientos diferenciados o bien de estrategias de aprovechamiento económico diferentes.

Nos vemos por ello abocados a señalar que el geometrismo del Occidente peninsular se asocia a establecimientos costeros del tipo conchero, situados al aire libre, a los conjuntos megalíticos iniciales y, a algunos de los primeros asentamientos Neolíticos. En este último caso, cuando aparecen geométricos, comparece también una industria de substrato que permite hablar de una fase neolitizada y, por tanto, correspondiente al Neolítico IB.

Cabe preguntarse, ¿dónde son realmente numerosas y significativas las industrias geométricas?. La respuesta resulta sencilla, en los contextos de concheros y en los megalitos. Por su parte en los conjuntos Neolíticos este tipo de industrias son, por lo general, poco abundantes.

Por otra parte, contamos con la evidencia de que en los contextos del Neolítico I no se documenta la presencia de armaduras en forma de punta de flecha de tipología foliácea o losángica. Por el contrario, las evidencias procedentes de yacimientos como La Ventana o Verona II nos convenceran acerca de la posibilidad de que las armaduras que coronaban las flechas de los grupos Neolíticos pudiesen haber sido geométricas. De optar por negar este extremo deberíamos admitir la presencia de niveles correspondientes a un Mesolítico geométrico previo a la neolitización o sincrónico a ella en ambos enclaves.

Industrialmente hablando tan sólo podemos señalar un horizonte geométrico asociado a los primeros compases del Neolítico de estos enclaves y del megalitismo. ¿Cómo explicar entonces la cuestión del substrato?.

Dos son las posibles explicaciones a esta cuestión. Una, que efectivamente no existiese tal substrato mesolítico genuino de la Meseta y que por tanto los elementos geométricos y los conjuntos líticos de raigambre estuviesen asociados con las fases iniciales del Neolítico. Otra, que existiese esa fase mesolítica pero que los yacimientos originales no hayan sido descubiertos, o al menos correctamente interpretados, o bien que los campamentos base correspondientes al territorio del interior estuviesen situados en lo que se ha considerado su periferia y no en su centro. Esto último podría implicar que el Mesolítico de la cuenca alta y media del Ebro o bien el de la cuenca baja del Tajo, o ambos, fuesen en realidad el centro de un territorio o territorios que se extendían a lo largo de las tierras del interior peninsular. En definitiva, el 'centro' del territorio mesolítico se encontraría en el lugar de óptimo aprovechamiento; esto es, en los sectores costeros y de estuario de los principales ejes fluviales. Así, los enclaves de interior no serían más que prolongaciones de estos territorios óptimos, por ello además, poblados de un modo menos denso, aunque no deshabitados.

Ahora bien, se nos plantea aún así un problema complicado de resolver y que sin duda es la clave para entender el proceso de neolitización del interior peninsular. Nos referimos al fenómeno megalítico y en especial las etapas iniciales del mismo con su riqueza en materiales de carácter geométrico y específicamente elementos de proyectil. A este desarrollo funerario le corresponden características industriales y elementos de interpretación muy peculiares que han dificultado de forma notable su correcta atribución.

Pudiera explicarse la presencia de materiales de substrato, en el seno de numerosos megalitos, como una evidencia de la filiación genuinamente mesolítica de las gentes que enterraban en ellos. Esta idea, esbozada por varios investigadores, pero de momento escasamente aceptada ya fue señalada por Vera Leisner (1967), defendida con esmero por A. Cava para explicar el origen del microlitismo geométrico de los dólmenes del País Vasco (1984: 101) y sobre la que Delibes y Rojo señalan para el caso de algunos dólmenes de la Lora burgalesa la posibilidad de que la presencia de elementos geométricos en las tumbas fuese resultado de la *evolución de un substrato epipaleolítico autóctono del que por el momento no hay noticias* (Delibes y Rojo, 1992: 385)

6. EL MEGALITISMO OCCIDENTAL COMO EVIDENCIA DEL SUBSTRATO CAZADOR/RECOLECTOR GEOMETRIZADO ORIGINAL DE LA MESETA

Como se ha visto en el apartado anterior parece necesario señalar, atendiendo a los datos que poseemos, la compleja individualización de un horizonte Mesolítico propio de las tierras del interior. Si en algunos enclaves como El Nispero, La Dehesa y La Peña de Estebanvela podíamos intuir, en niveles genéricamente adscritos al Epipaleolítico, los ecos de una primera y tímida geometrización –de componente exclusivamente triangular o sauveterroide, con una nimia representación de los segmentos- de las industrias microlíticas, en otros yacimientos localizamos una facies geométrica, no muy potente, asociada al primer Neolítico. Este es el caso de Verona II y de algunos materiales procedentes de Verdelpino. Esta segunda geometrización, podemos decir que propiamente asociada al inicio de la neolitización, comparece ahora tecnológica y tipológicamente más variada y en la que lo trapecial, tardenoide, representa un importante papel, si bien los triángulos y los segmentos se encuentran representados. Parece existir una industria de marcado carácter conservador, en lo tipológico, asociada a los complejos geométricos que determina nuestra firme creencia en un horizonte mesolítico con cierta personalidad territorial e inmerso en los desarrollos propios del Mesolítico del resto de la Península Ibérica.

Ahora bien, todo lo señalado parece coincidir con lo señalado para la facies sauveterroide, representada por el yacimiento de El Filador, de los complejos geométricos estudiados y sistematizados por Fortea Pérez. Así, para esta fase, Fortea señaló las siguientes características (1973: 459):

- Equilibrio tipológico entre raspadores, laminas con borde abatido, muescas y denticulaciones y geométricos que totalizan aproximadamente el 65 % de la industria.
- Moderada abundancia de raspadores y piezas con muesca y denticulación (14 % respectivamente)
- Predominio ostensible de los raspadores cortos sobre los largos.
- Tendencia al macrolitismo en las piezas con muesca y denticulación.
- Abundancia de geométricos de carácter pigmeo y de laminas con borde abatido (en torno al 18%)
- Simpleza tipológica de las laminas con borde abatido.
- Fuerte desequilibrio a favor de los triángulos en el grupo geométrico.
- Ausencia de trapecios.
- Triángulos escalenos con el lado pequeño cóncavo.
- Abundancia de la técnica de microburil (27%)

- Mínima entidad de los buriles y del macroutillaje con bode abatido. Pocas pero grandes y cuidadas truncaduras.
- Presencia entre los diversos de chopper y chopping.
- Rudimentario pulimento.

En la propia sistematización de Fortea se deduce la prelación, o cuando menos el origen común, de la facies de Filador (sauveterroide) y de Cocina (tardenoide geométrica trapecial) No en vano a ésta última este autor la denomina Sauveterroide con trapecios indicando con ello su ascendencia (Fortea Pérez, 1973: 460)

Los paralelos que aprecia Fortea para esta primera fase sauveterroide del Filador se encuentran en Fieux y Rouffignac con fechas de 8955-8330 BP y 9450 BP respectivamente, si bien no encontraba problemas para remontar los inicios del Sauveterriense a inicios del milenio anterior. No podemos olvidar que en el momento de escribir Fortea su sistematización, Filador era un *unicum* en la prehistoria peninsular y su entidad se explicaba bien desde los paralelos franceses.

¿Existiría la posibilidad de que el primer geometrismo meseteño fuese el propio de este horizonte sauveterroide con claros paralelos en Filador y acomodado sobre un componente magdaleno-aziloide?. A nuestro entender no hay duda alguna de ello. Las evidencias así lo indican al menos. No obstante debe resaltarse que, a la luz de los datos obtenidos de los índices tipológicos de El Nispero y la Dehesa, parece haber ciertos desajustes entre el comportamiento "ideal" señalado por Fortea y el de estos yacimientos. Así, si señalaba la mínima entidad del buril, en los yacimientos meseteños, sin duda como herencia de ese tecnocomplejo magdaleno-aziloide de la base del substrato, nos encontramos con que este grupo tiene un índice destacado, mientras que el índice de geométricos es siempre tímido. Este desajuste, que algunos investigadores consideran importante, no debemos olvidar que se basa en los datos obtenidos de un único yacimiento –Filador-. En el caso de los yacimientos meseteños la similitud de los índices y materiales parece señalar, sin género de dudas, la existencia de un substrato característico de la Meseta y sobre el que tuvo una elevada incidencia el substrato previo superopaleolítico del que puede derivar, como ya dijimos, la alta incidencia en el número de buriles.

Algunos investigadores han creído ver en los yacimientos de La Dehesa, El Nispero y Verdelpino, así como en otros del interior peninsular de menor entidad, una clara representación Magdaleniense. No en vano los microlitos geométricos de morfología triangular están presentes en los conjuntos líticos desde el Magdaleniense II (inferior), siendo en ocasiones muy elevados junto al número de hojitas de dorso abatido como es el caso de Laugerie-Haute. Además en este periodo el índice de buriles domina ampliamente sobre el de raspadores y aparece una industria ósea rica y variada compuesta por agujas, azagayas, punzones, alisadores y algún bastón perforado. Todo ello, excepción hecha de este último elemento óseo, encajaría sin problemas con los yacimientos de la Meseta. Tampoco se puede obviar que los yacimientos donde se ha detectado esta fase son todavía poco numerosos y generalmente carecen de contexto estratigráfico pareciendo corresponder a un único momento de asentamiento puntual. Las clasificaciones se han realizado además basándose en las características de la industria y en especial en la presencia de abundantes triángulos sin arpones.

Por otra parte no se puede perder de vista el hecho de que en toda Europa, como en África, los desarrollos culturales y tecnológicos no presentan una vía de evolución paralela ni mucho menos sincrónica. Ni siquiera en la propia Península Ibérica, atendiendo a los criterios de clasificación basados en índices de representación, podemos señalar desarrollos acompasados en zonas bastante próximas.

Ya hemos señalado la problemática inherente a la clasificación, desde antiguo, de un gran número de yacimientos que pertenecen al Paleolítico Superior *sensu lato* (Corchón

Rodríguez, 1988-1989: 84 y *vid. sup*) La periodización tradicional de Breuil para el Magdaleniense tampoco está exenta de dificultades e incluso la más moderna clasificación deja un tanto desamparados a algunos conjuntos líticos destacados que no parecen encajar con los desarrollos tipológicos esperados. Todo ello sin menosprecio de desarrollos regionales con notables perduraciones que revitalizan la idea que hemos defendido acerca de lo innecesario e ilógico que resulta seguir el modelo de evolución estadal que se ha postulado hasta la fecha. Un caso definitorio es el de la Provenza francesa, donde el complejo industrial de puntas unifaciales con muesca supera los límites temporales que se le fijan y alcanza al romanelliense en yacimientos como Chinchon, Vaucluse, La Salpêtrière y Gard, para integrarse en una aparente sustitución del Magdaleniense occidental, en el sector mediterráneo, sumándose hacia la generalización de las pequeñas piezas geométricas del mesolítico. Una situación similar aparece en el Norte de Alemania, donde la fase de puntas de muesca de tradición anterior se prolonga durante el Hamburgiense. Qué decir del desarrollo africano, donde las tradiciones del Paleolítico Medio cubren todo el desarrollo cronológico sincrónico al Paleolítico Superior de Europa a través del Aterienense. En todos estos casos las evidencias de desarrollos divergentes y sobre todo de dilatadas perduraciones culturales e industriales es notable.

En el caso peninsular basta con analizar las tablas de frecuencias e índices publicadas por diversos autores (Fernández-Tresguerres, 1980; Fernández Eraso, 1985; Villaverde Bonilla y Martínez Valle, 1995; Fabián García, 1997) para comprender que incluso a un nivel tan reducido como el de nuestra Península resulta complicado establecer un marco evolutivo rígido de explicación para el Paleolítico Superior y el Epipaleolítico (Tablas 14 a 18)

Relación entre yac. Meseta y Magdaleniense III cantábrico				
	IR	IB	IP	GP
LA DEHESA	10'8	27'8	2'5	33'2
NÍSPERO	2'89	4'34	8'69	0
VERDELPINO IV	10'25	54'7	0	0
VERDELPINO V	14'9	60'9	0	0
BUENDÍA	7'14	58'03	6'25	6'25
Media yac. Santander	31'1	25'7	5'8	14'7
Media yac. Asturias	20'7	14'9	3'9	12'7
Media yac. P. Vasco	14'1	34'7	4'7	11

Tabla 14

Relación entre yac. Meseta y Magdaleniense IV cantábrico				
	IR	IB	IP	GP
LA DEHESA	10'8	27'8	2'5	33'2
NÍSPERO	2'89	4'34	8'69	0
VERDELPINO IV	10'25	54'7	0	0
VERDELPINO V	14'9	60'9	0	0
BUENDÍA	7'14	58'03	6'25	6'25
Media yac. Santander	22'9	12'2	4'5	27'4
Media yac. Asturias	15'7	25'4	3'5	27'4
Media yac. P. Vasco	17'6	24'8	2'9	26

Tabla 15

Relación entre yac. Meseta y Magdal. Superior Mediterráneo				
	IR	IB	Ihr	M-D
LA DEHESA	10'8	27'8	32'5	6'6
NÍSPERO	2'89	4'34	20'28	21'73
VERDELPINO IV	10'25	54'7	15'8	0
VERDELPINO V	14'9	60'9	12'6	6'8
BUENDÍA	7'14	58'03	8'03	0
Bora Gran	11'3	34'7	40'1	0'7
Bauma de la Peixera	11'5	22'3	33	6'6
Cau de les Goges	8'7	11'8	49'2	4'3
Matutano IV	14'1	35'8	7'6	4'3
Matutano III	18'3	26	7'9	16
Parpalló talud 1-2	19'3	18'2	34'1	8
Cendres	12'9	22'7	30'5	7'1
Nerja 16	12'4	13'9	39'5	10
Nerja 15	12'9	15'2	39'8	9
Nerja 14	10'2	14'7	38'6	6'6
Tossal de la Roca IV	6'7	6	30'2	20'8
Tossal de la Roca III	20	3	23'5	11'7
Tossal de la Roca II	11'6	3'6	57'1	14'3
Caballo 2	23'6	23'6	18'4	15'7
Caballo 4	17'8	28'5	17'8	10'7
Algarrobo 1	30	12'8	23'1	5'1
Algarrobo 2	15'7	20'2	34'8	7'9
Algarrobo 3	12'7	25'4	34'9	11'1
Mejillones	19'3	32'2	16'1	6'4

Tabla 16

Relación entre yac. Meseta y Magdaleniense Final Cantábrico				
	IR	IB	Ihd	IP
LA DEHESA	10'8	27'8	32'5	2'5
NÍSPERO	2'89	4'34	20'28	8'69
VERDELPINO IV	10'24	54'7	15'8	0'75
VERDELPINO V	14'9	60'9	12'6	6'8
BUENDÍA	7'14	58'03	8'03	6'25
Urtiaga D	14'4	29'8	23'6	1'2
El Pendo II sup	23'3	18'2	16'4	5'1
Ekain VI	3'1	22'9	43'2	2'4
Aitzbitarte IV-n.II	20'6	17'5	28'1	0'6

Tabla 17

Relación entre yac. Meseta y Aziliense Cantábrico				
	IR	IB	Ihd	Igeo
LA DEHESA	10'8	27'8	32'5	0'5
NÍSPERO	2'89	4'34	20'28	2'89
VERDELPINO IV	10'24	54'7	15'8	0
VERDELPINO V	14'9	60'9	12'6	0
BUENDÍA	7'14	58'03	8'03	0
Berroberría D inf	13'2	11'3	18'86	0
Zatoya II	20'7	8'8	43'4	1'2
La Peña	8'46	2'3	3'07	33'8
Montico de Charratu inf	8'9	1'49	25'37	0
Abauntz d	15'58	6'49	41'55	0
Los Azules 1, N.2	30'4	5'7	36'2	0
Los Azules 1, N.3	23'8	5'8	53'3	0'1
Tito Bustillo	9'7	20'4	33'8	0'2
Pena Grande (Galicia)	26	21	14	0'8
Prado do Inferno (Galicia)	28	20	14	1'2

Tabla 18

No sólo debemos tener en cuenta el aparente parecido o disimilitud entre los yacimientos de la Meseta y los que se presentan como comparación, también es preciso valorar hasta qué punto existe similitud entre algunos de los yacimientos de una misma región. Así las similitudes entre La Dehesa –con más de 40.000 restos líticos analizados- y Cau de les Goges son tan dispares como entre Nerja 16 y Matutano III. Pero esta disimetría se presenta no sólo entre estos yacimientos, sino que, en contra de lo esperado, es más una norma que una excepción. Tan sólo hay una explicación plausible: es tal la variabilidad a nivel de índices obtenidos de materiales, recuperados de contextos arqueológicos diversos, que tan sólo podemos suponer, a la hora de encajar cronológica y culturalmente los diferentes yacimientos estudiados, una realidad a nivel de caracteres básicos como mayor índice de buriles que de raspadores o presencia discreta o elevada de geométricos, tipología de los mismos, ausencia o presencia de determinados elementos óseos, etc.

Desde este punto de vista y teniendo en cuenta los datos manejados no puede esgrimirse prueba concluyente alguna en contra de la interpretación propuesta en nuestro trabajo. De otro modo, es tan probable la indicación de Cacho Quesada y Pérez Martín sobre La Dehesa (1997: 268) o las opiniones de Alday sobre el “pretendido horizonte epipaleolítico del interior” (Alday Ruiz, 2002) como la idea que proponemos para ese momento cultural. Esta idea además se ampara en las llamadas de atención realizadas por otros investigadores ante la dificultad de interpretar y caracterizar las fase del Magdalenense terminal y/o Aziliense (Barandiarán y Cava, 1989 a)

Sin pretensión de contradecir a Fabián a la hora de considerar el yacimiento de La Dehesa dentro de una adscripción propia del Magdalenense Superior Final mejor que del Epipaleolítico (1997: 230), nuestra intención es llamar la atención sobre la necesidad de asentar las bases de una conceptualización diferente de un proceso en el que lo detectado al interior no puede medirse o compararse sólo respecto a lo aziloide septentrional ni lo mediterráneo clásico meridional. Sin duda la explicación más acertada implica una cierta heterogeneidad derivada de la mezcla de elementos propia de un sector central de intercambio, cuando no la necesidad de establecer un horizonte propio genuino y particular de la Meseta, relacionado con los grupos industriales más próximos, pero a su vez independiente en su desarrollo. Esta sería la base de una identidad que tendría su reflejo e momentos cronológicos y culturales posteriores. No consideramos que exista otro modo más acertado de explicar y comprender la heterogeneidad del carácter industrial, en lo lítico, del Paleolítico Superior y del Epipaleo-mesolítico de la Meseta.

¿Podría entenderse por tanto una perduración de lo magdaleno-aziloide en el interior de la Península hasta fases sincrónicas al inicio de la neolitización?. Sin duda es posible que existiese, a la vista de los datos que poseemos, cierta continuidad de lo magdalenense en un contexto industrial sauveterroide, derivado de tímidos y muy matizados contactos con otros grupos, sobre el que se produjese de forma más o menos directa la neolitización.

Sin duda este panorama parece acomodarse bien al modelo de “mosaico cultural” indicado por J.G. Rozoy y que responde a la idea de que, **en el espacio, los cambios del Epipaleolítico parecen correlativos al nivel de las fronteras de los diferentes grupos –esto es, su cohesión- pero independientes a una escala mayor.** Así apreciamos un mosaico temporal más o menos continuo, pero un mosaico espacial discontinuo a nivel de grupos regionales con apariencia de continuidad a una escala mayor. A esta escala mayor cabe referirse como de homogeneidad o continuidad aparente en el sentido de que la ausencia de estudios regionales enmascaran las realidades de esos espacio regionales y locales ofreciendo un aspecto de falsa continuidad (Rozoy, 1992)

¿Negaría todo lo expuesto la posible existencia de un Mesolítico geométrico clásico en la Meseta?. De ser así, ¿de qué modo se explica el megalitismo y la presencia masiva, en sus fases iniciales, de armaduras de raigambre mesolítica?.

Existe en la Meseta y especialmente en Portugal un desarrollo eminentemente funerario que precisa de un análisis muy detenido y concienzudo y cuya explicación condiciona en gran medida cuanto podamos señalar acerca del proceso de neolitización de estas tierras. Nos referimos al megalitismo, o más específicamente, a los pretendidos ajuares que presentan algunos de los monumentos más antiguos.

Ahora bien, no podemos engañarnos; el megalitismo es un fenómeno funerario y, por lo tanto, una expresión material particular y segmentada de un desarrollo cultural en el que la evidencia empírica señala como inequívoca conclusión la existencia, en el conjunto evolutivo de este desarrollo, de una tendencia clara hacia la presencia exclusiva de armaduras geométricas en los primeros momentos para, en una etapa más avanzada, convivir o incluso ser por completo desplazadas por las puntas de flecha de tipo losángico y foliáceo. Visto de este modo no puede dejar de notarse el valor del megalitismo como exponente de un desarrollo geométrico difícil de rastrear en otros contextos no megalíticos.

¿Qué conclusiones podemos obtener de ello? En un primer momento podemos señalar el indudable valor de los geométricos como elementos destinados a armar flechas empleadas en enfrentamientos intertribales y acciones cinegéticas. Analizado de este modo cabe preguntarse si estas flechas pertenecían a los individuos allí enterrados, a los grupos rivales de aquellos difuntos, o a ambos.

Por otra parte, debemos recordar que los geométricos son las piezas destinadas a las armaduras de flechas hasta momentos avanzados del Neolítico Antiguo. Pero tampoco podemos obviar que las piezas mejor representadas en esos primeros estadios del proceso de neolitización son los segmentos, elementos por otra parte mínimamente representados en los contextos megalíticos. Que este hecho se relacionase con funcionalidades diferentes más que con el hecho de encontrarnos antes tribus de arqueros diferenciadas por sus proyectiles es algo que queda, de momento, lejos de dilucidar.

Dos son las posibilidades de interpretación. O estamos ante la evidencia de grupos mesolíticos en conflicto con otros grupos –fuesen estos a su vez mesolíticos o neolíticos-; o por el contrario estamos ante la evidencia, genuinamente neolítica, de una expresión funeraria particular y de fuerte valor y en la que los microlitos geométricos formarían parte del componente cultural propio del Horizonte inicial del proceso. En todo caso parece cada vez más notable la **existencia de un Mesolítico atlántico, de carácter, personalidad y desarrollo particulares, diferenciado de ese otro Mesolítico mediterráneo** que hasta la fecha se ha querido ver como referente de expresión de todo el Mesolítico ibérico. Sin duda el hecho de que en el contexto oriental la relación entre los grupos indígenas y los colonos neolíticos derivase en una expresión funeraria netamente diferenciada de la que se desarrolló en la fachada atlántica es una evidencia de ello tan clara, además, como la ausencia de elementos artísticos del ciclo levantino en los contextos atlánticos.

Si como hemos visto no es, en realidad, posible hablar de un horizonte geométrico clásico en el interior de la Península Ibérica –puesto que aún no ha sido correctamente individualizado-, no deja tampoco de serlo el hecho de que la localización de los yacimientos estrictamente mesolíticos de la Península Ibérica responde a un patrón muy regular en el que pareció primar la cercanía al mar o cuando menos las áreas de influencia de los más grandes ríos de nuestra geografía: el Ebro y el Tajo, sin menosprecio de algunas localizaciones interiores ligadas a estos cursos fluviales (Fig. 18)

Ahora bien, ¿podemos hablar de dos desarrollos más o menos independientes o por el contrario, como han señalado numerosos autores, se trataría de un único desarrollo exportado desde las costas mediterráneas a las atlánticas?.

La solución a esta cuestión no es en absoluto sencilla y reposa, de forma obligada, en el entendimiento del desarrollo del Paleolítico Superior en la región portuguesa. Lamentablemente los análisis de conjunto emprendidos en España para explicar el Epipaleolítico y el Mesolítico han obviado lo acontecido en el país vecino. Tampoco deja de ser cierto que mientras a inicios de los años 70, en España, Fortea realizaba el primer intento general de sistematización de los complejos industriales correspondientes al Epipaleolítico y al Mesolítico la información referente al Paleolítico Superior y Epipaleolítico portugueses, en esa misma fecha, era nimia (Bicho, 1997)

Afortunadamente, hoy contamos con una buena sistematización del final del Pleistoceno e inicio del Holoceno en Portugal. Este hecho nos permite recurrir a una reconstrucción del Epipaleolítico en Portugal de cara a establecer un nuevo marco de interpretación del desarrollo de este periodo y del Mesolítico en la Península Ibérica.

N. Ferreira Bicho señala que, en términos generales, el Magdaleniense portugués es tipológicamente idéntico al español o al francés, si bien es tecnológicamente diferente, lo cual atribuye a las propias diferencias paleoambientales de esta región respecto a las indicadas (Bicho, 1997: 214) Del mismo modo este autor hace unas reflexiones en cuanto a la terminología que consideramos del todo acertadas. Así, el término Paleolítico Superior Final o Terminal será usado al referirse a yacimientos Pleistocenos, mientras que recomienda usar el término Epipaleolítico cuando nos refiramos a conjuntos asociados a un paleoambiente Holoceno –posterior al 10500 BP-, aunque sus características industriales sean las propias del Paleolítico. Por último se utilizará el término Mesolítico al referirse a yacimientos con dataciones propias del periodo paleoclimático Atlántico (Ibidem), del mismo modo que sucede en Francia (Rozoy, 1978; 1998; Thevenin, 1992; 1995)

Como hemos visto que parece ocurrir en la Meseta, la base poblacional del Paleolítico Superior portugués tiene su origen en el Solutrense. Tras varias fases “industriales”, el Magdaleniense desemboca, sin cambios bruscos, en el Epipaleolítico (Bicho, 1994) que será tipológica y tecnológicamente muy similar al Magdaleniense.

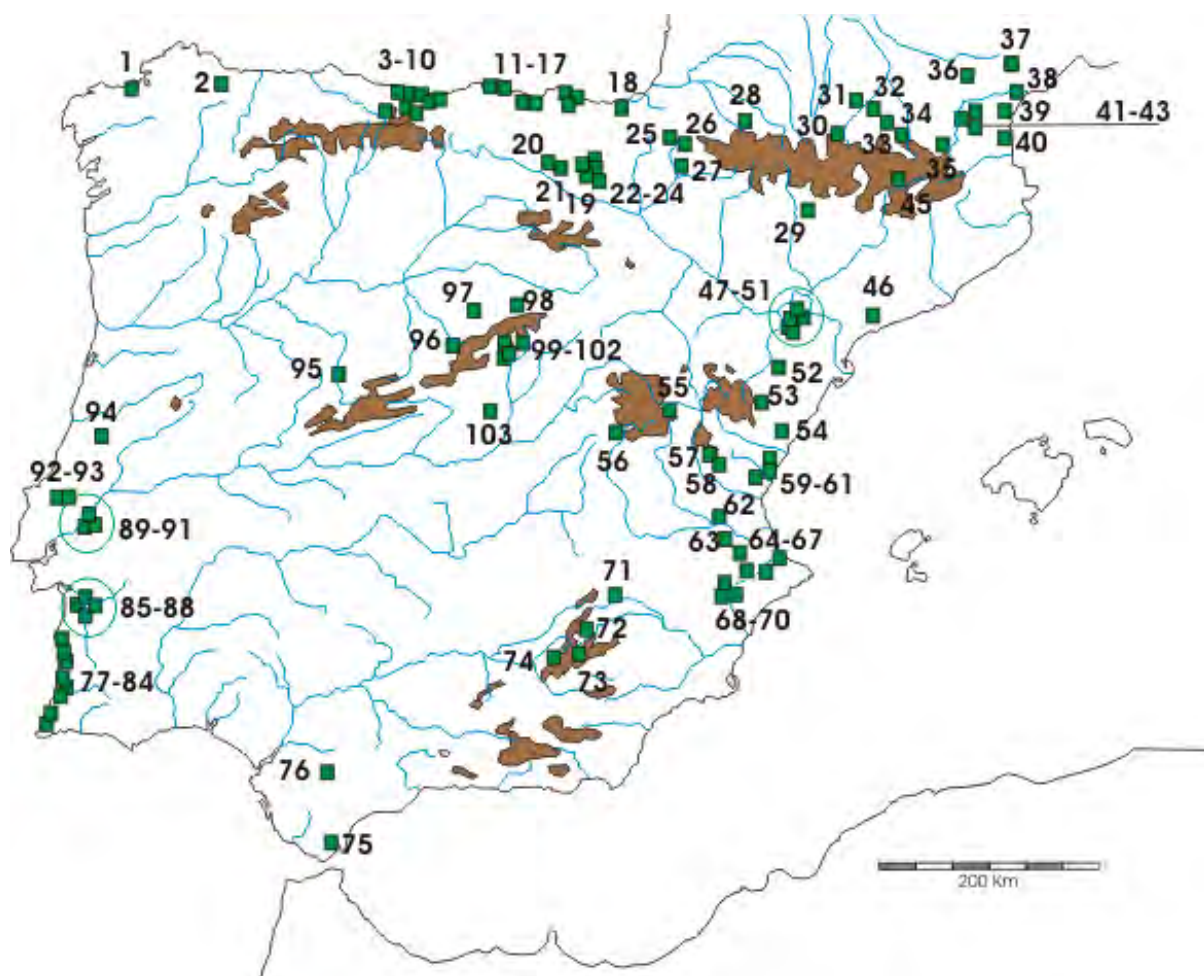


Fig.18.- Yacimientos del Epipaleolítico-Mesolítico Reciente de la Península Ibérica. 1-Reiro, 2-Xestido III, 3-Espertín, 4-Canes, 5-Arangas, 6-Riera, 7-Coberizas, 8-Bricia, 9-Mazaculos, 10-Sierra Plana, 11-Garma A y B, 12-Fragua, 13-Trecha, 14-Arenaza, 15-Santimamiñe, 16-Pareko Landa, 17-Kobeaga II, 18-Marizulo, 19-Mendandia, 20-Socuevas, 21-Fuente Hoz, 22-Atxoste, 23-Kanpanoste Goikoa, 24-La Peña, 25-Aizpea, 26-Zatoya, 27-Padre Areso, 28-¿?, 29-Forcas II, 30-¿?, 31-¿?, 32-¿?, 33-¿?, 34-¿?, 35-¿?, 36-¿?, 37-¿?, 38-¿?, 39-¿?, 40-¿?, 41-¿?, 42-¿?, 43-¿?, 44-¿?, 45-Margineda, 46-Patou, 47-Piñera, 48-Pontet, 49, Costalena, 50-Secans, 51- Botiquería, 52-Ángel, 53-Mas Nou, 54-Corral Blanc, 55-Doña Clotilde, 56-Verdelpino, 57-Mangranera, 58-Llatas, 59-Can Ballester, 60-Estany Gran, 61-Muntanya Cavall, 62-Cocina, 63-Zorra, 64-Albufera Anna, 65-Falguera, 66-Tossal de la Roca, 67-Collado, 68-Casa de Lara, 69-Arenal de la Virgen, 70-Huesa Tacaña, 71-El Niño, 72-Molino Vadico, 73-Nacimiento, 74-Valdecuevas, 75-Embarcadero Río Palmones, 76-Frailes, 77-Rocha Gaivotas, 78-Castelejo, 79-Montes Baixos, 80-Fiais, 81-Medo Tojeiro, 82-Vidigal, 83-Samouqueira I, 84-Vale Pincel I, 85-Poças de San Bento, 86-Rebolador, 87-Várzena Mó, 88-Vale Romeiras, 89-Moita do Sebastião, 90-Cabeço Amoreira, 91-Cabeço Arruda. 92-Forno Telha, 93-Abrigo de Bocas, 94-Buraca Grande, 95-La Dehesa, 96-La Vaquera, 97-Nogaleda, 98-La Peña de Esebanvela, 99-Sumidero, 100-Las Avispas, 101-La Higuera, 102-La Ventana, 103-Verona II.

Resulta significativo resaltar que de los trabajos realizados en los últimos años por los investigadores portugueses se extrae la conclusión de que más allá de la región de Extremadura no hay evidencias claras de poblamiento entre el Máximo Glacial y los inicios del Holoceno (Bicho, 1994). Desde el punto de vista tecnológico y tipológico los complejos industriales del Norte y Sur de Portugal datados en el Holoceno están caracterizados por un destacado componente macrolítico localizado en zonas próximas a la costa (Bicho, 1994; Raposo y Silva, 1993).

En lo concerniente a las armaduras, entendidas como proyectiles de arco, se produce durante el Magdaleniense el tránsito de los foliáceos solutrenses a un proyectil más ligero y eficiente consistente en laminillas de dorso de tipos muy variados entre las que se aprecia la presencia de elementos como las laminillas de Malauri, de dorso arqueado, los escalenos y las microgravettes similares a los recogidos en España y Francia (Demars y

Laurent, 1989) pero sin que falten otros tipos más propios del epipaleolítico del Magreb (Tixier, 1963) o las puntas de Istres y Sauveterre (Rozoy, 1978)

Esta situación pone de manifiesto la existencia de importantes contactos entre diferentes áreas de Europa y África durante el Magdalenense; contactos que recalcan en ese *finisterrae* que entonces constituía la costa portuguesa y que resulta difícil entender sin una corriente similar –a todas luces marítima– en el otro extremo de la Península Ibérica, avalando nuestra hipótesis de una implantación de tipo ‘colonial’ previa a los primeros asentamientos neolíticos.

Uno de las más destacadas características del Magdalenense portugués, que lo acerca mucho a los desarrollos que hemos tratado para una parte de la Meseta, es la ausencia total de arpones. Bicho explica esta ausencia del fósil director por excelencia del Magdalenense y el Aziliense como parte de la especialización de la industria lítica hacia útiles compuestos asociados a la introducción y generalización del uso del arco y la flecha (Bicho, 1997: 216). No nos parece esta evidencia un mal dato para confirmar la existencia de notables relaciones entre el desarrollo del área portuguesa y los del sector occidental de la Meseta y la cuenca del Tago. Así se explicarían, sin demasiados problemas, las destacadas ausencias de arpones en el Magdalenense de Verdelpino, Buendía, Ventana o Las Avispas.

Bicho señala, en torno al 11000 BP, la existencia de dos facies culturales (Rio Maior y Carinated). Para establecer su existencia se basa en la utilización de dos secuencias de reducción para la ejecución de laminillas y proyectiles (Bicho, 1997: 216). Estos dos grupos representarían dos bandas regionales de cazadores-recolectores utilizando el mismo territorio de manera estacional (Bicho, 1994).

Uno de los problemas que encontramos en Portugal y en la Meseta es el derivado del uso conjunto y estacional de un mismo territorio por parte de grupos regionales diferentes que, como señalamos, tiene sus paralelos y su oportuno soporte en las evidencias etnográficas (Zedeño, 1997). Este hecho da lugar a la mezcolanza de materiales a la que tan acostumbrados estamos en los conjuntos arqueológicos del interior de la Península Ibérica.

La facies geométrica portuguesa tiene sus orígenes en los momentos finales del Magdalenense Terminal, cuando, exclusivamente en la Facies Rio Mayor, empiecen a aparecer algunos geométricos, siempre muy escasos, al igual que sucede en la Dehesa y El Nispero y La Peña de Estebanvela, dentro de la Meseta. Otro dato de interés es que en esta fase los geométricos están elaborados mediante la técnica del microburil, técnica que aparece circunstancialmente y, en muy raras ocasiones, en el Magdalenense Inicial.

Será a partir del 9000 BP, durante la fase terminal del Magdalenense, cuando los geométricos y los microburiles se hagan comunes y a partir del 8500 BP y, a en el Mesolítico, cuando ambos elementos industriales se conviertan en los elementos más característicos de los conjuntos líticos.

Estos datos, junto a las evidencias recuperadas en el yacimiento mesolítico de Fonte Pinheiro, datado en 8400 BP, parecen señalar hacia un origen local de las tecnologías mesolíticas, derivadas del Magdalenense terminal (Bicho, 1994). De tomar por cierta esta afirmación encontraríamos un elemento de controversia respecto a la creencia más extendida entre los investigadores españoles de que el mesolítico portugués debe derivar de una “colonización” procedente del Levante peninsular. Por el contrario, consideramos que este yacimiento representa la fase avanzada de esa primera geometrización de las industrias que afectó a la Facies Rio Maior y sobre la que no es posible negar la existencia de influencias o contactos con otros grupos extra-peninsulares con origen no sólo oriental, sino también en las propias costas atlánticas europeas.

Analizando en profundidad el origen de la creencia en la dependencia del mesolítico portugués del existente en el área levantina española encontramos que ésta se basa, casi de forma exclusiva en dos parámetros:

1-Ignorancia o desconocimiento generalizado del substrato portugués. Esto deriva en el desconocimiento de las claves que sustentan la base del poblamiento magdalenense del área lusa y que parecen dotarla de cierta independencia respecto al mundo mediterráneo, aún sin negar la evidencia de contactos entre diversas zonas, como ya se señaló.

2-Estudio comparativo de las industrias tardenoides de los concheros del Tajo y Muge y las secuencias delimitadoras del Epipaleolítico geométrico español, en especial las de Cocina. A este nivel, desde que Pericot intentase en torno a 1942 la comparación de Cocina con Muge (Pericot García, 1971: IX) y Fortea Pérez estableciese la existencia de paralelos generales entre los desarrollos de Cocina y Muge, en especial con Moita de Sebastião (Fortea Pérez, 1971: 73), todos los investigadores han dado por válida la creencia de prelación entre Cocina y los concheros portugueses.

Retomando los estudios clásicos realizados sobre el yacimiento de Cocina, debemos admitir una relación entre Cocina I y Moita do Sebastião. Esta coincidencia se haría a nivel de lo "sauveterroide", coincidente con la primera fase de geometrización de las industrias, que se diluiría de forma notable en la siguiente fase de Cocina II paralelizable a Amoreira.

El modelo de **dependencia mediterránea** defendido por Martí Oliver y Juan Cabanilles (1997: 252) para explicar el Neolítico cardial de la costa portuguesa no niega la importancia de los concheros mesolíticos extendidos por la práctica totalidad de la costa portuguesa (Juan Cabanilles y Martí, 2002) Por el contrario, la valoración, sin entrar en más disquisiciones, de éste horizonte geométrico portugués con independencia del posterior poblamiento Neolítico es la base que sustenta la extensión del modelo dual al extremo occidental de la Península Ibérica.

Si bien este modelo, sin más explicaciones ni profundización sería válido para una visión general del proceso de neolitización en la Península Ibérica no es suficientemente preciso para tratar de explicar la génesis del proceso en las tierras interiores. Visto de otro modo, la interpretación cambia de forma radical si tomamos cualquiera de estas opciones:

- 1-Inexistencia de un horizonte geométrico en el interior. De ello se deduce la existencia de un modelo de colonización plena en el que las tierras interiores estarían desocupadas y por ello serían un lugar idóneo para acoger a nueva población.
- 2-Existencia de un horizonte poblacional de complejo industrial microlaminar de ascendencia magdalenense.
- 3-Existencia de un horizonte poblacional de complejo industrial geométrico.

La incógnita más necesaria de ser despejada, hoy por hoy, es la referente a si, en el denominado Mesolítico peninsular estamos ante un desarrollo único y homogéneo o, por el contrario, ante varios desarrollos culturales o industriales sincrónicos y en cierta medida independientes.

Atendiendo a los datos que poseemos, existen al menos tres focos diferenciados localizados en el área levantina, el área atlántica, incluyendo las zonas alavesa y pirenaica, y el sector andaluz. Para estos tres focos diferenciados sería lógico suponer al menos tres tradiciones culturales diferenciadas.

Para caracterizar, en el marco de la Península Ibérica, el Mesolítico contamos con tres núcleos principales de desarrollo: el área levantina, el área del Ebro y el área del Tajo/Muge, ya en Portugal. Podemos asimilar el resto de desarrollos con áreas de influencia de éstas últimas –que a su vez pueden ser áreas de influencia de otros sectores-. Llamamos de nuevo aquí la atención sobre la verosímil posibilidad de que los ‘centros’ irradiadores del mesolítico meseteño se encontrasen en el área del Ebro y el estuario del Tajo y posiblemente del Duero respectivamente, dentro de un concepto de vastos territorios tribales. Tendríamos así la posibilidad de que gran parte de los yacimientos de interior pudieran ser interpretados como establecimientos estacionales, temporales o cazaderos, dentro de una estrategia económica de amplia movilidad, propia de los grupos de cazadores especializados y de cazadores-recolectores.

Durante años han primado en la investigación sobre el mesolítico peninsular los datos procedentes del área levantina y en especial los de Cocina. Este hecho ha condicionado la escasa referencia a las evidencias procedentes del sector occidental de la Península, todo lo cual ha potenciado la creación y generalización del modelo colonial levantino.

Ya a mediados de los años 1940, M. Almagro llamó la atención en su sistematización del epipaleolítico y el mesolítico en España sobre la importancia que tendrían en la investigación e interpretación de estos periodos los datos obtenidos del área portuguesa (Almagro, 1944: 2). La primera búsqueda de respuestas debemos realizarla con la mirada puesta en los estudios tipológicos de los conjuntos líticos. Atendiendo a las tablas de índices (Tabla 19) podemos definir los complejos industriales del modo siguiente:

	IR	IB	Ihd	IM-D	Imb	IGeo
COCINA I	4'4	1'4	2'9	29'6	2'2	35'5
COCINA II	0	0	2'2	10'8	46'2	30'2
COCINA III	10'2	0	10'2	10'2	15'3	43'5
COCINA IV	4'8	0	4'8	7'3	7'3	21'9
Moita do Sebastiao	0'64	0'40	1'20	26'26	10'88	25'89
Samouqueira I	0	13'3	6'6	20	13'3	11'11
Els Secans II a	11'24	0	8'99	14'61	3'37	17'98
Els Secans II b	2'75	0	11'01	15'6	11'01	20'18
Berroberría D sup	15	7'5	30	12'5	0	2'5
Zatoya Ib	15'3	7'69	24'3	17'94	0'64	2'56
Zatoya I	14'8	6'59	8'3	16'9	4'58	25'21
Montico de Charratu sup	20	3'6	5'45	23'63	7'27	16'36
Botiquería dels Moros 2	8'21	1'71	6'5	28'08	9'93	25'34
Botiquería dels Moros 4	12'14	0	11'21	23'36	10'28	19'62
Botiquería dels Moros 6+8	6'48	0	3'7	28'7	0'92	25'92
Costalena d	12'5	0	5'5	22'2	5'5	4'1
Costalena c3	11'5	0'92	4'8	23'74	16'32	18'73
Costalena c2	12'36	2'18	18'54	19'27	5'81	20
Olivar de Patudas	11'53	3'84	-	19'23	0'54	30'8
El Duende	10'5	6'2	49	2'8	0'7	0'7

Tabla 19

Resulta de elevado interés, en virtud de la diferenciación que es posible entrever entre una facies sauveterroide y otra tardenoide, analizar de forma más profunda los índices de representación de las propias industrias geométricas en diferentes enclaves de la Península Ibérica. Este análisis debe contemplar las diferentes relaciones existentes entre trapecios, triángulos y segmentos así como la incidencia de la técnica de microburil, aun cuando consideremos que, dada su representación variable incluso durante el Epipaleolítico, no sea un índice muy fiable. También resulta interesante incluir, siguiendo a Bernabeu (1996:42-43) la proporción de geométricos realizados mediante la técnica de doble bisel y la proporción de hojas y hojitas retocadas (el apartado D2 de la lista tipo de Fortea) respecto al utillaje retocado. En este último caso nos hacemos eco de la indicación de J. Bernabeu y adoptamos el criterio de cuantificación del 70% del total de útiles clasificados en el apartado D2 (Bernabeu Aubán, 1996:44). El conjunto de datos

que hemos seguido parte del estudio realizado por Bernabeu, atendiendo a la proporción de cada una de las variables manejadas para su análisis factorial (Tabla 20)

	Yacimiento	Nivel	T	Trp	Sg	Mb	D2	Db	Total Útiles	Total G	C-14 BP
1	Tossal de la Roca	S	0.15	0.85	0	0.02	0.09	0	54	8	
2	Tossal de la Roca	1	0.07	0.93	0	0	0.03	0	84	15	7660+/-80; 7560+/-80
3	La Falguera	1	0	1	0	0	0.06	0.14	66	7	7410+/-70
4	Cocina		0.02	0.98	0	0.03	0.01	0	116	47	
5	Costalena	D	0.33	0.67	0	0.05	0.05	0	72	3	
6	Costalena	C3	0.21	0.79	0	0.16	0.03	0.01	539	86	6420+/-250
7	Botiquería	2	0.15	0.85	0	0.1	0.03	0.01	292	21	7550+/-200
8	Botiquería	6	0.59	0.27	0.14	0.01	0.04	0.62	85	22	
9	Costalena	C2	0.68	0.2	0.12	0.06	0.04	0.51	275	55	
10	Costalena	C2-1b	0.41	0.27	0.23	0.02	0.05	0.59	104	22	
11	Costalena	C3-2	0.39	0.43	0.13	0.05	0.04	0.39	154	23	
12	Botiquería	4	0.6	0.4	0	0.1	0.02	0.19	106	67	
13	Cocina	2	0.62	0.34	0.04	0.39	0.01	0	172	53	
14	Cocina	3	0.41	0.12	0.47	0.07	0.12	0.15	32	8	
15	Nacimiento	2	0.31	0.46	0.23	0.07	0.12	0.15	32	8	5490+/-120
16	Verdelpino	2-3	0.17	0.17	0.66	0.03	0.12	0.83	59	6	
17	Cocina	4	0.22	0.33	0.44	0.07	0.15	0.11	41	9	
18	Sarsa		0	1	0	0	0.29	0.2	78	5	
19	Chaves	II ab	0.14	0.57	0.28	0	0.14	0.43	74	7	IIb: 4820+/-70; 4700+/-80; 4510+/-70 IIa: 4280+/-70; 4170+/-70
20	Or	III	0.02	0.8	0.13	0.01	0.29	0.06	823	171	4770+/-380; 4680+/-290
21	Les Guixeres	NAE	0	0.43	0.28	0.01	0.39	0.14	100	7	
22	Les Guixeres	NAC	0.17	0.79	0.04	0	0.19	0.43	224	23	
23	Plansallosa		0	1	0	0.01	0.17	0	42	2	5890+/-80
24	La Draga		0	0.8	0.2	0	0.41	0	82	5	
25	Timba del Barený		0.13	0.23	0.59	0	0.34	0.55	545	39	5240+/-160
26	Jovades		0	1	0	0	0.19	0	632	5	4810+/-60; 4660+/-90; 4370+/-60
27	Arenal de la Costa		0.25	0	0.75	0	0.2	1	161	4	3890+/-90
28	Riols I		0.85	0.13	0.02	0.01	0.29				6040+/-100
29	Can Ballester	4	0.25	0.5	0.25	0.01	0.01		128	24	6950+/-120
30	Llatas	1-2	0.4	0.5	0.36	0	0.05	0.23	103	56	
31	Can Ballester	3	0.43	0.27	0.3	0.01	0.01				
32	Can Ballester	5	0.75	0.25	0	0.03	0		32	4	
33	Alonso Norte		0.24	0.15	0.61	0	0.08	0.67	156	33	4600+/-160
34	Els Estany		0.45	0.45	0.05	0.05	0.04	0.05		20	
35	Moita do Sebastião		0.03	0.97	0	0.1		0	1240	321	7350+/-350; 7080+/-130

Tabla 20 A.- Proporción de representación de cada una de las variables de geométricos (T= Triángulos; Trp= Trapecios;Sg= Segmentos;Mb= Microburiles;D2= Diversos;Db= Doble bisel;Total G= Total geométricos), según Bernabeu (1996: 43, Cuadro 1)

A este cuadro debemos añadirle los datos referentes a los principales enclaves, tanto de habitación como funerarios, estudiados por nosotros en la Meseta (Tabla 20 B) En el apartado de los conjuntos funerarios hemos realizado una selección algo forzada que implicase sepulcros de tipología y cronología variadas. Hemos actuado de este modo para tratar de magnificar aquellos elementos que, atendiendo exclusivamente a la presencia de los geométricos y las cronologías radiocarbónicas, resultasen diagnósticos para nuestro enfoque del fenómeno megalítico.

	Yacimiento	T	Trp	Sg	Db	Total G	C-14 BP
36	La Lámpara	0	0	1	1	1	6390+/-60; 6144+/-46; 6055+/-34
37	La Revilla	0.5	0	0.5	2	2	4750+/-80
38	La Vaquera	0.22	0.51	0.25	0.06	31	7050+/-70; 6760+/-80; 5800+/-30; 4690+/-120
39	Verdelpino	0.17	0.17	0.67	0.17	6	
40	Verona II	0.26	0.57	0.16	0.05	19	
41	La Ventana	0.28	0.71	0	0.14	7	6560+/-40; 6350+/-40; 6010+/-40
REGISTROS FUNERARIOS							
42	Tarayuela	0.45	0.41	0.14	0.008	120	5000+/-38; 4892+/-36
43	Peña de la Abuela	0.64	0.11	0.25	0.05	36	5110+/-39; 5050+/-50; 4773+/-29
44	La Sima I	0.38	0.5	0.13	0	16	5308+/-31; 5048+/-27
45	La Sima II	0.04	0.95	0	0	22	4919+/-28; 4892+/-36; 3860+/-32
46	El Guijo	0.07	0.92	0	0	13	
47	Azután	0.23	0.77	0	0	13	4642+/-40
48	La Estrella	0.25	0.75	0	0	4	
49	Vega del Niño	0	1	0	0	21	
50	Prado de las Cruces	0.41	0.59	0	0	12	
51	Portillo de las Cortes	0.12	0.88	0	0	8	

Tabla 20 B.- Proporción de representación de cada una de las variables de geométricos (T= Triángulos; Trp= Trapecios;Sg= Segmentos;Mb= Microburiles;D2= Diversos;Db= Doble bisel;Total G= Total geométricos)

Atendiendo a las tablas anteriores y recurriendo en un primer momento a aquellos enclaves que presentan dataciones radiocarbónicas, podemos obtener una gráfica de seriación de los diferentes tipos de geométricos (Fig. 19)

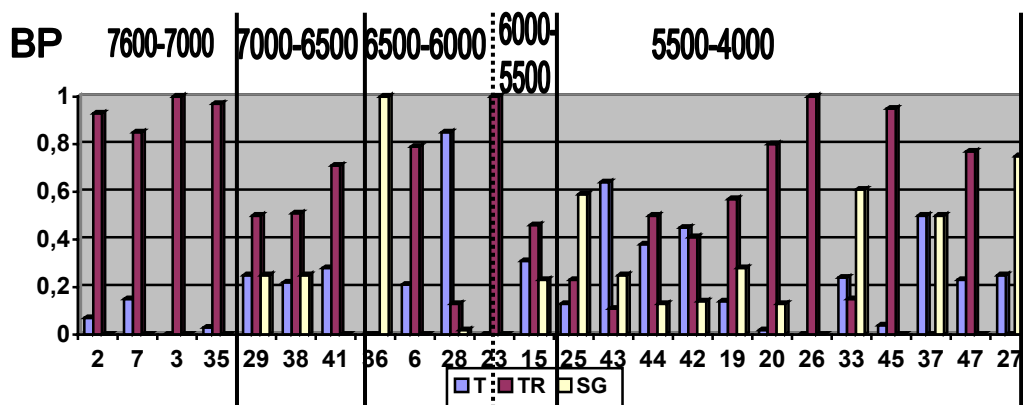


Fig.19- Gráfica de proporciones de representación de geométricos atendiendo a la seriación de los enclaves con dataciones radiocarbónicas.

El resultado es suficientemente significativo, aún cuando se haga evidente la necesidad de prescindir de algunos de los datos de los enclaves elegidos para evitar una imagen engañosa. Este sería el caso del enclave de La Lámpara, donde sólo hemos computado un ejemplar de microlito, correspondiente a un segmento y que al representarse da una falsa imagen de preponderancia.

En el tramo más antiguo de la secuencia cronológica (8000-7000 BP), correspondiente al Horizonte Geométrico A de Bernabeu (1996: 45) y de forma genérica al Mesolítico Geométrico, aparece una representación dominante de trapecios acompañados de un reducido conjunto de elementos triangulares, sin ninguna representación de segmentos. Estos últimos tan sólo aparecerían tímidamente representados si ampliásemos de forma notable la secuencia cronológica hacia atrás, alcanzado fechas en torno al 12000-11000 BP. Este tramo cronológico queda perfectamente diferenciado del siguiente, lo cual podría estimarse como evidencia de la existencia de un grupo etnocultural definido y previo, en todos los casos, a la implantación neolítica.

En el siguiente tramo cronológico (7000-6500 BP) el descenso leve de la representación de los trapecios se asocia al aumento en la presencia de triángulos y en la irrupción de los segmentos. Cronológicamente nos situamos en el inicio de la implantación neolítica. La gráfica obtenida responde bien al panorama dual, con mantenimiento de industrias de sustrato al tiempo que aparecen nuevas industrias que deben asociarse a nuevos tecnocomplejos, propios tal vez de nuevos grupos de arqueros.

No hay datos suficientes para dividir en dos tramos individualizados el periodo cronológico situado entre el 6500 y el 5500 BP. Por el contrario, atendiendo al menos a las industrias geométricas, la conclusión que obtenemos es la de un desarrollo parejo y en cierto modo consecutivo del anterior y donde las mayores diferencias en cuanto a las industrias representadas pudiera tener un componente territorial o más probablemente cultural. De ese modo se explicarían las diferencias netas existentes entre los conjuntos de Costalena y Riols I. El panorama general responde a un mantenimiento, en ocasiones incluso con repuntes notables, de las industrias trapeciales al tiempo que los conjuntos industriales de morfología triangular se mantienen o experimentan ligeros repuntes muy localizados. Destaca la escasa representación de los segmentos. A nuestro entender en este momento nos encontraríamos de nuevo ante dos desarrollos acordes con el postulado dual. Por una parte tendríamos los grupos de sustrato mesolítico y por otro los grupos neolíticos inmersos en el desarrollo propio de la secuencia. Debe resaltarse que hasta aquí no han entrado en consideración los conjuntos funerarios de tipo megalítico o tumular.

En el último tramo cronológico considerado (5500-4000 BP), correspondiente a la fase de consolidación del Neolítico (Neolítico II), encontramos por vez primera la irrupción de los conjuntos funerarios de tipo tumular y megalítico. A su irrupción se debe, sin duda, el aspecto complejo y abigarrado de la gráfica obtenida. De modo general se aprecia un predominio de las industrias de morfología trapecial y triangular, con ligera prelación de las primeras, a las que se acompaña un incremento exponencial de los segmentos que son ahora predominantes en enclaves como Timba del Barený, Alonso Norte o Arenal de La Costa, todos ellos establecimientos de carácter habitacional. Este último hecho podría validar la hipótesis de diferenciación funcional de las armaduras geométricas que plantearon algunos investigadores (Delibes *et alii*, 1997) y sin duda marca una notable diferenciación en lo concerniente a los registros funerarios y domésticos representados.

Atendiendo a nuestro postulado referente a la interpretación de los geométricos contenidos en las tumbas, y que son primordialmente trapecios y triángulos, no como elementos de ajuar, sino como proyectiles alojados en los cuerpos inhumados, se hace preciso establecer la vinculación etnocultural de los arqueros portadores de las flechas y a su vez de los grupos enterrados en esa suerte de monumentos funerarios múltiples que fueron tanto los túmulos como los megalitos.

Por la representatividad mayoritaria de las armaduras debemos asumir que los asaeteados fueron muertos bajo las flechas de grupos cuyas puntas tenían forma trapezoidal y triangular, y en mucha menor medida en forma de segmentos de círculo. Este tipo de armaduras de flecha estaban perfectamente atestigüadas en los primeros tramos cronológicos, tanto en conjuntos mesolíticos como del Neolítico I. El hecho de que este tipo de armaduras no perdiese fuerza de representación a lo largo de la secuencia temporal podría estar reforzando la idea de enfrentamientos realizados entre grupos tribales rivales culturalmente divergentes o afines. Así, nos enfrentaríamos a la necesidad de explicar qué grupos luchaban y por qué, en el momento de consolidación del modo de vida neolítico en un momento en el que esta fase de consolidación se encuentra perfectamente establecida a lo largo de la geografía peninsular.

Nuestra hipótesis es que esta lucha se produjo entre grupos de sustrato mesolítico y tribus de campesinos neolíticos. La razón de la lucha, atendiendo a la disposición de los megalitos y túmulos parece haber sido la reestructuración de los territorios ancestrales gestionados por los últimos grupos de cazadores-recolectores. Así, estos grupos, que habían continuado su desarrollo paulatino a lo largo del tiempo, mientras se iba consolidando la implantación neolítica y que mantuvieron, de un modo u otro, sus modos de vida tradicionales, tuvieron finalmente que enfrentarse a los grupos campesinos en el momento en el que el crecimiento demográfico de estos últimos precisó de territorios más amplios. Esta lucha, desarrollada en el seno de lo que hemos denominado Neolítico II, pudo enfrentar tanto a grupos de colonos como a grupos de indígenas neolitizados escindidos de sus tribus y por tanto arqueológicamente neolíticos.

La solución funeraria tumular o megalítica sería desarrollada por los grupos neolíticos y neolitizados como parte de un complejo sistema de culto al héroe y reclamación del territorio. Por contraposición, los grupos de arqueros con armaduras trapezoidales y triangulares implicados en los enfrentamientos se corresponderían con los grupos de sustrato mesolítico reticentes al abandono de sus territorios de caza y gestión de los recursos naturales. En cuanto a la explicación referente a los escasos segmentos incluidos en algunas de las tumbas, si no se aceptase la hipótesis de diferenciación funcional, siempre podría arguirse la presencia de bajas por 'fuego amigo', presentes en todo tipo de batallas.

VI

DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA CATÁLOGO

INTRODUCCIÓN

Dentro de una obra de investigación uno de los contenidos más importantes es aquél que muestra, con el mayor detalle posible, el conjunto de elementos de los que se ha servido el científico para elaborar sus inferencias e interpretaciones. De ese universo de muestra dimana la posterior discusión, al tiempo que dota al lector de un cuerpo de datos importante para el uso de la obra, bien como referencia primera, bien como enlace con los trabajos originales manejados por el investigador y que en este apartado se compilan.

A la hora de abordar nuestra investigación intuimos, erróneamente como demuestra este capítulo, la posibilidad de que no fuesen demasiadas las evidencias gráficas que mostrar. Con el paso del tiempo y el crecimiento del dinamismo investigador se han ido incrementando de modo exponencial los datos. Algunos yacimientos presentan más material arqueológico que otros; unos enclaves han sido mejor estudiados mientras que de otros conocemos poco más que un magro conjunto de restos derivados de prospecciones superficiales.

En el momento de conclusión de esta obra y dada la magnitud que tomaba este capítulo y nuestro deseo de ser capaces de constreñir tantos años de trabajo en un único volumen, hemos tenido que articular decisiones referentes al apartado gráfico y al catálogo de apoyo de nuestro trabajo y también al modelo de representación de las evidencias e incluso a la selección de los elementos a incluir en cada apartado.

Desde el comienzo fuimos conscientes de que uno de los intereses de la investigación de tan amplio territorio estribaba en la confección de un catálogo que permitiese dar cabida a la totalidad de las evidencias detectadas hasta la fecha de conclusión de la obra. Ahora, por el contrario, nos vemos en la obligación de restringir este espacio limitándolo en alguno de sus aspectos. Por ejemplo, hemos decidido suprimir del catálogo la práctica totalidad de los datos referentes al megalitismo y a aquellos yacimientos cuyos materiales señalaban cronologías de transición en el epílogo del Neolítico. No obstante, hemos optado por ofrecer cierta información referente a aquellas evidencias megalíticas o proto-megalíticas consideradas de mayor interés dada su situación cronológica o el interés de sus materiales arqueológicos de cara a nuestro discurso.

También hemos reducido la información en aquellos yacimientos de los que se posee un conjunto mayor de obra publicada. Así, en beneficio de la fluidez y utilidad de nuestro trabajo, hemos destinado un espacio menor a aquellos yacimientos que, como la Cueva de la Vaquera, el Valle de Ambrona, o los conjuntos extremeños, han sido o están a punto de ser publicados de forma íntegra. Aquí debemos contentarnos con la referencia precisa a las oportunas publicaciones.

Hemos dotado de prioridad también a aquellos yacimientos que elegimos como áreas de experimentación y de los que poseemos información completa e inédita mereced al desarrollo de un marco de trabajo propio e inédito. Sin duda es en estos casos en los que mejor control posee el autor de la información y donde las preguntas fueron planteadas directamente sobre el registro y no sobre una obra ya publicada.

No podemos dejar de señalar que, en ocasiones, al realizar el estudio de algunos materiales conservados en museos y que ya habían sido objeto de publicación –caso del abrigo de Verdelpino, Arenero de Valdivia, Abrigo de Torredelrábano, Cueva de La Noguera, etc., hemos obtenido amargas impresiones al comprobar la mala interpretación o la parcialidad de los datos publicados. En honor a la verdad y aún suponiendo un problema añadido, se ha procedido al ingrato estudio detenido de estas colecciones y por ello se les dedica en esta obra un espacio preferente. En ocasiones, estas circunstancias pueden ser simples olvidos o errores no intencionados, pero en otras puede señalarse sin género de dudas en algunos autores la acomodación de los datos a su interpretación particular. Todo ello no invalida los datos, aún cuando sí buena parte de las interpretaciones de ellos derivadas.

A este respecto hemos podido comprobar el caso de Verdelpino, yacimiento rodeado de duda con gran razón. Aunque el yacimiento ha de ser considerado impactante por sus evidencias, la propia idiosincrasia del enclave y los errores y manipulaciones detectados, tal vez no todos responsabilidad de los excavadores, no sólo invalidan una parte sustancial de la investigación e interpretación que en su día generó el yacimiento, sino que vienen a dar la razón a quienes ponían en duda la veracidad de lo publicado. Otro posible error intencionado es el caso del Arenero de Valdivia (Jiménez Guijarro, 2001) Sea todo ello tomado como un intento de contribución a la investigación. El autor es consciente de que cualquier investigación que se precie está siempre expuesta al error; y el error se presenta con distintos matices, no siempre posibles de discernir. Debemos ser cautelosos en nuestro campo del saber ya que en él resulta tan difícil la aplicación de sistemas de comprobación de errores. Ahora bien, estos ejemplos son una llamada de atención de la necesidad de contrastar evidencias y de manejar directamente los datos destinados a la elaboración de trabajos de síntesis.

Dada la amplitud geográfica del tema tratado, así como el crecimiento exponencial de datos y yacimientos, derivado de la exhaustiva labor de inventario y control de cada una de las regiones tratadas durante estos últimos años, hemos considerado oportuno establecer un criterio definido para la presentación de los datos. Este criterio se basa, en la medida de lo posible, en la división categórica de yacimientos. Para esta categorización, atendiendo a la procedencia de las evidencias, se ha atendido a los criterios siguientes:

- Existencia de excavaciones sistemáticas.
- Yacimientos localizados en prospección.
- Materiales antiguos y colecciones museográficas.

De este modo se ha tratado de minimizar la ardua consideración de cada uno de los yacimientos al tiempo que se centraba la investigación en aquellos capaces de ofrecer mayor calidad y cantidad de datos referentes a la reconstrucción histórica, económica y social del proceso de neolitización. En este caso, la necesidad de huir del ‘ruido parásito’ implicaba dejar de lado o tratar con menor intensidad yacimientos que sin duda, a la vuelta de los años podrán convertirse en fuentes primarias de información. No obstante, la labor de selección ha sido necesaria no sólo para acotar la obra impidiendo que creciese *ad infinitum*, sino que ha contribuido, sobre todo, a recoger, priorizados, aquellos datos de mayor valor científico.

Ahora bien, si tan sólo se trabajase con los datos procedentes de este tipo de contextos correríamos el riesgo de reducir en exceso las evidencias y con ello la capacidad de

análisis. Por ello, aún cuando se han jerarquizado los yacimientos, se presenta cuanta información hemos considerado de utilidad procedente de la totalidad del registro. Esta premisa ha de ser tenida muy en cuenta a la hora de abordar el estudio del Neolítico en un área no sólo extensa, sino inmersa en la concepción administrativa pluri-autonómica que puede por ello eclipsar la verdadera esencia del registro; esto es, puede que los yacimientos excavados no sean los más representativos de los detectados e incluso es posible que una atención especial puesta en determinados tipos de yacimiento -por ejemplo las cuevas y abrigo- ofrezca una visión muy distorsionada y errónea de la realidad arqueológica global.

La situación ideal de que al menos se contase con un yacimiento de referencia –excavado sistemáticamente- por cada área o región geográfica es de momento utópica. A este respecto los intereses de algunas administraciones han estado centrados en determinados periodos o simplemente no han existido intereses básicos en la investigación arqueológica, limitándose a una miope labor de aparente protección basada en un equívoco criterio que mantiene que ‘lo no excavado es lo mejor protegido’; criterio que incluso algunos investigadores han puesto negro sobre blanco inconscientes de la carga de irresponsabilidad que conlleva. Sin duda lo no excavado equivale a la sustracción del conocimiento, a la imposibilidad del avance científico y a la perpetuación de modelos de actuación e interpretación inmovilistas. Ahora bien, consideramos con objetividad que contamos con datos suficientes para construir una secuencia cronológica y cultural propia del interior de la Península Ibérica. Para ello contamos con datos de suficiente calidad procedentes de excavaciones realizadas en cueva, abrigo y en establecimientos de habitación ubicados al aire libre en varias regiones tanto de la Meseta Norte como de la Meseta Sur. Como complemento, además, contamos con un interesante elenco de yacimientos localizados por medio de prospecciones, rebuscas o revisiones de material museográfico que completan esa secuencia, dotándola del valor añadido que supone la posibilidad de plantear futuras campañas de excavación destinadas a confirmar o desestimar las propuestas actuales y a definir críticamente cualquiera de las cuestiones que hemos dejado siquiera esbozadas o planteadas como interrogantes en esta obra.

En un primer momento pensamos situar un mapa de localización para cada yacimiento, pero pronto comprendimos que ésta era una labor que elevaba el número de páginas de la obra y contribuía a alterar la fluidez y fácil manejo del presente catálogo. Por ello hemos optado por remitir a la cartografía general presentada y ampliar las ilustraciones del material arqueológico recuperado. Las cuestiones de ubicación se han soslayado situando una precisa coordenación basada en medidas UTM y recurriendo al carteo de la totalidad de los enclaves en un único mapa (Figs. 14 y 17) Con esta solución se pierden las posibilidades de estudio que prestan las visiones microespaciales que han sido por ello tratadas en forma de cuerpo de texto en cada yacimiento, pero se gana en la visión holista.

El marco básico de trabajo se ha dividido atendiendo a las principales cuencas fluviales siguiendo un criterio geográfico de Norte a Sur. En la medida de lo posible, se han presentado en primer lugar las evidencias correspondientes a enclaves epipaleomesolíticos, cuando estos existían, para proceder después a la presentación de los enclaves Neolíticos.

Una última llamada de atención estriba en la propia elección del marco de división del catálogo. Es de suponer que existen puntos ubicados estratégicamente a medio camino de dos o más cuencas hidrográficas, si bien tan sólo han sido mostrados en una de ellas, generalmente en la que mejor relación espacial presenta con la citada cuenca.

Del mismo modo y a pesar de que la Meseta está constreñida específicamente por dos grandes cuencas fluviales: el Tago y Guadiana al Sur, el Duero al Norte y el Júcar al Este, hemos decidido incrementar el foco de análisis en todas direcciones con la idea de

obtener una visión más fiel de conjunto. Consideramos que así, nuestro fin último de síntesis, gana en verosimilitud. Hemos tratado aquí de forma pormenorizada, no obstante, tan sólo aquellos yacimientos situados a caballo con la Meseta.

Es posible, por tanto, que en las cartografías generales aparezcan a veces ubicados yacimientos sin relación espacial directa con la Meseta. De ellos no se tratará de forma extensa en el texto, pero sí se remarcará su ubicación y se jugará con sus condicionantes espaciales y geográficas para explicar, más adelante, el marco de relaciones que debieron influenciar el desarrollo del proceso o procesos de neolitización de la Meseta.

En la clasificación de yacimientos hemos incluido tres apartados básicos dependientes de su adscripción cronológica o cultural de los yacimientos. Así, en todos los casos se ha tratado de obtener y mostrar la información referente al poblamiento de substrato, genéricamente denominado en el catálogo como epipaleomesolítico, las propias evidencias neolíticas y, por último, las evidencias de megalitismo existentes. En este último caso, como señalamos líneas atrás tan sólo se tratan con detenimiento los conjuntos del denominado horizonte proto-megalítico dado su interés.

No cabe duda de que los datos son heterogéneos y que no guardan ningún equilibrio global. Bien es cierto que parece existir un claro componente de escasez de información en lo referente al substrato previo. Si este tipo de carencia es fruto de una situación real o por el contrario está reflejando notables deficiencias en la investigación o incluso en la conservación del registro es algo de lo que hemos tratado de forma amplia en apartados anteriores.

Por su parte, el registro conocido es, en su práctica totalidad, el que aquí se muestra. Hemos tenido en cuenta incluso las referencias más inverosímiles y a cada una de ellas hemos dedicado un tiempo de estudio con la creencia de que, a veces, una simple información suele ser la pista de un dato que no hemos sido capaces de advertir antes. Si aún así han persistido los vacíos es algo que los prehistoriadores debemos explicar. Las connotaciones que obtengamos del panorama que, a fecha de hoy se nos muestra, podrán por tanto variar en la medida en que se incrementen los datos de estudio y sobre todo la calidad de los mismos. Ése es, a nuestro entender, el verdadero reto que hoy tiene planteada la investigación prehistórica de las regiones del interior peninsular: la mejora sustancial y paulatina en la calidad y cantidad de los datos.

En la presentación hemos optado por un diseño que consideramos de fácil manejo y que muestra la representatividad de cada uno de los registros estudiados destacando la riqueza o pobreza de los datos. Este hecho hablará por sí mismo de la calidad de los datos manejados y de la del propio registro.

Se ha optado por disminuir el tamaño de letra y cambiar su tipo para resaltar –e individualizar– el catálogo del resto de la obra. No en vano es este capítulo el que, con sus riquezas y miserias, ha facilitado la confección de nuestro trabajo y en los que se basan las conclusiones obtenidas.

Aunque resulte llamativo, hemos querido acompañar a cada yacimiento de su correspondiente lámina de materiales. En ocasiones esta lámina se ha circunscrito a un único dibujo o fotografía, la única evidencia de lo que hay. Como decíamos antes, consideramos que es la forma más gráfica de representar la entidad propia de cada yacimiento. Evidentemente, por economía de espacio, hemos tenido que realizar una selección estricta de materiales en los yacimientos mejor excavados. El caso de Verona II, La Ventana, La Paleta o La Vaquera son paradigmáticos, puesto que unos por estar publicados y otros por estar en proceso de estudio y publicación de monografías específicas hacían innecesario introducir la totalidad del aparato gráfico.

En la representación gráfica nos ha resultado difícil tomar una determinación. Nuestra primera intención fue reproducir fotográficamente todos los hallazgos. No en vano consideramos que en la era de las altas tecnologías parece arcaico y poco práctico seguir presentando dibujos de las piezas. En definitiva los dibujos no son más que una mera idealización e interpretación, de mayor o menor incidencia, del elemento real.

Cuando tuvimos en nuestras manos los primeros fragmentos de cerámica cardial recuperados en el interior de la Península Ibérica nos dimos cuenta inmediatamente de que un dibujo de una pieza polémica no zanja una cuestión. Esto contribuye al mantenimiento de la polémica y a la disminución de la calidad de los datos presentados y manejados.

Lamentablemente no hemos podido acceder a la totalidad de los materiales. Unos por estar ilocalizables, otros por consistir su búsqueda en los almacenes de algunas instituciones una verdadera excavación arqueológica y aún otros, por encontrarse en proceso de estudio por otros colegas. Por ello y, aún cuando parezca arbitrario y dote al producto final de la obra de una cierta heterogeneidad en el apartado gráfico, hemos optado por combinar la presentación de los materiales en formato fotográfico cuando ha sido posible acceder a las piezas y en de dibujo a línea cuando no lo ha sido.

En ocasiones hemos vertido alguna opinión personal sobre el registro, incluyendo en algún caso llamadas de atención acerca de paralelos próximos. No obstante hemos preferido dejar para los capítulos correspondientes la discusión explícita de los datos presentados.

1. CUENCA DEL EBRO

1.1. CUEVA DEL NÍSPERO (Orbaneja del Castillo, Burgos)

UTM: 431.700 / 4.743.000

Yacimiento en cueva ubicado a 700 metros s.n.m, en la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica, dentro del macizo cárstico de la plataforma de La Lora, en la margen izquierda del río Ebro. La boca de la cavidad se abre en un farallón rocoso, a unos 90 metros sobre el cauce de este río, con una orientación Sureste, en un área de interfluvio formada por el Ebro y el arroyo de Horca Menor. Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en los años ochenta, pusieron de manifiesto la existencia de al menos dos etapas correspondientes al Epipaleolítico, de facies no geométrica, según S. Corchón (1988-89: 83) y estrechamente relacionadas con los desarrollos tipológicos y culturales de las vecinas provincias de Álava y Navarra.

SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA

Áreas excavadas:

Campañas de 1987 y 1988.

Sector 1 (Entrada Sala I) Corte de 4 x 2 metros (Fig. 22 a) Banda G-H, cuadros 9 a 12. Se alcanzó la base sobre un nivel de piso calizo que se interpreta como un gran derrumbe clástico.

Sector 2 (Fondo Sala I) Corte de 2 x 1 metros (Fig. 22 a) En la Banda G-H, cuadros 3 a 5, se alcanzó en la Campaña de 1988 el derrumbe calizo que sirve de base a la secuencia epipaleolítica.

SECUENCIA

CAPAS SUPERIORES

El espesor de relleno sobre la secuencia epipaleolítica es de 2 metros. Este relleno está integrado, a techo, por los restos de un nivel correspondiente a la Edad del Bronce bajo el que se desarrollan, de forma uniforme hasta alcanzar los niveles epipaleolíticos, sedimentos arqueológicamente estériles (Fig. 22 b)

NIVEL I

Potencia: 10-12 cm. en el Sector 1 y entre 3 y 33 cm. en el Sector 2. Nivel profundamente alterado, con presencia de materiales arqueológicos en posición derivada, junto a restos modernos de arrastre. Los materiales arqueológicos son escasos, destacando la presencia de cerámica muy rodada, algunos fragmentos de sílex y cuarcita y algunos restos óseos modernos.

NIVEL II

Potencia: 15-20 cm. en el Sector 1 y de 11 a 46 cm. en el Sector 2. Nivel formado por sedimento fino de textura arenosa que engloba numerosos cantos calizos de fracciones pequeña y gruesa. Este nivel proporcionó escasos restos cerámicos.

NIVEL III

Potencia: 55-60 cm. en el Sector 1 y de 32 a 62 cm. en el Sector 2. Nivel consistente en una capa horizontal, de inundación, que aparece erosionada a techo, pasando lateralmente al nivel II. Este nivel de inundación se debe a las surgencias de agua subterránea que afloran de la boca de la cavidad aún hoy en día. Este nivel es arqueológicamente estéril, si bien incluye, intruidos, materiales del nivel II.

NIVEL IV

Potencia: 43- 48 cm. en el Sector 1 y de 31 a 37 cm. en el Sector 2. Nivel de textura fina arenosa con inclusiones de abundantes cantos de todos los tamaños. Arqueológicamente el techo se presenta estéril, mientras que en la parte media, entre -1'50 y -1'60 m., contiene algunas

evidencias de fauna, principalmente lagomorfos y microfauna, concentrándose la escasa industria lítica hacia la base, entre -1'60 y -1'70 m.

CRONOLOGÍA: Epipaleolítico Medio (Corchón, 1988-89: 91)

La base de la capa, entre -1'70 y -1'80 m., muestra evidencias de un posible suelo de ocupación erosionado. Abundan los restos de materia orgánica, en una franja de espesor de entre 0'1 y 3 cm. y tonalidad negra. Este tramo sedimentológico es el que contiene la mayor abundancia de materiales arqueológicos consistentes en industria lítica y restos de fauna.

NIVEL V

Potencia: 8-12 cm. En el Sector 1 aparece como un nivel discontinuo, de textura arenosa muy suelta. Aquí subyace irregularmente al tramo basal del Nivel IV. Este nivel contiene abundantes restos de microfauna y materiales arqueológicos tanto líticos como óseos. En el Sector 1, la adscripción de los materiales como pertenecientes al Nivel IV o V, no es nítida. En este sentido, en el Sector 2, la individualización de este nivel y el anterior resulta imposible.

CRONOLOGÍA: Epipaleolítico Medio (Corchón, 1988-89: 91)

NIVEL VI

Potencia: En torno a 32 cm. Nivel arcilloso, muy compacto, que reposa sobre los grandes bloques de derrumbe. Contiene gran cantidad de cantos calizos de fracción gruesa. Posiblemente formase parte del suelo originario de la cueva. Sobre él se distribuyen abundantes restos líticos entre los que predominan los elaborados en cuarcita. Los tipos fundamentales destacan por su diferenciación respecto a los de niveles superiores. En primer lugar por su elaboración en cuarcita y, en segundo lugar, por los morfotipos. Destacan lascas no retocadas de cuarcita, algunos útiles diversos, pero poco variados en sus tipos. Existe también un cambio notable en la distribución de la fauna. En este nivel aparecen mayoritariamente pequeños herbívoros, fundamentalmente cápridos, rarificándose los lagomorfos, muy abundantes en los niveles anteriores. La industria lítica presenta una clara morfología propia del Tardiglaciario.

CRONOLOGÍA: Epipaleolítico Antiguo. Tal vez etapas finales del Paleolítico Superior (Corchón, 1988-89: 94)

CARACTERÍSTICAS DEL HORIZONTE Y MATERIALES

A pesar de haberse efectuado dos campañas tan sólo se han publicado los materiales y datos referentes a la campaña de 1987 (Fig. 22 c y 22 d)

NIVELES IV y V

Total de restos líticos: 261.

Total de útiles: 69 (26'43 %)

Total núcleos: 2 (Nivel IV- 1; Nivel V: 1)

Total fragmentos de núcleo: 6 (Nivel IV)

Total núcleos y fragmentos de núcleo: 8 (3'06 %)

Elementos nucleares: Una tableta de avivado y una hoja de cresta en cada nivel. Una hojita de cresta y un borde de núcleo en el Nivel V.

Restos de talla: Nivel IV: 1 lasca cortical, 12 microlascas, 45 chunks, 5 hojas, 14 hojitas, 1 recorte de buril. Nivel V: 10 lascas, 2 microlascas, 63 chunks, 2 hojas y 8 hojitas.

MATERIAS PRIMAS	% TOTAL	% TOTAL DE ÚTILES
SÍLEX	82'75	82'60
CUARCITA	15'32	14'5
CUARZO	3'06	2'89

Tabla 21

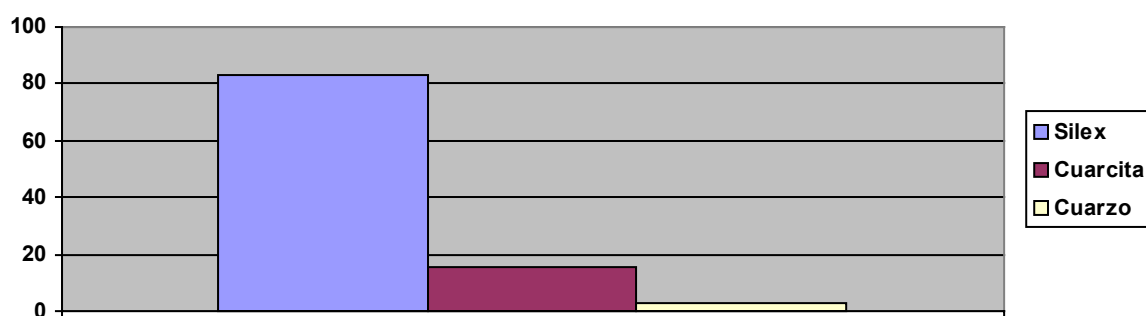


Fig.20.- Porcentaje de representación de materias primas

ELEMENTOS TIPOLOGICOS

La tipometría es plenamente microlítica. La clasificación se realizó basándose en la lista tipo elaborada por J. Fortea (1973)

Nº	TIPOS	N.IV	Base IV-V	Total	%
R.2	Raspador sobre lasca retocada	1	-	1	1'44
R.3	Raspador sobre lasca circular	-	1	1	1'44
P.1	Perforador simple	1	5	6	8'69
B.1	Buril simple con un paño	1	-	1	1'44
B.3	Buril lateral con dos paños	-	1	1	1'44
B.6e	Buril múltiple sobre fractura retocada	1	-	1	1'44
LBA.3	Lámina con borde abatido	3	1	4	5'79
lba.1	Laminita con borde abatido	1	2	3	4'34
lba.2	Laminita apuntada borde abatido recto	2	-	2	2'89
lba.4	" borde abat. rect. y base adelgazada	-	1	1	1'44
lba.5	" " " " base recta	1	-	1	1'44
lba.6	" apuntada con espina central (Cocina)	1	-	1	1'44
lba.9	" " borde abatido en ángulo recto	1	-	1	1'44
lba.10	" borde abatido parcial	1	1	2	2'89
lba. 11	Fragmento laminita borde abatido	1	2	3	4'34
MD.1	Lasca con muesca	-	2	2	2'89
MD.2	Lasca denticulada	-	6	6	8'69
MD.3	Lámina o laminita con muesca	2	1	3	4'34
MD.4	Lámina o laminita denticulada	3	1	4	5'79
FR.1	Pieza con fractura retocada	2	-	2	2'89
G.15	Triáng. escaleno alargado con lado pequeño convexo	-	1	1	1'44
G.18	Triáng. con dos lados cóncavos (Tipo Cocina)	-	1	1	1'44
D.1	Pieza astillada	-	6	6	8'69
D.2	Pieza con retoque continuo	-	2	2	2'89
D.3	Raedera	-	1	1	1'44
D.4	Lámina o laminita con cresta	3	2	5	7'24
D.8	Diversos	4	3	7	10'14
IR					2'89
IB					4'34
IP					8'69
MD					21'73
FR					2'89
G					2'89
D					30'43

Tabla 22.- Tipos representados y principales índices de útiles

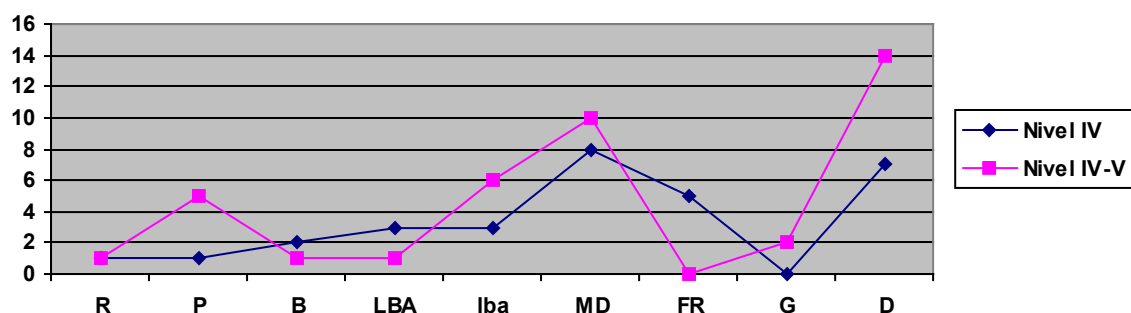


Fig.21.- Representación de elementos tipo.

SECUENCIA ESTRUCTURAL:

Nivel IV: **lba,D,MD,LBA,B,R**

Base Nivel IV-V: **D,MD,lba,P,G,B,R**

Total: **D,MD,P,B,R,G**

No puede dejar de notarse lo atípico de esta secuencia. Los índices, diferenciados por niveles, atendiendo a la línea de inflexión que parece marcar y, sobre todo, a la presencia o ausencia de los geométricos, parecen acercarse más, aún con notables diferencias, a las secuencias estructurales neolíticas que a las propias del Final del Paleolítico Superior o del Epipaleolítico mesolítico. Suponemos que uno de los principales elementos causantes de esta sensación no sea otro que lo reducido de la muestra.

Tampoco puede perderse de vista la esencia sauveterroide de la base de los niveles IV-V, que, en otros contextos, hemos identificado como la base de una primera geometrización de las industrias líticas, bien previa al desarrollo de la neolitización, o sincrónica a este proceso.

Por ello y, a pesar de lo parco del material, podría hipotetizarse con la existencia de una cronología propia del Paleolítico Superior Final para el Nivel VI, otra propia del Epipaleolítico mesolítico para la base de los niveles IV-V y otra, final de esta o ya neolítica para el Nivel IV.

TALLA	Nivel IV			Nivel base IV-V		
	Sílex	Cuarcita	Cuarzo	Sílex	Cuarcita	Cuarzo
Lascas	0	1	0	7	3	0
Microlascas	12	0	0	15	6	0
Chunk	40	3	2	42	17	4
Hojas	5	0	0	2	0	0
Hojitas	14	0	0	8	0	0
Recortes de buríl	1	0	0	0	0	0
Núcleos	7	0	0	1	0	0
Tabletas de avivado	1	0	0	1	0	0
Hojas de cresta	1	0	0	1	0	0
Hojitas de cresta	0	0	0	0	0	0
Borde de núcleo	0	0	0	1	0	0

Tabla 23

Total de evidencias líticas: 261 (216 s.; 40 cta.; 80 czo.)

Útiles: 26'43 %

Núcleos: 3'06 %

Talla: 72'58 %

NIVEL VI

En el apartado de materias primas abunda, con diferencia, la cuarcita. Escasa representación de elementos de talla y útiles de sílex.

La tipometría de los útiles y restos recuperados, como en los niveles anteriores, es plenamente microlítica. Destaca la presencia de talones facetados, puntiformes y suprimidos, como en los niveles superiores, pero en este Nivel VI, la representación de los talones corticales y lisos, sobre elementos de cuarcita, presenta un índice mayor que en los niveles anteriores.

Abundan los núcleos pequeños y de lasquitas, con marcada estandarización en su morfología. Parece predominar la técnica de lascas-núcleo, típica de los talleres líticos de superficie de la Meseta.

Entre los útiles, por lo general de aspecto tosco, destacan los raspadores y buriles, junto a las lacas y pequeñas hojas con retoques continuos, más amplios y de tipo escamoso. En este nivel no encuentran representación ni las laminitas de dorso ni los elementos geométricos.

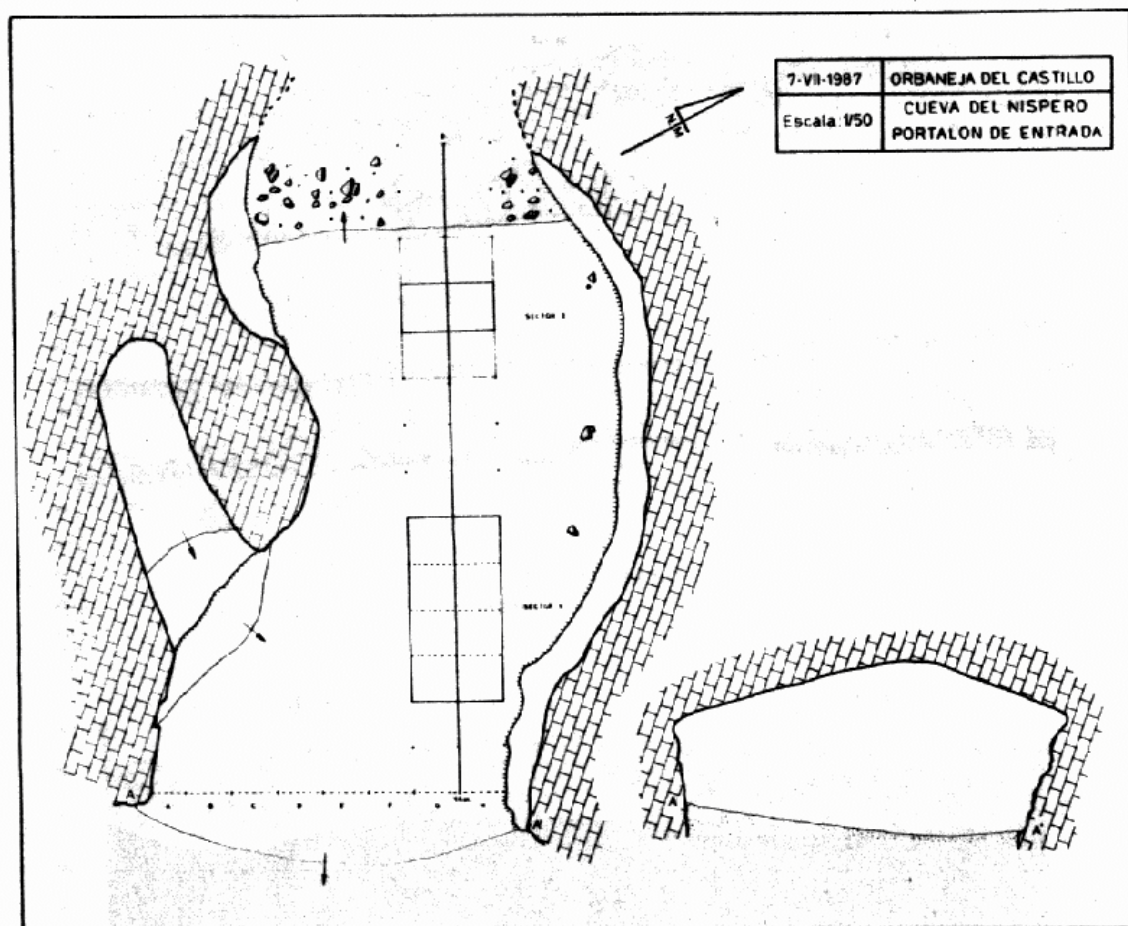


Fig.22 a.- Planta de la Sala 1 e indicación de los sectores excavados, según Corchón Rodríguez, 1988-1989.

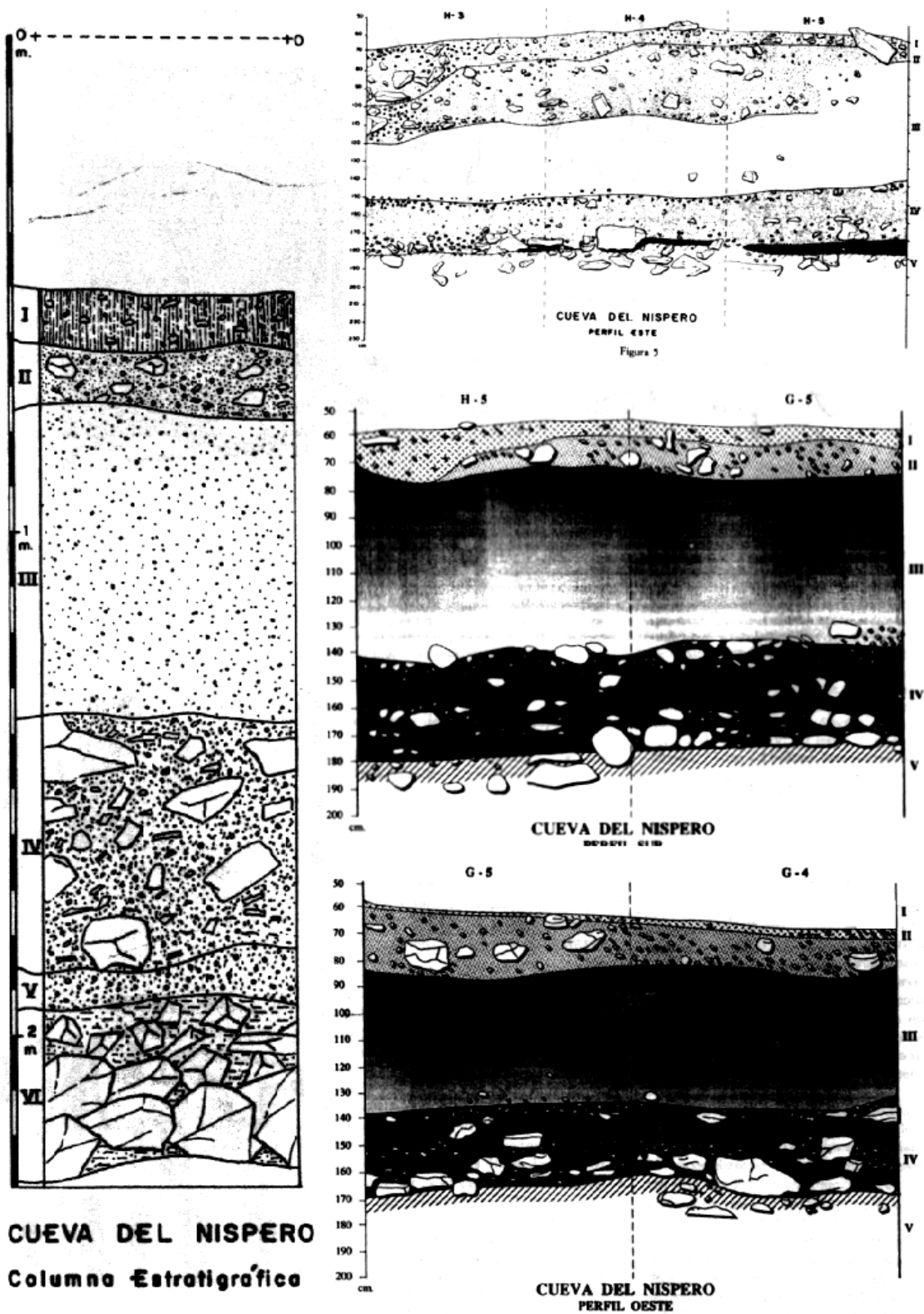


Fig. 22 b.- Columna estratigráfica y perfiles de los sectores excavados, según Corchón Rodríguez, 1988-1989.



Fig.22 c.- Industria lítica de la base del Nivel IV; abajo, techo del Nivel V, según Corchón Rodríguez, 1988-1989.

Fig.22 d.- Industria lítica de la base del Nivel IV; arriba parte superior del nivel y abajo parte media, según Corchón Rodríguez, 1988-1989.

1.2. CUEVA LÓBREGA (Torrecilla en Cameros, Logroño)

UTM: 530.400 / 4.676.100

Yacimiento de carácter multiocupacional, ubicado en cueva y situado a 880 metros s.n.m, en la margen izquierda del río Iregua, tributario del Ebro. Esta cavidad se abre en las calizas secundarias del Bajociense Medio, en un barranco encajado en cuya base circula el río y a 169 metros sobre su curso.

La zona es rica en cavidades siendo la mayor parte de ellas conocidas de antiguo y habiendo sido en su mayor parte exploradas desde el último tercio del siglo XIX. Los yacimientos albergados corresponden a la práctica totalidad de la Prehistoria y Protohistoria y este sector constituye, por ello, uno de los más destacados ejes de relación entre las Cuencas del Ebro y del Duero a través de las Sierras de Cebollera y los Picos de Urbión.

La inclusión de este yacimiento en nuestro estudio, aún a pesar de que se encuentra más en relación con la esfera cultural de la cuenca del Ebro, estriba en su situación geográfica –a medio camino entre las tierras del Duero y el Ebro, como señalábamos- y en que ha sido objeto de excavaciones arqueológicas de las que proceden datos más o menos fiables y dataciones radiocarbónicas.

El yacimiento ha sido objeto de al menos tres intervenciones arqueológicas modernas. La primera de ellas se realizó en 1970 (Corchón, 1972), la segunda en 1988 (Barrios y Cenicerós, 1991) y la tercera una década después (Barrios y Cenicerós, 1999) Nos referiremos a cada una de ella de forma sucinta y atendiendo a los datos de estratigrafía así como a aquellos que nos puedan aportar una información complementaria.

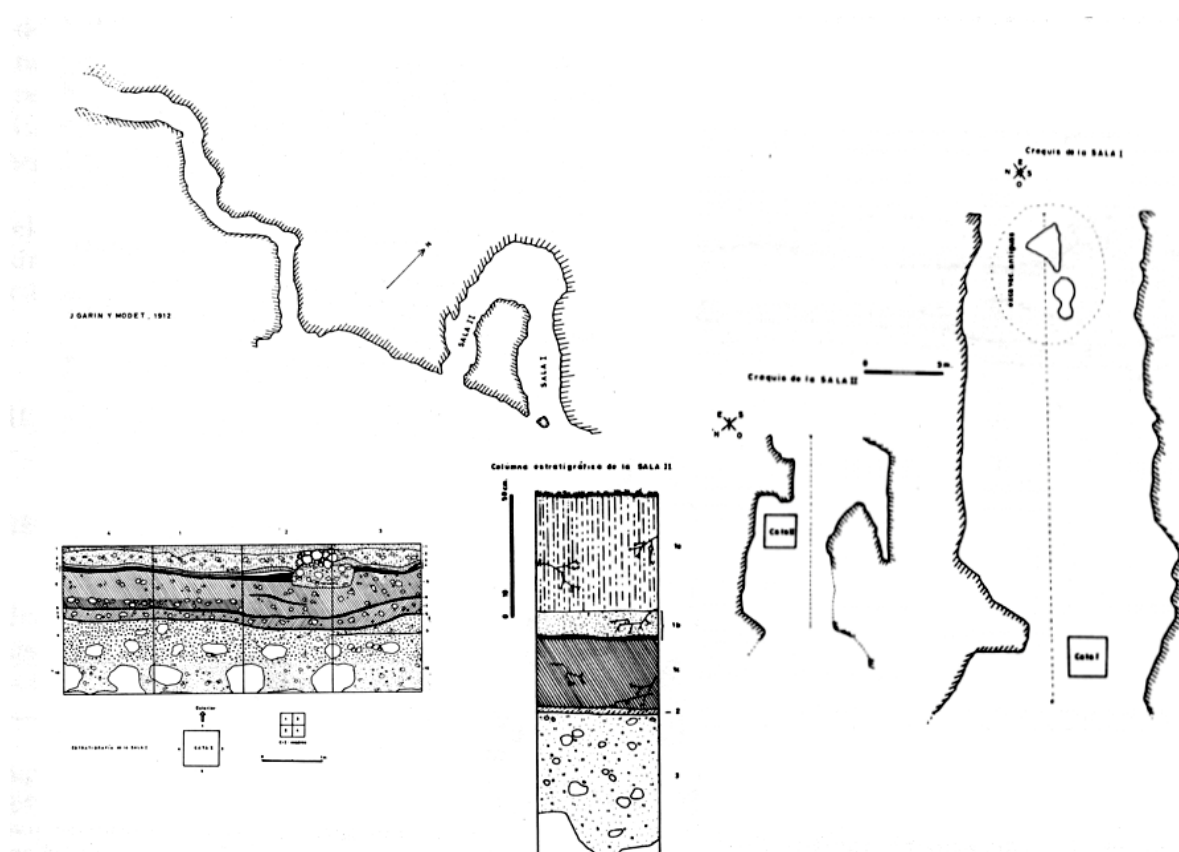


Fig.23.- Planta simplificada de la cueva, áreas de excavación y cortes estratigráficos de la Campaña de 1970, según Corchón Rodríguez, 1972.

Excavación de 1970

Esta intervención, realizada bajo los auspicios de la Universidad de Salamanca, tuvo como objetivo la consecución de una estratigrafía de la cavidad (Corchón, 1972: 60). Para ello se plantearon dos catas de sondeo situadas una en el fondo de la Sala I y la segunda en la entrada de la Sala II (Fig.23).

Las columnas estratigráficas obtenidas fueron dispares en potencia y en niveles detectados y la ausencia de estructuras antrópicas se debe tal vez más que a su inexistencia, a la escasa amplitud de los cortes realizados, 1,5 x 1,5 y 1,25 x 1,25 respectivamente.

Corte 1- Sala I

Se localizaron, de techo a muro hasta 10 eventos deposicionales (Tabla 24) de estructura sedimentológica diferenciada.

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN CULTURAL
1	Fértil-revuelto	Moderna
2	Fértil	Edad del Bronce
3	Fértil	Edad del Bronce
4	Fértil	Neolítico?
5.1	Fértil	Neolítico
5.2	Estéril	Geológico-reactivación
6	Estéril	Geológico-reactivación
7	Estéril	Geológico-reactivación
8	Estéril	Geológico
9	Estéril	Geológico
10	Estéril-roca madre	Geológico

Tabla 24.- Secuencia geocultural simplificada.

Corte 2- Sala II

Se localizaron, de techo a muro cinco eventos deposicionales (Tabla 25) de estructura sedimentológica diferenciada y que se engloban en tres niveles.

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN CULTURAL
1 a	Fértil-revuelto y raíces	Edad del Bronce
1 b	Fértil con raíces	Edad del Bronce
1 c	Fértil con raíces	Edad del Bronce
2	Poco Fértil	Neolítico?
3	Estéril- Roca madre	Geológico

Tabla 25.- *Secuencia geocultural simplificada del corte 2.*

Material arqueológico

El material arqueológico recuperado en esta primera intervención arrojó un conjunto desigual de restos, siendo dominante la presencia de cerámicas y bastante escasos los elementos líticos.

Como era de esperar, atendiendo a las diferencias estratigráficas y sedimentarias, el repertorio material de las catas I y II resulta bastante alejado el uno del otro lo cual parece tener un aparente origen cultural derivado del uso diferencial de la cavidad en los distintos momentos en los que fue ocupada.

Presentaremos los materiales conforme se hizo en la publicación original si bien nos centraremos en el análisis exhaustivo tan sólo de los niveles de inequívoca cronología neolítica. No obstante se ofrecen datos numéricos y cualitativos referentes a los cortes restantes con la finalidad de atender a la posible evolución diacrónica en el uso de la cavidad.

Respecto al material recuperado en el Corte II de la Sala 2 no resulta sencillo pronunciarse sobre él. Si bien es posible que en las capas inferiores –nivel 1c y II- a algunos de los fragmentos decorados con acanalados les corresponda una cronología neolítica, lo atípico de los materiales, la aparente homogeneidad del tramo sedimentario y del material, que señalan momentos avanzados de la Edad del Bronce, nos inclinan a dejarlo fuera de consideración.

NIVEL	Cerám. Decorada	Cerám. Lisa Selecta	Cerám. Lisa General	I. Lítica	I. Ósea
2	18	40	183	5	3
2/3	4	19	53	1	0
3	4	12	69	1	0
4	7	24	94	8	1
5.1	1	2	9	7	0
5.2	1	3	24	4	0

Tabla 26.- *Material recuperado en el corte I-Sala 1*

Restos faunísticos

De gran interés resulta la publicación de las identificaciones de la fauna por catas y niveles realizada por M.F. Valle y M.A. Berges (1972) y cuyos resultados presentamos a continuación (Tabla 27)

NIVEL	NR	NRI	NMI	Géneros identificados
2	125	69	14	Ss; Ce; Csp; Bsp; Ec; Olsp
3	81	51	10	Ec; Rr; Ss; Csp; Olsp
4	133	31	11	Ss; Rr; Bsp; Ce; Csp; Fsp ; Olsp
5	123	41	13	Bsp; Csp; Esp; Olsp; A

Tabla 27.- *Fauna representada en el Corte I, Sala I, según Valle y Berges modificado. Ss=Sus Scrofa; Ce=Cervus elaphus ;Rr=Rupicapra rupicapra; Csp=Capra sp. ;Bsp=Bos sp ;Ec=Equus caballus;Esp=Equus sp; Csp= Canis sp;Fsp=Felis sp; Osp=Oryctolagus sp;Lsp=Lepus sp;A= Aves –sin especificar- (se ofrece la convención Olsp que agrupa a ambos)*

Dado que hemos dejado fuera del cómputo los materiales procedentes de la Sala II actuaremos igual con la fauna representada. Sí es interesante resaltar que el conjunto de especies representadas no dista mucho en ambos casos. Así, en la Cata 2 destaca la presencia de jabalí,

cabra montés, ciervo, cabra–seguramente doméstica-, vaca, gato salvaje y caballo. Destaca la ausencia total de restos de lagomorfos.

Atendiendo a las representaciones por especies (Tabla 28A) el primer dato que llama nuestra atención es el referente a la fauna del nivel 5, de cronología neolítica. En él las especies de mayor interés cinegético perfectamente representadas en los restantes niveles, están ausentes. No obstante creemos que el caballo y el bóvido podrían estar representando a especies salvajes, si bien no tenemos datos para confirmarlo. Los únicos elementos que podrían ofrecer una atribución cinegética son los lagomorfos, si bien tampoco puede negarse una procedencia debida al aporte de carnívoros en un momento de abandono de la cavidad. Tampoco podemos dejar de recalcar lo reducido de la muestra y del sector excavado que no representa la realidad del yacimiento, sino una muy somera aproximación.

Podemos actuar, no obstante, como hicimos en el estudio de la cerámica y agrupar dentro de un mismo horizonte cultural los niveles 4 y 5, entonces el resultado es menos lacónico, aún cuando no cambian los índices principales (Tabla 28B)

ESPECIE	Nivel2	Nivel3	Nivel4	Nivel5	Nivel6-9	TOTAL
<i>Canis</i>	0	1	1	0	0	2
<i>Felis</i>	0	0	1	1	15	17
<i>Sus scrofa</i>	2	2	1	0	0	5
<i>Cervus elaphus</i>	3	0	1	0	4	8
<i>Rupicapra rupicapra</i>	0	3	1	0	4	8
<i>Capra sp.</i>	6	1	0	2	9	18
<i>Bos sp.</i>	3	0	1	6	1	11
<i>Equus caballus</i>	1	1	0	1	3	6
<i>Oryctolagus sp.;Lepus sp.</i>	1	4	7	5	11	28
<i>Aves</i>	0	0	0	1	6	7
<i>Rodentia</i>	0	0	0	0	1	1
<i>Microtidae</i>	0	0	0	0	1	1
TOTAL	16	12	13	16	54	139

Tabla 28A.- Distribución del número de restos por especies y niveles

El análisis detenido de la gráfica obtenida (Fig.24) no se aleja del patrón esperado para un cazadero en alto si bien faltan elementos que podrían tener una mejor representación en el caso de que la excavación hubiese sido más amplia.

ESPECIE	Nivel 4	Nivel 5	Nivel 4-5
<i>Canis</i>	1	0	1
<i>Felis</i>	1	1	2
<i>Sus scrofa</i>	1	0	1
<i>Cervus elaphus</i>	1	0	1
<i>Rupicapra rupicapra</i>	1	0	1
<i>Capra sp.</i>	0	2	2
<i>Bos sp.</i>	1	6	7
<i>Equus caballus</i>	0	1	1
<i>Oryctolagus sp.;Lepus sp.</i>	7	5	12
<i>Aves</i>	0	1	1
<i>Rodentia</i>	0	0	0
<i>Microtidae</i>	0	0	0
TOTAL	13	16	29

Tabla 28B.- Suma de las faunas de los niveles Neolíticos

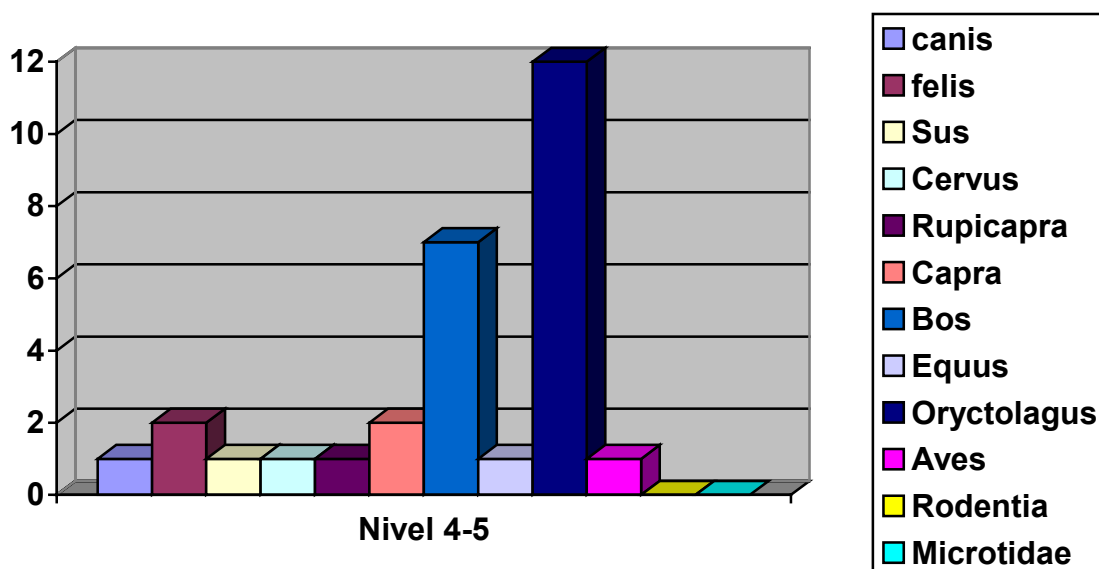


Fig.24.- Gráfica representativa de las especies presentes en los niveles 4-5

Parece existir una cierta orientación hacia la especialización en el aprovechamiento de tres grupos de fauna: lagomorfos, bóvidos y cápridos.

Respecto a la importancia de la presencia de *capra sp* y su interpretación como la base de una pretendida economía pastoril (Corchón, 1972) debemos llamar la atención en primer lugar ante la inexistencia de una identificación precisa que permita asegurar que estamos ante especies domésticas. Además, los elementos identificados nos hacen suponer que podemos estar ante una mezcla de elementos salvajes y domésticos con mayor importancia de los segundos en los tramos iniciales del registro sedimentario. Así puede explicarse al menos la ausencia de *Rupicapra rupicapra* en el tramo superior en consonancia con la notable representación de elementos esqueléticos de otros cápridos. Sin duda un análisis más exhaustivo sobre estos elementos nos ayudaría a deslindar la frontera –a veces sutil- de lo doméstico y lo salvaje que a veces se confunde sobre el papel.

Un dato de interés acerca de la fauna es la presencia en los niveles 4 y 5 de la Sala I de dos molares de gran bóvido fosilizados y que el informe faunístico señala como fuera de su contexto original. Este elemento comienza a ser recurrente en contextos Neolíticos en los que documentamos, cada vez con más frecuencia restos faunísticos exóticos o fosilizados –conchas y huesos especialmente- que fueron recogidos por los grupos humanos del Neolítico. No alcanzamos a comprender si esta recolección se basaba en la curiosidad, en la utilidad de los restos fósiles para elaborar ciertos útiles y adornos –no en vano la fosilización los convierte en más duraderos y resistentes- o sencillamente en la casualidad. No obstante no podemos dejar de señalar también la constante reutilización de materiales líticos paleolíticos sobre los que estos nuevos grupos realizaban útiles.

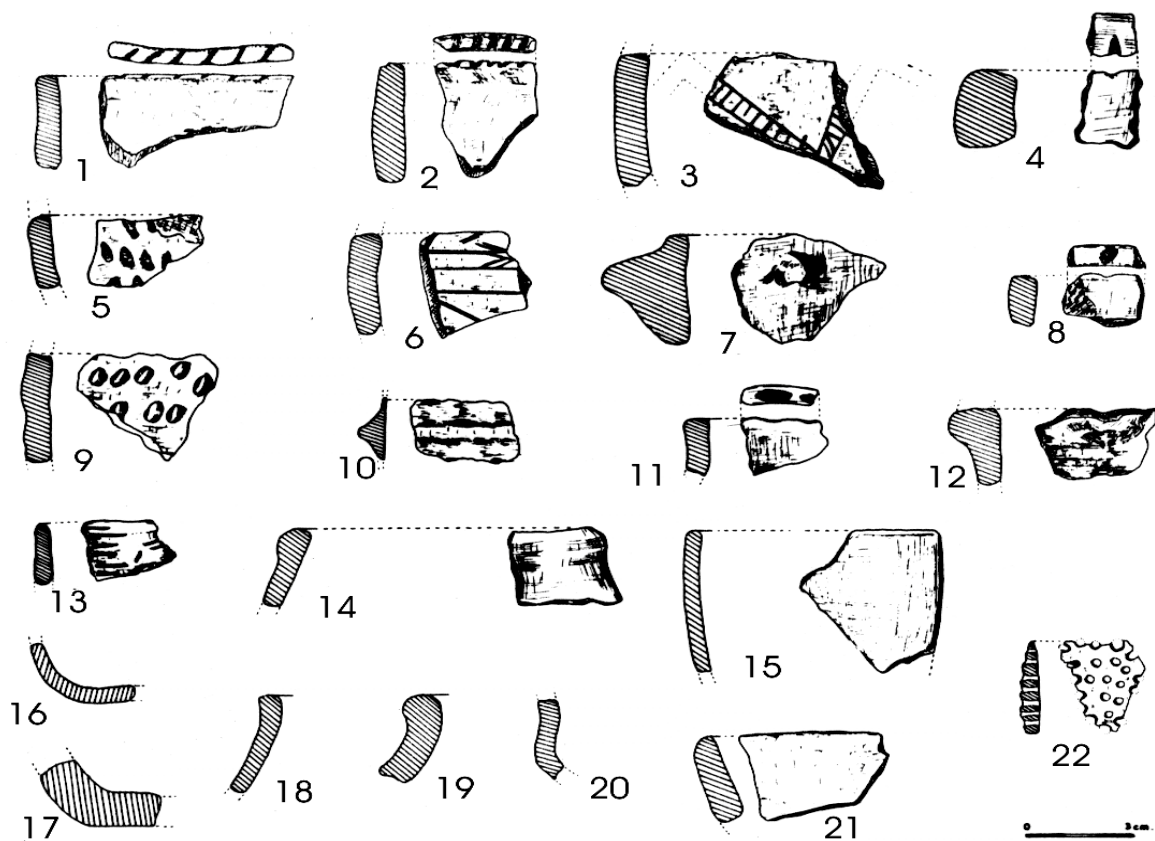


Fig. 25.- Cerámicas recuperadas en el Corte 1, Sala I- Nivel 2, según Corchón Rodríguez, 1972

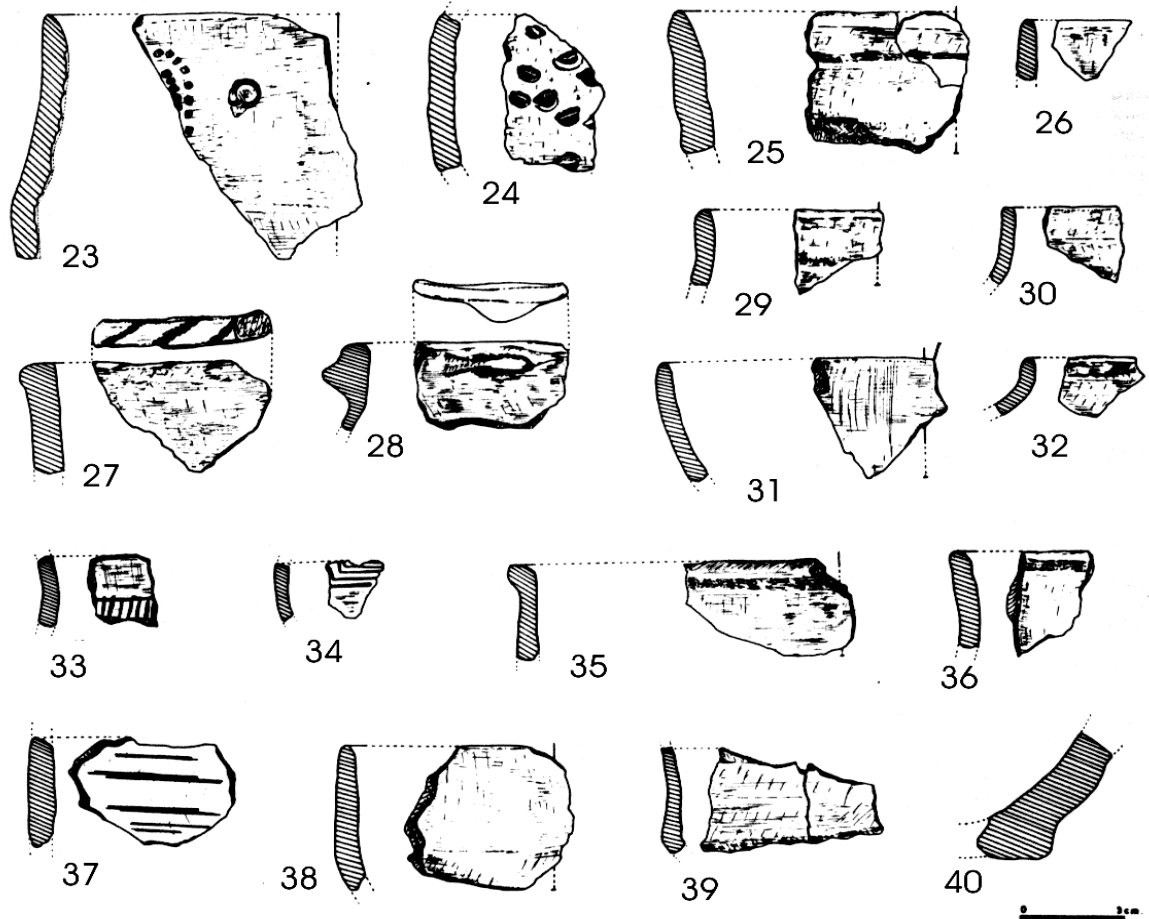


Fig. 26.- Cerámicas recuperadas en el Corte 1, Sala I- Nivel 2/3 y 3, según Corchón Rodríguez, 1972

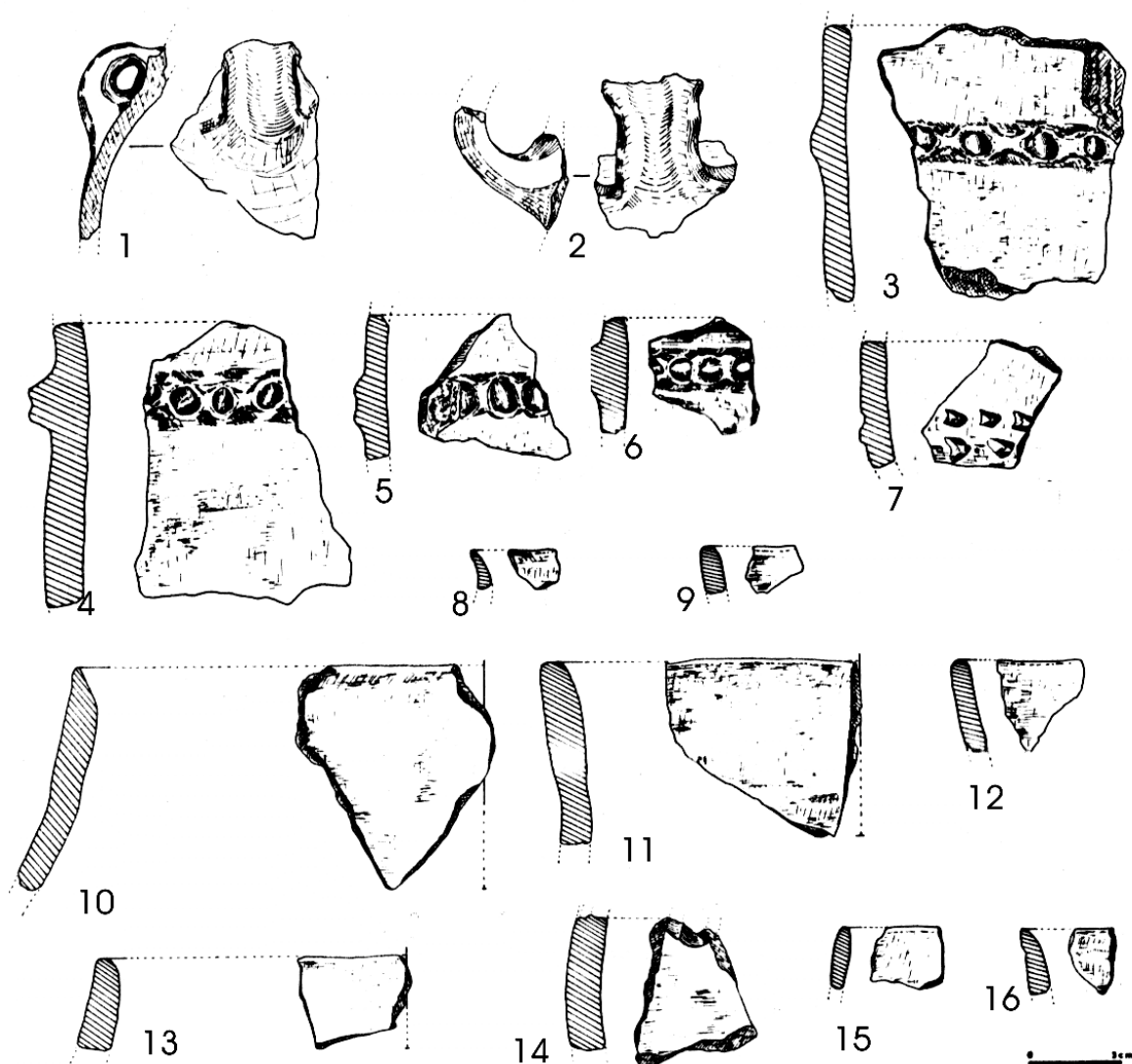


Fig. 27.- Cerámicas recuperadas en el Corte 1, Sala I- Nivel 4, según Corchón Rodríguez, 1972

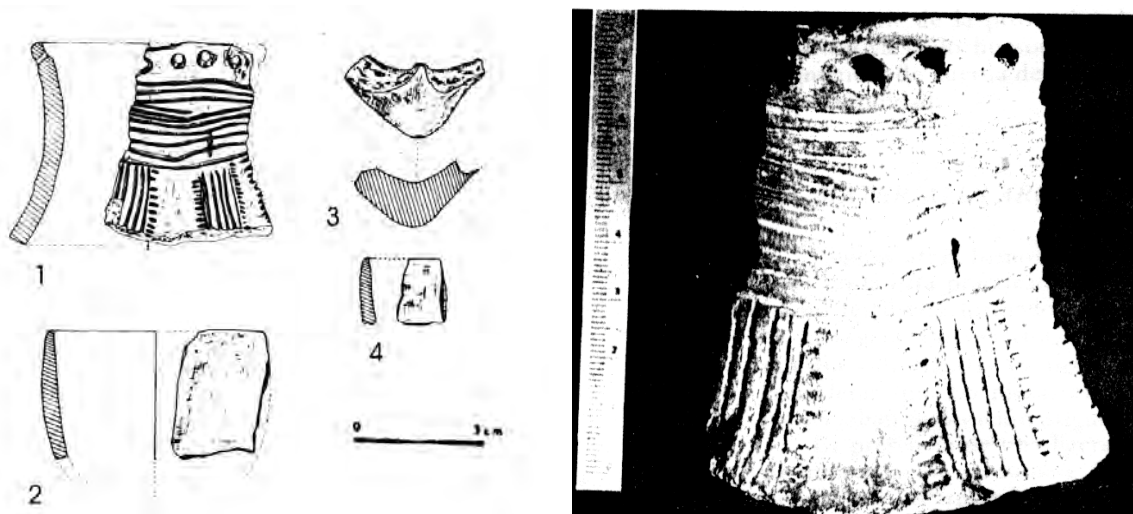


Fig. 28A.- Cerámicas recuperadas en el Corte 1, Sala I- Nivel 5, según Corchón Rodríguez, 1972

Fig. 28B.- Cerámica decorada. Nivel 5, según Corchón Rodríguez, 1972

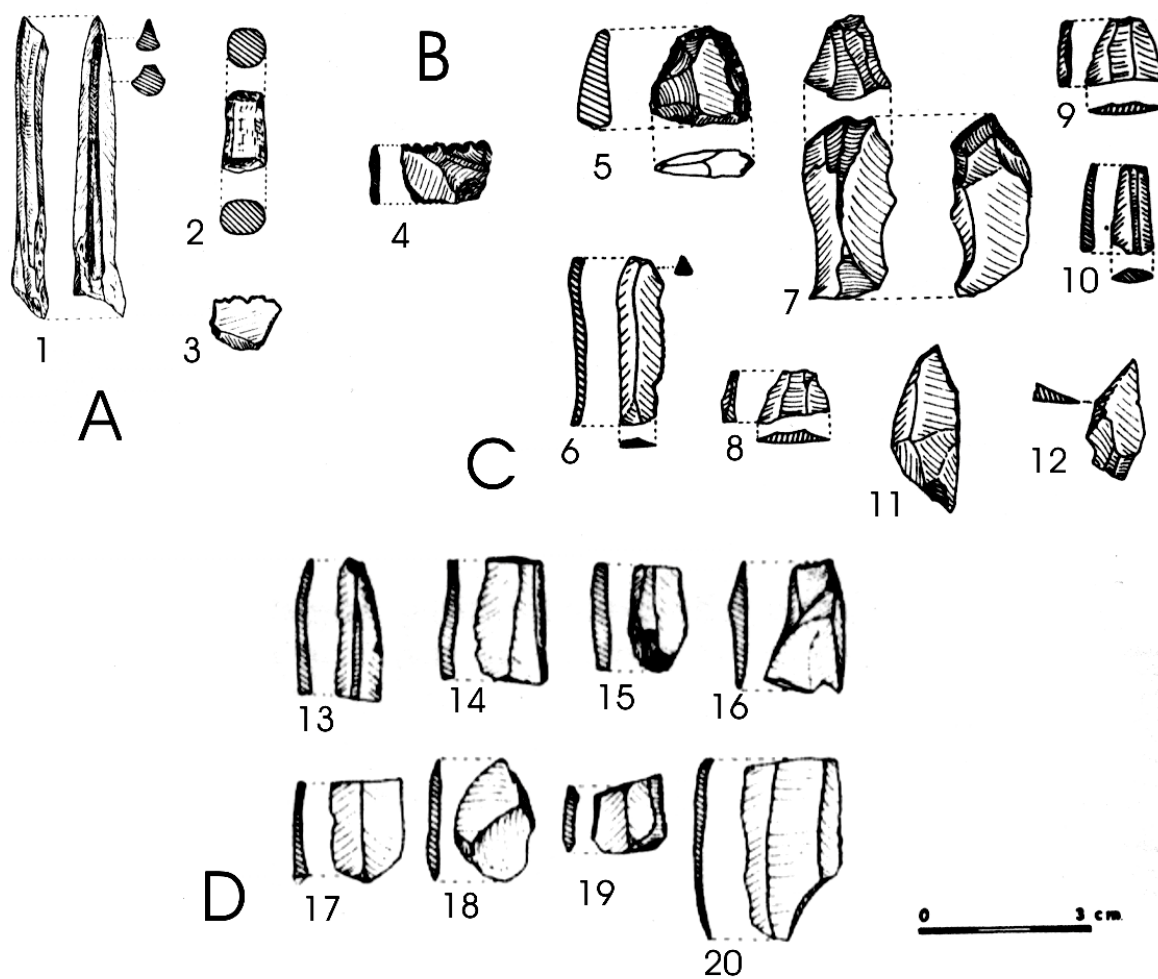


Fig.29.- Industria ósea y lítica recuperada en el Corte 1, Sala I. A.- (1-3) Nivel 2; B.- (4) Nivel 3; C.- (5-12) Nivel 4 y D.- (13-20) Nivel 5, según Corchón Rodríguez, 1972

2. CUENCA DEL DUERO

2.1. ABRIGO DE LA PEÑA (Estebanvela, Segovia)

UTM: 474.100 / 4.578.400

Yacimiento bajo abrigo rocoso de arenisca, situado directamente en el encajonamiento del río Aguisejo sobre los depósitos Miocenos de las estribaciones de la Sierra de Pela. El yacimiento se ubica a 1085 metros s.n.m. y a algo menos de 20 metros sobre el actual cauce del Río Aguisejo (Figs. 30 y 31)

El enclave fue descubierto en 1992 por F. López Ambite durante el desarrollo de las prospecciones dirigidas a la elaboración de la Carta Arqueológica. Entre 1999 y 2003 se realizaron varias campañas de intervención que han originado varias publicaciones hasta la fecha (Cacho *et alii*, 2001; Cacho *et alii*, 2003)

El abrigo se abre al Suroeste y en el momento de su descubrimiento se encontraba prácticamente colmatado por derrumbes de clastos y elementos de arroyada lenta, especialmente limos y arcillas rojas. Las excavaciones realizadas han puesto de manifiesto la existencia de una estratigrafía potente cuya base aún no ha sido alcanzada. De techo a muro la secuencia litoestratigráfica presenta una sucesión de cinco niveles (Tabla 29)

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSC. CULTURAL	CRONOLOGIA BP
I	FÉRTIL-ARROYADA DIFUSA	MAGDALENIENSE FINAL?	11060+/-50 - 11170+/-50
II	FÉRTIL-ARROYADA DIFUSA Y DECANTACIÓN	MAGDALENIENSE FINAL	9950+/-40 - 11400+/-120
III	FÉRTIL-ARROYADA?	MAGDALENIENSE SUPERIOR	12360+/-50 - 12270+/-40
IV	FÉRTIL-FLUJO DENSO TIPO DEBRIS FLOW	MAGDALENIENSE s.l.	s.d
V	ESTÉRIL-ARROYADA DIFUSA	?	s.d

Tabla 29.- Columna litoestratigráfica de La Peña de Estebanvela

El interés fundamental de este yacimiento estriba en que arroja algo de luz sobre el poblamiento previo al desarrollo de la neolitización en las tierras del interior al tiempo que permite establecer una primera aproximación a la dinámica de poblamiento existente en la transición entre el Pleistoceno Superior Final y el Holoceno para el sector meseteño.

Material arqueológico

Industria lítica

La industria tallada está elaborada preferentemente en sílex de muy buena calidad y diversa tonalidad, abundando el blanco y en menor medida el gris, negro y marrón. No obstante también comparecen otras materias primas que en niveles inferiores ganan cierta relevancia, especialmente el cristal de roca (Tabla 30)

Materia Prima	NIVEL I	%	NIVEL II	%	NIVEL III	%	NIVEL IV	%
SILEX	1680	97	11404	97.91	3554	87.24	706	78.88
CUARCITA	26	1.5	103	0.89	202	4.96	64	7.12
CUARZO	7	0.38	84	0.72	155	3.8	15	1.72
CRISTAL ROCA	14	0.81	54	0.46	152	3.75	105	11.71
CALIZA	5	0.31	2	0.02	10	0.25	5	0.57

Tabla 30.- Representación de materias primas por niveles, según Cacho *et alii*, 2003

Si bien los autores publican una aproximación a la industria basada en la clasificación tradicional de Bordes, para nuestro propósito de comparación con las series tratadas en esta obra nos es suficiente con unos índices mucho más generales (Tabla 31)

Los datos contenidos en las tablas que muestran la representación de los diferentes Índices industriales son bastante significativos (Fig.32 y 33) En las tablas queda clara la coherencia del comportamiento industrial, notable entre los niveles I y II que parecen representar en lo esencial a un mismo grupo industrial y con ciertos matices diferenciadores entre estos dos niveles y los inmediatamente inferiores (III y IV) que aún dentro de la misma coherencia representan un paulatino descenso de la importancia de los buriles desde las series más antiguas (Nivel IV) a las más recientes (Nivel III)

	NIVEL I	%	NIVEL II	%	NIVEL III	%	NIVEL IV	%
B	4	3.6	6	2.98	8	20	5	27.7
R	60	54.05	85	42.28	22	55	5	27.7
P	5	4.5	5	2.48	2	5	0	0
G	0	0	1	0.49	0	0	0	0
MD	4	3.6	6	2.98	5	12.5	0	0
LBA	2	1.8	3	1.49	0	0	0	0
Lba	35	31.53	89	44.27	23	57.4	8	44.44
Punta Aziliense	1	0.9	7	3.48	0	0	0	0
TOTAL	111	100	201	100	40	100	18	100

Tabla 31.- Tipos representados, basado en Cacho et alii, 2003

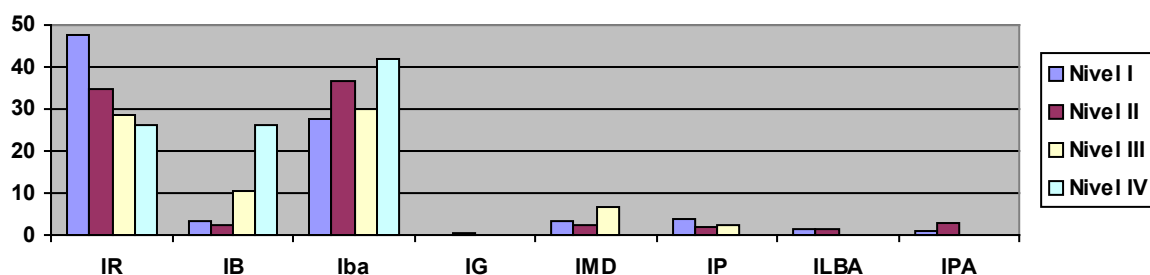


Fig.32.- Representación de Índices industriales por niveles

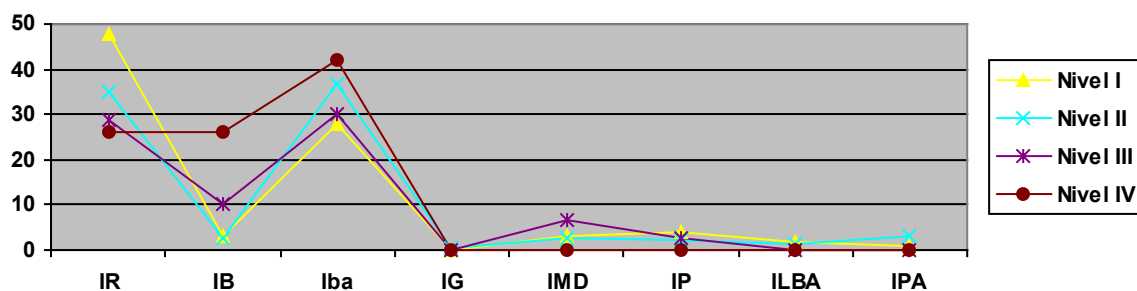


Fig.33.- Gráfica comparativa de Índices industriales por niveles

Industria ósea

Hablar del Magdaleniense ha sido durante decenios sinónimo de hablar de una industria ósea rica y en la que algunos elementos característicos –los arpones- figuran como fósiles guía. Desde luego esta tónica se rompe en los contextos meseteños donde sí aparecen azagayas, agujas y otros elementos, nunca muy destacados a decir verdad, pero que hasta la fecha no ha deparado, en los escasos yacimientos conocidos, ninguna evidencia de arpones, ni una industria ósea rica y variada.

En La Peña de Estebanvela se han recuperado cerca de dos decenas de elementos óseos en un conjunto formado por punzones, azagayas, espátulas y agujas localizadas en su totalidad en el Nivel II. Del Nivel I procede también una aguja completa con perforación basal. Uno de los fragmentos de espátula presenta evidencias de incisiones cortas paralelas entre sí, enmarcable en el grupo de las denominadas “marcas de caza” (Barandiarán, 1967: 360)

Elementos de adorno

La totalidad de este tipo de elementos procede del Nivel II. La pieza mejor representada es la concha de *Hinnia reticulata* perforada. También se encuentran representados al menos 2 caninos atrofiados de cérvido, también localizados en el Nivel II (Cacho et alii, 2003: 33)

Plaquetas decoradas

Las piezas más significativas del yacimiento son un notable conjunto de plaquetas decoradas con motivos geométricos y en algún caso naturalistas. Todas ellas encajan perfectamente dentro del denominado arte Aziliense (D'Errico, 1994)

Se han recuperado un total de 35 piezas de las que 2 muestran representaciones de équidos. Los soportes elegidos son los cantos planos y alargados, aunque a veces aparecen placas o plaquetas, casi en todas las ocasiones de esquisto. Estas piezas fueron recuperadas en los niveles I (9 piezas), II (18 piezas) y III (2 piezas), mientras que 6 piezas aparecieron fuera de contexto.

Las plaquetas con evidencias de grabado naturalista corresponden al Nivel II y al menos en una ocasión estas representaciones de équidos se superponen a grabados geométricos (Cacho *et alii*, 2003: 33). El elemento decorativo más representado es aquél que muestra dos series de trazos paralelos enfrentados, separados por un espacio central libre de grabados o en ocasiones con incisiones paralelas al eje de la pieza (Fig.36).

Es importante hacer hincapié en este extremo por el valor que presenta este tipo de esquemas en el mundo aziliense pero también porque este será el esquema mejor representado en algunos de los conjuntos cerámicos del interior peninsular lo que como veremos más adelante podría tener su valor dentro del marco interpretativo.

Los motivos escaleriformes y aquellos en espiga son también comunes al repertorio de La Peña de Estebanvela, elementos además harto frecuentes en cerámicas y pinturas rupestres de contextos Neolíticos, lo cual podría dejarnos una línea de interpretación abierta hacia la continuidad de ciertos esquemas y la verdadera incidencia continuista del substrato indígena.

Restos faunísticos

Uno de los más destacados datos obtenidos de las excavaciones del Abrigo de la Peña es el referente a la muestra ósea recuperada. En total esta asciende, hasta la campaña de 2002 a 23157 restos de los que tan sólo 2358 han podido ser determinados de forma anatómica y taxonómica.

Lo más destacado es la alta fragmentación de la muestra. En torno al 91.5% de los restos presenta una metría inferior a los 3 cm. Existe un comportamiento diferencial a este respecto puesto que los mayores índices de fragmentación corresponden al nivel III mientras que los más bajos se asocian al Nivel I (Cacho *et alii*, 2003: 23). Las especies representadas muestran un predominio notable de los équidos y cápridos (Tabla 32).

TAXÓN	NR I	NR II	NR III	NR IV	TOT. NR	NMI I	NMI II	NMI III	NMI IV	TOT. NMI
Eh	3	5	0	0	8	2	2	0	0	4
Ec	38	353	31	0	422	3	4	1	0	8
Ce	9	62	33	3	107	1	2	1	1	5
Ss	0	0	2	0	2	0	0	2	0	2
Cc	0	1	1	0	2	0	1	1	0	2
Cp	16	154	69	17	256	1	3	2	1	7
Cp/Rr	26	4	2	15	47	0	0	0	0	0
Rr	3	0	0	0	3	2	0	0	0	2
Li	1	0	0	0	1	1	0	0	0	1
Vv	2	0	0	0	2	1	0	0	0	1
Fs	2	0	0	0	2	1	0	0	0	1
Total	100	579	137	35	851	12	12	7	2	33

Tabla 32.- Representación de taxones por niveles, según Cacho *et alii*, 2003. Eh= *Equus Hydruntinus*; Ec= *Equus caballus*; Ce= *Cervus elaphus*; Ss= *Sus Scropha*; Cc= *Capreolus capreolus*; Cp= *Capra pyrenaica*; Rr= *Rupicapra rupicapra*; Li= *Lynx lynx*; Vv= *Vulpes vulpes*; Fs= *Felix silvestris*

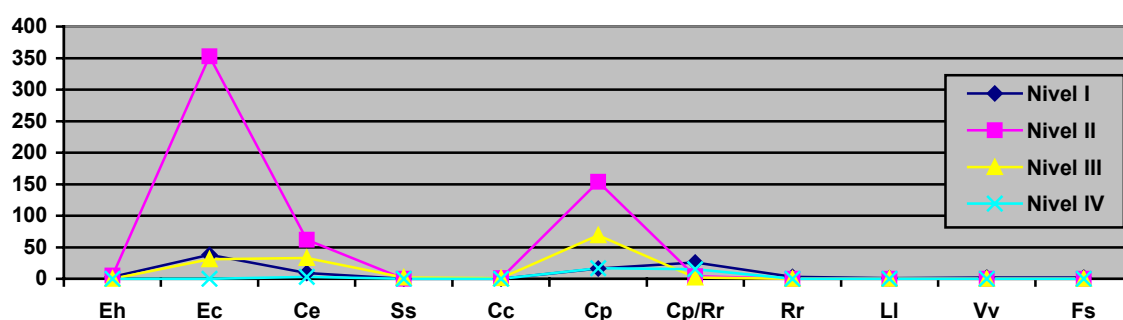


Fig.34.- Representación de taxones por nivel según los números de restos

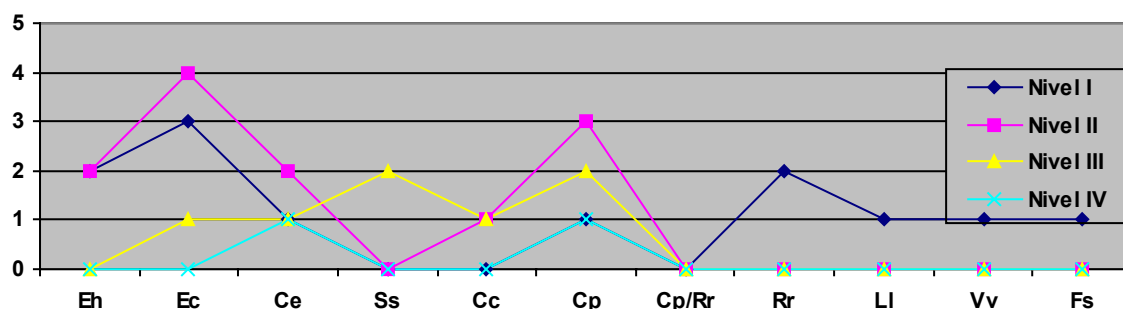


Fig.35.- Representación de taxones por nivel según el NMI

Los datos de los gráficos representativos de los taxones de fauna (Fig. 34 y 35) son bastante significativos. Atendiendo al primero de ellos observamos que la magnificación de los datos cuantitativos camufla el verdadero comportamiento paleoeconómico de los habitantes del yacimiento. Así podemos señalar a la vista de ese primer gráfico la siguiente desigualdad genérica:

2 es diferente de 1,3,4

Más preciso es el segundo gráfico aún cuando el número de individuos representados se nos antoje algo escaso. De todos modos observamos las siguientes equivalencias y desigualdades:

1=2 y diferente de 3,4

Éstas señalan la existencia de un comportamiento económico basado en la caza especializada del caballo en los dos primeros niveles y una mayor amplitud del espectro cinegético en el nivel III donde el acento parece estar puesto en la caza del jabalí y la cabra.

La presencia de lince, zorro y gato silvestre en el primer nivel han de ser consideradas como aportes naturales ocasionados con motivo del abandono del yacimiento.

Un dato relevante es el derivado del estudio tafonómico de los restos, especialmente el referido a las marcas de corte y presencia de fuego sobre los huesos (Tabla 33)

	NIVEL I	NIVEL II	NIVEL III	TOTAL
MARCAS DE CORTE	38	145	81	264
HUESOS QUEMADOS	282	1828	341	2451
TOTAL	320	1973	422	2715

Tabla 33.- Presencia de evidencias de actuación antrópica sobre los restos óseos

Advertimos que es precisamente el nivel II el que más evidencias de antropización presenta sobre los restos óseos. A este hecho debemos añadir que es precisamente en este nivel donde se detecta la existencia de al menos una estructura de combustión en forma de hogar de doble cubeta rodeado de cantos y de 89 cm de anchura máxima (Cacho *et alii*, 2003: 26) Esta estructura aparece apoyada sobre una roca que limita el espacio del abrigo hacia el sector oriental del mismo,

en una disposición similar a la del hogar que detectamos en el abrigo de acceso a la madrileña Cueva de La Ventana.



Fig.30.- Vista general del yacimiento y su emplazamiento, a la izquierda el actual curso del río Aguijejo.



Fig.31.- Vista general del corte estratigráfico de la excavación. Obsérvese el espeso lentejón grisáceo derivado del proceso de infiltración de cenizas y carbones.

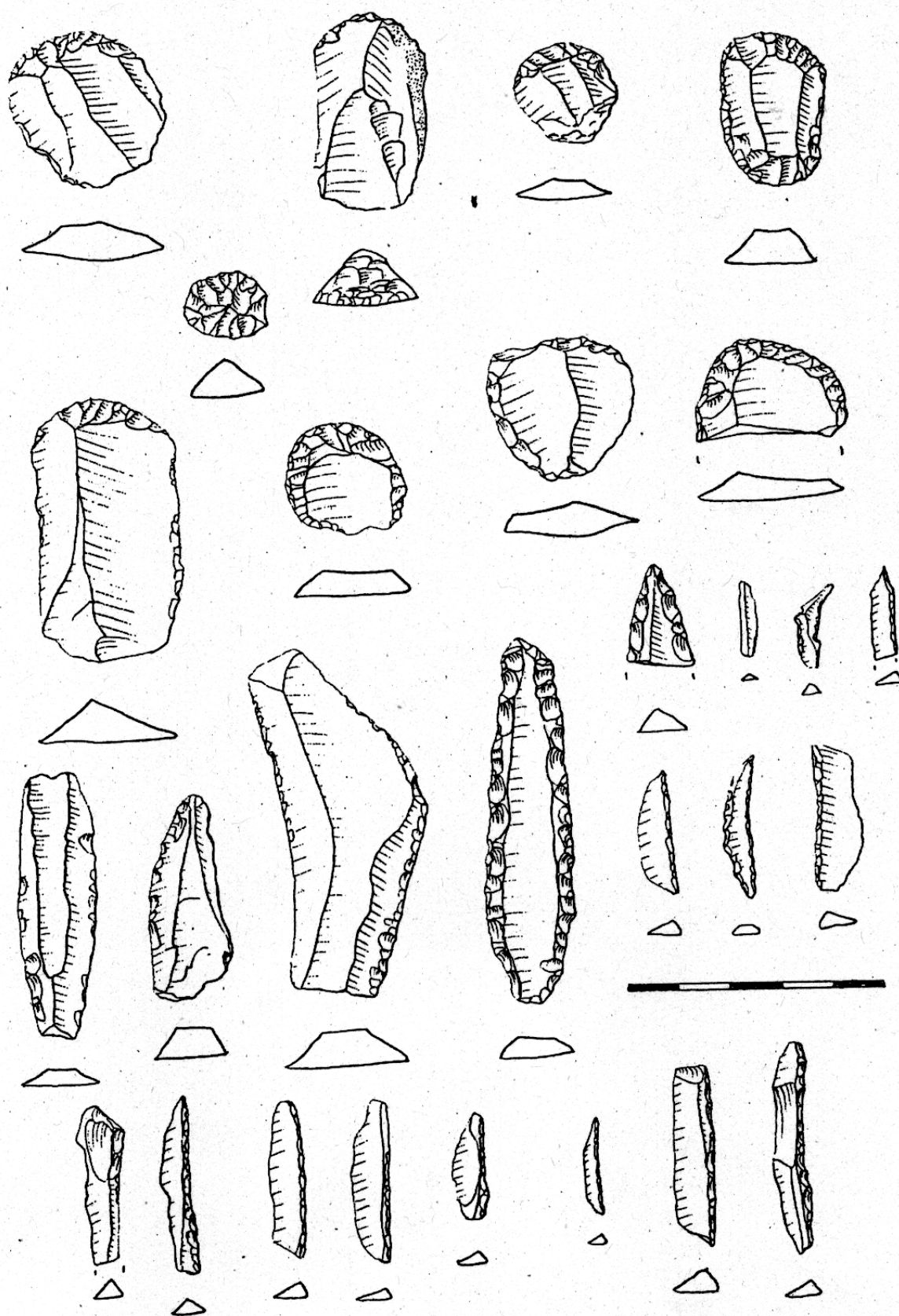


Fig.36.- Industria lítica del Nivel II, según Cacho et alii, 2003

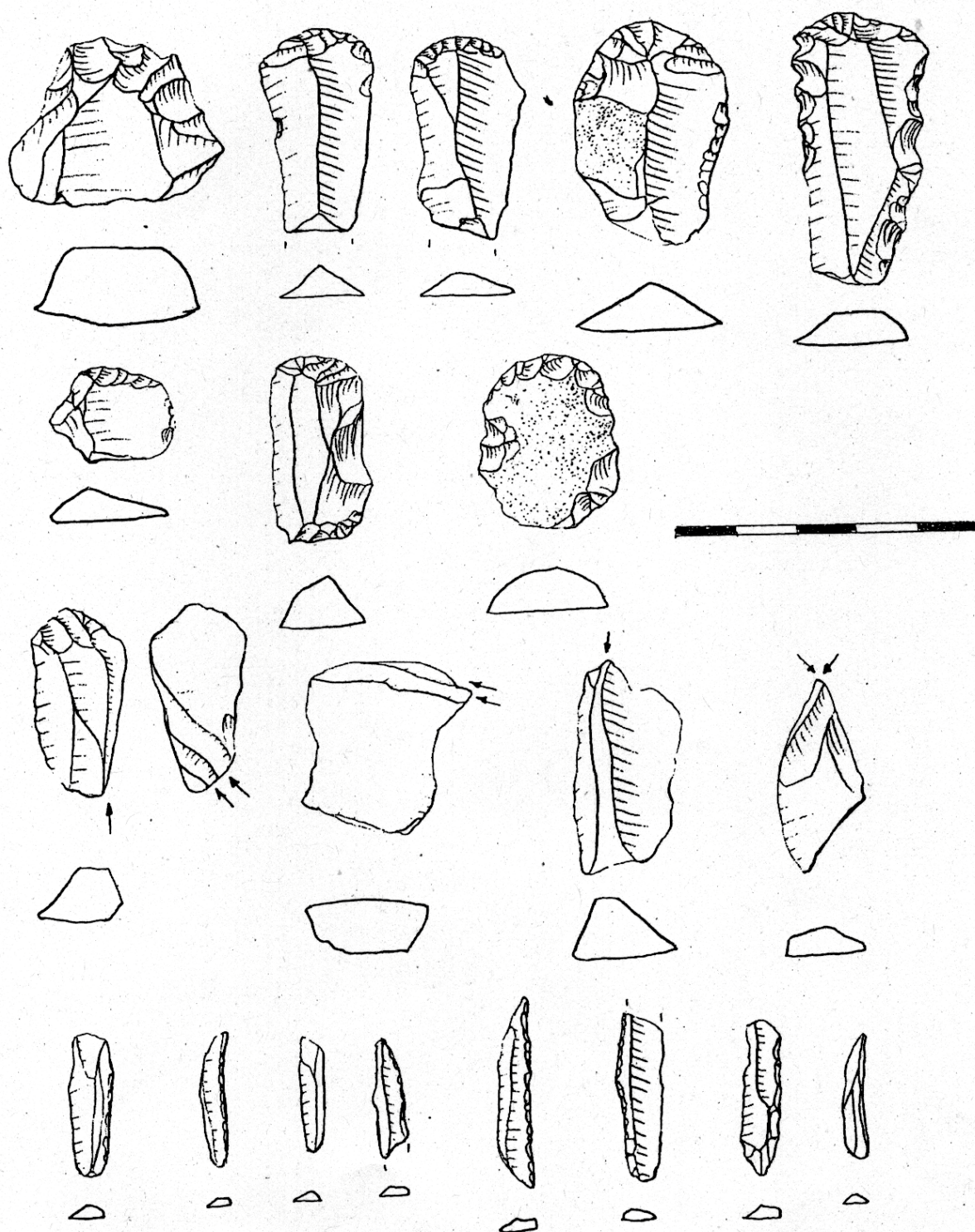


Fig.37.- Industria lítica del Nivel III, según Cacho et alii, 2003

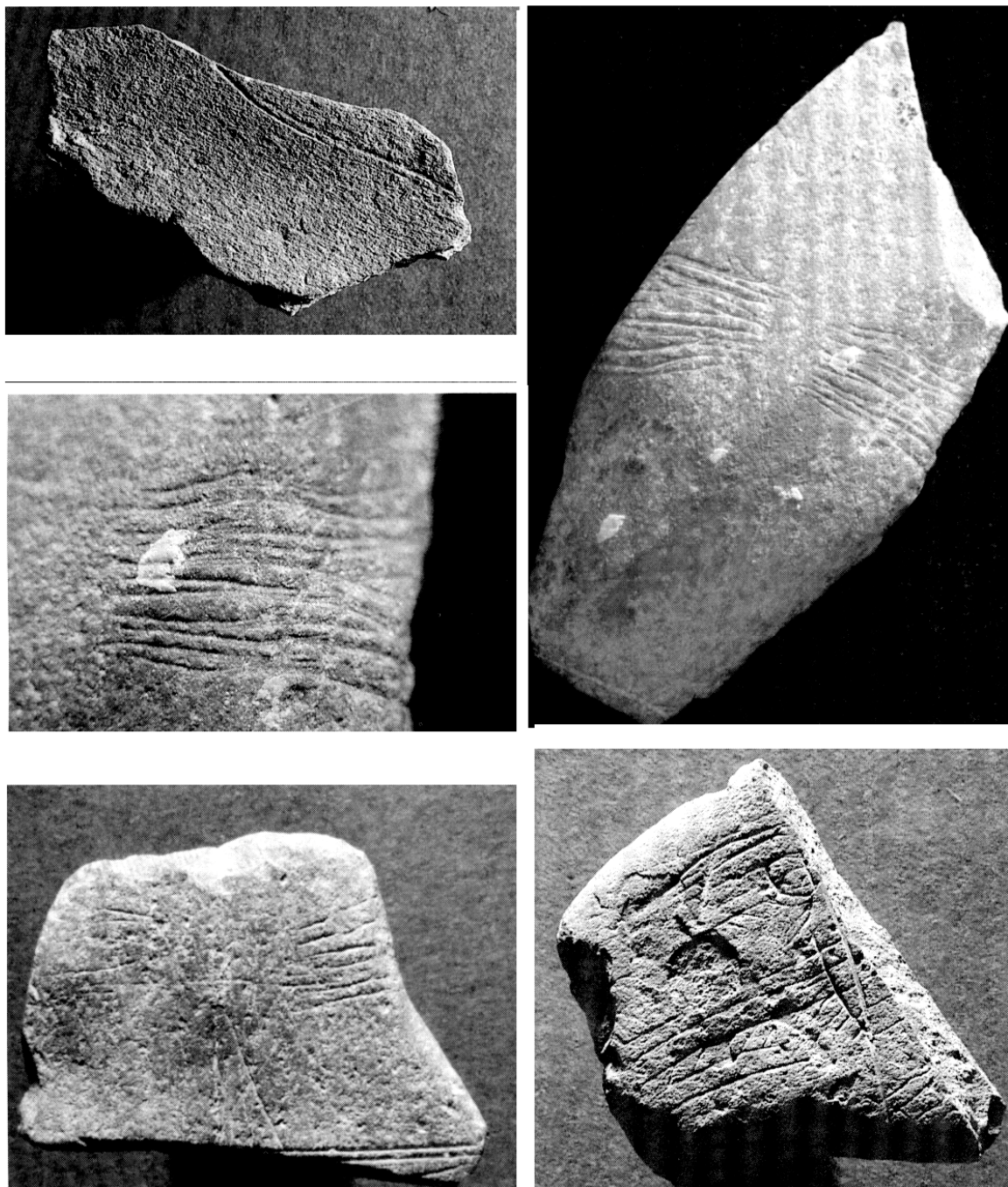


Fig.38. - *Detalle de algunas de las plaquetas decoradas recuperadas en la Peña de Estebanvela, según Cacho et alii, 2001*

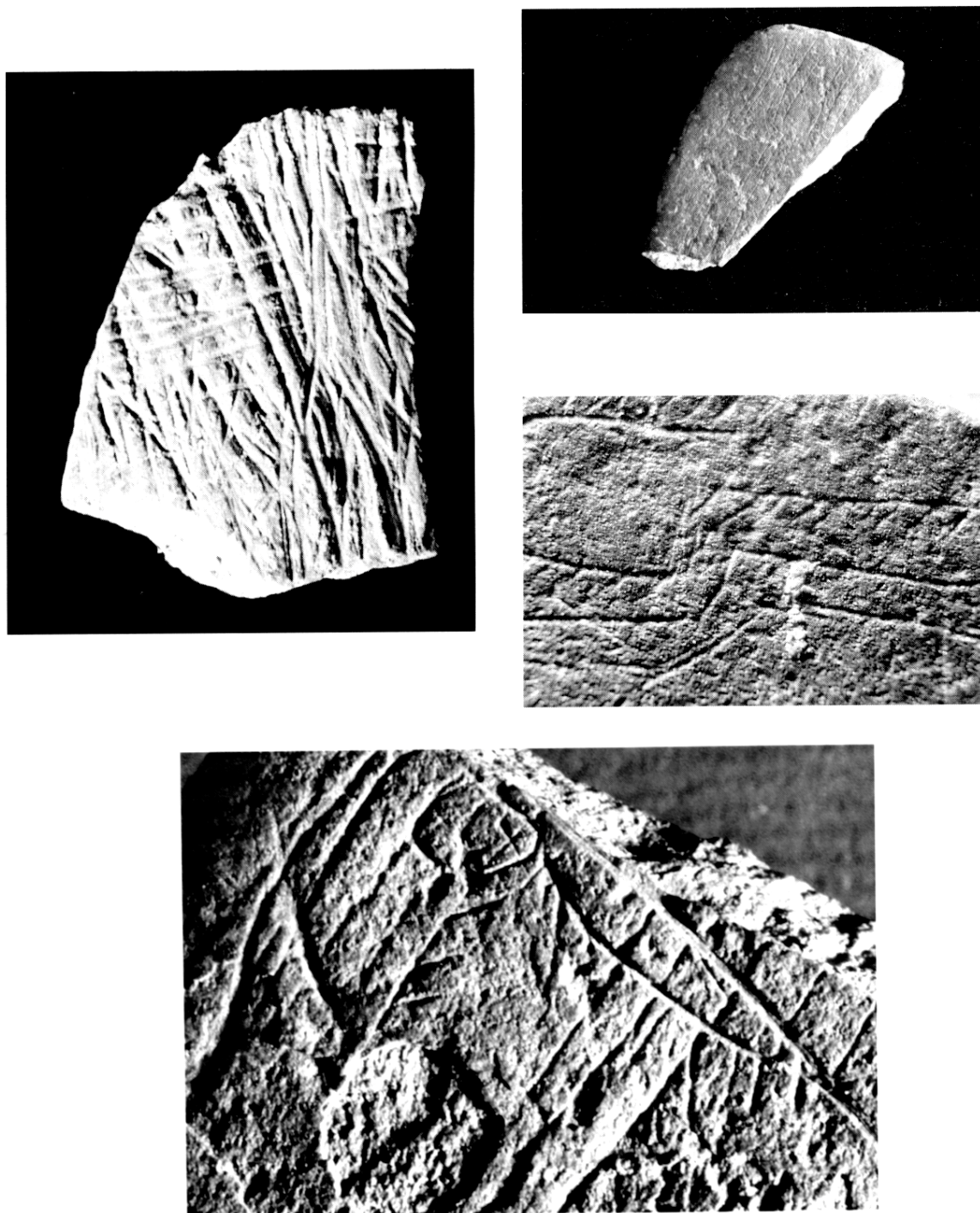


Fig. 39.- Detalle de algunas de las plaquetas decoradas recuperadas en la Peña de Estebanvela, según Cacho et alii, 2001

2.2. LA DEHESA (Tejado de Béjar, Salamanca)

UTM: 283.000 / 4.482.000

Yacimiento ubicado en una de las laderas de la elevación granodiorítica de facies porfídicas salmantina conocida como Cerro de El Berrueco. El enclave se sitúa a 1200 metros s.n.m. a 5 kilómetros del curso del Río Tormes y a menos de 1 kilómetro de los Arroyos del Colmenar o de Las Lagunas, en una zona de control estratégico del curso medio de esta cuenca fluvial y del tránsito entre la subMeseta norte y las tierras alto-extremeñas.

El yacimiento fue excavado e investigado por J.F. Fabián (1986; 1997) quien lo interpretó como un asentamiento de facies magdaleniense. Esta atribución ha sido puesta en entredicho por diversos investigadores toda vez que se basa exclusivamente en el estudio tecno-tipológico de la industria recuperada y carece de dataciones radiocarbónicas que la confirmen.

El grueso de la colección estudiada procede de recogidas de superficie (Fabián, 1986) si bien según este autor las excavaciones realizadas confirman en todos los extremos los datos obtenidos (*Ibidem*, 1997)

En las excavaciones realizadas en Junio de 1983 por el Museo de Salamanca se realizó un corte estratigráfico que dio como resultado la existencia de un único nivel de ocupación establecido sobre una estratigrafía simple desarrollada en tres estratos (Tabla 34)

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	CARACTERÍSTICAS
I	FÉRTIL (cerámica y lítico)	Desc. Granito. Tierras de depósito.
II	FÉRTIL (lítico)	Desc. Granito. Tierra compacta
III	ESTÉRIL	Roca madre- granito

Tabla 34.- Secuencia geocultural del yacimiento.

Problemática del yacimiento

La Dehesa presenta una problemática compleja derivada de la aceptación o no de la cronología superopaleolítica propuesta por Fabián. El yacimiento se encuentra enclavado a media ladera, a una altura importante, dentro del ámbito de confluencia de nutrido conjunto de yacimientos prehistóricos y protohistóricos que se asocian al Cerro del Berrueco. Así, en la cima se localiza el castro protohistórico del Cancho Enamorado, objeto de excavación por parte de J. Maluquer de Motes (1958) y cuya adscripción general lo asemeja a la Cultura de Cogotas I.

Años antes C. Morán señaló la existencia en ese mismo ámbito de influencia de varios yacimientos arqueológicos que hoy en día se concretan en La Mariserva –localizado en un pequeño altozano gemelo del Berrueco–, Las Paredejas, Los Tejares, El Hontanar y este de La Dehesa, todos ellos ubicados a media ladera y con materiales de cronologías diversas que abarcan desde el inicio del Calcolítico alcanzando la Edad del Bronce.

Fabián, para diferenciar la cronología de La Dehesa respecto a los restantes yacimientos se apoyó en el hecho de que los únicos materiales cerámicos detectados a techo de la estratigrafía y en superficie correspondían a pequeños fragmentos decorados, en ocasiones, con técnica de boquique. Estos fragmentos –que el autor no publica– en palabras del investigador “(...) *no admiten ninguna preocupación por su desconexión cronológica y cultural con lo que es la industria del yacimiento*” (Fabián, 1986: 104)

Es cierto que en 1983-1986 esta asunción podía ser mantenida casi sin tapujos. Hoy la cuestión es más compleja. Por un lado el número creciente de datos referentes al Neolítico recuperados en los yacimientos extremeños y por otro los avances de la investigación respecto al Epipaleolítico de la Meseta nos obliga a ser cautos y a abordar este yacimiento desde un punto de vista diferente.

Material arqueológico

Los restos materiales recuperados en este yacimiento se circunscriben a un notable y homogéneo conjunto lítico así como algunos fragmentos de cerámica de los que tan sólo sabemos que, en ocasiones, mostraban esquemas decorados mediante técnica de boquique y que Fabián asoció, sin vacilaciones, al horizonte Cogotas I del Cancho.

No podemos menospreciar, dada la ubicación del yacimiento en el nudo de enlace de las tierras alto-extremeñas y de la Meseta Norte, ese conjunto de cerámicas decoradas con técnica de boquique, máxime cuando parece haber sido este tipo de material el más común de los grupos Neolíticos extremeños y ciertamente abundante en contextos meseteños.

¿Podría entonces definir la Dehesa el perfil de la industria sobre piedra tallada de un horizonte tecnocultural neolitizado y no el de un momento cronológica y culturalmente anterior?. Dada la ausencia de dataciones y de otros elementos de referencia tan sólo podemos acudir al estudio de la secuencia estructural ofrecida por la industria lítica y su comparación con las secuencias de otros yacimientos.

Industria lítica

El conjunto lítico de La Dehesa aparece dominado por el sílex y el cristal de roca como materias primas (Tabla 35)

Restos	% SILEX	%CRISTAL ROCA	%CUARZO	%OTROS
Total de restos	68.4	21.3	8.04	2.08
Útiles	68.3	25.3	1.05	5.20
Desechos talla	63.5	22.9	11.2	2.08

Tabla 35.- Relación porcentual de materias primas.

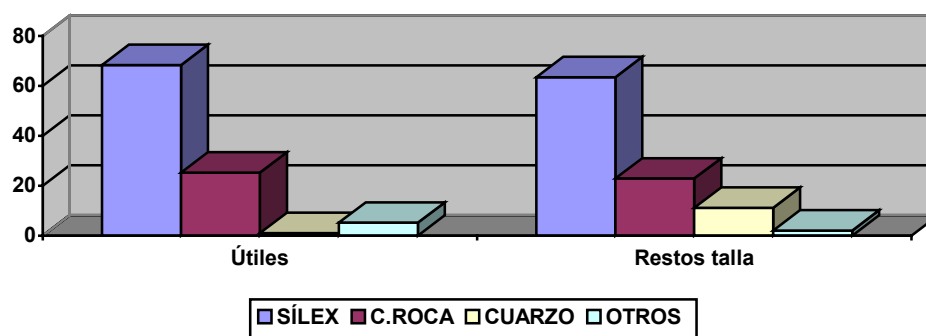


Fig. 40.- Gráfica de porcentajes de presencia de materias primas

El sílex no presenta afloramientos locales destacados y el recuperado en el yacimiento, de buena calidad y en gran medida de tipo tabular procede del sector terciario del páramo, en las actuales provincias de Valladolid y Ávila y sobre todo del sector extremeño del Tajo.

Por su parte el cristal de roca y el cuarzo sí presentan una distribución local abundante. Concretamente en el mismo yacimiento aparece una densa veta de cuarzo y el cristal de roca es abundante en los cauces fluviales y arroyos, así como en las mencionadas vetas de cuarzo, donde suele aparecer esta variedad cristalizada.

Una de las características que definen la industria es su carácter microlítico con una nítida importancia del componente microlaminar (Fabián, 1986: 105) Este hecho, en contra de lo señalado por este investigador tiene no sólo una explicación cultural, sino evidentemente natural pues el elemento básico obtenido de un cristal de roca es la microlaminita y los sílex tabulares así como algunos de los nódulos arrastrados por corrientes fluviales tampoco ofrecen una entidad tal como para producir un notable conjunto lascas, o láminas de notable tamaño.

No deja de ser muy importante tener en cuenta que el índice de útiles recuperados es del 6.25% mientras que el 90.7% se corresponde a restos de talla. Estos parámetros nos aproximan bastante al concepto del taller lítico o cuando menos a un sector específico de talla al que se aportan materias primas alóctonas y locales para su transformación aún cuando Fabián no comparta esta apreciación (1997: 232)

Los índices correspondientes a los principales útiles recuperados en el yacimiento (Tabla 36) son los que, como bien han demostrado los trabajos de Fabián (1986: 1997) señalarán en una u otra dirección a la hora de decidir su adscripción cultural, máxime

ahora que estamos en condiciones de comparar las industrias neolíticas y superpaleolíticas de la Meseta con las aquí recuperadas.

TIPOS	Casos	% Total Industria
B	507	27.8
R	206	10.8
P	47	2.5
G	10	0.5
Mb	0	0
MD	142	6.6
LBA	0	0
Lba	541	32.5
EEUC	0	0
PA	0	0

Tabla 36

Esta aproximación nos permite establecer una estructura de los complejos industriales basada en el esquema **lba,B,R,MD,P,G**.

Este esquema encaja perfectamente, por la comparación de sus estructuras industriales con el del Nivel III de la Peña de Estebanvela lo que nos permitiría corroborar lo señalado por Fabián en sus diferentes estudios, esto es, la correspondencia entre La Dehesa y el Magdaleniense Final con ciertas particularidades propias de la Meseta.

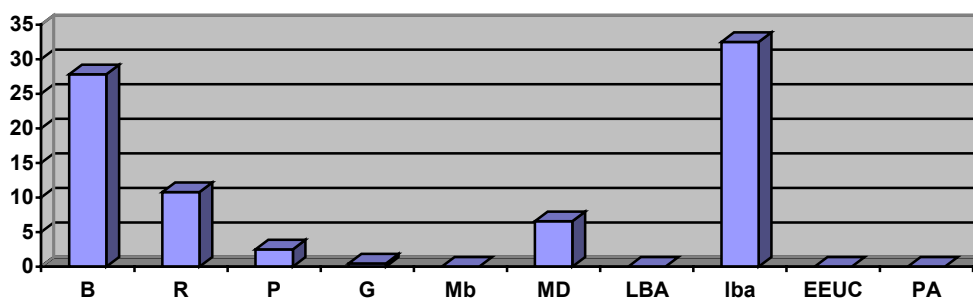


Fig. 41.- Gráfica de representación de los principales índices industriales

Además, la inexistencia en La Dehesa y en La Peña de Estebanvela III de puntas azilienses, mientras que sí comparecen en los Niveles I y II de Estebanvela, nos permiten señalar con precisión el tramo cronológico-cultural de La Dehesa en un momento previo a lo aziliense, continuación lógica del Magdaleniense en el interior de la Península Ibérica, al tiempo que corrobora lo acertado de la clasificación efectuada por Fabián.

Ahora bien, nos quedan, aún dentro de este clarificador panorama varias incógnitas por despejar. Estas, lejos de ser nimias hacen referencia a la posibilidad de que estemos ante un único momento de uso del yacimiento, como señaló Fabián amparándose en la existencia de un único horizonte estratigráfico, o que por el contrario estemos ante un yacimiento utilizado en varias ocasiones, en cierto modo distantes en el tiempo y la adscripción cultural. Algo similar hemos hecho notar para el caso de El Parral. Los elementos que nos llevan a pensar de este modo son los útiles sobre arista diedra y los geométricos.

Que la industria lítica basada en el uso del cristal de roca tiene una clara adscripción paleolítica es algo fuera ya de toda duda. No en vano en los Niveles III y IV de La Peña de Estebanvela y La Ventana son en los que existe una mayor presencia de esta materia prima con niveles que se asemejan a los de La Dehesa. No obstante en La Peña de Estebanvela no comparecen los útiles sobre arista diédrica, mientras que en La Dehesa, como en los horizontes iniciales del Neolítico aculturado (Neolítico IB) son bastante abundantes.

Respecto a los geométricos, en La Peña de Estebanvela tan sólo están representados en el Nivel II en forma de segmento de círculo, mientras que en La Dehesa los elementos geométricos representados son en todos los casos triángulos (1 G7, 2 G9 y 1 G12) de pequeño tamaño, así

como un posible segmento confundible con una laminilla apuntada de dorso (Fabián, 1986: Fig. 8.36)

Teniendo en cuenta la propuesta de varias fases de geometrización de las industrias que presentamos en este trabajo, podemos concluir que los elementos detectados en La Dehesa no tienen por qué no corresponderse a un único momento de uso –la estratigrafía lo confirma además– en el que comparece una primera fase de geometrización, de claro componente sauveterroide, sobre industrias Magdalenienenses en un momento previo a la azilinizción. Algo similar hemos visto en el yacimiento de El Parral.

Tampoco puede perderse de vista la posibilidad de que en el caso de los útiles sobre arista diédrica estemos en la Dehesa, en verdad, ante núcleos de laminillas de cristal de roca. Sin embargo, las características de estos elementos y sobre todo su notable similitud –lo que avala aún más su correspondencia con útiles tipo– respecto a las piezas documentadas en la práctica totalidad de contextos Neolíticos de la Meseta y el País Vasco parecen indicar que nos encontramos ante un elemento en cierta medida característico del Paleolítico Superior Final y Neolítico Inicial aculturado (IB) del interior de la Península Ibérica.

Otro elemento de cierto valor a la hora de decantarnos por una cronología superopaleolítica es la presencia, entre los restos recuperados, de una plaquita de esquisto silíceo con incisiones rectilíneas y curvilíneas (Fabián, 1986: 111), muy similar a las halladas en contextos del final del Paleolítico en yacimientos como La Peña de Estebanvela, La Ventana, La Higuera y, fuera ya del contexto meseteño, pero con un notable valor de comparación, en la cueva portuguesa de Caldeirão, donde aparece en contextos magdalenienenses datados entre 14450+/-890 y 10700+/-380 BP (Zilhão, 1989)

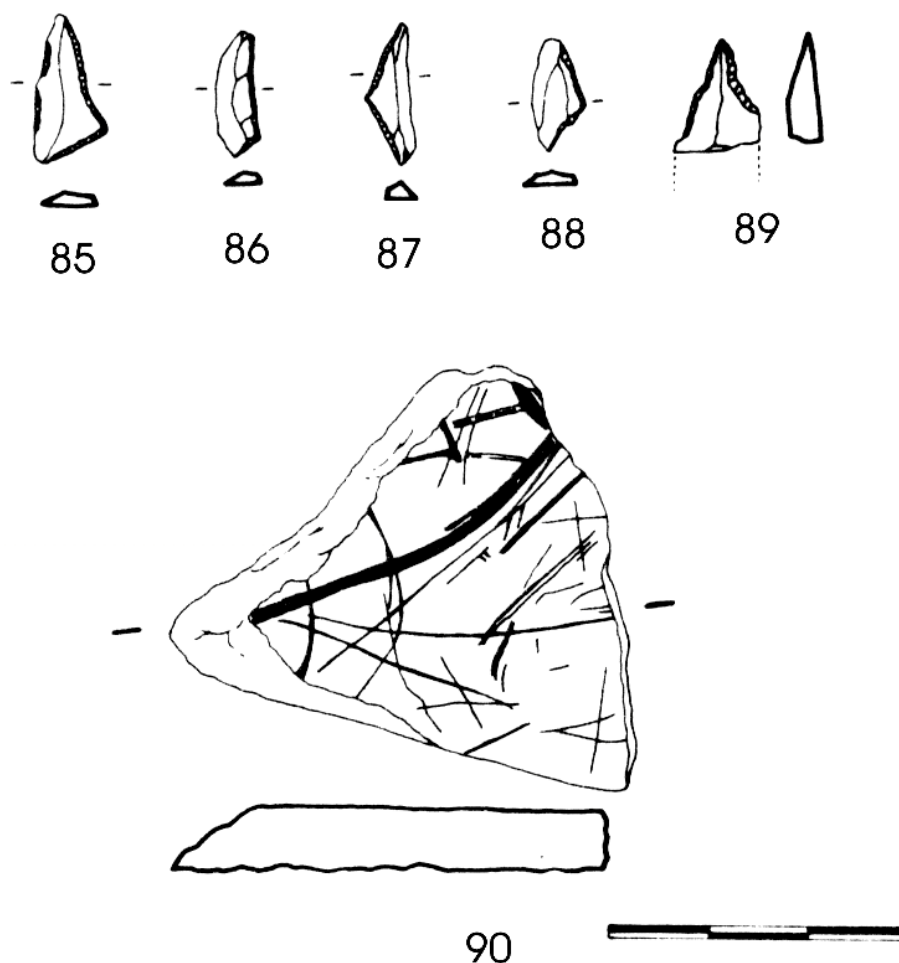


Fig.42.- Geométricos, perforador y placa decorada, según Fabián, 1986

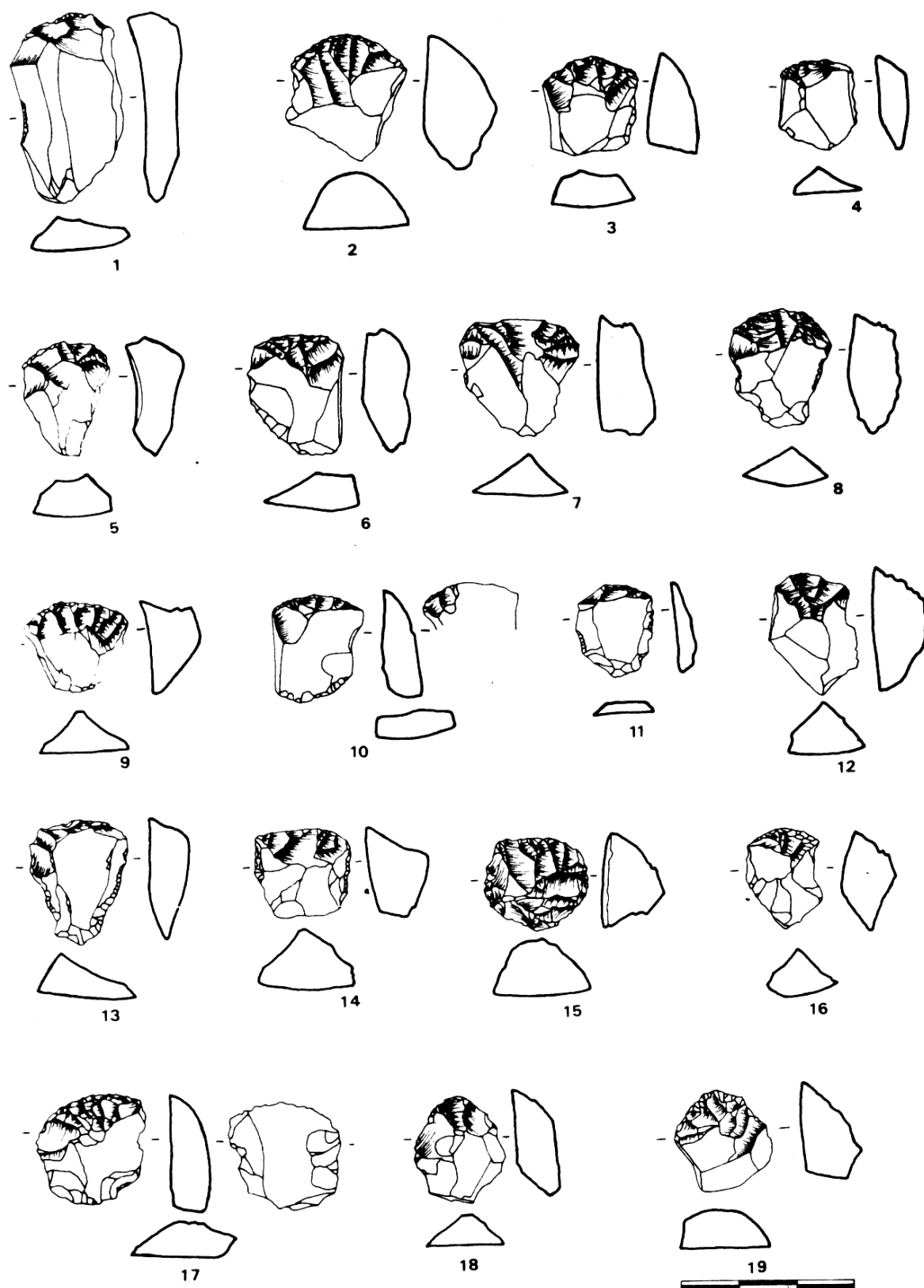


Fig. 43.- Raspadores, según Fabián, 1986

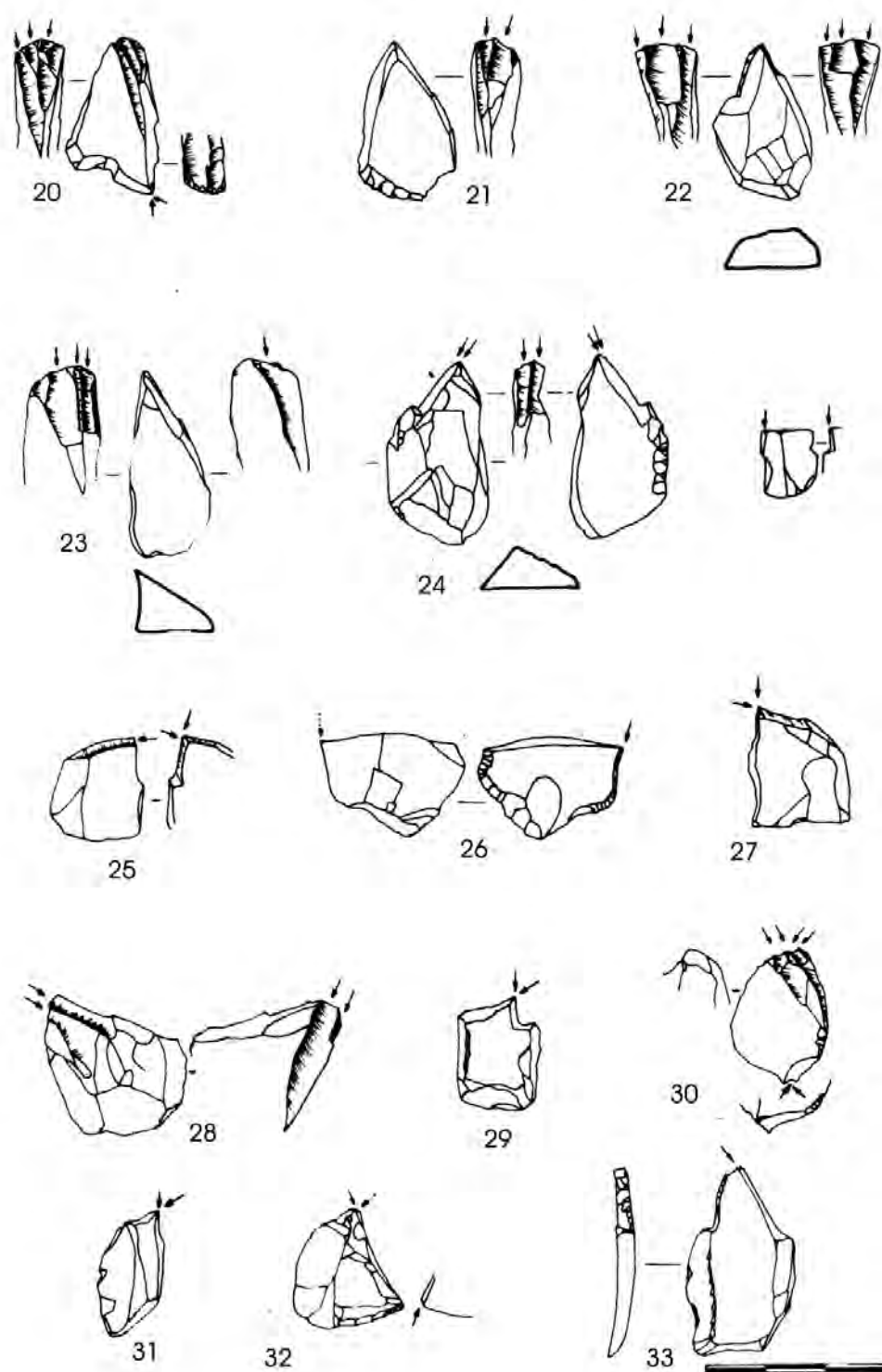


Fig.44.- Buriles, según Fabián, 1986

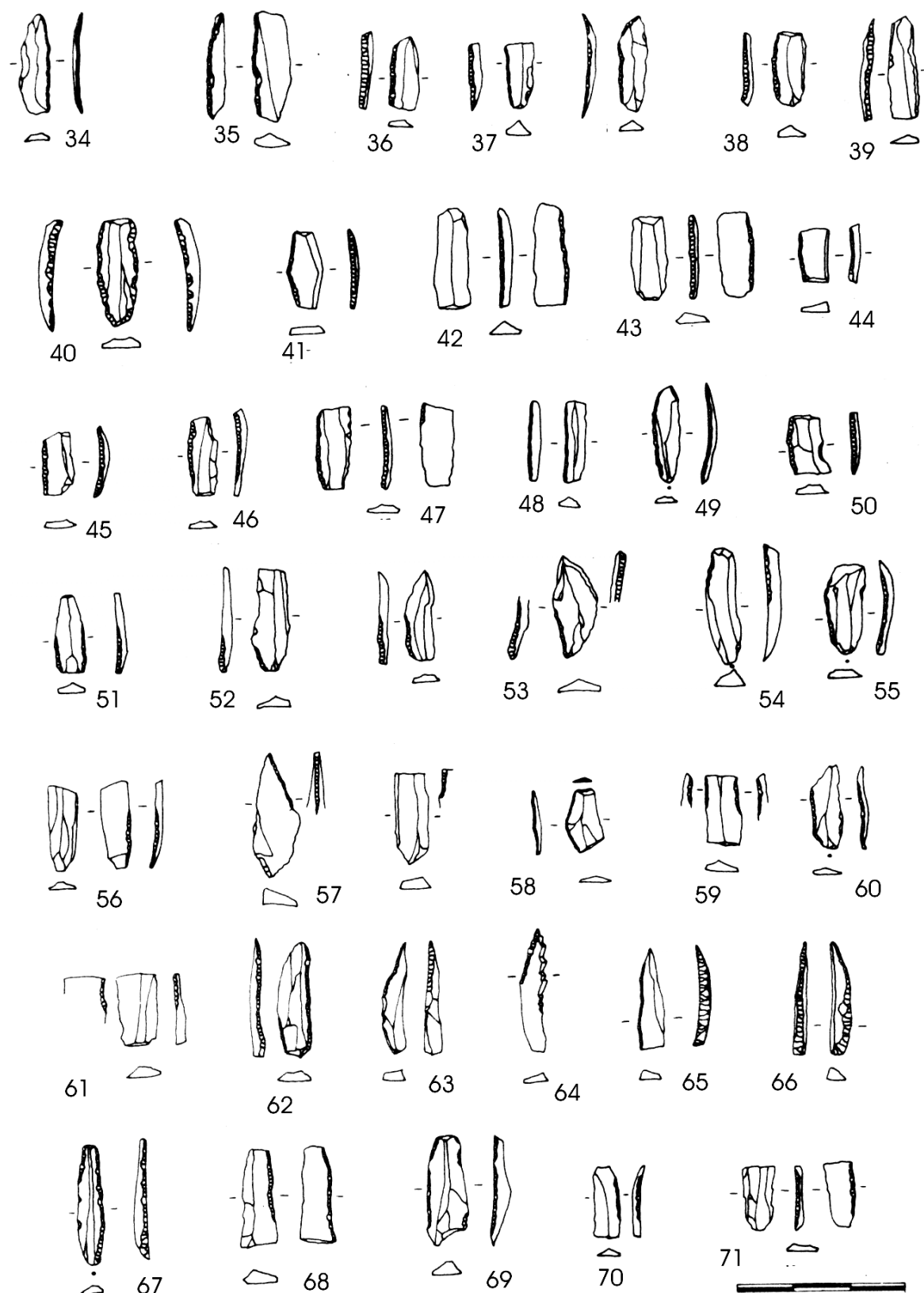


Fig.45.- Laminas de dorso abatido, según Fabián, 1986

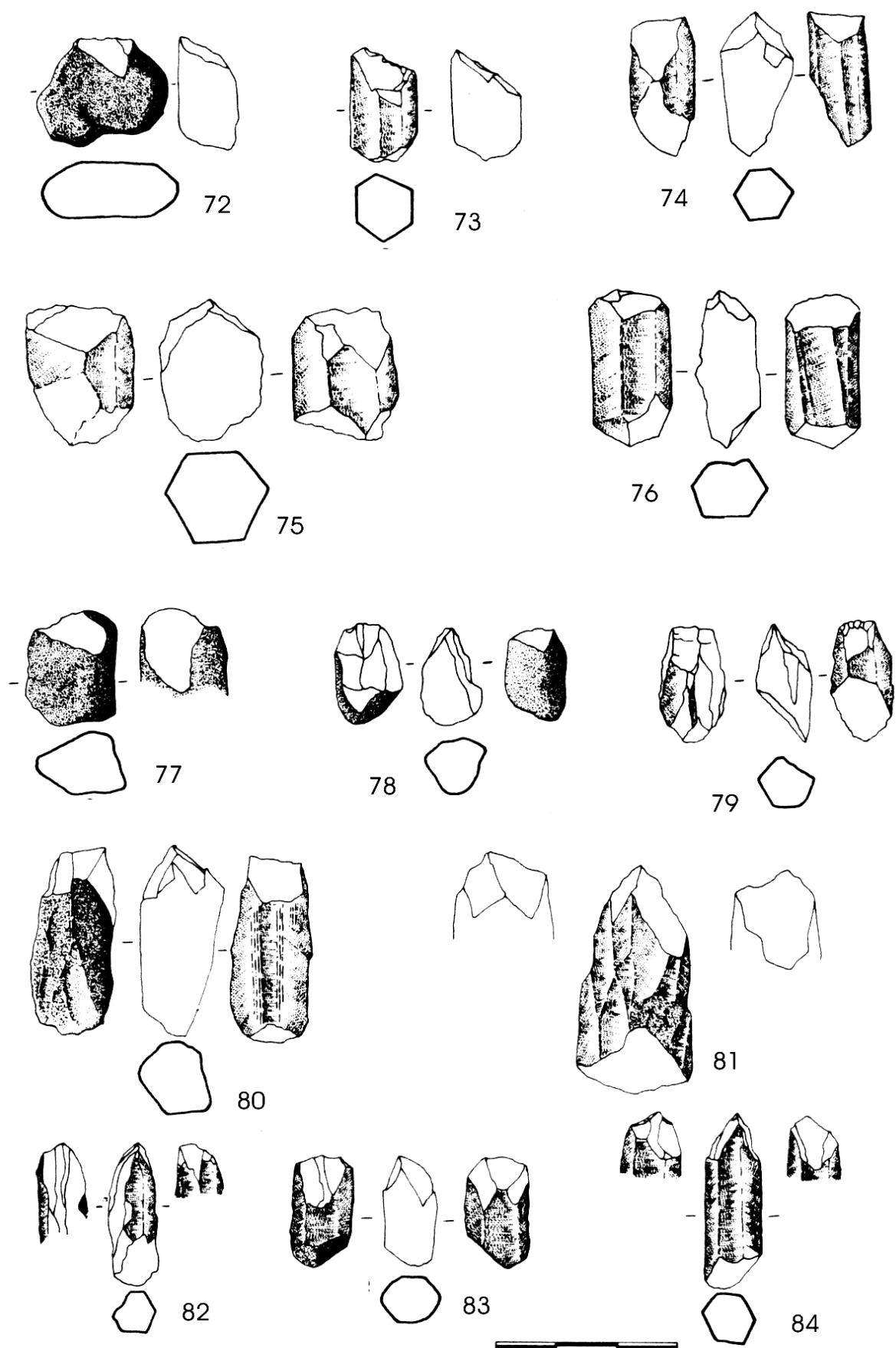


Fig.46.- Útiles sobre arista diedra, según Fabián, 1986

2.3. ABRIGO DE EL PARRAL (Segovia)

UTM: 405.100 / 4.535.100

Yacimiento ubicado a 997 metros s.n.m, en la vertiente septentrional del Sistema Central. Se trata de una serie continuada de abrigo que surcan ambas márgenes del río Eresma a lo largo de su tránsito a los pies de la ciudad castellana.

El conjunto de materiales presentado procede de los fondos del Museo de San Isidro de Madrid, lugar al que fueron trasladados con anterioridad a 1950, sin que tengamos certeza de quien los depositó. Su existencia queda manifiesta por la cita que de ellos realizó A. Molinero (1954: 8) y en época más reciente por un estudio del conjunto que nosotros mismos llevamos a cabo (Jiménez Guijarro, 2001)

La mayor parte de los abrigo que se abren en este farallón han sido empleados como parte de edificaciones y algunos de los que quedan, más o menos sin modificar, en algunas huertas particulares, se encuentran profundamente alterados y sujetos a un continuo vaciado que, en algunas ocasiones, ha puesto en evidencia su uso en época prehistórica. Fuera de los puntos de abrigo, en la parte superior del farallón que, a modo de cantil, los alberga, se extiende una amplia superficie de terreno llano, actualmente utilizado con fines agrícolas y ocupado por manchones de cultivos de secano. En esa superficie se localizó un amplio conjunto de evidencias líticas. Estas últimas, con tres grandes concentraciones, permiten señalar la existencia de un área de talla de sílex, sin que por ello deba obviarse la posibilidad de que en época prehistórica esas zonas albergasen áreas de habitación.

Material arqueológico

Industria lítica

El conjunto consta de un total de 202 piezas, elaboradas todas ellas en sílex, de las cuales han sido estudiadas el 76,53 % (153), consistiendo el 23,47 % (49) restante en 5 láminas, 26 laminitas, 15 aristas o golpes de buril sobre lámina o laminita sin retocar y 3 piedras de fusil modernas.

Dentro de este conjunto destaca la mayoritaria presencia de elementos de tecnología microlaminar que supone el 93 % de la industria. Dentro del conjunto microlaminar, se encuentran representados los principales morfotipos, destacando por su presencia las laminitas sin retoque y las laminitas de dorso abatido, que conforman casi la totalidad de los elementos tipológicos, así como el 82,35 % de los buriles y el 83,25 % de los útiles compuestos.

El índice de laminitas de dorso abatido (lba) alcanza el 6,44 % del total de la industria, siendo destacable la presencia, dentro de este morfotipo de dos microdenticulados (Fig. 48, nº 8 y 9), lo cual puede ser interpretado, siguiendo los postulados de Fortea, como una perduración de elementos industriales de un sustrato de tradición magdaleniense dentro del conjunto. Del mismo modo es significativa la presencia de dos microraspadores y una *raclette* (Fig. 48, nº 31 y 32)

En lo referente a las tablas comparativas de índices, cabe señalar la práctica similitud en los índices de presencia de buriles (7,43%), laminitas de dorso abatido (6,44%) y raspadores (5,94%), así como la escasa relevancia de las piezas geométricas (0,99%) entre las que existe un único segmento de círculo con retoque a doble bisel (G1 db) del tipo Cocina III (Fig. 48, nº 1)y, una punta microlítica con apéndices de escaso resalte lateral y forma romboidal solucionada igualmente con retoque muy marginal a doble bisel (Fig. 48, nº 2) y que, sin duda, a pesar de su arcaísmo, deben responder a un horizonte cultural posterior, sincrónico a la evolución del proceso de neolitización. Su presencia, no obstante, da fe de lo heterogéneo de la muestra y de la posible selección de lo recuperado, restando en cierto modo valor definitorio a la colección.

En cuanto a la técnica de retoque, destacan los elementos no retocados, a los que siguen las piezas con retoque abrupto directo, generalmente marginal o muy marginal (18 %), las que presentan retoques simples, marginales o amplios, pero en ningún caso cubrientes (6,67%) -ni siquiera en la solución de la punta de flecha, lo cual da fe, junto a su carácter microlítico, de su arcaísmo- y los retoques a doble bisel, característicos del único geométrico (1,33%) El índice de fracturas es muy elevado, siendo la presencia de truncaturas escasa (1,95%) y existiendo un único ejemplo (0,50%) de técnica de microburil (Fig. 48, nº 37) Se ha podido constatar que algunas de estas fracturas presentan charnelas que indican que pudieron ser realizadas por flexión, pero dado que para la mayor parte de las mismas no se puede asegurar que no se realizasen en un momento posterior al hallazgo, se decidió no computarlas ni tenerlas en cuenta a la hora de elaborar los índices.

Dadas las características de procedencia de las piezas, así como la inexistencia de un control específico sobre la muestra, los índices presentados deben tomarse con cautela y como elemento meramente referencial. Con la finalidad de no alterar en modo alguno el estudio del conjunto no se añadió ninguna de las piezas existentes en el yacimiento en la actualidad ya que se consideró que esa inclusión alteraría aún más la fidelidad de los datos.

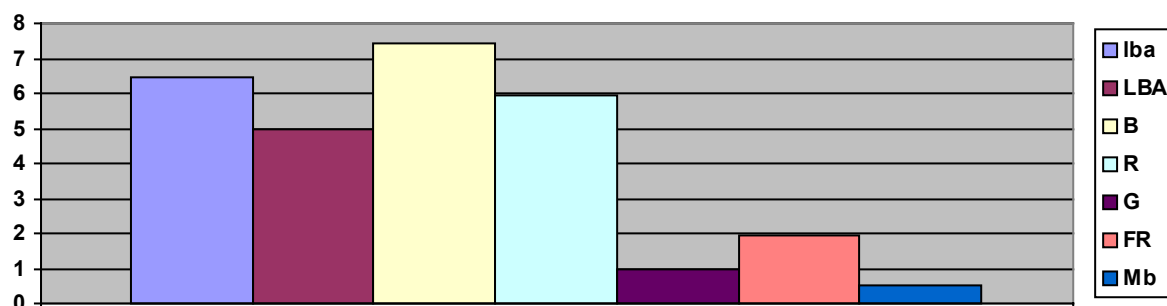


Fig.47.- Índices de representación de elementos tipológicos.

La secuencia estructural obtenida es la de **B,Iba,R,LBA,FR,G**. Este tipo de estructura, en su esencia, corresponde con la propia de los conjuntos del Paleolítico Superior Final, si bien la presencia de elementos como el geométrico y la punta de flecha microlítica, parecen señalar la existencia de cierta contaminación con elementos más recientes, propios del Neolítico. Ahora bien, el grueso de la industria y, por ello, la propia secuencia estructural, señala que esa intrusión parece circunstancial.

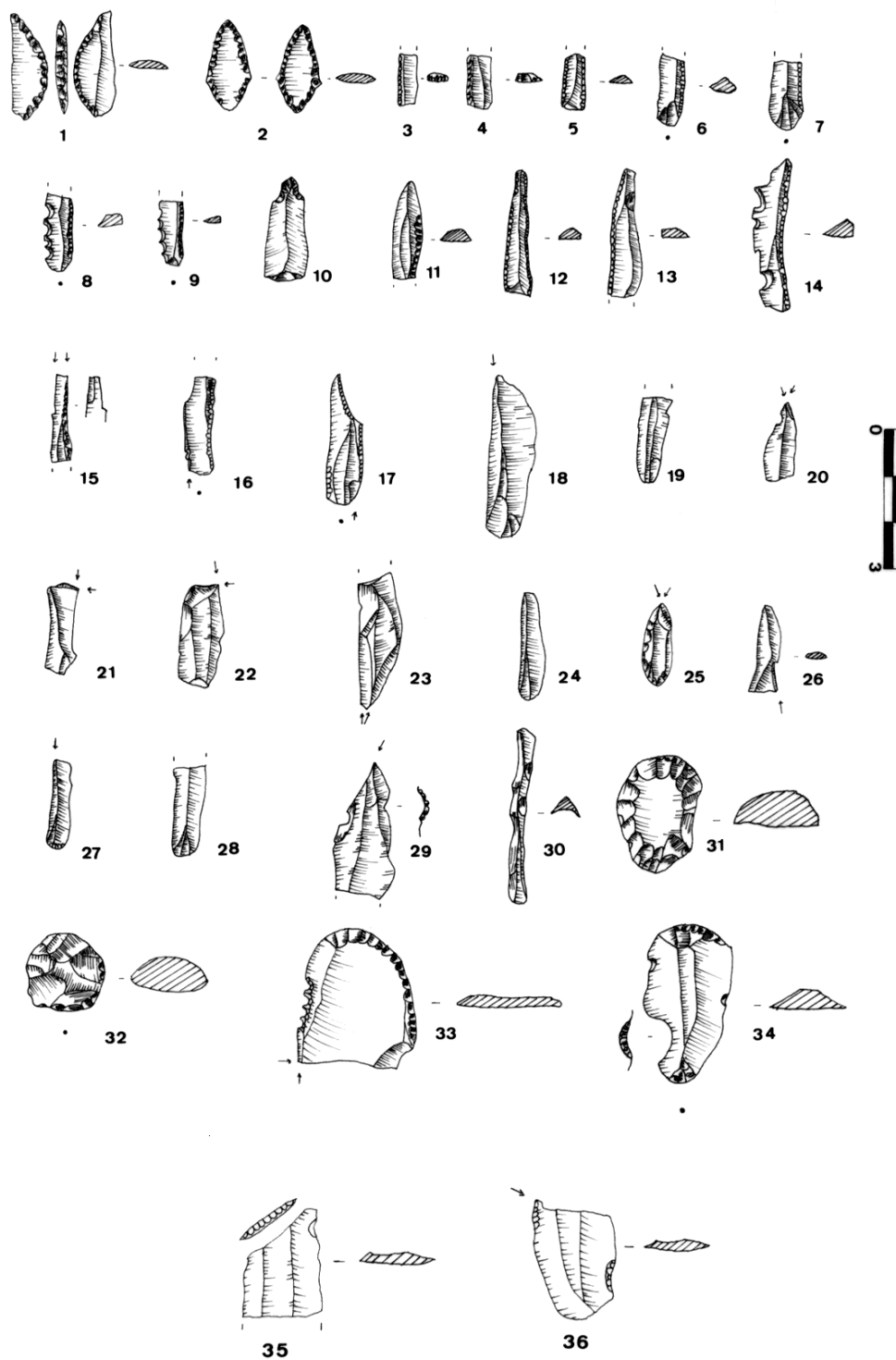


Fig.48.- Selección de material lítico, según Jiménez Guijarro, 2001

2.4. CARRATIERMES (Carratiermes, Soria)

UTM: 488.100 / 4.577.300

Yacimiento de carácter multiocupacional situado en llano, dentro del perfil recortado del páramo de las tierras altas sorianas, en el fértil interfluvio formado por los ríos Manzanares y Tiermes a una altitud de 1138 metros s.n.m. El área inmediata goza del abrigo de los farallones de arenisca formados por los cortes de los cursos fluviales y de la alta potencialidad agrícola de los suelos inmediatos a sus vegas donde destaca la posibilidad del cultivo hortícola. Frente a él y a escasos 15 kilómetros, se sitúa el paso serrano de la Sierra de Pela, divisoria de las cuencas hidrológicas del Duero y del Tago y por ende de ambas subMesetas.

Los materiales arqueológicos proceden de las labores de excavación llevadas a cabo en la necrópolis celtibérica de Carratiermes, en cuyos niveles basales se detectaron evidencias de un poblado de la Edad del Bronce, posiblemente del horizonte Protocogotas (Garrido Pena, 2001: 251) con algunos elementos propios del Bronce Antiguo y Medio, una ocupación del Calcolítico Campaniforme y una presumible ocupación neolítica –que sirve de base al yacimiento- y que a juzgar por los restos descubiertos debió ser reiteradamente arrasada por las sucesivas reocupaciones del lugar.

Material arqueológico

Nada sabemos de la industria lítica ni de las cerámicas lisas que pudieron haber pertenecido a este horizonte inicial de poblamiento. La recuperación de los restos, dispersos por distintos puntos del yacimiento, claramente fuera de su contexto original (Garrido Pena, 2001: 251) no ha permitido más que señalar la tímida apreciación de este horizonte sin que podamos contar con más datos que los meramente arqueográficos.

Cerámica

Lo publicado es un escueto conjunto de cerámicas decoradas compuesto por 10 fragmentos que conforman al menos siete recipientes. Por la descripción ofrecida podemos señalar que dominan –si podemos usar este término ante tan nimia muestra- las cocciones oxidantes, que comparecen al menos en cuatro ocasiones, frente a las reductoras que lo hacen en tres. Si bien no puede obtenerse dato de interés neto de este hecho sí podemos señalar que en todos los casos en los que comparecen decoraciones barrocas que alternan las técnicas de impresión, acanalado y elementos plásticos, la cocción es reductora.

En cuanto a las técnicas decorativas cabe mencionar cierta variedad. Entre las decoraciones impresas aparece, al menos en una ocasión, la sucesión de impresiones –que el autor denomina “boquique Neolítico” (Garrido Pena, 2001: 251) La más abundante de las técnicas decorativas es el acanalado que en cuatro ocasiones se combina con las impresiones y en dos también con elementos plásticos aplicados (Fig.49)

En lo referente a los motivos decorativos comparecen los tipos AI, AII CIVB y DIV para las impresiones simples realizadas con elementos romos, combinaciones de acanalados/incisiones e impresiones y recipientes en los que comparecen acanalados, impresiones y cordoncillos aplicados a los que se asocian motivos decorativos barrocos.

La formas reconstruibles corresponden predominantemente a perfiles cerrados. Lo reducido de los fragmentos impide considerar con certeza si a alguno de los recipientes, sobre todo el de la Fig.49 (1), les correspondería mejor un fondo cónico, típico de la **Forma V**, motivo por el que dejamos entrever esta posibilidad sin pronunciarnos de forma tácita al respecto. Los recipientes mejor representados son los de la **Forma II** –con dos ejemplares-, **Forma V** y, al menos en una ocasión, se documenta un elemento de la **Forma IV** (Fig.49)

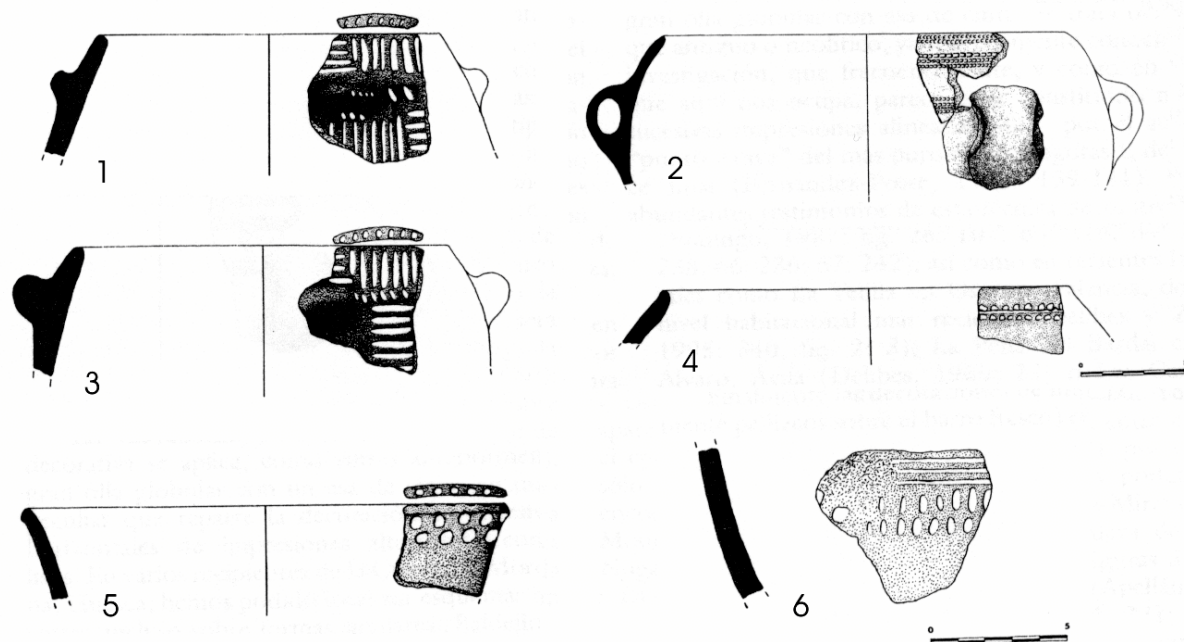


Fig.49.- Material decorado procedente de los niveles inferiores de la necrópolis de Carratiermes (Según Garrido Pena, 2001)

2.5. EL ALTOTERO (Modúbar de la Emparedada, Burgos)

UTM: 446.400 / 4.680.900

Yacimiento de carácter multiocupacional situado en un altozano sobre un relieve residual enclavado en el páramo burgalés, a 1014 metros s.n.m. Su privilegiado emplazamiento le permite dominar el interfluvio de los ríos Arlanzón y Ausines, sobre cuyos cursos y fértiles vegas se eleva más de 100 metros.

El yacimiento es conocido desde 1977, siendo objeto de prospecciones intensivas durante un decenio (Arnáiz y Esparza, 1985) lo que ha permitido reunir una ingente colección de materiales.

El interés de este yacimiento consistió, en el momento de su publicación, en ser uno de los primeros emplazamientos documentados al aire libre de la Meseta Norte en los que se denunciaba la existencia del Horizonte Neolítico del Interior. Con el paso de los años y sin restarle la importancia que el enclave presenta, ha quedado como un punto más del conjunto de yacimientos con evidencias de restos Neolíticos.

Material arqueológico

Dadas las características del yacimiento y el hecho de que todos los restos recuperados procedan exclusivamente de labores de prospección impide obtener resultados definitivos acerca de la procedencia de los materiales y en especial de su adscripción a uno o a varios periodos culturales.

Dada la certidumbre de que nos hallamos ante un conjunto situado, material y cronológicamente, a caballo entre las fases finales del Neolítico y las iniciales de la Edad de los Metales realizaremos una revisión general del conjunto recuperado por el valor, aun cuando sólo sea testimonial, que presenta para el estudio de las fases finales de la secuencia neolítica. Por ello en algunos apartados, como el de la industria lítica realizaremos una breve aproximación cuantitativa y tipológica para tratar de diferenciar las diferentes fases culturales presentes. Es necesario volver a recordar que este tipo de ensayos, realizados sobre yacimientos multiocupacionales no excavados tan sólo puede ofrecer conclusiones aproximativas que deben ser tomadas con excesiva precaución.

Industria lítica

La materia prima empleada en la talla corresponde, de forma mayoritaria, al sílex, si bien están presentes restos de cuarcita y cristal de roca. En cuanto a la talla cabe señalar en primer lugar que el desbastado inicial se realizaba en el lugar de aprovisionamiento, pues faltan productos corticales, lo que confirma el aporte de núcleos previamente configurados.

Entre los núcleos se han documentado piramidales y prismáticos destinados a la obtención de láminas y circulares destinados a la obtención de lascas. En cuanto las categorías morfológicas hay un claro desequilibrio industrial a favor de las lascas que suman el 51.36% de la industria frente a las láminas –muy irregulares y poco estandarizadas por lo demás, que suman el 15.29 % de los restos líticos. En lo referente a los talones cabe destacar que los corticales, muy escasos, solo se documentan dentro del conjunto lascas, siendo los lisos los más abundantes (Tabla 37) El predominio de los retoques abruptos es neto, seguido de los simples, sobreelevados y en menor medida planos y cubrientes, que se asocian, casi en exclusiva, al conjunto de los foliáceos. Los geométricos representados corresponden a un trapecio con la base pequeña retocada y a un triángulo isósceles (G8 y G9), ambos de talla pequeña y con retoque abrupto (Fig.50) Llama la atención la notable representación de raederas –14 elementos- confeccionadas en su práctica totalidad sobre lascas.

El perfil de la secuencia estructural **LS,MD,R,B,F,G**, encaja perfectamente dentro de lo estipulado para los contextos Neolíticos. El notable porcentaje de foliáceos y su convivencia con elementos geométricos, así como algunos datos de los porcentajes en sí mismos, podrían estar indicándonos la existencia de una mezcla de varias fases propias, todas ellas, del Neolítico del interior.

TIPOS	Casos	% Total
Lnrt	174	39.73
Lrt	51	11.64
Lamnrt	46	10.5
Lamrt	21	4.79
B	6	1.37
R	11	2.51
P	4	0.91
G	2	0.45
Mb	0	0
MD	17	3.88
LBA	3	0.68
Lba	0	0
EEUC	0	0
Lamtnrt	0	0
Lamtrt	0	0
UAD+Prs	0	0
LABA	1	0.23
FOLIÁCEOS	6	1.37
TOTAL	438	100

Tabla 37

Cerámica

Es mayoritaria la cerámica lisa habiendo sido documentados tan sólo tres fragmentos de cerámica decorada (Fig.51 y 52). La muestra publicada es, no obstante, reducida y no existen índices de recipientes abiertos y cerrados, todo lo cual condiciona de forma notoria cualquier intento de extraer conclusiones útiles más allá de lo que hemos señalado hasta aquí. Entre los elementos decorados tan sólo puede señalarse un fragmento de recipiente asignable, no sin dudas, a nuestra Forma V.

El material liso, más abundante y significativo, nos permite volver a reiterar nuestra creencia en la concurrencia de varias fases, alguna de ellas además, bastante evolucionada dentro de la secuencia neolítica como demuestra la aparición de bordes indicados al exterior.

Abundan los recipientes de las formas III y IV. Éstos últimos parecen mayoritarios y específicamente centrados en el subtipo IVb y menudean los recipientes de las formas I y II, si bien son poco abundantes. También están representados, aunque de forma desigual, los grandes recipientes de almacenamiento correspondientes a las formas V y VIII si bien destaca la ausencia de las formas VI y VII, más propias de fases antiguas de la secuencia.

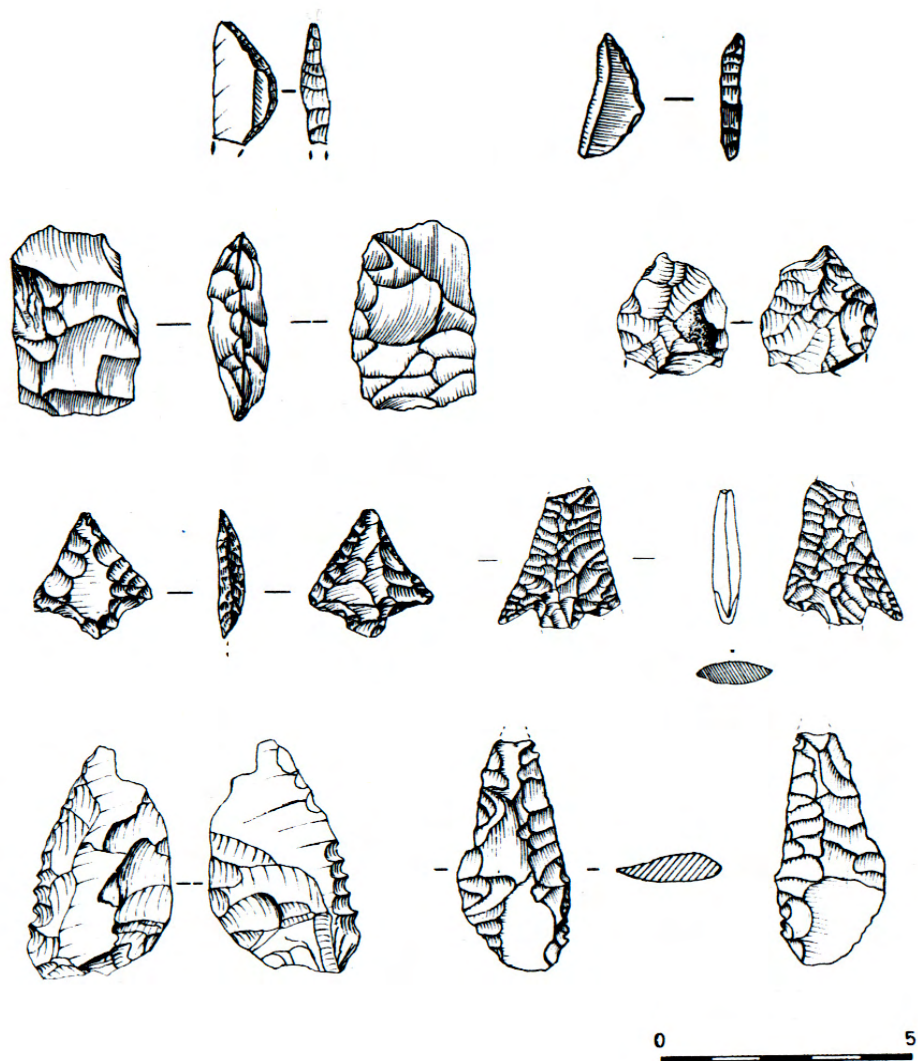


Fig.50. - Geométricos y foliáceos, según Arnáiz y Esparza, 1985

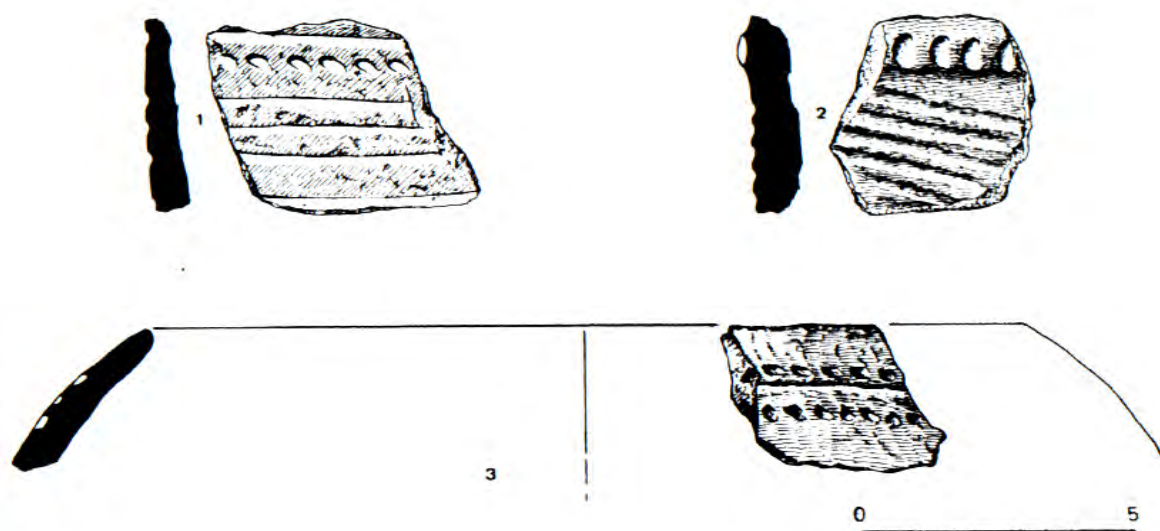


Fig.51 - Cerámica decorada, según Arnáiz y Esparza, 1985

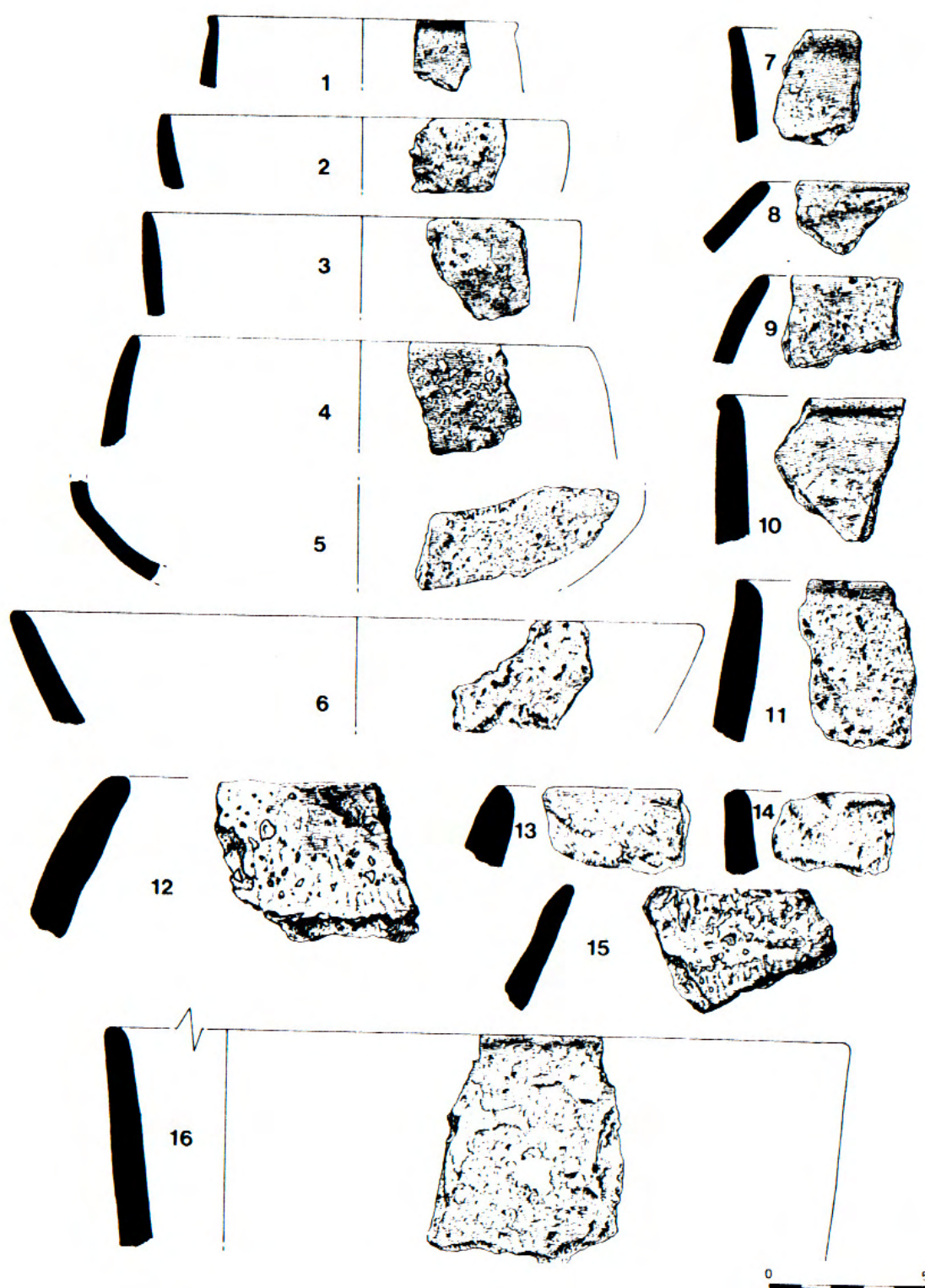


Fig.52.- Cerámica lisa selecta, según Arnáiz y Esparza, 1985

2.6. GALERÍA DEL SÍLEX, CUEVA MAYOR (Ibeas de Juarros, Burgos)

UTM: 457.500 / 4.688.750

Yacimiento de carácter multiocupacional ubicado en una de las galerías del complejo kárstico de Cueva Mayor de Atapuerca (Fig.53). Esta cavidad se abre a 1041 metros s.n.m en las calizas de la Serreta de Matagrande, una de las estribaciones que enlaza la campiña burgalesa con las altas superficies de la Sierra de la Demanda, en la cuenca de influencia del río Arlanzón.

Si bien el área inmediata de la cavidad no presenta terrenos aptos para la agricultura directa y sí para el aprovechamiento cinegético, la cercanía de terrazas fértiles impide negar la potencialidad agrícola del entorno más o menos próximo de la cavidad. Una vez más parece existir una relación entre el espacio ocupado y la concatenación de diferentes nichos ecológicos de gran valor para su explotación conjunta (Alday, 1997).

La Galería del sílex, como hemos señalado es un ramal de la Cueva Mayor del complejo de Atapuerca. A ella se accede a través de la Cueva del Portalón (Fig.53) de la que parten dos galerías: la Cueva del Silo –a la izquierda- y la Galería del Sílex –a la derecha-.

La cavidad tiene un desarrollo de 920 metros distribuidos por una planta de carácter sinuoso. Tras su génesis y primera fosilización se produjo una reactivación hidrológica –propia de contextos cavernícolas de origen paragenético y en activo- lo que provocó una reexcavación de ciertas partes de la cavidad y la aparición de pisos falsos (Apellániz y Domingo, 1987: 10).

Esta galería presentaba, en un aparente perfecto estado de conservación, un conjunto de arte parietal y material arqueológico disperso por el piso de la cavidad que dieron pie a suponer de gran valor la realización de un estudio detallado de las manifestaciones artísticas por un lado (Apellániz y Uribarri, 1976) y a la dispersión de los materiales en superficie por otro (Apellániz y Domingo, 1987).

El punto de partida de los trabajos realizados y de las hipótesis propuestas era que se estaba ante un conjunto cerrado en el que era posible unir la confección de las decoraciones parietales y los materiales dispersos en superficie “*dentro de un único hecho prehistórico: la construcción de un santuario*” (Apellániz y Domingo, 1987: 10).

No obstante, desde el primer momento, los propios autores se vieron obligados a matizar sus afirmaciones al comprobar que el aparente hecho único se asociaba a varios eventos geológicos que restaban certeza a la posibilidad de que estuviésemos ante un único momento de uso.

Así, ellos mismos señalan el libre acceso de los roedores al área virgen (*Ibidem*: 10) que no tendría una relevancia muy elevada a no ser porque los materiales de superficie sufrieron, tras su deposición estas alteraciones. A este respecto cabe señalar que los tramos I y II de Apellániz y Uribarri (1976) se sitúan entre el cono de deyección de la entrada y un segundo y no menos importante cono de deyección producido por el desfondamiento de una galería superior en la que se habían realizado enterramientos humanos. Este hecho, como demuestran los materiales arqueológicos, derivó en la alteración grave del registro produciéndose la mezcla de los materiales contenidos en este tramo y los procedentes de la propia galería (Apellániz y Domingo, 1987: 11). Además este último potente cono afectó a la denominada Sala del Gran Panel o de Felipe de Abajo –o tramo III-. Debe reconocerse que no existe la más mínima certeza de que el desfondamiento y el coluvionamiento se produjesen en un momento anterior o posterior a la ejecución de la decoración parietal.

En cierto modo para obviar la posible mezcolanza de materiales, Apellániz y Domingo decidieron dejar sin estudiar la primera sala –comprendida entre los dos conos de deyección así como una franja amplia entre el segundo cono y el comienzo de la sala del Gran Panel.

No obstante hay evidencias suficientes para pensar en la existencia de reactivaciones posteriores al depósito original del material e incluso al hundimiento del piso superior y la formación de los posteriores conos. Indirectamente los autores dan muestras de ello al señalar que una parte del material aparecía cubierto por una fina capa de lodo (*Ibidem*: 11) e incluso que algunas piezas presentaban notables evidencias de concreción estalagmítica.

Uno de los elementos más destacados es la inexistencia de estratigrafía vertical. Los resultados de las pesquisas realizadas por Apellániz en este sentido fueron del todo estériles (Apellániz y Uribarri, 1976: 131-143). Los materiales arqueológicos aparecían, en ocasiones, inmersos en el interior de grietas o depositados directamente sobre la roca.

Debe mencionarse que, a la conclusión de esta obra, se estaban realizando nuevas intervenciones en el área de El Portalón por parte del equipo de Investigación de la Sierra de Atapuerca. En 2003 visitamos las excavaciones y por invitación del Dr. Eudald Carbonell tuvimos la oportunidad de revisar someramente los materiales recuperados hasta esa campaña sin que pudiésemos certificar, a nuestro entender más que dos extremos: la excavación estaba realizándose sobre contextos revueltos –lo que se apreciaba perfectamente en los perfiles– sobre las excavaciones anteriores de Clark y Strauss (Apellániz, 1979); no había indicios de elementos claramente Neolíticos entre los materiales recuperados que pudimos revisar.

Material arqueológico

Siguiendo un modelo de recolección exhaustiva del material de superficie se recuperaron un total de algo más de 6000 fragmentos de cerámica, más de 3000 fragmentos de hueso, 18 piezas de sílex, 6 útiles de hueso trabajado, 10, guijarros, 80 nódulos de sílex y un hacha pulimentada de piedra (*Ibídem*: 12).

Tras el proceso de laboratorio se pudieron reconstruir un total de 336 recipientes cerámicos y gracias al minucioso cartado de los fragmentos que los componían se pudo realizar una aproximación al grado de alteración postdeposicional. De estos 336 recipientes 7 fueron localizados en hornacinas elevadas sobre el suelo.

Todos estos datos se condensaron en una publicación de notable calidad a la que remitimos para ampliación de los datos que aquí extractamos.

Con estos primeros datos y, aún haciéndonos eco una vez más de la necesidad de tomarlos con extrema cautela dado que hay una más que evidente mezcla de materiales, cuando menos de dos periodos culturales distintos, sí podemos elaborar una primera aproximación de interés referente al reparto general de elementos arqueológicos sobre una superficie dada.

Resulta destacable la notable desproporción existente entre los restos cerámicos y líticos y mucho más sobre los pulimentos. Este hecho puede ponerse en relación, bien con el carácter funcional de la galería, bien con el proceso de formación del yacimiento.

Sin duda interesa, aunque sea basándonos en datos de prospección, atender a la dicotomía existente entre la mayor parte de los yacimientos al aire libre o en abrigo que analizamos en esta obra y aquellos otros ubicados en cueva, incluido éste que nos ocupa. La existencia de una, a veces muy clara, diferenciación entre los registros es notable. Mientras en los yacimientos al aire libre o en aquellos ubicados en abrigos hay una relativa abundancia de material lítico, en las cuevas el grueso de este material suele tener una entidad mucho menor.

La tipología empleada en el trabajo de Apellániz y Domingo, sustentada sobre la tipología de Los Husos, debe ser tomada con cierta precaución. Tampoco podemos obviar el hecho de que estamos ante por lo menos dos claros conjuntos bastante bien diferenciados, momento en el que toman su verdadero valor y dimensión elementos que fueron minimizados por Apellániz, como el interés de las carenas o de los fondos umbilicados, que entonces se decidió no computar, (*Ibídem*: 17) y que son, hoy en día, precisamente uno de los elementos guía para la definición de momentos culturales distintos. Por comodidad y coherencia hemos decidido adaptar los datos de la obra sobre la Galería del Sílex a nuestra tipología; cuando hemos podido distinguir sin duda algún elemento discordante y definitorio de ese momento más reciente al que antes aludíamos hemos recurrido sencillamente a su denuncia y remitimos al lector a la obra de Apellániz y Domingo para el contraste de datos.

No podemos aplicar este mismo criterio de precaución para el depósito elevado todo él, a nuestro juicio, Neolítico y uno de los elementos de mayor interés de cara al estudio no sólo de las formas neolíticas, sino lo que es más interesante, de la presencia de los grandes recipientes en el interior de las cavidades. Este depósito señala un conjunto cerrado Neolítico en el que comparecen la mayor parte de los elementos definidores del horizonte: elementos pulimentados, grandes recipientes decorados y restos de domésticos.

Industria lítica

Muy poco podemos decir sobre el magro conjunto recuperado (Tabla 38). Del magro total de piezas halladas, doce son útiles y ocho lascas, siete de ellas de descortezado y una lasca simple. Todo este material está elaborado en sílex –17 piezas sobre el sílex local extraído de los nódulos del fondo de la galería y una en sílex rosáceo alóctono, correspondiente al único geométrico presente-. Tres piezas aparecen elaboradas sobre cuarcita. Dentro de este conjunto destacan también 80 nódulos o fragmentos de nódulo de sílex que proceden de las extracciones practicadas al final de la galería que funcionó como una mina.

Trataremos de forma diferenciada los dos conjuntos pues el hecho de estar además ante un lugar de explotación de materia prima nos obliga a ser cautos con la atribución funcional de la cavidad. Poco útil resulta aplicar la tabla de elementos y tipos que hemos empleado en el resto de los yacimientos, no obstante resulta de interés pues nos ayudará en la definición por comparación, más adelante, de las pretendidas dos fases culturales así como de la funcionalidad principal del yacimiento.

	Casos	%TOTAL
Núcleos	0	-
Nódulos	80	77.67
LS	8	7.76
LámS nrt	3	2.91
LámS rt	4	3.88
B	0	-
R	0	-
P	0	-
G	1	0.97
Mb	0	-
MD	0	-
LBA	0	-
Lba	0	-
EEUC	2	1.94
Truncaturas	2	1.94
Chunks y debrises	0	-
Prismas	0	-
Alisadores	0	-
Molinos	0	-
Hachas	0	-
UAD	0	-
LABA	0	-
Foliáceos	3	2.91
TOTAL	103	100

Tabla 38.- Representación de útiles líticos

A la vista de los datos (Tabla 38) llama nuestra atención, a parte de la alta representación de los elementos nodulares, la ausencia total de elementos tipo. En definitiva la práctica totalidad de los útiles implican a láminas en su soporte, mientras que las lascas que aparecen deben ser consideradas generalmente como productos del aprovechamiento de la materia prima.

Si atendemos a la tipología de los retoques observamos que comparecen con igual representación los abruptos –podemos considerarlos de substrato- y los planos –sin duda relacionados con el proceso de evolución cultural- en este caso asociados también al único caso de retoque en doble bisel que aparece asociado al único geométrico –un G1- representado (Tabla 39)

	Casos	% TOTAL
S	1	11.11
AB	3	33.33
P	3	33.33
E	1	11.11
DB	1	11.11
TOTAL	9	100

Tabla 39.- Representación de tipos de retoque

Otros datos que podemos obtener se relacionan con la presencia de un dentidulado – tipológicamente un diente de hoz- elaborado eso sí conforme al canon antiguo de la confección de los geométricos. En definitiva, como señalaremos en el apartado dedicado al estudio de la tipología lítica, este tipo de elementos en su origen no son más que grandes geométricos basados en las formas más evolucionadas –generalmente medias lunas y segmentos- y elaborados mediante el rebaje de su dorso –sin duda para ser enmangados dentro del concepto laxo del EEUC-.

La presencia del geométrico en doble bisel y sobre todo de las puntas foliáceas –de tipología primitiva eso sí- en las que ya aparecen los retoques planos están denunciando el cambio de horizonte al que antes hicimos referencia.

La conclusión que podemos obtener de este conjunto es, de todos modos clara. Estamos ante un grupo de elementos sin asociación alguna con la elaboración de instrumental. Muy por el contrario, el conjunto se asocia a un núcleo de extracción de materia prima –sin duda una mina- en el que los útiles que comparecen podrían asociarse sin problemas a la elaboración y reparación de los útiles de extracción –seguramente de madera y hueso-. Tan sólo resaltan como extraños los foliáceos y tal vez el geométrico. Dado que no podemos suponer que estos elementos se tallasen allí mismo y dado que existen deposiciones funerarias en la misma galería, nos inclinamos por considerar que estos proyectiles formasen parte de los ajuares de los enterrados o, con más certeza, que los difuntos los llevasen depositados en el interior de sus cuerpos en el momento de ser inhumados, haciéndose visibles sólo cuando las materias blandas desaparecieron por completo.

No resulta inútil acercarse en una última aproximación a la distribución espacial de los restos ya que nos ofrece una clara sectorización de los restos, con una notable concentración en los sectores A y B y mucho menor en los sectores C y D (Figs.54-56)

Elementos de extracción del sílex

No hemos querido incluir, de forma intencionada, en la tabla de elementos representados los claros ejemplos que aparecen de “percutores”. Se trata de ocho guijarros o fragmentos de ellos, Apellániz señala diez, pero dos de ellos son lascas que hemos creído más oportuno incluir en el apartado anterior, que en la mayor parte de los casos ofrecen huellas de uso.

En cuanto a las materias primas destaca la cuarcita (cinco elementos) seguida de dos elementos de esquisto verdoso y 1 de carbonato cálcico. Las huellas que presentan estos cantos nos hacen suponer más un trabajo por percusión sobre cincel de hueso o piedra que una función destinada al trabajo directo de la materia prima. Por ello creemos que estamos ante mazos de minero sin menosprecio de que estos mismos elementos se empleasen para el desbastado básico de los nódulos en caso de ser necesario de modo que éstos saliesen de la mina en cierto modo formateados.

En un primer momento pensamos en un aprovechamiento directo de la materia prima dependiendo de las necesidades del grupo. Desde luego esto no se corrobora a la vista de los restos recuperados. Faltan lascas y *debrises* que sin duda serían el elemento principal asociado a esta labor de mera conformación de los núcleos. Tampoco podemos obviar que la talla en un ámbito cavernícola profundo no debía de ser el caso más frecuente por diversos motivos (luz, comodidad) por lo que el desbastado y el proceso de talla pudo haberse realizado en el exterior de la cavidad o a lo sumo en su boca de acceso.

Las extraordinarias condiciones de conservación del sector D, el más profundo de la galería, permiten contar con unos datos acerca del proceso de extracción de indudable valor.

Según señalan Uribarri y Apellániz (1975: 169) y Apellániz y Domingo (1987: 218) los nódulos aparecen exclusivamente en este sector debido a la explotación de los sílex que afloran en las paredes y el techo en un tramo de unos 13 metros situado a 30 del final de la cavidad.

La explotación, por los elementos recuperados, afectó a la totalidad del afloramiento, salvo en aquellos lugares inaccesibles por encontrarse en la vertical de la última sima. Según nos indican estos autores la extracción se realizaba por golpe directo con percutor sobre el nódulo saliente de la roca cuando éste era pequeño. Cuando el tamaño era mayor se ha constatado la realización de punzamientos alrededor del nódulo para facilitar su extracción. A veces la tarea de extraer la totalidad del nódulo se frustraba quedando empujada en la matriz una parte de él.

Lo más destacado es que en el suelo de este sector se localizó una notable concentración de fragmentos de nódulos asociados a huellas de pies humanos pertenecientes a los primitivos explotadores del sílex.

Un dato que no debemos considerar baladí es el hecho del destino final de este sílex y sobre el que ya reflexionaron muy acertadamente Apellániz y Domingo (1987: 219). Para ellos el destino final no pudo ser El Portalón, al menos en la Edad del Bronce, pues los materiales que ellos analizaron en el Museo Provincial de Burgos –correspondientes todos a las excavaciones del sector de acceso que no profundizaron más allá de los niveles del Bronce Antiguo– están elaborados en un material silíceo diferente al aportado por los nódulos del interior de la cavidad. Es este un dato de elevado interés de cara no sólo a valorar la antigüedad de la explotación y de una parte del conjunto depositado en la cavidad, sino también para entender cómo la explotación de pequeños filones debió de dejar de tener sentido fuera del marco de las tribus neolíticas de pequeño tamaño y enmarcadas en redes de intercambio extensa tal vez, pero de poco monto en cuanto a productos intercambiados.

Pulimento

La representación de los elementos pulimentados es muy pobre. Tan sólo contamos con un ejemplar. No obstante, por su ubicación dentro del conjunto recuperado en la galería elevada y su asociación a elementos de clara tipología neolítica nos permite dotar a la pieza de esa misma adscripción.

Se trata de un hacha de ofita de algo más de 120 mm de longitud y sección oval con pulimento total si bien presenta en ambas caras evidencias de piqueteados. Presenta un filo ligeramente oblicuo que está parcialmente astillado, por uso o por condenación intencionada (Fig.57)

Industria ósea

Al igual que sucede con los elementos líticos, la industria ósea es poco numerosa. Se recuperaron seis piezas de hueso, con restos de modificaciones antrópicas. En todos los casos se trata de elementos apuntados realizados sobre huesos largos, al menos en un caso de oveja o cabra y en otra ocasión sobre un hueso de ave de pequeño tamaño.

El uso de algunos de estos elementos podría estar en relación con las extracciones de los nódulos de sílex, aunque tampoco puede negarse que podrían corresponderse con los útiles empleados para la ejecución de algunos de los grabados de las paredes de la galería, sobre todo si tenemos en cuenta que es precisamente en el área de extracción –zona D– donde menos elementos óseos han aparecido –tan sólo uno–.

Tenemos constancia, en contextos del centro de Europa, de pinturas y grabados de ciertas marcas que los investigadores han relacionado con la idea de deidades protectoras de los mineros. En este sentido se interpreta también el recipiente de la denominada Venus de Gavá recuperada en el complejo minero de Can Tintorer, siendo notables los paralelos con algunos de los grabados del conjunto burgalés.

Otros elementos de interés

La documentación de hogueras y restos de antorchas a lo largo del recorrido de la Galería resulta relevante (Fig.56). Según los autores se detectaron restos de antorchas en 12 puntos –todos ellos en el sector D, a excepción de una que se localizó en el sector B–. Dentro del sector D parece existir cierta predilección por la ubicación en lugares estratégicos por la peligrosidad del acceso o las necesidades de iluminación.

Por su parte se localizaron 38 restos de hogueras que se concentran especialmente en el codo formado entre los sectores B y C así como tras el difícil paso del inicio del sector D.

Más adelante atenderemos a la relación simétrica o asimétrica existente entre los paneles decorados y la presencia de antorchas y hogueras. Baste señalar de momento que a juzgar por los datos que poseemos es precisamente en el lugar donde más hogueras se concentran donde menos evidencias de grabados encontramos (Fig.56)

Cerámica

Son los materiales cerámicos los que destacan por su abundancia. El hecho de haber procedido a la recolección exhaustiva de los restos, así como la relativa excepcionalidad del recinto, permiten realizar un estudio poco usual de los elementos cerámicos atendiendo no sólo a su tipología y decoración sino también a su posición espacial.

Dadas las posibilidades que nos ofrece el yacimiento trataremos de realizar cuantas aproximaciones sean posibles sobre el material. En primer lugar observamos, a la vista del conjunto publicado, una notable heterogeneidad en la que es posible diferenciar lo que parecen dos conjuntos cerámicos distintos, teniendo uno de ellos una indudable raigambre neolítica.

Con la finalidad de ser exhaustivos y evitar el uso de criterios arbitrarios, debemos atender al conjunto cerámico representado y tratar de establecer, basándonos en el repertorio formal y decorativo, así como en otros elementos diagnósticos –presencia de carenas, fondos umbilicados, etc- cuántas fases culturales se encuentran representadas y, en la medida de nuestras posibilidades, cuál de ellas correspondería al Neolítico.

Apellániz y Domingo presentaron, basándose en el estudio de 181 recipientes completos o prácticamente completos, un total de 53 formas representadas que agruparon en 6 apartados en virtud del criterio de presencia o ausencia de cuello (*Ibidem*: 131). Estas categorías fueron subdivididas atendiendo a la morfología del fondo, esto es, si se trataba de fondos planos, globulares o cónicos.

Aún con el notable valor que esta clasificación tiene como primera aproximación al estudio del conjunto, hemos decidido traducir los datos aportados por Apellániz y Domingo al lenguaje estructural empleado en nuestra clasificación tipológica. De este modo, dentro del repertorio formal hemos podido diferenciar las representaciones que se muestran en la Tabla 40 y en las figuras 59 y 60.

Lo primero que advertimos es que, en contra de lo señalado por Apellániz y Domingo y corroborando lo que indicamos al inicio, no nos encontramos ante un conjunto cerrado, sino que por el contrario estamos ante un conjunto notablemente heterogéneo en el que hay evidencias desde un impreciso momento Neolítico hasta otro no menos impreciso momento de la Edad del Bronce, seguramente centrada en el tránsito del Bronce Antiguo al Bronce Medio dada la ausencia de elementos del horizonte Cogeces.

Esta impresión *de visu* se hace patente en el momento en que aplicamos a todo el conjunto la tabla de tipos. La confeccionada para el Neolítico meseteño, así como la existente para el Neolítico levantino y la más genérica que realizamos para el estudio del Neolítico peninsular se quedan cortas y varios de los tipos más comunes y mejor representados de la Galería del Sílex no encuentran acomodo en ellas. Además, aún para aquellos tipos que sí encuentran encaje en nuestra tabla tipo, ha sido necesario aplicar en más de una ocasión el recurso a los tipos evolucionados, esto es, los modelos que, aún basados en el tipo general, se escapan de lo registrado en los conjuntos Neolíticos meseteños para acercarse más a los tipos que conformarán el elenco alfarero de la transición a la Edad de los Metales.

Para la Galería del Sílex, dada su heterogeneidad, ha sido necesario aplicar las tablas tipológicas genéricas para la Prehistoria. Tan sólo así hemos podido determinar el valor de esta heterogeneidad al tiempo que hemos sido capaces de deslindar, de modo somero, los diferentes horizontes culturales representados.

A la vista de la tabla 40, se advierte rápidamente que las diferencias existentes entre este conjunto y los estudiados para el resto de los yacimientos de nuestro estudio son notables. No obstante aún podemos individualizar un poco más el conjunto más antiguo. Esta individualización es posible realizarla atendiendo a dos criterios, el primero de ellos, al menos, discriminante. En primer lugar la existencia de un depósito elevado –que no hemos computado en el gráfico anterior- y que Apellániz y Domingo diferenciaron bajo la denominación de Depósito en pequeña galería elevada (1987: 223) y que debe considerarse como un conjunto cerrado.

En esta galería, de tres metros de desarrollo lineal, ubicada a unos seis metros del suelo, en la primera mitad del tramo II y sobre la pared derecha del antro (Fig.54) se localizó un conjunto de

siete recipientes fragmentados, un hacha de ofita pulimentada, varios fragmentos óseos de fauna, entre ellos oveja/cabra y liebre, todo ello descansando sobre un lecho de ramas carbonizadas.

FORMA	Decoradas	% Decoradas	Lisas	% Lisas	Casos Total	% Total
I	1	0.59	4	2.39	5	2.99
Ib	0	0	1	0.59	1	0.59
Ic	0	0	1	0.59	1	0.59
II	15	8.98	6	3.6	22	13.17
II b	0	0	2	1.2	2	1.2
II c	0	0	5	2.99	5	2.99
II d	0	0	9	5.38	9	5.38
II e	12	7.18	11	6.58	23	13.77
III	1	0.59	14	8.38	15	8.98
III d	0	0	1	0.59	1	0.59
III e	0	0	2	1.2	2	1.2
III f	0	0	2	1.2	2	1.2
IV	6	3.6	5	2.99	11	6.58
IV b	0	0	1	0.59	1	0.59
IV c	2	1.2	4	2.39	6	3.6
IV d	1	0.59	3	1.8	4	2.39
IV e	2	1.2	0	0	2	1.2
V	3	1.8	6	3.6	9	5.38
V a	7	4.19	5	2.99	12	7.18
V b	1	0.59	0	0	1	0.59
VI	0	0	4	2.39	4	2.39
VI b	0	0	1	0.59	1	0.59
VI e	2	1.2	5	2.99	7	4.19
VII	2	1.2	1	0.59	3	1.8
VIII	0	0	0	0	0	0
IX	3	1.8	0	0	3	1.8
X	4	2.39	3	1.8	7	4.19
X a	1	0.59	2	1.2	3	1.8
X b	4	2.39	1	0.59	5	2.99
TOTAL	67	100	100	100	167	100

Tabla 40.- Formas decoradas y lisas representadas.

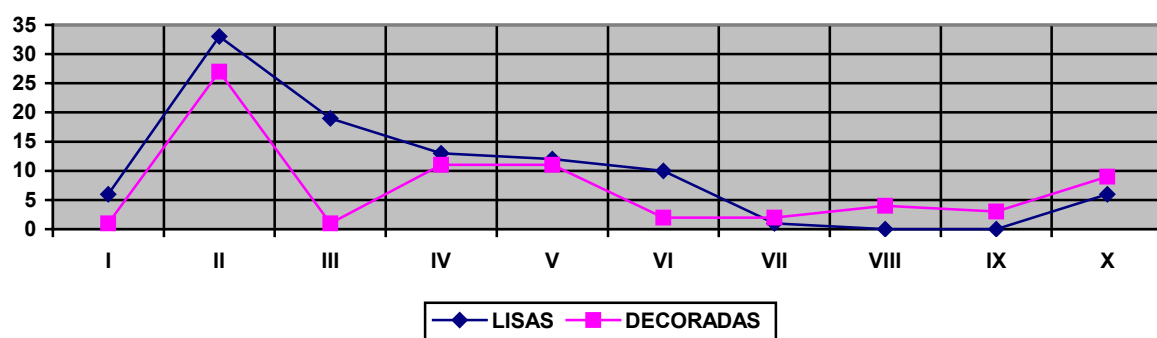


Fig.59.- Índice de representación de formas tipo por grupos netos

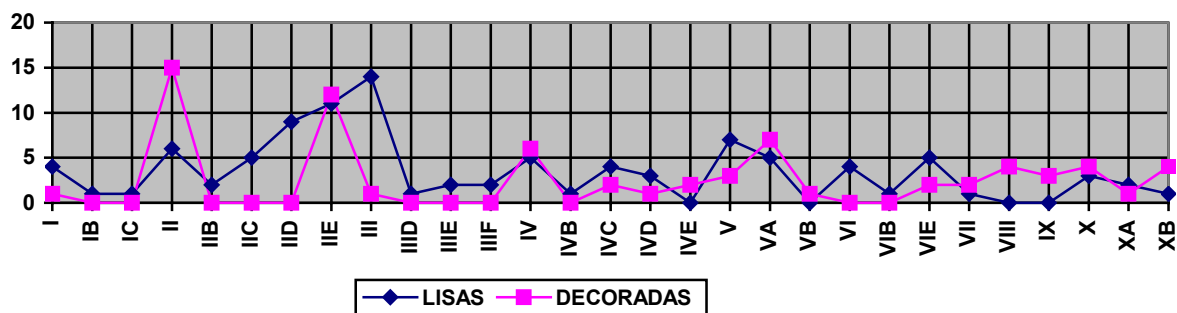


Fig.60.- Índice de representación de formas tipo por categorías.

En este conjunto, el repertorio de formas es reducido, estando representadas tan sólo la **Forma V** –genérica- (un caso) y la **Forma VIII** (al menos cuatro casos). En todas las ocasiones podemos hablar de grandes recipientes contenedores dentro del concepto de tinajas y cántaros o anforoides. La decoración está presente en cuatro casos, si bien el reducido tamaño de los tres elementos restantes nos impide tener la certeza de que correspondiesen o no a recipientes decorados. Por lo demás el carácter Neolítico de la muestra es indudable.

Un dato que merece la pena resaltar referente a este conjunto es que al menos uno de los recipientes, el número 4, presentaba algunos de los fragmentos que lo componen dispersos por la cueva. Este hecho denota la existencia de movimientos de material pero no resta validez a nuestra interpretación del conjunto como depósito cerrado.

En el caso de este yacimiento, el hecho de que el cómputo de las formas se haya podido realizar sobre un conjunto de más de 160 recipientes prácticamente completos, es la causa de que estemos ante ciertas diferencias en la representación de algunos tipos –casos de los grupos V y VIII- respecto a gran parte de los yacimientos tratados y donde los índices de fragmentación son mayores y los remontajes menos abundantes. Ahora bien, tampoco podemos obviar el hecho de que estamos ante un yacimiento tan heterogéneo que resulta complicado admitir los valores presentados y demasiado atrevido defender una propuesta estadística seria.

Por otra parte, resulta en extremo complicado tratar de establecer un rango de diferenciación de cada una de las fases representadas. Basándonos en los estudios que hemos realizado en yacimientos de cronología prehistórica y en los estudios estadísticos y tipológicos sí podemos aproximarnos al periodo que nos ocupa, no obstante esta aproximación nos obliga a perder una notable cantidad de información.

Mostraremos, aunque sea de un modo somero, esta nueva aproximación. Antes, no obstante, debemos señalar que la buena representación de los tipos evolucionados, generalmente sobre las formas mejor representadas del Neolítico y la presencia de algunos elementos formales y decorativos propios de las fases epigonales del Neolítico e iniciales de la Edad de los Metales - pastillas repujadas, decoraciones de motivos triangulares rellenos de puntos, abundancia de fondos planos, etc- así como la ausencia de los tipos decorativos propios del Neolítico meseteño, tanto impresos como inciso acanalados, nos inducen a señalar que la frecuentación de la cavidad debió ser, durante este momento, mucho menos intensa que en momentos posteriores. Por ello el número de recipientes con una cronología neolítica indudable se reduce de forma notoria.

Otro dato sobre el que no podemos dejar de tratar es sobre la verdadera adscripción de las “cestas” decoradas con esquemas de boquique. Si bien es cierto que en ninguno de los casos se ha conservado intacta la unión del asa plana con el borde del recipiente –motivo que nos llevó a plantear en alguna ocasión la posibilidad de que estas cerámicas presentasen un asa no de cesta, sino destacada sobre el labio del recipiente –semejante a nuestro tipo Ib y similar a las descritas en los tipos V.1 u XI.2 de Bernabeu (1989)- hay evidencias de recipientes similares documentados en los momentos avanzados de la Edad del Bronce. Este hecho nos indica que debemos ser cautos ante el registro real que está enmascarando la recogida de superficie realizada por Apellániz y Domingo.

Sin tener en cuenta estos polémicos recipientes que no presentan paralelos ni acomodo posible en nuestra tipología y contando con el sesgo que supone aceptar que debemos renunciar al cómputo de la mayor parte de la cerámica lisa –si no de la totalidad, dada la larga pervivencia de los tipos- podemos presentar un panorama tipológico propio del Neolítico (Tabla 41)

FORMA	Decorada
I	3
II	5
III	3
IV	3
V	18
VI	1
VII	3
VIII	4
TOTAL	40

Tabla 41.- Formas decoradas representadas

Resulta impropio hablar aquí de porcentajes de representación o de elementos destacados. Si podemos realizar un ejercicio de comparación de la curva de representación de los tipos cerámicos de este enclave con la obtenida en otros yacimientos, con adscripción más fiable y que nos permita obtener algunas conclusiones (Figs. 61- 63)

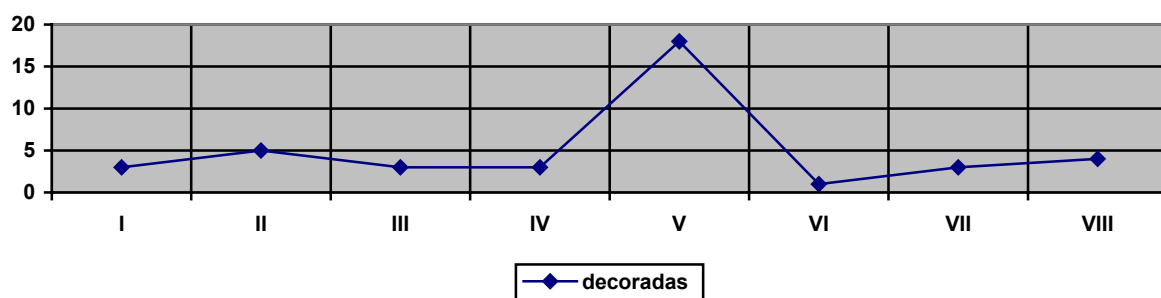


Fig.61.- Gráfica de representación de tipos cerámicos decorados.

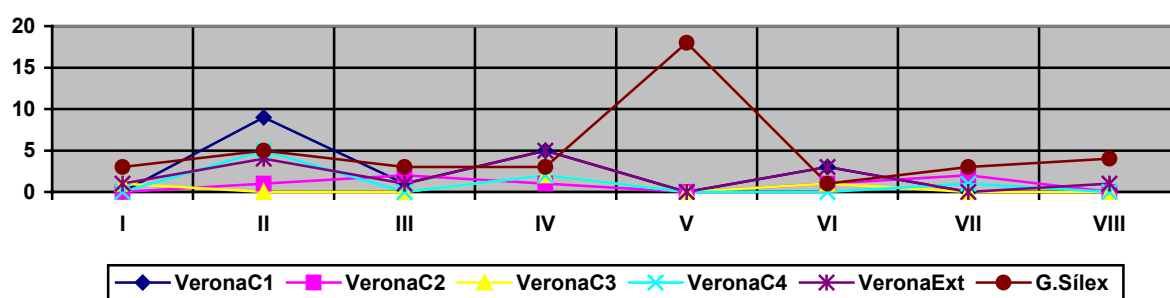


Fig.62.- Comparativa con la representación de cerámicas decoradas del yacimiento de Verona II

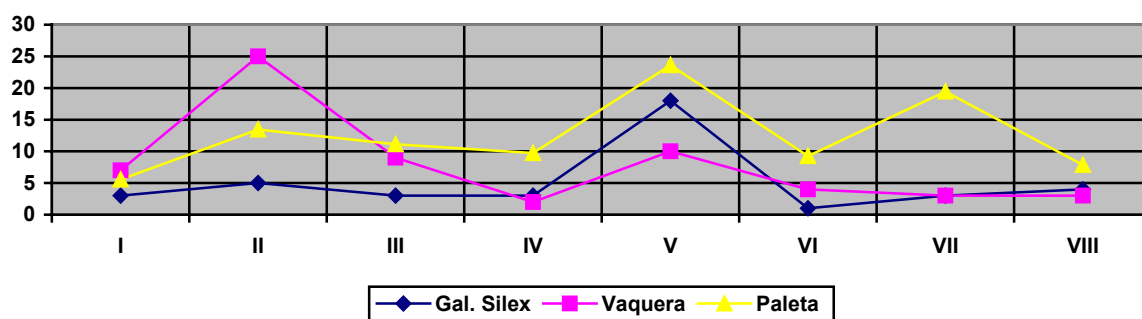


Fig. 63.- Comparativa con la representación de cerámicas decoradas del yacimiento de La Vaquera

Esta comparativa nos permite advertir una mayor aproximación a la gráfica correspondiente al yacimiento segoviano de La Cueva de la Vaquera (Fig. 63) que al enclave madrileño de Verona II (Fig. 62). No obstante las diferencias son palpables también en aquél primer caso, pues mientras en el yacimiento segoviano predominan los recipientes de la forma II, y en burgalés estos recipientes, pese a estar bien representados, no son mayoritarios.

La primera conclusión es que la gráfica de representación no sólo no es acorde con la representación de un yacimiento al aire libre como es Verona II, sino que existe una clara inversión en los tipos representados. Así, mientras en Verona II, la ausencia de los grandes recipientes de la forma V y VIII es notoria, en la Galería del Sílex son los tipos mejor representados. No en vano, aquí, los elementos más destacados son los de mayor volumen y los que tuvieron una clara función de almacenaje. ¿Podemos estar ante una clara diferenciación del registro basada en la funcionalidad del emplazamiento y por extensión de los elementos representados o por el contrario estamos ante dos desarrollos culturales diferenciados?. Los datos procedentes del enclave toledano de La Paleta, también situado al aire libre, obligan a tener cautela antes de decantarse por cualquiera de estas interpretaciones, al tiempo que puede señalar la trascendencia del componente cronológico para la explicación de la presencia o ausencia de determinados tipos cerámicos.

La segunda conclusión es que a la vista de las evidencias y de la ordenación tipológica quedan fuera de nuestro registro los recipientes del tipo 12 (Apellániz y Domingo, 1989: 30, fig. 5) que porta en su decoración la figuración esquemática con claros paralelos en el Gran Panel. Este tipo de recipiente no puede ser adscrito al Neolítico, ni por extensión el panel citado. Ambos, además, encajan de manera más nítida en contextos avanzados de la Edad del Bronce y el ciclo artístico de pintura negra en cueva propia del ciclo de Los Enebralejos-Solacueva.

En lo referente a las técnicas decorativas, si hay un dato que caracterice el conjunto de la Galería del Sílex es su aparente monotonía (Tabla 42 y Fig. 64)

TÉCNICA DECORATIVA	CASOS
Incisión fina	1
Acanalado	9
Impresión matriz simple	29
Impresión matriz múltiple	0
Impresión concha	0
Digitación-ungulación	3
Cordón liso	8
Cordón impreso	9
Boquique	5
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	5

Tabla 42.- Técnicas decorativas empleadas.

Debemos detenernos sobre algunos de los elementos de este gráfico. En primer lugar la presencia de pastillas aplicadas o repujadas ha sido computada por el valor que presentan en la discusión acerca de su antigüedad. En este caso no puede defenderse tal antigüedad pues siempre se asocian a recipientes de formas evolucionadas. Por otra parte, en el apartado de las impresiones de matriz simple, debemos llamar la atención acerca de que más del 70% responde a impresiones transversales realizadas sobre el labio de los recipientes, al menos un 25% sobre cordones aplicados y tan sólo un 5% sobre la superficie de la pared de los recipientes. Todo ello se aleja bastante del horizonte clásico del Neolítico meseteño. Si este hecho responde a un criterio regional o cronológico es algo sobre lo que volveremos más adelante.

Con el boquique sucede algo similar. No hemos computado las decoraciones de boquique realizadas sobre las cestas de asa superior puesto que, como señalamos, no tenemos clara su cronología. Sí debemos señalar que en todos los casos se trata de recipientes decorados mediante esta técnica, con un esquema idéntico.

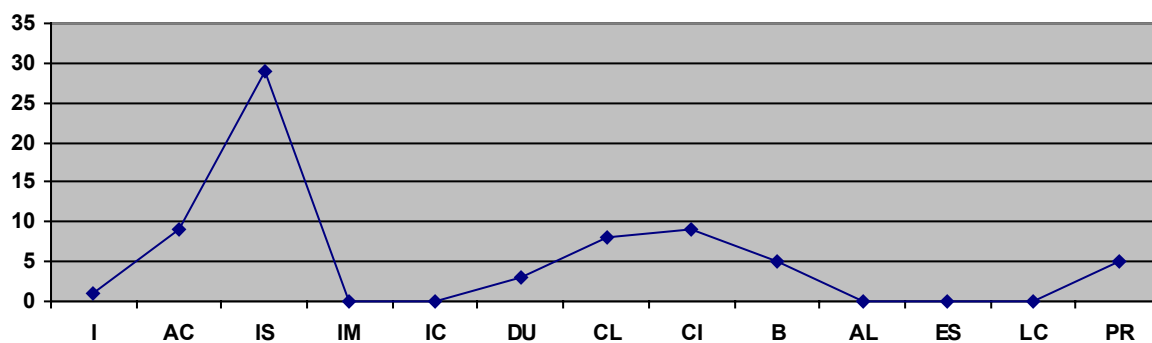


Fig. 64.- Gráfica de representación de tipos de decoración.

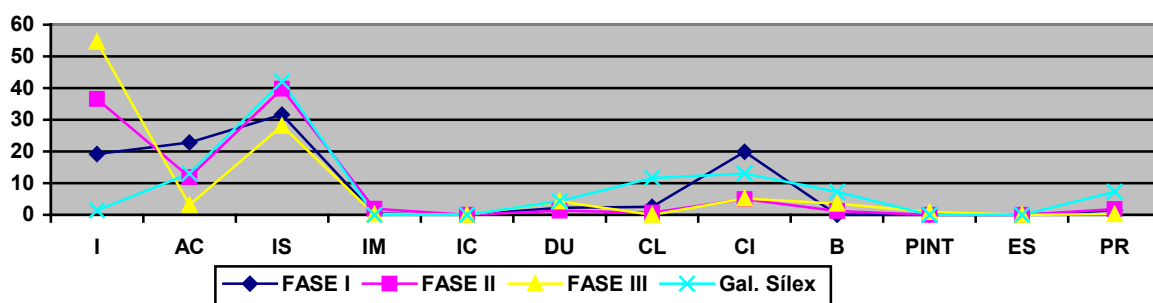


Fig.65.- Gráfica comparativa de representación de tipos de decoración en La Vaquera y Galería del Sílex

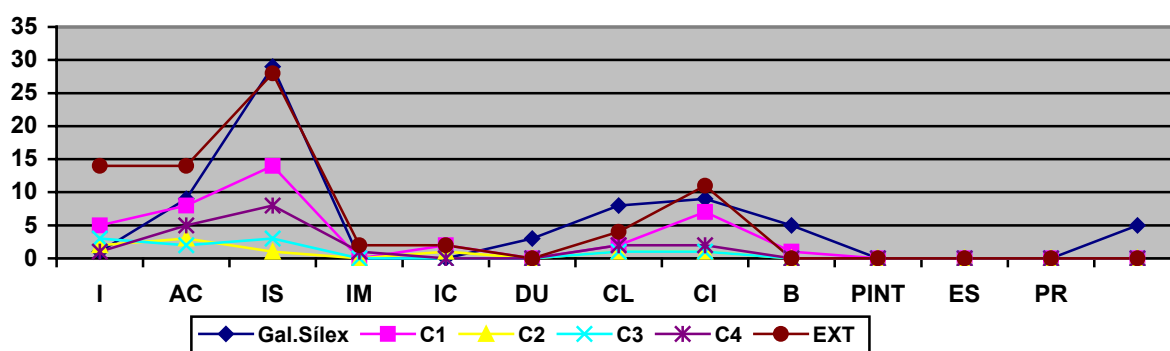


Fig.66.- Gráfica comparativa de representación de tipos de decoración en Verona II y Galería del Sílex

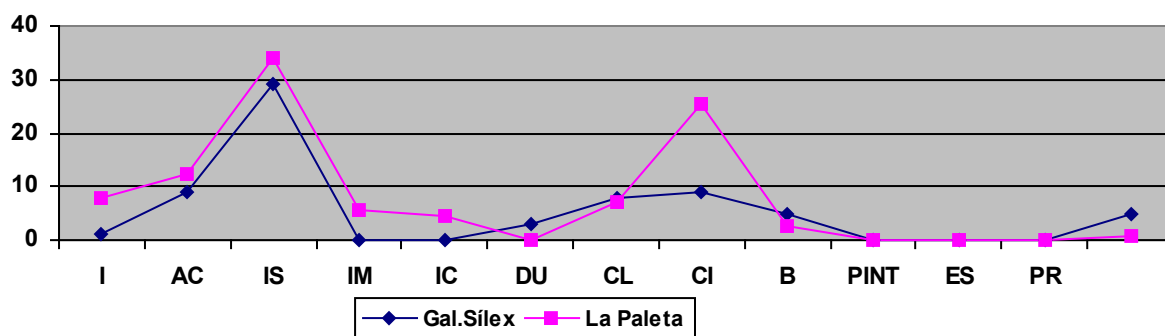


Fig.66 bis.- Gráfica comparativa de representación de tipos de decoración en La Paleta y Galería del Sílex

No obstante lo dicho, si comparamos esta gráfica con la obtenida para los yacimientos de La Vaquera (Fig. 65), Verona II (Fig. 66) y La Paleta (Fig. 66 bis), observamos que las diferencias no son grandes, asemejándose los perfiles de Verona II, cabaña 1 y exterior, la Fase I de La Vaquera y la curva de la gráfica del enclave toledano de La Paleta. Todo ello implica no sólo la necesidad de aceptar una notable antigüedad para los materiales del yacimiento burgalés, sino que también valida el papel seriático y cronológico de las decoraciones cerámicas.

Tal vez lo más digno de resaltar y, a un tiempo sintomático, sea que la máxima coincidencia en las gráficas se produzca entre Galería del Sílex y el conjunto exterior de Verona II, con muy tenues diferencias, por ejemplo en el porcentaje de representación de pastillas aplicadas. Esto nos indica, sin lugar a dudas, que en ambos casos estamos ante colecciones en las que se ha producido una mezcla de materiales correspondientes a varias fases dentro del proceso de neolitización. Así, cuanto más podemos constreñir el marco estratigráfico, más claras se hacen las disimetrías y más acusados los picos y valles. Por el contrario, cuando analizamos colecciones en las que no es posible dilucidar estratigráficamente la adscripción, las curvas suavizan algunos de esos picos y valles, ofreciendo un falso aspecto de homogeneidad.

Respecto a la fuerte presencia de las pastillas aplicadas y, conociendo algunos interesantes yacimientos burgaleses propios de las etapas finales de la secuencia neolítica e iniciales de la explotación de los metales, como el de El Hornazo en Villamir, donde es precisamente este elemento el más destacado, consideramos que debe tenerse por cierta la existencia de una facies

final del Neolítico en la que, sin relación con el campaniforme, abundaron estos elementos. Que los mismos pudieron ser un componente en cierto modo regional, es algo que, con los datos en la mano, podemos dar por cierto. Que su origen parte del horizonte inicial de la fase de consolidación del Neolítico (Neolítico II) queda refrendado, como veremos, por las evidencias del enclave, también burgalés, de la cueva de El Mirador, donde este tipo de elementos se asocian a cronologías que varían entre el 5700 y el 5400 BP.

Por último, atendiendo a los motivos decorativos, la existencia de un panorama notablemente monótono se hace en este apartado más patente. Si por algo se caracteriza la muestra de la Galería del Sílex es por su sobriedad decorativa y la ausencia de ese barroquismo que denunciamos como elemento representativo de las cronologías más antiguas de otros enclaves meseteños.

En lo que concierne a los motivos estrictamente incisos y acanalados, poco abundantes como señalamos, hay una constante recurrencia al tipo BI, con algunas tímidas apariciones de los motivos del tipo BII, si bien la máxima representación la encontramos en los motivos impresos del tipo AII (33 casos) y AI (2 casos) que aparecen decorando los labios, los cordones aplicados y en ocasiones las superficies externas de los recipientes. Un apartado especial merecen las decoraciones de boquique (AI.c) que aparecen siempre en esquemas sencillos clásicos del tipo o en ocasiones acompañados por impresiones romas que festonean los boquiques dentro del concepto del tipo 'aziloide' (CIV.a y CIV.b) que tendremos oportunidad de ver corresponden normalmente a contextos neolitizados tempranos (Neolítico IB). Los motivos impresos asociados a cordones en relieve están bien representados, generalmente dentro del tipo DII.b y en menor medida del tipo DII.a. Estos dos tipos, junto a las representaciones plásticas en relieve sin decorar (DI), comparecen de forma reiterada en los recipientes de mayores dimensiones.

Estudio de dispersión de restos

En su obra, Apellániz y Domingo, culminan el estudio de los materiales con un detallado y exhaustivo análisis de la dispersión de restos sobre la superficie de la galería. A nuestro juicio y vista la problemática que plantea la adscripción a un único momento del depósito, consideramos necesario restar cierto valor al estudio dado que las conclusiones de él extraídas pudieran ser erróneas.

No obstante debemos dotar del valor que tiene el estudio en aquellos elementos que consideramos más destacados. Así, de las planimetrías de dispersión presentadas por los autores recuperamos las que hacen referencia a la dispersión general de restos cerámicos, líticos y óseos, situación de los vasos, vasos de fondo cónico y asas. De todos ellos, así como del conjunto de las restantes planimetrías –que no reproducimos pero que recomendamos al lector sean consultadas en la obra original- obtenemos muy interesantes conclusiones.

En primer lugar, el estudio de las planimetrías que muestran la dispersión de restos cerámicos y de vasos (Fig.54) nos señala la existencia clara de dos áreas de concentración, una en el Sector A-B-C y otra en el sector D, especialmente más allá de las simas centrales, pasado el codo Este del fondo de galería, allá donde afloran los sílex nodulares y la estrecha banda de sílex tabular de la última sima.

A esta dispersión diferencial de restos debemos añadir que es en este sector, de acceso al área de mina, en el que se concentran la totalidad de los recipientes de fondo cónico (Fig.55) –en una disposición, además, notablemente coincidente con la presencia de hogueras y antorchas (Fig.56)-; donde no aparece ni un solo recipiente de fondo plano (Apellániz y Domingo, 1989: 171 y ss), ni con cuello vuelto (Ibidem: 178, Plano 9), ni con cuello cerrado (Ibidem: 179, Plano 10) –no en vano una de las formas típicas de los primeros horizontes de la Edad del Cobre-; ni una sola pastilla aplicada (Ibidem: 193, Plano 19). Es además en este sector de la galería donde se concentra la mayor parte de las asas (Ibidem: 197, Plano 21). Por otra parte, cuando se realiza una mínima revisión de los lugares donde comparecen los materiales de apariencia más moderna y la mayor parte de los elementos evolucionados, éstos jamás se asocian al sector de extracción minera y sí por el contrario, con una notable presencia, a los primeros sectores de la cavidad.

Esta dicotomía en la representación de los materiales se hace más notable y, a nuestro entender, explica la entidad del registro, cuando se atiende a la dispersión de los restos óseos humanos. Aquí observamos que, exceptuando los cadáveres hallados en el interior de las simas A y B –que los mismos autores atribuyen a accidentes acaecidos en el interior de la cavidad- no hay un solo resto en el sector D, mientras que en el sector B y en menor medida en el A, se produce una concentración notable a modo de necrópolis.

Por razones obvias, que además corroboran el registro arqueológico, debemos considerar diacrónicos los usos de la galería como área de extracción minera y como necrópolis. A nuestro juicio es además evidente que la segunda sucede a la primera y que debió de ser el interés minero exclusivamente el que motivó la frecuentación de esta zona profunda de la cavidad durante el Neolítico. Del mismo modo su uso como necrópolis y santuario, aún cuando pudiese tener su origen en un momento postrero del Neolítico, sin duda alguna, tuvo su culmen de uso en los momentos iniciales de la Edad de los Metales y en especial durante la Edad del Bronce.

Es digno resaltar que en la sima ubicada al final del tramo III, donde aparecen los dos cadáveres que se interpretan como derivados de un accidente, aparece una concentración de cuatro recipientes lisos peculiares, de fondo globular y paredes rectas, con un asa –del tipo representado en la figura 68.7 que los autores, acertadamente a nuestro entender, interpretan como posible ofrenda a estos difuntos (Apellániz y Domingo, 1989: 212-213)

Restos faunísticos

La publicación de Apellániz y Domingo incluye un anexo con un estudio faunístico realizado por P. Castaños. Lamentablemente no le acompaña un plano de dispersión de restos, lo que limita el valor de los datos. Tan sólo es posible mencionar la notable representación de especies domésticas, la presencia de cortes y huellas de alteración antrópica sobre los huesos así como la llamada de atención que esta especialista realizó sobre la más que probable asociación de estos restos con las deposiciones funerarias aparecidas en la cavidad como posibles ofrendas rituales (Castaños, 1989: 323)



Fig.53.- Sistema kárstico de Cueva Mayor y de la Galería del Sílex, según Apellániz y Domingo, 1989

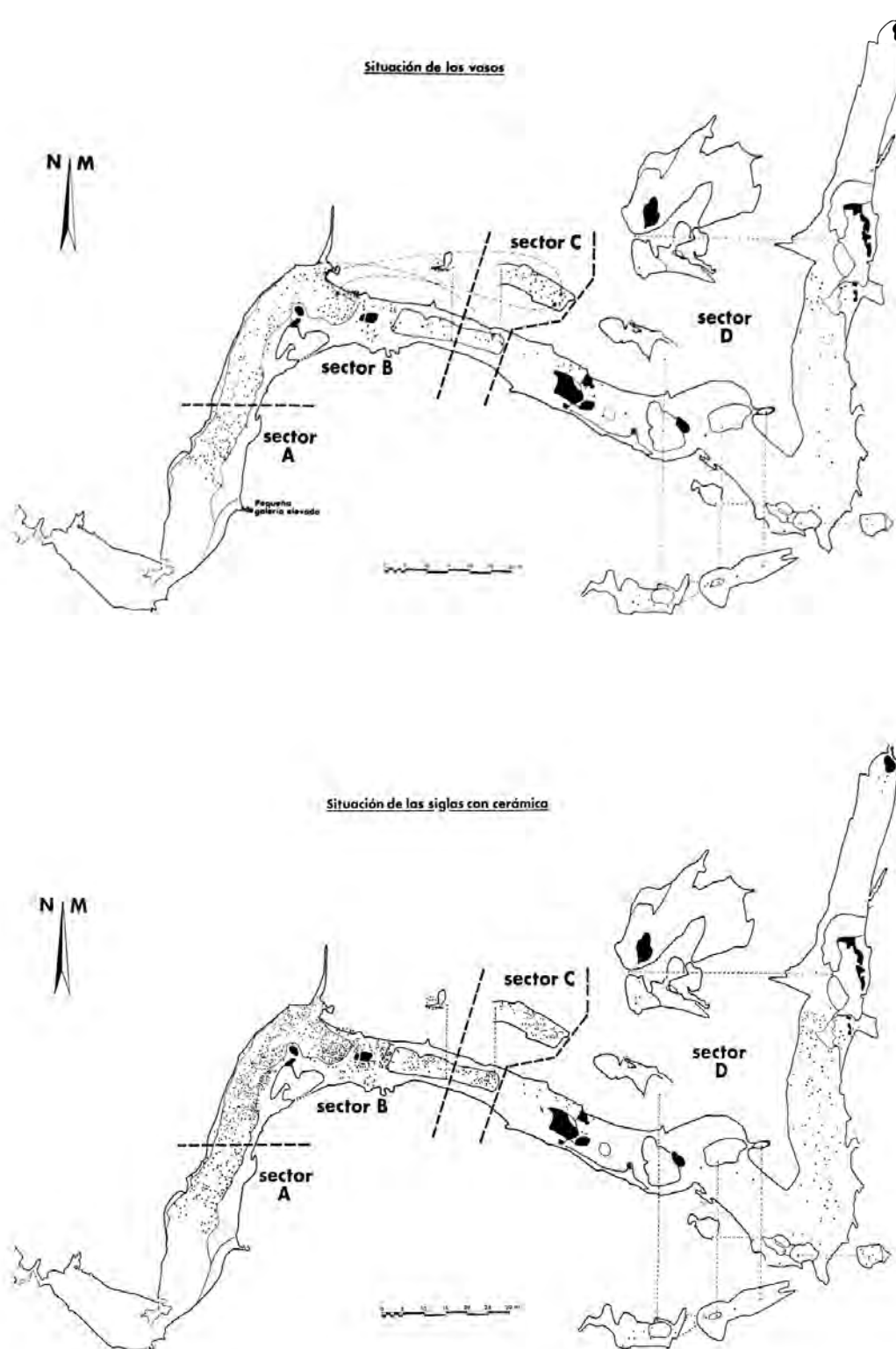


Fig.54.- Ubicación sectorial de restos cerámicos, según Apellániz y Domingo, 1989

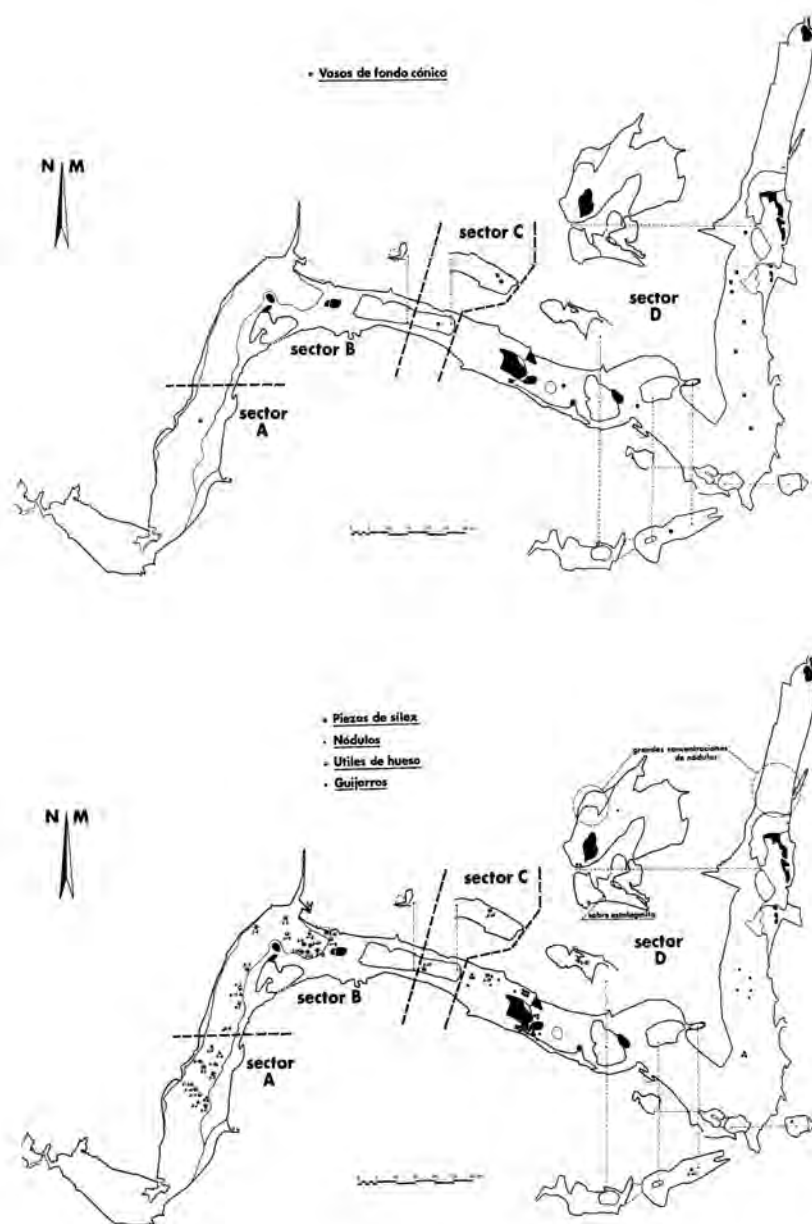


Fig.55.- Ubicación sectorial de fondos cónicos (arriba), restos líticos y útiles de hueso, según Apellániz y Domingo, 1989

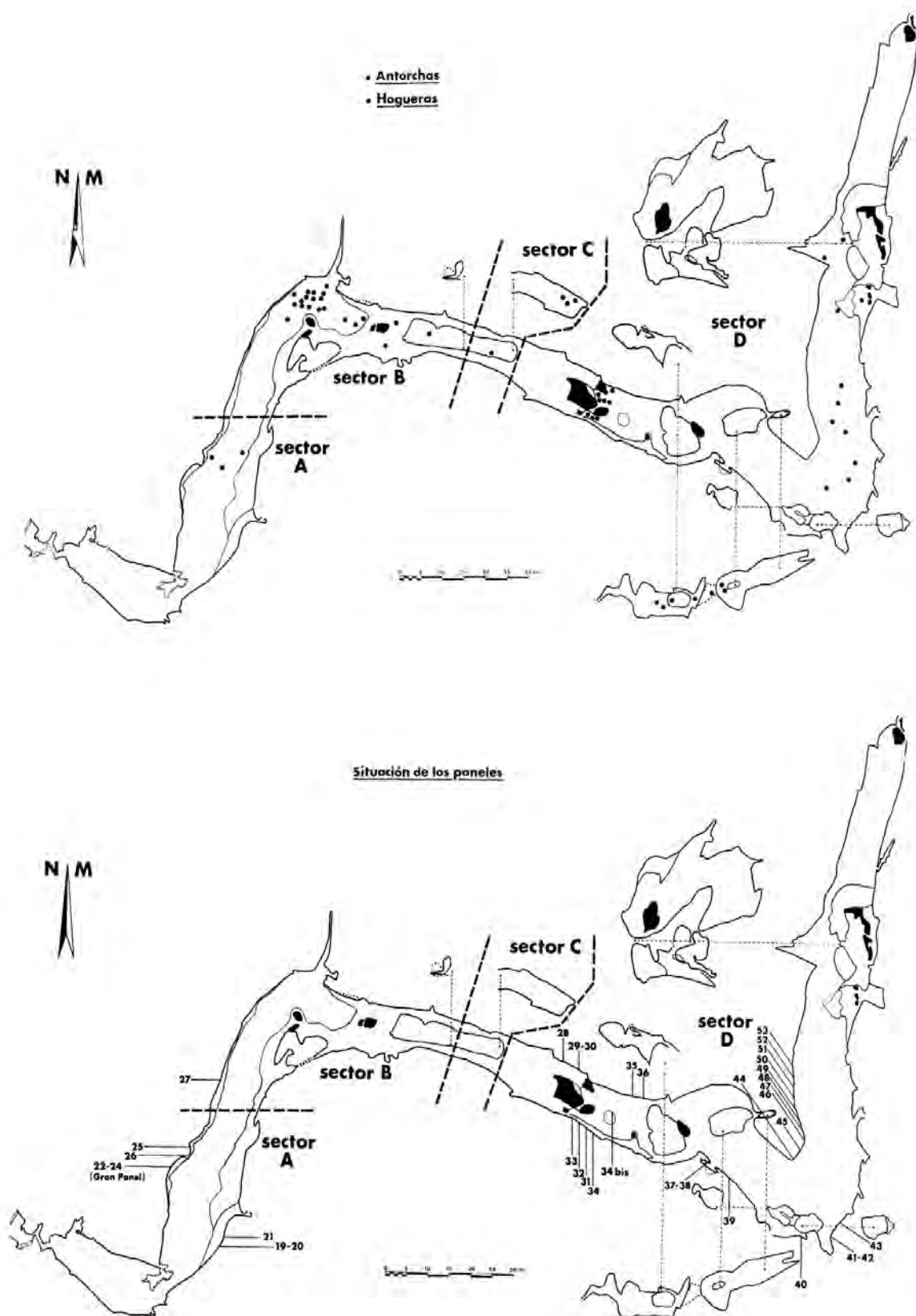


Fig.56.- Ubicación sectorial de antorchas, hogares y paneles decorados, según Apellániz y Domingo, 1989

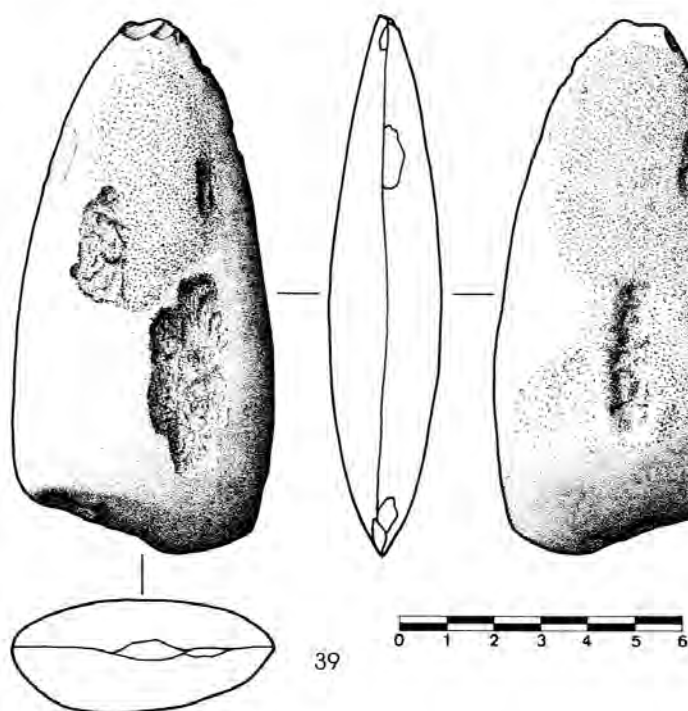


Fig.57.- Hacha de ofita recuperada en el depósito de la "Pequeña Galería elevada", según Apellániz y Domingo, 1989

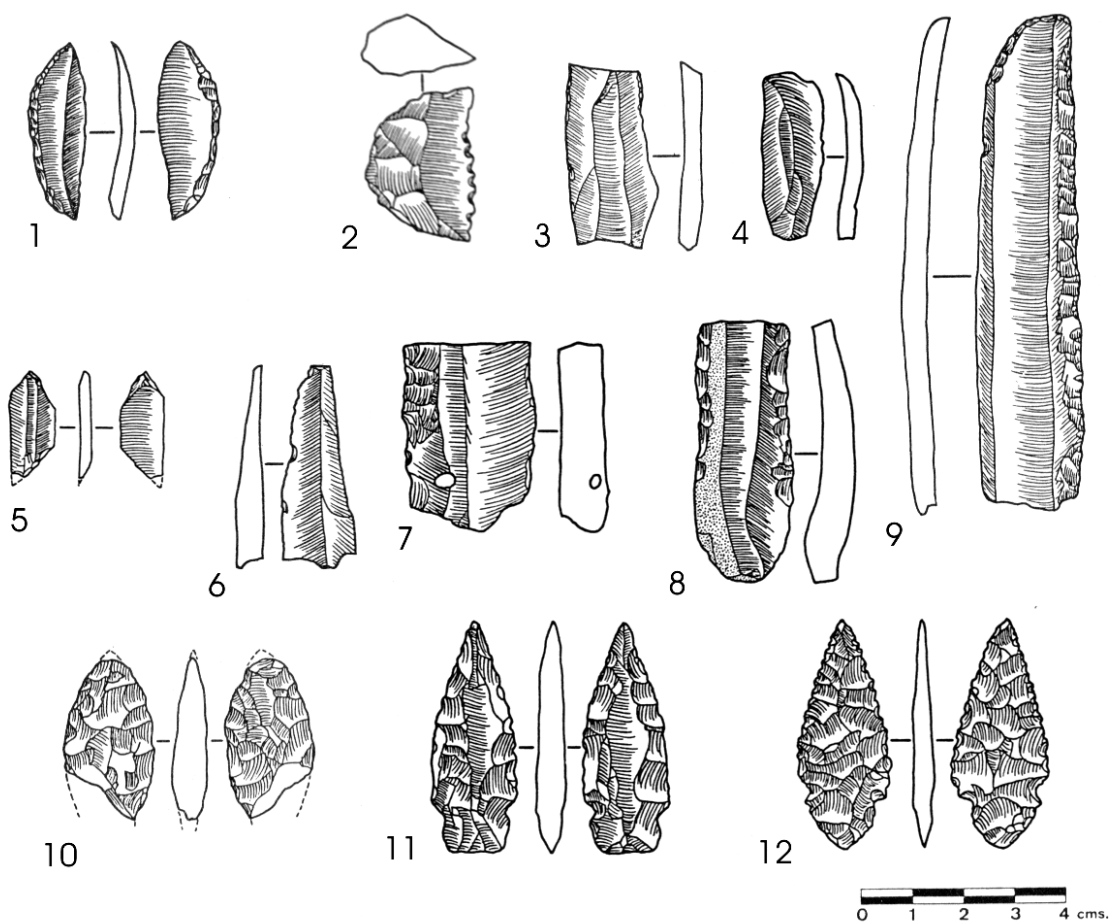


Fig.58.- Industria lítica, según Apellániz y Domingo, 1989

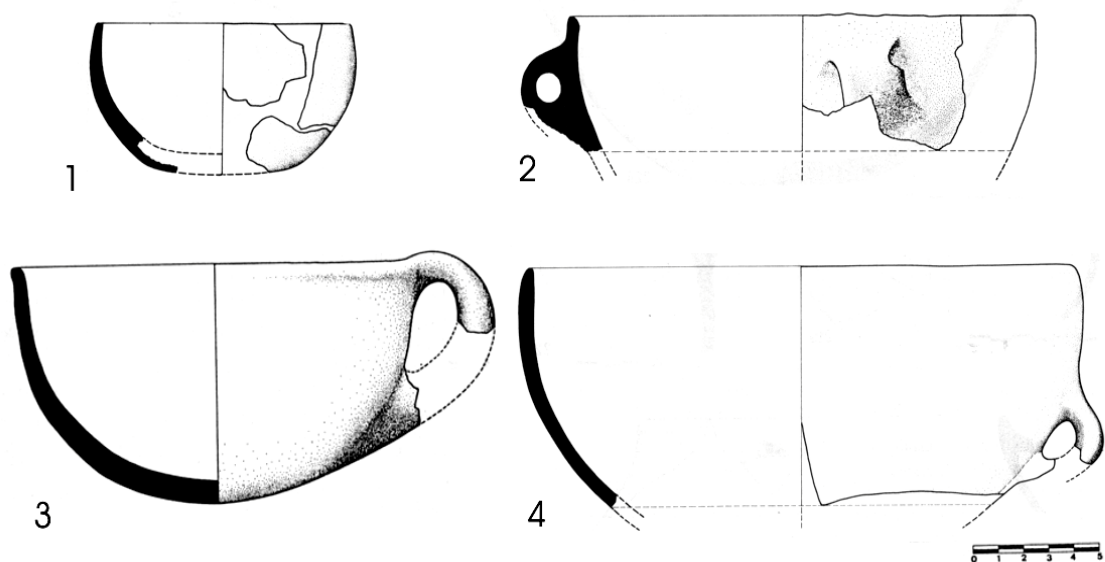


Fig. 67.- Cerámicas lisas, según Apellániz y Domingo, 1989

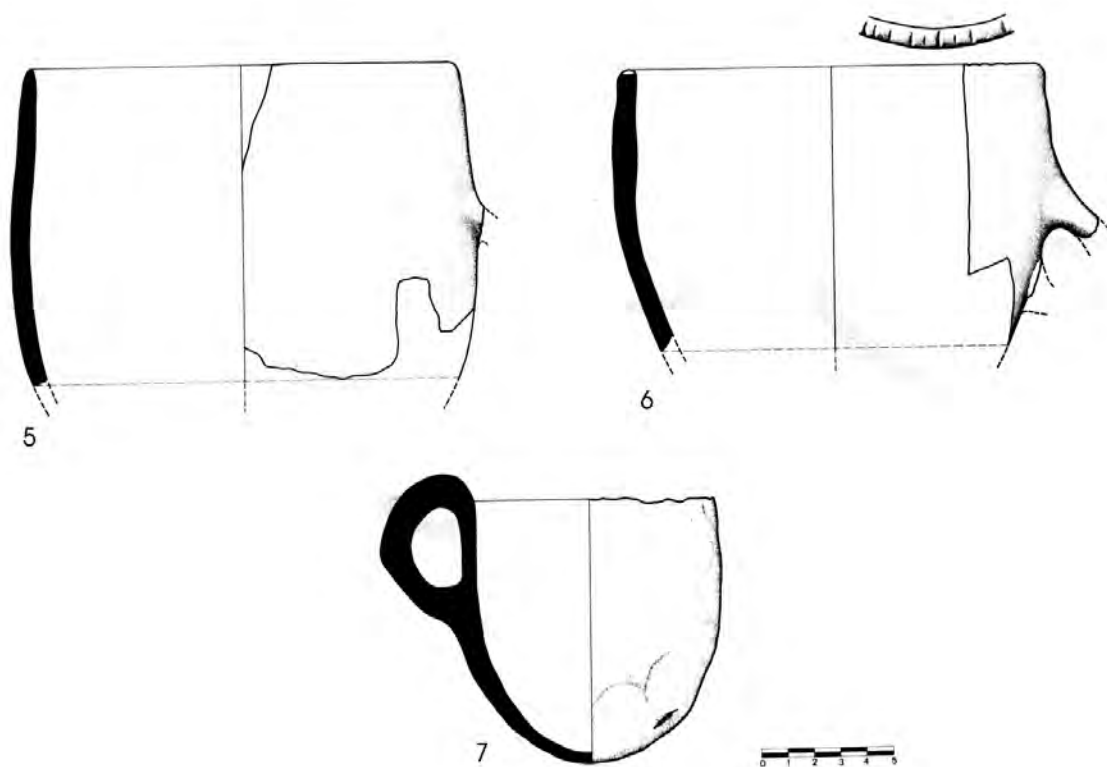


Fig. 68.- Cerámicas lisas de la Galería del Sílex, según Apellániz y Domingo, 1989

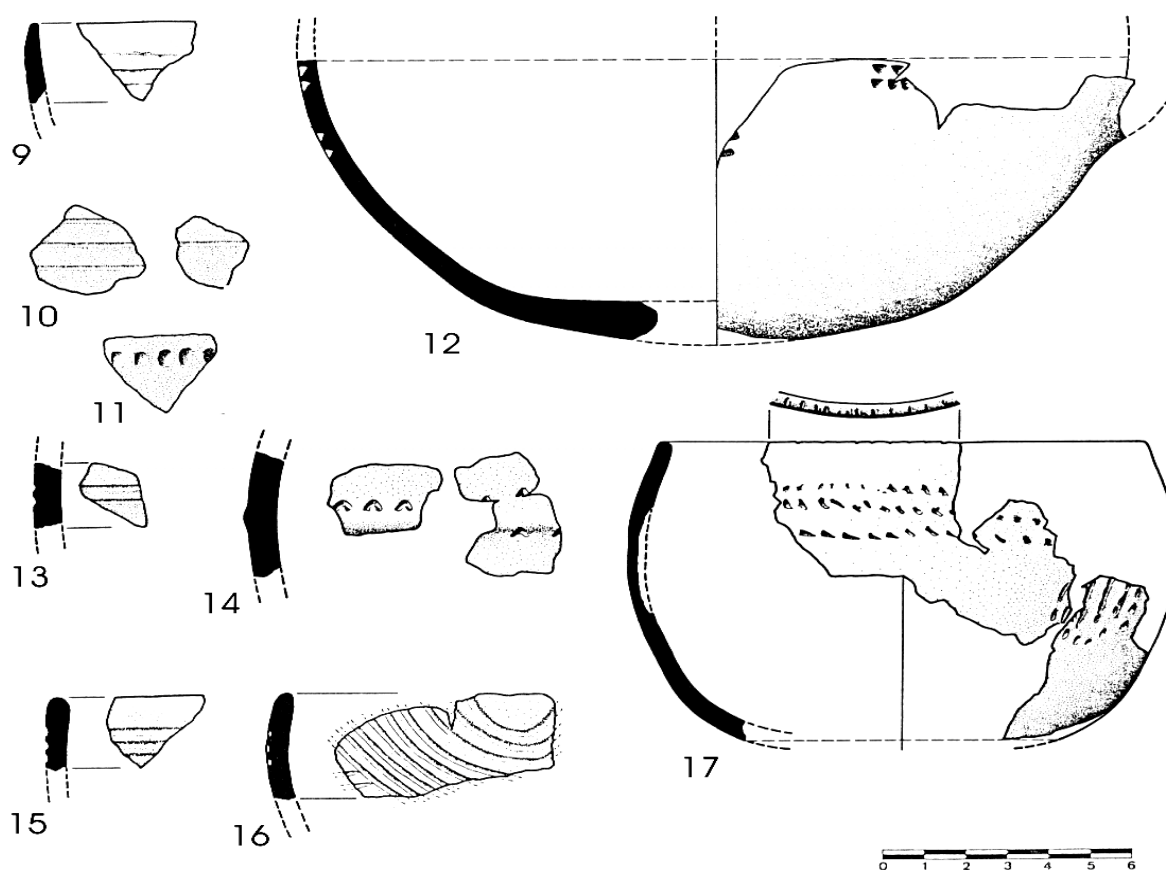


Fig.69.- Cerámicas decoradas de la Galería del Sílex, según Apellániz y Domingo, 1989

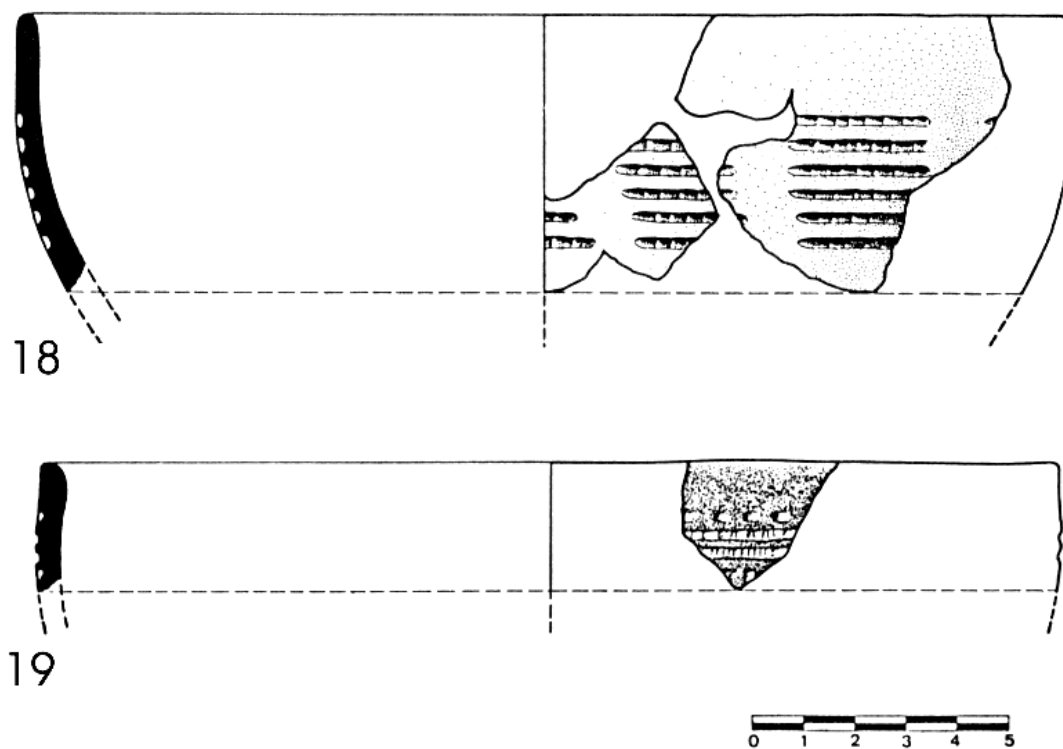


Fig.70.- Cerámicas decoradas de la Galería del Sílex, según Apellániz y Domingo, 1989

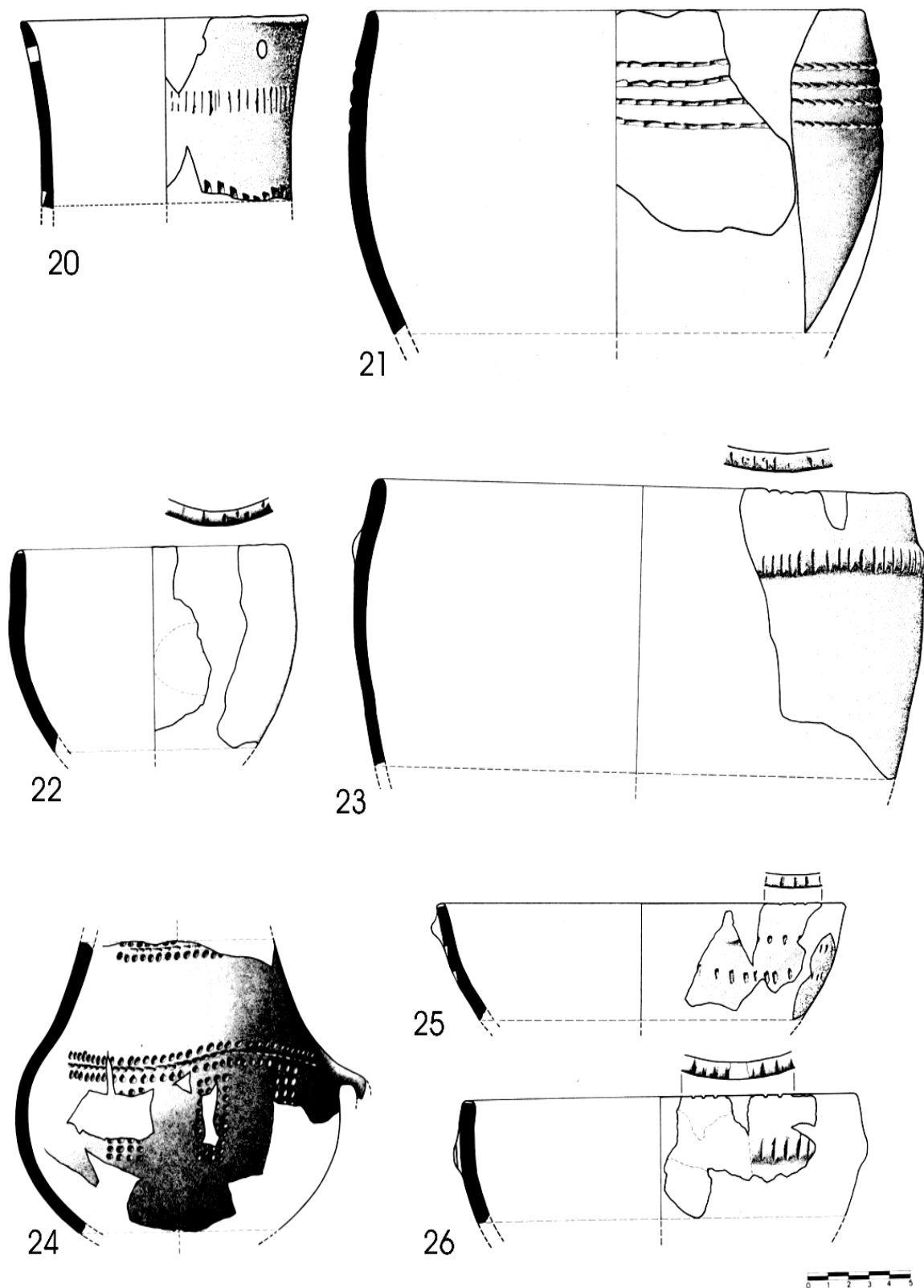


Fig.71.- Cerámicas decoradas de la Galería del Sílex, según Apellániz y Domingo, 1989

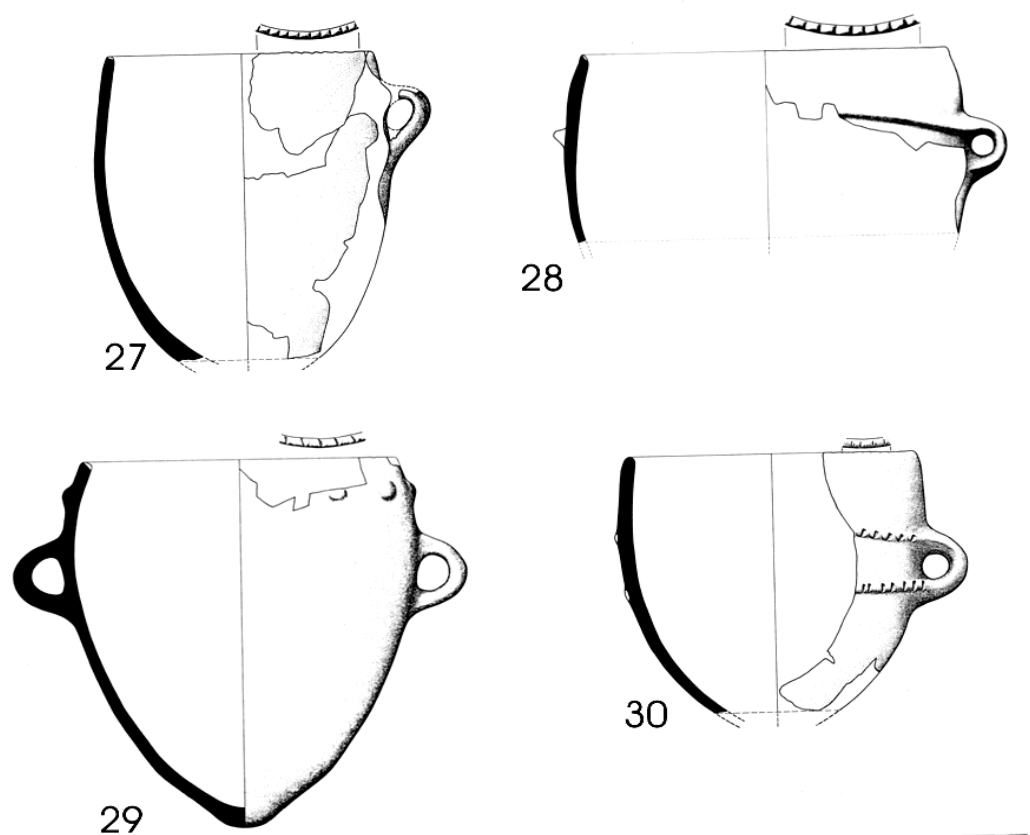


Fig. 72.- Grandes recipientes de almacenamiento o transporte decorados, según Apellániz y Domingo, 1989

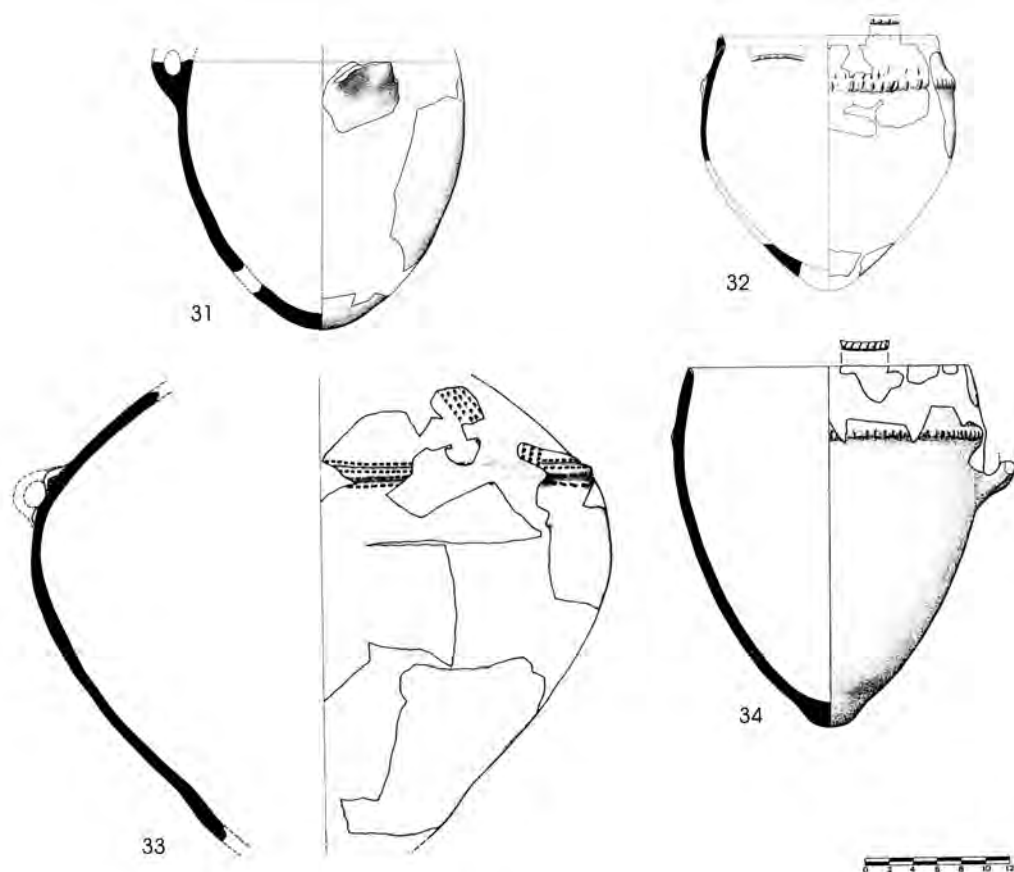
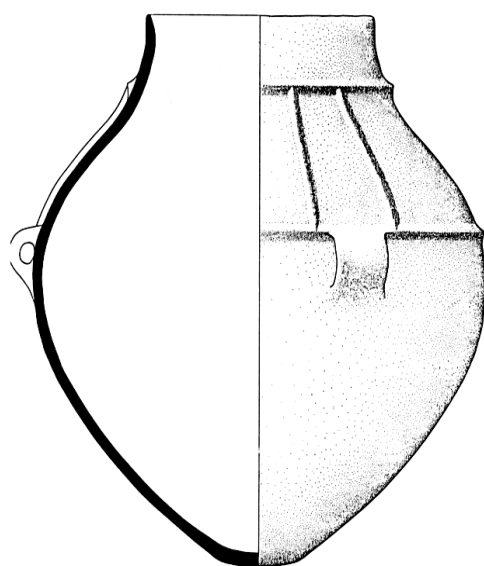
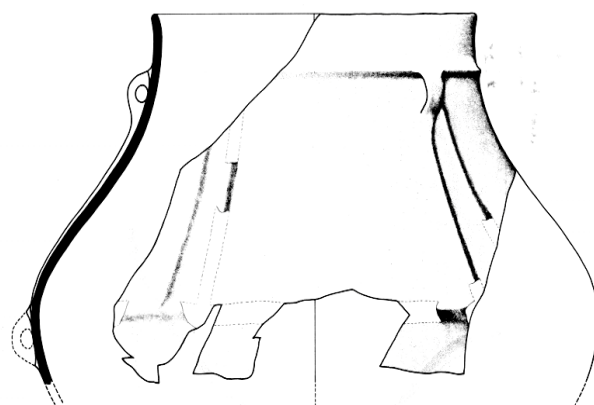


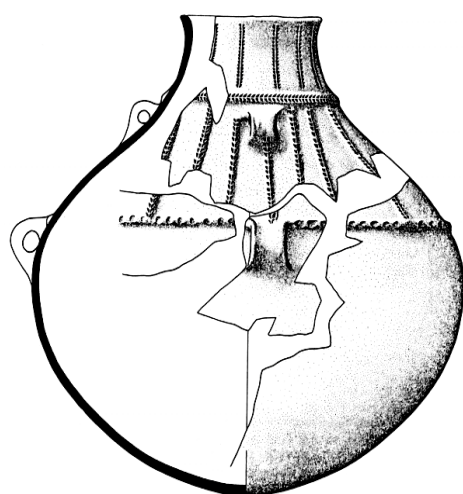
Fig. 73.- Grandes recipientes de almacenamiento o transporte decorados, según Apellániz y Domingo, 1989



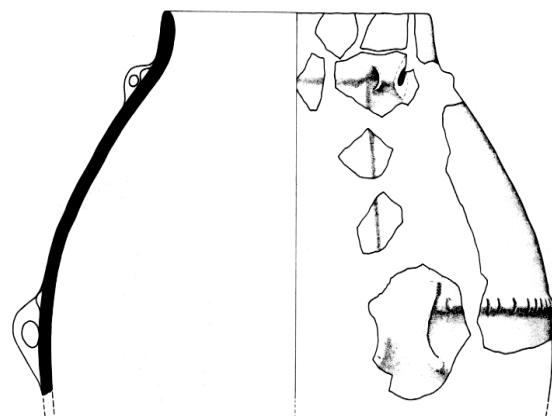
35



36



37



38



Fig.74.- Grandes recipientes de almacenamiento o transporte del depósito de la "pequeña galería elevada", según Apellániz y Domingo, 1989

2.7. LA CAÑADA (Pedrajas de San Esteban, Valladolid)

UTM: 365.700 / 4.575.800

Yacimiento al aire libre ubicado a 743 metros s.n.m. y situado en una zona lacustre inmediata a la margen derecha del tramo inferior del río Eresma, ya en tierras sedimentarias, sobre cuyo curso se alza 20 metros.

Los materiales que se conocen proceden en su totalidad de las prospecciones realizadas con motivo de la conclusión del Inventario Arqueológico de la Junta de Castilla y León y fueron publicados con motivo de una exhaustiva revisión del Neolítico de la Submeseta Norte (Iglesias Martínez *et alii*, 1995)

Material arqueológico

Dadas las características del hallazgo tan sólo se cuenta con una selección de materiales, específicamente cerámicas decoradas cuyo valor principal es, por un lado la localización de un nuevo punto en nuestro mapa general y por otro la caracterización de los materiales de cara a la valoración, aunque sea aproximativa, de los esquemas decorativos presentes.

Cerámica

Atendiendo a los restos publicados no podemos hacer más que un breve repaso arqueográfico sobre los materiales de este yacimiento. En cuanto a la tipología, si bien lo reducido de los fragmentos impide una precisión sobre la reconstrucción fiable de los perfiles, parece que el repertorio formal se reduce a la presencia de la **Forma IV** –representada en dos ocasiones- la **Forma III** y **Forma VI** –ambas representadas en un caso-.

Las técnicas decorativas están especialmente centradas en la presencia de acanalados y combinaciones de estos con impresiones y elementos plásticos aplicados, siendo habitual la conjunción de las tres técnicas en los recipientes de decoración más barroca y de esquemas más complejos (Tabla 44)

TÉCNICA DECORATIVA	Casos
Incisión fina	2
Acanalado	4
Impresión matriz simple	4
Impresión matriz múltiple	0
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	1
Cordón impreso	2
Boquique	0
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0

Tabla 44.- Técnicas decorativas empleadas

En cuanto a los motivos decorativos y, a pesar de lo reducido del conjunto, podemos distinguir la aparición de esquemas sencillos en bandas continuas paralelas u oblicuas del tipo BI o metopadas del tipo BII, si bien predominan los motivos combinados inciso/acanalados-impresos del tipo C, tanto en sus variedades CI y CIV.b (Fig.75) Una característica específica de este yacimiento parece ser el gusto por la disposición de acanalados e incisiones oblicuas que dirimen una clara ruptura en la monotonía de las metopas decorativas.

En cuanto a los elementos de prensión, destacan los mamelones aplanados y orejetas dispuestos bajo el borde, bien próximos a él o inmediatamente superpuestos a este y en ocasiones asociados al desarrollo de un cordón horizontal de escaso resalte.

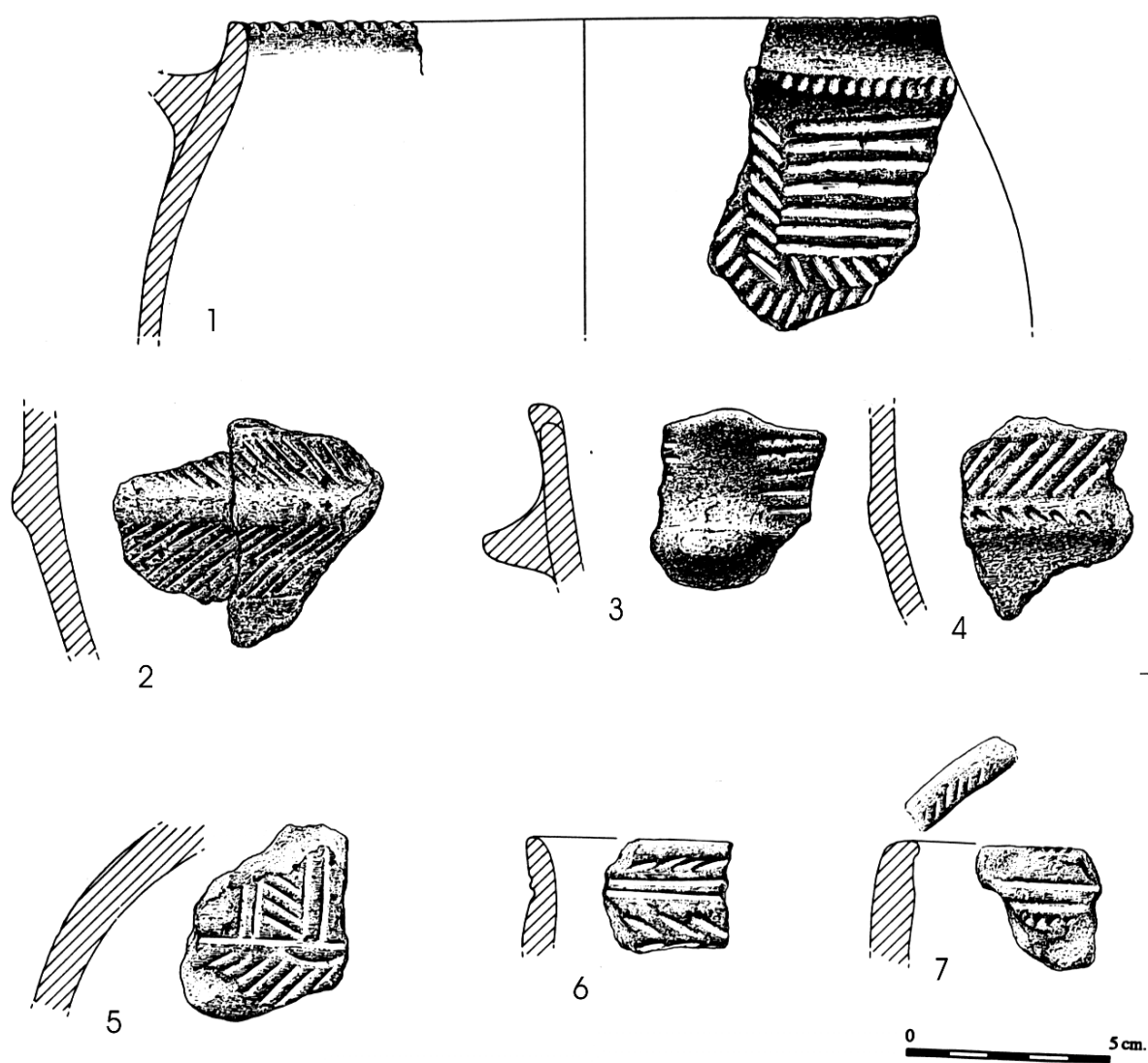


Fig.75.- Cerámicas decoradas de La Cañada, según Iglesias Martínez et alii, 1995.

2.8. LA CAÑADILLA (Torre de Peñafiel, Valladolid)

UTM: 409.200 / 4.599.700

Yacimiento de carácter multiocupacional ubicado en el interfluvio que forma el arroyo Solaica con el curso inferior del río Duratón, en los farallones calcáreos del tramo final de éste último en su busca del desagüe en el río Duero. El yacimiento se enclava a 754 metros s.n.m., en la margen izquierda del Duratón, sobre un suave alomamiento de superficie cercana a las 4 Ha, levemente destacado sobre el fondo de valle.

Las posibilidades de aprovechamiento agrícola son elevadas en las zonas de vega, inmediatas al yacimiento y, mucho menores, cuando no prácticamente nulas en las altas superficies formadas por margas y yesos.

El enclave, que presenta relleno arqueológico de diversas épocas, especialmente romana y medieval, era conocido de antiguo. La labor de estudio, dentro de un Proyecto de Investigación, de la entidad arqueológica de los ríos Rianza y Duratón permitió en los años ochenta valorar la presencia de evidencias prehistóricas (Martín Montes y Pérez Rodríguez, 1997)

Intervenciones arqueológicas

El yacimiento fue objeto de varias intervenciones arqueológicas, desarrolladas entre 1986 y 1989, que pusieron de manifiesto la existencia de una elevada alteración estratigráfica del enclave debido a la sucesión de etapas constructivas, sobre todo de época romana.

Las mencionadas actuaciones permiten señalar la existencia, en la base de la estratigrafía, de una ocupación cuyos elementos indicaban una cronología neolítica. A este horizonte Neolítico se le superponen varias unidades estratigráficas de época tardo-celtibérica, romana y medieval que han alterado, a veces profundamente, el yacimiento prehistórico.

Corresponden a la base del yacimiento dos decenas de unidades estratigráficas que en su mayor parte quedaron sin excavar. Todas ellas corresponden a un mismo estrato que los excavadores califican de Neolítico (Martín Montes y Pérez Rodríguez, 1997: 34) y que se extiende con carácter general por todo el yacimiento sin aparente solución de continuidad.

Las características del estrato de ocupación neolítica son sustancialmente homogéneas. Presenta una coloración marrón de textura arenosa, blanda y suelta, con una potencia que oscila entre los 12 y los 30 cm, si bien donde no aparecen superpuestos restos posteriores –especialmente en el cuadro H11, de donde proceden algunas de las cerámicas decoradas- esta potencia se amplía hasta los 60 cm. Esto da una idea del alto nivel de afección y remoción sufrido por ciertos sectores del yacimiento. La textura de este nivel parece ser resultado de una simple alteración del nivel geológico subyacente, compuesto por arena blanquecina y arqueológicamente estéril. Este hecho está señalando que nos encontramos ante un yacimiento de nueva planta.

En dos ocasiones se localizaron sendas bolsadas (UE's 27 y 29) de textura diferente a la matriz, más terrosa, dura, compacta y de coloración grisácea por debajo del nivel general arenoso marrón y que no pudieron ser excavadas de forma íntegra (*Ibidem*: 35)

Este hecho nos permite cuestionar la mencionada homogeneidad del estrato que señalan los investigadores y nos lleva a suponer la posibilidad de que ese paquete superior esté situado sobre un horizonte inferior. Debemos admitir este supuesto, aparentemente corroborado por la estratigrafía y que parece encajar mucho mejor, como veremos, en la secuencia derivada del estudio de los materiales arqueológicos.

Dentro del campo de las estructuras cabe destacar la localización de un hogar (UE 91) en forma de sencilla cubeta circular de 50-60 cm de diámetro y 18 de profundidad- forrada de cantos y rellena de ceniza y carbón vegetal (Fig.76) Las características de esta estructura permiten señalar un uso puntual o estacional del hábitat merced a la inexistencia de recrecidos, ampliaciones o grandes rubrefactaciones del terreno circundante propias de un fuego reiterado y de uso dilatado.

Material arqueológico

El material recuperado en la excavación parcial de estas estructuras es abundante y comprende tanto cerámicas lisas –predominantes- como un interesante conjunto de cerámicas decoradas y de diversos elementos líticos.

El conjunto total de materiales presenta algunas evidencias de heterogeneidad contando con elementos tanto Neolíticos como propios de los horizontes más avanzados de esta fase e inicios de los de la Edad de los Metales.

Industria lítica

Se recuperaron un total de 120 elementos líticos elaborados principalmente sobre sílex y cuarcita, siendo dominante la primera de las materias primas. Su distribución morfológica presenta un neto predominio de los complejos lascas (Tabla 44), correspondiendo el único núcleo documentado a un producto de obtención de lascas.

Láminas	Lascas	Núcleos	Indeterminado	Total
10 (8.33%)	69 (57.5%)	1 (0.83%)	39 (32.5%)	120

Tabla 44.- Representación de morfologías líticas (según, Martín y Pérez, 1997)

Las características de la industria permiten señalar que estamos ante productos de talla de segundo y tercer orden entre los que escasean los útiles. Los talones están por lo general ausentes, apareciendo tan sólo en cuatro ocasiones (3.36%) correspondiendo en dos de ellas a talones lisos y en otras dos a facetados. La supresión intencionada del talón –si es que no puede considerarse en muchos casos como tal la ausencia de él- se observa en una ocasión.

Entre los útiles tan sólo aparecen dos láminas, un denticulado y un cuchillito, ambos sobre lámina y una punta de flecha foliácea con pedúnculo y aletas bien desarrolladas recuperada en superficie (Fig.77) En el caso del denticulado presenta todos los caracteres de un EEUC presentando en el filo izquierdo retoque simple, directo y bilateral, conservando restos de lustre. El conjunto material resulta por lo demás poco significativo, llamando la atención la ausencia de geométricos así como de otros elementos tipo.

Si bien no se han documentado pulimentados completos en el yacimiento hay evidencias de varios fragmentos de rocas verdosas –tal vez esquistos- ajenas a la litología del lugar que bien pudieron corresponder a elementos pulimentados o a materias primas aportadas para su elaboración.

Cerámica

El estudio del material cerámico fue efectuado sobre el cuadro H-11, el único de los excavados en el que fue posible abordar el estudio del horizonte prehistórico con muy pocas alteraciones procedentes de los niveles superiores.

Carecemos de un inventario de materiales que permita reseñar de forma fiable porcentajes de representación de elementos decorados y lisos. Los autores nos señalan que los fragmentos decorados representan $\frac{1}{4}$ del total del material recuperado, esto es, un 25%.

Poco sabemos de los procesos técnicos de fabricación. A juzgar por la reseña de los colores de las pastas podemos suponer la práctica predominancia de las cocciones reductoras.

De la cerámica decorada sabemos de 10 fragmentos de los que al menos 3 presentan restos de engobe, uno de ellos aguada a la almagra (Fig.79,1), otro engobe pardo (Fig.79, nº2) y un tercero un engobe ocre (Fig.79 nº5)

En cuanto a las técnicas decorativas predomina la incisa y acanalada –que aparecen en la práctica totalidad de los fragmentos decorados- le sigue la impresión, generalmente asociada a acanalados y en ocasiones a aplicaciones plásticas (Tabla 45)

TÉCNICA DECORATIVA	Casos
Incisión fina	1
Acanalado	7
Impresión matriz simple	5
Impresión matriz múltiple	0
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	1
Cordón impreso	3
Boquique	0
Pintada/Almagra	1
Esgrafiada	0
Línea cosida	0

Tabla 45.- *Técnicas decorativas empleadas*

Respecto a los motivos decorativos, atendiendo a los recipientes que nos ofrecen una aproximación más o menos veraz de su decoración, debemos destacar la ya habitual combinación de las técnicas impresa, acanalada y plástica aplicada con esquemas del tipo BI, BII y en menor medida AI y BI. No son raras las decoraciones del tipo 'aziloide' propias de los esquemas del tipo CIV.b. En el apartado de las aplicaciones plásticas decoradas destacan aquellas que presentan esquemas del tipo DII.a y DII.b principalmente. Uno de los fragmentos decorados (Fig. 79, nº10), presenta decoración incisa fina de difícil asignación y que se aleja bastante de lo habitual en contextos iniciales del Neolítico, acercándose más a contextos del Horizonte de las Pozas, derivado del Neolítico II.

Para el estudio de las formas representadas es necesario atender a la cerámica lisa (Tabla 47) Esta presenta también lo que parece ser un predominio de cocciones reductoras y un notable conjunto de acabados bruñidos y de buena calidad.

FORMA	Casos -decoradas-	Casos -lisas-
I	0	0
II	2	16
III	1	6
IV	0	1
V	0	0
VI	0	3
VII	0	0
VIII	1	0
TOTAL	4	26

Tabla 46.- *Formas decoradas y lisas representadas en el yacimiento*

Fuera de las posibilidades de clasificación de la tabla de formas presentada para el Neolítico queda un importante conjunto de cerámicas lisas (Fig. 80) que presentan en todos los casos formas con carenas suaves o marcadas e inflexiones de cuerpo más propias de elementos tipológicamente más avanzados, propios de los contextos epigonales del Neolítico, especialmente dentro del Horizonte de Las Pozas, propio de la primera generalización del uso del metal. Cerca de la mitad de los recipientes lisos presentan en sus superficies restos de engobes o aguadas de color ocre, pardo, rojizo y anaranjado.

Queda evidenciado, empero, la existencia de dos horizontes diferentes dentro de este yacimiento tal y como ya señalase G. Delibes en una apreciación general sobre el mismo (Delibes, 1997: 61), o cuando menos, la perduración conservadora de tipos cerámicos y decoraciones en contextos avanzados de la secuencia neolítica.

Restos faunísticos

Los datos referentes a la economía de las gentes neolíticas de la Cañadilla resultan parcos. Teniendo en cuenta las serias dudas que ofrece la interpretación de un único nivel de ocupación prehistórica nos atrevemos a poner en duda la adscripción exacta de los restos presentados.

Durante las excavaciones se recuperó un magro conjunto óseo correspondiente en su mayor parte a una cabaña doméstica donde están representadas diversas porciones esqueléticas de *ovís* (metacarpiano, mandíbula y 2ª falange), *bóvido* (2ª falange) y *équido* (vértebras lumbares) (Martín y Pérez, 1997: 43 y nota 27)

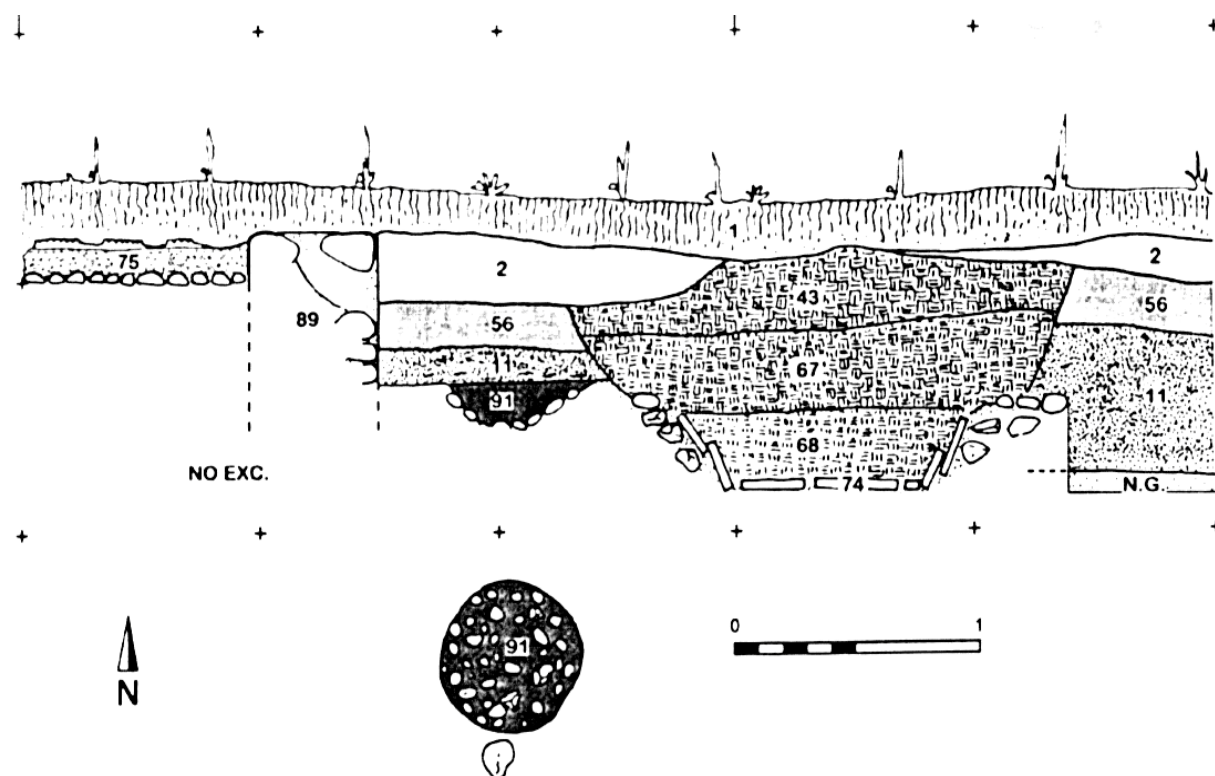


Fig.76.-Planta y sección del área del hogar. Perfil Norte del yacimiento (según Martín y Pérez, 1997)

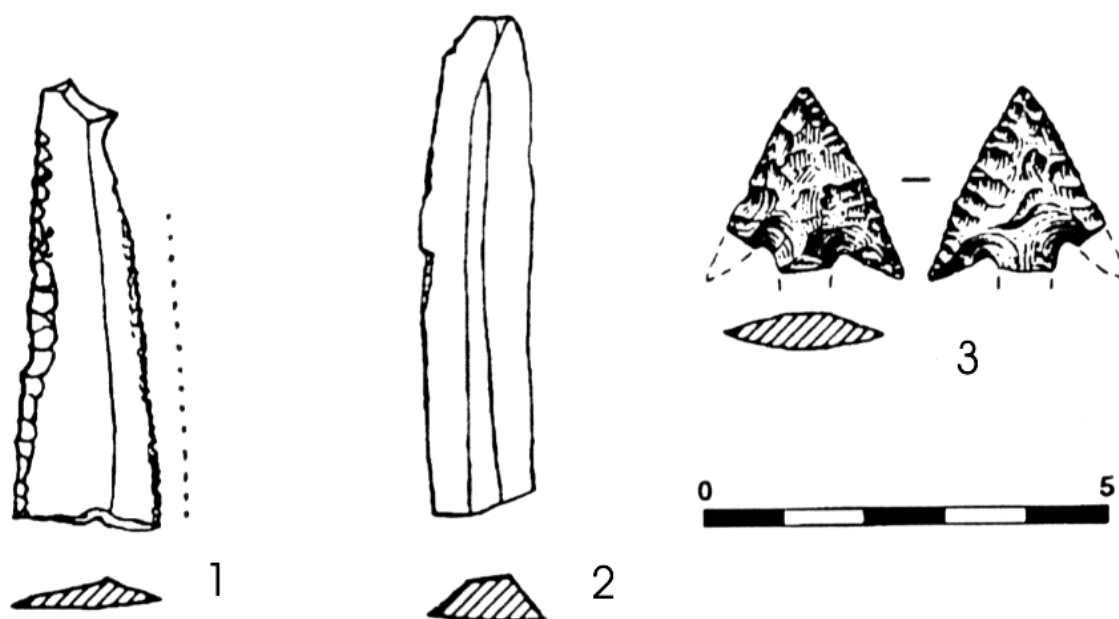


Fig.77.- Material lítico selecto, según Martín y Pérez, 1997, modificado

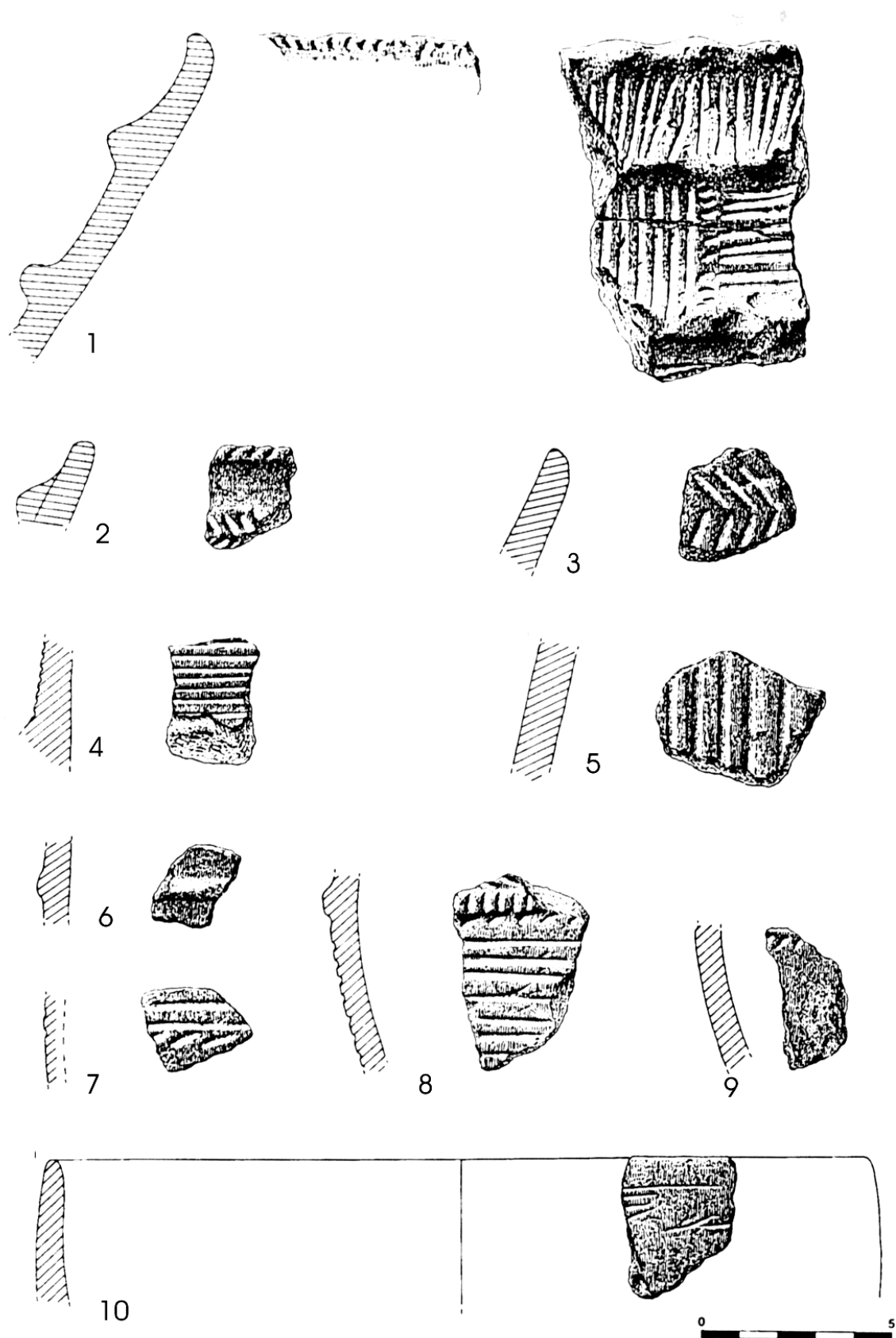


Fig. 78.- Cerámica decorada de los niveles inferiores de La Cañadilla (según Martín y Pérez, 1997)

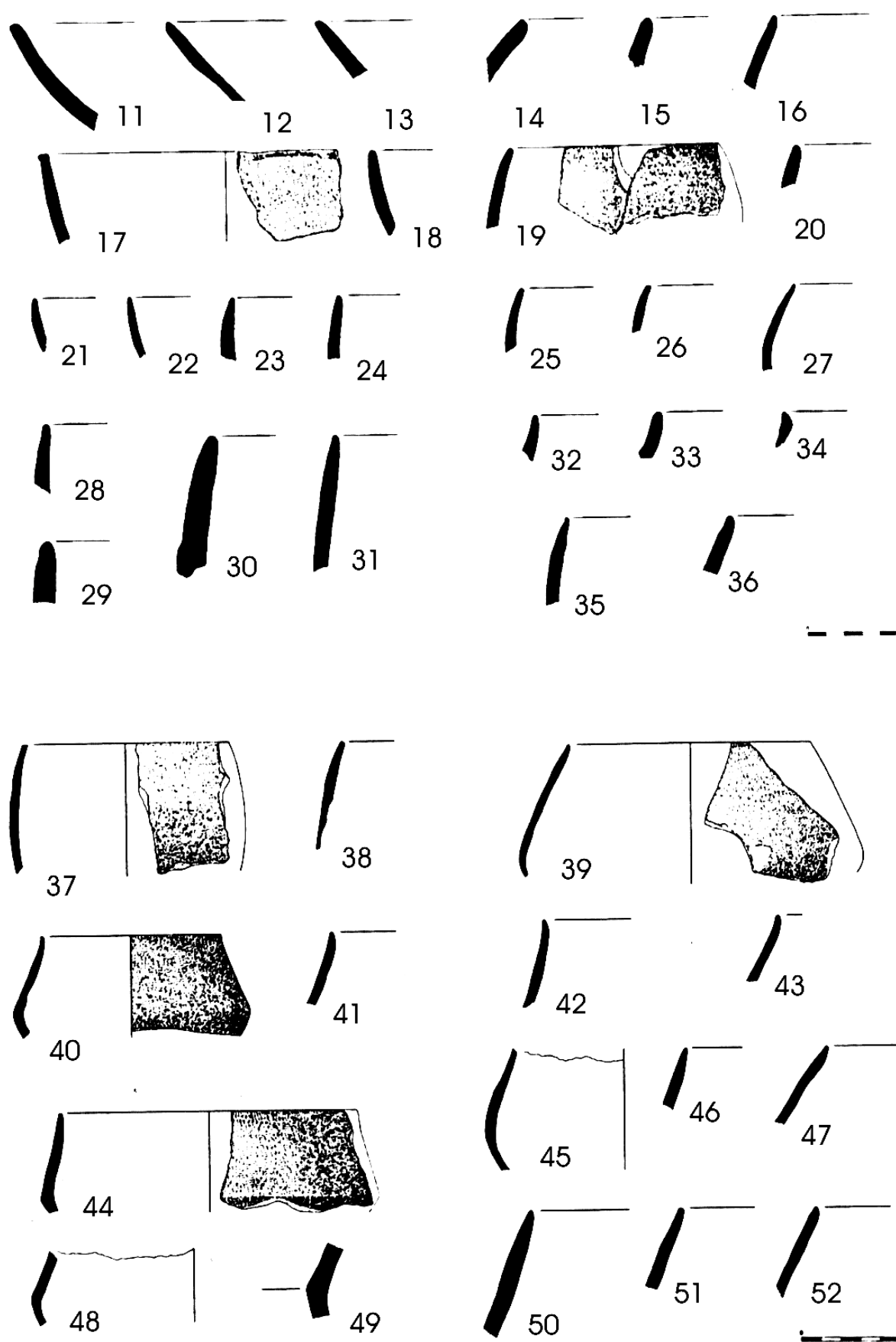


Fig.80.- Cerámicas lisas del yacimiento, según Martín y Pérez, 1997

2.9. LA LÁMPARA (Torralba del Moral, Soria)

UTM: 539.000 / 4.558.900

Yacimiento ubicado al aire libre, en una zona baja del interior del valle del Ambrona, a 1120 metros s.n.m., en el sector oriental de la unidad morfoestructural de entronque entre los Sistemas Central e Ibérico. Se trata de una franja de terreno caracterizada como unidad de media montaña y paramera con alturas que alcanzan los 1300 metros y que presenta, como generalidad más precisa, un arrasamiento desigual de la cobertera mesozoica que permite el enlace entre los citados sistemas montañosos (Kunst y Rojo, 1999: 264)

En todo el área son abundantes las lagunas de origen endorreico en torno a las cuales se forman ecosistemas muy particulares que parecen haber determinado el patrón de poblamiento y ocupación del territorio. Este poblamiento también está determinado por otro factor orográfico; la presencia de notables viseras originadas por el discurrir del valle entre las parameras de Medinaceli –al Norte- y Sierra Ministra –al Sur-. Estas viseras se asoman al valle, ocupando lugares estratégicos por su visibilidad dominante.

El yacimiento, de notable amplitud, se ubica en los rellanos inmediatos a las faldas de la sierra o las laderas de la Paramera (Rojo y Kunst 1996: 94) Inmediata al área de poblado se descubrió la sepultura de La Peña de la Abuela, que sus excavadores asimilaron a este poblado, si bien las diferencias de material y sobre todo las altas diferencias cronológicas -cerca de 1340 años- entre el uso del espacio habitacional y la sepultura, obligan a ser cautelosos.

Intervenciones arqueológicas

Este yacimiento fue localizado durante las prospecciones efectuadas en 1995 y 1996 y algunos de sus materiales han sido parcialmente publicados (Rojo *et alii*, 1995) señalando la existencia de un Nivel que se abre a -0.50 m de la superficie y se encuentra formado por una capa de arcilla rojiza compactada, de gran dureza (*Ibidem*: 15) La presencia de este nivel determinó la aplicación de un exhaustivo estudio de prospección electromagnética realizada por el Dr. Helmut Becker del *Bayerisches Landesamt* de Munich (Rojo y Kunst 1996: 100)

Todos estos estudios condujeron a la delimitación de un amplio yacimiento caracterizado por la presencia de numerosas estructuras excavadas en el suelo entre las que, por su interés, destaca una fosa de inhumación individual.

Estas estructuras presentan un origen y funcionalidad diversa que no obstante permitieron precisar que La Lámpara se trata de un asentamiento doméstico caracterizado por la presencia de numerosas estructuras negativas –fosas, hoyos, cubetas, silos, etc.-, típicas de la totalidad de los enclaves neolíticos de la Meseta y de buena parte de la Península Ibérica. Las funcionalidades diversas han sido supuestas tras la excavación de algunas de estas estructuras. Su morfología va desde las ligeras cubetas en forma de casquete esférico de 0.6 metros de profundidad a verdaderos silos u hoyos, todo ello dispuesto en una extensa estratigrafía horizontal.

Fosa de inhumación individual

En la Zanja C se documentó, como se ha señalado, la existencia de una inhumación individual en fosa acompañada de numerosos restos cerámicos y líticos que forman parte del relleno de la tumba (Rojo y Kunst 1996: 102; Rojo y Kunst, 1999: 508) Esta fosa de inhumación consiste en un hoyo de, perfil piriforme, que constaba de una boca ancha de 1.50 metros de diámetro cuyas paredes descendían oblicuas hasta un estrangulamiento ubicado a -0.4 m reduciendo el diámetro de la fosa a un metro para volver a ensanchar en el fondo (*Ibidem*) (Fig. 86) Esta fosa alcanza en total una profundidad de -1.0 m. Todo el contenido de la fosa es muy homogéneo y parece clara la existencia de una única acción isocrónica sin diferencias estratigráficas claras. No obstante los excavadores diferenciaron tres zonas de coloración: E1, E1(2) y E1 (3), que describimos de muro a techo.

Nivel E1(3)

Este nivel corresponde al estrato de deposición del difunto. Antes de depositar el cuerpo se habían arrojado al interior de la fosa bastantes fragmentos de cerámica entre los que destacan “algunas grandes fuentes enteras” (Rojo y Kunst 1996: 102) en muy mal estado de conservación y con

restos de decoración. También se recuperaron restos de huesos de lagomorfos, de los que apareció al menos uno entero y de bóvidos, según identificación de C. Liseau y S. Montero (Rojo y Kunst, 1996)

Nivel E1(2)

Caracterizado principalmente por la inclusión de piedras y cerámica. Abarca desde -2.57 m. a -2.90 m. y pudo ser individualizado desde el estrangulamiento de la fosa. Según los excavadores se trataría del nivel de cierre original de la fosa. Este habría sido realizado con piedras que serían más planas en la zona de contacto con el muerto y el resto, de mayor heterometría, se encontraban dispersas de un modo anárquico hasta sellar la zona más angosta de la fosa (Rojo y Kunst 1996: 103) Mezcladas con esta capa superior de piedras apareció la mayor concentración de cerámica e industria lítica así como una buena cantidad de restos óseos de fauna entre los que cabe destacar la presencia de liebre, ciervo (*Cervus elaphus*), caballo (*equus caballus*), toro (*Bos taurus*) y un neurocráneo y arranque de cuerno de cabra (*ovis capra*) Rojo y Kunst interpretan la presencia de estos materiales inmediatos a la zona de cierre de la fosa como parte del ritual de inhumación. Según ellos, mientras una parte del grupo se encargaba de cerrar la sepultura otros arrojarían cerámica, algunos útiles de hueso, como lo que se interpreta como una espátula y un candil de ciervo afilado (Fig. 88) y restos de comida de modo ceremonial (Rojo y Kunst, 1999 b) Tampoco nos parece errado señalar que el relleno no fuese intencional, sino que la totalidad de los restos procederían de niveles de uso de cronología anterior a la excavación de la tumba. Por tanto, este relleno no podría ofrecer sino una cronología relativa para la tumba e implica, sin duda alguna, la existencia de una o varias fases de poblamiento anteriores.

Nivel E1

Comprende el horizonte de relleno superior de la fosa y está caracterizado por su mayor homogeneidad. En este nivel siguen apareciendo restos de vasijas cerámicas y algunos restos óseos de fauna entre los que destaca un astrágalo de ciervo y algunos restos de liebre. Esta deposición no es interpretada más que de forma ambigua por los investigadores que excavaron el yacimiento sin que se decidan a dotarle de un carácter simbólico o de deposición a modo de ofrenda (Rojo y Kunst 1996: 104) Por nuestra parte consideramos más que probable que se trate de los restos dispersos de materiales amortizados procedentes del área de hábitat inmediato, en uso tanto en el momento de apertura de la fosa como en fases anteriores.

Material arqueológico

De los sondeos de la primera campaña procede un conjunto de material arqueológico que se encontraba *in situ* y estaba formado por industria lítica en sílex –escasa pero significativa- y un nutrido conjunto de cerámica (Rojo *et alii* 1995: 15) El avance de las investigaciones ha permitido ampliar de forma notable el repertorio material sin que por ello varíe demasiado la interpretación general del mismo. Está pendiente la publicación de varias monografías que sin duda ofrecerán datos y materiales de gran valor para el estudio detallado de la secuencia del yacimiento.

El material publicado procede en su práctica totalidad del relleno de la fosa de inhumación por lo que no tenemos la certeza absoluta de que estemos ante un poblado con un único horizonte de ocupación. Por ello nuestro estudio está condicionado al material publicado lo que sin duda, dentro de un contexto tan amplio y en el que se han generalizado tantas actuaciones arqueológicas en los últimos años, introduce un sesgo más que notable de cara, sobre todo, a la interpretación final. No obstante consideramos que puede tomarse esta muestra como representativa del horizonte de uso del hábitat, al menos en un momento sincrónico, cuando no ligeramente anterior –algunos restos más que ofrendas, ya lo hemos señalado, pueden ser desechos dispersos por el área de habitación- al de la deposición funeraria. El conjunto total de materiales inventariados en esta fosa es de 365 piezas. De este conjunto 246 (67'4%) corresponden a cerámica, 92 (25'2%) industria lítica y 3 piezas (0'8%) a industria ósea.

No sin ciertos reparos se interpretan como ajuar un cuerno de ciervo afilado intencionadamente, un punzón con pulimento parcial y un fragmento de caña de hueso largo (Fig. 90) que es interpretado –por razones obvias de necesidad de búsqueda de paralelos de vinculación con el horizonte San Martín- El Miradero- como una espátula. Junto a todos ellos aparecen tres recipientes (Fig. 91) decorados mediante esquemas impresos y alternancia de incisión e impresión. Uno de estos recipientes (Fig. 92) es la única pieza que apareció intacta en el relleno de la fosa depositada a los pies de la difunta y que entendemos pudo ser el único elemento de ajuar.

Industria lítica

La recuperada en el relleno de la fosa es poco significativa a nivel cualitativo y cuantitativo. Se caracteriza por estar realizada en su práctica totalidad sobre sílex de morfología marcadamente laminar (Fig. 89) predominando los elementos sin retocar aún cuando no faltan algunos elementos con talla y en alguna ocasión se documenta "lustre de cereal". También se documentan lascas espesas sin retoques que bien podrían corresponderse con restos y desechos de talla. Los elementos tipológicos son escasos y poco significativos, reduciéndose según lo publicado, a una truncatura proximal sobre lámina fracturada con muesca distal. Entre los núcleos destacan los de laminillas agotados en su práctica totalidad. Como elemento destacado cabe mencionar la presencia de un fragmento de prisma de cuarzo.

Cerámica

Las características generales de la manufactura alfarera son el predominio de las pastas de color gris oscuro, si bien hay representadas pastas pardas y anaranjadas lo que hace intuir la mayor representación de las cocciones reductoras sobre las oxidantes, si bien se documenta también la presencia de cocciones mixtas e irregulares. Todo ello abogaría a favor de la cocción de los recipientes en hornos abiertos, seguramente grandes hogueras. Los desgrasantes son por lo general abundantes y de tipo mayoritariamente mineral, si bien aparecen representados fragmentos de cerámica y restos orgánicos. Las superficies presentan algún tipo de tratamiento destacando el alisado si bien están representados el bruñido y el espatulado. En el apartado de engobes destacan los pardos, anaranjados y rojos dispuestos con prioridad en las superficies externas de las piezas. Estos se caracterizan por estar compuestos de finas capas de barbotina así como por gruesas y toscas capas que recubren por completo las piezas. La decoración está presente en 41 piezas, 23 galbos y 18 bordes, lo que supone el 16'6% del conjunto cerámico (Tabla 47)

	FOSA-Normal	%	FOSA-Tercios	%
Decorada	41	16.66	109	44.3
Lisa	205	83.34	137	55.7
TOTAL	246	100	246	100

Tabla 47.- Porcentajes de representación de decoraciones sin aplicar la convención de los tercios y una vez aplicada dicha convención.

Para tener una aproximación más acertada de la verdadera entidad del índice de decoradas hemos aplicado la regla de los tercios (*Vid. Cap. VII*), según cuya convención, en este caso podríamos asignar al menos 1/3 de las cerámicas lisas como correspondientes a los recipientes decorados. No en vano el 99% de la muestra presenta la decoración circunscrita al tercio superior de las vasijas. De este modo el cómputo más aproximado sería el de la penúltima columna de la tabla 47.

En cuanto al repertorio formal cabe destacar su variedad. No debemos dejar de llamar la atención respecto al sesgo que supone el poder computar tan sólo basándonos en lo publicado. Por ello este yacimiento no puede ser utilizado como comparativo más que a un nivel muy restringido; no en vano el repertorio publicado es tan sólo el decorado.

FORMA	FOSA
I	2
II	2
III	2
IV	5
V	5
VI	0
VII	1
VIII	1
TOTAL	18

Tabla 49.- Formas decoradas representadas

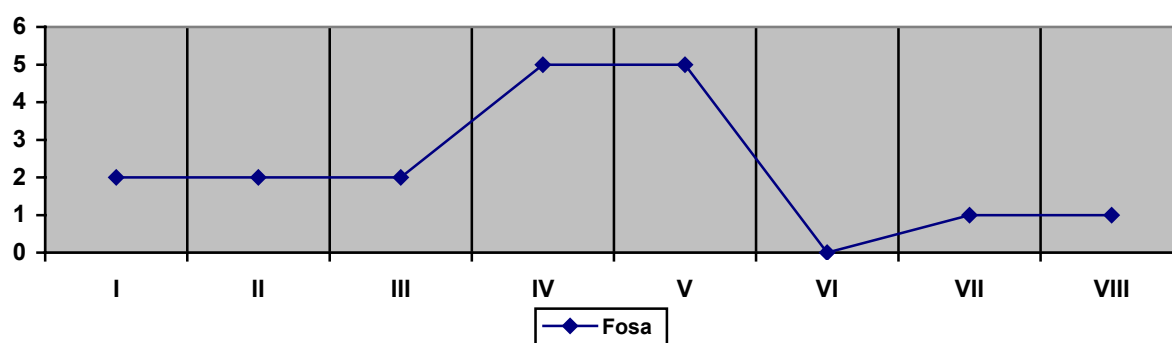


Fig.95.-Gráfica representativa de las formas decoradas presentes en la fosa.

En lo referente a las técnicas decorativas empleadas el sesgo es mayor pues no hay, hasta el momento, publicada una relación de los porcentajes de cada técnica y con los datos manejados tan sólo podríamos actuar sobre un muy reducido número de restos. Como ensayo hemos tratado de mostrar, con toda la cautela necesaria, el número de técnicas presentes en los recipientes reconstruidos y las formas definidas publicados (Tabla 49)

TÉCNICA DECORATIVA	FOSA
Incisión fina	6
Acanalado	4
Impresión matriz simple	4
Impresión matriz múltiple	1
Impresión concha	0
Digitación-ungulación	5
Cordón liso	3
Cordón impreso	3
Boquique	0
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	1
Pastillas aplicadas	0
TOTAL	27

Tabla 49.- Técnicas decorativas empleadas.

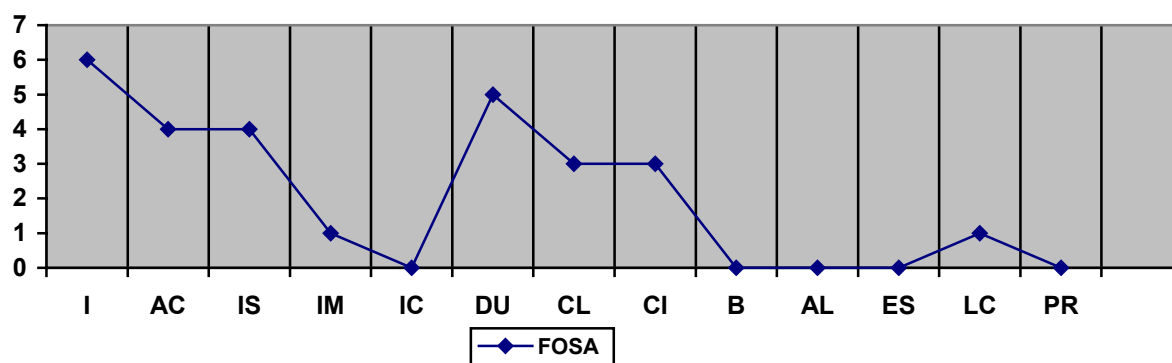


Fig.96- Gráfica de representación de técnicas decorativas.

Por lo que respecta a los motivos decorativos, salvando algunas excepciones, predominan los de tipología simple. Destaca la combinación de al menos dos técnicas: incisa e impresa o impresa y en relieve aplicado. Los motivos impresos no aparecen individualizados (tipo AI) más que al comparecer sobre los labios o cordones aplicados y, en contadas ocasiones, en la pared de un recipiente (Fig.91 y 92) mostrando un esquema barroco que alterna la decoración en bandas paralelas horizontales con las verticales dentro de un esquema en disposición convergente del tipo del Tipo AII. Dentro de los esquemas barrocos y complejos destaca la botellita que combina, dentro de un barroquismo notable, esquemas propios del tipo el Tipo CIV.a. El resto de los esquemas decorativos parecen menos complejos y presentan derivaciones de los grupos B y C –en menos ocasiones del A, como hemos visto-. Entre los primeros destacan los Tipos BI y BII, entre los segundos aparece representado el Tipo CVI y entre los terceros los Tipos AI y AII. No obstante

debemos señalar que lo común es la combinación no sólo de las técnicas decorativas, sino de los diferentes motivos con lo que, en ocasiones, lo que tenemos representado sobre el recipiente es una amalgama de motivos difíciles de individualizar. Este extremo ha de ser tenido muy en cuenta de cara a la validación o no del uso de los motivos decorativos como elementos de comparación precisa, sobre todo cuando atendemos a un conjunto de muestra muy fragmentario.

Entre los elementos de prensión aparecen representados principalmente las asas de cinta y las asas macizas de disposición horizontal o vertical a modo de grandes mamelones perforados dispuestos en la línea media o superior de los recipientes. Hay algunas orejetas y mamelones si bien su representación no es muy abundante, algo que también se aprecia en el caso de las perforaciones, que de concurrir se sitúan siempre bajo el borde del recipiente.

Economía

Si bien los estudios referentes a este apartado no han concluido aún, puede señalarse que H.P. Stika ha diferenciado la existencia, en la fosa de la zanja C y en el silo de la zanja D, de *triticum monococcum* entre sus sedimentos lo que sin duda es una evidencia de la existencia de agricultura cerealista en un momento cuanto menos sincrónico al relleno de estas estructuras.

Los análisis arqueobotánicos y faunísticos realizados sobre los materiales aparecidos en el curso de las excavaciones desarrolladas en este yacimiento han documentado la existencia de agricultura (trigo, cebada) y una ganadería ya perfectamente desarrolladas.

En cuanto a las especies animales, a la breve referencia que hemos realizado al tratar del relleno de la fosa de inhumación podemos añadir la existencia en las zanjas C y D de ciervo, équido y especialmente liebre y conejo. También se han documentado, entre los taxones domésticos, restos de ovejas y cabras, bóvidos y cerdo (Liesau y Montero, e.p.; Kunst y Rojo, 1999: 267)

Dataciones radiocarbónicas

Se obtuvo una datación en el nivel de enterramiento sobre una muestra de carbón vegetal (KIA 4780) 6390 +/- 60 BP. (Rojo y Kunst 1996: 107) mientras que el colágeno de los huesos de la difunta proporcionó dos fechas más –en este caso directas– (KIA-6789) 6055 +/- 34 BP para el fémur derecho y (KIA-6790) 6144 +/- 46 BP para el fémur izquierdo.

Estas tres fechas son interesantes no sólo por su antigüedad, a habitual en las muestras de la Meseta, sino porque nos obligan a abordar el problema de la utilización del radiocarbono como elemento guía de las diferenciaciones cortas dentro del proceso de neolitización. Al menos, como veremos al analizar todas las evidencias radiocarbónicas, necesitamos explicar no sólo la diferencia de 250 años entre la muestra de carbón y las procedentes de los restos óseos, sino sobre todo la diferencia de cerca de 100 años entre cada uno de los fémures de la difunta. Si bien la primera diferencia podría soslayarse atendiendo a los criterios de ‘madera vieja’, propios de las muestras de vida larga, resulta impensable, en el segundo caso, que la parte izquierda del cadáver sea 90 años más vieja que la derecha sin que haya mediado algún tipo de contaminación en la muestra.

Resto de sondeos

Con los datos publicados resulta complejo extraer conclusiones definitivas. No obstante debemos tener en cuenta que estamos ante un lugar en nada diferente –estructuralmente hablando– a los yacimientos en vega localizados y excavados en otras áreas meseteñas y peninsulares. Con esto queremos señalar definitivamente la problemática que plantean este tipo de lugares para su estudio global. Esta problemática se asocia al hecho de que casi nunca estamos ante un momento único de habitación, sino que, por el contrario, siempre se reitera el hábitat sobre un mismo lugar, e incluso a menudo, no de forma continuada. Todo ello genera la problemática de sucesiones de poblamiento espaciadas en el tiempo pero sin que medie una verdadera estratificación. Es este el panorama al que nos hemos referido en otras ocasiones como palimpsesto de ocupación y que a la fuerza camufla la verdadera entidad del registro. Solo cuando contamos con unidades espacialmente cerradas y sobre todo unidades domésticas, podemos intentar una aproximación más definitiva.

La Lámpara presenta el problema añadido de que, sobre un mismo espacio, comparecen varias unidades de uso –en sentido cronológico e incluso tal vez cultural– de las que no tenemos un elemento certero de diferenciación. Las dataciones cronológicas tampoco son de mucha ayuda y tan sólo pueden mostrarnos un panorama aproximado de la cronología de los distintos momentos

de uso o abandono del espacio. Nada impide la migración de carbones, ni la mezcla de materiales dentro de una actividad caracterizada por la reiterada excavación del subsuelo para elaborar silos, cubetas de combustión, cabañas y tumbas. Por ello realmente no tenemos la certeza de qué es lo antiguo y qué lo moderno. Qué lo que estaba originalmente abajo y qué arriba. Sólo la tipología puede permitirnos la obtención de una secuencia mediante la comparación oportuna de este tipo de depósitos con otros en los que sí existe estratificación. La ayuda de los depósitos en cueva es aquí imprescindible.

El panorama general del resto del yacimiento de La Lámpara permite señalar la representación reiterada de los recipientes de la **Forma II**, seguidos de las **Formas I,V y IV** respectivamente. Este cómputo, realizado sobre la reducida muestra publicada, no sobre la muestra real, debe de ser erróneo pues presenta una inversión notable de lo documentado en la Fosa del Sodeo C (donde comparecía la ordenación formal 5,4,2,1) Tampoco podemos negar que podría tratarse de un elemento evolutivo crono-cultural. Tal vez así pudiese explicarse la aparición entre los elementos de piedra de un brazalete liso de mármol que resulta extraño no encontrar por el contrario entre los elementos de ajuar del cadáver depositado en la mencionada fosa.

De un modo similar habría que explicar la ausencia generalizada de microlitos geométricos así como la de los tipos básicos de industria. Tal vez la conclusión de la Tesis en curso sobre la industria lítica de este yacimiento permita arrojar algo de luz a este respecto. Lo que no puede obviarse es la necesidad de atender al registro de forma global, incluyendo lo antiguo...pero también lo moderno. Lo que encaja con las pretensiones del investigador, pero también lo que desentona con sus expectativas.

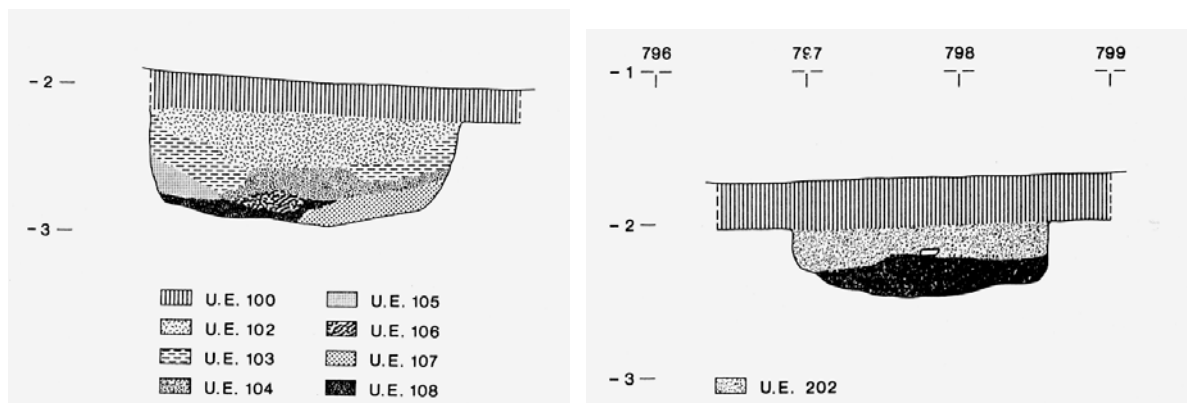
Si atendemos a las técnicas decorativas representadas en la muestra seleccionada para la publicación e intentamos una mínima categorización aproximativa, aún dados los sesgos tampoco podemos dejar de señalar elementos dignos de ser resaltados (Tabla 50)

TÉCNICA DECORATIVA	SONDEOS B y F
Incisión fina	2
Acanalado	1
Impresión matriz simple	5
Impresión matriz múltiple	0
Impresión concha	0
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	3
Cordón impreso	4
Boquique	0
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	0

Tabla 50.- *Técnicas decorativas empleadas*

La categorización tampoco coincide con lo señalado para la Fosa de inhumación del Sondeo C. De nuevo podemos estar ante un problema derivado del sesgo informativo, pero se nos antoja demasiado peculiar el hecho de que entre los materiales recuperados en otros sectores del mismo yacimiento abundan signos relativos a la evolución de los tipos cerámicos como el cambio de los perfiles de los recipientes –en ocasiones con una leve insinuación sinuosa - o la simplificación de los esquemas decorativos.

Todo esto parece señalar la existencia de varios momentos de uso del yacimiento, lo cual se corrobora a la vista de las dataciones cronológicas que, aún dada su homogeneidad no dejan de señalar la existente de un lapso de uso notable que varía, atendiendo a las fechas publicadas, entre el 6421+/-30 BP y el 6055+/-34 BP (Rojo y Kunst, 1996) Es evidente, por lo endeble de las estructuras documentadas que el poblamiento estaba lejos de ser estable y sedentario y nada nos indica que el regreso al lugar se efectuase cada año, ni por supuesto que entre una visita y otra no mediasen contactos con otros grupos y en cierto modo una evolución cultural en el seno del grupo. Es todo esto algo que no se refleja bien en las publicaciones que existen sobre el yacimiento que por otro lado tratan de ofrecer una visión demasiado continua del uso del mismo.



Figs.80 y 81.- Fosas localizadas en lo Sondeos A (izquierda) y B (derecha), según Kunst y Rojo, 2000

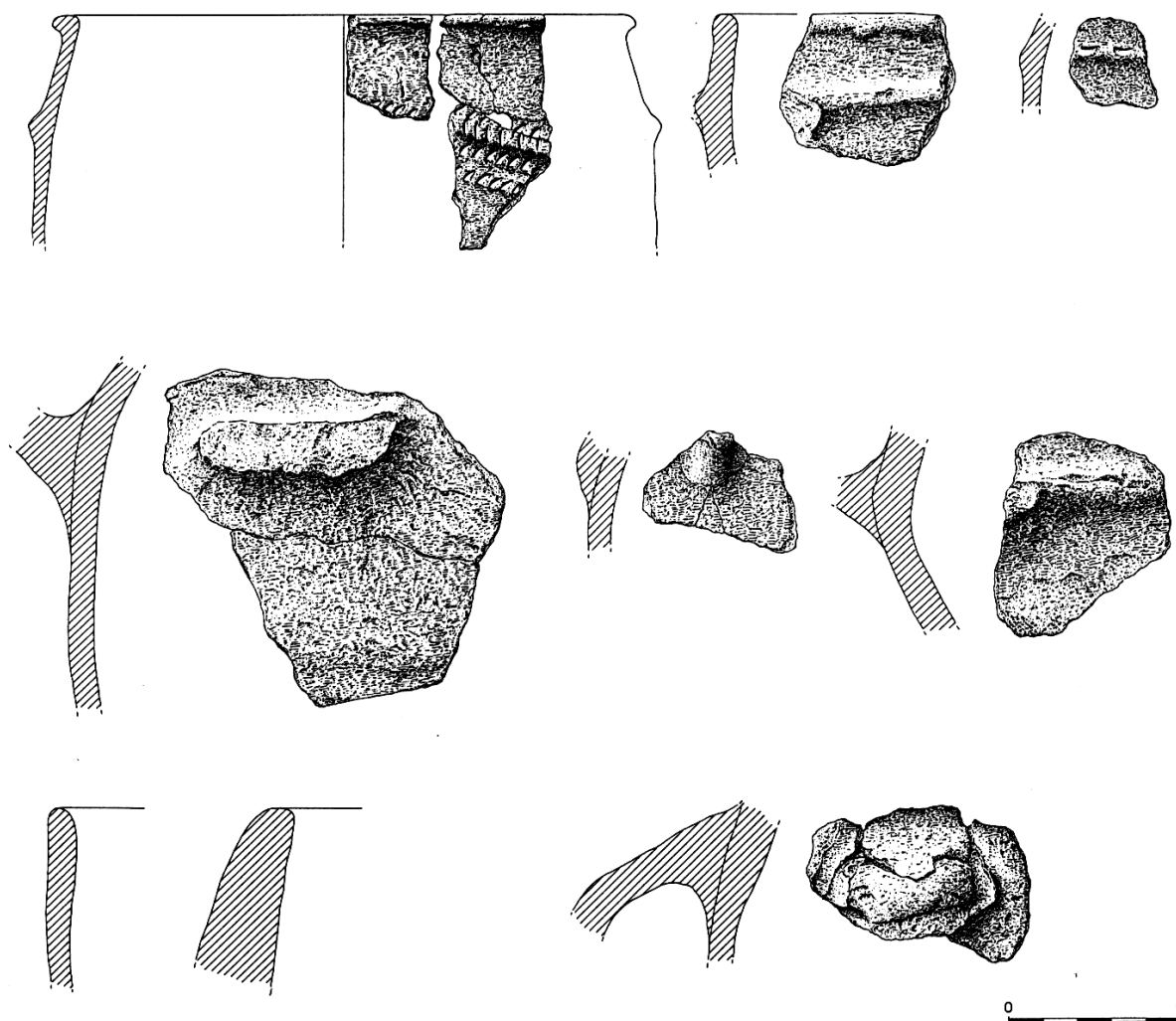


Fig.82.-Selección de cerámicas recuperadas en el Sondeo B, según Kunst y Rojo, 2000

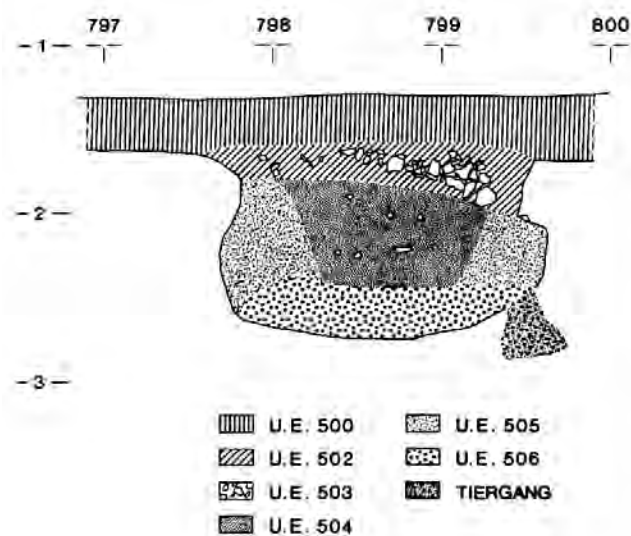


Fig.83.-Sección de la fosa localizada en el Sondeo F, según Kunst y Rojo, 2000

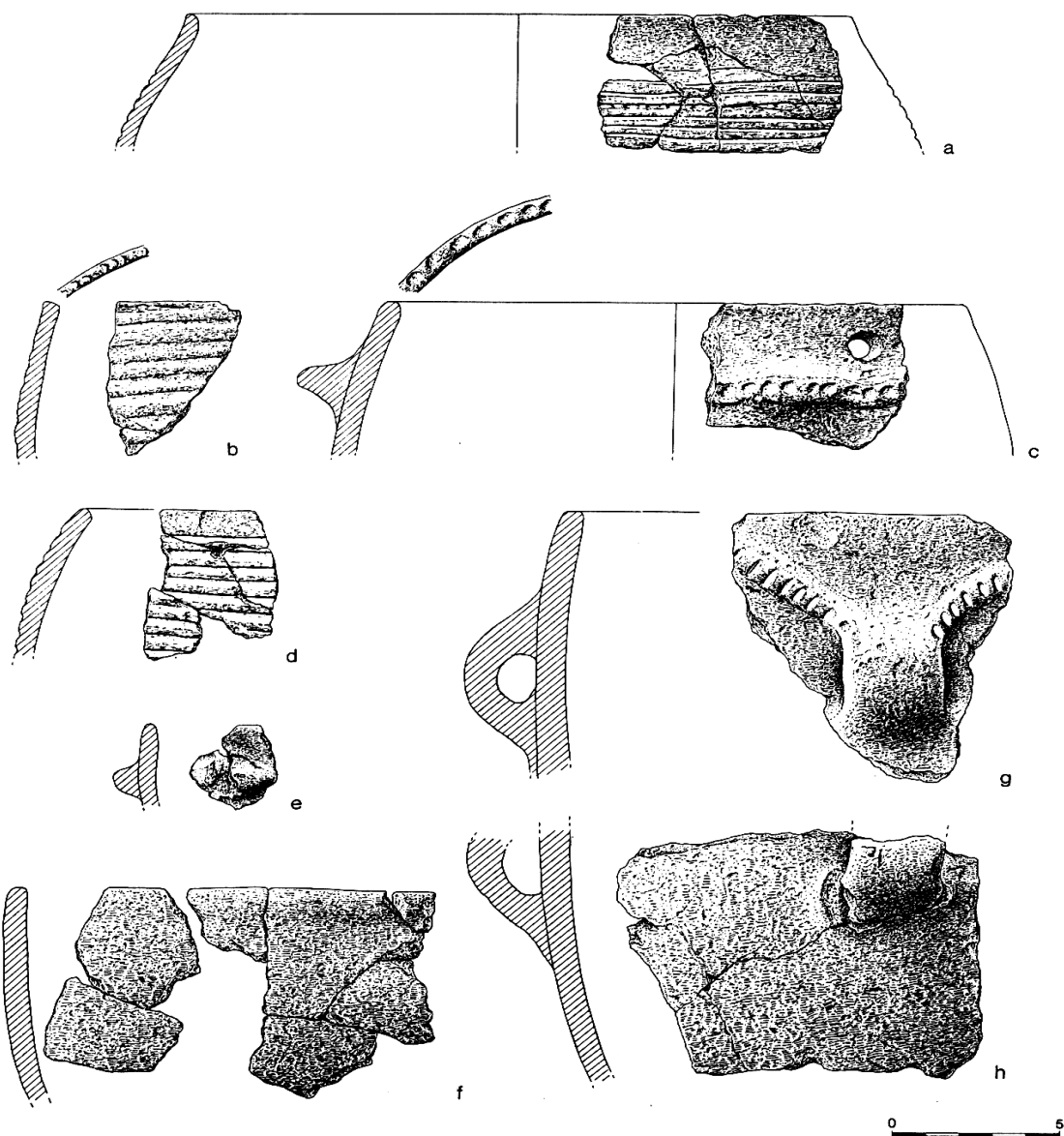


Fig.84.-Selección de cerámicas recuperadas en el Sondeo F, según Kunst y Rojo, 2000

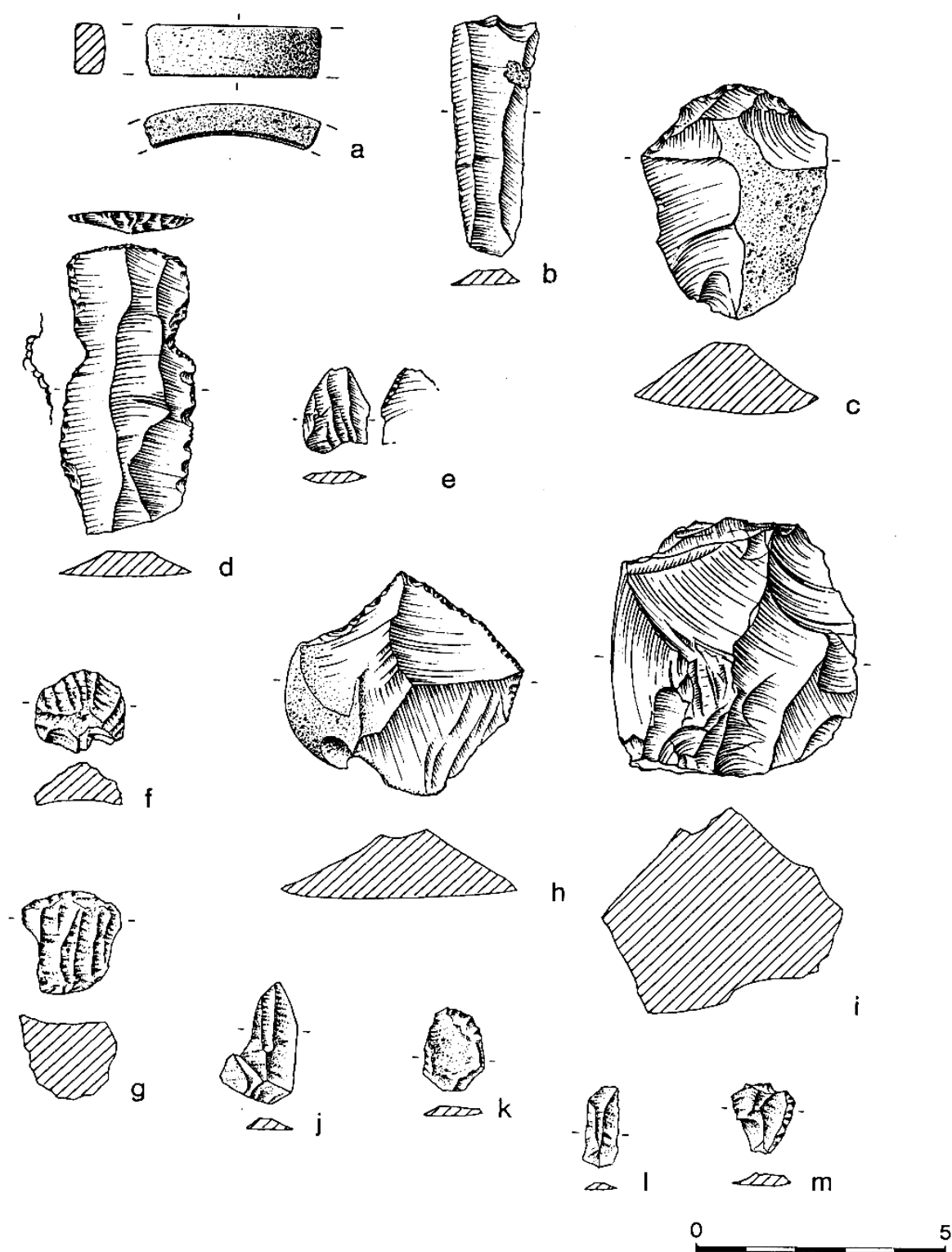


Fig.85.-Selección de elementos líticos recuperados en el Sondeo F, según Kunst y Rojo, 2000

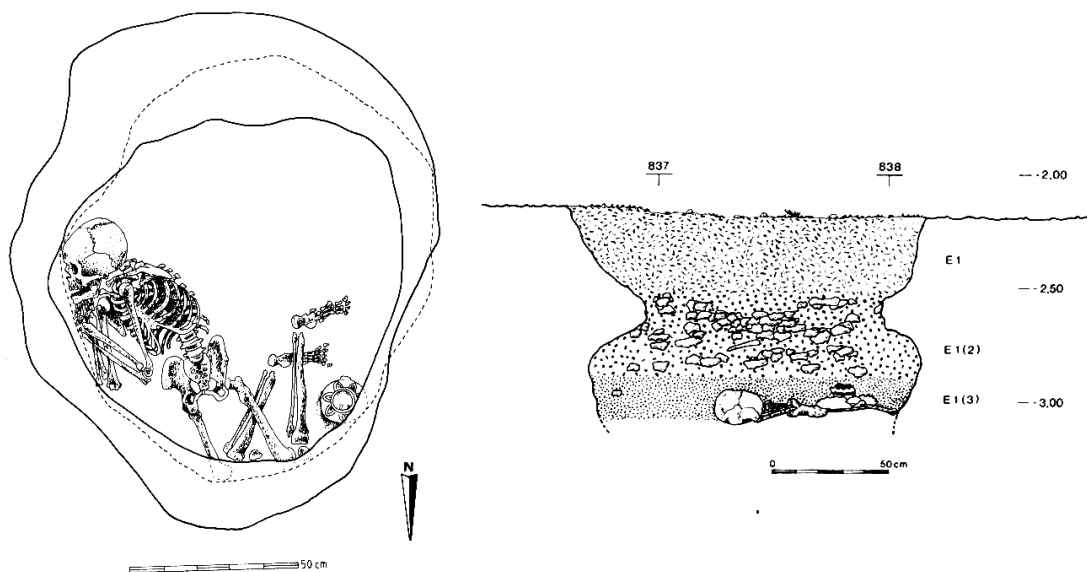


Fig.86. - Planta y sección de la fosa de enterramiento, según Rojo y Kunst, 1999.



Fig.87. - Vista zenital de la fosa de inhumación, según Rojo y Kunst, 1999



Fig.88. - Recreación de la inhumación de La Lámpara, según Rojo y Kunst, 1999

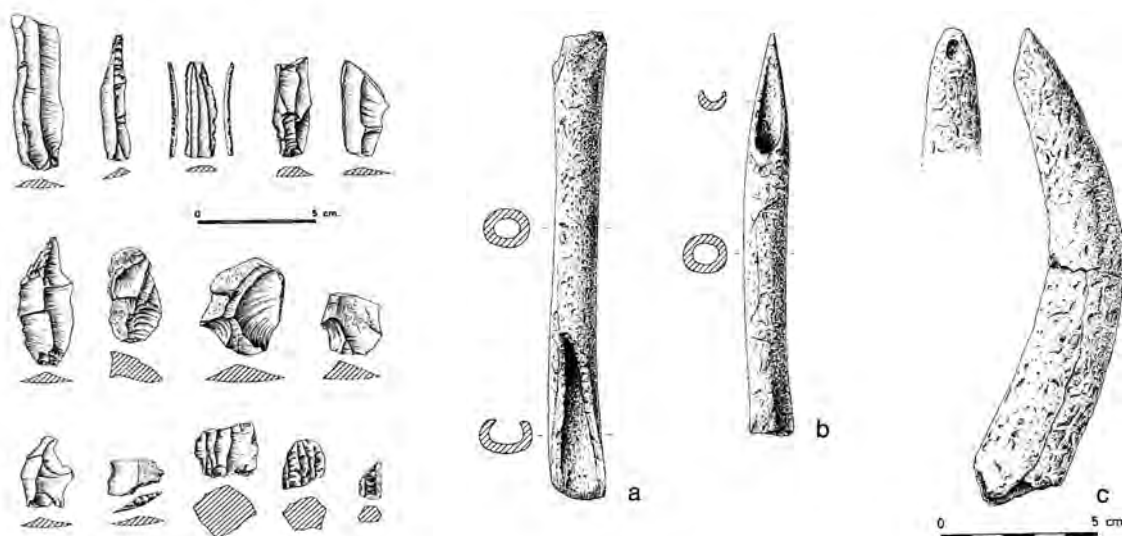


Fig.89. - Industria lítica procedente del interior de la fosa y de su relleno, según Rojo y Kunst, 1999

Fig.90. - Industria ósea localizada en el relleno de la fosa, según Rojo y Kunst, 1999

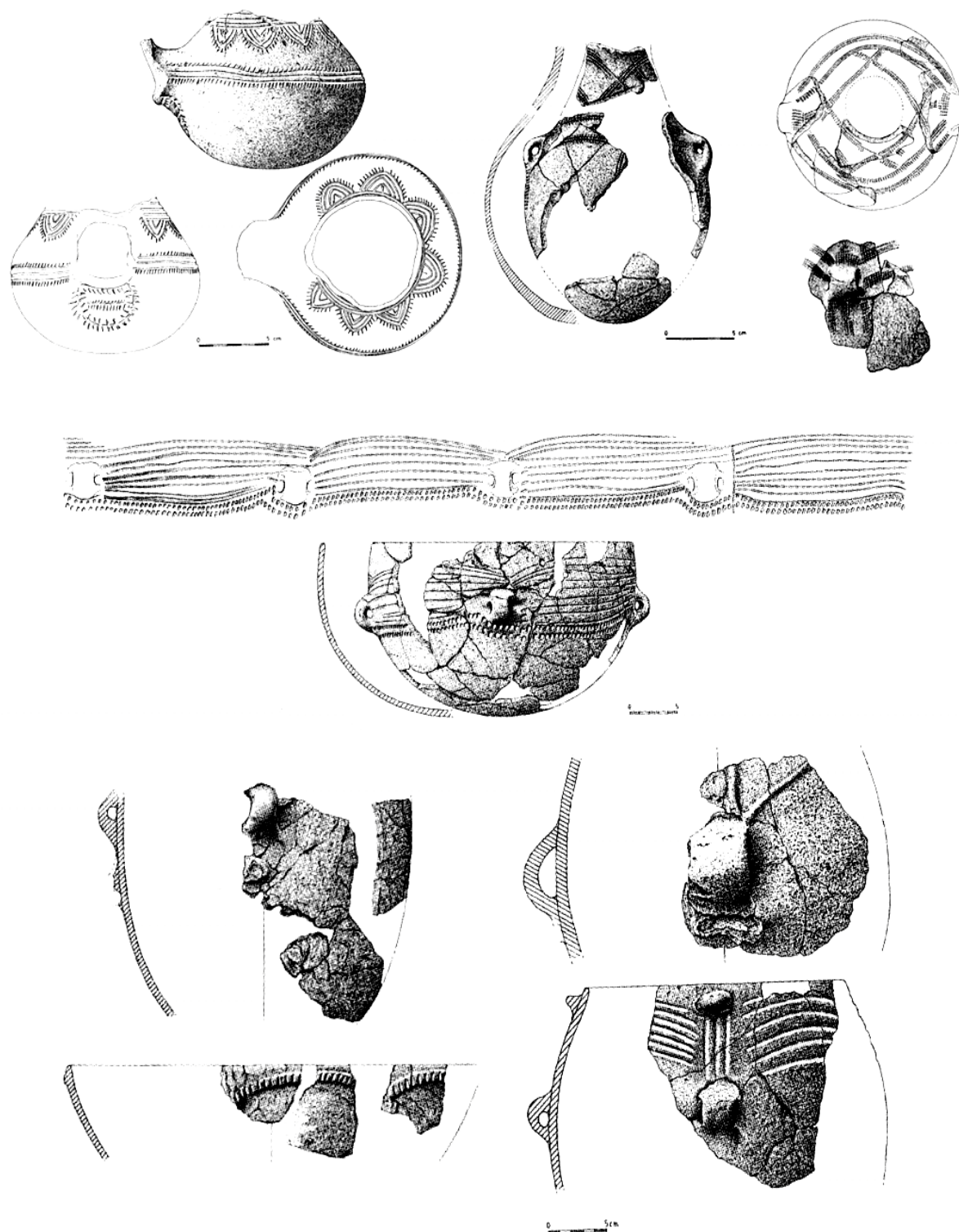


Fig.91.- Recipientes reconstruidos procedentes de la fosa de inhumación y de su relleno, según Rojo y Kunst, 1999.



Fig.92.- Recipiente-ajuar recuperado en la fosa de inhumación del Sondeo C, según M. Rojo

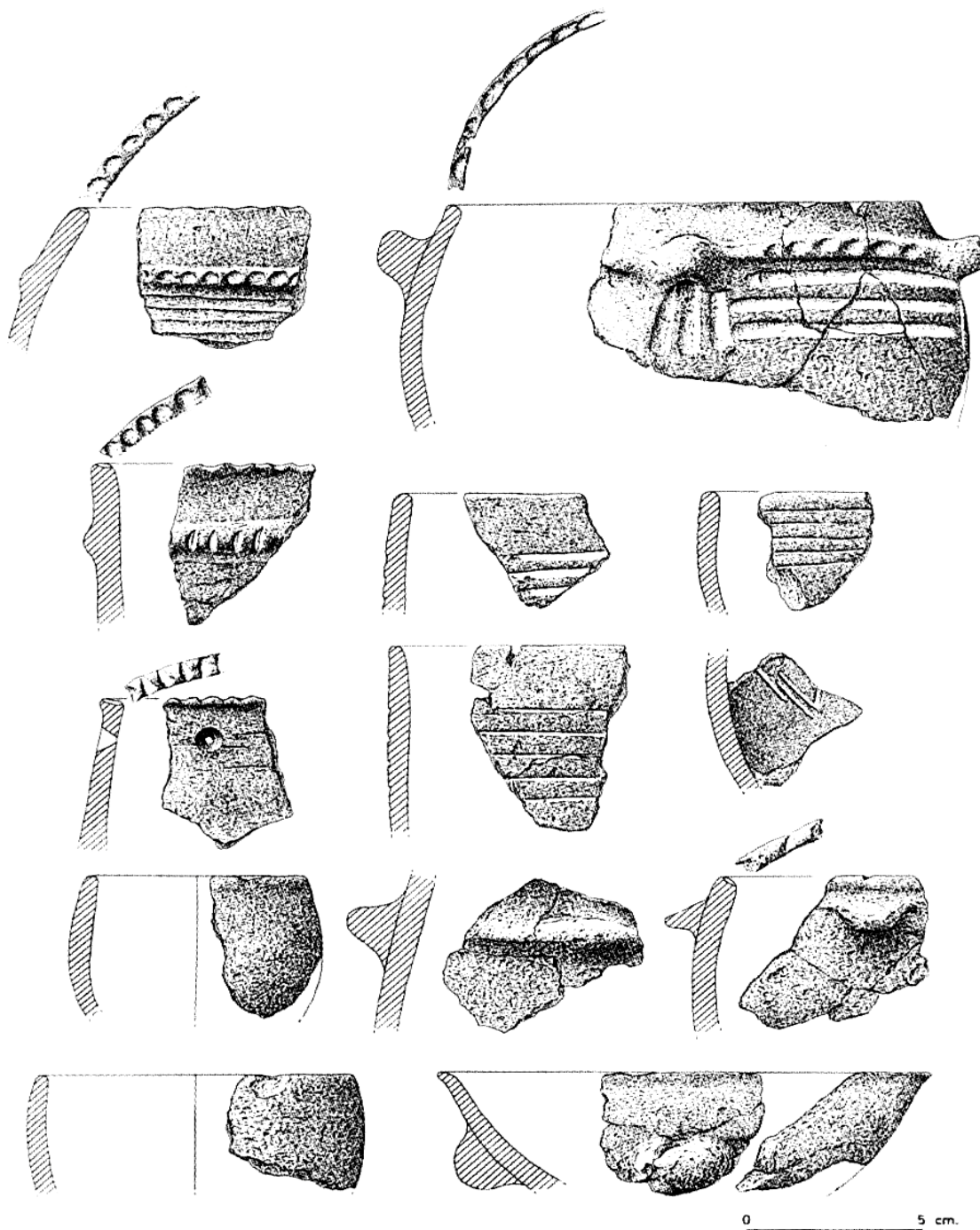


Fig.93.- Cerámicas decoradas procedentes del relleno de la fosa, según Rojo y Kunst, 1999

2.10. CUEVA DE LA NOGALEDA (Villaseca, Segovia)

UTM: 427.100 / 4.574.200

Yacimiento en cueva ubicado en uno de los meandros del río Duratón, a media ladera del acantilado que forma este río en su encajonamiento en los materiales calizos de la cuenca sedimentaria que apoya sobre el zócalo cristalino de la Meseta. La boca de la cavidad se abre a 906 metros s.n.m y posee una orientación Noroeste, sin que posea el conjunto de la cueva un gran desarrollo lineal.

Un dato de interés es la presencia de pinturas esquemáticas, en el sector de acceso a la cueva, en paneles que alcanzan en conjunto más de una treintena de signos (Lucas 1980: 509; Municio y Ruíz- Gálvez 1986: 144) y entre los que destacan algunas representaciones heliomorfas.

La ubicación de la cavidad, en un lugar escarpado, de difícil acceso, no se corresponde con áreas de interés agrícola, si bien a no mucha distancia se desarrollan tierras fértiles. No obstante las características del emplazamiento parecen señalar más a una funcionalidad como altozano de caza y refugio estacional cuando no a un lugar cultural o de carácter sepulcral, usos estos últimos que estarían avalados por la presencia de esquematismos pictóricos propios de las fases del ciclo esquemático y por la evidencia de algunos restos óseos humanos.

Los primeros datos acerca de esta cavidad proceden de ciertas menciones que se refieren principalmente a sus pinturas esquemáticas y a algunos elementos cerámicos procedentes de la cavidad (Gómez Moreno 1933: 133; Pérez de Barradas 1935: 608; Losada 1976: 221; Cabré Aguiló, 1941; Marqués de Lorian 1942) Los motivos pintados de esta cueva fueron incluidos en el estudio realizado por la R. Lucas con motivo de su Tesis Doctoral (Lucas 1980: 508), siendo recientemente publicados de un modo breve (Lucas *et alii* 1997: 159, fig. 3A)

El conjunto arqueológico dado a conocer procede del Museo Arqueológico Nacional y al parecer, según indicaba una etiqueta, pertenecían a la Colección Vilanova (Municio y Ruíz-Gálvez 1986: 143) Gómez Moreno señala estos materiales como pertenecientes a la Colección Cerralbo donada al Museo Arqueológico Nacional (Gómez Moreno 1933: 133 nota 4), extremo que ya señalaron Municio y Ruíz- Gálvez (1986: 143 nota 2)

A raíz de la publicación de estos materiales se procedió, en el verano de 1986 (Municio González, 1988: 315) a realizar una intervención arqueológica por parte de Municio y Ruíz Gálvez. El resultado de la misma, del que no se conoce dato alguno publicado fue, según los autores (com. pers. M.L^a. Ruíz Gálvez), negativo ya que se procedió a la realización de varias catas que no arrojaron material arqueológico alguno.

Nuestra revisión completa del material conservado en el Museo Arqueológico Regional nos permite no sólo ampliar lo publicado y señalado por estos autores, sino añadir elementos de interés, hasta ahora inéditos, de cara al conocimiento del enclave.

En primer lugar cabe mencionar que la colección de materiales se acompaña no de una etiqueta, sino de un interesante conjunto de anotaciones, etiquetas y otros elementos que, cuando menos, permiten dudar de que los restos pertenezcan a la Colección Vilanova sino a la Colección Cerralbo.

DOCUMENTACIÓN ADJUNTA (Los papeles 1-3 presentan un amarilleado 'de viejo' muy uniforme)

- 1- Sobre papel de periódico **EL DEBATE**, sin fecha. Escrito a lápiz, -Nogaleda 2^a capa-. Bajo esto, a tinta china Nogaleda 2^a capa.
- 2- Sobre papel de periódico **EL HENARES** editado en Sigüenza, a fecha 25 de Diciembre de 1920. Manuscrito a lápiz: Caverna de la nogaleda/ Cerámica neolítica encontrada a medio metro de profundidad. Sigüenza (esta última anotación no parece de la misma mano, o si acaso está escrita con más calma. También es a lápiz. A tinta china: ½ m
- 3- Papel amarilleado por el tiempo, a tinta china, muy desvaída: "quejada (sic) superior derecha de Linca"
- 4- Pequeño papel, ligeramente amarilleado, a tinta china: ceramica neolitica á medio metro de profundidad á la entrada dela caverna "nogaleda".
- 5- Papel impreso -recibo- que señala "He recibido de(...) / de Villa-Huer(...) En su parte posterior, a lápiz, Nogaleda.

6- Cartulina dura, a tinta china grisácea (pero con convenciones caligráficas sin duda de principios de siglo e incluso la d con convención del XIX (Anverso): Nogaleda. (Reverso) con tinta china (de similar tonalidad), grafía diferente, escrito quizás más a prisa: Entre materiales Col. Vilanova Del Cajón 19-E

De esta breve colección documental que, cuando accedimos a los materiales para su estudio, aparecía totalmente individualizada y conservada, según criterios museísticos, en papel plástico, obtenemos varias conclusiones.

En primer lugar que existió excavación y que esta afectó, al menos, a los primeros cincuenta centímetros del suelo de la entrada de la cavidad, profundidad a la que aparecieron la mayor parte de los restos.

También sabemos que la intervención inicial se realizó en 1920 o en fechas ligeramente anteriores y que el material se reorganizó una vez extraído en un lugar diferente a la cavidad. Este hecho se constata por el uso de recortes de prensa local que nos ofrecen una información adicional de interés. Estos datos cronológicos parecen coincidir bastante bien con la época en la que el Marqués de Cerralbo estudió los conjuntos del río Duratón, esto es, en 1918.

Respecto a la referencia de la tarjeta número 6 acerca de la Colección Vilanova, nos inclinamos a pensar, basándonos en las diferentes grafías, que se tratase de una etiqueta reutilizada. Desde luego las posibilidades de que cualquiera de estos materiales procediesen de esa colección es bastante remota.

No existen en el Museo Arqueológico Nacional pruebas documentales del ingreso de estos materiales. Este hecho tal vez se derive de que en un momento u otro fueron desubicados por algún investigador o simplemente que se separasen por su mención topográfica.

Sabemos que al menos una de las etiquetas (número 5) señala claramente al Marqués de Cerralbo, o más concretamente a un recibí de la casa de Dña. María Manuela Inocencia Serrano y Cerver, o de alguno de sus descendientes, tal vez la Sra. Amelia del Valle, Marquesa de Villa-Huerta y compañera de viaje del Marqués en múltiples ocasiones.

Las bolsas de material se acompañan en ocasiones de etiquetas identificativas manuscritas que, sin que podamos saber por qué, no fueron separadas junto a las anteriores. Tal vez este hecho se debiese a que son estas las que sustituyeron a las primeras, aunque esta tampoco es tarea sencilla de dilucidar.

ETIQUETAS DE BOLSA

1- Bolsa 1-(Anverso: Ma(...) / Son (...) Pesetas (...)) (Reverso): a tinta china: Cueva de la nogaleda.

En otro papel, a lápiz, grafía distinta aunque cuidada: Cueva de la Nogaleda (Segovia)
Una tarjeta de clasificación moderna: a bolígrafo: 6 CUEVA DE LA NOGALEDA. Huesos y material lítico pequeño. Microlitos. La grafía de esta es diferente a la primera y suponemos que está relacionada con la clasificación inicial de los materiales en el Museo Arqueológico Nacional.

2- Bolsa 2- Etiqueta externa, de cartulina del museo. En rotulador rojo: XXVI-2. CUEVA DE LA NOGALEDA, SEGOVIA.

3- Bolsa 4- 2 etiquetas de museo con rotulador rojo. Cueva de Nogaleda (4 papeles) Entran materiales Col. Vilanova - XXVI-2 TISUCO (¿) NOGALEDA (¿)

4- BOLSA 6- Presenta etiqueta en cartulina doblada a modo de cartela, a tinta china grisácea CUEVA DE LA NOGALEDA (Segovia)

Estas nuevas etiquetas, aunque parecen no aportar nada novedoso, no dejan de resultar, en algún caso, inquietantes. Así sucede al menos con la número 3, que acompañaba a la Bolsa 4 que indica no sólo que entran materiales de la colección Vilanova, sino que además introduce una nueva duda referente a la procedencia del material, al menos en este caso, de la Cueva del Tisuco o de La Nogaleda. No sabemos bien el por qué de esta cuestión y creemos que es algo sobre lo que difícilmente podremos arrojar alguna luz.

Otro dato de interés es la presencia de siglas directas, efectuadas con tinta china, sobre algunas de las piezas.

Estas siglas son de dos tipos:

- 1- La más antigua, posiblemente la de la Colección inicial, o como nos señaló amablemente M. Barril en el propio Museo, del número currens de la propia Institución: Un número de 4 cifras, generalmente del tipo 5366 (en el que se mantiene el 53) Está realizada a tinta china directamente sobre las piezas.
- 2- Siglado moderno con laca y tinta china: 75/86/**.

Teniendo en cuenta los datos existentes es más que probable que las excavaciones arqueológicas de la cavidad fuesen realizadas por encargo del Marqués de Cerralbo por Justo Juberías o por Juan Cabré, sino por ambos. Si el primero era el prospector del Marqués (Cabré, 1941: 322), el segundo debió no sólo formar tandem con éste, sino ser su maestro (*Ibídem*)

Material arqueológico

La totalidad del material arqueológico presentado procede de los materiales conservados en el Museo Arqueológico Nacional publicados por Municio y Ruíz Gálvez y revisados por nosotros mismos.

Si en la publicación inicial de los materiales se dejaron sin mención las notas documentales a las que antes aludimos, tampoco escaparon a esta omisión, como veremos a continuación, algunos materiales arqueológicos.

Si estas ausencias fueron casuales, o por el contrario se debieron a criterios de convicción interpretativa, es algo que no nos cumple juzgar. No nos parece honesto, no obstante, publicar una colección documental de forma incompleta o, peor aún, sin mención de los elementos que se han dejado sin estudiar.

La colección resulta bastante pobre, aunque significativa. De lo publicado llama la atención el registro de materiales cerámicos decorados siendo minoritaria la presencia de recipientes lisos. Para estos Municio y Ruíz Gálvez ofrecen dos interpretaciones; o bien que corresponden a una fase cultural más avanzada, o bien que formen parte de un pretendido Neolítico de cerámicas lisas (*Ibídem*: 145)

Lejos de los postulados y diatribas metodológicas que quizá fueron el germen de estas opiniones, consideramos que las formas, tanto lisas como decoradas, forman un conjunto bastante homogéneo dentro de lo que hoy conocemos del Neolítico del interior, que, como presentaremos más adelante, este conjunto no muestra la existencia de tipos formales que rompan con lo que establecemos para el Horizonte Neolítico de la Meseta, aún cuando podamos atender a varias fases propias del desarrollo completo del proceso de neolitización.

Industria lítica

En la publicación de Municio y Ruíz Gálvez tan sólo comparecen 4 fragmentos líticos, dos de sílex y dos de cuarcita, correspondientes a una lámina bifragmentada y a un amorfo –tal vez reavivado del plano de percusión de un núcleo- en el caso del sílex y dos lascas en el de los implementos de cuarcita. En el caso de la lámina de sílex se trata de un EEUC, característico de cualquier nivel Neolítico.

En nuestra revisión del material comprobamos que existían un total de 30 piezas líticas, incluidas estas cuatro señaladas, la práctica totalidad de las cuales permanecían inéditas, siendo algunas de elevado interés (Tabla 51 y Figs. 98 y 99)

En cuanto a las materias primas, 28 de las piezas están confeccionadas en sílex (Fig. 102), mayoritariamente de color blanco y gris y en una única ocasión marrón. Las dos piezas restantes, como ya hemos señalado, están elaboradas en cuarcita.

Respecto a los soportes, 27 de los elementos están realizados sobre lámina y los tres restantes –incluidas las dos piezas de cuarcita- sobre módulo lascar.

Entre los útiles cabe destacar la presencia, reducida pero patente, de microburiles (Figs. 103-105) y al menos un geométrico, de carácter pigmeo, perteneciente a un triángulo (G9) de carácter sauveterroide (Fig. 98) y paralelos claros tanto en conjuntos mesolíticos del valle del Ebro como en el yacimiento madrileño de Verona II.

A este tipo de industrias debemos asimilar el carácter microlaminar de la mayor parte de los soportes así como el intento de minimizar el tamaño de las láminas simples fragmentadas (LS) para acomodarlas a la tipometría de los futuros geométricos (Fig. 96 y 97) Algo similar se advierte en los dos núcleos de laminillas documentados (Fig. 101 y 102)

	Total	C1-%
LS 1	1	3.33
LS2	2	6.66
LS3	3	10
D4(Lám cresta)	3	10
B	1	3.33
R	1	3.33
P	0	0
G	1	3.33
Mb	2	6.66
MD	6	20
LBA	0	0
Lba	0	0
EEUC	9	30
UAD+Prs	0	0
LABA	0	0
Raedera	1	3.33
TOTAL	30	100

Tabla 51

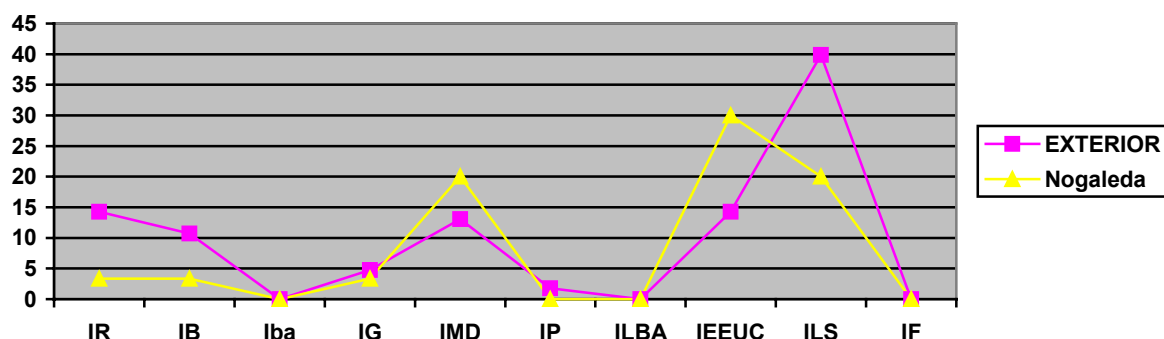


Fig.94.- Representación de índices industriales comparados con el área exterior del yacimiento de Verona II

En lo referente a las características de la talla, tipos de talones (Tabla 52) y retoques (Tablas 53 y 54) que comparecen en el reducido conjunto industrial volvemos a encontrar datos industriales que señalan semejanzas notorias con las industrias estudiadas en otros yacimientos como Verona II o La Vaquera.

Tipo de Talón	TOTAL	% TOTAL
Talón Liso	3	10
Talón Facetado	5	16.66
Talón Puntiforme	0	0
Talón Diedro	0	0
Talón Cortical	0	0
Talón Suprimido	4	13.33
Sin Talón	18	60

Tabla 52.- Tipología de talones presentes en la industria lítica.

Tipo de Retoque	TOTAL	% TOTAL
Simple	6	20
Abrupto	10	33.33
Plano	2	6.66
Escamoso	0	0
Doble Bisel	1	3.33

Tabla 53.- *Tipología de retoques presentes en la industria.*

Dirección Retoque	TOTAL	% TOTAL
Directo	14	46.66
Inverso	4	13.33
Mixto	1	3.33
Alternativo	1	3.33
Sin retoque	11	36.66

Tabla 54.- *Direcciones del retoque en la industria lítica.*

En la muestra aparecen al menos dos núcleos de laminillas de sílex, prácticamente agotados, de forma prismática-piramidal que junto a la abundancia de debris y algunos chunks parecen señalar la talla *in situ*. Núcleos similares se han localizado en cuevas como la de Las Avispas o en yacimientos del tipo taller lítico al aire libre como los del área de influencia del Arroyo Guatén.

Todos estos datos nos permiten construir una secuencia estructural típica del Neolítico **LS,MD,G,B,R** con paralelos casi exactos en La Vaquera I, Verdelpino III o Verona II.

Entre los pulimentos figura al menos un hacha, de tamaño grande, de fibrolita de sección trapezoidal y filo curvo conseguido por pulimento en doble bisel (Figs. 95 y 103)

Cerámica

Resulta de escaso interés, teniendo en cuenta la procedencia de la muestra, ahondar en cuestiones de porcentajes de cerámicas lisas y decoradas. Baste decir que de la muestra total, formada por 40 fragmentos, 18 presentan decoración –en torno al 45%-. Ésta representación se aproxima a los niveles más recientes de yacimientos como La Vaquera, pero que no podemos dejar de poner en tela de juicio ante la imposibilidad de señalar si la muestra fue o no seleccionada de forma previa.

Acerca de la posibilidad de que estemos ante un conjunto abierto en el que se hubiesen mezclado varios momentos culturales hay que señalar que algunas formas cerámicas, de substrato, pero ligeramente evolucionadas, nos podrían estar señalando la existencia de un horizonte más moderno, como veremos, en el que tal vez tenga buen encaje la presencia de restos óseos humanos asociados, quizás, a un uso sepulcral del recinto cavernícola, de un modo similar a lo documentado en la madrileña cueva de La Ventana.

La representación de formas es bastante homogénea, si bien se observan elementos ligeramente evolucionadas en los que, sobre formas clásicas, se empiezan a dejar sentir nuevos aires formales. Entre ellos destaca la presencia de ligeras indicaciones del labio que, dentro de la tendencia marcadamente esférica de los recipientes, sirven para romper la simplicidad de las formas (Tabla 55) Algo parecido puede señalarse en el caso de las bases aplanadas o planas que, sin ser una novedad absoluta dentro del contexto Neolítico, sí lo es, especialmente, cuando se asocia a los tipos clásicos de la Forma I y II (Fig.105)

FORMA	Casos –decoradas–	Casos –lisas–
I	0	2
II	2	6
III	1	3
IV	1	0
V	2	3
VI	0	0
VII	2	1
VIII	2	1
TOTAL	10	16

Tabla 55.- *Formas decoradas y lisas representadas*

De lo reseñado en la tabla anterior, en el caso de las formas lisas debemos hacer dos aclaraciones importantes. La primera es referente a la pieza correspondiente a la **Forma V** en la modalidad de fondo cónico que, aunque el fragmento representado es liso, no podemos asegurar que su parte superior careciese de decoración. La segunda, que es en los recipientes de la **Forma II** donde mejor se atisban esos elementos innovadores en la ejecución de los recipientes. Es sobre estas formas sobre las que se aprecia la suave indicación del labio en el exterior –a modo de adelgazamiento del mismo- y la tendencia al aplanamiento de las bases (Fig. 105) si bien estos recipientes con perfil ligero en S no parecen muy bien representados en yacimientos como La Vaquera, sí forman parte del repertorio material del Neolítico Antiguo Inicial del área levantina, con ejemplos claros en el Horizonte IA de Cendres, los niveles cardiales de Leucate-Correge o en contextos cardiales del interior como La Paleta, si bien es un tipo de notable perduración que alcanza hasta momentos campaniformes (Bernabeu, 1989: 23). Una situación similar puede señalarse respecto a las bases planas, perfectamente representadas en varios de los morfo-tipos presentes desde las fases iniciales del Neolítico levantino (Bernabeu, 1989). Por ello hay que ser cautos cuando se señalan estas evidencias de evolución y tomar esta palabra como mera indicación de nuevas experimentaciones sobre los soportes cerámicos que, por lo general, no forman parte determinante de las muestras analizadas. Sacar conclusiones cronológicas o culturales de esto quizás sea precipitado.

Todo lo señalado, no obstante, no anula la impresión general de que algunas de las cerámicas de La Nogaleda presentan ciertos caracteres innovadores. Que sea ello debido a la existencia de una fase algo más avanzada, de evidencias de contactos con otros grupos, de una innovación local propia y genuinamente neolítica, o por el contrario, la evidencia de que parte del registro meseteño nos queda aún enmascarado, es algo que trataremos de desentrañar más adelante.

Otro dato reseñable es la notable presencia de restos de engobes o barbotinas, sobre todo –aunque no de forma exclusiva- en los recipientes lisos, donde comparece en siete casos. No es extraña la presencia de engobes en los recipientes decorados donde además, en ocasiones comparece la presencia de pasta roja de ocre que rellena algunos motivos decorativos. Este tipo de pasta debe relacionarse más con la proximidad de pigmentos de ocre rojo (Fig. 106-110) que con la aplicación intencionada de una almagra a los recipientes. Este tipo de aplicación aparece en cuatro ocasiones sin que en ninguna de ellas pueda hablarse de tratamiento a la almagra ni siquiera de aguada puesto que el colorante aún conserva granulosidad y tizna.

Por lo que respecta a las técnicas decorativas (Tabla 56) debemos reseñar la relevancia de la técnica de impresión, bien sea cuando aparece sola o bien cuando se combina con otras técnicas, especialmente con los acanalados y las aplicaciones de cordoncillos de escaso resalte. Es llamativa, a pesar de lo parco de la muestra, la ausencia de los típicos esquemas barrocos ricos en acanalados metopados combinados con impresiones y elementos plásticos aplicados que, si bien aparecen tímidamente representados en este yacimiento no lo hacen con la intensidad con la que lo hacen en otros enclaves, incluso cercanos.

Los acanalados, cuando aparecen, pueden dar lugar a esquemas complejos del tipo C. Además hay una nítida diferencia técnica en la ejecución de los acanalados que en este caso son más estrechos y menos perfeccionados así como algo más profundos. Notable importancia cobra también la representación de las líneas de impresiones sucesivas o “boquique antiguo” y la aparición, en al menos una ocasión, de los esquemas de ‘línea cosida’.

En lo referente a los motivos decorativos encontramos también los del tipo AI, tanto en motivos de espiga asociados a los cordones –tipo D IV-, como en haces paralelos aplicados sobre la superficie de los recipientes aquí ya dentro del motivo CI, asociado a acanalados paralelos poco profundos. Otros motivos bien representados son los del tipo CII y CIII, tanto en las líneas cosidas paralelas como en las líneas impresas de punto y raya también paralelas.

Cabe reseñar por último que al menos dos de los tres bordes decorados presentan impresiones paralelas en la superficie del labio, algo bastante habitual en los repertorios decorados de la Meseta.

En cuanto a los elementos de prensión, si bien parecen estar ausentes las asas, los restos de algunos arranques sobre al menos dos galbos decorados y uno liso parecen señalar que esta es una impresión sesgada y falsa. También están bien representadas las orejetas que se disponen de forma paralela al borde del recipiente y no muy lejos de él, aunque nunca inmediatos.

TÉCNICA DECORATIVA	Casos
Incisión fina	2
Acanalado	8
Impresión matriz simple	13
Impresión matriz múltiple	0
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	0
Cordón impreso	5
Boquique	4
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	1

Tabla 56.- *Técnicas decorativas empleadas*

La enorme diferencia existente entre nuestra catalogación del conjunto cerámico decorado y la publicada por Municio y Ruíz Gálvez reside en que estos autores no hablan de impresiones, sino que interpretan –de forma errónea, a nuestro entender- como incisiones cortas lo que en realidad son impresiones de matriz simple apuntada.

Por el valor que tiene respecto a la comparación con yacimientos cercanos, en especial con la Vaquera, debemos señalar, como ya vimos, la ausencia de aguadas de almagra –aunque hay varios casos de incrustaciones de pasta roja- y la ausencia absoluta de impresiones anchas realizadas con una matriz simple roma y que da lugar a uno de los más típicos definidores del Neolítico de la Meseta, especialmente de la Norte.

En este conjunto volvemos a ver más simetrías formales y en las técnicas decorativas respecto a los materiales procedentes de otras cuevas y abrigos que con los elementos procedentes de los yacimientos al aire libre.

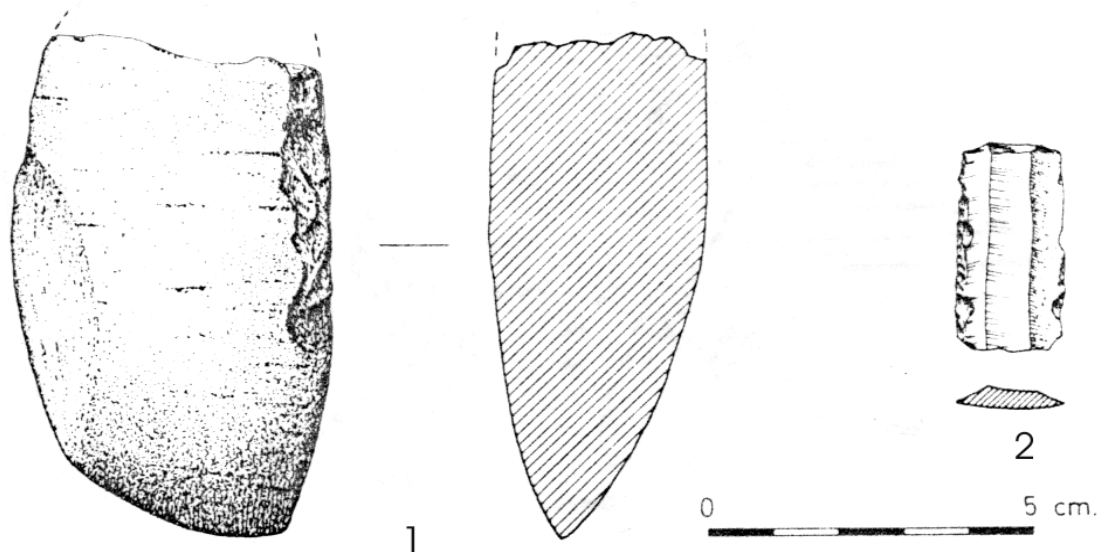


Fig.95.- Material lítico selecto, según Municio y Ruíz Gálvez, 1986.



Fig.96.- Conjunto de elementos de industria lítica, nº 1, G9.

Fig. 97.- Conjunto de láminas fragmentadas y microburiles.



Fig. 98.- Detalle ampliado del anverso de un microburil.

Fig. 99.- Reverso de microburil.

Fig. 100.- Geométrico G8 de carácter sauveterroide.



Fig. 101 y 102.- Núcleos de extracción de laminillas.



Fig.103.- Hacha pulimentada de fibrolita.

Fig.104.- Ejemplo de siglado antiguo y moderno sobre una misma pieza.

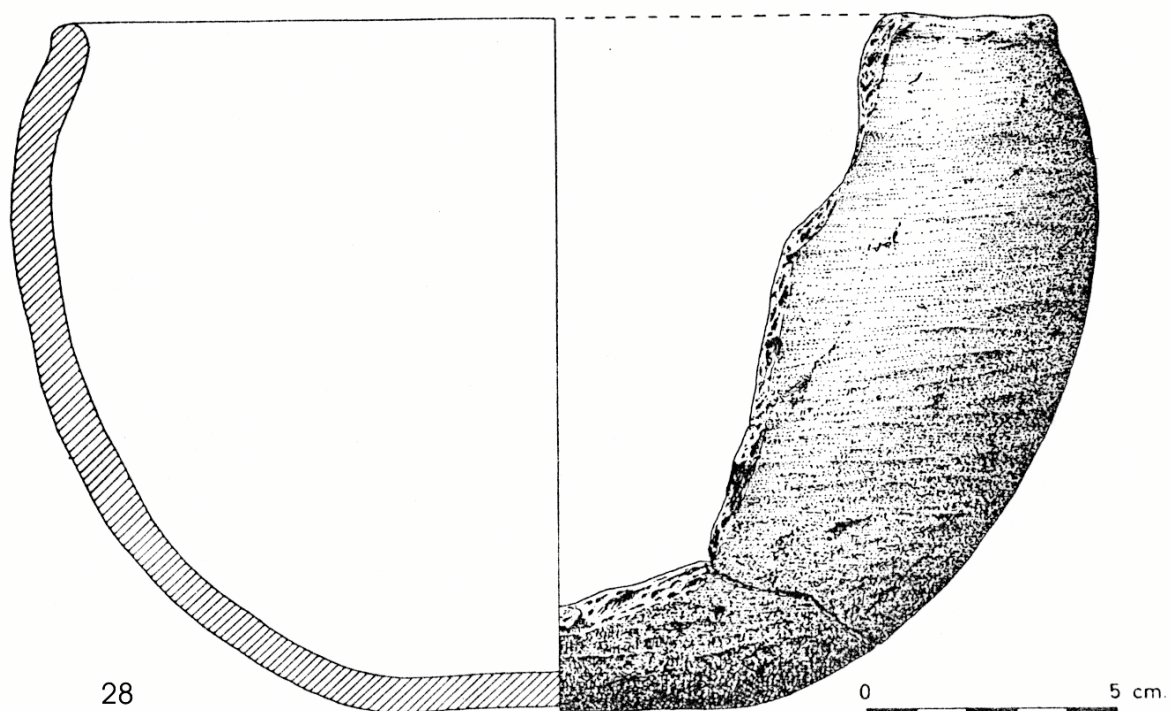


Fig.105.- Cerámica lisa de tipología evolucionada, según Municio y Ruíz Gálvez, 1986



Figs. 106-110.- Aplicación de restos de ocre rojizo adherido al exterior de los recipientes cerámicos.

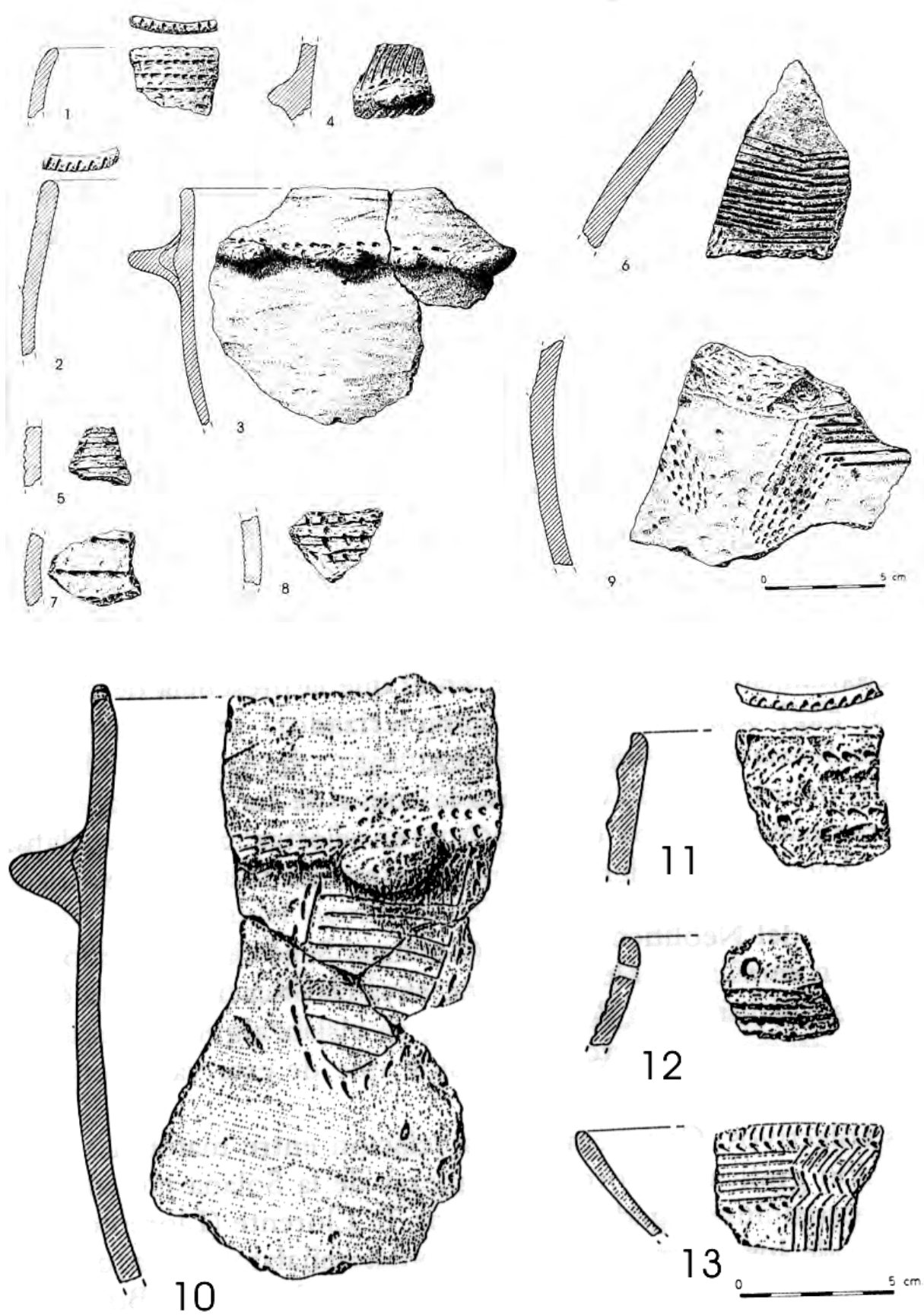


Fig.111.- Cerámicas decoradas, según Municio y Ruíz Gálvez, 1986 y Municio, 1988



Fig.112.- Desarrollo decorativo en torno a los elementos de suspensión.



Fig.113.- Detalle de la combinación inciso-impresa en esquema similar al boquique.



Fig.114.- Combinación de incisiones e impresiones con 'incrustación' de pasta de ocre.



Fig.115.- Esquema complejo con combinación de acanalados e impresiones siguiendo uno de los esquemas decorativos de tradición epipaleo-mesolítico más propios de los contextos del Neolítico inicial meseteño.

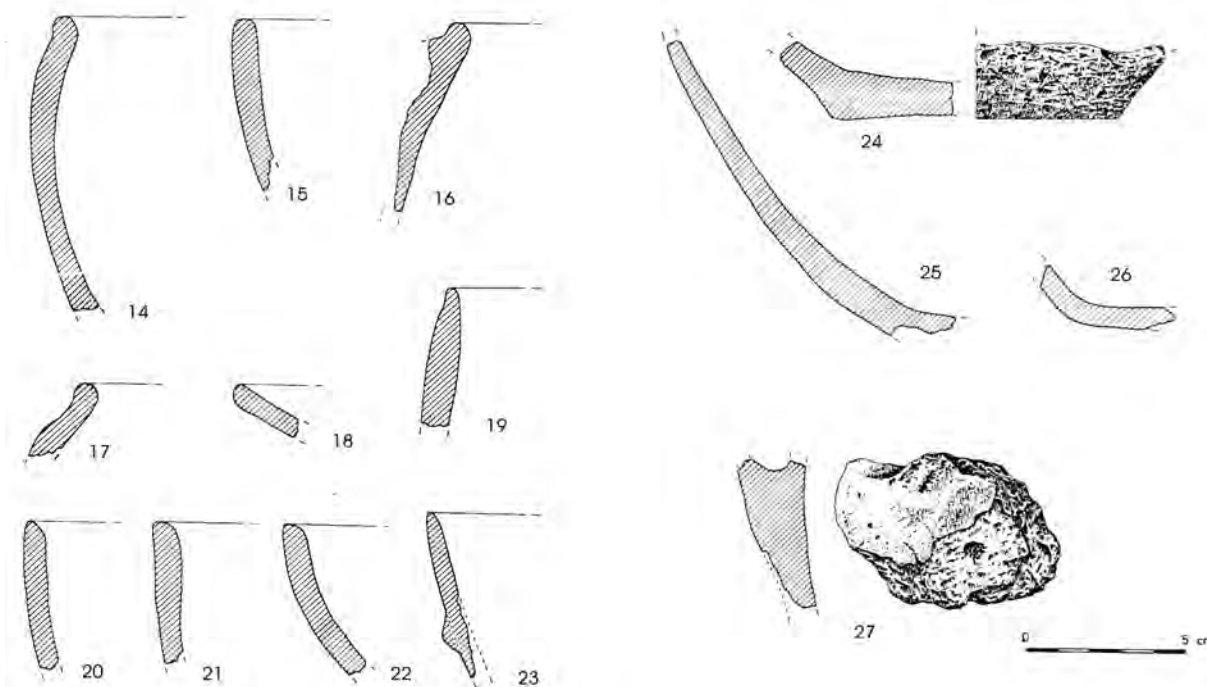


Fig.116.- Cerámicas lisas, según Municio y Ruíz Gálvez, 1986

2.11. PEÑA DEL BARDAL (Diego Álvaro, Ávila)

UTM: 302.800 / 4.504.900

Yacimiento de carácter multiocupacional al aire libre ubicado en el piedemonte de la Sierra de Ávila, a 976 metros s.n.m, en la cima de un monte-isla granítico de cumbre aplanada situado en el tramo medio del río Agudín, antes de verter sus aguas en el río Gamo que desagua a su vez en el Tormes.

Este yacimiento fue objeto de excavación por parte de Gutiérrez Palacios a finales de los años 50, lo que permitió diferenciar un hábitat al aire libre que su excavador centró en el Neolítico (Gutiérrez Palacios, 1962 y 1966)

Material arqueológico

Si bien una pequeña parte del material arqueológico de tipología neolítica apareció disperso por el área excavada, el grueso del mismo puede considerarse como procedente de un conjunto cerrado puesto que se recuperó en el interior de una estructura de habitación de 2 metros de diámetro y planta circular reforzada en su zócalo por sólidos bloques de piedra. En su interior se detectaron restos de un hogar y un conjunto de materiales cerámicos entre los que abundaban las cerámicas decoradas (Fig.1117)

Nada podemos señalar de la industria lítica ni de otros aspectos de notable interés como la economía, los elementos de adorno o la industria ósea. Ahora bien, la valoración de la existencia de una base indudablemente neolítica para un yacimiento en alto sincrónico al inicio del uso del metal, es ya un hecho de por sí notable, a pesar de la extrañeza que ofrece para algunos investigadores (Delibes de Castro, 1998: 28)

Cerámica

Conocemos tan sólo lo publicado por Gutiérrez Palacios (1962 y 1966) y otros autores (Delibes de Castro, 1985;1998; Fabián, 1994) así como el material depositado en el Museo Provincial de Ávila y por tanto una parte sesgada de la información.

Entre la tipología de recipientes los perfiles reconstruibles permiten advertir un repertorio poco variado de formas (Tabla 57)

FORMA	Casos –decoradas-
I	0
II	3
III	2
IV	1
V	0
VI	0
VII	0
VIII	0
TOTAL	6

Tabla 57.- *Formas decoradas representadas*

En cuanto a las técnicas decorativas destacan los acanalados si bien hay un notable conjunto de casos en los que estos se asocian a impresiones e incluso a elementos de aplicación plástica (Tabla 59) Entre los elementos documentados comparecen al menos dos fragmentos de galbo que presentan varias bandas de impresiones semicirculares realizadas con un objeto de matriz múltiple imitando sin duda la decoración cardial (Fig.124, nº 6) Como pertenecientes a esta técnica aparecen expuestos en el Museo de Ávila, si bien el estudio detenido de los fragmentos permite asegurar que la técnica con la que fueron ejecutados no fue la impresión de concha, sino la aplicación de la mencionada matriz múltiple. A este respecto, pese a la curvatura de la matriz, se observa nitidamente que la culminación de las impresiones es en forma de punción redonda. Esto delata el uso de una matriz apuntada por lo que la impresión obtenida se aleja técnicamente, pero no en su concepción, de la impresión cardial. La importancia de la comparecencia de esta técnica en algunos materiales decorados propios del primer horizonte neolítico de la Meseta (Jiménez Guijarro, e.p.) obligan a reivindicar la correcta ubicación cronológica y cultural de la técnica y sobre todo a distanciarla de aquél 'pseudo-cardial' que algunos autores adelantaron hasta los primeros compases de la Edad del Cobre (López Plaza, 1979) como referentes de un repunte de una técnica similar a la cardial del neolítico, pero sin connotación cultural alguna que la ligase al verdadero

cardial del Neolítico Antiguo. Son escasos aún los elementos cardiales y pseudocardiales localizados en la Meseta y por ello se hace necesario profundizar más en su estudio y caracterización, ampliando de este modo las sistematizaciones iniciales que abordamos en su momento (Jiménez Guijarro, e.p.; Jiménez Guijarro y Rojas Rodríguez-Malo, e.p.)

También debemos incluir, entre los elementos destacados, un fragmento de galbo que presenta una decoración zoomorfa esquemática que representa a un cáprido realizado mediante la técnica impresa del puntillado. Otro elemento relevante y que como el anterior ha planteado serias dudas sobre la posibilidad de incluirlo o no dentro del contexto Neolítico es un borde de cerámica decorado con una doble línea de pequeñas pastillas aplicadas bajo el labio. Este tipo de decoración, en la esfera de las pastillas repujadas (Municio, 1988) así como el puntillado, aunque presentan paralelos en contextos Neolíticos de la Península no podemos negar que aún plantean problemas de definición cronológico-cultural. Sirva como mero apunte señalar que un yacimiento en el que menudean ambos elementos es el de Los Enebralejos, donde no hemos podido diferenciar materiales de adscripción neolítica pero sí un notable conjunto de elementos propios de los momentos iniciales de la generalización del uso del metal.

TÉCNICA DECORATIVA	Casos
Incisión fina	1
Acanalado	8
Impresión matriz simple	9
Impresión matriz múltiple	2
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	0
Cordón impreso	3
Boquique	1
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	1

Tabla 58.- *Técnicas decorativas empleadas*

En cuanto a los motivos decorativos se encuentran representados –aunque de modo minoritario– los impresos simples del tipo AI y los motivos inciso-acanalados del tipo BI y BII, tanto en disposición metopada como convergente, si bien abundan más los motivos que combinan impresiones y acanalados del tipo C –que generalmente presentan la decoración impresa en la cima del labio– y en los que los acanalados suelen adoptar esquemas metopados. Una vez más los motivos más complejos y barrocos se asocian a recipientes que muestran asociaciones de acanalados, impresiones y elementos plásticos aplicados (Fig.117, nº,1,5,7)

Mención especial merece la presencia de la técnica de ‘pseudo-boquique’, propia de los esquemas del tipo AIIc pero que en este yacimiento muestra la peculiaridad de aparece formando esquemas novedosos e incluso en ocasiones con una aplicación técnica que nos hace desconfiar de que en realidad estemos ante verdaderos boquiques y sí ante aplicaciones de líneas de impresiones de gradina o ruedecilla (Fig.117, nº 8)

En lo referente a los elementos de prensión están representados los grandes mamelones perforados en horizontal, a modo de asas y las orejetas situadas bajo los bordes, elementos por lo demás harto repetidos en el repertorio cerámico del Neolítico.

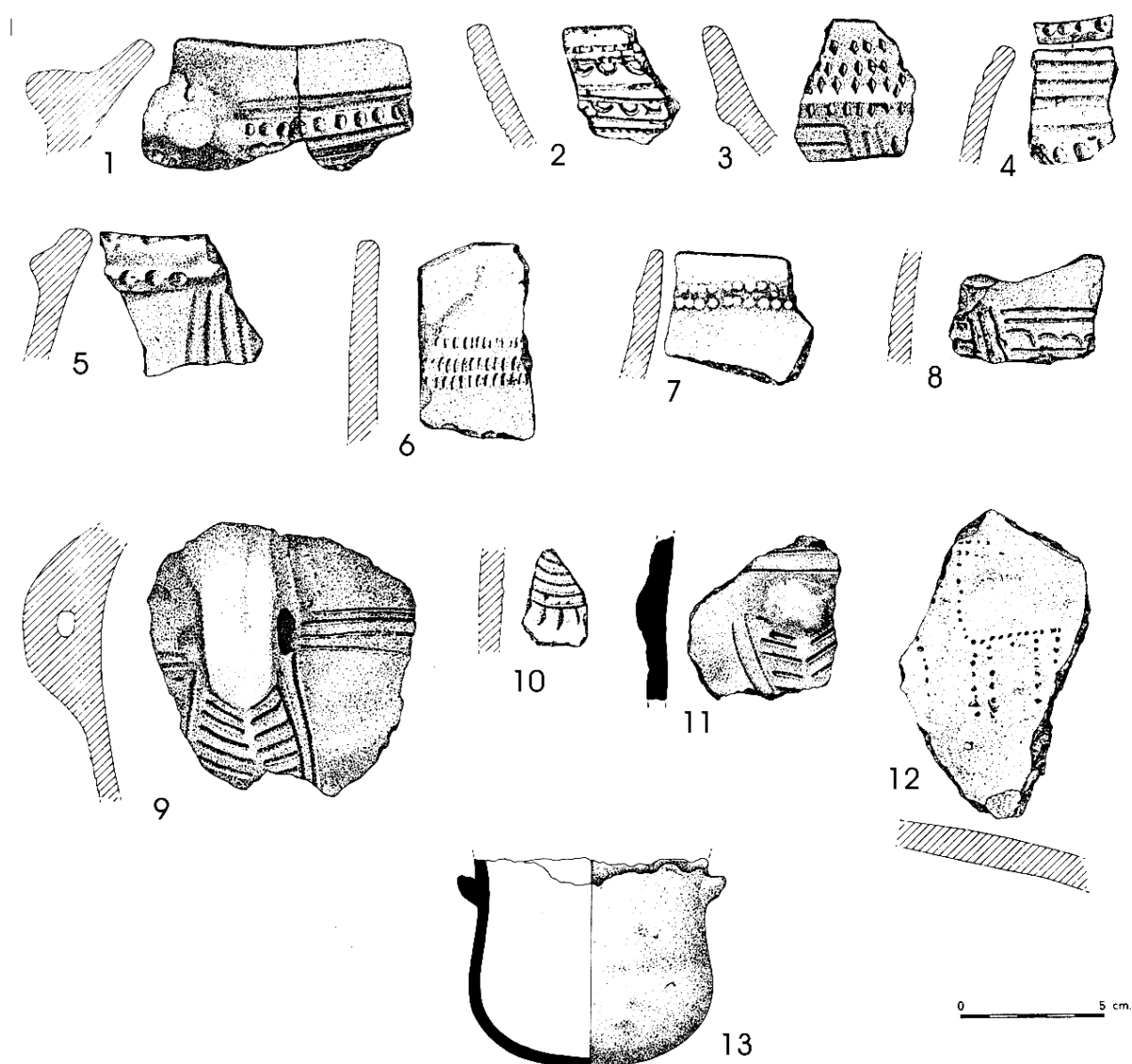


Fig.117.- Selección de material cerámico decorado conservado en el Museo de Ávila, según Delibes de Castro 1998

2.12. LA REVILLA DEL CAMPO (Torralba del Moral, Soria)

UTM: 540.900 / 4.557.900

Yacimiento ubicado en el fondo del valle del Ambrona, dentro de la línea de relieves residuales del páramo, a poco más de 1000 metros del enclave de La Lámpara y a 1129 metros s.n.m, sobre una pequeña superficie aMesetada ubicada en posición dominante sobre un valle ciego. El yacimiento se sitúa sobre la falda de ese pequeño cerro, ocupando el inicio del sector de fondo de valle (Rojo *et alii*, 1995: 25)

En una primera prospección superficial fueron recogidos numerosos fragmentos de cerámica dispersos sobre una amplia superficie de más de 18 Hectáreas. Algunos de los fragmentos cerámicos presentaban decoración y tenían una adscripción claramente neolítica (Fig. 118 y 120) También se documentan algunas piezas de industria lítica entre las que destacan dos fragmentos de hachas de piedra pulimentada, numerosos fragmentos de láminas y lascas de sílex (Fig. 120, a-k), un microlito geométrico consistente en un segmento de círculo (G1) y una lámina de dorso abatido (Rojo *et alii*, 1995)

Con posterioridad, dentro del Proyecto de Investigación sobre el poblamiento prehistórico en el Valle de Ambrona, se realizaron excavaciones arqueológicas en este yacimiento. Previamente fue realizada una cartografía de anomalías magnéticas sobre la que se plantearon los cortes de la intervención arqueológica en relación siempre con la presencia de estructuras negativas, en todo similares a las descubiertas por los análisis magnéticos realizados en La Lámpara. Se excavó una amplia superficie de terreno en la que quedó documentada la presencia de alguna de estas estructuras negativas con aparente función de silo y una zanja, amplia, con relleno de material Neolítico pero cuya funcionalidad de momento se desconoce.

En la Cata 2, junto a dos hoyos en los que aparecieron cerámicas decoradas y algún hacha de piedra pulimentada (Rojo y Kunst, 1996: 105) fue documentada una estructura de adobes en la que se advertía una serie de capas de derrumbre y bajo ellas una estructura.

De este yacimiento se obtuvo una datación radiocarbónica (KIA 4782) sobre una muestra de carbón vegetal que arrojó una fecha de 4750 +/- 80 BP. (Kunst y Rojo, 1999) si bien su excavadores señalan que existen un total de 17 dataciones, en buena parte aún inéditas, que permiten ubicar el uso del yacimiento entre el 5900 y el 5300 BP.

En la Cata 1 se recogieron granos de trigo que certifican que su cultivo se daba en esta zona al menos desde fines del VI milenio BP (Kunst y Rojo, 1999: 267)

Junto a las abundantes estructuras siliformes se pudo documentar también un interesante recinto oval que los investigadores suponen podría haber correspondido a un encerradero para el ganado o a algún tipo de recinto ritual, realizado a base de una doble zanja donde se encajaban postes de madera, que no se ha excavado aún en su totalidad.



Fig. 118 y 119.- Izq.- Cerámica impresa con esquemas en pseudo-boquique representando una decoración de tipo aziloide. Dcha.- Fragmento de brazalete de pizarra. Fotografías de M. Rojo Guerra.

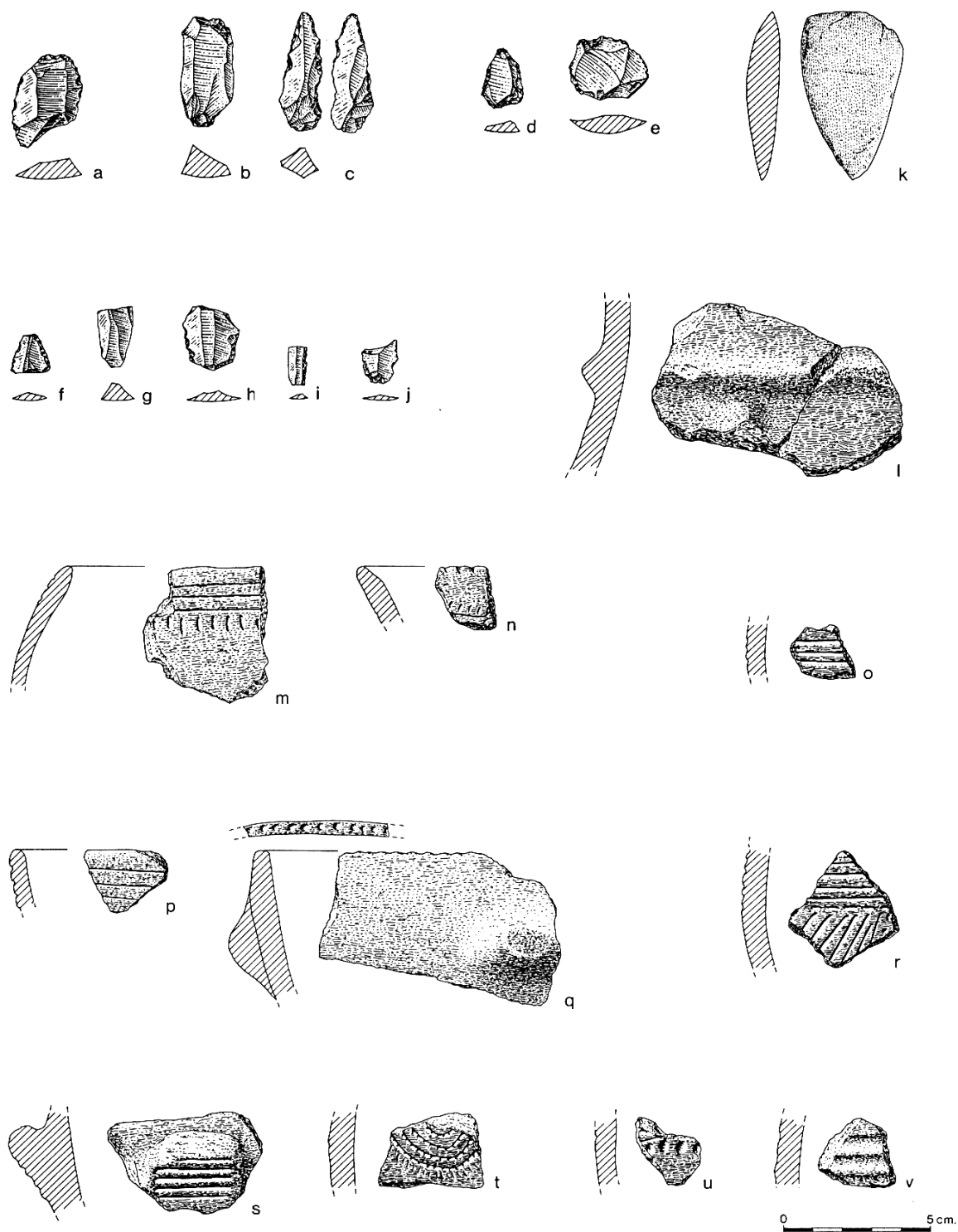


Fig.129.- Material recuperado en La Revilla del Campo, según Kunst y Rojo, 2001.

2.13. ABRIGO DE LA SENDA DEL BATÁN (Villaseca, Segovia)

UTM: 426.900 / 4.575.000

Yacimiento ubicado en un abrigo rocoso dentro del conjunto kárstico del río Duratón, a una altitud de 898 metros s.n.m. Este abrigo no se abre directamente en el cañón sino que se encuentra ubicado en uno de los valles perpendiculares al curso del río donde confluye por su margen derecha.

El yacimiento se encuentra protegido por una gran visera caliza (Fig.121) El lugar ha sido objeto de continuadas excavaciones clandestinas, hecho que motivó la realización en 1989 de una intervención de urgencia por parte de Luciano Municio (1993)

Las noticias que de este yacimiento tenemos son en extremo parcas y se limitan a una muy breve reseña al yacimiento y la publicación de algunos de los materiales recuperados.

L. Municio señala que el enclave fue utilizado como encerradero de ganado hasta fechas recientes y que tras la excavación arqueológica se documentó, dentro de una carencia absoluta de estratigrafía, un homogéneo conjunto de materiales arqueológicos indicadores de una única ocupación, de carácter temporal o estacional de filiación neolítica.

Material arqueológico

No tenemos constancia de la presencia o ausencia de material lítico, ni descripciones de las cerámicas por lo que muy poco es lo que podemos señalar de esta intervención. Las descripciones de las cerámicas, los motivos y técnicas decorativas así como lo referente a la morfología de los recipientes parte del análisis visual de los elementos publicados.

Cerámica

Tenemos noticia de una escasa representación de elementos cerámicos –un total de 13 piezas- si bien por los números de inventario es posible colegir la existencia de al menos cerca de 60 piezas inventariadas, si no más.

No podemos señalar la preponderancia ni importancia de las cerámicas decoradas en todo el conjunto. De lo publicado se puede obtener como única conclusión la existencia, conjunta y sincrónica, de técnicas incisas, acanaladas e impresas, menudeando los cordones, tanto lisos como decorados mediante impresiones leves, bien dobles, a modo de espiguilla o simples verticales. Estos cordones son siempre suaves, de poco resalte. Podemos advertir también una escasa representación de las técnicas mixtas, con sólo dos casos en los que se emplea la impresión asociada al acanalado y los acanalados asociados a cordones de escaso resalte.

Los motivos decorativos son monótonos y no se escapan de lo normativo dentro de los paralelos más próximos, especialmente los materiales de las cuevas segovianas de La Nogalera y La Vaquera. Tenemos al menos un caso del motivo AI, si bien predominan los motivos del tipo BI y BII. A pesar de lo reducido del fragmento parece que en una ocasión aparece representado un esquema del tipo CI, con las clásicas impresiones anchas y poco profundas propias de los yacimientos más antiguos del horizonte Neolítico meseteño. El motivo más complejo corresponde al fragmento que asocia las tres técnicas decorativas: cordón, impresión y acanaladura. Como señalamos, aquí, el esquema es mucho más complejo y barroco que los propios del tipo DIV (Fig.122)

Respecto a las formas, el repertorio es muy reducido, pero los perfiles reconstruibles permiten señalar la comparecencia al menos de recipientes de la **Forma III**, sin duda la mejor representada de todo el conjunto –al menos tres de los cinco bordes representados-. Le siguen, con un caso cada uno, los recipientes de la **Forma VI** y posiblemente de la **Forma II**. El recipiente que presenta la decoración más compleja podría corresponderse con la **Forma VII** y en una ocasión se documenta una base de tendencia cónica correspondiente a la **Forma V**.

Dentro del repertorio formal y, aún adelantándonos a las conclusiones finales de esta obra, debemos señalar el parecido existente entre los conjuntos de este yacimiento y de la Vaquera, así como la aparente disimetría entre los conjuntos documentados a un lado y otro del Sistema Central, en cuya vertiente Sur no abundan las formas V y VI. Valoraremos más adelante este hecho.

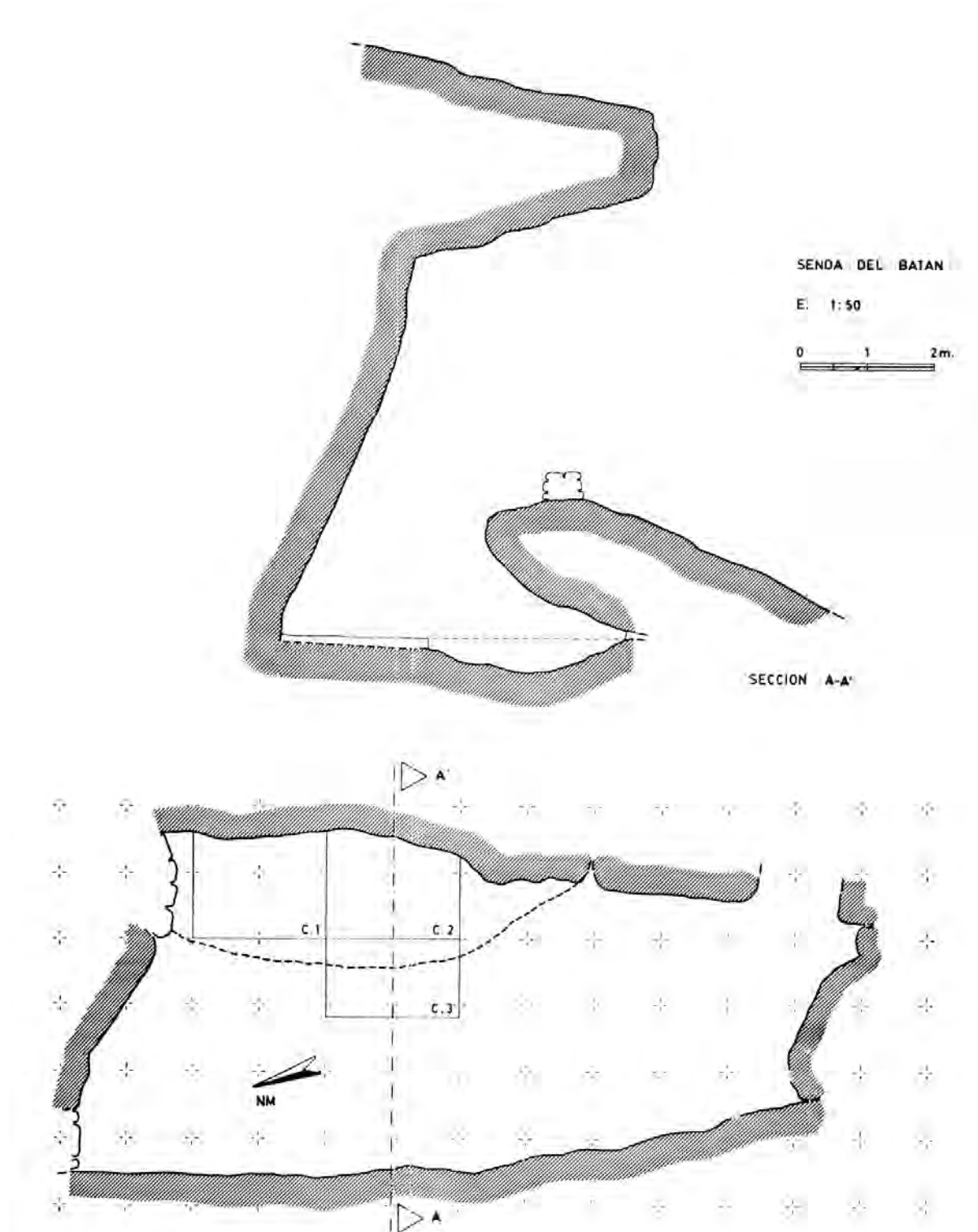


Fig.121.- Alzado y planta del abrigo de la Senda del Batán, según Municio, 1993.

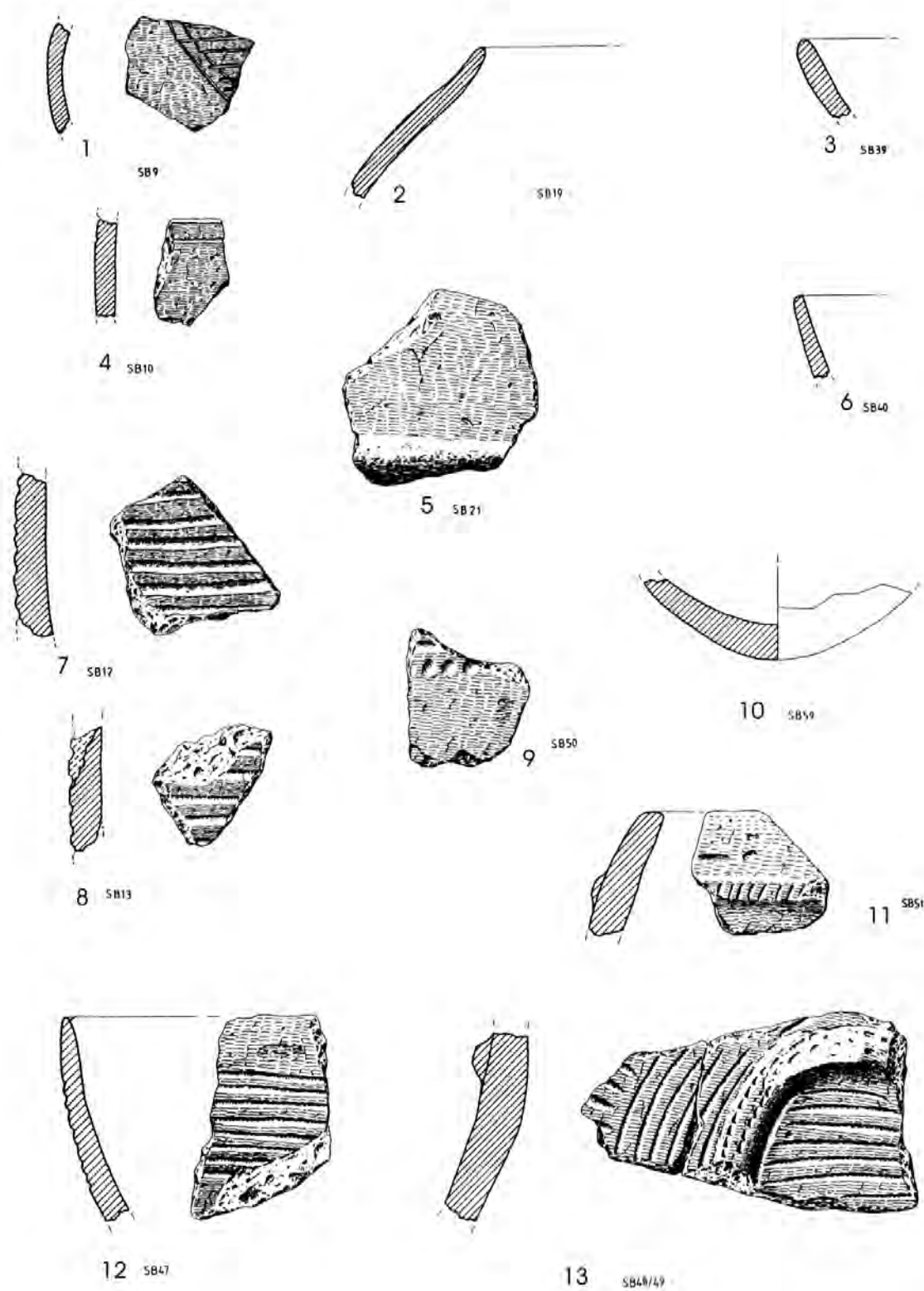


Fig.122.- Selección de materiales cerámicos, según Municio, 1993.

2.14. EL TESO DEL ORO (San Martín de Valderaduey, Zamora)

UTM: 293.200 / 4.630.000

Yacimiento ubicado en el fondo de valle del río Valderaduey, a 676 metros s.n.m e inmediato – escasos 100 metros- a la margen derecha del río, directamente sobre su lecho de inundación.

El enclave, consistente en un sepulcro tumular no megalítico, del tipo de los ‘redondiles’, se ubica en el interfluvio del río Valderaduey, a escasos diez kilómetros de las lagunas de Villafáfila.

El yacimiento fue descubierto a finales de la década de los 80, habiendo sido objeto de una intervención arqueológica de urgencia (Palomino Lázaro y Rojo Guerra, 1997) Esta intervención, muy limitada y efectuada sobre un yacimiento ya muy deteriorado, permitió poner de manifiesto la existencia de un sepulcro tumular no megalítico bajo el que se desarrolló un horizonte previo de habitación (Figs. 123) Las fases arqueológicas y de sedimentación natural diferenciadas (Tabla 59) permiten suponer cierta diacronía entre ambos usos del yacimiento.

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN
I	FÉRTIL-Osario	NEOLÍTICO
IIA	ESTÉRIL	FLUVIAL-Hiatus
IIB	ESTÉRIL	FLUVIAL-Hiatus
III	FÉRTIL	NEOLÍTICO
IV	FÉRTIL	NEOLÍTICO

Tabla 59

Sepulcro tumular

En su configuración original presentaba un alomamiento en forma de casquete esférico, bastante regular, de aproximadamente 30 metros de diámetro y cerca de 2 metros de altura que destacaba sobre la vega circundante.

Las labores de nivelación agrícola dismantelaron el montículo y dejaron a la vista un ‘anillo’ formado por cantos rodados de cuarcita cuya anchura oscilaba entre los 3 y los 4 metros y que delimitaba un espacio circular de cerca de 26 metros en el que se localizaron abundantes restos óseos humanos, elementos cerámicos y restos de industria lítica.

El espacio funerario fue diferenciado en superficie incluido en una acumulación de cantos rodados de cuarcita de diferentes dimensiones –predominando los de tamaño medio y pequeño- sin organización arquitectónica alguna y contenidos en un sedimento de matriz arcillosa-arenosa.

Todos los elementos recuperados parecen remitir a la existencia, en las cotas superiores, de un osario muy alterado por las labores agrícolas y a la individualización de un enterramiento infantil dentro de la cata A (Fig.123)

Este nivel de osario, al que se denominó Nivel I, apareció depositado, en algunos sectores, dentro de un rebaje realizado sobre el depósito aluvial anterior, alcanzando cotas de profundidad máximas de en torno a los 75 centímetros.

Material arqueológico

Si algo caracteriza al conjunto material es su escaso número (Palomino Lázaro y Rojo Guerra, 1997: 252,fig.3) Tan sólo han sido publicados, procedentes de este nivel, un fragmento de cuenco liso de nuestra Forma II, aunque algo evolucionada, de cerámica de cocción reductora y ‘aguada’ a la almagra en ambas superficies y un fragmento de lámina (LS 2) de sílex (Fig.123, nº 3 y 5)

Inhumación individualizada

Corresponde a un individuo infantil depositado en un pequeño rebaje del terreno con las piernas ligeramente flexionadas, apoyado en el costado derecho y con la cabeza orientada hacia el Norte. El enterramiento, una vez efectuado, fue cubierto con piedras. No se detectó elemento alguno de ajuar.

Horizonte habitacional

Corresponde a lo que Palomino y Rojo denominaron Fase I y abarca los niveles III y IV. Se trata de una ocupación, aparentemente de carácter doméstico -si bien es muy difícil de dilucidar a juzgar por lo reducido de la excavación realizada- y ubicado directamente sobre el substrato geológico de carácter aluvial.

El nivel IV se corresponde con un estrato uniforme con alto contenido en materia orgánica y en cuyo interior se recuperaron numerosos elementos de cultura material. En uno de los sectores excavados se documentó lo que se interpretó como un hoyo o cubeta realizado sobre el mencionado substrato geológico.

El nivel III se corresponde con un lecho fino de tierra rojiza asociado a un depósito de madera dispuesto de forma horizontal y parcialmente carbonizada. Esta estructura fue interpretada como parte de un posible pavimento relacionado con el nivel de habitación.

Material arqueológico

De nuevo resulta muy parco y poco significativo. Destaca la localización de un fragmento de cuenco de cerámica reductora, lisa, de la Forma II y similar al recuperado en los niveles superficiales. Presenta, como aquél, restos de 'aguada' de almagra. Este hecho indujo a Palomino y Rojo a plantear la sincronía de ocupación de ambos horizontes.

Como material más significativo y, sobre cuya morfo-tipología se hace descansar la adscripción neolítica del enclave, se recuperó un único fragmento de recipiente cerámico decorado de pequeñas dimensiones. Presenta decoración impresa asociada a un cordón de muy escaso resalte ubicado paralelo al borde.

Entre el material lítico cabe destacar la presencia, al menos, de una LS4 -o EEUC- de sílex.

Entre la fauna recuperada, que se encuentra sin publicar, destaca la presencia de al menos un resto de bóvido (Palomino Lázaro y Rojo Guerra, 1997: 253)

Debemos resaltar que las dudas para atribuir con certeza este enclave con un horizonte cronológico y cultural neolítico son notables.

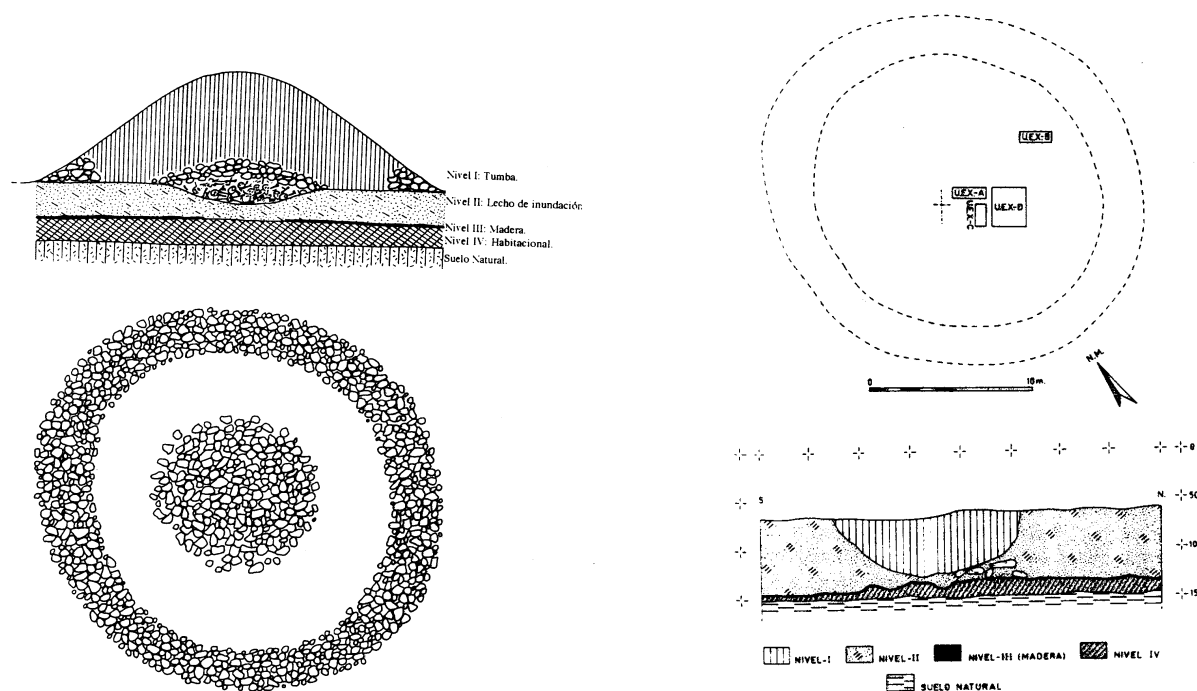


Fig.123 y 124.- Reconstrucción ideal de la planta y alzado del nivel funerario. Planta y sección general del yacimiento, según Palomino y Rojo, 1997.

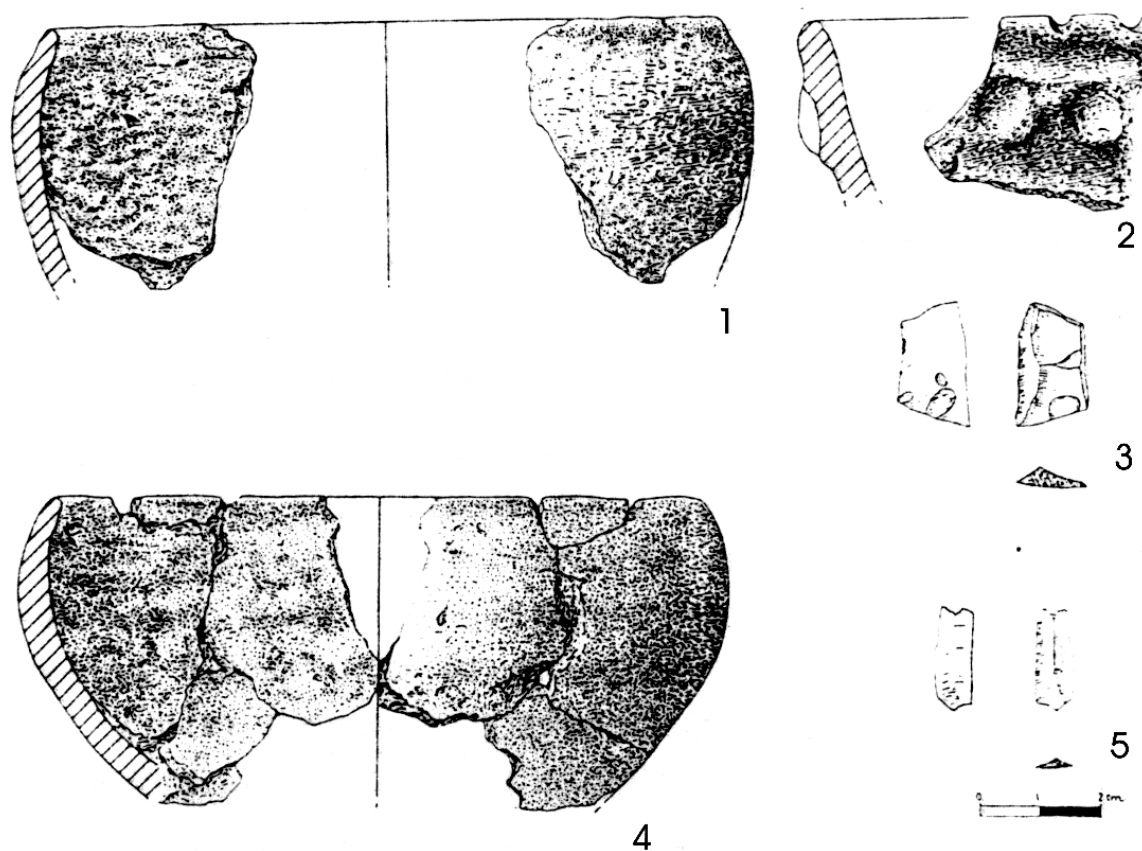


Fig.125.- Selección de material arqueológico recuperado, según Palomino y Rojo, 1997.
1,2 y 3 Zona habitacional (Nivel IV) 4 y 5 Zona funeraria (Nivel I)

2.15. CUEVA DE EL MIRADOR (Ibeas de Juarros, Burgos)

UTM: 458.100 / 4.689.800

Yacimiento ubicado en la Sierra de Atapuerca, en un enclave dominante de su extremo meridional, sobre el valle medio del río Arlanzón, a 1033 metros s.n.m. La cavidad, de origen paragenético presenta en la actualidad una amplia boca de acceso de unos 23 metros de anchura por algo más de 4 de altura. Su desarrollo lineal no supera los 15 metros, lo que unido al hundimiento de buena parte de su bóveda primitiva le da un aspecto de abrigo (Torres, 1976; Pérez González *et alii*, 1995; Vergés *et alii*, e.p.).

Se trata de un enclave estratificado en el que se ha realizado un sondeo vertical que afecta a una superficie de 6 m² con una profundidad de 5'5 metros que engloba 25 unidades estratigráficas cerradas a techo por los niveles del Bronce Medio-Tardío (MIR 3 A y MIR4). Estos niveles aparecen separados de la secuencia inicial (MIR 6 a MIR 24) por un nivel de escasa actividad antrópica (MIR 5) (Tabla 60).

El hecho de que el enclave haya sido objeto de un sondeo estratigráfico dificulta notablemente la interpretación de la estratigrafía. Los autores valoran la presencia de bolsas de cenizas, recurrentes a lo largo de todo el relleno, como acciones derivadas de la pretendida función del abrigo como redil y de la combustión de los restos orgánicos y de excrementos animales con objeto de sanear el espacio.

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN
MIR 1	FÉRTIL	Revuelto superficial
MIR 2	ESTÉRIL	Bioturbaciones
MIR 3 A	FÉRTIL	BRONCE
MIR 4	FÉRTIL	BRONCE-REDIL
MIR 4 A	FÉRTIL	BRONCE-Inhumación colectiva
MIR 5	ESTÉRIL	Hiatus
MIR 6	FÉRTIL	Indet.
MIR 7	FÉRTIL	Indet.
MIR 8 a MIR 16	FÉRTIL	Indet. - Redil
MIR 17	ESTÉRIL	Erosivo
MIR 18 A MIR 22	FÉRTIL	Indet. - Redil
MIR 23- MIR 24	FÉRTIL	NEOLÍTICO

Tabla 60

La atribución cultural de la secuencia se ha realizado basándose en la obtención de una batería de diecisiete análisis radiocarbónicos realizados sobre muestras de vegetales carbonizados, en su mayor parte identificadas de forma previa y correspondientes a *Quercus sp.*, *Pinus sp.*, y semillas domésticas de *Triticum aestivum/durum* y *Triticum dicoccum* (Fig. 126).

La principal propuesta interpretativa del equipo encargado de la excavación es que nos encontraríamos ante una funcionalidad continuada de la cavidad como redil de ganado. Este hecho viene avalado, según estos investigadores, no solo por la presencia de lentejones de cenizas, sino también por el notable grado de fragmentación de la muestra debida al pisoteo por parte del ganado (Vergés *et alii*, e.p.). Tendremos más adelante oportunidad de advertir que esta cuestión no es tan definitiva, al menos toda vez que la elevada fragmentación de los restos, óseos, cerámicos y líticos, observada en la mayor parte de los yacimientos al aire libre y en cuevas cuya función no pudo ser la de redil –caso de la Cueva de La Ventana- parece señalar más hacia modelos funcionales de otra índole. Así, en el caso de las porciones esqueléticas tendremos oportunidad de señalar nuestra creencia en que se relacionaría con nuevas conductas culinarias asociadas a la generalización del uso de los recipientes cerámicos.

Material arqueológicoMaterial lítico

Se han documentado evidencias de talla *in situ* en las unidades MIR 11,13,16, 18 y 20. La variedad de materias primas implicadas es notable, destacando el uso de sílex, arenisca, caliza, cuarcita, cuarzo, cristal de roca, yeso y de la pizarra. Al sílex le corresponde el porcentaje dominante y casi

exclusivo de la materia prima empleada para la talla –cerca del 90%- seguido, muy de lejos, por el cristal de roca.

La técnica de explotación dominante parece haber sido la explotación de núcleos para la obtención de productos laminares y en mucha menor medida lascas. La proporción de elementos retocados y morfotipológicamente identificables parece muy reducido y está caracterizado por la presencia de raspadores, muescas y denticulados, perforadores y geométricos. Aún a riesgo de errar, y sin conocer más datos, podríamos caracterizar la secuencia estructural como **R, MD, P, G**, la cual da una aproximación acerca de la mezcla nítida de complejos de cronologías y adscripciones culturales diferentes dentro de lo que los autores, incorrectamente, han valorado como Neolítico.

1	2	3	4	5	6	7	8	9
MIR 4 (techo)	Carbón	<i>Quercus sp. perennifolio</i>	Beta-154894	3020±40	3040±40	3350-3140	1400-1190	-23.9 ‰
MIR 4 (base)	Carbón	<i>Quercus sp. caducifolio</i>	Beta-153366	3380±40	3400±40	3720-3560	1760-1610	-23.8 ‰
MIR 6	Carbón	<i>Quercus sp. perennifolio</i>	Beta-153367	4760±40	4780±40	5600-5460	3650-3510	-23.5 ‰
MIR 8	Carbón	<i>Quercus sp. perennifolio</i>	Beta-181086	4950±40	4970±40	5860-5830	3910-3880	-23.6 ‰
MIR 9	Carbón	<i>Triticum aestivum/durum</i>	Beta-220912	5050±40	5090±40	5920-5730	3970-3780	-22.6 ‰
MIR 11	Carbón	<i>Quercus sp. perennifolio</i>	Beta-181087	5340±50	5360±50	6280-6000	4330-4040	-23.9 ‰
MIR 13	Carbón	<i>Triticum dicoccum</i>	Beta-208131	5420±40	5470±40	6310-6190	4360-4240	-21.8 ‰
MIR 14	Carbón	<i>Triticum aestivum/durum</i>	Beta-220913	5470±40	5480±40	6320-6200	4360-4250	-24.3 ‰
MIR 16	Carbón	<i>Quercus sp.</i>	Beta-181088	5700±70	5700±70	6660-6320	4710-4360	-25.0 ‰
MIR 18	Carbón	<i>Triticum dicoccum</i>	Beta-208132	6090±40	6120±40	7160-7110 7100-6880	5210-5160 5150-4930	-23.0 ‰
MIR 19	Carbón	<i>Quercus sp. caducifolio</i>	Beta-182040	6130±50	6130±50	7180-6870	5230-4920	-24.7 ‰
MIR 20	Carbón	<i>Triticum dicoccum</i>	Beta-197384	6070±50	6100±50	7160-7110 7100-6800	5210-5160 5150-4850	-22.9 ‰
MIR 21	Carbón	<i>Quercus sp.</i>	Beta-197385	6350±40	6380±40	7410-7250	5460-5300	-22.9 ‰
MIR 22	Carbón	<i>Triticum aestivum/durum</i>	Beta-208133	6110±40	6150±40	7180-6900	5230-4950	-22.3 ‰
MIR 23	Carbón	<i>Triticum dicoccum</i>	Beta-208134	6300±50	6320±50	7320-7170	5370-5220	-23.8 ‰
MIR 24	Carbón	<i>Triticum dicoccum</i>	Beta-220914	6080±40	6110±40	7160-7120 7030-6870	5210-5170 5080-4920	-23.4 ‰
	Carbón	<i>Pinus tipo sylvestris</i>	Beta-197386	7030±40	7060±40	7960-7800	6000-5840	-22.9 ‰

Fig. 126.- Relación de dataciones obtenidas en las campañas de 1995 a 2005, según Vergés et alii, e.p. 1- Conjunto arqueológico, 2-Material datado, 3-Taxón, 4-Laboratorio y número de muestra, 5-Edad radiocarbónica media (BP), 6-Edad radiocarbónica convencional (BP), 7 y 8, intervalo a dos sigmas de la datación calibrada BP (7) y CalBC (8). 9- Ratio 13C/12C

Material cerámico

Lamentablemente en la documentación publicada no se realiza un estudio exhaustivo y detenido de las formas cerámicas implicadas. Tan sólo se presentan índices generales de material recuperado a lo largo de toda la secuencia, lo cual resta bastante valor a los datos que podamos emplear en nuestro análisis.

Así, se señala que comparecen 2289 fragmentos cerámicos pertenecientes, en su práctica totalidad a formas simples correspondientes a recipientes globulares de bordes mayoritariamente invasados. La producción es de buena calidad contando con pastas bien decantadas y acabados superficiales cuidados. En cuanto a la decoración tan sólo tenemos evidencias de que predominan, sobre todo en los tramos superiores de la estratigrafía, las formas lisas, apareciendo cada vez mayor cantidad de ejemplares decorados en los tramos basales. Las técnicas decorativas implicadas son la incisión –más abundante en los niveles MIR 6 a MIR 17-. En MIR 16 aparecen bordes realzados o

ligeramente engrosados que tendremos oportunidad de señalar cómo suelen asociarse a estadios iniciales del Calcolítico y en menos casos a fases avanzadas de la secuencia Neolítica (Neolítico II), algo que en este enclave está perfectamente garantizado por la asociación con 'pastillas aplicadas' o 'repujadas', elemento inequívoco de una adscripción bastante avanzada dentro de la secuencia de tipologías decorativas. No puede dejar de señalarse que, pese a tratarse de una datación de 'larga vida', en este enclave tanto los bordes engrosados como las pastillas repujadas aparecen en contextos datados entre el 5400 (MIR 14) y 5700 (MIR 16) BP.

En los tramos inferiores de la estratigrafía (MIR 18-24) comparecen aún algunas incisiones, que se rarifican, y se acompañan de elementos plásticos aplicados, especialmente cordones, e impresiones, destacando entre estas últimas la sucesión de impresiones de tipo 'boquique' (Vergés *et alii*, e.p.). La asociación en este enclave de estas decoraciones con las dataciones más antiguas no deja de ser interesante por las implicaciones que tendremos oportunidad de señalar de forma reiterada en esta obra.

Destaca por la notoriedad de su situación estratigráfica (MIR 18 y MIR 19), la presencia de dos restos de cerámica, de pastas finas, con decoraciones impresas de tipo cardinal o pseudocardial. Lamentablemente no hemos tenido acceso a este material y en la publicación no aparece documentación gráfica al respecto por lo que no podemos pronunciarnos de forma definitiva acerca de la adscripción de estos materiales.



Fig. 127.- Selección de cerámicas procedentes de El Mirador. 1-MIR 6, 2-MIR 14, 3-MIR 16, 4 y 5- MIR 21, 6- MIR 22

Registro zooarqueológico

Está dominado por las especies domésticas. Entre ellas destaca por su volumen el conjunto de oveja y cabra, con una destacada importancia de los individuos inmaduros, lo cual parece indicar un patrón de sacrificio relacionado con el uso estacional del enclave. En porcentajes mucho menores le siguen bóvidos, suídos, équidos y cánidos. Entre las especies salvajes se han documentado taxones de jabalí, ciervo, corzo y conejo. Resulta interesante señalar que aparecen habituales marcas de corte, más abundantes evidencias de fracturación antrópica y huellas de acción de carnívoros, posiblemente cánidos, lo cual señalaría la compañía del perro como especie doméstica.

Registro arqueobotánico

Se realizaron 28 muestreos polínicos que abarcan de MIR 15 a MIR 24. Estos muestran evidencias de un recubrimiento arbóreo cercano al 50% de AP con representaciones de Pino, roble, encina/coscoja, avellano, enebro, castaño y nogal. Los taxones de ribera, definitorios de bosques de galería están representados por sauces, olmos y alisos, comunes en las márgenes de los cursos fluviales y de superficies palustres. Por su carácter de flora de montaña debe señalarse la presencia del abedul. Entre las arbustivas se documentan jara, brezo, heliantemos y efedras, todos ellos subrepresentados.

El resto del espectro polínico está representado por herbáceas entre las que destacan las gramíneas silvestres (poáceas) y asteráceas del tipo tubulifloras y ligulifloras acompañadas de llantenos (*Plantago*), cenizos (*Chenopodiaceae*), apiáceas, urticáceas y en mucha menor medida evidencias de pólenes de gramíneas cultivadas y cereal.

En el apartado paleocarpológico se han recuperado semillas de diversos taxones destacando las correspondientes a cereales y leguminosas. Entre los primeros destacan los géneros *Hordeum* y *Triticum*, siendo este último el mejor representado (*T. Aestivum/durum* y *T. Dicoccum*). La cebada es minoritaria y sólo está representada por *H. Vulgare var. Nudum*. Entre las leguminosas tan sólo se ha documentado, y en número muy reducido, como la cebada, el guisante (*Pisum sativum*). Otros taxones documentados de forma puntual han sido *Avena sp* (MIR 6), *H. Sp* y *Linum usitatissim* (MIR 12) y vicia sp. También merecen mencionarse los restos de subproductos agrícolas como raquis y horquillas de espiguillas que aparecen asociados a 10 niveles, siendo más frecuentes entre MIR 19 y MIR 24. Este tipo de elementos indica el procesado del cereal en el interior del abrigo.

Entre los taxones recolectados destacan *cornus cf. Mas*, *Pinus sp.*, *Prunus sp*, *Quercus sp.*, *Rubus fruticosus*, *Rubus idaeus*, *Rubus sp*, *Sambucus ebolus* y *Sambucus sp.*, de valor nutricional destacado tanto para el grupo humano como para los animales.

Entre las sinantrópicas, las especies más numerosas de la secuencia, destacan las que se asocian a los cereales como el *Bromus*, *Galium*, *Lolium* y *Trifolium*.

2.16. CUEVA DE VALDEGOBA (Huérmedes, Burgos)

UTM: 436.500 / 4.710.500

Yacimiento en cueva, de carácter multiocupacional, situado en uno de los estrechamientos que el curso actual del río Urbel ha excavado en los niveles de calizas turonienses correspondientes al Cretácico Superior del borde más meridional de la orla mesozoica de la Cordillera Cantábrica. La cavidad se abre directamente sobre el curso fluvial, a 930 metros s.n.m y a 35 metros sobre el nivel del río.

En el sector de Huérmedes estas calizas constituyen un potente afloramiento que –a modo de cantil- destaca sobre los suaves relieves terciarios de la Cuenca del Duero en el sector Sur, y de las margas cretácicas del Norte. Estos materiales calcáreos están cortados por el curso del río Urbel que forma un estrecho y profundo cañón de escaso desarrollo que desemboca directamente en las llanuras terciarias que en este sector, y por lo tanto con posibilidades de explotación directa, presenta una amplia vega fluvial con alta capacidad agrícola.

La cueva, de origen paragenético y escaso desarrollo lineal presenta un acceso de sección subcircular abierto en la pared vertical del farallón calizo con una orientación N-NW. Este acceso da paso a un amplio vestíbulo con morfología de abrigo, donde la cavidad alcanza su mayor altura y amplitud (Figs. 128 y 129).

El yacimiento, conocido y expoliado de antiguo, fue objeto de una campaña de excavación de urgencia autorizada y financiada por la Junta de Castilla y León en 1987 (Díez *et alii*, 1988-1989).

En esta campaña se realizaron cuatro catas ubicadas en la sala exterior, en la sala interna, en el pasillo de acceso entre ambas y junto a la pared interna Este respectivamente (Fig. 128 y 129). El resultado de la excavación de estas catas fue bastante heterogéneo. Las dos catas situadas más al exterior, así como la ubicada junto a la pared interna Este señalaban la presencia de un nivel arqueológicamente estéril infrapuesto a un paquete sedimentario revuelto (Díez *et alii* 1988-1989: 58. Fig. 4). Tan sólo en la Cata 4, ubicada en el sector occidental de la Sala Interna, el depósito no estaba alterado por la acción de los furtivos. Este sector, aparentemente no alterado, presentaba un corte estratigráfico que se dejó sin excavar por completo debido a la falta de medios (*Ibidem*).

Debido a este último hecho los datos que poseemos hacen referencia a los materiales de superficie y a aquellos procedentes de los niveles revueltos de las catas realizadas. Estas perturbaciones de la estratigrafía deben ser atribuidas a dos causas, una natural, derivada de los procesos de reactivación kárstica y otra antrópica, derivada de la actuación incontrolada de furtivos.

No obstante los datos permiten arbitrar algunas soluciones de interés. En primer lugar que los materiales procedentes de la zona más profunda de la cavidad, así como de la zona Oeste de la Sala, se corresponden con cronologías Pleistocenas (Díez *et alii*, 1988-1989: 58). Por su parte los materiales librados en la zona externa y, en concreto en la Cata 1, correspondiente según sus excavadores a un silo o estructura circular (*Ibidem*), libraron materiales de cronología postglaciar fundamentalmente adscribible al Neolítico. Lamentablemente el interés de la investigación en ese momento se centró más en los niveles Pleistocenos que en los post-paleolíticos, lo cual determina una alta carencia de datos en relación con los estudios faunísticos o climáticos de ambos periodos y condiciona la calidad de los datos que podemos ofrecer.

Estratigrafía

La columna litoestratigráfica del relleno de la cueva fue obtenida a partir de los cortes de la Cata 4, situada en el interior de la cavidad y adosada a la pared. Si bien este corte presentó elementos exclusivamente pertenecientes a una fase Pleistocena, interesa señalar su composición de muro a techo (Díez *et alii* 1988-1989: 61).

COLUMNA LITOESTRATIGRÁFICA

- 40 cm visibles de arcillas rojas. (Nivel V.4.1)
- 10 cm de arcillas marrones en continuidad con las anteriores, pero que contienen pequeños cantos de caliza autóctonos sobre los que se desarrollaron concreciones estalagmíticas muy degradadas. (Nivel V.4.2)
- 30-40 cm de arcillas marrones con abundantes cantos de caliza autóctonos redondeados por disolución. Estas arcillas contienen abundantes restos líticos y óseos de aporte antrópico sin formar estructuras. (Nivel V.4.3)

- 10-20 cm de cantos de caliza autóctonos redondeados por disolución. En la base aparece una matriz de arcillas marrones y hacia el techo aparecen fragmentos de concreciones laminares. Este nivel contiene abundantes restos líticos y óseos de aporte antrópico. (Nivel V.4.4).
- 5-20 cm de brecha estalagmítica que engloba cantos de caliza autóctona y abundante material óseo muy fragmentado. El techo de esta brecha está tapizado por una concreción estalagmítica laminar de hasta 5 cm de espesor que se adapta a la morfología subyacente y que sella la sedimentación, uniéndose puntualmente al techo mediante columnillas. (Nivel V. 4.5).

La interpretación litoestratigráfica señala la existencia de dos unidades, la inferior, que englobaría los niveles V.4.1 y V.4.2 y la superior que englobaría los niveles V.4.3, V.4.4 y V.4.5. Ambas unidades estarían separadas por una interrupción en la sedimentación marcada por un pequeño nivel de concreciones calcáreas correspondiente al techo del nivel V.4.2. La secuencia termina con una etapa de génesis de espeleotemas que da lugar al desarrollo de una corteza estalagmítica que sufrió una posterior reactivación kárstica (Díez *et alii*, 1988-1989: 62) tras la cual se produciría la ocupación neolítica de la cueva.

Material arqueológico

Industria lítica

El conjunto de la industria lítica fue atribuida al Paleolítico Medio tras un minucioso estudio de sus caracteres morfo-tipológicos (Díez *et alii* 1988-1989: 67), lo que se correspondería con la presencia en la superficie de la Cata 4 –fuera de contexto estratigráfico- de una mandíbula pretendidamente perteneciente a *Homo sapiens neanderthalensis*.

Los mismos investigadores encargados de la excavación del yacimiento llamaron la atención acerca de la dificultad de diferenciar los materiales líticos de cronología paleolítica y post-paleolítica. Basándose en criterios de tipología, los únicos elementos incluidos dentro del contexto postpaleolítico fueron una lámina, dos dientes de hoz y un fragmento de elemento de molienda.

En las áreas inmediatas a la cavidad se observan algunos afloramientos silíceos de los que procede gran parte de la materia prima utilizada en la ejecución de útiles líticos. Otro conjunto importante de materia prima procede del aprovechamiento de los cantos rodados de cuarcita arrastrados por el río Úrbel (Díez *et alii* 1988-1989: 62).

Cerámica

Los materiales postpaleolíticos recuperados consisten principalmente en un lote de 607 fragmentos de cerámica de los cuales tan sólo presentan morfologías reconocibles un 11%, no superando el conjunto de cerámicas decoradas el 2% -doce fragmentos-.

Desde el momento de su excavación se diferenciaron cuando menos dos adscripciones tipológicas para los materiales. Un primer conjunto correspondería al Neolítico y otro al Bronce Antiguo (Díez *et alii* 1988-1989: 70-71). Existiendo verdaderos problemas para deslindar esta atribución en la práctica totalidad del conjunto.

Los materiales neolíticos fueron diferenciados basándose en exclusiva en los esquemas decorativos, lo que nos resta una vez más valor al estudio final al tiempo que introduce un notable e insalvable sesgo sobre la documentación ofrecida.

A pesar de proceder de un yacimiento excavado, de nuevo los datos son tan pobres que estamos obligados a presentarlos como si procediesen de una prospección.

En lo referente a las formas, poco más podemos hacer que reseñar la comparecencia de recipientes cerrados de la **Forma II**. Respecto a las decoraciones comprobamos que conviven impresiones, incisiones, acanalados y elementos plásticos aplicados, a veces en conjuntos decorativos mixtos (Fig.130).

Restos óseos humanos

Además de la reseñada mandíbula se recuperaron, en la Cata 2, a -0.1 y -0.3 m de profundidad, tres piezas dentarias atribuidas a *Homo Sapiens sapiens*, sin que se precisase su posición cronológica en el contexto (Díez *et alii*, 1988-1989: 68).

Restos faunísticos

Durante la corta campaña de excavaciones fue recuperado un conjunto aproximado de 10.000 restos de macrofauna del que fue publicado un análisis global de la fauna de vertebrados de la cavidad (Díez *et alii*, 1988-1989: 69) sin que se pueda asegurar la correspondencia estratigráfica de las especies presentes, si bien se puede intuir que la mayor parte procede de la recogida no sistemática de los niveles presentes en el Corte 4.

No obstante debe señalarse que entre los elementos estudiados y publicados no aparecen restos de fauna doméstica y los excavadores señalaron que arbitrar una cronología basada sólo en los datos de macrofauna no podía realizarse con exactitud.

Independientemente de todo esto, y a pesar de lo sesgado de los datos y su interpretación, resulta interesante señalar que las especies más representadas muestra un alto valor cinegético - *Rupicapra rupicapra*, *cervus elaphus*, *Equus caballus* y *Capra pyrenaica*- (Diez *et alii*, 1988-1989: 70) que parecen indicativos de un aprovechamiento cinegético propio de ámbitos de media montaña y aprovechamiento de especies forestales no muy lejano del aprovechamiento que el ámbito inmediato a la cavidad pudo tener durante el Neolítico. Tampoco podemos dejar de lado el hecho de que este perfil faunístico tiene una clara correspondencia con el de otros contextos de cazadores-recolectores meseteños previos a la neolitización, caso de la Peña de Estebanvela.

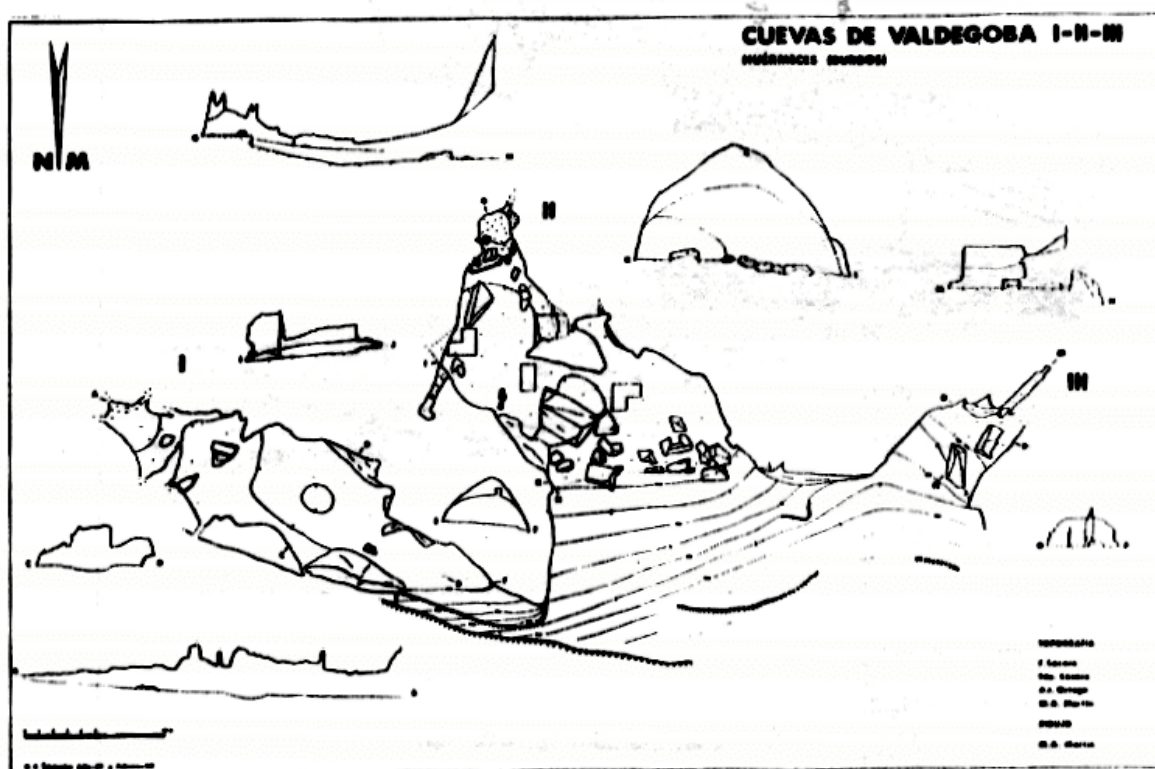


Fig.128- Planta y perfiles de la Cueva de Valdegoba, según Díez et alii,1988-1989

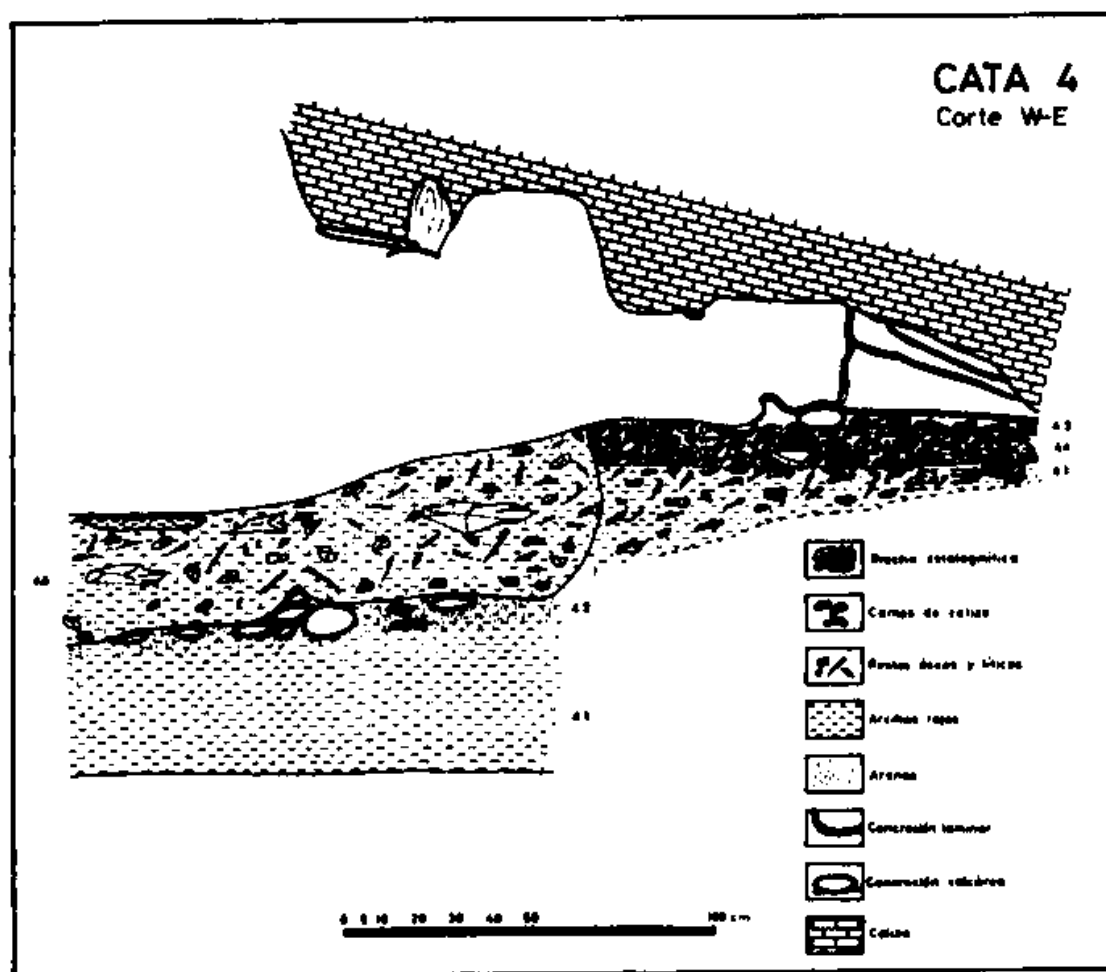
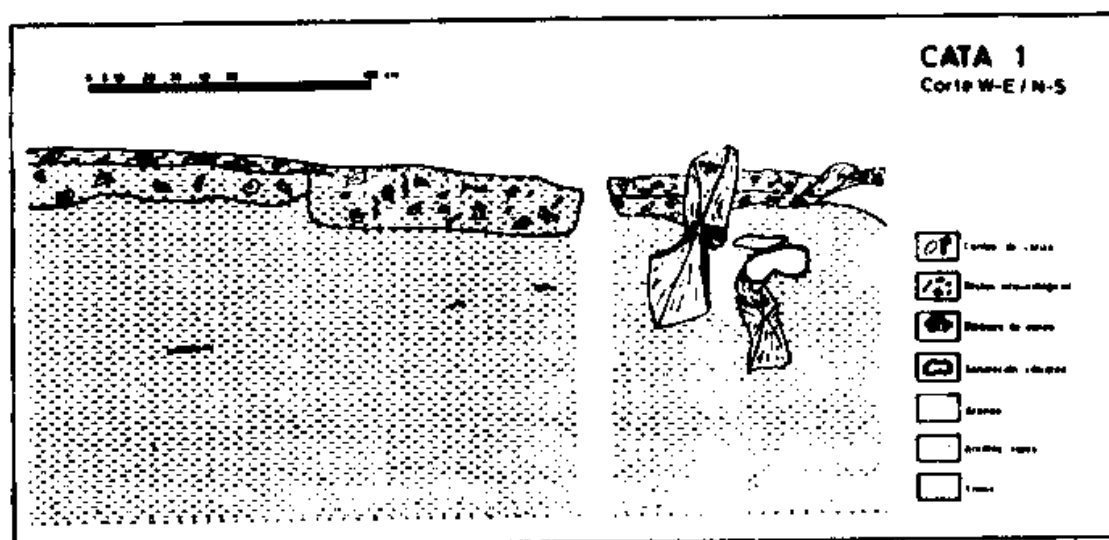


Fig.129.- Cortes estratigráficos de las Catas 1 y 4, según Díez et alii, 1988-1989.

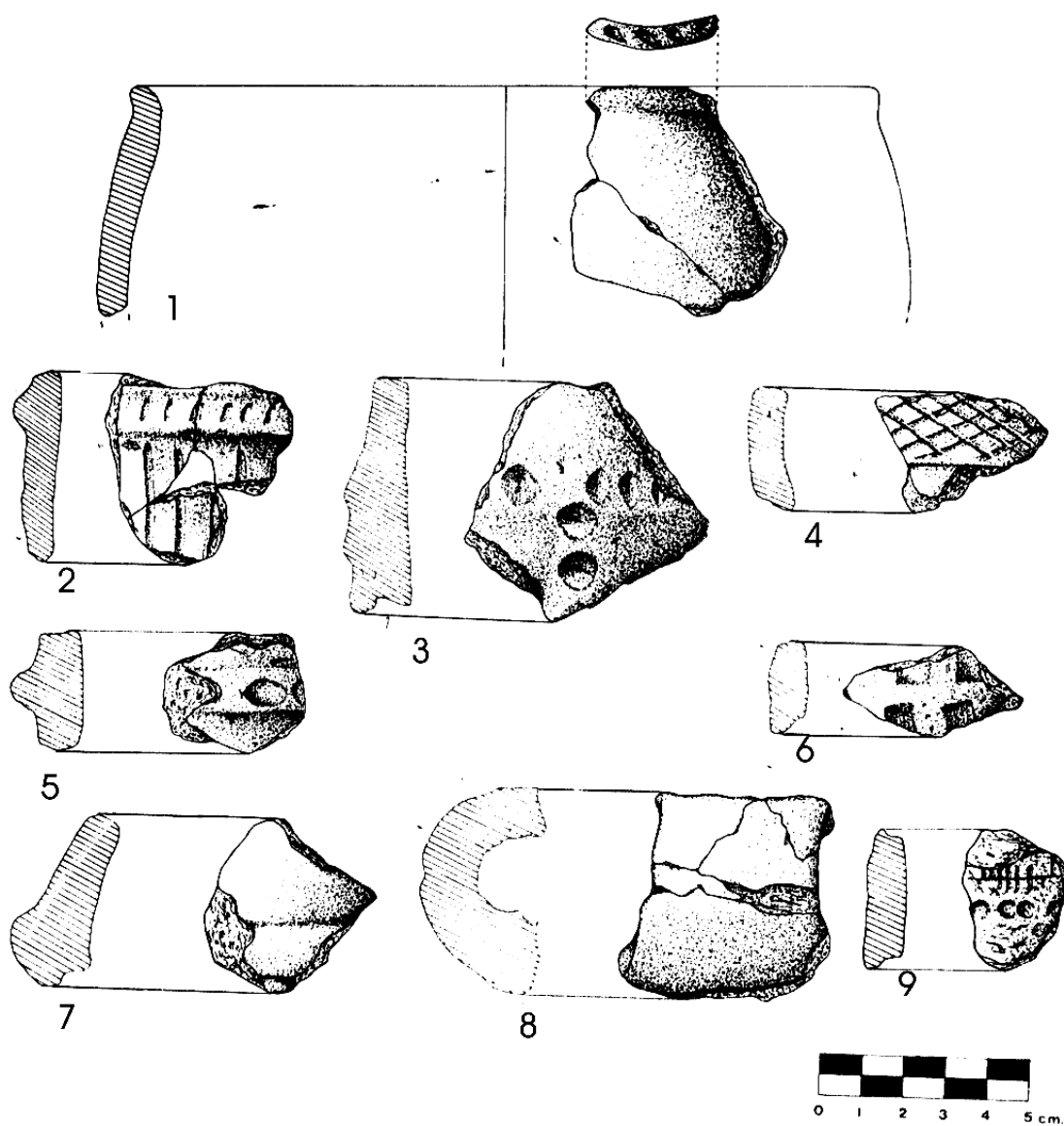


Fig.130.- Cerámicas decoradas, según Díez et alii, 1988-1989

2.17. CUEVA DE LA VAQUERA (Torreiglesias, Segovia)

UTM: 411.200 / 4.549.100

Yacimiento de carácter multiocupacional ubicado en una cavidad de tipo paragenético y gran desarrollo (Fig. 144), ubicada a 960 metros s.n.m, en el área de interfluvio de los valles de los ríos Pirón y Viejo.

El acceso a la cavidad, taponado por derrubios de más de cuatro metros de potencia (Iglesias y Álvarez, 1995) hasta el inicio de las intervenciones arqueológicas, presenta orientación noroeste y una boca de entre 8 y 10 metros de anchura máxima y unos 6 metros de altura. Este acceso estaba abierto varios metros por encima del río Viejo.

El yacimiento, conocido de antiguo por los naturales del lugar, fue dado a conocer por Celestino Grande, vecino de Torreiglesias, quien depositó en el Museo Provincial de Segovia un conjunto de materiales recogidos en superficie (Zamora Canellada, 1976:7)

Fueron, sin embargo, los trabajos de documentación artística realizados por Lemus Chávarri y Álvarez Redondo (1965) las primeras aportaciones sobre la importancia del enclave. Estos autores hicieron mención a la presencia de restos humanos entremezclados con cerámicas y fauna a lo largo de la galería superior de la cueva.

Tras algunas breves reseñas más recientes (Lucas y Viñas, 1971: 74-75) se llevó a cabo la primera intervención arqueológica (Zamora Canellada, 1976) realizada en la Sala A, a menos de diez metros del acceso primitivo.

Fueron estos trabajos los que permitieron establecer la secuencia estratigráfica de este sector de la cueva, la caracterización pionera del Neolítico del interior y lo que resulta más importante, la obtención de la primera datación radiocarbónica del mismo.

Años después, como respuesta al proyecto de construcción de un pantano, se realizaron nuevos trabajos de intervención arqueológica bajo la dirección de J.C. Iglesias Martínez, entre 1988 y 1989 (Iglesias Martínez, 1990). Este fue el origen de los trabajos de intervención arqueológica pulcra y de calidad desarrollados entre 1988 y 1995 que culminaron en la presentación de la Tesis Doctoral de Soledad Estremera Portela y la subsiguiente publicación de la misma (Estremera Portela, 2003).

Dada la publicación extensa y minuciosa de los resultados de las diferentes campañas de excavación en la citada monografía, tan sólo trataremos de modo somero, y en algún momento crítico, aquellos elementos y datos que consideramos de mayor relevancia. Remitimos al lector a la citada obra donde, sin duda, encontrará cuantos datos precise para ampliar los conocimientos de lo que aquí señalemos. Injusto e inútil sería volcar aquí toda esa información.

Secuencia estratigráfica

La secuencia fue obtenida de la denominada Sala A, entrada a la galería superior de la cavidad. Esta sala, cubierta por más de tres metros de sedimento, tendría en momentos sincrónicos al Neolítico, más de 70 m² de planta habitable.

Es digno de resaltar que el desarrollo morfológico de la cavidad y su piso natural, irregular y en disposición inclinada con una notable depresión central, fue determinante a la hora de la colmatación antrópica y natural y por ello de la formación de la secuencia estratigráfica.

Esta presenta, en su globalidad, una acentuada diferenciación en dos tramos de sedimentación (Estremera Portela, 2003:39) que engloban en su interior una estructuración muy compleja derivada de las remociones continuas del sedimento depositado en las diferentes ocupaciones humanas de la cavidad (Fig.145).

Atendiendo a lo señalado por Estremera, la complejidad de la estratificación de la cavidad estaría relacionada tanto por la propia configuración geológica de la cavidad como por su uso por parte de los seres humanos desde la Prehistoria hasta época medieval (*Ibidem*: 37).

Tratando de dotar de claridad y síntesis a lo expuesto por esta investigadora, hemos diferenciado, como en otros yacimientos estudiados los siguientes parámetros de análisis:

Agentes perturbadores de la estratigrafía

Naturales

Actividad geológica de la cavidad.
Raíces de plantas.
Roedores.

Antrópicos

Habitación y frecuentación de la cavidad.
Apertura de hoyos, cubetas y fosas.
Excavación arqueológica.

Estremera señala que “es posible afirmar que la mayor parte de la estratificación apenas se ha visto alterada por estos agentes naturales y que (...) debemos responsabilizar al hombre no sólo de la formación de la gran mayoría de los estratos, sino también de las acciones que, como en el caso de los numerosos hoyos excavados en el relleno sedimentario, han destruido en mayor o menor medida los niveles preexistentes” (2003:37).

Veremos más adelante hasta qué punto estamos de acuerdo con esta aseveración. Máxime cuando esta misma autora, una página después, señala la importancia de la acción excavadora de las toperas como responsables, junto a la excavación y reexcavación de los hoyos, de que algunas de las unidades estratigráficas identificadas quedasen ‘colgadas’.

Tampoco es baladí el hecho de que se señala la existencia de niveles de abandono derivados de aportes de erosión de las paredes y bóveda de la cavidad así como por la presencia de lentejones de murcielaguina, si bien, lamentablemente, no se señalan en el corte estratigráfico adjunto a la obra, lo que dificulta, y no poco, su interpretación.

En una estratigrafía –vertical y horizontal- de 4 metros de largo y 2 de ancho, se localizaron un total de 109 niveles –naturales y antrópicos- y 24 hoyos. Estos últimos fueron interpretados cronológica y culturalmente atendiendo a su contemporaneidad con el primer nivel al que afectaban.

La división en dos paquetes estratigráficos a partir del nivel 73 marca la diferencia del depósito superior e inferior que se interpreta como derivada de una modificación del uso del sector de la cavidad por parte de los grupos humanos que la frecuentaron.

Aún dada la ausencia de datos referentes a los niveles de deposición naturales, consideramos que el Nivel 73, además del señalado cambio, indicaría un nivel de abandono destacado, a tenor de su composición y potencia. Así, podría apreciarse cierta discontinuidad entre el uso de la cavidad en el Neolítico y las fases posteriores. La presencia de clastos entre las arcillas de este nivel estarían señalando, además, criterios climáticos, como hemos advertido en las secuencias de otras cavidades de la Meseta. Además, y esto es importante, este hiatus afecta a la solución de continuidad entre los horizontes del Neolítico y la generalización del uso del metal, lo cual, como veremos, tiene sus implicaciones explicativas.

Según señala Estremera, los niveles situados a techo del 73 presentaban depósitos de escasa potencia y extensión limitada. Además es en este tramo superior en el que mayor número de hoyos se excavaron –13 en total- dotando a ese tramo de una sensación caótica y de absoluto revuelto, produciéndose, en muchos casos, cortes de unas estructuras por otras (*Ibidem*:39).

No entendemos, en cambio, por qué, más adelante, en la Tabla 2 (*Ibidem*:53), esta autora señala entre los niveles propios de la secuencia neolítica los comprendidos por encima del nivel de hiatus (73) desde el 63. Es nuestra opinión que los materiales recuperados en los niveles 63 a 72 deben derivarse, sin duda, de la excavación de alguna fosa y por ello estar mezclados y carecer de otra significación que no sea la meramente arqueográfica.

A muro del nivel 73 se advierte una mayor potencia y extensión horizontal de los depósitos.

Debemos, no obstante, presuponer la existencia de abandonos sucesivos entre las diferentes ocupaciones neolíticas. Una de las evidencias de esto mismo sería la caída de un gran bloque, desprendido de la bóveda de la cavidad, sobre el nivel 99.

La ausencia de un estudio microgeomorfológico sobre el yacimiento impide concretar más acerca de las serias dificultades que se advierten para dotar de validez a una parte de las conclusiones secuenciales a las que llegó la Dra. Estremera Portela.

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN CULTURAL	ELEMENTOS DESTACADOS
40-41	Placa hogar y piso uso	1ª Edad Metales	Idolillo oculado hueso
67	Hoyo 14	1ª Edad Metales	Corta a hoyo 17
73	Estéril	HIATUS	Clastos y arcillas
81	Hoyos 17 y 19	Neolítico	
83	Hoyo 16	Neolítico	
89	Hoyo 18	Neolítico	Corta dos hoyos. Afecta a toda la secuencia neolítica
92	Hoyos 20,21 y 23		
93	Hoyos 22 y 24		
99			Asiento de gran bloque caído
104	Primer nivel habitacional	Neolítico	Abundante material
108	Estéril	Geológico	Acumulación clastos
109	Estéril	Geológico	Roca madre

Tabla 61

Por todo ello, y en especial debido a los difícilmente reconocibles efectos de 'inversión estratigráfica' asociada a la remoción del sedimento para elaborar los hoyos, resulta complejo establecer una secuencia evolutiva fiable, no sólo para el tramo superior de la estratigrafía, sino también para buena parte del tramo inferior (Tabla 61).

Este hecho no resta valor al estudio elaborado sobre el yacimiento, si bien condiciona, a nuestro parecer, la posibilidad de extraer conclusiones definitivas, pero sobre todo, extrapolables en cuanto al valor de significación de la secuencia tipológica y estratigráfica

Según las conclusiones de Estremera, el yacimiento, en su tramo de uso neolítico, quedaría caracterizado por tres fases (Tabla 62)

FASE	SUBFASE	NIVELES	HOYOS
	IA	196-99	18,20,21
FASE I	IB	98-91	22,23,24
FASE II		90-78	16,17,19
FASE III		77-74	

Tabla 62

Si bien Estremera señala que la Fase III alcanzaría hasta el Nivel 62 (*Ibidem*:96-97), favoreciendo así la relación –quizás forzada- entre lo Neolítico terminal y la generalización del uso de los metales, hemos preferido tomar como límite de esta fase el nivel inmediatamente inferior a la frontera geológica que supone el hiatus del nivel 73. La simple revisión de materiales y fechas del yacimiento permite afirmar lo acertado de esta diferenciación. Esta autora señala al Hoyo 14 como propio de la Fase III; el hecho de que éste se abra en el nivel 67 y que la datación procedente de él sea similar a las obtenidas en los tramos superiores confirma nuestro presupuesto.

Material arqueológico

Industria lítica

Las materias primas empleadas en la elaboración de los útiles líticos aparecen dominadas, en todos los casos, por el sílex. Se trata de un sílex de buena calidad, de grano fino, que muestra una gama de tonalidades variada (*Ibidem*:136-137).

Una apunte que no tiene mucho valor, como señalamos en el apartado dedicado al estudio de las materias primas, desde el punto de vista de la procedencia o caracterización, pero que resulta muy

interesante es el del color del sílex más abundante en cada una de las fases. Así, mientras en las dos primeras fases, y sobre todo en la más antigua, es recurrente el uso de sílex de colores grisáceos y marrones, en la fase más reciente hay una predilección por los sílex de color claro y en especial blancos.

Como bien señala Estremera es posible que estemos ante un hecho relacionado con el cambio de las áreas de captación de la materia prima (Tabla 63).

Materia Prima	FASE I	%	FASE II	%	FASE III	%
SILEX	77	76.2	30	68.2	88	96.7
CUARCITA	1	1	1	2.3	2	2.2
CUARZO	1	1	2	4.5	0	0
CRISTAL ROCA	22	21.8	11	25	1	1.1

Tabla 63.- Representación de materias primas por fases de ocupación.

Una vez más se advierte la misma tendencia (Fig.131), en cuanto a las materias primas, que advertiremos en otros muchos yacimientos neolíticos de la Meseta. Esta tendencia se fundamenta en el predominio del sílex seguido por el cristal de roca. Teniendo en cuenta los datos de yacimientos de substrato bien estudiados, advertimos semejanzas notables que seguro han de estar relacionadas con una incidencia real de esas culturas de substrato en el proceso de neolitización.

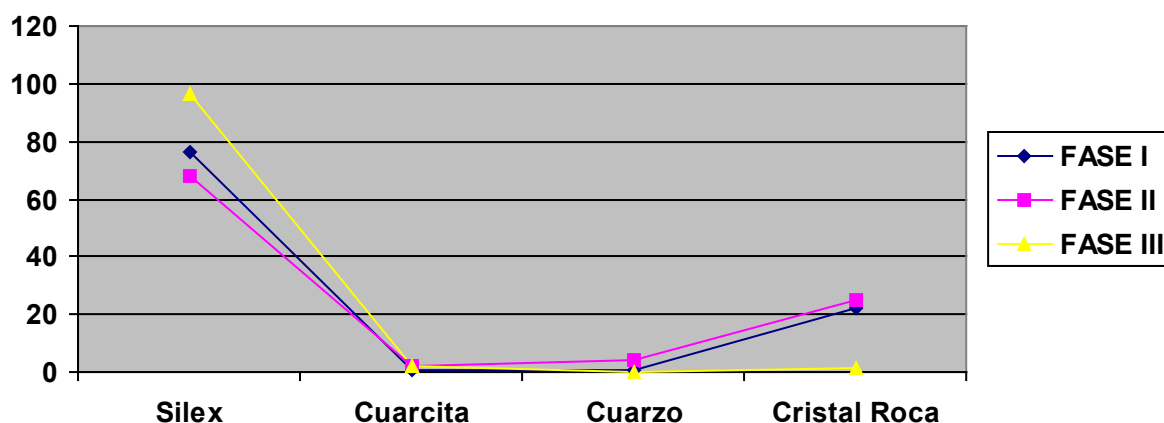


Fig.131.- Índices de representación de las diferentes materias primas por fases.

En cuanto a las áreas de captación de las materias primas, aún teniendo en cuenta los problemas de caracterización sobre los que incidiremos en el capítulo correspondiente, Estremera señala que el área inmediata al yacimiento es deficitaria en la práctica totalidad de los elementos empleados para la confección de los útiles. Igualmente señala que las áreas de captación de rocas silíceas y cuarzoes hialinos más próximas se localizan entre 32 y 46 kilómetros (*Ibidem*: 200-201).

Como se advierte en el estudio realizado (Fig.132) los materiales se aportarían a la cavidad ya preconfigurados. Esto indica que el desbastado de la materia prima se realizaría en los propios afloramientos en el caso del sílex, mientras que el cristal de roca, quizás por su menor tamaño y facilidad de acumulación y transporte, si fuese aportado en bruto a la cavidad, donde se tallaba desde los propios núcleos.

Este tipo de actuación encaja bien dentro de los modelos de aprovechamiento mineral sobre los que incidiremos en detalle en el capítulo dedicado a la industria lítica.

Similares distancias de las áreas de captación se aprecian para la obtención de la sillimanita, materia prima en la que están elaboradas la totalidad de los útiles pulimentados localizados en el yacimiento. Algo similar sucede con el mármol empleado en la elaboración de pulseras (*Ibidem*: 201).

En lo referente a los soportes industriales (Fig.132), observamos la misma tendencia general que en la práctica totalidad de los yacimientos neolíticos meseteños y peninsulares, con una preferencia por los elementos laminares sobre los que, además, se elaboraron la práctica totalidad de los útiles (*Ibíd.*: 140)

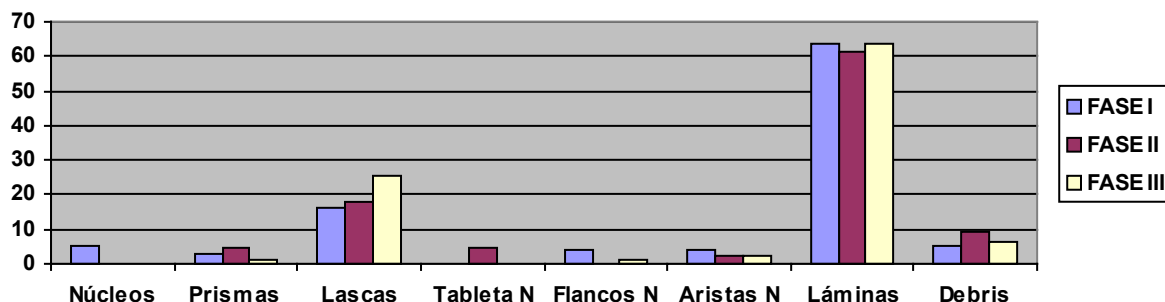


Fig.132.- Soportes industriales por fases, según Estremera Portela, 2003, modificado.

En lo concerniente a los talones (Fig.133) volvemos a encontrar comportamientos típicos de contextos neolíticos. Este hecho permite, aún salvando los comportamientos regionales, señalar la existencia de una cierta uniformidad general en el tratamiento de las industrias líticas. El talón se conserva en el 62.6% de los casos en la primera fase, frente al 51.2% de la segunda y el 48.3% de la tercera.

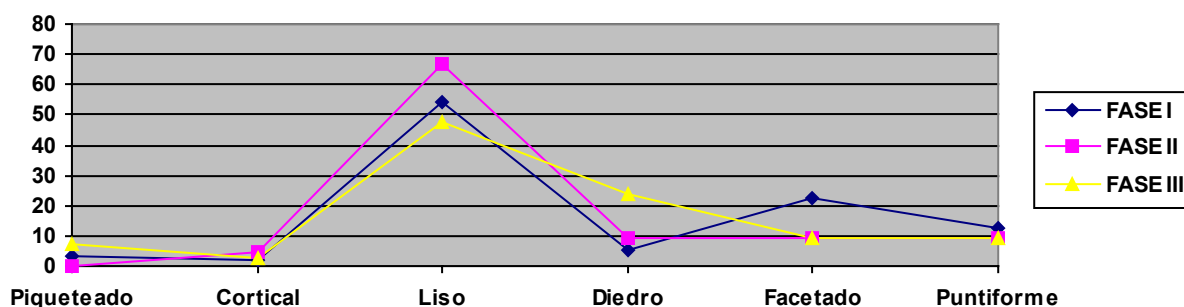


Fig.133.- Porcentajes de representación de los tipos de talón, según Estremera Portela, 2003

En los retoques cabe señalar que la autora del estudio agrupa para su análisis las fases I y II. Así, en el modo y dirección advertimos las siguientes tendencias (Tabla 64).

RETOQUE	FASES I-II	FASE III
SIMPLE	61	67.9
ABRUPTO	36.6	25
PLANO	2.4	7.1
DIRECTO	63.4	50
INVERSO	17.1	25
ALTERNO	19.5	25

Tabla 64.- Representación porcentual de los caracteres del retoque por fases, según Estremera Portela, 2003

En cuanto a los tipos representados resulta difícil realizar una comparativa clara con otros yacimientos en los que hemos aplicado la tabla tipológica ampliada.

Este hecho no impide obtener una visión general de la caracterización de la estructura tipológica así como una secuencia estructural. Esta indica los siguientes caracteres:

FASE I: **LS MD G UAD B P** (UAD=R) **LS MD G R B P**
 FASE II: **LS MD UAD P** (UAD=R) **LS MD R P**
 FASE III: **LS MD R B G**

Hemos obtenido dos secuencias atendiendo al criterio de diferenciación de los UAD, como entidades tipológicas propias o procediendo, según señala Fabián García (1984-1985) a su igualación con el grupo de los raspadores.

	FASE I	FASE II	FASE III
B	2.3	0	1.2
R	1.1	0	0
P	2.3	2.8	0
G	8	0	1.2
Mb	*	*	*
MD	15	8.5	8.6
LBA	1.1	0	0
Lba	0	0	0
EEUC	*	*	*
LABA	*	*	*
Ls	58.6	68.5	77.8
UAD	3.4	5.7	0
F	0	0	0

Tabla 65- *Tabla porcentual de útiles representados por fases, según Estremera Portela, 2003, modificada. Los * indican aquellos elementos no contemplados en el estudio original y sobre los que no podemos, por tanto, pronunciarlos.*

En ambos casos obtenemos una secuencia estructural perfectamente encajable en el conjunto industrial que caracteriza los horizontes Neolíticos. Si anulásemos la incidencia real de las láminas simples –o las incluyésemos en el caso de los yacimientos mesolíticos- no resultaría difícil advertir una derivación de las industrias más cercana a los complejos del Mesolítico geométrico que a las industrias de sustrato finipaleolíticas.

En lo referente a los geométricos, en la Fase I todos ellos corresponden al tipo G1, excepto uno que corresponde a un G8. En la Fase III el único geométrico representado es un atípico G5.

Resulta llamativa, sobre todo al comparar los elementos de este yacimiento con los de Verona II, la ausencia de elementos de sustrato, tanto en los índices tipológicos como, sobre todo, en lo referente a los geométricos. Similares diferencias se aprecian respecto al yacimiento madrileño de la Cueva de la Ventana.

Entre los elementos funcionales pulimentados y decorativos elaborados sobre piedra cabe destacar una pequeña hachita o gubia de sillimanita procedente del nivel 73 (Fase III), dos fragmentos de brazaletes de mármol, uno de cinta estrecha y otro de cinta ancha, procedentes de los niveles 94 y 93 (Fase I) respectivamente, una cuenta discoidal plana de pizarra y otra, similar, fragmentada, de caliza.

Del revuelto recuperado en las campañas iniciales proceden hasta 6 fragmentos de brazaletes, cinco de mármol gris y uno más de pizarra negra, todos ellos de sección estrecha cuadrangular (Estremera Portela, 2003:163)

Cerámica

Dado que, en lo fundamental, la tipología cerámica que hemos adoptado tiene como base la realizada por Estremera para este yacimiento (*Ibidem*:63), podemos ensayar algunos intentos de comparación con otros yacimientos de la Meseta, al tiempo que reducimos al mínimo las referencias al material que está publicado en la obra citada.

Una primera aproximación a la muestra manejada nos permite, atendiendo a todos los niveles del tramo inferior de estratigrafía y parte de los de la superior, advertir la evolución del registro en cuanto al número de fragmentos recuperados y el carácter de estos, bien sean lisos, decorados o presenten restos de almagra (Tabla 66 y Fig. 134)

NIVEL	Nº FRAGM	LISOS	%LISOS	DECORADOS	%DECORADOS	ALMAGRA	%ALMAGRA
63	10	10	100	-	-	-	-
64	16	16	100	-	-	-	-
66	6	6	100	-	-	-	-
67	12	12	100	-	-	-	-
68	10	9	90	1	10	-	-
72	6	6	100	-	-	-	-
73	56	56	100	-	-	-	-
76	10	10	100	-	-	-	-
78	9	8	88.8	1	11.2	-	-
79	11	11	100	-	-	-	-
80	18	15	83.4	3	16.6	-	-
82	25	20	80	5	20	1	4
83	25	22	88	3	12	1	4
88	130	107	82.3	23	17.7	4	3
89	88	72	81.8	16	18.2	4	4.5
90	307	261	85	46	15	7	2.3
91	39	38	97.4	1	2.6	-	-
92	176	123	69.9	53	30.1	3	1.7
93	221	157	71	64	29	12	5.4
94	195	95	48.7	100	51.3	49	25.1
95	172	115	66.9	57	33.1	18	10.5
96	271	191	70.5	80	29.5	18	6.6
97	58	31	53.4	27	46.5	7	12
98	105	71	67.6	34	32.4	8	7.6
99-100	171	75	43.8	96	56.1	84	49.1
102-103	30	15	50	15	50	2	6.7
104	308	206	66.9	102	33.1	215	69.8
105	8	3	37.5	5	62.5	4	50
106	43	37	86	6	14	-	-
H14	2	1	50	1	50	-	-
H16	85	68	80	17	20	4	4.7
H17	39	23	59	16	41	1	2.6
H18	80	59	73.7	21	26.2	4	5
H19	19	19	100	-	-	-	-
H20	25	22	88	3	12	-	-
H21	58	40	69	18	31	-	-
H22	20	16	80	4	20	-	-
H23	50	37	74	13	26	4	8
H24	52	48	92.3	4	7.7	-	-

Tabla 66.- Representación de fragmentos cerámicos por nivel y hoyo y porcentajes de presencia de individuos lisos, decorados y con almagra. Según Estremera Portela, 2003:72.

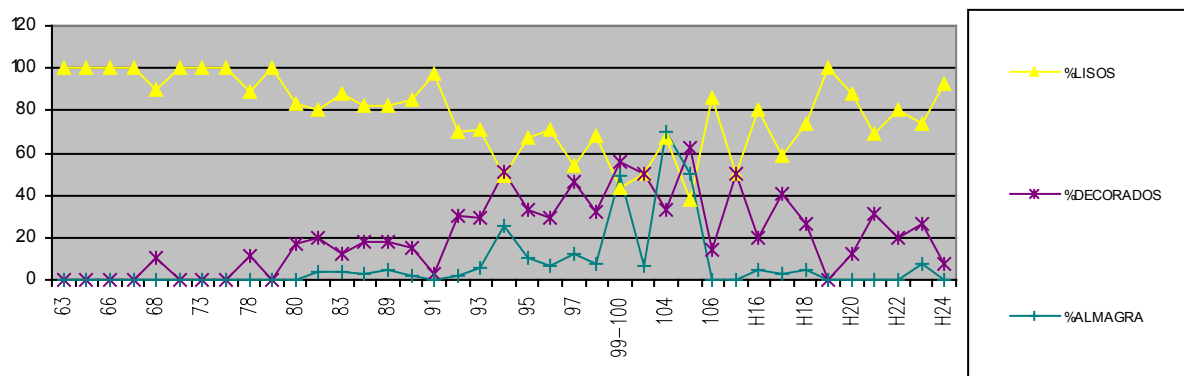


Fig. 134.-Gráfica de proporciones de fragmentos lisos, decorados y con aplicación de ocre.

Atendiendo a los datos publicados, los índices de representación de recipientes lisos y decorados presentan un comportamiento peculiar. Así, el incremento de decoradas es proporcional al avance de la secuencia, mientras que el de decoradas decrece en el mismo sentido (Fig. 135)

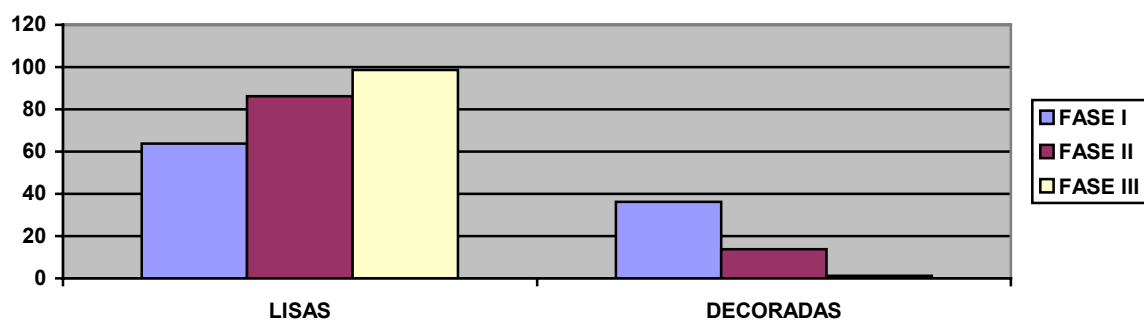


Fig.135.-Representación porcentual de cerámicas lisas y decoradas, por fases.

FORMA	FASE I	FASE II	FASE III
I	15.4	23.5	33.4
II	28.2	58.8	25
III	14.1	17.6	25
IV	5.1	0	8.4
V	18	0	0
VI	10.2	0	8.4
VII	3.8	0	0
VIII	5.1	0	0
IX	0	0	0

Tabla 67.- Representación porcentual de tipos cerámicos por fases, según Estremera Portela, 2003

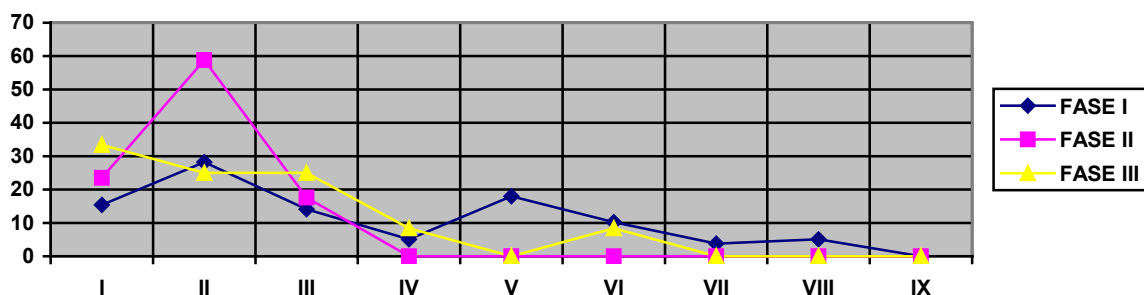


Fig.136.- Gráfica de representación porcentual de formas cerámicas.

En cuanto a las técnicas decorativas se pueden señalar las siguientes tendencias (Tabla 68 y Fig. 136)

TÉCNICA DECORATIVA	FASE I	FASE II	FASE III
Incisión fina	19.16	36.57	54.6
Acanalado	22.8	11.94	3.12
Impresión matriz simple	31.6	39.8	28.1
Impresión matriz múltiple	0.45	1.9	0.16
Impresión concha	0	0	0
Digitación-ungulación	2.22	1.32	4.23
Cordón liso	2.5	0.67	0
Cordón impreso	19.86	5	5.13
Boquique	0	1.22	3.54
Pintada	0	0	0.91
Esgrafiada	0	0	0
Pastillas aplicadas	1.4	1.85	0.21

Tabla 68- Técnicas decorativas empleadas por Fases

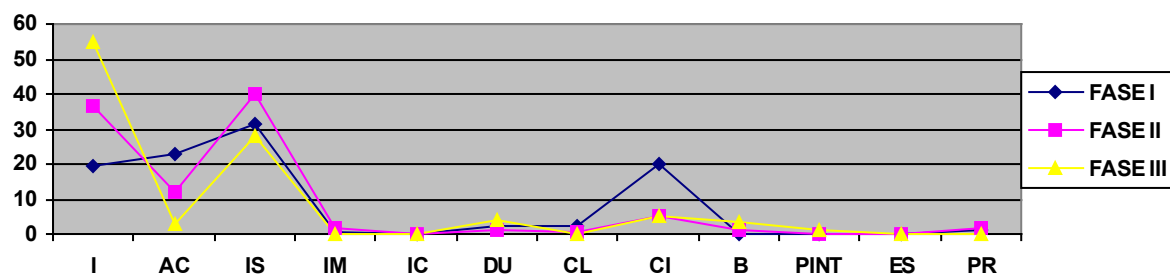


Fig.137.- Representación porcentual de técnicas decorativas por fases.

Resulta de gran interés proceder al análisis de las diferentes técnicas decorativas empleadas por niveles (Tabla 69 y Fig.137) ya que, de modo independiente de la secuencia elaborada por Estremera Portela, esta aproximación ofrece tendencias de notable significación.

NIVEL	I	AC	IS	IM	DU	CL	CI	B	PINT	ES	PR
78	100	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
80	40	-	40	-	-	-	20	-	-	-	-
82	50	-	37.5	-	-	-	-	-	-	-	12.5
83	50	-	25	-	-	-	-	25	-	-	-
88	80	-	13.3	-	6.7	-	-	-	-	-	-
89	30.7	11.5	23.1	-	11.5	-	15.4	3.9	-	-	3.9
90	24.6	13.1	39.3	1.6	13.1	-	5	3.3	-	-	-
91	50	-	50	-	-	-	-	-	-	-	-
92	36.2	8.6	37.9	-	1.7	-	5.2	6.9	-	-	3.4
93	34.3	9.5	39	0.9	2.8	2.8	9.5	-	-	-	0.9
94	42.8	8	40.2	-	2.7	-	3.6	1.8	-	-	0.9
95	33.7	20.4	38.5	-	2.4	1.2	1.2	2.4	-	-	-
96	38.3	17.4	36.5	-	-	1.7	5.2	-	-	-	0.9
97	26.5	20.6	44.1	-	-	-	8.8	-	-	-	-
98	32.6	36.9	28.3	-	-	-	2.2	-	-	-	-
99-100	32	27.8	33.4	-	0.7	-	6.2	-	-	-	-
102-103	12	40	24	-	4	-	12	-	-	-	8
104	5.4	43.7	30	-	7.5	-	13	-	-	-	0.4
105	-	60	20	-	-	-	20	-	-	-	-
106	-	-	-	-	-	-	100	-	-	-	-

Tabla 69.- Frecuencia relativa de técnicas decorativas por niveles, según Estremera Portela, 2003

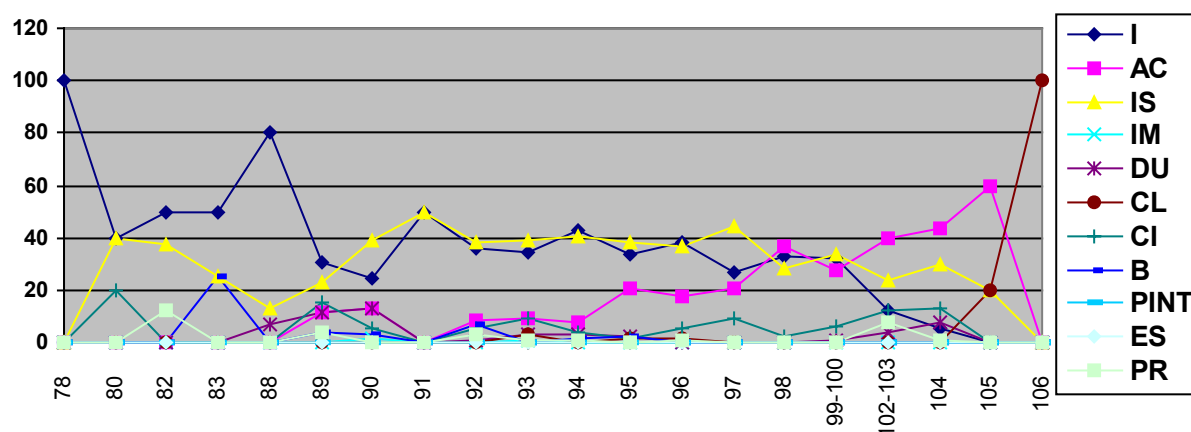


Fig.138.- Porcentaje de representación de técnicas decorativas por niveles.

Advertimos, en el tratamiento y exposición gráfica de los datos realizada por Estremera, que mientras en el texto se advierte la presencia, minoritaria de cerámicas pintadas con motivos geométricos negros en la Fase II, esta representación no se acompaña en el tratamiento estadístico.

Tampoco queda muy clara la incidencia real de las hoyas como agentes perturbadores de la estratigrafía por lo que, teniendo en cuenta lo reducido del área excavada y este efecto, aún sin invalidar los datos generales, implica tomar con extrema cautela las interpretaciones secuenciales basadas en los criterios de ausencia o presencia de determinadas formas y sobre todo esquemas o técnicas decorativas.

Industria ósea

Sin ser muy numerosa, sí es destacada y ciertamente significativa. Incluimos en este apartado el uso de conchas, empleadas especialmente como elemento de adorno (Tabla 70). A este respecto, todas las cuentas de concha están elaboradas sobre una única especie: *Theodoxus fluviatilis*, un molusco de agua dulce común de los tramos altos de las corrientes fluviales.

TIPO	FASE IA	FASE IB	FASE II	FASE III	Sin Contexto
Punzón sobre metápodo	1	3	0	2	2
Punzón sobre tibia	1	1	1	0	2
Apuntados	2	3	4	1	0
Biselados	0	2	0	1	0
Cuentas concha	1	12	1	0	0
Colgantes hueso	1	3	3	0	0
Anillos	1	0	0	0	1
Matrices anillo	1	0	0	0	0
Indeterminados	2	0	0	0	0

Tabla 70.- Elementos funcionales y decorativos elaborados en hueso y concha.

Restos faunísticos y vegetales

Uno de los avances más destacados realizados en este yacimiento ha sido el de ofrecer datos completos acerca del estudio de elementos vegetales y faunísticos destinados a conocer las bases económicas de los grupos que habitaron el yacimiento.

Según el estudio sobre la fauna realizado por Morales y Martín (2003: 257-303) se aprecian varios hechos que la autora de la memoria minimiza y que, sin embargo, son un elemento a tener en cuenta, una vez más, para dotar de entidad a la más que aparente inconsistencia de la pretendida estanqueidad y validez definitiva de la secuencia neolítica.

Por un lado, existen evidencias de intrusiones de fauna más reciente que ponen en evidencia estos investigadores (*Ibidem*: 258). Estas intrusiones quedan denunciadas por la diferencia de color y textura de algunos restos óseos. Por otra parte, existen razones serias para señalar una mezcla de materiales en algunos conjuntos (*Ibidem*: 258-260).

Además, y esto es lo más destacado, hay presencia de restos de *Homo* desde las fases más antiguas (Fase IA), hecho este que precisa de una explicación, sobre todo cuando se señala en la memoria que la presencia de restos óseos humanos –a excepción de un cráneo hallado en el hoyo 20- se asocia únicamente a los niveles de la Edad del Bronce propios del tramo superior de la estratigrafía. No deja de ser llamativo que los restos correspondan a fragmentos de tibias, fémures, dientes, vértebras y costillas de al menos dos individuos que, en la Fase IA se asocian exclusivamente a los hoyos 18 y 20, focos de posibles, aunque no reconocidas intrusiones.

La presencia de restos de algunas especies en cierta medida exóticas, como la Pantera (*Ibidem*: 264, Tabla 1) podrían estar señalando también la necesidad de ser cautos con las conclusiones basadas en una estratigrafía de la que falta un análisis geológico y microgeomorfológico (Tabla 71 y Figs. 148-149). En definitiva, podría tratarse de taxones pleistocenos removilizados de su contexto original, hecho que hemos tenido la oportunidad de comprobar en numerosos enclaves arqueológicos neolíticos de la Meseta, como la Cueva de la Ventana.

ESPECIE	% NMI-FASE IA	% NMI- FASE IB	% NMI- FASE II	% NMI- FASE III
VACA/URO	8.9	11.9	13.5	17
OVEJA	17.9	17	7.7	7.3
CABRA	6	0	1.9	0
OVEJA/CABRA	17.9	27.1	25	20.7
CERDO	0	2.5	2.9	0
PERRO	4.5	0	2.9	0
CABALLO	0	3.4	1.9	2.4
CORZO	0	0	0.9	0
CIERVO	4.4	4.2	2.9	4.8
CARNIVORO	0	0	0.9	2.4
JABALÍ	4.5	5.1	2.9	0
CONEJO	7.25	3.31	11.32	23
LIEBRE	2.9	0	0	3.6

Tabla 71.- Especies de fauna doméstica y salvaje representadas por fases.

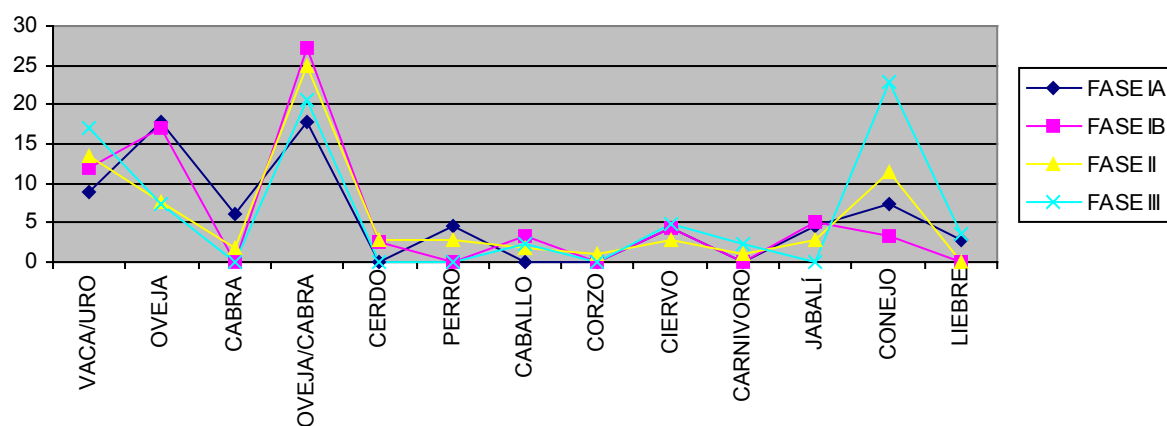


Fig.139.- Representación de especies faunísticas por fases.

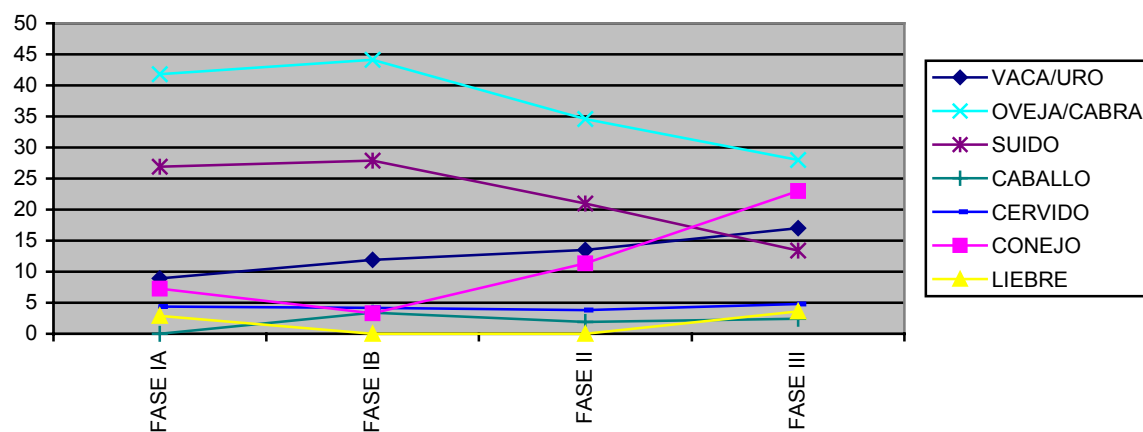


Fig.140.- Evolución de las principales especies domésticas y cinegéticas de interés económico por fases.

Es digno de ser resaltado el comportamiento de especies como ovejas/cabras y suidos, pues presentan líneas de tendencia totalmente paralelas (Fig. 139-140). Por su parte los cérvidos y quizás los équidos muestran unas líneas de tendencia muy homogéneas a lo largo de toda la secuencia y una representación destacada pero de baja intensidad que parece acorde con un aporte cinegético complementario.

La tendencia más destacada es la de la vaca/uro que presenta una línea de incremento paulatino desde las fases iniciales de la secuencia a las más avanzadas. Esta línea se relaciona de forma directa con la tendencia que observábamos para ovejas/cabras y suidos, puesto que el incremento de esta especie se dispara justo cuando las otras dos entran en una línea decreciente. La vaca

jamás supera, dentro de la secuencia del yacimiento, a las ovejas y cabras, pero sí lo hace respecto a los suidos. Creemos que esta es una señal inequívoca de un cambio en el régimen económico basado en la explotación de determinadas especies. Sobre el valor cronológico y cultural de este cambio incidiremos con detenimiento en el apartado dedicado al estudio de la economía neolítica.

Por lo que respecta a los taxones vegetales, bien identificados y estudiados en la Vaquera, nos permiten realizar no sólo una aproximación al peso de la recolección y la agricultura (Tabla 72 y Fig.141) en cada una de las fases diferenciadas, sino también, un intento de reconstrucción del medio ambiente circundante.

TAXON	FASE I	FASE II	FASE III
Cebada vestida (<i>Hordeum v. Vulgare</i>)	31	33	7
Cebada desnuda (<i>Hordeum v. Nudum</i>)	8	16	0
Trigos vestidos (<i>Triticum monococcum y dicoccum</i>)	77	19	0
Trigos desnudos (<i>T.durum/aestivum y aestivum-compactum</i>)	205	242	70
Avena (<i>Avena sp.</i>)	0	5	0
Bellota (<i>Quercus sp.</i>)	83	35	38
Arveja (<i>Vicia</i>)	9	0	0
Cizaña (<i>Lolium</i>)	2	1	0
Gramíneas	18	18	4
Leguminosas	2	0	0

Tabla 72.- Representación de vegetales domésticos y silvestres, según Estremera Portela, 2003:196

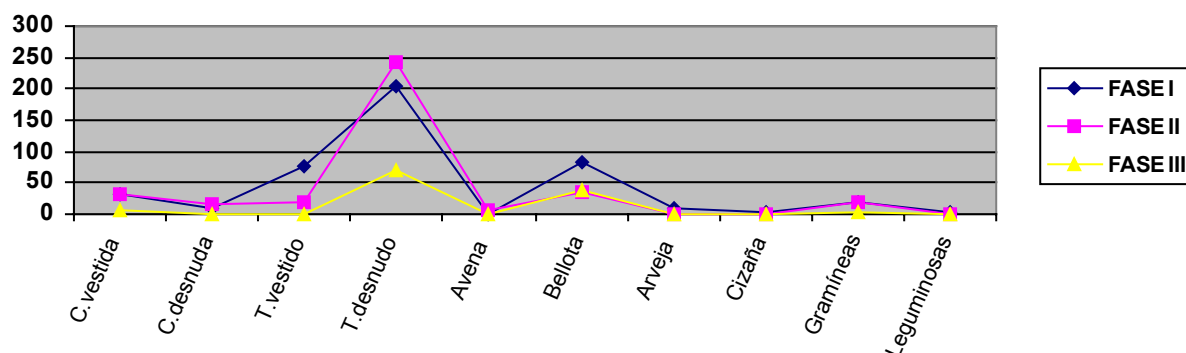


Fig.141.- Gráfica de representación de especies vegetales.

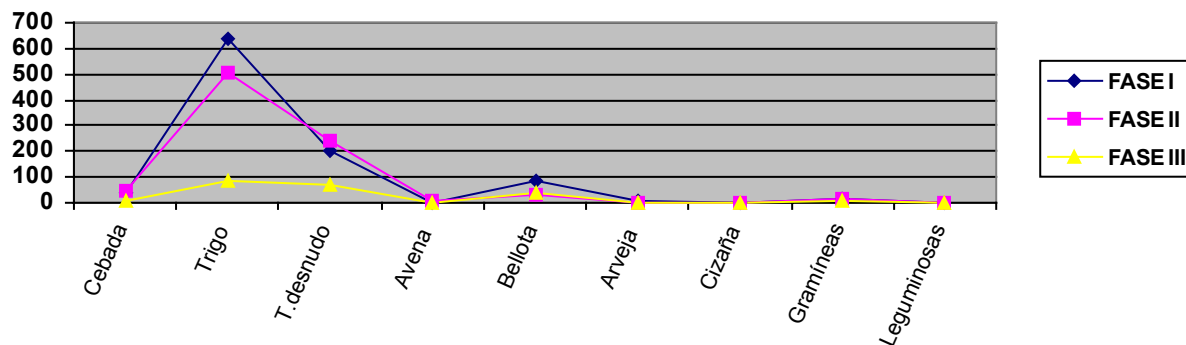


Fig.142.- Gráfica simplificada de representación de especies vegetales obtenida mediante la suma de variedades de Cebada y Trigo.

TAXON	FASE I	FASE II	FASE III
Enebro	2	7	0
Sabina	1	43	24
Pino albar	460	371	88
Pino piñonero	1	7	8
Quejigo	5	24	6
Rebollo	4	4	4
Roble	99	65	52
Avellano	8	2	2
Fresno	63	136	42
Encina	7	17	25

Tabla 73.- Frecuencias absolutas de los principales taxones arbóreos, según Estremera Portela, 2003:197.

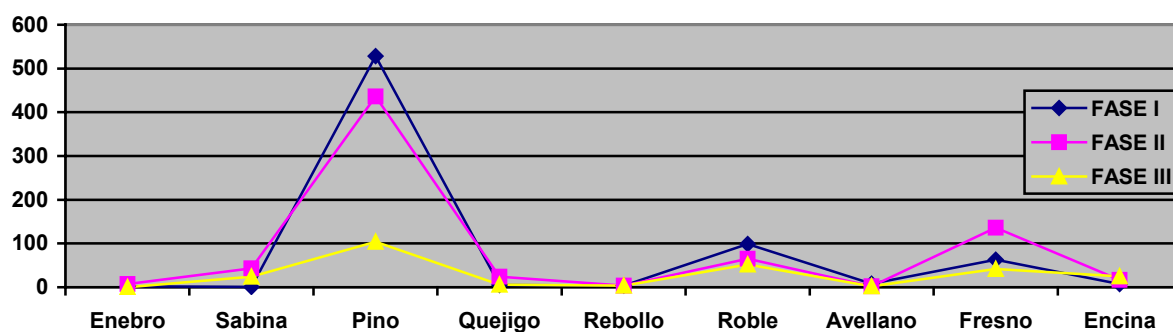


Fig.143.- Gráfica simplificada de representación de taxones arbóreos.

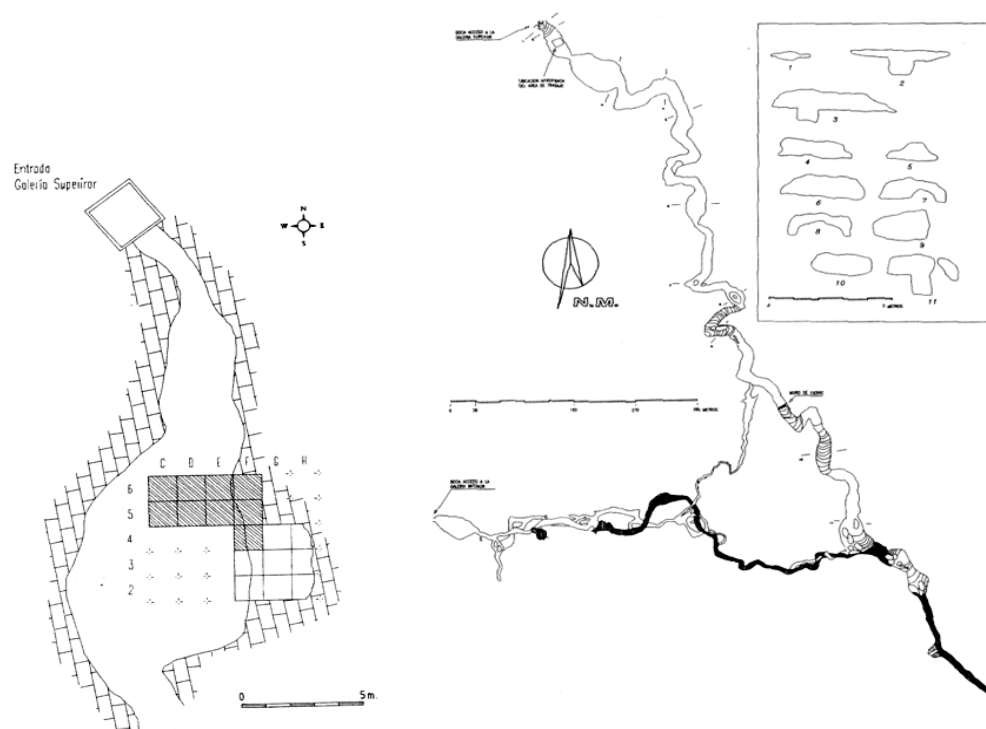


Fig.144.- Planta de la cavidad y sectores excavados, según Estremera Portela, 2003

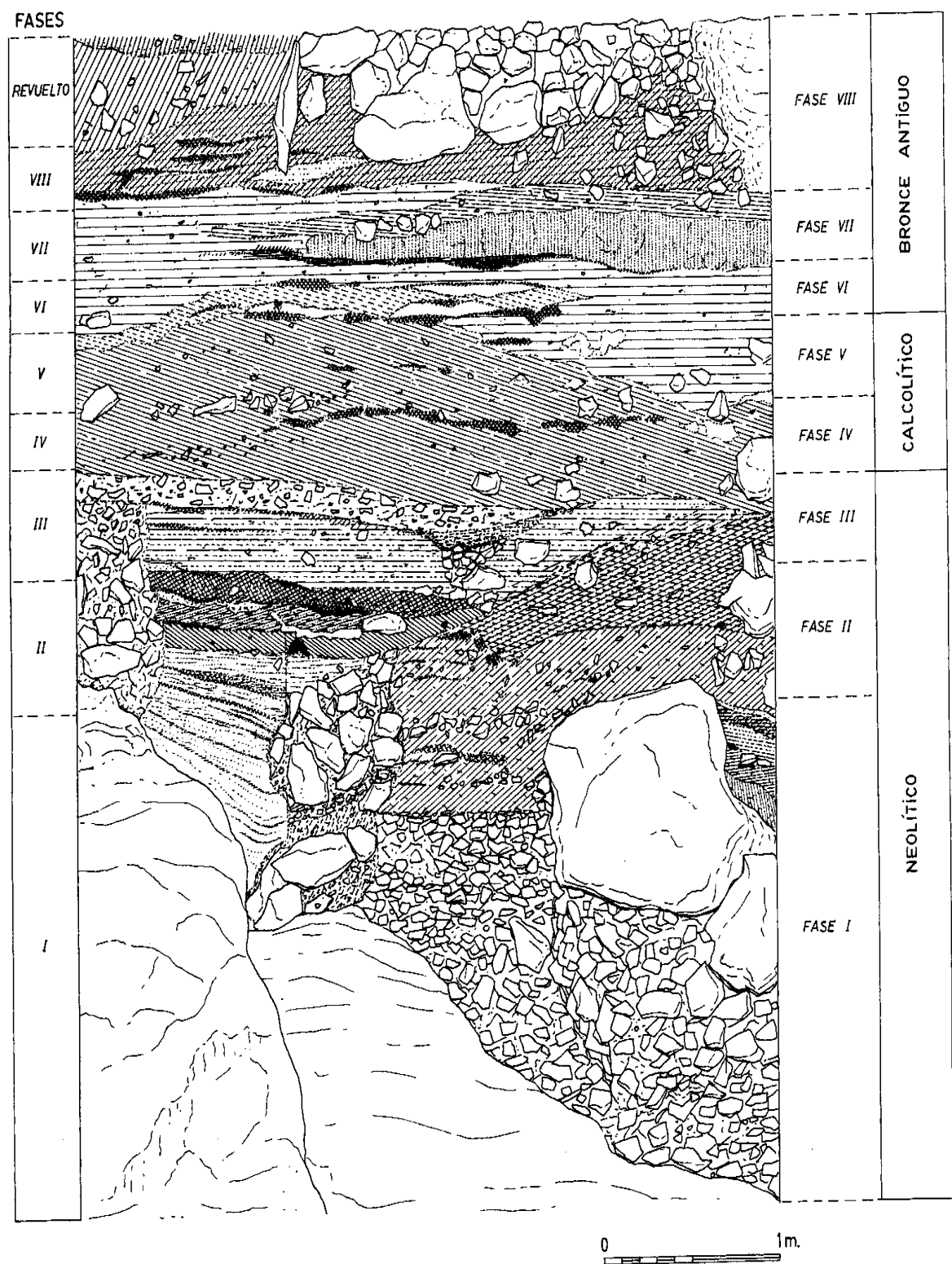


Fig.145.- Perfil estratigráfico y secuencia de la Cueva de la Vaquera, según Estremera Portela, 2003

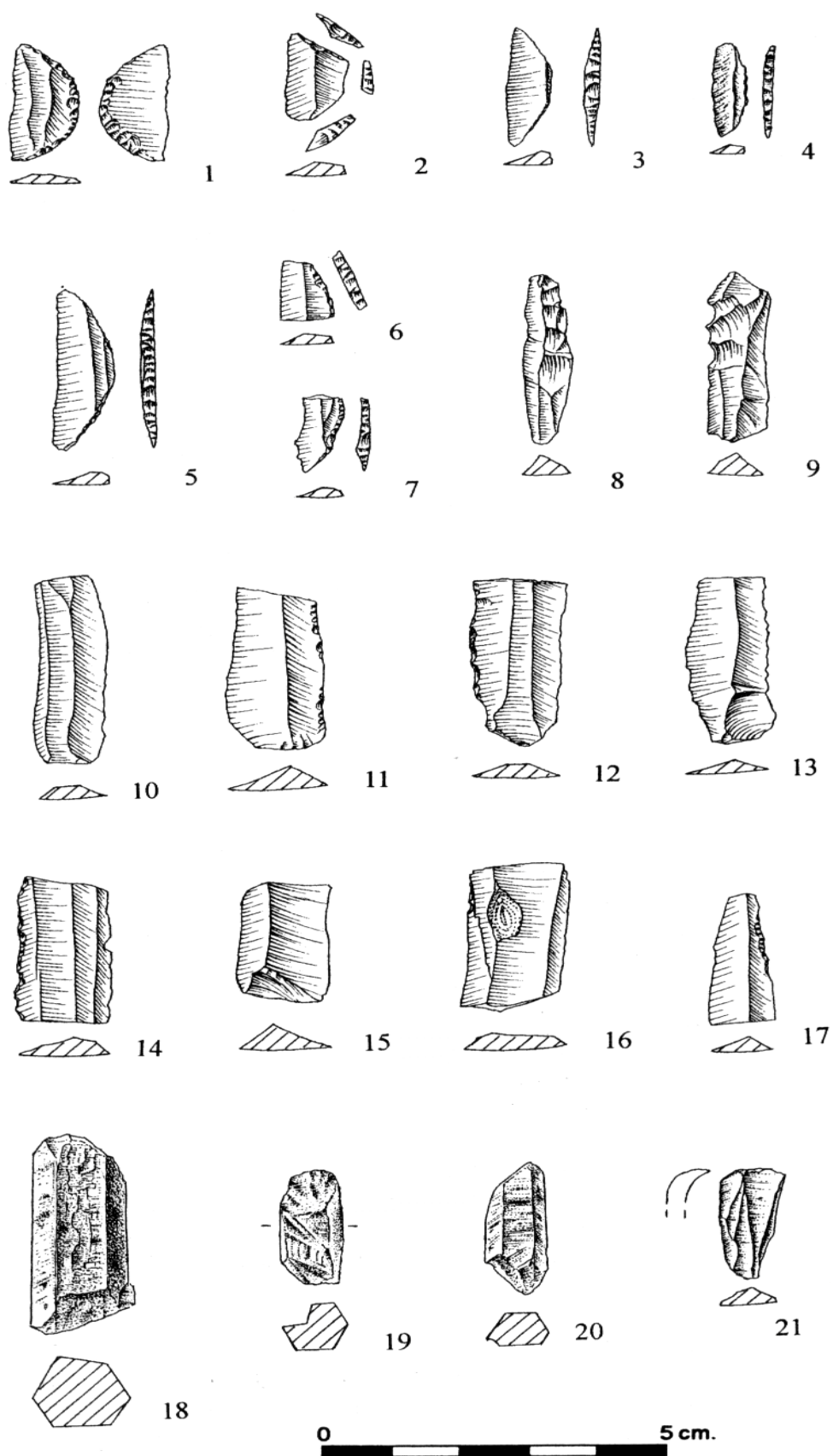


Fig.146.-Selección de material lítico Fase I, según Estremera Portela, 2003

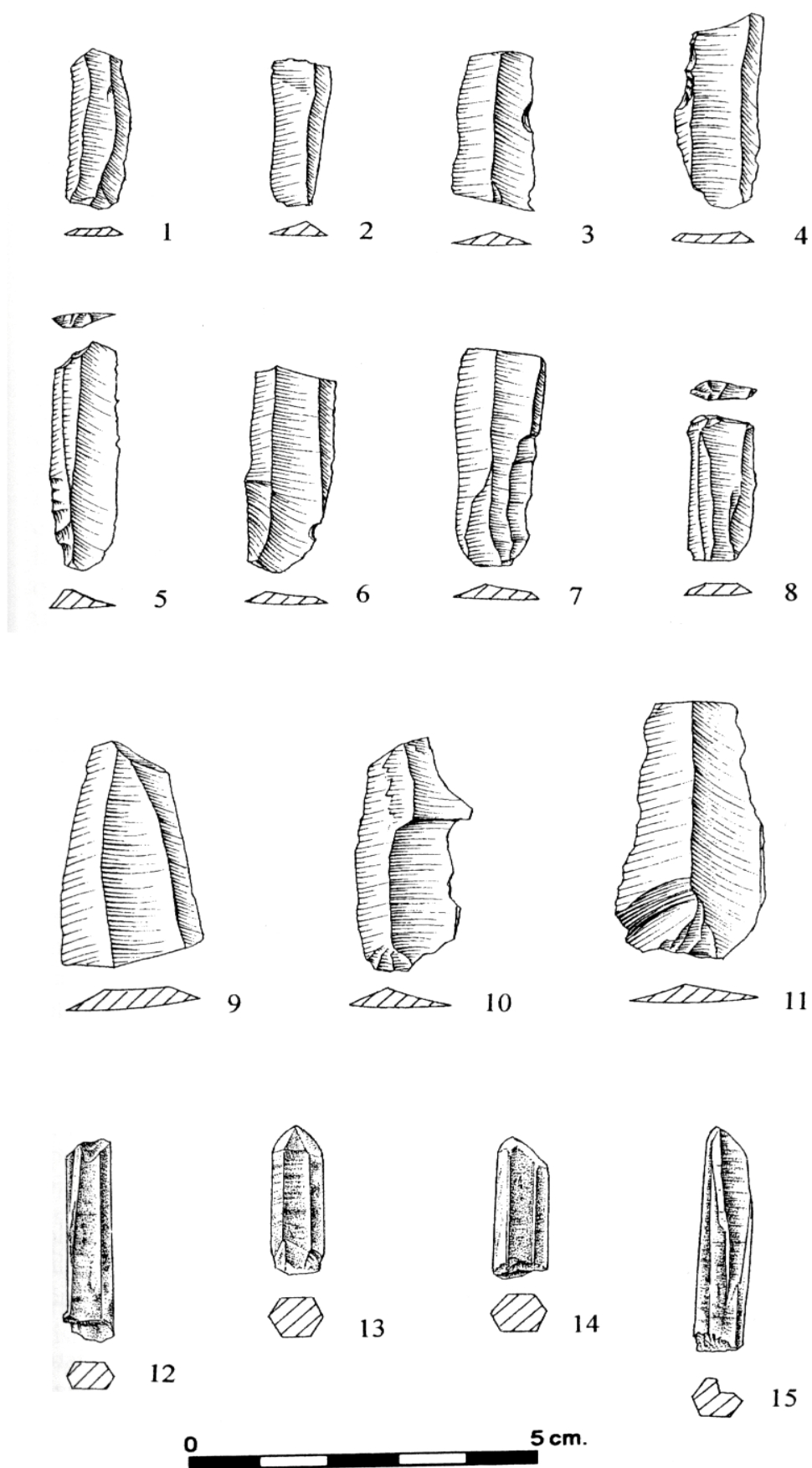


Fig.147.-Selección de material lítico Fase II, según Estremera Portela, 2003

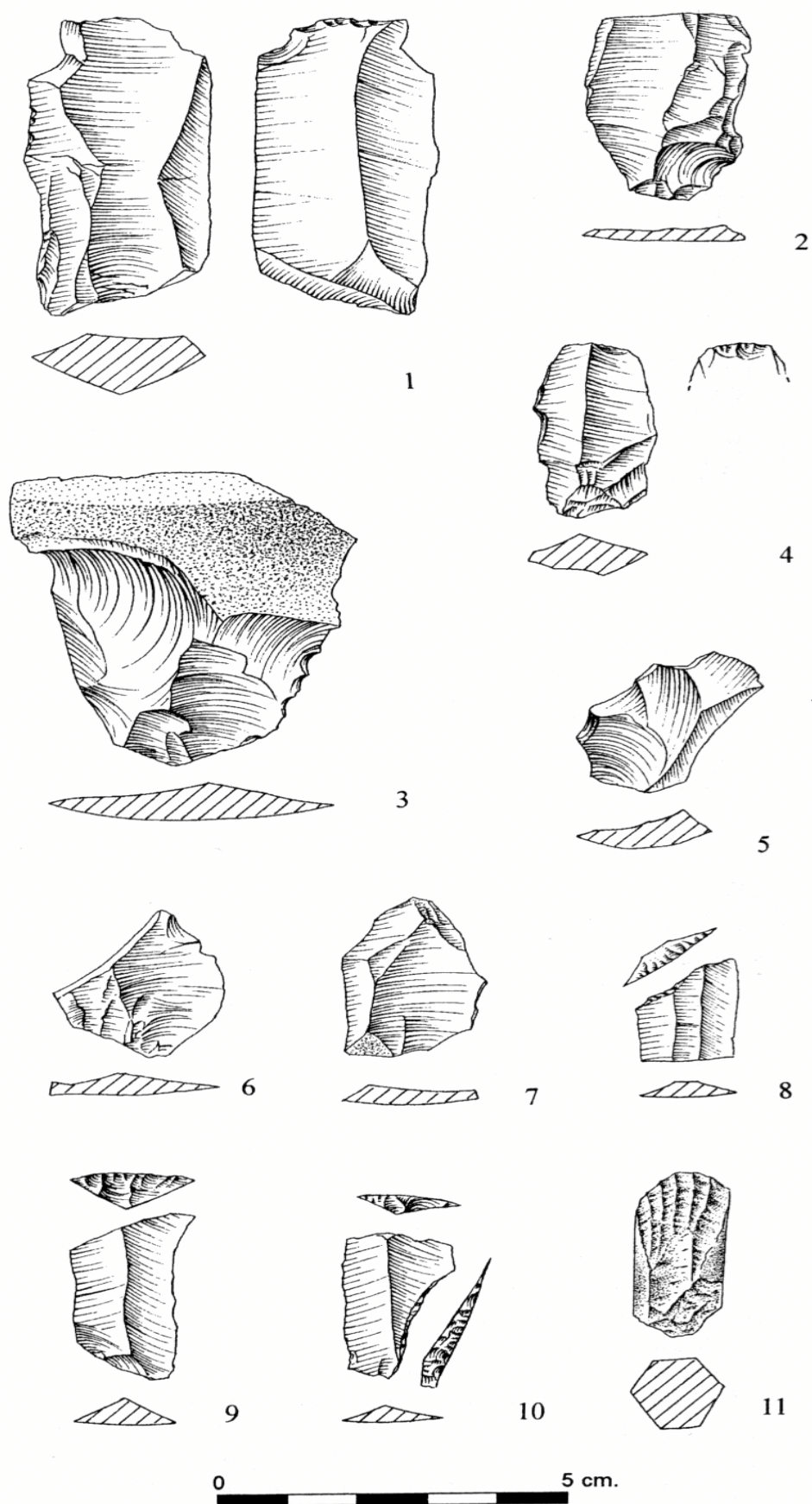


Fig.148.-Selección de material lítico Fase III, según Estremera Portela, 2003

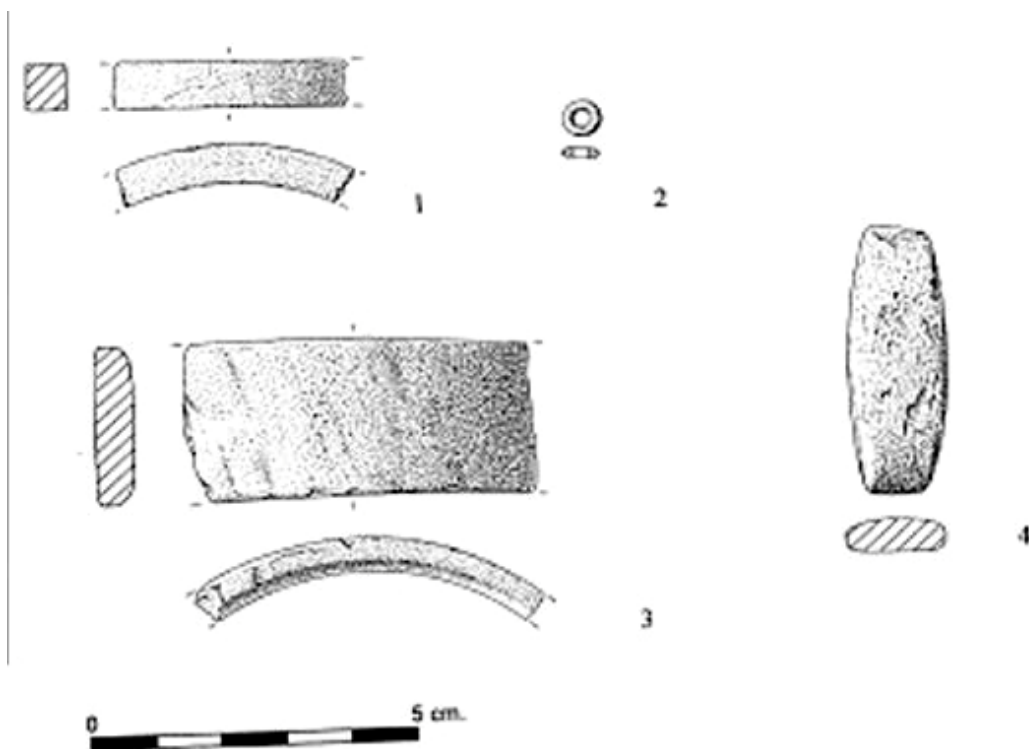


Fig.149.-Adornos y útiles sobre piedra pulimentada de la Fase I (1-3) y Fase III (4), según Estremera Portela, 2003

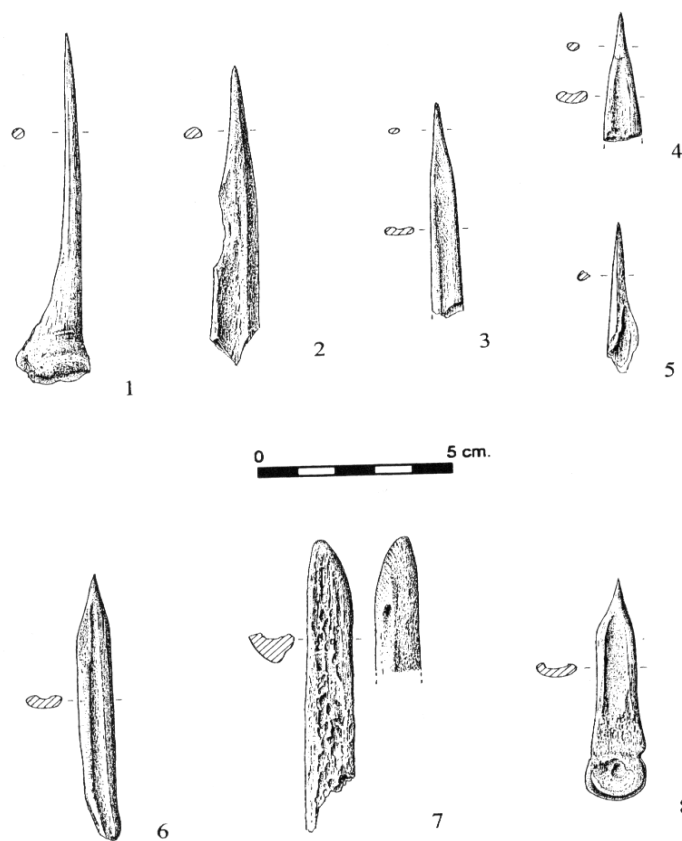


Fig.150.-Útiles sobre hueso de la Fase I (1-5) y Fase II (6-8), según Estremera Portela, 2003

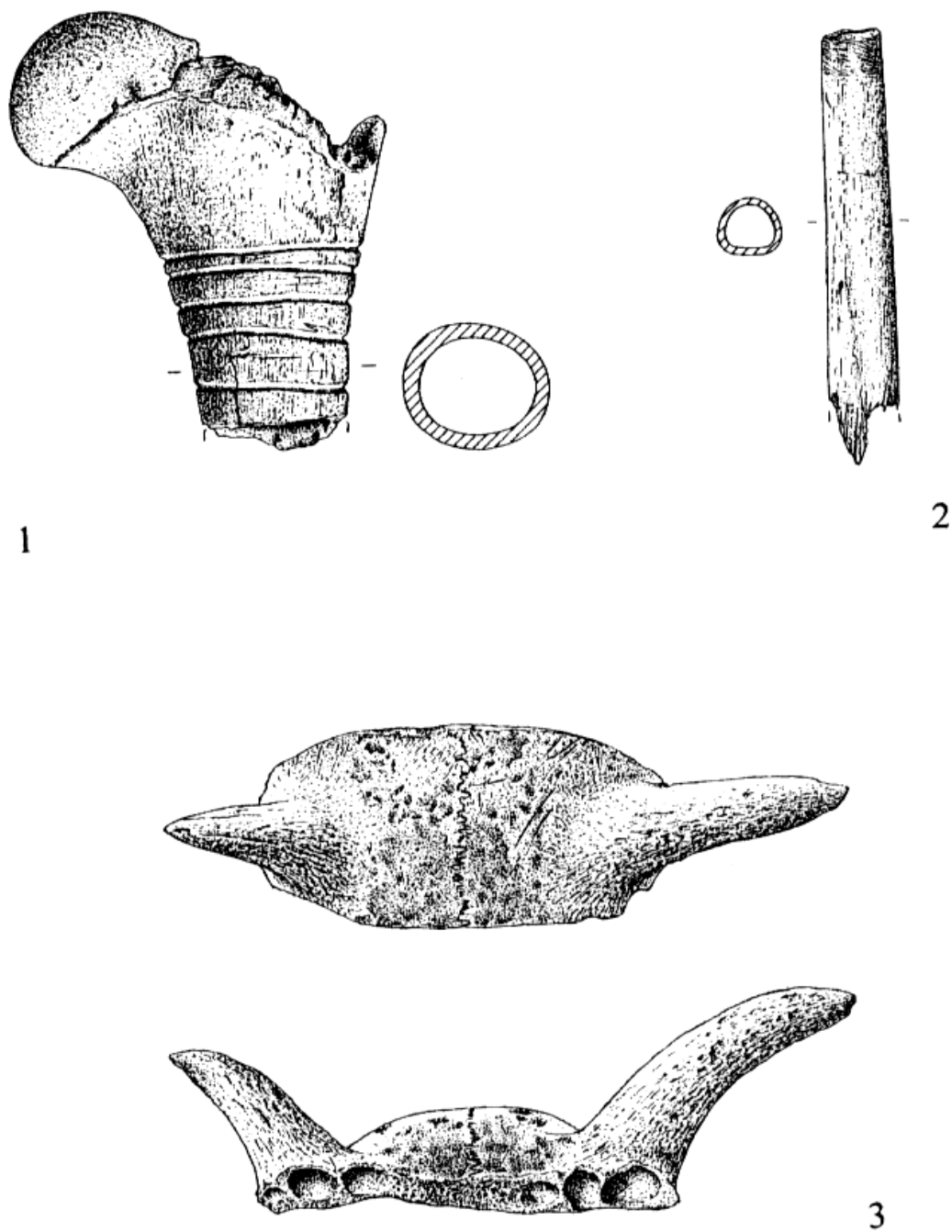


Fig.151.-Elementos sobre hueso de la Fase I, según Estremera Portela, 2003

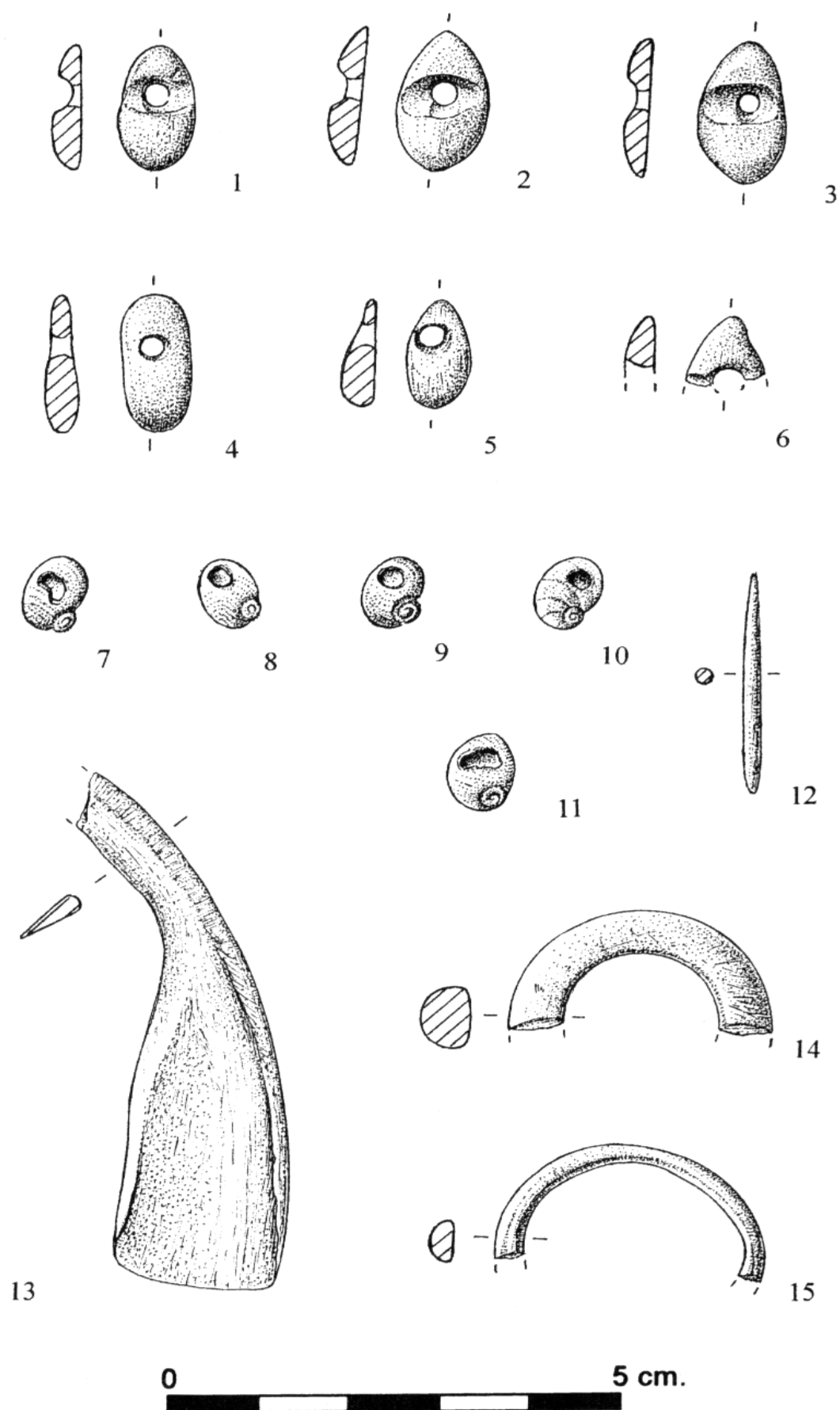


Fig.152.-Adornos sobre hueso y concha de las Fases I-III, según Estremera Portela, 2003

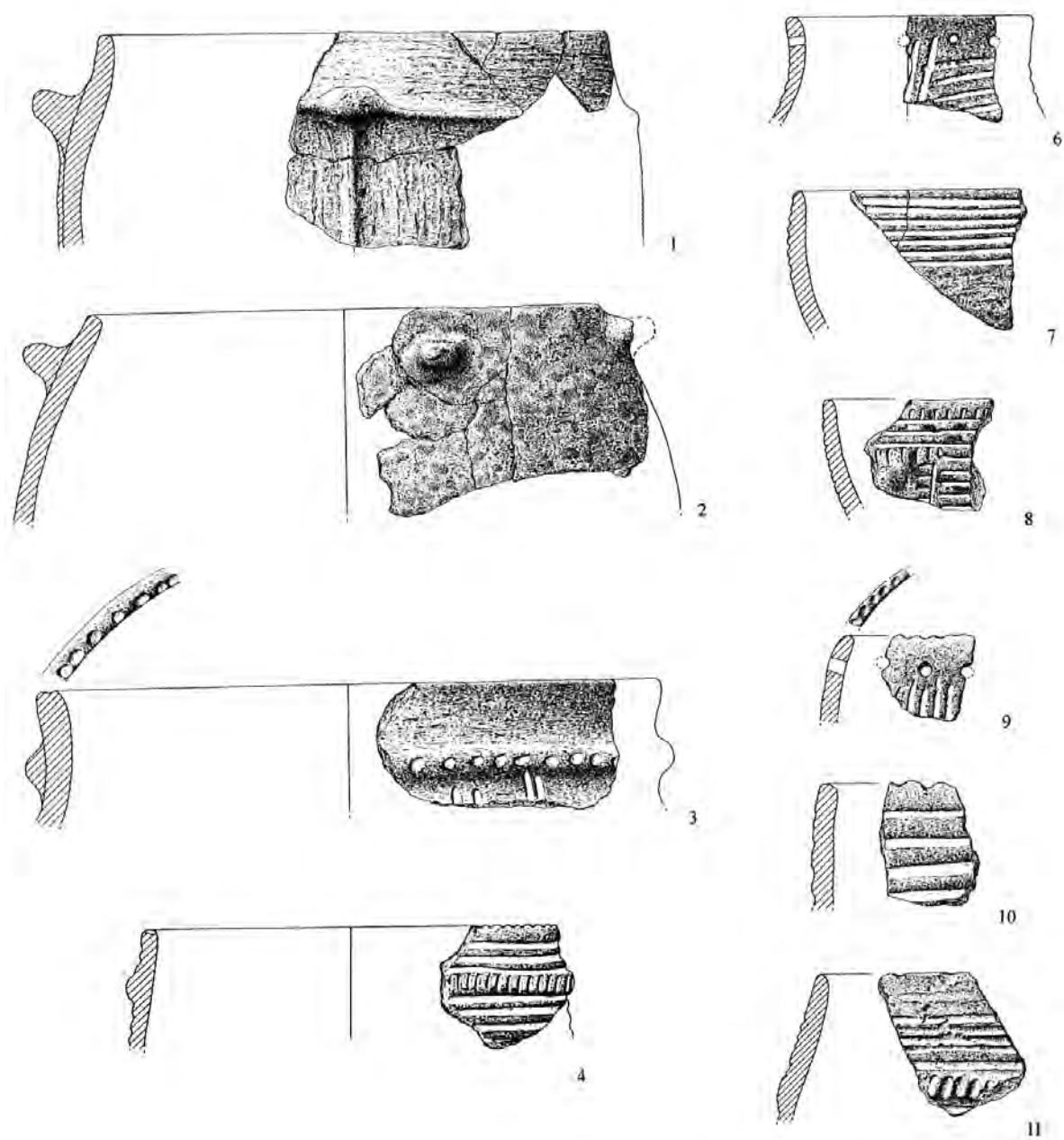


Fig.153.- Cerámicas decoradas de la Fase IA, según Estremera Portela, 2003

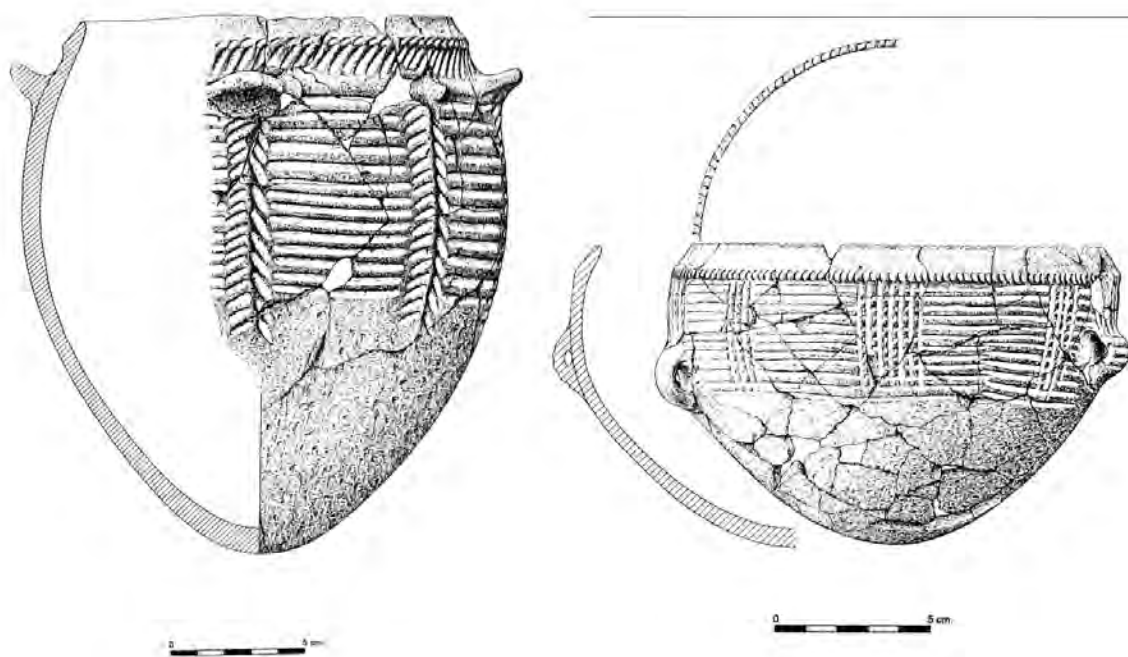


Fig.154.- Cerámicas decoradas de la Fase IA, según Estremera Portela, 2003

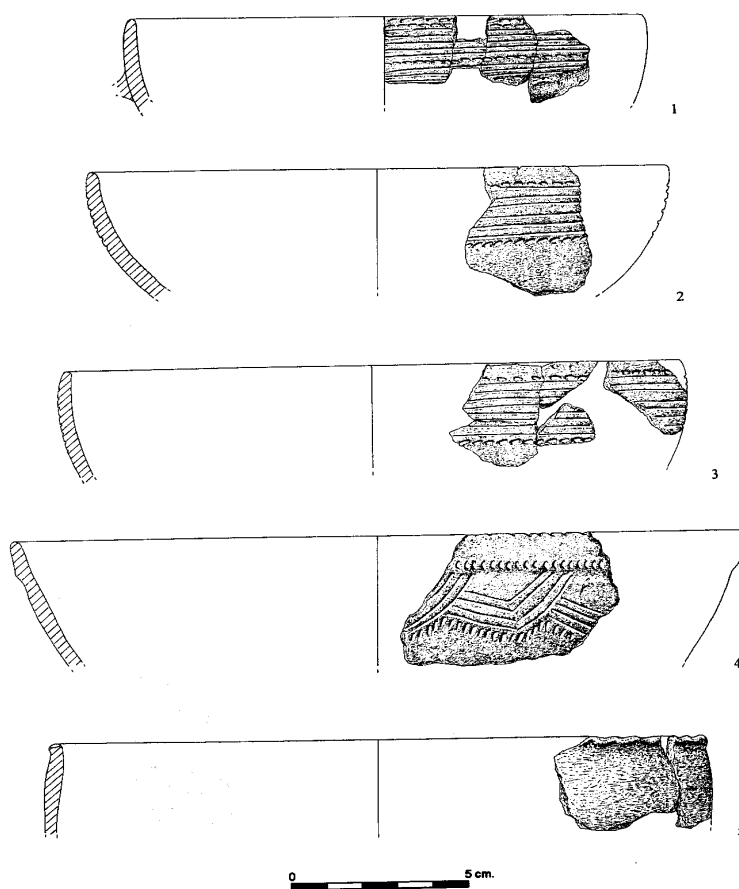


Fig.155.- Cerámicas de la Fase IB, según Estremera Portela, 2003

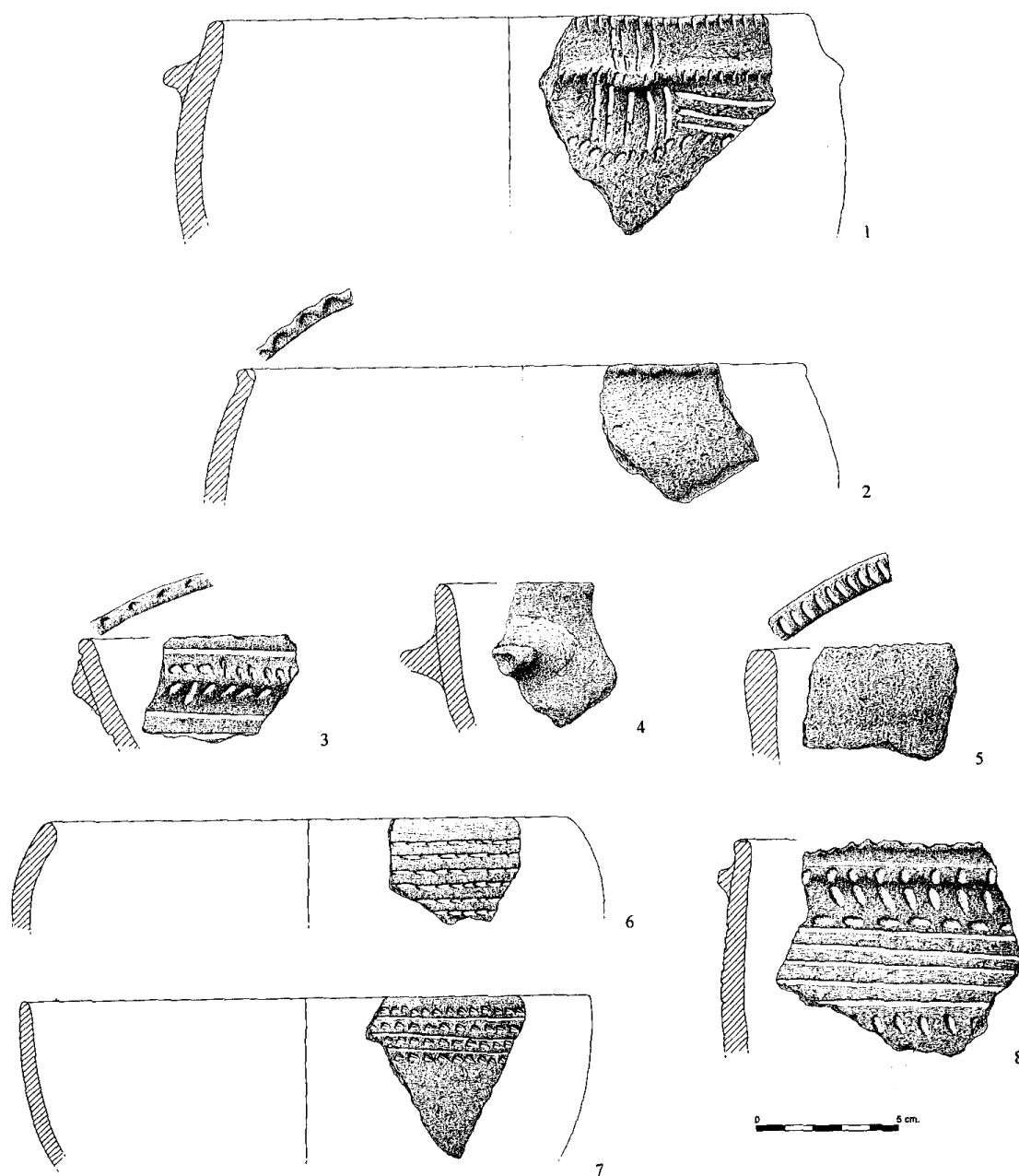


Fig.156.- Cerámicas decoradas de la Fase II, según Estremera Portela, 2003

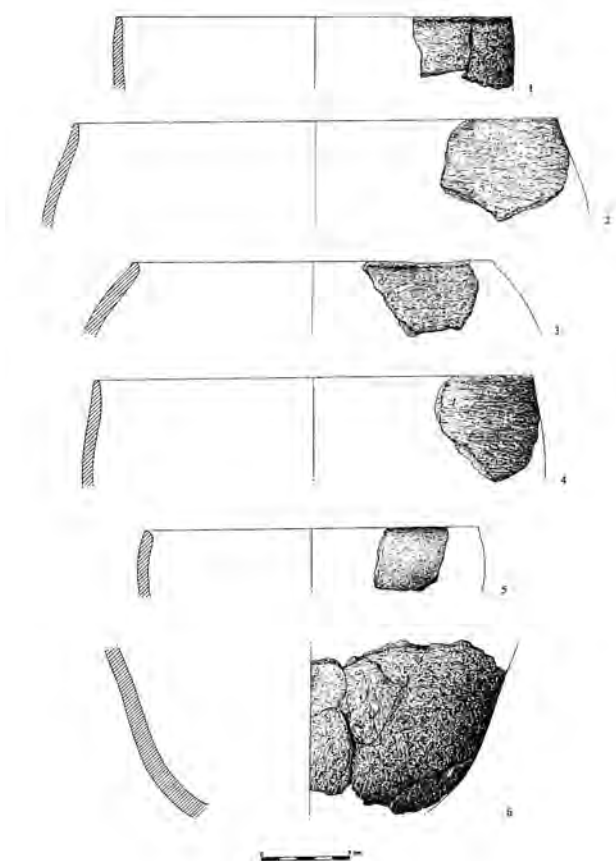


Fig.157.- Cerámicas lisas de la Fase II, según Estremera Portela, 2003

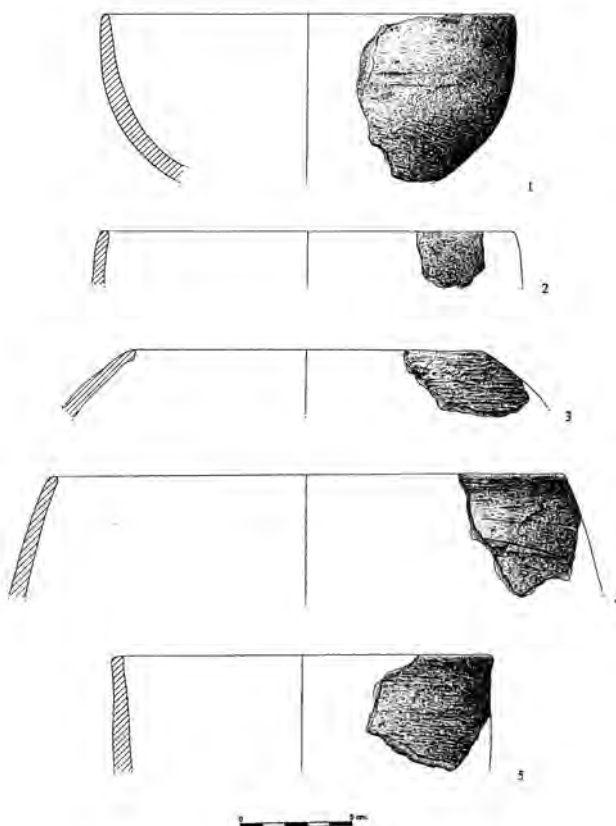


Fig.158.- Cerámicas lisas de la Fase III, según Estremera Portela, 2003

2.18. LA VELILLA (Osorno, Palencia)

UTM: 385.800 / 4.697.100

Yacimiento ubicado en la cima de uno de los más destacados cabezos situados sobre la llanura miocena en la margen derecha del Río Valdavia, en las proximidades del interfluvio de éste con el río Boedo, a 812 metros s.n.m.

El yacimiento fue descubierto a mediados de la década de los 80 habiendo sido objeto de 5 intervenciones arqueológicas. Estas han permitido poner de manifiesto la existencia de un sepulcro megalítico y un interesante conjunto de habitación infratumular desarrollado al menos en dos fases cronológicamente sucesivas (Zapatero Magdaleno, 1990, 1991; Delibes de Castro y Zapatero Magdaleno, 1995).

Sepulcro megalítico

Presenta un aspecto tumular de planta casi circular (Fig.159). La singularidad de este monumento estriba en que los grandes bloques que delimitaban la cámara, en vez de mostrarse enhiestos y verticales, adoptan una disposición apaisada, acostados y apoyados sobre sus caras mayores, sirviendo de basamento a unos alzados de barro trabado con cantos y en el interior, en la zona basal al menos, un paramento de piedra en seco. Dado el estado de deterioro de un cuarto de su desarrollo es imposible precisar si existió o no un pasillo de acceso al interior del monumento (Delibes de Castro y Zapatero Magdaleno, 1995: 338).

La estructura estuvo primitivamente rematada en su exterior por un túmulo de cerca de dos decenas de metros de diámetro. Éste estaba compuesto por una sucesión de capas de arcilla y cantos de cuarcita. En el interior se localizaron dos niveles superpuestos de carácter sepulcral. El inferior presentaba restos humanos sin el más mínimo orden anatómico reunidos en porciones esqueléticas –tal vez seleccionadas de un modo intencionado- y bañadas en polvo de ocre. Por su parte el registro superior presentaba una abigarrada concentración de restos óseos, algunos en conexión anatómica, igualmente con restos de ocre.

Material arqueológico

El material recuperado en cada unos de los horizontes funerarios difiere ligeramente, sobre todo en cuanto a los elementos de enmangue, si bien hay elementos de entronque entre ambos horizontes como pueden ser la presencia de industria laminar sobre sílex sin retocar, la existencia de cuentas de collar y en especial la comparecencia de una industria ósea caracterizada por espátulas decoradas propias del Horizonte San Martín-El Miradero. Es característica de ambos niveles la ausencia de cerámicas y de elementos pulimentados.

En el horizonte inferior junto a una espátula decorada y los prismas de cuarzo se recuperó un conjunto de material lítico entre el que destacan los elementos geométricos del tipo, casi exclusivo, G3, G9 y G10, en ambos casos con tipometrías alargadas (Fig.160)

En el horizonte superior también se documenta la presencia de elementos óseos entre los que destacan una espátula decorada y un punzón. Junto a estos elementos comparecen algunos geométricos, de tipometría mayor que los del conjunto inferior, y varios foliáceos de tipometría arcaica, sin aletas individualizadas y pedúnculos robustos, siempre de carácter microlítico, menor en todos los casos a los geométricos (Fig.161). Respecto a estos últimos llama la atención su elevada representación, que supera al medio centenar del que el 3.3 % corresponde al tipo G1, estando por completo ausente el retoque en doble bisel.

Horizonte habitacional

La estructura antes reseñada descansaba sobre un piso blanquecino, muy uniforme, limpio y de carácter artificial colocado a modo de solera de caliza batida sobre la que se levantó el monumento.

Bajo este suelo se documentó la existencia de nuevos niveles arqueológicos que se correspondían con estructuras de habitación previas a la construcción del monumento funerario.

Este horizonte habitacional se estructuraba en dos niveles consecutivos. El más bajo de ellos, y por tanto la primera ocupación del solar, descansaba directamente sobre las gravas del piso natural. Presentaba como características fundamentales la presencia de un sedimento terroso bastante limpio y de coloración marrón con restos de manteado de barro que se relacionaban con la destrucción de las unidades de habitación localizadas.

El horizonte superior presentaba un importante contenido de ceniza y marcada coloración grisácea. Este nivel estaba presente en la totalidad del yacimiento y presentaba una potencia muy desigual y variable.

El horizonte inferior, por el contrario no se documentó más que en el extremo suroeste del área excavada, presentando una mayor potencia estratigráfica conforme nos aproximamos a la ladera del cerrete.

Estructuras

En el horizonte inferior se detectó la presencia de los restos de una cabaña de planta oval de en torno a 12 m² jalonada en todo su perímetro por agujeros de poste. La cabaña se encontraba rehundida ligeramente respecto al espacio circundante y mostraba un hogar central de cubeta tapizado por cantos de cuarcita (Fig.162). Dada la disposición de los agujeros de poste en el sector Sureste parece que allí existió un acceso en forma de vestíbulo.

En el horizonte superior se localizó una notable concentración de hogares así como agujeros de poste dispersos y algunos silos.

Material arqueológico

Horizonte Inferior

La práctica totalidad del material arqueológico recuperado procede de las inmediaciones del hogar central. Entre estos son notables los restos óseos de fauna, menudean las cerámicas lisas y decoradas –con esquemas principalmente impresos y acanalados- así como los elementos líticos.

Dadas las características de lo publicado no es factible realizar recuentos decisivos de piezas si bien podemos señalar algunos caracteres generales del conjunto material de sumo interés como puede ser la ausencia de decoraciones de boquique, el predominio de los tipos cerámicos de la **Forma II**, la ausencia de fondos cónicos y la presencia de asas de cinta y orejetas, dentro del conjunto cerámico. Entre lo lítico destacan los núcleos de laminillas, los raspadores y laminillas realizadas sobre cuarzo, las láminas de sílex, la ausencia de buriles y la escasa representación de los útiles pulimentados. Cuando comparecen los geométricos están representados especialmente por los G1 –segmentos- con retoque abrupto, y en al menos una ocasión por lo que consideramos un G11 –que fue interpretado de forma errónea como perteneciente a un G1-. Entre la industria ósea aparece representada una espátula simple de extremo redondeado y varios punzones (Fig.163).

Datación radiocarbónica

Procedente de restos de madera carbonizada del hogar se obtuvo una datación de C¹⁴ (GrN-20327) 6130+/-190 BP.

Horizonte Superior

Se caracteriza por la presenica de 8 áreas de combustión de tipo cubeta con lechos de cantos. Según Delibes y Zapatero (1993: 340) este horizonte respondería a un ámbito doméstico de gran actividad afectado por diversos incendios que debieron generar la continua renovación de las estructuras de habitación de las que como testigo solo quedan algunos agujeros de poste dispuestos en las inmediaciones de los fuegos y algunos pozos rellenos de desperdicios, en general orgánicos y que pudieron tener una funcionalidad original como silos.

De estos hogares llama la atención la diversidad de tamaños, siendo los diámetros máximos cercanos a los 2 metros y la profundidad de las cubetas cercana a los 30 centímetros.

La notable proliferación de este tipo de estructuras ha determinado la remoción nítida de la estratigrafía que en algunas ocasiones ha llegado a interesar no sólo al nivel habitacional inferior, sino también a las gravas que sirven de muro a la secuencia estratigráfica.

La disposición de las estructuras de combustión no tiene relación alguna con la estructura funeraria que posteriormente se erigió puesto que algunos de los fuegos aparecen fosilizados bajo el suelo de preparación de la tumba (Delibes y Zapatero, 1993: 340).

Los materiales arqueológicos, mucho más abundantes que en el nivel inferior, vuelven a relacionarse con los hogares, en torno a los cuales aparecen dispersos. En el conjunto cerámico destaca el descenso del conjunto de elementos decorados y el consiguiente crecimiento de la importancia de las cerámicas lisas. Entre las decoraciones aparecen, sobre todo, esquemas acanalados y es precisamente en este momento en el que comparecen las primeras decoraciones impresas de boquique así como los fondos cónicos (Fig.164).

En el ámbito doméstico aparecen tres geométricos (G1) de los que uno presenta retoque en doble bisel.

Datación radiocarbónica

De los diferentes hogares se extrajeron muestras de carbón que ofrecen una cronología bastante homogénea:

GrN-17166- 5250+/-50 BP
GrN-17167- 5200/+/-55 BP
GrN-18486- 5070+/-175 BP
GrN- 18487- 5195+/-115 BP

Economía

Si bien no son muchos los elementos que permiten realizar una reconstrucción paleo-económica del yacimiento hay un correcto estudio de la fauna recuperada que ha pasado en cierta medida desapercibido pero que arroja notables elementos de interpretación de cara a nuestra tesis (Bellver Garrido, 2002).

La única evidencia indirecta que podría hacernos suponer la existencia de agricultura es el notable conjunto de elementos de molienda aparecido en el nivel habitacional superior. No obstante tampoco puede perderse de vista el hecho de que no es sólo el trigo lo que se muele y que el amplio uso de cinabrio y óxidos de hierro en los rituales funerarios precisa también de una molturación para su aplicación, amén de la posible moltura de elementos silvestres como la bellota.

Más claros son los elementos faunísticos. Las conclusiones obtenidas por el Dr. Bellver son de gran interés. Por una parte señala la clara diferencia existente entre el contexto funerario y el habitacional desde el punto de vista arqueozoológico –lo cual resulta por lo demás lógico- y por otra señala la clara vocación doméstica de la cabaña del área de habitación (Tablas 74 y 75)

ESPECIE	NMI/Niveles funerarios	NMI/Niveles de habitación	TOTAL
CONEJO	332	2	334
LIEBRE	9	0	9
LINCE	1	0	1
TEJÓN	1	0	1
ZORRO	2	0	2
OSO	1	0	1
CABALLO	1	0	1
OVEJA/CABRA	0	1	1
VACA	0	2	2
CERDO	0	1	1
TOTAL	347	6	353

Tabla 74.- NMI de los niveles funerarios y habitacionales

ESPECIE	NIVEL FUNERARIO	NIVEL HABITACIÓN
CONEJO	9176	31
LIEBRE	79	0
LINCE	18	0
TEJÓN	2	0
ZORRO	35	2
GATO MONTÉS	2	0
OSO PARDO	13	0
JABALÍ	1	0
CABALLO	1	1
OVEJA-CABRA	0	32
VACA	0	28
CERDO	0	5
TOTAL	9327	99

Tabla 75.- Número de restos óseos recuperados.

Todos estos datos señalan la existencia de una clara dicotomía entre los restos localizados en el túmulo, todos salvajes y en el nivel de habitación, donde existe una abundancia notable y casi exclusiva de domésticos.

Si centramos el foco de análisis en los elementos representados en el nivel funerario destaca el conjunto de lagomorfos que, según los estudios de Bellver señalan un inequívoco perfil atricional natural, esto es, la abundancia de elementos faunísticos de conejo se asociarían a la presencia de uras o madrigueras de conejo construidas sobre la tumba monumental. Igual interpretación cabe para el tejón y el zorro que ocupan biotopos comunes con los conejos e incluso llegan a compatibilizar sus madrigueras (Bellver, 2002:18).

Ante esta evidencia parece difícil mantener la aparente inexistencia de remociones estratigráficas que Delibes y Zapatero (1995) mantienen y que debe ser puesta por tanto en duda en virtud de lo señalado por Bellver.

Del área habitacional, y especialmente del horizonte superior, procede un conjunto de 1596 restos óseos del que han podido ser identificados 99 taxones, todos ellos correspondientes a especies domésticas: oveja, cabra, cerdo y vaca. Cinco de las áreas de combustión presentan esta combinación de especies mientras que en tres casos no aparece representado el cerdo.

El elevado número de fragmentos y esquirlas responde sin duda a un perfil culinario. Además comparecen en varias ocasiones huellas de descarnamiento y carbonización.

Antropología

Si bien el informe antropológico de este yacimiento se mantiene inédito (Pastor Vázquez, 1985-inédito), Bellver nos ofrece algunos interesantes datos (2002: 19). Así, los individuos enterrados soportaron duras tareas que les provocaron fenómenos degenerativos artrósicos en la columna vertebral cervical con aparición, al menos una ocasión, de osteofitos. Esto se traduce en la realización de actividades que implicaban el uso reiterado de la cabeza y el cuello para el porte de grandes pesos. Este dato es interpretado como la evidencia de que estos grupos humanos carecían de animales de carga o estos eran tan escasos que el transporte era realizado mediante tracción humana.

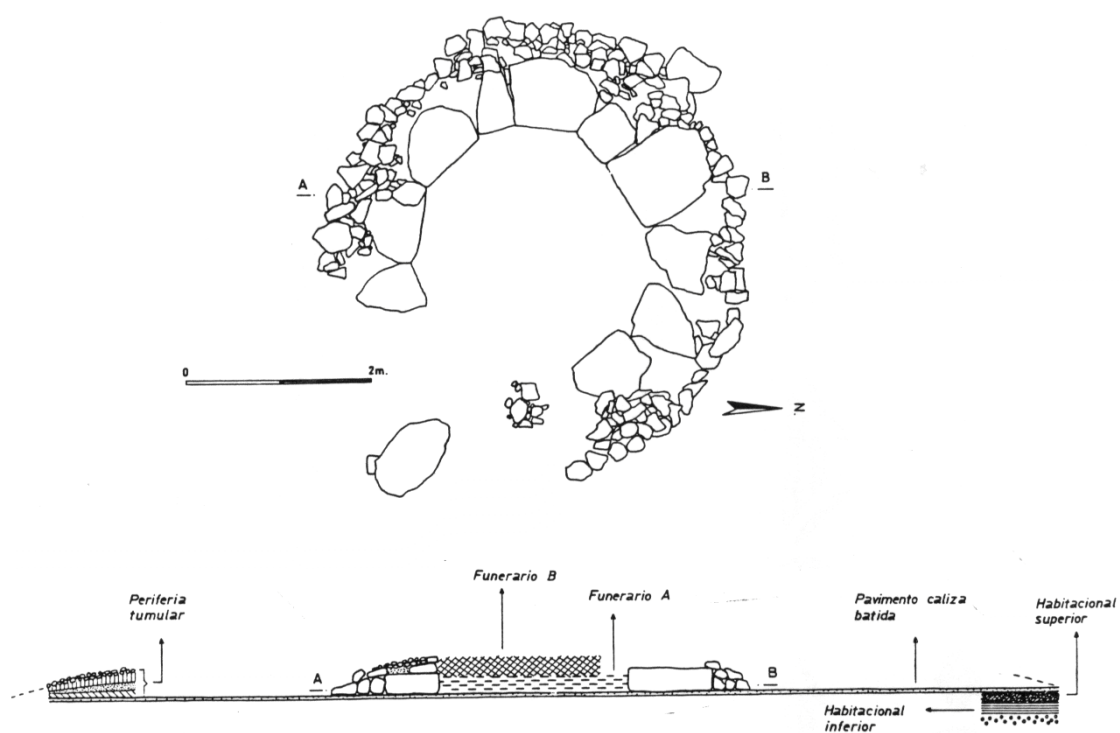


Fig.

159.- Planta y corte estratigráfico de La Velilla, según Delibes y Zapatero, 1995

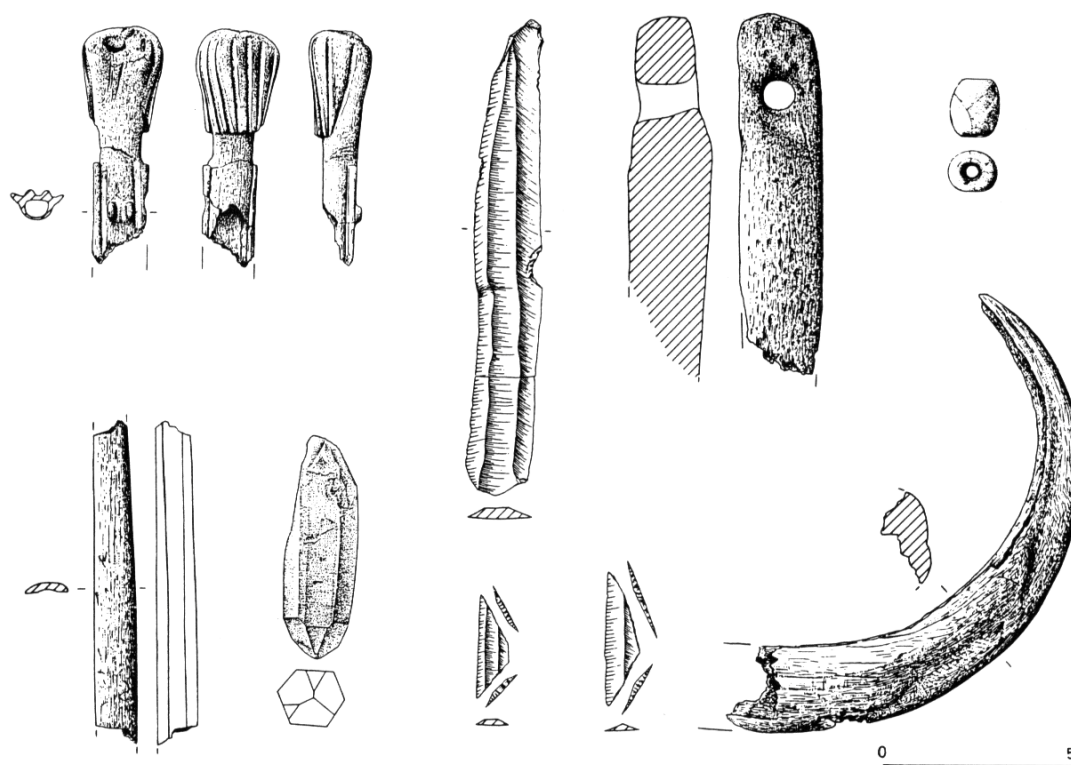


Fig.160.- Ajuar funerario del depósito inferior, según Delibes y Zapatero, 1995

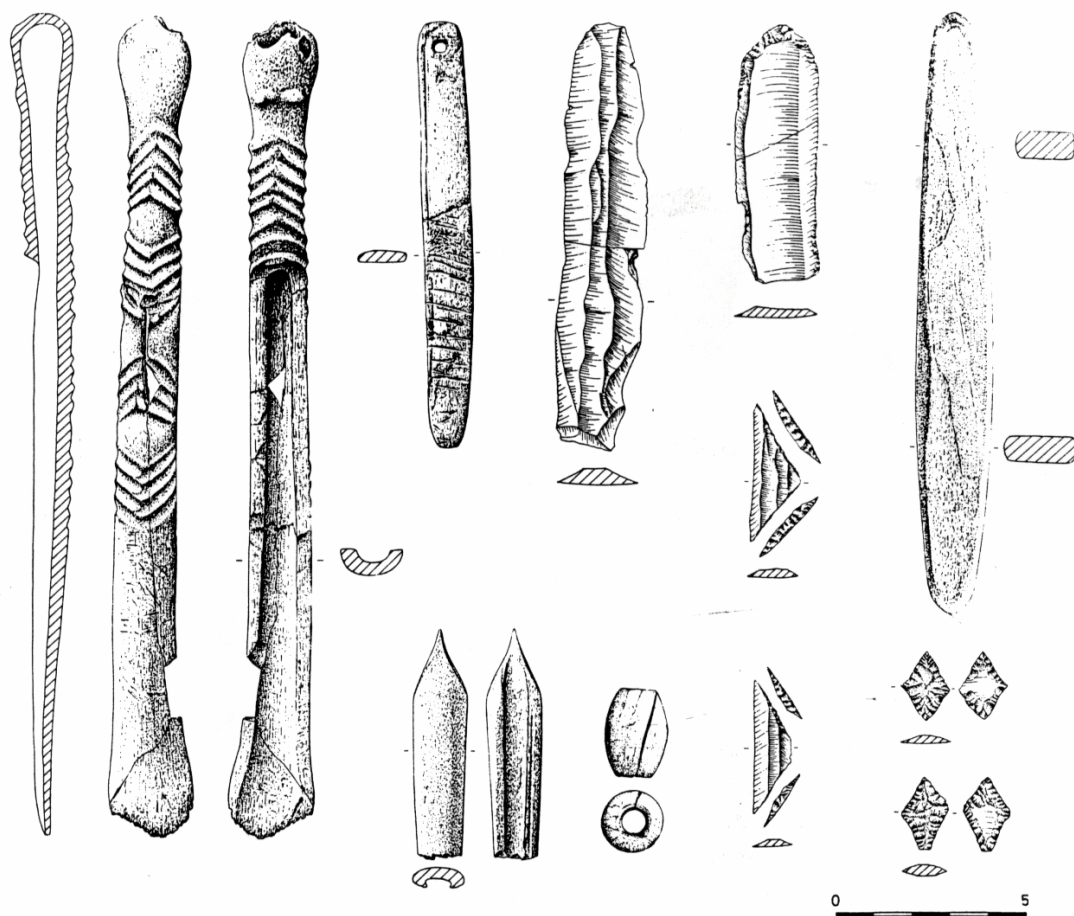


Fig. 161.- Ajuar funerario del depósito superior, según Delibes y Zapatero, 1995

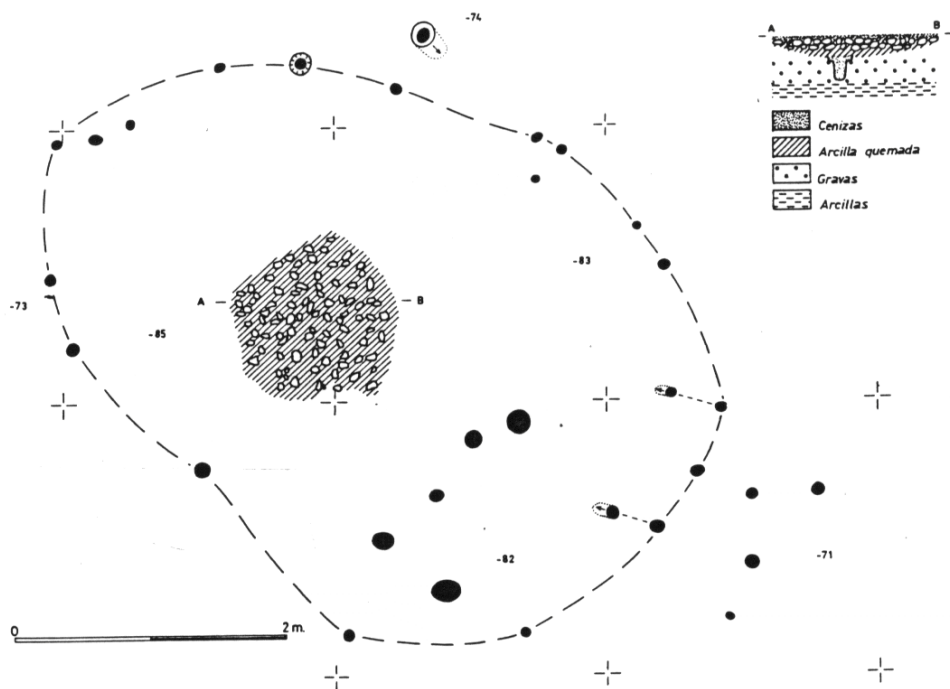


Fig. 162.- Planta de la cabaña del nivel habitacional inferior, según Delibes y Zapatero, 1995

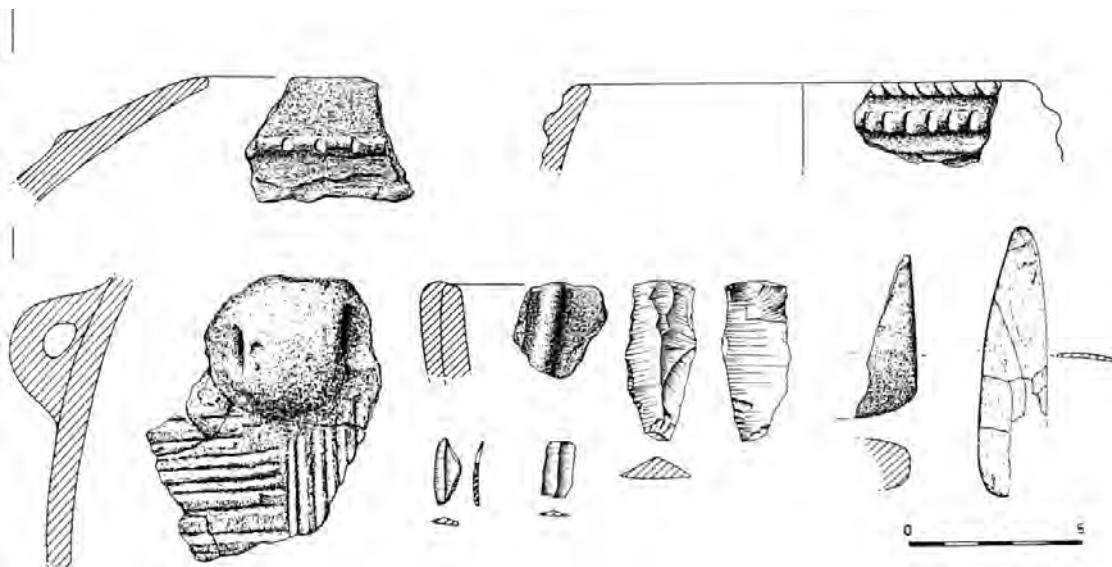


Fig.163.- *Material del Horizonte habitacional inferior, según Delibes y Zapatero, 1995.*

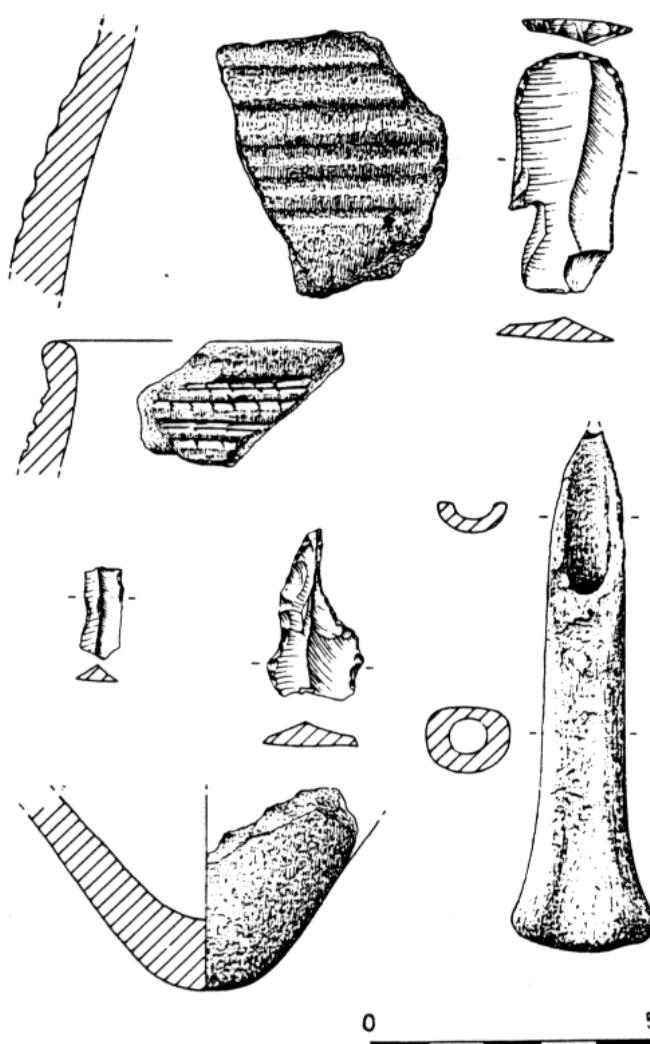


Fig.164.- *Material del Horizonte habitacional superior, según Delibes y Zapatero, 1995.*

2.19. OTROS YACIMIENTOS

La Isla II (La Seca, Valladolid)

UTM: 336.800 / 4.589.100

Yacimiento al aire libre situado en llano, en las terrazas superiores del Duero, en un interfluvio de la margen izquierda del Río Zapardiel muy próximo al tercio inferior de su curso antes de desaguar, aguas arriba del Vado de Tordesillas, uno de los clásicos pasos del río Duero.

El yacimiento se enclava a 716 metros s.n.m a la salida de los relieves residuales de Pozaldez y Rodilana que marcan la transición entre las tierras de Olmedo y Medina y las fértiles vegas del Duero.

Los escasísimos materiales que se conocen proceden en su totalidad de las prospecciones realizadas con motivo de la realización del Inventario Arqueológico de la Junta de Castilla y León y fueron publicados con motivo de una exhaustiva revisión del Neolítico de la Submeseta Norte (Iglesias Martínez *et alii*, 1995).

El único fragmento publicado corresponde a un borde de la **Forma II** decorado mediante técnica mixta que combina un festón de impresiones inmediatas al borde bajo el que se desarrolla una metopa de acanalados propio de los motivos decorativos del tipo CI (Fig.165, nº1).

El Carrascal (Traspinedo, Valladolid)

UTM: 376.400 / 4.604.500

Yacimiento al aire libre situado en la ladera de un pequeño cerrete destacado sobre las terrazas del Duero, a 719 metros s.n.m. El yacimiento se enclava a la salida del suave encajonamiento del Duero en los altozanos de Cogeces en el fondo de valle de Peñafiel.

El reducido conjunto material que se conoce procede en su totalidad de las prospecciones realizadas con motivo del Inventario Arqueológico de la Junta de Castilla y León (Iglesias Martínez *et alii*, 1995).

El único fragmento publicado corresponde a un borde de la **Forma II** decorado mediante técnica mixta que combina una doble hilera de impresiones inmediatas al borde bajo el que se desarrollan varias acanaladuras horizontales paralelas combinadas con impresiones. Estas acanaladuras parten de un mamelón poco desarrollado del que parte un motivo similar al anterior pero en vertical (Fig.165, nº2).

La Sínova II (Villavaquerín, Valladolid)

UTM: 378.300 / 4.614.700

Yacimiento al aire libre situado en llano a 818 metros s.n.m en los relieves residuales formados por el aterrazamiento del Duero y el devenir de la red fluvial tributaria del Duero y del Pisuerga.

Los materiales que se conocen proceden de las prospecciones realizadas con motivo de la realización del Inventario Arqueológico de la Junta de Castilla y León (Iglesias Martínez *et alii*, 1995).

El fragmento publicado corresponde a un galbo cerámico con asa de cinta cuya reconstrucción del perfil permite intuir una **Forma VII**. El fragmento aparece decorado mediante técnica mixta que combina una metopa de acanalados verticales y oblicuos delimitada por impresiones simples de matriz apuntada, todo ello propio de los motivos decorativos complejos y barrocos del tipo DIII (Fig.165, nº3).

Viñas de Abajo (Villabáñez, Valladolid)

UTM: 368.700 / 4.609.100

Yacimiento al aire libre situado en llano a 818 metros s.n.m sobre los relieves residuales formados por el aterrazamiento del Duero y el devenir de la red fluvial tributaria del Duero y del Pisuerga. El poco representativo y escaso material que se conoce procede de las prospecciones realizadas con motivo del Inventario Arqueológico de la Junta de Castilla y León (Iglesias Martínez *et alii*, 1995).

El fragmento publicado corresponde a un nada sugerente borde de cerámica decorada cuya reconstrucción del perfil –pecando de atrevidos- permite intuir una **Forma II**, estando decorado mediante técnica inciso-acanalada del tipo BI (Fig.165, nº4).

La Mariserva (El Tejado, Salamanca)

UTM: 283.600 / 4.481.200

Yacimiento situado en lo alto de un cerro testigo y en un rellano a mitad de su ladera, a 1062 metros s.n.m, dentro de la cuenca de influencia del río Tormes y, lo que es más significativo, en las proximidades del yacimiento de La Dehesa.

Es poco el repertorio material que se conoce de un yacimiento detectado en prospección. No obstante esta escasez, existen materiales de notable carácter neolítico. Ellos permiten asegurar que este sector de tránsito entre las tierras extremeñas y castellanas tuvo una cierta significación para el poblamiento de aquella época.

De este enclave procede un fragmento de cerámica decorada con motivos impresos y acanalados asociados a aplicaciones plásticas lisas desarrolladas en torno a un asa acintada (Fig.165, nº5). El motivo decorativo, del tipo **CIV.b** es de los más comunes en contextos neolíticos del interior y en especial de la Meseta Norte.

Los Vivarejos (Ambrona, Soria)

UTM: 540.200 / 4.559.100

Yacimiento ubicado en un terreno ondulado, a 1100 metros s.n.m, en la ladera de un pequeño altozano que destaca, de forma leve, sobre el terreno circundante al que, en cierto modo, domina.

Tan sólo tenemos conocimiento de un reducido conjunto de materiales cerámicos procedentes de las labores de prospección llevadas a cabo por el Proyecto de Investigación desarrollado por la Universidad de Valladolid en el Valle de Ambrona (Iglesias Martínez *et alii*, 1995).

Se trata de recipientes asociados a las formas VI (Fig. 165, nº6) y posiblemente VII (Fig.165, nº7) en los que comparecen técnicas decorativas que combinan, como es habitual en los contextos de la Meseta Norte, impresiones y acanaladuras o que presentan únicamente estas últimas.

Los esquemas representados, asaz comunes también en este sector de la Meseta, implican al motivo BI y CI, si bien lo fragmentario de la muestra impide pronunciarse de modo rotundo a este respecto.

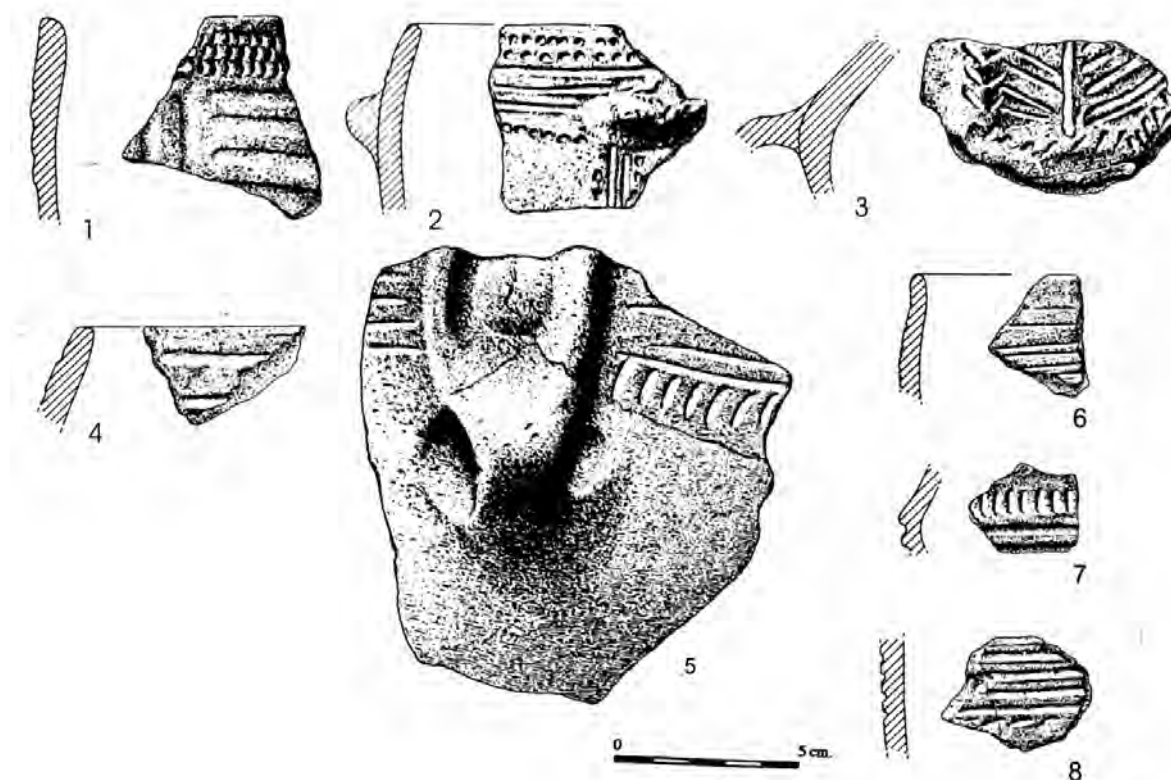


Fig.165.- Selección de material cerámico procedente de yacimientos de la Meseta Norte, según Igersias et alii, 1995.

San Cebrián (Bárcena de Campos, Palencia)

UTM: 376.300 / 4.705.000

Yacimiento situado a 832 metros s.n.m sobre un cerrete emplazado en la terraza media del curso bajo del río Valdavia, en el acceso a las estribaciones meridionales de la Cordillera Cantábrica. Es un yacimiento conocido de antiguo (Delibes de Castro, 1972) y en el que tan sólo se han realizado prospecciones intensivas (Zapatero Magdaleno, 1993).

Las prospecciones mencionadas han permitido diferenciar dos núcleos de abundancia de material arqueológico, con notable presencia de restos óseos humanos. El primer núcleo, situado a mayor altura –y que correspondería a una posible sepultura de tipo tumular- fue diferenciado como Yacimiento A, mientras que el más bajo fue denominado Yacimiento B (Zapatero Magdaleno, 1993:40). En este segundo lugar de concentración de material están del todo ausentes los restos óseos humanos, mientras que abunda la cerámica a mano, en su mayor parte lisa.

Las evidencias halladas llevaron a esta autora a señalar la posible correspondencia del enclave con un yacimiento dolménico arruinado y prácticamente desmantelado por las labores agrícolas. Tampoco puede dejar de señalarse la creencia popular de que en aquél lugar se erigió una ermita a San Cebrián o Ciribán.

Material arqueológico

No es mucho lo que podemos señalar de ambos yacimientos. Quizás lo más llamativo sea la ausencia generalizada de elementos cerámicos en el yacimiento A y la existencia de una industria heterogénea en la que se entremezclan –dentro incluso de las mismas áreas- materiales que podrían corresponderse a grupos culturales o cronologías diferentes, o cuando menos a un horizonte –de ser realmente uno sólo el aquí representado- de transición. Así debe tomarse al menos la presencia concomitante de geométricos y foliáceos de tipos simples, esto es, de tamaño microlítico y sin aletas destacadas pero que presentan ya retoques planos cubrientes y cuyos paralelos encontramos en otros enclaves ‘tumulares’, caso de La Velilla de Osorno. No obstante en las colecciones privadas y en el material estudiado por Delibes (1972) y Zapatero (1993) concurren

foliáceos más evolucionados, de tipología variada, lo que parece corroborar la hipótesis de la existencia de varios horizontes de uso.

No contamos más que con una ligera aproximación al material localizado que nos permite señalar que estamos ante una industria de marcada tipometría laminar y elaborada en su práctica totalidad en sílex si bien se documentan algunos elementos de cuarzo y cuarcita. El aspecto conservador de parte del conjunto industrial tampoco puede ser menospreciado.

Entre los retoques predominan los simples seguidos por los abruptos –asociados a los geométricos y LBA- seguido muy de lejos por el plano, presente en el único foliáceo descubierto. El elemento tipológico mejor representado es la lámina simple que, a la vista del material publicado debemos incluir en nuestro LS (lámina simple) con especial presencia del LS 2. Entre los pulimentos cabe señalar una fracción de extremo distal de hacha (Fig.166 y 167).

La cerámica localizada en el yacimiento B es predominantemente lisa. En la muestra publicada se advierte la presencia de elementos de las formas IV y V, mientras que el único fragmento decorado corresponde a un recipiente de la forma I. La decoración de este fragmento está realizada mediante impresión de gradina o 'boquique' y muestra un esquema del tipo A.Ic (Fig.168).

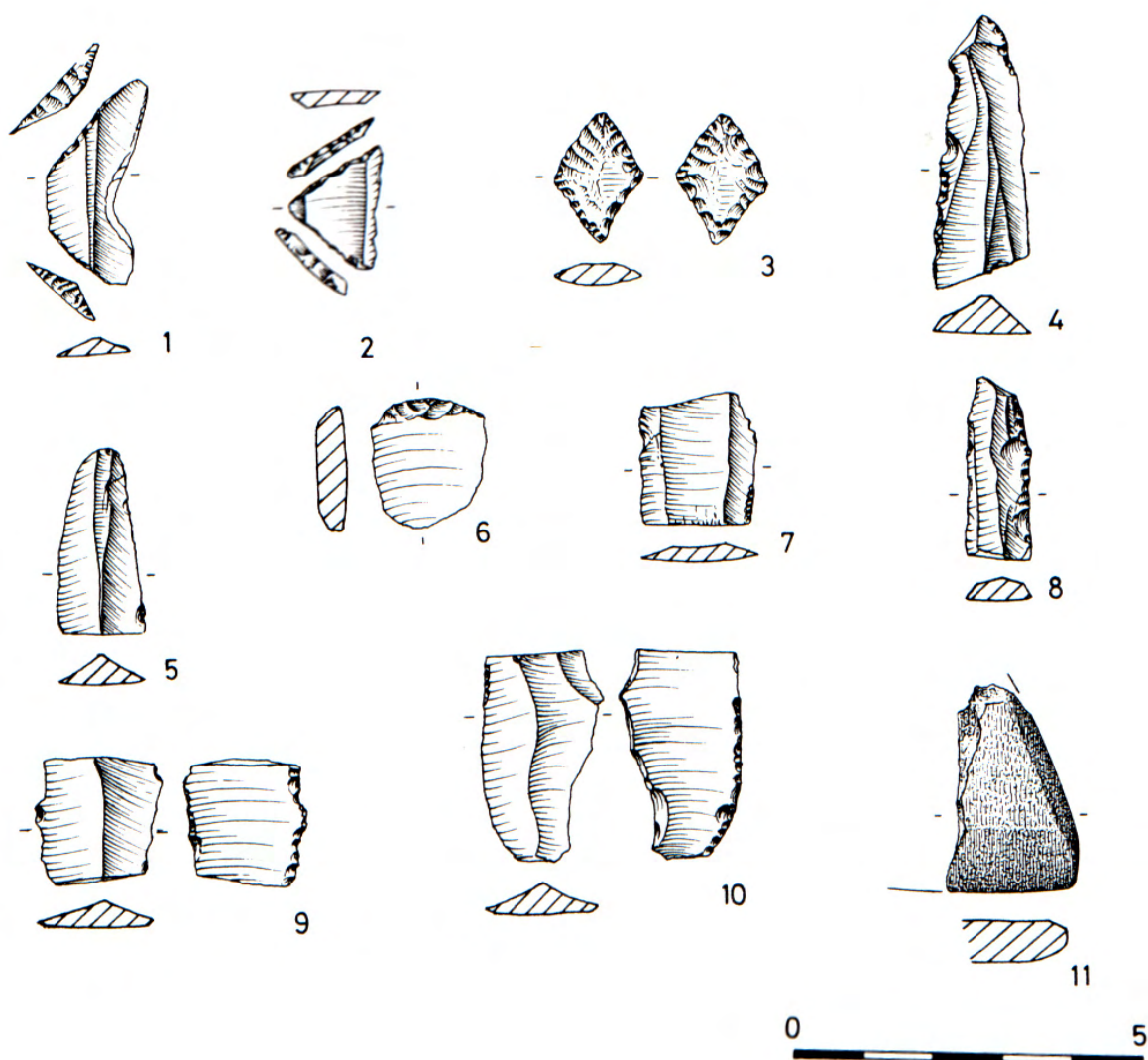


Fig.166.- Industria lítica del Sector A de San Cebrián, según Zapatero Magdaleno, 1993

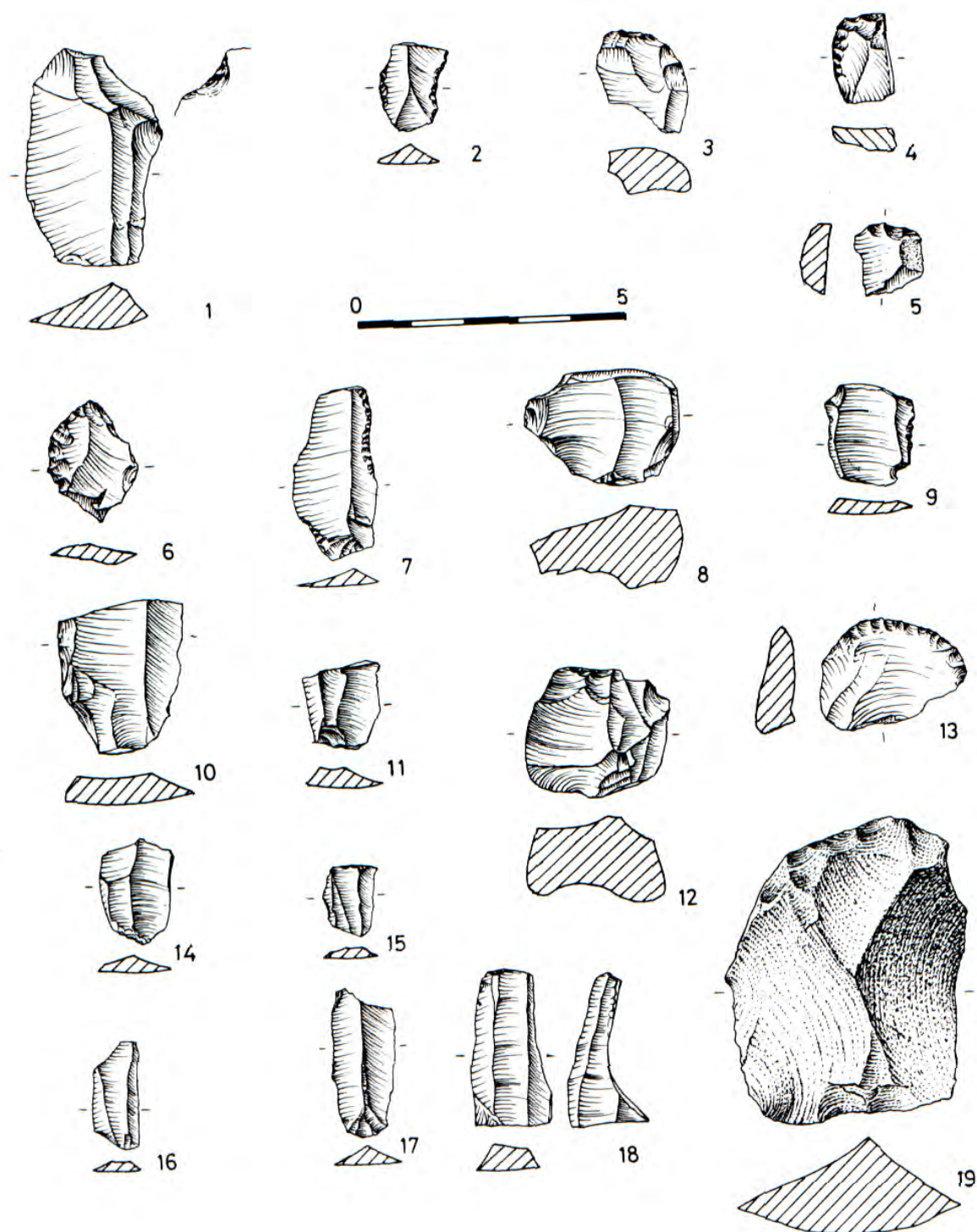


Fig.167.- Industria lítica del Sector B de San Cebrián, según Zapatero Magdaleno, 1993

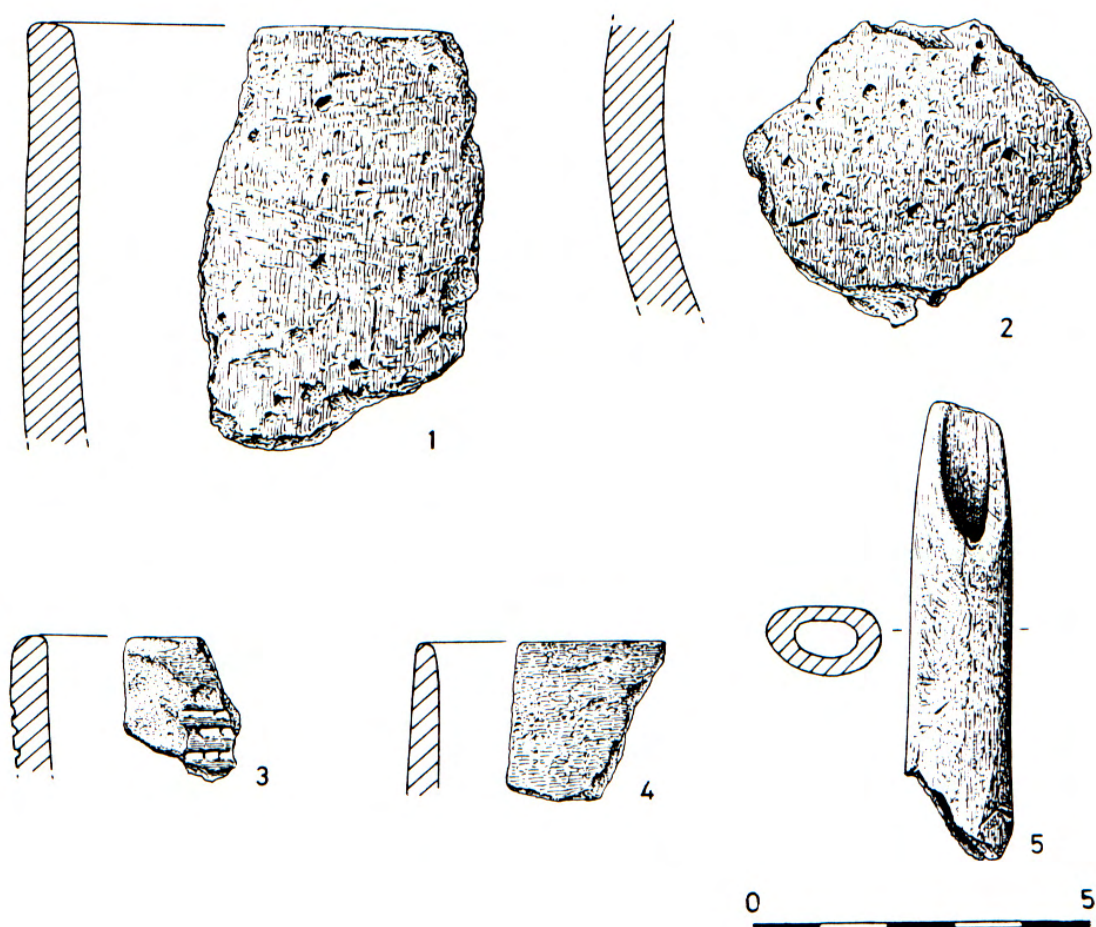


Fig.168.- Cerámica y hueso del Sector B de San Cebrián, según Zapatero Magdaleno, 1993

Abrigo de Carlos Álvarez/La Dehesa (Miño de Medinaceli, Soria)

Yacimiento de carácter multiocupacional, situado al aire libre y bajo abrigo rocoso, localizado en la dehesa de Miño de Medinaceli, a 1180 metros s.n.m, en las estribaciones más septentrionales de la Sierra Ministra, entre el río Bordecorex y el arroyo Madre.

El abrigo muestra pinturas rupestres esquemáticas (Fig. 170), descubiertas por D. Carlos Álvarez, que fue director del Archivo Histórico Provincial e investigadas por el Dr. Gómez Barrera. En este yacimiento se han documentado niveles y estructuras arqueológicas, objeto de dos campañas de excavación desarrolladas desde 2002. Los restos recuperados muestran su uso desde la Prehistoria hasta la actualidad.

Las pinturas rupestres se realizaron con un pigmento de color granate, y presentan unas características formales muy singulares dentro del fenómeno cultural de la Pintura Esquemática peninsular, muy probablemente debido a su antigua cronología. Tal antigüedad parece deducirse del excepcional e interesantísimo hallazgo de un fragmento de pigmento de idéntica composición al utilizado para realizar estas pinturas en el nivel prehistórico correspondiente al Neolítico localizado en las excavaciones arqueológicas desarrolladas en el abrigo durante la campaña de 2002.

El yacimiento cuenta con una secuencia estratigráfica amplia en la que concurren al menos tres fases bien diferenciadas:

1. Fase moderna: A ella corresponden los gruesos muros que cierran el abrigo, y que habrían formado parte de una majada de pastor, que reutilizó para ello bloques pétreos pertenecientes a un muro romano situado en el interior del abrigo, que fue dismantelado en su práctica totalidad.

2. Fase romana: A ella pertenecen el muro antes aludido, del que prácticamente sólo se conserva la última hilada, un canalillo que recorre todo el perímetro interno del abrigo, así como un nivel arqueológico donde se documentaron diversos materiales de interés, entre los que destacan fragmentos cerámicos de Terra Sigillata Hispánica, y una moneda hispanorromana de jinete celtibérico perteneciente a la ceca de Ekualakós.

3. Fase prehistórica: A ella pertenece un potente nivel arqueológico, que se desarrolla bajo el romano, hasta entrar en contacto con la roca base del lugar. En él se documenta una compleja estratigrafía donde se pueden distinguir distintas fases:

Edad del Bronce

Calcolítico Campaniforme

Neolítico.



Fig.169.- Vista general del Abrigo de Carlos Álvarez y detalle de las excavaciones, según M. Rojo.



Fig.170.- Panel pintado del Abrigo de Carlos Álvarez, según, M. Rojo.

El Pozuelo (Miño, Soria)

Yacimiento ubicado en alto (Kunst y Rojo, 1999: 265), sobre una modesta atalaya que domina toda la Laguna del Conquezuela y la entrada al Valle de Ambrona por el Norte.

Presenta restos de un sistema defensivo amurallado, que delimita por completo la plataforma que ocupa el poblado. El muro está formado por dos paramentos, uno interno y otro externo, formados por grandes bloques calizos, y un relleno interior de pequeñas piedras. Presenta un posible acceso en la zona Sur, delimitando una superficie ovalada de 30 x 33 metros. En la zona de la cumbre, cerrando el sector noreste del poblado -el más accesible- se percibe una amplia y rectilínea anomalía magnética que responde, sin duda a un muro de protección que parece estar protegido hacia el exterior por un foso. En el interior del recinto murado, el Dr. Becker ha detectado mediante el uso del magnetómetro, una gran cantidad de anomalías circulares de distintos tamaños que responden a estructuras domésticas (Kunst y Rojo, 1999:265; Becker,e.p.).

Si bien es probable su adscripción a las fases iniciales de la generalización del uso del metal, la localización de algunos fragmentos de cerámica decorados con matriz múltiple (Kunst y Rojo Guerra, 1999:263) podrían señalar un momento de uso ligeramente anterior o, quizás más claramente al arranque de la ocupación en el epílogo del Neolítico.

La Cumbre (Conquezuela, Soria)

Yacimiento ubicado en alto (Kunst y Rojo, 1999: 265) que presenta restos de un sistema defensivo a base de murallas. La ocupación principal de este yacimiento, como acontecía en el caso anterior, parece corresponderse con los momentos más avanzados de la secuencia neolítica e iniciales de la generalización del uso del metal, momento al que puede atribuirse tal vez la construcción de las murallas (Kunst y Rojo, 1999:266). No obstante se han localizado en superficie algunos fragmentos de cerámica impresa y monturas microlíticas de sílex que precisan de una mejor definición y que podrían denunciar la existencia de una relación de continuidad cultural entre los grupos neolíticos cuyo hábitat se desarrolló en el fondo de valle y estos grupos entre los que el interés defensivo parece evidenciar la existencia de cierto nivel de crisis. El conjunto más abundante de materiales se relaciona con la presencia de foliáceos con retoque plano y cerámicas campaniformes.

El Castillo (Cabañas de Aliste, Zamora)

Yacimiento multiocupacional ubicado en una cumbre de más de 1000 metros s.n.m. de la Sierra de la Culebra y por tanto lejos del área de interés económico de los grupos neolíticos. Esta localización contrasta también con la aparente ausencia de yacimientos de esta cronología localizados en las tierras bajas de la provincia, en su mayor parte prospectadas de forma sistemática. Tan sólo el yacimiento de La Fuente de San Pedro escapa a este aparente vacío. Más llamativa resulta la anotación de este vacío cuando nos movemos por regiones como la del Vino o la del Pan donde se localizan los campos más fértiles de la provincia.

Su existencia fue documentada por Esparza y Larrazabal en el Inventario de Carta Arqueológica de la Zona de Montaña de Zamora. Todo el material recuperado apareció en superficie y representa un magro conjunto en el que se aprecia la existencia de horizontes diacrónicos de la Edad del Bronce – horizonte Cogotas I-, época romana, y acaso algunas evidencias de la Edad del Hierro.

Los materiales caracterizados como Neolíticos son algunas cerámicas con cordoncillos impresos, asas tuneliformes y algunas temáticas de puntos impresos repartidos por la superficie externa de los tiestos y que resultan poco definitorios (Delibes de Castro, 1995:50).

Fuente de San Pedro (Villafáfila, Zamora)

UTM: 284.700 / 4.635.900

Yacimiento ubicado en un área lacustre, a 664 metros s.n.m que ha deparado fundamentalmente cerámicas a mano. Entre ellas destaca un asa de cinta con decoración incisa muy similar a las presentes en los repertorios de cerámicas decoradas de los yacimientos neolíticos (Rodríguez *et alii*, 1990:48, Lám. I, nº 5). Si bien las evidencias de este enclave son aún escasas, no puede obviarse el hecho de que se trata de una de las regiones más ricas en recursos salinos de la Meseta Norte. Su interés económico para los grupos prehistóricos queda evidenciado por la presencia de numerosos enclaves arqueológicos de cronología prehistórica, siendo cuando menos llamativa la escasa incidencia del poblamiento neolítico. Este hecho debe tener su fundamento económico o cultural.

OTROS YACIMIENTOS

Por motivos de espacio y necesidad de acotar, siquiera de forma mínima el repertorio de yacimientos mostrados, y aún tratando de ser minuciosos y exhaustivos, recurrimos al recurso de agrupar en un mismo apartado una serie de yacimientos de los que no se tienen más que noticias reducidas.

El criterio seguido para esta agrupación se ha establecido basándose, por norma, en la calidad de los datos. Así, cuando se trata de yacimientos inventariados en los Catálogos Provinciales e Inventarios Autonómicos dentro de un apartado genérico como neolíticos, o cuando la bibliografía – en ocasiones antigua- los cita como pertenecientes a esta cronología, pero manteniéndose las dudas acerca de su verdadera cronología. También hemos incluido en este apartado algunos yacimientos cuya escasez de materiales o imprecisión de los datos obligaba a extremar la cautela en tanto en cuanto a una adscripción definitiva.

Dudamos de la auténtica adscripción de algunos de estos yacimientos, pero de cara al análisis global de los datos hemos creído de interés incluirlos, bien porque su sola presencia nos servirá como motivo suficiente para desmarcarlos de la secuencia neolítica, bien porque su localización cartográfica nos pueda ayudar a establecer un patrón de relaciones intergrupales.

Cueva del Castañarejo (Arenas de San Pedro, Ávila)

De esta cueva, cuya existencia denuncia el Inventario Arqueológico de Ávila y cuyos materiales reseña muy brevemente G. Delibes (1995) procede un lote de materiales cerámicos lisos entre los que menudean algunas decoraciones que pueden, no sin algunas dudas, considerarse neolíticas.

Entre estos elementos cerámicos aparecen representados varios fragmentos de bordes con suaves impresiones –tal vez ungulares- y un galbo con un cordón decorado mediante impresiones simples de matriz apuntada.

La Teta (Gilbuena, Ávila)

De este altozano granítico procede un fragmento cerámico con decoraciones pseudocardiales, similar al localizado en el sepulcro de El Torrejón (Santonja Alonso y Santonja Gómez, 1976) en un contexto de indudables materiales propios de los primeros momentos del uso del metal, dentro del denominado Horizonte Las Pozas, que, como señalase Delibes, impide pronunciarse sobre el valor del elemento en concreto (1995).

Alto del Quemado (Narrillos del Álamo, Ávila)

De nuevo un altozano que se dispuso como asentamiento durante la Edad del Cobre y entre cuyos materiales vuelven a aparecer algunos elementos cerámicos con decoración pseudocardial (López Plaza, 1979) que no permite, por su procedencia de prospección superficial, y su asociación con un nutrido elenco de materiales de los momentos finales de la secuencia neolítica e iniciales de la generalización del metal, pronunciarse a favor de su adscripción neolítica.

En la actual provincia de Salamanca disponemos de referencias puntuales a enclaves que han deparado entre sus restos elementos cerámicos neolíticos; este es el caso de la Covacha de Valdesangil y la Cueva del Tranco del Diablo (Santonja *et alii*, 1985). En ambos casos conocemos algunos fragmentos de cerámica (Fig. 171) que no desentonan en absoluto en el marco de la cultura material de la Cuenca del Duero y que, en ocasiones, presentan esquemas decorativos harto frecuentes en enclaves portugueses. Sin duda estas evidencias dejan evidenciado el camino para nuevas investigaciones, necesarias y urgentes, acerca del proceso de implantación neolítica en una región tan rica en enclaves megalíticos, especialmente dolménicos, como la de la provincia de Salamanca.

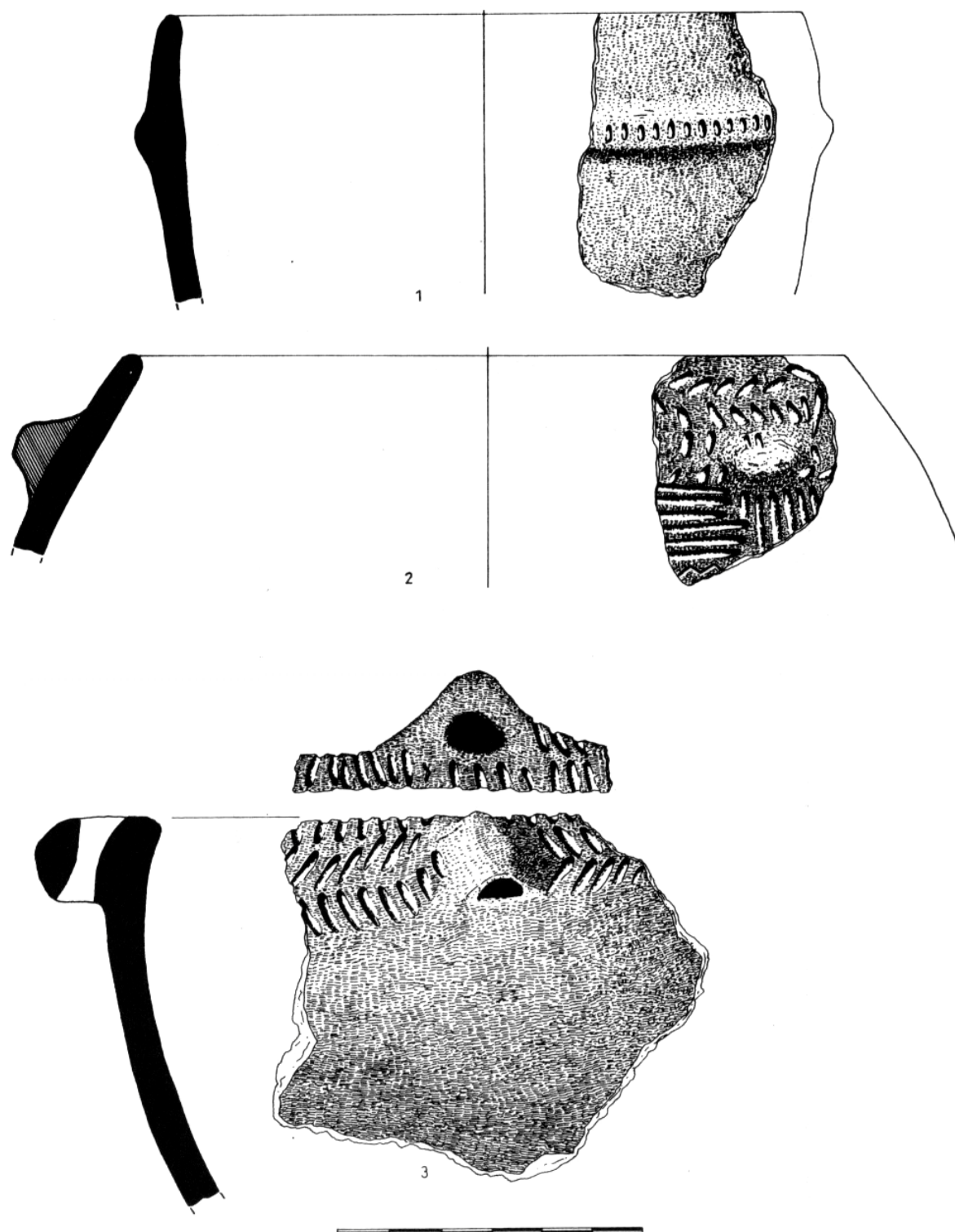


Fig.171.- Cerámicas decoradas de La Covacha (1 y 2) y del Tranco del Diablo (3), según Fabián, 1995

Debemos señalar no obstante que la situación en alto, fuera de contextos calizos y cavernícolas que siempre se aludió para invalidar los datos procedentes de algunos de estos yacimientos así como su cronología neolítica, ya no se sostiene merced a los buenos paralelos de ubicación de yacimientos como La Peña del Bardal, el Cerro de la Horca o el Altotero de Modúbar, entre otros. Además, las series extremeñas y del occidente de la Meseta, asociadas a emplazamientos ubicados en canchales graníticos y batolitos más o menos destacados, permiten arbitrar nuevas soluciones del hábitat hasta hace unos años casi indefendibles. Hoy, este tipo de emplazamientos, parecen ser una de las características de este neolítico occidental alejado de áreas calizas, si bien pudieran existir connotaciones cronológicas que diferencien unos y otros emplazamientos. Así, el recurso al

uso de altozanos para asentar los hábitats pudiera relacionarse con cronologías propias del Neolítico II.

Tampoco podemos obviar el hecho de que sea en los territorios más conflictivos –como confirma la riqueza de enclaves megalíticos dolménicos– donde los enclaves neolíticos documentados se enclaven en la práctica totalidad de las ocasiones en lugares dotados de sistemas naturales de defensa. Tal vez este hecho nos esté indicando la existencia de un proceso de neolitización más complejo que el desarrollado en otros contextos de la Meseta y, a un nivel más amplio, de la Península Ibérica.

El conjunto de yacimientos considerados o inventariados como neolíticos pero del que realmente resulta difícil señalar la verdadera adscripción de sus materiales es considerable. En este conjunto singular de cajón de sastre pueden incluirse una notable cantidad de yacimientos propios de los momentos más recientes de la secuencia neolítica y de los comienzos del uso y generalización de la metalurgia, generalmente nominados como Calcolíticos.

No tiene mucho sentido hacer crecer este catálogo e inventario *ad infinitum* con la descripción pormenorizada de todos y cada uno de estos yacimientos. Ni siquiera consideramos de interés señalar cuáles de los yacimientos arqueológicos inventariados en cada una de las demarcaciones territoriales como Neolíticos deberían salir de esa nómina. Sirva como llamada de atención el hecho de que, en nuestras consultas de los diferentes catálogos provinciales y de los materiales depositados en museos e instituciones semejantes, cerca de un 75% de los yacimientos presentan una adscripción errónea.

Algunos de los yacimientos más destacados, tanto de la cuenca del Duero como del Tajo, como Las Pozas (Zamora), El Espinillo y Cobeña (Madrid), o Huerta Plaza (Ciudad Real) entre otros, serán tratados, como exponentes que son del cambio cultural, de forma esporádica a lo largo del texto, sobre todo a la hora de definir la secuencia cultural del Neolítico en sus momentos finales.

Otros yacimientos, como el Ventorro, La Almueda, Los Itueros, Los Enebralejos, etc, quedarán lejos de nuestro recorrido. En unos casos porque su adscripción neolítica se sostiene sobre un conjunto demasiado reducido, a la par que dudoso de materiales, o bien porque no se tienen más datos que los referentes a breves reseñas textuales. En otros porque esos materiales no resultan diagnósticos. En algunos menos, como Los Cascajos-El Blanquillo (Quintanadueñas, Burgos) porque las únicas evidencias seguras se establecen en torno a una datación de radiocarbono (6760+/-130 BP) asociada a materiales hallados en posición derivada (Iglesias Martínez *et alii*, 1995). Ello no debe suponer que no precisen de una revisión concienzuda ni que no sean citados, alguna vez, en nuestro trabajo. Su sola existencia es una evidencia de todo el trabajo que aún queda por hacer.

3. CUENCA DEL TAJO

3.1. ABRIGO DE LOS ENEBRALES (Tamajón)

UTM: 478.500 / 4.540.700

Yacimiento multiocupacional ubicado bajo un gran abrigo calizo ubicado a una altitud de 1032 metros s.n.m. Su emplazamiento corresponde con el desarrollo de los farallones calizos terciarios de Tamajón, a los pies de los altos de la Cabrera, en el piedemonte de la Sierra de Ayllón. El yacimiento se encuentra ubicado a caballo entre las cuencas de los ríos Jarama y Sorbe, 50 metros sobre el Río Jarama y 70 metros sobre la cuenca del Río Jarama. La potencialidad agrícola del sector es alta, y cuenta principalmente con zonas de pasto de aprovechamiento ganadero y forestal, así como cinegético.

El yacimiento se encuentra enclavado tanto en el interior del abrigo –parcialmente desmontado por su aprovechamiento como aprisco de ganados- como en la zona exterior, inmediata a una gran dolina y sobre una tierra jalonada de enebros destinada actualmente al cultivo de secano.

El Abrigo de los Enebrales fue dado a conocer por Casiano de Prado en su descripción de la Provincia de Madrid –donde no se precisa en realidad nada concreto de él- siendo posteriormente recogido en el artículo general sobre las Cuevas Castellanas (Maura Salas y Pérez de Barradas, 1933-1935) quienes señalaron la localización de sílex atípicos y cerámicas toscas entre las que destaca un fragmento decorado mediante impresiones digitales.

Se trata de un abrigo de forma semicircular de 25 metros de longitud y cinco de altura, muy amplio y poco profundo –alcanzando una profundidad máxima de 6 metros-. En él se tiene constancia de la realización de algunas intervenciones arqueológicas (Cabrera y Bernaldo de Quirós, 1979:113) de las que no tenemos, sin embargo, más que una poco precisa información.

Intervenciones realizadas y secuencia estratigráfica

Tenemos constancia de que a fines de los años setenta e inicios de los ochenta se realizaron excavaciones arqueológicas al menos en dos ocasiones (Cabrera y Bernaldo de Quirós, 1979; Bernaldo de Quirós y Mayor Gómez, 1980). En el transcurso de estas intervenciones no se localizaron restos neolíticos.

Campañas de 1979 y 1980

En la primera excavación, consistente en la realización de un corte estratigráfico de sondeo, se pudo comprobar la existencia de un nivel arqueológico fértil conservado bajo un muro de construcción moderna. Este nivel, correspondiente al Paleolítico Superior final, se encontraba situado inmediatamente debajo de otro nivel con cerámica (Bernaldo de Quirós y Mayor Gómez, 1980:87) sin que se especificase el tipo de cerámica aparecida. De ninguna de estas dos intervenciones se han publicado dibujos, informes ni referencia más amplia que la que aquí ofrecemos.

Campaña de 1994

En fechas más recientes se intervino en el exterior del abrigo, en el sector de la gran dolina (Díez *et alii*, 2001) . En esta zona se efectuó un sondeo estratigráfico, destinado a la obtención de una secuencia si bien no se detectaron materiales de cronología paleolítica o neolítica.

La colección Alcaina

Gracias a la colaboración de D. Antonio Alcaina, miembro del G.A.E.M. y en el marco de nuestra participación con el Área de Prehistoria de la Universidad de Alcalá de Henares –entre 1994 y 1996- dentro de un Proyecto de Investigación realizado en la zona pudimos recuperar una interesante colección de materiales pertenecientes a este abrigo que habían sido recogidos por los miembros del G.A.E.M. por encargo del Dr. Martínez Santa-Olalla en el transcurso de varias rebuscas superficiales. En este conjunto abundan los elementos líticos y cerámicos, muy variados estos últimos, con algunos elementos campaniformes incisos y marítimos (Jiménez Sanz *et alii*, 1997:35).

Tras el detenido análisis de tan heterogénea muestra pudimos diferenciar varias adscripciones culturales, correspondiendo al menos una de ellas al Neolítico y otra a un dudoso y aún por contrastar Epipaleolítico con evidencias aisladas de elementos geométricos que podrían asociarse también sin muchos problemas a los horizontes neolíticos. Todos los materiales analizados, así como los recuperados en las prospecciones sucesivas realizadas en el abrigo se enmarcan dentro de una secuencia amplia que abarcaría desde momentos terminales del Paleolítico Superior llegando hasta un momento impreciso de la romanización.

Industria Lítica

Se caracteriza por su componente laminar, siendo elevada la representación de elementos microlíticos. Entre los materiales caracterizables destacan dos núcleos prismáticos de laminitas, cuatro microraspadores –uno de ellos en extremo de laminita y tres circulares (Fig. 172, nº 6,7,8,9). Abundan los buriles –simples, diedros y múltiples- (Fig. 172, nº 4,5,6,13) fundamentalmente simples de dos paños y diedros. Entre la industria laminar destaca un raspador doble (Fig. 172, nº1).

Entre el conjunto geométrico microlítico destacan un trapecio rectángulo (G4) y un triángulo escaleno alargado (G13), todo ello en un ambiente de laminitas de dorso perfectamente encajables en las series del Epipaleolítico terminal o del Mesolítico (Fig.172, nº 2 y 11) en momentos sincrónicos a la transición de Cocina I a Cocina II según la periodización clásica de Fortea (1973:414) y con paralelos claros en la Meseta en los yacimientos en cueva de La Ventana y Las Avispas, el abrigo de El Parral o el yacimiento de La Dehesa.

Lo magro del conjunto que hemos podido manejar así como las propias características de la colección y la imposibilidad de precisar, dentro de un contexto multipoblacional, la adscripción definida de los materiales nos impide precisar mucho más. Sí resulta de interés, en cambio, señalar la notable presencia de elementos líticos que tipológicamente marcan momentos propios del Epipaleo-Mesolítico. Si los elementos geométricos corresponden a una fase terminal de éste, a un momento poco preciso del Mesolítico o por el contrario se asociaban a la fase inicial del Neolítico es algo que no podemos precisar.

Entre las materias primas es mayoritaria la presencia del sílex. Se han documentado algunos fragmentos de laminitas, microlascas y debris de cristal de roca así como algunos restos de talla en cuarcita y cuarzo, siempre minoritarios.

Material cerámico

Entre los materiales de la colección Alcaina aparecen cinco fragmentos cerámicos decorados de indudable adscripción neolítica (Fig.173, nº 15,16). Se trata de sendos bordes correspondientes a las **Formas II y IV** de nuestra tipología cerámica, ambos decorados con impresiones, en el primer caso asociadas a un ligero cordón aplicado (Fig.173), y tres galbos con restos de esquemas impresos –dos de ellos con aparente boquique- y otro con una técnica inciso-impresa del tipo ‘línea cosida’ (Fig.173).

Todos ellos presentan cocciones reductoras sobre pastas arenosas compactas con alisados superficiales en el interior y exterior. Las decoraciones responden a esquemas impresos propios de los motivos **AI, CII y DIIa**.

Estos materiales decorados se acompañan de una nutrida colección de cerámicas lisas correspondientes a una muy dilatada cronología por lo que resulta imposible precisar qué elementos pudieran corresponder al horizonte neolítico.

Elementos de adorno

De la colección Alcaina procede una plaqueta de pizarra decorada con lo que en su momento identificamos como un antropomorfo oculado o heliomorfo (Jiménez Sanz *et alii*, 1997:35). Lamentablemente no podemos certificar su adscripción cultural, si bien los elementos decorados sobre pizarra recuperados en las cuevas de la Ventana y de La Higuera permitirían suponerle también una cronología antigua.

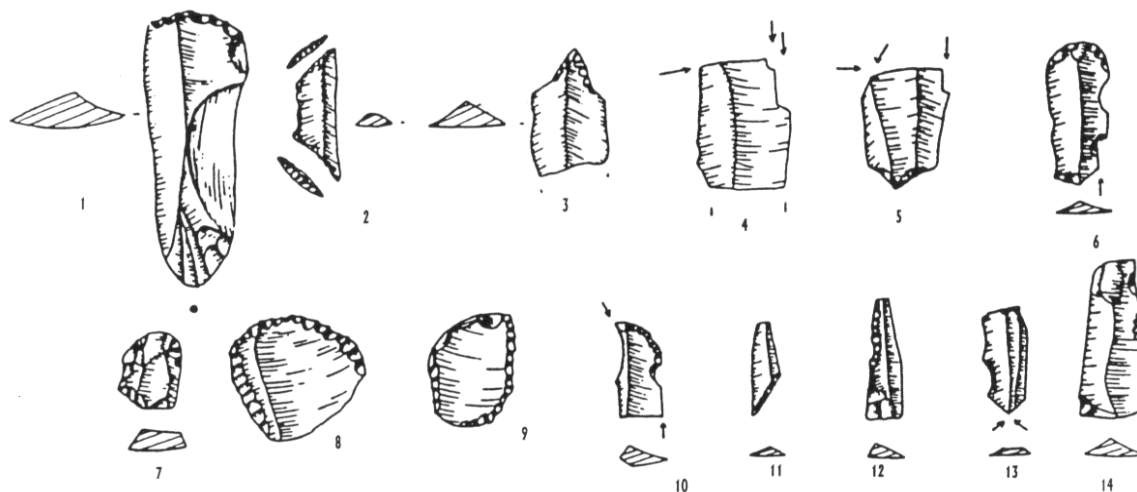


Fig.172.- Selección de industria lítica procedente del interior del Abrigo de los Enebrales

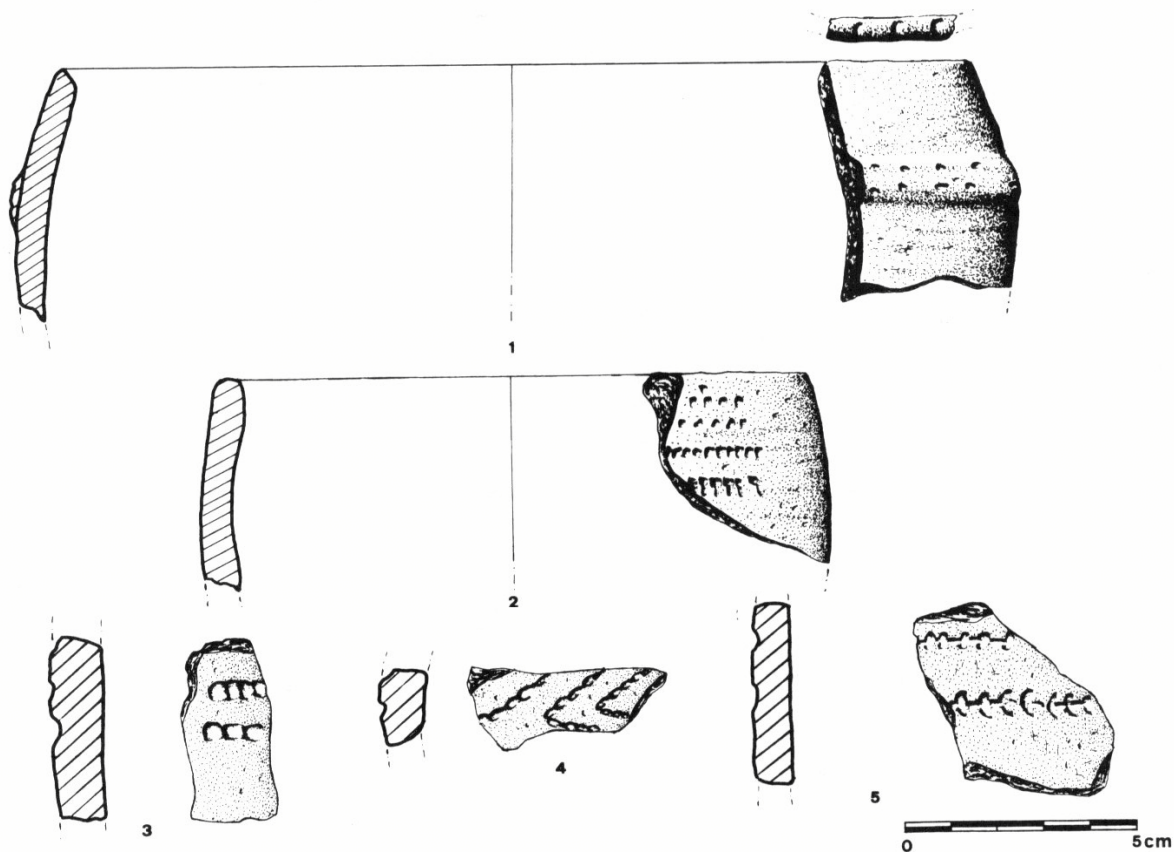


Fig.173.- Selección de cerámicas decoradas procedentes del Abrigo de Los Enebrales, según Jiménez et alii, 1997.

3.2. LA CUEVA (Bañuelos, Guadalajara)

UTM: 506.400 / 4.570.800

Yacimiento situado bajo abrigo calizo, ubicado a una altura de 1200 metros s.n.m. Su emplazamiento corresponde con una terraza formada por el afloramiento de toba caliza en las primeras pendientes que ascienden al páramo que une el soriano Marquesado de Langa con las estribaciones de la serranía de Atienza, encontrándose a caballo entre los desarrollos de ambas submesetas. El yacimiento se encuentra ubicado sobre el curso del Arroyo Cañamares, sobre el que se alza cerca de 100 metros y a 15 metros de altura sobre el Río Talegones, dominando el Valle de Miedes. La potencialidad agrícola es de todos modos bastante baja, contando con zonas de pasto y forrajeo, así como algunas áreas actualmente en explotación agrícola de secano aptas para el cultivo de cereales.

El conocimiento de este yacimiento procede de las prospecciones realizadas para la confección de la Carta Arqueológica del antiguo partido judicial de Atienza realizadas por Valiente Malla y Martínez Sastre, quienes dieron a conocer el yacimiento bajo la clasificación de 'eneolítico' (Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988).

El ámbito geográfico en el que queda enmarcado este enclave es el de un valle de piedemonte del Sistema Central limitado al Norte por el Macizo Silúrico de Ayllón y los páramos calizos de las tierras de Campisábalos y la Sierra de Pela y del Bulejo. Estas serranías sirven de divisoria de aguas entre los tributarios del Henares y el Duero. En este sentido hay que señalar que el yacimiento se encuentra ubicado en un lugar preferente de tránsito entre las campiñas altas de estas cuencas fluviales, sirviendo de vías de acceso en ambos casos los ríos Escalote, tributario del Duero, y el Cañamares, tributario del Henares. Por el Sur y Sureste es limitado por unas serrezuelas cretácicas que sirven de cierre a la estrecha depresión periférica. La limitación más definida es la del Suroeste, donde ásperas sierras paleozoicas separan con claridad esta depresión abierta a la campiña alta del río Henares, con la que se relaciona. Hacia el Oeste la elevada cuerda del Ocejón marca una separación neta con respecto a la cuenca del alto Jarama. Al Este queda la región seguntina, constituida por suaves pliegues con una superficie de erosión conformando mesas calizas, fundamentalmente carniolas, entre valles anchos abiertos en las margas del Keuper. Es posible, por tanto, dentro de estos límites, establecer una subdivisión muy clara entre el áspero y pobre macizo antiguo y los valles mesozoicos periféricos de formas más suaves y con mejores tierras.

Material arqueológico

En este yacimiento se recuperaron, en superficie, más de trescientos restos consistentes en cerámica y sílex, de los cuales fueron publicados los restos más significativos. (Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988: 11 y ss.). El marco cronológico manejado por estos investigadores es amplio y se fundamenta en el análisis morfológico de las diferentes evidencias así como en paralelos con otros yacimientos próximos o no al de Bañuelos.

Industria lítica

La mayor parte del conjunto lítico es interpretado como perteneciente a fases avanzadas de los complejos microlaminares y geométricos del Levante (Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988: 31) así como a momentos ya calcolíticos o del desarrollo dolménico. Por todo ello se manejan amplios márgenes cronológicos y culturales que no acaban de solucionar la verdadera atribución de los restos.

Todo el conjunto fue relacionado con yacimientos diversos y de cronología heterogénea, como los de la cuenca media del río Jiloca, Cueva de la Sarsa y de L'Or, los Husos y contextos dolménicos de San Martín, Peña Guerra II y los del Ebro medio, o yacimientos interiores como el de Verdelpino (Cuenca), Renieblas (Soria), Tierras de Almazán y Campo de Gomara (Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988: 29-42).

Evidentemente se presenta un conjunto poco homogéneo en el que quedan evidencias de una tradición conservadora en el aspecto tipológico. Desde luego no se puede pasar por alto la presencia de algunos elementos claramente atribuibles a momentos de tradición epipaleo-mesolítica como pueden ser los dorsos abatidos sobre laminitas (Fig. 174), la importancia de un utillaje realizado principalmente sobre soportes laminares, o la presencia de algunos microburiles.

Están bien representados los buriles, simples sobre extremo de lámina o diedros. No obstante debe tomarse este conjunto lítico con gran cautela, máxime si se atiende a la presencia de materiales cerámicos de amplia adscripción cronológica.

Con la escasa muestra publicada podemos certificar la ausencia de geométricos, siendo los elementos mejor representados los del tipo LS y en especial los LS4. Este tipo de soportes, como veremos, son los que mejor representan el ambiente tipológico de los contextos neolíticos.

En el apartado de los útiles pulimentados resalta la presencia de dos hachas y una azuela, todas ellas de fibrolita (Fig. 175, nº 4-6) y dentro de morfotipologías de tamaños reducidos.

Cerámica

Para el conjunto alfarero se ofreció una atribución cultural global correspondiente al Calcolítico, con elementos tanto del Calcolítico precampaniforme como del Campaniforme, si bien es cierto que algunos materiales fueron asignados por Valiente Malla y Martínez Sastre (1988) a una etapa reciente del Neolítico.

Las formas lisas presentan paralelos en numerosos yacimientos propios de fases avanzadas del Neolítico II, e incluso iniciales de la primera Edad de los Metales, de la franja Norte de Guadalajara (Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988: 21) concretamente los perfiles globulares cerrados propios de la Forma II, los bordes biselados al interior o moldurados en redondo de dentro hacia fuera, así como las paredes ligeramente sinuosas y los cuellos cortos rectos y con tendencia a cerrarse. Las características del material llevaron a buscar paralelos en la zona soriana (Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988: 22), pero preferentemente en yacimientos del Norte de Guadalajara, como la Cueva Harzal, los abrigos de Peñacorva y Santamera o los panteones colectivos del Alto Jarama.

Las relaciones con una etapa neolítica son realizadas en este yacimiento a través de un magro conjunto de cerámicas decoradas. Sin duda algunos de los recipientes lisos debieron pertenecer también a este momento pero, debido a la presencia de materiales muy heterogéneos, no es posible solucionar una adscripción cronológico-cultural definitiva.

Entre las cerámicas decoradas tan sólo podemos diferenciar un recipiente de la **Forma II**, correspondiente a un fragmento de borde y pared decorados con impresiones en el labio y acanalados (Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988: 14, fig. 4) propios de los esquemas del tipo **BI**. Los restantes fragmentos pertenecen a galbos de pared, uno con restos de un cordón aplicado, de escaso resalte, decorado con impresiones someras e irregulares de punzón como a ambos lados del baquetón (Fig. 175), propio del tipo DIIa, uno de los elementos mejor representados y frecuentes del neolítico del interior. El otro fragmento pertenece a un recipiente esférico con arranque de asa de cinta bajo el que se desarrolla una decoración acanalada.

Para Valiente Malla y Martínez Sastre otro tipo de decoración atribuible al Neolítico serían las pastillas dispuestas bajo el labio de algunos recipientes cerámicos (Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988: 14, fig. 4, nº 19 ; y 16, fig. 5, nº 21). Para ellos estas manifestaciones decorativas quedan encuadradas en un momento sincrónico al de los cordones citados anteriormente, con paralelos en los niveles II y III de Verdelpino, dentro de una fase indeterminada del Neolítico Reciente vinculado a las etapas avanzadas del ambiente andaluz de las cuevas con cerámica decorada.

Es preciso señalar que la polémica suscitada por la correcta filiación de las denominadas *pastillas repujadas* no está ni mucho menos zanjada (Hurtado y Amores, 1982; Municio, 1988), si bien consideramos que pueden hacerse algunas puntualizaciones. La primera hace referencia a la tipología de las mismas. Deben ser consideradas como pastillas repujadas aquellas que fueron realizadas mediante presión desde el interior del recipiente. Similares en la morfología final son las perforaciones anuladas o disimuladas por pequeños apliques de barro y las pastillitas o pequeños botones aplicados al exterior del recipiente. Estas últimas aparecen, en ocasiones, en contextos neolíticos del interior. No obstante, su presencia en contextos antiguos es mínima siendo, siempre escasa pero algo más abundante, en contextos avanzados de la secuencia, en momentos propios del Neolítico II.

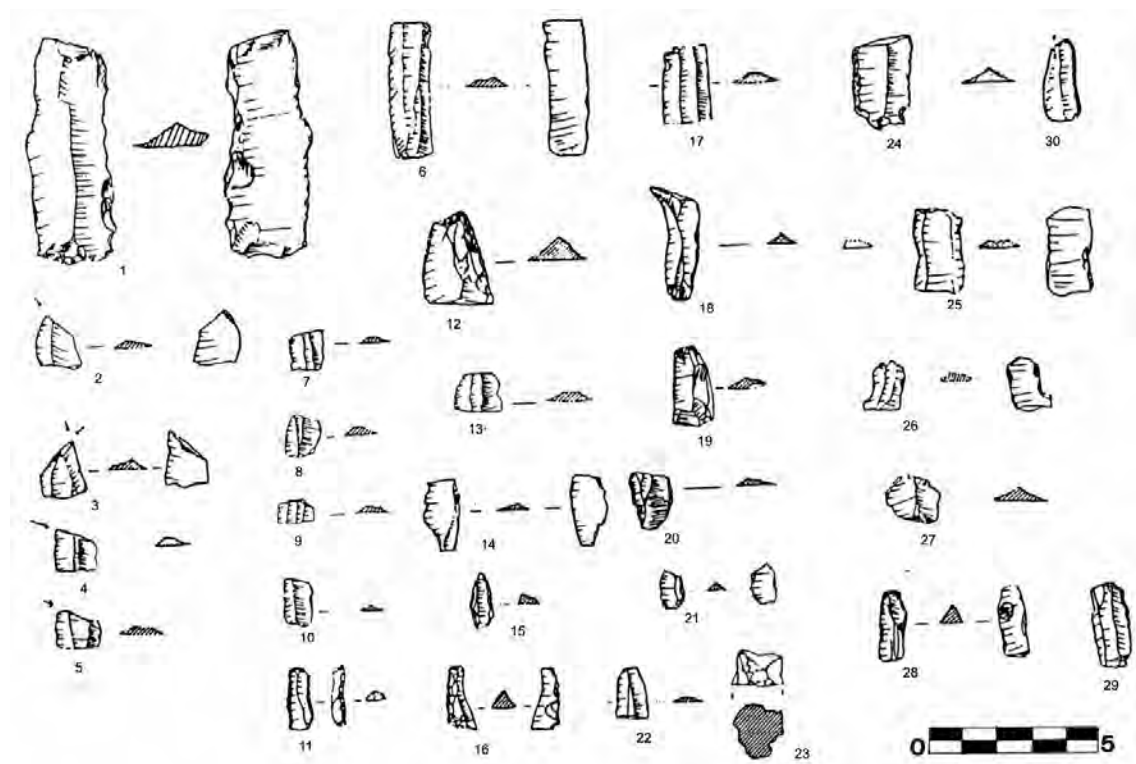


Fig.174.- Industria lítica de La Cueva, según Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988.

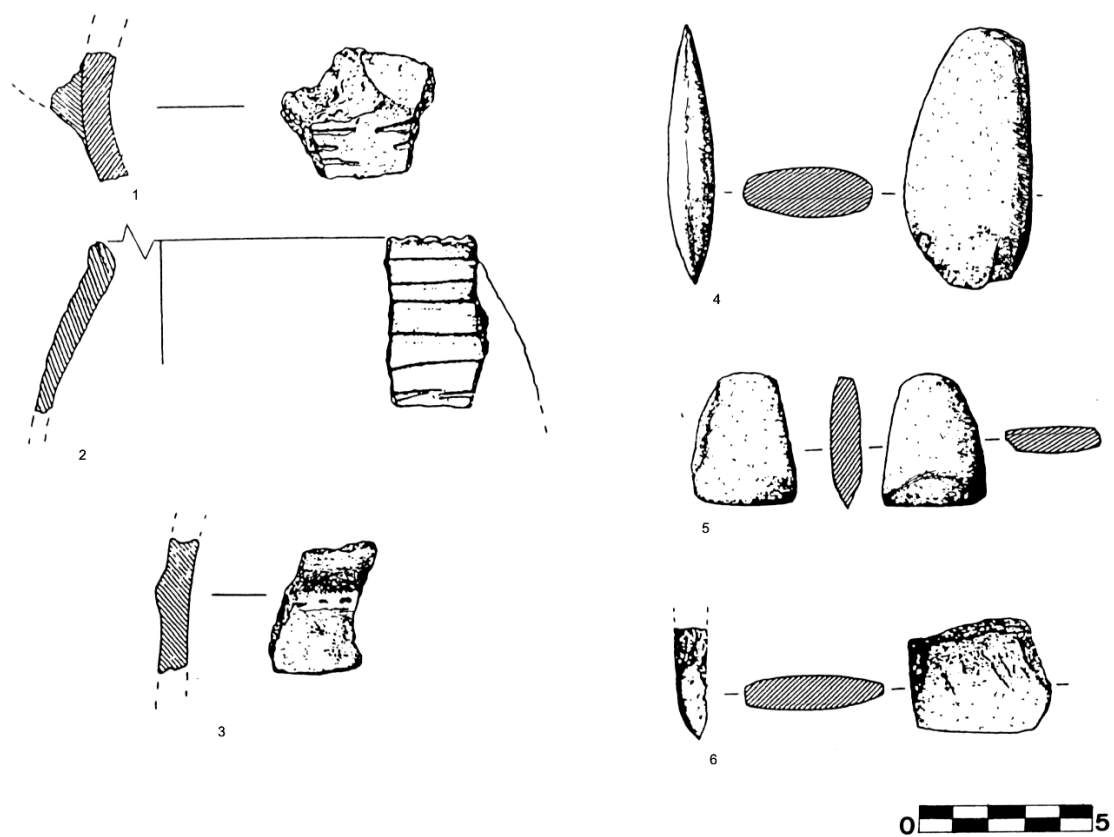


Fig.175.- Cerámica decorada neolítica de La Cueva, según Valiente Malla y Martínez Sastre, 1988.

3.3. CUEVA DE LA HOZ (Santa María del Espino, Guadalajara)

UTM: 557.600 / 4.537.400

Yacimiento en cueva ubicada a una altura de 1219 metros s.n.m. Su emplazamiento corresponde con el desarrollo de las estribaciones meridionales de la Sierra Ministra, en un ámbito calcáreo propio del Trías que da paso al rodano –arenisca roja- y las pudingas. La cueva se abre a media ladera, 35 metros sobre la cuenca del Río Linares.

Se trata de una cavidad de origen paragenético y mantiene aún activo el caudal que surca la galería inferior. Presenta dos pisos superpuestos y presenta un marcado carácter lineal con un desarrollo cercano a los 150 metros.

La Potencialidad agrícola de la zona es baja y cuenta principalmente con zonas de pasto de aprovechamiento ganadero, sin que pueda descartarse la aptitud de la zona para llevar a cabo una incipiente labor agrícola –sobre todo de carácter hortícola-.

Esta cavidad, dada a conocer por Juan Cabré (1934) y posteriormente reconocida y estudiada por A. Beltrán (Beltrán y Barandiarán, 1968) presenta un interesante yacimiento que se asocia a un muy importante conjunto de arte rupestre (Balbín *et alii*, 1995).

Secuencia estratigráfica

El programa de documentación artística llevado a cabo en este yacimiento permitió la realización de varios sondeos en la entrada de la cavidad, alguno de ellos junto a los cortes realizados a fines de los años sesenta por A. Beltrán. Los autores de la breve reseña publicada (Bueno *et alii*, 1995: 76) hablan de datos asociados a esta cueva que les permiten señalar la presencia de un horizonte de cerámicas impresas asociado al Neolítico alcarreño, de los que ofrecen una muy pequeña y poco esclarecedora muestra (Balbín *et alii*, 1995: 51) al tiempo que no muestran ningún dato estratigráfico de relieve. Mucho más llamativa resulta la recuperación, en un ambiente aparentemente descontextualizado de numerosos vestigios de arte mueble realizado sobre placas de pizarra (Balbín *et alii*, 1995)

Más esclarecedor resulta el, también breve, apunte estratigráfico realizado por A. Beltrán sobre las tres catas-sondeo abiertas en el vestíbulo del acceso meridional de la cueva. En él este investigador diferenció los siguientes niveles (Beltrán y Barandiarán, 1968: 4):

Se hallaron niveles de tierras muy sueltas, integradas, fundamentalmente, por gravillas y pequeños cantos pizarrosos aplanados, correspondientes, sin duda, al nivel de terraza fluvial del riachuelo que surge de la cueva. Arqueológicamente es estéril.

Sobre estos niveles sólo en escasos puntos pegados a las paredes se superpone un fino estrato o manto de poco más de 15 o 20 cm. de tierra suelta y oscura, de procedencia en parte orgánica, por descomposición de vegetales, y en parte eólica. Solamente se halló un canto de cuarcita, algunos fragmentos de huesecillos de aspecto reciente y un par de fragmentos cerámicos, hechos a mano, de color oscuro. Con visible desengrasante calizo.

Estos sondeos producen la impresión de que nos hallamos en un nivel no estratificado, superpuesto a un tramo testigo de intensa actividad hidrológica, que ha debido destruir los posibles vestigios de habitación prehistórica.

Durante el año 1995 tuvimos la oportunidad de asistir, invitado por los responsables del Área de Prehistoria de la Universidad de Alcalá, a parte del tratamiento en laboratorio de un enterramiento recuperado en las salas iniciales de esta cueva. Junto a él se recuperaron algunos materiales, fundamentalmente cerámicas con labios vueltos y cordones digitados, siendo estos materiales y la misma distribución de la sepultura, similar a otros enterramientos exhumados en las cuevas segovianas de La Vaquera y Los Enebralejos, encajando mejor dentro de los momentos iniciales de la Edad del Bronce que del pretendido Neolítico señalado por los responsables de la investigación (Bueno *et alii*, 1995)

Este mismo enterramiento ya fue clasificado por nosotros en un trabajo anterior como calcolítico (Jiménez Sanz *et alii*, 1997: 38). Tampoco puede dejar de señalarse que la deposición apareció en un contexto sin estratigrafía definida, dentro de un agregado de materiales de diversa índole y cronología.

Material arqueológico

Industria lítica

Junto a los materiales cerámicos –y sin que se pueda en ningún momento asegurar su asociación cronológica o cultural- aparecen algunos elementos líticos de sustrato (Fig. 176) entre los que cabe destacar un raspador aquillado y una laminilla apuntada de borde abatido.

Cerámica

En la excavación realizada junto a la inhumación antes aludida se localizaron algunos fragmentos cerámicos decorados con cordones e impresiones. Dentro del extremadamente parco conjunto de materiales destaca un fragmento con una orejeta alargada de la que parte un cordón horizontal decorado por medio de impresiones realizadas con una matriz simple de punta roma (Fig. 176). Este elemento podría ser considerado, cuando menos, de raigambre, pero la incertidumbre de la asociación y de la posición primaria del material impide pronunciarse de un modo más contundente.

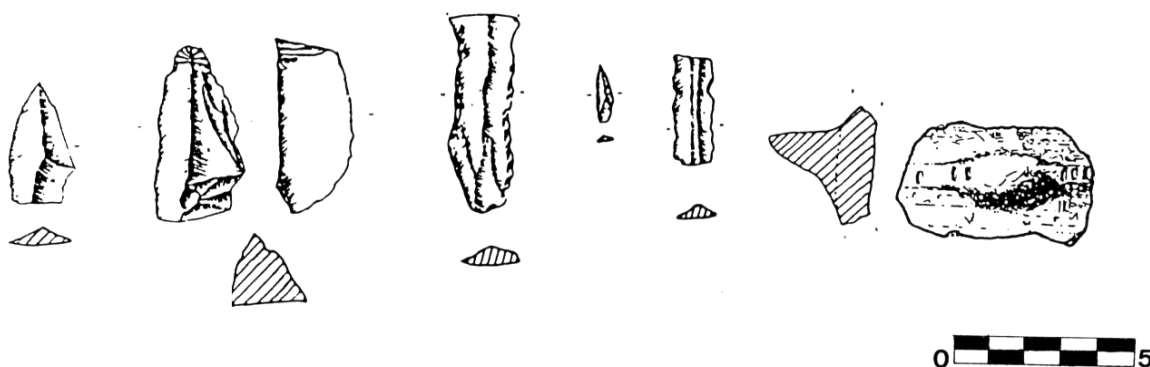


Fig.176.- Material lítico y cerámico descontextualizado procedente del sondeo asociado a la inhumación calcolítica de la Cueva de la Hoz (Santa María del Espino, Guadalajara), (según Bueno et alii, 1995).

3.4. LA PINILLA (Anguita, Guadalajara)

Yacimiento que carece de ubicación precisa, si bien parece que se ubicaba en las inmediaciones de la población de Anguita. Fue localizado por el Marqués de Cerralbo durante sus actuaciones en la necrópolis ibero-romana homónima (Aguilera y Gamboa, 1916, Tomo IV: 72) o, tal vez con más certeza, en un momento sincrónico a la localización del desaparecido monumento megalítico del mismo nombre, incluido en el conjunto megalítico seguntino.

Su emplazamiento, aún cuando no contemos con su ubicación exacta debió corresponderse con el desarrollo en llanura de la cuenca del río Tajuña, en torno a los 1100 m.s.n.m. y en las estribaciones meridionales de la Sierra Ministra, por tanto en el sector de más fácil relación entre ambas submesetas y donde las respectivas cuencas altas de los ríos Tajuña y Jalón ponen en relación las cuencas del Ebro, Duero y Tago.

Para la localización cartográfica aproximativa, no obstante, hemos situado el enclave de la necrópolis ibero-romana, pues somos partidarios de considerar que en sus proximidades debió encontrarse tanto un sepulcro megalítico –o tal vez estructura tumular no megalítica- como un posible hábitat al aire libre Neolítico –¿infrapuesto a este posible sepulcro?–.

Los datos que poseemos y presentamos son, una vez más, parcos debido al propio carácter del registro y las vicisitudes de su localización y conservación. No obstante, dado el carácter del enclave, el hecho de que pueda estar desaparecido, y el interés de algunos de sus materiales, consideramos que resulta interesante indicar su presencia, máxime cuando de sus escasos materiales se colige la existencia de elementos de los dos principales grupos estilísticos detectados en la Meseta. Este hecho, unido a su posición geográfica en un punto de paso, podría ayudarnos a rastrear la verdadera entidad de estos dos grupos así como sus mecanismos de relación.

Material arqueológico

Los materiales presentados pertenecen a un conjunto conservado en el Museo Arqueológico Nacional (Fig. 177-182) correspondiente a las investigaciones realizadas por el Marqués de Cerralbo en la zona de Aguilar de Anguita y sus proximidades. Parte de este material fue estudiado y publicado de forma sucinta (Bueno *et alii*, 1995).

Antes que nada es obligado señalar que hay determinadas cuestiones extrañas que acompañan a este yacimiento. En primer lugar la existencia de un ejemplar de taladro (Fig. 179) idéntico al que apareció en el Nivel II del Abrigo de Verdelpino y que fue interpretado, quizás de forma errónea, por Fernández Miranda y Moure como una punta perigordienne del tipo Font Robert. El hecho de que cuando analizamos el material de Verdelpino, esta pieza no se encontrase entre el conjunto conservado nos hizo pensar en la posibilidad de que la pieza de La Pinilla hubiese sido realmente la de Verdelpino ubicada por error en la caja de Pinilla, por algún investigador que hiciese la revisión de ambos yacimientos. Hasta la fecha ha sido imposible despejar esta incógnita.

Dentro del conjunto existen al menos cinco piezas cerámicas decoradas por medio de impresiones, acanaladuras y cordones así como en algún caso mamelones.

Las formas parecen corresponderse con los tipos VII y posiblemente II o V de nuestra tipología cerámica. Lo exiguo de la muestra y el tamaño de los fragmentos impiden avanzar mucho más allá de la descripción de los esquemas decorativos presentes.

Estas decoraciones están realizadas sobre fragmentos sin evidencia de engobes (Bueno *et alii*, 1995:76) y se caracterizan por la comparecencia de esquemas impresos mediante matriz doble, con paralelos exactos en el yacimiento madrileño de Verona II, y sobre todo esquemas basados en técnicas mixtas en las que se asocian no sólo acanalados e impresiones, sino también ambos con cordones impresos de escaso resalte.

Este conjunto cerámico está acompañado por un conjunto lítico formado por láminas y laminillas retocadas y sin retocar, buriles, segmentos y un grupo, heterogéneo, de ejemplares de puntas de flecha con pedúnculo y aletas que apuntarían hacia un momento más reciente, así como a una mezcla de materiales (Figs. 177-180). También están presentes las hachas de fibrolita de pequeño tamaño del tipo denominado "votivo" y que algunos investigadores consideran utensilios especializados relacionados con el trabajo de la madera o la piel (Bueno, 1991). Dadas las características de las piezas, así como algunas indicaciones escritas a lápiz de grafito sobre algunas de estas piezas, podemos asegurar que les corresponde una procedencia heterogénea. Al menos en una ocasión una de estas hachas presenta manuscrito a lápiz el rótulo 'Hortezuela', lo que nos inclina a pensar que el yacimiento de 'hachas neolíticas' al que se refería la nota manuscrita a la que antes aludimos le correspondiese una ubicación cerca de la localidad de La Hortezuela de Ocen.

Esta aparente heterogeneidad del material lítico, si de veras es tal, podría avalar el hecho de que el material, pese a la inexactitud de las indicaciones del marqués de Cerralbo, formase parte en su totalidad del sepulcro desaparecido de La Pinilla. Este hecho dotaría de sentido a la idea que proponemos acerca de que este monumento en realidad pudiese responder a unos caracteres similares a los conocidos en el vecino valle de Ambrona y que tal vez fuese excavado por el Marqués creyendo que pudiese tratarse de un túmulo funerario de cronología más reciente. No obstante, no es esta más que una hipótesis sin mayor fundamento que la intuición.

En esta hipótesis abundan los investigadores de la Universidad de Alcalá de Henares (Bueno *et alii*, 1995:76) para quienes las características de los materiales les hace suponer que pertenecían en su mayor parte -fundamentalmente la industria lítica- al sepulcro megalítico.

A favor de esta hipótesis también estaría la anotación con la que Cabré acompañó a la mención de este sepulcro. De él señaló que se trataba de un dolmen de "cúpula" con corredor (Cabré, 1922). Tal vez esta indicación de la cúpula no fuese del todo inocente y señalase con acierto la abundancia de cascajos arruinados o bien la construcción mediante hiladas superpuestas de piedra de la estructura cameral, todo ello con paralelos próximos en el enclave soriano de La Peña de La Abuela.

Cabe señalar que la anotación que acompaña a los materiales depositados en el Museo Arqueológico Nacional señala: "*Pinilla y todo lo suelto de hachas neolíticas*", de lo que se infiere la

posibilidad de que el marqués de Cerralbo agrupase en una misma bolsa materiales procedentes de diversos yacimientos dentro del mismo paraje de la Pinilla (Bueno *et alii*, 1995: 76) aunque como acabamos de ver, al menos son dos las localidades citadas y distantes entre sí no menos de diez kilómetros. Este hecho debe interpretarse en el sentido de que el material fuese recuperado en el curso de una misma excursión o que hubiese sido agrupado posteriormente con materiales procedentes de diversos enclaves.

Un elemento que nos lleva a suponer que existiese cierta relación, si no espacial, sí al menos a nivel de sincronía de la recolección del material y la excavación de la sepultura megalítica, es la presencia entre estos materiales de al menos una cuenta de variscita, del tipo de tonel, de las más características de los conjuntos megalíticos avanzados (Fig. 182, nº 7).



Fig.177.- Conjunto de láminas y laminillas simple. Depósito del M.A.N.

Fig.178.- Conjunto de puntas de flecha. Depósito del M.A.N.



Fig.179.- Perforador-taladro de sílex. Depósito del M.A.N.

Fig.180.- Hacha pulimentada, probablemente procedente de Hortigüela. Depósito del M.A.N.

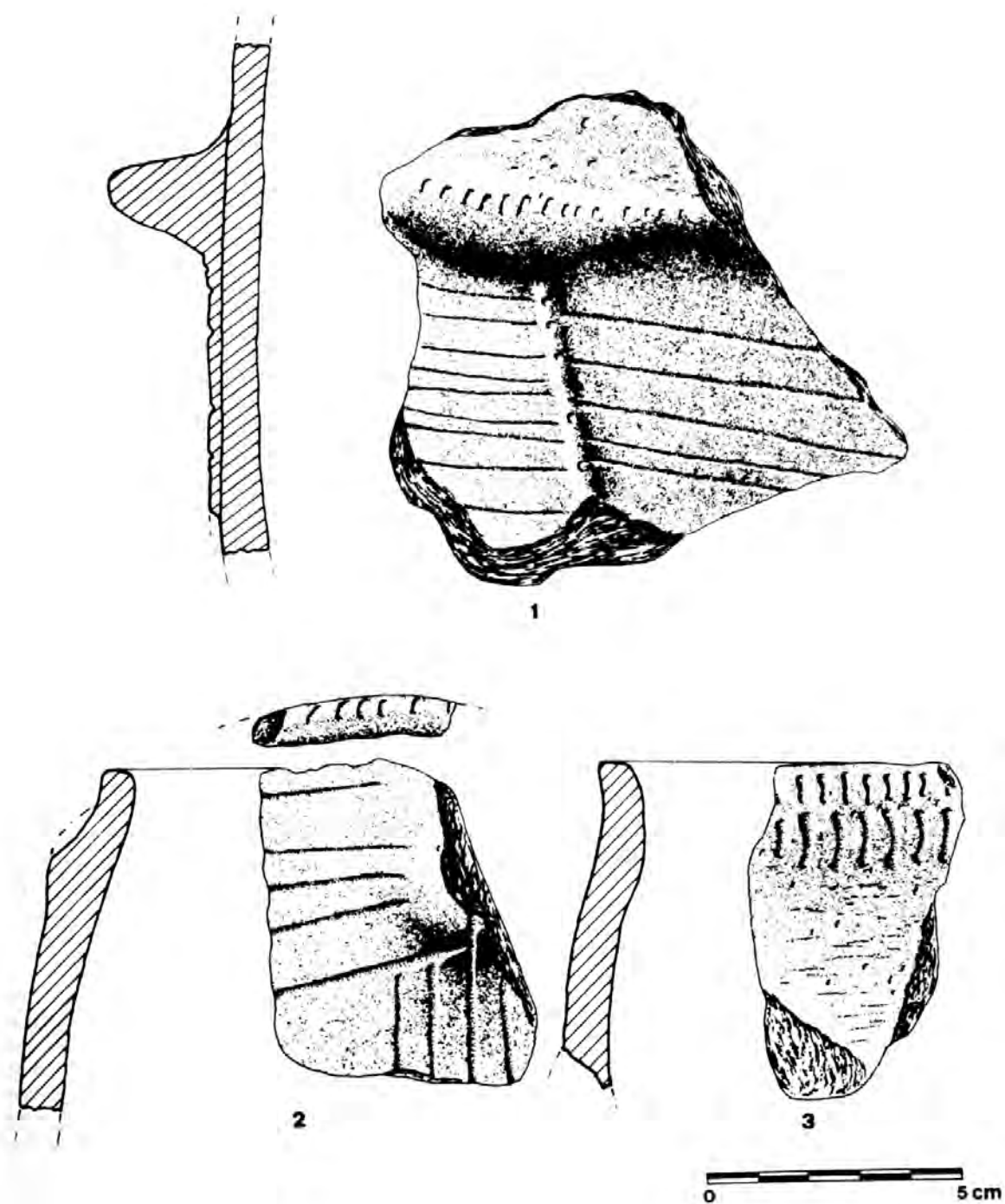


Fig.181.- Material cerámico decorado procedente de La Pinilla (Anguita, Guadalajara) (según Bueno et alii, 1995).



Fig. 182.- Cerámicas decoradas (1-6) con cordones, acanalados e impresiones. La pieza nº 6 presenta decoración pseudo-cardial realizada con una matriz doble. 7.- Cuenta de variscita. Depósito del M.A.N.

3.5. LA TALAYUELA (Tórtola de Henares,Guadalajara)

UTM: 486.500 / 4.505.300

Yacimiento multiocupacional al aire libre ubicado a una altura absoluta de 703 metros s.n.m., en la ladera de una loma emplazada en la llanura formada por las terrazas media y alta del río Henares, sobre cuyo cauce se eleva 63 metros, así como 20 metros sobre el inmediato Arroyo de la Vega. El enclave se encuentra instalado sobre terrenos Terciarios del Mioceno, con amplio dominio de los aluviones cuaternarios del Río Henares La potencialidad agrícola es alta y cuenta tanto con zonas de vega, en este caso con un aprovechamiento inmediato, como de pasto y forrajeo especialmente indicado para ganado ovino. Es interesante resaltar que el Arroyo de la Vega es, en la actualidad, un curso fluvial de régimen estacional con largos periodos de estiaje.

Existen evidencias de restos de estructuras excavadas en el suelo del tipo denominado, de forma genérica, "fondos de cabaña" (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 372). Los autores citan la existencia de una "extensa mancha negruzca de aspecto circular ubicada hacia la mitad de la ladera" (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 372). En lo referente a la ubicación del yacimiento es interesante resaltar que presenta un marcado buzamiento de orientación Oeste-Este, con un cortado vertical que inutiliza el acceso por la zona Oeste.

Los principales materiales presentados pertenecen a restos de industria lítica, con algunos fragmentos cerámicos de los cuales se extraen unas conclusiones conducentes a una adscripción dentro de los compases de la plena neolitización (Neolítico II) (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 372).

Este yacimiento fue dado a conocer por la Dra. Martínez Navarrete (1985), quien lo situó en el Calcolítico existiendo en la colección recuperada algunos materiales campaniformes de tipo Ciempozuelos. Una posterior prospección a cargo de los miembros de la Universidad de Alcalá de

Henares (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 371; Jiménez Sanz *et alii*, 1997) permitió conocer con mayor amplitud la realidad arqueológica de este yacimiento y del resto de lomas y terrazas del Término de Tórtola de Henares. La problemática de esta primera publicación radica en que debido a la aparente escasez de restos descubiertos durante la campaña de prospecciones (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 372) se procedió al estudio de la Colección particular del párroco de Atienza, el Señor D. Agustín González, con todo lo que de problemático conlleva este tipo de estudios debido a lo seleccionado y disperso de la muestra, amén de la posible mezcla de materiales procedentes de diversos yacimientos.

Material arqueológico

Industria lítica

El conjunto de materiales líticos estudiados presenta una marcada morfología laminar con tipometrías que parecen combinar la heteroclita presencia de elementos microlíticos con otros de carácter macrolítico (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 373).

Las materias primas empleadas son el sílex (92%) y la cuarcita (8%). El estudio cuantitativo de los tipos y porcentajes de retoques atendiendo a la dirección y extensión de los mismos y a sus características formales, se realizó tomando como modelo la lista tipo de Fortea. A ella se añadieron, según los autores, algunos elementos - lascas, láminas y laminillas retocadas, "puntas" de doble dorso sobre laminillas, puntas de flecha, machacadores y núcleos (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 375)- con la intención de crear una tabla de tipos operativa para el estudio del Neolítico y Calcolítico del Interior. No obstante, este ensayo de clasificación, enmascara la comparecencia real de varios momentos cronológicos y culturales.

Atendiendo a la totalidad de la muestra, si bien dejando de lado el conjunto de las puntas de flecha, se obtiene la siguiente secuencia estructural, **MD, P, LBA, FR, R, B-Iba, G**. Comparando ésta con el estudio que ofrecemos en el Capítulo VIII, podemos concluir que nos encontramos ante una industria nítidamente neolítica con evidencias tímidas de un substrato epipaleo-mesolítico y clara mezcla de materiales de cronología y adscripción cultural diversas.

Lo heterogéneo de la muestra, las condiciones mismas de su recuperación, así como la presencia de elementos tipológicamente evolucionados, tales como las puntas de flecha y los retoques invasores, nos permiten señalar la existencia de un horizonte de ocupación cronológicamente algo más avanzado y seguramente propio de las fases avanzadas del Neolítico II.

La primera impresión que obtenemos de este conjunto es la existencia de un claro predominio del conjunto de muescas y denticulados (Figs. 184 y 185) que alcanzan el 37'25 %, siendo las muescas muy variadas, desde las simples o clactonienses hasta las retocadas, advirtiéndose diversas combinaciones.

Le siguen el conjunto de lascas y láminas con retoque continuo con un 16'90 %, así como las laminillas retocadas, con un 7'84 %. En cuanto a los retoques destacan los planos simples y semiabruptos, en la mayor parte de las ocasiones efectuados con un carácter marginal (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 375-lám.II,num. 1-19).

El resto de las piezas se distribuye de manera heterogénea, destacando no obstante el grupo de los perforadores –más bien taladros, (Fig. 184)- que suelen presentar retoque abrupto combinado con otro de tipo plano o simple, siempre con carácter invasor.

Los raspadores tienen una representación del 9'80 %, presentando retoques variados y tipologías también diversas, como los raspadores sobre lasca con retoque simple alternante, los circulares con amplio retoque simple y al menos un raspador en hocico que, no obstante, se acomodaría bien dentro del grupo de las fracturas retocadas.

Cabe destacar la escasa representatividad del grupo de los microlitos geométricos (Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 376), entre los que aparece tan sólo un trapecio con la base pequeña retocada (G8) mediante retoques abruptos directos (Fig. 185) y que fue clasificado inicialmente como un segmento (Jiménez Sanz *et alii*, 1988) y dos laminillas apuntadas de doble dorso abatido que encajan bien con los elementos de tradición Epipaleo-mesolítico de carácter aziloide a los que ya nos hemos referido en alguna otra ocasión.

Respecto a la pieza que se presentó en la publicación inicial como un perforador atípico (Jiménez Sanz *et alii*, 1988:376) debemos señalar que corresponde sin problemas al conjunto de laminillas con doble dorso abatido (Fig. 185), típicas del epipaleolítico levantino.

Los buriles no son muy numerosos destacando los simples laterales sobre los diedros. En lo referente a los perforadores y taladros existen algunos ejemplares sobre lámina retocada que en realidad podrían corresponder a elementos de enmangue de la misma lámina.

En lo que concierne al retoque existe un predominio del simple (42%) (Jiménez Sanz *et alii*, 1988:376) si bien lo cierto es que la dificultad intrínseca de la diferenciación entre los retoques abruptos y semiabruptos en una muestra de estas características permite presentar un ligero predominio de ambas técnicas (50%), siendo el plano de tan sólo un 8%, quedando en su gran mayoría circunscrito al grupo de las puntas de flecha. Respecto a la dirección destaca el retoque directo, con un 57%, estando el alterno representado en un 12 % de los casos (Jiménez Sanz *et alii*, 1988:377). Existe un predominio absoluto del retoque marginal, con un 90 % de los casos analizados, que contrasta ampliamente con el escaso 10 % de retoques invasores y cubrientes (Jiménez Sanz *et alii*, 1988:377).

Hay en la muestra evidencias de arcaísmo. No obstante, la valoración que se hizo de este hecho señalaba que no era posible su inclusión en momentos cronológicamente antiguos. Estos investigadores consideraban como arcaizantes únicamente los microlitos con retoques abruptos (Jiménez Sanz *et alii*, 1988:378); nosotros creemos necesario implicar en este arcaísmo a un número mayor de piezas atendiendo a lo que hoy conocemos de la secuencia estructural del neolítico.

La cronología que se ofreció para el conjunto arqueológico era calcolítica, quizá en contacto ya con el mundo Campaniforme por la presencia de algunos tipos como las puntas de flecha (Jiménez Sanz *et alii*, 1988:378). No obstante los autores perfilaron un posible *entronque con el Neolítico Final del interior de la Meseta* (Jiménez Sanz *et alii*, 1988:378) y que tras nuestra revisión del material arqueológico permitió retrasar su cronología, en una publicación más reciente, hasta el Neolítico en virtud de algunas de las cerámicas asociadas (Jiménez Sanz *et alii*, 1997:39).

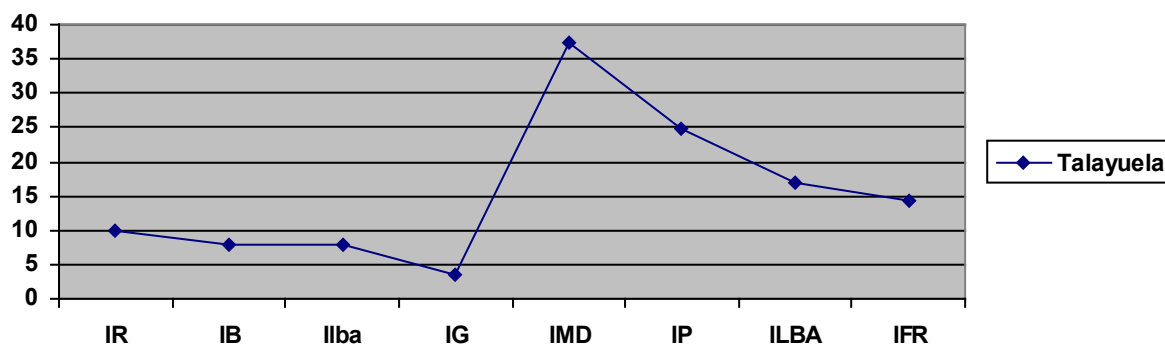


Fig. 183.- Índices tipológicos representados.

Cerámica

El material publicado (Martínez Navarrete, 1985: 2030 y ss; Jiménez Sanz *et alii*, 1988: 371 y ss.) señala una muy parca representación de la cerámica entre la que menudean cuencos, ollas globulares, perfiles en S y platos, así como algunos ejemplares decorados con motivos campaniformes incisos. Por otra parte, podría incluirse en el Neolítico el fragmento cerámico decorado por medio de un cordón de escaso relieve a su vez impreso (Fig. 185).

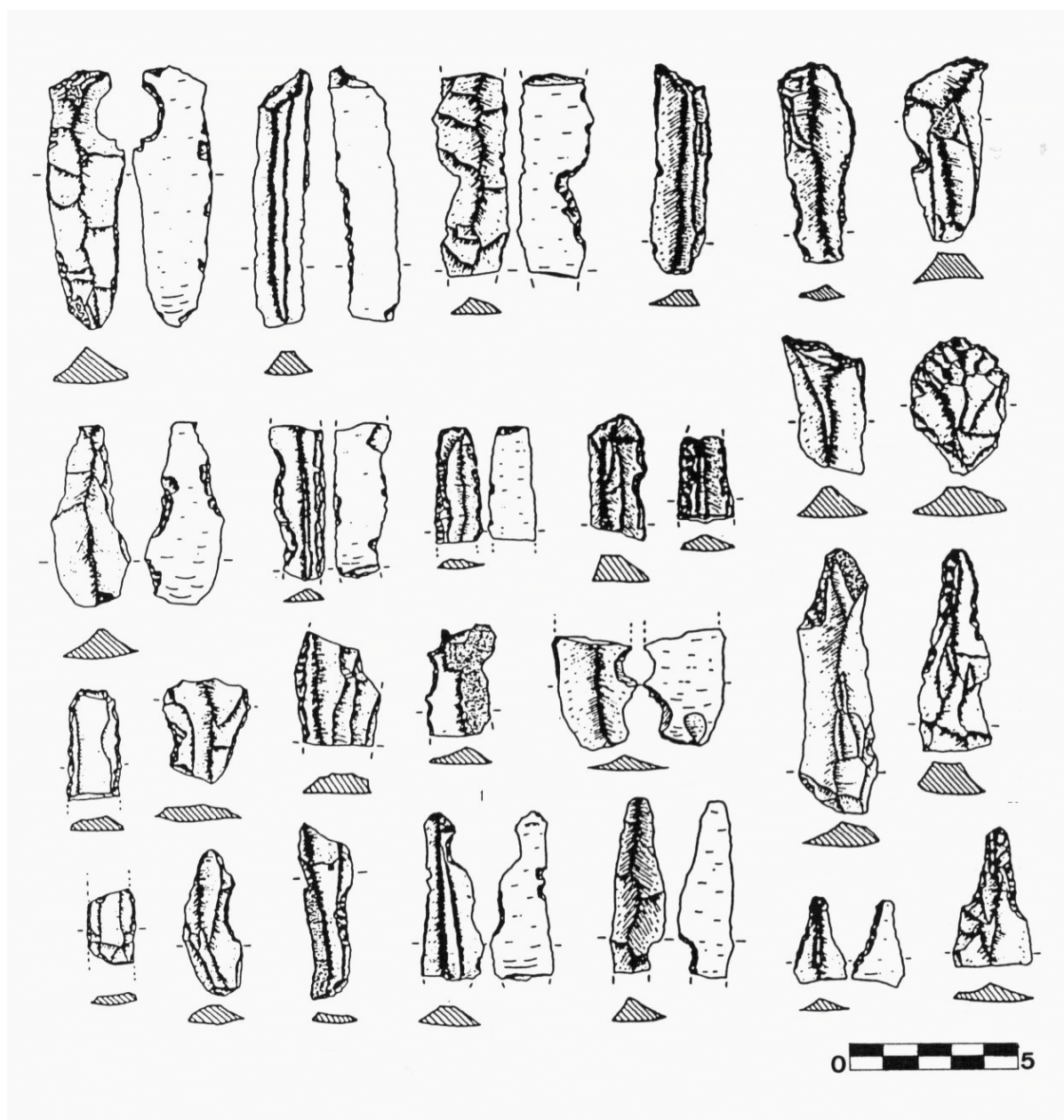


Fig. 184.- *Industria lítica de La Talayuela, según Jiménez Sanz et alii, 1988.*

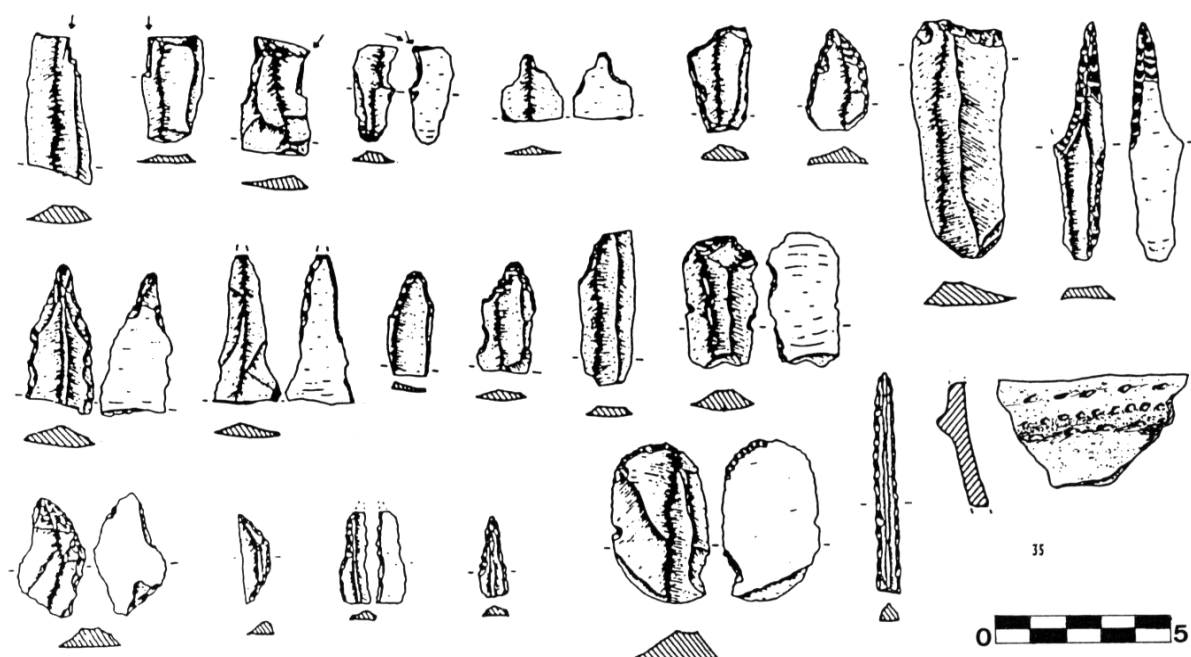


Fig.185.- Industria lítica y cerámica de La Talayuela, según Jiménez Sanz et alii, 1988.

3.6. ARENERO DE ARGANDA (Arganda del Rey, Madrid)

UTM: 456.500 / 4.461.700

Yacimiento al aire libre ubicado sobre las terrazas altas de la confluencia de las cuencas de los ríos Jarama y Manzanares a una altura de 514 metros s.n.m. El yacimiento se encuentra ubicado en llano, 22 metros sobre la cuenca del Río Jarama y 30 metros sobre el Manzanares.

La Potencialidad agrícola es muy alta ya que se encuentra situado en una zona de interfluvio con una amplia vega muy apta para el cultivo de cereales, si bien no debe menospreciarse tampoco la aptitud de estas tierras para el desarrollo de una fértil horticultura.

Material arqueológico

Se trata de un conjunto de materiales cerámicos descontextualizados que fueron recogidos durante las excavaciones realizadas en el mismo arenero en 1976 bajo la dirección de M. Santonja. Los materiales le fueron entregados a éste por un empleado de la Empresa Áridos S.A., (Mercader *et alii*, 1989: 256), sin que se conozca nada más de su ubicación, relación con estructuras o restos próximos, quedando tan sólo consignada su procedencia de los mencionados *niveles superiores* de las terrazas de confluencia de los ríos Manzanares y Jarama. Según los autores encargados del estudio del yacimiento, la gravera de procedencia podría ser la del conjunto de explotación de La Esperilla (Mercader *et alii*, 1989, Fig. 1)

Este conjunto se encuentra formado por cerámicas lisas –cerca de una veintena- y decoradas –tres ejemplares-, así como dos manos de molino pulimentadas realizadas sobre granito. Todas las cerámicas están realizadas a mano, oscilando los grosores medios de las paredes entre 6 y 8 mm., con desgrasantes de cuarzo, mica y caliza, de tamaños finos, medios y gruesos. Se documentan cocciones reductoras y alternantes, y estructuras de pasta compacta, hojaldrada y disgregada. El color de las superficies es mayoritariamente siena, salvo en una ocasión en la que las paredes internas poseen una coloración negruzca. En cuanto a los tratamientos superficiales, destacan los alisados internos y externos. Una de las piezas representadas (Fig.186), muestra signos de haber sido alisada con un entramado vegetal, dejando ésta operación signos de surcos con direcciones variables (Mercader *et alii*, 1989: 256)

Entre tan magro, pero representativo, repertorio material se advierte la presencia de un fragmento de borde correspondiente a un vaso de cuello cilíndrico o “botella” de nuestra forma VII (Fig.186, nº1) La parte externa del borde de este recipiente aparece decorado mediante dos líneas de impresiones subcirculares de matriz simple realizadas con un objeto romo (Fig.186) El diámetro de boca, que en este tipo de recipientes nunca corresponde al diámetro máximo del recipiente es de 120 mm. Por el perfil conservado de la pieza suponemos que el diámetro máximo se localizaría en el sector medio de la pieza, siendo este diámetro, por la reconstrucción que permite la pieza de entre 250 y 300 mm.

Otro de los fragmentos corresponde al borde de un vaso de perfil simple invasado de la **Forma V** (Fig.186, nº3) que presenta decoración mixta consistente en la combinación de cordones lisos, de desarrollo vertical, e impresos de desarrollo horizontal. Las impresiones de estos últimos –al menos dos conservados- consiste en suaves impresiones digitales con evidencias de ungulaciones en su interior. La pieza presenta un asa de cinta reforzada en sus extremos por sendos cordones lisos verticales que alcanzan el labio del recipiente elevándose ligeramente sobre él a modo de nervaduras que forman dos pequeños resaltes en el labio. En este caso, como en tantos otros documentados, el asa es el verdadero distribuidor de las decoraciones. El diámetro del recipiente en su boca es de 340 mm., y el diámetro máximo, situado en el sector mesial del recipiente es de 440 mm.

Una combinación similar a ésta –impresiones digitales sobre cordón de escaso resalte- aparece sobre un fragmento de pared (Fig.186, nº4) correspondiente a un recipiente de grandes dimensiones, posiblemente de la forma V.

Especialmente significativo resulta el fragmento que corresponde a la pared de un gran vaso de almacenamiento, liso, con asas dobles de las que existen amplias referencias en contextos neolíticos como la Cueva del Aire, o los Vascos, dentro de la Meseta, u otros yacimientos andaluces (Navarrete, 1976; Navarrete *et alii*, 1987-1988: 15) y cuyo diámetro máximo se localizaría en la zona media y tendría alrededor de 320 mm.

Sobre este recipiente cabe señalar dos cuestiones. En primer lugar se trata del cuerpo de un recipiente de la forma VII, quizás de un cuello de botella del recipiente descrito antes (Fig. 186, nº1). En segundo lugar la reconstrucción del fondo de esta pieza permite la suposición de un cierre cónico dada la inflexión de sus paredes. Estos dos hechos nos llevarían a una disquisición sobre los paralelos e incluso sobre la necesidad de arbitrar una solución en lo referente a la temática formal de los fondos cónicos y que, hipotéticamente, también podría asociarse a recipientes de la forma VII y no sólo a los de la forma V, con lo que implica de cara a la distinción cronológica y tipológica que se le ha pretendido a este tipo de fondos y que estaría, por tanto, más en relación con cuestiones funcionales.

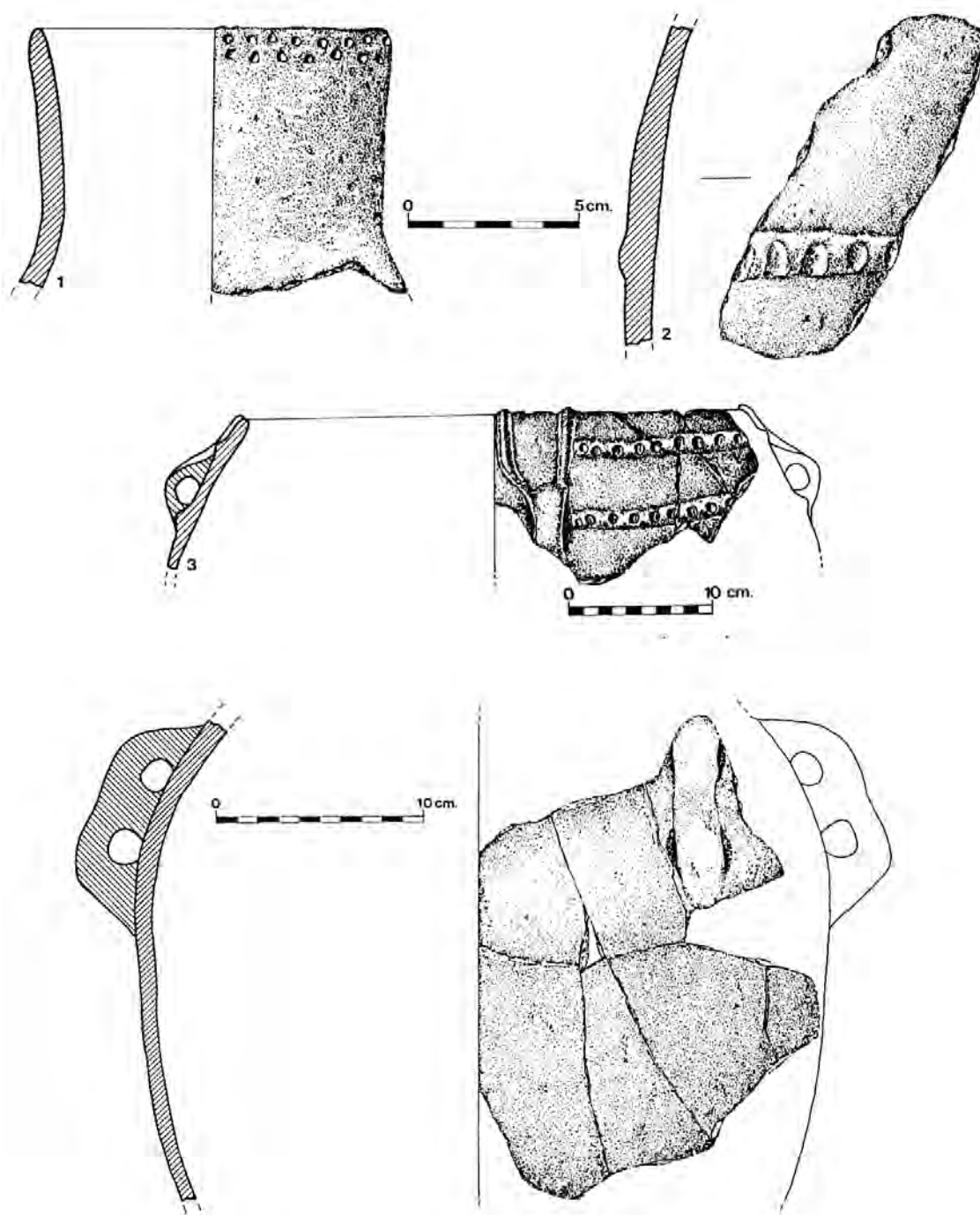


Fig.186.- Material cerámico del Arenero de Áridos, según Mercader et alii, 1989.

3.7. CUEVA DEL AIRE (Patones, Madrid)

UTM: 458.800 / 4.524.100

Yacimiento en cueva ubicado a una altura de 846 metros s.n.m. Su emplazamiento se corresponde con el desarrollo de los farallones calizos terciarios del piedemonte marginal del extremo nororiental de la Comunidad de Madrid. El yacimiento se enclava directamente sobre el Arroyo de las Cuevas y a 176 metros sobre la cuenca del Río Jarama y su fértil vega.

Si bien la potencialidad agrícola es, en el espacio inmediato, baja y cuenta principalmente con zonas aprovechamiento cinegético, no puede obviarse la inmediatez de las vegas del Jarama, de alto potencial agrícola y de las que le separa una distancia inferior a un kilómetro.

Se trata de una cavidad de 220 metros de desarrollo lineal formados por una galería principal configurada por una gran diaclasa abierta en dirección Noroeste-Sureste hasta la que llegan y desde la que parten varias galerías estrechas formadas bajo un régimen paragenético de circulación de agua forzado (Fig. 208). Desde esta gran sala parten varios laminadores producidos por el ensanchamiento de un plano de estratificación que ha resultado más débil al ataque de las aguas. El relleno detrítico es, en la actualidad, potente en toda la cueva con excepción de las entradas, donde se ha detectado una menor potencia estratigráfica. El acceso a la cavidad puede realizarse desde el cortado vertical a través de tres conductos de acceso que desembocan en la gran galería. Estos accesos se encuentran a unos 5 metros del suelo de la garganta formada por el Arroyo de las Cuevas en su búsqueda de desagüe en el curso del río Jarama. Hay evidencias de un potente derrumbe en el extremo occidental de la cavidad que pudo haber condenado un acceso primitivo o parte de la cavidad. No obstante, los restos materiales localizados en los accesos superiores, la existencia de un abrigo perfectamente habitable por un grupo humano reducido, y la existencia de notables evidencias de desgaste en las rocas de acceso nos inclinan a suponer que el hábitat primitivo y el acceso a la cavidad se realizó, desde antiguo, por estos accesos verticales.

La cavidad, conocida de antiguo, fue objeto de una primera intervención en 1975 por parte de la Inspección Técnica de Excavaciones Arqueológicas del Ministerio de Cultura bajo la dirección de la Dra. M^a.D. Fernández Posse (1980). Con posterioridad y dentro del Proyecto de Investigación 'Poblamiento Neolítico y Megalitismo en la Comunidad de Madrid' se realizaron varios sondeos, tanto en el interior como en el exterior de la cavidad encaminados a valorar el estado de conservación del yacimiento ante la expectativa de su excavación.

Con motivo de la primera intervención J.V. Navarro realizó un estudio geológico cuyas principales conclusiones indican que en un momento antiguo, anterior a la deposición de los restos arqueológicos, algunas de las galerías de la cavidad quedaron total o parcialmente colmatadas siendo reexcavadas con posterioridad debido a una reactivación hídrica. Tras esta segunda etapa, y en un momento ya Holoceno, la cueva fue ocupada por el hombre. Hubo etapas en las que el agua penetró en la cavidad depositando nuevos sedimentos, arrasando el yacimiento y dispersando el material arqueológico que, desde las zonas más amplias, pasó a acumularse en los laminadores. Estas inundaciones debieron ser periódicas y provocadas por subidas del nivel freático. Todo ello parece indicar la práctica imposibilidad de localizar estratigrafías intactas en el interior de la cavidad, algo que ha sido confirmado por nuestras intervenciones.

Intervención arqueológica de 1975

Con motivo de la realización de nuestra Tesis de Licenciatura, la Dra. Fernández Posee nos cedió, con enorme generosidad, cuantos datos tenía en su poder respecto a la intervención llevada a cabo. Estos datos, junto a las minuciosas indicaciones de esta investigadora nos permitieron comprender el registro material de la cavidad y dirigir el planteamiento de nuestra posterior intervención arqueológica.

Se realizaron siete cortes (Fig. 187) que ofrecieron unos resultados prácticamente nulos a nivel estratigráfico. El material arqueológico se acumulaba en los primeros 40 cm del relleno, apareciendo mezclado con fragmentos de corcho y madera modernos. Bajo esta primera capa revuelta existía un nivel de arcilla rojiza prácticamente estéril que se cerraba a unos 80 centímetros de profundidad con grandes bloques clásticos (Fernández-Posse, 1980: 41-42) que se dieron como la base del yacimiento. La recogida de materiales y la propia intervención fueron realizados, según consta en los inventarios de la Dra. Fernández-Posse del siguiente modo:

CORTE SUPERFICIE.- En el laminador en donde se abre la Cata 1, pero lejos del borde (al otro lado) El inventario de material selecto arroja un total de 31 piezas cerámicas y 6 elementos líticos : 2 hachuelas y 4 láminas de sílex.

CORTE 1.- Cata 1, en el laminador 1. Se abre el laminador hacia el Sureste. Entre bloques y adentrándose hacia la zona donde, por el otro lado, recogieron el material de superficie. El inventario de material selecto indica que se excavaron 3 niveles que depararon, respectivamente, 18, 15 y 9 fragmentos cerámicos y un gran fragmento de adobe. En superficie, en el laminador 1 se recogieron 47 fragmentos de cerámica.

CORTE 2.- Cata 2. El material es de la cata 2 en su superficie propia, es decir, sin tener en cuenta el laminador 2. Es desde 0.50 cm hacia abajo, hasta donde se abre la dolina. El inventario señala que no pudo diferenciarse nivel alguno y se recuperaron 69 fragmentos de cerámica y 1 adobe.

CORTE 3.- Cata 3. Junto a la pared Este de la diaclasa. Con laminador pero mucho más bajas. Tierra más dura y medio metro de profundidad. Poco material. Se recuperaron 34 fragmentos cerámicos.

CORTE 4.- Cata 4. En la pared (W) casi enfrente de la cata 3. El material está más bien en superficie y contra o cerca de la pared de la diaclasa. El inventario señala que se recuperaron 43 fragmentos cerámicos.

TESTIGO ENTRE CORTE 1 Y 2.- En el testigo entre 1 y 2, bajo el laminador. El material es recogido casi en superficie. Se recuperaron 12 fragmentos de cerámica.

ENTRADA.- Superficie. El material recuperado procede de una gatera que sale a la derecha de la gatera grande de entrada. Todo el material es de superficie. Se recuperaron 8 fragmentos cerámicos.

CORTE ENTRE 2 Y 4.- Nivel Pasillo. Es el material entre la superficie y los -30 cm en el pasillo que queda entre la Cata 2 y la 4. sale bastante material. Se recuperaron un total de 76 fragmentos de cerámica.

CORTE LAMINADOR.- Nivel Alto y Bajo. En el laminador. Los materiales proceden de sus casi 5 metros y también hay un lote de huesos humanos revueltos, como quemados y dispersos. La cerámica siglada como superficie pertenece en realidad a este mismo lugar, pues los espeleólogos cavaron a bastante profundidad. El inventario indica un total de 45 cerámicas recuperadas.

SIN CORTE NI NIVEL.- De la superficie general se recuperaron 39 fragmentos de cerámica, de la del laminador 14 fragmentos.

Material arqueológico

Los materiales arqueológicos recuperados en esta intervención se encuentran dispersos en la actualidad. Para su revisión hemos encontrado notables problemas derivados bien de esta ubicación desorganizada de las piezas, bien de la pérdida de un notable lote de materiales.

En las dependencias del ICRBC del Ministerio de Cultura se conservan varias cajas que contienen el grueso del material correspondiente a la Edad del Bronce así como un reducido lote de materiales neolíticos. En el Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid se conservan otro reducido conjunto de materiales que en su práctica totalidad corresponden a una adscripción Neolítica. Por su parte entre los fondos de la Escuela Taller de Arqueología del Ayuntamiento de Alcalá de Henares figura una caja con materiales arqueológicos procedentes de esta cavidad. Por los datos que hemos podido recoger la dispersión de los materiales partió de la preparación de la publicación *130 años de arqueología madrileña*.

En el Museo Arqueológico Regional se conservan tan sólo veintiséis fragmentos cerámicos de los que dieciséis presentan características morfo-tipológicas propias del Neolítico. Por su parte en la Escuela Taller de Arqueología de Alcalá de Henares se conservan todas aquellas piezas que fueron seleccionadas por Antona del Val para la mencionada exposición. Del material conservado en el ICRBC tan sólo ocho piezas pueden adscribirse al Neolítico, hecho que corrobora la información aportada por la Dra. Fernández Posse acerca de la entrega del material a V. Antona del Val para su depósito en los Almacenes de la Comunidad de Madrid sitos en Alcalá de Henares.

En total, en esta intervención, se recuperaron 453 restos arqueológicos, de los que seis corresponden a elementos líticos, uno a adobe y los 446 restantes a restos de recipientes cerámicos. De ellos, 173 corresponden a fragmentos sin evidencias de decoración y 273 a elementos con restos de decoración.

El grueso del material arqueológico fue adscrito a dos momentos culturales, el primero al Neolítico y el segundo a un momento poco preciso del Bronce Antiguo y Medio con claros paralelos en otros yacimientos meseteños como Los Enebralejos, La Vaquera, Arevalillo, etc. (Fernández Posse, 1980: 52) Gracias al tipismo de estas cerámicas y a su monotonía formal y decorativa –exclusivamente asociada a temas de cordones digito-ungulados y similares decoraciones en labios y bordes, todo ello sobre grandes recipientes cerámicos- así como a la presencia notable de recipientes carenados, no existen demasiados problemas de diferenciación de los dos grupos. No obstante es posible que alguna cerámica escape, a favor o en contra de una adscripción neolítica, de nuestra sistematización. Esto, no obstante, no contradice los resultados finales de nuestro estudio.

Al no proceder de una estratificación precisa resulta complejo proceder a la clasificación cultural de los materiales. Esta, por tanto, sólo es posible recurriendo a criterios morfo-tipológicos.

Atendiendo a estos criterios un total de 74 fragmentos pueden ser considerados neolíticos. Su reparto espacial, según los inventarios de la excavación es la mostrada en la tabla 76.

UBICACIÓN	CASOS
SUPERFICIE	20
CORTE 1	5
LAMINADOR 1	22
CORTE 2	4
CORTE 3	0
CORTE 4	3
CORTE 1-2 SUPERFICIE	3
ENTRADA SUPERFICIE	4
LAMINADOR 2 SUPERFICIE	7
PASILLO CORTES 2 Y 4 SUPERFICIE	6

Tabla 76.- Distribución de material por unidad de superficie (intervención de 1975)

Industria lítica

Resulta extremadamente pobre el conjunto de elementos líticos recuperados. Sin duda esta pobreza de material responde más a criterios postdeposicionales y de metodología de intervención que a la realidad representada por el yacimiento. Tan sólo se recogieron 2 azuelas pulimentadas – sin que tengamos noticia del material en el que estaban realizadas- y cuatro láminas de sílex, tres de color blanco y uno negro- sin retocar o con retoques laterales muy marginales en uno de los ejemplares (Fig.188)

Cerámica

Del conjunto material de indudable adscripción neolítica ha podido realizarse un estudio sobre manufacturas gracias a los inventarios de excavación y laboratorio y a la minuciosa revisión del material disponible (Fig. 189-191)

Los tamaños de los recipientes que se han podido reconstruir se encuentran dominados por los de mediano tamaño (37 casos; 50%) seguidos por los recipientes de gran tamaño (33 casos; 44.6%) y mucho más alejados y escasos los recipientes de pequeñas dimensiones –generalmente cuencos- (4 casos; 5.4%)

Respecto al tamaño no parece advertirse ningún tipo especial de relación entre la decoración presente en el recipiente y su tamaño. Así, los recipientes pequeños pueden mostrar decoración impresa, inciso-acanalada o no presentar decoración alguna. Más lógica es la relación existente entre recipientes de tamaño mediano y preferentemente grande y la presencia de asas y también de cordones decorados. Llama la atención la ausencia generalizada de cordones lisos, habituales en contextos neolíticos del interior y que tan sólo se documentan en dos ocasiones en este enclave.

En cuanto a la morfología de los recipientes, aunque no son muchos los perfiles reconstruibles, sí permiten tener una idea aproximada de la escasa diversidad (Tabla 77)

FORMA	Casos
I	1
II	4
III	6
IV	0
V	0
VI	0
VII	6
VIII	0
TOTAL	17

Tabla 77.- Formas representadas en el yacimiento (Intervención de 1975)

Una vez más podemos constatar que, si bien algunos fragmentos de bordes y galbos podrían corresponderse con otras formas, especialmente la VIII, es notable y absoluta la ausencia de fondos cónicos del tipo V lo cual, como veremos, puede ser síntoma de una tendencia cultural o cronológica que valoraremos más adelante.

En lo referente a las técnicas decorativas presentes (Tabla 78) destacan las impresiones de matriz simple, asociadas en la mayor parte de las ocasiones a cordones de escaso resalte, y las acanaladuras. Resulta interesante también la buena comparecencia de aguadas de almagra o colorante rojizo, en todos los casos post-cocción y nunca cristalizado.

TÉCNICA DECORATIVA	Casos	% total
Incisión fina	4	4.3
Acanalado	35	37.63
Impresión matriz simple	14	15.05
Impresión matriz múltiple	0	0
Digitación-ungulación	1	1.07
Cordón liso	2	2.15
Cordón impreso	24	25.8
Boquique	0	0
Pintada/Almagra	12	12.9
Esgrafiada	0	0
Línea cosida	1	1.07
TOTAL	93	100

Tabla 78.- Técnicas decorativas representadas (Intervención 1975)

Los motivos decorativos están presididos por el uso reiterado del motivo AI, tanto en sus variantes AI.b, realizado directamente sobre la superficie de los galbos y DII.a, asociado especialmente a los cordones de escaso resalte-. Le sigue en representación el motivo BI y BIII si bien lo más común es la convergencia de las técnicas inciso-acanaladas e impresas dando lugar a motivos bastante elaborados en los que destacan las disposiciones metopadas y convergentes de los tipos CI y CIV. Estos motivos confieren a algunos de los recipientes un notorio aire barroco.

Restos óseos humanos

Durante los trabajos de 1975 fueron recogidos del interior de la cavidad algunos fragmentos óseos humanos, sin conexión anatómica y totalmente descontextualizados, pertenecientes a varios individuos (Fernández-Posse, 1980) La comparecencia de estos restos señala un uso funerario de la cavidad, aún cuando no permite establecer en qué momento ni dentro de qué adscripción cultural. Si bien comienza a ser común la presencia de restos óseos humanos en contextos neolíticos en cueva, no podemos obviar que esta asociación de cavidades y necrópolis es nítida en contextos del Bronce con materiales idénticos a los deparados por la fase más reciente de uso de la Cueva del Aire.

Intervención 2000

En 2000, como se ha señalado, procedimos a la realización de cuatro sondeos estratigráficos valorativos (Fig. 187) Estos sondeos se centraron en el colector de acceso que consideramos más propicio para establecer un hábitat (sondeos 1-3) De forma paralela, para complementar los datos procedentes de la intervención de 1975 se procedió a la realización de un sondeo en el interior de la diaclasa (sondeo 4) Todos estos sondeos presentaban unas dimensiones de 100 x 100 cm y estaban destinados a valorar tanto el estado de conservación de la cavidad como su potencialidad de cara a una intervención sistemática integral.

Los restos materiales recuperados en nuestra intervención son escasos y de poco relieve sirviendo tan sólo como complemento a lo descrito antes. A nivel material tan sólo podemos obtener una impresión inmediata referente a la mayor concentración de material arqueológico en el relleno interior de la diaclasa donde predomina, además el material de clara adscripción de la Edad del Bronce. Abundan los fragmentos cerámicos de gran tamaño y escaso rodamiento.

Más significativos son los datos obtenidos de la lectura estratigráfica y sedimentológica de los cortes realizados. En este sentido los cortes 1-3 evidencian la existencia de una dinámica de vertientes que ha afectado de forma leve a la estratigrafía provocando un efecto coluvional desde el acceso hacia el interior de la diaclasa, lo cual implica un notorio desplazamiento de sedimentos y restos arqueológicos hacia el interior de la cavidad. El techo de la secuencia está ocupado por un notable aporte de tierras de origen eólico y aspecto suelto acrecentado por el continuo trasiego de excursionistas. Bajo este nivel, de potencia variable, se advierte un paquete sedimentario derivado de la precipitación de carbonatos y la disgregación de las lajas y clastos caídos del techo. En este nivel empiezan a menudear los restos arqueológicos. Bajo él se desarrolla una estratigrafía poco potente pero digna de estudio que implicaría una intervención integral en el colector. Cabe destacar que tanto en el acceso como en el corredor son minoritarias las cerámicas correspondientes a la Edad del Bronce lo que nos hace suponer un uso diferencial de los espacios de la cavidad desde el punto de vista cronológico, cultural y seguramente funcional.

El corte del interior (sondeo 4) señala una potencia estratigráfica mucho mayor sellada por un potentísimo paquete sedimentario –cercano a los 60-70 cm) derivado de la removilización parcial del sedimento, aporte de elementos de matriz arcillosa por la reactivación cárstica y la reiterada visita al antro.

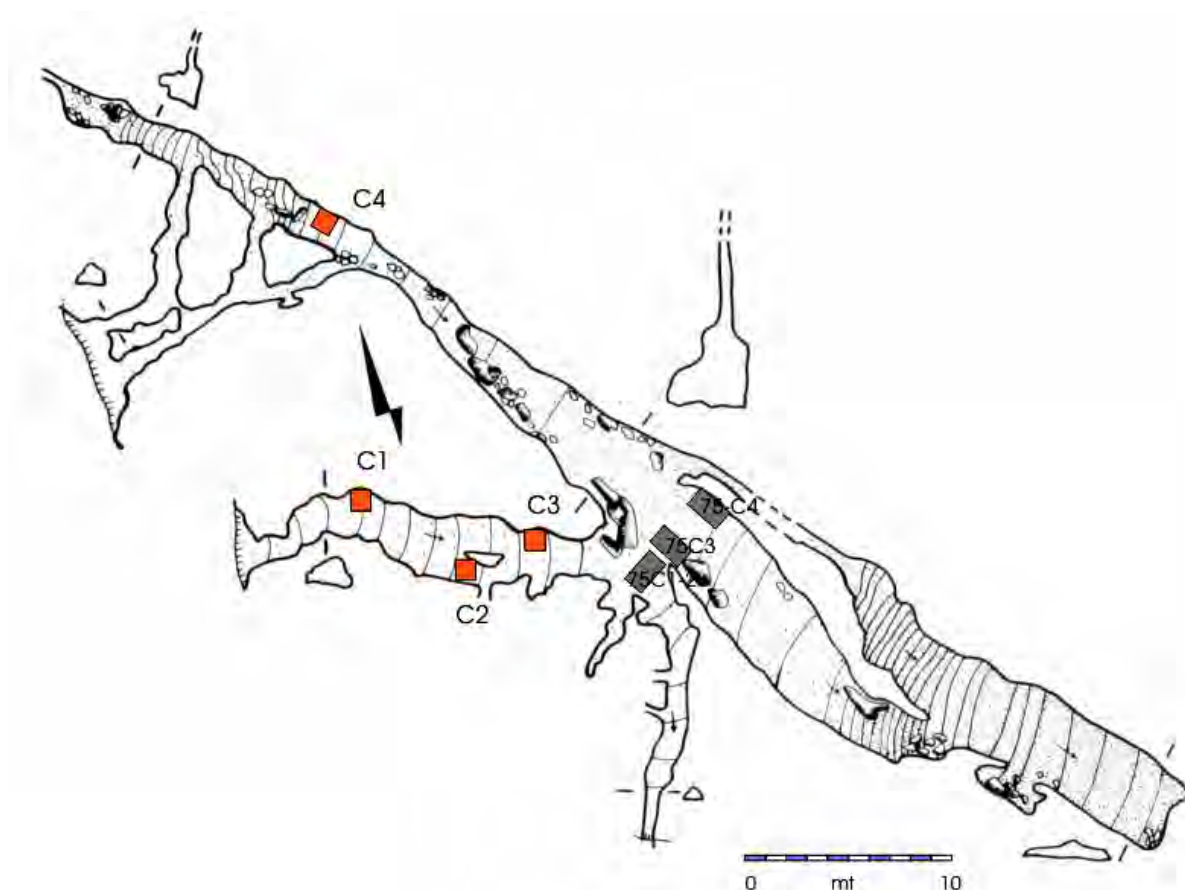


Fig.187.- Planta de la Cueva del Aire (según Fernández Posse, 1980) con indicación de las áreas de intervención de 1975 (75C1-C4) y 2000 (C1-C4)

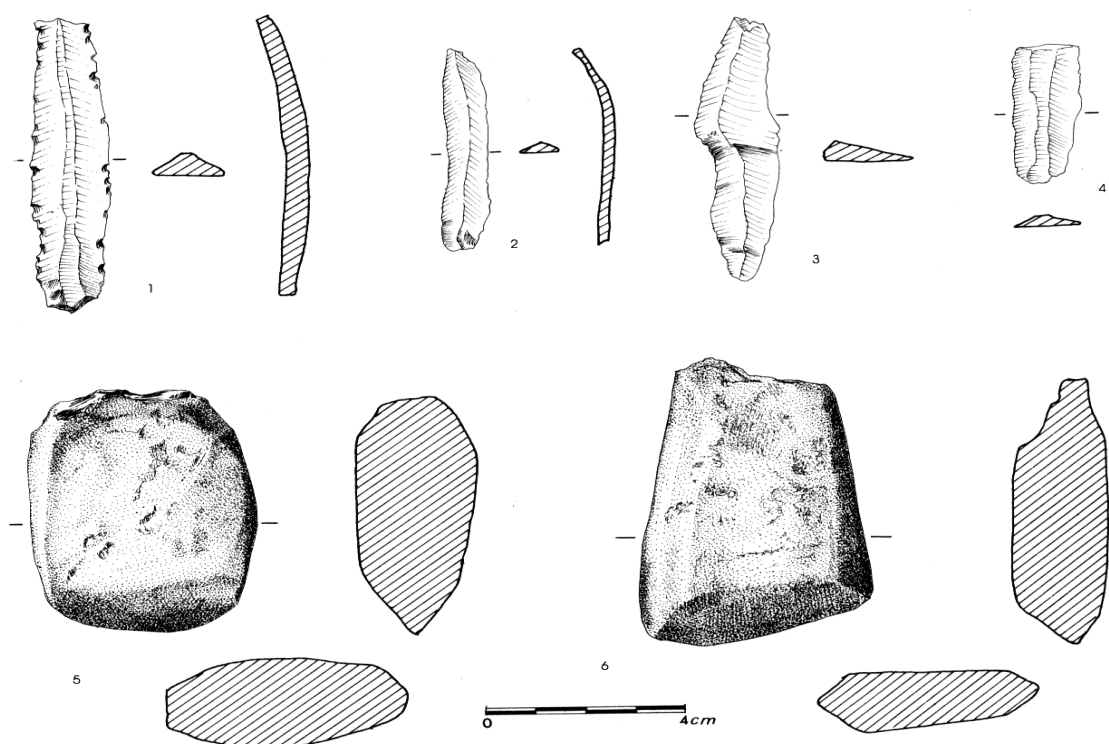


Fig.188.- Industria lítica de superficie. Intervención de 1975 (según Fernández Posse, 1980)

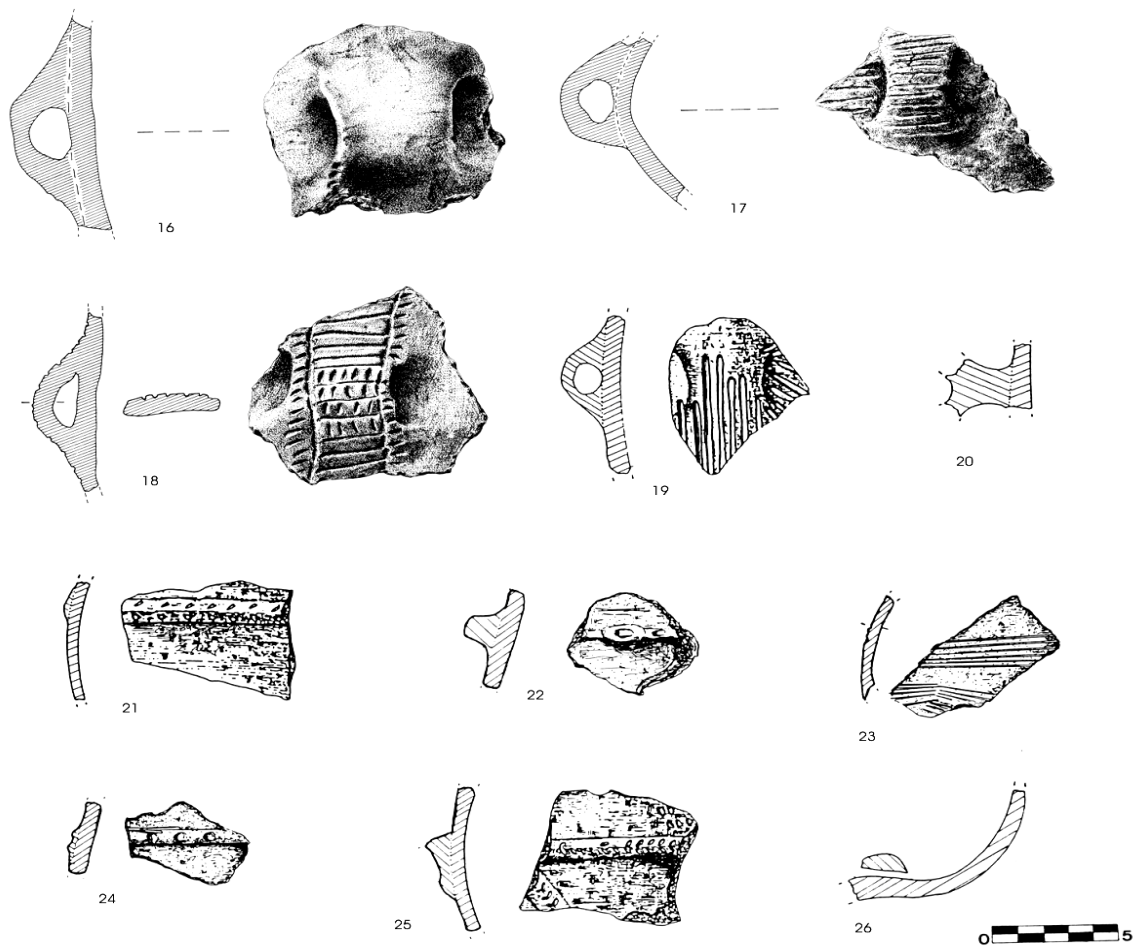


Fig.189.- Cerámicas selectas procedentes de la intervención de 1975. (Según Fernández Posee, 1980 y autor)

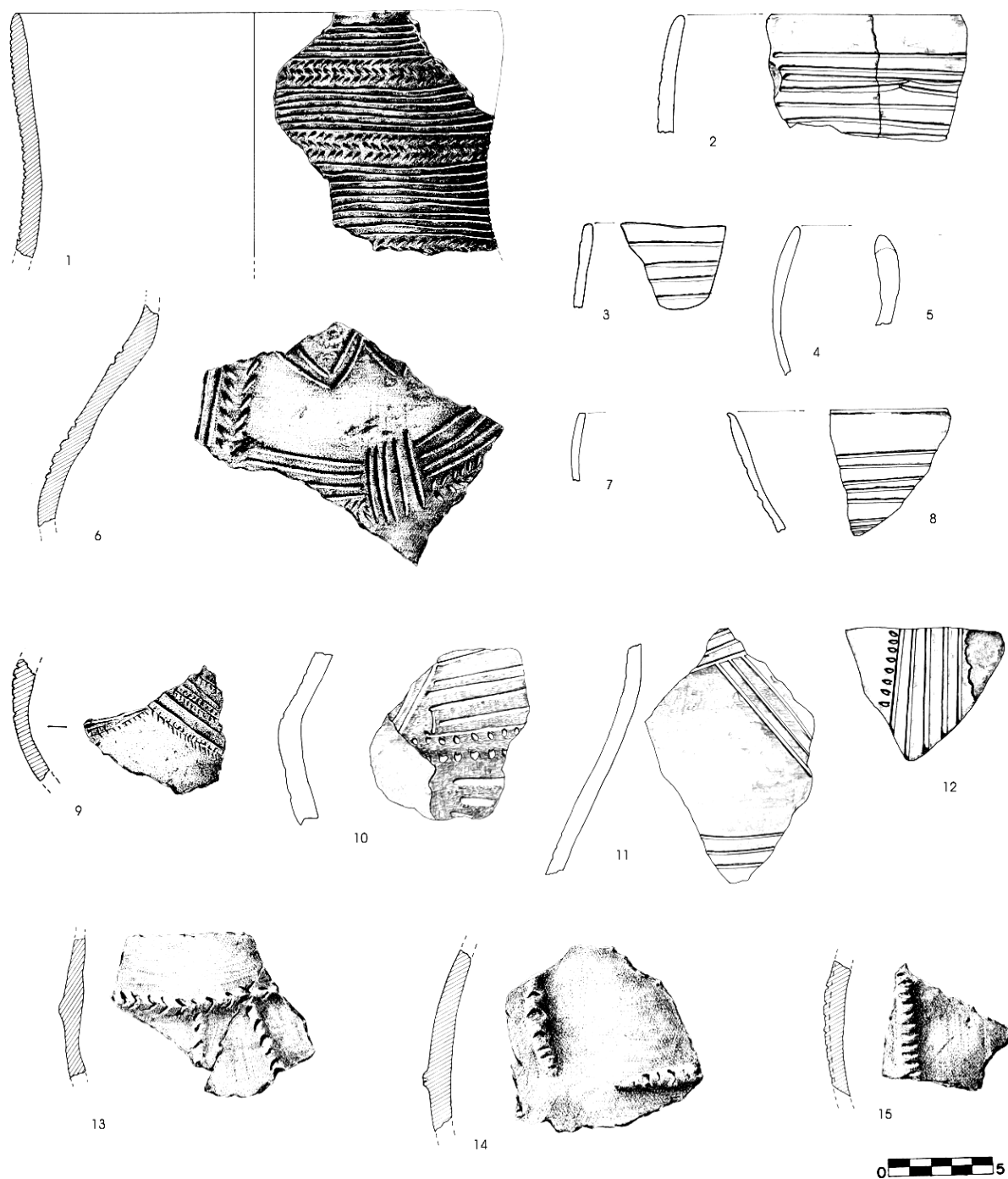


Fig.190.- Cerámicas selectas procedentes de la intervención de 1975. (Según Fernández Posee, 1980 y autor)

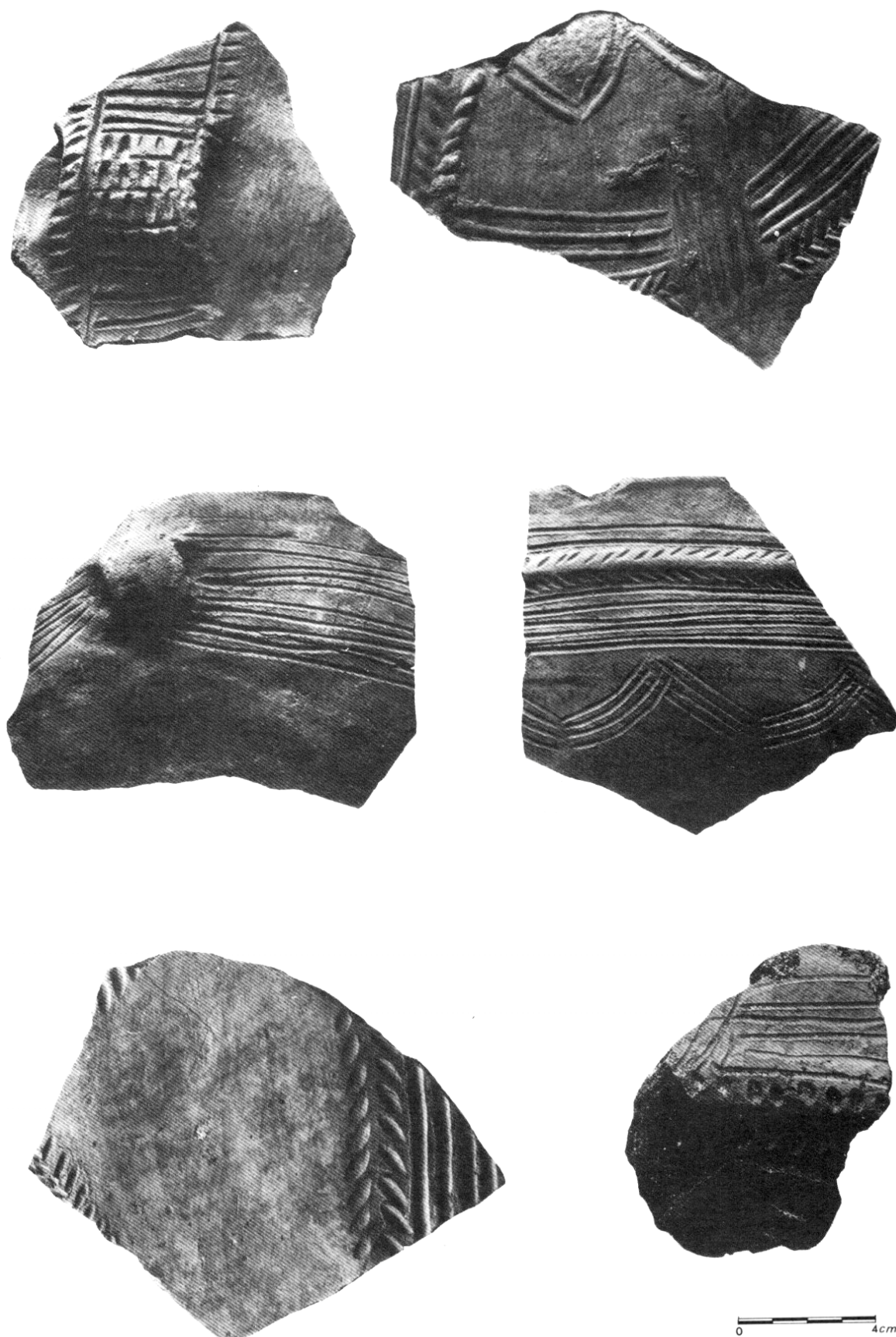


Fig.191.- Selección fotográfica del material decorado más significativo de la intervención de 1975, según Fernández Posse, 1980

3.8. CUEVA Y ABRIGO DE LAS AVISPAS (Patones, Madrid)

UTM: 459.600 / 4.524.700

Yacimiento de carácter multiocupacional ubicado en cueva de origen paragenético y notable y complejo desarrollo kárstico situada a 831 metros s.n.m. Se trata de una de las innumerables cuevas que se abren en los farallones calizos del eje de Valdesotos-Torrelaguna-Patones (Fig. 192) La cavidad presenta una boca de acceso destacada, de varios metros de altura (Fig. 193-195), abierta directamente en un reducido abrigo calizo que hoy en día se encuentra prácticamente desmantelado.

A escasos metros del acceso, sobre la cornisa en la que se ubica la cavidad, descubrimos un abrigo en cuya superficie menudeaban los restos arqueológicos, especialmente los de tipo lítico.

El yacimiento arqueológico fue dado a conocer en una breve reseña por Bernaldo de Quirós y Cabrera (1979), quienes habían sido informados de la existencia del mismo por el Sr. Ricart, aficionado que había llevado a cabo algunas excavaciones en el espacio cavernícola.

Nuestras labores de prospección en el conjunto kárstico del río Jarama, así como el estudio de la Colección Ricart, nos condujeron a realizar una serie de sondeos de valoración en la cueva y el abrigo.

La cueva ha sido sometida a una labor sistemática de expolio, habiéndose llevado a cabo en su interior innumerables intervenciones no controladas. Este hecho ha derivado en el penoso estado en el que se encuentra este interesante yacimiento en la actualidad. Por su parte, el abrigo, presenta un estado de conservación bastante bueno, aún dadas sus reducidas dimensiones.

La Cueva de Las Avispas es, junto con las cuevas del Aire y del Reguerillo, una de las cavidades más profusamente citadas en la bibliografía madrileña. La razón de ello es no sólo la presencia de evidencias de arte rupestre en su acceso (Alcolea *et alii*, 1992; Jiménez Guijarro, 2006: 272, fig. 3; Lucas Pellicer *et alii*, 2006: 178) sino la presumible existencia entre los materiales recuperados de su interior de elementos de cronología superopaleolítica, concretamente materiales de cronología solutrense y magdaleniense (Bernaldo de Quirós, 1979)

En 1999 realizamos una recogida superficial de materiales y una campaña de sondeos estratigráficos de evaluación destinados a obtener una impresión acerca de la conservación de los niveles arqueológicos y su viabilidad de excavación sistemática.

Los resultados de estos sondeos fueron muy interesantes y permitieron detectar, en un potente relleno arqueológico niveles cuyos materiales señalan una cronología comprendida entre los momentos avanzados del Paleolítico Superior y la Edad del Bronce.

Los dos sondeos realizados en la cavidad se ubicaron junto al acceso y en la conexión de este con el interior de la cueva. La estratigrafía, en todos los casos, denotaba un alto nivel de remoción y en ninguno de los dos casos se logró alcanzar la roca madre.

En el abrigo situamos un sondeo estratigráfico en su zona media. La estratigrafía documentada presentaba ciertas similitudes con la conseguida en la cavidad si bien en el abrigo el nivel de arrasamiento y deterioro era notablemente menor.

Secuencia estratigráfica

Cavidad

Cabe destacar la existencia de al menos dos episodios sedimentarios diferentes. El primero, afectado por la remoción continuada de materiales y posiblemente por la acción de pequeñas arroyadas –que no acertamos a saber si tuvieron que ver con una supuesta reactivación del curso de agua que originó la cavidad, pero que nos inclinamos a pensar que no fue así, sino que se debieron más el efecto de aluvión producido por las aguas de lluvia canalizadas por la cavidad. El segundo episodio se caracteriza por la deposición más tamizada y sin evidencia de gran erosión ni remoción, de arcillas de color anaranjado rojizo. Ambos episodios se encuentran diferenciados por un derrumbe de clastos del techo de la cavidad de potencia variable, más notable en los niveles inferiores (Fase V) y sobre el que no se han advertido huellas de costra estalagmítica que, en este caso, y aún teniendo en cuenta lo reducido de los sondeos, tampoco podemos asegurar afectase a

la totalidad de la cavidad. La secuencia estratigráfica se divide en siete fases de sedimentación de carácter natural y antrópico (Tabla 79)

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN
I	ESTÉRIL	Natural-Eólico
II	ESTÉRIL	Natural-Clastos
III	FÉRTIL-osario	Calcolítico-Bronce
IV	ESTÉRIL	Natural-Clastos
V	FÉRTIL	NEOLÍTICO
VI	ESTÉRIL	Natural-Clastos y arcillas
VII	FÉRTIL	PALEOLÍTICO SUPERIOR

Tabla 79.- Fases y episodios de sedimentación detectados en los cortes de cavidad.

Estas fases delimitan, por el conjunto material recuperado, al menos tres momentos culturales de uso. El primero de ellos puede datarse en el Paleolítico Superior avanzado. El segundo, de poca entidad en el sector de acceso, al Neolítico, y el tercero y último a un impreciso momento del Calcolítico y la Edad del Bronce en el que la cavidad parece haber tenido una función principalmente funeraria.

Abrigo

La dinámica de formación del depósito del abrigo es, como cabía esperar, ligeramente diferente de la de la cavidad. De nuevo, la base sobre la que asientan los niveles previos a la neolitización muestra una composición arcillosa de marcada coloración rojiza. Es por ello posible hablar también de dos episodios de sedimentación diferenciados y que, de nuevo, aparecen diferenciados por depósitos, ahora más leves, de clastos y materiales de origen natural en evidente estratificación horizontal.

La secuencia estratigráfica se divide, también, en siete fases de sedimentación de carácter natural y antrópico (Tabla 80)

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN
I	ESTÉRIL	NATURAL-Eólico
II	ESTÉRIL	Natural-gelifractos
III	FÉRTIL	NEOLÍTICO
IVA	ESTÉRIL	Natural-clastos
IVB	ESTÉRIL	Natural-dep. arcillas
V	FÉRTIL	EPIPALEO-MESOLÍTICO
VI	ESTÉRIL	Natural-Clastos
VII	FÉRTIL	PALEOLÍTICO SUPERIOR

Tabla 80.- Fases y episodios de sedimentación detectados en el corte del abrigo.

En esta ocasión hemos podido diferenciar tres horizontes culturales de uso. El primero de ellos, individualizado del resto por una potente capa de clastos derivados de procesos de gelificación, parece corresponderse, pese al reducido conjunto de materiales recuperados, con un momento impreciso del Paleolítico Superior. Por comparación con los niveles de la cavidad no sería extraño que a ambos les correspondiese la misma cronología.

Por encima de este nivel basal hemos diferenciado un nivel correspondiente a un impreciso Epipaleo-mesolítico que, a techo, aparece sellado por un nuevo nivel de clastos (Nivel IV) de menor potencia que el anterior y carácter discontinuo.

En el tramo superior de la estratigrafía se presenta un nuevo horizonte cultural, de adscripción neolítica, que aparece sellado a techo por los niveles de clastos y relleno más reciente, así como por el manto vegetal.

Faltan en el sector de abrigo evidencias de la ocupación de la Edad de los Metales que sí constatamos en la cavidad. No obstante no es este un hecho aislado, sino que por el contrario, es común en la práctica totalidad de yacimientos de cronología neolítica, con niveles inferiores superopaleolíticos que hemos excavado en el sector kárstico madrileño. Sirvan como ejemplos los casos de las cuevas de la Ventana y La Higuera, donde la similitud de registros, sin duda debido a la proximidad espacial, es notable.

Material arqueológico

Los materiales arqueológicos recuperados, de notable interés, pueden ser caracterizados en tres grandes grupos nitidamente diferenciados tanto desde una perspectiva arqueográfica como cultural.

Esta diferenciación nos permite también arbitrar tres soluciones culturales claras, si bien en la base de la secuencia sería conveniente profundizar más de cara a poder individualizar con mayor precisión, mediante sistemas de excavación en área, las diferentes fases del Paleolítico Superior que parecen representadas en el registro.

Así, si bien es cierto que hemos encontrado una similitud y coherencia totales entre los materiales estudiados de la Colección Ricart y los recuperados en nuestras intervenciones, no puede dejar de señalarse, a parte de lo reducido de la muestra –debido a su vez a lo reducido de las superficies intervenidas– el hecho de que a algunos de los materiales exhumados por Ricart les corresponde una indudable cronología Solutrense, caso de la preciosa punta de escotadura que presentamos (Fig. 210). Sin embargo en nuestras excavaciones no hemos tenido la fortuna de dar con niveles de esta cronología. Las características de las intervenciones de Ricart, así como su extensión obligan a concederles, no obstante, el beneficio de la duda.

A este respecto, el hecho de que se localicen ocupaciones del todo similares en los abrigos alcarreños de Peña Cabra y Peña Capón (Alcolea *et alii*, 1997) y que nosotros mismos hallamos identificado un notorio, aunque muy escueto, conjunto solutrense entre los fondos conservados en el Museo Arqueológico Nacional procedentes de los yacimientos de Tordelrribano, también en Guadalajara, permite señalar la existencia de una cierta comunidad espacial y cultural que aboga a favor de la existencia de un poblamiento rupestre, nada desdeñable, en este sector de la meseta, dentro del ámbito de influencia del río Jarama.

De nuevo resulta interesante tratar, de forma diferenciada, dada su evidente discontinuidad espacial, los registros del área de cavidad y de abrigo, todo ello aún cuando se pueda arbitrar la probable relación entre los registros de algunos de sus niveles.

Zona de abrigo

Como se ha señalado con anterioridad, en la estratigrafía del abrigo hemos podido documentar, bajo una capa de sedimentación natural, un horizonte, de escasa potencia, de cronología neolítica. Este horizonte se caracteriza por la presencia de algunas piezas líticas, fundamentalmente de carácter laminar (Fig. 196) y dentro de estas los soportes del tipo LS 2,3 y 4, algunas de estas últimas cercanas al concepto del EEUC (elemento de empuje de útil compuesto) sobre el que volveremos en el Capítulo dedicado a la industria lítica.

Entre los elementos tipológicos destacan algunos intentos frustrados de geométricos (Fig. 196, nº2), en este caso del tipo 'Cocina' y algunos UAD elaborados sobre grandes cristalizaciones prismáticas de cuarzo.

El repertorio cerámico, no muy numeroso, se caracteriza principalmente por cerámicas decoradas mediante esquemas impresos y en menor medida impreso-acanalados.

Bajo este horizonte y sirviéndole puntualmente de base, se detecta un nivel de potencia variable de clastos y arcillas rojizas que sellan, por su techo, un horizonte en el que tan sólo se documentan restos de industria lítica (Fig. 197-201) que hemos adscrito al epipaleo-mesolítico.

Este horizonte se caracteriza por la presencia de varios núcleos de laminillas de tipo piramidal y prismático, muy aprovechados, realizados sobre sílex (Fig. 197, nº 1-4). Entre los útiles están muy bien representados los raspadores, casi en su totalidad de morfología microlítica, y algunos de ellos, obtenidos sobre extremo de lámina, pueden ser considerados perfectos representantes de los raspadores de tradición superopaleolítica (Figs. 198).

Son abundantes las microlaminillas (Fig. 200-201), siendo realmente escasas las que presentan dorsos abatidos, aún cuando no faltan. El conjunto de muescas y denticulados está muy bien representado y podemos señalar que es uno de los índices más representativos. Entre los retoques, cuando están presentes, abundan, casi de forma exclusiva, los abruptos.

En el apartado de elementos geométricos tan sólo hemos podido individualizar dos piezas (Fig. 202, nº 28 y 29) correspondientes a un segmento y una media luna (G1)

Por su interés y significación debe señalarse una laminita apuntada de dorso que debemos situar en la línea tipológica de las puntas azilienses (Fig. 202, nº27)

La industria está elaborada casi mayoritariamente sobre sílex si bien es abundante la presencia de microlaminitas y restos de talla de cristal de roca (Fig. 203)

Por debajo de este nivel se desarrolla un nivel de clastos, procedentes seguramente de la exfoliación de la superficie pétreo de la visera del abrigo, y que sella un horizonte, parece que basal, en el que abunda una industria lítica de tipometría diferente de la del nivel superior (Fig.204) Dadas las dimensiones del sondeo realizado el conjunto de material recuperado de este nivel es muy escaso y poco representativo. No obstante sus caracteres morfológicos y técnicos parecen señalar hacia una cierta sincronía con los niveles del Paleolítico Superior localizados en la cavidad.

Zona de cueva

Cabe señalar la documentación de una potente remoción de la práctica totalidad del tramo sedimentario superior y medio; remoción que en algunos sectores ha afectado también a los niveles basales. Esta removilización afecta no sólo a los niveles de la Edad de los Metales, sino también a los del Neolítico e incluso, en algún sector, a los de cronología paleolítica. Este hecho fue condicionante para que, en la elección de un yacimiento en el que llevar a cabo una serie de campañas exhaustivas, desestimásemos, pese a su interés, este enclave.

Gracias a la información del Sr. Ricart supimos que el Dr. M. Hoyos estaba al corriente de las intervenciones llevadas a cabo por este aficionado tanto en este yacimiento como en otros próximos -caso de la cueva de las pinturas (Morales *et alii*, 2000)-. El Dr. Hoyos puso en contacto al Sr. Ricart con el Dr. Bernaldo de Quirós, a quien le fueron mostrados algunos de los elementos de aparente cronología superopaleolítica recuperados, entre ellas, según el Sr. Ricart la misma punta solutrense que aquí reproducimos (Fig. 210) Según el Sr. Ricart de esta visita procede la cita que publicó el Dr. Bernaldo de Quirós y que se ha perpetuado sin otro apoyo más que esta primera comunicación verbal.

En la base de la estratigrafía de los cortes realizados en la cavidad localizamos un interesante nivel de ocupación correspondiente al Paleolítico Superior. Bien es cierto que en nuestros sondeos no alcanzamos el nivel basal de la roca madre, lo que permite hacer suponer la existencia de una estratigrafía más potente que la que presentamos y por ello, quizás, la comparecencia de niveles arqueológicos de cronología más antigua. Esta cronología, como señalaremos está avalada por la aparición de algún elemento de notable raigambre solutrense.

Este nivel inferior ha deparado una notoria colección de industria lítica elaborada sobre sílex y cuarzo principalmente con algunos elementos, poco abundantes, realizados sobre cuarcitas locales (Fig. 205-207) y que tienen sus paralelos en la industria recuperada en el cercano abrigo de El Sumidero (Jiménez Guijarro, 1997)

Entre los elementos tipológicos destacan los raspadores sobre extremo de lámina, algunos cortos, sobre núcleo, y los buriles. La práctica totalidad de la industria está elaborada sobre lámina.

Las piezas más significativas de este horizonte son tres elementos elaborados sobre hueso y asta. Sobre esta última materia contamos con la presencia de un posible retocador realizado sobre asta de *rupicapra* parcialmente pulida y un asta trabajada de rebeco que, en conjunto, ofrecen interesantes datos para la reconstrucción del espectro económico de estas sociedades cazadoras.

La industria elaborada sobre hueso es, a día de hoy, sorprendente y ciertamente notoria. Concretamente, del nivel basal se recuperaron un fragmento de azagaya monobiselada y cuidadosamente pulimentada, un elemento apuntado –posiblemente una punta de flecha de hueso- y un fragmento de aguja (Fig. 208 y 209)

Sin extendernos aquí en la valoración precisa de estas piezas por razones obvias, sí queremos señalar que son dos magníficos referentes para aquilatar la cronología de estos niveles basales en torno al Solutrense- Magdalenense.

Obviando las evidencias propias de la Edad de los metales, el último horizonte de ocupación de la zona de acceso a la cavidad está representado por elementos propios del Neolítico. Aquí se documentan vestigios de cerámica, escasos, pero muy significativos. Se trata de algunos fragmentos de cerámica lisa correspondientes a vasos globulares, propios de las Formas más simples (I, II y III) entre los que destacan algunos fragmentos decorados en el más puro estilo del Neolítico Inicial de la Meseta. Cabe destacar un fragmento decorado en su totalidad mediante técnica impresa que desarrollan un motivo propio del esquema AI (Fig. 213), muy similar a algunas decoraciones de contextos extremeños y de la cuenca media del Tajo sobre los que tendremos ocasión de volver a referirnos.



Fig.192.- Vista general desde el exterior del Abrigo de Las Avispas

Fig.193.- Acceso de la cueva de las Avispas



Fig.194.- Detalle de la boca de acceso a la cavidad y del lugar de ubicación de los cortes de excavación.

Fig.195.- Vista elevada de la antesala de acceso a la cavidad.

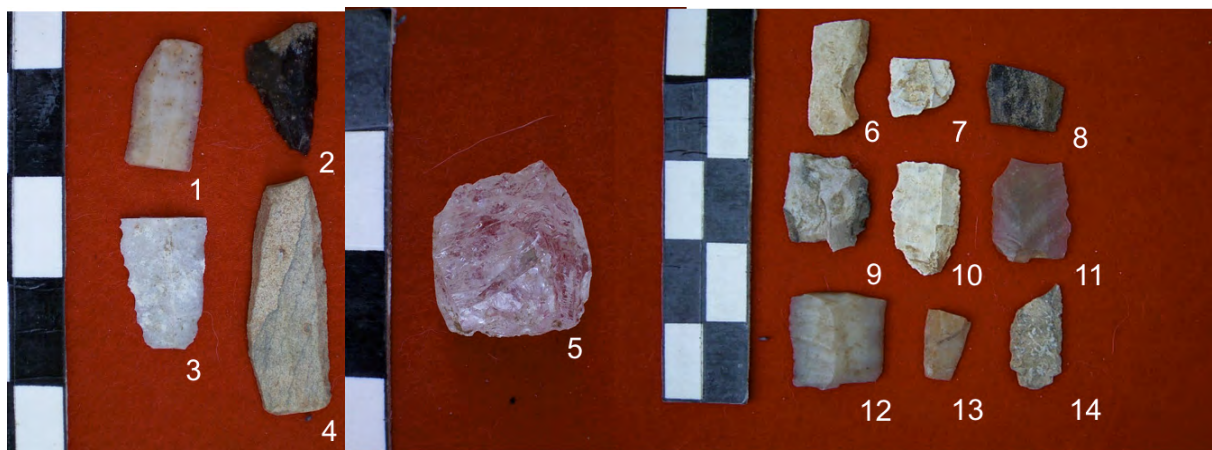
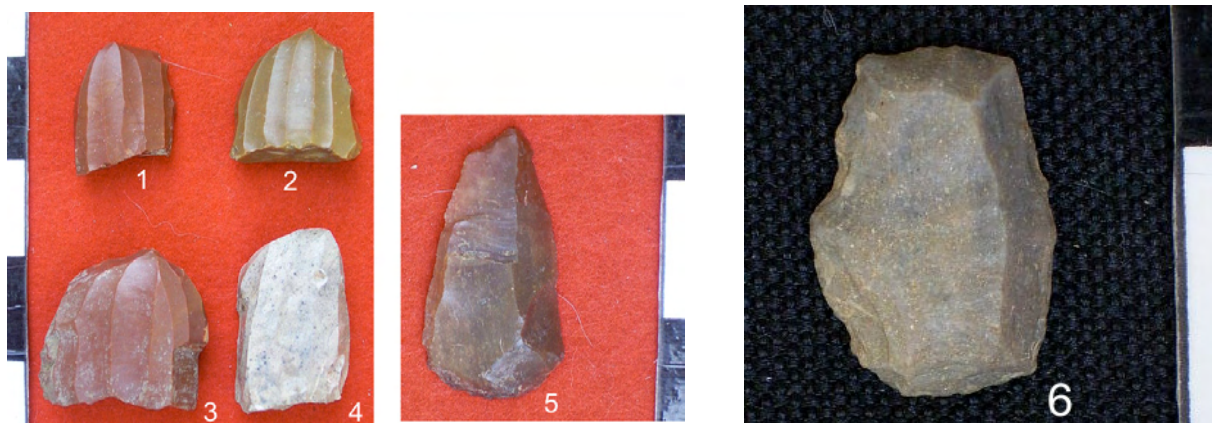
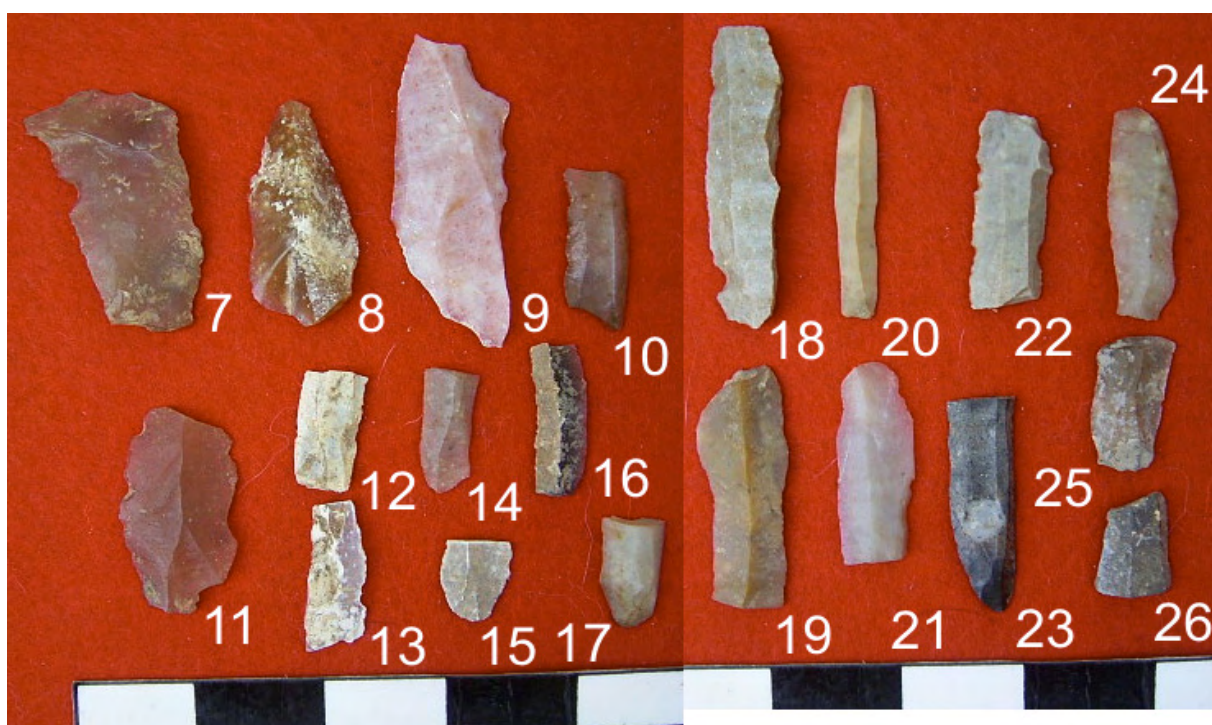


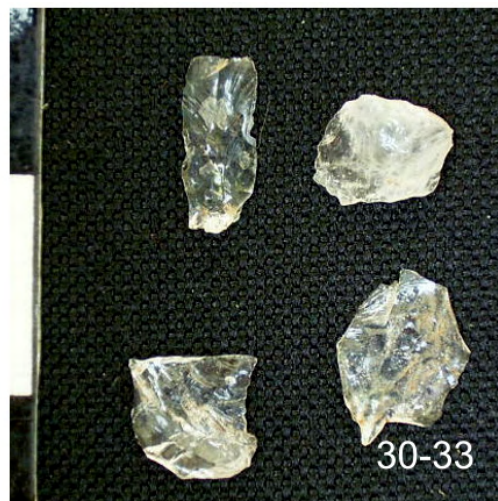
Fig. 196.- Industria lítica del horizonte neolítico del Abrigo.



Figs. 197-199.- Industria lítica del horizonte epipaleo-mesolítico del sector de Abrigo.



Figs. 200-201.- Industria lítica del horizonte epipaleo-mesolítico del sector de Abrigo.



Figs. 202-203.- *Industria lítica del horizonte epipaleo-mesolítico del sector de Abrigo.*



Fig.204.- *Industria lítica del horizonte Superopaleolítico del sector de Abrigo.*

Fig.205.- *Industria lítica del horizonte Superopaleolítico del sector de cavidad.*



Figs. 206 y 207.- *Industria lítica del horizonte Magdaleniense del sector de cavidad.*

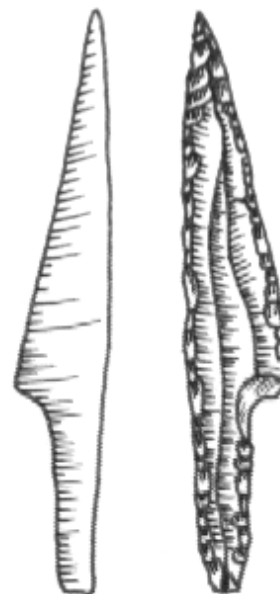


Fig. 208 y 209.- Industria ósea del horizonte Magdaleniense de la cavidad.
Fig. 210.- Punta de dorso solutrense Colección Ricart.



Fig.211-212.- Hachas pulimentadas de fibrolita y fragmentos de fibrolita en bruto procedentes de los niveles neolíticos de la cavidad.
Fig.213.- Cuenco de cerámica decorado con esquemas impresos procedente del horizonte neolítico de la cavidad.



Fig.214.- Cerámicas neolíticas procedentes del horizonte neolítico de la cavidad.

3.9. CUEVA DE LA HIGUERA (Torremocha de Jarama, Madrid)

UTM: 457.100 / 4.522.700

Yacimiento en cueva ubicado en los farallones calizos terciarios del eje Valdesotos-Patones-Torrelaguna, en el reborde montañoso del Noreste de la actual provincia de Madrid. El yacimiento se emplaza directamente sobre el curso del Arroyo de San Román –de carácter estacional-, a una altura de 822 metros s.n.m., a 33 metros sobre este arroyo y a 140 sobre el río Jarama cuya vega se abre a menos de un kilómetro de la cavidad.

La Potencialidad agrícola es baja y cuenta principalmente con zonas montaraces hoy muy degradadas en las que predominan el Enebro y la Sabina y menudea el bosque de encinas. No obstante la disposición espacial que la asocia a la fértil vega del río Jarama, de alto potencial agrícola, permite suponer una relación directa entre ambos espacios desde el punto de vista del aprovechamiento integral del medio.

Esta cavidad, de origen paragenético, presenta un desarrollo lineal de 8'70 metros que parte del farallón vertical de afloramiento calizo a través de un acceso amplio, de 2'50 metros de altura y 2 de anchura, y culmina en una reducidísima sala – de no más de 3 m²- hasta la que llega un conducto lateral, practicable, de disposición Este-Noreste y 5'35 metros de longitud a través del cual se accede directamente a la parte alta del farallón calizo (Fig. 215)

El origen de esta cavidad y su misma disposición ha facilitado la alteración prácticamente total de su relleno. Debemos señalar que, tras un estudio exhaustivo del antro, se descubrió que la dinámica hídrica de la cavidad después de su formación consistió en el drenaje de las aguas de infiltración desde la gatera superior hacia la sala interior –que forma un pequeño fondo de saco- desde la que, al rebosar, el agua discurría en dirección Sur-Suroeste, a través de un pasillo que da paso a la boca de la cavidad (Fig. 216) y vierte hacia la pronunciada ladera del Arroyo de San Román.

Este yacimiento fue descubierto por Joaquín Barrio Martín en 1985 (Barrio y Rubio, 2002) con motivo de la realización de las prospecciones del Término Municipal de Patones. Según la información ofrecida personalmente por este investigador los materiales aparecieron dispersos por la ladera suroeste, fuera de la cueva, aparentemente arrastrados por el agua.

En el año 2000, dentro del marco del Proyecto de Investigación sobre poblamiento neolítico y megalitismo en la Comunidad de Madrid, se procedió al sondeo de la cavidad con la intención de valorar su potencial, estado de conservación y posible excavación sistemática.

Intervención de 2000

Dadas las características de la cavidad, así como la problemática que deseábamos despejar, procedimos a la realización de una limpieza del tubo de acceso a la cavidad, el planteamiento de un sondeo estratigráfico en la pequeña sala y la recogida del material de superficie, tanto en el interior –donde era notablemente poco abundante- como en el exterior de la cavidad.

La limpieza del pasillo de acceso nos permitió advertir que el relleno que presentaba, en su totalidad, correspondía con tierras pardas, ricas en materia orgánica que se disponían en estratificación simple en un único nivel, dividido en dos tramos de diferente compacidad y potencia variable entre los 5 y los 17 cm sobre el suelo original de la cavidad. Cabe destacar de este suelo dos extremos de notable interés. Por un lado se trata de un suelo escalonado que forma en sus laterales, pequeñas repisas anejas a las paredes de la cavidad. Por otra parte este suelo presenta huellas de haber sido rebajado en algunos sectores en un intento de individualizar algunas de estas repisas así como facilitar un conducto inferior de deambulación o desagüe (Fig.217 y 218) Por último no cabe duda de que este conducto ha servido, desde épocas pretéritas para desaguar el interior de la cavidad.

El sondeo estratigráfico de la sala interior nos proporcionó una reducida estratigrafía de potencia igualmente escasa –no superior a los 50 cm- y en la que, de techo a muro, pudimos distinguir cuatro unidades de sedimentación (Fig.219)

Nivel I-SUP

Con una potencia comprendida entre 15 y 25 cm se compone de material removilizado de tierra suelta, porosa y de color oscuro en el que abundan restos de madera, pequeñas ramas, restos

óseos de fauna y algunos fragmentos de vidrio y metal. Su atribución crono-cultural es contemporánea.

Nivel I-INF

Bajo él, como sucedía en el tubo de acceso antes descrito, se desarrollaba un nivel similar pero mucho más compacto y en el que abundaban los elementos de granulometría angulosa en la que dominan, los medios y gruesos. Este nivel no presentó apenas material arqueológico lo que nos llevó a interpretarlo como un nivel de colmatación derivado del arrastre de tierras y agua desde el exterior.

Nivel II

Inmediatamente por debajo se descubrió un neto cambio de color y textura que ofreció un suelo de coloración rojiza, con algunas zonas ennegrecidas y en el que abundaban restos de carbón de tamaño muy pequeño. Este nivel presentaba una notable compacidad y en él se recogió un interesante conjunto de materiales líticos y cerámicos sin que pudiesen ser asociados a estructura alguna.

Nivel III

De similares características al nivel I-INF pero de coloración más anaranjada y mayor presencia de componentes arcillosos que, sin duda, denunciaban la disgregación de la caliza local y la proximidad del muro final de la cavidad. También presentaba una potencia mucho menor, nunca superior a los 5 cm. El escaso número de restos arqueológicos y sus mismas características nos llevaron a otorgarle un origen similar al nivel I-INF.

Nivel IV

Se trata de un nivel de derrumbe de la bóveda de la salita. Está dominado por la presencia de plaquetas de caliza de tamaño medio y grande inmersas en una matriz arcillosa de marcada coloración anaranjada, propia de la disgregación del material calcáreo de la roca caja.

Nivel V

Se trata de un nivel de potencia variable compuesto por arcillas anaranjadas que reposan sobre el suelo de la cavidad. Dentro de esta matriz arcillosa se recuperó un parco pero interesante conjunto de restos arqueológicos compuesto por varias plaquetas de pizarra –algunas de ellas con restos de grabados de trazo muy fino- y elementos líticos de carácter microlaminar realizados sobre sílex y cristal de roca. Este nivel constituye la base del yacimiento y aún dada su pobreza no dudamos en atribuirlo a la frecuentación del antro de forma puntual. La fauna recuperada, muy escasa, presenta un elevado índice de fragmentación y responde en exclusiva a especies salvajes.

Material arqueológico

La colección recuperada, tanto en los sondeos estratigráficos como en las distintas prospecciones es muy reducido pero no por ello carente de interés.

En las prospecciones de J. Barrio se recuperaron 19 fragmentos de cerámica (Barrio y Rubio, 2002:34) en su mayor parte decorados (Fig. 221), y cuyo principal interés reside en que algunos de ellos pertenecen a dos recipientes cuyos fragmentos recuperamos en estratigrafía en la intervención del año 2000 en la salita y en el tubo de acceso. Este hecho nos permite suponer que el material fue removilizado –tal vez por el agua- tras su deposición original en la salita y en las repisas laterales del tubo de acceso.

En total, aunando los materiales de prospección y excavación, contamos con un total de 35 fragmentos de cerámica y ocho restos de industria lítica. Asociados al nivel inferior se recuperaron cinco plaquetas de pizarra con restos de grabados finos y 24 restos de industria lítica.

Industria lítica

La totalidad del material lítico se recuperó en los cortes generados con motivo del sondeo estratigráfico. Como hemos señalado hay cierta diferenciación entre los materiales recuperados en cada uno de los niveles fértiles, si bien es posible advertir ciertas semejanzas industriales entre ambos.

En el nivel II se recuperaron ocho elementos, siete de sílex y uno de cuarzo. De ellos, cinco corresponden a elementos laminares, uno es una lasca de descortezado y el elemento sobre cuarzo un raspador nucleiforme espeso. Tipológicamente uno de los elementos corresponde a un

geométrico frustrado (G6), otra a una lámina truncada y con borde abatido y otra de las piezas a una laminilla de dorso abatido. La última pieza corresponde a una lámina espesa con muescas y pseudoretoques marginales (Fig.220)

En cuanto a la técnica de talla en todos los casos se aprecian retoques abruptos conseguidos en unas ocasiones mediante golpes directos y en otras mediante golpes indirectos. Cabe destacar que si bien dos de los elementos están realizados sobre un sílex sometido a un proceso de fuerte desilificación, en el resto de la magra colección parece existir una escasa variedad en los sílex empleados.

En el Nivel V se recuperó un conjunto industrial algo más numeroso –veinticinco piezas-, y de mayor variedad, tanto en las materias primas –diecisiete de sílex, siete de cristal de roca y una de cuarzo- como en los tipos de sílex empleados que presentan colores y texturas diferenciados. Además destaca la localización de un micro-percutor de cuarzo cuya función pudo estar relacionada con el reavivado de filos o la consecución de retoques efectuados sobre laminillas.

De las piezas elaboradas sobre cristal de roca, dos corresponden a fragmentos de núcleos sobre prisma, una de ellas a un UAD y cuatro a laminillas sin retocar. Entre el material elaborado en sílex, todo de tipometría laminar y microlaminar, destacan un MD sobre lámina de borde abatido y truncatura distal, una muesca sobre lámina retocada, una muesca sobre lámina, un raspador sobre extremo de lasca, tres laminillas de dorso abatido, un buril simple sobre extremo de lámina y tres laminas sin retocar, una de ellas espesa.

El conjunto del material recuperado en este nivel ha sido considerado, por su situación estratigráfica y su tipología como propio del Epipaleolítico. Como se puede ver en este mismo catálogo la presencia de este tipo de niveles y materiales es común a varias de las cavidades del eje kárstico de Valdesotos-Patones-Torrelaguna, estando documentadas al menos en El Reno, Los Enebrales, Las Avispas y La Ventana, en algunos de ellos además en estratificación similar, bajo los niveles neolíticos y a su vez bajo un derrumbe más o menos potente de clastos de las bóvedas de las cuevas.

Cerámica

La cerámica recuperada apareció tanto en prospección como en el nivel II. En el caso del material recuperado en prospección, nueve de las cerámicas aparecen decoradas y diez no presentan decoración, correspondiendo a este último grupo una única pieza selecta (Fig. 220)

Durante la excavación se recuperaron dieciséis restos cerámicos, cinco de los cuales presentan decoración. De todas ellas seis presentan cocción alternante, dos nervio de cocción, seis cocción reductora y una oxidante.

Las pastas presentan una calidad diferencial. Así, mientras el conjunto de cerámicas decoradas presentan pastas bien decantadas, compactas, con escaso desgrasante, generalmente de tamaño fino y medio y poco variado –normalmente tan sólo cuarzo o cristal de roca molido y poca consistencia, derivada de una cocción deficiente, con lo que es muy sencillo que se disgreguen y exfolien, el otro conjunto, en todos los casos de cerámicas lisas, presenta una pasta muy poco decantada y aspecto arenoso, rica en desgrasantes –además muy diversificados con presencia de cuarzo, mica y caliza-.

Los acabados son de mejor calidad en el caso de las cerámicas decoradas, donde predominan los alisados muy finos, que en el de las lisas, excepto cuando se trata de elementos que sin duda debieron pertenecer a fracciones lisas de recipientes decorados.

Las técnicas decorativas son repetitivas y monótonas con claro predominio de las acanaladuras estrechas –once casos- y al menos en tres ocasiones una combinación de impresiones y acanaladuras que corresponden a un único recipiente (Fig. 222) Curiosamente a este mismo recipiente corresponde uno de los fragmentos (Fig. 221, nº1) que, según Barrio y Rubio (2002) fue recuperado en prospección. En nuestro caso los dos fragmentos recuperados proceden de las zonas excavadas.

Los repertorios formales son también reducidos, tres de los recipientes reconstruibles corresponden a la **forma VII** y dos más a la **forma IV**, estando los dos primeros decorados. A pesar del reducido número de fragmentos, sus dimensiones, lo monótono de los esquemas representados y el propio escaso desarrollo de la cavidad nos llevan a pensar que el registro de este antro no fuese, en su origen, mayor que el de la media docena de recipientes que aparecen representados.

Los esquemas decorativos son también monótonos y poco diversificados. Aparecen motivos propios del **Grupo C IV**, acompañando a esquemas simples del **Grupo B I** y del **Grupo B III** formados por acanalados estrechos realizados sobre la pasta fresca.

A pesar de lo reducido de la muestra cabe señalar la ausencia de cordones, asas y orejetas limitándose los elementos de prensión al sistema de perforaciones dobles, cercanas al borde y cuya funcionalidad pudo estar también asociada a la colocación de sistemas de cierre mediante tapaderas de cuero, tripa, etc.

De todos los restos no selectos llama la atención un fragmento exfoliado de pared interior de un recipiente que muestra la huella en negativo de una cariósida de gramínea cuyo estudio biométrico sobre molde arroja como resultado que se trata de escaña (*Triticum monococcum* L. *Ssp monococcum*), un tipo de trigo vestido que soporta mejor el frío que el calor y que se siembra habitualmente en invierno.

Pizarras grabadas

Estas piezas se asocian a un contexto aparentemente Epipaleo-mesolítico previo al proceso de neolitización y que como hemos señalado es común a las bases estratigráficas de varios de los yacimientos aquí estudiados.

En el nivel V se recuperaron cinco plaquetas de pizarra con restos de incisiones muy finas en sus superficies. Sus tamaños así como el carácter de sus grabados son diferentes, como también lo son, curiosamente, sus procedencias. Este es un hecho contrastado también en el caso de la Cueva de la Ventana. En ambos yacimientos y ante la aparente diferencia de algunas de las plaquetas así como de estas y los esquistos pizarrosos que afloran en esta zona se procedió al análisis petrológico de las muestras. Estos análisis, realizados por el equipo del Dr. García de Miguel, de la Cátedra de Petrología de la ETSI de Minas de la Universidad Politécnica de Madrid demostraron que en los conjuntos presentados existían al menos dos fuentes de aprovisionamiento; uno local y otro foráneo cuya procedencia exacta no pudo realizarse debido a la analítica empleada pero que podría encontrarse en el núcleo de la vertiente Sur del Macizo de Ayllón.

Estas dos procedencias se aprecian, en un análisis *de visu* en las características de dureza y exfoliación que presentan ambas series. Así, mientras las pizarras locales, laminadas y de fácil exfoliación que dan lugar a formaciones hojaldradas presentan una dureza menor y un contenido en óxidos de hierro mayor, las pizarras foráneas muestran una ausencia de exfoliación, una notable dureza y un índice de óxidos de hierro menor.

Restos faunísticos

De las labores de excavación procede un conjunto de restos óseos de fauna con evidencias de fuertes concrecciones calcáreas. La colección se repartía de forma muy desigual entre los niveles V y II, siendo mucho más abundante en el primero de ellos.

En el nivel V se detectaron restos de cuatro especies diferentes de mamíferos de tamaño medio (ciervo, corzo, jabalí) y pequeño (conejo) y cuyo aporte a la cavidad asociamos a su uso como refugio puntual de caza.

En el nivel II tan sólo se detectaron restos de corzo y ovinos/cápridos indeterminados. Estos restos eran menos abundantes que en el nivel anterior y además presentaban un patrón de fragmentación también menor apreciándose en algunas ocasiones restos de huellas de manipulación y descarnado.

A pesar de que se procedió a la flotación del sedimento no se recuperó, seguramente debido a lo reducido de las dimensiones de nuestra intervención, resto alguno de semillas.

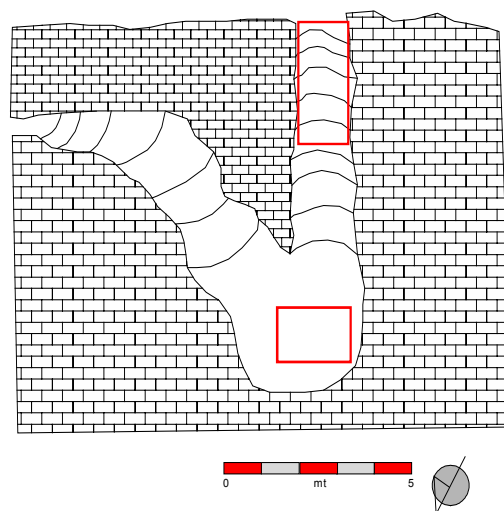


Fig. 215.- Vista general de la ubicación de la Cueva de la Higuera

Fig. 216.- Planta de la cavidad con indicación de los dos sectores excavados (acceso y fondo de cueva)

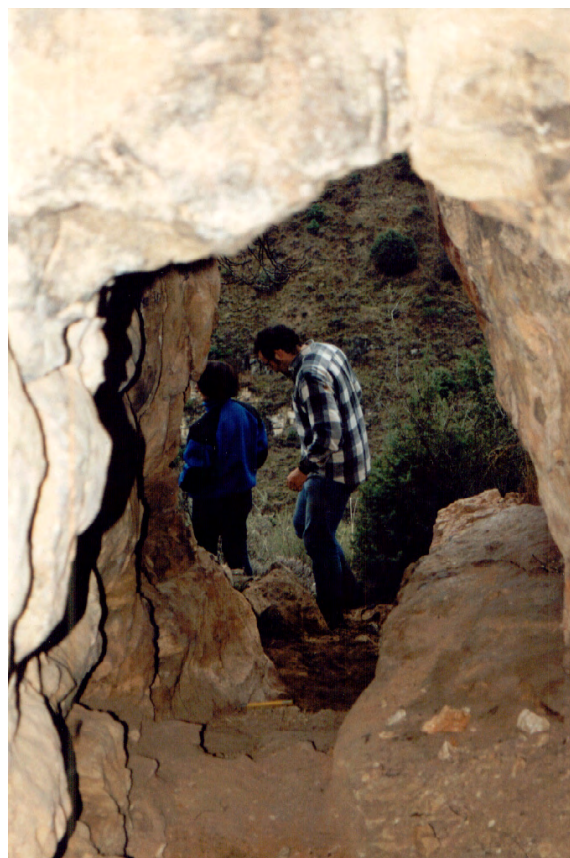


Fig. 217- 218.- Vista general del acceso, desde el exterior y desde el interior, donde puede apreciarse la existencia del origen paragenético de la cavidad y el sector de acceso excavado con rebordes laterales a modo de gradas.



Fig. 219.- Perfil estratigráfico del corte realizado en el sector de fondo de cavidad.

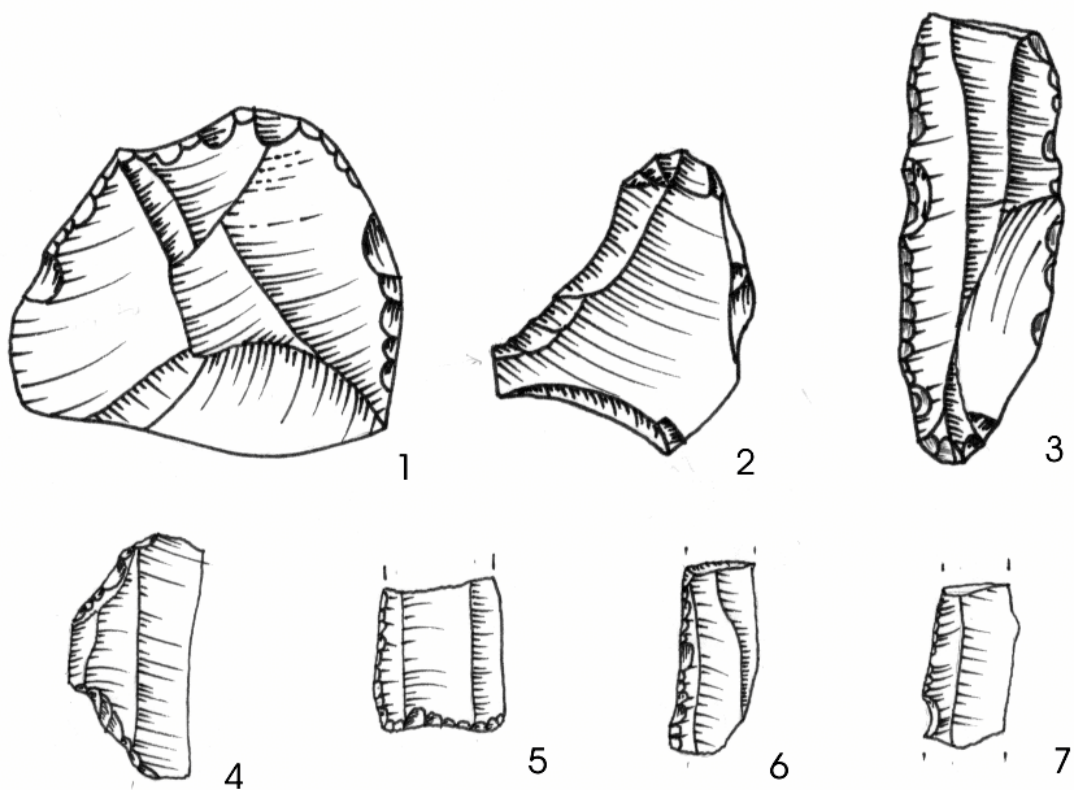


Fig. 220.- Selección de material lítico recuperado en los sondeos excavados.

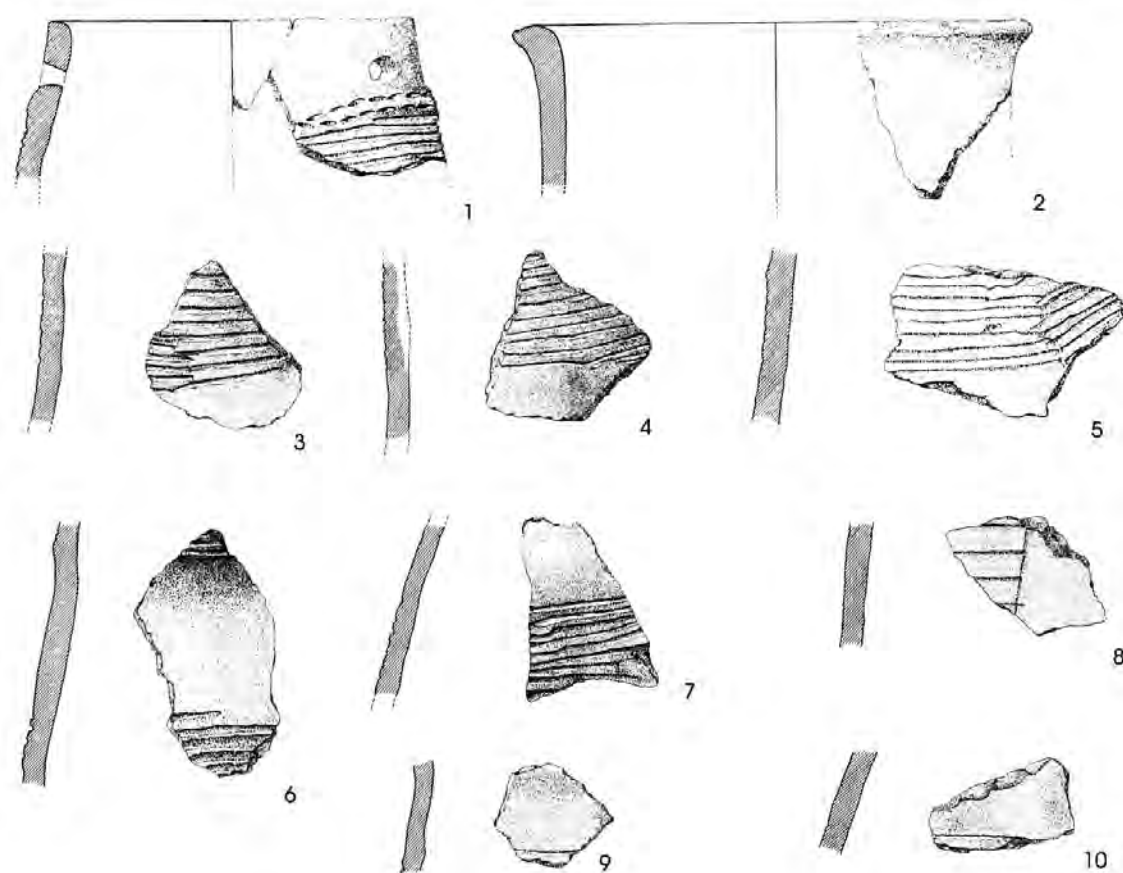


Fig. 221.- Material cerámico recuperado en la prospección de J. Barrio (según Barrio y Rubio, 2002)

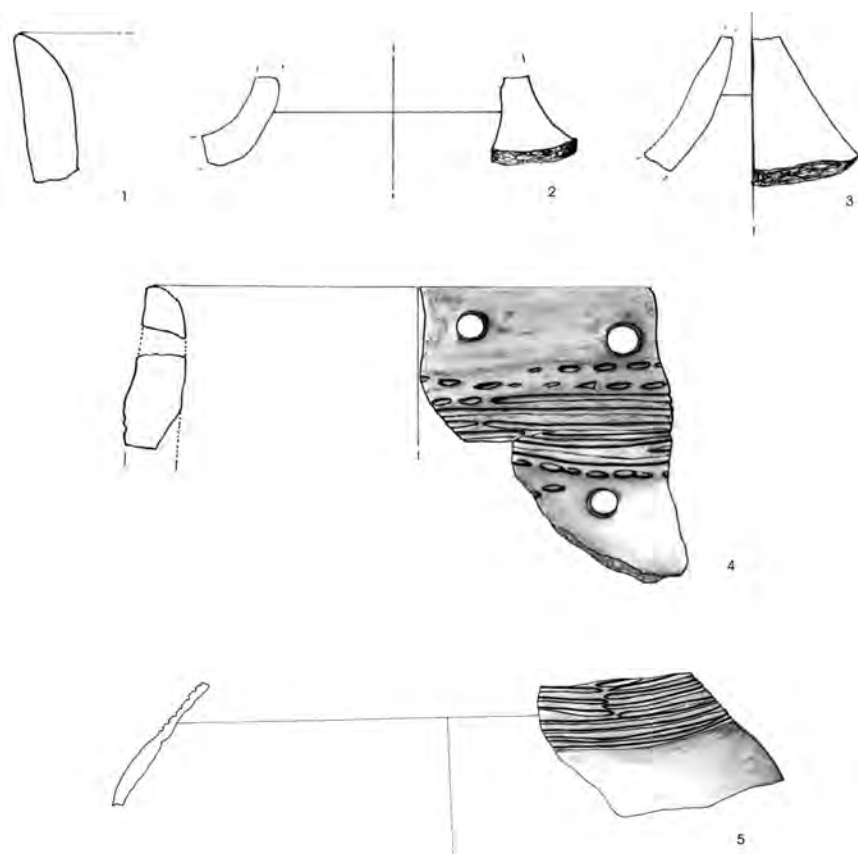


Fig. 222.- Selección de material cerámico recuperado en los sondeos excavados (el nº 5 a 1/2 de su tamaño)

3.10. CALLE DE LA CAL (Villaverde, Madrid)

UTM: 440.900 / 4.470.600

Yacimiento al aire libre ubicado a una altura de 567 metros s.n.m sobre los niveles medios y bajos de terraza fluvial, asentándose en un terreno arcillo-arenoso. El yacimiento se encuentra ubicado en llano, 17 metros sobre la cuenca del Río Manzanares.

La Potencialidad agrícola del área inmediata es alta y cuenta principalmente con zonas de vega, aptas para un aprovechamiento agrícola y pastos para ganado fundamentalmente ovicaprino.

El yacimiento es conocido gracias a una intervención de urgencia realizada en un solar existente en la calle de la Cal nº 15-17 entre Agosto de 1991 y Enero de 1992. La intervención consistió en la excavación de una cata de cuatro metros de largo por dos de ancho así como la posterior supervisión del vaciado del solar. Este yacimiento se encuentra próximo a los yacimientos de Los Vascos y de las Carolinas (Vigil-Escalera y Moreno Lete, 1996:91-95), formando seguramente parte del primero de ellos.

Actualmente la zona se encuentra desvirtuada en su totalidad debido a la creciente presión urbanística. De hecho el hallazgo corresponde a las labores de excavación derivadas de la necesidad de liberar solares para urbanizar.

Algunos investigadores han querido ver en estos restos una clara afinidad tanto espacial como de cultura material respecto a los materiales deparados por los yacimientos concentrados en el eje paralelo al curso del Manzanares en su búsqueda del Jarama para desembocar (Verona II, Vascos, etc.) Sin duda lo parecido del material y los propios caracteres de este tipo de yacimientos – predominio de la estratigrafía horizontal y la gran dispersión de materiales- pueden ser un dato necesario de valorar a favor de esta hipótesis.

Material arqueológico

El contexto en el que aparecieron los restos (u.e. 109) fue destacado en el sector oriental del Sondeo a una profundidad de -110 cm., bajo un paquete de depósitos de vertido y fosas de datación contemporánea. Se trataba de un estrato de unos 20 cm. de potencia máxima y de imprecisa delimitación en planta, cortado por una fosa rellena de materiales de datación contemporánea. Este estrato estaba compuesto por una masa de cantos de cuarcita de mediano tamaño, rubefactados y fracturados pero sin aristas vivas, en una matriz arenosa- arcillosa de coloración oscura, bastante compacta que se disponía directamente sobre las arenas del terreno geológico, superficialmente bioturbadas.

Por sus características geológicas, tamaño de los conglomerados y ángulo de imbricación de los mismos fue interpretado por sus excavadores como *de origen natural de índole mecánica*, producto del arrastre de materiales desde algún lugar no muy lejano. Fueron negativos tanto los análisis de micromamíferos realizados por A. Jiménez como los resultados de la supervisión arqueológica desarrollada más tarde en el solar, ya que no se evidenciaron otros restos del estrato fértil en la parcela.

Industria lítica

Tan sólo fueron hallados nueve desechos de talla, todos ellos de sílex de color gris y blanco, sin ningún valor tipológico representativo (Vigil-Escalera y Moreno Lete, 1996: 96)

Cerámica

Fueron hallados un total de doce fragmentos lisos y nueve decorados con superficies cuidadas y alto índice de rodamiento lo cual impide hablar de su tratamiento superficial, e incluso de algunas de sus decoraciones. Las pastas son de colores ocre claros, rojizos y ocre oscuros casi llegando al negro (Vigil-Escalera y Moreno Lete, 1996: 91) Los desgrasantes son fundamentalmente de cuarzo aunque también hay presencia de mica ferralítica lo que da un aspecto arenoso compactado a las pastas. Las cocciones son fundamentalmente reductoras, aunque hay algún fragmento de cocción oxidante –siempre minoritarias- y nervio de cocción.

La cerámica lisa y la decorada presentan las mismas condiciones de pastas y tratamiento de las superficies. El espesor de las paredes oscila entre los seis y los catorce milímetros.

Tan sólo uno de los fragmentos permite intuir una forma de perfil reconstruible, correspondiente a un cuenco de la **Forma II** (Fig. 224) con un diámetro de 170 mm. que presenta como motivos decorativos esquemas obtenidos mediante técnica mixta. Esta consiste en una serie de acanaladuras horizontales debajo de los que se desarrolla un cordón de escaso resalte paralelo al borde y con impresiones ovaladas, obtenidas mediante la impresión de una matriz simple roma, en sentido oblicuo. Bajo el cordón, de nuevo aparecen dos acanaladuras similares a las anteriores. Este esquema es propio del tipo DIII.

Entre los restantes fragmentos recogidos en esta magra colección destaca como técnica decorativa el acanalado (Fig. 224), generalmente de desarrollo horizontal paralelo —a veces en combinación con motivos impresos—, propio de los esquemas del tipo DIV, si bien se ha documentado algún elemento metopado del tipo BII en el que parecen comparecer tan sólo los acanalados.

La tercera variedad decorativa, documentada en una sola ocasión es la compuesta por una serie de líneas incisas paralelas anchas y profundas con impresiones circulares profundas de punzón en su interior y que se enmarcan, sin duda alguna en el verdadero esquema del *punto en raya* del boquique antiguo, propio de los esquemas del tipo AI.c y representado en algunos otros contextos meseteños como La Paleta, siempre en número muy reducido.

Los motivos plásticos documentados son un mamelón sobre cordón horizontal y el resto de un arranque de asa o mamelón muy rodado. Uno de los fragmentos presenta un mamelón de escaso resalte en sentido oblicuo decorado con impresiones ovaladas también poco marcadas (Vigil-Escalera y Moreno Lete, 1996: 92)

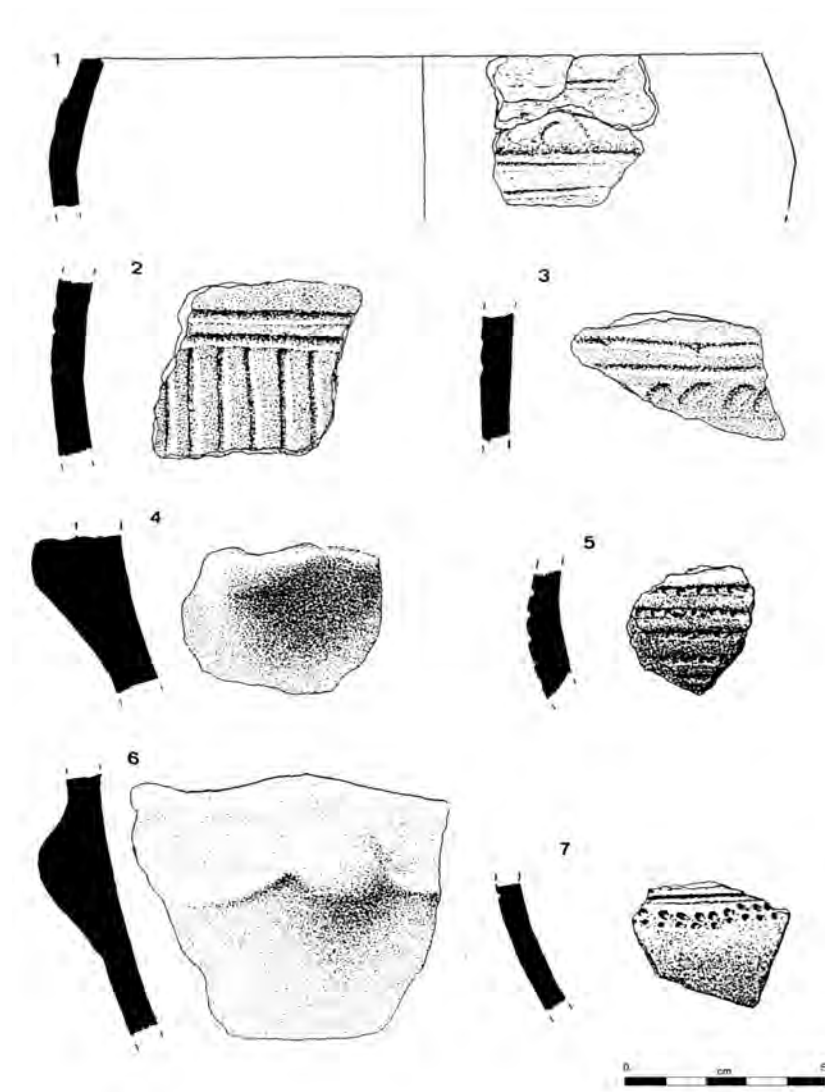


Fig.224.- Material de los niveles inferiores, según Vigil-Escalera y Moreno Lete (1996)

3.11. LA DESEADA (Rivas-Vaciamadrid, Madrid)

UTM 455.830/ 4.467.320.

Yacimiento ubicado en una suave ladera a 550 metros s.n.m. sobre la fértil vega que se abre sobre en las inmediaciones de los escarpes yesíferos occidentales del valle del Jarama, directamente sobre el interfluvio formado por éste y el río Manzanares.

Se trata de un yacimiento multiocupacional con horizontes culturales correspondientes a una amplia secuencia que alcanza desde la Prehistoria reciente hasta la época altomedieval.

El yacimiento fue objeto de una excavación controlada derivada de las obras de ampliación del Metro de Madrid. Esta intervención, realizada sobre más de 10000 m² permitió la localización de al menos dos cabañas y cinco fosas cuyos materiales parecían corresponder al Neolítico (Fig. 224) Una de las cabañas detectadas, la situada en el sector occidental, fue preservada, sin excavar y dejada en reserva mediante resolución de la Dirección General de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid.

Secuencia estratigráfica

Como acontece en la práctica totalidad de los conjuntos habitacionales dispersos a lo largo de las márgenes de los ríos y que definen lo que se dio en denominar "fondos de cabaña", no existe una estructuración vertical definida que permita establecer secuencias estratigráficas precisas. Así, aún cuando se puedan producir y localizar ciertas superposiciones e interficies entre las diferentes fases, la tónica general será la de un palimpsesto horizontal en el que prima la estructuración longitudinal de los hallazgos, sea cual sea su cronología. A menudo la distancia en la vertical de estas estructuras es de tan poca entidad que la caracterización de sus respectivos horizontes debe hacerse, en exclusiva, por la composición ergológica de sus rellenos, o por la concatenación de fosas que se cortan unas a otras.

En algunas ocasiones, como parece se el caso de este yacimiento, se ha podido hacer una aproximación micro-estratigráfica a la formación del depósito. Por norma general este tipo de lecturas estratigráficas, propias de la aplicación de la metodología Harris, permiten más un acercamiento a las fases de construcción del yacimiento y las estructuras que alberga, que una lectura vertical y secuencial del uso en una secuencia temporal dilatada.

Estructuras excavadas

CABAÑA 4500

Fosa de planta de tendencia circular con un diámetro de 6'20 m. y 0.60 m. de profundidad (Fig.225) La superficie interior presentaba como únicos elementos definidos un hogar cubeta de 1 metro de diámetro y un agujero, probablemente correspondiente a un poste central. El perímetro de la cabaña se jalona con 46 agujeros de poste que se corresponden con tres fases estratigráficas.

En el interior de la cabaña se documentaron cinco estratos horizontales con escasos indicios de actividades domésticas. El estrato superior (4501) corresponde con una potente acumulación de piedras, donde se recuperaron 58 fragmentos de cerámica (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 254)

Fases estratigráficas documentadas

Fase I

En este momento se realizó la excavación de la cubeta circular que conforma la cabaña. De forma paralela se excavaron tanto el hogar central como un total de trece agujeros de poste —de planta y sección ovales— distribuidos a lo largo del perímetro externo de la cabaña.

Fase II

Se excavaron nuevos agujeros de poste, en total veintiuno, de morfología redondeada y oval y sección cónica. Es en este momento en el que se realiza el poste central. En el interior de la cabaña se forman dos estratos de ocupación que permiten diferenciar sendas zonas dentro de ella: un suelo de uso —al Sur— blanquecino, compactado y con inclusión de piedras de pequeño tamaño (unidad 4589), y otro —en la mitad norte— más oscuro, poco consistente y con presencia de abundantes fragmentos de adobe triturados y carbonilla (unidad 4541) Ambos contextos cubren el hogar, por lo que éste queda amortizado.

Fase III

Última fase de acondicionamiento y uso de la cabaña, que se evidencia con la apertura de nuevos agujeros de poste. Ahora éstos son más profundos que en las dos fases anteriores, presentan planta circular y sección en "U", con presencia de calzos. Dos estratos sucesivos evidencian el uso de esta remodelación. El inferior (unidad 4526), de color castaño y textura compacta contiene carbonilla, adobe triturado y pequeñas piedras dispersas. Sobre él se extiende otro suelo de uso (unidad 4502) consistente en un empedrado con presencia de adobes con impronta de postes en unos casos y superficies planas en otros, restos de carbonilla, etc.

Fase IV

El estrato 4501 representa la amortización y derrumbe de la cabaña. Este estrato está formado exclusivamente por una potente acumulación de piedras, salpicada con algunos fragmentos de adobe con improntas e indicativa de la existencia de un tabique perimetral de material no perecedero (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 253)

Fosas anejas

Fosa 4000

Presentaba una planta circular de 0'90 metros de diámetro en la boca y 0'70 metros en la base. Su sección es cilíndrica, de 0'30 metros de profundidad y base plana irregular. Tras su excavación y uso, la fosa se rellenó con el estrato 4001. En esta fosa se recuperaron tan sólo nueve fragmentos cerámicos (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 254)

Fosas 8100 y 3700

La fosa 8100 mostraba una boca de planta ligeramente ovalada de 0'64 metros de eje mayor, base circular de 1'30 metros de diámetro y fondo plano irregular. Las paredes de abren de techo a muro formando una característica sección de "fondo de saco" de 0'83 metros de profundidad. En la parte superior, tanto esta fosa como los estratos que la rellenan (8101 y 8102) aparecen cortados por la unidad estratigráfica 3700, correspondiente a otra fosa que debe ser considerada, por tanto, más moderna.

En esta fosa se recuperaron 22 fragmentos cerámicos (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 254), la mayor parte de ellos componentes de un recipiente decorado con esquemas impresos de matriz múltiple o gradina.

Fosa 3700

Presentaba planta circular de 0'70 metros de diámetro y paredes cóncavas, con una base, también cóncava, irregular, de 0'30 metros de diámetro. La profundidad máxima es de 0'38 metros y se encuentra rellena por un único depósito (estrato 3701) En esta fosa se recuperaron cuatro fragmentos cerámicos (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 254) Se han podido documentar varias fases en la formación del registro arqueológico:

FASE I: Excavación de la fosa 8100 en el sustrato geológico.

FASE II: Momento en el que se realiza el relleno intencional del "silo" mediante el estrato 8101 y una concentración de improntas de adobe y piedras calizas (8102) que aparecen dispuestas sobre el estrato 8101 en la zona central de la boca.

FASE III: Excavación de la fosa 3700 que corta al silo 8100 y sus rellenos por su borde occidental. No existen indicios estratigráficos ni materiales que permitan cuantificar el tiempo transcurrido entre las fases II y III.

FASE IV: Tras su uso, la fosa 3700 se amortiza y rellena con un único estrato (3701)

Fosa 8600

Fosa de planta circular de 1'20 metros de diámetro en la boca y 0'90 metros en la base. Presenta una sección cilíndrica de 0'50 metros de profundidad con paredes y base cóncavas. Esta estructura aparece cortada, junto a su relleno 8601, por la fosa 5600, adscrita al Hierro II (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 253 y 254) En su interior se recuperaron ocho fragmentos cerámicos (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 254)

Material arqueológico

En primer lugar debemos señalar la existencia de una notable disimetría en el volumen de material documentado en la estructura de habitación y las fosas anejas (Fig.226). Este comportamiento diferencial de los rellenos puede ser una pauta de elevado interés para el estudio del uso diferencial de las estructuras. En la cabaña destaca la escasez de restos recuperados, tanto líticos como cerámicos, así como la relativa ausencia de restos óseos y elementos que permitan inferir actividades domésticas.

Los datos procedentes de la excavación, no obstante, llevan a pensar en una continuidad en el uso de la estructura. Esto se pone de manifiesto al menos por la reiterada apertura de agujeros de poste. Del mismo modo se ha podido documentar la realización de, al menos, dos reacondicionamientos parciales del tabique exterior, así como una última modificación del suelo con la preparación de un empedrado.

Industria lítica

La industria se encuentra realizada por completo sobre sílex, a excepción de una laminita de cristal de roca hallada en la unidad 4501. Se recuperaron un total de 60 piezas, de las cuales, 47 proceden de la cabaña, 6 del silo 8100, 3 de la fosa 4000, tres de la fosa 8600 y una pieza de la fosa 3700.

La industria sobre lasca representa el 58'3%, frente al 18'3 % laminar. El 23% restante corresponde a fragmentos de núcleos (3 piezas) y restos de talla. Todo ello implica la realización de la talla en el mismo enclave, lo cual fue favorecido por la facilidad para obtener materia prima en áreas inmediatas al yacimiento.

Tan sólo se recuperaron once piezas retocadas, nueve lascas y dos láminas. Siete de estas piezas son útiles tipológicamente clasificables. Entre ellos destaca un diente de hoz, procedente del silo 8100; un denticulado, dos perforadores y un raspador proceden de la cabaña. Con soporte laminar se han recuperado de la cabaña una muesca sobre lámina y otra sobre laminita con fractura retocada (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 254). Cabe destacar la ausencia total de microlitos geométricos y el predominio del componente lascar sobre el laminar (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 255).

Entre los materiales macrolíticos domésticos destacan dos fragmentos de molino manual elaborados en granito, recuperados en el interior de la cabaña.

Cerámica

En este enclave fue recuperado un reducido pero interesante conjunto de cerámicas decoradas mediante motivos plásticos –cordones- e impresos asociados generalmente en forma de motivos de espiga. También se localizaron restos de recipientes decorados con cordones lisos ubicados bajo el borde y al menos un fragmento con incisiones estrechas horizontales paralelas (Fig.226).

En la excavación de las estructuras en fosa fueron recuperados un total de 101 fragmentos cerámicos. Estos fragmentos cerámicos se reparten espacialmente del siguiente modo:

Cabaña 4500 - 58 fragmentos de cerámica. 5 de ellos decorados.

Silo 8100 - 22 fragmentos de cerámica. 8 de ellos decorados.

Fosa 4000- 9 fragmentos de cerámica. 1 decorado.

Fosa 8600- 8 fragmentos de cerámica. Todos los fragmentos aparecen decorados.

Fosa 3700- 4 fragmentos de cerámica. 1 fragmento decorado.

El índice de fragmentación mayor lo presentan los restos hallados en la fosa 3700, donde los fragmentos de tamaño inferior a 5 cm representan el 100%. Por su parte, en la cabaña, representan el 75 %. La fosa 4000, el 55%, y el silo 8100 el 63%. No obstante, en la fosa 4000 aparece un fragmento de 10-20 cms., y en el silo 8100, dos de los fragmentos tienen más de 20 cms. En la fosa 8600, un fragmento mide entre 3-5 cm., y dos se corresponden con el intervalo 10-20 cms.

Las representaciones formales, atendiendo a nuestra propuesta tipológica es variada. No obstante se observa, de nuevo, un cierto desajuste entre los materiales recuperados en la cabaña y en las fosas.

En la cabaña es difícil señalar, con los materiales existentes, una adscripción tipológica clara. Parece que algunos de los materiales dibujados por Díaz del Río y Consuegra (1999: 255, fig. 2) pudieran estar orientados de forma incorrecta. Nuestra propuesta podría acercarlos a la forma VII a, en transición a los modelos de botella. No obstante, dada la entidad de los materiales hasta esta adscripción sería dudosa.

Algo más clara resulta la adscripción tipológica de los materiales recuperados en las fosas. El repertorio formal, atendiendo a lo publicado, quedaría establecido del siguiente modo:

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII
4500 (cabaña)		X					X	
8600							X	
8100		X	X	X	X			

Tabla 81.- Repertorio formal representado.

Los elementos de prehensión están representados por asas de cinta verticales, colocadas inmediatas al borde o en el tercio superior del recipiente y por orejetas próximas y paralelas al borde. En todos los casos estos elementos se asocian a recipientes de gran tamaño así como al desarrollo de cordones –lisos o impresos- dispuestos en horizontal y vertical sobre las superficies de los recipientes (Fig. 226) Cabe destacar la ausencia de bordes vueltos, perfiles suaves en “S” y de carenas.

Entre las cerámicas lisas abundan los galbos, que podrían haber correspondido a recipientes decorados. Las formas documentadas no se alejan de lo señalado para las decoradas y tan sólo amplían la tabla de representación anterior con la habitual representación de las formas I y III. No obstante lo exiguo del material recuperado no posibilita un mayor acercamiento a la problemática ni una profundización en el estudio evolutivo diferencial de las formas asociadas a cada una de las fases documentadas.

La decoración afecta al 22'7 % del total del material cerámico recuperado, correspondiendo a 23 piezas. Las estructuras de almacenamiento presentan los niveles más altos de cerámicas decoradas.

El motivo mejor representado es la aplicación en relieve en forma de cordones de mayor o menor desarrollo (47'7%), presentando disposiciones diversas -paralelos al borde o articulados en torno a los elementos de prehensión. El 26% se corresponde con cordones lisos, mientras que el 21'7 % pertenece a cordones impresos. Al menos en cinco ocasiones se documentan incisiones anchas o acanaladuras.

Los diseños que combinan técnicas incisas e impresas, en su mayor parte inmersas en la unidad 8101, suponen el 13% del total de piezas decoradas.

Se ha detectado una notable representación del engobe rojo sobre las superficies externas de las piezas, apareciendo en 15 de los 23 fragmentos decorados (65'2%), combinándose en 11 de ellos con otras técnicas decorativas. En ningún caso puede hablarse de forma tácita de almagras.

La única técnica que no aparece combinada con el engobe rojo es la de los cordones aplicados -de escaso resalte- y decorados mediante impresiones en “espiga”. Por su parte, los motivos inciso-impresos aparecen siempre asociados a superficies engobadas (Díaz del Río y Consuegra, 1999: 254) Entre las técnicas decorativas cabe destacar la ausencia total de boquique antiguo y pseudo-boquique, así como de esquemas de línea cosida.

Elementos de adorno

Tan sólo se ha documentado una evidencia que señala, además, a un contexto de uso posterior (unidad 145) a la cabaña y las fosas. Se trata de un fragmento de brazalete de caliza blanca de sección cuadrada y 79 mm de diámetro.

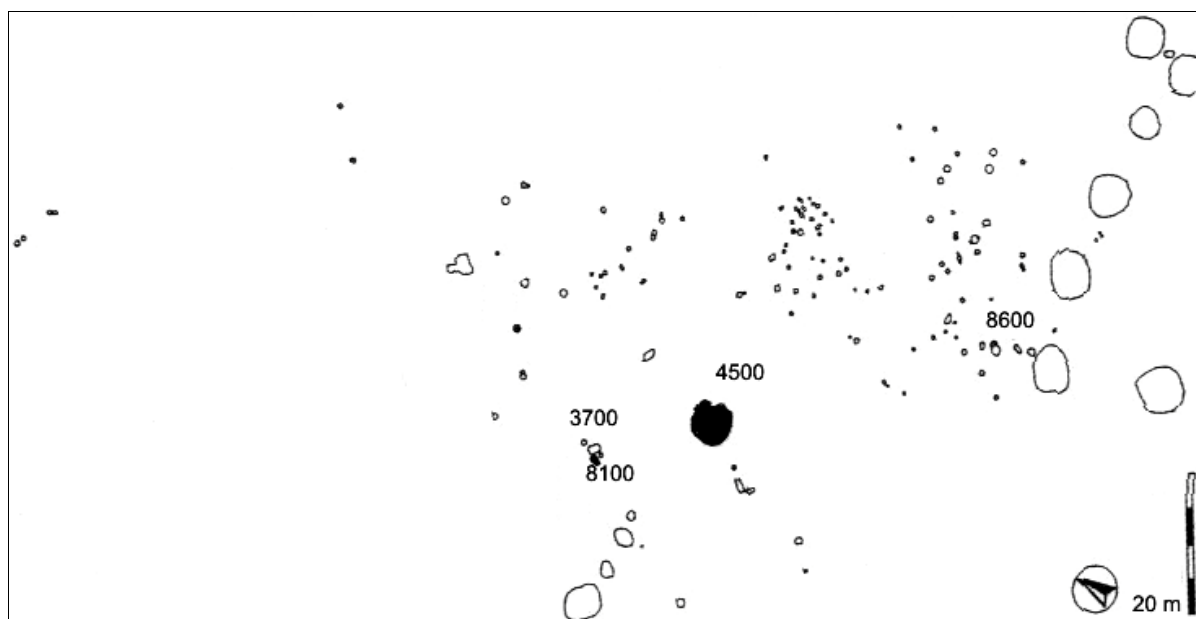


Fig.224.- Planimetría general de disposición de las estructuras excavadas (según Díaz del Río y Consuegra, 2001: 252, fig. 1)

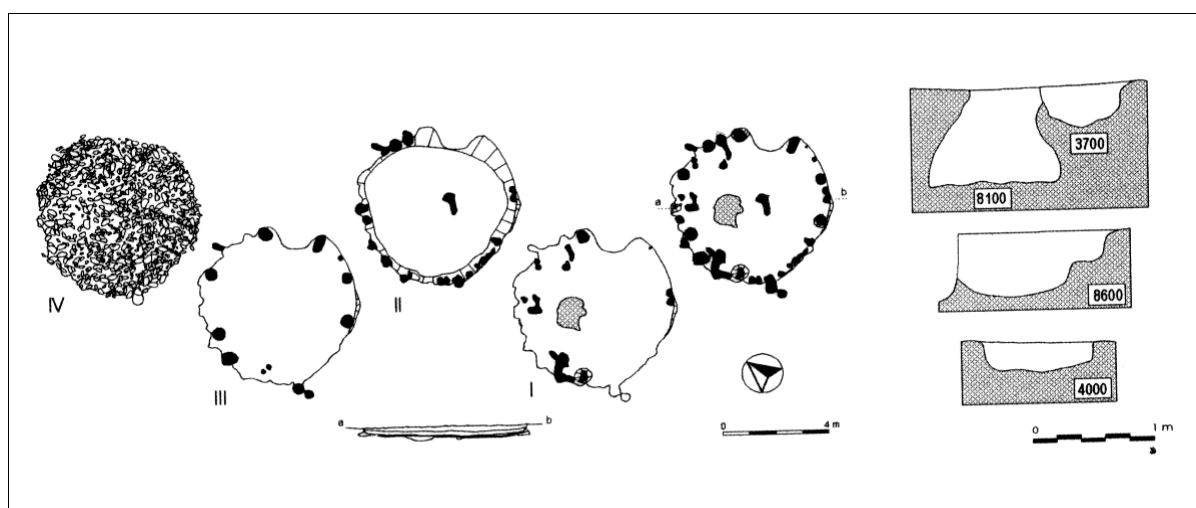
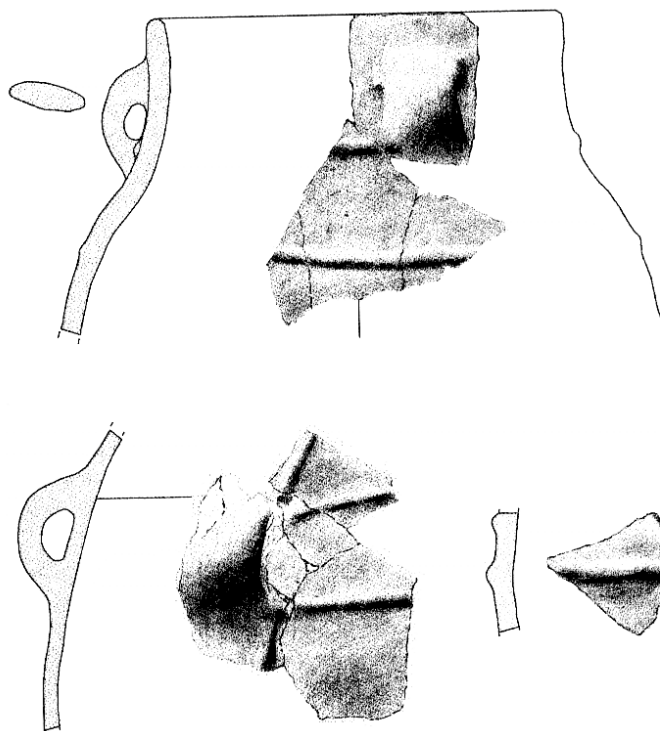
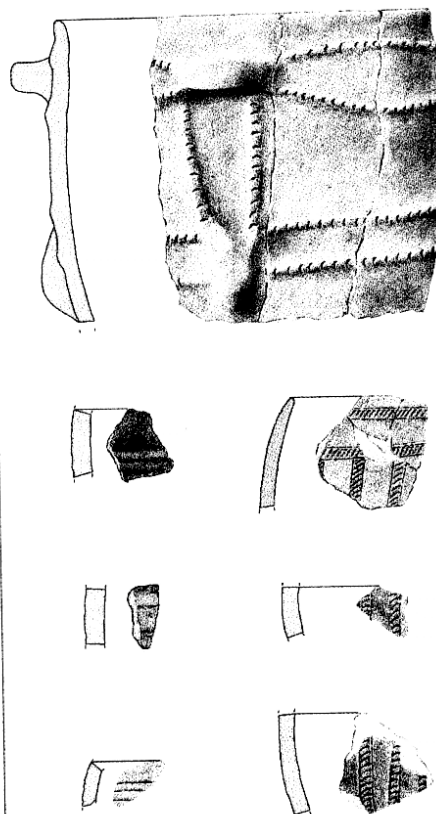


Fig.225.- Planta y sección de la cabaña (4500) en sus diferentes fases de uso (según Díaz del Río y Consuegra, 2001: 252, fig. 1)

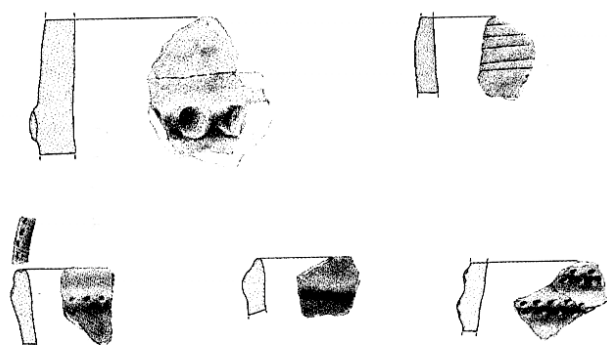
8600



8100



4500



3700



145



0 10 cm

Fig.226.- Materiales de las diferentes estructuras (según Díaz del Río y Consuegra, 1999: 255, fig. 2)

3.12. ARENERO DE LOS VASCOS (Madrid)

UTM: 440.900 / 4.470.600

Yacimiento de carácter multiocupacional situado al aire libre, sobre las terrazas media y baja del río Manzanares, a una altura absoluta de 565 metros s.n.m. El yacimiento se encontraba situado en llano, 15 metros sobre la cuenca del Río Manzanares. En la actualidad el yacimiento está totalmente destruido debido a las obras de ampliación del casco urbano de la ciudad de Madrid.

La Potencialidad agrícola es alta, contando con una zona de vega amplia apta para el cultivo de secano, si bien no debe menospreciarse la gran capacidad de estas tierras para la realización de cultivos hortícolas.

El yacimiento fue descubierto e investigado por J. Pérez de Barradas en los años 30 (Pérez de Barradas, 1933; 1941), siendo los primeros materiales de indudable filiación neolítica presentados por Julio Mercader (Mercader *et alii*, 1989: 63). Debemos señalar que estos materiales se encuentran descontextualizados ya que proceden de recogidas sistemáticas realizadas a principios y mediados de siglo, lo cual condiciona en cierto sentido la interpretación de los datos que nosotros podamos realizar.

Aunque se han mostrado diferenciados, éste yacimiento y el de la Calle de la Cal debieron de estar relacionados de algún modo. Si hemos optado por su presentación diferenciada es, principalmente, porque si los datos que de éste tenemos proceden de antiguas recolecciones, los de aquél, aunque deficientes, proceden de una intervención arqueológica reciente.

Material arqueológico

De nuevo se presenta la problemática mezcla de elementos dentro de un mismo conjunto, con materiales correspondientes tanto al Neolítico como a una fase de la Edad del Bronce dentro de la facies "Cogeces" (Mercader *et alii*, 1989: 64), con lo cual, los materiales que se presentan no son más que una selección de elementos de clara asignación neolítica dentro de un conjunto más heterogéneo sin que podamos, en ningún momento hablar de asociaciones de material o de relaciones de estos con estructuras, niveles, etc.

El grueso de elementos que se seleccionaron en un primer momento como de adscripción neolítica son un conjunto de útiles líticos realizados sobre sílex, de tipometría marcadamente laminar y cerámicas realizadas a mano, tanto lisas como decoradas.

Industria lítica

Los sílex recuperados consisten principalmente en láminas o fragmentos de estas sin retocar o con retoques laterales muy marginales (Fig. 227). Tres de estas láminas, que se pueden considerar neolíticas, presentan la base preparada por medio de retoques abruptos. Dos de las piezas muestran golpes de buril, en un caso simple de ángulo y en el otro múltiple diedro. Algunos otros materiales líticos recogidos antaño ofrecen una problemática asignación cronológica y cultural lo cual nos ha inclinado a no presentarlos aquí. Quede constancia, no obstante, de la existencia de un aparente sustrato superopaleolítico en la práctica totalidad de los yacimientos ubicados en las márgenes del curso bajo de los ríos Manzanares y Jarama.

Cerámica

El conjunto cerámico consiste en fragmentos decorados y lisos (Figs. 228-232), entre las que se documentan bordes redondeados o redondeado-apuntados, con paredes medias y gruesas, oscilando los grosores medios entre los 7 y los 12 mm. Las pastas son mayoritariamente toscas, con desgrasantes de 2-4 mm., si bien aparecen algunas pastas semidepuradas de texturas más compactadas, con desgrasantes de 1-2 mm., siendo en todos los casos estos desgrasantes de cuarzo, mica y cal. Las cocciones son de buena calidad, destacando las reductoras y alternantes. Los colores de las pastas pueden ser negros, grises o sombra natural. Están presentes los engobes siena y claros en varios fragmentos (Mercader *et alii*, 1989: 66).

En total, entre el material publicado por Mercader, el estudiado por nosotros en el Instituto Arqueológico Municipal del Ayuntamiento de Madrid –hoy conservado en el Museo de San Isidro- y el procedente de la Colección Bento conservada en el Museo Arqueológico de Cataluña (Blasco *et*

alii, 2002), se cuenta con un total de 23 fragmentos decorados y 6 asas lisas de indudable cronología neolítica.

Las formas cerámicas, así como los bordes, son escasos. Se han documentado ocho bordes, dos redondeados, cuatro redondeados-apuntados y dos planos. El primero de ellos corresponde a un cuenco de la **Forma III**, liso, de 120 mm de diámetro máximo, que corresponde a la boca del recipiente.

El segundo de los bordes corresponde a una hermosa garrafa de la **Forma VII** de 176 mm de diámetro de boca, estando el diámetro máximo, 323 mm, localizado en la zona mesial del recipiente. Presenta al menos un asa sobre el hombro y decoración mixta que combina los elementos plásticos –cordones impresos–, los acanalados estrechos y las impresiones de matriz simple, realizadas con un objeto aguzado. Muestra además una leve aguada de almagra en su superficie externa.

El tercero de los bordes corresponde a un cuenquito de cuerpo esférico y paredes invasadas de 60 mm de diámetro de boca y 110 mm de diámetro máximo localizado éste en la zona mesial del recipiente. No presenta decoraciones y muestra una pequeña asita redondeada situada inmediatamente bajo el borde, al que no invade. Este tipo de recipiente puede ser clasificado en nuestra **Forma II**.

Una cuarta pieza con borde corresponde a la práctica totalidad de un pequeño cuenco de la **Forma I**, de 60 mm de boca que se corresponde con el diámetro máximo y cocción reductora. Presenta una muy curiosa y poco común decoración esgrafiada realizada mediante la aplicación de un objeto incisivo sobre la pasta ya cocida. El esquema representado consiste en un zigzag muy tosco del que parten, en vertical líneas paralelas descuidadas por encima de los dos flancos del zigzag. Es esta una decoración muy poco frecuente en contextos neolíticos del interior por lo que debe tomarse su adscripción, cuando menos como dudosa.

La quinta pieza presenta unas dimensiones que no facilitan mucho su clasificación tipológica, si bien parece corresponderse con la **Forma IV**. Muestra una ligera indicación al exterior del labio y bajo el borde un cordón de muy escaso resalte, de desarrollo horizontal y decorado mediante impresiones verticales paralelas realizadas mediante un objeto aguzado de matriz simple.

Otra pieza, de complicada adscripción crono-cultural, corresponde a una derivación de nuestra **Forma IV** y presenta en el exterior del recipiente una serie reiterada de aplicaciones plásticas –mamelones– que abarcan la totalidad del recipiente.

Las dos últimas piezas corresponden, sin duda, a derivaciones de la **Forma II**. El primer ejemplar presenta, sobre un recipiente de pasta arenosa oscura y cocción reductora, una orejeta poco destacada inmediata al borde, al que no invade. Bajo esta orejeta se desarrolla al menos un cordón de escaso resalte decorado mediante impresiones verticales paralelas obtenidas por la aplicación de un objeto apuntado de matriz simple y con un característico esquema de espiga.

La segunda de estas piezas, de cocción alterna y pasta arenosa compacta presenta una densa y poco desarrollada asita bajo el borde al que no invade y en torno al cual se desarrolla una compleja y hermosa decoración impresa dentro del más puro esquema epicardial pero en cierto modo relacionada también con las decoraciones en *línea cosida* definidas por S. Estremera (2003). La parte externa del borde e inmediatamente por encima del asita aparece festoneada por dos series de impresiones obtenidas por la aplicación a la pasta fresca de un útil romo de matriz simple. Bajo este motivo y en torno al asita, se desarrolla un motivo inciso-impreso en disposición convergente en el que se disponen estrechas acanaladuras que se festonean en uno de los lados por impresiones realizadas con un objeto de matriz simple aguzado.

Las técnicas decorativas consisten, fundamentalmente en impresiones, bien individualizadas como técnica o asociadas a elementos plásticos y acanalados. Dado el carácter de la muestra no tiene mucho sentido señalar índices de representación o de discriminación de elementos decorados *versus* lisos. Sí podemos teniendo en cuenta que hemos analizado la totalidad de los materiales y recogido todos los fragmentos decorados que aparecían, señalar en una tabla los índices de representación de cada técnica así como de los motivos decorativos que comparecen (Tabla 82). Tan sólo en una ocasión se documenta la presencia de una leve aguada de almagra sobre la superficie externa del recipiente.

TÉCNICA DECORATIVA	CASOS
IMPRESIÓN MATRIZ SIMPLE	18
IMPRESIÓN MATRIZ MÚLTIPLE	0
DIGITACIÓN/UNGULACIÓN	0
INCISIÓN	1
ACANALADO	10
CORDÓN LISO	1
CORDÓN IMPRESO	13
BOQUIQUE	0
PINTADA	0
ESGRAFIADA	1
TOTAL	23

Tabla 82.- *Índices de técnicas decorativas de Los Vascos.*

Podemos decir, a la luz de estos datos, que domina la técnica mixta siendo la técnica decorativa mejor representada la impresa, realizada preferentemente sobre elementos plásticos poco desarrollados, si bien no deja de estar presente la combinación de elementos plásticos de escaso resalte decorados mediante impresiones junto a esquemas inciso/acanalados de desarrollo sencillo.

Sí es cierto que en este yacimiento las impresiones realizadas sobre los cordones reúnen una serie de características que lo dotan de cierta uniformidad y unicidad. En la práctica totalidad de los casos se trata de impresiones subcirculares, realizadas con una matriz simple de punta roma, que repiten un esquema de triples impresiones en hileras paralelas. Así, el cordón cuenta con una línea de impresiones que bordea el inicio superior del cordón, otro en el final ambos dentro de la tradición del esquema denominado “en espiga” y otra serie más de impresiones ubicadas en la zona cimera del cordón. Tampoco falta una buena representación de esquemas de cordones impresos con el característico motivo “en espiga” que generalmente se le asocia a lo largo de la secuencia neolítica. Impresiones no ligadas a elementos plásticos aparecen en un reducido número de fragmentos, en el primer caso como delimitadores o festones de acanaladuras horizontales paralelas y en el segundo, que ya tratamos al referirnos a los bordes, combinadas de modo que reproducen un genuino esquema pseudocardial (Fig.231). Los esquemas inciso-acanalados, si bien son escasos, aparecen de forma independiente, formando esquemas en disposición convergente o en bandas continuas.

Por lo que respecta a los elementos de sustentación están ausentes las perforaciones y abundan las asas de cinta de diversos tamaños aplicadas bien sobre vasos lisos o decorados. Al menos en un caso está presente el tipo de asa doble en “B”, característica de grandes recipientes de almacenamiento. No faltan tampoco las típicas orejetas que en ocasiones aparecen, como las asas, cumpliendo una labor funcional –de soporte- y como articuladoras del discurso decorativo.

En cuanto a las cerámicas lisas, destaca la presencia de un cuenco con restos de engobe pardo en el exterior al que ya nos referimos antes. La adscripción del resto de los materiales de nuevo ha sido dificultosa dada la pervivencia de las formas cerámicas a lo largo del tiempo así como a la heterogeneidad del conjunto de materiales estudiados. No obstante se ha podido determinar, bien por las pastas, tratamientos de superficie o elementos formales la adscripción al Neolítico *sensu lato* de un lote de cerámicas. Todas ellas presentan restos de asas acintadas, y en dos casos conservan restos de engobes pardos.

Por lo que respecta a las formas que hemos podido reconstruir cabe resumirlas, junto a las que ya señalamos al hablar de los bordes, en la Tabla 83.

FORMA	CASOS
I	1
II	3
III	1
IV	3
V	0
VI	0
VII	4
VIII	0

Tabla 83.- *Repertorio formal representado en Los Vascos.*

Esta tabla carece no obstante de otro valor que no sea el de cuadro resumen. En primer lugar porque sólo atiende al conjunto decorado o de cerámicas selectas. En segundo lugar porque la mayor parte de las piezas con restos de asas –y que se suelen asociar a las formas V y VIII– no han podido ser reconstruidas por lo limitado del perfil que ofrecen. Resulta por ello de escasa productividad ahondar más en esta cuestión.

Dataciones absolutas

Para este yacimiento se aplicó la técnica de datación por Termoluminiscencia sobre una cerámica . Las mediciones, realizadas en la Universidad Autónoma de Madrid y sobre las que no se ofrece más dato que los resultados, ofrecen una fecha de 6430 +/- 450 BP para una cerámica decorada mediante técnica mixta impreso-incisa (Fig. 232, nº 34-37) (Blasco *et alii*, 2002: 131)

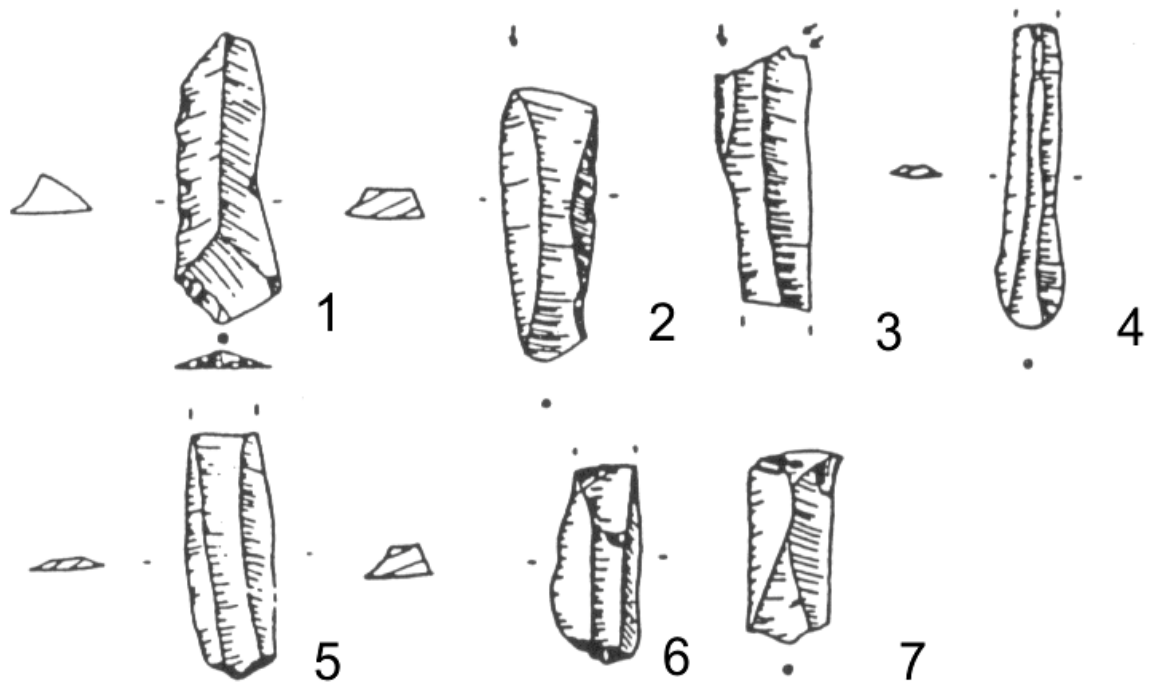


Fig.227.- Industria lítica de Los Vascos (Madrid)

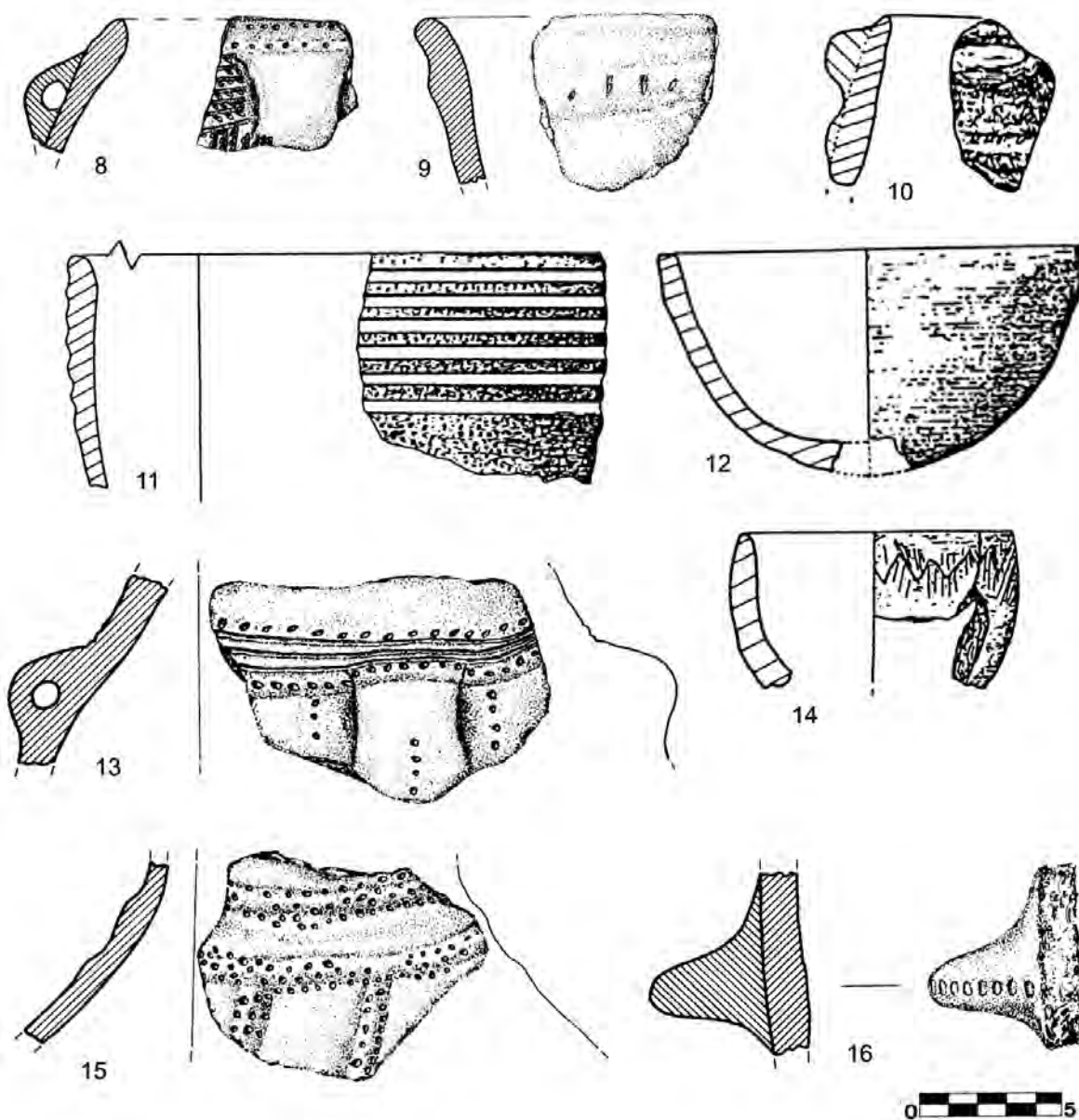


Fig.228.- Cerámica selecta de Los Vascos (Madrid), según Mercader et alii, 1989, modificado, y autor.

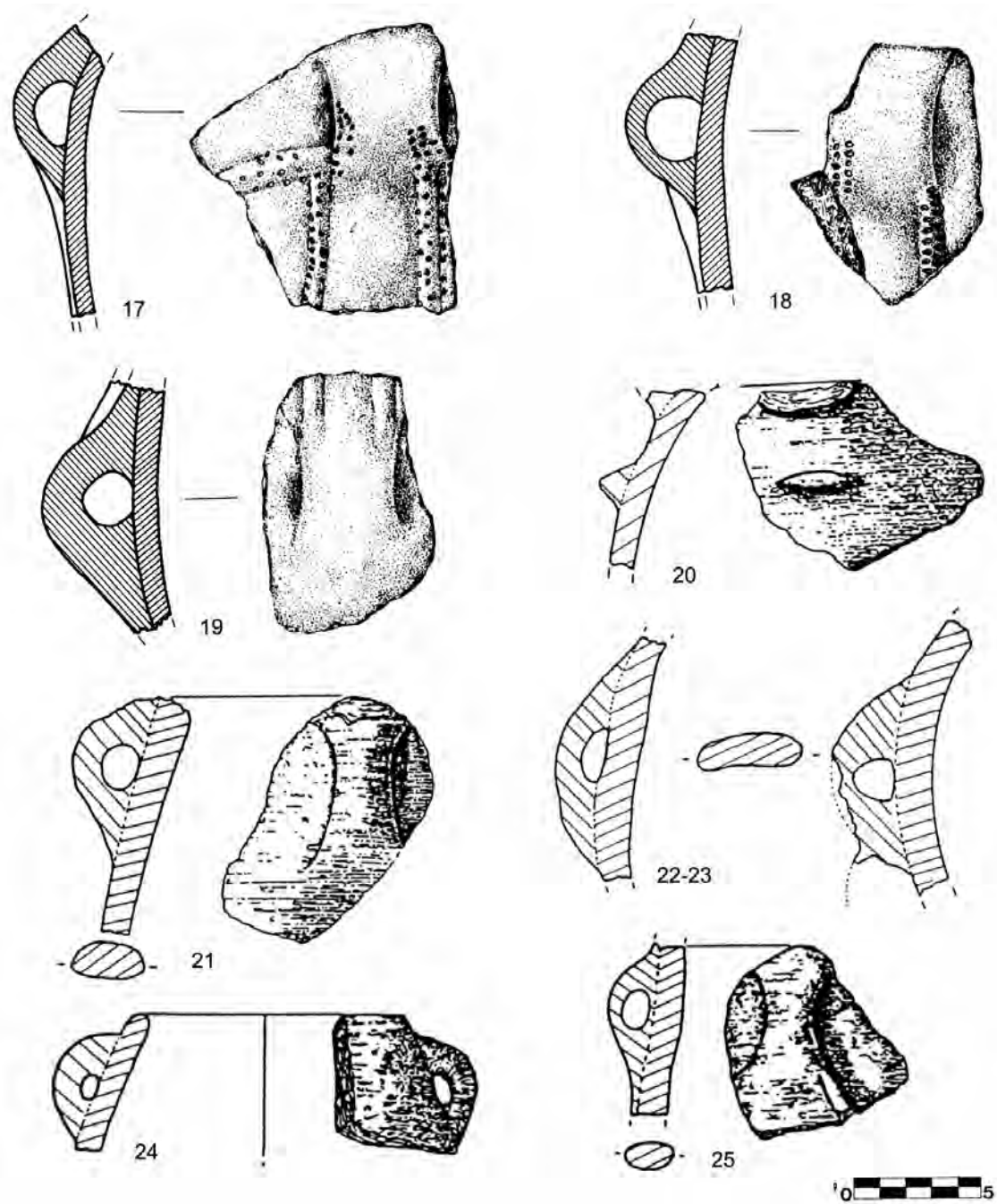


Fig.229.- Cerámica decorada y selecta de Los Vascos (Madrid), según Mercader et alii, 1989 y autor.

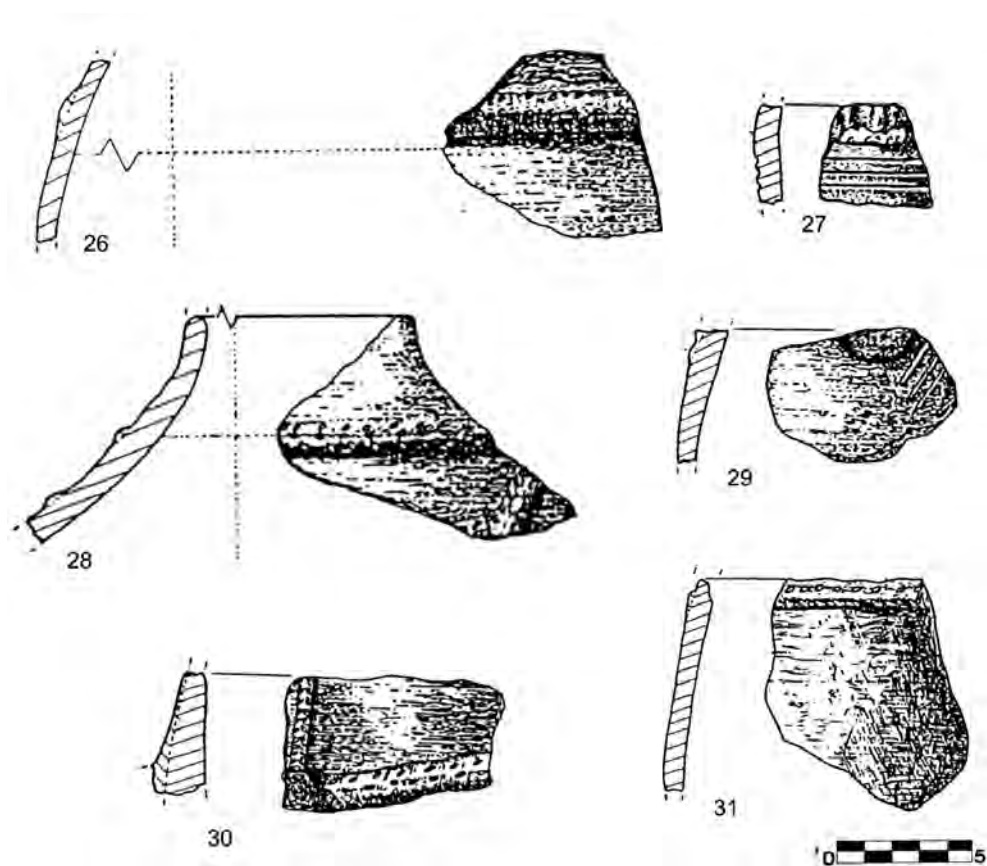


Fig. 230.- Cerámica decorada selecta de Los Vascos, según Mercader et alii, 1989 y autor.

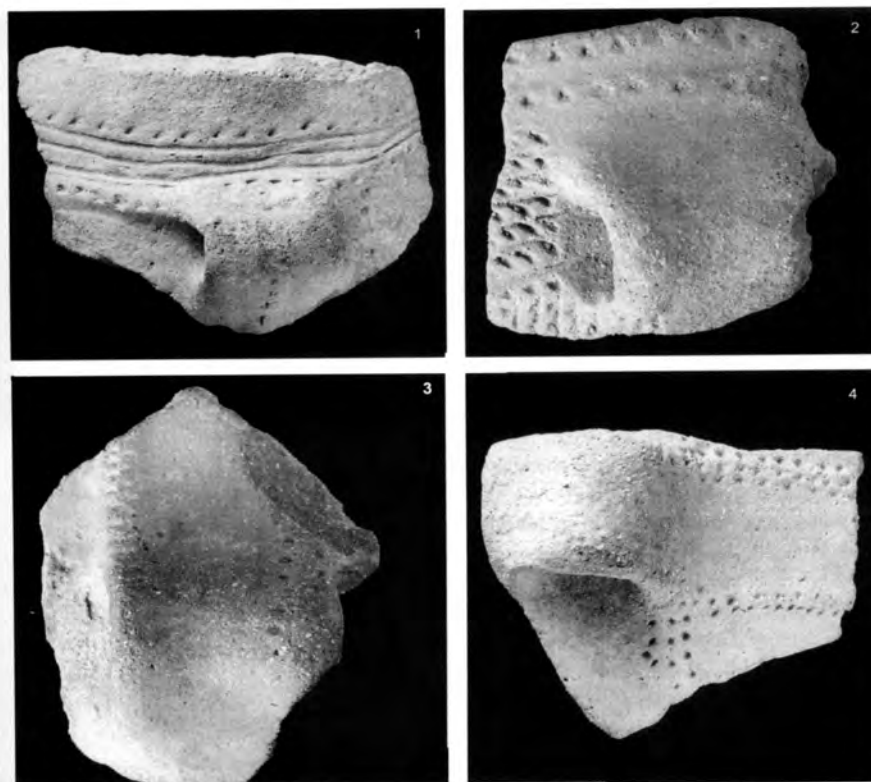


Fig. 231.- Material cerámico decorado de Los Vascos (Museo de San Isidro)

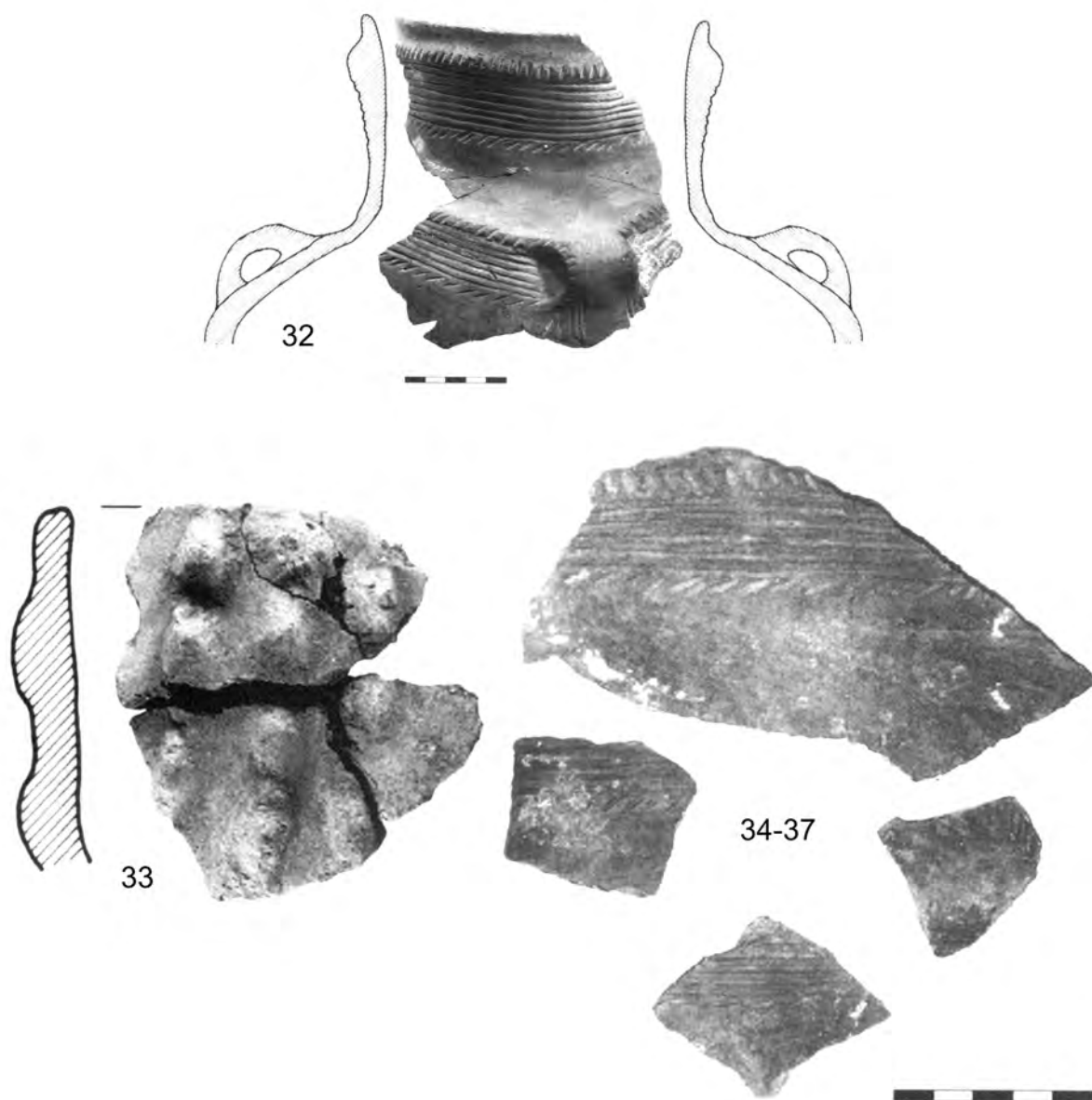


Fig. 232.- Material cerámico decorado de Los Vascos, según Blasco et alii, 2002 modificado.

3.13. ARENERO DE VALDIVIA (Villaverde, Madrid)

UTM: 441.100 / 4.470.100

Yacimiento multiocupacional al aire libre ubicado a 562 metros s.n.m. Su emplazamiento corresponde con el desarrollo en llano de las terrazas medias y bajas del río Manzanares del que le separa una altitud relativa de 12 metros.

La Potencialidad agrícola es alta y cuenta tanto con amplias zonas de vega, en este caso con un aprovechamiento inmediato, como de pasto y forrageo especialmente indicado para ganados ovicaprinos.

Se trata de un yacimiento clásico de "fondos de cabaña", conocido de antiguo, del que ha podido aislarse un amplio conjunto de materiales de adscripción neolítica.

Existieron tres explotaciones de areneros bajo la denominación de *Valdivia*, las cuales fueron diferenciadas en tres sectores: Valdivia Este, Centro y Oeste. La única ubicación concreta que se conoce para materiales de adscripción neolítica es la de Valdivia Oeste, pese a lo cual se ha señalado como parte de un mismo yacimiento toda la zona explotada.

Todos los materiales presentados proceden de los fondos del Instituto Arqueológico Municipal de Madrid, hoy depositados en el Museo de San Isidro, y de la Colección Bento del Museo Arqueológico de Barcelona. La entidad de los materiales recuperados, así como sus características, permiten hablar de una doble funcionalidad en la ocupación del espacio: habitacional y funeraria.

De esta primera funcionalidad contamos con un destacado conjunto de materiales, en su mayoría cerámicas decoradas entresacadas de un notable conjunto cerámico. Además se presume la existencia de niveles de habitación gracias a las anotaciones de Pérez de Barradas, las escasas referencias por él publicadas sobre este yacimiento (Pérez de Barradas, 1933-1935), y la referencia en las etiquetas de las bolsas que contienen los materiales arqueológicos que se conservan actualmente en el Museo de San Isidro al término "**fondo n°**".

Para la función funeraria contamos tan sólo con los datos ofrecidos por Pérez de Barradas quien constató la presencia de al menos una inhumación en fosa que describe del siguiente modo:

La sepultura de Valdivia con un brazalete de piedra y un vaso de cuerpo esférico y cuello cilíndrico como los de la Cueva de los Tollos (Murcia) y Castelví de la Marca (Barcelona)" (Pérez de Barradas, 1929: 224 y 308)

Es importante señalar que esta sepultura fue clasificada como eneolítica por Pérez de Barradas, y que parte de su ajuar permaneció incomprensiblemente inédito hasta que nuestro trabajo de síntesis sobre el neolítico de la cuenca alta del Tajo permitió localizar el conjunto original y ponerlo en valor (Jiménez Guijarro, 1998; 1999; 2001)

Antes de nuestra atribución diversos investigadores se refirieron a Valdivia ofreciendo interpretaciones y atribuciones erróneas del material de la sepultura. Así, en la obra *El Neolítico y la Edad del Bronce en la Región de Madrid*, se publicó una descripción equívoca de dicha cerámica:

El ajuar de la sepultura estaba constituido por:

*-un vaso de cerámica **lisa** de galbo globular y cuello cilíndrico y un brazalete de piedra. (Sánchez Meseguer et alii, 1983: 19) "*

Consideramos que este error se debe a una interpretación muy libre de la fuente consultada en el Boletín del Instituto Geológico, en el que, como se ha señalado más arriba, no se indica si la cerámica recuperada de la sepultura era lisa o decorada. Esta falta descriptiva es suplida por los autores señalados con la inclusión del término **lisa**, por contraposición a decorada. Esto es, si la obra original no indicaba que estaba decorada, como en realidad lo está, es que simplemente debía de ser lisa. Más problemática resulta la presentación del ajuar del enterramiento de Valdivia por parte de Antona del Val en la sección dedicada al Neolítico de la obra *130 años de arqueología madrileña* (1987: 55) En ella se presenta una fotografía en la que se observa el brazalete de Valdivia, y junto a él, incomprensiblemente, un cuenco carenado reconstruido a partir de un pequeño fragmento de cerámica y cuya procedencia real corresponde al dolmen de Entretérminos.

La vasija original, conservada durante años en las salas de exposición del Museo de la Fuente del Berro, muestra en su interior una sigla que la vincula directamente a este yacimiento. Se trata de una inscripción manuscrita en tinta china negra que señala: "**Sep. Valdivia**". Esta pieza no sólo aparece decorada, sino que representa uno de los más bellos ejemplos cerámicos del neolítico madrileño (Fig.235)

En un conjunto variado de materiales arqueológicos, entre los que cabe señalar la existencia de evidencias solutrenses y tal vez magdalenenses (Baena Preysler y Carrión Santafé, 2002) (Fig.233) se localiza un nutrido conjunto de elementos de indudable adscripción neolítica que aparecen divididos espacialmente en tres áreas, a su vez derivadas de tres explotaciones de áridos diferenciadas.

Valdivia Oeste

Señala Pérez de Barradas la existencia de al menos tres estilos cerámicos diferenciados entre los materiales recuperados y de los que el segundo parece acomodarse sin problemas al grueso de materiales neolíticos. En este conjunto aparecen piezas de *notables persistencias culturales antiguas* (Pérez de Barradas, 1933-1935: 51) como:

- "- Gran fragmento de asa doble en forma de "B"
- Asas en forma de "tubo"
- Fragmentos cerámicos gruesos con cordones digitados
- Asideros o gruesos tetones adornados con rayas paralelas anchas y profundas
- Un fragmento con cordones y líneas incisas sobre los mismos.
- Un fragmento que entre dos cordones presenta rayas verticales poco profundas."

Estos fragmentos sin duda corresponden a las piezas del Museo Arqueológico de Cataluña inventariados con los números 37767, 25773, 25779, 3744, 37719 y 37720 (Blasco *et alii*, 2002: 314-315)

Valdivia Centro

En este caso sí se hace referencia clara a la existencia de estructuras en *fondos de cabaña* en los que aparecieron materiales cerámicos casi en su totalidad adscribibles a los compases finales de la Edad del Bronce y primeros momentos de la Edad del Hierro, pero entre los que cabe destacar la presencia de cerámicas que podrían acomodarse sin dificultades en momentos anteriores. Entre ellos creo necesario destacar la presencia de un " vaso pequeño, doble, cónico, tosco, con un asa" (Pérez de Barradas, 1933-1935: 53) Si bien no hemos localizado este vaso, consideramos interesante señalar la similitud existente entre esta descripción y algunos vasos "dobles" o geminados de yacimientos andaluces, como el de Sima Rica de Alhama en Granada (Botella *et alii*, 1979), la Cova de la Sarsa (Bernabeu, 1989) y sobre todo por la referencia explícita a los fondos cónicos.

Lamentablemente este material no ha sido localizado ni por nosotros en el Museo de San Isidro, ni por los investigadores que realizaron el estudio de la Colección Bento en el Museo Arqueológico de Cataluña.

Valdivia Este

De este sector no proceden materiales de adscripción neolítica. Este hecho puede darnos una idea de delimitación del yacimiento e incluso permite no sólo individualizarlo de otros yacimientos próximos como el Arenero de Martínez o Los Vascos, sino destacar, una vez más, que los poblados neolíticos no buscaban el asentamiento en las inmediaciones propias del curso de los ríos, sino en zonas ligeramente elevadas sobre estos.

Material arqueológico

Entre un muy nutrido conjunto de materiales arqueológicos adscritos desde el Paleolítico Superior hasta la Edad del Hierro destaca un conjunto bastante rico de cerámicas decoradas así como una importante colección de industria lítica, elaborada en su totalidad sobre sílex.

Industria lítica

No abordaremos su estudio puesto que la metodología de recolección, así como la existencia de varias fases de ocupación en el yacimiento nos impedirían obtener datos precisos. No obstante, entre los materiales conservados en el Museo de San Isidro de Madrid la práctica totalidad de la industria presenta una marcada morfología laminar que nos hace suponer, dada la homogeneidad

de la muestra, la práctica certeza de que toda ella se debe adscribir al núcleo de habitación neolítico.

Ahora bien, la tipología de algunos elementos, así como la existencia de materiales correspondientes al Paleolítico Superior en los niveles inferiores del yacimiento y de algunos elementos Calcolíticos nos llaman a la prudencia a la hora de abordar la correcta sistematización de esta industria.

Cerámica

El material presentado, como hemos señalado, parte de tres fuentes distintas. Por una parte están los materiales someramente publicados por Pérez de Barradas y que, junto a una parte de la Colección Beto, fueron a parar al Museo Arqueológico de Barcelona –hoy de Cataluña- (Figs. 236 y 237), recientemente vueltos a estudiar y publicados (Blasco *et alii*, 2002)

Dentro del conjunto, descontextualizado, de materiales estudiados puede señalarse la presencia de cerámicas lisas y decoradas, siendo difícil señalar cuáles de las formas lisas pertenecen al neolítico y cuales no, debido a lo poco significativo de la mayor parte de las mismas. Entre las formas lisas destacan los cuencos semiesféricos y aquellos de forma recta y carena media, formas que sin dificultades podrían encajar bien en los conjuntos iniciales de la Edad de los Metales e incluso en momentos más avanzados y de la Edad del Bronce. Lo cierto es que en todos los casos las principales formas lisas que podrían adscribirse al Neolítico *sensu lato* del interior corresponden a perfiles simples, mayoritariamente a cuencos.

De entre los materiales decorados, únicos a los que ceñiremos nuestro estudio, destaca la presencia de nueve bordes, uno de ellos redondeado, cinco redondeados-apuntados, uno plano y uno engrosado. Las formas reconstruibles merced al tamaño de algunos de los tiestos, es algo más numerosa (Tabla 84)

FORMA	CASOS
I	1
II	5
III	0
IV	1
V	0
VI	1
VII	3
VIII	0

Tabla 84.- *Formas cerámicas representadas.*

Una vez más nos encontramos ante la problemática de identificar, dadas las características de los fragmentos, algunas de las formas, en especial la V y la VIII. En un caso por la ausencia generalizada de fondos cónicos entre los materiales estudiados y en el otro porque muchos de los fragmentos de pared y algunos de los bordes documentados podrían, sin problemas, corresponder a cualquiera de estos dos tipos. Así, el inventariado con el número 25777 en el Museo Arqueológico de Cataluña podría encajar sin problemas en la Forma V.

Valga esta llamada de atención para actuar con cautela a la hora de valorar la presencia o ausencia de determinadas formas, máxime a la hora de establecer, como ha hecho S. Estremera (2003) la filiación más antigua para la Forma V. Sirva también de llamada de atención nuestra certificación de que entre los varios miles de fragmentos de cerámica estudiados en los yacimientos neolíticos de la meseta, tan sólo hemos podido detectar un número muy escueto de fondos cónicos.

Entre las técnicas decorativas están muy bien representadas la totalidad de las que comparecen en los contextos neolíticos, si bien destacan, por encima de cualquier otra, las técnicas mixtas, tanto las que combinan esquemas inciso/acanalados con impresiones, como aquellas en las que comparecen estas asociadas además a elementos plásticos en relieve (Tabla 85)

Entre los elementos de prehensión, generalmente asociados a decoraciones y articulando su desarrollo sobre las superficies de los recipientes, destaca la comparecencia de asas de cinta simples (Fig. 234) o dobles (Fig. 237), así como orejetas, que comparecen en siete casos, siempre por debajo del borde e inmediatas a este y que en sólo una ocasión lo invaden sin sobrepasarlo.

TÉCNICA DECORATIVA	CASOS
IMPRESIÓN MATRIZ SIMPLE	8
IMPRESIÓN MATRIZ MÚLTIPLE	0
DIGITACIÓN/UNGULACIÓN	2
INCISIÓN	6
ACANALADO	14
CORDÓN LISO	0
CORDÓN IMPRESO	5
BOQUIQUE	2
PINTADA	0
ESGRAFIADA	0
TOTAL	34

Tabla 85.- *Técnicas decorativas presentes.*

En el estudio de los motivos decorativos y esquemas representados sobre los recipientes, y aún a pesar de que el reducido tamaño de la mayor parte de los fragmentos impiden un pronunciamiento categórico, podemos destacar la relativa importancia del motivo inciso-impreso del **Tipo C**, sin que falten los motivos incisos en bandas continuas (**Tipo BI**), o los motivos metopados (**Tipo BII**) y convergentes (**Tipo BIII**)

De entre todos los elementos recuperados y teniendo en cuenta la certeza de que formaban parte de un conjunto cerrado –sepultura- debemos destacar la importancia que la asociación entre la **Forma VII**, la decoración acanalada ancha y la presencia de brazaletes de adorno pueda tener de cara a la creación de una secuencia cultural regional.

Dataciones absolutas

Para este yacimiento se aplicaron dataciones de Termoluminiscencia sobre dos cerámicas. Las mediciones, realizadas en la Universidad Autónoma de Madrid y sobre las que no se ofrece más dato que los resultados, ofrecen unas fechas de **5741 +/- 470 BP** para una cerámica con cordones impresos (Fig. 236, nº 23) y **6327 +/- 480 BP** para una cerámica decorada con técnica mixta –incisión y *línea cosida*- (Fig. 237, nº 27-28)

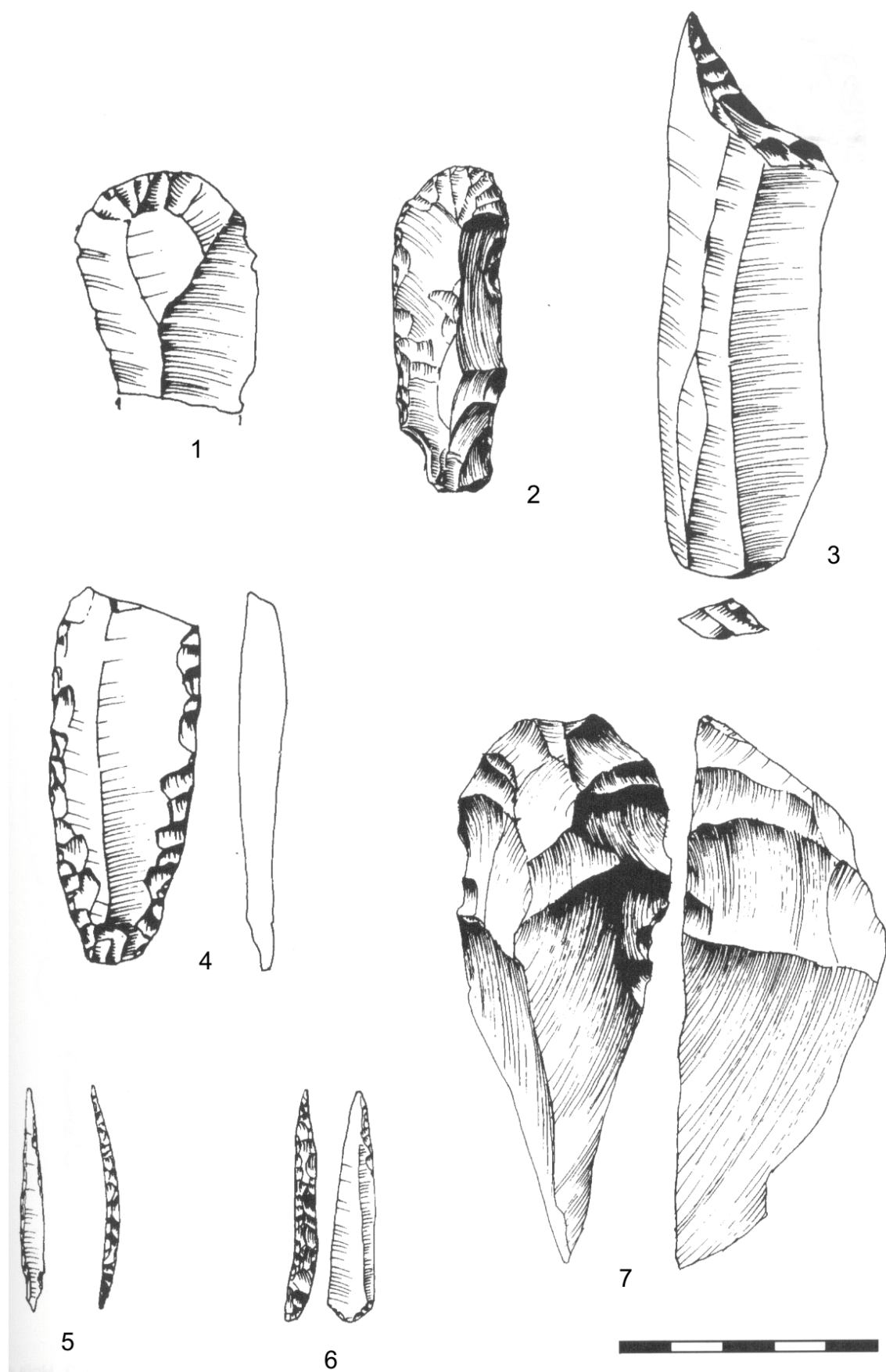


Fig. 233.- Industria del Paleolítico Superior de Valdivia. Según Blasco et alii, 2002:117, fig. 4.27.

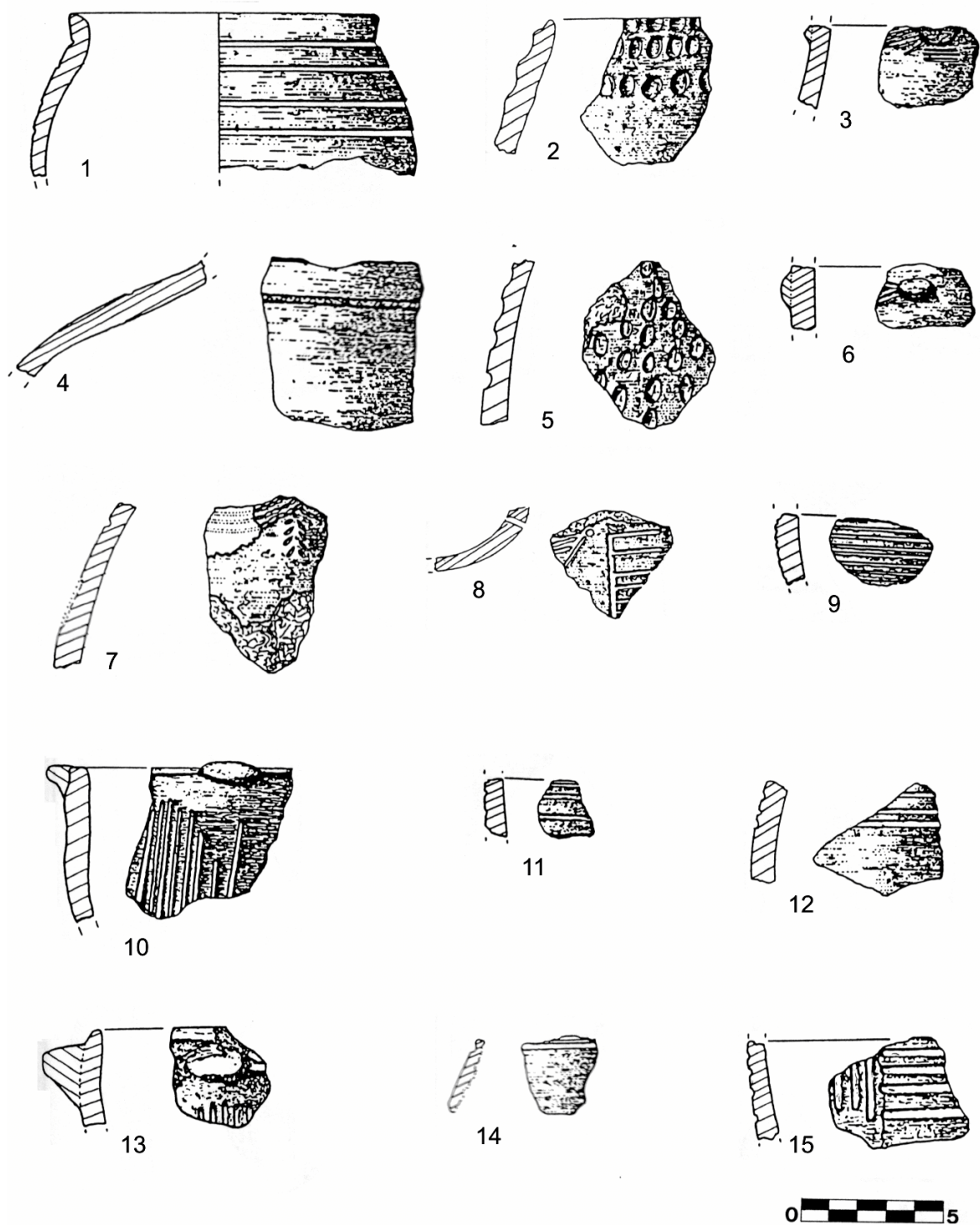


Fig.234.- Cerámicas decoradas de Valdivia Oeste conservadas en el Museo de San Isidro (Madrid)

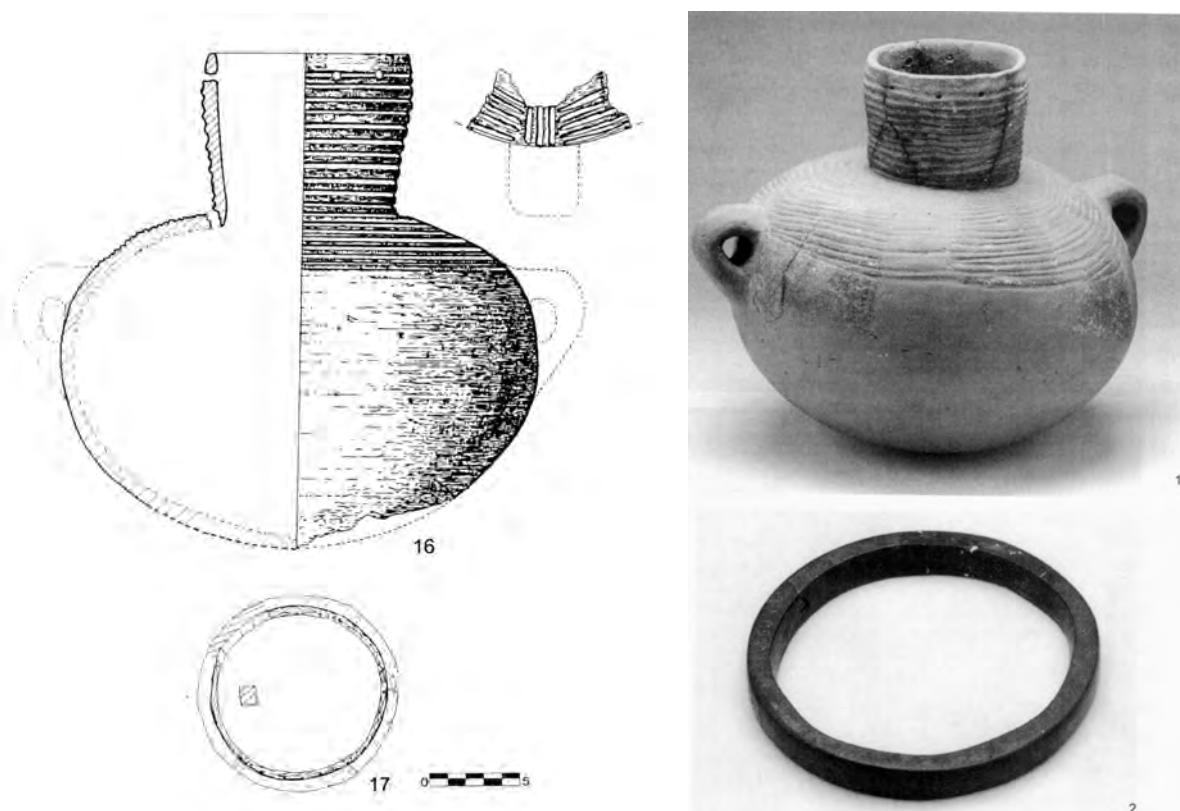


Fig. 235.- Ajuar de la sepultura de Valdivia Oeste conservado en el Museo de San Isidro (Madrid)

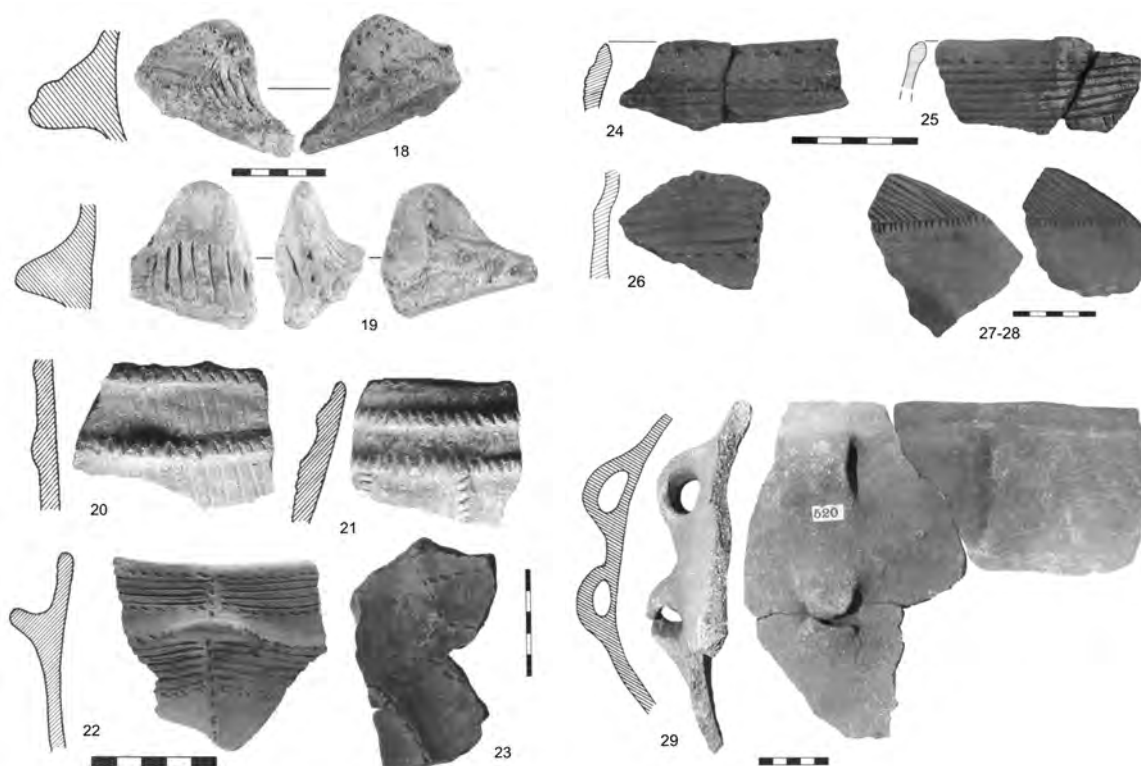


Fig. 236.- Cerámicas decoradas de Valdivia de la Colección Bento, según Blasco et alii, 2002.
Fig. 237.- Cerámicas decoradas de Valdivia de la Colección Bento, según Blasco et alii, 2002.

3.14. CUEVA DE LA VENTANA (Torrelaguna, Madrid)

UTM: 455.600 / 4.522.300

Yacimiento ubicado en una covacha de origen paragenético abierta en la zona más elevada de los barrancos cretácicos del eje de calizas de Torrelaguna- Patones-Valdesotos, a 845 metros s.n.m. La cavidad presenta un abrigo de reducidas dimensiones en su mismo acceso, a modo de antesala parcialmente descubierta. La boca del antro se abre al Oeste-Suroeste, lo cual condiciona que la amplitud máxima de visión desde el abrigo inmediato no recaiga precisamente, de forma directa, sobre la vega del Jarama, sino hacia el desarrollo del Arroyo del Cerezo, que discurre a los pies del yacimiento, y a los alomamientos contiguos dispuestos hacia el Oeste y que dirimen la relación de la vega del Jarama con el piedemonte granítico de La Cabrera.

La cavidad presenta un desarrollo practicable cercano a los quince metros, si bien existe una galería, en la actualidad casi por completo cegada por sedimento, que ha podido ser seguida durante algo más de cinco metros y cuyo recorrido total desconocemos (Fig. 244)

La altura de la cavidad, cuando iniciamos las intervenciones arqueológicas era de entre 50 y 150 centímetros en dirección Oeste-Este, si bien cuando se alcanzaron los niveles basales de la cueva se pudo comprobar que la altura de la cavidad cuando esta fue frecuentada por primera vez por los grupos humanos oscilaba entre los 170 y los 250 centímetros.

El abrigo, por su parte, presenta unas dimensiones bastante reducidas, lo cual condiciona notablemente su uso como habitación. La altura máxima fue, en el momento inicial de uso de entre 150 y 200 centímetros, y el área de uso en torno a los 14 m². Todo ello, así como los restos recuperados en su interior, nos permiten concluir que su uso fue casi exclusivamente como refugio ocasional, seguramente de caza.

El yacimiento que contienen el abrigo y la cavidad puede ser considerado de carácter multiocupacional, con una base inicial de ocupación correspondiente a un momento impreciso de transición entre el Paleolítico Medio y el Paleolítico Superior. El yacimiento ha sido objeto de tres intervenciones sistemáticas realizadas bajo la dirección de Jesús Jiménez Guijarro entre los años 2000 y 2001 (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004)

Las intervenciones en él realizadas han permitido detectar, en un mismo ámbito y perfectamente estratificados materiales correspondientes a las siguientes asignaciones culturales:

Paleolítico, con evidencias y dataciones correspondientes al Auriñaco-Perigordense; Solutrense Inicial y Magdaleniense Medio-Final.

Epipaleolítico.

Neolítico, con la totalidad de su secuencia.

Calcolítico Precampaniforme.

El conjunto de dataciones obtenidas es la más amplia y completa, hasta la fecha, de las obtenidas para el Paleolítico y Neolítico de la Comunidad de Madrid.

El yacimiento fue detectado y dado a conocer por un grupo espeleológico a inicios de la última década del siglo XX. El interés de los elementos detectados en ese momento inicial, en el que se realizaron ligeras remociones que no afectaron en demasía a la estratigrafía de la cavidad, derivó en el cierre de la cueva por parte de la Dirección General de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid.

Con motivo de la puesta en marcha del Proyecto de Investigación sobre el poblamiento neolítico y el megalitismo en la Comunidad de Madrid llevamos a cabo una revisión del yacimiento. Esta revisión inicial incluía la prospección exhaustiva del conjunto calizo del eje antes mencionado y la selección, mediante oportunos sondeos estratigráficos, de aquellos emplazamientos que permitiesen obtener las mayores posibilidades de optimización de resultados de cara a una intervención arqueológica sistemática.

La Cueva de la Ventana fue el yacimiento elegido dadas no sólo las enormes posibilidades que presentaba de cara a la obtención de una secuencia completa del Paleolítico y del Neolítico, sino sobre todo por la escasa alteración de su registro estratigráfico, la relativa sencillez del mismo, la presencia de un abrigo externo con evidencias de uso durante la Prehistoria Antigua y sobre todo por el hecho de estar protegido de la acción de los excavadores clandestinos. Todos estos

caracteres nos hicieron suponer en un primer momento que abocarían al trabajo al éxito. Hoy, años después de las intervenciones y a la vista de los datos obtenidos nos reafirmamos en este sentido.

Una de las bases de investigación del antes mencionado Proyecto residía en tratar de establecer el nexo o la falta de él existente entre el Neolítico y el substrato habitacional previo sobre el que se desarrolló la neolitización, así como la necesidad de establecer pautas y patrones de similitud o disimilaridad entre los registros neolíticos del valle y del piedemonte serrano. Se trataba, como vimos en los capítulos iniciales de esta obra, de plantear al registro arqueológico una serie de interrogantes establecidos por los diversos círculos de investigación a modo de hipótesis de trabajo y que, dada la trascendencia y relevancia de las tesis que debían alcanzarse dependiendo del postulado interpretativo asumido, derivaban en resultados notablemente disimétricos.

Así, una de las premisas establecidas radicaba en la definición de dos posibles neolíticos: uno del valle frente a otro de 'las cuevas' (Antona del Val, 1986), de posible filiación cultural y poblacional diferenciada. Otra de las posturas que debían ser revisadas era la relativa a la existencia de establecimientos *ex novo* durante el neolítico o, por el contrario, el recurso a la reocupación continuada -desde el punto de vista físico y temporal- de antros ya habitados en etapas previas más o menos inmediatas. A raíz de esta pregunta cabía reflexionar acerca de la existencia o no de un Epipaleo-mesolítico interior que sirviese de base de substrato a la primera neolitización. Por supuesto la necesidad de obtener evidencias materiales, dataciones, estudios de paleoeconomía y paleobiología era la idea generadora del Proyecto.

Por último, y no por ello menos importante, precisábamos de reconocer la relación existente –si es que la había- entre el uso sepulcral de las cavidades y la generalización del megalitismo como fenómeno funerario genuino del interior peninsular que ya habían planteado otros investigadores al hablar de los fenómenos y desarrollos 'paramegalíticos' (Delibes de Castro, 1972)

Estratigrafía

Durante las excavaciones arqueológicas se comprobó la existencia de una estratigrafía vertical relativamente simple que permitió la diferenciación de 32 unidades de estratificación diferentes definidas por el código numérico 1-30, 95 y 100, dándose esta última unidad al nivel homogéneo de arcillas rojizas que, ubicadas sobre la roca madre, parecen haber servido de base inicial del yacimiento arqueológico. Cabe señalar la ausencia, en toda la estratigrafía, de procesos de formación de espeleotemas o costras estalagmíticas.

Este conjunto de unidades estratigráficas dieron lugar, una vez procesados los datos, a la creación de 6 fases de uso antrópico del enclave, cuatro de ellas en relación estratigráfica y dos más correspondientes al uso del abrigo exterior. Al no haberse alcanzado en la zona más profunda de la cavidad ni en el sector de abrigo la roca madre y contando con la existencia de una datación propia del Würm III obtenida de un hueso recuperado en la base de la UE 29, se puede presuponer la existencia de niveles más antiguos, bien de origen arqueológico o sencillamente paleontológico, bajo los niveles arqueológicos más antiguos (Würm IV) alcanzados en la estratigrafía.

La articulación estratigráfica y sus relaciones geocronológicas y arqueológicas puede apreciarse en la Tabla 86.

De esta estratigrafía resulta interesante señalar la existencia de una serie de hiatus –de mayor o menor entidad y potencia- acompañados de procesos de abandono de la cavidad. La presencia de determinados taxones faunísticos nos han servido de ayuda a la hora de establecer la fiabilidad de estos momentos, en especial la presencia de quirópteros (*Myotis sp*) (Sánchez et alii, 2005), limitados estos a las UE's 1,7,9 y 22, lo cual interpretamos como una evidencia de menor índice de uso de la cavidad. Así, las Unidades Estratigráficas 7 y 9 del tramo superior de la estratigrafía o la 22, del tramo inferior, pudieran estar señalando, pese a la presencia de restos arqueológicos en su interior, un uso menos constante de la cavidad. Desde luego alguna de estas unidades, especialmente la 7 y la 22, por sus características, podrían ser consideradas como de transición, pero sin que medie un periodo de abandono demasiado prolongado ni un proceso de generación de sedimentos estériles asociados a él o a la reactivación de la cavidad.

NIVEL	FASE	UNIDADES	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN CULTURAL
VI	1	11	ABRIGO-CASI ESTÉRIL	PLEISTOCENO
V inf	HIATUS	10,100	HIATUS CASI ESTÉRIL	Auriñaciense ?
V sup	2	3,29	FÉRTIL	Solutrense Medio-Superior
IV inf	3	4	FÉRTIL	Magdalenense Final-Epípal.
IV sup	HIATUS	95	ESTÉRIL-DERRUMBE	HIATUS
III inf	4	14,18,24,28	FÉRTIL	NEOLÍTICO I
III sup	5	2,22	FÉRTIL	NEOLÍTICO I-II
II inf	6	8,13,16,23,26,30	FÉRTIL	NEOLÍTICO II
II sup	7	7,9	HIATUS	NEOLÍTICO II evolucionado
I	8	1	HIATUS-ESTÉRIL	MODERNO-CONTEMP.

Tabla 86.- *Secuencia geocultural simplificada.*

La Unidad 22 podría señalar una transición entre las dos diferentes fases (5 y 6) de uso durante el Neolítico (Niveles III inferior y II inferior) y por ello cabe señalar dos cuestiones de interés; por un lado que se trata de un leve hiatus, ni siquiera de carácter geológico, sino más bien antrópico, relacionado aparentemente con una regularización de la superficie de la cavidad de cara a un más que probable cambio de función o reacondicionamiento del espacio más profundo de la cavidad. Las evidencias arqueológicas parecen señalar que este cambio se relaciona con una nueva funcionalidad funeraria.

Más potente e importante es el hiatus, ahora sí con entidad geológica, delimitado en la unidad 95 adscrito a la Fase 4. Aquí acontece un derrumbe de clastos de la techumbre de la cavidad que separa, física y cronológicamente dos momentos de uso bien diferenciados. Podemos hablar en este caso de una verdadera y notable interrupción en la ocupación de la cavidad; bajo esta barrera de clastos, donde se localiza –que no es en la totalidad de la superficie de la cueva-, se desarrolló un uso de la cavidad durante el Würm III y el Würm IV y sobre ella un uso propio del Holoceno.

Cabe señalar, como elemento más destacado de esta estratigrafía el hecho de que la visión conjunta del abrigo y la cavidad parecen señalar un uso de la misma desde momentos del Würm III –de clima frío- hasta el Holoceno –de clima algo más atemperado y sobre todo húmedo-, ocupando, por tanto, dos tramos secuenciales diferenciados, el inferior, correspondiente a la etapa terminal del Pleistoceno Superior y el superior al Holoceno.

De esta secuencia tan sólo podemos dar por probada la frecuentación humana del antro, basándonos en los restos de cultura material y en las evidencias de antropización existentes, durante parte del Magdalenense y todo el Neolítico, si bien es probable que algunos de los elementos arqueológicos arrojen cierta verosimilitud sobre niveles de frecuentación puntual de la cavidad en momentos anteriores.

Por lo demás, el estudio sedimentológico de los rellenos de la cavidad no plantean, para los niveles prehistóricos, problemas serios más allá de las ligeras remociones provocadas por escorrentías y sobre todo por la propia frecuentación humana del antro.

En cuanto al carácter de los sedimentos y de los restos arqueológicos recuperados, podemos señalar la posibilidad, como acabamos de comentar, de que nos encontremos antes funcionalidades diferentes en relación al avance cronológico. Así, si en el caso de los estratos correspondientes al Paleolítico Superior y al Epipaleo-mesolítico (Nivel IV inferior) podemos hablar de un uso estacional como pequeño refugio de caza tanto del abrigo como de la cueva, uso que parece continuarse durante las etapas iniciales del Neolítico (Nivel III inferior, Fase 4) En el caso de las etapas avanzadas del Neolítico (Niveles III sup, II inferior y II superior) la funcionalidad parece que trocará en un uso específicamente funerario del antro y un abandono total del uso del abrigo que quedará relacionado, en exclusiva, a la función de paso hacia la cavidad.

La ausencia de deposiciones funerarias en el interior de las estructuras excavadas en la cavidad durante las fases iniciales del Neolítico y la presencia, en cambio, de restos óseos humanos asociados a todo el tramo superior de la estratigrafía parecen señalar la existencia de este cambio notorio de uso que, como se verá en el apartado correspondiente, coincide con la generalización de hábitats al aire libre establecidos en las salidas de los diferentes barrancos ocupados por estas cuevas.

Si hay un elemento que defina la estratigrafía de los niveles neolíticos es la presencia generalizada de estructuras excavadas sobre el sedimento en forma de pequeñas cubetas, regulares, por lo general de poco más de 1 metro de diámetro, y de profundidad variable: menos profundas y más

anchas las de la Fase inicial (Neolítico I) y más profundas y más estrechas las de la Fase más reciente (Neolítico II). Este es un hecho contrastado en la mayor parte de los yacimientos neolíticos en cueva, caso de la Cueva de la Vaquera analizada en esta misma obra.

Este proceso de gestión del espacio interior de la cavidad y la estratificación a él asociada derivó en una más que notable remoción de los estratos inferiores y por ello cabe pensar en la removilización –siempre parcial a la luz de los datos obtenidos en nuestras intervenciones– de materiales desde las capas más profundas de la cavidad a las más superficiales y viceversa. Este es un problema que también hemos identificado en otros yacimientos similares y al que ya nos hemos referido.

Estructuras documentadas

Durante la excavación de la cavidad y del abrigo se localizaron una serie de estructuras antrópicas de interés. Estas, en ocasiones, al haberse excavado en el relleno de la cavidad afectaron a niveles infrayacentes, lo cual provocó, como acabamos de indicar, la removilización de materiales de cronología y adscripción cultural diferentes.

En el sector de abrigo inmediato al acceso a la cavidad se localizó un hogar ligeramente excavado sobre el sedimento plástico arcilloso (Fig. 244 y 245) y acomodado junto a un gran bloque caído. En torno a este hogar se recuperó la mayor parte del material arqueológico.

En el acceso a la cavidad, donde aún alcanza la luz del exterior, se documentaron en la Campaña de 2000, correspondientes a los niveles de la primera ocupación neolítica de la cavidad, una serie de estructuras consistentes en dos hogares excavados en el sedimento plástico arcilloso de la cavidad, cortándose uno a otro, y una serie de agujeros de poste en disposición semicircular a modo de paravientos o parapeto de estos hogares. Sin duda este parapeto articuló la definición de dos espacios diferenciados entre el exterior y el interior de la cavidad. Las dimensiones de la cueva no permiten hablar más que de un hábitat estacional y, por la yuxtaposición de hogares, de uso recurrente y dilatado en el tiempo.

En las proximidades de una de las estructuras de combustión se recuperaron siete geométricos. Estos elementos podrían haber sido removidos de un nivel infrayacente al ser realizadas las cubetas de los hogares o alguno de los agujeros de poste del paravientos, o bien podrían asociarse al primer horizonte Neolítico –o cerámico– de la cueva, con el interés que este hecho presenta de cara a la sistematización del proceso de neolitización y que debería corresponderse por tanto al Horizonte del Neolítico IB que definiese Bernabeu.

En la campaña de 2002 se localizaron algunas nuevas estructuras en la zona interior de la cueva que afectaban principalmente a las Fases 4-7. Las correspondientes a la primera de ellas se localizan en el fondo de la cueva, pegadas a la pared de la cavidad, junto al sector de acceso de aire desde la gatera externa. Aquí se documentó una superficie delimitada por algunas piedras hincadas y cuyo sedimento de relleno indicaba una acción reiterada del fuego (Fig. 246-248). Resulta interesante destacar que esta estructura parece haber dirimido el paso desde este sector de la cavidad hacia el colector más profundo en un momento en el que la cueva tuvo una función casi exclusivamente funeraria. La hipótesis de trabajo que mantuvimos durante la excavación y que hoy reafirmamos es la referente a un uso de esta superficie como lugar de ejecución de fuegos, bien para iluminar la cavidad, bien con objeto ritual o ambos. Nos inclinamos no obstante más por esta última funcionalidad dado el hecho de que en este pequeño recinto han sido localizados algunos restos arqueológicos que pueden ser interpretados como de carácter ritual, como puede ser el caso de la falange de équido trabajada en forma de ídolo.

Material arqueológico

Sobre una superficie de intervención reducida, próxima a los 25 m², se han recuperado un total de 60 elementos líticos, 357 cerámicas y 13 elementos óseos y malacológicos funcionales, bien sean útiles o adornos.

Estas proporciones contrastan de forma nítida con los datos procedentes de los 5 m² excavados en el sector de abrigo y de los que proceden 49 restos líticos, en su práctica totalidad de cristal de roca, excepto una raedera lateral realizada sobre sílex, ninguna cerámica, y diversos restos óseos de fauna, toda ella silvestre, muy fragmentada, asociados a un pequeño hogar.

Industria lítica

Para referirnos al conjunto de industria lítica se ha optado por analizar de forma independiente los registros recuperados en el sector de abrigo y el de cavidad, dadas las notables disimetrías observadas en el registro que acabamos de señalar.

Sector de abrigo

En esta zona no se recuperó ni un solo fragmento de cerámica, ni siquiera en superficie. Por el contrario, en los niveles arqueológicamente fértiles –correspondientes a la UE 4- se detectó un pequeño hogar realizado aprovechando la oquedad de la roca que cierra el abrigo por su parte frontal (Fig. 276) y en torno al cual se recuperaron la práctica totalidad de los restos líticos y de fauna.

Cabe destacar, en primer lugar, al realizar una aproximación al índice de representación por materias primas (Tabla 87) el más que notable predominio del cristal de roca como elemento de talla.

Materia Prima	NIVEL X-FASE V	%
SILEX	1	2.04
CUARCITA	1	2.04
CUARZO	6	12.24
CRISTAL ROCA	41	83.67
CALIZA	0	0

Tabla 87.- Representación de materias primas Nivel

Atendiendo a la tipometría y morfometría de los restos la nota dominante es la casi exclusiva representación de los tipos de marcado carácter microlítico y morfología microlaminar. Sin duda este hecho se debe no sólo al tipo de elemento empleado como núcleo de talla –el prisma en bruto- que depara inexorablemente desechos de esta morfología, sino también un gesto característico en el tipo de talla realizada y, quizás, en el tipo de útil a obtener.

En cuanto al tipo de útiles representados (Tabla 88) cabe destacar, pese a la pobreza de elementos representativos que hace inútil cualquier intento de sistematización generalizada, el predominio de buriles, raspadores y muescas, seguidos de cerca por la presencia de laminillas de borde abatido. Entre los elementos diversos encontramos un *tranchet* de cuarzo, alguna microlasca de cristal de roca retocada, al menos un nucleiforme sobre prisma –por tanto, técnicamente un UAD- un micropercutor de cuarzo y varios debris o restos de talla de cristal de roca (Fig. 249)

	NIVEL X- FASE V	%
B	7	46.66
R	3	20
P	0	0
G	0	0
MD	3	20
LBA	0	0
Lba	2	13.33
Punta Aziliense	0	0
TOTAL	15	100

Tabla 88.- Tipos de útiles representados.

En cuanto al único elemento de sílex recuperado se trata de una raedera convergente con muesca doble que se aleja, por sus dimensiones, del concepto microlítico del resto del conjunto (Fig. 249)

Estructuralmente este tipo de industria, caracterizada por la secuencia **B,R/MD,lba**, con ausencia de elementos tipo mesolíticos (geométricos) y presencia de algunos elementos de sustrato (raederas), encaja perfectamente en las secuencias estructurales del Paleolítico Superior Final que hemos estudiado, y sobre las que volveremos con más detenimiento en el capítulo siguiente. No resultaría baladí llamar aquí la atención respecto a la presencia de un claro ejemplo de raspador realizado sobre núcleo prismático (UAD) y que, asociado a la fecha radiocarbónica que data el nivel (13160+/-50 BP), y comparado con los registros de La Dehesa, en Ávila, permitiría dotar de cierto sentido a ese pretendido Paleolítico Superior Final presentado por Fabián (1987) y que tantos ríos de tinta ha hecho correr.

Teniendo en cuenta la datación obtenida en la Unidad Estratigráfica 4 (Beta 183256- 13160+/-50 BP), sobre un fragmento de carbón vegetal recuperado de la unidad de combustión antes señalada, la tipología del material recuperado, y sobre todo el carácter de la fauna asociada al nivel datado, no nos cabe duda de que debemos encontrarnos ante un pequeño refugio asociado a la caza de mamíferos de tamaño grande y medio de alto valor cinegético –especialmente ciervo, jabalí, rebeco, caballo y uro-, muy propios del Paleolítico Superior Final del conjunto ibérico y especialmente del meseteño.

Industria ósea

Entre el conjunto óseo recuperado destacan algunas esquirlas de hueso que presentan evidencias de pulido y en una ocasión sometimiento al fuego que bien pudieran estar señalando su correspondencia con útiles de morfología apuntada en una ocasión y el extremo distal de una espátula en el otro (Fig. 281, nº3-5), sin menosprecio de que nos encontrásemos ante ejemplares de compresores y percutores de hueso, similares a los recuperados en contextos del Magdaleniense Final como El Pendo (Corchón, 1986: 420, Fig. 159 y 417, Fig. 157.6) de pequeño tamaño destinados a la talla del cristal de roca, cuando no ante verdaderos útiles de hueso de carácter polifuncional.

No obstante las diferencias y la ausencia de decoración hay paralelos formales suficientes que permiten asociar estos fragmentos a restos procedentes de contextos mejor datados. En el caso del extremo de espátula podemos citar las piezas recuperadas en los yacimientos azilienses de Los Azules (*Ibídem*, 1986: 475) o la pieza que, no sin dudas se atribuye a un arpón (*Ibídem*, 1986: 474, fig. 198.1) y cuyo paralelo formal con nuestra pieza es notable. En el caso del apuntado hay paralelos formales en contextos Azilienses como La Paloma (*Ibídem*, 1986: 474) o algo más tardíos como los del Magdaleniense Final de Urtiaga (*Ibídem*, 1986: 463), Atxeta (*Ibídem*, 1986: 453), La Chora (*Ibídem*, 1986: 445) o El Pendo (*Ibídem*, 1986: 440). Elementos también presentes en contextos algo anteriores, propios del Magdaleniense Superior, como La Lloseta (*Ibídem*, 1986: 411, Fig. 150) o Santimamiñe (*Ibídem*, 1986: 361).

Lo más interesante de estos conjuntos es que en la práctica totalidad de las ocasiones se da una asociación directa entre los elementos óseos –generalmente decorados, también es cierto- y conjuntos de plaquetas de piedra decoradas con motivos lineales y/o zoomorfos similares a los recuperados en los niveles del interior de la Cueva de la Ventana (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004).

Sector interior de cavidad

Un elemento que diferencia notablemente los niveles arqueológicos del interior de la cavidad respecto a los del abrigo es la mayor heterogeneidad de los materiales recuperados en el interior de la gruta. Si en el abrigo la ausencia de elementos cerámicos era total, en la cueva son estos los elementos más abundantes. Si en el abrigo el sílex era una materia poco menos que inexistente, en el interior de la cavidad será, generalmente, la materia prima predominante dentro del conjunto lítico (Tabla 89 y Fig. 238). No obstante, lo reducido de la muestra implica tomar con cautela los datos estadísticos ofrecidos aún cuando puedan ser representativos, teniendo en cuenta el sistema de recuperación exhaustiva de restos seguido durante la intervención.

Materia Prima	NIVEL I FASE I	%	NIVEL II FASE II	%	NIVEL III FASE III	%	NIVEL IV FASE IV	%
SILEX	7	50	11	42.3	8	61.53	1	33.33
CUARCITA	0	0	3	11.53	2	15.38	0	0
CUARZO	3	21.43	10	38.46	2	15.38	0	0
CRISTAL ROCA	2	14.28	2	7.69	1	7.69	2	66.66
CALIZA	2	14.28	0	0	0	0	0	0
TOTAL	14	100	26	100	13	100	3	100

Tabla 89.- Representación de materias primas por Nivel

La materia prima dominante en el sector exterior de la cavidad –el cristal de roca- se rarifica notablemente en el interior al tiempo que cuando comparece lo hace, por lo general, en forma de resto de talla, lasca, en un único caso como una posible pieza de sustrato –buril sobre laminilla- y sobre todo como núcleos, a menudo de configuración prismática y al menos en una ocasión con la morfología propia de un UAD, lamentablemente recuperado entre los niveles de superficie (Fig. 283).

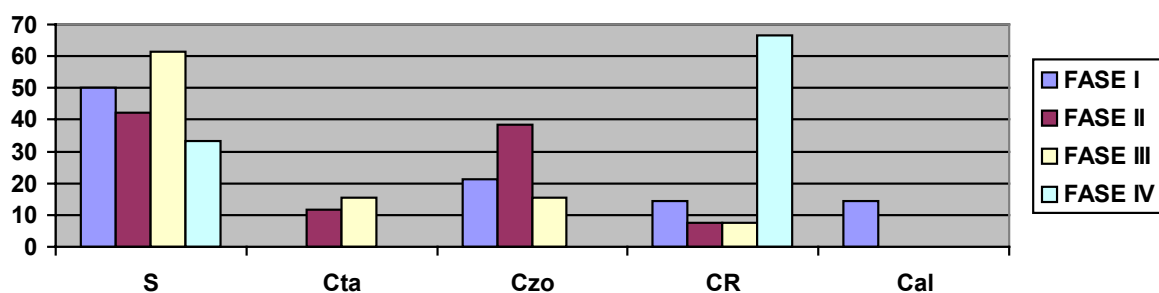


Fig. 238.- Representación gráfica de materias primas por Nivel

En cuanto a las tipometrías y morfometrías encontramos una tendencia a los elementos de pequeño tamaño, si bien no faltan algunos fragmentos de láminas algo mayores, pero nunca dentro del concepto de láminas de tamaño destacado (Fig. 252). Son por ello extrañas las piezas que superen los 40 mm de longitud y en ocasiones, además, las piezas que lo superan presentan evidencias de pertenecer a niveles inferiores removidos con motivo de la elaboración de las fosas del primer nivel de ocupación neolítico, y por tanto de cronología Paleolítica (Fig. 249, nº 14-18).

A la vista de los restos no cabe duda acerca de la removilización de algunas piezas procedentes de niveles basales. Lejos de afectar a la fiabilidad de la estratigrafía tenemos la certeza de que este hecho se asocia a la excavación de cubetas por parte de los primeros grupos cerámicos que frecuentaron la cavidad. Este dato debe tenerse en cuenta por ejemplo en la presencia de la punta aziloide (Fig. 249, nº14) localizada en la base de la Unidad Estratigráfica 14 que se relaciona con la fecha obtenida en el abrigo exterior y con la frecuentación pre-neolítica del yacimiento.

TIPO ÚTIL	NIVEL I FASE I	%	NIVEL II FASE II	%	NIVEL III FASE III	%	NIVEL VI FASE IV	%
B	1	25	1	16.66	2	13.33	1	33.33
R	2	50	1	16.66	2	13.33	1	33.33
P	0	0	0	0	1	6.66	0	0
G	0	0	1	16.66	7	46.66	0	0
MD	1	25	3	50	1	6.66	0	0
LBA	0	0	0	0	1	6.66	0	0
Lba	0	0	0	0	0	0	1	33.33
Punta Az	0	0	0	0	1	6.66	0	0
TOTAL	4	100	6	100	15	100	3	100

Tabla 90.- Tipos de útiles representados.

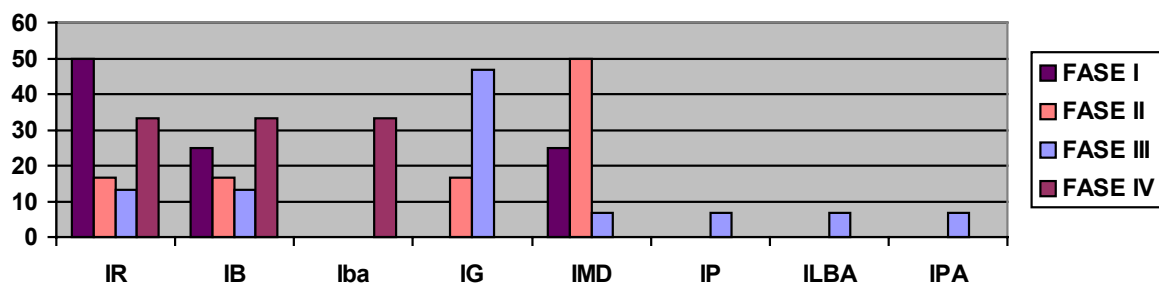


Fig. 239.- Gráfica de Tipos de útiles representados.

Aún dada la paupérrima representación de elementos líticos (Tabla 90 y Fig. 239), esbozar un ensayo de secuencia estructural de las industrias para el interior de la cavidad. Así, podemos diferenciar, por fases, las siguientes secuencias:

Fase 8: **R,B/MD**

Fase 6-7: **MD,B/R/G**

Fase 4-5: **G,B/R,MD/LBA/PA**

Evidentemente, en el caso de la Fase 3 no puede obtenerse secuencia alguna dadas sus propias características, esto es, haber sido excavada en un sector reducido y presentar una notoria escasez de elementos. Además no puede obviarse el hecho de la removilización de sedimentos que derivó en el movimiento de materiales arqueológicos propios de los niveles inferiores hacia los estratos del primer horizonte cerámico.

En cuanto a los útiles, llama la atención la localización de un conjunto limitado de elementos geométricos, todos ellos elaborados en sílex (Fig. 250) y recuperados en el sector de acceso a la cavidad –en conexión directa con el abrigo-, junto a las dos estructuras de combustión protegidas por el parapeto al que hicimos alusión en el apartado correspondiente (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004: 255). Se trata en todos los casos de trapecios de pequeño tamaño (3G2, 2 G17 fragmentados, 1 G6 y 1 G3), que se asocian a laminillas de dorso abatido y que combinan, en alguna ocasión el retoque abrupto y un atípico retoque de doble bisel (Jiménez Guijarro, 2005: 905).

La posición estratigráfica de estos elementos es clara y se encuentra perfectamente datada, al menos en su límite *ante quem* por la fecha obtenida sobre un resto óseo de fauna doméstica, en concreto un fragmento de metápodo de oveja (6350+/- 40 BP) asociado a una de las estructuras de combustión. Este hecho, junto a la recuperación de seis restos de semillas de cereal (Jiménez y Sánchez, 2004: 258 y Tabla 1) en el interior de una de las estructuras de combustión nos permite suponer la correspondencia de la UE 14, y por tanto de la Fase 4, a un contexto plenamente neolítico o neolitizado. No sería arriesgado proponer incluso que estos materiales geométricos procediesen de niveles inferiores removilizados precisamente al realizar las unidades de combustión y los agujeros de poste anejos, como ya indicamos, si bien cuando procedimos a la excavación bajo las cubetas de combustión no detectamos ningún otro restos de geométricos.

Por su valor como indicativos cronológicos y culturales, cabe mencionar la presencia, asociadas siempre a las unidades estratigráficas de la Fase 4, de un conjunto de cuatro puntas de flecha de tipología variada y en cierto modo evolucionada (Tabla 91 y Fig. 252, nº 12-15). Es de destacar la singular diversidad en cuanto a la morfología de los ejemplares, lo cual, como se verá en el capítulo correspondiente a la industria lítica, puede tener una explicación tanto cronológica como cultural.

NºPieza	UE	FASE	TIPOLOGÍA (Lomba, 1995)	DIMENSIONES (lmax * anch max)
1	1	8	Apéndices laterales evolucionados (PF16)	3 x 3 (fragmentada)
2	7	6-7	Apéndices laterales evolucionados (PF16)	3.5 x 2
3	7	6-7	Apéndices laterales poco evolucionados (PF10)	3.5 x 1.6
4	16	6	Apéndices laterales poco evolucionados (PF9)	2.5 x 1.7 (fracturada)

Tabla 91.- Tipos de puntas de flecha documentados.

Apreciamos notables diferencias dentro del conjunto de elementos documentados. Así, en la pieza procedente de la UE 16, que tipológicamente debemos considerar de las menos evolucionadas, advertimos que el foliáceo está elaborado sobre cara ventral plana donde sólo comparecen, en la zona del robusto pedúnculo, retoques en doble bisel, muy marginales, que afecten a esa zona (Fig. 252, nº12). Los mejores ejemplos, dentro del contexto del interior peninsular aquí estudiado, los encontramos en los yacimientos segovianos del abrigo de El Parral y en la Fuente Nueva (Estremera Portela, 2003: 207), si bien las puntas de ambos sitios, del todo similares, son de carácter más microlítico.

El resto de las puntas presentan retoques invasores o cubrientes y destaca, sin duda alguna una de las piezas recuperadas en la UE 7 y que presenta caracteres especiales tanto en su morfología como en el color del sílex empleado para su elaboración (Fig. 252, nº15). En cuanto a la morfología la pieza, pese a estar dotada de un corto y delgado pedúnculo, recuerda en todo a las piezas meridionales del tipo 'abeto'. Además presenta unos bordes milimétricamente dentados o serrados, lo que la convierte en un certero y mortífero elemento ofensivo. Hay evidencias de la localización de una flecha en cierto modo similar en la cercana cueva de la Flecha o de San Román, situada en uno de los barrancos paralelos, dentro del término municipal de Torremocha de Jarama (García Valero, 1992).

Consideramos que estos elementos debieron estar asociados, dada su posición estratigráfica, a las inhumaciones realizadas en la cueva en la fase terminal de uso, dentro de la fase más avanzada del Neolítico II. Esta asociación debió ser directa en tanto en cuanto las piezas no formarían parte

de ajuares, sino que habrían ido alojadas en los cuerpos de los finados en el momento de ser inhumados. El hecho de que todas ellas, a excepción de la pieza número 1, apareciesen sin fragmentar parece estar indicando que las puntas fueron alojadas en los tejidos blandos, sin haber afectado a los huesos.

Por lo que respecta a la estructuración de la secuencia lítica no cabe duda de que tanto la Fase 6 como las Fases 4 y 5, encajan perfectamente en el cuadro de industrias neolíticas con paralelos en las cabañas 3 y 4 de Verona II o en los enclaves de Vaquera II y Verdelpino III, con los que encontraría gran acomodo la Fase 6 de la Ventana. No deja de ser llamativa la estructuración industrial de las Fases 5-6 ya que este tipo de estructuras suelen acompañar a contextos de fuerte raíz mesolítica. Ahora bien, no puede negarse que con un conjunto de datos tan pobre como el que manejamos es difícil y arriesgado construir interpretaciones definitivas.

El conjunto de industria lítica pulimentada está compuesto por seis piezas y un nódulo en bruto de sillimanita (Fig. 253), éste último depositado bajo el cráneo de la inhumación secundaria detectada en la UE 8. El material pulimentado fue objeto de análisis (Tabla 92) por parte de la Cátedra de Petrología y Mineralogía de la ETS de Ingenieros de Minas (García de Miguel *et alii*, 2005:82)

Muestra	Unidad Estratigráfica	FASE	Caracterización	Técnica analítica
2B	22	4	Sillimanita	MM
3B	30	6	Sillimanita	MM
4B	14	4	Pórfido diorítico	LD
5B	14	4	Lamprófido	LD
9B	8	4	Nódulo Sillimanita	MM
10B	1	-*-	Ofita-Diabasa	MM
11	1	-*-	Fibrolita	MM

Tabla 92.- Elementos líticos pulimentados. MM=Muestra de mano; LD= Lámina delgada; * posible pertenencia a Fase 6

La pieza 10B, actualmente expuesta en el Museo Arqueológico de la Comunidad de Madrid, es sin duda una de las piezas más destacadas de la colección (Fig. 253, nº3). Este hecho está condicionado por la propia morfología de la pieza, su tamaño –240 mm de longitud-, el carácter en cierto modo peculiar, sino exótico de la materia prima, en la que está elaborada y sobre todo su pulcra y exquisita fábrica. Lamentablemente esta pieza, como la de fibrolita consignada como muestra 11 (Tabla 92), pertenecen a la colección de materiales recogidos por el grupo de espeleólogos que descubrió la cavidad y que realizaron algunas remociones en el terreno. Por las zonas alteradas que detectamos al inicio de nuestra intervención y gracias a las etiquetas indicativas que acompañaban a las piezas y que reseñaba el lugar de hallazgo, podemos establecer su pertenencia a una de las inhumaciones detectadas en las UUEE 8 y 30. El carácter simbólico de la pieza parece corresponderse con la tipología del útil, conservado en perfecto estado y tan sólo alterado en su filo muy ligeramente.

Los mejores paralelos para este tipo de piezas, tanto en cuanto a materia prima como a morfología, los hallamos en contextos megalíticos de toda la orla atlántica, pero también en la recientemente definida como Facies Rechaba (Estremera y Fabián, 2002)

Los contextos megalíticos de la Meseta Norte, y especialmente los de la Lora burgalesa han arrojado piezas muy similares como son los casos de Nava Alta y Fuentepecina II, donde además comparecen, entre los 'ajuares', elementos muy similares a los documentados en La Ventana, especialmente las cuentas densas y planas de azabache, cuentas planas de calcita y, como ocurre en el caso de Las Arnillas, cuentas elaboradas sobre concha de *trivia europea*. Este elemento es característico también del Rubané tardío, como pone de manifiesto el caso de la tumba 14 del yacimiento de Eisisheim (Jeunesse, 2002: 54)

Los paralelos más claros para la pieza, no obstante, los encontramos en las denominadas 'hachas votivas', siempre de gran tamaño, y por lo general de color negro o verde intenso, localizadas en la práctica totalidad de las sepulturas megalíticas del grupo de Carnac, en la Bretaña francesa. Este tipo de elementos simbolizan una identidad cultural clara, en la que el símbolo del hacha aparece en contextos funerarios como una forma de ofrenda, bien física o en forma de grabado –caso del dolmen de Gravinis en Morbihan-. La característica general de estos conjuntos son su inclusión dentro de los elementos votivos de grandes túmulos así como el tamaño de las piezas, siempre grande –cercano o superior a los 300 mm- y fina, pulcra y exhaustivamente pulidas. También suelen estar asociadas a rocas de grano fino y muy fino (Pétrequim *et alii*, 2002)

Del resto del material cabe mencionar las piezas 4B y 5B de la tabla 104. Se trata de útiles elaborados en material de adquisición no inmediata y que presentan características de morfología y trabajo peculiares. Ambas se encuentran fracturadas, la primera de ellas en ambos extremos. Por sus características parece que el ejemplar 4B corresponde a un hacha estrecha y alargada, de sección rectangular, más acorde con la morfología del cincel de piedra-. Presenta pulimento prácticamente total y en lo que se aprecia de filo parece que este fue conseguido recurriendo al pulimento en doble bisel. La pieza 5B, por su parte, presenta una sección lenticular y pulimento parcial combinado con piqueteado en más de un tercio de su superficie.

Entre las piezas de sillimanita la más notable es la pequeña azuela o gubia de sillimanita blanca y perfecta ejecución, sin rastro alguno de haber sido un útil funcional, lo cual cabe interpretar dentro de la línea de los elementos votivos a los que antes hicimos alusión. Esta interpretación se ve reforzada por el hecho de que esta pieza se asocie a los niveles sepulcrales de la Fase 6, como parecía acontecer con la pieza de ofita que antes describimos.

Cerámica

El conjunto alfarero recuperado en la cavidad destaca por su homogeneidad y por su coherencia cultural. Una vez analizado todo el registro es obligado señalar la ausencia de materiales tipológicos claramente indicativos de otras fases culturales más recientes que el Neolítico. Así, existe una ausencia total de elementos campaniformes y de aquellas formas y decoraciones propias de las Culturas de la Edad del Bronce que sí se han documentado, no obstante, en otros yacimientos cercanos como son la Cueva del Aire o la Cueva de las Avispas, por citar tan sólo dos ejemplos tratados en esta obra.

El material cerámico presenta una cierta diferenciación a nivel de las dos fases neolíticas representadas (Neolítico I y Neolítico II), y esta diferencia, si puede definirse de algún modo, es por el índice de presencia de decoraciones y por la presencia, en el tramo superior del registro, de algunas formas novedosas y evolucionadas que nos permiten aquilatar la cronología y la adscripción cultural del registro. Así, hay algún elemento que marca bastante bien la irrupción de elementos novedosos, de los que hemos denominado evolucionados, sobre formas cerámicas de sustrato. Este es el caso del recipiente de la forma II con suave carena baja localizado en la UE 8, asociado al único enterramiento documentado *in situ*, aunque se tratase de una deposición secundaria. Es, a nuestro parecer esta representación de nuevos elementos formales, asociada al desempeño de una funcionalidad casi exclusivamente funeraria de la cueva, lo que marca la verdadera diferencia entre las fases representadas.

Los paralelos de estos materiales con los recuperados en la cercana Cueva del Rebollosillo (Díaz del Río, 1996: 200) y con los presentes en gran parte de los yacimientos meseteños clasificados como Calcolíticos precampaniformes, así como la ausencia de estas tipologías formales en los yacimientos neolíticos más clásicos, nos permiten afirmarnos respecto a la certeza de que nos encontramos ante materiales propios de una fase muy evolucionada del Neolítico.

En lo referente a la manufactura de los recipientes debemos señalar varias cuestiones de interés. En primer lugar la certeza que la totalidad de la producción fue realizada en hornos abiertos –más bien hogueras- que no han superado temperaturas de cocción por encima de los 600° C. En un número significativo de recipientes se ha podido detectar una producción local atendiendo al uso de las materias primas empleadas como desgrasantes. Además, en estos casos, hemos advertido el empleo de materias poco adecuadas para este menester, como es el uso generalizado de inclusiones de nodulitos laminares de pizarra. El uso de este tipo de desgrasante, poco adecuado para la elaboración de recipientes de cerámica, sobre todo si estos deben tener una función culinaria, nos permite obtener dos claras conclusiones: o bien estas cerámicas, en su mayoría presentaban una función no culinaria –bien fuesen como elementos de contención y almacenamiento, bien como cerámicas de carácter simbólico o cultural- o bien estamos ante producciones incipientes de alfareros poco duchos en la materia o en fase de experimentación. El registro parece acercarnos más a esta segunda hipótesis.

En las tablas 93 y 94 se aprecia perfectamente la proporción relativa de los fragmentos cerámicos lisos, decorados y con restos de almagra. La inclusión de este último apartado se ha realizado en atención al interés con el que algunos autores han tratado a este tipo de tratamiento superficial de las cerámicas.

NIVEL	Nº FRAGM.	LISOS	%LISOS	DECORADOS	%DECOR.	ALMAGRA	%ALM.
1	28	15	53.57	10	35.72	3	10.71
7	65	57	87.69	8	12.3	-	-
8	10	10	100	-	-	-	-
14	22	3	13.63	19	86.37	-	-
16	40	35	87.5	5	12.5	-	-
18	25	15	60	10	40	-	-
22	15	10	66.67	4	26.66	1	6.66
24	10	10	100	-	-	-	-
26	45	37	77.08	1	2.22	7	15.55
30	11	11	100	-	-	-	-

Tabla 93.- Representación de fragmentos cerámicos por niveles y porcentajes de presencia de individuos lisos, decorados y con almagra.

FASE	Nº FRAGM	LISOS	%LISOS	DECORADOS	%DECOR.	ALMAGRA	%ALM.
8	28	15	53.57	18	35.72	3	10.71
6-7	171	150	87.71	14	8.18	7	4.09
4-5	72	38	52.77	33	45.83	1	1.38

Tabla 94.- Representación de fragmentos cerámicos por fases y porcentajes de presencia de individuos lisos, decorados y con almagra.

Se advierte una notable desproporción en cuanto a los restos recuperados en cada una de las fases cerámicas del yacimiento (Tabla 93 y Fig. 240). Este hecho se debe, sin duda alguna a dos razones. En primer lugar a que el proceso de re-excavación de los niveles de las Fases 4-5 durante etapas más recientes pudo derivar en una alteración de parte del material más antiguo. En segundo lugar al hecho de que la fase más reciente de ocupación parece haber sido más extensa o continuada, y por extensión la acumulación de restos mayor. Esto último se debe, a nuestro entender, a la acumulación de ajuares junto a los individuos inhumados en el momento en el que la cavidad pasó a tener una funcionalidad sepulcral o cultural.

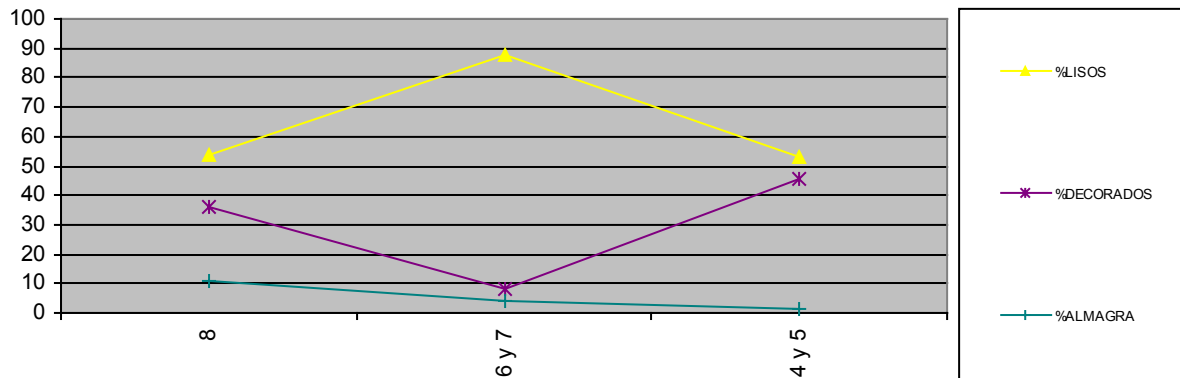


Fig. 240.- Representación porcentual de fragmentos cerámicos lisos, decorados y con almagra por fases.

La comparecencia en el registro de dos comportamientos totalmente disimétricos relacionados con el criterio de presencia-ausencia de elementos decorativos está claramente definida (Fig. 240). Del mismo modo se advierte, como es común en el registro de la mayor parte de los yacimientos excavados, una relación inversamente proporcional entre la antigüedad de la secuencia y la presencia de almagras. De estos resultados se confirma la existencia de dos claros momentos secuenciales, tal y como denunciaba la estratigrafía.

Respecto a la representatividad de las cerámicas decoradas y lisas debemos llamar de nuevo la atención respecto a nuestra regla de los tercios que, además, en este yacimiento, como en aquellos en los que comparecen de forma mayoritaria los recipientes de gran tamaño de las formas V, VII y VIII, implica una notable irrealidad en los criterios de presencia-ausencia de elementos lisos y decorados. El elemento válido a retener es, por tanto, la tendencia. Si además ensayamos, como ya hicimos en otras ocasiones, con el criterio de tercios observamos que el panorama de la secuencia se clarifica notablemente.

Entre las formas cerámicas debe resaltarse, como cuestión además ya significativa dentro del conjunto material alfarero documentado en el interior de las cavidades, el notable, por no señalar

casi exclusivo predominio de las formas del tipo V, VII y VIII (Tabla 95 y Fig. 241) . Estas formas se corresponden con los recipientes de mayor capacidad de contenido. Como ya hemos señalado en alguna otra ocasión, este hecho debe estar relacionado con su correspondencia con elementos de almacenamiento. Esta correspondencia nos permite acercarnos a la definición de una funcionalidad precisa no sólo para los mencionados recipientes sino sobre todo para los enclaves en los que se detectan. Así podemos notar una cierta disimetría en cuanto a la representación e importancia cuantitativa entre los establecimientos en cueva y al aire libre. Este hecho, como veremos más adelante, tiene una explicación precisa y significativa asociada no sólo a datos cronológicos y culturales, sino sobre todo a datos de carácter funcional. Tampoco podemos obviar el carácter de indicador cronológico de estos recipientes.

FORMA	SUP/FASE 8	FASES 6-7	FASES 4-5	TOTAL
I	-	-	-	0
II	-	1	3	4
III	-	-	-	0
IV	-	1	-	1
V	-	1	2	3
VI	1	1	-	2
VII	1	8	7	16
VIII	1	3	-	4
IX	-	-	-	0

Tabla 95.- Representación de tipos cerámicos por fases

En el repertorio cerámico recuperado en la cueva de La Ventana son minoritarias, cuando no prácticamente inexistentes otras formas que las señaladas antes, tal y como se refleja en la tabla 107. No obstante, tanto en esta tabla como en el gráfico de la figura 288 se advierte no sólo la relativa similitud de las curvas modales obtenidas –lo cual define tendencias relacionadas con la idea de continuidad entre las diferentes fases y por ello evolución interna normal- sino también el hecho de que las formas mejor representadas en contextos de habitación acompañen en la cueva a la única fase cerámica en la que se detecta un uso habitacional de parte de la cavidad (Fases 4-5)

La presencia de formas evolucionadas se deja notar de forma muy tímida en la Fases 6-7, donde comparecen junto a algunos elementos líticos de carácter también más evolucionado –caso de los dientes de hoz asociados a EEUC evolucionados o la ausencia de geométricos y la presencia de foliáceos-. Esto, junto a la ausencia de las formas predominantes de contextos terminales de la secuencia redunda a favor de la hipótesis de evolución local de la secuencia, lo cual motiva nuestra tesis de que nos encontramos aquí con uno de los mejores ejemplos de integridad de una secuencia neolítica en cueva de la Meseta. (Ausencia de intrusiones campaniformes, inexistencia de ocupaciones de la Edad del Bronce, etc.), como documentamos también en la Cueva de La Higuera.

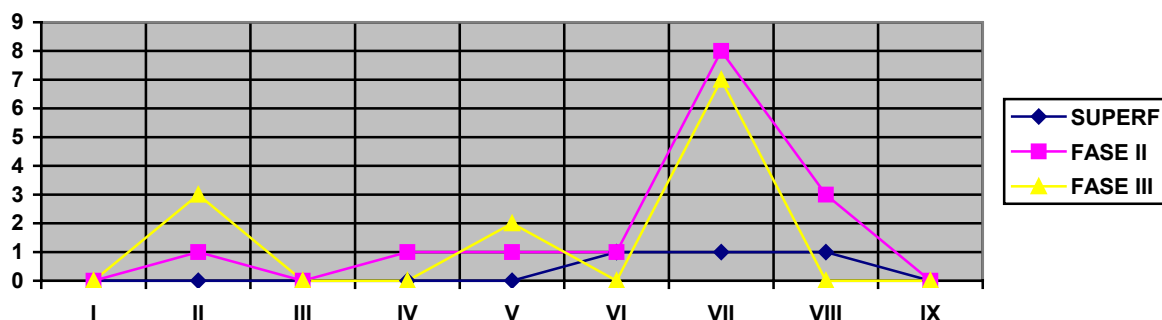


Fig.241.- Representación de formas cerámicas por fases.

En cuanto a la tipología de las decoraciones (Tabla 96 y Fig. 242), pese a lo reducido de la muestra, llama la atención el claro índice de representatividad de los ejemplares impresos sobre los inciso-acanalados en la Fases 4-5 respecto a las Fases 6-7. Es este hecho, junto a las dataciones radiocarbónicas obtenidas (Tabla 98) lo que nos permite señalar una clara vinculación de la primera fase cerámica con los compases iniciales del Neolítico meseteño y peninsular, mientras que la siguiente fase debe ponerse en relación con la mera evolución de los núcleos campesinos de la región y su tendencia hacia el proceso de plena neolitización –entendida como la culminación de la fase de implantación del modo de vida agrícola y ganadero, esto es, productor-.

TÉCNICA DECORATIVA	SUP/FASE 8	FASES 6-7	FASES 4-5
Incisión fina	1	2	1
Acanalado	5	8	9
Impresión matriz simple	5	6	11
Impresión matriz múltiple	0	0	0
Impresión concha	0	0	0
Digitación-ungulación	0	1	0
Cordón liso	0	0	0
Cordón impreso	4	2	3
Boquique	0	0	0
Pintada	0	0	0
Esgrafiada	0	0	0
Pastillas aplicadas	0	0	0

Tabla 96- Técnicas decorativas empleadas por Fases

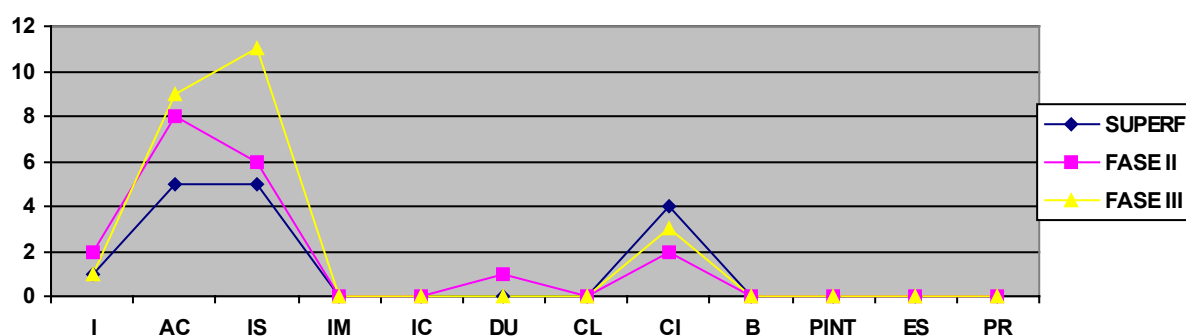


Fig.242.- Representación porcentual de técnicas decorativas por fases

Por lo que respecta a los esquemas decorativos representados debemos destacar, en el caso de las Fases 4-5 la aparición de esquemas más barrocos que los de la fase inmediatamente posterior. Además hay un claro predominio de los esquemas del tipo C, que combinan incisiones/acanalados e impresiones, algo que como hemos visto en otras ocasiones es ya un elemento común en la mayor parte de los registros del neolítico de la Meseta.

Aparecen los esquemas del tipo C.IV y D.II y en menor número de ocasiones los pertenecientes a impresiones simples del tipo A.I, que cuando comparecen lo suelen hacer asociándose a los labios y bordes de los recipientes así como a cordones en relieve de escaso resalte. Algunos de los esquemas más barrocos se asocian a los tipos en los que comparecen motivos angulares o triangulares que sirven de articuladores del espacio decorado. No son extraños los esquemas del tipo B.I y B.II dando lugar en este caso a esquemas decorativos metopados.

Debe resaltarse la ausencia total del registro de las decoraciones del tipo A.Ic 'pseudo-boquique' así como de las de tipo pseudo-cardial o cardialoides documentadas en otros contextos situados al aire libre, como Verona II o La Paleta, todo ello a pesar de que en esta cueva se han recuperado varios fragmentos de malacofauna marina adecuados para su empleo en la elaboración de este tipo de decoraciones.

Industria ósea y adornos

El conjunto de elementos realizados sobre hueso, recuperados en los niveles neolíticos, sin ser muy abundante, sí es destacado. Entre estos elementos cabe resaltar la presencia de útiles, como los punzones recuperados en la UE 26 –realizado sobre metacarpo de *ovis aries* - y en la UE 1 – realizado sobre ulna de *cervus*- o la matriz para elaborar anillos o arandelas –realizado sobre fragmento mesial de fémur de *sus sp*- recuperada en la UE 7 (Fig. 254, nº 2 y 7). Entre los elementos de carácter decorativo, votivo o simbólico, cabe mencionar una placa con restos de incisiones y perforación bipolar (Fig. 291, nº6), recuperada en la UE 24, un colgante perforado imitando los modelos superopaleolíticos de tipo diente de ciervo (Fig. 254, nº1) recuperado en la UE 26 o el ídolo realizado sobre falange de *equus* recuperado en la UE 7.

El hecho de que agrupemos en un mismo apartado adornos y elementos óseos parte de nuestra convicción de que una buena parte de las piezas óseas debieron estar relacionadas con adornos dada su condición de elementos portantes o colgantes merced a la presencia de perforaciones situadas en uno de sus extremos.

En el conjunto de adornos debemos distinguir entre aquellos realizados sobre hueso de los elaborados sobre piedra o concha. Los primeros acabamos de mencionarlos, en cuanto a los adornos en piedra contamos en el interior de la cavidad con 3 piezas: 1 cuenta de arete realizada en azabache recuperada en la UE 1, 1 cuenta de azabache de forma 'neumático', recuperada en la UE 8, 2 cuentas planas de calcita recuperadas en la UE 1 y UE 8 respectivamente, y por último un colgante de caliza recuperado en la UE 26 (García de Miguel *et alii*, 2005: 82) Entre los elementos de piedra, aún no siendo un colgante, sino tal vez más un elemento votivo o de carácter cultural debemos indicar la presencia de una escultura de bulto redondo, fragmentada en uno de sus extremos, realizada en calcita y recuperada en la UE 14 y que consideramos pudo formar parte de una figuración antropomorfa.

Entre las conchas debemos destacar aquellas que no presentan perforaciones para facilitar la suspensión de las que sí las presentan. Entre las primeras destacan tres fragmentos de *gastropoda* de la familia de los *turritellidae* recuperados en la UE 14, dos ejemplares completos de *Cerithium vulgatum* Brugière, 1792 recuperadas en la UE 14 y en la UE 100 respectivamente, un fragmento de *Cerastoderma edule*, recuperada en la UE 10 (Fig. 255, nº2), un fragmento distal de *Acanthocardia paucicostata* Sowerby, 1834 y una concha de *Pecten Jacobaeus* recuperado en la UE 26. Entre los ejemplares perforados únicamente encontramos siete ejemplares completos, todos ellos con doble perforación enfrentada realizada en la cara dorsal, de Trivia. Cinco ejemplares corresponden a *Trivia arctica*, Solander in Humphrey, 1797, y dos ejemplares a *Trivia monacha*, da Costa 1778, estos últimos también conocidos como *Cypraea europaea*, Montagu, 1808 (Tabla 97)

Respecto a los ejemplares malacológicos no podemos extraer conclusiones definitivas atendiendo a su procedencia. Así, todos los ejemplares presentes poseen una distribución ciertamente cosmopolita, encontrándose repartidos tanto por el Mediterráneo como por el Atlántico. Lo único claro y que para nuestro caso resulta extremadamente interesante es el hecho de que la totalidad de los especímenes recuperados en La Ventana proceden del litoral marino, lo cual debe ser valorado a la hora de establecer patrones de intercambio de objetos exóticos que, como estos, debieron tener además un notable valor simbólico, quizás asociados a linajes matrimoniales y a la elaboración de los esquemas decorativos de los recipientes cerámicos.

Sí parece acertado diferenciar, de forma nítida, dos grupos de malacofauna respecto a su posición estratigráfica. Por un lado encontramos los ejemplares asociados a niveles de las Fases 6-7, todos ellos con restos de perforaciones que indican su pertenencia a elementos de collar o adorno. Por otro los ejemplares carentes de perforaciones y asociados a las unidades estratigráficas de las Fases 4-5 (Tabla 97 y Fig. 243) Dentro del marco de nuestra interpretación cabe señalar, a la vista de la conjunción en la presencia de restos óseos humanos y elementos de adorno y votivos, la conclusión de la existencia de una diferenciación funcional entre las Fases 6-7 y 4-5, dentro del marco cronológico y cultural del Neolítico. Así, como hemos resaltado en varias ocasiones, mientras a las primeras Fases (6-7) le correspondería una función primordialmente habitacional, a la siguiente (Fases 4-5) les correspondería una funcionalidad plenamente sepulcral. A esta última, por los paralelos que indicaremos, se le podría buscar un claro acomodo comparativo con los conjuntos megalíticos. Este hecho revalorizaría la antigua hipótesis paramegalítica de Delibes que, a la luz de los nuevos datos va tomando cada vez una forma más definida y clara.

La temática de los colgantes, especialmente los realizados sobre huesos, dientes y conchas, ha resultado siempre difícil de abordar (Taborin, 1974; Pérez Arrondo y López de Calle, 1986: 147) Una de las principales barreras es la ausencia de estudios globales que permitan advertir la evolución de estos elementos a lo largo de secuencias estratigráficas y cronologías bien controladas y fiables.

La presencia, por ejemplo de dientes –y su variedad imitativa del pseudo-diente– como elementos de adorno de especial significación simbólica, quizás dentro de la temática del tótem, es reconocida desde el Paleolítico. Más antigua aún, como ligada a un reconocimiento ancestral del mar, es el uso de las conchas como elementos de notable carácter votivo y simbólico. Así, en numerosas ocasiones han acompañado a los primeros enterramientos paleolíticos documentados y son habituales en contextos del Paleolítico Superior como la cueva de Tito Bustillo, Nerja (Jordá Pardo 1986:163), Cueva Oscura de Ania (Corchón Rodríguez, 1986: 407) por citar sólo algunos ejemplos

en contextos fundamentalmente Magdalenienses, o en contextos mesolíticos como el Nivel 9 del abrigo de Dourgné (Guilaine *et alii*, 1993: 94)

TAXÓN	SUP/FASE 8	FASES 6-7	FASES 4-5	FASE 3?
<i>Trivia arctica</i>	1	1	-	-
<i>Trivia monacha</i>	-	5	-	-
<i>Pecten Jacobaeus</i>	-	1	-	-
<i>Turritella sp</i>	-	-	2	1
<i>Cerithium vulgatum</i>	-	-	1	1
<i>Cerastoderma edule</i>	-	-	-	1
<i>Acanthocardia paucicostata</i>	-	-	1	-
Cuenta azabache 'neumático'	-	1	-	-
Cuenta plana azabache	1	-	-	-
Cuenta plana calcita	1	1	-	-
Placa hueso perforada	-	-	1	-
Colgante pseudo-diente	-	1	-	-
Colgante caliza	-	1	-	-

Tabla 97.- Representación de colgantes de piedra, hueso y malacofauna por fases.

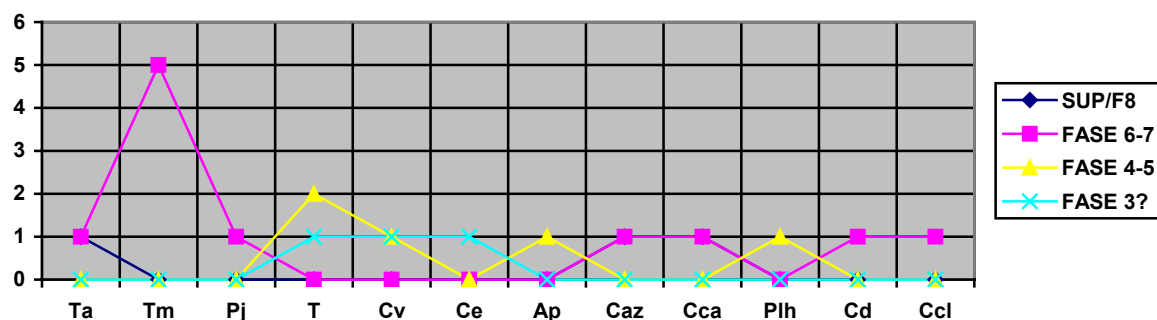


Fig.243.- Representación de colgantes de piedra, hueso y malacofauna por fases.

Para el tramo cronológico que nos interesa, y sobre todo para validar la cuestión de su asociación con contextos funerarios, sobre todo de los ejemplares de *Trivia*, debemos fijar la atención en la presencia de ejemplares similares en niveles, exclusivamente neolíticos -7 y 4- de la Cueva de Nerja (Jordá Pardo, 1986:163), el primero asociado a enterramientos infantiles datados en el Neolítico Reciente y el último de ellos correspondiente al enterramiento de un individuo adulto datado en el Neolítico Antiguo (Pellicer y Acosta, 1986:446). También se han documentado collares de *Trivia* en contextos megalíticos como el dolmen de Las Arnillas, en la Lora burgalesa, con una cronología anterior al 4575 BP, donde además conviven con cuentas de lignito o azabache (Delibes *et alii*, 1986) similares a las documentadas en La Ventana. Otros tipos de conchas-colgante se han localizado en contextos funerarios en cueva y en dolmen y túmulo en Solacueva (Pérez Arrondo y López de Calle, 1986:72), Peña Guerra I (*Ibidem*: 108), Gúrpide Sur, Los Husos I, Lamikela y Sokillete entre otros (*Ibidem*: 159). No obstante cabe destacar que en los contextos orientales y nororientales, la presencia de este tipo de taxón es menos abundante. Sin duda este hecho, junto a la presencia de piezas de azabache y lignito en contextos sobre todo megalíticos de la fachada atlántica fue lo que motivó la opinión de Delibes acerca de la 'proximidad' cultural de los grupos megalíticos de la Lora burgalesa y la orla atlántica (Delibes *et alii*, 1993:58).

No obstante, y aún dados los paralelismos formales, cronológicos y tal vez culturales existentes con el yacimiento de la Gruta de Caldeirão, en Portugal, advertimos que las conchas empleadas en este yacimiento para acompañar a los enterramientos son fundamentalmente *Littorina obtusata* (Nivel Eb), *Anadara diluvii* (Nivel Ea), *Glycimeris glycimeris*, *Theodoxus fluviatilis*, *Hinia pfeifferi*, *Unio pictorum* y *Mytilus edulis* (Zilhão, 1992). No aparecen en cambio ninguno de los taxones propios del registro de La Ventana, ni son los de la cueva portuguesa los mejor representados en los yacimientos del sur y oriente peninsular como Nerja. Sin duda alguna este hecho debe tener su relevancia de cara al establecimiento de las redes de intercambio de objetos exóticos. Si aparecen en cambio, en los niveles avanzados del Neolítico Antiguo (datados entre 6180 +/- 90 y 5810 +/- 70 BP), las cuentas de piedra verde que no aparecen en el yacimiento de La Ventana y, por el contrario, las cuentas de lignito y/o azabache, que como hemos visto son más propias de contextos neolíticos y megalíticos meseteños, están peor representadas en otras áreas de la Península.

Fuera de estos materiales, pero de cierto interés tras los trabajos realizados por García Martínez y Morán Dauchez (2005:691), es el hallazgo de un cubo, ampliamente desgastado, de piritita procedente de la UE 1 (Fig. 255, nº1). Estos autores han relacionado el cubo de piritita hallado durante las excavaciones del túmulo soriano de La Tarayuela con la obtención de fuego. Elementos similares se han documentado en contextos de cronologías y culturas diversas, desde el Paleolítico Medio-Superior hasta contextos de la Edad de los Metales.

Lamentablemente la posición estratigráfica de nuestra pieza, pese a haber sido localizada en el área ocupada por los hogares y el paraviento datado en el primer neolítico nos impide dotar de más valor a la pieza. Su desgaste diferencial y su similitud con otros elementos españoles y europeos nos inclinan a favor de su uso como piedra de chispa para lograr la obtención del fuego.

Restos faunísticos y vegetales

El conjunto de datos será tratado de forma más precisa en el capítulo dedicado a la economía aunque debemos mencionar que el registro tanto animal como vegetal del yacimiento es en verdad completo e interesante.

En primer lugar cabe destacar la notoria disimetría existente entre los registros del área externa – de abrigo- e interior de la cavidad. Atención especial precisa la zona de hogares y paraviento asociado a la primera fase neolítica y de donde proceden varios restos carbonizados de cereal recuperados junto a fauna doméstica.

En el abrigo externo tan sólo se ha recuperado fauna de la UE 4. Llama la atención la escasísima representación de los taxones de herpetofauna sólo representados por un muy reducido conjunto de restos pertenecientes a sapo corredor y sapo de espuelas –al que corresponden el mayor número de restos-, gallipato y culebra de escalera. Más significativa es la representación de la fauna del grupo de los mamíferos donde están representadas por igual la práctica totalidad de los taxones de interés cinegético así como algunos carnívoros destacados, caso del oso y la hiena de las cavernas (Sánchez Marco *et alii*, 2005). Faltan, por el contrario, la totalidad de las especies domésticas, encontrándose bien representados taxones como el jabalí, los cérvidos y el caballo. Por su parte, en contra de lo que apareció publicado en el estudio general de fauna (Sánchez Marco *et alii*, 2005: 161, tabla 2), no se documentan restos de avifauna. Los restos de grévol, cernícalo y paloma asignados en la tabla a niveles finipleistocenos corresponden en realidad a niveles neolíticos. No hay duda de que el conjunto representado es característico de un asentamiento estacional de cazadores. Lamentablemente el número de restos y su propia representatividad anatómica impiden precisar mucho más en cuanto a grupos de edad y otros indicadores más específicos. Es digno de resaltar el hecho de que la mayor parte de los restos identificados hayan correspondido a la cabeza y especialmente a la dentición de los taxones y por tanto las porciones esqueléticas de menor interés para el consumo humano. Sin embargo, esto es así dado el elevado nivel de fragmentación de los restos y el claro hecho de que la dentición es el elemento taxonómico identificador por antonomasia.

Aún así, podríamos suponer que, en un enclave con funcionalidad de cazadero, el material óseo abandonado se correspondiese, normalmente, con aquellas porciones esqueléticas que carecen de interés culinario y que por tanto no serían acarreadas hasta los campamentos base. Si aceptásemos esta interpretación podríamos mantener la hipótesis de una preparación exhaustiva y selectiva de las porciones cárnicas a aportar a los asentamientos principales por los cazadores.

En cuanto al conjunto de fauna asociado a los niveles neolíticos parece existir alguna diferencia, poco significativa, entre las Fases 4-5 y 3, sobre todo atendiendo al conjunto de mamíferos. Como era de esperar lo más notable es la presencia de especies domésticas en el registro –especialmente oveja, cabra y cerdo, faltando por completo los bóvidos-. La diferencia más notable estriba en la ausencia generalizada de taxones de cerdo en el registro más antiguo, mientras que está representado en la fase neolítica más reciente. Además, las diferencias en cuanto al número total de restos de fauna doméstica entre ambas fases son notables y lo mismo cabe señalar del conjunto de carnívoros, cuya mejor representación se encuentra asociada a los niveles de las Fases 6-7, esto es, cuando la cavidad era empleada exclusivamente como necrópolis. Este hecho lo interpretamos, más que como un aporte antrópico al registro, como una indicación de que el antro era habitualmente frecuentado por especies carnívoras silvestres durante su uso como área de inhumación. Este hecho pudo tener también su reflejo en cuanto al aporte de algunos taxones de aves, herpetofauna y mamíferos al registro correspondiente a los niveles de esa fase.

En el conjunto de las especies vegetales debemos destacar, por encima de todo, la recuperación de varios taxones de cereal carbonizado (*Triticum aestivum durum* y *Hordeum vulgare nudum*) asociado a los niveles iniciales del neolítico, así como restos de vicia y olea (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004: 258, tabla 1) Este hecho, asociado a la presencia en las unidades de esta misma fase de fauna doméstica así como la datación directa de un resto de ovis (Beta 166231) nos permite señalar que el primer neolítico de la cavidad es un neolítico plenamente formado.

Dataciones radiocarbónicas

Atendiendo a que uno de los elementos más necesitados del neolítico de la Meseta, y especialmente el de Madrid, eran los datos estratigráficos fiables y las dataciones absolutas se procedió al análisis exhaustivo del mayor número posible de muestras susceptibles de ofrecer indicios cronológicos fiables para el uso de la cavidad durante las etapas previas al Neolítico y durante el Neolítico (Tabla 98)

Nº Lab	Muestra	Edad Radiocarbónica(BP)	Fecha radiocarbónica(BP)	Unidad Estratigr.	FASE
Beta 183255	Hueso	30200+/-350	30280+/-350	100	Derr.
Beta 183254	Hueso	19640+/-110	19720+/-110	29	2
Beta 183256	Carbón	13110+/-50	13160+/-50	4	3
Beta 191001	Hueso quemado	6510+/- 40	6560+/- 40	18	4
Beta 166231	Hueso	6300+/-40	6350+/- 40	8	6
Beta 166229	Hueso humano	5960+/-40	6010+/-40	7	7

Tabla 98- *Dataciones radiocarbónicas obtenidas.*

Gracias a estas fechas han podido ser datados, de forma precisa, las diferentes fases de uso del enclave así como las más significativas unidades estratigráficas del mismo. A la conclusión de esta obra, y por un problema administrativo, lamentablemente fue imposible contar con más dataciones procedentes de los restos óseos humanos recuperados en la última fase neolítica.

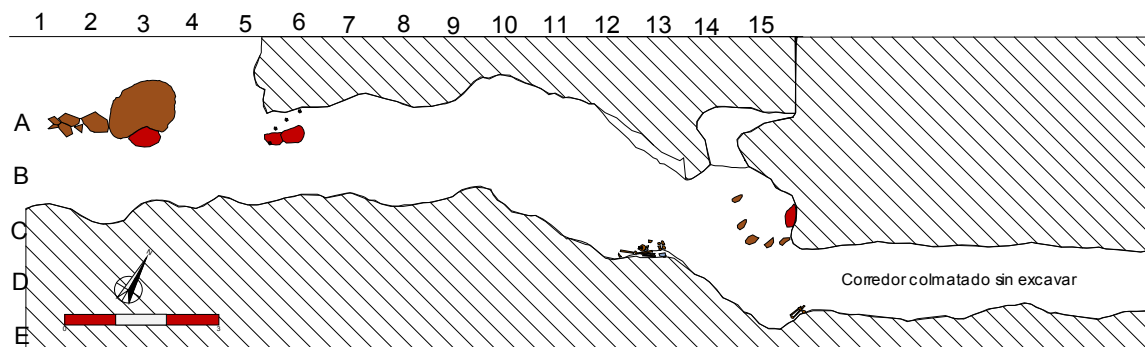


Fig. 244.- Desarrollo planimétrico de la Cueva de la Ventana con indicación de las principales estructuras documentadas.

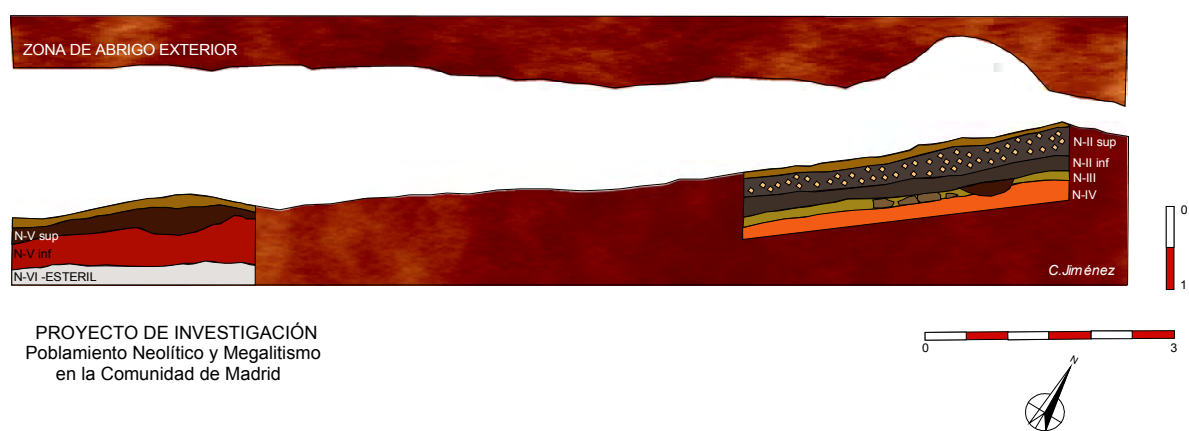


Fig. 245.- Perfil longitudinal de la Cueva de la Ventana con indicación de los niveles identificados.

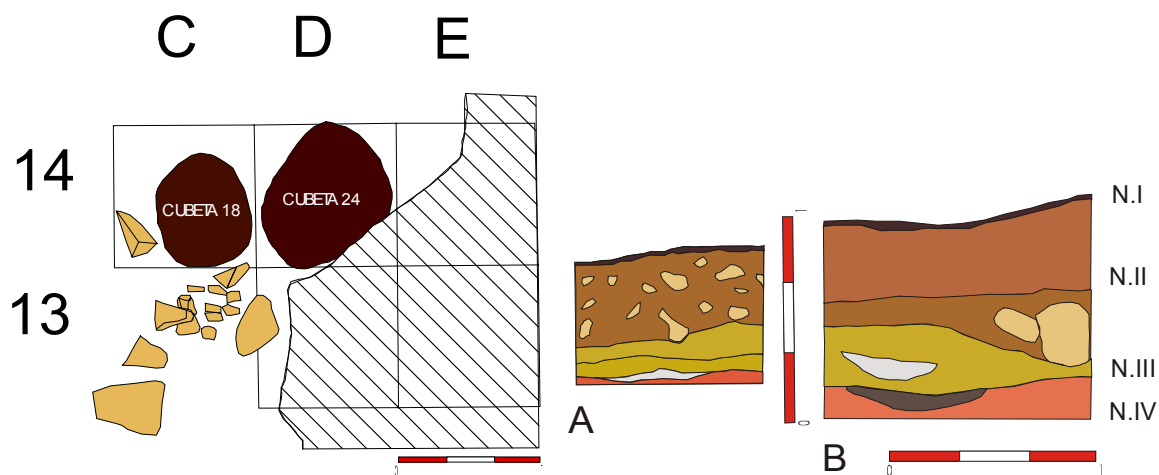


Fig. 246.- Cubetas neolíticas localizadas en el fondo de cueva.

Fig. 247.- Perfiles Norte (A) y Este (B) de la zona de fondo de cueva.

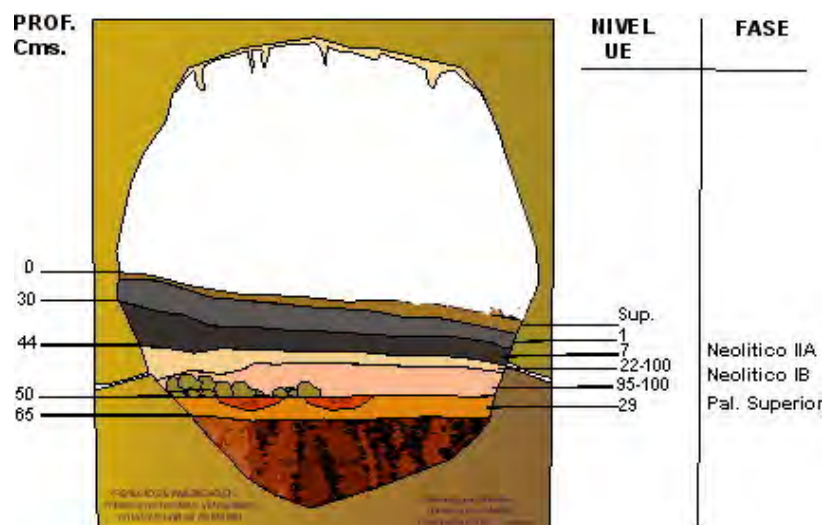


Fig. 248.- Corte ideal de la sección vertical de la cavidad.

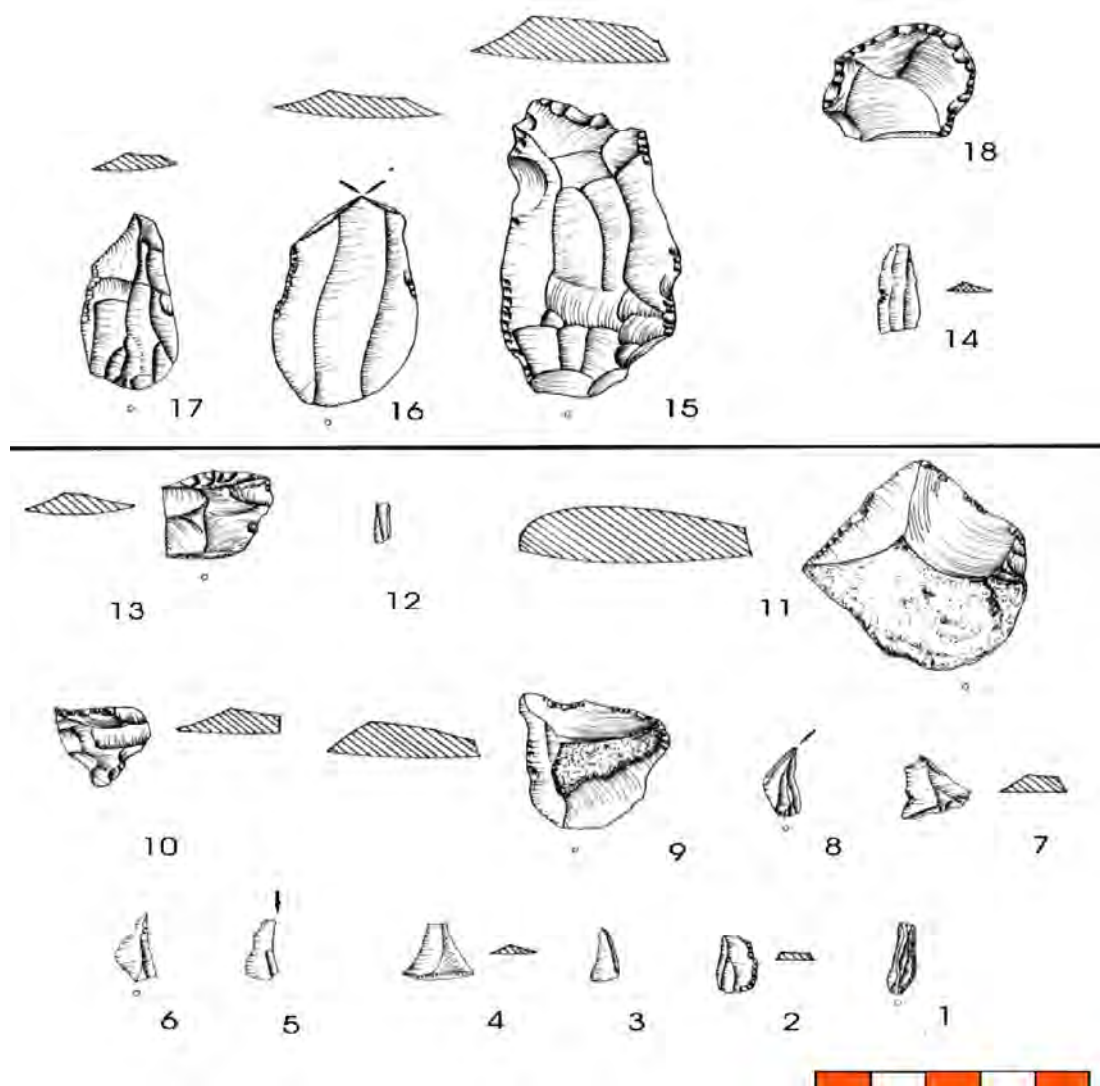


Fig. 249.- 1 a 13.- Material lítico selecto procedente de los cortes A-B-C/1,2,3 (Fase 3, Nivel Vinf) (Abrigo de acceso) (los nº 1 a 10, 12 y 13 son cristal de roca. El nº 11 es sílex. 14 a 18.- Material lítico procedente de los niveles inferiores del interior de la cavidad (todos sílex)

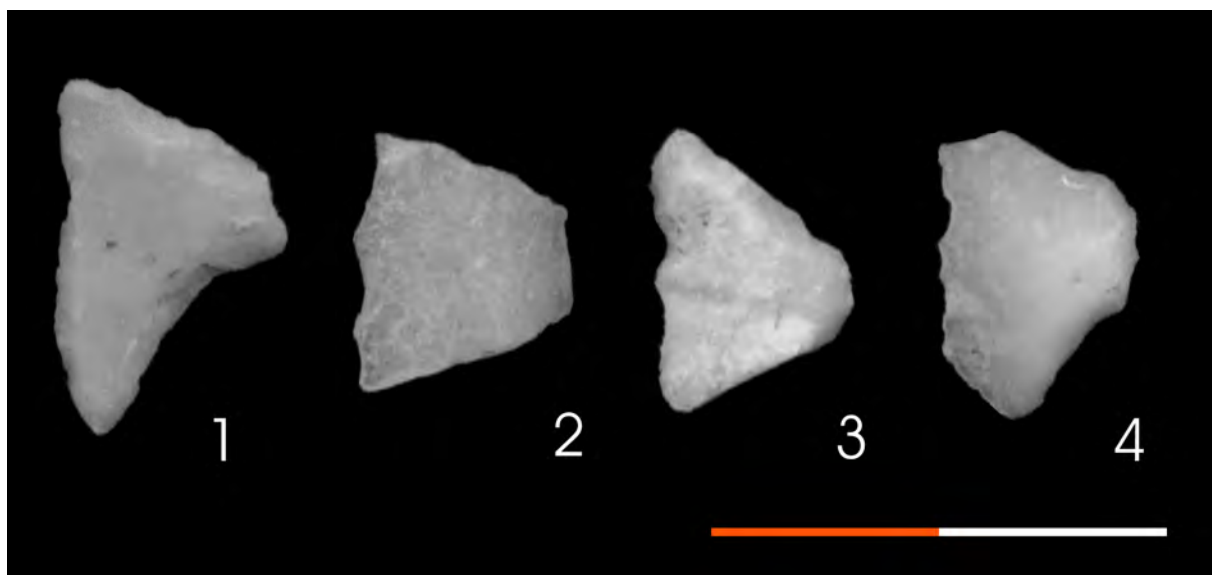


Fig. 250.- Conjunto de geométricos procedentes de los niveles de habitación (Ue 14, Nivel III inf, Fase 4) Nivel IV) de la Fase III (Neolítico I)

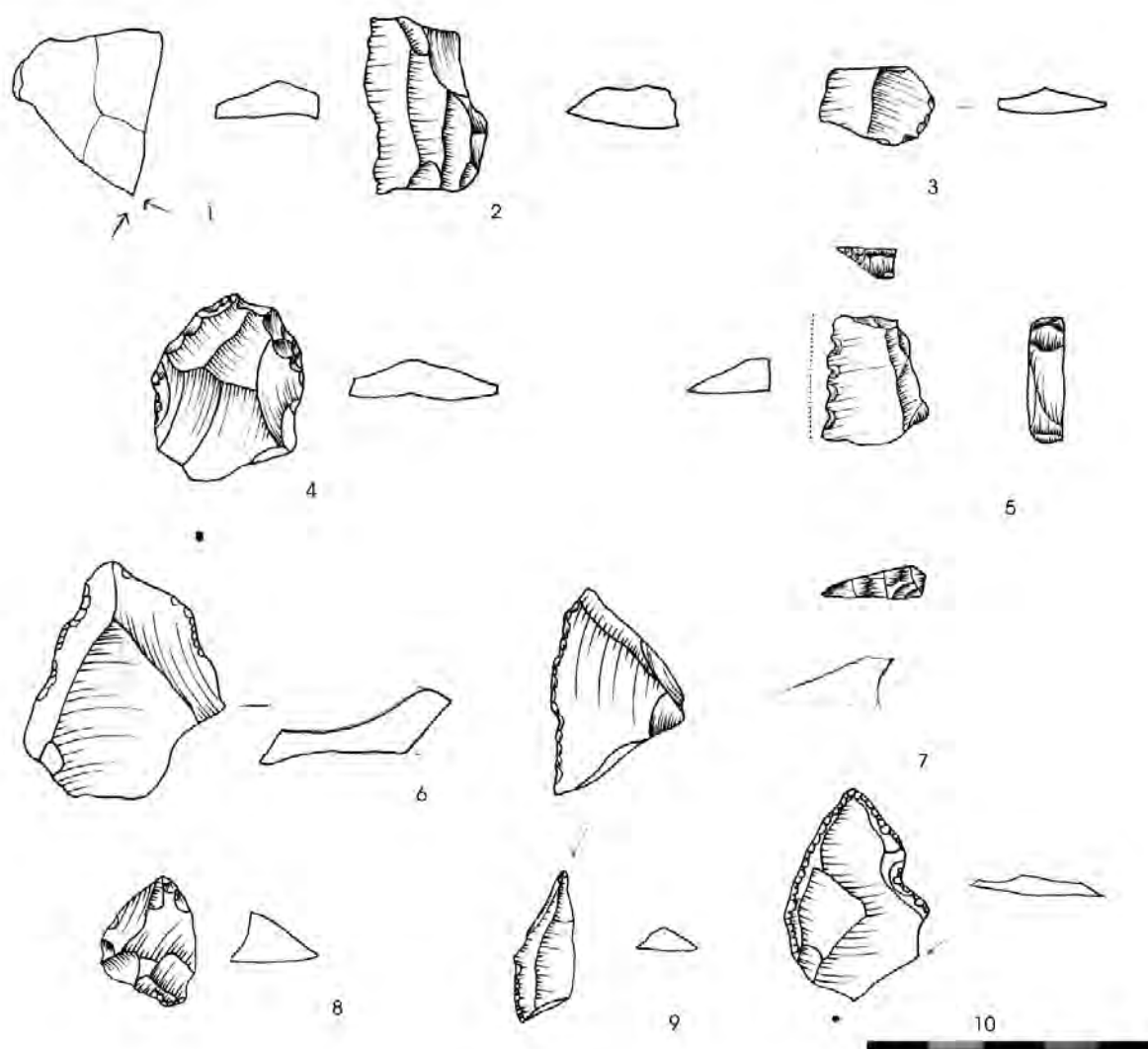


Fig. 251.- Material lítico procedente del interior de la cavidad (todos en sílex)

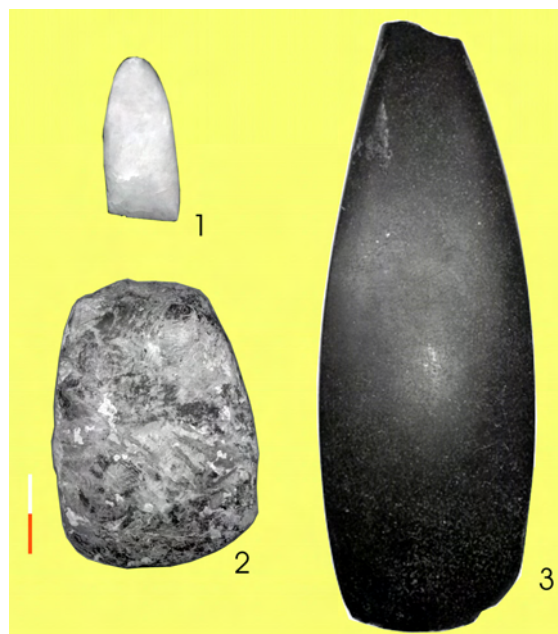
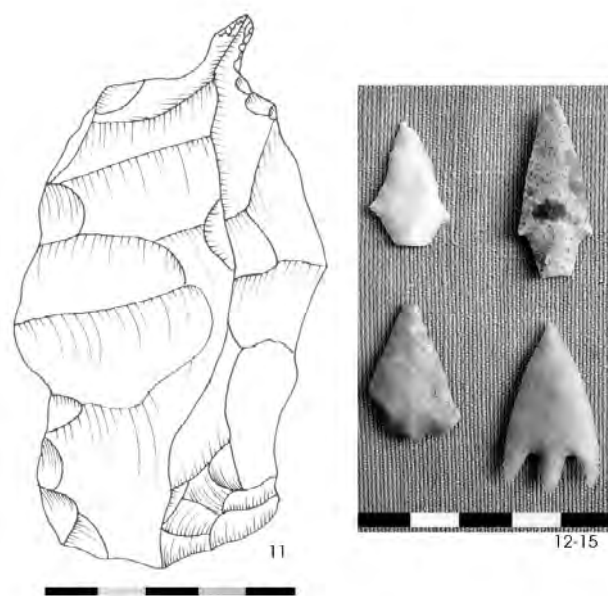


Fig. 252.- 11.Macroperforador (tipo pico) localizado en la UE 14. 12-15. Puntas de flecha localizadas procedentes de las inhumaciones de la Fase 6-7. Todo el material elaborado en sílex.

Fig. 253.- Elementos pulimentados procedentes del interior de la cavidad; 1-UE 30; 2-UE22 y 3- superficie. Nº 1 y 2 sillimanita. Nº 3 ofita.

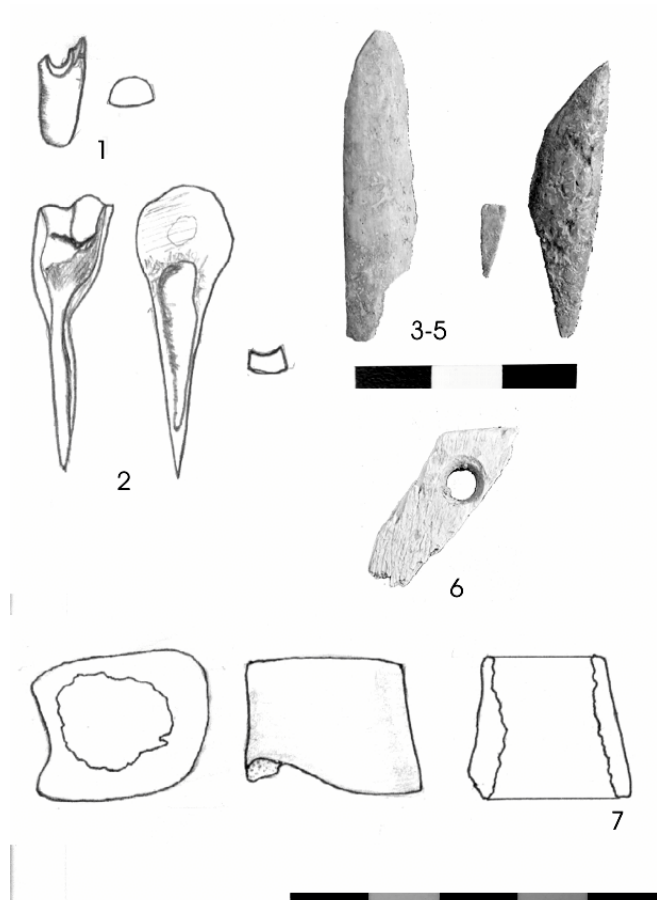


Fig. 254.- Industria y adornos sobre hueso. 1.Fragmento de colgante imitando diente de ciervo. 2. Punzón sobre metacarpo de ovis aries. 3-5. Apuntados recuperados en el área de abrigo (Nivel V inf-Fase 3) 6. Placa de hueso perforada procedente de la cubeta Ue 24 (Nivel III inf-Fase 4) 7. Matriz para anillos.

Fig. 255.- 1. Fragmento de pirita con huellas de uso (Ue 1) 2. Fragmento de bivalvo marino trabajado (Ue10)

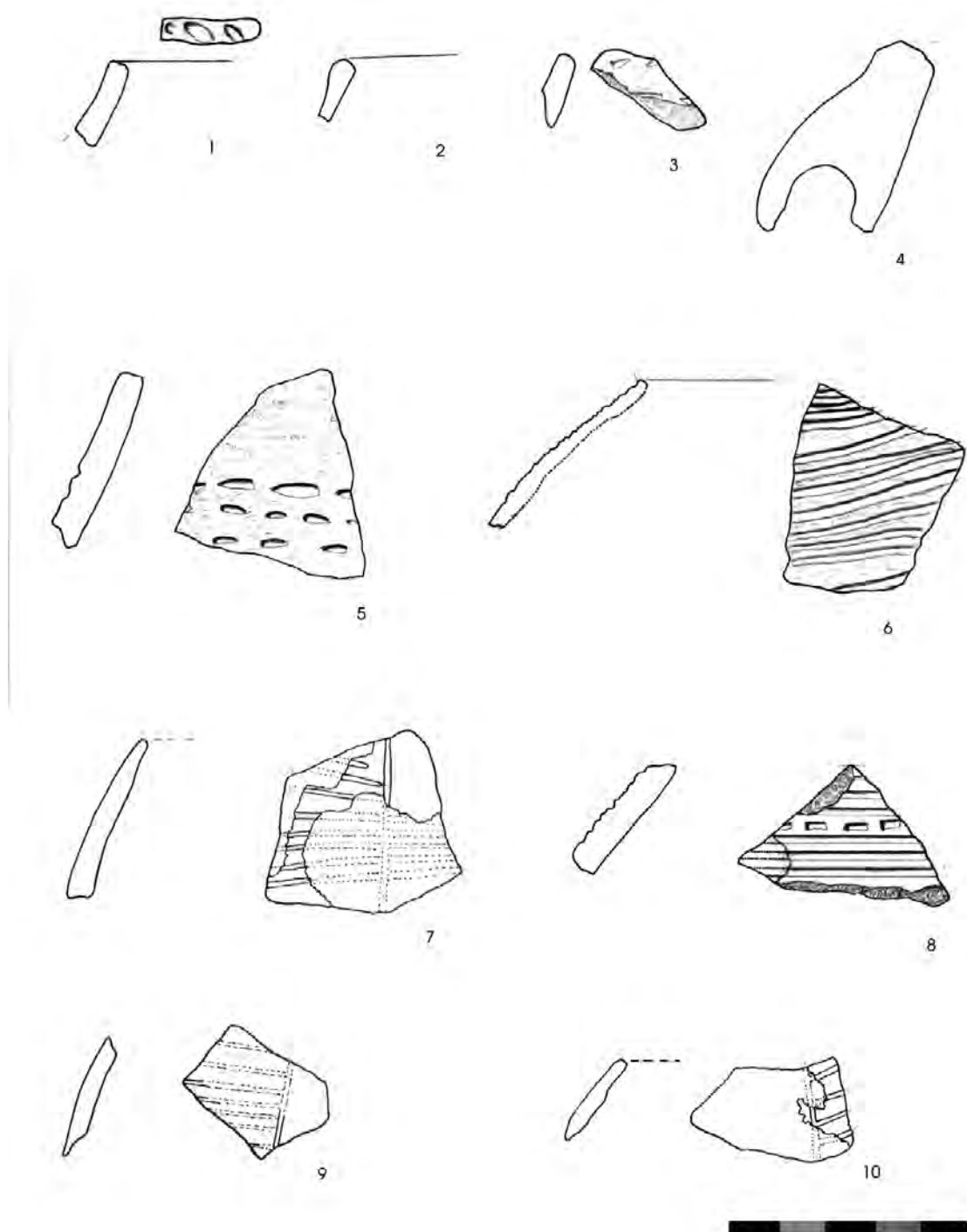


Fig. 256.- Selección de cerámicas decoradas procedentes del interior de la cavidad.

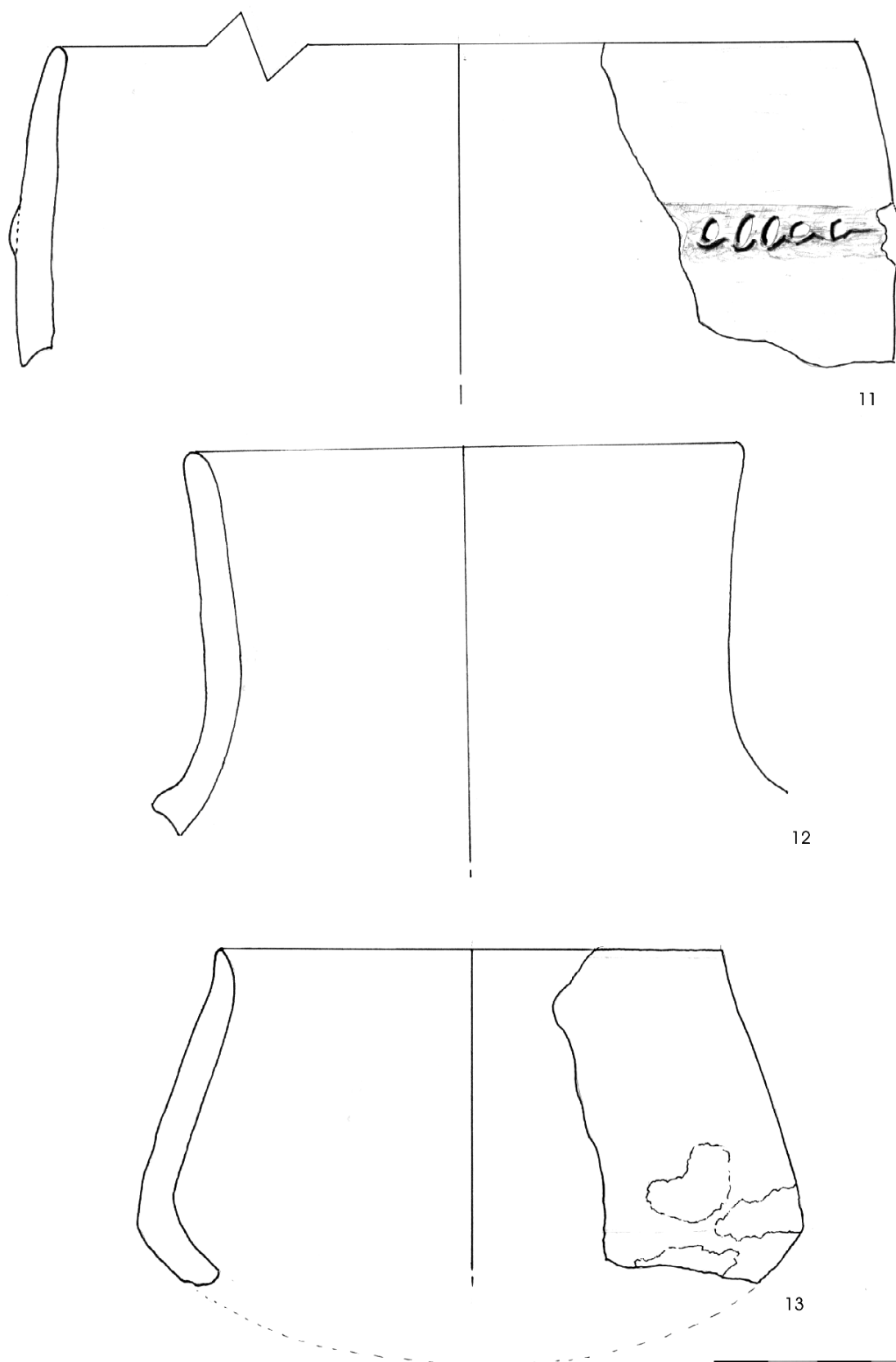


Fig. 257.- Selección de cerámicas decoradas procedentes del interior de la cavidad.

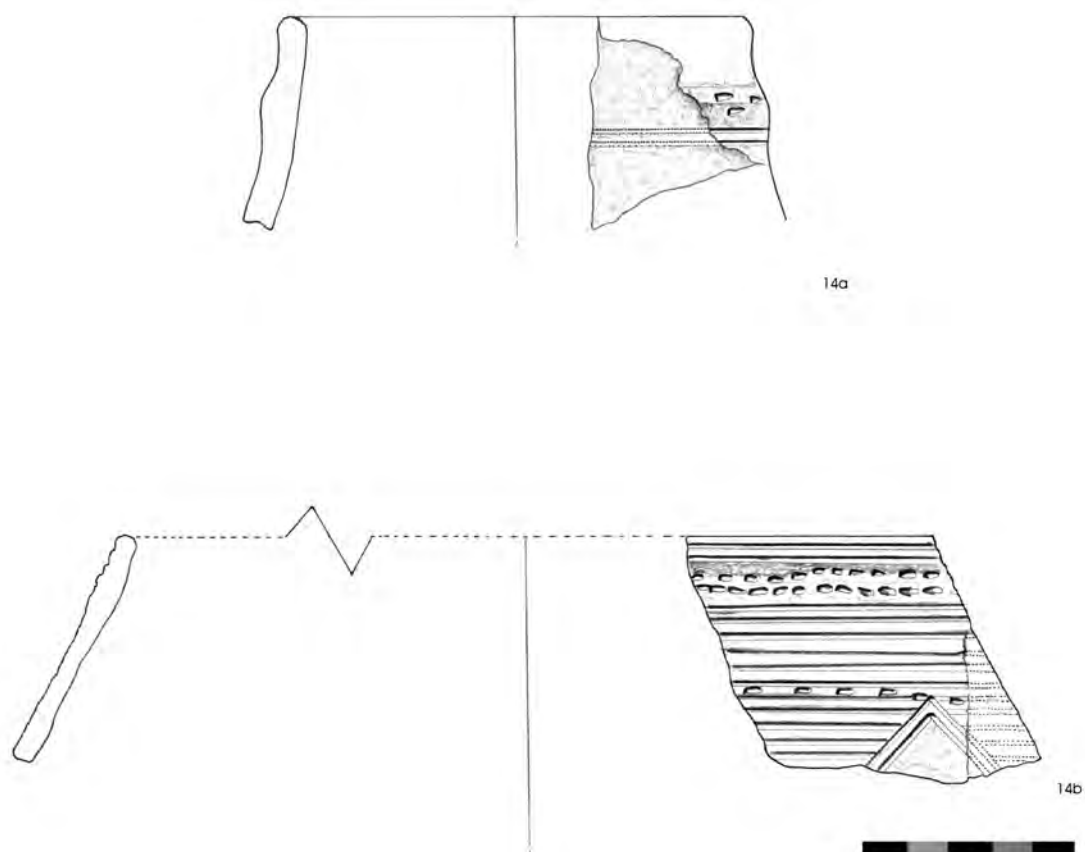


Fig. 258.- Fragmentos de un mismo recipiente decorado (Ue18, Nivel III inf. Fase 4)

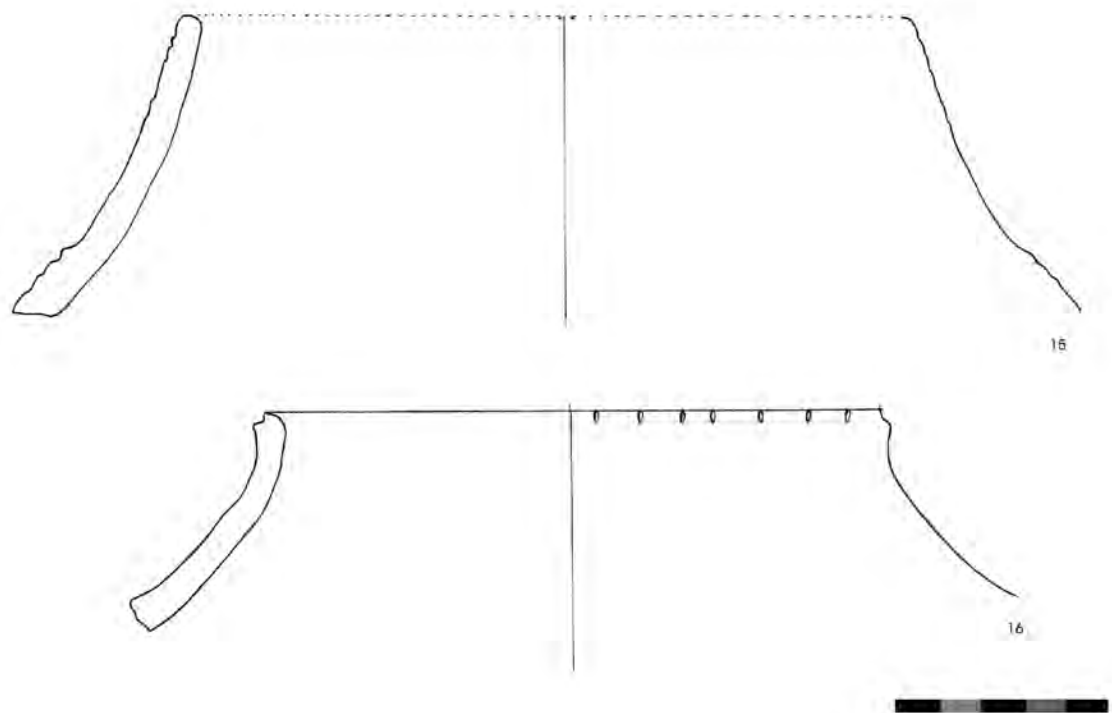


Fig. 259.- Cerámicas procedentes del interior de la cueva.

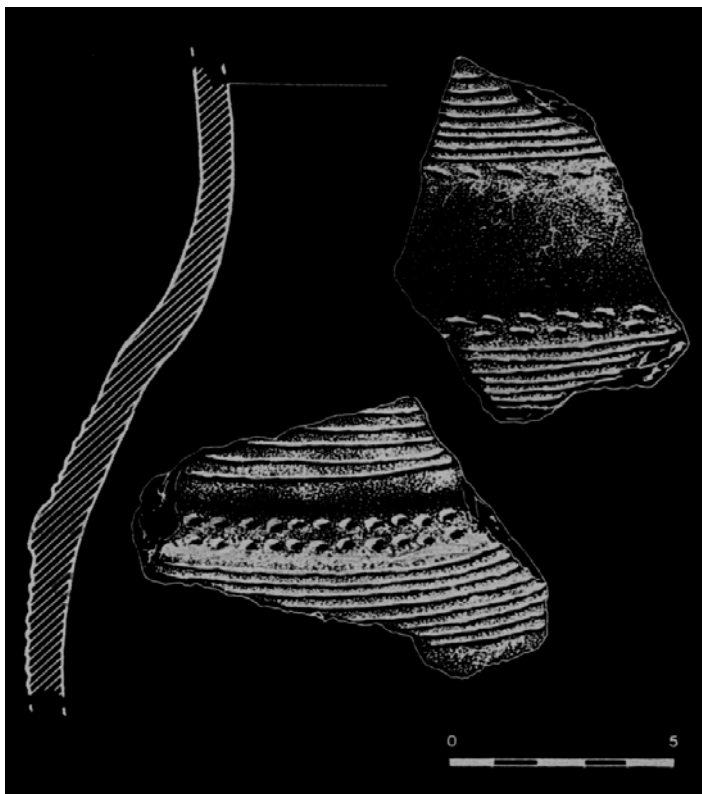


Fig. 260- Fragmento de recipiente recuperado en las prospecciones de 1991 (dibujo de T.A.R. Soc. Coop., según Carta Arqueológica y modificación de J. Jiménez 2004)
Fig. 261.- Cerámicas decoradas procedentes del interior de la cueva.

3.15. VERONA II (Villaverde, Madrid)

UTM: 442.500 / 4.466.300

Yacimiento multiocupacional al aire libre ubicado sobre una suave loma en la proximidad de la confluencia del Arroyo Butarque y del Río Manzanares, a una altura de 576 metros s.n.m. y relativa de 10 metros sobre el primero y 35 sobre el segundo de los cursos hídricos.

La Potencialidad agrícola es muy alta según los Índices de Turc, ya que se encuentra ubicado en una zona de vega amplia formada por la zona de interconexión de dos cuencas fluviales muy aptas para el cultivo.

El dato más relevante es que el yacimiento está situado en las proximidades de una vaguada que fue un antiguo humedal. Este dato es de importancia no sólo de cara a su valoración desde el punto de vista paleoambiental, sino también para valorar la presencia de una pátina especial que recubre al material neolítico más antiguo a modo de costra negruzca grasienta de origen orgánico, derivado de los restos de hongos adheridas al material. Por otra parte es cada vez más común documentar yacimientos del primer neolítico del interior asociado a humedales.

Este yacimiento fue dado a conocer en 1984 y 1989 con el nombre de Km. 3'5 de la Carretera de San Martín de la Vega (Méndez y Gálvez, 1984; Mercader Florín *et alii*, 1989) y excavado en 1991 con motivo de las obras de ampliación de la ciudad de Madrid (Miranda *et alii*, 1991) También era conocido como Santa Elena debido a la inmediatez de la demolida fábrica de vidrio homónima.

Las intervenciones realizadas han permitido detectar, en un mismo ámbito, materiales correspondientes a las siguientes asignaciones culturales:

Paleolítico Indeterminado
Mesolítico?
Neolítico
Calcolítico Campaniforme (Marítimo y Ciempozuelos)
Bronce Antiguo
Bronce Medio (Horizonte Cogeces)
Bronce Final (Horizontes Proto-Cogotas y Cogotas)
Medieval-Moderno indeterminado
Contemporáneo

El yacimiento se encontró profundamente alterado y cuando se produjo la primera recogida de materiales *in situ* se pudo constatar que el mismo se ubicaba en un solar "vaciado" en el que habían sido depositados abundantes residuos y tierras (Mercader *et alii*, 1989: 25) y en el que, no obstante, era posible advertir materiales sin desplazar asociados a diversos "cortes" verticales del terreno (*Ibidem*) (Fig. 275)

En la primera inspección del lugar se pudieron constatar elementos de gran interés a la hora de valorar la potencialidad y estado de conservación del yacimiento. Así, se apreciaba que en gran parte del yacimiento habían desaparecido hasta 90 cm del relleno inicial que afectaba no sólo a la capa vegetal, sino al menos a los primeros 50 cm de la estratigrafía arqueológica (Fig. 275) Por otra parte existía un notable aporte de sólidos y tierras de vertido de cronología reciente.

Este desmonte de terreno no era homogéneo y así, mientras había zonas casi por completo esquiladas, otras, en cambio, se mantenían intactas. En estos sectores mejor conservados se advertían varias manchas de tonalidad grisácea cuyas características parecen indicar que se trataba de fosas poco profundas —en torno a 30-35 cm de potencia- rellenas de material que era más abundante en las zonas bajas de estas fosas.

Sobre este espacio fue sobre el que actuó la empresa Reshef entre Mayo y Octubre de 1991 dando lugar a una excavación sistemática y metódica que permitió poner al descubierto una serie de hoyos o fondos cuyo contenido permite señalar una adscripción propia del Bronce Medio, varias incineraciones de la I Edad del Hierro y en la base del yacimiento un interesante conjunto de estructuras de habitación y almacenamiento de marcado carácter neolítico con elementos que, no obstante, remiten a momentos del mesolítico geométrico.

Dado el interés no sólo de la excavación, sino también de los elementos advertidos en principio en prospección —algunos de ellos además procedentes de conjuntos cerrados —interior de fosas-

(Mercader *et alii*, 1989) decidimos tratar de forma conjunta los datos. Para ello hemos adscrito –de forma arbitraria- como de superficie los materiales recuperados por Méndez y Gálvez (1984), como de las Estructuras 1, 2 y 3 los materiales recuperados por Mercader (*et alii*, 1989) y como procedentes de las estructuras de habitación y almacenamiento inferiores todo el conjunto, nutrido y de elevado interés, procedente de la excavación (Miranda *et alii*, 1991) y que se conserva en los fondos del Museo Arqueológico de la Comunidad de Madrid. No obstante, los tipos decorativos, esquemas, etc se analizan de un modo conjunto pues creemos que es esta la forma más oportuna de actuar.

Prospección de 1989

En el transcurso de esta intervención, como ya hemos señalado, se procedió a la recogida sistemática de un notable conjunto de materiales asociados al menos a tres estructuras que aparecían como "manchas" grisáceas sin límites definidos dentro de las que apareció gran parte del material. Igualmente se documentó la presencia de materiales en superficie (Mercader *et alii*, 1989 : 25) similares a los recogidos por Méndez y Gálvez (1984)

Material arqueológico

En total se recuperaron 246 piezas, incluyendo elementos líticos y cerámicos, siendo estos últimos los más numerosos. Es posible asociar la práctica totalidad del material a las tres estructuras mencionadas lo cual dota al conjunto de cierta homogeneidad respecto a los materiales recuperados en la posterior excavación arqueológica.

Industria lítica

Se trata de industria de componente laminar realizada mayoritariamente sobre sílex gris local, con alto contenido en cuarzo, frente a otras piezas no laminares menos densas y con mayor contenido en ópalo (Mercader *et alii*, 1989: 32). El tamaño medio de estas láminas es de 45-60 mm. de longitud, de escaso grosor, y filos vivos raramente retocados. No presentan restos de *cortex* y muestran talones lisos o diedros. Su sección transversal es trapezoidal o triangular y la sección longitudinal está arqueada (Fig. 276 y 277). Tan sólo se documenta un caso de hoja retocada por medio de retoques abruptos en el extremo distal a modo de truncatura simple (Fig. 276, nº 9). Debe destacarse que el tamaño de algunas de estas hojas lleva a pensar en la posibilidad de que se tratase de elementos compuestos de hoz lo que nos permite plantear, gracias a los datos de este yacimiento, la inclusión en la hoja de registro y clasificación para la prehistoria reciente de un nuevo tipo, el EEUC (elemento de empuñadura de útil compuesto) sobre el que incidiremos de nuevo en el capítulo dedicado al estudio general de la industria lítica.

Cerámica

En el conjunto alfarero destacan, de modo general, los recipientes de paredes medias y gruesas, con un grosor medio que oscila entre los 6 y los 11 mm.

Los bordes documentados –18 en total, que puedan ser considerados neolíticos, siete decorados y once lisos- son redondeados y redondeados-apuntados y más extrañamente planos. Las cerámicas presentan pastas semidepuradas o toscas de estructura compacta y disgregada. Los desgrasantes son de cuarzo, existiendo fragmentos con asociaciones de cuarzo-mica y cuarzo-mica-cal. En cuanto a las cocciones son mayoritariamente de buena calidad y reductoras, si bien se documenta la presencia de cocciones oxidantes, alternantes y nervios de cocción, aunque en menor medida. Los colores de las pastas son negros, sepías, grises y sienas naturales. Es de destacar la presencia de engobes internos y externos sienas, si bien no comparecen en todos los fragmentos. El tratamiento de las superficies es bueno, siendo mayoritaria la presencia de alisados y espatulados tanto interiores como exteriores.

En cuanto al repertorio formal es exiguo y en el caso de las cerámicas decoradas se reparte, casi por igual, entre la **Forma III** –2 casos- y la **Forma II** –4 casos- habiéndose documentado en un caso un borde que posiblemente correspondiese a nuestra **Forma IV** (Figs. 278-281). Entre las cerámicas lisas el repertorio no es mucho más extenso. Se documentan, preferentemente, la **Forma III** –8 casos- y la **Forma IV** –2 casos-.

Las técnicas decorativas son primordialmente mixtas combinando, bien la incisión-acanalado y la impresión, o la impresión y las aplicaciones en relieve o de forma habitual las tres técnicas. En la publicación original se señala la presencia de un fragmento decorado con esquema de boquique (Mercader *et alii*, 1989: 29, fig. 3-6), pero no creemos que sea oportuno mantener su adscripción neolítica.

Entre los esquemas decorativos y a pesar del estado de fragmentación de la muestra, destacan los motivos inciso-impresos del **Grupos CIVa y CIVb, y Grupo DIV**, apreciándose, no obstante, evidencias de los motivos impresos del **Grupo A-I, Grupo A-II** –en un número reducido de casos– y **DII** (Figs. 279 y 280)

La aplicación decorativa es casi exclusivamente exterior, y se dispone en las proximidades de los bordes, si bien no es raro que la decoración aparecida en algunos de los tiestos corresponda más a zonas mesiales de las vasijas lo que hablaría a favor de esquemas más densos y barrocos en la decoración de algunos recipientes.

En cuanto a los elementos de suspensión se documenta un fragmento de asa doble de cinta ancha de tipo en "B" (Fig. 279, nº 4) común en los repertorios materiales de casi la totalidad de los yacimientos presentados y a los que no creemos sea problemático atribuirles una funcionalidad contenedora.

Entre los materiales presentados incluimos también (Fig. 278) los publicados con una errónea adscripción al Bronce Final por Méndez y Gálvez (1984) ya que como hemos señalado estamos convencidos de que proceden del mismo yacimiento o en el peor de los casos del área próxima de dispersión de materiales. Dadas las características de estos materiales no serán tratados con detenimiento pues presentan esquemas formales y decorativos comunes a los presentes entre los materiales de la prospección de 1989 y de la excavación de 1991.

Sí queremos resaltar varios extremos. En primer lugar que algunos de los materiales presentados en la obra original aparecían mal orientados, situación que hemos corregido. En segundo lugar llamar la atención sobre la presencia de, al menos, tres asas de cinta, las dos últimas casi más mamelones con perforación horizontal.

Excavación de 1991

Planteamiento y método de intervención

Una vez delimitada la zona de actuación afectada por los viales se procedió al raspado y barrido de una zona de cerca de 1000 m². Tras esta primera acción se observó, dentro de una tonalidad general ligeramente más oscura y una mayor pedregosidad respecto del resto de los viarios prospectados, el comienzo de definición de dos series de manchas; unas muy claras, arenosas, de planta rectangular alargada y una longitud media de 75 cm que presentan una cierta pauta en su disposición –y que se interpretan como restos de planteles de época moderna– y otro conjunto de manchas más oscuras, de forma muy irregular y distribución errática. A estas últimas se une la singular abundancia de piezas, láminas y lascas de sílex así como de fragmentos cerámicos (Miranda *et alii*, 1991: 11)

Se planteó sobre una superficie de 90 x 16 metros –670 m²– una malla ortogonal que definió las cuadrículas de excavación (Fig. 274) Las dimensiones de las cuadrículas se establecieron en 10 x 8 metros a las que les fueron asignadas letras consecutivas (A,B,C...) y que se extendían hacia el Norte del viario. Hacia el sur se amplió el área de intervención denominándose a los cortes de forma sucesiva (A', B', C'...)

Cada cuadrícula fue dividida en ocho sectores de excavación numerados en sentido dextrogiro desde el origen de las coordenadas emplazado en el vértice suroeste, desde el sector 0 al sector 7. Los números 0,1,2,5,6 y 7 tenían unas medidas de 3 x 4 m. mientras que los sectores 3 y 4 tenían medidas de 1 x 4 metros. Cada sector se dividió a su vez en cuadrículas de un metro cuadrado que fueron el elemento base de excavación (Fig. 274)

El método de excavación seguido fue el de **planos naturales**, aislando y delimitando todas las estructuras excavadas de forma individual. Cuando las unidades estratigráficas tenían una potencia superior a 10 cm se realizaron series de planos parciales por niveles artificiales.

Todos los planos se referenciaron en planimetrías de detalle a escala 1:10 y la totalidad de los materiales localizados fueron dejados *in situ* y se marcaron con chinchetas de colores hasta su cartografiado. Las codificaciones fueron: rojo para cerámica, verde para lítico, azul para metales y amarillo para restos óseos. De esta forma se trataba de mantener inalterada la posición del registro para cada plano hasta el momento de su dibujo y fotografía, tras su completa excavación y

antes de proceder a la retirada de los elementos y posterior rebaje del plano natural (Miranda *et alii*, 1991:11 y ss.)

El conjunto de la excavación, más allá de los procesos físicos modeladores de su estado definitivo, entre los momentos de su depósito y posterior excavación, se reveló como una amplia extensión de materiales y algunas estructuras en los que se producían superposiciones parciales de estructuras correspondientes a momentos distintos pero en las que **en ningún caso fue posible elaborar una secuencia estratigráfica vertical** convencional completa para una zona determinada de la excavación. Fue necesario, por tanto, partiendo de dichas superposiciones parciales y asimilando las correspondencias entre los diferentes fragmentos de la secuencia estratigráfica física, elaborar una secuencia relativa que, mejor determinada en sus momentos inicial y final, no permitió, al menos inicialmente, el "relleno" de todas las etapas teóricamente presentes en el lapso cultural entre el inicio y el final de los procesos de implantación allí desarrollados (Miranda *et alii*, 1991: 39)

Durante el proceso de excavación y posterior estudio de los materiales fue notable la dificultad planteada en el intento de asociar materiales y estructuras, de tal forma que, con excepción del conjunto de cabañas y hoyos excavados –en su mayor parte correspondientes al Bronce Pleno y Final-, la presencia de estructuras claras no ha ido jamás acompañada, pese a la minuciosidad de la excavación, de una correspondencia clara con las acumulaciones cerámicas y líticas identificadas.

En resumen, el aspecto general de los resultados finales de la excavación recién acabada era, por un lado y exceptuando las estructuras excavadas en el suelo, una serie de huellas de zapatas, hogares, acumulaciones de piedras, incluso coloraciones diferenciales del suelo, etc, que a modo de palimpsesto se mostraba sobre una notable extensión horizontal sin grandes claves que permitiesen la creación de una secuencia evolutiva basada en la clara superposición de elementos constructivos, sino más bien en la evidente deposición de desechos sobre suelos de ocupación y alta removilización que, no obstante, no presentan signos de erosión postdeposicional más que en el tramo superior de la estratigrafía (Miranda *et alii*, 1991: 51) Esto se advierte además en las concentraciones de materiales arqueológicos muy homogéneos, así como a la existencia de huellas de poste que permitieron diferenciar, cuando menos 4 cabañas de cronología neolítica.

Estructuras documentadas

Construcción rural moderna (Inicios del siglo XIX)

Ocupaba la parte superior del registro de las cuadrículas A',B',C' y D'. Presentaba una planta rectangular con restos de cimentación construida directamente sobre el registro prehistórico, el cual destruye casi en su totalidad.

Alineaciones

Los primeros conjuntos en ser excavados fueron una serie de huellas arenosas, más o menos rectilíneas y que definían parcialmente una malla ortogonal irregular, especialmente densa en las cuadrículas A y C y con menor densidad en B.

Se presentaban como largos tramos rectos formados cada uno de ellos por una depresión de lados paralelos, rellena con arenas sueltas, finas y de tonalidad blanca o suavemente amarillenta procedente de aportes eólicos.

Este conjunto de líneas, seguramente improntas de maderos y vigas hoy desaparecidas, se superponían al resto de las estructuras y, después de la construcción antes reseñada son los elementos más modernos dentro del registro. No pueden asociarse a ellos conjuntos materiales que permitan precisar su época de construcción y funcionalidad si bien podrían ponerse en relación con el conjunto de improntas de zapata que se describe a continuación.

Zapatas y alineaciones de zapatas

Huellas de lados paralelos y extremos más o menos redondeados, con secciones regulares trapezoidales o rectangulares y fondos planos con una longitud media superior a los 50 cm. y rellenas de arenas claras y sueltas procedentes de depósitos eólicos. Parece que no han sido realizadas mediante excavación sino que corresponden a improntas de elementos realizados con materiales perecederos, casi con seguridad madera, que tras la desaparición del contenido, han fosilizado por procesos naturales.

Este tipo de rastros son comunes a un nutrido conjunto de yacimientos arqueológicos que comparten en ocasiones una misma cronología, otras no, pero siempre se encuentran situados en

las proximidades de cursos de agua y zonas de inundación, afectando en su origen a los tramos superiores de las estratigrafías. Si bien en un principio se pensó en huellas de algún tipo de apero de labranza pronto se desechó esta idea debido a que las improntas existentes siempre forman ángulos rectos netos y sus dimensiones son en extremo regulares. Son muy numerosas y se concentran sobre todo en la mitad norte de la excavación, cubriendo con profusión las cuadrículas A,B,C y D, estas estructuras, en su conjunto, podrían haber correspondido a un entramado vertical de gran tamaño.

Estructuras excavadas (silos, fondos y basureros)

Tras la excavación se contabilizaron cerca de una decena de "fondos" que se concentran en la cuadrícula B (Fondos 1,2,3,11,4), D (fondos 7,8 y 9), concentrados en su cuadrante sudeste (Sector D0) y en la cuadrícula A (Fondos 5 y 6 –silo–). Todos ellos presentan plantas circulares o subcirculares, ligeramente elípticas con diámetros máximos entre 70 cm (fondo 2) y 170 cm (fondo 4). Sus secciones y profundidad son muy diversas, variando desde poco más de una simple depresión en el suelo (10 cm en el fondo 8, 16 cm del fondo 10, hasta una profundidad de 105 cm en el fondo 9, 105 cm en el fondo 4 y 116 cm en el fondo 5.

En casi todos los casos parecen haber sido rellenados en un único momento, siendo frecuente la localización de fragmentos cerámicos correspondientes al mismo vaso a pocos centímetros de la superficie y casi en la base del fondo. Son excepción los fondos 1 y 5 que parecen presentar dos momentos de uso, siempre con los materiales más modernos ocupando una "re-excavación" efectuada sobre niveles más antiguos. En el caso del fondo 5 esta reutilización es segura ya que los niveles superiores hasta el plano 8 presentan como elemento dominante fragmentos de cazuelas carenadas con decoración de boquique, propias del Horizonte Cogotas I, mientras que bajo este plano aparecen grandes formas lisas adscribibles al Bronce Pleno.

La adscripción de estas estructuras, basándonos no sólo en los datos de esta excavación, sino en muchas otras sobre las que hemos realizado un estudio directo (Cobeña, Polvoranca, El Espinillo, La Paleta, etc) es diversa y no siempre corresponden, como algunos autores han señalado, exclusivamente a basureros.

Así, aunque el resultado funcional final de las estructuras dado su relleno, parezca corresponder a basureros, una parte de las fosas, en especial las más profundas (fondos 4, 5 y 9) pudieron ser con anterioridad estructuras dedicadas al almacenaje de cereal, forraje, etc. Este es un extremo sobre el que volveremos en el capítulo XI, dedicado a la economía.

Un dato muy interesante es el referente a la datación relativa de la práctica totalidad de estos fondos y que señala de forma clara al Bronce Pleno. No hemos podido determinar la presencia de restos de clara adscripción neolítica en el interior de estos fondos, a excepción de algunos escasos fragmentos –menos de media docena– que pudieron ser incluidos entre la tierra obtenida de la remoción del terreno para efectuar estas estructuras excavadas.

Agujeros de poste

El conjunto de agujeros y huellas de poste formado por hoyos circulares de escasa profundidad, a veces parcialmente rellenos de piedras, son las estructuras más abundantes en el yacimiento. Se han detectado más de un centenar, en ocasiones sin aparente coordinación –como si se tratase de antiguos tinglados o ampliaciones de cabañas– y otras articuladas formando estructuras de habitación perfectamente definibles por la diferenciación del relleno existente dentro y fuera de la estructura, así como por la presencia o ausencia de hogares. Su correspondencia con un área de poblado resulta inequívoca.

Acumulaciones de piedra

Aunque no son muy numerosas se trata de amontonamientos intencionales ya que no aparecen sólidos de calibre superior a los de gravas y cantos en el substrato geológico de Verona.

La naturaleza de las piedras es diversa. Predominan los cantos rodados de cuarcita y los pequeños bloques calizos con módulos no superiores a los 20 cm. de eje mayor. Las acumulaciones de más de 5 elementos pétreos son raras.

Algunas agrupaciones de piedras son claramente asociables a agujeros de poste en los sectores B1y B2; otros parecen haber sido utilizados para calzar o reforzar zapatas (B2/B3)

Una mayor abundancia de piedras podría estar asociada con zonas de especial densidad de restos de tapiales (B7,C'1, C'2, E'7) por lo que podría inferirse que dichas piedras formaron parte, como

elementos estructurantes, de paramentos o alzados de tapial. Esta posibilidad queda reforzada por cuanto que dichas manchas de tapial y la mayor densidad de elementos pétreos se concentraban en el perímetro de zonas en las que se comprobó la presencia de cabañas.

Hogares

Si bien podrían considerarse, en un principio, como simples acumulaciones de piedras, se han incluido en esta categoría todas las estructuras que presentaban huellas inequívocas de haber sido afectadas por el fuego.

Las acumulaciones de piedras quemadas más importantes se localizaron en A (A1/2, A2/3 y A4/5) y en C'0, relacionándose con las que parecen ser zonas de habitación. En algunos casos las zonas ennegrecidas se encontraban adosadas a las piedras (A3/4) y otras veces aisladas (E'0/1), donde la tierra mezclada con cenizas y de coloración muy oscura se presentaba con abundantes fragmentos de barro con indicios de haber soportado la acción del fuego. En E'0 así como en A1 y C1,C2, la disposición del barro cocido en forma de banda sobre uno de los lados de la mancha ennegrecida podría indicar una estructura de hogar permanente, levantado como una pequeña estructura de barro recrecida en forma de plataforma circular con rebordes. Paralelos para este tipo de hogares se documentan en enclaves meseteños, de cronología algo más avanzada, como el zamorano de Las Pozas (Val Recio, 1983)

La relación entre la presencia de hogares de uno u otro tipo y concentraciones de materiales (cerámicas, herramientas manufacturadas, tapiales, cristal de roca, etc.) junto con otras estructuras secundarias es, a falta de otros indicios más claros, uno de los criterios seguidos para la definición de espacios de funcionalidad habitacional.

Revestimientos y recrecidos de tapial

Si bien los fragmentos de tapial, a veces con improntas de palos y ramajes, son frecuentes en todo el yacimiento y francamente numerosos en los planos inferiores del fondo 5, solamente han podido ser observados in situ en el sector A1 formando un pequeño alzado en forma de arco de círculo. sobre la zona oriental del fondo 4, lo que motivó su interpretación como un murete de contención.

Cabañas

Como ya señalamos fueron diversos los elementos de juicio empleados para determinar la existencia de las unidades de habitación definidas. Gracias a estos criterios se han podido determinar, cuanto menos cuatro unidades de habitación que dan lugar a una perfecta estructuración nuclear de poblado.

Cabaña 1

Situada en la cuadrícula B (sectores 0,1,6,y 7) Presenta planta circular de en torno a 20 m² de superficie con hogar central. En su lado norte se asocia a un conjunto de agujeros de poste (sector 1) interpretados como los restos de un tinglado en forma de cobertizo sobre la entrada de la cabaña.

La presencia del hogar está determinada por la aparición de una mancha oscura, carbonosa, (sector 0) ocupando un lugar central dentro de el área de dispersión de materiales. Al Este de dicha mancha, sobre la parte más occidental del sector 7, se localiza lo que los excavadores denominaron "cestito revestido", consistente en una concavidad excavada y revestida de forma continua de arcilla, de planta perfectamente circular de 18-20 cm de diámetro, con forma de semiesfera que en todo su perímetro muestra un anillo continuo de 1 o 2 centímetros de espesor formado por una fina capa de arcilla roja, muy compacta. Durante su excavación se vio que en su cara interior conservaban siempre, en algunas zonas, tenues huellas de una impronta de cestería. Estas estructuras no presentan huellas de exposición al fuego y parecen perfectamente impermeables. De ellas destaca que aún cuando presentan bastantes materiales en sus niveles más superficiales, estaban completamente vacíos en su fondo.

El relleno material de la cabaña era muy rico y homogéneo y su distribución resultaba nítidamente periférica con respecto al hogar central, destacan, entre los artefactos presentes, tres elementos:

- restos microlitos de talla que aparecen masivamente concentrados solo en esta zona de habitación.
- seis elementos geométricos (G1, G2, G7, G9, G13 y G18)
- fragmentos de cuencos hemisféricos decorados al exterior con esquemas acanalados/incisos horizontales que, dentro de la cabaña en particular y como elemento más antiguo de la serie, adoptan la forma de profundas y anchas acanaladuras.

-numerosos cristales de cuarzo hialino y lechoso (c. 12 elementos), al menos 3 de ellos UAD.

Cabaña 2

Los restos de esta cabaña se asocian a la cuadrícula D'. Durante la excavación no pudo definirse realmente su contorno lo que en un principio llevó a contemplar la posibilidad de que estuviese asociada a la cabaña 4.

En el conjunto material recuperado dentro del lote alfarero aparecen abundantes cerámicas decoradas mediante acanalados dispuestos con el mismo patrón que los de la cuadrícula B. Entre ellas menudean también las decoraciones impresas destacando un fragmento decorado con esquemas y técnica cardial.

Cabaña 3

Localizada entre las cuadrículas A (Sectores 4 y 5) y C (Sector 7) Estructuralmente, al igual que ocurre en la cuadrícula B, volvemos a encontrar una asociación del tipo de una estructura delimitada por agujeros de poste y en la que se detecta la presencia de un *cestito revestido* y, como novedad, un murete de piedras que formaría también parte del hogar. Esto nos habla de una conformación más elaborada del hogar de la cabaña que, tal vez, se relacione con una mayor duración del asentamiento. En comparación con la cabaña 1 se reduce considerablemente el número de agujeros de poste que se localizaban en el sector norte de la cabaña 1, por lo que la planta de esta nueva cabaña se simplificaría, reduciéndose a una simple área circular sin porche.

El conjunto material marca cierta continuidad respecto a lo señalado en la Cabaña 1, si bien merma la presencia de geométricos que se reducen aquí a tres ejemplares (G5 y 2 G6) También es menos abundante la presencia de cristal de roca.

Parte de esta cabaña se encontraba profundamente alterada por la superposición de una cabaña de época posterior a la que se asocia una producción casi industrial de herramientas de piedra tallada de marcada morfología lascar.

Por lo que se refiere a la cerámica, se observa una progresiva disminución del número de fragmentos de cuencos con acanaladuras al exterior, a la par que puede observarse un progresivo aligeramiento de la profundidad y anchura de las mismas que aquí no son ya acanalados propiamente dichos, sino que parecen asociarse más al esquema de lo inciso.

Cabaña 4

Localizada en la cuadrícula C' (Sectores 0 y 1) Sobre el cuadrante sur-oriental, sectores 0,1 y 2 de la cuadrícula, se localizó un conjunto formado por una alineación de agujeros de poste sobre cuyo extremo sur se localiza también y muy cercano al mismo una acumulación de piedras con inequívocas muestras de haber sido sometidas al fuego. Destaca en este caso la ausencia del característico *cestito revestido* que formaba parte del interior de las cabañas 1 y 3.

El conjunto de cerámicas es muy abundante y la industria lítica muestra cierta preferencia por la talla sobre soporte laminar y por los implementos de pequeño tamaño, en la tradición microlítica, con una leve pero representativa presencia de elementos geométricos (G1 y G18) Los implementos líticos que se trabajan, todavía sobre variedades de sílex muy diversificadas, utilizan de forma habitual la técnica del borde abatido a la vez que se observa un ligero incremento de las piezas trabajadas sobre lasca y empiezan a aparecer algunas grandes láminas. También se documentan algunos útiles, en la línea de los UAD, elaborados sobre fragmentos de prismas de cristal de roca.

El conjunto cerámico presenta una notable disminución de los fragmentos con acanaladuras al exterior, pudiendo observarse, como ocurría en la cabaña 3, que dichas acanaladuras se transforman, haciéndose más finas y menos profundas, reduciéndose por tanto a incisiones lineales sobre el exterior de los vasos.

Material arqueológico

La excavación deparó varios millares de restos, entre fragmentos de cerámica y elementos líticos y óseos que fueron estudiados inicialmente, en su conjunto, por Isabel Rubio de Miguel, Pilar Pineda

Reina y Manuel Silvestre Barrio, encargándose Ana María Garcés y Helena Romero del estudio de la cerámica y Nuria Clemente, Teresa Montsoriú e Inmaculada Rus de la industria lítica (Sánchez Meseguer *et alii*, 1995)

Nuestra primera revisión de los inventarios, nuestras conversaciones con Inmaculada Rus, Jorge Vega y Jesús Miranda, técnicos encargados de la excavación y un primer acercamiento al conjunto nos convenció de la necesidad de revisar la totalidad del material conservado en el Museo Arqueológico de la Comunidad de Madrid, tarea que llevamos a cabo durante el año 2003 y gracias a la cual pudimos comprobar que nuestros resultados no tenían ningún parecido con los elaborados por el equipo antes mencionado y cuyos integrantes, no entraremos aquí en por qué, no habían conseguido acertar en la descripción ni interpretación de más del 70% del material. Este hecho condicionó nuestra decisión de revisar la totalidad de la excavación así como a reconstruir, lo más fielmente posible la excavación recurriendo no sólo al estudio del 100% del material, sino de toda la documentación disponible. Para ello fue de crucial importancia la ayuda prestada por J. Miranda, I. Rus y J. Vega así como la de algunos de los alumnos que participaron en la excavación de este yacimiento.

Del total de los elementos recuperados procedimos a la diferenciación de aquellos elementos que presentaban una asignación clara a los horizontes de ocupación neolíticos. Nuestra labor de adscripción se fundamentó en varios criterios. Por una parte recogimos la totalidad de los elementos asociados a las diferentes unidades domésticas comprobando su homogeneidad y coherencia. Por otra parte separamos todos aquellos elementos cuyas cotas de aparición presuponian una cronología neolítica. Por último, pero no por ello de menos ayuda, nos servimos de la presencia, en los fragmentos tanto cerámicos como líticos procedentes de los niveles neolíticos, de la presencia de la pátina de origen orgánico a la que ya nos hemos referido.

Tras este minucioso análisis y sin obviar ningún resto, iniciamos estudio exhaustivo de una colección de 3316 restos de los que 2869 (86'51%) procedían de las unidades domésticas y los 447 restantes (13'48%) de las áreas externas a las cabañas.

Un dato de especial relevancia es la notable disimetría existente entre las representaciones numéricas del material conservado en el interior de las estructuras domésticas y en el exterior. Así, si bien es abundante la presencia de material asociado a las que podemos considerar como áreas de deambulación del yacimiento, no alcanza ni siquiera a la mitad del conjunto de materiales asociados a las estructuras.

Tampoco podemos dejar de señalar la existencia de nítidas diferencias entre las series materiales contenidas en las diferentes cabañas. A nuestro entender estas diferencias, aún cuando se carezca de una estratificación vertical, puede estar señalando la existencia de diversas fases en el poblamiento neolítico desde su origen hasta su abandono. Por otra parte, como hemos señalado, no puede hablarse de una continuidad de poblamiento entre las fases más antiguas y más modernas del uso de este emplazamiento. Entre ellas, aunque poco nítidas, sí existe una cierta diferenciación vertical que se pone de manifiesto sobre todo por la presencia de superposiciones que son, no obstante, y para nuestro fastidio, pocas. Hay por el contrario una más problemática diferenciación entre las primeras fases de uso del yacimiento.

Una buena primera aproximación al contenido material fue la diferenciación categórica simple de materiales en diversos conjuntos : lítico –diferenciando general y selecto-, cerámica selecta –diferenciando entre lisa y decorada- y cerámica general –toda ella lisa-, máxime si nos aproximamos a estos datos diferenciando el interior del exterior de las estructuras (Tabla 99)

Industria lítica

Podemos aproximarnos a la distribución tipológica de los útiles líticos de diferentes modos. En primer lugar por unidades domésticas (Tablas 99-102) y después atendiendo a la realidad representada en el exterior de estas (Tabla 103) Descubrimos así que en primer lugar podemos categorizar el ambiente o ambientes generales de la tecnología lítica del yacimiento y, lo que resulta de mayor interés, establecer la existencia de áreas funcionalmente asociadas a la talla de la piedra.

Corte	INDUSTRIA LÍTICA		CERÁMICA			TOTAL
	SELECTO	GENERAL	DECORADA SELECTA	LISA SELECTA	GENERAL	
A0	23	0	6	7	3	39
A1	10	0	6	10	10	36
A2	6	0	3	10	2	21
A3	15	0	1	2	4	22
A4	22	25	4	7	130	188
A5	82	17	10	23	241	373
A6	152	0	5	10	5	172
A7	88	0	4	5	10	107
B0	141	135	10	3	33	322
B1	90	87	9	4	29	219
B2	3	0	0	0	0	3
B3	0	0	0	0	0	0
B4	0	0	0	0	0	0
B5	3	0	2	0	0	5
B6	162	145	7	11	29	354
B7	228	135	4	0	30	397
A'1	0	0	2	0	0	2
A'4	0	0	2	0	0	2
B'6	2	0	2	0	0	4
B'3	11	0	0	0	0	11
B'4	0	0	2	0	0	2
C'0	41	163	18	6	107	335
C'1	30	178	3	9	52	272
D'0	0	0	2	1	212	215
D'1	0	0	1	0	44	45
D'6	0	0	0	0	45	45
D'7	0	0	0	0	204	204
F'2	5	0	4	0	0	9
F'3	0	0	4	0	0	4
F'4	0	0	3	0	0	3
F'5	0	0	3	0	0	3
F'6	0	0	2	0	0	2

Tabla 99.- Distribución general categorizada de material arqueológico de Verona II. Destacado en diferente color aparecen las unidades domésticas.

Aunque hemos presentado en las tablas adjuntas los índices por cuadros de excavación nosotros aplicaremos los porcentajes e índices sobre el total pues no consideramos que exista elemento de juicio alguno que impida analizar las cabañas como unidades homogéneas en cuanto a depósito.

Podemos afinar ligeramente si atendemos a la representación de materias primas por útiles, si bien este tipo de aproximación puede resultar menos fiable que la anterior puesto que aún debe ser definido el concepto de útil y si el que nos hemos formado desde la atribución clásica funcional es real o no. A este respecto debemos señalar la importancia que, durante el Neolítico al menos, tomaron los denominados **útiles de fortuna**, esto es, el conjunto de elementos líticos no tipológicamente significativos, pero con evidentes huellas de uso. Este tipo de elementos son predominantes en este yacimiento.

	BO	B1	B6	B7	TOTAL
Núcleos	34	16	33	33	116
Lascas no retocadas	67	47	66	121	301
Lascas retocadas	3	4	4	0	11
Láminas no retocadas	14	5	7	12	38
Láminas retocadas	0	0	1	2	3
Buriles	8	0	6	4	18
Raspadores	2	2	5	3	12
Perforadores	2	0	0	1	3
Geométricos	3	0	1	0	4
Microburiles	0	0	1	1	2
Muestras	2	3	10	1	16
LBA	1	0	0	0	1
Lba	0	1	0	1	2
EEUC	4	5	8	1	18
Laminillas no retocadas	1	1	0	0	2
Laminillas retocadas	0	0	0	0	0
Chunks y debrises	3	10	26	42	81
Prismas	0	0	1	4	5
Alisadores	1	1	0	0	2
Molinos	0	0	1	1	2
Hachas	0	0	0	1	1
UAD	0	0	0	1	1
LABA	0	0	0	0	0
TOTAL	145	95	170	229	639

Tabla 100.- Distribución tipológica del material lítico de la Cabaña 1.

	A4	A5	TOTAL
Núcleos	1	0	1
Lascas no retocadas	7	22	29
Lascas retocadas	3	7	10
Láminas no retocadas	7	17	24
Láminas retocadas	0	3	3
Buriles	1	5	6
Raspadores	0	5	5
Perforadores	0	2	2
Geométricos	1	3	4
Microburiles	1	1	2
Muestras	0	9	9
LBA	0	0	0
Lba	0	0	0
EEUC	8	2	10
Laminillas no retocadas	1	1	2
Laminillas retocadas	0	0	0
Chunks y debrises	0	3	3
Prismas	0	1	1
Alisadores	0	0	0
Molinos	0	0	0
Hachas	0	0	0
UAD	0	1	1
LABA	0	2	2
TOTAL	30	84	114

Tabla 101.- Distribución tipológica del material lítico de la Cabaña 3.

	C'0	C'1	TOTAL
Núcleos	3	0	3
Lascas no retocadas	4	6	10
Lascas retocadas	3	0	3
Láminas no retocadas	14	13	27
Láminas retocadas	5	2	7
Buriles	0	2	2
Raspadores	0	0	0
Perforadores	0	1	1
Geométricos	1	1	2
Microburiles	0	1	1
Muecas	11	2	13
LBA	0	0	0
Lba	0	0	0
EEUC	6	1	7
Laminitas no retocadas	0	1	1
Laminitas retocadas	0	0	0
Chunks y debrises	0	0	0
Prismas	0	0	0
Alisadores	0	0	0
Molinos	0	0	0
Hachas	0	0	0
UAD	0	0	0
LABA	0	1	1
TOTAL	46	31	77

Tabla 102.- Distribución tipológica del material lítico de la Cabaña 4

	A6	A7	A0	A1	A2	A3	B2	B5	B'6	B'3	F'2	TOTAL
Núcleos	1	5	1	0	0	0	1	0	0	0	0	8
Lascas no retocadas	64	41	4	5	1	5	1	1	0	0	0	122
Lascas retocadas	10	4	4	1	0	3	0	0	1	1	0	24
Lám. no retocadas	31	14	4	2	1	1	0	1	0	2	1	57
Láminas retocadas	5	2	1	0	1	1	0	0	0	0	0	10
Buriles	7	4	3	0	2	1	0	0	0	0	1	18
Raspadores	5	6	2	1	0	2	0	0	0	3	1	20
Perforadores	0	1	0	0	0	0	0	0	0	2	0	3
Geométricos	4	2	0	0	0	0	0	0	0	1	1	8
Microburiles	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1
Muecas	11	6	2	1	1	1	0	0	0	0	0	22
LBA	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Lba	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
EEUC	16	5	1	0	0	2	0	0	0	0	0	24
Lmint. no retocadas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Laminitas retocadas	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1
Chunks y debrises	8	1	2	0	0	1	1	0	0	0	0	13
Prismas	1	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	2
Alisadores	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Molinos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Hachas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	2	0	2
UAD	2	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	2
LABA	3	0	0	0	0	0	0	1	0	0	1	5
TOTAL	168	93	24	10	6	17	3	3	2	11	5	337

Tabla 103.- Distribución tipológica del material lítico en el exterior de las unidades domésticas.

	C1-total	C1-%	C3-total	C3-%	C4-total	C4-%
Lnr	301	68.88	29	26.36	9	10.84
Lrt	11	2.52	10	9.09	3	3.61
Lamnr	38	8.69	24	21.81	27	32.53
Lamrt	3	0.69	3	2.72	5	6.02
B	18	4.12	6	5.45	3	3.61
R	12	2.75	5	4.54	2	2.40
P	3	0.69	2	1.81	1	1.20
G	4	0.92	4	3.63	2	2.40
Mb	2	0.46	2	1.81	1	1.20
MD	16	3.66	9	8.18	13	15.66
LBA	1	0.22	0	0	0	0
Lba	2	0.46	0	0	0	0
EEUC	18	4.12	10	9.09	7	8.43
Lamtr	2	0.46	2	1.81	1	1.20
Lamtrt	0	0	0	0	2	2.40
UAD+Prs	6	1.37	2	1.81	5	6.02
LABA	0	0	2	1.81	1	1.20
TOTAL	437	100	110	100	82	100

Tabla 104.- *Índices de representación de útiles líticos tipo.*

	S	C	Cz	Cr	Gr	O	TOTAL
B0	152	1	2	0	0	1	156
B1	102	1	1	1	0	0	105
B6	157	4	1	3	0	0	165
B7	211	4	4	0	0	0	219
A4	20	1	0	0	0	0	21
A5	73	0	0	1	1	0	75
C7	0	0	0	2	0	0	2
C'0	125	1	0	1	0	0	127
C'1	206	0	0	2	1	0	209
A0	22	1	0	9	0	0	32
A1	10	0	0	0	0	0	10
A2	6	0	0	0	0	0	6
A3	15	0	0	0	0	0	15
A6	144	0	1	2	0	0	147
A7	78	0	1	0	0	0	79
B2	2	0	0	1	0	0	3
B3	3	0	0	0	0	1	4
B4	2	0	0	0	0	0	2
B5	3	0	0	0	0	0	3
C'2	0	2	0	3	0	0	5
B'	1	0	0	1	0	0	2

Tabla 105.- *Materias primas empleadas por sectores (S=Sílex, C=Cuarzo, Cz=Cuarcita, Cr=Cristal de roca, Gr=Granito, O=Otras)*

Atendiendo a las materias primas que comparecen en el registro observamos que la materia dominante, como era de suponer, es con diferencia el sílex (Tabla 105). Además, no podemos obviar, a la hora de efectuar nuestros recuentos cuestiones tan importantes como son el patrón de fractura, la abundancia y disponibilidad de materias primas e incluso la fiabilidad de la recolección de elementos líticos de desecho. Visto de otro modo, para la elaboración de un útil efectuado sobre una materia alóctona, y en cierto modo exótica, pero dominante, como es el cristal de roca, el número de restos de talla es lógicamente inferior al que obtendremos para el sílex que no sólo es local, sino además abundante. Por ello, a veces, debemos significar, en contra de lo que muestran los estadígrafos, la importancia de una talla sobre elementos alóctonos, como puede ser el caso del cristal de roca en el seno de la unidad doméstica 4.

	UD-1	%	UD-3	%	UD-4	%	EXTERIOR	EXTERIOR %
S	174	88.77	93	94.89	63	84	286	93.46
C	10	5.10	1	1.02	1	1.33	3	0.98
Cz	8	4.08	0	0	0	0	2	0.65
Cr	4	2.04	4	4.08	11	14.67	15	4.90
TOTAL	196	100	98	100	75	100	306	100

Tabla 106.- Representación de materias primas por útiles en unidades domésticas. (S=Sílex, C=Cuarzo, Cz=Cuarcita, Cr=Cristal de roca)

En definitiva es en las unidades domésticas –entendidas como conjuntos cerrados- en las que resulta ciertamente útil el empleo de los estadígrafos pues es en ellas donde se aplica sobre una población contemporánea, algo que resulta, en este tipo de yacimientos, más complejo aceptar en el exterior de zonas delimitadas y/o cerradas

Por lo que respecta a las técnicas de trabajo de la piedra destaca la homogeneidad entre los materiales recuperados en el interior de las cabañas y en el exterior.

	CABAÑA 1	CABAÑA 3	CABAÑA 4	EXTERIOR
TL	4.12	6	8	13.88
TF	8.24	4	24	12.5
TP	0	0	0	0
TD	1.03	2	0	2.77
TC	0	2	0	1.38
TS	28.86	22	32	19.44
ST	57.73	44	36	50

Tabla 107.- Porcentajes de representación de tipos de talón. (TL= Talón liso, TF= Talón facetado, TP= Talón puntiforme, TD= Talón diedro, TC= Talón cortical, TS= Talón Suprimido, ST= Sin talón)

	CABAÑA 1	CABAÑA 3	CABAÑA 4	EXTERIOR
S	38.82	56.26	39.13	46.26
AB	57.64	44.73	56.52	49.25
P	0	0	0	0
E	0	0	0	0
DB	3.52	0	4.34	4.47

Tabla 108.- Porcentajes de representación de tipos de retoque. (S= Simple, AB= Abrupto, P= Plano, E= Escamoso, DB= Doble bisel)

	CABAÑA 1	CABAÑA 3	CABAÑA 4	EXTERIOR
D	46.39	48	56	51.38
I	15.46	16	20	9.72
MXT	0	6	4	1.38
ALT	0	0	0	0
SRT	38.14	30	20	37.5

Tabla 109.- Porcentajes de representación de orientación de retoques y piezas no retocadas. (D= Directo, I= Inverso, Mxt= Mixto, Alt= Alterno, Srt= Sin retocar)

Las conclusiones que podemos obtener de todos estos datos son en extremo interesantes. Por un lado se observa que la materia prima más empleada, no sólo atendiendo a los materiales no selectos y restos de talla, sino especialmente a los útiles –sean estos tipológicos o funcionales-, es el sílex de tonalidades diversas. No en vano es la materia prima dominante local. Le siguen en importancia numérica el cuarzo, el cristal de roca y la cuarcita. Aquí encontramos el primer elemento digno de atención: en la cabaña 4 la presencia del cristal de roca se dispara de forma notable, superando en más del 10% a los restos aparecidos en las otras unidades domésticas. Si es este un dato que debamos interpretar desde la perspectiva de una diferenciación cronológica o funcional es algo en lo que ahondaremos más adelante. Estos índices se mantienen a la hora de analizar los materiales selectos recuperados en el exterior de las cabañas, donde predomina de forma absoluta el sílex, seguido del cristal de roca y menudeando, a la par, el cuarzo y la cuarcita que, a menudo, como ocurre con el sílex, responde a útiles de substrato removilizados y reutilizados.

Debemos señalar que la importancia relativa del cristal de roca nos indica, como ocurre con las materias primas empleadas en la elaboración de molinos, alisadores, machacadores y hachas, una procedencia alóctona, a veces distante y con núcleos de obtención localizados a más de 50 kilómetros, en la Sierra de Guadarrama principalmente.

Sobre las técnicas de manufactura de los implementos líticos destaca en primer lugar la existencia de un porcentaje de útiles y materiales selectos –incluidos los útiles de fortuna- elaborados sobre productos de talla no retocados. Si bien el porcentaje de elementos carente de talla no alcanza nunca el 50 % sí ronda esta cifra. Si a este hecho sumamos el que las cifras de elementos no retocados se disparan muy notablemente al incluir los restos de talla y elementos no selectos obtenemos dos conclusiones: Por un lado que estamos ante un lugar de habitación en el que también se procesa el material. Por otro, que esta labor de talla se realizaba –generalmente, aunque no de forma exclusiva-, dentro de las unidades domésticas y en torno al hogar.

Entre los talones destacan las piezas que no presentan talón o en las que este ha sido suprimido. Le siguen, a mucha distancia, los talones facetados y lisos y a mayor distancia aún los diedros, siendo muy raras las representaciones de talones puntiformes o corticales. Resulta llamativa la aparente homogeneidad de las cifras obtenidas para el interior de las unidades domésticas y el exterior de éstas (Tabla 107) y más aún el dato, pobre pero llamativo, de que mientras en el interior es prácticamente nula la presencia de restos corticales, en el exterior son más numerosos, algo que contrasta con los núcleos pues si bien son mayoritarios en el exterior de las unidades domésticas no podemos obviar la presencia de 116 fragmentos de núcleo y núcleos en el interior de la cabaña 4.

Una vez más las conclusiones parecen señalar un comportamiento de la población estudiada que nos permite obtener una relativa aproximación al modo de producción y uso de los elementos líticos en el poblado. No abundan los grandes nódulos ni los núcleos de gran tamaño. Además, cuando comparecen los núcleos éstos se encuentran aprovechados al máximo, algunos incluso agotados –algo llamativo en un lugar de gran presencia de materia prima-.

Destaca la elección de algunos tipos de sílex que tras una primera aproximación a su caracterización permite centrarse, aún dada la notable disparidad de los sílex recuperados, en el área denominada por Bustillo Revuelta (1976) como Provincia Centro-Oeste. Por otra parte no puede obviarse el hecho de que los nódulos transportados responden a elementos de tamaño mediano y pequeño, lo cual nos permite acercarnos a la idea de que hubieran podido existir explotaciones mineras de sílex seguramente a modo de *borrow shafts* (Jiménez Guijarro, 2005), bien aprovechando la abundancia de nódulos o de perfiles de sílex tabulares- donde se realiza el proceso de extracción primario e incluso donde podrían preconfigurarse algunos de los útiles que se trasladarían al poblado.

Esto, junto a la presencia de materias alóctonas parece indicar, bien la existencia de una red organizada de obtención de materias primas, o casi con más certeza, la existencia de territorios de captación amplios.

Los índices de representación de los talones (Tabla 107) nos indican además una tendencia que será la más notable de la industria sobre piedra del Neolítico. El predominio aplastante de las piezas sin talón o con el talón suprimido hace referencia explícita, junto a la abundante representación de láminas fragmentadas, al uso no sólo de la técnica de talla por presión, sino sobre todo al deseo de obtener un producto inicial muy estandarizado dirigido a la consecución final de dos elementos principales derivados de la talla laminar: microlitos geométricos y sobre todo el que será el útil estrella y revelación del Neolítico: los elementos de enmangue para útil compuesto (EEUC o piezas de hoz) No en vano la práctica totalidad de la industria tipológica de sustrato aparecerá realizada, en ocasiones, sobre soportes lascas o sobre elementos de aparente desecho.

Respecto al tipo de retoque, si bien no es muy elevada la diferencia, destaca el abrupto sobre el simple, que le sigue de cerca sin igualarle nunca. La técnica del doble bisel, que no comparece jamás sobre los geométricos, nunca alcanza el 5% (Tabla 108)

El modo de retoque es mayoritariamente directo al que siguen en importancia las piezas no retocadas y por último las piezas con retoque inverso. Otros modos están prácticamente ausentes del registro, excepción hecha del retoque mixto que comparece en una reducida porción de los útiles (Tabla 109)

Un dato que no puede dejar de ser tenido muy en cuenta es la ausencia de elementos foliáceos y especialmente de puntas de flecha. Ni siquiera comparecen los tipos más arcaicos de puntas microlíticas con retoques marginales supeditados a los filos que encontramos en la Cueva de la Ventana o en El Parral. Sin duda esta ausencia está suplementada por la notable representación de elementos geométricos que, podemos asegurarlo, suplían a las puntas en su funcionalidad.

Ahora bien, nuestro estudio nos ha permitido diferenciar en este yacimiento un tipo de útil muy interesante y sobre el que hemos realizado un rastreo advirtiendo que su representación es nítida en otros conjuntos si bien ha sido, en la mayor parte de las ocasiones, obviado o mal interpretado. Nos referimos al que hemos denominado lasca/lámina apuntada de base adelgazada (LABA) (Fig. 285) Sobre este útil se tratará en el apartado dedicado a la caracterización de la industria lítica.

Este tipo de útil está presente –aunque de un modo muy leve- en todo el yacimiento, tanto en el exterior de las cabañas como en el interior de al menos dos de las unidades domésticas (cabañas 3 y 4) con índices que no superan el 2% (Tablas 101 y 102) No puede articularse, al menos en este yacimiento, una relación entre la presencia de geométricos y la ausencia de LABA y viceversa. Por el contrario los índices de representación de este útil son siempre superados por los de geométricos. Este hecho condiciona el que interpretemos la presencia de LABA dentro de la esfera de la experimentación de un nuevo tipo de proyectil que aún no sustituye a los geométricos pero que, como se explica en el apartado de estudio de la tecnología lítica lo hará dando paso a la generalización de los proyectiles apuntados de enmangue: las puntas de flecha.

Por lo que respecta a los indicadores de sustrato y por tanto para aproximarnos a una categorización de la cultura que subyace a este primer Neolítico, debemos reducir las tablas que antes presentamos a las tablas tipo empleadas de forma general para la realización de una comparativa (Tablas 110 y 111)

Para ello hemos recurrido a las tablas tipológicas de Fortea (1973) mejoradas con la inclusión de algunos tipos por nosotros, tal y como justificaremos en el capítulo destinado al estudio de materiales.

Hemos reunido en una misma tabla aquellos elementos capaces de denunciar el sustrato y valorar su importancia así como los nuevos elementos susceptibles de señalarnos tanto el valor de estos novedosos implementos líticos (láminas simples, EEUC, etc.) como cambios en la secuencia (definidos especialmente por los índices de representación de foliáceos) Con todo ello hemos tratado de alcanzar una primera aproximación a la estructuración industrial de cada horizonte cultural que, aunque no definitiva, sí se ha mostrado indicativa y altamente operativa.

	A6	A7	A0	A1	A2	A3	B2	B5	B'6	B'3	F'2	TOTAL	% Total
B	7	4	3	0	2	1	0	0	0	0	1	18	10.71
R	8	6	2	1	0	2	0	0	1	3	1	24	14.28
P	0	1	0	0	0	0	0	0	0	2	0	3	1.78
G	4	2	0	0	0	0	0	0	0	1	1	8	4.76
MB	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0.59
MD	11	6	2	1	1	1	0	0	0	0	0	22	13.06
LBA	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Lba	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
EEUC	16	5	1	0	0	2	0	0	0	0	0	24	14.29
Ls	36	16	5	2	2	2	0	1	0	2	1	67	39.88
Lts	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0.59
TOTAL	82	42	13	4	5	8	0	1	1	8	4	168	100

Tabla 110.- Representación de Índices tipológicos en el exterior de las cabañas (UAD=R) (B= Buril, R=Raspador, P=Perforador, G=Geométrico, MB=Microburil, MD= Muecas y denticulados, LBA= Láminas de borde abatido, Lba= Laminillas de borde abatido, EEUC= Elementos de enmangue para útil compuesto, Ls= Lámina simple, Lts= Laminilla simple)

Estos datos, expresados en una gráfica simple atendiendo al cómputo de los principales índices, tanto de sustrato como de innovación, nos muestra una imagen clara (Fig. 262) de lo que interpretamos como el solapamiento de al menos dos complejos industriales representados por los dos extremos de la gráfica –a la izquierda los elementos de sustrato y a la derecha los de la

innovación cultural-. Llama la atención el índice moderado de elementos geométricos y el destacado porcentaje del conjunto de muescas y denticulados.

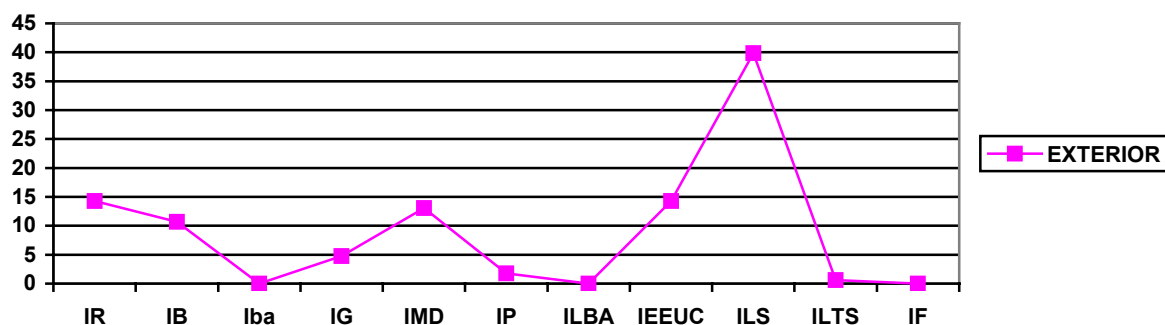


Fig. 262.- Representación gráfica de los principales Índices tipológicos de la industria lítica en el exterior de las unidades domésticas.

	C1-total	C1-%	C3-total	C3-%	C4-total	C4-%
B	18	14.4	6	8.69	3	4.34
R	18	14.4	7	10.14	7	10.14
P	3	2.4	2	2.89	1	1.44
G	4	3.2	4	5.79	2	2.89
Mb	2	1.61	2	2.89	1	1.44
MD	16	12.9	9	13.04	13	18.84
LBA	1	0.81	0	0	0	0
Lba	2	1.61	0	0	0	0
EEUC	18	14.51	10	14.49	7	10.14
Ls	41	33.06	27	39.13	34	49.27
Lts	2	1.61	2	2.89	1	1.44
TOTAL	125	100	69	100	69	100

Tabla 111.- Representación de Índices tipológicos en el interior de las unidades domésticas (UAD=R)

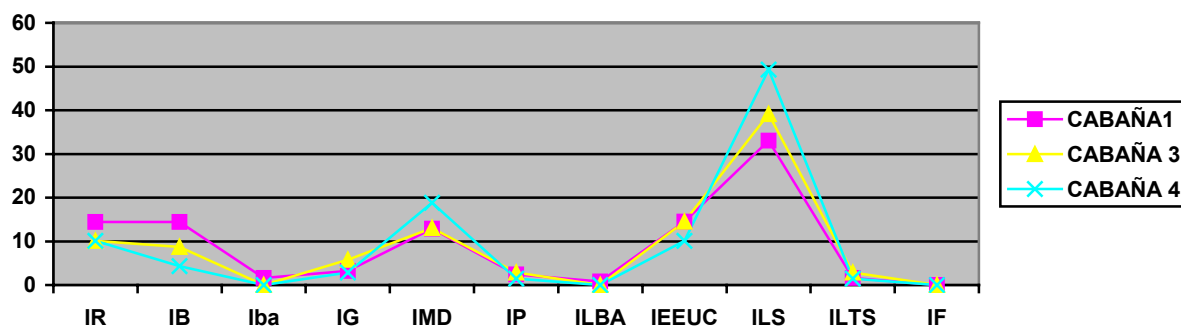


Fig. 263.- Representación gráfica de los Índices industriales en las unidades domésticas

En estas tablas hemos seguido las indicaciones de Fabián García (1997) a la hora de computar los UAD's dentro del grupo de los raspadores. Así observamos que al incluir los UAD's dentro del apartado de raspadores se vuelcan los resultados pasando a ser predominante el índice de raspadores sobre el de buriles, mientras que si considerásemos los útiles sobre arista diedra como un grupo aparte, el predominio dentro de las industrias de sustrato sería de los buriles.

No es difícil advertir, dentro del conjunto lítico de Verona II, una clara tradicionalidad que se traduce no sólo en la abundancia notable del tipo de retoque abrupto, en la abundancia relativa de geométricos de sustrato, sino también en los índices elevados del conjunto de muescas y denticulados, raspadores y buriles.

Como queda reflejado en el análisis final, son dos las opciones de interpretación que este yacimiento nos ofrece. La primera de ellas indica la existencia de un substrato previo –de carácter epipaleo-mesolítico sobre el que se establecería, sin solución de continuidad, un Neolítico inicial (N-IA) produciéndose dentro del concepto de horizontalidad de la ocupación la mezcla de materiales. La segunda implica la existencia de una ocupación inicial del Neolítico aculturado (N-IB) sobre la que se desarrollarían al menos dos momentos u horizontes –teóricamente avalados por las cabañas 1,2 y 4 por un lado y la 3 por otro-. De este modo estaríamos ante un horizonte fundacional plenamente neolítico en el que los abundantes elementos de substrato, necesariamente, implican un origen aculturado (N-IB), cuando menos en el seno del grupo matriz que originalmente se asentó en este yacimiento. Como veremos al comparar este enclave con el de La Paleta, las diferencias en lo referente a la industria lítica son notables.

A este respecto es interesante destacar (Tabla 112 y Fig. 264) la representación de los diferentes tipos de geométricos para advertir que debe actuarse con cautela a la hora de dotar a estos elementos –cuando son poco numerosos- de un valor cronológico definitorio.

	CABAÑA 1	CABAÑA 3	CABAÑA 4	EXTERIOR	TOTAL
G1	1	0	1	1	3
G2	0	1	0	2	3
G3	1	1	0	0	2
G4	0	1	0	1	2
G5	0	0	0	0	0
G6	0	1	0	2	3
G7	1	0	0	0	1
G8	0	0	0	0	0
G9	1	0	0	1	2
G10	0	0	0	0	0
G11	0	0	0	0	0
G12	0	0	0	0	0
G13	0	0	0	0	0
G14	0	0	0	0	0
G15	0	0	0	0	0
G16	0	0	0	0	0
G17	0	0	0	0	0
G18	1	0	1	1	3
TOTAL	5	4	2	8	19

Tabla 112.- Presencia de tipos de geométricos por unidad doméstica y en el exterior.

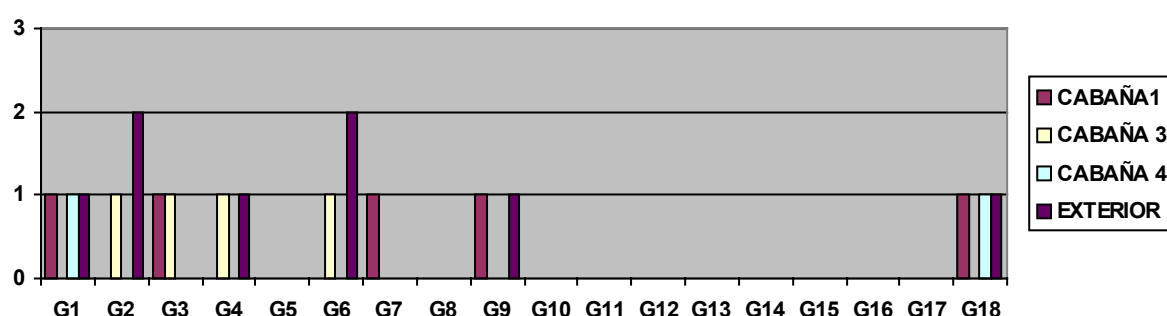


Fig. 264.- Representación gráfica de los tipos de geométricos recuperados en las unidades domésticas y en el exterior

El gráfico (Fig. 264) nos permite comprobar que el componente mejor representado es el trapecial lo que nos enmarca en la tradición tardenoide tipo Cocina o Muge. Si atendemos a las características del retoque observamos un predominio absoluto del retoque directo y abrupto menos en la cabaña 3, donde domina el simple.

Por lo que respecta al retoque en doble bisel, no es este exclusivo a las industrias geométricas sino que se extiende a otros elementos tipológicos, especialmente los denticulados que, fabricados en ocasiones sobre un EEUC generalmente espeso, presentan un tratamiento en sus dorsos en todo similar al que aparece en los geométricos. Así, el retoque en doble bisel representa en la Cabaña 1

el 3.52%, en la Cabaña 4 el 4.34% y en el exterior el 4.47% estando ausente en la cabaña 3. Ahora bien, cuando el retoque implica sólo a los geométricos sólo aparece una vez sobre un segmento del cuadro A7, esto es, fuera de las cabañas. Es pues un hecho significativo puesto que revalida la hipótesis del carácter conservador de la industria lítica y demuestra, a nuestro entender cómo las piezas que han sido denominadas hasta la fecha como dientes de hoz y han sido consideradas como una evidencia de modernidad cultural son, por el contrario, elementos derivados del gesto técnico de la fabricación de un EEUC –en el fondo derivado a su vez de la técnica de fragmentación de láminas- y de retocar un geométrico o una laminilla de dorso abatido.

Cerámica

Hemos tenido una guía de excepción a la hora de poder diferenciar con mayor o menor nitidez las cerámicas correspondientes al primer horizonte de ocupación. En un primer momento de nuestro análisis pudimos observar que algunos sílex y un importante conjunto de cerámicas, sobre todo las decoradas, presentaban en sus superficies una pátina oscura de aspecto grasiento que pudimos determinar como de origen orgánico –una especie de líquen crustáceo asociado a áreas muy húmedas y especialmente a zonas lacustres sometidas a procesos consecutivos de anegamiento y desecación-. Este elemento nos ha guiado a la hora de establecer la pertenencia de algunos materiales a estas fases más antiguas y aunque no es un criterio que hayamos seguido de forma estricta, sí nos ha servido de elemento de contraste en más de una ocasión.

Siguiendo la pauta expuesta para el estudio de la industria lítica podemos aproximarnos a la distribución tipológica y porcentual de los elementos cerámicos por unidades domésticas y después atendiendo a la realidad representada en el exterior de estas (Tablas 113 y 114) Descubrimos así que es posible categorizar el ambiente o ambientes generales de la tecnología cerámica del yacimiento y lo que resulta de mayor interés, establecer la existencia de áreas diferentes de dispersión de material, concentración o ausencia del mismo.

Contabilizaremos como un conjunto, meramente para un ejercicio de análisis general, la cerámica recuperada en el exterior de las cabañas. Deben tenerse en cuenta, no obstante dos cuestiones. La primera, que tan sólo interesa advertir la línea general de desarrollo de la presencia de materiales puesto que, de existir varios horizontes de ocupación, tendríamos una imagen falsamente unitaria de la cerámica en las áreas situadas fuera de las cabañas. En segundo lugar que en este sector exterior se han documentado varias alteraciones importantes en tres fases culturales diferentes. Una de ellas, la correspondiente al Bronce Pleno es bastante fácil de rastrear ya que los materiales aparecen inmersos en fosas del tipo fondo de cabaña. Las otras dos, una Campaniforme y la otra Cogotas I son menos fáciles de rastrear si bien las máximas concentraciones de material se han localizado en los sectores A'2, A'3, A'4 y F'2 –Calcolítico Campaniforme-, y A6/A7 –Cogotas I-.

	CAB 1	%	CAB 2	%	CAB 3	%	CAB 4	%	EXT	%
Decorada	30	17.75	8	1.54	14	3.37	21	10.76	46	11.82
Lisa selecta	18	10.65	4	0.77	30	7.22	15	7.69	68	17.48
Lisa no selecta	121	71.59	505	97.67	371	89.39	159	81.53	275	70.69
TOTAL	169	100	517	100	415	100	195	100	389	100

Tabla 113.- Porcentajes de representación de cerámicas lisas y decoradas en el interior y exterior de las unidades domésticas (la unidad es el fragmento, no la técnica)

Si a la figura anterior le aplicamos la convención de los tercios, los índices quedan establecidos del siguiente modo atendiendo a la reconstrucción de la aproximación a la realidad representada (Tabla 114)

	CAB 1	%	CAB 2	%	CAB 3	%	CAB 4	%	EXT	%
Decorada	111	65.68	345	66.74	138	33.25	127	65.13	137	35.22
Lisa	58	34.32	172	33.26	277	66.75	68	34.87	252	64.78

Tabla 114.- Índices de fragmentos correspondientes a recipientes decorados y lisos una vez aplicada la convención de los tercios (la unidad es el fragmento, no el recipiente)

Aplicando la convención de los tercios, aún con la arbitrariedad que supone, obtenemos unos resultados aparentemente más acordes con la realidad. Si en vez de estos resultados tomásemos por válidos los obtenidos de la tabla anterior –computando sólo elementos selectos- los resultados no varían en extremo. Tampoco queremos dejar de señalar el hecho de que a un recipiente de gran tamaño decorado en su tercio superior le corresponde más superficie lisa –susceptible de romperse- que a un recipiente liso de menor tamaño. Estos datos, no nos cansaremos de repetirlo, son válidos para su cómputo dentro de la secuencia del yacimiento.

Con la cautela necesaria podemos señalar un elemento indudable y es que existe una aparente unidad entre las cabañas 1, 2 y 4, mientras que en el caso de la cabaña 3 los índices se invierten, lo que parece distanciarla sensiblemente de las restantes. Los materiales localizados en cada cabaña corroboran esta tendencia que en el caso de la cabaña 3 es implacable, pues en ella aparecen los elementos que, aún dentro de un contexto tradicional neolítico –con claras perduraciones de materiales de raigambre, presenta los elementos más evolucionados así como algunas formas novedosas. Por su parte las cerámicas cardiales y los esquemas cardialoides aparecen circunscritas exclusivamente a las cabañas que presentan más elementos conformadores de las secuencias clásicas. Respecto al repertorio formal documentado en cada unidad doméstica corroboramos la existencia, también a este nivel, de un neto distanciamiento entre las diferentes unidades.

FORMA	C-1 Dec.	Lisa	C-2 Dec	Lisa	C-3 Dec.	Lisa	C-4 Dec.	Lisa
I	0	0	0	0	1	4	0	0
II	9	5	1	2	0	2	5	1
III	1	0	2	1	0	2	0	0
IV	5	2	1	1	2	4	2	2
V	0	0	0	0	0	0	0	0
VI	3	2	1	1	1	5	0	2
VII	0	0	2	0	0	4	1	0
VIII	0	0	0	0	0	0	0	0
TOTAL	14	9	7	5	4	21	10	5

Tabla 115.- Formas decoradas representadas en el interior de las cabañas

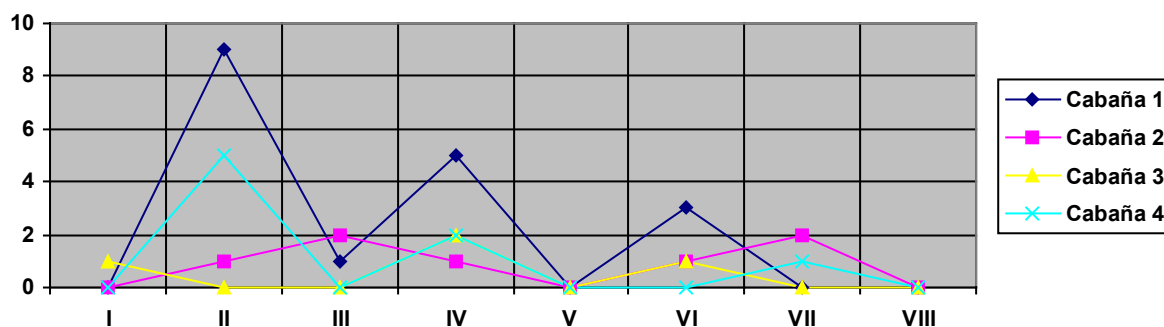


Fig. 265.- Representación gráfica de formas decoradas por unidad doméstica

En las gráficas (Fig. 265) se advierte cómo existe un comportamiento más o menos parejo en el componente formal de los recipientes decorados de las Cabañas 1 y 4 –con una ligera diferencia en la representación de las formas VI y VII- y un comportamiento menos destacado, pero también similar en la cabaña 2. Mientras la curva de la cabaña 3 queda por completo alejada de las restantes curvas.

Mientras en las cabañas 1 y 4 la cúspide de formas está ocupada por los elementos de las **Formas II** y **IV** disputándose el tercer puesto las **Formas VI** y **VII** respectivamente, en la cabaña 2 la cúspide está representada por las **Formas III** y **VII**. En ninguna de estas cabañas aparecen los recipientes de la **Forma I** que lo hacen, por primera vez, en la Cabaña 3 que, no obstante, presenta sus cúspides de representación en los elementos propios de las **Formas IV** y **VI**.

Cuando atendemos al repertorio formal de las cerámicas lisas lo señalado antes queda mucho más patente (Fig. 266)

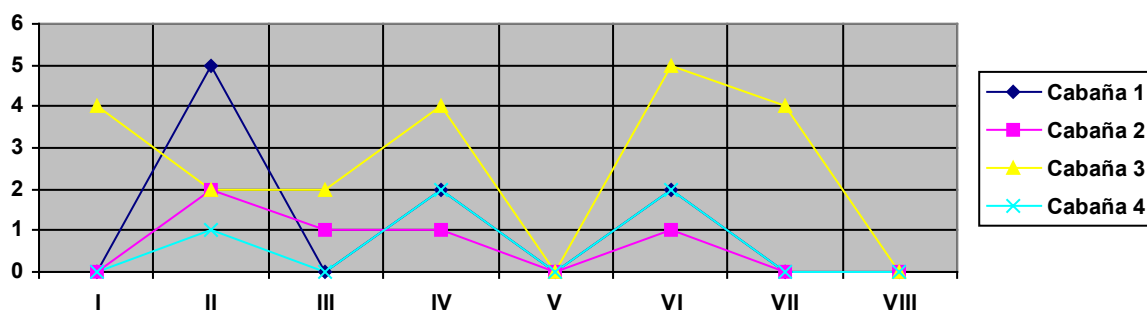


Fig.266.- Representación gráfica de formas lisas por unidad doméstica

Puede observarse como las cabañas 1 y 4 comparten de nuevo el perfil de la curva de representación hasta tal punto que sus curvas llegan a solaparse. Los máximos están de nuevo en las **Formas II, IV y VI**. En cierto modo, y pese a la diferencia en la curva modal, la cabaña 2 sigue compartiendo caracteres con estas otras dos unidades domésticas. Tan sólo la mayor presencia de recipientes de la **Forma III** en ésta última separa un poco las gráficas que, de nuevo, marcan máximos en las formas clásicas (II, IV y VI)

Como era de esperar, la gráfica de la cabaña 3 muestra una curva un tanto anómala y distanciada de las gráficas de las otras tres unidades domésticas. Aquí el elemento dominante cambia con la irrupción de nuevos tipos. Destacan las cúspides de las **Formas I, IV, VI y VII**. Aquí debemos llamar la atención respecto a esta última representación. No se trata ya de la garrafa clásica, sino de un recipiente de almacenamiento cuya forma deriva de ésta.

Visto en conjunto el diagrama modal de representación de las formas por unidad doméstica (Fig. 267) podemos obtener algunas conclusiones. Las cabañas 1 y 4 pueden considerarse sincrónicas. Por su parte las cabañas 2 y 3 presentan curvas modales distintas. Aparentemente la curva de la cabaña 3 parece corresponderse con un nuevo horizonte en el que irrumpen elementos formales nuevos y en el que existe un destacado descenso del cómputo de cerámicas decoradas. En la cabaña 2, pese a que la curva modal parece relacionada con la dinámica de las cabañas 1 y 4 hay un desarrollo un tanto extraño que tal vez tenga que ver con lo exiguo de su registro.

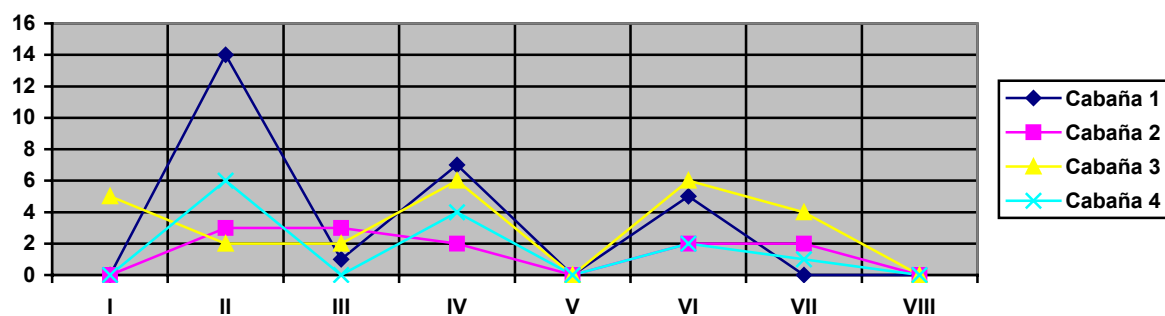


Fig.267.- Representación gráfica de formas por unidad doméstica

Es, además, el repertorio material el que nos marca la diferencia. Así, en la cabaña 3 aparecen dos fragmentos cerámicos con restos de escorias de cobre y al menos un recipiente que interpretamos como un crisol merced a su morfología y caracteres. También es en esta unidad donde se documenta la única carena –correspondiente a un vasito de paredes finas- y la decoración puntillada similar a la que aparece en la cabaña de Diego Álvaro –Ávila- o en contextos del Calcolítico Inicial en Los Enebralejos (Segovia). En este contexto se documenta además un notable conjunto de barbotinas o engobes de las paredes de los recipientes que no se atisban con tanta profusión en las restantes cabañas.

FORMA	EXT Dec.	Lisa
I	1	3
II	4	8
III	1	5
IV	5	13
V	0	0
VI	3	11
VII	0	0
VIII	1	5
TOTAL	14	9

Tabla 116.- Formas decoradas representadas

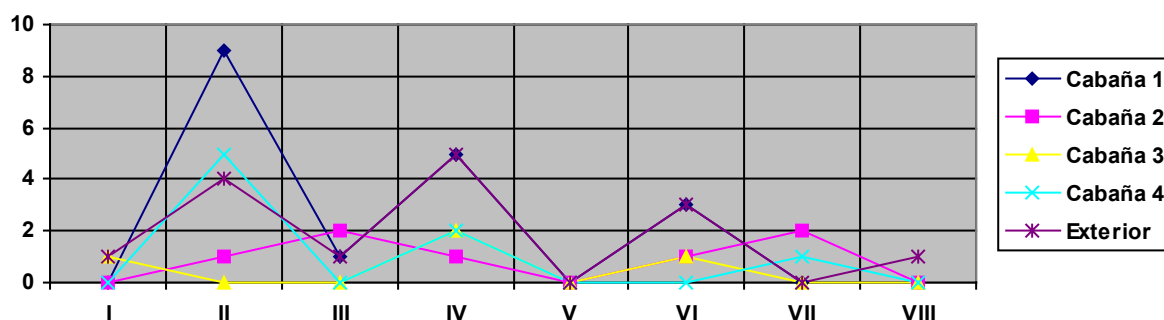


Fig. 268.- Representación gráfica de formas decoradas en el exterior e interior de las unidades domésticas (2)

Si atendemos a la representación de las cerámicas lisas (Fig. 266) comprobamos que la curva modal que nos ofrece se aleja bastante de la que observábamos en el interior de las unidades domésticas. Sin duda esto se debe a la diferencia de la calidad del registro existente entre las unidades domésticas y el exterior. Esta diferencia estriba, a la vista de los datos, en la imposibilidad de considerar homogéneo y contemporáneo el conjunto de materiales recuperado en el exterior.

Por ello, la única forma sensata de presentar los datos de esta zona exterior es atendiendo a las cerámicas inequívocamente neolíticas, esto es, las que presentan decoración y obviando no sólo el cómputo de las lisas sino también su valoración en el establecimiento de una secuencia. Ésta la haremos teniendo en cuenta tan sólo los materiales presentes en el interior de las cabañas.

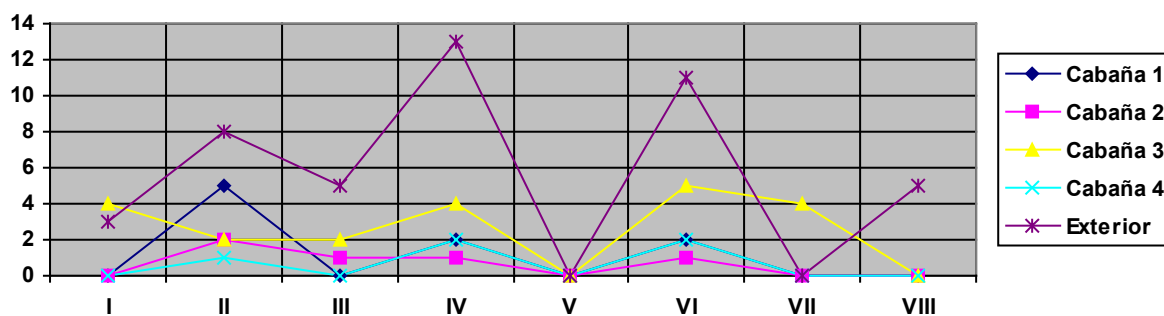


Fig. 269.- Representación gráfica de formas lisas en el exterior e interior de las unidades domésticas (2)

Respecto a las técnicas decorativas debemos señalar la existencia de un horizonte general de cerámicas decoradas mixtas impresas e inciso-acanaladas entre las que la presencia de decoraciones efectuadas con concha de *cardium* muestra una tímida representación. El boquique muestra una incidencia muy poco destacada a la vez que los datos documentados nos permiten poner en duda la verdadera incidencia de esta técnica decorativa en el primer neolítico mesetense así como la posibilidad de que exista un error generalizado al interpretar como boquique una

técnica impresa muy determinada y cuyo origen podría estar en un intento de imitación de los esquemas cardiales.

Este panorama es semejante en las unidades domésticas y en el exterior de las mismas dentro del marco evolutivo que hemos señalado y que nos permite asegurar que los indicadores de técnicas de decoración y sobre todo de los motivos que adoptan las decoraciones sobre los recipientes cerámicos son un fiel elemento para atisbar cambios dentro de la estructura de un mismo grupo cultural.

TÉCNICA DECORATIVA	Cabaña 1	Cabaña 2	Cabaña 3	Cabaña 4	TOTAL
Incisión fina	5	2	3	1	11
Acanalado	8	3	2	5	18
Impresión matriz simple	14	1	3	8	26
Impresión matriz múltiple	0	0	0	1	1
Impresión concha	2	1	0	0	3
Digitación-ungulación	0	0	0	0	0
Cordón liso	2	1	1	2	6
Cordón impreso	7	1	1	2	11
Boquique	1	0	0	0	1
Pintada/Almagra	0	0	0	0	0
Esgrafiada	0	0	0	0	0
Línea cosida	0	0	0	0	0
Pastillas aplicadas	0	0	0	0	0

Tabla 117.- Técnicas decorativas empleadas por unidad doméstica

TÉCNICA DECORATIVA	EXTERIOR
Incisión fina	14
Acanalado	14
Impresión matriz simple	28
Impresión matriz múltiple	2
Impresión concha	2
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	4
Cordón impreso	11
Boquique	0
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	0

Tabla 118.- Técnicas decorativas empleadas en el área externa de las viviendas

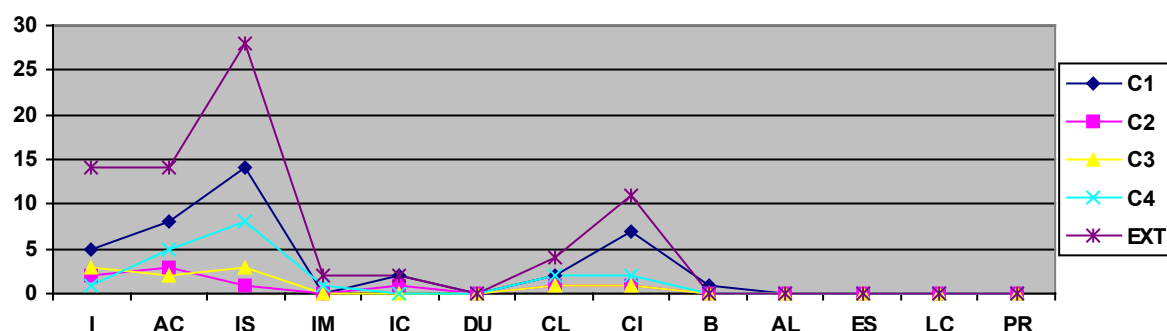


Fig. 270.- Gráfica de técnicas decorativas representadas por unidad doméstica y en el exterior

A la vista de la gráfica de la figura 270 de nuevo observamos como la cabaña 3 y en parte la cabaña 2 se alejan bastante del perfil marcado por las restantes unidades domésticas y el exterior de las cabañas. No obstante los datos sí nos permiten valorar, en un primer momento, la coherencia de la muestra así como la existencia de la pretendida evolución cronológica a la que antes aludimos.

El horizonte que apunta el conjunto general de las cerámicas decoradas presentes en el área exterior de las unidades domésticas es, con todo, similar al del interior de las mismas. Documentamos de nuevo la presencia de impresiones de concha, realizadas con el borde de una concha dentada y con el labio de una concha no dentada dentro del marco de predominio del conjunto impreso-inciso acanalado similar al que antes hacíamos alusión.

No resulta sencillo diferenciar horizontes o fases en el sector externo si bien hay algunos elementos peculiares que permiten atisbar la misma diferenciación en al menos dos horizontes a la que antes aludimos.

De cara a obtener una interpretación más profunda del material recuperado atendimos, durante el estudio de los restos, a criterios diversos, especialmente en las unidades domésticas mejor documentadas. Entre estos estudios debe destacarse el estudio de los índices de fragmentación de los restos cerámicos de las cabañas 1 y 3.

Llama la atención el estado de fragmentación de la muestra (Figs. 271-273) Este hecho condiciona las posibilidades de proceder a una reconstrucción de un repertorio importante de formas. Además el remontaje de piezas, como tuvimos oportunidad de apreciar, es prácticamente nulo.

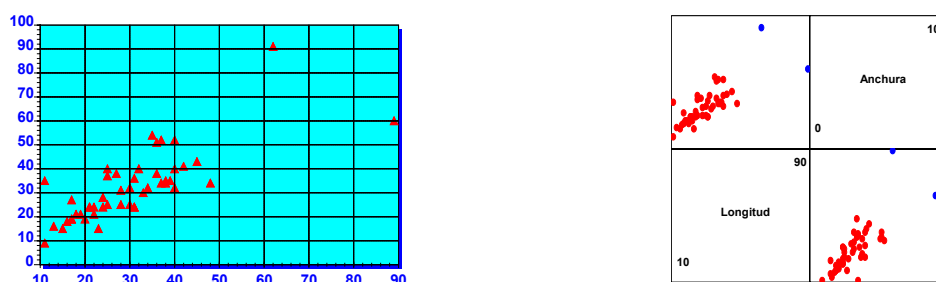


Fig. 271.- Índice de fragmentación de las cerámicas recuperadas en la cabaña 1

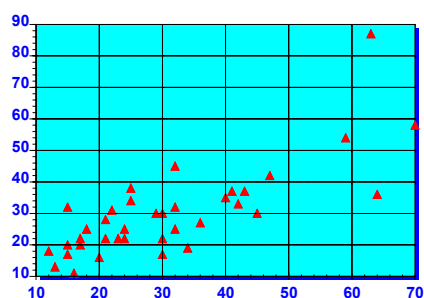


Fig. 272.- Diagrama de representación del índice de fragmentación de los restos de la cabaña 3

La gráfica obtenida sobre una muestra aleatoria de elementos señala la gran regularidad del tamaño de los fragmentos que, a nuestro entender, puede responder a una selección natural derivada de los procesos de pisoteo y removilización. Este extremo viene avalado además por la disposición horizontal de la práctica totalidad de los fragmentos localizados. Podría tratar de

establecerse, con un estudio más amplio, un patrón matemático de comportamiento, pero es algo que queda demasiado alejado de nuestras intenciones y posibilidades en este momento. Sírvanos, simplemente como hipótesis, la comparecencia de este nivel de fragmentación, en contra de lo documentado en otro tipo de yacimientos, por ejemplo cuevas de carácter sepulcral o cultural, donde el patrón de fragmentación es siempre menor, o donde incluso los recipientes suelen aparecer enteros o el remontaje de piezas es mayor.

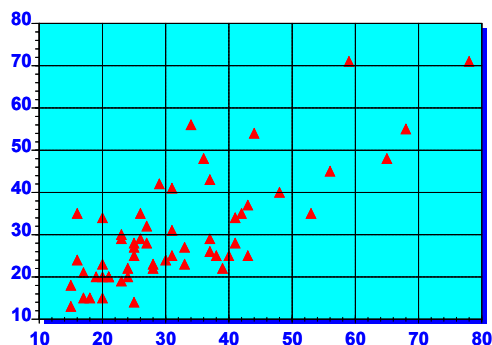


Fig. 273.- Diagrama de representación del índice de fragmentación en el exterior de las cabañas

Suponemos que si la muestra procediese de una estructura excavada en el suelo los valores dimensionales serían mayores e incluso algunos recipientes podrían localizarse enteros también, algo que hemos podido documentar en el caso del yacimiento de La Paleta o en el soriano de La Lámpara, donde gran parte de las piezas aparecieron incluidas en estructuras excavadas en el suelo. El que esto no sea así en el caso de Verona II no implica una excesiva remoción postdeposicional de la muestra, sino seguramente, el que al estar ante áreas domésticas, nos encontremos ante desperdicios propios del uso cotidiano y reiterado del espacio. En el caso de las estructuras excavadas en el suelo, puede diferenciarse también un criterio dimensional de cara al estudio de la formación del registro.

Restos faunísticos y vegetales

En la intervención de 1991 se realizó un estudio polínico y carpológico y una esquemática síntesis faunística que hemos ampliado ligeramente. El estudio polínico fue realizado por la Dra. Blanca Mariscal (Arkeoceres) sobre muestras en suelo virgen dentro del yacimiento pero fuera de toda estructura. El muestreo fue obtenido sobre un perfil rectificado dentro del sondeo de la cuadrícula A, a -35 cm. bajo la cota de superficie y directamente sobre el nivel Bt de concentración argílica.

El análisis paleocarpológico fue realizado por la Dra. Rosario Macías (CSIC) y consistió en la extracción de 25 muestras en testigo continuo con sonda manual desde la superficie, afectando especialmente a aquellas zonas en las que se habían detectado evidencias de estructuras. Los resultados fueron negativos, sin duda debido a que la metodología empleada pudo no ser adecuada.

El estudio palinológico proporcionó un predominio de taxones de fagáceas, representados mayoritariamente por encinas y robles y en mucha menor medida por castaños y hayas. Destacaba la representación del género *Ulmus* asociado a las series riparias en detrimento de las Betuláceas (alisos y abedules), también presentes, así como cierta importancia de *Juglans* (nogal)

En general los taxones que componen el conjunto arbóreo encajan de lleno en la serie potencial de un encinar-carrascal subhúmedo-seco sobre plataformas y solanas, con quejigares en las zonas de umbría y un amplio sector ripario dominado por olmos en el bosque de ribera y sauces con alisos

en la franja más próxima a los cauces. En el espacio de tránsito entre el encinar y el soto ribero, dentro de la orla arbustiva, se asentarían especímenes y colonias reducidas de castaños y nogales.

La presencia en la muestra de pólenes de abedul y haya, especies asociadas a ombroclimas más húmedos, define para la zona retazos de un paisaje vegetal más fresco y con mayor humedad ambiental que definiría, sin duda, una etapa relíctica terminal del bosque clímax más húmedo propio de las etapas iniciales del Holoceno y que aún se encuentran, como reductos, en algunos sectores muy reducidos de ambas vertientes del Sistema Central, dentro del marco de influencia del Río Jarama, como son los Hayedos de Montejo o Tejera Negra.

Desde el punto de vista de Mariscal, la estimación relativa a la cobertura forestal de la zona, esto es, el espacio de arbolado, es superior al 75%, predominando encinares-rebollares y olmedas, con nutrida representación de nogueras y series riparias del aliso y el fresno.

Debe destacarse la mínima representación del polen de *cerealia*, lo cual parece encajar bien con el modelo de implantación sobre grupos aculturados de sustrato que proponemos y que señala la plena neolitización y por extensión la generalización del modo de vida campesino en momentos finales de la secuencia neolítica.

Fauna

La fauna presente en el yacimiento muestra una clara diferenciación. Por una parte hay una mayoritaria presencia de restos de esquirlas de hueso, muy fragmentadas y de pequeño tamaño, en general acompañados de pátinas bióticas similares a las que muestran las cerámicas y sílex y en alguna ocasión evidencias de exposición al fuego. Los huesos más grandes y con menor índice de fragmentación no parecen presentar casi en ningún caso restos de pátina y por lo general nunca se asocian -salvo raras excepciones- a los sectores identificados como pertenecientes a un área delimitada de habitación (vivienda), siendo incluso difícil establecer con certeza su correspondencia a niveles neolíticos. Por ese motivo decidimos prescindir del análisis de cualquier taxón que pudiese presentar dudas de adscripción.

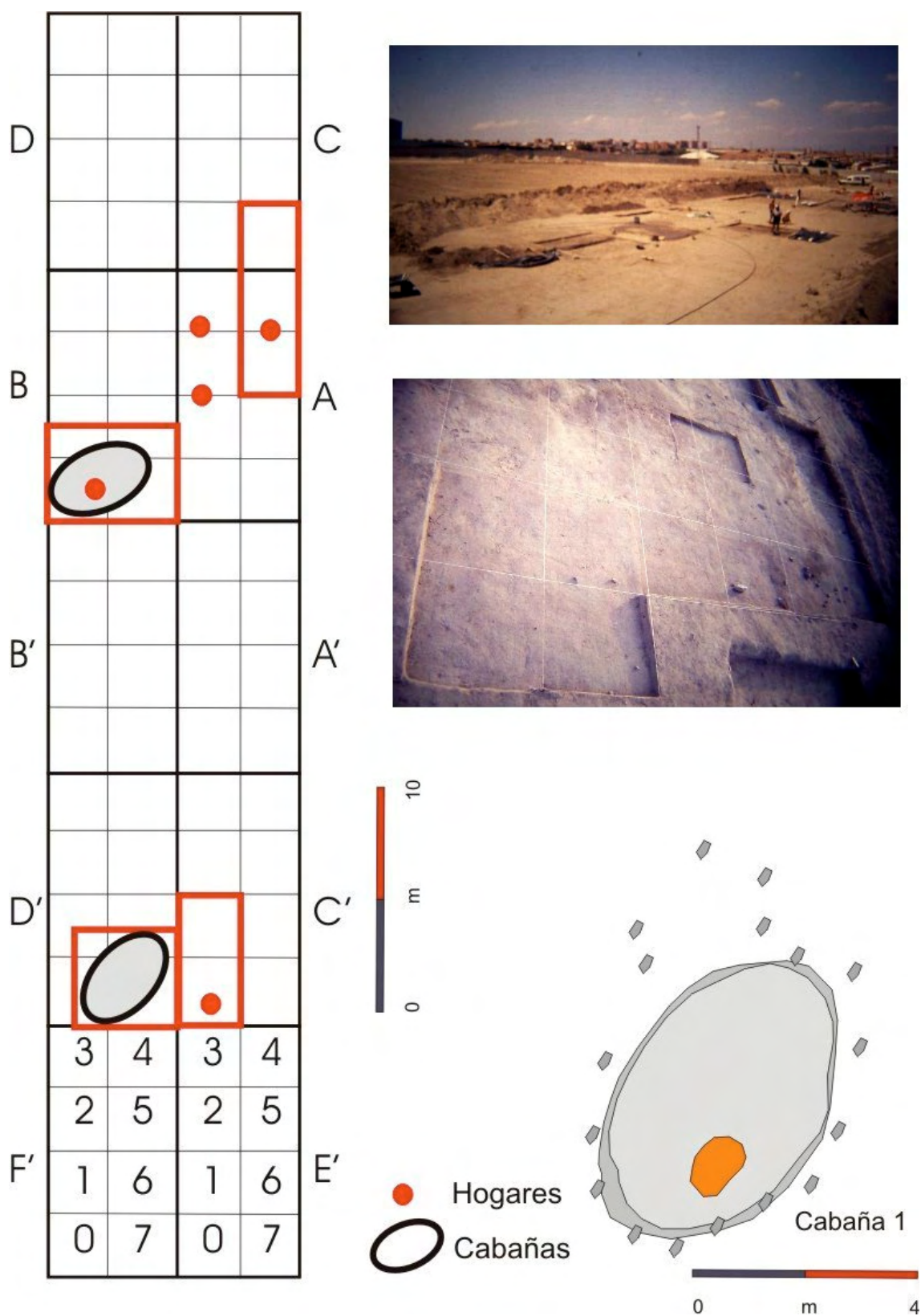
El conjunto de fauna recuperado no es muy numeroso y el estado de fragmentación ha hecho que fuese imposible identificar más del 80% de los restos. Entre los taxones identificados cabe destacar por su abundancia el ciervo y el corzo, correspondientes estos restos a varios individuos. Se han documentado restos de bos, seguramente silvestre. La especie mejor representada, como era de esperar es la oveja y en menor medida la cabra. También aparece el cerdo, aunque en un número reducido de individuos.

Se han podido estudiar los restos correspondientes a las cabañas y compararlos con el muestreo realizado entre la fauna del exterior de las cabañas (Tabla 119), si bien en este caso resulta complejo valorar la fiabilidad cronológica de la fauna, aún cuando hemos seleccionado para el muestreo tan sólo los restos que presentaban restos de pátina biótica. Cabe destacar también que de la fauna analizada, cerca del 24% de los restos presentaban huellas de exposición al fuego.

Entre los elementos destacados debemos mencionar la recuperación, en el interior de la cabaña 4 de un fragmento de concha de *cardium* con evidencias de exposición al fuego.

TAXÓN	CABAÑA 1	CABAÑA 2	CABAÑA 3	CABAÑA 4	EXTERIOR
<i>Cervus elaphus</i>	X	X		X	X
<i>Capreolus capreolus</i>	X			X	
<i>Bos sp</i>		X			X
<i>Capra hircus</i>			X		X
<i>Ovis aries</i>	X	X	X	X	X
<i>Sus sp</i>				X	X

Tabla 119.- Tabla de discriminación (ausente/presente) de restos identificados (NRI) de mamíferos.



Figs. 274.- Izq.-Planimetría general del yacimiento, según Miranda et alii, 1990, modificado. Detalles del proceso de excavación y abajo, derecha, planta de la Cabaña 1.

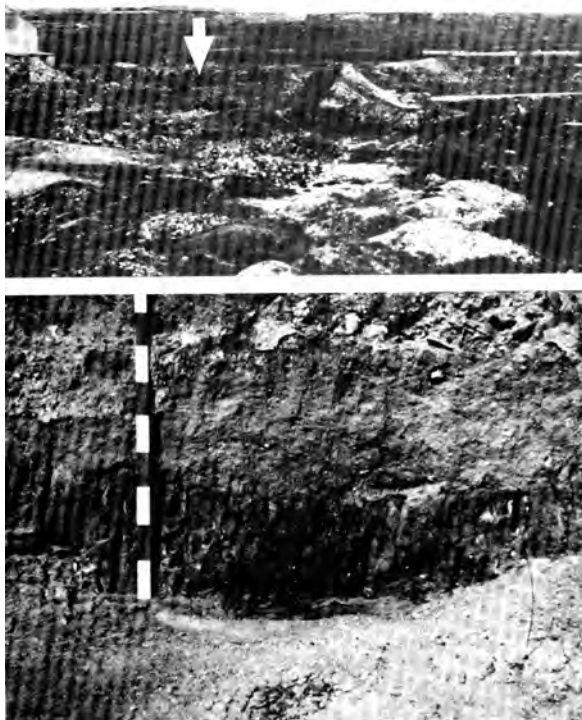


Fig. 275.- Vista general del yacimiento y perfiles visibles antes de la intervención de 1991, según Mercader et alii, 1989.

Fig. 276.- Industria lítica obtenida en prospección, según Mercader et alii, 1989

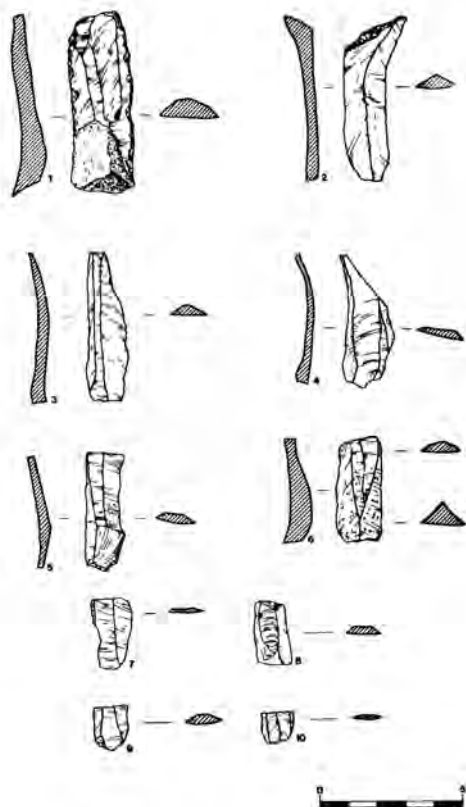
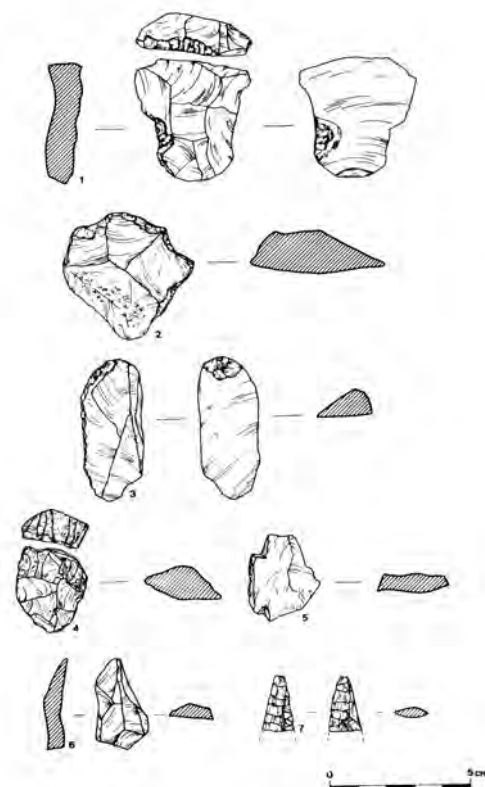
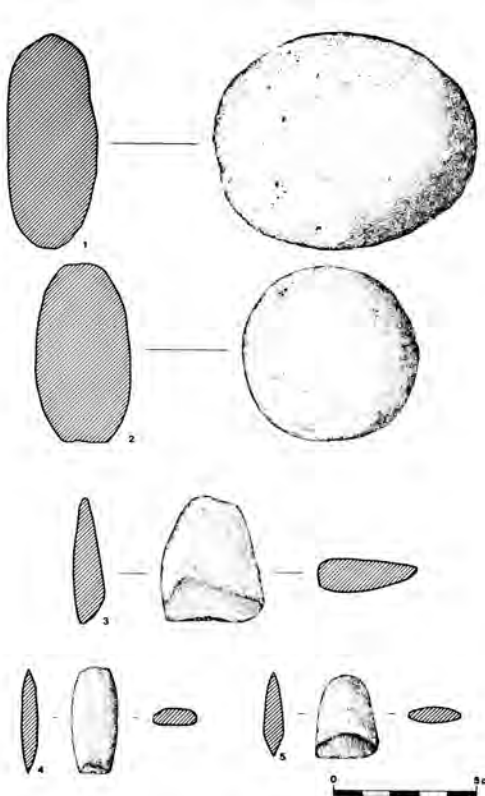


Fig. 277.- Industria lítica obtenida en prospección, según Mercader et alii, 1989



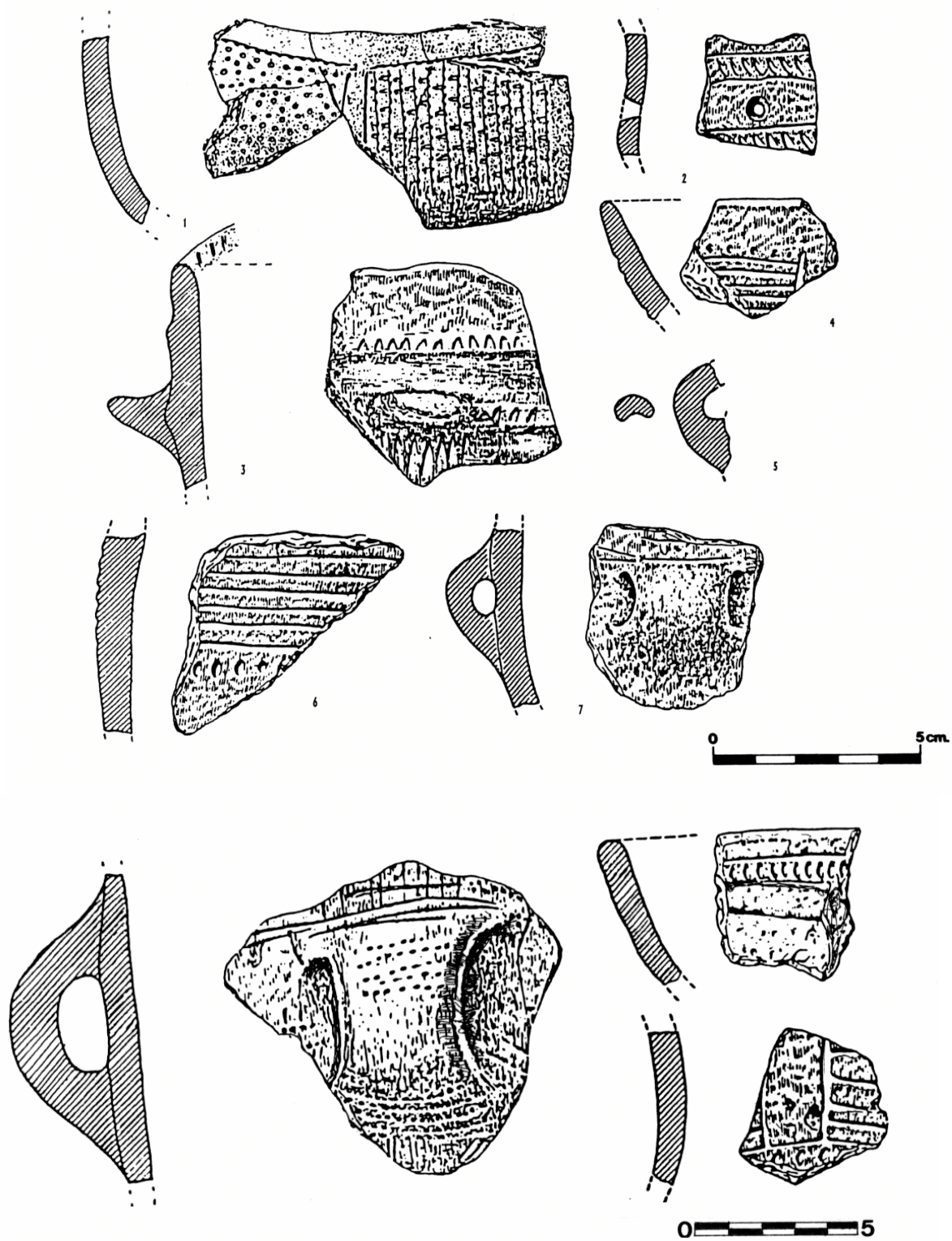


Fig. 278.- Cerámicas recuperadas en prospección, según Méndez y Gálvez, 1984 y Jiménez Guijarro, 1997

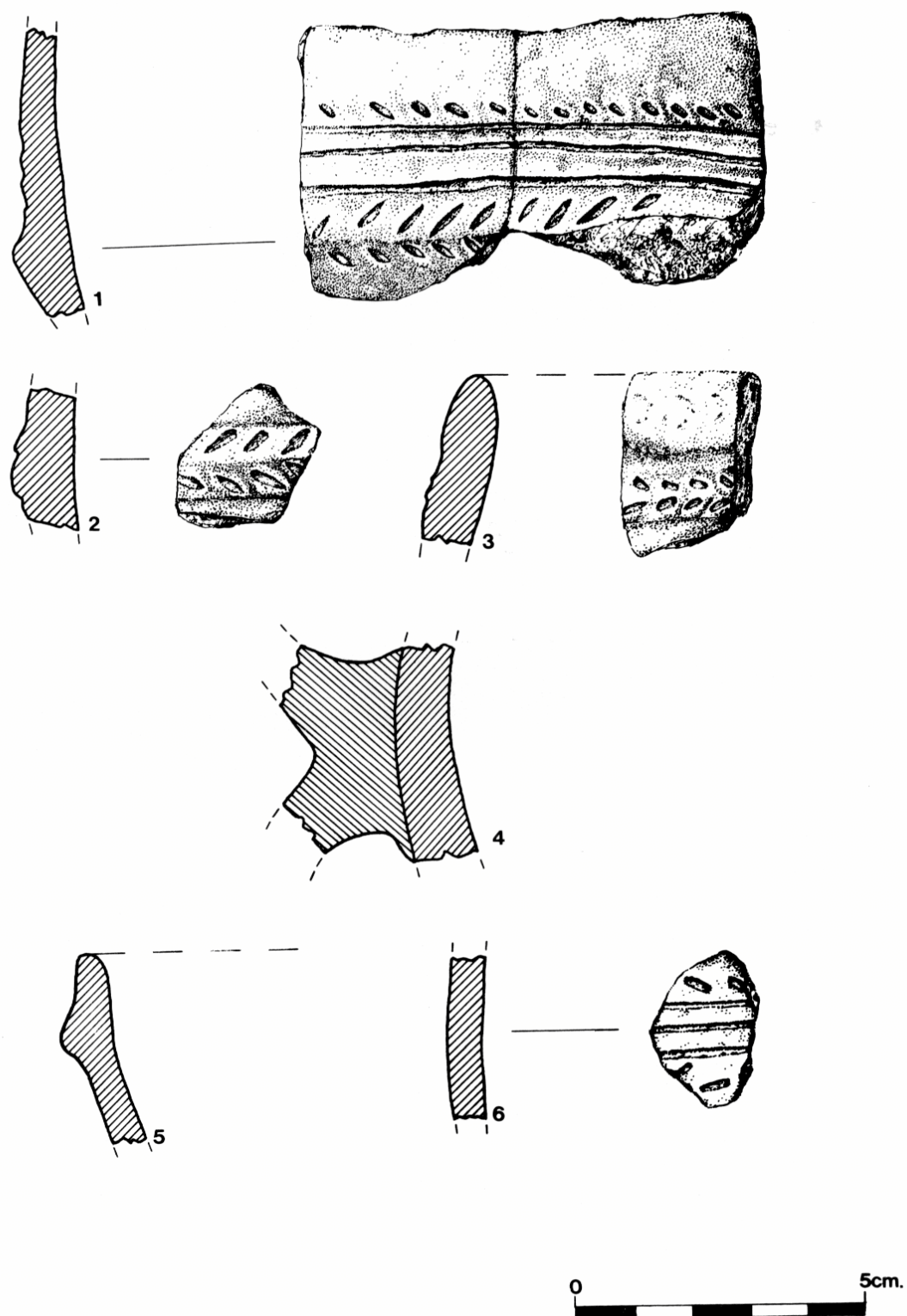


Fig. 279.- Cerámicas recuperadas en prospección, según Mercader et alii, 1989.

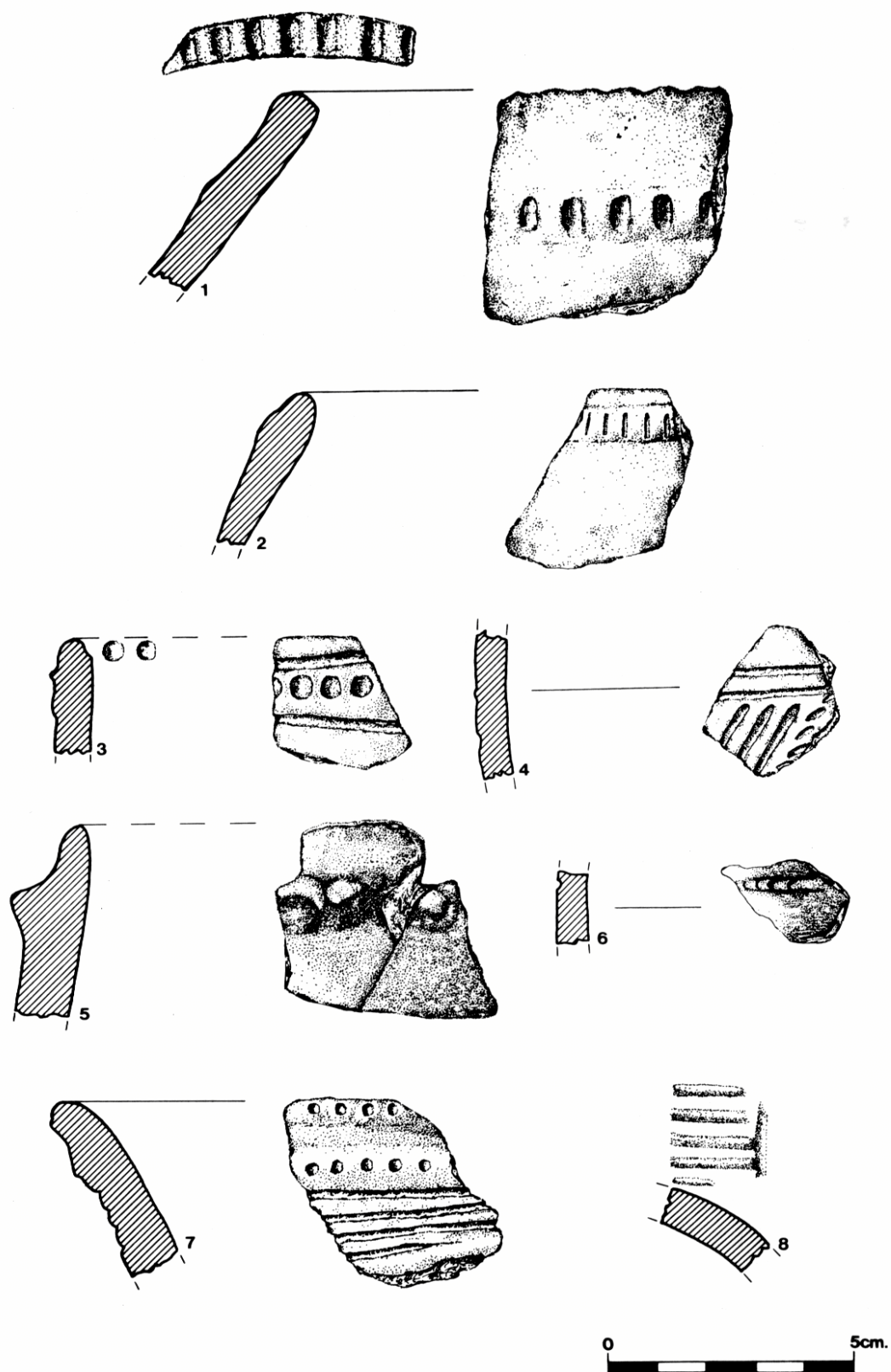


Fig. 280.- Cerámicas recuperadas en prospección, según Mercader et alii, 1989.

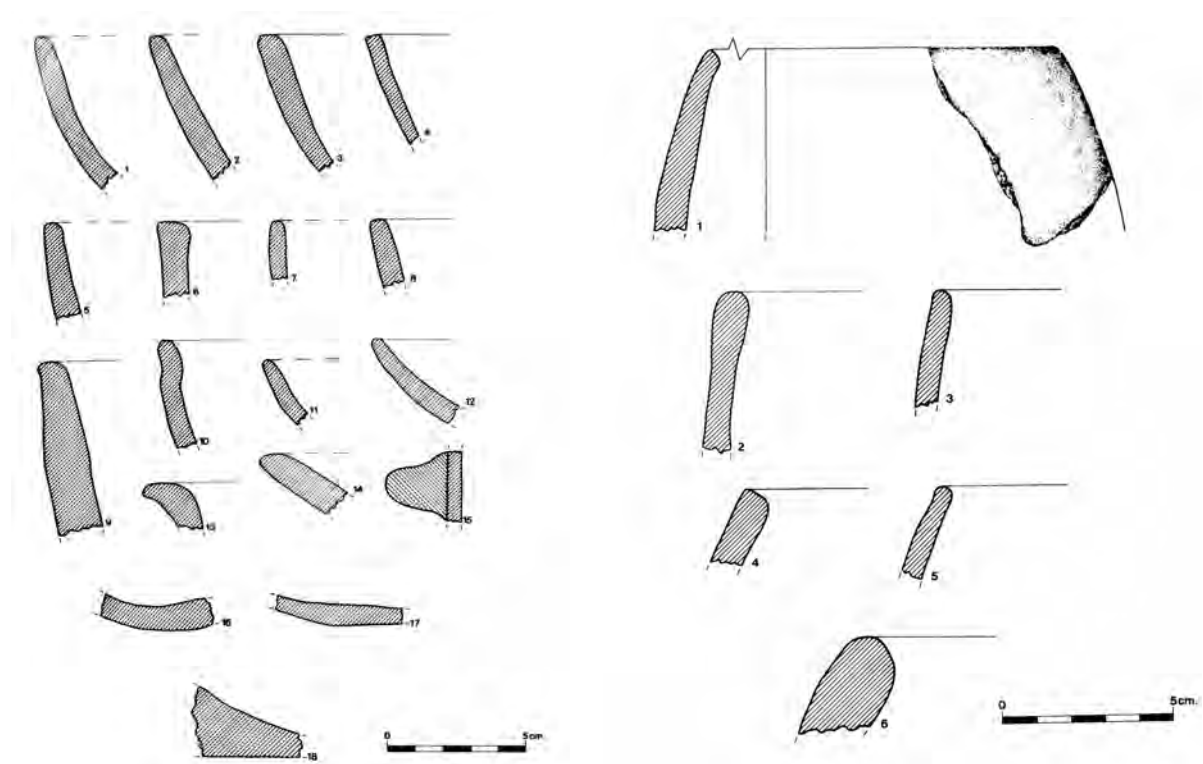


Fig. 281.- Cerámicas recuperadas en prospección, según Mercader et alii, 1989.

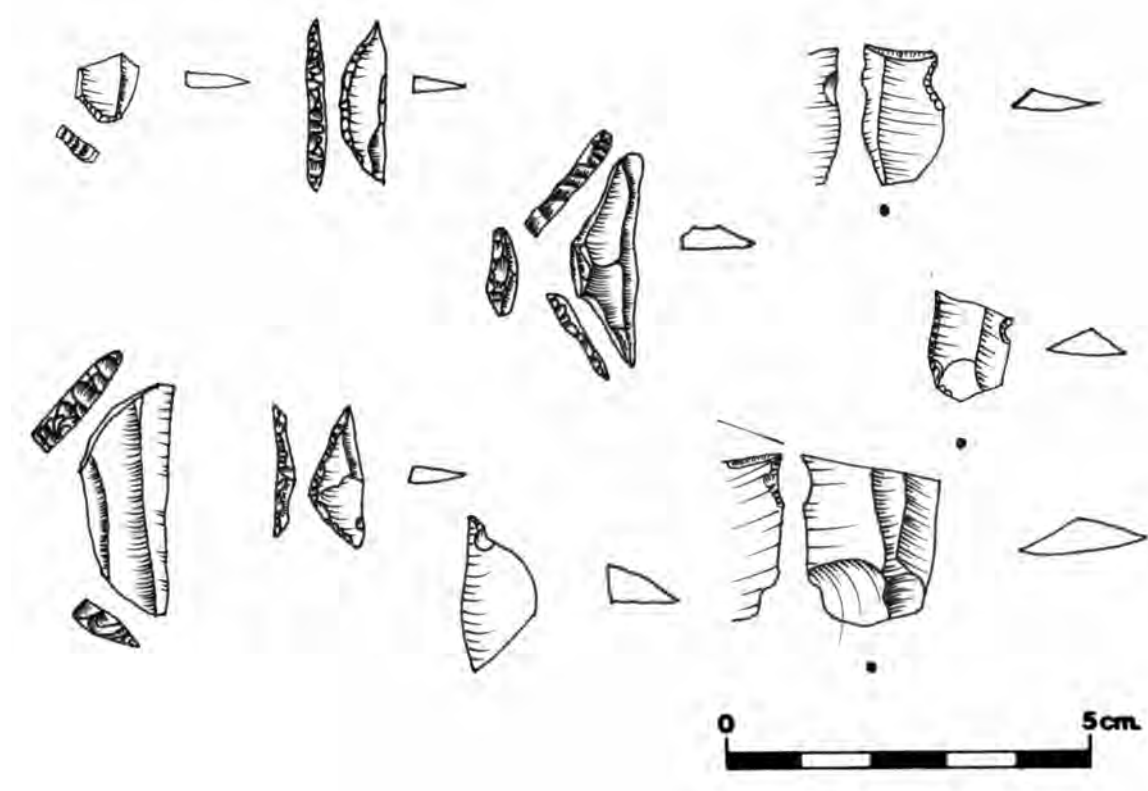


Fig. 282.- Industria lítica de sustrato (geométricos y microburiles) procedentes de la Cabaña I

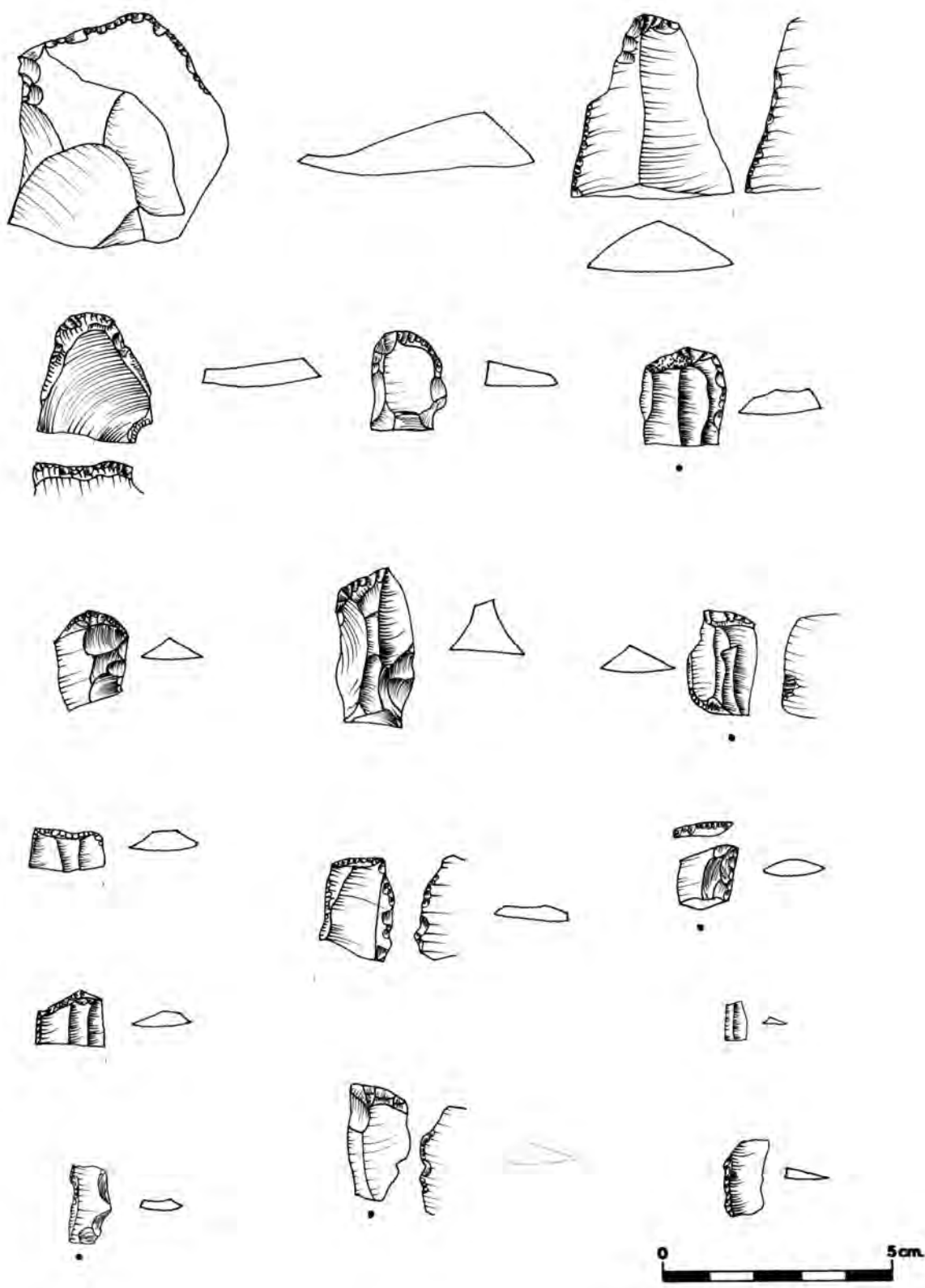


Fig. 283.- Industria lítica de sustrato (raspadores, truncaturas y laminitas) de la Cabaña 1

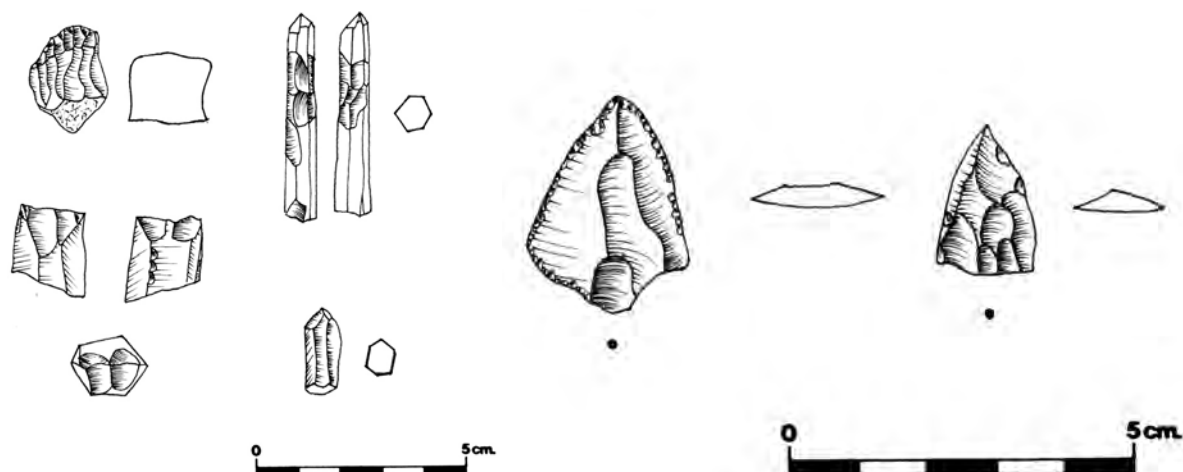


Fig. 284.- *Industria lítica sobre cristal de roca procedente de la Cabaña 1.*

Fig. 285.- *LABA (Lasca/lámina apuntada de base adelgazada) procedentes de la Cabaña 1.*

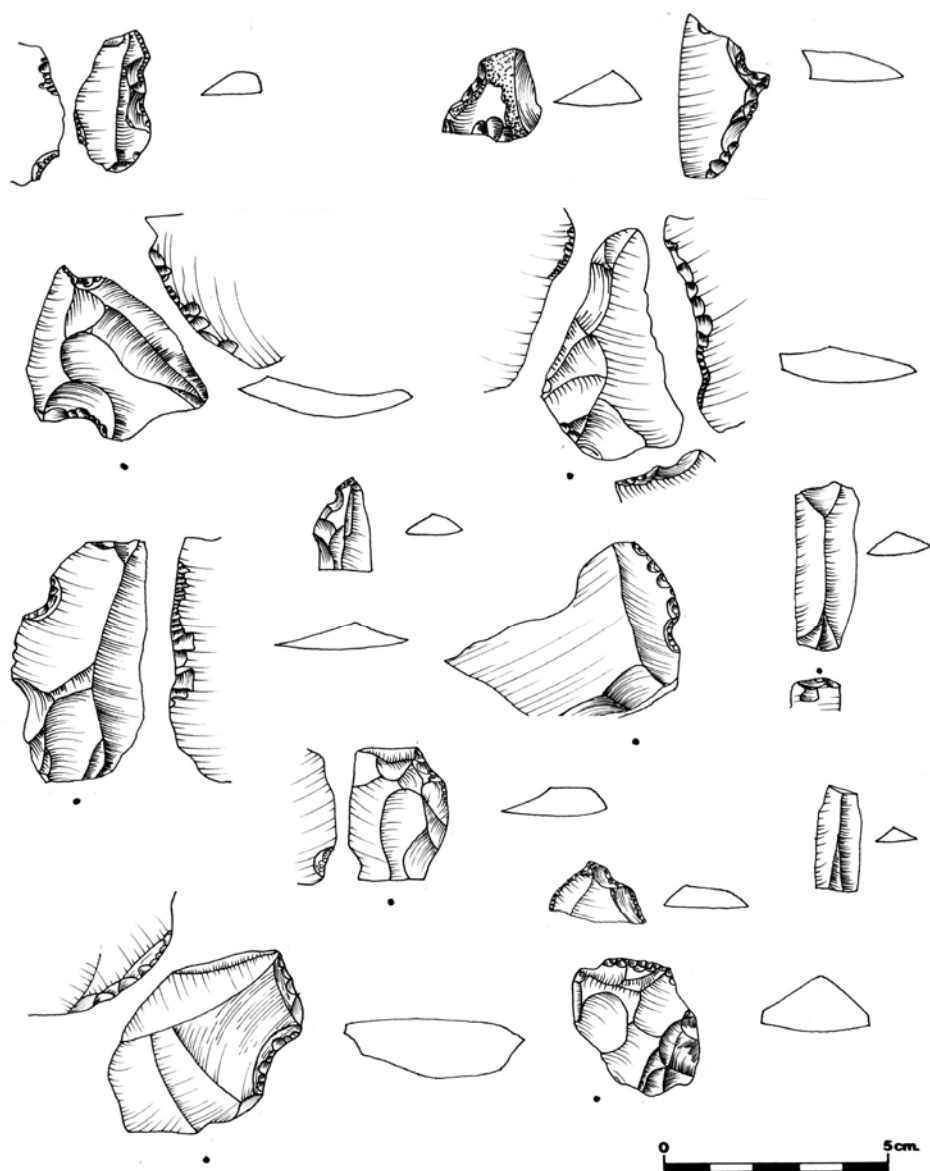


Fig. 286.- *Industria lítica retocada (muescas y diversos) procedente de la Cabaña 1*

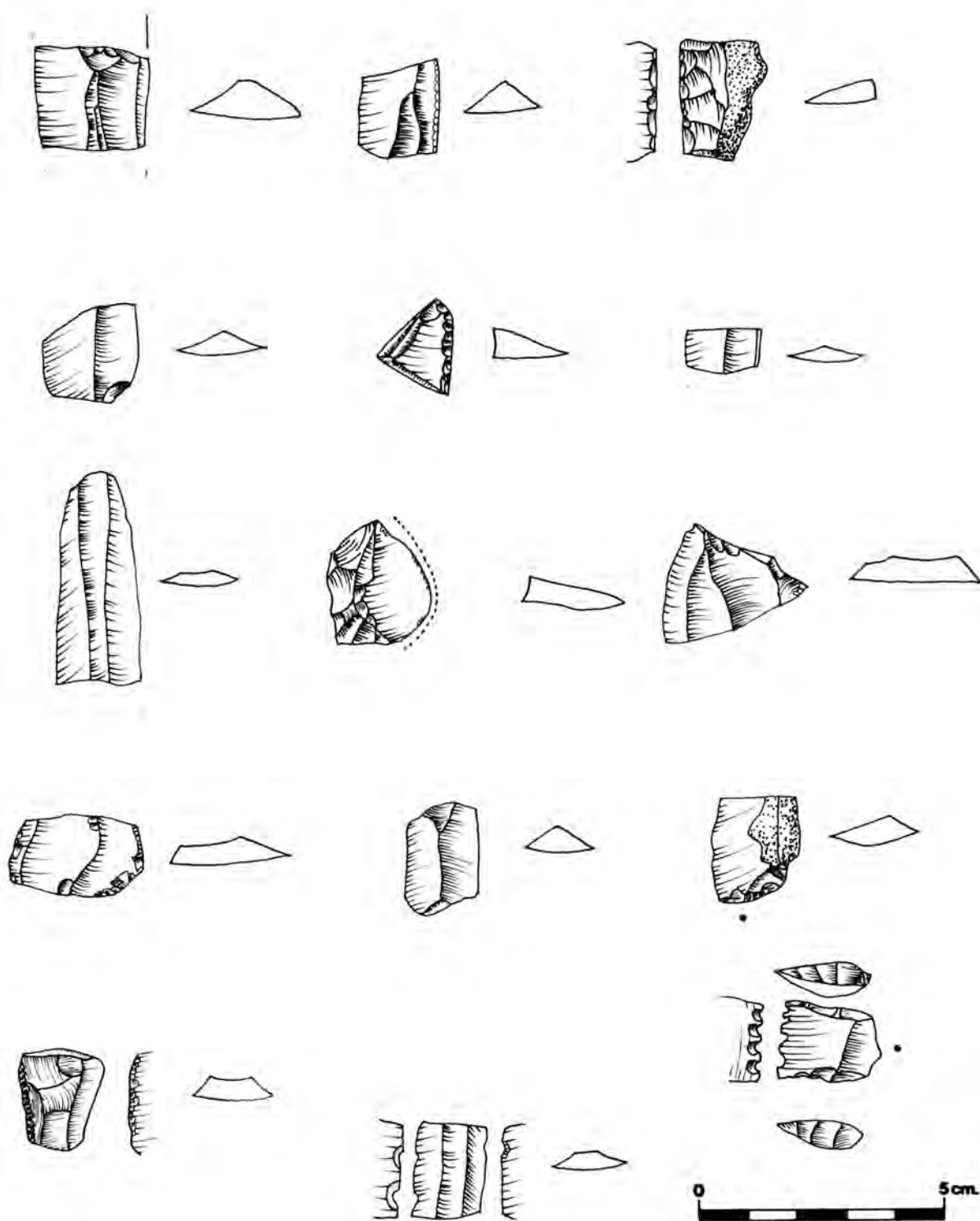


Fig. 287.- EEUC (elemento de enmague para útil compuesto) procedente de la Cabaña 1

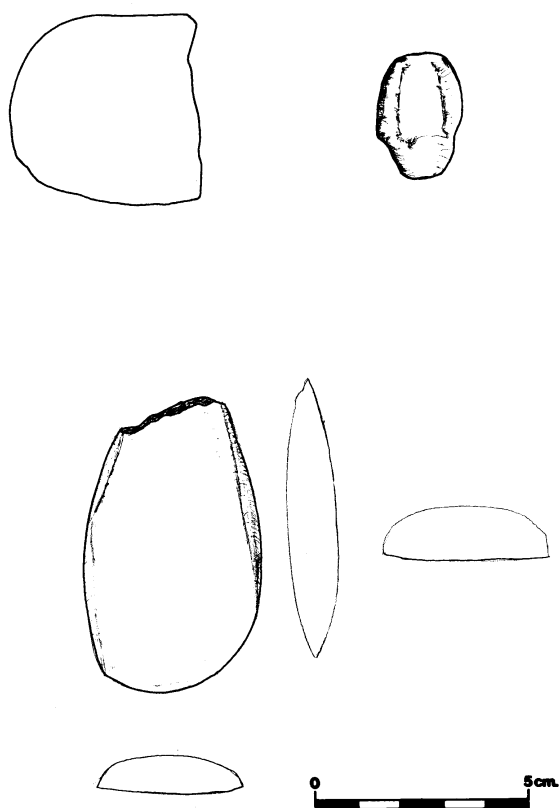


Fig. 288.- *Industria lítica pulimentada y micro-percutor de cuarzo procedentes de la Cabaña I*

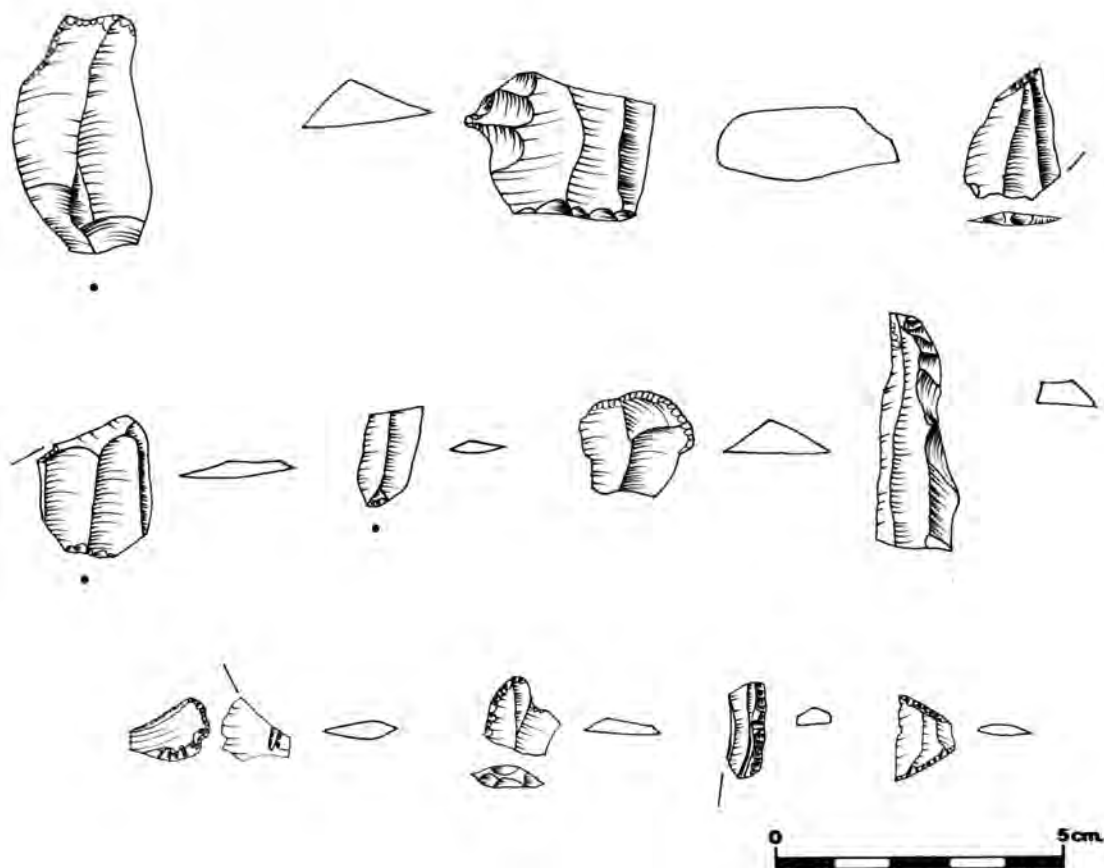


Fig. 289.- *Industria lítica retocada procedente de la Cabaña 2*

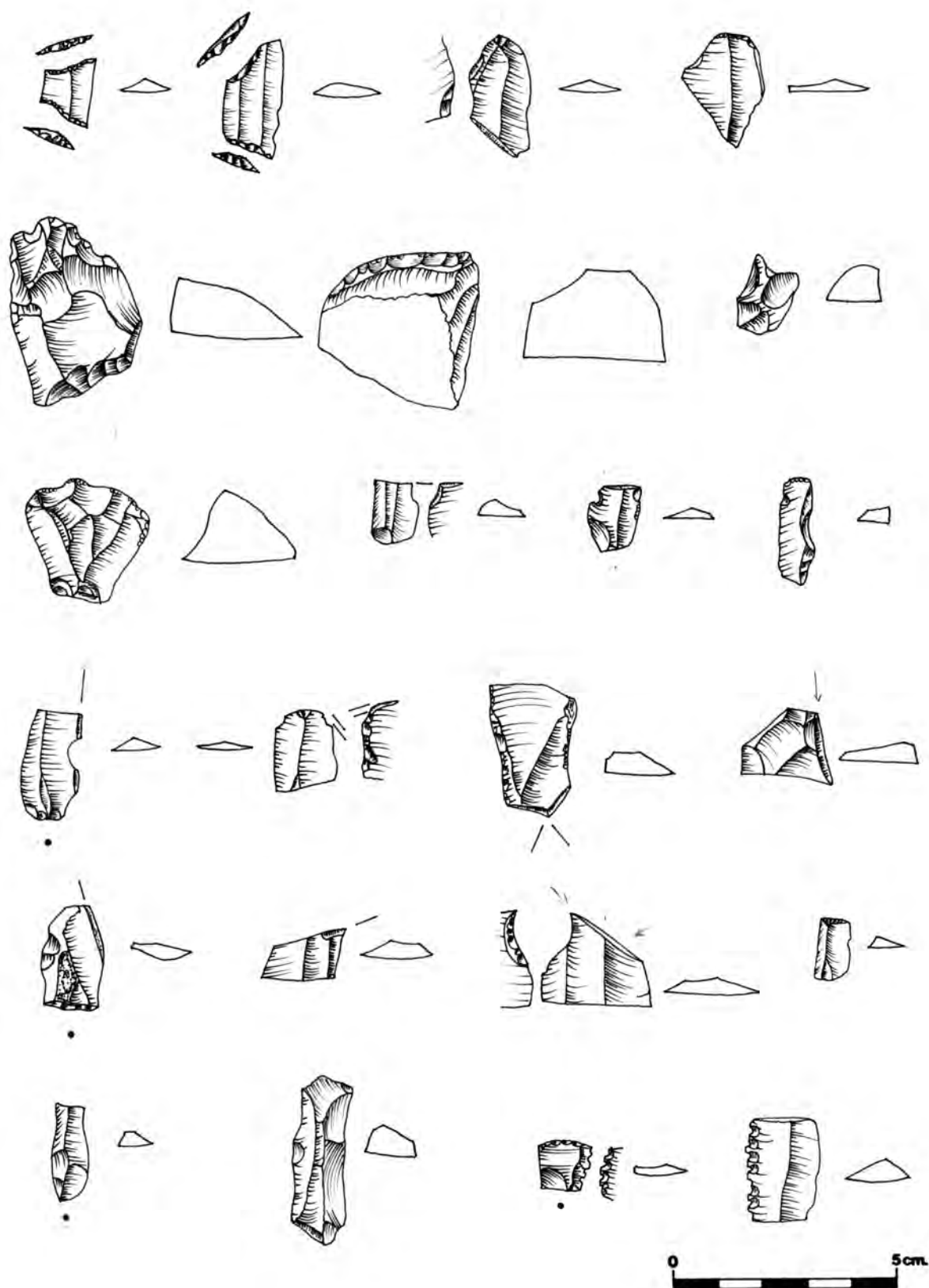


Fig. 290.- Industria lítica de sustrato (geométricos, raspadores, buriles y muescas y denticulados) procedente de la Cabaña 3

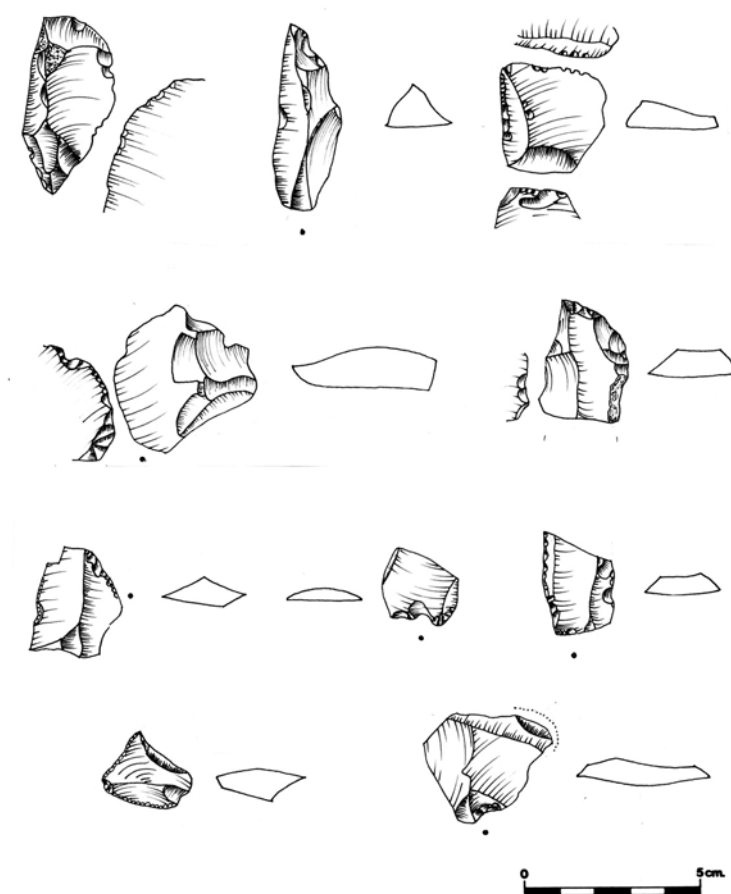


Fig. 291.- Industria lítica retocada (denticulados y útiles de fortuna) procedentes de la Cabaña 3

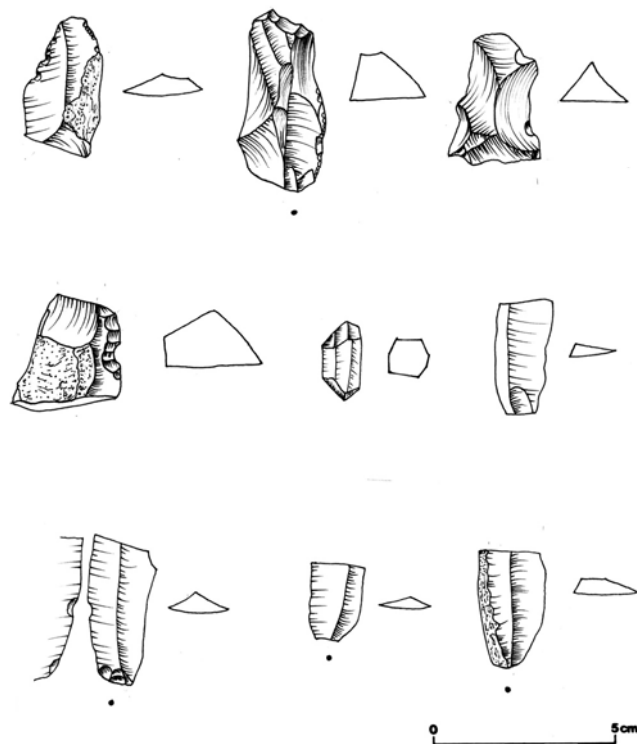


Fig. 292.- Industria lítica (diversos, láminas y prisma de cristal de roca) procedente de la Cabaña 3

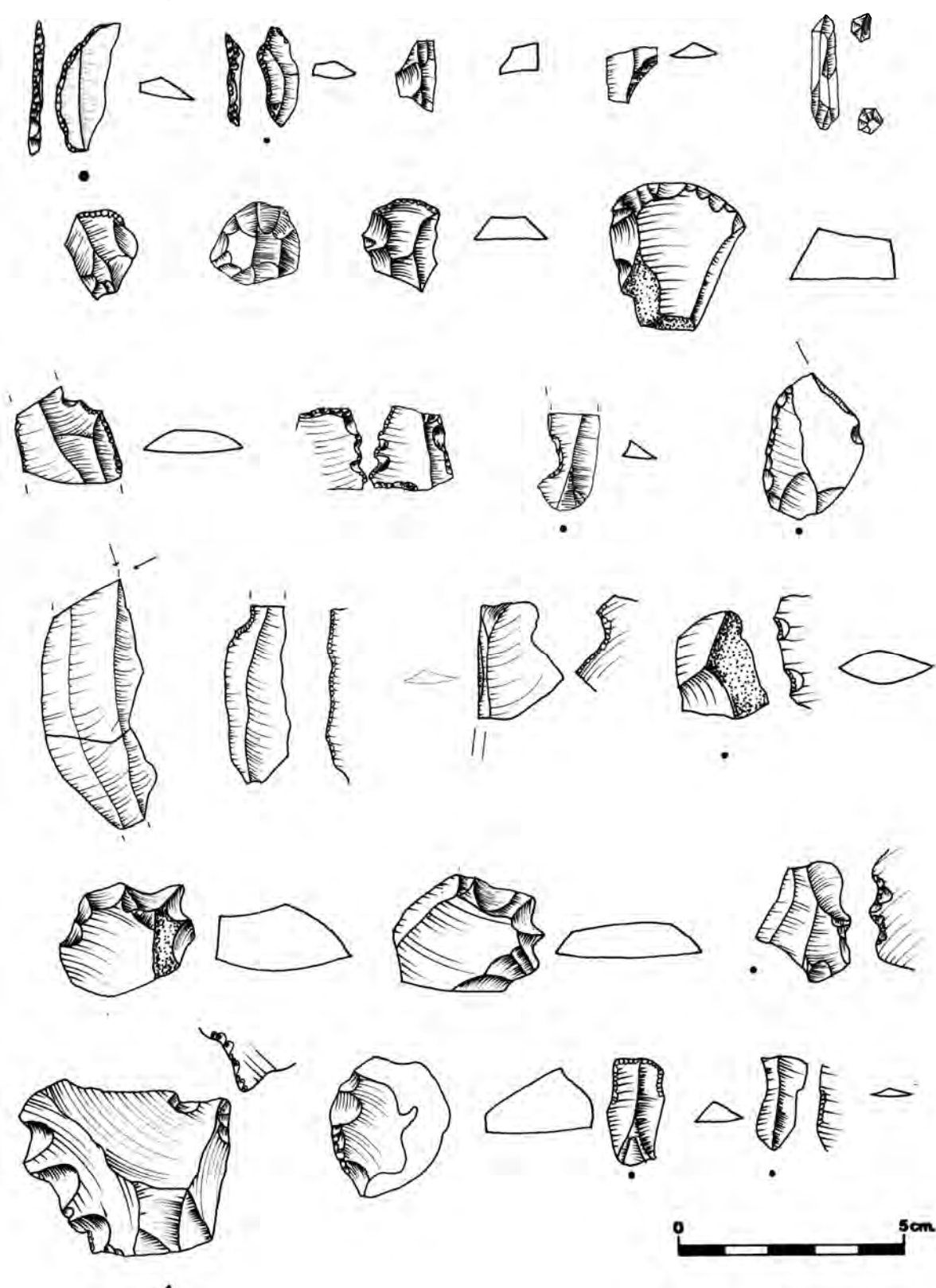


Fig. 293.- Industria lítica de substrato (geométricos, raspadores, buriles y muescas y denticulados) procedente de la Cabaña 4

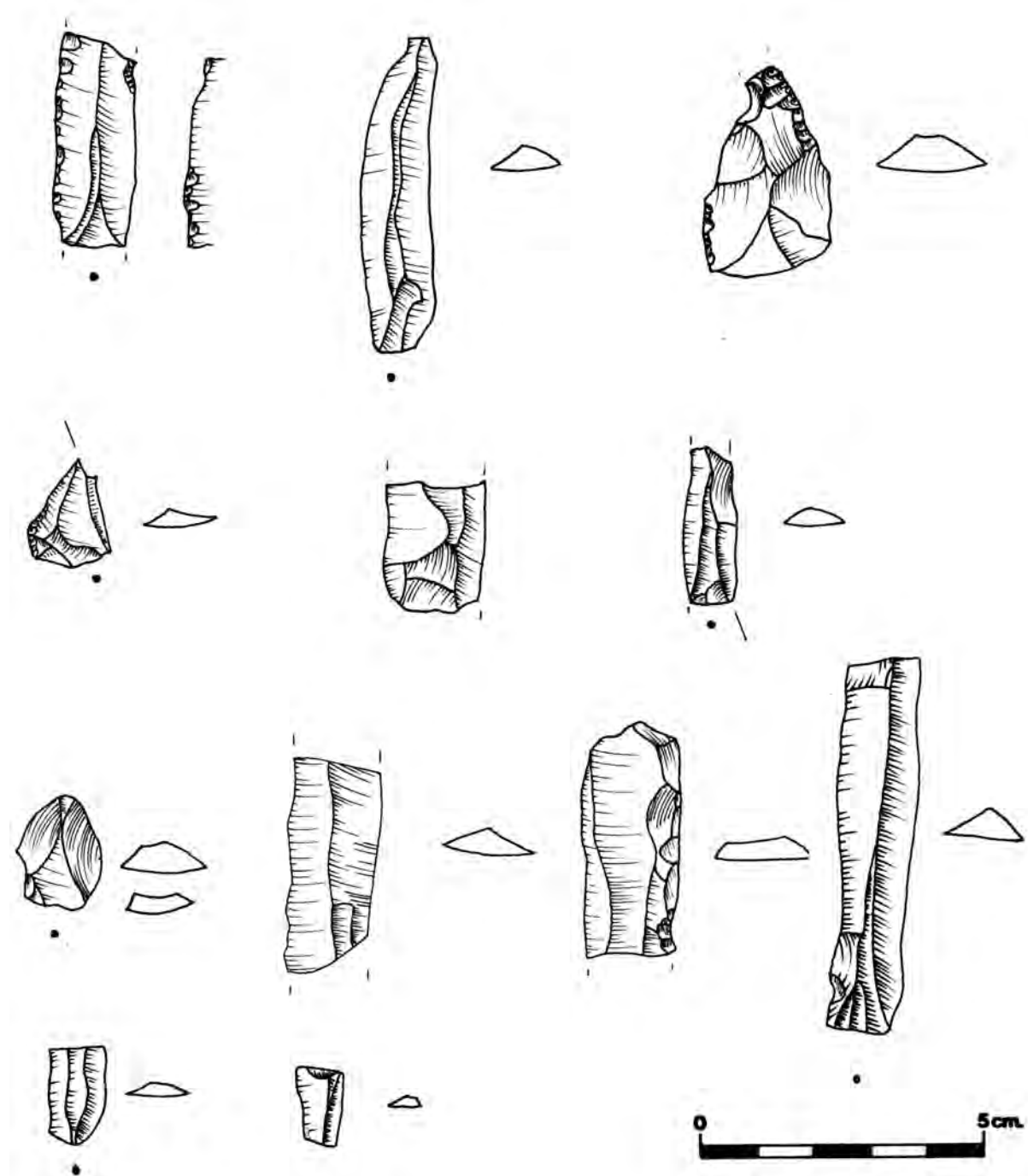


Fig. 294.- Industria lítica (buriles, muescas y láminas) procedente de la Cabaña 4

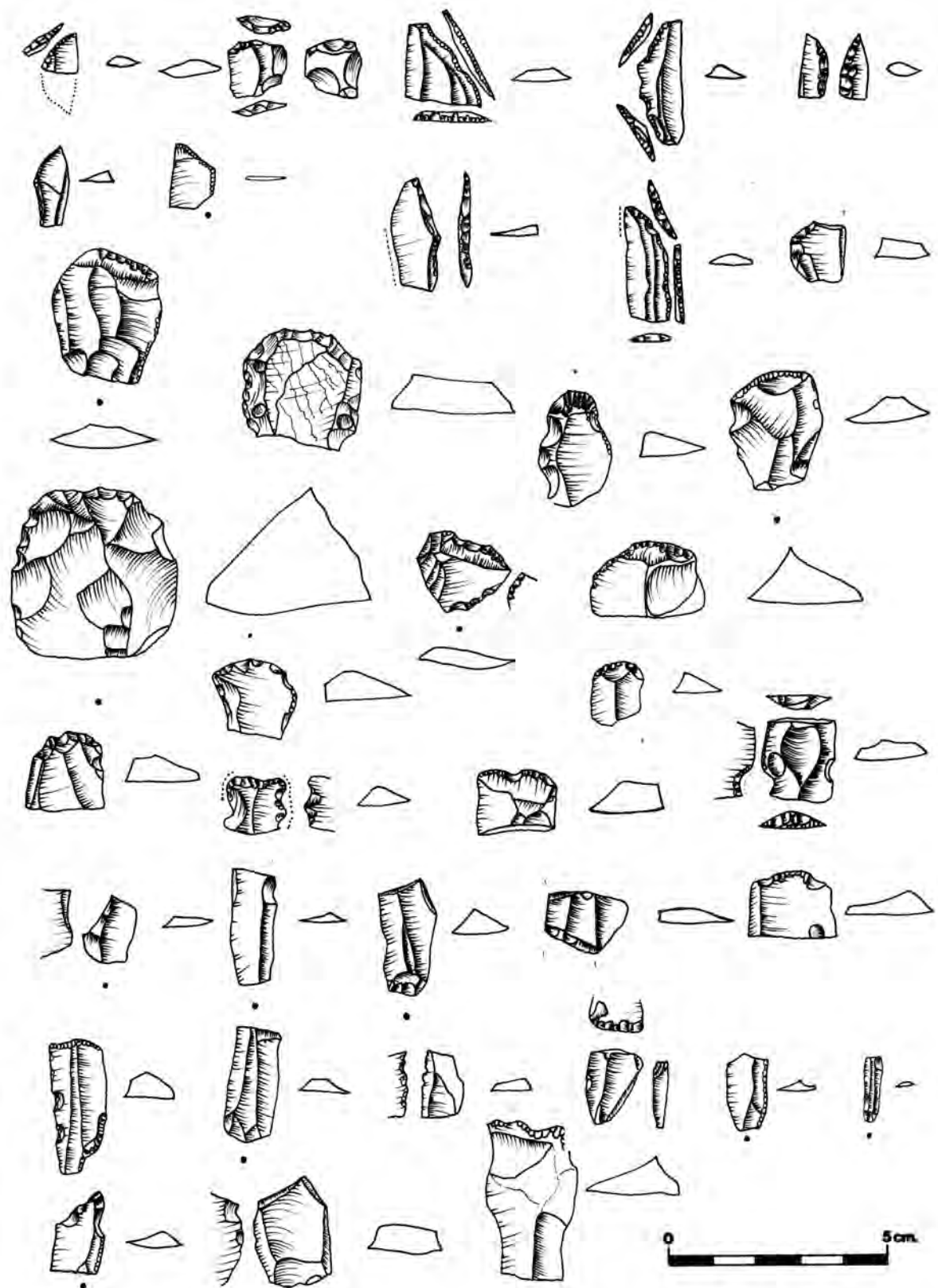


Fig. 295.- Industria lítica de sustrato (geométricos, raspadores, buriles, microperforadores y muescas y denticulados) procedente del exterior de las cabañas.

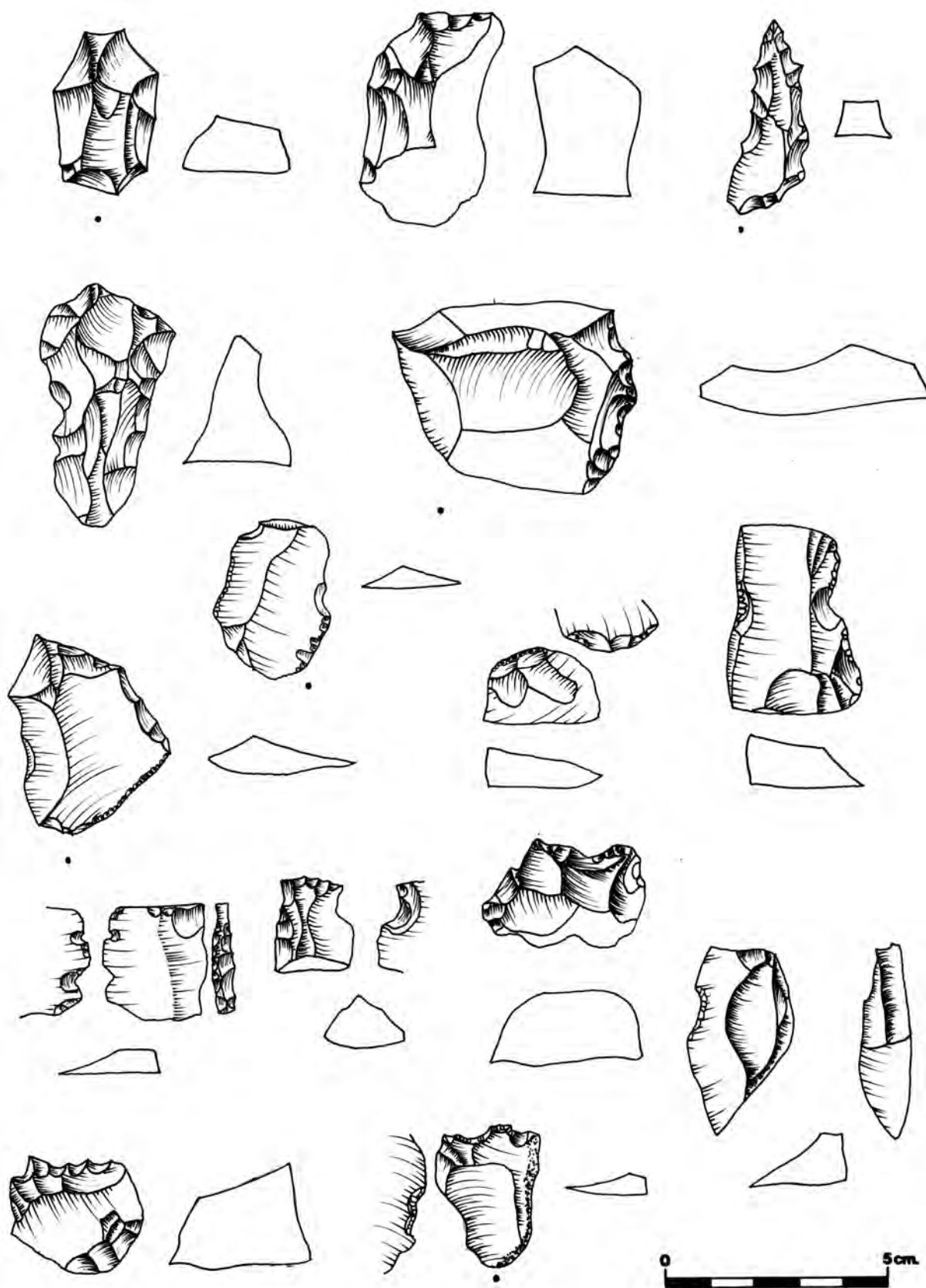


Fig. 296.- *Industria lítica de sustrato (muescas y denticulados) procedente del exterior de las cabañas.*

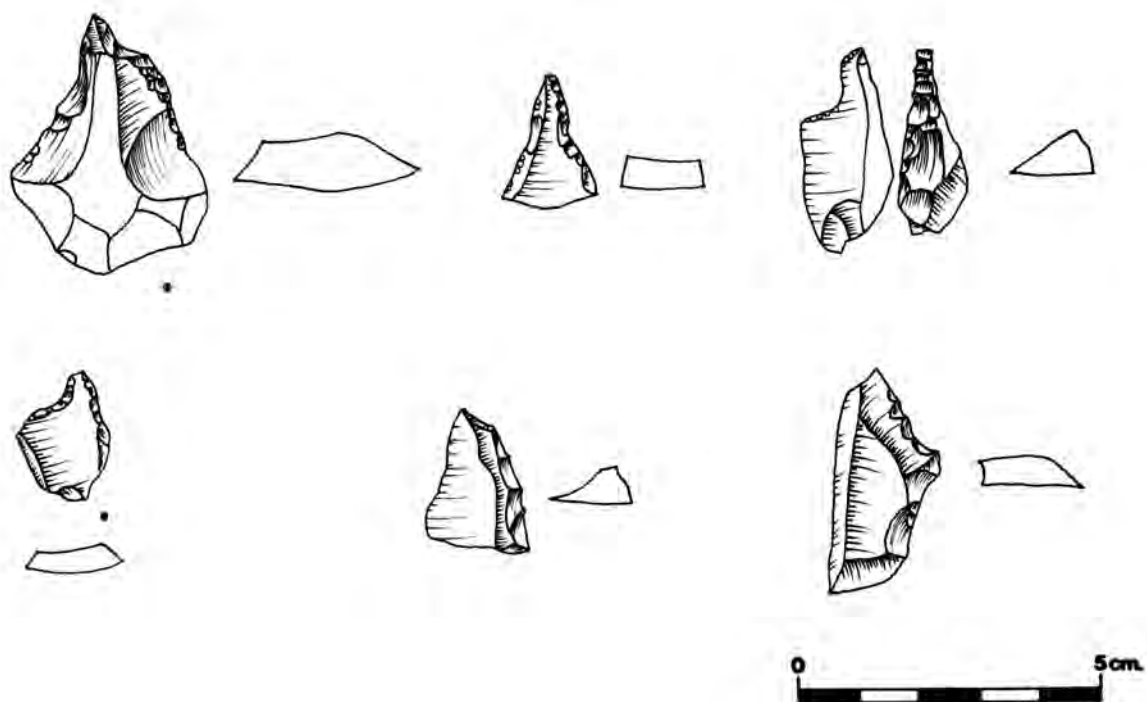


Fig. 297. - Perforadores y microperforadores procedente del exterior de las cabañas

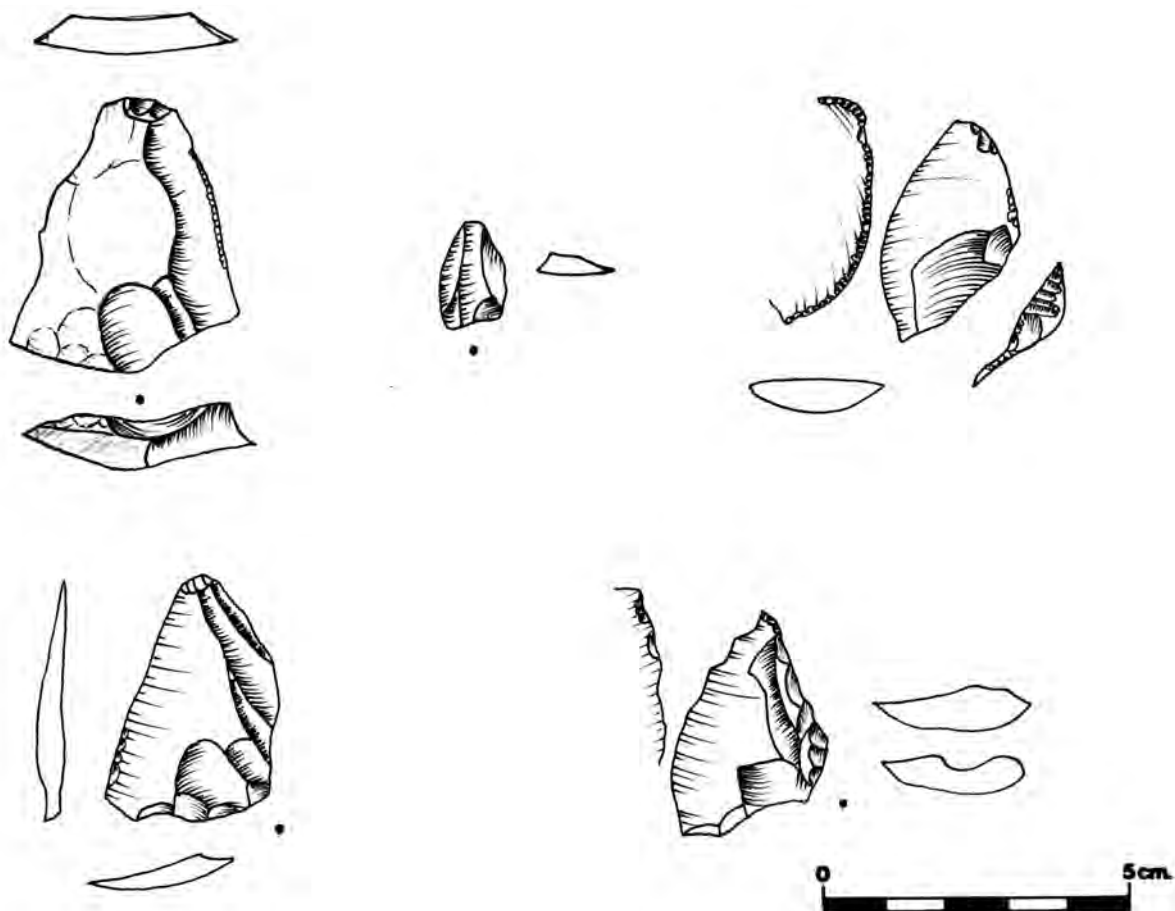


Fig. 298. - LABA (Lasca/lámina apuntada de base adelgazada) procedentes del exterior de las cabañas

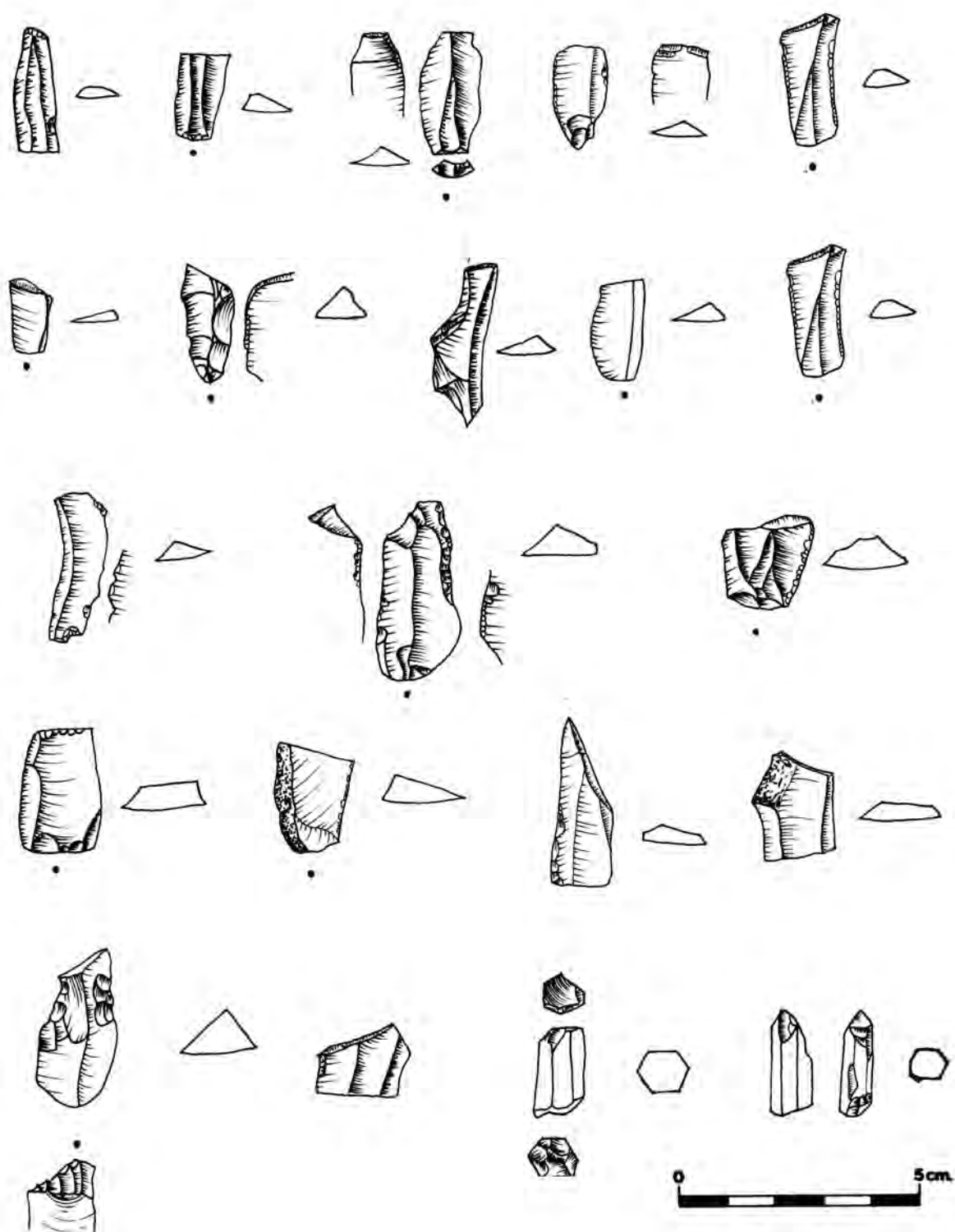


Fig. 299.- Laminitas, diversos y prismas tallados de cristal de roca procedentes del exterior de las cabañas

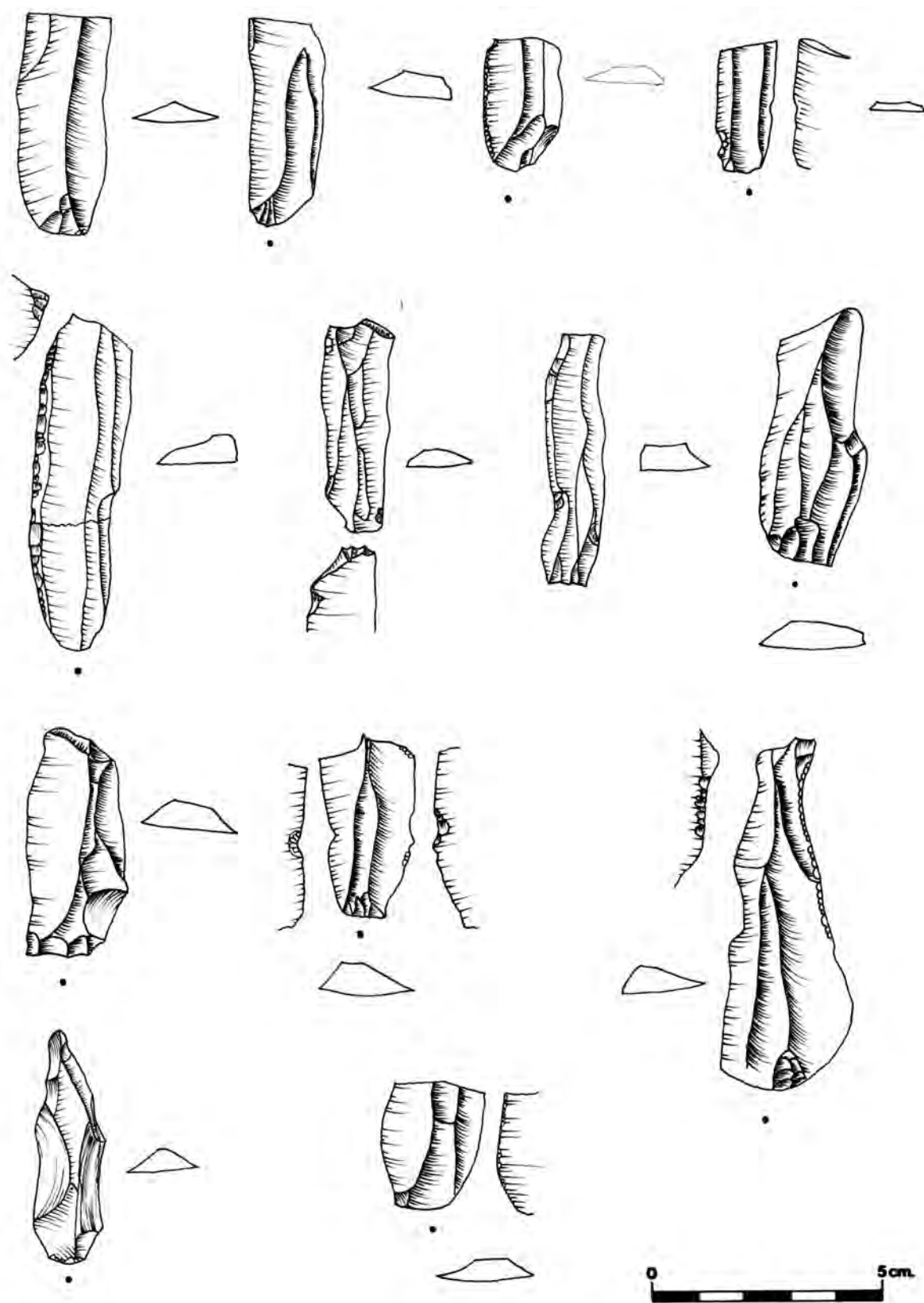


Fig. 300.- Láminas procedentes del exterior de las cabañas.

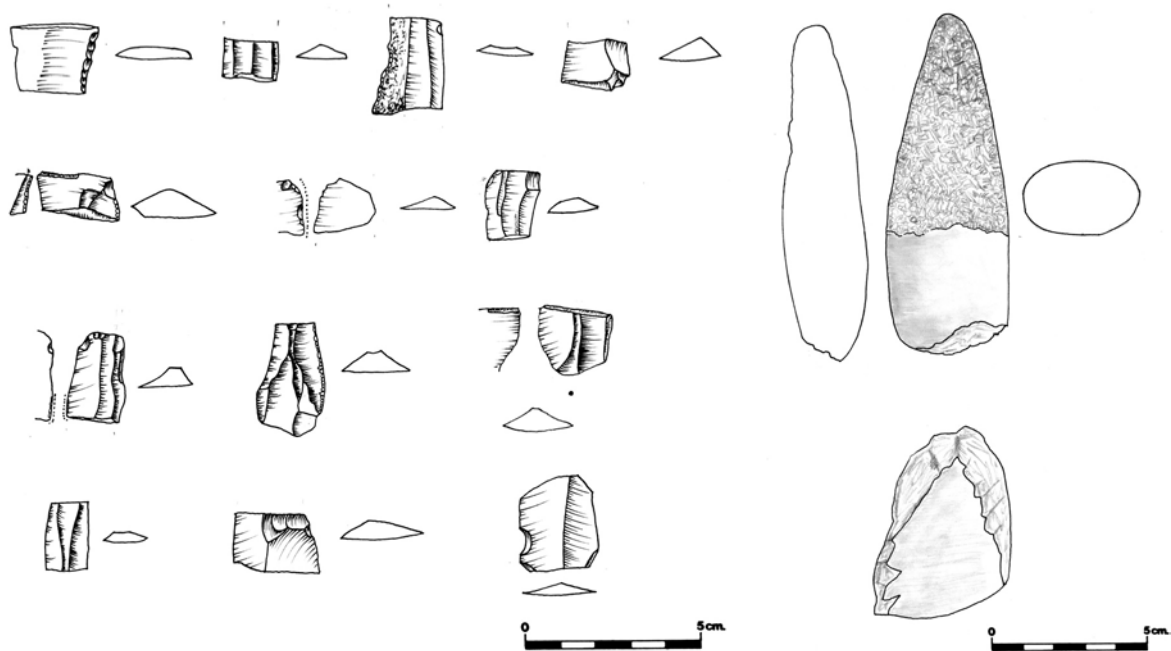


Fig. 301.- EEUC (elemento de empuje para útil compuesto) procedente del exterior de las cabañas.
Fig. 302.- Pulimentados procedente del exterior de las cabañas

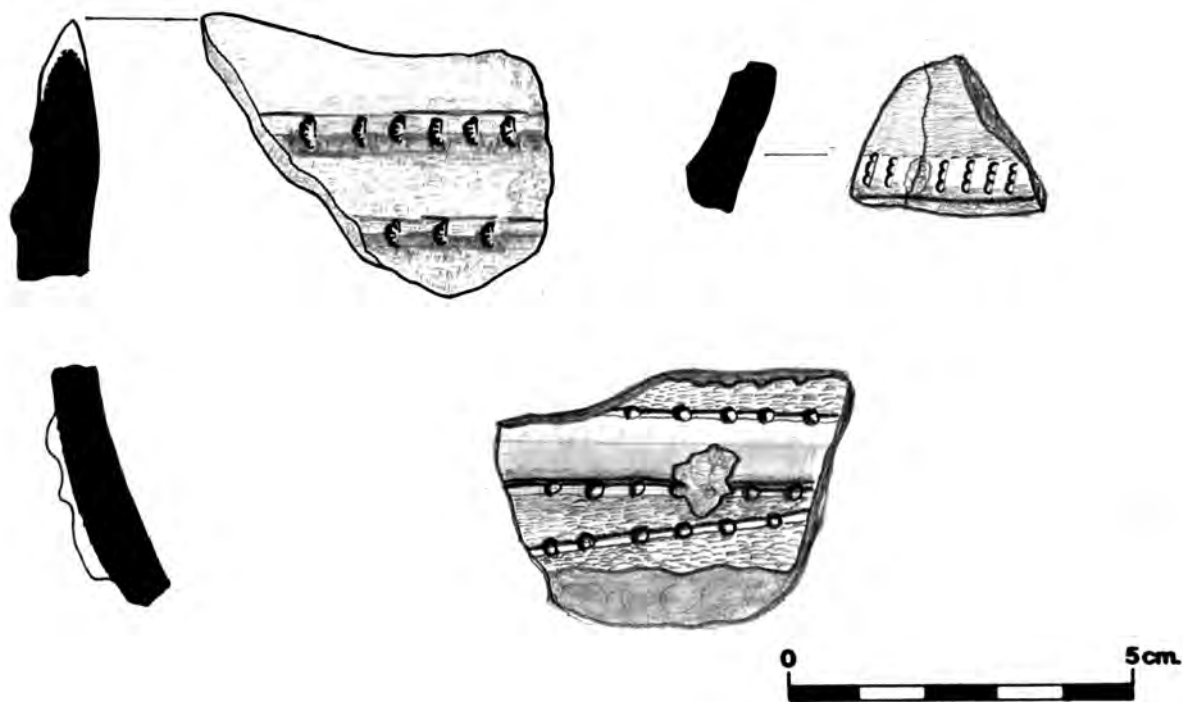


Fig. 303.- Cerámicas con decoraciones cardiales y de 'punto en raya' (verdadero boquique) procedentes de la Cabaña 1.

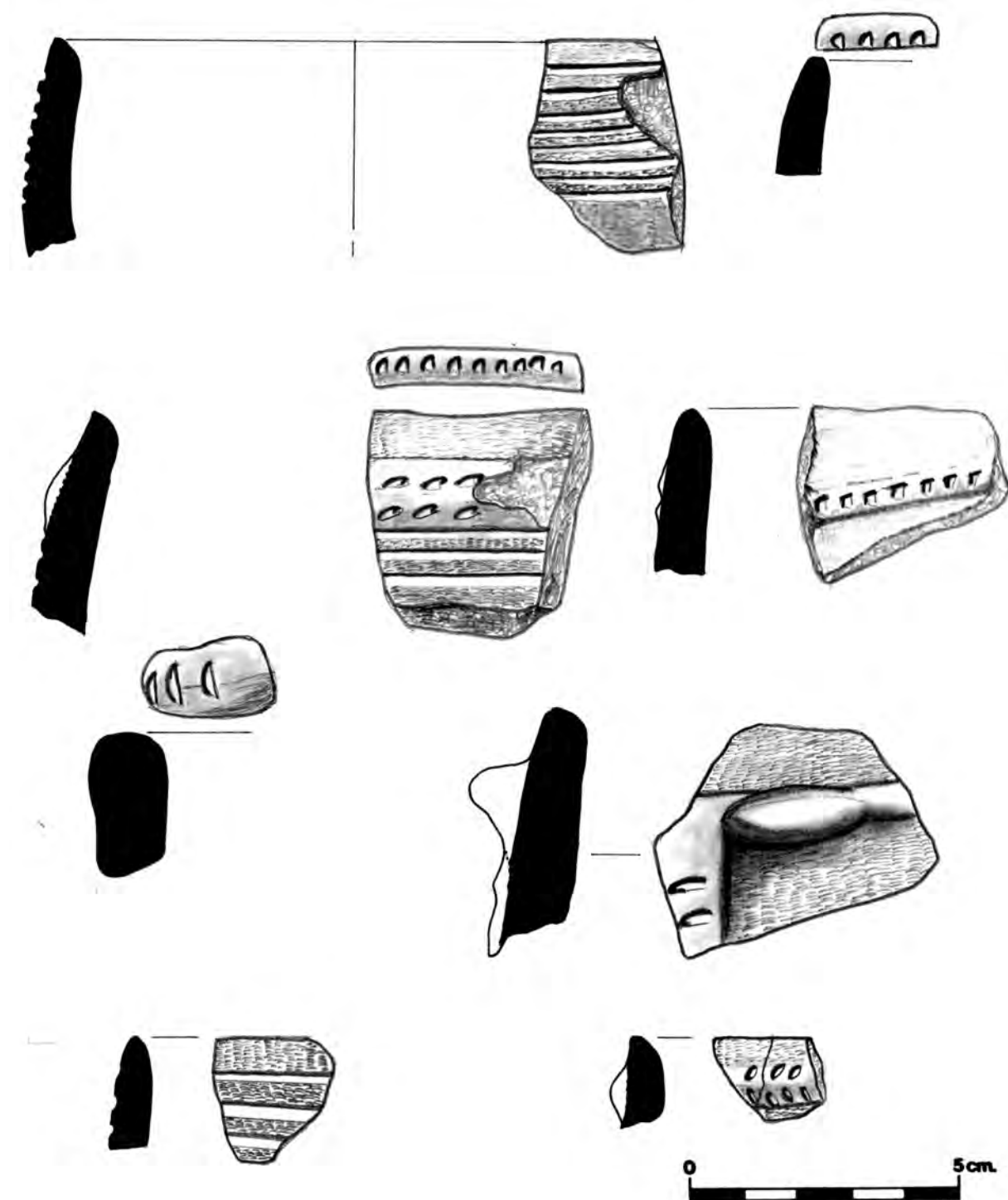


Fig. 304.- Cerámica decorada (Bordes) procedentes de la Cabaña 1.

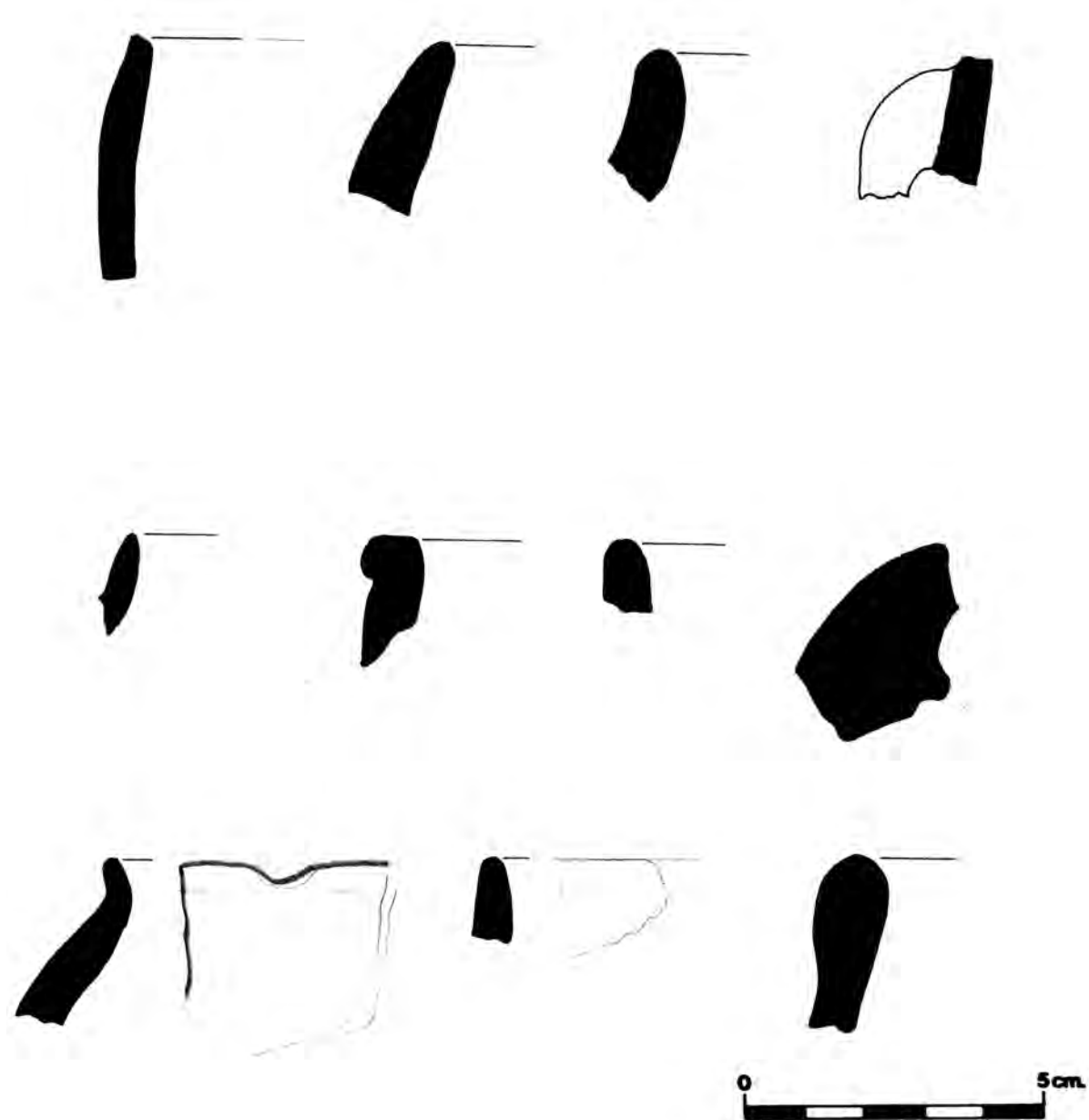


Fig. 305.- Cerámica lisa (bordes) procedentes de la Cabaña 1.

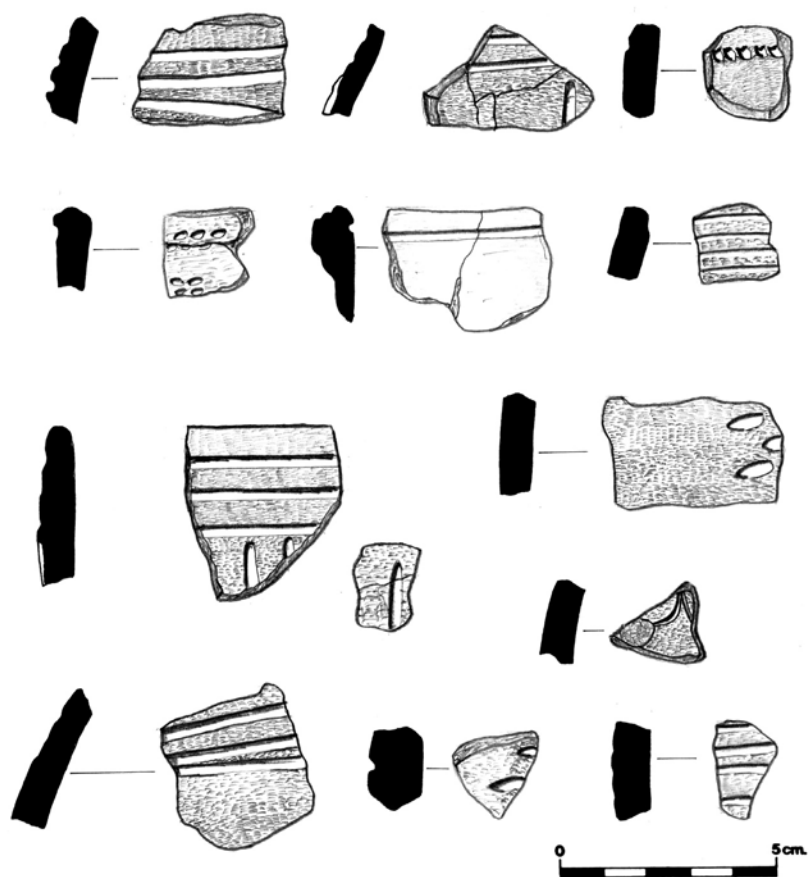


Fig. 306.- Cerámica decorada (galbos) procedentes de la Cabaña 1.

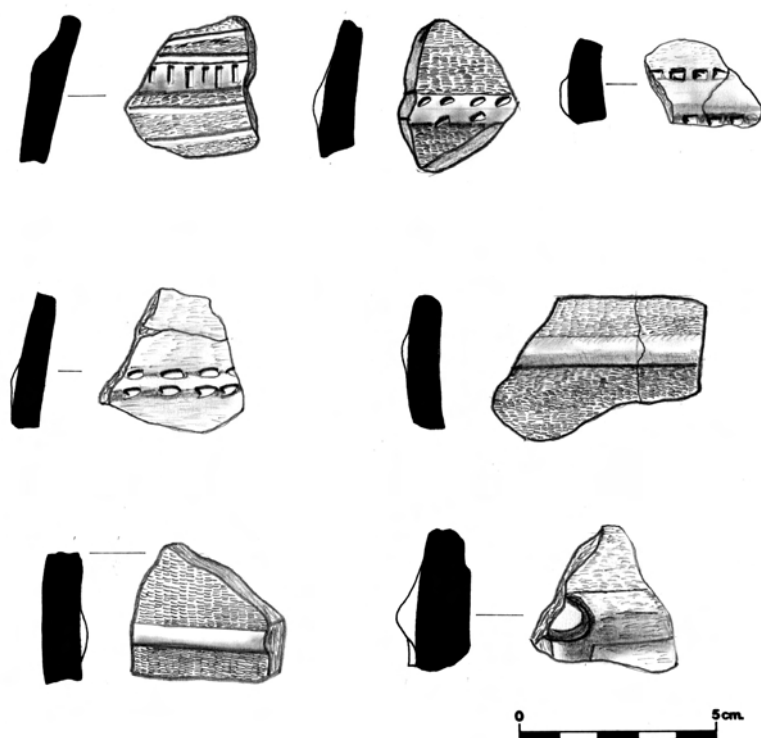


Fig. 307.- Cerámica decorada (cordones de escaso resalte impresos y lisos) procedentes de la Cabaña 1.

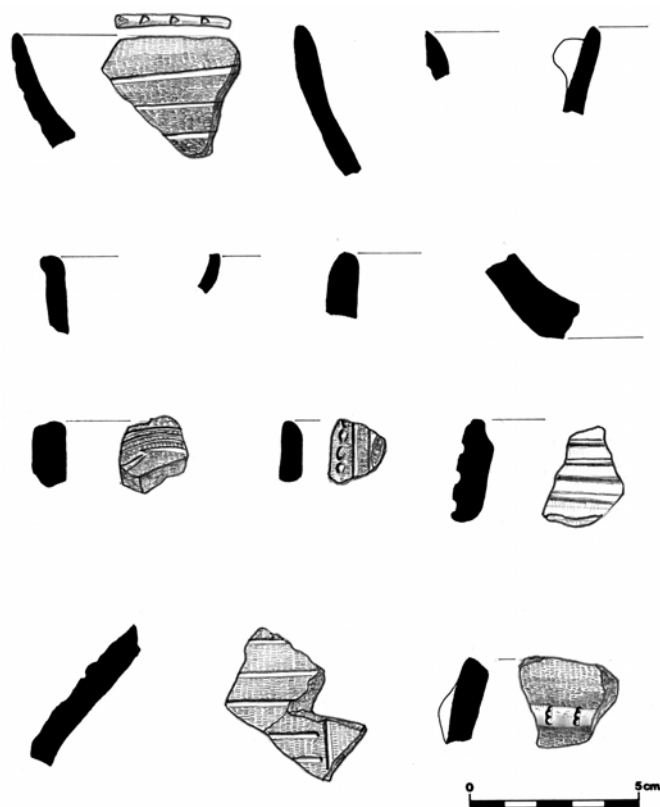


Fig. 308. - Cerámica decorada (Bordes y galbos) procedentes de la Cabaña 2

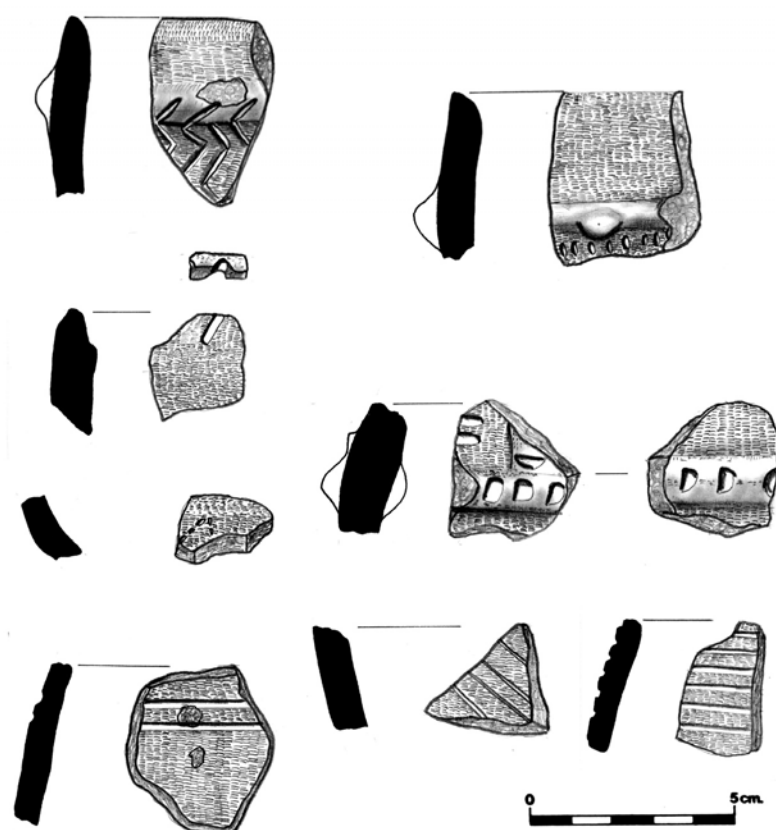


Fig. 309. - Cerámica decorada (Bordes y galbos) procedentes de la Cabaña 3

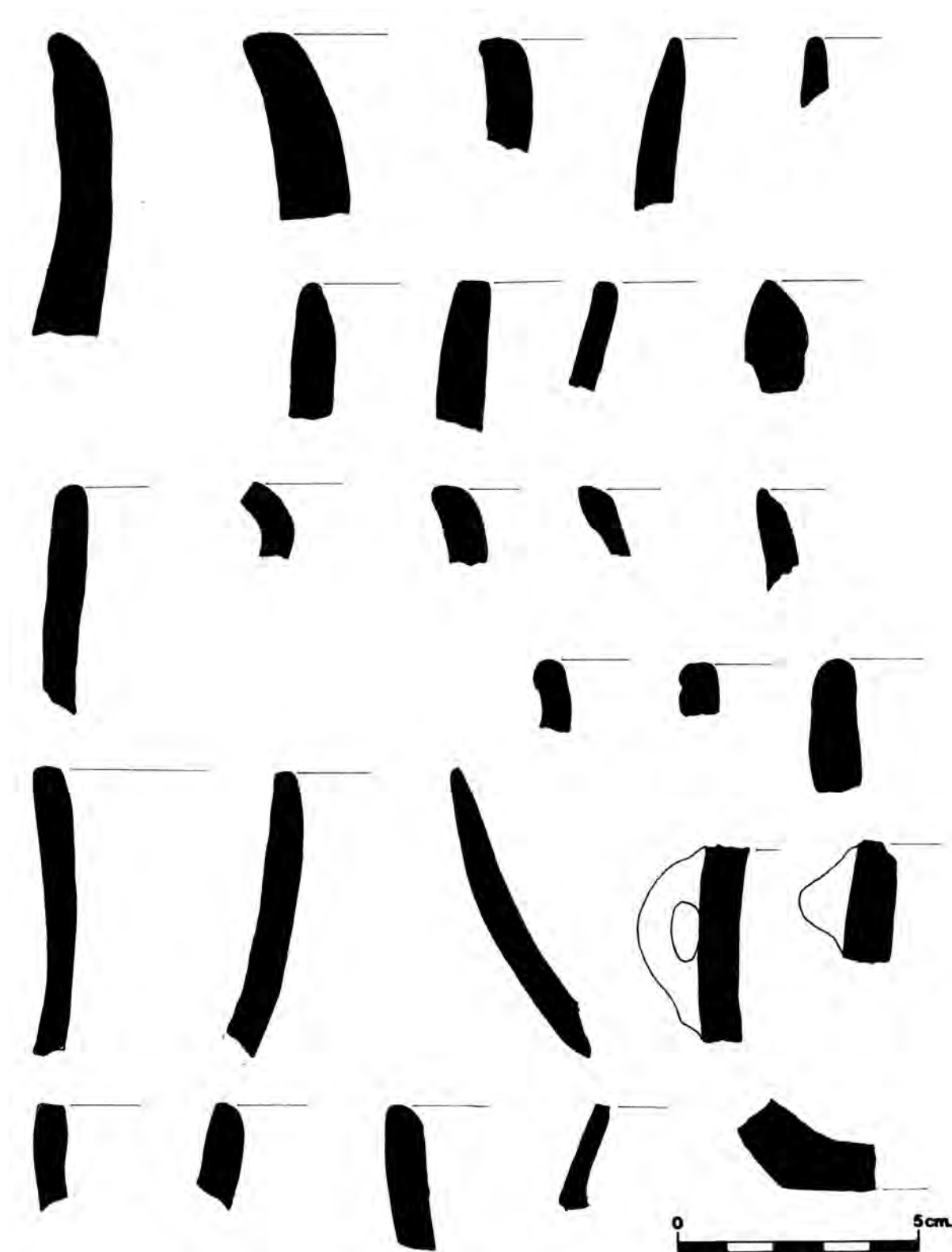


Fig. 310- *Cerámica lisa (bordes) procedentes de la Cabaña 3*

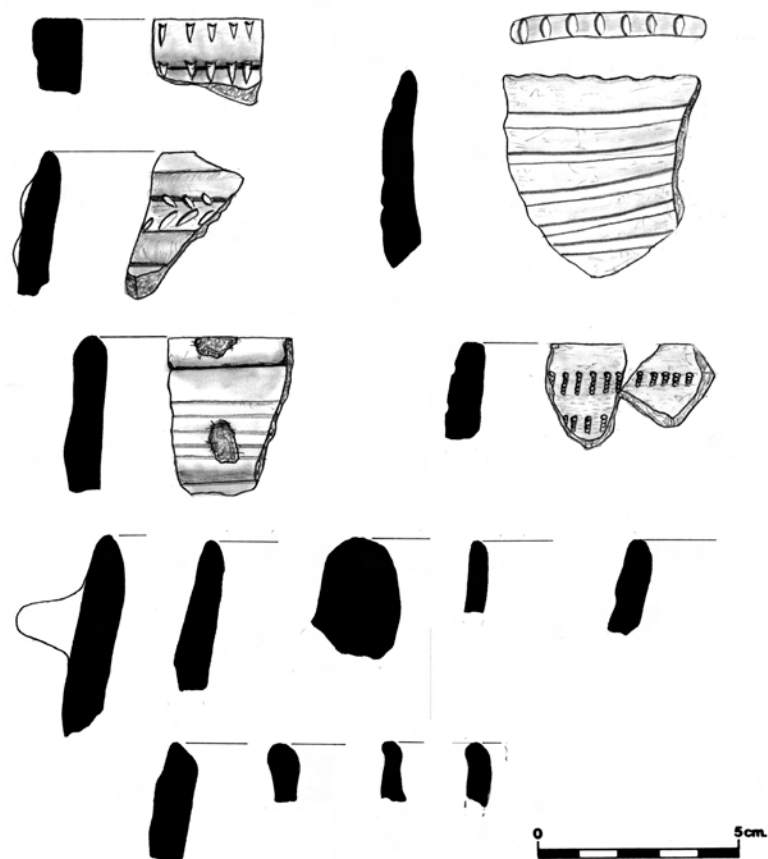


Fig. 311.- Cerámica decorada (Bordes) procedentes de la Cabaña 4

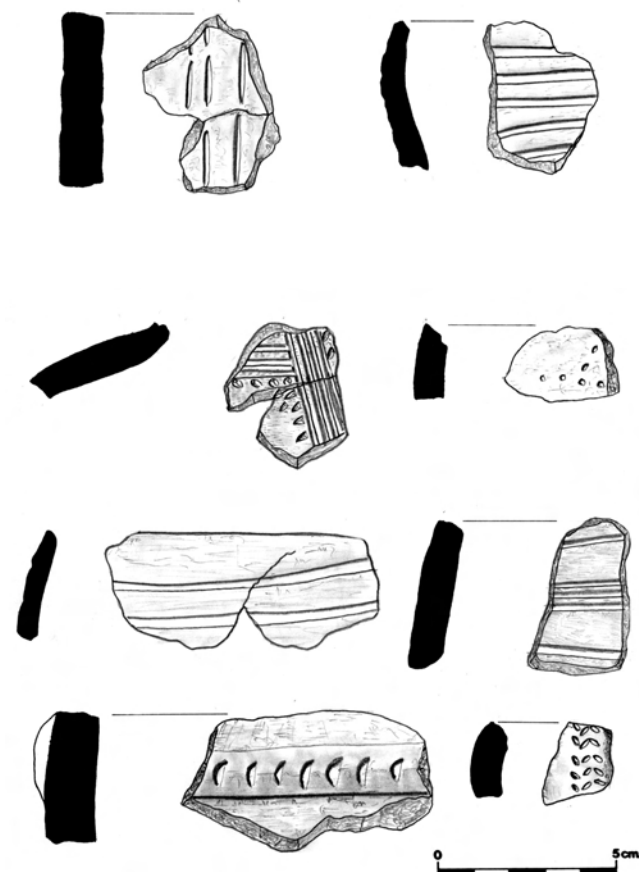


Fig. 312.- Cerámica decorada (Galbos) procedentes de la Cabaña 4

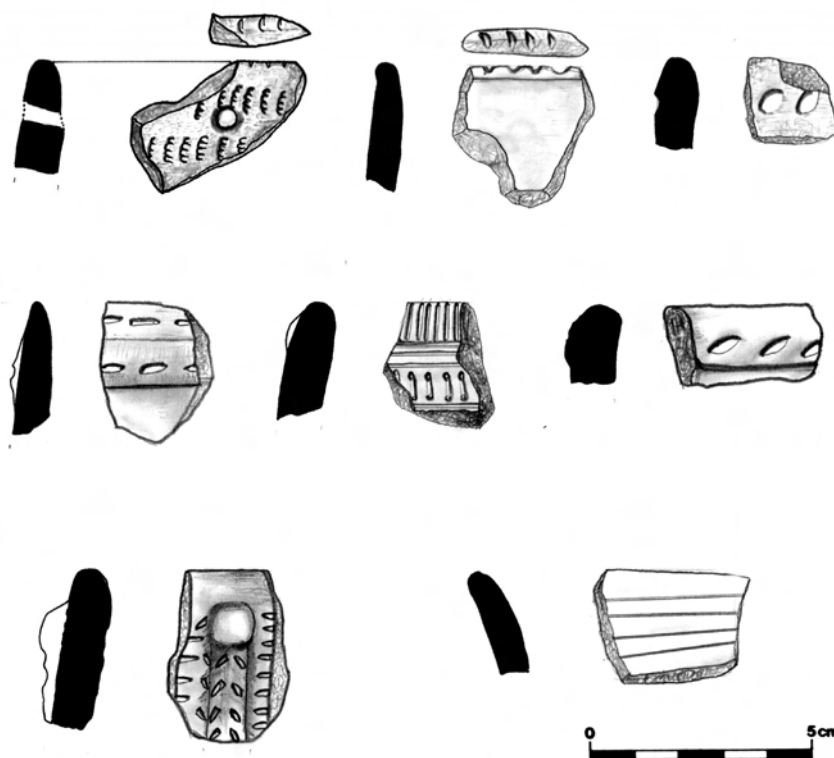


Fig. 313.- Cerámica con decoración cardial y bordes decorados procedentes del exterior de las cabañas

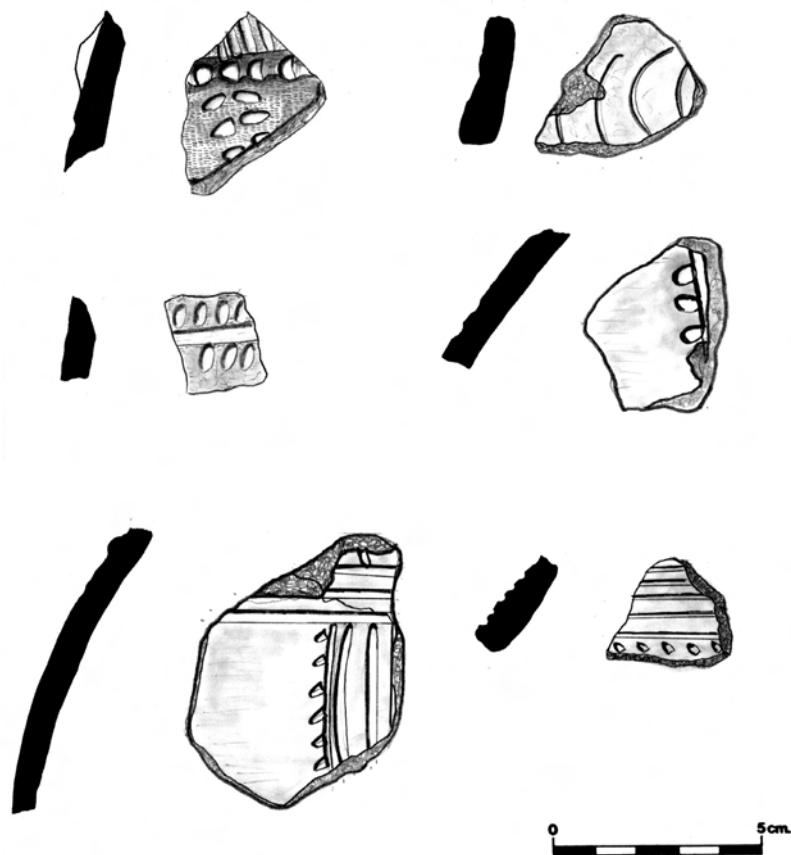


Fig. 314.- Cerámica decorada (Galbos) procedentes del exterior de las cabañas

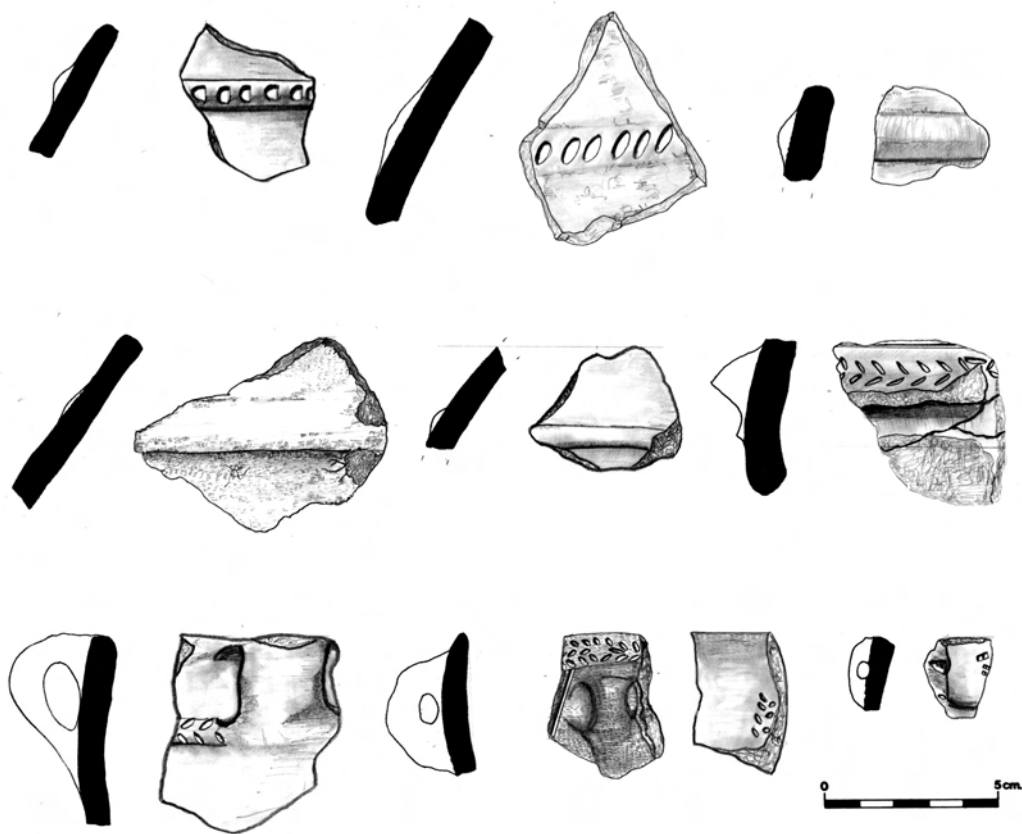


Fig. 315.- Cerámica decorada (cordones impresos y lisos de escaso resalte y asas) procedentes del exterior de las cabañas



Fig. 316.- Cerámicas lisas (bordes) procedentes del exterior de las cabañas

3.16. MESEGAR DE TAJO (Toledo)

UTM: 371.000 / 4.418.800

Yacimiento multisecuencial ubicado en una loma ligeramente elevada sobre la vega del río Tajo a una altura de 417 metros s.n.m. Este alomamiento presenta una forma alargada en su eje Norte-Sur y discurre perpendicular al curso fluvial. El terreno se encuentra delimitado, además de por el curso del Tajo, por el discurrir de dos arroyos estacionales: La Fresnera y Ramasaetas, al Este y al Oeste respectivamente.

El yacimiento fue descubierto gracias a las labores de seguimiento arqueológico realizadas con motivo del acondicionamiento de la carretera CM- 4000 (Villa y Rojas 1996). A raíz de esta intervención se localizaron una serie de restos que habían sido parcialmente afectados por los trabajos del vial. Los restos se caracterizaban por una serie de estructuras de 'fondos de cabaña', hoyas o silos, localizados en el tramo situado en el pk. 45'200.

Fueron localizadas 26 estructuras de tamaños y formas heterogéneas. Todas ellas excavadas en el substrato geológico arenoso, ofreciendo, en su mayor parte, materiales de adscripción calcolítica, destacando las cerámicas lisas y en algún caso las pintadas (*Ibidem*: 708) propias del Horizonte Herencias-Veguilla.

Las labores de prospección superficial del terreno permitieron localizar además de estas estructuras, una clara concentración de materiales neolíticos junto a una torre de conducción eléctrica localizados a escasos metros del lugar donde se encontraba el área excavada.

De las 26 estructuras intervenidas tan sólo tres mostraron restos de material de clara adscripción neolítica.

Estructuras documentadas

La intervención realizada se centró en el levantamiento de la capa vegetal, de escasa potencia, y que se encontraba muy alterada por las labores agrícolas. Sobre esta superficie se practicó una limpieza intensiva y se procedió a la excavación individualizada de cada estructura. Tan sólo las estructuras denominadas Hoya II, Hoya IV y Hoya XXI ofrecieron un parco conjunto material al que los autores asignaron una cronología neolítica.

HOYA II

Ubicada en el sector septentrional de la carretera. Sufrió una gran alteración debida a las labores de vaciado del terreno. Se trataba de la estructura que presentaba mayores dimensiones de todas las excavadas. Su planta era ligeramente oval, de 270 x 250 cm en los ejes Norte -Sur y Este Oeste y presentaba una sección cilíndrica. La potencia conservada alcanzaba los -85 centímetros siendo la superficie ocupada de 5.3 m² y la capacidad de 4500 litros.

La estratigrafía conservada presenta en el relleno los restos de hogares superpuestos con abundantes lentejones de ceniza que alternan su superposición con la presencia de tierras arenosas y limos.

La práctica totalidad del material contenido en esta estructura estaba formado por restos cerámicos correspondientes a piezas lisas, de cuerpo semiesférico y globular y que en caso de presentar decoración era pintada, consistente en trazos dispuestos junto al borde dentro del estilo del Horizonte de Las Herencias-Veguilla. También fue documentado un fragmento de galbo con aplicación de almagra de buena calidad.

Estos materiales cerámicos aparecen acompañados por dos punzones de hueso y un ídolo violín sobre guijarro, elemento este de nuevo paralelizable con el contexto del Horizonte señalado (Álvaro *et alii*, 1988, Álvaro y Piñón, 1997; Villa y Rojas 1996: 709)

Hoya IV

Esta estructura se encontraba también parcialmente arrasada. Presentaba planta circular de 100 cm de diámetro y sección cilíndrica con 40 cm de potencia en una superficie de 0.8 m² y 315 litros. Mostraba un relleno homogéneo compuesto en su totalidad por limos arenosos de coloración marrón acompañados por inclusiones abundantes de piedras y numerosos restos cerámicos correspondientes en su mayor parte a formas globulares lisas

Hoya XXI

Esta estructura presentaba también planta circular de sección cilíndrica, siendo sus dimensiones de las menores documentadas con tan sólo 75 centímetros de diámetro y 15 cm de potencia en un área de 0.44 m² y 66 litros. El material presente en esta estructura era muy escaso.

Como característica general cabe destacar que todo el material contenido en el interior de los relenos de las hoyas presentaba índices elevados de rodamiento. Esta situación contrasta con los materiales localizados junto a la torreta del tendido eléctrico, en su mayor parte de tipología claramente neolítica, y cuyo nivel de rodamiento es mucho menor.

Área de torreta de tendido eléctrico

En este sector se recuperó, en prospección superficial, un conjunto de nueve fragmentos cerámicos decorados, junto a varios fragmentos de cerámicas lisas, que muestran como característica distintiva del conjunto de las hoyas antes descritas el que proceden de un sector más elevado y que muestran un menor grado de rodamiento de las superficies y un tamaño de galbo mayor. Villa y Rojas suponen que este material procedería de la alteración de un nivel de ocupación al implantar la torreta del tendido eléctrico.

Material arqueológico

La muestra presentada en la publicación de Villa y Rojas y que tuvimos oportunidad de analizar de modo directo, es francamente reducida. Faltan indicaciones precisas a la industria lítica y no se cuenta con una información detallada del volumen de material recuperado en cada estructura ni su relación con el material decorado. Este hecho impide que nos pronunciemos sobre este yacimiento más que de forma ligera.

La aproximación al material recuperado nos permite señalar que en el sector del tendido eléctrico (Fig. 317) el conjunto material decorado se caracteriza por la presencia de esquemas decorativos compuestos consistentes en motivos impresos cardialoides enmarcados por bandas incisas (Fig. 317, nº 4 y 5) así como por los típicos esquemas de cordones de escaso resalte decorados mediante impresiones que repiten el esquema decorativo en espiga.

Respecto al conjunto de elementos decorados recuperados en las estructuras –muy reducido como ya señalamos– presenta esquemas en los que predomina la técnica impresa, especialmente la realizada con matriz múltiple o gradina y en ocasiones, de nuevo, la decoración realizada mediante concha de *cardium* (Fig. 318, nº 10-15, 17, 18 y 21 y Figs. 319 y 320). En lo referente a la aplicación de matriz múltiple no podemos hablar, como algunos autores han pretendido, de un horizonte propio del Campaniforme marítimo debido a que las decoraciones se asocian al menos en dos ocasiones (Fig. 318: 3 y 12) a elementos sustentantes, extraño a las soluciones decorativas y tipológicas campaniformes, además de que las formas cerámicas tampoco pueden ser consideradas como propias de este horizonte.

Otro tipo de esquemas que comparecen en el yacimiento son las acanaladuras estrechas, minoritarias siempre, y las decoraciones plásticas a modo de cordones, de escaso resalte, lisos, en ocasiones formando guirnalda o decorados mediante impresiones y que al menos en una ocasión se asocian a un asa de cinta.

Formas representadas

Aún dado el grado de fragmentación de los recipientes y la ausencia notable de formas reconstruibles, podemos atisbar la presencia de recipientes de las formas II, III, IV, VII y probablemente VIII. Las formas I y II son las más representadas en cuanto se atiende a la cuantificación de los recipientes lisos.

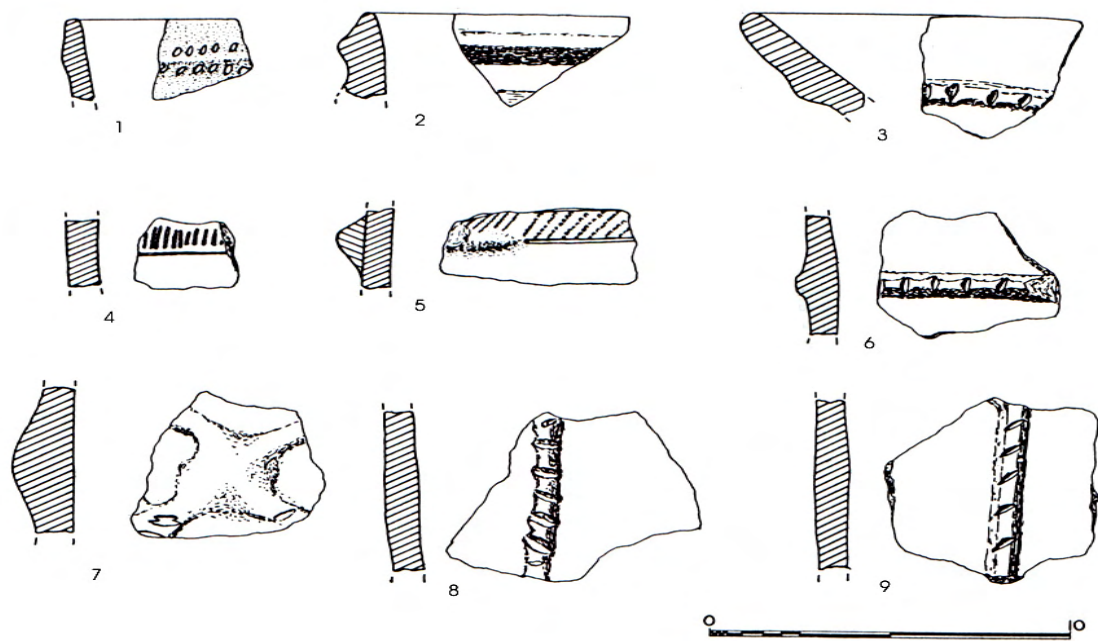


Fig.317.- Cerámicas decoradas recuperadas en el sector del tendido eléctrico (según Villa y Rojas, 1996)

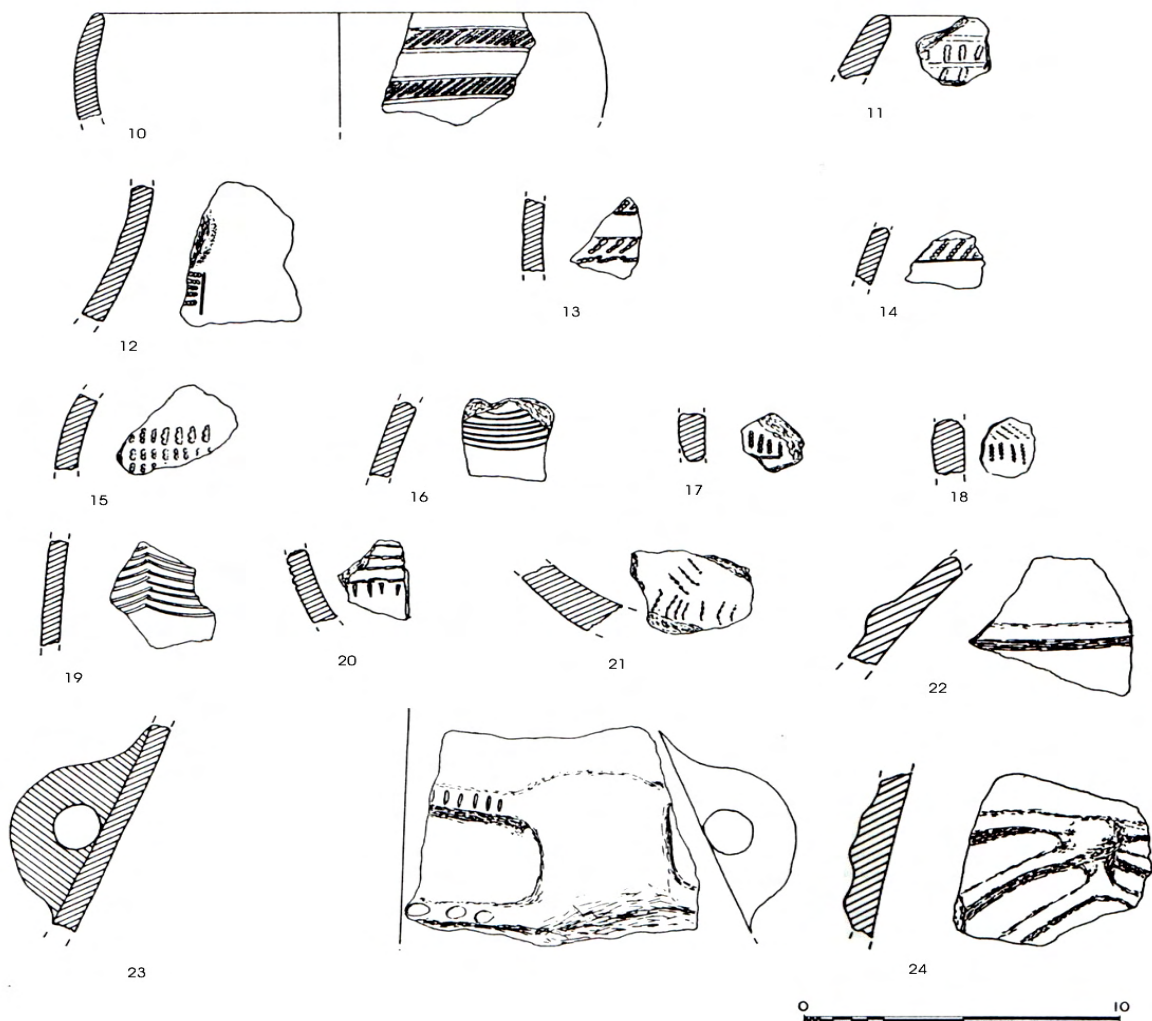


Fig.318.- Cerámicas decoradas recuperadas en las fosas II, IV y XXI (según Villa y Rojas, 1996)



Fig. 319.- Cerámicas con decoración cardinal (b,c,e) y pseudo-cardial o cardialoide (Jiménez Guijarro, e.p.)



Fig. 320.- Detalle macrofotográfico magnificado de las decoraciones impresas del yacimiento.

3.17. LA PALETA (Numancia de la Sagra, Toledo)

UTM: 426.300 / 4.437.500

Yacimiento multisecuencial ubicado al aire libre a 540 metros s.n.m., en la solana de un muy suave alomamiento que apenas destacada sobre el terreno de arcillas acrósticas continentales y sobre las vegas circundantes. Desde el punto de vista espacial debemos señalar que el yacimiento se enclava en un lugar estratégico en cuanto al aprovechamiento del ecosistema circundante. Así, su situación coincide con un punto intermedio entre los fértiles valles de los ríos Guadarrama y Tajo. El yacimiento se ubica, además, en el interfluvio del Arroyo de Viñuela y del Arroyo de Dos Villas, tributarios ambos del Arroyo Guatén –uno de los principales ejes vertebradores del territorio en este sector-, que a su vez lo es del río Tajo. Cabe destacar, pese a encontrarnos en un yacimiento prácticamente en llano, la notoria visibilidad conseguida desde él sobre los valles señalados (Fig. 340)

Las tierras sobre las que se enclava el yacimiento presentan una elevada potencialidad agrícola según los índices de Turc y en la actualidad, tras una secular explotación cerealista extensiva, no quedan evidencias claras de la vegetación arbórea originaria que, por datos próximos y por los restos de hojas contenidos en algunos recipientes cerámicos, parece haber estado compuesta principalmente por encinas y bosques de galería.

Es posible que fuese a este enclave al que se refirieron S. Valiente y L. J. Balmaseda, en un artículo sobre un yacimiento celtíbero localizado en Illescas. En él indicaban la existencia de una serie de *fondos de cabaña* neolíticos y calcolíticos de los denominados *poblados al aire libre* documentados en las terrazas del río Manzanares, cerca de la localidad que denominan Azaña (Numancia de la Sagra), si bien no mencionan su ubicación exacta.

El enclave fue descubierto y excavado por la empresa Juan Manuel Rojas Arqueología S.L. dentro del encargo de la sociedad inmobiliaria HULOMA S.A. Las intervenciones, convenientemente autorizadas por la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, se iniciaron en Marzo de 2003 y concluyeron en Octubre de 2004, siendo dirigidas por los arqueólogos Jaime Perera Rodríguez y Gema Garrido Resino con la asistencia de los técnicos arqueólogos Luis García Vacas, Javier Pérez López-Triviño, Alonso Morilla Meneses y M^a Jesús Oliva Pulido (Jiménez Guijarro *et alii*, e.p.)

El yacimiento se caracteriza por la localización masiva de estructuras circulares o sub-circulares excavadas en las arcillas y que albergan elementos arqueológicos definitorios de tres momentos culturales distintos:

- Neolítico (aparentemente en dos fases diferentes)
- Calcolítico Campaniforme –tipo ‘Puntillado marítimo’ (asociado principalmente a inhumaciones)
- Bronce Antiguo-Medio, horizonte tipo Los Vascos o Cogeces.

Respecto a la situación microespacial del enclave cabe mencionar que las hoyas detectadas se concentran no en la parte más alta de la loma, sino en la ladera orientada hacia el Sureste (Fig. 341) El número de hoyas va disminuyendo, en esta zona, a medida que nos alejamos de la parte superior de la loma. Su número también es menor, hasta desaparecer, a medida que nos dirigimos hacia el norte (Sector 6), el oeste y el este, todo lo cual marca una notable concentración de las estructuras, no sólo de aquellas que han evidenciado elementos de cronología neolítica, sin también de la Edad del Bronce. La situación del yacimiento es fundamental para intentar explicar su funcionalidad, y su perduración a lo largo de un dilatado espacio de tiempo. Tan sólo por las condiciones de su ubicación, sin que podamos definir esta como de carácter estratégico en cambio, y por la potencialidad económica de su entorno, es posible explicar el reiterado uso de un mismo espacio a lo largo de más de cinco milenios.

Las intervenciones realizadas y en las que nos basamos para la realización de nuestro análisis y estudio, así como la sucinta metodología de trabajo puesta en marcha se resumen en los siguientes parámetros:

1. Situación de las hoyas: las hoyas fueron señalizadas mediante la colocación de una estaca y un clavo, numerados y localizados mediante coordenadas absolutas (X, Y, Z) Estos datos sirvieron para tomar las cotas de los distintos niveles de cada hoyo y para reflejar las mismas sobre un plano base (Fig. 341)

2. Excavación de las hoyas: para poder documentar con la mayor precisión posible las estructuras, estas fueron excavadas en dos fases:

- Primero, se excavó una mitad atendiendo a un criterio artificial de diferenciación de tallas o niveles, de unos 15-20 cm, hasta llegar al terreno natural, tomando las cotas iniciales y finales de cada nivel. Esto dejó a la vista un perfil, que sirvió para definir las distintas unidades estratigráficas existentes en cada hoyo y diferenciar también la morfología de los rellenos.
- Se tomaron muestras de las unidades estratigráficas de las hoyas que se consideró podían aportar algún dato más al estudio.
- Finalmente, se rebajó la otra mitad siguiendo las unidades estratigráficas definidas previamente.

3. Documentación de las hoyas: todo el proceso fue documentado gráficamente mediante:

- Fotografías iniciales del perfil, de la planta final y de detalle, en los casos en que los que las características de los restos localizados así lo requerían.
- Dibujos a escala del perfil, de la planta final y alguno de detalle, cuando la ocasión lo requería.
- Descripción de las unidades estratigráficas documentadas, además de las dimensiones, orientación, cotas, etc., de las hoyas.
- Todos estos datos, se reflejaron en unas fichas de campo que constituyeron la base fundamental para el análisis de los materiales.

4. Tratamiento de los Materiales arqueológicos: una parte fundamental para la documentación y estudio de este yacimiento, fue el análisis de la totalidad de los materiales localizados en las hoyas, por este motivo, se puso especial interés en el tratamiento de los mismos.

- El material recogido en cada hoyo se conservó en bolsas convenientemente etiquetadas. Los restos pertenecientes a la primera mitad del relleno excavado en cada hoyo, se separaron atendiendo a los distintos niveles artificiales excavados (superficial, nivel I, II, III, IV, etc.), mientras que los de la segunda mitad del relleno fueron separados diferenciándolos por sus unidades estratigráficas. Esta diferenciación nos permitiría, al proceder a la reconstrucción del yacimiento en el laboratorio, comprobar la coherencia de la asignación cultural de las hoyas atendiendo al material contenido en cada una de ellas.
- Dentro de una misma bolsa, se puso especial cuidado en separar la industria lítica, la cerámica y los restos óseos.

Nos parece relevante señalar esta metódica actuación para dejar pública constancia del trabajo esmerado y de notable calidad realizado por los arqueólogos de la empresa Juan Manuel Rojas Arqueología, S.L. gracias a cuya diligencia y buena gestión fuimos capaces de reconstruir en el gabinete la totalidad de la intervención.

Uno de los principales problemas a los que debimos hacer frente fue a la diferenciación nítida de elementos correspondientes a las diferentes fases culturales implicadas en la vida del yacimiento dado el carácter generalizado de palimpsesto que este presentaba. Como era de esperar y viene siendo común en este tipo de enclaves, la disposición similar –a menudo incluso superpuesta- de las hoyas correspondientes a cada uno de estos horizontes diacrónicos de ocupación derivaron en la generación de remociones y destrucciones realizadas sobre un enclave típico de estratificación horizontal, lo que derivó a su vez en la heterogénea mezcla de materiales en numerosas hoyas. Todo esto implica que la única unidad de análisis segura y medianamente fiable sea la referida a la hoyo y dentro de ella la caracterización de los materiales contenidos y en segundo lugar la

obtención de dataciones absolutas obtenidas sobre restos procedentes de estructuras que no mostrasen evidencias de remoción o cuyo contenido fuese notablemente homogéneo.

Para atender a estos criterios de optimización de los resultados se realizó, en el laboratorio, una escrupulosa selección de los materiales atendiendo al estudio general de la totalidad de los restos pero incidiendo en el estudio específico de los elementos de cronología neolítica. Para ello se determinó en primer lugar el conjunto de estructuras de inequívoca cronología neolítica (atendiendo para su definición al criterio meramente tipológico) y con especial énfasis en la ausencia de superposiciones, afecciones o remociones de cronología más reciente. Sólo una vez estudiado de forma exhaustiva este material se procedió al estudio –partiendo de la diferenciación tipológica de los materiales- de las estructuras con evidencias de alteración postdeposicional que, no obstante, fueron las menos.

En cuanto a la estratigrafía del enclave, como acabamos de hacer mención, resulta imposible realizar un análisis de estas características y acudir a estudios estratigráficos asociados a las propias estructuras se ha demostrado tarea ingrata y dotada de escaso valor definitorio. Similar falta de interés presenta la comparación estratigráfica de los rellenos de las estructuras que, aún cuando pudiera tener algún valor en lo funcional, se ha demostrado del todo falto de operatividad en lo cronológico.

Estructuras documentadas

Sobre una superficie total excavada de 351.708 m² se localizaron un total de 253 hoyas divididas entre los dos sectores de excavación: 245 en el denominado Sector 5, y 8 estructuras en el Sector 6, respectivamente al Sureste y Noreste del punto más elevado del alomamiento. Cabe mencionar, como dato relevante, la inexistencia de estructuras enclavadas directamente en la cima, excepción hecha de las hoyas 245 y 246, que se asientan en la margen noreste de la lomita, casi inmediatas a la cúspide de la misma.

Atendiendo a los criterios espaciales observados en el momento del descubrimiento y excavación, las estructuras documentadas pueden dividirse en dos grandes categorías:

Hoyas individuales y Hoyas que se cortan o superponen -que cuando aparecen suelen presentar una clara mezcla de elementos materiales de cronología diferente y en la que predominan los elementos más recientes, fundamentalmente correspondientes a la Edad del Bronce-. Dentro de estas últimas, atendiendo al grado de superposición que presentan, podemos encontrar algunas que apenas se rozan por alguno de sus lados (Hoyas 12 y 13, 99 B y 100, y 190 con la 193) y aquellas que están construidas directamente encima de otras (Hoyas 45 A y 45 B, 56 A y 56 B, etc). De las 253 Hoyas documentadas, 190 están aisladas, y el resto (63) se cortan en mayor o menor grado. En la mayoría de los casos esta superposición parece haber sido fruto del azar. Debe destacarse que no en todos los casos parece existir una evidente diacronía en los rellenos de las estructuras que se cortan y superponen. Así, encontramos casos como los de las hoyas 220 y 230 en los que el material que aparece rellenando las estructuras se corresponden, pese a la superposición existente, sólo al neolítico, aún cuando no pueda asegurarse que las superposiciones no hubiesen sido realizadas durante otro momento cronológico del que no quedó evidencia material alguna. Este hecho, junto a las diferencias tipológicas del material estudiado avalaban la impresión de la existencia de al menos dos fases de ocupación durante el Neolítico, sin que pudiésemos solucionar su distancia temporal sino de un modo aproximado atendiendo a la presencia de superposiciones y a las dataciones radiocarbónicas.

La mayor parte de las Hoyas de las que se ha podido ofrecer una clara adscripción neolítica están construidas de forma aislada, y se reparten por todo el yacimiento, si bien parece existir cierta concentración en la zona Noreste (Sector 6), donde a 7 de las 8 Hoyas localizadas y excavadas les corresponde una adscripción neolítica, aún cuando debamos tomar esta atribución con suma cautela dada la escasez de los materiales recuperados en ellas.

Hay que tener en cuenta que el material arqueológico varía de forma considerable de una Hoya a otra, ya que, por ejemplo, en algunas como, la 1, 219 A ó 219 B se ha documentado una gran cantidad de material, mientras que, en otras muchas, el material encontrado es muy escaso e incluso inexistente (Hoyas 245 y 253)

El **relleno** que colmata las hoyas está formado, en su mayor parte, por las mismas arcillas o arenas del terreno natural, mezcladas, según la Hoya de que se trate, con una mayor o menor cantidad de carbones, cenizas, materia orgánica, etc. El relleno que encontramos en la mayoría de

las Hoyas, es un relleno muy homogéneo, lo que parece indicar que se produjo su colmatación de una manera rápida y deliberada. Son muy escasas, si no prácticamente inexistentes, las Hoyas neolíticas en las que se ha documentado una estratigrafía en su relleno (Hoya 247)

Cabe destacar, por su peculiaridad y en cierto modo por su carácter único en el registro del yacimiento, la denominada Estructura 1. Esta consiste en un segmento de zanja de tendencia semicircular de 6'6 metros de longitud y una profundidad final modesta, cercana a los 15 centímetros (Figs. 342 y 343) La presencia abundante de adobes –casi más derrumbes de tapial– dispersos a su alrededor, así como el relleno de piedras de su interior permitirían suponer que se tratase del zanjeado de una cabaña o cuando menos de un paramento vertical arruinado que, por su posición, serviría para contrarrestar los vientos del Noreste. Ahora bien, dada su ubicación y la notable relación que presenta con un nutrido conjunto de hoyas de indudable cronología neolítica nos inclinamos más a suponer que pudiese haber formado parte de una estructura de habitación de forma subcircular-elíptica, similar a las documentadas en el yacimiento madrileño de Verona II.

Desde luego, el hecho de que no se hayan detectado más estructuras de esta tipología, así como la extrañeza que comporta la inexistencia, sobre una superficie excavada de estas dimensiones, de claras unidades de habitación –formadas por cabañas delatadas por la presencia de agujeros de poste y siempre por la nítida diferenciación del espacio interior y exterior de la cabaña– implican ser cautos en la interpretación.

Estudio morfológico de las hoyas

Para el estudio y síntesis de las estructuras documentadas hemos diferenciado cuatro categorías que afectan a la forma de las hoyas: diámetro, profundidad, sección y planta. Dentro de estas dos últimas categorías, dado su carácter cualitativo, hemos diferenciado a su vez cuatro tipos de sección (acampanada, semicircular, rectangular/cuadrangular e irregular –a las que les hemos facilitado los guarismos 1,2,3 y 4–) y cuatro tipos de planta (circular, oval, geminada e irregular –a los que hemos diferenciado a su vez con los códigos I, II, III y IV–)

Al llevar a cabo sencillos estudios numéricos hemos comprobado la necesidad de atender de forma exclusiva a las hoyas individualizadas. Así, en la gráfica que relaciona diámetros y profundidades, contando con los datos finales de la totalidad de las estructuras, comprobamos que un notable conjunto de hoyas salen anormalmente fuera de los parámetros de la categoría de diámetros (Fig. 321)

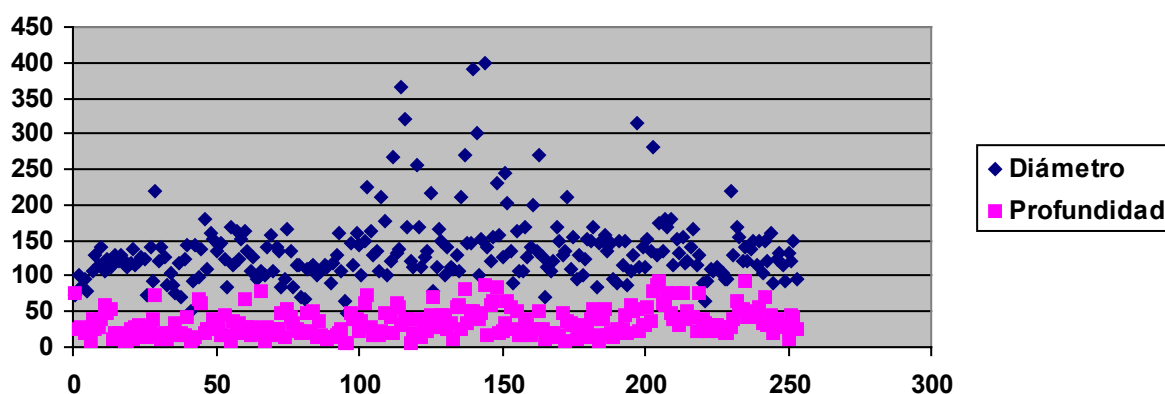


Fig. 321.- Gráfico de relación entre diámetro y profundidad de la totalidad de las estructuras documentadas.

Una vez eliminadas de nuestro análisis aquellas estructuras que presentaban evidencias de superposición o corte por parte de otras estructuras, comprobamos un cambio lógico en el gráfico anterior, quedando ahora los datos más constreñidos a unos rangos de dimensiones más coherentes (Fig.322) Observamos en esta imagen que las hoyas se agrupan en torno a cuatro rangos dimensionales: 0-50, 51-100, 101-150 y 151-200 atendiendo a su medida en centímetros. Por su parte, atendiendo a la profundidad, las hoyas tan sólo se estructuran en torno a dos rangos: 0-50 y 51-100 (Tabla 120 y Fig. 323)

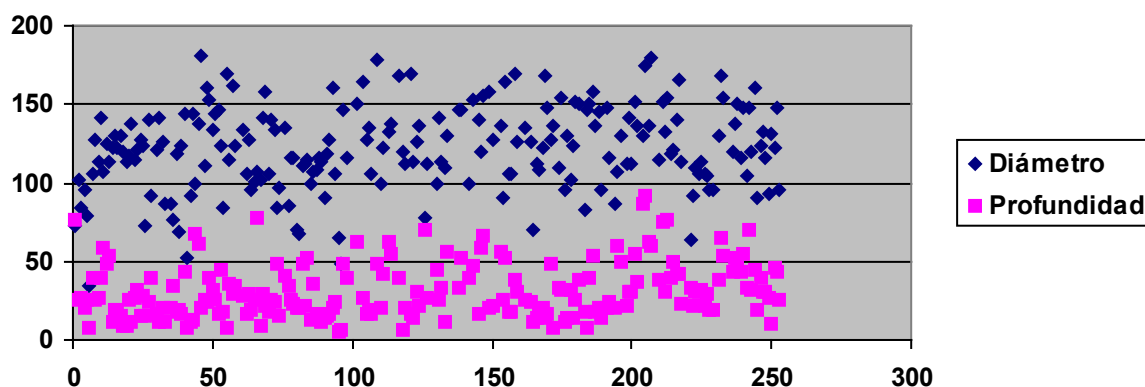


Fig. 322.- Gráfico de relación entre diámetro y profundidad atendiendo a las hoyas individuales sin evidencias de cortes o superposiciones.

Rango diámetro	Total estructuras	% sobre total válidas (213)	Rango Profundidad	Total estructuras	% sobre total válidas (213)
0-50	2	0.94	0-50	30	14.08
51-100	35	16.44	51-100	183	85.92
101-150	137	64.32			
151-200	39	18.30			

Tabla 120

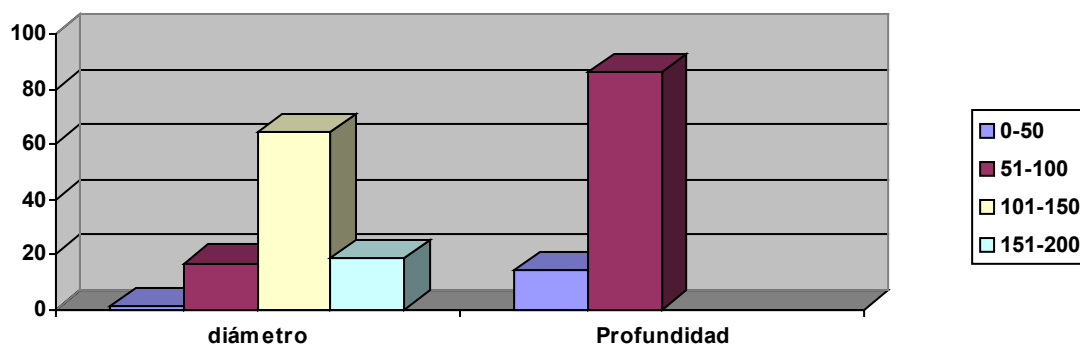


Fig. 323.- Gráfico porcentual de relación de rangos entre diámetro y profundidad de las hoyas individuales sin evidencias de cortes o superposiciones.

No son muchas más las aproximaciones que se pueden intentar para buscar alguna solución posible en la relación de las diferentes variables asociadas a cada hoyo. Los rellenos son en todos los casos muy homogéneos y destaca la ausencia generalizada de estratigrafías claras. Son muy escasas las estructuras que presentan un relleno rico en piedras y más aún aquellas que presentan evidencias de notable rubefacción de las paredes –tan sólo un caso y adscrito claramente a la Edad del Bronce-.

Del análisis completo de las estructuras y los materiales en ellos contenidos cabe destacar un total de 26 estructuras que presentan características especiales (Tabla 121)

Aún sin ser un conjunto de datos determinante, sí podemos extraer una interesante serie de conclusiones. En primer lugar destaca el hecho de que la práctica totalidad de las hoyas que presentan un relleno de piedras se adscriben al Neolítico y, al menos en dos ocasiones, comparecen en su interior restos de cerámicas cardiales y pseudocardiales. En segundo lugar observamos que las concentraciones de cerámicas relleno de la estructura son comunes siempre a fragmentos de grandes recipientes y, además, adscritos en todos los casos a contextos Neolíticos. En cuanto a la cuestión de las estratigrafías de los rellenos, si bien en nuestro caso nunca son verdaderas estratigrafías potentes, lo que permite diferenciar el caso de La Paleta de otros yacimientos Calcolíticos bien estudiados, siempre se caracterizan por evidenciar, cuando comparecen, dos secuencias estratigráficas netamente diferenciadas, generalmente coincidentes

con la zona mesial del relleno total de la estructura. Tan sólo en una ocasión se advierte la existencia de una superficie con señales de rubefacción localizada en la parte inferior del relleno (Hoya 152), que como señalamos posee una inequívoca adscripción a la Edad del Bronce. En el único caso en el que se ha documentado la presencia de una deposición significativa –un asta de ciervo– ha sido imposible determinar con certeza la adscripción cultural de la estructura si bien los indicios recuperados apuntan más a favor de que se tratase de un depósito de la Edad del Bronce.

NºHoya	Adscripción	Estratigrafía	Relleno piedras	Agujeros ¿poste?	Concentración cerámica	Asta ciervo
1	Neolítico		X			
2	Neolítico		X			
7	Neolítico		X			
25	Neolítico+Cardial		X			
30	Neolítico		X			
33	Indeterminada			X		
53	Neolítico+Cardial		X			
63	Neolítico		X		X	
84	Indeterminada			X		
89	Indeterminada			X		
99	Indeterminada		X			
102	Indeterminada		X			
114	Neolítico+Cardial	X				
123	Indeterminada			X		
152	Bronce	X				
171	Bronce			X		
182	Neolítico/Bronce					X
196	Bronce	X				
204	Indeterminada	X				
209	Neolítico				X	
211	Indeterminada	X				
219	Neolítico+ Cardial				X	
232	Bronce	X				
238	Bronce	X				
246	Neolítico	X				
247	Neolítico	X				

Tabla 137

De todo ello podemos obtener como conclusión preliminar que durante el neolítico se realiza una amortización de las fosas con grandes piedras (Fig. 344) y con restos fragmentados de grandes recipientes realizados con pastas ricas en materia vegetal decorados con motivos figurados (Fig. 345), con improntas de bellotas y/o guirnalda de cordones impresos. Además, cuando aparecen fragmentos cerámicos correspondientes a estos grandes recipientes normalmente lo hacen en gran número y cuando es así podemos colegir la existencia de una cierta relación entre esas hoyas y los recipientes.

Funcionalidad de las estructuras

Si bien durante las labores de excavación los responsables de la misma no identificaron ninguna estructura como una cabaña, silo o cualquier otra estructura de funcionalidad definida, los datos procedentes de otros yacimientos similares, y especialmente del madrileño de Verona II, nos inclinó a buscar, en el detenido análisis posterior a la intervención, cualquier peculiaridad de las estructuras que nos permitiese identificar una funcionalidad de las mismas.

Un criterio aplicable de cierta validez pudiera ser, como numerosos autores han señalado y el sentido común aconseja, la aplicación de las variables cuantitativas de las dimensiones básicas de las estructuras y muy especialmente la relación existente entre la profundidad y el diámetro a la que antes nos dedicamos. Así, se puede inferir que con las evidencias arqueológicas y etnográficas que poseemos para el neolítico no es posible admitir, al menos en el caso de la Península Ibérica, la existencia de cabañas excavadas profundamente en el suelo y mucho menos dilucidar la existencia de sistemas de habitación semi-subterráneos similares a los documentados entre algunas tribus amerindias de la Bahía de Hooper, en el delta del Yukon. Además, por lo general, las cabañas documentadas responden a estructuras de entramados vegetales verticales, de tendencia oval, rectangular o trapezoidal, sustentadas por postes laterales de madera hincados en el suelo

mediante su inserción en agujeros de poste y normalmente asociadas a diferentes estructuras externas en forma de fosas y cubetas (Coudart, 1998). A esta tipología corresponden todas las claras estructuras de habitación documentadas en la Meseta (Verona II, Velilla o La Deseada, entre otros) y también fuera de ella (Gómez Puche y Díez Castillo, 2005: 477), destacando sin duda en el registro peninsular, el caso particular de La Draga, donde se documenta la agrupación de varias viviendas de gran tamaño y planta rectangular (Bosch *et alii*, 2000). Las dimensiones de estas viviendas son variables, pero generalmente rondan los 8-10 metros de longitud y los 3-5 metros de anchura lo que delimita espacios de habitación de entre 20 y 50 m² para las viviendas más destacadas y elaboradas y en torno a los 7 m² para las más sencillas, similares a las documentadas en Verona II, Velilla o Els Vilars de Tous (Clop *et alii*, 2005: 553). En estos casos se trataría de estructuras de habitación de menor tamaño (c. 3 metros de longitud y 2 de anchura) y carácter más sencillo, generalmente ovaladas y con una estructura de hogar interior. No puede dejar de llamarse la atención acerca del modo de construcción que presenta la cabaña de El Villars de Tous, datada en el Neolítico Postcardial (5310 +/- 65 BP). Aquí la estructura de habitación aparece excavada en el suelo mediante una cubeta de escasa profundidad (c. 30-35 cm) rellena de sedimento con algunos restos de material arqueológico que sus excavadores interpretan como un nivel de preparación del suelo de la cabaña (Clop *et alii*, 2005: 552).

En el yacimiento de La Paleta llaman la atención algunos extremos que impiden valorar de forma correcta la existencia o no de estructuras domésticas. Ahora bien, tampoco podemos obviar que resultaría extraño que en un espacio excavado de más de 300.000 m² y que contiene 253 estructuras antrópicas –de las que al menos 75 son neolíticas– no existiesen estructuras domésticas asociadas, a no ser que se tratase de un área de funcionalidad no habitacional asociada a un poblado próximo aún no detectado (aún no siendo tampoco este el modelo más lógico ni por supuesto documentado en la bibliografía). Tampoco puede menospreciarse la aparente inexistencia de viviendas, al menos de la tipología esperada, para el periodo Calcolítico campaniforme y de la Edad del Bronce, algo que resulta complejo de explicar.

Tampoco podemos dejar de notar la ausencia generalizada de agujeros de poste y de estructuras de hogar o grandes derrumbes de adobes –excepción hecha de los localizados en algunos de los tramos superiores de los rellenos de algunas hoyas, o en las inmediaciones de la Estructura 1–. A esto además debemos añadir la escasa, si no nula, representación de la industria lítica, especialmente de los restos de talla asociados, siempre, como tuvimos oportunidad de advertir en el yacimiento de Verona II, a las estructuras de habitación. No menos confuso resulta el hecho de que la totalidad del material recuperado y analizado procede de las propias hoyas, no existiendo documentación referente a niveles de uso tan propios y característicos de este tipo de yacimientos y que tan buenos resultados nos dieron a la hora de diferenciar espacios de habitación y deambulación en el mencionado enclave de Verona II. Si lo segundo pudiese achacarse al método de trabajo, lo primero no quedaría por ello resuelto. Ergo, la solución no es tan sencilla como parece presentarse.

A pesar de todo lo señalado, tras un exhaustivo análisis de la documentación y de los restos recuperados, hemos podido diferenciar una serie de estructuras complejas y diferentes a la generalidad de las documentadas en el yacimiento. Por otra parte, un primer criterio de discriminación, como señalamos, será el del tamaño. Así, teniendo en cuenta las diferentes estructuras de habitación a las que antes hicimos referencia, tomamos como medida mínima discriminante aquella que ofrezca superficies útiles, en planta, de al menos 6 m². Otra medida discriminante intrínsecamente relacionada con la anterior será la de la profundidad máxima que ha de ser siempre menor a 50 centímetros.

Atendiendo estrictamente a estos criterios formales, y aún careciendo de los agujeros para inserción de postes, podrían ser consideradas como cabañas las estructuras 108, 112, 115, 116, 120, 125, 136, 140, 141 151, 161, 163, 197 y 230. Sin embargo en todos los casos quedó patente durante las tareas de excavación que los tamaños alcanzados por estas estructuras se encontraban en relación con el hecho de ser estructuras diacrónicas que se cortaban y/o superponían.

Otro dato de interés de cara a la interpretación global del registro es el derivado de la relativamente reducida profundidad de la mayor parte de las estructuras, profundidad máxima que en ningún caso alcanza los 100 centímetros y que en muy pocas ocasiones supera los 60 centímetros, siendo la profundidad media de 34 centímetros. Estos parámetros, extraños sobre todo para contextos de la Edad del Bronce, nos han llevado a plantearnos la inferencia de que dada la ubicación del yacimiento en un contexto cerealista intensivo, bien pudiera ser que su explotación continuada y secular hubiese hecho desaparecer una parte importante del tramo superior del registro y por tanto de las estructuras –qué decir por tanto de las huellas de poste–. No podemos

obviar que los modernos sistemas de cultivo cerealista de carácter intensivo introdujeron vertederas destinadas a la remoción de porciones de terreno, para facilitar la oxigenación de los suelos, que rondan los 50-60 cm. Atendiendo a la escasa potencia de cobertera que fue necesario retirar para proceder a la excavación de las estructuras, y sobre todo teniendo en cuenta las profundidades medias de los agujeros de poste y de las propias estructuras subterráneas, no es difícil suponer la facilidad con la que estos vestigios fueron arrasados durante las sucesivas labores de cultivo de la tierra a lo largo, fundamentalmente, de los últimos cincuenta años.

Esto no explicaría completamente, no obstante, las significativas ausencias a las que antes hicimos referencia, especialmente de los hogares, por lo que consideramos no debe descartarse otra explicación para la ausencia generalizada de estructuras de habitación, hogares, agujeros de poste y sobre todo áreas de deambulación.

Como último recurso empleamos el criterio de análisis espacial y específicamente el de distribución de las estructuras neolíticas, independientemente de que estas hubiesen sido afectadas, posteriormente, por las estructuras de la Edad del Bronce. Gracias a este criterio localizamos algunas agrupaciones de estructuras, en ocasiones verdaderamente tupidas, que no sería difícil asimilar a conjuntos domésticos individualizados. El más claro de ellos es el formado por las estructuras 173, 174 y 175, en el sector más occidental del yacimiento, el de las estructuras 203, 206, 207, 209, 233 y 235, situadas en el extremo oriental, las estructuras 190, 191, 193, 195, 218 y 219, al sur, o el más significativo formado por las estructuras 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251 y 252, situados próximos a la cima del pequeño alomamiento y que sólo muestran evidencias de materiales de cronología neolítica si bien su distribución es, con diferencia, menos abigarrada que las que acabamos de citar (Figs. 341 y 346)

De forma general la ocupación del espacio se circunscribe, con cierta concentración, al extremo Sur de la loma, con preferencia por el sector sureste, donde la densidad de hallazgos resulta notable y tupida.

Ahora bien, faltándonos las evidencias claras de estructuras domésticas de habitación, el hecho ciertamente reseñable de este yacimiento es no sólo la destacada cantidad de cerámicas impresas pseudocardiales y cardiales, sino sobre todo la documentación, por primera vez en un contexto de economía de producción, de grandes estructuras de almacenamiento construidas en adobe –o una mezcla similar de barro y abundante materia vegetal, principalmente restos de cereales– y profusamente decoradas mediante cordones impresos aplicados formando guirnalda, impresiones ordenadas de bellotas, e incluso representaciones figurativas.

La presencia de restos de fauna asociadas a la práctica totalidad de las hoyas no facilita mucho la labor inductiva de fijar una funcionalidad precisa para las hoyas, como tampoco permite, en ocasiones por su escasez, hablar con propiedad de basureros. Podemos dar por evidente que, en la práctica totalidad de los casos documentados ésta fue su funcionalidad última, una vez amortizadas. Ahora bien, de ello no debe desprenderse que hubiese sido esta la función primigenia para la que fueron concebidas.

Material arqueológico

Industria lítica

Si algo debe destacarse del conjunto lítico es su escasa representatividad así como la ausencia generalizada de útiles tipológicos. El conjunto industrial es poco diversificado y faltan por completo los elementos tipo que nos han servido como elementos de caracterización –especialmente aquellos de substrato–, más o menos precisa, en otros yacimientos. Este hecho pudiera ponerse en relación con la hipótesis que antes anunciamos referente a la disposición no inmediata del núcleo de habitación y serviría para validar la interpretación del conjunto como un área de almacenamiento diferido próxima a un espacio doméstico de habitación situado, tal vez, en las inmediaciones del arroyo situado al sureste de la loma.

Entre las ausencias más notorias debe destacarse la de los microlitos geométricos así como la totalidad del conjunto de substrato –dorsos, raspadores y buriles–. Tampoco están bien representadas las industrias pulimentadas (cuatro ejemplares fragmentados) ni se recuperó punta de flecha o foliáceo alguno.

Esta ausencia de elementos líticos en la práctica totalidad de las hoyas que contenían material de adscripción neolítica contrasta con la presencia, minoritaria siempre, de restos líticos –

generalmente de desecho de talla- en la práctica totalidad de las estructuras con materiales correspondientes a la Edad del Bronce. Este hecho, que excede la temática de esta obra refleja muy bien la situación que hemos denunciado para los contextos avanzados de la prehistoria en otras ocasiones (Jiménez Guijarro, 2005)

Resulta destacable, también, la escasez de cristal de roca, tan común en otros contextos neolíticos de la Meseta y que tan sólo comparece en el yacimiento en un reducido número de ocasiones. Se han localizado prismas retocados, asimilables al concepto del UAD, si bien en esta ocasión los prismas son de pequeño tamaño (Fig. 366, nº 23-25). También se han recuperado algunos productos de talla de cristal de roca, especialmente microlascas y alguna microlaminita (Fig. 348, nº 19-22), sin duda de tipometría derivada no de la búsqueda del microlitismo sino más bien del tamaño del núcleo. Los prismas han sido localizados en las hoyas 108 –donde comparece junto a dos molares de *equus sp.*, 144 B, 63 y 1. En todos los casos se trata de hoyas de adscripción neolítica por lo que debemos tomar sin duda la presencia de esta industria como propia de este momento. En el caso de la Hoya 108 no podemos dejar de notar que se asocia de forma casi directa al enterramiento infantil de la Hoya 128. Analizadas con detenimiento las relaciones estratigráficas existentes entre ambas hoyas, que a su vez integran cuatro conjuntos que se cortan, creemos plausible que las hoyas denominadas 128B y 108 A formaron parte de una misma unidad que fue alterada posteriormente por las hoyas 108B y 128 A. No obstante es imposible señalar con certeza absoluta este extremo, si bien podría dar cierta entidad a la hipótesis que en otras ocasiones algún autor ha defendido en relación a la asociación generalizada de prismas de cuarzo y enterramientos, sobre todo en el grupo megalítico atlántico. Esta atribución nos permitiría además solucionar la notable diferencia de orientación existente entre el cuerpo inhumado en esta cubeta, orientado con la cabeza al Este, y a muy escasa profundidad, casi superficialmente, y aquellas otras inhumaciones localizadas en el yacimiento y que presentan el lugar donde debieron estar sus cráneos orientado hacia el Oeste y en las que los materiales arqueológicos predominantes señalan cronologías del Calcolítico Campaniforme y de la Edad del Bronce.

Es relevante que la práctica totalidad de la industria sobre cristal de roca –tanto productos de talla como núcleos- proceden de la hoya 1. En su interior, y disperso por la totalidad de su relleno se recuperaron un prisma retocado en su extremo (UAD), un núcleo de cuarzo hialino nodular, tres microlascas de cristal de roca y dos laminitas, una de ellas retocadas, también de cristal de roca.

En lo referente a la industria sobre sílex –materia prima predominante- debe señalarse que es poco abundante, escasamente diversificada y –como señalamos- carente de la práctica totalidad de los elementos tipológicos propios del sustrato que sí comparecían en el madrileño Verona II.

De un total de algo más de un centenar de restos, tan sólo 17 elementos procedentes de contextos neolíticos seguros pueden ser considerados significativos (Fig. 348, nº 1-15). A este parco conjunto debemos sumarle los ocho elementos realizados sobre cristal de roca y cuarzo hialino. Procedentes de contextos alterados, y por tanto con problemas de mezcla de materiales de diferente cronología, contamos con 27 elementos más sobre sílex y dos sobre cristal de roca.

Con esta pobre representación resulta arriesgado, sino absurdo, realizar cualquier aproximación referente a la aplicación de estadígrafos, ni siquiera un cómputo de tipologías de talón, etc. No obstante, es necesario señalar la perfecta asimilación de las industrias recuperadas a lo que sería de esperar en contextos neolíticos, al menos de la Meseta.

Así, entre los soportes que poseen significación tipológica son dominantes las láminas, en su mayor parte fracturadas, atendiendo a los soportes que denominamos EEUC –elementos de enmangue de útiles compuestos- (en definitiva los más burdos elementos de hoz). El sílex empleado es muy diverso en su coloración y textura, siendo su calidad, en todos los casos, óptima. La aparente diversidad de la materia prima silícea encaja bien con lo expuesto para las técnicas de obtención para el Neolítico (Jiménez Guijarro, 2005).

Tan solo se ha localizado un elemento, procedente de la hoya 1, que puede ser interpretado como perteneciente a industrias de sustrato. Se trata de una laminilla biapuntada de sílex melado con dorso abatido por medio de retoques abruptos muy marginales directos (Fig. 348, nº 3). El resto de la industria se distribuye tipológicamente según lo señalado en la Tabla 122.

TIPO	NEOLÍTICO	MIXTO
B	2	0
R	3	1
P	0	0
G	0	0
Mb	0	0
MD	2	8
LBA	0	1
Lba	1	0
LS1	2	0
LS2	5	12
LS3	3	0
LS4 (EEUC)	2	6
UAD+Prs	2	2
LABA	0	0
TOTAL	22	30

Tabla 122.- Índices de representación de útiles líticos tipo.

Los tipos mejor representados son aquellos relacionados con la confección de elementos de hoz. Se trata en todos los casos de morfologías laminares fragmentadas y en menor medida completas (LS1). Predominan los tipos LS2, que aún conservan restos del bulbo y en dos ocasiones se aprecian muescas continuas o denticulados asociados a formatos del tipo LS2 y LS4.

Si bien ya se ha hecho hincapié en la imposibilidad de hablar de estadígrafos o de índices significativos, sí podemos ofrecer, aunque sea a modo orientativo, un perfil de estructura industrial definido por los elementos más destacado: **LS, R, MD/B/UAD** (Fig. 324). Como tendremos oportunidad de ver en el próximo capítulo, esta estructura industrial coincide totalmente con la recuperada en los principales yacimientos neolíticos de la Península Ibérica y especialmente en aquellos del tipo IA, propios de áreas de colonización pionera.

Sin duda la divergencia con algunos yacimientos más o menos próximos e incluidos dentro del área de influencia del curso del Tajo –caso específico de Verona II o La Ventana– obligan a manejar hipótesis referentes a divergencias culturales para el yacimiento toledano, todo ello dentro de las explicaciones del modelo dual.. A estas hipótesis no puede mantenerse ajeno el hecho de que en este yacimiento abundan las cerámicas con esquemas pseudo-cardiales y cardiales, así como los grandes recipientes de almacenaje realizados con barro fresco y restos de cereales que no son, en absoluto, comunes a los restantes yacimientos estudiados. A nuestro modo de ver este hecho tan sólo responde a un criterio cultural derivado del hecho de que el yacimiento de La Paleta pertenecería a un grupo de colonos neolíticos (Neolítico IA) que aprovecharon el curso del Tajo para introducirse de forma rápida desde los arribes de este río hasta su curso medio, lugar donde se encontraría establecido el límite del territorio de grupos indígenas culturalmente diferenciados y que presentaban en sus repertorios materiales elementos claramente de tradición mesolítica.

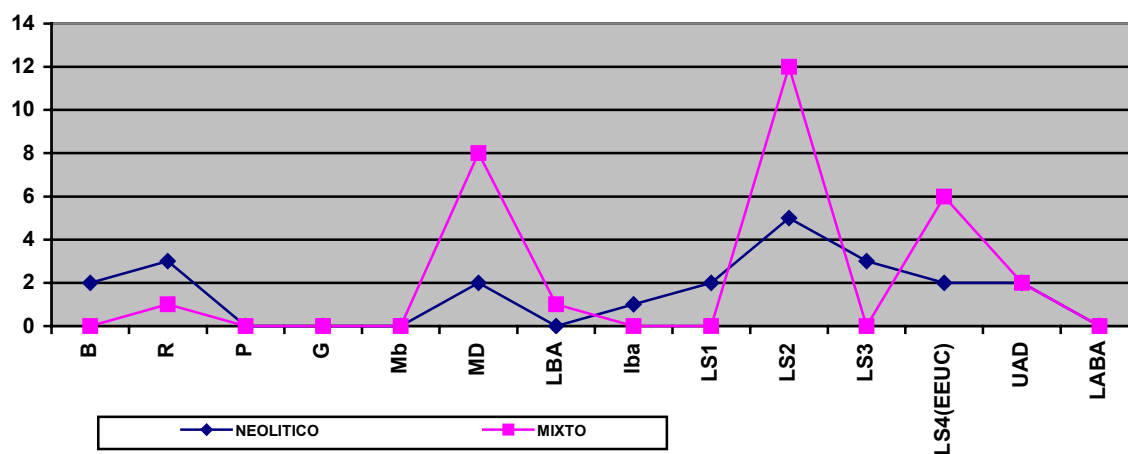


Fig. 324.- Índices de representación de útiles líticos tipo.

Pulimentos

Ya se señaló la práctica inexistencia de restos de hachas y azuelas procedentes de las estructuras excavadas; estos restos se reducen a cuatro fragmentos, en todos los casos de fibrolita. En contextos exclusivamente neolíticos se han recuperado dos de estos fragmentos procedentes de los rellenos de las hoyas 22 y 63 (Fig. 348, nº 17 y 18)

La ausencia del uso del lamprófidio, materia muy común para la ejecución de este tipo de elementos durante el Neolítico no puede dejar de ser destacable, como lo es también la procedencia de la fibrolita, en todos los casos originaria de las estribaciones del Sistema Central.

En otro apartado de útiles pulimentados destaca la presencia abundante de molinos y moletas, en su práctica totalidad fragmentados y elaborados sobre diferentes tipos de granitos; afiladores, como el procedente de la Hoya 201, o el fragmento de una moleta de arenisca de cuarzo, procedente de la Hoya 7, con abundantes restos de almagra en su superficie funcional (Fig. 348, nº 16). También resulta resaltable un pulidor/alisador para cerámicas recuperado en el Hoya 7.

La notoria representación de los molinos y fragmentos de elementos de molienda recuperados en el yacimiento está en clara consonancia con la abundancia de cereal que denuncia el contenido de las pastas de los grandes recipientes. Ambos elementos son una evidencia clara, directa una e indirecta la otra, de una economía plenamente agrícola, propia de los grupos de colonos establecidos en el territorio y a los que, por su propio carácter, se les supone un control de la economía de producción.

Cerámica

En contra de lo que acabamos de indicar en el apartado anterior, es en el capítulo de la cerámica donde encontramos la verdadera entidad del yacimiento de La Paleta. El conjunto cerámico es abundante y diversificado, como lo son también las decoraciones y las tipologías de recipientes representadas, algunas de las cuales comparecen, por vez primera, en la Meseta.

Entre todos los recipientes debe destacarse en primer lugar un nuevo tipo documentado por vez primera en este yacimiento. Como vimos someramente se trata de un gran recipiente dotado de gruesas paredes –superiores a los 20 mm- de tendencia invasada y realizado en su totalidad con barro fresco –aparentemente sin cocer- con un notable contenido de restos vegetales –fundamentalmente de cereales- y casi inapreciable de desgrasantes minerales. Hasta tal punto es esto así que algunos fragmentos de recipiente bien pudieran confundirse con restos de adobes de construcción; confusión que queda inmediatamente superada al advertir no sólo la morfología de los fragmentos, sino sobre todo sus detalladas decoraciones y la presencia abundante de fragmentos de bordes, labios y fondos –en todos los casos planos-. Estos recipientes presentan evidencias de estar casi en su totalidad afectados por el fuego si bien la composición de la pasta cerámica, notablemente rica en restos vegetales, indica que los recipientes no fueron cocidos tras su ejecución sino que secaron directamente al sol.

Este tipo de recipiente se relaciona morfo-tipológicamente con nuestras formas V y VIIc si bien presenta elementos suficientes para su inclusión en un nuevo subtipo (al que hemos denominado forma Vb), sobre todo por el grosor de sus paredes, por su tamaño –en ocasiones cercano a los 150 cm de altura- y por el hecho de presentar en todos los casos base plana (Figs. 349, 350, 352 C). No hemos encontrado paralelos en las tipologías hispanas, hecho que se debe, sin duda, a que éstas están elaboradas en su mayor parte atendiendo al criterio de los materiales recuperados en contextos cavernícolas y rupestres en detrimento de los conjuntos recuperados en contextos habitacionales o de almacenamiento situados al aire libre que son los lugares susceptibles del desarrollo de la economía agrícola. A pesar de esto, y aún salvando las notables distancias que los separan desde el punto de vista morfológico y técnico, hay cierta similitud entre este tipo de recipientes y algunos de los recuperados en el Grupo alavés de los Husos. En el caso toledano, a las características formales señaladas debemos incluir la presencia generalizada de decoraciones obtenidas mediante aplicaciones plásticas –las más de las veces cordones digitados- y siempre con la comparecencia de restos de almagras de buena calidad. En alguna ocasión hemos detectado la asociación de las almagras exclusivamente a los labios y bordes de los recipientes –siempre en aquellos que presentan sucesiones de mamelones perforados inmediatos al borde- lo que podría interpretarse como evidencia clara del uso de cierres mediante el empleo de tapaderas –quizás de tripa- tensadas con cuerdas y en cuya juntura se aplicaría, con fines preservativos, un producto como la almagra.

Los mejores paralelos, a pesar de las distancias geográficas y cronológicas, los encontramos en contextos de la Europa atlántica y del Norte, en concreto de la cultura Cortaillods/Westschweiz (Gross, 1990:67-68), sin menosprecio tampoco de aquellos otros recipientes, similares en su morfología y también de gran porte localizados en contextos del V milenio BC del Oriente Próximo, caso de los recipientes de fondo plano del enclave jordano de Abu Hamid (Dollfus, 2001: 73, fig.9) o las grandes jarras-silo –datadas en los inicios del IV milenio BC- (de cerca de 180 cm de altura) localizados en el valle medio del Jordán, en los enclaves de Pella y Beisan y muy abundantes en la llanura del Golán y en Ghassul. Estos recipientes, de los que suelen aparecer un elemento por cada unidad de habitación, presentan idéntica decoración que la que comparece en los fragmentos recuperados en el yacimiento toledano, consistente en múltiples cordones digitados y (Dollfus, 2001: 75) A raíz de la presentación de este tipo de recipientes en el IV Congreso de Neolítico Peninsular, varios colegas nos señalaron la existencia, en las colecciones de yacimientos de la cordillera cantábrica, de elementos muy similares (L. Chapata y A. Alday, com. Pers.), lo cual debe ponernos en guardia ante el posible hecho de que al revisar detenidamente las colecciones de numerosos yacimientos neolíticos al aire libre encontremos que la comparecencia de este nuevo tipo de recipiente se multiplica exponencialmente. Todo ello sin que podamos dudar de que en fechas similares este mismo tipo de recipientes se encontraban en uso en el Próximo Oriente.

Lo cierto es que, sin contar con paralelos claros en el arco mediterráneo, y teniendo en cuenta la forma de los vasos que han podido ser reconstruidos, así como la comparecencia masiva de bases planas –que antaño fueron caballo de batalla para esgrimir cronologías avanzadas del Neolítico y fundamentalmente del Calcolítico y la Edad del Bronce- nos resta presentar algunos avales acerca de una adscripción neolítica muy temprana para estos elementos.

Así, en primer lugar contamos con la datación (6660+/-60 BP) obtenida de los restos vegetales contenidos en el interior de la pasta de uno de estos recipientes. Bien es cierto que este recipiente carece de base, por lo que no podemos asegurar que fuese plana, y presenta una morfología propia de los vasos del Tipo VIIc, con cuello destacado que, en esta ocasión, presenta una representación figurada animal o humana (Fig. 350) Este recipiente procede de la Hoya 219, que sólo presenta en su relleno materiales de cronología neolítica.

Grandes recipientes se documentan también en la Hoya 63, una estructura independiente, que presenta en su registro exclusivamente materiales neolíticos y restos de grandes recipientes, igual que acontece en las Hoyas 175 y 191. En al menos tres ocasiones (Hoyas 175, 144 y 219) se produce la asociación de grandes recipientes y cerámicas cardiales o pseudocardiales que indicarían el uso más antiguo de estas estructuras y que, en el caso de la estructura 219 avalaría la temprana datación obtenida y que a la sazón es la más antigua evidencia datada de cereal en la Península Ibérica hasta la fecha.

El otro conjunto cerámico destacado son los recipientes decorados mediante impresiones realizadas con diferentes matrices múltiples con esquemas pseudocardiales y en menor medida cardiales (Fig. 352B) Dado que en el capítulo siguiente, correspondiente a la tipología cerámica, realizaremos un detenido estudio de este tipo de decoraciones desde su aspecto técnico y sus implicaciones cronológicas, de lo que presentamos un avance en fechas recientes (Jiménez Guijarro y Rojas, e.p.), tan sólo señalaremos aquí los datos referentes a su presencia y distribución en el yacimiento de La Paleta (Tabla 123) No es un conjunto notable pero sí destacado y representativo a tenor de lo documentado en los contextos meseteños que estamos analizando y lo que resulta más importante, de la incidencia numérica de su comparecencia, si bien siempre resulta resbaladizo contabilizar y realizar cálculos con aspecto definitivo sobre la parte que quedó y de ella la que hemos sido capaces de recuperar y no sobre la totalidad original del registro.

Las decoraciones de 144 y 203 A, aún perteneciendo a recipientes diferentes, están realizadas indudablemente con el mismo instrumento o matriz.

Los esquemas decorativos no son muy variados siendo posible inscribirlos en los grupos AII y CIV fundamentalmente. Como hemos tenido oportunidad de comprobar, la asociación de estos dos sistemas de decoración es un referente en los contextos meseteños, aún no siendo lo más común en las soluciones decorativas de otras áreas ‘cardiales’ peninsulares, si bien encajan perfectamente en las series cardiales del Norte de África, y especialmente de Marruecos (Gilman Guillén, 1976: 203, Lámina I) y que abre una interesante línea de trabajo acerca de la distribución de las cerámicas cardiales a lo largo del Mediterráneo Occidental y la fachada atlántica de África y de la Península Ibérica.

HOYA	MATERIAL	FIGURA
1	1 fragmento de cerámica cardial?	371B, nº6
2	1 fragmento de cerámica pseudocardial	371B, nº2
25	2 fragmentos de cerámica pseudocardial	
29	1 fragmento de cerámica pseudocardial	
30	1 fragmento de cerámica cardial	
53	1 fragmento de cerámica pseudocardial	
114	1 fragmento de cerámica pseudocardial	
128	1 fragmento de cerámica cardial	
140 C	1 fragmento de cerámica pseudocardial	
144	1 fragmento de cerámica pseudocardial. La producción cerámica es diferente a las demás. La matriz para decorar es la misma que la empleada en 203 A y 140 C	
173	1 fragmento cerámica cardial con restos de aguada de almagra	371B, nº4
175	1 fragmento de cerámica pseudocardial (Fig. 371B, nº5)-idéntica a 29 (incluso con la misma anchura de franjas)	
203 A	1 fragmento de arranque de asa con decoración pseudocardial. La producción cerámica es diferente a las demás.	371B, nº1
219	1 fragmento de cerámica cardial	371B, nº3

Tabla 123

Cabe destacar que estos esquemas, aún cuando puedan ser incluidos dentro de la clasificación general de los esquemas decorativos de la meseta que adoptamos y ampliamos de S. Estremera (2003), no encuentran paralelos nítidos en los conjuntos mejor conocidos y estudiados, especialmente La Vaquera, Galería del Sílex o el conjunto del Valle de Ambrona, mientras que sí lo hacen, como acabamos de expresar en los conjuntos norteafricanos. Este hecho no hace sino confirmar la existencia de un horizonte de fuerte personalidad y clara individualización asociado a las vegas del río Tajo donde encontramos precisamente los únicos ejemplares de cerámicas cardiales y pseudocardiales de la Meseta; todo ello implica revitalizar las posturas de contacto o colonización basadas en teorías que pongan en relación el Norte de África (Bouzouggar, 2006) y el estuario del Tajo, indudablemente por vía marítima y dentro del concepto de colonización pionera.

Sí encontramos, empero, tenues paralelos en yacimientos orientales como Cova Fosca (Aparicio y San Valero, 1977: Lam. IV y Lam. XXX y Lam. XXXI) o, aunque de forma minoritaria, dentro de los conjuntos estudiados por Bernabeu Aubán (1989) en el Grupo de Cerámicas Impresas del Levante peninsular. Cabe señalar, no obstante, algunos elementos de interés que ponen de manifiesto además, la nítida individualización de los conjuntos meseteños y de la costa levantina. Si bien es cierto que como acabamos de señalar, el esquema propio de las decoraciones cardiales es el de los grupos metopados en los que las decoraciones se organizan en bandas más o menos abigarradas de impresiones, en el caso del oriente peninsular estas bandas están delimitadas y guiadas a su vez por impresiones, mientras que en los conjuntos meseteños, como señalamos, estas guías y organizaciones, cuando están presentes, lo hacen en forma de acanalados o incisiones cuidadas y generalmente de notoria regularidad –incluso entre diferentes vasos– con un gusto estilístico cuyo paralelo formal más claro es el de yacimientos marroquíes como los de Achakar, Mugharet el 'Aliya y Mugharet el Khail/Khril A (Jodin, 1958-1959: 295; Gilman Guillén, 1976: 168)

Tampoco puede dejar de notarse la ausencia de paralelos claros –como sería de esperar– en contextos neolíticos de la costa atlántica y especialmente del curso bajo del río Tajo. Este hecho nos induce a pensar en un carácter híbrido y de marcada personalidad propia para estas producciones del curso medio del Tajo. Algo así como si nos encontrásemos ante el lugar de encuentro de dos corrientes estilísticas, ambas también de marcada identidad: los conjuntos inciso-acanalados meridionales, especialmente de la Alta Andalucía, y los conjuntos impresos de tradición mediterránea todo ello sobre una base claramente norteafricana. A favor de esta hipótesis encontramos, en La Paleta, la presencia de cerámicas de aspecto notoriamente diferente –tal vez producciones foráneas– como las de las estructuras 203 A y 144, en las que la comparecencia de las impresiones, sin acompañamiento de incisiones o acanalados delimitadores –como ocurría también con algunos de los ejemplares de Verona II y de Mesegar de Tajo– parece señalar un comportamiento estilístico más acorde con los grupos de cerámicas impresas del mediterráneo y de la costa atlántica portuguesa. Además, en todos los ejemplares decorados con impresiones cardiales y pseudocardiales de La Paleta, pero también de Verona II y de otros yacimientos próximos, es la notable calidad y consistencia de las cocheras cerámicas. En todos los casos se trata de pastas muy depuradas, muy bien cocidas y en las que predominan los desgrasantes muy finos que dan un aspecto muy peculiar y destacado a estos ejemplares. Las cocciones suelen ser plenamente reductoras, en menor número de ocasiones de nervio o alternas y en ningún caso completamente oxidantes. No es extraña la presencia de barbotinas –a veces densas– de

tonalidades claras que recubren las superficies de los recipientes, como tampoco están ausentes los restos de incrustación de pasta rojiza en las impresiones.

En lo referente a las formas es lamentable señalar que, con tan magra colección es imposible reconstruir forma alguna. Tan sólo en una ocasión se advierte la presencia del arranque de un asa que sirve, como señalase Municio (1988) como articuladora de la decoración y que podría ponerse en relación con recipientes de la forma V o VII. Otros casos parecen corresponderse con cuerpos globulares de los que resulta imposible determinar una morfología precisa.

El resto del conjunto alfarero decorado está caracterizado por el notable predominio de las decoraciones impresas. Para su presentación hemos realizado un muestreo atendiendo exclusivamente a las estructuras que presentan evidencias de adscripción única al neolítico (Tabla 124 y Fig. 325) así como al hecho de que carezcan de superposiciones o cortes producidos por la presencia de hoyas de otra cronología. Del mismo modo se ha tratado de minimizar la representación en este conjunto incluso de aquellas superposiciones de las que tenemos la certeza que les corresponde una cronología también neolítica. El total de restos cerámicos supone una muestra de 1712 individuos, de los que 1386 corresponden a restos carentes de decoración, 308 presentan decoración y 18 muestran restos de almagra. Debemos señalar que en estos recuentos no hemos tenido en cuenta los fragmentos correspondientes a los que hemos denominado grandes recipientes. Esto es así por la especificidad de los mismos. Esta muestra debe ser tomada como significativa y muy próxima a la cifra real de la totalidad del material analizado que ha sido adscrito al Neolítico y que es de 2206 individuos de los que 1386 no presentan decoración, 308 sí la muestran y en 18 ocasiones comparecen restos de almagra. Los índices generales de lisas y decoradas en todos los casos son similares (c.80 % lisas, c. 19% decoradas), lo cual es prueba de coherencia en cuanto al rango de análisis empleado.

De las 73 estructuras que presentaban material neolítico en su interior hemos seleccionado, atendiendo a los criterios señalados, 35 para nuestro estudio. El estudio íntegro del enclave está siendo objeto de una monografía propia, lo cual justifica que remitamos al investigador a esa obra en beneficio del espacio que nos implicaría analizar pormenorizadamente todos y cada uno de los hallazgos de este enclave y que, aún cuando resultase interesante, no haría sino multiplicar exponencialmente el tamaño de nuestro estudio. Por ello, atendiendo a la mencionada imposibilidad de establecer, en la fase de estudio en la que se encuentra el yacimiento, una seriación cronológica definitiva del conjunto de estructuras neolíticas, atenderemos a estas como un *unicuum* de cara al estudio numérico de los resultados. Esta decisión arbitraria queda justificada, además, por la nimia representación del material neolítico, e incluso del material cerámico en general en un número importante de hoyas.

Resulta necesario resaltar que la adscripción neolítica de una hoya tan sólo ha podido ser realizada atendiendo a las decoraciones y en algunas ocasiones a las formas de las cerámicas lisas, siendo un criterio diferenciador ciertamente notable la presencia o ausencia de formas carenadas propias del horizonte de la Edad del Bronce. Cuando hemos recurrido al uso de las cerámicas decoradas como elemento diagnóstico, e incluso para su definición en esta obra, hemos tratado a las decoraciones basándonos en lo señalado por Jodin (1958-1959) y Gilman Guillén (1976), quienes señalan el intento de tomar los fragmentos cerámicos como porciones de configuraciones estilísticas completas. Creemos que, ante la carencia notable de recipientes completos –algo que caracteriza a la mayor parte de los enclaves neolíticos al aire libre, por contraposición a las cuevas– es este un criterio válido, y a veces el único que posibilita el postrer trabajo de análisis.

Aún teniendo en cuenta la existencia de al menos dos sucesos ocupacionales propios del neolítico atendiendo a los resultados de las muestras radiocarbónicas estudiadas, y dadas las características del propio registro, hemos decidido, en beneficio de la objetividad del método de trabajo empleado, tomar en un principio el conjunto de materiales como correspondiente a un único momento habitacional/cronológico. Lo drástico de esta elección se deriva de la imposibilidad de diferenciar niveles de uso o de establecer diferencias entre unidades conforme hicimos en el caso de Verona II, donde la existencia de cuatro unidades domésticas nos permitió un ensayo de este tipo. Creemos firmemente que el recurso a este método, el apoyo posterior en las dataciones radiocarbónicas y el análisis exhaustivo de los materiales arqueológicos, sin olvidar la inexistencia generalizada de superposiciones correspondientes exclusivamente al neolítico (recordemos, dos únicos casos) nos permitirá concluir acerca de la deriva cronológica de la vida del yacimiento pero sobre todo acerca de si se trata de una imagen congelada en el tiempo de un único hecho o, por el contrario, lo es de la concatenación de sucesos derivados de un contexto cultural similar desarrollado a lo largo de una laxa cronología y con ocupaciones estacionales de mayor o menor duración.

El hecho de que nos encontremos ante un desarrollo cronológicamente amplio sin referencia estratigráfica vertical evidente no debería implicar, no obstante, que estemos exclusivamente ante un poblado estacional, sino que más bien, basándonos en la existencia de los grandes recipientes de almacenamiento de difícil transporte, puede que nos esté indicando de forma inequívoca que nos encontramos ante una aldea en cierto modo estable, esto es, un hábitat más o menos sedentario.

HOYA	Lisas	%Lisas	Decoradas	%Decoradas	Almagra	%Almagra
1	193	11.21	62	3.62	2	0.12
2	192	11.21	42	2.45	3	0.18
5	11	0.64	3	0.18	0	0
7	32	1.87	5	0.35	3	0.18
15	3	0.18	1	0.05	0	0
22	11	0.64	2	0.12	0	0
25	70	4.09	22	1.29	0	0
35	24	1.40	2	0.12	0	0
39	21	1.23	4	0.23	0	0
44	86	5.02	8	0.47	0	0
55	12	0.70	2	0.12	0	0
56	37	2.16	3	0.18	0	0
63	28	1.64	13	0.76	1	0.05
73	38	2.22	2	0.12	1	0.05
98	41	2.39	8	0.47	0	0
103	72	4.21	10	0.58	0	0
114	10	0.58	3	0.18	0	0
129	23	1.34	3	0.18	0	0
131	19	1.11	2	0.12	0	0
139	9	0.53	3	0.18	0	0
140	54	3.15	7	0.41	0	0
175	60	3.50	15	0.88	0	0
201	12	0.70	2	0.12	0	0
209	23	1.34	3	0.18	2	0.12
214	32	1.87	13	0.76	2	0.12
218	28	1.64	3	0.18	0	0
219	181	10.57	45	2.63	3	0.18
220	8	0.47	3	0.18	0	0
229	12	0.70	2	0.12	0	0
230	11	0.64	2	0.12	1	0.05
231	1	0.05	1	0.05	0	0
233	6	0.25	2	0.12	0	0
248	1	0.05	1	0.05	0	0
251	5	0.35	1	0.05	0	0
252	20	1.17	8	0.47	0	0
TOTAL Σ (1712)	1386	80.96	308	17.99	18	1.05

Tabla 124.- Representación de fragmentos cerámicos por niveles y porcentajes de presencia de individuos lisos, decorados y con almagra en la muestra seleccionada. En el conjunto de almagras no se han computado los fragmentos de grandes recipientes. Su cómputo habría dado origen a una representación irreal en la muestra. La columna de la derecha de las celdas de porcentajes equivale a la representación porcentual en cada hoya.

En el apartado referente a las formas cerámicas representadas observamos, como ha ocurrido en algunos otros yacimientos, cierta diferenciación entre las formas comparecientes en el apartado de cerámicas lisas y decoradas. Es posible considerar esta diferenciación como una respuesta no sólo a criterios de conservación y recuperación de la población analizada, sino sobre todo a la existencia de claras diferencias en cuanto a la funcionalidad y representación de los recipientes.

Observamos que, analizadas las unidades con mayor universo de muestra, el porcentaje de representación de cerámicas decoradas, teniendo como unidad el fragmento, se establece en un rango que varía entre el 10 y el 30%, siendo la media del 20% de decoradas. Las almagras, en estos conjuntos más numerosos, no suelen superar el 1'5% de representación (Tabla 124)

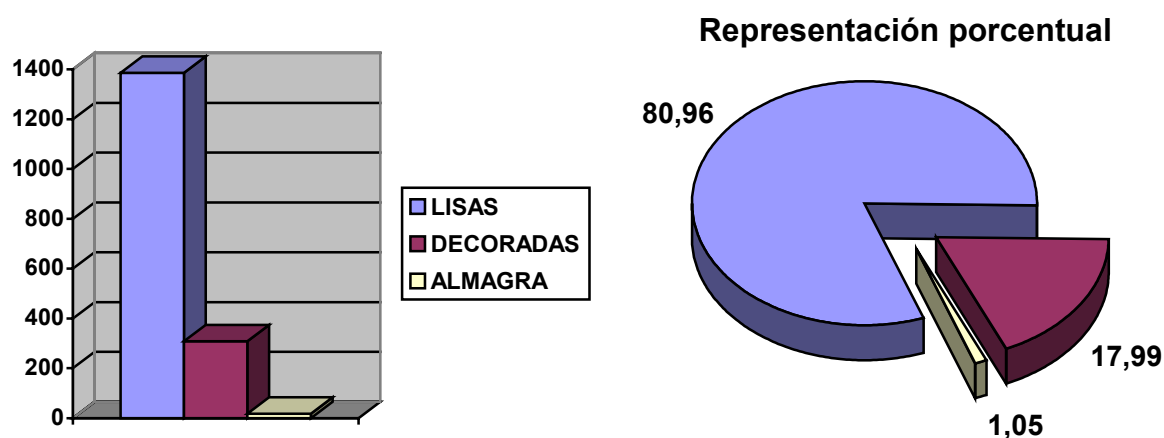


Fig. 325.- Gráficas de los estadígrafos simples de representación de cerámicas lisas y decoradas atendido a la población de la muestra seleccionada

En cuanto a la reconstrucción de formas debemos señalar lo dificultoso que resulta obtener, dado el reducido tamaño de los fragmentos, aproximaciones totalmente fidedignas de las formas representadas. A este hecho hay que añadir que las porciones mejor representadas, como acontece en la práctica totalidad de los yacimientos en superficie, son los galbos informes correspondientes a las paredes de recipientes que bien pudieron ser lisos o decorados. La notable presencia de restos cerámicos correspondientes al tercio inferior de los recipientes tampoco es de gran ayuda. Una vez más, sin atender al criterio de aplicación de la regla de los tercios que ya expusimos, se aprecia un notable desajuste no sólo entre los individuos lisos y decorados, sino que también refleja la dificultad para obtener un número destacado de identificaciones formales claras.

Entre las formas cerámicas debe resaltarse esa discrepancia de los tipos mejor representados a la que acabamos de hacer referencia (Tabla 125 y Fig. 326). Así, en el yacimiento de La Paleta encontramos que las formas mejor representadas, atendiendo al conjunto total de la muestra son la V, VII y II. Por su parte, atendiendo al conjunto de las cerámicas decoradas y lisas, respectivamente las formas mejor representadas son la VII,V,II y V,IV,III. Las formas decoradas engloban los recipientes de mayor capacidad de contenido, mientras que las lisas lo hacen respecto a los recipientes de capacidad media o pequeña. Sin duda, como ya hemos señalado en alguna otra ocasión, este hecho debe estar relacionado con su correspondencia con elementos de almacenamiento en el primer caso y el consumo en el segundo. Esta correspondencia nos permite acercarnos a la definición de una funcionalidad más o menos precisa no sólo para los mencionados recipientes sino sobre todo para los enclaves en los que se detectan. Así podemos notar una cierta disimetría en cuanto a la representación e importancia cuantitativa de las diferentes formas entre los establecimientos en cueva y al aire libre. Este hecho, como veremos más adelante, tiene una explicación precisa y significativa asociada no sólo a datos cronológicos y culturales, sino sobre todo a datos de carácter funcional.

FORMA	Lisas	%Lisas	Decoradas	%Decoradas	Total	%Total
I	5	2,31	7	3,24	12	5,55
II	6	2,77	23	10,65	29	13,45
III	10	4,64	14	6,48	24	11,11
IV	10	4,64	11	5,09	21	9,72
V	17	7,87	34	15,74	51	23,61
VI	7	3,24	13	6,01	20	9,26
VII	8	3,70	34	15,74	42	19,43
VIII	10	4,64	7	3,24	17	7,87
TOTAL	73	33,81	143	66,19	216	100

Tabla 125.- Representación porcentual de tipos cerámicos

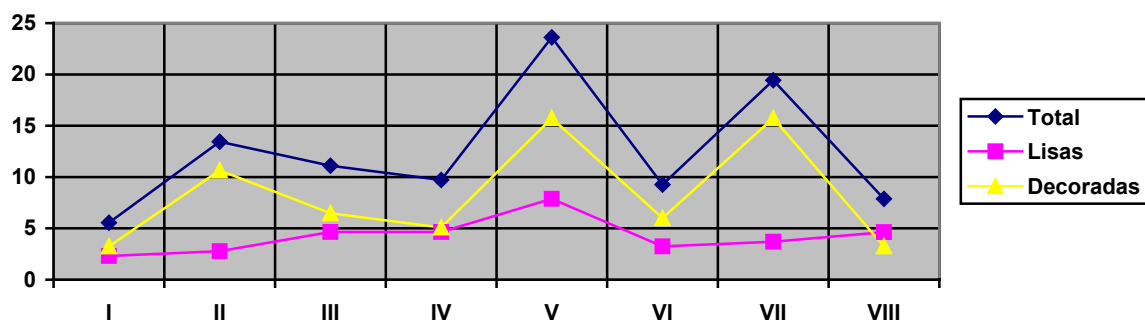


Fig.326.- Representación del total de formas cerámicas representadas y de los porcentajes referentes al conjunto de cerámicas lisas y decoradas.

En cuanto a la tipología de las decoraciones (Tabla 126 y Fig. 327), llama la atención el claro índice de representatividad de los ejemplares impresos sobre aquellos que presentan decoraciones de tipo inciso y acanalado –que en este caso son minoritarios-. Sin duda es la impresión la técnica decorativa mejor representada y la representativa del conjunto. Tampoco puede dejar de señalarse que la totalidad de los grandes recipientes contenedores, que se estudian aparte, presentan sobre su superficie externa cordones plásticos aplicados decorados con impresiones, en este caso realizadas con los dedos y que si hubiesen sido incluidas en la tabla 126 habrían multiplicado exponencialmente la representatividad y el dominio absoluto de las decoraciones impresas y habrían disparado los porcentajes correspondientes a las formas V y VII del estadígrafo de la figura 326

TÉCNICA DECORATIVA	CASOS	%
Incisión fina	33	8,03
Acanalado	50	12,18
Impresión matriz simple	140	34,02
Impresión matriz múltiple	23	5,60
Impresión concha	19	4,63
Digitación-ungulación	0*	0*
Cordón liso	29	7,06
Cordón impreso	104	25,31
Boquique	10	2,43
Pintada	0	0
Esgrafiada	0	0
Pastillas aplicadas	0	0
Línea cosida	3	0,74
TOTAL	411	100

Tabla 126- Técnicas decorativas empleadas. *Las digitaciones son una de las decoraciones mejor representadas, asociada a los cordones aplicados, que comparecen en los grandes recipientes.

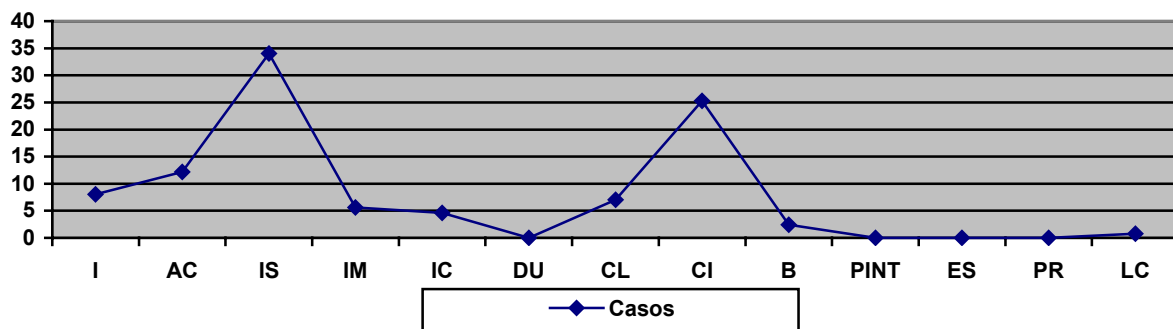


Fig.327.- Gráfica de representación porcentual de técnicas decorativas

Es importante señalar un dato relevante que salta a la vista cuando se analiza el conjunto de La Paleta comparado con los grupos de cerámicas impresas del oriente peninsular y que permite vislumbrar cierta relación inversamente proporcional entre ambos. Este hecho se debe, sin duda, a un carácter cronológico y cultural, como tendremos oportunidad de analizar.

Así, las gráficas comparativas (Figs. 328 y 329) permiten advertir que el yacimiento toledano se relaciona más con los conjuntos de Or IV, Nacimiento II y en cierta medida Cendres VIII si atendemos a la comparación individualizando las decoraciones obtenidas por la técnica cardinal – desde el punto de vista del fósil guía clásico-. Ahora bien, si no atendemos a la diferenciación de esta técnica y atendemos a ella como un elemento técnico-decorativo más, constitutivo del grupo técnico de impresas –en este caso serían impresiones múltiples, independientemente de cual fuese la matriz empleada-, observamos que el grupo de La Paleta y los levantinos presentan una curva gráfica del todo similar con cúspides y valles idénticos y sin embargo todos estos conjuntos, incluidos el toledano, se separan, con una gráfica diametralmente opuesta, del perfil de Nacimiento II (Fig. 328). Tampoco puede dejar de consignarse que las diferencias básicas se marcan entre los conjuntos de Llop, Cendres X y Or VI, por un lado –con mínima representación de la técnica incisa y máxima en las impresiones- y un segundo grupo, formado por Cendres VIII, Or IV y La Paleta –con un porcentaje mayor en la representación de la técnica inciso-acanalada y una reducción de la representación de la técnica impresa.

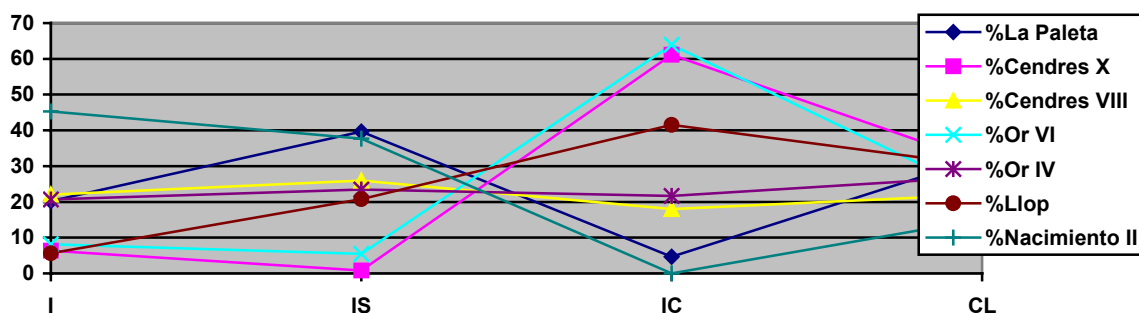


Fig.328.- Comparativa de la representación porcentual de técnicas decorativas esenciales entre La Paleta y los conjuntos mediterráneos peninsulares (diferenciando cardinal)

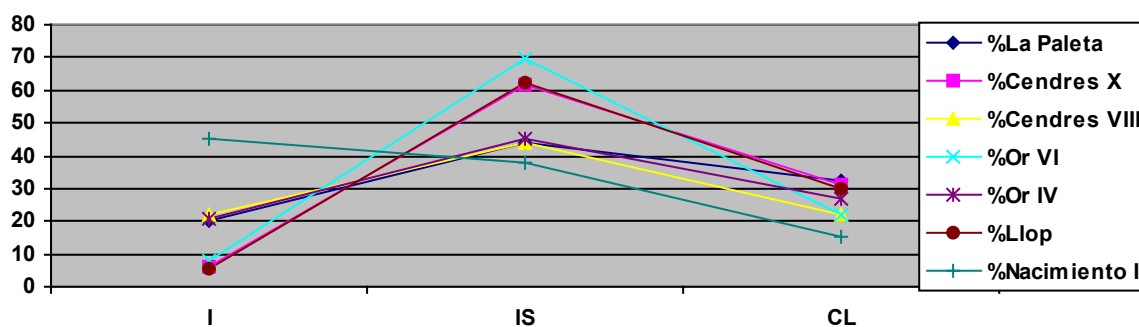


Fig.329.- Comparativa de la representación porcentual de técnicas decorativas verdaderamente esenciales entre La Paleta y los conjuntos mediterráneos peninsulares (asimilando cardinal a impresas)

De nuevo el perfil del yacimiento toledano se aproxima a los perfiles de Or IV y Cendres VIII, esto es, al recorte de las distancias entre impresas e incisas, lo cual, como señalamos antes, debe tener una explicación puramente cronológica. Esta curva resulta de lectura más sencilla y útil que la primera presentada y demuestra que el grupo decorativo cardinal constituye verdaderamente un desarrollo propio de un Grupo Cultural más amplio que como bien definió Bernabeu (1989) se corresponde con el genérico conjunto de Cerámicas Impresas. No obstante, en el capítulo destinado al estudio de conjunto, tendremos oportunidad de ahondar en este aspecto definitorio del primer neolítico del interior y sus implicaciones culturales, económicas y cronológicas.

Por lo que respecta a los esquemas decorativos representados debemos destacar la aparición de algunos pocos esquemas barrocos, alejados no obstante del barroquismo levantino, que se asocian

sobre todo a los grupos de decoraciones impresas, pero también a las que combinan impresiones y acanalados. Este barroquismo en ocasiones es tal que afecta, al menos en cuatro ocasiones, a las caras internas y externas de los recipientes. Hay un claro y nítido predominio de los esquemas del tipo A, especialmente los del tipo AI –asociados en muchas ocasiones a cordones de escaso resalte-. Le siguen los motivos del tipo C, especialmente los del tipo CI, que engloban las decoraciones impresas pseudocardiales enmarcadas por incisiones y acanalados (Figs. 353 y 354) y CIV b.

Como hemos señalado existen notorias diferencias estilísticas entre los esquemas cardiales presentes en La Paleta y los que comparecen en otros contextos fundamentalmente levantinos. Es lícito hablar incluso de notorias divergencias que confluyen únicamente en el recurso a la técnica de impresión cardinal y pseudo-cardinal. Por su parte comparecen modos de estructuración del mensaje decorativo que tienen sus paralelos más próximos en los conjuntos cardiales del Norte de Marruecos (Gilman Guillén, 1976)

Grandes recipientes

Estos elementos constituyen uno de los datos más destacados e interesantes del yacimiento. Este interés reside no sólo en la novedad que supone la identificación de este nuevo tipo de elementos sino sobre todo en las características técnicas empleadas para su elaboración. En todos los casos se trata de recipientes confeccionados con barro fresco, sin cocer o sometido a una cocción deficiente, a menudo accidental, en los que se han empleado como desgrasantes abundantes restos vegetales, sobre todo de cereales. Otro dato muy interesante deriva del hecho de que se conserven en el interior de las paredes del recipiente abundantes restos de semillas carbonizadas e incluso de fragmentos de espigas del cereal. Tal es la cantidad de restos inmersos en la matriz arcillosa que hemos tenido la oportunidad de obtener abundantes improntas de cereal. Esto posibilita que se esté llevando a cabo uno de los estudios más importantes de caracterización de los cereales empleados durante el primer neolítico de la Península Ibérica.

Entre los elementos vegetales incluidos como desgrasantes tampoco son extraños los restos de hojas –principalmente de encinas- y pequeñas ramitas de arbustos. El hecho de que aún se esté trabajando con este material y la ingente cantidad de tiempo necesaria para procesar todos los datos obtenidos impiden que podamos avanzar mucho más al respecto.

En lo referente a la morfología de los recipientes se ha podido reconstruir –hipotéticamente- una buena parte de ellos (Fig. 349) En todos los casos comparecen bases planas, en ocasiones muy estrechas en su espesor y con resaltes en el exterior del pie que parecen señalar que los recipientes fueron elaborados directamente sobre el suelo, partiendo de un bloque de arcilla mezclada con los vegetales señalados. Los recipientes presentan tamaños y formas variables. En la práctica totalidad de las ocasiones poseen potentes bordes redondeados, de tendencia invasada, que sirven de remate a cuerpos marcadamente globulares, similares –salvo por la presencia de las amplias bases planas y los notables grosores de sus paredes- a aquellos otros recipientes de la forma V. Una de las diferencias más notables entre unos y otros reside además en el tamaño, así, no son raras alturas superiores a los 150 centímetros, lo cual nos indica volúmenes notables en cuanto a la capacidad de almacenamiento.

En alguna ocasión comparecen fragmentos de grandes recipientes que imitan la forma VII de garrafa (Fig. 349) En ellos, aparentemente los más destacados a juzgar por su decoración, un largo cuello sirve de solución de continuidad entre los bordes ligeramente invasados o rectos y los cuerpos globulares. Entre estos recipientes destaca uno con decoración figurada en el cuello que parece representar el rostro de un animal o de un ser humano solucionado mediante el recurso a dos impresiones almendradas que simulan los ojos, un pellizco notable sobre el barro fresco que imita la nariz o el pico/hocico, en caso de que se tratase de una representación zoomorfa y la aplicación de unos someros y estrechos cordones sobre los ojos que solucionan una suerte de cejas (Fig. 350, nº2) Este recipiente está elaborado con la técnica que acabamos de describir, si bien sus pareces son algo menos espesas. El cuello del recipiente, en la parte baja y lateral del rostro representado, se adorna con una reiteración de cordones plásticos aplicados decorados con impresiones digitales someras. Una imprimación de almagra roja dota al recipiente de un colorido y belleza singulares. Los restos vegetales de este recipiente han sido objeto de un análisis radiocarbónico al que más adelante nos referiremos.

La práctica totalidad de los grandes recipientes presentan decoraciones que responden a una técnica y temática reiterativa y monótona consistente en cordones aplicados formando guirnalda ordenadas combinadas en motivos lineales y curvilíneos y en la aplicación de imprimaciones de

almagra, en ocasiones muy potentes, que dotan a los recipientes de un colorido notable y muy llamativo (Fig. 353, nº 2 y 350, nº 3)

En algunas pocas ocasiones (Hoya 209) se han localizado grandes pellas de este barro rico en restos vegetales y que presenta como decoración un curioso esquema consistente en la sucesión de hiladas de impresiones de bellotas bordeados por impresiones anchas pero muy someras (Fig. 351, nº 1 y 2). Sin duda resulta muy sugerente la combinación, sobre un mismo soporte de elementos domésticos (cereales) y salvajes (bellotas), ambos base de economías de recolección y de producción que parecen encajar a modo de simbiosis simbólica en estas pellas.

Otro elemento, plástico y figurativo también, elaborado con esta misma masa de barro rico en restos de cereales, consiste en una serie de cilindros macizos (hemos recuperado al menos tres) que presentan dos profundos acanalados laterales que culminan en una superficie circular en la que aparece representado, de modo burdo, un rostro. Este se ha conseguido por la aplicación de un simple pellizco dado al barro fresco y que conforma una nariz o pico a cuyos lados quedan dos concavidades marcadas a modo de ojos (Fig. 351, nº 3). Sin profundizar ahora demasiado en los siempre resbaladizos paralelos estilístico-formales, no puede dejar de señalarse el notable parecido existente entre este tipo de soluciones decorativas y las presentes en el hocico del 'bucráneo' de barro recuperado en el tell griego de Dikili Tash (Treuil, 2001: 114, fig. 9) y que apareció, junto a otras figuritas de barro en un contexto del tipo Dikili Tash I-Sitagri II propio del neolítico reciente griego (c. 7200-5900 BP) (Treuil, 1992) y por tanto con unas cronologías comparables con las de La Paleta.

Algunos de los fragmentos recuperados, realizados con la misma técnica que estos grandes recipientes, se corresponden a hornos domésticos de cúpula, similares a los documentados en contextos arqueológicos peninsulares como los del yacimiento alicantino de Mas d'Is, con el que comparte cronología (Bernabeu et alii, 2003: 43), o el griego de Aquilleion (Winn y Daniel, 1989). También se documentan numerosos paralelos en contextos etnológicos de África y Oriente Próximo (Fig. 349)

Ya se ha insistido oportunamente en la claridad de los paralelos existentes entre los grandes recipientes de La Paleta y los localizados en diversos enclaves del área sirio-jordana. Se ha advertido no sólo el paralelismo morfológico sino también la proximidad de las fechas y cómo el neolítico Antiguo de este sector de la Meseta y quizás de buena parte de la Península Ibérica, parece cada vez más relacionado con los desarrollos del Oriente Próximo. Las evidencias son ahora innegables, aún cuando sea necesario profundizar en la temática cronológica, sobre todo en las cuestiones de prelación, esto es, qué desarrollo deriva de cual. No hay muchas más opciones y ante la evidencia palpable parece inadecuado seguir manteniendo criterios de convergencias culturales que carecen ya no sólo de utilidad, sino de sentido. Se puede ir un paso más allá y señalar una relación nítida en los desarrollos que acontecieron, sobre todo en la fachada atlántica - ¿por qué no en otros lugares?- y en el área próximo-oriental. Así, al Horizonte de cerámicas pintadas, tan característico del sector toledano-zamorano que hemos denominado **Horizonte Herencias-Veguilla**, le corresponde un paralelo notorio en los registros de la misma zona Sirio-jordana; concretamente destacan los materiales procedentes de los niveles inferiores del enclave de Abu Hamid, datados entre el 7000 y el 6600 BP (Dollfus, 2001: 69, fig. 4) y los de Sha'ar Hagolan y Munhata (n. 2b). No en vano será en las proximidades de esta región donde Jaussen y Sauvignac (1907) detectaran un interesante núcleo megalítico en el que destacan los dólmenes - todos ellos formados por grandes bloques ciclópeos carentes de túmulo- de El-Mereigat y El-Masloubiyeh, así como algunas otras estructuras, de notable parecido con las del área portuguesa que tuvimos oportunidad de estudiar en 2004 durante una estancia en Arabia Saudita con la misión internacional liderada por la Dra. Leïla Nehme, del College de France.

Industria ósea

La industria ósea del yacimiento es tan escasa como monótona. Su más que modesta representación nos impide realizar análisis alguno más allá del mero enunciado de los elementos recuperados así como las estructuras de procedencia.

No obstante, atendiendo a esta valoración de la ubicación espacial de los restos sí tenemos un importante argumento que esgrimir y es que, si todo el yacimiento no ha deparado más que seis restos de industria ósea, al menos en tres ocasiones se trata de estructuras individuales de cronología neolítica. Así, se localizan los siguientes elementos (Fig. 355):

Hoya 1

Punzón realizado sobre metatarso de *ovis aries* en el que la parte activa aguzada está efectuada sobre el extremo distal mientras que se conserva el resto de la articulación en el extremo proximal (Fig. 355, nº3)

Estructura 1

Aguja de perfil curvilíneo realizada sobre incisivo mandibular de *Sus sp.* Presenta perforación circular unipolar en el extremo proximal (Fig. 355, nº1)

Hoya 251

Colgante sobre canino maxilar de *Lupus* o *Canis familiaris*. Presenta acanalado horizontal, para colgado, perpendicular al desarrollo del diente, en la región mesial de la raíz (Fig. 355, nº2)

Restos faunísticos y vegetales

En el apartado de la fauna cabe señalar su escasa representatividad, máxime atendiendo al número de estructuras excavadas así como a la comparecencia de al menos tres momentos culturales diferenciados.

El conjunto total de restos supera con creces el centenar, si bien a la hora de atender a los elementos diagnósticos que permiten una identificación precisa este número se ve sensiblemente reducido.

Otro elemento a destacar es el elevado índice de fragmentación de las porciones esqueléticas. Así son raros no ya los elementos recuperados en conexión anatómica –que se reducen a tres partes anatómicas correspondientes a las extremidades de sendas bestias- sino también los restos que aparezcan enteros. Si a este hecho le añadimos la relativa escasez de marcas de cortes sobre las superficies externas de los huesos podemos estar ante un claro indicativo de las conductas culinarias desarrolladas por el grupo humano de La Paleta. Tampoco podemos obviar el papel jugado en esta fragmentación por los cánidos, de los que tenemos algunas representaciones esqueléticas en el yacimiento, aún cuando no son tan abundantes como sería de esperar las huellas de trituración de los huesos dejadas por estos animales.

Por todo ello es factible que el aprovechamiento de los elementos medulares y el tuétano de los huesos fuese harto frecuente entre las sociedades humanas del primer neolítico. Tampoco puede desdeñarse que la fragmentación y troceado de las porciones anatómicas más grandes podrían estar denunciando la comparecencia de nuevos métodos culinarios asociados a los guisos realizados en recipientes puestos sobre el fuego y no ya sólo de piezas casi completas o completas asadas sobre las brasas o directamente sobre los hogares. Es esta una vía de investigación que sería muy interesante seguir.

En el conjunto de estructuras neolíticas no es muy elevado el número de restos que nos permitan alcanzar una determinación siquiera taxonómica (Tabla 127)

En total ha sido posible identificar satisfactoriamente 74 restos esqueléticos dispersos en 19 hoyas de las que 15 pertenecen al conjunto de estructuras significativas por su exclusiva presencia de restos materiales neolíticos.

La incidencia de la fauna doméstica es claramente mayoritaria, siendo además la oveja el espécimen mejor representado (Fig. 330) En la distribución por hoyas no se advierten grandes desajustes, si bien se aprecia que las hoyas con mejor representación faunística son precisamente aquellas que mayor cantidad de restos arqueológicos han proporcionado. La presencia de *lepus/oryctolagus* puede considerarse intrusiva en la práctica totalidad de las representaciones consignadas.

Atendiendo al análisis conjunto de los datos (Fig. 330) y al coeficiente del NMI (Fig. 331), advertimos que el taxón mejor representado es el correspondiente al conjunto de ovejas y cabras domésticas, seguido por el cerdo y algo más alejado por los individuos del grupo bos y por los cérvidos.

La incidencia de la fauna doméstica es mayoritaria y comparece en las tres estructuras objeto de datación (H.1, H.175 y H.219) No obstante dada la imposibilidad manifiesta de diferenciar

claramente entre las especies doméstica y salvaje en los taxones de *bos* y *sus*, si tomásemos ambos como representantes de especies salvajes advertiríamos una igualación de la incidencia de la fauna doméstica y salvaje.

HOYA	NIVEL/UE	TAXÓN	NRI
1	II	<i>Ovis aries</i>	3
1	II	<i>Sus sp</i>	1
1	IV	<i>Sus scrofa</i>	2
1	IV	<i>Bos taurus</i>	1
1	Bajo piedras	<i>Unio sp</i>	1
1	Bajo piedras	<i>Ovis aries</i>	5
1	Bajo piedras	<i>Felis sp</i>	1
2	IV	<i>Capra hircus</i>	1
2	VI	<i>Sus domesticus</i>	4
2	VI	<i>Ovis aries</i>	3
2	VI	<i>Unio sp</i>	1
2	VI	<i>Cervus elapahs</i>	1
2	VI	<i>Ave</i>	3
5	II	<i>Lupus/canis</i>	1
7	I	<i>Sus sp</i>	1
7	I	<i>Ovis aries</i>	2
22	I	<i>Cervus elapahs</i>	1
22	II	<i>Ovis aries</i>	1
22	UE3	<i>Equus sp</i>	1
25	I	<i>Bos taurus</i>	3
25	II	<i>Cervus elapahs</i>	2
25	II	<i>Bos taurus</i>	2
25	II	<i>Ovis aries</i>	1
25	II	<i>Sus sp</i>	2
25	II	<i>Capra hircus</i>	1
25	III	<i>Cervus elapahs</i>	3
28	I	<i>Ovis aries</i>	2
28	I	<i>Sus sp</i>	3
39	UE3	<i>Lepus</i>	2
44	UE3	<i>Lupus/canis</i>	2
53	UE3	<i>Ovis aries</i>	1
53	UE3	<i>Sus sp</i>	1
140	UE3	<i>Equus</i>	1
144	UE3	<i>Oryctolagus cuniculus</i>	1
144	UE3	<i>Ovis aries</i>	1
175	UE3	<i>Ovis aries</i>	1
175	UE3	<i>Bos taurus</i>	1
197	UE1	<i>Equus</i>	1
197	UE1	<i>Bos taurus</i>	1
209	II	<i>Bos taurus</i>	1
209	II	<i>Ovis aries</i>	1
209	II	<i>Lepus/orlyctolagus</i>	1
214	I	<i>Ovis aries</i>	1
214	I	<i>Capra hircus</i>	1
219	UE6	<i>Ovis aries</i>	1
251	I	<i>Ovis aries</i>	1
252	UE2	<i>Sus sp</i>	1
TOTAL			74

Tabla 127.

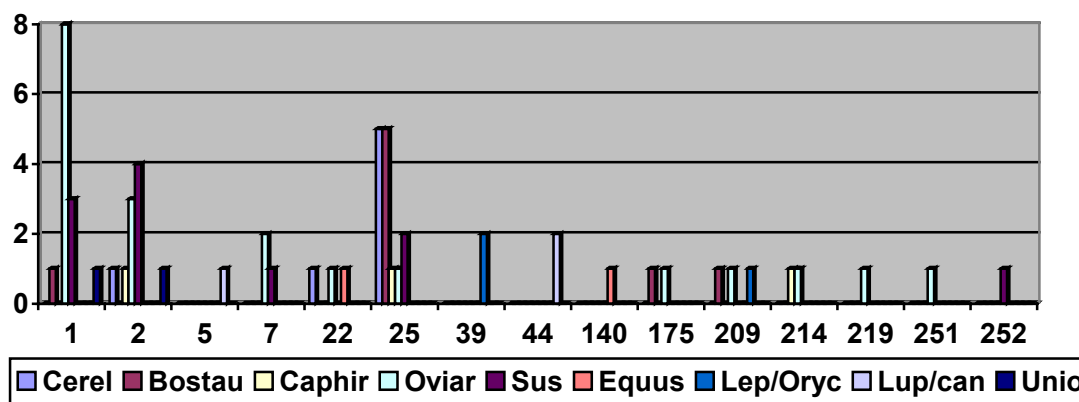


Fig.330.- Gráfica de representación de restos de fauna por Hoya.

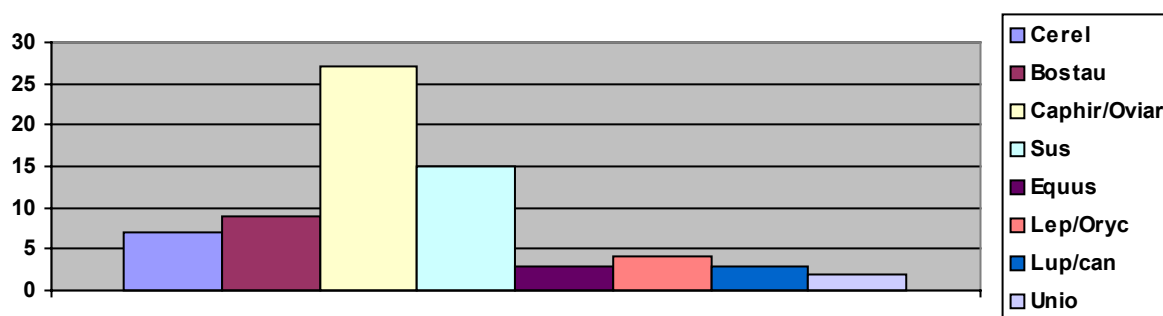


Fig.331.- Gráfica de representación de restos de fauna atendiendo al NMI.

Cronología relativa

El estudio de la disposición y eventual superposición de las diferentes estructuras excavadas, así como de sus rellenos arqueológicos, nos permiten llevar a cabo un ensayo sobre su cronología.

De las hoya excavadas, al menos 38 presentan evidencias claras de superposición y 13 hoya muestran algún indicio que permite suponer la existencia de superposiciones parciales. De las primeras, en siete ocasiones se han solapado hasta tres hoya, mientras que en las 31 ocasiones restantes las superposiciones corresponden a dos hoya.

Al analizar los datos desde diferentes puntos de vista se extraen algunas conclusiones de interés. En primer lugar, atendiendo a la distribución espacial de las hoya que presentan superposiciones se advierte una cierta concentración en el sector oriental del alomamiento. Esto es así, sin duda, debido a que, como se advierte en los gráficos de distribución general (Fig.341) es en este sector donde debió concentrarse el asentamiento neolítico inicial. El posterior asentamiento de la Edad del Bronce, al ser mucho más extenso, debió afectar a gran parte de las estructuras y áreas de uso de cronología neolítica.

El dato más relevante se manifiesta cuando tenemos en cuenta los elementos destacados, especialmente las cerámicas campaniformes y los enterramientos. Como hemos tenido oportunidad de ver, estos generalmente se encuentran unidos, salvo en los casos de las estructuras 45 y 108, donde comparecen inhumaciones pero no se han recuperado evidencias campaniformes. En el caso de la primera hoya parece evidente que existió una primera fosa, de escasa potencia y presumible cronología neolítica que fue afectada posteriormente por la excavación de la fosa de inhumación. Por lo tanto, atendiendo a la presencia de cerámicas lisas y algunos elementos decorados,

podemos colegir la existencia de dos momentos cronológicos, uno de ellos neolítico, en los que se realizan dos tipos de construcción diferenciada no sólo en la morfología sino también en la funcionalidad.

En el caso de las hoyas 59-60 es preciso señalar de nuevo una situación similar. La fosa de inhumación (Hoya 60B) es realizada cortando a una estructura anterior, de escasa potencia, presumiblemente datada en el Neolítico. No podemos asegurar que la hoya 60 A, también con material neolítico y similar morfología, no fuese parte de la Hoya 59, si bien parece corresponder a una estructura aneja. Lo cierto es que estas dos estructuras son cortadas por la fosa 60B, realizada para depositar dos inhumaciones. A los dos cuerpos les faltan los cráneos, que parecen haber sido alterados por la excavación de la Hoya 60C, de época visigoda a juzgar por los materiales localizados en su interior, si bien tampoco puede negarse que dichos cráneos no hubiesen sido extraídos anteriormente, dentro de un acto simbólico de reverencia a los antepasados basado en la conservación de los cráneos.

En el caso de la Hoya 207, la disposición de los huesos recuperados en su interior parece señalar la existencia de una inhumación completamente removida, quizás por la elaboración de una nueva hoya directamente sobre la anterior. Ahora bien, destaca el hecho de que los huesos apareciesen en un lateral, faltando algunos de los huesos largos y el cráneo, elementos, no podemos olvidarlo, comúnmente recuperados para elaborar los enterramientos de carácter secundario y tal vez relacionados con una suerte de culto a los antepasados.

El hecho de que todas las tumbas estuviesen alteradas y que falten los cráneos –y posiblemente los ajuares– podría tener una explicación cultural relacionada con la remoción de las sepulturas y la recuperación de elementos destacados como los cráneos y los ajuares que viajarían de nuevo con la familia como parte de una suerte de culto familiar o grupal en el que la conservación y quizás trato preferencial de los cráneos, pudo jugar un papel principal.

No nos cabe duda alguna de que la práctica totalidad de las inhumaciones detectadas corresponden a una cronología post-neolítica, probablemente asociada al grupo cultural campaniforme. Lo cierto es que, aún cuando podemos distanciar los materiales campaniformes del horizonte neolítico detectado en La Paleta, lo cierto es que no tenemos muchas evidencias que nos permitan, a la espera de las correspondientes dataciones radiocarbónicas, dictaminar si el caso de los grupos Campaniformes puntillados se encuentra cronológica y culturalmente, como acontece con los del grupo Ciempozuelos, más cerca de la Edad del Bronce o por el contrario del Neolítico –como parecen corroborar algunos de los esquemas decorativos presentes–.

Llama la atención la escasa profundidad a la que estaban realizadas la práctica totalidad de las inhumaciones, así como que en ningún caso se encontrasen dentro de una fosa profunda o piriforme, sino en sencillas cubetas que carecían de un relleno específico que las recubriese. Esta puede ser una evidencia más que certifique la existencia de un potente arrasamiento, de época moderna, del terreno que milenios atrás ocupó el yacimiento arqueológico. Tan sólo la inhumación de la hoya 45 presenta una profundidad cercana a los 70 centímetros; por su parte las inhumaciones de las hoyas 60, 108 y 207 presentan profundidades de 39,35 y 40 centímetros respectivamente. También observamos una notable diferencia entre la inhumación de la hoya 108 y las localizadas en las hoyas 45 y 60. Así, mientras en la primera se trata de un individuo infantil, inhumado con la cabeza al Este, en los dos restantes casos se trata de individuos adultos –en inhumación doble en el caso de la hoya 60– con las cabezas orientadas al Oeste. Si este hecho se deriva de diferentes momentos cronológicos o culturales, o de una diferencia de tratamiento de los cadáveres de niños y adultos es una cuestión que no podemos dilucidar.

La escasa profundidad a la que se encontraban las fosas de inhumación, así como su propia morfología, encajan bien dentro del ámbito de las deposiciones de cadáveres –fundamentalmente de niños– realizadas bajo los suelos de las viviendas. Este tipo de enterramientos ‘rituales’ tienen buenos paralelos en contextos neolíticos del Próximo Oriente y deben ser puestos en relación con ritos fundacionales asociados a la implantación del espacio doméstico.

Cronología absoluta

Contamos con tres dataciones radiocarbónicas extraídas de otras tantas estructuras del yacimiento (Hoyas 1, 175 y 219). En el caso de la muestra procedente de la estructura 1 se remitió al laboratorio Beta Analytic un conjunto de huesos fragmentados de *Sus domesticus* correspondientes a un único individuo. La muestra procedente de la estructura 175 correspondía a dos porciones esqueléticas de *Ovis Aries*. Por último la muestra más interesante resultó ser la procedente del

recipiente decorado con figuración animal o antropomorfa recuperado en la estructura 219. En este caso se advirtió que la pasta de barro con la que estaba elaborado el recipiente estaba compuesta por restos múltiples vegetales. Entre ellos se pudieron distinguir varios restos de improntas de semillas de trigo y una gran cantidad de fragmentos de semillas, glumelas, raquis y otros desechos de cereal carbonizados. Se remitió una selección de estos restos y un fragmento del recipiente por si fuese necesario obtener mayor cantidad de muestra (Tabla 128)

MUESTRA	Nº LABORATORIO	TIPO DE MUESTRA	DATACIÓN
NS01/VI	BETA-223090	hueso fauna <i>Sus dom.</i>	5380+/-40 BP
NS175/3	BETA-223091	hueso fauna <i>Ovis aries</i>	5880+/-40 BP
NS219/2	BETA-223092	restos de semillas de <i>Cerealia sp</i> carbonizadas	6660+/-60 BP

Tabla 128

Estas tres dataciones nos permiten corroborar la existencia de al menos dos fases cronológicas de uso diferenciadas en el yacimiento. Además nos aportan información de notable interés respecto a la perduración de ciertas técnicas decorativas y de ciertos materiales cerámicos a ellas unidos, al tiempo que pone de manifiesto la veracidad de las superposiciones de dos e incluso tres hoyas dentro de un mismo contexto neolítico.

La **hoya 1** está caracterizada por la comparecencia de un notable conjunto de cerámicas decoradas entre las que priman algunos elementos que debemos considerar de notable valor, atendiendo además a la valoración cronológica pero sobre todo a su rareza en el enclave y en los contextos meseteños. Estos elementos están constituidos por la presencia de un nuevo tipo cerámico, hasta ahora novedoso en esta región, y que está constituido por la tapadera (Fig. 354, nº 15) bastante común en contextos cardiales (Van Willigen, 1999). Junto a este tipo cerámico aparecen en varias ocasiones decoraciones realizadas en el interior de los recipientes. Especial mención merece el 'cepillado ordenado' que decora el reverso de un fragmento de recipiente de la forma IV y en cuya parte externa se desarrolla un cordón liso, de escaso resalte, sobre el que se destacan dos pequeños mamelones y cuyo labio presenta una serie reiterada de impresiones. Similar esquema encontramos en otro recipiente en cuyo interior comparece un cepillado/reticulado (Fig. 354, nº10-12)

Por estas connotaciones merece la pena detenernos en analizar, siquiera de un modo somero, las características técnicas y tipológicas del material recuperado (Tabla 129 y Figs. 332 y 333)

TÉCNICA DECORATIVA	CASOS	%
Incisión fina	3	5,17
Acanalado	12	20,69
Impresión matriz simple	8	13,80
Impresión matriz múltiple	0	0
Impresión concha	0	0
Digitación-ungulación	0	0
Cordón liso	7	12,06
Cordón impreso	23	39,66
Boquique	2	3,45
Pintada	0	0
Esgrafiada	0	0
Pastillas aplicadas	0	0
Línea cosida	0	0
Cepillado	3	5,17
TOTAL	58	100

Tabla 129- Técnicas decorativas presentes en la Hoya 1

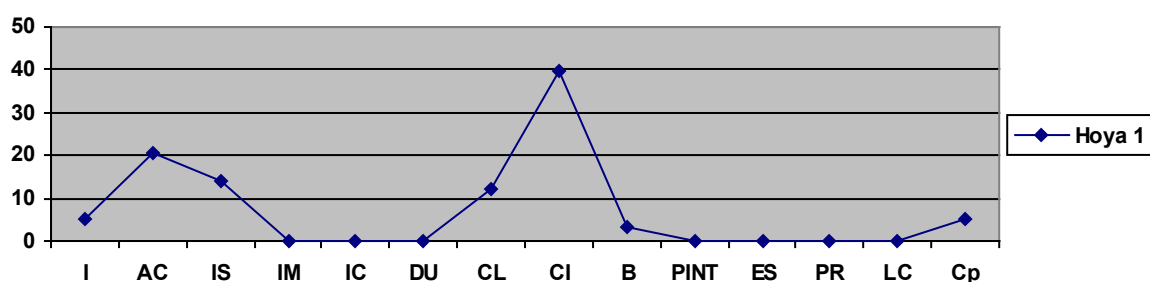


Fig.332.- Gráfica de representación porcentual de técnicas decorativas en la Hoya 1

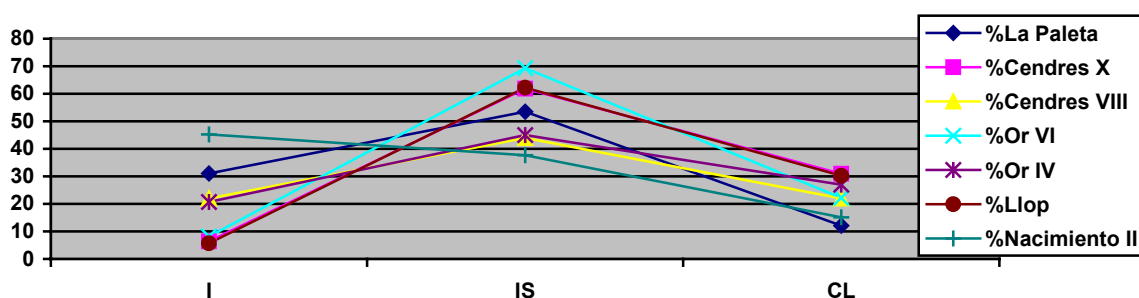


Fig.333.- Gráfica de representación porcentual de técnicas decorativas primordiales en la Hoya 1

Se advierte, como acabamos de reseñar, la clara preponderancia de las impresiones, generalmente asociadas a las aplicaciones plásticas de escaso resalte a modo de cordones. A esta técnica le siguen los acanalados, y en menor medida las incisiones. A modo simplemente informativo se ha incluido un apartado para las decoraciones cepilladas, toda vez que es este el único caso del enclave en el que comparecen de forma más destacada, pese a su modesta representación.

Atendiendo a una simplificación de las técnicas decorativas fundamentales aplicadas sobre el mismo gráfico que empleamos antes observamos que no se produce un cambio significativo en el perfil marcado por la curva de representación (Fig. 333). Además, de nuevo La Paleta sigue estando más próximo a los desarrollos de Or IV y Cendres VIII, lo que sin duda no sólo nos marca un horizonte cultural preciso para comparar, sino que además nos indica que posiblemente la fecha obtenida por nosotros esté algo rejuvenecida por infiltración orgánica (húmica) que en el caso del hueso presenta notables problemas para ser contrarrestada por medio de los tratamientos químicos a los que se somete a las muestras en el laboratorio. No obstante la datación es coherente en el aspecto material. A ella se asocian los materiales más evolucionados localizados en el enclave, no sólo los mencionados 'cepillados' y decoraciones internas, sino también con las formas presentes y sobre todo por la comparecencia del boquique (o más bien sucesión de impresiones) y por la reducción del apartado de impresiones al marco del acompañamiento y decoración de los cordones aplicados de escaso resalte.

En cuanto a las formas presentes en esta hoya (Tabla 130 y Fig. 334) advertimos la concentración de los tipos de pequeño y mediano formato, especialmente los recipientes de las formas II y III, con mantenimiento de las formas clásicas propias del Neolítico, esto es las formas de almacenaje V y VII, que no obstante aparecen totalmente superadas por las formas antes señaladas.

FORMA	Total	%Total
I	2	5,89
II	8	23,52
III	9	26,47
IV	1	2,94
V	6	17,65
VI	0	0
VII	7	20,59
VIII	1	2,94
TOTAL	34	100

Tabla 130.- *Representación porcentual de tipos cerámicos en la Hoya 1 (atendiendo al cómputo total de piezas lisas y decoradas)*

Consideramos que la hoya 1 es un perfecto ejemplo de los momentos más avanzados de la Fase II del Neolítico representado en el enclave y perfectamente asimilable al Neolítico II que se propondrá en la secuencia evolutiva en capítulos posteriores. De ser tomada esta hipótesis en cuenta podemos advertir, por primera vez, atendiendo a la comparecencia de un conjunto material y una datación asociada a un contexto cerrado (la hoya simple) la certeza existente en torno a la 'resistencia' del Neolítico, en su configuración de base –y por tanto de aspecto tremendamente arcaizante- durante la práctica totalidad de su desarrollo cronológico. Así, no cabe duda de que los conjuntos del Neolítico IA se muestran notablemente conservadores en su desarrollo hasta fases muy avanzadas de la secuencia cronológica.

La **hoya 175** no está caracterizada por la comparecencia de un notable conjunto de elementos cerámicos puesto que la población analizada no alcanza la centena. Dada la escasa representación del material del que disponemos para analizar, apenas 15 restos decorados que permiten reconstruir ocho formas, carece de sentido realizar un análisis detallado de esta hoya.

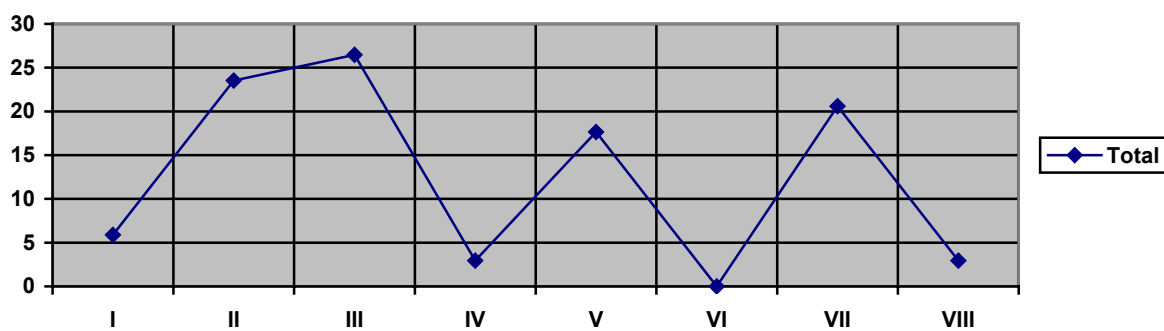


Fig.334.- *Representación del total de formas cerámicas representadas en la Hoya 1*

Como justificación a su datación debemos señalar que fue la localización de dos fragmentos de cerámicas decoradas con esquemas pseudo-cardiales enmarcados por amplios acanalados, lo que motivó que obtuviésemos una datación con la que realizar una comparación con aquellas otras impresiones cardiales localizadas en las hoyas 25, 144 y 203 y especialmente en la 219, donde las impresiones no aparecían enmarcadas de este modo. Nuestra hipótesis de partida se centraba en señalar la derivación tipológico-cronológica de los tipos enmarcados por acanalados de aquellos en los que las impresiones de concha aparecían individualizadas. Esta era la base de nuestra suposición acerca de la derivación de las impresiones de gradina (o matriz múltiple que no fuese una concha) de las genuinas cerámicas cardiales en un momento cronológicamente avanzado de la Fase cardial (Transición del Neolítico IA y Neolítico IIA, dentro de la esfera de lo denominado Epicardial)

Se ha realizado una aproximación general a la representación de las técnicas decorativas (Tabla 145) para plasmarla en dos gráficas (Fig.386 y 387) de la que detendremos, siquiera a modo de ejercicio de aproximación, aquella que hace referencia a las técnicas decorativas esenciales atendiendo a su comparación con algunos yacimientos del levante. En esta gráfica (Fig.386) advertimos cómo la incidencia de las impresiones aumenta al tiempo que descende el de incisiones y acanalados, encajando ahora la curva modal obtenida más en el ámbito de las curvas de Cendres X y Or VI. Este hecho resulta significativo cuando advertimos la ausencia total de aquellos elementos ciertamente evolucionados a los que hicimos referencia al hablar de la hoya 1 y sobre todo ante la comparecencia de un reducido conjunto de decoraciones pseudo-cardiales asociadas a acanalados de enmarque del esquema.

Las formas representadas que se han podido reconstruir se reducen a la presencia de fragmentos de recipientes de la Forma V –mayoritarios- y al menos en una ocasión un recipiente de la Forma VII.

Consideramos que la hoya 175, aún con las limitaciones que presenta, es un ejemplo representativo de los momentos más avanzados de la Fase I del neolítico representado en el enclave y perfectamente asimilable a la transición del Neolítico I al II que se propondrá en la

secuencia evolutiva en capítulos posteriores. Como se señaló para el caso de la Hoya 1, seguimos advirtiendo la posibilidad de que las muestras de fauna analizadas presenten un cierto rejuvenecimiento debido a la presencia de infiltración orgánica (húmica) que, atendiendo a los valores presentados por algunos autores, podríamos establecer entre 150 y 300 años (Mook y Waterbolk, 1985: 31 y tabla 4)

TÉCNICA DECORATIVA	CASOS
Incisión fina	0
Acanalado	3
Impresión matriz simple	7
Impresión matriz múltiple	0
Impresión concha	2
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	3
Cordón impreso	2
Boquique	0
Pintada	0
Esgrafiada	0
Pastillas aplicadas	0
Línea cosida	0
Cepillado	0

Tabla 131- Técnicas decorativas presentes en la Hoya 175

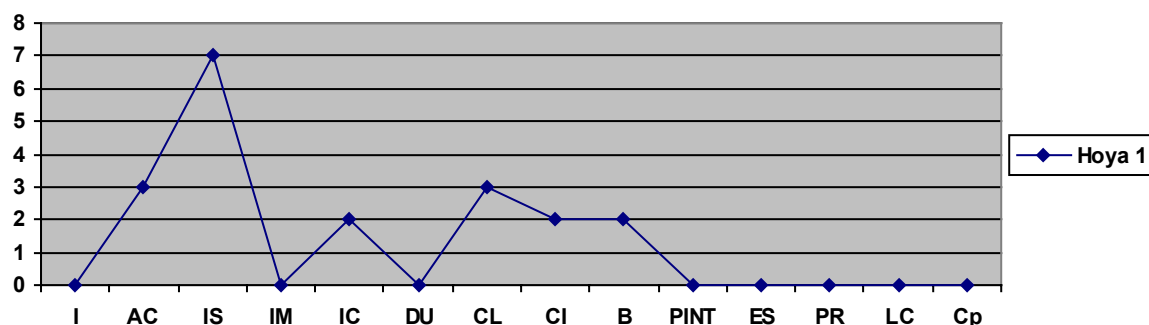


Fig.335.- Gráfica de representación porcentual de técnicas decorativas en la Hoya 175

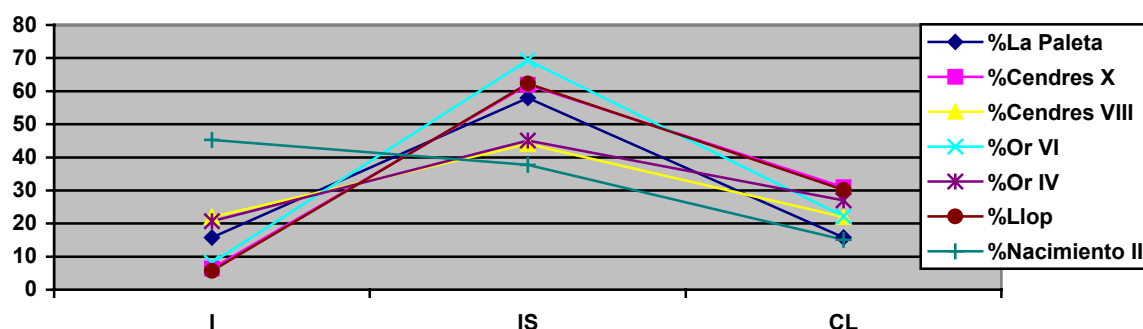


Fig.336.- Gráfica de representación porcentual de técnicas decorativas primordiales en la Hoya 175

La **hoya 219** fue elegida para obtener una datación, atendiendo no sólo a la buena representación de sus materiales, sino sobre todo al hecho de que en esta hoya coincidían cuatro de los elementos que más interés mostraban para nuestra investigación: un fragmento de cerámica decorada de tipo cardinal –sin presencia de acanalados de enmarcado–, un notable conjunto de grandes recipientes y entre ellos al menos uno decorado con una representación figurativa y un notable y abundante conjunto de restos de semillas y de espigas de cereales que componen las pastas de aquellos grandes recipientes.

Dado que la reconstrucción de alguno de estos grandes recipientes nos permitía suponer ya su función como contenedores, se consideró de notable interés tratar de obtener una datación procedente de los restos de cereales inmersos como desgrasantes en la matriz de barro que los conformaba.

En primer lugar debe señalarse que faltan por completo en el registro de esta hoya aquellos materiales que como las tapaderas, las decoraciones de boquique o los 'cepillados' consideramos de carácter evolucionado en el caso de la Hoya 1.

Por estas particularidades se ha creído interesante analizar, de forma detenida las características técnicas y tipológicas del material recuperado (Tabla 132 y Figs. 337 y 338)

TÉCNICA DECORATIVA	CASOS	%
Incisión fina	2	4,44
Acanalado	3	6,66
Impresión matriz simple	25	55,56
Impresión matriz múltiple	0	0
Impresión concha	1	2,23
Digitación-ungulación	0	0
Cordón liso	4	8,88
Cordón impreso	10	22,23
Boquique	0	0
Pintada	0	0
Esgrafiada	0	0
Pastillas aplicadas	0	0
Línea cosida	0	0
Cepillado	0	0
TOTAL	45	100

Tabla 146.- Técnicas decorativas presentes en la Hoya 219

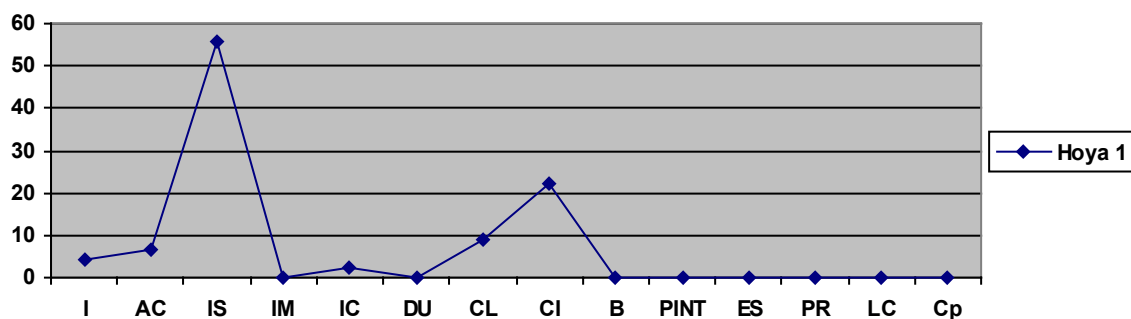


Fig.337.- Gráfica de representación porcentual de técnicas decorativas en la Hoya 219

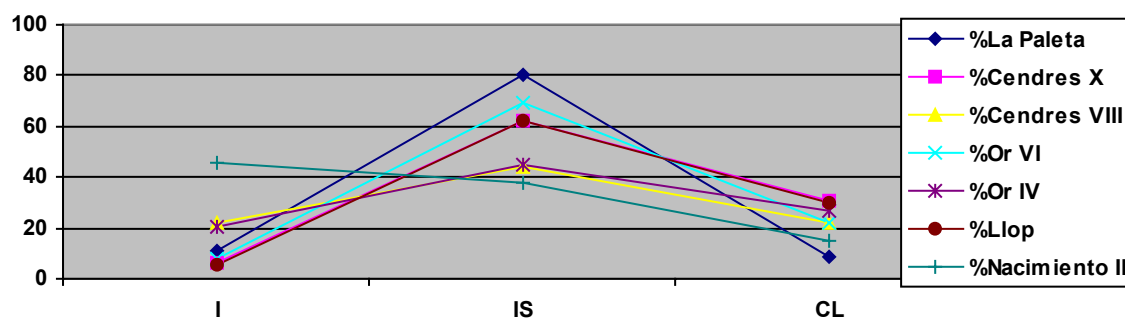


Fig.338.- Gráfica de representación porcentual de técnicas decorativas primordiales en la Hoya 219

Se advierte, como acabamos de reseñar, la clara preponderancia de las impresiones, generalmente dispuestas sobre la superficie del recipiente y en menos ocasiones acompañando a los cordones de

escaso resalte que en este caso se circunscribe a los restos de los grandes recipientes. En al menos una ocasión aparece representada la aplicación del borde de una concha dejando el estigma cardial característico sobre la superficie del recipiente. Como hemos indicado en este caso a la decoración cardial o le acompañan los acanalados que vimos en el caso de la Hoya 175 y que, como señalamos, consideramos una evidencia de cierta evolución dentro del aspecto tecno-tipológico. A esta técnica le siguen, de lejos, las incisiones finas y los acanalados, siendo muy ligeramente superiores en número estos últimos.

Atendiendo a una simplificación de las técnicas decorativas fundamentales aplicadas sobre el mismo gráfico que empleamos antes (Fig. 338) observamos que se produce un cambio significativo en el perfil marcado por la curva de representación. Ahora La Paleta presenta mayor proximidad con los desarrollos de Or VI y Llop, aún siendo obligado notar la escasa representación de la cerámica cardial en el caso de la Hoya 219. Esta relación aparente, al menos en lo referente a los estadígrafos, señala, a nuestro modo de ver, una clara inmersión de estos yacimientos en un mismo horizonte de cerámicas impresas, lo que no tiene por qué significar una relación directa o de dependencia clara, sino seguramente tan sólo que la diversidad cultural durante los compases iniciales del neolítico era mucho menor de lo que se ha venido defendiendo hasta la fecha.

En cuanto a las formas presentes en esta hoya (Tabla 133 y Fig. 339) advertimos la concentración de los tipos de mediano y gran formato, aún teniendo en cuenta que no hemos empleado para el cómputo definitivo ni de formas ni de decoraciones los grandes recipientes. Destacan las formas V y VII, formas clásicas propias del Neolítico Antiguo correspondientes a recipientes de almacenamiento. Por su parte, y contrariamente a lo observado en la hoya 1, advertimos una representación meramente testimonial de los recipientes de pequeño formato, por otro lado tan abundantes en aquella estructura.

Aparentemente podríamos aducir diferencias funcionales respecto al empleo de sendas estructuras negativas. Ahora bien, la inexistencia de ciertos elementos diagnósticos de ambas hoyas parecen señalar más hacia una diferenciación cronológica, aún dentro de una misma etapa cultural, que a esa pretendida diferenciación funcional. A este respecto no deja de ser notorio el hecho de que los grandes recipientes estén prácticamente ausentes del registro de la Hoya 1.

FORMA	Total	%Total
I	1	5
II	0	0
III	1	5
IV	2	10
V	5	25
VI	3	15
VII	5	25
VIII	3	15
TOTAL	20	100

Tabla 133.- Representación porcentual de tipos cerámicos en la Hoya 219 (atendiendo al cómputo total de piezas lisas y decoradas)

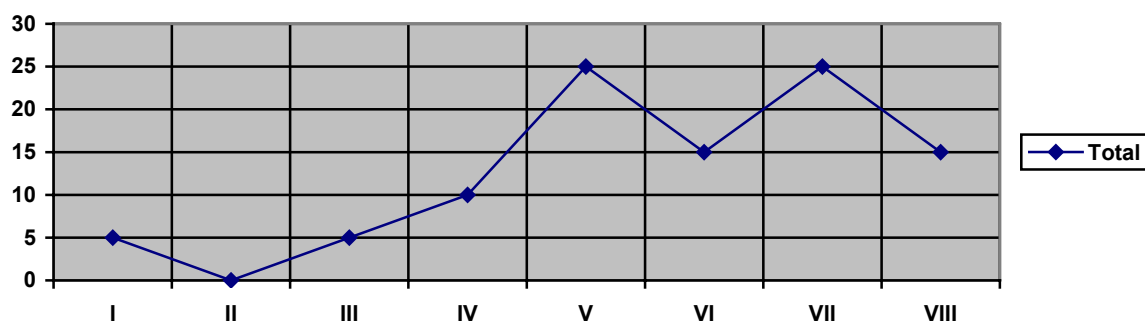


Fig.339.- Representación del total de formas cerámicas representadas en la Hoya 219

Consideramos que la hoya 219 es un perfecto ejemplo de los momentos iniciales de la producción de alimentos en la Meseta. No en vano somos conscientes de que la datación obtenida del recipiente con decoración figurativa es no ya la más antigua para restos de semillas en la Meseta

sino en la totalidad de la Península Ibérica. El horizonte representado por esta hoya debería ser considerado, por tanto, indudablemente propio del Neolítico I que se propondrá en la secuencia evolutiva en capítulos posteriores. De ser tomada esta hipótesis en cuenta podemos advertir, por primera vez atendiendo a la comparecencia de un conjunto material y una datación asociada a un contexto cerrado (la hoya simple) la certeza existente en torno a la ausencia de evidencias de un sustrato mesolítico previo en este caso –por contraposición a lo observado en Verona II- y la existencia de un Neolítico bien establecido en el que el peso de la agricultura no sólo es notable, sino que se asocia a un claro rito, digamos propiciatorio, en el que la figura de la mujer se asocia al recipiente cerámico realizado con restos abundantes de cereal y pensamos, destinado a guardar un grano especial: aquél destinado a la simiente que garantiza la próxima cosecha.



Fig. 340 a-c.- Ubicación del yacimiento antes de su excavación.

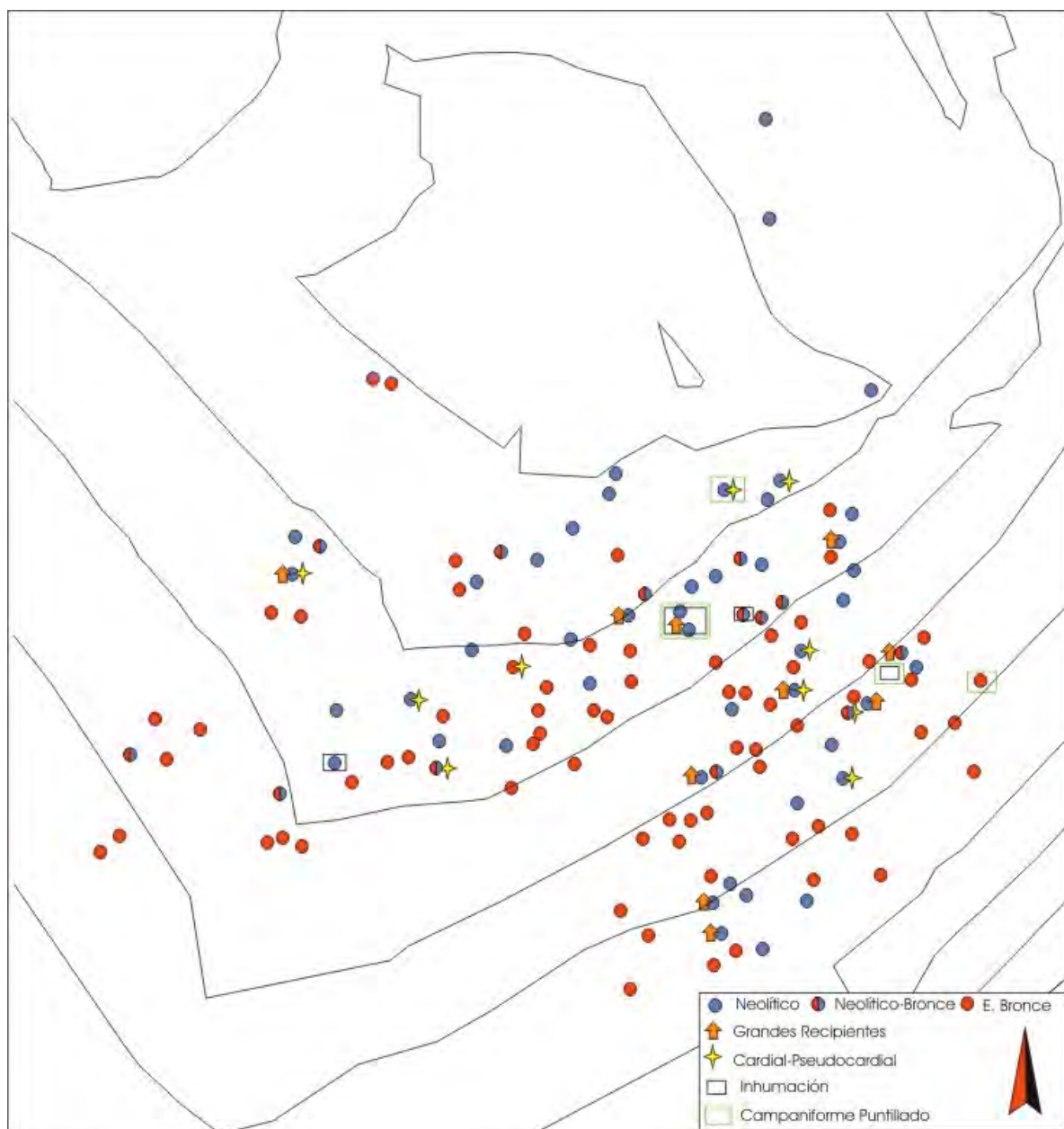


Fig. 341.- Disposición de la totalidad de las hoyas documentadas atendiendo a su adscripción cronológica y a la peculiaridad de los materiales contenidos en su relleno.



Fig. 342 a y b.- Vista general de la zanja de la Estrutura 1 antes (a) y después (b) de su excavación.

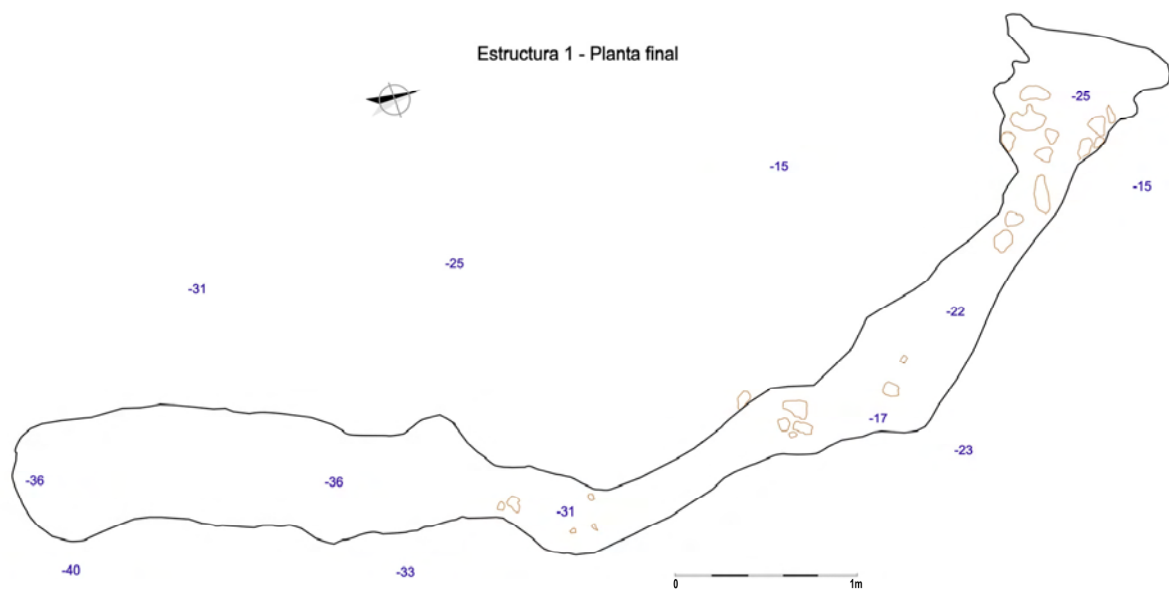


Fig. 343.- Planta de la zanja de la Estructura 1.

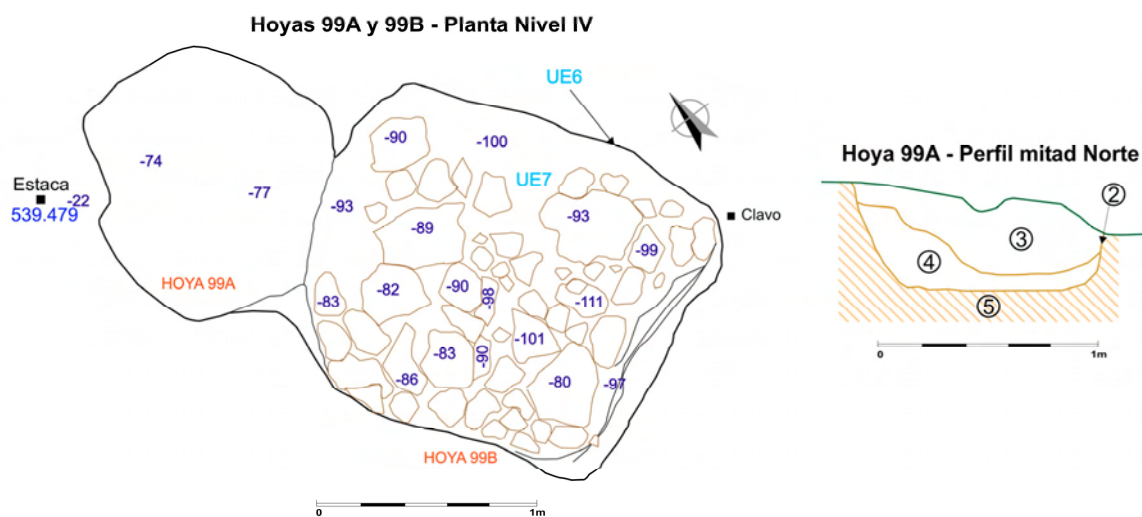
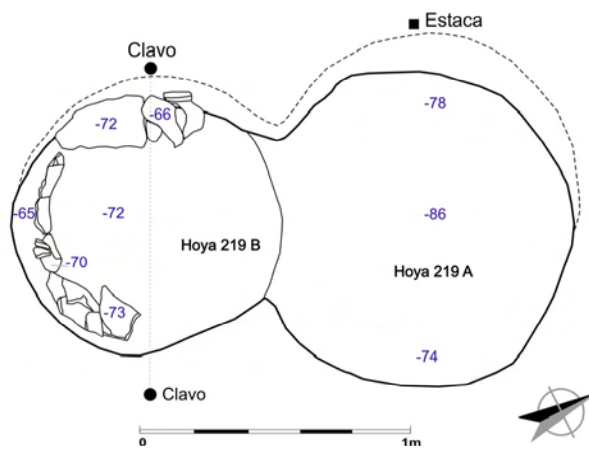
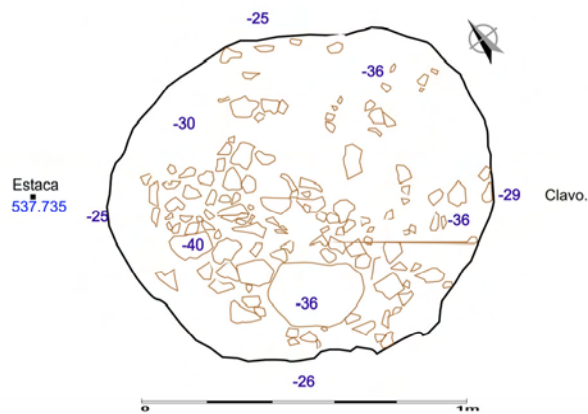


Fig. 344.- Estructura rellena de piedras amortizando la fosa (en este caso la planta y la imagen corresponden a las Hoyas 99 A y B, de cronología incierta).

Hoya 219 B - Planta UE3 (Nivel Cerámicas)



Hoya 219 A - Planta Nivel I



Hoya 219 B - Perfil mitad Sur

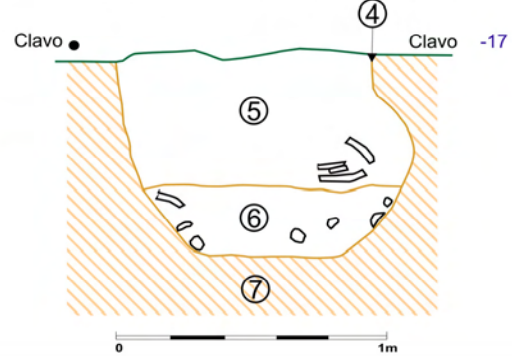


Fig. 345.- Estructura rellena de abundantes fragmentos de grandes recipientes elaborados con desgrasante vegetal. En este caso la planta y la imagen corresponden a las Hoyas 219 A y B, de donde procede el recipiente con decoración plástica figurada.

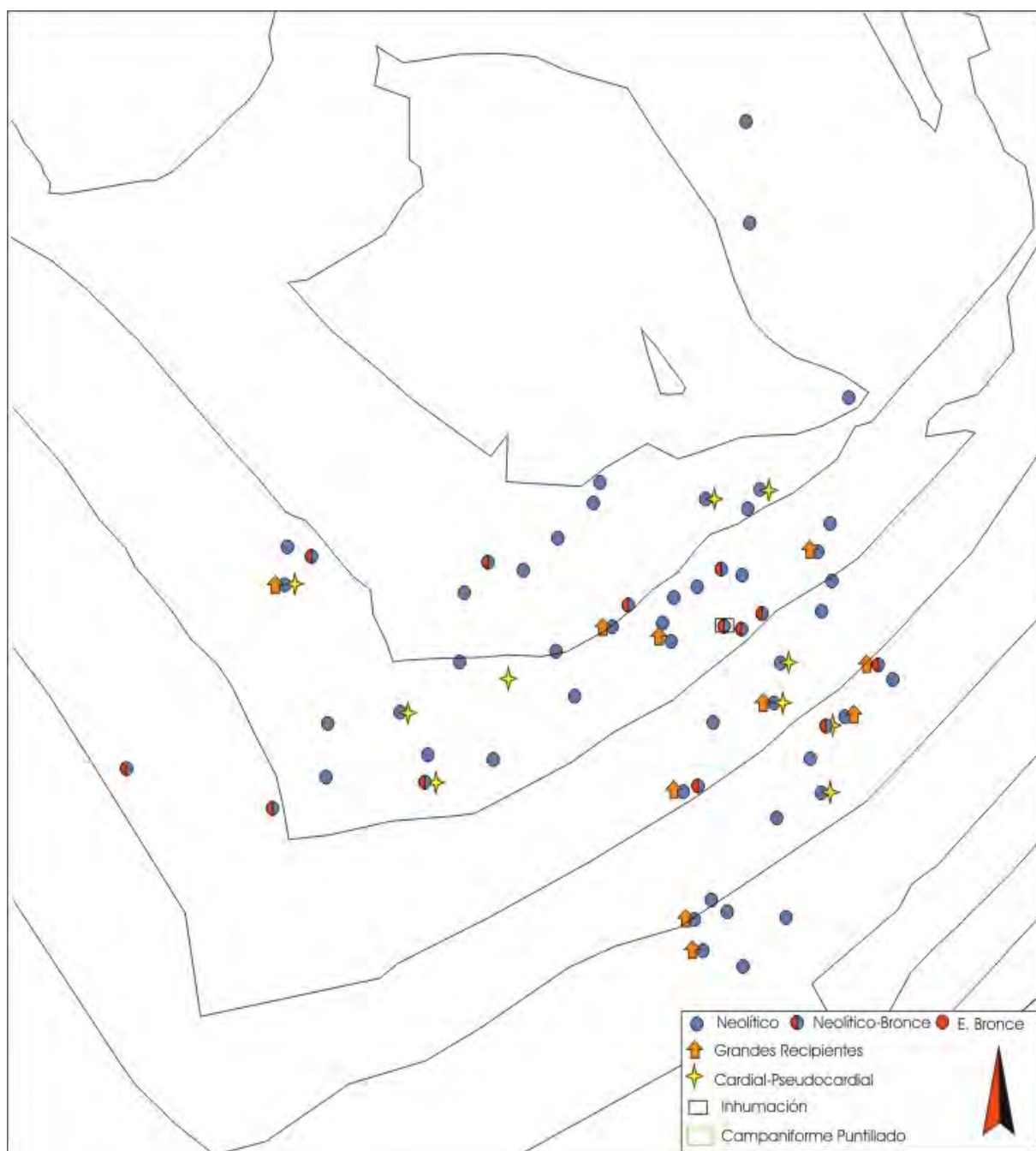


Fig. 346.- *Disposición de las hoyas de adscripción neolítica.*

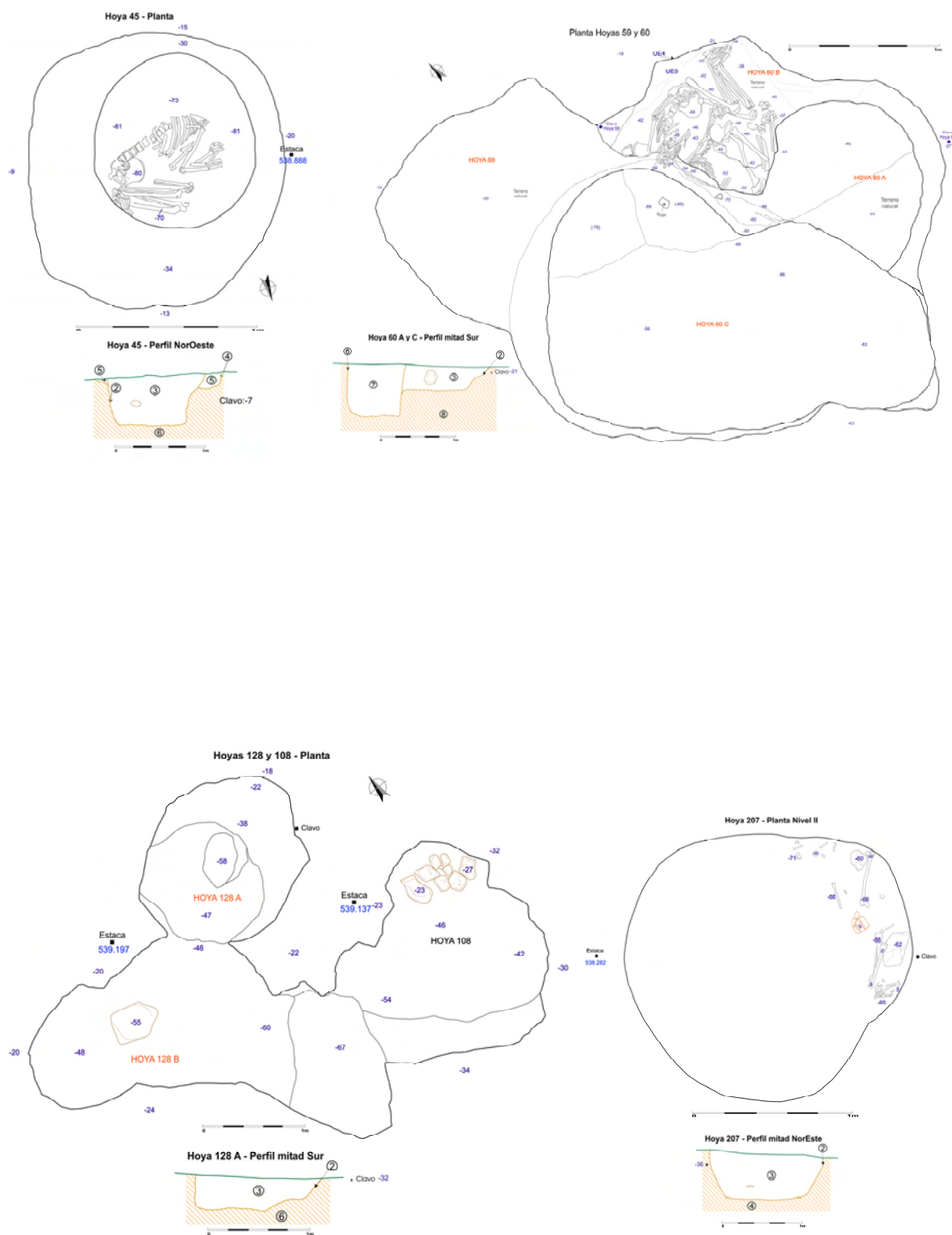


Fig.347.- Estructuras de inhumación.



Fig. 348- *Material lítico selecto.*

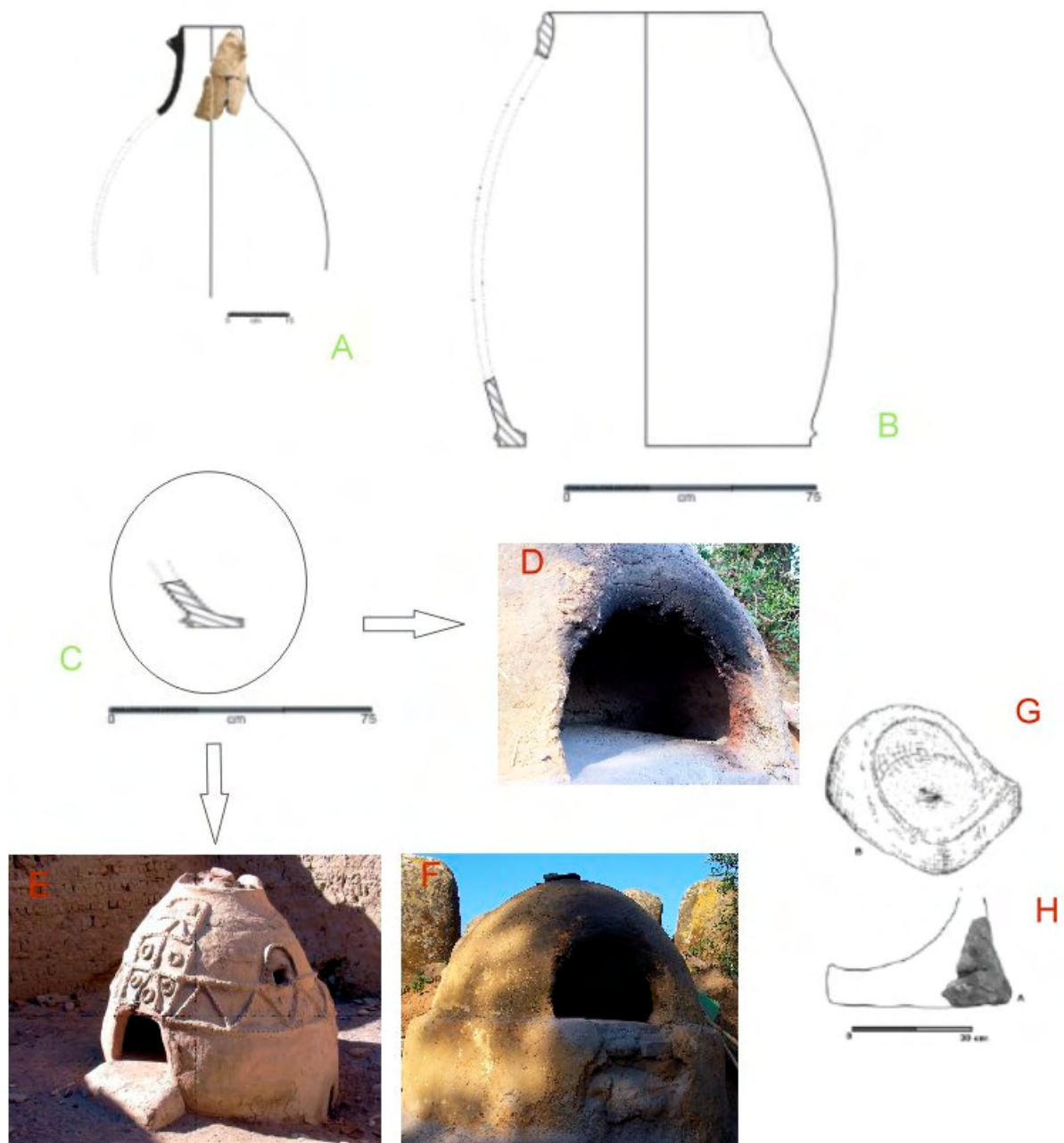


Fig. 349.- A-C.- Reconstrucción de los 'grandes recipientes' o jarras-silo (A-B) y los hornos de arcilla de La Paleta (C). D-F.- Hornos de adobe en uso actualmente. D y F, aldea de M'zoura (Norte de Marruecos). G.- Recreación de horno doméstico del yacimiento griego de Achileion (según Winn y Daniel, 1989). H.- Fragmento basal del horno doméstico de la Casa 1 del yacimiento de Mas d'Is (según Bernabeu et alii, 2003)

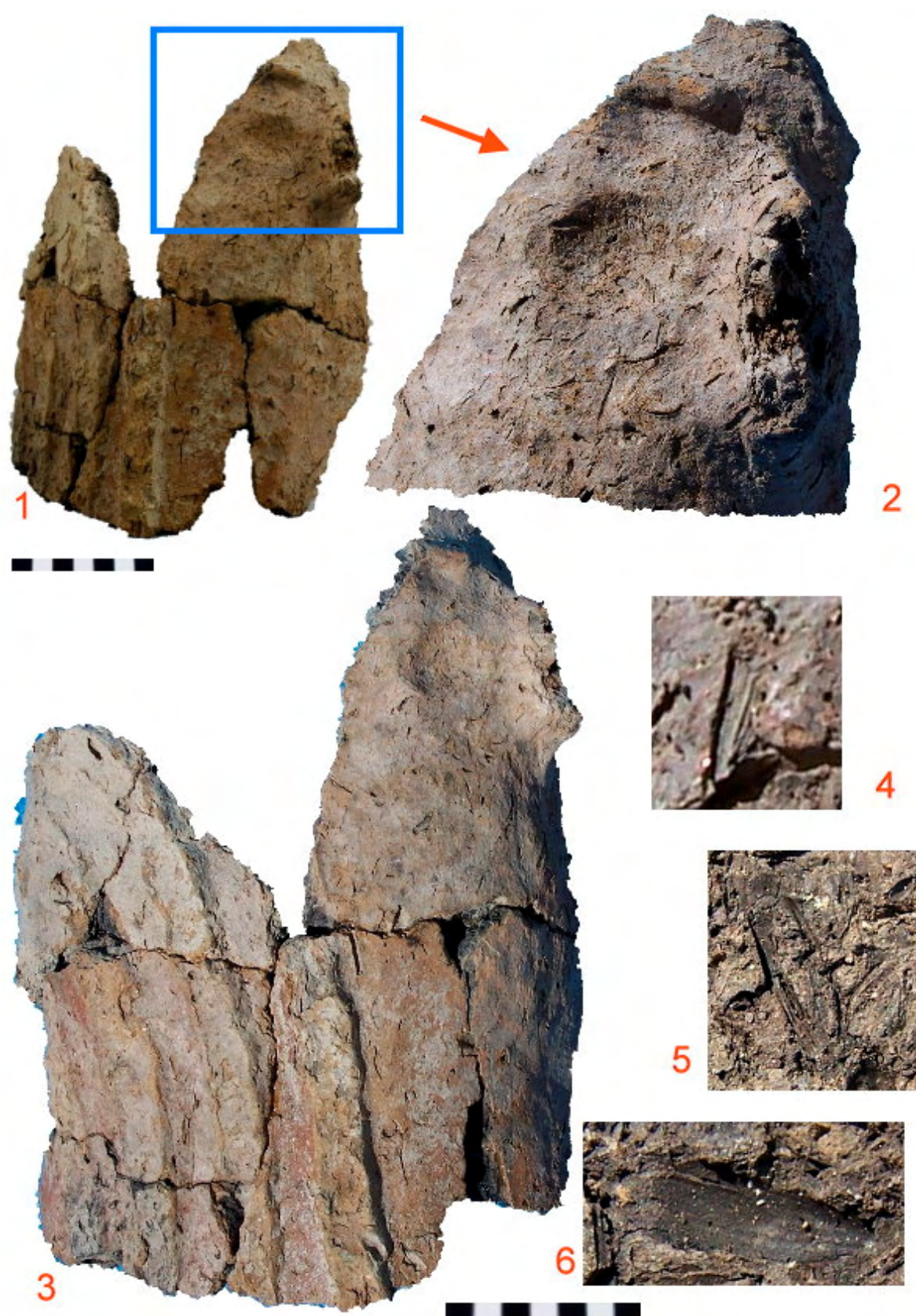


Fig. 350- 1.Gran recipiente o jarra-silo con decoración figurada. 2. Detalle de ña representación figurada. 3. Vista lateral (cordones impresos) 4-6. Macrofotografías de los restos e improntas de elementos vegetales.

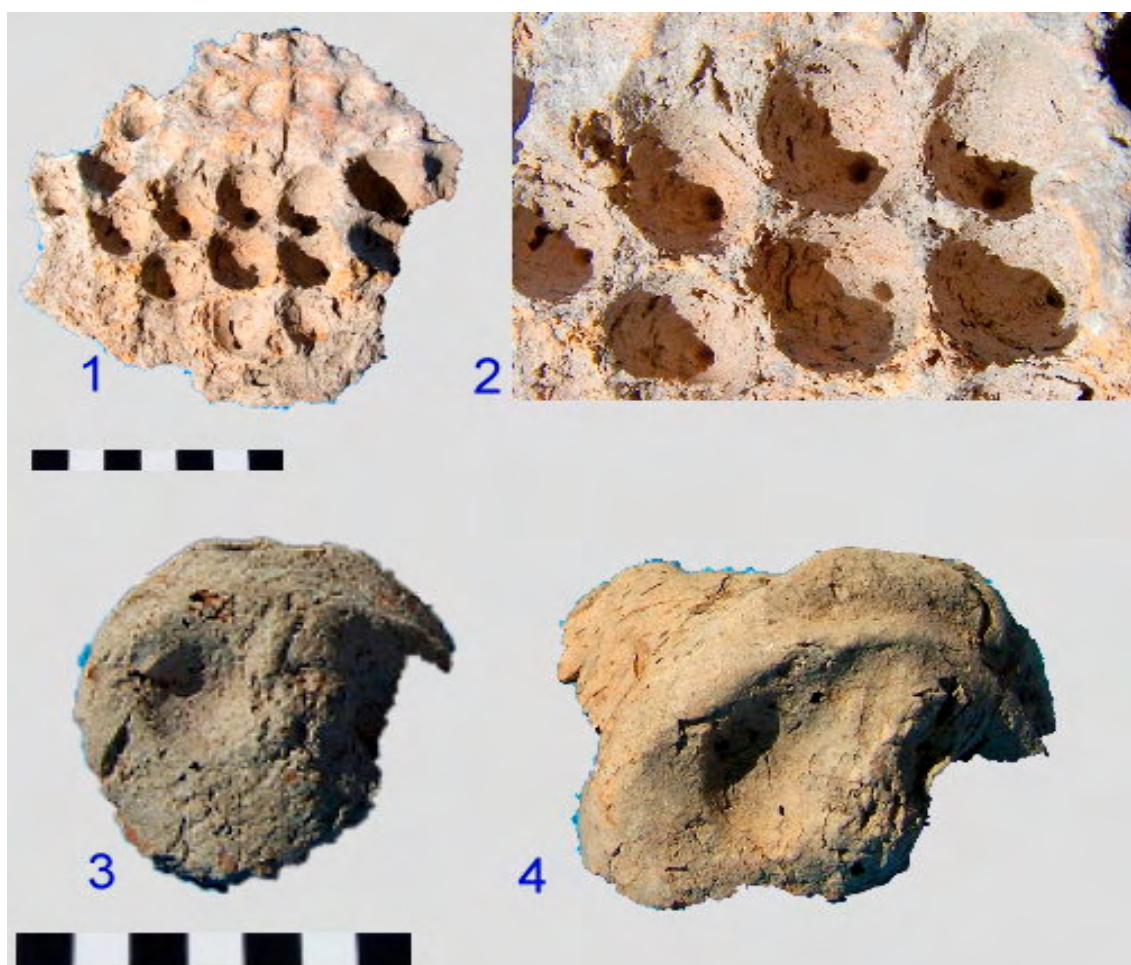


Fig. 351.- Material cerámico selecto de 'La Paleta'. 1 y 2- Improntas de bellota sobre barro, 3 y 4- representación figurada sobre barro.

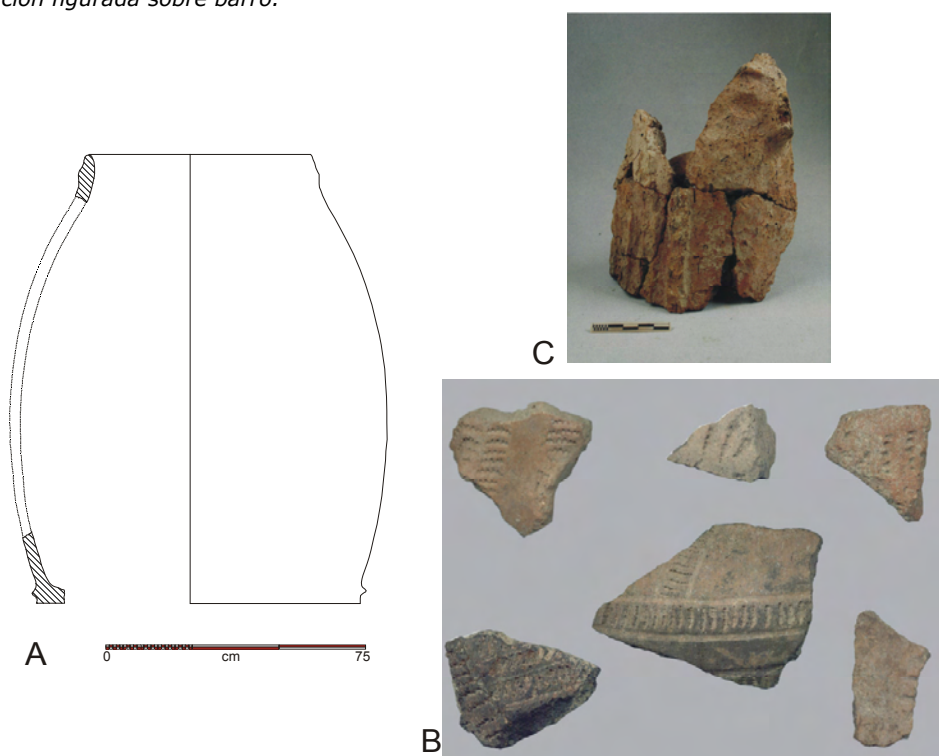


Fig. 352.- Material cerámico selecto de 'La Paleta'. A.- Reconstrucción de gran recipiente. B.- Fragmentos de cerámicas cardiales y pseudo-cardiales. C.- Cuello de garrafa de gran recipiente decorado con representación antropomorfa.

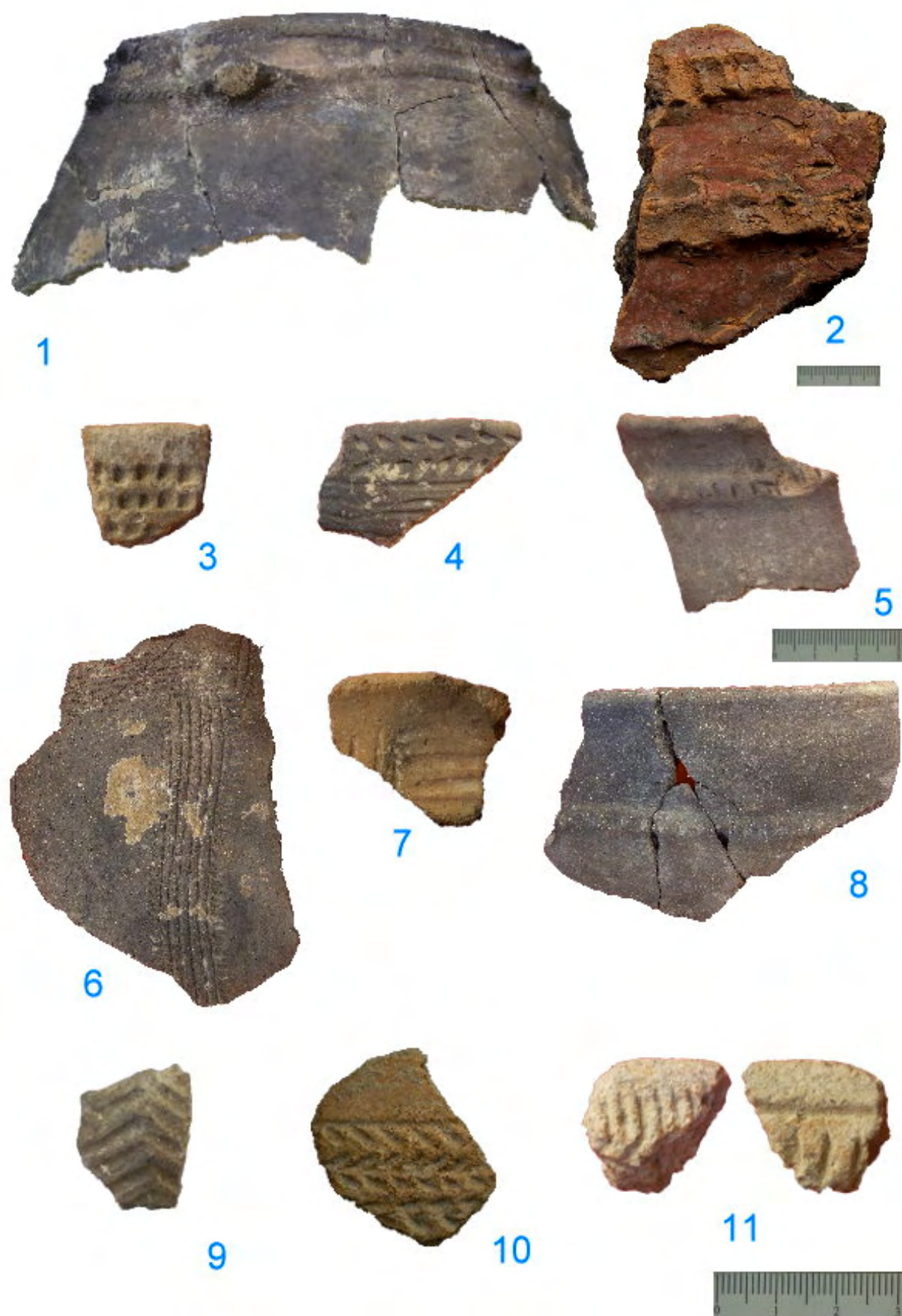


Fig.353.- Selección de material decorado. 1-Hoya 1, 2-Hoya 25, 3- Hoya 28, 4- Hoya 63, 5- Hoya 80, 6- Hoya 53, 7 y 8 - Hoya 83, 9- Hoya 98, 10- Hoya 107, 11- Hoya 114 (interior y exterior del mismo recipiente)



Fig.354.- Selección de material decorado. 1-Hoya 131, 2-Hoya 139, 3- Hoya 144



Fig. 355- Material óseo selecto'. 1- Aguja sobre incisivo mandibular de *sus sp.*, Estructura 1, 2- Colgante sobre canino maxilar de *lupus* o *canis familiaris*, Hoya 251, 3. Punzón sobre metatarseo de *ovis aries*, Hoya 1.

3.18. SEPULTURA DE VILLAMAYOR (Villamayor de Calatrava, Ciudad Real)

UTM: 404.200 / 4.294.400

Yacimiento situado en una pequeña meseta sobre los terrenos terciarios formada principalmente por calizas margosas que dan lugar a suelos pardo-rojizos, a la entrada de la Sierra de Navalonguilla. Los terrenos próximos son surcados por los arroyos de la Dehesa y la Ventilla que discurren respectivamente en dirección Este-Oeste a unos 400 metros al norte y sur del yacimiento. El área más o menos inmediata al yacimiento es muy rica en espacios lacustres y en áreas de notable riqueza mineral, especialmente de carbón.

El descubrimiento del yacimiento se produjo en 1990 de un modo fortuito al proceder al seguimiento del gaseoducto Sevilla - Madrid (Rojas y Villa, 1995)

Si bien se pudo localizar en una prospección del terreno el lugar inmediato en el que se ubicaba el hábitat, los únicos datos que poseemos son los referentes a una inhumación simple realizada en el interior de una fosa en cuyo relleno se localizó un interesante conjunto de material arqueológico.

Esta inhumación se llevó a cabo en una fosa piriforme de más de dos metros de profundidad y planta circular (Figs. 356 y 357) La estratigrafía presente en la tumba es sencilla. Los primeros 60 centímetros estaban ocupados por la boca y cuello de la fosa –de 58 cm-. El extremo final del cuello estaba marcado por un ensanchamiento con tendencia globular rematado de forma cóncava en la base, siendo el diámetro en la parte más ancha de 123 centímetros. El paralelo con la sepultura soriana de La Lámpara es notable.

Esta inhumación contenía los restos de un único individuo, posiblemente un varón adulto (Prieto, 1995: 513-514) depositado en el centro de la fosa, en posición fetal, decúbito lateral izquierdo, con la cabeza inclinada sobre la región torácica y las piernas flexionadas sobre ambos brazos y bastante replegada hacia el cuerpo. El relleno que envolvía los restos estaba compuesto por tierra de tonalidad grisácea, coloración sin duda debida a la descomposición de las partes blandas del cuerpo, y por algunas pequeñas piedras de caliza, así como diversos materiales arqueológicos compuestos fundamentalmente por fragmentos de recipientes cerámicos, restos de industria lítica y algunos fragmentos óseos de fauna (Rojas y Villa, 1995)

Respecto a la posibilidad de que la fosa contase con un sistema de cerramiento de piedra similar al documentado en el caso soriano de La Lámpara, los datos publicados tan sólo señalan la existencia, en la zona del cuello de la fosa (Fig. 351) de un elevado número de pequeñas piedras calizas cuyo porcentaje disminuía a medida que aumentaba la profundidad, siendo casi inexistentes en la zona de deposición del difunto, y volviendo a ser más numerosas bajo esta quizás todo ello respondiendo a un tratamiento exhaustivo de la fosa con motivo de la deposición funeraria.

Material arqueológico

Si bien los excavadores señalan la total anarquía reinante en la deposición de los materiales arqueológicos, debemos mostrar cierta cautela a este respecto, fundamentalmente debido a la existencia de una alteración antrópica reciente –la excavación de la zanja de conducción del gaseoducto- que afectó a más de la mitad de la fosa. Este hecho condiciona, a nuestro modo de ver, la posibilidad de que hubiese existido algún elemento de ajuar cuya ubicación junto al cadáver no respondiese a esa conducta anárquica de disposición de los restos materiales.

Industria Lítica

El conjunto lítico recuperado (Fig. 353) se caracteriza tanto por la diversidad de su tipología láminas, laminitas y lascas, como de las materias primas empleadas, sílex, cuarcita, cristal de roca, basalto y granito, si bien en éstas últimas sólo aparecieron un fragmento de mortero (Fig. 355, nº33) con borde redondeado y dos suaves acanaladuras paralelas al borde talladas en la cara exterior y restos de ocre en la interior y un fragmento de moledera respectivamente.

Sobre soporte de cuarcita se encontraron varias lascas sin retocar de tamaño medio y algunos fragmentos de núcleo. Sobre cristal de roca se documentó una microlámina, una lasquita con pequeños retoques (Fig. 353, nº9) y un desecho de talla.

La mayor parte de las piezas tipológicas están realizadas sobre soporte de sílex, destacando ligeramente las lascas sobre el porcentaje de láminas. Entre éstas últimas destaca una hoja de dorso abatido con retoque en el reverso lateral izquierdo y evidencias de pátina de frotamiento (Fig. 353, nº2) y técnica en todo similar a la utilizada para la ejecución de las piezas geométricas.

Junto a esta pieza aparece una lámina con retoque alternante en anverso y reverso del lateral izquierdo presentando cuatro amplias escotaduras que podrían convertirlo en un denticulado y retoque directo en el lateral derecho, donde presenta restos de pátina (Fig. 353, nº6) La presencia de lustre o pátina por frotamiento también está presente en el lateral izquierdo de una lámina sin retocar (Fig. 353, nº5) La única pieza geométrica, realizada también sobre soporte de sílex, corresponde a un segmento de círculo (G1) con retoque abrupto (Fig. 353, nº1)

Cerámica

Durante la excavación se recuperaron un total de 95 fragmentos de galbo correspondientes en su mayor parte a diferentes recipientes todos ellos muy fragmentados. De este conjunto, 17 presentan decoración (17.89 %), mientras que los 79 restantes aparecen sin decorar (83.11%) Este dato no es muy significativo desde el momento que es posible suponer que algunos de los fragmentos lisos pudieran pertenecer a vasijas decoradas.

En cuanto a los tipos de recipientes representados destaca la **Forma III** –asociada especialmente a vasijas carentes de decoración- seguida de las **Formas II y IV**. Dado el estado de fragmentación de los recipientes es difícil dilucidar la existencia o no de algunas otras formas, concretamente las correspondientes a la **Forma VII** (Tabla 134) Resulta pues engañoso recurrir a un análisis porcentual de la representación de formas, tanto por lo reducido de la muestra como por su fragmentación. Así, hay elementos que, aún correspondiendo a paredes, no tendríamos problemas para asociarlos a recipientes de la forma VIII, por ejemplo.

FORMA	Casos
I	0
II	0
III	3
IV	2
V	0
VI	0
VII	2
VIII	0
TOTAL	7

Tabla 134.- *Formas representadas*

En lo concerniente a las técnicas decorativas destacan las impresiones, los cordones lisos e impresos aplicados y en menor medida la técnica de “boquique” y los acanalados (Tabla 135)

TÉCNICA DECORATIVA	Casos
Incisión fina	3
Acanalado	2
Impresión matriz simple	7
Impresión matriz múltiple	0
Digitación-Ungulación	0
Cordón liso	3
Cordón Impreso	2
Boquique	1
Pintada	0
Esgrafiada	0

Tabla 135.- *Técnicas decorativas*

Respecto a los motivos decorativos, una vez más el estado de fragmentación y el tamaño de la muestra nos impide extraer conclusiones definitivas.

Están bien representados los motivos AI relativos a las técnicas de impresión –sin duda los motivos predominantes cuando se incluyen los cordones impresos-, destacando la ausencia total de los motivos típicos de espiguilla que son sustituidos aquí por la impresión digital o vertical de un objeto como estrecho. Los acanalados presentan un repertorio de motivos muy reducido centrado en los motivos BI y BIII, mientras que cuando la técnica es incisa, el motivo decorativo exclusivo es el BIII –siempre con disposiciones convergentes tangentes a modo de parrillas-. Destaca también la concatenación de impresiones ajustadas al tipo AIIc, representado motivos derivados del recurso al ‘pseudo-boquique’.

Los elementos de prensión, corresponden a tres asas de cinta, una de ellas asociada a cordones lisos verticales, y un mamelón perforado que se asocia, como viene siendo común, a un recipiente liso.

La calidad de pastas y acabados superficiales presenta cierta heterogeneidad. Así, existe un grueso de elementos pertenecientes a recipientes con una cocción de poca calidad asociada a pastas poco decantadas de textura arenosa y fácilmente deleznable, junto a un reducido conjunto de materiales cuya cochura es de gran calidad y presentan acabados bruñidos. Estas piezas corresponden específicamente a los elementos decorados mediante técnica incisa (Fig. 354, nº20 y 355, nº 30-32)

Industria ósea

Si bien su representación es meramente circunstancial cabe reseñar la presencia de un elemento apuntado realizado sobre diáfisis de fauna (Fig. 353, nº12) que según los autores pudo pertenecer a un punzón o a una punta preparada para ser insertada en otra pieza (Rojas y Villa, 1995: 511) Nos inclinamos más a favor de esta última interpretación debido, como señalan Rojas y Villa a la presencia de un claro recorte intencionado en la zona basal en forma de doble escotadura lateral. Funcionalmente la pieza debería ser incluida en el contexto de las puntas de hueso, si bien no son habituales en contextos neolíticos y sí –con otra morfología- en contextos propios de la Edad del Cobre y sobre todo de la Edad del Bronce.

Malacofauna

Dentro de este apartado debemos situar dos objetos fabricados sobre concha. El primero de ellos es una pequeña cuenta de collar de forma discoidal y perforación circular (Fig. 353, nº13) y la otra una lúnula fabricada con el borde de una concha que ha sido pulimentada en su totalidad y que presenta un color gris oscuro que podría estar señalando su exposición al fuego (Fig. 353, nº14)

Análisis antropológico y paleopatológico

El individuo inhumado, de posible sexo masculino y edad superior a los 50 años presentaba una altura de en torno a los 170 cm. Cabe destacar la presencia de platicnemia tibial bilateral relacionada con el aplanamiento en sentido lateral por desarrollo de los músculos tibiales característico de poblaciones habituadas a caminar por lugares accidentados (Prieto Carrero, 1995: 514)

Respecto a la presencia de paleopatologías destaca un alto nivel de abrasión dental (grados IV-V de Brothwell) y la presencia de una fractura parasagital en la región frontal derecha del cráneo; fractura que afecta al borde superior de la órbita derecha sin aparentes evidencias de regeneración ósea. Además, en la cara endocraneal presenta en la región parietal derecha, una zona erosiva revestida de hueso compacto que debe ser interpretada como parte del complejo de granulación de Paccioni- arteria meníngea, propia de edades avanzadas.

Entre otras patologías del esqueleto postcraneal se observó anquilosis del codo izquierdo y múltiples lesiones osteoartriticas todo ello indicativo de un proceso avanzado de artritis reumatoide (*Ibíd*)



Fig. 356 y 357.- Detalle del descubrimiento de la sepultura y proceso de excavación de la misma, según Rojas)

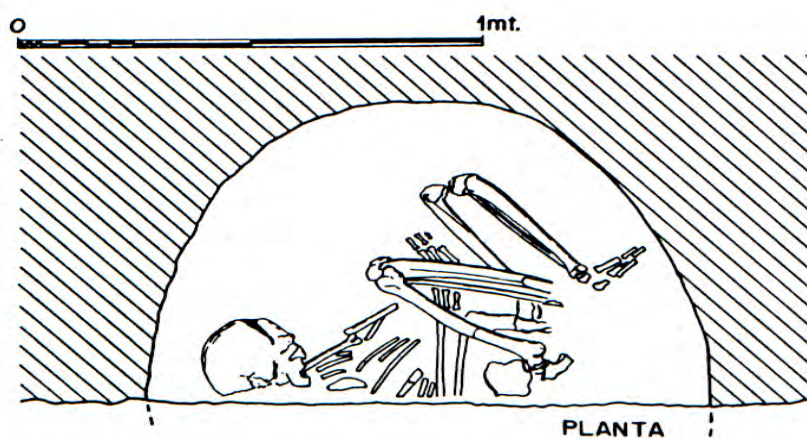


Fig. 358.- Planta de la inhumación (según Rojas y Villa, 1995)

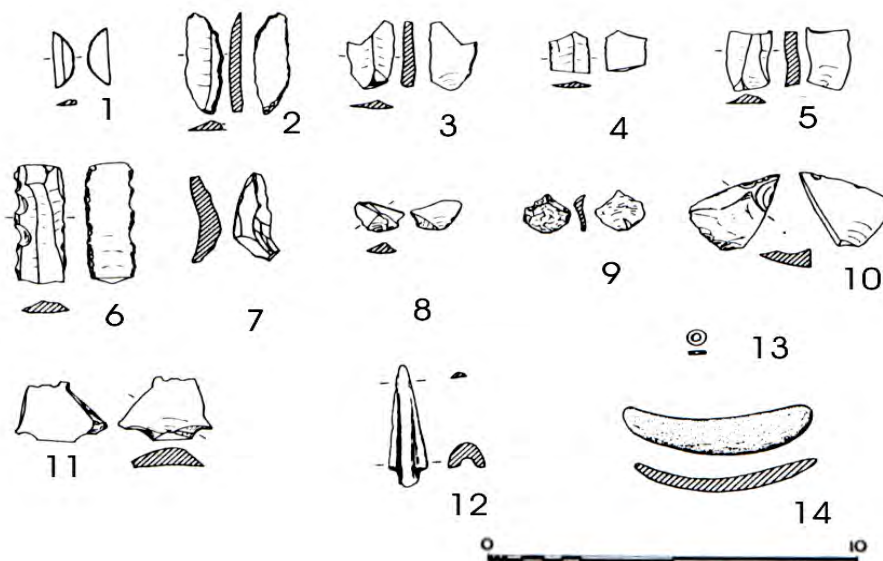


Fig. 359.- Industria lítica (1-11), ósea (12), elementos de adorno (13) y malacofauna (14), según Rojas y Villa (1995)

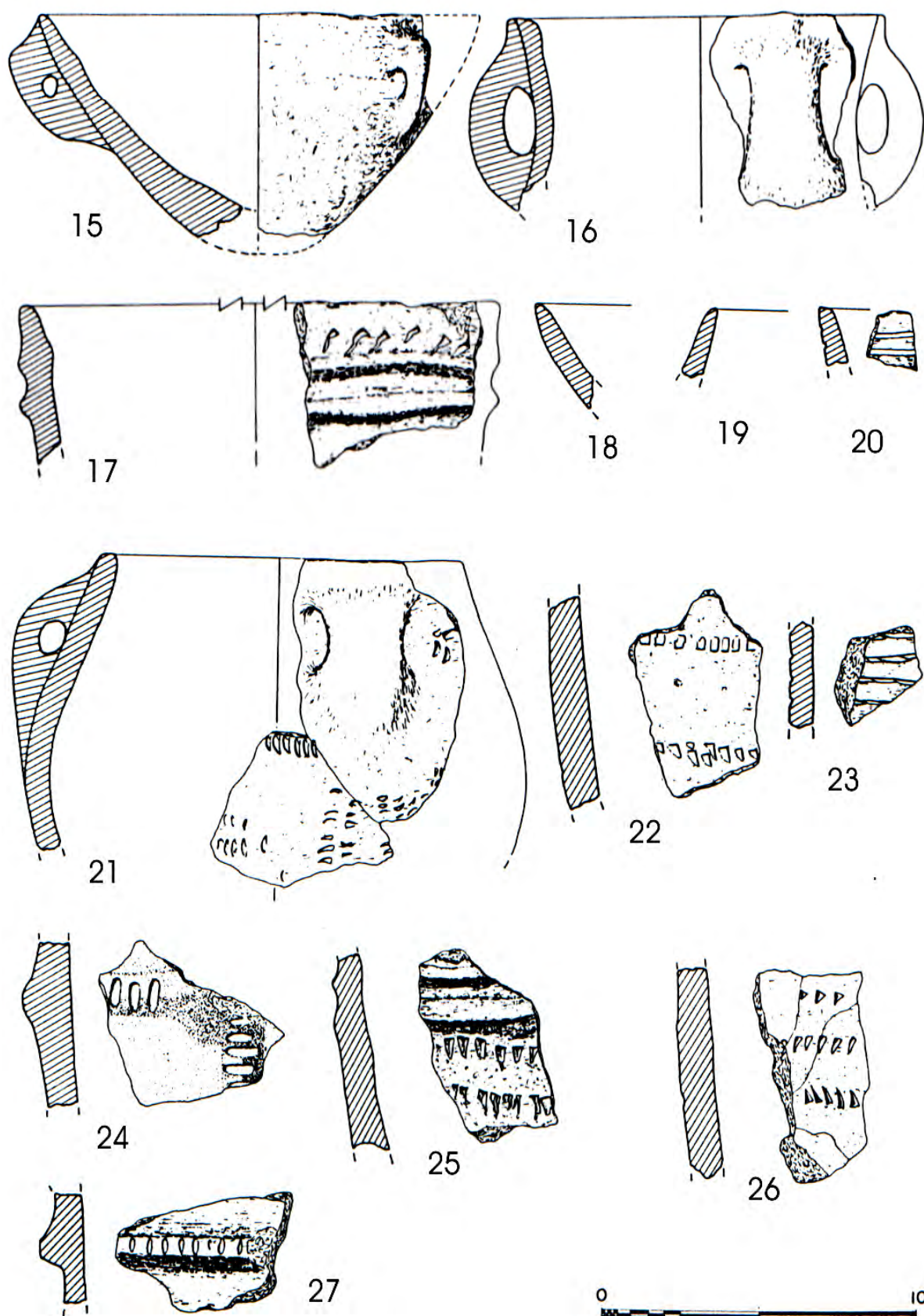


Fig. 360.- Cerámicas decoradas, según Rojas y Villa, 1995

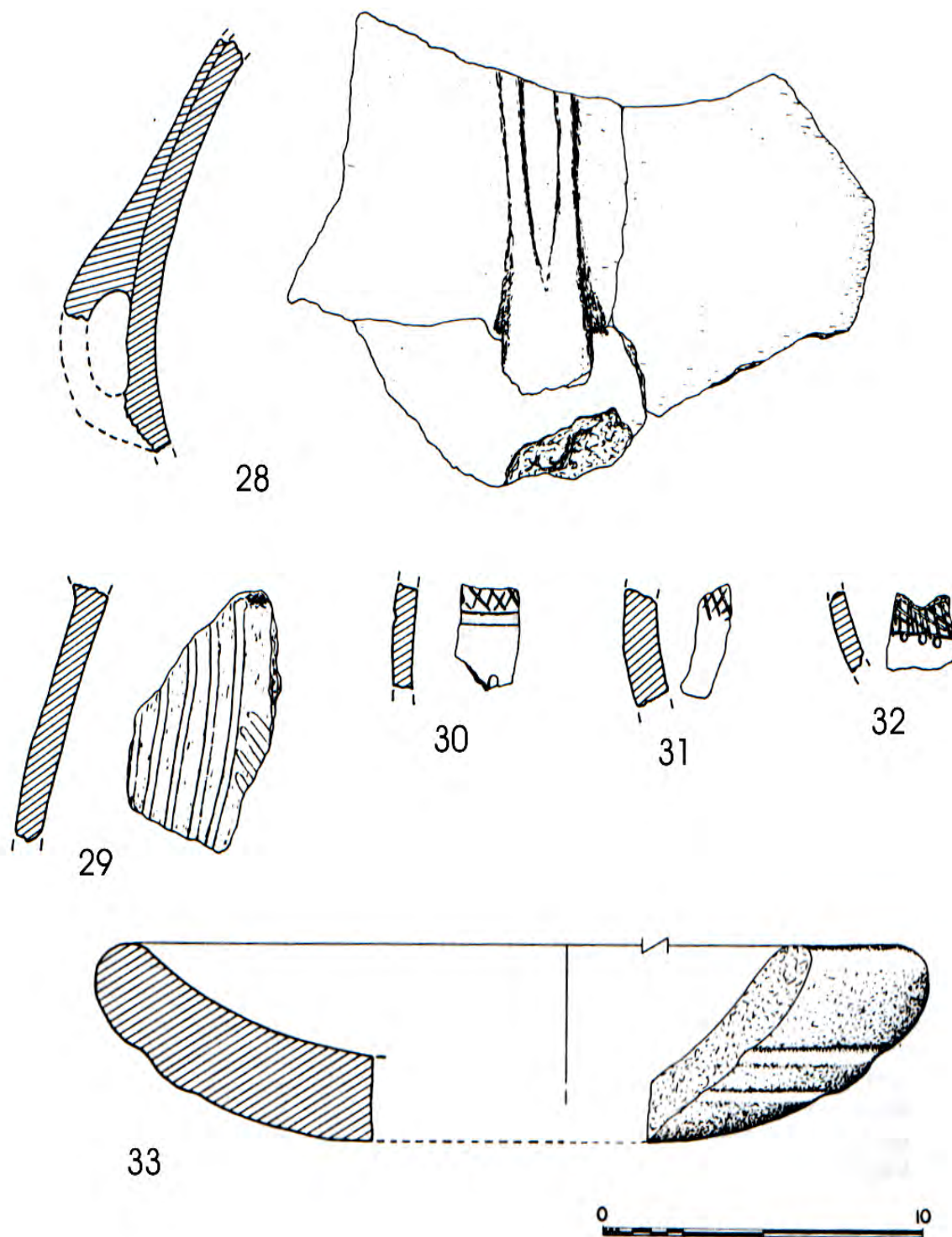


Fig.361.- Cerámica decorada (28-32) y mortero de basalto acanalado y con restos de ocre (33), según Rojas y Villa, 1995

3.19. LOS BARRUECOS (Malpartida de Cáceres, Cáceres)

UTM: 194.900 / 4.368.900

Yacimiento de carácter multiocupacional ubicado en una pequeña meseta localizada al abrigo de bloques graníticos entre los que se ciñen *dos líneas de muralla* defensiva que cierran el yacimiento (Cerrillo Cuenca *et alii*, 2002:102). El enclave se dispone a 320 metros s.n.m. en una zona rica en lagunas endorreicas dentro de la cuenca de influencia del río Salor, uno de los principales aportes hídricos de la margen meridional del Tajo.

El yacimiento ha sido objeto de estudio desde inicios de los años 80 (Sauceda, 1986 y 1991) centrándose el análisis de las fases neolíticas iniciales en 2001 (Cerrillo Cuenca *et alii*, 2002; Cerrillo Cuenca *et alii*, 2006). Los resultados globales señalan un secuencia estratigráfica amplia cuyo inicio parece situarse en un momento avanzado del Neolítico y que culmina en las postrimerías de la Edad del Hierro o en los inicios de la romanización de Extremadura.

Las intervenciones realizadas por I. Saucedo se centraron en el estudio del conjunto Calcolítico si bien señalaron la existencia de niveles, situados hacia el muro de la estratigrafía (a -2.5 m.), en los que aparecían materiales decorados con impresiones asociados a estructuras de habitación. Este hecho motivó la puesta en marcha de nuevas intervenciones por parte de E. Cerrillo desde 2001, dentro del marco de su Tesis Doctoral.

EXCAVACIONES DE 2001

En esta campaña se abrió un corte de 12 m² y 2.5 metros de profundidad cuya lectura estratigráfica deparaba una sucesión de niveles arqueológicos cuyos materiales pertenecían a etapas propias del Calcolítico, Bronce Inicial y Edad del Hierro. Bajo el primer nivel Calcolítico, individualizado bajo una capa prácticamente estéril de formación geológica producida por la disgregación del granito, se localizó un conjunto de materiales arqueológicos de adscripción Neolítica.

Con estos datos se procedió al refresco de uno de los cortes estratigráficos realizados por I. Saucedo y a la ampliación posterior de la excavación en un área de 10 m². Esta nueva intervención permitió diferenciar, para los niveles iniciales de uso antrópico del lugar, la siguiente estructura estratigráfica (Tabla 136):

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCR.CULTURAL
Disgregación granito	ESTÉRIL-GEOLÓGICO	HIATUS
Suelo Ocupación	FÉRTIL	NEOLÍTICO
Disgregación granito	PRÁCTICAMENTE ESTÉRIL	NEOLÍTICO?-HIATUS
Zanja en V	FÉRTIL	NEOLÍTICO FINAL
Suelo Ocupación	FÉRTIL	CALCOLÍTICO

Tabla 136

Los datos más interesantes de esta secuencia son sin duda la aparente existencia de un hiatus habitacional entre la primera ocupación neolítica y la posterior ocupación Calcolítica. También resulta interesante la posición estratigráfica de la zanja en V cuyo relleno se adscribe a un Neolítico Final (Cerrillo Cuenca *et alii*, 2002: 103) y que aparece recubierta –y ya amortizada– por el suelo de ocupación Calcolítico.

Estos hechos deben interpretarse, en un flujo de relaciones estratigráficas, como garantes de la existencia de un uso diacrónico del espacio, discontinuo entre el Neolítico Inicial y el Calcolítico, pero continuo entre las fases más avanzadas del Neolítico y el Calcolítico (*Ibidem*). Por los datos radicarbonicos y el material conocido, podemos discrepar de los conceptos de Inicial y Final manejados por Cerrillo. Los paralelos con otros yacimientos extremeños, y en especial con el del Cerro de la Horca, son notables.

De este yacimiento, a la fecha de elaboración de nuestra síntesis tan sólo se había publicado una estructura de almacenaje localizada en los cortes 2 a y 2 b de la intervención de 2001. Es pues a esta estructura a la que haremos mención explícita y de forma tangencial, para una valoración más amplia, a los materiales de cronología Calcolítica publicados.

Estructura de 'almacenamiento'

Se trata de una fosa, de cerca de 70 cm de diámetro, excavada en el nivel geológico de disgregación del granito (Fig. 363), rellena por una capa de tierra, prácticamente estéril, en cuya base se recogieron las muestras de carbón datado y sellada por una capa de piedras de pequeño tamaño, restos de cerámica y elementos dispersos de industria lítica todos ellos amortizados en el momento de cierre de la estructura.

Material arqueológico

Lo publicado hasta la fecha es poco significativo, lo cual condiciona de forma notable nuestras posibilidades de trabajo.

Industria lítica

El conjunto deparado por la estructura es pobre y poco diagnóstico. Destaca la escasez del sílex, del que comparecen varias lascas y una laminilla de dorso abatido con muesca. Más numerosa es la industria, caracterizada por su componente lascar, realizada sobre cuarzo.

En el apartado de los pulimentos tan sólo puede reseñarse la recuperación de una azuela de gabro de sección redonda que apareció fragmentada y dos molederas de granito también fragmentadas.

Cerámica

Tan sólo se han publicado siete fragmentos de cerámica decorada de los que poco o nada puede decirse respecto a la caracterización de las formas (Fig. 364). Por ello debemos apoyarnos en los datos contenidos en el texto para tratar de realizar una aproximación veraz al yacimiento.

En el aspecto formal, parecen ser dominantes los recipientes de perfil simple y tendencia exvasada (78.3 % frente al 21.7 % de invasados).

Del total de la cerámica recuperada en la estructura (223 fragmentos), un 88.8% no presenta decoración frente al 11.2% que sí la presenta (esto es, 25 fragmentos decorados)

Según los autores el material cerámico decorado está dominado por la presencia de incisiones y acanaladuras al que acompaña un reducido grupo de cerámicas decoradas con matriz impresa. Destacan también las cerámicas decoradas mediante cordones aplicados (Cerrillo Cuenca *et alii*, 2002).

De todos estos materiales tan sólo el 2.1% muestra evidencias de almagra (esto es, cinco fragmentos) –sin que sepamos correctamente de qué tipo de tratamiento se trata–

TÉCNICA DECORATIVA	EXTERIOR
Incisión fina	2
Acanalado	5
Impresión matriz simple	4
Impresión matriz múltiple	0
Impresión concha	0
Digitación-ungulación	1
Cordón liso	4
Cordón impreso	0
Boquique	1
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	0
TOTAL	17

Tabla 137

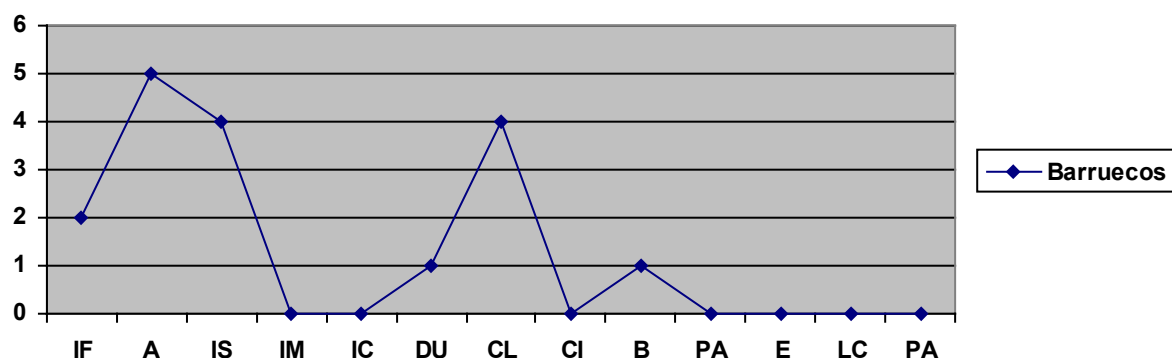


Fig.362.- Gráfica de representación de técnicas decorativas

Entre los elementos de presión destacan las asas acintadas –tres casos- y tubulares –dos casos- y en menor medida los mamelones destacados –un caso- estando ausentes, de momento, las orejetas inmediatas al borde.

A la vista del material publicado, aún con su pobreza, tenemos que señalar que al menos una de las piezas dibujadas (Fig. 364, nº2) corresponde a una tapadera y no a un cuenco exvasado. Es probable que esta misma función se pueda atribuir a algunas otras, como la número 1 y 7, para las que tenemos buenos paralelos en el yacimiento de La Paleta. El primer caso citado en, sin embargo, el más claro, ya que presenta el rebaje interno propio de todas las piezas que se interpretan como tapaderas.

Datación radiocarbónica

De la base de esta estructura se obtuvo una datación AMS sobre carbón (BETA 159899) que ha arrojado una fecha de 6060+/-50 BP. Esta fecha podría datar, por su posición, tanto el momento de elaboración de la estructura como su posterior amortizado.

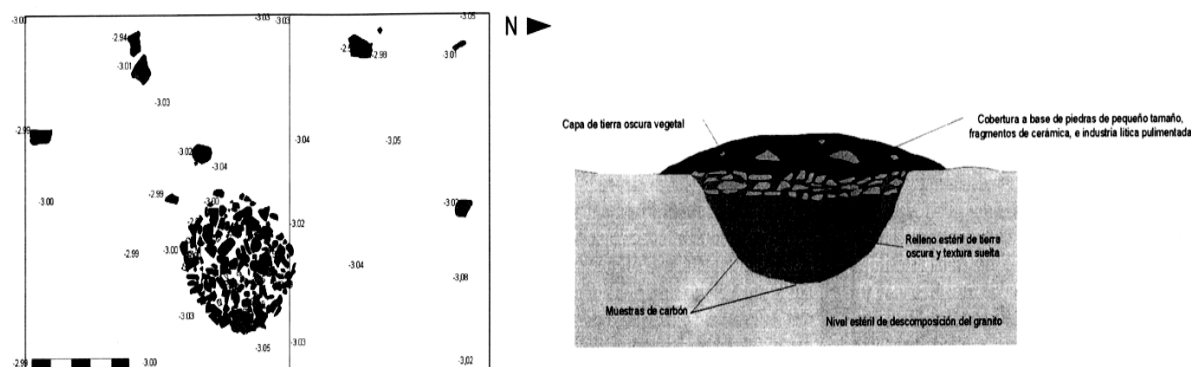


Fig.363.- Planta y sección de la estructura de Los Barruecos, según Cerrillo Cuenca et alii, 2002

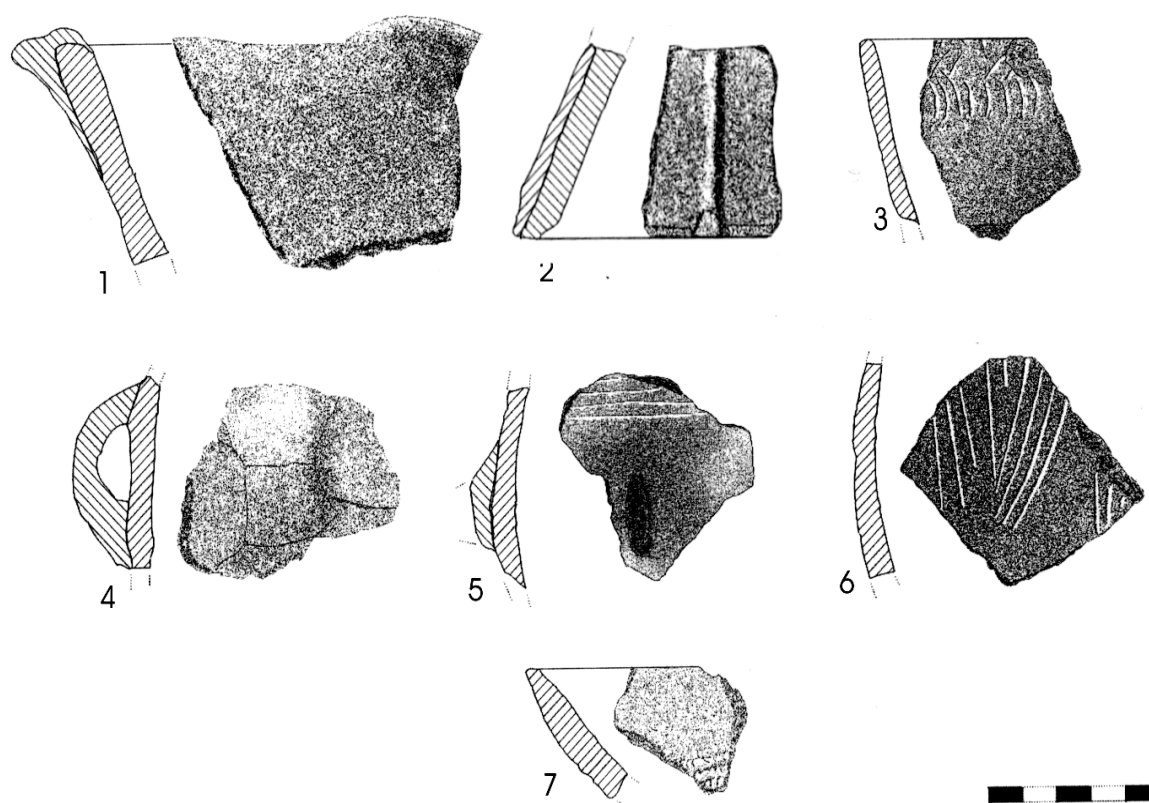


Fig.364.- Cerámicas decoradas de Los Barruecos, según Cerrillo Cuenca et alii, 2002. Las piezas número 1 y 7 podrían corresponder a tapaderas.

3.20 CUEVA DE BOQUIQUE-VALCORCHERO (Plasencia, Cáceres)

UTM: 237.000 / 4.435.100

Yacimiento de carácter multiocupacional bajo un abrigo granítico situado en la Dehesa de Valcorchero, dominando el valle del Jerte y su enlace con el fértil valle del Alagón. El yacimiento se ubica a 450 metros s.n.m. en una dehesa que constituye una elevación granítica, culminación de la sierra que cierra el Valle del Jerte hacia el Norte.

Si bien la cavidad denominada 'de boquique' era conocida de antiguo, fue Bosch Gimpera quien llamó la atención sobre algunos de los materiales que contenía (1915-1920: 513-516). A este estudio siguieron otros, especialmente centrados en el análisis de los materiales cerámicos, realizados por M.C. Rivero de la Higuera (1972-1973). M. Almagro Gorbea realizó una serie de catas de valoración con motivo de la elaboración de su Tesis Doctoral (1977: 83) sobre el sector excavado por V. Paredes y P. García Faria y cuyos materiales fueron publicados por Bosch Gimpera.

Es precisamente a M. Almagro Gorbea a quien debemos la llamada de atención acerca de la verdadera entidad del enclave del que tan sólo se conocía esta cueva y que en sus palabras "más que una cueva es una serie de abrigos situados junto y bajo los grandes canchales de granito que forman la sierra de Valcorchero" (1977: 82). La mayor parte de estos abrigos se encuentran hoy día protegidos por muros toscos cuya cronología es difícil precisar, pero que para este autor bien pudieron tener un origen prehistórico.

Si bien tan sólo analizaremos aquí los restos deparados por la epónima cueva del Boquique, deseamos resaltar el hecho de que todo el enclave ha de ser tenido en cuenta como un área de poblamiento similar al de Los Barruecos y por ello distintivo del carácter de los poblados Neolíticos extremeños. Es por ello que hemos querido dejar constancia del hecho mediante la utilización del topónimo compuesto Boquique-Valcorchero siguiendo lo señalado por Almagro.

Para Almagro toda la serie de abrigos que ocupan la parte superior de la falda Sur y Oeste de Valcorchero debió formar en su conjunto un poblado un tanto irregular pero adaptado perfectamente a las condiciones que ofrece el propio terreno, pues todos ellos debieron ser realmente chozas o cabañas, en parte abrigadas por los berrocales y en parte construidas mediante toscos muros de lajas de granito (*Ibidem*). Sin duda esta aportación es notable y debe ser tenida muy en cuenta a la hora de valorar no sólo este enclave sino muchos otros de similares características que jalonan las tierras graníticas de la Meseta. A nuestro entender, aún sin saberlo quizás, Almagro estaba sentando las bases definitorias del primer neolítico extremeño a través del estudio de este enclave.

La cueva de Boquique en sí debió ser uno de los abrigos principales. Su boca se abre en dirección Suroeste hacia una pequeña plataforma, orientación que parece señalar su aptitud como lugar de habitación.

Los trabajos realizados por Almagro constataron que todo el relleno se encontraba revuelto tanto por la acción de las excavaciones llevadas a cabo a inicios del siglo XX por Paredes y García Faria como por la sucesión de numerosas rebuscas clandestinas recientes.

La estratigrafía documentada permitió detectar un estrato superior formado por un conjunto de tierras removidas por las rebuscas modernas y bajo él un nivel igualmente revuelto derivado de las excavaciones de principios del siglo XX. Tan sólo en los intersticios de algunas rocas, en contacto ya con el suelo natural, se pudieron recoger algunos materiales que Almagro atribuyó a niveles arqueológicos intactos (*Ibidem*: 83).

Las excavaciones de Almagro se extendieron también hacia un abrigo contiguo a la mencionada cueva. Éste abrigo se comunicaba con la cueva a través de una estrecha gatera y presentaba niveles igualmente revueltos pero con mayor presencia de restos materiales. Estos materiales se adscribieron a la "Entrada Norte" para facilitar la diferenciación con los procedentes de la cueva.

Material arqueológico

Almagro, en su Tesis Doctoral, agrupó todos los materiales dispersos procedentes de este yacimiento en cuatro grupos:

- Materiales obtenidos por P. García Faria y remitidos a P. Bosch Gimpera. Tan sólo se conocen a través de la mencionada publicación (Fig. 371).
- Conjunto de materiales dispersos entre colecciones particulares recuperados por Almagro, entregados al Museo de Cáceres y publicados por M.C. Rivero de la Higuera (1972-1973) (Fig. 372).
- Materiales conservados en el Museo de Cáceres y procedentes casi con seguridad de la colección de V. Paredes.
- Materiales procedentes de las excavaciones de M. Almagro Gorbea.

En cierto modo los datos aportados por Almagro Gorbea son por completo válidos, pues si bien la clasificación de una parte importante de los materiales es cronológicamente incorrecta, su adscripción estratigráfica es del todo útil.

1-Colección García Faria

La cerámica está fabricada en su totalidad a mano y presenta por lo general desgrasantes medios y gruesos entre los que destaca la aparición de granos de cuarzo. El conjunto incluye tanto elementos de clara adscripción neolítica como algunos otros, en especial las cazuelas y cuencos carenados –algunos de ellos con presencia de asas de cinta que unen borde y carena- cuya cronología debe ser posterior y acorde con la adscripción al Bronce Final defendida por Almagro (1977: 84).

Resulta imposible precisar las formas de estos fragmentos puesto que la publicación de Bosch Gimpera no señala ni la reconstrucción de los perfiles ni ofrece una escala para los mismos (Fig. 371).

Entre los materiales destacan cerámicas lisas de pasta tosca y otros, lisos también, con superficies externas bruñidas. Entre las decoraciones abundan los bordes decorados mediante impresiones, así como los cordones con impresiones tanto digitales como realizadas con punzón. Cerámicas impresas simples mediante la repetición de punteados (Almagro las define como “incisas a base de una serie de puntos”) y boquique (*Ibidem*: 84) (Fig. 371). Sin duda y a pesar de las contradictorias y equívocas descripciones, las cerámicas decoradas son mayoritarias y dentro de ellas las que presentan decoraciones impresas. Los motivos son diversos y abarcan desde esquemas simples hasta otros algo más barrocos y complejos. Trataremos en conjunto más adelante las técnicas decorativas y los esquemas representados.

Entre los objetos de piedra, muy escasos, destacan algunos percutores de cuarzo, numerosas lascas de sílex, algunas lajas irregulares de pizarra, elementos de molturación formados por molinos de mano y al menos tres fragmentos de serpentina que Almagro interpreta podrían corresponder a vasos, pero que consideramos podrían formar parte de elementos pulimentados o de adorno.

Entre los materiales de hueso destaca un punzón de punta aguda.

2- Colecciones particulares

No se conoce la procedencia exacta de estos materiales y sin duda proceden no sólo de la cueva de Boquique sino de los numerosos abrigo a los que antes aludimos.

Sin hacer referencia explícita a los materiales tipo “Lapa do Fumo” o “Carambolo” de inequívoca adscripción al Bronce Final (Rivero de la Higuera, 1972-1973; Almagro Gorbea, 1977: 86) y aún cuando algunas de las cerámicas contenidas en los apartados de “bruñida de paredes finas” y “bruñida de paredes gruesas” pudiesen realmente tener una cronología neolítica, nos detendremos en el conjunto de materiales con decoración de “boquique”, impresas e incisas de nítida pertenencia al Neolítico.

Entre los materiales que podemos adscribir sin demasiados problemas al Neolítico destacan elementos de la **Forma V** –genérica- y al menos dos cuencos, uno decorado y otro liso de la **Forma I**. En una ocasión se documenta una derivación de nuestra **Forma VII** con la superficie externa decorada mediante cepillado.

En el apartado de las cerámicas decorados destaca la técnica de impresión en algunas ocasiones con esquemas organizativos que recuerdan a los cardiales. Hay al menos dos fragmentos que combinan la incisión y la impresión, si bien la incisión y el acanalado son técnicas muy poco

representadas (Fig. 372) Los esquemas, como se advierte en la práctica totalidad de los yacimientos extremeños, son bastante monótonos y repetitivos.

3-Materiales conservados en el Museo Provincial de Cáceres

En primer lugar destaca en este conjunto la ausencia total de cerámicas “de boquique”, mostrando las cerámicas decoradas –seis fragmentos en total- esquemas incisos e impresos –que Almagro señala como incisos igualmente (1977: 91)- que aún cuando podrían contar con ejemplos entre los materiales típicamente neolíticos del interior peninsular no incluiremos en este apartado debido a los problemas que plantean.

4-Excavación de M. Almagro Gorbea

La intervención se limitó a la excavación de dos cuadrículas de 1 x 1 metro realizadas en el sector Noroeste de la cavidad, a la izquierda del acceso, lugar en el que se presumía la existencia de una estratificación fiable. La Potencia máxima excavada fue de 70 cm dividida en dos niveles.

El interés de esta intervención y de los materiales por ella aportados es mayor de lo que se ha pretendido e incluso de lo que señalaba Almagro. Esta importancia estriba no sólo en la recuperación de un material tipológica y culturalmente muy homogéneo, sino que, en comparación con los materiales aportados por la cata realizada en la “entrada Norte”, podemos asegurar un uso cronológicamente diferenciado de ambos ámbitos y en cierto sentido una estratigrafía garante del neolítico extremeño que, aún con su problemática, permite contar con un elemento de comparación más fiable y útil que las meras recolecciones superficiales. Por la fecha en la que llevó a cabo esta intervención podemos señalarla, pese a la errada interpretación de parte de los materiales, como la génesis de la caracterización del neolítico extremeño.

NIVEL I

Se trata de un nivel muy superficial compuesto por tierra revuelta entre la que se incluían huesos y diversos materiales recientes- El nivel era rico en humus y detritos modernos. Entre estos materiales se recuperaron doce fragmentos de cerámica a torno moderna, diez fragmentos de cerámica bruñida, treinta y seis de cerámica tosca –de ellos dos decorados- y tres fragmentos de sílex.

Material arqueológico

Industria lítica

Destaca su escasa representación. Entre el revuelto se recuperó un perforador realizado sobre el extremo de una hojita de sílex blanco lechoso (Fig. 369, nº4), una lasca de sílex con retoques simples directos marginales en su contorno y una lámina bifragmentada (LS4) de sílex con retoques muy marginales, directos en el lateral izquierdo (Fig. 369, nº5)

Se recuperó también un alisador de granito (Fig. 369, nº2) y una pieza circular de barro, fragmentada, con perforación central que Almagro interpreta como una fusayola (Fig. 369, nº1)

Cerámica

De los 46 fragmentos cerámicos recuperados, seis pueden considerarse selectos. De ellos tan sólo uno presenta decoración (Tabla 138) de impresiones verticales paralelas realizadas sobre un somero cordón aplicado (Fig. 373, nº2)

Las formas que pueden completarse atendiendo a los perfiles no son muy numerosas (Tabla 139).

Entre los elementos de prensión tan sólo se documentan los mamelones macizos situados bajo el borde de los recipientes pero no inmediatos a estos.

NIVEL II

Este nivel, infrapuesto al anterior, ofrecía un aspecto menos revuelto. No obstante las alteraciones modernas debieron haberlo afectado sustancialmente pues se recogieron 19 fragmentos de cerámica a torno. La proporción de elementos cerámicos antiguos es mayor que en el nivel anterior lo que fue interpretado por Almagro como los restos dejados por las excavaciones de inicios del siglo XX (1977: 93). El color de este nivel era rojizo-amarillento con algunas manchas carbonosas.

TÉCNICA DECORATIVA	EXTERIOR
Incisión fina	0
Acanalado	0
Impresión matriz simple	1
Impresión matriz múltiple	0
Impresión concha	0
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	1
Cordón impreso	1
Boquique	0
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	0
TOTAL	3

Tabla 138.- Técnicas decorativas empleadas en el Nivel I

FORMA	Dec.	Lisa	Total
I	0	0	0
II	1	1	2
III	0	0	0
IV	0	2	2
V	0	1	1
VI	0	0	0
VII	0	0	0
VIII	0	0	0
TOTAL	1	4	5

Tabla 139.- Formas decoradas Nivel I

Industria lítica

Almagro tan sólo menciona una "lasquita" atípica de sílex.

Cerámica

Se recuperó un conjunto de 170 fragmentos de cerámica, de los que cinco presentaban decoraciones y siete eran bordes; cuatro más presentaban tratamiento cepillado en una de sus caras. Resulta, no obstante, notable la cantidad de material recuperado teniendo en cuenta que la intervención afectó tan sólo a 2 m² de terreno.

Pocas son las formas reconstruibles si bien permiten colegir la comparecencia de algunas de las formas típicas del Neolítico de la Meseta.

FORMA	Dec.	Lisa	Total
I	0	0	0
II	2	2	4
III	0	1	1
IV	0	1	1
V	0	1	1
VI	0	0	0
VII	0	0	0
VIII	0	0	0
TOTAL	2	5	7

Tabla 140.- Formas decoradas Nivel II

TÉCNICA DECORATIVA	EXTERIOR
Incisión fina	0
Acanalado	0
Impresión matriz simple	2
Impresión matriz múltiple	0
Impresión concha	0
Digitación-ungulación	0
Cordón liso	2
Cordón impreso	0
Boquique	3
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	0
TOTAL	7

Tabla 141.- Técnicas decorativas empleadas en el Nivel II

Las cerámicas decoradas corresponden a cinco fragmentos con técnica impresa que Almagro interpretó como “de boquique” (1977: 93). Si bien tan sólo tres de las cerámicas pueden corresponderse realmente con esta técnica dentro del concepto de concatenación de impresiones (Fig. 374, nº 2,4 y5).

NIVEL II B

Almagro definió así la parte inferior del nivel anterior con la intención de diferenciar e individualizar aquellos elementos inmersos en los restos del nivel original e inicial de ocupación del yacimiento. Este nivel se encontraba en contacto directo con la roca natural y en algunos sectores presentaba notables contaminaciones o alteraciones procedentes de los niveles superiores (Almagro Gorbea, 1977: 94).

Material arqueológico

Industria lítica

En este nivel se recuperó tan sólo una laminilla de sílex fragmentada en su extremo distal (LS2), con talón facetado y retoques muy marginales, abruptos y directos en el lateral izquierdo. También se recuperó un alisador circular de granito pulimentado (Fig. 370, nº2).

Como elemento ciertamente anecdótico –pero cada vez mejor representados en los contextos neolíticos- cabe destacar la presencia de un fragmento en bruto de ocre rojo (Almagro Gorbea, 1977: 95).

Cerámica

Se recuperaron un total de 177 fragmentos de los que tan sólo nueve presentaban decoraciones; catorce corresponden a bordes que en alguna ocasión permiten la reconstrucción del perfil del recipiente (Tabla 142), todo ello dentro de un panorama formal más diversificado y rico.

FORMA	Dec.	Lisa	Total
I	1	0	1
II	0	2	2
III	2	1	3
IV	0	1	1
V	3	3	6
VI	0	0	0
VII	1	2	3
VIII	0	0	0
TOTAL	7	9	16

Tabla 142.- Formas decoradas Nivel II B

Entre las técnicas decorativas la representación más notable sigue correspondiéndole a las impresiones y dentro de éstas al boquique (Tabla 143).

TÉCNICA DECORATIVA	EXTERIOR
Incisión fina	2
Acanalado	1
Impresión matriz simple	4
Impresión matriz múltiple	0
Impresión concha	0
Digitación-ungulación	1
Cordón liso	0
Cordón impreso	1
Boquique	4
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	0
TOTAL	13

Tabla 143.- *Técnicas decorativas empleadas en el Nivel II B*

De los cuatro fragmentos decorados con técnica de boquique, uno de ellos no corresponde ciertamente a esta técnica, sino más bien, a una sucesión de impresiones paralelas simples, oblicuas y continuas realizadas sobre la cara externa de un cuenco hemisférico de bode redondeado (Fig. 375).

Entre los materiales incisos destacan tres fragmentos, uno de ellos correspondiente a un esquema de acanaladuras oblicuas enmarcadas por un acanalado estrecho horizontal realizadas sobre la cara externa de un galbo perteneciente a un recipiente de cuerpo globular (Fig. 375). Más interesante resulta el fragmento de pared de un recipiente tendente a lo globular que en su parte exterior muestra un esquema inciso vertical acotado en sus laterales y relleno de líneas horizontales paralelas –escaliforme- junto al que se desarrolla un círculo inciso festoneado por impresiones triangulares dentro de un motivo muy próximo al concepto de lo “heliomorfo” (Fig. 375, n° 5). Un último fragmento correspondiente también a un recipiente esférico presenta un motivo de incisiones oblicuas verticales y paralelas delimitadas por una incisión corrida de desarrollo horizontal.

Se recuperó un fragmento de borde apuntado correspondiente a un cuenco hondo con impresiones perpendiculares al borde realizadas en el labio (Fig. 375, n°1)

Entre las cerámicas con decoración aplicada destaca un único fragmento correspondiente a un cordón digitado de muy escaso resalte (Fig. 375).

Dentro del conjunto de los elementos de prensión destacan un fragmento de asa de cinta ancha sin decorar y el arranque de un mamelón o asa dispuesto inmediatamente bajo el borde de un cuenco de paredes rectas sin decorar.

En el apartado de las cerámicas lisas, 118 de ellas toscas, 5 con acabado “a cepillo”, 47 bruñidos tocos y 3 bruñidos finos, cabe destacar al menos 8 bordes, una inflexión de base plana y un fragmento de fondo cónico. Al menos uno de los recipientes corresponde a una pequeña cazuelita carenada de paredes bruñidas finas y pared ligeramente exvasada a la que creemos debe corresponderle una cronología más reciente.

Entrada norte

Sin abordar los datos recuperados en este sector, correspondiente como hemos señalado, a un abrigo situado junto a la entrada Norte de la cavidad y comunicado con ésta a través de una estrecha gatera, señalaremos que se realizó una cata de sondeo que liberó un material muy homogéneo sin estratigrafía alguna y con materiales netamente diferentes a los recuperados en la cavidad. Destaca la ausencia de cerámicas de “boquique” e impresas, una muy parca representación de incisas que en ningún caso pueden asimilarse con certeza a una tipología neolítica y un nutrido elenco de materiales lisos entre lo que algunas piezas parecen dotadas de una incontestable adscripción neolítica pero que no consideramos relevantes para este estudio debido a su mezcla con elementos característicos de las etapas finales de la Edad del Bronce.

Estudio de conjunto

Dada la homogeneidad de los materiales recuperados en el sector interno de la cavidad hemos decidido optar, para su estudio, y aún cuando se representen separados por niveles, por unificarlos dentro de un único horizonte (Tablas 144 y 145)

	Niveles I+II+IIB	%
Decorada	15	4.87
Lisa selecta	27	8.76
Lisa no selecta	266	86.36
TOTAL	308	100

Tabla 144

Este ejercicio nos permite comprobar, aún dado lo pobre de la muestra y lo reducido del área intervenida, que la cerámica decorada, además de poco variada resulta bastante escasa dentro del conjunto total de elementos representados, algo que parece ser bastante común en los contextos extremeños objeto de estudio.

FORMA	Decorada	Lisa	Total
I	1	0	1
II	3	5	8
III	2	2	4
IV	0	4	4
V	3	5	8
VI	0	0	0
VII	1	2	3
VIII	0	0	0
TOTAL	10	18	28

Tabla 145

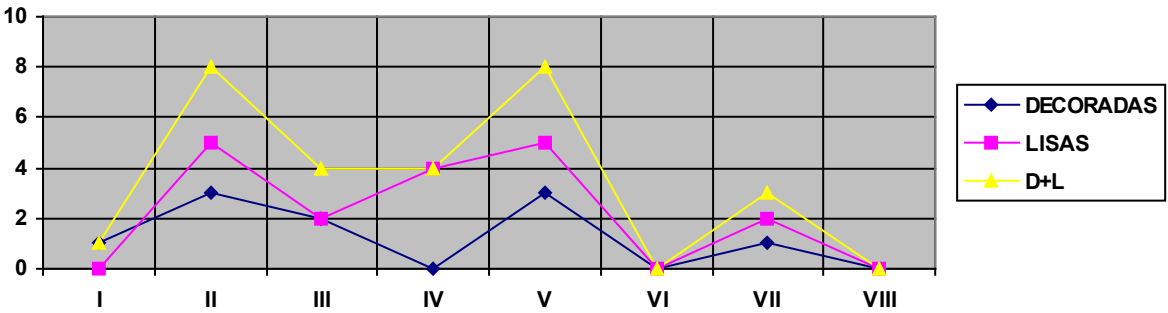


Fig. 365.- Gráfica discriminante comparativa de formas lisas y decoradas representadas.

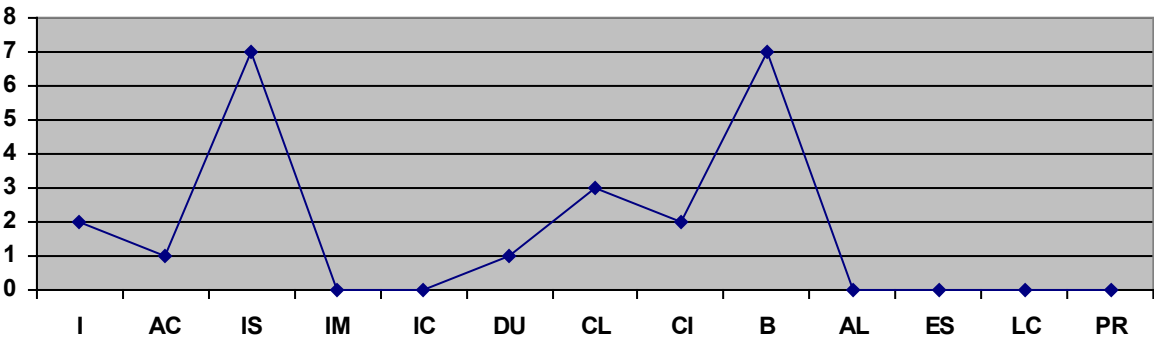


Fig.366.- Gráfica de representación de técnicas decorativas.

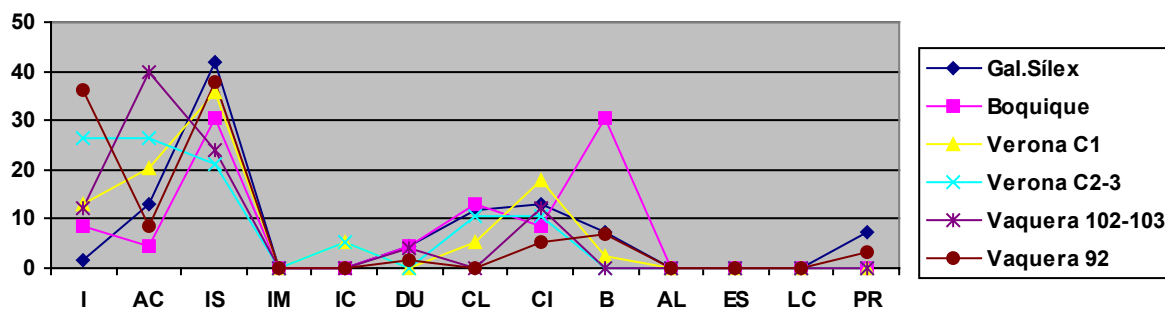


Fig. 367.- Gráfica comparativa de representación relativa de técnicas entre Boquique, Galería del Sílex, Vaquera y Verona II.

Quizás sea debido al carácter de la muestra, pero el primer dato que resulta de interés a la vista de la gráfica es que ésta no presenta paralelos nítidos con las gráficas obtenidas para otros yacimientos, del Norte de la Meseta Sur y de la Meseta Norte. Trataremos de valorar este dato en el apartado correspondiente al estudio de conjunto.

La vista del gráfico correspondiente a la representación de técnicas, dentro de su aparente complejidad (Fig. 367) nos indica, en primer lugar la existencia de una cierta diferencia entre grupos en el momento de comparar la incidencia de los acanalados y las impresiones. En cierto modo la presencia de boquique, introduce una cierta distorsión que impide el análisis conjunto de los datos. Este problema se minimiza si anulamos el apartado de técnica de boquique – individualizado como tal- y lo añadimos a lo que técnicamente es en realidad, una concatenación de impresiones (Fig. 368).

Con esta nueva aproximación estamos más cerca de poder valorar la verdadera entidad de lo que, a nuestro juicio, empieza a perfilarse como una clara existencia de dos grupos culturales diferenciados por los esquemas decorativos representados en sus cerámicas.

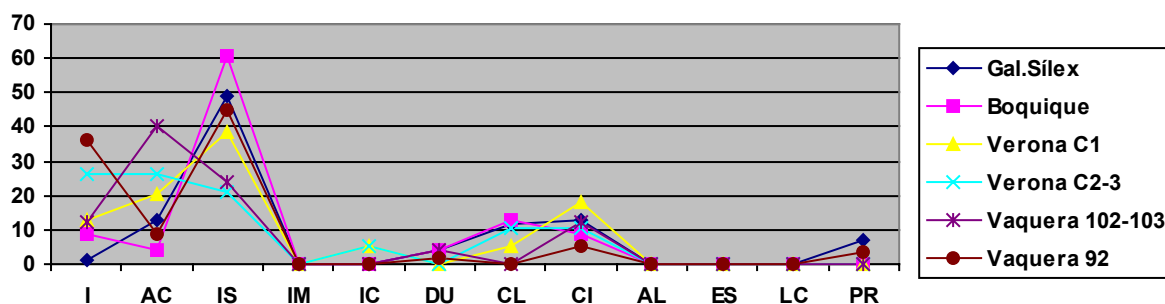


Fig. 368.- Gráfica comparativa de representación relativa de técnicas entre Boquique, Galería del Sílex, Vaquera y Verona II tomando el Boquique no como técnica diferenciada, sino como impresión concatenada.

En cierto modo la agrupación parece tener no sólo un componente regional, sino otro de carácter temporal que demuestra, a nuestro modo de ver, la existencia de contactos entre grupos que condicionan el predominio de unos estilos decorativos sobre otros, sus interconexiones y las fluctuaciones observadas en los diferentes niveles y fases de los yacimientos. Así, mientras Boquique, Galería del Sílex y Verona C1 parecen alinearse en un primer agrupamiento, Vaquera 1 y Verona 2-3 parecen hacerlo en otro agrupamiento.

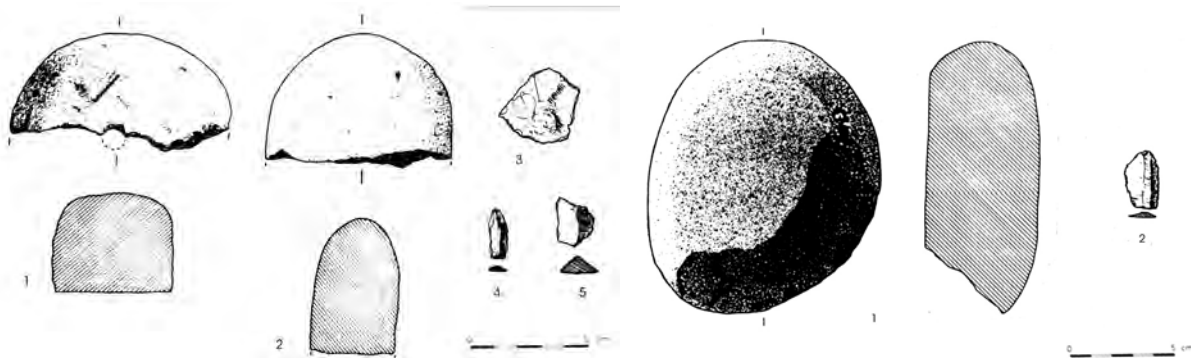


Fig.369.- Material lítico y fusayola cerámica (1) del Nivel I de la Cueva del Boquique, según Almagro Gorbea, 1977

Fig.370.- Material lítico del Nivel II B de la Cueva de Boquique, según Almagro Gorbea, 1977

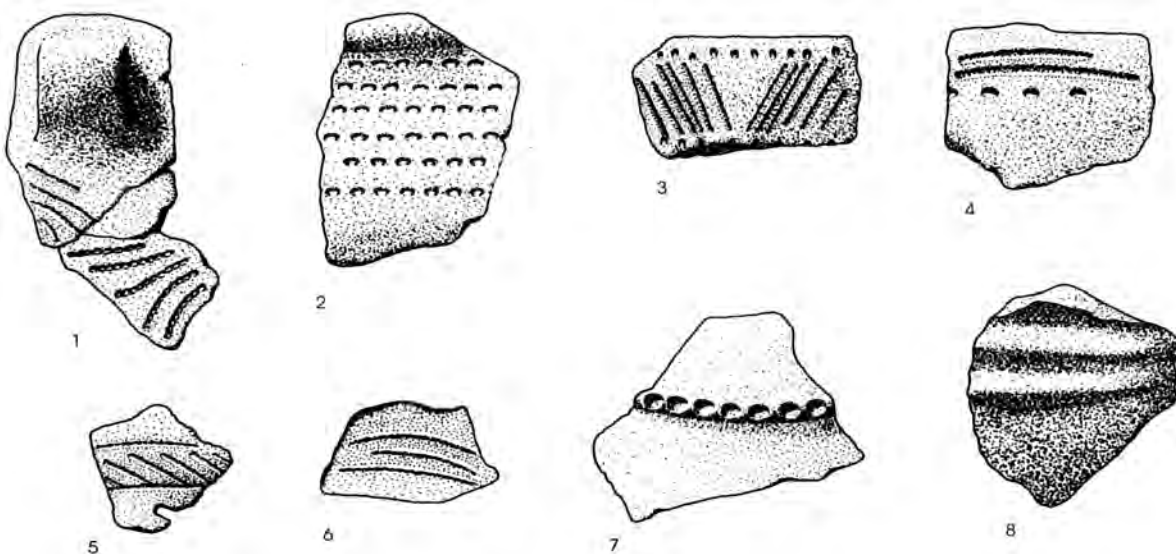


Fig.371.- Cerámicas decoradas de Boquique, según Bosch Gimpera, 1915-1920 en Almagro Gorbea, 1977

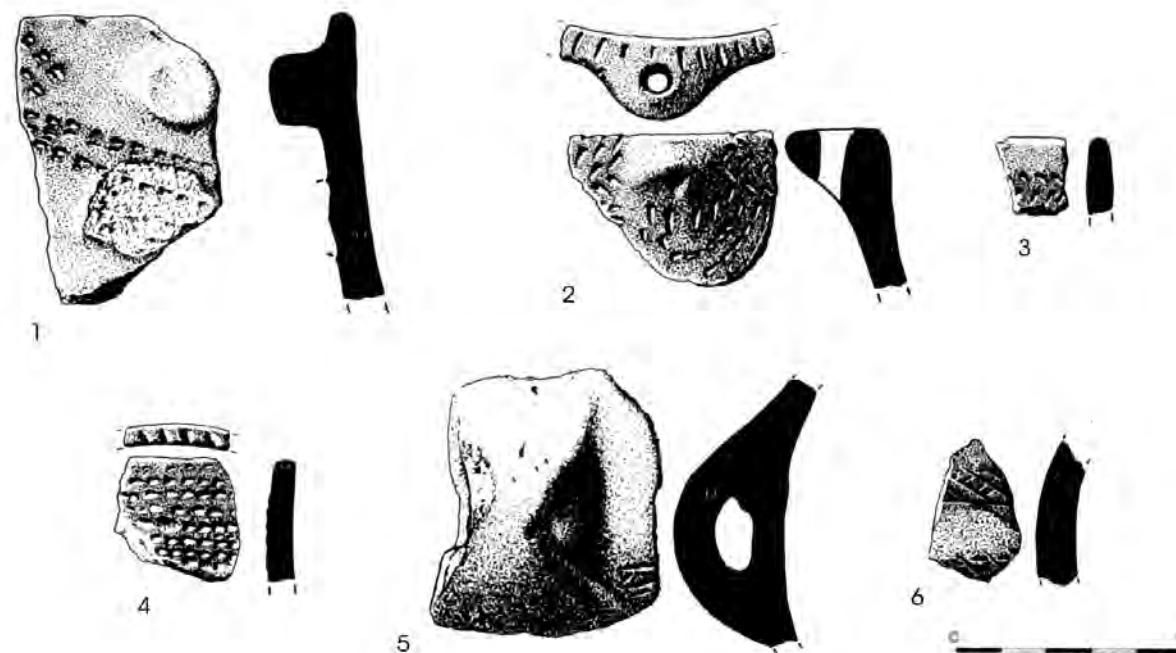


Fig.372.- Cerámicas decoradas de Boquique-Valcorchero recogidas en prospección y depositadas en el Museo de Cáceres, según Almagro Gorbea, 1977

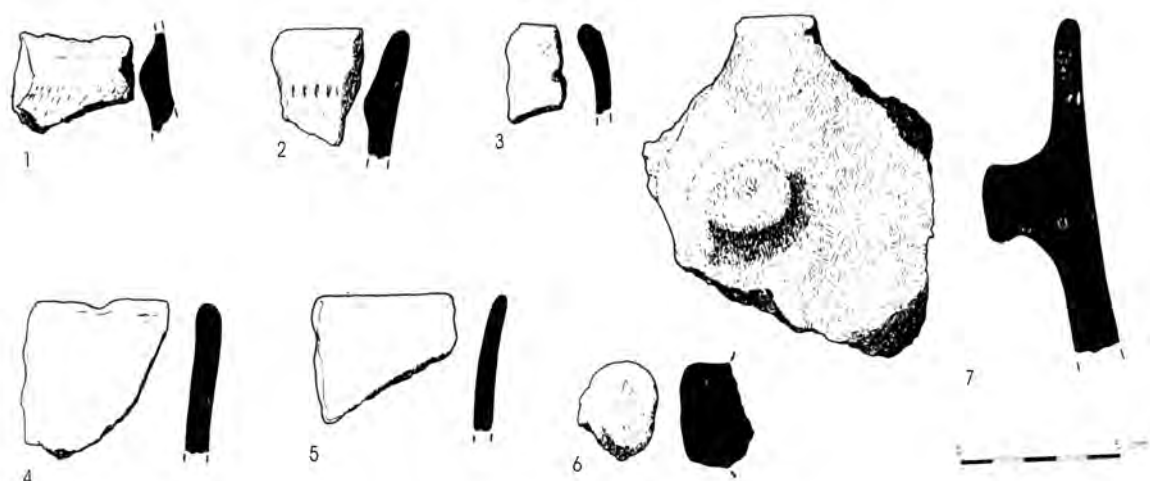


Fig.373.- Cerámica lisa y decorada del Nivel I de la Cueva del Boquique, según Almagro Gorbea, 1977.

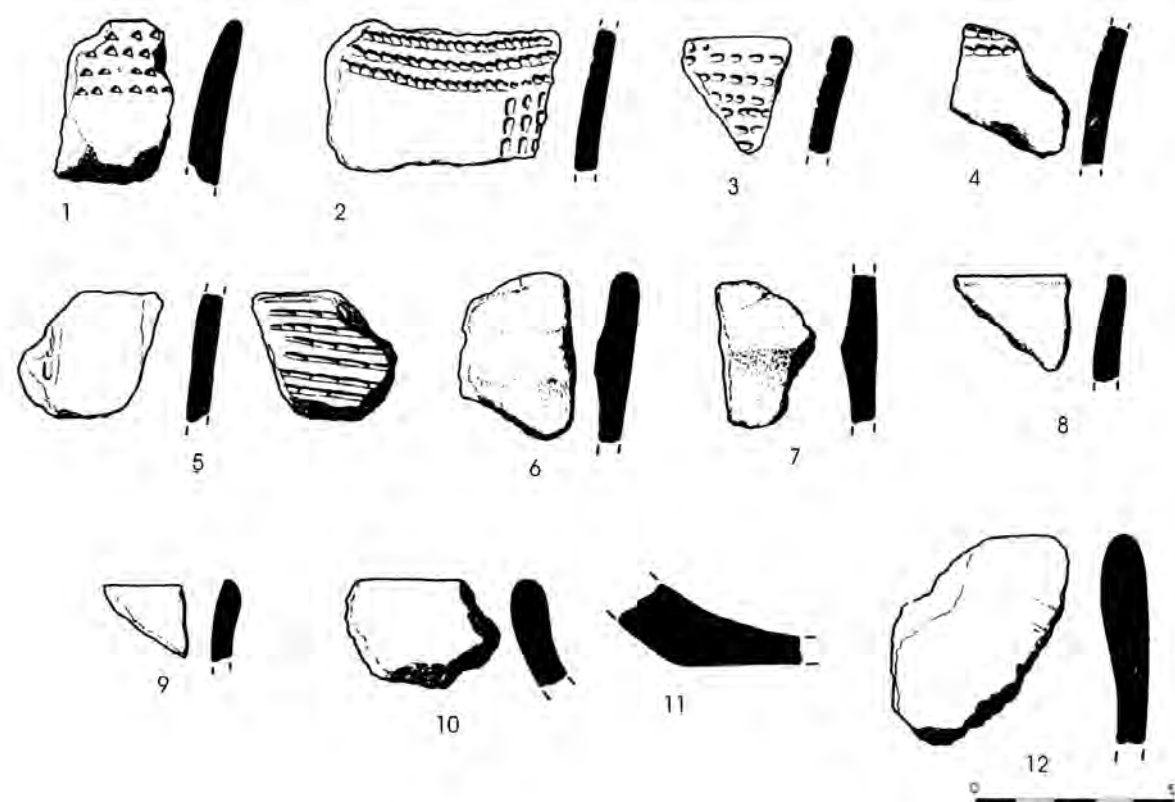


Fig.374.- Cerámica lisa y decorada del Nivel II de la Cueva del Boquique, según Almagro Gorbea, 1977

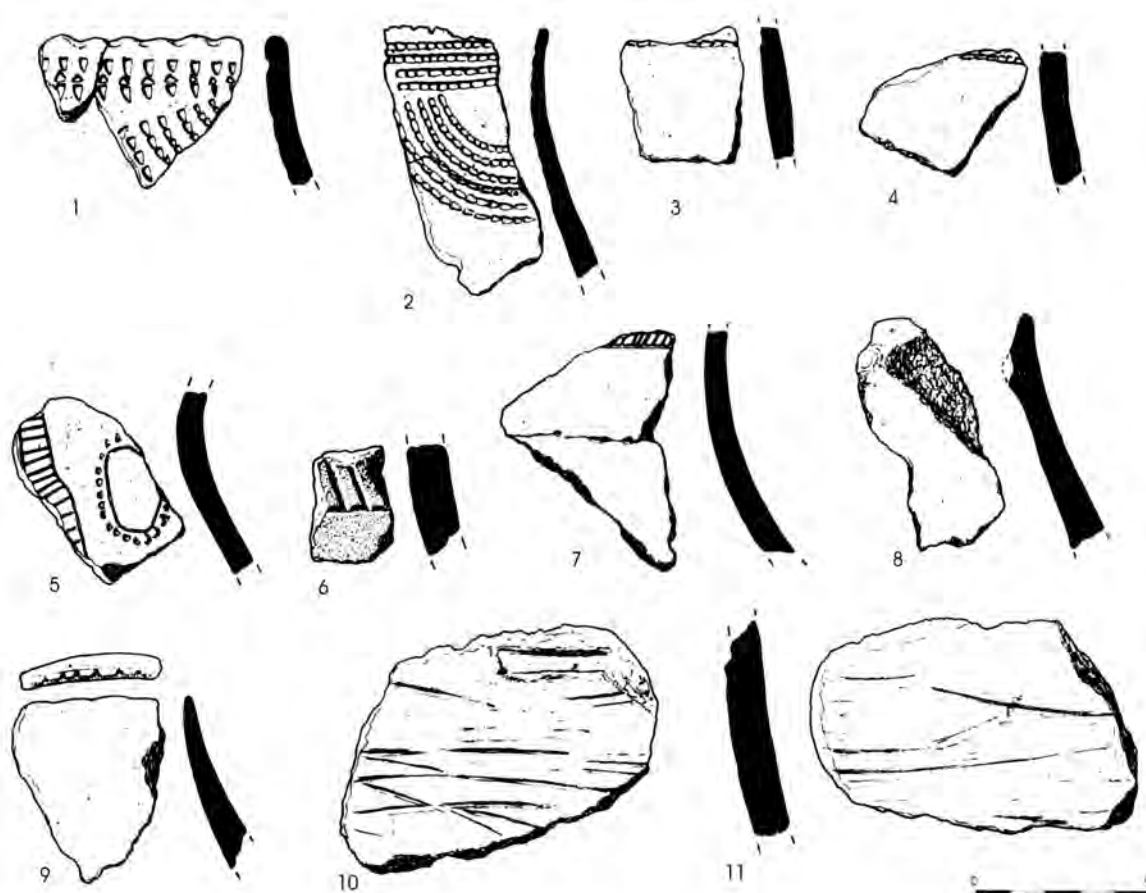


Fig.375.- Cerámica decorada del Nivel II B de la Cueva del Boquique, según Almagro Gorbea, 1977

3.21. CERCA ANTONIO (Jarandilla, Cáceres)

UTM: 248.500 / 4.442.500

Yacimiento ubicado en alto, a 520 metros s.n.m tratándose de la mayor elevación de la Dehesa de Jarandilla. A juzgar por la dispersión de restos es el de mayor amplitud de los documentados en Extremadura. Presenta una suave pendiente a excepción del sector Oeste que se asoma a la pequeña garganta de Valdelaparra, barranco que separa este yacimiento del de los Cerros de Mingo Martín. Su ubicación presenta una clara advocación de control. Destaca principalmente el dominio visual y territorial sobre un ámbito de gran diversidad de ecosistemas.

El paisaje actualmente se compone por un medio boscoso de matices atlánticos bastante degradado pero que en la prehistoria es de suponer fuese más denso y se encontrase dotado de matices de aprovechamiento económico mayores.

Los materiales recuperados son bastante notables y proceden en su totalidad de los desbroces llevados a cabo en 1988 con motivo de las labores de repoblación de especies autóctonas.

Material arqueológicoIndustria lítica

Entre los materiales líticos destaca la presencia de geométricos en especial segmentos (G1) con retoque a doble bisel y en menor medida abrupto (Fig.378, nº2 y 3). También comparecen laminillas de sílex, percutores, núcleos de laminillas (Fig.378, nº1) que certifican la talla *in situ* y algunos elementos de molturación.

Los pulimentados están bien representados, destacando la presencia de una pequeña azuelita de sillimanita (Fig.197, nº9). Mención especial merece la localización de un fragmento de brazalete circular de pizarra decorado con líneas incisas (Fig.378, nº8).

Cerámica

Sin duda es este el elemento más abundante. Entre las cerámicas hay un elevado porcentaje de decoradas que, además, constituyen la esencia del yacimiento.

La muestra analizada (Figs. 379-382) procede de la selección de cerca de 60 elementos publicados (González Cordero y Cerillo Cuenca, 2001) de los que podemos diferenciar formalmente al menos 36 individuos (Tabla 146)

FORMA	Casos
I	1
II	18
III	7
IV	3
V	6
VI	1
VII	0
VIII	0
TOTAL	36

Tabla 146

Atendiendo a la gráfica comparativa entre este yacimiento y los de Verón II, La Vaquera y La Paleta (Fig. 376) entendemos que existen ciertas diferencias entre ambos registros que bien pudieran deberse a lo sesgado de la muestra, a una identidad especial para los conjuntos extremeños o lo que es más probable a la existencia de una mezcla de materiales procedentes de varios momentos cronológico-culturales.

Destaca, como es habitual en los contextos neolíticos, la presencia de los recipientes de la Forma II, siendo posible que la concurrencia de los restantes modelos formales se deba más a la selección previa e intencionada de la muestra que a la incidencia real.

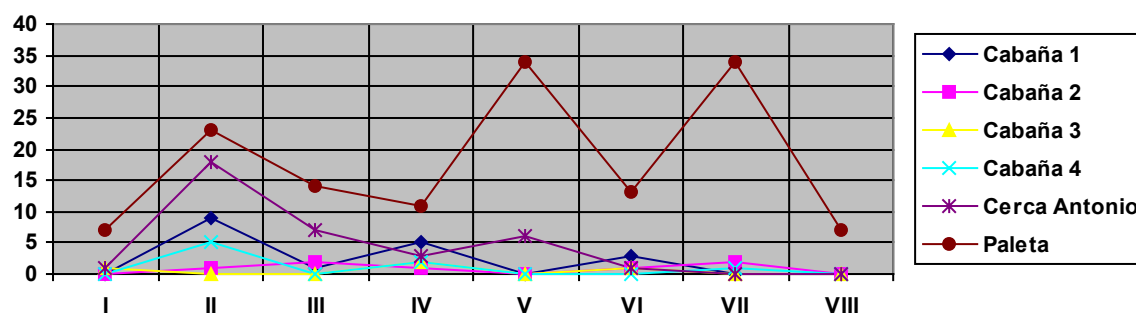


Fig.376.- Gráfica comparativa de las formas cerámicas decoradas de Cerca Antonio, Verona II y La Paleta..

A la vista de los materiales decorados publicados no podemos dejar de llamar la atención, como ya hicimos en el caso de la Cueva de Boquique, sobre la notable diferencia existente entre los esquemas decorativos localizados en el sector extremeño y los documentados en otros contextos meseteños.

En cuanto a las técnicas decorativas (Tabla 147) advertimos un nítido predominio de las impresiones simples y del boquique, estando ausente la impresión de matriz múltiple y no siendo, en rigor, tan numerosos los boquiques como se ha señalado en ocasiones, sino que abundan más bien las sucesiones de impresiones simples que en pocas ocasiones llegan a concatenarse.

TÉCNICA DECORATIVA	Casos
Incisión fina	6
Acanalado	5
Impresión matriz simple	45
Impresión matriz múltiple	0
Impresión concha	0
Digitación-ungulación	5
Cordón liso	1
Cordón impreso	11
Boquique	7
Pintada/Almagra	0
Esgrafiada	0
Línea cosida	0
Pastillas aplicadas	1

Tabla 147

La gráfica comparativa de técnicas decorativas entre Cerca Antonio y otros yacimientos de la Meseta mejor estudiados (Fig. 377) llama inmediatamente la atención sobre el notable parecido existente entre los perfiles del gráfico de la Cabaña 1 de Verona II y el yacimiento extremeño aún salvando las distancias compositivas. Sin duda el parecido es notable con la gráfica de materiales procedentes del exterior de las estructuras domésticas del yacimiento madrileño lo que es un dato a valorar a la hora de decantarnos por la posibilidad de que en Cerca Antonio estemos ante una recolección procedente de una acumulación de diferentes momentos cronológicos de ocupación.

Los esquemas decorativos presentes muestran desarrollos sencillos asociados en la mayor parte de las ocasiones al tercio superior del recipiente. Destacan por su abundancia los esquemas del **Motivo AI** (38 casos) seguido de los **Motivo AIc** (7 casos), **BI** (3 casos) y **CIVa** (3 casos) y por último **CIVb** (2 casos) y **BII-BIII** (2 casos).

Son poco abundantes los casos en los que se combinan varias técnicas decorativas. Cuando esto acontece dan lugar a los motivos más elaborados, aunque raras veces alcanzan el desarrollo barroco que en otras zonas. Estas asociaciones se producen entre técnicas incisas e impresas (siete casos) y entre aplicaciones plásticas e impresiones (diez casos), existiendo un único caso de combinación de tres técnicas –incisión, impresión y aplicación plástica.

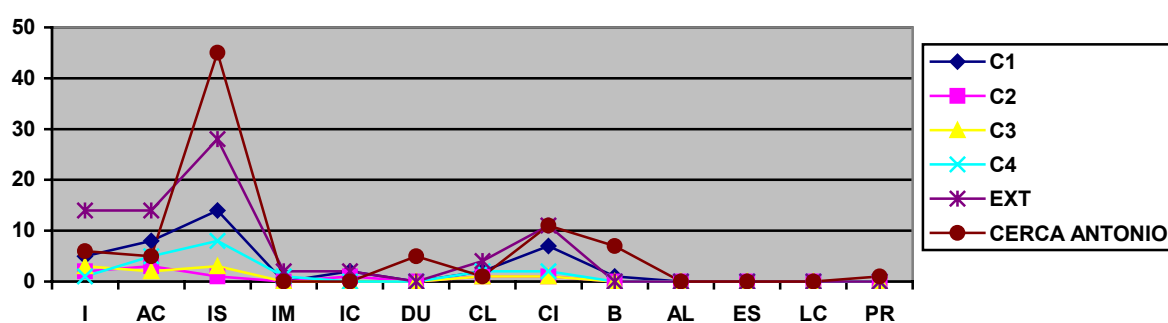


Fig.377.- Gráfica comparativa de técnicas decorativas representadas en Cerca Antonio y Verona II.

Entre los elementos de sustentación y prensión no son habituales las asas de cinta – que presentan una representación muy escasa- estando mejor representados los mamelones inmediatos al borde y las orejetas, perforadas o no.

Como analizaremos más adelante, hay algunos elementos materiales, formales y sobre todo relacionados con las técnicas y temáticas decorativas, que nos pueden permitir atisbar similitudes y diferencias entre los contextos neolíticos de las diferentes zonas de la Meseta. El valor que estas diferencias hubiesen tenido de cara a la diferenciación de núcleos de neolitización o de corrientes diferenciadas de la misma es, no obstante, difícil de dilucidar.

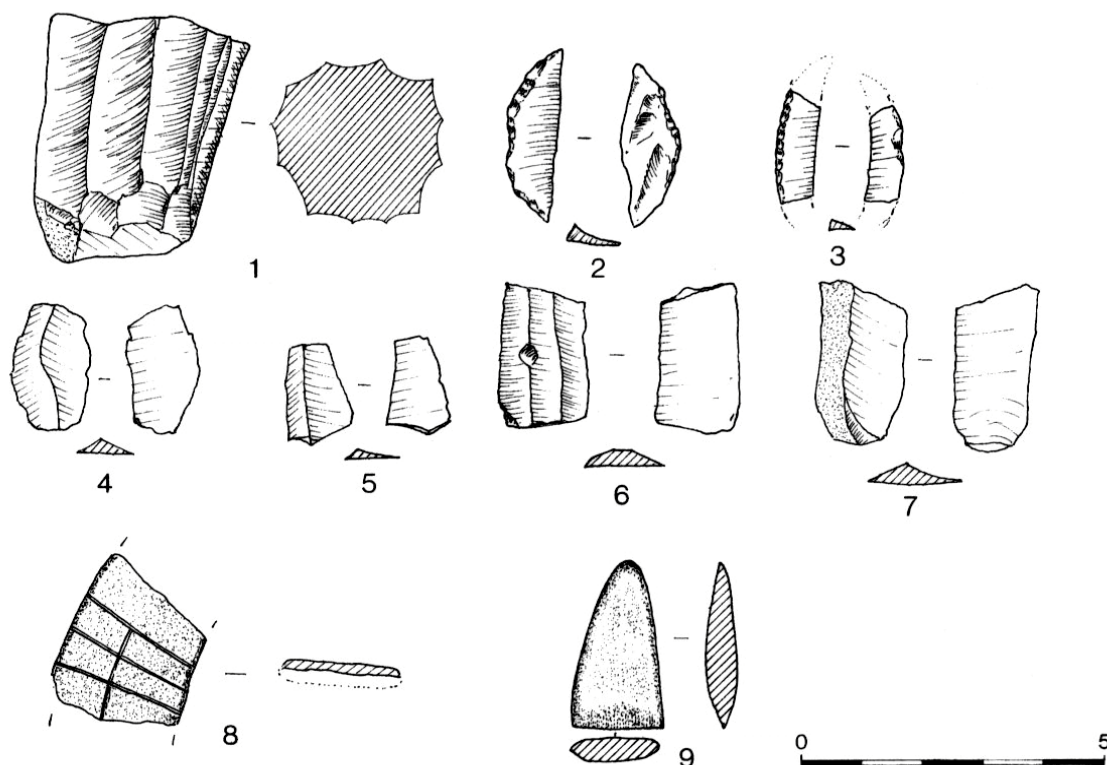


Fig.378.- Selección de material lítico, según González Cordero y Cerrillo Cuenca, 2001

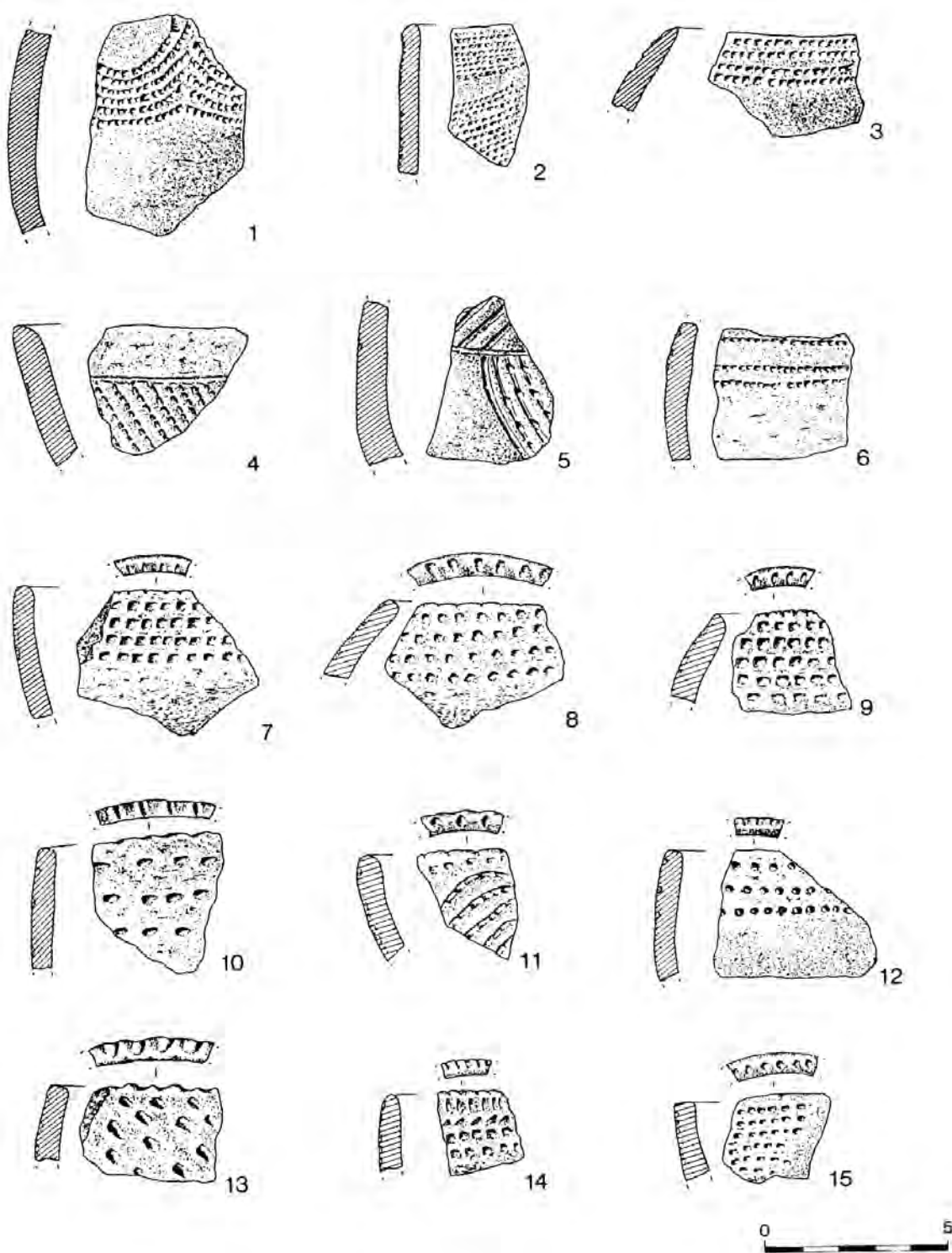


Fig.379.- Cerámica decorada, según González Cordero y Cerrillo Cuenca, 2001

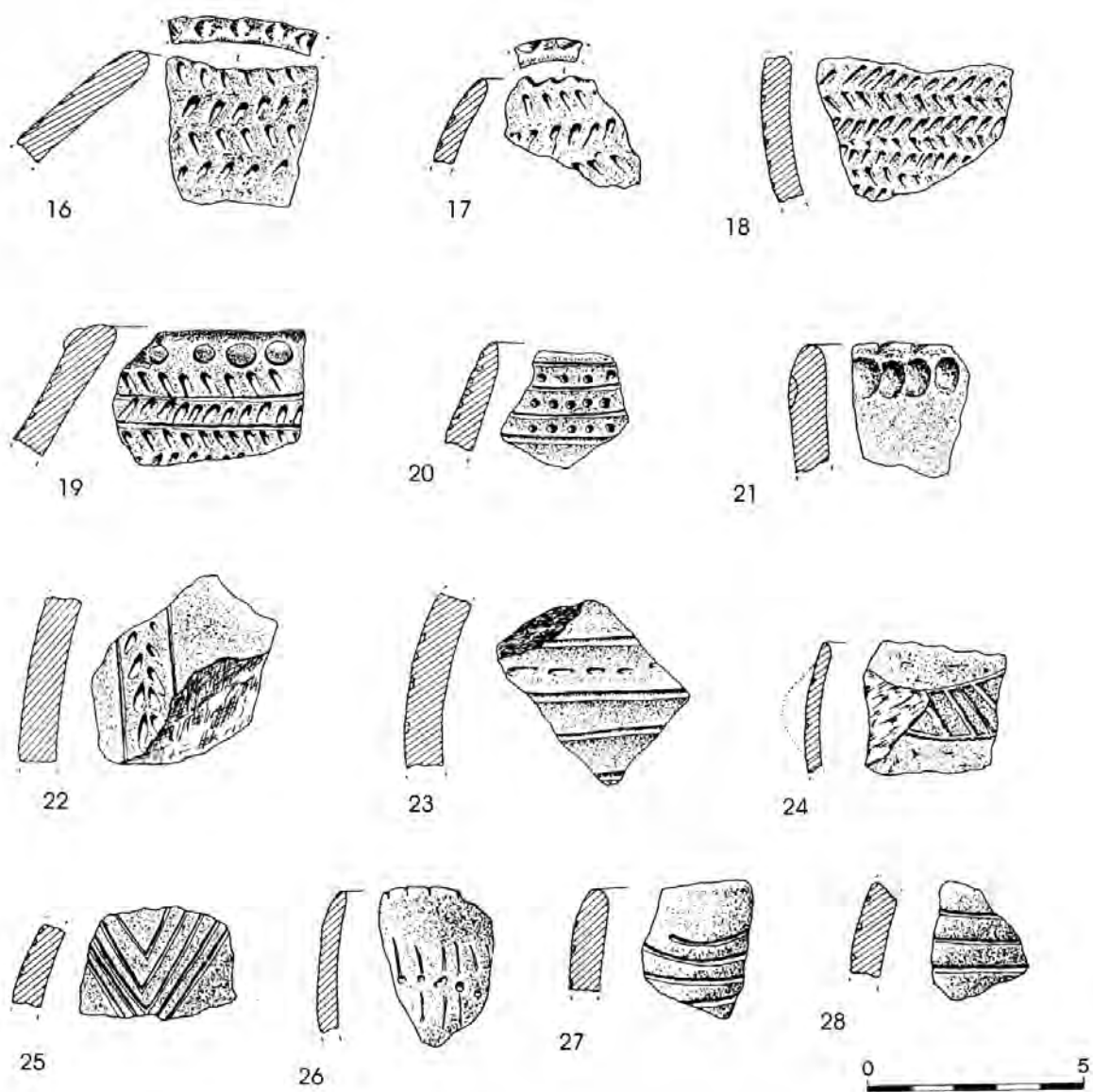


Fig.380.- Cerámica decorada, según González Cordero y Cerrillo Cuenca, 2001

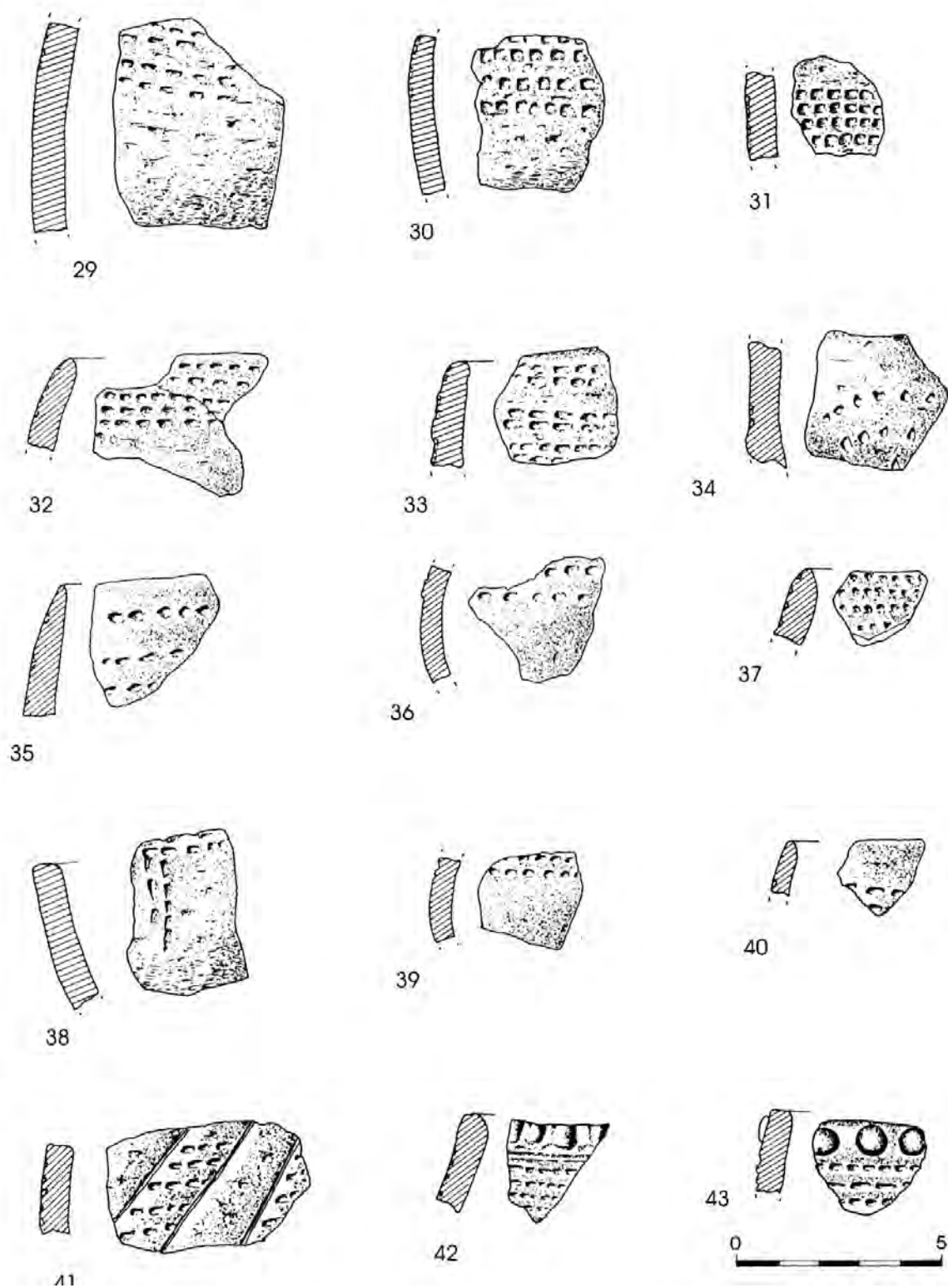


Fig.381.- Cerámica decorada, según González Cordero y Cerrillo Cuenca, 2001

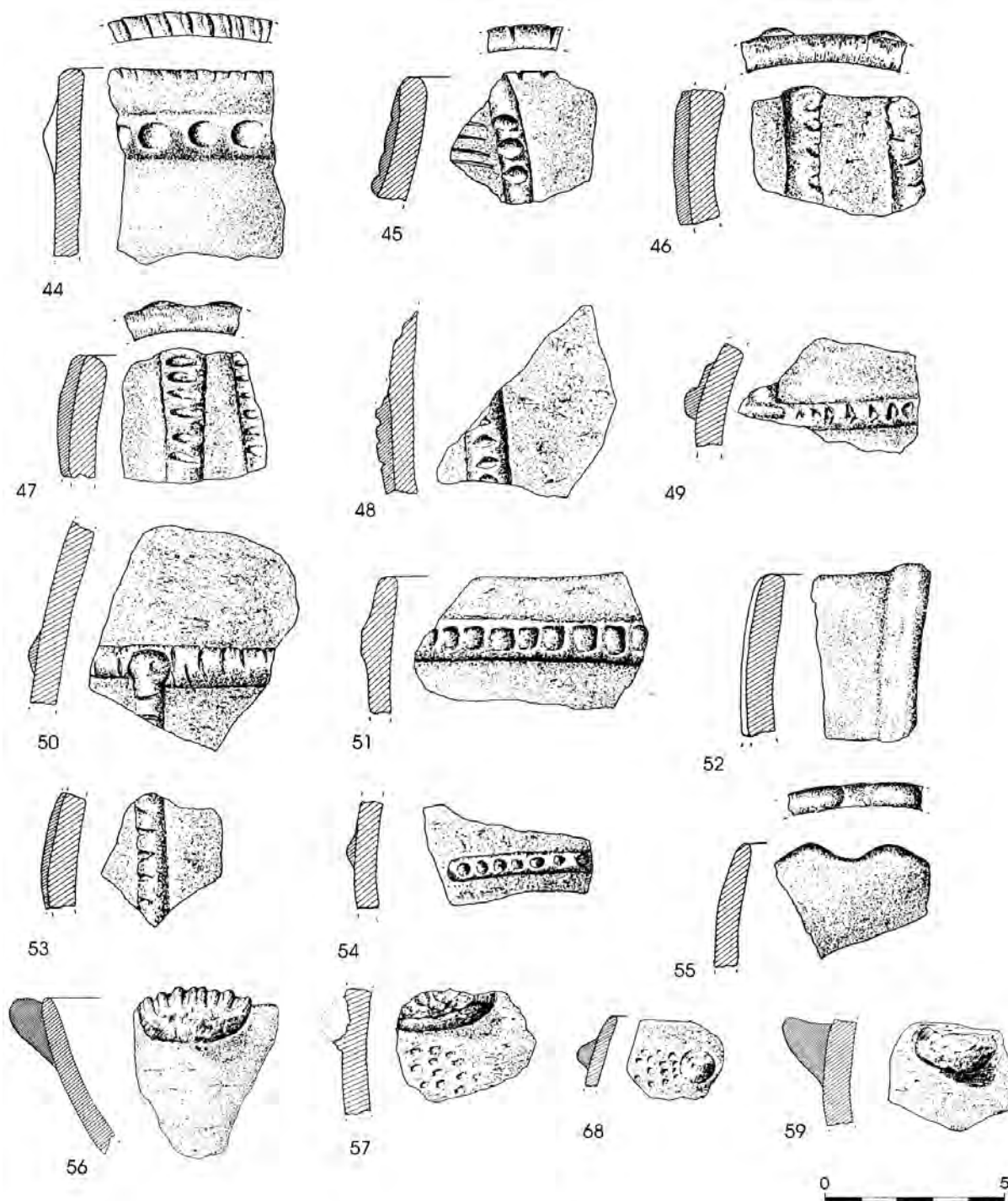


Fig.382 - Cerámica decorada, según González Cordero y Cerrillo Cuenca, 2001

3.22. Cueva del Conejar (Cáceres)

UTM: 210.700 / 4.370.800

Yacimiento de carácter multiocupacional ubicado en cueva al Sur del núcleo urbano de Cáceres, dentro de la zona conocida como "Calerizo", a caballo entre las vegas de los ríos Salor y Guadiloba pero dentro del área de influencia del primero de ellos, uno de los principales tributarios del Tajo por su margen izquierda.

La formación caliza en la que se abre la cavidad tiene su origen en el Carbonífero y el terreno que la circunda presenta un típico "lapiaz" caracterizado por un suelo arcilloso de color rojizo producto del leixiviado de las mencionadas calizas. La altitud media a la que se encuentra la cueva es de 444 metros s.n.m., siendo muy homogéneo el relieve circundante. Tan sólo hacia el sector Este se advierte una interrupción de este paisaje homogéneo merced a la brusca elevación de la Sierra de La Mosca, de litología cuarcítica.

La planta de la cavidad es sencilla y se compone de una única sala que presenta uno de los laterales expuestos a cielo abierto (Fig. 383). Las primeras noticias que se tienen de la cavidad delataban ya su notable alteración. Por otra parte, desde que Ismael del Pan iniciase las primeras intervenciones y rebuscas en 1916, se han sucedido las actuaciones incontroladas que las excavaciones sistemáticas pusieron en evidencia y que el estado actual de la cavidad atestigua (Cerrillo Cuenca, 1999: 109).

La primera noticia hace referencia a la "Cueva del oso" y procede de Ismael del Pan (1917). Este investigador dotó a los materiales recuperados en su interior de una cronología Neolítica, si bien atestiguaba la presencia de materiales de cronología más reciente. Ahora bien, debemos tener en cuenta, antes de notar lo acertado del comentario cronológico, que el concepto de neolítico que se tenía entonces era muy diferente del que tenemos en la actualidad y se aplicaba esta cronología, casi por defecto, a la totalidad de los toscos barros realizados a mano.

A inicios de los años ochenta se publican una serie de materiales arqueológicos localizados en la cavidad (Cerrillo Martín de Cáceres, 1983) procedentes en gran medida de las labores de "recuperación-excavación" llevadas a cabo desde 1981 (Cerrillo Cuenca, 1999:109). Estos trabajos han dado hasta la fecha como resultado al menos tres Memorias de Licenciatura (Sauceda Pizarro, 1983; Castillo Castillo, 1991 y Cerrillo Cuenca, 1999).

Intervenciones Arqueológicas

Campaña de 1981

Los trabajos de excavación se centraron en la parte exterior de la cavidad. Allí se recuperó una muestra significativa de cerámica, industria ósea e industria lítica pulida y tallada.

La mayor parte de los restos localizados en este sector deben ser atribuidos al vaciado reiterado de la cavidad y la deposición de material en el exterior.

Campaña de 1982-1983

En esta nueva campaña se procedió a la excavación del sector interno de la cavidad. Los primeros sondeos se plantearon en el acceso a la misma. El resultado fue muy pobre, lo cual motivó el replanteamiento de la excavación en las zonas más profundas, de topografía más elevada, lo cual parecía constituir un buen referente de potencialidad arqueológica. Los dos sondeos realizados en este sector ofrecieron una potencia total de 0'54 metros y no aportaron material arqueológico alguno (Cerrillo Cuenca, 1999: 110).

Este hecho obligó a centrar la excavación en el sector central de la cavidad que coincidía con la mayor remoción de tierras. La superficie total excavada fue de 11 m² distribuidos a lo largo de cuatro cortes.

La excavación de estos cuatro cortes no ofreció garantía estratigráfica alguna, tratándose de un completo revuelto de techo a muro en el que menudeaban restos humanos y materiales de diversa índole. La profundidad máxima del relleno era de 0,84 metros cota en la que se localiza la roca madre (Sauceda, 1984: 54).

Dadas las características del relleno y la imposibilidad de acreditar una estratigrafía se realizó una aproximación tipológica de los materiales recuperados. Las claras similitudes con los materiales obtenidos en la Cueva del Boquique y adscritos –erróneamente debido al desconocimiento que entonces existía sobre el Neolítico Interior- al Bronce Final (Almagro Gorbea, 1977) se consideró que esta debía ser la cronología de la Cueva del Conejar (Cerillo Martín de Cáceres, 1983) excepción hecha de algunos útiles líticos que Saucedo consideró debían acomodarse en las series de la transición del Neolítico al Calcolítico. No obstante esta misma autora ya señaló las características de algunos materiales cerámicos que, aún cuando parecían concurrir en la Edad del Bronce, tenían raíces nítidas con las tradiciones neolíticas (Saucedo, 1984: 54).

Campaña de 2000

En este año E. Carbonell llevó a cabo una nueva intervención en la cavidad de la que tan sólo se conocen datos relativamente pocos que hacen referencia a la remoción prácticamente total de los sedimentos de la cavidad, a excepción de una parte del nivel que se encuentra carbonatado en brechas junto a las paredes de la cueva. También hay una referencia poco concreta que señala la presencia de ocupaciones pleistocenas y la presencia de una punta de cobre que se asocia a una ocupación propia de la Edad de los Metales (Cerrillo Cuenca, 1999: 125).

Material Arqueológico

Industria Lítica

Lamentablemente la industria de este yacimiento se encuentra aún en estudio, por lo que es poco lo publicado y menos lo que nosotros podamos señalar. Cabe destacar que la muestra es numéricamente baja y presenta una elevada fragmentación (Cerrillo Cuenca, 1999: 115).

El complejo industrial está elaborado, casi en su totalidad, sobre sílex de tipos y coloraciones diversos si bien algunas piezas han sido efectuadas sobre cuarzo blanco e hialino (*Ibidem*). No conocemos los porcentajes de representación, pero sí que estas dos últimas materias primas son siempre minoritarias.

La industria es tipométricamente laminar, pero lejos de la idea de lo microlaminar, destacando fragmentos de láminas de sílex, por lo general sin retocar –intuimos que dentro de nuestro concepto de los elementos LS y EEUC, aún cuando no son extrañas las láminas alargadas con retoques continuos en ambos filos, muy comunes en contextos de la primera Edad de los Metales. Los retoques son marginales y en muy pocas ocasiones se encuentra representado el retoque cubriente.

Hay un nutrido conjunto de piezas efectuadas sobre soporte lascas. Se trata por lo general de lascas simples con algunos retoques ocasionales y muy compleja atribución funcional que tal vez deban encajarse en el apartado de los “útiles de fortuna” tan abundantes en el Neolítico.

Entre los útiles macrolíticos, muy escasos, destaca un raspador sobre sílex. La **ausencia generalizada de geométricos** es notable y bien pudiera tener un valor anecdótico o ser constitutivo de la indicación de un horizonte algo avanzado dentro de la secuencia neolítica que proponemos. No podemos dejar de llamar la atención acerca de esta misma ausencia en otros yacimientos extremeños, como el Cerro de la Horca, donde cuando aparecen estos elementos lo hacen asociados a un monotipo, el G1. Una vez más la ausencia de geométricos contrasta con la presencia de foliáceos, si bien el carácter revuelto del yacimiento impide obtener una verdadera dimensión de este hecho.

Cerrillo Cuenca señala en su sistematización que algunas piezas deben adscribirse tipológicamente a una ocupación posterior (1999: 116), que define como calcolítica. Se trata de dos “pequeñas puntas de flecha triangulares de base plana realizadas en sílex” sobre las que ya se pronunció I. Del Pan (1917: 188).

La presencia de abundantes desechos de talla fue atribuida por González Cordero a la realización de actividades de talla en el interior de la cavidad (1996: 698) aún cuando el carácter sepulcral del antro parece fuera de toda duda. Si de veras estamos ante un uso diacrónico –como acontece en tantos de los yacimientos presentados en esta obra, La Ventana (Madrid), Galería del Sílex (Burgos), etc.- o no, es algo que posiblemente nunca llegue a ser despejado.

Los elementos pulimentados tienen una escasa representación. Algunos de los materiales documentados han sido interpretados como molederas y tan sólo se localizó un hacha realizada sobre gablo (Fig. 386).

Cerámica

Uno de los primeros datos que deben ser tenidos en cuenta en este yacimiento es, como ya he señalado, la presencia de una muestra heterogénea recogida en un contexto de revuelto. Esto, como señaló acertadamente E. Cerrillo Cuenca, implica la necesidad de huir de un análisis porcentual a la hora de analizar las formas presentes (1999: 111) lo que resta mucho valor a los resultados obtenidos e impide una sistematización precisa dentro de la escala secuencial.

Destaca la presencia casi exclusiva de recipientes correspondientes a vasos cerrados de la **Forma II**, siendo muy escasa la presencia de recipientes abiertos y correspondiéndose estos, por lo general, con los elementos de la **Forma I** y **III**. La tendencia de las formas es globular simple. Predominan las cociones reductoras e irregulares, siendo el tratamiento de superficies mejor representado el alisado, si bien un reducido número de ejemplares presentan engobes a la almagra –aguadas en realidad- y superficies bruñidas. Los desgrasantes son de tamaño medio sin que aparezcan grandes inclusiones en las pastas (*Ibidem*). Una vez más debemos llamar la atención ante la verdadera dimensión de la presencia de aguadas que asociamos más al uso de colorante que al deseo de teñir los vasos.

El análisis de difracción de rayos X, efectuado sobre algunas de las cerámicas, parece indicar que las temperaturas de cocción no superaron los 800°C. Esto viene indicado por la presencia de dolomitas y calcitas en la caracterización mineralógica de los fragmentos (*Ibidem*).

Las fases minerales con mejor representación en el DRX son las correspondientes al cuarzo, feldespato potásico, feldespato cálcico (plagioclasa) y mica. Esta caracterización mineralógica señala, a la hora de individualizar el contexto de aprovisionamiento de materias primas, y en especial de los desgrasantes, el uso de matrices propias de contextos graníticos. Estos se encuentran a no más de 3-4 kilómetros del yacimiento, precisamente en el área de influencia de los Barruecos, posible origen de la alfarería transportada a la cavidad, lo que aportaría una evidencia más acerca del sistema de habitación itinerante que proponemos.

El estudio realizado por E. Cerrillo Cuenca diferenció dos grupos tipológicos independientes (Grupo A y Grupo B) cuya discriminación estadística se realizó tomando como base del cómputo el diámetro de la boca, lo que lleva a la separación del registro en dos grandes grupos de recipientes: abiertos y cerrados.

Esta división es, a nuestro juicio, poco operativa y puede conducir a error en las interpretaciones morfo-tipológicas que se basen en ella. Basta señalar la presencia del tipo 1 A.3 junto a recipientes que como los del tipo 1 A.1 y 2 A.2 nada tienen que ver.

El acomodo de esta tipología a la más general que presentamos en esta obra sería la siguiente:

Subtipo 1, tipo A.1, A.2 y Subtipo 2, Tipo A.2, encajan perfectamente con el tipo genérico de nuestra **Forma III**. Por su parte los Tipos B.1 en sus subtipos 1 y 2 no dejan de ser elementos propios de nuestra **Forma II**, y el Subtipo 2 del tipo B.2 nuestra **Forma VI**. Por lo que respecta al Subtipo 1 del Tipo B.2 nos inclinamos a pensar en una derivación de nuestra **Forma VII**, tal vez dentro de un concepto evolucionado de tipo. No cabe duda de que el Tipo A.3 debe ser considerado, en el seno de nuestra tipología, como un ejemplo claro de la evolución de los tipos y aún cuando no presenta sino una falsa carena, su horizonte ha de ser el de los momentos postreros del Neolítico.

Entre los elementos de prensión y sustentación las **asas** son bastante comunes. Destacan aquellas del tipo “de cinta” dispuestas tanto en sentido vertical como horizontal respecto al plano de boca. Cabe destacar que este tipo de asas se asocian siempre a recipientes con bordes invasados. Aún cuando las asas tuneliformes se encuentran documentadas en algunos asentamientos extremeños están por completo ausentes en El Conejar.

Los **mamelones** son frecuentes y en ocasiones parecen haber tenido la misma función que las orejetas dispuestas inmediatas al borde. Se han documentado, aunque siempre en número reducido, algunos mamelones perforados cuya funcionalidad se interpreta como relacionada con la suspensión de la pieza.

Los **apliques** son también elementos bastante bien representados. Un aplique que Cerrillo Cuenca distingue como fundamental es el de pequeñas pastillas dispuestas paralelas al borde que aún salvando las distancias parece inmerso en el horizonte de las pastillas repujadas propias de los

momentos avanzados de la secuencia neolítica e iniciales de la Edad de los Metales si atendemos a los aún escasos enclaves que ofrecen dataciones para este tipo de materiales, como la Cueva del Mirador, donde las pastillas aplicadas y/o 'repujadas' se asocian a transecto cronológico del 5000-4500 BP.

Los **cordones** aplicados son poco numerosos en El Conejar, aún cuando aparecen bien representados en otros contextos extremeños.

En cuanto a las decoraciones observamos que las técnicas mejor representadas son las impresas y dentro de éstas las que muestran la concatenación de impresiones a modo de boquique que Cerrillo Cuenca señala como "indicador del periodo neolítico".

Sauceda señaló la presencia de un elevado porcentaje de cerámicas decoradas, próximo al 77% (1984: 51; Cerrillo Cuenca, 1999: 113). Ahora bien, no podemos perder de vista nunca el contexto del que proceden ni el análisis conjunto que de él se realizó.

Tan sólo se documenta un fragmento de cerámica impresa con una matriz de aspecto cardial (Fig.385, nº1). Este fragmento es señalado como "anecdótico" por Cerrillo Cuenca (1999: 115), si bien señala que encajaría en series propias del V milenio y desde luego es un elemento de gran utilidad a la hora de comprender la penetración de los elementos cardiales hacia el interior a través de la Cuenca del Tajo, como en los casos de Verona II (Madrid), La Paleta y Mesegar (Toledo). El fragmento cardialoide de El Conejar, aún salvando la diferente morfología del recipiente –siempre y cuando aceptemos que está bien orientado- presenta un esquema idéntico a algunos de los materiales presentes en Verona II y los paralelos con contextos portugueses como Caldeirão no pueden dejar de ser tenidos en cuenta.

Dentro de la técnica de impresión destaca el uso del punteado de matriz simple dispuesto de forma paralela al borde del recipiente formando bandas de cinco o seis líneas. Algunos fragmentos presentan este tipo de decoración enmarcada por triángulos incisos de base paralela al borde y mostrando rellenos de pasta blanca (Cerrillo Cuenca, 1999:115). Las formas a las que se asocia son por lo general pequeñas ollas de borde entrante. Este tipo de decoración que analizaremos con detenimiento más adelante, aparece asociada una vez más a yacimientos propios del horizonte previo a la aparición de los elementos campaniformes, con algunas perduraciones en contextos ya Campaniformes, y en general parece referirse, de nuevo, a series cronológicamente más avanzadas.

Mucho menos problemática, y a nuestro entender de mejor contrastación en contextos neolíticos del interior y de otras zonas de la Península Ibérica son las impresiones de punzón de sección triangular formando sucesiones paralelas al borde en su disposición y que en ocasiones se delimitan con líneas incisas también paralelas.

La presencia de la técnica inciso/acanalada en El Conejar es muy escasa, casi anecdótica y cuando aparece representada se asocia a la presencia de líneas paralelas al borde o líneas cruzadas o *chevròns*.

Respecto a los motivos y esquemas decorativos, de nuevo, como veremos en el caso de el Cerro de la Horca, nos encontramos ante un repertorio en el que destacan los motivos del **Tipo A1c** en disposiciones paralelas que suelen ocupar el tercio superior de los recipientes. Hay, dentro de las impresiones, algunas del tipo **AII**, caso de la cardialoide. Ahora bien, si debemos resaltar algo es el aparente distanciamiento de los esquemas decorativos extremeños respecto a los que comparecen en otros contextos neolíticos meseteños, dato que valoraremos más adelante.

En esta cueva, quizás fruto de esa remoción de niveles o de su carácter de revuelto estratigráfico, se documentaron algunos restos cerámicos que Cerrillo Cuenca destacó por su originalidad (1999: 115) y que consideramos muy interesantes en la medida en que marcan la clara existencia de varias fases –sucesivas y continuas o no- de uso de la cavidad.

En primer lugar destaca la documentación de un fragmento de pared recta que presenta bandas acanaladas anchas bruñidas y cuya morfología, en palabras de Cerrillo Cuenca "guarda paralelos próximos con la cerámica localizada en el yacimiento pacense de El Lobo" (*Ibidem*) y que Molina identificó allí como "decoración pulimentada" (1980).

Sin ánimo de extendernos aquí en la valoración de esta cerámica y más concretamente de su decoración, queremos llamar la atención sobre la clara relación que existe entre este tipo de

decoraciones –en un principio asociadas al denominado Bronce I Hispánico- y los contextos de disolución del neolítico y más concretamente a los niveles iniciales de aparición de los recipientes del grupo Campaniforme. En la provincia de Madrid hemos tenido la oportunidad de constatar su presencia, notable, en contextos sin apenas elementos de tradición, pero sí con evidencias de Campaniforme puntillado, concretamente en los yacimientos madrileños de Polvoranca y Cobeña (Vega de Miguel et alii, e.p.) y en el de El Espinillo (Baquedano Beltrán, 2000).

No creemos que la presencia de estos materiales pueda ser llevada más atrás de los momentos terminales de la plena neolitización, máxime si tenemos en cuenta el relativo aumento de su representación en contextos campaniformes y su importancia en contextos de la Edad del Bronce del Suroeste peninsular. Esta situación habla más a favor de una técnica novedosa que se impone según avanza la secuencia de la primera Edad de los Metales, que de una técnica decorativa de sustrato y por tanto residual en contextos más modernos.

También se consideró “exótica” la presencia de un fragmento de pared con decoración peinada. Este tipo de cerámicas, una vez más se encuentran bien representadas en contextos del Horizonte Las Pozas en la Meseta Norte, con claros paralelos también en algunos elementos del horizonte Herencias-Veguilla del occidente de la Meseta y que, a lo sumo, dando por válida la utilización de una secuencia cultural continua, señalarían una fase muy avanzada del proceso de neolitización sincrónica a la fase II c del Neolítico Valenciano (Bernabeu, 1989) pero que, no obstante, no hemos podido individualizar en la mayor parte de la Meseta. Tampoco puede menospreciarse su presencia, tímida pero contrastada, en el yacimiento de La Paleta asociada también a los momentos más avanzados de su secuencia neolítica.

Por último, y sin que se haya valorado quizá en su justa medida, se localizó un único fragmento de pared de cerámica tratada con engobe o aguada a la almagra y decorado con finas incisiones que parece corresponderse a una forma de botella o garrafa –nuestra **Forma VII** - similar a las presentes en algunos contextos de Neolítico Antiguo y elemento común asociado a contextos funerarios efectuados tanto al aire libre (La Lámpara, Valdivia) como en cueva (La Ventana).

Industria ósea

Sin ser abundante cabe señalar la existencia de tres punzones fragmentados, alguno de ellos con la articulación del hueso perforada, así como la hipófisis de otro hueso cuya superficie frontal fue trabajada y decorada con incisiones radiales que convergen hacia el centro de la pieza y que morfológicamente podría corresponder a una espátula o a algún tipo de colgante o ídolo.

Plaquetas decoradas

De las distintas campañas de excavación proceden dos pequeños fragmentos de pizarra decoradas (Fig.386). En la campaña de 1981 se localizó un fragmento de pizarra alisado y grabado con motivos curvilíneos y lineales incisos en ambas caras sin que ofrezcan una composición clara.

De la segunda campaña de excavaciones procede un pequeño fragmento de pizarra con decoración consistente en triángulos incisos similares a los presentes en los “ídolos placa” propios de contextos megalíticos. I. Del Pan localizó y publicó un fragmento similar correspondiente al extremo superior de un ídolo placa (del Pan, 1954). La decoración de este ejemplar consiste en cuatro bandas que forman ángulo y cuyo interior aparece decorado con motivos reticulares incisos.

Si bien este dato resulta de elevado interés a la hora de establecer la pretendida sincronía entre los sepulcros megalíticos y el neolítico hay dos cuestiones a tener en cuenta. En primer lugar la amplitud de las series culturales representadas en la cavidad. En segundo lugar la imposibilidad de adscribir los restos de plaquetas a un contexto claro; forzado sería y ciertamente malintencionado, hacerlo a favor del contexto neolítico. Por otra parte es cierta la recurrencia asociativa de determinados elementos: plaquetas y puntas triangulares de base cóncava –propias de contextos megalíticos avanzados (lo que denominamos Horizonte de los Túmulos Tardíos)- lo que parece redundar en la existencia de un uso simultáneo –tal vez con funcionalidad funeraria- de algunos dólmenes y cuevas pero en momentos culturalmente situados en el momento de la generalización del uso del metal.

Estudio faunístico

Si bien P. Castaños llevó a cabo un exhaustivo estudio de la fauna representada en este enclave es poca la información que podemos considerar de utilidad teniendo en cuenta la inexistencia de una estratigrafía fiable. Se recuperaron 181 evidencias óseas entre las que se individualizaron 27 mamíferos y al menos un ave que no fue identificada taxonómicamente (Cerillo Cuenca, 1999: 117).

Especie	adulto	juvenil	Total
Equus	2	1	31
Bos	2		15
Ovis/capra	1	1	20
Sus	2	3	28
Canis	2		16
Bos primig.	1		3
Cervus	2	1	36
Orientalis		2	7
Liebre	1	1	8
Gato montés	1		2
Tejón	1		1
Zorro	1	2	14

Tabla 148

Los datos faunísticos han sido obtenidos del trabajo de Cerillo Cuenca (1999) sobre la obra inédita de P. Castaños (1991) –donde se establecen los grupos de edad detectados-y ampliados con el trabajo de P. Castaños (1998) del cual proceden el conjunto de especies identificadas.

El problema principal de la fauna identificada reside en la presencia de caballo. Esta especie se ha considerado como intrusiva en su forma doméstica en contextos neolíticos. La domesticación del caballo se ha venido atribuyendo a momentos sincrónicos a la generalización del uso del primer metal –en opinión de algunos autores en época ya campaniforme- con lo que las especies documentadas en contextos neolíticos debían ser salvajes. Lamentablemente no hay constancia del tipo de resto, pero todo hace pensar que nos encontramos ante restos dentarios. Este hecho es interesante pues viene siendo común observar la presencia de restos dentarios aislados correspondientes a *equus* en diversos yacimientos meseteños con niveles neolíticos, especialmente en el interior de cavidades (La Ventana, Galería del Sílex y esta de El Conejar, entre otras) y en yacimientos al aire libre, como el caso de La Paleta. Los datos procedentes de otros yacimientos como El Cerro de la Horca –en sus niveles calcolíticos- indican que el caballo tuvo un peso económico importante como animal de tracción según Castaños (1991) y Cerrillo Cuenca (1999: 117), más que de aprovechamiento económico.

Un dato a tener en cuenta es que las denticiones de *equus* recuperadas en El Conejar presentan notables evidencias de arcaísmo que las relacionan de forma nítida con las poblaciones de *equus* del paleolítico.

A favor de la ausencia de caballo doméstico en contextos neolíticos cabe destacar su ausencia total en las series iniciales (Nivel I) de Los Barruecos –adscrito al Neolítico Final/Calcolítico (Cerrillo Cuenca, 1999:117)-. Ahora bien, las diferencias entre las series faunísticas de este yacimiento y El Conejar son más amplias, como acontece además entre diversos yacimientos en cueva y al aire libre de la Meseta. Así, mientras las variaciones en el cuadro de ungulados salvajes son mínimas, aparece la cabra salvaje y desaparece el uro, quedando en común y en abundancia destacada el ciervo.

La presencia de zorro y gato montés en El Conejar puede interpretarse sin demasiados problemas como propia de ambientes rupícolas y cavernarios, con lo cual es posible disociar su presencia del uso humano de la cavidad e incluso establecer periodos de poca frecuentación o abandono por parte de los grupos humanos lo que dio pie al uso por parte de estas especies.

Malacofauna

En un estudio inédito realizado por M. González Fernández y J.F. Jordá Pardo se señalan tres categorías de restos: gasterópodos, bivalvos continentales y bivalvos marinos (Cerrillo Cuenca, 1999:118).

Los gasterópodos están representados por nueve ejemplares completos de *Rumina decollata*, especie terrestre adaptada a terrenos calcáreos y que suele habitar dentro de cuevas. Entre los bivalvos continentales tan sólo aparece una especie representada, *Unio sp* del que se recogieron 21 fragmentos distintos. Este tipo de molusco se localiza en lagunas y corrientes de agua con cierto aporte de calcio lo que implica una localización más o menos próxima a la Cueva del Conejar. No obstante, su presencia en el interior de la cueva ha de ser contemplada como evidencia de un aporte antrópico.

Debemos señalar que la presencia de *Unio sp* es muy habitual en contextos avanzados del Neolítico y más abundante en los contextos de la primera Edad de los Metales. Se documentan, por ejemplo, en yacimientos como Mesegar, junto a elementos propios del Horizonte Herencias-Veguilla o en el yacimiento, de cronología algo más avanzada del Camino de las Yeseras (Madrid). En este último yacimiento, tras una revisión de campo efectuada sobre más de un centenar de hoyos para la Empresa Argea S.L. pudimos localizar centenares de estos bivalvos asociados a contextos avanzados del Calcolítico.

Se recogieron 128 fragmentos de bivalvos continentales cuyo género no pudo ser precisado. Más interesante resulta el hallazgo entre los materiales exhumados de restos de bivalvos marinos del género *Pecten sp* –tres fragmentos- y *Cardiidae sp* –dos fragmentos-. Sin duda se trata de ejemplares recogidos en asentamientos costeros o que podrían haber formado parte de collares. No podemos dejar de llamar la atención respecto a la presencia, una vez más –como ya aconteciese en yacimientos como el de Verona II- de restos de este tipo de moluscos y cerámicas decoradas con esquemas cardiales.

Restos óseos humanos

La recuperación de restos humanos integrados en el revuelto general señala el uso de la cavidad como área funeraria en alguno de los momentos de ocupación. El carácter revuelto de la muestra impide individualizar enterramientos o deposiciones secundarias, así como su relación cronoestratigráfica con respecto al resto de los materiales recuperados.

González Cordero señaló, sin muchos argumentos, que en esta cavidad se podían diferenciar dos momentos de uso: el primero de uso habitacional y cronología neolítica, y el segundo de uso funerario y cronología calcolítica (1996: 698). No obstante esta afirmación parece más relacionada con una hipótesis preestablecida que con una certeza científica sin que existan elementos de juicio suficientes para afirmarlo o negarlo.

Fuera como fuese lo cierto es que el número de restos óseos humanos es reducido: una vértebra, un fémur fragmentado, un fragmento de cúbito, un pequeño fragmento de maxilar y algunos fragmentos de costillas y calota (Cerrillo Cuenca, 1999:119). Por el contrario las piezas dentales son numerosas. Todas ellas muestran además un desgaste pronunciado que hace suponer su pertenencia a individuos adultos de edad avanzada.

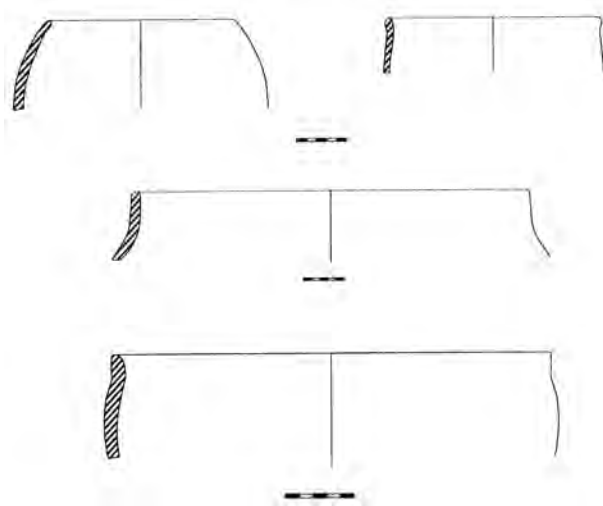
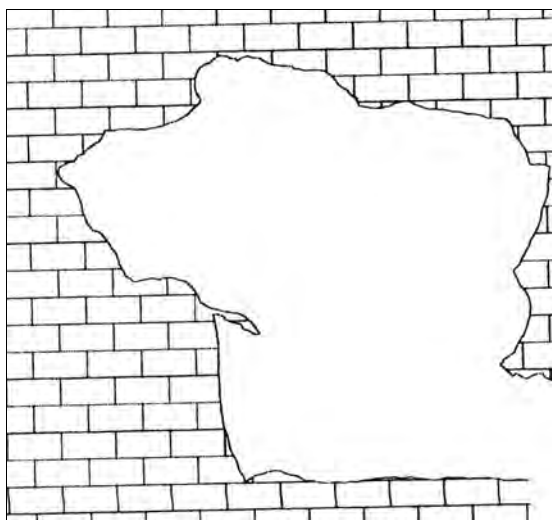


Fig.383.- Planta de la Cueva de El Conejar (Cáceres), según Cerrillo Cuenca, 1999

Fig.384.- Cerámicas lisas de El Conejar, según Cerrillo Cuenca, 1999

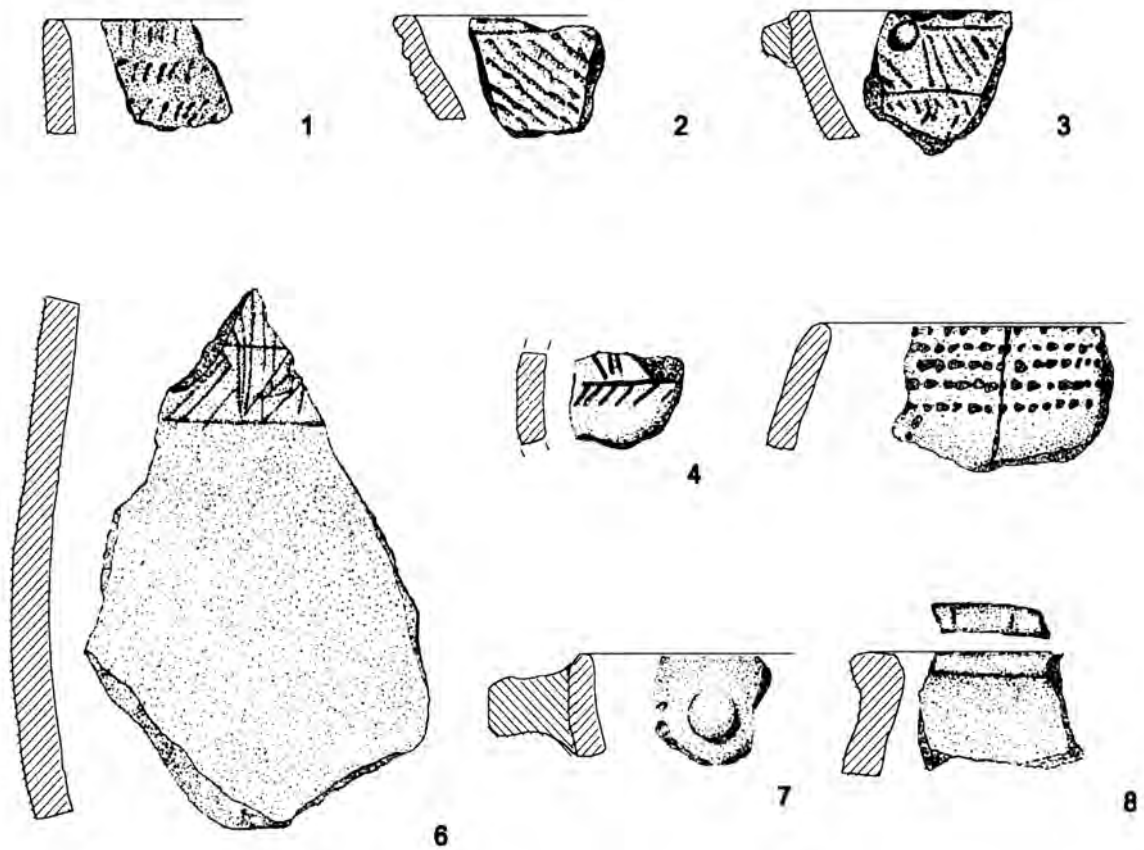


Fig.385.- Cerámicas decoradas de EL Conejar, según Cerrillo Cuenca, 1999

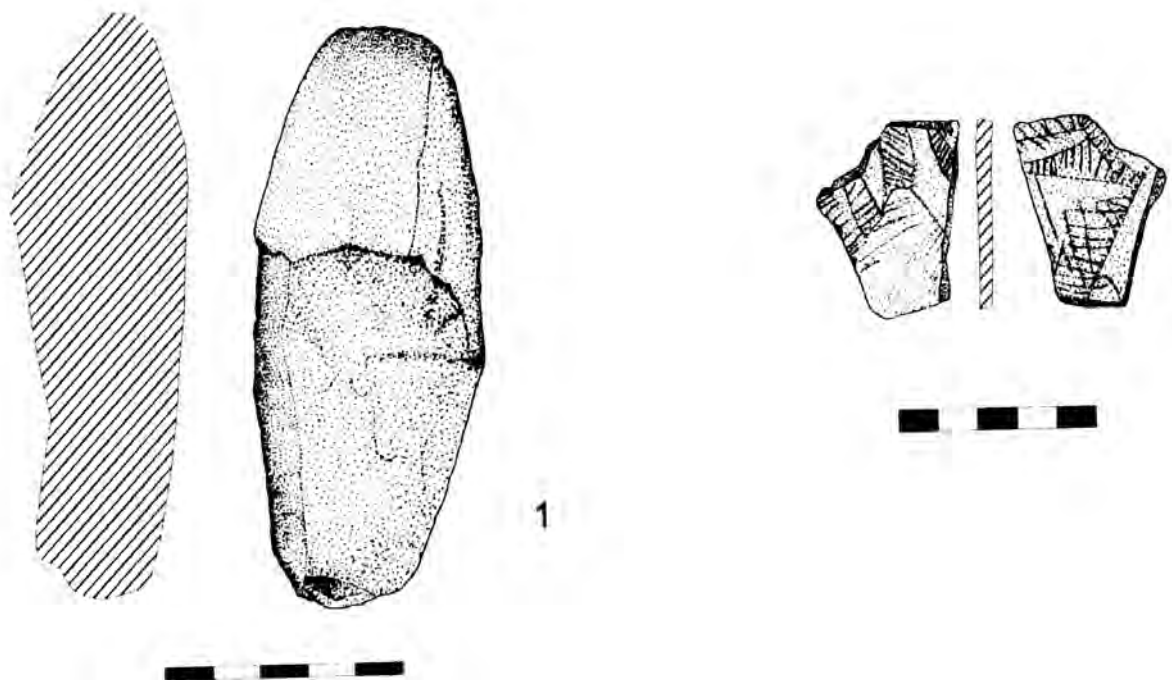


Fig.386.- Hacha pulimentada (1) y fragmento de plaqueta de pizarra decorada de El Conejar, según Cerillo Cuenca, 1999

3.23. CERRO DE LA HORCA (Plasenzuela, Cáceres)

UTM: 238.700 / 4.363.300

Yacimiento de carácter multiocupacional situado en el borde meridional de la penillanura Trujillano-Cacereña, a 487 metros s.n.m., en el apéndice de un batolito granítico que muestra en su sector más elevado una plataforma de alrededor de 40 metros de diámetro y destaca cerca de 50 metros sobre el terreno circundante. Puede señalarse la elección de una posición estratégica que se acentúa por el encajamiento de los arroyos de La Jarilla y Los Asnos en cuyo interfluvio se sitúa.

En este emplazamiento se llevaron a cabo varias actuaciones arqueológicas sistemáticas entre 1984 y 1987 (González Cordero *et alii*, 1988: 89).

La excavación se planteó en tres zonas diferentes del batolito granítico atendiendo a su particular disposición (Fig. 387). El objeto de este planteamiento no era otro que tratar de localizar posibles áreas de ocupación y establecer comparaciones estratigráficas precisas. Se plantearon 18 cuadrículas de 4 m² y 16 m² respectivamente en la meseta (M), ladera (L) y base (B) del domo granítico.

En la meseta superior se abrieron nueve cortes que atestiguaron un poblamiento de la Edad del Cobre diferenciado en dos periodos teniendo en cuenta el criterio de presencia/ausencia de cerámicas campaniformes que se constataron tan sólo en las capas superiores.

En la ladera se excavó un único corte que atestiguó la total alteración del relleno por las actividades agrícolas recientes. Los materiales recuperados presentaban una notable homogeneidad respecto a los recuperados en la meseta, incluidos los elementos campaniformes.

En la base del cerro se excavaron ocho cortes que atestiguaron la existencia de dos grandes fases de ocupación: la más reciente análoga a la documentada en la meseta y en la ladera y la más antigua caracterizada por la aparición de diversos tipos de cerámicas decoradas que los autores atribuyeron a una fase 'tardoneolítica' (*Ibidem*: 89). Entre ambas fases mediaba un nivel de descomposición de granito, arqueológicamente estéril, que garantizaba la diferenciación de ocupaciones. Esta capa de disgregación del batolito decrecía hacia el exterior del mismo, lo cual se atribuyó al proceso de erosión. De algún modo debemos tener en cuenta que el hiato presente entre ambas ocupaciones debe relacionarse con un número de años capaz de depositar un nivel de erosión del batolito.

En los perfiles estratigráficos (Fig. 388) la fase neolítica se desarrolla en una potencia media de 20-30 cms, localizándose el techo de la capa a una profundidad de 1 metro. Esta capa se asienta directamente sobre el lecho granítico, cuya disgregación le confiere una coloración amarillenta y una textura granulosa y compactada.

Material arqueológico

Lamentablemente la publicación del yacimiento, que marcó un hito en su época, no deja de ser una mera aproximación a los materiales hallados y una presentación preliminar de resultados. Estos hechos condicionan de forma notoria el manejo de la información teniéndonos que contentar con referirnos a los materiales descubiertos de un modo muy genérico. Sí resulta de interés señalar que la práctica totalidad de los restos recuperados en el horizonte neolítico proceden de una estructura que pudo corresponder a una cabaña de alzado perecedero.

Industria lítica

Destaca la pobreza del contexto. Hay una ausencia, tal vez debido a lo reducido del corte excavado, de elementos de moltura y de pulimentos. Por su parte el utillaje tallado se reduce a algunas pequeñas láminas y lascas de sílex. Entre los útiles tan sólo se definió la presencia de un geométrico (G1) con retoque abrupto (Fig. 389).

Cerámica

Destaca la notable preponderancia de las cerámicas decoradas sobre las lisas, sin que sepamos el índice real de ésta. Entre las formas, y aún dado el estado fragmentario de la información, puede intuirse la presencia de elementos de la **Forma V** –genérica– y de la **Forma II**. Sin duda la representación real ha de estar notablemente sesgada. Ahora bien, los elementos que conocemos por la publicación (González Cordero *et alii*, 1988) muestran un horizonte formal fácil de enmarcar en el Neolítico (Fig. 389).

La más notoria de las aportaciones del yacimiento es la referente a las técnicas decorativas. La más abundante de ellas es la concatenación de impresiones que los autores clasifican como 'boquique neolítico' (Fig. 389), a menudo festoneados por impresiones simples. Esta técnica de impresión también comparece en ocasiones sobre los labios de los recipientes. Junto a estas técnicas impresas tan sólo aparece, con menor incidencia, la incisión fina realizada sobre las paredes de los recipientes, estando por completo ausentes los acanalados.

Entre las cerámicas lisas, cuya morfología según los autores es similar a las que presentan decoraciones (González Cordero *et alii*, 1988), cabe destacar –por su interés ya que se trata de elementos que nuestra tipología señala como evolucionados- la presencia de al menos una cazuela de carena baja con paredes rectas, una fuente de perfil bajo con labio ensanchado y aplanado y un fragmento de borde engrosado que pertenece a una olla globular. Junto a estos elementos, los recipientes de las **Formas I, II y IV** son los mejor representados (Fig. 390).

Los motivos decorativos son bastante sencillos y poco variados ciñéndose casi exclusivamente a los del tipo **A1c**, con alineaciones paralelas horizontales superpuestas de impresiones de boquique. Este mismo diseño comparece en los escasos motivos incisos, que son del tipo **B1** y del tipo **B11**. Falta toda evidencia de barroquismo y se echa en falta, a la hora de comparar los conjuntos materiales de la Meseta, la comparecencia de los esquemas acanalados e impreso-acanalados.

En cuanto a los sistemas de agarre y prensión, los mejor documentados son las orejetas destacadas situadas bajo el borde, si bien al menos en una ocasión se documenta la presencia de un asa de cinta estrecha.

Estructuras

Tan sólo en el Corte B-IV se documentó la presencia de una estructura delimitada por una alineación paracircular de bloques de granito hincados que más que un zócalo o basamento parecía constituir una especie de refuerzo de base o contención de otra posible construcción erigida con materiales perecederos. Esta estructura dejó en su trazado una zona libre en la que se registró lo que bien pudiera haber constituido un agujero para la inserción de un poste y, frente a él, y al exterior de la estructura, una pequeña placa circular de barro cocido. Podría sugerirse su condición de hogar anexo a la cabaña aún cuando falten restos de combustión (González Cordero *et alii*, 1988: 91) (Fig. 388). La abundancia de pellas de barro con improntas de cañas y retama permite suponer la existencia de un alzado vertical a modo de frágil chamizo vegetal que probablemente estuviese enlucido y aislado con barro.

Horizonte Evolucionado

Por el interés que supone la existencia de este horizonte, asociado a un yacimiento de origen neolítico, así como por la comparecencia entre los materiales de la práctica totalidad de los morfotipos evolucionados nos detendremos, de forma breve, en un resumen de este horizonte más reciente. Sus restos materiales nos ayudarán a comprender la secuencia que más adelante presentaremos y nos guiarán a la hora de contemplar los cambios acontecidos entre la fase neolítica y su descomposición en los nuevos componentes culturales propios del uso de los metales.

Las dos fases, cronológicamente más avanzadas que la neolítica, y materialmente distintas detectadas tanto en la zona de meseta como en los niveles revueltos de la ladera, han sido delimitadas principalmente merced a la presencia o ausencia de algunos elementos materiales: cerámicas campaniformes o restos de cobre, principalmente. Ahora bien, es notable la afinidad material y la continuidad entre ambas lo cual debe interpretarse como parte de un *continuum* de poblamiento (González Cordero *et alii*: 1988: 95).

Resulta notable el dato ofrecido por los investigadores y que llama la atención sobre la inexistencia de un neto cambio estratigráfico acorde con la aparente diferenciación de materiales.

Industria lítica

Si algo debe destacarse de este apartado es su abundancia y variedad, hecho que contrasta con los niveles neolíticos. También son ahora frecuentes los elementos de molturación y los pulimentados.

Dentro de los elementos tipo destacan los nuevos implementos asociados al eje de cambio cultural: los foliáceos de tipología diversa, de base recta o plana, convexa –cordiformes y alargadas- triangulares de bordes rectos y de base cóncava. También las grandes láminas de sección

triangular y trapezoidal presentan un elevado índice mientras que el número de lascas, aún cuando están representadas es escaso.

Entre estas armaduras pueden incluirse algunos pocos ejemplares de puntas de flecha con aletas y al menos una punta romboidal con pequeños apéndices laterales que vienen a completar la enorme variedad de proyectiles documentados y entre los que están por completo ausentes los geométricos. Este hecho sirve como elemento ejemplificador de la necesidad de desmontar la falacia referente al repunte destacado del microlitismo geométrico durante el Calcolítico y que se ha pretendido ver como una explicación a la notable representación de este tipo de industrias en los megalitos. Estamos convencidos de que ese repunte mal entendido no hace alusión más que a la incapacidad de diferenciar sustratos de pervivencia e incluso horizontes mesolíticos y neolíticos diferentes a los que la corriente normativista señalaba y aún señala como tales.

Los niveles inferiores de la meseta –localizados entre 40 y 90 cm de profundidad– arrojaron cerámicas dominadas por las formas semiesféricas, fundamentalmente cuencos de tamaño pequeño y mediano de las **Formas I, II y III**, y un importante conjunto de platos, fuentes y cazuelas entre los que abundan los bordes engrosados-almendrados y “de pestaña” (Ruíz Mata, 1975) entrante. También se recogieron algunos fragmentos correspondientes a ollas globulares que de forma ocasional presentan bordes engrosados-reforzados. No muy abundantes, pero sí destacables son un interesante conjunto de pequeñas tazas de superficies oscuras, bien alisadas y en ocasiones cercanas al bruñido que tienen sus más directos paralelos en los ejemplares de “paredes finas” (Hurtado, 1986; 1987).

La cerámica decorada es bastante abundante, asociándose específicamente a las **Formas II, III** y a nuevas soluciones formales derivadas de los modelos evolucionados del tipo común. Las ollas, en caso de presentar decoraciones, por lo general presentan algunas acanaladuras someras situadas alrededor de la boca y en el caso de presentar cuello aparecen cordones impresos, generalmente decoradas mediante técnicas dígito-unguladas, debe situarse en los esquemas conservadores de continuidad con el sustrato neolítico.

Dentro de los esquemas y técnicas decorativas destacan las impresiones que, muy a menudo, se asocian a la incisión como elemento de delimitación de campos –triangulares o rectangulares–. Las impresiones suelen ser realizadas con punzón romo de sección circular o triangular y en ocasiones las impresiones aparecen rellenas de pasta blanca. No es infrecuente la asociación de estas mismas técnicas en torno a los cuerpos de algunos recipientes entre los que destacan los cuencos.

Mención especial merece la presencia de un esteliforme inciso y al menos un fragmento con decoración pintada consistente en series de trazos rojos incurvados superpuestos constituyendo motivos en racimo a partir de la boca del recipiente. Este tipo de elementos definen, cada vez con más vigor, la existencia de un horizonte cultural de tradición neolítica en el que las cerámicas pintadas tuvieron notable importancia. A este Horizonte que denominamos Herencias-Veguilla nos referiremos más adelante con detenimiento.

Las cerámicas incisas muestran esquemas muy repetitivos entre los que destacan los triángulos, las series de líneas incisas perpendiculares al borde, trazos someros oblicuos y entrecruzados alrededor del borde, y algunos diseños en “espinas de pez”.

Entre los elementos de prensión destacan ahora los mamelones, tanto perforados como sin perforar, haciéndose muy raros los elementos propios del momento precedente –tanto orejetas como asas de cinta.

En el apartado de los elementos de barro que no corresponden a recipientes no son raros los ‘crecientes’, las pesas y fusayolas y al menos un ejemplar de ‘morillo’, todos ellos típicos del primer horizonte cultural de generalización de uso del metal bien representados en el Horizonte Las Pozas.

Debemos señalar que este horizonte del Cobre Inicial de Extremadura presenta una clara raigambre con los momentos disolutivos de la Fase previa, correspondiéndose por tanto, como se verá, con nuestro Neolítico II. Además muestra notables paralelos con los Horizontes Culturales de otros sectores meseteños que hemos agrupado en ocasiones bajo la denominación de Horizonte Las Pozas y Herencias-Veguilla y que tenemos el convencimiento de que no sólo afecta a un nuevo proceso cultural, sino que implica novedades en lo material y en lo simbólico, surgiendo siempre de la completa neolitización del sustrato y, por tanto, indicando, indefectiblemente, hacia cronologías más avanzadas y culminantes del proceso.

Cierra este horizonte, por su techo, la presencia de un nivel propio del Campaniforme, verdadero momento de transición, como acertadamente señaló Bernabeu para el caso valenciano (1989) hacia la Edad del Bronce.

Aquí se hace común la presencia generalizada de elementos de cobre junto a materiales decorados campaniformes, si bien es cierto que junto a estos elementos novedosos se detecta una cultura material de raigambre similar a la de los niveles infrayacentes que antes hemos descrito.

Junto a los recipientes campaniformes de los cuatro tipos principales: incisos, puntillados geométricos, marítimos y cordados –en este caso un único fragmento– comparecen algunos fragmentos de vasos decorados con pastillas repujadas y aplicadas que los autores asocian a la presencia de campaniformes (*Ibidem*: 96) siguiendo las indicaciones de asociación a elementos cordados realizadas por Hurtado y Amores (1982).

Un dato de notable importancia es la detección de un paulatino decrecimiento en la presencia de elementos campaniformes según se gana profundidad. Esta rarefacción se asoció en su momento a la presencia de cerámicas decoradas con esquemas en “espina de pez” y triángulos incisos que conforman el horizonte inferior (*Ibidem*). Sin duda es un elemento fiel para mantener la hipótesis de un cambio paulatino.

Estructuras de habitación

En el sector más alto del cerro se detectaron los restos de dos cabañas superpuestas. Ambas presentaban evidencias de zócalos compuestos por pequeños bloques de granito, más ordenados en la cabaña superior y de mayor tamaño y estructura más irregular en la inferior y las dos de planta aproximadamente oval.

Las abundantes pellas de barro con improntas vegetales y de enramadas parecen señalar la certeza de que sobre estos zócalos de mampuesto se elevarían paramentos vegetales trabados con barro y reforzados por postes de madera clavados en la tierra y calzados en su cimentación con pequeñas lajas de pizarra.

Los paralelos con las estructuras de habitación localizadas en los yacimientos de La Velilla o El Bardal son notorios.

Estos elementos, típicos de yacimientos del mismo contexto a lo largo de toda la geografía peninsular, nos están señalando la existencia de un sistema del poblamiento similar y seguramente el mantenimiento de un sistema tribal desde los momentos iniciales del Neolítico hasta etapas avanzadas de la Edad de los Metales.

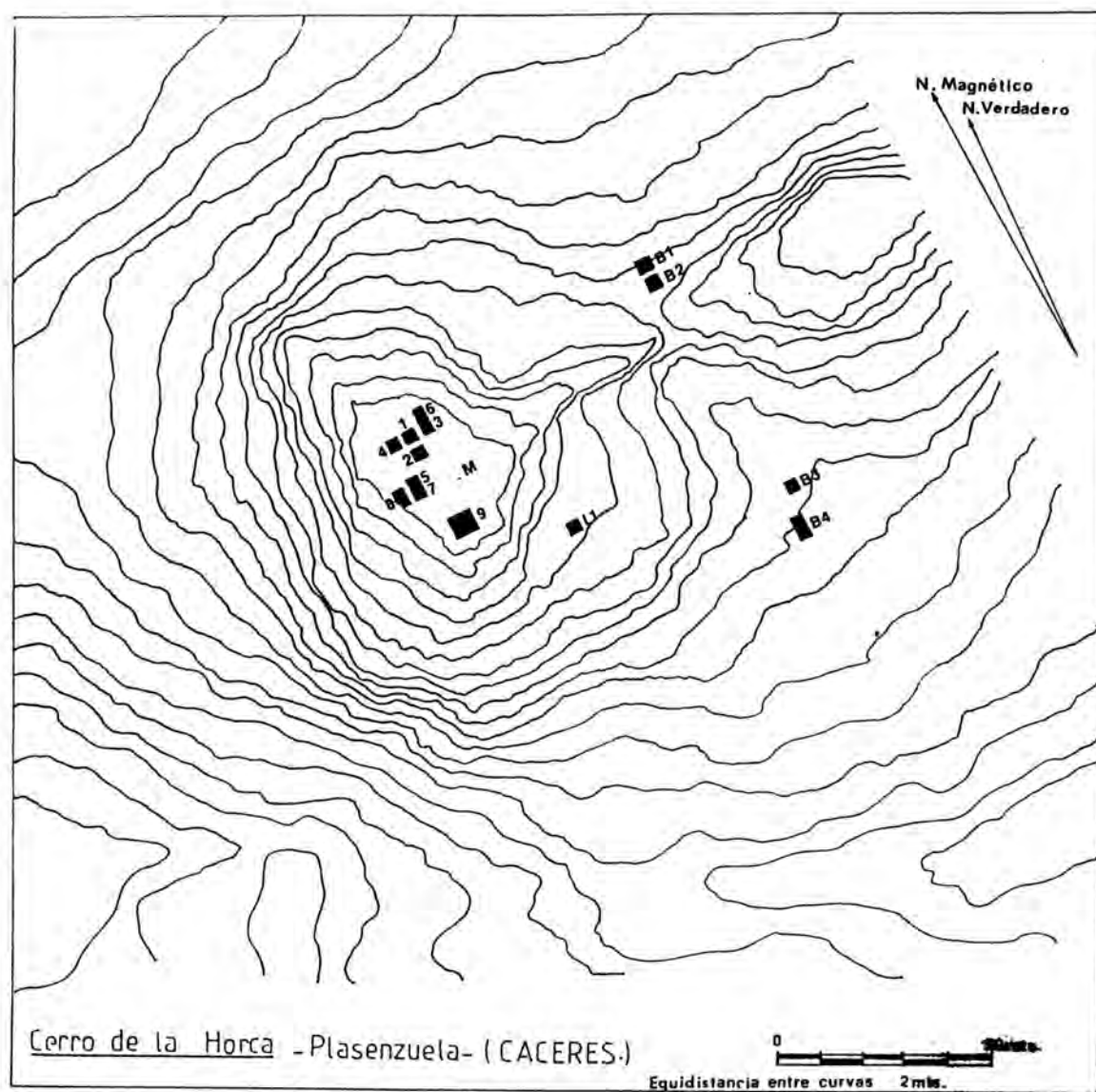


Fig.387.- Planimetría del yacimiento y disposición de los cortes, según González Cordero et alii, 1988.

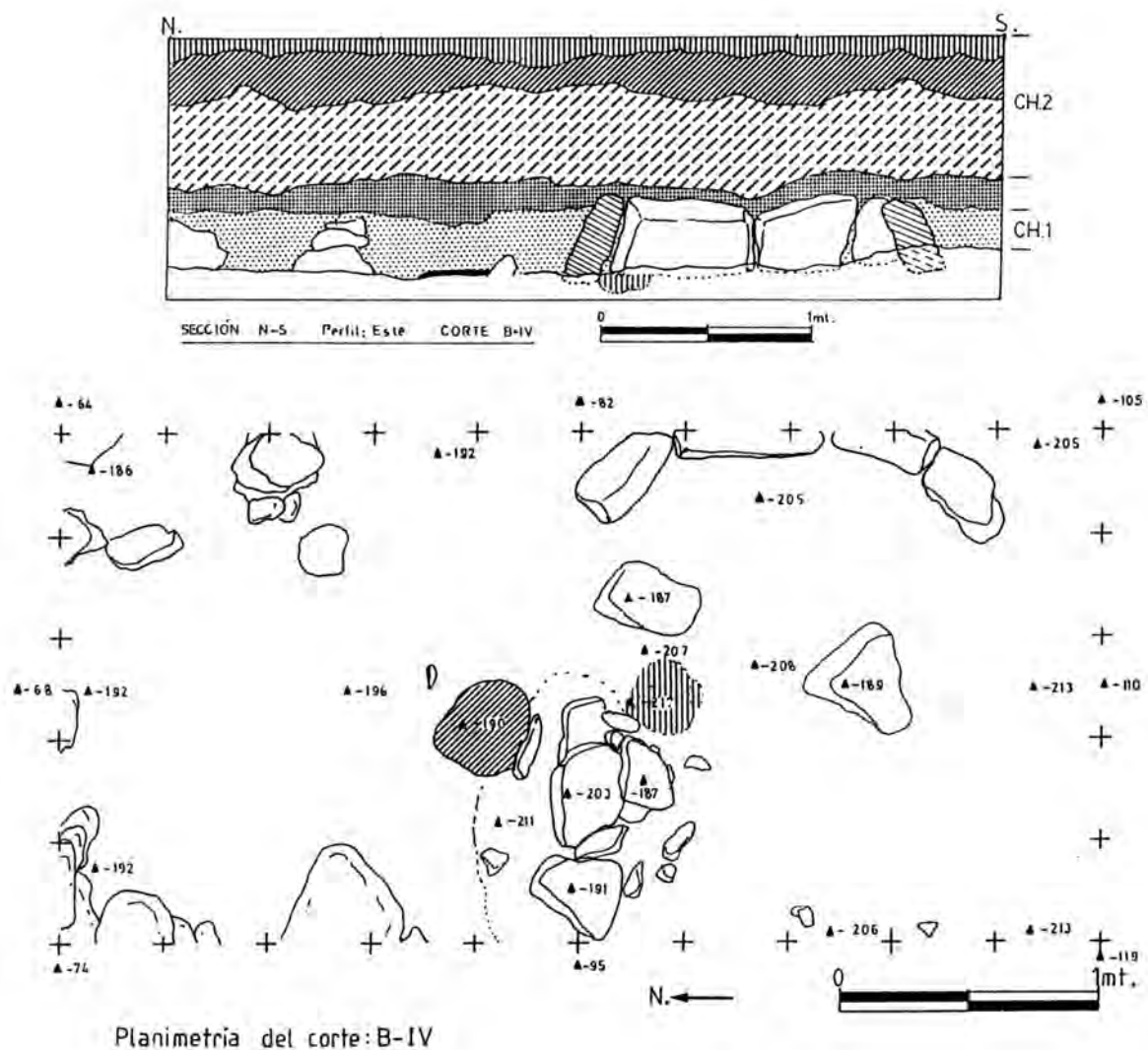


Fig. 388.- Planta de detalle del Corte B-IV y de la estructura de habitación neolítica. Según González Cordero et alii, 1988.

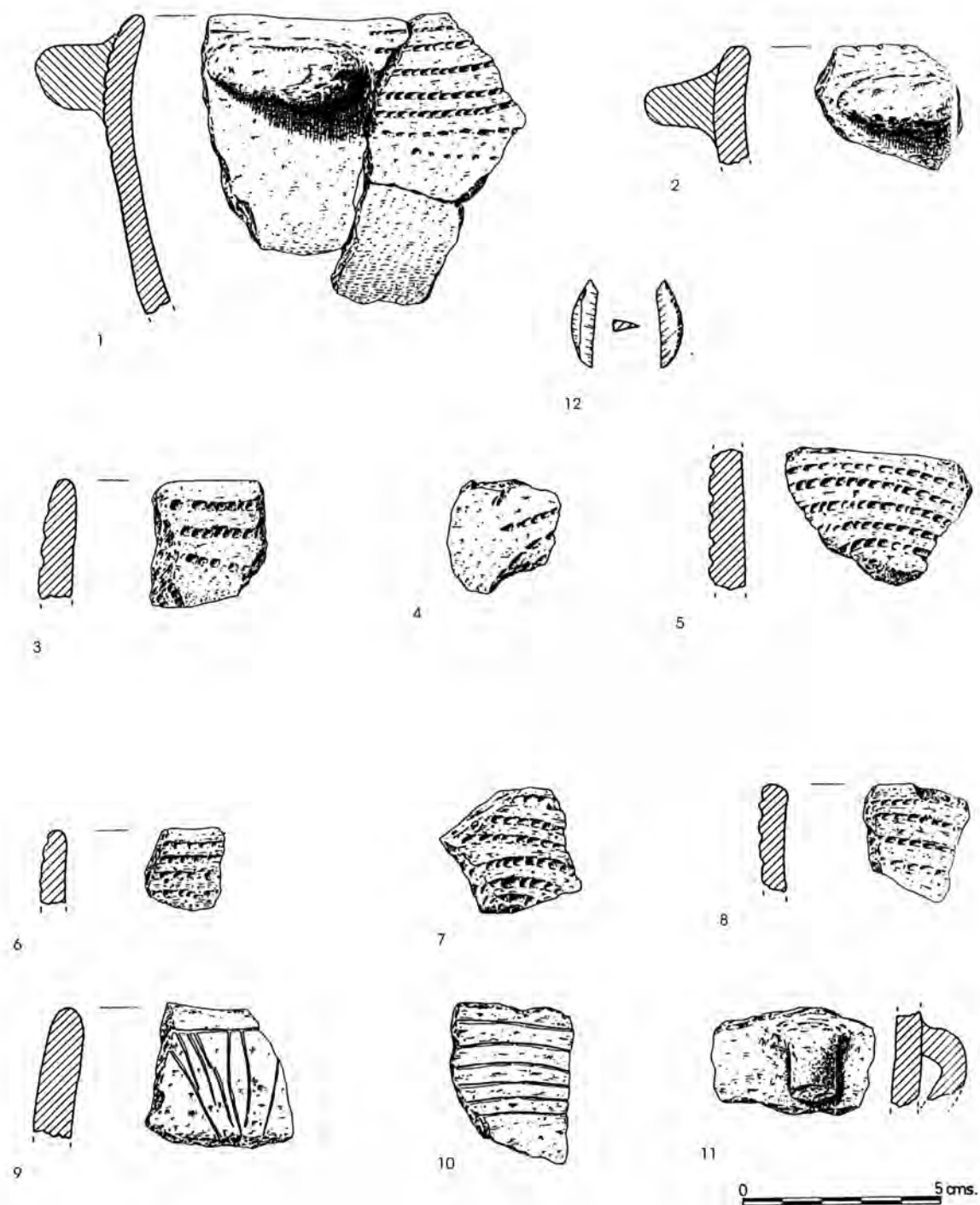


Fig.389.- Material procedente de la estructura de habitación del corte B-IV, según, González Cordero et alii, 1988.

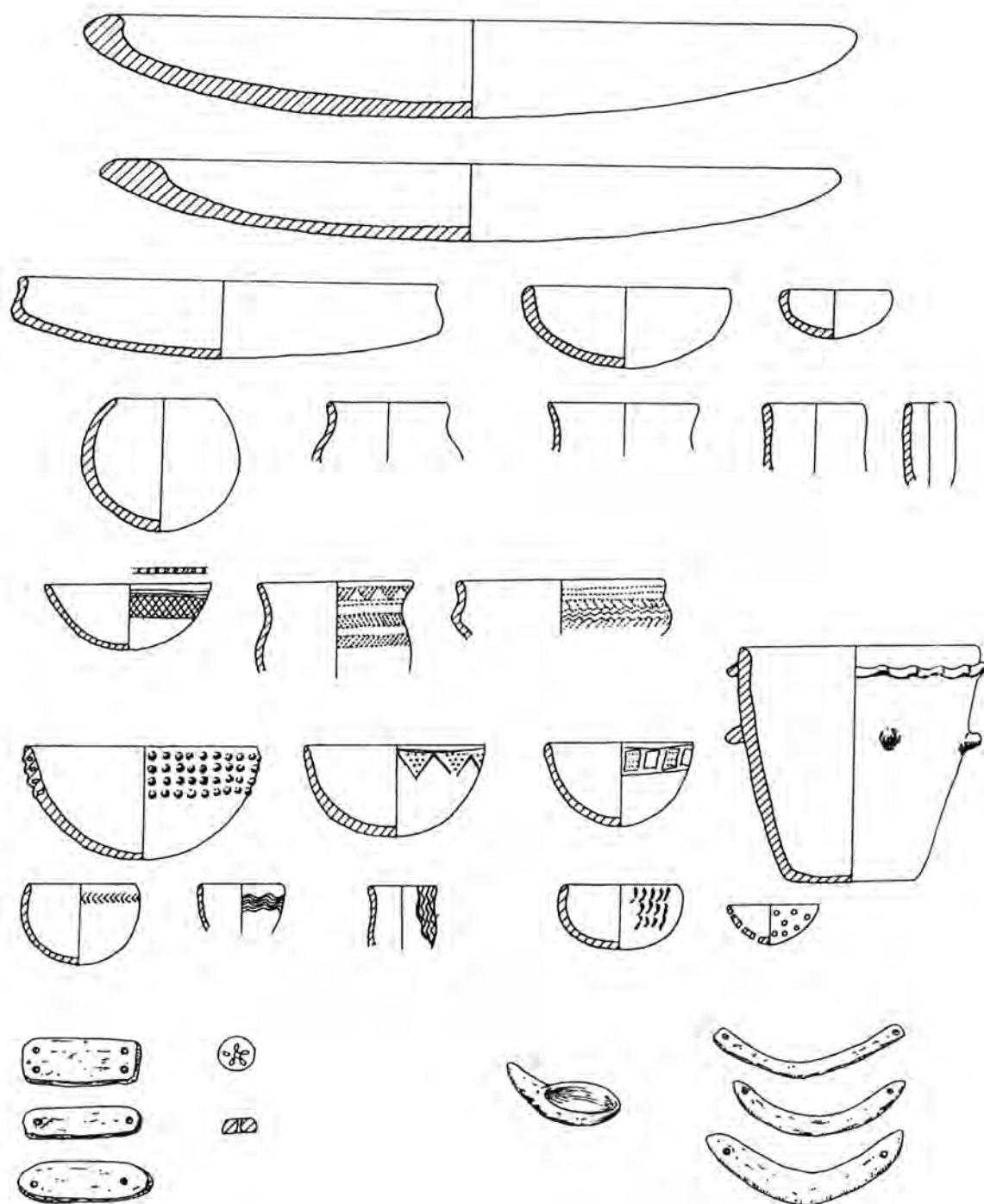


Fig.390- Material del Horizonte Evolucionado, según González Cordero et alii, 1988

3.24. OTROS YACIMIENTOS

ARENERO DE ANTONIO DÍEZ CARDIEL (Madrid)

El conocimiento de este yacimiento, así como su material procede en su totalidad de la revisión de los fondos del Instituto Arqueológico Municipal, sin que hasta el momento se haya podido localizar ninguna referencia bibliográfica acerca del mismo o de su localización. Tan sólo se puede señalar que el material, según una etiqueta contenida en el interior de las bolsas, fue recogido el 14 de Mayo de 1944, seguramente como parte de la labor de control de los areneros madrileños que el Instituto tenía encomendadas.

Material Arqueológico

En la Caja 88 de la Sala de Estudios del citado Instituto se localizaron dos fragmentos de cerámica decorada neolítica. Uno de los fragmentos presenta una decoración consistente en dos cordones impresos de escaso resalte que parten -en horizontal y vertical- de un mamelón (Fig. 391). El otro fragmento es liso y presenta en su superficie un engobe exterior rojizo muy perdido, por lo que su adscripción al Neolítico, basándose tan sólo en el criterio de presencia o ausencia de aguadas de almagra resulta más complicada. Junto a estos materiales, pero con una atribución referente a los "niveles inferiores de gravas" existen dos láminas de sílex con doble fractura proximal y distal por flexión y sin retoques. No han sido incluidas entre el material gráfico debido a que estos niveles de gravas presentan en todas las estratigrafías de los areneros de Madrid una adscripción Paleolítica.

El fragmento decorado se ajusta al conjunto de vasos de tendencia entrante o invasados agrupados bajo la denominación de las **Formas V y VII** si bien sus reducidas dimensiones impiden pronunciarse con mayor precisión. Presenta cocción reductora y una pasta arenosa muy poco compactada.

La presencia de material arqueológico en este y otros yacimientos ubicados sobre las terrazas de los ríos Manzanares y Jarama, lejos de carecer de interés por su misma descontextualización, nos permiten hacernos una idea del panorama que este interfluvio presentaba durante los compases del Neolítico y en los que la densidad de yacimientos resulta muy llamativa.



Fig.391.- Cerámica decorada del Arenero de Antonio Díaz Cardiel (Madrid)

ARENERO DE FRANCISCO PÉREZ (Madrid)

Yacimiento al aire libre, de carácter multiocupacional del cual se desconoce su ubicación exacta, si bien se sabe que se hallaba enclavado en la margen del río Manzanares, sobre su terraza media o baja (Méndez, 1982: 37), por lo que puede ser aplicado el esquema de cualquiera de los yacimientos próximos ubicados en el curso bajo del río Manzanares, tanto en visibilidad como en aprovechamiento agrícola, alturas relativas, etc.

Material Arqueológico

Los materiales de este yacimiento fueron publicados por Antonio Méndez (1982) en su intento de llevar a cabo una revisión de yacimientos del Bronce Final en Madrid. Esta sistematización presentaba entre sus materiales algunos de cronología neolítica y que, debido al desconocimiento general del Neolítico del interior a inicios de los años 80, fueron erróneamente enmarcados dentro de esta cronología protohistórica.

Este tipo de materiales –que en cierto modo pueden ser considerados fuera de contexto- aparecen relacionados dentro de los conjuntos denominados como "fondos de cabaña" a materiales de dilatada cronología. Este hecho ha condicionado, desde un principio, nuestra hipótesis de interpretación de la gestión del espacio durante la prehistoria atendiendo a un modelo de establecimiento estacional recurrente (Jiménez Guijarro, 1997; 1998; 1999)

Los dos fragmentos, que en la obra original aparecen mal orientados, se encuentran decorados y aparecen asociados también a un notable conjunto de cerámicas lisas del que, sin duda alguna, a una buena parte debe corresponderle una cronología neolítica.

El primer fragmento corresponde a un borde de un cuenco de paredes ligeramente invasadas, en la línea de la **Forma V** –si bien es este un extremo que dadas las reducidas dimensiones del fragmento no se puede precisar- que presenta una decoración mixta asociada a las impresiones realizadas sobre un ligero cordón horizontal dispuesto bajo el borde, paralelo a su desarrollo y una serie de acanaladuras también horizontales y paralelas dispuestas bajo este cordón. Las impresiones, de matriz simple apuntada, se ubican, como viene siendo común, de forma transversal y en disposición vertical paralela, todo ello propio de uno de los esquemas decorativos del tipo **CIVb**, uno de los más característicos del Neolítico del Interior (Fig.392, nº1) La cocción del fragmento es de nervio y presenta pastas arenosas poco compactadas.

El segundo fragmento, correspondiente a una porción de pared de un vaso globular presenta una serie de cuatro acanalados paralelos de desarrollo horizontal que podrían corresponder al motivo BI. El fragmento presenta cocción reductora y pasta arenosa poco compactada.

En la revisión de materiales realizada en el Instituto de Arqueología Madrileña se localizaron, como procedentes de este arenero, unas bolsas de cerámica mayoritariamente lisa, con formas globulares, algunas bases planas e inexistencia generalizada de engobes. Entre estos materiales apareció un asa de cinta plana.

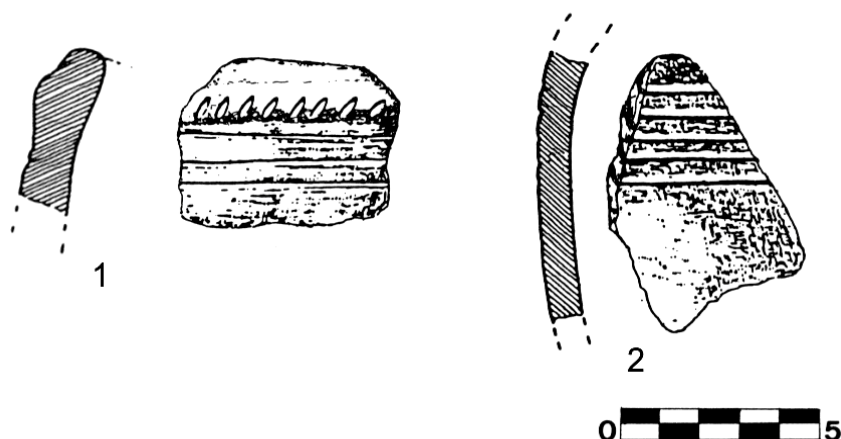


Fig.392.- Material cerámico del arenero de Francisco Pérez, según Méndez (1982), modificado.

EL AULLADERO (Prados Redondos, Guadalajara)

UTM: 592.900 / 4.515.600

Yacimiento multiocupacional al aire libre ubicado a 1306 metros s.n.m. Su emplazamiento se corresponde con un cerro en punta de promontorio sobre los terrenos de arenas, arcillas y conglomerados cuarcíticos, con afloramientos calizos del Terciario relacionados con el río Gallo (Jiménez Sanz, 1988: 53), sobre cuyo cauce se dispone a más de 100 metros, y 35 metros sobre la inmediata rambla de Piqueras.

La Potencialidad agrícola del área de emplazamiento es muy alta y cuenta tanto con zonas de vega, a menos de un kilómetro, como de pasto.

Este yacimiento queda enmarcado dentro del Término de Prados Redondos, en el Señorío de Molina. El valle de Prados Redondos se inscribe dentro de la Serranía de Molina, como una prolongación occidental de la Serranía de Cuenca. Esta zona puede incluirse dentro de los páramos secundarios afectados por la cuenca principal del Río Gallo (Jiménez Sanz, 1988: 51)

Uno de los elementos de máximo interés en el emplazamiento de este yacimiento es que se encuentra en el área de conexión entre las cuencas del Tajo y Ebro, ubicación que no podemos considerar baladí y que establece una más que probable relación entre su emplazamiento en alto y su propia ubicación geográfica.

El yacimiento fue dado a conocer por Pedro Jiménez Sanz, quien lo incluyó en su Memoria de Licenciatura (Jiménez Sanz, 1988) realizada dentro del marco de la Edad del Hierro. Algunas de las piezas cerámicas publicadas ponen de manifiesto la presencia de materiales, no muy correctamente valorados en su momento, y que, técnica y morfológicamente, son adscribibles al Neolítico (Jiménez Sanz, 1988: 74, fig.9 nº6)

El autor señala que los materiales hallados en prospección se concentran en una zona muy concreta del cerro, que coincide con su lado Oeste (Jiménez Sanz, 1988:53) Los materiales presentes pertenecen tanto a recipientes realizados a mano como a torno.

La adscripción de este yacimiento dentro del Neolítico ha sido realizada siguiendo criterios puramente tipológicos, en concreto basados en la presencia de cerámicas acanaladas realizadas a mano y portadoras de esquemas bien representados en otros yacimientos neolíticos del interior peninsular (Fig.393) Esta adscripción ha sido realizada sobre algún material que en su día fue incluido dentro del conjunto material de la Edad del Hierro (Jiménez Sanz, 1988:74,fig.9 nº6) Lo cierto es que este yacimiento presenta algunos problemas que tan sólo podrán solucionarse tras las oportunas excavaciones arqueológicas, principalmente porque la recogida de material fue muy sesgada y algunos de sus materiales incorrectamente adscritos debido al desconocimiento existente en aquél momento del Neolítico del interior peninsular.



Fig.393.- Cerámica acanalada de El Aulladero (Prados Redondos, Guadalajara), según Jiménez et alii, 1997)

CERRO DEL DEPÓSITO DE VELILLA (Mocejón, Toledo)

UTM: 421.200 / 4.419.300

Yacimiento de carácter multiocupacional ubicado al aire libre y situado directamente sobre la vega del Tajo, a 491 m.s.n.m. Descubierto en 1988 con motivo de la realización de las prospecciones arqueológicas del Proyecto "Indigenismo y romanización en la cuenca media del río Tajo" (Muñoz López-Astilleros, 2001: 46)

El yacimiento se sitúa en la gran extensión de vega que forma la desembocadura del río Algodor en el Tajo y los Arroyos de Guatén, Melgar, Martín Román, Cedrón y Puchereros entre la estación arancetana de Algodor y el caserío de Aceca en la comarca de la Sagra toledana.

Material arqueológico

Entre una colección material muy heterogénea se recuperó, en superficie, un fragmento correspondiente a una pulsera de mármol, lisa, ancha y de sección ligeramente trapezoidal. Su diámetro interior es de 81 mm (Muñoz López-Astilleros, 2001: 46) (Fig.394)

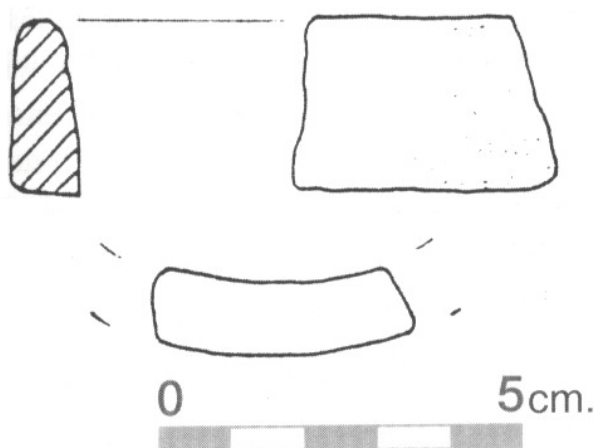


Fig. 394.- Pulsera o brazaletes de piedra, según Muñoz López, 2001.

CUEVA DE EL PASO (Tamajón)

UTM: 481.000 / 4.542.700

Yacimiento ubicado en las proximidades del abrigo de Los Enebrales del que dista aproximadamente tres kilómetros. Esta cavidad se encuentra en un paraje muy rico en dolinas y torcas (Barea *et alii*, 1997) con una gran densidad de yacimientos, varios de ellos con restos de ocupación neolítica, tratándose la mayor parte de los enclaves documentados en este sector, de abrigos y cavidades abiertos merced al hundimiento de bóvedas de complejos kársticos subterráneos.

La cueva se localiza a una altura de 1091 metros s.n.m. y se emplaza en una zona frondosa cubierta de robles, 100 metros sobre el Río Sorbe y a 135 metros sobre la cuenca del Río Jarama.

La Potencialidad agrícola es baja y cuenta principalmente con zonas de pasto de aprovechamiento ganadero, así como una importante zona de aprovechamiento forestal y cinegético.

Esta cueva es conocida también como Cueva Santiago (Barea *et alii*, 1997) El material fue hallado durante la realización de una prospección arqueológica bajo la dirección de Miguel Ángel García, Javier Alcolea y Pedro José Jiménez Sanz. En el transcurso de la misma fueron hallados varios fragmentos cerámicos, si bien tan sólo uno de ellos presenta una adscripción neolítica clara (Jiménez Sanz *et alii*, 1997: 34 y 35) La muestra recogida es no obstante muy poco relevante. Entre las evidencias recuperadas debe destacarse la aparición de algunos fragmentos óseos humanos.

La cavidad presenta una notable colmatación detrítica, y a juzgar por el paquete arcilloso en el que fueron hallados los fragmentos cerámicos, así como por los altos niveles de rodamiento que presenta el ejemplar decorado parece que esta cavidad sufrió varias reactivaciones con la consiguiente removilización de su depósito arqueológico.

Material arqueológico

El material recuperado en esta cavidad es muy escaso, poco más de una docena de fragmentos cerámicos realizados a mano, tres de ellos con nervio de cocción y el resto con cocciones reductoras. Tan sólo uno de los fragmentos puede ser considerado selecto y permite la reconstrucción del recipiente completo merced a su tamaño. Otros dos fragmentos presentan en su superficie exterior restos de colorante rojizo que se ha fijado a la pasta a modo de aguada a la almagra.

El fragmento selecto pertenece a un recipiente globular, profundo, de paredes ligeramente invasadas. Este fragmento, cuya peculiaridad estriba en que posee un labio redondeado, ligeramente engrosado al exterior e interior, podría acomodarse en la forma II de nuestra tipología, si bien la ausencia de su base, como en tantas ocasiones nos impide negar la posibilidad de que ésta fuese cónica, por lo que el fragmento encajaría entonces dentro de la **Forma V**. Presenta una decoración consistente en impresiones simples, de forma angular, realizadas de forma alterna, a modo de espiga, sobre un cordón de escaso resalte (Fig. 395)

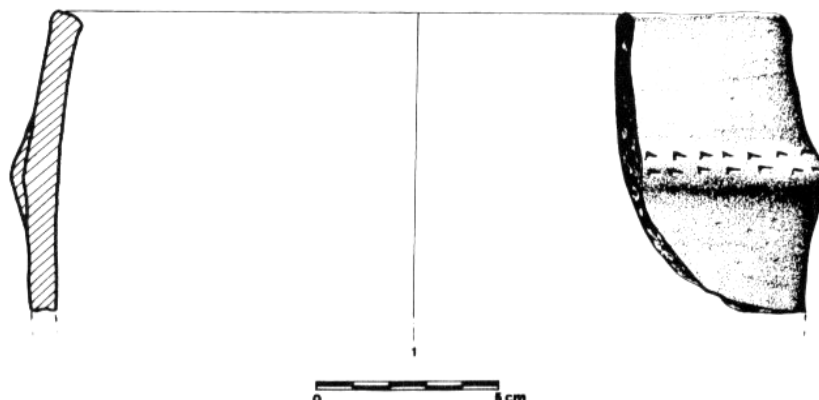


Fig.395.- Recipiente cerámico con decoración impresa. Cueva de El Paso (Tamajón, Guadalajara)

CUEVA DEL RENO (Valdesotos, Guadalajara)

UTM: 474.100 / 4.533.400

Yacimiento en cueva ubicada a una altura de 820 metros s.n.m. Su emplazamiento coincide con el desarrollo de los farallones de calizas dolomíticas de la zona de Valdesotos, en el reborde Noreste de la provincia de Guadalajara. El yacimiento se encuentra ubicado a cien metros del cauce del Río Jarama, sobre el que se eleva 25 metros.

La cavidad es de reducidas dimensiones y presenta un desarrollo de marcado carácter lineal. La boca de acceso de varios metros de altura y cerca de dos de anchura, da acceso a una amplia sala perfectamente iluminada que resulta un ámbito idóneo para la habitación. De esta sala parte una galería estrecha que culmina en un camarín taponado a causa de un gran desprendimiento. En la sala de acceso, pero especialmente en el conducto y camarín citados se dan cita algunas de las más bellas expresiones artísticas del Paleolítico Superior del interior de la Península, algunas de cuyas representaciones son hasta la fecha únicas en este sector –caso de la espléndida representación de reno que da nombre a la cueva.

La Potencialidad agrícola es baja y cuenta principalmente con zonas de pasto de aprovechamiento ganadero, así como una importante zona forestal de alto valor cinegético. No obstante el curso del río forma pequeñas terrazas en la vega que permiten desarrollar una agricultura incipiente basada sobre todo en el cultivo hortícola.

Esta cueva, con ricas representaciones de arte paleolítico fue hallada en el transcurso de las prospecciones arqueológicas dirigidas por la Universidad de Alcalá de Henares en el verano de 1994.

Material arqueológico

En una de las reiteradas visitas que realizamos a la cavidad fue hallado, en el interior de una gatera, de escaso desarrollo, que se abre junto al acceso y que culmina en el interior del vestíbulo sin que presente practicabilidad alguna, un fragmento de galbo cerámico decorado.

Esta pieza, de la que ya dimos oportuna noticia en una bisoña comunicación (Jiménez Sanz *et alii*, 1997: 35-36), ha sido la única recuperada en superficie. Cabe señalar que la aparente ausencia de alteraciones en el vestíbulo de acceso puede ser la razón de la escasa representación material y sin duda tras las oportunas excavaciones dará lugar al descubrimiento del que puede ser uno de los mejores yacimientos en cueva del interior peninsular, a tenor de las interesantes manifestaciones artísticas paleolíticas que contiene.

El único resto cerámico recuperado presenta una decoración muy típica, propia del esquema del grupo **CI a** y **CIb**, de contextos neolíticos, consistente en el empleo de una técnica mixta en la que se asocian las impresiones realizadas con un objeto romo de matriz simple, acanaladuras anchas y poco profundas en disposición convergente y metopada que se desarrolla bajo un poco resaltado cordón decorado con impresiones simples alargadas. Las superficies externas del recipiente presentan restos de una “aguada” de almagra. La cocción del fragmento es reductora y las superficies presentan un acabado alisado muy fino y levemente espátulado (Fig. 396)

Cabe señalar que en el vestíbulo de acceso se recuperaron en prospección varias plaquetas de pizarra con evidencias de grabados paleolíticos, hecho que coincide con lo documentado por nosotros en las excavaciones de la Cueva de la Ventana de Torrelaguna. En 1995 se iniciaron las labores de cierre de la cavidad y se puso en marcha un programa de estudio del que, lamentablemente aún carecemos de noticias.

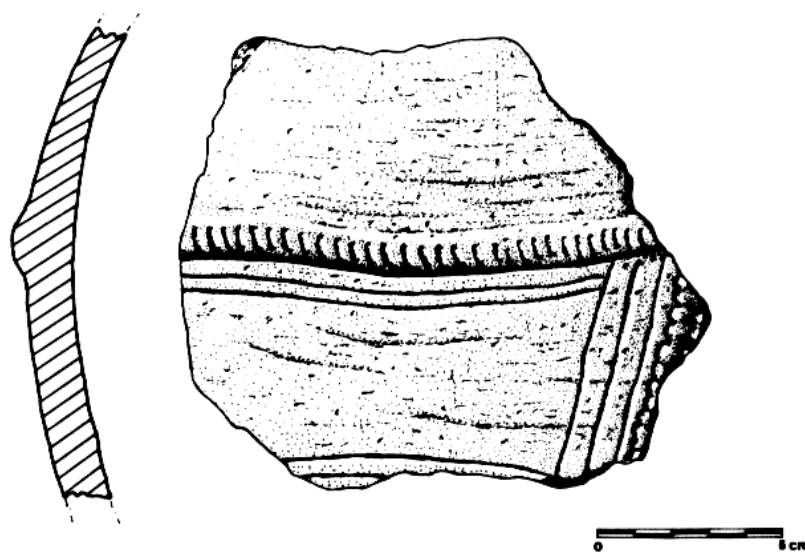


Fig.396.- Fragmento decorado procedente de la Cueva de El Reno (Valdesotos, Guadalajara), (según Jiménez Sanz *et alii*, 1997)

ABRIGO DE TORREDELRRÁBANO-CUEVA DE MARANDILLA (Tordelrrábano, Guadalajara)

Si bien este yacimiento se publicó en un principio como un enclave situado bajo abrigo rocoso (Bueno *et alii*, 1995), nuestra revisión de los materiales conservados en el Museo Arqueológico Nacional y la investigación en las inmediaciones de la propia localidad nos hacen dudar en cierto modo de esta ubicación.

Lo cierto es que no podemos asegurar la ubicación del enclave, lo que implica que debemos referirnos a él de un modo muy somero y amplio. Podemos señalar que al yacimiento debe corresponderle un emplazamiento por encima de la cota de los 1000 metros s.n.m, en las inmediaciones de los farallones terciarios que forman el piedemonte marginal septentrional de la actual provincia de Guadalajara, en el área de influencia de las cuencas de los ríos Alcolea y Salado.

La presencia, en algunas de las piezas pulimentadas, de inscripciones manuscritas realizadas con lápiz de grafito y grafía propia de fines del siglo XIX e inicios del XX, donde se señala 'Cueva de la Marandilla' podría hacer suponer que la procedencia de la totalidad del material sea de esta cavidad. Ahora bien, la presencia en una de las bolsas de una cartulina amarillenta manuscrita a lápiz, muy perdido en la que se indica: '590 a 597 Cueva de la Marandilla' parece circunscribir a este lugar, tan sólo, el conjunto de grandes hachas de fibrolita. No obstante, dada la disparidad de los materiales conservados, tampoco puede negarse la posibilidad de que todo el material procediese de diversas rebuscas realizadas por el término municipal de Tordelrrábano y que posteriormente fue unificado en un mismo conjunto.

El yacimiento es conocido desde antiguo y según algunos investigadores (Bueno *et alii*, 1995: 76), sus materiales formarían parte de la colección Cerralbo depositada en el Museo Arqueológico Nacional. Las similitudes tipológicas existentes con los materiales del enclave de La Pinilla son notables, opinión con la que coinciden otros investigadores (Valiente Malla, 1995) Estos autores tan sólo se limitaron a señalar que los materiales corresponden a un conjunto de cerámicas impresas así como otros correspondientes a momentos posteriores, y un conjunto de industria lítica.

Material arqueológico

El material conservado en el Museo Arqueológico Nacional, como acabamos de indicar, es diverso y heteróclito, lo cual implica a elementos líticos, cerámicos y restos de metal y de vidrio. Si bien nos centraremos tan sólo en los materiales a los que consideramos pueda corresponderles una tipología neolítica, no dejaremos de mencionar, someramente, el resto de evidencias dado su interés. En total se conservan seis bolsas de material.

Industria lítica

Estamos, sin duda, ante una heterogénea colección de elementos líticos que presenta, como dijimos, serias dudas respecto a su procedencia de un único yacimiento, pareciendo más, fruto de la recolección de elementos de superficie agrupados posteriormente con fines coleccionistas.

Destaca un conjunto de 42 puntas y proto-puntas de flecha de tipología y cronología también diversas. Entre ellas hay, al menos, un fragmento de gran punta de aletas y pedúnculo de clara raigambre solutrense, una pequeña hoja de laurel solutrense y una posible punta de muesca fragmentada con evidencias de paleolíquenes que certificarían su procedencia de un yacimiento exterior y no de una cavidad. Destacan también cinco micropuntas, posiblemente destinadas al abatimiento de aves, una punta con pedúnculo robusto largo y ancho y un único geométrico (G1) con retoque en doble bisel. Todas las puntas están realizadas en sílex a excepción de una que está realizada en cuarzo hialino. Hay dos protopuntas a medio realizar sobre lasca espesa y basta.

En este yacimiento aparece un elemento de gran interés. Se trata de una punta foliácea losángica que presenta como característica un adelgazamiento de la base. En esta pieza no comparecen retoques planos, sino de tipo simple, profundo y marginal. No es difícil observar en este tipo de elementos la derivación directa del LABA hacia las puntas foliáceas más elaboradas.

La materia prima dominante es el sílex, sobre todo de tonalidades blancas o grisáceas. Se documenta la presencia de al menos tres piezas elaboradas sobre cristal de roca, todas ellas de morfología microlaminar, y correspondientes a dos laminitas de borde abatido, una de ellas con una muesca lateral izquierda, y un raspador frontal con denticulado lateral.

Queda lejos de nuestra intención, dadas las características de la muestra, realizar un detallado estudio morfo-tipológico que, además, resultaría de escaso valor. Señalaremos por tanto tan sólo aquellos datos más relevantes de la industria (Tabla 148)

Del conjunto de útiles cabe destacar la presencia de algunos elementos microlíticos, como las puntas mencionadas, las laminitas de dorso y en especial tres de los raspadores.

Los elementos de enmangue (EEUC) se asocian, casi de forma recurrente a los denticulados continuos del tipo 'diente de hoz'. Todos están realizados sobre lámina espesa menos uno que lo está sobre lámina delgada. Nueve presentan lustre. Diez están realizados sobre LS4 y dos, los de mayor tamaño, sobre LS2. Todos, excepto dos ejemplares, presentan un tratamiento de los dorsos similar al presente en la ejecución de los geométricos con retoques abruptos y en doble bisel dirigidos a la consecución de un dorso abatido. Entre los retoques dominan los de tipo directo que se agrupan en quince piezas con retoque plano cubriente bifacial, nueve piezas con retoque abrupto, cinco con retoque escamoso y cuatro con retoque simple.

	TOTAL
Lascas retocadas	3
LS1	3
LS2	7
LS3	6
Buriles	0
Raspadores	13
Taladros	4
Geométricos	1
Microburiles	1
Muestras	14
LBA	1
Lba	4
EEUC	13
Chunks y debris	1
Prismas	0
Hachas	12
UAD	0
LABA	0
TOTAL	83

Tabla 149

La heterogeneidad del conjunto, en lo cronológico y en la procedencia, queda evidenciado claramente por varias cuestiones. Así hay un conjunto de catorce foliáceos con restos de líquenes verdes propios de los yacimientos de superficie, o de materiales expuestos de forma prolongada a la intemperie. Mientras, diecisiete puntas, entre ellas todas las de carácter microlítico presentan restos de la matriz arcillosa propia de un yacimiento cavernícola o situado bajo abrigo. Es esta la misma matriz que presenta la única cerámica del conjunto y algunas de las hachas, lo que puede interpretarse como evidencia de su procedencia cavernícola.

En cuanto a la cronología, las dudas sobre la pertenencia a un único contexto se hacen manifiestas en el momento en el que ha sido posible diferenciar la presencia de al menos tres elementos solutrenses.

Industria lítica pulimentada

Las piezas no muestran siglado más que en un reducido conjunto de piezas que, precisamente, son las que proceden con certeza de un contexto cavernícola. La sigla que muestran realizada a lápiz y que nosotros hemos mantenido en nuestro estudio, así como algunas de las etiquitas presentes son sin duda derivación de los estudios realizados por el equipo de la Universidad de Alcalá de Henares.

El material se encuentra diferenciado en dos bolsas y se acompaña de dos etiquetas:

- 1- Cartulina amarillenta. Manuscrito a lápiz, muy perdido: 590 a 597 Cueva de la Me(ran)dilla Torredelrábano (Guadalajara) Debajo, manuscrito más moderno, bolígrafo Torredelrábano? (tachado) (Guadalajara) Debajo a rotulador negro Torredelrábano (sic)
- 2- Papel blanco (fotocopia del museo reutilizada) en su cara libre, en bolígrafo, manuscrito: Torreón N. Cuerpo 19. Estande D. Sacados: 3 bolsas. Caja 1 (1 bolsa con sílex, 1 con hachas pulimentadas pequeñas, 1 con hachas pulimentadas mayores) 19-XI-84.

El material contenido es el siguiente (Fig. 398):

- 1- Fragmento distal de gran hacha de lamprófido de estructura porfídica de color verdoso. Presenta restos muy perdidos de matriz arcillosa rojiza y huellas de lascados, bien sean estos de uso o derivados de un intento de inutilización de la pieza en su extremo distal. 40 x 65 x 41 mm.
- 2- Fragmento en bruto de fibrolita grisácea. Presenta melladuras. 58 x 35 x 11 mm.
- 3- Hachita de fibrolita blanca. Filo en doble bisel. 42 x 35 x 10 mm.
- 4- Hachita de fibrolita blanca. Filo con un bisel. 35 x 20 x 9 mm.
- 5- Hachita de fibrolita grisácea. Filo en doble bisel. 35 x 17 x 10 mm.

El conjunto siguiente presentaba una etiqueta de cartón del Museo Arqueológico Nacional manuscrita en bolígrafo: 'Cueva de Torredelrábano (Guadalajara)'. Las piezas aparecen sigladas con tinta china directamente sobre las piezas y además presentan manuscrito, a lápiz, una leyenda de ubicación, a veces con la misma grafía que la de la etiqueta general en cartulina amarillenta que acompaña al material.

- 590-Gran Hacha de fibrolita. Filo doble, ambos a doble bisel. Manuscrito a lápiz: Tordelrábano. Cueva Merandilla. 138 x 80 x 18 mm.
- 591- Gran hacha de fibrolita. Presenta filo doble monobiselado en ambos casos. Manuscrito a lápiz Tordelrábano. 145 x 55 x 15 mm.
- 592- Hacha de fibrolita con filo a doble bisel. Manuscrito a lápiz: Tordelrábano. Cueva M(**)andilla. 113 x 60 x 15 mm.
- 593- Hacha de fibrolita con filo recto en doble bisel. Manuscrito a lápiz: Tordelrábano. 74 x 55 x 11 mm.
- 594-Hacha de fibrolita blanca filo en doble bisel. Manuscrito a lápiz: Tordelrábano. 96 x 67 x 16 mm.
- 595-Hachita de fibrolita con filo doble ambos a doble bisel. Presenta restos evidentes de sedimento de matriz rojiza (igual a la de la cerámica) Manuscrito a lápiz: Tordelrábano. Cu(***) M(***)ndilla.
- 596- Hacha de fibrolita con filo a doble bisel. Manuscrito a lápiz: Tordelrábano. 61 x 40 x 11 mm.
- 597-Pequeña hachita de fibrolita blanca. Filo recto en doble bisel. Manuscrito a lápiz: Tordelrábano. 41 x 28 x 10 mm.

Cerámica

En contra de lo que señalaban algunos investigadores (Bueno *et alii*, 1995) en el yacimiento tan sólo aparece un fragmento de cerámica, eso sí, de indudable cronología neolítica.

Como ya hemos explicitado creemos que este fragmento procedería del mismo lugar que algunas de las hachas antes descritas, posiblemente la cueva de la Merendilla.

El fragmento corresponde a un galbo de un recipiente de la **Forma VII** decorado con incisiones e impresiones combinadas en un esquema similar al del tipo **CIVb** (Fig. 397, nº1)

Como conclusión cabe señalar la posibilidad de asimilar los contextos de este yacimiento y el de La Cueva, en la localidad próxima de Bañuelos, que hemos incluido en el catálogo general y que se emplaza en el largo reborde cretácico que se extiende desde Villacadima y las estribaciones de la Sierra de Ayllón hasta la Sierra Ministra, de forma casi ininterrumpida. La homogeneidad de los registros de los diferentes yacimientos localizados en este sector y su claro entronque con los del conjunto del valle de Ambrona dotan de un notable interés a todo un conjunto que permanece, a fecha de hoy, prácticamente sin estudiar.



Fig. 397.- Material procedente de Torredelrrábano (Colección Cerralbo, M.A.N)



Fig. 398.- Material procedente de Torredelrábano (Colección Cerralbo, M.A.N)

LA FLAMENCA 2 (Aranjuez, Madrid)

UTM: 443.200 / 4.430.300

Yacimiento al aire libre situado en la vega del Tajo, a 473 metros s.n.m. Descubierto con motivo de la realización de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. El yacimiento se sitúa en una terraza elevada que bordea la margen izquierda del río Tajo en un sector cercano al interfluvio de este río con el Jarama.

El interés principal de este enclave reside en que, en apariencia, tan sólo muestra evidencias de una ocupación Neolítica (Muñoz López-Astilleros, 2001: 45), con lo que de interés puede tener a la hora de planificar su excavación.

Material arqueológico

No hay un inventario preciso de los materiales recuperados. Este hecho resta valor al estudio del material que no deja de ser una muy somera indicación de la entidad real del yacimiento.

Entre un aparentemente homogéneo conjunto de cerámicas realizadas a mano y de cocciones variadas –tanto oxidantes como reductoras e irregulares– destaca un fragmento de borde correspondiente a un casquete esférico de perfil cerrado (tipo II b de nuestra tipología) decorado con una línea de impresiones oblongas situadas paralelas al borde y bajo este (Fig.399). Si bien Muñoz López-Astilleros (2001: 45) señala que la decoración está realizada a base de incisiones no cabe duda de que se trata de impresiones de las que acostumbran a comparecer en los yacimientos neolíticos próximos.

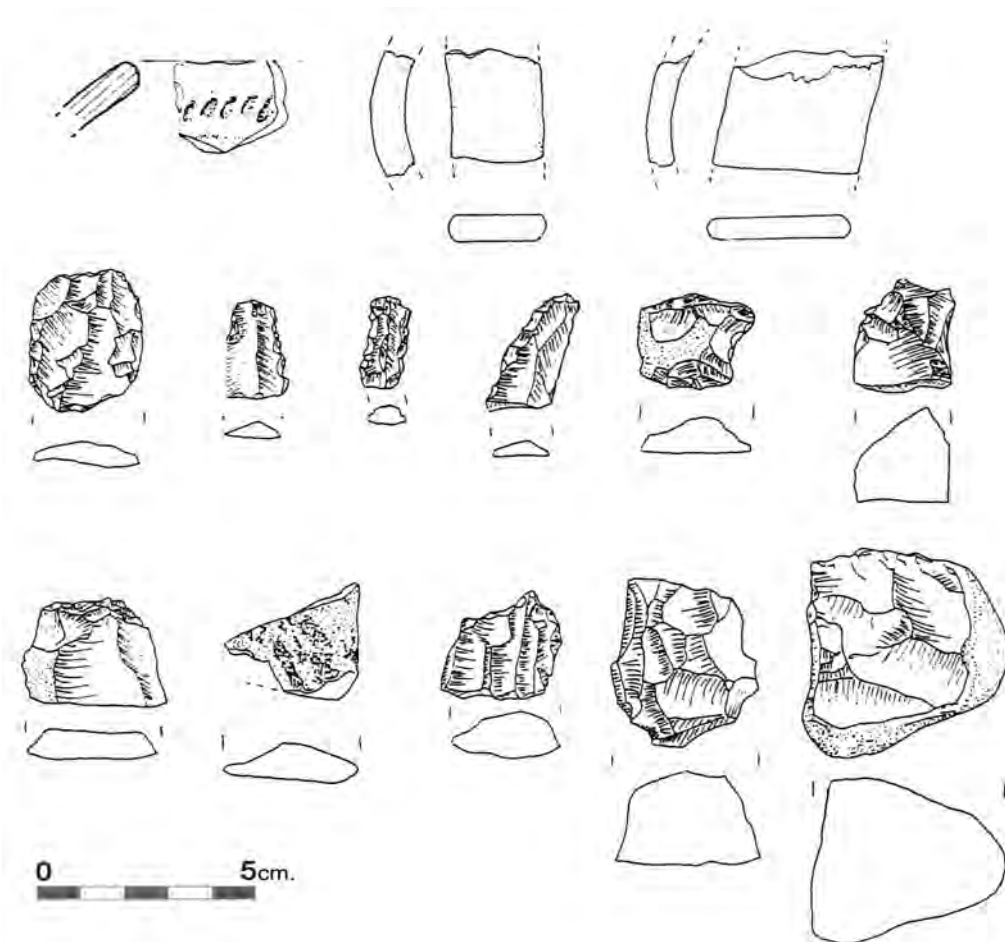


Fig.399.-Material arqueológico procedente de La Flamenca 2, según Muñoz (2001)

Junto a este magro conjunto cerámico se recogió un no menos reducido conjunto de elementos líticos, en su práctica totalidad elaborados en sílex, si bien se recuperaron algunas lascas de cuarzo. Entre los publicados por Muñoz destacan un denticulado elaborado sobre lasca espesa o núcleo, un conjunto de seis láminas y laminitas de sílex y tres núcleos de laminitas muy aprovechados, así como un fragmento de hacha de fibrolita.

Sin duda los elementos más destacados son los restos fragmentados de al menos dos brazaletes lisos, anchos y delgados, de sección rectangular y extremos redondeados. El primero con un diámetro interno de 95 mm. Y el otro de 71 mm realizados, según Muñoz (2001), sobre mármol blanco (Fig. 399), si bien no existe análisis petrológico alguno que lo certifique.

LOS VALLADARES (Cobeja, Toledo)

UTM: 424.500 / 4.435.800

Yacimiento multiocupacional ubicado al aire libre situado en el valle fluvial del Arroyo Guatén, tributario del Tajo por su derecha, a 515 m.s.n.m. Descubierto con motivo de la realización de una recogida superficial de materiales tras la excavación de unas fosas de aparente cronología Calcolítica (Ruíz Fernández, 1975; Muñoz López-Astilleros, 2001: 46) El yacimiento se sitúa lejos del cauce del Arroyo Guatén y próximo a la unión de éste con los arroyos Cansarinos y Tocenagüe.

El enclave presenta al menos dos fases diacrónicas de utilización, una neolítica y otra calcolítica, aunque lo poco definido de la pieza y la posibilidad de que pudiese tratarse de un elemento de sustrato que no tiene por qué indicar, con la certeza que lo señala Muñoz López-Astilleros (2001), la existencia de un poblamiento Neolítico.

Material Arqueológico

De entre los materiales recuperados cabe destacar un único fragmento que nos lleva a sospechar, como ya hiciese Muñoz (2001), que perteneciese a un recipiente de tipología neolítica. Se trata de un fragmento de galbo con decoración acanalada en disposición convergente (Fig.400)

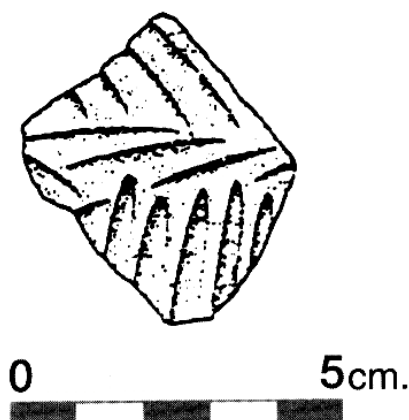


Fig.400.- Fragmento cerámico de tipología neolítica, según Muñoz (2001)

ARROYO MANZANAS (Las Herencias, Toledo)

Se trata de un yacimiento multiocupacional con elementos que señalan cronologías que abarcan desde un impreciso Neolítico –si interpretamos como tal el único fragmento que se presenta- hasta la Edad del Hierro (Moreno Arrastio, 1995: 307, foto 4) en el que aparecen, además, evidencias de campaniforme, decoraciones excisas y de boquique y un fragmento de retícula bruñida.

Material arqueológico

El único material caracterizable como neolítico, y con todas las dudas posibles, corresponde a un fragmento de cerámica decorado con un esquema acanalado metopado. No puede dejar de señalarse la relativa proximidad del yacimiento del Castillo de Las Herencias, al que ya hemos hecho referencia y cuyos materiales, especialmente las cerámicas pintadas, podrían corresponderse a un momento terminal del Neolítico II.

SOTO DEL HINOJAR-LAS ESPERILLAS (Aranjuez, Madrid)

UTM: 450.900 / 4.442.400

Yacimiento multiocupacional ubicado al aire libre situado en la vega del Tajuña, a 484 metros s.n.m. Descubierto con motivo de la realización de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid. El yacimiento se sitúa en una terraza elevada que bordea la margen derecha del río Tajo en el interfluvio de los ríos Tajuña y Jarama, frente a la actual localidad de Titulcia.

Material arqueológico

Entre los materiales recuperados en superficie (Velasco Steidgrad *et alii*, 1985) donde abundan las cerámicas lisas y un conjunto muy reducido de decoradas, se localizó un fragmento de pulsera lisa y estrecha de 'mármol' blanco de sección rectangular, de 70 mm de diámetro interior, así como un conjunto de industria lítica poco significativo pero entre la que menudean algunas laminillas, láminas fragmentadas y algunos núcleos piramidales de extracción de laminillas (Fig.401)

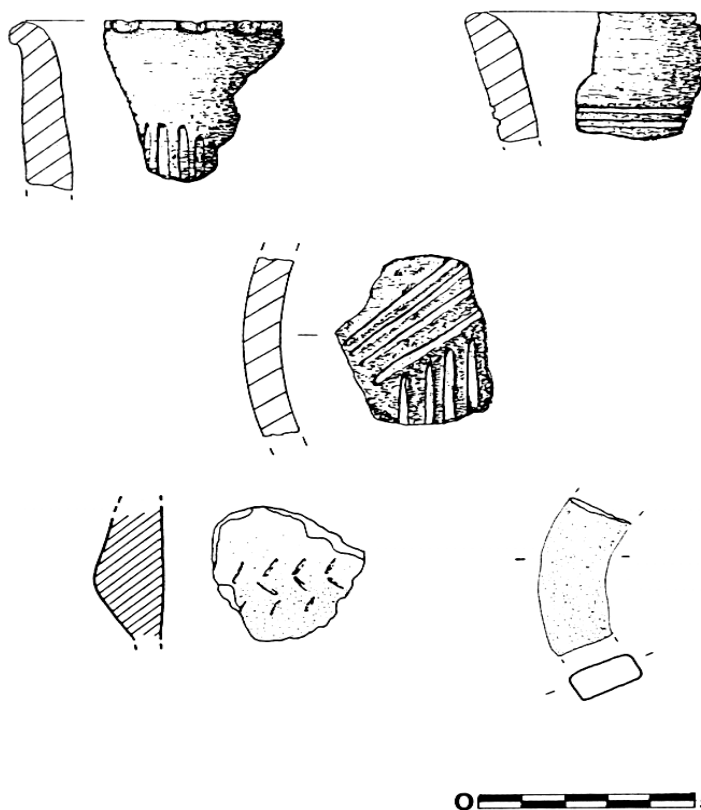


Fig.401.- Selección de material procedente de Las Esperillas, según Muñoz, 2001 y autor.

CERROS DE MINGO MARTÍN (Jarandilla, Cáceres)

UTM: 274.300 / 4.442.500

Poblado ubicado a 507 metros s.n.m., sobre un altozano repartido entre dos cerros situados en una meseta escalonada hacia el interfluvio que forma la vega del arroyo de Valdelaparra en las proximidades de su conexión con la garganta de Jaranda.

Material arqueológico

Los materiales recuperados proceden de prospecciones exhaustivas (González Cordero y Cerrillo Cuenca, 2001). Destacan las cerámicas, siendo escasa la industria lítica. La brevedad y poca concisión de lo publicado impide hacerse una idea nítida del conjunto.

Industria lítica

Es bastante escasa. Destaca el uso mayoritario del sílex. Entre los útiles se documentan algunos geométricos –sin que los autores expliciten el tipo- y algunas laminillas. Entre los elementos pulimentados destaca la aparición de un hacha de gabra.

Cerámica

Entre los recipientes recuperados destacan aquellos correspondientes a las **Formas I, III y IV**, si bien no conocemos datos de proporciones ni de índices de representatividad real. Debemos señalar la existencia entre las formas descritas de algunos elementos de tipo evolucionado que podrían señalar una cronología avanzada dentro del Neolítico II y tal vez estén denunciando la existencia de varias fases de ocupación.

Si bien la muestra procede de recogidas superficiales se ha detectado un 35% de cerámicas decoradas. Entre las técnicas decorativas destacan las impresiones –bien sean estas de tipo “boquique” o simplemente “puntilladas”-. Se han recuperado algunos fragmentos que combinan las pastillitas aplicadas, que no ‘repujadas’, –inmediatas al borde- y las impresiones. Hay algunos fragmentos –escasos- decorados con acanaladuras estrechas y no faltan las incisiones finas que representan siempre esquemas decorativos simples (Fig. 402)

Entre las decoraciones aplicadas o plásticas, aparte de las mencionadas pastillitas se detecta la presencia de cordones de poco resalte –generalmente decorados mediante impresiones digitales-. Los cordones presentan en su disposición direcciones variadas, si bien son más abundantes los horizontales aún cuando no faltan los verticales y aquellos que se cruzan. Los elementos de prensión están representados por algunas asas de cinta y mamelones destacados ubicados bajo el labio. Los bordes presentan morfologías redondeadas y en alguna ocasión redondeada-apuntada.

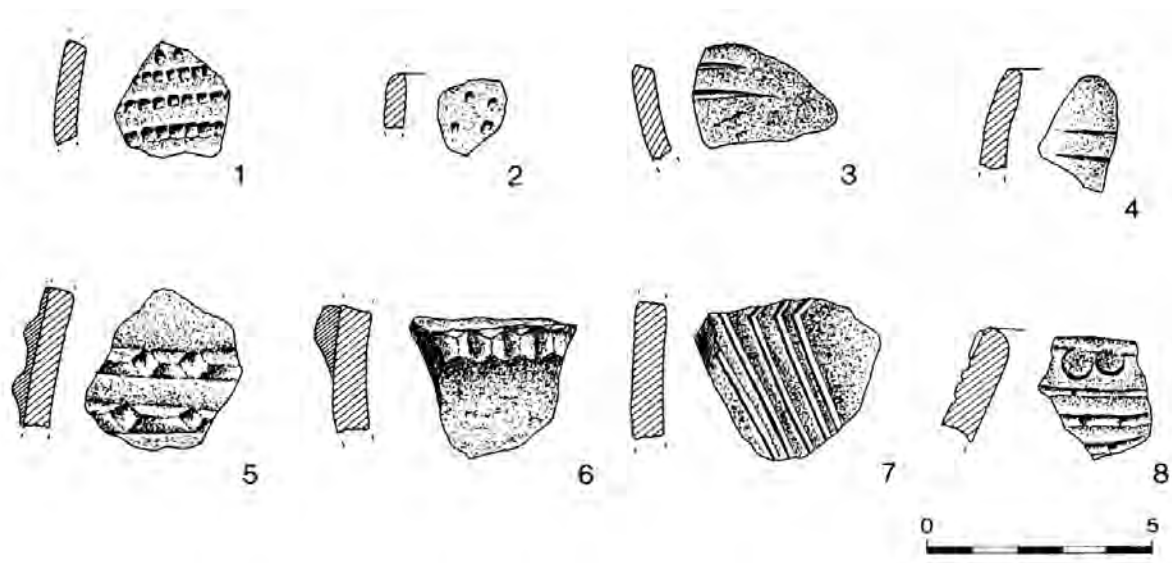


Fig.402.- Material cerámico seleccionado de los Cerros de Mingo Martín, según González Cordero y Cerrillo Cuenca 2001

CERRO SOLDADO Y CERCAPERLA (Jarandilla, Cáceres)

UTM: 277.800 / 4.441.000

Se trata de dos cerretes paralelos y ligeramente destacados sobre un robledal adehesado. La ubicación del enclave implica pensar en un establecimiento en altura –496 metros s.n.m.-.

Material arqueológico

Las cerámicas representadas se corresponden con las **Formas II y IV** -cuencos hemisféricos más o menos hondos, de paredes rectas o ligeramente invasadas- entre las decoradas y los vasos de “fondo de saco”, cuencos y ollas globulares simples entre las lisas. Los bordes son por lo general redondeados o redondeado-apuntados.

Las cerámicas recuperadas son mayoritariamente lisas. Entre las decoradas aparecen, no obstante, algunas piezas de notable raigambre neolítica. Las técnicas decorativas documentadas son los acanalados horizontales paralelos –al menos en una ocasión combinados con campos de impresiones- (Fig.403) y las impresiones digitales sobre el cuerpo de los recipientes –“cerámicas pellizcadas”- siendo minoritarias las cerámicas impresas clásicas del horizonte extremeño.

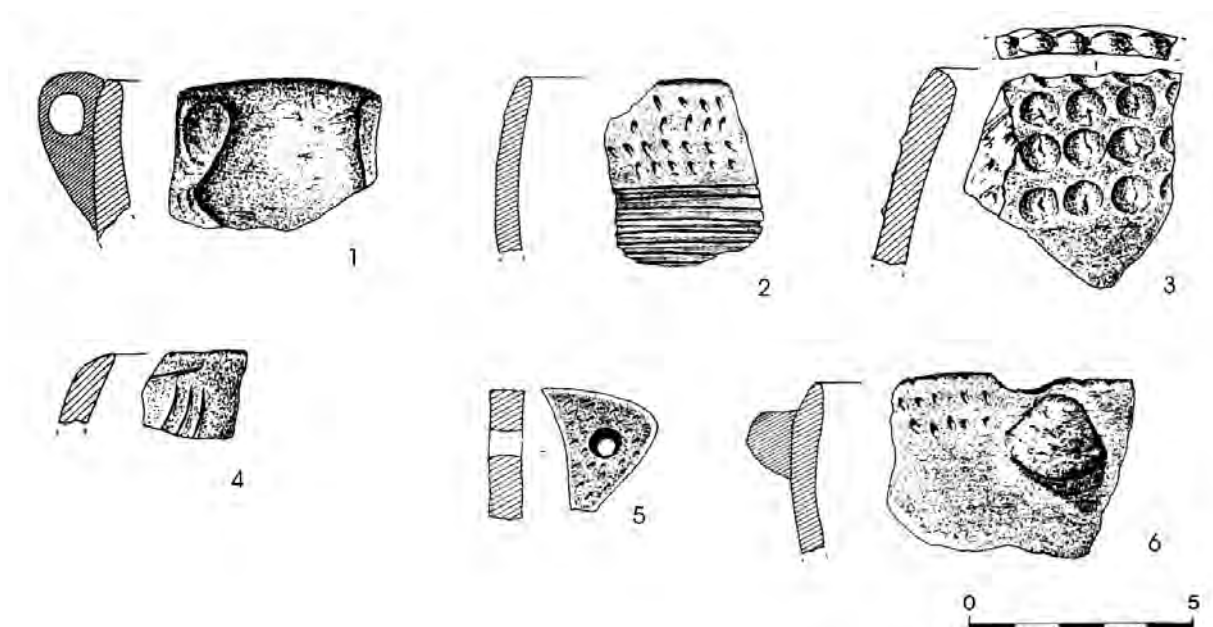


Fig.403.- Material cerámico seleccionado de Cerro Soldado (1-4), Valcaliente (5) y Cerro de las Retuertas (6) según González Cordero y Cerrillo Cuenca 2001

CAPICHUELAS (Jarandilla)

UTM: 274.400 / 4.440.900

Este yacimiento, situado a menos de dos kilómetros de Cerca Antonio se enclava sobre una pequeña zona alomada actualmente muy alterada por la labor de furtivos.

Su máximo interés reside en la presencia casi exclusiva de industria lítica en la que predomina como materia prima el sílex, con un notable derroche de restos de talla formado por lascas, lasquitas y esquirlas que componen cerca del 90% de los elementos recuperados. El 10% restante está formado por piezas tipológicas y retocadas entre las que destacan algunas laminitas, raspadores, muescas y varios geométricos correspondientes a segmentos de círculo (tipo G1)

Lamentablemente lo publicado hasta la fecha no pasa de ser una mera indicación arqueográfica de hallazgos. Debido a ello no poseemos elementos de juicio para valorar de forma correcta la verdadera dimensión del yacimiento ni su correcta adscripción crológico-cultural.

Sus descubridores (González Cordero y Cerrillo Cuenca, 2001:6) hacen referencia, sin aportar muchos datos en los que fundamentarse, a la posibilidad de que se trate de un área especializada de talla lítica.

Si bien es muy poco representativa se ha detectado la presencia de restos de cerámica caracterizados por cuerpos de cerámicas lisas de diversa factura entre las que menudean las asas de sección tubular.

LA CAÑADILLA (Valdehúncar, Cáceres)

U.T.M.: 280.800 / 4.410.800

Yacimiento enclavado a 385 metros s.n.m. en un espigón del ribero del Tajo, caracterizado por el encajonamiento del curso fluvial que ha abierto en la roca granítica un áspero barranco o canchalera que, al desprender grandes moles, ha producido la creación de abrigos rocosos. En el caso de La Cañadilla el hábitat –que ocupa una extensión de 2 Ha.- se localiza desde una pequeña elevación rocosa con amplio dominio sobre el río hacia la ladera oriental donde se forma el interfluvio del Arroyo de La Cañadilla y el Tajo.

Material arqueológico

El conjunto material recuperado es bastante magro. Esto se debe no sólo a su procedencia de labores de prospección, sino sobre todo al efecto erosivo del Pantano de Valdecañas que ha arrasado la práctica totalidad del yacimiento.

Industria lítica

Es abundante y está elaborada en su práctica totalidad sobre sílex. La presencia de nódulos y núcleos –las más de las veces con evidencias de extracción laminar- conducen a suponer la talla en el propio yacimiento. De lo recuperado tan sólo el 13% puede ser considerado tipológicamente significativo, mientras que el 87% restante corresponde a desechos y restos de talla.

El soporte industrial es mayoritariamente laminar, abundando las láminas talladas o sin tallar (LS) que en pocas ocasiones superan los 30 mm de longitud. Entre los geométricos destaca la presencia al menos de un segmento (G1) y un trapecio frustrado (Fig.404). También están representadas –ahora en sílex de menor calidad o en cuarzo hialino- y en morfología lascar las muescas y denticulados destinados a servir como elementos de hoz, dentro del formato del EEUC.

La piedra pulimentada está representada por dos azuelas, tres hachas –una de ellas con surco central paralelo al filo-, una ‘pesa de red’ con escotaduras laterales –de las denominadas antaño como ídolos violín- y dos molinos de granito (Fig.404).

Entre los elementos destacados debemos señalar la presencia de fragmentos de cuarzo cristalizado en formato prismático, algunos con estimas de talla que los acercan al concepto de UAD y otros en estado bruto, sin talla, así como los restos de ocre y lemolitas con notables huellas de abrasión y desgaste intencionado.

Entre los elementos de adorno realizados en piedra destaca la recuperación de al menos un fragmento de brazalete circular, de sección cuadrada, realizado sobre pizarra intensamente pulida y que presenta una perforación en uno de los extremos conservados (Fig.404) y que se asemeja a aquella otra pieza, similar, recuperada en el enclave soriano de La Revilla del Campo (Fig.119).

Cerámica

Las formas cerámicas representadas son simples, destacando notablemente los recipientes de la **Forma II** si bien por los materiales publicados puede colegirse la compacidad de la práctica totalidad del repertorio formal con una muy escasa representación de la **Forma VII** así como de los fondos cónicos propios de la **Forma V**.

En cuanto a los bordes destacan los redondeados –más del 40%- seguidos de los planos (23%), biselados y apuntados (16% respectivamente).

Existe una notable diferencia en el porcentaje de las cerámicas decoradas (58%) sobre las lisas (42%) (González Cordero, 1999:533), aún cuando el recuento general esté realizado sobre una

muestra recuperada en prospección y con seguridad sujeta al sesgo de la selección previa e intencionada de los restos.

Las técnicas decorativas presentes están dominadas por las impresiones simples (16%) incluidas las de boquique. También son abundantes las impresiones digito-unguladas realizadas sobre cordones aplicados (36%) y aunque no muy abundante se documenta la técnica incisa (3%) y casi en ninguna ocasión la acanalada. Los cordones lisos, aunque presentes, tampoco son muy abundantes (3%)

Los elementos de prensión documentados se circunscriben a perforaciones y algunos mamelones circulares y ovales dispuestos bajo el borde. No se documentan asas de cinta.

Entre las cerámicas hay un importante conjunto que presenta restos de engobes rojizo-anaranjados a modo de aguadas.

No podemos dejar sin señalar que la asociación de las pesas de red y las hachas con acanalados de engarce a contextos Calcolíticos en otros sectores aguas arriba del Tajo debe ser tenido en cuenta a la hora de valorar en su justa medida este yacimiento.

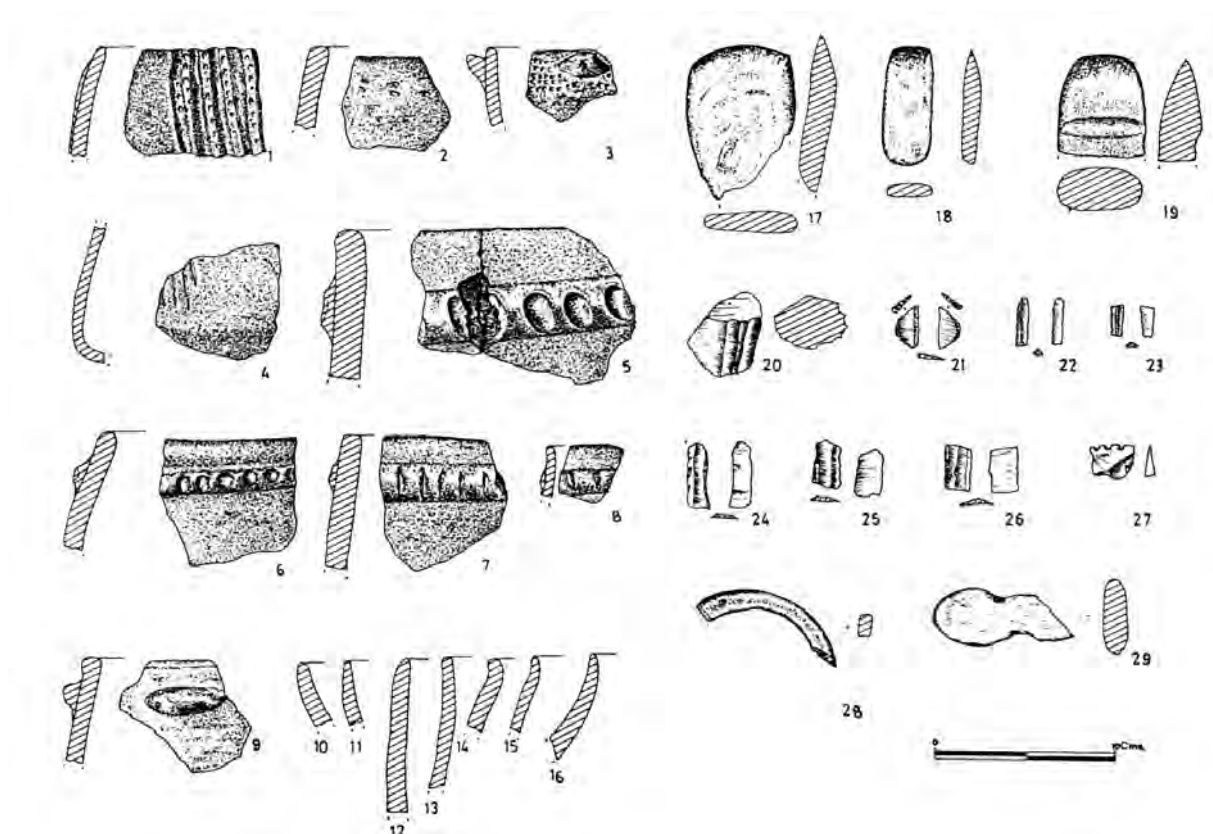


Fig.404.- Material recuperado en La Cañadilla, según González Cordero, 1999

CANCHERA DE LOS LOBOS (Valdehúncar, Cáceres)

U.T.M.: 282.800 / 4.410.800

Yacimiento situado a poco más de 2 kilómetros del anterior, en este caso a 327 metros s.n.m., sobre un escalón natural del terreno que ha sido completamente arrasado por el Embalse de Valdecañas.

Este emplazamiento destaca respecto al anterior por su aparente escaso interés estratégico. Ahora es más importante el acceso inmediato al agua y a los recursos económicos que el interés efectivo por el control territorial.

Material arqueológico

No es muy abundante pero sí destacado. Todo el material fue afectado por la acción de las aguas del pantano de Valdecañas, quedando tras su arrasamiento disperso por un área superior a los 100 m². Destaca porcentualmente la cerámica que supera en número a los restos líticos recuperados.

Industria lítica

Presenta una tipología similar a la de La Cañadilla, esto es, dominada por la morfología laminar –en especial hojas y hojitas con o sin retoques– si bien destaca la variación en la tipología de los geométricos dominados ahora por los de carácter trapezoidal y en especial los del tipo G2 (Fig.405) (González Cordero, 1999: 535)

Entre los elementos pulimentados se detectaron un fragmento de moledera y una muela de moler en granito, así como dos hachas de pórfido y dos hachas de sillimanita (Fig. 405)

Cerámica

De nuevo llama la atención el alto porcentaje de elementos decorados (60%) sobre el total de la cerámica recuperada. Esta llamada de atención es más notable cuando atendemos a la distribución de las decoraciones que implica, por norma general al tercio superior del recipiente, lo cual es una evidencia de la selección de la muestra recogida.

Entre los perfiles reconstruibles documentados destacan los correspondientes a la **Forma II**, con presencia de elementos de la **Forma I** y en menor medida de la **Forma IV**. Llama la atención la concurrencia de grandes recipientes globulares de borde entrante que presentan un mamelón perforado verticalmente dispuesto inmediatamente bajo el borde y desde el que se desarrolla un cordón horizontal impreso.

En las técnicas decorativas es absoluto el predominio de las impresiones simples de tipología variada entre las que abundan las decoraciones de boquique y las realizadas sobre cordones aplicados de escaso resalte. La ausencia de incisiones y acanalados es total.

Los esquemas decorativos son, una vez más, sencillos y se circunscriben al tercio superior del recipiente, en bandas horizontales paralelas del tipo **A1c** que en ocasiones se asocian a bandas verticales de impresiones (Fig. 405)

Al menos un 15% de las cerámicas lisas presentan restos de aguadas de colorante rojizo o anaranjado similar al descrito en La Cañadilla (González Cordero, 1999: 535)

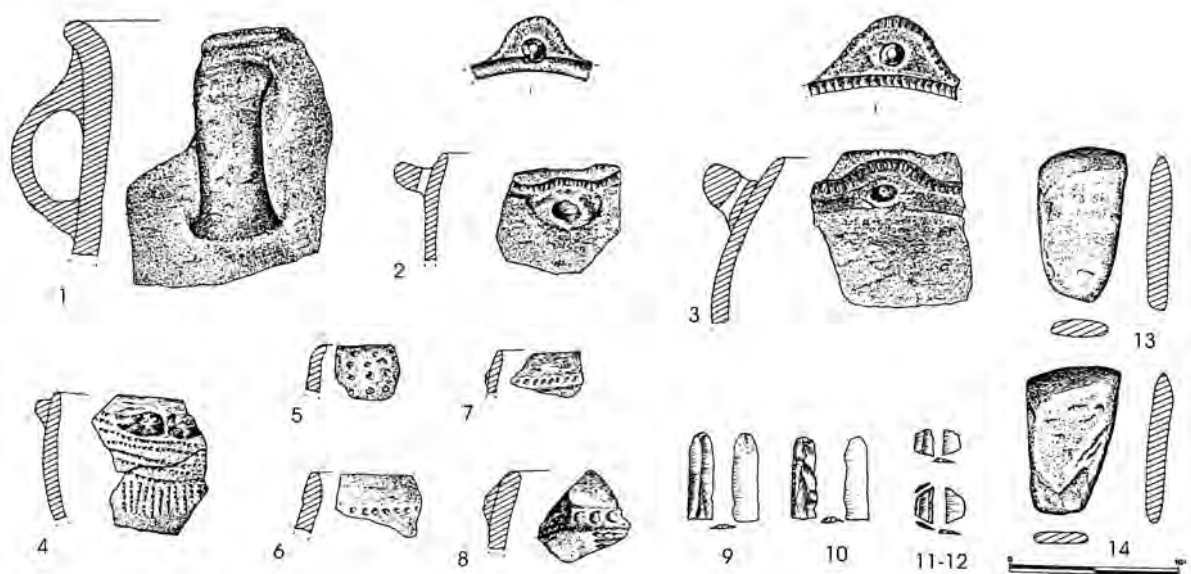


Fig.405.- Material recuperado en la Canchera de Los Lobos, según González Cordero, 1999

LA MURALLA (Valdehúncar, Cáceres)

UTM: 288.400 / 4.410.500

Yacimiento multiocupacional ubicado a 320 metros s.n.m. con evidencias de dilatada cronología que abarcan desde un impreciso momento neolítico hasta época medieval (González Cordero y Quijada González, 1991; González Cordero, 1999) En prospección se recuperó un único fragmento de cerámica decorada con técnica de boquique, varias hachas y azuelas y un rico conjunto de materiales líticos formado por láminas, laminitas, perforadores, muescas y un muy nutrido conjunto de geométricos. Entre estos últimos dominan los de carácter trapezoidal y en especial los del tipo G2 y G4 si bien están representados ciertos elementos triangulares del tipo G9 y G18 (Fig.406)

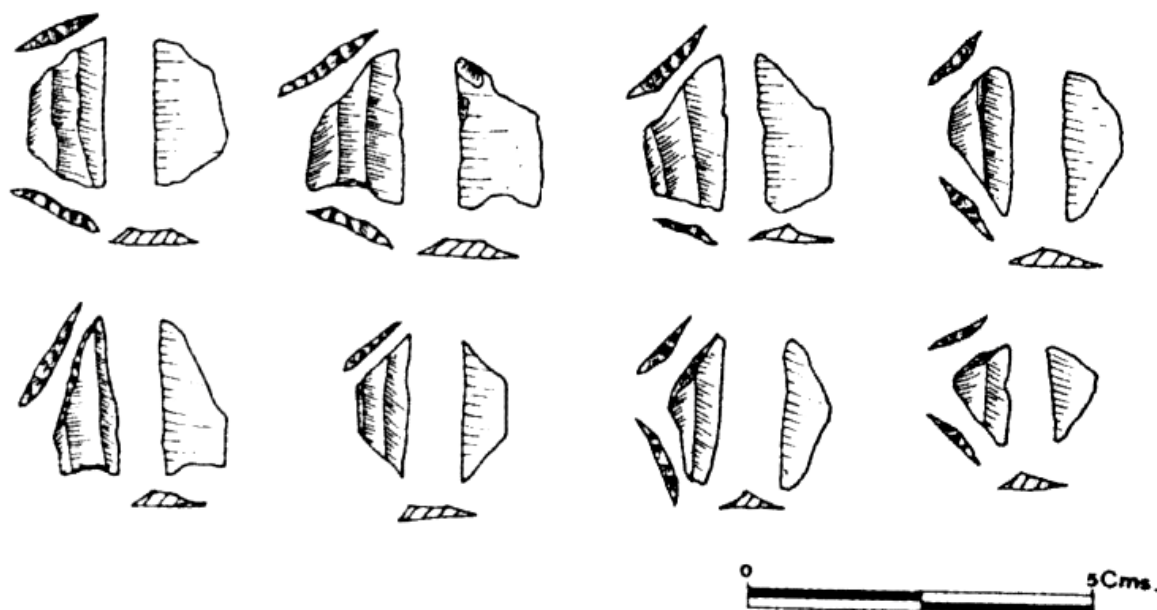


Fig.406.- Conjunto de geométricos recuperados en La Muralla, según González Cordero, 1999)

HALLAZGOS DISPERSOS, AISLADOS Y SIN REFERENCIAS PRECISAS

EXTREMADURA

Tanto en la bibliografía como en los Servicios de Arqueología de la Junta de Extremadura existen datos procedentes de prospecciones y hallazgos casuales que, en la mayor parte de las ocasiones resultan imprecisos o demasiado ambiguos en sus atribuciones cronológicas y culturales.

CERRO DEL COLLADO DE VALCALIENTE

Presenta especialmente cerámicas lisas, restos de talla de sílex y un único fragmento decorado correspondiente a una orejeta plana perforada que muestra en su superficie externa impresiones sub-triangules.

CERRO DE LAS RETUERTAS

De este paraje procede un fragmento de cuenco hondo de borde ligeramente invasado que presenta un mamelón destacado dispuesto bajo el borde y en torno a él motivos impresos dispersos y profundos.

EL CINCHO

De este yacimiento se conserva, junto a una ingente cantidad de materiales del Bronce Final, un segmento de círculo y un fragmento de brazalete circular realizado en pizarra. González Cordero y Cerrillo Cuenca (2001:6) atribuyen estos elementos a un posible sepulcro destruido por las labores agrícolas. No obstante, teniendo en cuenta lo reducido de la muestra y la ubicación del yacimiento

–justo en el interfluvio que forma la desembocadura del Arroyo del Cincho en el Tiétar- muy similar a la habitual ubicación de los yacimientos neolíticos meseteños nos hace suponer que bien pudiera tratarse de uno de aquellos yacimientos multiocupacionales similar a los localizados en otras áreas de la Meseta.

CHARCO DE PESCADORES

Interesante yacimiento en el que se aprecia un repertorio de cerámicas decoradas con acanalados horizontales y verticales muy similares a las localizadas en gran parte de los yacimientos del interior de la Península Ibérica.

INCIERTOS Y DE DUDOSA ATRIBUCIÓN CULTURAL

Los yacimientos comprendidos en este apartado proceden en su mayor parte de los inventarios regionales y de publicaciones diversas en las que se denuncia su adscripción neolítica sin ofrecer datos concretos. Este hecho nos ha motivado a incluirlos en este apartado. Esta decisión ha sido tomada aún a conciencia de que muchos de ellos podrían no ser yacimientos neolíticos, pero el interés de su constancia de cara a futuras revisiones ha primado en todo caso.

A. González Cordero y D. Quijada presentaron en su síntesis sobre el Campo Arañuelo (1991) un total de 118 yacimientos de adscripción correspondiente al Neolítico-Calcolítico. Para estos autores poseerían una cronología avanzada dentro del Neolítico, además de algunos de los yacimientos que ya hemos tratado, los de Cueva de Maltravieso (Cáceres), Peña Aguilera (Montánchez), Atambores (Zarza de Montánchez), La Oliva (Plasencia), Santa Olalla (Cilleros), Canchos de la Muralla (Garrovillas), Casas de Belvís y Los Castillejos II (Plasenzuela). Este catálogo se completa con los yacimientos de Cerro del Acehuche (Plasenzuela), La Guada (Navalmoral de la Mata), Las Monjas (Berrocalejo), Junta del Píbor (Bohonal de Ibor), El Baldío (Jarandilla), Navalunga (Peraleda de San Román) y El Pedazo (Casatejada), según la última síntesis de González Cordero (1999).

Si incluimos en este listado el conjunto dolménico el número de yacimientos se multiplica exponencialmente. Así, en la síntesis de González Cordero y Quijada González (1991:67) se inventarian 151 estaciones megalíticas a las que debemos incluir nuestros descubrimientos en Montehermoso (Ruiz Gálvez, 2001; Jiménez Guijarro, 2001 a) y Malpartida de Plasencia (Jiménez Guijarro, 2001 b) que elevan el total de yacimientos a 155.

En esta dispersión de monumentos megalíticos se advierten dos grandes concentraciones, una en torno a la cuenca del río Sever hacia su interfluvio con el Tajo, y otra en el área de influencia del río Salor hacia su interfluvio también con el Tajo. Si bien en ambos casos hay evidencias a ambos lados del Tajo no puede dejar de llamarse la atención acerca de que estas presencias son minoritarias en el extremo Norte del Tajo si tenemos en cuenta el más que destacado conjunto que se agrupa al Sur de este río. Aguas arriba del río Salor se atestigua una importante concentración a los pies de la Sierra de San Pedro que articula el paso hacia la Baja Extremadura en tierras ya pacenses y no por ello menos dolménicas –conjuntos de Villar del Rey-La Roca de la Sierra-.

Sin duda estas dos grandes concentraciones tienen su origen en que es allí donde se han centrado los estudios de campo más intensos. No obstante se puede observar la existencia de otras agrupaciones más reducidas entorno a otras grandes cuencas como las del Alagón y Arrago – núcleo de Hernán Pérez- a la salida de las Sierras de Hurdes-Gata que articulan el tránsito entre ambas submesetas, o a ambos lados de la cuenca baja del Alagón en su interfluvio con el Jerte – caso de los núcleos de Montehermoso y Carcaboso-. Aguas arriba del Jerte, a los pies de las últimas estribaciones de Gredos y buscando también la zona de paso hacia la Submeseta Norte se encuentra el núcleo del Jerte –Cabezuela del Valle y Navaconcejo- y en el valle vecino, el del Tiétar, el núcleo de La Vera, una vez más dispuesto longitudinalmente a lo largo del corredor natural que articula el tránsito hacia los pies de la vertiente sur de Gredos.

Un no menos importante núcleo se concentra en la vertiente Sur del Tajo en torno al tránsito hacia las tierras toledanas –agrupaciones de Peraleda de la Mata-Bohonal de Ibor- que serán la relación natural con el conjunto toledano de Azután-La Estrella.

CASTILLA- LA MANCHA

El inventario Provincial señala un total de 56 enclaves catalogados como de adscripción Neolítica, de ellos 17 corresponden a estaciones con arte rupestre esquemático. Algunos de estos yacimientos inventariados ha sido tratado con detalle en esta obra, otros, sin embargo, presentan notables dificultades para ser incluidos en este estudio.

Para estos últimos en la mayor parte de las ocasiones no hay referencias precisas o bien lo único publicado es un magro conjunto material poco preciso o por el contrario un conjunto material heterogéneo que denuncia la existencia de varias fases de poblamiento.

Uno de los principales problemas que detectamos en Castilla La Mancha es la ausencia real de prospecciones sistemáticas de cobertura total. Esto permite augurar un prometedor futuro para algunas provincias en las que los descubrimientos de los últimos años están ofreciendo datos de gran interés.

Así los programas de cerramiento de algunos yacimientos con pinturas esquemáticas de Ciudad Real han permitido poner de relieve la existencia de materiales arqueológicos de clara raigambre neolítica (Fig.407) en el **Abrigo de La Jalbegada**, en San Lorenzo de Calatrava, donde comparecen, además, pinturas del ciclo levantino (Fernández *et alii*, 2006:344, fig. 3)



Fig. 407.- Cerámica decorada procedente del corte 4 de La Jalbegada.(cambiar)

Entre la heterogénea colección de materiales recuperados en el enclave de **La Vega de Los Morales** (Aldea del Rey, Ciudad Real) (UTM;:426.600 / 4.287.300) podrían distinguirse algunos elementos de clara raigambre neolítica, sobre todo los cinco geométricos clásicos entre los que destacan los elementos trapeziales (G2,G6) con buena representación, no obstante de los triangulares (G11, G14) y una muy escasa presencia de segmentos (G1) en todos los casos con retoques abruptos, sin evidencias de doble bisel.

No desentona con esta industria la presencia de algunos elementos de substrato como las laminillas de borde abatido (Iba), un buen conjunto de piezas con muesca, un poco numeroso pero significativo conjunto de raspadores microlíticos y algunos perforadores típicos del horizonte neolítico (Fig.408) Llama la atención el nutrido conjunto de foliáceos, destacando la presencia de puntas microlíticas (Fig.408), sin duda el elemento tipológico mejor representado del yacimiento – hecho que no podemos sustraer al interés que este tipo de piezas levanta entre los coleccionistas y aficionados, lo que puede ser el motivo de su alta representación-. Entre los elementos recuperados se advierte una muy escasa representación de los buriles (Vallespi *et alii*, 1985)

La presencia más destacada, por el valor indicador que la investigación ha prestado a este tipo de elementos, es la de un fragmento de brazaletes liso de ‘mármol’ (Fig.409)

Del repertorio cerámico resulta complejo obtener una adscripción que no fuese forzada. Algunas de las piezas mostrada en la obra de referencia podrían entroncar con momentos muy avanzados del Neolítico II, tal vez incluso ya dentro del cambio cultural como denuncian ciertos tipos cerámicos evolucionados entre los que no faltan los típicos bordes almendrados y engrosados definidores del denominado Calcolítico y que acompañan a piezas de la Forma III tendentes hacia la forma evolucionada del plato o fuente, elemento este propio de las fases terminales del Neolítico II y de los primeros compases de la Primera Edad de los Metales.

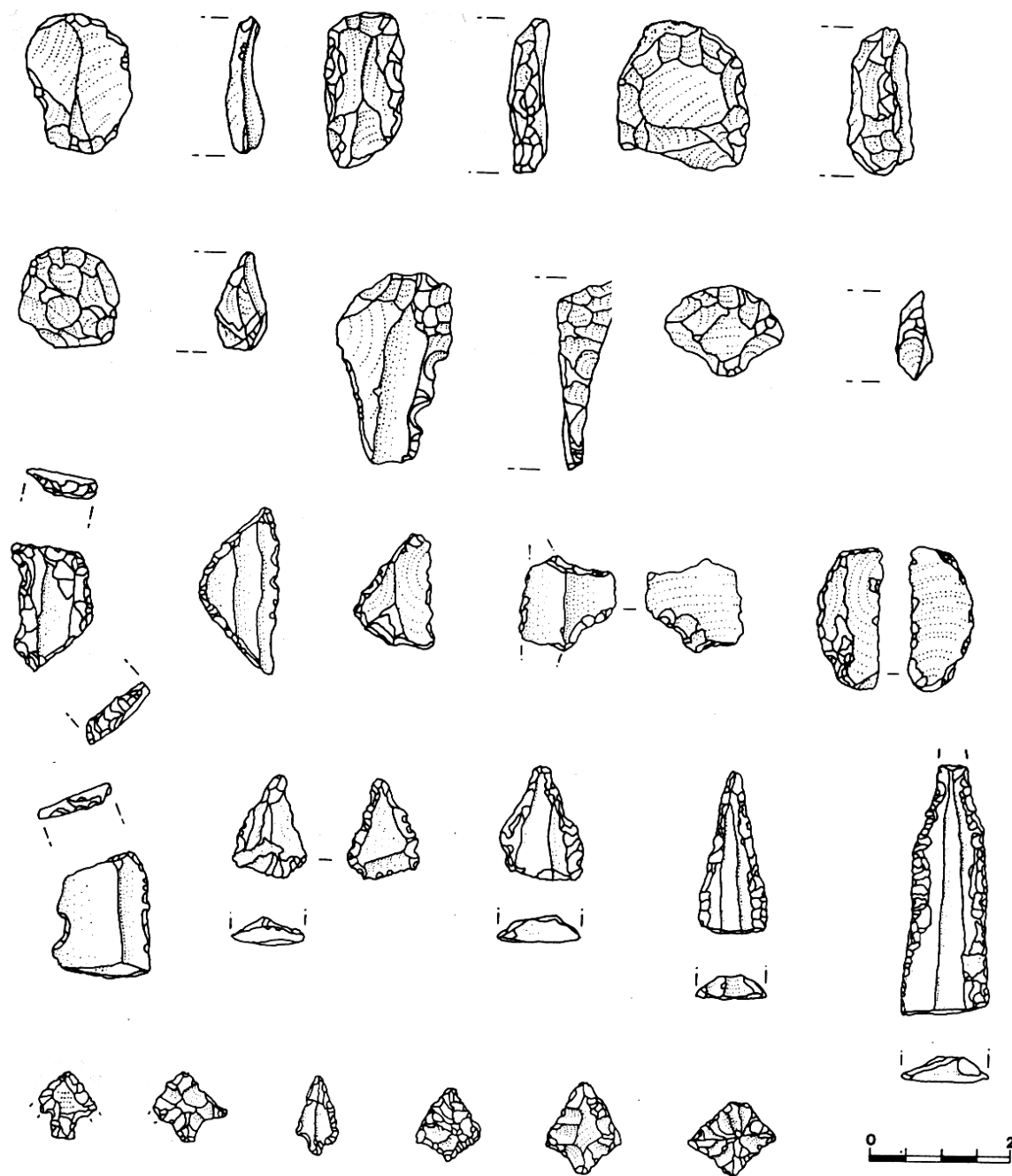


Fig.408.- Selección de elementos líticos de La Vega de Los Morales, según Vallespi et alii, 1985

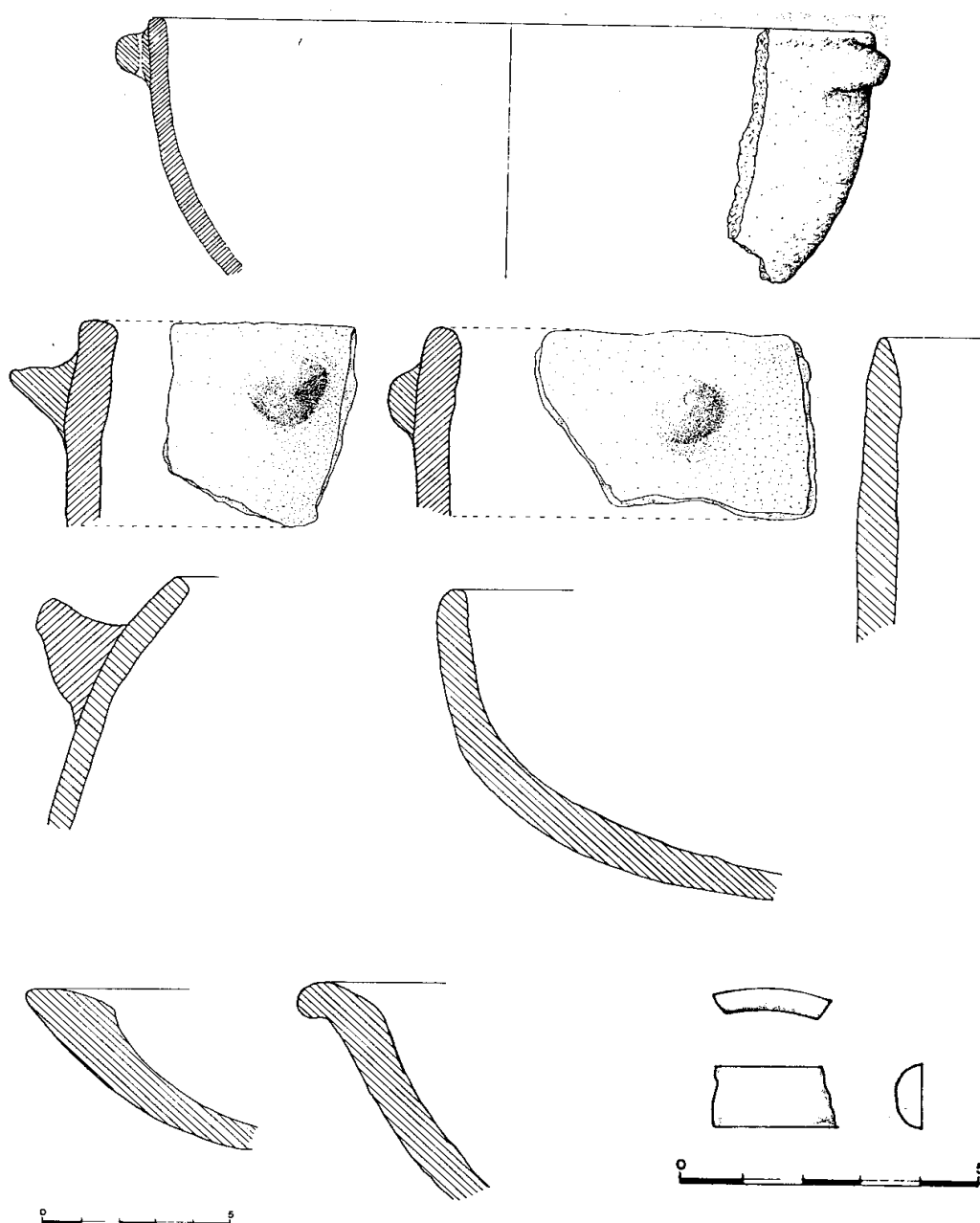


Fig.409.- Cerámicas y fragmento de brazaletes de mármol de La Vega de Los Morales, según Vallespí et alii, 1985

Un caso particularmente interesante es el del yacimiento de la **Cueva Santa** (Caudete, Albacete), no sólo por su material cardial clásico (Fig.410) sino por su propia ubicación. Es un yacimiento del que se cuenta con una parca información lo que, infravalorando su interés, impide una valoración más que aproximativa.

Sin duda el elemento que más juego nos ofrece es su propia ubicación, administrativamente en las tierras albaceteñas pero geográficamente volcada hacia la cuenca levantina, cerrándose con los altos de la Sierra de Oliva o Santa Bárbara el paso hacia las tierras meseteñas terminales de Almansa y relacionándose de forma directa con la cercana cuenca del Vilanopó y en especial con los yacimientos mesolíticos de Huesa Tacaña o los cardiales de Casa de Lara y Arenal de la Virgen, todos ellos en la localidad alicantina de Villena (Soler García, 2002)

A este hecho puede unirse el si en realidad el yacimiento de Caudete puede ser entendido desde el punto de vista geográfico como una evidencia de una de las posibles vías de penetración hacia la

Meseta o por el contrario si estamos, como nosotros pensamos, ante una prolongación del círculo levantino hasta las estribaciones serranas de La Oliva –dentro del conjunto de la Sierra del Cegarrón. A favor de esta última postura estaría la información de Soler García (2002) Así, debemos tomar el yacimiento de Cueva Santa, al menos hasta que avancen lo necesario las investigaciones arqueológicas en la actual provincia de Albacete, como uno de los puntos más interiores del mundo levantino. No creemos, con sinceridad, que existiese ni una diferenciación tribal, ni cultural, ni cronológica entre los habitantes de los yacimientos de Casa de Lara y Arenal de la Virgen y aquellos que frecuentaron Cueva Santa, si es que no fueron incluso los mismos.

Los paralelos de este tipo de cerámicas y esquemas son, no obstante, cada vez mayores como demuestran los yacimientos de Numancia de La Sagra, Mesegar de Tajo o Verona II.

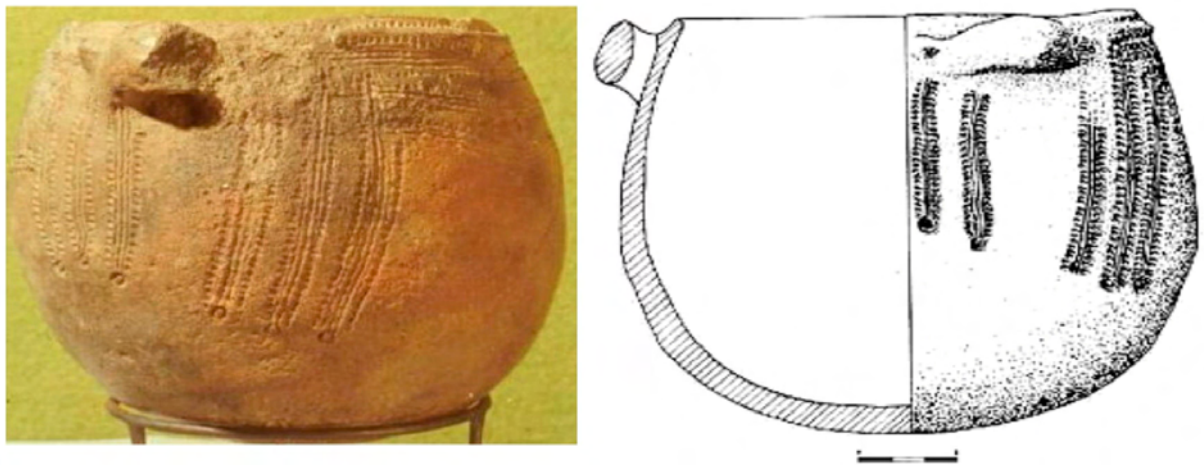


Fig.410.- Cerámica cardial procedente de Cueva Santa, según Sanz Gamo et alii, 1989 y Hernández y Simón.

4. CUENCA DEL JÚCAR

4.1. ABRIGO DE VERDELPINO (Verdelpino de Cuenca, Cuenca)

UTM: 577.500 / 4.444.900

Yacimiento multiocupacional ubicado en un abrigo rocoso abierto en el tramo final de las calizas mesozoicas que forman el barranco estrecho y no muy extenso por el que discurre, encajonado, el arroyo de Valdecabras, tributario del Júcar.

El abrigo se encuentra situado a 1069 metros s.n.m y en cuanto a su ubicación estratégica es interesante resaltar que se encuentra emplazado en la zona de contacto entre los últimos cañones encajados de la Sierra de Valdecabras –parte de la Serranía de Cuenca- y las llanadas del Júcar, compuestas de rellenos aluviales cuaternarios con buenas cualidades agrícolas. Tiene a escasos metros zonas adeshadas y de aprovechamiento agrícola si bien su máxima potencialidad es de carácter cinegético.

Se trata sin duda alguna de uno de los yacimientos más interesantes y más polémicos del interior peninsular. Polémica y fama que, aún a pesar del tiempo transcurrido y del notable avance de la investigación se han mantenido abiertas.

El yacimiento fue descubierto a inicios de los años 70 por D. Francisco Suay, Conservador del Museo de Cuenca, quien puso el hallazgo en conocimiento de D. Martín Almagro Basch. Éste, con motivo de las obras de construcción de una pista de acceso a la Ciudad Encantada, señaló a algunos miembros del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense la necesidad de llevar a cabo una intervención de salvamento (Fernández Miranda y Moure Romanillo, 1974: 311) Esta primera intervención y el interés de los materiales recuperados motivaron la realización de nuevas campañas de excavación que a continuación extractamos.

En el año 2004 llevamos a cabo una exhaustiva revisión de los materiales arqueológicos depositados en el Museo Arqueológico Nacional. Nuestra sorpresa fue mayúscula al comprobar la existencia de notables y serios problemas asociados al material, no tanto en su conservación, como sobre todo en su proceso de estudio, siglado e inventario posterior a las intervenciones arqueológicas. Estos errores resultaban además evidentes en el material publicado y sobre el que se construyeron las hipótesis que sustentaron tres décadas de polémica. Estos problemas implicaban a materiales de todo tipo, pero muy especialmente a la coherencia de su posición estratigráfica e incluso a la adscripción correcta de algunos útiles y su ubicación dentro de la estratigrafía. Notamos serios problemas en el conjunto de siglas, donde la correspondencia con los materiales publicados era equívoca o incoherente y en ocasiones parecía estar manipulada, no alcanzamos a entender si de forma inocente o intencionada. Así, por ejemplo, en el siglado, la correspondencia a niveles respecto a las etiquetas de bolsa y caja y a los inventarios incluidos en las publicaciones no es la lógica sino que parece estar realizada de forma inversa: así, V2/0, es Corte 2, Nivel III y V1/I, es Corte 1 Nivel II, mientras que V2/II, es Corte 2, nivel I. Seguramente este hecho motivó algunas de las incongruencias y erratas que hemos podido advertir. Así, algunas de las cajas en las que se guardó el material una vez limpio y seleccionado y que actualmente se conservan en el Museo Arqueológico Nacional presentan tachones que evidencian estos errores, como sucede con la caja que señala, en su tapa, **“VALDECABRAS- Corte 2/ Nivel 3 (Tachado) al lado a bolígrafo Nivel IV (Útiles) Contiene material siglado: V/II/3/**”**. Más importante parece el error de la caja que contuvo el polémico material cerámico procedente de un supuesto nivel ‘mesolítico’ cerámico y que indica **“VALDECABRAS- CORTE 2- NIVEL 3 (tachado) y al lado: 4- Cerámica”**. Estos ejemplos contrastan con otros en los que se aprecia una asignación de nivel totalmente diferente: **“CAJA 4- VERDELPINO (CUENCA) CORTE 2, NIVEL I”** que contiene sin embargo materiales siglados como V2/I/**. Quizás una de las pruebas concluyentes sea que en la caja siglada como **“Verdelpino Corte 2, Nivel 3 (tachado) Nivel IV. Dibujado útiles”** se incluye una etiqueta manuscrita original que señala: **“Verdelpino Corte 2 Nivel 3”**, mientras que todo el material aparece siglado como V/II/3.

Creemos que estas son evidencias notables de la ausencia de rigor y criterio en esta intervención y sobre todo en el posterior tratamiento y procesado de la información; faltas estas derivadas quizás de errores que lamentablemente se perpetuaron en la bibliografía y que han dado lugar a una agria polémica que derivó en la pérdida de interés de un yacimiento tan notable e interesante como el este. Hoy en día, la certeza de la invalidez general de sus dataciones radiocarbónicas –por error de muestreo y falta de rigor en el control acerca de la verdadera adscripción cronoestratigráfica de lo que fue objeto de análisis radiocarbónico- nos obliga a tratar este enclave no como un elemento

destacado, sino como un yacimiento más muy y en este caso desafortunadamente excavado e interpretado.

Pero aún hay más, algunas de las piezas incluidas en la publicación de Fernández-Miranda y Moure Romanillo (1975) evidencian, una vez analizadas directamente, que su ubicación estratigráfica era errónea. Así, en la figura 13 de la publicación señalada, la mayor parte de las piezas que se atribuyen al Nivel III del corte 2 corresponden según su sigla al Nivel IV (V/II/3/) Además, en la Figura 17, el material atribuido al Nivel III del Corte 2 corresponde en realidad a diferentes niveles, estando además algunas de las piezas mal orientadas (caso de la Fig. 17.1 –que está orientada al revés-) Así, por ejemplo, a la pieza de la figura 17.9 le corresponde la sigla V/II/3/310, esto es, perteneciente al Nivel IV, mientras que a las piezas 1 y 8 de la Figura 17 les corresponden respectivamente las siglas V/2/II/221 y V/2/II/249, y por lo tanto procederían del Nivel I.

Intervenciones arqueológicas

Desde su descubrimiento se llevaron a cabo en el yacimiento cuatro intervenciones arqueológicas. Estas fueron realizadas entre 1972 y 1983 por diversos equipos dentro de las campañas que a continuación extractamos (Figs. 421 y 422)

Campaña de 1972

Fue dirigida por M. Fernández Miranda y A. Moure Romanillo. Esta campaña fue breve, de carácter evaluativo. En ella se abrieron dos cuadrículas a modo de cortes estratigráficos destinados no sólo a la documentación de las diferentes fases de uso –diacrónicas- del abrigo, sino a la detección de diferentes áreas funcionales. Esta campaña permitió establecer la secuencia estratigráfica, obtener las dataciones radiocarbónicas y construir el andamiaje básico de la secuencia crono-cultural del yacimiento que se ha mantenido prácticamente sin variaciones hasta la actualidad. En esta campaña quedaron planteadas (Fernández Miranda y Moure Romanillo, 1974 y 1975) las interpretaciones básicas sobre la presencia de un supuesto nivel inicial caracterizado por las cerámicas lisas y una industria de carácter arcaizante, propia de un momento epipaleo-mesolítico.

La sucesión estratigráfica detectada en cada uno de los cortes puede resumirse de la siguiente forma:

CORTE 1

Se distinguieron tres niveles de techo a muro (Tabla 149) No existía una regularidad en la disposición del relleno advirtiéndose desde el nivel II un notable buzamiento en dirección Norte-Sur. Así, el mismo nivel III presentaba una potencia tan variable y desigual que mientras en algunos sectores no alcanzaba los 10 cm, en otros pasaba del metro de potencia.

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN CULTURAL	CRONOLOGÍA (B.P.)
I	ESTÉRIL-revuelto	-	-
II	ESTÉRIL-arenas de río	-	-
III	FÉRTIL	NEOLÍTICO	5170+/- 130

Tabla 149.- *Secuencia geocultural simplificada del Corte I, según Fernández Miranda y Moure (1975)*

CORTE 2

Se identificaron cuatro niveles arqueológicos de techo a muro. Hemos añadido los subniveles IIB, IIIB y IVB –no identificados en origen por los excavadores- con el convencimiento de que la costra calcárea que señalan, junto a la presencia de arenas fluviales sectoriales y la capa de humus, así como las diferencias de las dataciones implican niveles de abandono. Su inclusión justifica el análisis geoarqueológico y arroja cierta luz sobre los trabajos de Rasilla, Hoyos y Cañaveras que analizaremos más adelante (Tabla 150)

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN CULTURAL	CRONOLOGÍA (B.P.)
I	ESTÉRIL-Depósitos fluviales	-	-
II	FÉRTIL	NEOLÍTICO	4630+/-130
IIB	ESTÉRIL	-	Hiatus
III	FÉRTIL	NEOLÍTICO	5120+/- 130
IIIB	ESTÉRIL-Humus	-	Hiatus
IV	FÉRTIL	Epipaleomesolítico	7950+/-150
IVB	ESTÉRIL-Dep. Fluviales	-	Hiatus

Tabla 150.- *Secuencia geocultural simplificada del Corte II según Fernández Miranda y Moure (1975), modificado.*

Campaña de 1976

Realizada en el mes de Septiembre y dirigida por Fernández Miranda y Moure Romanillo. Contó con la colaboración de M. Almagro Gorbea, R. De Balbín, M. Cano, I. Rus y P. López.

Esta campaña se destinó a la ampliación de la excavación del año 1972 y especialmente a la ampliación y profundización del Corte II, apertura del Corte III y ampliación del Corte III (Fig.423)

Los trabajos fueron promovidos con la intención de obtener más datos referentes al supuesto nivel de cerámicas lisas (Nivel IV-Corte II) que suponía el caso más antiguo datado de la Península para un contexto cerámico y uno de los más antiguos del Mediterráneo Occidental.

Estos trabajos permitieron ampliar el número de evidencias arqueológicas así como la detección de nuevos niveles que fueron objeto de datación (Tabla 151)

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN CULTURAL	CRONOLOGÍA (B.P.)
I	ESTÉRIL-Depósitos fluviales	-	-
II	FÉRTIL	NEOLÍTICO	4630+/-130
IIB	ESTÉRIL	-	Hiatus
III	FÉRTIL	NEOLÍTICO	5120+/- 130
IIIB	ESTÉRIL-Humus	-	Hiatus
IV	FÉRTIL	Epipaleomesolítico	7950+/-150
IVB	ESTÉRIL-Dep.Fluvial	-	Hiatus
VA	FÉRTIL	MAGDALENIENSE	12930+/-470
VB	FÉRTIL	MAGDALENIENSE	13970+/-520
VC	CASI ESTÉRIL	MAGDALENIENSE	-
VI	FÉRTIL	MAGDALENIENSE	-
VII	ESTÉRIL-Gravas terraza	GEOLÓGICO?	Hiatus

Tabla 151.- *Secuencia geocultural simplificada de la ampliación del Corte II y Corte III, según Moure y Fernández Miranda (1977)*

Campaña de 1979

Dirigida por R. De Balbín y P. López y destinada a la ampliación de los datos referentes a la ocupación paleolítica así como al polémico Nivel IV. En este caso se amplió el Corte I, se realizó una segunda ampliación del Corte III y se abrió el Corte IV. Esta intervención no arrojó elementos interpretativos nuevos y tan sólo permitió acrecentar la colección material existente dando lugar a una escueta publicación (Moure y López, 1979)

Campañas de 1981-1983

Campañas dirigidas por Marco de la Rasilla por encargo expreso de Fernández Miranda (Rasilla *et alii*, 1996) y destinadas a la recuperación de más registro paleolítico así como a solventar la cuestión del Nivel IV y la existencia o no de un nivel de cerámicas lisas caracterizador del primer neolítico del interior peninsular.

Los resultados fueron, según los propios autores señalan con notable sinceridad, escasos en cantidad y calidad (*Íbidem*: 75) si bien, gracias a la participación de un equipo de geólogos del Museo Nacional de Ciencias Naturales permitieron que esta fuese la campaña más metódica y escrupulosamente correcta de todas las realizadas.

En ella se atendió a la profundización del Corte I –desviando ligeramente su planteamiento original- con la intención de hallar como muro el Nivel III localizado en la intervención de 1972 y poder seguir en él la secuencia del yacimiento. De forma paralela se realizaron, por primera vez, sondeos en el exterior del abrigo con la intención de valorar la dinámica sedimentológica del relleno así como la influencia que el vecino curso del río Valdecabras pudo tener en la formación y alteración de los depósitos del yacimiento.

En esta intervención se abrieron 8 m². Las conclusiones del estudio estratigráfico y sedimentológico, aunque lamentablemente fuesen realizadas en las últimas campañas, en vez de en las primeras, nos permiten entender la dinámica de formación del depósito y el proceso de alteración postdeposicional (Rasilla *et alii*, 1996: 78) que fueron determinantes para la formación del registro.

A nivel interpretativo los datos de partida del nuevo equipo eran los siguientes:

- 1- El Nivel II, de cronología neolítica, sólo se documenta en los cortes II y III, estando ausente del Corte I.
- 2- Los niveles II a IV buzan de forma decreciente hacia el Norte, esto es, hacia el Corte I.
- 3- Se aprecian notables y frecuentes cambios laterales de facies e intrusiones en la zona Norte del Corte III, así como la presencia de pequeñas cuñas de arena que representan niveles de crecida del río Valdecabras.

Tras la excavación y el estudio de la secuencia estratigráfica se obtuvieron las siguientes conclusiones:

- 1- A partir de la línea Oeste de las dos cuadrículas más orientales de la excavación del Corte I (G7 y G 8) (Figs. 421-423) se definen dos áreas perfectamente diferenciadas, una interior y otra exterior. En la Interior se pudo advertir la escasa potencia del depósito existente ya que terminaba por su base en un caos de bloques lo que motivaba la exigua potencia vertical de los niveles infrayacentes, culminando su desarrollo horizontal en la zona media del abrigo. Por otra parte se localizó en la pared Norte del Corte I el nivel III con una extensión mayor a la de los niveles infrapuestos. Todo esto indica que el grueso de la secuencia y del registro arqueológico se concentraba en la parte sur/suroeste del abrigo siendo el responsable de ello el río Valdecabras (Rasilla *et alii*, 1996: 78)
- 2- En el área externa, por su parte, se hallaron distintos niveles de arenas fluviales entre las que menudeaban los elementos arqueológicos. Este depósito natural tenía mayor potencia que la observada en el interior del abrigo. En el corte Externo se identificó una parte del depósito total reconocido. Así, bajo el nivel de bloques desprendidos de la visera se localizó el Nivel III apoyado sobre depósitos detríticos fluviales.

Este último dato nos permite señalar algo relevante para la interpretación del registro y el entendimiento del funcionamiento del yacimiento como área de habitación en lo referente a los niveles II y III al menos. Con ello, la aparente diacronía que presentan las fechas de ambos niveles –no tan evidente a nivel material, pero sí existente- se hace palpable. Durante el momento de ocupación del nivel III el abrigo era más amplio y la ocupación también. Esta primera ocupación neolítica se realizó sobre un lecho de sedimentos detríticos que nos confirman la implantación *ex novo* en un yacimiento ocupado por grupos de cazadores-recolectores cuando menos un milenio antes, aunque atendiendo a la invalidez de las dataciones radiocarbónicas obtenidas, esto debe ponerse en cuarentena. Tras el abandono del yacimiento la caída de bloques sella una parte del yacimiento que queda inutilizada cuando el lugar sea frecuentado de nuevo. De todo ello colegimos, sin mucha dificultad, al menos, la aparente falta de continuidad entre los niveles II y III.

De forma resumida podemos señalar que en la dinámica formativa del yacimiento han intervenido, por orden de prelación, el Río Valdecabras, la meteorización de la roca soporte y la actividad antrópica y orgánica. La evolución sedimentaria, de muro a techo queda establecida (Tabla 152) de una forma definitiva del siguiente modo (Figs. 421 y 422) (Rasilla *et alii*, 1996: 78, fig. 4)

Nivel basal- Niveles VII,VI y Vc

Formado por un depósito fluvial que originó una terraza del Río Valdecabras en el interior del abrigo. Los materiales arqueológicos, escasos y dispersos, deben proceder de ocupaciones

anteriores erosionadas por la actividad del río. Tras esta formación se advierte una fase de desprendimiento de bloques –tal vez por gelivación- desde la visera del abrigo.

Niveles Magdalenenses (Niveles Vb y Va)

Sobre los materiales fluviales antes mencionados se establecen una serie de ocupaciones – aparentemente estacionales- del abrigo, el cual era abandonado cuando se inundaba su interior, lo cual suponemos que ocurriría en otoño y primavera. Los depósitos formados son de carácter antrópico y por aportes gravitacionales de la meteorización de la roca soporte por gelivación.

Los depósitos de estas ocupaciones sólo estaban representados, y con escasa entidad, en la zona Sur del abrigo, adosados a la pared, estando el resto de áreas erosionadas total o parcialmente a través de las crecidas sucesivas del río.

A esta fase de inundación –motivo quizás por el que se decide el definitivo abandono, por un periodo no inferior a los cinco milenios, del abrigo por parte del grupo que hasta entonces lo usaba- se debe el aparente paso lateral de los depósitos a arenas fluviales en las áreas más externas del abrigo.

Nivel IV

La ocupación de este nivel se produce, 4980 años después de la última ocupación si damos por aproximativas las fechas presentadas, sobre la paleotopografía erosiva de los depósitos antes reseñados que mostraban, en este momento, una ligera pendiente hacia el interior del abrigo. El final de esta ocupación está marcado por una nueva inundación del abrigo, ahora de menor capacidad erosiva, pero que dismantela prácticamente en toda su extensión esta ocupación; erosión que es total en el área externa, donde el río actúa de forma más potente, quizás por su menor caudal respecto a la inundación anterior.

Nivel III

Esta ocupación, si atendemos a las fechas, siquiera como elemento aproximativo, aconteció no menos de 2830 años después de la entrada del río Valdecabras antes reseñada. La ocupación original, como en el caso anterior, debió extenderse a todo el abrigo y se llevó a cabo sobre las arenas fluviales anteriores que son removilizadas para ello. Hay evidencias de procesos de gelivación de menor entidad y por el contrario un aporte orgánico mucho mayor. Sin duda estos aportes de gelivación nos señalan un tránsito temporal difícil de valorar pero que obviamente excede el ámbito de un año. Debemos tomar este dato, por tanto, como una evidencia de que estos niveles que advertimos como unitarios pueden y deben ser la concatenación de una serie sucesiva de visitas y abandonos con lo que de aporte de materiales e invalidación parcial de secuencias estancas conlleva.

Este panorama de ocupación estacional, similar al analizado antes, pero de menor potencia, queda corroborado por la inundación periódica –al menos en dos ocasiones- del espacio interno del abrigo. La capacidad erosiva de estas inundaciones es, según señala el estudio sedimentológico, mínima.

En un momento final del uso del abrigo aconteció un desplome de parte de la visera en la zona exterior tras lo que se produce una nueva gran inundación por parte del Río Valdecabras que ahora sí erosionó gran parte del relleno sedimentológico del nivel III.

Este nivel fue formado por un depósito fluvial. Si bien la secuencia que indican los excavadores en este punto es inversa a la que presentamos (Rasilla *et alii*, 1996: 80), consideramos más probable que el testigo del nivel III se conservase intacto bajo los bloques caídos si estos lo hubiesen hecho antes de la gran inundación, algo que los autores también señalan (*Ibidem*)

Nivel II

La formación de este depósito se limita a la zona Sur del yacimiento que como antes señalamos estaba a una cota algo inferior merced al buzamiento del terreno. La visera del abrigo, más retraída ahora, y los bloques caídos de esta limitaban el área ocupacional del abrigo.

En la parte del fondo Sur se detecta, en este momento de ocupación, la presencia de nuevas inundaciones de escaso aporte y poca capacidad erosiva. Sin duda nos señalan, una vez más, el

uso estacional del abrigo mediante una dinámica de uso y abandono estacional marcado por las crecidas del Valdecabras.

MOMENTO	APORTE SEDIMENTARIO	ADSCRIPCIÓN CULTURAL	CRONOLOGÍA (B.P.)
1	Uso primero del abrigo	Paleolítico	c.20000?
2	Inundación y formación de terraza	Paleolítico	c.15000?-Hiatus
3	Gelivación-Caída bloques de visera	Paleolítico	c.15000?-Hiatus
4	Relleno antrópico	Magdalenense	c.13970 / 12930
5	Potente erosión fluvial	-	c.10000 / 8000 Hiatus
6	Relleno Antrópico-Nivel IV	Epipaleolítico?	7950+/-150
7	Erosión fluvial	-	Hiatus
8	Relleno antrópico-Nivel III + gelivación	Neolítico	5120+/-130
9	Inundación fluvial	-	Hiatus
10	Caída visera	-	Hiatus
11	Potente erosión fluvial	-	Hiatus
12	Relleno antrópico-Nivel II	Neolítico?	4630+/-130
13	Baja erosión fluvial	-	Abandono

Tabla 152.- *Secuencia geocultural simplificada de la formación del depósito completo del abrigo de Verdelpino, según de la Rasilla et alii, 1996.*

Un dato importante a tener en cuenta es la existencia de alteraciones estratigráficas distintas a las propias de la dinámica de sedimentación geológica del yacimiento en los niveles antrópicos. Especial atención debe prestarse a la existencia de al menos dos depósitos de forma circular pegados a la pared del abrigo y detectados en el nivel IV (Fernández Miranda y Moure, 1975: 196) (Fig. 423). Estas dos estructuras, de cerca de 1 metro de diámetro, excavadas en el suelo, tan propias de los contextos neolíticos de habitación –pero que no tenemos argumentos para invalidar su presencia en contextos anteriores– aparecían tapadas con piedras y fueron completamente estériles en materiales.

No tenemos elementos de juicio para asegurar que estas estructuras hubiesen sido excavadas desde el Nivel III, algo por lo demás común en gran parte de los yacimientos neolíticos incluidos algunos de los que nosotros mismos hemos excavado. Raro nos resultaría aceptar la ausencia en este yacimiento de esas estructuras que, como señalaremos en el caso del abrigo del Molino del Vadico, en la cuenca del Segura, y de notable parecido con este de Verdelpino, presenta una enorme profusión de estructuras de este tipo en la superficie neolítica de uso. Que demos por válida la posibilidad de que este tipo de estructuras sirviesen como activadores de la dinámica de migración de materiales arqueológicos entre niveles distintos no resulta complejo a la luz de nuestra propia experiencia y de los abundantes paralelos.

Material arqueológico

Antes de entrar a analizar el conjunto material presente en este yacimiento y a la vista de todo lo expuesto hasta aquí debemos reflexionar acerca del valor de los datos. Desde luego el uso durante el Neolítico, además con carácter estacional, del yacimiento es indudable. La presencia de elementos geométricos de los tipos propios de las secuencias completas de Cocina o Chaves en el nivel II, incluidos algunos elementos con doble bisel –especialmente segmentos– y lo poco significativo de la industria del Nivel III o la notable distancia de estos dos con el IV nos deben hacer reflexionar sobre la identidad o sucesión temporal de los registros de los niveles II y III, superada, sin muchas dudas, la forzada situación de las cerámicas lisas en el nivel IV.

Todo esto queda además encorsetado por las tres dataciones asociadas a los niveles II, III y IV y que, como hemos señalado, no deben ser tomadas más que como elementos aproximativos de un contexto debido a la calidad de la muestra.

El panorama final es, con todo, bastante claro y acorde con los elementos que tenemos en otros contextos meseteños y peninsulares que parecen confirmar nuestras tesis al tiempo que dibujan un cada vez más claro horizonte secuencial. Hay una ocupación magdalenense destacada que podría culminar, sin demasiadas complicaciones en una fase Epipaleolítica sobre la que, tras una erosión fluvial y tal vez un dilatado periodo de tiempo –casi tres milenios si atendemos a las dataciones– y

sin ninguna relación evidente se produce una ocupación neolítica. La presencia de elementos notables de substrato en el nivel III y la misma elección de este abrigo deben hacernos reflexionar sobre el sentido de la definición novedosa o no del asentamiento neolítico. Dos vías se nos abrirán al debate destinado a las conclusiones de esta obra y para ofrecer una respuesta adecuada y en cierto modo ecuánime no podemos menospreciar ninguna de estas reflexiones. Dejaremos, como se verá, de lado la polémica del Nivel IV pero no por ello debemos dejar de llamar la atención acerca de esa carga de substrato o tradición material que se advierte en algunos de los yacimientos neolíticos primeros del interior peninsular, sobre todo en aquellos en los que los repertorios implican encajarlo dentro del Neolítico IB, propio de asentamientos neolitizados y por tanto, dentro de un concepto de los meso-neolítico arropado por el modelo dual. Los materiales podrán ayudarnos a dilucidar el camino a elegir.

De los niveles previos a la neolitización nos interesa retener una imagen correspondiente a las tablas de representación de los principales útiles y su gráfica. Este ejercicio nos permitirá categorizar el tipo de substrato existente en la zona y sobre todo compararlo con el de otros sectores de la Meseta y a nivel más amplio de la Península Ibérica (Tabla 153-157 y Fig. 411)

ELEMENTO	CASOS	%CASOS
Lascas y debris	120	68.5
Láminas	16	9.1
Laminillas	39	22.2
TOTAL	175	100

Tabla 153.- Material lítico Nivel VI

ELEMENTO	CASOS	%CASOS
Lascas y debris	2271	84.3
Láminas	126	4.6
Laminillas	283	10.5
Núcleos	12	0.4
TOTAL	2692	100

Tabla 154.- Material lítico Nivel VA

ELEMENTO	CASOS	%CASOS
Lascas y debris	1300	61.1
Láminas	51	2.4
Laminillas	759	35.7
Núcleos	15	0.7
TOTAL	2125	100

Tabla 155.- Material lítico Nivel VB

ÚTIL TIPO	CASOS	% TOTAL
R	3	25
B	6	50
P	1	8.33
Lba	1	8.33
LBA	0	0
MD	0	0
Punta aziliense	1	8.33
TOTAL	12	100

Tabla 156.- Principales Índices tipológicos Nivel V (VI)

ÚTIL TIPO	CASOS	% TOTAL
R	15	17.64
B	53	62.35
P	0	0
Lba	9	10.58
LBA	0	0
MD	6	7.05
Punta aziliense	2	2.35
TOTAL	85	100

Tabla 157.- Principales Índices tipológicos Nivel V (VA+VB)

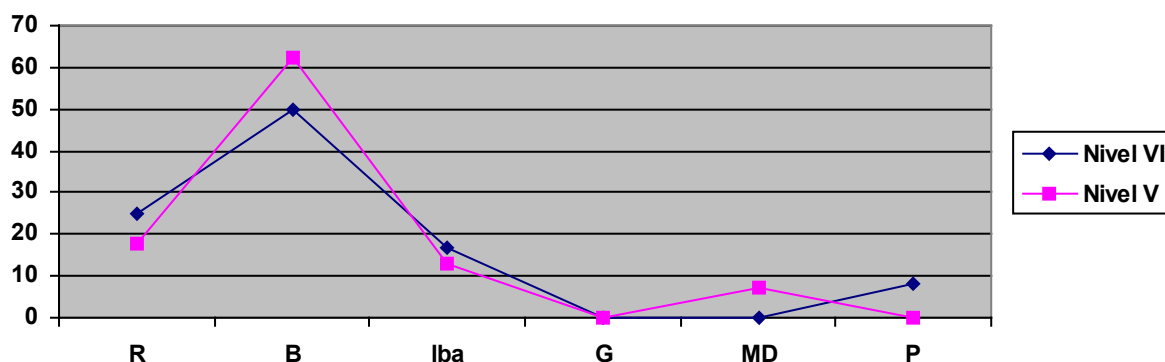


Fig. 411.- Gráfica comparativa de los principales índices tipológicos de los niveles V y VI (las puntas azilienses han computado como lba)

Para estos niveles se cuenta con dos dataciones (I-9840) 14000 +/- 520 BP y (I-9841) 12930 +/- 470 que fechan los depósitos recuperados en los niveles VB y VA respectivamente (Moure y Fernández Miranda, 1977: 60), considerados, *grosso modo* como Magdalenienses. Cabe destacar la presencia de algunas piezas características de contextos azilienses, como las laminitas apuntadas de borde retocado y los fragmentos de hueso pulimentado interpretados como punzones-azagayas recuperados tanto en el Nivel VA como en el Nivel IV. Todos estos elementos denuncian, sin muchas dudas, la presencia de un contexto superopaleolítico del tipo magdaleniense sin arpones y con algunos elementos aziloides; contexto este bastante similar al que encontramos en otros yacimientos del interior de la Península y que parece haber sido la base poblacional común previa a la neolitización, sin que esto implique en absoluto continuidad inmediata de hábitat o de secuencia, como La Peña de Estebanvela.

Aún cuando no parece existir un hiatus notable entre los niveles previos a la implantación neolítica y los neolíticos, los datos publicados por los últimos investigadores que revisaron la estratigrafía del yacimiento parece achacar esta ausencia a la acción intrusiva del río que a la verdadera inexistencia del hiatus (de la Rasilla *et alii*, 1996)

Atendiendo a la secuencia presente advertimos las siguientes estructuras industriales:

Nivel VI: **B,R,lba,P,MD**

Nivel V: **B,R,lba,MD**

Debemos llamar la atención acerca de cómo se aleja esta estructura industrial de los conjuntos Magdalenienses de contextos meseteños como el Abrigo de la Peña de Estebanvela donde la estructura siempre es favorable al grupo de los raspadores. Un panorama contrario encontramos en contextos del Magdaleniense Superior-Final de la Cordillera Cantábrica donde los conjuntos presentan estructuras industriales en las que el índice de buriles es siempre superior al de raspadores.

NIVEL IV

Industria lítica

En los recuentos de material y las gráficas de representación atendemos al cómputo total de los materiales recuperados en las distintas campañas excepción hecha de los restos de las campañas de 1981-1983, que por su escasa novedad y poca representatividad no incluimos en el cómputo. Algunas modificaciones de los tipos han sido realizadas por nosotros tras la revisión directa del material arqueológico (Tabla 158 y Fig. 412)

ELEMENTO	CASOS	%CASOS
Lascas	1175	76
Láminas	160	10.34
Laminitas	208	13.45
Núcleos	3	0.19
TOTAL	1546	100

Tabla 158.- Morfología de elementos representados en el Nivel IV

En el cómputo presentado en la tabla 158 el número correspondiente a las lascas aparece tan engrosado porque incluye la totalidad de estos soportes así como los restos de esquirlas de talla. Respecto a las materias primas empleadas tan sólo tienen representación el sílex, con 1517 casos que representan el 98.1% de la industria y la cuarcita que con 29 casos –todos ellos correspondientes a lascas- representan tan sólo el 1.8% de lo lítico.

Fernández Miranda y Moure recurren, para la clasificación de la industria de este nivel a la lista tipo de Sonnevile Bordes y Perrot. Consideramos que ante la posibilidad de que este nivel correspondiese al Epipaleolítico, y nuestra intención de comparar su industria con la de otros yacimientos de esa cronología y neolíticos, debíamos recurrir a la Lista tipo de Fortea mejorada por nosotros con los nuevos tipos que presentamos en el apartado dedicado a la industria lítica.

No es tarea sencilla, con los datos ofrecidos, acomodar la lista tipo empleada por Fernández Miranda y Moure (1977: 49) sin que nos veamos obligados a introducir alguna arbitrariedad en la mudanza. De todos modos la industria de este nivel es suficientemente definitoria, cuando menos de un momento impreciso del Magdalenense, tal vez próximo al Epipaleolítico si tenemos en cuenta la tendencia al microlitismo de algunos raspadores y la abundancia relativa de los elementos de borde abatido, en especial de las laminillas (Fig. 412 y Tabla 159)

Atenderemos a la presentación, en conjunto, de los tipos básicos (Tabla 159) puestos de manifiesto sin atender, como señalaron los autores, al grupo de diversos que, por su homogeneidad y tipología parecen relacionados no sólo con grupos industriales de cazadores recolectores, sino que también nos indican cierta labor de talla o acondicionamiento de útiles realizada en el mismo yacimiento.

ÚTIL TIPO	CASOS	% TOTAL
R	15	12.92
B	64	55.17
Lba	19	16.37
LBA	9	7.76
MD	9	7.76
TOTAL	116	100

Tabla 159.- Representación de útiles tipo en el Nivel IV, según Fernández Miranda y Moure.

Resulta interesante atender a los índices tipológicos que, aún dado lo reducido de la muestra arrojan una interesante perspectiva para la adscripción cronológica y cultural del nivel (Tabla 160)

ÍNDICE TIPOLOGICO	% REPRESENTACIÓN
IB	55.17
IR	10.34
Ilba	16.37
ILBA	7.76
IMD	7.78
ILS	0
IP	0
IG	0
IM	0

Tabla 160.- Índices tipológicos del Nivel IV

Los datos arrojados por los índices tipológicos son claros en su lectura e interpretación y señalan un distanciamiento notable de un pretendido horizonte mesolítico para el que faltan los tipos fundamentales y produciéndose una gráfica inversa a la esperada, con predominio absoluto de los buriles sobre los raspadores.

Este gráfico de representación acerca notablemente la filiación del conjunto al horizonte del Magdalenense Final de yacimientos cantábricos como Ekain VI y Urtiaga D así como del pretendido Magdalenense Final de La Dehesa, si bien para esta comparación nos faltaría en Verdelpino la notable industria sobre cristal de roca y algunas tímidas representaciones geométricas sauteroides junto a la elevadísima proporción del índice de laminillas de borde abatido (Figs. 412 y 413) La relativa modestia de este último tipo en el nivel IV de Verdelpino podría ser debido a varias razones; bien un reflejo de deficiencias en la recuperación de la muestra; bien un sesgo inherente al registro –las laminillas –como los desechos de talla-, por su menor peso, son más susceptibles de ser arrastradas incluso por aportes hídricos de baja actividad; bien porque en

realidad la muestra pertenezca a un horizonte transicional del Magdaleniense Final al Epipaleolítico. La presencia de un posible resto de azagaya monobiselada (Fig. 425) tampoco puede ser obviado. No podemos dotar del mismo valor significativo a la concha de *Columbella rustica* puesto que aparece en contextos tan variados cronológica y culturalmente que alcanzan desde el final del Paleolítico hasta el Calcolítico (Taborin, 1974). Ahora bien, el gusto por determinados elementos de adorno, aún en un periodo tan laxo de tiempo, nos indica por un lado la existencia de contactos interior-costa –vía ineludible de nuevas aportaciones materiales y culturales- y la inmersión de las gentes que habitaron este nivel en un determinado ámbito cultural.

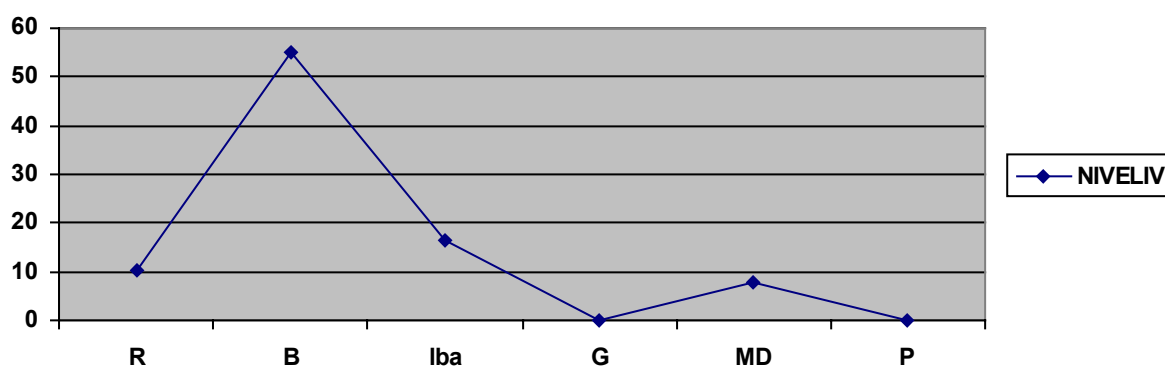


Fig. 412.- Representación gráfica de los principales índices tipológicos del Nivel IV

Sólo como ejercicio comparativos podemos analizar las gráficas simplificadas de representación tipológica de los niveles inferiores (V y en menor medida VI) sobre cuya comparación volveremos a la hora de valorar la comparativa de las industrias del tramo superior de la secuencia (Fig.412)

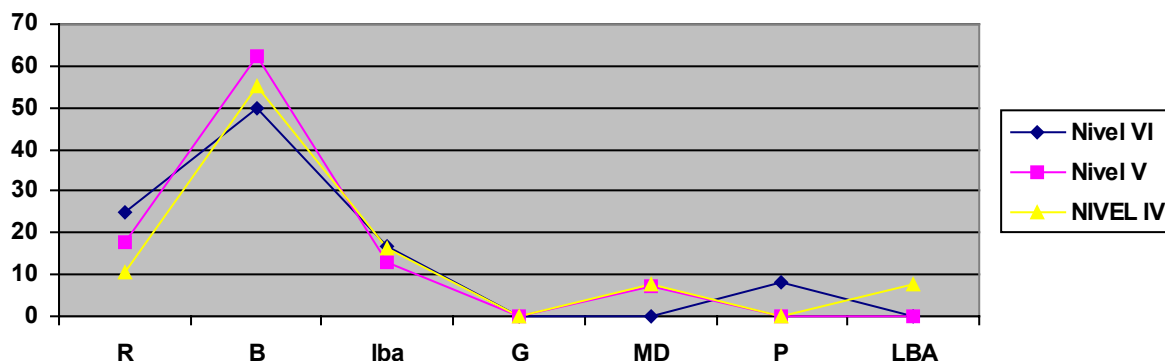


Fig. 413.- Representación simplificada de índices tipológicos niveles V y VI.

La simple representación gráfica permite señalar la notable relación existente en el bagaje cultural de los niveles IV y V, salvando algunas distancias, como sobre todo la de la representación de nuevo de las laminillas de dorso o la tendencia menos microlítica de los raspadores de V y VI.

Cerámica

Llegamos en este punto al espinoso tema de las cerámicas lisas de este nivel. Una vez revisado de forma exhaustiva el material conservado podemos señalar, sin género de dudas, que el material interpretado como indicativo de un Neolítico de cerámicas lisas, y por tanto garante de la defensa a ultranza de las tesis indigenistas, procede en realidad, en su mayor parte del nivel III tratándose de material removilizado en una caracterización estratigráfica mal entendida, cuando no producto de un despiste de bolsas o un error de identificación de niveles como vimos más arriba.

El material presenta caracteres técnicos idénticos a las piezas procedentes de los niveles superiores. Destaca la ausencia total de restos de sílex empleados en la matriz arcillosa como desgrasantes. Además las piezas analizadas presentan en dos ocasiones evidencias notables de rodamiento, lo que certificaría su removilización, y en cuatro ocasiones evidencias de fracturas

frescas y que por lo tanto parecen señalar a la existencia de más material cerámico que no fue recuperado.

Como es bien sabido, ninguna de las piezas recuperadas presentaba evidencias de decoración, motivo que dio lugar al planteamiento erróneo de un neolítico de cerámicas lisas que como hemos tenido la oportunidad de exponer no es posible seguir sosteniendo.

De este nivel se obtuvo una datación radiocarbónica (CSIC-153B) 7950+/-150 BP obtenida sobre restos óseos recuperados a lo largo del nivel y por tanto con bastantes posibilidades de mezcla de materiales de diferentes cronologías y horizontes culturales. Si bien esta fecha fue objeto de polémica durante más de dos décadas, hoy está suficientemente demostrada la dificultad que entraña su asociación con un supuesto horizonte de cerámicas lisas. El problema queda planteado en torno a qué dataría realmente la muestra que, de haber sido correctamente tomada, podría estar señalando la existencia de una ocupación epipaleo-mesolítica. Ahora bien, las dudas acerca del método de recolección de las muestras son tan grandes que posiblemente el margen obtenido no sea debido más que a un error de recogida de la muestra por mezcla de materiales diversos.

NIVEL III

Industria lítica

Para la representación y el cómputo del conjunto de elementos procedentes de este nivel es necesario introducir no sólo los elementos de valoración tipológica en la ampliación de la lista tipo de Fortea, sino también los nuevos índices que de ello se desprende ya que serán los que marquen no sólo el novedoso valor de la industria presentada, sino también su relación con los útiles de sustrato (Tabla 161 y Fig. 414)

ELEMENTO	CASOS	%CASOS
Lascas	1553	73.91
Láminas	316	15.04
Laminitas	216	10.28
Núcleos	16	0.76
TOTAL	1823	100

Tabla 161.- *Morfología de elementos representados en el Nivel III*

Una vez más, en el cómputo presentado en la tabla 162, el número correspondiente a las lascas aparece engrosado porque incluye la totalidad de estos soportes así como los restos de esquirlas de talla. Respecto a las materias primas empleadas asistimos a la novedosa incorporación del cuarzo si bien la máxima representación corresponde al sílex, con 1783 casos que representan el 97.8% de la industria. Por su parte la cuarcita, con 38 casos –todos ellos correspondientes a lascas- representan tan sólo el 2.08% de lo lítico y el cuarzo, con 2 lascas, muestra un nimio 0.11% de la industria.

ÚTIL TIPO	CASOS	I% TOTAL
R	8	3.7
B	6	2.77
Lba	5	2.31
LBA	1	0.46
MD	6	2.77
G	0	0
P	0	0
FR	4	1.85
LS	99	45.83
EEUC	86	39.81
PF	0	0
PL	1	0.46
TOTAL	216	100

Tabla 162.- *Representación de útiles tipo e índices de los mismos en el Nivel III*

Aún dado lo reducido de la muestra los índices arrojan una interesante perspectiva para la adscripción cronológica y cultural del nivel (Tabla 162) sobre todo de cara a la valoración de su relación con los contextos anteriores (Fig.414)

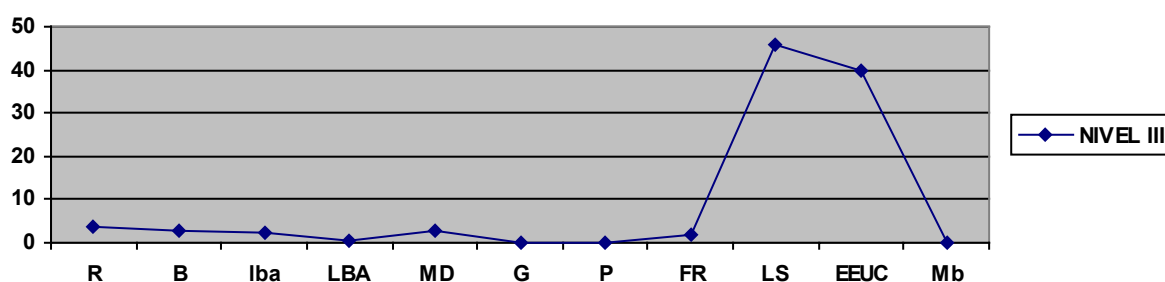


Fig. 414.- Gráfica de representación de elementos por índices.

Desde luego el panorama mostrado en la gráfica (Fig. 414) cambia notablemente respecto a los gráficos presentados para los niveles inferiores. Además de la novedosa inclusión de ciertos tipos, advertimos una ligera inversión en los índices de los tipos de sustrato (raspadores, buriles y laminitas principalmente) que podemos valorar del siguiente modo:

- 1- Ligera superioridad de representación de los raspadores sobre los buriles.
- 2- Escasa representación, meramente testimonial a veces, de las laminitas de borde abatido.
- 3- Mantenimiento de las muescas y denticulados con una incidencia, a veces, notable.
- 4- Ausencia de geométricos y perforadores. Este dato ha de valorarse con cautela, sobre todo en cuanto analicemos los elementos del Nivel II. Puede que estemos ante un sesgo del registro y es necesario puntualizarlo.

Este panorama, excepción hecha del índice de representación de los geométricos parece tener su importancia a la hora de una valoración definitiva. Parece que nos encontremos ante una industria mixta entre las tradiciones finales del Paleolítico, con ciertos caracteres aziloides –excepción hecha de la alta representación de las laminitas de borde abatido que aquí nos faltan- y las series mesolíticas levantinas y atlánticas donde se cumple la superioridad de raspadores sobre buriles y concurre la escasa representación de las laminitas de borde abatido, pero donde nos faltaría esa notable representación del componente geométrico. El pretendido mestizaje se hace, si cabe más notable. Valoraremos estos resultados en su momento oportuno. De momento quedémonos con la clara sensación de que la distancia tipológica entre el Nivel IV y III es notable; esto ayuda a entender la irrealidad de seguir manteniendo esa idea del epipaleolítico cerámico que, en el origen de nuestras investigaciones, nosotros mismos defendimos (Jiménez Guijarro, 1997 y 1998)

Cerámica

De este nivel fueron recuperados 274 fragmentos de cerámica de los que tan sólo 20 (7.29%) presentan decoración, siendo los restantes lisos.

La factura de los recipientes, el tratamiento de sus superficies y en gran medida sus esquemas decorativos son idénticos a los del nivel superior, si bien se pueden intuir algunas divergencias.

Como veremos en el nivel siguiente faltan por completo los acanalados anchos y los esquemas decorativos barrocos (Fig. 427)

FORMA	Casos –decoradas-	Casos –lisas-
I	1	0
II	10	12
III	2	4
IV	3	4
VA	0	0
VB	1	0
VI	0	1
VII	2	0
VIII	1	1
TOTAL	20	22

Tabla 163.- Formas decoradas y lisas representadas en el Nivel II.

En el campo de las técnicas decorativas debe destacarse el predominio casi absoluto de las impresiones y compareciendo de forma testimonial los cordones aplicados, siempre de escaso resalte (Tabla 164)

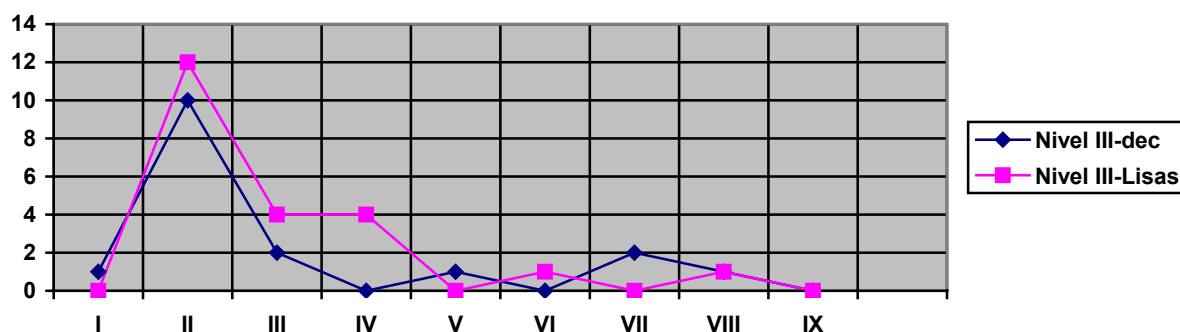


Fig. 415.- Gráfica de representación de formas cerámicas del Nivel III.

TÉCNICA DECORATIVA	CASOS	%
Incisión fina	3	11.11
Acanalado	0	0
Impresión matriz simple	16	59.29
Impresión matriz múltiple	0	0
Impresión concha	0	0
Digitación-ungulación	0	0
Cordón liso	1	3.45
Cordón impreso	5	18.55
Boquique	1	3.45
Pintada	0	0
Esgrafiada	0	0
Pastillas aplicadas	0	0
Línea cosida	1	3.45
TOTAL	27	100

Tabla 164.- Técnicas decorativas presentes en el Nivel III.

En lo referente a los esquemas decorativos son casi exclusivos los motivos del tipo **AI** seguidos, de lejos, por las combinaciones de impresiones e incisiones –en este caso siempre finas, propias del grupo **CIVb** y una imitación burda o prototipo de los esquemas de línea cosida del tipo **CII**.

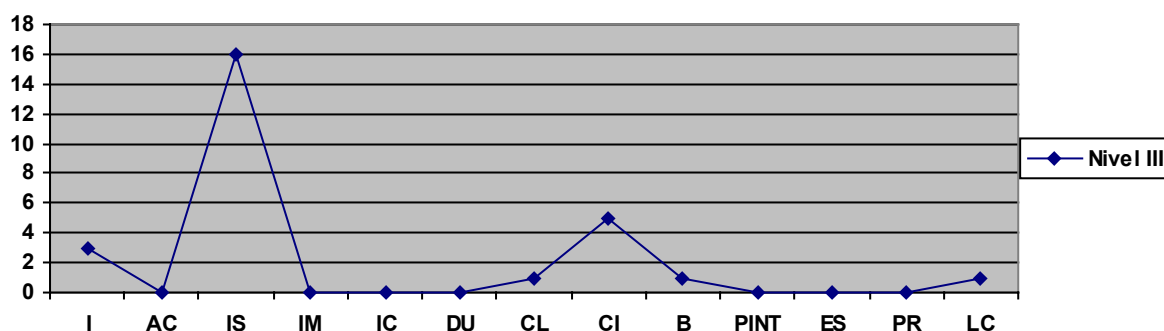


Fig.416.- Gráfica de representación de tipos de técnicas decorativas, Nivel III

De este nivel se obtuvieron dos dataciones radiocarbónicas (CSIC-150B) 5170+/-130 BP y (CSIC-152B) 5120+/-130 BP realizadas sobre restos óseos recuperados a lo largo del nivel y por tanto con bastantes posibilidades de mezcla de materiales de diferentes cronologías y horizontes culturales. Si bien estas fechas fueron de notable interés durante más de dos décadas, hoy están plenamente superadas y su papel es meramente testimonial y casi historiográfico.

NIVEL IIIndustria lítica

A la vista de cuanto hemos señalado sobre la formación del depósito en líneas precedentes llama la atención el bajo índice de representación de la industria lítica de este nivel respecto al anterior.

ELEMENTO	CASOS	%CASOS
Lascas	420	67.52
Láminas	115	18.48
Laminitas	86	13.82
Núcleos	1	0.16
TOTAL	622	100

Tabla 165.- *Morfología de elementos representados en el Nivel II*

Una vez más, en el cómputo presentado en la tabla 165 el número correspondiente a las lascas aparece ligeramente engrosado al incluir la totalidad de estos soportes así como los restos de esquirlas de talla. Respecto a las materias primas empleadas asistimos a la incorporación de nuevos elementos que Fernández Miranda y Moure señalan como Varios (1977: 37) y que incluye el cuarzo y el cristal de roca, suponiendo un escaso 3.37% del total de la industria. Una vez más la máxima representación corresponde al sílex, con 592 casos que representan el 95.17% de la industria. Por su parte la cuarcita, con 9 casos –todos ellos correspondientes a lascas- minimiza su representación alcanzando tan sólo el 1.44% de lo lítico.

ÚTIL TIPO	CASOS	I% TOTAL
R	7	4.21
B	12	7.22
Lba	5	3.01
LBA	3	1.8
MD	6	3.61
G	6	3.61
P	3	1.8
FR	2	1.20
LS	40	24.09
EEUC	76	45.78
MB	6	3.61
TOTAL	166	100

Tabla 166.- *Representación de útiles tipo e índices de los mismos en el Nivel II*

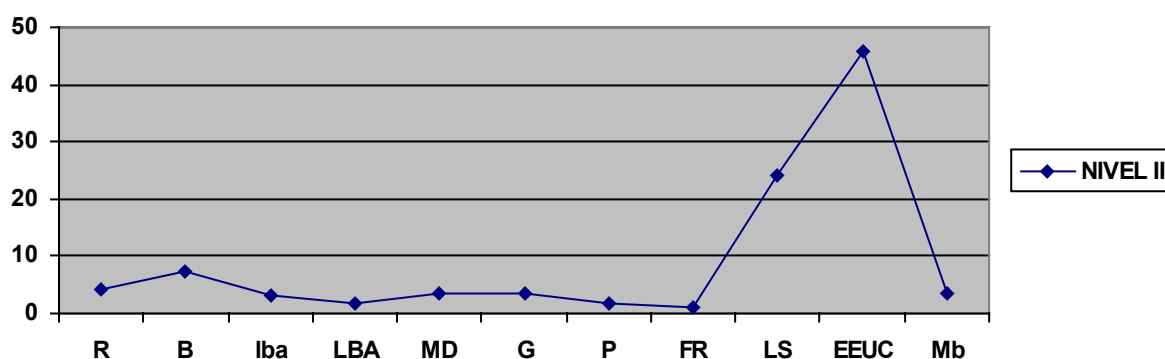


Fig. 417.- *Gráfica de representación de principales tipos líticos, nivel II.*

La similitud respecto al gráfico del Nivel II es alta si bien apreciamos elementos que llaman nuestra atención como son la inversión de la tendencia en la relación entre raspadores y buriles, ahora de nuevo ligeramente favorable a éstos últimos o la inversión, también clara del índice de EEUC respecto a LS, muy favorable a este último tipo que se convierte en el elemento tipológico fundamental del periodo, sin duda en relación con el armado de hoces destinadas a la agricultura – no olvidemos que una hoz tipo podría portar no menos de media docena de estos elementos. Tampoco podemos minimizar su valor al ser destinados este tipo de elementos –como los LS- a la

fabricación de geométricos. La presencia de los propios geométricos y microburiles así lo demuestra al menos.

No debemos valorar de forma excesiva la ausencia de elementos pulimentados (PL) ni la presencia de al menos una punta de pedúnculo que hemos incluido, de forma forzada en el apartado de piezas foliáceas (PF). En verdad no lo es (Fig. 426, nº17), como tampoco consideramos que sea una punta de Teyjat magdalenense, ni una punta perigordienne, por mucho que los paralelos formales nos acerquen indudablemente al contexto de las puntas de Font-Robert, aún cuando estas suelen presentar el limbo mucho más amplio. Tampoco nos atrevemos a asegurar de forma tácita, como nos aconsejaba sabiamente B. Martí (com. pers.) que se trate de un perforador o taladro – que sea dicho de paso, bien podría serlo sin forzar mucho la definición de la pieza-, aunque nos aproximamos más a esta opinión a la vista de los elementos con los que contamos. Así, nos hace suponer al menos la existencia de otra pieza casi idéntica entre los materiales del yacimiento neolítico alcarreño de La Pinilla –lamentablemente fuera de contexto- así como de otra pieza igual localizada fuera de contexto en el yacimiento granadino de La Carigüela y sobre el que ya se hicieron eco Fernández Miranda y Moure (1975: 201). Si a estos dos hechos unimos la existencia de un notable desarrollo de los trabajos de perforación –profunda a veces- durante el Neolítico tanto para realizar los orificios de los recipientes cerámicos, como los de los diferentes abalorios – cuentas, conchas- no creemos que estemos muy desencaminados. Esta es la razón principal por la que hemos decidido presentar la pieza con una orientación diferente a como fue dibujada por Fernández Miranda y Moure (1875: 198, fig. 5).

Sí queremos detenernos de forma somera en el asunto de los geométricos (Tabla 167), sobre todo teniendo en cuenta el valor que estos elementos empiezan a tomar en relación con las primeras fases del Neolítico del interior.

TIPO GEOMÉTRICO	CASOS
G1	4
G3	1
G12	1

Tabla 167.- *Tipos de geométricos representados.*

De ellos cabe señalar que todos, a excepción de uno presentan retoques abruptos. El caso aislado, correspondiente a una media luna, presenta retoque a doble bisel. Respecto al tipo G1 cabe señalar que se encuentran igual de representados los segmentos, alargados y estilizados y las medias lunas conforme a la diferenciación morfométrica señalada por Fortea (1973). Todo este material parece señalar a un horizonte avanzado de la fase de Cocina IV.

Cerámica

Se recuperaron un total de 395 fragmentos de cerámica de los que 55 (13.92%) presentan decoración.

En lo referente al apartado formal debemos distinguir entre las cerámicas lisas y las decoradas (Tabla 168). Las formas dominantes, tanto en el caso de las cerámicas decoradas como en el de las lisas son las de la forma **II**, seguidas, muy de lejos por los recipientes de las formas **III** y **IV**.

Como hemos señalado en otras ocasiones al referirnos a otros yacimientos, debemos tomar con cautela la no comparecencia de formas como la VIII e incluso de la V que pueden aparecer subrepresentadas debido a lo fragmentario de la muestra. Ahora bien, lo que queda fuera de dudas es la ausencia de fondos cónicos y la nimia representación de la forma VII. Todo ello avalaría nuestra creencia de que este enclave representaría una fase del Neolítico IB, neolitizado y con un desarrollo agrícola poco desarrollado.

La única forma que Moure y Fernández Miranda publican como carenada, una vez revisada no nos ofrece demasiada confianza en cuanto a su orientación en el dibujo. Por el contrario parece más que se trate de una base ligeramente aplanada que una verdadera carena baja.

FORMA	Casos –decoradas–	Casos –lisas–
I	1	0
II	16	12
III	2	4
IV	3	4
VA	0	0
VB	1	0
VI	0	1
VII	2	0
VIII	1	1
TOTAL	26	22

Tabla 168.- Formas decoradas y lisas representadas en el Nivel II.

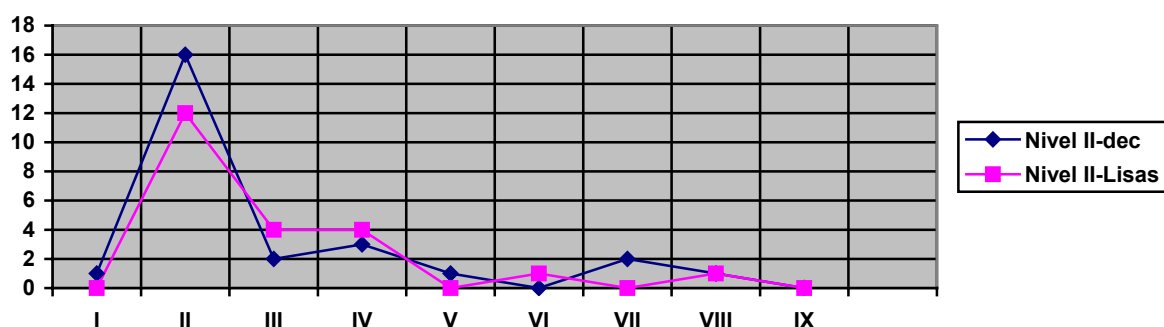


Fig.418.- Gráfica de representación de formas cerámicas del Nivel II.

Por lo que respecta a las técnicas decorativas si sobre algo debemos llamar la atención es acerca de la preponderancia de las decoraciones impresas y la escasa representación de los acanalados tan característicos de otros yacimientos meseteños y tan característicos del mismo (Tabla 169)

Debemos llamar la atención acerca de la errónea interpretación por parte de Fernández Miranda y Moure de los esquemas impresos de matriz simple con incisiones, lo que les ofrecía una falsa preponderancia de las cerámicas incisas.

Los esquemas decorativos son bastante monótonos y faltan aquellos barrocos y complejos, hecho que también pudiera deberse a lo fragmentario de la muestra pero que se nos antoja más como un elemento definitorio del ambiente cultural de los pobladores de Verdelpino. También llama la atención la ausencia de combinaciones de las tres principales técnicas –acanalado, impresión y elementos plásticos aplicados que si veíamos en otros yacimientos-. En este, lo normal es que como máximo comparezcan dos técnicas asociándose los cordones plásticos de escaso resalte a impresiones, tanto en espiguilla como verticales.

TÉCNICA DECORATIVA	Casos
Incisión fina	13
Acanalado	4
Impresión matriz simple	41
Impresión matriz múltiple	1
Digitación-ungulación	1
Cordón liso	0
Cordón impreso	8
Boquique	2
Pintada/Almagra	2
Esgrafiada	1
Línea cosida	0

Tabla 169.- Técnicas decorativas empleadas en el Nivel II

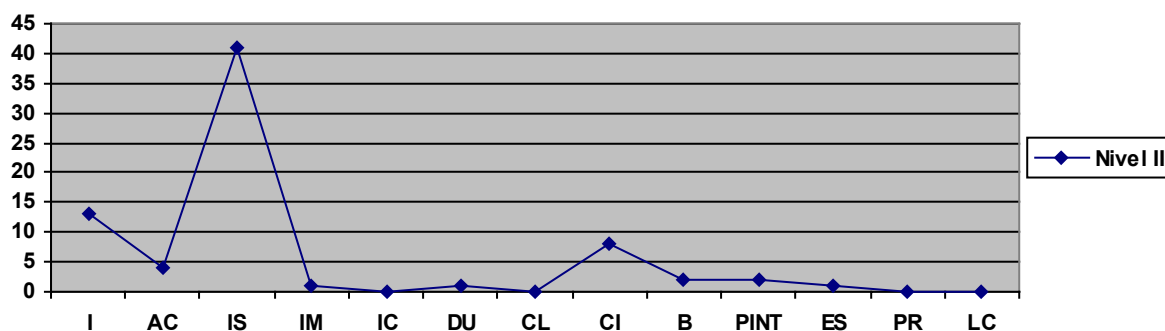


Fig.419.- Gráfica de representación de tipos de técnicas decorativas.

Es raro que comparezcan aisladas las incisiones y escasos acanalados que, cuando lo hacen, es siguiendo esquemas propios de los motivos **BIII** y **BI** en sus tipos de desarrollo horizontal y vertical.

Los motivos más representados son del tipo **AI**, siendo este último el más frecuente –aparece al menos en 14 ocasiones– las impresiones verticales paralelas, a veces en dos o más hileras, dispuesto bajo el borde. A menudo este motivo se combina con otros elementos impresos y más raramente incisos.

Las escasas asociaciones de incisiones e impresiones se enmarcan en esquemas sencillos del tipo **CIV a** y **CIVb** (Fig. 419) faltando, como ya indicamos, todos los motivos barrocos y complejos.

La técnica de ‘boquique’ neolítico cuando comparece lo hace mediante un esquema sencillo del tipo **AIc** pero siempre en disposición vertical y asociado bien a una orla de impresiones, bien a un campo delimitador inciso, esquemas por otro lado no muy comunes en el repertorio de este tipo de decoración.

Son muy frecuentes las impresiones del labio –que comparecen al menos en 11 ocasiones– y que pueden ocupar la parte externa o superior del mismo.

Los elementos plásticos se limitan a cordones de escaso resalte y algunos pequeños mamelones dispuestos inmediatamente bajo el borde y que en alguna ocasión aparecen perforados horizontalmente para crear un elemento de agarre, suspensión o cierre.

Las asas están muy poco representadas y se limitan a lo que parecen ser los restos de cuatro asas acintadas, al menos una de ellas ligeramente sobre elevada del labio (Fig.430 y 431)

Destaca la presencia de un fragmento decorado con impresión pseudo-cardial (Fig. 434, nº6) del que nada podemos avanzar sobre el tipo de pieza al que correspondería. No obstante las decoraciones obtenidas mediante el recurso a matrices múltiples son relativamente escasas lo cual contrasta además con la tipología simple de las decoraciones que parece dotar de un aire ciertamente individual al conjunto vascular del yacimiento (Fig. 434)

Debemos llamar la atención acerca de la presencia de abundante sílex en la pasta de algunos recipientes. Este elemento fue empleado como desgrasante, lo cual denota cierto desconocimiento y bisonñez de los alfareros respecto al comportamiento de los materiales destinados a la ejecución de la producción vascular puesto que, como señalaremos con mayor detenimiento en el apartado dedicado al estudio de las producciones cerámicas en el capítulo siguiente, el uso del sílex implica la fácil fracturación de la cerámica al ser expuesta al fuego. Puede que estemos ante alfareros incipientes o ante un grupo que produce cerámicas no para un uso culinario, sino para cumplir, como algunos autores han citado, un papel social o ritual (Barnett, 2000: 112) en contextos de alfarería incipiente, sobre todo entre los grupos cardiales y más aún entre aquellos grupos neolitizados, propios del grupo del Neolítico IB.

De este nivel se obtuvo una datación radiocarbónica (CSIC-151B) 4630+/-130 BP realizada sobre restos óseos recuperados a lo largo del nivel y por tanto con bastantes posibilidades de mezcla de materiales de diferentes cronologías y horizontes culturales.

No puede dejar de llamarse la atención acerca de la presencia, entre los elementos cerámicos recuperados, de algunas piezas con evidencias de tendencias evolucionadas como labios ligeramente indicados que ensayan diseños formales más propios de las fases más avanzadas del Neolítico.

Por último debe mencionarse que si bien las diferentes publicaciones (Fernández Miranda y Moure Romanillo, 1975: 192-193; Moure Romanillo y Fernández Miranda, 1977) obvian la presencia de materiales en el nivel I del corte 2, señalando que se trata de un nivel estéril, el material depositado en el Museo señala su inequívoca correspondencia con niveles de revuelto que, a juzgar por los elementos que contiene, afectan a la totalidad de la estratigrafía. Así no es extraño advertir la presencia de materiales de clara adscripción magdaleniense junto a cerámicas pertenecientes a las diferentes ocupaciones neolíticas. Entre las piezas cerámicas cabe destacar varios fragmentos con desgrasantes de sílex y un fragmento (V2/II/580) decorado con impresiones de matriz múltiple con esquema cardialoide.

Restos faunísticos y vegetales

No se tiene constancia de la recuperación de restos vegetales que no sean los propios de los análisis polínicos realizados por P. López (1977) o la recuperación de la impronta de una semilla – que no corresponde al taxón *cerealia*- contenida en un fragmento cerámico (V/II/2/538) recuperado en superficie y que descubrimos al realizar la revisión de materiales del Museo Arqueológico Nacional.

Por su parte el estudio zoológico estuvo encomendado al Dr. A. Morales (1977) en cuyos datos nos hemos basado para realizar las tablas sintéticas que se adjuntan (Tabla 170)

TAXÓN	Nivel 1	Nivel 2	Nivel 3	Nivel 4	Nivel 5
Cerel	10	19	26	3	6
Capcap	4	-	-	-	-
Cappyr	-	-	11	2	6
Dama	-	-	-	-	-
Bost	10	8	11	-	-
Bosp	-	-	-	7	2
Cari	1	-	-	-	-
Oviar	20	12	16	-	-
Susdom	11	4	9	-	-
Susscr	-	10	2	-	-
Eqca	9	9	3	1	1
Urcarc	3	-	-	-	-
Leca	-	-	1	-	3
Orycu	5	4	-	3	19

Tabla170.- Tabla de discriminación (ausente/presente) de restos identificados (NRI) de mamíferos. Cerel=*Cervus elaphus*, Capcap=*Capreolus capreolus*, Dama= *Dama dama*; Bos=*Bos sp*; Cari=*Capra hircus*; Oviar=*Ovis aries*; Sus= *sus sp*; Eqca=*Equus caballus*

Los datos de esta tabla permiten valorar correctamente lo que acabamos de señalar respecto al Nivel 1, pues se demuestra que existe un importante conjunto faunístico asociado a ese nivel lo cual no puede deberse íntegramente a ocupaciones recientes sino que podría estar denunciando la existencia de remociones.

Destaca la escasa representatividad del registro faunístico de mayor interés cinegético en el registro de las fases superopaleolíticas y epipaleo-mesolíticas, donde se supone que el uso principal del abrigo habría tenido en la caza una actividad primordial.

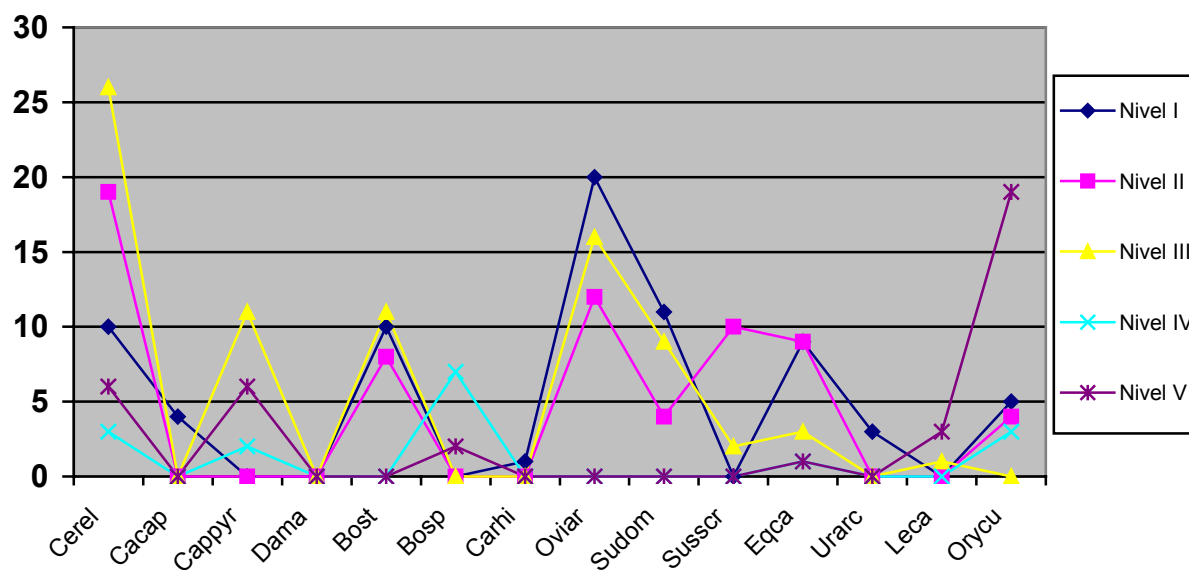


Fig.420.- Gráfica de representación de NRI de fauna por niveles, según Morales, 1977

Los datos contenidos en el gráfico de la figura 420 tan sólo son sintomáticos de la representación de la fauna identificada en cada uno de los niveles, no del número de individuos recuperados.

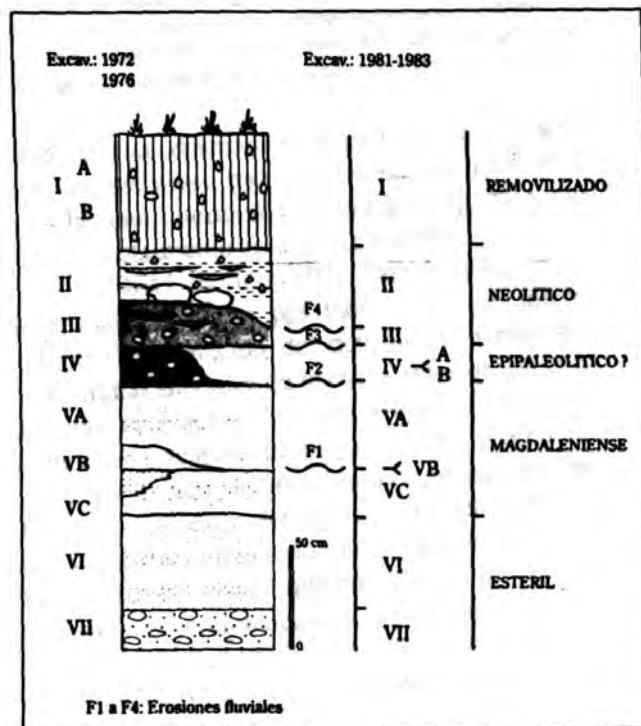


Fig. 421.- Perfi resumen de las intervenciones llevadas a cabo en el yacimiento, según Rasilla et alii, 1996.

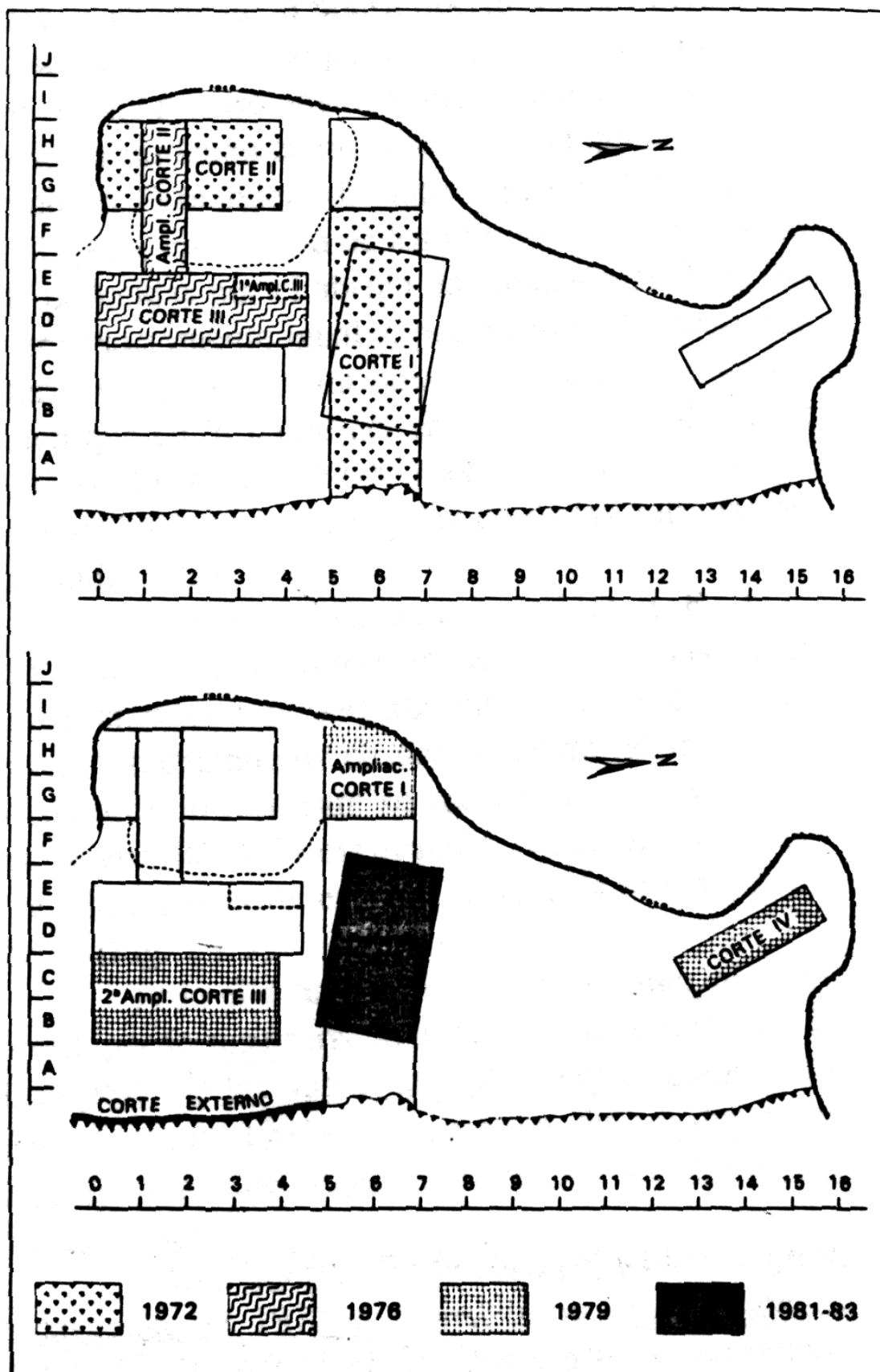


Fig. 422.- Plantas de las intervenciones llevadas a cabo en el yacimiento, según Rasilla et alii, 1996.

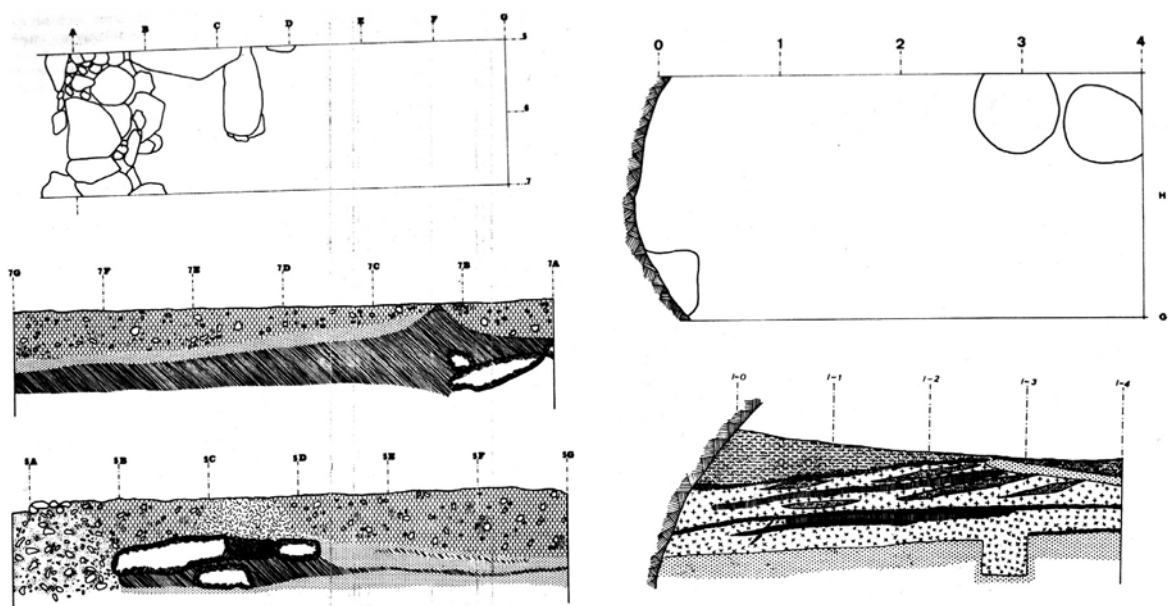
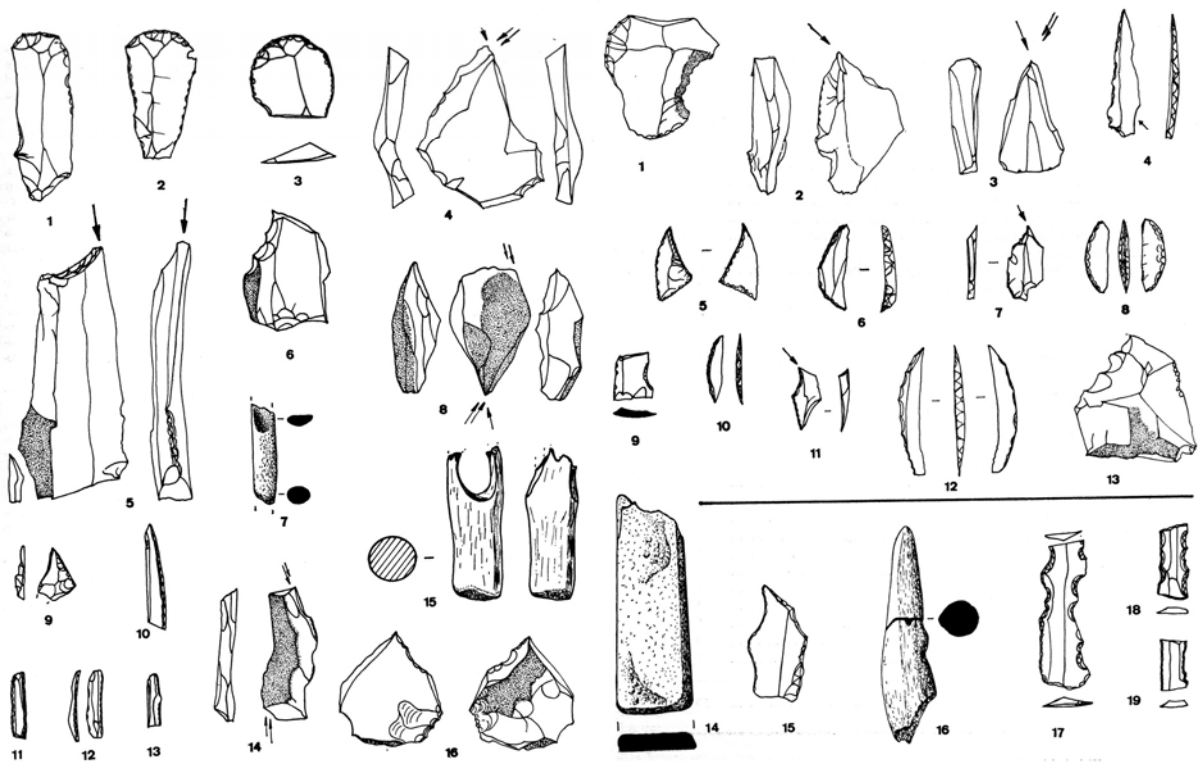


Fig. 423.- Planta y perfil del abrigo de Verdelpino. Izquierda, perfil N-S del Corte I. Derecha, perfil Oeste del Corte II, según Fernández Miranda y Moure, 1976.



Figs. 424 y 425.- Material lítico del Nivel IV (el nº 15 procede del pozo de 3-I) Derecha, material lítico procedente del Nivel II (1-13) y III (14-19) según Moure y Fernández Miranda, 1977.

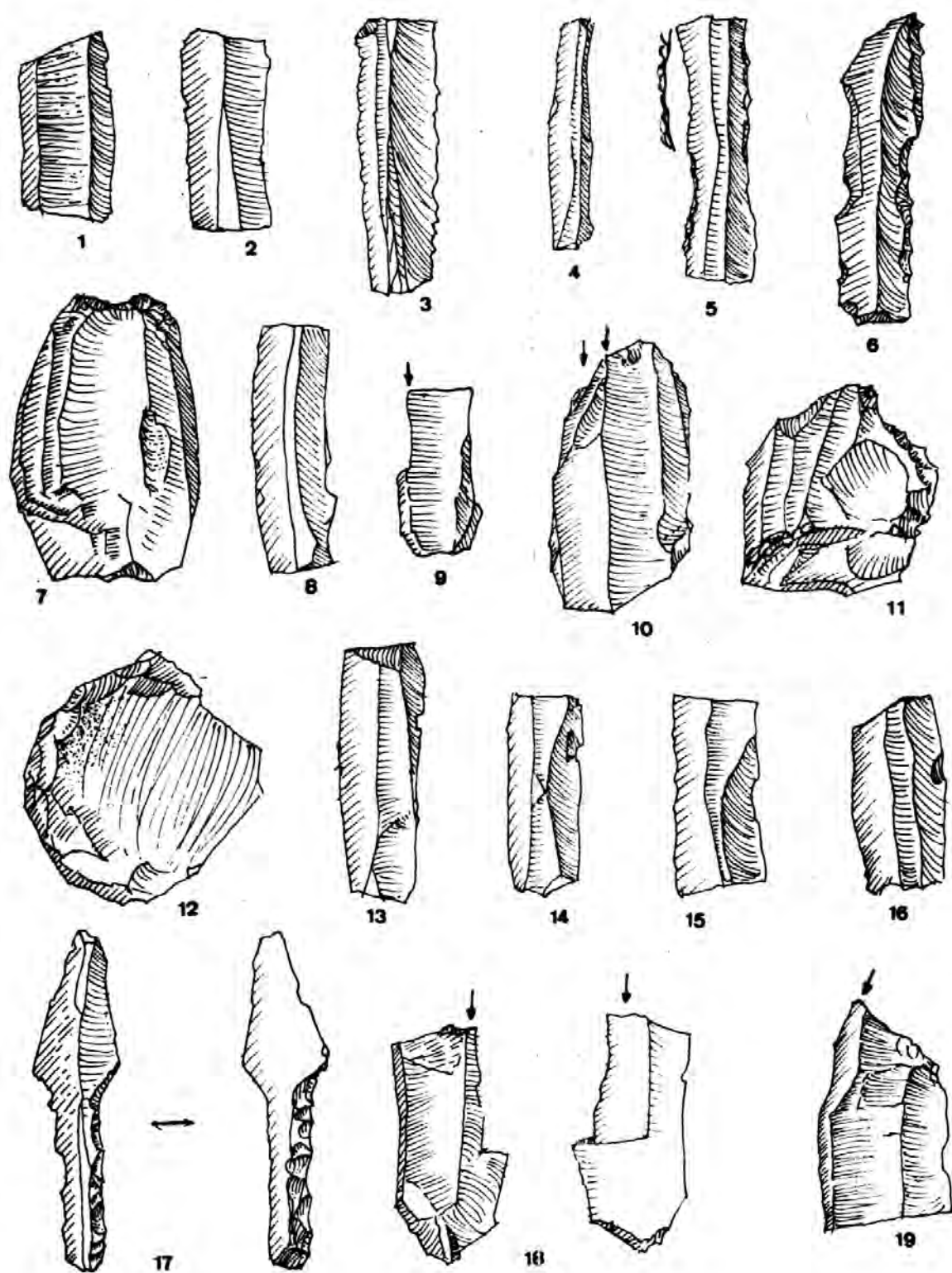


Fig. 426.- Material lítico del Nivel III del Corte 1 (1-16) y del Nivel II del Corte 2 (17-19), según Moure y Fernández Miranda, 1977.

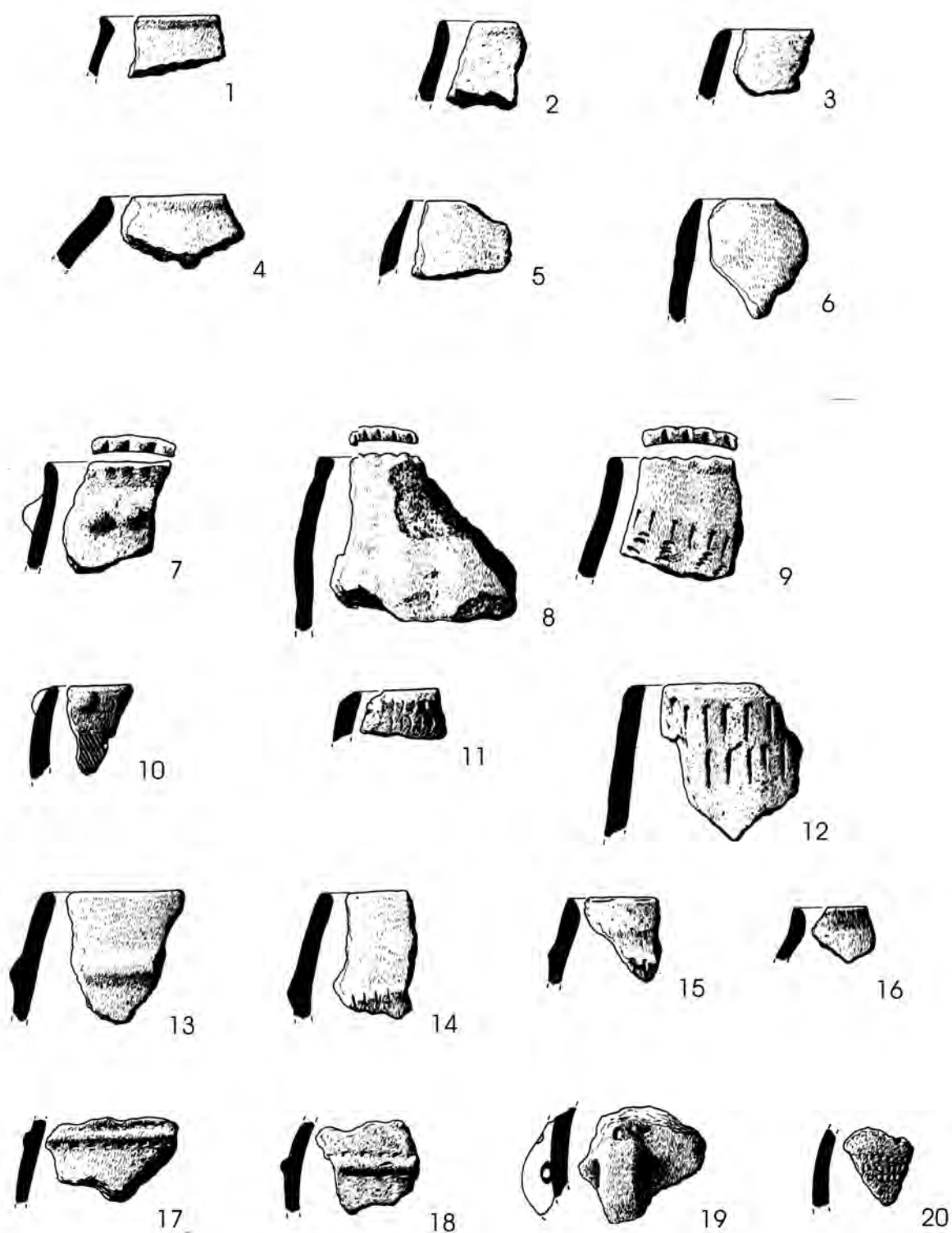


Fig. 427.- Cerámicas lisas y decoradas Nivel III, según Moure y Fernández Miranda, 1977.



Fig. 428.- Material lítico depositado en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid)

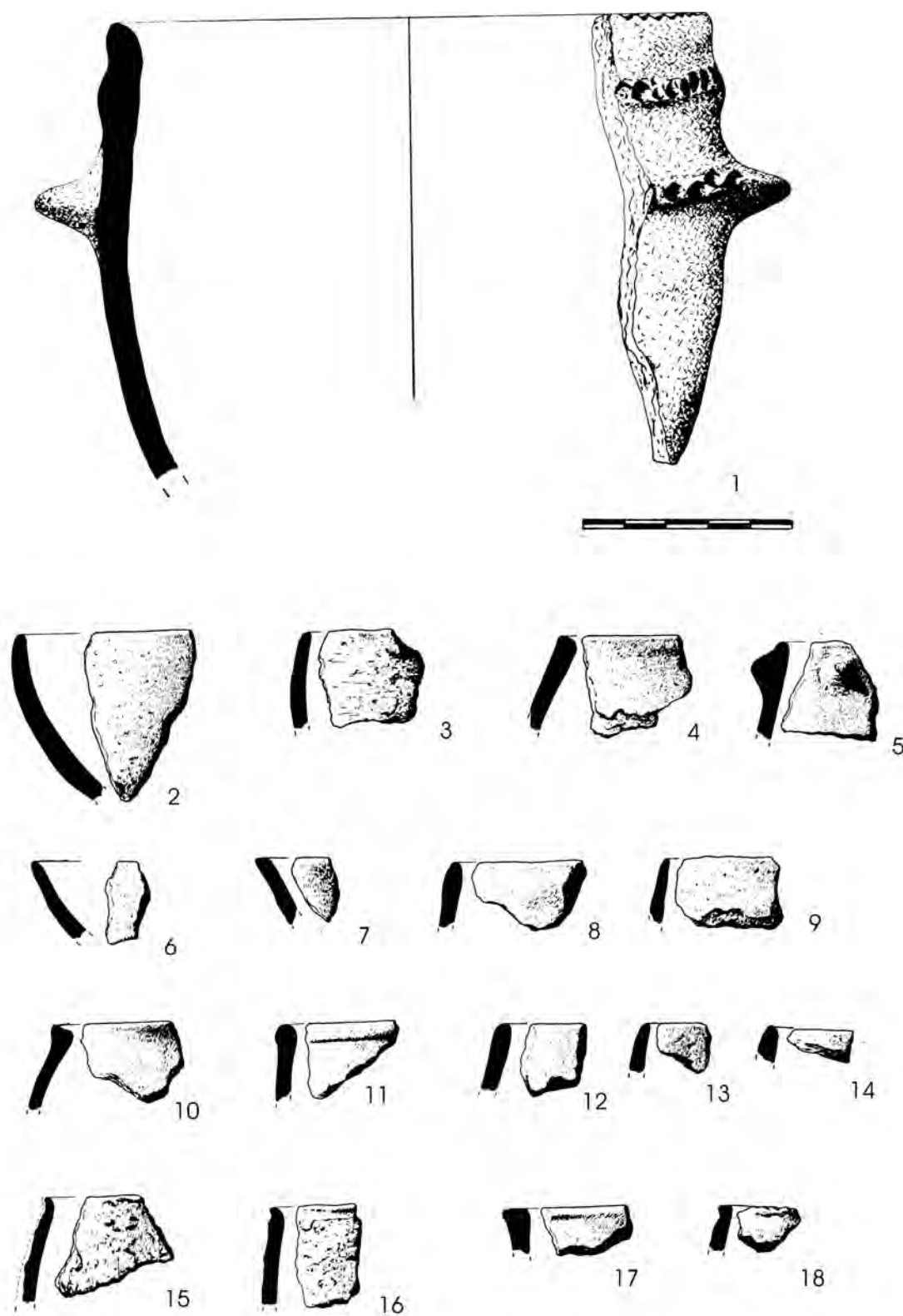


Fig. 429.- Recipiente cerámico procedente del hoyo 3I del Nivel III (1), Cerámicas lisas del Nivel II (2-18), según Moure y Fernández Miranda, 1977.

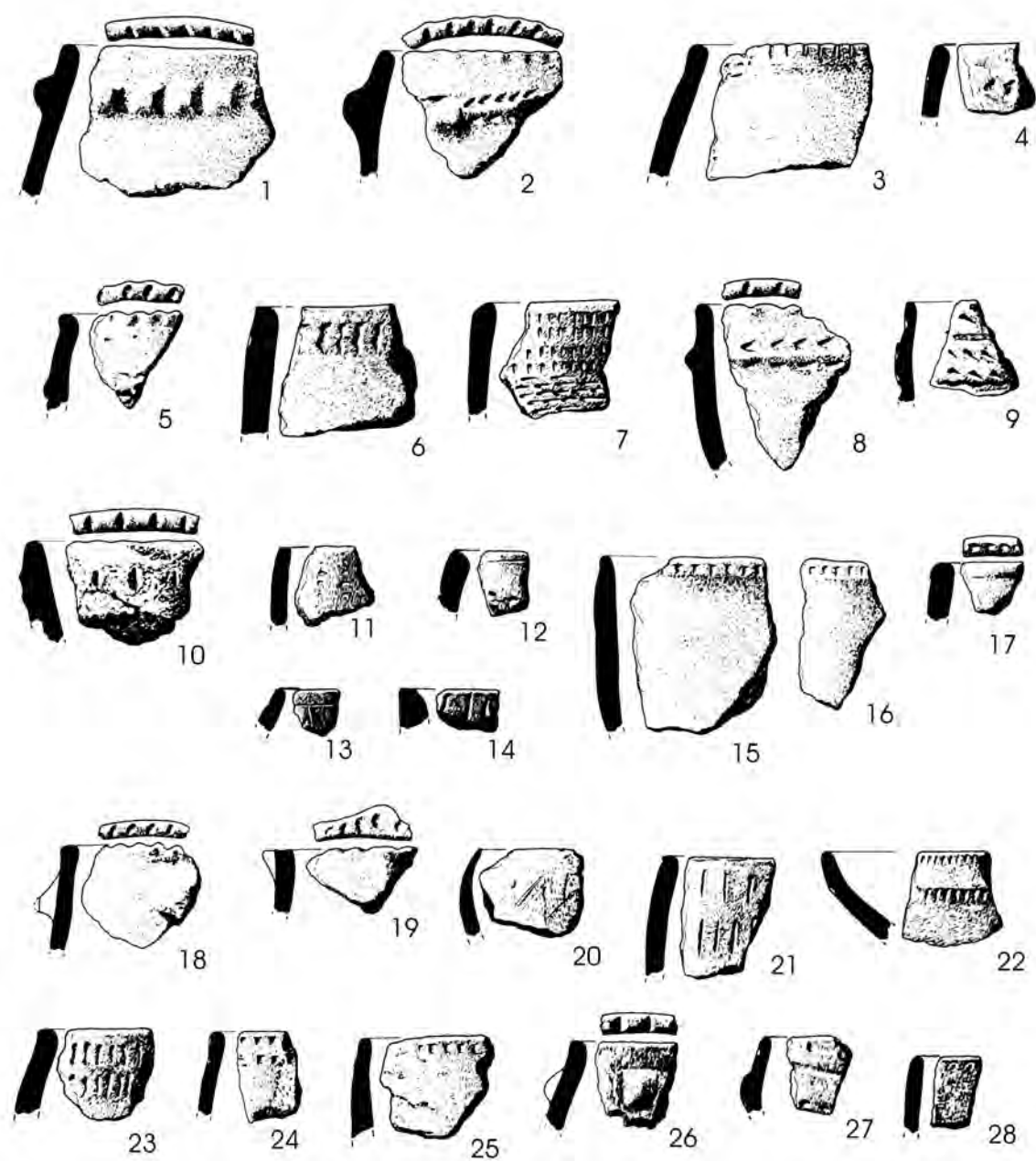


Fig. 430.- Cerámicas decoradas procedentes del Nivel II, según Moure y Fernández Miranda, 1977.

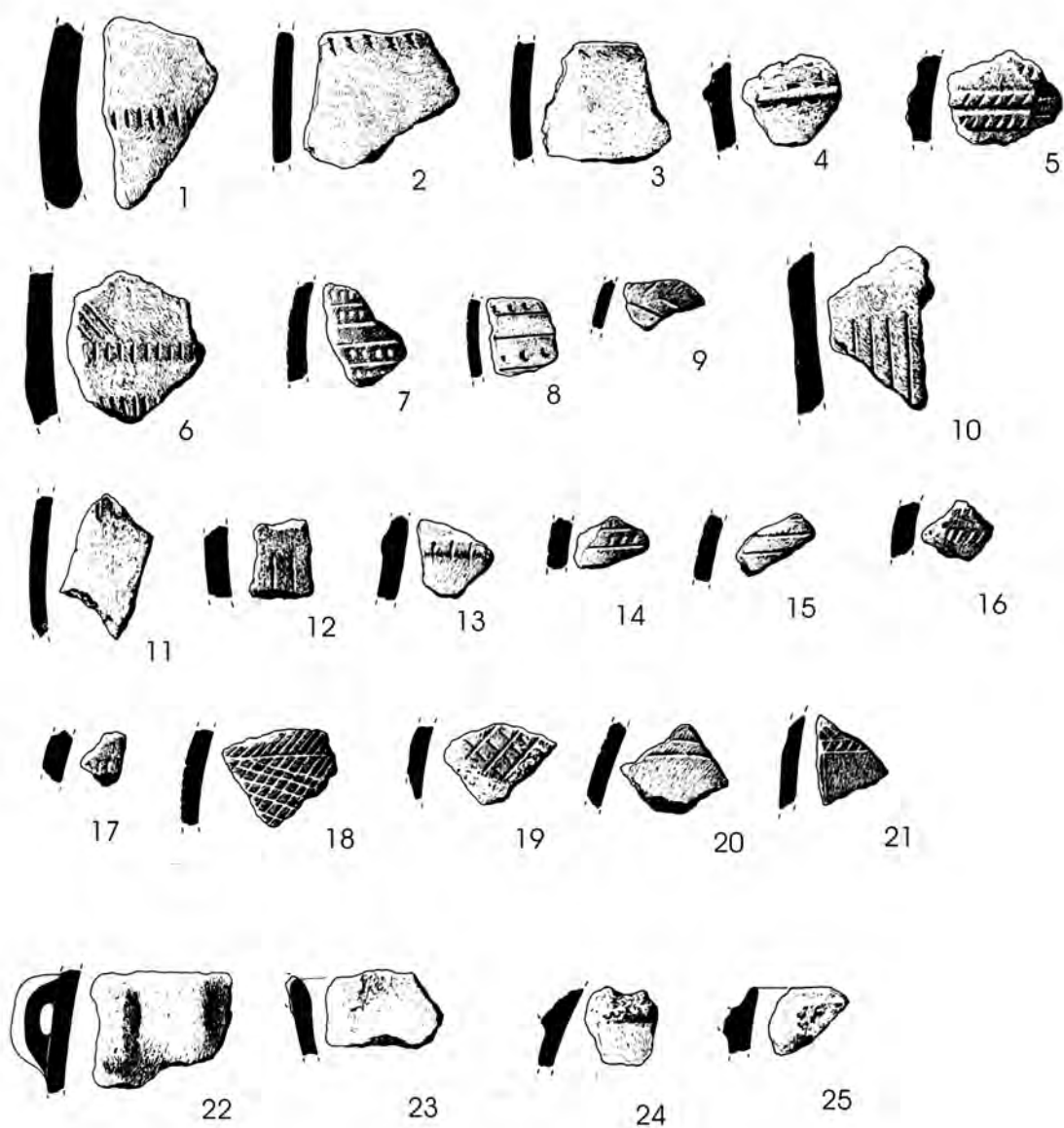


Fig.431.-Cerámicas decoradas procedentes del Nivel II, según Moure y Fernández Miranda, 1977.



Fig. 432.- Cerámicas decoradas del Nivel III (imagen superior, decoración de boquique) y del Nivel II (imagen inferior, decoración inciso/impresa)

Fig.433.- Cerámicas lisas procedentes del polémico Nivel IV del Corte 2



Fig. 434.- Cerámicas impresas decoradas del Corte 2, Nivel II (según etiqueta)

4.2. CUEVA DE LA PERRA (Villalgordo del Júcar, Albacete)

UTM: 579.700 / 4.354.600

Yacimiento multiocupacional en cueva ubicado a 742 m.s.n. en los cantiles calcáreos de la estribación meridional de la serranía de Cuenca, a 24 metros sobre el nivel del río Júcar.

El conocimiento que tenemos de este yacimiento es muy parco. Incluso los datos ofrecidos para su localización han de ser tomados con cautela pues no existe una referencia exacta para la misma.

Material arqueológico

Los materiales que aquí presentamos nos fueron amablemente cedidos por los Drs. M. Almagro Gorbea y T. Moneo y procedían de un estudio preliminar que el Dr. Almagro realizó sobre la colección Villamil y más concretamente sobre un interesante conjunto de elementos de la Edad del Hierro que formarían parte de una Cueva Santuario Ibérica.

El conjunto material estudiado, del que lamentablemente sólo tuvimos acceso a los dibujos elaborados por el Dr. Almagro, se desprende la existencia de una notable heterogeneidad. Junto a los indudables elementos de adscripción neolítica menudea una muy parca representación de útiles líticos así como elementos materiales de perfecta adscripción a las etapas medias y finales de la Edad del Bronce e iniciales de la Edad del Hierro.

Industria lítica

Resulta muy escasa, imaginamos que debido a una selección arbitraria de la muestra. Está representada por una lámina ancha de sílex y un hacha pulimentada cuya materia de origen desconocemos (Fig. 435, nº2)

Cerámica

De entre un conjunto en el que menudean las cerámicas realizadas a mano y a torno, los caliciformes ibéricos y los grandes recipientes de gruesos cordones digito-ungulados y cuellos vueltos propios de la Edad del Bronce, se han podido individualizar cuatro fragmentos de cerámica decorada de adscripción neolítica.

Se trata de dos bordes y dos fragmentos de pared, todos ellos decorados y de los que lamentablemente desconocemos su técnica de cocción, desgrasantes y demás aspectos técnicos de elaboración.

Los bordes corresponden a un cuenco de 220 mm de diámetro de boca y paredes invasadas correspondiendo el diámetro máximo al sector mesial del recipiente, siendo este de en torno a los 240 mm. Este recipiente encaja bien dentro de nuestra **Forma II** (Fig.436, nº1) El recipiente presenta una decoración a base de tres líneas paralelas de motivos impresos verticales que, según el dibujo parecen realizados con un objeto aguzado de matriz simple. El otro borde pertenece a un cuenco de la **Forma I** cuyo perfil aparece prácticamente completo. Este cuenco tiene 240 mm de diámetro máximo que corresponde a la boca del recipiente. Su decoración, mucho más barroca que en el caso anterior afecta a la práctica totalidad del cuerpo y presenta una combinación de técnicas impresas e inciso/acanaladas (Fig.436, nº3)

El esquema decorativo de este recipiente incluye una primera banda de motivos impresos en forma de arco de circunferencia que, si bien no tenemos más que un dibujo para juzgarlo, no desentona en absoluto con las impresiones del labio de concha de las cerámicas cardiales con similitudes en las decoraciones impresas no cardiales del abrigo de Verdelpino. Bajo esta primera banda se desarrolla otra, similar, de impresiones obtenidas con matriz simple apuntada a modo de espiguilla. Bajo esta banda surge un haz de líneas incisas oblicuas, verticales y paralelas que culminan en una línea inciso-impresa en forma de *línea cosida* de desarrollo horizontal. De esta línea, y repitiendo el esquema, surge otro haz de líneas incisas oblicuas que culminan en una nueva *línea cosida* horizontal bajo la que, inmediatamente, se localiza una línea simple de impresiones en arco de circunferencia similares a las primeras que delimitan el final de la composición decorativa (Fig. 436, nº3)

Los dos fragmentos de pared recuperados pertenecen a sendos recipientes que, al menos en una ocasión, a juzgar por el perfil reconstruible de uno de ellos debieron pertenecer a recipientes de la **Forma VII**. Los dos presentan como decoración motivos acanalados anchos, poco profundos en disposición de bandas horizontales paralelas (Fig. 436, nº2 y 4)

Incluimos entre los materiales de posible adscripción neolítica un interesante recipiente liso, cercano a la **Forma 4**, si bien presenta las paredes ligeramente invasadas. Su diámetro de boca es de 100 mm, su diámetro máximo, ubicado en la zona mesial del recipiente, de 118 mm y su altura total de 145 mm. Presenta en el borde, inmediato al labio que llega a invadir pero no sobrepasar, tres mamelones cortos no muy desarrollados y confrontados. Su base es plano-convexa (Fig.436, nº5)

No podemos dejar de hacer notar que la inclusión de este último recipiente entre los materiales neolíticos del yacimiento es arbitraria, máxime teniendo en cuenta que este tipo de recipientes se han documentado en otros contextos meseteños y peninsulares, sin problemas, en la Edad del Bronce.

Industria ósea

Junto a estos materiales se recuperaron algunos útiles realizados sobre hueso. Concretamente dos punzones, dos puntas de flecha y un fragmento de hueso apuntado de sección rectangular. Es difícil precisar la cronología de estos elementos. Por paralelos, las puntas de flecha podrían corresponder, casi sin duda alguna, a contextos de la Edad del Bronce, los mismos en los que aparecen en la cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia) o la Cueva del Moro de Olvena.

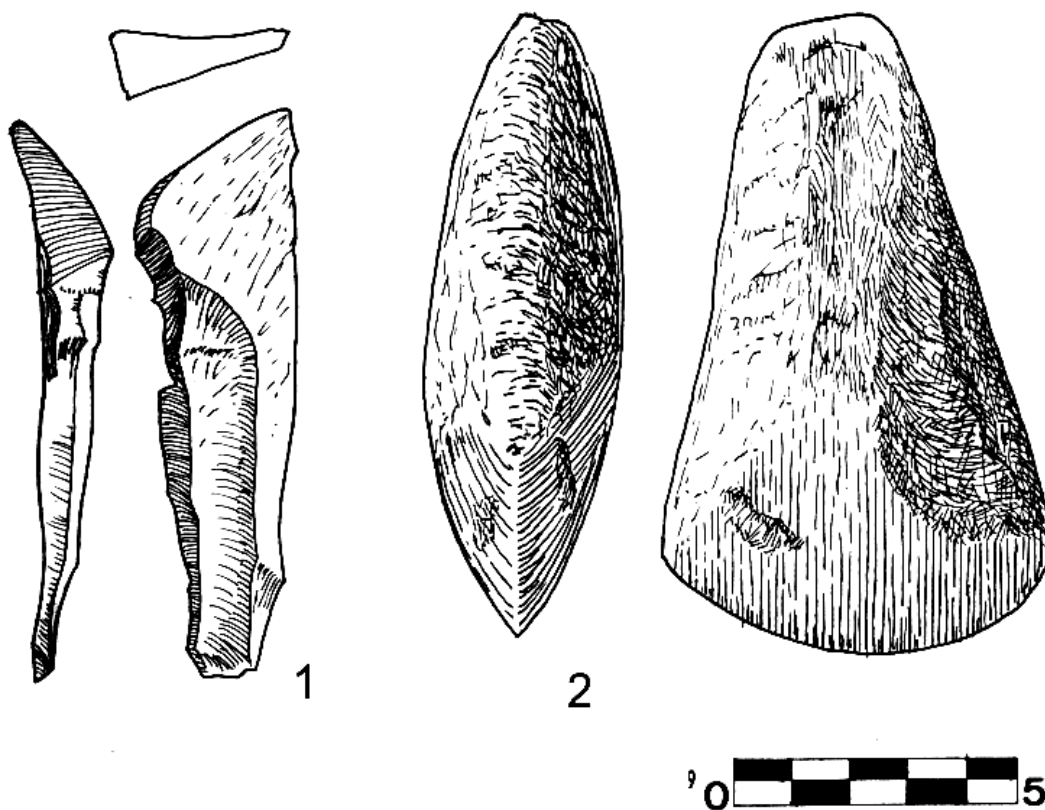


Fig.435.- Industria lítica selecta de la Cueva de la Perra (Albacete)

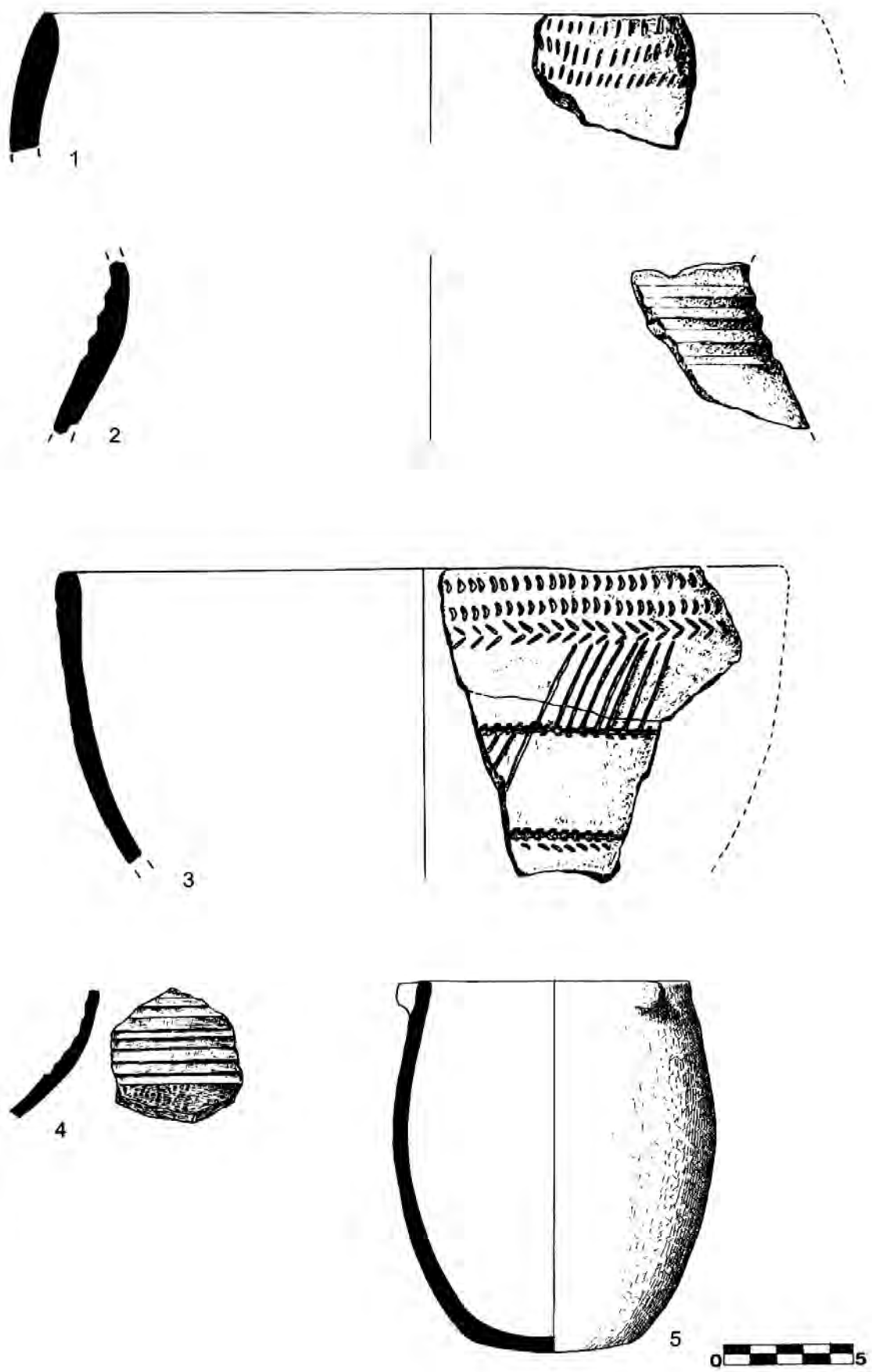


Fig.436.- Material cerámico selecto de la Cueva de la Perra (Villalgordo del Júcar, Albacete)

5. CUENCA DEL SEGURA

5.1. CUEVA DEL NIÑO (Ayna, Albacete)

UTM: 577.000 / 4.267.300

Yacimiento en abrigo y cueva con evidencias de un poblamiento multiocupacional que parte de un momento impreciso del Paleolítico Superior como muestran las bellas pinturas naturalistas contenidas en su interior.

El enclave se sitúa, a 1020 metros s.n.m, en una zona de barrancos en las estribaciones orientales de la Sierra de Alcaraz, en el curso alto del Río Mundo, afluente de importancia del Río Segura. La cavidad se abre en la pared vertical del Barranco del Infierno, en su tramo terminal, próximo a su interfluvio con el Río Mundo.

El yacimiento fue reconocido y publicado por el Dr. M. Almagro Gorbea (1971) quien se dedicó específicamente al estudio de sus manifestaciones parietales superopaleolíticas y levantinas. No obstante, en la presentación general del yacimiento ya señaló la existencia en el acceso de la cavidad y en su talud inmediato de un interesante conjunto de cerámicas impresas de carácter neolítico. También se recuperó un recipiente prácticamente completo correspondiente a un vaso de la **Forma VII** que muestra una barroca decoración incisa que recubre la práctica totalidad del recipiente (Fig. 437) y que en la actualidad se conserva en el Museo de Albacete.

Muy interesante, aunque carezcamos de más datos, resulta la mención que M. Almagro Gorbea realiza sobre la presencia de cerámica cardial recuperada en la cueva (1971: 47) y que, con todas las reservas, el autor señala podría ser puesta en relación con las pinturas levantinas (Fig. 438)

Poco más es lo que puede indicarse de este interesante yacimiento en el que sería preciso y conveniente llevar a cabo un programa de intervenciones sistemáticas que sin duda permitirán establecer el marco de relaciones entre la Submeseta Sur y el sector septentrional de la Península Ibérica.

Sí queremos anotar que en el caso de este yacimiento comparece, una vez más, la asociación de pinturas levantinas y depósito neolítico. Además la vasija recuperada presenta notables paralelos con los fragmentos recuperados en el Abrigo de la Jabelgada (Ciudad Real), donde también se documenta un panel de arte levantino. Este hecho sin duda ha de trascender el nivel de la coincidencia y puede estar señalándonos, como veremos más adelante, una inequívoca relación entre el arte levantino y el proceso de neolitización.

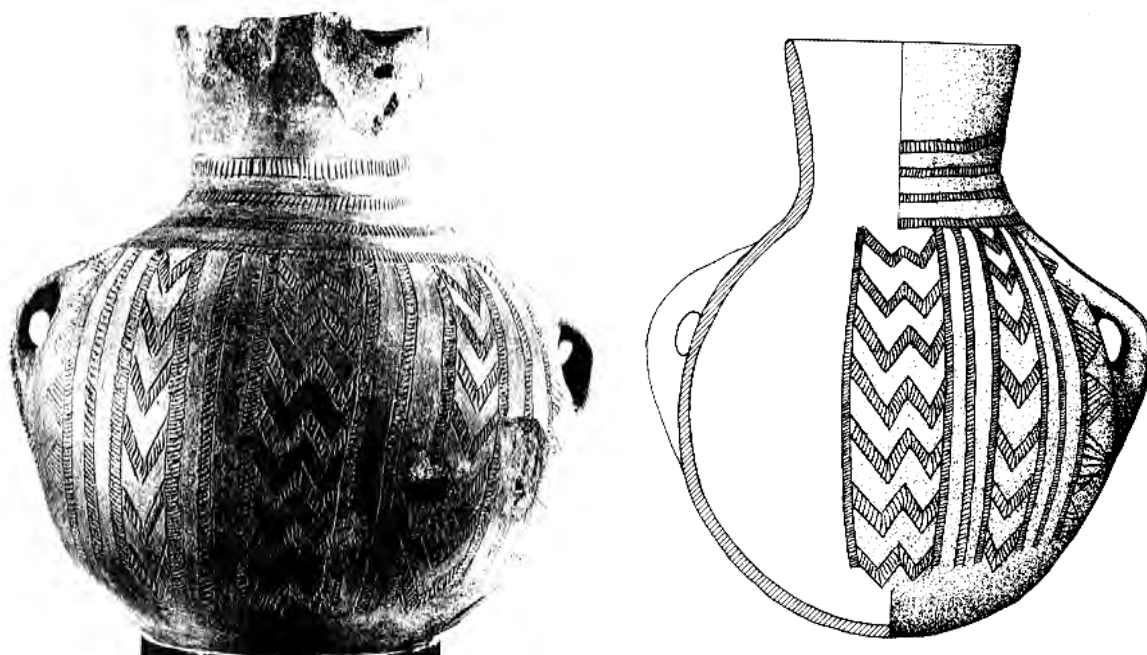


Fig.437.- Cerámica decorada procedente de la Cueva del Niño, según Sanz Gamo et alii, 1989 y Bernabeu 2002

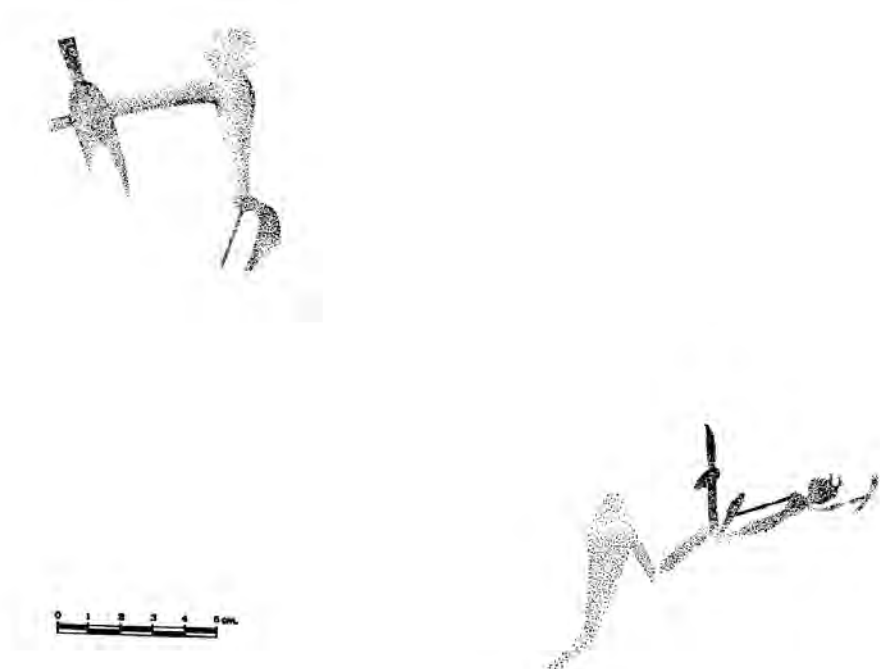


Fig.438.- Pinturas levantinas localizadas en el abrigo que da acceso a la Cueva del Niño, según M. Almagro Gorbea (1971)

5.2. ABRIGO DEL MOLINO DEL VADICO (Yeste, Albacete)

UTM: 548.100 / 4.226.800

Yacimiento multiocupacional ubicado en abrigo calcáreo en el curso alto del Río Segura donde éste se encajona entre las Sierras de Segura y Taibilla, en la Sub-Bética, articulando la abrupta transición entre las tierras meseteñas y andaluzas.

El abrigo, situado a 900 metros s.n.m., se enclava en las proximidades del interfluvio de los ríos Zumeta y Segura. Presenta una longitud de 14 metros y 4 metros de profundidad. Según la apreciación geológica su visera de toba calcárea sería el vestigio de antiguas surgencias hoy casi por completo inactivas (Vega Toscano, 1993:20) que no obstante sirvieron de vehículo conductor de un potente aporte de sedimento que colmata el abrigo.

El yacimiento fue descubierto en 1982 de forma fortuita ya que el relleno del abrigo había sido afectado de forma notable por el trazado de la pista que une las localidades de Santiago de la Espada y Las Juntas. Tan sólo un tercio del relleno parecía encontrarse intacto (*Ibidem*: 21)

El primer estudio de los materiales obtenidos del corte estratigráfico permitió señalar la existencia de una base con industrias del Paleolítico Final al que se superponía una larga secuencia del Epipaleolítico y a techo un nivel aparentemente neolítico (Córdoba, 1983)

El yacimiento fue objeto de intervenciones arqueológicas entre 1984 y 1991 de las que tan sólo existen disponibles breves noticias (Córdoba y Vega, 1985; Vega Toscano, 1993)

Estratigrafía

En el sector Sur del yacimiento se realizó un profundo corte estratigráfico destinado a la obtención de una secuencia amplia (Fig. 439)

Este corte permitió alcanzar una potencia de 210 cm y separar tres unidades litoestratigráficas diferentes; las dos inferiores formadas por conglomerados y arenas compactas pertenecientes a la última terraza del Zumeta. Estas dos unidades son totalmente estériles y sólo la tercera unidad, formada por limos y gravillas es arqueológicamente fértil, mostrando al menos 12 horizontes o estratos de uso separados por niveles estériles:

NIVEL	ENTIDAD ARQUEOLÓGICA	ADSCRIPCIÓN CULTURAL
A1.1	FÉRTIL	NEOLÍTICO
A1.2	FÉRTIL	NEOLÍTICO
A2	FÉRTIL	NEOLÍTICO?
A3	ESTÉRIL	Hiatus
B1.1	FÉRTIL	EPIPALEOLÍTICO
B1.2	ESTÉRIL	Hiatus
B1.3	FÉRTIL	EPIPALEOLÍTICO
B2	ESTÉRIL	Hiatus
B3	FÉRTIL (Tramo superior)	EPIPALEOLÍTICO
B4	FÉRTIL	EPIPALEOLÍTICO
B5	CASI ESTÉRIL	Hiatus?
C1	FÉRTIL	EPIPALEOLÍTICO
C2	FÉRTIL	EPIPALEOLÍTICO
C3	FÉRTIL	EPIPALEOLÍTICO
C4	CASI ESTÉRIL	Hiatus?
D1	FÉRTIL	MAGDALENIENSE?
D2	FÉRTIL	MAGDALENIENSE?
D3	CASI ESTÉRIL	Hiatus?
D4	CASI ESTÉRIL	Hiatus?
D5.1	CASI ESTÉRIL	Hiatus?
D5.2	FÉRTIL	MAGDALENIENSE?
D6	ESTÉRIL	Hiatus

Tabla 171.- *Secuencia geocultural simplificada*

La vista de esta secuencia nos permite señalar, centrándonos en las unidades superiores, que son las de nuestro interés, sobre todo para la secuencia Epipaleolítica, una clara dinámica estacional en la que el abrigo es ocupado y abandonado de un modo sucesivo, mediando entre cada uso –cuya duración no podemos precisar– un nivel de abandono claro. Los paralelos con lo observado en el enclave conquense de Verdelpino son notables.

Material arqueológico

Según las interpretaciones de G. Vega el nivel A1 y posiblemente el A2 son los únicos cerámicos y los únicos también en los que se documentan especies domésticas (1993: 26)

Tramo inferior

Industria lítica

Las características que definen la secuencia de niveles de B1 a D6, de clara advocación cazadora y recolectora, son las de una industria muy homogénea realizada de forma mayoritaria en sílex local con algunos elementos sobre cuarcita de grano fino. La morfometría es primordialmente microlaminar y se documenta todo el proceso de talla en el interior del abrigo. Los grupos tipológicos más representados son los raspadores –sobre todo simples– y los dorsos, entre los que se incluye alguna microgravette. Abundan también las piezas truncadas, los buriles y los denticulados. La industria ósea es prácticamente inexistente habiéndose documentado exclusivamente conchas perforadas en el campo de la quincalla (Vega Toscano, 1993: 26)

La fauna de este tramo estratigráfico consta de especímenes silvestres: cabra, conejo, ciervo, jabalí, zorro y lince.

El ambiente general parece el propio de un Epipaleolítico microlaminar, sin evidencias de geometrismo, y estrategias económicas basadas en la caza y la recolección.

Tramo Superior

Para el tramo neolítico –excavado casi en su totalidad– se presentaron unas parcas conclusiones generales interesantes pero que, lamentablemente, no se acompañaban del oportuno apartado gráfico con lo que a pesar de su interés tan sólo podemos tomar los datos con cautela y a través del relato arqueográfico de su relleno.

Industria lítica

Se aprecia un cambio sustancial respecto a la industria del tramo inferior. Por un lado el complejo lítico se empobrece notablemente y por otro se aprecia una notable abundancia de hojitas carentes de retoque (LS)

Cabe destacar como novedad la aparición de geométricos, en número discreto y ejecutados mediante la técnica de microburil. Una vez más este dato parece corroborar aquella idea que planteamos sobre la sincronía-en gran parte de la meseta- de la geometrización de las industrias y la neolitización, sobre todo en contextos del Neolítico IB, como parece ser el caso de este enclave.

Según G. Vega en este nivel no se ha detectado presencia de elementos pulimentados lo cual, en contra de lo que este investigador señala no tiene por qué suponer su inexistencia.

Cerámica

La cerámica es el elemento más característico de este nivel. Las formas de los recipientes son variadas destacando las botellas (Forma VII) y los cuencos (Formas I y II). Las técnicas decorativas mejor representadas son las impresiones e incisiones. Entre las primeras no son raras las aplicaciones de matriz múltiple y entre las segundas menudean los rellenos de pasta rojiza. Hay también aplicaciones plásticas a modo de cordones y mamelones así como aparecen representadas las asas de cinta entre los elementos prensión. Si bien los acabados y las pastas son bastas no es raro que comparezcan los acabados alisados muy finos.

Industria ósea

Prácticamente inexistente, salvo algunas cuentas de collar o los colgantes realizados en conchas perforadas. Destaca la localización de un posible mango de hoz elaborado sobre asta de ciervo (Fig. 440)

Fauna y economía

En este nivel se mantienen las mismas especies salvajes que en el tramo inferior pero por primera vez hacen acto de presencia, mayoritaria, los especímenes domésticos, sobre todo ovejas y cabras, cuyos esqueletos están perfectamente representados. La presencia de lagomorfos sigue siendo destacada.

Se han recuperado numerosos macrorestos vegetales, especialmente nueces, bellotas, uvas y bayas silvestres. Por una lado la interpretación de estos datos permite valorar la incidencia de la recolección de elementos vegetales entre las poblaciones neolíticas, pero también permite indicar que estas especies silvestres parecen señalar un abandono del hábitat a comienzos del otoño así como un uso estacional del mismo (Vega Toscano, 1993: 28)

Estructuras

Las estructuras excavadas en el yacimiento de las que se documenta un mayor número son las cubetas de alrededor de 30 cm de profundidad. También abundan agujeros de postes que junto a la dispersión diferencial del material arqueológico permite intuir la existencia de divisiones internas del hábitat.

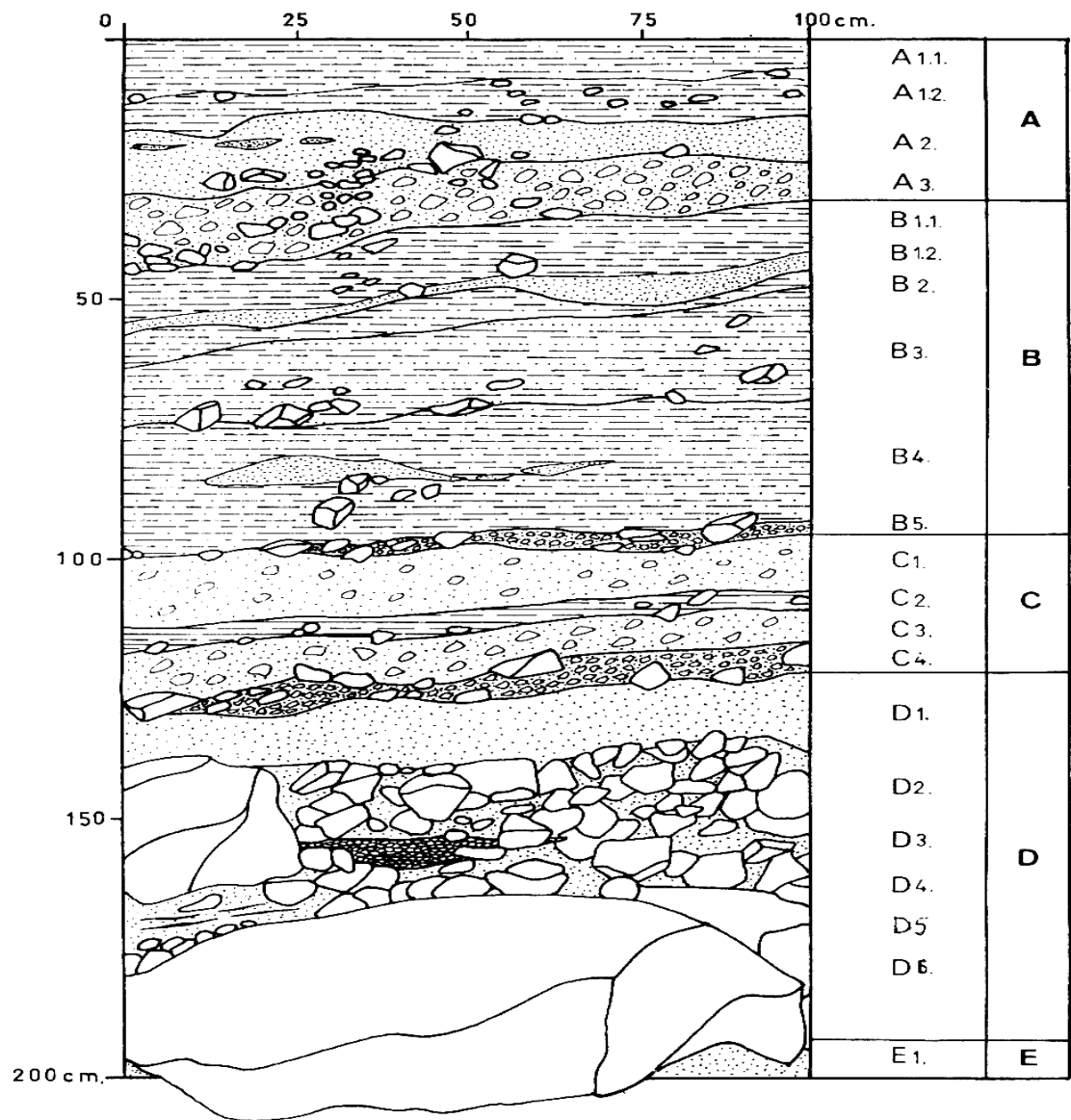


Fig.439.- Sondeo estratigráfico del Abrigo del Molino del Vadico, según Vega Toscano, 1993

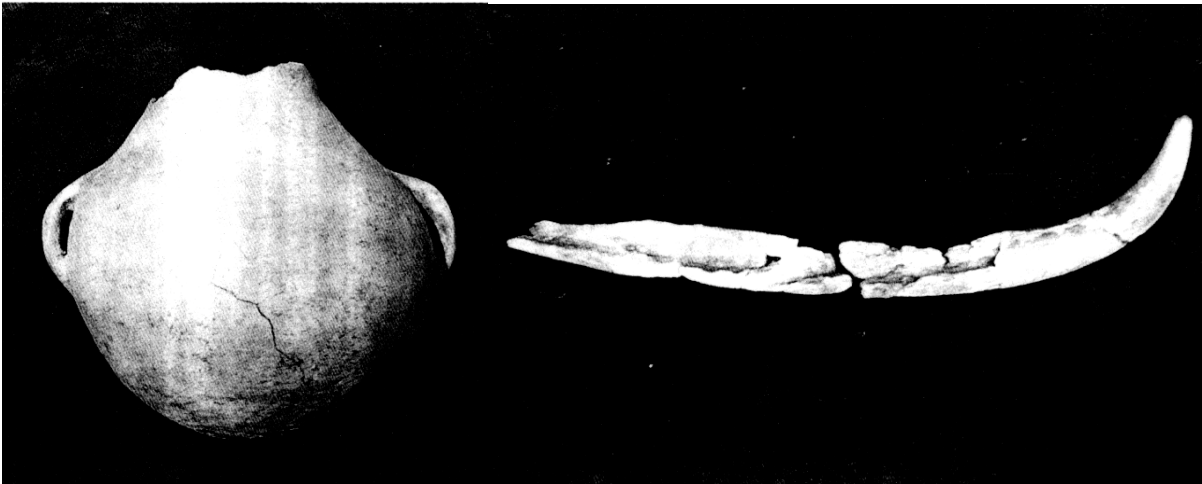


Fig. 440.- Recipiente cerámico -forma VIII- y posible mango de hoz de cuerna de ciervo, según Vega, 1993

VII

CULTURA MATERIAL

INTRODUCCIÓN

El panorama actual resulta más halagüeño respecto a los conocimientos de los que partieron muchos estudios anteriores, tanto por el número de yacimientos conocidos, como por el conjunto de ellos que han sido excavados de forma escrupulosa, aunque no sea por completo satisfactorio.

Como hemos tenido la oportunidad de observar aún es muy numeroso el conjunto de enclaves conocidos tan sólo por prospecciones. Dentro de los yacimientos excavados de modo sistemático, no son pocos aquellos en los que las intervenciones no han afectado más que a un reducido sector de los enclaves o los que, por el contrario, presentan un registro tan parcial que impide valorar de forma concienzuda los datos.

No obstante, los yacimientos con repertorios cerámicos de un millar o más de elementos representativos y tipológicamente significativos –como Verona II, La Paleta, La Vaquera o La Lámpara- deben ofrecer valores próximos a la caracterización del Neolítico del interior de la Península Ibérica una vez son analizados de forma conjunta.

Es aquí donde la denostada tipología toma un valor renovado y la posibilidad de seguimiento de los denominados ‘fósiles guía’ –aún con la mayor parte de su valor dogmático perdido- permite empezar a pensar en círculos de relación y en redes de circulación de materiales. Es aquí, en definitiva, donde el estudio de los materiales permite empezar a escribir, con letras ligeramente desvaídas, la historia que el paso del tiempo nos sustrajo. Nunca podremos acercarnos a las gentes que manufacturaron los recipientes cerámicos, útiles líticos y adornos con la fidelidad con la que creeríamos hacerlo portando un documento exhaustivo que nos relatase cómo se sucedieron los acontecimientos; jamás podremos ver a estas gentes –borrosas y apenas perfiladas- con la nitidez con la que miramos a los habitantes de la Roma Imperial...pero es este el camino que debemos andar, no otro. Y en él hemos de hacer veraz y funcional la vieja máxima que define el saber como el hecho de saber con qué certeza se sabe. Aún este amplio margen de error en nuestras hipótesis y tesis no deja de ser un intento de aproximación a algo que, indudablemente, nos queda demasiado lejos.

Negar el valor de cualquier apoyo en esta empresa es negar la necesidad que tenemos de esos elementos de referencia. Negar la importancia del estudio de los materiales –sin concederle un valor mayor ni menor del que en realidad tiene- es postura necia y falaz. Lejos quedan nuestras posturas de las de aquellos otros que piensan que la Prehistoria puede abordarse, casi de forma exclusiva, desde una postura meramente intelectual. Por el contrario, tenemos el convencimiento de que precisamos no sólo de las herramientas intelectuales –arqueología comparada, paralelos etnográficos, teorías del conocimiento, teorías económicas, etc- sino también, y muy por encima de lo que algunos piensan, de las evidencias materiales que el tiempo no pudo sustraer a nuestro conocimiento.

Será la suma de estas posturas de investigación la que marque la fiabilidad y validez de nuestro trabajo. Por ello huimos de aquellas otras posturas en exceso intelectualistas que

minusvaloran los únicos testigos mudos, veraces *per se*, de ese ancestral pasado. Lo acertado o errado de nuestra postura, el tiempo, con su devenir inquisitivo, lo dirá.

Hemos dividido el estudio de estos materiales en varios apartados. En ellos, de una forma en cierto modo independiente, hemos analizado aquellas evidencias que podemos considerar definitorias del Neolítico. Como hemos señalado, y aún tendremos ocasión de hacer en alguna otra ocasión, el valor de la cerámica no ha sido tomado como un elemento referencial, en tanto en cuanto conjunto de 'quiebra cultural'. Ha pasado ya el tiempo de las creencias en compartimentos estancos, en culturas exclusivamente arqueográficas. Esto, no obstante, no es óbice para que sigamos defendiendo que un elemento básico en la plena neolitización será tanto la cerámica –en lo material- como la domesticación de animales y/o plantas –en lo económico-. Pensar de otro modo, hoy por hoy, es contrario a lo que demuestran las evidencias.

Aprovechando el tratamiento exhaustivo hecho de cada yacimiento en el capítulo anterior, evitaremos hacer de nuevo una referencia minuciosa a los materiales procedentes salvo en los casos más significativos.

1. INDUSTRIA LÍTICA

1.1. Introducción

Es habitual encontrar, en las obras dedicadas a estudios generales o locales, un capítulo concerniente a la industria lítica. Por norma este tipo de capítulos se centran en el estudio de la tipología lítica sin entrar en profundidad en la consideración del aporte y obtención de materias primas.

A nuestro parecer un estudio como el que nos ocupa quedaría desmembrado si no tratásemos, aunque fuese de un modo somero, tan importante campo. No en vano, para los trabajos centrados en el Neolítico, el aporte de piedra para talla, pulimentos y elementos de molturación y adorno, realizados sobre materia pétreo, supone algo más del 70 % del registro.

Somos conscientes de que la carestía de datos en la región mesetaña no permite ahondar mucho más en este apartado. Nosotros hemos tratado de paliar este problema mediante el desarrollo de programas de investigación específicos. Gracias a ellos hemos obtenido interesantes conclusiones relacionadas con la búsqueda de materias primas y su aprovechamiento y estamos en condiciones de señalar que el desarrollo de una minería compleja no acontece antes de etapas muy avanzadas del Neolítico II, momento en el que se desarrollaron sistemas generales de rendimientos diferidos y generación de excedentes relacionados con la demanda de un bien geográfica y geológicamente muy localizado como es el sílex.

Atenderemos en un primer apartado, ciertamente generalista, a los modos de obtención de los recursos minerales para después centrarnos en el estudio tipológico de los conjuntos líticos. Excederemos en algunos momentos el marco cronológico y temporal de nuestra síntesis en beneficio de la obtención de paralelos y de pautas de trabajo que deriven, en un futuro, en la puesta en marcha de trabajos dedicados específicamente al estudio de las áreas de captación de recursos líticos, vía esta en la que estamos trabajando y obteniendo resultados notorios (García de Miguel *et alii*, 2005)

1.2. Orígenes del aprovechamiento mineral

Si atendemos al desarrollo Histórico no podremos dejar de advertir la existencia de una cierta evolución en el proceso de adquisición, aprovechamiento y transformación del mineral con fines utilitarios u ornamentales.

En las etapas iniciales de la Prehistoria y hasta etapas avanzadas de ésta, esto es, entre el Paleolítico Inferior y el Neolítico las fuentes de materia mineral aprovechadas eran un tanto reducidas, destacando, por encima de todos el empleo el sílex, la cuarcita, el cuarzo y los derivados de las rocas silíceas para la elaboración de útiles tallados. En algunos lugares se explotaron otros minerales exóticos –como la obsidiana- que, con el paso del tiempo, se convirtieron en elementos de cierto valor entre algunas poblaciones prehistóricas, no ya por su funcionalidad, sino por su mera posesión.

Será precisamente el estudio de las fuentes de origen y de la distribución de la obsidiana a inicios de los años 70 del pasado siglo el germen de los estudios petrológicos de caracterización y de los primeros intentos de aproximarse a las redes de distribución prehistóricas. Antes, no obstante, se habían hecho algunos intentos similares con otros materiales como el sílex, si bien, en la práctica totalidad de las ocasiones, las caracterizaciones se realizaron *de visu* y tenían por tanto un valor poco menos que aproximativo (García de Miguel *et alii*, 2005)

Podemos advertir dos grandes modos de obtención de la materia prima mineral; sistemas estos diferenciados pero no discriminantes, que en cierto modo presentan un claro componente cronológico y cultural (Fig. 441)

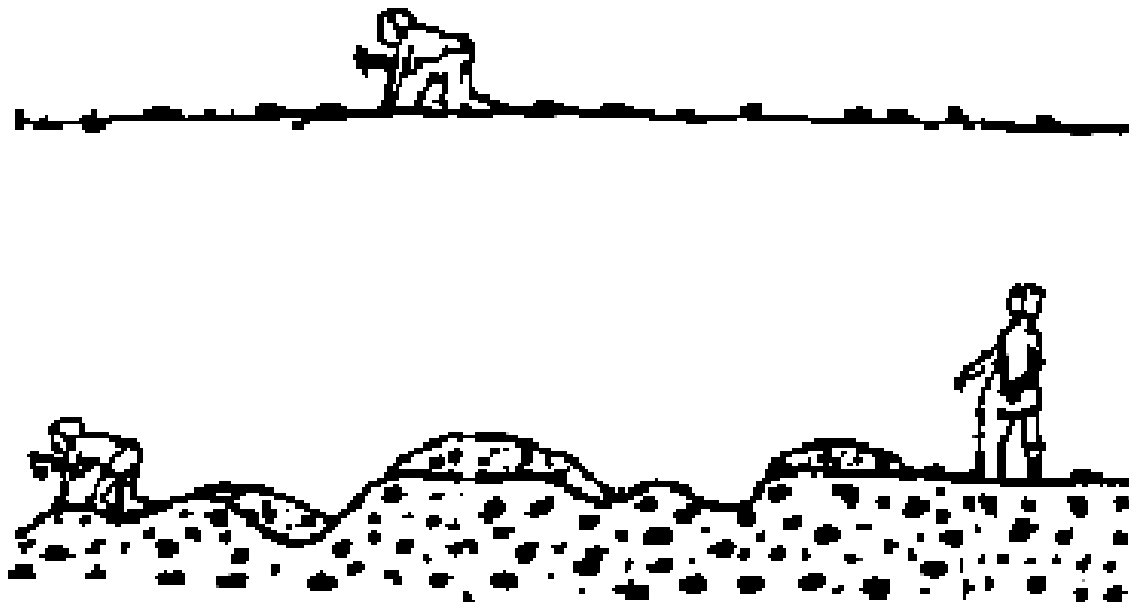


Fig. 441.- *Sistemas básicos de obtención de materia prima minera. Arriba, aprovechamiento puntual o recolección. Abajo, sistema prospectivo o minero.*

El primero de ellos, denominado **APROVECHAMIENTO PUNTUAL O RECOLECCIÓN** se caracteriza por la búsqueda superficial de los minerales, bien en sus zonas de origen o en muchas ocasiones en las terrazas de los ríos que los han arrastrado. Es el sistema más sencillo y común, aunque requiere, como es obvio, un cierto conocimiento empírico que permita la distinción de las diferentes materias primas en estado bruto. El concepto básico asociado a este sistema de explotación estriba en localizar y explotar la fuente necesaria para cubrir las necesidades del grupo.

El segundo sistema, que podemos denominar **PROSPECTIVO O MINERO** en el sentido amplio de la palabra, se circunscribe a la obtención de la materia mineral acudiendo de forma directa al filón o vena y procurando su explotación íntegra, generalmente asociada a la generación de un excedente; esto es, se obtiene más mineral del que precisa el grupo. Sin duda este modo de explotación presenta una mayor complejidad que el anterior, aún cuando ambos estén unidos en su origen. También podemos observar dentro de este sistema una cierta evolución –una vez más de complejidad creciente- que nos permite diferenciar entre varios tipos de explotación.

Dentro del primer sistema, en un estadio inicial, situaríamos la **explotación de filones a cielo abierto**. Un proceso deductivo debió conducir a los grupos humanos hasta las fuentes materiales originales. Este sistema se fundamenta en la localización de un área de concentración de la materia prima en torno a la cual se desarrolla un proceso de aprovechamiento directo. En el caso del sílex –como hemos podido comprobar gracias a nuestros estudios en Madrid y Castilla La Mancha-, a veces la explotación prehistórica se ciñe exclusivamente al aprovechamiento de grandes bloques desprendidos o de venas localizadas en cortados verticales abiertos por los cursos de los ríos (Fig. 442) Otras veces el aprovechamiento se realiza en el interior de cavidades naturales, como es el caso de la Galería del Sílex (Burgos) explotada durante el Neolítico de forma puntual, o la

galería de los rinocerontes de Rouffignac (Francia), explotada también de forma esporádica durante el Paleolítico Superior.



Fig. 442.- Izquierda, recreación de la extracción a 'cielo abierto' durante la prehistoria. Derecha, filón 'a cielo abierto' de Brihuega (Guadalajara)

Dentro del segundo sistema, en un estadio algo más avanzado de la obtención de recursos, los grupos humanos, con el conocimiento experimental adquirido por la secular explotación de los filones verticales a cielo abierto, realizaron pequeñas cubetas o pozos, de profundidad nunca superior a la altura de un hombre y amplio diámetro –superior a veces a los 15 metros- conocidas como *borrow shafts* –pozos madriguera-, destinadas a la búsqueda de un nuevo afloramiento del filón, bien se encuentre este oculto o bien esté agotado en superficie.

Un paso más en esta búsqueda del mineral lo constituye la excavación de pozos horizontales, a modo de pequeñas grutas artificiales (Fig.443), destinados al aprovechamiento total de la veta detectada en la explotación a cielo abierto. Cuando el venero se agotaba, la cavidad se abandonaba o se rellenaba de sedimento.

Entre los sistemas mineros más avanzados se encuentran la confección de pozos profundos –en ocasiones de más de una decena de metros- (Fig.443) y en el momento más avanzado de este sistema la excavación de ramales subterráneos a modo de galerías simples o complejas. La mayor parte de las explotaciones mineras conocidas en Europa señalan una cronología propia del Neolítico Final y el Calcolítico para este tipo de explotaciones, si bien existen algunos antecedentes desde los inicios del Neolítico II.



Fig. 443.- Detalle de pozos/galería horizontales destinados a la explotación completa de una beta de sílex. Conjunto de Brihuega (Guadalajara)



Fig. 444.- Minas de sílex de la Edad del Bronce de Casa Montero (Vicálvaro, Madrid) Corte transversal de un pozo minero.



Fig. 445.- Minas de sílex de la Edad del Bronce de Casa Montero (Vicálvaro, Madrid) Detalle de la boca de acceso a uno de los pozos profundos.



Fig. 446.- Minas de sílex de la Edad del Bronce de Casa Montero (Vicálvaro, Madrid) Detalle de la superposición de hoyas donde una de las bocas de pozo profundo (derecha) corta una fosa simple (izquierda)

En ocasiones es normal encontrar en un yacimiento minero prehistórico evidencias de los diferentes tipos de explotación y aún cuando, a menudo, resulta difícil de demostrar, es posible que el aprovechamiento del mineral siguiese una pauta crono-evolutiva lógica:

Búsqueda puntual en las proximidades de la veta
Explotación en perfiles verticales a cielo abierto
Excavación de pequeñas fosas y covachas
Excavación de fosas profundas y sistemas de galerías

En definitiva, este sistema lógico descansa sobre la ley del mínimo esfuerzo y del máximo rendimiento, tan del gusto de ser humano, e implica un aprovechamiento gradual de la materia prima aplicando sistemas más complejos cuanto más se complica la posibilidad de extracción, menor cantidad de veta explotable queda accesible o mayor cantidad de materia prima se precisa.

Este sistema también será diferente según las materias a aprovechar o la cantidad de materia prima puesta en circulación o demandada. Así, para el sílex y las rocas silíceas estratificadas, el cuarzo, la variscita, tal vez la obsidiana, el azabache y los carbones fósiles en general y el metal, este será el sistema más empleado. Mientras que, para otros elementos como la cuarcita y sobre todo las rocas destinadas a la fabricación de hachas, cinceles, azuelas y pulimentos en general –como la sillimanita, la diabasa, el gabro, el lamprófido, el basalto etc.- o los granitos y areniscas destinados a la confección de elementos alisadores y de molturación, el sistema básico de aprovechamiento sería, durante la práctica totalidad de la Prehistoria, el primero señalado, esto es, la recolección sistemática pero puntual o de superficie.

El por qué de cada uno de estos aprovechamientos tendrá su explicación y sus evidentes consecuencias dentro de la esfera del desarrollo e interrelación de los grupos humanos prehistóricos.

1.2.1. Recursos para aprovechar y materiales aprovechados

Si bien el conjunto de elementos minerales que ofrecen posibilidades de explotación es amplio, por su repercusión en el ámbito del Neolítico, podemos acotar el conjunto de materiales aprovechados en varias categorías (Tabla 172)

TIPO ROCA/MINERAL	USO	CRONOLOGÍA (genérica)	OBTENCIÓN
Sílex	Talla	Paleolítico-E. Bronce	SISTEMA 1-2
Cuarzo	Talla	Paleolítico-E. Bronce	SISTEMA 1
Cristal de roca	Talla	Paleolítico-E. Bronce	SISTEMA 1
Cuarcita	Talla	Paleolítico-E. Bronce	SISTEMA 1
Obsidiana	Talla	Paleolítico-E. Bronce	SISTEMA 1-2
Caliza	Talla, adorno	Paleolítico-E. Bronce	SISTEMA 1
Pizarra	Talla, adorno	Paleolítico-E. Bronce	SISTEMA 1
Ofita	Pulimento	Neolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1
Sillimanita	Pulimento	Neolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1
Diabasa	Pulimento	Neolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1
Lamprófido/Pórfido	Pulimento	Neolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1
Basalto	Pulimento	Neolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1
Granito	Pulimento, molturación	Neolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1
Arenisca	Pulimento, molturación	Neolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1
Variscita/Fosfatos aluminicos	Adorno	Neolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1-2
Lignito-azabache	Adorno	Paleolítico Sup-Calcolítico	SISTEMA 1-2
Cobre	Armas y útiles-adorno	Calcolítico-Edad Bronce	SISTEMA 1-2
Oro	Adorno	Calcolítico-Edad Hierro	SISTEMA 1
Plata	Adorno	Calcolítico-Edad Hierro	SISTEMA 1-2
Arcilla	Útiles (cerámica)-adorno	Neolítico-Edad Hierro	SISTEMA 1
Pirita	Piedra chispa (fuego)	Neolítico-Edad Hierro	SISTEMA 1

Tabla 172.- Recursos minerales explotados durante la Prehistoria.

Una primera aproximación a las materias empleadas en un territorio prehistórico o, como unidad básica menor, en un yacimiento arqueológico, debe ser realizada desde el punto de vista de la caracterización geológica del entorno más o menos inmediato de ese yacimiento o territorio. Sin duda las materias primas más empleadas serán aquellas que ofrezcan una mejor relación entre los parámetros de abundancia y facilidad de obtención.

A lo largo de la Prehistoria existieron territorios deficitarios en materias primas, en especial sílex o las rocas destinadas a la talla, lo que convertiría a sus pobladores en directos demandantes y consumidores de rocas alóctonas, bien por consecución directa a través de exploraciones en territorios vecinos, bien por intercambio. La dinámica de los patrones de habitación bien pudo estar relacionada con la accesibilidad a la materia prima principal –el sílex- como atestiguan los datos recogidos.

Sobre la antigüedad del proceso minero –en el sentido de la concurrencia de técnicas complejas de localización y de extracción del mineral- hay aún hoy en día cierta controversia. No hay duda de que los primeros minerales aprovechados a gran escala fueron los de origen silíceo y muy especialmente el sílex. Éste, debido a su facilidad de trabajo y versatilidad para convertirlo en un elemento funcional, así como su dureza, se convirtió en el elemento fundamental y universal para la obtención de útiles desde los momentos iniciales de la Prehistoria. Sin embargo la explotación de este tipo de recursos durante el Paleolítico y los inicios del Neolítico, al menos en la Península Ibérica, parece haber estado ligado a un sistema de aprovechamiento recolector o puntual.

Algunas investigaciones recientes basadas en el estudio del isótopo ^{10}Be parecen señalar la posibilidad de que el aprovechamiento de mineral subterráneo se hubiese originado durante el Paleolítico Medio (Barkai *et alii*, 2002). Sin embargo, los problemas que aún plantea el uso de elementos isotópicos como trazadores y lo reducido del muestreo obligan a ser en extremo prudentes.

No hay problema, sin embargo, para admitir que durante las etapas avanzadas del Paleolítico Superior y las iniciales del Neolítico se recurrió en numerosos lugares al aprovechamiento a cielo abierto de grandes afloramientos de sílex. Incluso la técnica de obtención de la materia silícea mediante la excavación de los *borrow shafts* o ‘pozos madriguera’ a los que antes nos referimos desarrollada durante gran parte del Neolítico debió derivar en paisajes mineros fuertemente antropizados aún cuando la técnica puesta en marcha fuese básica y rudimentaria. A este tipo de explotaciones parecen corresponder las fechas más antiguas obtenidas en diversas minas europeas, como las de Krzemionki (Polonia), cuya primera explotación mediante este sistema rudimentario se fecha entre el 5800 y el 5300 BP o las de Antonshöhe, fechadas en torno al 5000 BP.

Para un momento cronológica y culturalmente más avanzado la existencia de minas y explotaciones de sílex en nuestro país y en Europa, en contra de lo que el desconocimiento de algunos ha hecho trascender, es más que notable. Tan sólo en Europa hay casi un centenar de yacimientos considerados mineros que tienen trazas de explotación prehistórica (Bácskay, 1986) la mayor parte de ellas con sistemas complejos de explotación datados en torno al 5800-4200 BC.

En el caso de los yacimientos paleolíticos y neolíticos que hemos tenido la oportunidad de estudiar en la Meseta española y especialmente en los cursos inferiores de los ríos Manzanares y Jarama existe un hecho común relacionado con la concentración de hallazgos –en el caso de los yacimientos paleolíticos- y hábitats –en el caso de los Neolíticos- en aquellas zonas en las que el sílex aflora en superficie de forma natural, bien por aparecer en crestones verticales cortados –caso del Cerro de Almodóvar y de Los Ángeles-, o bien por formar parte de las capas superiores del terreno.

En este sentido, para toda la cuenca de Tajo han sido decisivos los trabajos de Fernández Navarro, Galván y Amorós y especialmente Bustillo Revuelta (1976). Esta investigadora,

en un trabajo pionero, señaló las diferentes zonas de captación de materias primas silíceas y realizó un interesante conjunto de columnas litoestratigráficas que nos han permitido alcanzar las conclusiones referentes a la relación existente entre yacimientos neolíticos y áreas de presencia natural de sílex.

Algunos arqueólogos han realizado aproximaciones a la procedencia de los sílex mediante el recurso a un criterio como es el del color. No hay duda de que este puede ser un primer paso para dirimir la procedencia, local o alóctona, de ciertos materiales. Sin embargo, nuestros trabajos de campo y las observaciones de los ingenieros de minas y geólogos nos han llevado a comprobar lo poco seguro de esta perspectiva.

Sobre la técnica desarrollada es evidente que se puede decir poco. La extracción puede consistir en algo tan sencillo como ir recogiendo a lo largo de un valle fluvial, a veces en el sector inmediato al hábitat, los nódulos dispersos de material silíceo.

Si atendemos de forma breve a las columnas litológicas obtenidas por Bustillo Revuelta a lo largo de la Cuenca del Tajo a las que antes aludimos (Fig. 447), comprendemos rápidamente el por qué de la notable presencia de talleres líticos de superficie en torno a determinadas áreas del sur de Madrid y Norte de Toledo. Así, en Brea de Tajo, Orusco, Paracuellos, Parla, Torrejón de Velasco, Esquivias, Magán-Añover, Barcience, Huecas, Rielves, Vargas o Yunclyos, las masas silíceas afloran en superficie lo que facilita su obtención y talla de forma inmediata dando lugar a lo que se ha venido en denominar "talleres al aire libre". Sin duda si se realizasen programas de investigación en estas zonas, al excavar, se advertiría la presencia de afloramientos naturales e incluso la localización de masas de sílex obtenidas mediante el vaciado de fosas destinadas a su uso como silos, basureros, etc...o tal vez derivada de la misma labor minera.

Tenemos un elemento cronológico de interés que, pese a su obtención por métodos deductivos puede estar denunciando la existencia, durante un notable lapso de tiempo, de sistemas básicos de obtención del mineral. Así, es norma común en los yacimientos de cronologías Paleolíticas y Neolíticas –al menos en sus fases iniciales- observar la concurrencia de varias materias primas en los registros (sílex, cuarzo y cuarcita principalmente), siendo predominante la primera de ellas.

Al analizar de forma global el material arqueológico procedente de los diferentes niveles excavados observamos que si algo define estos contextos es la notable diversidad de los sílex, no sólo atendiendo al criterio del color que antes criticamos, sino también a sus características texturales y de composición. Pero aún hay más, cuando este análisis se centra en los restos de núcleos observamos que, en más del 90% de los casos en los que se observa presencia de cortex, éste denota que se trata de elementos nodulares con evidencias de exposición prolongada a la intemperie y rodamiento fluvial; esto es, que se trata de elementos obtenidos mediante un sistema de recolección puntual.

Tampoco es menos llamativo el hecho de que en algunos yacimientos arqueológicos correspondientes a las etapas iniciales del Neolítico se haya documentado una elevada tasa de reutilización de útiles Paleolíticos con restos de potentes pátinas y rodamiento, que, sin duda, fueron tomados como nódulos y recuperados como tales por los primeros grupos neolíticos.

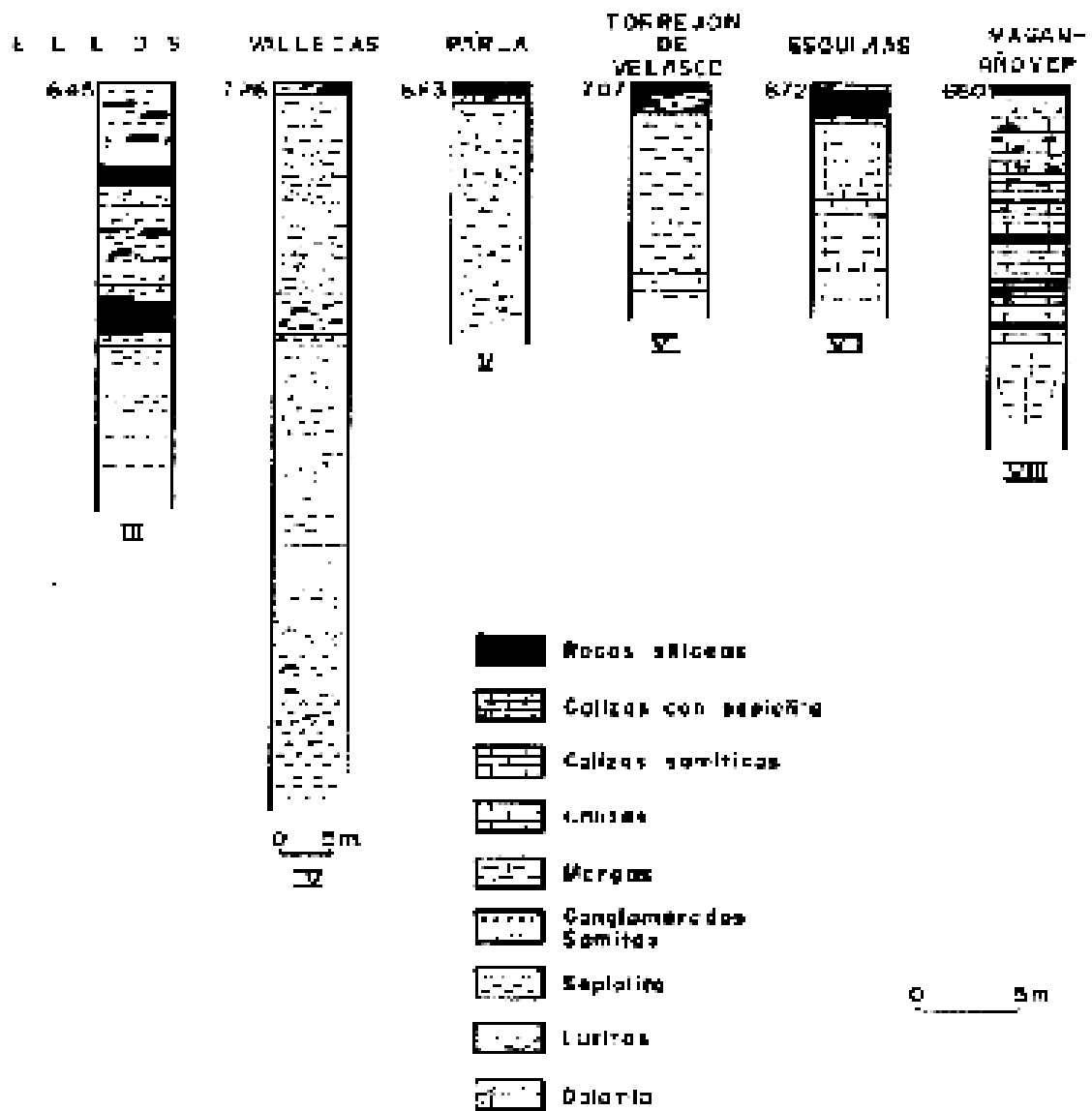


Fig. 447.- Columnas litoestratigráficas de la cuenca del Tago (Provincias de Madrid, Toledo y Cuenca), según Bustillo Revuelta, 1976.

Por otra parte, los aún no muy numerosos ejemplos ibéricos son contundentes. No existen, hasta la fecha, indicios de una explotación minera compleja anterior a las fases más avanzadas del Neolítico. Así, el caso que veremos más adelante de las minas de variscita de Gavá (Fig. 448 Y 449) se inscribe en un momento avanzado de la Cultura de los Sepulcros de Fosa –propia del Neolítico Medio- y también se atribuyen cronologías avanzadas para los complejos de extracción de variscita del sinforme de San Vitero en Zamora.

Igualmente, los yacimientos mineros más destacados de Europa no parece que se exploten mediante técnicas complejas hasta etapas avanzadas del Neolítico. Así ocurre al menos en las minas de radiolarita vienesas de Antonshöhe, en las Belgas de Spiennes o en el complejo alemán de Rijckholt-St. Geertruid, en las inglesas de Findon, Beer y Grimes Graves, en las suizas de Pleigne, en las polacas de Tüzköveshegy y Krzemionki y las francesas de Fampoux y Gran Pressigny. En todas ellas los orígenes de la explotación compleja nunca se han asociado a restos más antiguos que del Neolítico avanzado.



Fig. 448.- Detalle de las galerías de las minas de Gavá. (imágenes del Ayuntamiento de Gavá)

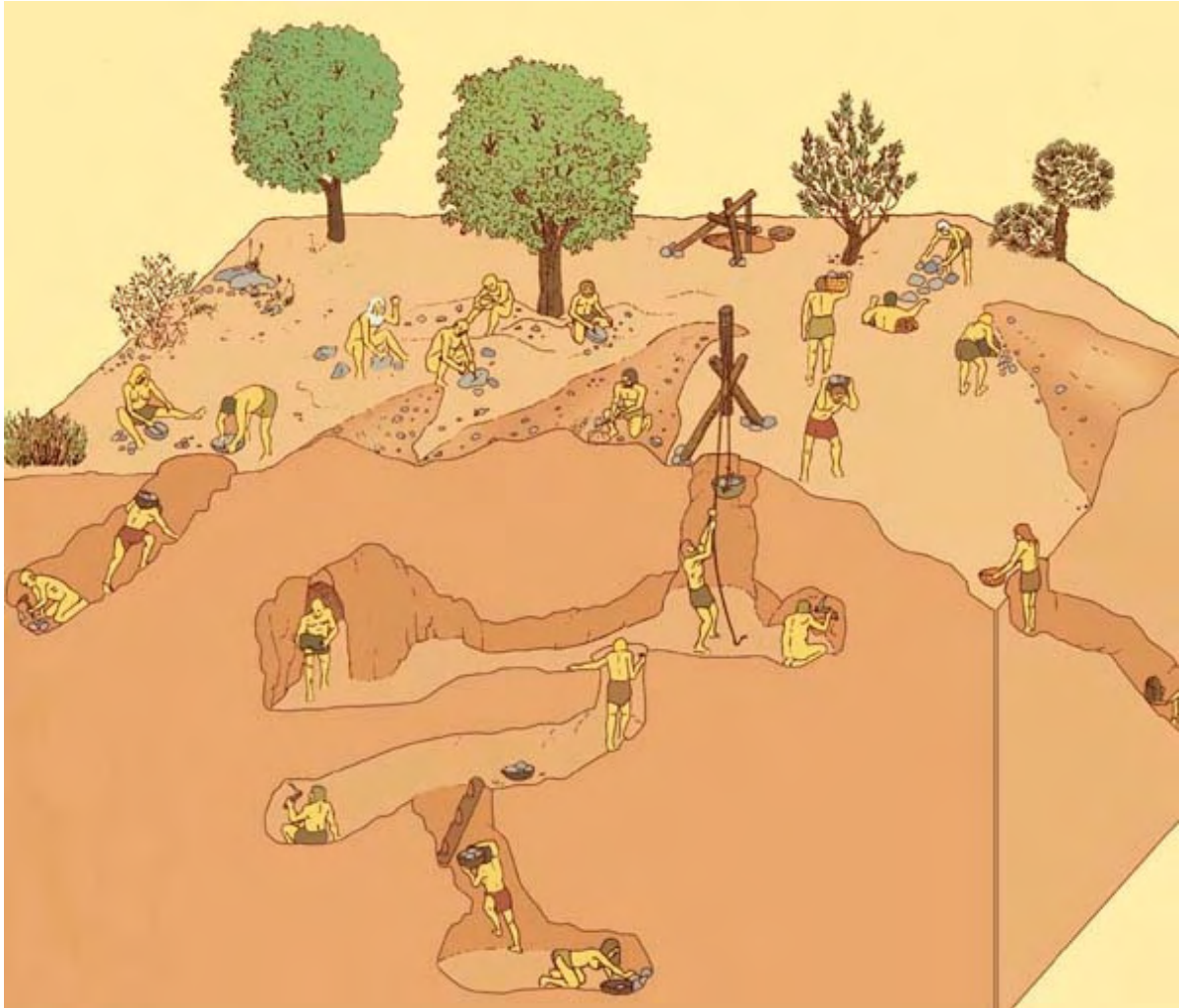


Fig. 449.- Recreación de las labores de explotación compleja de la mina (imágenes del Ayuntamiento de Gavá)

1.2.2. Sistemas de explotación complejos

En el conjunto de sistemas de explotación complejos podemos diferenciar tres modos de obtención del mineral, todos ellos asociados a la práctica de excavaciones de mayor o menor profundidad (Fig.450)

En todas estas explotaciones mineras el modo de organización es muy similar. Por lo general se trata de lugares en los que el aprovechamiento del sílex ha seguido el curso evolutivo en el que se ha explotado un afloramiento superficial de roca silíceas. Una vez agotado el filón superficial se realizaron pozos de pequeñas dimensiones destinados al seguimiento de la veta y al aprovechamiento máximo del filón (Grupo A) Este mecanismo y la creciente demanda de materia prima obligaron a veces a realizar excavaciones más profundas (Grupo B) y a desarrollar sistemas de explotación más complejos mediante el uso de galerías radiales, en forma de estrella, etc (Grupo C)

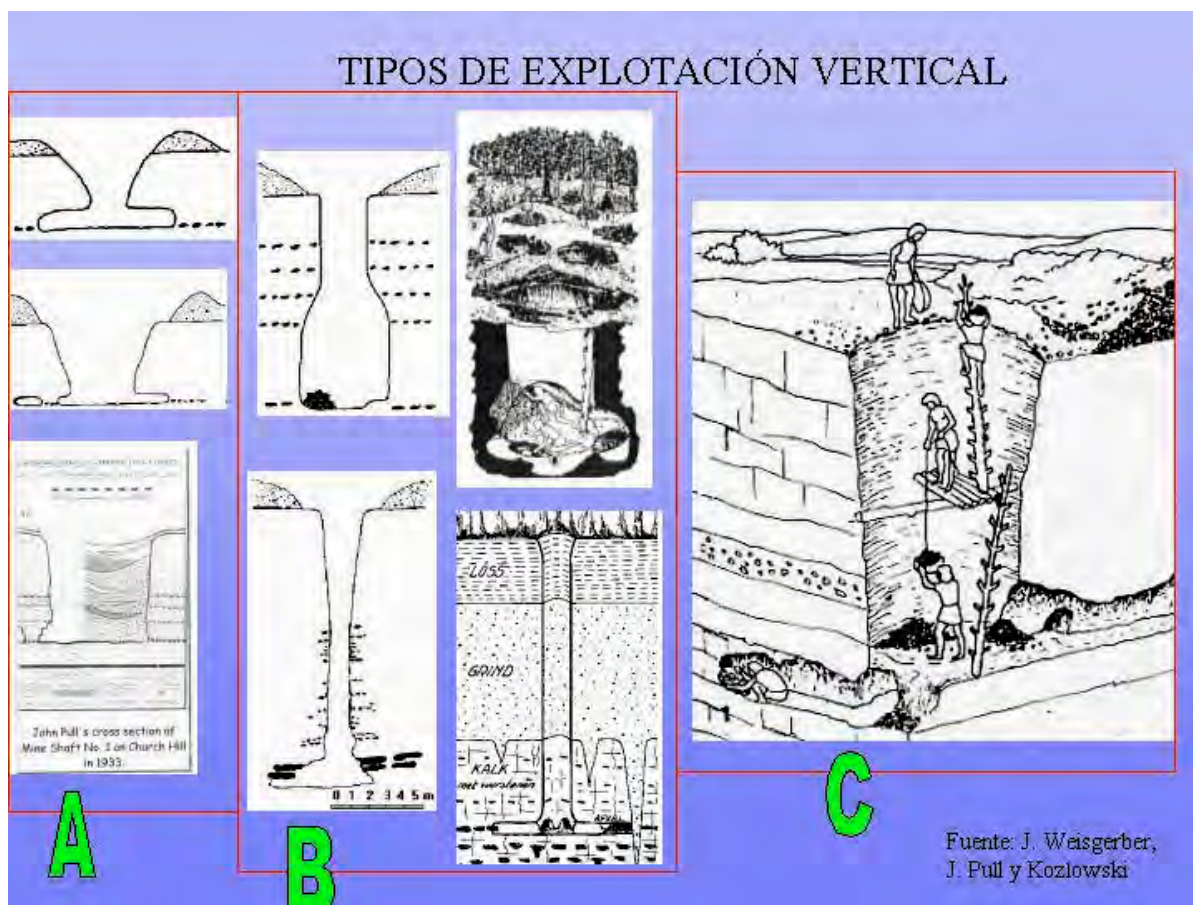


Fig. 4450- Clasificación general de las explotaciones mineras complejas. Dibujos de J. Weisgerber, Pull y Kozlowski. Elaboración del autor.

Un ejemplo claro de esta evolución en la explotación del sílex lo encontramos en las minas del Bosque de Krumlovian, en la región de Moravia, en la República Checa, en explotación desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce. Aquí, en las etapas iniciales de la explotación minera, la extracción se realizaba mediante la ejecución de amplias depresiones circulares o elípticas de entre 5 y 15 metros de diámetro y a una profundidad nunca superior al metro y medio, lo que constituye los ya mencionados *borrow shafts*. Esta explotación minera resulta importante porque los datos obtenidos en las excavaciones realizadas desde 1995 demuestran que la labor desarrollada durante el Neolítico fue escasa, creciendo en importancia durante el Calcolítico y, sobre todo, durante la Edad del Bronce, dentro de la Cultura de Unetice. Fue en este momento cuando las minas se realicen mediante pozos de varios metros de profundidad (en ocasiones más de 7 metros) destinados a la obtención, incomprensiblemente, de un sílex de muy escasa calidad.

Algo similar podemos advertir en las minas inglesas de Grimes Graves, donde la práctica totalidad de la extracción minera de sílex se sitúa en el V milenio B.P. y se asocia a la excavación de pozos verticales profundos y estrechos.

En un momento sincrónico a la explotación compleja de los núcleos ricos en afloramientos de sílex se generaliza la extracción de otros minerales, especialmente la variscita, con una finalidad ya ornamental. Los yacimientos más destacados de obtención de este mineral son las minas de Gavá y los complejos mineros zamoranos y portugueses del Sinforme de San Vitero. En las primeras, el sistema de explotación empleado es el mismo que el usado en las explotaciones complejas de sílex.

Una vez más la cronología nos sitúa en momentos avanzados del Neolítico para el inicio de la explotación y, sobre todo, en el Calcolítico y Bronce Antiguo para la explotación de mayor envergadura.

En estos sistemas complejos, como se pone de manifiesto en Gavá o en las minas de Krzemionki, es necesario poner en práctica sistemas más desarrollados destinados a la obtención del mineral. Así, se realizan galerías con sustentación natural de las techumbres mediante el recurso a grandes pilastras de roca caja (Figs. 451 y 452), se acondicionan sistemas de ventilación basados en el encendido de varios fuegos en la boca del pozo y a lo largo de las galerías para facilitar la corriente de aire y evitar el empobrecimiento y viciado de la atmósfera subterránea y se desarrolla un no muy diversificado pero sí más complejo conjunto de herramientas de minero, entre las que destacan picos realizados sobre asta de cérvido, cinceles, espátulas y punzones de hueso, mazos de piedra y pequeñas azuelas (Fig.453), empleados en la excavación de la roca caja y en la fractura de la materia en bruto.



Fig. 451.- Detalle de las recreaciones mineras de Krzemionki.



Fig. 452., vista general de uno de los afloramientos silíceos horizontales explotados en estas minas.

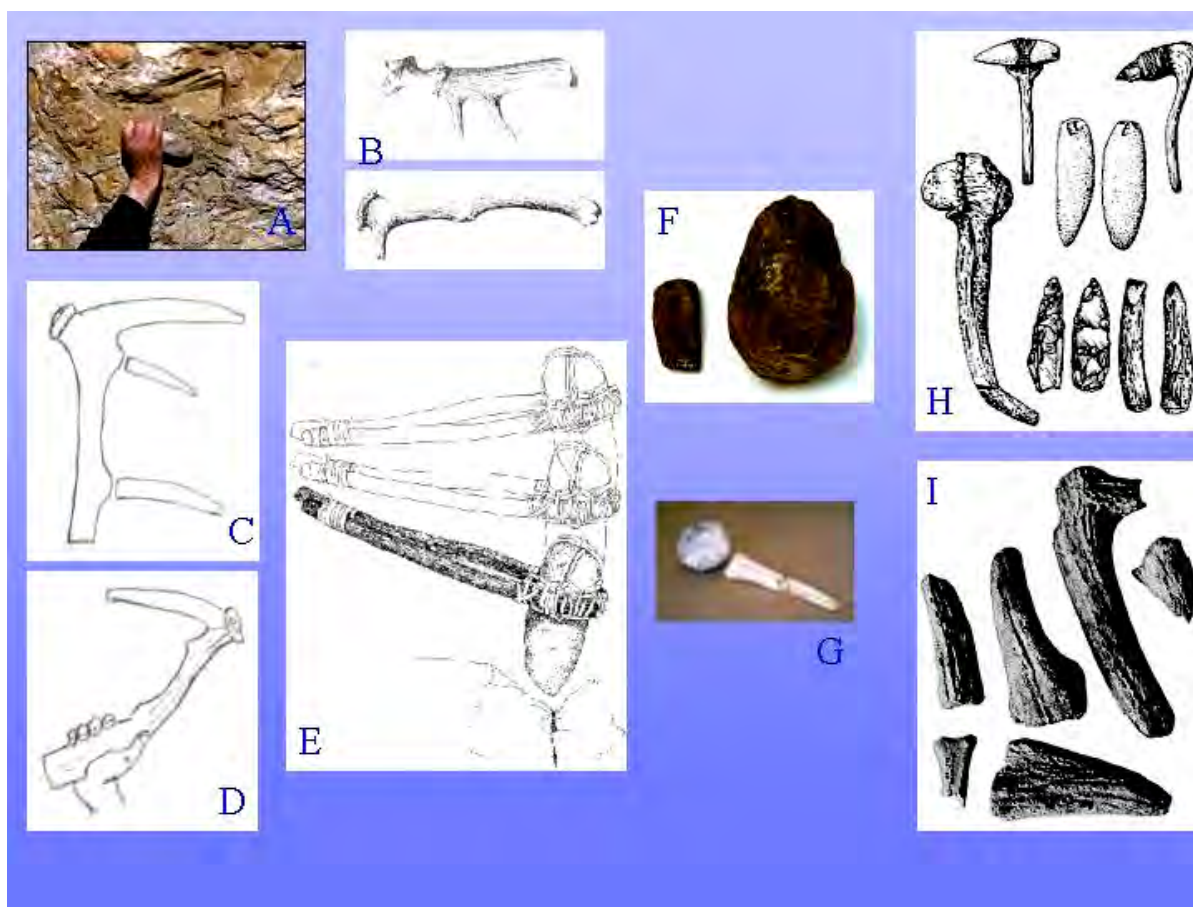


Fig. 453.- Herramientas y utillaje minero. A y F, mazos de mano de percusión directa (sobre roca dura) B, C, D e I, picos mineros sobre asta. G, conjunto de percusor directo y cincel sobre metápodo. E y H, mazos enmangados. Según Kozłowski, modificado por autor.

1.2.3 El aprovechamiento de la sal

Un elemento esencial de la vida humana es la sal. Sin embargo, éste es, sin duda, un aprovechamiento mineral notablemente diferenciado respecto a la obtención de rocas y minerales metálicos. La obtención de este elemento puede tener varias procedencias, siendo uno de los más importante el aporte de carne. Así, durante las etapas iniciales de la Prehistoria su obtención –sin duda inconsciente- se realizaba a través de la caza.

La obtención de la sal procedía, durante la Prehistoria, del aprovechamiento de fuentes de agua salada y salobre, aunque las evidencias sobre la extracción y aprovechamiento de la sal son, cronológicamente, bastante recientes.

Los vegetales son deficitarios en sales y por ello la mayor parte de los rumiantes y otras especies que basan su dieta en el consumo de vegetales precisan de aportes complementarios de sal. Uno de los modos más sencillo de suplir esta carencia es a través del consumo de vegetales y tierras de ámbitos salobres, bien sean estos de la costa o interiores, así como a través del consumo de agua rica en sal.

De nuevo, la concurrencia de sistemas de investigación deductivos nos permiten advertir concentraciones de habitación humana –sedentaria o nómada- en torno a aquellos lugares en los que afloran este tipo de aguas. En la Meseta, por citar algunos ejemplos, tenemos las salinas de Espartinas (Madrid), las de Villafáfila (Zamora) o las de la comarca seguntina (Guadalajara). En todas ellas existen evidencias dispersas de poblamiento prehistórico asociado, en unos pocos casos, a cronologías neolíticas y especialmente del Calcolítico y de la Edad del Bronce, correspondiendo a esta última y a

la Edad del Hierro el mayor número de evidencias materiales descubiertas en todos los contextos salinos de Europa como demuestran los hallazgos de Halstatt o Dürnborg, en Alemania y en la Celtiberia, las necrópolis y castros localizadas en torno al valle del Río Salado (Guadalajara) y otros afloramientos del Keuper similares.

La obtención y beneficio de la sal difiere notablemente respecto al proceso que hasta ahora hemos analizado. Existe ciertamente una similitud evolutiva. Esta estriba en un primer estadio de aprovechamiento puntual e incluso oportunista, que poco a poco va transformándose en un sistema de obtención cada vez más complejo y dirigido.

A pesar de la existencia de notables aportaciones acerca de la explotación neolítica de la sal, sobre todo en Francia (Weller, 2000; 2004, Cassen *et alii*, 2004) y Rumanía (Dumitroaia, 1987; Chapman *et alii*, 1999-2000; Weller y Dumitroaia, 2005; Monah, e.p.), en España no son abundantes los datos referentes a la explotación de la sal durante las primeras fases del Neolítico (Jiménez Guijarro, e.p.; Figull y Weller, e.p.a; e.p. b) Es cierto que en yacimientos como Villafáfila se han recuperado algunos indicios neolíticos, como en el enclave de Fuente de San Pedro- (Rodríguez Rodríguez *et alii*, 1990) e incluso se han detectado ciertas concentraciones de enclaves neolíticos en áreas próximas a los saladares del sur de la Comunidad de Madrid, especialmente Espartinas. Más claras parecen las aportaciones acerca de la explotación de la sal en la Vall Salina, en Cardona (Figull y Weller, e.p. a; e.p. b; Figull y Weller, e.p. a; e.p. b), si bien estos autores no han tenido aún la oportunidad de poner en relación, de forma directa, los enclaves del Neolítico Medio del Horizonte de los Sepulcros de Fosa y la explotación salina que, además, presenta un modo de explotación similar al que hemos denominado de tipo puntual o recolector. Parece que es necesario esperar a momentos cronológica y culturalmente más avanzados, concretamente en las etapas iniciales del Calcolítico, para que podamos hablar de una explotación generalizada de la sal e incluso de un comercio de la misma (Jiménez Guijarro, 2005; e.p.)

Los modos de obtención y aprovechamiento de la sal son variados pero pueden reducirse sin dificultad a los siguientes:

Aprovechamiento mediante consumo directo, generalmente por parte de los herbívoros.

Aprovechamiento directo de fuentes salobres.

Obtención a través de desecación solar sobre los rebordes del mismo manadero o espacio lacustre.

Obtención por decantación mediante el calentamiento de agua salobre en recipientes cerámicos.

Obtención de la sal a través de desecación solar en balsas construidas *ex profeso*.

Obtención de la sal gema por minería compleja.

1.2.4 Aprovechamiento de los minerales metálicos

A la explotación de los minerales metálicos se le puede aplicar un sistema similar al que hemos expuesto para las rocas silíceas. Hay un primer aprovechamiento de materiales obtenidos en superficie que comienza en momentos finales del Neolítico con la recogida de materiales exóticos, como algunos fragmentos de cobre, oro fluvial y plata nativa. Estos sistemas de recolección y búsqueda empiezan a generalizarse durante las etapas iniciales del Cobre con el trabajo del mineral por martilleado en frío y la obtención de elementos que funcionan más como establecedores de categorías sociales (quien tiene el metal tiene el poder) que como elementos funcionales y que culmina, en el Calcolítico Campaniforme, cerca de la Edad del Bronce, con la obtención del mineral en galerías subterráneas más o menos extensas, su generalización por toda la Península Ibérica y la creación de una amplia panoplia de elementos metálicos plenamente funcionales.

La novedad reside no en el modo de obtención, sino en la necesidad de poner en práctica nuevos sistemas de transformación de la materia prima, esto es, el fundido del mineral

con la finalidad de obtener elementos funcionales y en un momento más avanzado su mezcla o aleación –natural o artificial- con otros elementos para dotar a los implementos obtenidos de una mayor resistencia.

Lo importante es que, en el beneficio de metal, al menos en las primeras etapas de aprovechamiento, la explotación de los filones presenta las mismas características que en la explotación de otros minerales y rocas filonianas como el sílex o la variscita. Todo ello nos permite hablar de la existencia de una labor minera generalizada durante las etapas avanzadas del Calcolítico y que parece ponerse en relación con sistemas sociales en los que el minero podría emplearse a tiempo parcial o total dependiendo su manutención de otro segmento social del grupo.

No resulta complejo resumir todo lo expuesto. Sabemos que el ser humano, desde sus orígenes, ha explotado el medio mineral para surtirle de materia prima destinada a la elaboración de útiles y adornos. La piedra fue, durante varios millones de años, el elemento en torno al cual giró el desarrollo de las diferentes culturas.

Hemos podido advertir que en el proceso de obtención de esta materia prima existe un cierto proceso evolutivo lógico, directamente proporcional al desarrollo cultural, en el que del aprovechamiento puntual se pasó al desarrollo de complejas estructuras subterráneas (Fig.454) Este paso debió establecerse en el momento en el que la demanda de materia prima en zonas carentes de mineral silíceo apropiado para la ejecución de útiles funcionales puso en evidencia la necesidad de realizar extracciones amplias, capaces de dotar de un excedente mineral destinado al intercambio o al comercio. Algo similar se advierte con otros elementos minerales destinados al ornato personal, como la variscita, elemento asociado, casi desde su origen, a un bien mágico, exótico y de prestigio.

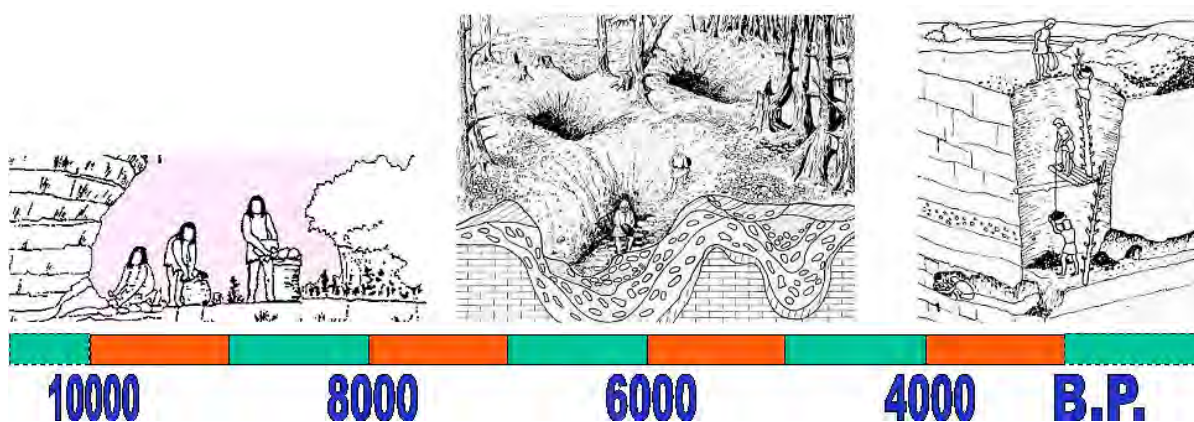


Fig. 454.- Cronograma simplificado del desarrollo crono-evolutivo de la explotación minera prehistórica.

También podemos concluir que existió durante la Prehistoria un aprovechamiento diferencial de las materias primas; hecho este que condiciona la puesta en marcha de diferentes mecanismos de obtención.

En primer lugar existen minerales a los que se destina, durante la práctica totalidad de su ámbito cronológico de uso, una explotación selectiva relacionada con la obtención de la materia prima en superficie, como es el caso de la mayor parte de las materias primas destinadas a la elaboración de pulimentos (sillimanita, basalto, lamprófidos, etc.) y algunos adornos (azabache y lignitos)

En segundo lugar existe un aprovechamiento masivo de los complejos mineros destinado a la obtención de un excedente durante las etapas avanzadas del Neolítico II y sobre todo durante el Calcolítico y la Edad del Bronce.

Para entender este momento y su dinámica hay que comprender la necesidad de que exista no sólo una demanda del producto y un mercado donde colocarlo, sino, sobre todo, que haya un elemento que recibir a cambio. Esta es la base incluso de los sistemas más clásicos de trueque. Por ello, **es difícil imaginar una explotación masiva de los filones minerales fuera de un circuito de demanda similar al que nuestra prehistoria ha denominado *revolución de los productos secundarios***. Esto es, en el seno de unas sociedades con especialización social y económica en la que una parte importante del grupo puede dedicarse a la extracción del sílex, la variscita o el metal, esto es, a la minería (Fig. 455)



Fig. 455.- Diagrama secuencial del ciclo de explotación de minerales (Jiménez Guijarro, 2005)

Debemos atender además al volumen de material obtenido sin olvidar que en un yacimiento de tipo minero podemos estar y sin duda estamos ante una imagen de amplia cronología, en la que el aprovechamiento de la materia prima ha podido realizarse en el mismo espacio físico en un marco temporal muy amplio.

En tercer lugar debemos desterrar la idea arquetípica y falsa de que la explotación de los minerales metálicos arrinconó al beneficio de la piedra. Esta afirmación no es cierta, al menos hasta la generalización del uso del bronce en el Bronce Final, a finales del III milenio B.P. y sobre todo con la aparición del uso del hierro. Hasta ese momento avanzado de la prehistoria reciente los elementos metálicos poseían un mayor valor estético y social que funcional. Por el contrario, las armas y los útiles destinados al trabajo cotidiano siguieron realizándose en piedra, siendo además el sílex, en ocasiones el de mayor calidad o vistosidad, la materia prima más demandada y la que ha perdurado, prácticamente hasta nuestros días, en algunos instrumentos tan esenciales de la vida agraria como los trillos.

1.3 Materias primas empleadas y configuración del territorio de captación

Como acabamos de ver resulta difícil mantener la idea de una explotación minera compleja relacionada con la obtención de excedentes minerales en las etapas iniciales del proceso de neolitización.

Las evidencias con que contamos en la Meseta indican un mantenimiento de los sistemas de aprovechamiento mineral propios de los grupos de cazadores-recolectores, eso sí, dotados de cierta especialización en el aprovechamiento de algunas nuevas materias y, ligado a ellas, de nuevos territorios. Este sistema de explotación se enmarca dentro de la concepción de territorios de notable extensión en los que se encuentra una diversificación del espacio propio de sociedades estructuralmente poco complejas.

Entre las materias primas empleadas en el Neolítico asistimos también a una cierta continuidad respecto a las sociedades de sustrato. El sílex es la materia prima empleada con mayor proporción, seguida del cuarzo cristalizado, generalmente cristal de roca, y de la cuarcita.

El cuarzo cristalizado aparece como materia prima destinada a la elaboración de útiles en momentos diversos de la Prehistoria, desde el Paleolítico Superior hasta los depósitos funerarios del Neolítico y el Calcolítico, donde es frecuente encontrar prismas como elementos de ajuar (Cava Almuzara, 1983; García Gazolaz y Velaz Ciaurriz, 1997) e incluso en algunos enclaves de la Cultura Cogotas I, como el de Renedo de la Esgueva (Valladolid)

Se han detectado también prismas de cristal de roca en ajuares megalíticos en Galicia (Fábregas Valcarce, 1983; 1991: 199), el País Vasco y Navarra (Apellániz Castroviejo, 1973: 194; Barandiarán y Valespí, 1980: 212; Alday Ruíz, 1987: 162), Submeseta Norte (Delibes y Santonja, 1986 a: 149; Delibes y Santonja, 1986b: 171) Alemtejo Portugués (Leisner y Leisner, 1951: 66) que han sido interpretados de diversas formas, como amuletos, adornos, materias primas, etc., siendo nuestra opinión favorable a esa condición mágico- protectora asociada con el mundo simbólico y sobre todo religioso.

El cuarzo hialino suele aparecer en contextos de habitación neolíticos bajo la forma de pequeños núcleos completamente agotados, microlascas y microlaminitas. Además, son frecuentes los prismas naturales que han sufrido extracciones en su extremo distal para convertirlos en buriles, raspadores o incluso han sido empleados para la extracción de laminitas. La aparición de prismas en estado no alterado pueden ser una indicación de que su extremo aguzado fuese empleado como útil.

Este es un hecho comprobado también en contextos del Paleolítico terminal donde, si bien es rara la aparición de prismas, los restos de talla y útiles de cristal de roca son abundantes, siendo ésta, en ocasiones, la segunda materia prima empleada.

En cuanto a los patrones de extracción y obtención de los útiles, parece existir durante el Neolítico, en especial en sus fases iniciales, una tendencia a la pre-configuración de los útiles en el lugar de extracción. Este hecho se asocia a la escasa representación de los núcleos o la preponderancia de las lascas de tercer orden. Generalmente se documenta una alta proporción de núcleos de laminitas y pequeños nodulitos agotados.

Todo ello señala que los útiles pre-configurados se llevan a los lugares de habitación junto a núcleos de tamaño medio-pequeño ya sin corteza e impurezas, que quedarían abandonados en lo que hemos venido denominando durante varios decenios como talleres al aire libre o de superficie.

1.4 Tipología lítica

En nuestro estudio hemos partido del análisis de Tixier, Inizan y Roche, (1980) para el examen técnico y de la tipología analítica de Laplace (1957 y 1973) para la descripción y estudio del retoque. También hemos empleado la lista tipo de Fortea (1973) y del G.E.E.M. (1969), en especial para el análisis de los microlitos geométricos que, junto a los taladros, no son abordados, sino de modo muy somero, en la tipología de Laplace.

Aún con todo, como muchos autores han señalado acertadamente, falta una tipología más acorde con los desarrollos del Neolítico y el Calcolítico en la que tengan cabida y representación piezas tan interesantes como las láminas simples con huellas de uso o los útiles sobre arista diedra que, o bien no son contemplados en los trabajos antes señalados o bien se introducen en el amplio y ambiguo conjunto de “diversos”, desvirtuando con ello la verdadera importancia de estos elementos e imposibilitando la creación de una tipología estructural más precisa.

Basándonos en todos estos elementos pretendemos que nuestra tipología, aún sin estar dotada del exhaustivo tratamiento propio de obras dedicadas exclusivamente al estudio monográfico de la industria lítica, sirva como elemento dinamizador para crear una tipología abierta, de uso extendido, para el Neolítico, el Calcolítico y la Edad del Bronce.

Sin entrar aquí en pormenores referentes a los tipos expuestos por Fortea (1973), tan sólo realizaremos una aproximación específica a aquellos elementos que hemos considerado oportuno definir nosotros mismos y que por su amplia representación en contextos neolíticos y su escaso tratamiento en las tipologías clásicas mencionadas, precisan de un tratamiento descriptivo especial.

1.4.1. Elementos de talla: alteraciones y accidentes

En los conjuntos neolíticos que hemos tenido la oportunidad de estudiar hemos podido diferenciar e individualizar la existencia de diversas alteraciones y accidentes asociados al proceso de talla (Tabla 173)

Para elaborar un estudio tipológico riguroso precisamos en primer lugar de una muestra amplia y en la medida de lo posible significativa. En el caso de la Meseta, una vez más, la ausencia de un amplio conjunto de yacimientos excavados y correctamente publicados limita nuestra labor.

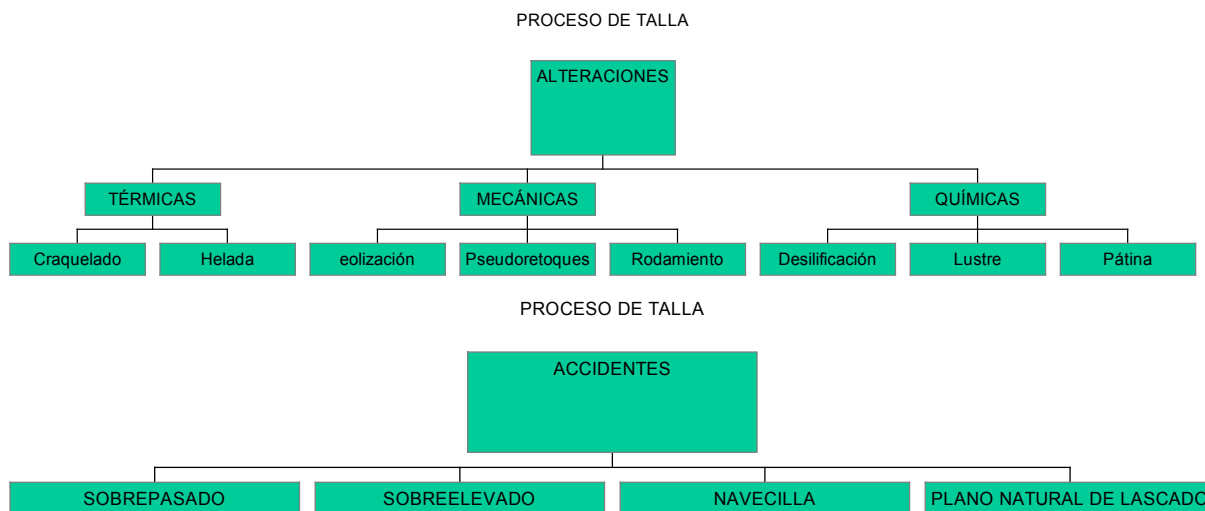


Fig. 456.- Cuadro sinóptico de alteraciones y accidentes asociados al proceso de talla.

Para tratar de superar este inconveniente hemos decidido fundamentar nuestro estudio tipológico en al menos un yacimiento de cada tipo de los presentes en los contextos neolíticos (al aire libre, en cueva y megalítico). Además, hemos procurado que los yacimientos estudiados presentasen un conjunto de datos estudiados o publicados suficiente para desarrollar la aplicación y proceder a los diferentes testados estadísticos, y en la medida de nuestras posibilidades, hemos procedido al estudio directo de las colecciones para dotar de homogeneidad y criterio al resultado final.

También hemos procurado que los yacimientos elegidos mostrasen una secuencia lo suficientemente amplia como para contemplar la evolución del sistema. Hemos considerado idóneos los yacimientos de Verona II, La Vaquera y Verdelpino. Para la cuestión del megalitismo se han empleado varios emplazamientos y hemos atendido a su estudio con la cautela necesaria que implica el que nos encontremos ante registros muy sesgados debido a la presencia de elementos de ajuar, por tanto, tal vez no significativos y seleccionados, o de armamento, por ello referido sólo a la esfera restringida de lo lítico y, por último, a una funcionalidad precisa como es la de la caza o la guerra.

1.4.2. Continuidad y cambio en los elementos líticos

De cara a un tratamiento sintético de la industria lítica lo primero que cabe preguntarse es qué elementos de continuidad y de cambio observamos en el registro arqueológico. Para ello debemos contar con un elemento de comparación, esto es, ¿respecto a qué se producen esas diferencias o similitudes?.

Como hemos visto en capítulos anteriores, el panorama de lo mesolítico en el interior peninsular es poco menos que desolador. El caso de las etapas finales del Paleolítico Superior tampoco es mucho más halagüeño, pero nos permite al menos tener un primer punto de aproximación basándonos en dos criterios. Por un lado parece haber existido una base idéntica de poblamiento superopaleolítico en buena parte de los yacimientos neolíticos de la Meseta (Verdelpino, La Ventana, La Higuera y Las Avispas, por ejemplo). Por otro lado tenemos evidencias de un poblamiento Epipaleolítico aún poco representativo pero bien caracterizado (La Peña de Estebanvela, La Dehesa, El Parral, Verdelpino o Las Avispas) que nos permite tener un referente de substrato mínimo aún cuando no estemos en condiciones de afirmar una continuidad entre las fases terminales del Paleolítico y el proceso de neolitización.

Tampoco podemos menospreciar las posibilidades de comparación que nos ofrecen los correctos registros mesolíticos del valle del Ebro, levante peninsular y Portugal. Ellos serán, basándonos en el criterio de territorios tribales extensos, los que nos sirvan de elemento de caracterización de nuestra fase transicional.

1.4.3. Caracterización general de las industrias de substrato

Ya hemos atendido en el capítulo V, de forma extensa, al substrato cultural, por lo que ahora retendremos tan sólo los datos referentes a la industria que sean de utilidad. Estos serán, básicamente, los referentes a los índices tipológicos así como una somera llamada de atención a la temática de los soportes o a los útiles destacados: aquellos que en su momento fueron considerados como *fósiles directores*.

1.4.3.1. Paleolítico Superior Final

El complejo industrial de este periodo se caracteriza por la importancia de los elementos de substrato. En los casos analizados dentro del ámbito de la Meseta se aprecia una notable importancia en tres grupos –raspador, buril y laminilla de dorso–.

El conjunto de industrias líticas puede definirse por una tipometría marcadamente laminar en la que la práctica totalidad de los elementos retocados se reparten por los

grupos de raspadores –R-, buriles –B-, laminitas de dorso –Iba-, perforadores –P- y muescas y denticulados –MD-. En momentos avanzados se aprecia una mínima presencia de elementos geométricos, especialmente triángulos de aspecto sauveterroide y algunos segmentos alargados, derivados de las laminitas de dorso apuntadas -sería más correcto hablar de laminitas biapuntadas—. Es también en momentos avanzados de esa etapa cuando se acusa una marcada tendencia a la microlitización de la totalidad de las industrias.

Aunque no muy abundantes los elementos macrolíticos siguen apareciendo en el registro a veces formando parte de elementos que a su vez resultan de substrato respecto a etapas iniciales del periodo: raclettes, raederas, etc.

Estructuralmente, la dinámica general de la industria responde al esquema **B-R-Iba-MD**, si bien es posible que el orden, a partir sobre todo del tercer componente, varíe según los yacimientos y sea así posible advertir la existencia de ciertas ‘facies industriales’ locales o regionales.

En la etapa terminal, de marcado carácter aziloide, término que aceptamos con una amplitud geográfica mayor que la referida al ámbito cantábrico, aparece un elemento característico, la punta aziliense que permite ciertas precisiones techno-tipológicas y que, como los geométricos, tampoco serán los elementos más abundantes de los repertorios.

La base fundamental de estudio que poseemos para este momento es el yacimiento de La Peña de Estebanvela. Allí la secuencia estructural por niveles es la siguiente:

Nivel I = **R,Iba,P,B/MD**

Nivel II = **R,Iba,B/MD,P,G**

Nivel III = **Iba,R,B,MD,P**

También debe llamarse la atención acerca de un conjunto de yacimientos, entre los que debemos incluir el meseteño de La Dehesa y el Nivel 13 de Nerja entre otros, en los que se advierte una estructura industrial cuya base es **Iba-B-R-MD**. Tal vez este trastoque en el orden de los elementos no tenga una significación especial, pero es obligado notarlo, máxime cuando nos permite asociar sin muchas dudas al respecto La Dehesa y el Nivel III de La Peña de Estebanvela, al menos en su origen.

1.4.3.2. Mesolítico

Ya hemos señalado la ausencia generalizada de elementos de diagnosis clara referentes a este periodo en la Meseta. Si prestamos atención a los conjuntos líticos asociados a otros contextos peninsulares advertimos la existencia de una persistencia industrial de los elementos de sustrato sobre los que, sin embargo, se produce un notable vuelco porcentual.

La mayor parte de los yacimientos Mesolíticos, lamentablemente escasos aún en contextos del interior de la Península Ibérica, presentan una matriz industrial caracterizada por la secuencia **G-MD-R-Iba-B** para los momentos incipientes del Mesolítico y más generalizada de **G-MD-Iba-R** para las secuencias clásicas como Cocina I-II, Moita do Sebastião, Secans II b o Costalena C2. No obstante el cambio de prioridad suele advertirse, de nuevo, a partir del tercer componente, siendo común atender a una mayor importancia relativa de los raspadores sobre los elementos de dorso abatido.

Hay casos especiales como Samouqueira, Botiquería 4, Costalena d y C3 en los que los geométricos no ocupan el primer lugar pasando bien al segundo o tercer lugar y sólo en el caso de Costalena d al último lugar. Algunos investigadores han querido ver en este comportamiento industrial, no obstante, un atisbo de lo neolítico.

Creemos que es válida la estructuración industrial que presentamos, al menos de cara a una caracterización general de los conjuntos líticos.

1.4.4. Caracterización general de las industrias del Neolítico

La realidad de la evidencia neolítica es más preocupante de lo que hasta la fecha se ha señalado. Merced al interés despertado por la cerámica, la innovación principal de este momento, y sobre todo por la disputa existente entre autoctonistas y difusionistas, traducidas en un único lenguaje posible, esto es el alfarero, ha hecho que se menosprecie o relegue, en la mayor parte de las ocasiones, el estudio de la industria lítica. Un referente de notable valor para la sistematización de las industrias neolíticas lo constituye el caso de la Cueva de Chaves (Cava Almuzara, 2000) Además estos estudios cuando se hacen nunca trascienden a las publicaciones científicas con la misma fluidez y concisión que lo hacen las novedades cerámicas o las dataciones radiocarbónicas.

Es por ello que encontramos verdaderos problemas para realizar una sistematización precisa de los datos destinada a la confección de una convención estructural similar a la que hemos presentado para momentos anteriores. Para mayor pesar en numerosas ocasiones, los registros se nos presentan como agregados de imprecisos momentos meso-neolíticos de los que poco puede precisarse a raíz de los datos publicados.

Basándonos en algunos yacimientos extrameseteños y meseteños podemos establecer varias líneas de tendencia. Todas ellas presentan un nexo común, el elemento más abundante lo constituyen las láminas fragmentadas que suelen ser computadas como restos de talla, aún cuando a menudo presenten estigmas de uso.

Además, no son pocos los yacimientos que presentan una aparente combinación de perfiles mesolíticos y neolíticos, difíciles de deslindar y que suelen estar denunciados por la representación de los geométricos. En muchos de estos casos pudiera ser real su asociación con un mesolítico neolitizado (Neolítico IB)

Este último caso sería el de Casa de Lara donde es muy difícil establecer la diferenciación entre ambas fases, sin duda la mesolítica y neolítica inicial asociada a la presencia de geométricos y la Neolítica avanzada por la buena representación de foliáceos. Dado que no es posible cortar la secuencia de estructuración en un punto preciso sin caer en una conducta arbitraria, podemos señalar que la estructura general sería: **G-MD-PF-LS-Iba-P-B-R**. Si bien nos parece demasiado compleja y artificiosa. Dejémosla como una evidencia del perfil estructural global que marca un yacimiento de superficie con mezcla de elementos y sin duda, también, de fases culturales.

Otros ejemplos serían el Nivel II de la Cueva del Nacimiento, que arroja una estructura **LS-G-Iba-MD**, Santimamiñe: **MD-R-LBA-P-B-Iba-G**, Cocina IV: **G-MD-Iba-R**, o Nerja: **LS-MD-G-Iba-B-R**.

En el interior de la Península Ibérica, la secuencia, basada principalmente en los yacimientos de Verona II (Madrid), La Vaquera (Segovia) y Verdelpino (Cuenca) se estructuraría conforme a lo reflejado en la Tabla 173.

Esta breve visión, que puede ampliarse notablemente, señala en todos los casos un elemento muy esclarecedor. La estructura básica del complejo industrial neolítico está basada en el esquema **LS-MD** existiendo a partir del tercer componente posibles variaciones que, analizado cada caso en profundidad varían en relación al cómputo de los geométricos.

En los contextos donde hay evidencias de un fuerte componente mesolítico, los geométricos, pasan a ocupar posiciones privilegiadas en los tres primeros lugares de la secuencia estructural. Este es el caso de los yacimientos levantinos y de algunos andaluces, donde la estructura queda conformada como **G-MD-Iba**. Todo ello denotando una gran fuerza del substrato mesolítico. Seguramente los conjuntos de **LS** no tienen representación no porque sea así realmente, sino porque no han sido computados como elementos destacados. De serlo no dudamos que pasaran al primer o segundo lugar en todos los casos, en muchas ocasiones como parte del proceso de elaboración de los geométricos.

YACIMIENTO	SECUENCIA ESTRUCTURAL
VERONA II C1	LS-B/R-MD-G-P-Iba
VERONA II C3	LS-MD-R-B-G-P
VERONA II C4	LS-MD-R-B-G-P
VERONA EXT	LS-MD/R-B-G-P
VAQUERA I	LS-MD-G-R-B-P-Iba
VAQUERA II	LS-MD-R-P
VAQUERA III	LS-MD-G-R-B
VERDELPINO II	LS-B-MD/R-G-Iba/P
VERDELPINO III	LS-MD/R-B-Iba

Tabla 173

Por el contrario, en aquellos lugares en los que los conjuntos mesolíticos no son abundantes la estructuración, aún sin perder la importancia del substrato, se establece como **LS-MD-R** ó **LS-MD-G**. La importancia de los geométricos es menor, los tipos presentes, aunque clásicos, son variados y nunca excesivamente numerosos.

Descubrimos por tanto que es en el neolítico cuando aparece un nuevo elemento que gana importancia y terreno conforme avanza el proceso de neolitización. Se trata de las láminas fragmentadas siguiendo el sistema de trabajo destinado a la obtención de geométricos pero también de un nuevo elemento tipológico, el **EEUC** –elemento de enmangue para útiles compuestos- y sobre todo la generalización de cuatro elementos obtenidos sobre un soporte laminar: LS1, LS2, LS3 y LS4 –que suele coincidir con el EEUC-.

Hay otras innovaciones técnicas que dan lugar a la necesidad de contabilizar nuevos tipos de modo que las industrias neolíticas queden bien caracterizadas y sobre todo sea posible ofrecer una visión secuencial de su desarrollo conforme se pongan en circulación cada uno de los tipos novedosos.

Cuanto hemos señalado, a pesar de la recurrencia a un esquema de estructuras industriales muy simple, no se contradice con los estudios realizados para la industria lítica por diversos investigadores (Juan Cabanilles, 1984; 1985; Binder, 1987), sino que sirve de elemento de refuerzo de cara a comprender el proceso de cambio, no tan sencillo y simple como se venía señalando.

El resumen general del funcionamiento discriminante de los complejos líticos admitido por la investigación se basa en la siguientes asunciones:

Epilaleolítico Final "tipo Cocina"

Industria geométrica: Aumento de triángulos y segmentos. Menor índice de trapecios
Existencia de técnica de microburil

Ausencia de taladros

Elevado porcentaje de elementos de sustrato: Iba,R,B

Neolítico Antiguo 'Cardial'

Industria geométrica: Mayor presencia de trapecios y menor de triángulos y segmentos

Ausencia de técnica de microburil

Presencia destacada de taladros

Bajo porcentaje de elementos de sustrato.

Durante el desarrollo de la neolitización la tónica general en la industria lítica será la paulatina desaparición de los elementos de sustrato –buriles, raspadores, geométricos– dominando en los complejos industriales fundamentalmente las grandes láminas, 'cuchillos' sobre lámina con retoques continuos y sobre todo las puntas de flecha de tipología diversa.

Todos estos datos, así como la evidencia manejada para la Meseta pero también para otras zonas peninsulares parecen dar la razón a la propuesta de Barandiarán (*et alii*, 1992), Cava (1988), Roussot Larroque (1990) y Miró (1996) acerca de la necesidad de situar la verdadera discontinuidad industrial del tramo superior de la Prehistoria no en el tránsito del Epipaleolítico al Neolítico sino del Epigravetiense (Epipaleolítico microlaminar) a los complejos líticos geométricos (sauveterrienses y tardenoisenses) por un lado y al inicio de la desaparición de la industria lítica tallada en torno al V-IV milenio BP por otro.

En cierto modo este aspecto puede servirnos de guía a la hora de establecer la continuidad de ciertas tradiciones entre grupos residuales de cazadores-recolectores del interior peninsular. Es esta la postura de partida que defendemos en esta obra y que ha sido negada y controvertida por diversos especialistas aduciendo la práctica imposibilidad de que existiese en algunos lugares de nuestra geografía un desarrollo lento, conservador, de las industrias derivadas directamente del Magdalenense terminal y Aziliense, esto es de los complejos industriales del Epipaleolítico Microlaminar (Juan Cabanilles y Martí, 1997)

Ahora bien, también es cierto que no existen aún evidencias incontestables que permitan sustentar la postura de estos investigadores, máxime toda vez que resulta recurrente que la base de los yacimientos neolíticos que hemos investigado estén ocupadas por complejos industriales del Magdalenense terminal y Aziliense, aún cuando sea cierta la existencia de un *hiatus* temporal entre ambos desarrollos, el cual resulta, por otro lado, del todo lógico.

Por otra parte, cuando las evidencias parecen señalar en la dirección de un desarrollo lento, sostenido y coherente cada vez más próximo en el tiempo con el Neolítico, los datos empíricos, al no encajar en los postulados normativistas esperados, son simplemente tachados de errores o desviaciones anómalas, caso de la fecha del tramo superior de La Peña de Estebanvela. No es este a nuestro entender un modo muy científico ni serio de abordar la investigación. Es precisamente acerca de estos elementos anómalos sobre los que debemos reflexionar. Resulta sencillo detectar, analizar, publicar y defender lo normativamente aceptado, pero cuando un dato obtenido con las mínimas garantías científicas, nos revela un resultado inesperado, normalmente es abandonado sin reflexionar detenidamente acerca de él. Es precisamente este análisis detenido,

minucioso, el que nos puede conducir a la comprobación del error o a la necesidad de reconstruir los postulados de los que partimos para abordar la paciente y metódica construcción de otros nuevos.

1.4.4.1. Nuevos elementos tipológicos

Hemos distinguido en nuestro estudio varios elementos novedosos que advertimos comparecen por primera vez en el Neolítico y sobre los que no existían definiciones precisas y por tanto no estaban individualizados convenientemente en las listas tipo.

UFL- *Útil de fortuna sobre lasca*

Se caracteriza por tratarse de un producto de lascado con evidencias de uso pero que tipológicamente no puede incluirse en ninguno de los tipos definidos.

Pr- *Prismas*

Prismas de cristal de roca en bruto, generalmente sin modificar. Algunos de ellos deben ser puestos en relación con el siguiente tipo tratándose, sin más, de un nuevo tipo de núcleo especializado en la obtención de laminillas de cristal de roca y útiles sobre arista diedra.

UAD- *Útiles sobre arista diedra*

Útil definido por J.F. Fabián (1984-1985) y que se encuentra, en apariencia, directamente relacionado con las industrias superopaleolíticas pero sobre todo de los primeros compases del Neolítico.

LABA- *Lasca/Lámina apuntada de base adelgazada*

Se trata de un tipo de punta similar, en su concepto, a las puntas de Gazel (Barbaza, 1993) En un principio aparece concebido como el elemento de transición entre las armaduras geométricas y los primeros foliáceos. Se caracteriza por presentar una morfología apuntada que mantiene dos filos vivos naturales y cuya base ha sido intencionadamente suprimida y adelgazada mediante un profundo lascado central o ligeramente desviado lateral para facilitar su enmangue.

PF- *Punta foliácea*

Evidentemente no se trata de un nuevo tipo lítico, pero sí consideramos necesario que sea computada su presencia en el registro de las tablas tipo dada la importancia que presenta a nivel de desarrollo cronológico y cultural. En definitiva puede asimilarse al D5 de Fortea. Conviniendo con lo señalado por Martí (1977) este tipo de elementos no son anteriores, en la Meseta, a momentos avanzados del Neolítico II.

PL- *Pulimentados*

Tampoco se trata de un nuevo útil. Bajo esta denominación genérica denominamos todo elemento funcional utilitario pulimentado en su totalidad o parcialmente y que presente un borde o superficie funcional.

LS- *Lámina simple*

Se trata de láminas y laminillas –la diferenciación es aquí meramente tipométrica- que pueden aparecer en 4 formatos:

- ♦ **LS1**- Lámina simple completa.
- ♦ **LS2**- Lámina simple con fractura distal, esto es, lo que queda es la parte proximal con el bulbo o restos de él.
- ♦ **LS3**- Lámina simple con fractura proximal, esto es, el producto que queda es el extremo superior de la lámina, que generalmente se desecha por estar curvado.
- ♦ **LS4**- Lámina simple bifracturada. Normalmente corresponde con la intención de fabricar un geométrico o de forma más común un EEUC.

Este último elemento constituye el útil tipo definitorio de los contextos neolíticos en toda la Península Ibérica y en buena parte de Europa.

EEUC- Elemento de enmangue para útiles compuestos

Es éste el producto estrella de los conjuntos neolíticos. Se trata de un elemento dotado de un notable valor dentro de la nueva economía pues será la base de fabricación de los nuevos útiles compuestos por excelencia: las hoces. En ocasiones para la fabricación de este tipo de elemento es necesario “desbastar” varias láminas de las que quedan en el registro numerosas evidencias a través de restos de LS2 y LS3 –que en ocasiones pueden mostrar, también, huellas de uso-.

Si bien puede considerarse en cierto sentido similar al D7 de Fortea creemos imprescindible, siguiendo las anotaciones de Martí (1977) y Fernández Miranda y Moure (1977) diferenciarlo. Así, el diente de hoz presenta un denticulado en uno de sus filos; denticulado que no tiene por qué estar presente –y generalmente no lo está- en el EEUC.

Tampoco podemos dejar de llamar la atención respecto a la tecnología de fabricación de la mayor parte de los dientes de hoz que presentan contrapuesto a ese filo dentado un trabajo de rebaje del dorso contrario a modo de geométrico. Generalmente además los dientes de hoz toman una configuración de media luna que consideramos denota su modelo de origen, el G1. La herencia del gesto técnico neolítico resulta pues indudable. El hecho de que elementos de este tipo comparezcan en enclaves sin constatación de niveles datados en la Edad del Bronce, caso de la Cueva de la Ventana (Torrelaguna, Madrid), debe llevarnos a reflexionar de forma detenida sobre la verdadera trascendencia e identidad, cronológica y cultural, de estos elementos. Así, en un futuro próximo, cuando se cuente con un número mayor de yacimientos excavados donde aparezcan estos elementos, podría resultar interesante analizar si comparecen, con mayor frecuencia, en contextos neolitizados derivados del Neolítico IB.

1.4.4.2. Industrias geométricas

El geometrismo de las industrias líticas ha sido tomado desde hace decenios como uno de los elementos más destacados para explicar el proceso de relación existente entre el Mesolítico y el Neolítico.

Como ya hemos señalado, las diferencias entre ambos desarrollos son claras, pero aún deben valorarse datos complementarios que en el interior peninsular toman un papel relevante. No en vano en el sector de estudio se nos plantea la problemática referente a la comparecencia de industrias geométricas asociadas a dos contextos:

Yacimientos neolíticos, principalmente dentro del tramo inicial de la secuencia que es donde aún no han hecho acto de presencia los foliáceos y donde el geometrismo tiene un papel no muy destacado pero sí importante.

Yacimientos megalíticos, especialmente también en sus fases iniciales, antes de la generalización de los foliáceos.

De momento, como hemos señalado, no hemos podido determinar la existencia de un Mesolítico similar al de las costas levantina y atlántica, pero sí estamos en disposición de señalar, como ya ha quedado dicho, que el primer neolítico meseteño se caracteriza por una estructura industrial basada en las convenciones **LS-B/R-MD-G-P-Iba (Verona II); LS-MD-G-R-B-P-Iba (Vaquera I); LS-MD/R-B-Iba (Verdelpino III)** y donde además el elemento geométrico mejor representado es el tipo G1 en su forma de segmento.

La traducción inmediata de algunas de las series más antiguas del Neolítico meseteño señalan la importancia de los elementos de substrato y de los segmentos dentro del conjunto geométrico. Todo ello evidencia una neolitización que partió de un proceso derivado de grupos de substrato ya neolitizados, esto es, propios del Neolítico IB, o bien de la neolitización de tribus no mesolíticas ni geometrizadas, en el sentido estricto del término.

Pero la problemática se complica cuando introducimos en nuestro estudio los conjuntos megalíticos y sus industrias geométricas. En estos contextos hay una ausencia casi absoluta de segmentos mientras que abundan, cuando no son exclusivos, los trapecios, con presencia de algunos triángulos. Este dato de por sí parecería señalar hacia una filiación propia del esquema cardial al que antes nos referimos. Pero no resulta tan sencillo. Hay tres cuestiones de vital importancia que no pueden dejarse de lado:

Las cronologías de los megalitos más antiguos señalan indefectiblemente al transecto temporal 6200-4000 BP, siendo muy generosos en el margen cronológico superior, y con un pico máximo de desarrollo entre el 5400 y el 5000 BP.

La tipometría de las industrias geométricas es notablemente diferente entre los conjuntos mesolíticos/neolíticos y los megalíticos, advirtiéndose en estos últimos una longitud notablemente mayor del útil. También hay una cierta variabilidad observable en la anchura de las piezas, siendo ésta mayor en los contextos megalíticos.

En el caso del megalitismo estamos ante conjuntos sesgados en los que comparecen elementos seleccionados, bien por ser ajuares o bien –y es esto lo más probable– por ser los geométricos los dardos que los inhumados llevaban alojados en sus cuerpos al ser depositados en los dólmenes y túmulos.

En el capítulo siguiente volveremos con detenimiento sobre este extremo. Nos detendremos ahora en el análisis de la diferencia de longitud de los geométricos de cada grupo (Tabla 174 a-c y Figs. 457-459)

Podemos concluir que los geométricos no son demasiado frecuentes en los contextos habitacionales neolíticos de la Meseta, como tampoco lo son en la región meridional peninsular (Asquerino Fernández, 1987: 63-85). Este hecho contrasta con lo detectado en el área levantina o atlántica, donde es más habitual que los geométricos formen una parte importante de las industrias, como en L'Or, donde alcanzan el 20% del utillaje retocado (Forteza *et alii*, 1987: 11), o en Moita de Sebastião, donde alcanzan el 25.89% de la industria lítica. Además, en la Meseta, la incidencia real de estos elementos, a parte de los conjuntos tumulares y dolménicos, es parca, restringiéndose la mayor proporción de hallazgos a los niveles iniciales de la secuencia, en algunos casos asociados a elementos de substrato que podrían denunciar la existencia de establecimientos mesolíticos previos. Así en La Vaquera tan sólo aparecen en la FASE I -siete piezas- y en Verona II asociados a los conjuntos de inicio de la fase (que interpretamos sin ambages como mesolítica) –diez piezas- reduciéndose muy notablemente su representación en Velilla, Verdelpino, Los Barruecos, Cerro de La Horca, etc. También contamos con una primera aproximación a las industrias geométricas de los yacimientos del soriano Valle de Ambrona (Alegre Frandovínez, 2005) y de la Cueva de La Vaquera (Estremera Portela, 2003; 2005).

Yacimiento	Grupo	Long. Max.(cm)	Long. Min. (cm)	Lmax/lmin(l media)
Moita do Sebastião	Mesolítico	3.5	2	1.75
Cabeço de Arruda	Mesolítico	3.5	2	1.75
Cabeço Amoreira	Mesolítico	6.5	2	3.25
Forno de Telha	Mesolítico	3.5	2.5	1.4
Cocina I	Mesolítico	3	1.5	2
Cocina II	Mesolítico	3	1.5	2
Cocina III	Mesolítico	2.5	1.5	1.66
Albufera de Anna	Mesolítico	2.5	1	2.5
Aljoroque	Mesolítico	3	1	3
Hoyo de la Mina	Mesolítico	2	1	2
Cueva Zorra	Mesolítico	2.5	1.5	1.66
Els Secans	Mesolítico	3	1.5	2
Kampanoste	Mesolítico	3	2	1.5
Rim (N. África)	Mesolítico	3.5	1.5	2
Gobnangou (N. África)	Mesolítico	2.5	1	2.5
Arenal de la Virgen	Mesolítico?	2.5	1	2.5
Nerja	Mesolítico?	2	1	2
Verdelpino NII	Mesolítico?	2.5	1.3	1.9
Nogaleda	Mesolítico?	2	2	2
Ventana	Mesolítico?	2.3	1.6	1.4

Tabla 174 a.-Selección de valores métricos máximos y mínimos de conjuntos geométricos mesolíticos, neolíticos y megalíticos de la Península Ibérica y Norte de África.

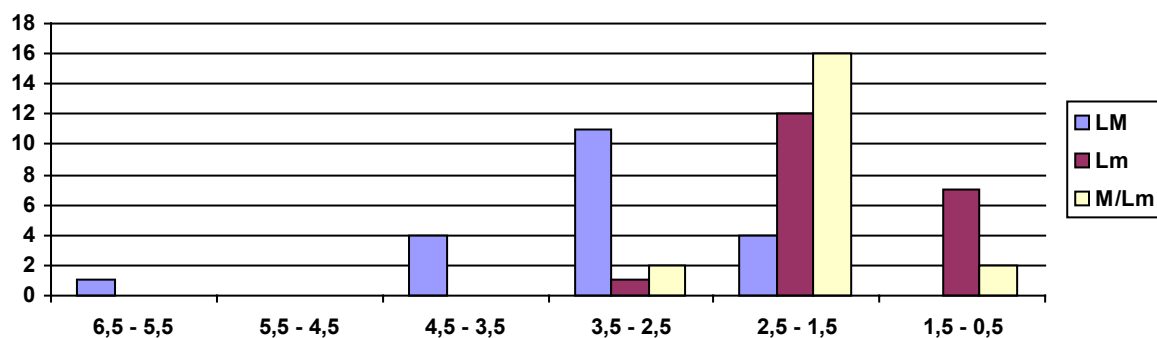


Fig. 457.- Gráfica de rangos de longitudes de los microlitos geométricos de contextos mesolíticos.

Yacimiento	Grupo	Long. Max.(cm)	Long. Min. (cm)	Lmax/lmin(l media)
Rio Fortes	Megalítico	5	4	1.25
Fuente Pecina	Megalítico	4	3	1.33
Valdemuriel	Megalítico	4	3	1.33
Alto de Lodos	Megalítico	2.5	1.5	1.66
Velilla Sup.	Tumular	4	3.5	1.14
Velilla Inf.	Tumular	4	3	1.33
Azután	Megalítico	6.5	2	3.25
La Estrella	Megalítico	2	1.5	1.33
Vega del Niño	Megalítico	3.5	1.5	2.33
El Monje	Megalítico	2.5	1.5	1.66
San Quirce	Megalítico	3.5	2	1.75
La Tarayuela	Tumular	2.8	1.9	1.47
La Sima	Tumular	3.5	1.9	1.84
Peña de la Abuela	Tumular	2.5	2	1.25
Collado del Mallo	Megalítico	3	2	1.5
Collado Palomero I	Megalítico	3	2	1.5
Coll. Palomero II	Megalítico	3.5	2	1.75
Peña Guerra II	Megalítico	3	2	1.5
Portillo Cortes	Megalítico	3	2.5	1.2

Tabla 174 b.-Selección de valores métricos máximos y mínimos de conjuntos geométricos mesolíticos, neolíticos y megalíticos de la Península Ibérica y Norte de África.

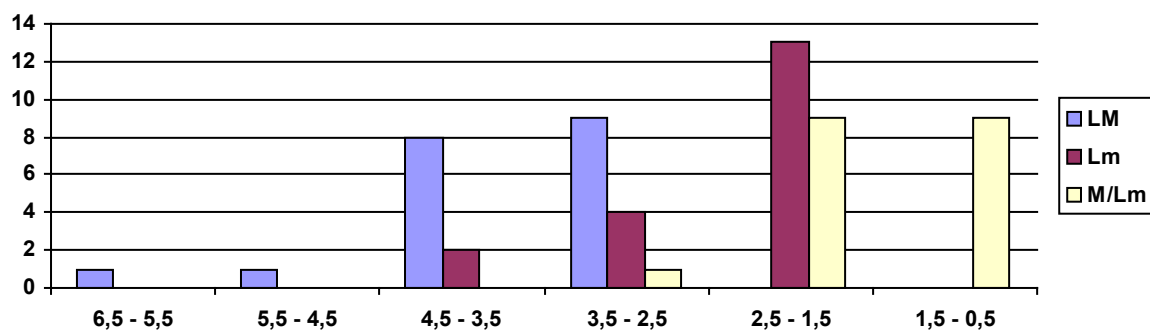


Fig. 458.- Gráfica de rangos de longitudes de los microlitos geométricos de contextos megalíticos y tumulares.

Yacimiento	Grupo	Long. Max.(cm)	Long. Min. (cm)	Lmax/lmin(l media)
Cova de L'Or	Neolítico	2.5	2	1.25
Els Secans	Neolítico	3	1.5	2
Nerja	Neolítico	2.5	2	1.25
Chaves	Neolítico	3	1.5	2
Llatas	Neolítico	3	1.5	2
Cocina IV	Neolítico	2	1.5	1.33
Retamar	Neolítico	2	1	2
La Lámpara	Neolítico	1.9	1.9	1
Revilla	Neolítico	2.1	1.9	1.1
Vaquera I	Neolítico	3	1	3
Gruta de Almonda	Neolítico	2.5	2	1.25
Penna d'Agua	Neolítico	2	2	1
Caldeirão	Neolítico	2.5	2	1.25
Villamayor Calatrava	Neolítico	2	1.5	1.33
Los Barruecos	Neolítico	3	2	1.5
Peña Aguilera	Neolítico	3	2	1.5
Chaves	Neolítico	3	1.9	1.57
Riols I	Neolítico	2	1.5	1.33
Timba del Barenys	Neolítico	3	1.5	2
Cantacorbs	Neolítico	3	1.5	2
Peña Larga	Neolítico	2.5	1	2.5
Velilla (cabaña)	Neolítico	2	1.5	1.33
Verona II-Ext	Neolítico	3	1	3
Verona II-Cabañas	Neolítico	3	1.5	2
Arenal de la Virgen	Neolítico	2	1	2
Casa de Lara	Neolítico	2	1	2
Yobru (N.África)	Neolítico	3	2	1.5

Tabla 174 c.-Selección de valores métricos máximos y mínimos de conjuntos geométricos mesolíticos, neolíticos y megalíticos de la Península Ibérica y Norte de África.

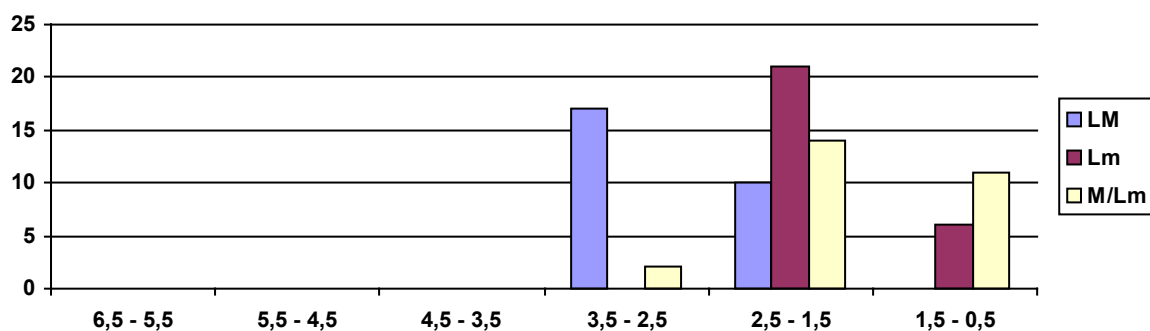


Fig. 459.- Gráfica de rangos de longitudes de los microlitos geométricos de contextos Neolíticos.

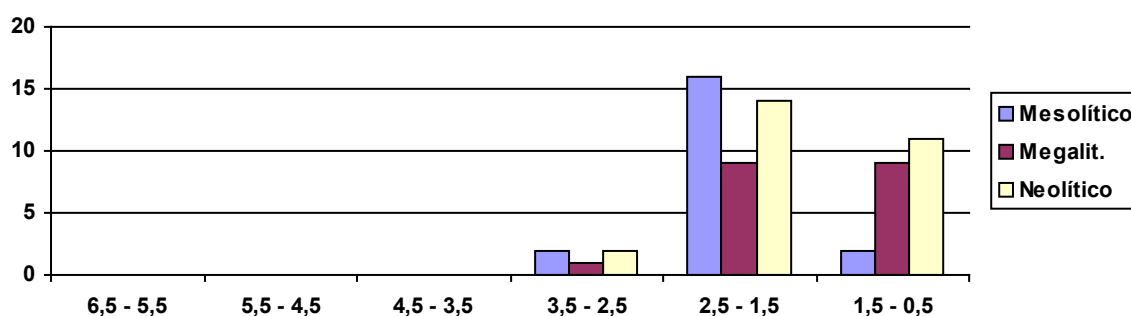


Fig. 460.- Gráfica comparativa del rango LM/Lm de los geométricos por contextos culturales.

Atendiendo a la representación de este tipo de útiles en contextos claros de habitación en la Meseta, nos vemos obligados a limitar el registro útil a los enclaves de Verdelpino, La Vaquera, Verona II, La Ventana, Velilla, La Lámpara y La Revilla. Si atendiésemos a los enclaves funerarios tanto en cueva como bajo túmulo o en estructura dolménica, el número de armaduras geométricas se multiplica exponencialmente. No nos cabe duda de que ello es debido, como se ha señalado y aún incidiremos en alguna otra ocasión, al papel jugado por este tipo de elementos como armaduras de flecha y su empleo en enfrentamientos intergrupales. En este caso la pregunta que debemos contestar es a qué grupo cultural pertenecían aquellas flechas.

Conviene detenerse un instante en la sistematización de los hallazgos y en su tipología (Tabla 175) En **la Lámpara** tan sólo comparece un microlito geométrico recuperado en el interior de una de las fosas excavadas. Se trata de un segmento (G1db) – posiblemente en proceso de elaboración- con retoque simple alternante en doble bisel elaborado sobre sílex de color marrón-verdoso opaco. La técnica de elaboración no parece haber sido la del microburil (Alegre Frandovínez, 2005:233) Las dataciones existentes no son vinculantes –al menos atendiendo al material publicado- y tan sólo sirven como impresión general del ámbito cronológico en el que debemos situar el uso del yacimiento (c.6400-6000 BP)

En la **Revilla del Campo** se recuperaron tan sólo cuatro armaduras geométricas, tres segmentos (G1db), y un triángulo escaleno (G12db), aparentemente ninguna de ellas elaborada mediante la técnica de microburil, atendiendo a la ausencia de ápices triédricos. Las cuatro piezas están elaboradas en un sílex de color rosa-granate de muy buena calidad. De nuevo las dataciones radiocarbónicas, semejantes a las del cercano emplazamiento de La Lámpara, no son vinculantes más que para la ubicación cronológica del enclave (c. 6000 BP)

En **La Vaquera** contabilizando los materiales exhumados en todas las campañas llevadas a cabo (Iglesias Martínez, 1991; Estremera Portela, 2003; 2005) se recuperaron un total de 33 armaduras geométricas. De la campaña de 1988-1989 destaca el conjunto más amplio y más diverso (25 ejemplares), mientras que de las últimas campañas proceden ocho piezas, siete de las cuales corresponden a segmentos. De todo el conjunto analizado tan sólo en cuatro piezas (todas ellas trapecios) y en un fragmento de lámina truncada comparece la técnica del microburil, atendiendo a la presencia de ápices triédricos (Estremera Portela, 2005:250) La técnica de fabricación mayoritaria parece haber sido la que emplea el fracturado de láminas por presión o mediante percusión controlada. En cuanto a las técnicas de elaboración de las superficies rebajadas, el retoque dominante es el abrupto, inverso y directo, si bien también están representados ejemplares con direcciones de retoque bifaciales y alternas. Por su parte, el retoque en doble bisel tan sólo aparece en el conjunto exhumado en las primeras campañas (Iglesias Martínez, 1991; Estremera Portela, 2005:250) estando presente en un trapecio y un triángulo. Al menos en una ocasión comparece un trapecio cuyo lado mayor ha sido

modificado mediante la sucesión de pequeñas muescas, conformando lo que a todas luces debe ser interpretado como un geométrico-denticulado; este ejemplar debe colocarse inequívocamente en la línea de los dientes de hoz que, en versiones algo más evolucionadas, pero como hemos señalado en alguna ocasión, siguiendo el modelo básico de configuración morfológica del geométrico, comparece en contextos de cronología avanzada del Calcolítico y especialmente de la Edad del Bronce. Este hecho inequívoco ha llevado también a S. Estremera a señalar una funcionalidad de este tipo de geométricos como elementos de hoz (Estremera, 2005:250). En cuanto a la tipología de las piezas recuperadas estamos de acuerdo con Estremera Portela al señalar la modernidad de los trapecios rectángulos, así como la aparente antigüedad de algunos de los restantes ejemplares. Desde luego la distancia morfotipológica de las piezas de La Vaquera respecto a las recuperadas en Verona II es, como veremos, notoria.

Hay en el conjunto procedente de la cueva segoviana una serie de elementos y circunstancias que nos llevan a plantear algunas cuestiones inquietantes. Por un lado es necesario llamar la atención acerca de la peculiaridad de las monturas geométricas; especial atención ha de ponerse en el bien representado conjunto de piezas que Estremera denomina, acertadamente, proyectiles de filo transversal y que sin duda se acercan de modo notorio al concepto del *tranchet* y, creo que también acertadamente a lo señalado por Soledad Estremera, a un modelo transicional entre lo geométrico y lo foliáceo. Ahora bien, es de aquí de donde parten las principales inquietudes a la hora de interpretar el registro de la cueva. Así, junto a los elementos de estas primeras intervenciones, se recuperaron elementos de adorno, especialmente pulseras, placas de hueso perforadas y cuentas –entre ellas de *Trivia europea*–, que remiten, en contextos similares bien controlados, como es el caso de la Cueva de la Ventana, a funcionalidades sepulcrales. He aquí la inquietud, puesto que ante tal conjunto de datos que denuncian de forma indirecta un uso funerario de la cavidad durante momentos propios del Neolítico –seguramente del Neolítico II–, es muy escasa la referencia a esta función, excepción hecha del cráneo recuperado y que fue interpretado como parte de un culto al cráneo asociado a un espacio de habitación (Delibes *et alii*, 1999).

En lo referente al tema cronológico, y a pesar del nutrido conjunto de materiales y dataciones radiocarbónicas, tan sólo un reducido conjunto de geométricos –exclusivamente compuesto por segmentos– presenta una ubicación estratigráfica más o menos clara (Fase I, Niveles 106-91), esto es con cronologías que oscilan entre 6780+/-180 y 5920+/-50 BP (Estremera Portela, 2003:184) siendo la fecha del único resto de vida corta datado (bellota procedente del Nivel 98) 6080+/-70 BP. Una vez más creo que, atendiendo a los problemas estratigráficos del enclave, podemos situar el momento de uso de los niveles inferiores de la cavidad en torno al 6400-6000 BP.

En el caso de **Verdelpino** y teniendo muy en cuenta todo lo señalado respecto a la fiabilidad de las atribuciones estratigráficas, advertimos la comparecencia de un parco conjunto de elementos geométricos concluidos, pero de un notable conjunto de fragmentos de láminas con evidencias de microburiles y de fracturas relacionadas con la elaboración de geométricos.

En el apartado de las piezas tipológicas configuradas, tan sólo comparecen seis elementos, todos ellos procedentes de la campaña de 1976, que se corresponden con cuatro segmentos (G1), uno de ellos con retoque a doble bisel, un trapecio asimétrico (G3) y un triángulo escaleno. En todos ellos se documentan retoques abruptos y al menos en el caso del trapecio se aprecian restos del ápice triédrico que denuncia el empleo de la técnica del microburil en su elaboración.

Desde el punto de vista cronológico el manejo de las dataciones de Verdelpino es siempre complejo. Hay constancia de problemas estratigráficos serios además de la mezcla de huesos realizada en su momento para obtener una cantidad de muestra suficiente –con los problemas de rejuvenecimiento y envejecimiento de las fechas

obtenidas e invalidación consecuente de los resultados-. Aún así, y como mero ensayo de comprobación de esta aseveración, podemos reflejar que todo el conjunto de armaduras geométricas procede del Nivel II datado en 4630+/-130 BP (o entre 4500-5000 BP si atendemos a las muestras de los niveles II y III conjuntamente) No cabe duda de que el rango cronológico no encaja bien ni con la industria lítica ni con el conjunto cerámico.

En **Verona II** el conjunto geométrico recuperado denuncia una inequívoca relación con el substrato mesolítico. El paralelo con las industrias de la Cueva de Chaves es también notorio. En este enclave habitacional comparecen algunos elementos escasamente representados en el interior de la península Ibérica, siendo además los menos frecuentes en proporción, aquellos que algunos autores señalan como característicos del primer neolítico de la Meseta (Alegre Frandovínez, 2005), toda vez que sus apreciaciones se han realizado bajo la perspectiva del conocimiento y análisis de un conjunto de datos de carácter local o regional restringido, y en ocasiones sin tener en cuenta otras asociaciones, muy significativas e imprescindibles de atender de cara a dibujar el panorama cultural de un determinado elenco de industrias líticas.

El conjunto de armaduras geométricas es ciertamente destacado y diverso, aún dada su relativa escasez. De un total de 19 elementos los menos representados son los de morfología triangular. El doble bisel está atestiguado en una única ocasión, sobre un segmento (G1) Las mejores representaciones corresponden a los segmentos, trapecios simétricos y con dos lados cóncavos y a los triángulos con dos lados cóncavos. A estas industrias geométricas, como tuvimos oportunidad de advertir, les acompaña un nutrido conjunto de elementos de sustrato característicos de contextos mesolíticos a los que hay que unir, de forma obligada, la ausencia generalizada de tipos foliáceos, siquiera arcaicos. En todos los casos, excepción hecha del segmento referido, comparecen tallas sobre láminas truncadas por flexión, percusión controlada y también microburil. Los retoques son en todos los casos abruptos predominando los de tipo directo.

En lo referente a la cronología, lamentablemente no contamos con dataciones que nos permitan arrojar algo de luz acerca de tan singular material. Tan sólo se puede obtener alguna conclusión comparando los registros de Verona II respecto a los obtenidos en los yacimientos más próximos de La Ventana y La Paleta, todo ello sin olvidar que en la Paleta la presencia de geométricos es nula.

En la **Cueva de la Ventana** se recuperó un conjunto reducido de elementos geométricos procedente de los niveles de habitación del Nivel III inf., pero que podrían haber sido removilizados desde niveles inferiores. Destaca, ante todo, la ausencia de segmentos y de nuevo el predominio de las industrias trapeciales sobre las triangulares. Los elementos mejor representados son los trapecios simétricos (G2), seguidos de los triángulos escalenos con el lado pequeño cóncavo (G17) y ya testimonialmente los trapecios asimétricos (G3) y aquellos con los dos lados cóncavos (G6) En un único caso, correspondiente a un trapecio simétrico, se advierte la comparecencia del retoque a doble bisel, muy tosco, combinado con el retoque abrupto, primordialmente directo, que acompaña al resto de los geométricos.

En este caso las evidencias cronológicas nos ofrecen una fecha ante quem para el conjunto de armaduras geométricas. Estas aparecen aparentemente removilizadas y asociadas a la excavación de las cubetas-hogar y los agujeros de poste localizados en el espacio inmediato al acceso a la cavidad. De una de estas unidades de combustión (UC-B) se obtuvo una datación de 6350+/- 40 BP sobre hueso, con lo cual, atendiendo a la datación del primer nivel Neolítico (6560+/-40 BP, también sobre hueso), podemos dilucidar que el conjunto de geométricos debe ser datado en torno al rango 6600-6300 BP, cuando no en fechas anteriores.

En el enclave de **La Velilla** comparecen en un mismo espacio pero superpuestas, estructuras domésticas y funerarias. En los niveles funerarios los elementos geométricos

son muy abundantes, superando el medio centenar de ejemplares, en el espacio doméstico su representación es más discreta. En este último espacio, asociado a una datación sobre muestra de carbón de larga vida datada en 6130+/-190 BP, se recuperaron diversos geométricos de tipo G1 y al menos un triángulo isósceles con vértice redondeado (G11). En los hogares que se superponen a este espacio, y asociados a unas dataciones de 5250+/-50 y 5200+/-55 BP, se recuperaron tres segmentos (G1) de los que al menos uno de los ejemplares presentaba retoque a doble bisel.

Las diferencias no sólo numéricas –que son notables– sino fundamentalmente morfotipológicas entre los geométricos recuperados en los contextos habitacionales (Tabla 175) y funerarios (Tabla 176) –de cronología más reciente– no deben ser pasadas por alto. Aquí localizamos además de los segmentos (G1) que según sus excavadores representan el 3.3% del conjunto, numerosos ejemplares de triángulos y trapecios. Entre los primeros destacan por su buena representación los triángulos isósceles (G9), algunos con tipometría alargada (G10). Los trapecios están bien representados especialmente por el trapecio asimétrico (G3), que es de los elementos más abundantes y que, al menos en el segundo horizonte funerario, aparecen acompañados por foliáceos de carácter microlítico y tipoogías arcaicas.

Estas nítidas diferencias deben ser puestas en relación con la existencia de grupos de arqueros, conforme a lo postulado por Rozoy para el área francesa (1978; 1997). Desde nuestro punto de vista este hecho estaría confirmando no sólo el valor como armaduras de flecha de los geométricos, sino lo que es más importante, su uso en enfrentamientos bélicos –de ahí que las flechas procediesen no de ajuares, sino de elementos insertos en los cuerpos inhumados y que fueron herido o muertos en enfrentamientos intertribales– y sobre todo la existencia de conflictos entre grupos que portan armas diferentes, unas enraizadas con las corrientes tradicionales de base mesolítica, y otras en cambio, portadoras de elementos más evolucionados y efectivos.

Parece además que la técnica empleada preferentemente para la elaboración de estos geométricos es la fractura por flexión y/o percusión, sin recurrir más que en contadas ocasiones a la técnica de microburil (Estremera Portela, 2003:152; Cava Almuzara, 1986 b). Esta misma circunstancia se da en los geométricos de L'Or y Sarsa (Juan-Cabanilles, 1984), en Chaves (Baldellou y Castán, 1983; Cava, 2000), Cueva del Moro (Baldellou y Utrilla, 1995) y en la mayor parte de los yacimientos andaluces (Ramos Muñoz, 1988-89).

Atendiendo a la comparación de los geométricos en contextos de habitación, advertimos que la imagen de escasez generalizada de armaduras contrasta con la rica presencia en contextos sepulcrales megalíticos, lo que ha llevado a algunos autores a señalar la existencia de un equipamiento doméstico y otro funerario (Delibes y Zapatero, 1996 b: 341-342). No podemos estar de acuerdo con esta interpretación cuando el registro de las tumbas en fosa o en cueva no presenta esta riqueza de geométricos que sí comparece, en cambio, en las fases iniciales del megalitismo. Ante nuestra propuesta de diferenciación de dos horizontes o desarrollos culturales (Jiménez Guijarro, 2003) algunos autores han manifestado su clara discrepancia (Alegre Frandovinez, 2005: 242).

	LÁMPARA	REVILLA	VAQUERA	VERDELPINO	VERONA	VENTANA	VELILLA
G1			X(8)	X(3)	X(2)		X
G1db	X(1)	X(1)		X(1)	X(1)		X
G2					X(3)	X(3)	
G3			X(1)	X(1)	X(2)	X(1)	X
G4			X(9)		X(2)		
G4db			X(1)				
G5			X(5)				
G6					X(3)	X(1)	
G7					X(1)		
G8							
G9			X(2)		X(2)		X
G9db			X(1)				
G10							X
G11							X
G12			X(4)	X(1)			
G12db		X(1)					
G13							
G14							
G15							
G16							
G17						X(2)	
G18					X(3)		

Tabla 175.- Tipología de armaduras geométricas de contextos habitacionales.

Teniendo en cuenta el correcto trabajo de Isabel Alegre sobre las industrias geométricas del Valle de Ambrona y dado que son excavaciones sistemáticas y bien controladas, tomaremos los datos que ofrece su publicación preliminar (Alegre Frandovínez, 2005) como elemento de comparación con lo que hemos señalado respecto a la diferencia de registros entre los conjuntos habitacionales y sepulcrales. Este análisis se realizará a modo de ejercicio de ejemplo pues somos conscientes de que es necesario, y en cierto modo urgente, abordar el estudio detenido y exhaustivo del megalitismo de la Península Ibérica, atendiendo entre otras cuestiones a la de la configuración de las industrias líticas. Esta será la clave, junto a postulados de investigación más holistas y menos restrictivos, para explicar de una vez por todas a qué responde realmente la diferenciación de elementos entre estos horizontes y sobre todo para establecer las pertinentes interpretaciones culturales.

En la tabla 176 advertimos un dato significativo como es la aparente presencia de diferentes tipos de armaduras geométricas, aún atendiendo a la diversidad advertida, en los conjuntos funerarios de ambas mesetas, atendiendo no solo al tipo de elementos representados sino a aquellos más dominantes y numerosos. Tendremos oportunidad en el capítulo siguiente de reflexionar acerca de esta cuestión. Adelantaremos no obstante la hipótesis de trabajo que manejamos y que está relacionada con la posible incidencia de enfrentamientos con grupos de arqueros diferenciados, y por tanto con grupos humanos diferentes, al menos, en lo que respecta a su armamento.

Otro elemento que caracteriza las industrias neolíticas es el predominio de los soportes laminares, bien enteros, dentro del concepto LS1 que antes enunciamos, o en cualquiera de sus formatos fragmentados (Asquerino Fernández, 1978; Martí *et alii*, 1980; Juan-Cabanilles, 1984; Cava Almuzara, 1986 b; 2000; Miró *et alii*, 1992) En un momento inicial de la secuencia son frecuentes las laminillas y láminas estrechas, que pronto pasarán a ser menos abundantes al tiempo que se harán predominantes las láminas largas y anchas, muy regulares, de sección mayoritariamente trapezoidal o triangular, con los lados paralelos y un espesor homogéneo a lo largo de la pieza. En estas láminas los bulbos se encuentran muy poco marcados y las ondas de lascado suelen ser muy difusas, lo que permite suponer el uso de la técnica de talla por presión a partir de núcleos prismáticos o piramidales (Tixier, 1984 b; Pelegrín, 1984)

	A	B	C	D	E	F	1	2	3	4	5
G1	X(16)	X(7)	X(2)	X(2)							
G1db	X(1)	X(2)									
G2	X(3)	X(1)									
G3	X(3)	X(3)		X(1)	X(7)	X(7)	X(6)		X(2)	X(2)	X(6)
G4						X(1)	X(2)	X(1)	X(9)	X(1)	X(1)
G4db											
G5				X(1)	X(7)		X(2)		X(9)	X(1)	
G6					X(6)			X(2)	X(1)		
G7	X(3)		X(1)	X(1)							
G8	X(40)	X(12)	X(2)	X(5)	X(1)	X(4)				X(3)	
G9	X(26)	X(9)	X(1)	X(3)			X(2)				
G9db											
G10	X(1)							X(1)			
G11	X(14)	X(10)		X(2)	X(1)		X(1)				
G12	X(4)	X(3)				X(1)				X(5)	X(1)
G12db			X(1)								
G13											
G14	X(9)	X(1)		X(1)							
G15											
G16											
G17											
G18											

Tabla 176.- Tipos de armaduras geométricas representadas en contextos funerarios de la Meseta Norte (A-F) y Sur (1-5) A- La Tarayuela, B-Peña de la Abuela, C-La Sima (UE's), D-La Sima I, E-La Sima II, F-El Guijo, 1- Azután, 2-La Estrella, 3-Vega del Niño, 4- Prado de las Cruces, 5- Portillo de las Cortes.

Se estandarizan los soportes en anchura y longitud en un intento de industrialización de lo lítico en cuanto a su homogeneidad. Se fracturan las hojas de modo que se obtengan elementos de una medida muy similar constituyendo este momento el punto álgido de los EEUC. Es esto algo que ya señalaron algunos investigadores (Fortea *et alii*, 1987: 9; Miró *et alii*, 1992: 353; Estremetra Portela, 2003: 68) Esta fractura de los soportes surge, como hemos indicado, de la necesidad de crear elementos intercambiables entre sí dentro de un equipamiento integrado por útiles compuestos, seguramente hoces, relacionadas con la creciente importancia del consumo de vegetales domésticos y especialmente de cereales.

La aparición de aristas de núcleo –a menudo abundantes en yacimientos de habitación como Verona o Verdelpino- se asocia a la preparación de núcleos prismáticos o piramidales para la obtención por técnica de presión de láminas y laminillas.

A la vista de los datos de la tabla 177 no pude dejar de notarse el hecho de que nos encontremos, en nuestra selección, ante estructuras constructivas diferentes; túmulos en la Meseta Norte y dólmenes en la Meseta Sur. Por ello debemos ser cautos a la hora de valorar las diferencias advertidas, sobre todo al resultar factible que éstas respondan a diferenciaciones cronológicas o culturales.

Durante el Neolítico se produce una clara regresión del empleo de la técnica de microburil que es sustituida, a menudo de forma paulatina, por la fractura de los soportes mediante flexión o percusión (Fortea, Martí y Juan Cabanilles, 1987: 11) Según Cava (1986: 34) este hecho correría parejo al desarrollo de la técnica de talla en doble bisel en los geométricos si bien no lo corroboran yacimientos como L'Or y Sarsa (Martí *et alii*, 1980; Juan Cabanilles, 1985) en el levante ni Verona II, Verdelpino o La Vaquera en la Meseta, lo cual permite, cuando menos, poner en cuestión estas últimas afirmaciones.

Respecto a las técnicas de retoque advertimos también cierto conservadurismo. Dominan las técnicas de retoque simple y abrupto –sobre todo en las fases iniciales de la secuencia- mientras que el abrupto fue desplazado, de forma paulatina, a favor del retoque simple conforme avanzó la secuencia crono-evolutiva.

En etapas avanzadas del Neolítico será cuando, asociado a la aparición de los primeros foliáceos, se documente la generalización del retoque plano que no será invasor hasta etapas iniciales del Calcolítico. Así, los primeros foliáceos (PF) del Neolítico se caracterizarán por su tamaño microlítico o de formato pequeño y por la aparición de retoques planos, muy marginales, asociados exclusivamente a los bordes del útil.

1.4.4.3. Piedra pulimentada

En el apartado de la piedra pulimentada hemos distinguido dos grandes conjuntos de elementos. Estos resultan diferentes por las materias primas empleadas y por las técnicas de configuración del útil que concurren en cada una de ellas.

En cierto modo hemos observado que existe también un diferente aprovechamiento de las materias primas en relación con la cronología del proceso de neolitización en algunos sectores del interior de la Península Ibérica, como es el caso de las actuales provincias de Madrid y de Guadalajara. El más significativo es sin duda el caso de Madrid donde hemos tenido la oportunidad de realizar completos análisis petrológicos del material obtenido en las excavaciones y prospecciones realizadas¹ (García de Miguel *et alii*, 2005)

Como hemos señalado al referirnos a las rocas susceptibles de ser empleadas como útiles pulimentados dentro del apartado dedicado a la minería, podemos diferenciar varias materias susceptibles de ser empleadas para la elaboración de hachas, azuelas y cinceles. La presencia de cada una de las materias primas empleadas depende de su accesibilidad y abundancia. El primero de estos criterios suele verse transgredido por la presencia de útiles elaborados en rocas exóticas a la región de aparición de la pieza mientras que el segundo de los criterios derivó en la generalización, en épocas más avanzadas, de asentamientos en torno a las regiones más ricas en estas materias primas. Estos asentamientos llegarían a funcionar como nodos de distribución de materia prima de un modo similar a lo acontecido con el sílex.

Debemos resaltar que este tipo de materias primas fueron obtenidas y aprovechadas mediante la concurrencia de un sistema de obtención de tipo recolector. No podemos señalar en ningún caso la existencia de una minería compleja asociada a su extracción. Este hecho se deriva de las propias características de los materiales y del modo en el que aparecen en la naturaleza (Fig.453). Respecto a esto último debe resaltarse que no es raro que las piezas en bruto empleadas para su transformación en útiles aparezcan ya pre-configuradas debido a la acción erosiva de los ríos. Este es el caso de los lamprófidos madrileños que, desprendidos de su roca caja granítica por acción de la erosión ruedan por las laderas escarpadas y son arrastrados por diversos ríos y arroyos serranos obteniendo así un pulimento natural que permite contar con un útil que requiere una escasa manipulación para obtener el elemento final.

En cuanto a los tipos de elementos de aparición más frecuente destacan las hachas. Éstas, normalmente elaboradas en rocas de lamprófido de color verdoso-negrusco, presentan tamaños que rondan los 100-200 mm. En todos los casos este tipo de elementos se circunscriben a los yacimientos de cronología más antigua, propios del Neolítico I, haciéndose paulatinamente más rara su presencia en contextos del Neolítico II. Estas piezas suelen tener formas oblongas y secciones también ovales. En su mayor parte presentan pulimentos parciales consistentes en pulidos muy trabajados en el extremo meso-distal y simples desbastados por repiqueado en el extremo proximal. Intuimos que esto se debe al hecho de que la parte proximal estaría engarzada en

¹ Estos análisis se realizaron gracias al Protocolo de Colaboración establecido entre el Proyecto de Investigación sobre megalitismo y poblamiento neolítico en la Comunidad de Madrid y la Cátedra de Petrología de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas de la Universidad Politécnica de Madrid. Deseamos agradecer al Dr. García de Miguel y a los componentes de su equipo, especialmente a D. Illán Paniagua, la extraordinaria labor desarrollada y el cordial ambiente de colaboración establecido.

mangos similares a los conservados en otros contextos (Orozko, 1999) Ejemplares de este tipo se han recuperado en los enclaves madrileños de Verona II, La Ventana y La Higuera.

Estas grandes hachas aparecen acompañadas por otras, en ocasiones de tamaño similar, aunque por lo general ligeramente más pequeñas, realizadas en sillimanita de tonalidades diversas. Normalmente estas piezas presentan un pulimento total de su superficie, lo cual debe ponerse en relación con el hecho de que esta materia prima, por su composición, presente ya una morfología pulida. Por norma general estas hachas presentan morfologías más cuadrangulares, siendo sus secciones de tipo rectangular, normalmente con laterales reservados y sin filo. Los filos, como en los ejemplares anteriores, son monobiselados o a doble bisel, siendo estos últimos los más comunes.

Hemos tenido la oportunidad de comprobar la convivencia de estos dos tipos de materias primas en contextos como los de Verona II o La Ventana. También advierte cierto valor cronológico pues estas hachas de sillimanita se generalizan durante el Neolítico II hasta sustituir por completo a las grandes hachas realizadas sobre lamprófidos y rocas volcánicas (ofitas y basaltos) Además, se advierte en este mismo momento una mayor diversificación de los útiles pulimentados apareciendo en el registro las azuelas y las gubias de pequeño tamaño.

Un valor específico debemos otorgar a algunas grandes hachas completamente pulimentadas, generalmente realizadas en materias oscuras (ofitas, lamprófidos y basaltos) y que parecen asociarse de forma generalizada a los enterramientos, tanto en cueva, caso de La Ventana (Madrid), como en túmulos y dólmenes, caso de la cista de Nava Alta o Las Arnillas, en la Lora Burgalesa.

No puede dejarse de lado la relación existente entre las tonalidades cromáticas de estas grandes hachas (negras y verdosas en su mayor parte) y la comparecencia de cuentas de azabache y pizarra (negras) y variscita (verdes) Este valor del cromatismo puede ampliarse con la presencia de algunos elementos blancos como las cuentas de hueso y calcita, pero también de algunos cuarzos y sobre todo de los habituales pigmentos rojizos de la almagra y el óxido de hierro. Esta similitud cromática no puede ser debida tan sólo al azar. Así, los paralelos existentes para la comparecencia de grandes hachas 'votivas' en contextos funerarios europeos podrían ser una indicación precisa de la interpretación más plausible para estos extraordinarios elementos.

1.4.4.4. Localización y gestión de recursos

En el caso del Neolítico madrileño, sobre cuyos materiales realizamos, junto al Dr. García de Miguel, un estudio más detenido y exhaustivo, diferenciamos dos tipos de materiales empleados. Por un lado aquellos que presentan una dispersión más o menos próxima a los hábitat y por otro aquellas materias primas exóticas o relativamente alejadas de las áreas de poblamiento en las que fueron localizadas.

Dentro de la primera categoría destacan los granitos, pórfidos dioríticos, lamprófidos, sillimanita y cuarcita. Todos ellos presentan un cuadro de aparición más o menos similar, todos ellos procedentes del área de sierra y pre-sierra, si bien no es raro encontrar en los cursos de algunos ríos materiales de aporte arrastrados desde estos lugares y que también fueron empleados sin tener que dar origen a grandes desplazamientos. Ahora bien, en este caso se está lejos de conseguir un aprovisionamiento continuado y suficiente y debemos hablar más de la obtención de productos (y por tanto del conocimiento de las áreas de extracción) procedentes de lugares alejados incluso medio centenar de kilómetros del área de poblado. Un caso destacado sería el de La Paleta, enclave donde tan sólo se han detectado pulimentos sobre sillimanita cuyo lugar de origen está localizado en la Sierra de Ayllón y estribaciones de la Sierra de Somosierra, al norte de la provincia de Madrid.

En cuanto a la segunda categoría tan sólo podemos incluir, de los materiales recuperados en Madrid, la ofita y el basalto como elementos aprovechados para la elaboración de unos pocos útiles pulimentados como son el hacha de grandes dimensiones de la Cueva de la Ventana, sin duda un elemento destacado relacionado con los ítems de prestigio asociados a las inhumaciones, o algunas piezas procedentes de contextos megalíticos elaborados sobre rocas de similar composición y procedencia y entre las que no son en absoluto extrañas aquellas de colores negro y verde. Dadas las características de la primera pieza y su procedencia de un contexto funerario –con lo cual puede asociársele un valor más simbólico que funcional- nos inclinamos más por asociarla a otros elementos exóticos recuperados en Madrid como el azabache y la variscita y que también proceden de áreas de adquisición alejadas (Fig.461)

A pesar de que hay una destacada carencia de datos fiables en las caracterizaciones de las rocas empleadas para la elaboración de este tipo de útiles en otros contextos meseteños y peninsulares podemos señalar que, en su mayoría, son prácticamente los mismos que los aparecidos en los yacimientos madrileños.

Los datos manejados nos permiten confirmar, por ejemplo en Madrid, el uso diferencial de estas rocas dependiendo de la cronología de los diferentes asentamientos. En los yacimientos que presentan material más antiguo como Olivar de Yeles, La Vega o Verona II predominan las hachas de sección circular o elíptica realizadas sobre rocas verdosas-grisáceas del tipo del pórfido diorítico y el lampróvido. Mucho menos destacada es la comparecencia de elementos de sillimanita –aún con todo no ausente- y en casos excepcionales –tal vez también asociados a fases más avanzadas de la secuencia- se detecta la presencia de algunas piezas excepcionales como la realizada en ofita y antes reseñada.

Lo señalado para el caso madrileño y toledano es asimilable a lo detectado en otras zonas de la Meseta. No podemos obviar, no obstante, que la presencia o ausencia de determinados elementos petrológicos, dependerá no sólo de una cuestión cronológica, sino también de las posibilidades de aprovisionamiento –por adquisición directa o por intercambio- de la materia prima. Así, aún en enclaves iniciales del Neolítico no será raro encontrar, en contextos próximos a los afloramientos serranos de sillimanita, este tipo de material en los registros arqueológicos, aún cuando sea escaso en regiones donde no se da, de forma natural, este material.

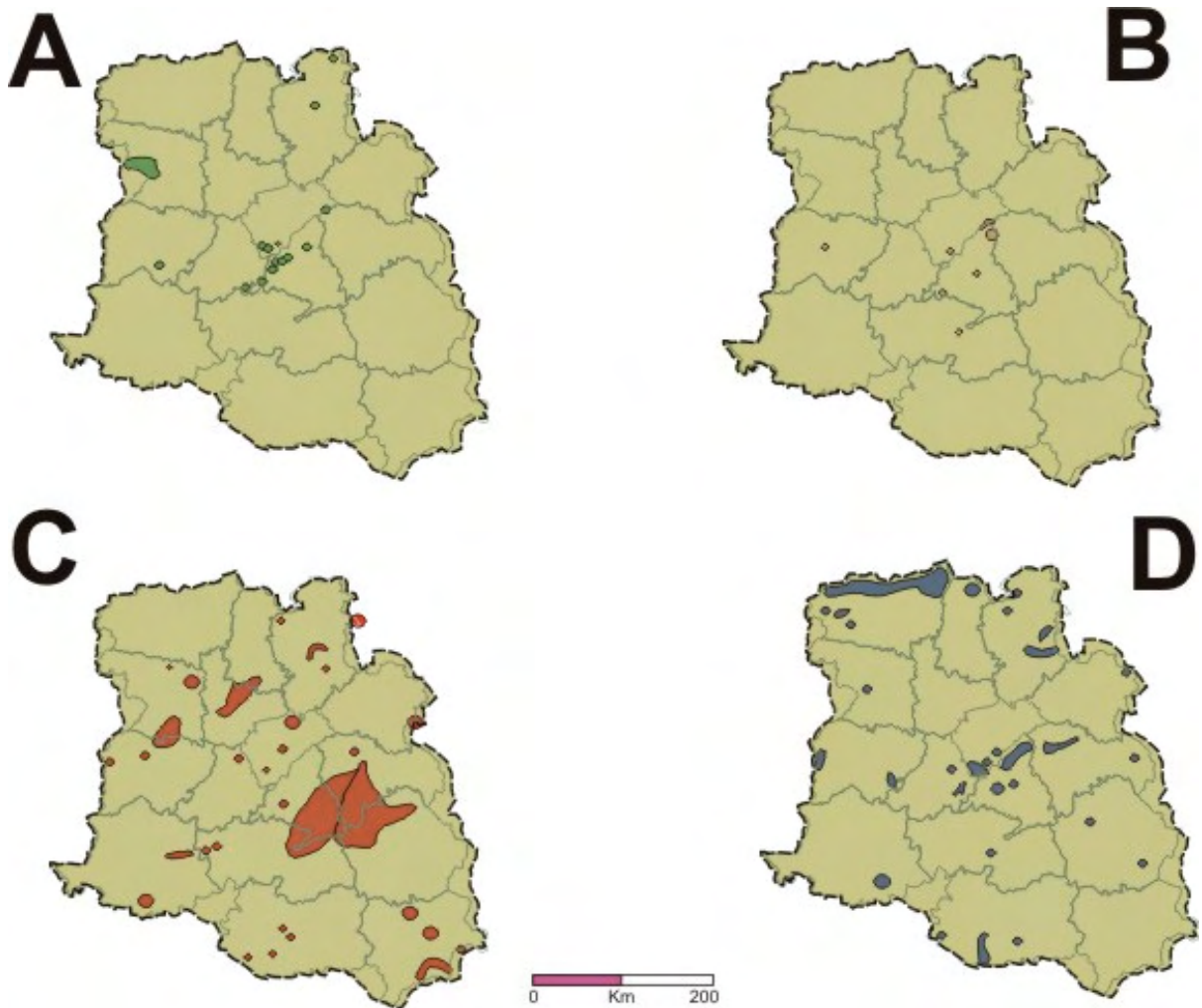


Fig. 461.- Cartas de distribución de las principales materias primas en el área de la Meseta. A, variscita y otras piedras verdes –microclinas- susceptibles de ser trabajadas para realizar cuentas y elementos de adorno. B, Afloramientos de sillimanita o fibrolita. C, Afloramientos de sílex. D, afloramientos de filones metálicos de cobre.

No suele ser abundante el material pulimentado asociado a los primeros momentos del neolítico y, cuando aparece, además de la morfología antes indicada suelen presentar un tamaño medio-grande (en torno a 10-30 cm) y un filo obtenido, generalmente, por pulimento en doble bisel. No es raro advertir la concurrencia habitual de un pulimento parcial que afecta a la mitad o tercio inferior del útil y que se suele combinar con repiqueteado en el resto de la pieza. Datos similares se han señalado en otros contextos geográficos (Le Roux, 1975; Bernabeu y Orozko, 1989-1990; Rieg de Bouard, 1996; Orozko, 1999)

Así, el ejemplar de Verona II, correspondiente a un pórfido diorítico presenta su tercio inferior totalmente pulimentado para obtener un filo curvo útil, mientras que los dos tercios superiores presentan un desbastado grosero obtenido mediante repiqueteado. Algunos investigadores han puesto de manifiesto esta característica en relación con los diferentes sistemas de empuñe (Orozko, 1999)

Tampoco son habituales en estos primeros compases del neolítico las azuelitas, gubias y cinceles que tienen una muy escasa sino nula representación. Ésta irá en aumento de forma paulatina según avance la secuencia para generalizarse en los compases iniciales del Neolítico II.

Así, en etapas más avanzadas de la secuencia, dato que corroboran las estratigrafías de varios yacimientos, se detecta la irrupción de útiles nuevos realizados en una materia prima predominante, la sillimanita. Es efectivamente en estos momentos en los que se hacen más frecuentes los útiles de tamaño medio y pequeño, se generalizan los acanalados simples o doble sobre el cuerpo de los mismos –lo que parece señalar un cambio en los sistemas de enmangue- y un paulatino abandono de las materias primas utilizadas en momentos anteriores.

Que la sillimanita debió jugar un papel especial en los contextos neolíticos lo pone de manifiesto el hecho de que en más de una ocasión aparezca en forma de nódulos sin configurar en contextos del Neolítico avanzado asociado tanto a áreas funerarias como de habitación. Sin duda este hecho está denunciando que esta materia prima, por alguna razón que ahora desconocemos, se vio dotada de un valor simbólico en un momento concreto de la secuencia neolítica.

Las evidencias estratigráficas a las que aludíamos, aunque no muy abundantes son esclarecedoras. El único hacha pulimentada del yacimiento de La Vaquera se refiere a un ejemplar de azuelita con doble filo, de pequeño tamaño –4 cms-, bastante estrecho y de sección rectangular realizada en sillimanita (Estremera Portela, 2003: 80). Esta pieza fue recuperada en el Nivel 73 correspondiente a la Fase III de Estremera, nivel al que se asociaría una datación comprendida entre el 4690 \pm 120 y el 4880 \pm 60 BP, esto es en un momento muy avanzado del Neolítico II.

En el caso de la Cueva de la Ventana documentamos la presencia de un hacha de sección circular y tamaño medio –grande realizada sobre lamprófidio en una de las cubetas de los niveles inferiores de la estratigrafía datada en 6010 \pm 40 BP. Por su parte se documenta la presencia de azuelitas, gubias y hachas de pequeño-mediano tamaño en la parte superior de la estratigrafía, dentro de contextos funerarios propios de las fases más avanzadas del Neolítico. Todas estas piezas están elaboradas en sillimanita no documentándose ya el uso de los pórfidos y lamprófidios.

La representación de útiles pulimentados es ciertamente desigual en los yacimientos excavados que presentan estratigrafías claras. En Verdelpino están por completo ausentes las hachas de piedra pulimentada. En la cabaña inferior de La Velilla sólo se documenta un hacha fragmentada de sección oval-rectangular. También hay una ausencia generalizada de hachas y pulimentos en la Cueva de la Higuera y en la Cueva de Las Avispas, si bien lo reducido de las intervenciones llevadas a cabo obliga a ser cautelosos.

En Madrid y Toledo hemos localizado elementos pulimentados realizados sobre pórfido diorítico con sección oval o circular en áreas alejadas más de 50 Km del lugar de obtención de las materias primas, como La Vega (Titulcia) y el Olivar de Yeles. También deben destacarse los fragmentos de pulimentados elaborados sobre sillimanita localizados en el enclave de La Paleta, así como los numerosos restos de molinos y moletas elaborados sobre diversos tipos de granito y sobre arenisca procedentes también de este enclave. En La Cueva de la Nogaleta, procedente de excavaciones realizadas a comienzos del siglo XX, se recuperó junto al material neolítico un fragmento de hacha de fibrolita con filo curvo a doble bisel, sección oval-rectangular y unas dimensiones que debieron superar, en origen, los 10 cm. Gran número de hachas de fibrolita se han recuperado también en los poblados de superficie de Patones y Torrelaguna y en la Cueva de las Maravillas de Torredelrábano, en Guadalajara, algunas de las cuales son de gran tamaño.

De nuevo, por contraposición a lo detectado en cuevas y áreas de habitación correspondientes a las primeras etapas del Neolítico nos encontramos con una más que notable presencia de pulimentos en contextos megalíticos y tumulares del interior de la

Península Ibérica, hasta el punto de que, en los contextos más antiguos, son éstas, junto a los geométricos, los elementos más destacados del registro.

Curiosamente en estos contextos son extrañas las hachas de fibrolita, mientras que abundan las realizadas en ofita y en menor medida pórfidos dioríticos y lamprófidos. Si bien es cierto que uno de los elementos que mejor define los conjuntos recuperados en contextos dolménicos es la heterogeneidad de formas y secciones (Delibes *et alii*, 1993: 36) consideramos que esto se debe a que estamos ante conjuntos abiertos con un uso secular que propició la mezcla de materiales.

Analizado con detenimiento el conjunto de elementos asociados a dólmenes y túmulos observamos cierto predominio de las hachas densas, de sección oval o circular, con pulimento total o parcial y tamaño medio, si bien las medidas detectadas, por ejemplo en el núcleo de La Lora, oscila entre 200 y 50 mm.

Sobre la funcionalidad de las hachas recuperadas en contextos funerarios ha habido una notable controversia dado su en general buen estado de conservación (Delibes *et alii*, 1993: 37) Este hecho ha determinado que se hable de hachas votivas, lo cual podría ser en parte cierto, si bien consideramos más probable que estemos ante la panoplia de un grupo guerrero y que este tipo de hachas pudiesen tener, aún dentro de una misma tipología, una funcionalidad variada.

Como veremos en el capítulo siguiente, consideramos muy probable que los conjuntos megalíticos, y en especial los conjuntos tumulares múltiples que aparentan un único uso estuviesen en relación con el crecimiento de la hostilidad social y fuesen los representantes de un enfrentamiento cultural notificado de forma fehaciente en las pinturas levantinas (Guilaine y Zammit, 2001) Sin duda dentro de este contexto beligerante, de cronología aún más moderna, debemos situar los recientes hallazgos del túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila), en el que la materia prima empleada es preferentemente la sillimanita (Estremera y Fabián, 2002)

Una vez más nos encontramos ante la duda de estar frente a conjuntos funerarios que aglutinan todos aquellos elementos que se encuentran escasamente representados en los contextos habitacionales –geométricos, hachas, cuentas de collar y elementos de ornato personal- lo cual parece dar validez a la propuesta de especialización funcional relacionadas con la dialéctica de ámbito doméstico-ámbito funerario mantenida por algunos investigadores (Delibes y Zapatero, 1995: 342)

El análisis de distribución de los diferentes tipos de hachas, atendiendo a su presencia en áreas de habitación (Tabla 177 y Fig. 462) y en sepulturas megalíticas y túmulos (Tabla 178 y Fig. 463) nos permite, aún con la escasez de datos, alcanzar una interesante conclusión. Los únicos elementos a los que parece corresponderles una relación funcional clara respecto al contexto en el que son recuperados son las hachas del tipo A y que se asocian de forma específica a los enterramientos. Este es un extremo que ya habíamos señalado y en cuya dirección indican las principales tesis defendidas por otros investigadores (Petréquin *et alii*, 2002) El valor simbólico de estos elementos resulta, pues, indudable. Su presencia mayoritaria en contextos tumulares y megalíticos, así como las fechas a las que se asocia el ejemplar procedente de la Cueva de la Ventana (Madrid), permiten también una aproximación cronológica que nos sitúa en etapas propias del Neolítico II. Que la mayor parte de las rocas empleadas en su elaboración se correspondan con una gama cromática muy restringida –negro, verdoso- y que exista un claro paralelismo con las gamas cromáticas de los principales elementos de adorno, por ello también simbólicos, como son el azabache –negro- y la variscita y microclinas–verde-, no puede ser debido tan sólo a la casualidad.

Por el contrario, tenemos la certeza de la existencia de una relación causal nítida entre todos estos elementos de valor simbólico y que permiten, por vez primera, comprender

el valor intrínseco de las gamas cromáticas en las sociedades neolíticas. No meos interesante resulta poder atisbar una suerte de relación cronológica en el recurso cromáticos. Así, advertimos la importancia y el valor del color rojo, asociado a colorantes y pigmentos, a menudo aplicados en las propias sepulturas, tal vez sobre los cuerpos y sobre los principales elementos materiales, como son las cerámicas, durante las etapas iniciales del Neolítico I. No podemos dejar de resaltar que el rojo, en ocasiones combinado con algunas otras gamas cromáticas como el blanco y negro, fue el color empleado en la confección del elemento simbólico por excelencia, la pintura rupestre. Ya en las etapas más avanzadas del Neolítico y en gran medida en el Neolítico II se generalizará el empleo de materias de coloración negra u oscura -azabaches, ofitas, pórfidos y lamprófidios- para, en las etapas terminales de la secuencia, y en la transición a la Primera Edad de los Metales, derivar en el gusto por el color verdoso de serpentinas, microclinas y sobre todo variscitas.

YACIMIENTO	Provincia	A	B			C	D
			1	2	3		
MESETA SUR							
Ventana*	Madrid	X(1)		X(2)	X(2)		X(1)
Cueva Aire*	Madrid			X(2)			
Verona II	Madrid		X(1)	X(1)	X(1)	X(2)	X(1)
La Paleta*	Toledo				X(2)	X(1)	
La Cueva*	Guadalajara				X(2)	X(1)	
Tordelrribano	Guadalajara				X(6)	X(8)	
El Conejar*	Cáceres				X(1)		
Cerca Antonio	Cáceres						X(1)
La Cañadilla	Cáceres				X(3)	X(1)	X(1)
La Muralla	Cáceres				X(1)		
Canchera Lobos	Cáceres				X(2)		
MESETA NORTE							
Galería Sílex	Burgos				X(1)		
La Vaquera*	Segovia						X(1)
Nogaleda*	Segovia			X(1)			
La Revilla	Soria			X(1)			
La Velilla*	Palencia			X(1)			
San Cebrián*	Zamora					X(1)	

Tabla 177.- Presencia de tipos de hacha en contextos habitacionales neolíticos.*Enclaves con funcionalidad funeraria atestiguada.

YACIMIENTO	Provincia	A	B			C	D
			1	2	3		
MESETA SUR							
Dolmen de Azután	Toledo	X(1)		X(1)	X(2)		
Dolmen de La Estrella	Toledo	X(2)		X(4)			
Dolmen Vega del Niño	Cáceres	X(1)	X(2)	X(1)			
Dolmen de Entretérminos	Madrid				X(1)		
Dolmen Portillo Cortes	Guadalajara			X(1)	X(1)		
MESETA NORTE							
Necrópolis Fuentepecina	Burgos	X(1)	X(6)	X(2)	X(3)	X(1)	X(1)
Dolmen Las Arnillas	Burgos	X(1)	X(2)				
Dolmern Valdemuriel	Burgos	X(1)					
Dolmen La Cotorrita	Burgos		X(1)		X(1)		
Dolmen Nava Negra	Burgos			X(1)	X(1)		
Dolmen Nava Alta	Burgos				X(1)		
Dolmen de Ciella	Burgos					X(1)	
Túmulo Peña Abuela	Soria	X(1)	X(7)	X(2)	X(4)		X(1)
Túmulo La Sima I	Soria		X(2)			X(2)	
Túmulo La Sima II	Soria		X(3)	X(2)		X(2)	
Túmulo La Tarayuela	Soria		X(3)	X(2)	X(2)	X(2)	
Túmulo Río Fortes	Ávila	X(3)					

Tabla 178.- Presencia de tipos de hacha en contextos funerarios megalíticos y tumulares.

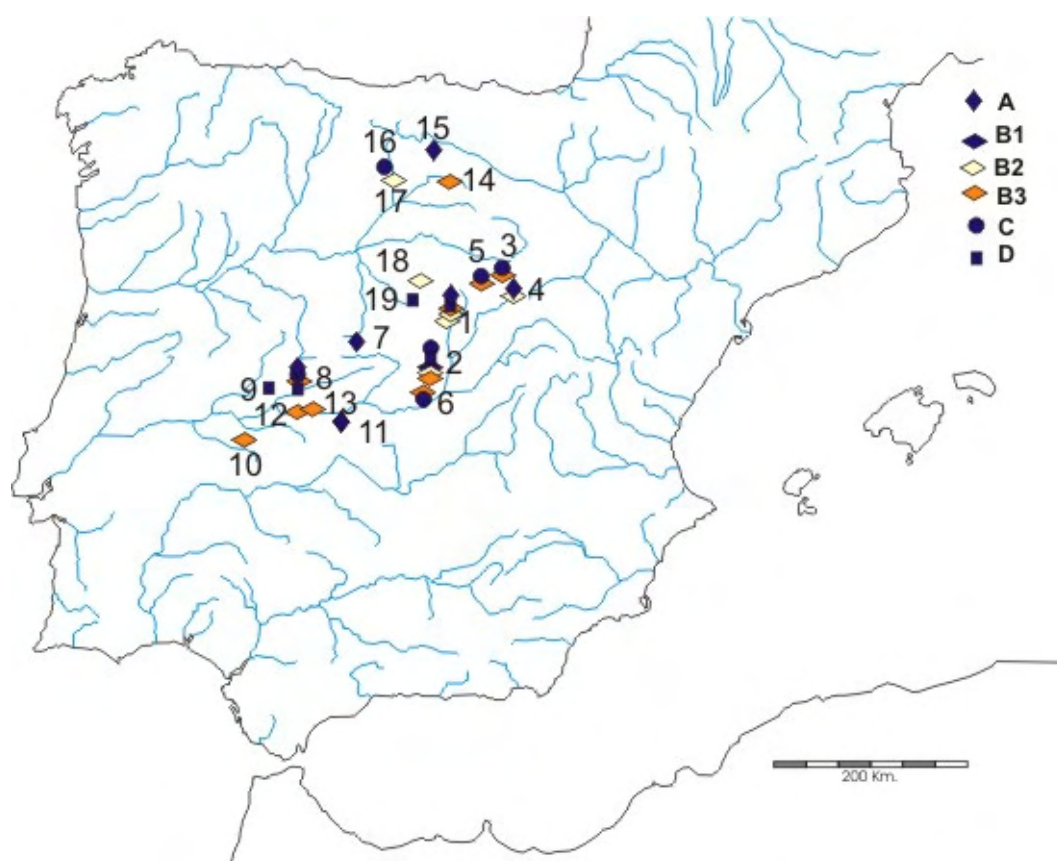


Fig. 462. - Distribución de los diferentes tipos de hachas pulimentadas en contextos habitacionales.

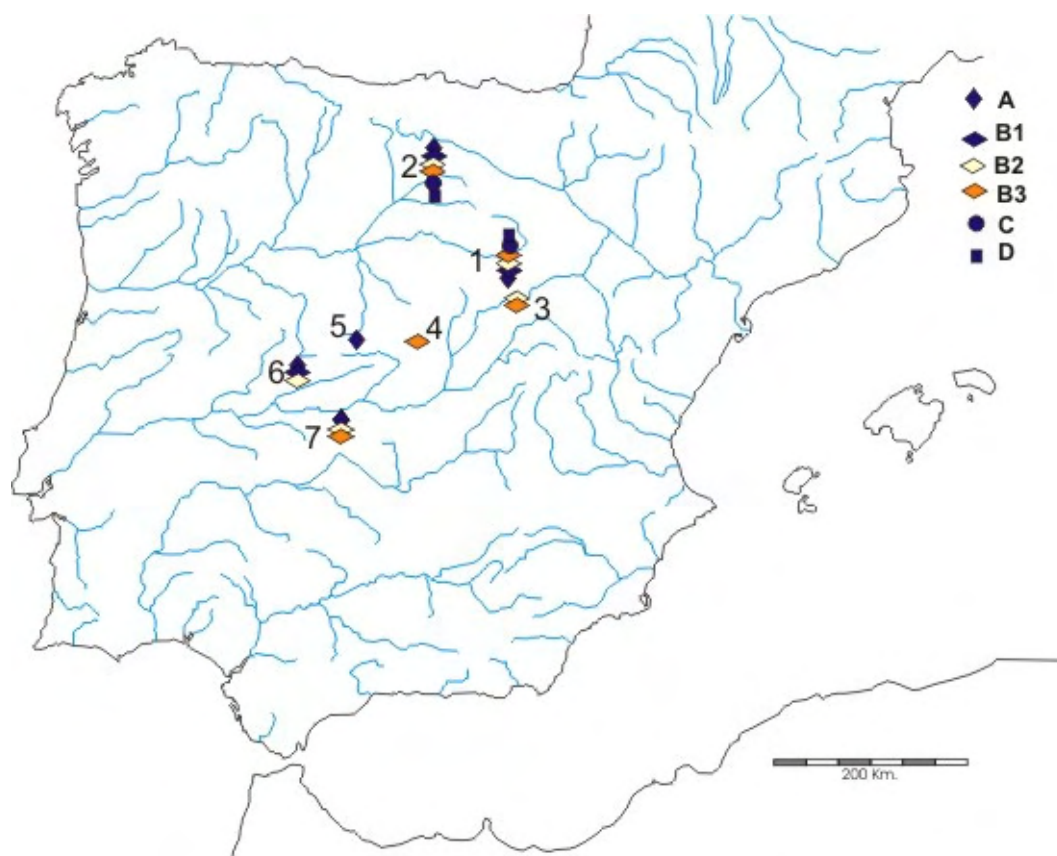


Fig. 463. - Distribución de los diferentes tipos de hachas pulimentadas en contextos funerarios megalíticos.

YACIMIENTO	Volcánica	Plutónica	Metamórficas			Filoniana
	Basalto	Gabro,Pórfido Diorítico,Ofita	Esquisto	Sillimanita	Corneana	Lamprófidio
MESETA SUR						
Ventana*		X(2)		X(1)		X(1)
Cueva Aire*				X(2)		
Verona II				X(4)		X(1)
La Paleta*				X(3)		
La Cueva*				X(3)		
Tordelrábano				X(14)		
El Conejar*		X(1)				
Cerca Antonio				X(1)		
La Cañadilla		X(3)		X(2)		
La Muralla						
Canchera Lobos		X(2)				
MESETA NORTE						
Galería Sílex		X(1)				
La Vaquera*				X(1)		
Nogaleda*				X(1)		
La Revilla				X(1?)		
La Velilla*				X(1?)		
San Cebrián*		X(1)				
TOTAL(MS/MN)	0 (0/0)	10 (8/2)	0 (0/0)	34 (30/4)	0 (0/0)	2 (2/0)

Tabla 179.- Materias primas empleadas en la elaboración de las hachas recuperadas en contextos habitacionales neolíticos.*Enclaves con funcionalidad funeraria atestiguada.

YACIMIENTO	Volcánica	Plutónica	Metamórficas			Filoniana
	Basalto	Gabro,Pórfido Diorítico,Ofita	Esquisto	Sillimanita	Corneana	Lamprófidio
MESETA SUR						
Dolmen de Azután		X(3)		X(1)		
Dolmen de La Estrella		X(1)	X(5)			
Dolmen Vega del Niño		X(3)				
Dolmen Entretérminos		X(1)				
Dolmen Portillo Cortes		X(1)		X(1)		
MESETA NORTE						
Necrópolis Fuentepecina		X(12)		X(1)		
Dolmen Las Arnillas		X(3)				
Dolmern Valdemuriel		X(1)				
Dolmen La Cotorrita		X(2)				
Dolmen Nava Negra		X(2)				
Dolmen Nava Alta		X(1)				
Dolmen de Ciella				X(1)		
Túmulo Peña Abuela		X(3)		X(7)		
Túmulo La Sima I		X(1)		X(2)		
Túmulo La Sima II		X(4)		X(2)	X(2)	
Túmulo La Tarayuela		X(3)		X(4)	X(2)	
Túmulo Río Fortes				X(3)		
TOTAL (MS/MN)	0 (0/0)	41 (9/32)	5 (5/0)	22 (2/20)	4 (0/2)	0 (0/0)

Tabla 180.- Materias primas empleadas en la elaboración de las hachas recuperadas en contextos funerarios megalíticos y tumulares.

A la vista de la información desprendida del análisis de las materias primas empleadas para la elaboración de las hachas pulimentadas (Tablas 179 y 180) es posible destacar algunos hechos curiosos. En primer lugar se aprecia que el recurso a especialistas en petrografía y a analíticas específicas es mínimo. Este hecho deriva en la asignación genérica, cuando no errónea, de las materias primas empleadas. Abundan los análisis de muestras de mano y por el contrario son aún escasos los estudios fundamentados en

láminas delgadas, difractogramas y otras técnicas aplicadas al estudio petrológico (García de Miguel *et alii*, 2005)

En el caso de las muestras seleccionadas para nuestro estudio observamos la existencia, de nuevo, de una clara dicotomía en cuanto a las materias primas más empleadas para la confección de las hachas según sea el contexto de procedencia de las mismas. En el caso de los contextos habitacionales predominan las rocas metamórficas, estando especialmente representadas por las sillimanita. En el caso de los contextos sepulcrales la tendencia se invierte pasando a ser las rocas plutónicas las mejor representadas, especialmente la ofita.

Esta inversión de la tendencia puede ponerse en relación con un componente geográfico y geológico asociado a la explotación local de materias primas localizadas en radios de distancia normalmente inferiores a 60 kilómetros. Así, el predominio de la sillimanita parece estar en relación con la proximidad a las fuentes de materia de buena parte de los yacimientos seleccionados. Este es el caso de enclaves como los de la Comunidad de Madrid, Sur de la provincia de Soria o Norte de la de Guadalajara. Tampoco puede menospreciarse la circulación de algunas de estas materias primas, bien por adquisición directa, bien por intercambio, en el caso de los yacimientos del norte de la Provincia de Toledo. En estos contextos al resto de las materias primas, excepción hecha de los lamprófidos y algunos pórfidos dioríticos, debe suponerse una procedencia alóctona.

En el caso de los enclaves funerarios advertimos que las materias primas predominantes también están relacionadas con la ubicación de los yacimientos en áreas próximas a las zonas de captación. Este es el caso de las ofitas que suelen asociarse a los rebordes de la Meseta y que aparece notablemente representada en contextos próximos a estos límites. Tampoco debe menospreciarse la valoración que hemos hecho acerca de la relación existente entre determinadas materias primas y sus coloraciones y la presencia en contextos funerarios. Así, como ya sostuvimos en su momento, la procedencia de elementos destacados como la ofita en la que está elaborada el hacha recuperada en la Cueva de La Ventana, debe ser alóctona.

Un hecho especialmente interesante es el referente a la ausencia generalizada de materias como el basalto. Esta ausencia tan sólo está cubierta por la localización, en el conjunto funerario de Villamayor, en Ciudad Real, de un recipiente-mortero elaborado en esta materia prima. La ausencia de evidencias neolíticas procedentes de esta provincia, derivada sin duda de la ausencia de estudios específicos (Rojas y Villa, 1995) puede estar enmascarando una realidad diferente. La presencia en las colecciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia de algunas hachas de grandes dimensiones elaboradas en rocas volcánicas y subvolcánicas y procedentes de enclaves de la provincia de Ciudad Real podría estar denunciando un panorama diferente al que se mantiene en la actualidad (Almagro Gorbea *et alii*, 2004)

Nuestra aproximación a esta cuestión no puede ser más que un primer acercamiento al asunto de la gestión de las materias primas durante el Neolítico. Esta materia precisa aún de la realización de una sistematización más amplia y debe ser completada con la presencia de nuevos estudios, pero también de la localización de nuevos emplazamientos y por supuesto de la puesta en marcha de programas de análisis de las materias primas realizados por especialistas en petrología y mineralogía.

2. INDUSTRIA ÓSEA Y CONCHAS

En este apartado se incluyen tan sólo los materiales funcionales –los adornos son objeto de un tratamiento especial en un apartado independiente - de origen animal realizados sobre hueso, asta, concha o marfil.

Dada la procedencia de los elementos de estudio tan sólo hemos realizado un análisis técnico de aquellas piezas recuperadas en los yacimientos metódicamente excavados. En estos casos hemos aplicado los trabajos de Camps-Fabrer y Stordeur (1979) y Rodanés Vicente (1987) para su estudio.

El hueso es una materia prima que cuenta con una notable tradición en contextos culturales Paleolíticos. La máxima expresión del trabajo sobre hueso y materias afines se debe al desarrollo de la complejidad entre los grupos de cazadores-recolectores especializados del Paleolítico Superior donde aparecen desde elementos funcionales-azagayas, punzones y espátulas hasta hermosas esculturas de bulto redondo.

A lo largo del Epipaleolítico y Mesolítico asistimos a una paulatina disminución del uso del hueso como materia prima empleada en la elaboración de útiles, hecho que desembocó en un poco acusado repunte de la presencia de la industria ósea entre las primeras comunidades productoras. Este tímido auge de la industria ósea no fue óbice para que se manifestase una creciente panoplia de elementos diversos, algunos de ellos por completo novedosos.

También en este apartado industrial advertimos perduraciones de elementos de substrato que no obstante se reducen a las piezas más elementales, como agujas y punzones, que acompañarán a cucharas, espátulas, alisadores, peines y gradinas en contextos neolíticos. Tampoco debe menospreciarse el hecho de que, siendo como es abundante el material decorado con matrices múltiples y gradinas en algunos de los yacimientos estudiados, el número de útiles recuperados no es que sea pobre, sino que es prácticamente inexistente incluso en las excavaciones mejor controladas como las de Vaquera, Verona II, Ventana o La Paleta.

Si algo parece definir a la industria ósea del interior peninsular es su pobreza y monotonía. Tampoco podemos obviar que el conjunto de yacimientos excavados y publicados es aún demasiado reducido como para obtener conclusiones absolutas.

Este repertorio se centra en la presencia de punzones y apuntados en general. Le siguen en número, las espátulas y agujas y ya algo más lejos los retocadores, percutores, alisadores y, en menor medida, cinceles. Estos últimos se irán haciendo cada vez más numerosos conforme avance la secuencia.

Algo que debe resaltarse es el hecho de que, en los dos contextos de extracción minera estudiados –Casa Montero y la Galería del Sílex- y que presentan una aparente cronología neolítica, no aparecen representadas herramientas especializadas, tales como picos realizados sobre astas de cérvido. Pensamos que este hecho ha de ser tomado en consideración como un referente de la escasa especialización de los grupos encargados de la extracción del sílex.

Faltan también, de momento, los ricos conjuntos de cucharas que son en cierto modo abundantes en contextos de la orla mediterránea (Pascual Benito, 1998,1999) y que se asocian generalmente a las fases iniciales del Neolítico peninsular (Neolítico I- Cardial y Epicardial) con paralelos concretos en el mediterráneo oriental en ámbitos del natufiense final (Stordeur, 1991), Neolítico precerámico (Mellart, 1965) y Neolítico Antiguo de Çatal-Huyuk y Hacilar (Camps-Fabrer, 1987)

Resulta interesante señalar que en el área norteafricana y en el Occidente de Europa, exceptuando los elementos peninsulares, las cucharas son poco abundantes, representando además morfologías más tendentes al concepto de espátulas que al de cucharas (Pascual Benito, 1999:148)

Ahora bien, si como tendremos oportunidad de ver, en el conjunto de adornos empiezan a documentarse en contextos neolíticos meseteños algunas tímidas representaciones de piezas de notable vinculación mediterránea como los anillos y brazaletes, no podemos dejar cerrada la puerta a la posibilidad de que aparezca algún ejemplar de cuchara en los años venideros. Aún así las cucharas de hueso, asociadas como quiere ver Pascual Benito a la nueva esfera culinaria, seguirán marcando con su ausencia o escasa representación esa nítida frontera transversal que separa, cada vez con más claridad, las orlas atlántica y mediterránea de la Península Ibérica durante el Neolítico.

Esta señalada ausencia de cucharas, aún cuando no deba ser tomada como elemento definitivo, denota, o bien una cronología más reciente, o bien la existencia de una vía de neolitización diferente para el primer neolítico de la Meseta. Tampoco puede negarse la posible concurrencia de procesos de desculturación. No obstante, el que las cucharas no estén representadas en el Norte de África, asociado a los paralelos de algunos de los esquemas cardiales atlánticos y norteafricanos no es un hecho que deba ser obviado.

Por lo que respecta a las piezas mejor representadas, esto es punzones y espátulas, es digno de resaltar que aún cuando no existe una clara exclusividad en lo concerniente a las especies seleccionadas para su elaboración ni sobre las porciones esqueléticas empleadas en su confección, sí hay una tendencia que señala una mayor incidencia de los implementos realizados sobre huesos apendiculares de ovejas y cabras domésticas.

El contexto mejor estudiado y el que presenta la serie más numerosa de restos de punzones es el de la Cueva de la Vaquera. De los diecisiete apuntados sobre hueso recuperados, catorce presentan contextualización estratigráfica, correspondiendo doce a la Fase I y dos a la Fase II.

En ningún caso de los documentados en estratigrafía se aprecia la existencia de los cóndilos de la epífisis distal. En la Fase I tan sólo en tres ocasiones aparecen restos alterados y pulimentados de esta epífisis, mientras que en las restantes nueve ocasiones, bien por tratarse de fragmentos distales de piezas fracturadas, bien por tratarse de apuntados realizados sobre esquirlas de hueso, no aparecen. En la Fase II tampoco se documenta ningún punzón con evidencias de ambos cóndilos de la epífisis distal.

Cabe mencionar que es en etapas más avanzadas, propias del inicio del Calcolítico y de la Edad del Bronce, cuando se aprecia un notable aumento en la representación de los punzones que conservan ambos cóndilos de la epífisis distal. El que sean este tipo de piezas las que no suelen documentarse en contextos neolíticos meseteños es un elemento que debe ser tenido en cuenta.

En el caso de la Cueva de La Ventana únicamente se recuperó en posición estratigráfica segura un apuntado correspondiente a un punzón completo que presenta tan sólo uno de los cóndilos, lo que confiere a este tipo de punzón cierto valor diagnóstico, al menos a la hora de tener en cuenta el modo en el que se elaboraron los útiles óseos (Camps-Fabrer y D'Anna, 1977; Murray, 1979; Camps-Fabrer et alii, 1990; Vento Mir, 1985; Poplin, 1974)

Entre las piezas que no forman parte del conjunto de apuntados tan sólo cabe mencionar los restos de útiles 'biselados' recuperados en la Cueva de la Vaquera y contextualizados estratigráficamente en las Fases I y II. Los correspondientes a la Fase I están realizados sobre asta de ciervo y presentan monobisel distal. El tercer ejemplar se asocia a la Fase

II y está realizado sobre diáfisis fragmentada de radio de vaca y presenta monobisel distal. La funcionalidad de estas piezas es atribuida por Estremera Portela (2003:173-174) a un uso como alisadores, bruñidores e incluso como elementos desarrollados para la elaboración de las decoraciones de los recipientes cerámicos. No se puede dejar de señalar la recuperación de piezas similares en contextos del Calcolítico avanzado y de la Edad del Bronce en otros enclaves segovianos, especialmente en la Cueva de los Enebralejos (Jiménez Guijarro, 2002)

Las conchas, que serán objeto de un estudio más concienzudo en el apartado siguiente, han sido sistemáticamente olvidadas en la mayor parte de los estudios generales sobre el Neolítico. Normalmente, en la bibliografía manejada, resulta extraño encontrar referencias precisas a la presencia de elementos de malacofauna que no se asocien a elementos funcionales y especialmente al conjunto de adornos.

Este modo de actuar descansa sobre la consideración utilitaria inmediata de los elementos. Esta idea impide advertir el valor simbólico, mágico y religioso, pero también en este caso utilitario, de las conchas. En los contextos neolíticos, especialmente en los de cronología más antigua, las conchas debieron estar dotadas de un valor muy significativo. No en vano la concha se asocia a uno de los elementos culturales definitorios como es la cerámica; pero también estos soportes materiales, funcionales, serán los que acojan el mensaje estilístico diseñado mediante la concurrencia de determinadas conchas.

Independientemente del significado simbólico, mágico-religioso o utilitario que se le quiera dar a los restos de conchas, puede resultar útil indicar en qué yacimientos, de los estudiados en esta obra, se recuperaron restos de conchas (Tabla 181) y que, como se aprecia, no son numerosos, aún cuando la presencia generalizada de bivalvos marinos y muy especialmente de aquellos de conchas nervadas resulte de notable interés.

Yacimiento	Provincia	Taxón	Procedencia	Función
Meseta Norte				
La Vaquera	Segovia	<i>Theodoxus fluviatilis</i>	Fluvial-Local	Cuenta Collar
Cubillejo de Lara	Burgos	<i>Pectunculus</i>	Marino-Foráneo	Brazalete
Fuentepecina III	Burgos	<i>Dentalium sp</i>	Marino-Foráneo	Cuenta collar
Las Arnillas	Burgos	<i>Trivia monacha</i>	Marino-Foráneo	Cuenta collar
Meseta Sur				
La Ventana	Madrid	<i>Turritella sp.</i> <i>Cerithium</i> <i>Cerastoderma</i> <i>Acanthocardia</i> <i>Pecten</i> <i>Trivia</i>	Marino-Foráneo	Simbólica Simbólica Simbólica Simbólica Simbólica Cuenta collar
Verona II	Madrid	<i>Cardium</i>	Marino-Foráneo	Simbólica
El Conejar	Cáceres	<i>Unio sp.</i> <i>Pecten</i> <i>Cardium</i>	Fluvial-Local Marino-Foráneo Marino-Foráneo	Simbólico Simbólico Simbólico
Mesegar de Tajo	Toledo	<i>Unio sp.</i>	Fluvial-Local	Simbólico
Villamayor	Ciudad Real	<i>Cardium?</i>	Marino-Foráneo	Cuenta collar

Tabla 181.- Presencia de restos de malacofauna en contextos neolíticos y dolménicos.

Una vez carteadada la aparición de conchas marinas y especialmente de aquellas nervadas y de la familia de los cardiídeos, advertimos, pese a la notoria carestía de datos, una cierta distribución peculiar de los ejemplares recuperados. En esta distribución (Fig. 464) se aprecia una clara componente de relación asociada a la cuenca del Tajo. Una vez más, este eje fluvial parece jugar un papel destacado en la difusión de las conchas de origen marino y especialmente de la familia de los cardiídeos, desde las costas atlánticas hacia el interior de la Meseta. El que esta difusión se encuentre asociada a la de las cerámicas cardiales no puede ser dejado de tener en cuenta.

El valor de la concha excede al del adorno para ponerse en relación, como una suerte de reflejo de la cosmovisión prehistórica, con una conceptualización religiosa, dentro de la esfera de la magia apotropaica.

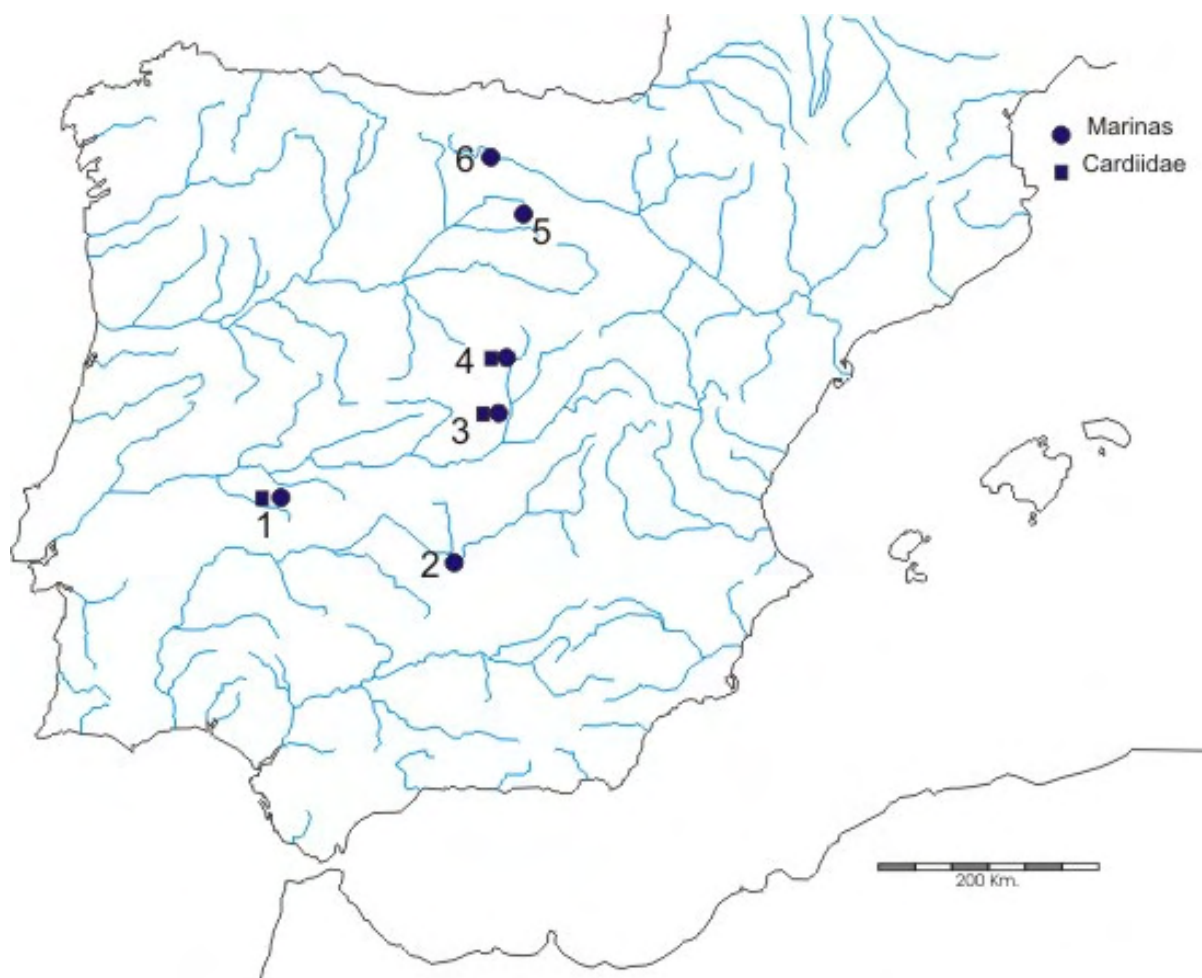


Fig. 464.- Distribución de conchas marinas y cardiídeos en la Meseta. 1- Cueva del Conejar (Cáceres), 2- Villamayor (Ciudad Real)*, 3-Verona II (Madrid), 4-Cueva de la Ventana (Madrid), 5-Dolmen de Cubillejo de Lara (Burgos), 6-Conjunto dolménico de La Lora -Fuentepecina III y Las Arnillas (Burgos) *La identificación de la concha del enclave de Ciudad Real no es segura.

3. ELEMENTOS DE ADORNO

Es común localizar en los conjuntos neolíticos elementos de adorno de muy diversa índole. Estos, en la mayor parte de las ocasiones se asocian al ornato personal y la información que se desprende de su estudio permite señalar la existencia de un cierto gusto por su uso, cuando no seguramente asociado a una significación simbólica.

En ocasiones este tipo de elementos se han puesto en relación con áreas funerarias por lo que han sido interpretados como elementos de ajuar. Si bien esto no deja de ser en cierto modo una evidencia real y contrastada tampoco, es menos cierto que menudean en algunas áreas habitacionales.

Este tipo de restos han sido garantes, durante decenios, del mantenimiento de los estrictos marcos cronológicos unívocos y unidireccionales a los que aludimos en nuestra introducción. Un ejemplo destacado es el de los brazaletes y pulseras. Éstos, al ser abundantes en los contextos andaluces, han servido y aún sirven como definidores de relaciones espaciales y temporales a nuestro entender demasiado rígidas. No podemos negar la existencia de relaciones, de paralelos, de modas, pero tampoco debemos caer en la trampa fácil de dotar de categoría de *fósiles directores* a elementos tan subjetivos como son los adornos personales. Trataremos de mostrar, por el contrario, la inmersión de este tipo de elementos en el círculo de las modas, de los estilos, de las connotaciones regionales, que la etnografía nos ha permitido advertir que aún se manifiestan entre grupos de culturas arcaicas actuales o subactuales.

3.1. Tipología de adornos

Es evidente que casi cualquier elemento más o menos exótico, o dotado de un valor especial, bien sea este cultural, simbólico o meramente estético, es susceptible de convertirse en un adorno.

La arqueología o la prehistoria no están capacitadas para emitir un juicio fehaciente acerca del verdadero valor y significación de los adornos personales. Si tenían o no un valor simbólico, mágico, de protección o de integración tribal o simplemente estético es algo que tal vez nunca podamos saber. Tratar de establecer el valor específico de un diente atrofiado de cérvido, mediante el recurso a comparaciones con el registro faunístico y la especialización cazadora, aún cuando pueda resultar interesante es, en gran medida, inviable. Todas las conclusiones que podamos obtener a este respecto están de momento abocadas a una vía muerta. Visto de otro modo menos pesimista, al final de un estudio acerca de la significación de los adornos estaremos ante un 50% de posibilidades de que nuestras interpretaciones sean correctas. Un margen demasiado alto como para concederle un valor científico destacado.

Por ello nosotros tan sólo señalaremos, siguiendo la dinámica general de la obra, qué elementos aparecen en los contextos pre-neolíticos empleados como adornos y cuáles se manifiestan durante el periodo estudiado dotándolo de un valor pleno.

El interés de este método es doble. Por un lado analiza el desarrollo lineal consecutivo de los desarrollos culturales interesados: últimos cazadores-recolectores y primeros productores, y por otro nos manifestará la existencia de una continuidad, una ruptura y la irrupción de nuevos elementos de interés en la esfera del adorno personal.

Basándonos en los criterios etnográficos y en la teoría de modas y mercados, se puede llegar a la conclusión de que, aún cuando el verdadero valor de los adornos permanezca oculto, sin duda éste debió superar en ocasiones el meramente estético. Así, es posible advertir la existencia de modas denunciadas por la reiteración de los elementos representados. Prestaremos especial énfasis en la utilización de nuevos sistemas de adorno en virtud de nuestro deseo de poder detectar, mediante todos los elementos que

componen el sistema cultural, los cambios efectuados en el seno de los grupos culturales de estudio. El valor esencialmente simbólico de estos elementos es, de todos modos, indudable.

La información manejada ha excedido en ocasiones el marco geográfico de estudio. Esto se ha debido a la carencia de informaciones precisas acerca de los registros humanos de grupos de cazadores-recolectores en las tierras del interior y también a la ausencia de evidencias mesolíticas que nos permitan conocer el comportamiento de los grupos de culturas de transición.

3.1.1. Adornos de los grupos cazadores-recolectores

En este apartado encontramos un escollo de difícil superación. La mayor parte de los elementos destinados al ornato personal, lejos de ser individualizados, se encuentran integrados en un gran bloque temático que, bajo la denominación de arte mueble ha servido de caracterización, pero también de cajón de sastre de un innumerable grupo de elementos que, desde los orígenes de los estudios paleolíticos, fueron definidos como elementos especiales pero también de complicada clasificación.

Por citar sólo un ejemplo esclarecedor, en la obra de referencia sobre el arte mueble del Paleolítico Cantábrico es posible entresacar de los conjuntos de arte mueble un nada desdeñable porcentaje de elementos de adorno correspondientes a la mayor parte de la secuencia del Paleolítico Superior (Corchón Rodríguez, 1986)

Entre los grupos de cazadores-recolectores especializados del Paleolítico Superior se documentan elementos de ornato personal desde los niveles de Auriñaciense evolucionado en el Nivel VI de la Cueva de El Pendo donde aparecen caninos de cérvido perforados, sin duda el elemento más común y repetitivo de los conjuntos de ornamentos de la práctica totalidad del Paleolítico Superior.

Los elementos representados pueden resumirse en dientes perforados –especialmente de cérvido-, placas de marfil, fragmentos de hueso, placas de hueso, cantos de cuarcita, placas de pizarra y esquisto y en un momento indeterminado del Magdalenense Superior conchas perforadas (Corchón Rodríguez, 1986) Este momento parece corresponderse con la máxima heterogeneidad de los elementos empleados como soporte para realizar colgantes o pulseras. Sería generalizar el uso de las conchas como elementos recurrentes en la elaboración de adornos que si bien comparten presencia con los elementos de sustrato –dientes perforados, plaquetas de hueso y de piedra- ya no abandonarían el registro, hasta momentos muy avanzados de la secuencia cronológica en el que serán sustituidos, de modo paulatino, por los elementos de piedra y en especial por las cuentas.

Hemos seleccionado un solo ejemplo como característico de este repunte de los ornatos (Fig.466) La elección estriba no sólo en el número de elementos representados, sino sobre todo en la multiplicación de los soportes elegidos y sobre todo porque es el primer momento en el que se documenta la presencia de conchas de *Trivia sp* como elemento de adorno. Este tipo de concha está bien representado en los contextos neolíticos y megalíticos del interior peninsular en el momento previo a la generalización de las piedras exóticas.

Por lo tanto podemos advertir que, aunque diverso, el conjunto ornamental durante el Paleolítico Superior es bastante reiterativo. Descubrimos también dos tramos bastante diferenciados que podemos atribuir a la presencia de modas en cierto sentido diferentes y con una nada despreciable correlación cronológica.

El primer tramo, que abarcaría gran parte del desarrollo completo del Paleolítico Superior, pero que se centra especialmente en el tramo crono-cultural desarrollado entre

el Magdaleniense Medio y el Magdaleniense Superior, se caracteriza por el predominio significativo de los colgantes que incorporan elementos de dentición y en especial piezas dentarias de cérvido perforadas.

El segundo tramo, que abracaría desde los momentos finales del Paleolítico Superior (Magdaleniense Superior-Magdaleniense Final) y alcanzaría no sólo el Azliense, sino gran parte del Mesolítico Reciente y Final, se caracterizaría por la presencia de elementos ornamentales realizados sobre concha. Es cierto que existiría, sobre todo en el primer trayecto de este tramo, una continuidad en la presencia de elementos de sustrato como las piezas dentarias de cérvido perforadas o de aquellas otras, realizadas sobre hueso, que las emulan.

Junto a estos dos elementos, y dentro de ambos tramos, aparecen placas aplanadas de hueso y en menor medida marfil, piezas óseas completas –especialmente pequeñas falanges- o fragmentadas y que suelen portar algún tipo de decoración lineal o geométrica y cantos y placas de piedra que en ocasiones, como en el caso del “rodete” de arenisca de los niveles de Magdaleniense Medio de La Paloma (Corchón Rodríguez, 1987: 76, fig.30.4) adoptarían la morfología de pequeñas perlas o cuentas de collar perforadas. Estas últimas, no obstante, son extrañas en contextos Paleolíticos si bien su génesis como elementos de adorno en estos momentos es clara.

Si abandonamos el marco geográfico peninsular observamos que la presencia de elementos dentarios de cérvido perforados es más abundante cuanto más al sur de Europa nos situamos. Así, en Centroeuropa son extraños y tan sólo cabe señalar algunos ejemplares procedentes de los yacimientos magdalenienses de Gönnersdorf y Andernach-Martinsberg-2 (Álvarez Fernández, 1999: 94). Por su parte están por completo ausentes en los yacimientos clave del Magdaleniense Final de Pincevent y Etiolles, mientras que en los yacimientos del Magdaleniense Medio y Superior situados más al Sur son extraordinariamente abundantes (Bargue-Mahieu y Taborin, 1991), algo que ya hemos visto es común al Magdaleniense de la Cornisa Cantábrica, lo que parece reforzar la idea de una “provincia” algo más que artística que engloba el Sur de Francia y Norte de la Península Ibérica.

En los yacimientos centroeuropeos magdalenienses a los que antes hicimos referencia (Gönnersdorf y Andernach-Martinsberg-2) presentan además de elementos dentarios perforados algunas conchas marinas (especialmente *Homalopoma sanguineum* y *Dentalium* sp) y “perlas” de azabache (Álvarez Fernández, 1999:80) siendo estos últimos los elementos más destacados y numerosos. Algo similar ocurre con las cuentas de marfil del yacimiento Auriñaciense de Isturiz y del Abri Blanchard (White, 1995), los similares del Gravetiense alemán (Hahn, 1992), los realizados sobre belemnites fósiles de Kostienki 17 (White, 1995) y aquellos realizados en asta de reno del Protomagdaleniense del Abri des Peyruges (Allard *et alii*, 1997) y del Magdaleniense Medio de Grotte Gazel (Sacchi, 1996).

Un dato muy interesante respecto a la evolución de los elementos ornamentales lo obtenemos del estudio de la Cueva de Nerja, quizás uno de los referentes mejor estudiados en lo que a la malacofauna ornamental se refiere (Tabla 178) (Jordá Pardo, 1986).

Un comportamiento similar se advierte en yacimientos externos a la Península, como es el de Arene Candide (Taborin, 1974). Para otros casos peninsulares se cuenta con un conjunto inferior de evidencias. Así, los estudios malacológicos de la Cova de L'Or (Acuña y Robles, 1980) presentan tan sólo materiales correspondientes al Neolítico y Calcolítico.

Si, aún fuera del marco peninsular, avanzamos en el tiempo observamos que en yacimientos como Dourgne en los momentos correspondientes al Mesolítico y en las primeras etapas cerámicas el conjunto de elementos ornamentales se ha reducido casi de

forma exclusiva a las conchas. Así en el nivel 9 –mesolítico en torno al 7000 BP- presenta dieciséis ejemplares de *Columbellae rusticae* con perforación lateral (Guilaine *et alii*, 1993:94) mientras que en el Nivel 6 –ya cerámico y datado en 6470 +/- 100 BP- presenta algunas conchas perforadas y las primeras cuentas planas redondas de piedras (*perles rondes*) (Guilaine *et alii*, 1993)

Taxon	P.Sup.Indet	Magdal.	Epipal.	Neolítico	Calcolítico
Cerithium vulgatum	0	2	0	1	0
Ciclope neritea	3	106	7	2	0
Glycymeris violacescens	0	2	0	2	0
Dentalium sp	2	1	0	0	0
Theodoxus fluviatilis	2	1	0	4	1
Trivia sp	0	0	0	2	0
Buccinum undatum	0	0	0	1	0
Columbella rustica	0	1	1	85	7
Conus mediterraneus	0	0	1	12	4
TOTAL	7	113	9	109	12

Tabla 182.- Representación de ornamentos sobre concha en la Cueva de Nerja, según Jordá Pardo, 1987)

Con este acercamiento podemos advertir cómo el conjunto ornamental de los cazadores-recolectores se estableció en torno a los elementos colgantes y piezas de collar, mientras que eran infrecuentes o desconocidos los anillos, brazaletes o pulseras macizas, al menos realizadas sobre elementos duros y perdurables.

También vemos como existe una cierta continuidad entre los elementos empleados durante los momentos finales del Paleolítico y los inicios del Neolítico, amén de la existencia de cuentas elaboradas *ex profeso* para su inserción en collares, caso de las cuentas alemanas de azabache.

En el parco registro de la Meseta tan sólo podemos señalar un elemento fiable. Se trata de los diversos elementos ornamentales realizados sobre conchas entre las que destacan los ejemplares de *Hinnia reticulata* recuperados en el Nivel II del Abrigo de La Peña de Estebanvela (Segovia). Este tipo de elementos presentan perforaciones laterales realizados mediante un instrumento punzante y no por pulimento/abrasión (Cacho *et alii*, 2003:33). Estas piezas se acompañan de al menos dos caninos atrofiados de cérvido recuperados también en el Nivel II y una plaqueta decorada de sepiolita con perforación para suspensión recuperada en el Nivel III.

3.1.2. Adornos de los grupos productores

En el Mesolítico Reciente y Final asistimos a la desaparición, prácticamente total, de los adornos realizados sobre piezas dentarias. Al mismo tiempo, se multiplica, de modo exponencial, el uso de conchas perforadas.

En las fases iniciales del Neolítico, el panorama será muy similar. Las conchas se generalizan como elemento ornamental al tiempo que **empiezan a circular, por vez primera, nuevos elementos como las cuentas de collar de piedra de tipología variada, los brazaletes y pulseras macizas realizadas en piedra, hueso y concha y los anillos de hueso** (Fig. 465). La aparición de estos elementos en el registro están marcando, inequívocamente, un trasfondo simbólico notable. La asociación con la llegada de nuevas ideas y/o gentes resulta también incontestable. Las pulseras, brazaletes y anillos constituirán el elemento definitorio de los ornamentos de los grupos neolíticos.

Visto de un modo general, no podemos señalar la existencia de una verdadera ruptura entre los grupos de cazadores-recolectores y productores en el conjunto de materias

primas empleadas ni en la tipología de los elementos representados. Las piezas ornamentales se encuentran siempre dotadas de un valor que excede el de su mera exhibición. Así al menos debemos interpretar el hecho de que se produzcan asociaciones funerarias en las que se documenta no sólo la presencia de conchas perforadas sino también su almacenamiento conjunto, caso de la Cova dels Lladres (Vacarisses, Barcelona) donde, en un contexto funerario, se documentaron cuatro inhumaciones entre cuyo ajuar apareció un recipiente cerámico en cuyo interior se localizaron 139 cuentas de variscita, 25 cuentas de concha y 1856 cuentas discoidales de *Cardium edule* (Ten Carné, 1977). En otro contexto similar en la Cova de Les Animes (Sant Llorenç del Munt, Barcelona) aparecieron 4000 cuentas discoidales de *Cardium Edule* (Noain Maura, 1996: 273). Esta acumulación notable de elementos, junto a su asociación con enterramientos implica, indefectiblemente, el valor real de las conchas entre los grupos neolíticos pero también la existencia de desigualdades notorias, reflejo fiel de la **existencia de una sociedad menos igualitaria de lo que se mantenido generalmente**.

3.1.2.1. Concha (Fig. 465, A)

En contextos neolíticos estratificados de la Meseta (Tabla 181), aparecen asociadas a los yacimientos en cueva de La Vaquera (Segovia) y La Ventana (Madrid). En el primer caso se trata de catorce cuentas, realizadas sobre conchas de *Theodoxus fluviatilis*, un molusco fluvial frecuente en los tramos superiores de los ríos. Ejemplares de este mismo taxón se han recuperado en contextos del Neolítico Inicial de la Cueva de l'Or (Martí *et alii*, 1980: 260-261), Los Murciélagos de Zuheros (Gavilán y Rafael, 1999: 159) y la Gruta de Caldeirão (Zilhão, 1992: 105). También, procedente de las intervenciones de 1988-1989, se cuenta con restos de *Trivia europea* perforada (Iglesias Martínez, 1991; Estremera Portela, 2005: 254) (Figs. 465 A y 467).

En el segundo caso contamos con siete cuentas perforadas de *Trivia europea*, un colgante realizado sobre *Pecten maximus* y varias conchas y fragmentos de ellas sin perforación correspondientes a *Turritella* y *Acanthocardia tuberculata* (Fig. 467). Ejemplares similares de *Trivia* los encontramos en contextos del Epipaleolítico y Neolítico de Nerja (Jordá Pardo, 1986: 152 y 168) y en contextos megalíticos meseteños como el dolmen de Las Arnillas (Burgos) (Delibes *et alii*, 1993: 59) donde aparecen junto a cuentas de lignito en un conjunto similar al documentado en los niveles superiores de La Ventana. También se ha señalado su aparición en contextos tardenoides franceses de Tevieg y Hoedic (Taborin, 1974), en los portugueses de Mota do Sebastião, Cabeço de Amoreira, Poço Velho, Ibne Amar, Eira Pedrinha y Zambujal, donde es uno de los moluscos más utilizado como ornamento (Da Costa, 1971). Hay, empero, evidencias de utilizaciones anteriores, en contextos del Paleolítico Superior Cantábrico (Vázquez Varela, 1974) y de Gibraltar, donde se documenta en Gorham's Cave (Waechter, 1964). Destacan también los indicios de este tipo de elementos de malacofauna, con tipologías de perforación similares, descubiertos en los niveles del Magdaleniense Superior de la Cueva de Tito Bustillo (Corchón Rodríguez, 1987: 368).

Sobre concha se realizaron también algunos ejemplares de brazaletes, pulseras y tobilleras a los que haremos referencia más adelante.

No podemos dejar de llamar la atención respecto a una cuestión de interés. Mientras las cuentas de concha localizadas en La Vaquera pertenecen a moluscos fluviales, de adquisición local e inmediata, en el caso de La Ventana y Las Arnillas se trata de moluscos marinos cuya adquisición implica desplazamientos notables y/o la existencia de redes de intercambio bien establecidas. Además, no podemos dejar de llamar la atención sobre la asociación de este tipo de molusco no sólo a contextos atlánticos –donde es mayoritaria su presencia– sino sobre todo a contextos culturalmente propios del Mesolítico portugués donde se encuentran bien representadas.

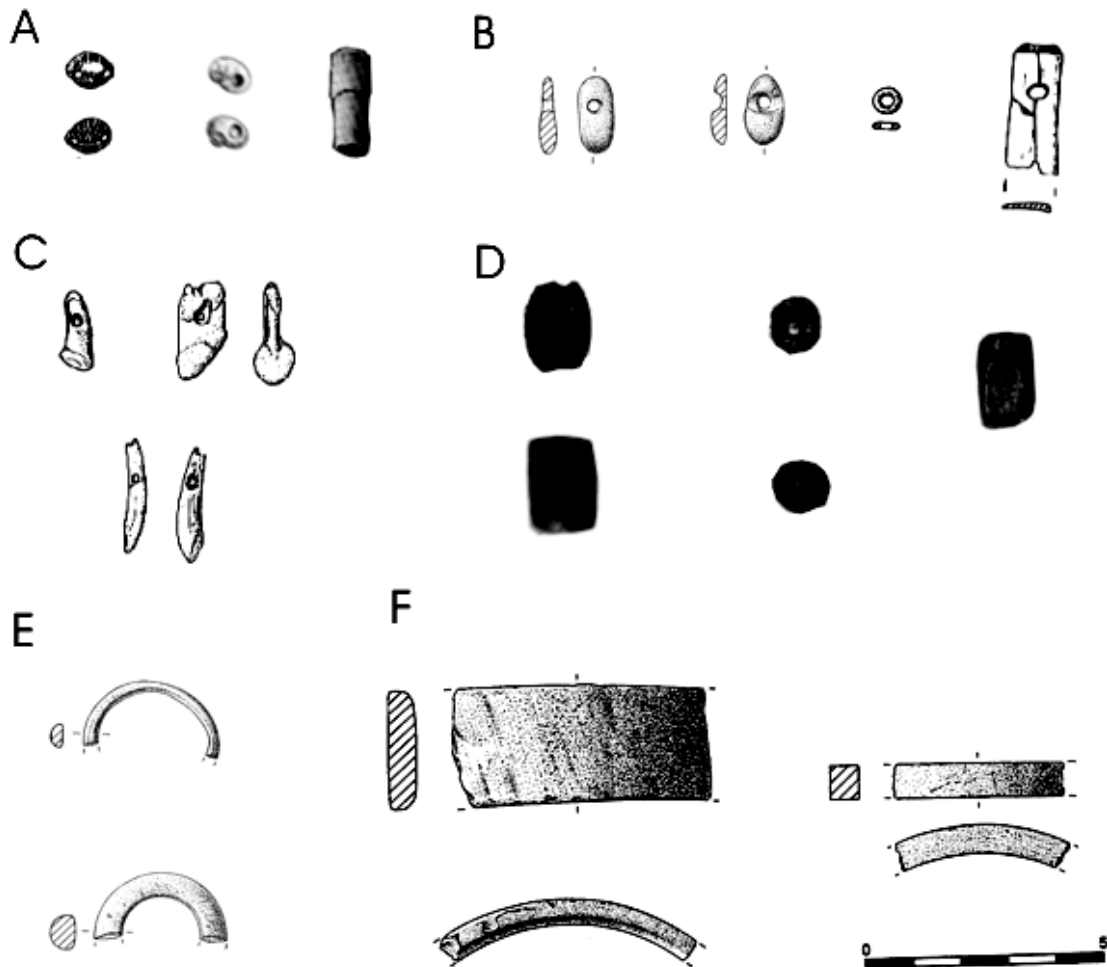


Fig. 465.- Tipos genéricos de adornos localizados en contextos del Mesolítico Reciente-Final (A,B y C) y del Neolítico. A- Concha. Conchas perforadas (*Trivia*, *Theodoxus fluviatilis* y *Dentalium*), B- Hueso. (Pseudo-dientes perforados, aretes y placas), C- Dientes perforados, D-Piedra (cuentas perforadas de lignito, azabache y variscita y otras piedras verdes), E-Anillos de hueso y F-Pulseras (de piedra -mármol, caliza, pizarra-, hueso y concha)

3.1.2.2. Hueso (Fig. 465 B)

La morfología de los ornamentos sobre hueso asociados a contextos neolíticos es muy diversa. Cabe llamar la atención, en primer lugar, sobre los elementos presentes en La Vaquera y que con mucho acierto Estremera Portela denominó "en forma de diente de ciervo" puesto que, aún sin estar realizados sobre este soporte, el hueso se trabaja de modo que la apariencia final sea la misma (Fig.466). Si bien, como hemos visto, el modelo originario es propio de las etapas avanzadas del Paleolítico Superior la copia del modelo rebasa ese marco crono-cultural y se extiende a lo largo de buena parte de la denominada Prehistoria Reciente (Barge *et alii*, 1991). En la Cueva de la Ventana también se ha documentado este tipo de colgante, si bien su representación se reduce a un único ejemplar (Fig.467), que no resulta tampoco tan claro como los aparecidos en otros enclaves, por encontrarse fracturado.

Este tipo de adornos aparecen en contextos neolíticos peninsulares diversos como la Cueva de L'Or, donde son muy abundantes (Martí *et alii*, 1980) y La Sarsa (Asquerino Fernández, 1978) en todos los casos sobre soporte óseo, no sobre dientes.

Avanzado el proceso de neolitización este modelo se traspasará a las nuevas materias empleadas, especialmente la piedra, si bien aparecen representaciones en concha. En la primera materia prima lo encontramos en la cueva andaluza CV-3 de Cogollos de Vega realizados sobre calcita y en Los Murciélagos de Albuñol, Cueva del Gato y Hoyo de la Mina donde se fabricaron en piedra (Teruel Berbell, 1986) como en Cova Fosca (Olaria, 1988). En concha aparecen modelos similares en las cuevas barcelonesas de Les Animes y Les Lladres (Ten Carné, 1982) y La Carigüela (Teruel Berbell, 1986). Por su parte en los casos de Chaves (Baldellou y Utrilla, 1995) y Olvena (Alday Ruiz, 1995) aparecen algunos ejemplares en hueso, si bien es mayoritario el uso de la piedra y dentro de esta, especialmente la variscita.

Parece claro que estamos ante un modelo que tuvo un alto valor simbólico en los contextos de cazadores-recolectores y que, una vez superado ese valor específico que asocia el significado a un elemento definido y concreto –la pieza dentaria– lo que se mantiene es la morfología que pasa desde entonces a estar dotada del mismo valor.

No hay duda de que una vez más estamos ante una evidencia de continuidad que debe ser correctamente valorada y sobre la que volveremos al tratar en conjunto los datos de esta obra.

Otra variante de ornamento, sobre el que también hemos visto ejemplos durante las fases terminales del Paleolítico lo conforman las plaquetas de hueso lisas o decoradas. Este tipo de elementos están presentes en los contextos cavernícolas meseteños de La Vaquera y La Ventana, en ambos casos con un único ejemplar.

Sobre hueso se realizaron también la mayor parte de los ejemplares de anillos a los que haremos referencia más adelante. Parece que este tipo de soportes, pesa a su buena repartición geográfica no son nunca muy abundantes en los registros. También puede aparecer realizado en concha y en menos ocasiones en marfil. Su presencia está documentada en L'Or, Espluga de la Puyascada (Baldellou Martínez, 1987) Cueva del Agua de Prado Negro (Navarrete y Capel, 1979). Es posible que este tipo de elementos tuviesen una perduración amplia que determinase su aparición en contextos calcolíticos e incluso en algunos conjuntos campaniformes.

3.1.2.3. Piezas dentarias

Antes señalábamos la inexistencia de los típicos colgantes realizados sobre dientes de cérvido en contextos neolíticos. No obstante los elementos dentarios fueron empleados como colgantes sobre todo asociados a especies de suidos salvajes como se documenta en el, no muy claro, caso de La Vaquera (Estremera Portela, 2003: 175) cuyos paralelos con una pieza recuperada en la también segoviana Cueva de los Enebralejos (Jiménez Guijarro, 2002), faltándoles a ambas perforaciones o acanalados de inserción parece indicar mejor una función diferente a la del ornato. Otros contextos neolíticos donde aparecen representados los colmillos de jabalí son Los Murciélagos de Albuñol (Granada) (López García, 1980) con cinco ejemplares decorados, las cuevas de El Gato (Málaga), Los Botijos, Los Mármoles (Córdoba) (Navarrete Enciso, 1976; López Palomo, 1977) o las levantinas de L'Or –asociados a niveles cardiales– (Vento Mir, 1985) y en los contextos catalanes de los Sepulcros de Fosa (Noain Maura, 1996). Una vez más este tipo de elementos perduran durante el Calcolítico como ha señalado Estremera Portela (2003: 180).

En el yacimiento toledano de La Paleta, contamos con un ejemplar de colgante realizado sobre una pieza dentaria correspondiente a un cánido, posiblemente un lobo (Fig.380, nº 2). Para su suspensión, en lugar de presentar una perforación, muestra una ancha hendidura horizontal. Este tipo de preparación se documenta ya desde los inicios del Paleolítico Superior (nivel D de la Cueva de El Castillo) (Corchón Rodríguez, 1986: 28),

Solutrense Superior (Aitzbitarte) (*Ibidem*: 272) y sobre todo Magdaleniense (La Paloma) (*Ibidem*: 349), destacando en Balmorí un ejemplar del todo similar (*Ibidem*: 287)

La importancia del uso de las piezas dentales entre las comunidades prehistóricas preneolíticas debió de ser notable. De este modo se explica la presencia de molares y dientes de équidos asociados a contextos neolíticos como los de La Ventana (Madrid) o la Galería del Sílex (Burgos), máxime en momentos en los que la caza del caballo presenta una importancia menos destacada que en contextos previos, como demuestra la serie faunística de La Peña de Estebanvela (Segovia)

3.1.2.4. Piedra (Fig. 465 C)

Bien es cierto que los elementos realizados sobre piedra no son muy abundantes en los contextos iniciales de la secuencia. Hemos señalado ya como sobre soportes pétreos se copian modelos antiguos –especialmente los colgantes con forma de diente de ciervo- e incluso cómo aparecen algunas plaquetas perforadas similares a las documentadas en contextos azilienses.

Será, no obstante, a partir del denominado Neolítico II cuando se generalice el empleo de la piedra como elemento de adorno. Este hecho ha de ponerse en relación con la extracción mineral de nuevos minerales, especialmente de de coloración verde –variscita, serpentina, microclina, etc- para la confección de colgantes de diversa morfología. Este tipo de colgantes estarán en uso y circulación hasta etapas muy avanzadas de la Edad de los Metales, funcionando no sólo como elemento ornamental personal sino como verdadero objeto indicativo del rango social del portante, así como de elemento apotropaico. A este nivel, su valor simbólico y mágico debió de ser destacado. Quizás debamos rastrear en este ámbito el por qué del éxito y amplia difusión de estos nuevos tipos de elementos.

Antes del Neolítico II parece haber existido una generalización progresiva en la fabricación y uso de algunas cuentas de piedra –primordialmente de color negro y blanco empleadas como colgantes junto a piezas de tradición fabricadas en hueso y concha. Para su ejecución, en el caso del empleo de la piedra, se optó por el uso de calcitas y caliza, algunas veces también mármoles- para la obtención de cuentas blancas y pizarras y lignitos para la consecución de cuentas negras que, a veces, se combinaban en un mismo collar obteniendo un espectacular efecto. Hace unos años tuvimos la oportunidad de poner de manifiesto este mismo efecto cromático durante el proceso de excavación de la coraza pétreo del dolmen de El Tremal (Montehermoso, Cáceres), donde los cuarzos y las pizarras se combinaban para ofrecer un aspecto de notable intensidad. Asociado a cronologías más recientes –comienzos de la Edad de los Metales-, en el curso de la excavación del Túmulo de las Vegas de Samburiel (El Boalo, Madrid), pudimos detectar la existencia de un lecho de cantos rodados de lamprófido verde, extremadamente regulares, situado bajo el túmulo, en su nivel de fundación, junto a los restos de una hoguera, en cuyo interior se recuperó una cuenta de variscita.

Estos ejemplos, aún escasos, parecen dotar de sentido a la interpretación del recurso al cromatismo en el seno de las comunidades productoras. Este cromatismo presentaría, también, un gradiente cronológico y una evolución cultural que permite atisbar la asociación del color blanco, rojo y negro a los momentos finales del Mesolítico y especialmente iniciales del Neolítico, mientras que el color verde y azulado, asociado también al rojo, parece relacionarse con el Neolítico II.

Parece que los elementos más arcaicos en los que comparece la variscita no presentan una estandarización a modo de cuentas de tonelete y oliva, sino que copia modelos de diente de ciervo –casos documentados en Chaves, pero también en el Dolmen del Tremedal de Montehermoso (Cáceres), donde se asocia a cuentas discoides de pizarra-

Considerando aquí las cuentas realizadas sobre madera fósil –lignito o azabache– observamos que es precisamente en contextos megalíticos de la Meseta Norte donde mejor se aprecia su presencia. En ocasiones este tipo de ornamentos se asocian a cuentas de ámbar, variscita u otros minerales exóticos –Nava Alta, La Cabaña y Fuentepecina IV (Delibes *et alii*, 1993)–, siendo menos frecuente su asociación exclusivamente a elementos discoides de pizarra –Las Arnillas (Delibes *et alii*, 1993)

Ya hemos visto que la fabricación de cuentas se lignito hunde sus raíces en contextos superopaleolíticos de Centroeuropa –con fechas que rondan el 15500 BP (Álvarez Fernández, 1999:80) y especialmente del Sur de Alemania y Norte de Suiza donde abundan los afloramientos de azabache y donde mayor número de yacimientos con este tipo de adornos se documenta.

En el interior de la Península, y de forma más global en todo el conjunto peninsular la presencia de este tipo de elementos se asocia indefectiblemente a contextos avanzados del Neolítico y al megalitismo. Tratar de obtener conclusiones referidas a una posible relación de ambos fenómenos con los contextos centroeuropeos es demasiado arriesgado con los escasos datos que tenemos, pero no es una línea que deba abandonarse de cara a futuros estudios.

Como elementos novedosos respecto al registro anterior aparecen en el Neolítico los brazaletes, pulseras y tobilleras y los anillos realizados sobre materias perdurables. En todos los casos se acompañan de elementos propios de fases anteriores, sobre todo las conchas perforadas

3.1.2.5. Anillos (Fig. 465 E)

Son objetos de adorno característicos del primer horizonte agricultor de gran parte de Europa y sobre todo del Mediterráneo Occidental. En la Península son muy abundantes en las comarcas levantinas, siendo el elemento de adorno definidor, de algún modo, del neolítico valenciano (Estremera Portela, 2003: 179), al igual que los brazaletes lo eran del andaluz.

Hay una amplia variedad (Pascual Benito, 1996) que en el interior parece desdibujarse, faltando los bellos ejemplares con apéndices globulares y abultamientos, o los decorados con motivos estriados.

Siempre aparecen asociados a niveles del Neolítico I (VII milenio BP) y están presentes en yacimientos como L'Or (Martí *et alii*, 1980; Martí y Juan Cabanilles, 1987), la Sarsa, Les Cendres, en el ambiente cardial de la Cueva de Chaves, si bien en algunos contextos del alto Aragón, como la Espluga de la Puyascada aparecen en claros contextos epicardiales del VI-V milenios BP (Baldellou Martínez, 1987), cronología que parecen compartir con las estaciones catalanas (Pascual Benito, 1996) y del Valle del Ebro (Rodanés Vicente, 1987:131)

En Andalucía son un elemento poco frecuente. En Carigüela parecen asociarse a niveles cardiales (nivel XVI) (Navarrete Enciso, 1976: lám. CLXXXII, nº 11) si bien es el único caso pues las restantes piezas aparecen en un genérico contexto de cerámicas inciso-impresas del círculo de la Cultura de las Cuevas, como es el caso de Nerja, Cueva del Capitán, Cueva del Tesoro, o la Cueva del Agua.

Matrices aserradas para ejecutar anillos las encontramos en L'Or, donde se documentan treinta y seis ejemplares (Martí *et alii*, 1980; Pascual Benito, 1996: Fig. 3, nº 1-3) y también aparecen en La Sarsa y en Les Cendres, en este último caso sobre fémur de oveja o cabra (Pascual Benito, 1996)

Fuera del ámbito levantino tan sólo se documentan matrices en Chaves (Baldellou *et alii*, 1989: 142), un ejemplar dudoso en La Draga (Pascual Benito, 1996: 283), otro en La Vaquera (Estremera Portela, 2003: 179) (Fig. 467, nº16), la recuperada por nosotros en la Cueva de la Ventana y el conjunto de matrices y anillos recuperados en Casa Montero (Madrid) (Yravedra y Maicas, e.p.) completan el registro, no muy abundante, pero significativo del conjunto meseteño.

Los anillos se documentan en contextos propios del Neolítico Inicial del levante y Andalucía (Pascual-Benito, 1996: 282) principalmente, correspondiéndoles una distribución bastante similar a la de las 'cucharas' de hueso. Tal vez debido a la aún corta serie de excavaciones sistemáticas realizadas en el interior peninsular y al hecho de que es raro que este tipo de elementos aparezcan asociados a yacimientos al aire libre y de habitación –razón por la que nos plantea tantas dudas acerca de la funcionalidad el conjunto de Casa Montero–, tenemos que admitir que la representación de los anillos en contextos neolíticos del interior es muy pobre, casi testimonial.

3.1.2.6. Brazaletes, pulseras y tobilleras (Fig. 465 F)

Los brazaletes, pulseras o tobilleras son algo más frecuentes en el registro meseteño. Estos elementos están documentados además en numerosos yacimientos al aire libre detectados mediante prospección. Como hemos mencionado, se trata de un elemento novedoso que aparece precisamente durante el Neolítico.

En La Vaquera aparecen contextualizados al menos dos ejemplares (Fig. 467), ambos de mármol blanco. Se trata de un brazalete ancho y fino y una pulsera estrecha de sección cuadrangular, correspondientes ambos a las Fase IB. Hay un total de seis ejemplares más recuperados sin contexto, todos ellos de sección fina cuadrangular, cuatro de mármol gris vetado y dos de pizarra negra que, además, presenta una decoración interior a base de finas estrias verticales paralelas (Estremera Portela, 2003; 2005)

Este tipo de elementos son característicos de las primeras fases del Neolítico en el Levante y especialmente en Andalucía, donde comparece mayoritariamente en los denominados Neolítico Medio y Final. Se han documentado ejemplares en Cova Fosca (Olaria i Puyoles, 1988: 228), Sarsa (Asquerino Fernández, 1978) y L'Or (Martí Oliver, 1977) aunque son más abundantes en Andalucía, donde se documentan en casi la práctica totalidad de los yacimientos, y en especial La Dehesilla (Acosta Martínez, 1987: 656), Cueva Chica de Santiago (Acosta Martínez, 1986: 146), Nerja (Pellicer y Acosta, 1982: 54), La Carigüela (Teruel Berbell, 1986) y en el poblado de Cabecicos Negros en Almería (Goñi Quinteiro *et alii*, 1999)

Pese a su máxima representación durante etapas avanzadas de la secuencia neolítica oriental de la Península parecen documentarse también en las fases iniciales del Neolítico meseteño –caso de la Cueva de La Vaquera– aún cuando no lo hacen en contextos bien controlados ubicados al aire libre como Verona II o La Paleta, ambos datados en el Neolítico I –I A para el caso de La Paleta y IB para el yacimiento de Verona II–. Por ello puede establecerse un valor de indicador cronológico-cultural a su presencia basándose en la ausencia en el primer neolítico (Neolítico IA), primeras apariciones en el Neolítico II–, pero sobre todo un valor mágico-simbólico asociado a su concurrencia en sepulturas, como es el caso de Valdivia. Llama de nuevo la atención que un elemento de notable filiación sepulcral no aparezca asociado a enterramientos en las cuevas de La Ventana y La Higuera (Madrid) o la Nogaleta (Segovia), por no señalar la **ausencia generalizada en contextos tumulares y megalíticos** –excepción hecha, sea cual sea su cronología, del brazalete de pectúnculo del dolmen de Cubillejo de Lara (Burgos)–. Este hecho singular debe ser interpretado como una clara diferenciación entre los inhumados en contextos habitacionales neolíticos –normalmente asociados en la Meseta a los poblados al aire libre– y aquellos otros que lo fueron en el interior de dólmenes y túmulos. Tan sólo podemos argüir dos diferencias. O bien los grupos de pertenencia de cada ámbito

sepulcral eran diferentes, o bien nos encontramos ante una diferenciación cronológica. Para que esta última hipótesis fuese real deberíamos suponer la adscripción de las inhumaciones, realizadas en túmulos y dólmenes, al Neolítico I, algo que no confirman las abundantes dataciones de estos contextos.

La perduración de este tipo de elementos a lo largo de las fases terminales del Neolítico I e iniciales del Neolítico II es clara. Así, aparecen documentados en los estratos III y IV de Los Murciélagos de Zuheros (Vicent y Muñoz, 1973), Cueva de la Ventana de Piñar (Teruel Berbell, 1986) y Cueva del Agua (Teruel Berbell, 1986), si bien en estos momentos parecen más abundantes los brazales con estriados horizontales paralelos (López García, 1988:214)

Los brazaletes de tipo estrecho –pulseras– parecen acomodarse mejor en las etapas medias y finales de las secuencias clásicas del Neolítico, al menos en Andalucía y Levante (Teruel Berbell, 1986:12), donde se localizan en Carigüela (Navarrete Enciso, 1976) Cueva del Agua de Prado Amargo (Navarrete y Capel, 1979), Cueva del Castillico de Cobdar (Navarrete Enciso, 1976), Cueva de Los Mármol de Priego (López Palomo, 1977), Cueva de las Majólicas de Alfácar (Teruel Berbell, 1986) o la Cueva de la Ventana de Piñar (Teruel Berbell, 1986), entre otros.

La interpretación general parte de la creencia de que todos los modelos de brazaletes se manifiestan como elementos de adorno típicos del neolítico medio, aunque perviven en etapas posteriores en el círculo de influencia de la Cultura de las Cuevas (Teruel Berbell, 1986) y en ocasiones aparecen en contextos del Neolítico Antiguo avanzado en otras áreas, como el levante. Esta hipótesis, resulta poco sólida cuando se analiza con detenimiento el registro. El profesor Pericot ya advirtió acerca del hecho de la mínima representación de este tipo de elementos en contextos sincrónicos al Neolítico Medio y Final en la fachada atlántica.

Como conclusión general, podemos señalar que, si bien el repertorio de ornamentos del Neolítico II meseteño es aún pobre, presenta, desde sus etapas iniciales, no sólo todos los elementos propios del conjunto de adornos de otras áreas peninsulares, sino que muestra además una pauta de desarrollo cronológico muy similar a la de áreas más o menos próximas. No es posible señalar empero direcciones principales para establecer paralelos. Así, si analizado en conjunto podríamos establecer paralelos entre el repertorio del yacimiento almeriense de Cabecicos Negros y los contextos meseteños, tampoco deja de ser cierta esa misma posibilidad de paralelismo con los conjuntos levantinos. Por ello, de momento, tan sólo podemos señalar que el neolítico meseteño no es ajeno en ningún caso a los desarrollos del neolítico en otras regiones peninsulares con las que parece encontrarse en contacto. Este es un elemento dotado de cierto valor pues, como señalan algunos autores, el crecimiento de la red de contactos así como la generalización de una cierta homogeneidad en los desarrollos culturales se relaciona con un proceso de sedentarización progresivo y a su vez relacionado con la definición, cada vez más precisa, de las primeras sociedades campesinas, agrícolas y ganaderas (Watkins *et alii*, 1989; Forest, 1996)

De todos los yacimientos estudiados en esta obra podemos obtener una carta básica de matriz de presencia/ausencia de los principales elementos de adorno (Tabla 183)

Yacimiento	Provincia	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
Meseta Sur													
Ventana	Madrid		X		X		X				X	X	
Ventana 1	Madrid								X				
Valdivia	Madrid												X
Higuera	Madrid		X						X				
Flamenca 2	Madrid												X
Esperillas	Madrid												X
Casa Montero	Madrid						X						
Enebrales	Guadalajara								X				
Dep. Velilla	Toledo												X
La Paleta	Toledo	X*											
Villamayor	Ciudad Real		X										
Vega Morales	Ciudad Real												X
Cerca Antonio	Cáceres												X
El Conejar	Cáceres								X				
Cañadilla	Cáceres												X
Dolmen El Tremedal	Cáceres									X			
Meseta Norte													
Vaquera	Segovia	X*	X	X	X		X			X		X	X
Estebanvela	Segovia	X*	X						X				
Dehesa	Salamanca								X				
La Revilla	Soria												X
Dolmen Cubillejo de Lara	Burgos												X
Dólmenes Fuentepecina	Burgos		X							X	X		
Dolmen Las Arnillas	Burgos		X			X				X	X		
Dolmen Nava Alta	Burgos	X*				X				X	X		

Tabla 183.- Representación de elementos ornamentales. (X=Presente) 1.-Piezas dentales (* La Paleta -diente de cánido-, La Vaquera -diente de suido-, Estebanvela -dientes de cérvido, Nava Alta -molar humano-);2.-Conchas;3.-Pseudodientes de ciervo en hueso;4.-Placas de Hueso;5.-Discos de hueso;6.-matrices hueso;7.-Cantos de piedra;8.-Plaquetas de piedra;9.-Cuentas de piedra;10.-Azabache-lignito;11.-Anillos;12.-Brazaletes.

Debemos mencionar los elementos más comunes localizados en contextos claramente funerarios que se han tenido como relacionados con el Neolítico como son los túmulos funerarios y megalitos (Figs. 471-474)

De los elementos detectados faltan en estos contextos los anillos, brazaletes-pulseras, excepción hecha del brazalete de pectúnculo del sepulcro de corredor de Cubillejo de Lara (Delibes y Rojo, 1988; Delibes de Castro, 1996: 158) que el mismo Delibes señala como una posible importación directa. Paralelos para esta pieza, dentro de contextos 'megalíticos' se conocen en los Sepulcros de Fosa y en los más tempranos sepulcros megalíticos del Sureste. Un paralelo más directo con este raro ejemplo meseteño sería el del sepulcro de Lara, en la Mina Vallferra de Mequinenza (Zaragoza) (Delibes de Castro, 1996: 158) Convenimos con Delibes en que, evidentemente, el caso de Cubillejo de Lara ha de ser tomado dentro de su aislacionismo como un hecho puntual.

Faltan, en los contextos megalíticos meseteños, habitualmente, los colgantes que imitan la forma de los dientes de ciervo que vimos bien representados en otros yacimientos de inequívoca filiación neolítica. Sí están representados, por el contrario, elementos como las cuentas de lignito y azabache de formas muy variadas y que hemos encontrado también en los tramos superiores, funerarios, de La cueva de la Ventana. Muy buena representación tienen, en cambio, las cuentas estrechas, discoidales, elaboradas sobre múltiples materias -azabache, lignito, calcita, hueso, concha, pizarra- que aparecen por centenares en la práctica totalidad de los enterramientos tumulares y megalíticos, pero también en algunos de los enclaves meseteños, especialmente en cueva, y generalmente asociados con enterramientos, todos ellos del Neolítico II –el caso de La Ventana, datado en 6010+/-40 BP resulta significativo-

Buena representación tienen también las ‘perlas’ realizadas sobre materias exóticas como la variscita –y otras rocas verdes- o en menor medida el ámbar, caso de la pieza procedente de los sepulcros megalíticos de Fuentepecina (Burgos). Este tipo de elementos tiene una representación menor en los contextos neolíticos meseteños. Son estos elementos los que denuncian, a nuestro parecer, cierta divergencia diacrónica de unos enclaves respecto a otros. Así, es posible advertir un proceso de evolución en cuanto a los elementos de adorno (Fig. 474). En esta evolución, las verdaderas rupturas vienen señaladas por la desaparición de los colgantes realizados sobre dientes de ciervo y por la generalización de los realizados sobre conchas, así como de los brazaletes, anillos y colgantes de piedras más o menos exóticas. El tramo final de esta evolución, en el contexto cultural y geográfico abarcado por nuestro estudio, estará marcado por la generalización de los colgantes de piedras verdes.

Podría argumentarse que tanto los brazaletes como los anillos fueron una de las más claras indicaciones del cambio cultural. Unos y otros resultan del todo novedosos y denuncian, como lo harán las figuritas antropomorfas y zoomorfas, la irrupción de nuevas corrientes de pensamiento y de nuevos conceptos mágico-religiosos.

Por el contrario, buena parte de los elementos restantes tienen sus paralelos en las culturas de substrato, por lo que no sería extraño que estuvieran denunciado la continuidad de modos de pensar y de una simbología acorde con un pasado ancestral, muy propio de contextos indígenas neolitizados.

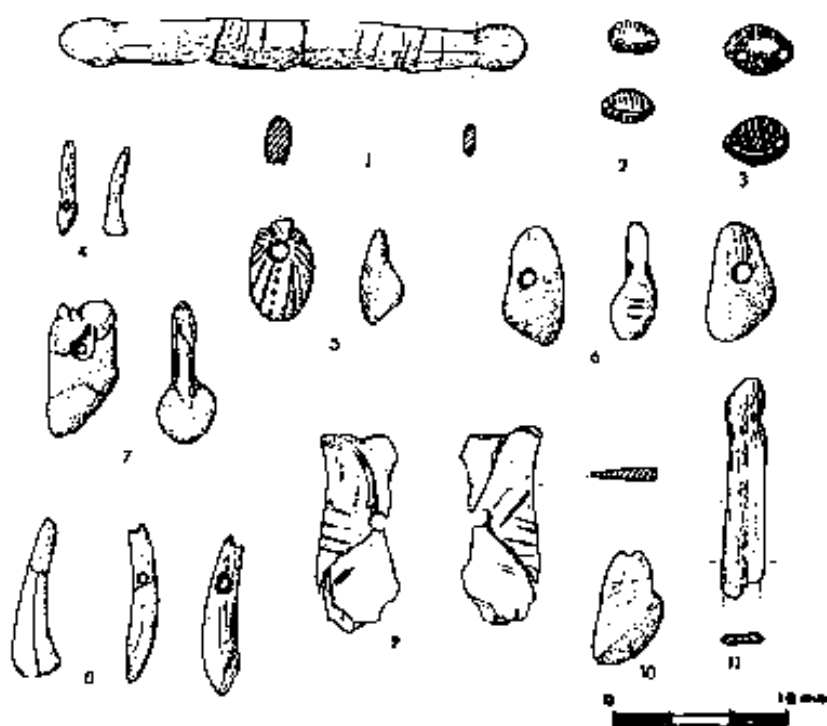
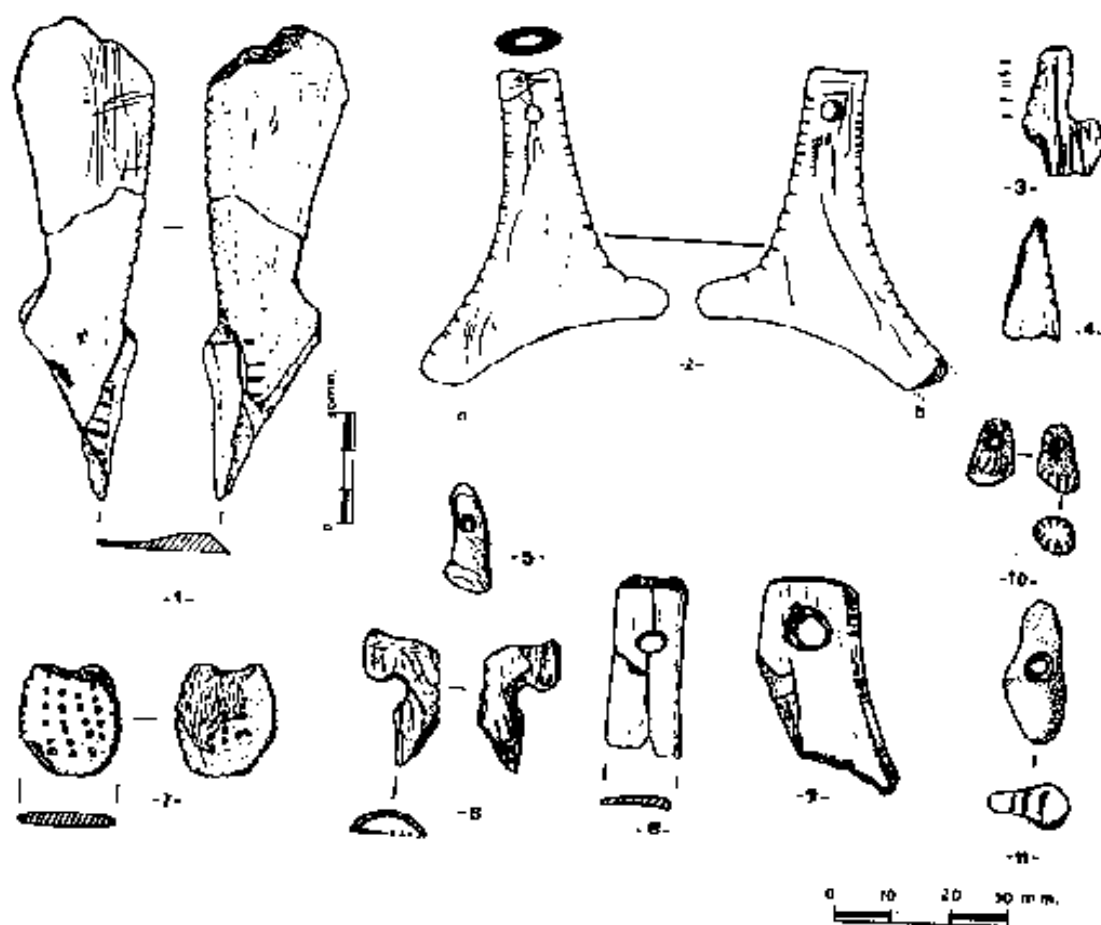


Fig. 466.- Ejemplo de una selección de elementos ornamentales del Magdaleniense Superior de Tito Bustillo, según Corchón (1987: 368)

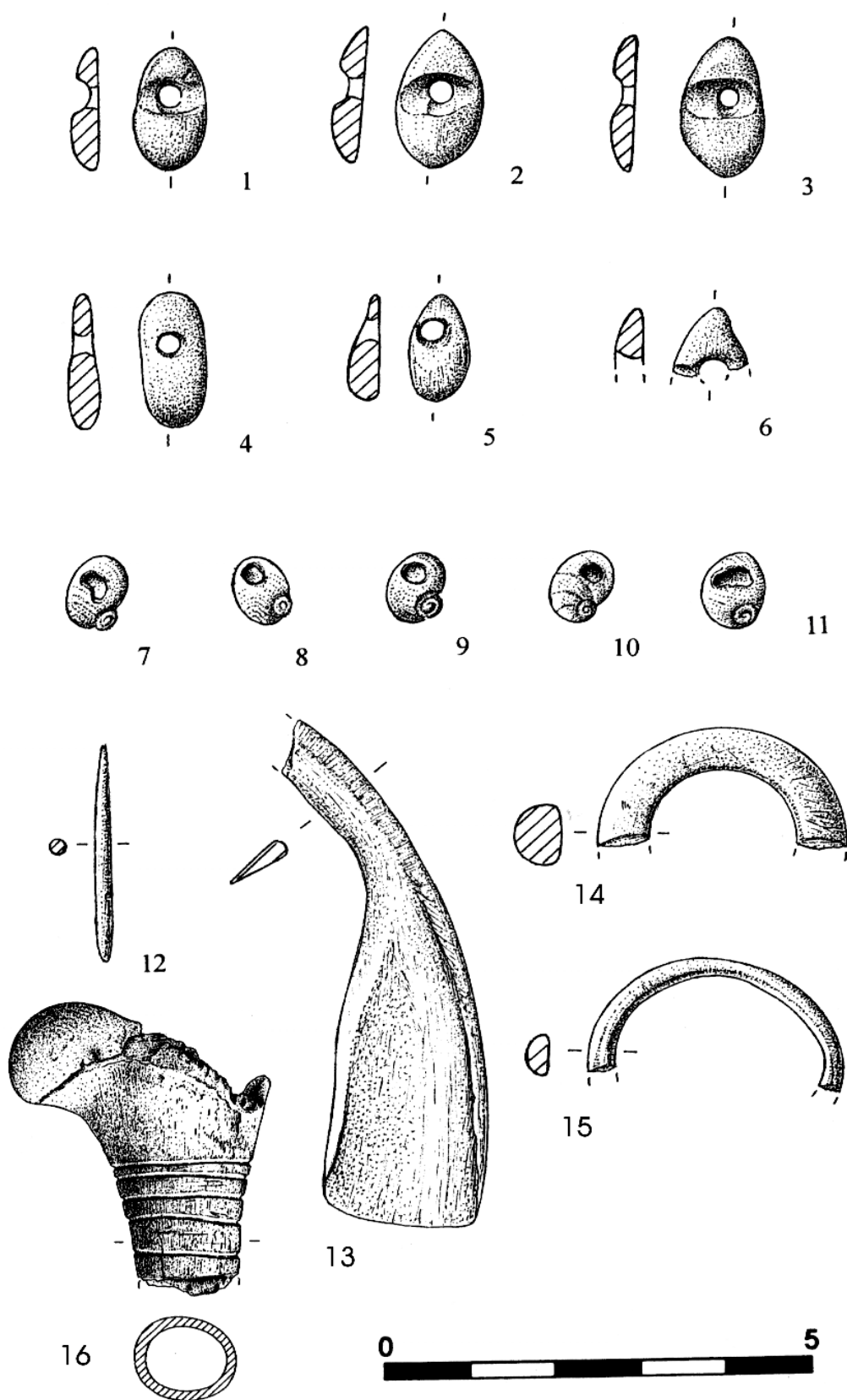


Fig.467.- Objetos de adorno sobre hueso y concha de La Vaquera, según Estremera 2003



Fig.468.- Objetos de adorno sobre concha procedentes de la Cueva de La Ventana



Fig.469.- Objetos de adorno sobre hueso procedentes de la Cueva de La Ventana

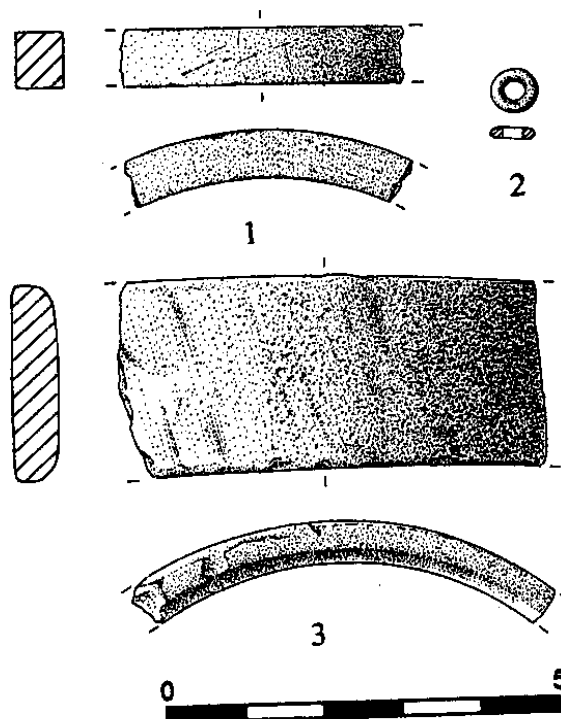


Fig.470.- Brazaletes y cuenta discoidal en piedra de La Vaquera, según Estremera Portela, 2003.



Fig.471.- Cuentas de pizarra, variscita y ámbar de Fuentepecina IV, según Delibes et alii, 1993



Fig.472.- Cuentas de lignito, hueso y concha de Las Arnillas, según Delibes et alii, 1993



Fig.473.- Cuentas de lignito, hueso y piedra de La Nava Alta, según Delibes et alii, 1993

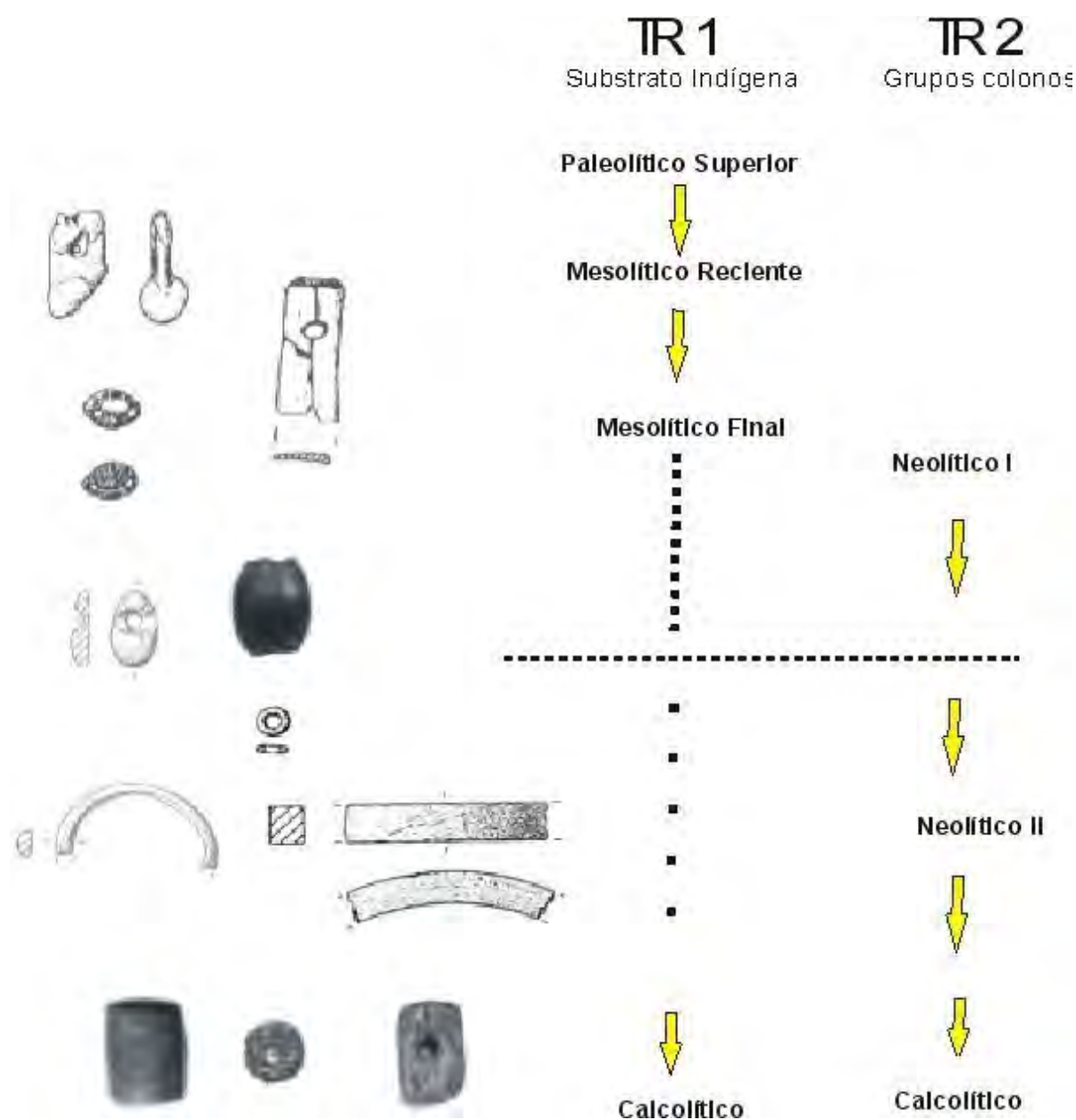


Fig.474.- Propuesta de secuencia evolutiva de los ornamentos personales en la Meseta Ibérica.

4. ALFARERÍA

Aunque sea tratada aquí en último lugar, la cerámica es el elemento más destacado del Neolítico. desde un punto de vista meramente material de la concepción de los restos dejados por las culturas prehistóricas del interior de la Península Ibérica, podemos señalar que a fecha de hoy no se concibe un desarrollo asociado a la producción de alimentos sin la aparición de la cerámica como principal componente del cambio cultural.

De qué modo el ser humano se familiarizó con el empleo de la arcilla en aplicaciones domésticas y cómo estas condujeron a la generalización de la fabricación de recipientes es complejo de explicar.

Evidentemente no podemos arbitrar soluciones similares para aquellas áreas denominadas de invención y para esas otras en las que la producción de cerámicas parece que llegó a través de un intercambio o aprendizaje como es nuestro caso.

No obstante lo dicho, resulta evidente que cuando un grupo humano adopta la fabricación de recipientes cerámicos puede hacerlo de muy diversos modos y no siempre de forma directa; esto es, no siempre todos los recipientes que aparecen en un contexto cultural determinado son producciones propias o locales, sino que en muchas ocasiones puede tratarse de elementos obtenidos por intercambio o robo.

Este tema resulta de elevado interés ya que no escapa a la atención de nadie que un hecho necesitado de ser contrastado es hasta qué punto las producciones alfareras documentadas en todos los contextos domésticos del interior de la Península Ibérica son locales o alóctonas.

Al hilo de este contraste podremos ponderar si realmente algunos de los contextos arqueológicos que hasta la fecha se han manejado como correspondientes a núcleos neolíticos con notables evidencias de substrato previo podrían corresponderse con establecimientos de cazadores-recolectores contemporáneos al proceso de neolitización y en los que, por tanto, la cerámica hace acto de presencia como un elemento más de prestigio, ajuar o simplemente dotado de ese fetichismo específico que se otorga en determinadas sociedades humanas al trofeo o a la rareza.

4.1. tecnología cerámica

En primer lugar resulta necesario establecer una pequeña síntesis de la tecnología cerámica. No en vano gran parte de los trabajos dedicados al neolítico en nuestro país, aún cuando destinan grandes capítulos al estudio tipológico de la cerámica rara vez se detienen a mostrar las mínimas nociones tecnológicas y mucho menos a extraer de ellas las oportunas conclusiones.

Los estudios sobre los orígenes de la tecnología cerámica prehistórica son poco abundantes en nuestro país y en su mayor parte no pasan de ser meros compendios de trabajos, fundamentalmente anglosajones, cuando no meras traducciones simplificadas.

Una de las más recientes obras publicadas al respecto en el Reino Unido comienza señalando lacónicamente que *"la cerámica es una de las más importantes fuentes de información para el arqueólogo"* (Gibson y Woods, 1997) al tiempo que indica que la cerámica puede ser empleada no sólo como referente cronológico dentro de una escala relativa, sino también como fuente de información sobre la técnica y su avance entre los grupos prehistóricos.

Las primeras aplicaciones del estudio de las cerámicas estuvieron ligadas a la mera clasificación de objetos y al establecimiento de tablas de tipos que se asociaban a cronogramas culturales.

En 1812 Sir Richard Colt-Hoare describía, basándose en las cerámicas, las urnas sepulcrales asociadas a los enterramientos tumulares de Wessex. Algunos años después Bateman afina las clasificaciones de Colt-Hoare en el entorno funerario de los túmulos de Derbyshire, Staffordshire y Yorkshire.

Los trabajos punteros de Thurnham, Greenwell y Pitt-Rivers en Gran Bretaña contrastan con los no menos asombrosos trabajos de documentación de Flinders Petrie en Egipto y supusieron, en conjunto, la aceptación del valor que como elemento de datación poseen las cerámicas.

El más relevante deseo de que esta validez fuese real lo encontramos en la búsqueda desesperada de un método de datación 'absoluta' aplicable a los recipientes cerámicos y más concretamente al desarrollo de las técnicas, aún poco fiables, de la termoluminiscencia.

Es, por el contrario, el valor de la otra información que ofrecen los repertorios cerámicos el hilo que ha conducido las últimas investigaciones asociadas al estudio científico de la cerámica. Gracias a este renovado interés se han desarrollado aplicaciones técnicas destinadas al estudio del proceso de elaboración, de los elementos que contuvieron en su interior o de la procedencia de los materiales con los que fueron fabricadas.

En los contextos neolíticos del interior de la Península Ibérica no es muy elevado el número de datos que poseemos a este respecto si bien aquellos lugares cuyos materiales hemos podido analizar de forma directa arrojan interesantes conclusiones acerca de la tecnología cerámica.

En primer lugar es necesario establecer de qué modo se elaboraban las cerámicas y qué evidencias deja cada uno de los métodos empleados en la fabricación de los recipientes.

La cerámica en sí no es más que una producción manufacturada derivada de la arcilla. No en vano, etimológicamente, procede del griego *Keramike*, femenino de *Keramikós*, que significa 'hecho de arcilla'. La cerámica es pues el producto de la transformación físico-química de la arcilla mineral, mediante la aplicación de fuego, en un producto cristalizado de elevada resistencia.

Las cerámicas pueden ser manufacturadas de tres modos atendiendo a su proceso de secado:

- ✓ Secado al aire libre.
- ✓ Cocción en fuego abierto (hogueras)
- ✓ Cocción en horno

Dependiendo del tipo de proceso de secado que se haya empleado el producto final presentará unas características intrínsecas y extrínsecas diferentes.

Las arcillas secadas al aire libre, debido a las propiedades higroscópicas de este material no llegan a transformarse en cerámica –no se cristalizan–, lo cual redundaría en detrimento de su conservación y uso.

Sin duda el descubrimiento de que la arcilla se transforma en otro elemento más duradero y resistente y capaz de almacenar elementos fue realizado de un modo fortuito en contextos pre-neolíticos. No obstante, la confección de recipientes cerámicos, aún cuando sea mediante el secado en hogueras, requiere de unos conocimientos básicos.

En primer lugar, si la arcilla no contiene de forma natural algunas inclusiones minerales en su matriz éstas han de ser añadidas por el alfarero si quiere convertirla en un recipiente cerámico.

Los problemas a la hora de exponer la arcilla al fuego, sea este del tipo que sea, se asocian al momento conocido como **estadio de evaporación** (*water-smoking stage*) que tiene lugar en torno a los 100 °C. En este momento cualquier resto de agua contenida en la arcilla cocerá y se evaporará tendiendo a modificar el volumen del recipiente (Gibson y Woods, 1997, Fig. 4) Si el vapor de agua no puede entonces escapar a través de la arcilla aumentará la presión y provocará en la arcilla unos **escamados circulares** o desconchones (*Fire spalls*) en la superficie exterior de las paredes del recipiente cerámico. En casos extremos todo el vaso explotará impidiendo el uso del recipiente. Este es un hecho que hemos tenido la oportunidad de comprobar en repetidas ocasiones en yacimientos neolíticos de la Meseta.

Una vez se ha fabricado el recipiente y antes de su exposición al fuego éste se deja secar para que el excedente de agua que se ha mezclado con la arcilla para dotarla de plasticidad y hacerla manejable se evapore. No obstante no se llega a eliminar la totalidad del agua contenida en la arcilla mediante el secado al aire libre, y entre un 3 y un 5% de esta humedad queda siempre entre las partículas de arcilla no cocida, independientemente de la cantidad de tiempo transcurrido, debido a la calidad higroscópica del material (Gibson y Woods, 1997: 26)

Mientras en un horno los recipientes se mantienen separados del combustible y del contacto directo con las llamas, en los fuegos abiertos éstos están en contacto directo con el combustible y el fuego es rápido.

Las experimentaciones con fuegos abiertos han permitido demostrar que la temperatura media máxima, en torno a los 746°C se alcanza tras cuatro minutos llegando a completarse la cocción del recipiente en tan sólo diez minutos (Lauer, 1972: 10) Esto ha demostrado que los fuegos abiertos son rápidos, económicos y producen cocciones suficientes para que las arcillas minerales se transformen en cerámica.

Las temperaturas típicas de estos fuegos abiertos rondan los 650-900 °C y el proceso de transformación de la arcilla en cerámica, aún cuando dependa de las características de cada tipo de arcilla, se produce en torno a los 550-600°C (Gibson y Woods, 1997: 27)

No obstante, en un fuego abierto, al encontrarse los recipientes en contacto directo con el fuego y el combustible así como el sometimiento al rápido incremento de la temperatura (Gibson y Woods, 1997, Fig. 6 y 7) es común que se produzcan pequeños desconchones y escamaciones en las superficies externas de las cerámicas (Gibson y Woods, 1997, Fig.5)

La única forma de evitar todo esto, ya que no es posible controlar el incremento térmico en un fuego abierto, es mezclar plenamente la arcilla con materiales denominados 'abiertos'. Casi cualquier sustancia, orgánica o inorgánica, puede usarse para ello con tal de que no se convierta en plástica cuando la arcilla se mezcla con agua antes de su manufactura.

El factor más importante es la cantidad de este material que se incluya, ya que su función principal consiste en abrir el cuerpo del recipiente para permitir que el vapor escape durante los primeros momentos de la aplicación del fuego. También resulta importante el papel jugado por estas inclusiones a la hora de facilitar el secado al aire libre de la pieza en el momento posterior a su fabricación y anterior a su cocimiento, evitando el encogimiento y reduciendo con ello el riesgo de fractura del recipiente en este estadio.

Algunos investigadores han sugerido que la aplicación de inclusiones de forma deliberada a la arcilla por parte de los primitivos alfareros residía en el deseo de obtener elementos más fuertes y resistentes. Esto no es realmente cierto, pues todas las inclusiones añadidas juegan un papel de debilidad en el producto final cocido. Esto se debe a que su presencia inhibe e interrumpe la unión de las partículas de arcilla entre sí. Las inclusiones redondeadas tienen el efecto más débil ya que no poseen ninguna superficie rugosa en la que las partículas de arcilla puedan pegarse (Gibson y Woods, 1997, Fig.8)

Otro error común es la creencia de que los primitivos ceramistas añadían materiales a las arcillas para reducir el encogimiento al cocerse los recipientes. Por el contrario, en los estadios iniciales del cocimiento (en torno a los 800°C) la arcilla se expande ligeramente, volviéndose más porosa (Grimshaw, 1971:816; Hamer, 1975:22; Gibson y Woods, 1997:31), ocurriendo tan sólo el encogimiento de cocimiento en cerámicas sometidas a un exceso de temperatura – entre 900 y 1000 °C- temperaturas que como hemos visto en los gráficos anteriores son difíciles de alcanzar en fuegos abiertos.

Ahora bien, ¿hasta qué punto podemos determinar si los materiales no arcillosos contenidos en un recipiente cerámico fueron introducidos en la matriz de forma intencionada o si por el contrario ya estaban presentes en ella de forma natural?

El criterio empleado para realizar esta distinción radica en el estudio de la forma y naturaleza de los elementos contenidos en la cerámica y su grado de relación con la matriz arcillosa.

En términos generales se ha considerado la **angulosidad** de los elementos minerales contenidos en la matriz como una indicación de que la inclusión ha sido añadida, mientras que la presencia de materiales redondeados lo es de un proceso natural de formación de arcillas sedimentarias. En los casos que hemos tenido oportunidad de estudiar la presencia de inclusiones redondeadas es mayoritaria, correspondiendo los elementos angulosos a piezas de gran tamaño con desgrasantes medios y gruesos generalmente de diferente naturaleza que el resto de las inclusiones. Cabe destacar los casos de Verdelpino y La Ventana, sobre los que volveremos más adelante y donde se advierte la presencia generalizada de restos de talla en forma de sílex y cristal de roca en las pastas cerámicas.

La composición polimineral y con evidencias de angulosidad de una arcilla es también una buena señal de que se hayan añadido como inclusiones a la arcilla de forma intencionada algunos elementos molidos. Debe tenerse en cuenta qué tipo de elementos son los que aparecen y cuáles de ellos no aparecen de forma natural en los depósitos locales de arcilla. Así, por su parte, la presencia de cristales aislados y separados podría indicar, aún cuando las inclusiones sean angulosas, un origen natural de la inclusión que se habría producido en un lugar no muy alejado de la roca madre de la que procede la inclusión.

Debe atenderse con cautela al criterio de redondeamiento de las inclusiones pues puede provocar errores. Por ejemplo, es común que la arena utilizada de forma intencionada como inclusión proceda de depósitos anejos a ríos y arroyos donde se presenta ya redondeada por la acción del agua. Por ello es necesario un reconocimiento exhaustivo de las áreas de captación de material teniendo en cuenta las inclusiones de las cerámicas de cada yacimiento.

Para la identificación de las inclusiones se recurre normalmente a láminas delgadas analizadas con la ayuda del microscopio petrográfico de luz polarizada. Atendiendo a la clasificación de las inclusiones, si no presentan grandes diferencias en forma y tamaño – aún cuando pueda haber cierto rango de tamaños dentro de un mismo recipiente- la cerámica se clasifica como unimodal y se asume que las inclusiones son de origen natural (Gibson y Woods, 1997, Fig. 214)

Por el contrario, si la cerámica exhibe numerosas inclusiones alargadas y angulares en una matriz que contiene tan sólo inclusiones pequeñas y redondeadas, entonces será clasificada como bimodal y las inclusiones alargadas y angulosas se identifican como de origen antrópico e intencionado. (Gibson y Woods, 1997, Fig. 215)

Cualquiera de los elementos utilizados como inclusión ha de ser preparado de forma concreta. Así, el sílex ha de ser previamente calcinado para eliminar el agua que contiene y evitar que explote durante su uso como inclusión –algo que ocurre en torno a los 400 °C-. Veremos algunos ejemplos de cómo esto no se realizó con algunas cerámicas de Verdelpino lo que derivó en la presencia de superficies profundamente erosionadas y numerosos cráteres y poros. La mayor parte de los elementos han de ser triturados, molidos y en ocasiones también calentados para que surtan el efecto deseado a la hora de ser añadidos a la arcilla.

Un interesante debate es el referente al uso de las primeras vajillas cerámicas como recipientes de cocina. Mientras un grupo de investigadores suponen poco probable este uso primigenio debido a los problemas que conlleva la exposición reiterada de un recipiente cerámico al fuego – resistencia al shock térmico de los recipientes cerámicos- para Gibson y Woods este riesgo no es tan alarmante, pues según señalan, si un recipiente ha resistido su secado en un fuego abierto no será afectado por el contacto con un fuego de cocina en el que, por lo general, se emplean las ascuas más que la llama viva para cocinar. Esto supone la exposición de los recipientes a temperaturas que rondarían los 300- 500°C (Gibson y Woods, 1997: 36), algo por debajo de la temperatura de una hoguera (Gallart Martí, 1980)

Según los estudios de Rye sobre la resistencia al shock térmico (Rye, 1976) es posible evitar la ruptura de los recipientes de varios modos:

- Creación de recipientes cerámicos con formas más resistentes a los movimientos de expansión y contracción de las arcillas sometidas al fuego. Según los análisis experimentales las cerámicas provistas de bases redondeadas y los recipientes globulares serían los más idóneos para su uso como vajilla de cocina. Esta bondad se fundamenta en que al tratarse de una forma ininterrumpida permitirá la expansión y contracción de los materiales arcillosos producidos por el proceso reiterado de calentamiento y enfriamiento. Por el contrario, los recipientes de base plana y aquellos provistos de carenas presentan cambios angulares de dirección de las paredes que resultan lugares débiles en los que se concentran los cambios morfológicos derivados del proceso sucesivo de calentamiento y enfriamiento y que, a la larga, conducen a su ruptura. Es pues de suponer la concurrencia de un grado elevado de experimentación alfarera para elaborar este tipo de recipientes y también una prueba indirecta pero destacada de la validación cronológica de los elementos que, a lo largo de este estudio, hemos denominado como ‘evolucionados’.
- Uso de inclusiones con un bajo coeficiente de expansión térmica (calcita cristalizada, material calcáreo y calizas en general, así como conchas)

Ahora bien, aún cuando parece cierta y acertada esta teoría, no existen evidencias reales de que los grupos humanos prehistóricos fuesen conscientes, a priori, ni de las bondades de los recipientes globulares frente a los de perfil quebrado ni de la necesidad de utilizar diferentes inclusiones en los recipientes destinados a un uso culinario (Gibson y Woods, 1997: 37)

Un hecho contrastado en este sentido es la presencia masiva entre los primeros productos alfareros de materiales ‘abiertos’ como el cuarzo, incluido en la mayor parte de las pastas cerámicas cuando la experimentación ha demostrado que se trata de un

material con uno de los mayores coeficientes de expansión térmica. Todo esto parece señalar que durante el Neolítico I primó más la facilidad de acceso a los materiales arcillosos que el conocimiento exhaustivo de sus cualidades frente a la exposición al fuego.

4.2. Proceso de fabricación de la cerámica neolítica de la Meseta

Para nuestro estudio no hemos tenido la oportunidad de realizar un muestreo y análisis exhaustivo de los materiales recuperados en todos los yacimientos presentados. Por el contrario, hemos tenido acceso a los materiales procedentes de un conjunto reducido de enclaves pero sobre los que hemos realizado un estudio concienzudo.

Si hay un elemento que pueda definir las producciones alfareras del interior Peninsular es que en todos los casos se trata de cerámicas realizadas a mano y cocidas en fuegos abiertos, con alguna excepcional aparición de grandes contenedores, como los de La Paleta (Toledo), que tan sólo parecen haber sido secados al sol.

Ahora bien, existen notables diferencias entre las producciones cerámicas que hemos podido analizar. Diferencias referidas no a lo morfológico ni a lo decorativo, sino al proceso de elaboración de los recipientes, incluso dentro de la secuencia de un mismo yacimiento. Estas diferencias nos permiten profundizar en el modo en que los grupos humanos tuvieron acceso al conocimiento de la fabricación de vasijas.

En las producciones cerámicas analizadas hemos llegado a la conclusión de que existe una notoria homogeneidad en la fabricación, tanto por el tipo de pastas empleadas en la elaboración de los productos finales como en la calidad de estos.

Las materias primas empleadas para la elaboración de las cerámicas presentan, por lo general, una captación local, inmediata, realizada sobre cursos fluviales inmediatos y aprovechando tierras arcillosas liberadas al excavar el suelo de las áreas de poblado.

Las pastas cerámicas presentan una tendencia entre la composición arenosa y hojaldrada. En el primer caso la excesiva abundancia de finos de cuarzo y arenas fluviales implica una cierta desestructuración de la masa arcillosa al impedir la imbricación de la materia plástica.

Las cocciones son, predominantemente, reductoras. Se advierte una notable proporción de cocciones de nervio o alternantes. Estos elementos nos permiten señalar sin género de dudas que las cerámicas fueron cocidas en todos los casos en fuegos abiertos a una temperatura de 500-600 °C durante un tiempo estimado de entre cinco y quince minutos, pudiendo llegar hasta los treinta minutos en algunas de las cerámicas oxidantes localizadas. Por la experimentación realizada, las cerámicas que presentan nervio de cocción han sido, por norma, cocidas a temperatura mayor (600-700°C) y durante un tiempo de entre 10 y 20 minutos.

Hemos realizado una experimentación asociada a este hecho y hemos podido comprobar, en una escala de tiempos, que es precisamente en el margen temporal de 5 a 20 minutos en el que se consume el combustible inicial de una hoguera abierta. En ese momento los recipientes cerámicos quedan al aire y la hoguera reducida a ascuas sin llama y por tanto a un fuego de conservación y temperatura más baja. En este momento se produce un tenue proceso de oxidación debido al aporte de oxígeno (Gallart Martí, 1980)

Por paralelos etnográficos nos consta que es precisamente en el momento en que se extinguen las llamas cuando se retiran los recipientes de la hoguera. Las cocciones obtenidas son casi siempre reductoras y los tiempos de cocción nunca superan los 30 minutos.

En la práctica totalidad del registro analizado podemos constatar la existencia de un control notable de la técnica de producción cerámica. Se advierte que estamos ante un momento incipiente de la experimentación por la abundancia de arenas empleadas como desgrasantes en muchas de las cerámicas. No obstante se aprecia cierta experimentación con arcillas más depuradas y con un contenido más comedido de inclusiones. Este hecho se advierte de forma más nítida en aquellos conjuntos cerámicos asociados al Neolítico II y, en general, a las etapas más avanzadas de esta fase.

A este respecto es muy interesante señalar que en algunas ocasiones, como Verona II, advertimos una diferencia notable en el proceso de elaboración de las cerámicas de la unidad doméstica 3 que parece corresponderse con su situación más avanzada en la secuencia crono-evolutiva del yacimiento. Ahora, aún cuando siguen siendo mayoritarias las cocciones reductoras aumenta exponencialmente la presencia de pastas compactas en las que se ha reducido la carga de inclusiones consiguiendo recipientes con mayor cohesión interna que consideramos indicativos de una evolución notable en la técnica alfarera.

En la Cueva de la Ventana advertimos datos de elevado interés. Por una parte estamos ante un conjunto alfarero nítidamente diferente al localizado en los sectores de la cuenca baja de los ríos madrileños. Aquí también se explotan las materias primas locales pero se hace de un modo poco efectivo pues en la práctica totalidad de los recipientes cerámicos correspondientes a las fases iniciales neolíticas el desgrasante empleado es la pizarra en forma de pequeñas plaquetitas exfoliadas. Este material confiere poca cohesión a la arcilla lo que facilita la consecución de recipientes con pastas de aspecto hojaldrado así como una apariencia de cocción deficiente y calidades bajas en los productos finales, lo que se traduce comúnmente en la fractura del recipiente. Son menos abundantes las cerámicas de pasta arenosa.

En cuanto a las cocciones, son mayoritarias las reductoras incompletas, seguidas de aquellas que presentan nervio de cocción, que curiosamente corresponden a piezas generalmente decoradas en las que se ha querido obtener un aspecto externo rojizo sin duda de forma intencionada.

La impresión general que se desprende del conjunto cerámico de este yacimiento es el de una alfarería poco desarrollada en la que se está en una fase de experimentación dentro de un horizonte de cerámicas decoradas en las que predominan los cordones impresos y los motivos inciso-acanalados.

Similares conclusiones obtenemos de las cercanas cuevas de La Higuera, El Aire y Las Avispas donde las cerámicas recuperadas, salvando algunas excepciones presentan una manufactura y composición similares que parecen señalar la persistencia en la fabricación de recipientes cerámicos con materias locales.

Bien es cierto que entre estos materiales detectamos la presencia de piezas, poco numerosas, para cuya elaboración parecen haber sido empleadas arcillas de matriz más arenosa que recuerdan ligeramente a las de los yacimientos de la cuenca baja de los ríos Jarama y Manzanares y de la cuenca media del Tajo. Ahora bien, es imposible señalar que se trate de elementos 'alóctonos', esto es recipientes fabricados en un área y desplazados a esta otra. Esta imposibilidad se hace mayor cuando analizamos las pastas de las cerámicas arenosas de los yacimientos de La Ventana, Higuera, Aire y Avispas y comprobamos que presentan mayoritariamente elementos de inclusión propios de las tierras aluviales del inmediato curso del Jarama así como restos de cristal de roca cuya procedencia se sitúa específicamente en el sector Noreste de la actual provincia de Madrid y Noroeste de la de Guadalajara siendo aportado por arrastre a las arenas fluviales del curso alto del río Jarama bien directamente por la labor excavadora de este río como por el aporte principal del río Lozoya y arroyos subsidiarios que recogen las

aguas de las principales áreas de distribución de las cristalizaciones de cuarzo y cuarzoes hialinos (La Hiruela, Biutrago de Lozoya, La Cabrera, etc.)

Hablamos por tanto de producciones eminentemente locales realizadas en el área de influencia más o menos inmediata a los yacimientos localizados en las inmediaciones de la actual localidad de Patones. Producciones incipientes que representan esquemas neolíticos más o menos clásicos y que, a pesar de algunas diferencias, se encuentran perfectamente representados en los yacimientos de otras áreas meseteñas.

Aún debemos acertar a explicar, cuando avancen más las investigaciones a este respecto, a qué responde la concurrencia de esta alfarería incipiente y si de veras estamos ante un condicionamiento geológico: los grupos neolíticos utilizan las materias primas más accesibles o por el contrario estamos ante un proceso de aprendizaje en la elaboración de las cerámicas por parte de grupos neolitizados.

Hemos podido documentar un aspecto similar en otro de los sectores serranos del interior peninsular. Así, en las producciones alfareras de Verdelpino se advierte un más que curioso estadio de experimentación.

Tras la revisión general de los materiales de este yacimiento hemos encontrado que mientras en el Nivel III aparecen cerámicas de pastas arenosas con cocciones fundamentalmente reductoras e inclusiones de arenas fluviales, en el Nivel II y en menor medida en el Nivel I encontramos, junto a materiales del todo similares a éstos un elevado porcentaje de cerámicas que presentan unas cocciones defectuosas debido a la utilización masiva del sílex como desgrasante. Este hecho provocó que el sílex, al no haber sido previamente calcinado, estallase produciendo en las paredes de los recipientes numerosos cráteres y dotándolos de un aspecto imperfecto y defectuoso.

Tampoco estamos en condiciones de dotar a este hecho de un valor definitivo. Podría tratarse simplemente de una experimentación por parte del alfarero. La intencionalidad de la inclusión del sílex se advierte en el mismo momento en que éste ha sido machacado antes de ser mezclado con la arcilla. Este hecho nos lleva a suponer una etapa de experimentación con un nuevo elemento como desgrasante cuando no el que estemos ante un proceso de fabricación de cerámicas por parte de grupos poco duchos en la técnica.

Tampoco resulta baladí señalar que es en muchos casos sobre cerámicas de aspecto oxidante –esto es que han permanecido más tiempo del normal en el fuego- sobre las que se aprecia el uso de sílex como inclusión.

En la Cueva de la Vaquera Soledad Estremera señala una cierta evolución de las técnicas de fabricación de la alfarería del yacimiento segoviano en cierto modo similar a las que ya hemos señalado. En la Fase I predomina la cocción reductora, seguida de la mixta y con una representación muy tímida de los nervios de cocción. Los desgrasantes son casi siempre de calibre fino-medio. Por su parte en la Fase II se diversifican las cocciones aunque sigue predominando la reductora. Las cocciones oxidantes y los nervios ganan algo de terreno merced a la disminución de las cocciones mixtas. Se generalizan los desgrasantes de calibre fino que dan lugar a pastas de aspecto más compactado y permiten la realización de buenos bruñidos externos. En la Fase III se mantienen las mismas características que en la fase previa si bien aumentan notablemente los nervios de cocción (Estremera Portela, 2003:91-97)

El estudio de las pastas cerámicas y las posibles áreas de captación de la materia prima señalan en todo caso a arcillas de tipo caolinítico –derivada de la alteración del granito- de origen local que podrían proceder del entorno inmediato de la cavidad (Estremera Portela, 2003:52)

Un elemento también de interés es la presencia en las cerámicas estudiadas por S. Estremera en La Vaquera –lamentablemente desconocemos qué cocción le correspondía a cada y de qué niveles proceden las piezas sometidas a análisis- de metacaolinita. Este compuesto se deriva del proceso químico de deshidroxilación de la caolinita, fenómeno que concurre por encima de 550°C lo que lleva a Estremera a concluir, acertadamente, que las cerámicas de La Vaquera se cocieron a temperaturas superiores a los 500 °C.

De nuevo estamos ante producciones locales realizadas en fuegos abiertos que señalan un proceso alfarero incipiente pero en este caso bien desarrollado. No hay evidencias de etapas de experimentación ni de cerámicas frustras, como las que hemos analizado en La Ventana o Verdelpino. Todo ello debe hacernos concluir que estamos ante un grupo que conoce bien los rudimentos de la técnica alfarera y que lleva un tiempo desarrollándola. El panorama es muy similar al detectado en Verona II así como en la mayor parte de los yacimientos que hemos analizado.

Una situación muy similar, donde predominan las cocciones reductoras, de pastas arenosas –en general compactadas- con desgrasantes finos-medios se advierte en La Nogalera, Torredelrábano, Olivar de Yeles, Los Vascos, Valdivia, La Paleta, etc.

No podemos obviar, de todos modos, la posibilidad de que algunos de los recipientes cerámicos, como han indicado algunos investigadores, no fueran realizados para ser empleados con una finalidad culinaria y por tanto sometidos al fuego (Gallart Martí, 1980) Este hecho podría ponerse en relación con una funcionalidad más que culinaria y utilitaria para los recipientes cerámicos neolíticos, algo que encaja muy bien con el valor simbólico que creemos advertir en los esquemas decorativos portados en algunos recipientes del Neolítico I.

4.3. Tipología cerámica

Dada la carencia de datos con la que comenzamos nuestro estudio –a penas había dos excavaciones sistemáticas publicadas: Vedelpino y los trabajos de A. Zamora en La Vaquera-, nos vimos obligados a construir una tipología genérica para explicar la seriación cerámica y acercarnos al establecimiento de paralelos.

Esta tipología se basaba, principalmente, en las tablas de formas manejadas en Andalucía y en el levante modificadas ligeramente para dar carta de naturaleza a los hallazgos de los dos yacimientos mencionados y a cuantos empezamos a sistematizar en el interior peninsular.

Desde el inicio de nuestro estudio fuimos conscientes de la necesidad de remozar esta tipología según avanzasen las investigaciones, motivo por el cual, en nuestro primer trabajo de síntesis, nos ceñimos a una escueta clasificación morfológica basada principalmente en perfiles dentro de cuatro grandes grupos (Jiménez Guijarro, 1997; 1999)

La excavación de los yacimientos de La Higuera y La Ventana, así como el estudio de los enclaves de Verona II y de La Paleta y la publicación reciente de la Memoria de La Vaquera (Estremera Portela, 2003: 62-105) nos permitieron modificar, mejorar y completar nuestras primeras aproximaciones tipológicas hasta acercarnos a una tipología que consideramos válida para la totalidad del territorio interior y seguramente también extrapolable a otras regiones. Esta experiencia nos ha servido también para darnos cuenta del valor que supone la construcción de tipologías regionales puesto que son éstas, a través del estudio de variación de los tipos y formas, las que primero denuncian la existencia de elementos comunes y de tipos peculiares que, en ocasiones, muestran una dispersión muy reducida. Este constreñimiento espacial bien pudiera ser una guía para establecer las áreas de influencia de los diferentes grupos culturales y sin duda parece estar señalando el proceso de creciente regionalización de los mismos. No

obstante, hemos advertido el valor que, a nivel cronológico, presentan ciertas formas cerámicas. Este es el caso de los tipos que hemos denominado 'evolucionados' y que parecen indicar un proceso de cambio en los repertorios cerámicos, aún partiendo de modelos ya presentes en las tablas tipológicas generales.

Los años destinados al estudio y manejo de materiales procedentes de numerosos yacimientos de cronología Calcolítica y de la Edad del Bronce del sector meseteño como la Cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia) o los yacimientos madrileños de Cobeña, Polvoranca o Las Yeseras, nos han permitido también hacernos una idea bastante nítida del proceso evolutivo seguido por los tipos cerámicos desde los orígenes del Neolítico hasta las etapas iniciales de la Edad del Bronce a través del tránsito del denominado Calcolítico. No en vano, una de nuestras más recientes aproximaciones al tema fue la confección de una lista tipo que permitiese una primera y rápida aproximación cronológica a un yacimiento arqueológico con una muestra importante –y estadísticamente significativa- de material cerámico.

Asociando pues todos los datos que antes señalamos, con especial importancia de las tablas tipológicas de Bernabeu (1989) y Estremera (2003) y atendiendo a las nuevos tipos observados, se ha confeccionado un cuadro de clasificación tipológica de cerámica (Fig.465) que debe ser entendida más como un elemento versátil y flexible de apoyo que como una inequívoca guía de clasificación. No entraremos aquí en la valoración de las tipologías, cuya utilidad es indudable, pero cuyo abuso ha propiciado en el pasado y aún propicia en el presente notables disgustos y desaguizados. Su valor empero, como útil de trabajo, es innegable.

La caracterización de los tipos ha sido establecida partiendo de la base de diferentes criterios morfológicos como son el dibujo del perfil del recipiente –hemiesférico, cuarto de esfera y ovoide; tipo de fondo: globular, globular aplanado, plano y cónico; delineación vertical de las paredes: invasadas, exvasadas o rectas; presencia de cuello o bordes indicados; y existencia de quiebras en la disposición vertical de las paredes –carenas-.

Las unidades tipométricas, verdaderos elementos delimitadores de los tipos (Bernabeu, 1989) a las que se ha atendido son las siguientes:

- **Diámetro de boca** (Db)
- **Diámetro máximo** (Dm)
- **Altura** (H)
- **Perfil geométrico** (Pg)

También se han tenido en cuenta las diferentes relaciones tipométricas proporcionales existentes entre estos atributos métricos de modo que se han diferenciado al menos dos índices:

Índice de abertura (IA), que resulta de la convención matemática $Db/Dm \cdot 100$. Gracias a este índice hemos diferenciado 3 tipos de recipientes:

- *Abiertos*. En los que $IA \geq 100$
- *Cerrados*. En los que IA se sitúa entre 99 y 60
- *Muy cerrados*. En los que $IA < 60$

Índice de Profundidad (IP), que resulta de la convención matemática $H/Dm \cdot 100$. El resultado nos informará acerca de las proporciones de los recipientes:

- *Muy Planos.* En los que IP es ≤ 30
- *Planos.* En los que el IP se sitúa entre 31 y 45
- *Poco profundos.* En los que el IP se sitúa entre 46 y 70
- *Profundos.* En los que el IP se sitúa entre 71 y 90
- *Muy profundos.* En los que el IP es siempre > 90

Teniendo en cuenta que en la mayor parte de los yacimientos los restos cerámicos corresponden a fragmentos que para su clasificación tipológica precisan de una reconstrucción y que además, en la práctica totalidad de las ocasiones estamos ante piezas derivadas de la esfera hemos recurrido a los conocimientos de la geometría plana del círculo y la geometría del espacio -en especial a lo referente a la geometría de la esfera- para tratar de establecer las líneas maestras de un método de reconstrucción de perfiles básicos y el cálculo de volúmenes de piezas completas y de perfil reconstruido.

En el primer caso se ha tratado de reconstruir el perfil del recipiente –cuando el tamaño era suficiente- del mismo modo que se aplica a la reconstrucción del diámetro de boca mediante el uso del compás y el perfilador –o la tabla de diámetros- suponiendo que en los casos aplicados la idea generatriz del recipiente fue la esfera.

De este modo, traspasando el objeto tridimensional objeto de estudio a una convención bidimensional, el fragmento que poseemos será una parte o arco de circunferencia de nuestra hipotética esfera original. Por ello, obtenido por el método antes indicado el radio de la circunferencia correspondiente a nuestro arco, podremos proceder a la reconstrucción hipotética de su perfil.

Este método nos permitirá, además, en la mayor parte de las ocasiones, conocer el valor del área correspondiente y en su caso el volumen que le corresponde. Este último dato es trascendente de cara a tener una aproximación del volumen contenido de los recipientes cerámicos neolíticos.

Para ello nos hemos referido específicamente al estudio del segmento esférico. Se denomina de este modo a la porción de esfera comprendida entre dos planos paralelos. De un modo resumido podemos decir que el segmento esférico es el nombre que los matemáticos ofrecen cuando tratamos de establecer el volumen de un casquete y una zona esférica. Así, el volumen de un casquete es el volumen de un segmento esférico de una base, mientras que el volumen de una zona esférica es el volumen de un segmento esférico de dos bases.

De este modo, los segmentos esféricos son figuras que tan sólo admiten el cálculo de su volumen (Fig. 475 a) Para ello, teniendo en cuenta lo señalado, obtenemos:

Volumen de segmento esférico de una base

$$\text{➤ } V_{1b} = \pi H^2 (R - H/3)$$

Volumen de segmento esférico de dos bases

$$\text{➤ } V_{2b} = \pi H^3/6 + \pi H/2 (r_1^2 + r_2^2)$$

Para los recipientes con fondo cónico hemos convenido la necesidad de recurrir a la fórmula del sector esférico, entendido este como la porción de esfera engendrada por un sector circular que gira alrededor de un diámetro que no le atraviesa (Fig.466 b) Este sector esférico viene definido por la formulación:

$$\text{➤ } V_{se} = 2/3 \pi R^2 H$$

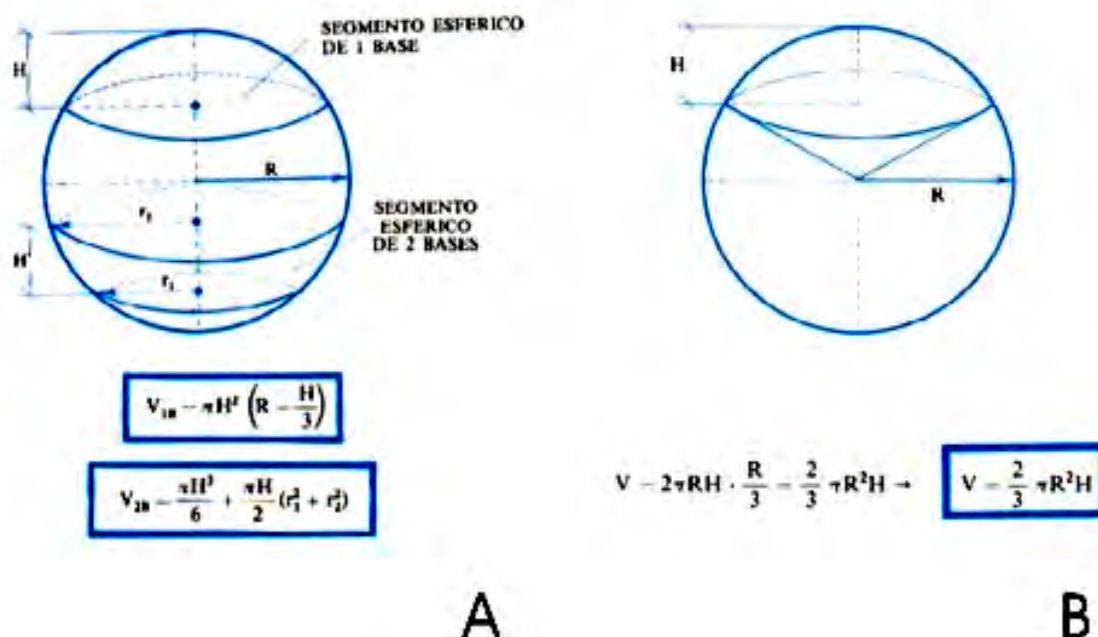


Fig.475.- Representación gráfica de las fórmulas de la geometría de la esfera.

Tras esta categorización hemos dividido el conjunto cerámico en dos grandes grupos: simples y compuestos.

En el primer grupo se incluyen todas aquellas piezas que presentan un solo volumen, y en el segundo aquellas otras en las que las inflexiones, ligeras o marcadas, ofrecen un cambio en la dirección del cuerpo.

Así, se han diferenciado, en un principio, nueve tipos que, en virtud de lo publicado por Estremera para el caso de La Vaquera (2003: 63 fig. 13), hemos decidido acomodar a ocho con la intención de proceder a una mejor comparativa.

Para la construcción de nuestra tabla tipológica hemos establecido la existencia de dos grandes bloques. El primero implica a los recipientes de forma simple, derivados de la esfera y la elipse y en cuyos perfiles no existe inflexión alguna. El segundo bloque se caracteriza por comprender a los recipientes complejos o mixtos en los que la base sigue siendo la esfera pero entran en juego inflexiones ligeras en el perfil de la pieza que darán lugar a la combinación de una esfera y un cilindro o una forma rectangular desde el punto de vista de la geometría plana.

Aquí deseamos hacer una llamada de atención acerca del uso de la tipometría, pues la clasificación de este tipo de recipientes y su inclusión en un apartado o en otro, no puede hacerse sólo por su perfil. El perfil es tan sólo una aproximación tipológica que ayuda a una primera colocación que debe ser siempre apoyada por la tipometría para considerarse satisfactoria.

Bloque 1-cuerpos simples

Se trata de recipientes elaborados mediante la concurrencia de una única forma geométrica básica –generalmente la esfera-. Hemos diferenciado dos grupos y 5 formas.

Grupo A (Fig. 476)

En un primer grupo aparecen los cuencos y escudillas. En los momentos finales del Neolítico II comparecerán las primeras fuentes y platos –definidos como recipientes muy poco profundos y de gran diámetro de boca cuya relación db/h es siempre mayor a 3-.

Es este el grupo tipológico más numeroso y el que mayor perduración presenta a lo largo de la secuencia prehistórica y protohistórica. Este hecho confiere a este tipo una notable imprecisión crono-cultural.

Dentro de este grupo hay una notable variedad de diámetros de boca y alturas que complican la diferenciación de cada uno de los tipos tomando como base los fragmentos recuperados. El criterio basado en la fórmula db/h tan sólo nos permite diferenciar elementos más o menos profundos, por lo que resulta más sencillo recurrir a otros elementos de diferenciación.

La primera diferencia existente estriba en la dirección del perfil superior del recipiente –borde recto, invasado y exvasado- y que nos permite señalar los tres primeros grupos tipológicos.

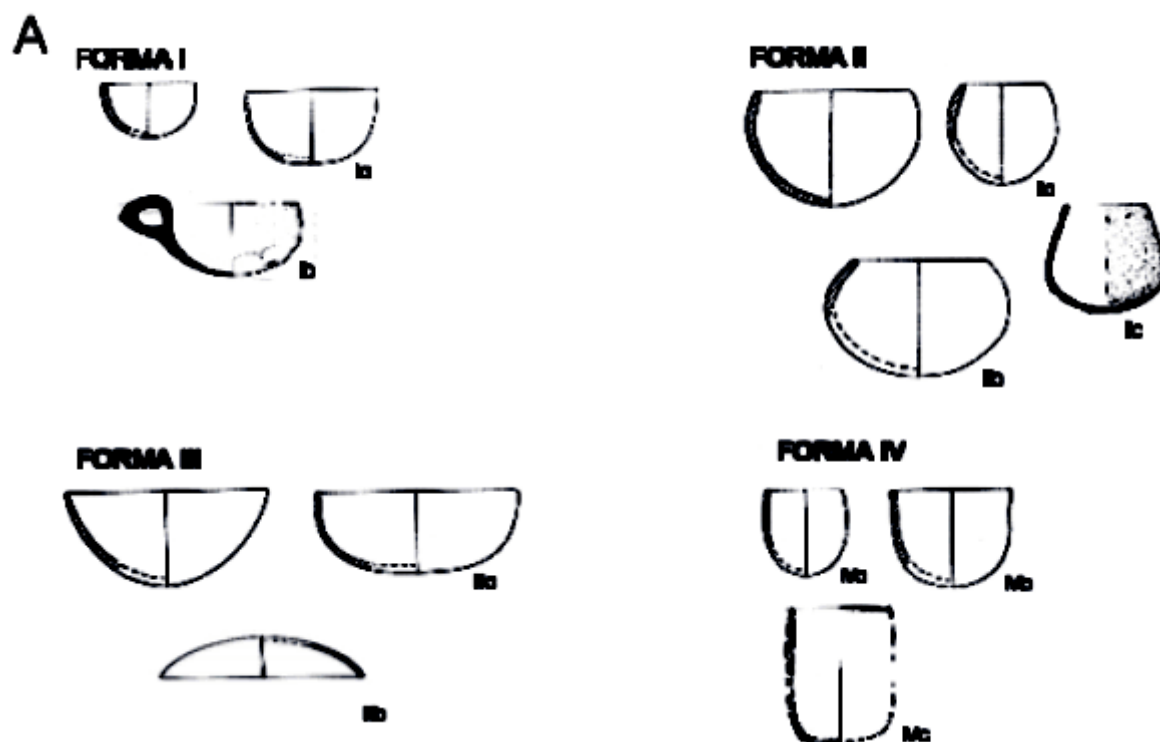


Fig.476.- Tipos cerámicos del Grupo A (Formas I, II, III y IV)

FORMA I

Define a los recipientes hemiesféricos con fondo globular. Presenta paredes rectas y en todos los casos se da la equivalencia $db=d_{max}$.

- **Subtipo Ia** -La forma genérica dará lugar, desde momentos avanzados del Neolítico II, a este subtipo en el que comparece la base plana o tendente al aplanamiento.
- **Subtipo Ib** -En los casos en los que este tipo de recipiente presente asas – una o más- hemos preferido definirlos dentro de este apartado ya que es posible que su función fuese diferente.
- **Subtipo Ic** –Incluye todas las formas evolucionadas y en especial las bases umbilicadas. Éstas tienen una representación casi nula en los contextos neolíticos, siendo muy abundantes, por el contrario, en los momentos de transición a la Edad de los Metales.

FORMA II

Define a los recipientes hemiesféricos de fondo globular y paredes invasadas. En todos los casos se da la equivalencia $db < d_{max}$. De nuevo es posible encontrar matizaciones en cuanto a la dimensión de la boca y a la profundidad. Las piezas con exagerada disminución del diámetro de boca pertenecen en todos los casos a las etapas avanzadas del Neolítico II.

Hacemos nuestra, al hilo de lo señalado, la notable e interesante diferenciación puesta de manifiesto en el estudio de la cerámica de La Vaquera por Estremera Portela (2003: 64) y diferenciamos varios subtipos:

- **Subtipo IIa** –cuenco profundo de paredes cerradas y fondo globular- uno de los más representativos del Neolítico.
- **Subtipo II b** –cuenco de paredes muy cerradas de modo que la diferencia entre el diámetro máximo y el diámetro de la boca es muy superior al observado en la forma II genérica. Esta forma se corresponde con la que generalmente ha sido denominada ‘globo de lámpara’ y que es, como hemos señalado, propia de momentos terminales de la secuencia.
- **Subtipo IIc** –Se trata de una evolución del subtipo II b en el que la boca es mucho más estrecha y la altura del recipiente (h) mayor. Suele ser habitual que este tipo de recipientes presenten series de perforaciones paralelas al borde, bien para sustentación o para la colocación de cierres de piel.
- **Subtipo IId** –Se trata del tipo general de formas evolucionadas, muy poco frecuentes en el Neolítico meseteño, con bases planas y en menor número de ocasiones umbilicadas. Son recipientes muy poco frecuentes en las secuencias neolíticas.

FORMA III

Esta forma define a los recipientes con morfología de casquete esférico con perfil exvasado y fondo globular. Como sucede en la Forma I, aquí también se da la igualdad $D_b = d_{max}$.

- **Subtipo III a** -Dentro de este tipo deben incluirse aquellos recipientes que aparentemente formarían parte del Tipo I pero que en realidad su tipometría les aleja de este apartado, esto es, su altura es siempre ligeramente inferior a la mitad del diámetro máximo. Este tipo de vasijas suelen relacionarse con el concepto de 'fuente' en el sentido de que son poco profundos y presentan un gran diámetro de boca. Normalmente presentan una base aplanada o tendente a plana.
- **Subtipo III b** - Es esta una variación peculiar del tipo de recipiente anterior y que en cierto modo podría haber sido diferenciado en un tipo nuevo. Se trata en todos los casos de tapaderas. La diferencia básica respecto al subtipo IIIa reside en el hecho de que en la mayor parte de los casos $D_b > h$. Es un tipo de recipiente identificado en contextos del neolítico levantino, habitual en el neolítico mediterráneo pero que, dado su notable parecido con el tipo anterior y en ocasiones la dificultad para diferenciarlo correctamente, ha pasado desapercibido siendo equivocada su adscripción. En contadas ocasiones hemos podido determinar la existencia de modificaciones en la cara interior del labio de los recipientes, a modo de resaltes, destinados a facilitar el engarce de la tapa y el recipiente matriz. También hemos detectado un tipo de rebajes en los labios de algunos recipientes de las Formas V y VII que verifican la concurrencia de tapaderas.
- **Subtipo III c** - En él se incluyen todos los tipos evolucionados de la forma genérica que no encuentran acomodo en las subdivisiones creadas, así como los recipientes con fondo umbilicado. E todos los casos denuncian etapas terminales del Neolítico cuando no ya la plena conformación del Calcolítico.

FORMA IV

En cierto modo esta forma no es más que una derivación del tipo I, sin embargo por sus características propias y el valor que presenta de cara a la caracterización crono-cultural es importante individualizarlo. Se trata de recipientes muy profundos con paredes rectas, sin inflexión, y fondo globular.

- **Subtipo IV a** -En él se incluyen los recipientes con perfil más o menos invasado.
- **Subtipo IV b** - Incluye a los recipientes con perfil ligeramente exvasado.
- **Subtipo IV c** -En este apartado se incluyen aquellos recipientes con base plana, sea la tendencia de su pared entrante o saliente, si bien es más habitual la representación de paredes rectas o ligeramente invasadas. Puede ser considerado un tipo evolucionado, muy habitual en contextos avanzados de la secuencia y sobre todo en los compases iniciales del Calcolítico.

Grupo B (Fig. 476)

En un segundo apartado aparecen los grandes recipientes de almacenamiento abiertos. Por norma general responden al criterio $db < d_{max}$, si bien se han documentado algunos recipientes en los que este criterio se iguala ($db = d_{max}$). También se trata siempre de recipientes profundos o muy profundos, con una altura siempre superior a $2db$. Se ha advertido la comparecencia de diferentes soluciones para sus bases. Estas suelen ser cónicas, aunque también abundan las globulares y en algunas ocasiones las bases aplanadas o planas que nos han permitido definir y establecer un novedoso grupo de recipientes a raíz del estudio del material de La Paleta.

Lo normal es que los recipientes de este grupo presenten siempre elementos de suspensión. Por norma general suelen ser asas acintadas, tuneliformes, o robustas orejetas, en ocasiones perforadas. Se trataba sin duda de recipientes inestables destinados a permanecer colgados o hincados en tierra, cuando no enterrados en ella. Tampoco podemos obviar la funcionalidad de las asas como soportes de cintas de cuero o de tejidos vegetales destinados a su transporte o porteo a la espalda. Suele ser común que concurren en ellos elementos decorativos y ornamentales externos.

La diferencia de fondos nos movió en un principio a diferenciar subtipos. Creíamos que a esta división se asociaba un criterio crono-evolutivo. Hoy en día no estamos convencidos de ello y la secuencia de La Vaquera, comparada con la de otros yacimientos meseteños y peninsulares nos parece mucho menos clara a este respecto de lo que señaló S. Estremera (2003). Por ello hemos optado por la diferenciación de dos subtipos a nivel tipológico pero sin dotarlos de un valor diferencial en los cálculos estadísticos, donde sólo señalamos el valor del grupo genérico.

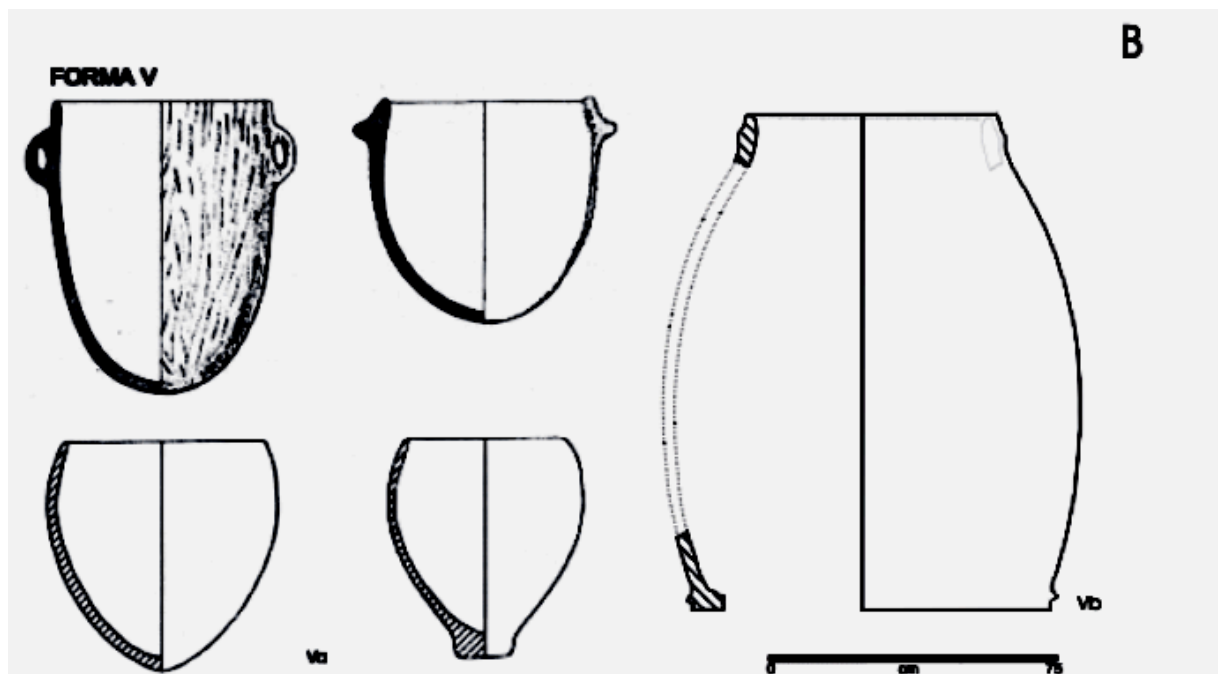


Fig.477.- Tipos cerámicos del Grupo B (Forma V)

Diferenciamos, así, una forma genérica y dos subtipos:

FORMA V

Define a aquellos recipientes, generalmente ovoides, con fondo cónico, globular o aplanado y paredes invasadas o muy invasadas y, en muy contadas ocasiones, rectas. Como señalamos, diferenciamos un tipo genérico con base globular que es el mejor representado en todos los yacimientos y un subtipo según lo observado en el yacimiento de La Paleta.

- o **Subtipo V a** – Incluye a los recipientes de la forma genérica con base cónica. Esta tendencia cónica puede ser más o menos acusada sin que de momento existan elementos de juicio para emitir valoraciones cronológicas o culturales. A veces la base puede ser cónica pero reforzada y macizada aparentando tratarse de una base plana de reducido tamaño.

- o **Subtipo V b** – Incluye a un tipo específico de recipiente identificado por vez primera en el neolítico hispano en el yacimiento toledano de La Paleta. Es un tipo de recipiente de almacenamiento que encuentra su paralelo en las grandes vasijas-silo (que pudieran ser enterradas o no) documentadas en numerosos yacimientos del Próximo Oriente y Mediterráneo Oriental, especialmente del Valle del Jordán (Abu Hamid, Pella, Beisan, Ghassul y Meseta del Golan). Se caracterizan por su tamaño, generalmente con alturas que superan con creces el metro y con diámetros cercanos a un metro. Están elaborados con pastas formadas de un modo similar al adobe –sin duda con una clara intencionalidad aislante- y que en los casos controlados se caracteriza no solo por el elevado y casi exclusivo uso de la materia vegetal como desgrasante, sino, sobre todo, por tratarse éstos desgrasantes de restos diversos de cereales (espiguillas, glumelas y semillas de cereal). En todos los casos presentan bases planas con una característica rebaba lateral exterior que indica que fueron confeccionados directamente sobre el lugar en el que fueron depositados. Los grosores de pared suelen ajustarse al rango de 50-100 mm, siendo perfectamente observables, macroscópicamente, los restos vegetales y sus improntas. Normalmente son recipientes fabricados en barro crudo, sin cocer, si bien muchos de ellos presentan evidencias de la acción del fuego, seguramente relacionada con una intención higiénica para preservar el contenido. Todos los ejemplares controlados presentan unas decoraciones similares (el ejemplar incluido en nuestra tabla ha sido dibujado sólo en su silueta, atendiendo a la morfología del tipo exclusivamente) caracterizadas por presentar en su superficie exterior numerosos cordones decorados con impresiones digitales. Estos cordones forman motivos ornamentales ordenados consistentes en guirnaldas y bandas. En todos los casos se aprecia el empleo de un barniz exterior de almagra, en ocasiones potente y muy vivo que dota a los recipientes de un llamativo color rojo.

BLOQUE 2- CUERPOS COMPUESTOS

Comparecen aquí todos aquellos recipientes en cuya superficie se conjuga la presencia de al menos dos formas geométricas básicas, siendo una de ellas la esfera. La complicación máxima se representa en forma de garrafas en el momento más antiguo de la secuencia –suma de un elemento cuadrangular o rectangular al tercio superior de una esfera- y las formas carenadas en los momentos finales de la secuencia (Neolítico II), donde se rompe, de forma violenta, el perfil de la pieza.

Hemos diferenciado dos grupos y tres formas dentro de este bloque.

Grupo C (Fig. 478)

En este grupo comparecen las formas globulares, derivadas por lo común de las formas I, II y IV, pero en las que la peculiaridad tipológica estriba en la existencia de un reborde, a veces meramente insinuado, que rompe el desarrollo del perfil del recipiente de un modo somero –Forma VI– o destacado –Forma VII–. En geometría plana se aplicaría a la asociación de un cuerpo rectangular o cuadrangular al tercio superior de una esfera.

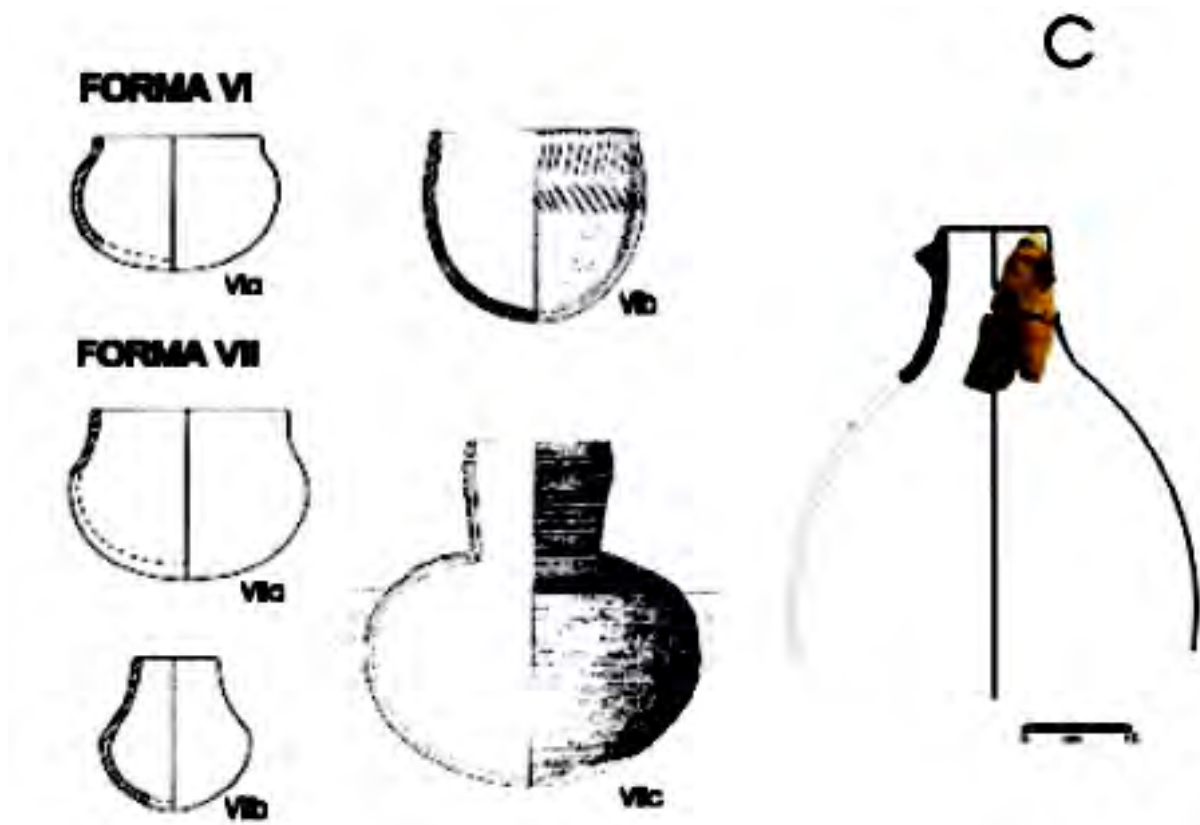


Fig.478.- Tipos cerámicos del Grupo C (Formas VI y VII)

Diferenciamos dentro de este grupo dos formas.

FORMA VI

Define a los recipientes de cuerpo hemisféricos, fondo globular y perfil de tendencia invasada en los que el diámetro máximo suele coincidir con la mitad del recipiente y nunca con la boca. Ofrece como particularidad especial un borde indicado recto o ligeramente exvasado pero que no representa nunca un cuello. En los dos subtipos diferenciados siempre se cumple que $db \geq h$. La única diferencia entre ambos subtipos será de morfología externa. Los hemos diferenciado ante la posibilidad de que cada uno pudiese haber contado con una funcionalidad diferente.

A la vista de la tipología realizada por Estremera nos planteamos la posibilidad de incluir una forma VI a similar a la suya, pero después de realizar un análisis exhaustivo hemos preferido no hacerlo ya que seguimos siendo de la opinión de que ese subtipo encaja más dentro de los recipientes con cuello, esto es, aquellos que Estremera y nosotros definimos como de la Forma VII, aún cuando queda claro que este subtipo pudo ser una forma híbrida entre la forma VI y VII.

- **Subtipo VI a** – Derivada de la forma de ‘globo de lámpara’ propia de los recipientes de la Forma II. La diferencia estriba, siempre, en la presencia de la suave torsión del borde en su tramo final y el estrangulamiento ligero que ello provoca.
- **Subtipo VI b** – Derivada, formalmente, del subtipo IV a, como en el caso anterior la diferencia estriba en la presencia del estrangulamiento del tramo final del borde.
- **Subtipo IV c** – Reservada para aquellos recipientes con bases aplanadas y planas, si bien este subtipo es muy poco frecuente en contextos neolíticos. Denuncia en todos los casos la comparecencia de tipos evolucionados y cronologías próximas a la transición del Neolítico a la Edad de los Metales.

FORMA VII

Esta forma, una de las más características del Neolítico de la Península Ibérica, define a los recipientes de perfil globular con cuello estrecho y más o menos desarrollado pero siempre individualizado del cuerpo del recipiente a modo de gollete-. Puede ser de tamaño pequeño a modo de botellita o de mayor tamaño dentro de la morfología de las garrafas. En esto disentimos respecto a la tipología de La Vaquera y siguiendo lo que propusimos en el primer estudio de conjunto sobre las cerámicas neolíticas de la Meseta (Jiménez Guijarro, 1997; 1999) preferimos individualizar en este tipo a las botellas y todos los recipientes con cuello netamente diferenciado, independientemente del tamaño del recipiente. De otro modo sería arbitrario e injusto introducir aquí un criterio de dimensión total del recipiente que no es aplicado al resto de los tipos y que daría lugar a equívoco.

Las bases de estos recipientes suelen ser en todos los casos globulares pero existen algunos ejemplares –como alguno de La Galería del Sílex- con bases cónicas y casi nunca con bases aplanadas.

Por otra parte estamos convencidos de que el criterio dimensional se refiere en todo caso a la funcionalidad del recipiente y no al tipo. Así, podemos rastrear diferentes funciones asociadas a distintos tamaños de una misma forma del tipo. Este no cambia puesto que es inherente al grupo cultural –he ahí su verdadero valor como definidor- sino que el cambio es la función desarrollada por el recipiente en cuestión dentro del mismo grupo. Vista una comparación actualista y algo grotesca, sería como diferenciar por el tamaño entre una furgoneta y un turismo. Ambos pertenecen a la clase de vehículos a motor, ambos pueden ser empleados por un mismo grupo humano. La única diferencia es la función a la que se destinan: conducir personas o mercancías.

Desde el punto de vista de la geometría se trata de la combinación de dos elementos diferentes, una esfera en la parte inferior y un cubo en la superior. Consideramos que esta combinación y la creación de este tipo responde a un criterio funcional relacionado con la contención de elementos específicos que precisan de la existencia de un estrechamiento en la parte próxima a la boca. Este estrechamiento cumpliría una función similar a la de los cuellos de botella destinados a la creación de una cámara de aire, profiláctica y conservadora, entre el cierre del recipiente y el contenido.

Sí podemos diferenciar, con criterios tipométricos, al menos tres subtipos:

- **Subtipo VII a** – Incluye aquellos recipientes de la forma genérica en los que se cumple la fórmula $db \geq h$.
- **Subtipo VII b** – Dentro de él se encuentran los recipientes de la forma genérica en los que se cumple la fórmula $h \geq 2db$
- **Subtipo VII c** – Aquí encajan las formas clásicas de garrafa caracterizadas por un cuerpo masivo globular y un cuello recto, cilíndrico y estrecho. En ellos se cumple siempre la fórmula $d_{max} \geq 2db$

Grupo D (Fig. 479)

En este grupo comparecen los recipientes de almacenamiento y grandes dimensiones que por norma general presentan un perfil piriforme con gran cuerpo globular y boca estrecha. Por norma general suelen presentar bases globulares y en menor medida aplanadas o cónicas. Suelen estar asociadas siempre a la presencia de asas o elementos de suspensión. Este tipo de recipientes son una suerte de solución intermedia entre las formas V y VII, y tenemos el convencimiento de que su morfología estuvo relacionada con el contenido y su diferenciación es por tanto funcional. Diferenciamos una única forma.



Fig.479.- Tipo cerámico del Grupo D (Forma VIII)

FORMA VIII

Define a los recipientes de perfil ovoide, paredes muy invasadas y fondo convexo que se caracterizan por su gran tamaño y el estrechamiento acusado de su boca. Siempre presentan el d_{max} en el tercio inferior del cuerpo del recipiente, y ese diámetro, habitualmente responde a la fórmula $3db$. Presentan cuello estrecho y alargado que, a diferencia del tipo anterior no muestra una inflexión neta en el desarrollo del cuerpo del recipiente. Aquí el cuello no es más que una prolongación de las paredes del recipiente. Presentan no obstante un cambio de dirección de su perfil en torno al sector medio del recipiente justo donde comparece el diámetro máximo del mismo.

4.3.1. Tipo, forma y función

Han sido numerosos, y en general vanos, los intentos por establecer una aproximación al establecimiento de una unidad de criterio que permita asociar los diferentes tipos y formas cerámicas con un pretendido uso.

La mayor parte de los investigadores parecen haber adoptado por unanimidad una postura coherente asociada a la dificultad intrínseca de establecer esta relación, si bien es cierto que empiezan a proliferar algunos estudios referentes al análisis traceológico y químico, generalmente a través de la identificación de fitolitos y análisis de contenidos (Jua-Tresserras *et alii*, 1999; Martín *et alii*, 2005:181) para acercarse al conocimiento de los elementos que contuvieron algunos recipientes. Sin duda será esta una línea de investigación novedosa, siempre y cuando, durante la prehistoria existiese un carácter simple para el uso de las cerámicas, como por ejemplo almacenar leche, o salazones o trigos. No puede dejar de notarse que las evidencias etnográficas parecen, por norma general, señalar usos múltiples para la mayor parte de los recipientes. No obstante, está muy claro que este tipo de análisis serán mucho más fecundos cuando se realicen sobre aquellos tipos de recipientes que por su morfología, sus dimensiones o por su ubicación en el enclave indiquen funcionalidades específicas; nos referimos a los recipientes de almacenamiento.

Nosotros estamos convencidos de que hay una línea de investigación interesante y que ha sido objeto de poca atención. Nos referimos a la identificación del número de recipientes tipo o formas más abundante en los diferentes conjuntos de yacimientos. Esta línea de trabajo podría permitirnos una aproximación no hacia los contenidos de estos recipientes, sino al papel que algunos de ellos pudieron jugar en el contexto cultural y social en el que fueron desarrollados. Podríamos alcanzar interesantes conclusiones del estudio de los grandes recipientes presentes en los poblados de 'fosas' u hoyas, o de aquellas formas de garrafa tan habitualmente asociadas a contextos funerarios –y que pudieran tener un valor específico no sólo en el contenido, sino sobre todo en su relación estrecha entre simbología y forma-. En este último caso no podemos dejar de pasar inadvertido el hecho de que las formas de garrafa son habitualmente las que presentan representaciones antropomorfas –caso de la garrafa de La Paleta- o con representaciones de oculados –casos andaluces de la Cueva del Muerto de Carcabuey y Cueva los Murciélagos de Zuheros- (Navarrete *et alii*, 1991; Gavilán y Vera, 1993), o el caso del recipiente conocido como 'Venus de Gavá' (Bosch y Estrada, 1994) En cierto modo la forma de la garrafa es un recordatorio notable, y una trasposición clara, de la imagen humana, especialmente de la imagen femenina, con un vientre abultado y un cuello alargado. Los restos recuperados el yacimiento de La Paleta nos han permitido profundizar aún más en este conocimiento y afianzarlo. Aquí, la forma de garrafa decorada con una figuración antropomorfa, se asocia a un recipiente formado por una pasta arcillosa similar al adobe en la que el contenido de materia vegetal, y especialmente de restos de cereal es notable. Este recipiente, que comparte la misma tecnología de elaboración que aquellos otros –que hemos denominado grandes recipientes- que conforman la antes definida forma Vb, presenta empero un tamaño menor.

A modo de hipótesis, basándonos en los paralelos del Próximo Oriente, hemos deducido una funcionalidad como vasija de almacenaje para estos grandes recipientes de la forma Vb. Su destino sería almacenar el cereal. Su elaboración con pastas de adobe, gruesas, indica una clara intencionalidad conservadora; se emplea este material para preservar el contenido aislándolo del exterior, estuviesen o no enterrados los recipientes. A nuestro entender el uso de los restos desechados de la cosecha –seguramente tras la rudimentaria trilla- no sólo se encontraría ligado a un uso oportunista, sino sobre todo a la creación de una imagen simbólica, que estableciese la relación entre la cosecha obtenida y la conservada. Esta suerte de acto propiciatorio, muy vinculado al sistema de creencias ancestrales de los primeros productores, estaría procurando asegurar, no sólo

física y naturalmente el contenido de los recipientes almacén, sino sobre todo se destinaría a poner en funcionamiento, también, una suerte de preservación sobrenatural en la que intervendrían aquellas fuerzas no controlables por el ser humano. Es pues esta una evidencia de la concepción de la deidad asociada a un elemento tan peculiar como novedoso como es la cerámica. En cierto modo podemos relacionar esta concepción con la figura clásica de la diosa romana de la recolección, Ops. En definitiva se trata de la representación de un concepto mucho más antiguo, quizás de origen neolítico, en el que la Tierra, como mujer, se presenta con numerosos atributos de las diosas de la fertilidad. La cornucopia que aparece, junto a la serpiente, en la representación de Ceres tiene sus orígenes en representaciones diversas de las que la Venus de Laussel. Quizás debieran ponerse también en relación con esta significación las numerosas representaciones de serpentiformes que aparecen sobre los recipientes cerámicos (a modo de cordones de escaso resalte), como en el caso del recipiente antropomorfo de La Paleta, o en los paneles decorados del arte esquemático.

Ahora bien, podemos ir, con los datos del yacimiento toledano de La Paleta, un paso más allá, pues el recipiente de menor tamaño, elaborado con una técnica similar, pero dotado de una morfología diferente, en forma de garrafa, y que además representa una clara antropomorfización, sería una suerte de símbolo de la divinidad, relacionado, qué duda cabe, con ese mundo simbólico-religioso que, desde el Neolítico comienza a configurarse. Una de las primeras de las sociedades productoras de la Península Ibérica; una suerte de diosa madre protectora cuyo destino pudo ser conservar un material similar al de los grandes recipientes –el cereal- pero dotado de un valor específico que implicaba la necesaria definición de un nivel de protección sobrenatural. Este recipiente estaría destinado a la conservación de la simiente que debería asegurar la producción del año siguiente. Este recipiente debía ser protegido a toda costa por medios naturales y sobrenaturales, pues no en vano de él dependía la reproducción del grupo social.

Puede que esta nueva vía de interpretación, junto a los cada vez más abundantes materiales conocidos nos pueda servir de antesala al conocimiento de un elemento tan peculiar como fue la cosmogonía religiosa de unos pueblos en los que el vínculo entre lo cotidiano y lo divino, entre lo funcional y lo mágico parece ser más estrecho de lo que en un principio se suele pensar.

Sin duda la cerámica debió de ser un invento funcional, de eso no nos cabe duda alguna. El hecho de transformar la arcilla en un recipiente apto para contener, conservar y preparar determinados alimentos debió de ser uno de los principales avances técnicos de la humanidad. No dudamos pues de que la primera función asociada a un recipiente cerámico fuese la de servir a estos fines. Ahora bien, la cerámica, como cualquier otro elemento material destacado dentro del ámbito cultural debió de estar dotada, desde sus orígenes, de un elevado valor social y económico. Por ello la cerámica debió de entrar a formar parte de los ajueres funerarios en un momento incipiente de su desarrollo, costumbre que acompañará al ser humano casi hasta la actualidad, pero sobre todo a lo largo de toda la prehistoria reciente.

Atendiendo a este criterio consideramos que sería posible, siendo capaces de individualizar claramente contextos funerarios y habitacionales, llegar a analizar formal y estadísticamente la representación de las diversas formas cerámicas –y quizás también sus decoraciones- presentes en cada uno de estos contextos. Mayor era nuestro interés cuando advertimos, en la zona de ‘control’ de estudio que habíamos elegido –la Comunidad de Madrid- la existencia de dos aparentes desarrollos neolíticos diferenciados, uno localizado en las llanuras fluviales y otro en cuevas y abrigos. Como hemos tenido oportunidad de señalar ya las posibilidades de explicación a este fenómeno, podían ser bien de diferenciación cultural o bien de diferenciación funcional.

Ampliado el estudio realizado en la Comunidad de Madrid a toda la Meseta llegamos a la conclusión de que era posible que determinadas y muy concretas formas de los recipientes neolíticos hubiesen estado dotados de cierto valor simbólico y práctico –bien por su forma en sí o por su contenido, o bien por su capacidad funcional- que podía ponerse en relación con funcionalidades concretas a la luz de los registros arqueológicos.

El caso más destacado es el de nuestra forma VII, que es la de mayor representación en contextos funerarios como la Cueva de la Ventana, la Cueva de la Higuera, Valdivia o La Lámpara y que, además, es la forma que se copia de forma burda y no funcional en algunos contextos tumulares colectivos, como el de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)

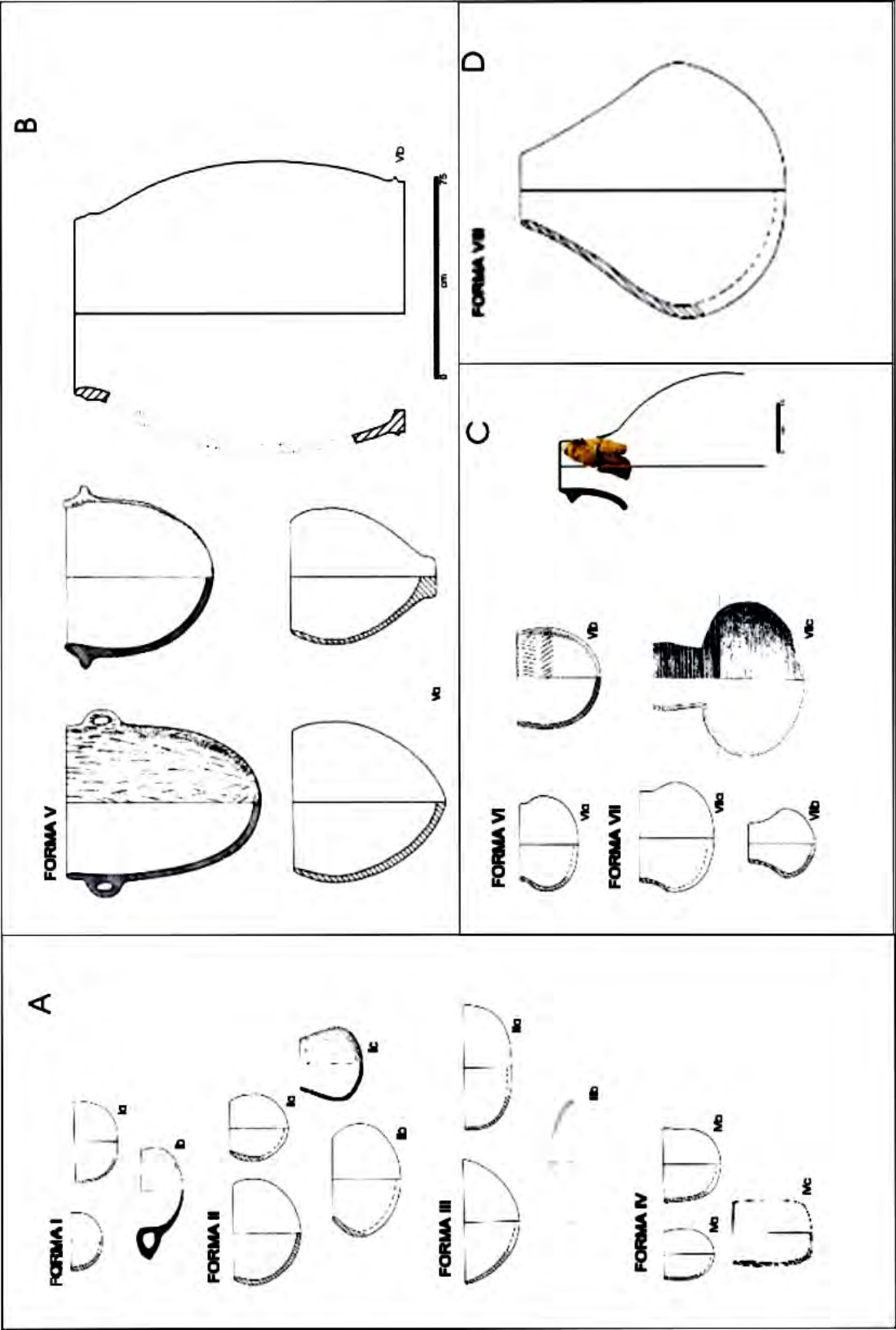


Fig.480.- Tabla tipológica de la cerámica neolítica de la Meseta

4.4. Técnicas decorativas

Hemos elegido, quizás de forma arbitraria, dos espacios diferentes para tratar de dos temas que se encuentran, no obstante, profundamente ligados entre sí, como son las técnicas y los esquemas decorativos.

En cierto modo otros autores se han tenido que enfrentar a dilemas similares adoptando, no obstante, soluciones diversas. En la publicación de la Cueva de la Vaquera se tratan ambos temas de forma duplicada. por un lado las técnicas y por otro las técnicas de ejecución de las decoraciones y los motivos decorativos en cuanto diseños (Estremera Portela, 2003: 79) La solución adoptada por Soledad Estremera nos ha sido de gran utilidad a la hora de abordar nuestra sistematización. En nuestro trabajo hemos optado por tratar la temática técnica referente a las decoraciones dentro del apartado correspondiente al catálogo de yacimientos (Capítulo VI) en el que se han abordado las diversas interpretaciones referentes a la importancia –ficticia o real- de los diferentes tipos de técnicas que concurrían en cada caso analizado.

El trabajo de síntesis sobre el poder determinante, a nivel simbólico y cultural, de los esquemas decorativos cerámicos nos ha llevado a separar ambos apartados en capítulos diferentes. Si las técnicas se trataron en tablas y estadígrafos simples en cada uno de los casos en los que resultaba significativo su cómputo, en este capítulo se abordan cada una de las técnicas empleadas para la ejecución de las diferentes decoraciones. En el capítulo dedicado al estudio general de los datos se acometerá el análisis de los esquemas decorativos como indicadores de diferentes ‘regiones’ culturales.

Una importante novedad es el descubrimiento de un Horizonte neolítico de cerámicas con decoraciones cardiales, ya entrevisto por algunos autores (Villa y Rojas, 1996) y que toma carta de naturaleza a raíz del estudio de los materiales del yacimiento madrileño de Verona II y, sobre todo, de la excavación y estudio del yacimiento toledano de La Paleta.

El primer obstáculo para definir este horizonte, debido a la carga crítica que despierta la discusión dual –normativista- y la autoctonista, consistió en que estos hallazgos fuesen tomados en consideración. Antes de publicar las primeras cerámicas cardiales del yacimiento de Verona II en el al III Congreso de Neolítico Peninsular, celebrado en Santander (Jiménez Guijarro, 2005), solicitamos la colaboración de algunos colegas para la identificación inequívoca de estas cerámicas. Sus opiniones y certeza que ofrecía la localización en una zona muy concreta de la cuenca del Tajo de un nutrido conjunto de yacimientos con cerámicas cardiales y cardialoides, nos animaron a profundizar en esta tarea. Las evidencias descubiertas en La Paleta, por su número y su asociación a fechas radiocarbónicas bastante antiguas, apuntaban la necesidad de definir este complejo cardial y cardialoide de la Meseta.

Para ello abordamos en primer lugar la identificación de las cerámicas de técnica decorativa cardial, con un exhaustivo trabajo de experimentación. Puede considerarse desigual el tratamiento dado a esta técnica respecto a otras no menos importantes y características de la Meseta como son la de boquique o los acanalados. Añadiremos algunos apuntes breves conscientes como somos de trabajos de valor desarrollados por A. Alday (Alday, 2003; Alday et alii, e.p.) Del estudio de estas otras técnicas saldrán notables trabajos que exceden esta obra, aunque es un camino que dejamos abierto para futuros trabajos.

El análisis de los esquemas decorativos se abordará en el capítulo destinado al estudio de conjunto de los datos, previos a las conclusiones de la obra. Es en ese apartado se aborda este tema clave para definir el proceso de neolitización y sus posibles vías de relación e influencia.

4.4.1 Caracterización de las cerámicas impresas cardiales y pseudocardiales de la Meseta

La localización en los últimos años, en el contexto meseteño de la cuenca del Tajo, de un cada vez más creciente número de restos cerámicos decorados con esquemas impresos realizados, bien mediante el empleo de conchas o imitando su impronta llevó a plantearnos la necesidad de una experimentación destinada a definir, con la mayor precisión posible, los diferentes elementos empleados para conseguir estos esquemas decorativos (Jiménez Gujarro y Rojas Rodríguez-Malo, e.p.)

La importancia que tiene, por su dimensión cronológica y cultural, la cerámica cardinal es evidente. Su presencia, caracterizada por la impresión de conchas –generalmente de *cardium edule*– sobre la pasta fresca de los recipientes cerámicos, ha sido, durante décadas, garantía de que nos encontrábamos ante el primer neolítico de la Península Ibérica. La abundancia de este tipo de cerámicas en los contextos neolíticos de la fachada mediterránea, especialmente en yacimientos costeros o próximos a la banda litoral levantina, permitieron que arraigase la creencia, hoy mayoritariamente mantenida, de un primer neolítico de procedencia alóctona y claro componente marítimo representado por bellos y barrocos recipientes decorados con la impresión de aquellas conchas aplicadas de formas variadas.

El avance notable de la investigación evidenció que estos esquemas impresos no eran desconocidos en otros contextos, como la cuenca media y alta del Ebro (Baldellou y Castán, 1983) o las costas y el prelitoral de la fachada Atlántica de la Península Ibérica (Guilaine y Vega Ferreira, 1970; Guilaine, 1976; Zilhão, 1992)

Más de dos décadas después se hicieron notar los hallazgos de cerámicas cardiales en contextos del interior, concretamente del área de influencia del Tajo (Villa y Rojas, 1996), dentro de la generalización de hallazgos de cerámicas cardiales a lo largo y ancho del solar peninsular, pero siempre manteniendo, con la excepción hecha de los hallazgos toledanos, una distribución ligada a las costas.

Las noticias presentadas en el I Congreso de Neolítico Peninsular sobre el yacimiento de Mesegar de Tajo (Toledo) tuvieron escaso impacto bibliográfico, quizás debido a la modestia inicial del enclave (Villa y Rojas, 1996: 708). Algo similar debe señalarse para otras cerámicas cuyas decoraciones no realizadas mediante la aplicación de un extremo de concha dentada pero que mantenían esquemas decorativos inscribibles en 'lo cardinal' que aparecían en Madrid y Guadalajara (Jiménez Gujarro, 1998)

Años después, procedentes de contextos excavados metódicamente, aparecieron nuevos materiales, también en la cuenca del Tajo (Jiménez Gujarro, 2005: 908, fig.4) procedentes del yacimiento madrileño de Verona II, así como alguna vaga mención a esquemas cardiales en la Cueva del Conejar (Cáceres), donde la publicación de un dibujo de mala calidad impedía pronunciarse al respecto (Cerrillo, 1999). Sobre los materiales de Verona II se ofreció una breve noticia en el III Congreso de Neolítico Peninsular (Jiménez Gujarro, 2003) donde se aportó documentación fotográfica más esclarecedora que un simple y a menudo subjetivo dibujo.

La reciente localización del yacimiento de La Paleta (Numancia de la Sagra, Toledo) y su metódica excavación han aportado gran número de fragmentos cerámicos decorados con esquemas cardiales y pseudo-cardiales, realizados tanto con conchas como con matrices que simulan a éstas y que plantearon la necesidad de experimentar con los diferentes elementos empleados por los primeros grupos neolíticos de la Meseta para conocer mejor los esquemas decorativos de en las cerámicas cardiales (Apéndice I)

Resulta difícil una propuesta experimental como ésta sin unos presupuestos interpretativos bien determinados y sin una valoración completa de los resultados dentro

de los contextos culturales estudiados. La interpretación y valoración de los resultados se tratará en el apartado de las conclusiones, pero hay que señalar que esta experimentación, realizada sobre un conjunto arqueológico contextualizado en la Meseta deberá ser extrapolado más allá de estas fronteras espaciales para ser aplicado a todos aquellos yacimientos en los que aparezcan cerámicas decoradas con esquemas cardiales.

4.4.2. Otras decoraciones: impresiones, incisiones, acanalados y decoración plástica

En el resto de las decoraciones advertimos la concurrencia de un conjunto ciertamente reducido de aplicaciones que darán en ocasiones lugar a aplicaciones diversas de una riqueza notable. En contra de lo que han señalado algunos investigadores (González Cordero y Cerrillo Cuenca, 2003), dentro de la cierta heterogeneidad –que identifican como huella de individualidad - de los materiales y decoraciones propias del neolítico hispano, y más concretamente del neolítico meseteño, encontramos un trasfondo de homogeneidad que nos permite relacionar las producciones de muy diversos yacimientos de la Península Ibérica, hecho minimizado por dichos autores. Al observar conjuntos muy reducidos de datos y analizar un reducido elenco de materiales, sus tesis se han fundamentado en un único espacio regional, a menudo una provincia, o aún un único enclave (Cerrillo Cuenca, 2004). La fiabilidad de este tipo de estudios es muy reducida, si bien ofrecen nuevos datos que permiten, bajo la perspectiva de enfoques científicos holistas, analizar una realidad mucho más amplia.

Abordaremos el estudio de las decoraciones no cardiales siguiendo a Gilman (1976: 168) y a Jodin (1958-1959) y atendiendo a los fragmentos decorados como porciones de configuraciones estilísticas completas, aún a pesar de la parcialidad que los registros incompletos debido a procesos postdeposicionales. Las configuraciones estilísticas de la Meseta, distintas de las de la fachada levantina en la que se han recuperado recipientes decorados completos. No obstante, hay que sacar el máximo partido a estos elementos que poseemos hasta que surjan nuevos hallazgos.

La producción vascular decorada del neolítico meseteño se caracteriza por decoraciones de tres tipos: impresas, inciso/acanaladas y plásticas.

La aparición, solitaria o combinada, de estas decoraciones da lugar a las representaciones decorativas del periodo neolítico que reflejan ciertas variaciones cronológicas que determinan la preponderancia de determinadas técnicas decorativas, pero también de los esquemas estilísticos propios de las dos fases del Neolítico que hemos diferenciado. Así, el Neolítico I se caracteriza por la preponderancia de cerámicas impresas y de conjuntos cerámicos que combinan impresiones y decoraciones plásticas. El Neolítico II se caracteriza por la generalización de las cerámicas acanaladas, en ocasiones con esquemas muy particulares de la Meseta. Paulatinamente, las decoraciones abandonan las superficies de los recipientes para caracterizar, en las etapas terminales del Neolítico, una producción vascular predominantemente lisa. Ya en la Edad de los Metales, cuando comparezca de nuevo la decoración, lo hará como emulación de un substrato cada vez más lejano, o concurriendo a decoraciones estandarizadas que acompañan a recipientes dotados de un valor simbólico y social destacado como es el caso del vaso campaniforme.

El estudio de los registros arqueológicos de la Meseta permite advertir ciertas peculiaridades de las subfases que atendiendo a criterios materiales hemos diferenciado en la secuencia del proceso de neolitización de la Meseta.

En el Neolítico IA destaca la decoración impresa realizada directamente sobre las superficies de los recipientes o sobre cordones aplicados. Entre estas impresiones aparece un reducido conjunto de decoraciones cardiales que denuncian su vínculo directo

con el primer neolítico de la Península Ibérica, con el que coinciden, además, en cronología.

En el Neolítico IB se rarifican hasta la desaparición total las decoraciones cardiales y junto a una predominante presencia de cerámicas impresas se generalizan las decoraciones con esquemas acanalados, generalmente asociados a los impresos y plásticos formando motivos barrocos abigarrados sobre los cuerpos de los recipientes.

En el Neolítico IIA la decoración ofrece esquemas acanalados y en menor medida incisos que aparecen acompañados, de forma minoritaria ya, por algunas decoraciones impresas que rara vez comparecen aisladas y que cuando lo hacen es en forma de una sucesión reiterativa de impresiones, mal denominadas boquique, o de verdadero boquique, consistente en una incisión ancha en la que se inscriben punciones impresas. Las cerámicas decoradas van perdiendo espacio frente a las producciones lisas que, en momentos avanzados de esta subfase, se convierten en predominantes.

En el Neolítico IIB las cerámicas decoradas cumplen un papel meramente testimonial. Su porcentaje se reduce al tiempo que se generaliza el surgimiento de tipos evolucionados y nuevos tipos cerámicos que acompañan a cambios en la esfera social, económica y simbólico-religiosa. El auge de la economía ganadera o las primeras experimentaciones con el metal, amén de la multiplicación de contactos y la creciente complejidad social no serán elementos ajenos a esta disminución de los elementos decorados. **El mensaje portado por las cerámicas decoradas del primer neolítico ha perdido su significado**, seguramente como reflejo de un cambio en la concepción del mundo por parte de las tribus de la Meseta.

Respeto a la cuestión técnica no podemos añadir mucho. Atendiendo a las impresiones podemos señalar que pueden ser empleados múltiples elementos para conseguir la ejecución técnica de una impresión. No obstante, y atendiendo a la variedad y diversidad de improntas que hemos localizado en nuestro estudio, parece existir una clara similitud en la presencia de los estigmas de impresión localizados no ya en un mismo yacimiento, sino incluso entre yacimientos distantes. Este hecho que podría parecer baladí conlleva una cuestión de notable interés como es la existencia, casi sin lugar a la duda, de determinados elementos que fueron empleados de forma reiterada como instrumentos de decoración de las cerámicas.

Para la consecución de las impresiones decíamos sirve casi cualquier objeto. En unas ocasiones encontraremos improntas aparentemente accidentales en forma de huellas de semillas o de hojas. La reiteración de estos aportes, sobre todo en momentos cronológicos determinados, como los del Calcolítico, podrían llevar a pensar en una cierta intencionalidad en su uso. En el Neolítico meseteño encontramos en contadas ocasiones este tipo de impresiones. Una excepción la constituye la incorporación intencional, con fines funcionales, pero tal vez también simbólicos, de materia vegetal y de cereales a las pastas de algunos grandes recipientes cerámicos en el yacimiento de La Paleta. En estas cerámicas encontramos también, en menor medida, restos de hojas de especies arbustivas (Fig.481) y de encina. La inclusión de este tipo de materiales en el interior de las pastas y su escasa representación debe ser interpretado como un aporte funcional para dotar a las pastas de la materia vegetal necesaria para su manufactura y no como un elemento simbólico o decorativo.



Fig.481- *Impronta vegetal correspondiente a una hoja. La Paleta (Numancia de la Sagra, Toledo)* Derecha: *Impresiones de punzón romo. La Paleta (Toledo)*

Las evaluaciones experimentales realizadas evidencian el empleo reiterado de matrices simples para obtener las decoraciones impresas. Entre ellas destaca, por el claro estigma triangular o cuneiforme, el empleo de los extremos aguzados de los punzones de hueso (Fig. 473). El estigma logrado, uno de los numéricamente mejor representados en todo el contexto meseteño y peninsular, presenta una morfología oval muy similar al estigma dejado por la impronta de una semilla. La disposición generalizada de este tipo de impresiones en pares, bien sobre la propia superficie de los recipientes, bien adornando cordones de escaso resalte, asemeja el esquema rudimentario de una espiga. Quizás a este nivel sea posible establecer, en el campo simbólico, un paralelo entre el elemento representado y la propia decoración pues quizás se trate de recreaciones de impresiones de trigo, el elemento más destacado de la economía neolítica, como ya señalasen algunos investigadores (Mazurié de Keroualin, 2007).

Impresiones en forma de U son comunes también en numerosos yacimientos. Experimentalmente, hemos conseguido impresiones similares recurriendo a punzones de hueso con el extremo distal fracturado, si bien no es raro obtener estigmas muy parecidos con un conjunto amplio de elementos, como son cáscaras fragmentadas de frutos o incluso ramas y tallos vegetales.

Destacan también las impresiones de morfología elíptica, poco profundas y anchas, que tienen una representación específica en la Meseta Norte acompañando sobre todo a las decoraciones acanaladas. Hemos obtenido resultados similares al experimentar mediante la aplicación de punzones con puntas romas y espesas; también se obtienen impresiones de cierto parecido de la aplicación de los extremos proximales y distales de algunas porciones esqueléticas de avifauna y meso fauna.

Poco puede señalarse respecto a las técnicas de incisión debido a la dificultad intrínseca que plantea el estudio de huellas asociadas pues, cualquier elemento aguzado serviría para ejecutar esquemas incisos, siendo la única variación a este respecto el ancho de la sección o el espesor del útil empleado para su ejecución. Buenos resultados experimentales ofrecen los útiles de sílex, especialmente los fragmentos de láminas que dejan un trazo limpio y estrecho. No menos satisfactoria ha resultado la experimentación con un elevado número de restos vegetales que, con una mínima modificación, ofrecen incisiones muy limpias.

Los acanalados se han relacionado siempre a las incisiones, incluso llegando a confundirse en muchas ocasiones con ellas, son los acanalados (Fig. 483). El aparente valor regional o cronológico que parecen presentar este tipo de decoraciones obliga a tratarlas de modo individualizado.



Fig.482- Superior: punzones de hueso con extremos distales aguzados. Inferior: improntas de impresiones de punzones de punta aguzada.

En la experimentación hemos conseguido buenos resultados al aplicar sobre las superficies cerámicas un reducido conjunto de elementos. La razón de esta restricción se debe, sin duda, a que el estudio mediante microscopía óptica de las huellas de los acanalados no revelan evidencias notorias de estriados u otros arrastres de superficie. Esto, tras ardua experimentación parece estar ligado a dos razones. En primer lugar, es probable que la acción decorativa se realizase sobre recipientes en proceso de secado – estado conocido como ‘cuero’- sobre todo por la ausencia de rebabas en los laterales de los acanalados. En segundo lugar, se aprecia el empleo de útiles de superficie muy bien pulimentadas y regularizadas, que permiten servir como elementos de impresión y no sólo de acanalado. Esto se advierte en algunas series de acanalados cortos, que responden a una estandarización tal que obliga a interpretarlos como impresiones más

que como acanalados entendidos como elementos decorativos asociados al arrastre continuado de un útil romo sobre la superficie cerámica. La tabla experimental de acanalados e impresiones de punzones romos permite advertir, en el quinto caso desde la parte superior, cómo el acanalado realizado con el punzón recogido en la misma figura (izquierda), encaja bien con las impresiones poco profundas y anchas que señalamos (Fig. 483)

Por último, las decoraciones aplicadas son una de las técnicas más empleadas en la Meseta, bien en solitario o acompañada de otras técnicas, especialmente impresiones. Se obtiene, en la práctica totalidad de las ocasiones, mediante aplicaciones de pasta unidas con barbotinas de barro a las paredes, preferentemente exteriores, de los recipientes antes de su cocción. En contadas ocasiones las aplicaciones plásticas han demostrado no ser tales, sino pellizcos realizados sobre la pasta fresca del recipiente también en un momento anterior a su cocción.



Fig.483- Superior: punzón-espátula de hueso con extremo distales romo. Tabla de experimentación de acanaladuras e impresiones de punzones-espátula. Inferior: Estigma de acanalado sobre pasta cerámica.

VIII

LA QUIEBRA DEL SISTEMA FENOMENOLÓGICO MEGALÍTICO

INTRODUCCIÓN

El megalitismo se nos presenta, con los datos que hoy poseemos, como un desarrollo cultural de compleja interpretación y heterogénea cronología. Para este panorama resulta por completo acertado hablar de fenómeno en tanto en cuanto manifestación de actividad, entendiendo aquí por actividad el sentido simbólico-funerario que comúnmente se le ha supuesto.

A pesar de que aún se escuchan algunas voces críticas respecto a la funcionalidad de las estructuras megalíticas, resulta evidente que su función funeraria, fuese ya desde su inicio o en su ocaso de uso, está clara y es, en la mayoría de las ocasiones, el denominador común para este tipo de monumentos. Por tanto hay despejada una de las incógnitas relacionadas con la comprensión de cualquier fenómeno cultural: su funcionalidad.

Si sabemos de su función como necrópolis debemos tratar de comprender a qué desarrollo cultural –en su origen al menos- corresponde su erección y uso. A este respecto la investigación se ha desplazado, una vez más, de un modo pendular desde posturas difusionistas, basadas en la creencia de que estas tumbas monumentales debían corresponderse con colonos llegados de algún punto externo a la Península en busca de metales, a las posturas autoctonistas basadas en la creencia de que estamos ante un desarrollo genuinamente local, esto es, relacionado de algún modo con las denominadas culturas de sustrato.

Hoy en día la postura más difundida, y para ser honestos la que presenta mayores argumentos a su favor, es la que mantiene que el megalitismo fue un fenómeno funerario relacionado de algún modo con el Neolítico. La diatriba se presenta en torno a qué tipo de relación existió. Para unos la relación estriba en el crecimiento de la presión social y territorial que derivó en las primeras reclamaciones de tierras donde los megalitos tuvieron un sentido pleno. Para otros el megalitismo es un desarrollo de la nueva simbología y mitología neolítica en la que los valores de lo natural y lo artificial aparecen trastocados respecto a las creencias del sustrato. Estaríamos pues en los albores de la ‘domesticación del paisaje’, y con ello, el megalitismo sería un elemento más –simbólico- del denominado ‘paquete neolítico’.

La Meseta ha jugado un papel de primera magnitud a la hora de fijar la relación entre el desarrollo neolítico y el megalitismo. A partir de la documentación de las primeras superposiciones estratigráficas y asociaciones espaciales entre túmulos y dólmenes y áreas de habitación neolíticas –caso de La Velilla de Osorno o La Peña de La Abuela- se comenzó a solidificar la creencia en la relación entre ambos desarrollos.

El enfoque no carece de atractivo, pero se ha abusado de la realidad documentada. La innegable relación espacial y la superposición estratigráfica han permitido confeccionar

un modelo de identidad y derivación cultural que no tiene elementos reales que la sustenten.

Los enfoques actuales siguen sin responder las viejas preguntas asociadas al megalitismo desde las primeras investigaciones. Sabemos algo acerca de las gentes que se enterraron en túmulos y dólmenes y contamos con un nutrido elenco de fechas en las que estas tumbas monumentales estuvieron en uso. Tenemos datos sobre los rituales realizados y sobre qué elementos materiales acompañaron a los difuntos. Pero no sabemos realmente si estos elementos eran parte de un ajuar o se trata de evidencias de matanzas sistematizadas, de una huella real de luchas como las representadas en el arte levantino de la orla mediterránea, donde el megalitismo no está documentado.

Las fechas radiocarbónicas (Fig. 484) evidencian un solapamiento entre las etapas terminales del Mesolítico, el Neolítico y el Megalitismo, siendo este solapamiento más fuerte entre estos dos últimos momentos, sobre todo cuando se eliminan las dataciones más problemáticas por su antigüedad o por su lugar de procedencia. Este hecho refuerza la creencia en que debió existir relación entre ellos pero no sabemos si fue realmente el que hasta la fecha se ha considerado. Nuestra hipótesis es que esto no fue así.

Es suficiente observar una sencilla tabla comparativa de elementos cualitativos contrapuestos (Tabla 184) para advertir de forma inmediata tres cuestiones importantes. La primera es que el megalitismo marca una frontera física bastante rígida que divide la Península en dos partes, una Atlántica –y central- y otra Mediterránea. La segunda es que las pinturas levantinas refuerzan esa misma división. Por último, atendiendo al desarrollo cronológico del Neolítico Inicial (IA-IB), volvemos a ver esa diferenciación con el añadido de que este primer Neolítico contó con una ubicación espacial en la costa y sus áreas inmediatas.

FACHADA ATLÁNTICA/CANTÁBRICA-INTERIOR	FACHADA MEDITERRÁNEA
Abundancia de dólmenes	Ausencia generalizada de dólmenes
Fechas avanzadas para el primer neolítico	Primeras fechas para el Neolítico peninsular
Ausencia o escasa representación de pinturas del ciclo levantino	Abundancia de pinturas de estilo levantino
Ausencia de pinturas del ciclo macroesquemático	Presencia de pinturas del ciclo macroesquemático
Mesolítico geométrico poco extendido	Gran incidencia del mesolítico geométrico

Tabla 184

A este hecho, que no puede ser considerado baladí, hay que añadir dos elementos sobre los que ahondaremos en el capítulo siguiente: la cronología del arte levantino y las escenas de guerra representadas en muchos de sus paneles pintados. Resulta de momento poco relevante si quienes pintaron los paneles 'levantinos' fueron grupos indígenas o neolíticos. Lo único que interesa es que, según las cronologías del arte levantino (Beltrán 1968; Sanchidrián Torti, 2001: 432), entre el 5500 y el 4000 BP hay grupos humanos luchando y que en esas mismas fechas se desarrolla el momento álgido del megalitismo. Por tanto, ha de existir relación entre estos elementos. A este respecto parece ser el megalitismo uno de los principales elementos de explicación.

Todos estos datos nos permiten, de un modo general, abordar el megalitismo desde tres enfoques o hipótesis de trabajo:

- El megalitismo como desarrollo local, genuino, derivado de los grupos de cazadores-recolectores (Epipaleo-Mesolíticos) indígenas.
- El megalitismo como desarrollo neolítico, de origen alóctono, derivado de la aculturación de grupos indígenas (Neolítico IB) por parte de colonos neolíticos procedentes del levante peninsular.
- El megalitismo como desarrollo neolítico derivado de relaciones con los grupos neolíticos de la costa atlántica europea y en especial con el área francesa. Por lo tanto

se les supondría, a ambos desarrollos, un origen diferente. En este caso el fenómeno megalítico se asociaría a enfrentamientos bélicos, de cariz territorial, con grupos de origen local.

Para la primera hipótesis de trabajo son pocas las evidencias con las que contamos y en su mayor parte circunstanciales. Podría señalarse en primer lugar la existencia de diferencias en cuanto a ajuares y rituales entre las sepulturas megalíticas más antiguas y los yacimientos neolíticos. También se podría hacer referencia a la pertinaz ausencia de recipientes cerámicos y foliáceos en los primeros momentos de uso. Todo esto no deja de ser más que un intento forzado de interpretación, puesto que los foliáceos tampoco abundan en las primeras fases de la secuencia neolítica y la cerámica podría estar ausente en contextos funerarios de origen bélico.

La disparidad de ajuares observada entre las áreas de habitación y los enterramientos tumulares y megalíticos podría corresponder a lo que Delibes y Zapatero (1996) o Guilaine (1996) denominaron diferenciación funcional. Incluso podría tomarse por válida la interpretación de algunos enterramientos en cueva como elementos para-dolménicos como ciertos autores consideraron.

Respecto la segunda hipótesis, hay admitir la ausencia de evidencias de megalitismo en el área neolítica del levante peninsular, lo cual excluye un origen levantino del megalitismo sin evidencias de su desarrollo embrionario, en el área señalada, pues el origen del concepto megalítico –en lo simbólico y estructural- no puede partir de una región geográfica en la que dicho desarrollo no existió.

Tan sólo existen evidencias proto-megalíticas, en el sentido de lo expresado por Guilaine (1996) dentro de contextos aparentes del Neolítico Antiguo avanzado e incluso ‘medio’ en algunas áreas del interior de la Península Ibérica, caso de la Velilla de Osorno (Palencia) o la Peña de la Abuela (Soria), que tendrían sus paralelos en los grupos de Arzachena, Limouxin-Roussillon, Almería (Guilaine, 1996:137, fig. 20) así como en el grupo de sepulcros de fosa del Solsonés. Estas evidencias permitirían establecer un vínculo de dependencia entre el proceso de neolitización y el megalitismo, pero este es un aspecto que se discute más adelante.

La tercera hipótesis de trabajo presenta visos de verosimilitud. Las construcciones megalíticas presentan homogeneidad y uniformidad a lo largo y ancho de toda la fachada atlántica europea. Tampoco desentonan las fechas radiocarbónicas ni que este fenómeno se relacione de forma más o menos estrecha con los diferentes ‘neolíticos’ regionales. La variedad cultural y material asociada a las diferentes tipologías funerarias megalíticas no encaja con un ‘horizonte’ cultural definido. Deberíamos apuntar en la dirección de un substrato común atlántico al que se solaparon neolíticos diferentes, o respuestas diferenciadas a la neolitización. Es este un modelo de explicación complejo que se sustenta en la base existencia de evidencias materiales que denotan una transmisión directa desde el Norte de Europa y las costas bretonas hasta las costas atlánticas de España y Portugal como materiales exóticos, como las mazas de combate, que incluso en el interior de la Península Ibérica aparecen asociadas a túmulos y dólmenes, caso del Teriñuelo de Carcaboso (Cáceres) (Sayans Castaños, 1957) y El Mironcillo (Río Forte, Ávila) (Estremera y Fabián, 2001). No obstante, a buena parte de estos materiales les corresponden cronologías más avanzadas.

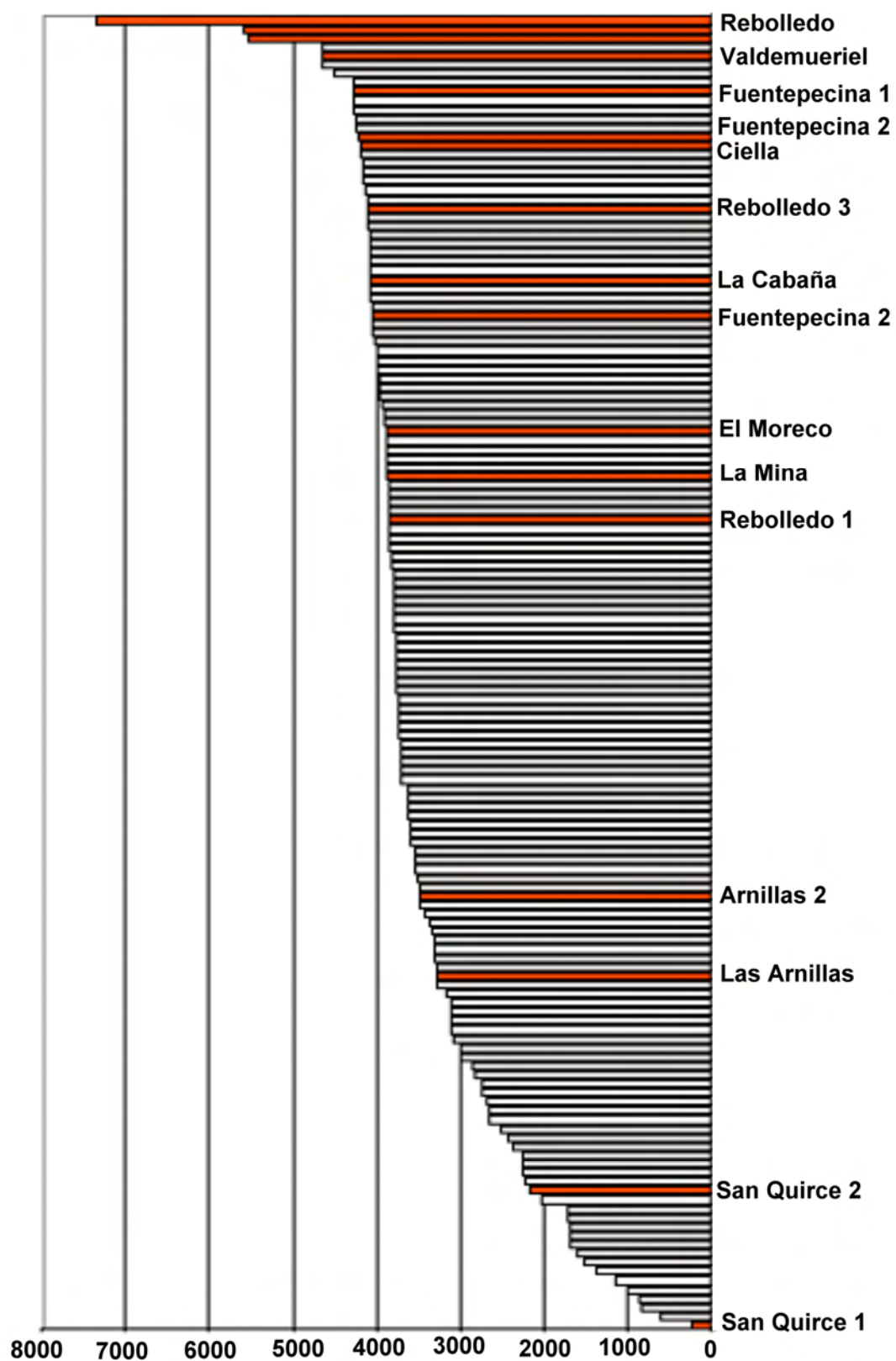


Fig. 484.- Representación cronológica de los megalitos de la Lora burgalesa comparados con otros conjuntos megalíticos de la Península Ibérica, según M. Moreno (2007), modificado.

Por último, la primera hipótesis, aún con lo que de por sí conlleva, permite una interpretación diferente para el megalitismo que ya fue manejada por algunos investigadores. Es una idea sugerente y atractiva que nos permite solucionar la convergencia de determinados elementos en el registro megalítico –abundancia de armaduras geométricas en un contexto en el que no abundan, posibles relaciones con enfrentamientos violentos entre grupos, comunidad de elementos simbólicos con diferentes ciclos artísticos, etc-. Sin embargo, en esta hipótesis nos enfrentamos al problema del registro pues, si tomamos a los inhumados como arqueros portadores de flechas elaboradas con geométricos, deberíamos explicar por qué esos geométricos no son los mismos representados de forma genérica en sus asentamientos.

Tratar este tema en profundidad excede las intenciones de este trabajo, por lo que sólo se ofrece un esbozo de las posibilidades de cada una de las hipótesis presentadas así como los elementos que consideramos apoyan a cada una de ellas.

1. A VUELTAS CON LO PROTO-MEGALÍTICO

Ya hemos señalado de forma sucinta los elementos referenciales y empíricos que sustentan una pretendida génesis del megalitismo en el neolítico. La defensa del concepto pre-megalítico y proto-megalítico defienden esa ligazón, aún cuando Guilaine señale explícitamente la posibilidad de que este fenómeno y en especial la tumba tumular tuviese, a su vez, origen atlántico (Guilaine, 1996: 131)

Según los datos, es casi concluyente que hay notables diferencias, culturales, formales y materiales entre lo proto-megalítico y lo megalítico como para invalidar una relación directa y sobre todo para validar la prelación de lo proto-megalítico –en tanto en cuanto neolítico- sobre lo megalítico –aún de confusa entidad-.

Así, la definición sintética de este fenómeno pro-megalítico reside en la existencia de estructuras funerarias, por lo general individuales, a veces dobles y en muy contadas ocasiones múltiples, asociadas a montículos, círculos de piedras y tumbas en cista. Estas tumbas incluyen junto al difunto o difuntos ajuar destacados, entre los que es posible reconocer elementos de prestigio como grandes hachas votivas o ‘de parada’, martillos esféricos, los grandes puñales de hueso, brazaletes de conchas, collares de cuentas de piedra como variscita, pequeños recipientes cerámicos, etc. Todos estos elementos se fecharían entre el 5900 y el 5000 BP, dentro de contextos, en general, del Neolítico Medio.

Vemos una coincidencia en las estructuras empleadas, pero no una similitud tácita. Es más, siendo rígidos, son mayores las diferencias que las similitudes entre ambos procesos. Observamos también esa pretendida búsqueda de la visibilidad, aunque en ocasiones, en el caso de algunos dólmenes, hay que estar encima de ellos para percatarse de su existencia. Pero en lo demás no hay parecido alguno, o a lo sumo podría hallarse cierta similitud en algunos monumentos megalíticos en sus fases avanzadas de uso. En los dólmenes más antiguos, cuando se conservan los cadáveres, existe un reiterado rito de inhumación acumulativa, si no simultánea, no es hasta fechas muy avanzadas, en general asociadas a la presencia de materiales campaniformes, cuando aparecen inhumaciones individualizadas con elementos de prestigio asociados; la cerámica es escasa y en los momentos iniciales de la secuencia no existe o, cuando aparece, es en general lisa y muy poco significativa.

La cuestión del proto-megalitismo fue planteada por Guilaine en el ámbito del estudio de la jerarquización. Algunos de sus indicadores básicos serían la morfología de la tumba, la inversión de esfuerzo necesaria para su construcción o la presencia en los ajuar de elementos de prestigio (Guilaine, 1996: 123) Por lo tanto, como idea subyacente puede

considerarse la dependencia del megalitismo respecto del Neolítico, máxime cuando las evidencias estudiadas en el Mediterráneo Occidental (Guilaine, 1996) ofrecen sin muchas dudas una unánime adscripción a varios horizontes del Neolítico Medio con tímidas representaciones de las fases finales del Neolítico Antiguo.

Todo lo expuesto descansa sobre la cuestión del origen del megalitismo e implica indagar un poco acerca de su origen y sobre todo del sentido que la implantación pudo tener en las tierras del interior de la Península Ibérica.

La filiación atlántica del megalitismo está hoy fuera de toda duda. Incluso hay cierta unanimidad acerca de su generalización como elemento funerario en torno al 6000 BP en contextos de la costa atlántica francesa.

Abandonadas las teorías del *ex-oriente lux*, no podemos dejar de llamar la atención sobre la presencia de un megalitismo destacado, y de aspecto arcaico, en las tierras del Próximo Oriente. Nuestros trabajos en Arabia Saudita nos han permitido tomar contacto y analizar estructuras megalíticas en todo similares a las localizadas en algunos sectores de la Península Ibérica (Fig.485) y que ya fueron someramente publicadas por otros investigadores y pioneros (Jaussen y Sauvignac, 1907)

La existencia de estos elementos implica la necesidad de que se aborde su estudio global y los posibles procesos de convergencia cultural a los que se encuentran sujetos. Tan sólo así podremos entender gran parte del registro. Lamentablemente nos faltan en Jordania, Palestina y gran parte de Arabia, datos sobre las fechas y adscripciones culturales de estos conjuntos megalíticos.

En la Península Ibérica las fechas de generalización del fenómeno no están muy alejadas de las francesas, aún cuando exista entre las manifestaciones de ambos lados de los Pirineos cierta diferenciación formal.

En el interior de la Península no cabe duda de que en una fase sincrónica al epílogo del Neolítico I -en torno al 5500 BP- empiezan a generalizarse tumbas destacadas, de carácter múltiple o acumulativo, realizadas en túmulos a los que se asocian estructuras de piedra y/o madera y que bien pueden interpretarse como proto-megalíticas. Ejemplos de este momento serían El Miradero, La Peña de la Abuela, Los Zumacales, La Velilla, etc.

Los materiales aparecidos en estas tumbas son monótonos y se caracterizan casi en exclusiva por hachas pulimentadas, generalmente de buen tamaño y perfecta ejecución realizadas mayoritariamente, como ya se ha señalado, sobre rocas magmáticas y volcánicas y un muy nutrido conjunto de microlitos geométricos, por lo general, dominados por un componente trapecial de base tardenoide; algunos elementos de adorno o simbólicos como cuentas de collar realizadas en conchas, hueso y en menor medida piedra y huesos decorados a modo de idolillos. Todo ello bastante similar a lo detectado en los diferentes contextos proto-megalíticos manejados por Guilaine (1996)



Fig. 485.- Estructuras dolménicas de Arabia Saudí. 1-3 Conjunto de El Mereigat. 4-6 Conjunto de El-Masloubiyeh. Según Jaussen y Sauvignac, 1909.

A esta fase, e incluso en ocasiones con cierto solapamiento cronológico, le sigue la generalización de los monumentos megalíticos dolménicos entendidos como las clásicas construcciones de grandes piedras en las que puede diferenciarse –de un modo más o menos destacado– un espacio cameral y un corredor de acceso.

Los estudios sobre el megalitismo en el contexto europeo señalan una relación causal con la implantación neolítica. Este extremo ha conducido a algunos autores a señalar que estos monumentos simbólicos emergieron en especial allí donde la tradición agrícola se cruzó con poblaciones autóctonas relativamente densas y cuya unión propició un crecimiento demográfico importante (Sherrat, 1990)

Tampoco podemos olvidar la posibilidad de que las estructuras tumulares y megalíticas impliquen, como este mismo autor señala, dos diferentes representaciones de la monumentalidad, una, tumular, asociada a los monumentos funerarios del Este de

Europa y de las estepas, y otra, la correspondiente a los grupos megalíticos propios de la costa atlántica. Este hecho podría derivar en una muy diferente concepción de lo proto-megalítico del mediterráneo occidental, asociado, ahora sí, al Neolítico, pero no derivando la construcción tumular, como pretendía Guilaine (1996: 131), de la influencia atlántica, sino tal vez de la influencia de los grupos neolíticos del Este de Europa y de las estepas, precisamente en ese momento del Neolítico Medio que Guilaine señalaba para la eclosión del pretendido horizonte proto-megalítico. Además, teniendo en cuenta esto, no sería demasiado complejo disociar el conjunto funerario tumular del megalitismo

Una evidencia incontestable de estas influencias del oriente de Europa lo constituye el paralelismo prácticamente exacto –lo es en su totalidad en lo formal y conceptual- entre la denominada Venus de Gavá y algunas vasijas antropomórficas de la cultura de Tisza, en Kőkenydomb, al sureste de Hungría. Estas influencias ya hemos señalado antes que se podían rastrear también, sin mucha dificultad, en contextos neolíticos de Israel, Palestina y Jordania donde este tipo de representaciones se asocian, además, a grandes recipientes de almacenamiento (Dollfus, 2001; Demoule y Lichardus-Itten, 2001: 89)

Tal vez sea este tipo de evidencias las que nos permitan atisbar, un día, que estamos hablando de desarrollos diferentes, no sólo en lo formal, sino también en lo cultural.

2. EL MEGALITISMO: ¿DESARROLLO TERMINAL DEL HORIZONTE CULTURAL INDÍGENA?

Como se ha señalado ya, el estudio del megalitismo requiere de la puesta en marcha de un sistema de interpretación diferente. Los investigadores abordaron, casi desde el comienzo, el caso de la arquitectura megalítica como un fenómeno que surgía en un momento, en principio impreciso, pero que debía ligarse de un modo nítido a estados "superiores" de la evolución cultural. No resultaba entonces contradictorio asociar el megalitismo con las construcciones orientales, aún cuando se descubriese después no sólo que estas eran cerca de 2500 años más recientes, sino que el megalitismo parecía formar parte fundamental de un arraigado sustrato indígena atlántico.

Hace unos años propusimos que el megalitismo del interior de la Península Ibérica debía ser circunscrito al Calcolítico –que partía de nuestro Neolítico II B- en su conjunto (Jiménez Guijarro, 1998) Esta afirmación se fundamentaba en lo señalado por otros autores que indicaban que el megalitismo se encontraba a caballo entre el Neolítico y el Calcolítico (Piñón Varela, 1987) Aún hoy en día es defendible esta postura, si bien son necesarias ciertas matizaciones de forma y fondo, sin las cuales no podría entenderse la equiparación cultural, a todas luces confusa, realizada entre el megalitismo como genuino desarrollo mesolítico y calcolítico a un tiempo. Así, en virtud de lo estipulado en el capítulo inicial acerca de la relatividad del concepto de simultaneidad, pueden introducirse, como un añadido de lo que se presentó en el capítulo V, las siguientes matizaciones.

Por una parte, analizado de forma externa a cualquier postura de partida, el megalitismo –en su origen- se aleja bastante del 'paquete' que podría ser denominado Neolítico puro. Los elementos que caracterizan, *grosso modo* al megalitismo, son el uso de construcciones funerarias más o menos monumentales, asociadas o no al concepto tumular, pero siempre en consonancia con la visibilidad vertical sobre el terreno y en cuyo interior son depositados, de forma sucesiva, los cadáveres. Estos cuerpos, presentan normalmente objetos que los acompañan, variando su cantidad y tipos a lo largo del tiempo. Estos materiales resultan, en las fases iniciales del fenómeno muy homogéneos y reiterativos limitándose, por lo general, a implementos de carácter ofensivo o bélico: armaduras o puntas de flecha y hachas o mazas, amén de algunos elementos de adorno personal. Desde el punto de vista cronológico puede darse por sentado, gracias a los datos con los que se cuenta, que el uso de estructuras monumentales se remonta al 6000-5500 BP si bien su uso generalizado y su máxima

representación tuvo lugar en torno al 5500-4000 BP, pareciendo que el desarrollo más antiguo se correspondería exclusivamente con el área atlántica.

De un análisis preliminar de los 'ajuares' contenidos en los megalitos de mayor antigüedad se desprenden dos caracteres principales. Por una parte llama la atención la relativa abundancia de armaduras líticas geométricas, en especial de morfología trapecial que, como hemos visto, suelen presentar una tipometría algo superior a la de los geométricos recuperados en contextos habitacionales mesolíticos clásicos y neolíticos, si bien los paralelos más próximos se encuentran en los enclaves mesolítico portugueses (Carvalho, 2002; 2003) Por otra parte no puede obviarse la escasez de elementos cerámicos. No obstante, cuando se realiza un repaso rápido de los conjuntos megalíticos a lo largo del tiempo, puede observarse que la situación cambia paulatinamente. De este modo, en un momento avanzado, cercano al 4500 BP, empieza a generalizarse la presencia de elementos cerámicos, primero imitando pequeñas garrafas no funcionales, de la forma VII, por lo común sin decorar y correspondientes también a formas simples - cuencos y cazuelitas carenadas- a los que se une la aparición de nuevas armaduras, más evolucionadas, consistentes en puntas de flecha de base cóncava y algunas foliáceas y pedunculadas. También empiezan a ser comunes los elementos denominados 'de prestigio' y en especial las cuentas de variscita. No obstante, la conservación de algunas de las armaduras de substrato -geométricos de morfología trapecial- parece señalar la existencia de grupos cuyos proyectiles siguen presentando una morfología tradicional, si no están denunciando mezclas de materiales procedentes de contextos cronológicos diferentes.

En la tabla de disociación de elementos (Tabla 184) comprobamos que donde el neolítico arribó por vez primera encontramos claras evidencias pictóricas que señalan la existencia de encarnizadas luchas entre grupos humanos y que este mismo tipo de expresión pictórica no se materializó en la fachada atlántica, donde parece generarse el megalitismo. Ahora bien, donde nos falta la evidencia pictórica abundan lo que podemos considerar evidencias tangibles de esas luchas: los enterramientos megalíticos múltiples.

No obstante todo esto deja abierta, una vez más, la cuestión del sustrato diferenciado entre las dos fachadas costeras oriental y occidental de la Península. Sin embargo parece que existió una cierta comunidad industrial entre ambas: el microlitismo geométrico como exponente del Mesolítico Ibérico. No sabemos hasta qué punto fue real y no aparente esta comunidad. Sin duda detrás de ambos desarrollos parecen existir mentalidades colectivas diferentes que generaron respuestas arqueológicas también diferentes.

Si el megalitismo hubiese formado parte de la cosmogonía neolítica sería de esperar que se hubiese manifestado con mayor fuerza en aquellas zonas de colonización pionera; pero esto es algo que no sucede. Tal vez esto sea debido a que en aquellas tierras no se produjo un enfrentamiento abierto entre los diferentes grupos.

Del mismo modo, si el arte levantino clásico –y nos referimos al de los grandes paneles con escenas cinegéticas y de guerra- hubiese formado parte de la cosmogonía mesolítica geométrica y esta fuese la misma en ambos flancos costeros de la Península, sería de esperar que acompañase por lo menos a aquellos lugares en los que mayor presencia mesolítica geométrica se ha localizado; es evidente que esto es algo que no sucede en las tierras portuguesas ni en la costa atlántica.

Que el megalitismo formó parte en todo el ámbito atlántico de un sistema de respuesta a la implantación neolítica es algo que casi nadie pone en duda y que la cronología absoluta avala. Ya vimos de forma muy somera y tendremos oportunidad de profundizar en ello, que el arte levantino puede ser interpretado en su etapa clásica –entendemos por tal la de la generalización de escenas dinámicas de caza o de guerra- como una suerte de respuesta a la implantación neolítica en la costa levantina.

Por lo tanto, tenemos dos respuestas indígenas diferentes desarrolladas en dos contextos geográficos diferenciados y motivadas por una misma causa: la implantación o implantaciones neolíticas. Dos respuestas que podrían estar denunciando la existencia de esas dos corrientes mesolíticas diferenciadas en lo cultural pero en cierto modo unificadas en lo material.

No cabe duda de que el sistema fenomenológico que sirvió de base para explicar el megalitismo entra en crisis en cuanto tenemos en consideración estos datos, máxime si los sometemos a análisis desde las explicaciones propuestas por el modelo de relatividad histórica.

3. MEGALITISMO Y NEOLÍTICO: DOS CONCEPTOS, DOS MUNDOS, DOS CULTURAS.

¿Hasta qué punto se puede hablar, desde el postulado del principio de causalidad, de la existencia de una relación entre el megalitismo y la implantación neolítica?. Para despejar esta incógnita, se hace preciso analizar, en primer lugar, las evidencias radiocarbónicas que permiten colocar, en una línea imaginaria (TA) los acontecimientos históricos.

Las primeras dataciones referentes al Neolítico cerámico de la Península Ibérica no pueden llevarse, hoy por hoy, más atrás del 7000 BP (Martí Oliver, 1998: 127), correspondiéndose, por norma general, con la presencia de cerámicas decoradas con impresiones cardiales y sobre todo por un horizonte rico en recipientes profusamente decorados. A lo sumo, aceptando las propuestas, a nuestro parecer erróneas, de otros autores, escasamente convencidos respecto al funcionamiento del paradigma cardial como sistema explicativo de la primera neolitización de la Península Ibérica (Fernández Miranda y Moure Romanillo, 1975; Fernández Miranda, 1977; Hernando Gonzalo, 1999), las más antiguas representaciones de cerámicas no cardiales, en un nivel estrictamente material, no irían nunca más allá del 8000 BP.

Estas evidencias, si se escalonan las dataciones conforme a la distribución geográfica, presentan un claro componente Este-Oeste, no sólo a escala peninsular, sino a nivel de toda la cuenca del Mediterráneo y Europa. Esta fue la base del modelo de ola de avance que sirvió de base a las propuestas del modelo dual para explicar la llegada del Neolítico a las costas de Península Ibérica desde algún punto del Mediterráneo Oriental o Central.

Todo ello indica un desajuste temporal próximo a los dos milenios respecto a las cerámicas más antiguas de Siria -Mureybet, c. 8900 cal. BC- e Irán -Gandareh, c. 8600 cal. BC- (Martí Oliver, 1998: 129), que no obstante se generalizarán en torno al 6900 cal. BC en todo el Oriente Medio, momento en el que comenzará la colonización de las zonas más alejadas, sin duda el *finis terrae*, del occidente peninsular. Durante esas fechas la fachada atlántica peninsular estuvo fuera del circuito neolítico e inmersa en lo que, como se ha visto, parece con más certeza la elongación de variados y heterogéneos desarrollos culturales de substrato con economías cazadoras-recolectoras.

Como señalamos antes, las dataciones más antiguas referentes al megalitismo en la Península Ibérica no van más allá del 5500-5000 BP, teniendo además, en contraste con las evidencias neolíticas, un aparente desarrollo temporal decreciente de componente Oeste- Este (Fig.484), hasta tal punto que su presencia en la fachada mediterránea es meramente testimonial y por lo general más reciente.

Cabe buscar más evidencias que añadan coherencia a esta aparente dicotomía entre la implantación neolítica y el megalitismo. La primera búsqueda, siguiendo los parámetros enunciados antes, puede establecerse en la base del substrato. Como se ha visto (Capítulo V), el desarrollo del Neolítico presenta como base de implantación allá donde se

produce la neolitización un horizonte de industrias geométricas. Por su parte en los megalitos se documentan, en el primer tramo cronológico al menos, los geométricos como elementos más destacados aún cuando muestran ciertas variaciones en su longitud.

Debemos reflexionar acerca de que, si estamos ante manifestaciones funerarias, hasta qué punto los elementos presentes formaron parte de ajuares o si, por el contrario, estos elementos no habrían sido las flechas que asaetearon buena parte de los cuerpos allí depositados.

Si aceptásemos como válida la primera propuesta deberíamos concluir que estamos ante enterramientos fundamentalmente de guerreros pues sus 'ajuares' estaban compuestos por flechas y mazas o hachas. Esta interpretación no tiene su relación directa con la evidencia antropológica. Así, en los contextos en los que ha sido posible estudiar los cuerpos inhumados se ha podido establecer que, si bien se trata en gran parte de individuos masculinos jóvenes, entre los cadáveres no faltan nunca niños, mujeres e individuos seniles. El perfil de población no parece relacionarse exclusivamente con un grupo de guerreros. Por otra parte los ajuares presentes estarían referidos a una población en la que los proyectiles empleados son fundamentalmente de base trapezoidal.

Si aceptamos como válida la segunda opción comprobamos que estaríamos ante los cadáveres de un grupo que murió de forma violenta, asaeteados por otros congéneres, bien en un enfrentamiento guerrero, bien en una *razzia* realizada sobre un poblado. En este caso las evidencias sí parecen más acordes con la interpretación de los datos antropológicos. Por todo ello el grupo humano enterrado no tendría que estar forzosamente caracterizado por las industrias geométricas, sino que éstas serían una evidencia del grupo atacante.

En el caso de aceptar como plausible esta última hipótesis no tendríamos que pensar obligatoriamente en grupos culturales distintos. Así podríamos estar ante enfrentamientos producidos entre grupos mesolíticos. Ahora bien, extraña en esta interpretación el que estos enfrentamientos surgiesen en el mismo momento en el que se generaliza la implantación neolítica y donde parecen entrar en juego nuevas disputas como las de carácter territorial.

En ambos casos, de este supuesto ataque, se produce una supervivencia que implica la reorganización de los cuerpos y su colocación dentro de un monumento. Si este existía ya o fue por el contrario erigido en ese momento es algo difícil de dilucidar. Algunos investigadores han querido ver en los megalitos una suerte de monumentos dedicados a los héroes o a la rememoración de gestas heroicas. Tampoco podría obviarse, en el caso de algunos túmulos, el hecho de que nos encontrásemos ante cabañas rellenas de cadáveres que después fueron quemadas, quizás incluso en un acto ritual.

Será muy importante poder despejar aquí la incógnita de quién fue el vencedor. A la vista de la perduración del megalitismo en la fachada atlántica y su extensión hacia el arco mediterráneo podemos señalar que los vencedores fueron los grupos constructores de megalitos fuese cual fuese su origen. Ahora bien, no parece ser esta una cuestión exclusiva de luchas, sino tal vez de la generalización de un modo de vivir y pensar asociado a procesos de sincretismo en el que la generalización del modo de vida neolítico parece marcar el ritmo de desarrollo social. Esta 'victoria' del proceso de neolitización, podría haberse producido en contextos aculturados (Neolítico IB)

Algo puede ayudarnos en este proceso deductivo la localización de esas relaciones espaciales y superposiciones estratigráficas a las que antes hicimos mención. En ocasiones las tumbas monumentales que contienen elementos de tradición junto a las inhumaciones se localizan sobre áreas de habitación de indudable adscripción neolítica en tanto en cuanto se documentan todos los elementos típicos de este momento: cerámicas,

fauna doméstica, etc. Esto podría llevar a pensar en un poblado neolítico atacado por otro grupo de portadores de arcos con flechas armadas con puntas trapeciales. El tratamiento especial de los cadáveres es de esperar por parte del grupo atacado para quien la erección de la tumba monumental supondría un hito en la historia del grupo y un referente para la memoria colectiva acerca del enfrentamiento y tal vez de la reclamación del terreno en el que este se produjo.

Aún puede ser que, independientemente del resultado de la supuesta batalla, la conducta –desconocida para nosotros- de vencedores y vencidos fuese la de depositar juntos a los caídos de ambos grupos. El monumento podría conmemorar así una batalla y tal vez el establecimiento definitivo de una nueva alianza. En el caso de que este tipo de monumentos hubiesen estado dotados, como se ha querido ver en muchas ocasiones, de un valor territorial, la deposición de los cadáveres de ambos grupos establecería una suerte de sanción ratificadora de la aceptación de ese límite.

¿Podría tratarse de un enfrentamiento entre grupos neolitizados pero de origen indígena en ambos casos?. El hecho de que en las fases iniciales de algunos yacimientos neolíticos de la meseta hayamos detectado la presencia de geométricos así lo confirmaría, pero desde luego los datos a favor de esta interpretación son aún escasas.

No podemos apoyarnos en la presencia masiva de geométricos como garante de la asignación mesolítica de los arqueros que las dispararon o las portaban. Aún cuando hay notables diferencias en los tipos más representados en los contextos megalíticos y neolíticos y también en las dimensiones de los geométricos, no deja de ser cierto que si algo caracteriza a las primeras comunidades neolíticas es la presencia de industrias geométricas. Pero también es cierto que aún cuando perduran algunos elementos de tradición en los yacimientos neolíticos es el grupo de los segmentos el mejor representado y el que sin género de dudas define al genuino neolítico 'puro'. Curiosamente este elemento es el menos representado en los contextos megalíticos e incluso puede ser considerado como inexistente en la mayor parte de los sepulcros analizados. Este hecho podría referirse a un uso diferencial de las armaduras y que los segmentos cumpliesen un papel diferente al de los triángulos y trapecios, esto es, que no hubiesen tenido una función como armaduras para flechas y de ahí su nimia representación en los contextos funerarios y su buena representación en contextos habitacionales. Tampoco puede obviarse que, aunque siempre en número reducido, los segmentos están representados en los conjuntos funerarios megalíticos y tumulares. Por ello cabría suponerles también un uso como puntas de flecha.

Respecto a esta cuestión de la diferenciación funcional hay evidencias en contextos europeos donde se han documentado, tras un exhaustivo estudio traceológico, evidencias de otros usos diferentes a los de las armaduras para montar flechas. Este es el caso del yacimiento escocés de Gleann Mor, donde los geométricos se emplearon como brocas o perforadores.

Por lo tanto se nos abren dos posibles explicaciones. (1) O bien estamos ante grupos de substrato resistentes a la neolitización o al menos en conflicto con los grupos neolíticos, fuesen estos puros o no, (2) o por el contrario estamos ante un conflicto abierto entre tribus indígenas neolitizadas.

No hay muchos elementos que esgrimir a favor o en contra de cualquiera de las dos posturas. Ambas son perfectamente viables desde un punto de vista teórico. Así, la posible reticencia existente para admitir la perduración de los grupos mesolíticos en dos desarrollos culturalmente asimétricos pero temporalmente parejos queda desterrada en virtud de los postulados relativistas que hemos defendido pero también gracias a los datos referentes a grupos de substrato asociados a cronologías avanzadas existentes en el tercio norte peninsular y por los desarrollos acontecidos en otros sectores europeos y mediterráneos en momentos sincrónicos.

Ahora bien, este problema de decisión no es tan complejo. Los estudios realizados en el área de influencia de río Ebro y de la Cordillera Cantábrica arrojan como resultado la existencia, en el primer caso, de un desarrollo cultural laxo en el que las evidencias neolíticas se asocian a contextos mesolíticos sin que exista un verdadero cambio cultural, mientras que en el segundo se aprecia no sólo la existencia de desarrollos culturales particulares en los primeros momentos del Holoceno –caso del Asturiense- sino también la llegada de muchos de los elementos novedosos de una forma difusa y con cierta sensación de tratarse de un proceso diferido y ciertamente adoptado con notable retraso temporal.

Por otra parte será precisamente el espacio del tercio norte peninsular el que mayor concentración de evidencias megalíticas presenta y donde estas asisten a un desarrollo particular en el que se pasa de la relativa ausencia de ajuares a la presencia entre los mismos de elementos cerámicos y líticos propios de lo que en otras regiones supone ya el Calcolítico. Todo esto acontece dentro de un modelo de funcionamiento muy similar al de las áreas refugio, como si ese espacio ‘mítico’ hubiese sido el refugio de los últimos grupos de cazadores-recolectores, como lo fue en su momento de los últimos grandes cazadores especializados. Aquí la neolitización parece haber cristalizado en un momento muy avanzado del Neolítico II y que, incluso, en algunas áreas, derivó en la transformación de los grupos indígenas más como una ‘calcolitización’.

Para complicar más aún el panorama descubrimos que el megalitismo, como ya dejamos entrevisto, lejos de ser un desarrollo uniforme, presenta todos los visos de formar parte de un desarrollo heterogéneo inmerso en el proceso natural de evolución asociado al devenir del tiempo y los cambios culturales, amén de los complejos sistemas de interrelación cultural que parecen multiplicarse desde el mesolítico y en especial tras la implantación neolítica.

En ese megalitismo tan homogéneo que se ha querido ver en una primera aproximación a su idiosincrasia se dan cita más de tres milenios de acontecimientos en los que tuvieron lugar al menos dos grandes cambios culturales. De este modo, dólmenes, túmulos, cistas y *tholos* forman parte de un, en apariencia, mismo concepto. A este respecto no es menos lógico suponer como más verosímil la opción de que estemos ante tumbas de grupos productores, pues el megalitismo se desarrolla en el mismo momento que la fase de generalización de la economía de producción, iniciándose en el momento de su implantación en la Meseta y concluyendo en el momento en que ésta nueva economía estaba ya perfectamente asentada.

Ahora bien, tampoco puede perderse de vista la asociación del megalitismo con aquellas zonas más distantes de los focos neolitizadores y donde durante más tiempo se desarrollaron culturas complejas mesolíticas. Esa fue, a nuestro entender, la razón del **surgimiento del megalitismo como respuesta diferenciada de carácter funerario. La tumba monumental surgiría en un espacio de conflicto y posiblemente en un territorio en liza.** La tumba monumental se crea en la frontera del conflicto, quizás como *memento morii* del paulatino proceso de implantación del Neolítico.

Creemos por tanto que el megalitismo, como ya sostuvieran otros investigadores, puede ser considerado como el exponente máximo de la identidad del sustrato cazador/recolector atlántico. Al mismo tiempo puede considerarse el fenómeno asociado a la idea de respuesta ante la neolitización. No en vano este fenómeno emerge en las etapas sincrónicas a la plena neolitización, momento de mayor presión –por tanto crisis-demográfica y territorial, y se generaliza en el momento en el que empieza a ser común el uso de los metales. Por ello se puede señalar que **el megalitismo es un desarrollo mesolítico indígena neolitizado –en lo cultural (Neolítico IB)- y desarrollado en su máxima expresión en momentos finales del Neolítico –en lo temporal**

(Neolítico II)-. Es por ello que en algunos lugares de la Meseta el megalitismo se asociará a contextos de transición al Calcolítico –nuestro Neolítico II B-.

Es pues esta clara evidencia de la existencia de un importante e independiente núcleo cultural en las costas atlánticas uno de los principales garantes de nuestra propuesta de desarrollos cronológicamente sincrónicos y culturalmente dispares. Desarrollos acontecidos en un mismo tiempo absoluto pero que manifiestan diferentes ‘velocidades’ culturales. Su esencia será además la génesis de ese crisol de desarrollos culturales advertidos en uno de los espacios más complejos de nuestra geografía: la Meseta. ¿A qué responderá esta heterogeneidad?. A nuestro parecer, al hecho de que **el megalitismo fuese una expresión funeraria de la cosmogonía indígena neolitizada (en fase sincrética) en lucha con los grupos indígenas resistentes al cambio y al avance del proceso de implantación neolítica.**

Así, como puede apreciarse en la secuencia cultural, lo acontecido en la Meseta y de forma más general en el conjunto de la Península Ibérica, empieza a tener más relación con lo documentado en otros contextos europeos y en especial en el área francesa donde siempre intrigó a los investigadores el empeño de los investigadores ibéricos de no individualizar diferentes desarrollos culturales. Esto nos demuestra que el desarrollo cultural del mesolítico y del neolítico fue más dispar y menos homogéneo de lo que algunos investigadores han considerado.

4. EL MICROLITISMO GEOMÉTRICO TUMULAR Y DOLMÉNICO

Como hemos tenido oportunidad de observar, las armaduras geométricas constituyen uno de los elementos mejor representados en las sepulturas megalíticas y tumulares. Hemos tenido oportunidad de reflexionar acerca de estas dos soluciones funerarias en las líneas precedentes, ahora bien, es posible abordar el estudio diferencial de túmulos, megalitos y hábitats atendiendo a un análisis detenido de los tipos de armaduras. Este estudio, siquiera embrionario, se fundamenta en los trabajos realizados por Rozoy (1978) en su análisis de los grupos de arqueros del área francesa. Así, hemos asumido que las diferencias observadas en campos como el arte rupestre y una parte de los registros materiales presentes en la geografía peninsular, y en cierta medida en la Meseta, podrían haberse visto derivadas de la existencia de grupos tribales diferentes. La puesta en evidencia de estos grupos estaría determinada por algunos de sus componentes materiales y simbólicos: la cerámica y de forma específica los diseños decorativos y también, como en el caso francés, las armaduras empleadas para las flechas.

Este estudio puede realizarse atendiendo a varios criterios diferenciadores. Por un lado es posible dividir el campo de estudio y con ello segmentar el universo de población analizada, atendiendo a la tipología básica del enclave. Para ello hemos dividido, de forma muy general, los yacimientos en hábitats, dólmenes y túmulos. Somos conscientes de la imposibilidad de tratar la totalidad de las estructuras y yacimientos detectados. Por ello hemos procedido a realizar un segundo filtro de selección. En este caso se ha atendido al criterio espacial geográfico. De forma muy genérica, hemos dividido el territorio estudiado conforme a una imaginaria y arbitraria línea vertical, a modo de meridiano geográfico que hemos hecho pasar por la actual ciudad de Madrid. Esta nos ha servido para situar enclaves al Este y al Oeste de forma que hemos podido diferenciar, aún de un modo tan general, un espacio mediterráneo –o de ecos mediterráneos- de otro atlántico. Aún hemos atendido a un criterio de cierta relevancia como es la cronología, así, se han jerarquizado los enclaves analizados conforme a este criterio. Para mejorar el conocimiento y clasificación de nuestro universo poblacional de muestra, hemos ampliado el foco de atención a enclaves situados fuera de nuestra área de estudio, tanto en el sector atlántico como mediterráneo y a ser posible atendiendo a una representación cronológica amplia, aún teniendo en cuenta la pobreza de dataciones fiables.

La hipótesis de partida estaba fundamentada en varias premisas que hemos tratado en numerosas ocasiones a lo largo de esta obra:

- Ausencia generalizada de estructuras megalíticas y tumulares en buena parte del sector mediterráneo.
- Desarrollo de un arte peculiar, de corte seminaturalista (arte levantino), en el área mediterránea.
- Ausencia de arte del ciclo levantino en el área atlántica.
- Presencia muy localizada de un arte peculiar, simbólico (arte macroesquemático), en el área levantina.
- Ausencia generalizada de arte de tipo macroesquemático en el área atlántica.
- Existencia de un potente neolítico cardial en el área levantina.
- Muy pobre, casi puntual, presencia de neolítico cardial en el área atlántica.

Atendiendo a todos estos elementos y tabulados los principales conjuntos designados para nuestro estudio, pudimos comprobar la existencia de ciertas diferencias entre los diferentes tipos de registros. Estas diferencias afectaban a los tres principales ámbitos designados (tipológico, geográfico y cronológico) pero especialmente a uno de ellos, el tipológico.

Esta diferencia, notoria, puede ser resumida del siguiente modo en lo que respecta a túmulos y dólmenes (Tabla 185)

TÚMULOS	DÓLMENES
Leve representación de segmentos (G1)	Ausencia generalizada de segmentos (G1)
Representación similar de trapecios y triángulos, siempre más abundantes los trapecios	Predominio absoluto de trapecios
Cuando se documentan los triángulos, son más numerosos en los enclaves más orientales y decrece su presencia, hasta desaparecer, al desplazarlos hacia el Oeste.	Muy escasa representación de triángulos que, cuando aparecen, son siempre menos abundantes en el área lusa.

Tabla 185.- *Diferencias en la representación de armaduras geométricas en contextos funerarios tumulares y dolménicos.*

Dejando a un lado, momentáneamente, los conjuntos habitacionales a un lado, analizamos los datos a través del filtro cronológico. Aquí chocamos con uno de los principales inconvenientes de la muestra. Esto se debe a la elección errónea de gran parte de las muestras datadas y que fueron tomadas de carbones sin determinar especies y en particular de ejemplares procedentes de los niveles de paleosuelo en vez de hacerlo sobre muestras de hueso humano directamente. Por ello, la práctica totalidad de las dataciones no pueden ser tomadas más que como una fecha *post quem* del fenómeno estudiado. Aún así, advertimos cierta similitud cronológica entre túmulos y dólmenes, cierto es que, tal vez, con cierta prelación de estos últimos sobre los primeros. Es posible situar las dataciones de la mayor parte de las tumbas tumulares en torno al 5100-5000 BP a juzgar por las dataciones realizadas, ahora sí sobre hueso de los inhumados, por el equipo de investigación del Proyecto Valle de Ambrona (Rojo *et alii*, 2005) Algo más antiguas resultan las dataciones procedentes del túmulo de El Castillejo (Huecas, Toledo), si bien la notable amplitud de la desviación estándar (Bueno *et alii*, 2000; 2005) obliga a ser cautos con el resultado.

Por su parte, las dataciones procedentes de buen número de dólmenes, en especial portugueses y gallegos, parecen señalar dataciones de inicio del uso en torno al 5400-5300 BP (Alonso y Bello, 1997) para lo que los autores denominan monumentos de tipo A, esto es, formados por túmulos elevados sobre tumbas en cámara simple, fosa o deposición directa.

Este panorama requiere un análisis muy detenido y exclusivo pues parece denotar la existencia de prelaciones de tipos diferentes de tumbas, pero también nos habla de su

convivencia, lo que debería interpretarse tal vez, con enfoques más críticos y particularistas como una posible evidencia de la existencia de soluciones tribales diferenciadas en el modo de tratar la muerte.

Ya hemos señalado antes que el punto de inflexión en este sentido viene significado por un claro componente cultural, como es el del inicio del proceso de neolitización. Así, aunque algunas tumbas portuguesas como la de Cabrito 3 se haya puesto en posible relación con enterramientos derivados de grupos mesolíticos (Alonso y Bello, 1997), se especifica que, en los casos de cronología más antigua, se trataría de grupos en transición o en proceso de neolitización si no ya de grupos neolíticos. ¿Qué quiere esto decir?. Sencillamente que las evidencias abundan en lo que hemos venido señalando, que existe una relación causal entre el fenómeno megalítico y el desarrollo de la neolitización. Ahora bien, atendiendo a las fechas manejadas para el desarrollo del fenómeno funerario, pero también a aquellas del neolítico, encontramos un notable desfase cronológico. Visto de otro modo, el desarrollo del megalitismo no parece ser sino una respuesta algo tardía a un proceso de consolidación del neolítico. Aquí es donde el enfoque de las armaduras microlíticas geométricas nos puede servir de ayuda. Tampoco debemos pasar por alto, en un carteo general del fenómeno megalítico, que la máxima concentración megalítica –en todas sus variantes- se localiza en las áreas del norte, especialmente del marco cantábrico, de la Península Ibérica.

El funcionamiento de estas zonas como áreas refugio, en el sentido específico de la investigación biológica, parece puesto en evidencia no sólo por la notoria concentración de enclaves mesolíticos, sino sobre todo por las cada vez más abundantes noticias de enclaves en los que se manifiestan comportamientos de sucesión real, a veces sin interrupciones, entre el mesolítico y el neolítico. ¿No sería por tanto lógico pensar en estas zonas de refugio como aquellas más resistentes a la neolitización? ¿No podría esperarse un comportamiento beligerante asociado a las crisis territoriales derivadas de las muy diferentes estrategias de gestión territorial del espacio asociadas a los grupos de cazadores-recolectores y agricultores/ganaderos?. Esta es, a nuestro entender, la línea abierta que debería seguirse para intentar arrojar algo de luz acerca de la verdadera filiación cultural del fenómeno funerario megalítico.

Existe una nítida diferenciación en cuanto a la distribución espacial de los conjuntos megalíticos y neolíticos de la Meseta respecto a los enclaves mesolíticos con arte levantino (Fig. 486) Esta diferenciación no puede ser considerada baladí, máxime cuando se analiza la realidad circundante y las evidencias megalíticas constatadas. De esta rápida visión se advierte de nuevo el ya señalado comportamiento dicotómico entre el espacio centro-levantino, donde la presencia de restos megalíticos siempre poco representativa, y el espacio atlántico-cantábrico, donde el número de evidencias adquiere tal magnitud que resulta poco creíble que no nos encontremos ciertamente ante la plasmación de un comportamiento cultural desarrollado sobre un lapso temporal amplio.

Como los extraordinarios trabajos de M. Moreno Gallo realizados en la Meseta Norte, concretamente en Burgos (2007) ponen de manifiesto, parece existir una relación causal, fuera de lo cultural, entre el megalitismo y el espacio geográfico en el que se inserta. La implantación del fenómeno atendiendo a las principales cuencas hidrológicas resulta significativa, como lo es también la notable relación existente entre lo megalítico y la costa. Esta relación se hace más palpable y evidente en las regiones cantábricas, pero tampoco deja de ser notoria en otros contextos. A este componente debemos añadirle la relación más evidente con un rango altitudinal determinado; así, se puede generalizar la existencia de una relación entre la implantación megalítica y las áreas de pre-sierra. Visto de un modo muy general, esta fue la evidencia que llevó a los primeros investigadores del fenómeno megalítico a hablar del componente ganadero de los grupos megalíticos. Ahora bien, tampoco puede menospreciarse el hecho de que esta ubicación se relaciona casi en todas las ocasiones con los espacios de menor potencialidad o interés para la gestión agrícola. Visto de otro modo, el espacio de implantación megalítica

presenta, por lo general, una asociación inversamente proporcional a la presencia en las tierras de mayor interés agrícola. ¿Puede entonces seguir manteniéndose la filiación 'neolítica', en cuanto derivación directa de la cosmología colonial alóctona, del megalitismo?. ¿Es lícito continuar explicando la causa del megalitismo desde la postura agrícola de las primeras economías productoras? Las líneas alternativas de interpretación son reducidas. Podemos tratar de explicar el fenómeno desde un punto de vista de las culturas mesolíticas, desde el punto de vista de las culturas evolucionadas plenamente agrícolas, o mejor aún, desde los grupos indígenas neolitizados enfrentados a grupos, también indígenas, reticentes a la neolitización. Ambas explicaciones implican, como hemos mostrado en este capítulo, la existencia de un creciente comportamiento bélico entendido como un enfrentamiento nítido entre grupos humanos, fuesen estos culturalmente similares o no. Tampoco podemos negar la posible relación de este fenómeno con un incremento de la presión demográfica.

Geográficamente advertimos un patrón de distribución diferenciado entre los enclaves neolíticos y megalíticos (Fig. 486) En primer lugar queda perfectamente definida la existencia de dos claros ámbitos, uno concentrado en el Norte y Noreste de la Meseta, en las tierras de influencia del Alto Ebro y otro en el sector Oeste, en el ámbito de los cursos bajos de los ríos Tajo y Duero. No parece casual que estos dos ámbitos coincidan con los territorios superiores de los grupos de cazadores/recolectores indígenas. La concatenación de asentamientos neolíticos y megalíticos es mínima. Una situación muy similar encontramos al introducir en nuestro análisis como nueva componente el arte levantino. En esta ocasión la información obtenida es más clara. Las áreas próximas a las mayores concentraciones de emplazamientos decorados son las que menor número de yacimientos neolíticos han denunciado. Bien es cierto que en los casos de Albacete o Ciudad Real este hecho pudiese ponerse en relación con lagunas de investigación. Ahora bien, la información documental es clara y señala un papel delimitador para las concentraciones de paneles con arte levantino.

La disociación existente entre enclaves neolíticos y aquellos que presentan arte levantino y que hipotéticamente suponemos propios de culturas de cazadores-recolectores mesolíticos contemporáneos de los grupos neolíticos es clara. Aún más nítida parece la circunstancia de que cuando comparecen, en un mismo enclave del interior, pinturas levantinas y materiales neolíticos, caso de la Cueva del Niño (Albacete), éstos corresponden a contextos inequívocos del Neolítico IB y de los estadios iniciales del Neolítico II. En todos los casos la ausencia de materiales propios del Neolítico IA, así como las cerámicas cardiales, están ausentes. Hacia el Este de esta hipotética línea encontramos una multiplicación espectacular de enclaves decorados de arte levantino; por el contrario, hacia el Oeste de esa línea, correspondiendo con la Hispania Húmeda-Atlántica, localizamos una explosión de enclaves megalíticos, dolménicos y tumulares.

A nuestro parecer, la nítida división existente, con componente Noreste-Sureste, entre las concentraciones de enclaves mesolíticos y neolíticos está señalando la clara correspondencia con dos grandes territorios culturales o tribales. Dos territorios en los que la simbología es diferente y en la que el proceso de neolitización presenta también estructuras de implantación y soluciones de desarrollo diferenciadas.

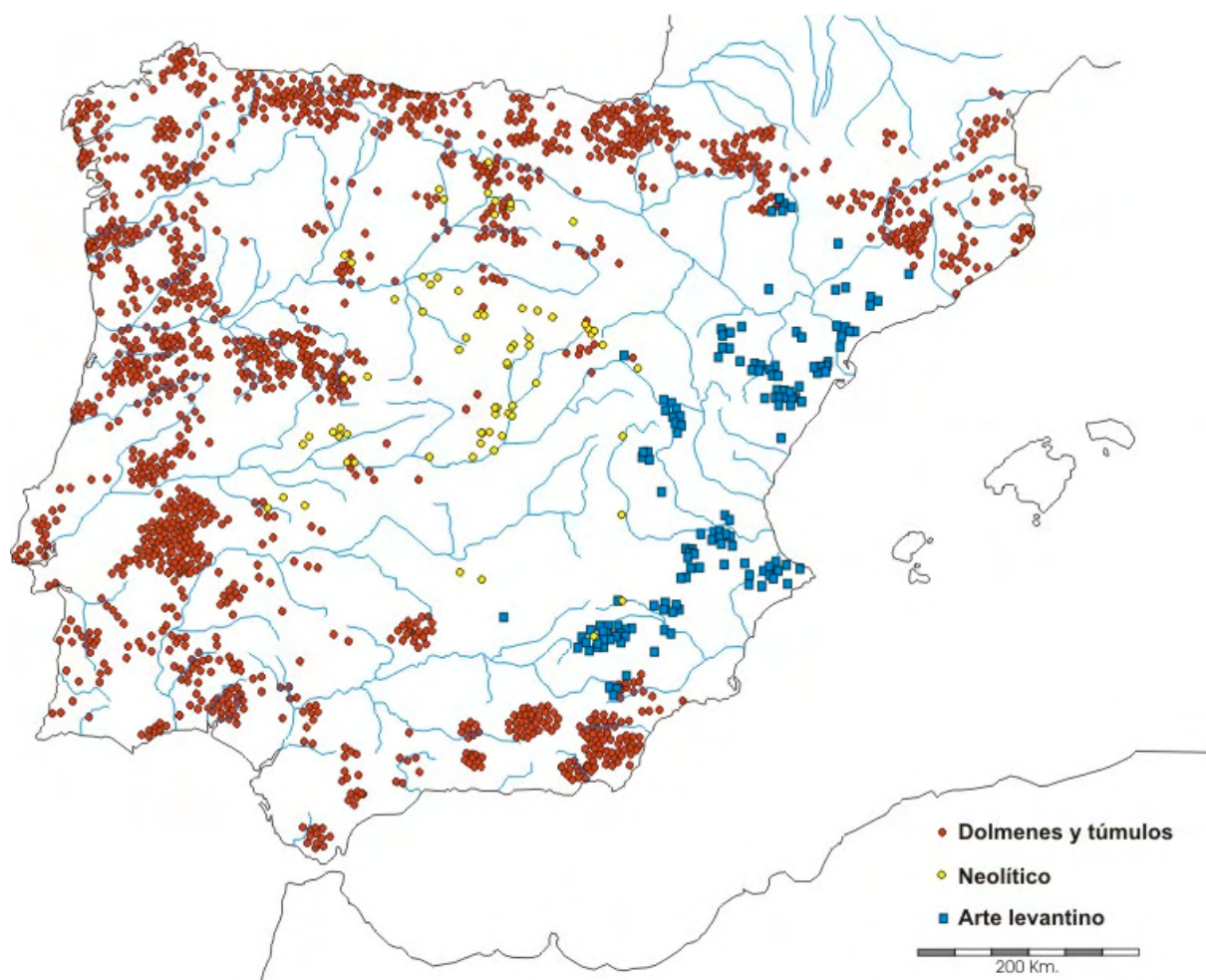


Fig. 486.- Mapa comparativo de dispersión de enclaves megalíticos, neolíticos y de arte rupestre levantino

Debe señalarse que en la figura 486 hemos consignado tan sólo los principales enclaves megalíticos –dolménicos y tumulares- del área de estudio. Si integrásemos en esta imagen la totalidad de los enclaves de la Península Ibérica obtendríamos una impresión aún más clara de esa zonación geográfico-cultural. Tampoco podemos obviar la prelación temporal de buena parte de los enclaves mesolíticos con arte levantino respecto a las evidencias megalíticas, aún cuando esté por definirse la solución cronológica definitiva de la manifestación artística levantina.

Aún con las reservas necesarias, a la vista de la figura anterior, puede indicarse el marcado carácter ‘periférico’ del megalitismo. A este hecho destacado debemos añadirle la concatenación mínima de espacios correspondientes a los conjuntos de arte levantino y conjuntos megalíticos; tan sólo una relación tangente en los extremos superior e inferior respectivamente. Por el contrario, la yuxtaposición de ámbitos megalíticos y neolíticos es más frecuente, siendo además clara la relación de ambos fenómenos cuando nos referimos a los conjuntos tumulares. De nuevo, la máxima asociación se produce en las áreas periféricas de contacto. Este hecho refuerza la hipótesis del valor ‘territorial’ de los conjuntos megalíticos.

IX

EL TRÁNSITO DE LA ECONOMÍA CAZADORA-RECOLECTORA A LA DE PRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Cuando se definió el Neolítico por primera vez, el criterio establecido fue esencialmente tecnológico. En definitiva se trataba de acomodar un grupo de elementos “diferentes” dentro de una sucesión ordenada de piezas para las que se carecía de dataciones y se contaba con muy escasa información.

Con el paso del tiempo esa división tecno-tipológica se fue aquilatando y dotando de sentido mediante el añadido de elementos, a los que se añadieron las primeras dataciones radiocarbónicas, que dotaban de sentido al nuevo periodo. Todo ello contribuyó a dotar de notable entidad a este nuevo periodo cultural.

No obstante, desde un momento temprano de la investigación se advirtió que la verdadera transición, el elemento que señalaba un inequívoco salto lógico en la escala del desarrollo cultural fue la economía. Así se gestó la revolución childeana que tantos ríos de tinta ha hecho correr.

De forma resumida el cambio se situó en la aparición de una economía doméstica entendida como la base de un control de las especies animales y vegetales por parte de las comunidades humanas. La Naturaleza pasaba así de ser un elemento más de la construcción cosmológica de los grupos de cazadores-recolectores, el lugar del que el grupo formaba parte, a convertirse en el espacio que pertenece al ser humano. No en vano, estamos convencidos de que al Neolítico y más concretamente al detenido análisis de los ciclos agrícolas y ganaderos corresponde la génesis de los conceptos de espacio y tiempo como coordenadas referenciales.

Dejando de lado la cuestión del origen y si este se localizó en un punto del Próximo Oriente o por el contrario en muy diferentes lugares del planeta en un momento sincrónico, debemos centrarnos en primer lugar en la correcta definición del proceso.

Nadie puede dudar que la domesticación debió ser un proceso paulatino, casi de experimentación, en el que la ruptura definitiva con el mundo ancestral cazador se prolongó en el tiempo de forma notable. No entraremos aquí en la consideración de las bondades y problemas de la nueva concepción económica; tan sólo nos haremos eco de la postura generalizada que señala los múltiples problemas –sociales, tecnológicos, etc.- que implicó la adopción de la economía de producción.

Un hecho que debe ser revisado con detenimiento y cuyo estudio excede el marco de esta obra es el de las especies que posibilitaron la domesticación. Para el Neolítico, dentro de ese paquete estanco que han definido diferentes especialistas, se llegó al consenso de que la norma era la asociación en el registro de los cereales/leguminosas, en definitiva la agricultura, la oveja y/o la cabra, esto es, la ganadería, y la cerámica. No en vano se ‘domesticaba’ el barro para darle formas y utilidades antes no imaginados.

Este es el 'paquete' fundamental que compone los registros de más del 90 % de los contextos del Neolítico Antiguo de Europa. Las investigaciones tendentes a la localización de la presencia o inexistencia en Europa y más concretamente en la Península Ibérica de agriotipos han sido prácticamente nulas. En verdad no existe un estudio concienzudo al respecto y es ahora, con las posibilidades que nos brinda el dominio de la genética, cuando estamos en condiciones de realizar estudios científicamente rigurosos al respecto. Así se podrá dirimir hasta qué punto es cierta la afirmación de la carencia de agriotipos en nuestra Península y se podrá definir también la autoctonía o aloctonía de especies tan significativas como la vaca, la cabra, el cerdo, el caballo o el conejo. Respecto a esta última especie, sin duda autóctona de nuestra geografía, algunos investigadores han señalado la posibilidad de que fuese una especie doméstica lo que explicaría su abundante representación en algunos contextos neolíticos (Bellver, 2002)

Siempre hemos estado tentados de aceptar, por economía de hipótesis, los datos que parecían más lógicos. Que lo parezcan no tiene obligatoriamente que significar que lo sean. Es por ello que debemos ser prudentes y aunar esfuerzos para realizar estudios genéticos que nos permitan arrojar una luz definitiva sobre este asunto. La cuestión no estriba en si la oveja o la cabra se domesticaron en la Península Ibérica para con este argumento enfrentarse a los presupuestos normativistas de la escuela valenciana. Eso sería un error, pues las evidencias respecto a una llegada de un contingente humano, más o menos numeroso a nuestra geografía son, hoy por hoy incontestables. Lo importante para el estudio de un proceso tan complejo estriba en poder analizar la cuestión desde la postura indígena. Así, no es lo mismo una neolitización realizada sobre una base cultural arcaica, estancada en la caza y la recolección mediante la reiteración de esquemas ancestrales, que atender a un proceso de neolitización que se asentó sobre unos grupos de economía cazadora-recolectora especializada o incluso que habían desarrollado sus propios sistemas primitivos de control de animales y plantas –y del espacio en el que todo ello se localiza-, presupuesto que no tiene por qué implicar la domesticación.

La postura clásica de la investigación tiende a incluir dentro de un mismo bloque todos los desarrollos propios de un territorio. Hemos empezado esta obra centrándonos en esa cuestión, en absoluto baladí, para señalar la necesidad acuciante de abrir los campos de análisis, pero sobre todo de abandonar definitivamente la postura teórica que presupone los mismos desarrollos culturales, dentro de la sincronía tecnológica, económica y social, para los diferentes grupos que pueblan un territorio en un mismo lapso cronológico. Si ese ficticio sistema no ha funcionado siquiera en el siglo XX, si no funciona aún en el siglo XXI, ¿qué evidencias tenemos para asegurar que funcionó en el VIII milenio antes del presente?.

Centrado así el análisis podemos abordar de otro modo la aproximación al registro. No en vano rastrear la economía de los últimos grupos de cazadores y recolectores y de los primeros productores es una cuestión demasiado compleja para el interior de la Península con los escasos datos que manejamos.

1. ECONOMÍA TRADICIONAL O DE SUSTRATO

No hay evidencias en el registro arqueológico disponible que permitan suponer prácticas de domesticación, siquiera incipientes, entre los grupos de cazadores y recolectores de la Península Ibérica.

De forma estricta, de los yacimientos del interior que hemos presentado en el catálogo (Capítulo VI) correspondientes a los grupos de sustrato, tan sólo La Peña de Estebanvela, Verdelpino y en menor medida La Ventana nos ofrecen datos referentes a la economía de estos grupos. Ampliando el foco de atención a los grupos mesolíticos del estuario del Tajo y regiones próximas podemos hacernos una idea aproximativa de los

cambios y continuidades existentes en el comportamiento económico. Veremos cómo se nos plantean dos modelos diferentes de gestión del espacio que, a pesar de las distancias cronológicas, pueden estar denunciando la existencia de dos tipos de desarrollo cultural bastante diferenciados.

En La **Peña de Estebanvela** (Segovia) se observa, para el tránsito cronológico comprendido entre el 9950+/-40 BP y el 12360+/-50 BP, una dinámica cinegética dominada por la caza de cabra, rebeco, corzo, ciervo y caballo y en menor medida jabalí. Esta dinámica además presenta patrones de caza en cierto modo diferenciados por etapas o fases (Tabla 186 y Fig. 487) lo cual pudo tener un origen cultural o bien basado en cambios climáticos y reordenaciones de especies.

TAXÓN	NR I	NR II	NR III	NR IV	TOTAL NR	NMI I	NMI II	NMI III	NMI IV	TOTAL NMI
Eh	3	5	0	0	8	2	2	0	0	4
Ec	38	353	31	0	422	3	4	1	0	8
Ce	9	62	33	3	107	1	2	1	1	5
Ss	0	0	2	0	2	0	0	2	0	2
Cc	0	1	1	0	2	0	1	1	0	2
Cp	16	154	69	17	256	1	3	2	1	7
Cp/Rr	26	4	2	15	47	0	0	0	0	0
Rr	3	0	0	0	3	2	0	0	0	2
Total	95	579	137	35	851	9	12	7	2	30

Tabla 186

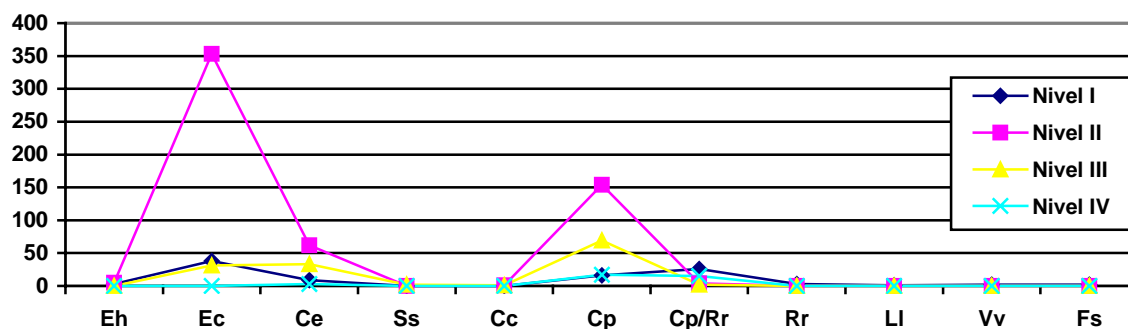


Fig.487.- Representación gráfica de la fauna del Abrigo de La Peña (Estebanvela, Segovia) Eh=*Equus hydruntinus*; Ec=*Equus caballus*; Ce=*Cervus elaphus*; Ss=*Sus Scropha*; Cc=*Capreolus capreolus*; Cp=*Capra pyrenaica*; Rr=*Rupicapra rupicapra*

En los niveles más antiguos (IV-III) el patrón cinegético se basó en la caza de cápridos y cérvidos principalmente. Lo mismo se observa en el Nivel I, el más moderno, donde la caza de estas especies se combina por igual con la de los équidos.

Por el contrario, en el Nivel II se advierte una especialización en la captura de los équidos. Si este hecho se debe a una conducta cinegética especializada o por el contrario a que estemos ante una afortunada partida de caza que localizó y abatió una manada de caballos es algo que no podemos saber.

Lamentablemente carecemos aún de los estudios completos de la fauna (Cacho *et alii*, 2003) y no podemos avanzar nada respecto al aprovechamiento de los recursos vegetales ni acuáticos. No obstante los datos referentes a la fauna son de por sí bastante esclarecedores y la situación del abrigo aboga por su interpretación como refugio de caza dentro de un sistema de economía cazadora itinerante.

En el caso del **Abrigo de Verdelpino** (Cuenca) debemos tener en cuenta a la hora de valorar los datos ofrecidos cuanto señalamos (Capítulo VI) a raíz de nuestra revisión total del material procedente de las excavaciones antiguas.

Atendiendo a los trabajos de Morales (1976) se advierten algunos comportamientos cinegéticos respecto a la fauna presente en los diferentes niveles (Tabla 187 y Fig. 488)

TAXÓN	N-1	N-2	N-3	N-4	N-5
Ec	9	9	3	1	1
Bt	10	8	11	0	0
Oa	1	1	0	0	0
Oa/Ch	20	12	16	0	0
Ch	0	0	1	0	0
Sd	11	4	9	0	0
Ssp	0	0	3	0	0
Ssc	0	10	2	0	0
Bp	0	0	0	7	2
Cp	0	0	11	2	0
Ce	10	19	26	3	6
Cc	4	0	0	0	0
Ua	3	0	0	0	0
Lc	0	0	1	0	3
Oc	5	4	0	3	19
Total	73	67	83	16	31

Tabla 187.- Distribución del NR por especie y nivel de los mamíferos de Verdelpino, según Morales, 1976. Ec=Equus caballus; Bt=Bos taurus; Oa=Ovis aries; Ch=Capra hircus; Sd=Sus domesticus; Ss=Sus Scropha; Bp=Bos primigenius; Cp=Capra pyrenaica; Ce=Cervus elaphus; Cc=Capreolus capreolus; Ua=Ursus arctos; Lc=Lagopus cuniculus; Oc=Orictolagus cuniculus

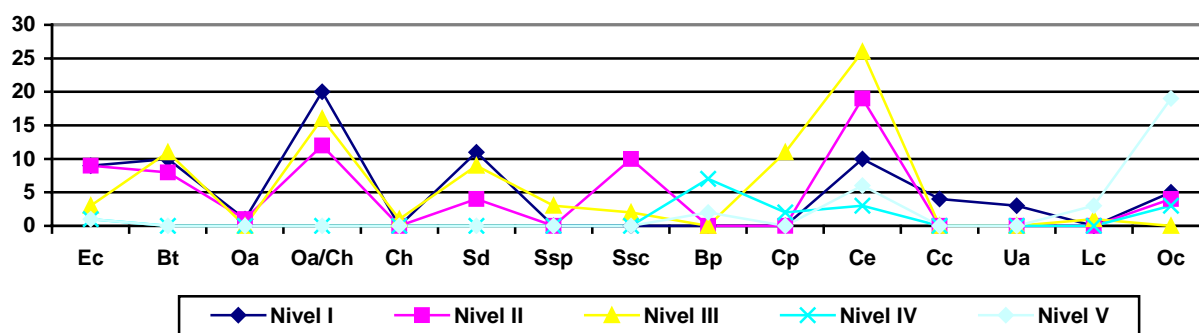


Fig. 488.- Gráfica de distribución del NR por niveles del yacimiento de Verdelpino.

A la vista de la gráfica de distribución del número de restos advertimos una notable semejanza en la distribución de los máximos entre los niveles I, II y III que, además, muestran, con ligeras diferencias, un perfil de desarrollo similar: picos máximos en las tres especies domésticas, con cierto predominio de la oveja y la cabra y una aparente especialización en la caza del cérvido con cúspide en el taxón ciervo.

Esta dinámica de similitud de picos máximos y perfiles se trastoca en los niveles IV y V. Aquí destaca la ausencia total de domésticos. Tan sólo, según Morales, procede del Nivel IV una primera falange de bóvido que por el tamaño considera pudiese tratarse de una especie doméstica, no sin dudas (Morales 1976: 76). Las impresiones que obtuvimos de la revisión exhaustiva de los restos recuperados durante esta excavación y los intentos de reconstrucción de la misma y las dudas que tenemos sobre la fiabilidad del registro impiden tomar este único dato como explicación más que de la notable dificultad existente para determinar las alteraciones estratigráficas o para interpretar el registro.

Tras la ausencia de animales domésticos debe destacarse la existencia de un perfil cinegético especializado en la caza del ciervo y el uro. Quizás sea debido tan sólo a cuestiones postdeposicionales, pero se advierte entre los niveles IV y V una inversión en la representación de estas dos especies. Así, en el nivel IV es predominante el uro mientras que en el nivel V lo es el ciervo.

Un dato relevante es la notable representación de conejos en el Nivel V. Si bien es cierto que ésta especie aparece representada de forma desigual a lo largo de toda la secuencia estratigráfica y que no podemos aventurar, dada la ubicuidad de la especie, una hipótesis de caza especializada, tampoco deja de ser cierto que se trata de una especie abundante, cinegéticamente apetecible y que posiblemente fue objeto de cierta especialización para su captura durante la Prehistoria. Así parece al menos desprenderse de los importantes valores que esta especie adopta desde los momentos iniciales del Paleolítico Superior en diferentes regiones peninsulares (Pérez Ripoll, 1992; Estévez, 1985; Villaverde y Martínez-Valle, 1992: 86; 1995)

Una vez más carecemos de datos referentes al consumo de especies piscícolas y vegetales. Las evidencias sobre agricultura tan sólo podemos intuir las a través de la presencia de determinados útiles en el registro si bien no está clara su verdadera incidencia. A este respecto es significativo señalar que ninguna de las improntas analizadas en las piezas cerámicas procedentes de este yacimiento han permitido localizar restos de cereales.

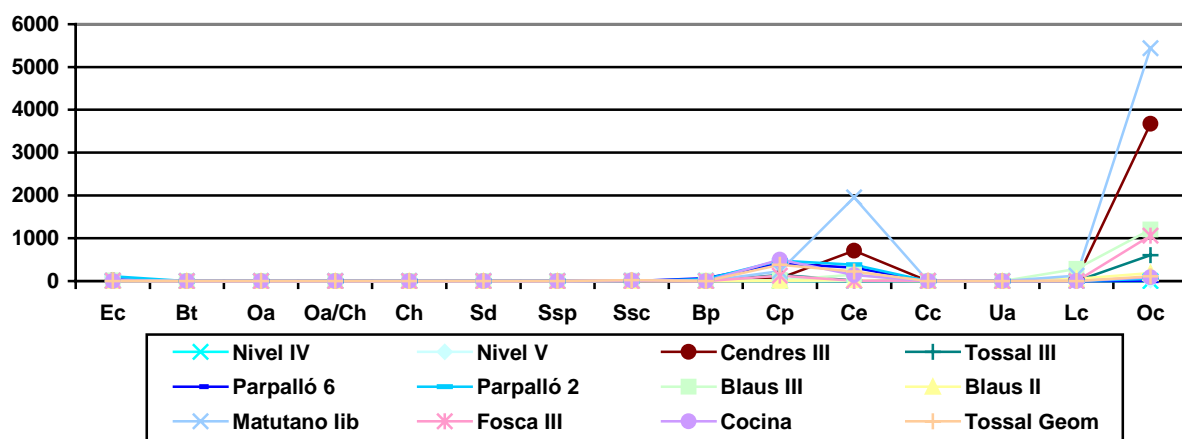


Fig.489.- Gráfica comparativa con yacimientos Magdalenienses, Epipaleolíticos y Geométricos.

Cuando comparamos el patrón cinegético de los yacimientos meseteños con los de otras áreas peninsulares comprobamos que existen similitudes, pero también algunas diferencias respecto a las especies elegidas, lo que tal vez tenga un valor más que cultural geográfico relacionado con la distribución de ciertas especies en los diferentes nichos ecológicos y por tanto especialización de los grupos en su captura.

Los datos generales que podemos obtener (Fig. 489) señalan que durante el Magdaleniense Antiguo existió un patrón basado en la caza de dos especies – generalmente ciervo y cabra- con importancia del conejo como demuestran las series de Parpalló y Beneito, por ejemplo. En el Magdaleniense Superior, según los datos de Cendres III–II y Tossal III–II, la caza se especializa centrándose en el abatimiento de una sola especie, generalmente el ciervo o la cabra, siguiendo en importancia el conejo.

En el Magdaleniense Final y Epipaleolítico se continúa de algún modo el patrón observado en el momento anterior, con una especialización en la caza del ciervo al tiempo que se amplía notablemente el espectro de piezas abatidas –rebeco, jabalí, bovinos, etc.- y el conejo, que sigue siendo la especie de fauna de pequeño tamaño más cazada, se ve

acompañado por un espectro también mayor de especies como liebres, aves, moluscos, peces, etc. Este patrón es el mismo que aparece representado entre los últimos cazadores y recolectores, así como entre los grupos mesolíticos, lo cual es una evidencia que permite acercar lo Epipaleolítico a lo Mesolítico, o al menos señalar hacia interpretaciones económicas continuistas.

En los conjuntos meseteños, aún cuando se advierte cierta especialización en la caza, tampoco puede dejar de notarse la existencia de un patrón similar al de las etapas iniciales del Paleolítico Superior, donde suele desarrollarse la explotación cinegética de un conjunto diversificado de especies y donde, generalmente, se da el predominio de la caza especializada de dos de ellas.

Además, el patrón de caza del interior peninsular, aún con lo parco de los datos que manejamos, nos señala la elección preferente de tres especies, dos de ellas poco habituales, en momentos de caza especializada: caballo, bóvido y cérvido.

Un dato que no debe ser obviado es la localización de los asentamientos de los grupos de cazadores-recolectores. En la Península Ibérica es común que éstos se enclaven en abrigo o pequeñas cavidades que, en la mayor parte de las ocasiones, son frecuentados de forma intermitente pero reiterada dentro de un modelo deambulatorio móvil o estacional.

En la Meseta este esquema, como era de esperar, se repite y encontramos que la totalidad de los yacimientos descubiertos responden a un modelo rupícola. En aquellos que han podido ser excavados o sondeados los resultados finales señalan una ocupación casi siempre esporádica y generalmente repetitiva, aún cuando los ciclos de repetición no puedan ser establecidos en escalas anuales. Por el contrario, la relativa proximidad de algunos yacimientos induce a pensar que se intercambia a menudo el lugar de asentamiento siendo empleados los mejores emplazamientos de forma repetida.

Ahora bien, ¿fueron estos los únicos lugares frecuentados por los grupos de cazadores y recolectores?. Sin duda, la respuesta es negativa. En la Meseta se advierten restos correspondientes al Paleolítico Superior no sólo en contextos rupícolas, sino también en yacimientos situados al aire libre en zonas de notable valor de caza, como pueden ser los interfluvios de grandes ríos.

Sirva de ejemplo el notable conjunto de datos del Solutrense procedentes de las terrazas de los ríos Manzanares y Jarama en Madrid. Lamentablemente, los hallazgos localizados aquí se circunscriben a piezas recuperadas en contextos sin estratigrafía, a excepción de algunos yacimientos como El Sotillo que implican poner en práctica nuevos modelos de interpretación. No en vano se han localizado especialmente yacimientos superopaleolíticos en abrigo y cuevas porque es donde se los ha buscado y donde además son siempre más abundantes, pero eso no implica que en aquellos lugares en los que no se han buscado este tipo de yacimientos, esto es, al aire libre, no existiesen.

Si tenemos documentadas en el contexto meseteño áreas de habitación rupícola –Peña Cabra, Peña Capón, El Reno y Los Enebrales en Guadalajara, La Ventana, La Higuera y Las Avispas en Madrid, Verdelpino en Cuenca, La Peña de Estebanvela y El Parral en Segovia, no deja de ser menos cierto que existen asentamientos en áreas fuera de abrigo que no han sido tenidas en cuenta y que sin embargo señalan la existencia de un sistema de ocupación del territorio en el que confluye esa idea del trasiego de los grupos humanos por aquellos lugares ecológicamente privilegiados. Sistema que es importante tener en cuenta a la hora de compararlo con el que se pondrá de manifiesto en momentos sincrónicos a los inicios de la economía de producción y que ya fueron valorados por diversos especialistas (Fumanal y Calvo, 1981; Fumanal *et alii*, 1993; Aura Tortosa y Pérez Ripoll, 1993).

2. LA NUEVA ECONOMÍA DE PRODUCCIÓN

Valorar la incidencia real de la economía de producción en el interior de la Península Ibérica resulta también complejo. En primer lugar, son aún pocos los estudios amplios que incluyan sistematizaciones de la fauna y los vegetales contextualizados. En segundo lugar el hecho de que carezcamos en el interior de los correspondientes horizontes mesolíticos clásicos geométricos ha impedido que se cuente con un elemento de comparación directa entre las economías de caza y recolección tradicionales y las de producción. Este hecho ha derivado a su vez en la generalización de la creencia en una aparición, brusca y repentina, de los elementos domésticos.

Lo cierto es que en el interior de la Península Ibérica carecemos de evidencias de animales y vegetales domésticos asociados a contextos que no sean claramente neolíticos, a no ser que tomemos como tales las evidencias de las espátulas realizadas sobre tibia de oveja y/o cabra documentadas en algunos contextos tumulares y dolménicos, lo cual es, hoy por hoy improbable.

Por la entidad de los restos y la sistemática de recolección, son más abundantes las evidencias de fauna que de restos vegetales. No obstante estos últimos se documentan en algunos de los yacimientos excavados como la cueva de la Ventana, la cueva de La Vaquera y La Paleta. Un dato destacable es el referente a la presencia de cereales si bien en ningún caso cuentan con una representación notable.

Las evidencias carpológicas de restos de cereales se circunscriben a 674 cariósides y restos de cereal recuperados en La Vaquera (López García *et alii*, 2003: 253, Tabla 2) y otras 6 recuperadas en La Ventana (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004: 258) Los restos vétales de La Paleta están aún en proceso de análisis, pero podemos adelantar que se han documentado centenares fragmentos.

Los restos recuperados en **La Vaquera** (Segovia) se distribuyen a lo largo de toda la secuencia (Tabla 188) Este yacimiento gracias al volumen de datos que posee, presenta una mejor opción de análisis.

La gráfica (Fig. 490) referente a las tendencias de representación de los principales vegetales cuyas muestras carpológicas han sido recuperadas en este yacimiento señala un perfil muy interesante si atendemos al comportamiento de presencia –que no tiene por qué coincidir ni con el de recolección ni con el de consumo- de los diferentes taxones.

Más significativa es la tendencia marcada en el gráfico de la figura 491 donde apreciamos un comportamiento modal en cierto sentido gaussiano por parte de los diferentes taxones. Se aprecia la existencia de un momento de desarrollo en el conjunto de niveles más profundos, de la estratigrafía donde predomina la presencia de trigo seguido de las bellotas y tras este, la cebada, que muestra una presencia muy restringida durante toda la secuencia.

En el conjunto de niveles 98-91 se alcanza una cota de representación importante por el trigo que curiosamente viene a coincidir con el pico máximo de representación de las bellotas que a partir de entonces inician un lento declive. De forma paralela, aún con su discreción, la cebada sigue una tendencia ascendente que culminará en el máximo de la fase siguiente.

El conjunto de niveles 90-78 representa el punto álgido de la economía de producción del yacimiento basada en el trigo, que alcanza su cota máxima y la cebada, que aún cuando se encuentra muy distanciada del trigo, señala también un máximo en estos niveles. Por su parte las bellotas declinan para mantenerse a partir de entonces como un elemento de complemento de la dieta.

Taxón	Niveles (106-99)	Fosas (18,20,21)	Niveles (98-91)	Fosas (22,23,24)	Niveles (90-78)	Fosas (16,17,19)	Niveles (77-62)
Hvv	1	3	24	3	24	9	8
Hvn	0	0	7	1	4	11	0
Tm	0	1	4	0	0	0	0
Td	2	2	68	0	18	1	1
Tda	3	33	130	14	174	15	64
Tdac	0	5	17	3	38	16	22
Tsp	3	10	91	5	68	26	9
Fragm	12	16	194	22	149	6	35
Au	0	0	0	0	2	0	0
Ae	0	0	0	0	1	0	0
Asp	0	0	0	0	5	0	0
Bs	0	0	1	0	2	0	0
Casp	0	0	0	0	0	0	1
Cha	2	0	1	0	0	0	0
Chsp	0	0	1	0	0	0	1
Cisp	0	0	1	0	0	0	3
Com	0	0	0	0	0	0	1
Cos	0	0	0	0	1	0	0
Crn	0	0	0	1	0	0	0
Ga	0	1	1	0	0	0	2
Gasp	0	0	0	0	2	0	0
Gaspu	0	0	0	0	2	0	0
Gra	1	0	11	6	17	1	4
Jsp	0	0	0	0	0	0	9
L	0	0	1	0	0	0	0
Lesp	0	0	1	0	0	0	0
Lu	0	0	0	0	0	0	1
Lsp	2	0	0	0	1	0	0
Msp	0	0	0	0	2	0	0
Mt	0	0	0	0	1	0	0
PI	0	0	0	0	0	1	0
Psp	0	0	1	0	0	0	0
PII	0	0	0	0	0	0	1
Pc	0	0	0	0	0	0	15
Qsp	3	11	63	6	11	25	33
Rsp	1	0	0	0	0	0	0
Sce	0	0	0	0	1	0	0
Thsp	0	0	0	0	0	0	1
Tr/MI	0	0	0	0	1	0	0
Vsp	0	0	7	0	0	0	0
Vs	0	0	0	1	0	0	0
Vta	0	0	1	0	0	0	0
Vosp	0	0	0	0	1	0	0
Vvs	1	0	0	0	0	0	0

Tabla 188.- Elementos carpológicos localizados en la Cueva de la Vaquera, según Estremera, 2003

Parece claro que los elementos vegetales mejor representados en toda la secuencia son los cereales y las bellotas lo que sin duda tiene que ver con su alto valor para los grupos humanos neolíticos.

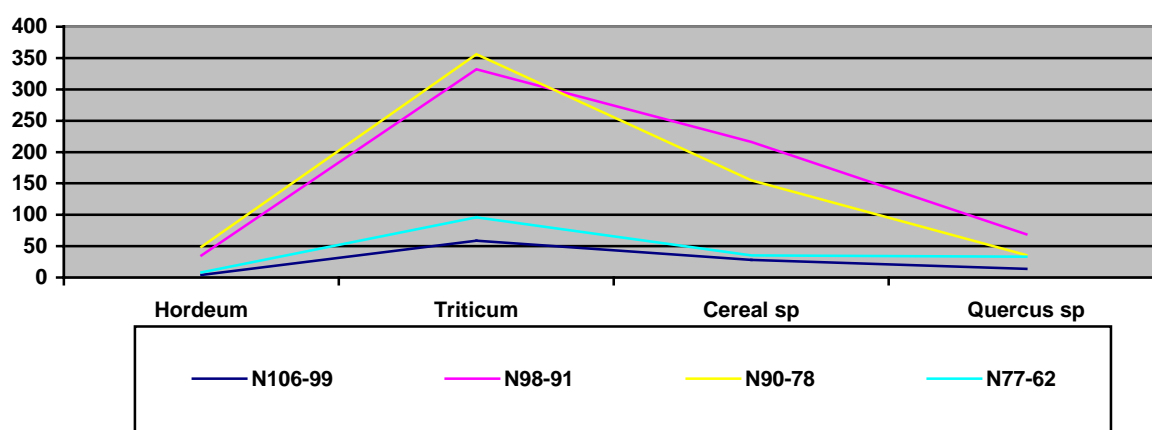


Fig.490.- Gráfica representativa de tendencias de cereales y bellotas por niveles en la Cueva de la Vaquera.

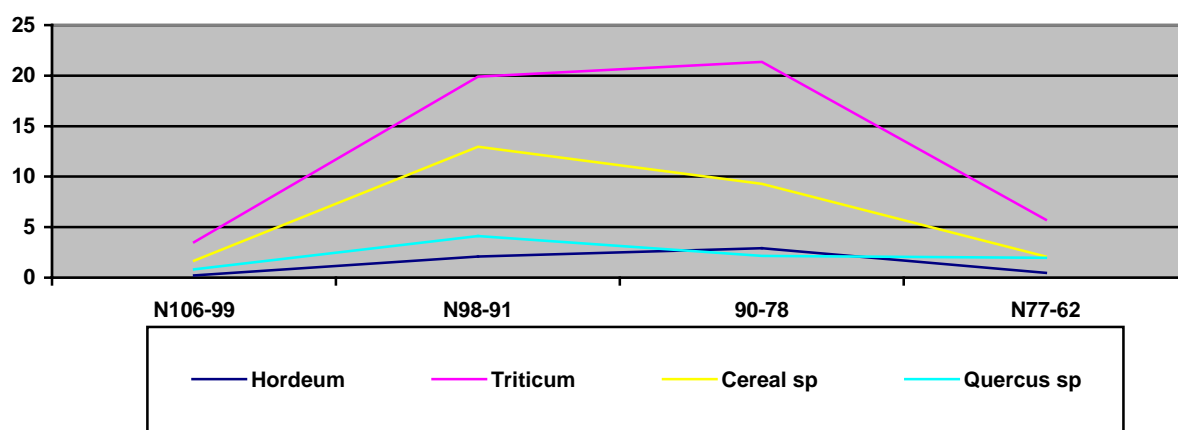


Fig.491.- Líneas de tendencia de cada taxón en relación con la evolución estratigráfica de la Cueva de La Vaquera.

La última fase de la secuencia neolítica detectada en el yacimiento, que comprende los niveles 77-62, parece corresponderse a una fase terminal de la mencionada curva modal. Sin duda estamos no ante una disminución en el consumo y cultivo de los cereales, algo que desmiente además la curva polínica (Fig. 492), sino ante lo que sin duda es un cambio en el patrón de uso del yacimiento.

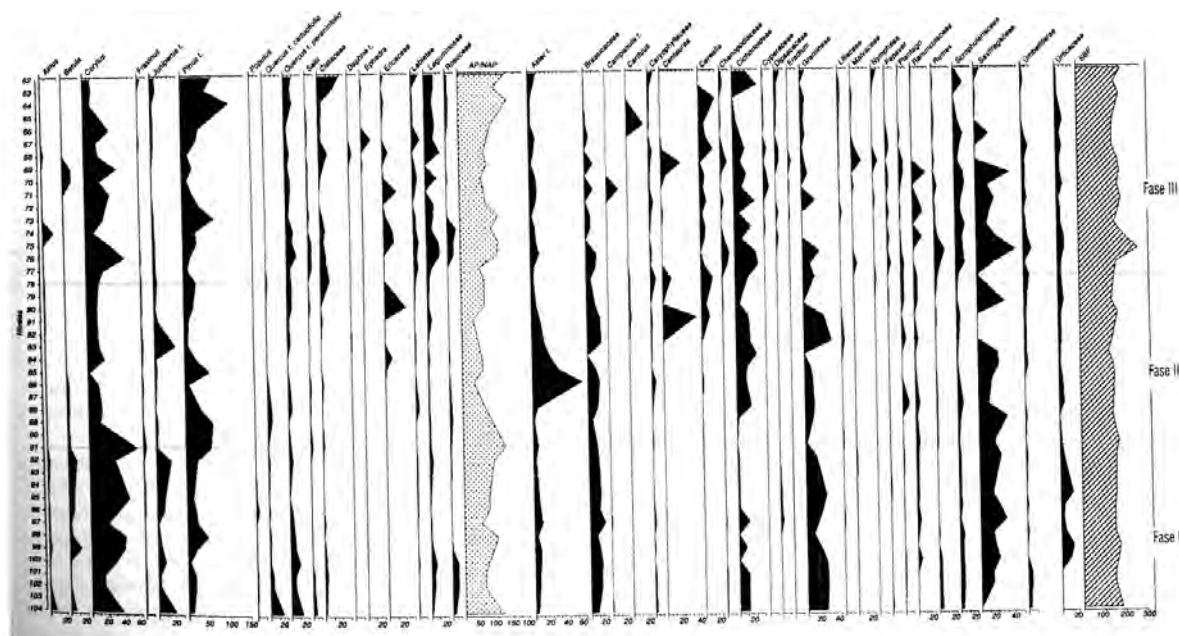


Fig. 492.- Diagrama polínico de La Vaquera, según Estremera, 2003

Analizando los restos faunísticos (Tabla 189; Fig. 493), en especial el gráfico de tendencia evolutiva de los restos a lo largo de la secuencia, observamos un comportamiento centrado en la presencia de especies domésticas con representación escasa de taxones de valor cinegético estando estas dominadas por la especialización en la caza del ciervo.

ESPECIE	N106-99	N98-91	N90-78	N77-62
Ec	0	6	3	2
Bp	0	0	22	3
Bt	0	5	6	40
Bp/Bt	17	31	45	0
Oa	43	72	16	9
Oa/Ch	66	296	116	48
Ch	4	0	2	0
Sd	0	7	7	0
Ssp	111	208	70	32
Ssc	5	23	11	0
Ce	5	28	6	7
Cc	0	0	1	0
Lc	3	0	0	2
Oc	18	7	37	128

Tabla 189.- Distribución del NR por especie y nivel de los mamíferos de La Vaquera, según Morales, 2003.

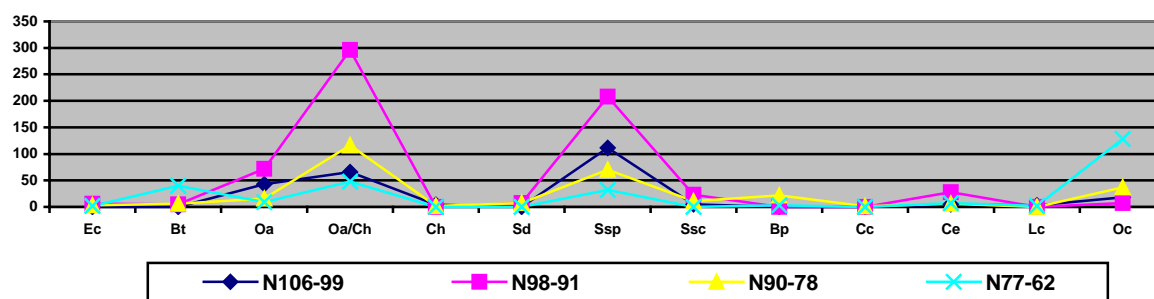


Fig. 493.- Distribución del NR por especie y nivel de los mamíferos de La Vaquera, según Morales, 2003

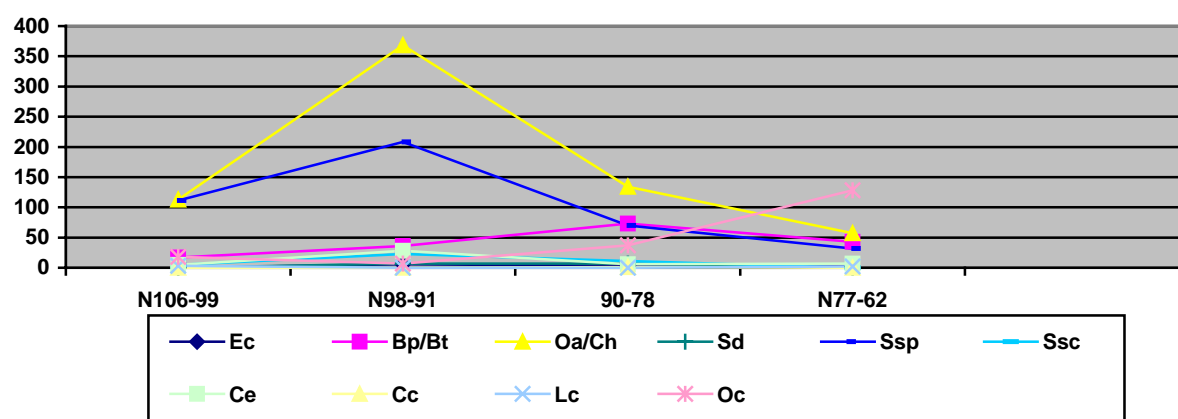


Fig. 494.- Gráfica de tendencias de evolución del NR por especie en la secuencia de La Vaquera, según Morales, 2003

Observamos de nuevo una curva modal normal para los comportamientos de las dos principales especies: Oveja/cabra y Cerdo. Ambas especies presentan un desarrollo similar y común con un punto álgido de representación en la denominada Fase IB por Estremera (2003), desde la que se acusa un descenso hacia los niveles de transición al Calcolítico.

Especial interés reviste el comportamiento del taxón *Bos* que muestra un ascenso paulatino desde las fases iniciales para alcanzar el punto álgido de representación –por debajo aún de la representación de *Ovis* y *Capra*– en los niveles correspondientes a la Fase II. Este momento de floruit de la vaca corresponde con el descenso generalizado en el patrón de presencia de las ovejas y cabras. Tras este momento álgido, ya en el Calcolítico se produce una igualación de los taxones representados lo que, como señalamos antes, responde sin duda a un cambio de funcionalidad de la cavidad y no un cambio económico real.

El comportamiento de las especies de valor cinegético, además de concentrarse en la caza del ciervo –y tal vez del jabalí–, presenta un perfil de complementariedad respecto a la base económica fundamental. Así resulta siempre escasa la representación de los taxones cinegéticos entre los que debe incluirse el conejo y la liebre.

De forma general podemos sistematizar los datos procedentes de la Vaquera del siguiente modo:

1.- Economía doméstica establecida con predominio de *Ovis* y *Sus* entre las especies animales y el trigo entre las vegetales. Momento álgido de la representación de taxones animales y de las bellotas entre los vegetales con una fuerte representación del trigo a nivel de yacimiento, pero no a nivel de pólenes, en la Fase IB (Niveles 98-91), desde la que se acusa un paulatino descenso de los taxones animales y las bellotas pero con incremento del trigo y la cebada. Es precisamente en la Fase IB en la que se documenta un acusado repunte de la caza del ciervo.

2.-En la Fase II (Niveles 90-78), se produce un nítido cambio económico protagonizado por el acusado descenso de *Ovis* y *Sus* y el incremento notable de *Bos*. Entre las especies vegetales se da el punto álgido de representación del trigo y la cebada –muy por debajo no obstante del trigo- y un **descenso de la presencia de bellotas correspondiente al descenso drástico de la representación del cerdo**. Es en esta fase en la que se detecta por primera vez en los palinogramas la presencia de pólenes de cereal. A partir de este momento la economía queda fundamentada en las tres especies animales básicas pero con un orden de prelación: Oveja/cabra, Vaca, Cerdo, habiendo perdido este último la importancia que tuvo en la fase anterior y cuyo relevo toma la vaca. En cuanto a los vegetales el predominio viene marcado por el trigo y la cebada. Esta tendencia podría ser un indicador del uso del cerdo como elemento económico dentro de lo que podríamos denominar como 2ª Revolución Neolítica.

3.-En el momento de transición del Neolítico al Calcolítico (Niveles 77-62), se produce un cambio de funcionalidad en la cueva. Se advierte una caída más pronunciada y drástica del trigo mientras que **la cebada mantiene su presencia**. Este cambio es sincrónico al establecimiento de la verdadera economía de producción con las tres principales especies animales domésticas, si bien la vaca presenta una importancia creciente. Podemos establecer la equivalencia existente, en este caso, entre la presencia de cebada y de taxones de *Bos*, lo cual nos indicaría posiblemente un clima más seco y algo más frío.

4.-**Existe una relación directa entre los perfiles de tendencia del cerdo y la bellota. Ambos presentan picos máximos y mínimos, tendencias ascendentes y descendentes en los mismos tramos. Esto hace pensar más en un aprovechamiento de las bellotas destinado al forraje más que al consumo humano.**

5.- No puede señalarse que en este caso nos encontremos ante un establecimiento temporal asociado con actividades cinegéticas.

Los datos económicos de la Vaquera nos alejan de la suposición de que estemos ante un establecimiento asociado simplemente a la caza. Si bien la ubicación del mismo es propia de ese tipo de emplazamientos, su registro no arroja datos decisivos al respecto. Intuimos, pese a que Estremera (2003) no lo señala con claridad, que el cambio funcional se asocia al comienzo de uso de la cavidad como necrópolis o incluso, tal vez, como área de almacenamiento. Este hecho estaría refrendado por la buena representación de los recipientes de gran tamaño del tipo V con fondo cónico, destinados a ser situados en el interior de estructuras de soporte, en hoyos excavados en el suelo o colgados dada su inestabilidad.

En el yacimiento de **Verona II** (Madrid) se realizaron, con motivo de la excavación de urgencia del yacimiento, estudios palinológicos y una primera aproximación genérica a la fauna representada (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004)²

El estudio palinológico, realizado por la Dra. Blanca Mariscal (Miranda *et alii*, 1991) se planteó sobre muestras obtenidas en suelo virgen dentro del yacimiento, pero fuera de toda estructura. Estas fueron obtenidas sobre un perfil rectificado dentro del sondeo de la cuadrícula A, a -35 cm. bajo la cota de superficie y directamente sobre el nivel Bt de concentración argílica.

El análisis paleocarpológico fue realizado por la Dra. Rosario Macías y consistió en la extracción de 25 muestras en testigo continuo con sonda manual desde la superficie, afectando especialmente a aquellas zonas en las que se habían detectado evidencias de estructuras.

De forma paralela se trató de localizar el máximo de evidencias carpológicas en superficie, si bien los informes consultados y la información ofrecida por los técnicos encargados de la excavación no permiten señalar si se procedió o no a un cribado selectivo del sedimento extraído.

Los resultados del palinograma señalan un predominio de fagáceas, representadas mayoritariamente por encinas y robles y en mucha menor medida por castaños y hayas. Existe una destacada representación del género *Ulmus* que se asocia a las series riparias en detrimento de las Betuláceas (alisos y abedules), también presentes, así como cierta importancia de *Juglans* (nogal)

En general los taxones que componen el conjunto arbóreo encajan en la serie potencial de un encinar-carrascal subhúmedo-seco sobre plataformas y solanas, con quejigares en las zonas de umbría y un amplio sector ripario dominado por olmos en el bosque de ribera y sauces con alisos en la franja más próxima a los cauces. En el espacio de tránsito entre el encinar y el soto ribero, dentro de la orla arbustiva, se asentarían especímenes y colonias reducidas de castaños y nogales.

La presencia en la muestra de pólenes de abedul y haya, especies asociadas a hombroclimas más húmedos, define para la zona retazos de un paisaje vegetal más fresco y con mayor humedad ambiental, sobre todo en zonas altas, así como la existencia de una etapa relictal terminal de un bosque climax más húmedo.

El espacio de arbolado según la estimación relativa de la cobertura forestal de la zona era superior al 75%, predominando encinares-rebollares y olmedas, con nutrida representación de nogueras y series riparias del aliso y fresno (Mariscal, 1995)

Lamentablemente, los resultados de los estudios carpológicos resultaron negativos, sin que se detectasen evidencias de semillas durante la excavación.

Los estudios de fauna no son concluyentes debido a tres factores. (1) Lo fragmentado de la muestra. Esto implica un elevado porcentaje de indeterminados a nivel de especie y tan sólo permite señalar la presencia de un notable conjunto de mamíferos de tamaño medio. (2) No estamos ante una muestra muy abundante. Este hecho se debe sin duda al uso de un criterio de recuperación erróneo. (3) Estamos ante un yacimiento multiocupacional horizontal en el que el único parámetro válido para el análisis es su presencia en contextos cerrados –cabañas- y la presencia de pátina sobre los huesos.

² Con motivo de nuestra revisión exhaustiva de los materiales depositados en el Museo Arqueológico Regional de Alcalá de Henares realizamos junto con el equipo encargado de los estudios faunísticos del Proyecto de Investigación sobre megalitismo y poblamiento neolítico en la Comunidad de Madrid, coordinado por A. Sánchez Marco, del Museo Nacional de Ciencias Naturales, un estudio completo de la fauna.

Tampoco fue posible realizar un detallado cómputo de especies, restos o individuos presentes en cada contexto. La fauna representada en las unidades domésticas y sus aledaños está dominada por los taxones de oveja y cabra, que son mayoritarios. Junto a ellos aparece cerdo doméstico y vaca, en mucha menor cantidad (Tabla 185)

Entre los elementos destacados debemos mencionar la recuperación, en el interior de la cabaña 4 de un fragmento de concha de *cardium* con evidencias de exposición al fuego.

Destaca la ausencia del taxón *sus* en las cabañas 1,2 y 3, apareciendo representado únicamente en la cabaña 4 y en el área exterior a las áreas de habitación.

TAXÓN	CABAÑA 1	CABAÑA 2	CABAÑA 3	CABAÑA 4	EXTERIOR
Cerel	X	X		X	X
Capcap	X			X	
Dama					X
Bos		X			X
Cari			X		X
Oviar	X	X	X	X	X
Sus				X	X

Tabla 190.- Tabla de discriminación (ausente/presente) de restos identificados (NRI) de mamíferos. Cerel=*Cervus elaphus*, Capcap=*Capreolus capreolus*, Dama= *Dama dama*; Bos=*Bos* sp; Cari=*Capra hircus*; Oviar=*Ovis aries*; Sus= *sus* sp.

Las especies cazadas se circunscriben a taxones de cérvidos, especialmente por el número de restos el ciervo y el corzo.

En la **Cueva de la Ventana** el estudio de la fauna fue coordinado por el paleobiólogo A. Sánchez Marco quien a su vez reunió un nutrido equipo de especialistas encargados del estudio de los diferentes taxones de fauna recuperados. Un avance de los estudios fue oportunamente publicado (Sánchez Marco *et alii*, 2005) de forma que el avance de nuestros trabajos pudiese ser también aprovechado por quienes trabajaban en contextos meseteños.

Los taxones identificados se pueden dividir en grupos atendiendo a las especies y a la situación estratigráfica de los restos identificados (Tablas 191-194), resultando significativas las asociaciones faunísticas puestas de manifiesto.

Además, la notable representación de restos de herpetofauna asociadas a la fase correspondiente al Neolítico II implica la existencia de un número mayor de fosas excavadas y rellenas con materiales no compactados, hábitat idóneo para muchas de las especies excavadoras detectadas, así como una frecuentación del antro por parte del hombre de carácter más esporádico, lo cual coincide con la interpretación de una funcionalidad funeraria para el uso más reciente de la cavidad durante esta Fase del Neolítico (Tabla 191)

C. Amphibia Linnaeus, 1758

UE	Aci	Bbu	Bca	Dje	Pcu	Pwa	Rpe	Bci	Lle	Pal	Esc	Mmo	Vsp	Anura	TOTAL
01	6	24	415	4	1855	172	54	6	224	1	19	52	1	140	2944
02	0	0	0	0	1	0	0	0	24	0	0	2	0	0	27
03	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1
04	0	0	4	0	49	2	0	0	0	0	1	0	0	1	57
07	1	16	160	0	752	10	5	0	201	0	14	36	0	52	1247
08	0	0	13	0	31	0	0	0	4	0	2	1	0	1	52
09	0	5	14	0	110	3	0	0	47	0	2	8	0	10	199
13	0	2	0	0	4	0	0	0	0	0	0	0	0	0	6
14	0	0	0	0	1	0	0	0	2	0	0	0	0	0	3
16	1	2	54	2	194	5	1	0	46	0	9	5	0	13	332
18	0	0	0	0	3	0	0	0	0	0	0	0	0	1	4
22	1	3	19	0	129	1	1	0	14	0	0	2	0	5	175
23	0	0	3	0	22	1	0	0	0	0	0	0	0	2	28
24	0	1	15	0	51	0	0	0	1	0	2	1	0	4	75
26	0	1	6	0	49	0	0	0	38	0	2	5	0	3	104
29	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
30	0	0	3	0	38	0	0	0	10	0	5	0	0	0	56
Total	9	54	706	6	3290	194	32	6	611	1	56	112	1	232	5310

Tabla 191.- Número de restos identificados (NRI) de herpetofauna según B. Sanchiz y Z. Szyndlar (Aci=sapo partero; Bbu=Sapo común; Bca=Sapo corredor; Pcu=Sapo de espuelas; Pw=Gallipato; Rpe=Rana verde; Bci=Culebrilla ciega; Lle=Lagarto ocelado; Pal=lagartija colilarga; Esc=Culebra de escalera; Mmo=Culebra bastarda; VSp=Víbora) Código de colores: Rojo=Fase II (Neolítico IA), Azul=Fase III (Neolítico II), Verde=Fase I (Paleolítico); Fucsia= Fase Ib (Epipaleolítico)

C. Aves Linnaeus, 1758

UE	Fti	Bobo	GaGa	Alru	Coli	Copa	Pivi	Meca	Hirus	Pipi	Pyrpyr	Pyrgra	Comu	Coco	Corcora
01			X	X	X							X	X		X
02	X	X				X									
03															
04															
07	X			X				X		X	X	X		X	
08				X	X		X								
09		X		X	X										
13															
14			X					X							
16	X			X											X
18															
22							X								
23	X														
24				X											
26				X			X					X			
30				X											

Tabla 192.- Tabla de discriminación (ausente/presente) (NRI) de avifauna según A. Sánchez (Fti=Cernícalo; Bobo=grévol; GaGa=Gallo; Coli=paloma bravía-zurita; Copa=Paloma torcaz; Pivi=Pito verde; Meca=calandria; Hirus= golondrina; Pipi=Urraca; Pyrpyr=Chova piquirroja; Pyrgra=Chova piquigualda; Comu=grajilla; Coco=Corneja; Corcora=cuervo) Código de colores: Rojo=Fase II (Neolítico IA), Azul=Fase III (Neolítico II), Verde=Fase I (Paleolítico); Fucsia= Fase Ib (Epipaleolítico)

C. Mamífera-Micromamíferos

UE	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15
01	X		X				X			X			X		X
02													X		
03															X
04															X
07		X	X		X		X		X		X	X	X		X
08	X														X
09					X	X					X				X
13															
14															X
16													X	X	X
18															
22				X							X				X
23															
24													X		
26								X	X		X		X		X
30													X		X

Tabla 193.- Tabla de discriminación (ausente/presente) de restos identificados (NRI) de mamíferos según Sánchez et alii, 2005, (1=Topo ibérico; 2=Musaraña común; 3=murciélago; 4-5=murciélago de herradura; 6=murciélago ratonero; 7=topillo mediterráneo; 8=topillo campesino; 9=topillo de Cabrera; 10=Topillo de las brechas; 11-12=ratón de campo; 13=Lirón careto; 14=Liebre europea; 15=Conejo) Código de colores: Rojo=Fase II (Neolítico IA), Azul=Fase III (Neolítico II), Verde=Fase I (Paleolítico); Fucsia= Fase Ib (Epipaleolítico)

C. Mamífera

UE	Melsp	Vulsp	Felsi	Ursp	Crocsp	Sussc	Cerel	Capcap	Rupirupi	Bos	Oviar	Ovisp	Stehe	Eqca
01	X	X	X			X	X		X	X	X	X	X	X
02	X											X		
03					X									
04	X			X	X	X	X	X	X	X		X		X
07	X	X	X								X	X		X
08		X	X				X					X		
09	X	X	X			X						X		X
13		X												
14												X		X
16	X		X					X				X		
18														
22	X	X												
23						X								
24														
26	X													
30		X	X											

Tabla 194.- Tabla de discriminación (ausente/presente) de restos identificados (NRI) de mamíferos según Sánchez et alii, 2005, (Melsp=Tejón, Vulsp=zorro; Felsi=gato montés; Ursp=Oso de las cavernas; Crocsp=Hiena de las cavernas; Sussc=jabalí/cerdo; Cerel=ciervo; Capcap=corzo; Rupirupi=rebeco; Bos=toro; Oviar-Ovisp=oveja; Stehe=rinoceronte de estepa; Eqca=caballo) Código de colores: Rojo=Fase II (Neolítico IA), Azul=Fase III (Neolítico II), Verde=Fase I (Paleolítico); Fucsia= Fase Ib (Epipaleolítico)

Hay una serie de circunstancias que denotan un elevado interés a la hora de analizar de forma conjunta el registro faunístico. La primera de ellas es la presencia de algunos taxones de notable valor como indicadores cronológicos y climáticos. Entre los primeros

se encontraría la localización de *Stephanorhinus hemitoechus* o 'rinoceronte de las praderas' que denota la existencia de un relleno propio del Plesitoceno Medio y Superior, sin duda relacionado con los niveles basales de la cavidad. Su presencia en la unidad superficial del tramo más profundo de la cavidad nos conduce a pensar en su procedencia, inequívoca, del tramo interno de la cueva –aún pendiente de excavación- y la certificación de una notable remoción de los estratos más antiguos. Esta remoción, como señalamos, se encontraría relacionada con el proceso excavador realizado por los habitantes de la cavidad durante toda la Prehistoria y que como vimos llegaron a afectar, en diferentes momentos, a los tramos más profundos de la estratigrafía. No obstante, la identificación de este taxón, propio de climas cálidos y que se extinguió en Europa en torno al 100.000 BP nos señala la más que probable existencia, en la zona aún por excavar, de un relleno incluso más antiguo que el documentado gracias al radiocarbono.

Destaca, en el registro del sector de abrigo, la presencia de algunos taxones que no volverán a aparecer en el registro, la relativamente insignificante presencia de herpetofauna –con evidencias exclusivamente de anúridos (sapo de espuelas –*Pelobates cultripes*-, sapo corredor –*Bufo calamita*-), salamánderos del tipo gallipato –*Pleurodeles waltl*- y culebra de escalera –*Elaphe scalaris*-. También resulta significativa la ausencia de taxones de aves que sí aparecen representadas, de forma desigual, a lo largo del resto de la secuencia estratigráfica de la cavidad, pese a no ser este su hábitat natural por lo general.

La herpetofauna, aún cuando resulta evidente que está indicando su inclusión debido a causas no antrópicas, puede resultar significativa a la hora de interpretar el registro. Así, su representación en los niveles neolíticos iniciales es muy escasa y se asocia de forma general, a las unidades excavadas en el suelo en forma de cubetas. La acción excavadora de las especies representadas no puede ser obviada a la hora de interpretarlas como claramente intrusivas. No obstante la ausencia generalizada de taxones de herpetofauna como de microfauna y en especial de quirópteros debe ser interpretada como la evidencia de un uso más habitual de la cavidad –quizás de tipo estacional-. Sin embargo la abundancia de herpetofauna, microfauna y en especial de quirópteros asociados a la fase más moderna del Neolítico II implica un considerable espaciamiento en la frecuentación de la cavidad así como un uso puntual de la misma; nuestra interpretación es que este hecho se debió al cambio de función de la cueva que pasaría a convertirse en un recinto funerario.

El registro más completo y significativo es el de los mamíferos. Entre los taxones recuperados algunos pueden considerarse de cierto valor diagnóstico desde el punto de vista paleoclimatológico y cronológico; por ejemplo la presencia de Hiena de las cavernas –*Crocota spelaea*-, que aparecerá de nuevo tan sólo en los niveles inferiores de cronología Paleolítica o el oso de las cavernas –*Ursus spelaeus*-, ambas especies características de climas fríos y que desaparecen de los registros fósiles en la transición del Würm al Dryas, ya en el Tardiglacial –c. 18000-14000 BP-. Por lo tanto no tenemos duda alguna acerca de la correspondencia con niveles previos a la neolitización.

Complementario y muy interesante es el registro en el área de abrigo de taxones como el jabalí (*Sus Scrofa*) y la familia de cérvidos -ciervo (*Cervus elaphus*) y corzo (*Capreolus capreolus*)- y bóvidos -rebeco (*Rupicapra rupicapra*) y toro (*Bos sp*)- así como la modesta representación de caballo –*equus caballus*-. Todos estos datos nos estarían indicando la clara vocación cinegética del emplazamiento; vocación que contrasta neta y nítidamente con el registro recuperado en el interior de la cavidad y que se caracteriza, casi de forma específica, por la ausencia de estos taxones.

Por lo que hemos visto, tenemos la certeza de la existencia de un cambio de funcionalidad del asentamiento entre las etapas pre-holocenas y las Neolíticas. Si la vocación del asentamiento finipaleolítico y del Neolítico I, asociado más al uso del pequeño abrigo externo y de la cavidad, indicaba su uso como cazadero de altura, con

cierta especialización en los grandes mamíferos, por el contrario, el uso del emplazamiento –ya no del abrigo, que parece haberse abandonado- durante momentos avanzados del Neolítico se asocia a una función totalmente diferente, quizás de tipo funerario o de almacenamiento.

La presencia de taxones salvajes de elevado valor cinegético se asocia exclusivamente a un reducido conjunto de restos de jabalí, ciervo, corzo y caballo. La existencia de una zona de aparente ámbito doméstico propia de la fase inicial del Neolítico –presencia de hogares y restos de semillas de cereal carbonizado y restos de oveja- con notables remociones de los niveles inferiores, de cronología paleolítica, para ubicar los agujeros de poste de un pequeño parapeto vegetal y los propios hogares excavados en el suelo podrían asociarse a la aparición de algún resto de hiena de las cavernas y de otros restos procedentes de los niveles inferiores.

El registro de aves se asocia, de forma exclusiva con los niveles neolíticos. La ausencia generalizada de huellas de manipulación antrópica impide referirse con certeza a su aporte al yacimiento por parte del hombre o bien por rapaces o carnívoros. Además, de todas las especies representadas tan sólo el grévol (*Bonasa bonasa*) (Jiménez Guijarro y Sánchez Marco, 2004) y la golondrina (*Hirundo rustica*) pueden ofrecernos algo de información acerca del clima o la estacionalidad. Los dos taxones se asocian, inequívocamente a niveles del Neolítico I y por tanto a la primera ocupación neolítica del enclave. En el caso de la golondrina, su conocido ritmo migratorio nos lleva a plantear que su incorporación al yacimiento –bien por aporte humano o animal- debió de acontecer entre los meses de Abril a Septiembre.

También tenemos evidencias de ciertas diferencias dentro de la propia secuencia neolítica. Una de las principales es la persistente presencia, en contextos del Neolítico II, de carnívoros de cierto gusto rupícola como el tejón, el zorro y el gato silvestre que, además, aparecen muy poco representados en contextos del Neolítico I. Este hecho podría estar señalando, junto a la mayor densidad de aparición de herpetofauna en contextos del Neolítico II, patrones de frecuentación y uso de la cavidad en cierto modo diferenciadas.

La hipótesis de trabajo para explicar esta diferenciación en el patrón de uso de la cavidad se encuentra ligada a un uso funcionalmente diferenciado de la misma; en él la presencia humana habría sido notablemente diferente entre cada una de las fases. A lo largo del Neolítico I se constata la existencia de un área preparada en el umbral de la cavidad, con restos de hogares de uso recurrente y un parapeto de entramado vegetal, que podría estar señalando una frecuentación más habitual de la cavidad, quizás como punto de control o como cazadero de altura de carácter estacional, la presencia de carnívoros y herpetofauna más abundante durante el Neolítico II podría señalar la presencia menos continuada, y casi esporádica por parte del grupo humano. Si a esto añadimos la presencia de especies de aves de roquedo como los cuervos, grajas y chovas, podríamos señalar tal vez el uso puntual de la cavidad por parte del grupo humano para realizar la deposición de difuntos. Por tanto, el uso de la cavidad sería ya exclusivamente funerario, perdiendo su función como asentamiento estacional o temporal y pasando a depender de un poblado situado al aire libre.

Las evidencias de microfauna no ofrecen datos concluyentes acerca de la ocupación de la cavidad, ni siquiera de la climatología. El estudio de C. Laplana puso de manifiesto la existencia entre los niveles finipleistocenos tan sólo de lepóridos, específicamente de conejo (*Oryctolagus cuniculus*). En los tramos superiores de la estratigrafía se detectaron restos más abundantes y variados, con taxones de rinolofidos (murciélago herradura), gliridos (lirón), arvicolidos (topillo campestre y topillo mediterráneo) y múridos (ratón de campo).

Entre los restos vegetales se han recuperado, asociadas a una de las estructuras de combustión, seis semillas de cereal carbonizado. En el fondo de uno de los agujeros de poste correspondientes al paravientos se recuperó una semilla de acebuche y en el cribado de los niveles del interior de la cavidad se documenta igualmente olivo silvestre y vid. El material determinado está compuesto por restos de cereal y plantas silvestres y sinantrópicas.

Entre los cereales se han podido identificar tres cariósides de trigo duro (*Triticum aestivum-durum*) Si bien la identificación de los trigos desnudos arqueológicos resulta a menudo compleja (Buxó, 1997: 105) y teniendo en cuenta que bajo el término *T. aestivum/durum* se suelen agrupar las semillas de trigo duro tetraploide y común o candeal hexaploide, los restos recuperados en la Cueva de la Ventana presentan características morfológicas suficientes como para establecer un diagnóstico preciso. Las tres semillas son elípticas, con la cara ventral plana y la dorsal abombada, situándose el ancho máximo cerca del escutelo (Van Zeist, 1976)

El *T. aestivum* procede de la hibridación del trigo doméstico *T. turgidum* y de la especie silvestre *Aegilops squarrosa*, originaria de la región irania. La siembra de los trigos desnudos se realiza habitualmente en invierno, siendo su cultivo como cereal de primavera excepcional (Boyeldieu, 1980) (Tabla 195)

	CV1	CV2	CV3	CV4	CV5	CV6
Longitud	(3'2-5'3) 5	(3-5'7) 6	(3-5'7) 6	(3'2-5'3) 6	(3-5'7) 6	(3'2-5'3) 5
Anchura	(2'2-3'6) 3	(1'7-3'7) 3	(1'7-3'7) 3	(2'2-3'6) 4	(1'7-3'7) 3	(2'2-3'6) 3
Grosor	(1'9-3'5) 3	(1'5-2'9) 2	(1'5-2'9) 2	(1'9-3'5) 3	(1'5-2'9) 2	(1'9-3'5) 3
L/a*100	(114-122) 166'6	(125-204) 200	(125-204) 200	(114-182) 150	(125-204) 200	(114-182) 166'6
G/a*100	(71-117) 100	(63-88) 66'6	(63-88) 66'6	(71-117) 75	(63-88) 66'6	(71-117) 100
Identificac.	<i>Triticum aestivum-durum</i>	<i>Hordeum vulgare</i> L. Var <i>nudum</i>	<i>Hordeum vulgare</i> L. Var <i>nudum</i>	<i>Triticum aestivum-durum</i>	<i>Hordeum vulgare</i> L. Var <i>nudum</i>	<i>Triticum aestivum-durum</i>

Tabla 195.- Tipometría de los restos de cereal recuperados en el Nivel II inf de la Cueva de la Ventana.

Los endocarpos de olivo corresponden sin duda a la variedad silvestre o acebuche (*Olea europea* L. var. *oleaster* DC) Si bien es cierto que el estudio de los endocarpos no facilita un índice que permita la diferenciación entre especies silvestres y domésticas, los localizados en la Cueva de la Ventana presenta una longitud cercana al límite que algunos autores señalan como definitorio de ambas especies (Buschan, 1895; Renfrew, 1973; Buxó, 1997)

Por decenas se cuentan también los restos de *Vicia sp* recuperados a lo largo de la secuencia estratigráfica, siendo más abundantes en los niveles superiores.

En el yacimiento de **La Velilla** (Palencia) no son muchos los elementos que permiten realizar una reconstrucción paleoeconómica pero hay un correcto estudio de la fauna recuperada que ha pasado en cierta medida desapercibido pero que arroja notables elementos de interpretación (Bellver Garrido, 2002) Lamentablemente, este investigador ha unificado los datos en dos bloques atendiendo a los dos horizontes diferenciados: habitacional y funerario. Este hecho impide que podamos saber la incidencia real en cada contexto y sobre todo que podamos establecer diferencias entre los niveles habitacionales superior e inferior.

La única evidencia indirecta que permitiría suponer la existencia de agricultura es el notable conjunto de elementos de molturación aparecido en el nivel habitacional superior de este yacimiento. No obstante, tampoco puede perderse de vista el hecho de que no es sólo el trigo lo que se muele y que el amplio uso de cinabrio y óxidos de hierro en los rituales funerarios precisa también de una molturación para su aplicación. Tampoco resulta desconocido el hecho de que en culturas pre-neolíticas y neolíticas se molturasen otros vegetales, por ejemplo las bellotas.

Más claro resulta el conjunto de datos procedentes de la fauna. Las conclusiones obtenidas por Bellver son de gran interés. Por una parte señala la diferencia existente entre el contexto funerario y el habitacional desde el punto de vista arqueozoológico y por otra la clara vocación doméstica de la cabaña del área de habitación (Tablas 196 y 197)

ESPECIE	NMI /Niveles funerarios	NMI /Niveles habitación	de	TOTAL
CONEJO	332	2		334
LIEBRE	9	0		9
LINCE	1	0		1
TEJÓN	1	0		1
ZORRO	2	0		2
OSO	1	0		1
CABALLO	1	0		1
OVEJA/CABRA	0	1		1
VACA	0	2		2
CERDO	0	1		1
TOTAL	347	6		353

Tabla 196.- NMI de los niveles funerarios y habitacionales

ESPECIE	NIVEL FUNERARIO	NIVEL HABITACIÓN
CONEJO	9176	31
LIEBRE	79	0
LINCE	18	0
TEJÓN	2	0
ZORRO	35	2
GATO MONTÉS	2	0
OSO PARDO	13	0
JABALÍ	1	0
CABALLO	1	1
OVEJA-CABRA	0	32
VACA	0	28
CERDO	0	5
TOTAL	9327	99

Tabla 197.- Número de restos óseos recuperados

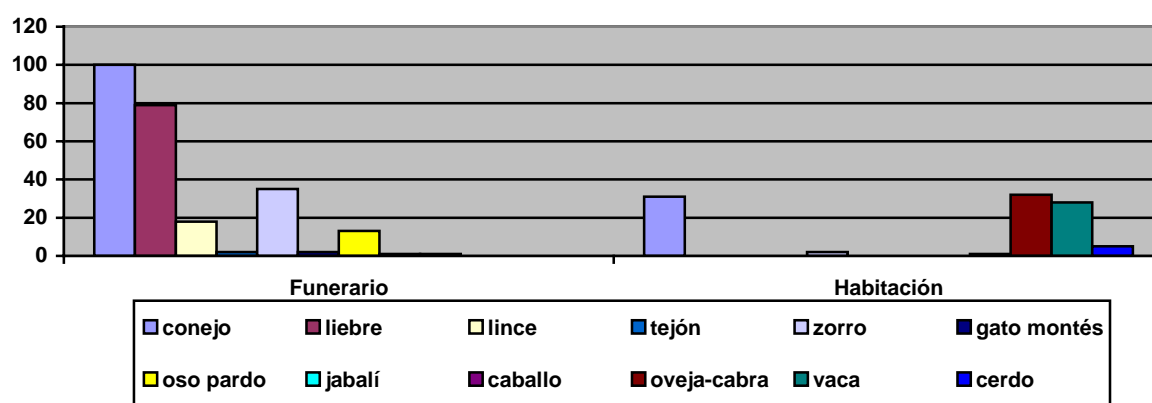


Fig. 495.- Tendencias de fauna representada (NR) Nota: en conejo y liebre se han igualado, para facilitar la lectura del gráfico, los máximos a 100

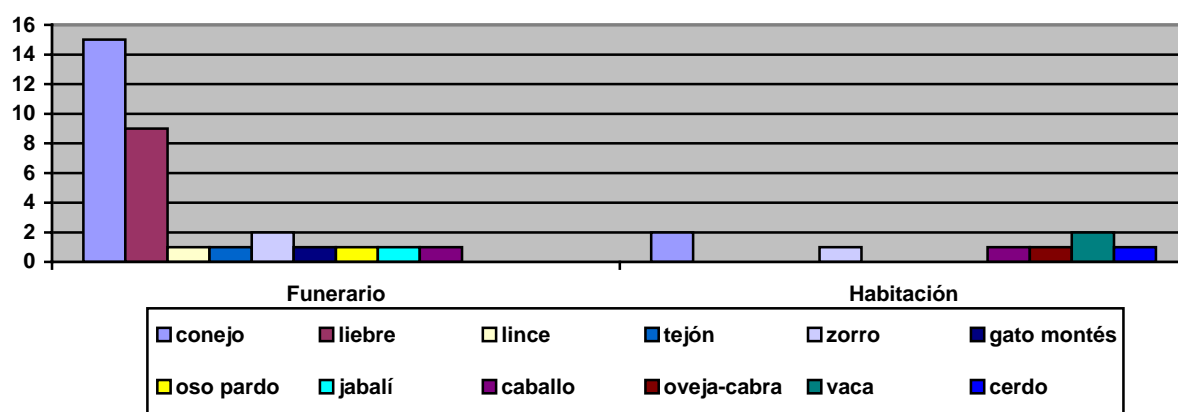


Fig. 496.- Tendencias de fauna representada (NMI) Nota: en conejo y liebre se han igualado, para facilitar la lectura del gráfico, los máximos a 15

Todos estos datos señalan la existencia de una clara dicotomía entre los restos localizados en el túmulo, todos salvajes, y en el nivel de habitación, donde abundan los restos de ejemplares domésticos.

En los elementos representados en el nivel funerario destaca el conjunto de lagomorfos que, según los estudios de Bellver, señalan un inequívoco perfil atricional natural, esto es, la abundancia de elementos faunísticos de conejo se asociarían a la presencia de uras o madrigueras construidas sobre la tumba monumental. Igual interpretación cabe para el tejón y el zorro, que ocupan biotopos comunes con los conejos e incluso llegan a construir sus madrigueras en los mismos lugares (Bellver, 2002: 18)

Ante esta evidencia, es difícil mantener la inexistencia de remociones estratigráficas que Delibes y Zapatero (1995) mantienen y que debe ser puesta en duda en virtud de lo señalado por Bellver (*Ibidem*)

Del área habitacional, y especialmente del horizonte superior, procede un conjunto de 1596 restos óseos del que han podido ser identificados 99 taxones, todos ellos correspondientes a especies domésticas: oveja, cabra, cerdo y vaca. Cinco de las áreas de combustión presentan esta combinación de especies, mientras que en tres no aparece representado el cerdo.

El elevado número de fragmentos y esquirlas responde sin duda a un perfil culinario. Además comparecen en varias ocasiones huellas de descarnamiento y carbonización.

Por otra parte, en las unidades domésticas existe una representación de los tres taxones domésticos dominantes con la prelación siguiente: Vaca, oveja y cerdo. Esta asociación, que se relacionaría con las dataciones comprendidas entre 5250 \pm 50 y 5070 \pm 175 BP, encajarían bien dentro de lo visto antes para el incremento de la vaca y descenso del cerdo en La Vaquera en los niveles 90-78, datados entre el 5800 \pm 30 y el 4850 \pm 80 BP, coincidentes con el declive en la presencia de bellotas y el aumento exponencial de la presencia de cereales en dicho yacimiento.

Podemos concluir que, en un momento avanzado de la secuencia, se produce un cambio neto en la economía. Este cambio se relaciona con el descenso acusado de las actividades cinegéticas, pero sobre todo con el cambio de una base económica con fuerte especialización en la cría de cerdos a otra en la que ésta se centra en el aprovechamiento de la vaca. Este cambio coincide cronológicamente con el Neolítico II. Hemos podido observar también como esta tendencia se asocia a cambios en el espectro de consumo vegetal (Figs.495 y 496) No cabe duda, como señalamos, que este hecho puede ser la evidencia directa de una segunda revolución neolítica.

Estamos en disposición de poder señalar, con notable precisión, no sólo la existencia de un cambio económico, sino que el establecimiento de la economía cerealística se asocia de forma directa con aumento exponencial de presencia de la vacas y bueyes domésticos. Este es el verdadero marco del modo de vida campesino iniciado en torno al 6000 BP.

En el caso del yacimiento de **La Paleta** (Toledo) cabe señalar, a pesar de la notable superficie de terreno excavada, el número de estructuras exhumadas y la comparecencia de al menos tres momentos culturales diferenciados la escasa representatividad del conjunto faunístico.

El conjunto total de restos supera con creces el centenar, si bien a la hora de atender a los elementos diagnósticos o que permiten una identificación precisa, este número se ve muy sensiblemente reducido (Tabla 198)

Otro elemento que llama la atención es el elevado índice de fragmentación de las porciones esqueléticas. Son raros los elementos recuperados en conexión anatómica, que se reducen a tres partes anatómicas correspondientes a las extremidades de sendos ejemplares, y también los restos óseos que aparecen enteros. Si a este hecho se añade la escasez de marcas de cortes sobre las superficies externas de los huesos, podemos estar ante un claro indicativo de las conductas culinarias desarrolladas por el grupo humano de La Paleta. Tampoco podemos obviar el papel jugado en esta fragmentación por los cánidos, de los que tenemos algunas representaciones esqueléticas en el yacimiento, aún cuando las huellas de trituración de los huesos dejadas por estos animales no son tan abundantes como sería de esperar.

En el conjunto de estructuras neolíticas no es muy elevado el número de restos óseos que nos permitan alcanzar una determinación taxonómica (Tabla 198) Además, la inexistencia de diferenciaciones estratigráficas claras, o como en Verona II, de una nítida diferenciación entre los espacios de vivienda y las áreas externas o de deambulación del poblado, impiden extraer conclusiones más amplias.

En total ha sido posible identificar de forma satisfactoria 74 restos esqueléticos dispersos en diecinueve hoyas, de las que quince pertenecen al grupo de estructuras significativas por la exclusiva presencia de restos neolíticos.

La incidencia de la fauna doméstica es claramente mayoritaria, siendo además la oveja el espécimen mejor representado (Fig.497) La presencia de *lepus/oryctolagus* seguramente deba considerarse intrusiva en la práctica totalidad de las representaciones consignadas.

HOYA	NIVEL/UE	TAXÓN	NRI
1	II	<i>Ovis aries</i>	3
1	II	<i>Sus sp</i>	1
1	IV	<i>Sus scrofa</i>	2
1	IV	<i>Bos taurus</i>	1
1	Bajo piedras	<i>Unio sp</i>	1
1	Bajo piedras	<i>Ovis aries</i>	5
1	Bajo piedras	<i>Felis sp</i>	1
2	IV	<i>Capra hircus</i>	1
2	VI	<i>Sus domesticus</i>	4
2	VI	<i>Ovis aries</i>	3
2	VI	<i>Unio sp</i>	1
2	VI	<i>Cervus elapuh</i>	1
2	VI	<i>Ave</i>	3
5	II	<i>Lupus/canis</i>	1
7	I	<i>Sus sp</i>	1
7	I	<i>Ovis aries</i>	2
22	I	<i>Cervus elapuh</i>	1
22	II	<i>Ovis aries</i>	1
22	UE3	<i>Equus sp</i>	1
25	I	<i>Bos taurus</i>	3
25	II	<i>Cervus elapuh</i>	2
25	II	<i>Bos taurus</i>	2
25	II	<i>Ovis aries</i>	1
25	II	<i>Sus sp</i>	2
25	II	<i>Capra hircus</i>	1
25	III	<i>Cervus elapuh</i>	3
28	I	<i>Ovis aries</i>	2
28	I	<i>Sus sp</i>	3
39	UE3	<i>Lepus</i>	2
44	UE3	<i>Lupus/canis</i>	2
53	UE3	<i>Ovis aries</i>	1
53	UE3	<i>Sus sp</i>	1
140	UE3	<i>Equus</i>	1
144	UE3	<i>Oryctolagus cuniculus</i>	1
144	UE3	<i>Ovis aries</i>	1
175	UE3	<i>Ovis aries</i>	1
175	UE3	<i>Bos taurus</i>	1
197	UE1	<i>Equus</i>	1
197	UE1	<i>Bos taurus</i>	1
209	II	<i>Bos taurus</i>	1
209	II	<i>Ovis aries</i>	1
209	II	<i>Lepus/oryctolagus</i>	1
214	I	<i>Ovis aries</i>	1
214	I	<i>Capra hircus</i>	1
219	UE6	<i>Ovis aries</i>	1
251	I	<i>Ovis aries</i>	1
252	UE2	<i>Sus sp</i>	1
TOTAL			74

Tabla 198

Atendiendo al análisis conjunto de los datos y al coeficiente del NMI (Fig. 498), advertimos que el taxón mejor representado es el correspondiente al conjunto de ovejas y cabras domésticas, seguido por el cerdo y algo más alejado por los individuos del grupo *bos* y por los cérvidos.

La incidencia de la fauna doméstica es mayoritaria y comparece en las tres estructuras objeto de datación (H.1, H.175 y H.219). No obstante, dada la imposibilidad de diferenciar claramente entre las especies doméstica y salvaje en los taxones de *bos* y *sus*, si tomásemos ambos como representantes de especies salvajes advertiríamos una igualación de la incidencia de la fauna doméstica y salvaje. En consecuencia, parece bastante significativo que las faunas salvajes no jueguen en el enclave toledano más que un papel secundario dentro del marco de los taxones representados.

En cuanto a los restos vegetales, aún en estudio a la hora de concluir esta obra, cabe mencionar que La Paleta parece destinado a convertirse en uno de los principales enclaves neolíticos del interior de la Península Ibérica para el estudio de los restos de cereales.

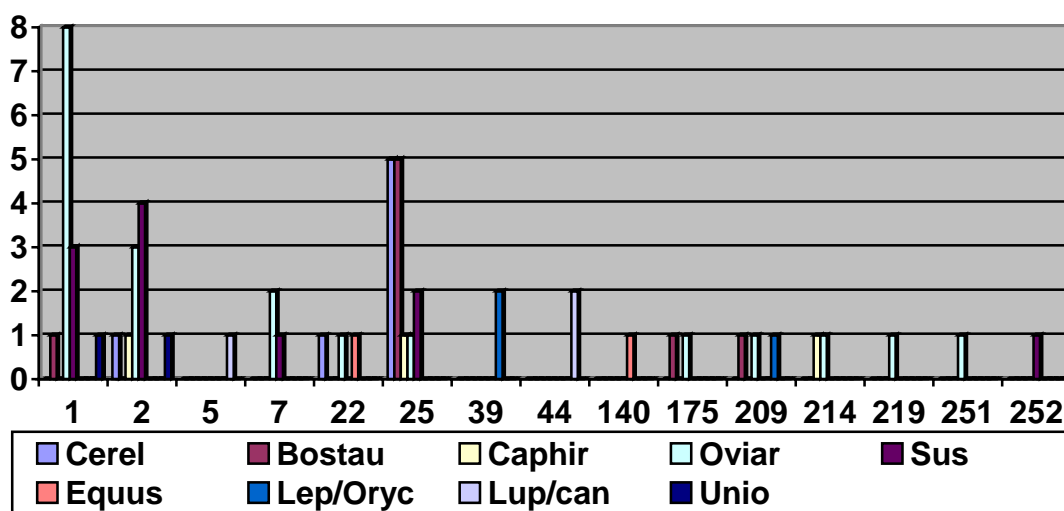


Fig.497.- Gráfica de representación de restos de fauna por Hoya

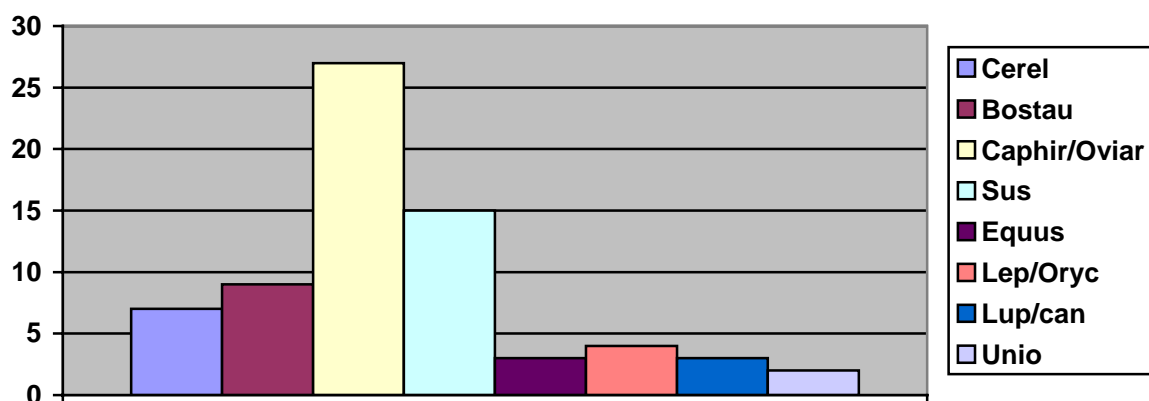


Fig.498.- Gráfica de representación de restos de fauna atendiendo al NMI.

Como indicamos en el capítulo VI, al presentar el enclave, los grandes recipientes tienen la peculiaridad de estar elaborados con una mezcla de arcilla y numerosos restos vegetales, entre los que, además de espiguillas, glumas y glumelas se han identificado abundantes improntas y restos carbonizados de cariósides de cereal. De este modo, desde los niveles más antiguos, con presencia de cerámica cardial, en el enclave de La Paleta aparece perfectamente conformado un Neolítico plenamente dotado de los elementos económicos definidores de este periodo.

Este hecho señala la existencia de un modo de vida plenamente campesino, de base agrícola establecido en buena parte de la Meseta que coincide con un panorama amplio de asentamientos que debemos considerar como nuevas implantaciones o enclaves *ex novo*. Estos enclaves, en gran parte de marcado carácter epicardial, contrastan con el reducido conjunto de enclaves en los que parecen documentarse ciertas evidencias de un aún poco definido horizonte epipaleomesolítico y donde la economía de depredación, con fuerte presencia de actividades cinegéticas debió tener un papel de primer orden.

2.1. Nuevas técnicas culinarias

Atendiendo a los elementos localizados en algunos yacimientos, es factible que el aprovechamiento de los elementos medulares y del tuétano de los huesos fuese frecuente entre las sociedades humanas neolíticas. Tampoco puede desdeñarse que la fragmentación y troceado de las porciones anatómicas más grandes pudiera estar denunciando la comparecencia de novedosos métodos culinarios asociados a los guisos realizados en recipientes puestos sobre el fuego y no ya sólo de piezas casi completas asadas sobre las brasas o directamente sobre los hogares. Es esta una vía de investigación muy interesante de seguir y que denunciaría un hecho de tanta trascendencia como es el estudio de nuevas conductas culinarias, nuevos modos de preparar las comidas y sobre todo nuevas tendencias en el procesado de los alimentos; tendencias que superan la esfera del aprovechamiento de los nuevos elementos de la economía productora, especialmente los cereales y aquellos productos derivados de la cría de animales como la leche.

Los tamaños de los recipientes y su morfología implica no sólo la conserva de líquidos o de elementos sólidos. Parece común señalar exclusivamente la capacidad de almacenamiento de un recipiente cerámico considerando con ello que la alfarería supuso un incremento en la disposición de crear excedentes que pudieran ser conservados en espacios más o menos cerrados. Sin duda este fue un interesante complemento, pero no podemos obviar que esta posibilidad de almacenamiento era posible ya en momentos anteriores, como demuestran las notables evidencias etnográficas sobre recipientes de cestería. Restos de cestería aparecen en varios de los yacimientos estudiados, destacando algunos ejemplos de La Paleta (Fig. 499) correspondientes a recipientes tejidos en espiral, posiblemente en esparto (Alfaro Giner, 1984: 167). Este tipo de recipientes son comunes desde momentos iniciales del Neolítico y por ello no debe menospreciarse su incidencia e importancia en el registro del Neolítico de la Meseta.



Fig. 499.- Fragmento de cerámica con huellas de cestería 'en espiral' procedente de La Paleta (Toledo)

Es probable que uno de los principales intereses de la nueva producción alfarera residiese en su relación con nuevas producciones culinarias. Este aspecto debe relacionarse con otras esferas sociales, más concretamente, con la generalización de nuevas actitudes en la preparación y conservación de los alimentos. Por ello, no debemos pensar sólo en el consumo de guisos, estofados o caldos, sino sobre todo en la garantía de preservación que este tipo de aplicaciones ofrece sobre elementos que, de otro modo, debían de ser consumidos en el acto o en un corto periodo de tiempo.

Muchas veces se ha querido ver asociada a la cerámica una nueva capacidad de transporte de diferentes productos. Ahora bien, esto no resulta tan claro como parece a simple vista; no puede dudarse de la capacidad de almacenamiento y transporte en pellejos y tripas modificadas para transportar líquidos. Tampoco podemos obviar la existencia de recipientes de madera de los que tenemos constancia gracias a los textos clásicos de Estrabón. Algo similar podría señalarse para los cestos de mimbre y esparto que, frente a la cerámica, presentan como principal ventaja su escaso peso y menor fragilidad. La única diferencia real existente entre los recipientes realizados con fibras vegetales o con cortezas y los nuevos elementos de arcilla cocida reside en la capacidad de estos últimos para ser expuestos al fuego y en cierta medida su impermeabilidad. Aquí es donde reside su principal carácter y su novedad puesto que implica la posibilidad de calentar líquidos pero sobre todo de calentar los alimentos.

También en el futuro se constatará la importancia del consumo ritual de determinados elementos en circunstancias concretas (Jiménez Guijarro, 2007), en recipientes cerámicos recuperados en contextos funerarios tumulares y megalíticos, proceso gestado al menos un milenio antes, en los inicios de la agricultura, cuando una de las diferencias básicas entre las sociedades cazadoras-recolectoras y productoras estriba no sólo en los nuevos elementos económicos puestos en juego, sino, sobre todo, en las notorias diferencias de alimentación.

Por los restos arqueológicos recuperados en La Ventana, Verona II, La Vaquera o La Paleta podemos interpretar la existencia de un reiterado patrón de reducción de las porciones esqueléticas a fragmentos de entre 50 y 100 mm. Son comunes como hemos visto los aplastamientos de hueso destinados al aprovechamiento del tuétano y, lo que es más importante, se minimizan las huellas de corte sobre las superficies óseas debido a que el reblandecimiento de la carne al consumirse estofada o asada implica que no fuera necesario, en la mayor parte de las ocasiones, emplear cuchillos o elementos similares para el consumo de las porciones de carne.

3. ÁREAS DE EXPLOTACIÓN Y CAPTACIÓN DE RECURSOS

El apartado económico no puede restringirse exclusivamente a cuestiones relacionadas con la gestión de vegetales y animales. La concepción y creación de los territorios tribales debió fundamentarse, desde épocas prístinas, en la elección de espacios, de extensión muy diferente, en los que el grupo humano tribal pudiese conseguir la práctica totalidad de los elementos necesarios para su mantenimiento económico y social del grupo. Evidentemente, uno de los elementos más destacados de todos ellos es el alimento. Ahora bien, esto que es válido y necesario para los grupos de cazadores-recolectores ya no lo es tanto para los grupos productores. La razón principal de este cambio radica en los novedosos elementos aportados por el tipo de vida campesino donde el alimento principal suele estar localizado en las inmediaciones del núcleo de habitación. Esto no invalida que existiesen territorios más amplios, amplitud que sería necesaria para la obtención de elementos tan necesarios como las materias líticas para elaborar útiles, dependiendo de esta amplitud territorial la reproducción del grupo.

3.1. Recursos minerales: el sílex

En el estudio de un área de la magnitud de la Meseta resulta imposible acercarse a cada una de las diferentes áreas de captación según los estudios clásicos de la denominada arqueología espacial. A nivel general, el dato estrictamente particular carece de sentido, aunque se pueden analizar los yacimientos que mejores datos aportan para luego extrapolar los resultados a áreas más o menos similares.

La configuración geológica y climática, aún teniendo en cuenta los posibles cambios asociados a esta última durante el Tardiglacial y primeros momentos del Holoceno, permite señalar, sin muchas dudas, que el marco físico en el que se engloban los yacimientos del interior peninsular se reduce a las principales unidades fisiográficas conocidas que, según la porción de nuestra área de estudio en la que se ubique el enclave, se encontrará mejor o peor representada.

Estas unidades fisiográficas se asocian a la existencia de dos dominios: La Sierra y La Depresión, que a su vez se articulan en diferentes unidades que dan lugar a la presencia de varios elementos fisiográficos dignos de resaltar. Este panorama detallado puede ser resumido en la diferenciación, a ambos lados del Sistema Central como eje divisorio de las dos cuencas fluviales implicadas, de tres ambientes: **Sierra, Piedemonte y Vega**.

La ocupación de estos espacios fue diferente a lo largo del proceso histórico estudiado, hecho que debe ponerse en relación con las posibilidades económicas de cada uno de los ámbitos, la densidad de poblamiento y sobre todo con la presencia de recursos materiales y económicos de interés.

Si bien los elementos sometidos a aprovechamiento durante la prehistoria fueron numerosos destacó por encima de todos el sílex por haber sido la materia prima fundamental usada en la vida cotidiana de los últimos grupos de cazadores-recolectores y los primeros productores.

El sílex puede aparecer en los registros arqueológicos combinado con otras materias primas, en especial el cristal de roca, el cuarzo y la cuarcita. No obstante es raro el yacimiento en el que el sílex está por completo ausente, y podemos señalar, sin temor al error, que en la Meseta no hemos localizado un solo enclave neolítico en el que el sílex, de apariencia, composición y procedencia muy diversa, no tenga una representación destacada.

La distribución de sílex en la Meseta ofrece una relación neta entre distribución de yacimientos y áreas de aprovisionamiento (Fig. 500 C y 501). Existe una mayor concentración de asentamientos en torno a las áreas de afloramiento de sílex. En la

actual Comunidad de Madrid esta coincidencia es tal que en la mayor parte de los yacimientos neolíticos están enclavados directamente sobre los afloramientos, o en su proximidad inmediata. No resulta baladí tampoco el hecho de que en la región Sureste de esta región se encuentre una de las mayores concentraciones de afloramientos de sílex, además de notoria calidad, lo que derivó en la creación del mosaico poblacional que encontramos desde los inicios de la Prehistoria, pero sobre todo durante la Prehistoria Reciente.

Este hecho nos ha permitido señalar (Jiménez Guijarro, 2005) que, a pesar de que no contemos con evidencias de minería hasta épocas avanzadas del Neolítico, en la Meseta y casi con certeza en la práctica totalidad de la Península Ibérica, el proceso de obtención de la materia prima debió de ser inmediato y basado en el sistema prospectivo (*Ibidem*) Esto impide que podamos hablar de comercio del sílex a gran escala hasta momentos terminales del Neolítico II. Dada la abundancia de este material en las cuencas sedimentarias del Tajo y del Duero, el establecimiento de redes de distribución entre zonas ricas en sílex y deficitarias en él fue sincrónica al momento de consolidación plena de las economías de producción, esto es, en las etapas finales del Neolítico II y sobre todo durante la Edad de los Metales. Fue en estos momentos en los que se produjo la colonización de los espacios serranos en la práctica totalidad del Sistema Central. Estos espacios, ricos en materias primas metálicas, suelen ser, por el contrario, deficitarias en elementos silíceos, razón por la cual debió generalizarse su transporte organizado a larga distancia. Este hecho, indudablemente, se desarrolló en redes de intercambio amplias.

Otros elementos destacados para el comercio son más difíciles de rastrear y cartear, como las conchas, mármoles, diabasas, ofitas, basaltos, etc., bien por la escasa abundancia de los útiles o adornos realizados sobre ellas en los yacimientos, lo que constituye el verdadero valor de los bienes de prestigio o exóticos, bien por lo puntual de los afloramientos o de lo extenso de los mismos, como es el caso de la malacofauna. Tan sólo estudios puntuales sobre materiales de enclaves concretos, caso de los yacimientos madrileños (García de Miguel *et alii*, 2005) pueden mostrar conclusiones que, lamentablemente, aún son muy escasas en la Meseta.

Hemos cartearado otros productos de valor especial dentro de la economía de los grupos productores: la **variscita**, la **sillimanita** y el **cobre** y sus derivados. La sal, aún siendo un bien de notable interés (Jiménez Guijarro, e.p.), ofrece notable dificultad para elaborar un mapa detallado de los afloramientos salobres. Resulta imprescindible, y es una labor aún por abordar, tratar el tema del aprovechamiento de la sal de forma monográfica.

Cada uno de los elementos señalados, por su abundante representación en contextos neolíticos y calcolíticos y su importancia en el proceso de transición cultural –caso del cobre y la variscita- o bien por la necesidad de su aprovechamiento por parte de los grupos de economía productora –la sal-, debieran implicar un valor añadido a la distribución de los yacimientos y a la configuración de territorios.

La sillimanita, materia prima empleada con asiduidad, sobre todo en fases avanzadas del Neolítico y en la Edad de los Metales para la elaboración de hachas, cinceles y gubias, presenta una localización muy precisa en torno al Sistema Central (Fig. 500 B) No es mucha la información que esta localización aporta a no ser el hecho de que una materia prima tan localizada implica la posibilidad de controlar su distribución. Este hecho tal vez deba relacionarse con la notable concentración de establecimientos denominados de forma genérica ‘calcolíticos’ situados en torno a las áreas de afloramiento, máxime cuando llega un momento en el que la práctica totalidad de las hachas en circulación en la Meseta y en gran parte de la Península estuvieron realizadas en esta materia.

La variscita está relacionada, casi exclusivamente, con la elaboración de cuentas de collar destinadas al ornato. Si bien hay evidencias de su elaboración y presencia desde

momentos avanzados del Neolítico en el Noreste de la Península, en el interior no aparecen hasta momentos sincrónicos a la transición al Calcolítico y se asocian sobre todo a las etapas avanzadas del fenómeno megalítico.

La importancia de esta materia prima parece haber residido especialmente en su color verde. Por ello, y basándonos en la localización de algunas cuentas verdes elaboradas en materias primas similares, sobre todo talco y microclina, una de cuyas variedades es la amazonita, nos ha llevado a cartear los afloramientos de microclinas, variscitas y serpentinas de forma conjunta (Fig. 500 A) La primera y última de estas materias primas se asocian en la Meseta especialmente a los rebordes del Sistema Central.

El afloramiento más importante, mejor localizado y puntual es el del sinforme de San Vitero, en Zamora. Allí hay evidencias de explotación prehistórica, de momento no tan destacadas como las de Gavá. Que esta explotación debió tener su importancia lo certifica la correspondencia, a los afloramientos zamoranos, de numerosas piezas muestreadas en dólmenes y yacimientos calcolíticos.

Creemos también que la presencia en la región zamorana de esta riqueza en una materia prima destinada al intercambio dentro de la esfera de los elementos de adorno y prestigio debió de ser la causa del desarrollo del importante horizonte de Las Pozas que combina elementos de tradición neolítica (como elementos de sustrato) dentro de la esfera de cambio cultural del denominado Calcolítico, dentro de los compases finales de nuestro Neolítico IIA. La presencia de materias que, caso de la cuenta del Dolmen de Entretérminos, no estaban realizadas en variscita, implican que el valor del elemento pudo estar ligado más al color que a una materia prima determinada. Esto posibilitó, sin duda, la búsqueda y el aprovechamiento de materias primas diversas, locales, y de más sencilla gestión en ocasiones.

Algo similar podemos señalar respecto a las sales haloideas. Sin entrar en disquisiciones acerca de su explotación prehistórica (Jiménez Guijarro, 2005), no queda duda acerca de que los herbívoros son deficitarios naturales en sales. Esta carencia de sal es manifiesta en el caso del ganado doméstico al que debe proporcionársele un complemento salino. La experiencia cazadora del ser humano comprendió pronto la existencia de una relación entre las áreas de afloramientos salobres y los herbívoros.

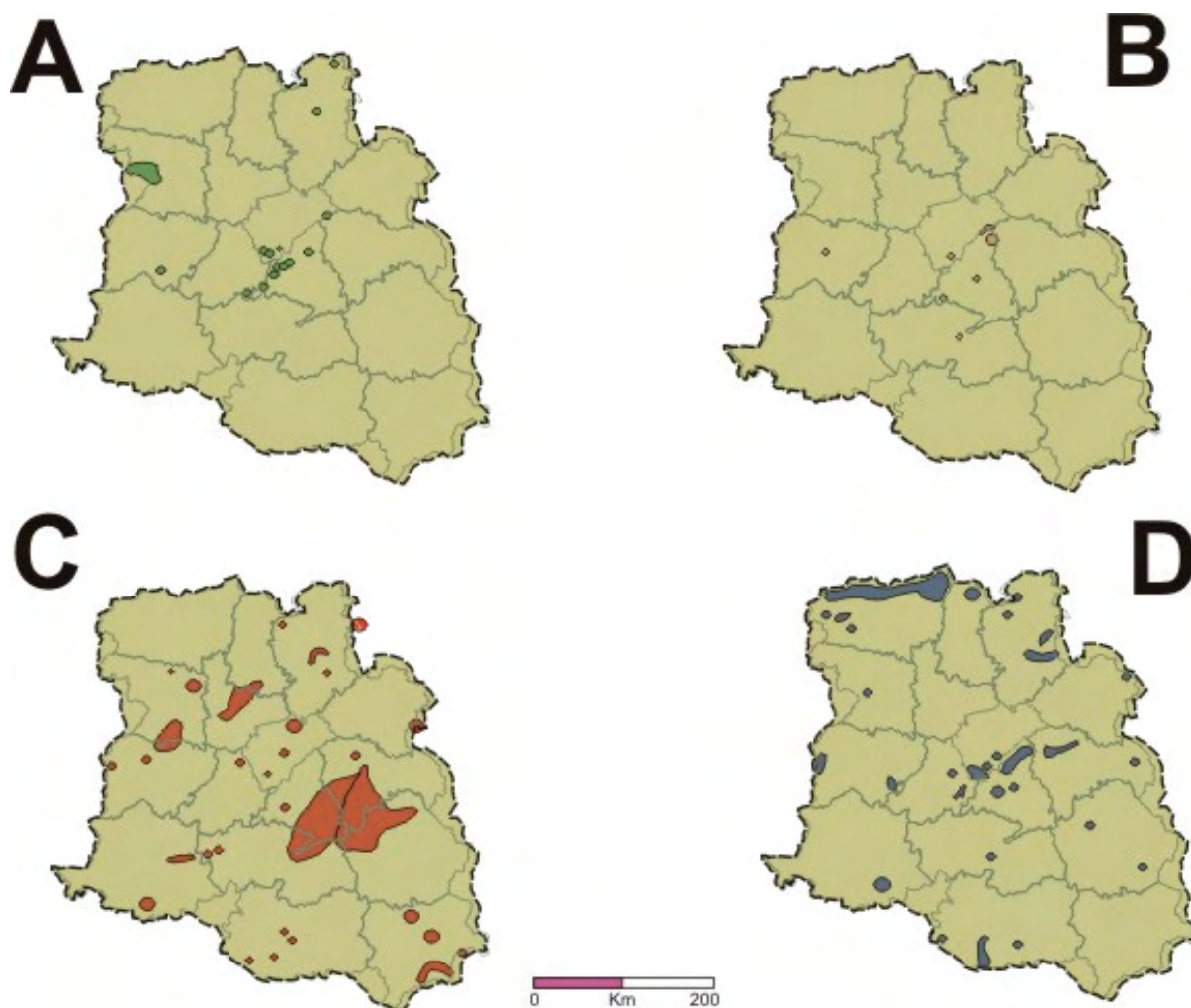


Fig. 500.- Presencia de materias primas de interés durante el Neolítico y Calcolítico en la Meseta. **A- Piedras verdes (variscita y microclinas)** **B-Sillimanita.** **C-Sílex.** **D-Cobre.**

Aún es pronto para establecer una relación directa entre salinas interiores y explotación ganadera. No obstante es notable la existencia de una cierta relación de proximidad entre algunos establecimientos cazadores-recolectores y neolíticos y estas áreas salobres. La intencionalidad del mismo está aún por ser definida, pero no por ello puede dejar de ser notada.

Resulta interesante aplicar el carteo de la imagen anterior al mapa de dispersión de yacimientos neolíticos que hemos tratado en el texto (Figs. 501-504) y atender especialmente a la dispersión de enclaves en relación con las áreas de presencia de las diferentes materias primas.

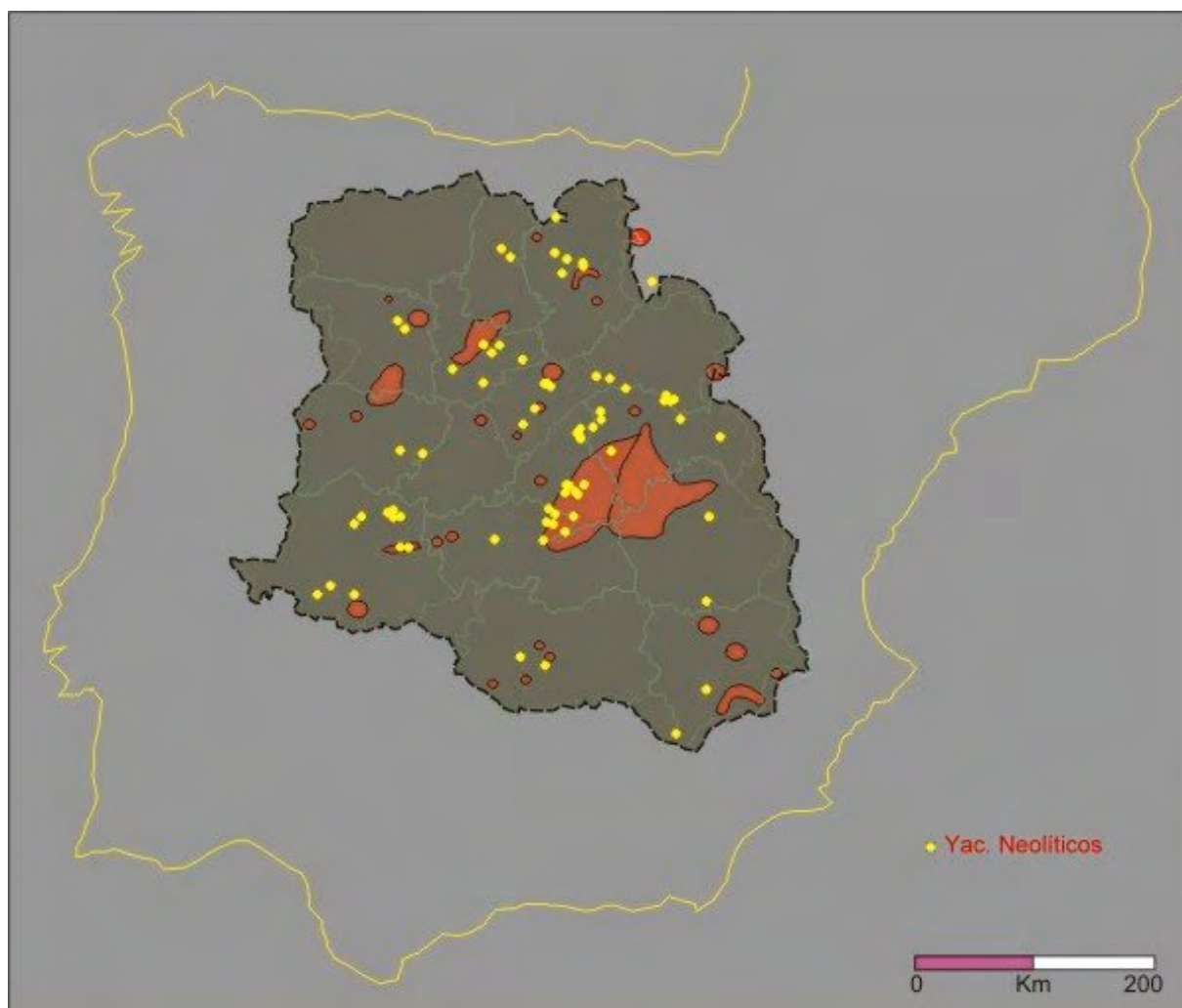


Fig. 501.- Carteo de las principales áreas de procedencia del sílex en la Meseta en relación con los yacimientos Neolíticos tratados en la obra.

El elemento principal que parece condicionar de algún modo el establecimiento de los asentamientos neolíticos es el sílex (Fig. 501). En la imagen se aprecia un hecho muy importante a la hora de tener en cuenta yacimientos mineros complejos de extracción de esta materia prima como el de Casa Montero (Vicálvaro, Madrid). Se ha dicho que se trata de una mina neolítica y como tal ha sido publicado el yacimiento (Consuegra *et alii*, 2004; Díaz del Río *et alii*, 2005), si bien consideramos desacertada esta asignación, como ya hemos señalado. En la figura 501 se aprecia que la zona en la que se asienta Casa Montero es la que concentra el mayor afloramiento de sílex. Además, la práctica totalidad de los asentamientos neolíticos coinciden en su ubicación con áreas de fuerte presencia de materias silíceas.

No es este tema baladí y consideramos que una de las causas de la rápida y temprana colonización neolítica de las tierras de la cuenca media y alta del Tajo debe relacionarse con la gestión de un territorio rico en sílex. Resulta evidente que esta riqueza ya fuese explotada durante etapas previas, lo que explica la abundancia de asentamientos correspondientes al Paleolítico Superior, especialmente al Solutrense, y también que en esta zona se haya localizado un enclave mesolítico al aire libre como el de Verona II.

Esta densidad de afloramientos de sílex, fácilmente explotables sin necesidad del concurso de una minería compleja, es la causa del rico mosaico de asentamientos localizados en la confluencia de los ríos Manzanares y Jarama. En este punto se dieron cita tres de los elementos más diagnósticos a la hora de elegir un lugar como enclave de

hábitat: presencia de agua, diversidad en el biotopo, notable aptitud agrícola y abundancia de recursos básicos. Además, la cercanía de la sierra y su amplio espectro de recursos debió convertir a esta zona en uno de los ejes de articulación del Neolítico peninsular, extremo este que corroboran los datos arqueológicos y que vemos especialmente reflejado en los enclaves de Verona II y La Paleta.

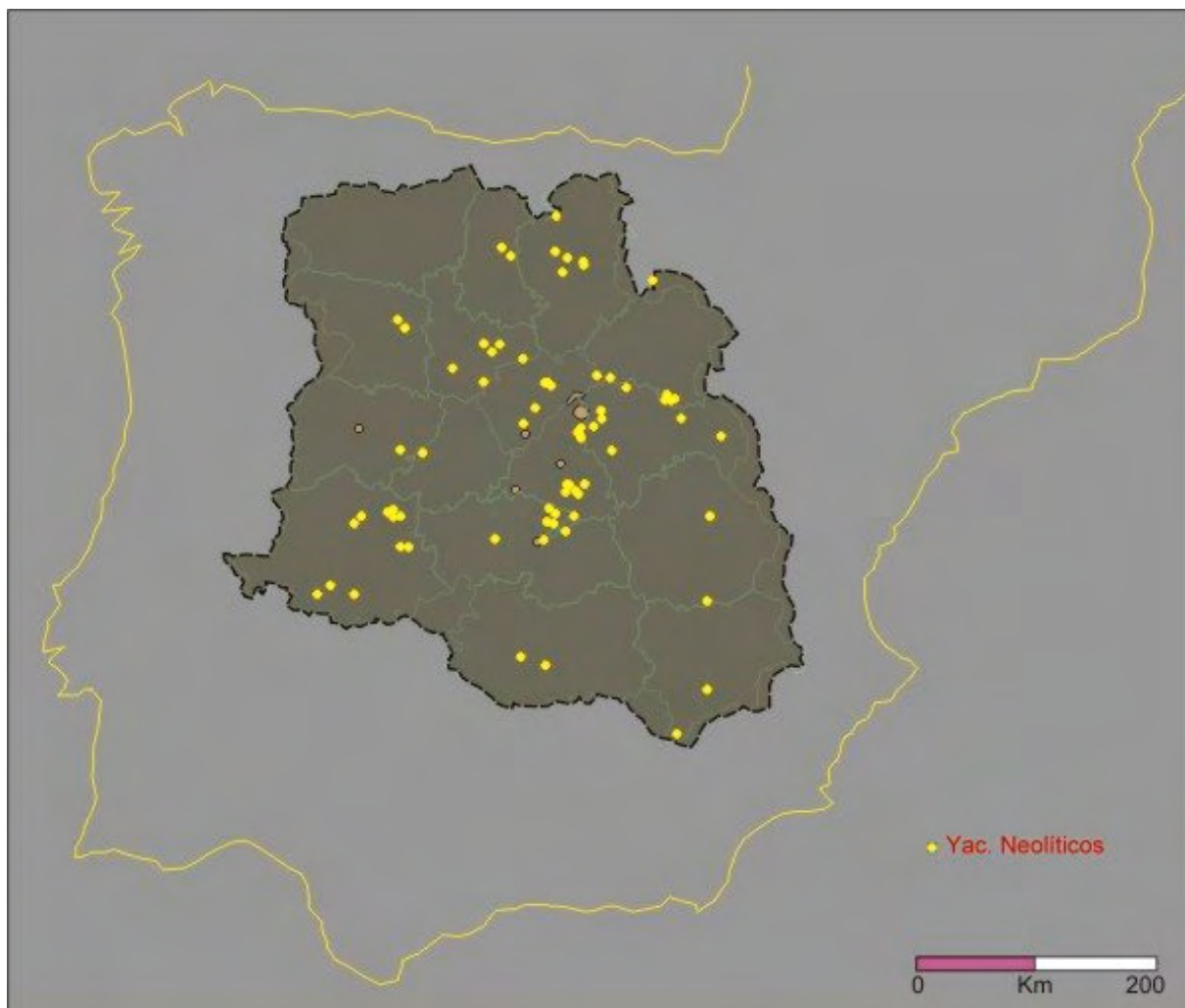


Fig. 502.- Cartado de las principales áreas de procedencia de sillimanita-fibrolita en la Meseta en relación con los yacimientos Neolíticos tratados en la obra.

Para el resto de las materias primas carteadas es cierto que no se aprecia una relación tan nítida como en el caso anterior. Para la sillimanita (Fig. 502), mineral muy localizado, tan sólo podemos relacionar los enclaves del área norte de las provincias de Madrid y Guadalajara, curiosamente las áreas más ricas en este tipo de rocas. Tampoco puede negarse la posibilidad de que algunos ríos arrastrasen, tras la deglaciación, grandes cantidades de estas materias desde sus cabeceras. Así podría explicarse la localización en algunos sectores de la cuenca Media del Tajo. Por tanto su aprovechamiento pudiera ser inmediato y local. Está pendiente la realización de una caracterización precisa y completa de estos recursos, así como un análisis geológico amplio que permita solucionar esta cuestión.

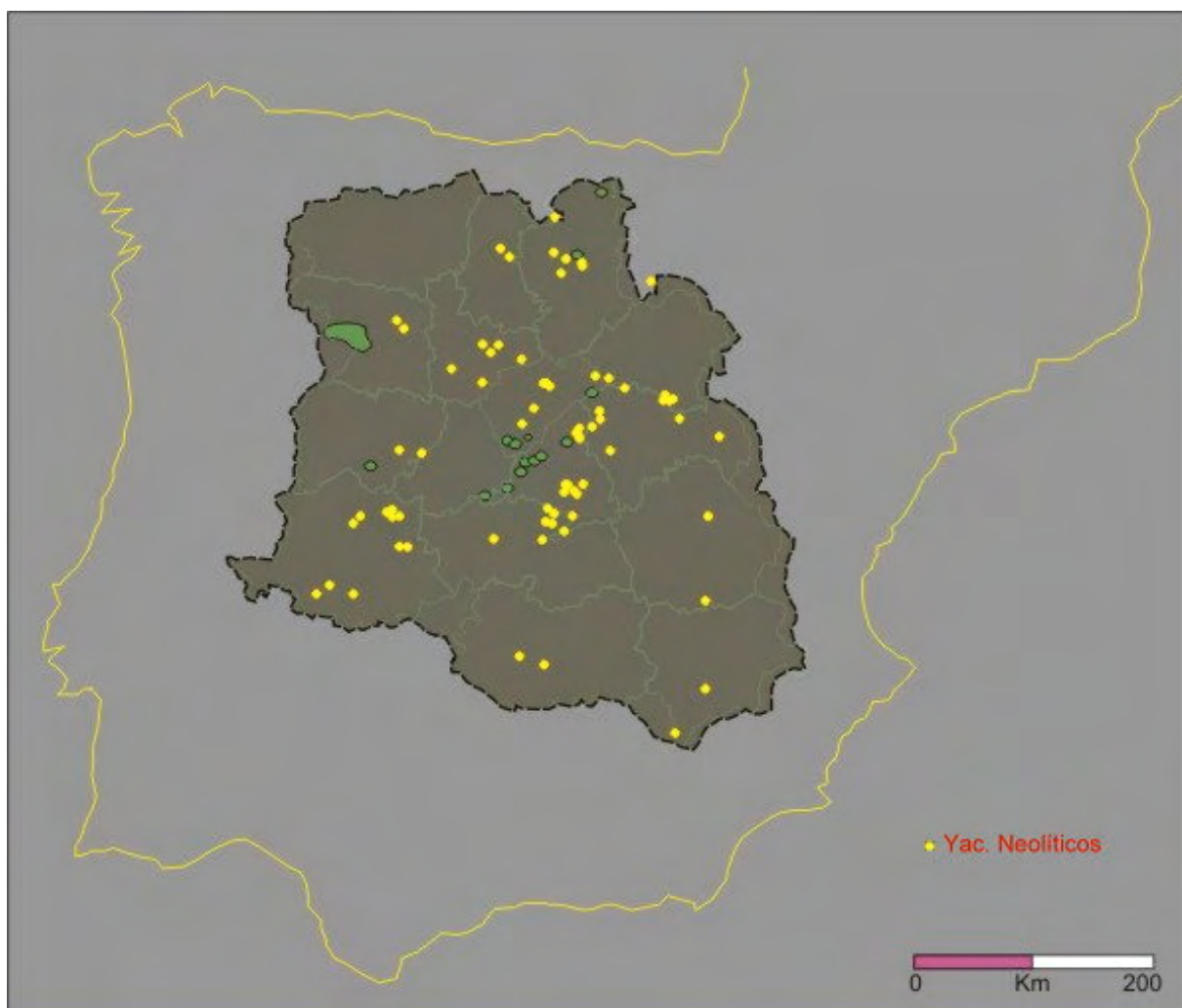


Fig. 503.- Carteo de las principales áreas de procedencia de la variscita y minerales verdes (microclinas) en la Meseta en relación con los yacimientos Neolíticos tratados en la obra.

En el caso de la variscita y de otros minerales de coloración verdosa, la relación con los enclaves neolíticos tampoco es tan directa. En contra de lo que cabría esperar, no es en el entorno de los afloramientos donde localizamos una abundancia de asentamientos. Este hecho bien podría responder, en el caso zamorano, a un criterio de la investigación. No así en el caso de los afloramientos del Sistema Central donde las prospecciones sistemáticas de cobertura total han manifestado una inequívoca ausencia de enclaves de esta cronología.

Atendiendo a la asociación general de las piedras verdes con contextos del denominado Neolítico Medio de otras áreas de la Península Ibérica y especialmente del Noreste, haría pensar en la presencia de patrones de gestión de los recursos y de implantación en el territorio similares a los de Gavá. Por el contrario, este patrón no parece cumplirse en los contextos meseteños.

Por último, en el caso de los afloramientos de mineral metálico (Fig. 504), resulta evidente la ausencia de relación directa más que en aquellos casos en que los enclaves neolíticos carteados se corresponden con cronologías avanzadas del Neolítico II. Será, en cambio, durante las etapas iniciales del Calcolítico cuando encontremos una asociación espacial y territorial entre los asentamientos y las áreas de afloramiento de los minerales metálicos.

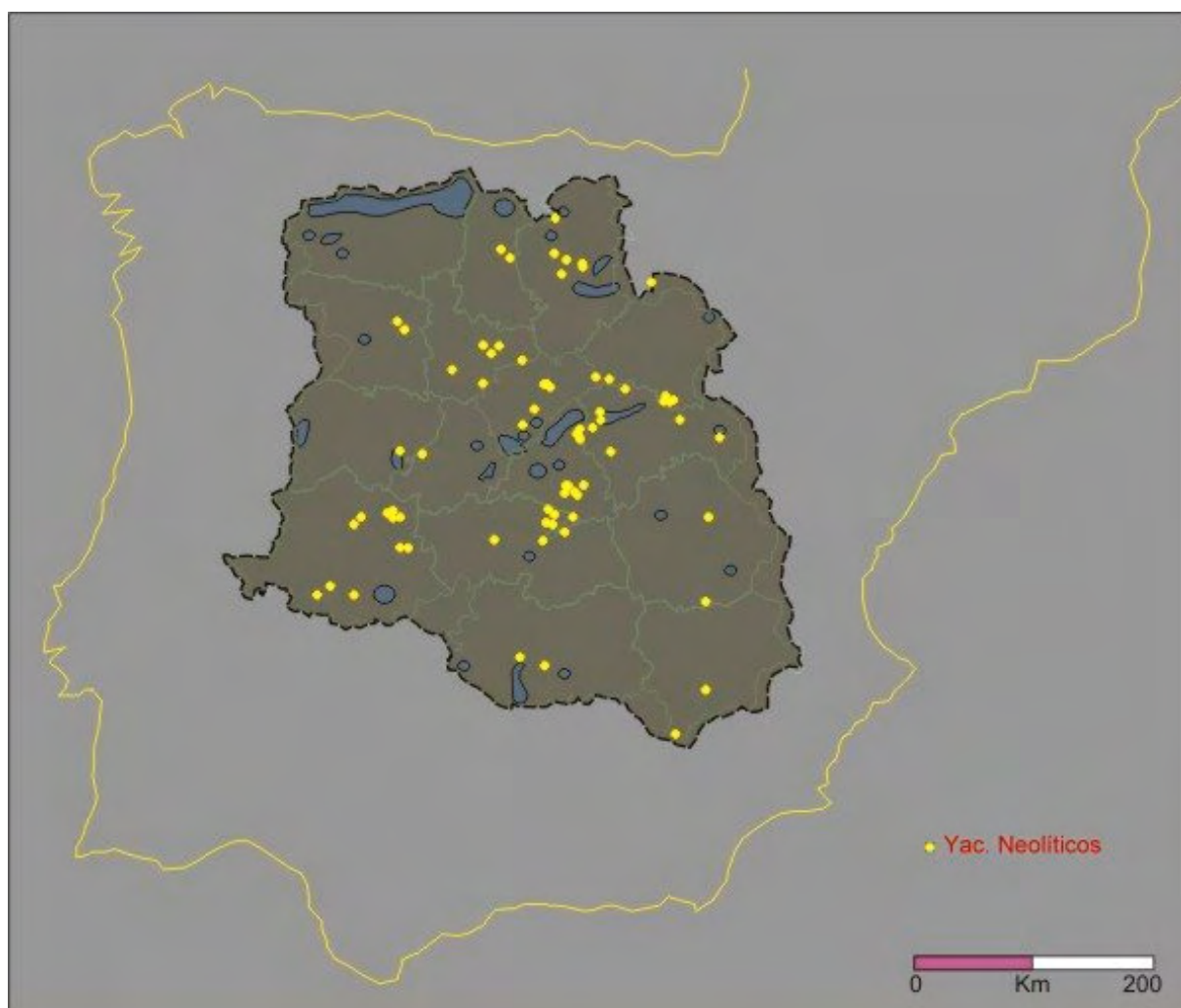


Fig. 504.- Carteado de las principales áreas de procedencia de mineral de cobre en la Meseta en relación con los yacimientos Neolíticos tratados en la obra.

Como avance, podemos indicar que será en este momento terminal del Neolítico e incipiente del Calcolítico cuando confluyan situaciones diversas como la colonización de los espacios serranos que, como se ha señalado, implican el establecimiento de redes de intercambio a través de las que circularían, a cambio de materias primas de primera necesidad, elementos novedosos, de prestigio, como el metal.

MARCO SIMBÓLICO, RELIGIOSO Y ARTÍSTICO

1. LA HETEROGENEIDAD ARTÍSTICA: 'MUNDOS' DIFERENTES

En el marco cronológico de nuestro trabajo confluyen cuatro tipos de arte ciertamente diferenciados que, en ocasiones, muestran evidencias de haber convivido en el tiempo. Encontramos el arte **macro-esquemático**, el **lineal-geométrico**, el **levantino** y por último el arte **esquemático**. Todos ellos hacen gala de una notable heterogeneidad. Frente a todas estas manifestaciones artísticas y antecediéndolas en la cronología se presenta un desarrollo naturalista, propio de las sociedades de cazadores avanzados. Este arte, aún con sus regionalismos, resulta en cierto modo homogéneo. Habrá santuarios en lo profundo de las cavidades y grandes agrupaciones de representaciones, generalmente grabadas, en paneles verticales ubicados al aire libre. No obstante, la monolítica homogeneidad es tal que, aún con algunos leves matices, fue posible englobar todo el arte rupestre paleolítico en un único corsé explicativo.

A algo más de veinte mil años de homogeneidad se le enfrentan poco menos de cuatro mil de heterogeneidad y el más importante y radical de los cambios culturales que ha sufrido hasta la fecha la humanidad. Resulta por ello sencillo establecer un vínculo cronológico y cultural así como una relación causal entre las cuatro manifestaciones artísticas señaladas y el proceso de neolitización.

A pesar de su carácter heterogéneo, se atisban líneas de parentesco entre el arte geométrico lineal y el aziliense y no pueden dejar de negarse, también, algunas relaciones, siquiera formales, entre éstas últimas y algunas de las representaciones parietales paleolíticas.

A la evidente unicidad del arte macro-esquemático le acompaña lo extremadamente restringido de su distribución espacial, relacionado casi con la escala regional de la región pre-costera levantina.

Al arte levantino se le puede establecer un ligero vínculo con algunas representaciones zoomorfas del Aziliense Antiguo e incluso del Magdalenense que no pasó desapercibido para algunos de los primeros definidores de este ciclo artístico. A esta manifestación artística, a diferencia del arte macro-esquemático, le acompaña una distribución espacial más extensa, que parece dejar traslucir un hecho regional encuadrable dentro del concepto cultural de la tribu dialectal.

Entre ambas manifestaciones se desarrolla el arte esquemático, de aspecto específico y de cronología más avanzada, distribuido por la práctica totalidad de la Península Ibérica y buena parte del Sur de Europa.

Hasta la fecha han sido varios, en general vanos, los intentos de analizar de forma global, dentro de un marco cronológico lineal evolutivo clásico, todas estas manifestaciones artísticas. Según las más recientes síntesis, la estructuración general de la totalidad de las manifestaciones artísticas que nos ocupan sería la siguiente: Aziliense,

Lineal-Geométrico, Macroesquemático, Levantino y Esquemático. El tránsito cronológico abarcaría desde un inicio en torno al 11000 BP y la culminación en torno al 3000 BP.

La sucesión lineal evolutiva clásica de las cronologías y secuencias propuestas deja entrever, no obstante, algunos problemas de interpretación. Merced a ellos siguen abiertas las discusiones en torno al origen y desarrollo del Arte Levantino así como el asunto de las cronologías laxas de algunas de las manifestaciones.

Un aspecto importante en el estudio de estas manifestaciones artísticas reside en su distribución geográfica. En unos casos localizamos concentraciones muy concretas y puntuales, como es el caso del Arte Macro-esquemático. En otros se aprecia un comportamiento regional, quizás también con valor cultural, caso del Arte Levantino, y aún en otros casos es posible atisbar agrupaciones o tendencias merced a lo conocido, como es el caso del Arte Aziliense. Por último, dentro del más general y mejor distribuido de los ciclos artísticos, caso del Arte Esquemático, se aprecian notables concentraciones en la región occidental, agrupaciones destacadas de motivos e incluso estilos, caso del cada vez mejor conocido Arte Megalítico, si es que realmente puede diferenciarse como tal del ciclo esquemático. Esta nueva manifestación esquemática trasciende y supera, ciertamente, el hecho pictórico para establecer una nítida filiación simbólico-religiosa dotada de un pleno sentido cultural.

Si a este panorama le superpusiésemos un filtro cronológico, advertiríamos que en algunos casos, sobre todo en el del ciclo esquemático, y debido quizás a la amplitud cronológica y cultural de su desarrollo, es posible realizar precisiones bastante acertadas en cuanto a adscripciones culturales, gracias siempre a las posibilidades que ofrece el análisis comparativo de las evidencias parietales y mobiliarias. Este sería, por ejemplo, el caso de los ídolos oculados así como el de determinados objetos representados, en especial las armas, en tramos cronológicos más recientes. La reiteración habitual de motivos y esquemas, en ocasiones ejecutados con notable similitud, son una evidencia inequívoca de la existencia de un significado oculto tras cada uno de los elementos representados.

Ahora bien, la concatenación de todas estas manifestaciones artísticas sobre el territorio ofrece una visión heterogénea. La razón de esta diversidad debió ser la diversidad cultural. Ahora bien, cabe preguntarse si ésta se debe a que estamos analizando, desde un punto fijo, un conjunto amplio de cronologías y de culturas o por el contrario, existe la posibilidad de que varias, sino todas estas manifestaciones, estuviesen en desarrollo durante un mismo momento.

En cierto sentido cuando hemos analizado de forma pormenorizada, en capítulos anteriores, las diferentes 'industrias' que se suelen atribuir a otras tantas 'culturas arqueológicas' hemos tenido la oportunidad de advertir cómo parece existir una evidencia palpable, sobre la que están de acuerdo la práctica totalidad de los investigadores, acerca del proceso de creciente regionalización cultural acontecido en los momentos finales del periodo glaciario. Será en este momento y en la transición hacia el Holoceno cuando este panorama se generalice en la práctica totalidad del solar de la actual Europa. **Frente a esta aparente 'multiplicación' de industrias que dio pie a la igualación con otras tantas 'culturas', la concatenación o sucesión de ciclos artísticos nos permite afinar notablemente nuestra perspectiva y afianzar más el modelo de mosaico preconizado por los investigadores franceses (Rozoy, 1998) y que posee buenos paralelos etnográficos.**

Aceptado este postulado por puramente lógico y estadísticamente congruente se nos abre además la posibilidad de utilizar un mecanismo de contrastación tan oportuno como es el del estudio directo de los soportes y en especial de aquellos en los que han quedado reflejadas evidencias de varios de los ciclos señalados.

Si, como hemos visto, el elemento de afirmación cronológica de la superposición deja de tener un valor divergente, es hora de señalar que este mismo elemento puede ser empleado para apoyar el postulado que hemos enunciado.

Así, la superposición, perdido ya su valor de prelación cronológica de unos ciclos respecto a otros y por ello de la garantía de diacronía compositiva y cultural, se convierte en el elemento primordial de la estructuración de un modo dual en el que lo que aparece abajo no debe ser necesariamente la representación de una cultura anterior ya desaparecida. Muy al contrario, es posible que lo que esté representado debajo de un panel decorado sea precisamente lo más “moderno” desde el punto de vista de la clasificación cultural y del esquema dualista de convivencia de los grupos humanos.

De este modo el arte se demuestra como el elemento principal de la imagen fija de un territorio –muchas veces en conflicto- en el que es precisamente quien “gana” quien sacraliza el lugar de presencia. El arte jugará así un valor doble al permitirnos no sólo asistir a esa suerte de foto fija de los tiempos pretéritos, sino que nos permitirá entender cuál fue su valor de narración, de apropiación del entorno, e incluso de anulación, aculturación o sincretización del “otro”.

Es esta, de nuevo, la visión dinámica del arte como elemento de definición de los procesos culturales, entendidos también como componentes dinámicos. Quizás sea también la llamada de atención acerca de la necesidad de reconocer, con contricción, que hemos pasado demasiado tiempo queriendo desentrañar el significado de un arte al que, a muy duras penas podíamos atribuirle una adscripción cronológica y sobre todo cultural.

Es necesario hacer un breve recorrido a través de los diferentes ‘ciclos’ que se verán involucrados en nuestro marco de estudio para tratar de obtener después una visión general, más clara, de cuanto se ha establecido en torno a la atribución cronológica y cultural de cada uno de ellos.

2. EL ARTE DE LOS ÚLTIMOS CAZADORES ESPECIALIZADOS: EL CICLO AZILIENSE

El denominado Arte Aziliense forma parte de ese conjunto de industrias sobre las que se produjo la regionalización postrera del Würm IV a la que antes aludimos, entre el 11000 y el 9000 BP. Como industria ya señalamos que presenta una clara filiación Magdaleniense. Este hecho ha condicionado la interpretación generalizada de esta cultura como una perduración de esa base común cultural con elementos de individualización peculiares.

De momento la regionalización permite diferenciar un aziliense ‘puro’ –tan sólo entendido como el horizonte clásico que permitió dar nombre a esta industria e individualizarla- que se localizaría en ciertas áreas del Cantábrico, Pirineos y Sur de Francia, el Ródano, el Jura y la Liguria italiana.

Tampoco deja de ser cierto que en determinadas zonas del levante peninsular e incluso en algunos contextos del interior se han detectado industrias con visos de azilización –las denominadas industrias aziloides- y que se caracterizan por la ausencia de los arpones de hueso y por presentar una fuerte raíz magdaleniense. Posiblemente estemos ante un sustrato común sometido a esa regionalización que derivó en la multiplicación de horizontes arqueológicos o mal entendidas ‘culturas’, caracterizadas tan sólo por desiguales desarrollos industriales. Una evidencia de esto último son los solapamientos de fechas existentes entre algunos yacimientos de la fase terminal del Magdaleniense y del Aziliense.

Sin poder negar esa general base común magdaleniense se han diferenciado dos horizontes dentro de un mismo ciclo artístico: el Aziliense Antiguo –Magdaleno-aziliense-

y el Aziliense Reciente o Clásico (Sanchidrián, 2001: 353) En cierto modo esta división se ha mantenido a la luz de las diferencias observadas por Lorblanchet y Welté (1990) en algunos yacimientos franceses si bien es plausible que dicha diferenciación de facies artísticas no responda más que a la propia dinámica interna de la evolución del arte magdalenense en sus momentos epigonales.

Así, estos autores diferencian una etapa naturalista avalada específicamente por los restos de arte mueble recuperados en el Abrigo Murat, y otra de creciente esquematismo y abstracción figurativa en la que los zoomorfos representados se rellenan de motivos geométricos y que se corresponde con los objetos muebles de los yacimientos de Pont-d'Ambon, Morin, Pégourié, La Borie-del Rey, Rochedane y Gay. Aparte del pretendido naturalismo y esquematización de unos y otros, poca diferencia se observa entre las piezas muebles de estos yacimientos y de aquellos otros del ciclo del Magdalenense Superior, caso de algunas de las plaquetas de Enlène, La Paloma, sobre todo del arte mueble de Parpalló, Matutano, Tossal de la Roca, Barranc de L'Infern, El Pirulejo o la Hoz. Todo ello sin entrar en consideración de los evidentes paralelos con yacimientos de supuestas o demostradas cronologías anteriores.

No quedan muchas dudas a la vista de estas notables coincidencias formales y conceptuales acerca de la existencia de un hilo conductor entre las representaciones Magdalenense y las propias del Aziliense Antiguo. En este sentido abundaron las tesis de Roussot (1990) al definir el supuesto Estilo V asociado al postmagdalenense, dentro del marco conceptual de las interpretaciones estilísticas de Leroi-Gourhan.

Ahora bien, tampoco dejan de existir, como ya señalase Guy (1993) diferencias conceptuales y formales entre las representaciones magdalenenses y azilienses que nos permiten afianzar la hipótesis de un desarrollo ciertamente individualizado de ese fondo común.

Un dato que no debe pasarse por alto es el de la presencia, en la práctica totalidad de las figuras zoomorfas rellenas de esquemas geométricos, de esquemas lineales que veremos repetidos hasta la saciedad no sólo en el arte asociado a contextos del Aziliense Reciente, sino sobre las superficies de la mayor parte de los recipientes cerámicos neolíticos. Estas mismas decoraciones aparecen representadas en algunos colgantes-adorno realizados sobre hueso recuperados en contextos cantábricos (González Sainz, 1982), lo que pudise constituir una evidencia de la carga simbólica de dichos caracteres o decoraciones.

De la etapa más avanzada de este periodo proceden los elementos más conocidos y característicos del arte aziliense: las plaquetas y los cantos decorados. Serán, no obstante, estos últimos, con sus vistosos esquemas pintados, los más destacados (Fig. 505)

Una vez más podemos señalar la existencia de un 'núcleo' asociado al yacimiento epónimo de Mas- d'Azil, donde el conjunto de cantos decorados asciende a más de un millar y un conjunto de yacimientos 'satélite' donde este tipo de evidencias aún cuando están presentes, nunca alcanzan, ni de lejos, el número de restos del primero. La presencia de este tipo de cantos en enclaves interiores de la Península Ibérica, como la Cueva de Chaves, avalan nuestra hipótesis.

Si en el periodo anterior, siguiendo tal vez los dictados consuetudinarios de esa corriente de base magdalenense, la técnica empleada era casi en exclusiva el grabado, en esta nueva facies la técnica preponderante será la pintura, especialmente ejecutada con pigmento rojo y excepcionalmente negro (Couraud, 1985), siempre sobre un módulo reiterativo y más o menos estandarizado, acompañada de algunas piezas grabadas (D'Errico, 1994) e incluso de algunos ejemplares mixtos (Sanchidrián, 2001: 359)

La temática expuesta nos obliga a señalar un salto conceptual nítido respecto al Arte Aziliense de carácter naturalista o esquemático. Ahora nos encontramos ante una manifestación que centra los esquemas representativos en torno a lo geométrico y lineal. Se advierten algunos motivos con paralelos o similitudes con los esquemas lineales que antes señalamos para los colgantes del periodo anterior, pero donde predomina un nuevo concepto expresivo abstracto en el que la figura animal parece estar fuera del ámbito representativo.

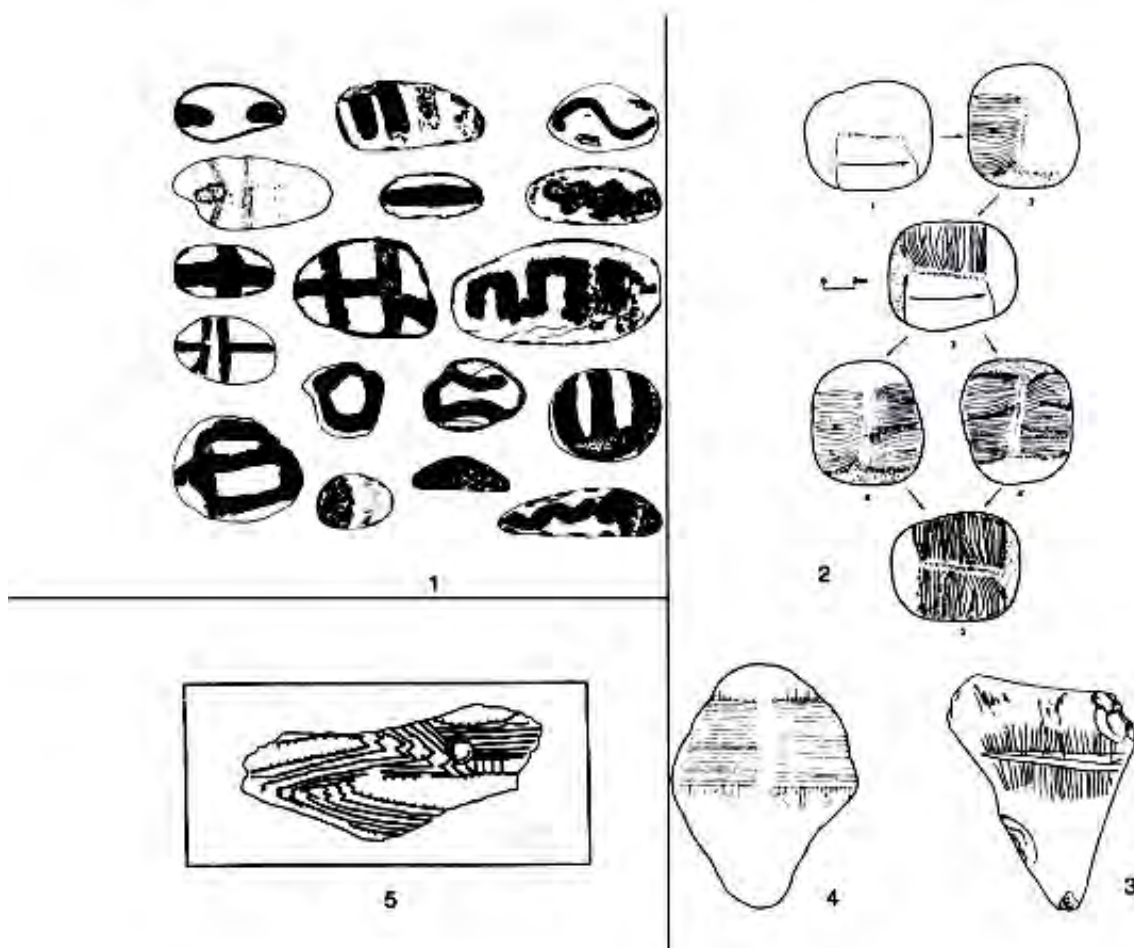


Fig. 505. - Colección de cantos pintados y grabados. 1- Mas-d'Azil. 2-Reconstrucción de la sucesión de trazos en un canto de Rochedante. 3-Canto grabado de Pàges. 4-Canto grabado de Rochedante. 5-Colgante de hueso de Moulin-à-Troubat. Según Sanchidrián Torti, 2001: 360)

Ahora bien, ¿estamos ciertamente ante dos facies diferenciadas o por el contrario nos encontramos ante dos manifestaciones culturales parejas pero situadas en contextos funcionales diferenciados?. La reciente asociación de conjuntos de cantos pintados e inhumaciones humanas en la Cueva de Los Azules (Tresguerre, 1994) dejan abierto este interrogante.

Algunos investigadores han querido diferenciar un nuevo ciclo artístico, denominado Lineal-Geométrico, asociado al Nivel II del yacimiento valenciano de la Cueva de la Cocina (Sanchidrián, 2001) En este yacimiento, dentro de un contexto industrial de armaduras líticas geométricas de carácter triangular y trapezoidal se documentaron 35 plaquetas grabadas y algunas con restos de colorante rojizo, con abigarrados elementos lineales y geométricos dispuestos con un notable *horror vacui*. Como ya señalase Barandiarán, las evidencias de paralelos de lugares y cronologías dispares invitan a ser cautelosos con el tratamiento de este pretendido "ciclo" (Barandiarán, 1987) aún cuando

sea posible rastrear algunos rasgos de lo geométrico lineal que antes señalamos para determinados elementos azilienses. Tampoco desentonan ciertos paralelos con elementos muebles de Parpalló (Figs. 506 y 507) o el oscense Abrigo de las Forcas.

Por ello, dentro de la máxima regionalización cultural experimentada entre el 9000 y el 7000 BP, La Cocina y el arte en ella recuperado parecen la evidencia de una derivación local de los esquemas propios de la cosmovisión aziliense cuando no de algunas de las simbologías representativas propias de ese acervo cultural de substrato referido. Una vez más el área levantina, como acontecerá numerosas veces a lo largo de la prehistoria reciente, presenta desarrollos particulares o locales.

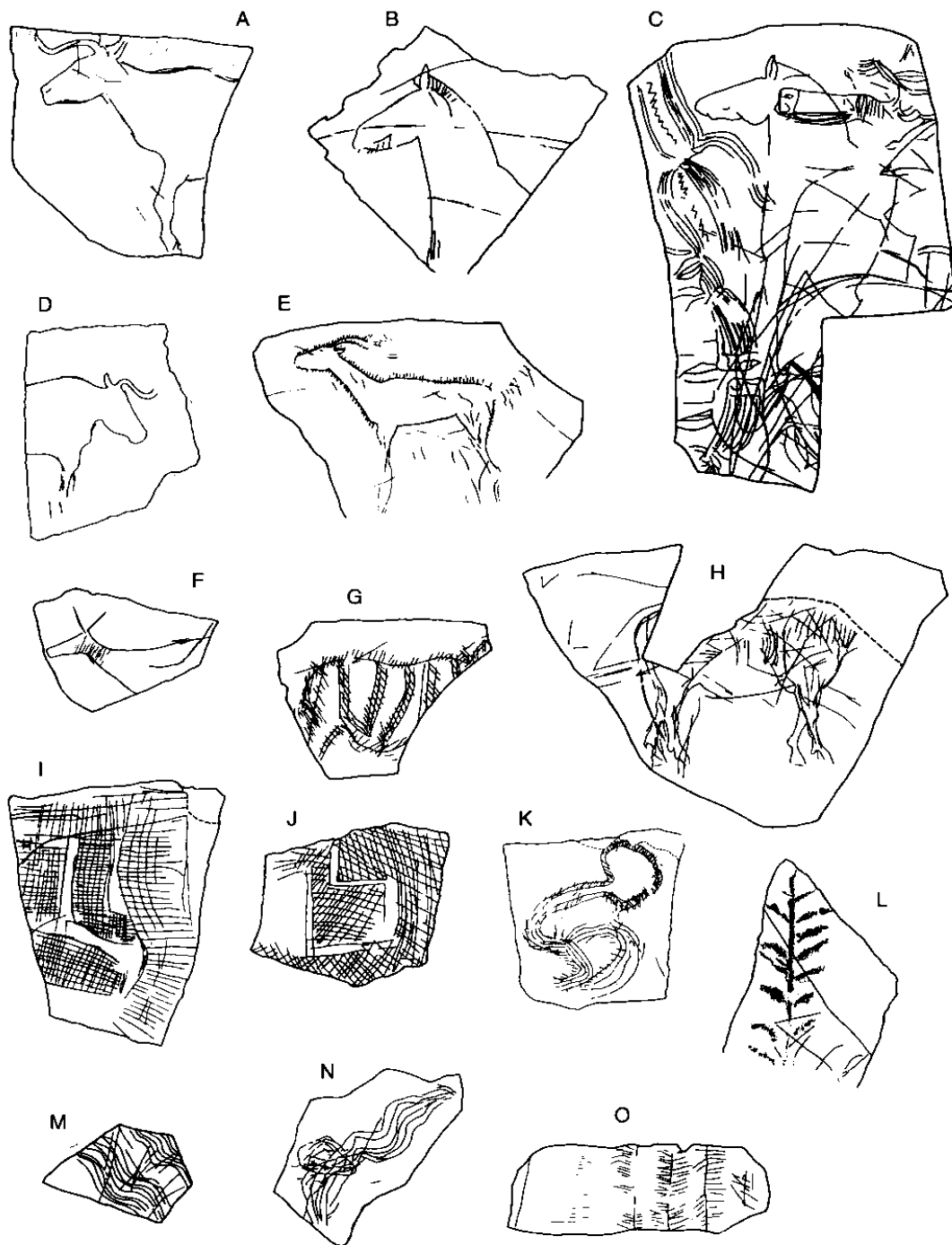


Fig. 506.- Colección de plaquetas del Magdalenense Superior de Parpalló. Según Sanchidrián Torti, 2001: 169, fig. 66)

Fuera de las fronteras peninsulares, en un momento sincrónico, entre el 12000 y el 10000 BP, en las fases de transición del Epigravetiense al Romanelliense de Italia, se desarrollaron horizontes artísticos con notables paralelos a los de la fachada levantina peninsular, y en el yacimiento de Riparo Villabruna, aparecen losas de piedra pintadas con pigmento rojo con esquemas geométricos lineales asociados a una inhumación datada en el 12040 +/- 150 BP (Broglia, 1992) Estas evidencias alcanzan el 9000 BP en otros contextos donde aparecen los cantos y bloques pintados con diseños abstractos, como la Cueva de la Madonna y la de Prazziche.

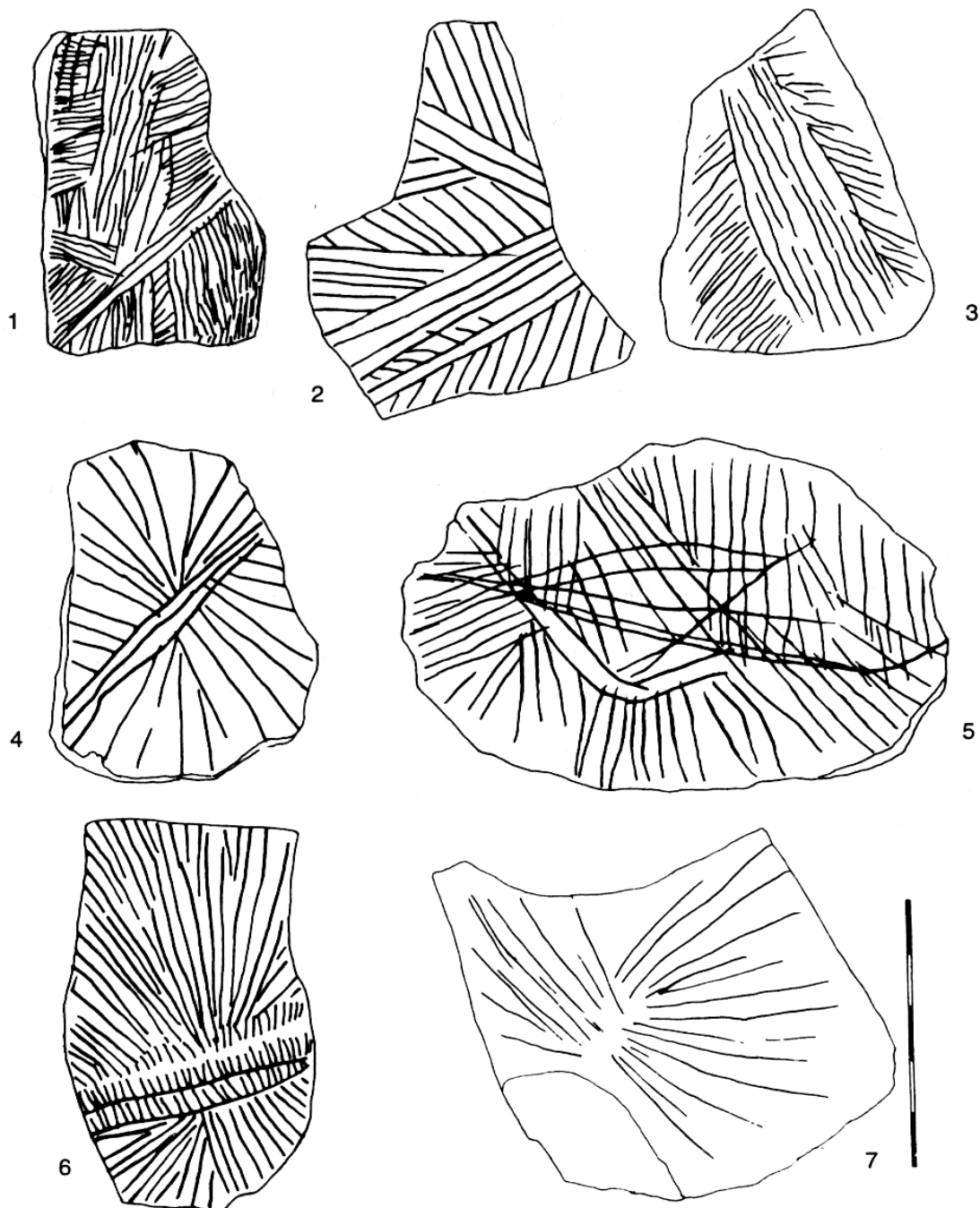


Fig. 507.- Colección de plaquetas grabadas (arte lineal-geométrico) de La Cocina. Según Sanchidrián Torti, 2001:360, fig. 154)

3. EL ARTE DE LOS CAZADORES-RECOLECTORES: EL CICLO LEVANTINO

Si debió existir, pese a los ligeros cambios industriales, una cierta continuidad cultural entre el Magdalenense y el Aziliense, ahora, con toda la connotación de especialización y desarrollo, nos referimos al ciclo artístico que derivó de un momento de cambio en la esfera industrial, cultural y medioambiental. Este periodo se ha denominado Mesolítico o Epipaleolítico con geométricos dependiendo de la escuela histórica e incluso dependiendo de una pretendida asociación a la raigambre del sustrato o a la plena implantación del conjunto de cambios económicos e industriales que parece ser desembocó en la aceptación del proceso de neolitización.

Desde que Breuil, a inicios del siglo XX acuñase el término 'levantino' para denominar a este nuevo y espectacular ciclo artístico, dadas las claras connotaciones regionales que presentaba, éste no ha dejado nunca de estar en debate. Algunas de las más acaloradas discusiones del último siglo se han relacionado con la adscripción cronológica y cultural de este ciclo.

Para Breuil el levantino era un arte naturalista eminentemente paleolítico. Aún cuando Durán, Sampere y Pallarés dudaron acerca de esta adscripción cronológico-cultural (1915-1920), los estudios de Obermaier y Wernet (1929) en la Valltorta desembocaron en la revitalización de las tesis paleolíticas. Esta cronología fue matizada unos años después por Hernández Pacheco (1918) con motivo del estudio de la Cueva de la Araña para quien las pinturas levantinas serían epipaleolíticas.

En la última revisión del arte levantino realizada por Porcar, Obermaier y Breuil (1935), a raíz del estudio de la Cueva Remigia, estos investigadores siguieron manteniendo las cronologías antiguas basándose en la pretendida presencia de fauna Pleistocena, en la mayor parte de las ocasiones recurriendo a interpretaciones de las imágenes muy forzadas.

Tras la Guerra Civil española y la segunda contienda mundial se produjo una revitalización de la cuestión cronológica del arte levantino. En este nuevo marco, Martínez Santa-Olalla (1941; 1943) consideraba que este ciclo tendría un origen paleolítico y un amplísimo arco cronológico de desarrollo centrado en el Epipaleolítico y el Neolítico con tímidas perduraciones en la Edad del Bronce.

Almagro Basch (1947) sostendría una interpretación similar. Sus opiniones se basaban en el completo conocimiento de las estaciones de Albarracín y Cogul así como en los datos extraídos de excavaciones realizadas en abrigos decorados o próximos a éstos. Para este investigador **el ciclo levantino tendría un origen genuinamente Epipaleolítico desarrollándose de forma evolutiva hasta la Edad del Bronce y desembocando en el Arte Esquemático** (Almagro Basch, 1944) Nuestra postura interpretativa está muy próxima a la planteada por M. Almagro Basch.

Una hipótesis idéntica fue la manejada y defendida por E. Ripoll Perelló (1960), con la única salvedad de que éste investigador sí consideraba que existían elementos formales suficientes para sostener una filiación con el paleolítico para las etapas iniciales del ciclo.

Para Jordá Cerdá (1966; 1967) el arte levantino no podía ser considerado paleolítico ni siquiera en sus orígenes. Para él la fecha más antigua que podía aceptarse era la del Neolítico, motivo por el que siempre concibió el ciclo levantino como un arte de los primeros productores de la Península Ibérica.

A finales de los años sesenta e inicios de los setenta surgen dos propuestas, una defendida por Beltrán (1968) y otra por Fortea (1973; 1974; 1975) que vienen a sugerir, en el primer caso una revitalización de las posturas de Almagro Basch y en el segundo la hipótesis de disociación total del arte levantino respecto del Epipaleolítico. Así Fortea señala que el arte epipaleolítico español está representado en lo mobiliario y parietal exclusivamente por el arte Lineal-geométrico de la cueva de Cocina y que en consecuencia el arte levantino debe ser relacionado con el Neolítico.

Actualmente las evidencias del arte macroesquemático expuestas en el apartado siguiente y los paralelos muebles cerámicos aún a pesar de lo expuesto por Galiana (1985) y Alonso y Grimal (1994 y 1996) que siguen abogando a favor de la cronología epipaleolítica para este ciclo, un gran número de investigadores abogan por la necesaria posposición de este ciclo al neolítico.

El impacto del modelo dual, no obstante, derivó en el mantenimiento de una hipótesis de trabajo que señala que el arte levantino podría ser un arte de cazadores con cronología neolítica (Hernández *et alii*, 1998), o lo que es lo mismo, un arte de fecha inmediatamente posterior al Macroesquemático hecho por gentes de economía depredadora en proceso de neolitización, pero en cronologías del Neolítico avanzado (Sanchidrián, 2001: 436)

Esta afirmación es adecuada para nuestro postulado relativista y además sirve para explicitar de algún modo esa regionalización del arte y cómo su asociación, indirecta o no, con el Neolítico y su notable disimetría respecto al arte epipaleolítico y paleolítico nos permite abogar a favor de lo que denominamos como proceso de geometrización.

La distribución geográfica de enclaves con Arte Levantino (Fig. 508) permite acotar tres grandes agrupaciones que presentan ligeras inmersiones hacia las tierras del interior. Estas tres agrupaciones se corresponden con los ejes fluviales del Segura, el Júcar y el Ebro con algunos de sus respectivos afluentes.

Es posible asociar este mapa de distribución con el de los principales yacimientos del Epipaleolítico –Mesolítico Reciente (Juan-Cabanilles y Martí, 2002) Las coincidencias territoriales presentan el problema de qué hacer con los yacimientos clásicos del área andaluza, Frailes y Río Palmones, y sobre todo con los de la costa atlántica portuguesa.

En ambos casos son inexistentes las manifestaciones de arte levantino, aún dentro de un desarrollo geométrico similar y sincrónico al geometrismo levantino. De este modo, si los asentamientos andaluces y portugueses estuviesen, como se ha planteado, de un modo u otro ligados a los del extremo oriental de la Península y su emparentamiento cultural fuese tan cierto como se ha señalado en ocasiones (Fortea, 1973: 442-451) debería ser lógico localizar elementos “simbólicos” parejos dentro del ciclo artístico que siguen sin aparecer. A este hecho deben añadirse los interrogantes que muestra la secuencia clásica de la fachada atlántica portuguesa (Arnaud, 1987 y 2000; Juan-Cabanilles y Martí, 2002: 50) así como las referencias que nosotros mismos hemos hecho respecto al proceso de geometrización de las industrias y su posible sincronía con el neolítico.

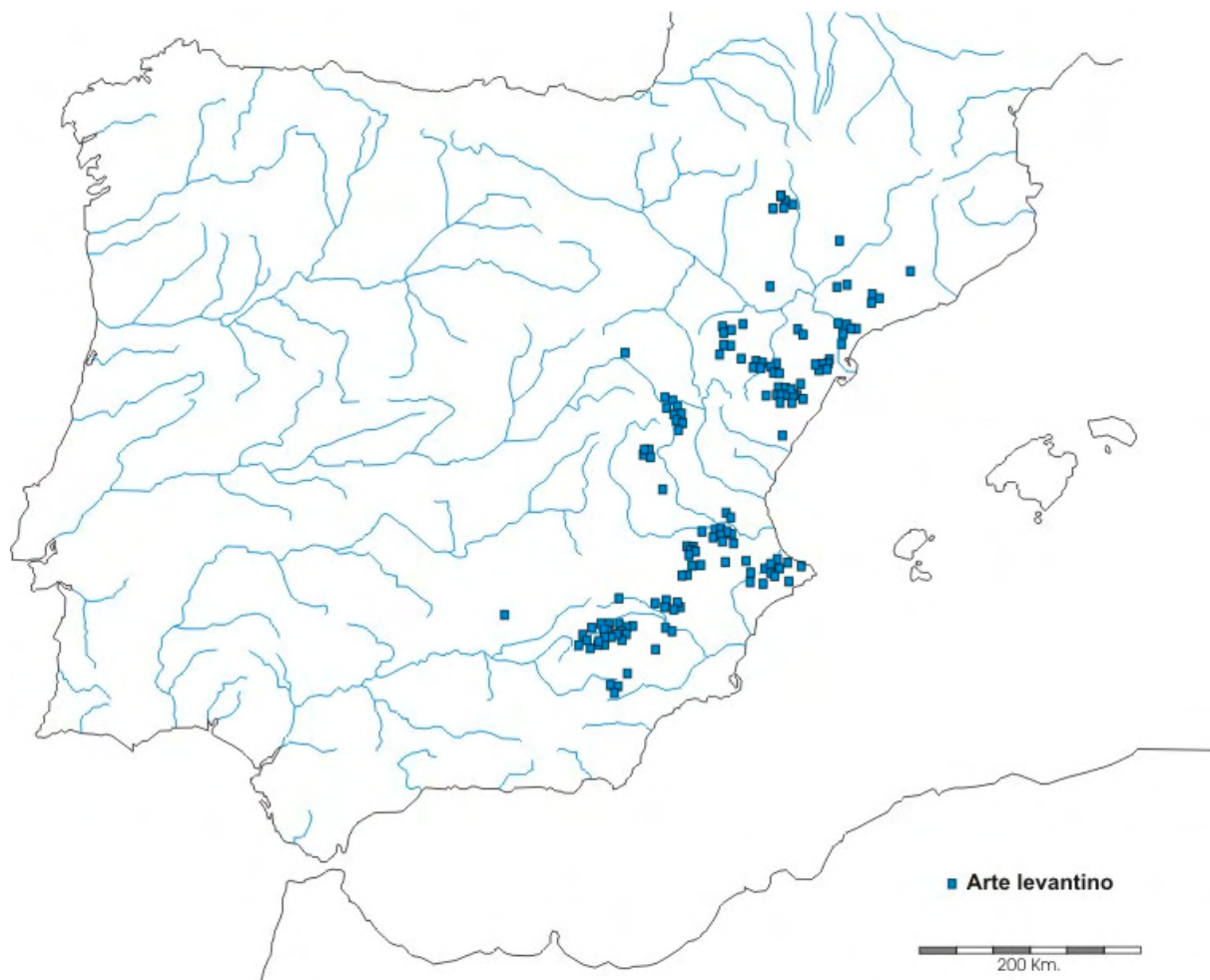


Fig. 508.- Mapa de dispersión de yacimientos con arte levantino.

Para el interior peninsular hay evidencias de estaciones con arte levantino en los extremos orientales relacionadas con la vertiente mediterránea, como los abrigos alcarreños, dudosos no obstante, de El Llano (Rillo de Gallo) (Balbín *et alii*, 1988) y El Sumidero (Jiménez Guijarro, 1997) y los de Villar del Humo (Beltrán, 1968; Alonso, 1984) y Hoz de Vicente (Martínez Perelló y Díaz-Andreu, 1992) que parecen formar parte del núcleo de Albarracín.

Tal vez deba asociarse también a este núcleo la presencia de algunas estaciones de notable problemática interpretativa como el Abrigo de Carlos Álvarez (Miño de Medinaceli, Soria) en el que algunas de las representaciones artísticas se alejan de lo estipulado como esquemático y podría aproximarse, en lo estilístico y formal, a lo levantino.

Destacan los conjuntos clásicos de la actual provincia de Albacete y en especial los paneles de la Cueva de la Vieja de Alpera (Alonso y Grimal, 1999), en este caso con notable personalidad propia pero en clara sintonía con los conjuntos alicantinos y murcianos.

Tal vez a ella deberíamos aproximar los recientes descubrimientos del abrigo de La Jalbegada de Ciudad Real (Fernández *et alii*, 2006) que parecen estar definiendo la localización, cada vez más notable, de yacimientos decorados de estilo levantino en el sector oriental de la Meseta.

Si hay un elemento en común en todos los conjuntos de este poco nutrido y muy localizado número de estaciones meseteñas es que los paneles levantinos clásicos se asocian, siempre en sentido espacial a otras composiciones de carácter menos clásico y en especial propias del ciclo esquemático.

Puede que el problema del reducido número de estaciones localizadas en el interior peninsular responda a causas derivadas de una deficiente investigación, pero tampoco podemos dejar de señalar que esta escasez se asocia a la relativa poca representación de yacimientos mesolíticos o propios de la fase geométrica del Epipaleolítico a la que ya hicimos referencia. Es esta una cuestión en la que confiamos se profundice en los próximos años y que sin duda necesita de una llamada de atención urgente.

Un dato ligado al arte levantino y sobre el que ya hicimos algunas precisiones en capítulos precedentes es el referente a temática bélica de algunos de los paneles clásicos. Este hecho ha sido estudiado por numerosos investigadores destacando los trabajos de Zammit y Guilaine (2001)

Tampoco deja de ser cierta e interesante la asociación, yuxtaposición y superposición de los paneles levantinos con otros macroesquemáticos –en el marco espacial restringido de desarrollo de este arte- y sobre todo con los de tipo esquemático.

La interpretación de todos estos datos es clara. Nos encontramos ante un arte asociado a los grupos epipaleolíticos con industrias geométricas y más especialmente a su territorio. Un arte que da sentido a ese concepto de espacio gestionado por una comunidad de economía claramente cazadora-recolectora y marcado carácter tribal o dialectal, y que a nuestro modo de ver y aún salvando los escollos morfo-tipológicos derivados del estudio detenido y concienzudo de los caracteres de cada abrigo y por ello de la posible individualización de diversas tribus, tan sólo responde a dos fases de desarrollo:

A-Naturalista zoomorfa, cinegética y humana

B-Naturalista humana bélica

Las diferencias entre ambas fases serán, a nuestro entender exclusivamente cronológicas. Así, mientras la primera se debe asociar al desarrollo de un ciclo artístico propio de grupos cazadores-recolectores dentro de su desarrollo cultural propio, el segundo refleja el momento de conflicto territorial con grupos foráneos. A la primera manifestación le correspondería –dentro de esas secuencias clásicas que tanto gustan- una cronología (tiempo absoluto y relativo) y una cultura epipaleolíticas. A la segunda, por el contrario, le correspondería una cronología (tiempo absoluto) neolítica y una cultura y un tiempo relativo epipaleolíticos. Sería esa suerte de foto fija a la que antes nos referíamos en la que se plasmó el momento de interacción, evidentemente no pacífica, de los grupos indígenas y foráneos.

No habría a nuestro entender más fases ni subfases, ni estilos ni derivaciones. Es tan sólo una cuestión de cronologías, de atribuciones culturales y de flexibilidad. Debemos abandonar el concepto férreo de la superposición pues, como vimos, ésta puede responder tan sólo a la evidencia de la concatenación de dos culturas diferentes.

El punto de inflexión es la aparición de la conducta bélica. Bien es cierto que ésta no tiene por qué estar relacionada estrictamente con la implantación neolítica, pero cualquier análisis deductivo y la acumulación de datos permiten señalar que es plausible que la segunda fase del ciclo levantino nos esté mostrando ese momento, quizás no de la implantación (Neolítico IA), sino algo más avanzado (Neolítico IB) en el que se produjo la crisis territorial dentro del concepto de impacto colonial y el paulatino arrinconamiento de las poblaciones indígenas del levante peninsular. Lamentablemente deberemos reconocer que a la vista de los datos es más que probable que el proceso derivase, en este sector al menos, en una supresión –bien por exterminio, bien por aculturación- del componente

indígena. Cómo fue de rápido este proceso y qué consecuencias tuvo es algo en lo que no podemos detenernos ahora.

4. EL ARTE DE LOS PRIMEROS PRODUCTORES: EL CICLO MACRO-ESQUEMÁTICO

Si antes incidimos en señalar que resultaba del todo lógico equiparar –en lo formal al menos- lo levantino con el arte paleolítico, lo hacíamos pensando en que existe un hilo direccional entre ambas manifestaciones. Visto de otro modo y aún sacado de contexto, a cualquier ser humano se le presentan más elementos de equiparación entre el arte paleolítico y el levantino que entre cualquiera de estos y el esquemático.

Si analizásemos, sin una formación previa, un panel decorado en el que se mezclasen –superpuestos o no- elementos gráficos de los ciclos levantino, macroesquemático y esquemático, tenderíamos a establecer un vínculo visual, conceptual y lógico entre los dos últimos y una neta disociación de ambos respecto al primero.

Es en este contexto en el que debemos tomar la aparición del arte denominado macro-esquemático. Un arte diferente en su simbología fundamental, pero también diferente en su confección. Además un arte de escaso recorrido espacial restringido al sector peninsular al que supuestamente se asocia la llegada de los primeros colonos neolíticos. Quizás también debamos suponerle un reducido recorrido cronológico.

Pero aún hay más, es este un arte que gira en torno a una composición central, monótona y repetitiva: el 'orante'. Se trata de una suerte de antropomorfo esquematizado no funcional ni asociado a elemento funcional o actividad alguna y que se halla dotado de un fuerte simbolismo esquemático (Figs. 509-511)

De este ciclo nos interesa retener, sobre todo tres cuestiones: su ubicación –en torno al cabo de la Nao-, las superposiciones con el arte levantino y sus paralelos muebles en la cerámica cardial.

De su clara imbricación con el mundo mediterráneo dan fe, por ejemplo, la presencia de pinturas 'orantes' de cabeza triangular en la Cueva italiana de Porto Badisco (Graziosi, 1995: Plate 107 c), en la costa de Apulia.

En cuanto a la ubicación, dada la restringida área de difusión así como la curiosa disposición 'en arco' del conjunto de abrigos entre cuatro valles fluviales por el Oeste y el Mediterráneo por el Este, parece señalar que nos encontramos ante uno de los primeros territorios –sino el primero- neolíticos de la Península Ibérica.



Fig. 509.- Paneles con arte Macroesquemático del Complejo de La Sarga. 1- Abrigo I. 2 y 3- Abrigo II Según Sanchidrián Torti, 2001: 373)

Las superposiciones afectan a un único panel del Abrigo I del complejo de La Sarga. Se trata de una serie de representaciones de la Fase A del ciclo levantino. Estas figuras se encuentran aparentemente situadas sobre las figuras macroesquemáticas. Nuestra interpretación incide en la idea de considerar este hecho como un primer contacto entre tribus indígenas y foráneas, tal vez indirecto, y en el que subyace un conflicto territorial, aún no físico, acontecido cuando menos dentro de la escenificación simbólica. **Lo levantino sanciona, anula o deja sin efecto a lo macroesquemático.** De este modo el conflicto por el territorio implicaría también a la esfera simbólica y religiosa. Resulta sugerente considerar que los primeros enfrentamientos entre dos grupos étnicamente diferentes y a los que les pertenecían configuraciones cosmológicas también diferenciadas, se sucedió sobre los paneles decorados de los abrigos.

Los paralelos cerámicos son sin duda esclarecedores. Los trabajos de Martí y Hernández (1988) pusieron de manifiesto la existencia, entre los materiales cerámicos decorados con técnica cardial de la Cueva del Or y de algunos otros yacimientos, de algunos esquemas que reproducían de forma fiel la simbología de los 'orantes' del arte macroesquemático (Fig. 512) Estos autores señalan que la cronología del arte macroesquemático, merced a estos paralelos debería situarse entre el 6950 y el 6150 BP,

dentro del periodo de vigencia de las cerámicas cardiales. Trabajos más recientes (Martí Oliver, 2006) han venido a ampliar y corroborar estas apreciaciones.

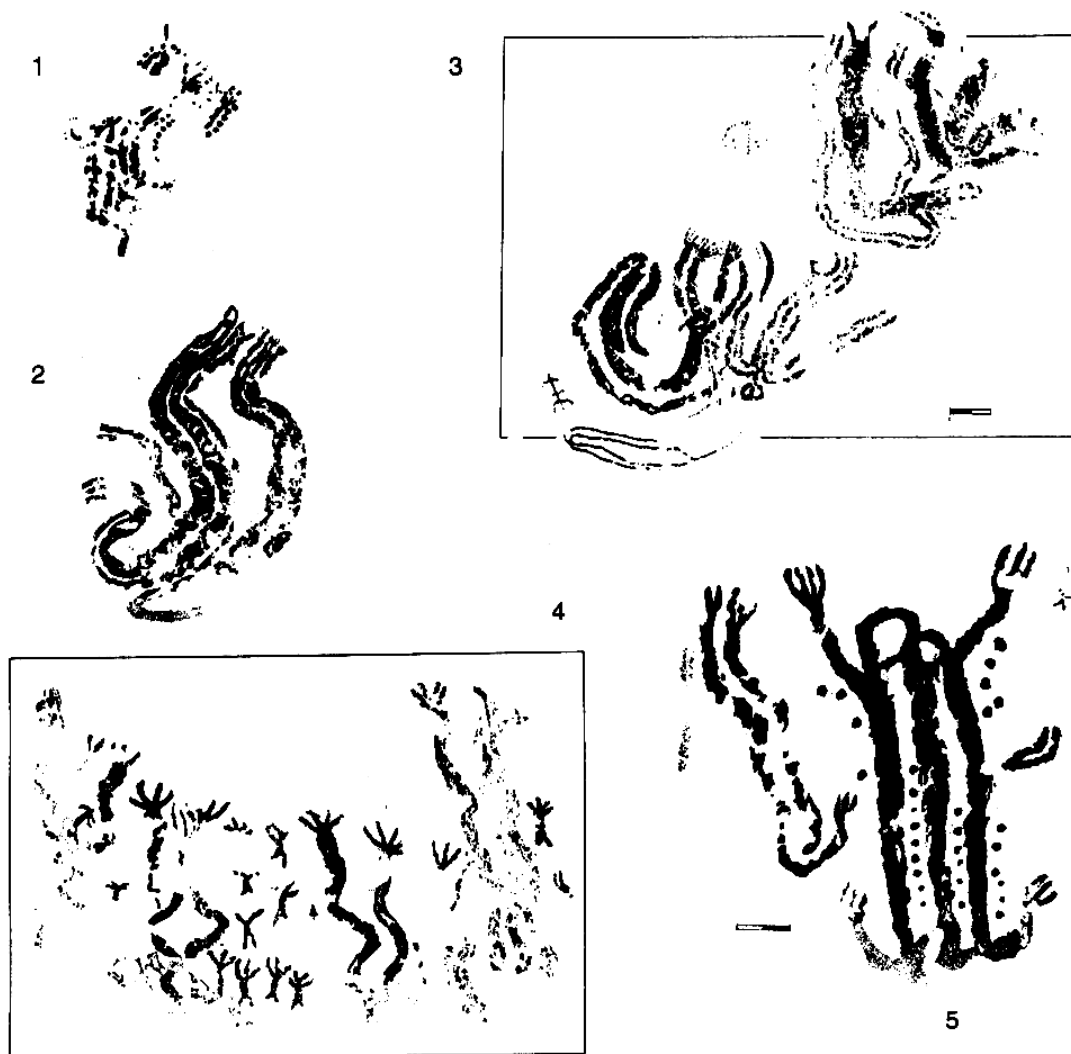


Fig. 510.- Paneles con arte Macroesquemático. 1- Roges de Benimassot. 2- Roges de Tollos. 3-Abrigo V de Barranc de Famorca. 4-Abrigo IV de Barranc de Benialí. 5-Abrigo II de Barranc de l'Infern. Según Sanchidrián Torti, 2001:374, fig. 159)

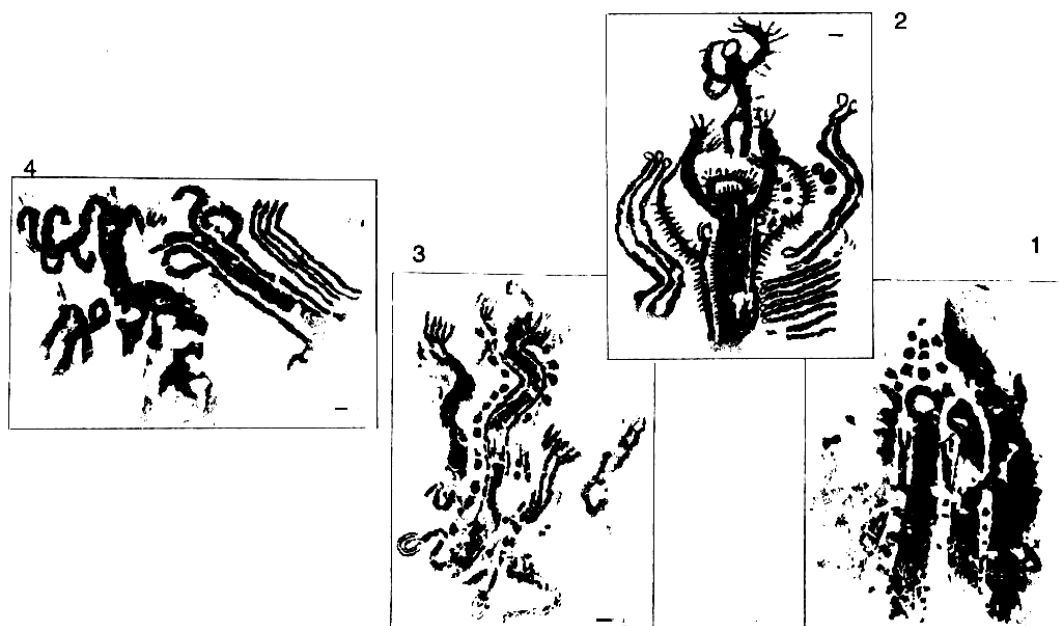


Fig. 511.- Paneles con arte Macroesquemático del Conjunto de Pla de Petracos. 1- Abrigo IV. 2- Abrigo V. 3- Abrigo VII. 4- Abrigo VIII. Según Sanchidrián Torti, 2001:375, fig. 160)

Algunos autores han pretendido ver en tres fragmentos cerámicos decorados con impresiones no cardiales, correspondientes a los niveles epicardiales datados en 5980 BP de la Cueva del Or, y que representan un cáprido, un cérvido y los cuartos traseros de un bóvido (Fig. 512, nº 7) claros paralelos levantinos (Martí y Hernández, 1988) Fortea y Aura (1987) utilizaron estos paralelos como elemento definidor de la relación estrecha entre la Cueva del Or y los covachos de La Sarga de modo que el arte levantino debería pasar a ser considerado, de forma inmediata como posterior al Cardial y por tanto como un elemento más del mundo Neolítico (Sanchidrián, 2001: 378) Este último autor, y es algo que está en la mente de otros muchos investigadores, ve clara la relación del ciclo levantino con el Neolítico Epicardial. Este es un aspecto que no terminamos de considerar suficientemente demostrado.

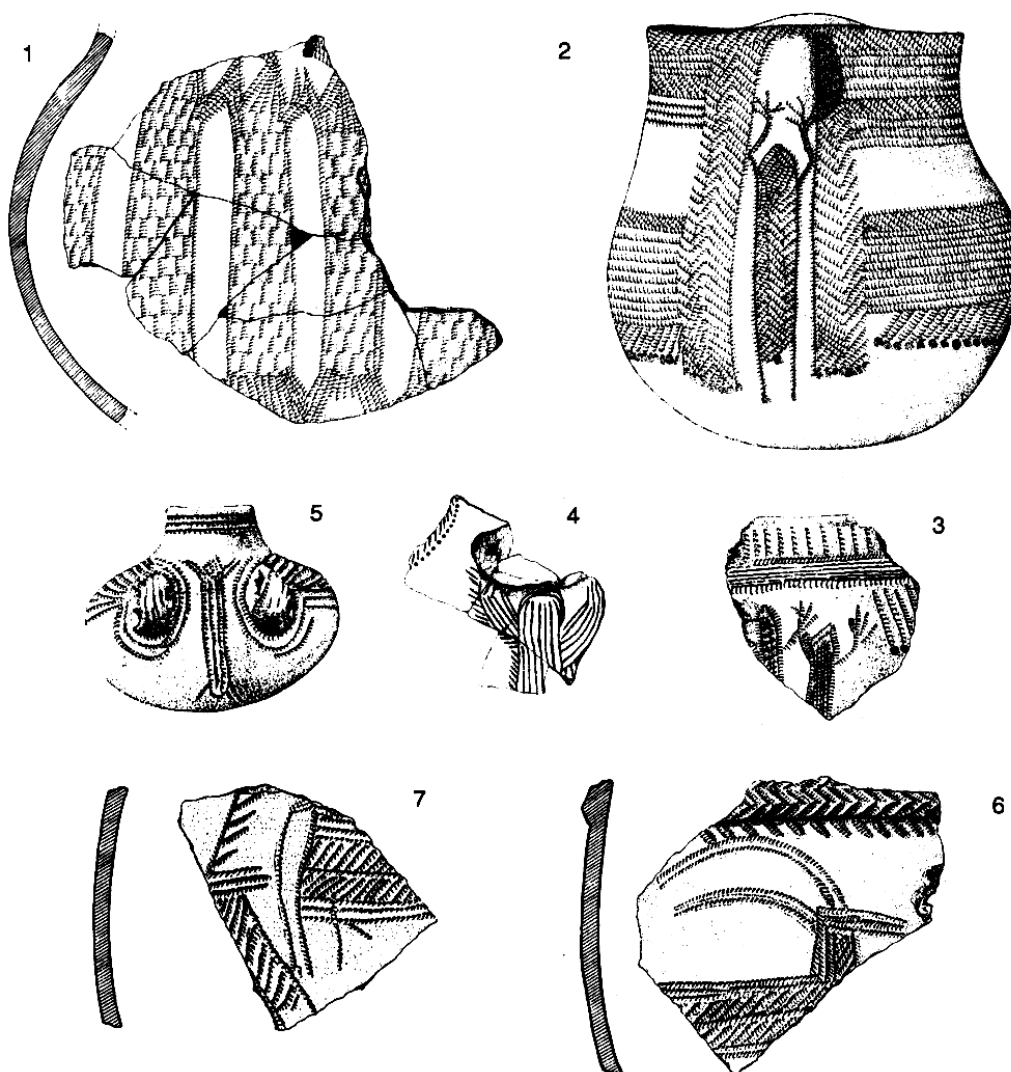


Fig. 512.- Cerámicas decoradas figurativas cardiales. 1 a 4- Antropomorfos 'orantes'. 5- Antropomorfo en doble Y. 6 y 7- Zoomorfos. Según Sanchidrián Torti, 2001:378, fig. 161

A nuestro entender el problema no se encuentra en la propia sistematización, ni siquiera en la interpretación, sino en la asunción de marcos referenciales rígidos. Por ello, como señalamos antes, al referirnos al ciclo levantino, y sin quitar la razón a ninguno de los núcleos de investigación, tan sólo señalamos que el arte levantino es un arte epipaleolítico, desarrollado en un momento de confluencia cultural con otro conjunto de expresiones de matiz y simbología diferentes enmarcado en un contexto cultural y económico también diferentes –productores neolíticos foráneos-. Por ello, abundando en lo dicho, a una parte terminal del arte levantino le corresponderá un momento de relación temporal y espacial con el Neolítico. Esto, asumido el paso de los milenios nos ofrece una cronología absoluta neolítica para unos contextos relativos epipaleolíticos.

A la luz de lo expuesto quedaría por interpretar esas tres evidencias cerámicas con lo que se ha pretendido tomar como '*notables paralelos del arte levantino*' aplicado a los soportes cerámicos en un momento epicardial.

Estos restos confirman, por un lado, la existencia de un contacto entre grupos de cazadores/recolectores y productores, esto es, avalaría el modelo dual. Por otra parte

señala que este tipo de contactos exceden el 'mundo cardial', dentro del Neolítico Inicial (IA) y alcanzarían el desarrollo pleno del proceso de neolitización en un momento Epicardial, en los albores ya del Neolítico II. Hablamos por tanto de una perduración de los contactos de un milenio; esto es, un milenio –sino más- de convivencia entre los primeros colonos y los grupos de substrato. Este hecho parece evidenciarse en el conjunto de Albarracín. Además, todo ello avalaría la existencia de un proceso de sincretismo en el que, dado el incuestionable valor simbólico de las decoraciones – parietales y cerámicas-, los motivos del grupo aculturado pasan a reflejarse en la cerámica, el vehículo expresivo por excelencia del grupo aculturador.

5. EL CICLO ESQUEMÁTICO: SINCRETISMO DUAL CAMPESINO

Si señalamos, para las manifestaciones macroesquemáticas y Levantinas la existencia de una clara delimitación en su desarrollo y distribución, al tratar el ciclo esquemático encontramos que el denominador común es su amplia distribución espacial a lo largo del solar peninsular. Es cierto, no obstante, que la mayor concentración de manifestaciones esquemáticas se corresponde con el los sectores occidental y meridional de la Península (Breuil, 1933-1935; Acosta, 1968; 1984), siendo menos abundantes, aunque no inexistentes, en los contextos 'territoriales' en los que abundan las evidencias levantinas.

Otro elemento que caracteriza al ciclo esquemático es su notable disimetría –formal y técnica- respecto al arte levantino y su aparente disociación del restringido conjunto de grafías macro-esquemáticas. Estaríamos pues ante un ciclo simbólico diferenciado tanto de los motivos de los grupos cazadores-recolectores como del de los primeros colonos neolíticos.

Si nos planteásemos un ejercicio comparativo entre los elementos representados, especialmente los signos, durante los ciclos artísticos del Paleolítico Superior, el Epipaleolítico y el Neolítico macro-esquemático y pusiésemos estas manifestaciones en relación con el conjunto más habitual de signos del ciclo esquemático (Figs. 513-515) advertiríamos datos dignos de ser reseñados.

Por una parte, el arte del ciclo paleolítico cuenta con un destacado elenco de signos que conviven con representaciones faunísticas naturalistas clásicas. Por otra, el arte del ciclo aziliense se caracteriza por la presencia en una etapa inicial de elementos faunísticos más esquematizados, pero aún naturalistas a los que se asocian de forma directa esquemas abstractos que en ocasiones sirven de relleno a estas figuras zoomorfas; en un momento más avanzado desaparecen las representaciones zoomorfas dejando paso a los cantos pintados y a los útiles y adornos decorados en todos los casos con esquemas abstractos. Por su parte, el ciclo levantino carece prácticamente de signos, mientras que el macroesquemático tan sólo presenta esquemas abstractos muy repetitivos y poco diversificados en los que los serpentiformes y la figura humana en forma de 'orante' son los elementos mejor y más representados. Por último, el ciclo esquemático se caracteriza por un nutrido y a veces heterogéneo elenco de esquematizaciones que abarcan zoomorfos, posibles antropomorfos y múltiples signos abstractos.

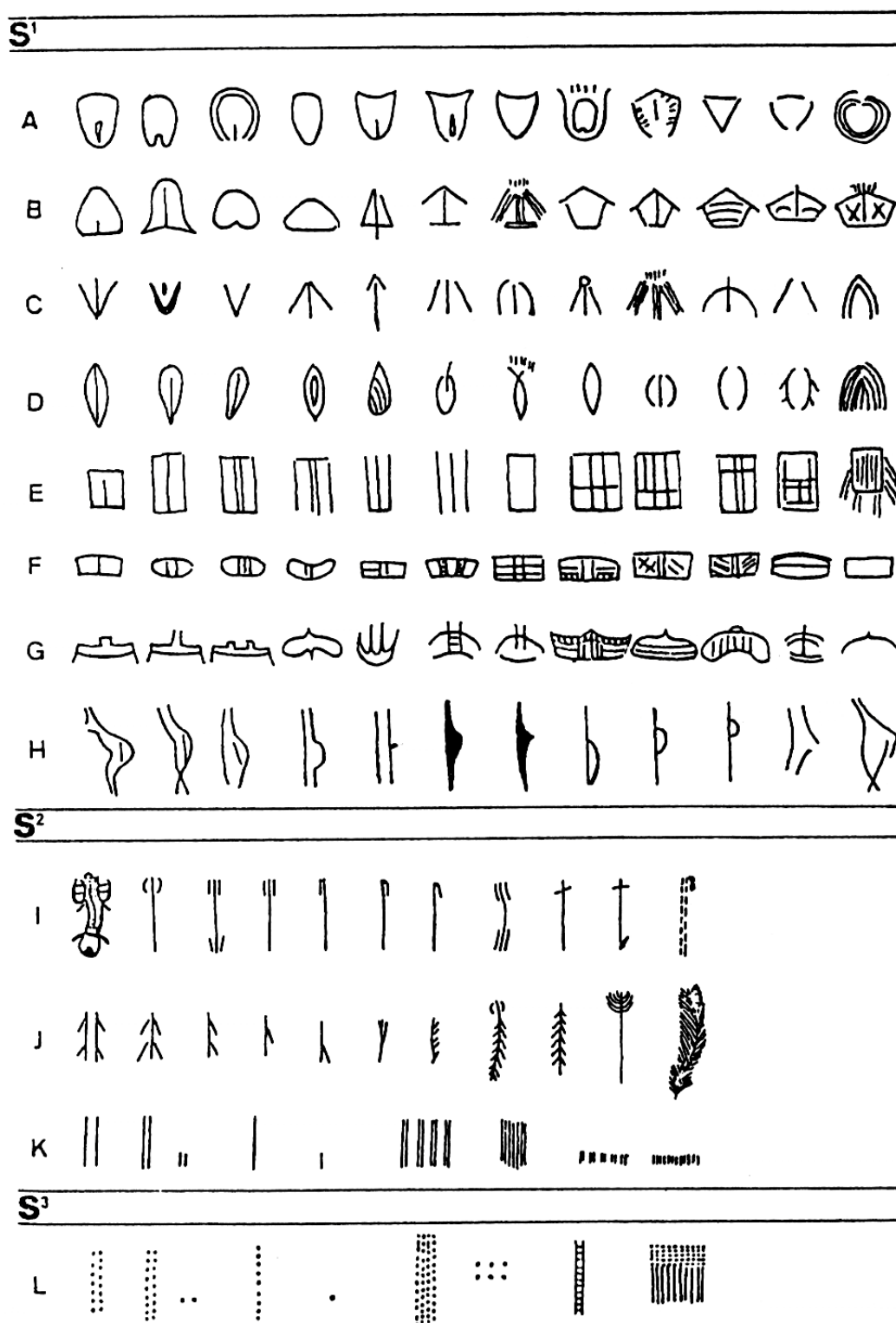


Fig. 513.- Tipología de los signos del arte paleolítico, según Leroi-Gourham. Según Sanchidrián Torti, 2001:248, fig. 99

Cate- goria	Forma	Tipos									
A	I										
	II										
	III										
	IV										
	V										
B	I										
	II										

1

Clés	Espagne	Pyrénées	Dordogne	Autres régions
Clés	Espagne	Pyrénées	Dordogne	Autres régions

Fig. 514.- Tipología de los signos del arte Paleolítico. 1- Según Casado. 2-Según Sauvet. Según Sanchidrián Torti, 2001:249, fig. 100

A todas luces resulta sencillo concluir que lo esquemático se acerca más en su concepción general a los conjuntos de signos propios del ciclo del Paleolítico Superior, a algunos del Aziliense y presenta ciertas semejanzas, aunque no muy destacadas ni por supuesto numerosas, con algunos elementos macroesquemáticos, mientras se aleja de

las representaciones zoomorfas clásicas del ciclo paleolítico y aziliense y casi por completo del levantino.

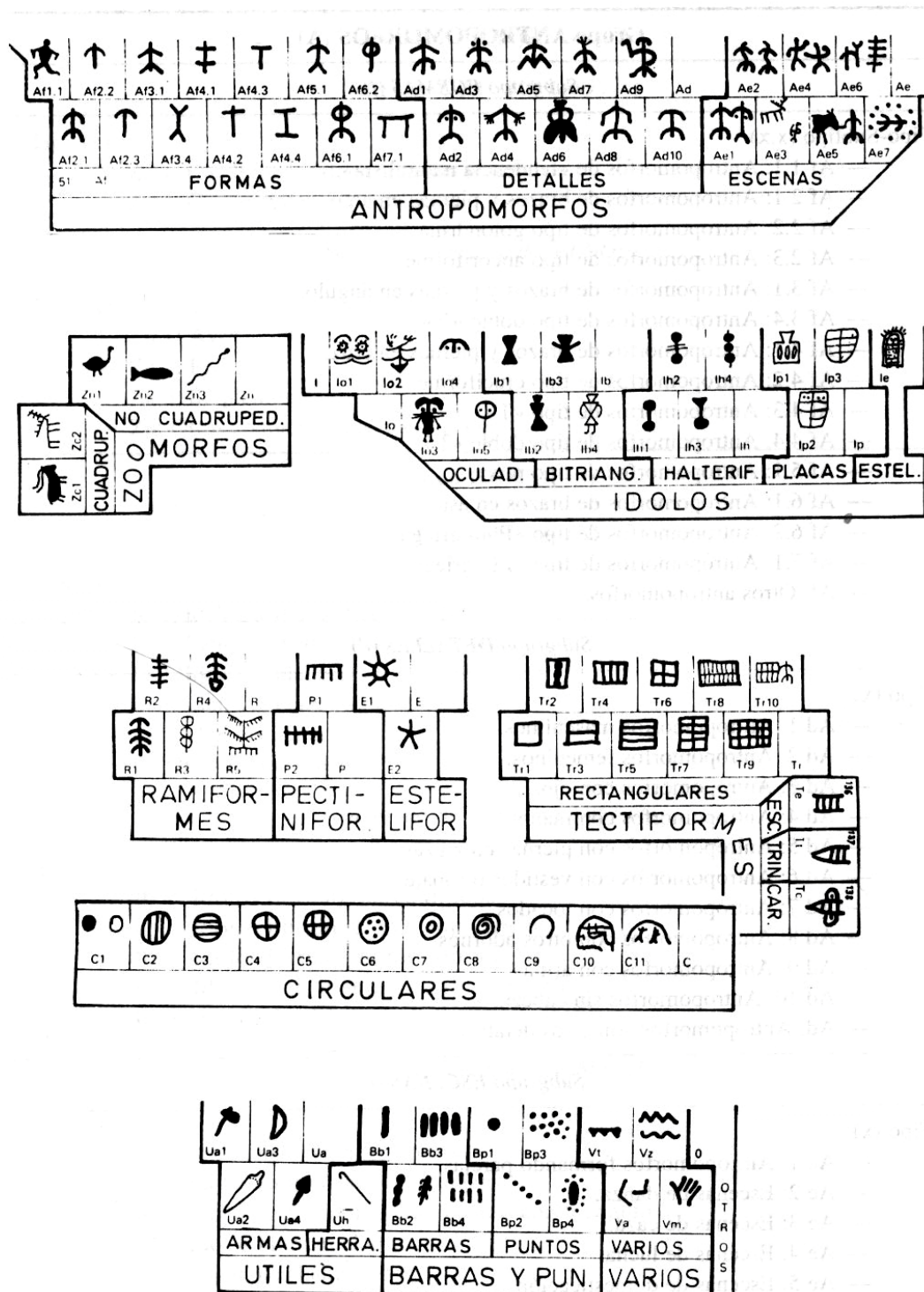


Fig. 515.- Tipología de la pintura esquemática, según Becarés. Según Sanchidrián Torti, 2001:450, fig. 189

Ahora bien, uno de los principales problemas del ciclo esquemático estriba en que es, hoy por hoy, un cajón desastre que engloba la totalidad de los elementos gráficos abstractos y esquematizaciones plasmadas en soportes diversos a lo largo de más de cinco milenios,

si es que no incluye, además, algunas obras pictóricas medievales y en especial berberiscas y beduinas.

Esta mezcla a modo de palimpsesto impide dar un verdadero valor comparativo y unitario al conjunto del ciclo esquemático y hasta que algún investigador aborde de forma seria y crítica su estudio global, habrá que contentarse con la única certeza de la existencia de ciertas semejanzas que es posible contextualizar gracias a los paralelos muebles.

Estos paralelos señalan, de forma general, un panorama cultural y cronológico propios de estadios avanzados del proceso de neolitización (Neolítico II) y se circunscriben especialmente al grupo de los ídolos, genéricamente los oculados, algunos zoomorfos y, en momentos más avanzados, armas y útiles y artefactos como carros, barcos, etc.

Estamos convencidos de que seguir interpretando el arte esquemático sin antes resolver la cuestión cronológica y cultural es un error grave pues supone utilizar como elemento de comparación conjuntos aparentemente 'homogéneos' en lo formal pero notablemente heterogéneos en su identidad.

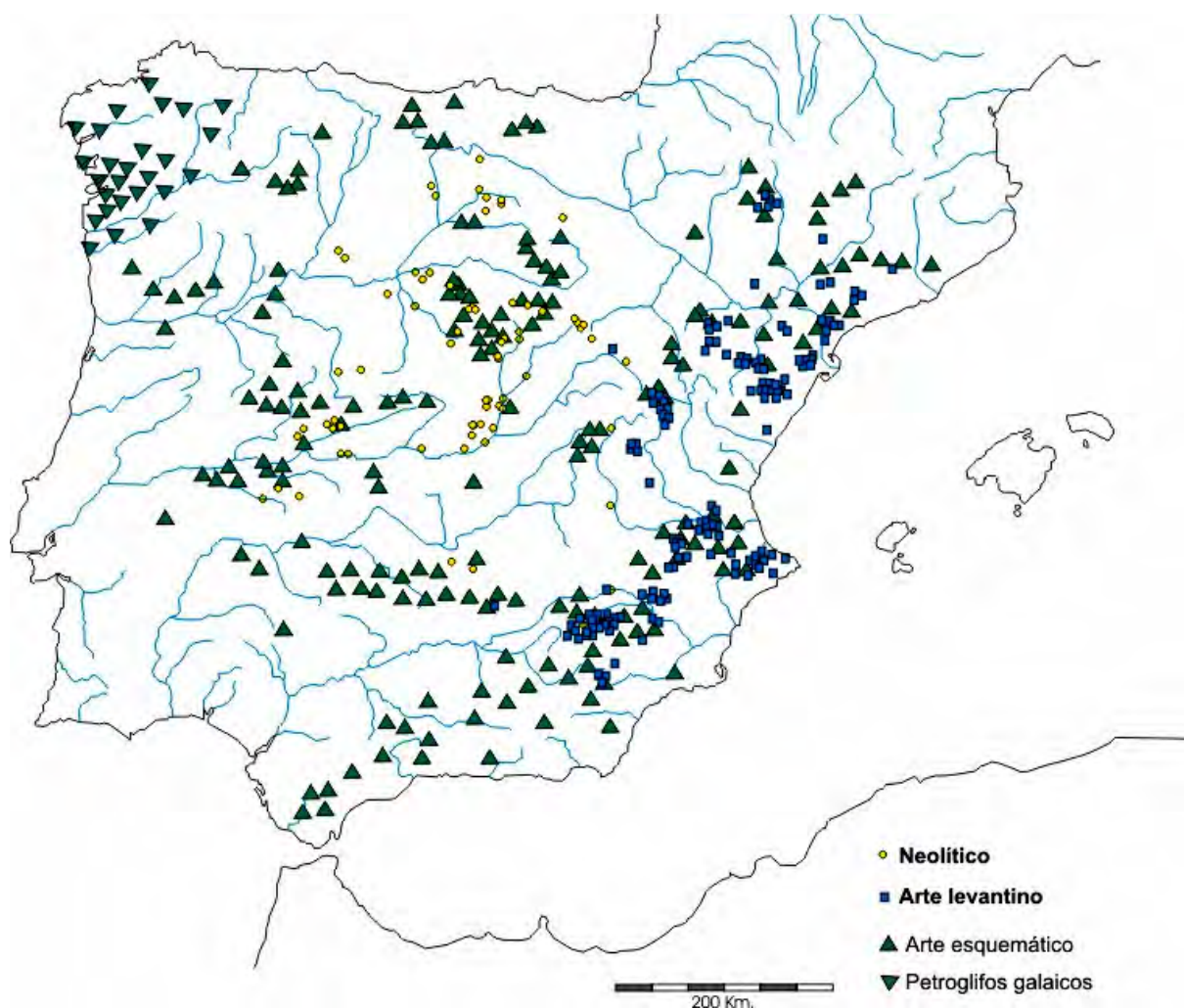


Fig. 516.- Distribución de los ciclos artísticos y yacimientos neolíticos de la Meseta

Atendiendo a la distribución espacial general de estaciones artísticas y los enclaves neolíticos estudiados en el texto (Fig. 516) observamos algunos datos de interés. En primer lugar, como se advierte en algunos paneles decorados levantinos se produce una coincidencia espacial entre manifestaciones de ambos ciclos, esquemático y levantino. No obstante, la mayor coincidencia se produce entre los enclaves neolíticos y el arte esquemático. Este hecho, aunque preliminar, podría estar indicando una relación de filiación directa entre el proceso de neolitización y el de la generalización del arte esquemático. Sobre esta imagen debemos notar, y así lo hemos destacado sobre el propio mapa recurriendo a un símbolo diferente, la individualidad del ciclo de petroglifos galaicos que, probablemente, estén denunciando una cronología más reciente.

6. EL ARTE MEGALÍTICO

Puede considerarse este arte como un apartado más del arte esquemático o, como defienden algunos investigadores (Bueno y Balbín, 1992), como un arte necrolátrico en cierto modo independiente y particular, si bien los temas desarrollados encuentran sus paralelos en los tipos propios del ciclo esquemático clásico (Sanchidrián, 2001: 485)

El arte megalítico es, como el mismo megalitismo, heterogéneo. Encontramos evidencias de pinturas de tonalidades diversas entre las que destacan el rojo, el blanco y el negro, grabados, insculpturas y bajo relieves y algunas representaciones exentas de notable singularidad, que se vienen denominando menhires y estatuas-menhir.

También los elementos representados son repetitivos y no muy variados (Figs. 517-519) Destacan los motivos en zig-zag, las ondas simples o compuestas que recuerdan a los esquemas de los orantes neolíticos y otros de origen oriental, caso de la mencionada cueva de Porto Badisco (Graziosi, 1996), los heliomorfos y retículas, los ramiformes y algunas armas. Aunque menos comunes, también se representan algunas esquematizaciones humanas y zoomorfas y hasta la fecha sólo se conoce una escena en el dolmen de Orca dos Juncais.

Lo más interesante de estas manifestaciones artísticas y simbólicas reside en el hecho de que nos encontramos ante un arte circunscrito a un espacio muy bien definido para el que se ha presumido una función funeraria, aún cuando no existe certeza de que esta función hubiese sido la misma desde sus orígenes.

Otro dato de interés reside en vislumbrar con cual de los ciclos vistos hasta ahora se asocia, si es que lo hace, la morfología de los temas representados, sin excluir que nos encontremos ante una temática novedosa.

A este respecto no podemos dejar de señalar dos cuestiones de importancia. Por un lado es una manifestación cultural desarrollada a lo largo de más de dos milenios. Por otro, la función funeraria pudiera condicionar la esfera de lo representado tanto a nivel de tipos como de asociaciones. Así la representación pictórica o grabada no sería más que una porción de la realidad.

No obstante, si se atiende a los elementos representados, obviando las agrupaciones de símbolos, es evidente la dificultad de imbricar lo megalítico dentro de algunos de los ciclos. Además obtenemos la visión clara de que determinados elementos de alguno de estos ciclos confluyen en el arte megalítico de forma claramente intrusiva forman parte de un momento cronológica y culturalmente determinado de uso del mismo o porque ponen de manifiesto la existencia de vínculos, relaciones o aculturaciones. Esto es algo sobre lo que volveremos en el apartado próximo.

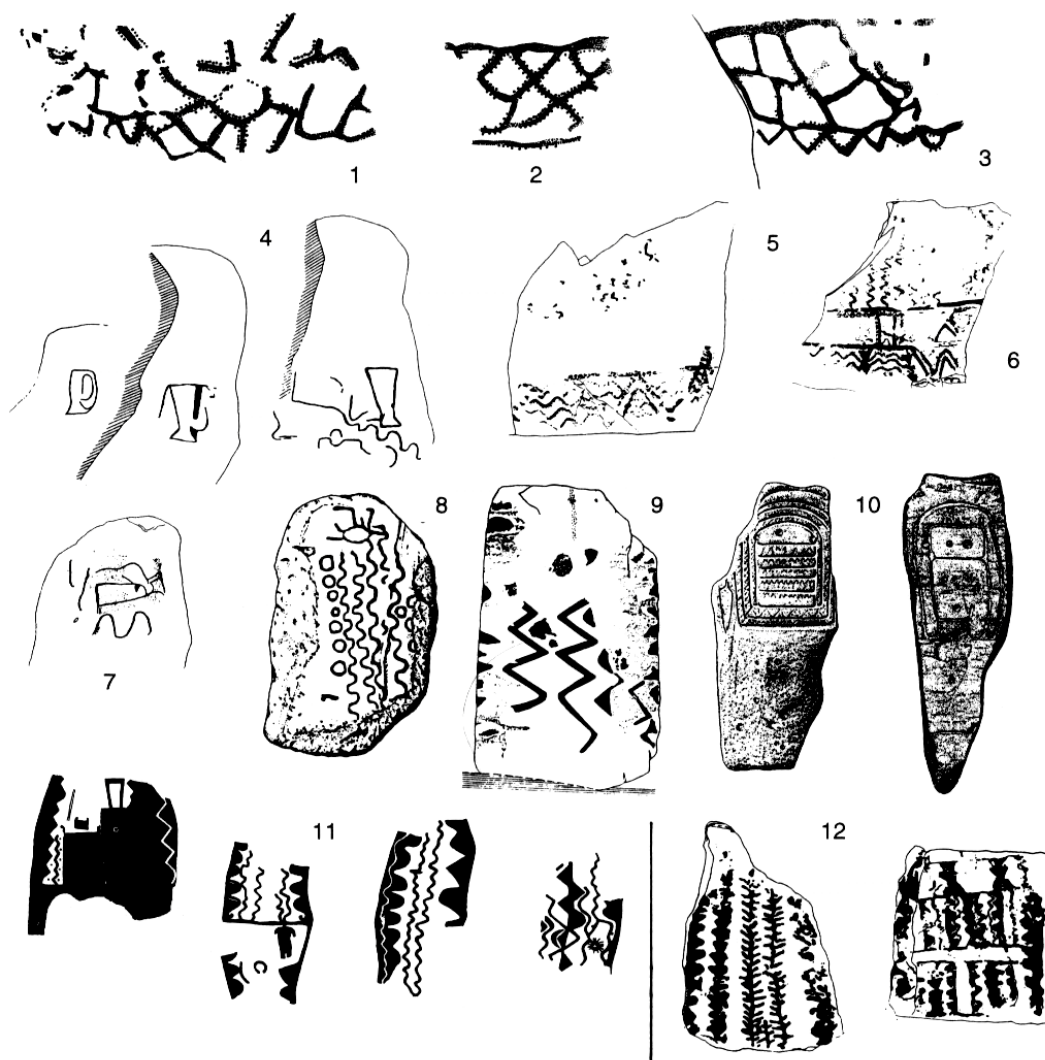


Fig. 517.- Arte megalítico. 1 a 4-Dombate. 5 y 6- Pedra Coberta. 7- Casa Dos Mouros. 8-Braña. 9-Santa Cruz. 10-Sejos. 11-Antelas. 12- Pedralta. Según Sanchidrián Torti, 2001:486, fig. 201

Por todo ello se puede negar la relación directa del Megalitismo con el Neolítico en tanto en cuanto motor de generación. Por el contrario, parece ser el substrato indígena atlántico occidental el que trasluce en el fondo del megalitismo. Cabría por tanto señalar que si bien **el fenómeno megalítico pudo tener su origen en el avance del proceso de neolitización, éste fenómeno funerario debió ser una expresión de la simbología y la religión de los grupos indígenas en contacto con el proceso de neolitización, todo ello como expresión manifiesta del sincretismo derivado del contacto de dos grupos étnica y culturalmente diferenciados.**



Fig. 518.- Arte megalítico. 1- Padrao. 2- Orca de Tanque. 3- Orca dos Juncais. 4- Fontao. 5- Carapito I, 6- El Moreco. 7- Cubillejo de Lara. Según Sanchidrián Torti, 2001:487, fig. 202

Este hecho se ha puesto de manifiesto en capítulos anteriores cuando señalamos la existencia de una quiebra en el sistema fenomenológico clásico admitido para el megalitismo. Las manifestaciones artísticas permiten ratificar esta idea merced al vínculo con ese sustrato aziloide y la inexistencia de relación con el ciclo levantino y con el macroesquemático, donde la única línea de unión pasa por la figuración de lo onduliforme y en menor medida la abstracción generalizada de las figuras zoomorfas y antropomorfas.

Si hasta ahora se podía mantener una clara división entre el occidente y el oriente de la Península Ibérica es ahora cuando más se advierte ésta y cuando estamos en condiciones de señalar que no derivó de la implantación neolítica, sino que estaba ya latente en momentos avanzados del Epipaleolítico. En cierto modo, el proceso de neolitización jugó un papel desencadenante de la disociación nítida de estos dos contextos territoriales, culturales y étnicos.

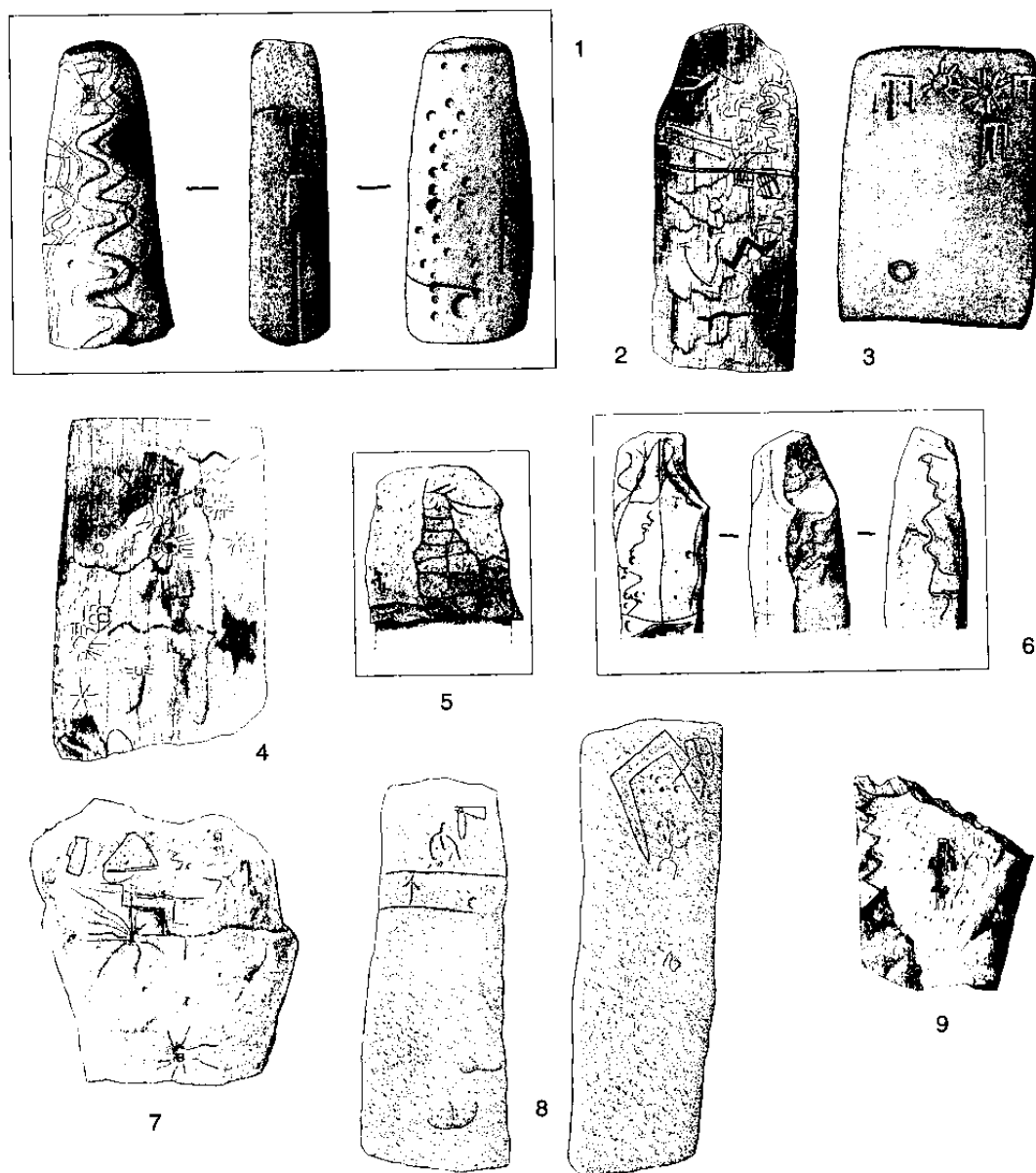


Fig. 519.- Arte megalítico. 1- Navalcán. 2 a 4- Toniñuelo. 5- Huerta de las Monjas. 6- Guadalperal. 7- Alberite. 8- Soto. 9- Fonelas. Según Sanchidrián Torti, 2001:490, fig. 203

7. EL SINCRETISMO ARTÍSTICO COMO EVIDENCIA DEL PROCESO ACULTURADOR

A modo de hipótesis podemos tratar de aplicar los postulados matemáticos de la Teoría de los Conjuntos a los ciclos artísticos. La idea de conjunto es una idea primaria e intuitiva que el sentido común define por sí mismo. Un conjunto se encuentra expresado por una agrupación de elementos tal que todos ellos participan de cierto modo de las mismas características o propiedades. Por esto podemos concluir que el concepto de conjunto es un concepto lógico no definido.

En primer lugar, debemos dirimir si estamos ante un conjunto finito o infinito de elementos cuando nos enfrentamos al análisis de estos ciclos artísticos. Por comodidad y deducción podemos establecer, aunque sea de forma arbitraria, que estamos ante conjuntos finitos de elementos. En definitiva los intentos de sistematización realizados

hasta la fecha nos permiten afirmarnos en este sentido aún cuando las diferentes categorías queden abiertas para la inclusión de cualquier nuevo elemento.

En segundo lugar, debemos definir cada conjunto. Es esta una tarea que puede realizarse bien por extensión, citando todos y cada uno de los elementos de los que consta cada conjunto, o por comprensión, exponiendo una propiedad o propiedades comunes a todos los elementos del conjunto. Esta es la forma empleada por norma en matemáticas cuando se trata de cantidades amplias de elementos.

Desde luego no es posible en esta obra atender de forma extensiva al desarrollo de una teoría de conjuntos para los ciclos artísticos por lo que tan sólo la dejaremos esbozada en sus trazos generales a la espera de que sea ampliada o desechada en futuros trabajos.

Definiremos de forma muy somera los conjuntos del siguiente modo:

A (arte paleolítico) = {x E cueva, aire libre, mobiliario, naturalista, abstracto}

B (arte aziliense clásico) = {x E mobiliario, naturalista, abstracto}

C (arte aziliense reciente) = {x E mobiliario, abstracto}

D (arte levantino) = {x E aire libre, naturalista }

E (arte macroesquemático) = {x E aire libre, mobiliario, abstracto}

F (arte esquemático) = {x E cueva, aire libre, mobiliario, abstracto}

G (arte megalítico) = {x E dolmen='cueva', aire libre, mobiliario, abstracto}

Por supuesto somos conscientes de que esta reducción implica dejar al margen algunas peculiaridades de cada uno de los ciclos que no obstante damos como cuantitativamente poco significativas merced a lo cual prescindimos de incluirlas como características del ciclo. Entiéndase por ello que dejemos fuera las tres cerámicas epicardiales con supuestas representaciones levantinas o el carácter "naturalista" de algunos zoomorfos del ciclo esquemático.

El estudio de estos conjuntos plantea los mismos problemas que el estudio de la escritura (Haarmann, 2001) por lo que no sólo debemos atender a esta definición por comprensión de los diferentes conjuntos sino que se hace necesario atender a cierta definición por extensión de los mismos de cara a validar las diferentes relaciones establecidas entre ellos. Sirvan como somera definición por extensión de cada conjunto las diferentes figuras que antes mostramos teniendo en cuenta que la existencia de elementos comunes para subconjuntos debe establecerse en relación con la presencia estricta de elementos iguales. Esto resulta complejo cuando se trata de elementos cualitativos pero en definitiva resulta posible acotar los conjuntos partiendo de la premisa de igualdad de esquemas.

De forma genérica estamos en condiciones de señalar que:

Los conjuntos **A y E, B y E, C y D, C y E, D y E, D y F, A y G, D y G, E y G** son disjuntos, esto es, que no presentan ningún elemento en común.

B es subconjunto de A en tanto en cuanto todos los elementos de B están contenidos en A y no a la inversa. Así, señalamos que **B δ A** y que B está incluido en A de forma estricta. De ello concluimos que la relación existente entre A y B es directa. Dicho de otro modo, **B deriva de A sin lugar a dudas.**

C es subconjunto de F en tanto en cuanto todos los elementos de C están incluidos en F y no a la inversa. Así señalamos que **C δ F** de forma estricta. De ello concluimos que la relación existente entre C y F es directa.

G es subconjunto de F al estar todos los elementos de G contenidos en F y no a la inversa. Esto nos permite señalar que **G δ F** y que G está incluido en F de forma estricta. Por ello, la relación existente entre ambos conjuntos es directa.

Los conjuntos **A y C, A y D, B y C, B y D**, así como **E y F, B y G, C y G** son conjuntos solapados, esto es que poseen algún elemento común.

Se advierte de forma inmediata que a nivel artístico existen dos grupos diferentes, por un lado el formado por los conjuntos A,B,C y D y por otro el formado por los conjuntos E y F y cuyo único nexo de unión es a través de la relación del subconjunto **C δ F**.

De esto podemos concluir que hasta un momento próximo a la implantación neolítica existió un desarrollo evolutivo continuo, no carente de relaciones externas dentro del marco de los grupos de cazadores/recolectores, y que sufrió una división en dos corrientes diferenciadas, al menos, a partir del 8000 BP, cuyo eje de inflexión lo marcan el ciclo del aziliense avanzado y el levantino, momento en el que se aprecian dos claros influjos –uno al menos existente ya en etapas anteriores- procedentes de la región del Sureste de Francia y más concretamente del Ariège –caso del Aziliense avanzado- y de las costas mediterráneas y tal vez africanas –en el caso del levantino-. Este punto de inflexión estará señalado perfectamente por la inexistencia de relaciones entre los conjuntos C y D y por la existencia del subconjunto C-F.

Llegados a este punto debe notarse que las vinculaciones más directas del ciclo esquemático se establecen entre este ciclo y las derivaciones del ciclo Aziliense Reciente y en mucha menor medida con el ciclo Macro-esquemático. Por tanto **el ciclo esquemático podría tener una vinculación directa con el substrato**, o una relación con el substrato condicionada por matices propios de la simbología neolítica. Este hecho evidencia la existencia del sincretismo cultural al que se ha hecho referencia.

Ahora bien, ¿pueden asociarse el ciclo levantino y el desarrollo de la geometrización?. Si fuese posible llegar a esta vinculación deberíamos localizar elementos pictóricos de tipo levantino en aquellos puntos donde se localizan importantes concentraciones de industrias geométricas, esto es, en la costa atlántica francesa y portuguesa, centro y sur de Francia y costa mediterránea y africana. Lamentablemente nos faltan las relaciones en tres cuartas partes del territorio lo cual, teniendo en cuenta los trabajos de Rozoy y Thevenin nos impide establecer esta asociación.

Si aceptásemos como válida la hipótesis de relación que algunos autores han establecido entre el arte levantino y el grupo Epicardial, que es el grupo básico del que parte la neolitización de la práctica totalidad de la Península Ibérica, sería obligatorio que el arte levantino se extendiese por aquellas áreas por las que lo hizo el grupo Epicardial y tampoco ocurre así.

Por tanto, estableciendo que las únicas vinculaciones del conjunto levantino se efectúan con los conjuntos de los ciclos paleolítico y Aziliense clásico –todos ellos pre-geométricos- tan sólo podemos concluir que **al ciclo levantino le corresponde una cronología postpaleolítica previa al proceso de geometrización de las industrias y sin duda previa a la neolitización aún cuando perviva durante la fase de implantación de este período**. Además, este ciclo se encontraría perfectamente constreñido al sector oriental de la Península Ibérica, dentro de una identidad territorial y cultural que permite definir el arco mediterráneo como una entidad propia y dotada de rasgos culturales propios.

Aceptado este extremo resta saber qué sucedió en el resto de la Península Ibérica, en especial en el norte y occidente así como en las tierras del interior.

En estas regiones se desarrolló un horizonte cultural diferente, derivado del substrato paleolítico, con raíces en el Magdaleno-Aziloide, sin evidencias de una geometrización plena de sus industrias. A este supuesto horizonte cultural se le debería asociar un arte abstracto, posiblemente derivado del Aziliense Reciente, sobre el que la influencia neolítica, suma del acervo simbólico levantino indígena y colonial, cristalizó en un ciclo artístico rico y diversificado como el esquemático.

La falta de evidencias de industrias geométricas indica la ausencia de un horizonte geométrico claro y con personalidad propia independiente pero inmediato a la neolitización. Hay, en algunos sectores, evidencias muy localizadas de este horizonte de industrias geométricas, especialmente en el sector costero atlántico. No obstante a este tipo de asentamientos, sobre los que incidirá posteriormente el proceso de neolitización, no se le asocia evidencia de arte levantino, pero no podemos dilucidar si es debido a la ausencia de este tipo de manifestaciones en el solar portugués o a carencias de la investigación.

8. EL ARTE RUPESTRE COMO LENGUAJE CODIFICADO

Aún siendo como somos contrarios a la búsqueda de interpretaciones asociadas a los diferentes ciclos artísticos, consideramos de interés ahondar algo más en la vieja pero hoy renovada idea acerca de la identificación del arte rupestre, y en especial aquél que denominamos esquemático, con una suerte de lenguaje codificado.

Es necesario contemplar algunos elementos de la cultura material, en especial los esquemas de las cerámicas decoradas, desde una óptica diferente. Este nuevo punto de vista permite asociar, desde un punto de vista global, numerosos testimonios gráficos y arbitrar nuevas interpretaciones.

Couraud (1985) señalaba que los cantos pintados demostraban un lenguaje complejo en el que intervendrían un reducido número de signos y convenciones estandarizadas que se repetirían de forma cadencial en los soportes decorados.

Acosta (1983) ya había señalado en su comparación entre el Arte Esquemático y el Paleolítico y Levantino la existencia de notables diferencias que conferirían al primero un valor representativo de "(...) *una mente para la que la representación pictórica es globalmente más conceptual que formal* (...)". Con algo más de rotundidad señalaba, siguiendo algunas propuestas de Breuil (1933-1935, Vol.IV: 150) y de Almagro Basch (1947: 109), la hipótesis de que muchos de los paneles podrían estar materializando una '*escritura ideográfica*' que reflejaría las características de la sociedad que los creó (Acosta, 1965: 113). En época más reciente han sido muchos los investigadores que han abundado en esta misma dirección (Gómez Barrera, 1982: 246; Lucas Pellicer, 1992: 273; Jiménez Guijarro, 1997).

Algunos investigadores han profundizado en algunas interpretaciones relacionadas con lazos de parentesco (Martínez García, 1991) con asociaciones totémicas de elementos (Hameau, 1999) sin descartar los viejos postulados necrolátricos del denominado arte megalítico (Bueno y Balbín, 1992; 1994; 1995; 2000).

Desde nuestro punto de vista, en los diferentes ciclos asociados al marco de estudio, hay diferencias sobradas como para certificar que estamos no sólo ante artes y artistas diferentes en el desarrollo formal sino también en la estructuración mental y/o simbólica.

El Arte Aziliense presenta, como hemos visto, una derivación del arte paleolítico en el que las figuras zoomorfas empiezan a verse asociadas a esquemas repetitivos que en ocasiones aparecen disociados de cualquier relación con elementos identificables. Resulta difícil asociar este tipo de elementos con un código definido y establecido de símbolos.

Ahora bien, podría argumentarse la referencia a ciertos 'identificadores' tribales básicos asociados a figuras totémicas. Paralelos similares encontraríamos en algunas de las abstracciones propias del arte Paleolítico que certificarían la existencia de una experimentación dilatada con esta suerte de esquemas.

El Arte Levantino carece de una significación definida que no sea otra que la identificación del panel con un hilo narrativo de gestas, acciones destacadas –reales o simbólicas- en las que tan sólo la narración de los acontecimientos tiene interés. No hay evidencias de esquemas o códigos y al contrario que en el resto de los ciclos, podemos señalar que estamos ante un arte inductivo de cuya mera contemplación se es capaz de obtener una idea clara de lo narrado. Puede obtenerse una idea similar del extracto del *Codex Mendoza* que relata, por medio de dibujos, la historia de los señores de Tenochtitlan entre 1325 y 1521 y al que hace referencia L.J. Calvet (2001: 21)

El Arte Macro-esquemático presenta una problemática especial de cara a su interpretación; por un lado por lo restringido de su desarrollo y por otro por lo poco diversificado de sus esquemas. Parece no obstante que estamos ante una nueva conceptualización en la que un ser, antropomorfo a todas luces, en especial disposición – se le denomina como 'orante'- se ha convertido en el eje director de lo expresado. No es extraño que la mayor parte de los investigadores, descubierta ya su relación con el primer neolítico peninsular, quieran ver en él la figura de una deidad protectora o dirigente de ese nuevo concepto simbólico que viene unido al neolítico.

Estamos aquí de acuerdo en que el Neolítico rompe con la estructuración cosmogónica original y aporta una nueva concepción del Universo. En ella el tiempo y su observación detenida –ligada quizás a la figura del Sol y el agua como elementos conformadores de la vida- forman parte de una construcción mental en la que se fundamenta la supervivencia del grupo. No es raro mitificar a ese punto de luz o al ser mítico del que derivó el conocimiento de la domesticación y situarlos dentro del nuevo panteón neolítico.

A medio camino entre una concepción y otra, producto de ese sincretismo evidente al que antes hicimos referencia, pero asociado sin duda alguna a la 'victoriosa' imposición de la producción de alimentos sobre las economías tradicionales, aparece el arte esquemático.

La concepción narrativa existente en los paneles levantino no tiene paralelos en este nuevo arte si bien quedan atisbos en algunos paneles de intentos de desarrollar una narración simplificada, caso por ejemplo del Abrigo de Belén (Jiménez Guijarro, 1997; 2006) Determinados elementos se estandarizan y se concentran en determinadas zonas geográficas, caso de los ídolos oculados, ligados tal vez a desarrollos tribales; en ocasiones estos elementos desbordan los límites geográficos y aparecen representados en otros espacios que a su vez evidencian la existencia de intercambios, aculturaciones o nuevos desplazamientos de población, así como procesos de interetnicidad, todo ello dentro del mecanismo lógico de formación y desarrollo de la cultura humana.

Los motivos se normativizan hasta el punto de establecer asociaciones precisas como es el caso de los cérvidos, los zig-zags y los elementos esteliformes que algunos quieren ver relacionados con la figuración heliomorfa. La estandarización llega al extremo cuando los motivos presentes en los abrigo se traspasan a los soportes cerámicos o cuando una misma fórmula de asociación se repite de panel en panel. Todo ello parece indicar la existencia de un lenguaje codificado.

El desarrollo de la escritura está ligado al del lenguaje gráfico, aún cuando ésta no tenga por qué supeditarse a aquél. No en vano la primera no es más que la intención de recordar, transcribir y transmitir una idea que, en esencia, es fugaz (Calvet, 2001: 11) Deberíamos entender, por tanto, la escritura como subordinada a la idea, prolongando su

mensaje más allá del eco físico de los sonidos por pronunciados por el autor ausente de las manifestaciones pictográficas (*Ibídem*: 12)

Superado en parte el sentido inicial de los trabajos de Rousseau (1817), Lévi-Strauss y Eribon (1990), Février (1948) y Saussure, (1998) acerca del lenguaje, se atisban nuevas interpretaciones en las que se advierte cómo la cualidad cercana a lo pictórico que comporta la escritura ha ido quedando progresivamente sometida a la gestualidad representada por la lengua (Calvet, 2001:14) huyendo con ello de juicios previos acerca del nivel de desarrollo cultural e inteligencia de aquellas gentes o pueblos que no han desarrollado la escritura y en especial la escritura alfabética que es, a todas luces, la preferida de los lingüistas.

No podemos detenernos más que en el enunciado de algunas hipótesis de trabajo respecto a la vinculación cronológico-cultural de los diferentes ciclos. Es tarea pendiente ahondar en cada una de ellas. No obstante consideramos de interés señalar nuestra certeza de que ese ciclo que hemos denominado esquemático es, a todas luces, y en su propia heterogeneidad el representante de la simbiosis de los desarrollos propios de las culturas de substrato del occidente peninsular y del nuevo componente cultural e ideológico asociado a la neolitización.

Resulta importante esta precisión en tanto en cuanto es posible concluir de ella que el proceso de neolitización de la fachada occidental de la Península, y en especial de las tierras del interior, se derivó de un proceso de aculturación efectuado sobre grupos humanos de tradición industrial y cultural no geométrica por parte de grupos a su vez aculturados –de ahí tal vez la inexistencia de una incidencia real del ciclo levantino en la fachada occidental- en contextos del levante peninsular.

Además, la creación de un esquematismo recurrente asociado en ocasiones a otros elementos muebles y cerámicas en momentos avanzados e incluso terminales del Neolítico, implica a nuestro entender la existencia de una codificación estricta así como una sanción definida de determinados conceptos. Que esto es una aproximación bastante nítida hacia la escritura resulta del todo obvio.

Lo visto en el caso del arte megalítico nos permite restringir ligeramente el campo de análisis puesto que, aparentemente, nos encontramos ante un arte en cierto modo ligado a la esfera funeraria.

Pero el denominado arte megalítico excede en su amplitud a lo meramente funerario. Aún cuando dictaminásemos que la totalidad de las estructuras megalíticas fueron empleadas, desde su génesis, como panteones funerarios, aún nos quedarían fuera del alcance otra importante serie de elementos que como los menhires y los cromlechs no se asocian de forma tácita a enterramientos, ni, en numerosas ocasiones, a estructuras megalíticas. Por el contrario estamos ante una amplia serie de manifestaciones rupestres realizadas al aire libre a través de un novedoso sistema de representación cosmológica en el que las grandes piedras, unas veces modificadas por el hombre y otras no, se convierten en una suerte de hitos destacados. Esta concepción simbólico-religiosa perdurará en un periodo dilatado de tiempo alcanzando, en la Península Ibérica, momentos previos a la romanización como demuestran, por ejemplo, las Peñas Sacras (Almagro Gorbea y Jiménez Ávila, 2000; Jiménez Guijarro, 2004)

Pocos son los estudios realizados en torno a estas manifestaciones y las excavaciones realizadas en sus zonas de implantación ofrecen datos poco concluyentes e incluso a veces no ofrecen dato alguno.

Los materiales recuperados en algunas de las mejor conocidas de estas estructuras, como las portuguesas de los cromlechs de Almendres y Portela de Mogos (Varela Gomes, 1997) y Vale Maria do Meio (Calado, 1997) permiten asegurar un uso dilatado que

abarca desde los momentos iniciales del Neolítico hasta la Edad del Bronce e incluso con algunas evidencias de la Edad del Hierro. En todos los casos, no obstante, los niveles arqueológicos iniciales descubiertos arrojan materiales neolíticos propios de las fases avanzadas de la implantación (Neolítico II)

Algunos investigadores han defendido la anterioridad cronológica de menhires y cromlechs respecto al levantamiento de grandes tumbas dolménicas. A este respecto los hallazgos de la región bretona de Locmariaquer y en especial el gran menhir fragmentado reutilizado en la construcción del dolmen de Table des Marchand (Le Roux, 1995) parecen concluyentes. Algo similar parece desprenderse de los datos portugueses. En cierto modo se trataría de plasmar en una tumba lo que ya se señalaba en el territorio. Se trataría, por tanto, de una suerte de trasposición del concepto simbólico al hecho físico de enlace y ligazón con el grupo étnico a través de la muerte.

Para ciertos especialistas este hecho señalaría que los constructores de cromlechs y menhires serían los portadores iniciales del 'paquete cultural' neolítico. Para ellos el uso de la piedra y en ocasiones su transporte hasta lugares en los que no aflora de forma natural, sería el exponente de un espacio sagrado totalmente humanizado, la ruptura con lo natural para yuxtaponer lo doméstico incluso en el concepto de la naturaleza; el hombre domina y construye su propia naturaleza.

Todo esto es sugerente, pero no explica de forma tácita ni clara el por qué entonces del uso de las grutas, la presencia de pinturas esquemáticas en abrigos rocosos y todo ello en relación con conjuntos materiales y cronologías similares.

Por otra parte, si se acepta la relación del mundo conceptual megalítico con el neolítico tampoco puede explicarse la ausencia o mínima representación de los elementos simbólicos propios de ese primer y genuino neolítico mediterráneo, ni la ausencia del componente megalítico en la fachada levantina, a no ser que aceptásemos la presencia de otra corriente de neolitización que afectó a las tierras occidentales de la Península y cuya génesis debería por tanto buscarse en las costas atlánticas francesas.

Una vez más los datos relativos a la simbología 'artística' de las culturas analizadas nos permiten atisbar soluciones más complejas de lo que hasta la fecha se ha considerado. La presencia de una raíz aziloide en las representaciones megalíticas no desentonaría de un origen propio de las costas atlánticas francesas, pero para alcanzar unanimidad a este respecto sería necesario realizar estudios profundos que afectasen a la totalidad del mundo atlántico como unidad. La Meseta, como espacio interior divisor de esos dos mundos, presentaría evidencias de uno y otro lado de la frontera, pero con una innegable mayor relación con el mundo atlántico y su substrato étnico.

Que el arte asociado al megalitismo representa una nueva concepción espacial de la simbología asociado a él resulta evidente. Así atendemos de nuevo la dicotomía interior/exterior que se encontraba presente en el mundo del substrato cazador/recolector. La cueva se traduce ahora en el espacio recoleto, antropizado desde su génesis, del dolmen y el abrigo aparece como una suerte de menhir o menhires sobre los que se carga directamente el significado deseado –la piedra enhiesta lo sería por sí misma- aún cuando en ocasiones este significado se refuerce por la aparición de grabados, pinturas o bajorelieves determinados.

Todo ello nos aproxima a la existencia de un 'lenguaje' común a numerosos grupos humanos. Lenguaje que, en las áreas de transición y mestizaje, debió corresponderse, de forma obligada, con una suerte de codificación inteligible; esto es, una suerte de génesis de la proto-escritura capaz de servir de vehículo de expresión a un mundo en proceso de modificación y en el que los sistemas tradicionales de vida estaban en juego.

Atendiendo a la cuestión del valor definidor de los ciclos artísticos como sistemas proto-lingüísticos y más en concreto en lo referente a las tribus dialectales podemos ensayar una transposición cartográfica de los datos manejados en lo referente a los diferentes ciclos artísticos postpaleolíticos y las culturas analizadas. La cartografía de base empleada en esta ocasión será la obtenida del estudio de Untermann (Fig. 520)

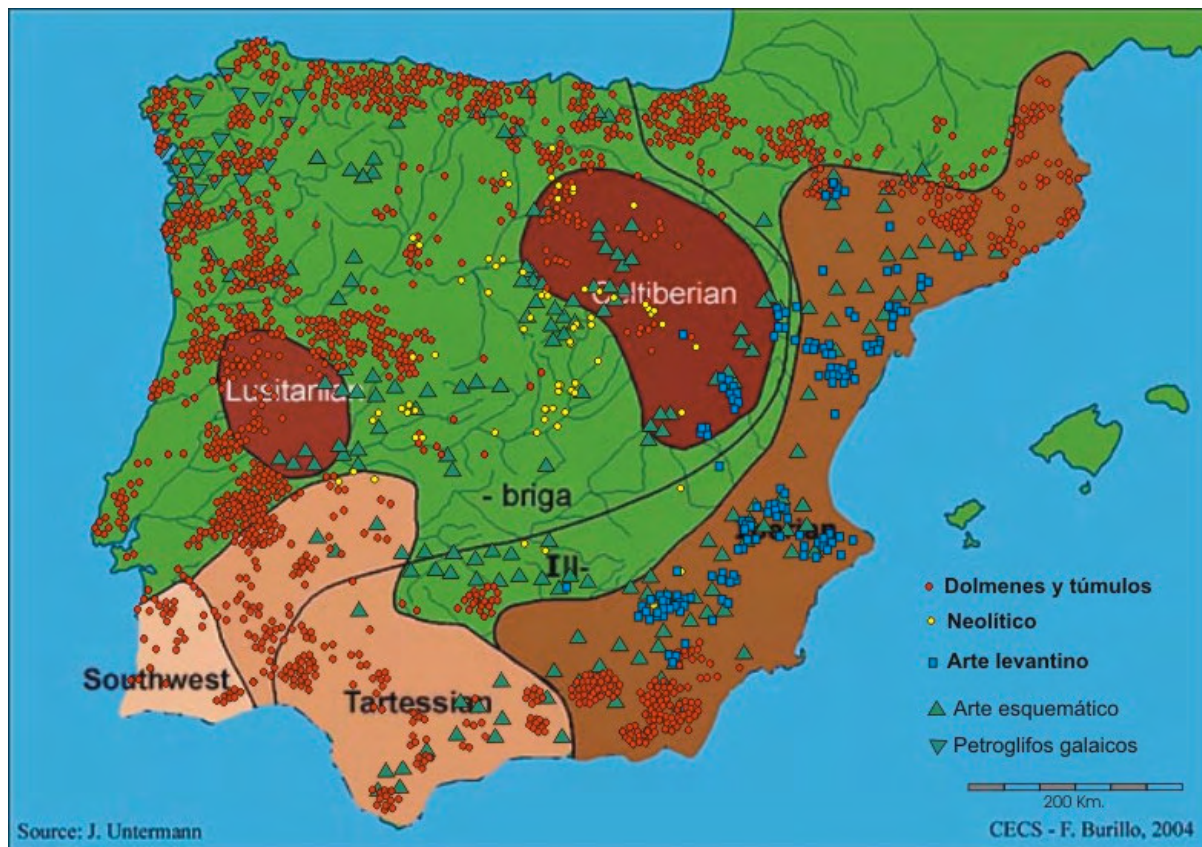


Fig. 520.-Distribución de los principales ciclos artísticos y desarrollos culturales sobre la cartografía etno-lingüística de Untermann.

La conclusión obtenida es sorprendente en cuanto al valor diagnóstico del arte dentro del proceso de etnogénesis. Así, advertimos que la práctica totalidad del arte levantino se concentra en el área que definirá los territorios Ibéricos durante la Protohistoria. Por su parte el megalitismo, dentro de su manifestación casi cosmopolita afecta sólo de modo tangencial a este territorio. Este hecho parece corroborar la impresión generalizada del mundo levantino como parte de un desarrollo etno-cultural bien definido desde momentos finales del Paleolítico, si no con anterioridad.

El comportamiento cosmopolita del arte esquemático queda bastante claro a la vista de la imagen. Otro tanto sucedería con la dispersión de enclaves neolíticos si hubiesen sido carteados en su totalidad. Este hecho refuerza la hipótesis de relación entre el proceso de neolitización y la generalización de este ciclo artístico.

XI

ESTUDIO DE CONJUNTO

INTRODUCCIÓN

Han sido numerosos los trabajos que, con visiones regionales, han analizado los datos que poseemos para extraer algunas conclusiones respecto a un tema tan polifacético y complejo como es el del proceso de neolitización de la Meseta.

Tras la exposición se precisa establecer la contrastación de lo dicho y reunir en un único apartado la visión general de todas aquellas particularidades.

Son numerosos los temas que podrían abordarse pero hemos querido reunir aquí, específicamente, la distribución espacial de yacimientos, tipología de habitats, modelos de gestión del territorio y los recursos y la diferenciación funcional de los espacios estudiados. Se ha dedicado un apartado específico a la cuestión de los esquemas decorativos, ensayando un análisis regional preliminar y sobre el que se podrá profundizar en un futuro. Consideramos que la relación estrecha existente entre la cerámica y el concepto de la 'tribu dialectal' aplicable al marco de estudio que nos ocupa justifica este análisis.

Aún conscientes de las limitaciones de las escasas fechas de Carbono 14, estamos en condiciones de trabajar con la comparación de materiales y la tipología. Ambas pueden señalar importantes conclusiones acerca del proceso de creación de la 'historia de los territorios' que debemos entender desde los postulados de M^a N. Zedeño en su trabajo sobre los Hopi americanos (1997)

Excepto en casos de crisis notables, muchas veces derivadas de la competición territorial y de desajustes demográficos, los territorios son ocupados según sus posibilidades económicas. Analizaremos así las posibilidades de obtención de materias pétreas, especialmente silíceas y veremos como este hecho pudo constituir uno de las principales intereses de los primeros grupos humanos productores de alimentos para establecerse en la Meseta.

Por último trataremos de extraer modelos, patrones y toda aquella información que el análisis conjunto de preguntas y datos nos permita. Esta es la esencia fundamental de todo estudio histórico.

1. OCUPACIÓN DEL ESPACIO

El territorio de la Meseta, de forma muy general y esquemática puede ser dividido en tres grandes ámbitos geográficos, cada uno de ellos definido por unos componentes geológicos dominantes (Fig. 521) y que a su vez son todos ellos herederos de un proceso histórico, en ocasiones pretérito, de formación.

A este respecto, y pese a lo comúnmente establecido siguiendo los postulados de Obermaier y Carandell (1916; 1917), no puede dejar de llamarse la atención acerca de la posible influencia del proceso de glaciación y deglaciación en la formación de los enclaves y lo que es más importante aún, en su posterior conservación. Es nuestra creencia firme que el estudio del glaciario del Sistema Central y su relación con el desarrollo de las culturas post-glaciales necesitan una nueva revisión y cuando se proceda a esta revisión algunos postulados acerca del poblamiento humano de determinadas zonas, especialmente de la presierra, cambiarán notoriamente.

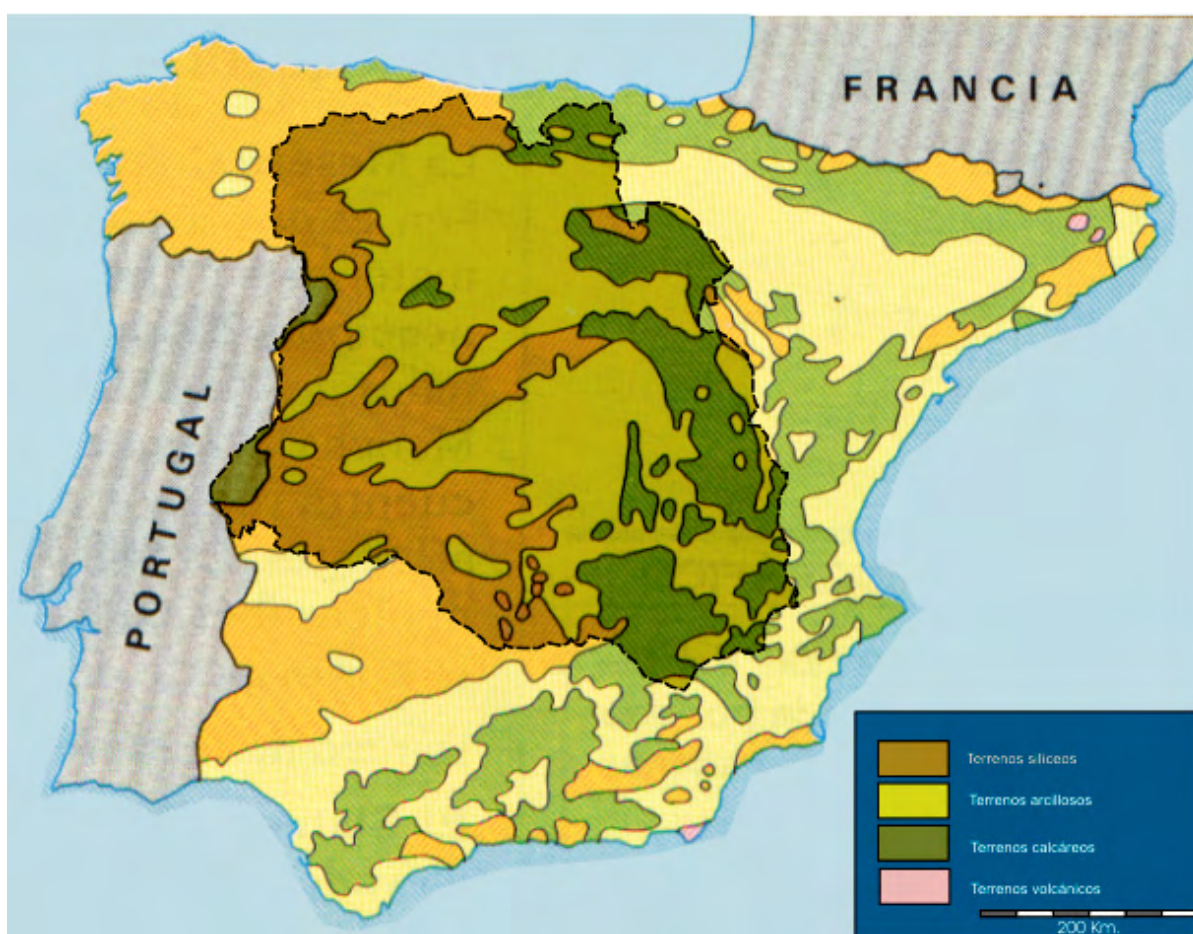


Fig. 521.- Síntesis de los principales dominios geológicos de la Meseta

La Meseta está definida por una serie de espacios serranos de los que el Sistema Central es, como una suerte de columna de vertebración del territorio. A un lado y otro de este espinazo, no ocupado por asentamientos neolíticos, se desarrollan dos espacios diferenciados: la pre-sierra y los valles excavados por los principales cursos hídricos y su tupida red de afluentes. Estas tierras, desarrolladas en declive desde el centro ocupado por el Sistema Central, pueden sistematizarse de forma genérica atendiendo a un criterio altitudinal que, por lo general, responde a un acercamiento a las cuencas principales –o a la costa en el caso del occidente de la Meseta–. Así, hemos diferenciado tres ámbitos (I-III) que incluso hubieran podido ser reducidos exclusivamente a dos (Tabla 199)

RANGO	Altitudes	Duero/Ebro		Júcar/Turía		Segura		Tajo	
		Epíp.	Neol.	Epíp.	Neol.	Epíp.	Neol.	Epíp.	Neol.
I	200-600	0	0	0	0	0	0	1	26
II	600-1000	2	6	0	1	1	1	4	5
III	Más 1100	2	9	1	1	1	1	2	5

Tabla 199.- Distribución de enclaves según los diferentes rangos altimétricos.

A la vista de estos datos conviene advertir una serie de cuestiones básicas. El espacio físico relacionado con las principales depresiones fluviales es predominante en la Meseta Sur, especialmente en su zona centro-occidental. En segundo lugar, los dominios calcáreos tienen su preponderancia en la banda oriental de la Meseta, hecho que condiciona la litología básica del terreno y las posibilidades de aparición de establecimientos en abrigo o en cueva. Por último, la Meseta Norte aparece mucho más constreñida físicamente que la Sur; así, mientras esta última ofrece un aspecto de larga y tendida superficie horizontal en la práctica totalidad de su terreno, la primera cuenta con limitaciones altitudinalmente destacadas en buena parte de su territorio. De este modo la, también tendida, llanura del Duero parece más recoleta. Un último apunte, que pudiera tener su repercusión clara en los modelos de poblamiento se relaciona con la presencia de una clara línea delimitadora en el extremo oriental de la meseta constituida por diversos macizos montañosos que, como el Sistema Ibérico, rompen la singularidad lineal del territorio y, de algún modo, cierran el área levantina hacia occidente.

Los establecimientos de substrato, tanto del Paleolítico Superior como del Epipaleo/Mesolítico, se circunscriben preferentemente al sector de pre-sierra, en altitudes que rondan los 600-1000 metros en todos los casos (Tabla 200) se circunscriben a establecimientos ubicados bajo abrigo o en cueva; en este último caso es rara la comparecencia de cuevas de gran desarrollo y cuando se dan, los registros suelen asociarse a los tramos iniciales de la cavidad. En numerosas ocasiones estos establecimientos superan este límite y encontramos emplazamientos situados por encima de los 1000 metros. Estos enclaves, por lo general, han sido interpretados como enclaves de carácter estacional especializados en la caza, lo cual podría estar justificado por la preponderancia, casi igualada en número, de establecimientos en estas dos zonas altimétricas y casi inexistente en el rango inferior. Este comportamiento implica una conducta conservadora basada en el mantenimiento de los sistemas tradicionales de ocupación y gestión del territorio.

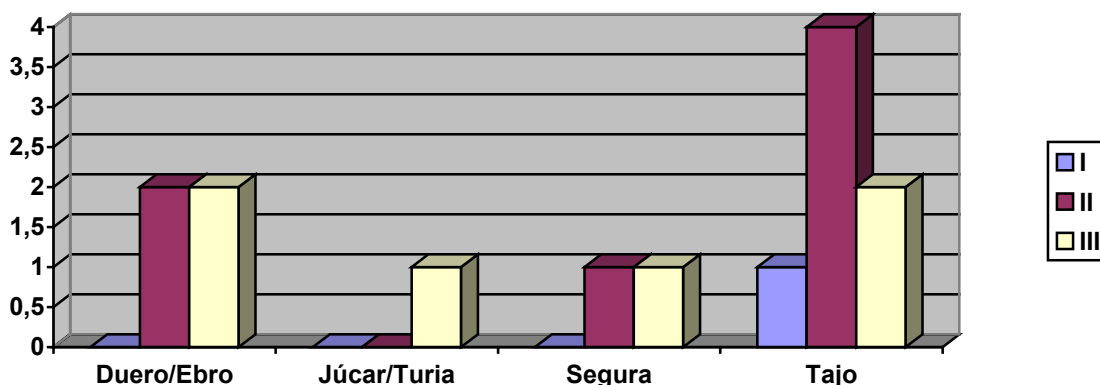


Fig. 522.- Gráfica de distribución de enclaves correspondientes al Epipaleo-mesolítico según los rangos altitudinales.

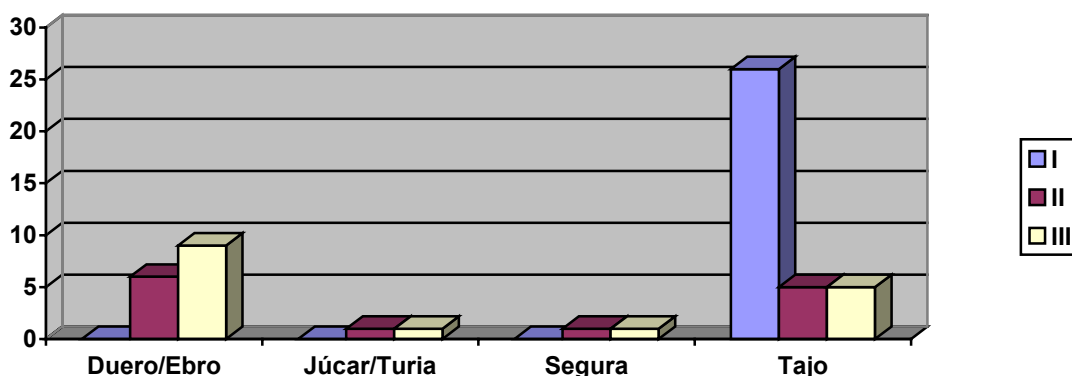


Fig. 523.- Gráfica de distribución de enclaves correspondientes al Neolítico según los rangos altitudinales.

El caso de la cuenca del Tajo es, a nuestro parecer, el más significativo. Aquí **se produce un cambio nítido en la ubicación de los enclaves de cronología y adscripción al Epipaleo-mesolítico y el Neolítico**, aún cuando es cierto que en no pocas ocasiones existe una concomitancia entre la presencia de uno y otro momento. De la existencia de continuidad o no y de lo que ello implica nos ocuparemos más adelante.

Este cambio responde no sólo a un aumento en el número de enclaves, sino sobre todo en la ubicación de los correspondientes al neolítico en altitudes menores, de forma preferencial en los espacios correspondientes al rango I - valles fluviales de la fosa- esto es, en los espacios óptimos para el desarrollo de una agricultura de tipo cerealista y por extensión donde mejor pudiera desarrollarse un modo de vida aldeano. La evidencia que esto supone respecto a la certeza de la arribada de un neolítico plenamente configurado, no sólo en lo económico sino también en lo simbólico y social y en el modelo de gestión territorial, es notable.

Una situación similar debió producirse en la cuenca del Duero, con una altitud algo mayor respecto a la cuenca del Tajo. Así se deben exceptuar algunas pocas zonas de la Meseta Norte donde se dan altitudes menores, como la leonesa del valle del Sil, donde la cota de altitud baja hasta los 400 metros, o en la confluencia salmantina de los ríos Águeda y Yeltes con el Duero, donde la cota descende a los 200 metros o ya en el Norte de Burgos, en plena zona de influencia cantábrica de la cuenca del Ebro, en el Valle de Mena, donde la altitud descende hasta los 300 metros. En estas zonas es donde el número de casos conocidos es menor, quizás no tanto por la inexistencia de enclaves como por la derivación de una mala política de investigación que ha primado la localización de establecimientos en cueva o abrigo sobre aquellos situados en los valles fluviales. No obstante, se advierte una mayor presencia de enclaves situados en el segundo rango altimétrico.

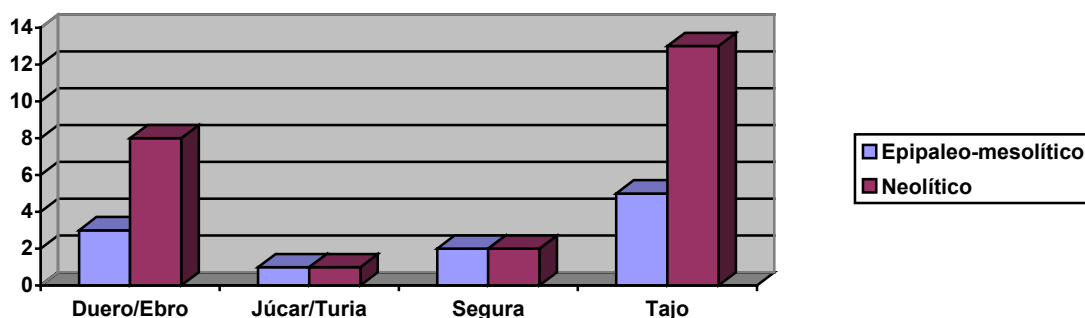


Fig. 524.- Gráfica de distribución de enclaves bajo abrigo y en cueva.

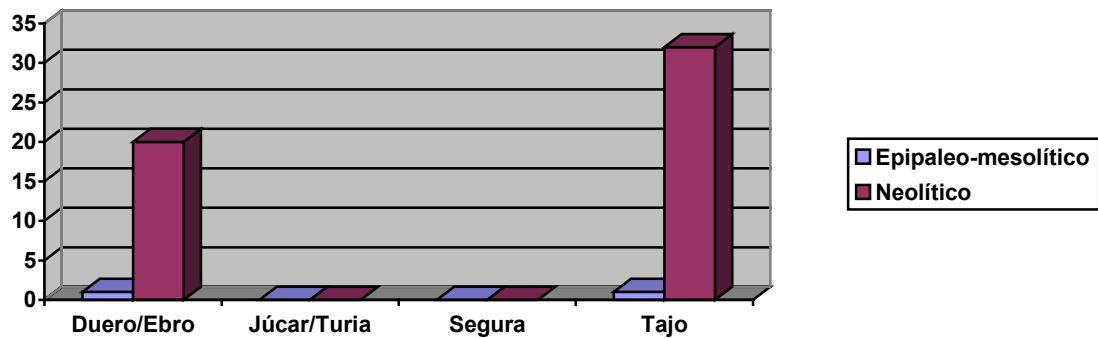


Fig. 525.- Gráfica de distribución de enclaves al aire libre.

EPIPALEOLÍTICO CUENCA DEL DUERO

Enclave	UTM-X	UTM-Y	Altitud	Tipo enclave	Zona	CUENCA
Peña Estebanvela	474.100	4.578.400	1085	Abrigo	Presierra	DUERO
Dehesa	283.000	4.482.000	1200	Abrigo/ Aire libre	Sierra	DUERO
Parral	405.100	4.535.100	997	Abrigo	PreSierra	DUERO

NEOLÍTICO CUENCA DEL DUERO

Enclave	UTM-X	UTM-Y	Altitud	Tipo enclave	Zona	CUENCA
Carratiermes	488.100	4.577.300	1138	Aire libre	Presierra/Interfl	DUERO
Altotero	446.400	4.680.900	1014	Aire Libre	Vega/altozano	DUERO
Galería del Sílex	457.500	4.688.750	1041	Cueva	Sierra	DUERO
La Cañada	365.700	4.575.800	743	Aire Libre	Vega	DUERO
La Cañadilla	409.200	4.599.700	754	Aire Libre	Vega/Alom/interfl	DUERO
Lámpara	539.000	4.558.900	1120	Aire Libre	Presierra/Vega	DUERO
La Isla	336.800	4.589.100	716	Aire Libre	Vega/Interfluvio	DUERO
Carrascal	376.400	4.604.500	719	Aire Libre	Vega/altozano	DUERO
La Sinova II	378.300	4.614.700	818	Aire Libre	Vega/altozano	DUERO
Víñas de Abajo	368.700	4.609.100	818	Aire Libre	Vega/Altozano	DUERO
Mariserva	283.600	4.481.200	1062	Aire Libre	Vega/cerrete	DUERO
Los Vivarejos	540.200	4.559.100	1100	Aire Libre	Presierra/Altozan	DUERO
San Cebrián	376.300	4.705.000	832	Aire Libre	Vega	DUERO
Fuente S. Pedro	284.700	4.635.900	664	Aire Libre	Vega	DUERO
La Nogaleta	427.100	4.574.200	906	Cueva	Pre-Sierra	DUERO
Peña del Bardal	302.800	4.504.900	976	Aire Libre	Vega/Cerro	DUERO
La Revilla	540.900	4.557.900	1000	Aire Libre	Vega/Alomami	DUERO
Senda del Batán	426.900	4.575.000	898	Abrigo	Pre-sierra	DUERO
Teso del Oro	293.200	4.630.000	676	Túmulo	Vega	DUERO
Valdegoba	436.500	4.710.500	930	Cueva	Sierra	DUERO
Vaquera	411.200	4.549.100	960	Cueva	Pre-sierra	DUERO
Velilla	385.800	4.697.100	812	Túmulo	Vega/Interfluvio	DUERO
El Espino				Cueva/Abrigo	Pre-sierra	DUERO

EPIPALEOLÍTICO CUENCA DEL EBRO

Enclave	UTM-X	UTM-Y	Altitud	Tipo enclave	Zona	CUENCA
El Níspero	431.700	4.743.000	700	Cueva	Vega/Interfluvio	EBRO

NEOLÍTICO CUENCA DEL EBRO

Enclave	UTM-X	UTM-Y	Altitud	Tipo enclave	Zona	CUENCA
Cueva Lóbrega	530.400	4.676.100	880	Cueva	Vega	EBRO

EPIPALEOLÍTICO/ NEOLÍTICO CUENCA JÚCAR-TURIA

Enclave	UTM-X	UTM-Y	Altitud	Tipo enclave	Zona	CUENCA
Verdelpino	577.500	4.444.900	1069	Abrigo	Pre-sierra	JUCAR-TURIA
La Perra	579.700	4.354.600	742	Cueva	Vega	JÚCAR-TURIA

EPIPALEOLÍTICO/NEOLÍTICO CUENCA DEL SEGURA

Enclave	UTM-X	UTM-Y	Altitud	Tipo enclave	Zona	CUENCA
Cueva del Niño	577.000	4.267.300	1020	Cueva	Sierra	SEGURA
Molino del Vadico	548.100	4.226.800	900	Abrigo	Sierra	SEGURA

EPIPALEOLÍTICO/NEOLÍTICO CUENCA DEL TAJO

Enclave	UTM-X	UTM-Y	Altitud	Tipo enclave	Zona	CUENCA
Enebrales	478.500	4.540.700	1032	Abrigo	Pre-sierra	TAJO
Arganda	456.500	4.461.700	514	Aire Libre	Vega/Interfluvio	TAJO
Barruecos	194.900	4.386.900	320	Aire Libre/Abrigo	Vega	TAJO
Boquique	237.000	4.435.100	450	Cueva	Vega/PreSierra	TAJO
Cerca Antonio	248.500	4.442.500	520	Aire Libre	Vega/cerro	TAJO
Conejar	210.700	4.370.800	444	Cueva	Vega	TAJO
Avispas	459.600	4.524.700	831	Cueva	Vega/Presierra	TAJO
Aire	458.800	4.524.100	846	Cueva	Vega/Presierra	TAJO
Higuera			C.900	Cueva	Vega/Presierra	TAJO
La Cal	440.900	4.470.600	567	Aire Libre	Vega	TAJO
La Cueva	506.400	4.570.800	1200	Cueva	Sierra	TAJO
La Deseada	455.830	4.467.320	550	Aire Libre	Vega/Interfluvio	TAJO
La Horca	238.700	4.363.300	487	Aire Libre	Vega/interfl/cerro	TAJO
La Hoz	557.600	4.537.400	1219	Cueva	Sierra	TAJO
La Talayuela	486.500	4.505.300	703	Aire Libre	Vega	TAJO
Los Vascos	440.900	4.470.600	565	Aire Libre	Vega	TAJO
Mesegar	371.000	4.418.800	417	Aire Libre	Vega/Alom/Interfl	TAJO
Depósito Velilla	421.200	4.419.300	491	Aire Libre	Vega/Interfluvio	TAJO
El Paso	481.000	4.542.700	1091	Cueva	Vega/Presierra	TAJO
El Reno	474.100	4.533.400	820	Cueva	Vega/Presierra	TAJO
Flamenca 2	443.200	4.430.300	473	Aire Libre	Vega/Interfluvio	TAJO
Valladares	424.500	4.435.800	515	Aire Libre	Vega	TAJO
Esperillas	450.900	4.442.400	484	Aire Libre	Vega	TAJO
Mingo Martín	274.300	4.442.500	507	Aire Libre	Vega/Cerro/Interfl	TAJO
Cerro Soldado	277.800	4.441.000	496	Aire Libre	Vega/Cerro	TAJO
Capichuelas	274.400	4.440.900	C.500	Aire Libre	Vega/Alomamiento	TAJO
La Cañadilla	280.800	4.410.800	385	Aire Libre	Vega/Cerro/Interfl	TAJO
Canchera Lobos	282.800	4.410.800	327	Aire Libre	Vega	TAJO
Valdehúncar	288.400	4.410.500	320	Aire Libre	Vega	TAJO
Vega los Morales	426.600	4.287.300		Aire Libre	Vega	TAJO
La Paleta	426.300	4.437.500	540	Aire Libre	Vega/Alom/Interfl	TAJO
Valdivia	441.100	4.470.100	562	Aire Libre	Vega	TAJO
Ventana	455.600	4.522.300	c.900	Cueva	Vega/Presierra	TAJO
Verona II	442.500	4.466.300	576	Aire Libre	Vega/Interfluvio	TAJO
Villamayor	404.200	4.294.400	C.400	Aire Libre	Vega	TAJO
Olivar de Yeles			C.500	Aire Libre	Vega	TAJO
Guatén			C.500	Aire Libre	Vega	TAJO
Casa Montero			C.600	Aire Libre	Vega	TAJO

Tabla 200

El criterio cronológico no puede ser tenido como excesivamente significativo para un espacio tan basto y tan diverso dadas las escasas de dataciones que poseemos.

No obstante es interesante plasmar las dataciones con las que se cuenta sobre una planimetría general (Fig. 526) En esta imagen se ha recurrido al cómputo de una selección de fechas. Esta selección se ha realizado atendiendo a una serie de rangos cronológicos que han sido codificados mediante códigos de colores.

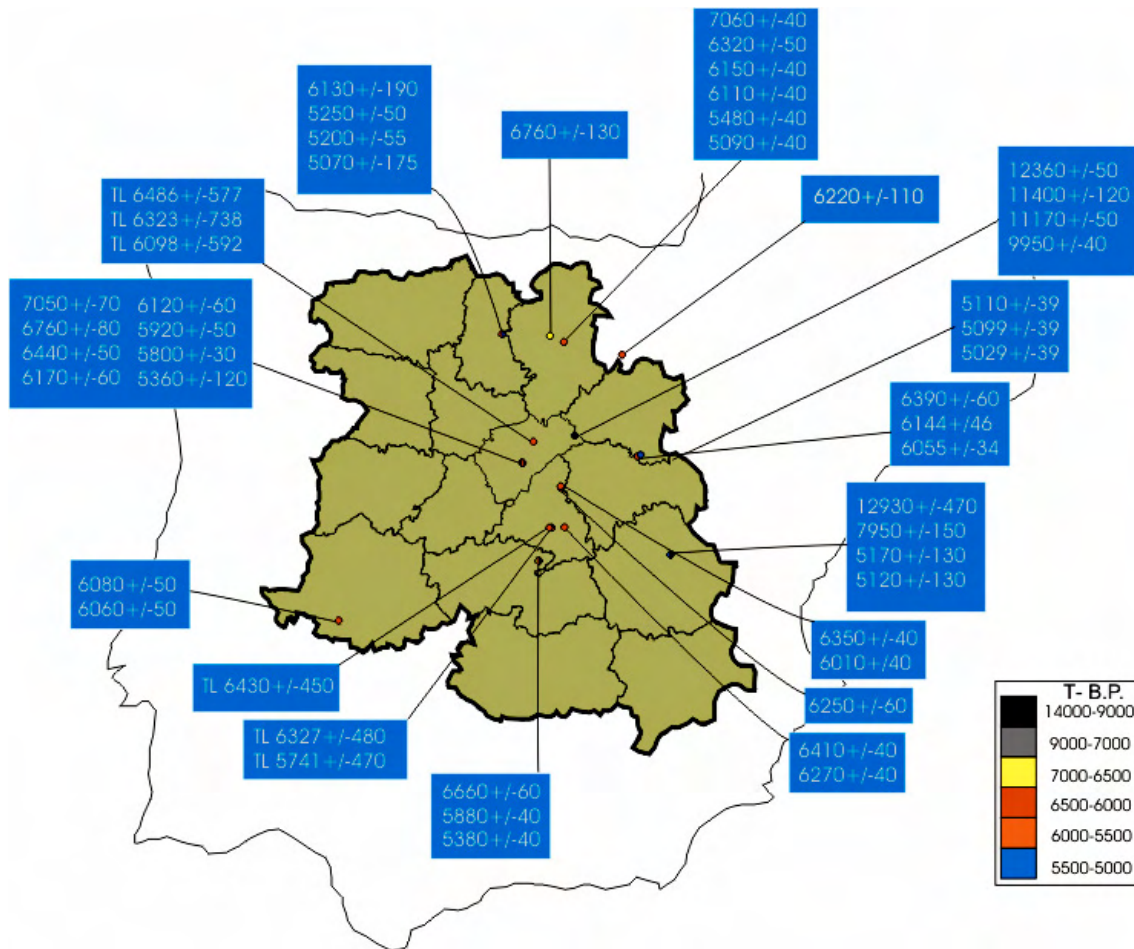


Fig. 526.- *Distribución de yacimientos datados mediante radiocarbono y termoluminiscencia.*

Las dataciones más antiguas se circunscriben a los rebordes montañosos, pero se advierte una diversidad cronológica notable.

Dado que decidimos no incluir los enclaves megalíticos, aún a pesar de las dataciones algo antiguas de algunos de ellos, sí hemos señalado el interés de la tumba calero de La Peña de la Abuela (Rojo *et alii*, 2005). Daremos a este enclave como genérico representante de un amplio conjunto de yacimientos funerarios que comparten una característica cronológica clara como es la presencia de dataciones exclusivamente posteriores al 6000 BP. Estas dataciones, numerosas ya, se circunscriben especialmente al rango del 5700-5000 BP y como tendremos oportunidad de ver más adelante comparten una notoria homogeneidad material que parece dar cierto sentido a la idea de que conforme avanzó el proceso de neolitización debió desarrollarse, de modo simultáneo, un proceso de sedentarización progresivo que se vio acompañado por una también progresiva intensificación de las interacciones recíprocas derivando todo esto en un proceso de creciente homogeneización cultural (Watkins *et alii*, 1989; Forest, 1996; Caneva 2001: 17).

Contamos con buenas series de dataciones de estas mismas cronologías en contextos habitacionales en los que tienen cierta representación los materiales neolíticos de sustrato pero en los que empiezan a documentarse elementos novedosos –que hemos dado en denominar ‘evolucionados’- que nos indican, sin muchas dudas, la existencia de sincronía temporal entre conjuntos con marcadas disimetrías culturales o materiales. La relación del megalitismo con las etapas más avanzadas y terminales del proceso de neolitización y sobre todo de la implantación del modo de vida campesino, colonial y alóctono, es cada vez más evidente.

La serie de cronologías más antiguas proceden de los yacimientos de La Paleta (6660 \pm 60 BP), Abrigo de Verdelpino (7950 \pm 150), Cueva de La Vaquera (7050 \pm 70 y 6760 \pm 80 BP), Cueva del Mirador (7060 \pm 40 BP) y Quintanadueñas (6760 \pm 130 BP). Lamentablemente la práctica totalidad de estas muestras proceden de restos de carbón de especies de larga vida. Tan sólo en la

Paleta la datación está realizada sobre elementos de vida corta, en este caso cereales. El reducido número de muestras y esta cuestión metodológica implica prudencia. No obstante la antigüedad de algunas de estas fechas, especialmente la de La Paleta permite plantear a modo de hipótesis un primer horizonte neolítico datado en torno al 6700-6500 BP.

Es posible que el reducido número de dataciones de este rango cronológico implique señalar hacia un primer neolítico puntual y de muy discreta representación en el que, además, la presencia de cerámicas de estilo cardial garantiza la verosimilitud de un proceso de implantación según el modelo de colonización pionera del territorio.

Las dataciones anteriores a este momento son muy escasas y en todos los casos parecen indicar la existencia inequívoca de un hiatus entre los compases terminales del Paleolítico Superior y el Neolítico. Las notables evidencias de industrias mesolíticas, sobre todo circunscritas a los contextos de Madrid (Verona II, La Ventana, La Higuera y las Avispas) pero también representadas en Segovia (La Nogaleta), Cuenca (Verdelpino) y Albacete (Molino Vadico) carecen aún de dataciones que las acompañen y que certifiquen con datos fehacientes lo que de momento no puede pasar de ser una intuición.

Al representar los datos en un gráfico (Tabla 201 y Fig. 527) obtenemos una visión clara de la situación. Se advierte la existencia de un hiatus, cercano a los cuatro milenios en el que tan sólo contamos con una datación procedente del Abrigo de la Peña de Estebanvela obtenida sobre carbón no identificado y que podría estar señalando la existencia de sucesos naturales, como incendios forestales, que no garantizan, simplemente por proceder de un contexto arqueológico su asociación con acontecimientos derivados de una acción antrópica.

	13000-11000	11000-10000	10000-9000	9000-8000	8000-7000	7000-6500	6500-6000	6000-5500	5500-5000
CASOS	7	0	1	0	3	3	29	5	17

Tabla 201

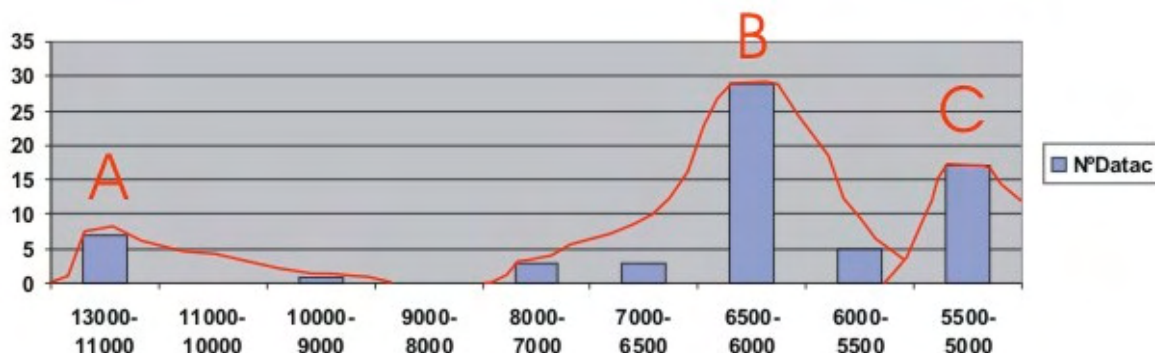


Fig. 527.- Gráfico de representación de cronologías atendiendo al cómputo total de muestras por periodos o rangos temporales de 1000 y 500 años.

Ahora bien, tampoco podemos obviar que el número de enclaves de cronologías del Paleolítico Superior terminal y del Epipaleo-mesolítico localizados o intervenidos en la Meseta es realmente escaso. Por ello resulta imposible dotar, de momento, a este hiatus tan amplio de una significación real.

Podemos advertir que la distribución conjunta de las fechas (Fig. 527) se corresponde con tres curvas modales más o menos claras que indican la existencia de tres procesos más o menos consecutivos. Los dos primeros (A y B) interrumpidos por el mencionado hiatus, mientras que el tercero (C) se sitúa de algún modo solapado al anterior (B). Este solapamiento está bien definido en el registro.

Resulta evidente que el proceso de neolitización presenta un comienzo poco destacado en torno al 7000-6500 BP. El mayor conjunto de dataciones se corresponden con el

momento del 6500-6000 BP, periodo en el que sin duda se generalizó el modo de vida campesino.

Es aquí donde apreciamos, desde la perspectiva de las dataciones del C-14, la existencia de dos fases de desarrollo diferenciadas, entroncando la última de ellas con la aparición y generalización del fenómeno megalítico como solución funeraria con cierto valor cultural.

2. TIPOLOGÍA DE HÁBITAT

Son aún escasas las referencias sobre un elemento tan importante como es la tipología de la vivienda implantada en el neolítico meseteño. En la mayor parte de los casos nuestro conocimiento de los hábitat se reduce a la concatenación de un número notable de estructuras semienterradas, denominadas de formas también muy dispares –hoyas, fosas, silos, etc.

Este hecho resulta de notable interés para aproximarnos a la imagen del asentamiento neolítico. Tenemos la certeza de que este tipo de estructuras excavadas en el suelo fueron parte integrante e importante dentro del hábitat neolítico. A pesar de que en ocasiones se han interpretado este tipo de estructuras como cabañas tenemos hoy la certeza de que esta afirmación está muy alejada de la realidad. Para ello contamos con las evidencias de cabañas localizadas en Verona II, La Deseada, La Velilla, La Cañadilla, Cerro de la Horca y La Peña del Bardal. Como contraste tenemos los datos de hábitat rupícola procedentes de Verdelpino, la Cueva de La Ventana y en menor medida del Molino del Vadico. Una certeza menor para una función de habitación presenta el yacimiento de La Vaquera. En otros casos, como el burgalés de El Mirador, el propio carácter de la intervención, un sondeo estratigráfico, impide elaborar una valoración precisa. En la Galería del Sílex, como señalamos, se aprecia una diferenciación funcional del espacio, existiendo un núcleo de habitación, también rupícola, en la boca de la Galería –sector Portalón-, del que no se tiene información precisa. Otros enclaves, como Los Barruecos, pese a su valor como aproximación a la temática neolítica, presentan deficiencias que impiden su tratamiento pormenorizado; algo similar acontece con las cuevas de Boquique y El Conejar.

Ahora bien, los escasos datos presentan una distribución espacial no carente de valor, pues salvando las distancias, geográficas y cronológicas, existen casos de estudio en diferentes espacios de la Meseta, lo que dota de valor a esta síntesis.

Los enclaves neolíticos de la Meseta se circunscriben a espacios situados al aire libre y en menor medida bajo abrigo o en el interior de cuevas. En el primer caso la situación de los poblados en zonas de vega, de notable potencial económico y especialmente agrícola, posibilitaría elaborar hipótesis de pequeñas proto-aldeas, atendiendo aquí al concepto de estructuración interna del hábitat como referente de diferenciación entre estas y las aldeas, dotadas de algún tipo de organización básica.

En todos los casos nos enfrentamos a viviendas de planta circular/oval, ligeramente excavadas en el suelo –entre 30 y 60 centímetros- y delimitadas en su perímetro exterior por postes. Se trataría por tanto de cabañas de estructura vegetal portante, quizás en ocasiones con manteados de barro, a juzgar por la reiterada presencia de restos de adobes con improntas de ramajes. En dos ocasiones, cabaña 1 de Verona II y Velilla, se han detectado estructuras anejas formadas por tingladillos de postes que forman porches asociados, probablemente, al acceso a la vivienda. Estos porches se orientan de forma diferente en los dos casos documentados. Así, mientras en Velilla lo hace hacia el Sureste, en Verona II lo hace al Norte. En La Deseada no hay evidencia alguna de este tipo de acceso, como tampoco lo hay en los casos de las cabañas 3 y 4 de Verona II.

En todas las ocasiones las viviendas poseen un hogar central elaborado de un modo más o menos concienzudo. En las cabañas 1 y 4 de Verona II y en la Deseada se trata de

simples cubetas de tendencia circular y alrededor de 1 metro de diámetro excavadas en el suelo. En la cabaña 4 de Verona II, en La Velilla y en La Cañadilla, el hogar central presenta un tratamiento más esmerado en el que aparece un lecho tapizado de piedras de cuarcita, casos de Velilla y La Cañadilla, o un murete delimitador periférico en el caso de Verona II. El empleo de los cantos de cuarcita debió estar relacionado con la capacidad conservadora del calor de estos materiales pétreos.

La máxima concentración de materiales se produce siempre en torno al hogar, lo cual implica el valor de este espacio como centro de la vida doméstica y de la mayor parte de las actividades cotidianas –talla, cocinado, etc.-. En momento terminales del Neolítico II, pero sobre todo en los albores del Calcolítico, la presencia de elementos tan peculiares como los ‘morillos’ , asociados a los hogares, pondrán de manifiesto la creciente importancia de éstos como elementos de articulación de la vida doméstica y, tal vez, también de los rituales a ella asociados.

En los casos de las cabañas 1 y 3 de Verona II se detectaron, junto al hogar, los restos de ‘cestitos revestidos’ que podrían interpretarse como el asiento para recipientes elaborados con cestería, a juzgar por las improntas dejadas en la arcilla fresca.

Las dimensiones de las cabañas varían considerablemente, desde los reducidos 12 m² de la cabaña de Velilla a los 30 m² de La Deseada o los 20 m² de la Cabaña 1 de Verona II. Estas dimensiones parecen indicar la concurrencia de espacios familiares, sin menosprecio de que las proto-aldeas se organizaran mediante la concatenación de varias cabañas pertenecientes a un mismo grupo familiar.

La detallada intervención de la cabaña de La Deseada documenta que el perímetro de cierre de la estructura vegetal se solucionaba con el uso de entre 13 y 20 postes que, a juzgar por los recrecimientos observados a lo largo de las tres fases diferenciadas en la excavación, eran sustituidos en cada nuevo planteamiento de la cabaña. Esto podría interpretarse, sin muchos problemas, junto a la propia entidad de las estructuras, como una evidencia de hábitat móviles más que de asentamientos muy elaborados de carácter sedentario.

A pesar de compartir notables similitudes con estas cabañas los casos de la abulense Peña del Bardal y la extremeña del Cerro de la Horca merecen un tratamiento algo particular teniendo en cuenta que en estos caso, pese a tratarse de cabañas de planta circular y reducido tamaño –no más de 2 metros de diámetro en el caso abulense- y con hogar central, poseen un sólido zócalo de bloques de piedra que no se documenta generalmente en las cabañas presentadas antes. Los materiales aportados por estas unidades de habitación resultan similares a los recuperados en Verona II y La Velilla, lo que supone la existencia de estructuras de habitación diferenciadas en tamaño y diseño dependiendo de su emplazamiento. Mientras las cabañas de Verona II, Velilla o La Deseada se ubican en terrenos de vega y campiña, carentes en general de grandes piedras que emplear en los zócales, las de La Peña del Bardal y El Cerro de la Horca lo hacen en un lugares situados en alto y en un área de montaña. Ejemplos similares se conocen en Cantabria, también en áreas de montaña y con soluciones constructivas similares.

Las dimensiones de las cabañas del área de vega y campiña parecen señalar el hecho de que se tratase de unidades familiares dotadas para la estancia de entre cuatro y un máximo de ocho individuos, atendiendo a los paralelos etnográficos y a los estudios realizados sobre este respecto (Coudart, 1998)

Lamentablemente, desconocemos la organización de los poblados. Tan sólo en dos de los yacimientos estudiados –Verona II y La Paleta- se excavó una superficie que permitiese obtener una visión general a este respecto. En Verona II, pese a que el área excavada no permitía tener una imagen clara del poblado, parece existir un hábitat sin una

organización específica en el que las cabañas se encontraban próximas unas a otras. En La Paleta, si bien no se ha detectado ninguna estructura que fuese identificada como una vivienda, como ya se ha señalado, la presencia de los grandes recipientes y los paralelos existentes en otros contextos neolíticos de Oriente Próximo donde se aprecian recipientes similares, nos permiten suponer la existencia de una gran vasija-silo por cada unidad de habitación (Dollfus, 2001: 75). Si observamos la dispersión de este tipo de recipientes en el yacimiento toledano (Fig.528) encontramos una imagen similar a la obtenida en Verona II. Las viviendas se localizarían más o menos próximas entre sí, sin atender a una organización bien definida del espacio de hábitat y siendo el único elemento de orden, aparentemente, la concentración de las viviendas. Este hecho debió derivar del más básico rudimento de seguridad en el establecimiento de un poblado.

Como señalamos, en ningún caso estamos en condiciones de hablar de un concepto similar al de pueblo –enfrentado al de ciudad- sino más bien de pequeñas proto-aldeas constituidas por un número en ocasiones no superior a las 10-15 viviendas. Estas viviendas además carecen de una estabilidad notoria y en todos los casos parece tratarse de hábitat acondicionados para un sistema de asentamiento estacional recurrente. Este hecho parecería contradictorio con algunas evidencias arqueológicas, en el caso al menos del yacimiento de La Paleta. En este enclave la presencia de las grandes vasijas-silo podría implicar estabilidad en el poblamiento dado el carácter estático de este tipo de grandes recipientes que, no obstante, pudieran haber estado enterrados. Ahora bien, esta misma casuística podría abordarse desde la perspectiva de la recurrencia en el regreso al hábitat que acabamos de señalar y para el que contamos también con algunos paralelos etnográficos. En estos contextos el ‘abandono’ de las grandes estructuras de almacenamiento enterradas –quizás con una función además de almacenes de fortuna o reserva- no sería tal, sino que se estaría produciendo un sistema de aprovechamiento diferido, todo ello dentro de una concepción del tiempo y del espacio diferente a la que se ha otorgado a los primeros grupos neolíticos. En realidad no será hasta etapas avanzadas del Neolítico II, pero fundamentalmente durante la Edad del Cobre, cuando se documenten los primeros asentamientos organizados. La concurrencia en esos momentos de los poblados dotados de fosados concéntricos, tipo Gózquez (Madrid) o Mas D’Is (Alicante) será la clave dominante de estos nuevos conjuntos ordenados que tendrán su máximo exponente en los asentamientos fortificados en altura.

A estas cabañas se les asocian estructuras anejas semi-excavadas en el suelo. Estas estructuras presentan en su mayor parte plantas circulares con perfiles y profundidades variados pero que en momentos sincrónicos al Neolítico Inicial (IA-IB) rara vez superan los 150-175 centímetros. Este tipo de estructuras aparecen generalmente amortizadas tras su apertura –a veces incluso de forma bastante rápida- y pudieron tener una función primaria como huellas de la extracción del barro necesario para los manteados de barro de las cabañas. Esta función pudo combinarse con otros usos como silos, basureros o tumbas. Es difícil, con los datos que poseemos actualmente, decidirse por una funcionalidad específica y única para estas estructuras. Se nos antoja plausible que, como en tantos otros aspectos del mundo neolítico, las estructuras subterráneas tuvieran desde su mismo génesis una funcionalidad variada, quizás incluso lógica en la vida de una pequeña aldea, tal y como se ha podido apreciar hasta hace pocos decenios en el campo castellano. Al planteamiento de una estructura de barro o adobe le sigue la ejecución de fosas destinadas a la obtención de la materia prima. Esas fosas después se rellenan con desechos de todo tipo, incluso con aportes naturales y finalmente quedan condenadas, a veces sin otra intencionalidad que la marcada por el mismo paso irremisible del tiempo.

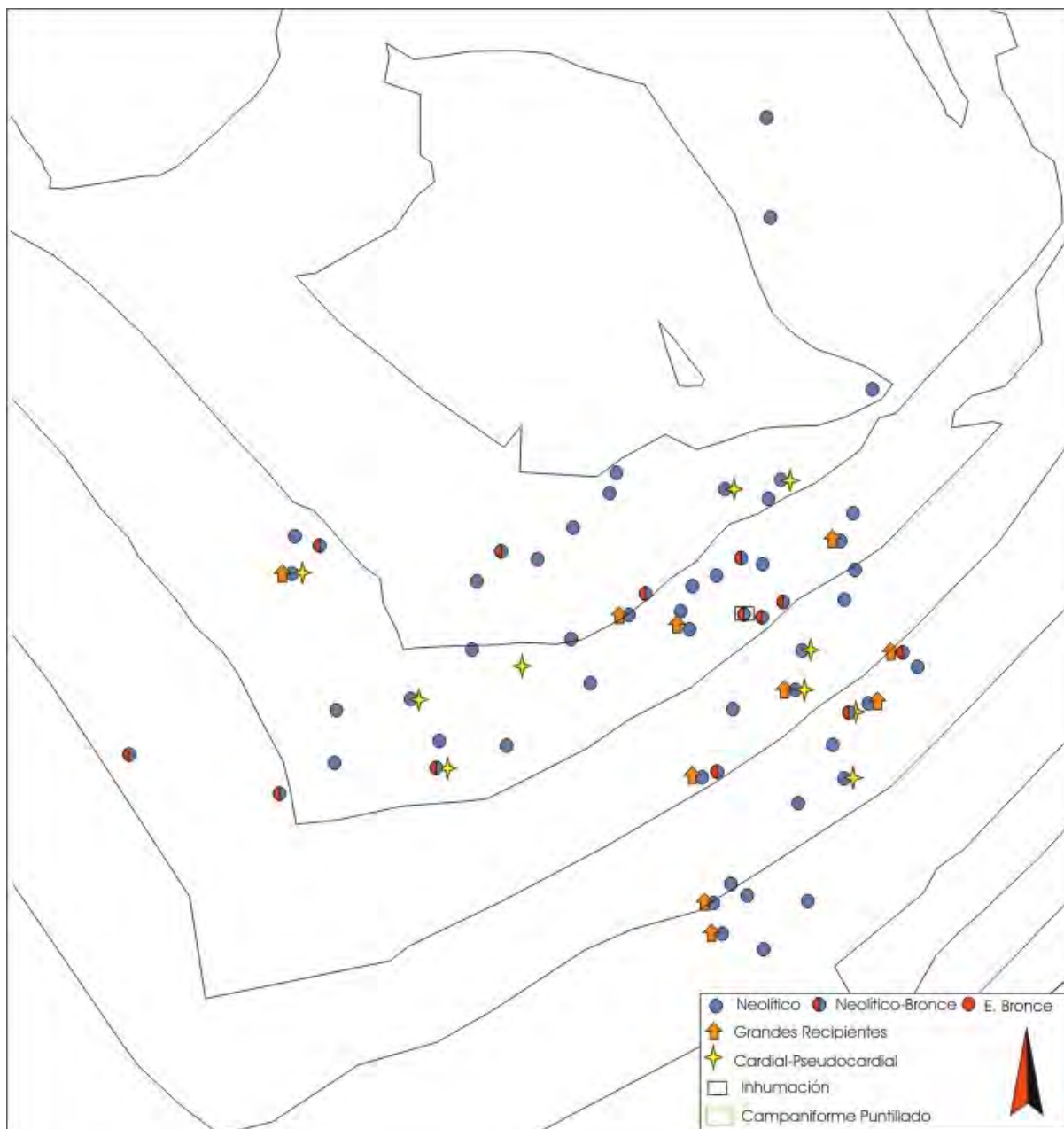


Fig. 528.- Planimetría de situación de las estructuras neolíticas en el yacimiento de La Paleta (Numancia de la Sagra, Toledo) atendiendo a la ubicación de las vasijas-silo (grandes recipientes)

En algunas ocasiones, no siempre con cronologías precisas, se han detectado otro tipo de estructuras, también excavadas, y asociadas al poblado. Se trata de cortas zanjas, en menor medida espacios de morfología circular o sub-circular que, sin embargo, proliferarán, preferentemente en las campiñas en un momento ya propio del calcolítico, y siempre plenamente neolitizado, en fechas próximas al 4500-4000 BP. Yacimientos de este tipo, como el caso madrileño de Gózzquez (Díaz del Río, 2001) quedan fuera del rango cronológico-cultural que preside esta obra. Normalmente se trata de asentamientos *ex novo* en los que no suelen documentarse elementos de substrato.

En otro extremo de la tipología de los sistemas de habitación tendríamos los asentamientos realizados bajo abrigo o en los accesos de algunas cuevas. Lo primero que puede destacarse (Figs. 524-525), es que el número de enclaves localizados es bastante más reducido que el de yacimientos al aire libre. Tampoco deja de ser notorio que a este sistema de ubicaciones le corresponde el mayor número de enclaves durante el

Epipaleomesolítico. Esto podría interpretarse, como ya hicieron algunos investigadores, como una evidencia de diferenciación cultural (Antona del Val, 1986)

En la Meseta, atendiendo a las evidencias neolíticas, contamos con tres casos de habitación asociadas a ámbitos de abrigo rocoso y cueva. En Verdelpino se detectaron en el área interior del solapo de protección, correspondientes según sus investigadores al Nivel IV, al menos dos depósitos de forma circular pegados a la pared del abrigo (Fernández Miranda y Moure, 1975: 196) Estas dos estructuras, de cerca de 1 metro de diámetro, excavadas en el suelo, tan propias de los contextos neolíticos de habitación aparecían tapadas con piedras y completamente estériles.

No tenemos elementos de juicio para asegurar que estas estructuras hubiesen sido excavadas desde el Nivel III, como corresponde a gran parte de los yacimientos neolíticos incluidos algunos de los que nosotros mismos hemos excavado. Resulta extraña la ausencia en este yacimiento de esas estructuras, que también aparecen en el abrigo del Molino del Vadico, en la cuenca del Segura, pues existe una enorme profusión de estructuras de este tipo en la superficie en uso durante el Neolítico. Lamentablemente, el conjunto de datos publicados sobre este enclave albaceteño es muy reducido.

Otro enclave de referencia es la Cueva de la Ventana. En este yacimiento se localizaron estructuras similares a las que acabamos de reseñar. En esta ocasión las 'hoyas' se ubicaban en la zona profunda de la cueva. La funcionalidad de las estructuras está aún por dilucidar si bien, la ausencia generalizada de huellas de rubrefacción pero sobre todo la localización de restos óseos humanos nos hace pensar en un probable uso funerario. Distinta interpretación merecen las dos estructuras de combustión, prácticamente superpuestas, localizadas en el acceso a la cavidad, concretamente en el área de relación existente entre el pequeño abrigo exterior y la cavidad. Junto a ellas se localizaron además una serie de agujeros de poste, dispuestos de modo que fueron interpretados como correspondientes a algún tipo de paraviento o cierre de la cavidad de cara a facilitar su uso como reducido espacio de habitación (Fig. 529)

La situación estratigráfica de las unidades de combustión parecen estar indicando dos momentos cronológicos y tal vez culturales diferenciados, correspondiéndole sin duda a la unidad superior una adscripción neolítica en la que se documentan cerámicas decoradas (impresas e inciso/acanaladas) y elementos propios de la economía doméstica como el trigo o la oveja en torno al 6600 BP.

La función habitacional de la cueva y del reducido abrigo inmediato no presenta dudas, si bien el espacio es tan reducido que sólo cabe pensar en un uso como campamento ocasional o estacional que, por su ubicación, podría relacionarse con el aprovechamiento económico del medio variado y rico en el que se encuentra la cavidad.

En un momento cronológicamente algo más avanzado la cueva presenta evidencias de cambio en la funcionalidad, pasando a ser utilizada como espacio sepulcral para, según el registro faunístico.

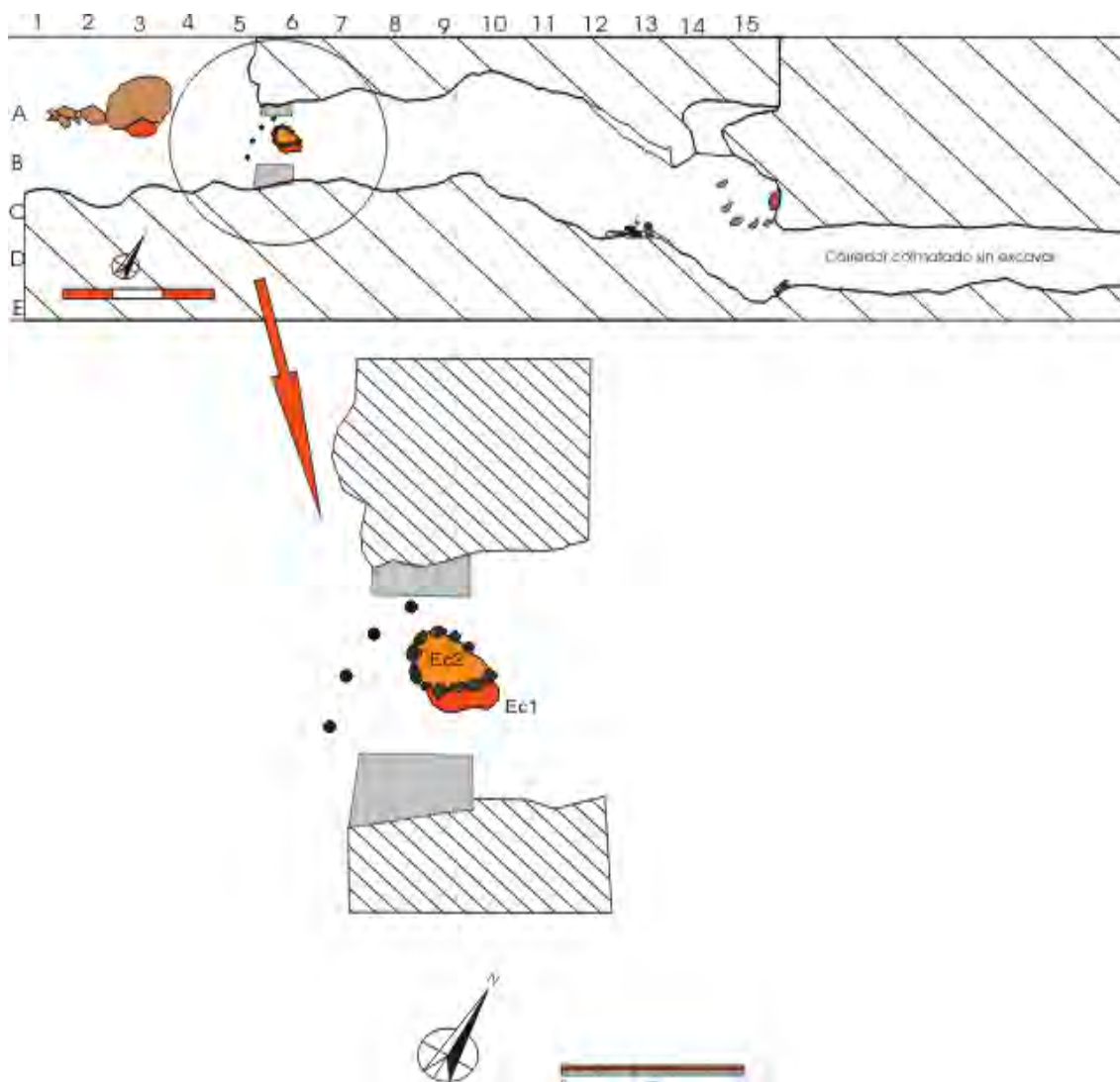


Fig. 529.- Planimetría de la Cueva de la Ventana y detalle del área de habitación con paravientos y estructuras de combustión (Ec 1 y Ec 2) del nivel inferior.

Similares funciones pudieron acompañar a la Cueva y Abrigo de Las Avispas, a la Cueva de La Higuera e incluso a la Cueva del Aire, si bien, la escasa incidencia de nuestras intervenciones, siquiera evaluativas del estado de los enclaves, no permite argumentar un uso habitacional. En la Cueva del Aire detectamos restos, en el sector de acceso, que parecen de uso habitacional. Esta funcionalidad fue seguida, sino sincrónica, del empleo de la zona profunda de la cavidad como necrópolis, algo que acontece en la práctica totalidad de las cavidades que hemos estudiado en el sector madrileño.

En La Vaquera, M^a.S. Estremera (2003) indica su función como lugar de habitación. Lo limitado del área de intervención y lo complejo de la estratigrafía no facilita la interpretación, si bien la tipología de las estructuras documentadas, en todos los casos hoyas excavadas sobre el sedimento, señala paralelos con la Submeseta Sur. La labor realizada en esta cavidad pone en evidencia unas remociones notables, así como serios problemas estratigráficos y sobre todo la ausencia de estructuras de habitación claras y significativas. Nos extraña también, como ya se ha señalado, la ausencia de evidencias de enterramientos, como acontece de forma habitual en la mayor parte de las cavidades con varias secuencias neolíticas excavados por nosotros. Quizás en este sentido pudiesen tomarse los restos humanos incluidos entre la fauna, según señala A. Morales (2003) o la presencia del cráneo que se interpretó como una 'reliquia' (Delibes *et alii*, 19999).

El caso de La Vaquera, como los del Abrigo del Espino, La Nogaleta o Senda del Batán, presentan una notable simetría con lo documentado en contextos madrileños lo cual nos está señalando la posible existencia de comportamientos culturales y habitacionales parejos.

3. DIFERENCIACIÓN FUNCIONAL DE LOS ESPACIOS

Acabamos de señalar, de modo somero, la existencia de funcionalidades diferenciadas no sólo en la ubicación de los enclaves, sino sobre todo, dentro de los mismos asentamientos.

En cierto modo el espacio de habitación se articula en áreas de funcionalidad cotidiana diversa –talla de piedras, elaboraciones culinarias, confección de alfarería, etc.- pero también en áreas a las que les corresponden otras funciones no cotidianas. Por ello se ha creído necesario diferenciar entre la funcionalidad social y la funcionalidad ritual, pues, de forma quizás algo reduccionista, son estas dos las funciones primordiales los que, incluso sin delimitaciones muy precisas, podemos individualizar en el espacio en uso durante el neolítico.

Encontramos un espacio cercano, inmediato, que se perfila frente a un espacio global, que configura el universo físico poblacional de las sociedades neolíticas. Visto de otro modo, al espacio micro, del poblado, se le asocia un espacio macro, el del territorio, que de algún modo supedita, incluye y condiciona, la visión total del cosmos neolítico. Las diferenciaciones funcionales las encontramos tanto en ese espacio inmediato como en aquél otro, más vasto. De su existencia colegimos la necesidad de hablar de un territorio y de definir los elementos que lo componen, conforme señaló N. Zedeño (1997) desde el postulado de la ‘historia de su formación’.

En el espacio doméstico del poblado tenemos pocas evidencias precisas para señalar áreas de trabajo, especialización o funcionalidad. En todos los casos hemos advertido la concentración de numerosos restos, líticos y óseos de fauna, especialmente, en torno a los hogares de las cabañas. Este hecho, ligado a la inexistencia de divisiones internas del espacio doméstico, parecen señalar la concentración de las labores de preparación de los alimentos y de la talla de los principales utensilios en el espacio reservado de la vivienda. Sin duda la notable dispersión de restos líticos en el caso de Verona II y de Verdelpino parecen significar el uso de los espacios exteriores como lugares de ejecución de actividades diversas y como áreas de deambulación en las que comparecen todo tipo de restos, incluido los desechos y la basura.

Debemos intuir, pues pocas evidencias directas tenemos acerca de ello, la realización de manufacturas cerámicas en las áreas externas de las cabañas. En todos los casos del estudio del material cerámico se desprende, como tuvimos oportunidad de señalar, el empleo de fuegos abiertos, asociados a grandes hogueras en las que se cocerían los recipientes. Ciertamente es que no tenemos constancia de espacios destinados exclusivamente a esta labor. Faltan hoyas de escasa profundidad, dotadas de rubrefacciones marcadas, que denunciasen un uso reiterado como hornos de cocción de cerámica.

Es plausible, por tanto, que las cerámicas se cociesen en grandes hogueras situadas en el ámbito del poblado pero algo separadas de las cabañas, por obvias medidas de seguridad. Consideramos que, si bien la producción doméstica personal o familiar parece el sistema básico de producción de la cerámica, no hay pruebas que permitan descartar el horneado en grandes hogueras comunales, asociadas quizás a contextos rituales o festivos.

Al menos en La Paleta (Toledo) se evidencia una función de almacenamiento. La presencia de vasijas-silo es una prueba de ello, pero también lo son las grandes vasijas

de la forma V y en buena medida de la forma VIII. Esta función se hace evidente en el momento en el que comparecen los fondos cónicos, de carácter inestable y que parecen condicionar la existencia de sistemas de colgado, sirviéndose de mamelones y asas principalmente, de enterramiento o semi-enterramiento de los recipientes o bien clavándolas en el suelo.

En el caso de La Paleta comparecen tanto grandes recipientes como fondos cónicos y para ambos debe buscarse una solución no relacionada con la movilidad, puesto que ninguno de estos recipientes presentan facilidad para su transporte. No puede negarse la posibilidad de que a algunos de estos recipientes les correspondiese una asociación directa con las hoyas excavadas en el suelo, tanto en contextos al aire libre como en cueva o abrigo. Lamentablemente, no podemos avanzar más que en el terreno de la hipótesis pues faltan las necesarias evidencias directas, esto es, el recipiente completo o parcialmente enterrado.

La ubicación de los almacenes sería muy próxima al conjunto doméstico. En el Próximo Oriente, se han detectado enclaves en los que aparece representada una gran estructura de almacenamiento por cada unidad doméstica familiar, sin menosprecio de que hubiesen podido existir recipientes diferenciados en el uso o almacenes destinados a productos diferentes. Sin duda los elementos vegetales perecederos, especialmente los cereales y frutos silvestres como las bellotas, debieron de ser los bienes destinados al almacenamiento. Tampoco puede menospreciarse la conservación de carnes ahumadas, tal vez líquidos y en menor medida otras materias primas.

Cuando se trató, en el capítulo del catálogo, el yacimiento de La Paleta, ya indicamos que la ausencia de estructuras de habitación podría responder no sólo a las labores seculares del trabajo de la tierra, sino también a que estuviésemos ante una zona específica de almacenaje. Casos similares se han documentado en otros contextos arqueológicos, algunos correspondientes al Neolítico Antiguo, como en la Cultura Fayum A del Predinástico egipcio. Aquí la división estricta del espacio en áreas residencial, de almacenamiento y necrópolis ha sido interpretada siempre como una evidencia de desarrollo cultural. Curiosamente en la cultura Merimde, inmediatamente posterior, son muy frecuentes los grandes recipientes cerámicos de barro mezclado con paja, en cierto modo similares a los recuperados en La Paleta. De nuevo tanto para los grupos del Fayum –Bajo Egipto- como del Badariense –Alto Egipto- se han postulado soluciones de habitación estacionales o seminómadas similares a las que acabamos de enunciar para la Meseta. Este dato resulta importante debido a que, dada la dificultad para transportar las grandes vasijas, posiblemente quedasen en el propio enclave sirviendo como depósitos de fortuna y reserva para la estación siguiente.

Tampoco podemos menospreciar la existencia de otras soluciones de almacenamiento de las que contamos con buenos paralelos históricos, como los citados por Plinio y etnográficos. Así, el uso de las cuevas como almacenes para el grano dadas sus óptimas condiciones de preservación, se documenta en contextos incas, como Las Graneros (Cachi, Argentina) donde el maíz era almacenado en vasijas enterradas en fosas excavadas en el suelo de la cavidad. En otras ocasiones se documenta la construcción de auténticos poblados-granero, caso de las *ghurfas* y *kasar* de Túnez –destaca Ksar de Oled Soltane- y que consisten en abigarrados almacenes divididos por familias y en los que se guardaría el trigo, siguiendo un modelo de colmena, para su defensa de posibles robos o ataques.

En lo referente al espacio ritual nos referimos específicamente a los enterramientos. Estos se documentan tanto en el propio poblado, siguiendo los esquemas similares del Próximo Oriente, como en espacios específicamente definidos para contener los cuerpos, caso de las numerosas cavidades de enterramiento que entran en funcionamiento como necrópolis quizás en un momento algo más avanzado de la secuencia o en los túmulos y dólmenes. Contamos, no obstante, con paralelos para la existencia de necrópolis o

espacios funerarios diferenciados del área de hábitat, en contextos mesolíticos de la costa Atlántica de la Península Ibérica. Así debe interpretarse al menos el conjunto de 20 sepulturas localizadas en poco más de 70 m² en el yacimiento de Moita do Sebastião (Roche, 1960: 125) y donde, además, existe un tratamiento diferenciado para los cadáveres de los niños de corta edad.

Las inhumaciones en área de poblado se han documentado en Valdivia –sin que sepamos nada del tipo de fosa que albergó la inhumación (Jiménez Guijarro, 2001)-, en Villamayor de Calatrava, con una inhumación (Fig. 530) en fosa piriforme profunda (Rojas y Villa, 1995), en La Lámpara (Fig. 531), también en fosa piriforme (Rojo y Kunst, 1999) y en La Paleta (Fig. 531), donde aún continúa el proceso de análisis del material de las inhumaciones, pero en donde estas se caracterizan por estar situadas en pequeñas cubetas y en el único caso que consideramos de inequívoca adscripción neolítica, la inhumación corresponde a un individuo infantil, orientado hacia el saliente y sobre el que se colocó una gran piedra.

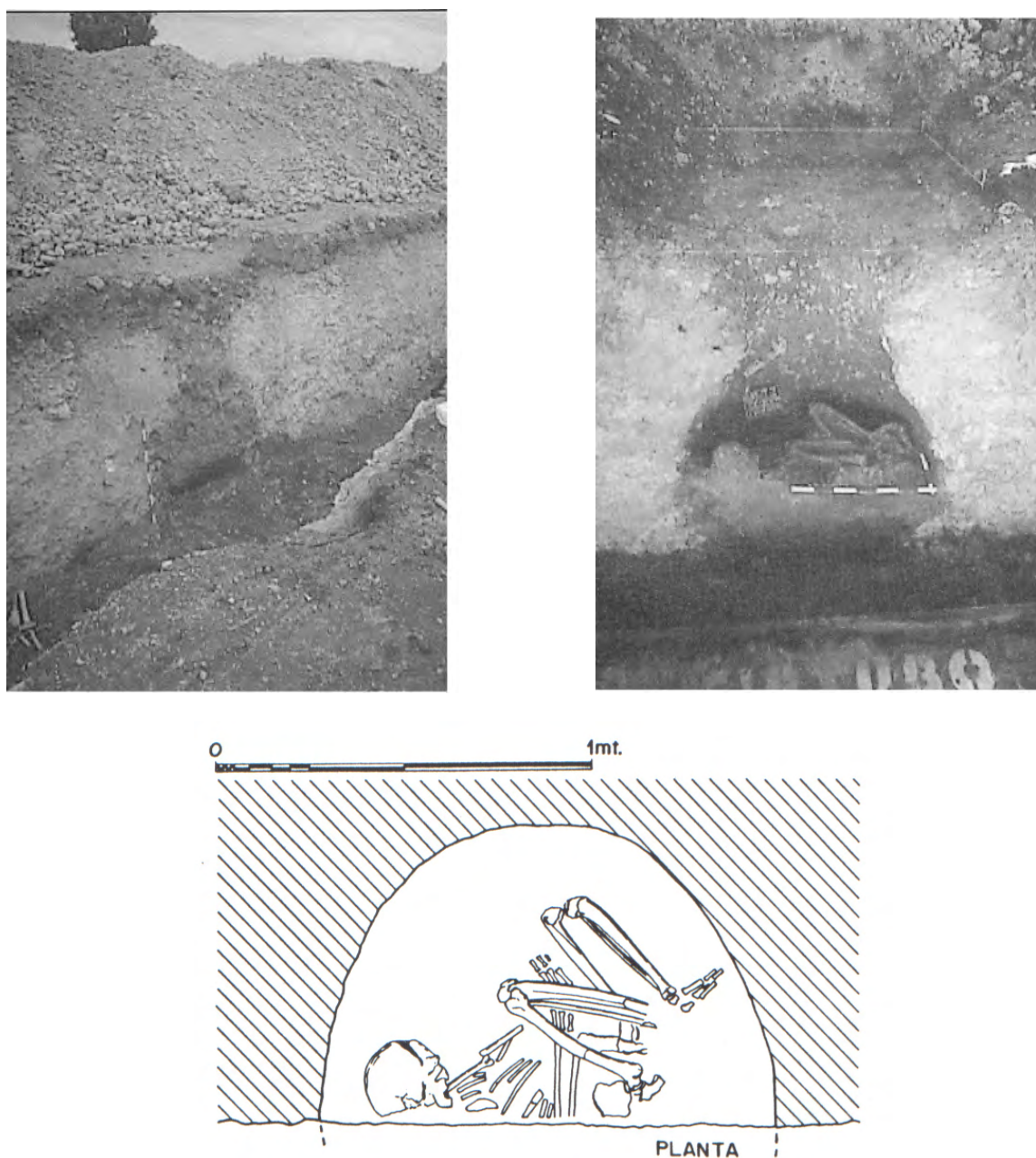


Fig. 530.- Inhumación de Villamayor de Calatrava (Ciudad Real) Arriba, perfil de la tumba y vista cenital del enterramiento. Abajo, planta de la inhumación. Según Rojas y Villa,

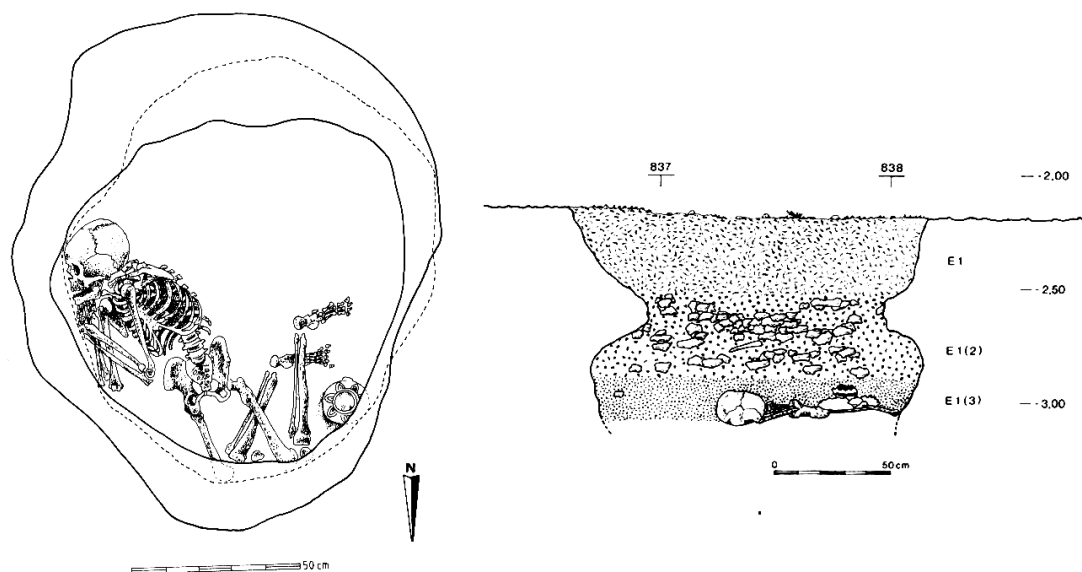


Fig. 531.- Inhumación de La Lámpara. Abajo, pequeña garrafa depositada como ajuar en la tumba, según Rojo Guerra, 2004

Las inhumaciones localizadas en sepulturas realizadas en fosas más profundas, y seguramente algo más retiradas del área de hábitat, suelen corresponder a individuos adultos. Normalmente les acompañan elementos de ajuar, especialmente recipientes del tipo VII y en menor medida adornos, como una pulsera en Valdivia. Por el contrario, las sepulturas realizadas en cubetas de escasa profundidad, suelen corresponder a individuos infantiles, generalmente carentes de cualquier elemento de ajuar y asociados de forma directa a las unidades de habitación. Este dato parece de enorme interés. Por un lado, en algunos contextos existió una referenciación estrecha entre el espacio doméstico y el funerario, y por otro, el estatus de los individuos es adquirido a lo largo de la vida y no asociado al nacimiento. Esto puede ser una evidencia de la existencia de estructuras sociales con poca desigualdad y sobre todo la existencia de un proceso, creciente, de arraigo al territorio mediante el concurso de la simbología del enterramiento.

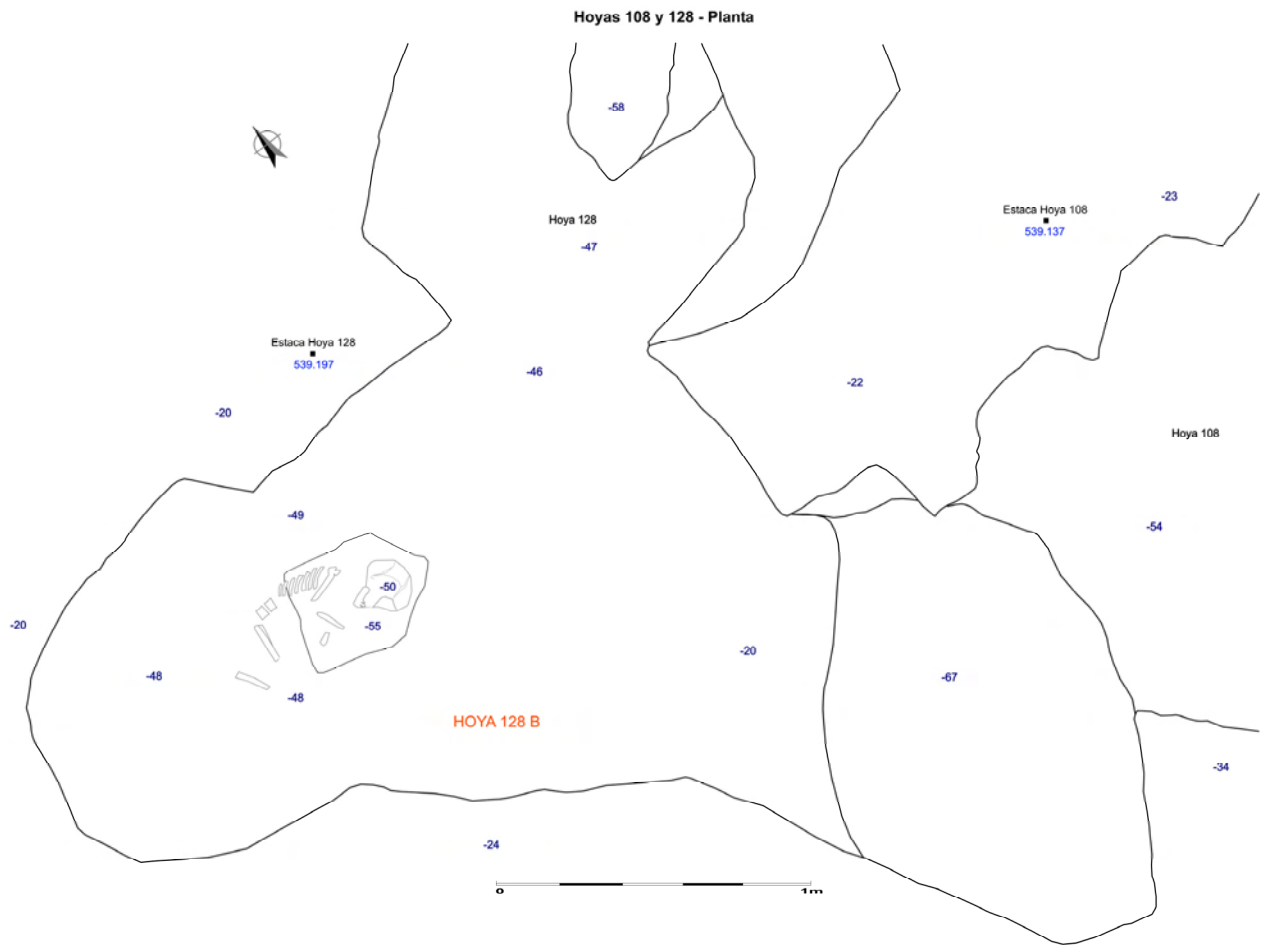


Fig. 532.- Planta de la sepultura infantil de la Hoya 128 B. Abajo, fotografía de la hoya una vez excavada.

Los paralelos del Próximo Oriente no pueden ser dejados de tener en cuenta, pero tampoco puede obviarse el hecho ya mencionado de enclaves mesolíticos portugueses. El paralelo de Moita do Sebastião, si es tenido por genuinamente mesolítico, supondría una clara vinculación, al menos en cuanto al rito de inhumación, entre los grupos neolíticos

del interior peninsular y el sustrato previo. Ahora bien, aquí se pondría en evidencia también el hecho de que la división del espacio inmediato fue una práctica común entre los grupos tribales en momentos previos a la neolitización, lo que determinaría, conforme han señalado numerosos autores, el alto grado de complejidad alcanzado por estos grupos indígenas pre-neolíticos.

4. MODELOS DE GESTIÓN DEL TERRITORIO Y LOS RECURSOS

Por lo que respecta al aspecto macro, tan sólo podemos aventurar hipótesis relacionadas con la gestión de espacios más o menos amplios a juzgar por las materias primas presentes en los registros. La localización de abundantes piezas de granito para elaborar molinos y moletas, pero también de la sillimanita y en menor medida piedras duras como los lamprófidos en contextos como los de Verona II o La Paleta, en plena campiña, marcan procedencias próximas al piedemonte. Resulta complejo hablar de territorios durante el neolítico, sobre todo atendiendo al concepto que de este término tenemos hoy en día. Quizás no deberíamos pensar tanto en espacios gestionados de forma estricta o defendidos de un modo casi militar. Al contrario, es posible que se pueda tratar de espacios, en torno a los 40-50 kilómetros de radio- alrededor de los cuales se desarrollaría todo el ciclo económico y social de las tribus neolíticas.

La existencia de espacios de estancia estacional, como podrían haber sido las cuevas, pero sobre todo su posterior conversión en verdaderas necrópolis –quizás a modo de panteones familiares- y su asociación a abundantes paneles con arte esquemático podría acercarnos a la idea del ‘lugar de presencia’ que señalase Zedeño para los indios Hopi. En este momento, sincrónico a las fases avanzadas del Neolítico IB, determinados lugares se convirtieron en espacios cargados de un poder simbólico notable. Estos lugares, además, pudieron funcionar como centros de agregación y jugar por tanto un papel destacado en la progresiva configuración del territorio cuya eclosión tendrá lugar en la Edad del Cobre pero sobre todo durante la Edad del Bronce, momentos estos en los que los territorios pasarían a ser controlados ya de un modo más efectivo y estricto.

En el capítulo dedicado al sustrato indígena como base humana y cultural de la configuración del proceso de neolitización tuvimos oportunidad para tratar, de forma extensa, las principales modalidades territoriales advertidas en los grupos humanos, especialmente en aquellos de base y economía cazadora-recolectora. Ciertamente es que los principales estudios acerca de la territorialidad se han realizado sobre grupos pre-productores dejando ciertamente de lado la consignación territorial cuando se trataba de analizar a los primeros grupos campesinos. En esos casos se señalaban genéricamente comportamientos destinados a la consignación de las evidencias de sedentarización –no en vano una de las que se consideraron principales novedades del modo de vida productor-. Pronto se empezaron a señalar algunos extremos peculiares que parecían denunciar la existencia de cierta movilidad territorial que, en ocasiones, se explicó amparándose en modelos de trashumancia y trasterminancia, sobre todo para culturas de economía ganadera.

Paralelos de sistemas de habitación semisedentarios aparecen en contextos arqueológicos de Europa y Próximo Oriente, si bien contrastan casi siempre el mundo sedentario que se observa en los grandes *tells* próximo-orientales del primer neolítico o incluso en las notables construcciones defensivas en piedra o tierra –caso de los círculos de fosados- localizadas en contextos europeos de Chipre, Francia, España y Portugal, y a los que se asocian, generalmente, fechas más recientes, propios de los momentos terminales del Neolítico II.

Ahora bien, a la vista del conjunto global de datos, ¿qué conclusiones generales podemos obtener en lo referente al sistema o sistemas de gestión del territorio durante el proceso de neolitización en la Meseta?

Esta pregunta debe responderse, en buena medida, atendiendo a lo señalado en el capítulo V, en el apartado que acabamos de abordar y en lo recogido cuando abordamos las cuestiones económicas. No podemos obviar que el panorama sobre el que reflexionamos viene presidido por la implantación de un modo de vida en el que se ha producido un cambio de gestión económica, lo cual implicó, como ya se ha señalado, cambios en la esfera de los componentes social y simbólico.

El territorio se compone de aquellos espacios dotados de sentido y funcionalidad para el desarrollo del modelo económico, social y cultural de las gentes que lo habitan. Los modelos deben permitir la reproducción del ciclo vital completo de las sociedades implicadas sea cual sea su nivel de desarrollo. Por ello el espacio destinado a lo residencial tendrá la misma consideración que los dedicados al aspecto simbólico, los denominados por Zedeño (1997) como 'lugares de presencia', y económico.

Ese planteamiento teórico ha de ponerse sobre el mapa de datos atendiendo en primer lugar a la contingencia de la disponibilidad de territorio. Así, el modelo funcionará de un modo u otro según se disponga de mas o menos espacio para el desarrollo del ciclo vital sin entrar en conflicto con los intereses o los espacios territoriales de otros grupos. De nuevo regresamos a la cuestión de los vacíos. ¿Estuvo por tanto la Meseta vacía en el momento de implantación de los sistemas de gestión productores?. En principio hemos visto que no. Ahora bien, si nos preguntamos acerca del nivel de ocupación e incluso de la tipología cultural de los grupos que plausiblemente gestionaban aquellos territorios, hemos tenido oportunidad de ver que las respuestas son diversas, siendo unas mejor aceptadas que otras por las principales corrientes de investigación. Reflexionemos un poco a este respecto desde la perspectiva de los datos.

Atendiendo a la centena larga de yacimientos adscritos a grupos cazadores-recolectores y productores que hemos tratado en esta obra observamos dos tendencias significativas. En primer lugar que el número de enclaves ocupados por los grupos de cazadores-recolectores se reduce notablemente desde el Paleolítico Superior hasta el Epipaleomesolítico. A esta reducción le acompaña, además, una notable disimetría territorial que se escenifica mediante la concurrencia de un reducido conjunto de enclaves situados en la submeseta Sur frente a un número, no muy nutrido, pero sí algo mayor localizado en la Submeseta Norte, con especial representación de los contextos geográficos más próximos al Cantábrico. A esta reducción significativa del número de enclaves se le asocia una clara concentración de los núcleos de población en las áreas costeros, específicamente en los espacios de desembocadura de los principales cursos fluviales. Este proceso de concentración de la población en espacios de gestión económica óptima pudo tener su origen en el paulatino proceso de cambio climático y en la necesidad de reajuste que un cambio de este tipo pudo ejercer sobre las comunidades humanas dependientes de una gestión económica de base primordialmente cazadora.

Este proceso derivó en un aparente abandono del territorio que tuvo su reflejo, en el Mesolítico I, en el modo de gestión del territorio. Así, los amplios territorios de caza se ampliaron –lo cual denota sin duda un cierto cambio en la disponibilidad de recursos, o al menos de los recursos conocidos-, se amplificó la movilidad logística y sin duda aparecieron modelos de gestión territorial basados en el aumento de la estacionalidad, lo cual pudo derivar a su vez en modelos de movilidad residencial especializada, seguramente implicando a los grupos de cazadores.

El reajuste de los grupos humanos a las nuevas condiciones parece haber derivado en cierta medida en una marcada y creciente regionalización durante el Mesolítico II, tal y como parece poner en evidencia el arte levantino, de las tipologías de las armaduras de flecha y lo volveremos a tener cuando hablemos de los esquemas cerámicos. Sobre este modelo de mosaico será sobre el que se implante, de forma variada, el modo de vida productor.

La práctica totalidad de los asentamientos con evidencias del Paleolítico Superior Final y del Epipaleomesolítico quedan sin continuidad de poblamiento a partir del 11000-10000 BP. Así ocurre en La Peña de Estebanvela, las cuevas del Níspero, La Blanca, El Caballón o El Espertín o los abrigo de Buendía y El Palomar. Se reducen de forma drástica las evidencias del Paleolítico Superior Final (PSF) y Epipaleomesolítico (MI) y cuando comparecen lo hacen sujetas a un modelo de habitación clásico, asociado a abrigo y bocas de cuevas. Estas continuidades no dejan de ser aparentes y están siempre condicionadas a la ausencia de buenos trabajos de excavación y a la obtención de dataciones, caso de las cuevas de El Niño o El Reno. En el caso de los abrigo de Los Enebrales, Verdelpino, Molino Vadico, La Gabelgada o El Parral, pero también de las Cuevas de La Ventana, La Higuera o Las Avispas, apreciamos claros hiatus entre los registros del Paleolítico Superior Final- Mesolítico I y el Neolítico, si bien se documentan evidencias, magras y tímidas, referentes a conjuntos de posible adscripción al Mesolítico II. No obstante, del conjunto de enclaves en los que podría intuirse una cierta continuidad de poblamiento entre el Mesolítico II y el Neolítico I, caso de Verona II, faltan dataciones que sirvan para aseverar este extremo.

Aún cuando estas continuidades se hubiesen dado, e incluso siendo posible esa continuidad en el caso de La Ventana o Verona II atendiendo al registro material y en el caso de la Ventana a la estratigrafía, se trata de un conjunto muy reducido de evidencias, incluso si estas fuesen seguras. Por el contrario, el número de enclaves en los que se advierte una implantación *ex novo* correspondiente, bien al Neolítico Inicial (Neolítico I) o a momentos algo más avanzados de la secuencia (Neolítico II) es abrumador. Este hecho está condicionando, sin duda, la existencia de un proceso de colonización e implantación territorial bastante rápido y además, atendiendo a las cronologías y a la dispersión de enclaves, de marcado carácter pionero, tal y como defendió Zilhão (2001) ¿Debe ponerse este extremo en relación con un despoblamiento?. Para autores como Zilhão la respuesta es afirmativa, si bien consideramos que el panorama es más complejo en su esencia. El territorio no aparece vacío. Una prueba de ello será el surgimiento del megalitismo como respuesta territorial a un problema de gestión de recursos y territorios en un momento en el que la multiplicación del número de asentamientos campesinos haga inviable el mantenimiento de los territorios de gestión cazadora-recolectora situados en las áreas refugio, especialmente en las de la zona cantábrica, sin duda último bastión en ser neolitizado.

A la tardía neolitización del espacio cántabro se le había asociado por norma general una explicación geográfica. Así se arguyó su carencia de interés para el aprovechamiento agrícola obviando a menudo su interés para la gestión ganadera e incluso perpetuando modelos explicativos actualistas en los que se pensaba más en los extensos campos cerealistas de la Castilla medieval que en los reducidos espacios de gestión agrícola cerealista, pero también hortícola, presentes en el momento de implantación neolítica (Arias Cabal, 1991)

El territorio gestionado por los grupos del Mesolítico II se centraría, para la ubicación de sus campamentos base, en aquellas zonas de máximo interés económico. Como acabamos de señalar, los espacios principales serían los de confluencia fluvial-costera (caso de Moita do Sebastião o los enclaves del Muge) pero también lo serían aquellos lugares de máxima presencia de recursos líticos, especialmente del sílex y en los que, además, se darían cita otros elementos de notable valor económico. Un caso paradigmático sería la región madrileña (Fig. 533) Concretamente en la confluencia de los ríos Jarama y Manzanares, verdadera mesopotamia de la Meseta Sur, se localiza una de las mayores concentraciones de sílex que no requiere complejas técnicas de extracción para su aprovechamiento. Este sería un área territorialmente óptima para el aprovechamiento integral de los recursos. Es precisamente en este lugar donde localizamos un enclave como el de Verona II, con indudables evidencias de un substrato industrial mesolítico y donde apreciamos, por vez primera, la simbiosis entre ese primer neolítico, con cerámicas cardiales, de La Paleta, a poco menos de 50 kilómetros río abajo

y que se configura como un asentamiento neolítico colonial puro. El panorama general presente en este caso es del todo similar al explicitado por los postulados del modelo dual en el que, aparentemente, estaríamos ante el contacto pionero entre grupos de economía cazadora-recolectora (Mesolítico II) y colonos neolíticos (Neolítico IA)

No obstante, el proceso de neolitización se gestó con notable rapidez tal como atestiguan las dataciones radiocarbónicas y los materiales recuperados. Los esquemas estilísticos presentes en las cerámicas decoradas indican una regionalización restringida en la que, pese a los aspectos generales homogéneos presentes en la cultura material, se advertirán desarrollos particulares en espacios restringidos.

En la gestión territorial, advertimos un comportamiento dominante en la elección, como espacios de implantación, de los enclaves al aire libre. Al Sur del Sistema Central (Tablas 199 y 200), el cambio en el modelo altitudinal de asentamiento es pleno. Durante el Neolítico IA se multiplican los asentamientos al aire libre en los espacios altitudinales óptimos para el cultivo, pero también en aquellos en los que predominan las materias primas. La proximidad de algunos enclaves implican, en contra de lo que podría parecer, no un sobrepoblamiento, sino la evidencia de momentos cronológicos o fases de desarrollo diferentes. Estos asentamientos en llano parecen combinarse en todos los casos con una doble vertiente altitudinal. Así, en áreas próximas al rango de 75-100 kilómetros de diámetro, se localizan espacios susceptibles de un aprovechamiento económico pleno y en los que también se documentan lugares rituales bien definidos como son las áreas de barrancos de calizas, en los que aparecen asentamientos estacionales, de reducidas dimensiones. En estos mismos lugares, conforme avance la cronología, se generalizarán los espacios funerarios masivos y áreas simbólico-rituales representadas, principalmente, por la comparecencia de abundantes evidencias de arte esquemático.

En la actual Comunidad de Madrid falta toda evidencia de implantación neolítica en el espacio serrano. En la presierra quedan testimonios en las zonas calizas, ricas en abrigo y cuevas, situadas en el eje Torrelaguna-Patones-Valdesotos. Frente a la ausencia de asentamientos en la Sierra se advierte una nutrida concentración de enclaves neolíticos en la confluencia de los ríos Manzanares y Jarama, con una clara relación con los grupos del curso medio del río Tajo, eje principal de la neolitización del área central de la Meseta. El eje de comunicación entre el espacio pre-serrano y el río Tajo parece haber sido el río Jarama (Fig. 533) De hecho las evidencias neolíticas asociadas a otros cursos fluviales como el Tajuña (Benito y Almagro, 1995), cursos altos de los ríos Guadarrama y Manzanares (Jiménez Guijarro, 2001) o Alberche son escasas y cuando aparecen se circunscriben a fases muy avanzadas del Neolítico II y sobre todo al Calcolítico.

Así, que queda configurada una nítida disposición territorial compuesta por dos espacios principales, altitudinalmente diferenciados y con disponibilidad de acceso a recursos económicos también diferentes. Además, el papel desempeñado por el espacio pre-serrano como área de concentración de asentamientos en cueva, además de la multiplicación de los espacios sepulcrales realizados en las cavidades, pero también la ya mencionada presencia recurrente de pinturas esquemáticas, parece haber tenido un importante componente simbólico y ritual.

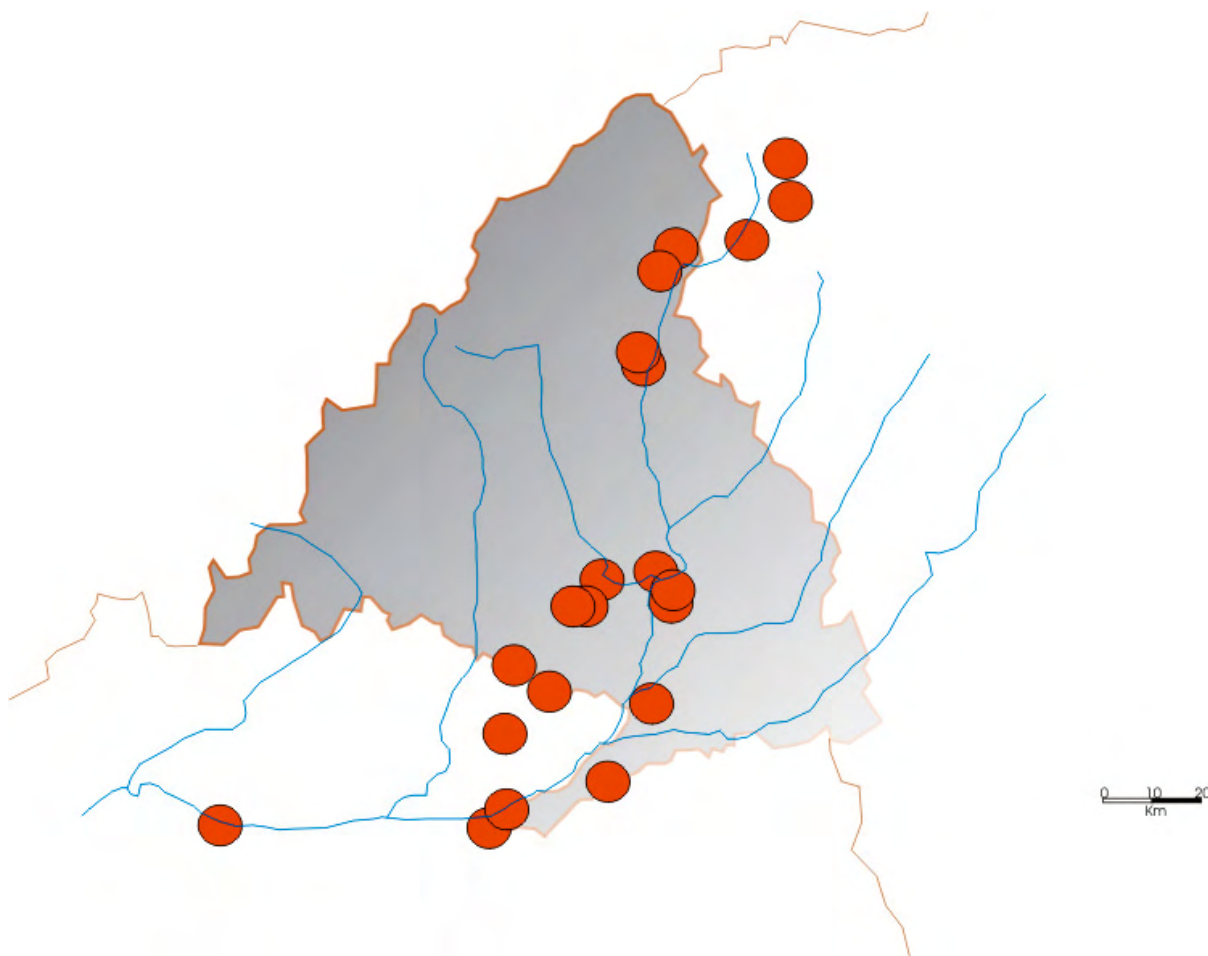


Fig. 533.- *Distribución de yacimientos en la actual Comunidad de Madrid*

La distribución de yacimientos y de recursos económicos tan sólo admite dos modelos explicativos para la gestión del territorio. El primero denunciaría la existencia de dos ámbitos culturales o poblacionales diferenciados. Este era el modelo defendido por Antona del Val (1986) y que establecía las diferencias existentes entre el grupo de asentamientos en cueva y abrigo y aquellos otros ubicados al aire libre. En caso de aceptar este modelo deberíamos admitir la gestión compartida de un espacio territorial cuyo eje principal fue el río Jarama y cuya frontera debió situarse, en origen, en torno al río Tajo. Las diferencias culturales, dentro del Neolítico no vendrían explicitadas más que por el mantenimiento de un sistema de habitación asociado a las culturas del sustrato y en el que, por tanto, la cueva y el abrigo siguen siendo los espacios dominantes. A favor de esta propuesta encontraríamos la inexistencia de asentamientos propios del Neolítico Antiguo localizados en el área de vega del río Jarama. Además, no es habitual la localización de enclaves de esta cronología en los principales contextos de habitación de cronología calcolítica controlados. Frente a esta ausencia estaría la notable densidad de enclaves bajo cueva o abrigo con evidencias del Neolítico e incluso con cronologías sincrónicas con las de la cuenca media del Tajo. Dos datos relevantes a favor de esta hipótesis serían, además de la existencia de un uso recurrente de los espacios de habitación ocupados por los grupos de sustrato, la ausencia de cerámicas con decoración cardial en los registros controlados, la presencia generalizada de evidencias de raigambre industrial de sustrato y sobre todo el hecho de que se documenten cerámicas elaboradas con materias primas inadecuadas, como es el caso de La Ventana.

Por otra parte, los espacios gestionados por los grupos de neolíticos de implantación deberían ser de cerca de 150 kilómetros de diámetro, cantidad que nos parece demasiado elevada incluso para territorios de gestión anual.

El segundo modelo implicaría justo lo contrario. Así, tanto a los enclaves localizados en la zona de pre-sierra como a los detectados en las vegas, les correspondería una misma adscripción cronológico-cultural. La disimetría de emplazamientos respondería a un sistema de gestión del espacio con notable movilidad residencial. Algunos investigadores han señalado que esquemas de este tipo podrían denunciar modelos de trasterminancia. El problema que se nos plantea es hasta qué punto fue suficientemente destacada la cabaña ganadera como para justificar la necesidad de estos cambios altitudinales. Lamentablemente, con este modelo, no podemos dar una explicación a las notables diferencias técnicas observadas entre los materiales cerámicos recuperados en los cursos bajo y alto del río Jarama. Sin duda las producciones locales de la Cueva de La Ventana pudieron ser elementos contruidos *ad hoc*, para un hecho tan determinado como su uso puntual. Aún así, la escasa presencia de cerámicas alóctonas no deja de plantear un problema ¿Jamás se rompería ninguna cerámica procedente de otras zonas?

Debemos señalar, lacónicamente que aún no tenemos la evidencia incuestionable que avale uno de estos dos modelos frente al otro. No obstante las diferencias existentes entre los registros arqueológicos y sobre todo, las evidencias de elementos de substrato existentes en contextos como Verona II, La Ventana, Higuera, Las Avispas o Los Enebrales y los presentes en aquellos otros enclaves como La Paleta, Mesegar u Olivar de Yeles entre otros, implican que nos inclinemos más por el primer modelo.

Así, el territorio de los grupos de substrato neolitizados se circunscribiría al curso del río Jarama. La frontera agrícola, siguiendo los modelos de Denell (1985) o Zvelebil (1986) se situaría en torno al curso medio del Tajo. Esta frontera sería permeable a juzgar por la exitosa neolitización de los grupos de substrato y no existiría, en un momento inicial, una aparente disputa por la gestión de los territorios. Una evidencia clara de este hecho será la mínima representación del megalitismo en contextos del centro de la Meseta, especialmente en Madrid, Guadalajara, Ávila o Segovia, por contraposición a la nutrida representación megalítica de provincias 'limítrofes', o de frontera, en el proceso, como Cáceres, Salamanca o Burgos.

Conforme avance la secuencia cronológica, dentro ya del Neolítico II, y más especialmente en el Neolítico IIB, advertimos un cambio notable en el modelo de dispersión de los enclaves neolíticos. En primer lugar se detecta una multiplicación de los asentamientos, producto sin duda del crecimiento demográfico y también del éxito de la implantación agrícola y más concretamente del proceso aculturador. Es este el momento en el que empiezan a consolidarse asentamientos en áreas que antes aparecía por completo despobladas. Así, en el caso madrileño, las cuencas de los ríos secundarios como el Alberche, Guadarrama, Manzanares, Henares o Tajuña, presentan numerosos enclaves, en ocasiones tan abigarrados que parece inevitable, sobre todo en los contextos más septentrionales, la creación de disputas por la gestión de los espacios de aprovechamiento económico. Curiosamente a este mismo momento de máximo poblamiento se asocia la eclosión del megalitismo en contextos en torno a lo que constituyó la frontera agrícola. La impresión es la de una ruptura con el *status quo* existente durante todo el Neolítico I y a su vez el inicio de un cambio en los modelos de gestión del territorio donde vemos que a la práctica desaparición de la movilidad residencial se le asocian las primeras evidencias de sedentarización y sobre todo una territorialidad más cerrada en la que los espacios de gestión económica y social no sólo se delimitan más claramente sino que empiezan a defenderse. A este momento le corresponde la plena neolitización de la práctica totalidad del territorio meseteño.

De nuevo aquí volveremos a encontrar discrepancias en los registros arqueológicos. Así, el horizonte de cerámicas pintadas localizado al Sur de la frontera agrícola, con notables exponentes en las tierras toledanas próximas a La Paleta, como es el caso de Castillo de Las Herencias (De Álvaro *et alii*, 1988; Álvaro y Piñón, 1997), Mesegar de Tajo (Villa y Rojas, 1996), pero también en otros contextos algo más alejados como La Veguilla, está menos representada en las tierras al Norte del Tajo. Sin duda esta sería una evidencia

del mantenimiento de esquemas tribales diferentes cuya base explicativa se encontraría en los momentos previos al inicio de la implantación. La escasa representación de este tipo de materiales en contextos levantinos o del tercio norte peninsular y su notoria presencia en contextos del centro y sur de la Península Ibérica pueden ser una evidencia de ello (Fig. 534)

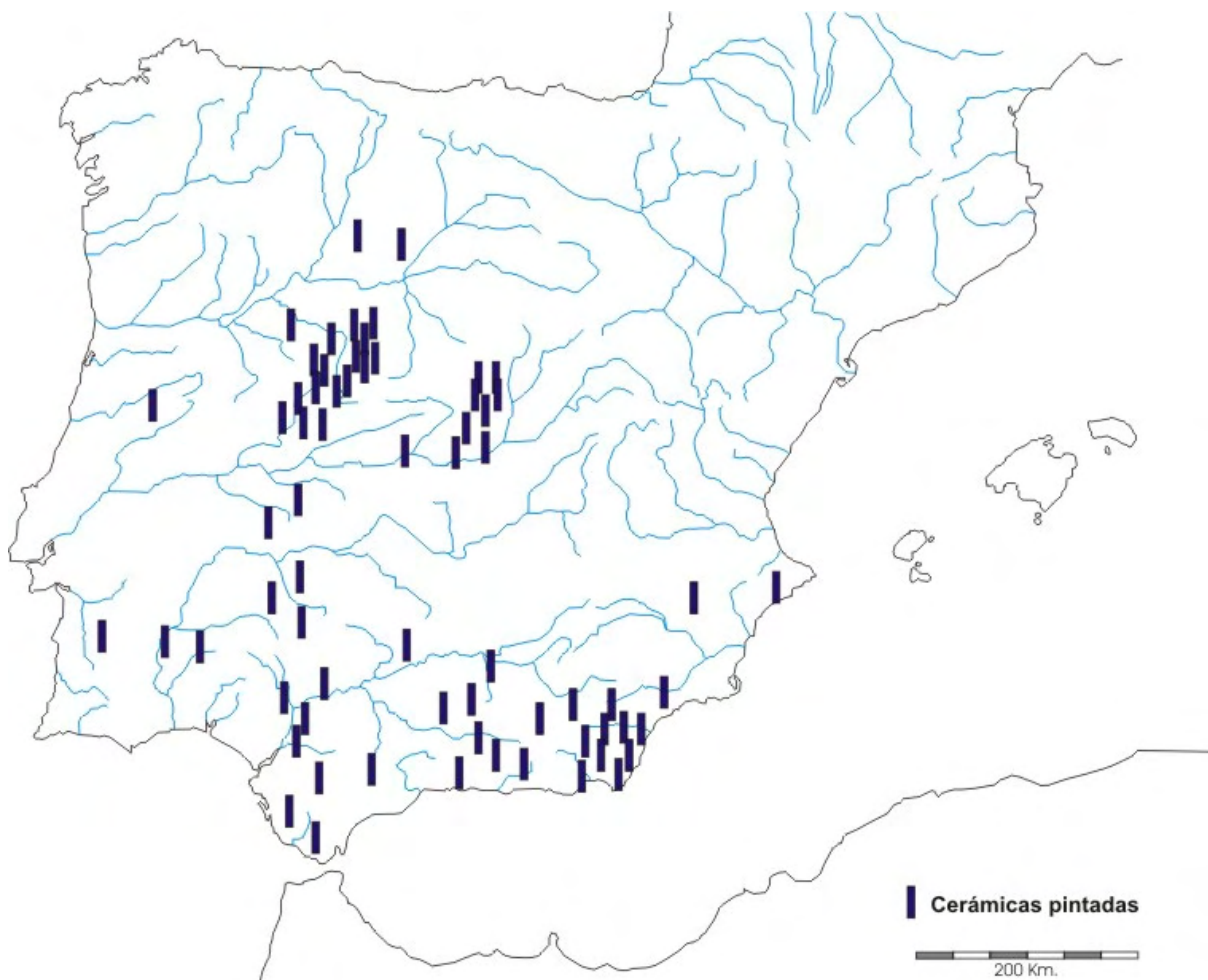


Fig. 534.- Distribución de yacimientos con cerámicas pintadas (según González y Cerrillo, 2006)

5. ESTUDIO DE LOS ESQUEMAS DECORATIVOS CERÁMICOS

Como han puesto de manifiesto numerosos investigadores, resulta aconsejable y necesario, en los estudios regionales de marco amplio, llevar a cabo estudios referentes a los esquemas decorativos presentes sobre las superficies cerámicas. Este tipo de análisis se hacen más necesarios cuando se adoptan postulados basados en la importancia y significación de las decoraciones cerámicas como referentes grupales o tribales. A este respecto mantenemos la creencia que ya expusimos en alguna otra ocasión (Jiménez Guijarro, 1999: 500) acerca de que los recipientes cerámicos, más allá de ser meros contenedores, constituyen un elemento de expresión tribal o grupal de primera magnitud conforme se ha señalado en el estudio de diferentes culturas y grupos humanos como los Luo de Kenya (Herbich, 1994), pero sobre todo del papel jugado por el estilismo en la definición de fronteras (Sampson, 1988) y comportamientos étnicos (Sackett, 1990) entre estos grupos. El papel de la herencia doméstica en el que las cerámicas pudieron jugar un papel destacado no puede ser obviado.

Es posible considerar que si se dota a la cerámica, y especialmente a su decoración, de un significado establecido, se magnifica de algún modo el papel jugado por este nuevo elemento material. Aún más importante es el hecho de que la cerámica se convierte en el vehículo de difusión de un mensaje, de una definición tribal y conceptual determinada, incluso en uno de los escasos restos materiales en los que podemos ver plasmada la conceptualización de un ideario indígena; este sería, por tanto, un buen vehículo para rastrear herencias, al menos simbólicas, del substrato. Este mensaje se dota de sentido entre las tribus dialectales, conforme las explicitamos en su momento (Jiménez Guijarro, 1999:500) y resulta posible dotar de cierta unidad y homogeneidad a un conjunto de elementos cuyo valor superaría el del mero útil funcional. En cierto modo al elemento exógeno –la cerámica en tanto en cuanto producción novedosa- se le dotaría de unas connotaciones locales a través de la expresión ‘decorativa’ o simbólica. Estas connotaciones serían inteligibles y plenas de sentido para aquellos grupos poseedores del código que permite su identificación y por ello su puesta en valor.

A un nivel más pragmático el estudio de los estilos decorativos puede permitirnos contar con un elemento de notable valor de cara a establecer paralelos, y siempre que esto sea posible, localizar redes de intercambio, áreas culturales o círculos de influencia. En este tipo de estudios los análisis regionales y su posterior carteo cobran más sentido e informan sobre la homogeneidad o heterogeneidad del proceso de neolitización y acerca de los vínculos de relación entre diferentes áreas geográficas, sean estas cercanas o no, que hasta la fecha sólo hemos podido intuir.

Para el estudio de los esquemas decorativos presentes en la Meseta hemos recurrido a la reproducción de la totalidad de los esquemas atendiendo a criterios de tipología (diferenciamos elementos impresos, incisos/acanalados y plásticos) y localización (en este caso la ubicación espacial del enclave en el que fueron localizados). Una vez reunida la totalidad de los esquemas se procedió a una primera comprobación destinada a la localización de aquellos esquemas que se repetían. Una vez localizados se eliminaron las repeticiones absolutas, manteniéndose en cambio algunas variaciones del mismo tema que podían resultar de interés, y recogiendo los esquemas restantes en unas tablas de identificación donde se ubicaron atendiendo no a la tipología, sino a la localización, de modo que resultase más sencillo advertir, de un golpe de vista, los elementos que formaban un conjunto dentro de un mismo enclave.

Una vez situados todos los esquemas en las tablas se analizaron exhaustivamente a la búsqueda de aquellos elementos que pudieran resultar significativos. A su vez se realizó una reducción de estos esquemas a motivos geométricos definidos manteniendo aún la estructura del esquema pero tratando de buscar la última reducción a elementos geométricos simples (Fig.546)

Se puede apreciar que las decoraciones cerámicas representan esquemas que se basan en un reducido conjunto de elementos combinados entre sí. La reducción máxima permite diferenciar cinco elementos, cuatro de ellos lineales y uno curvo –el menos empleado- que convenientemente combinados dan lugar a la totalidad de los esquemas. Una reducción de nivel menos exigente permite reunir la práctica totalidad de los esquemas atendiendo a poco más de catorce motivos.

En cierto modo, como era de esperar, el esquematismo cerámico es básicamente lineal-geométrico. Más interesante aún es el hecho de que un elevado y complejo conjunto de esquemas pueden ser reducido a un conjunto limitado de formas. La ulterior complejidad, lo que se ha denominado artísticamente en numerosas obras de investigación ‘barroquismo de las decoraciones’, deriva, exclusivamente, de la combinación de esos pocos elementos básicos.

La práctica totalidad de estos motivos simples forman parte de la estructuración conceptual del ser humano, algo tan sencillo como la línea recta o curva, y por tanto carece de sentido la búsqueda de modelos o de paralelos. Sirva como ejemplo la comparación del conjunto de modelos estilísticos meseteños y cualquiera de los repertorios cerámicos de prácticamente cualquier parte del mundo. La base de reducción puede ser similar en todos los casos, ahora bien, las diferencias observadas, lo que hace que un conjunto cerámico decorado difiera de otro de cronología o procedencia diferente, es la combinación de estos elementos básicos.

Ahora bien, no debemos dar por perdidas todas las posibilidades de obtener un criterio comparativo de valor cronológico o cultural. Este es uno de los más decisivos intereses de una experimentación tan tediosa e ingrata como la que nos ocupa. Dentro de los motivos antes descritos, existe uno que destaca por su peculiar morfología, también por su buena representación en la práctica totalidad del conjunto cerámico estudiado, pero por encima de todo por ser uno de los pocos motivos que presenta paralelos formales válidos para la obtención de interpretaciones de carácter cultural o cronológico.

El motivo aludido está perfectamente identificado en elementos decorativos muebles del Aziliense entre los que cabe señalar algunos enclaves del área cantábrica como las cuevas de Rascaño o Piélago o algunos otros enclaves localizados más allá de las fronteras de la Península Ibérica como La Grotte de Troubat. También aparece representado en contextos parietales como es el caso del Abrigo de Los Chaparros de Río Martín. Paralelos próximos a este motivo se localizan en la 'bramadera' de Roche à Lalinde, en Cueva Morín y en Tossal de la Roca y en algunos cantos grabados, también azilienses, como el de Rochedante. Un paralelo, muy burdo pero próximo aparece en algunas plaquetas grabadas de La Cocina, dentro del ciclo artístico lineal-geométrico. Más interesante puede resultar la similitud existente entre este tipo de esquema y algunas de las pinturas del ciclo macro-esquemático del Abrigo V de Barranc de Fàmorca y del Abrigo 5 de Pla de Petracos, sobre todo cuando se ha señalado en múltiples ocasiones la pretendida relación existente entre este arte y la implantación de los primeros grupos de productores.

Sorprendente, por su claridad y sobre todo porque es el único caso que nos ofrece una idea funcional para el esquema, es el caso del panel de arte levantino del yacimiento de Ahumado, donde un motivo similar sirve de escala para el ascenso de una figura humana. No obstante no es este un esquema que tenga buena representación en contextos de arte levantino. Tan sólo lo encontramos en esta ocasión y en otra, en el panel de Los Chaparros, donde hay evidencias claras para certificar una prelación (cuando menos pictórica) de este motivo sobre el antropomorfo de estilo levantino con el que comparte el panel.

Otro paralelo es el que relaciona este tipo de esquema 'aziloide' con las cerámicas tipo 'Limbourg' recuperadas en enclaves cardiales del Midi francés, como Leucate, o Epicardiales del Languedoc, como la Grotte Gazel (Guilaine, 2001; Illet y Hachem, 2001; Mazurié de Keroualin, 2007) que presentan esquemas similares. Este paralelo resulta de notable interés, como veremos, pues los grupos Huguette y Limbourg han sido considerados el enlace directo entre los grupos mesolíticos del Norte y Noroeste de Europa y los grupos neolíticos de raíz cardial (Mazurié de Keroualin, 2007: 189). Los paralelos con los esquemas de buena parte de los yacimientos de la Meseta son notables.

Tampoco es menos cierto que en las cerámicas neolíticas comparecen otra serie de esquemas entre los que cabe destacar las 'líneas cosidas' y los motivos en espiga, que también muestran paralelos en las pinturas parietales y en arte mueble de los grupos cazadores-recolectores, si bien estos paralelos no son tan definitorios como los que acabamos de señalar. Algo muy similar podría indicarse de los denominados 'tectiformes' ramiformes (tipo VI de Sauvet) tan comunes del Perigord francés y que encontrarían

cierto paralelo en los esquemas acanalados 'metopados' presentes en numerosos casos en la Meseta.

¿Se trata en todos los casos de convergencias culturales?. Cabría pensarlo así de los dos últimos ejemplos manejados. Esto es así tanto por la distancia cronológica como por el hecho de que se trata de motivos básicos y que, por tanto, no presentan demasiadas dificultades para dar lugar, en su aplicación, a esquemas muy similares. Ahora bien, en el primer caso consideramos improbable que se trate de una convergencia, máxime si tenemos en cuenta tres cuestiones básicas como son la cronología, la localización geográfica y la identidad absoluta de los motivos. En cuanto a la primera cuestión, este tipo de motivo no aparece identificado como tal en ninguna de las tablas de signos del Paleolítico Superior elaboradas por Leroi Gourhan y por Sauvet. Además su presencia se ciñe perfectamente al Aziliense, cultura que se ha definido en ocasiones como transicional y que pudiera haber sido el sustrato industrial original sobre el que se produjo la neolitización de algunos sectores de la Península Ibérica. El que los motivos aparezcan asociados a aquellos espacios que serán, con el paso del tiempo, uno de los últimos reductos de los grupos de cazadores-recolectores, tampoco es baladí.

Es posible, por tanto, que las primeras cerámicas neolíticas portasen, en la plasmación de sus esquemas estilísticos, un mensaje dirigido a aquellos grupos para los que esta simbología tenía un sentido neto. De ser así, dos serían las posibles explicaciones. O bien se estaban produciendo unas cerámicas decoradas destinadas a establecer vínculos entre dos grupos diferenciados –lo cual daría valor a los postulados dualistas–, o bien fueron los propios grupos indígenas quienes estaban elaborando sus propios productos alfareros cargados de un sentido pleno para el grupo tribal, lo que sería del gusto de los 'autoctonistas', aún cuando no solucionase el hecho de la procedencia de la técnica alfarera. Por las evidencias existentes parece lógico inclinarse por la primera hipótesis.

Para el estudio del estilismo decorativo cerámico hemos seguido una división de los esquemas en cierto modo similar a la construida por M^a. S. Estremera (2003), si bien atendiendo a algunas variaciones en el campo de los grupos de motivos. Realmente esta división es la más intuitiva que se puede crear y se basa, específicamente, en un cuerpo reducido y cerrado de divisiones. Este concepto cerrado viene provocado por la circunscripción a las técnicas decorativas. Así, de forma general, hemos dividido el conjunto total de esquemas en los siguientes campos:

MOTIVO A- IMPRESOS

A.I Simples

- a/ Individualizados
- b/ Seriados (entre ellos espiga o 'espina de pescado')
- c/ Concatenados (específicamente 'pseudo- boquique')

A. II Múltiples (cardial, cardialoide y matriz múltiple)

MOTIVO B- INCISO/ACANALADO

B.I Simple

B.II Metopado

B.III Reticulado

B.IV Cepillado

MOTIVO C- INCISO/ACANALADO-IMPRESO

C.I Campo de impresiones seriadas enmarcadas por incisiones o acanalados

- a/ Sencillas
- b/ múltiples

C.II Línea cosida

C.III Punto en raya –genuino boquique-

C.IV Línea incisa/acanalada festoneada por impresiones (tipo 'aziloide')

- a/ Festones en dos líneas laterales
- b/ Festones en una sola línea lateral

MOTIVO D- RELIEVES

D.I Relieve sin otra técnica decorativa

D.II Relieve combinado con impresiones

- a/ En 'espiga' o 'espina de pescado'
- b/ En vertical
- c/ En oblicuo

D.III Relieve combinado con incisiones/acanalados

D.IV Relieve combinado con impresiones e incisiones/acanalados

Atendiendo a esta tipología, que complementa la presentada por Estremera para el caso de La Vaquera, se atiende a la totalidad de la casuística estilística presente en las decoraciones cerámicas, al menos desde un aspecto descriptivo. Ahora bien, hemos comprobado que el valor principal de las decoraciones que parecen ofrecer una mayor reiteración y sobre todo que aparentan contar con una representatividad geográfica más o menos destacada descansa sobre un aún más reducido conjunto de esquemas. Estos son los que se ha dado en denominar como esquemas indicativos y definitorios y son los que verdaderamente pueden ofrecer, tras su comparación exhaustiva dentro y fuera del marco meseteño, referencias geográficas, cronológicas y posiblemente tribales.

5.1. Esquemas Indicativos y definidores culturales y territoriales

Analizada la totalidad de la muestra, se ha llegado a la conclusión de que existe, superado ya el restrictivo reducto del motivo básico, una serie también limitada de indicadores destacados y definitorios.

TIPO 1 (Motivo A.II)

Este tipo se destaca en este apartado por la inclusión en él de las decoraciones cardiales (Fig. 537; Fig. 539, nºs 3-6,9,13). Estas son aún escasas en la Meseta y presentan una distribución geográfica muy definida asociada, principalmente, a la cuenca del Tajo. Consideramos que su valor geográfico es notable y tenemos la certeza de que su presencia en el curso medio de este río en fechas tan tempranas como el 6600 BP debe ponerse en relación con el rápido proceso de implantación de los primeros grupos colonos neolíticos mediante el empleo de canoas aprovechando la navegabilidad de buena parte del río.

TIPO 2 (Motivos A.Ib y D.IIa)

El segundo será el motivo en espiga o 'espina de pescado', consistente en la concatenación de pares de impresiones, generalmente ovales, enfrentadas y dispuestas en diagonal respecto a un plano central (Fig. 535, nº 10, 11, 17; Fig. 541, nº 69-73; Fig. 542, nº 13, 20, 26, 30, 31; Fig. 54, nº 41, 53, 56, 57, 61-64, 71, 75; Fig. 544, nº 81, 82, 84, 85). En este caso se ha observado que es posible realizar una leve distinción según los motivos y las técnicas que comparecen sobre el recipiente al que se asocia este esquema.

SUBTIPO A

Lo hemos denominado 'tipo puro doble' estando caracterizado por la comparecencia de tres impresiones paralelas dispuestas siempre del mismo modo.

SUBTIPO B

Denominado 'puro simple' o 'espiga', caracterizado por la presencia únicamente de dos impresiones ovales enfrentadas.

SUBTIPO C

Hemos diferenciado este subtipo cuando las impresiones se asocian a un cordón plástico, generalmente de escaso resalte. Como veremos es uno de los motivos más ampliamente representados.

TIPO 3 (Motivo A.Ic)

Está representado por el denominado 'boquique' (Fig. 527, nº 28, 29; Fig. 532). Tras nuestro estudio es este un término que consideramos poco adecuado ya que hemos tenido la oportunidad de localizar en el registro muy buenos ejemplos del boquique, entendido como genuino 'punto (impreso) en raya (incisa)'. No obstante, para evitar confusiones innecesarias, seguiremos manteniendo esta denominación. Este motivo se caracteriza por la sucesión concatenada y abigarrada de impresiones y en este caso, como sucederá también con los acanalados y las decoraciones plásticas, debemos ser conscientes de que es más la comparecencia de la técnica que la aparición de un esquema definitorio lo que debemos retener. Esto es así debido a la importancia que, de forma acertada o no, se le ha concedido a la decoración de boquique a la hora de definir las decoraciones de las cerámicas neolíticas. Independientemente del componente cronológico –que abordaremos más adelante– cabe señalar que se ha advertido un cierto valor geográfico a esta técnica. Este hecho es el que motiva que la incluyamos en este apartado. Si bien esta técnica suele comparecer formando esquemas sencillos, en alguna ocasión lo hace conformando motivos más complejos, en ocasiones incluso barrocos.

TIPO 4 (Motivo C.II)

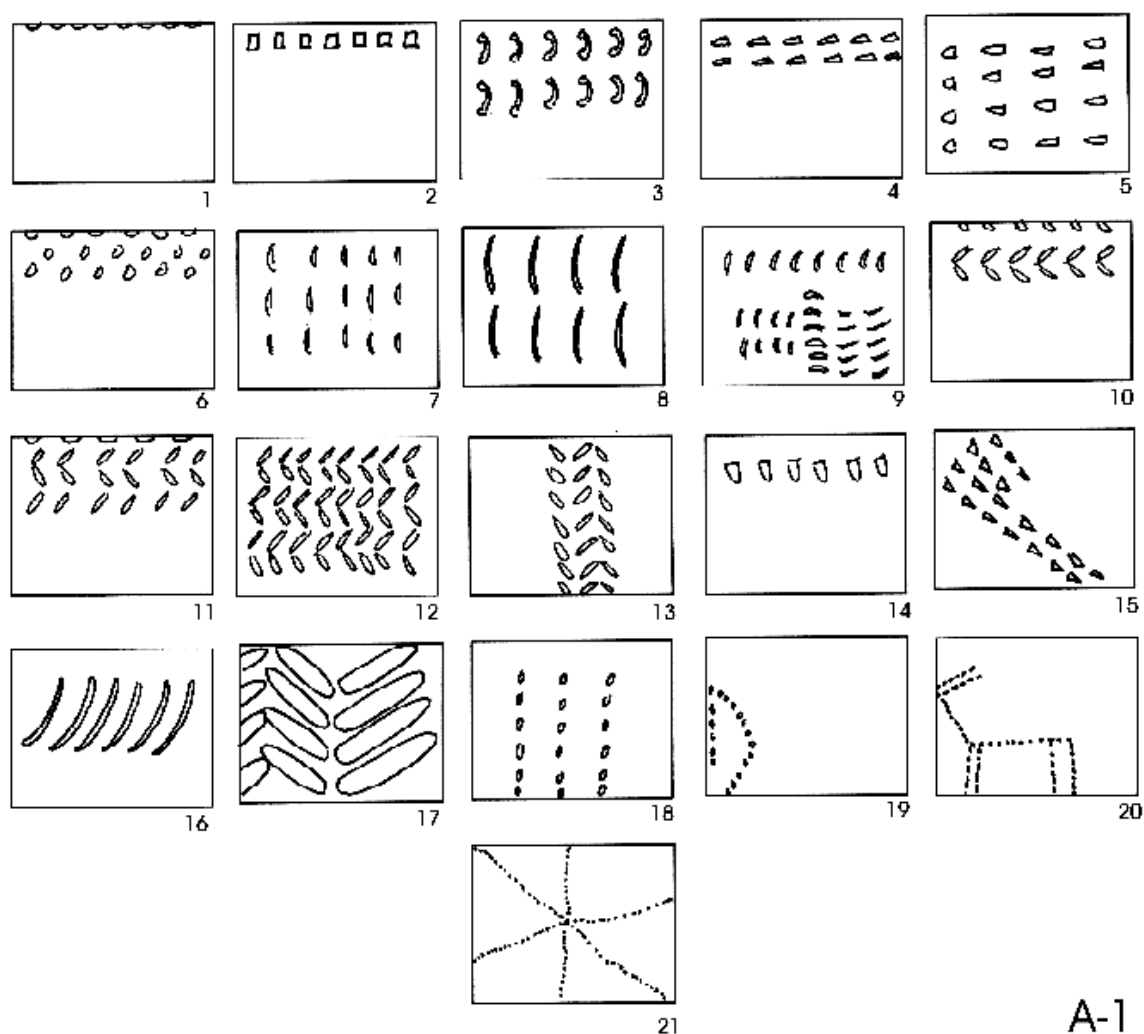
Este tipo la denominada 'línea cosida', consistente en una incisión, casi nunca un acanalado, de desarrollo horizontal, o en mayor medida, vertical, que presenta pequeñas impresiones cortas, a modo de segmentos, que subdividen el trazo principal (Fig. 539, nº 16-27).

TIPO 5 (Motivo C.IV)

El último tipo de motivo es el que hemos denominado '*pectiniforme aziloide*'. Sobre él nos hemos detenido en líneas anteriores. Se caracteriza, generalmente, por la comparecencia de entre tres y cinco líneas incisas, acanaladas o impresas, paralelas, de desarrollo horizontal o vertical, enmarcadas, a un lado y otro, por una serie paralela y continua de impresiones, generalmente oblicuas (Fig. 540). Atendiendo a la muestra estudiada hemos podido diferenciar un subtipo:

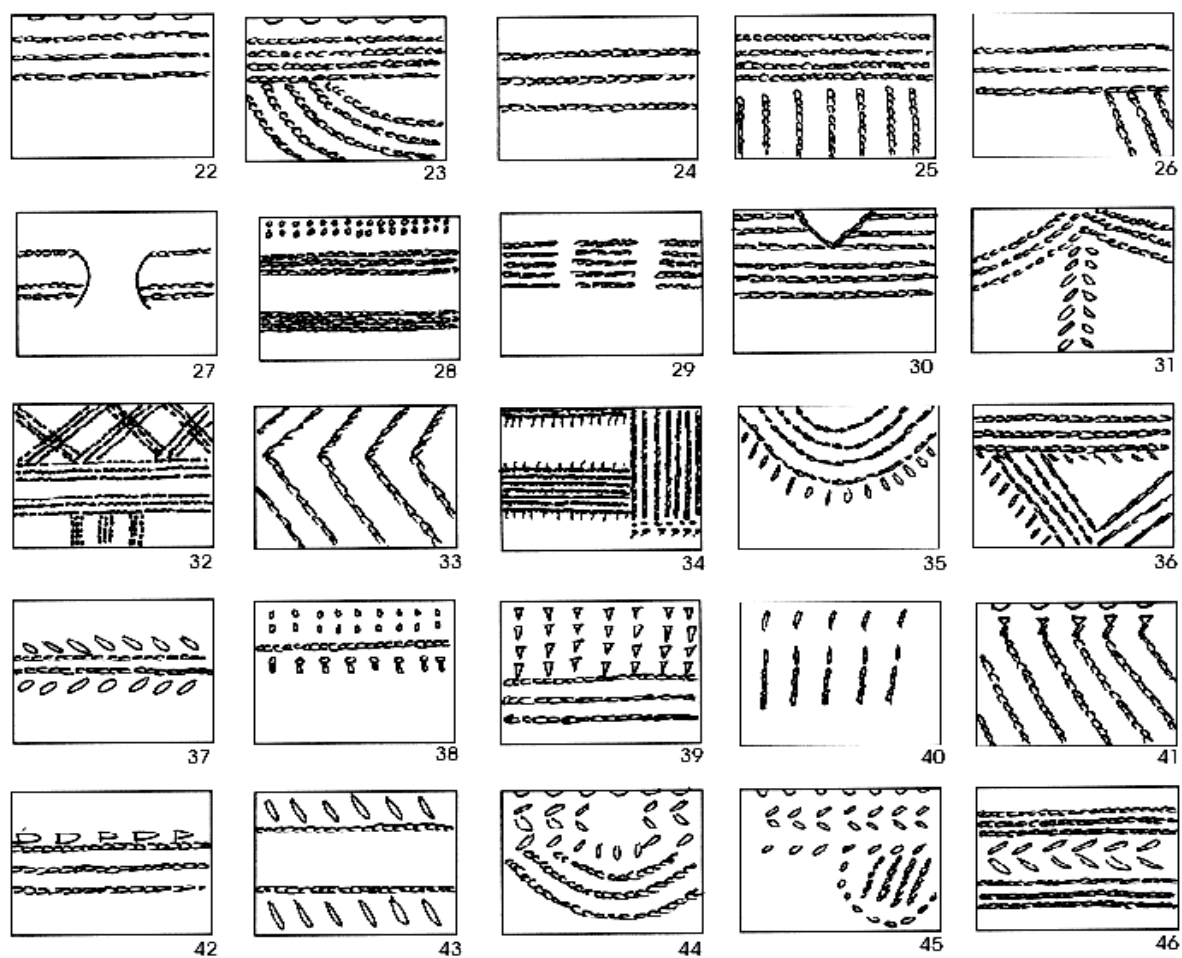
SUBTIPO D

Lo hemos denominado '*pectiniforme aziloide modificado o simple*' y referido a aquellos casos en los que las líneas paralelas no aparecen enmarcadas y delimitadas en sus dos extremos, sino tan sólo en uno de ellos.



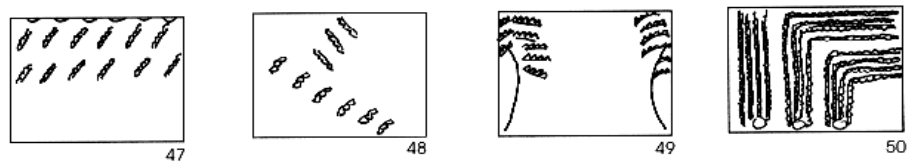
A-1

Fig. 535.- Esquema estilístico de cerámicas impresas de matriz simple



A-2

Fig. 536.- Esquema estilístico de cerámicas impresas de matriz simple en pseudo-boquite



A-3

Fig. 537.- Esquema estilístico de cerámicas impresas de matriz múltiple cardial y cardialoide

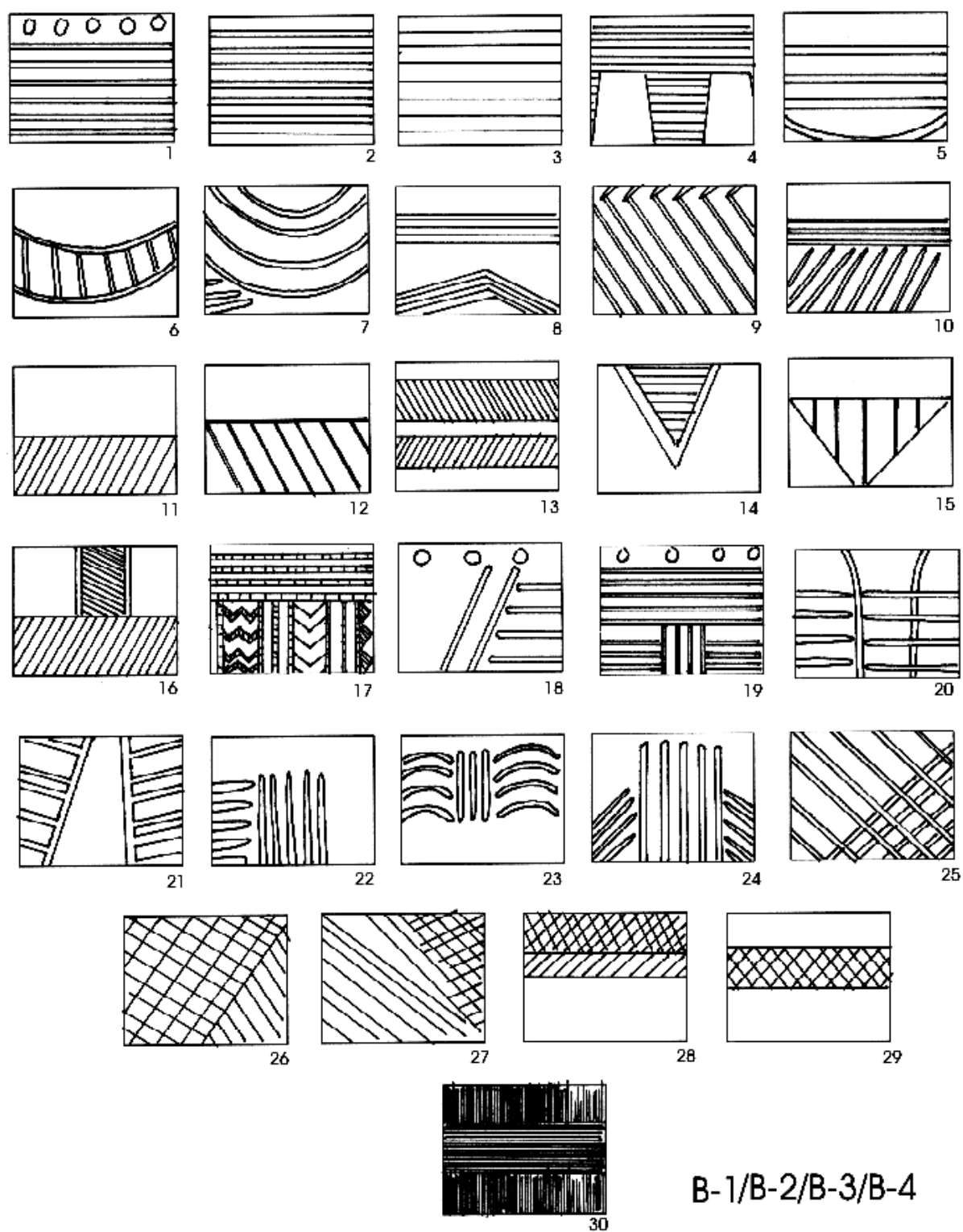


Fig. 538. - Esquema estilístico de cerámicas inciso/acanaladas simples (B1), metopadas (B2), reticuladas (B3) y cepilladas (B4)

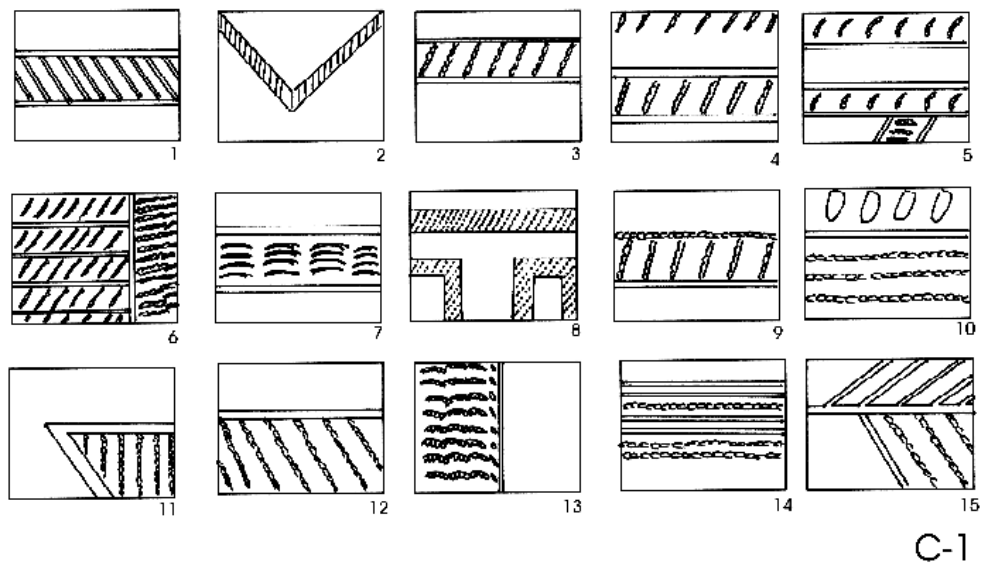


Fig. 539.- Esquema estilístico de cerámicas inciso/acanaladas e impresas. Impresiones repetidas enmarcadas por inciso/acanalados (C1)

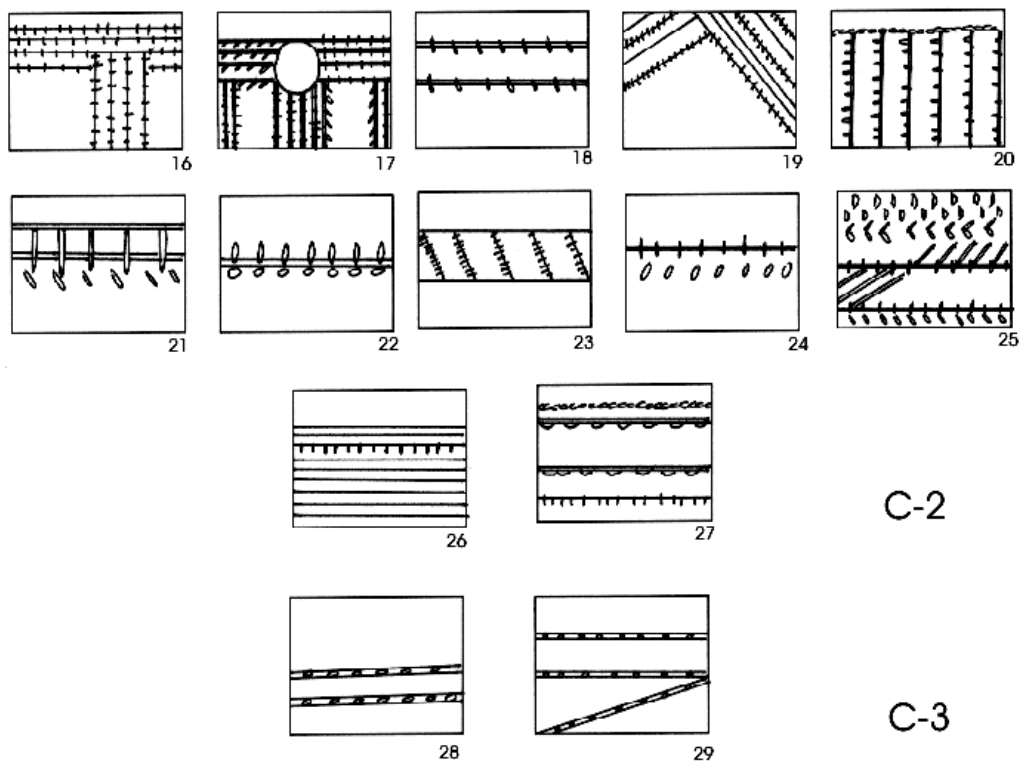
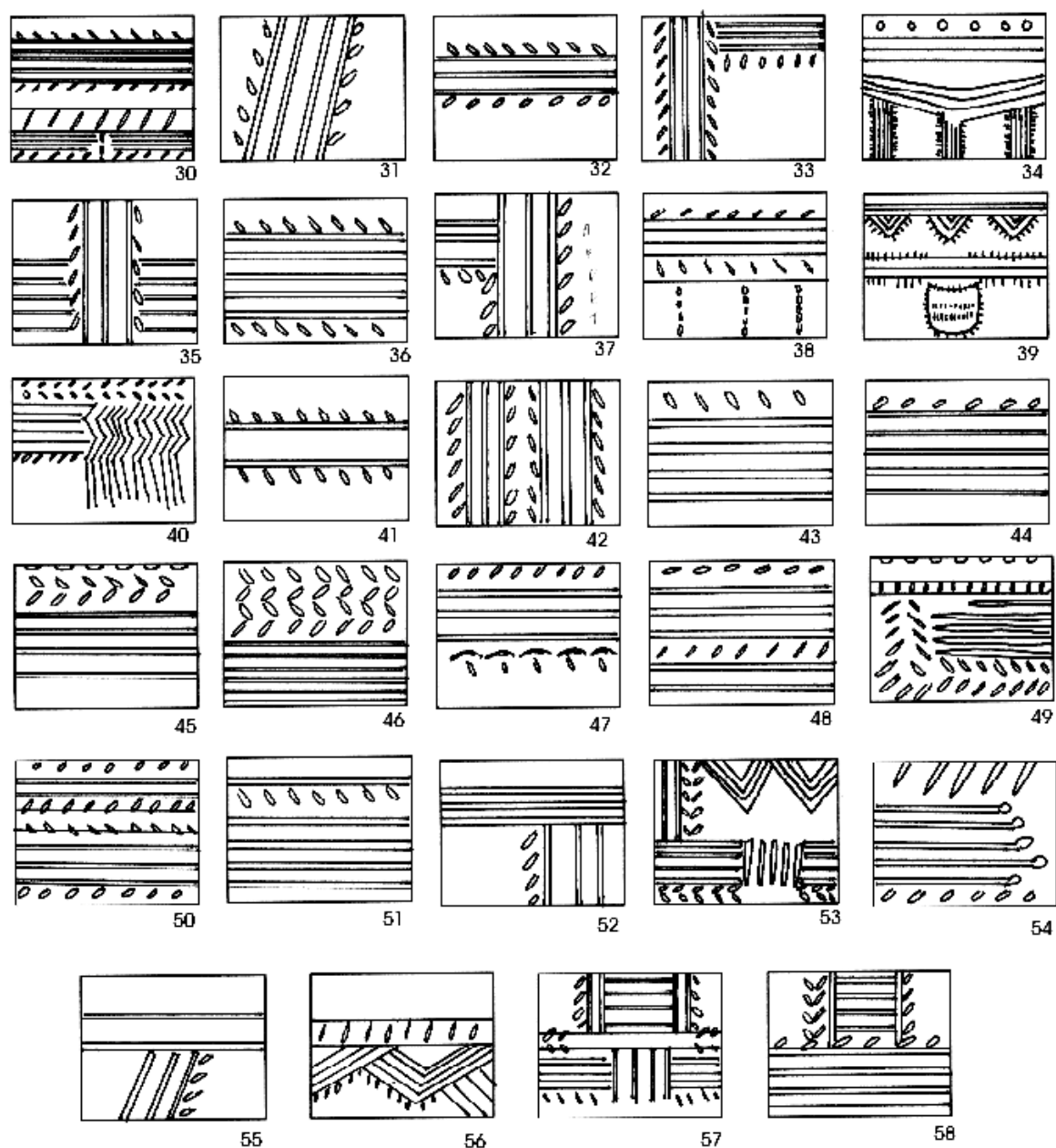


Fig. 540.- Esquema estilístico de cerámicas inciso/acanaladas e impresas. 'Línea cosida' (C-2) Boquique o 'punto en raya' (C-3)



C-4A

Fig. 541.- Esquema estilístico de cerámicas inciso/acanaladas e impresas. Impresiones repetidas enmarcadas por inciso/acanalados (C1)

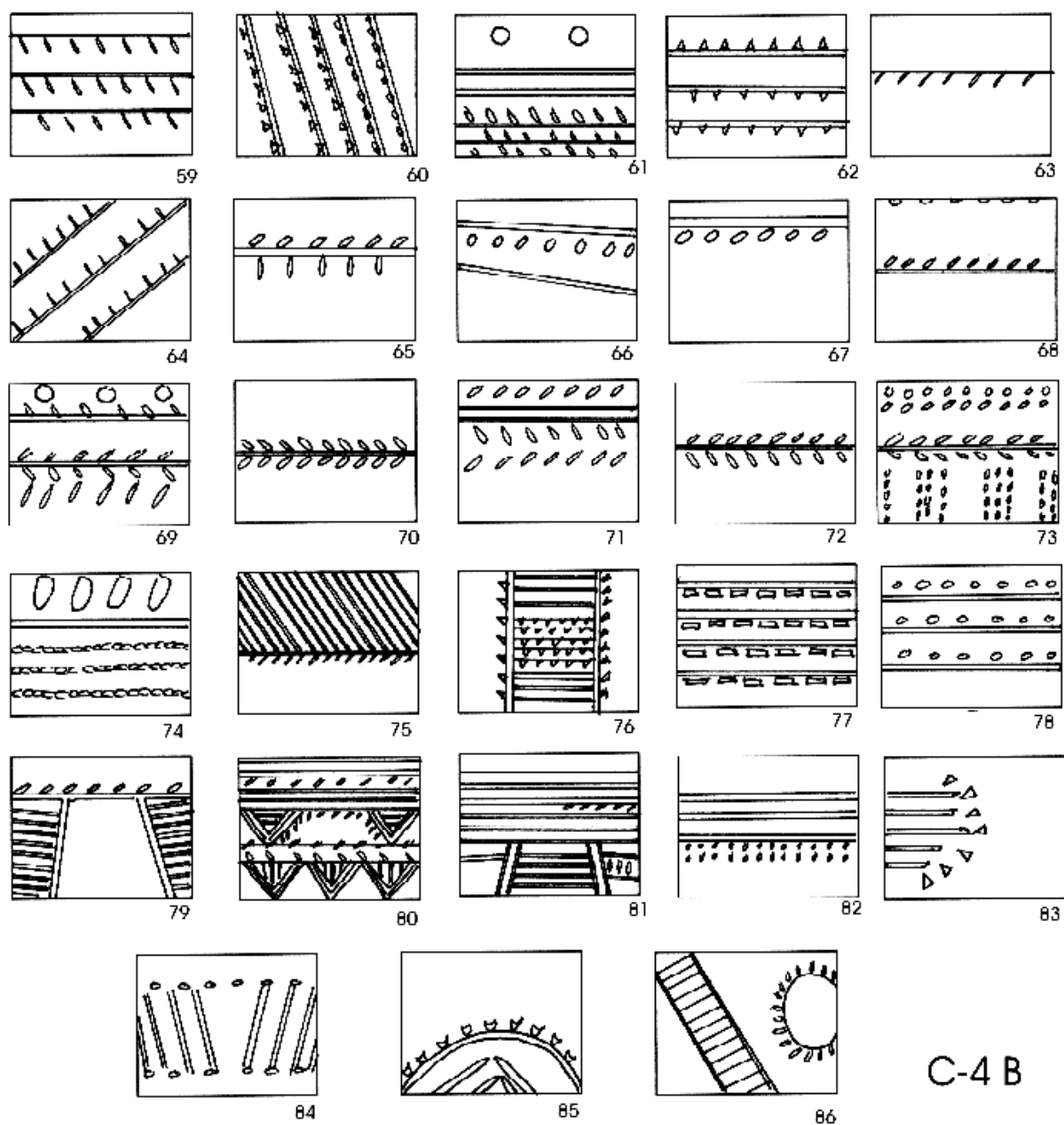


Fig. 542.- Esquema estilístico de cerámicas con líneas incisas bordeadas por impresiones simples (C-4b)

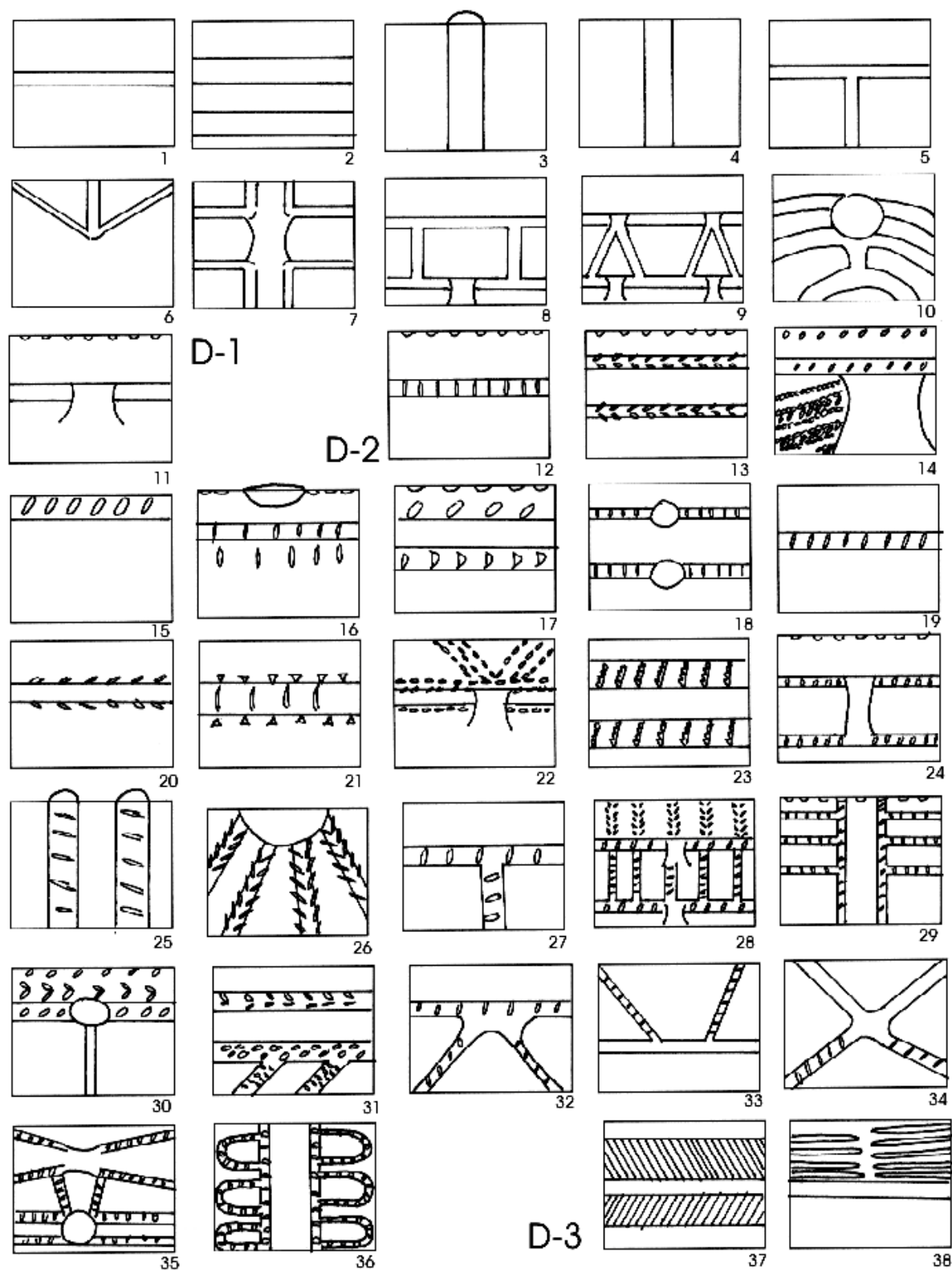
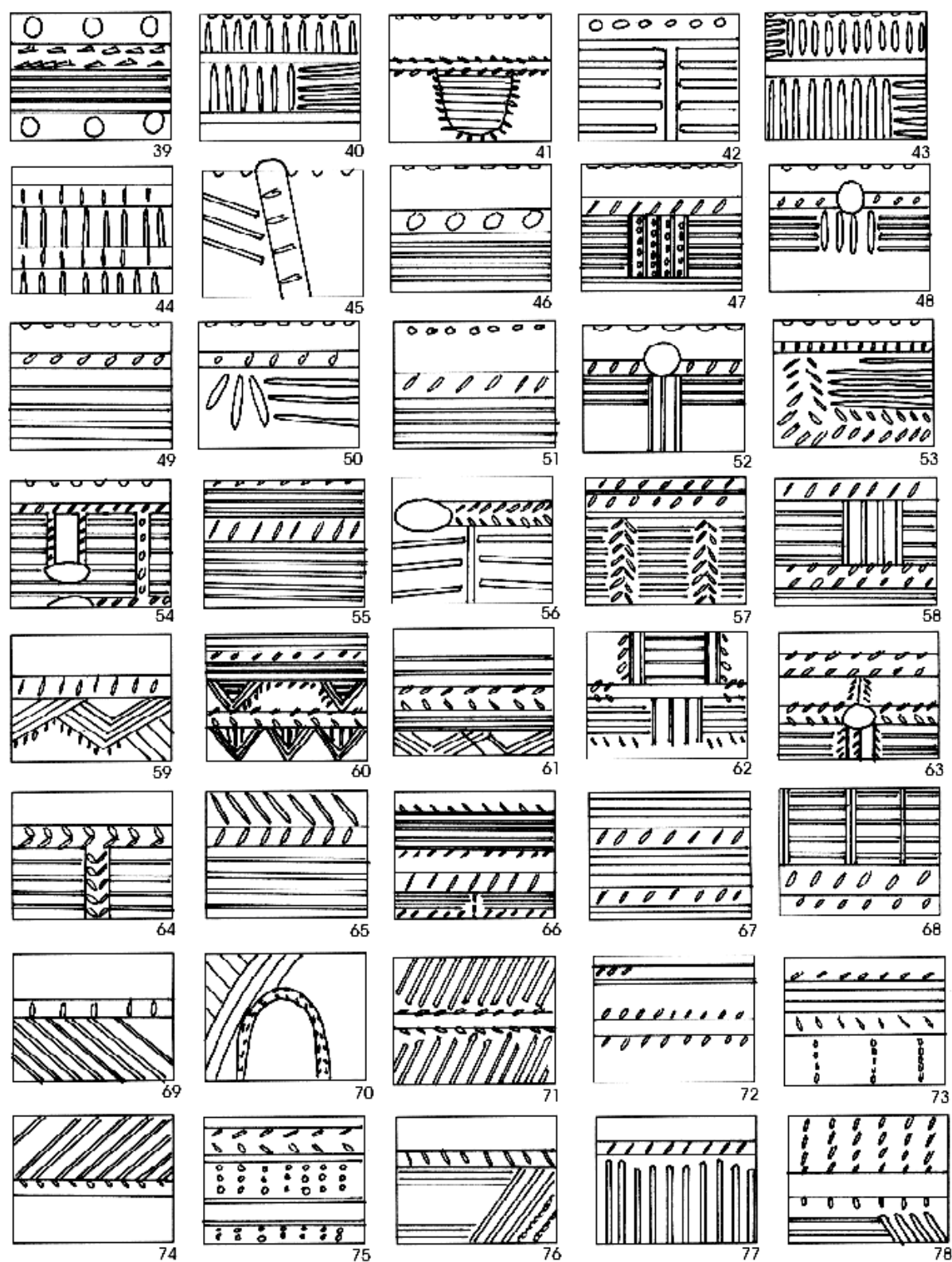


Fig. 543.- Esquema estilístico de cerámicas en relieve (D-1), relieve combinado con impresiones (D-2) y relieve combinado con incisiones/acanalados (D-3)



D-4

Fig. 544.- Esquema estilístico de cerámicas en relieve combinado con impresiones e incisiones (D-4)

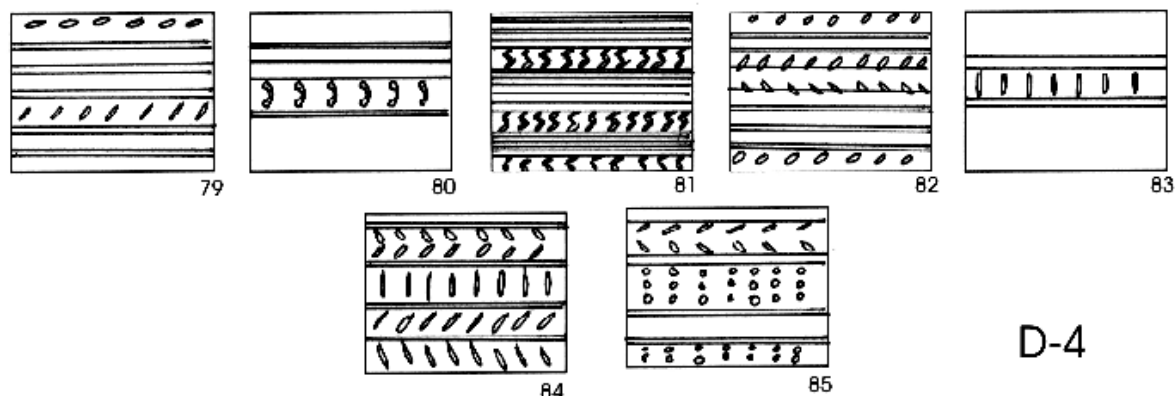


Fig. 545.- Esquema estilístico de cerámicas en relieve combinado con impresiones e incisiones (D-4)

Si bien no pueden tomarse en igualdad con los tipos que acabamos de describir, es conveniente atender a la presencia e importancia de las aplicaciones plásticas y los acanalados sobre el registro. Esto es así toda vez que hemos podido advertir cierta peculiaridad geográfica (caso de la notable representación de los acanalados en la Meseta Norte) o funcional (caso de las decoraciones plásticas complejas aplicadas a los grandes recipientes del tipo V y VIII fundamentalmente) observada en el estudio global de la muestra. No obstante resulta complejo extraer conclusiones definitivas sobre estos dos extremos.

Ahora bien, resulta evidente, aún con las limitaciones que nos imponen los datos, que estos dos criterios –geográfico y funcional- no pueden ser minusvalorados. El hecho de que las decoraciones comparezcan primordial y mayoritariamente sobre un reducido conjunto de formas debe pues valorarse. Raras son, sobre todo en los primeros tramos cronológicos de la secuencia, las formas de recipientes de mayor tamaño que no presentan decoración, por reducida o simple que esta sea, sobre su superficie. A su vez las decoraciones realizadas sobre recipientes de las formas III y IV es notablemente más reducida que sobre otras formas, especialmente las del tipo I y II pero sobre todo V, VI y VII, siendo escasos los ejemplares de esta última que no muestren decoración. Resulta tentador tratar de establecer algún tipo de relación entre tipo, función y decoración. Aún más se refuerza nuestra creencia cuando advertimos que formas como la señalada del tipo VII se asocian de forma reiterada a las inhumaciones; esto pudiera ser un indicio más de la existencia de esa siquiera sospechada relación. Ahora bien, debe reconocerse que es esta una línea de trabajo prematura para alcanzar conclusiones perfectamente establecidas.

Analizando los esquemas decorativos de un modo general observamos que se han diferenciado un total de 259 esquemas más o menos individualizados. Estos esquemas se reparten sobre una población total de elementos estudiados que supera con creces el millar de ejemplares repartidos en una superficie cercana a los 330.000 Km². El carteo de estos elementos (Fig. 543) nos permite obtener conclusiones interesantes. En primer lugar, de los cuatro tipos tan sólo los esquemas ‘pectiniforme aziloide’, de ‘pseudo-boquique’ y cardial pueden ser considerados diagnósticos desde el punto de vista geográfico. En el primer y último casos, es una decoración de dispersión bastante más

reducida pero con una cierta concentración en el espacio centro-oriental de la Meseta. En el segundo, a pesar de su notable dispersión, aparece una clara concentración en el espacio occidental, aunque cabe señalar que este esquema es el mejor representado del contexto cacereño. Una cierta identidad se puede establecer también para el caso de los esquemas de línea cosida que es uno de los que menor representación muestra. En cuanto a los esquemas 'en espiga', aún cuando se advierten algunas diferencias atendiendo al tratamiento diferenciado de los diferentes subtipos, cuando se cartean en conjunto evidencian que se trata de uno de los esquemas mejor representados de todos los analizados, lo que se traduce en su localización más generalizada.

Tampoco puede dejar de notarse la representación diferenciada existente entre unos tipos y otros. Así, mientras uno de los esquemas mejor representados en toda la Meseta es el tipo 2 o en 'espiga', los esquemas del tipo D3, que combinan motivos en relieve e incisiones/acanalados son muy poco frecuentes y tipológicamente poco variados. Escasos son también los motivos del tipo I –cardiales- y a este respecto no puede dejar de señalarse el claro paralelo que existe entre las decoraciones cardiales de la Meseta y las existentes en el vecino Portugal o, algo más alejado, en la costa Norte de Marruecos. Sin duda ambas relaciones sólo pueden ser valoradas en su justa medida atendiendo a su valor como definidores más que de una cronología de una adscripción cultural y de un valor que se inscribe perfectamente en el concepto de la tribu dialectal y a un nivel más general, de la definición de posibles contactos entre la fachada atlántica de la Península Ibérica y el Norte de África. Este valor se multiplica cuando advertimos la existencia de diferencias o matices respecto a las decoraciones cardiales clásicas más abundantes en la fachada levantina.

Por su comparecencia en los principales yacimientos estudiados podemos señalar la localización de los esquemas definitorios del siguiente modo:

Tipo I

Aparece representado en un conjunto muy reducido de enclaves, destacando por su número en La Paleta y Verona II. Menudean estos elementos en Olivar de Yeles, Verdelpino –aún cuando el ejemplar conquense no deja de presentar ciertas peculiaridades- y Cueva Santa. Éste último caso presenta claras relaciones espaciales y culturales con los grupos cardiales levantinos.

Tipo II

Muestra una representación bastante abundante. Atendiendo a las divisiones realizadas por subtipos podemos diferenciar:

Subtipo B1

La Vaquera, Cerca Antonio, El Aire, Cerro Soldado, Nogaleda, Verona II y La Paleta.

Subtipo B2

Carratiermes, Altotero, Galería del Sílex, La Vaquera, La Cal, Cerca Antonio, El Aire, Boquique, Los Valladares, Verona II y La Paleta

Subtipo B3

Cueva Lóbrega, Nogaleda, Cañadilla, La Vaquera, Enebrales, Cerca Antonio, El Aire, La Talayuela, Mesegar de Tajo, Verdelpino, El Paso, La Cueva, Verona II, Ventana y La Paleta

Tipo III

Presenta una distribución general en el territorio de la Meseta estando presente en Carratiermes, Nogaleda, Galería del Sílex, La Revilla, La Vaquera, La Velilla, Enebrales, Valdivia, La Cal, Cerca Antonio, Cerro de la Horca, Cueva de Boquique, Conejar,

Barruecos, Mesegar, Cerros de Mingo, Cañadilla, Canchera de Lobos, Villamayor, Verdelpino, Verona II –donde es bastante escaso- y La Paleta.

Tipo IV

Presente en los yacimientos de Nogaleta, Valdegoba, Cañadilla, Lámpara, La Vaquera, La Velilla, Los Enebrales, Valdivia, Cerca Antonio, El Aire, Verdelpino, La Perra, El Bardal, Verona II y La Paleta.

Tipo V

Aparece representado en los yacimientos de Cueva Lóbrega, Nogaleta, La Lámpara, La Vaquera, La Cañada, La Revilla, Los Vascos, La Cal, Mesegar de Tajo, El Aire, Verona II y La Paleta.

A parte del carteo de yacimientos (Fig. 534), se puede realizar un simple ejercicio comparativo entre las representaciones localizadas al Norte y Sur del Sistema Central y genéricamente en los ámbitos de influencia de las cuencas del Duero y del Tajo. Así, al tipo I le corresponden el 100% de los enclaves a la Meseta Sur. Al tipo II le corresponde, en todos los subtipos, una notable representación en enclaves de la Meseta Sur (subtipo A- 72%, Subtipo B-64% y Subtipo C-73%) frente a una representación más discreta en la Meseta Norte. El tipo III, de nuevo está mejor representado en la Meseta Sur (73%), mientras que en el caso de los tipos IV y V las distancias se reducen notablemente, presentando una representación bastante próxima (tipo IV, 47% en la Meseta Norte, frente al 53% en la Meseta Sur; tipo V, 46% en la Meseta Norte, frente al 54% en la Meseta Sur)

El hecho de que se cuente con un mayor conjunto numérico de enclaves controlados en la Meseta Sur implica un cierto desajuste en los estadígrafos simples, pero no puede dejar de señalarse que la enorme reducción de las distancias de representación en los tipos IV y V (Línea cosida y esquemas aziloide) implica sin género de dudas que estos dos tipos debieron ser esquemas propios definitorios del espacio territorial tribal de substrato propio del espacio del interior de la Península Ibérica. El interés de este dato de cara al establecimiento de una nueva 'frontera' tribal –entendida como elemento dialectal- es notable. Más significativo es el hecho de que donde mayor carga representativa muestran los esquemas 'aziloides' (la línea cosida no deja de serlo en cierto modo) es precisamente en el espacio territorial donde mayor entidad presentó esta diferenciación 'industrial', como tecno-complejo aziloide que, a la luz de los datos que presentamos puede empezar a entenderse en su verdadera dimensión cultural.

No estaríamos lejos de admitir que los esquemas del tipo 'pectiniforme aziloide' cobran su sentido más amplio en los grupos de frontera. Tal vez por ello su presencia en contextos aculturados sea mayor. Este hecho explicaría la existencia de una codificación conceptual, simbólica, cargada de sentido para los potenciales grupos receptores de los novedosos elementos técnicos alfareros procedentes de grupos de colonos. Podría ser esta la evidencia más clara del valor de la cerámica no sólo como indicador del Neolítico, sino como vehículo de la neolitización, incluido el importante, y también intangible, componente simbólico-conceptual del proceso. En definitiva, así se supera el mero hecho arqueográfico de la presencia y expansión de 'las cerámicas'.

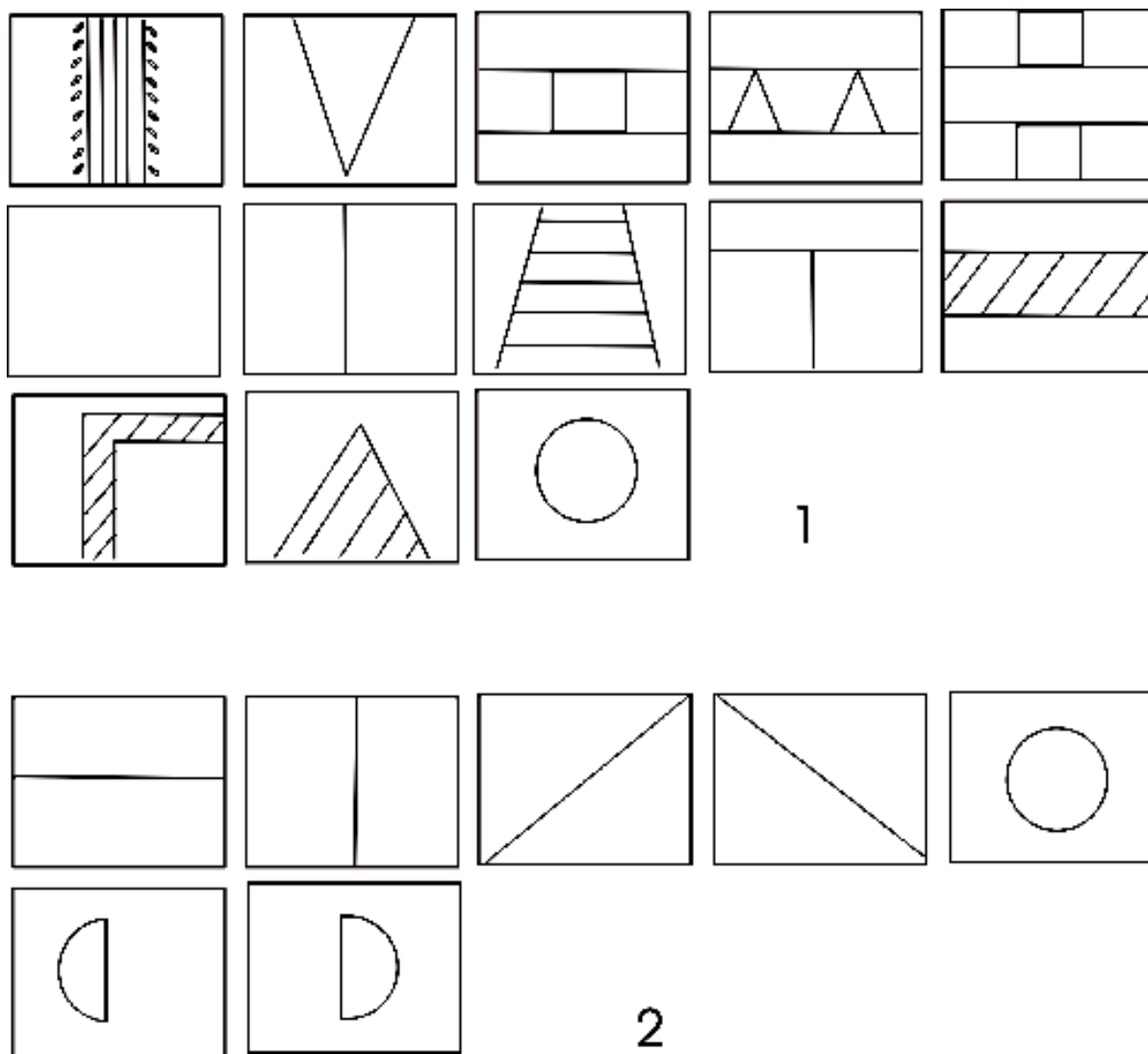


Fig.546.- Reducción básica de esquemas representados (1) Reducción total de los esquemas a morfología geométrica básicas (2)

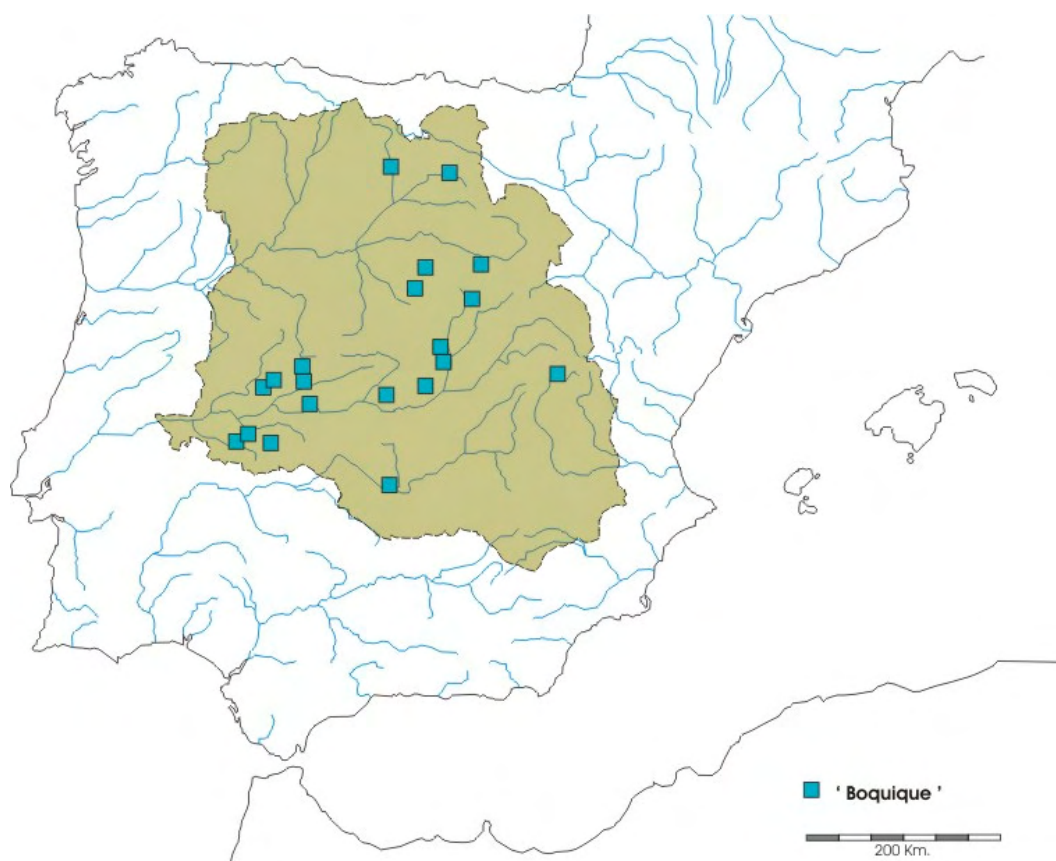


Fig.547.- Distribución de los motivos Aic y CIII en el área de estudio.

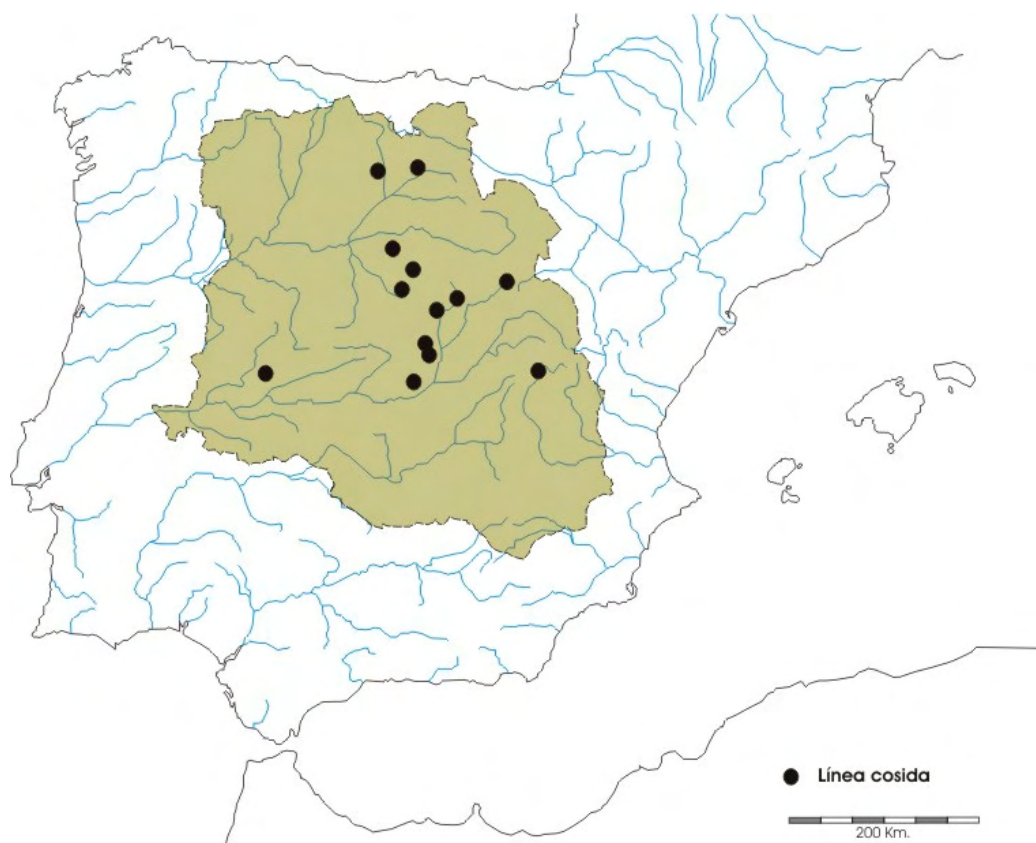


Fig.548.- Distribución del motivo CII en el área de estudio.

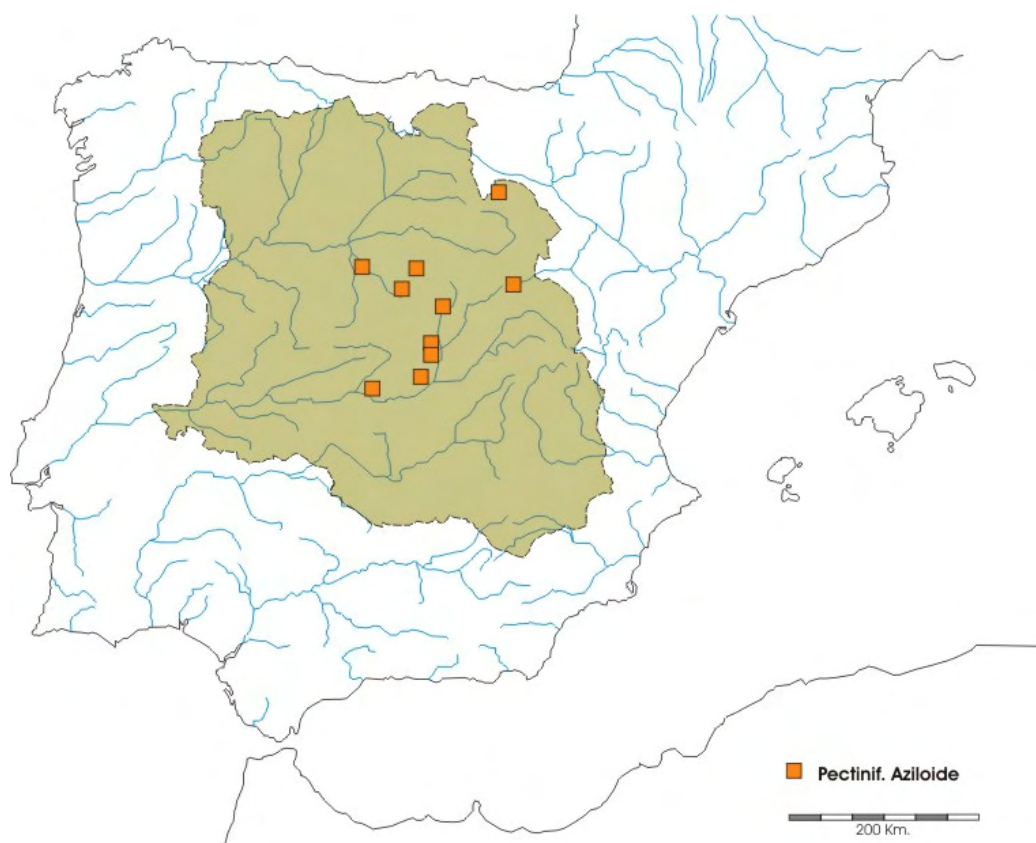


Fig.549.- Distribución del motivo CIV en el área de estudio.

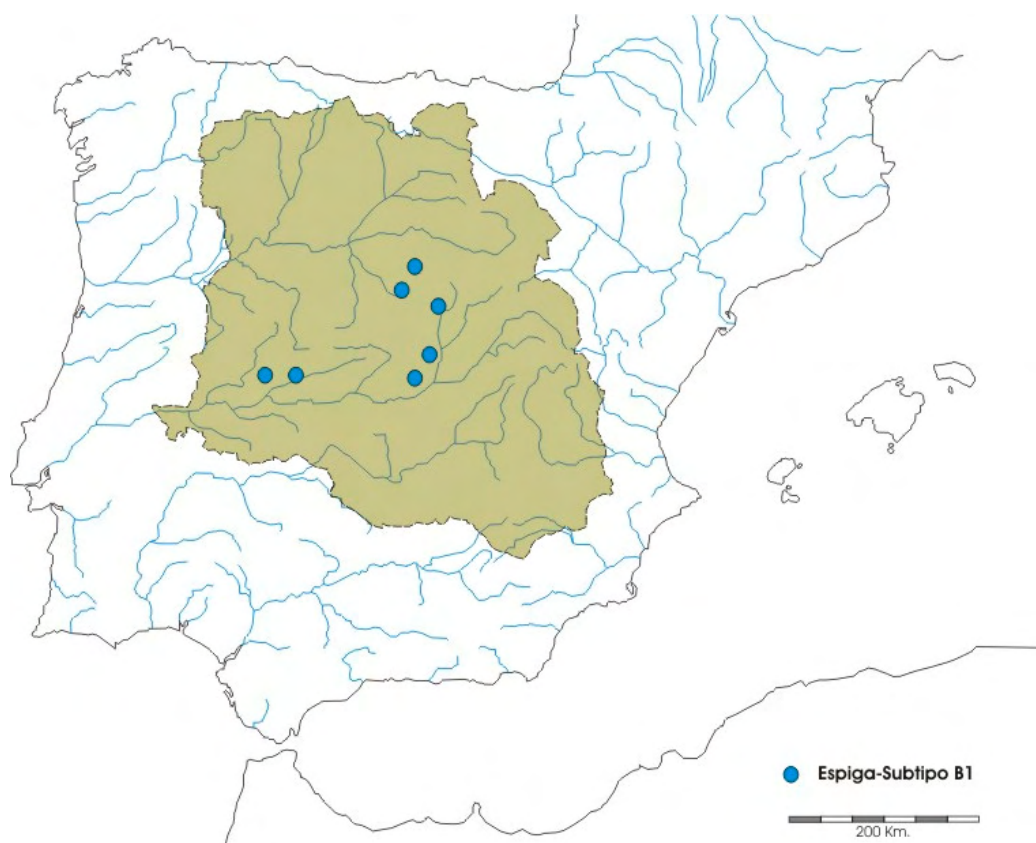


Fig.550.- Distribución del Esquema Tipo 2- Subtipo B1.

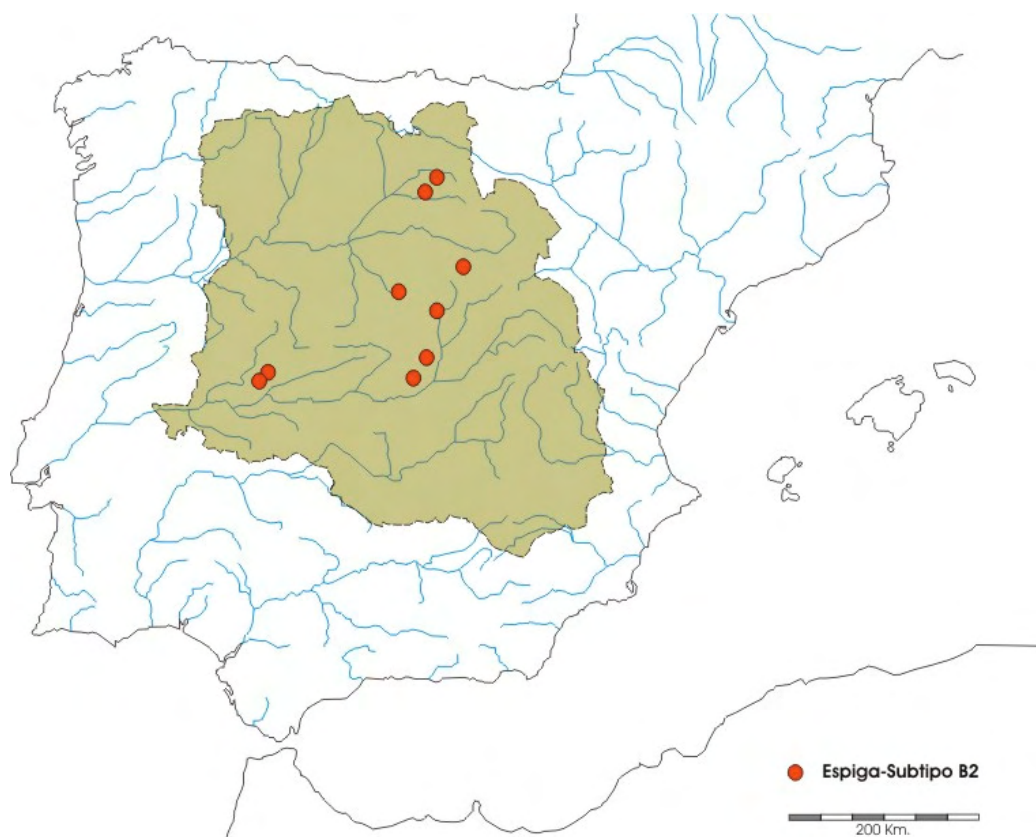


Fig.551.- Distribución del Esquema Tipo 2- Subtipo B2.

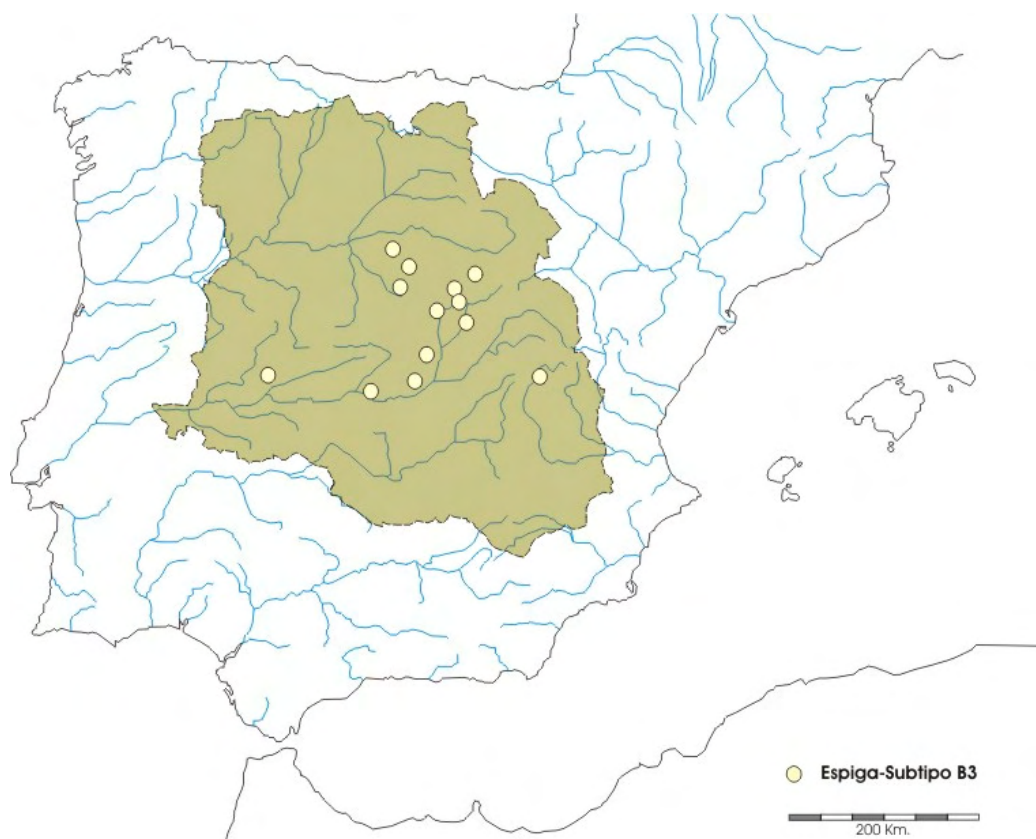


Fig.552.- Distribución del Esquema Tipo 2- Subtipo B3.

XII

DESARROLLO DE LA NEOLITIZACIÓN Y SECUENCIA CRONO-CULTURAL

INTRODUCCIÓN

En los estudios referentes a las primeras etapas de la Historia carecemos de los elementos necesarios que certifiquen que la línea de sucesión de los acontecimientos y hechos sea única y exclusivamente la que indicamos. Nos movemos en la imperfección de los datos y tan sólo contamos con un esquema global sometido a un margen de error, a una suerte de desviación estándar que implica por igual a la práctica totalidad de los elementos manejados en la investigación. Afortunadamente, la sucesión de hallazgos y la generalización de los estudios de nuevos enclaves favorecen la ratificación o la anulación de los postulados contruidos.

La Península Ibérica funciona como una gran isla de alrededor de 504.000 Km², de los que la zona de estudio abarca 330.000 km². El solar ibérico está rodeado por una amplia corona costera que lo delimita por los cuatro puntos cardinales. El nexo de tierra que lo mantiene anclado a Europa se constituye como una barrera elevada, seguramente no infranqueable. Al Sur, la fosa profunda de un mar que asemeja más en ese lugar a un ancho río (Jiménez Guijarro, 2006: 366), separa la Península de África.

Las relaciones con la Península Ibérica están abocadas, especialmente, al contacto marítimo. También los contactos entre la costa y el interior debieron valerse de técnicas de navegación fluvial, sobre todo en los tramos inferiores de nuestros modestos ríos, comparados con otros grandes ejes fluviales vecinos.

Nuestro estudio ha partido del presupuesto de una llegada alóctona, importada, colonial y externa, del primer 'neolítico' a la Península Ibérica. Con los datos existentes y aún teniendo en cuenta la notable superficie de terreno costero sumergido, las costas fueron las primeras zonas que recibieron las novedades culturales y técnicas del Neolítico. No puede descartarse una vía de expansión terrestre a través de los Pirineos, si bien los datos que deberían probar su existencia son prácticamente inexistentes. Además, la velocidad con la que el neolítico alcanzó las costas levantinas y atlánticas e incluso el interior de la Península Ibérica, certifican la comparecencia de un modelo de colonización pionera.

Diversos autores han señalado lo inútil de seguir manteniendo posturas autoctonistas para explicar el origen del Neolítico de la Península Ibérica y de buena parte de Europa (Mazurié de Keroualin, 2007). Los modelos explicativos basados exclusivamente en los modelos '*down the line*' para la difusión del neolítico tampoco se han demostrado útiles y esclarecedores pues, difícilmente, los objetos viajan solos. El proceso evolutivo cultural implica el contacto con la información pero también con el '*Know how*' y con las gentes que poseen el conocimiento.

La neolitización del interior de la Península Ibérica debe partir de la neolitización previa de otros espacios vecinos y en otras cronologías, aunque sean solo ligeramente más antiguas. Hemos analizado el marco físico; se han presentado los principales datos

existentes; contamos con una primera aproximación al marco temporal y queda por analizar el modo como se organizó el proceso de neolitización.

1. LA SECUENCIA LÓGICA

Uno de los principales objetivos de una síntesis histórica radica en explicar el modo, ordenado, en el que acontecieron los sucesos objeto de análisis. La representación más sencilla es la secuencia o sucesión ordenada de acontecimientos dentro de un determinado marco cronológico.

Para alcanzar este objetivo contamos con paralelos útiles, sobre todo en aquellos casos en los que las secuencias mostradas se amparan en buenos estudios estratigráficos, lamentablemente no tan comunes como quisiéramos en nuestra área de estudio. Por este motivo siguen abiertos grandes interrogantes; cuestiones que han de ser tarea prioritaria para el futuro investigador.

Una de las primeras cuestiones que llaman la atención al realizar una comparación con las secuencias construidas en Francia, Italia o Alemania y las de la Península Ibérica radica en la notable ausencia de horizontes culturales diferenciados en nuestra geografía. El conjunto de éstos definidos, por ejemplo, en Francia o Alemania responden a diferenciaciones regionales que definen distintos grupos dentro de un mismo marco cronológico y cultural. El hecho de que esto no suceda en la Península Ibérica puede ser motivado por dos cuestiones. O el Neolítico fue un acontecimiento monolítico y homogéneo como indican algunas síntesis, o por el contrario, debemos admitir la existencia de un conocimiento deficiente, excesivamente localista o a lo sumo regional, basado en el control de un reducido y pobre número de evidencias, dominadas por la ausencia de estudios globales o de síntesis. El estudio detenido del proceso de neolitización sugiere optar por esta última explicación.

Ante una tabla secuencial básica advertimos la existencia de grandes lagunas del conocimiento (Fig. 535). En la base del sustrato tan sólo podemos hablar de adscripciones genéricas éstas presentan diferenciaciones materiales detrás de las que podría existir una diferenciación étnica o cultural, toda vez que los escasos elementos de diagnóstico que poseemos son las industrias y dentro de ellas, especialmente, las líticas. Las industrias azilienses, en el caso del Cantábrico, parecen consolidarse como entidades culturales cargadas de sentido. Que esto sea así se debe, principalmente, al notable conocimiento que en esta área se tiene de este periodo. A lo largo de este estudio se han señalado algunas adscripciones aziloides para conjuntos arqueográficos localizados fuera del marco cantábrico. No en vano buena parte del sustrato epipaleomesolítico de la Meseta lo hemos definido, materialmente, como inmerso en la esfera de lo 'aziloide'. Ahora bien, quedan por definir las relaciones lógicas existentes –si es que existieron– entre el sustrato del Paleolítico Superior Final y este Epipaleolítico, o Epipaleomesolítico.

En aquellos yacimientos estratificados que hemos revisado, así como en los que hemos tenido la oportunidad de llevar a cabo excavaciones para dilucidar este problema, hemos descubierto la existencia generalizada de hiatus de poblamiento, casos de La Ventana, posiblemente también en La Higuera y sin duda alguna en el de Verdelpino y La Peña de Estebanvela. La ausencia de registros Holocenos superpuestos a otros enclaves como los de El Nispero y las dudas que plantea el registro de La Dehesa, no permite señalar una línea nítida de continuidad.

Cabría esperar, por tanto, una **interrupción general en el nivel de relación lógico entre los últimos contextos finipleistocenos y del Holoceno inicial**. Pese a los indicios de rastros del sustrato en numerosos conjuntos industriales de la Meseta, no podemos establecer nada que vaya más allá de lo meramente hipotético. Además, el hecho de que los enclaves sean habitados, de forma estacional o continuada durante más

de dos milenios para, en torno al 10000-9000 BP, dejar de ser frecuentados, evidencia un cambio en la gestión del territorio.

Las aún escasas, pero cada vez más habituales evidencias de industrias geométricas asociadas a contextos Epipaleomesolíticos y Neolíticos como La Ventana y Verona II, posiblemente de Verdelpino, Molino del Vadico o Las Avispas, indican un sustrato material de fuerte base mesolítica. Los avances de la investigación, llevados a cabo en el ámbito de influencia de la Cornisa Cantábrica y la Cuenca del Ebro, parecen indicar presencias mesolíticas que han pasado inadvertidas (Alday, 1998). Resulta ilógico que en espacios próximos a los mesolíticos geométricos, caso de Botiquería, Mendandia, Kampanoste Goikoa, Pontet, Forcas, Zatoya, las presencias mesolíticas fuesen nulas, máxime tratándose de espacios de destacado valor económico. Más problemático resulta admitir que los amplios recursos líticos silíceos de la cuenca media del Tajo, explotados durante milenios, hubiesen pasado inadvertidos o carecido de interés para los grupos cazadores-recolectores de elevada movilidad, máxime cuando las evidencias de geometrismo son tan evidentes en el caso madrileño y además acompañan a la práctica totalidad de los conjuntos neolíticos excavados.

Para explicar la base industrial geométrica de marcado carácter tradicional existente en los yacimientos madrileños debemos suponer, bien la existencia de una cultura mesolítica, o el hecho de que la neolitización de las tierras del interior derivase de grupos previamente neolitizados (Neolítico IB) y por tanto portadores de un importante bagaje industrial indígena. Los materiales recuperados en el yacimiento de Verona II y sobre todo las diferencias materiales observadas entre el Neolítico de este yacimiento o de La Ventana y el toledano de La Paleta, con dataciones muy próximas, nos obliga a señalar la plausible existencia de grupos Epipaleomesolíticos.

El megalitismo presenta aquí grandes posibilidades explicativas según el modelo establecido por Kinnes (1992) para explicar el megalitismo como respuesta a los efectos de la economía de producción entre distintos grupos mesolíticos de la fachada atlántica europea. En definitiva, la situación de estos sepulcros en la Meseta y a mayor escala en la Península Ibérica responde a ese modelo de frontera que podría indicar la existencia de una extensa área de conflicto. Este área quedaría definida por el paulatino avance hacia el Norte de la economía de producción; avance que favorecería el paulatino estrangulamiento de las economías de gestión cazadora-recolectora, instaladas en el área refugio del cantábrico. Los megalitos serían la evidencia de un mundo en conflicto.

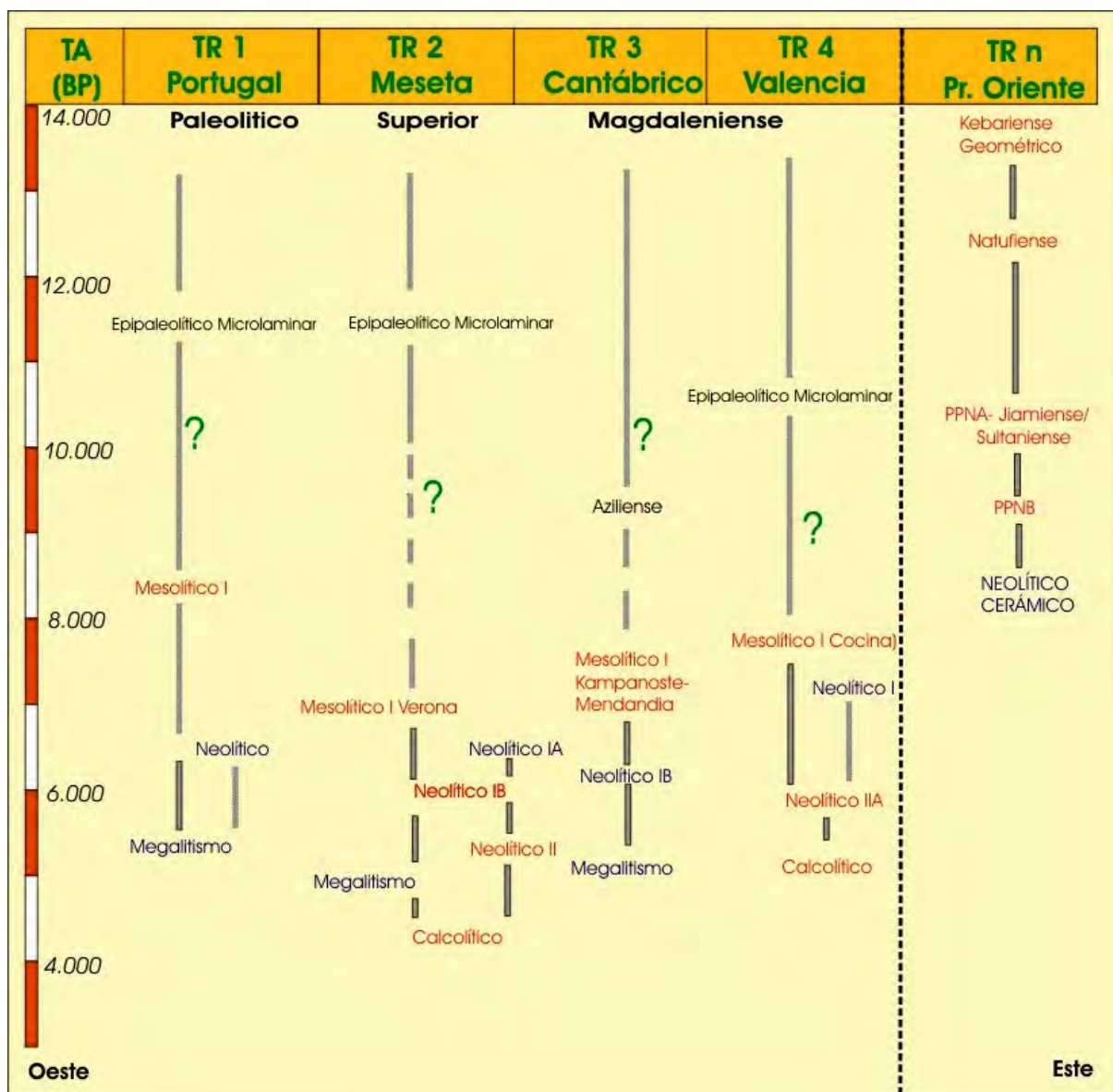


Fig. 553.- Tabla secuencial comparativa de los desarrollos de Tiempos Relativos de diferentes contextos peninsulares y del Próximo Oriente.

Para el contexto de la Meseta, se puede sostener, amparándose en las evidencias procedentes de enclaves como Verona II, La Ventana, Las Avispas, La Dehesa, Verdelpino y Molino Vadico, la existencia de grupos de carácter Epipaleomesolítico (Fase 0 de Bernabeu *et alii*, 1995: 247 y Bernabeu, 1996) diseminados de forma desigual por el territorio y conformando espacios territoriales diferenciados. Es plausible señalar con esta base, la existencia de los siguientes grupos culturales³ (Fig. 554)

-Grupo Geométrico Alto Ebro (Grupo Mendandia-Kampanoste) (Fig. 554, 4)

Este grupo ocuparía enclaves situados al Norte del Ebro y estaría en clara relación con los conjuntos cantábricos concentrados en las actuales provincias de Cantabria y Asturias. En todos ellos la existencia de un componente aziloide es notoria, pudiendo constituir la base humana y cultural sobre la que incidió la segunda geometrización, lógicamente anterior a la implantación neolítica. Hasta la fecha no han sido detectados, o correctamente atribuidos, yacimientos correspondientes a este grupo en las tierras

³ Entendemos en esta ocasión Grupo cultural atendiendo, especialmente a los indicadores industriales y económicos.

castellano-leonesas. A nuestro entender esta ausencia es debida a carencias de la investigación. Prueba de ello es la presencia de industrias geométricas en contextos megalíticos (Vid. Sup. Cap. VIII) que deben interpretarse como evidencia de enfrentamientos territoriales entre grupos mesolíticos, neolitizados o no y neolíticos.

-Grupo geométrico del Tajo (Grupo Muge) (Fig. 554, 1 y 3)

Representado en la Meseta por el Grupo Ventana-Verona II

Este grupo está relacionado con el Grupo luso del Muge. Hasta la fecha se ha evidenciado en contextos del curso medio del río Tajo y en el río Jarama, siendo Verona II y en menor medida La Ventana sus mejores representantes. En ambos casos, y tal vez también en La Dehesa y en otras muchas dispersas por el territorio, mal interpretadas, se puede rastrear un trasunto aziloide geometrizado para estos grupos.

-Grupo mediterráneo (Grupo Cocina) (Fig. 554, 5-7)

Representado en la Meseta por el Grupo Verdelpino-Vadico

Plausiblemente relacionado con contextos de tradición microlaminar escasamente geometrizados, al menos según los elementos recuperados en Verdelpino. No se advierte una relación nítida con los contextos del Grupo Cocina, propio de las áreas interiores del Sistema Ibérico y del área levantina si bien su proximidad, así como la de los conjuntos del enclave andaluz de Nacimiento, puede estar señalando pautas de relación aún por dirimir.

El marco de acción de los grupos mesolíticos, que tan bien representados aparecen en el Norte del Duero, cabecera del Ebro y Cordillera Cantábrica, llegaría hasta el Sistema Central, superándolo hasta el área del Tajo, límite de contacto con los grupos mesolíticos del bajo Tajo (Horizonte del Muge), área de implantación de los primeros grupos neolíticos de la fachada atlántica (Fig. 554)

Las evidencias puestas de manifiesto por los trabajos de la Universidad de Cádiz (Ramos, 2002; Ramos et alii, 2004; Ramos y Lazarich, 2002; Ramos y Castañeda, 2005) parecen señalar la posibilidad de definir la existencia de un grupo con identidad propia en el extremo Sur de la Península Ibérica. Éste podría ser denominado como **Grupo Palmones** (Fig. 554, 8) y podría tener cierta relación con los grupos mesolíticos del extremo sudoccidental de la Península (Fig. 554, 9) Pese a todo, aún quedan abiertos algunos interrogantes acerca de la definición de este grupo. No en vano es necesario que se amplíen los descubrimientos y se intensifiquen los proyectos destinados a la localización de emplazamientos costeros e interiores que permitan solucionar la definición de este grupo. La incidencia de emplazamientos neolíticos o la presencia de materiales cardiales en contextos del Mesolítico Final, en todos los casos, debe ser definitivamente valorada. No obstante la realidad del registro y su entidad están ahí y ambos pueden ser decisivos en el análisis de las relaciones establecidas, desde el Mesolítico, entre los grupos costeros del Sur de la Península Ibérica y Norte de Marruecos (Ramos, 2002)

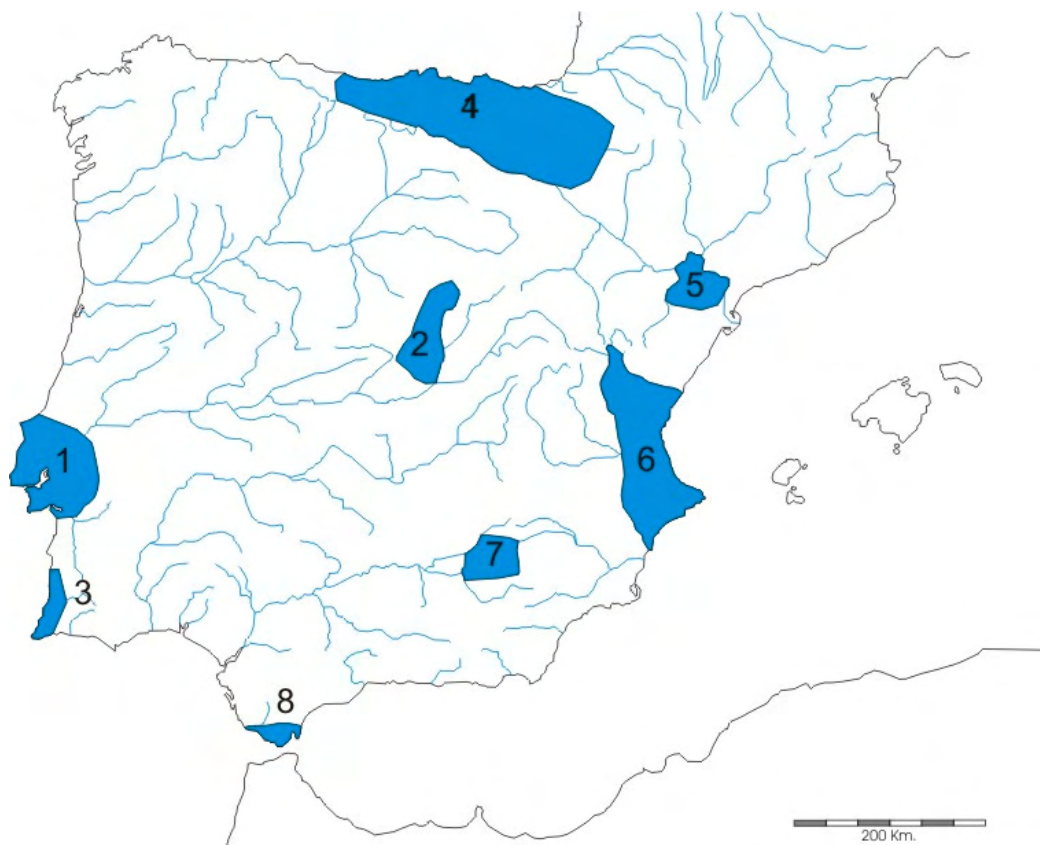


Fig. 554.- Distribución de los principales grupos epipaleo-mesolíticos de la Península Ibérica

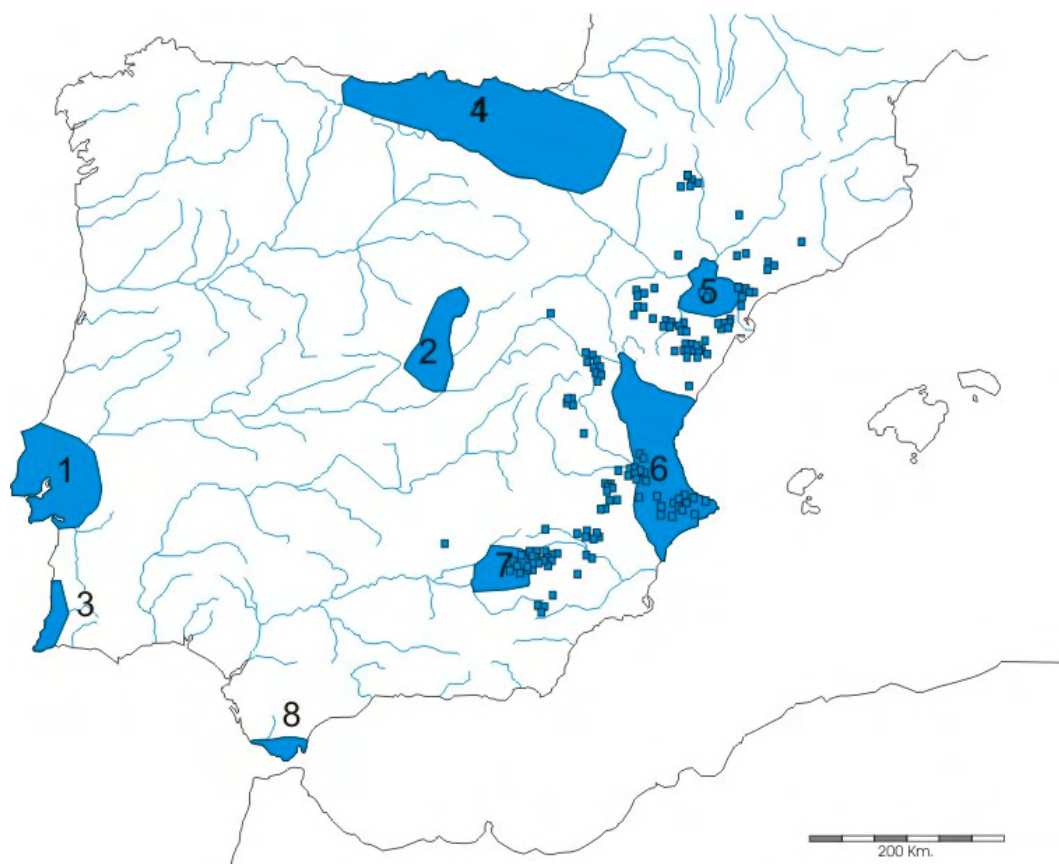


Fig. 555.- Distribución de los principales grupos epipaleo-mesolíticos de la Península Ibérica y de enclaves con arte levantino.

Al cartear los principales grupos epipaleomesolíticos de la Península Ibérica junto a los emplazamientos con arte rupestre levantino (Fig. 555) advertimos que, como era de esperar y a pesar de los posibles componentes locales, los grupos de la orla mediterránea (Fig. 555, 5-7) pueden ser agrupados en un solo grupo, el Medieterráneo. Atendiendo a la ubicación de los enclaves de Verdelpino, Molino del Vadico o El Niño, parece claro que el extremo sureste y Este de la Meseta debió de estar, en cierto modo, dentro del ámbito de influencia de aquellos grupos 'levantinos'. Las diferencias de los conjuntos materiales existen, pero es cierto que el escaso conocimiento que tenemos de los conjuntos líticos de Molino Vadico y la inexistencia de intervenciones sistemáticas asociadas al enclave de El Niño, así como el carácter de revuelto del yacimiento de Verdelpino no permiten aquilatar mucho más las apreciaciones.

Esta situación resalta, al tiempo que certifica, la impresión de que existió un mosaico de grupos culturales asentados en territorios geográficos en los que la unidad básica de referencia parecen haber sido las grandes cuencas fluviales.

A efectos de secuencia, y contando con las dataciones más antiguas de los enclaves neolíticos mejor estudiados, la presencia epipaleomesolítica debe datarse antes del 6700 BP, sin que seamos capaces de precisar una fecha para sus primeros emplazamientos, si bien las dataciones procedentes de La Peña de Estebanvela y de La Ventana parecen señalar un cierto hiatus entorno al 10000-9000 BP. Faltan aún dataciones que permitan definir bien la secuencia del Epipaleolítico del interior de la Península y que permitan ponerlo en relación con los desarrollos de otras regiones.

Resulta notorio resaltar la ausencia generalizada de enclaves Epipaleomesolíticos en la práctica totalidad de la Meseta Norte. Tan sólo para algunas evidencias como las de La Dehesa (Salamanca), los nuevos materiales que hemos presentado, procedentes de las intervenciones, centenarias, del Marqués de Cerralbo en La Nogaleta (Segovia) y algunos elementos dispersos por las provincias de Soria (Carnicero Arribas, 1985) pueden denunciar tímidos asentamientos de esta cronología. La ausencia generalizada de datos obliga, no obstante, a ser cautos.

Existe una explicación plausible para esta ausencia de poblamiento, siempre y cuando ésta no fuese más que aparente y es que pudo ser el río Tago el dinamizador del poblamiento Mesolítico en las estribaciones del Sistema Central. La abundancia de materia prima silíceo pudo también contribuir a la frecuentación de los enclaves madrileños en detrimento de los asentamientos de la Meseta Sur.

Secuencia neolítica- Fase IA (grupos colonos neolíticos 'puros') y IB (grupos indígenas en vías de neolitización y neolitizados)

En cuanto a la secuencia neolítica, podemos atisbar, bajo la uniformidad, casi monolítica, del Neolítico, la existencia de desarrollos regionales ciertamente diferenciados a lo largo de la Península Ibérica. En la Meseta Sur encontramos una primera fase, Neolítico IA, asimilable al Neolítico Antiguo o Inicial, con cerámicas cardiales, datado, como fecha de una primera implantación, en torno al 6700-6600 BP. Este momento coincide con el que, por su novedad, hemos denominado **Grupo La Paleta**. Está caracterizado por la presencia de cerámicas impresas entre las que aparecen también las cardiales, y por tener un claro carácter de implantación colonial pues se observa la presencia de innovaciones económicas, tecnológicas y culturales en las que las huellas del substrato son mínimas. Este yacimiento, como el de Mesegar y Olivar de Yeles, son la genuina representación de la Fase A1 de la secuencia establecida por otros investigadores (Bernabeu *et alii*, 1995: 247). Este grupo se corresponden las implantaciones de los primeros colonos neolíticos en la desembocadura del Tago y cuya tecnología, subsistencia y asentamiento marcan una clara ruptura respecto a los grupos del Sistema B0 (Etapas

inmediatamente precerámicas. Economía predatora de base cazadora-recolectora) (Bernabeu, 1996: 40)

Por contraposición, y atendiendo a los elementos materiales disponibles, deberíamos diferenciar el **Grupo Jarama**, caracterizado por los grupos que habitaron la cuenca de este río y con especial incidencia en los enclaves de Verona II y La Ventana, donde se documentan geométricos y una industria de substrato clara y evidente. Se trataría de grupos tribales epipaleomesolíticos en vías de neolitización. Su perfil cultural se corresponde al de la Fase B1 (Sietam caracterizado por la continuidad ocupacional, tecnológica y de subsistencia respecto a los grupos indígenas del Sistema B0), sincrónica al Grupo La Paleta y derivada de él. Esta fase debe entenderse como el reflejo final de las modificaciones introducidas por el sistema A1 (caracterizado por la implantación neolítica que conllevó la ruptura ocupacional, tecnológica y de subsistencia respecto a los grupos del Sistema B0) (Bernabeu, 1996: 40) sobre un substrato previo (Sistema B0) bien definido.

Los elementos estudiados permiten diferenciar algunos desarrollos particulares, sobre todo atendiendo a la comparecencia de esquemas cerámicos concretos. Uno de ellos podría ser el **Grupo Boquique**, que podemos individualizar por la clara especificidad y monótona representación de esquemas decorativos. Este grupo se circunscribe especialmente a los actuales territorios extremeños. El alto porcentaje de cerámicas impresas parece corresponder a momentos cronológicamente avanzados de la Fase IA.

La Fase 1, que englobaría a los grupos La Paleta y Jarama, se sitúa cronológicamente en una franja de algo más de un milenio de duración, desde el 6700 hasta el 5500 BP.

En la Meseta Norte no se ha podido definir aún la existencia de grupos de colonos neolíticos. Las fechas existentes señalan, no obstante, una temprana neolitización del territorio. No se han podido establecer diferencias nítidas que permitan deslindar grupos, al menos en un momento inicial. Por la importancia de los enclaves y por sus peculiaridades geográficas podríamos diferenciar tres grupos. La separación diagnóstica de estos no será más que el reflejo de las diferencias geográficas, estilísticas, en cuanto a los esquemas presentes en las cerámicas, y cronológicas. Cada uno de los grupos tendrá su paralelo en la Meseta Sur, salvando la existencia de ciertos esquemas, de indudable valor regional.

El **Grupo Vaquera** se ciñe al reborde septentrional del Sistema Central. Los paralelos con el grupo del Jarama son notables. El **Grupo Ambrona** se circunscribe al extremo oriental de la Meseta Norte. Su relación con el Grupo Jarama y con los grupos extrameseteños valencianos y de la cuenca del Ebro es notorio. El **Grupo Atapuerca**, específicamente definido por los enclaves de Galería del Sílex y El Mirador, ocupa los territorios más septentrionales de la Meseta Norte ya en relación con los conjuntos extrameseteños del Alto Ebro (Grupo Peña Larga-Los Husos) con los que presenta notables paralelos que le dotan de una personalidad propia, al menos a nivel de los esquemas cerámicos representados. Por el predominio de las cerámicas decoradas con esquemas de pseudo-boquique, también se advierten algunos paralelos con el alejado Grupo de Boquique.

La proliferación de enclaves parece señalar la concatenación de dos circunstancias. Por un lado, la existencia de un número bastante amplio de familias o tribus de cazadores-recolectores que, una vez iniciado el proceso de neolitización, entendido como el proceso de adquisición de las novedades materiales y en cierta medida el inicio de cambios culturales, continuarán con su modo de gestión amplia del territorio. Por otro lado, resulta evidente la incidencia de los movimientos estacionales que derivaron en el palimpsesto de ocupaciones que localizamos a lo largo de buena parte del territorio. Esta fase de neolitización cristalizará en la siguiente fase de consolidación del Neolítico.

Entendemos que, en esta fase inicial, el número de asentamientos de colonos neolíticos fue poco numeroso y tal vez tuvieran un componente también estacional entendido como campamentos de observación, de aprovisionamiento de materias primas o de inspección del territorio. Por su parte el número de tribus indígenas pudo ser mayor, lo cual explicaría la notable explosión del poblamiento neolítico a lo largo de la Meseta. En definitiva el modo de difusión del neolítico partiría del modelo de gestión territorial de los grupos indígenas móviles; esto podría haber sido el origen de la creación de un aparente contexto de riqueza de yacimientos cuando en realidad podríamos estar ante numerosos enclaves ocupados por un mismo grupo a lo largo de toda su historia.

Secuencia neolítica- Fase II

En este momento ya no es visible en el registro la dualidad del sistema de subsistencia propio de la Fase I (Bernabeu, 1996: 40)

Se asiste a la paulatina desaparición de los elementos que caracterizaban a la Fase I, principalmente al enrarecimiento de las cerámicas decoradas, precedido por una notable caída en los porcentajes de impresas, la minimización de las industrias de substrato, perdurando sólo en los registros funerarios las armaduras procedentes de grupos fronterizos aún inmersos en un comportamiento claramente enraizado en la Fase 0.

La datación de esta fase se sitúa entre el 5500 y el 4900 BP. La presencia de elementos arcaicos como los microlitos geométricos, siempre en contextos sepulcrales, debe ser tomado como evidencia de la existencia de los enfrentamientos con grupos reticentes a la neolitización o cuando menos, de marcada relación con el substrato preneolítico, enfrentados por el territorio con los grupos productores.

Se advierte un desarrollo generalizado de los grupos antes definidos. Todos ellos mantendrán su entidad y desarrollo propios como demuestran las dataciones que indican el uso de los asentamientos, sea de forma continuada o interrumpida, a lo largo de toda la secuencia cronológica.

Tan sólo en el tramo final del Neolítico II, cercano ya al proceso de consolidación de las primeras economías productoras del metal (Calcolítico), podemos diferenciar nuevos elementos definitorios que se solaparán a los yacimientos en uso desde la Fase IA, IB y en mayor medida II. Este es el caso del **Grupo Herencias**, que tendrá su parangón en el **Grupo Fuente Lirio-Veguilla**, caracterizados por la presencia generalizada de cerámicas pintadas. Este Grupo parece tener también cierto componente cronológico pues se asocia a fechas en torno al 4300- 4000 BP (Fabián García, 2006: 133). Su relación con los materiales procedentes del yacimiento zamorano de Las Pozas (Del Val Recio, 1992; 1993), que define el Calcolítico precampaniforme y que consideramos asociado al tramo final del Neolítico II, es evidente. La presencia en el yacimiento abulense de Los Itueros (Fabián García, 2006: 207) de materiales con decoración 'simbólica' y pintada, asociada a algunas cerámicas decoradas de tradición neolítica (propias del Neolítico II), y todo ello asociado a fechas entre 4200 y 3700 BP, certifica esta hipótesis. Si estas cerámicas pintadas, tan bien representadas en contextos meridionales, tuvieron o no relación, de nuevo, con contextos del Mediterráneo Oriental, como el grupo Proto-Sesklo o el Grupo Guadon del Sureste de Italia, es algo que aún debe dilucidarse. Los paralelos son, de nuevo, notables.

Por su posición geográfica y por las asociaciones materiales consideramos probable que estos dos grupos derivasen, frente al **Grupo Las Pozas**, directamente del proceso evolutivo de neolitización desde contextos del Neolítico colonial (IA). No obstante es esta una hipótesis que aún debe ser contrastada.

En todos los casos queda patente que, desde el 4900 BP., se asiste a un proceso de cambio cultural en el que parece existir un componente geográfico occidental y

meridional que podría estar definiendo la aparición de nuevos contactos procedentes del Centro de Europa y de las costas atlánticas y que, con una base propia de cierta raigambre –como podrían ser las cerámicas campaniformes puntilladas decoradas con ruedecilla- parece anunciar la arribada del Grupo Campaniforme.

Por tanto, el 4900-5000 BP marcaría la plena neolitización de la práctica totalidad de la Meseta, independientemente de que el proceso hubiese partido de grupos neolíticos puros (Neolítico IA) o neolitizados (Neolítico IB) Estas fechas indicarían también la generalización del modo de vida campesino y el notorio **incremento del número de asentamientos estables y posiblemente fortificados**, situados tanto en llano, como Gózquez (Madrid) como en alto, como los emplazamientos de La Machota Baja (Madrid) A su vez, la generalización de elementos de prestigio personal y en especial del uso del metal señalarían notables cambios en la esfera social acompañados con otros cambios en la esfera material y simbólico-religiosa. En el terreno económico, **la ganadería del cerdo y del vacuno cobra fuerza en detrimento de la ganadería tradicional de oveja y cabra**.

Se ha notado cierta peculiaridad en el Neolítico II de la región atlántica, especialmente en Extremadura, donde son abundantes y muy habituales los asentamientos en altura, con defensas naturales y en menor medida artificiales. Consideramos que este hecho debe ponerse en relación con la presencia masiva de elementos megalíticos. Unos y otros pueden corroborar la hipótesis del área de frontera y conflicto. En definitiva, a las soluciones funerarias megalíticas les corresponden, en el mismo territorio, asentamientos en altura con materiales neolíticos.

2. EL NEOLÍTICO MESETEÑO EN EL CONTEXTO PENINSULAR

Lejos de realizar un examen de los desarrollos neolíticos de la Península Ibérica, y del que existen algunas síntesis (Juan-Cabanilles y Martí Oliver, 2001), sí es necesario caracterizar el Neolítico de la Meseta, desterrando el concepto de ‘periférico’ o ‘retardatario’.

Este primer Neolítico de la Meseta resulta comparable materialmente al primer Neolítico andaluz, con ciertos paralelos con el Neolítico valenciano, que parece ser el neolítico más peculiar de la Península Ibérica con evidencias que lo ligan a los desarrollos formales y genéricos del Neolítico avanzado del próximo oriente. Se advierten, dentro de la Península, desarrollos regionales de fuerte personalidad que, ante un mismo origen exótico, derivaron en desarrollos particulares en fechas próximas, hecho que puede derivar de la presencia de grupos indígenas de substratos también diferenciados.

Si hace una década el Neolítico toledano era prácticamente desconocido las fechas existentes para la primera agricultura del área del Tajo son tan antiguas como las manejadas en levante y se asocian a cerámicas con decoración cardial. Por su parte, los desarrollos sincrónicos de otras áreas de la Meseta en las que se aprecian elementos de raigambre epipaleomesolítica, presenta diferencias sustanciales que permiten avalar la existencia de un desarrollo dual similar al que numerosos investigadores han señalado para la fachada levantina.

Es cierto que en la práctica totalidad de los enclaves analizados en la Meseta faltan las cerámicas cardiales dotadas de una abigarrada y recargada decoración como la presente en los contextos levantinos. Además, donde aparece la decoración cardial, lo hace recurriendo a esquemas simples, a lo sumo metopados. Tampoco es menos importante señalar similares ausencias en otros contextos Peninsulares, como el área portuguesa, o incluso en sectores extrapeninsulares como el Sur de Francia o la cuenca Adriática y Sureste de Italia, donde los contextos de la Cerámica Impresa Ligur (yacimientos de Arene Candide, Grotta Pollera, Arma dell'Aquila (Biagi *et alii*, 1993: 51-53), Pendimoun o Peiro Signado (Binder *et alii*, 1993) Incluso en algunos contextos del cardial tirrénico,

como la Cueva de Settecannelle (Ucelli-Gnesutta, 1999: 63) abundan las cerámicas decoradas en las que no es habitual que comparezcan esas decoraciones tan abigarradas y complejas.

Las similitudes formales y técnicas existentes entre las cerámicas decoradas del primer neolítico localizadas en algunos enclaves vascos y bajoaragoneses respecto a los asentamientos de la cuenca del Tajo que también presentan cerámicas cardiales, indican un origen similar. Las respuestas diferenciadas, los desarrollos regionales o locales, bien pudieron derivar, como señalamos, de diferencias en el substrato sobre el que se llevó a cabo la neolitización.

Algunos investigadores han señalado el origen de la neolitización de la Meseta en el Epicardial (Juan-Cabanilles y Martí, 2002). Es cierto que a ese momento corresponde una cierta homogeneidad en cuanto a los esquemas decorativos y que evidencia una fase de inicio de la plena neolitización. Los paralelos andaluces o de la Cuenca del Ebro son evidentes a un nivel general. Ahora bien, en el momento en que se analiza de modo más detenido el conjunto de evidencias advertimos desarrollos regionales diferenciados que, pese a la homogeneidad, marcan pautas de definición propia de cada uno de los grupos.

Los paralelos andaluces se basaron en el análisis general de los conjuntos de esta región respecto a un número reducido de enclaves de la Meseta. La presencia de cerámicas decoradas con acanalados y en menor medida incisiones, así como el peso de la herencia de los postulados de evolución y expansión de la cultura de Los Millares, cuyo epicentro se situaba en la región andaluza, derivó en una errónea asunción de dependencia. El planteamiento de Muñoz Amilibia (1970) acerca del doble origen del Neolítico peninsular y que señalaba el área andaluza como uno de los centros de difusión derivado de contextos no cardiales, todo ello a pesar de que en enclaves como la Cueva de Nerja (Málaga) o El Parralejo y Cueva Chica de Santiago (Sevilla) las cerámicas decoradas con técnicas impresas y cardialoides sean abundantes. El conjunto general de los esquemas representados tiene similitudes con los que se han presentado para la Meseta, aunque existen interesantes diferencias respecto a la morfología de los recipientes; así, por ejemplo, destaca la ausencia generalizada de 'asas pitorro' en contextos meseteños.

Se advierte también una diferencia en el apartado referente a los asentamientos, generalmente más abundantes en cuevas y abrigos en los contextos levantinos y meridionales por contraposición a los contextos de poblado situados al aire libre en la Meseta. Este hecho se debe a problemas derivados de los criterios de investigación aplicados y a la propia configuración de la geografía. No obstante, como están demostrando los novedosos hallazgos realizados en Andalucía (Ramos y Lazarich, 2002) y en el área Valenciana (Bernabeu et alii, 2007) contribuyen a modificar esta visión sesgada al tiempo que puntualizan lo que resultaba a todas luces evidente: la existencia de un primer neolítico campesino asentado en poblados de vocación agrícola situados en áreas óptimas de explotación como son las vegas fluviales y las costas.

Un panorama similar se descubre en otros contextos como el de la Costa Cantábrica y el área portuguesa. En uno y en otro abundan los yacimientos localizados en cueva y bajo abrigo, pero en todos ellos son cada vez más frecuentes los hallazgos de poblados más o menos organizados situados al aire libre. El enclave catalán de La Draga (Barcelona) es paradigmático pues señala un emplazamiento lacustre asociado a la explotación integral del medio ambiente desde momentos iniciales del Neolítico. A su vez los paralelos con enclaves extrapeninsulares, como el de Leucate-Correge (Francia) (Guilaine *et alii*, 1992) son notables.

Más que ceñirnos a los paralelos estrictos o a las comparaciones formales y tipológicas que, no carecen en absoluto de interés, resulta necesario atender al modo en que se desarrolló, a nivel global, el proceso de colonización neolítica y posterior neolitización de la Península Ibérica.

Podemos comparar el proceso de neolitización de la Meseta –dentro del contexto general de la Península Ibérica- con cualquier otro proceso conocido de colonización. El panorama general, muy sintetizado, es el de un espacio ocupado por grupos indígenas sobre el que acontece, debido a las causas que sean, un empuje externo (Fig. 556)

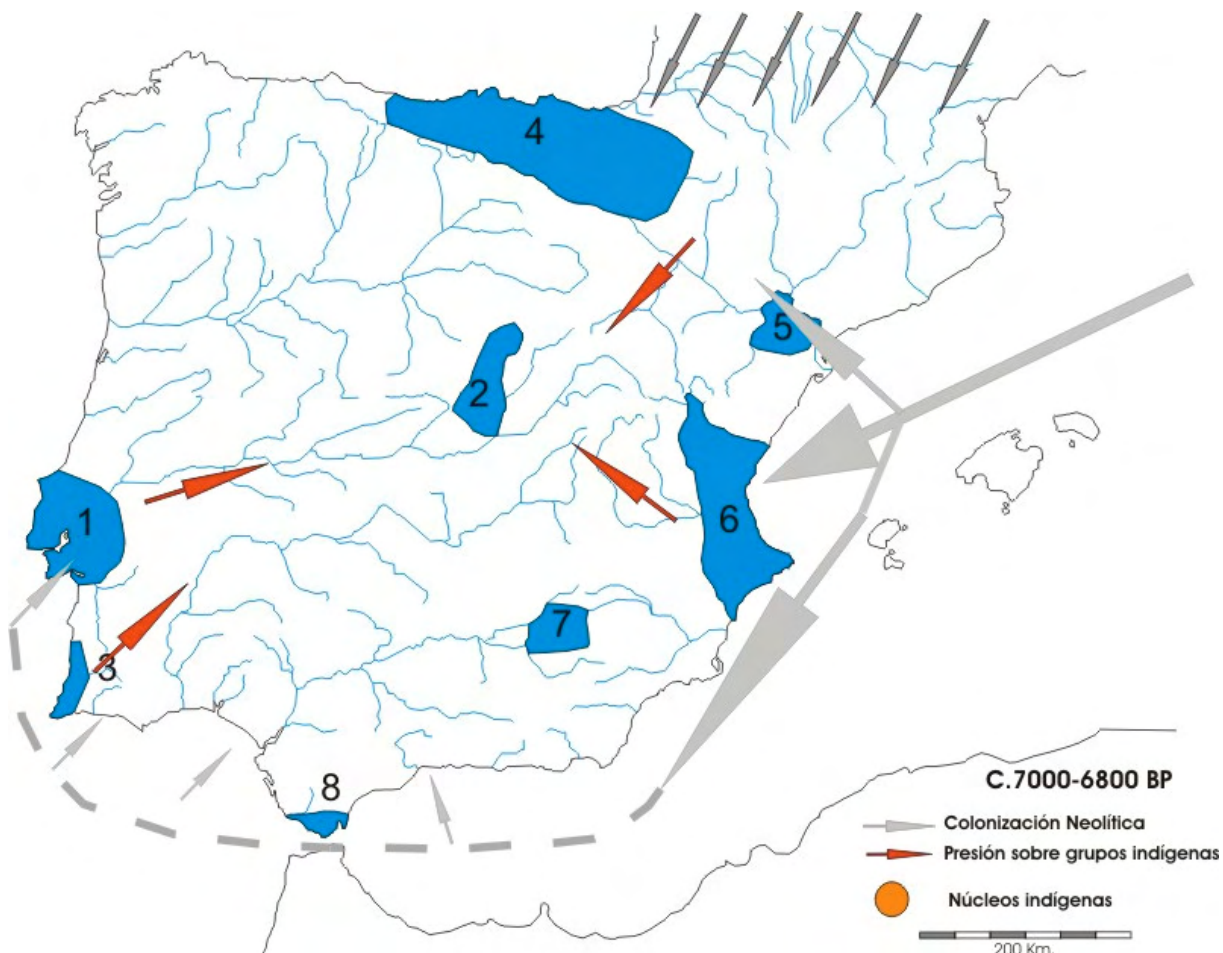


Fig. 556.- Mapa del proceso de neolitización. Fase IA-IB.

Ese empuje y aporte pudo proceder de uno o de varios lugares. Si estamos ante un proceso migratorio debido a una crisis climática, de recursos o a un exceso poblacional, el empuje afectará a diversos espacios que, a su vez, afectarán a otros, conforme explicitan la 'teoría causal del dominó' y el 'principio de isostasia'.

La imagen es la de una presión ejercida sobre grupos y territorios tribales que, a su vez, debieron verse ligeramente desplazados. El empuje pudo ser paulatino y extendido en el tiempo. La vida indígena pudo continuar, aunque con certeza no debió hacerlo dentro del marco definido hasta ese momento. Al contrario, el proceso debió ir cristalizando hasta que la presión ejercida sobre los grupos indígenas, arraigados a sus territorios privilegiados, de nuevo el refugio cantábrico, y sus costumbres se debió hacer insoportable generando fricciones notables que afectaron al modo de interacción existente en un momento avanzado de la secuencia, sincrónico al Neolítico II (Fig. 557)

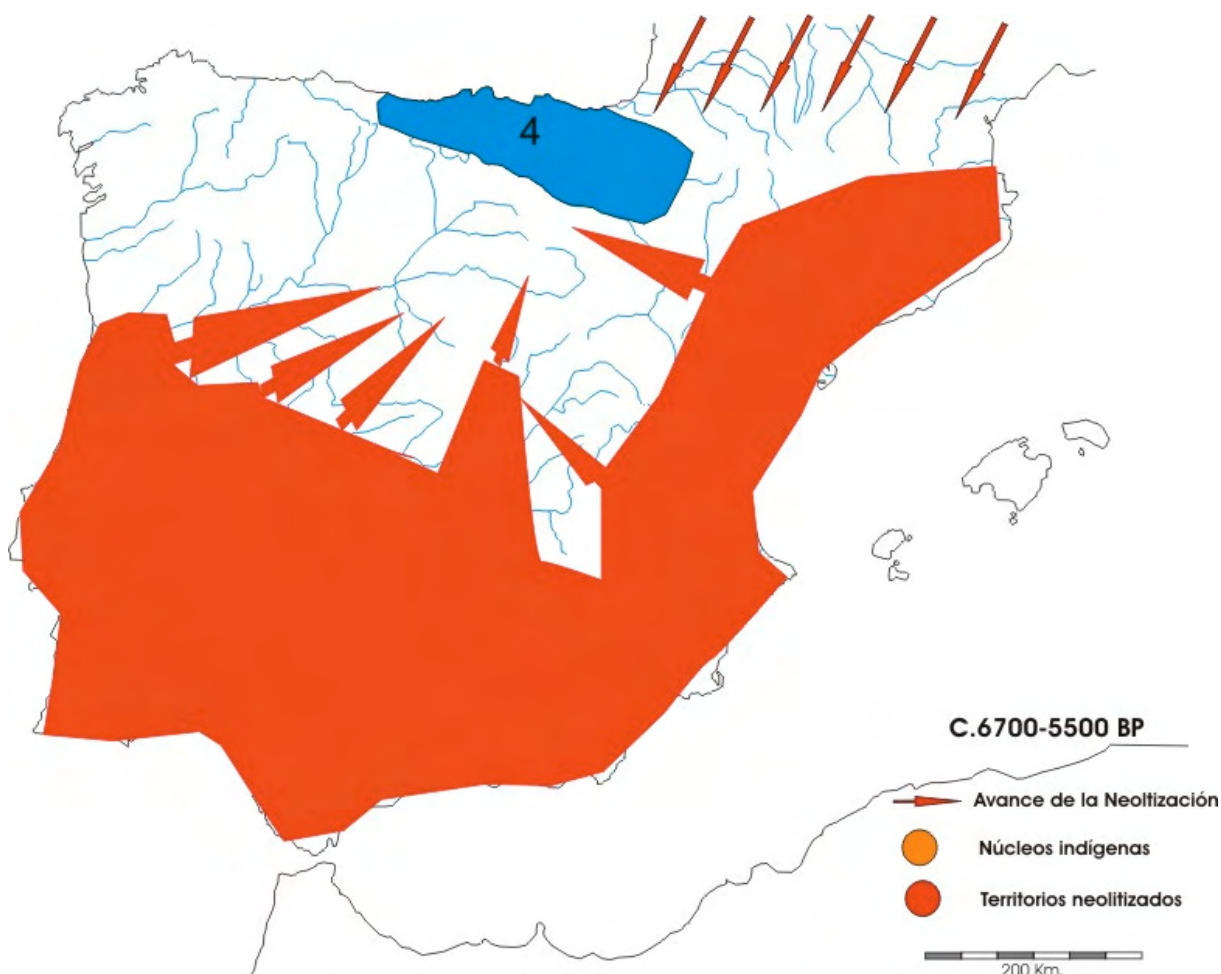


Fig. 557.- Mapa del proceso de neolitización. Fase II inicial.

No se puede hablar seguramente de crisis. No hay pruebas para ello y el proceso se desarrolló en un marco cronológico tan amplio que difícilmente podrían señalarse puntos críticos. Uno de los pocos detectados serían los megalitos; al menos lo serían en tanto en cuanto se aceptasen estos como evidencias de conflictos y enfrentamientos violentos entre grupos diferenciados. Detrás de los enfrentamientos podría vislumbrarse una pugna por el territorio o por la gestión de los recursos.

La clave reside en que cuando la implantación del modo de vida campesino es total, la consecución de la neolitización es un éxito denunciado por la mayoritaria implantación que implica un crecimiento vegetativo elevado y una presión creciente sobre los recursos.

Fuera de estas imágenes sintéticas pudieran haberse producido resistencias locales, pudieron existir reticencias regionales a la implantación neolítica e incluso comportamientos resistentes a los cambios netos del modo de vida aún cuando se adoptasen determinados elementos de la tecnología neolítica. No obstante, las evidencias indican que la plena neolitización de la Meseta concluyó en torno al 4900-4500 BP. Las fechas de la plena neolitización del resto de la Península Ibérica son similares, por lo que, una vez más advertimos que la Meseta funcionó como un área interior, pero plenamente relacionada con las regiones limítrofes de las que derivaron y a las que aportó elementos culturales y humanos imprescindibles para el desarrollo del proceso de evolución cultural.

XIII

CONCLUSIONES

La Península Ibérica se vio inmersa, a comienzos del Holoceno, en la crisis climática que supuso el paulatino aumento de temperatura y la desaparición de las masas heladas mediante el concurso de soluciones poblacionales, económicas y técnicas similares a aquellas que se pusieron en marcha en otras áreas de Europa.

Nunca se deberá infravalorar el impacto de este cambio de las condiciones climáticas en la configuración de nuevos paisajes, pero sobre todo en la modificación de los ecosistemas base del desarrollo económico y social de los grupos humanos. El papel jugado por el Norte de África debe ser valorado.

Buena parte de los especialistas han mantenido, por falta de datos, las tesis aislacionistas y de vacío cultural acuñadas en una fase temprana de la investigación de la Meseta. En estos momentos el panorama es ciertamente diferente y ese espacio que abarca casi la mitad de la Península Ibérica, presenta nuevas evidencias referentes a la existencia de un substrato humano previo a la implantación del Neolítico. La cuestión de la existencia y definición de este substrato ha centrado las principales discusiones de la última década.

Para llevar a cabo nuestro estudio hemos partido de la construcción de un nuevo sistema explicativo que hemos denominado Teoría de la Relatividad Histórica (TRH). Empleando el desarrollo de esta Teoría se han explicado las cuestiones relacionadas con las superposiciones pictóricas, las estratigrafías aparentemente invertidas en las que lo tecnológicamente más moderno aparece en la base de yacimientos de apariencia más antigua. Así hemos definido una teoría basada en los postulados físicos enunciados por Albert Einstein y que, aplicada a los estudios prehistóricos, nos permite comprender y explicar los postulados del modelo dual. Este modelo no presupone más que la existencia de dos grupos culturales, cronológicamente sincrónicos pero cultural o tecnológicamente diacrónicos que interactuaron en un mismo espacio geográfico dando pie al desarrollo de modelos de aculturación y colonización que, aún sin ser aceptados por el grueso de los investigadores parecen, a fecha de hoy, indudables.

En el marco de la teoría de la relatividad histórica son posibles desarrollos que, por nuestra estructuración mental parecían imposibles y que, sin embargo, como hemos mostrado, se han producido hasta fechas recientes en contextos muy definidos del planeta (la selva amazónica, el África Negra, el Norte de América o el continente australiano entre otros). La aceptación de este postulado teórico implica la necesidad de reformar, como ya se hiciese en el campo de las ciencias físicas, nuestro marco referencial aceptando la posibilidad de desarrollos culturalmente diacrónicos en un mismo marco espacio-temporal dependiente de un esquema del tiempo absoluto (astronómico) y otros tiempos relativos referentes a los marcos referenciales particulares en los que se desarrollan las culturas sometidas a estudio.

En definitiva, nuestro análisis parte de la asunción de un neolítico foráneo, implantado de forma pionera colonial en la Península Ibérica. Consideramos de gran validez la

propuesta explicativa desarrollada por Bernabeu (1996) y que conocemos con la denominación de Modelo Dual que, en definitiva, postula la existencia de dos componentes culturales diferentes implicados en el proceso de neolitización. Suponemos la existencia, dentro del Sistema 0 que acuñase Bernabeu (1996), de unos grupos tribales organizados en territorios amplios. Para la Meseta los datos referentes al Paleolítico Superior y a las etapas terminales de éste son aún reducidos. Con los datos presentados, el interior de la Península fue gestionado durante el Paleolítico Superior por un grupo de tribus reducido y de alta movilidad y de los que tenemos como evidencia más clara el conjunto de yacimientos 'de agregación' (Conkey, 1992) definidos por enclaves, en cueva o al aire libre, con arte parietal.

Podemos suponer que cada espacio decorado pudo corresponder a un área cultural, independientemente del número de tribus o grupos que la compusiesen, pero debemos tener en cuenta la sincronía o diacronía de estos enclaves, fundamentándonos en postulados estilísticos. Ahora bien, esta hipótesis que relaciona espacios de 'agregación' con áreas territoriales asociadas a desarrollos culturales diacrónicos, permite suponer que el verdadero proceso de etnogénesis se debe remontar a momentos tan antiguos como el Paleolítico Superior.

Se advierte que desde el Paleolítico Superior aparecen delimitadas al menos cuatro áreas culturales que, a su vez, presentarán sus peculiaridades y sus relaciones culturales definidas. Aún cuando es cierto que no existe una densidad notable de yacimientos, las evidencias que hemos presentado indican la presencia de asentamientos de cazadores especializados durante el Paleolítico Superior y en sus etapas avanzadas. El enclave de La Peña de Estebanvela (Segovia) está señalando pautas de habitación modestas en enclaves situados en los rebordes del sistema central, por encima de los 1000 metros s.n.m., lo que implica una configuración ciertamente novedosa. Hasta la fecha los enclaves se distribuyen igualmente en las dos mesetas, si bien es cierto que se advierte una densidad de asentamientos mucho mayor en la Meseta Norte, circunscribiéndose los de la Meseta Sur prácticamente a toda la cuenca del Tajo (Fig. 11-13). Esta distribución coincidirá plenamente con la configuración de dos espacios diferenciados, el levantino, propio de la Península Mediterránea, y el occidental, propio de la Península Atlántica. Hemos reforzado la visión del área septentrional de ésta última zona como una suerte de 'área refugio', especialmente en cuanto a biotopos, conforme a la definición puramente biológica. La multiplicación de los yacimientos con restos de arte, fundamentalmente realizado en cueva, así lo confirma.

El área Cantábrica incluiría, en sus estribaciones más meridionales, algunos enclaves de la Meseta. En este área incluiríamos los enclaves burgaleses de Penches, Atapuerca –Cueva Mayor y Cueva Palomera- y Ojo Guareña.

En el área relacionada con el núcleo levantino-andaluz se incluiría la Cueva del Niño, en Albacete.

En la Meseta Sur, específicamente en el curso bajo del río Tajo, localizamos un conjunto de yacimientos ubicados tanto en cueva como al aire libre y dispersos entre Portugal y las actuales provincias de Cáceres y de Salamanca, con yacimientos como Maltravieso (Cáceres), Mina de Ibor (Cáceres) y Siega Verde (Salamanca). Posiblemente deberían integrarse en este mismo núcleo los conjuntos lusos, más septentrionales de Mazouco y Foz Côa, ya en el ámbito de influencia del río Duero.

En las estribaciones del Sistema Central, en el marco de influencia de las cuencas del Tajo y del Duero, se localizan los enclaves de El Reguerillo (Madrid), El Reno, Los Casares y El Turismo (Guadalajara) y La Griega y Domingo García (Segovia).

Consideramos que la existencia y distribución de estos emplazamientos en el territorio, al compararse con los yacimientos de habitación correspondientes al Paleolítico Superior y

al Epipaleolítico, **indican la existencia de grupos tribales diferenciados gestionando espacios territoriales bien definidos** en fechas próximas al 12000-15000 BP. La cuenca del Tajo jugó un papel principal en la aglutinación de enclaves correspondientes al Paleolítico Superior con numerosos asentamientos correspondientes al Solutrense y en menor medida al Magdaleniense. El área Sureste de la Meseta Sur se ha demostrado parca en hallazgos. Una situación similar se advierte en buena parte de la fosa del Duero, quizás debido a su proximidad con el 'área refugio' de la Cornisa Cantábrica. También se ha puesto en evidencia la existencia de graves problemas de investigación en amplios sectores de la Meseta, especialmente relacionados con la búsqueda y localización de enclaves de cronología del Paleolítico Superior, Epipaleolítico y sobre todo Mesolítico.

La Meseta presentaba durante el Paleolítico Superior un esquema de poblamiento muy similar al manifestado durante el inicio de la neolitización, con los matices de la existencia de un Epipaleomesolítico ciertamente particular.

Se aprecia una notable disimetría en el número de enclaves y su propia organización espacial entre los extremos septentrional y meridiano-oriental de la Meseta Sur. El enclave de la Cueva de El Niño (Albacete) debe entenderse como una prolongación septentrional hacia el interior del territorio de los grupos mediterráneos. Así lo certifica la convivencia en el mismo espacio de evidencias diacrónicas correspondientes al Paleolítico Superior, Epipaleomesolítico (arte levantino) y Neolítico. El esquema de distribución de los enclaves vendría a ser de nuevo el mismo que el que acabamos de señalar para el caso de la cuenca del Tajo: a un conjunto de emplazamientos en el área de costa o más o menos inmediatos a ella, le corresponderían algunos enclaves situados más al interior, aguas arriba de los principales cursos fluviales.

En una visión de conjunto podemos señalar que el espacio aparece articulado como una serie concatenada de territorios desde el Magdaleniense, si no antes. La ubicación disimétrica altitudinal observada en los emplazamientos desde el Paleolítico Superior implica comparecencia de asentamientos estacionales formados por campamentos de verano, en alturas superiores a los 900-1000 metros s.n.m., y campamentos de invierno situados en las zonas óptimas de vega. El deficiente e incorrecto estudio de estas áreas y la errada creencia en un Paleolítico Superior exclusivamente cavernícola ha contribuido a la aparente inexistencia de estos enclaves propios de las terrazas fluviales y que tan bien están documentados en la región madrileña. Este modelo de poblamiento asociado a los ancestrales grupos indígenas tuvo gran incidencia sobre la conformación del modelo de implantación neolítica y del consecuente desarrollo del proceso de neolitización.

Los cambios climatológicos derivaron en cambios bioclimáticos que implicaron la puesta en marcha de mecanismos alternativos de gestión económica del territorio. La cornisa cantábrica, como hemos señalado, funcionó como un 'área refugio' en el que debieron encontrar su acomodo los modos de vida tradicionales propios de los cazadores generalizados. En el resto de las áreas debieron producirse reajustes poblacionales que implicaron la reducción de los grupos, quizás con un dramático recorte poblacional, y su concentración en las áreas óptimas de recursos. A este respecto hemos incidido en la necesidad de proceder a un nuevo estudio del glaciario en el ámbito del Sistema Central.

Estas áreas óptimas de recursos vuelven a encontrarse en las desembocaduras de los principales cursos fluviales, siempre con tímidas y discretas presencias en los cursos medios y altos de los mismos (Fig. 556) El panorama presente resulta esclarecedor. Nos encontraríamos ante grupos de cazadores-recolectores especializados en los que el componente costero parece haber tenido una importancia vital pues de estos modelos de gestión económica derivó la supervivencia del grupo. Sobre un esquema prototerritorial se aprecia un modelo de poblamiento más concentrado y que aún dentro de las pautas

de gestión similares a las establecidas por el substrato previo, debieron restringir de forma notable la movilidad residencial, amplificando la movilidad logística.

Una de las grandes diferencias existentes entre la distribución de yacimientos del Paleolítico Superior y el Mesolítico reside en la aparición, en torno al 9000-8000 BP de un notable y destacado conjunto indígena en el área levantina, un lugar donde no hay evidencia alguna de emplazamientos con arte rupestre paleolítico.

Existen dos explicaciones posibles para el surgimiento de este grupo. La primera es que este nuevo grupo cultural tuviese su origen en un aporte externo de población procedente del Mediterráneo oriental en un momento previo a la implantación neolítica. Tampoco puede dejarse de lado el hecho de que en esa área, aparentemente tan vacía (Fig. 11) se obtendría un panorama muy diferente si se cartearan los enclaves de arte levantino (Fig. 508) pues parece clara la relación existente entre este arte y los grupos indígenas mesolíticos.

Hemos señalado la existencia de enclaves en los que aparecen evidencias de un geometrismo lítico que denuncian asentamientos mesolíticos en el área de la Meseta o, al menos, una carga tecnológica y cultural de substrato que subyace a los primeros grupos neolíticos. Yacimientos como los de Verona II, La Ventana, Las Avispas o La Higuera así parecen evidenciarlo. Sobre ellos se desarrolló la neolitización con un modelo diferente del que presenta el enclave de La Paleta (Toledo), lo que es una evidencia de ese dualismo ya señalado para el área levantina y también propio de la Meseta.

Los enclaves con industrias geométricas mesolíticas de la Meseta presenten, también, un marcado componente microlaminar de raigambre aziloide que indicaría un hipotético desarrollo al que denominamos Epipaleomesolítico. No es casual que estas evidencias se concentren en la región central de la Meseta, en los rebordes del Sistema Central y especialmente en el área madrileña. La razón estribaría en la riqueza en sílex de la cuenca media del Tajo y especialmente de las cuencas bajas de los ríos Manzanares y Jarama. Los rebordes calizos pudieron funcionar como pequeñas áreas refugio para la flora y fauna como ponen de manifiesto los estudios paleobotánicos realizados, así como las representaciones artísticas de especies de fauna fría en yacimientos como La Cueva del Reno (Guadalajara), área donde se ha negado, sistemáticamente, la existencia de este tipo de taxones. Estos dos elementos podrían estar indicando el hecho de que un grupo tribal de cazadores especializados hubiese quedado enclavado al Sur del Sistema Central inmerso, a su vez, en una coordinación espacio-temporal diferenciada del marco referencial de sus vecinos y explotando territorios en los que aún quedarían taxones de fauna relictos.

En torno al 7000 BP se inició el proceso de implantación neolítica en la Península Ibérica. El origen de este proceso fue, por tanto, alóctono. Consideramos que carece de base científica cualquier mantenimiento de posturas autoctonistas para el desarrollo de la economía de producción en contextos pensinsulares y desde luego las evidencias de este tipo en el área meseteña son inexistentes. Este hecho no implica, sin embargo, que dentro de la coordinación del postulado teórico de la Teoría de la Relatividad Histórica (TRH) se puedan articular, y de hecho lo hacen en enclaves como Verdelpino o La Ventana, desarrollos muy particulares de la neolitización, siempre dentro del modelo de supeditación al neolítico 'puro' y en esquemas de aculturación o colonización. No en vano en estos dos enclaves encontramos producciones alfareras bisoñas, que emplean materiales inadecuados como desgrasantes y que imitan, en modelos escasamente funcionales, elementos tecnológicos propios del neolítico. Ahora bien, este proceso jamás ha sido datado en fechas previas a las de la implantación del modo de vida productor y por tanto resulta evidente que, de un modo u otro, se encuentran relacionados con ese primer estadio alóctono y colonial del Neolítico.

Las excavaciones y estudios realizados en La Paleta han resultado decisivos para establecer el modelo de implantación neolítica en el contexto de la Meseta. En este enclave se han documentado, dentro de un contexto Neolítico Puro (Sistema A1), de carácter campesino y especialmente agrícola, todos los elementos que conformaron el primer Neolítico de la Península Ibérica. Contamos con un nutrido conjunto de cerámicas decoradas con técnicas cardiales, evidencias directas de la agricultura cerealista y notables y novedosos sistemas de almacenamiento. Comparecen todas las especies de fauna doméstica, especialmente representadas por la oveja y la cabra, además del cerdo y la vaca que irán ganando espacio según avance la secuencia cultural y la cronología. Junto a las cerámicas cardiales, incluidas en un dominante horizonte de cerámicas impresas, aparecen decoraciones que, tras nuestro exhaustivo estudio estilístico, denuncian esquemas de marcado carácter indígena, como los denominados 'pectiniformes aziloides', que juegan un papel primordial en la Meseta Norte. Todos estos elementos aparecen en fechas tan tempranas como el 6660 BP, según la datación de restos de cereal procedentes de uno de los grandes recipientes interpretados como vasijas-silo en La Paleta. La ausencia de elementos líticos de substrato es notable, compareciendo tan sólo una industria laminar destinada a la ejecución de los elementos de enmangue para útiles compuestos, destinados a su empleo en hoces. Estos elementos nos han conducido a interpretar el yacimiento como un enclave colonial relacionado con los asentamientos de colonización pionera marítima que definiese Zilhão (1993) en el área portuguesa.

Los recipientes indicados, documentados por primera vez en la Península Ibérica en este enclave, están realizados con pastas cerámicas sin cocer en las que los desgrasantes añadidos son exclusivamente vegetales y especialmente restos de cereales. Todos estos recipientes se adaptan a la forma cerámica V, con la peculiaridad de que cuentan con una base plana. Sus dimensiones son siempre superiores a los 100-120 cm de alto y su volumen, así como el grosor de sus paredes implican estructuras de almacenamiento destinadas a permanecer en un mismo lugar, bien fuese al aire libre o enterradas en fosas realizadas al efecto. Este dato denota una aparente conducta sedentaria que resalta con el aspecto de apariencia itinerante de los grupos neolíticos que las fabricaron. No obstante, las fechas de radiocarbono obtenidas en este enclave señalan el reiterado regreso a un mismo enclave, de forma espaciada en el tiempo, a lo largo de algo más de un milenio, dado que no se ha generado una estratigrafía vertical.

Todos los enclaves neolíticos (Neolítico 1 A) o neolitizados (Neolítico 1B) presentados en esta obra y especialmente aquellos en cuya excavación o investigación hemos intervenido directamente ofrecen un modelo similar de ocupación del espacio. Se trata de extensos yacimientos dotados de una estratificación horizontal y una mínima, cuando no inexistente, estratificación vertical. Esta estratificación vertical, cuando aparece, lo hace en forma de sutiles superposiciones o yuxtaposiciones de estructuras excavadas en el suelo, que son la única forma de definir fases de poblamiento diferentes. Estos enclaves, situados en espacios óptimos desde el punto de vista medioambiental, ofrecen secuencias multiculturales aglutinando restos cronológica y culturalmente muy alejados del Neolítico.

Ahora bien, al ser habitual este tipo de enclaves en la Península Ibérica parece que nos encontremos ante un comportamiento habitacional estereotipado al que hemos denominado Sistema de Habitación Estacional Recurrente. Este modelo consiste en el mantenimiento de esquemas de movilidad logística y en ocasiones residencial dentro de un mismo territorio gestionado por una tribu dialectal. En este esquema de deambulación cíclica, seguramente no estrictamente anual, debe inscribirse el regreso a espacios óptimos en momentos diferentes del desarrollo vital del grupo. Este modelo ha sido detectado en grupos de cazadores y recolectores y de productores incipientes. Su detección se basa en tres parámetros principales: **la aparente multiplicación de enclaves, en ocasiones muy próximos y material y cronológicamente similares,**

la superposición de estructuras excavadas en el subsuelo y la tipología de las viviendas y su marcado carácter efímero o no estable.

El hábitat se desarrolla preferentemente en áreas óptimas en recursos, siempre al amparo de corrientes fluviales, generalmente entorno a interfluvios y normalmente en pequeños resaltes ondulados del terreno o lomitas muy discretas. No son raros los asentamientos en puntos inmediatos a áreas paleolacustres y humedales de notable valor económico. Los asentamientos se localizan al aire libre, en llano, y en muy contadas ocasiones sobre altozanos. La práctica totalidad de los enclaves son *ex novo* y carecen de asentamientos anteriores que cuando existen, se observa la existencia de un amplio *hiatus* intermedio. Los núcleos con evidencias de continuidad desde el Epipaleomesolítico son extraños y poco numerosos.

Hemos señalado la importancia de los principales ríos como articuladores del espacio territorial. Un ejemplo muy notable lo constituye el caso del río Jarama, en Madrid. Este río funcionó como el principal vertebrador del desarrollo territorial de un grupo tribal que desarrolló una estrategia de aprovechamiento integral del medio con especial interés sobre las áreas de potencialidad agrícola, todo ello sin menospreciar la potencialidad cinegética del territorio. En este espacio se repite la presencia de asentamientos situados al aire libre en territorios más o menos próximos, con medias de en torno a los 50-70 kilómetros, más otros en los que se desarrollan hábitat cavernícolas, propios de la geografía meseteña y también peninsular. Este hecho lleva a analizar ambos sistemas de habitación y poner a prueba las dos explicaciones plausibles: **la diferenciación cultural o la diferenciación funcional.**

Los datos manejados y las evidencias sobre el denominado Epipaleomesolítico, permiten articular una diferenciación cultural en el caso madrileño. También parece ponerse de manifiesto este hecho en la cuenca del Ebro e incluso en el área lusa, donde aparecen asentamientos al aire libre, de concheros, cuya base industrial y tecnológica parece ser mesolítica, pese a la presencia puntual de domésticos y de cerámicas. En Madrid las evidencias de la industria lítica de Verona II señalan hacia soluciones similares y el valor económico no derivó sólo de los elementos vegetales y animales, sino que dependería también de la existencia de asentamientos epipaleomesolíticos destinados a la explotación del sílex. Verona II representaría el extremo meridional de un territorio ancestral definido como el área de sustrato, caracterizado por asentamientos en cuevas y abrigos situados en el eje calizo de Valdesotos-Patones-Torrelaguna, dentro del ámbito de influencia del río Jarama. En este contexto habría que situar La Ventana, en cuya funcionalidad habitacional comparece, junto a elementos neolíticos, un conjunto industrial de marcado carácter de sustrato que incluye los geométricos. Esta funcionalidad habitacional, con el devenir del tiempo se trocará en funeraria, como acontece en la práctica totalidad de las cuevas de la Meseta.

Precisamos ampliar los trabajos realizados para poder explicar este tipo de desarrollos, similares en contextos de la Meseta Norte como La Vaquera o de los enclaves, similares a los madrileños de la faja caliza del río Duratón. En la Cueva de La Nogaleta aparecen elementos líticos claramente relacionados con el sustrato y entre los que no faltan algún microlito triangular, algún microburil y un buen conjunto de núcleos de laminillas de clara raigambre de sustrato. Lamentablemente todos ellos proceden de las intervenciones del Marqués de Cerralbo y carecen de contexto estratigráfico preciso. Sin embargo su existencia implica cautela a la hora de descartar un sistema de habitación similar al documentado en el área madrileña. Algo similar puede señalarse para el conjunto de geométricos recuperados en La Vaquera, si bien el carácter de la industria allí recuperada se aproxima más a un contexto plenamente neolítico.

Aún existiendo una funcionalidad inicial de tipo habitacional en la práctica totalidad de las cuevas, se habilitarán como necrópolis durante las fases avanzadas del Neolítico I y en el resto de la secuencia, correspondiente al Neolítico II, siendo general esta funcionalidad

hasta el Calcolítico y la Edad del Bronce. A este cambio de funcionalidad se une la presencia de representaciones de arte rupestre que parecen estar dotando a estos espacios de un marcado valor simbólico dentro del territorio. De nuevo estaremos ante centros de 'agregación', según la definición de Conkey (1992) o lo que denominamos 'lugares de presencia' (Zedeño, 1997)

La tipología de las estructuras domésticas documentadas en los espacios al aire libre muestran una notable homogeneidad en todos los enclaves en los que se han detectado este tipo de construcciones. Se trata siempre de cabañas de planta circular u oval, someramente excavadas en el suelo y delimitadas por postes que denuncian una estructura aérea perimetral. En el Cerro de la Horca y la Peña del Bardal, ambos situados en emplazamientos en alto, se asocian a las cabañas basamentos de piedra algo más elaborados. En todos los casos las cabañas cuentan con un hogar central, normalmente de tipología simple, en forma de cubeta y en torno al que se desarrollan las labores cotidianas de la familia. Alrededor de las unidades domésticas se sitúan fosas excavadas en el suelo de funcionalidad diversa.

Todos los casos parecen tratarse de cabañas agrupadas, en número reducido, sin una organización espacial determinada lo que permite hablar de pequeñas aldeas sin estructuración precisa en las que no suelen comparecer estructuras complejas de delimitación a modo de fosas perimetrales. Este tipo de estructuras, cuando se documentan, lo hacen en fases muy avanzadas de la secuencia (Neolítico II), y sobre todo durante el Calcolítico, debiendo ponerse en relación con la gestión organizada de territorios y de rebaños de ganado doméstico.

Las dataciones radiocarbónicas señalan que el proceso de implantación neolítica fue rápido. La diferencia cronológica entre el asentamiento de La Paleta y La Ventana es de apenas unas décadas, a pesar de ciertas diferencias materiales y de ubicación, tal vez culturales también, que existen entre ambos enclaves. Si comparamos estas fechas con las procedentes de La Vaquera o los enclaves sorianos del Valle de Ambrona, obtenidas la práctica totalidad sobre muestras de vida amplia, la sensación de sincronía es notoria. Algo similar ocurre cuando se comparan las fechas de la Meseta con las del área mediterránea o, en la costa atlántica portuguesa, donde el lapso temporal es de nuevo de poco menos de un siglo. Esta sincronía avala la propuesta colonial y certifica la rápida difusión del Neolítico por el territorio y su implantación según modelos semejantes a los de otros contextos de fuera de la Península Ibérica.

La única disimetría cronológica la encontramos al efectuar esta comparación con el área cantábrica, donde parece existir una notable prolongación de los sistemas de economía cazadora-recolectora especializados, en cierta medida reticentes a la implantación neolítica o a la colonización. Sólo desde este punto de vista se explican los desarrollos mesolíticos en fechas sincrónicas a la implantación neolítica en la Meseta e incluso la aparición de asentamientos con algunos elementos de tecnología neolítica, dentro de un contexto plenamente cazador-recolector.

La implantación neolítica trajo pareja la aparición de nuevos elementos tecnológicos que incidieron en la industria lítica, pero que también implican el desarrollo de tecnologías desconocidas hasta entonces. Para la puesta en servicio de estas tecnologías se hace imprescindible tener acceso al denominado *know how*, el cual es muy difícil obtener mediante pretendidos sistemas del tipo *down the line* que, como hemos señalado a lo largo de la obra se demuestran del todo inoperativos en lo que respecta a la primera implantación neolítica en la Península Ibérica donde el material novedoso no puede viajar sin la concurrencia de grupos humanos que lo porte.

En la tecnología lítica aparecen nuevos instrumentos. Entre ellos destacan por su número y por su reiterada similitud tipológica, los elementos de enmangue para útiles compuestos (EEUC) que pueden comparecer en cuatro formatos básicos de lámina simple

(LS1, LS2, LS3 y LS4) atendiendo al proceso de fragmentación, casi siempre por flexión o fracturado controlado, de las láminas de sílex. Los elementos más empleados para elaborar los EEUC serán los LS4, que corresponden tipológicamente a fragmentos mesiales de lámina bifracturada. Generalmente los productos LS2 y LS3, pese a ser muy abundantes en el registro, conforman parte del residuo desechado debido a que la comparecencia del bulbo o de los extremos arqueados propios de la elaboración de las largas láminas dificultan su inserción en las hoces compuestas. Las láminas completas (LS1) serán más comunes como útiles dotados de función propia, en ocasiones como cuchillos o grandes hoces de piedra, en fases avanzadas de la secuencia, generalmente dentro ya del Neolítico II, donde presentan formas más elaboradas que incluyen denticulaciones sucesivas.

Otros elementos novedosos son las lascas apuntadas de base adelgazada (LABA), aún incorrectamente valoradas y en muchos casos ni siquiera identificadas en el registro, pero que parecen ser los prototipos de los foliáceos que caracterizarán las etapas más avanzadas del Neolítico.

Los foliáceos, inexistentes en las fases iniciales del Neolítico I, evidencian cierta evolución, partiendo de las LABA y de los geométricos, para derivar en pequeñas puntas, casi microlíticas, de formas romboidales y retoques muy marginales, jamás invasores o cubrientes. Estas piezas presentan cierta relación con los complejos industriales de doble bisel, en especial, con los segmentos que, por norma general, se han asociado a contextos plenamente neolíticos, sin que se haya acertado a solucionar si en un caso y otro se trataría de implementos propios de grupos neolitizados (Neolítico 1B) más que de grupos neolíticos puros, en los que, a juzgar por los registros arqueológicos de los yacimientos mejor controlados, especialmente La Paleta, estos elementos están ausentes, así como los microlitos geométricos de morfología triangular o trapezoidal que sí comparecen, en cambio, en Verona II con una industria de marcado carácter mesolítico, o en La Vaquera. Estas puntas de flecha evolucionaron de modo notable a lo largo de la secuencia y derivaron en formas losangicas, con pedúnculos y aletas destacados, a veces con retoques periféricos a modo de serrado o 'abeto' dotadas de innegable capacidad mortífera. Este tipo de foliáceos se asocia de forma generalizada las etapas más recientes del Neolítico II y en sincronía con las grandes necrópolis dolménicas y tumulares con evidencias de enfrentamientos bélicos, hecho que debe ser tenido en cuenta.

Otro elemento novedoso son los instrumentos pulimentados, especialmente las hachas, azuelas y gubias de morfologías diversas y materiales también diversos. Parece existir cierta relación entre algunas materias primas como lamprófidos o diabasas, y ciertas morfologías, como las hachas densas de sección circular u oval, generalmente con concurrencia de pulimento parcial, pero también hay que señalar la presencia de nuevas materias primas como la sillimanita. El carácter localizado de este tipo de material, abundante en el sector oriental del Sistema Central, permite suponer la existencia de redes de difusión e intercambio que permiten establecer marcos territoriales en los que estas materias primas eran fácilmente obtenidas. Algo similar debió ocurrir con los materiales necesarios para la molturación de cereales. Los molinos y molederas recuperados, generalmente fracturados, en contextos neolíticos, suelen estar confeccionados en diversos tipos de granitos (adamelitas, granodioritas y leucogranitos) y en menor medida en areniscas. Las áreas de captación de estas materias primas, aunque más generales que las anteriores, suelen estar bien localizadas, lo cual implica un notable conocimiento del medio y del territorio y de nuevo un comportamiento territorial definido por parte del grupo o bien la inexistencia de tensiones derivadas de la gestión de estas materias primas que estarían, dentro de modelos de territorialidad abierta, disponibles para cualquier grupo. Este conocimiento certero del espacio de gestión territorial parece haber sido una de las garantías de éxito de la rápida difusión e implantación del nuevo modo de vida productor.

En fases más avanzadas de la secuencia (Neolítico II) se pone de manifiesto este control de recursos, sobre todo cuando se comienzan a gestionar algunos espacios con materias primas apreciadas y poco abundantes, caso de los lignitos y azabaches o de la variscita. Ambas materias se emplearon para elaborar adornos personales dotados de un elevado valor mágico y social. La presencia de este tipo de elementos en contextos funerarios definidos, como las sepulturas megalíticas dolménicas o tumulares, parecen indicar su asociación a determinados grupos sociales, quizás de guerreros.

Respecto al sílex, la inmediatez de los afloramientos de la cuenca del Tajo no requiere complejos mecanismos de extracción y tampoco puede hablarse de una comercialización del sílex hasta momentos terminales de la secuencia. La explotación del sílex no contó con actividades mineras complejas con pozos y galerías hasta momentos iniciales de la Edad del Bronce. El caso de Casa Montero denota carencias de evidencias científicas. Además, la práctica totalidad de los enclaves neolíticos del área madrileña y toledana de la cuenca del Tajo se asientan directamente sobre afloramientos silíceos o en las inmediaciones de enclaves en los que la materia prima es tan abundante que hace incongruente su exportación durante el Neolítico. Será en el momento en el que se colonicen los espacios subóptimos, por ejemplo el área de montaña, cuando se pongan en marcha sistemas de circulación de sílex para dotar a aquellas áreas deficitarias en esa materia prima.

En cuanto a la cerámica, la principal nueva tecnología neolítica, hemos construido una tabla tipológica basada en ocho tipos básicos de recipientes, dos de ellos (formas V y VIII) de específica funcionalidad como grandes contenedores y al menos uno, la forma VII (garrafa) asociada al contenido y preservación de algún tipo de producto destacado, quizás las semillas de la cosecha anual, pues ofrecen generalmente perforaciones destinadas a la colocación de un cierre de piel o tripa y este tipo de recipiente suelen presentar los esquemas decorativos más elaborados. Tampoco puede minusvalorarse que se trata de una forma de morfología antropeide, femenina, que se relaciona con la preservación dentro de una esfera mágica. Otra evidencia de este hecho no menos importante es su asociación reiterada a enterramientos individuales realizados en las mismas áreas de poblado o en algunas cuevas. Un caso particular parece ser el de La Paleta, donde sobre una forma de garrafa de tamaño algo superior al normal comparece una vasija antropomorfa ejecutada con la misma técnica y pasta que las grandes vasijas-silo. En este recipiente, sobre su cuello, se aprecia la recreación de un rostro con tratamiento detallado de las cejas, los ojos y la nariz y que hemos interpretado como representación de la 'gran diosa madre' tan común al Neolítico. Es el primer ejemplo de este tipo hallado en la Península Ibérica, si bien cuenta con paralelos notables algo más recientes en la denominada Venus de Gavá (Bosch y Estrada, 1994) o en las garrafas decoradas de algunas cuevas andaluzas, como las de El Muerto, Los Murciélagos y Nerja (Gavilán y Vera, 1993).

Los recipientes contenedores de contextos neolíticos puros (Neolítico 1 A), ofrecen paralelos nítidos en yacimientos del Próximo Oriente, especialmente en enclaves del área sirio-jordana, donde comparecen en momentos avanzados de la economía de producción en fechas sincrónicas a la llegada de los primeros colonos a las tierras peninsulares. Este tipo de recipientes han sido ubicados tipológicamente, en nuestra tabla de tipos, con los recipientes de almacenamiento de la forma V, con la especificidad de la presencia de bases planas en el caso de estas grandes vasijas-silo, cónicas o mayoritariamente convexas. Este tipo de recipientes también suelen estar decorados y no es raro que porten asas que, cuando comparecen, se convierten en verdaderos ejes articuladores de los esquemas decorativos.

Menos abundantes son las decoraciones presentes en los recipientes de las formas I, II, III y IV, hecho que supone un tratamiento diferenciado de las vajillas. Las piezas dotadas de un valor específico por su contenido o por cualquier otra circunstancia, ofrecen decoraciones más elaboradas, en ocasiones barrocas. Este hecho debe relacionarse con

el contenido, pues es sobre los recipientes destinados al almacenamiento donde comparecen las decoraciones más elaboradas, mientras que en los recipientes de uso más común y frecuente, de contextos domésticos, las decoraciones son más simples o sencillamente no aparecen.

El estudio de la tecnología alfarera nos ha llevado a experimentar la realización de las decoraciones de tipo cardial o cardialoide, y hemos podido constatar la presencia en algunos contextos habitacionales en cueva y abrigo de productos alfareros que demuestran notable impericia de los alfareros. Esta impericia destaca sobre la calidad de las cerámicas cardiales recuperadas en otros contextos que demuestran una maestría en la técnica alfarera. El uso reiterado de desgrasantes incorrectos en el Abrigo de Verdelpino, donde se usó el sílex mezclado con la arcilla, o la Cueva de La Ventana, donde se emplearon fragmentos de pizarra añadidos a la matriz arcillosa, implican estados de prueba en la manufactura de los recipientes o análisis en relación con la capacidad de dilatación. En ambos casos hemos el uso de unos y otros elementos invalida la funcionalidad principal de la cerámica si se destinaba a su colocación sobre el fuego. Ambos casos señalan el recurso a materias primas locales y a la experimentación en fases muy recientes del proceso pues las cerámicas de La Ventana han sido datadas en torno al 6500 BP-. El que en ambos casos existan de evidencias de elementos de sustrato en los conjuntos industriales que plantean la posibilidad de un proceso de aculturación derivado del contacto entre grupos de cazadores-recolectores y los primeros productores y por tanto de verdaderas experimentaciones al adquirir el conocimiento alfarero.

Dentro de este apartado hemos realizado un esfuerzo notable por analizar los esquemas estilísticos asociados a las decoraciones cerámicas. Nuestra hipótesis de trabajo parte de la creencia de que **las decoraciones cerámicas fueron un elemento de referencia y de expresión, dotado de pleno significado asociado a las tribus dialectales y a su configuración territorial**. La esquematización de las representaciones revela etapas iniciales de la comunicación figurativa con función mágica, pues las superficies cerámicas tuvieron como destino asegurar la perennidad del mensaje que se desea transmitir. En definitiva estaríamos antes estadios primitivos en los que lo representado, sea pictórico o no, supone una forma susceptible de encarnarse en ciertos objetos usuales semantizados. Lo representado en las superficies cerámicas representan un amplio campo semiótico cuyos signos pueden ser nombrados, no importando de hecho por qué tipo de lengua. Así, el esquema se convierte en un producto de la cultura y la sociedad y juega un papel de primera magnitud en su desarrollo y también como vehículo para establecer de vínculos entre diferentes grupos (Calvet, 1996: 20; Griaule y Dieterlin, 1951: 3)

El estudio de los esquemas estilísticos ha determinado la reiteración de determinados esquemas que pueden reducirse a un conjunto limitado de elementos con estructura geométrica. Estos elementos se limitan a cuatro esquemas principales y presentan cierta distribución geográfica que coincide puntualmente con las grandes áreas culturales de los grupos de sustrato. De los cinco esquemas diferenciados, dos resultan más notables: el 'pectiniforme aziloide', con una clara representación en el extremo septentrional y centro oriental del área de estudio, y el 'pseudoboquique' que aparece en el extremo meridional y centro-oriental de la Meseta. Otros esquemas desatacados son los derivados de decoraciones cardiales, muy localizadas y poco abundantes, y sobre todo los de 'espiga' o 'espina de pescado', que por su dispersión general debe ser considerado el más común de los esquemas neolíticos de la Meseta y de buena parte de la Península Ibérica. Existe un desarrollo homogéneo que fue la base del proceso sobre el que destacan tres elementos dotados de una significación geográfica y cultural plenos.

De modo general, se llega a la conclusión de que mientras el 'pectiniforme aziloide' encuentra paralelos notorios entre piezas decoradas del sustrato, específicamente de raigambre aziloide, el motivo en espiga es el mejor representado y es posible

considerarlo como una derivación propia del concepto cosmogónico neolítico. Está clara la intencionalidad de la representación desde el momento en el que podemos asegurar que la transfiguración de lo pictórico y gestual al terreno del novísimo elemento cerámico se realiza con la finalidad exclusiva de transmitir un mensaje pleno de sentido dentro del referente cosmogónico de los grupos tribales implicados. También cabe que el esquema se encontrase imbuido directamente en la configuración subconsciente de los grupos portadores, explicación que no resulta satisfactoria para explicar su clara circunscripción geográfica, al menos en contextos de la Meseta. Estos esquemas, también presentes en el área levantina o en el Sureste de Francia, como en el caso de Leucate Correge, no pueden dejar de lado que en aquellos contextos también existen esas representaciones dentro de los contextos de substrato.

Otra conclusión interesante y parcialmente ligada a lo que acaba de señalarse es la implicación de los esquemas en 'espiga'. Esta representación es la más abundante en todos los contextos estudiados y debe ser tomada como la transposición de un elemento tan novedoso como el cereal sobre el vehículo de expresión más general de los primeros contextos neolíticos. Aunque sea en el terreno de la hipótesis, no cabe plantear la transfiguración de los campos de espigas en esos campos decorados cerámicos ya que estaríamos ante uno de los esquemas más significativos de la semantización de ciertos objetos usuales a la que antes nos referimos. Aquí el mensaje puede ser ya no tribal dialectal exclusivamente, sino relacionado con la expresión de ese amplio campo semiótico cuyos signos pueden ser interpelados por cualquier lengua (Calvet, 1996: 20), incluso por la nuestra. Es este un campo de notable interés para seguir avanzando.

La industria en hueso, sin ser destacada, presenta nuevos elementos como los punzones, normalmente realizados sobre metápodos de ovejas y cabras y que presentan en la mayor parte de los casos extremos aguzados conseguidos a través de un cuidadoso pulido. Es raro el yacimiento en el que se hayan practicado excavaciones que no presente entre los restos recuperados algunos punzones. Cabe plantear algunas hipótesis acerca de su funcionalidad. Una, atendiendo a la experimentación llevada a cabo, es eran útiles relacionados con la decoración de los recipientes cerámicos, pues buena parte de las impresiones presentes en las producciones alfareras pudieron ser ejecutadas con punzones de puntas más o menos aguzadas o romas; para este último caso incluso hemos comprobado la utilidad de los punzones romos y de las pequeñas espátulas para realizar los acanalados. Otros elementos de hueso de la Meseta, muy definidos y con paralelos formales en el área meridional de la Cordillera Cantábrica y del Ebro, son las espátulas decoradas, que aparecen en contextos muy definidos hasta ahora privativos de túmulos y dólmenes con numerosas inhumaciones asociadas a microlitos geométricos, dentro del Horizonte San Martín-El Miradero (Delibes *et alii*, 1987). La funcionalidad de estos elementos es aún desconocida, pero se ha señalado una función 'simbólica' asociada a la presencia de guerreros. La presencia de estos elementos contrasta con la ausencia generalizada de 'cucharas' de hueso que tienen una clara representación meridional y oriental durante el primer Neolítico.

Los elementos de adorno aparecen en contextos funerarios, si bien no son muy abundantes hasta momentos avanzados de la secuencia, dentro del Neolítico II. Los brazaletes de piedra y hueso o concha aparecen asociados a contextos habitacionales y funerarios. Estos elementos son definidores del denominado Neolítico Medio andaluz y tiene representación modesta en los contextos del interior de la Península. Su función como pulsera, brazaletes o tobillera parece fuera de toda duda, como lo parece también el que se asocie en ocasiones a las inhumaciones, caso de Valdivia o del dolmen de Cubillejo de Lara, en ambos casos realizados en materia orgánica. En contextos funerarios neolíticos del Neolítico I destaca la relativa escasez de elementos de adorno, que se circunscriben a algunas conchas, con especial predominio de la *trivia europea*, y cuentas o abalorios de hueso y dientes o en menor medida de piedra de formatos diversos, entre los que destacan, en las fases más antiguas, el lignito y el azabache. En los contextos funerarios del Neolítico II, especialmente entre los materiales recuperados

en dólmenes y túmulos, menudean abalorios más destacados con cuentas de morfología más variada, con especial representación de las cuentas discoides de pequeño tamaño y colores fundamentalmente blanco y negro. En estos contextos avanzados de la secuencia neolítica aparecen por vez primera las cuentas de materias exóticas, a veces procedentes de zonas lejanas, como el ámbar y cuya presencia plantea la existencia de redes de intercambio establecidas por los grupos tribales.

Modesta representación, cada vez mejor estudiada, muestran los anillos y matrices para anillos recuperados en contextos del interior, aunque son más abundantes de momento las matrices que los propios elementos de adorno, lo cual no deja de representar cierta extrañeza.

Una parcela muy específica es el megalitismo, cuya complejidad exige su tratamiento en un nuevo estudio. Pero hemos querido plantear las principales hipótesis de trabajo y las conclusiones preliminares a las que hemos llegado. Nos encontramos ante la quiebra del sistema fenomenológico megalítico puesto que resulta evidente la asociación causal del neolítico y el megalitismo en relación con los postulados enunciados por la Teoría de la Relatividad Histórica. Es necesario abordar el estudio de este hecho funerario no sólo desde el Neolítico, sino desde el concepto cultural y territorial del substrato, pues **los elementos geométricos deben asociarse a flechas empleadas por grupos enfrentados a los inhumados. Así, los geométricos de los dólmenes y túmulos dejan de ser ajuares para convertirse en una evidencia más de un substrato enfrentado a los grupos neolíticos o neolitizados en encuentros bélicos justamente en el momento de generalización del modo de vida neolítico, esto es, cronológicamente durante el Neolítico II.** El trasfondo de la gestión de los recursos y el territorio queda definido en la distribución espacial y cronológica del megalitismo, pero sobre todo, por su relación causal con el proceso de neolitización y resistencia aparecida en los contextos de frontera agrícola (Renfrew, 2001)

La distribución geográfica del megalitismo requiere abordar su análisis dentro del mismo concepto tribal y étnico referido al ocuparnos de los estilos decorativos cerámicos. Del mismo modo sólo contando con un sólido conocimiento del substrato y del Neolítico de las regiones a estudiar es posible plantear nuevas hipótesis que cierren el capítulo cultural y fenomenológico de un tipo de expresión funeraria a caballo entre dos mundos culturalmente diferenciados. Si en el campo del arte rupestre las representaciones levantinas y esquemáticas o macroesquemáticas evidencian los postulados de la teoría de la relatividad histórica para el contexto oriental de la Península Ibérica, en el megalitismo tenemos un modelo similar para las regiones occidentales y septentrionales. La evidencia de dos mundos culturales desarrollándose en marcos de referencia diferentes pero dentro de un mismo marco temporal es aún si cabe más palpable.

Como colofón a los estudios realizados y a la visión general dentro del estudio de conjunto, hemos propuesto una secuencia cultural, necesaria para comprender los desarrollos puestos de manifiesto a lo largo de la obra. Se basa explícitamente en los postulados planteados por Bernabeu (1996) para el Neolítico del Levante, superando el sistema clásico trifásico, aún en uso, y que responde a una ordenación evolutiva, en cierto modo subjetiva y excesivamente arqueográfica de los materiales recuperados en contextos muy diversos.

No se advierte, con la claridad necesaria, una fase antigua, otra media y una final en la implantación del Neolítico y su posterior desarrollo. El modelo de Bernabeu se basa en la asunción de un esquema dual refrendado por las evidencias que poseemos. El registro presenta dos grupos culturales diferenciados, uno de substrato, aún poco abundante, en el que el conjunto material propio de los grupos de cazadores-recolectores tiene un peso más destacado que el novedoso material neolítico y otro formado por grupos de colonos en los que es notable el peso de los elementos que conforman el nuevo sistema cultural y económico.

En la secuencia postulamos un planteamiento bipartito que explicita los desarrollos de estos dos 'mundos' diferenciados pero en paulatina interacción, ya que, a nivel lógico sólo se distinguen dos fases. La primera, que hemos denominado Neolítico I, incluye la implantación (Fase IA) y la consecuente generación del proceso neolitizador, en tanto en cuanto proceso de aculturación (Fase IB). Esta primera fase se caracteriza por la presencia mayoritaria de cerámicas impresas muy relacionadas con otras regiones del Mediterráneo. No son extrañas, aunque sí muy localizadas, las cerámicas decoradas con técnica cardial. Advertimos la presencia generalizada del 'paquete neolítico' fauna y vegetales domésticos, cerámicas, pulimentos y sistemas de almacenamiento. Esta fase se sitúa cronológicamente en torno al 6700 BP, atendiendo a las fechas de La Paleta, La Vaquera, La Ventana o Valle de Ambrona. En el campo económico es evidente la importancia de los cereales y la presencia complementaria de ganadería, especialmente ovina y caprina, si bien están representados todos los taxones de fauna doméstica: vaca, cerdo y posiblemente perro.

Esta fase ofrece un desarrollo paulatino que engloba el Neolítico II, caracterizado por la generalización del modo de vida campesino (IIA) y por la multiplicación espacial de los asentamientos, generalmente de nueva planta, en los que comparecen todos los elementos neolíticos. Este proceso paulatino se desarrolla de nuevo en el marco de influencia de dos ámbitos, puesto que también se aprecia una continuidad de los grupos de substrato (IIB), ya con evidencias más claras de interacción con los grupos neolíticos. En la cultura material destacan las abundantes cerámicas inciso/acanaladas, minimizándose la presencia de las impresas. Las industrias líticas se centran especialmente en la elaboración de hoces y en los elementos de enmangue para útiles compuestos asociados a ellas. Surgen los primeros foliáceos, relacionamos con la caza y sobre todo con los enfrentamientos bélicos intergrupales. Los grupos de raíz mesolítica sólo se evidencian por la presencia de sus flechas en contextos funerarios megalíticos y tumulares. Se intuye la existencia de grupos reticentes al cambio o inmersos, una vez mantenidos los primeros contactos aculturadores, en desarrollos culturales propios.

En el campo económico se advierten las primeras fases de especialización, sobre todo ganadera, que se acompañan de la generalización y multiplicación de los espacios destinados al cultivo de cereales que, por vez primera, se hace patente en los registros polínicos. En la fauna se aprecia un incremento del cerdo y de la vaca, hecho que dio lugar a especializaciones más definidas y a la creación de modelos de asentamientos también específicos. Sin poder definir fechas estrictas, el inicio del Neolítico II se centra en torno al 5500 BP.

El desarrollo del Neolítico II siguió su paulatino devenir hasta su descomposición en modelos más regionalizados al surgir la desigualdad social, el control territorial y la gestión de recursos diferidos y bienes de prestigio. En este contexto aparecerán las primeras fortificaciones y se multiplican los intercambios culturales, económicos y técnicos. En torno al 4500-4000 BP aparecen nuevos elementos en la esfera económica entre los que destacarán el uso y transformación del metal. La vida campesina, de carácter productor está perfectamente implantada y podemos advertir el incremento de la presión social ya que el éxito de la neolitización deriva, en el Neolítico II en el aumento de la competencia territorial debido a un exponencial crecimiento demográfico. Los grupos de substrato han sido completamente asimilados o exterminados.

Resulta por tanto evidente que la implantación del Neolítico, supuso una situación traumática para los grupos Epipaleomesolíticos existentes en la Península Ibérica. Advertimos evidencias nítidas de aculturación, pero también de conflicto y exterminio sobre todo durante el Neolítico II, periodo en el que la presión por el territorio y los recursos debió ser tan grande que hizo inviable el mantenimiento sincrónico de los dos mundos que denuncia el modelo dual. La lucha parece haberse dirimido a favor del sistema de economía de producción; ahora bien, no podemos obviar que la carga

aculturadora implica una notable asimilación de los grupos indígenas que, a pesar de su aparente invisibilidad, siguen estando ahí, representados por una suerte de sincretismo de sus cosmogonías, de sus elementos culturales, pero totalmente absorbidos por un modelo social, cultural y económico foráneo que los enmascara.

APÉNDICE I

CARACTERIZACIÓN EXPERIMENTAL DE LAS IMPRONTAS CARDIALES Y CARDIALOIDES

Debemos partir, inicialmente, no todos aquellos elementos mediante los cuales podemos conseguir una impronta sobre la pasta cerámica fresca, que son innumerables, sino sobre la morfología de las improntas halladas en el registro arqueológico.

Para ello hemos analizado un nutrido conjunto de cerámicas cardiales y pesudocardiales procedentes de yacimientos de la Península Ibérica así como de otros contextos extrapensinulares –especialmente franceses-. El estudio de estas improntas originales se ha realizado tanto sobre colecciones de referencia, procedentes de colecciones particulares y de museos e Instituciones, como sobre la diferente documentación fotográfica publicada.

Hemos podido diferenciar, de forma genérica, que las cerámicas impresas cardiales se caracterizan por presentar, mayoritariamente, impresiones de morfología tendente al semicírculo y al arco de círculo –herencia de la propia geometría de la valva del molusco- realizadas con una mayor o menor profundidad dependiendo de la presión ejercida por el alfarero sobre el barro fresco, pero también con una amplitud diferente dependiente del ángulo de aplicación de la concha o matriz empleada para ejecutar el gesto técnico de la impresión. En ocasiones, si bien son estas las menos, se pueden conseguir improntas de tendencia lineal. No obstante, el elemento morfológico que parece caracterizar la impresión cardinal es la presencia inequívoca en el negativo impreso de los dientes del borde de la valva. Esta impresión está definida como una morfología peculiar en forma de D o V (Fig. 558-A.2 y 5-E) –dependiendo de la familia del molusco empleado y de su tamaño- que, como podemos apreciar (Fig. 558) no sólo es posible conseguirla mediante el uso exclusivo de una concha como elemento de impresión.

Los diferentes gestos técnicos empleados para la obtención de las impresiones son, fundamentalmente tres: aplicación directa en vertical, aplicación directa oblicua y arrastre. En ocasiones se pueden producir combinaciones de estos tres gestos técnicos fundamentales que derivan en la aplicación directa, bien vertical u oblicua, y posterior arrastre. Como veremos en la parte dedicada a la experimentación este arrastre podrá conferir un aspecto estriado o liso a la impresión obtenida dependiendo de que se aplique y arrastre la cara dorsal o ventral de la valva.

El primer problema de nuestra experimentación se plantea, como está perfectamente recogido en la bibliografía sobre temática cardinal, en el momento en el que advertimos que la decoración de este tipo es posible realizarla, con una fidelidad asombrosa, con otros elementos materiales consistentes en matrices dentadas. Menos equívoca resulta la impresión directa, con un ángulo de 90° sobre la pasta cerámica que, como tendremos ocasión de ver, deja una inequívoca impronta. Esta certeza no puede trasladarse,

empero, a la multitud de impresiones realizadas cuando se aplica el molde de impresión sobre la pasta cerámica con un ángulo menor o igual a los 45°.

La impresión menos equívoca es sin duda la que resulta de la aplicación del umbo del margen dorsal de la valva (Fig. 558-A.3) si bien es cierto que este tipo de impresión, aunque habitual, no es la más abundante en los repertorios cardiales.

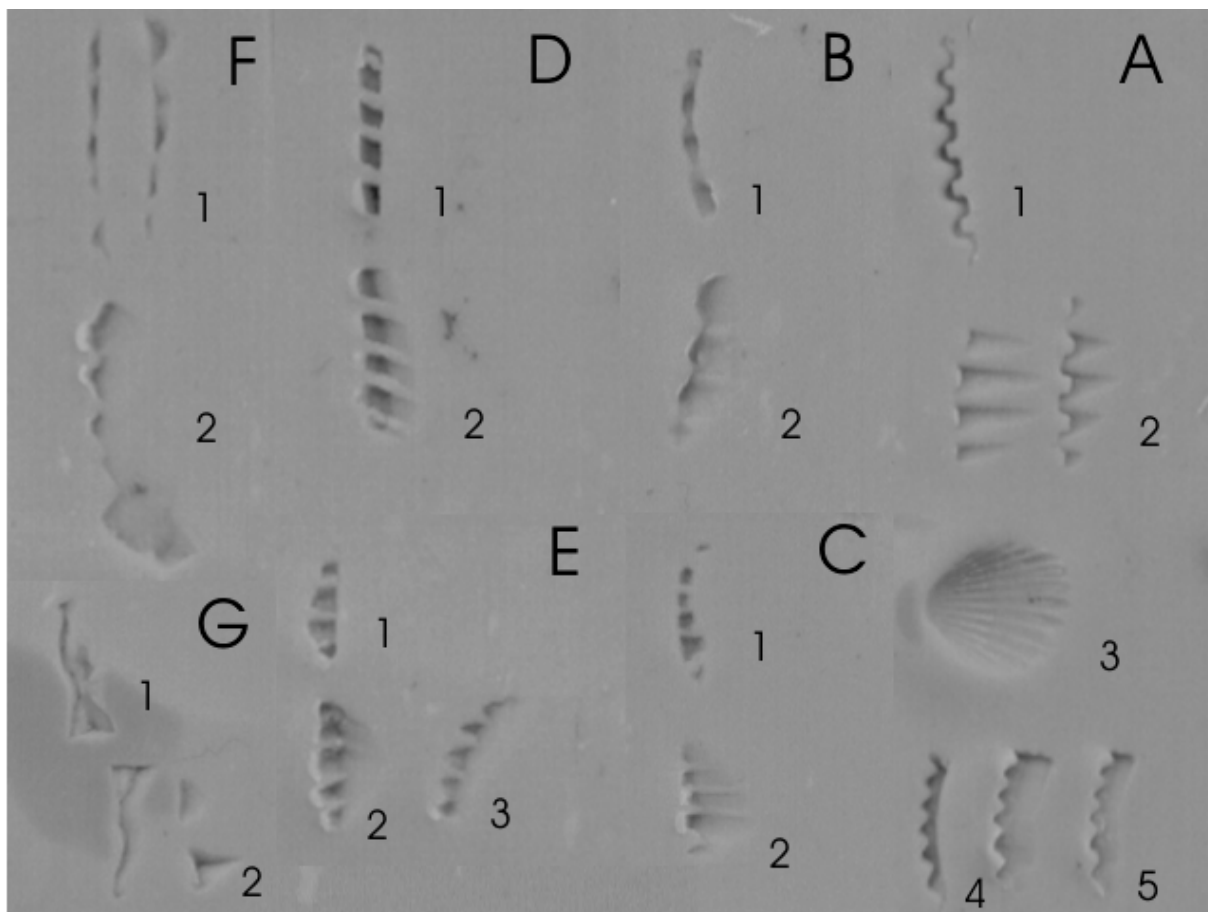


Fig. 558.- Tabla de improntas experimentales.

Tipología experimental de impresiones

Para nuestro estudio diferenciaremos las partes que conforman la impresión (planos de impresión –exterior e interior-) así como atenderemos a dos tipos diferentes de impresión atendiendo al ángulo de ataque:

a.- Impresiones realizadas de forma vertical, perpendicular al recipiente, ejecutadas con un ángulo de 90°.

b.- Impresiones realizadas de forma transversal, ejecutadas con un ángulo inferior o igual a 45°.

En ambos casos obtendremos un juego de dos moldes de impresión por cada una de las matrices empleadas (planos de impresión) Analizaremos seguidamente cada una de las improntas y las definiremos ayudándonos de macrofotografías de detalle de forma que puedan ser empleadas como una suerte de catálogo en la definición de las impresiones elaboradas para pasar a comparar nuestra colección experimental con las evidencias arqueológicas que poseemos. Nuestra intención prioritaria es, por tanto, contar con una suerte de corpus documental que nos permita dilucidar en cada caso, de los mostrados o de futuros, cuándo estamos ante impresiones cardiales puras –entendidas como

realizadas con una valva de molusco como matriz- o pseudocardiales –entendidas como aquellas realizadas con una matriz diferente a la valva de molusco-. Sin duda tenemos la certeza de que un tipo y otro de impresiones estuvieron dotados de una significación similar. Derivar del uso de una u otra técnica explicaciones culturales o cronológicas puede que no resulte acertado, aún cuando parece evidente la existencia de una prelación y una evidente conexión cuando alguien emplea una matriz de hueso tratando de realizar sobre una cerámica un esquema que en otro contexto está realizado con una concha. Profundizar más a este respecto no consideramos sea, al menos para nuestra experimentación, muy productivo y es terreno que dejamos para el capítulo final de conclusiones y sobre todo para posteriores estudios.

En cuanto a los materiales hemos atendido a la elección de aquellos que pudieron tener a su disposición los alfareros neolíticos: concha, madera, piedra y hueso. No obstante, en el primer caso encontramos lo que hemos dado en denominar matrices primarias, esto es, que se encuentran configuradas en estado natural y que, por tanto, permiten una aplicación directa. En las restantes ocasiones se trata de elementos que requieren una configuración y por tanto, es lícito hablar de matrices secundarias, atendiendo quizás a la prelación de las primeras –en una línea de interpretación similar a la que acabamos de comentar más arriba-; en este caso las materias requieren una modificación dirigida, bien a la consecución de un elemento destinado a la decoración de los recipientes cerámicos, bien a usos múltiples. Abundaremos en la interpretación de unos y otros en el apartado destinado a las conclusiones.

A través de la experimentación hemos sido capaces de señalar algunas características de las improntas producidas por todos estos elementos. Estas características son, generalmente, visibles a simple vista si bien el mejor modo de apreciarlas y caracterizar las huellas traceológicas de las improntas es mediante el recurso a la microscopía óptica de corto y medio aumento.

Metodología

Nos hemos servido de una lente binocular dotada de lentes de 2x y 4x y visores de 10x pudiendo obtener un rango de visión variable entre los 20 y los 40 aumentos. Para la microfotografía hemos recurrido a la aplicación de un binocular adaptable a una cámara digital Ricoh de 3.1 MP y lentes $f=5.5 - 16.5\text{mm}$ 1:2.6-4.7, así como al empleo de un scanner óptico de mesa para el tratamiento directo de imágenes. Todos estos instrumentos han demostrado su versatilidad y la suficiencia de la capacidad de aplicación.

Para la obtención experimental de las improntas hemos recurrido al trabajo con elementos reales de plasticidad diversa, si bien el barro de alfarero y la pasta de modelar (plastilina) han demostrado una gran versatilidad y manejabilidad para la obtención de improntas y su posterior reproducción y estudio. En el caso de los elementos de impresión se ha recurrido tanto a piezas procedentes de yacimientos arqueológicos como a recreaciones de piezas arqueológicas o simulación de otras que, por su materia de fabricación, difícilmente pueden localizarse en el registro arqueológico, como es el caso de la madera.

Experimentación por matrices

A continuación mostramos, sintéticamente, las pruebas realizadas con cada una de las matrices, directas e indirectas, empleadas en nuestra experimentación. En todos los casos se ha considerado factible crear un protocolo de trabajo formado por la ejecución de dos experimentaciones por cada una de las matrices atendiendo a la tipología experimental de las impresiones que en el apartado anterior señalamos (Tipo A – impresiones verticales realizadas con un ángulo de 90° - y Tipo B –impresiones oblicuas realizadas con un ángulo de 45° -) En cada caso, y tratando de evitar los comentarios excesivos, se ha descrito la impresión dejada así como los principales estigmas de

impresión que hemos podido definir, acompañándonos de imágenes caracterizadoras de cada una de las experimentaciones.

BIVALVOS

APLICACIÓN VERTICAL (TIPO A) DE BORDE DE VALVA CON CARA DORSAL AL FRENTE

Se aplica, siguiendo el Tipo A (90°) de impresiones, el margen ventral crenulado (borde) de una valva de bivalvo correspondiente a la familia *Cardiidae*.

La impronta obtenida forma un único plano de impresión que presenta una inconfundible morfología sinuosa (Fig. 558-A.1) de aspecto serpentiforme en el que cada una de las líneas sinuosas se encuentra más o menos separada dependiendo del tamaño de la valva y en ocasiones del tipo de valva empleado. No se advierte generalmente una cara interna plana más que en los casos en los que se aplican fragmentos mesiales de ciertas conchas en los que las nervaduras de la cara ventral desaparecen conforme nos acercamos al umbo. En estos casos, en la impronta, se advierten dos planos diferenciados de impresión, uno exterior, con el molde de las nervaduras, y otro liso, interior, formado por la cara ventral de la valva, como veremos más adelante.

APLICACIÓN (TIPO B) DE LA CARA DORSAL DE LA VALVA

Cuando se aplica la valva atendiendo al Tipo de impresión B (45°) se obtiene una impronta formada por una concatenación de impresiones subtriangulares o en forma de D (Fig. 558-A.2) o V, dependiendo del tipo de valva empleado y del tamaño de la misma.

IMPRESIONES OBTENIDAS CON FRAGMENTOS DE VALVAS

Al experimentar no con valvas completas, sino con fragmentos de ellas, los resultados obtenidos varían notablemente.

3.1.- Impresiones obtenidas por aplicación vertical (tipo A) de borde de fragmento de valva.

Al fragmentar una valva de *cardium* o concha similar obtenemos un elemento caracterizado por la presencia de dos superficies diferenciadas netamente: el anverso mostrará un relieve formado por los nervios de la cara dorsal de la valva, y el reverso aparecerá compuesto por una cara lisa y plana.

Estas características morfológicas tendrán su traducción, como era de esperar, sobre la impresión obtenida (Fig. 558-A.4 y A.5). Así, la impresión mostrará dos planos netamente diferenciados, el exterior, formando un pequeño arco de circunferencia mostrará un perfil ondulado o en zigzag, de morfología variable –dependiendo de la familia de la valva empleada y de su tamaño–; el plano interior estará formado por un arco de circunferencia liso (Fig. 558-A.4). Como vemos la impresión difiere notablemente de la obtenida en el caso de la aplicación del borde de una valva completa.

3.2.- Impresiones obtenidas por aplicación transversal (Tipo B) de fragmento de valva.

La impresión obtenida es ciertamente peculiar. El gesto técnico para realizar esta impresión suele ser apoyar la cara interior –lisa– de la valva sobre la pasta fresca, desplazarla someramente y levantarla en dirección contraria al sentido de aplicación –esto es, por la cara dorsal–. Obtenemos una impresión caracterizada de nuevo por dos planos de impresión netamente diferenciados: en la parte exterior quedan marcados claramente los nervios de la cara dorsal de la valva, mientras que en el interior, debido al apoyo de la cara ventral de la valva, obtenemos un plano liso característico (Fig. 467-A.5), generalmente de laterales rectilíneos, si bien este extremo depende de factores poco controlables como los derivados de la fragmentación, controlada o no de la valva.

IMPRESIÓN DEL UMBO DE LA CONCHA

Se obtiene una impresión clara de las nervaduras de las caras externa e interna de la concha. Es una de las impresiones más significativas y diagnósticas de las realizadas mediante concha (Fig. 558-A.3)

GRADINAS Y MATRICES DENTADAS

Se entiende por gradina aquél elemento, generalmente de materia orgánica (hueso, madera, etc.), si bien también puede ser confeccionado en piedra, que, una vez modificado, permite la obtención de una matriz –generalmente dentada- destinada a la ejecución de series de impresiones sobre el barro fresco.

CÁSCARA DE FRUTO –ALMENDRA- (OBJETO DE MORFOLOGÍA TENDENTE A LA SEMIESFERA O SEGMENTO DE ELLA) CON MODIFICACIÓN DENTADA APLICADA EN VERTICAL (TIPO A)

Aplicando el tipo de impresión a (90°) se obtiene la huella de un arco de circunferencia en el que se advierten dos planos de impresión no muy diferenciados; en primer lugar, las denticulaciones del frente activo de la cara exterior y en segundo lugar otro plano de impresión liso correspondiente a la cara interna de la gradina (Fig. 558-B.1) Cuando los denticulados llegan a individualizarse, las improntas dejadas suelen tener una morfología independiente de tendencia circular, cuadrangular o triangular que resulta en todos los casos evidente. Este extremo depende, como señalamos, de la distancia de separación existente entre cada púa o diente.

CÁSCARA DE FRUTO –ALMENDRA- (OBJETO DE MORFOLOGÍA TENDENTE A LA SEMIESFERA O SEGMENTO DE ELLA) CON MODIFICACIÓN DENTADA APLICADA DE FORMA TRANSVERSAL (TIPO B)

En la impresión del Tipo b (45°), se obtiene una impronta en la que quedan nítidamente marcados los valles y cúspides del denticulado, similar a la obtenida mediante la aplicación de una valva nervada (Fig. 558-B.2), si bien se advierten las siguientes diferencias:

Las impresiones de cúspides y valles presentan una morfología rectangular más alejada de la forma subtriangular o en D que obteníamos mediante la impresión de valva nervada. No obstante, mediante la experimentación hemos comprobado que la morfología de la impronta depende directamente del tipo de denticulado realizado pudiendo llegar a obtenerse una huella bastante similar a la dejada por la aplicación de la valva de molusco, si bien la característica ausencia de cierre de la impresión dejada por su lado interno (delimitando la mencionada morfología en D o V que caracteriza a la impronta de la valva) será una de las principales características diferenciadoras de ambas impresiones.

CAÑA O FRAGMENTO DE HUESO MODIFICADO CON DENTADO FRONTAL APLICADO EN VERTICAL (TIPO A)

Aplicando este tipo de soporte se obtiene, en todos los casos, la impresión de un frente de impresión compuesto por el negativo de los denticulados efectuados en el extremo activo del soporte (Fig. 558-C.1) Normalmente la impronta obtenida diferencia de forma nítida los dientes de la gradina. En la matriz con la que hemos trabajado (caña de hueso) se obtiene una morfología tendente al arco de circunferencia si bien hemos experimentado con otro tipo de matrices, obtenidas sobre huesos de mayor tamaño, obteniéndose improntas casi lineales. Normalmente las improntas obtenidas mediante este tipo de aplicación resultan inequívocas.

CAÑA O FRAGMENTO DE HUESO MODIFICADO CON DENTADO FRONTAL APLICADO DE FORMA TRANSVERSAL (TIPO B)

Cuando la gradina de hueso se aplica con un ángulo menor o igual a 45°, se obtiene una inequívoca impresión de morfología tendente al arco de circunferencia o creciente en el que quedan perfectamente definida la impresión de las nervaduras (Fig. 558-C.2) El resultado difiere notablemente de la impresión de la concha. Mientras en la impresión de las valvas dentadas las impresiones de las nervaduras dan el efecto de impresiones individualizadas, en el caso de la matriz de hueso se aprecia que las nervaduras forman parte de un cuerpo denso que queda definido en la impresión claramente con la característica forma de creciente a la que antes aludimos.

ELEMENTO VEGETAL (MADERA, CORTEZA, ETC) LISO CON MODIFICACIÓN FRONTAL A MODO DE DENTICULADO APLICADO DE MODO VERTICAL (TIPO A)

En nuestra experimentación hemos empleado dos matrices diferentes y que, por tanto, ofrecen también impresiones diferentes.

En primer lugar hemos experimentado con un fragmento de madera obtenido del interior de un tronco de enebro. La impronta obtenida es del todo similar a la que obtuvimos en el caso los casos 5 y 7 (Fig. 558-B.1 y C.1), si bien en esta ocasión las impresiones cuadrangulares están más marcadas e individualizadas y presentan una disposición lineal (Fig. 558-D.1)

En segundo lugar hemos experimentado con una rama seccionada y dentada. Al aplicarla verticalmente sobre la pasta fresca obtenemos una huella con dos campos de impresión, uno curvo, al exterior, y otro liso, al interior, situándose entre ambos la impresión, generalmente de morfología cuadrangular o circular, del denticulado (Fig. 467-E.1) Este tipo de impresión es bastante similar a la obtenida en el caso anterior, siendo la única diferencia la curvatura, característica, obtenida en el plano exterior por haberse empleado una matriz de sección circular.

ELEMENTO VEGETAL (MADERA, CORTEZA, ETC) LISO CON MODIFICACIÓN FRONTAL A MODO DE DENTICULADO APLICADO DE MODO TRANSVERSAL (TIPO B)

Al aplicar la matriz de forma oblicua (45°) obtenemos dos impresiones diferenciadas según apliquemos la matriz de un modo u otro. Cuando se aplica con la parte externa de la gradina al frente (Fig. 558-E.3) se obtiene una impresión muy similar a la que obtuvimos aplicando la valva fragmentada (Fig. 558-A.5) y en la que se advierten claramente dos planos de impresión diferenciados; por un lado el plano curvilíneo exterior que deja la impronta neta de la modificación dentada, y por otro, en el interior, un plano liso, plano y denso. Cuando aplicamos la parte externa de la gradina al revés, es decir, hacia el interior (Fig. 558-E.2) se obtiene un cuerpo de impresión muy similar al que observamos en el caso 8 (Fig. 558-C.2), de nuevo con dos planos de impresión diferenciados y con la típica morfología de lúnula en el plano interior.

Cuando la aplicación se realiza con el fragmento de madera obtenida del interior del tronco de enebro observamos que la forma de lúnula del plano de impresión interior se difumina al tiempo que se individualizan las huellas dejadas por el denticulado (Fig. 558-D.2)

DENTICULADO ELABORADO SOBRE SÍLEX APLICADO DE MODO VERTICAL (TIPO A)

En este caso obtenemos una impresión bastante similar a la que obtuvimos en los dos casos anteriores (Fig. 558-F.1) Por lo general presenta una morfología lineal quedando bien diferenciadas las impresiones de los dientes.

En las diferentes experimentaciones que hemos realizado hemos podido alcanzar resultados más o menos depurados dependiendo de la finura del trabajo del denticulado. No obstante las impresiones obtenidas no difieren notablemente de lo señalado y si lo hacen en algún extremo es en el de su tamaño de modo que a denticulados más elaborados y de mayor tamaño, las impresiones dejadas por los dientes se distancian e individualizan más. Es por ello que suponemos que en caso de haberse empleado alguna vez este tipo de matriz lo habrá sido dentro del conjunto de los microdenticulados.

DENTICULADO ELABORADO SOBRE SÍLEX APLICADO DE MODO TRANSVERSAL (TIPO B)

En esta ocasión obtenemos una impresión bastante peculiar, muy similar a las que obtuvimos en los casos 3.2 y 10 (Figs. 558-A.5 y E.3) formada por dos planos de impresión diferentes. El primero consistente en una línea exterior sinuosa que perfila los dientes del denticulado, y el segundo un característico plano liso (Fig. 558-F.2) En nuestra experimentación hemos comprobado que la extensión y regularidad de esta superficie lisa depende directamente de la textura del nódulo de sílex, así como de la existencia de un plano liso derivado de una extracción.

APLICACIÓN DE UNA MATRIZ FORMADA POR UN MOLAR DE OVINO/CAPRINO

Atendiendo a la búsqueda de matrices primarias que pudieran ser empleadas en la ejecución de impresiones sobre recipientes cerámicos y cuya morfología de impresión fuese de carácter sinuoso, y que por tanto pudiera confundirse con la impresión de una valva de molusco, hemos experimentado con un elemento de fácil adquisición para los grupos prehistóricos: un molar de oveja/cabra.

La impresión, tanto del Tipo A como del Tipo B que obtenemos difiere notoriamente de las experimentaciones realizadas con el resto de las matrices. No obstante podemos observar cómo en la aplicación de la matriz primaria verticalmente (90°) obtenemos una impresión densa y amplia, con dos planos de impresión no sólo diferenciados sino separados por la porción de diente que corresponde a la superficie de masticación (Fig. 558-G.1) La presencia de un plano exterior de morfología ondulada presentará siempre una morfología similar (2 cúspides y 1 valle) derivada de la configuración natural de la matriz primaria. La impronta dejada es tan característica que no se presta a confusión con ninguna de las impresiones analizadas antes.

Cuando la matriz se aplica de forma oblicua (45°) la impronta obtenida podría llegar a confundirse con la huella dejada por la aplicación de una valva de molusco según el caso 2 (Fig. 558-A.2) Obtenemos aquí una impresión en forma de D (Fig. 558-G.2) similar a la que obteníamos en el caso 2. Ahora bien, las posibilidades de confusión no son muchas puesto que con un molar de oveja/cabra jamás obtendríamos más de dos impresiones consecutivas, separadas siempre una de otra un mínimo de 3-4 mm. –que es la distancia entre cúspides dentales presente en un molar de individuo infantil-; por otra parte esta sucesión de dos impresiones suele presentar morfología diferente entre ambas, siendo la impronta dejada por una de las cúspides de forma subcircular, de lúnula o en forma de D, mientras que la otra presenta una morfología triangular derivada de la propia configuración de los molares.

Convergencias y diferenciaciones basadas en los estigmas de impresión

Como hemos señalado a lo largo de la descripción de las diferentes experimentaciones, hay una serie de casos en los que, pese a haber sido empleada una matriz de impresión diferente, el resulta final es muy similar. Debemos por tanto detenernos unos instantes en la diferenciación más precisa de cada una de las improntas atendiendo para ello a caracteres morfológicos más definidos.

Los casos de convergencia más claros son los producidos en los casos en los que se aplican de forma oblicua, mediante el Tipo B de impresión, las matrices formadas por un fragmento de concha (caso 3.2, Fig. 558-A.5), un elemento vegetal de sección circular (caso 10, Fig. 558-E.3) y un microdenticulado de sílex (caso 12, Fig. 558-F.2)

De un modo general también se observan ligeras convergencias en los casos en los que se aplican de forma vertical, mediante el tipo A de impresión, la mayor parte de las matrices modificadas que no corresponden a una valva de molusco (casos 5,7,9 y 11, Figs. 558-B.1,C.1,D.1, E.1 y F.1) Si bien en este segundo caso, al no existir posibilidad de confusión con la huella derivada de la impresión de la valva de molusco, no incidiremos sobre él.

Para el primer conjunto de huellas, cruzando las experimentaciones con cada una de las matrices, obtenemos pequeñas matizaciones que nos permitirán diferenciar, con cierto grado de exactitud, cuando las impresiones se obtuvieron por la aplicación de una valva de molusco.

Caso 3.2 versus caso 10

La impronta dejada por la aplicación del fragmento de valva de molusco dejará siempre un plano de impresión interior de menor amplitud que difícilmente superará el rango de 1-2 mm de anchura (lo cual dependerá de lo fresca que se encuentre la pasta a la hora de aplicar la impresión; existe la constante observada de que, a menor frescura, mayor amplitud) Esto se debe a la configuración de la matriz (de cuerpo curvado en la misma dirección de aplicación sobre el barro) y al propio gesto técnico de aplicación

En el caso de la impronta obtenida mediante la aplicación de la matriz vegetal o similar, el plano de impresión interior siempre será de mayor amplitud superando en todos los casos 1 mm de anchura.

Observamos también ciertas diferencias en la huella dejada en el plano exterior por los nervios de la cara dorsal de la valva o los dientes de la matriz. En primer lugar, en la impronta realizada con fragmento de valva, la impresión del plano exterior será más profunda que en el caso de la aplicación de la matriz vegetal. Además la huella dejada por los nervios de la valva será generalmente un sencillo zigzag o línea ondulada en la que normalmente no quedarán marcados más que los espacios intercostales (esto es, los valles existentes entre cada nervio de la valva) quedando la silueta de una impresión recortada. En el caso de la aplicación de la matriz vegetal o similar observamos en primer lugar que la profundidad de la impresión es siempre menor –por tanto la presión ejercida para obtenerla es también menor- y además los dientes quedan marcados de forma clara e individualizada.

Casos 3.2 y 10 versus caso 12

En esta ocasión las diferencias son más nítidas. En primer lugar la aplicación de un microdenticulado de sílex presenta una mayor asimetría en la morfología de la configuración dentada. Además la huella dejada en el plano de impresión exterior es mucho menos nítida y definida que en cualquiera de las aplicaciones de los casos 3.2 y 10. De nuevo, en el plano de impresión interior, encontramos una nítida diferenciación, sobre todo respecto al caso de aplicación del fragmento de valva, en la amplitud del plano de impresión que en el caso del denticulado o microdenticulado de sílex vuelve a superar el rango de los 2-3 mm.

Comparación con algunos repertorios arqueológicos

Hemos realizado, sobre nuestra experimentación, una comparativa con las colecciones procedentes de los repertorios arqueológicos de la Península Ibérica y Francia, fundamentalmente. Esta comparativa se ha llevado a cabo sobre los repertorios más representativos y en la medida de lo posible mejor datados atendiendo a las posibilidades

de comparación cronológica que nos ofrecen los novedosos datos del yacimiento toledano de La Paleta (Jiménez Guijarro *et alii*, e.p.)

En primer lugar compararemos el material procedente de los yacimientos madrileño de Verona II (Fig. 559) y toledanos de La Paleta y Mesegar (Fig. 559) La tipología de los estigmas presentes en uno de los ejemplares procedentes del yacimiento de Verona II (Fig. 559) nos permite apreciar la existencia de una impresión en forma de media luna, tenue, en la que apreciamos, en el lado izquierdo, un segmento de arco de circunferencia correspondiente al borde de ataque de la matriz empleada para obtener la decoración. No se aprecian estigmas serpentiformes o zigzagueantes lo cual se debe, sin duda, al profundo deterioro y rodamiento de la pieza. En el interior de ese arco de circunferencia se aprecia un claro plano de impresión, poco definido en su forma, pero que deja ver claramente el estigma de varios nervios. La impresión obtenida encaja bastante bien dentro de la morfología experimental de los tipos B2 y C2, correspondientes como vimos a los casos 6 y 8, ambos definitorios del uso de matrices dentadas modificadas, y por lo tanto propias de conjuntos pseudo-cardiales.



Fig. 559- Cerámicas con decoración cardial y pseudocardial procedentes de los yacimientos de Verona II (Villaverde, Madrid), La Paleta (Numancia de la Sagra, Toledo) y Mesegar de Tajo (Toledo)

En el caso de algunas de las cerámicas procedentes del yacimiento toledano de La Paleta (Fig. 559) encontramos una casuística ciertamente diversificada. En el primer ejemplo localizamos una impronta definida por un segmento de arco de circunferencia situado a la izquierda y en el que han quedado perfectamente definidos unos trazos zigzagueantes; a su derecha se desarrolla un plano de impresión liso sin estigma alguno. En este caso la comparación con nuestro repertorio resulta inequívoca, coincidiendo plenamente con el tipo de impresión A5, correspondiente al caso 3.1, definitorio del uso de un fragmento de bivalvo y por tanto tratándose de una impresión cardial.

En el segundo caso (Fig. 559) aparece una impronta también muy definitiva caracterizada por una impresión en forma de estrecho arco de circunferencia sin plano de impresión lateral asociado y con un perfil claramente sinuoso. Este tipo de impresión encaja perfectamente con nuestro tipo de impresión A1, correspondiente al caso 1, que es además el tipo de impresión más característico de las impresiones cardiales.

En el tercer caso (Fig. 559) comparece una impronta caracterizada por la comparecencia, a la izquierda, de un leve arco de circunferencia de morfología sinuosa y a la derecha un plano de impresión, también reducido y leve, en el que se aprecian los estigmas de unas nervaduras. Este tipo de impresión es el más complejo de asignar. Presenta similitudes notables con el material analizado correspondiente a Verona II que acabamos de ver pero también encuentra acomodo en algunas impresiones realizadas con bivalvos fragmentados. La correspondencia más precisa se da, no obstante con los tipos B2 y C2, que como señalamos se corresponden con los casos 6 y 8, propios del empleo de matrices múltiples modificadas propias de los conjuntos pseudocardiales.

Algo similar acontece en los materiales de Mesegar, donde encontramos improntas de perfil en zigzag del tipo A5 –del todo similares a las documentadas en La Paleta- (Fig. 559) y por tanto de tipo cardinal. Junto a este ejemplo abundan las decoraciones que implican a matrices múltiples modificadas que dejan una impronta del tipo D1, y por tanto de corte pseudocardial (Fig. 559)

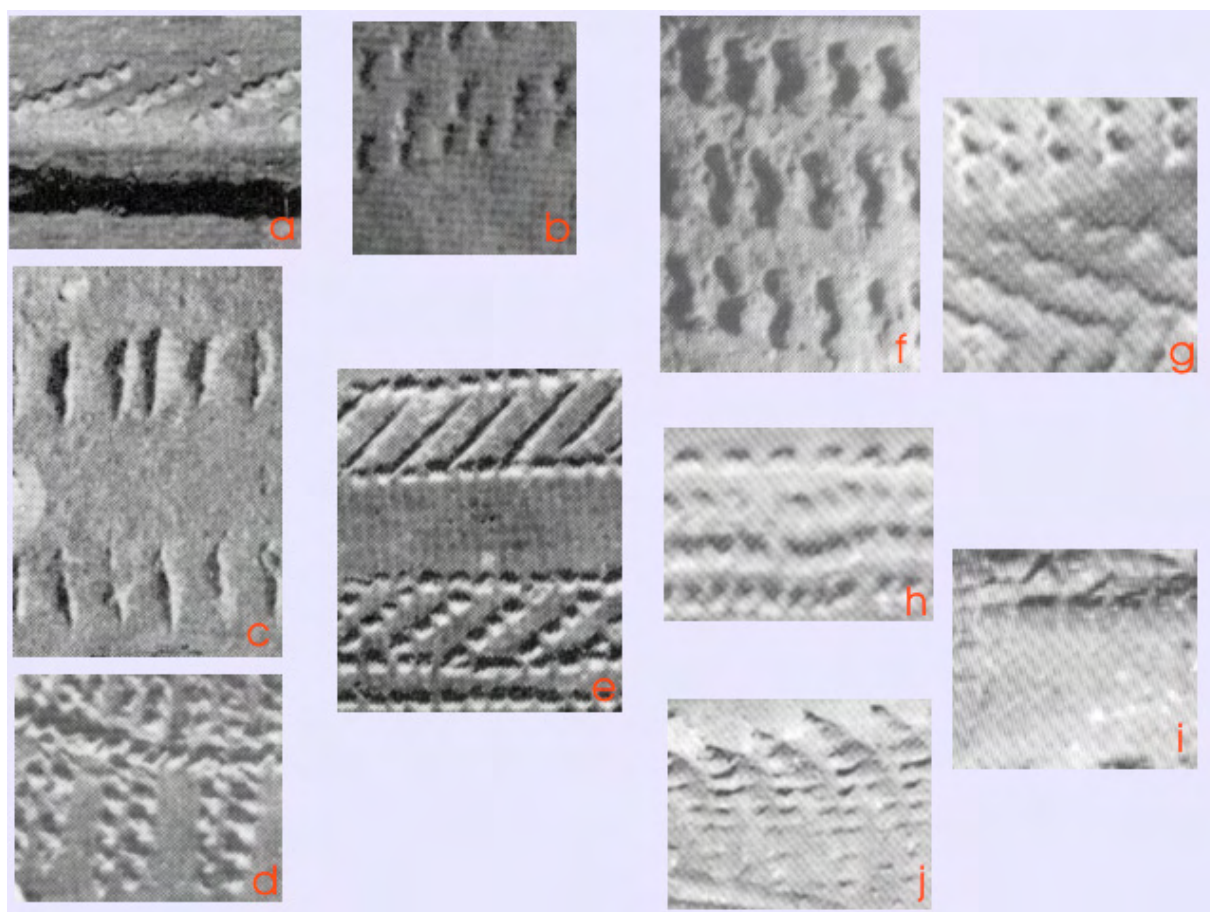


Fig.560-Decoraciones cardiales procedentes de cerámicas de Cova Fosca (Castellón) (a-e), Caldeirão (Portugal) (f) y Cueva de Chaves (Huesca) (g-j), según Aparicio y San Valero (1977), Zilhão (1992) y Baldellou et alii, (1983) respectivamente.

Ahora bien, este estudio quedaría huérfano si no analizásemos también, aún sin demasiado detenimiento, algunos materiales procedentes de enclaves localizados fuera de la Meseta española. Así, en el caso del material procedente de la Cueva de Caldeirão

(Fig. 560) encontramos un estigma de impresión ciertamente atípica –localizado también en Cova Fosca (Fig. 560)-, profunda y muy ancha, caracterizada por la presencia de un doble segmento de arco de circunferencia convergente, presentando el situado a la derecha un leve y estrecho (sólo dos inflexiones curvadas, lo cual resulta extraordinariamente extraño en las impresiones cardiales) pero muy marcado perfil sinuoso. La anchura de la impresión no se ajusta a la impronta dejada por la aplicación de un bivalvo más que en ocasión del uso de un fragmento mesial de un bivalvo de grandes dimensiones –correspondiendo entonces la anchura de la impresión al grosor de la concha-. Vemos que el tipo de impresión no encaja directamente con ninguna de las huellas experimentales con las que hemos trabajado, como tampoco presenta paralelos claros en otros contextos. No puede dejar de notarse la cierta similitud existente en nuestro tipo G2, correspondiente al caso 13. Esta notoria peculiaridad del estigma nos obliga a ser cautos con la atribución de las impresiones de este recipiente dentro de los esquemas cardiales, acercándose más a la temática experimental de lo pseudo-cardial resuleto mediante el empleo de matrices modificadas.

En el caso de las cerámicas procedentes de la Cueva de Chaves (Fig. 560) advertimos que en al menos una ocasión se detecta una impresión similar a la de nuestro tipo A2, correspondiente al caso 2, propio de la aplicación de bivalvos sobre la pasta fresca, y por tanto evidentemente cardinal. En otra ocasión comparecen impresiones del tipo A4 y A5, propias de los casos 3.1 y 3.2 y por tanto realizadas también mediante el empleo de bivalvos.

En Cova Fosca localizamos una notable variedad de impresiones (Fig.560) compareciendo un estigma similar al documentado en Caldeirão, pero también nuestros tipos A2 –claramente cardinal- junto a otras improntas más próximas a nuestros tipos B1, D1, D2 y B2 y realizados por tanto mediante el empleo de matrices múltiples modificadas y por tanto en la esfera de lo pseudocardial.

Un panorama parecido encontramos en el yacimiento francés de Leucate, donde comparecen improntas evidentemente cardiales del tipo A1, A2 y A4 (Fig. 561) pero también esas improntas menos claras, del tipo B2 y C2 que hemos tenido la oportunidad de ver en muchos otros yacimientos y cuya simetría, por ejemplo, con las improntas de Verona II resultan indudables y que por tanto podrían estar señalando de nuevo la convivencia dentro de un mismo contexto de materiales cardiales y pseudo-cardiales.

Si atendemos a algunos ejemplos del área valenciana encontramos un panorama similar donde de nuevo comparecen impresiones de nuestro tipo A1 –notablemente mayoritarias-, A2, gran cantidad de improntas del tipo A3 y una presencia minoritaria de impresiones del tipo A4 y A5, todas ellas dentro de la esfera de lo cardinal (Fig. 561) Ahora bien, tampoco puede obviarse la comparecencia de improntas del tipo B2 y C2, muy similares a esas otras de Verona II, Cova Fosca o Leucate, y en las que aún cuando experimentalmente es posible obtener impresiones similares con el concurso de moluscos bivalvos, parecen encajar mucho mejor dentro del conjunto de impresiones pseudocardiales (Fig. 562) todo ello sin menosprecio de la notable representación en conjuntos tenidos por cardiales puros, de improntas de gradina del tipo B1 y D1, conseguidas en todos los casos mediante el empleo de matrices múltiples modificadas.

En el caso de El Retamar (Cádiz), encontramos de nuevo claros ejemplos de improntas propias del tipo A4 y A5 (Fig. 562) que acabamos de ver y también del tipo A1, todas ellas de notable similitud con lo presente en el yacimiento toledano de La Paleta y realizadas dentro de la esfera de lo indudablemente cardinal.

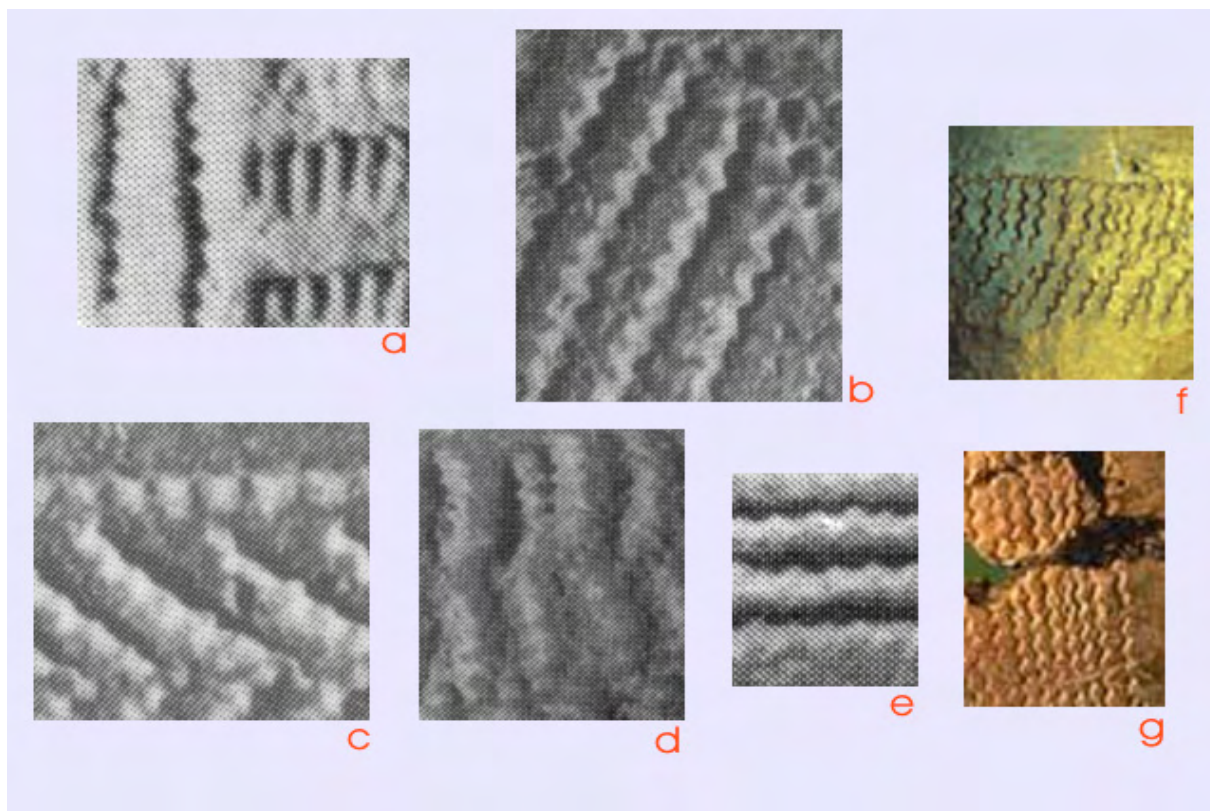


Fig.561- Decoraciones cardiales del área francesa (a-e: Leucate-Corrèges; f: Chateauneuf; g: Fontbregoua) Según Guilaine (1984)

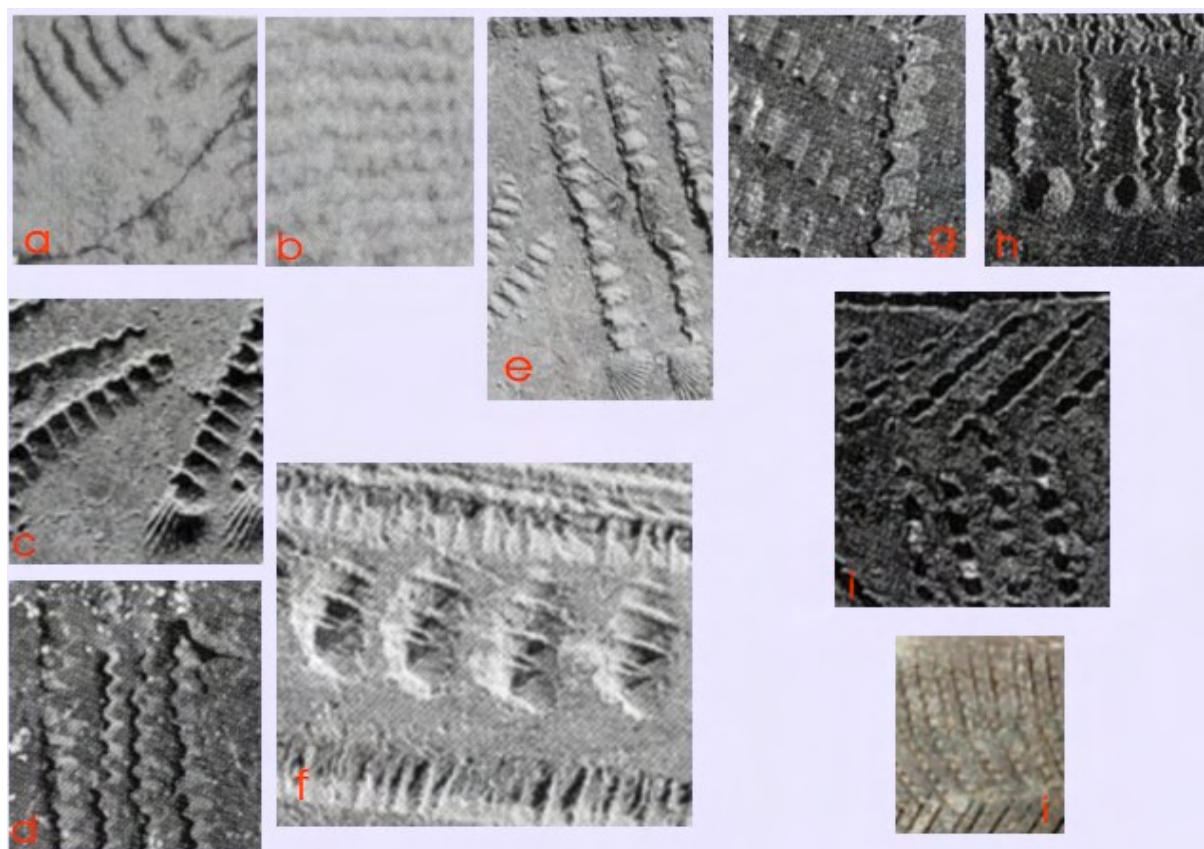


Fig.562- Decoraciones cardiales de El Retamar (Cádiz) (a-b), y Cova d l'Or (Valencia) (c-i), y El Zafrín (Chafarinas) (j), según Ramos y Lazarich, 2002, Martí y Hernández, 1988, Bellver Garrido y Bravo Nieto, 2003 respectivamente.

En lo referente a los esquemas decorativos presentes en las cerámicas cardiales de la Meseta (Fig. 563), tan sólo podemos señalar su particularidad, pero sobre todo su notable parentesco con las producciones norteafricanas (Gilman Guillen, 1976) de las que sin embargo las separan las morfologías de los vasos portantes.

APÉNDICE II

REPERTORIO GENERAL DE DATACIONES

Una de las herramientas de primer orden para cualquier análisis histórico es el repertorio cronológico. En los estudios prehistóricos este elemento resulta más necesario toda vez que nos enfrentamos a elementos en los que, pese a su utilidad, el concurso único de la tipología se ha demostrado fútil.

Ahora bien, tampoco debemos menospreciar el valor, siempre aproximado y sujeto a una interpretación estadística, de los diferentes métodos de datación denominados 'absoluta'. Contrariamente a lo que se viene indicando, tenemos la certeza de que este concepto de absoluto debe aplicarse con mayor rigor. En nuestra investigación hemos empleado en no pocas ocasiones este concepto, pero lo hemos hecho desde la perspectiva de la medida genérica del tiempo, coincidente con el calendario occidental, denominado por algunos autores como 'calendario histórico' (Renfrew y Bahn, 1993: 130). Frente a estos calendarios históricos, se enfrentan aquellos otros 'científicos' (*Ibídem*) que expresan no sólo los resultados en años *Before Present*, sino que lo hacen, además, con la carga consabida de una desviación estándar de mayor o menor amplitud.

Hemos huido de la presentación de las fechas empleadas en el texto en formatos calibrados. Hemos actuado de este modo con la finalidad de dotar de unidad general a la información presentada, pero sobre todo para tener un elemento preciso y seguro de comparación respecto a otros contextos geográfico y culturales. En definitiva, la datación asociada a un contexto arqueológico no deja de ser una información aproximada y la calibración es un proceso que se encuentra en constante evolución. El perfeccionamiento de las diferentes curvas de calibración dendrocronológica ha derivado en la presentación de dataciones calibradas que, a los pocos años, precisaron de una nueva calibración. Todo esto es interesante y correcto, pero entendemos que nos aleja de nuestro verdadero interés científico. No se trata, a nuestro parecer, de vencer en una competición para descubrir cuál es la fecha más antigua, sino que precisamos de un marco cronológico de referencia genérico en el que, dentro del empleo de un mismo lenguaje, como es el caso del radiocarbónico, poder dirimir relaciones de anterioridad, sincronía y posterioridad de los procesos estudiados.

En la presentación de los datos empleados en esta obra hemos recurrido a la consideración de un Tiempo Absoluto, entendido como el calendario histórico o bien el científico. A él hemos contrapuesto los tiempos relativos. Éstos son independientes de las determinaciones absolutas pues los elementos naturales asociados a ellos se encuentran sujetos a un mismo desarrollo temporal absoluto, salvo errores de muestreo o contaminaciones. El tiempo relativo viene marcado, y así debe entenderse, por los elementos culturales y materiales que conforman el contexto particular en el que se localizan, independientemente de su ubicación dentro de la trama temporal absoluta. La posterior relación de los tiempos relativos (la posición cultural y evolutiva en la que se encuentra un determinado conjunto de objetos respecto al tiempo absoluto) y absolutos nos permitirá, huyendo ya de postulados peyorativos, señalar el 'retardo' o 'adelanto' de esos contextos. Debe entenderse que esta situación retardataria o adelantada se refiere

a la comparación hecha respecto al desarrollo de otro lugar. Esto no debe implicar ideas de superioridad cultural, sino exclusivamente relaciones espaciales dentro del marco de desarrollo evolutivo.

La razón de la presentación de un conjunto tan amplio de dataciones, procedentes además de contextos tan diversos, responde a un intento de reflejar cuanto acabamos de señalar. Una datación radiocarbónica aislada no nos da más que una idea aproximada del momento en el que pudieron desarrollarse los hechos culturales sometidos a estudio. Esta misma datación puesta en relación con un conjunto amplio de fechas, asociadas a otros tantos contextos, nos permite valorar ese desarrollo cultural en relación a otras variables.

La agrupación de todos estos elementos y la definición de sus relaciones es la base de la construcción secuencial que, como hemos presentado en esta obra, deja de ser lineal para convertirse en un esquema ramiforme en el que los desarrollos culturales no tienen por qué pasar por estadios definidos previamente. Dicho de otro modo, mientras el tiempo absoluto no puede detenerse, el tiempo relativo puede hacerlo y de hecho lo hace. Que esta cuestión provoca notables problemas a la hora de analizar los registros arqueológicos es algo suficientemente probado.

Atendiendo al conjunto de dataciones conocidas hasta la actualidad en la Meseta desde el Paleolítico Superior/Paleolítico Superior Final hasta el Calcolítico, y teniendo en cuenta las posibles pervivencias de grupos inmersos en desarrollos relativos diferentes dentro de territorios vecinos, advertimos la existencia de una secuencia cronológica continuada desde el 7000 BP. Para cronologías anteriores advertimos presencias más esporádicas, hecho debido a la escasez de enclaves metódicamente analizados y excavados. Se aprecia la existencia de dos hiatus, uno de cerca de medio milenio (7600-7000 BP) y otro, más amplio, de cerca de 3 milenios (11000-8000 BP) que determinan, hoy en día, que se deban marcar discontinuidades secuenciales. Este hecho, dado el estado de la investigación, implica sobre todo la necesidad de establecer proyectos de investigación encaminados a analizar, con mayor detenimiento, estos periodos cronológicos.

La existencia de discontinuidades observadas en la curva modal de la tabla de fechas calibradas (Fig. 557) denuncia los hiatus mencionados y podría indicar la comparecencia de vacíos de poblamiento, carencias del nivel de conocimiento del registro arqueológico, o ambas cuestiones.

Es cierto que el conjunto de yacimientos arqueológicos dotados de secuencias estratigráficas amplias que pudieran aproximarnos a la solución de esta cuestión es aún muy reducido. Tampoco podemos obviar que aquellos en los que se han llevado a cabo exhaustivas investigaciones, caso del abrigo de La Peña de Estebanvela y Cueva de la Ventana demuestran la existencia de este hiatus. Es pues esta una cuestión en la que deberá incidirse en el futuro.

APÉNDICE II

Yacimiento	Nivel	Nº muestra	Tipo muestra	Fecha BP	Bibliografía	Provincia
Abroste				9550±60	Alday Ruiz, 2002	Alava
Abroste				8760±50	Alday Ruiz, 2002	Alava
Abroste				8510±80	Alday Ruiz, 2002	Alava
Abroste				7810±40	Alday Ruiz, 2002	Alava
Abroste				8030±50	Alday Ruiz, 2002	Alava
Abroste				7830±80	Alday Ruiz, 2002	Alava
Abroste				7480±50	Alday Ruiz, 2002	Alava
Abroste				7340±50	Alday Ruiz, 2002	Alava
Abroste				6940±40	Alday Ruiz, 2002	Alava
Bermilolo				9940±490	Alday Ruiz, 2002	Alava
Fuente Hoz	3			7840±130	Cava, 1988	Alava
Fuente Hoz	2	I-12684		6120±280	Cava, 1988	Alava
Fuente Hoz				7140±120	Alday Ruiz, 2002	Alava
Fuente Hoz				7880±120	Alday Ruiz, 2002	Alava
Fuente Hoz				8120±240	Alday Ruiz, 2002	Alava
Kampanoste Gorkoa				7860±330	Alday Ruiz, 2002	Alava
Kampanoste Gorkoa				7620±80	Alday Ruiz, 2002	Alava
Kampanoste Gorkoa				6360±70	Alday Ruiz, 2002	Alava
Kampanoste Gorkoa				6550±260	Alday Ruiz, 2002	Alava
Peña Larga	4	I-14909		5830±110	Fernández, 1992	Alava
Peña Larga	4	I-15150		6150±230	Fernández, 1992	Alava
Jovades				4810±60	Bernabeu et alii, 1993	Alicante
Jovades				4660±90	Bernabeu et alii, 1993	Alicante
Jovades				4370±60	Bernabeu et alii, 1993	Alicante
La Falguera	1	AA-2295		7410±70	Barton et alii, 1990	Alicante
Or	III	GANOP C-13		6720±380	Martí, 1980	Alicante
Or	III	GANOP C-12		6630±290	Martí, 1980	Alicante
Or	III	GANOP C-11		5980±260	Martí, 1980	Alicante
Or	silo	KN-51		6510±160	Schubart y Pascual, 1966	Alicante
Or	silo	K-1754/1208		6265±75	Schubart y Pascual, 1966	Alicante
Tossal de la Roca	S	GIF-6897		7560±80	Cacho, 1988	Alicante
Tossal de la Roca	1	GIF-6898		7660±80	Cacho, 1988	Alicante
Tossal de la Roca	2b	GIF-7063		8530±90	Cacho, 1988	Alicante
Tossal de la Roca	2b	GIF-7064		9150±100	Cacho, 1988	Alicante
Tossal de la Roca	2a	GIF-7061		8050±120	Cacho, 1988	Alicante
Tossal de la Roca	2a	GIF-7062		8350±120	Cacho, 1988	Alicante
Tossal de la Roca	II Int	UGRA-120		12390±250	Cacho et alii, 1983	Alicante
Tossal de la Roca	II Int	UGRA-119		12480±210	Cacho et alii, 1983	Alicante
Ampla	2	Ly-2850		6550±180	Vernet et alii, 1987	Alicante
Cendres	X	Ly-4302		7540±140	Bernabeu y Martí, 1992	Alicante
Cendres	III			12650±80	Fumanal et alii, 1991	Alicante
Cova del Barranc	II + II a	GIF-7059		12200±900	Cacho y Ripoll, 1987	Alicante
Cova del Barranc	II + II a	GIF-7058		12800±900	Cacho y Ripoll, 1987	Alicante
Mas d'Is	Casa II-VIB	Beta-166727	C	6600±50	Bernabeu et alii, 2003	Alicante
Mas d'Is	Casa I-Relleno-Via	Beta-162092	C	6600±80	Bernabeu et alii, 2003	Alicante
Mas d'Is	Casa3-VIA	Beta-166728	CV	6400±40	Bernabeu et alii, 2003	Alicante
Mas d'Is	Foso 5-Relleno	Beta-171906	CV	6400±40	Bernabeu et alii, 2003	Alicante
Mas d'Is	Foso 4-Relleno	Beta-162093	CV	6160±40	Bernabeu et alii, 2003	Alicante
Azules	3a	CSIC-216		9430±120	Fernández-Tresguerras, 1990	Asturias
Azules	3d	CSIC-260		9540±120	Fernández-Tresguerras, 1990	Asturias
Azules	3cs	BM-1879R		10510±130	Fernández-Tresguerras, 1990	Asturias
Azules	3 e 1	BM-1875R		10480±210	Fernández-Tresguerras, 1990	Asturias
Azules	3 e 2	BM-1876R		10880±210	Fernández-Tresguerras, 1990	Asturias
Azules	3 f	BM-1878R		10910±290	Fernández-Tresguerras, 1990	Asturias
Azules	3 e 3	BM-1877R		11320±360	Fernández-Tresguerras, 1990	Asturias
La Riera	27	BM-1494		10630±120	Straus et alii, 1981	Asturias
Aldagordillo	Bajo túmulo	GRN-19168		4115±20	Fabán García, 2007	Ávila
Aldagordillo	Túmulo	GRN-19167		3685±25	Fabán García, 2007	Ávila
Aldagordillo	Asentamiento	Beta-83084	CV	4320±70	Fabán García, 2007	Ávila
Aldagordillo	Asentamiento	Beta-83085	CV	4100±80	Fabán García, 2007	Ávila
Alto del Quemado	Foso	USAR-95		3810±70	Fabán García, 2007	Ávila
Alto del Quemado	?	USAR-131		4040±80	Fabán García, 2007	Ávila
Cantera las Halagas	Habitat	Beta-83087	CV	3924±41	Fabán García, 2007	Ávila
Fuente Lirio	Cabaña	Beta-93012	CV	4260±60	Fabán García, 2007	Ávila
Fuente Lirio	Cabaña	Beta-93013	CV	3910±100	Fabán García, 2007	Ávila
La Solana	doméstico	GRN-17350		4060±40	Fabán García, 2007	Ávila
La Teta		GRN-17346		3975±25	Fabán García, 2007	Ávila
La Teta		GRN-17347		4340±40	Fabán García, 2007	Ávila
Los Itueros	doméstico	I-16150		4120±130	Fabán García, 2007	Ávila
Los Itueros	fase final	I-16149		3850±100	Fabán García, 2007	Ávila
Los Itueros		I-16299		4310±330	Fabán García, 2007	Ávila
Los Itueros	Habitat	Beta-83088	CV	3960±90	Fabán García, 2007	Ávila
Tomillar	Fosa 3-doméstico	GRN-18875		3925±40	Fabán García, 2007	Ávila
Tomillar	Fosa1- enterramiento colect	GRN-17344		3780±95	Fabán García, 2007	Ávila
Valdeprados		GRN-19169		5690±145	Fabán García, 2007	Ávila
Cerro de La Cabeza	Fosa inhumación	Beta-109827	HH	3970±50	Fabán García, 2007	Ávila
Cerro de La Cabeza	Fosa inhumación	Beta-109830	HH	4020±60	Fabán García, 2007	Ávila
Cerro de La Cabeza	Fosa inhumación	Beta-109828	HH	4010±60	Fabán García, 2007	Ávila
Cerro de La Cabeza	Fosa inhumación	Beta-109829	HH	3820±60	Fabán García, 2007	Ávila
Cerro de La Cabeza	Fosa inhumación	Beta-109831	HH	3850±60	Fabán García, 2007	Ávila
Dehesa Río Fortes	Túmulo funerario- Nivel I	Beta-164477	CV	4970±80	Fabán García, 2007	Ávila
El Picuezo		Ua-21488	CV	4180±60	Fabán García, 2007	Ávila
La Pijotilla	Tumba 3-fosa excavada		CV	4130±40	Hurtado, Mondéjar y Pecero, 2000	Badajoz
El Pardo II	cista en túmulo			5600±130	Gullane, 1996	Barcelona

LA NEOLITIZACIÓN DEL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

El Pardo II	cista en túmulo			5770±60	Gullane, 1996	Barcelona
El Pardo II	cista en túmulo			5970±100	Gullane, 1996	Barcelona
El Pardo II	cista en túmulo			5580±130	Gullane, 1996	Barcelona
Font de la Vena	cista en túmulo			5780±290	Gullane, 1996	Barcelona
Font de la Vena	cista en túmulo			6190±100	Gullane, 1996	Barcelona
Balma del Gal	2	MC-2140		11050±160	Gullane et alii, 1982	Barcelona
Balma del Gal	1	MC-1478		9860±400	Gullane et alii, 1982	Barcelona
Balma del Gal	1	MC-2141		10230±160	Gullane et alii, 1982	Barcelona
Cingle Vermell	9+10	UGRA-68		9760±160	Vila i Mija, 1965	Barcelona
Font del Ros	SG	USAR-165		8150±590	Terradas et alii, 1992	Barcelona
Font del Ros		USAR-186		6980±390	Martin, 1992	Barcelona
Frare	5c	I-13030		6380±310	Martin, 1992	Barcelona
Bobila Madurell	Inhumación	USAR-442	HH	5310±90	Gibaja, 2003	Barcelona
Roc del Migda	Piso T	UGRA-117		11520±150	Yli et alii, 1986	Barcelona
Amillas	sepulcro comedor	GrN-12124		4575±40	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
El Miradero		GrN-12101		5155±35	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
El Miradero		GrN-12102		5115±35	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
El Moreco				5160±40	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
La Mina	sepulcro comedor			5100±170	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
La Vega I	Túmulo sin cámara	GrN-17559		4840±25	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
Pedra I	sepulcro comedor			5290±40	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
Túmulo de Cella	Paleosuelo	GrN-12121		5290±40	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
Mendandia				8500±60	Alday Ruiz, 2002	Burgos
Mendandia				7810±50	Alday Ruiz, 2002	Burgos
Mendandia				7780±60	Alday Ruiz, 2002	Burgos
Mendandia				7620±60	Alday Ruiz, 2002	Burgos
Pedra I				5270±140	Delibes y Rojo, 1997	Burgos
El Tremedal	domen de comedor	GRA-15903	CV	5000±60	Ruiz Gálvez, 2000	Cáceres
El Tremedal	domen de comedor	GRA-15938	CV	7960±60	Ruiz Gálvez, 2000	Cáceres
El Tremedal	coraza tumular	GRA-15941	CV	4860±60	Ruiz Gálvez, 2000	Cáceres
Los Sarmuecos		BETA- 15989	CV	6060±60	Cerrillo Cuenca et alii, 2002	Cáceres
El Rietamar	Hogar 18	Beta-90122	MM	6780±80	Ramos y Lazarich, 2002	Cádiz
Can Ballester	III	I-10463		6950±120	Gusi y Orla, 1979	Castellón
Fosca	III	I-11313		9460±160	Orla, 1988	Castellón
Fosca	III	I-9868		8880±200	Orla, 1988	Castellón
Fosca	II	CSIC-353		7640±110	Orla, 1988	Castellón
Fosca	I	CSIC-356		7100±70	Orla, 1988	Castellón
Fosca	I	CSIC-357		7210±70	Orla, 1988	Castellón
Matutano	2'20	UGRA-243		11410±610	González Gómez et alii, 1987	Castellón
Matutano	2'35-2'44	UGRA-242		11570±210	González Gómez et alii, 1987	Castellón
Matutano	2'19	UGRA-241		11590±150	González Gómez et alii, 1987	Castellón
Matutano		UGRA-147		12060±150	González Gómez et alii, 1987	Castellón
Matutano	I b	I-11315		12090±170	Gusi, 1978	Castellón
Matutano	III	I-11314		12130±180	Gusi, 1978	Castellón
Matutano	II b	I-11326		12390±190	Gusi, 1978	Castellón
Matutano		UGRA-201		12460±180	González Gómez et alii, 1987	Castellón
Matutano	2'35-2'44	UGRA-244		12520±350	González Gómez et alii, 1987	Castellón
Verdelplino	II	CSIC-151	H	4630±130	Moure y Fernández Miranda, 1977	Cuenca
Verdelplino	III	CSIC-152	H	5120±130	Moure y Fernández Miranda, 1977	Cuenca
Verdelplino	III	CSIC-150	H	5170±130	Moure y Fernández Miranda, 1977	Cuenca
Verdelplino	IV	CSIC-153	H	7950±150	Moure y Fernández Miranda, 1977	Cuenca
Verdelplino	VB	I-9840		14000±520	Moure y Fernández Miranda, 1977	Cuenca
Verdelplino	VA	I-9841		12930±470	Moure y Fernández Miranda, 1977	Cuenca
Verdelplino	Vb	I-9841		12930±470	Fernández Miranda y Moure, 1977	Cuenca
Ameganyats	domen de comedor			5420±100	Gullane, 1996	Gerona
Tines Llargues	domen de comedor			5090±160	Gullane, 1996	Gerona
Plansallosa				5890±80	Bosch, 1994	Gerona
Bora Gran		M-1023		11470±500	Almagro, 1978	Gerona
La Draga	3	Hd-15451		6060±40	Schumacher y Weniger, 1996	Gerona
Loma del Lomo		I-14692		4090±260	Valiente, 1992	Guadalajara
Loma del Lomo		I-15482		4520±100	Valiente, 1992	Guadalajara
Loma del Lomo		I-14135		4080±100	Valiente, 1992	Guadalajara
Ekain	III	CSIC-171		12750±250	Altuna y Merino, 1984	Gulpuzcoa
Ekain	V	CSIC-172		13350±250	Altuna y Merino, 1984	Gulpuzcoa
Ekain	IV	I-9239		9420±185	Altuna y Merino, 1984	Gulpuzcoa
Urtiaga	C	CSIC-63		8700±100	Altuna, 1972	Gulpuzcoa
Urtiaga	C	CSIC-64		10280±190	Altuna, 1972	Gulpuzcoa
Chaves	II b	GrN-12683		6650±60	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	II b	GrN-12685		5210±340	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	II b	GrN-12686		6770±70	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	II b	CSIC-378		6460±70	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	II a	CSIC-379		6230±70	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	I b	GrN-12685		6770±70	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	I a	GrN-13603		6260±100	Baldellou, 1989	Huesca
Chaves	I b	GrN-13602		6330±90	Baldellou, 1989	Huesca
Chaves	I b	GrN-13605		6330±70	Baldellou, 1989	Huesca
Chaves	II a	CSIC-381		6120±70	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	I a	GrN-13604		6490±40	Martin, 1992	Huesca
Chaves	2/a	GrN-12682		12020±350	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	2/b	GrN-14561		12660±70	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Chaves	II b	GrN-15635		12950±70	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Moro de Olivena	C-Pr.C-5	GrN-12117	CV	5160±60	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Moro de Olivena	C sup	GrN-12119		6650±130	Baldellou y Utrilla, 1985	Huesca
Forcas I	13	GrN-17787		12360±370	Utrilla y Mazo, 1992	Huesca
Forcas I	9	GrN-17165		9715±75	Utrilla y Mazo, 1992	Huesca
Forcas I	7	GrN-17748		9360±140	Utrilla y Mazo, 1992	Huesca
Forcas II	superior	Beta-60773		6940±90	Mazo y Utrilla, 1992	Huesca
Forcas II				8650±70	Alday Ruiz, 2002	Huesca
Forcas II				7240±40	Alday Ruiz, 2002	Huesca

Forcas II	B sup	Beta-59996		6090+/-180	Rodanes y Ramón, 1995	Huesca
Forcas II	B inf	Beta-59996		7090+/-340	Alday Ruiz, 2002	Huesca
Puyascada	II b	CSIC-384	CV	5930+/-60	Elroa, 1961	Huesca
Puyascada	II b	CSIC-382	CV	5580+/-70	Elroa, 1961	Huesca
Nacimiento	III	GIF-3471		7620	Rodríguez, 1979	Jaén
Nacimiento	2			5490+/-120	Asquerino y López, 1981	Jaén
Nacimiento	V	GIF-3472		11200	Rodríguez, 1979	Jaén
Cueva Lobrega		GrN-16110		6220+/-100	Rodanes, 1998	La Rioja
Cova del Paro	II b			11510+/-170	Fuliola, 1992	Lérida
Cova del Paro	Int	GAK-14191		9290+/-670	Fuliola y Bergada, 1990	Lérida
Cova del Paro	II b (hogar)	ICEN-501	CV	10390+/-300	Fuliola y Bergada, 1990	Lérida
Cova del Paro	5	CSIC-280		6450+/-230	Martin, 1992	Lérida
Cova del Paro	4	CSIC-281		6170+/-70	Martin, 1992	Lérida
Ciempozuelos	Fosa funeraria	TL-UAM		3694+/-285 (TL)	Blasco et alii, 2002	Madrid
Entretérminos	Túmulo-sepulcro corredor?	Beta-166229		4250+/-50	Inédita	Madrid
Gózquez	colmatación recinto circular	Beta-134857		4160+/-60	Díaz del Río, 2003	Madrid
Gózquez	zanja cimentación cabafia p	Beta-134861		4150+/-50	Díaz del Río, 2003	Madrid
Gózquez	colmatación recinto circular	Beta-134859		4140+/-50	Díaz del Río, 2003	Madrid
Gózquez	colmatación recinto circular	Beta-134862		4020+/-80	Díaz del Río, 2003	Madrid
Gózquez	colmatación recinto circular	Beta-134863		4180+/-80	Díaz del Río, 2003	Madrid
Gózquez	colmatación recinto circular	Beta-134868		4020+/-60	Díaz del Río, 2003	Madrid
Gózquez	Inhumación secundaria en f	Beta-134865		4100+/-80	Díaz del Río, 2003	Madrid
Gózquez	estructura oval exterior ecin	Beta-134866		4320+/-130	Díaz del Río, 2003	Madrid
Gózquez	colmatación recinto circular	Beta-134858		4100+/-60	Díaz del Río, 2003	Madrid
Higuera	n.3	Beta-166230	H	6250+/-60	Inédita	Madrid
Matillas	colmatación recinto circular	Beta-134867		4150+/-60	Díaz del Río, 2003	Madrid
Valdivia Oeste			TL	6327+/-480 (TL)	Blasco et alii, 2002	Madrid
Valdivia Oeste			TL	5741+/-470 (TL)	Blasco et alii, 2002	Madrid
Vascos			TL	6430+/-450 (TL)	Blasco et alii, 2002	Madrid
Ventana	UE4	Beta-183254		19540+/-110	Inédita	Madrid
Ventana	UE29	Beta-183256		13110+/-50	Inédita	Madrid
Ventana	UE24	Beta-183255		30200+/-350	Inédita	Madrid
Ventana	UE18	Beta-191001	HF	6560+/-40	Jiménez Gujardo, 2004	Madrid
Ventana	II b (Unidad Combustión B)	Beta-166232	HF	6350+/-40	Jiménez Gujardo, 2004	Madrid
Ventana	II a	Beta-166231	HF	6010+/-40	Jiménez Gujardo, 2004	Madrid
Ventorro		I-11923	CV	4290+/-250	Quero y Gálvez, 1991	Madrid
Ventorro		I-12100	CV	3880+/-90	Quero y Gálvez, 1991	Madrid
Ventorro		I-12487	CV	4800+/-130	Quero y Gálvez, 1991	Madrid
Casa Montero	?	Beta-206512	CV	6410+/-40	Díaz del Río et alii, 2006	Madrid
Casa Montero	?	Beta-206513	CV	6270+/-40	Díaz del Río et alii, 2006	Madrid
Nerja	Torca 13			8260+/-360	García Sánchez, 1986	Málaga
Nerja	Vestibulo/4f+g	UBAR-153		10960+/-160	Jordá et alii, 1990	Málaga
Nerja	Mina 16	UBAR-97		11850+/-190	Jordá et alii, 1990	Málaga
Nerja	Vestibulo-5	UBAR-154		11930+/-160	Jordá et alii, 1990	Málaga
Nerja	Vestibulo-7	UBAR-156		12130+/-130	Jordá et alii, 1990	Málaga
Nerja	Vestibulo-6	UBAR-155		12190+/-150	Jordá et alii, 1990	Málaga
Nerja	Mina 16	UGRA-98		12270+/-220	Jordá et alii, 1990	Málaga
Abrigo del Pozo		I-16783		6260+/-120	Martínez, 1994	Murcia
Cueva del Caballo	2	GAK-12261		10780+/-370	Martínez Andreu, 1989	Murcia
Los Grajos		HAR-179(III)		7200+/-160	Martínez, 1988	Murcia
Los Grajos		AdTL-2001	TL	7950+/-500	Martínez, 1988	Murcia
Abauntz		Ly-1965		15800+/-350	Utrilla, 1982	Navarra
Abauntz	d/c	Ly-1964		9530+/-300	Utrilla, 1982	Navarra
Abauntz	c	I-11537		6910+/-450	Utrilla, 1982	Navarra
Abauntz	b4	I-11309		5390+/-120	Utrilla, 1982	Navarra
Abauntz		Ly-1963		4240+/-140	Utrilla, 1982	Navarra
Zatoya	I	Ly-1397		6320+/-280	Barandiarán y Cava, 1990	Navarra
Zatoya	II Inf	Ly-1400		11840+/-240	Barandiarán y Cava, 1990	Navarra
Zatoya	II Inf	Ly-1599		11620+/-360	Barandiarán y Cava, 1990	Navarra
Zatoya	II Inf	Ly-1399		11480+/-270	Barandiarán y Cava, 1990	Navarra
Zatoya	Ib	Ly-1457		8260+/-550	Barandiarán y Cava, 1990	Navarra
Zatoya	Ib	Ly-1398		8150+/-220	Barandiarán y Cava, 1990	Navarra
Alzpea				7790+/-70	Alday Ruiz, 2002	Navarra
Alzpea				7160+/-70	Alday Ruiz, 2002	Navarra
Alzpea		GrN-18421		6370+/-70	Cava, 1994	Navarra
Alzpea				6600+/-50	Alday Ruiz, 2002	Navarra
Legintxiki				8150+/-100	Alday Ruiz, 2002	Navarra
Potugain				10370+/-90	Alday Ruiz, 2002	Navarra
Cueva de los Espinos	Nivel III	I-11115		4350+/-95		Palencia
Quintanadueñas				6760+/-130	Iglesias et alii, 1996	Palencia
Veilla	hogar infratumular	GrN-18487		5195+/-115	Delibes y Zapatero, 1993	Palencia
Veilla	hogar infratumular	GrN-17166		5250+/-50	Delibes y Zapatero, 1993	Palencia
Veilla	hogar infratumular	GrN-17167		5200+/-55	Delibes y Zapatero, 1993	Palencia
Veilla	Túmulo-fase avanzada	GrN-16295		4810+/-200	Delibes y Zapatero, 1993	Palencia
Veilla	Cabafia Fase I	GrN-20327	CV	6130+/-190	Delibes y Zapatero, 1993	Palencia
Veilla	hogar infratumular	GrN-18486		5070+/-175	Delibes y Zapatero, 1993	Palencia
Cabeço da Amuda		TO-360		6990+/-110	Silva, 1999	Portugal
Cabeço da Amuda		TO-356		6360+/-80	Silva, 1999	Portugal
Cabeço da Amuda	3	Sa-196		5150+/-300	Silva, 1999	Portugal
Cabeço da Amuda	63	Sa-197		6430+/-300	Roche, 1990	Portugal
Cabeço de Amoreira			MM	6400+/-75	Amaud, 1987	Portugal
Cabeço de Amoreira			MM	6000+/-75	Amaud, 1987	Portugal
Cabeço de Amoreira	39	Sa-195		7030+/-350	Roche, 1990	Portugal
Cabeço de Amoreira	3 y 4	Sa-194	CV	6050+/-300	Roche, 1990	Portugal
Cabeço do Pez		Q-2487	MM	6730+/-75	Amaud, 1989	Portugal
Cabeço do Pez		Q-2486	MM	6430+/-65	Amaud, 1989	Portugal
Medo Tojeiro		BM-2275R	MM	6440+/-140	Soares, 1993	Portugal
Moita do Sebastião		Sa-16	CV	7350+/-350	Roche, 1990	Portugal
Moita do Sebastião		H-2119/1546	CV	7080+/-130	Roche, 1990	Portugal

LA NEOLITIZACIÓN DEL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Samouqueira I	C3	ICEN-729		7140±70	Soares, 1995	Portugal
Samouqueira I	C2	TO-130	HH	6370±70	Soares, 1995	Portugal
São Pedro de Canaã Carbon		ICEN-1152		6070±70	Simões, 1997	Portugal
São Pedro de Canaã Carbon		ICEN-1151		6020±60	Simões, 1997	Portugal
Valada do Mato	Carbon	BETA-153914		6030±50	Diniz, 2001	Portugal
Vidgal		Ly-4695	HF6	6640±90	Straus et alii, 1990	Portugal
Vidgal		Gx-1457	HF6	6030±180	Straus et alii, 1990	Portugal
Areiro III	VI b	ICEN-547	CV	8860±80	Bloho, 1997	Portugal
Areiro III	area1- seno2	ICEN-494	CV	8850±50	Bloho, 1997	Portugal
Areiro III	area1-seno1	ICEN-546	CV	8570±130	Bloho, 1997	Portugal
Areiro III	area 2	ICEN-688	CV	8380±90	Bloho, 1997	Portugal
Bocas I		ICEN-901	H	10110±90	Bloho, 1997	Portugal
Bocas I	0	ICEN-900	H	9880±220	Bloho, 1997	Portugal
Bocas I	1 y 2	ICEN-903	MIN	9900±70	Bloho, 1997	Portugal
Cabeço do Porto marit 16		SMU-2666	CV	9270±170	Bloho, 1997	Portugal
Cabeço do Porto marit 19		ICEN-688	CV	9100±160	Bloho, 1997	Portugal
Casal Papagaio	Base	ICEN-369	CV	9710±70	Bloho, 1997	Portugal
Casal Papagaio	Base	ICEN-372	MIN	9290±90	Bloho, 1997	Portugal
Casal Papagaio	Base	Hv-1351	MIN	8870±105	Bloho, 1997	Portugal
Cural Velho		ICEN-270	MIN	8040±70	Bloho, 1997	Portugal
Fonte Pinheiro				8400	Bloho, 1994	Portugal
Magotto		ICEN-80	MIN	9970±70	Bloho, 1997	Portugal
Magotto		ICEN-81	MIN	9790±120	Bloho, 1997	Portugal
Magotto		GrN-11229	CV	9580±100	Bloho, 1997	Portugal
Magotto		ICEN-52	CV	9490±60	Bloho, 1997	Portugal
Pena de Mira		ICEN-966	CV	7810±120	Bloho, 1997	Portugal
Ponta da Vigla		ICEN-51	CV	8730±110	Bloho, 1997	Portugal
São Julião	A			8800-7500??	Bloho, 1997	Portugal
São Julião	A			8250-7900??	Bloho, 1997	Portugal
Rascaño	1	BM-1448		10558±90	Barandiarán y González, 1981	Santander
Rascaño	1	BM-1449		10480±244	Barandiarán y González, 1981	Santander
Abrigo del Espino			TL	6486±577	Blasco Bosqued et alii, 2002	Segovia
Abrigo del Espino			TL	6409±563	Blasco Bosqued et alii, 2002	Segovia
Abrigo del Espino			TL	6323±738	Blasco Bosqued et alii, 2002	Segovia
Abrigo del Espino			TL	6128±598	Blasco Bosqued et alii, 2002	Segovia
Abrigo del Espino			TL	6098±592	Blasco Bosqued et alii, 2002	Segovia
Enebralejos		CSIC-724		4070±60	Munillo y Pifon, 1989	Segovia
La Vaquera			TL	3032±336	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera		CSIC-148		5650±80	Zamora, 1976	Segovia
Vaquera		CSIC-208		3280±70	Zamora, 1976	Segovia
Vaquera 1	Fase II-Nivel 90	GrN-22929	M	5800±30	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 10	Fase III-Nivel 62	GrN23559	M	4690±120	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 11	Fase II-Nivel 80	GrN-23560	M	4850±80	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 12	Fase II-Nivel 85	GrN-23561	M	4670±90	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 13	Fase III-Nivel 56	GrN-23562	M	5360±120	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 14	Fase III-Nivel 60	GrN-23563	M	4290±120	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 15	Hoyo 14	GrN-23564	M	4880±60	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 17	Fase IA- Nivel 103	GrN-18340	M	6780±180	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 18	Fase IA- Nivel 103	GrN-17386	M	6760±80	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 19	Fase III- Nivel 41	GrN-24464	M	4540±60	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 2	Fase IB-Nivel 92	GrN-22930	M	6170±60	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 3	Fase IB-Nivel 94	GrA-9226	B	6440±50	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 4	Fase IB-Nivel 94	GrN-22931	M	7050±70	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 5	Fase IB-Nivel 98	GrA-8241	B	6080±70	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 6	Fase IA- Nivel 104	GrA-9228	M	5920±50	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 7	Fase I-Nivel 104	GrN-22932	M	6120±160	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 8	Fase IA-Nivel 105	GrN-22933	M	6050±140	Estremera, 2003	Segovia
Vaquera 9	Fase III- Nivel 57	GrN-23558	M	4870±50	Estremera, 2003	Segovia
Estebanvela	I	Beta-155113	CV	11170±50	Cacho et alii, 2003	Segovia
Estebanvela	I	Beta-155114	CV	11060±50	Cacho et alii, 2003	Segovia
Estebanvela	II	Beta-155115	CV	9950±40	Cacho et alii, 2003	Segovia
Estebanvela	II	Beta-155116	CV	11400±120	Cacho et alii, 2003	Segovia
Estebanvela	III	Beta-155710	CV	12270±40	Cacho et alii, 2003	Segovia
Estebanvela	III	Beta-155118	CV	12360±50	Cacho et alii, 2003	Segovia
Cueva del Asno		CSIC-341		3860±80	Elroa, 1980	Soria
La Lámpara		KIA-4780		6390±60	Rojo y Kunst, 1999 a	Soria
La Lámpara		KIA-6790		6144±46	Rojo y Kunst, 1999 a	Soria
La Lámpara		KIA-6789		6055±34	Rojo y Kunst, 1999 a	Soria
Peña de la Abuela	enterramiento	KIA- 4781	CV	5050±50	Rojo et alii, 2005	Soria
Peña de la Abuela	Poste tumba monumental	Bin-5026	CV	5033±32	Rojo et alii, 2005	Soria
Peña de la Abuela	Poste tumba monumental	Bin-5052	CV	5054±39	Rojo et alii, 2005	Soria
Peña de la Abuela	Poste tumba monumental	Bin-5053	CV	5099±39	Rojo et alii, 2005	Soria
Peña de la Abuela	Poste tumba monumental	Bin-5054	CV	5110±39	Rojo et alii, 2005	Soria
Peña de la Abuela	Poste tumba monumental	Bin-5055	CV	5029±39	Rojo et alii, 2005	Soria
Peña de la Abuela	Poste tumba monumental	Bin-5056	CV	4773±29	Rojo et alii, 2005	Soria
Revilla del Campo	domestico	KIA-4782	CV	4750±80	Rojo et alii, 2005	Soria
La Peña	d/c	BM-2363		7890±120	Cava, 1988	Soria
La Sima	Ue 36	Bin-5349	CV	5048±27	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima	Ue 36	Bin-5362	CV	5308±31	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima	Ue 36	Bin-5363	CV	5082±31	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima	Ue 36	Bin-5376	CV	5001±32	Rojo et alii, 2005	Soria
La sima	Ue 36	Bin-5377	CV	5303±34	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima	Ue 36	Bin-5378	CV	5068±33	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima II	Ue 10	KIA-21550	HH	4839±27	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima II	Ue 10	KIA-21551	HH	4919±28	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima II	Ue 10	KIA-21552	HH	4862±27	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima II	Ue 10	KIA-21553	HH	4865±23	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima III	Ue 18	KIA-17999	HH	3860±30	Rojo et alii, 2005	Soria
La Sima III	Ue 18	KIA-18000	HH	3862±28	Rojo et alii, 2005	Soria

La Tarayuela	UE 6	Bln-5540	CV	4892±36	Royo et alii, 2005	Soria
La Tarayuela	Ue 6	Bln-5541	CV	5000±38	Royo et alii, 2005	Soria
Timba del Bany				5240±160	Miró et alii, 1992	Tarragona
Filador	7	ICEn-495		9130±230	Garcla-Argüelles et alii, 1990	Tarragona
Font Voltada				10920±240	Aura y Pérez, 1995	Tarragona
Les Brulxes		Ly-4269		6460±140	Mesado, 1989	Tarragona
Alonso Norte		GAU-13877		4600±160	Benavente y Andrés, 1990	Teruel
Botqueria	2	Ly-1198		7550±200	Barandaran y Cava, 1990	Teruel
Angel				8150±70	Alday Rutz, 2002	Teruel
Angel				8210±210	Alday Rutz, 2002	Teruel
Angel				8060±270	Alday Rutz, 2002	Teruel
El Castillejo	Túmulo		HH	5710±150	Bueno, Balbín y Sarmoso, 2000	Toledo
El Castillejo	Túmulo		HH	3810±70	Bueno, Balbín y Sarmoso, 2000	Toledo
Azután	Mezcla huesos cámara	Ly-4500		4590±90	Bueno, 1991	Toledo
Azután	Mezcla huesos cámara	UGRA-288		5060±90	bueno, 1991	Toledo
Azután	Mezcla huesos cámara	Ly-4576		5750±130	bueno, 1991	Toledo
Azután	domen de comedor	Beta-145277	HH	4642±40	Bueno, Balbín y Sarmoso, 2000	Toledo
Cerro del Bu	Fase I	I-13659		3970±100	Alvaro, 1987	Toledo
Cerro del Bu	Fase I	I-14416		3830±100	Alvaro, 1987	Toledo
La Paleta	Hoya 219-N.2	Beta-223092	C	6660±60	Jiménez et alii, e.p.	Toledo
La Paleta	Hoya 1-N.VI	Beta-223090	HFd	5380±40	Inédita	Toledo
La Paleta	Hoya 175-N.3	Beta-223091	HFd	5880±40	Inédita	Toledo
Arenal de la Costa				3890±90	Bernabeu et alii, 1993	Valencia
Cova Forada	C-4	C-276		11500±1000	Apartido, 1990	Valencia
Cova Forada	s/r	C-675		9645±330	Apartido, 1990	Valencia
Cova Forada	C-7	C-227		12500±800	Apartido, 1990	Valencia
Maltaetes W	VI	KNH/915		10370±105	Jordá y Fontes, 1976	Valencia
Sota Palau	10	UGRA-69		8540±180	Aura y Pérez, 1995	Valencia
El Miradero				5155±35	Delibes y Rojo, 1997	Valladolid
El Miradero				5115±35	Delibes y Rojo, 1997	Valladolid
Fuente Olmedo	Inhumación fosa	CSIC-483		3620±60	Martín y Delibes, 1989	Valladolid
Fuente Olmedo	Inhumación fosa	OxA-2907		3730±65	Martín y Delibes, 1989	Valladolid
Los Cercados		GrN-13594		3970±60	Val Riedo, 1997	Valladolid
Las Pozas	zanja	GrN-12127		4075±30	Val Riedo, 1997	Zamora
Las Pozas	zanja	GrN-12125		4425±35	Val Riedo, 1997	Zamora
Las Pozas	zanja	GrN-12126		4200±30	Val Riedo, 1997	Zamora
Los Sajos				5670±60	Iglesias et alii, 1996	Zamora
Costalena	c3	GrN-14056		6420±250	Barandaran y Cava, 1989	Zaragoza
Riois I				6040±100	Royo y Gómez, 1992	Zaragoza
El Pontet	e	GrN-16313		7340±70	Mazo y Montes, 1992	Zaragoza
El Pontet	c 3inf	GRN-14241		6370±70	Montes y Mazo, 1991	Zaragoza
El Pontet	b	GRN-14240		5450±290	Montes y Mazo, 1991	Zaragoza
Felxa del Moro	cista en túmulo			5310±	Guliane, 1996	Andorra
Felxa del Moro	cista en túmulo			4930±	Guliane, 1996	Andorra
Margineda	6	Ly-2843		10640±260	Geddes et alii, 1989	Andorra
Margineda	6	Ly-2842		9250±160	Geddes et alii, 1989	Andorra
Margineda	4	Ly-2841		8530±420	Geddes et alii, 1989	Andorra
Margineda	4	Ly-2840		8390±150	Geddes et alii, 1989	Andorra
Margineda	4			8210±180	Garcla et alii, 1992	Andorra
Margineda	3b	Ly-2839		6670±120	Martín, 1992	Andorra
Leucate-Cornege		MC-788	CV	6800±90	Guliane et alii, 1984	Francia
Leucate-Cornege		GIF-2749	CV	5900±140	Guliane et alii, 1984	Francia
Leucate-Cornege		GIF-2747	CV	5410±140	Guliane et alii, 1984	Francia
Abrigo de Dourgne	10	MC-1106	MT	8620±120	Guliane et alii, 1993	Francia
Abrigo de Dourgne	7	MC-1107	MT	6850±100	Guliane et alii, 1993	Francia
Abrigo de Dourgne	6	MC-1104	MT	6470±100	Guliane et alii, 1993	Francia
Abrigo de Dourgne	5	MC-1102	MT	6170±100	Guliane et alii, 1993	Francia
Bougon	Túmulo A	OXA-9106	HH	5365±60	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo A	Q-3215	HH	5195±65	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo A	Q-3214	HH	5085±60	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo A	Beta-166360	HH	4680±40	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo B	Q-3232	HH	5190±60	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo B	Q-3233	HH	5280±60	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo C	Blm-1118	CV	4960±170	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo C	Q-3216	HH	4950±175	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo E	Lyon-966		5800±230	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo E	Lyon-1195		4700±140	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo F	Lyon-1700		5830±160	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo F	Q-3234		5860±65	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo F	Lyon-1699		5480±170	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo F	Q-3235		5250±65	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo F	Q-3218		5230±70	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Túmulo F	Q-3217		5145±90	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Bougon	Cantera Túmulo F	OXA-9163		5415±65	Mohen y Scarre, 2002	Francia
Cheron	Monumento B1			3590±140	Gauron y Massaud, 1980	Francia

Tabla 202.- Selección de dataciones radiocarbónicas y de termoluminiscencia (TL) de la Península Ibérica y Francia. Resaltadas en amarillo las dataciones correspondientes a la Meseta. Códigos de tipo de muestra: C=Cereal; CV=Carbón vegetal; HH=Hueso humano; MM=Malacofauna marina; MT= Malacofauna terrestre; H=Hueso; HF=Hueso fauna; HFd=Hueso fauna doméstica; HFs=Hueso fauna silvestre; M=Madera; B=Bellota

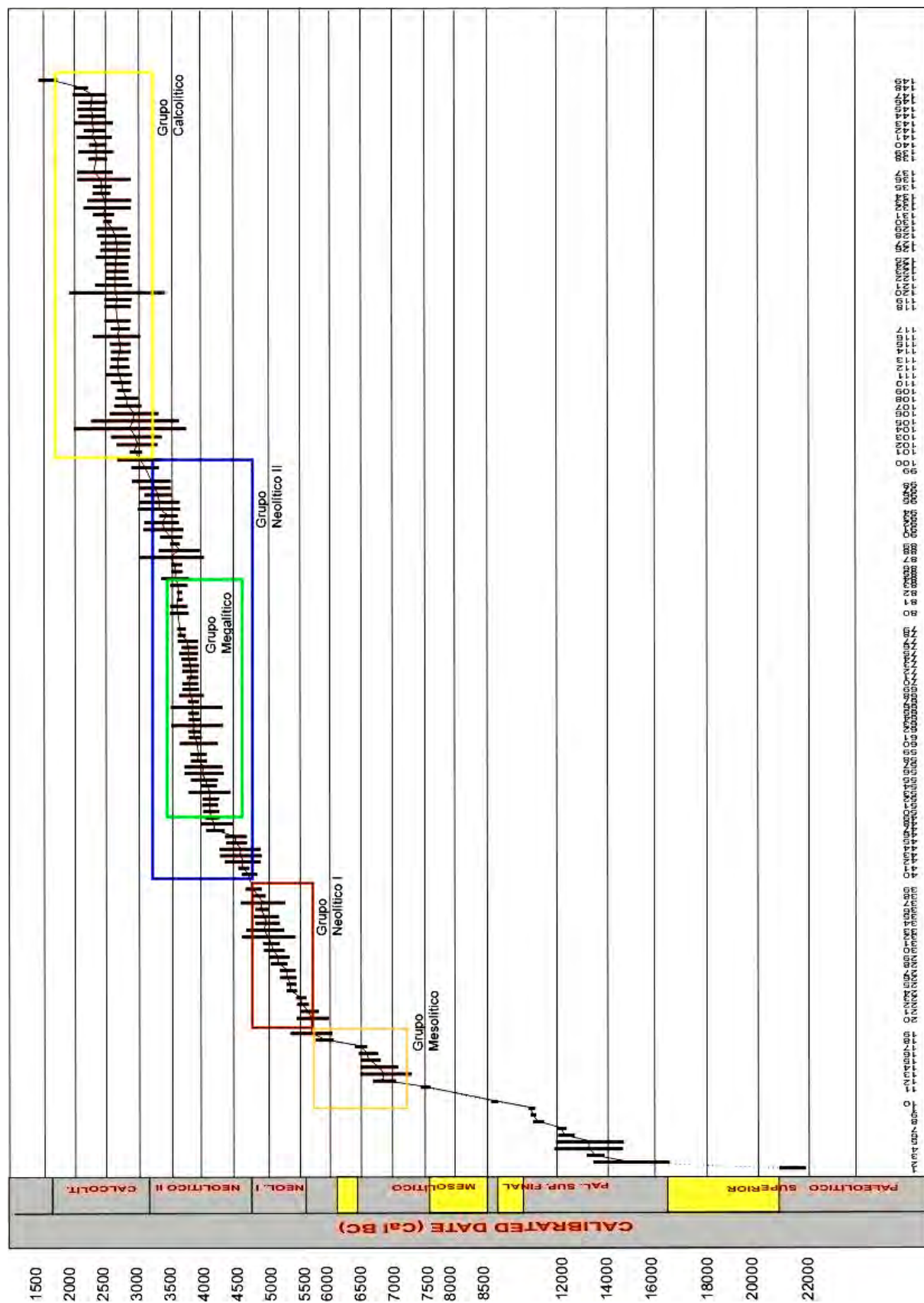


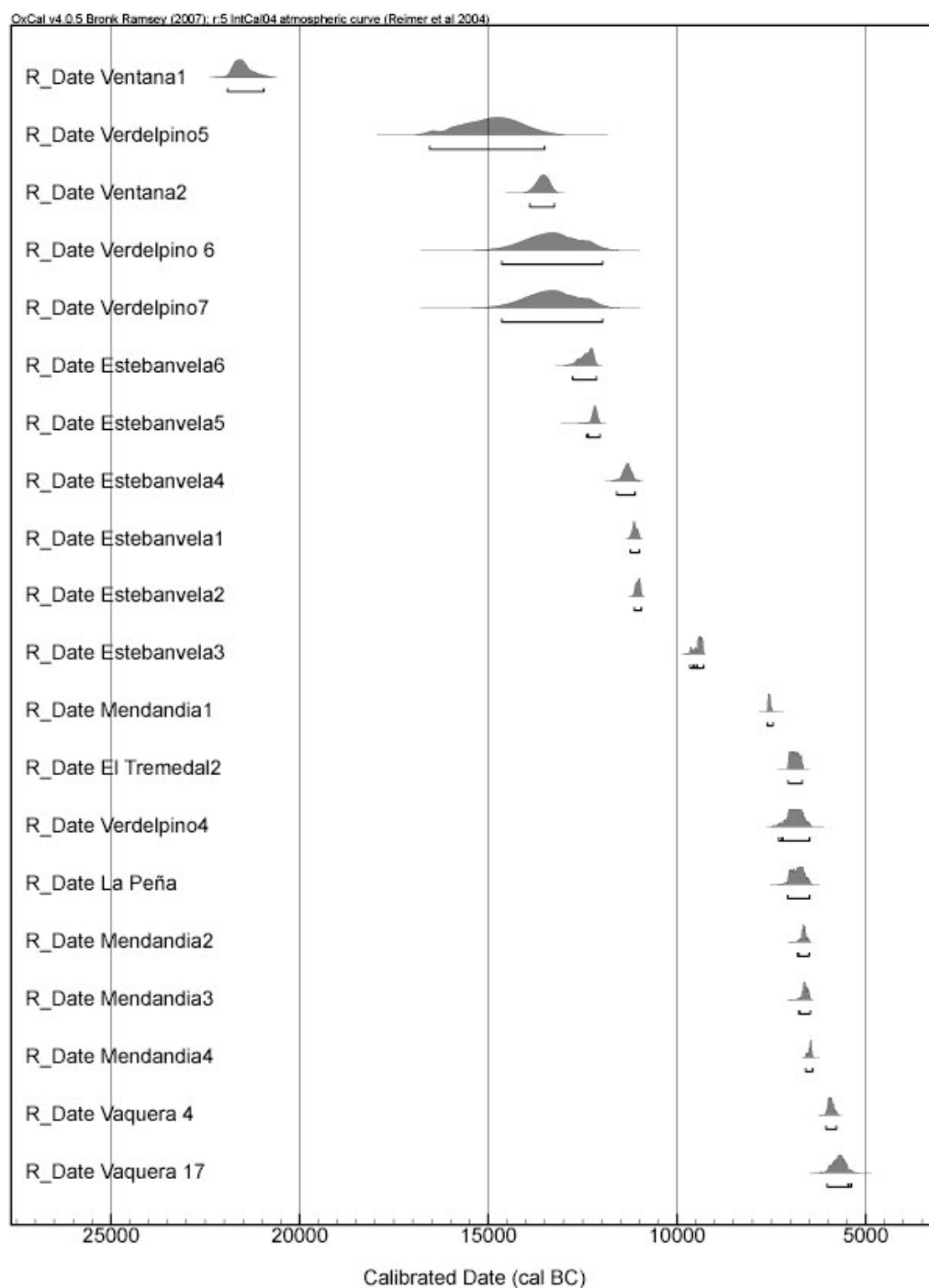
Fig. 557. - Cuadro general de la secuencia crono-cultural de la Meseta desde el Paleolítico Superior hasta el Calcolítico. Los números del lateral derecho corresponden a la columna izquierda de los yacimientos de la tabla 203. En la parte inferior, en amarillo, los posibles hiatus carentes de dataciones.

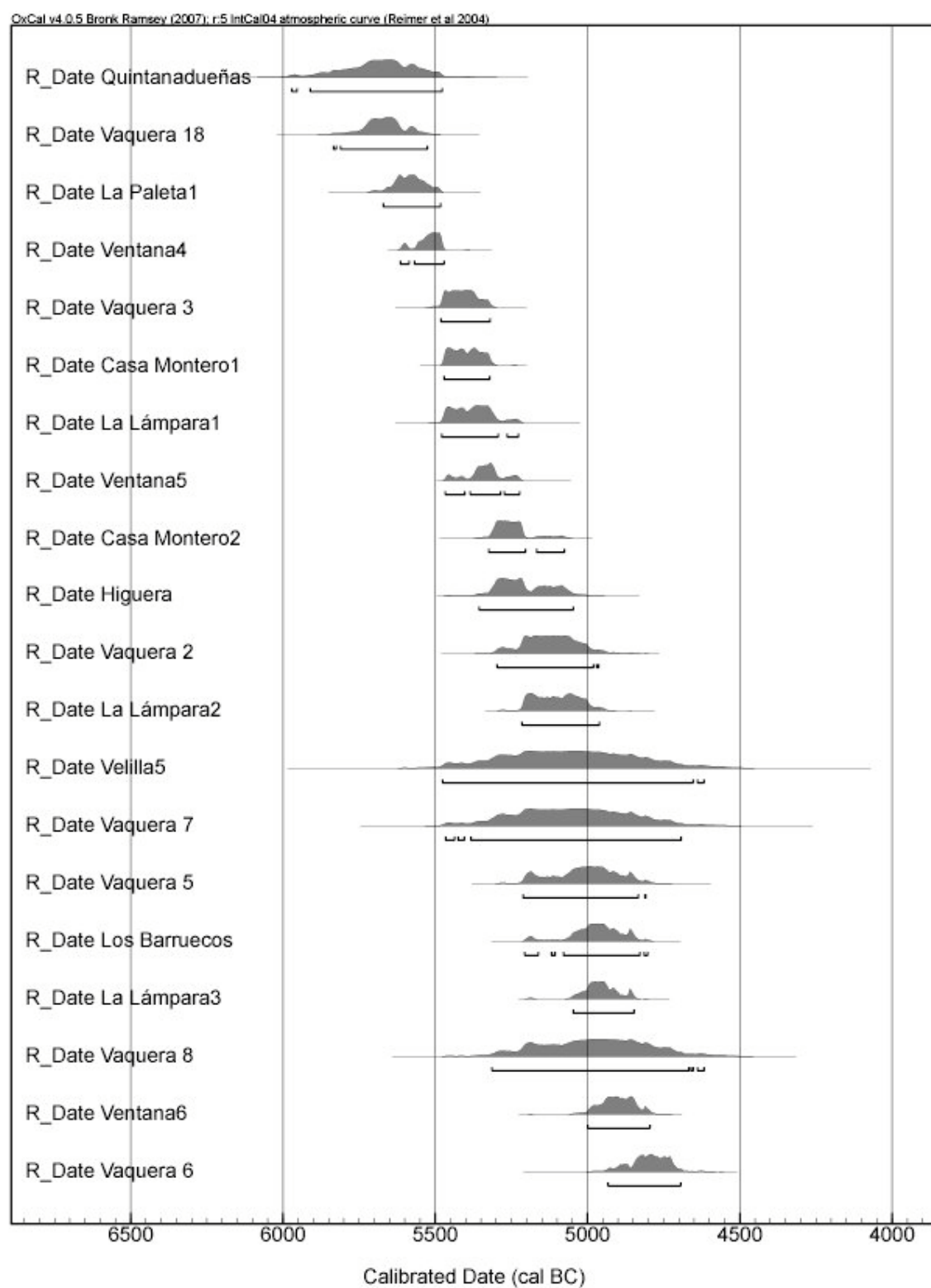
Nº Clave	Name	DATA	Stdev
0	Ventana3	30200	350
1	Ventana1	19640	110
2	Verdelpino5	14000	520
3	Ventana2	13110	50
4	Verdelpino 6	12930	470
5	Verdelpino7	12930	470
6	Estebanvela6	12360	50
7	Estebanvela5	12270	40
8	Estebanvela4	11400	120
9	Estebanvela1	11170	50
10	Estebanvela2	11060	50
11	Estebanvela3	9950	40
12	Mendandia1	8500	60
12	El Tremedal2	7960	60
13	Verdelpino4	7950	150
14	La Peña	7890	120
15	Mendandia2	7810	50
16	Mendandia3	7780	60
17	Mendandia4	7620	50
18	Vaquera 4	7050	70
19	Vaquera 17	6780	180
20	Quintanadueñas	6760	130
21	Vaquera 18	6760	80
22	La Paleta1	6660	60
23	Ventana4	6560	40
24	Vaquera 3	6440	50
25	Casa Montero1	6410	40
26	La Lámpara1	6390	60
27	Ventana5	6350	40
28	Casa Montero2	6270	40
29	Higuera	6250	60
30	Vaquera 2	6170	60
31	La Lámpara2	6144	46
32	Velilla5	6130	190
33	Vaquera 7	6120	160
34	Vaquera 5	6080	70
35	Los Barruecos	6060	50
36	La Lámpara3	6055	34
37	Vaquera 8	6050	140
38	Ventana6	6010	40
39	Vaquera 6	5920	50
40	La Paleta3	5880	40
41	Vaquera 1	5800	30
42	Azután3	5750	130
43	El Castillejo1	5710	150
44	Valdeprados	5690	145
45	Los Bajos	5670	60
46	Vaquera20	5650	80
47	La Paleta2	5380	40
48	Vaquera 13	5360	120
49	La Sima2	5308	31
50	La sima5	5303	34
51	Pecina I1	5290	40
52	Túmulo de Ciella	5290	40
53	Pecina I2	5270	140

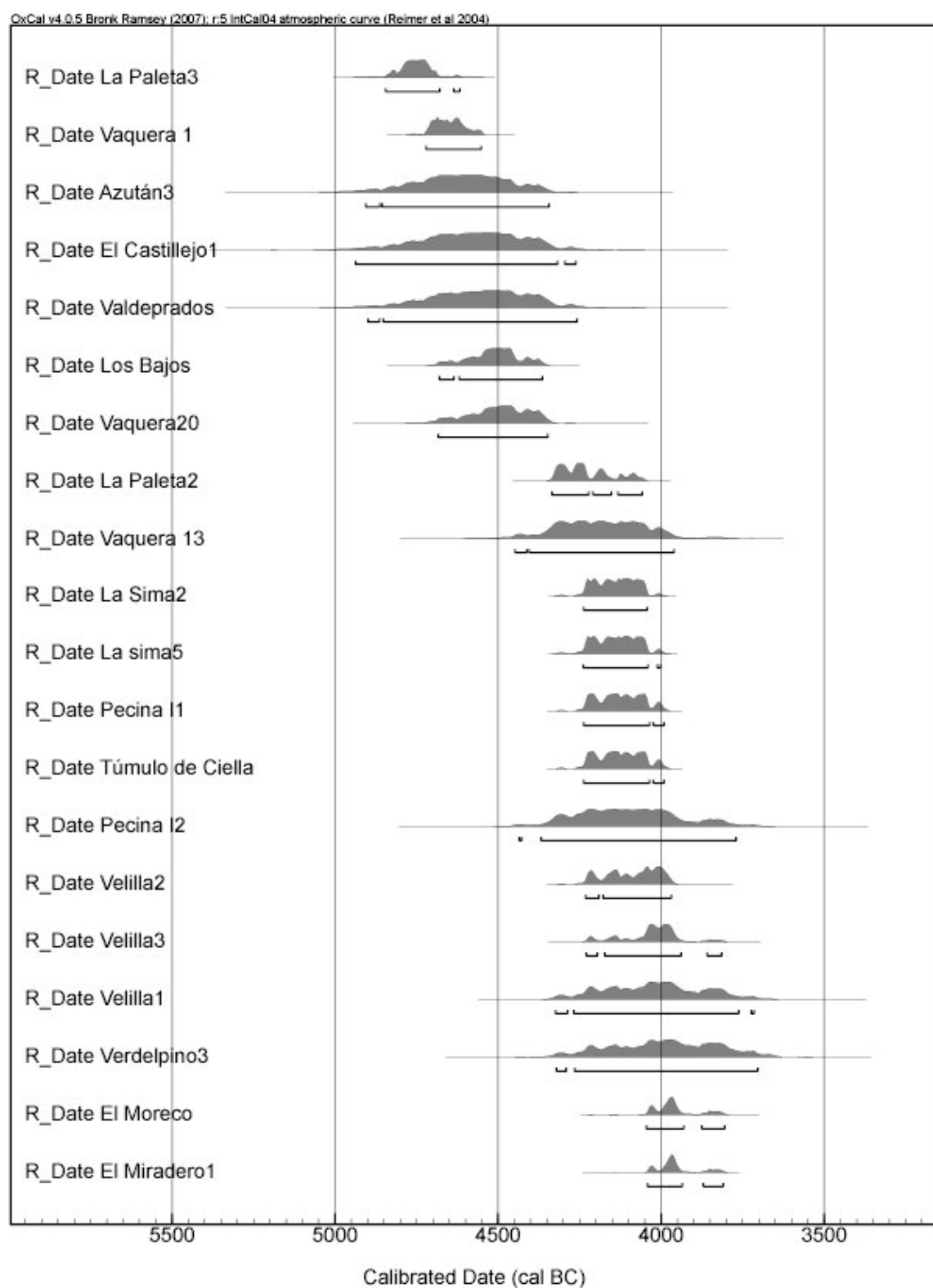
54	Velilla2	5250	50
55	Velilla3	5200	55
56	Velilla1	5195	115
57	Verdelpino3	5170	130
58	El Moreco	5160	40
29	El Miradero1	5155	35
60	Verdelpino2	5120	130
61	El Miradero2	5115	35
62	Peña de la Abuela5	5110	39
63	La Mina	5100	170
64	Peña de la Abuela4	5099	39
65	La Sima3	5082	31
66	Velilla6	5070	175
67	La Sima6	5068	33
68	Azután2	5060	90
69	Peña de la Abuela3	5054	39
70	Peña de la Abuela1	5050	50
71	La Sima1	5048	27
72	Peña de la Abuela2	5033	32
73	Peña de la Abuela6	5029	39
74	La Sima4	5001	32
75	El Tremedal1	5000	60
76	La Tarayuela2	5000	38
77	RíoFortes	4970	80
78	La Sima II2	4919	28
79	La Tarayuela1	4892	36
80	Vaquera 15	4880	60
81	Vaquera 9	4870	50
82	La Sima II4	4865	23
83	La Sima II3	4862	27
84	El Tremedal3	4860	60
85	Vaquera 11	4850	80
86	La Vega I	4840	25
87	La Sima II1	4839	27
88	Velilla4	4810	200
89	Ventorro3	4800	130
90	Peña de la Abuela7	4773	29
91	Revilla del Campo	4750	80
92	Vaquera 10	4690	120
93	Vaquera 12	4670	90
94	Azután4	4642	40
95	Verdelpino1	4630	130
96	Azután1	4590	90
97	Arnillas	4575	40
98	Vaquera 19	4540	60
99	LomaLomo2	4520	100
100	Las Pozas2	4425	35
101	CuevaEspinos	4350	95
102	La Teta2	4340	40
103	Aldeagordillo3	4320	70
104	Gózquez8	4320	130
105	Los Itueros3	4310	330
106	Ventorro1	4290	250
107	Vaquera 14	4290	120
108	FuenteLirio1	4260	60
109	Entretérminos	4250	50

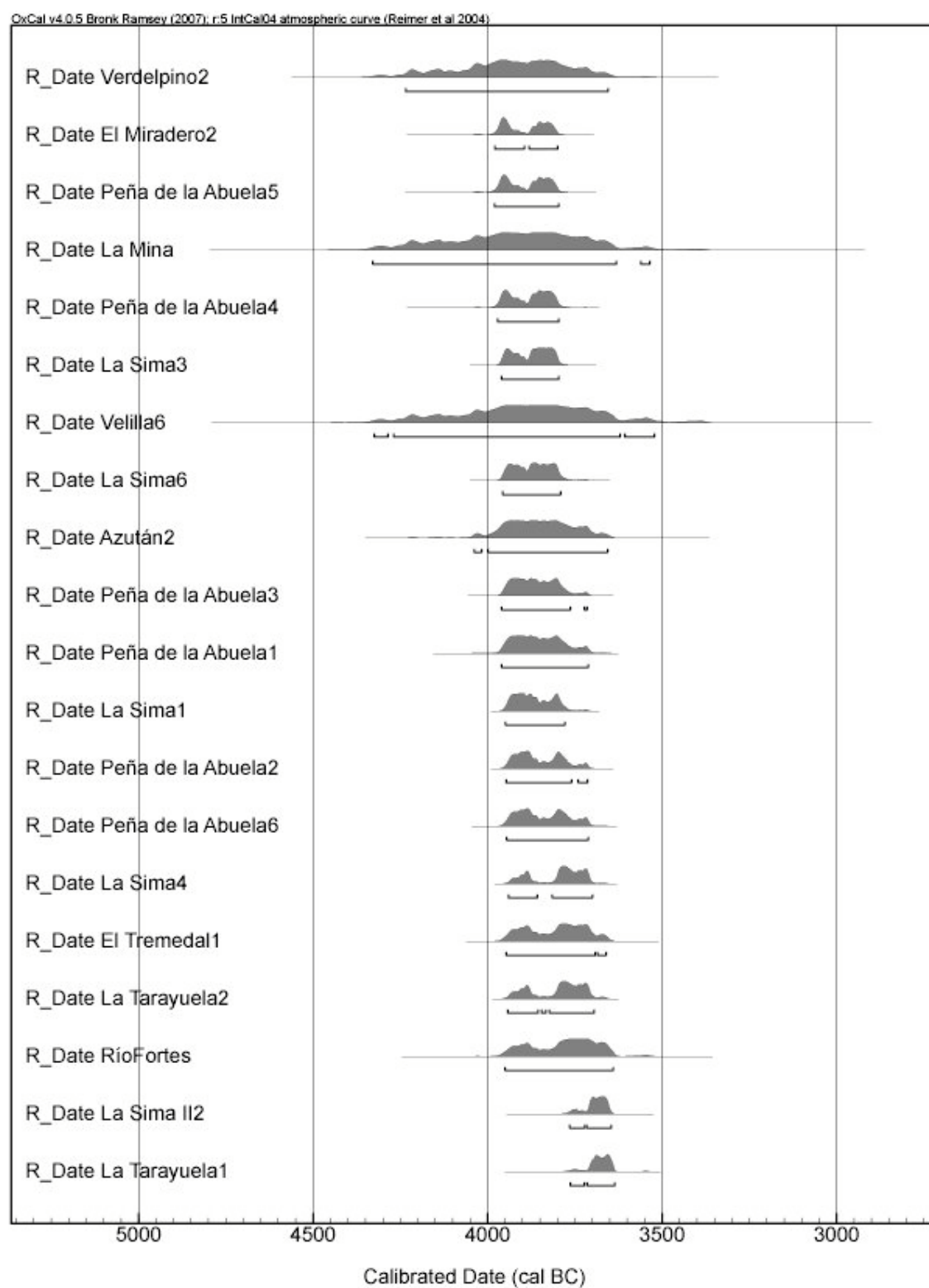
110	Las Pozas3	4200	30
111	El Picuezo	4180	60
112	Gózquez5	4180	80
113	Gózquez1	4160	60
114	Gózquez2	4150	50
116	Matillas	4150	50
117	Gózquez3	4140	50
118	Los Itueros1	4120	130
119	Aldeagordillo1	4115	20
120	Aldeagordillo4	4100	80
121	Gózquez7	4100	80
122	Gózquez9	4100	60
123	LomaLomo1	4090	260
124	LomaLomo3	4080	100
125	Las Pozas1	4075	30
126	Enebralejos	4070	60
127	La Solana	4060	40
128	AltoQuemado2	4040	80
129	CerroCabeza2	4020	50
130	Gózquez4	4020	50
131	Gózquez6	4020	60
132	CerroCabeza3	4010	50
133	La Teta1	3975	25
134	CerroCabeza1	3970	50
135	Cerro del Bu1	3970	100
136	Los Itueros4	3960	90
137	Tomillar1	3925	40
138	CanteraHálagas	3924	41
139	Fuente Lirio2	3910	100
140	Ventorro2	3880	90
141	La Sima III2	3862	28
142	Cueva del Asno	3860	80
143	La Sima III1	3860	30
144	Los Itueros2	3850	100
145	CerroCabeza5	3850	60
146	Cerro del Bu2	3830	100
147	CerroCabeza4	3820	60
148	AltoQuemado1	3810	70
149	El Castillejo2	3810	70
150	Tomillar2	3780	95
151	Aldeagordillo2	3685	25
152	Vaquera21	3280	70

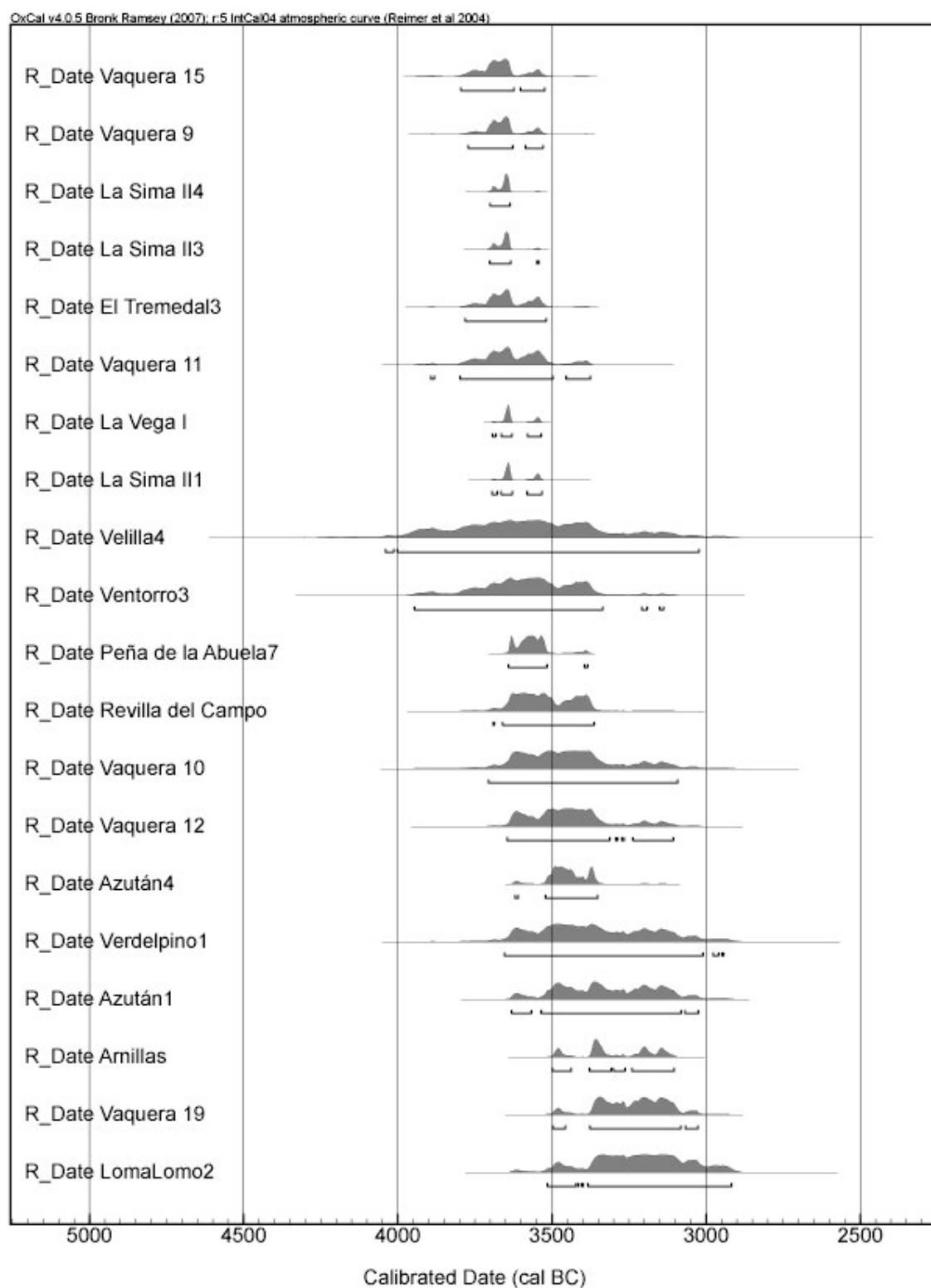
Tabla 203.- *Dataciones radiométricas de la Meseta empleadas en la Figura 557.*

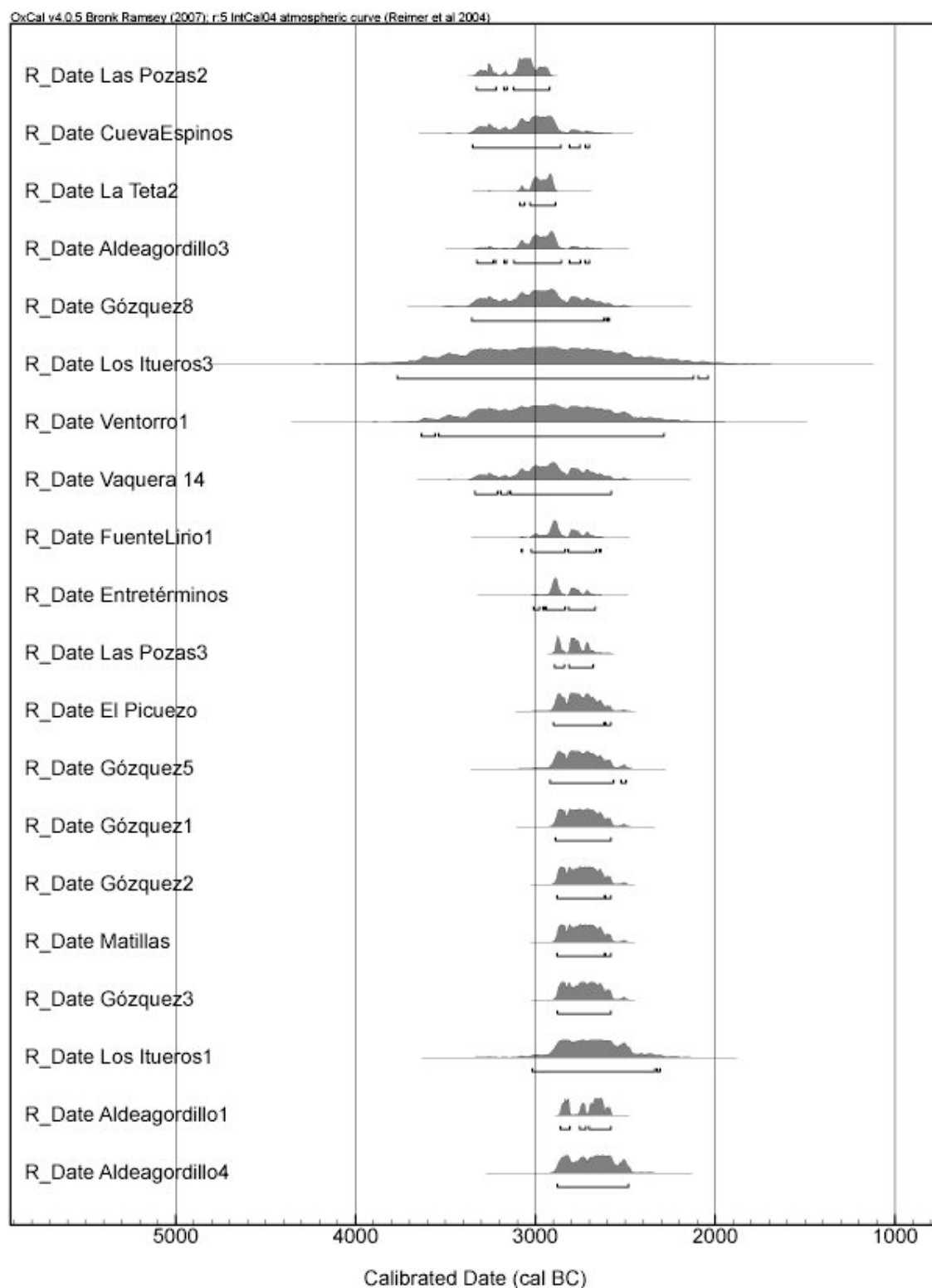


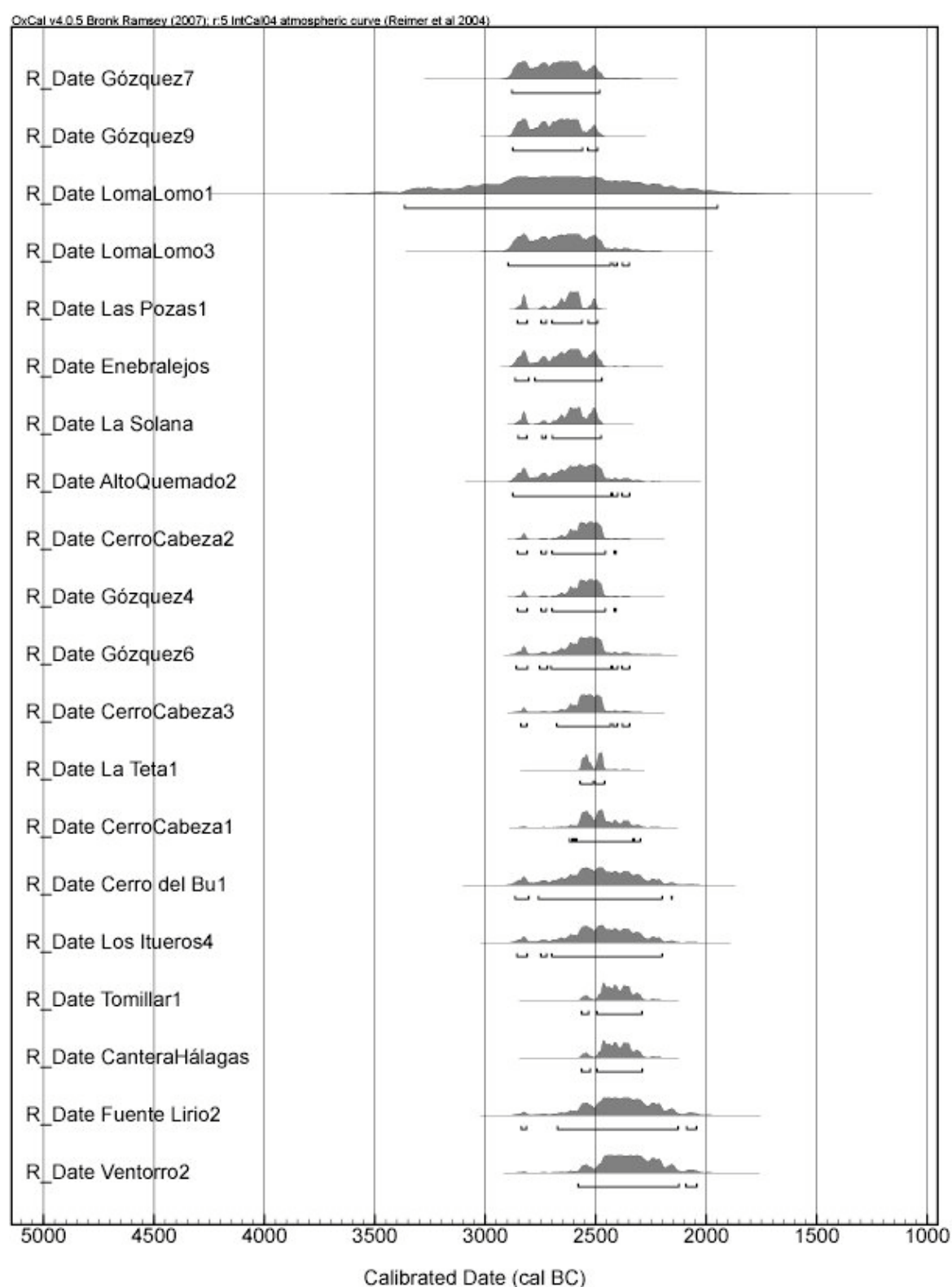












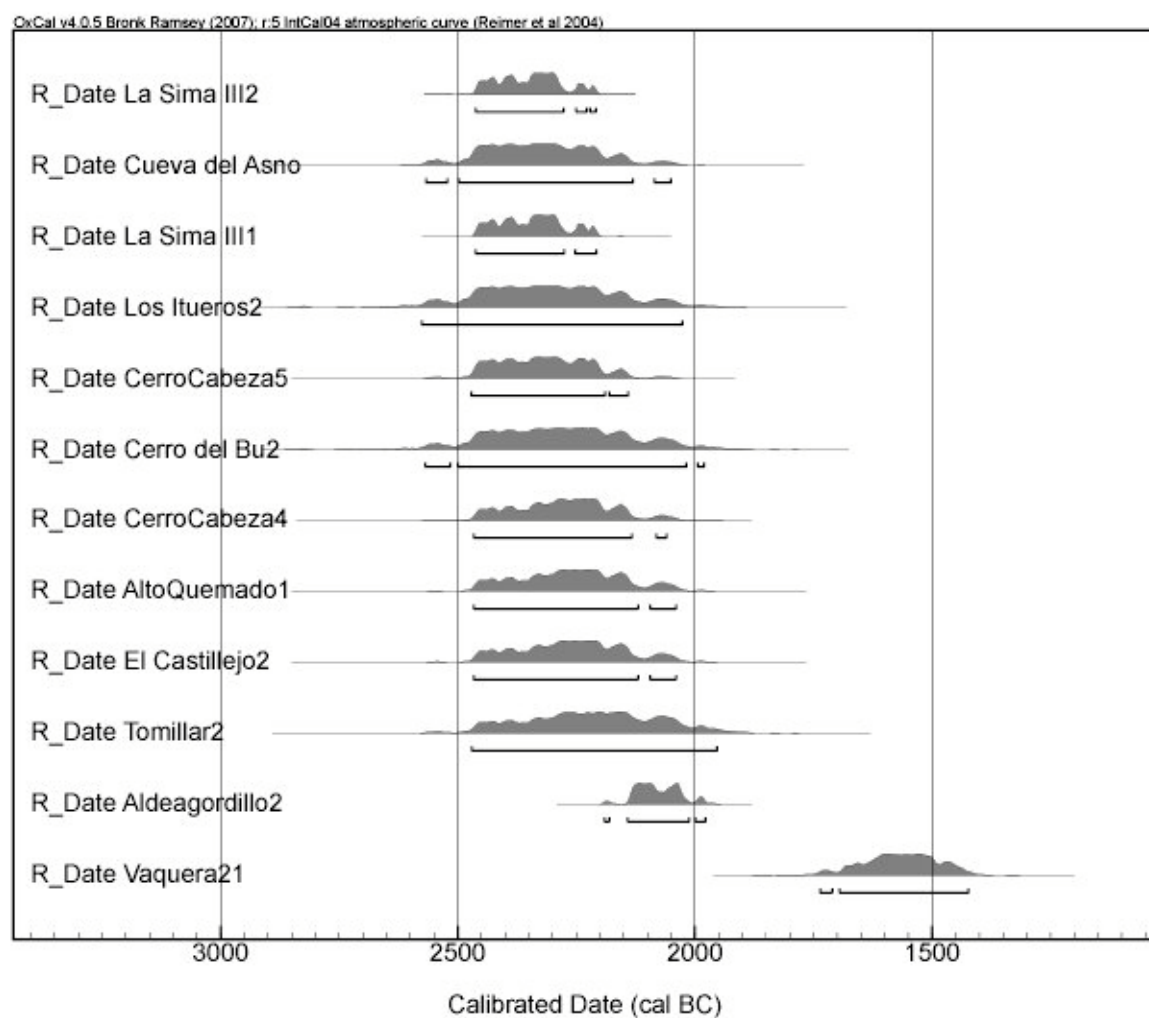


Fig. 558.- Cuadros de calibración (Cal BC) de dataciones radiométricas de la Meseta. Oxcal (Oxford Calibration Program). Curva de Calibración IntCal04.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA MARTÍNEZ, P. (1968): La pintura rupestre esquemática en España. Salamanca.
- ACOSTA, P. (1983): Técnicas, estilo, temática y tipología en la pintura rupestre esquemática hispana. *Zephyrus*, XXXVI: 13-25
- ACOSTA MARTÍNEZ, P. (1984): El arte rupestre esquemático ibérico: problemas de cronología preliminares. *Scripta Praehistorica*, Francisco Jordá Oblata: 31-61
- ACOSTA MARTÍNEZ, P. (1986): El Neolítico antiguo en Andalucía Occidental: estado actual. Homenaje a Luis Siret: 136-151. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- ACOSTA, P. (1987): El Neolítico antiguo en el Suroeste español. La Cueva de la Dehesilla (Cádiz). En J. Guilaine, J. Courtin, J.L. Roudil y J.L. Vernet, *Premièrs communautès paysannes en méditerranée occidentale*: 653-659. CNRS. Paris
- ACOSTA MARTÍNEZ, P. y PELLICER CATALÁN, M. (1990): La Cueva de la Dehesilla (Jerez de la Frontera). Las primeras civilizaciones productoras en Andalucía occidental. C.S.I.C.
- ACUÑA HERNÁNDEZ, J., y ROBLES CUENCA, I. (1980): La Malacofauna. En, B. Martí et alii: *La Cova de l'Or* (Beniarrés, Alicante). Serie Trabajos Varios del SIP, 65: 257-283. Valencia.
- ADÁN ÁLVAREZ, G., y JORDÁ PARDO, J.F. (1989): Industrias óseas del Paleolítico y Postpaleolítico pirenaico en relación con los nuevos hallazgos de Jarama II (Guadalajara). *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, Tomo 2: 109-130.
- ADLER, M. (1994): Population aggregation and the Anasazi social landscape. En, W.H. Wills y R.D. Leonard (Ed.): *The Ancient Southwestern Community*. University of New Mexico Press. Albuquerque: 85-102
- AGUILERA Y GAMBOA, E. DE (1916): Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas. 5 vol. Inédito.
- ALCOLEA, J., BAENA, J., GARCÍA, M.A., GÓMEZ, J. (1992): La Cueva de las Avispas: un yacimiento con arte rupestre en la Comunidad de Madrid. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 32: 19-22
- ALCOLEA, J., BUNES, F.; GARCÍA, M.A., GÓMEZ, J.; JIMÉNEZ, P., (1993): Las pinturas rupestres esquemáticas de la Cueva del Arroyo de la Vega (Valdepeñas de la Sierra, Guadalajara). *Wad-al-Hayara* 20: 85-108
- ALCOLEA, J., BUNES, F., GARCÍA, M.A. Y MÁRQUEZ, B. (1994): Las representaciones rupestres esquemáticas del Abrigo de Belén (Torremocha, Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas* 9: 29-32
- ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J., GARCÍA VALERO, M.A., y ALCAÍNA MUÑOZ, M.A. (1995): El poblamiento prehistórico antiguo en el sector suroriental del Sistema Central: Investigaciones en el valle alto del Sorbe (Guadalajara). *Raía*, 19: 37-40
- ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J., BALBÍN BEHRMANN, R. De, GARCÍA VALERO, M.A., JIMÉNEZ SANZ, P.J., ALDECOA QUINTANA, A., CASADO MATEOS, A.B., ANDRÉS LORIENTE, B. De, RUÍZ PEDRAZA, S., SÁINZ RUBIO, P., SUÁREZ RUEDA, N. (1997): Avance al estudio del poblamiento paleolítico del alto

- Valle del Sorbe (Muriel, Guadalajara). En, R. de Balbín y P. Bueno (Eds.), II Congreso de Arqueología Peninsular. Vol. I. Zamora: 201-218
- ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J., BALBÍN BERHMANN, R. De, GARCÍA VALERO, M.A., y JIMENEZ SANZ, P.J. (1997): Nouvelles découvertes d'art rupestre Paleolithique dans le centre de la Péninsule Ibérique: la cueva del Reno (Valdesotos, Guadalajara). *L' Anthropologie* (Paris), Vol. CI: 144-163.
- ALDAY RUÍZ, A. (1987): Los elementos de adorno personal y artes menores en los monumentos megalíticos del País Vasco meridional. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 15: 103-353.
- ALDAY RUÍZ, A. (1995 a): Los elementos de adorno personal de la Cueva del Moro de Olvena y sus derivaciones cronológico-culturales. En, V. Badellou y P. Utrilla: *La Cueva del Moro de Olvena*. Bolskan, 12: 193-214.
- ALDAY RUÍZ, A. (1995 b): Patrones de asentamiento y de organización del territorio de Álava durante el Epipaleolítico y Neolítico. Primeros agricultores y ganaderos en el Cantábrico y Alto Ebro. *Karrantza*, 1993. Eusko-Izaskuntza, 6: 289-316
- ALDAY RUÍZ, A. (1997): El poblamiento durante los inicios del Holoceno en la alta cuenca del Ebro: el valle del Arraya y Treviño oriental como modelo. *Institución Sancho El Sabio*, 7: 141-177
- ALDAY RUÍZ, A. (1999): Dudas, manipulaciones y certezas para el Mesolítico vasco. *Zephyrus*, 52: 129-174
- ALDAY RUÍZ, A. (2002): Los últimos cazadores-recolectores de la Iberia interior: La Alta-Media Cuenca del Ebro y la Meseta Norte. *Munibe* 54: 79-101
- ALDAY RUÍZ, A. (2003): Cerámica neolítica de la región vasco-riojana: base documental y cronológica. *Trabajos de Prehistoria*, 60(1): 53-80
- ALDAY, A., GARCÍA GAZOLAZ, J., GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I., GARRIDO, R., ROJO, M. Y SESMA, J. (e.p.): La cerámica bajo técnica decorativa neolítica como trazadora de conjuntos neolíticos antiguos. En, IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante.
- ALEGRE FRANDOVÍNEZ, I. (2005): La industria geométrica en el Valle de Ambrona (Soria). En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.), III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica: 233-246. Santander.
- ALFARO GINER, C. (1984): Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la romanización. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, Vol. XXI. Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M. (1944): Los problemas del Epipaleolítico y Mesolítico en España. *Ampurias*, VI: 1-38
- ALMAGRO BASCH, M. (1947 a): El Arte Cuaternario en España. En, R. Menéndez Pidal: *Historia de España. España Prehistórica*, I. Madrid: 337-387
- ALMAGRO BASCH, M. (1947 b): El arte rupestre naturalista del levante español y el arte rupestre esquemático. En, R. Menéndez Pidal: *Historia de España. España Prehistórica*, I. Madrid: 443-485
- ALMAGRO BASCH, M. (1947 c): El Paleolítico Superior. En, R. Menéndez Pidal: *Historia de España. España Prehistórica*, I. Madrid: 299-336
- ALMAGRO BASCH, M. (1947 d): Las culturas del final del Paleolítico en España. En, R. Menéndez Pidal: *Historia de España. España Prehistórica*, I. Madrid: 403-442
- ALMAGRO BASCH, M. (1947 e): Las relaciones de la Península con África durante el Paleolítico Superior. En, R. Menéndez Pidal: *Historia de España. España Prehistórica*, I. Madrid: 389-401
- ALMAGRO BASCH, M. (1951 a): La Cronología del arte levantino de España. IV Congreso Arqueológico del Sudeste español (Alcoy, 1950). Cartagena: 67-80
- ALMAGRO BASCH, M. (1951): Nuevas pinturas naturalistas. *Ampurias*, XIII: 271
- ALMAGRO BASCH, M. (1952): El covacho con pinturas rupestres de Cogull (Lérida). Instituto de estudios Ilerdenses. Excm. Diputación Provincial de Lérida. Patronato José María Cuadrado del CSIC. Lérida.

- ALMAGRO BASCH, M. (1953): La cronología del arte levantino en España. Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques. Zurich, 1950: 142-149
- ALMAGRO BASCH, M. (1960): El problema de la cronología del Arte rupestre Levantino español. Burg Wartenstein Symposium, Viena, 1960: 104-111
- ALMAGRO BASCH, M. (1964 a): El problema de la revisión de la cronología del Arte Rupestre Cuaternario. Miscelánea en Homenaje al Abate H. Breuil. Barcelona: 87-100
- ALMAGRO BASCH, M. (1964 b): Arte Preistorica Postpaleolitica in Europa. Arte Azilotardenoisiana. Enciclopedia Universale dell'Arte, X. Roma.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1971): La Cueva del Niño (Albacete) y La Cueva de La Griega (Segovia). Dos yacimientos de arte rupestre recientemente descubiertos en la Península Ibérica. Trabajos de Prehistoria, 28: 9-62
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): El Bronce Final y el Periodo orientalizante en Extremadura. Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XIV. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1996): Sacred Places and cults of the Late Bronze Age tradition in Celtic Hispania. Archäologische Forschungen zum Kultgeschehen in der jüngeren Bronzezeit und frühen Eisenzeit Alteuropas: 43-79
- ALMAGRO GORBEA, M. Y BENITO LÓPEZ, J.E. (1993): La prospección arqueológica del Valle del Tajuña. Una experiencia teórico-práctica de estudio territorial en la Meseta. Complutum, 4: 297-310
- ALMAGRO GORBEA, M. Y BERROCAL RANGEL, L. (1997): Entre Íberos y Celtas: sobre santuarios comunales urbanos y rituales gentilicios en Hispania. Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló, 18: 567-588
- ALMAGRO GORBEA, M., y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2000): Un altar rupestre en el Prado de Lácara (Mérida). Apuntes para la creación de un Parque Arqueológico. Extremadura Arqueológica, VIII. El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo): 423-442
- ALMÁSY, L.E. (1934): Az ismeretlen Szahara. Budapest.
- ALMÁSY, L.E. (1936): Récentes explorations dans le Désert Libyque (1932-1936). El Cairo.
- ALMÁSY, L.E. (1939): Unbekannte Sahara. Mit Flugzeug und Auto in der Libyschen Wüste. Leipzig.
- ALMÁSY, L.E. (1999): Nadadores en el desierto. A la búsqueda del oasis de Zarzura. Ed. Península. Barcelona.
- ALONSO DEL REAL, C. Y VAZQUEZ VARELA, J.M. (1976): Excavaciones en el abrigo Vidal I, en Prado do Inferno. Excavaciones en Pena Grande. Excavaciones en Os Penedos de O Carrizo. Noticiario Arqueológico Hispánico, 5: 53-64
- ALONSO MATTHIAS, F., y BELLO DIÉGUEZ, J.M. (1997): Cronología y periodización del fenómeno megalítico en Galicia a la luz de las dataciones por Carbono 14. En, A. Rodríguez Casal (Ed.) O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 Abril de 1996). Consello da Cultural Galega: 507-520
- ALONSO TEJADA, A. (1984): Los conjuntos rupestres de Marmalo y Castellón de los machos, Villar del Humo, Cuenca. Empúries, 45-46: 8-29
- ALONSO, A., y GRIMAL, A. (1994): El arte levantino o el 'trasiego' cronológico de un arte prehistórico. Pyrenae, 25: 51-70
- ALONSO, A., y GRIMAL, A. (1996): El arte rupestre prehistórico de la cuenca del río Taibilla (Albacete y Murcia): Nuevos planteamientos para el estudio del arte levantino. Barcelona.
- ALONSO, A., y GRIMAL, A. (1999): Introducción al Arte Levantino a través de una estación singular: la cueva de La Vieja (Alpera, Albacete). Albacete.
- ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E. (1999): Las perlas de madera fósil del terciario y los objetos de adorno-colgantes sobre dientes de zorro y ciervo del Magdaleniense de Gönnersdorf y de Andernach-Martinsberg-2 (Neuwied, Rheiland Pfalz, Alemania). Zephyrus, LII: 79-106

- ÁLVARO REGUERA, E. DE Y PIÑÓN VARELA, F. (1997): Los Castillos de Las Herencias y el poblamiento Calcolítico en la cuenca media del Tajo. En, M. Kunst (coord.) *Origens, Estruturas e Relações das Culturas Calcolíticas da Península Iberica*. Actas das I Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras, 3-5 Abril, 1987. *Trabalhos de Arqueologia*, 7: 277-291. Lisboa.
- ÁLVARO REGUERA, E. DE, MUNICIO GONZÁLEZ, L. Y PIÑÓN VARELA, L. (1988): Informe sobre el yacimiento de 'Los Castillos' (Las Herencias, Toledo): Un asentamiento Calcolítico en la Submeseta Sur. I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha:
- ALLARD, M., DRIEUX, M., JARRY, M., POMIES, M.P., y RODIERE, J. (1997): Perles en bois de Renne du Niveau 18 des Peyrugues, a Orniac (Lot). *Hypothèse sur l'origine du Protomagdalénien*. *Paleo*, 9: 355-369.
- ALLEN, T.F.H. y HOEKSTRA, T.W. (1992): *Toward a unified Ecology*. Columbia University Press. New York.
- AMMERMAN, A.J. (2002): Returning to the neolithic transition in Europe, en E. Badal, J. Bernabeu y B. Martí (Eds.): *El paisaje en el Neolítico mediterráneo*. *Saguntum*, Extra-5: 13-21.
- AMMERMAN, A.J. Y CAVALLI SFORZA, L.L. (1971): Measuring the rate of spread of early farming in Europe, *Man*, VI: 674-688
- AMMERMAN, A.J. y CAVALLI-SFORZA, L.L. (1984): *The Neolithic transition and the genetics of populations in Europe*. Princeton University Press. Princeton.
- ANDERSON, T.B., y MOORE, R.G., (1988): Meaning and the built environment. En, M.P. Leone y P.B. Potter (Eds.): *The recovery of meaning*. Smithsonian Institution Press. Washington DC: 379-406
- ANDRÉS, M^a.T. (1998): Colectivismo funerario neo-eneolítico. Aproximación metodológica sobre datos de la cuenca alta y media del Ebro. Institución Fernando el Católico. Diputación de Zaragoza, Zaragoza.
- ANTONA DEL VAL, V. (1986): Aproximación a la problemática del Neolítico en la Meseta: una propuesta de secuencia cultural. *Wad-al-Hayara*, 13: 9-43.
- ANTONA DEL VAL, V. (1987): El Neolítico. En, 130 años de arqueología madrileña. Madrid: 44-57
- ANYON, R., y FERGUSON, T.J. (1984): Settlement patterns and changing adaptations in the Zuni region after AC 1000. 1983 Anasazi Symposium. San Juan Archaeological Center and Library. Bloomfield.
- APARICIO PÉREZ, J., y SAN VALERO APARISI, J. (1977): La Cova Fosca (ares del Maestre-Castellón) y el Neolítico Valenciano. Departamento de Historia Antigua. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valencia. Serie Arqueologica, nº 4. Valencia.
- APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J.M. (1973): *Corpus de materiales de las culturas Prehistóricas con cerámica de la población de las cavernas del País Vasco meridional*. Munibe, suplemento 1. San Sebastián.
- APELLÁNIZ, J.M. (1979): Analysis of artifactual materials from test excavations at the Cueva Mayor de Atapuerca, Burgos, Spain. *Arizona State University*, 19: 158-209
- APELLÁNIZ, J.M., y DOMINGO MENA, S. (1987): Estudios sobre Atapuerca (Burgos). II. Los materiales de superficie del Santuario de la Galería del Sílex. *Cuadernos de Arqueología de Deusto*. Bilbao
- APELLÁNIZ, J.M., y URIBARRI ANGULO, J.L. (1976): Estudios sobre Atapuerca (Burgos). I. El Santuario de la Galería del Sílex. *Cuadernos de Arqueología de Deusto*. Bilbao
- ARANZADI, T. De, BARANDIARÁN, J.M. de, EGUREN, E. (1919): Exploración de seis dólmenes de la sierra de Aizkorri. *Euskalerriaren Alde* 9: 215-221, 245-262, 298-312. San Sebastián (Guipúzcoa).
- ARIAS CABAL, P. (1991): De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la Región cantábrica. Universidad de Cantabria. Serie Universitaria.
- ARIAS CABAL, P. (1992): Adaptaciones al medio natural de las sociedades humanas de la región cantábrica durante el Boreal y el Atlántico. En, A. Cerretea y

- F.M. Ugarte (Ed.): The Late Quaternary in the western Pyrenean Region. Universidad del País Vasco: 269-283
- ARIAS CABAL, P. (1994): El neolítico de la región cantábrica. Nuevas perspectivas. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 34(1-2): 15-45
- ARIAS CABAL, P. Y PÉREZ SUÁREZ, C. (1990): Los materiales paleolíticos del yacimiento paleolítico de La Cabañuca (Peñamellera Baja, Asturias). *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 133: 125-144
- ARNÁIZ ALONSO, M.A. y ESPARZA ARROYO, A. (1985): Un yacimiento al aire libre del Neolítico interior: El altotero de Modúbar (Burgos). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LI: 5-45.
- ARNAUD, J.M. (1987): Os concheiros mesolíticos dos vales do Tejo e Sado: semelhanças e diferenças. *Arqueologia*, 15-Porto: 53-64
- ARNAUD, J.M. (2000): Os concheiros mesolíticos do vale do Sado e a exploração dos recursos estuarinos (nos tempos pré-históricos e na actualidade). En, *Actas do Encontro sobre Arqueologia da Arrábida* (Convento da Arrábida, 1998). Instituto Português de Arqueologia. *Trabalhos de Arqueologia*, 14: 21-43. Lisboa.
- ARNAUD-MORAIS, J. (1982): Le neolithique ancien et le processus de neolithisation au Portugal. En, *Le Neolithique ancien Meditteraneen. Actes du Colloque International de Prehistoire*. Montpellier, 1981. *Revue de la Federation Archaeologique de l'Herault*, n° Special, 1982: *Archaeologie en Languedoc*: 29-48
- ARNOLD, B. (1999): Les pirogues néolithiques de Paris-Bercy. Traces de travail et techniques de façonnage, en P. Pomey y E. Rieth (dir.) *Archaeonautica*, 14 (1998). Construction navale maritime et fluviale. *Approches archéologique historique et ethnologique*. CNRS Editions: 73-78
- ARNOLD, J.E. (1996): The archaeology of complex hunter-gatherers. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 3(2): 77-126
- ARRIBAS, A. Et alii (1981): Excavaciones en los Millares (Santa Fé de Mondújar, Almería). Campaña de 1981. *CPUG*, 6.
- ASQUERINO FERNÁNDEZ, M^a.D. (1978): Cova de la Sarsa (Bocairente, Valencia). Análisis estadístico y tipológico de materiales sin estratigrafía (1971-1974). *Sagvntvm*, 13: 99-225.
- ASQUERINO, M^a.D. (1987): Estado actual de la investigación sobre el Epipaleolítico en la provincia de Córdoba. *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 3: 27-51
- ASQUERINO, M^a.D. Y LÓPEZ GARCÍA, P. (1981): La Cueva del Nacimiento (Pontones). Un yacimiento neolítico en la sierra del Segura. *Trabajos de Prehistoria*, 38: 109-152.
- ATIENZA BALLANO, M. (1993): Evolución del paisaje vegetal en las sierras de Béjar y Francia durante el Holoceno, a partir del análisis palinológico. Tesis Doctoral. Universidad de Alcalá de Henares. Inédita.
- AURA TORTOSA, J.E. (1989): Solutrenses y Magdalenenses al Sur del Ebro : Primera aproximación a un proceso de cambio tecnológico, el ejemplo de Parpalló. *Saguntum*, 22 : 35-66
- AURA TORTOSA, J.E. y PÉREZ RIPOLL, M (1993): Tardiglaciario y Postglaciario en la región mediterránea de la Península Ibérica (13500-8500 BP) : transformaciones industriales y económicas. *Saguntum*, 25 : 25-48
- AURA, J. E. Y PÉREZ RIPOLL, M. (1992): Tardiglaciario y Postglaciario en la región mediterránea española (13.500- 8.500 BP): transformaciones culturales y económicas. *Sagvntvm* (PLAV), 25: 25-47
- AURA, J.E. (1992): El Magdalenense Superior mediterráneo y su modelo evolutivo. En, M.P. Utrilla (Coord.), *Aragón-Litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Encuentro en homenaje a Juan Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990). Institución Fernando El Católico, Zaragoza: 167-177.
- AURA, J.E. Y VILLAVERDE BONILLA, V. (1995): El Final del Paleolítico Superior en el ámbito mediterráneo peninsular. En, C. González y A. Moure (Coords.), *El*

- final del Paleolítico Cantábrico: transformaciones ambientales y culturales durante Tardiglacial y comienzos del Holoceno en la Región Cantábrica: 313-340
- BABEL, J. (1981): Krzemionki, Gemeinde Bodzechów, Wojw. Kielce und Gemeinde Boria, Woiv. Tranobrzeg. En, G. Weisgerber 1981, 586-595.
- BAENA PREYSLER, J. y CARRIÓN SANTAFÉ. E. (2002): Los materiales solutrenses. En, C. Blasco (Coord.): La Colección Berto del Museu d'Arqueologia de Catalunya. Una nueva mirada a la Prehistoria de Madrid. Monografies, 3. Barcelona: 79-130
- BALBÍN BEHRMANN, R. DE, BUENO RAMÍREZ, P., JIMÉNEZ SANZ, P.J., ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J., FERNÁNDEZ, J.A., PINO, E. REDONDO, J.C. (1989): El yacimiento de Rillo de Gallo (Guadalajara). Wad-al-Hayara, 16: 31-74
- BALBÍN BEHRMANN, R. DE Y ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J. (1994): Arte Paleolítico de la Meseta Española. Complutum, 5: 97-138. Madrid
- BALBÍN BEHRMANN, R. DE, ALCOLEA GONZÁLEZ, J., MORENO SANZ, F., CRUZ NAIMI, L.A. (1995): " Investigaciones arqueológicas en la Cueva de la Hoz (Santa María del Espino, Guadalajara). Una visión de conjunto actualizada, en Arqueología en Guadalajara (Balbín, R. de; Valiente, J. y Mussat, M.T., eds.), Toledo.
- BALBÍN BEHRMANN, R. DE, ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J., SANTONJA PÉREZ, M., y PÉREZ MARTÍN, R. (1991): Siega Verde (Salamanca). Yacimiento artístico Paleolítico al aire libre. Del Paleolítico a la Historia. Museo de Salamanca: 33-48. Salamanca.
- BALDELLOU MARTÍNEZ, V. (1987): Avance al estudio de la Espluga de la Puyascada. Bolskan, 4: 3-41.
- BALDELLOU MARTÍNEZ, V. , y CASTÁN, A. (1983): Excavaciones en la Cueva de Chaves de Bastarás (Casbas, Huesca). Bolskan, 1: 9-145. Huesca.
- BALDELLOU MARTÍNEZ, V., y UTRILLA MIRANDA, P. (1995): La Cueva del Moro de Olvena (Huesca). Bolskan, 12 (Vol. 1). Huesca.
- BALDELLOU, V. (1994): Algunos comentarios sobre el Neolítico en Aragón. Bolskan, 11: 33-51
- BALDELLOU, V. , CASTÁN, A., CASTAÑOS, P.M., CAVA, A. Y MAYA, J.L. (1983): La Cueva de Chaves en Bastarás (Casbas, Huesca). Bolskan, 1: 9-145.
- BALOUT, L. (1955): Préhistoire de l'Afrique du Nord. Paris.
- BAQUEDANO BELTRÁN, M^a.I. (Coord.) (2000): El Espinillo: un yacimiento Calcolítico y de la Edad del Bronce en las terrazas del Manzanares. Arqueología, Paleontología y Etnografía, 8. Madrid.
- BARANDIARÁN MAEZTU, I. (1972): Arte mueble del Paleolítico cantábrico. Monografías Arqueológicas, XV. Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I. (1967): El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para una sistematización tipológica del instrumental óseo paleolítico. Monografías Arqueológicas III. Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I. (1987): Algunos temas no figurativos del arte mueble prehistórico (A propósito de las placas grabadas de La Cocina). Archivo de Prehistoria Levantina, XVII: 59-79.
- BARANDIARÁN, I. Y CAVA ALMUZARA, A. (1989 a): El yacimiento prehistórico de Zatoya (Navarra). Trabajos de Arqueología Navarra, 8. Navarra.
- BARANDIARÁN, I. Y CAVA ALMUZARA, A. (1989 b): La ocupación prehistórica del abrigo de Costalena (Maella, Zaragoza). Colección Arqueología y Paleontología, 6. Serie Arqueología Aragonesa. Diputación General de Aragón. Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I. Y CAVA ALMUZARA, A. (1992): Caracteres industriales del Epipaleolítico y Neolítico en Aragón. Su referencia a los yacimientos levantinos. Aragón /litoral mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria: 181-196. Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I. Y VALLESPÍ, E. (1980): Prehistoria de Navarra. Trabajos de Arqueología Navarra, 2. Pamplona.

- BARANDIARÁN, J.M.; FERNÁNDEZ MEDRANO, D. (1964): Excavación del dolmen de San Martín. Boletín de la Institución Sancho el Sabio, 1-2. Vitoria (Álava).
- BARANDIARÁN, J.M.; FERNÁNDEZ MEDRANO, D.; APELLÁNIZ, J.M. (1964): Excavación del dolmen de El Sotillo. Boletín Sancho el Sabio, VIII, nº 1-2.
- BARBAZA, M. (1993): Les pointes de Gazel, En, J. Guilaine et alii, Dourgne. Derniers chasseurs-collecteurs et premiers éleveurs de la Haute-Vallée de l'Aude. Carcassonne: 263-282
- BAREA LUCHENA, J., LÓPEZ MARTÍNEZ, J. y DURÁN VALSERO, J.J. (1997): Geomorfología y evolución del karst en el Macizo de Tamajón (Sistema Central). Boletín Geológico y Minero, 108(1): 45-56
- BARGE-MAHIEU, H., BELLIER, C., CAMPS-FABRER, H., CATTELAINE, P., MONS, L., PROVENZANO, N., TABORIN, Y. (1991): Objets de parure. Fiches Typologiques de l'Industrie Osseuse Préhistorique. Cahier IV. Université de Provence.
- BARNARD, A. y WOODBURN, J. (1988): Property, power, and ideology in hunter-gathering societies. En, Ingold et alii (Eds.) Hunters and Gatherers: Volume 2, Property, Power and Ideology. Oxford: Berg, 4-31.
- BARNETT, W. K. (2000). Cardial pottery and the agricultural transition in Mediterranean Europe. En, T.D. Price, Europe's first farmers. Cambridge; New York, Cambridge University Press pp. 93-116.
- BARRIO, J. Y RUBIO DE MIGUEL, I. (2002): El yacimiento neolítico del Covacho de la Higuera (Patones, Madrid). Su valoración en el contexto de la Meseta. Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas, 12: 23-56
- BARRIOS GIL, I., y CENICEROS HERREROS, J. (1991): Excavaciones arqueológicas en Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja). Campaña de 1988. Berceo, 121: 27-59
- BARRIOS GIL, I., y CENICEROS HERREROS, J. (1999): Excavaciones arqueológicas en Cueva Lóbrega. Campaña de 1998. Informe preliminar. Estrato, 10: 4-10
- BARTON, C.M., BERNABEU, J., AURA, J.E., GARCÍA, O. (1999): Land-use dynamics and socioeconomic change: an example from the Polop alto Valley. American Antiquity, 64(4): 609-634.
- BEALS, R.L. (1985): The anthropologist as expert witness: Illustrations from the Californian Indian land claims use. En, I. Sutton (Ed.) : Irredeemable America. University of New Mexico Press. Albuquerque : 139-156
- Beltrán Martínez, A. 1998. Arte prehistórico en la Península Ibérica Castellón: Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques.
- BELTRÁN, A. (1968): El Arte rupestre levantino. Zaragoza
- BELTRÁN, A. y BARANDIARÁN, I. 1968. Avance al estudio de las cuevas paleolíticas de La Hoz y Los Casares. Excavaciones Arqueológicas en España, 64, 3-15
- BELLVER GARRIDO, J. (2002): Comentarios arqueozoológicos al túmulo de 'La Velilla' de Osorno en Palencia. España. Akros: La revista del Museo, 1: 17-21
- BELLVER GARRIDO, J.A. Y BRAVO NIETO, A. (2003): Una estación neolítica al aire libre en las Islas Chafarinas: El Zafrín. Primera datación radiocarbónica. Akros, 2: 79-86.
- BENDER, B. (1978): Gatherer-hunter to farmer: a social perspective. World Archaeology, 10: 204-222.
- BENDER, B. (Ed.) (1993): Landscape: Politics and perspectives. Berg. Oxford.
- BENET, N. (1985): La cerámica pintada del dolmen de La Veguilla (Salamanca). XVII Congreso Nacional de Arqueología, Logroño, 1983: 177-186. Zaragoza
- BERNABEU AUBÁN, J. (1989): La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica. Trabajos varios del S.I.P., 86. Valencia.
- BERNABEU AUBÁN, J. (1995): Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce. II Jornadas de Arqueología Valenciana. Generalitat de Valencia. Valencia: 37-60.
- BERNABEU AUBÁN, J. (1996): Indigenismo y migracionismo. Aspectos de la neolitización en la fachada oriental de la Península Ibérica. Trabajos de Prehistoria, 53(2): 37-54.

- BERNABEU AUBÁN, J. (1999): Pots, symbols and territories: the archaeological context of neolithisation in Mediterranean Spain. *Documenta Praehistorica*, XXVI: 101-118
- BERNABEU AUBÁN, J., OROZKO KÖHLER, T., DÍEZ CASTILLO, A., GÓMEZ PUCHE, M., MOLINA HERNADEZ, F.J. (2003): Mas d'Is (Penáguila, Alicante): Aldeas y recintos monumentales del Neolítico inicial en el valle del Serpis. *Trabajos de Prehistoria*, 60: 39-59
- BERNABEU AUBÁN, J. (2002): The social and symbolic context of Neolithization. En, E. Badal, J. Bernabeu y B. Martí (Eds.): *El paisaje en el Neolítico mediterráneo*. Saguntum, Extra-5:209-233
- BERNABEU AUBÁN, J., EMILI AURA, J. y BADAL, E (1993): *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa Mediterránea*. Ed. Síntesis. Madrid.
- BERNABEU AUBÁN, J., y OROZKO KÖHLER, T. (1989-1990): Fuentes de materias primas y circulación de materiales durante el final del Neolítico en el País Valenciano. Resultado del análisis petrológico del utillaje pulimentado. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 14-15: 47-65
- BERNABEU, J., BARTON, C.M. GARCÍA, O., y LA ROCA, N. (1999): Prospecciones sistemáticas en el valle del Alcoi (Alicante). Primeros resultados. *Arqueología Espacial*, 21: 29-64.
- BERNABÓ BREA, L. (1954): La Sicilia Prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica. *Ampurias*, XV.XVI: 137-235.
- BERNALDO DE QUIRÓS, F. Y MAYOR GÓMEZ, M. (1980): " Abrigo de Tamajón", *Arqueología* 1980, Madrid.
- BERNALDO DE QUIRÓS, F. Y NEIRA CAMPOS, A. (1992): Mountains occupation sites in the Cantabrian range (Spain). *Preistoria Alpina*, 28: 49-58.
- BERNALDO DE QUIRÓS, F., CABRERA VALDÉS, V., GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1997): Apuntes para el desarrollo de la arqueología prehistórica en la Cornisa Cantábrica : las últimas décadas. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I*, 10 : 15-26
- BERNALDO DE QUIRÓS, F., y CABRERA VALDÉS, V. (1979): Problemas generales sobre el Paleolítico Medio y Superior en la Provincia de Madrid. *Primeras Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Diputación Provincial. Madrid: 53-56
- BERO, J.M. (1923): El Paleolítico de Oña y sus alrededores (Burgos). *Razón y Fe*, 67: 171-194
- BERTRANPETIT, J., SALA, J., CALAFELL, F., UNDERHILL, P., MORAL, P., Y COMAS, D. (1995): Human mitochondrial DNA variation and the origin of the Basques. *Annals of Human Genetics*, 59: 63-81
- BETTINGER, R. (1991): *Hunter-Gatherers. Archaeological and Evolutionary Theory*. Plenum Press. New York.
- BINFORD, L. R. (1983): *In pursuit of the past. Decoding the archaeological record*. Thames and Hudson. Londres
- BINFORD, L. R. (1988): Sobre los orígenes de la agricultura. En *busca del pasado*. Crítica. Barcelona.
- BINFORD, L.R. (1980): Willow smoke and dogs' tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity*, 45: 4-20.
- BLANCE, B. (1961): Early Bronze Age colonists in Iberia, *Antiquity*, 35
- BLANCO GONZÁLEZ, A. (2004): Reflections on prehistoric ritual-funerary manifestations in the south of the Duero basin (Avila, Spain). *Journal of Iberian Archaeology*, 6: 49-60
- BLAS CORTINA, M. DE (1983): *La Prehistoria reciente en Asturias*. Estudios de Arqueología asturiana, 1. Fundación Pública de Cuevas y yacimientos prehistóricos de Asturias. Oviedo.
- BLAS CORTINA, M. DE (1997): Megalitos en la región cantábrica: una visión de conjunto. En, A. Rodríguez Casal (Ed.) *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo*. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6

- Abril de 1996). Consello da Cultural Galega. U.I.S.P.P. Santiago de Compostela: 311-334
- BLASCO BOSQUED, M^a.C. (Coord.) (2002): La Colección Bento del Museu d'Arqueologia de Catalunya. Una nueva mirada a la Prehistoria de Madrid. Monografies, 3. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Barcelona.
- BLASCO BOSQUED, M^a.C., LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., BAENA PREYSLER, J. (1998): La Prehsitoria madrileña en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia: Los yacimientos Cuesta de la Reina (Ciempozuelos) y Valdocarros (Arganda del Rey). UAM. Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. (1915-1920): La cova de Boquique a Plasencia. A.I.E.C., 14: 513-516
- BOSCH GIMPERA, P. (1919): Prehistoria Catalana. Barcelona
- BOSCH GIMPERA, P. (1920): Arqueología prerromana hispánica. Apéndice a la traducción de Schulten. Hispania: 133 y ss. Madrid
- BOSCH GIMPERA, P. (1922): Ensayo de una reconstrucción de la Etnología Prehistórica de la Península Ibérica. Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Santander.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): Etnología de la Península Ibérica. Ed. Alpha. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. (1944): El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España. Imprenta Universitaria. México.
- BOSCH GIMPERA, P. (1954): La Cultura de las Cuevas en África, España y sus relaciones. I Congreso Arqueológico del Marruecos español: 139-153
- BOSCH GIMPERA, P. (1966): Cultura megalítica portuguesa y culturas españolas. Revista de Guimarães, LXXVI: 249-306 Guimarães.
- BOSCH, A., CHINCHILLA, J., y TARRÚS, J. (Coord.) (2000): El poblament lacustre neolític de La Draga. Excavacions de 1990 a 1998. Monografies del C.A.S.C. 2). Girona. Museo de Arqueología de Cataluña.
- BOSCH, J.G., y ESTRADA, A. (1994): El Neolític Postcardial a las mines prehistòriques de Gavá (Baix Llobregat). Rubricatum 0: 287-291
- BOTELLA, M., MARTÍNEZ, C., MENJÍBAR, J.L., GONZÁLEZ, M.J., y MUÑOZ, M.J. (1980): Nuevos hallazgos arqueológicos en Sima Rica (Alhama, Granada). Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología, : 9-17
- BRADLEY, R. (1972): Prehistorians and pastoralist in Neolithic and Bronze Age England. World Archaeology, 4(2): 192-204
- BRAIDWOOD, R.J. (1963): Prehistoric Man. Chicago.
- BREUIL, H. & ZBYSZEWSKI, G. (1945) - Contribution à l'étude des industries paléolithiques du Portugal et leurs rapports avec la géologie du Quaternaire. Les principaux gisements des plages quaternaires du littoral d'Estremadura et des terrasses fluviales de la basse vallée du Tage. Com. Serv. Geol. Portugal, XXVI, 678p.
- BREUIL, H. (1933-1935): Les Peintures Rupestres Schématiques de la Péninsule Ibérique I-IV. Lagny
- BROGLIO, A. (1992): Le pietre dipinte dell'epigravettiano recente del Riparo Villabruna- A (Dolomiti Venete). En, L'Arte in Italia del Paleolitico all'età del Bronzo: 223-237
- BUENO RAMÍREZ, P. (1991): Megalitos en la meseta sur: los dólmenes de Azután y la Estrella (Toledo). EAE, 159. Ministerio de Cultura. Dirección General de BBAA, Madrid.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1986): Megalitos en Extremadura. Actas de la Mesa Redonda sobre megalitismo peninsular. Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1987): El Megalitismo en Extremadura: estado de la cuestión. El Megalitismo en la Península Ibérica. Ministerio de Cultura, Madrid.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1988): Los dólmenes de Valencia de Alcántara. Exc. Arq. en España; vol. 155. EAE

- BUENO RAMÍREZ, P. (1988): Megalitismo en Extremadura, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1989): Cámaras simples en Extremadura. En CNA XIX. CNA, Zaragoza.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1990): Megalitos en la submeseta sur: la provincia de Toledo. Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo.
- BUENO RAMÍREZ, P., BALBÍN BEHRMANN, R. DE, BARROSO, R., ALCOLEA, J.J., VILLA, R. Y MORALEDA, A. (1999): El Dolmen de Navalcán. El poblamiento megalítico en Guadyerbas. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Diputación Provincial de Toledo. Toledo.
- BUENO RAMÍREZ, P., BALBÍN BEHRMANN, R. DE, BARROSO, R. (2005): El Dolmen de Azután (Toledo): áreas de habitación y áreas funerarias en la cuenca interior del Tajo. Universidad de Alcalá de Henares. Alcalá de Henares.
- BUENO RAMÍREZ, P., BALBÍN, R. DE, BARROSO, R., ROJAS, J.M., VILLA, R., FÉLIX, R. Y ROVIRA, S. (1999): Neolítico y Calcolítico en el término de Huecas. Trabajos de Prehistoria 56(2): 141-160.
- BUENO RAMÍREZ, P., BARROSO BERMEJO, R., BALBÍN BEHRMAN, R. De, CAMPO MARTÍN, M., ETXEBERRÍA GABILONDO, F., GONZÁLEZ MARTÍN, A., HERRASTI ERLOGORRI, L., JUAN-TRESERRAS, J., LÓPEZ GARCÍA, P., LÓPEZ SÁEZ, J.A., MATAMALA, J.C., SÁNCHEZ, B. (2002): Áreas habitacionales y funerarias en el neolítico de la cuenca interior del Tajo: La provincia de Toledo. Trabajos de Prehistoria, 59(2): 65-80.
- BUENO RAMÍREZ, P., BARROSO, R.M., BALBÍN, R. DE, CAMPO, M., GONZÁLEZ, A., ETXEBARRÍA, F., HERRASTI, L., GALVÁN, V., JUAN-TRESERRAS, J., LÓPEZ, J.A., LÓPEZ, P., MATAMALA, J.C., MILLOS, J.J., ROBLEDO, B., TRANCHO, G., SÁNCHEZ, B. (2005): Alimentación y economía en contextos habitacionales y funerarios del Neolítico meseteño. En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.), III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica: 83-92. Santander.
- BUENO RAMÍREZ, P., JIMÉNEZ SANZ, P.J., BARROSO BERMEJO, R. (1995): Prehistoria reciente en el Noroeste de la provincia de Guadalajara. En, R. De Balbín (Ed.): Arqueología en Guadalajara. Toledo: 71-97
- BUENO RAMÍREZ, P., JIMÉNEZ SANZ, P.J. ; BARROSO BERMEJO, R. (1995): "Prehistoria Reciente en el Noreste de la provincia de Guadalajara". En R. De Balbín, J. Valiente y M.T. Mussat, Arqueología en Guadalajara. Toledo.
- BUENO RAMÍREZ, P., y BALBÍN BEHRMANN, R. De (1992): L'art mégalithique dans la Péninsule Ibérique. Une vue d'ensemble. L'Anthropologie, 96: 499-572
- BUENO RAMÍREZ, P., y BALBÍN BEHRMANN, R. De (1994): Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en megalitos ibéricos. Una hipótesis de interpretación del espacio funerario. En, Homenaje a J. González Echegaray: 337-347. Santander.
- BUENO RAMÍREZ, P., y BALBÍN BEHRMANN, R. De (1995): La graphie du serpent dans la culture mégalithique péninsulaire. Representations de plein air et représentations domniéniques. L'Anthropologie, 99: 357-381.
- BUENO RAMÍREZ, P., y BALBÍN BEHRMANN, R. De (2000): Art mégalithique et art en plein air: Approches de la définitin du territoire pour les groupes producteurs de la Péninsule Ibérique. L'Anthropologie, 104: 427-458
- BUIL, P. (1922): E pur si muove. Algunas consideraciones sobre el sistema de Copérnico. Tipografía de G. Casanal. Zaragoza.
- BUSCHAN, G. (1895): Vorgeschichtliche Botanik der Kulturland und Nutzpflanzen der alten Welt auf Grund prähistorischer Funde. Verlag. Breslau.
- BUSTILLO REVUELTA, M^a.A. (1976): Estudio petrológico de las rocas silíceas miocenas de la Cuenca del Tajo, Estudios Geológicos 32 (5): 451-497
- BUXÓ, R. (1997): Arqueología de las Plantas., Ed. Crítica. Barcelona.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1922): El marqués de Cerralbo. Boletín de la Sociedad Española de Excursionismo, XXX: 223-229

- CABRÉ AGUILÓ, J. y CABRÉ HERREROS, E. (1934): Las cuevas de los Casares y de la Hoz. Archivo Español de Arte y Arqueología, Madrid
- CABRERA VALDÉS, V. Y BERNALDO DE QUIRÓS, F. (1979): El abrigo de Tamajón (Guadalajara). Arqueología, 79. Madrid
- CACHO QUESADA, C., JORDÁ PARDO, J.F., MUÑOZ IBÁÑEZ, F.J., SÁINZ DE LOS TERREROS, J.Y, MAICAS RAMOS, R., Y RIPOLL LÓPEZ, S. (2003): Ocupaciones magdalenenses en la Meseta Norte: la Peña de Estebanvela (Segovia). Zephyrus, 56: 19-37
- CACHO QUESADA, M^a.C. Y MARTOS ROMERO, (2002): P. 137
- CACHO QUESADA, C., RIPOLL LÓPEZ, S. Y MUNICIO GONZÁLEZ, L. (2001): L' art mobilier d'Estebanvela, en J. Zilhão et alii (eds): Les premiers hommes modernes de la Péninsule Ibérique. Actes du Colloque de la Commission VIII de l'UISPP. Vila Nova de Foz Côa, 22-24 octobre 1998. Trabalhos d'Arqueologia, 17: 175-182
- CACHO QUESADA, C., RIPOLL LÓPEZ, S., JORDÁ PARDO, J., MUÑOZ IBÁÑEZ, FR., YRAVEDRA SAINZ DE LOS TERREROS, J. Y MAICAS RAMOS, R. (2003): Ocupaciones Magdalenenses en la Meseta Norte. La Peña de Estebanvela (Segovia). Zephyrus, 56: 19-37
- CACHO, C. Y PÉREZ, S. (1997). El Magdaleniense de la Meseta y sus relaciones con el Mediterráneo español: el Abrigo de Buendía (Cuenca). En J.M. Fullola & N. Soler (eds.): El món mediterrani després del Pleniglacial (18.000-12.000 BP) . Girona: Museu d'Arqueologia de Catalunya, Sèrie Monogràfica, 17: 263-274.
- CALADO, M. (1997): Vale Maria do Meio e as Paisagens Culturais do Megalitismo Alentejano. Paisagens Arqueológicas a Oeste de Évora. Évora: CME pp.41-48
- CALAFELL, F. Y BERTRANPETIT, J. (1994): Análisis de componentes principales de las frecuencias de genes y el origen de los vascos. American Journal Phys Anthropol, 93:201-215
- CALVET, L.J. (2001): Historia de la escritura. De Mesopotamia a nuestros días. Paidós Orígenes. Barcelona.
- CAMERON, C. (Ed.) (1995): Migration and the movement of Southwestern peoples. Journal of Anthropological Archaeology, 14(2)
- CAMERON, C.M., y TOMKA, S.A (eds.) (1993): Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and Archaeological approaches. Cambridge: Cambridge University Press
- CAMPANO LORENZO, A., RODRÍGUEZ MARCOS, J.A., SANZ MINGUEZ, C. (1985): Apuntes para una primera valoración de la explotación y comercio de la variscita en la Meseta Norte, AIEZ: 13-22
- CAMPS, G. (1998): Peuplement des îles et navigations préhistoriques. En, L'Homme préhistorique et la mer, 120 Congrès CTHS, Aix-en-Provence (1995): 129-132.
- CAMPS-FABRER, H. (1987): Cuillers et Louches préhistoriques: un nouvel art de vivre. Travaux du LAPMO: 11-46. Aix-en-Provence.
- CAMPS-FABRER, H., RAMSEYER, D., y STORDEUR, D. (1990): Poinçons, pointes, poignards, aiguilles. Fiches Typologiques de l'industrie osseuse Préhistorique. Cahier III. Commission de Nomenclature sur l'industrie de l'os préhistorique. Publications de l'Université de Provence.
- CAMPS-FABRER, H., y D'ANNA, A. (1977): Fabrication expérimentale d'outils à partir de métapodes de mouton et de tibias de lapin. Méthodologie appliquée à l'industrie de l'os préhistorique. Colloque International du CNRS. Abbaye de Sénanque, 1976: 311-323. Paris.
- CAMPS-FABRER, H., y STORDEUR, D. (1979): Orientation et definition des diferentes parties d'un objet en os. Industrie de l'os néolithique et de l'âge des métaux, 1:9-15. CNRS. Paris
- CANEVA, I. (2001): De Çayönü à Mersin: Les premiers villageois de l'Anatolie du Sud-Est. En, J. Guilaine (Dir.): Communautés villageoises du Proche-Orient

- à l'Atlantique (8000-2000 avant notre ère. Séminaire du Collège de France. Paris: 13-34
- Cardito Rollán, L. M^a . 2000. Arte rupestre postpaleolítico de la Comunidad de Madrid. Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología 39-40: 141-145.
- CARNICERO ARRIBAS, J. (1985): Las industrias líticas de superficie de la región soriana. Tesis de Licenciatura. Dpto. Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. Inédita.
- CARVALHO, A.F. (2002): Current perspectives on the transition from the Mesolithic to the Neolithic in Portugal. En, E. Badal, J. Bernabue y B. Martí (Eds.): El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum, Extra-5: 235-250
- CARVALHO, A.F. (2003): A emergência do Neolítico no actual território português: pressupostos teóricos, modelos interpretativos e a evidência empírica. O Arqueólogo Português, 21: 65-150.
- CARVALHO, A.F.(1998): O Abrigo da Pena d'Água (Rexaldia, Torres Novas): resultados dos trabalhos de 1992-1997. Revista Portuguesa de Arqueologia, 1(2): 39-72
- CARVALHO, A.F.(1999): Os sítios de Quebradas e de Quinta da Torrinha (Vila Nova de Foz Côa) e o Neolítico Antigo do Baixo Côa. Revista Portuguesa de Arqueologia, 2(1): 39-70
- CASHDAN, E. (1991). Cazadores y recolectores: el comportamiento económico de las bandas. Plattner Stuart Eds. "Antropología Económica", Alianza, México. pp-43-78
- CASIMIR, M., y RAO, A. (1992): Mobility and territoriality: Social and spatial boundaries among foragers. Fishers, pastoralist and peripatetics. Nueva York.
- CASIMIR, M.J. (1992): The determinants of right to pasture: Territorial organization and ecological constraints. En, M.J. Casimir y A.Rao (Eds.): Mobility and territoriality: social and spatial boundaries among foragers, fishers, pastoralist and peripatetics. New York: 91-134
- Cassen, S. (1987): "Le Centre-Ouest de la France au IV millénaire av. J-C", BAR International Series, 342, Oxford.
- Cassen, S. Y Scarre, C. (1999): "Les enceintes néolithiques de La Mastine et Pied-Lizet (Charente-Maritime): fouilles archéologiques et études paléo-environnementales dans le Marais Poitevin (1984-1988)", Association des Publications Chauviniotes (Mémoire XIII): 81-91. Poitiers.
- CASSEN, S., LABRIFFE, P.A., MÉNANTEAU, L. (2004): "Sels de mer, sels de terre. Indices et preuves de fabrication du sel sur les rivages de l'Europe occidentale, du V au III Millénaire". Cuadernos de Arqueología Universidad de Navarra, 12: 9-49.
- CASTAÑOS UGARTE, P.M^a (1987): Estudio de la fauna de la 'Galería del Sílex' de Atapuerca (Burgos). En, J.M. APELLÁNIZ y S. DOMINGO, Estudios sobre Atapuerca (Burgos). II. Los materiales de superficie del Santuario de la Galería del Sílex. Cuadernos de Arqueología de Deusto. Bilbao: 321-334.
- CASTAÑOS UGARTE, P.M. (1991): Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y evolución. Revista de Estudios Extremeños, XLVII: 9-67
- CAUVIN, J. (1994): Naissance des divinités. Naissance de l'agriculture. La révolution des symboles au Neolithique. Paris.
- CAVA ALMUZARA, A. (1983): La industria lítica de Chaves. En, V. Baldellou y A. Castán: Ña Cueva de Chaves en Bastarás (Casbas, Huesca). Bolskan, 1: 95-123
- CAVA ALMUZARA, A. (1986): Un asentamiento Neolítico en la Sierra de Urbasa: Urb.11. Trabajos de Arqueología Navarra, 5: 19-75
- CAVA ALMUZARA, A. (1988): Estado actual del conocimiento del Neolítico en el País Vasco Peninsular. Veleia, 5: 61-96
- CAVA ALMUZARA, A. (1994): El Mesolítico en la Cuenca del Ebro: un estado de la cuestión. Zephyrus, 47: 65-91

- CAVA ALMUZARA, A. (2000): La industria lítica del Neolítico de Chaves (Huesca). *Saldvie*, I: 75-162.
- CAVALLI-SFORZA, L. Y CAVALLI-SFORZA, F. (1999): ¿Quiénes somos?. Historia de la diversidad humana. Ed. Crítica. Barcelona.
- CAVALLI-SFORZA, L.L., MENOZZI, P. y PIAZZA, A (1994): The History and geography of human genes. Princeton University Press. Princeton.
- CAVALLI-SFORZA, L.L. (1986): African Pygmies. Academic Press. Orlando.
- CERRILO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1983): Materiales de superficie de la Cueva del Conejar, junto a Cáceres. Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch, II: 37-44
- CERRILO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1983): Materiales de superficie de la Cueva del Conejar, junto a Cáceres. Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch, II: 37-44
- CERRILLO CUENCA, E. (1999): La Cueva del Conejar (Cáceres): Avance al estudio de las primeras sociedades productoras en la penillanura cacereña. *Zephyrvs*, LII: 107-128.
- CERRILLO CUENCA, E. (1999): La Cueva del Conejar (Cáceres): Avance al estudio de las primeras sociedades productoras en la penillanura cacereña. *Zephyrvs*, LII: 107-128.
- CERRILLO CUENCA, E. (Coord.) (2006): Los Barruecos: primeros resultados sobre el poblamiento neolítico de la Cuenca Extremeña del Tajo. Junta de Extremadura. Mérida.
- CERRILLO CUENCA, E., PRADA GALLARDO, A., GONZÁLEZ CORDERO, A., HERAS MORA, F.J., SÁNCHEZ BARBA, M.E. (2005): Los Barruecos y las primeras comunidades agrícolas del Tajo interior. Campañas de excavación 2001 y 2002. En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.), III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica: 935-944. Santander.
- CERRILLO CUENCA, E., PRADA GALLARDO, A., GONZÁLEZ CORDERO, A., HERAS MORA, F.J. (2002): La secuencia cultural de las primeras sociedades productoras en Extremadura: Una datación absoluta del yacimiento de Los Barruecos (Malpartida de Cáceres, Cáceres). *Trabajos de Prehistoria*, 59 (2): 101-111
- CLARK J.G.D. (1936) - The Mesolithic Settlement of Northern Europe. Cambridge.
- CLARKE, D.L. (1976): Mesolithic Europe. The economic basis. En, G. Sieveking (Ed.) *Problems in Economic and social Archaeology*. Londres: 449-481
- CLOP, X., FAUSA, J.M., PIQUÉ, R., y GIBAJA, J.F. (2005): Els Vilars de Tous (Igualada, Barcelona): una estructura de habitación y producción lítica del V milenio calBC. En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.), III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica: 551-558. Santander.
- COHEN, M.N. (1977): The Food crisis in Prehistory. New Haven.
- communautaires du Néolithique moyen catalan, En, IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante.
- CONKEY, M. (1992): Les sites d'agrégation et la répartition de l'art mobilier, ou: y a-t-il des sites d'agrégation magdaléniens?. En, *Le peuplement magdalénien; Paléographie physique et humaine. Actes du Colloque de Chancelade* (Octobre 1988): 19-25
- CONKEY, M.W. (1980): The identification of Prehistoric Hunter-Gatherer aggregation sites: the case of Altamira. *Current Anthropologie*, 21: 609-630.
- CONSTANDSE-WESTERMANN, T.S. y NEWELL, R.R. (1997): Variabilité dans 70 sociétés de comparaison: durées d'occupation, mobilité, démographie. En, *Le Tardiglaciare en Europe du Nord-Ouest, Actes du 119^e Congrès des sociétés historiques et scientifiques*. Amiens, 1994: 469-480
- CONSUEGRA, S., GALLEGO GARCÍA, M^a.M., CASTAÑEDA CLEMENTE, N. (2004): Minería neolítica de sílex de Casa Montero (Vicálvaro, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 61, n^o2: 127-140
- COPPS, D.H. (1995): Views from the road. Island Press. Washintong DC.

- CORCHÓN RODRÍGUEZ, M^a.S. (1972): La estratigrafía de Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, Logroño). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 1: 58-72
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, M^a.S. (1986): El arte mueble paleolítico cantábrico.: contexto y análisis interno. Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías, 16.Madrid.
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, M^a.S. (1988-1989): Datos sobre el Epipaleolítico en la Meseta Norte: La Cueva del Nispero (Burgos). *Zephyrvs*, XLI-XLII: 83-100.
- CÓRDOBA DE OYA, B. Y VEGA TOSCANO, L.G. (1985): El Paleolítico en la Sierra del Segura: Proyecto de Investigación. *Actas del 1^{er} Congreso de Historia de Castilla La Mancha (Toledo)*. Tomo II: 79-85
- COUDART, A. (1998): *Architecture et société néolithique. L'unité et la variance de la maison danubienne*. Paris. Ed. Maison des Sciences de l'Homme.
- COURAUD, C. (1985): *L' Art Azilien. Origine-survivance*. París.
- COURLANDER, H. (1987): *The fourth world of the Hopi*. University of New Mexico Press. New Mexico.
- CRIADO BOADO, F. (1988): Mamoas y rozas: panorámica general sobre la distribución de los túmulos megalíticos gallegos. *Trabalhos de Abtropologia e Etnologia*, 28: 151-160
- CRIADO BOADO, F. (1989): Megalitos, espacio y pensamiento. *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98.
- CRIADO, F., AIRA, M.J. Y DÍAZ FIERROS, F. (1985)La construcción del paisaje: megalitismo y ecología. Sierra de Barbanza. *Arqueoloxia/Investigacion*, Xunta de Galizia, Santiago.
- CRONON, W. (1984): *Changes in the land: Indians, colonists, and the ecology of New England* Hill and Wang, New York
- CUNHA SERRAO, E. Da (1979): Sobre a periodização do Neolítico e Calcolítico do território português. *Trabalhos do Grupo de Estudos Arqueológicos do Porto*, 3. *Actas de la 1ª Mesa redonda sobre o neolítico e o calcolítico em Portugal (Porto, Abril, 1978)*: 147-182.
- CHALINE, J. (1972): Les rongeurs du Pléistocène Moyen et supérieur de la France. *Cahiers de Paleontologie du C.N.R.S.*: 1-410
- CHAPMAN, J.; MONAH, D.; DUMITROAIA, GH.; ARMSTRONG, H.; MILLARD, A.; FRANCIS, M. (1999-2000): "The Exploitation of Salt in the Prehistory of Moldavia, Romania", en: *Archaeological Reports*, Durham, 1999/2000, 23: .10-20.
- CHILDE, V.G. (1936): *Man make Himself*. London.
- CHILDE, V.G. (1958): *The Prehistory of European society*. Penguin Ltd. Londres
- CHILDE, V.G. (1979): *El origen de la civilización*. Fondo de Cultura Económica, México.
- D'ERRICO, F. (1994): *L'Art gravé azilien. De la technique à la signification*. Paris.
- D'ERRICO, F. (1994): *L'art gravé azilien. Origine. Survivance*. Paris : CNRS XX supplément à *Gallia Préhistoire*.
- DA COSTA, J.P. (1971): Estudo do fauna malacologica no espólio da grutta natural de Ibne Amar. *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia*: 599-614. Coimbra.
- DAVID L. CLARKE (1984): *Arqueología Analítica*, Ediciones Bellaterra, S.A. Barcelona.
- DE ATLEY, S.P., y FINDLOW,F.J. (Eds.) (1984): *Exploring the Limits: Frontiers and Boundaries in Prehistory*. *British Archaeological Reports (International Series 223)*.
- DEAN, J.S. (1996): Kayenta Anasazi settlement transformations in northeastern Arizona : 1150 to 1350. En M. Adler (Ed.) : *The Prehistoric Pueblo World A.D. 1150-1350*. University of Arizona Press : 29-47
- DEAN, J.S., EULER, R.C., GUMERMAN, G.J., PLOG, F., HEVLY, R.H., y KARLSTROM, T.N.(1985): *Human Behavior, Demography, and Paleoenvironment on the Colorado Plateaus*. *American Antiquity*, 50 : 537-554

- DELIBES DE CASTRO, ESTREMER, M^a.S., ALONSO, O., y PASTOR, F. (1999): ¿sepultura o reliquia?. A propósito de un cráneo hallado en ambiente habitacional en la Cueva de la Vaquera (Segovia). *Sagvntvm EXTRA- 2*. Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibérica : 429-434.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1972): El yacimiento de San Cebrián. Contribución al estudio del Bronce inicial en la Meseta Norte. *BSAA*, XXXVIII. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1977): El vaso campaniforme en la Meseta Norte Española. *Studia Archaeologica*, 46. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1977): El poblamiento eneolítico en la Meseta Norte. *Sautuola*, II: 141-162.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1985): El Neolítico. En J. Valdeón, *Historia de Castilla y León*, 1. La Prehistoria del Valle del Duero. Ed. Ámbito. Valladolid: 22-35
- DELIBES DE CASTRO, G. (1996): Notas sobre el horizonte megalítico en el centro y este de la submeseta norte. *Gallaecia*, 14/15.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1997): Prehistoria y Protohistoria. Paleolítico y Neolítico. En, E. Wattenberg (Coord.), *Guía del Museo de Valladolid*. Junta de Castilla y León. Salamanca: 55-105.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1998): La pintura rupestre. En, M. Mariné (Coord.), *Historia de Ávila*, Vol. I (Prehistoria e Historia Antigua): 93-104
- DELIBES DE CASTRO, G. (1998): Del Neolítico al Bronce. En, M. Mariné (Coord.), *Historia de Ávila*, Vol. I (Prehistoria e Historia Antigua): 21-92
- DELIBES DE CASTRO, G. Y ETXEBERRÍA GABILONDO, J. (2002): Interpretación del fuego en los sepulcros neolíticos. En, M.A. Rojo y M. Kunst (Eds.), *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. Soria: 59-64
- DELIBES DE CASTRO, G. Y ROJO GUERRA, M. (1997): C14 y secuencia megalítica en la Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas en los yacimientos dolménicos. En A. Rodríguez Casal (ed.) *O Neolítico e as Orixes do Megalitismo*. *Actas do Coloquio Internacioanl de Santiago de Compostela*, 1996: 391-414.
- DELIBES DE CASTRO, G. Y SANTONJA GÓMEZ, M. (1986): Aspectos generales del fenómeno megalítico en la Submeseta Norte. *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular*, Madrid, 1984. Madrid.
- DELIBES DE CASTRO, G. Y SANTONJA, M. (1986): El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca. Salamanca.
- DELIBES DE CASTRO, G. Y VAL RECIO, J. DEL (1990): Prehistoria reciente zamorana: del megalitismo al Bronce, *Actas del I Congreso de Historia de Zamora*, II. Prehistoria y Mundo Antiguo. Zamora
- DELIBES DE CASTRO, G. Y ZAPARETRO MAGDALENO, P. (1996): Sobre la implantación del megalitismo en el Valle Medio del Duero: el testimonio de la Velilla, en Osorno (Palencia). *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, 1995. Tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua: 35-58.
- DELIBES DE CASTRO, G. Y ZAPATERO MAGDALENO, P. (1995): De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de La Velilla, en Osorno (Palencia). En *I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica*, Gavà-Bellaterra, 1995. *Rubricatum* número 1. Museu de Gavà, Gavà (Barcelona).
- DELIBES DE CASTRO, G., ROJO GUERRA, M.A., y REPRESA BERMEJO, J.I. (1993): *Dólmenes de La Lora*. Burgos. Junta de Castilla y León. *Guía Arqueológica*. Salamanca
- DELIBES DE CASTRO, G., ROJO GUERRA, M.A., y SANZ MÍNGUEZ, C. (1986): *Dólmenes de Sedano II*. El sepulcro de corredor de las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 7-41
- DELIBES DE CASTRO, G., y ROJO GUERRA, M.A. (1988): En torno al origen del foco megalítico del oriente de la Meseta: de nuevo el sepulcro de Cubillejo de Lara. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LIV: 5-24
- DELIBES DE CASTRO, G.; BENET JORDANA, N. ; PÉREZ, R.; Y ZAPATERO MAGDALENO, P. (1997): De la tumba dolménica como referente territorial al

- poblado estable: notas sobre el hábitat y las formas de vida de las comunidades megalíticas de la Submeseta Norte. En A. Rodríguez Casal (ed.) *O Neolítico e as Orixes do Megalitismo*. Actas do Coloquio Internacioanl de Santiago de Compostela, 1996: 779-808.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROJO GUERRA, M (1992): Ecos mediterráneos en los ajuares dolménicos burgaleses, Congreso Aragón/Litoral mediterráneo. Diputación de Zaragoza, Zaragoza.
- DELIBES, G. Et alii (1991): ¿Atisbos de complejidad en las sociedades calcolíticas de la Submeseta Norte?. The origins of complex societies in Late Prehistoric Iberia, Chicago.
- DELIBES, G., ALONSO, M. Y GALVÁN, R. (1986): El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico en Villanueva de los Caballeros (Valladolid). Homenaje al Dr. Don Antonio Beltrán, Zaragoza: 227-236
- DELIBES, G.; ALONSO, M; ROJO, M. (1987): Los sepulcros colectivos del Duero Medio y las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano. En *El Megalitismo en la Península Ibérica*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- DELIBES, G.; PALOMINO, A.L.; ROJO, M.A., Y ZAPATERO, P. (1992): Estado actual de la investigación sobre el megalitismo en la Submeseta Norte. *Arqueología, G.E.A.P.*, 22: 9-20.
- DEMARS, P-Y., y LAURENT, P. (1989): Types d'outils lithiques du Paléolithique supérieur en Europe. CNRS, pág.177
- DEMOULE, J.P., y LICHARDUS-ITTEN, M. (2001): Kovacevo (Bulgarie), un établissement du néolithique le plus ancien des Balkans. En, J. Guilaine (Dir.): *Communautés villageoises du Proche-Orient à l'Atlantique (8000-2000 avant notre ère)*. Séminaire du Collège de France. Paris: 85-102
- DENNEL, R. (1987): Prehistoria económica de Europa. Ed. Crítica. Barcelona.
- DENNEL, R. (1985): The hunter-gatherer agricultural frontier in prehistoric temperate Europe. En, S. Green y S.M. Perlman (Ed.): *The Archaeology of frontiers and boundaries*: 113-140. Academic Press. Nueva York.
- DÍAZ DEL RÍO ESPAÑOL, P. (2001): La formación del espacio agrario: Madrid en el III y II Milenios B.C. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 9. madrid
- DÍAZ DEL RÍO, P. (1996): El enterramiento colectivo de El Rebollosillo (Torrelaguna). I Reunión de Arqueología Madrileña. Madrid: 198-200
- DÍAZ DEL RÍO, P. Y CONSUEGRA, S. (1999): Primeras evidencias de estructuras de habitación y almacenaje neolíticas en el entorno de la Campiña madrileña: el yacimiento de 'La Deseada' (Rivas-Vaciamadrid, Madrid). II Congr s del Neolítico a la Pen sula Ibérica. Valencia. *Sagvntvm Extra* 2: 251-257.
- DÍAZ GUARDAMINO, M. (1997): El grupo megalítico de Villarmayor (Salamanca). Contribución al estudio del megalitismo del occidente de la Meseta Norte. *Complutum* 8: 8-14
- DÍEZ FERNÁNDEZ-LOMANA, C., GARCÍA VALERO, M.A., GIL, E., JORD  PARDOS, J.F., ORTEGA, A.I., S NCHES, A., S NCHES, B. (1988-1989): La Cueva de Valdegoba (Burgos). Primera Campaña de excavaciones. *Zephyrus*, vol. 41-42: 55-74
- DÍEZ FERNÁNDEZ-LOMANA, J.C., RODRÍGUEZ MARCOS, J.A., MORAL DEL HOYO, S., NAVAZO RUIZ, M. (2001): Un poblado de la Edad del Bronce en el Abrigo y dolina de Los Enebrales (Tamajón, Guadalajara). *Wad-Al-Hayara*, 28: 5-36
- DOLLFUS, G. (2001): Abu Hamid (Jordane) et les communaut s des 5  et 4  mill naires au Levant-Sud. En, J. Guilaine (Dir.): *Communaut s villageoises du Proche-Orient   l'Atlantique (8000-2000 avant notre ère)*. Séminaire du Collège de France. Paris: 65-84
- DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, A. (1991): Los Paradores de Castrogonzalo. Los yacimientos Calcolítico y romano, *AIEZ*:191-207
- DORADO VALIÑO, M. (1983): Evolución de la vegetación durante el Holoceno en el valle de Ambl s (Ávila). Estudio Palinológico. Tesis Doctoral. Universidad de Alcalá de Henares. Inédita.

- DUMITROAIA, GH. (1987): "La station archéologique de Lunca-"Poiana Slatinii", en: La civilisation de Cucuteni en contexte européen, Bibliotheca Archaeologica Iassiensis I, Iași, 1987, p. 253-258
- DURAN, A., SANPERE, I. y PALLARES, M (1915-1920): Exploració arqueològica del Barranc de la Valltorta. Anuari de l'Institut d'Estudis Catalana, VI, 1915-1920: 444-454
- DYSON-HUDSON, I., y SMITH, E.A. (1978): Human territoriality: An ecological reassessment. *American Anthropologie*, 80: 21-41
- EINSTEIN, A. (1952): El significado de la relatividad. Espasa Calpe. Buenos Aires.
- EINSTEIN, A. (1986): Sobre la teoría de la relatividad especial y general. Alianza Editorial. Madrid.
- ELYEA, J. M., Y HOGAN, P. (1983) Regional Interaction: The Archaic Adaptation. In *Economy and Interaction along the Lower Chaco River: The Navajo Mine Program*, edited by Patrick Hogan and Joseph C. Winter, pp. 393-402. Museum of Anthropology, University of New Mexico, Albuquerque.
- ESPARZA ARROYO, A. (1977): El castro del Pedroso y sus insculturas. BSAA, XLIII: 27-39
- ESTREMER PORTELA, M^a.S. (1999): Sobre la trayectoria del Neolítico Interior: Precisiones a la secuencia de la Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia). *Sagvntvm EXTRA-2*. Actes del II Congres del Neolitic a la Peninsula Iberica: 245-251.
- ESTREMER PORTELA, M^a.S. (2003): Primeros agricultores y ganaderos en la Meseta Norte: El Neolítico de la Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia). *Arqueología en Castilla y León*, 11. Junta de Castilla y León. Zamora.
- ESTREMER PORTELA, M^a.S. (2005): Comunidades neolíticas en transición: aportaciones a su cultural material desde La Vaquera (Torreiglesias, Segovia). En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.). *Actas del III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica*. Santander, 5-8 Octubre de 2003. Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, I: 247-258
- ESTREMER PORTELA, M^a.S., y FABIÁN GARCÍA, J.F. (2002): El túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte. *Boletín del Seminario de Arqueología y Arte*, 68: 9-48
- FABIÁN GARCÍA, F. (1986): La industria lítica del yacimiento de "La Dehesa" en el Tejado de Béjar (Salamanca). Una industria de tipología magdaleniense en la Meseta. *Avance a su estudio*. Numantia II: 101-141.
- FABIÁN GARCÍA, F. (1997): La difícil definición del Paleolítico Superior en la Meseta. El yacimiento de la Dehesa (Salamanca) como exponente de la etapa Magdaleniense final. En, R. de Balbín y P. Bueno (Eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Zamora: 220- 237.
- FABIÁN GARCÍA, F. (2007): El IV y III Milenio AC en el Valle Amblés (Ávila). *Arqueología en Castilla y León*, 5. Valladolid.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1984-1985): Los útiles de arista diédrica sobre prismas piramidales o nódulos de cristal de roca (U.A.D) en el yacimiento de La Dehesa (Tejado de Béjar, Salamanca). *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII: 115-124
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1986): La industria lítica del yacimiento de la Dehesa en El Tejado de Béjar (Salamanca). Una industria de tipología magdaleniense en la Meseta. *Numantia II*: 101-142
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1994): El aspecto funerario durante el Calcolítico y la Edad del Bronce en el Sur de la Meseta Norte. El enterramiento colectivo en fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria Reciente del Sur de la Meseta Norte española. *Universidad de Salamanca. Colección Estudios Históricos y Geográficos*, nº 93. Salamanca.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (2003): El Calcolítico en el suroeste de la meseta norte: Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila). *Nvmantia*, 8: 9-50.

- FÁBREGAS VALCARCE, R. (1983): Los prismas de cuarzo en la cultura megalítica del Noroeste de la Península Ibérica. *Brigantium Bol. del Museo Arqueol. e Histórico de La Coruña*, vol. IV. Museo Arqueológico e Histórico de La Coruña, La Coruña.
- FÁBREGAS VALCARCEL, R. (1991): *Megalitismo del Noroeste de la Península Ibérica. Tipología y secuencia de los materiales líticos*. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.
- FÁBREGAS VALCARCEL, R. (1992): *Megalitismo del noroeste de la Península Ibérica. Tipología y secuencia de los materiales líticos*. UNED. Madrid
- FERENBACH, D. (1974): *Le gisement mégalithique de Moita doSebastião, Muge, Portugal*. Vol. 2. Antropologia. Lisboa: Direcção Geral dos Assuntos Culturais.
- FERGUSON, T.J., y HART, E.R. (1985): *A Zuni Atlas*. University of Oklahoma Press.
- FERHAT, N. (1997), *L'hypermicrolitisme dans l'Epipaléolithique du Magherb*, en:
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. (2003): *Las pinturas rupestres esquemáticas del Valle de Alcudia y Sierra Madrona*. Ciudad Real.
- FERNÁNDEZ ERASO, J. (1985): *Peña Larga (Cripán, Álava). I Campaña de excavaciones*. *Arkeoikusca* 1985: 17-19
- FERNÁNDEZ ERASO, J. (1997): *Excavaciones en el abrigo de Peña Larga (Cripán, Álava). Memoria de yacimientos alaveses, 4*. Diputación Foral de Álava, Vitoria.
- Fernández Manzano, J. (1994-1995): *Cerámicas neolíticas en tierras de Zamora: La Perrona (Gema) y Fuente de San Pedro (Villafáfila)*. *Brigecio, Revista de Estudios de Benavente y sus tierras*, 4-5: 51-59.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1977): *Cuestiones sobre la neolitización en la Península Ibérica*. *Revista de Occidente*: 2-7
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. Y MOURE ROMANILLO, A., (1975): *El abrigo de Verdelpino de Cuenca. Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica*. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 3: 189-236
- FERNÁNDEZ RAÑADA, A. (dir.) (1997): *Física Básica*. Madrid
- FERNÁNDEZ RIVERA, B. (1987): *Aproximación al estudio de las pinturas rupestres esquemáticas del abrigo de "EL Castellón", Santa Eulalia de Tábara (Zamora)*, *Studia Zamorensia*, VIII: 29-39
- FERNÁNDEZ VEGA, A., y GALÁN SAULNIER, C. (1986): *Las denominadas 'cuevas sepulcrales colectivas eneolíticas' del País Valenciano y la Meseta*. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, IV: 7-26
- FERNÁNDEZ, M., LÓPEZ, F.J., OLIVER FERNÁNDEZ, D., y CARDENAL, L. (2006): *Resultados de las intervenciones arqueológicas en las estaciones de arte rupestre del Valle de Alcudia y Sierra Madrona*. En, J. Martínez y M. Hernández (Ed.): *Congreso de Arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica. Comarca de los Vélez*. 5-7- Mayo de 2004. Almería: 339-349.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a. D. (1980): *"Los materiales de la Cueva del Aire de Patones (Madrid)"*, *Noticiario Arqueológico Hispánico* n^o 10, pp.:39-64, Madrid.
- FERNÁNDEZ-TRESGUERRES VELASCO, J.A. (1980): *El Aziliense en las provincias de Asturias y Santander*. Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías, 2.
- FÉVRIER, J. (1948): *Histoire de l'écriture*. Payot. Paris.
- FISCHER, R.A. (1937): *The wave of advance of advantageous genes*. *Annanls of Eugenics*, 7: 355-369
- FIX, A.G. (1996): *Gene frequency clines in Europe: Demic diffusion or natural selection?*. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 2(4): 625-643
- FLANNERY, K.V. (1965): *The ecology of early food production in Mesopotamia*. *Science*, 147:1247-1256.
- FLANNERY, K.V. (1969): *Origins and ecological effects of early domestication in Iran and the Near East*. En, P.J. Ucko y G.W. Dimbleby (Eds.): *The domestication and exploitation of plants and animals*. Londres y Chicago: 73-100.

- FLEMING, A. (1973). Tombs for the living. *Man*, VIII: 177-193
- FLENNIKEN, J.J., Y P.J. WILKE (1989): Typology, Technology, and Chronology of Great Basin Dart Points. *American Anthropologist*, 91:149-158
- FONSECA, B.D., y GUTSCHER, M.A. (2005): The source of the Lisbon Earthquake. *Science*, 308, 5718, 50-52.
- FONT TULLOT, L. (1988): Historia del clima en España. Cambios climáticos y sus causas. Instituto Nacional de Meteorología. Ministerio de Transportes, Turismo y Comunicaciones. Madrid.
- FOREST, J.D. (1996): Le PPNB de Çayönü et de Nevalı Çori: pour une approche archéothnologique de la néolithisation du Proche-Orient. *Anatolia Antiqua*, IV: 1-31.
- FORT, J. Y MÉNDEZ, V. (1999): Time-delayed theory of the Neolithic Transition in Europe. *Physical Review Letters*, 82(4): 867-870
- FORTEA PERÉZ, F.J. (1974): Algunas aportaciones a los problemas del Arte Levantino. *Zephyrus*, XXV:226-257
- FORTEA PÉREZ, F.J. (1975): En torno a la cronología relativa del arte levantino (Avance sobre las plaquetas de la Cocina). En, *L Aniversario de la Fundación del Laboratorio de Arqueología de Valencia. 1924-1974*. Saguntum, II: 185-ss.
- FORTEA PÉREZ, F.J. (1978): Arte Paleolítico del Mediterráneo español. *Trabajos de Prehistoria*, 35: 99-149
- FORTEA PÉREZ, F.J. (1985): El paleolítico y Epipaleolítico en la región central del Mediterráneo peninsular: estado de la cuestión industrial. En, *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas*. Anejos de la Revista *Lvcentvm*. Alicante.
- FORTEA PÉREZ, F.J., y AURA TORTOSA, E. (1987): Una escena de vareo en La Sarga (Alcoy). Aportaciones a los problemas del Arte Levantino. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVII: 97-122
- FORTEA PÉREZ, J., MARTÍ OLIVER, B., y JUAN CABANILLES, J. (1987): La industria lítica tallada del Neolítico Antiguo en la vertiente Mediterránea de la Península Ibérica. *Lvcentvm*, VI: 7-22.
- FORTEA PÉREZ, J. (1973): Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español. *Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología*. Universidad de Salamanca.
- FROBENIUS, L. (1934): Der Ur-Nil entdeckt. Die Ergebnisse der neuesten Frobenius-Expedition in die Vor-Pharaonische Saharakultur. *Berliner Illustrierte Zeitung*, 3/07/1934.
- FUGAZZOLA, M.A. (1995): Un tufo nel passato. 8000 anni fa nel lago Bracciano. Soprintendenza SMNPE, 'Luigi Pigorini'. Roma
- FUGAZZOLA, M.A., y MINEO, M. (1995): La Piroga neolítica del lago de Bracciano ('La Marmotta 1'). *Bulletino di Paleontologia Italiana*, 86: 197-266.
- FULLOLA, J.M., GARCÍA-ARGÜELLAS, P., SERRAT, D., BERGADÁ, M. (1995): El Paleolítico i l'Epipaleolítico al vessant meridional del Pirineus catalans. En, *Homenatge al Professor Jean Guilaine*, X Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà: 159-175
- FUMANAL GARCÍA, M.P. y CALVO CASES, A. (1981): Estudio de la tasa de retroceso de una vertiente mediterránea en los últimos 5000 años (Serra del Benicadell, Sur del País Valenciano). *Cuadernos de Geografía*, 29: 133-150
- FUMANAL GARCÍA, M.P., FERNÁNDEZ PERIS, J., AURA TORTOSA, J.E. (1993): Medio físico y corredores naturales: notas sobre el poblamiento paleolítico del País Valenciano. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 2: 89-108
- GALIANA, M.F. (1985): Contribución al Arte rupestre Levantino: análisis etnográfico de las figuras antropomorfas. *Lvcentvm*, IV: 55-87
- GALLART MARTÍ, M^a.D. (1980): La tecnología de la cerámica neolítica valenciana. *Saguntum*, 15:57-92
- GAMAZO BARRUECO, M. (2002): Las colecciones Paleolíticas del Manzanares y del Jarama del Museo de San Isidro. *Zona Arqueológica*, 1: 358-381

- GARCÍA DE MIGUEL, J.M^a, PANIAGUA, I., y JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2005): Útiles y adornos del Neolítico y Calcolítico madrileños: caracterización petrológica y áreas de captación. En, O. Puche y M. Ayarzagüena (Eds.): Congreso de Minería y metalurgia históricas en el Sudoeste europeo. 23-27 de Junio de 2004. Madrid: 79-88
- GARCÍA GAZÓLAZ, J. Y VELAZ CIAURRIZ, D. (1997): La industria lítica tallada de las primeras comunidades neolíticas en la cuenca de Pamplona (Navarra): el caso del cristal de roca. Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra, 5: 7-29
- GARCÍA MARTÍNEZ, I. MORÁN DAÚCHEZ, G. (2005): Pirita en contextos funerarios neolíticos. Reflexiones a partir del hallazgo de La Tarayuela (Ambrona, Soria). En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Monco (Eds.), III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica: 691-695. Santander.
- García Valero, M.A. 1995-1996. Las pinturas rupestres esquemáticas del Abrigo de Los Horcajos (El Vellón, Madrid). Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas 10:7-15
- GARCÍA VALERO, M.A., ALDECOA QUINTANA, A., CASADO MATEOS, A.B., JIMÉNEZ SANZ, P.J., ANDRÉS LORIENTE, B.DE, ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J., BALBÍN BEHRMANN, R. DE (1997): Avance al estudio del poblamiento Paleolítico del alto valle del Sorbe (Muriel, Guadalajara). En, P. Bueno y R. De Balbín (Coord.), II Congreso de Arqueología Peninsular. Zamora. Vol. I: 201-218
- GARCÍA-BOUR J., FERNÁNDEZ E., ZILHAO J., TURBÓN D. (1999) Estudio preliminar de DNA humano del Neolítico de la Península Ibérica. Saguntum 2: 393-395
- Garidel, Y., Hameau, Ph. 1997. Les peintures de Pierre Escrite (Chasteuil, Alpes-de-Haute-Provence) et la représentation du cerf dans l'art schématique postglaciaire. Bulletin de la Société Préhistorique Française 94(1): 83-96.
- GARRIDO PENA, R. (1994): El fenómeno Campaniforme en la Región de Madrid: actualización de la evidencia empírica y nuevas propuestas metodológicas. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 9: 67-90
- GAVILÁN CEBALLOS, B. (1991): Avance preliminar sobre la excavación de urgencia de la Cueva de Los Murciélagos de Zuheros. Antiquitas, 2: 17-25
- GAVILÁN CEBALLOS, B. Y VERA, J.C. (1993): Cerámicas con decoración simbólica y cordón interior perforado procedentes de varias cuevas situadas en la Subbética cordobesa. SPAL, 2: 81-108.
- GAVILÁN CEBALLOS, B. Y VERA, J.C. (1997): Nuevos datos sobre los patrones de poblamiento neolítico y calcolítico en el piedemonte de las Sierras Subbéticas. Antiquitas, 8: 5-22
- GAVILÁN CEBALLOS, B., y RAFAEL PENCO, J.J. (1999): Análisis de la industria ornamental de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba). En, J. Bernabeu y T. Orozko (Ed.), Actes
- GIBSON, A., y WOODS, A. (1997): Prehistoric Pottery for the Archaeologist. Leicester University Press. Londres.
- GILMAN GUILLÉN, A. (1976): La secuencia post-paleolítica en el Norte de Marruecos. Trabajos de Prehistoria, 33: 165-208.
- GÓMEZ - TABANERA, J.M. (1985): Sesenta años después: unas palabras de introducción a la reimpresión de 'El Hombre Fósil', de Hugo Obermaier. En, J.M. Gómez-Tabanera (Ed.), H. Obermaier: El Hombre Fósil. Reedición: 5-19. Ed. Istmo. Madrid.
- GÓMEZ BARRERA, J.A. (1982): La pintura rupestre esquemática en la Altiplano soriana. Soria
- GÓMEZ MORENO, M. (1927): Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora. Madrid
- GÓMEZ MORENO, M. (1933): La cerámica primitiva ibérica. Homenagem a Martins Sarmento. Guimarães: 125-136
- GÓMEZ PUCHE, M., y DÍEZ CASTILLO, A. (2005): El proceso de neolitización a través de los espacios domésticos en los yacimientos neolíticos al aire libre.

- En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.), III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica: 475-484. Santander.
- GÓMEZ-BARRERA, J.A.; ROJO-GUERRA, M.A. Y GARCÍA-DÍEZ, M. (2005): Las pinturas rupestres del 'Abrigo de Carlos Álvarez' o 'Abrigo de la Dehesa' (Miño de Medinaceli, Soria), *Zephyrus*, 58: 227-251
- GONÇALVES, V.S. (ed.) (1983): Povoados calcolíticos no centro sul de Portugal: Génese e dinâmica evolutiva. *Clio Arqueologia*, 1: 141-154
- GONZÁLEZ CORDERO, A. (1996): Asentamientos neolíticos en la Alta Extremadura. En, I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Gavà-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. *Rubricatum*, 1 (Vol. 1): 697-705. Gavà.
- GONZÁLEZ CORDERO, A. (1999): Comunidades neolíticas en los riberos alto-extremeños del Tajo. En, J. Bernabeu y T. Orozko (Ed.), Actes del II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. SAGVNTVM- PLAV, Extra 2: 531-540.
- GONZÁLEZ CORDERO, A. Y CERRILLO CUENCA, A. (2006): Relación espacial y contextualización del arte esquemático. Dos nuevos ejemplos en la provincia de Cáceres. Poblado de la Canchallera del Moro (Jarilla) y sepulcro de la Cueva del Moro (Aldea del Cano). En, J. Martínez y M. Hernández (Ed.): Congreso de Arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica. Comarca de los Vélez. 5-7- Mayo de 2004. Almería: 235-247.
- GONZÁLEZ CORDERO, A. Y CERRILLO CUENCA, E. (2001): El proceso de neolitización en la comarca extremeña de La Vera. *Madrider Mitteilungen*, 42: 1-32
- GONZÁLEZ CORDERO, A. Y QUIJADA GONZÁLEZ, D. (1991): Los orígenes del Campo Arañuelo y la Jara cacereña y su integración en la Prehistoria regional. *Navalmoral de la Mata. Cáceres*
- GONZÁLEZ CORDERO, A., ALVARADO GONZALO, M.DE, MUNICIO GONZÁLEZ, L., y PIÑÓN VARELA, F. (1988): El poblado de El Cerro de la Horca (Plasenzuela, Cáceres). Datos para la secuencia del Neolítico tardío y la Edad del Cobre en la Alta Extremadura. *Trabajos de Prehistoria*, 45: 87-102. Madrid.
- GONZÁLEZ MORALES, M. (1995): La transición al Neolítico en la costa cantábrica: la evidencia arqueológica. En, I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Gavà-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. *Rubricatum*, 1 (Vol. 1): 413-421. Gavà.
- GONZÁLEZ MORALES, M.R. (1993): Mesolíticos y megalíticos: la evidencia arqueológica de los cambios en las formas productivas en el paso al megalitismo en la Costa Cantábrica. En, J.A. Moure (Ed.) *Elefantes, ciervos y ovicaprinos*. Universidad de Cantabria: 185-202
- GONZÁLEZ MORALES, M.R.(1982): El Asturiense y otras culturas locales. La explotación de las áreas litorales de la Región Cantábrica en los tiempos epipaleolíticos. Centro de Investigación y Museo de Altamira. *Monografías*, 7.
- GONZÁLEZ SAÍNZ, C. (1982): El colgante decorado de Cueva Morín (Santander). Reflexiones sobre un tema decorativo de finales del Paleolítico Superior. *Ars Praehistorica*, Tomo I: 151-159. Sabadell.
- GOÑI QUINTEIRO, A., RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A., CÁMALICH MASSIEU, M^a.D., MARTÍN SOCAS, D., FRANCISCO ORTEGA, M^a.I. (1999): La tecnología de los elementos de adorno personal en materia minerales durante el Neolítico Medio. El ejemplo del poblado de Cabecicos Negros (Almería). En, J. Bernabeu y T. Orozko (Ed.), Actes del II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. SAGVNTVM- PLAV, Extra 2: 163-170.
- GRANDE DEL BRÍO, R. (1982): Descubrimiento de pinturas rupestres en la Sierra de la Culebra. *Zephyrus*, XXXIX-XXXV.
- GRAYSON, D. K. 1993. *The Desert's Past: A Natural Prehistory of the Great Basin*. Smithsonian Institution Press, Washington, D. C
- GRAZIOSI, P. (1995): The prehistoric paintings of the Porto Badisco cave. *Origines*. Istituto Italiano di Preistoria e Protostoria. Pissa.

- GREBINGER, P. (1971): Hohokam Cultural Development in the Middle Santa Cruz Valley. Ph.D. Dissertation. Department of Anthropology. University of Arizona. Tucson.
- GREIDER, T., y GARKOVICH, L. (1994): Landscapes: The social construction of nature and the environment. *Rural Sociology*, 59(1): 1-24
- GRIAULE, M., y DIETERLIN, G. (1951): Signes graphiques soudanais. *L'Homme*: 3
- GRIMSHAW, R.W. (1971): The chemistry and physics of clays. 4th edition. Ernest Benn.
- GROSS, E. (1990): Entwicklungen der neolithischen Kulturen im west-und ostschweizerischen Mittelland. Die ersten Bauern, 1: 61-72. Zürich
- GUERRERO AYUSO, V.M. (1994): Navios y navegantes en las rutas de Baleares durante la Prehistoria. Palma de Mayorca.
- GUERRERO AYUSO, V.M. (1999): Rectificaciones y nuevos enfoques al tránsito de la caza-recolección a una economía productora en Baleares. En, J. Bernabeu y T. Orozko (Ed.), *Actes del II Congr s del Neolític a la Península Ibérica*. SAGVNTVM- PLAV, Extra 2: 565-570.
- GUILAINE, J. (1976): Premiers et bergers paysans de l'oc dent méditerranéen. Mouton. Paris.
- GUILAINE, J., FREISE, A., MONTJARDIN, R. (1984): Leucate-Corr ge. Habitat noy  du Néolithique Cardial. *Archives d' cologie Préhistorique*. Toulouse.
- GUILAINE, J. (1996): Proto-megalithisme, rites funéraires et mobiliers de prestige neolithiques en Méditerranée occidentale. *Complutum Extra* (6). Homenaje a M. Fernández Miranda: 123-140
- GUILAINE, J., y VEIGA FERREIRA, O. Da (1970): Le Néolithique ancien au Portugal. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 67(1): 304-322
- GUILAINE, J., y ZAMMIT, J. (2001): El camino de la guerra. La violencia en la Prehistoria. *Ariel Prehistoria*. Barcelona.
- GUILAINE, J., FREISES, A. Y MONTJARDIN, R. (coord.) (1984): Leucate-Corr ge. Habitat noyé du Néolithique Cardial. Toulouse.
- GUILAINE, J. (1976): La neolitización de las costas mediterráneas de Francia y Espa a. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellanenses*, 3 : 39-50
- GUILAINE, J., BARBAZA, M., GASC , J., GEDD S, D. Et alii (1993): Dourgn . Derniers chasseurs-collecteurs et premiers  leveurs de la Haute-Vall e de l'Aude. Toulouse-Carcassonne.
- GUTIÉRREZ PALACIOS, (1962): El poblado Eneolítico de la Peña del Bardal. Diego  lvaro (Ávila). Campaña de 1958. VII Congreso Nacional de Arqueología. Barcelona, 1960: 162-172. Zaragoza
- GUTIÉRREZ PALACIOS, (1966): Miscelánea arqueológica de Diego  lvaro (Ávila). Instituto Alonso de Madrigal.  vila
- GUY, E. (1993): Enquête stylistique su l'expression figurative epipaleolithique en France: de la forme au concept. *Paleo*, 5: 333-373
- HAARMANN, H. (2001): Historia Universal de la escritura. Ed. Gredos. Madrid.
- HACK, J.T. (1942): The changing Physical Environment of the Hopi Indians of Arizona. *Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, 35(1). Harvard University. Cambridge.
- HAHN, J. (1992): Eiszeitschmuck auf der Schw bischen Alb. Alb und Donau, Kunst und Kultur, 5. Ulm.
- HAMEAU, Ph. (1999): H liotropisme et hygrophilie des abris   peintures sch matiques du sud de la France. *L'Anthropologie*, 103: 617-631.
- HAMER, F. (1975): The Potter's Dictionary. Cambridge.
- HARRIS, E.C. (1991): Principios de estratigrafía arqueológica. Crítica. Barcelona.
- HAURY, E.W. (1945): The excavation of Los Muertos and Neighboring ruins in the Salt River Valley, Southern Arizona, *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, 24 (1). Harvard University. Cambridge.
- HAWLEY-ELLIS, F.H. (1974): The Hopi: Their history and use of lands. En, D.A. Horr (Ed.), *Hopi Indians*, Garland Series. New York: 25-277

- HERBICH, I. (1987): Learning patterns, potter interaction and ceramic style among the Luo of Kenya. *African Archaeological Review*, 5: 193-204
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1918): Estudios de Arte Prehistórico: I, Prospecciones de pinturas de Morella la Vieja, II, Evolución de las ideas madres de las pinturas rupestres. *Revista de la Real Academia de Ciencias de Madrid*, XVI: 1-24
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (2006): Artes esquemáticos en la Península Ibérica: el paradigma de la pintura esquemática. En, J. Martínez y M. Hernández (Eds.): *Congreso de Arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica. Comarca de Los Vélez*. Almería: 13-31
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.; FERRER, P., y CATALÀ, E. (1998): *L' Art Llevantí*. Cocentaina.
- HERNANDO GONZALO, A. (1994): El proceso de neolitización. Perspectivas teóricas para el estudio del Neolítico. *Zephyrus*, XLVI: 123-142.
- HERNANDO GONZALO, A. (1996): Aproximación etnoarqueológica al estudio del Neolítico: la utilidad del caso K'Ekch' para el estudio de la Prehistoria europea. *Complutum Extra*, 6(II): 193-202
- HERNANDO GONZALO, A. (1999): *Los primeros agricultores de la Península Ibérica*. Ed. Síntesis. Madrid.
- HERRÁN MARTÍNEZ, J.I. (1986): El yacimiento de 'Los Cercados' en Mucientes. Sobre los comienzos de la metalurgia en el Valle medio del Duero. *Memoria de Licenciatura* (inédita). Dpto. de Prehistoria. Universidad de Valladolid.
- HESTER, J.J. (1962): Early Navajo Migrations and acculturations in the Southwest. *Museum of New Mexico Papers in Anthropology*, 6
- HIGGS, E.S. (Ed.) (1972): *Papers in economic Prehistory*. Cambridge.
- HIGGS, E.S. (Ed.) (1975): *Palaeoeconomy*. Cambridge.
- HODDER, I. (1986): *Reading the past. Current approaches to interpretation in archaeology*. Cambridge University Press
- HUCKELL, B.B., (1996): The archaic prehistory of the North American Southwest. *Journal of World Prehistory* 10, 305-373.
- HURTADO PÉREZ, V., y AMORES CARREDANO, F. (1982): Relaciones culturales entre el sudeste francés y La Pijotilla (Badajoz) en el Calcolítico: las pastillas repujadas y el campaniforme cordado. *Habis*, 13: 189-210
- HURTADO PÉREZ, V. (1986) "El Calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana y la necrópolis de la Pijotilla" *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo peninsular*, 51-77 AAA. Madrid
- HURTADO PÉREZ, V. (1987) "El megalitismo en el Suroeste peninsular: Problemática en la periodización regional" En *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 31-45. Madrid. Ministerio de Cultura
- IGLESIAS MARTÍNEZ, J.C. (1990): Cueva de la Vaquera (Losana de Pirón, Segovia). Memoria de los trabajos realizados en 1988/1989. Informe técnico. Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural de la Junta de Castilla y León. Valladolid. Inédito.
- IGLESIAS MARTÍNEZ, J.C. (1991): Proyecto Cueva de la Vaquera (Fase I). Memoria de la Campaña de 1991. Informe técnico. Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural de la Junta de Castilla y León. Valladolid. Inédito.
- IGLESIAS MARTÍNEZ, J.C. Y ÁLVAREZ PERIÁÑEZ, V. (1995): Proyecto Cueva de la Vaquera (Fase I). Memoria de Los trabajos desarrollados en 1995. Informe técnico. Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural de la Junta de Castilla y León. Valladolid. Inédito.
- IGLESIAS MARTÍNEZ, J.C., ROJO GUERRA, M.A, y ÁLVAREZ PERIÁÑEZ, V. (1995): Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la Submeseta Norte. En, I *Congrés del Neolitic a la Peninsula Ibèrica*. Gavà-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. *Rubricatum*, 1 (Vol. 2): 721-734. Gavà.
- IGLESIAS, J.C. (1987): El Paleolítico Superior en el Valle del Pisuerga: el yacimiento de Fuente de las Pocillas. *Cuaternario y Geomorfología*, vol. 1: 135-146.

- ILLET M., HACHEM L. (2001): Le village néolithique de Cuiry-Lès-Chaudardes (Aisne, France), En : J. GUILAINE (Dir.) : Communautés villageoises du Proche-Orient à l'Atlantique (8000-2000 avant notre ère) Séminaire du Collège de France, Paris : Errance, 2001, p. 171-184.
- INGOLD, T. (1986): The appropriation of Nature. Essays in Human Ecology and Social Relations. Manchester.
- IRWIN-WILLIAMS, C. (1968a): Archaic Prehistory in the Western United States. Symposium of the Society for American Archaeology Santa Fe, 1968 (editor). Contributions in Anthropology Vol. 1, No. 3. Eastern New Mexico University Paleo-Indian Institute, Portales.
- IRWIN-WILLIAMS, C. (1968b): Archaic Culture History in the Southwestern United States. In Early Man in Western North America, edited by C. Irwin-Williams, pp. 48-54. Contributions in Anthropology Vol. 1, No. 4. Eastern New Mexico University Paleo-Indian Institute, Portales.
- IVES, J. (1861): Report upon the Colorado River of the West, 36th Congress House of Representatives Executive Document. Washington: 119-131
- JACKES, M., LUBELL, D., y MEIKLEJOHN, C. (1997): On physical anthropological aspects of the Mesolithic-Neolithic transition in the Iberian Peninsula. Current Anthropology. 38: 839-846.
- JACKES, M., Y LUBELL, D. (1999): Human skeletal biology and the Mesolithic-Neolithic transition in Portugal. En, A. Thévenin (ed.), dir. scientifique P. Bintz, Europe des derniers chasseurs Épipaléolithique et Mésolithique: actes du 5e colloque international UISPP, commission XII, Grenoble, 18-23 septembre 1995. Paris: Éditions du CTHS, pp. 59-64.
- JACKSON, J.B. (1984): Discovering the Vernacular landscape. Yale University Press. New Haven.
- JALHAY, E. e PAÇO, A. do, 1941, "A gruta II da necrópole de Alapraia". in Anais. , n.º 4,. Academia Portuguesa de História, Lisboa, pp. 103-144
- JANSSEN, C.R. (1985): História da vegetado. Glaciação da Serra da Estrela, aspectos do Quaternario da orla Atlantica. Livro guia da 1 Reunio do Quaternario Iberico. Lisboa: 66-72
- JAUSSEN, A., Y SAVIGNAC, R. (1909): Mission archéologique en Arabie. Publication de la Société des fouilles archéologiques, Tome I : De Jérusalem au Hedjaz Médaine-Saleh (mars-mai 1907), Paris
- JENNINGS, J.D. (1986): Prehistory. En, W.L. D'Azevedo (Ed.): Great Basin: pp. 113-119. Handbook of North American Indians, vol. 11, W. C. Sturtevant, general editor, Smithsonian Institution, Washington D.C.
- JEUNESSE, Ch. (2002): La coquille et la dent. Parure de coquillage et évolution des systèmes symboliques dans le Néolithique danubien (-5600/-4500). En, J. Guilaïne (Dir.): Matériaux, productions, circulations du Néolithique à l' Age du Bronze. Séminaire du Collège de France. Ed. Errance. Paris: 49-66
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (1997): El Abrigo del Sumidero: Nueva estación esquemática en Guadalajara. Kalathos 16: 7-17.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (1997): La neolitización de la cuenca alta del Tajo. Tesis de Licenciatura leída en Diciembre de 1997. UCM. Inédita.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (1998): La neolitización de la cuenca alta del Tajo. Nuevas propuestas interpretativas para el Neolítico de la Meseta. Complutum, 9: 27-49.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (1999): "El proceso de neolitización del interior peninsular", en J. Bernabeu y T. Orozko (ed.) II Congrès del Neolític a la Peninsula Ibèrica. Saguntum-Plav, Extra 2: 493-501.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2000 a) : Poblamiento neolítico y megalitismo en la Alta Extremadura: continuidad, aculturación e implantación. Extremadura Arqueológica VIII. El megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo): 95-104.

- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2000 b): Megalithic tombs and chalcolithic settlement in the Guadarrama mountains: following ancient roads, marking out the territory. *Journal of Iberian Archaeology* 2:99-111
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2000 c): Los menhires decorados de La Cerca (Malpartida de Plasencia, Cáceres). *Extremadura Arqueológica VIII. El Megalitismo en Extremadura. Homenaje a Elías Diéguez Luengo. Mérida 2000*: 381-392
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2001 a): El Parral (Segovia). Caracterización del Epipaleolítico del interior peninsular. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas* 11: 37-44
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2001 b): El yacimiento de Valdivia (Madrid). Nuevos elementos materiales para la interpretación del Neolítico del interior peninsular. *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas* 11:37-44.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2002): Cueva de Los Enebralejos (Prádena-Segovia). Colección Ayuntamiento. Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural. Junta de Castilla y León. Informe Inédito.
- Jiménez Guijarro, J. (2004): Los epígrafes del Canto Castrejón y la leyenda laurentina de la Silla de Felipe II. *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas* 12.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2005 a): Minas y filones: introducción histórica al origen del aprovechamiento mineral en la Prehistoria", en O. Puche y M. Ayarzagüena (ed.) *Minería y Metalurgia históricas en el Sudoeste europeo*: 29-43. Madrid.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2005 b): El proceso de neolitización en la Comunidad de Madrid. En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.). *Actas del III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica. Santander, 5-8 Octubre de 2003. Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, I*: 903-912
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2006): El arte rupestre en la Comunidad de Madrid: desarrollo cronológico y evolución cultural. En, J. Martínez y M. Hernández (Ed.): *Congreso de Arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica. Comarca de los Vélez. 5-7- Mayo de 2004. Almería*: 267-280.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (e.p. a): ¿Aprovechamiento o explotación?: Reflexiones acerca de la minería y uso de la sal durante la Prehistoria. *Congreso Internacional de la Sal. Sigüenza, 2006*.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (e.p. b): Aproximación cronológica del arte esquemático en las estribaciones del Sistema Central, En, *IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante*.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (e.p. c): El concepto no neolítico del fenómeno megalítico madrileño: Entretérminos y Las Vegas de Samburiel. En, *IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante*.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (e.p. d): ¿Un horizonte cardial en el interior peninsular?. En, *IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante*.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J., y DÍAZ-GUARDAMINO, M. (1999): Los menhires decorados de El Cañal (Alpedrete, Madrid). *Arqueología* 24: 61-73
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. Y SÁNCHEZ MARCO, A. (2004): La Cueva de la Ventana: datos arqueológicos y faunísticos para la interpretación paleoecológica del Neolítico Interior. *Zona Arqueológica 4. Miscelánea en homenaje a Emiliano Aguirre, Vol. IV, Arqueología*: 253-263.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J., ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, J.M., GARRIDO RESINO, G. Y PERERA RODRÍGUEZ (e.p.): El yacimiento del Neolítico Inicial de La Paleta (Numancia de la Sagra, Toledo). En, *IV Congreso de Neolítico en la Península Ibérica. Alicante, 2006*.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J., Y ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, J.M. (e.p.): Caracterización y síntesis de las cerámicas impresas cardiales y pseudocardiales de la Cuenca del Tajo. En, *IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante*.

- JIMÉNEZ SANZ, P.J. (1988): Patrones de asentamiento en la comarca de Molina de Aragón (Guadalajara) durante la Segunda Edad del Hierro. *Wad-al-Hayara*, 15: 47-94
- JIMÉNEZ SANZ, P.J., ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J.; GARCÍA VALERO, M.A.; Y JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (1997): Nuevos datos sobre el Neolítico meseteño: la provincia de Guadalajara. *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*. Tomo II: 33-47.
- JIMÉNEZ SANZ, P.J., REDONDO PAREDES, J.C., ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J. (1988): La Talayuela: un asentamiento al aire libre en el valle del Henares. *Actas del I Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Guadalajara: 371-381.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., (1990): Arte Paleolítico en la provincia de Soria: la placa de Villalba. *Numantia*, III: 9-50
- JODIN, A. (1958-1959): Les grottes d'El Khril à Achakar. *Bulletin de Archeologie Marocaine*, 3: 249-313
- JORDÀ CERDÀ, F. (1949): Secuencia estratigráfica del Paleolítico Levantino, *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español* (Elche, 1948). Cartagena
- JORDÀ CERDÀ, F. (1953): Notas sobre los comienzos del neolítico en nuestra península. *Archivum*, 3: 259-271
- JORDÀ CERDÀ, F. (1954): "El arte rupestre cantábrico", en *IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas* (1953): 4-32.
- JORDÀ CERDÀ, F. (1955): los problemas de la investigación prehistórica en el Sahara español. *Archivo del Instituto de Estudios Africanos*, VII, nº 33, Madrid, págs. 81-97.
- JORDÀ CERDÀ, F. (1956): La obra del Conde de la Vega del Sella y su proyección en la Prehistoria española. *Libro Homenaje al Conde de la Vega del Sella*, Oviedo: 15-33.
- JORDÀ CERDÀ, F. (1966): Notas para una revisión de la cronología del arte rupestre levantino. *Zephyrvs*, XVII: 47-76
- JORDÀ CERDÀ, F. (1967): Zur Zeitstellung der Levante-Kunst. *Madrider Mitteilungen*, 8: 11-29
- JORDÀ PARDO, J.F. (1986): La fauna malacológica de la Cueva de Nerja. En, J.F. Jordà (Ed.): *La Prehistoria de la Cueva de Nerja* (Málaga). *Trabajos sobre la Cueva de Nerja*, Nº 1. Málaga: 147-178
- JORDÀ PARDO, J.F., y MESTRES TORRES, J.S. (1999): El enterramiento Calcolítico precampaniforme de Jarama II: Una nueva fecha radiocarbónica para la Prehistoria reciente de Guadalajara y su integración en la cronología de la región. *Zephyrvs*, 52: 175-190
- JORGE V.O. (1986): Arte rupestre em Portugal. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 1986, tome XXVI: 27-50.
- JOUSSAUME, R. (1988): "Analyse structurale de la triple enceinte de fossés interrompus de Champ-Durand à Nieul-sur-l'Autize (85)", en *BAR*, *Enclosures and defenses in the Neolithic of Western Europe* (1984): 275-299.
- JUAN CABANILLES, J. (1984): El utillaje neolítico en sílex del litoral mediterráneo peninsular. *Sagvntvm*, 18: 48-102
- JUAN CABANILLES, J. (1985): El complejo epipaleolítico geométrico (Facies Cocina) y sus relaciones con el Neolítico Antiguo. *Sagvntvm*, 19: 9-30
- JUAN CABANILLES, J., y MARTÍ OLIVER, B. (2002): Poblamiento y procesos culturales en la Península Ibérica del VII al V milenio A.C. (8000-5500 BP). Una cartografía de la neolitización. En, E. Badal, J. Bernabeu y B. Martí (Eds.): *El paisaje en el Neolítico mediterráneo*. *Saguntum*, Extra-5: 45-87.
- JUAN-CABANILLES, J. (1990): Substrat épipaléolithique et néolithisation en Espagne : Apport des industries lithiques à l'identification des traditions culturelles. En D. Cahen y M. Otte (eds.): *Rubané et cardial*. *Actes du Colloque de Liège* (1988). *Service de Préhistoire de l'Université de Liège* (ERAUL, 39) : 417-435.

- JUAN-TRESSERRAS, J., MAYA, J.L., y LÓPEZ CACHERO, J. (1999): Primeros análisis de contenidos en recipientes cerámicos del hábitat de Genó (Aitona, Segrià, Lleida). *Estudis arqueològics i arqueomètrics. 5^è Curs d'Arqueologia d'Andorra. 4^{rt} Congrès europeu sobre ceràmica antiga* (Andorra, 1997): 182-199
- KALB, PH. (1973): *Arquitectura de las colonias del Bronce I*. Actas del XIII CNA, Huelva, 1973, Zaragoza, 1975: 383-386
- KAYSER O. (1989) - *L'Epipaléolithique et le Mésolithique en Bretagne. Le Temps de la Préhistoire*, I: 350-352.
- KELSO, G.K. (1994): Palynology in historical rural-landscape studies: Great Meadows, Pennsylvania. *American Antiquity*, 59(2): 359-372
- KINNES I. (1992): Non-Megalithic Long Barrows and Allied Structures in the British Neolithic. *British Museum Occasional paper* 52. London: British Museum.
- KINTIGH, K. (1985): Settlement, subsistence, and society in Late Zuni Prehistory. *Anthropological Papers of the University of Arizona*, 44. University Press. Arizona. Tucson.
- KOPYTOFF, I. (1987): The internal African frontier: The making of African Political culture. En, I. Kopytoff (Ed.): *The African frontier*. Indiana University Press. Bloomington: 3-86
- KOURGANOFF, V. (1967): *Introducción a la Teoría de la Relatividad*. Ed. Labor. Barcelona
- KOZLOWSKI, J.K., y OTTE, M. (1997): Transformations culturelles en Méditerranée septentrionale à la fin de l'époque glaciaire en relation aux modifications paléo-climatiques, dans J.M. Fullola et N. Soler (éd.), *El Món Mediterrani Després Del Pleniglacial (18.000-12.000 BP)*, Actes du colloque de Banyoles (18- 20 mai 1995), Girona, Musée d'Archéologie de Catalogne, Série Monographica 17, 1997, p. 23-
- KOZLOWSKI, S.K. (Ed.) (1973): *The Mesolithic in Europe*. University Press. Varsovia.
- KROEBER, A.L. (1963): The nature of land-holding groups. En, R.F. Heizer (Ed.) *Aboriginal America: Three Studies in Culture History*. Smithsonian Institution. Washington: 225-235
- KUNST, M. Y ROJO GUERRA, M. (1999): El Valle de Ambrona: un ejemplo de la primera colonización neolítica de las tierras del interior peninsular. *Sagvntvm EXTRA- 2*. Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibérica : 259-270
- KUNST, M. Y ROJO, M. (2000): Ambrona 1998. Die Neolithische fundkarte und ¹⁴C-Datierungen. *Madridier Mitteilungen*, 41: 1-53
- LALUEZA (1996): Mitochondrial DNA haplogrupsos in four tribes from Tierra del Fuego-Patagonia: inferences about the peopling of Americas. *Human Biology* 68: 855-871.
- LANDAU, Y RIMER, (1986):
- LANG L. et alii. (1997) - Occupations mésolithiques dans la moyenne vallée de la Seine, tome I , Tome II : Rueil-Malmaison, "Les Closeaux" (90 063 007 AP) (Hauts-de-Seine). Document final de synthèse de sauvetage urgent 01.04.1996 - 31.01.1997, St Denis, S.R.A. Ile-de-France
- LAPLACE, G. (1957): *Typologie analytique. Application d'une nouvelle méthode d'études des formes et des structures aux industries à lames et lamelles*. Quaternaria.
- LAPLACE, G. (1973): *La Typologie Analytique (1954-1972)*. Elaboration et développement d'une nouvelle méthode d'étude morphologique et structurale des complexes litiques et osseux. Arudy.
- LE GOFF, J. (1991): *El orden de la memoria : el tiempo como imaginario*. Barcelona
- LE QUELLEC, J.L. (1998): *Art rupestre et préhistoire du Sahara*. Bibliothèque scientifique Payot, Paris.
- LE ROUX, C.T. (1975): Fabrication et commerce des haches en pierre polie. *Dossiers de l'Archéologie*, 11: 43-55

- LE ROUX, C.T., (1995): Gavrinis. Paris: Ed. J.P. Gisserot . Paris
- LEE, R.B. (1979), *The !Kung San: Men, Women, and Work in a Foraging Society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LEE, R.B. (1976), *Kalahari Hunter-Gatherers: Studies of the !Kung San and Their Neighbors*, Richard B. Lee and Irven DeVore, eds. Cambridge: Harvard University Press.
- LEISNER, G. Y LEISNER, V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. I Teil: Der Süden*. Berlín (Alemania).
- LEISNER, G. Y LEISNER, V. (1951): *Antas do Concelho de Reguengos de Monsaraz*. Instituto para a Alta Cultura. Lisboa.
- LEISNER, G. Y LEISNER, V. (1956): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. I Teil: Der Westen. II Vol..* Berlín (Alemania).
- LEISNER, V. (1967). *Die verschiedene Phasen des Neolithikums in Portugal*. *Palaeohistoria*. 12, 363-72
- LEMUS CHÁVARRI, C. Y ÁLVAREZ REDONDO, J. (1965): *Grabados Eneolíticos de la Cueva de la Fuente Dura (Losana de Pirón, Segovia)*. IX Congreso Nacional de Arqueología: 162-167. Valladolid, 1965. Zaragoza.
- LÉVI-STRAUSS, CL. , ERIBON, D. (1988): *De près et de loin*. Odile Jacob. Paris.
- LICHARDUS, J.; BAILLOUD, G. y CAUVIN, J. (1987): "La Protohistoria de Europa. El neolítico y el calcolítico". Ed. Nueva Clío, Barcelona
- LOHRKE, B., WIEDMAN, B. y ALT, K.W., (2002): "Die anthropologische Bestimmung der menschlichen skelettreste aus La Peña de la Abuela, Ambrona (Soria) / Determinación antropológica de los restos de esqueletos humanos de la La Peña de la Abuela" en ROJO GUERRA, M. A. y KUNST, M. (Eds.), *Significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 83-98.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1980): *Estudio de la cerámica, industria ósea y lítica de la Cueva de Los Murciélagos de Albuñol (Granada)*. *Trabajos de Prehistoria*, 37: 163-181.
- LÓPEZ PADILLA, J. A. (e.p.): *Entre piedras y cavernas. Una propuesta de explicación histórica a la ausencia de megalitismo en el área centromeridional del Levante peninsular*. En, IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante.
- LÓPEZ PALOMO, L.A. (1977): *Contribución al estudio del Neolítico y la edad del Bronce en Andalucía, I: La Cueva de 'Los Mármoles', de Priego (Córdoba)*. Corduba, 5, Vol. II (2): 69-108.
- LÓPEZ PLAZA, M^a.S. (1979): *Aportación al conocimiento de los poblados eneolíticos del Suroeste de la Meseta Norte española: la cerámica*. *Setúbal Arqueológica*, V: 67-102. Setúbal.
- LÓPEZ PLAZA, M^a.S. (1991): *Aproximación al poblamiento de la prehistoria reciente en la provincia de Salamanca*, en M. Santonja (ed.) *Del Paleolítico ala Historia*, Salamanca.
- LÓPEZ PLAZA, M^a.S. Y PIÑEL, C. (1978): *El poblado eneolítico de Fontanillas de Castro, Zamora. Primera portación apra su estudio*. *Zephyrus*, XXVIII-XXIX.
- LORBLANCHET, M., y WELTE, A.C. (1990): *L'Art mobilier paléolithique du Quercy: chronologie et thèmes*. En, *L'art des objets au Paléolithique*: 31-64. París.
- LOSADA, H. (1976): *El Dolmen de Entretérminos (Madrid)*. *Trabajos de Prehistoria*, 33: 209-226
- LUBELL, D., y JACKES, M. (1988): *Portuguese Mesolithic-Neolithic subsistence and settlement*. *Rivista di Antropologia (Roma)* 66 (Suplemento): 231-48
- LUCAS PELLICER, M^a.R.; CARDITO ROLLÁN, L.M^a y GÓMEZ HERNANZ, J. (Coords.) (2006): *Dibujos en la roca. El arte rupestre en la Comunidad de Madrid*. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 11. Consejería de Cultura y Deportes. Madrid.
- LUCAS PELLICER, M^a.R. (1980): *Aproximación al conocimiento de las estaciones rupestres y de la pintura esquemática en el Barranco del Duratón (Segovia)*. *Altamira Symposium*. Madrid.

- LUCAS PELLICER, M^a.R. (1992): La pintura esquemática en las provincias de Soria y Segovia: Estudio comparativo. *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana*. Colección Temas Sorianos, 20: 263-278
- LUCAS PELLICER, M^a.R., GÓMEZ HERNANZ, J., CARDITO ROLLÁN, L.M^a. (2006): Dibujos en la roca: el arte rupestre en la Comunidad de Madrid. Dirección General de Patrimonio Histórico. Madrid
- LUCAS PELLICER, M^a.R., y VIÑAS, V. (1971): Nuevos mosaicos romanos y otros hallazgos arqueológicos en la provincia de Segovia. *Estudios segovianos*, Tomo XXIII.
- LUCAS, M^a.R., ANCIONES, R., CARDITO, L.M^a, ETZEL, E., RAMÍREZ, I. (1997): Neolítico y arte rupestre en el Barranco del Duratón (Segovia). En, R. De Balbín y P. Bueno (Eds), II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II- Neolítico, Calcolítico y Bronce. Zamora: 157-163
- LUMLEY, H. DE, LUMLEY, M.-A. DE, MISKOVSKY, J.-C. & RENAULT-MISKOVSKY, J. (1976): Le site de Terra Amata. En, H. de Lumley (ed.), *Sites paléolithiques de la région de Nice et Grotte de Grimaldi*, Livret-guide de L'excursion B1, IXº Congrès U.I.S.P.P.: 53-54. Nice.
- LLANA RODRÍGUEZ, C. Y SOTO BARREIRO, M.J. (1991): Cova da Valiña (Castroverde, Lugo). Un xacemento do Paleolítico Superior Inicial en Galicia (Campañas de 1987 e 1988). *Arqueoloxia/ Investigación*, 5. Xunta de Galicia.
- LLEDÓ, J. (1999): *Calendarios y medidas del tiempo*- Acento Editorial. Madrid.
- MAGNY, H. (1982): Europe climatic change, en A. Harding (ed.), *Climatic change in later Prehistory*. Edinburgh University Press.
- MAIER ALLENDE J. (1999): *Comisión de Antigüedades*. Comunidad de Madrid. Catálogo e Índices. Real Academia de la Historia. Madrid.
- MALMBERG, T. (1980): *Human territoriality*. Mouton. The Hague.
- Maluquer de Motes, J. (1960): Bases para el estudio de las culturas megalíticas de la Meseta. I Symposium de prehistoria de la Península Ibérica: 125-151.
- MARKS A. E., y MISHOE M.-B. (1997): The Magdalenian of Portuguese Estremadura. En, J.M. Fullola y S. Narcís (Eds.): *El Món Mediterrani després del pleniglacial (18.000 - 12.000 BP)*. Col.loqui, Banyoles, 1995, vol. no 17, pp. 225-232
- MARQUÉS DE LORIANA (1942): Nuevos hallazgos del vaso campaniforme en la provincia de Madrid. *Archivo Español de Arqueología*, XV: 16
- MARTÍ OLIVER, B. (1977): Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante). Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia. Serie Trabajos Varios, 51. Valencia.
- MARTÍ OLIVER, B. (1978): El Neolítico de la Península Ibérica. Estado actual de los problemas relativos al proceso de neolitización y evolución de las culturas neolíticas. *Saguntum*, 13: 59-98.
- MARTÍ OLIVER, B. (1987): El Neolitic Valencià. Els primers agricultors y ramaders. Valencia.
- MARTÍ OLIVER, B. (1988): Vaso neolítico procedente de la Cueva del Niño (Ayna, Albacete). Homenaje a Samuel de los Santos. Murcia: 77-79
- MARTÍ OLIVER, B. (2006): Cultura material y arte rupestre esquemático en el País Valenciano, Aragón y Cataluña. En, J. Martínez y M. Hernández (Ed.): *Congreso de Arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica*. Comarca de los Vélez. 5-7- Mayo de 2004. Almería: 119-147.
- MARTÍ OLIVER, B. (2006): Cultura Material y arte rupestre esquemático en el País Valenciano, Aragón y Cataluña. En, J. Martínez y M. Hernández (Eds.): *Congreso de Arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica*. Comarca de Los Vélez. Almería: 13-31
- MARTÍ OLIVER, B. Y HERNÁNDEZ PÉREZ. M.S. (1988): El Neolítico Valencia. *Art rupestre i cultura material*. S.I.P. Valencia.
- MARTÍ OLIVER, B. Y JUAN-CABANILLES, J. (1997): Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 10: 215-264

- MARTÍ OLIVER, B., PASCUAL, V., GALLART, M^a.D., LÓPEZ, P., PÉREZ, M., ACUÑA, J.D., y ROBLES, F. (1980): Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante). Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia. Serie Trabajos Varios, 65, Vol. II. Valencia.
- MARTÍ OLIVER, B., y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (1988): El Neolític Valencià. Art rupestre i cultura material. Valencia.
- Martín de la Cruz, J.C. (1994): El tránsito del Neolítico al Calcolítico en el litoral del Sur-Oeste peninsular. Excavaciones Arqueológicas en España, 169. Madrid
- MARTÍN MONTES, M.A., y PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1996): Un nuevo asentamiento neolítico al aire libre en la Meseta Norte: La Cañadilla de Torre de Peñafiel (Valladolid). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, LXIII: 31-48
- MARTÍN SANTAMARÍA, E. ROJO VEGA, A., y MORENO ASENJO, M.A. (1986): Hábitat postmusteriense en Mucientes (Valladolid). Numantia, II: 87-100.
- MARTÍN SOCAS, D. Y CAMALICH MASSIEU, D. (1982): La cerámica simbólica y su problemática. CPUG, 7.
- MARTÍN, A., MARTÍN, J., VILLALBA, P., JUAN-TRESSERRAS, J. (2005): Ca l'Oliaire (Berga, Barcelona), un asentamiento neolítico en el umbral del IV milenio con residuos de sal y de productos lácteos. En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.). Actas del III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica. Santander, 5-8 Octubre de 2003. Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, I: 175-185
- MARTÍNEZ ANDREU, M. (1983): Aproximación al estudio del Epipaleolítico en la región de Murcia. XVI Congreso Nacional de Arqueología: 39-52
- MARTÍNEZ CORTIZAS, A. (1990): Val do Inferno y Xestido III (Abadín, Lugo): datos edáficos aplicados. Gallaecia, 12: 65-80
- MARTÍNEZ CORTIZAS, A., Y MOARES DOMÍNGUEZ, C. (1995): Edafología y arqueología. Estudio de yacimientos arqueológicos al aire libre en Galicia. Xunta de Galicia.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G., y AGUAYO DE HOYOS, P. (1984): El Duende (Ronda). Yacimiento Epipaleolítico al aire libre. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 9: 9-38
- MARTÍNEZ GARCÍA, J. (1991): Análisis de un sistema de parentesco en las pinturas rupestres de la Cueva de Los Letreros (Vélez-Blanco, Almería). Ars Praehistorica, Tomo VII-VIII. Sabadell
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a.I. (1984): El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid: La cueva y cerro de Juan Barbero (Tielmes). Trabajos de Prehistoria 41: 17-129
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a.I. (1988): La Edad del Bronce en la Submeseta Suroriental: una revisión crítica. Colección Tesis Doctorales, núm. 191/88. Madrid. Universidad Complutense.
- MARTÍNEZ PERELLÓ, M^a.I., y DÍAZ ANDREU, M. (1992): El abrigo pintado de la Hoz de Vicente (Minglanilla, Cuenca). Espacio, Tiempo y Forma, I-5: 177-206
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, (1946): Esquema paleontológico de la Península Ibérica. Madrid
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1941): Las primeras pinturas rupestres del Marruecos español. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, 16. Madrid
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1943): Neues über Prähistorische Felsmalereien in Frankreich, Sardinien und Marokko. IPEK, 15-16: 1-24
- MAURA SALAS, M. Y PÉREZ DE BARRADAS, J. (1933-1935): Cuevas castellanas. Anuario de Prehistoria madrileña, 4-6
- MAZURIÉ DE KEROUALIN, K. (2007): El origen del Neolítico en Europa. Agricultores, cazadores y pastores. Ariel Prehistoria. Barcelona.
- McCLELLAND, L. F. (1991): Imagery, ideals and social values: The interpretation and documentation of cultural landscapes. The Public Historian 13(2).

- MCPHERSON, R.S. (1992): Sacred land, sacred view. Brigham Young University Press. Salt Lake City.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1999): El joven Bosch Gimpera y la primera reestructuración de la Prehistoria en España. Boletín del Siminario de Estudios de Arte y Arqueología, 65: 9-28
- MELLAART, J. (1965): Çatal Hüyük. Londres.
- MENDES CORRÊA A.A. 1923. Nouvelles observations sur l' Homo taganus. Revue Anthropologique 33:570-579.
- MENDES CORRÊA A.A.1932. Quéstions du Mésolithique portugais. Proceedings of the First International Congress of Prehistory and Protohistoric Sciences, London.
- MÉNDEZ MADARIAGA Y GÁLVEZ ALCARAZ, P. (1984): " Nuevos materiales de la Edad del Bronce en el Término de Madrid. El yacimiento del Kilómetro 3,5 izquierda de la carretera de San Martín de la Vega", en estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas, nº 3, pp.:34-70, Madrid.
- MÉNDEZ MADARIAGA, A. (1982): Algunos yacimientos con materiales del Bronce Final en la Provincia de Madrid. Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas, 1: 19-55
- MÉNDEZ-CABEZA FUENTES, M., y PALOMO, G. (1990): La Villa de Velada. Diputación Provincial de Toledo. Toledo.
- MERCADER FLORÍN, J. , CORTÉS BUSTOS, A.F., GARCÍA DE BENITO, M^a. E. (1989 a): Nuevos yacimientos Neolíticos y de la Edad del Bronce en el Término Municipal de Madrid. Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas 7: 21-61
- MERCADER FLORÍN, J. , CORTÉS BUSTOS, A.F., y GARCÍA BENITO, M^a.E. (1989 b): Materiales neolíticos en el valle del Jarama (Arganda, Madrid). Trabajos de Prehistoria, 46: 255-260
- MILLS, B., HERR, S., NEWCOMB, J. (1996): Migration, integration, and community reorganization in the Silver Creek area, east-central Arizona. Papers of 61st Annual Meeting of the Society for American Archaeology. New Orleans.
- MINDELEFF, V. (1989): A Study of Pueblo Architecture, Tusayan and Cibola. Smithsonian Institution Press. Washington D.C.
- MIRANDA, J.M^a, VEGA DE MIGUEL, J.J., y RUS, I. (1991): Memoria de Excavación. Verona II (Villaverde, Madrid). Dirección General de Patrimonio Histórico. Comunidad de Madrid. Informe Inédito.
- MIRÓ, J.M. (1996): Continuidad o ruptura entre los tecnocomplejos líticos del VI al V milenio BC: la contribución de las industrias líticas del V milenio BC de la Cataluña meridional. En, I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Gavà-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. Rubricatum, 1 (Vol. 1): 139-150. Gavà.
- MIRÓ, J.M^a, MOLIST. M., y VILLARDELL, R. (1992): Aportaciones al estudio del Neolítico Antiguo en la Cataluña meridional, partiendo de la industria lítica del yacimiento al aire libre de la Timba del Barený (Riudoms, Tarragona). En, Aragón /litoral mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria: 345-359. Institución 'Fernando El Católico'. Zaragoza.
- MOLINA LEMOS, L. (1980): El poblado del Bronce I de El Lobo (Badajoz). Noticiario Arqueológico Hispánico, 9: 91-130.
- MOLINOS SAURAS, M.A. (1986-1987): Representaciones de carácter bélico en el arte rupestre levantino. Bajo Aragón Prehistoria, VII-VIII:295-310.
- MOOK, W.G., y WATERBOLK, H.T. (1985): Radiocarbon dating. Handbooks for Archaeologists, 3. European Science Foundation. Strasbourg.
- MORALES MUÑIZ, A. (1992): Estudio de la fauna del yacimiento calcolítico de Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora). Campaña de 1979, BSAA, LVIII: 65-96
- MORÁN, C. (1935): Excavaciónen dólmenes de Salamanca y Zamora. Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico, nº 135.
- MOREHOUSE, B. (1996): A functional approach to boundaries in the context of environmental issues. Journal of Borderlands Studies, 10(2): 53-73

- MORENO ARRASTIO, F. (1995): La Estela de Arroyo manzanas (Las Herencias II, Toledo). *Gerión*, 13: 275-307
- MORENO GALLO, M. (2007): Megalitismo de la Península Ibérica. <http://www.megalitos.es/> (última consulta: 22/09/2007)
- MOURE ROMANILLO, A. (1994): Arte Paleolítico y geografías sociales. Asentamiento, movilidad y agregación en el final del Paleolítico cantábrico. En T. Chapa y M. Menéndez (eds.) *Arte Paleolítico. Complutum Extra*, 5. Madrid: 313-330.
- MOURE ROMANILLO, A. Y LÓPEZ GARCÍA, P. (1979): Los niveles preneolíticos del Abrigo de Verdelpino (Cuenca). *XV Congreso Nacional de Arqueología*: 111-124. Zaragoza
- MUNICIO GONZÁLEZ, L. Y RUÍZ-GÁLVEZ PRIEGO, M^a.L. (1986): Un nuevo yacimiento neolítico en la Meseta Norte: las cerámicas decoradas de la Cueva de la Nogaleda. Villaseca (Segovia). *Nvmantia*, II: 143-157
- Municio González, L., y Zamora Canellada, A. (1989): Notas sobre grabados y pinturas asociadas a necrópolis colectivas calcolíticas: los conjuntos de las cuevas de los Enebralejos y de la Vaquera (Segovia). *Trabajos de Prehistoria*, 46: 271-278.
- MUNICIO GONZÁLEZ, L.J. (1988): " El Neolítico en la Meseta Central Española", en Pilar López (de.) *El Neolítico en España*, pp: 299-327. Madrid.
- MUNICIO GONZÁLEZ, L.J. (1993): Segovia. II. Intervenciones preventivas y de urgencia: Villaseca. *Nvmantia*, 4: 358-361
- MUÑIZ PÉREZ, M. (1997): El Epipaleolítico en la vertiente Mediterránea de la Península Ibérica: Investigaciones recientes. *Espacio, Tiempo y Forma I*, 10: 175-213
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M^a. (1965): La cultura neolítica catalana de los Sepulcros de Fosa. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona. Publicaciones Eventuales, 9
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M^a. (1997): La cultura de los Sepulcros de Fosa: Una sociedad neolítica. *Espacio, Tiempo y Forma I*, 10: 265-278
- MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLEROS, K.I (2001): Hallazgos neolíticos de las vegas de Aranjuez. *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, 11: 45-57.
- MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLEROS, K.I (2003): El poblamiento desde el Neolítico final a la primera Edad del Hierro en la cuenca media del río Tajo. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- MURRAY. C. (1979): Les techniques de débitage de métopodes de petits ruminants à Auvénier-Port. *Industrie de l'os néolithique et de l'âge des métaux*, 1: 27-35. CNRS. Paris
- MYERS, F.(1988): Burning the truck and holding the country: Property, time, and the negociation of identity among Pintupi aborigines. En, T. Ingold, et alii (Eds.): *Hunters and Gatherers*, Vol. 2. Berg. Oxford: 52-74
- N. ,eds.); Museo d'Arqueologia Catalunya, Girona, pp.69-75.
- NARVARTE SANZ, N. (2005): Gestión funeraria dolménica en la Cuenca alta y media del Ebro: Fases de ocupación y clausuras. Instituto de Estudios Riojanos. *Historia-Arqueología*, 16. Logroño.
- NAVARETE ENCISO, M^a.S. (1976): La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental. Tesis Doctorales de la Universidad de Granada. Granada.
- NAVARETE ENCISO, M^a.S., CAPEL, J., LINARES, J., HUERTAS, F., y REYES,E. (1991): Cerámicas neolíticas de la provincia de Granada. Materias primas y técnicas de manufacturación. Monográfica Arte y Arqueología. Universidad de Granada.
- NAVARETE ENCISO, M^a.S., JIMÉNEZ, S., CARRASCO, J., GAMIZ, J. (1987-1988): La cueva CV-3 de Cogollos- Vega (Granada). II. Nuevos materiales. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 12-13: 9-34

- NAVARRETE ENCISO, M^a.S., y CAPEL, J. (1979): El material no cerámico de la Cueva del Agua de Prado Negro. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 4: 111-133.
- NELSON, B., y ANYON, R. (1996): Fallow valleys: Asynchronous occupation in southwestern New Mexico. *Kiva*, 61(3): 275-294
- NEWELL R.R., y CONSTANDSE-WESTERMANN T.S. (1986) - Testing an ethnographic analogue of Mesolithic social structure and the archaeological resolution of Mesolithic ethnic groups and breeding population. *Proceedings of the Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen*, series B, vol. 89, September 29, 1986: 243-310.
- NOAIN MAURA, M^a.J. (1996): El adorno personal del Neolítico peninsular. Sus contenidos simbólicos y económicos. En, I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Gavà-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. *Rubricatum*, 1 (Vol. 1): 271-278. Gavà.
- OBERMAIER, H. (1925): El Hombre fósil. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria 9. Museo de Ciencias Naturales. Madrid
- OBERMAIER, H. y CARANDELL, J. (1915): "Datos para la climatología cuaternaria en España", en *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 15 :402-411
- OBERMAIER, H., y CARANDELL, J., 1917: Los glaciares cuaternarios de la Sierra de Guadarrama. *Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Serie Geología*, 19. Madrid
- OBERMAIER, H., y GARCÍA Y BELLIDO, A. (1941): El Hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad (2^aed.). *Revista de Occidente*. Madrid
- OBERMAIER, H., Y WERNERT, P. (1929): La Edad Cuaternaria de las pinturas rupestres del levante español. *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XV: 527-537
- OLARIA i PUYOLES, C. (1988): Cova Fosca. Un asentamiento mesoneolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo. *Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques*, 3. Castellón.
- OROZKO KÖHLER, T. (1999): Señales de enmangue en el utillaje pulimentado del Neolítico valenciano. En, J. Bernabeu y T. Orozko (Ed.), *Actes del II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica*. SAGVNTVM- PLAV, Extra 2: 135-142.
- ORTEGA, y QUERO CASTRO, S. (2002): Julio Martínez Santa-Olalla. En, *Bifaces y Elefantes. La investigación del Paleolítico Inferior en Madrid*. *Zona Arqueologica*, 1: 194-213
- OSUNA RUIZ, M. (1975): El dolmen del Portillo de las Cortes. Aguilar de Anguita (Guadalajara). *NAHisp. Prehistoria*, 3. p. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- PALOMINO LÁZARO, A. (1988): Resultados de la excavación arqueológica en La Casa de los Moros de Arrabalde (Zamora), AIEZ.
- PALOMINO LÁZARO, A. (1989): Las manifestaciones tumulares no megalíticas del centro de la Meseta. Nuevas aportaciones en la Provincia de Zamora, AIEZ
- PALOMINO LÁZARO, A. (1990): Nuevas aportaciones al conocimiento del fenómeno megalítico en la provincia de Zamora. *Actas del I Congreso de Historia de Zamora*, II. *Prehistoria y Mundo Antiguo*. Zamora: 173-200
- PALOMINO LÁZARO, A.L. y ROJO GUERRA, M.A. (1997): Un nuevo yacimiento neolítico de habitación infratumular: 'El Teso del Oro', en San Martín de Valderaduey (Zamora). En, R. De Balbín y P. Bueno (Eds), *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Tomo II- Neolítico, Calcolítico y Bronce. Zamora: 249-256
- PAN, I. Del (1917): Exploración en la Cueva Prehistórica del Conejar (Cáceres). *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XVII: 185-190.
- PARKER, B. (1994): El sueño de Einstein. Ed. Cátedra. Madrid

- PASCUAL BENITO, J.L. (1996): Los anillos neolíticos de la Península Ibérica. En, I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Gavá-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. Rubricatum, 1 (Vol. 1): 279-289. Gavà.
- PASCUAL BENITO, J.L. (1998): Industria ósea, adornos e ídolos del Neolítico Valenciano. Trabajos Varios del S.I.P., 95. Valencia.
- PASCUAL BENITO, J.L. (1999): La variedad morfotécnica y funcional de las cucharas óseas del neolítico de la península Ibérica. En, J. Bernabeu y T. Orozko (Ed.), Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. SAGVNTVM- PLAV, Extra 2: 143-150.
- PASTOR MUÑOZ, F.J. (1998): Ocupaciones prehistóricas en el curso final del río Sorbe, provincia de Guadalajara (Comunidad de Castilla-La Mancha) (I). Wad-al-Hayara, 25: 7-49
- PASTOR MUÑOZ, F.J. (2000): Ocupaciones prehistóricas en el curso final del río Sorbe, provincia de Guadalajara (Comunidad de Castilla-La Mancha) (II). Wad-al-Hayara, 27: 5-35
- PELEGRIN, J. (1984): Approche technologique expérimentale de la mise en forme de nucléus por le débitage systématique par pression. 2- Economie du débitage laminaire: technologie et experimentation: 93-103. III^e tablñe ronde de technologie lithique. Meudon- Bellevue, octubre 1982. Cercle de Recherches et d'Études Préhistoriques. Antibes.
- PELLICER CATALÁN, M. (1967): Las civilizaciones Neolíticas Hispanas. En, J.M. Gómez-Tabanera (Ed.): Las raíces de España: 27-46. Instituto Español de Antropología Aplicada. Madrid
- PELLICER CATALÁN, M., y ACOSTA, P. (1986): Neolítico y Calcolítico de la Cueva de Nerja. En, J.F. Jordá (Ed.): La Prehistoria de la Cueva de Nerja (Málaga). Trabajos sobre la Cueva de Nerja, N° 1. Málaga: 339-450
- PELLICER, M. (1987): El Neolítico de la Cueva de Nerja. En J. Guilaine, J. Courtin, J. L. Roudil, y J.-L. Vernet, (dirs.): Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale. Actes du Colloque International du CNRS (Montpellier, 1983). Éditions du CNRS, París: 639-643.
- PELLICER, M. y ACOSTA, P., (1982): El Neolítico antiguo en Andalucía occidental. En, Le Néolithique ancien méditerranéen. Actes du Colloque International de Préhistoire (Montpellier, 1981). Fédération Archéologique de l'Hérault («Archéologie en Languedoc», nspéciai), Sète: 49-60.
- PÉREZ ARRONDO, C.L. y LÓPEZ DE CALLE, C. (1986): Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el valle del Ebro. I: Elementos de adorno. Instituto de Estudios Riojanos. Arnedo.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1924): Introducción al estudio de la prehistoria madrileña. Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, I: 13-35
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1926): El Neolítico en la provincia de Madrid. Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, III(IX): 75-84
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1927): El Madrid Prehistórico. Revista de las Españas, II: 194-201. Madrid
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1929): "Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid", Boletín del Instituto Geológico y Minero de España, n° LI, p.308
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1929): Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid. Boletín del Instituto Geológico y Minero de España, XI: 153-322. Madrid
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1932): Excavaciones en el poblado eneolítico de Cantarranas, Ciudad Universitaria (Madrid). Anuario de Prehistoria Madrileña, II-III: 61-81. Madrid
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1933-1935): Nuevos estudios sobre prehistoria madrileña I. La Colección Bento. Anuario de Prehistoria madrileña IV-VI: 1-90
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1935): La Cueva de la Tarascona (Segovia). Revista Las Ciencias, II (3): 607-611

- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1941): Poblado Prehistórico de Los Vascos (Villaverde, Madrid). Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria, XVI: 158-160. Madrid.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1933-1935): "Nuevos estudios de Prehistoria madrileña", Archivo de Prehistoria Madrileña, IV-VI, pp.1-90.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1940): " Poblado Prehistórico de los Vascos (Villaverde, Madrid)". Atlantis, Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria del museo Etnológico, XVI, pp.: 158-160, Madrid.
- PÉREZ RIPOLL, M. (1992): Marcas de carnicería, fracturas intencionadas y mordeduras de carnívoros en huesos prehistóricos del Mediterráneo español. Colección Patrimonio, 15. Instituto de Cultura 'Juan Gil-Albert'. Diputación Provincial de Alicante.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J. (1991): Intervención arqueológica en el yacimiento de Los Bajos (Vecilla de Trasmonte, Zamora). AIEZ.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J., SANZ GARCÍA, F. J., MARCOS CONTRERAS, G., MARTÍN CARBAJO, M.A., MISIEGO TEJEDA, J.C. (1991): Intervención arqueológica en el yacimiento de 'Los Bajos' (Vecilla de Trasmonte, Zamora). Anuario del Instituto de estudios zamoranos Florián de Ocampo: 149-173
- PERICOT GARCÍA, L. (1942): La cueva del Parpalló (Gandía). C.S.I.C. Instituto Diego Velázquez. Madrid.
- PERICOT GARCÍA, L. (1945): La Cueva de La Cocina (Dos Aguas, Valencia). Archivo de Prehistoria Levantina II: 39 y ss.
- PERICOT GARCÍA, L. (1950): Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica. Barcelona.
- PERLÉS, C. (1989): La néolithisation de la Grèce. En, Neolithisations, BAR, Int. Series, 516. Oxford: 109-127
- PÉTREQUIN, P., CASSEN, S., CROUTSCH, Ch., ERRERA, M. (2002): La valorisation sociale des longues haches dans l' Europe néolithique. En, J. Guilaine (Dir.): Matériaux, productions, circulations du Néolithique à l' Age du Bronze. Séminaire du Collège de France. Ed. Errance. Paris: 67-100
- PIÑÓN VARELA, F. (1982): Las pinturas rupestres de Albarracín (Teruel). Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías, 6. Madrid
- PIÑÓN VARELA, F. (1986): La Edad del Cobre en el Suroeste Peninsular: claves para la periodización de un proceso. El origen de la metalurgia en la Península Ibérica. Oviedo: 40-64..
- PIÑÓN VARELA, F. (2004): El horizonte cultural megalítico en el área de Huelva. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía. Sevilla.
- PONS-MOYA, J., y COLL, J. (1986): Observaciones sobre la estratigrafía y las dataciones absolutas de los sedimentos holocénicos de la cova del Canet (Esporles, Mallorca). Endins, 12, Palma: 31-34.
- POPLIN, F. (1974): Deux cas particuliers de débitage par usure. 1^{ere} Colloque International sur l'industrie de l'os dans la préhistoire: 85-92. Vaucluse.
- PORCAR, J.B., OBERMAIER, H., y BREUIL, H. (1935): Excavaciones en la Cueva Remigia (Castellón). Junta Superior del Tesoro Artístico. Sección de Excavaciones. Memorial General, 136. Madrid
- PRADO, C. DE (1864): Descripción física y geológica de la provincia de Madrid. Junta General de Estadística. Imprenta Nacional. Madrid.
- PRESCOTT, J.R. (1978): Boundaries and frontiers. Croom Helm. Londres.
- PRICE, L. (1981): Proving aboriginal title via expert testimony: Lessons from the Indian Claims Commission. American Indian Journal, 7(2): 16-24
- PRICE, T.D. Y BROWN, J.A. (Eds.) (1985): Prehistoric hunter-gatherers. The emergence of cultural complexity. Academic Press.
- PRIETO CARRERO, J.L. (1995): Informe antropológico y paleopatológico de los restos humanos procedentes de Villamayor de Calatrava (Ciudad Real). En, I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Gavá-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. Rubricatum, 1 (Vol. 2): 513-514. Gavà.

- RAMIS Y RAMIS, J. (1818): Antigüedades célticas de la Isla de Menorca desde los tiempos más remotos hasta el siglo IV de la Era Cristiana. Mahón.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1933): Regals y consejos sobre investigación científica. Los Tónicos de la voluntad. Espasa-Calpe. Madrid.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1934): El mundo visto a los ochenta años. Impresiones de un arterioesclerótico. Tipografía artística. Madrid.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1956): Charlas de Café. Espasa Calpe. Madrid
- RAMOS MUÑOZ, J. (1988-1989): Las industrias líticas del Neolítico en Andalucía, sus implicaciones espaciales y económicas. *Zephyrvs*, XLI-XLII: 113-148
- RAMOS MUÑOZ, J. (1999): Europa Prehistórica. Cazadores-recolectores. Ed. Sílex. Madrid
- RAMOS MUÑOZ, J. (2004): Las últimas comunidades cazadoras, recolectoras y pescadoras en el Suroeste peninsular. Problemas y perspectivas en el tránsito 'Epipaleolítico-Neolítico' con relación a la definición del cambio histórico. Un análisis desde el modo de producción. En, Sociedades recolectoras y primeros productores. Actas de las Jornadas Temáticas andaluzas de Arqueología. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. Sevilla.
- RAMOS MUÑOZ, J. Y CASTAÑEDA, V. (Eds.) (2005): Excavación en el asentamiento prehistórico de El Embarcadero del Río Palmones (Algeciras, Cádiz). Una nueva contribución al estudio de las últimas comunidades cazadoras y recolectoras. Fundación Municipal de Cultura de Algeciras y Universidad de Cádiz.
- RAMOS MUÑOZ, J. Y LAZARICH GONZÁLEZ, M. (coord.) (2002): Memoria de la excavación arqueológica en el asentamiento del VI Milenio A.N.E. de 'El Retamar' (Puerto Real, Cádiz). Sevilla.
- RAMOS MUÑOZ, J.; CASTAÑEDA, V.; PÉREZ, M.; LAZARICH, M. y MONTAÑÉS, M., (1996): Aproximación al estudio de la tecnología lítica de las comunidades neolíticas de la banda atlántica de Cádiz. Sus inferencias socioeconómicas». En / *Congrés del Neolítico a la Península Ibérica. Formado i implantado de les comunitats Agrícoles* (Gavá-Bellaterra, 1995). Vol. 1. Museu de Gavá («Rubricatum», 1), Gavá: 151-160.
- RAMOS MUÑOZ, J.; CASTAÑEDA, V.; PÉREZ, M.; LAZARICH, M.; MARTÍNEZ, C ; MONTAÑÉS, M.; LOZANO, J.M. y CALDERÓN, D., (1993-94): La secuencia prehistórica del poblado de La Mesa (Chiclana de la Frontera). Su contribución a la ordenación del territorio de la campiña litoral y banda atlántica gaditana. *Boletín del Museo de Cádiz*, VI, Cádiz: 23-41.
- RASILLA VIVES, M. De la, HOYOS GÓMEZ, M., CAÑEVERAS JIMÉNEZ, J.C. (1996): El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Revisión de su evolución sedimentaria y arqueológica. *Complutum Extra-6* (1): 75-82
- RENFREW, C. (1967): Colonialism and megalithism, *Antiquity*, 41: 276-288
- RENFREW, C. (1969): The autonomy of the South East European Cooper Age, *P.P.S.*, 35: 12-47
- RENFREW, C. (1975): Before Civilization. The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe. Jonathan Cape, Londres (Reino Unido).
- RENFREW, C. (1976): Megaliths, territories and populations, en S.J. de Laet (ed.) *Acculturation and Continuity in Atlantic Europe*, IV Atlantic Colloquium, Brujas : 198-220
- RENFREW, C. (1979): Problems in European Prehistory. Edinburgh University Press, Edimburgo (Reino Unido).
- RENFREW, C. (1983): The Megalithic Monuments of Western Europe. Thames & Hudson, Londres (Reino Unido).
- RENFREW, C. (2001): "Origini indoeuropee: verso una sintesi", *Le radici prime dell'Europa. Gli intrecci genetici, linguistici, storici*, Bruno Mondadori, Milano: 116-137.
- RENFREW, J. M. (1973): Paleoethnobotany. The prehistoric food plants of the Near East and Europe. Columbia University Press. New York.

- RENFREW, J.M. (1973): *Paleoethnobotany. The prehistoric food plants of the Near East and Europe*. Columbia University Press. Nueva York.
- RHOTERT, H. (1952): *Libysche Felsbilder*. Darmstadt.
- RICQ-DE BOUARD, M. (1996): *Pétrographie et sociétés néolithiques en France méditerranéenne. L'outillage en pierre polie*. Monographie du C.R.A., 16. Ed. CNRS. Paris.
- RICHARDS, M., CÔRTE-REAL, H., FORSTER, P., MACAULAY, P., WILKINSON-HERBOTS, H., DEMAINE, A., PAPIHA, S., HEDGES, R., BANDELT, H.-J., SYKES, B. (1996): *Paleolithic and Neolithic lineages in the European Mitochondrial Gene Pool*. *American Society of Human Genetics*, 59: 185-203.
- RINDOS, D. (1990): *Los orígenes de la agricultura. Una perspectiva evolucionista*. Bellaterra. Barcelona.
- RINDOS, D. (1984): *The Origins of Agriculture: an evolutionary perspective*. Academic Press.
- RIPOLL LÓPEZ, S. Y MUNICIO GONZÁLEZ, L. (dir) (1999): Domingo García. *Arte rupestre Paleolítico al aire libre en la meseta castellana*. *Memorias. Arqueología en Castilla y León*, 8. Salamanca.
- RIPOLL LÓPEZ, S., CACHO QUESADA, M^a.C., y MUNICIO GONZÁLEZ, L.J. (1997): *El Paleolítico Superior en la Meseta*. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I. Prehistoria y Arqueología*, Tomo 10: 55-87.
- RIPOLL PERELLÓ, E. (1960): *Para una cronología relativa del arte levantino español*. *Burg Wartenstein Symposium*, Viena: 165-175
- RIPOLL PERELLÓ, E. (1966): *Cuestiones en torno a la cronología del arte rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica*. *Symposio Internacional de Arte Rupestre*. Barcelona: 165-192
- RIVERO DE LA HIGUERA, M^a.CL. (1972-1973): *materiales inéditos de la Cueva de Boquique. Datos para una nueva sistematización de la Edad del Bronce en Extremadura*. *Zephyrus*, XXIII-XXIV: 101-130.
- ROCHE, J. (1958): *Quelques caractères de l'outillage du concheiro mésolithique de Moita do Sebastião (Muge)*. *Arqueologia e Historia*, III.
- ROCHE, J. (1960): *Le gisement Mésolithique de Moita do Sebastião (Muge-Portugal)*. *Campañas de 1952-1954*. Instituto de Alta Cultura. Lisboa.
- ROCHE, J. (1963): *L' Epipaléolithique marocain*. Lisboa.
- ROCHE, J. (1966): *Balance de un siglo de excavaciones en los concheros mesolíticos de Muge*. *Ampurias* XXVIII: 13-48.
- ROCHE, J. (1976): *Les origines de l'industrie de l'amas coquillier de Moita de Sebastião (Muge, Portugal)*. En, *Les Civilisations du 8^{eme} au 5^{eme} millénaire avant notre ère en Europe: paléoenvironnement, structures d'habitat, outillages, économie*. *Actas del IX Congrès U.I.S.P.P.*: 161-165
- ROCHE, J. (1977): *Les amas coquilliers mésolithiques de Muge (Portugal)*. *Chronologie, milieu naturel et leurs incidences sur le peuplement humain*. En, H. Laville, J. Renault- Miskovsky (Eds.), *Approche Écologique de l' Homme Fossile*. *Bulletin de l'Association Française pour l'Étude du Quaternaire*: 353-359
- RODANÉS VICENTE, J.M. (1987): *La industria ósea prehistórica en el Valle del Ebro. Neolítico-Edad del Bronce*. Diputación General de Aragón. Zaragoza.
- RODANÉS VICENTE, J.M. (1996): *Del Neolítico a la primera Edad del Hierro en La Rioja*. *Repertorio de dataciones absolutas*. *Estrato*, 7: 4-9
- RODANÉS, J.M. y RAMÓN, N. (1995): *El Neolítico en Aragón: Hábitat y Territorio*. *Zephyrus* XLVIII, Salamanca: 101-128.
- RODRÍGUEZ ALCALDE ET ALII, (1995): *Fractales para la arqueología: un nuevo lenguaje*. *Trabajos de Prehistoria*, 52, nº 1: 13-24.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, E., LARRÉN IZQUIERDO, H., GARCÍA POZAS, R. (1990): *Carta arqueológica de Villafáfila*. *Anuario del Instituto de estudios zamoranos Florián de Ocampo*: 33-76
- RODRÍGUEZ, G., 1982: «La Cueva del Nacimiento. Pontones - Santiago - Provincia de Jaén (España)». En *Le Néolithique anden méditerranéen*. *Actes du*

- Colloque International de Préhistoire (Montpellier, 1981). Fédération Archéologique de l'Hérault («Archéologie en Languedoc»,spécial), Sète: 237-249.
- ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, J.M. y VILLA GONZÁLEZ, J.R. (1996): Una inhumación individual de época neolítica en Villamayor de Calatrava (Ciudad Real), en I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Gavá-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. Rubricatum, 1 (Vol. 2): 509-518. Gavà.
- ROJO GUERRA, M. A. (1999): "Proyecto de Arqueología Experimental. Construcción e incendio de una tumba monumental neolítica a partir de los datos obtenidos en la excavación de La Peña de La Abuela", en Boletín de Arqueología Experimental, nº3, UAM ediciones, pp. 5-11.
- ROJO GUERRA, M. A. y ESTREMERAS PORTELA, S. (2000): " El Valle de Ambrona y la Cueva de la Vaquera: Testimonios de la primera ocupación neolítica en la Cuenca del Duero", en Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular – vol III. Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica, Porto, ADECAP, pp. 81-90.
- ROJO GUERRA, M. A. y KUNST, M. (2000): Ambrona 1998. Die neolithische Fundkarte und 14 C- Datierungen, Madrider Mitteilungen, 41, 2000, 1—31
- ROJO GUERRA, M. A. y KUNST, M. (Eds.) (2002): Significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.
- ROJO GUERRA, M. A., KUNST, M. (1996): "Proyecto de colaboración hispano-alemán en torno a la introducción de la neolitización en las tierras del Interior Peninsular: planteamientos y primeros resultados", Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 23: 87-113
- ROJO GUERRA, M. A., KUNST, M. y PALOMINO LÁZARO, A., (2002): "Ritos de fuego en sepulcros colectivos de la Submeseta Norte", en ROJO GUERRA, M. A. y KUNST, M. (Eds.), Significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 21-38.
- ROJO GUERRA, M. A.; NEGREDO GARCIA, M.J. y SANZ ARAGONES, A. (1996): "El túmulo de la Peña de la Abuela y el poblamiento neolítico de su entorno (Ambrona, Soria)".Revista: RICUS. (Geografía e Historia).Pages: 7-38.
- ROJO GUERRA, M. Y KUNST, M. (1999 a): "El Valle de Ambrona: un ejemplo de la primera colonización Neolítica de las tierras del Interior Peninsular", II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica Univ. de València, pp. 259-270.
- ROJO GUERRA, M., KUNST, M. (1999 b): La Lámpara y la Peña de la Abuela. Propuesta secuencial del Neolítico Interior en el ámbito funerario. Sagvntvm EXTRA- 2. Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica :503-513.
- ROJO GUERRA, M., KUNST, M. (1999 c): "Zur Neolithisierung des Inneren der Iberischen Halbinsen. Erste Ergebnisse des interdisziplinären, spanisch-deutschen Forschungsprojekts zur Entwicklung einer prähistorischen Siedlungskammer in der Umgebung von Ambrona (Soria, Spanien)". Madrider Mitteilungen, 40: 1-52, Mainz.
- ROJO GUERRA, M., Y KUNST, M. (1999): "La Peña de la Abuela. Un enterramiento monumental neolítico sellado por la acción del fuego", Revista de Arqueología, 220: 12-19.
- ROJO GUERRA, M.A. y KUNST, M. (1999): "Zur Neolithisierung des Inneren der Iberischen Halbinsen. Erste Ergebnisse des interdisziplinären, spanisch-deutschen Forschungsprojekts zur Entwicklung einer prähistorischen Siedlungskammer in der Umgebung von Ambrona (Soria, Spanien)". Madrider Mitteilungen, 40: 1-52, Mainz.
- ROJO GUERRA, M.A., KUNST, M., GARRIDO PENA, R., GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I., MORÁN DAUCHEZ, G. (2005): Un desafío a la eternidad: tumbas monumentales del Valle de Ambrona. Arqueología en Castilla y León, 14. Soria.

- ROJO, M.; GARRIDO, R.; GARCÍA, I. Y MORÁN, G. (En prensa): "Las pinturas rupestres esquemáticas en su contexto arqueológico: el Abrigo de Carlos Álvarez, Miño de Medinaceli (Soria)", IV Congreso Arqueología Peninsular (Faro, Septiembre 2004).
- ROJO, M.A.; BELLVER, J.A.; BRAVO, A.; GARRIDO, R.; GARCÍA, I Y GÁMEZ, S. (2005): "El yacimiento neolítico de Zafrín en las Islas Chafarinas (Norte de África, España): avance de los resultados de la campaña de excavación 2004", Akros, La Revista del Museo, 4. Melilla: 101-106.
- ROJO, M.A.; BRAVO, A.; BELLVER, J.A.; GARRIDO, R.; GARCÍA, I Y GÁMEZ, S. (2006): Una mirada al pasado... la prehistoria de las Islas Chafarinas. Soria. Ochoa Impresores.
- ROSSIGNOL, J. (1992): Concepts, methods and theory building: A landscape approach. En, J. Rossignol y L. Wandsnider (Eds.): Time, Space and Archaeological Landscapes. Plenum Press. New York: 3-19
- ROUSSEAU, J.J. (1817): Essai sur l'origine de l'homme. Paris
- ROUSSOT LARROQUE, A. (1990): Art mobilier et art pariétal du Périgord et de La Gironde: comparaisons stylistiques. En, L'art des objets au Paléolithique: 189-205. Paris.
- ROZOY J.-G. y SLACHMUYLDER J.-L., (1990): L'Allée Tortue a Fère-en-Tardenois (Aisne-France), site éponyme du Tardenoisien récent. En, P. Vermeersch y P. Van Peer (Eds.): Contributions to the Mesolithic in Europe. Papers presented at the fourth international symposium The mesolithic in Europe', Leuven.
- ROZOY, (1998 B): The (re-)population of Northern France between 13000 and 8000 B.P., en Human Adaptations across the Pleistocene-Holocene transition. Berlin INQUA Symposium 1995.
- ROZOY, J.G. (1978): Les derniers chasseurs. L'Épipaléolithique en France et Belgique. Mémoires Société Archéologique Champenoise, 3 Vol.
- ROZOY, J.G. (1992): L' evolution en mosaïque. Les changements à l' Epipaléolithique ("Mesolithique"). Bulletin de la Société Préhistorique Française, 89: 19-25.
- ROZOY, J.-G. (1992): Le propulseur et l'arc chez les chasseurs préhistoriques. Techniques et démographies comparées. Paléo 4: 175 - 193.
- ROZOY, J.G. (1997): Territoires sociaux et environnement en France du Nord et en Belgique de 14000 à 6000 B.P., en Le Tradiglaciaire en Europe du Nord-Ouest, 119^e Congrès C.T.H.S. Paris: 429-454.
- ROZOY, J.G. (1998 A): Stratégies de chasse et territoires tribaux au Mésolithique. Bulletin de la Société Préhistorique Française, 95, n° 4: 525-536.
- RUBIO DE MIGUEL, I. (1984-85): En torno a la problemática del hábitat al aire libre en el Neolítico Peninsular. Homenaje al Profesor Gratiniano Nieto, Volumen I, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 11-12: 153-161
- RUBIO DE MIGUEL, I. (2001): Las primeras sociedades agrícolas en Madrid. Neolítico y Calcolítico Precampaniforme. En E. Ruano (dir.) La Arqueología madrileña en el final del siglo XX: desde la Prehistoria hasta el año 2000. Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología, 39-40: 105-126.
- RUBIO DE MIGUEL, I. (2002): Las cerámicas neolíticas de la colección Bento en el contexto de la Meseta. En M^a C. Blasco Bosqued (Coord.) La Colección Bento del Museu d'Arqueologia de Catalunya. Una mirada a la Prehistoria de Madrid. Monografies 3: 131-158.
- RUBIO DE MIGUEL, I., y BLASCO BÓSQUED, C. (2005): Las primeras dataciones absolutas para el Neolítico madrileño: los materiales de la Colección Bento. En, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.), III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica: 919-927. Santander.
- RUBIO JARA, S., PÉREZ GONZÁLEZ, A., MARTOS ROMERO, J.A., PANERA GALLEGU, J., SANTONJA GÓMEZ, M. (2002): Revisión crítica y síntesis del Paleolítico de los Valles del Manzanares y Jarama. Zona Arqueológica, 1: 338-357

- RUÍZ ZAPATA, B., y ACASO DELTELL, E. (1983): Análisis polínico de un depósito lacustre en el Macizo Central de Gredos (Ávila). Actas del IV Simposio de Palinología APLE. Barcelona: 423-432.
- RUÍZ, B., ANDRADE, A., DORADO, M., GIL, M.J., FRANCO, F., LÓPEZ, P., ARNANZ, A.M., LÓPEZ SÁEZ, J.A., MACÍAS, R. Y UZQUIANO, P. (1997): Las transformaciones del ecosistema de la Comunidad de Madrid. En, P. López (Coord), El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final. Arqueología, Paleontología y Etnografía, 5: 95-164
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M^a.L. (1998): La Europa atlántica en la edad del bronce: un viaje a las raíces de la Europa occidental. Ed. Crítica. Barcelona.
- RUÍZ-GÁLVEZ PRIEGO, M^a.L. (2001): El conjunto dolménico de la Dehesa Boyal de Montehermoso. Extremadura Arqueológica VIII. El Megalitismo en Extremadura. Homenaje a Elías Diéguez Luengo. Mérida 2000: 187-207
- RYAN, W. Y PITMAN, W. (1998): Noah's Flood. Simon & Schuster. Nueva York.
- RYE, O.S. (1976): Keeping your temper under control: materials and the manufacture of Papuan pottery. Archaeology and Physical Anthropology in Oceania, 11(2): 106-137.
- SACCHI, D. (1996): Le Paléolithique Supérieur en Pyrenees et Languedoc méditerranéen. En, M. Otte (Ed.): Le Paléolithique Supérieur European. Bilan Quinquenal, 1991-1996. UISSP, Forli, ERAUL, 76: 269-283.
- SACKETT, J. (1990): Style and ethnicity in archaeology: the case for isochrestism. En, M. Conkey y C. Hastorf (Eds.): The uses of style in archaeology. Cambridge University Press: 32-43.
- SAJANTILLA, A., LAHERMO, P., ANTTINEN, T. , LUKKA, M., SISTONEN, P., SAVONTAUS, M., AULA, P., BECKMAN, L., TRANEBJERG, L., GEDDE-DAHL, T., ISSEL-TARVER, L., DIRIENZO, A., y PÄÄBO, S. (1995): Genes and languages in Europe: an analysis of mitochondrial lineages. Genome Research, 5: 42-52.
- SAMPSON, C.G. (1988): Stylistic boundaries among mobile hunter-foragers. Smithsonian Institution Press. Washington.
- SAN VALERO APARISI, J. (1948): El Neolítico español y sus relaciones. Cuadernos de Historia Primitiva, nº 1. Madrid
- SAN VALERO APARISI, J. (1956): El Neolítico hispánico. Actas del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Zaragoza.
- SANCHES, M. DE J. (1987) : A mamoa 3 de Pena Mosqueira, Sanhoane (Mogadouro), Arqueologia GEAP, 15 : 94-115
- SANCHES, M. DE J. (1987): O Buraco da Pala : Um abrigo pre-históico no concelho de Mirandela (Noticia preliminar das escavações de 1987), Arqueologia GEAP, 16.
- SÁNCHEZ MARCO, A. (2005): Aves fósiles de la Península Ibérica: las avifaunas del Terciario y el Cuaternario. Quercus, 191: 27-42
- SÁNCHEZ MARCO, A. , FRAILE, S. VAN DER MADE, J., MORALES, J., QUIRALTE, V., SALESA, M.J., SÁNCHEZ, I., SANCHIZ, B, SORIA, D., JIMÉNEZ, J., BARBADILLO, L.J., LAPLANA, C. SZYNDLAR, Z. (2005): Primeros datos faunísticos del Neolítico madrileño: la Cueva de la Ventana (Torrelaguna, Madrid), En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.). Actas del III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica. Santander, 5-8 Octubre de 2003. Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, I: 155-165.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1992) (Dir.): Estudio arqueológico del material procedente del yacimiento de Verona II (Villaverde, Madrid). Dirección General de Patrimonio Histórico. Comunidad de Madrid. Informe Inédito
- SÁNCHEZ MESEGUER, J. FERNÁNDEZ, A.; GALÁN, C.; POYATO, C. (1983): El Neolítico y la Edad del Bronce en la región de Madrid. Arqueología y Paleoecología, 3. Diputación Provincial de Madrid.
- SANCHIDRIÁN TORTI, J.L. (2001): Manual de arte prehistórico. Ariel Prehistoria. Barcelona.

- SANCHIDRIÁN TORTI, J.L., SIMÓN, M.D., CORTÉS, M., MUÑOZ, V.E. (1996): La dinámica de los grupos predadores en la Prehistoria andaluza. Ensayo de síntesis. En, *El Paleolítico en Andalucía*. Córdoba: 11-93
- SANTONJA ALONSO, M., Y SANTONJA GÓMEZ, M. (1976): Posible círculo megalítico de la Edad del Bronce en Gilbuena (Ávila), *Boletín de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*, 6. Madrid.
- SANZ GAMO, R. (Coord.) (1989): Museos de Castilla-La Mancha. Guías. Museo de Albacete.
- SARRIÓN MONTAÑANA, I. (1980): Valdecuevas. Estación Meso-neolítica en la Sierra de Cazorla (Jaén). *Sagvntvm*, 15: 23-56
- SAUCEDA PIZARRO, I. (1986): Primeros avances sobre el Calcolítico en Extremadura: Los Barruecos (Malpartida de Cáceres). *Norba*, 7: 17-23
- SAUCEDA PIZARRO, I. (1991): La secuencia cultural de 'Los Barruecos'. Malpartida de Cáceres (Cáceres). *Extremadura Arqueológica II. Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*: 27-44. Salamanca.
- SAUCEDA, I. (1984): La Cueva del Conejar (Cáceres). Una muestra de los materiales recogidos en 1981. *Norba* 5: 47-58
- SAUER, (1925): The morphology of landscape. *University of California publications in Geography*, 2(2): 19-53
- SAUSSURE, F. (1996): Curso de lingüística general. Fontamara. Méjico. (Original de 1916)
- SAYANS CASTAÑOS, M. (1957): Artes y pueblos primitivos de la Alta Extremadura. Plasencia.
- SCHIFFER, M.B. (1972): Archaeological context and systemic context. *American Antiquity*, 37: 156-165
- SCHIFFER, M.B. (1987): Formation Process of the Archaeological Record. University of New Mexico Press. Alburquerque.
- SCHLEGEL, A. (1992): African political models in the American Southwest: Hopi as an internal frontier society. *American Anthropologist*, 94: 376-397
- SCHUMACHER, Th.X., (1994): Zur Frage der Neolithisierung im País Valenciano. *Madrider Mitteilungen*, 35: 32-68
- SCHUMACHER, Th.X., y WENIGER, G.C. (1995): Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el Este de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 52(2): 83-98.
- SCHUMACHER, Th.X., y WENIGER, G.C. (1995): Kontinuität und wandel. Probleme der Neolithisierung im Oesten der Iberischen Halbinsel. *Madrider Mitteilungen*, 36: 117-135
- SERRES, M. (1968): Le Messenger. *Bulletin de la Société Française de Philosophie*. 62:2 (1968): 33-71.
- SERVICE, E. R. (1979): Los cazadores. Barcelona: Labor. (Orig. 1966).
- SERVIDE R. (1968): The hunters. *Foundation of Modern Anthropologie Series*, Prentice Hall, London
- SHACKLETON, N.J., y OPDYKE, N.D. (1973): Oxygen isotope and paleomagnetic stratigraphy of Equatorial Pacific cores V28-238. *Quaternary Research*, 3: 39-55
- SHERATT, A.G. (1990): The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic North-West Europe. *World Archaeology- Soils and Early agriculture*, 22 (2): 147-167
- SHOSTAK, M. (1981). *Nisa: The life and words of a !Kung woman*. New York: Random House
- SKELLAM, J.G. (1951): Random dispersal in theoretical populations. *Biometrika*, 38: 196-218.
- SOARES, J. (1995): Mesolítico-Neolítico na costa sudoeste: transformações e permanências. Iº Congresso de Arqueologia Peninsular. Porto, 12-18 Outubro 1993. *Trabalhos de Antropologia e etnologia*, Vol. 33(1-2): 27-54.
- SOKAL, R.R., ODEN, N.L., y WILSON, C. (1991): Genetic evidence for the spread of agriculture in Europe by Demic Diffusion. *Nature*, 351: 143-145.

- SOLER GARCÍA, J.M^a (2002): Villena. Prehistoria, Historia, Monumentos. Ayo. Villena-Caja Murcia. Madrid
- STEWART, O.C. (1966): Tribal distributions and boundaries in the Great Basin. En, W.L. d'Azevedo (Ed.) : The current status of Anthropological research in the Great Basin : 1964. Desert Research Institute. Reno : 167-237
- STOFFLE, R., HALMO, D.B., y AUSTIN, D.E. (1996): Cultural landscapes and traditional cultural properties : A southern Paiute view of the Grand Canyon and Colorado River. American Indian Quaterly 21 (2): 229-250
- STORDEUR, D. (1991): Le Natufien et son évolution à travers les artefacts en os. The Natufian Culture in the Levant. International Monographies in Prehistory. Archaeological Series, 1.
- SUTTON, I. (1985): Configuration of land claims. En, I. Sutton (Ed.) : Irredeemable America. University of New Mexico Press. Alburquerque : 111-132
- TABORIN, Y. (1974): Le parure en coquillage de l' Epipaléolithique au Bronze Ancien en France. Gallia Prehistoire, 17 (1): 101-179 y 17 (2): 307-417
- TAVARES DA SILVA, C.; SOARES, J. (1981): Pré-historia de área de Sines. Gabinete da area de Sines, Lisboa (Portugal).
- TAYLOR, R.B. (1988): Human Territorial Functioning. Cambridge University Press. Cambridge.
- TEN CARNÉ, R. (1977): Un nuevo tipo de cuenta-colgante en el Neolítico catalán. XV Congreso Nacional de Arqueología: 135-144. Zaragoza.
- TERÁN, M. De (1978): Geografía general de España. Ariel. Barcelona.
- TERÁN, M. De, SOLÉ SABARÍS, L. Y VILÁ, J. (dir) (1968): Geografía regional de España. Ariel. Barcelona.
- TERUEL BERBELL, M^a.S. (1986): Objetos de adorno en el Neolítico de Andalucía Oriental. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 11: 9-26
- TESTART, A. (1982): Les chasseurs cueilleurs ou l'origine des inégalités. Société d' Ethnographie. Paris.
- TESTART, A. (1988): Some major problems in the social anthropology of Hunter-gatherers. Current Anthropology 29:1-31
- THÉVENIN, A. (1982): L'Azilien, L'Épipaléolithique de l' Est de la France et les civilisations épipaléolithiques de l'Europe occidentale. Mémoires Faculté Sciences sociales Strasbourg I, 2 vol.
- THÉVENIN, A. (1990): Du Dryas III au début de l'Atlantique. Pour une approche méthodologique des industries et des territoires dans l'Est de la France (1^a partie). Revue Archéologique de L'Est, 41: 117-212.
- THÉVENIN, A. (1991): Du Dryas III au début de l'Atlantique. Pour une approche méthodologique des industries et des territoires dans l'Est de la France (2^a partie). Revue Archéologique de L'Est, 42: 1-62.
- THÉVENIN, A. (1997): L'Azilien et les cultures a pointes a dos courbe: esquisse géographique et chronologique. Bulletin de la Société Préhistorique Française, 94, n° 3: 393-411.
- TILLEY, C.(1994): A Phenomenology of Landscape. Berg. Oxford
- TIXIER, J. (1963): "Typologie de l'Epipaléolithique du Maghreb", en Mémoires du centre de recherches anthropologiques, préhistoriques et ethnographiques, vol. Volumen 2, N° página 42. Argelia-París.
- TIXIER, J. (1973): Typologie de l'Epipaléolithique du Maghreb. Mémoires du Centre de Recherches anthropológicas, préhistoriques et ethnologiques, 2. Paris.
- TIXIER, J. (1984): Le débitage par pression. Préhistoire de la pierre taillée. 2- Economie du débitage laminaire: technologie et experimentation: 57-70. III^e tablñe ronde de technologie lithique. Meudon- Bellevue, octubre 1982. Cercle de Recherches et d'Études Préhistoriques. Antibes.
- TIXIER, J., INIZAN, M.L., Y y ROCHE, H. (1980):Préhistoire de la pierre taillée. 1- Terminologie et Technologie. Cercle de Recherches et d'Études Préhistoriques. Antibes.
- TREUIL, R. (2001): l'établissement néolithique de Dikili Tash (Grèce). En, J. Guilaine (Dir.): Communautés villageoises du Proche-Orient à l'Atlantique

- (8000-2000 avant notre ère. Séminaire du Collège de France. Paris: 103-118
- TREUIL, R. (Dir.) (1992): Dikili Tash, village préhistorique de Macédoine orientale, I Fouilles de Jean Deshayes (1961-1975), 1.
- TURBÓN, D. (1996 es 1997): D.N.A. Antiguo y el origen de los vascos. Ludus Vitalis, Número Especial, 1. Senderos de la Evolución Humana. Estudios en homenaje a Ph. V. Tobias: 205-246
- URIBARRI ANGULO, J.L. y APELLÁNIZ, J.M. (1975): Problemas prehistóricos de la Galería del Sílex de la Cueva de Atapuerca (Burgos). XIII Congreso Nacional de Arqueología, Huelva (1973). Zaragoza.
- UTRILLA MIRANDA, M^a.P. (1997): Del Paleolítico al Epipaleolítico. Caesaraugusta, 72: 15-58
- UTRILLA MIRANDA, P. y MAZO, C. (1993-1994): Informe preliminar sobre la actuación de urgencia en 1991 en la cueva de Abauntz. Trabajos de Arqueología Navarra, 11: 9-29
- UTRILLA MIRANDA, P. Y MAZO, C. (1994): El poblamiento prehistórico del valle del río Ésera (Ribagorza, Huesca). Bolskan, 11: 53-67.
- VAL RECIO, J. DEL (1983): El Calcolítico precampaniforme en el Occidente de la Meseta. El yacimiento de 'Las Pozas' (Zamora). Memoria de Licenciatura (inédita). Dpto. de Prehistoria. Universidad de Valladolid.
- VAL RECIO, J. DEL (1992): El yacimiento Calcolítico precampaniforme de Las Pozas en Casaseca de las Chanas, Zamora. BSAA, LVIII: 47-64
- VALIENTE MALLA, J. (1995): Un asentamiento neoeneolítico en 'Los Cerrillos' (Cogolludo, Guadalajara). Wad-al-Hayara, 22: 137-150
- VALIENTE MALLA, J. Y MARTÍNEZ SASTRE, V. (1988): "Nuevo yacimiento eneolítico. "La Cueva" (Bañuelos, Guadalajara). W.A.H. n°15, pp: 7-45.
- VALOR YÉBENES, J.A. (2000): Metodología de la Investigación científica. Biblioteca Nueva. Madrid.
- VALLESPÍ, E. et alii (1985) : Materiales del Neolítico Final-Eneolítico de la Vega de los Morales. (Aldea del rey, Ciudad Real) ; Museo de Ciudad Real.
- VALLESPÍ, E.; CIUDAD, A.; GARCÍA, R.; RAMOS, J. (1987): Conjuntos líticos del Eneolítico y Bronce de la provincia de Toledo, en el Museo de Santa Cruz. Carpetania, 1: 69-89.
- VALLESPÍ, E.; CIUDAD, A.; GARCÍA, R.; RAMOS, J.; SERRANO, J. (1990): Eneolítico y Bronce en la Mesa de Ocaña (Mancha Toledana). Materiales líticos de la Colección P. Jesús Santos, OP. Cuadernos de Estadios Manchegos.
- VAN WILLIGEN, S. (1999): L'Epicardial et la Néolithisation de la France méditerranéenne. En, J. Bernabeu y T. Orozko (ed.) II Congrès del Neolitic a la Peninsula Ibèrica. Saguntum-Plav, Extra 2: 571-581.
- VARELA GOMES, M. (1997): Cromeleque dos Almendres. Um dos primeiros grandes monumentos públicos da Humanidade. En, P. Sarantopoulos (Coord.) : Paisagens Arqueológicas a Oeste de Évora. Câmara Municipal de Évora. Évora : 25-32
- VAUFREY, R. (1955): Le Maghreb, Préhistoire de l'Afrique, I. Université de Tunis.
- VÁZQUEZ DE SEIJAS, M. (1965): La cueva de la Valiña. Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo, Tomo VIII: 25-30.
- VÁZQUEZ GÓMEZ, R. (1992): Evolución del paisaje vegetal durante el Cuaternario Reciente en la zona central y oriental de la Sierra de Guadarrama a partir del análisis palinológico. Tesis Doctoral. Universidad de Alcalá de Henares. Inédita.
- VAZQUEZ VARELA, J.M. (1974): Algunos aspectos del marisqueo en el Paleolítico Cantábrico. III Congreso Nacional de Arqueología: 37-42- Porto.
- VEGA TOSCANO, L.G. (1993): Excavaciones en el Abrigo del Molino del Vadico (Yeste, Albacete). El final del Paleolítico y los inicios del Neolítico en la Sierra Alta del Segura. En, J. Blánquez, R. Sanz y M^a.T. Musat (Coord.), Jornadas de Arqueología Albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid. Castilla-La Mancha: 17-21

- VENTO MIR, E. (1985): Ensayo de clasificación sistemática de la industria ósea neolítica. La Cova de l'Or (Beniarrés, Alacant). Excavaciones antiguas. *Saguntum*, 19: 31-89. Valencia.
- VERA RODRÍGUEZ, J.C., GAVILÁN CEBALLOS, B., MOLINA EXPÓSITO, A., MORENO ROSA, A., CARMONA ÁVILA, R., LUNA OSUNA, D. (1999): La Cueva de Los Mármoles (Priego de Córdoba): análisis de resultados de una prospección arqueológica superficial. *Antiquitas*, 10: 5-24
- VERGÈS, J.M. ALLUÉ, E. ANGELUCCI, D., BURJACHS, FR., CARRANCHO, A. CABANES, D. CEBRIÀ, A. EXPÓSITO, I., FONTANALS, M. MORAL, S., RODRÍGUEZ, A., VAQUERO, M. (e.p.): Los niveles neolíticos de la Cueva de El Mirador (Sierra de Atapuerca, Burgos): nuevos datos sobre la implantación y desarrollo de la economía agropecuaria en la Submeseta Norte, En, IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante.
- VICENT GARCÍA, J. M. (1982): Las tendencias metodológicas en Prehistoria. *Trabajos de Prehistoria*, 39(1) : 9-59
- VICENT GARCÍA, J. M. (1984): Fundamentos para una investigación epistemológica en Prehistoria. *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación prehistórica*, Soria, 1981 : 71-87
- VICENT GARCÍA, J. M. (1988): El origen de la economía productora. Breve introducción a la historia de las ideas, en P. López (ed.), *El Neolítico en España*. Ed. Cátedra. Madrid: 11-58.
- VICENT GARCÍA, J. M. (1991): Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica. En. P. López: *El cambio cultural del IV al II milenios A.C. en la comarca noroeste de Murcia*: 31-118
- VICENT GARCÍA, J.M. (1996): The 'insular filter' hypothesis revisited. En, M.S. Balmouth, A. Gilman, y L. Prados (Eds.). *Encounters and transformations. The Archaeology of Iberia in Transition. Monographs in Mediterranean Archaeology*, 7. Plenum.
- VICENT ZARAGOZA, A.Mª., y MUÑOZ AMILIBIA, A.Mª. (1973): Segunda Campaña de Excavaciones. La Cueva de Los Murciélagos, Zuheros (Córdoba), 1969. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 77. Madrid.
- VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. Y MORENO LETE, E. (1996): Los materiales arqueológicos de la Calle de la Cal, números 15/17. *Reunión de Arqueología Madrileña*: 91-95. Madrid.
- VILANOVA Y PIERA, J. (1872): Lo Prehistórico en España. *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*.
- VILANOVA Y PIERA, J. (1891): Objetos protohistóricos de Arganda del Rey. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 19: 513-516
- VILASECA, S. (1934): L'estació-taller de sílex de Sant Gregori . *Memoria de la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*, XXIII (21): 415-439.
- VILLA GONZÁLEZ, J.R. y ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, J.M. (1996): Aportación al conocimiento del neolítico en la cuenca media del Tajo. en I Congrès del Neolitic a la Península Ibèrica. Gavà-Bellaterra, 27-29 de Marzo, 1995. *Rubricatum*, 1 (Vol. 2): 707-714. Gavà.
- VILLALBA, M.J. et alii (1986): Les mines neolithiques de Can Tintorer, Gavà. *Excavaciones 1978-1980. Excabvacions Arqueologiques a Catalunya*. Barcelona.
- VILLAR QUINTEIRO, R. (1997): El Paleolítico Superior y Epipaleolítico en Galicia. *Zephyrus*, 50: 71-106
- VILLAVERDE BONILLA, V. (1984): La industria Magdalenense del Abric de la Senda Vedada (Sumacarcel, Valencia). *Saguntum*, 18: 29-47
- VILLAVERDE BONILLA, V. (1994): Arte Paleolítico de la Cova del Parpalló. Estudio de la colección de plaquetas y cantos grabados y pintados. S.I.P. Diputación de Valencia.
- VILLAVERDE BONILLA, V., y MARTÍNEZ VALLE, R. (1995): Características culturales y económicas del final del Paleolítico Superior en el Mediterráneo español.

- En, V. Villaverde: Los últimos cazadores: transformaciones culturales y económicas durante el Tardiglaciario y el inicio del Holoceno en el ámbito mediterráneo: 79-117
- VOGL, G. (2005): *Difusión and Brownian Motion. Analogies in the Migration of Atoms, Animals, Men and Ideas. Diffusion Fundamentals*, 2: 1-15
- WAETCHER, J.A. (1964): The excavation of Gorham's cave. Gibraltar, 1951-1954. *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 4. University of London. Londres.
- WALCZAK J. (1997 a) - Les industries de silex des sites du Mésolithique moyen de Tigny-Les-Marnières (commune de Parcy-et-Tigny, Aisne) et de la Roche-à-Fépin (commune de Haybes, Ardennes) - Approche comparative. *Ardennien et Tardenoisien, Bulletin n° 4 du C.A.R.A.*, Charleville, p. 3-96
- WALKER, W., y LAMOTTA, V. (1995): Life-histories as units of analysis. 60th Annual Meeting of the Society for American Archaeology. Minneapolis.
- WATKINS, Y., BAIRD, D., BETTS, A. (1989): Qermez Dere and the Early Aceramic Neolithic of Northern Iraq. *Paléorient*, 15(1): 19-24
- WEISGERBER, G. (1981) 5000 Jahre Feuersteinbergbau. Die Suche nach dem Stahl der Steinzeit. Ausstellung im Deutschen Bergbau-Museum vom 24. Oktober 1980 bis 31. Januar 1981. Veröffentl. Deutsches Bergbau-Museum Bochum 22. 2. Aufl. Bochum.
- WELLER, O. (2000): Les Premières formes d'exploitation du sel durant le Néolithique et le Chalcolithique européens: de la reconnaissance des techniques à l'analyse des dimensions socio-économiques. Thèse de doctorat, Université de Paris 1 (Panthéon-Sorbonne).
- WELLER, O. (2004): "Los orígenes de la producción de sal: evidencias, funciones y valor en el Neolítico europeo", *Pyrenae*, 35 (1): 93-116.
- WELLER, O. Y DUMITROAIA, GH. (2005): "The earliest salt production in the world: an early Neolithic exploitation" en Poiana Slatinei-Lunca, Romania. *Antiquity* Vol 79 No 306 December.
- WELLER, O., Y FÍGULS I ALONSO, A. (e.p.): Première extraction de sel minier : place et rôle du sel de Cardona dans les échanges
- WHITE, R. (1995): Ivory personal ornaments of Aurignacian age: technological, social and symbolic perspectives. En, J. Hahn et alii; *Actes de la Table Ronde, Le travail et l'usage de l'ivoire au Paléolithique Supérieur*. Ravello (29-31 du Mai 1992). Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, Roma: 29-62.
- WILSEM, E.N. (1973): Interaction, Spacing, Behavior and Organization of Hunting Bands. *Journal of Anthropological Research* 29:1-31
- WILLEY, G. y P. PHILLIPS, 1958. *Method and theory in american archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.
- WILLIGEN, S. VAN (e.p.): Nouvelles données concernant la chronologie interne du Cardial franco-ibérique en France méditerranéenne. En, IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante.
- WINN, S., y DANIEL, S. (1989): Architecture and sequence of building remains. En M. Gimbutas (Ed.): *Achilleion. A Neolithic settlement in Thessaly, Greece. 6400-5600 BC*. *Monumenta Archaeologica*, 14: 32-74.
- WISHART, D.L. (1985): The Pawnee claims case, 1947-1964. En, I. Sutton (Ed.): *Irredeemable America*. University of New Mexico Press. Albuquerque : 157-186
- YRAVEDRA SAINZ DE LOS TERREROS, J., Y MAICAS RAMOS, R(e.p.): Anillos para un minero: Estudio preliminar de la industria ósea y la fauna del yacimiento neolítico de Casa Montero (Vicálvaro; Madrid). En, IV Congreso de Neolítico Peninsular, Alicante, 27-30 Noviembre de 2006. Alicante.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1976): Excavaciones en la Cueva de La Vaquera, Torreiglesias (Segovia). *Edad del Bronce*. Diputación Provincial de Segovia.
- ZAPATERO MAGDALENO, P. (1989): La Velilla, un enterramiento de tradición dolménica en el valle de Valdivia. *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 60: 9-13

- ZAPATERO MAGDALENO, P. (1990 a): La Velilla, un enterramiento de tradición dolménica en el valle de Valdavia, Bol. Inst. Tello Téllez de Meneses, 60. Diputación Provincial de Palencia, Palencia.
- ZAPATERO MAGDALENO, P. (1991): Sobre las relaciones entre neolítico interior y megalitismo. Notas sobre el túmulo de La Velilla en Osorno (Palencia). BSAA, LVII. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- ZAPATERO MAGDALENO, P. (1993): Un posible nuevo sepulcro dolménico en la provincia de Palencia. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, LIX. Valladolid
- ZAPATERO MAGDALENO, P. (1990 b): El túmulo colectivo neolítico de "La Velilla", Osorno (Palencia), en Actas del II Congreso de Historia de Palencia, t. I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua. Palencia.
- ZAPATERO MAGDALENO, P. (1990 b): El túmulo colectivo neolítico de "La Velilla", Osorno (Palencia), en Actas del II Congreso de Historia de Palencia, t. I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua. Palencia.
- ZEDEÑO, M^a.N. (1997): Landscapes, Land Use, and the History of Territory formation: an example from the Puebloan Southwest. Journal of Archaeological Method and Theory, 4(1): 67-103
- ZEIST, W. Van (1976): On macroscopic traces of food plants in southwestern Asia (with some reference to pollen data. Philosophical Transactions of The Royal Society London, 275: 27-41
- ZILHÃO, J. (1992): Gruta do Caldeirão. O Neolítico Antogo. Instituto Português do Património Arquitectónico e Arqueológico, Trabalhos de Arqueologia, 6. Lisboa.
- ZILHÃO, J. (1993): The spread of agro-pastoral economies across Mediterranean Europe: a view from the Far West. Journal of Mediterranean Archaeology, 6(1): 5-63
- ZILHÃO, J. (1997): From the Mesolithic to the Neolithic in the Iberian Peninsula. En, T.D. Price (Ed.), The transition to agriculture in Prehistoric Europe. 60th Annual Meeting Soc. American Archaeology, 1995:
- ZILHÃO, J. (2001): Radiocarbon evidence for maritime pioneer colonization at the origins of farming in west Mediterranean Europe. Proceedings of the National Academy of Sciences, 98: 14180-14185
- ZVELEBIL, M. (1986): Mesolithic prelude and Neolithic Revolution, en M. Zvelebil (ed.) Hunters in transition. Mesolithic societies of temperate Eurasia and their transition to farming. Cambridge: 10-13
- ZVELEBIL, M. Y ROLEY-CONWY, (1984): Transition to farming in northern Europe: a hunter-gatherer perspective. Norwegian Archaeological Review, 17: 104-128